2001

Est. 8

Tab. 3

Núm. 2001

T. 370535
C. 72014701

LA
LEYENDA DE ORO

VIDAS

DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA.

LA REVISA

el Rdo. Don José Sayol y Echevarría,

SE PUBLICA

CON APROBACION Y BAJO LOS AUSPICIOS DEL EXMO. É ILMO. SEÑOR OBISPO DE BARCELONA,

Y CON INDULGENCIAS CONCEDIDAS POR VARIOS PRELADOS DE ESPAÑA.

Tomo 3.º

ABADAL.

MADRID.

LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE DE RELATORES

LIBRERÍAS DE CUESTA, Y DE LA PUBLICIDAD.

BARCELONA.

LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE ANCHA, NUM. 26

GERDÁ, Y PIFERRER, PLAZA DEL ANGEL.

1853.

LEYENDA DE ORO

DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA

LA

LEYENDA DE ORO.

TOMO TERCERO.

LA

LEYENDA DE ORO

PARA CADA DIA DEL AÑO.

VIDAS DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA.

obra que contiene

TODO EL RIBADENEIRA, MEJORADO, LAS NOTICIAS DEL CROISET, BUTLER, GODESCART, ETC.
QUE FALTAN EN AQUÉL: LAS VIDAS DE MILLARES DE SANTOS DE QUE NO HABLAN DICHOS AUTORES Y QUE ESTÁN COMPRENDIDOS
EN EL MARTIROLOGIO ROMANO, QUE SE INSERTA ÍNTEGRO, CON SUS ADICIONES MAS RECIENTES;
Y UN VOCABULARIO GENERAL ALFABÉTICO DE TODOS LOS SANTOS CON REMISION
AL DIA DEL AÑO EN QUE SE ENCUENTRA SU VIDA.

OBRA NECESARIA

PARA EL PASTO ESPIRITUAL DE LOS FIELES QUE ANHELAN SABER LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA Y VIRTUDES DE SUS PATRONOS
Y PARA LOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS Á FIN DE SABER LOS NOMBRES QUE PUEDEN ADMITIR EN LAS PILAS BAUTISMALES.

LA REVISA

el Rdo. D. José Sayol y Echevarría.

SE PUBLICA CON LA APROBACION Y BAJO LOS AUSPICIOS DEL

EXMO. É ILMO. SEÑOR D. DOMINGO COSTA Y BORRÁS

OBISPO DE BARCELONA,

y han concedido indulgencias á los fieles que la leyeren ú oyeren leer

LOS EXMOS. É ILMOS. SEÑOR PATRIARCA DE LAS INDIAS, SEÑOR ARZOBISPO DE SELEUCIA,
Y EL SEÑOR OBISPO DE TERUEL.

TOMO TERCERO.

MADRID
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE RELATORES,
NÚM. 14.

BARCELONA
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE ANCHA.
NÚM. 26.

1853

Barcelona : Imp. de L. Tasso , calle Basea , 23.

LA
LEYENDA DE ORO

TOMO TERCERO.

SETIEMBRE.

DIA 1.

San Gil, abad.—Fué san Gil griego de nacion, natural de Atenas, de sangre real. Su padre se llamó Teodoro, y su madre Pelagia. Desde niño se aplicó al estudio y á todas las obras de virtud, y especialmente á las de misericordia, y socorro de los pobres. Iba un dia á la iglesia: y viéndole un pobre enfermo que estaba en la calle, echado en el suelo, le pidió limosna; y san Gil desnudándose la túnica que llevaba vestida, se la dió al pobre, y luego quedó sano. Murieron sus padres, y él repartió á los pobres su patrimonio, haciendo heredero al Señor de todos sus bienes. Hizo el Señor otros milagros por él. Volviendo un dia de la iglesia, topó un hombre á quien habia mordido una ponzoñosa serpiente; y estando á punto de morir, le sanó con su oracion. Otra vez estando un endemoniado en la iglesia un dia de domingo, y dando grandes gritos, y estorbando que no hiciesen oracion los que estaban en ella; san Gil mandó al mal espíritu que saliese de aquel cuerpo y le dejase libre; y él obedeció. Por estos milagros se comenzó á divulgar la santidad de san Gil, y extenderse por toda Grecia su fama: y como él era verdaderamente humilde y deseoso de ser menospreciado, y no honrado de los hombres; por huir el aire popular y vano, se embarcó para ir á otras partes donde no fuese conocido ni estimado. Levantóse en el mar una tormenta peligrosa: hizo san Gil oracion al Señor y sosególa: y la gente que iba en el navío, le hizo gracias por ello, reconociendo que Dios los habia librado de aquel peligro por su intercesion. Al cabo de algunos dias el navío llegó á Francia: salló en tierra san Gil, y fué á la ciudad de Arles, donde era obispo san Cesáreo, varon de grande doctrina y santidad. Estuvo en su compañía dos años con grande contentamiento de los dos; porque todo su trato y conversacion era de Dios, ó con Dios. Aquí sanó á un enfermo que habia ya tres años que andaba muy fatigado de calenturas; y temiendo de ser por esto honrado, pasó el rio Ródano, y hallando en su ribera á un santo ermitaño, llamado Veredemio, se detuvo con él algunos dias, donde sanó á otro enfermo: y aquella tierra que de suyo era estéril, con su oracion se tornó fértil y abundante. Por estos milagros comenzó Veredemio á estimar y reverenciar mas á san Gil; y él, que ninguna cosa huia mas que la honra, determinó dejarle y entrarse á la tierra mas adentro y vivir apartado de los hombres, por estar mas seguro y mas apartado de sus alabanzas. Halló en aquella parte, donde el rio Ródano entra en el mar, un desierto retirado, y en él una grande espesura, con una cueva y una clara y copiosa fuente de agua. Halló mas una cierva, como enviada de la mano del Señor, para que con su leche le sustentase: hizo su morada en este lugar, viviendo con solo Dios. Sucedió que un dia el rey de Francia salió á caza hácia aquella parte, y los perros encontraron con la cierva: la cual se guareció con gran lijereza á la cueva de san Gil, y se echó á sus piés, como pidiéndole ayuda y favor en aquel peligro. Hizo oracion el santo por su huéspeda, y los perros no pudieron pasar adelante; ántes dando grandes ladridos, se volvieron atrás para sus amos. Otro dia vino el rey con mas cazadores y mas gente al mismo puesto; y como los perros tampoco no osasen llegar adonde el santo estaba, un ballestero desatinadamente tiró una saeta: la cual, por voluntad del Señor, fué á dar en el santo, y malamente le hirió. Rompieron los cazadores el camino por medio de aquella espesura y arboleda, hasta la cueva donde estaba san Gil: allí le hallaron vestido de monge, de anciano y venerable aspecto, puesto en oracion, sin moverse ni turbarse, corriendo sangre de la herida que le habia hecho la saeta, y la cierva rendida á sus piés. Todo esto causó grande admiracion al rey y á los que con él venian. Fuése luego á él: y conociendo que era varon santo, se echó á sus piés y le pidió perdon, y dió órden para que le curasen luego de aquella herida; aunque el santo lo resistió, deseando que le durase toda la vida, para padecer algun dolor y tener mas que merecer con ella. Comenzó con esta ocasion el rey á visitarle á menudo, y á venerar su santidad y ofrecerle muchos dones y riquezas, las cuales él no quiso recibir; ántes aconsejó al rey que las gastase en edificar en aquel desierto un monasterio para religiosos que continuamente en sus oraciones le encomendasen á él y su reino á Dios. Hízose el monasterio, y san Gil tomó el cargo de él, con

título de abad, por pura importunidad del mismo rey. Aquí vivió algunos años, y se ordenó de sacerdote, é hizo una vida de ángel vestido de carne, aprovechando á todos, y convirtiendo muchos pecadores al servicio y amor del Señor: entre los cuales fué el mismo rey de Francia que salió de un pecado grave que habia cometido, é hizo penitencia por la amonestacion y oracion de san Gil. Habiendo, pues, gobernado su monasterio religiosa y santamente algunos años, llegó el dichoso fin de sus dias, y Dios se lo reveló ántes: y aparejándose para la partida de esta vida, dió su espíritu al Señor, y se fué á gozar de él el primer dia de setiembre. El año puntualmente no se sabe, sino que no puede ser el de 700, como algunos escriben, ni ménos el de 720, como otros dicen; porque san Cesáreo, obispo de Arles, en cuya compañía vivió san Gil dos años, floreció en tiempo de Símaco, papa y de Anastasio, emperador, siendo rey de Italia Teodorico, arriano y de Francia Clodoveo, por los años del Señor de 500. La vida de san Gil escribió Fulberto, obispo carnotense, y de él hacen mencion los Martirologios, romano, el de Beda y Adon, y san Antonino y Pedro de Natálibus.

Los santos doce hermanos, mártires.—El mismo dia que la Iglesia celebra la fiesta de san Gil, hace conmemoracion de doce hermanos mártires: los cuales fueron africanos de nacion, naturales de una ciudad llamada en latin *Adrumetum*, que hoy dicen que se llama Sissa; aunque no falta quien la llame Toulb, y otros Macometa. Los nombres de estos valerosos guerreros del Señor fueron, Donato, Félix, Aconcio, Honorato, Fortunato, Sabiniano, Septimio, Januario, Félix II, Vital, Sátiro y Repósito. Eran de noble linaje, y todos bien enseñados en letras humanas y divinas. Fueron presos en África, y despues traidos á Italia á la ciudad de Benevento, en donde acabaron el curso de su glorioso martirio, aunque en diferentes dias, siendo emperador de Roma Valeriano: y ántes de darles la muerte, los atormentaron con muchos y atroces tormentos. Escribió en verso heroico su martirio Alsano, arzobispo de Salerno, que está en el sétimo tomo de Surio. Tambien escribió de ellos Anastasio, bibliotecario, como lo dice Pedro Galesino en las anotaciones de su Martirologio; y el romano, y César Baronio en sus anotaciones hacen de ellos mencion.

* San Josué.—Aun viviendo Moisés, Dios escogió á Josué para que gobernase el pueblo de Israel. Fué hijo de Nun de la tribu de Efraim. Moisés, segun lo dispuesto por Dios, al conducir al pueblo hebreo hasta las orillas del Jordan debia acabar su ministerio y su vida, quedando para Josué la gloria de introducirle á la tierra prometida. Estaba Josué dotado de relevantes prendas; guerrero, prudente, amoroso, circunstancias indispensables para aquel pueblo. Apenas tomó el mando, cuando envió emisarios á Jericó para examinar sus murallas y sus fuerzas, y cuando estuvo informado reunió su ejército y pasó con él el Jordan. Dios obró entonces el milagro de suspender el curso de las aguas quedando seco el rio en una estension de dos leguas. Luego Josué mandó circuncidar á todos los hijos varones que habian nacido durante los años de peregrinacion, celebró la Pascua y fué á poner sitio á Jericó. Segun lo dispuesto por Dios, dió seis vueltas por la ciudad en seis dias consecutivos, acompañado de los sacerdotes y pontífices que llevaban el arca santa, y tocaban incesantemente la trompeta. Al dia séptimo y al dar la última vuelta, cayeron las murallas por sí mismas, siendo tomada y saqueada la ciudad de Haí, y los gabaonitas que temian igual suerte, hicieron alianza con Josué valiéndose de una estratagema. Incomodado el rey de Jerusalen Adonisedech de esta alianza, se juntó con cuatro reyes y marchó contra Gabaon, pero Josué los derrotó. Aquí fué cuando acaeció el prodigio de pararse el sol en su carrera al mando de Josué. De este modo manifestó Dios á las naciones idólatras la fuerza de su poder, y cuán absurdo era el culto que ellas seguian. Prosiguiendo Josué sus victorias por el espacio de seis años, se apoderó de casi todas las ciudades de los cananeos. Insiguiendo lo ordenado por Dios, distribuyó entre los vencedores las tierras conquistadas; y despues de haber colocado el arca de la alianza en la ciudad de Silos, murió á la edad de ciento diez años, 1724 ántes de Jesucristo, habiendo gobernado veinte y siete años el pueblo de Israel.

San Gedeon.—Era hijo de Manasés. Fué el quinto juez de Israel, unos 1245 años ántes de Jesucristo, y un ángel le anunció que el Señor lo habia escogido para ser el libertador de su pueblo. Gedeon, cuya humildad era extremada, y que por otra parte pensaba que aquel ángel era un hombre;, necesitó ver algunos milagros para creer en la autenticidad de semejante mision. Habiendo hecho cocer un cabrito para ofrecerlo, el ángel le dijo que metiese la carne y pan sin levadura en un cesto, y el zumo en un jarro, que lo llevase en seguida todo al pié de una encina, y que derramase aquel zumo sobre la carne despues de haberla colocado sobre una piedra. El ángel tocó la piedra, y al momento salió de ella un fuego que consumió la carne y el pan. Habiendo despues extendido un vellocino al anochecer, al dia siguiente lo encontró Gedeon todo mojado de rocío, sin que lo estuviese la tierra de su rededor: la mañana siguiente sucedió lo contrario; la tierra se hallaba toda mojada y el vellocino enteramente seco. El nuevo libertador de Israel empezó su mision destruyendo de noche el altar de Baal. En seguida hizo tocar una trompeta, y vió en muy poco tiempo reunido á su rededor un ejército de treinta y dos mil hombres, el cual redujo por órden de Dios á trescientos, dando á cada uno de ellos por toda armadura un cántaro de barro con una luz dentro de él, y un cuerno de carnero ó una trompeta. Durante la noche, Gedeon se adelantó hácia el enemigo con sus trescientos hombres que tenian órden de romper á un mismo tiempo sus cántaros y tocar sus trompetas, y espantados los enemigos con aquel ruido y la aparicion repentina de aquellas luces, creyeron que tenian que pelear con un ejército formidable. Desatentados y confundidos, se mataron unos á otros, y los que escaparon de aquella carnicería fueron á su vez derrotados por los vencedores, que los pasaron á cuchillo, quedando así libre la tierra de aquellos hombres malvados. A fin de que no pudiese haber equivocacion sobre el verdadero autor de la victoria, aquellos guerreros escogidos para libertar al pueblo de Dios, no eran los mas ricos ni los mas distinguidos por sus talentos ni por su experiencia. En todos aquellos acontecimientos que tenian lugar en el pueblo escogido, siempre se ve sola en todo la mano de Dios, empleando los medios mas débiles, mas despreciables en sí mismos, para que se conozca que únicamente es el Señor el que obra. Despues de aquella victoria, los israelitas quisieron dar la co-

rona á Gedeon y proclamarlo rey, ofreciéndole asimismo la sucesion al trono para su posteridad, pero él les contestó: Nó; ni yo ni mis hijos reinaremos nunca sobre vosotros: solo el Señor será vuestro rey. Continuó, pues, gobernando como juez con mucha sabiduría y equidad, y murió de una edad muy avanzada, el año 1239 ántes de Jesucristo, dejando setenta hijos de muchas mujeres, además de Abimelech, que habia tenido de una concubina y mató á todos los demás.

SANTA ANA, PROFETISA.—Fué esposa de Elcana. Dios, movido por sus ruegos y oraciones, la prometió que seria madre, y efectivamente un año despues parió á Samuel, el año 1155 ántes de Jesucristo. Ana señaló su reconocimiento á tan gran beneficio por medio de un cántico de accion de gracias, lleno de ideas sublimes y magníficas de la divinidad, de su providencia y de su terrible y admirable justicia. Nada sabemos de su muerte, constándonos por los libros santos su santidad y eminentes virtudes. Créese que murió en Jerusalen.

SAN LUPO Ó LOPE, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en la diócesis de Orleans, y desde la infancia echó los cimientos de la eminente santidad á que debia llegar despues. Como otro Samuel, fué criado en el santuario y agregado desde muy temprano al clero de su diócesis. Profesaba particular devocion á los santos mártires, y con frecuencia visitaba sus sepulcros. Animado de su mismo espíritu, crucificaba su carne por medio de rigurosos ayunos, largas vigilias, y por la práctica de las mayores humillaciones. Sensible á la miseria de los que la sufrian, llevó la caridad á un punto inconcebible. En el año 609 fué elegido arzobispo de Sens, en Francia, cuyas funciones desempeñó con perfectísima exactitud, mostrando que puede conservarse la humildad entre las mas elevadas dignidades, y hermanar las funciones exteriores de los puestos encumbrados con el recogimiento y la soledad. La tranquilidad pública tuvo en Lupo un celoso defensor, y á pesar de los grandes bienes que hacia al estado, el rey Clotario, escuchando á los calumniadores, le desterró de su Iglesia, y le hizo conducir por un oficial pagano á la villa de Ausena. Cuando el santo llegó al lugar de su destierro, vió que aquellos pueblos prostituian un incienso sacrílego á los ídolos, y creyó que Dios le habia enviado allí para emprender su conversion. Sus discursos sostenidos por milagros y santos ejemplos obraron admirables frutos, recibiendo el bautismo de su mano multitud de paganos. Pasado algun tiempo, los habitantes de Sens solicitaron de la córte el regreso de su venerable pastor, y Clotario, que habia ya reconocido su error, llamó al santo, y postrándose á sus piés le pidió perdon por su injusticia, y le dejó volver á su Iglesia colmado de beneficios. Lupo no quiso vengarse de sus enemigos; al contrario, buscó siempre ocasion para corresponderles con beneficios, y despues de una vida santa, murió en paz el dia 1.º de setiembre del año 623.

SAN SIXTO, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué discípulo del apóstol san Pedro, segun san Gerónimo, que le consagró obispo y le envió á Rheims de Francia. Despues de haber propagado el Evangelio en aquellas comarcas, recibió la corona del martirio y el premio de la vida eterna en tiempo del emperador Neron.

SAN AMON Y CUARENTA VIRGENES, MÁRTIRES.—Amon era diácono, y con sus exhortaciones y ejemplos habia convertido á la fé de Jesucristo á las vírgenes que despues alcanzaron con él la palma del martirio. Estas santas eran todas naturales de Adrianópolis, y por haber dado oidos á las palabras del ilustre diácono, fueron con él metidas en la cárcel, donde sufrieron horribles suplicios. Despues de esto, fueron llevadas tambien en compañía de Amon á la presencia del tirano Licinio. Sus cuerpos estaban ya desfigurados por los tormentos que habian sufrido en la cárcel; pero su valor y su constancia llenó de despecho al tirano, que mandó que en seguida ocho de aquellas santas vírgenes fuesen degolladas con Amon, diez atravesadas con clavos, otras diez quemadas en una hoguera, seis despedazadas y las demás sofocadas cruelmente, entrándoles un hierro candente por las fauces. Así acabaron todos aquellos santos su glorioso martirio, el año 316 segun Baronio.

SAN PRISCO, MÁRTIR.—Fué uno de los setenta discípulos de Jesucristo, y habiendo venido en compañía del príncipe de los apóstoles á Occidente, fué enviado por el mismo san Pedro á Capua, de cuya ciudad aseguran algunos que fué primer obispo, y la cual consagró con su sangre, muriendo mártir en tiempo de Neron.

SAN TERENCIANO, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué discípulo de los apóstoles, y consagrado por ellos obispo de Todi, en la Umbría. Despues de haber convertido muchos infieles á Jesucristo, y sembrado abundantes mieses en el campo de la Iglesia, en tiempo del emperador Adriano y del procónsul Peciano fué preso, atormentado en el potro y con escorpiones, le cortaron la lengua y le degollaron en la misma ciudad, el dia 1.º de setiembre del año 138. Los fieles recogieron sus reliquias y les dieron sepultura, y fueron en todos tiempos prenda de muchos milagros.

LOS SANTOS VICENTE Y LETO, MÁRTIRES.—Son tan varias, tan confusas y contradictorias las noticias que hemos encontrado de estos santos, que no podemos formar con ellas ningun cálculo prudente. Autores respetables dicen que fueron franceses; que Vicente fué obispo y Leto presbítero; que fueron dos apóstoles de todo el Occidente, y que murieron bautizados, en cuya última circunstancia todos los escritores convienen. Otros aseguran que nacieron en la ciudad de Toledo; que no tuvieron nunca ninguna órden sagrada, y que sufrieron martirio en su misma patria en el siglo III ó IV. Lo cierto es que el antiguo breviario mozárabe tiene rezo propio de estos santos, sin que tampoco se aclare en él muy decididamente que son españoles.

SAN PRISCO, OBISPO Y SUS COMPAÑEROS LOS SANTOS CASTRENSE, TÁMARO, ROSIO, ERACLIO, SECUNDINO, ADJUTORIO, MARCOS, AUGUSTO, ELPIDIO, CANION Y VINDONIO, CONFESORES.—Todos estos santos pertenecian al número de aquellos santos sacerdotes que en la persecucion de los vándalos por defender la fé católica fueron bárbaramente atormentados, y despues metidos en un barco viejo fueron echados del África, y arribaron milagrosamente á las riberas de la Campaña de Italia. Apareciéndose luego por todo aquel pais, Prisco fué consagrado obispo de Capua, y otros de ellos fueron tambien elegidos para gobernar varias Iglesias, de modo que fueron los propagadores de la religion cristiana durante el siglo V.

SAN RÉGULO, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué obispo de África y defendió con tanto celo la fé católica contra los arrianos, que lo echaron violentamente de su diócesis. Fuése, pues,

á Italia con dos compañeros, y llegando á Populonio, en la Toscana, llamado hoy *Porto Baratto*, fué preso por órden del rey de los godos Totila, y sacrificado por no quererse prestar á las sacrílegas exigencias de los bárbaros. Su muerte la colocan los bolandistas en el año 542.

SANTA ANA, PROFETISA.—Fué de la tribu de Aser, é hija de Fanuel. Como estaba dedicada al servicio del templo, halló-e en él cuando fué presentado el niño Jesus, y fué á purificarse aquella Madre sin mancilla. Cediendo entonces Ana á los vivos trasportes de su alegría, y la admiracion que le causaba la humildad del Hijo y de la Madre, anunció al mundo juntamente con el anciano Simeon, las maravillas del Mesías. El evangelista san Lucas en su cap. 2, ver. 36 y siguientes, habla de esta santa con particular elogio, y dice entre otras cosas que era viuda, que no se apartaba nunca del templo, que con sus ayunos y oraciones le servia de noche y de dia, y que al llegar la hora de ver al Salvador, prorumpió en alabanzas al Señor, hablando de él á todos los que esperaban la salud y la redencion de Israel.

SAN VICTORIO, OBISPO Y CONFESOR.—Floreció en el siglo V, y gobernó la Iglesia de Mans por espacio de cuarenta años, siendo atestiguada su santidad por muchos milagros obrados ántes y despues de su muerte. Entre otros se cuenta, que con la señal de la cruz apagó un incendio que causaba grandes estragos en la ciudad de Mans, y que amenazaba destruirla. Ignoramos el año en que murió, aunque algunos creen que fué el 490.

SAN CONSTANCIO, OBISPO Y CONFESOR.—Gobernó la Iglesia de Aquino, ciudad de Italia, con prudencia y santidad, fué insigne en milagros, particularmente en el don de profecía, dejó varios monumentos de su piedad en las iglesias y hospicios que hizo construir, y despues de haber sido el padre de los pobres, el promovedor de la pureza en la disciplina eclesiástica, y el modelo de todas las virtudes, murió santamente el dia 1.° de setiembre del año 573. San Gregorio habla de él, proponiéndole por modelo á todos los pastores cristianos.

SANTA VERENA, VÍRGEN.—Nació en Tebas, donde fué bautizada por un venerable obispo, que poco despues fué coronado con la corona del martirio. Para escapar de los estragos de la persecucion, huyó esta santa con otros cristianos al Egipto; pero encontrando tambien aquí ardiente el odio contra los cristianos, se marchó con sus compañeros á Italia. Llegada á Milan, y deseando ofrecerse en hostia viva á su celestial Esposo, empezó á visitar las casas y cárceles donde se hallaban detenidos los fieles, en cuyas ocupaciones pasó algunos años, hasta que sabiendo que habia sido sacrificada al furor pagano toda la legion tebana, en la cual tenia parientes y amigos, encendiéndose en santo celo, se fué á Constanza, en la Helvecia, y se retiró á un lugar solitario, haciendo continua oracion y penitencia, á fin de prepararse para el martirio. Pero el Señor la tenia reservado otro destino. Al cabo de un año de estar en aquel sitio, la fama de su eminente santidad se habia ya divulgado por todas partes, y la mansion de la santa era continuamente visitada por una infinidad de personas que iban á oir sus discursos, y se volvian convertidos á la fé. El gobernador de aquel pais, que era pagano, la metió un dia en la cárcel, en la cual la visitó de noche el mártir san Mauricio, consolándola y anunciándole su libertad. Efectivamente, al dia siguiente le acometió al gobernador una enfermedad mortal, de que sanó al momento por intercesion de la santa, y la dejó en libertad. Volvióse, pues, á su retiro, donde vivió por muchos años en compañía de otras santas vírgenes, que la tenian por maestra y superiora, hasta que el Señor la llamó á gozar de las eternas recompensas el dia 1.° de setiembre del año 300, poco mas ó ménos. Un antiguo Martirologio dice que poco ántes de morir se le apareció la Reina de los cielos, acompañada de un coro de vírgenes, que la acompañaron en su dichoso tránsito.

SAN FIRMINO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué tercer obispo de Amiens. Floreció á mediados del siglo IV, y gobernó con gran celo y santidad su Iglesia por espacio de cuarenta años.

DIA 2.

* SAN ESTÉVAN, REY DE HUNGRÍA, CONFESOR.—Si bien la Iglesia hace commemoracion de este santo en este dia, con todo su vida se halla el dia 20 de agosto.

SAN JUSTO, OBISPO Y CONFESOR.—Ignoramos el año y lugar del nacimiento de este santo: sus virtudes le dieron tal celebridad siendo diácono de la Iglesia de Viena, en Francia, que por los años 350 fué elegido y consagrado obispo de Lyon. Su conducta en tan elevado puesto, acreditó que Justo solo temia á Dios, y nada esperaba mas que de él. Superior á toda consideracion humana, no veia mas que las necesidades de los que le estaban encomendados. Distinguíase por una paciencia á toda prueba, y por una celosa libertad contra los abusos de todo género. Asistió con otros dos obispos de las Galias al concilio de Aquileya, en 381, bajo el imperio de Graciano, congregado para tratar los asuntos de los arrianos. San Ambrosio, que era el alma de esta asamblea, tenia en tanta estima al arzobispo de Lyon, que despues le escribió dos célebres cartas relativas á varios puntos de la santa Escritura. Poco tiempo despues del concilio de Aquileya, Justo disgustado del mundo, y suspirando por el retiro y la penitencia, dejó secretamente sus ovejas, se dirigió á Marsella, y en compañía de un lector de su Iglesia, llamado Viador, se embarcó para Alejandría y se retiró á un monasterio de Egipto, sin darse á conocer. Pasados algunos años, fué descubierto en la soledad por uno de sus diocesanos: toda la comunidad quedó sorprendida del suceso, y la Iglesia de Lyon así que lo supo, comisionó á un sacerdote llamado Antioco, para rogar al santo volviese á la direccion de su rebaño, á lo cual no quiso nunca consentir. Por los años 390 murió el venerable obispo en los brazos de Antioco, que no habia querido dejarlo. Su cuerpo fué despues trasladado á Lyon, y su nombre, ilustre en muchos milagros, fué colocado en el número de los santos.

SAN ANTOLIN Ó ANTONINO, MÁRTIR.—Este santo descendiente, segun algunos, de los reyes visogodos, y segun otros, de la Galia Narbonense, fué convertido á la fé y bautizado en su infancia, y promovido despues al sacerdocio. Los que le suponen nacido en las Galias, dicen que fué agregado á la Iglesia de Tolosa, ó á la de Narbona, ó á la de Arles, de donde pasó á la ciudad de Pamiers en el Languedoc, habitada en gran parte por idólatras, á predicar el Evangelio; y que allí, despues de padecer muchos trabajos en el ejercicio del ministerio apostólico, alcanzó la palma del martirio. Algunos, segun Villanueva, con-

funden á este santo con otro del mismo nombre, que se cree fué compañero de san Dionisio, obispo de París, y enviado por él á Arles. Otros suponen que floreció y murió en la ciudad de Apamea, en Siria, donde en el siglo V habia ya un templo dedicado á san Antonino mártir. El Martirologio romano dice que las reliquias de este santo se conservan con gran veneracion en la Iglesia de Palencia en España, y el autor citado cuenta de este modo el orígen del culto de este santo en la sobredicha diócesis. Se cree, dice, que motivó á él un milagro obrado allí con el rey don Sancho el Mayor, el cual refiere el arzobispo don Rodrigo de esta manera: «El rey don Sancho de Castilla y de Navarra, despues que vió ensanchada su tierra, puso paz y sosiego entre sus hijos, y movió guerra contra el rey don Bermudo de Leon. Y ganó muchos lugares del reino de Leon. Y acaeció que un dia este rey don Sancho, andando á caza por tomar placer, halló un jabalí y comenzó á ir en pos de él, y el puerco se metió en un lugar yermo, que fué despoblado en tiempo de los moros, y aun entonces lo estaba, que es donde está ahora Palencia. Y el puerco enderezó por una cueva adelante, y el rey bajó del caballo y entró tras él, y halló aquella cueva que era como iglesia, y dentro de ella habia un altar, y en él una inscripcion, que decia así: Este altar es de san Antolin, mártir. El jabalí se metió cerca del altar, y el rey disparó un venablo para herir al jabalí, é hirió Dios al rey. El jabalí escapó, y al rey se le secó el brazo, y cuando se sintió tan mal parado volvió á hacer oracion y á rogar con gran fervor á san Antolin, y luego fué curado, y salió de allí luego, y mandó que hiciesen allí la ciudad como ántes, y le puso por nombre Palencia; y mandó hacer la iglesia catedral sobre aquella cueva, y le puso por nombre San Antolin, y al papa pidió tuviese por bien que fuese obispado y que le diese obispo. Y dió á la Iglesia la ciudad libre y cumplidamente con todos sus términos para siempre, y así la tiene hoy dia.» Hasta aquí el arzobispo Rodrigo. Tambien contribuyó al culto de este santo en España, añade Villanueva, la fundacion de un monasterio de San Benito, que á la ribera de Ezla, en el lugar de San Lorenzo, cerca de Coyanza, erigió con la invocacion de san Antolin la condesa doña Sancha, hija del conde Nuño Fernandez, muy señalada bienhechora de la Iglesia de Leon. Para dar mayor culto al glorioso mártir, hizo que de Pamiers se trajesen á aquel monasterio algunas reliquias suyas, que desde entonces se conservan con grandísima veneracion.

Santa Máxima y san Ansano, mártires.—San Ansano era noble ciudadano romano, que habia sido instruido en la fé, y bautizado por el presbítero san Protasio, y le habia sido madrina en el sacramento de la regeneracion la vírgen Máxima, tambien romana. Poco tiempo despues, Máxima y Ansano fueron delatados al emperador Diocleciano, que mandó prenderlos y apalearlos tan bárbaramente, que murieron en medio de aquellos golpes. Natal Alejandro dice, que mientras eran conducidos al suplicio encontraron en el camino un hombre ciego, al cual por la virtud de Dios restituyeron la vista, y que su martirio fué el año 302.

Los santos Zenon, Concordio, Teodoro y otros mártires.—El primero era padre de los dos segundos. Cuando el emperador Juliano el Apóstata estuvo en la ciudad de Nicomedia, excedió su ferocidad contra los cristianos á cuanto habian hecho los antiguos tiranos. Un dia mandó llamar á su presencia á un personaje principal de aquel pais, llamado Zenon, hombre sabio y elevado á altas dignidades, y habiendole preguntado si era cristiano y si tenia hijos, y habiéndole contestado afirmativamente el siervo de Dios á ambas preguntas, mandó el emperador que viniesen tambien los hijos, y á ellos y al padre los entregó á un tal Constancio para que los castigase si no ofrecian incienso á los ídolos. Los tres fueron puestos en la cárcel pública, de donde salieron despues casi muertos de hambre, para sufrir una porcion de tormentos cuya relacion hace estremecer. Permanecieron siempre constantes en su primera confesion, hasta que á fuerza de dolores y padecimientos, entregaron su alma á Dios. Con ellos murieron tambien otros muchos santos que se habian animado á vista de la constancia y valor de Zenon y sus dos hijos.

Los santos Diomedes, Julian, Felipe, Eutiquiano, Esiquio, Leonides, Filadelfo, Menalipo y Pantágapes, mártires.—Nada mas sabemos de estos santos, que lo que dice el Martirologio romano, esto es, que llegaron á la corona del martirio, unos quemados, otros ahogados, otros pasados con espada, y otros crucificados.

Los santos Evodio, Hermógenes y Calista, hermanos y mártires.—Tampoco sabemos nada de estos santos, por haberse perdido las actas de su martirio.

San Elpidio, obispo y confesor.—Fué obispo de Lyon, y floreció en santidad y sabiduría y en el don de milagros. Fué un verdadero pastor de su pueblo, y descansó en el Señor en la misma ciudad, á mediados del siglo V. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de los Siete Hermanos Macabeos, al lado de su predecesor san Justo.

San Elpidio, abad y confesor.—Segun Natal, fué este santo oriundo de Capadocia, y habiendo pasado á Italia, se retiró á un desierto, donde permaneció veinte y cinco años, no comiendo mas que los jueves y domingos. Despues, habiéndose hecho pública la fama de su santidad, se le reunieron varias personas piadosas que querian vivir bajo su direccion, las cuales condujo por los caminos de la virtud, hasta que murió á 2 de setiembre del año 418. Su cuerpo fué enterrado en un pueblo de la Marca de Ancona, que despues tomó el nombre del santo.

San Nonoso, abad y confesor.—Fué insigne en humildad y en santos fervores por todo lo que atañe al servicio de Dios. Vivió en el monasterio del monte Soracte, donde tambien murió á mediados del siglo VI. El Martirologio romano dice que con sus oraciones trasladó de un lugar á otro un peñasco grandísimo, y floreció con otros milagros.

San Maws, confesor.—Fué un fervoroso monge irlandés. La tradicion le pinta como maestro de escuela, y segun se dice en el lugar de su nombre, fué hecho obispo en Bretaña.

San Guillermo, obispo de Roschild, confesor.—Fué un presbítero inglés de eminente zelo y santidad, y capellan del rey Canuto. En 1067 fué enterrado en el mismo sitio que el rey su amigo.

La beata Margarita, vírgen y mártir.—Nació en Lovaina de Brabante. Fué martirizada en las riberas del Dyle ó Deel por ciertos rufianes de las cercanías en el siglo XIII, por no haber querido consentir en el pecado.

DIA 3.

SANTA SERAPIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Era tanta la ira con que fueron los cristianos perseguidos, y tanto el furor de los tormentos que en tiempo del emperador Adriano se inventaron, que á los mas valerosos capitanes podian hacer temblar y volver la espalda al rigor, si no se armaran con el escudo inexpugnable de la fé, por quien padecian. En este tiempo, pues, y en esta persecucion se hallaba la gloriosa santa Serapia, noble ciudadana antioquena, en casa y compañía de una nobilísima señora romana llamada Sabina. Era Serapia cristiana y Sabina gentil, pero la dulzura de la conversacion de Serapia era tal, que por ella se convirtió Sabina á nuestra santa fé, y fué mártir gloriosísima, dando por Cristo la vida al mismo dia que su maestra Serapia. El presidente de Roma era Berilo: llegó á su noticia como Serapia cristiana estaba en casa de Sabina: y aunque para otro cualquiera delito que hubiese cometido, le seria sagrado casa tan noble y principal; el delito de ser cristiana (que para aquellos tiranos lo era y el mayor) no tenia seguridad, ni sagrado alguno; porque aunque fuera en el palacio del mismo emperador, podian prenderlos: y así Berilo envió una gran chusma de ministros suyos, para que sin mirar el respeto debido á la casa de Sabina, tanto por sú gran nobleza, cuanto por haber sido mujer de Valentino, uno de los primeros príncipes de Roma, le trajesen presa á Serapia. Prendiéronla los crueles ministros, pero la gloriosa santa Sabina no se pudo contener, sin dejar de seguir á su querida maestra; y así llegaron á un tiempo al tribunal de Berilo la maestra y la discípula, aquella presa de los tiranos, y esta, del divino amor. Viendo Berilo á Sabina que acompañaba á Serapia; aunque bárbaro fiero, tuvo tanto respeto á Sabina no juzgando fuese cristiana, que al punto dió libertad á Serapia y permiso para que Sabina se la volviese á llevar á su casa, como lo hizo.

Vueltas las dos santas á su casa, la gloriosa vírgen Serapia, encendida en el amor de su esposo Jesucristo, y deseosa de padecer por él, queria volverse con los soldados que las habian acompañado, y viendo se lo estorbaba Sabina su discípula, la habló de esta manera: Señora y madre de mi vida, permite que me vaya con estos ministros: no me quites la preciosa é inestimable corona del martirio, que si no fuera el debido honor y respeto que el presidente te ha tenido, adornaria ya mis sienes. Tú haz oracion y confía en nuestro Señor Jesucristo, que te será esposo, padre y maestro, suplicando aquello que mi corta capacidad no ha alcanzado á enseñarte. Yo creo y tengo gran confianza en mi divino esposo Jesus, que aunque soy indigna y pecadora, me ha de recibir por su esclava; pues como tal me quisiera sacrificar por medio del martirio, confesando su santo nombre y defendiendo su fé divina. En estas amorosas súplicas, y en continua oracion permaneció Serapia tres dias continuos, al fin de los cuales, volviéndose el presidente á acordar de Serapia, arrepentido de haberla perdonado, mandó prevenir su tribunal cerca del puente de Tiber sobre el arco de Albino, lugar dedicado para hacer justicia: y puesto en él, ordenó que sin atender el respeto debido á Sabina, le trajesen allí presa á Serapia. Hiciéronlo así; pero santa Sabina no pudo dejar de seguir, como el acero al iman, á su amada maestra Serapia, por ver si podria librarla y sacarla de las manos de los tiranos. Pero viendo que no podia, vuelta al presidente con un furor piadosamente católico, sin reparar en ser descubierta por cristiana, le dijo: Cansarbicso impío y cruel tirano, advierte bien y repara que si haces la menor injuria á la santa vírgen de Dios y señora mia Serapia, ha de ser para mayor daño tuyo; porque te advierto, si no lo sabes, que Cristo Dios nuestro, que á todo está presente, tiene la espada de la divina justicia en la mano, para castigar á tí y á tus crueles emperadores con penas sempiternas, por las injurias y tiranas sinrazones de que usais con los que sirven á Dios vivo, ejecutando en ellos vuestra infame zaña y rigor, con inauditos tormentos. Con esto llorando tiernamente, se fué á su casa, sin que el dolor la diese lugar á pronunciar mas palabras. Pero dejémosla en su casa y envuelta en tiernas lágrimas á generosa y piadosa Sabina; que su vida y martirio tiene su lugar y dia propio, y prosigamos nuestra historia.

Al punto, pues, que se partió Sabina, vuelto Berilo á la vírgen Serapia, la dijo: Sacrifica á los dioses inmortales, á imitacion de nuestros augustos emperadores. Serapia respondió: Yo temo y adoro á Dios omnipotente que hizo el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos: esos que tú me mandas adorar, no son dioses sino demonios; y á mí, que soy cristiana, no me es lícito adorar sino á Jesucristo. Entonces dijo el presidente: Pues llega y sacrifica á tu Cristo. Yo (dijo la santa vírgen) cada dia le ofrezco sacrificios, y le adoro y hago oracion dia y noche. El presidente como haciendo burla, dijo: ¿Dónde está el templo de Cristo, y qué sacrificio es el que le ofreces? Serapia respondió: Este es el sacrificio mas acepto y agradable á mi Dios, que pura y limpia, vírgen y casta le ofrezca mi corazon, sin mas cuidados que el de solicitar que otros se le rindan y adoren. ¿Este es (dijo riéndose Berilo) el templo y sacrificio de tu Cristo? Respondió Serapia: No hay cosa mejor en el mundo que conocer al verdadero Dios, y viviendo casta y piadosamente servirle. Berilo dijo: Segun eso, tú eres el templo de tu Cristo, como dices. Serapia respondió: Si confiada en su ausilio y misericordia me conservare casta y pura, te digo de verdad que soy templo de Dios vivo; porque dice la sagrada Escritura: «Vosotros sois templo de Dios vivo y el Espíritu Santo habita en vosotros.» Luego si fueres violada (dijo el presidente), perdiendo la virginidad, dejarás de ser templo de tu Dios. Serapia respondió: Si alguno violare el templo de Dios le destruirá. Berilo, que no entendia estas sentencias, la mandó entregar á dos mancebos egipcios con órden de que la encerrasen con ellos toda la noche siguiente, para que á su salvo la violasen y gozasen.

Los deshonestos y lascivos mancebos, que no deseaban otra cosa, la llevaron á un oscuro aposento, y allí encerrados los tres, se puso en oracion la bendita vírgen, diciendo así á su esposo Jesus: A tí te invoco, Señor mio Jesucristo: pues, como Esposo á quien tengo dedicada mi pureza y virginidad, te toca guardarla, pues eres verdadero custodio mio y mi conservador: á tí te invoco, Señor mio Jesucristo, que eres verdadera luz y alegría sempiterna: tú que cerradas las puertas visitaste y conforlaste á tus santos apóstoles, cuando estaban en la tenebrosa cárcel; ruégote, Señor, humildemente me asistas y tengas piedad de mí, tu esclava Serapia, y me libres del impuro y lascivo deseo de estos dos mance-

bos: pierdan, Señor, la luz de sus ojos, para que no puedan tocar á tu humilde esclava que en tí confia, ni contaminar mi cuerpo á tí consagrado: avergüéncense, Señor de su misma deshonestidad, y no permitas que me manchen; ántes, Señor, llévame para tí: asiste tambien Señor, á tu esclava Sabina: confirmala con tu virtud y poder, buen Jesus; no se burle de ella el cruel enemigo del linaje humano: mira, Señor, que por tu santo nombre ha sufrido muchas cosas por mi causa: Señor mio Jesucristo, óyeme tú, que eres bendito y glorioso con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.

Apenas acabó esta humilde y devota oracion, cuando se oyó un gran ruido y terremoto tal, que sonó por toda la ciudad; y aquellos dos lascivos jóvenes cayeron en tierra medio muertos, y quedaron sin sentido ni operacion vital alguna, cuando juzgaron violar la castísima doncella: la cual reconocida al divino favor, dió gracias á su amante esposo Jesus, y se estuvo en oracion, regalándose con él toda la noche. Apenas amaneció, cuando envió sus ministros el presidente, á que supiesen de aquellos dos mozos, si habian saciado bien sus libidinosos deseos. Entraron los ministros y hallaron á la santa vírgen puesta en oracion, y á los jóvenes tendidos en tierra como muertos, sin fuerzas para hablar ni levantarse; solo tenian los ojos abiertos. Llegóse gran concurso á ver el espectáculo; y el presidente, noticioso del caso, hizo parar su tribunal y traer allí á Serapia, y puesta en su presencia, la dijo: Y pues, Serapia, ¿cómo has pasado la noche? ¿Has cumplido bien tus deseos libidinosos, ó te queda algun incendio? A palabras tan deshonestas respondió la santa vírgen: Tú hablas segun tu perverso juicio, ocupado y poseido del demonio: lo que te sé decir es, que ni he oido á los mancebos, ni sé si han estado conmigo. ¿Pues no han estado contigo toda esta noche? Solo conmigo ha estado (respondió Serapia) aquel de quien yo soy, y me quiere para sí. ¿Quién es ese? (dijo el presidente). Mi custodio y conservador, y mi Señor Jesucristo (respondió la santa vírgen). No gastemos el tiempo (dijo Berilo): dime; ¿de qué encantamientos has usado contra aquellos pobres mozos, que así los has muerto? A nosotros los cristianos (dijo Serapia) no nos es lícito como á vosotros usar de maleficios: ántes nuestro Señor Jesucristo vuelve á la vida á los que vosotros la quitais con ellos. Supuesto (dijo Berilo) que tu Cristo vence los encantos todos, invócale para que vuelva la vida á aquellos dos míseros jóvenes, para que sepamos de ellos, qué han hecho contigo toda la noche; porque yo estoy cierto que con tus hechizos los has puesto así para que no digan tus deshonestidades. Mi Dios, de quien yo soy humilde esclava (dijo Serapia), todopoderoso es; á él nada hay imposible. Haz, pues (dijo Berilo), que vuelvan esos pobres jóvenes y hablen. Tú juzgas (digo Serapia) que yo soy maga y hechicera; pero te digo de verdad, que todos mis encantos se reducen á hacer oracion á mi Señor Jesucristo. Sea como tú quieres (dijo el presidente): tú haz que hablen los dos mozos; que no deseo otra cosa por ahora: y así vé al lugar donde están, y allí haz oracion á tu Dios. Nada importa (dijo la santa) que yo vaya allá, ó nó; ántes será mejor los mandes traer aquí, para que ninguno, como tú, juzgue mal de la virtud que mi Dios da á sus siervos.

Trajeron allí á los dos mancebos, tan sin mover pié ni mano, ni algun otro de sus miembros, que todos los juzgaban por muertos; y el presidente viéndolos dijo: Ea, Serapia, ruega á tu Dios por la salud y vida de estos. Levantó Serapia los ojos al cielo y dijo: Señor Dios omnipotente, que hiciste el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, y por tus santos apóstoles resucitaste los muertos, y sanaste los leprosos, é hiciste otros innumerables milagros; oye, Señor, á esta tu esclava que en tí confia: no disimules, Señor por este infeliz incrédulo: sana, Señor, á estos dos mancebos, para que quede confundido este soberbio, y para que él y todos conozcan que tú solo eres Dios. Hecha esta oracion, se llegó á los mancebos, y les dijo: En el nombre de nuestro Señor Jesucristo os mando que os pongais en pié, sanos y buenos. Al instante se levantaron y hablaron. Admirado todo el pueblo del prodigio; solo el presidente protervo dijo: ¿No reparais como no pudo usar de su arte mágica, sino es tocándolos? Y vuelto á los jóvenes, dijo: Decidme, ¿de qué manera esta encantadora os privó de la razon y uso de vuestros miembros? Y ellos respondieron: Señor, al punto que nos encerraron con ella, segun el órden de vuestra alteza, vino un mancebo de perfecta y maravillosa forma, despidiendo de sí rayos como un sol hermoso, y se puso en medio de nosotros y esta doncella: nosotros, pasmados de ver hermosura tanta, quedamos sin sentido, desmayados y mas muertos que vivos; y así hemos estado desde aquella hora hasta este punto: y así una de dos, Señor, ó ella sabe la arte mágica, ó su Dios es verdaderamente grande. Volvióse el presidente á la gloriosa vírgen, y dijo: Serapia, si me dices cómo has hecho este encantamiento, te empeño mi palabra de darte por libre. Serapia respondió: Yo siempre aborrecí las maldades; porque sé que todos los cristianos, invocando el nombre de Cristo, desharán cuantos encantos hay en el mundo, sin que haya alguno que les dañe. Yo conoceré (dijo Berilo) si hay alguna fuerza en tus encantos: si no sacrificares á los dioses, te cortaré la cabeza. Haz tu gusto (dijo Serapia); que yo no sacrifico á los demonios, ni hago la voluntad de tu padre Satanás, porque soy cristiana.

Con estas palabras se acabó de encender el furor de Berilo; y así mandó que pusiesen á los dos costados de la santa vírgen dos hachas encendidas, para que le abrasasen y consumiesen, como él se abrazaba y consumia; pero al instante se apagaron por la virtud divina: y los que las aplicaban, cayeron muertos. La gloriosa vírgen, volviendo al cielo los ojos, dijo: Señor mio Jesucristo, avergüéncense ya tus enemigos: sean, Señor, confundidos, para que te conozcan y adoren por su Dios y Señor. El presidente la dijo: Sacrifica á los dioses, para que no mueras. Serapia respondió: Por esa misma causa no sacrifico á los demonios, para no morir. Berilo la dijo: Oye, hechicera, encantadora, asesina, los preceptos de los emperadores, y sacrificando á los dioses inmortales, te librarás de crueles tormentos y de la muerte. Vosotros (dijo Serapia) sois los hechiceros, encantadores y asesinos, que negais la adoracion al Dios vivo y verdadero, y la dais á los demonios, para perecer con ellos eternamente. Yo me ofrezco á mí misma en sacrificio á mi Dios y Señor Jesucristo, á quien suplico se digne de recibirme, que, aunque indigna pecadora, soy cristiana. Mandóla el presidente dar crueles palos, y sucedió mientras la herian un

gran terremoto ; y saltando una astilla de un palo de aquellos con que herian á la inocente vírgen, le dió al presidente en un ojo, de cuyo golpe se estuvo abrasando de dolores del infierno por espacio de tres dias, y cegó: y abrasado del dolor del golpe y enfurecido, pronunció esta sentencia: A Serapia, no solo porque no obedece á nuestros emperadores, sino tambien por haberla cogido en mil hechicerías y encantos, la mandamos cortar la cabeza. Al instante los crueles verdugos ejecutaron la sentencia: con que la invencible gloriosísima y vírgen Serapia dió su garganta bella al cuchillo, y la hermosísima alma á su Criador, para que le diese las merecidas coronas de vírgen y mártir. La ilustrísima Sabina tomó su glorioso cuerpo, y con solemnísimas exequias colocó aquel tesoro y margarita preciosa en un sepulcro, que para sí tenia labrado, con hermosura y riqueza; y despues tuvo por maestra en el martirio, á quien lo habia sido en la fé. Padeció la gloriosa vírgen Serapia á los 29 de agosto por los años del Señor de 122; pero la Iglesia hace su memoria y fiesta á los 3 de setiembre, que es el dia en que se colocaron juntos los santos cuerpos de las dos gloriosísimas mártires, discípula y maestra, Sabina y Serapia, y este dia es mas célebre en Roma. Escribieron la vida de santa Serapia, Beda, Usuardo y Adon, con la de santa Sabina; Surio, tomo v; Vincencio Burgundio, tomo iv, *Specul. major.*; el Martirologio romano; Baronio en sus anotaciones y en el tomo segundo de sus Anales, núm. 2, y otros.

* San Mansueto, obispo y confesor. — Durante el imperio de Constante, hijo de Constantino el Grande floreció este santo, escocés de nacion. Deseoso de propagar la fé en todas las Galias, trabajó con zelo apostólico, haciéndose amable á Dios y á los hombres. Fué consagrado obispo de Toul, cuya Iglesia habia engendrado en Jesucristo. Murió lleno de virtudes en su misma diócesis.

San Simeon Stilita, llamado el Jóven, penitente. — Nació en Antioquía en 521, y desde su infancia se retiró al monasterio, llamado «Montaña admirable,» situado en los desiertos de Siria. Estuvo algunos años sirviendo á un religioso del mismo monasterio, que hacia penitencia sobre una columna no léjos de la comunidad, y se dedicó con todo su corazon á ser fiel imitador de sus virtudes. Un dia que encontró un leopardo, lo condujo al pié de la columna de su maestro con tanta facilidad, como si hubiese sido un animal doméstico, y al ver el ermitaño aquella fiera que con tanta sumision obedecia á la voz de un niño: concibió las mas altas esperanzas de su discípulo. Pasado algun tiempo, le mandó que viviese tambien sobre una columna, á cuya disposicion se conformó desde luego Simeon como si hubiese sido el cielo quien se la diera. En ella vivió por espacio de sesenta y ocho años, entregado á una continua contemplacion y á las austeridades de la mas rigurosa penitencia. El Señor manifestó la santidad de su siervo por medio de un gran número de milagros, que tuvieron por principal objeto la curacion de todo género de enfermedad. Fué tambien famoso en el don de profecía, y un autor contemporáneo del santo dice que leia los secretos del corazon de los que iban á consultarle, acerca de la salvacion de su alma. La fama de sus virtudes corrió por todas partes: era venerado en todo el universo, y respetado principalmente por los emperadores Mauricio y Justino. A este último le escribió una carta sobre el culto de las santas imágenes; que es citada por san Juan Damasceno y por el segundo concilio de Nicea. Simeon fué atacado por una fuerte enfermedad, y murió el dia 3 de setiembre del año 595, asistiendo á sus funerales todo el clero, el pueblo y algunos obispos, entre los cuales estaba san Gregorio, patriarca de Constantinopla, que habia acudido á ser testigo de los últimos momentos del santo. San Simeon predicaba continuamente desde lo alto de su columna, y sus discursos obraron una infinidad de conversiones.

Las santas Eufemia Dorotea, Tecla, y Erasma, vírgenes y mártires. — Las dos primeras eran hermanas, y las otras primas suyas. Habian nacido en Aquileya, y allí derramaron tambien su preciosa sangre del modo siguiente. Durante la persecucion del emperador Neron, fueron presas por órden del presidente Sebaste, y despues de azotarlas, abrasarlas en el fuego, cortarles los pechos y otros crueles suplicios, fueron degolladas por Valente, padre de las dos primeras y tio de las segundas. San Hermágoras recogió sus cuerpos y les dió honrosa sepultura.

Santa Basilisa, vírgen y mártir. — Natural de Nicodemia, á la edad de nueve años fué presa por ser cristiana por órden del prefecto Alejandro, que estaba encargado de hacer cumplir los edictos del emperador Diocleciano. Su constancia, á pesar de edad tan tierna, enfureció al tirano, quien mandó que primero la abofeteasen, despues que la azotasen, y no cediendo aun de su primera confesion, la colgaron de un palo, derramaron sobre ella pez, azufre y plomo derretido, y machacándole la cabeza con unas piedras, la dejaron por muerta. Al cabo de un rato revivió, y se presentó ilesa; pero redoblándose entonces contra ella el furor de los paganos, la metieron en una hoguera, de la cual salió ilesa: despues la arrojaron á los leones, que tambien respetaron su persona. Librada milagrosamente de tantos tormentos, salió de la ciudad, y siendo atormentada por la sed, se puso en oracion, y salió de unas rocas un manantial de agua viva, en la cual han encontrado despues salud los enfermos. Finalmente, poco despues, estando arrobada en divina contemplacion, el Señor se la llevó á sí, y le dió la corona debida á su virginidad y á su martirio.

San Sandalo, mártir. — El breviario de Córdoba dice, que este santo es uno de los fieles dichosos que en aquella ciudad padecieron por Jesucristo, cuando los gentiles con mayor furia y crueldad perseguian su Iglesia. Martin de Roa, en su Historia de los santos de Córdoba, dice, que su culto es muy antiguo, y añade estas palabras: « Guardó á Dios gran fidelidad en confesar su fé; y habiendo peleado muy bien, acabó su carrera dichosamente. La razon y manera de su martirio, aunque no quedó escrita para memoria de los hombres, lo está en los cielos en el libro de la vida donde le estaba guardada la debida corona que le dió el Señor en tiempo, como se cree, de la cruelísima persecucion de Diocleciano. » Hasta aquí el autor citado, sin que se encuentren en otra parte documentos que den noticia de las circunstancias de su vida y muerte.

San Aristeo y san Antonino, mártires. — El primero parece fué obispo de Capua, y el segundo era un niño de la misma ciudad, educado por el venerable obispo, y bautizado á los diez años de su edad. Despues de algunos

años, siendo discípulo y maestro, dos vasos de eleccion para la causa de Dios, dos hostias agradables y santas, fueron sacrificados por los gentiles y volaron al cielo coronados con la auréola del martirio.

Los santos Zenon y Cariton, mártires.—Parece que fueron de Grecia, y segun el Martirologio, presos por ser cristianos, negándose á ofrecer adoracion á los dioses paganos, Zenon fué metido en una caldera de plomo derretido y á Cariton lo echaron en un horno encendido, consiguiendo así los dos la palma del martirio.

San Ausano, obispo y confesor.— Nació de nobilísima familia en Milan, de cuya ciudad fué nombrado despues obispo por el papa Juan III. Habia pasado su juventud en el estudio y la oracion, de modo, que cuando fué elevado al episcopado, desde luego empezó á dar muestras de su sabiduría y sólida piedad, en la reforma de los abusos, en el arreglo espiritual y temporal de su diócesis y en el zelo que desplegó en favor de las verdades de la fé que eran conbatidas por los herejes. En la irrupcion de los bárbaros del norte, prestó á sus ovejas beneficios incalculables, y últimamente murió en paz, el dia 3 de setiembre del año 568.

Santa Febes, diaconisa.—Fué de Corinto y abrazó la religion cristiana por la predicacion de san Pablo, de quien fué digna discípula. El apóstol, en su carta á los romanos, cap. 16, les dice estas palabras: « Os encomiendo á Febes, nuestra hermana, que está en el servicio de la Iglesia de Cenchrea: que la recibais en el Señor como deben los santos, y la ayudeis en todo lo que os hubiere menester; porque ella ha asistido á muchos, y á mí en particular. » Los bolandistas son de opinion que murió en Corinto por los últimos años del siglo I.

San Aigulfo, y otros monges, mártires.— El primero era abad y los otros religiosos del monasterio de Lerins. Vivia aquella santa comunidad en la observancia mas perfecta de la vida monástica: pero como en las reuniones mas escogidas permite Dios que haya siempre algun malvado para prueba y purificacion de los buenos, hubo tambien en aquella casa dos monges perversos, que no queriendo conformarse con las prácticas de disciplina y rigor que el santo abad habia establecido, se conjuraron contra él y los que le obedecian, y armaron un complot para perderlos. Efectivamente, Aigulfo y sus fieles discípulos fueron víctimas de su piedad, muriendo degollados, despues de habérseles arrancado la lengua y los ojos, en número de mas de treinta, el dia 3 de setiembre del año 678, á manos de los revoltosos. La Iglesia los venera como á mártires, para dar á todos sus hijos el ilustre ejemplo de que no solo se alcanza la palma del martirio, muriendo por órden de los tiranos, sino que tambien son honrados con este precioso dictado todos los que, conociendo el mérito y valor de sus obligaciones cristianas, se dejan sacrificar ántes que hacer traicion á su conciencia, ni faltar á ninguna de esas obligaciones.

San Remaclo, obispo de Mastrich, confesor.—Floreció á mediados del siglo VII. San Eloy le nombró primer abad del monasterio que fundó en Solignach. En 650 fué electo obispo, y en 664 murió con gran olor de santidad.

San Magnisio, obispo de Irlanda.—Fué el primer obispo de Connor, en Irlanda. San Olean fué su maestro, y murió el dia 3 de setiembre de 513; otros dicen que en 506.

DIA 4.

Santa Rosa de Viterbo, vírgen.— Al tiempo que el emperador Federico II, cruelmente tirano, y enemigo del vicario de Cristo y de toda la Iglesia, con pretexto de paz y reconciliacion con el sumo pontífice Gregorio IX, á cuya falsa voz dió crédito fácilmente la insigne ciudad de Viterbo, por lo mucho que lo deseaba, viendo tan oprimida la silla apostólica, pues nunca se ha visto mas que en aquel tiempo, ni mas abatidos los pobres cristianos, con la soberbia y dominio de pérfidos herejes, siendo sola esta ciudad la que habia quedado á devocion del pontífice; dió liberalmente entrada al tirano, por ser paso para Roma, de donde dista unas cuarenta millas, que son trece leguas, con cuyo permiso tuvo ocasion el cruel emperador de apoderarse de la ciudad y dominarla, llenándola de herejes é insultos, tanto, que movió al pontífice á que publicase la santa cruzada contra el dicho emperador, y excomulgarlo y maldecirlo, como á sacrílego y rebelde á la santa Iglesia católica. A este tiempo, pues, que era el año de 1240, cuando la primavera apunta sus fragantes rosas, nació (debajo del palacio del tirano Federico, y junto al convento de Santa María de las Rosas) de Juana y Catalina, pobres pero nobles casados (milagrosamente, porque fueron estériles ántes y despues) la bendita santa Rosa, para ser freno al impío Federico y sus secuaces herejes, ejemplo á la vida religiosa, imitadora de la vida de la mas divina rosa, Cristo Jesus, y admiracion á los cielos, enriqueciéndolos con las fragrancias de sus olorosas y admirables virtudes. Los prodigios y maravillas que sucedieron en el nacimiento de esta santa fueron grandes, dando anuncios de su virtud y santidad; pero en la confusion de tantas desdichas como experimentaba Viterbo con la entrada del cruel tirano Federico; toda la atencion estaba dedicada al yugo que los oprimia: y así no se observaron.

No se ha podido averiguar el dia propio de su nacimiento; pero sí, que en breve fué conducida á la iglesia, para que con el agua del sagrado bautismo borrase la culpa heredada de sus padres, y comenzase á mostrar la justificacion que la ilustraba, de que dió maravillosos indicios desde su tierna infancia, despreciando al mundo, viviendo pobremente, y macerando sus delicadas carnes con ayunos, abstinencias y mortificaciones, por el amor entrañable que tenia á su esposo Jesus, á quien procuraba imitar, teniendo por dechado su paciencia y humildad, en que se ejercitó tanto, que jamás le causó tedio alguno el poco cuidado que tenian en alimentarla; pues descuidándose su madre los dias enteros de aplicarla al pecho, era Rosa una piedra inmóvil, hallándola siempre de la suerte que la habia dejado, sin dar señales de su hambre, ni hacer ruido alguno, con una santa quietud mirando continuamente al cielo, como centro de todas sus esperanzas. Las primeras palabras que se le oyeron pronunciar, fueron el dulcísimo y santísimo nombre de Jesus y de María santísima, sin pecado concebida; y despues continuamente los nombraba, como quien los tenia dentro de su amante corazon. Luego que pudo dar los primeros pasos, todo era hincarse de rodillas delante de las imágenes sagradas de Jesus y María santísima, que tenian sus padres en casa, como devotos, humildes y buenos cristianos; y como

tales daban documentos á su querida Rosa, y ella los observaba con gran puntualidad.

Así como la rosa nace y es aplaudida señora entre las flores; así quiso Dios escoger á esta su sierva, para que con los labios de leche, sin capacidad ni ciencia alguna, con débiles alientos hiciese señalados prodigios, para honra de su Criador Jesus y exaltacion de la santa fé católica. Apenas llegaba á ver las luces del segundo año de su nacimiento, cuando empezó á descubrir el tesoro rico que acaudalaba de santidad y devocion con efectos maravillosos; pues si oia hablar de cosas divinas, aplicaba una extraordinaria atencion; imitaba las buenas obras de sus padres con una santa simplicidad e inocencia, de la cual mostró Dios un patente milagro, y fué, que estando un dia retirada en un aposento de su casa, con un pedacito de pan en la mano, llegándole á las delicadas encías entraron diversos pajarillos (cosa hasta entonces jamás vista en aquel aposento), y volando al seno de la cándida vírgen Rosa, y puestos en sus brazos y manecitas, picaban las migajas de pan, que mal quebrantado desperdiciaba y caian de su boca; y la santa inocente, con una mansedumbre y paz angélica, los cogia y besaba, haciéndoles mil caricias y halagos; y de esta forma estaban entrando y saliendo de la habitacion de Rosa, como si fuese en su propio nido: de que admirados los que se hallaban presentes, dieron á Dios las gracias. De aquesta suerte entretenia su tierna edad de bendita niña, prosiguiendo este prodigio de los pájaros repetidas veces, y particularmente las palomas se dejaban halagar de sus benditas manos por instantes, aunque mas montaraces fuesen, y que al menor ruido de otra persona humana huian.

Ya en esta edad tan tierna oraba, enseñada de Jesus: el cual viendo el fragante olor de la simplicidad de Rosa, escogida para el paraiso, se compadeció, y mostró evidentes señales de su misericordia; porque viendo que suspiraba y se afligia Rosa por los desafueros de Federico y sus aliados, herejes y rebeldes todos á la Iglesia de Dios, quiso su divina Majestad librar á Virberbo de tanto enemigo por la intercesion de esta niña. Para eso, cumplidos los dos años de su edad, habiendo muerto una tia suya, despues de estar un dia entero el cadáver en el féretro, ya cuando le querian dar sepultura, viendo la niña Rosa la afliccion de sus padres, y demás parientes y circunstantes, llegándose al oscuro féretro, y tocándole, por imitar á Cristo, llamó en alta voz á su tia por su nombre. ¡O maravilla eterna de Dios! aquella voz de leche, organizada del Espíritu Santo, hizo ahuyentar la muerte pavorosa; y abriendo los ojos la tia, cobró el espíritu vital, tornó de muerte á vida, y resucitó, quedando buena y sana, y viviendo despues muchos años. ¿A quién no maravillaria este milagroso prodigio? ¿Qué corazones no se enternecerian de ver una gracia tan singular en edad tan tierna? ¿Que espíritus no se moverian á seguir el estandarte de Cristo? Tanto conmovió la voz y fama de este milagro á toda la ciudad, que bastó á que, puestos en arma todos los católicos, se librasen de la opresion de Federico y los suyos, dando la libertad á muchos cardenales que tenia presos y otros infinitos católicos. Así quiere el Señor entre gente incrédula y enemiga de su Iglesia santa, mostrar su divino poder con la santidad de una niña, casi del pecho, para reprimir la arrogancia herética y exaltar la fé católica.

Ardia Rosa en deseos de amar á Dios, y visitar sus santas iglesias: estaba delante del santísimo Sacramento, y demás imágenes, tan devota y atenta, que movia á devocion y reverencia á los circunstantes. Observaba los divinos misterios, y oia la palabra de Dios con tal atencion, que acabado el sermon, le repetia y decia todo: cosa que causaba admiracion en una niña de tres años, aun no cumplidos, en que descubria no solo feliz memoria, sino gran juicio y prudencia, repitiendo con mas fervor y afecto los buenos y saludables documentos, y aprovechándose de ellos en todas sus acciones, afrenta grande de los que van solo á notar si el predicador se equivocó: si repitió muchas veces una cosa: si tiene gracia en el decir:, y otras cosas que observan los maldicientes, y que solo van á que su ociosidad se entretenga en la murmuracion, sin advertir el respeto que se debe al expositor de la palabra divina. Era Rosa hija de pobres padres (como dijimos) y andaba buscando nuevos modos de ser mas pobre, y deseando ser monja, y abrazar la pobreza espiritual, acaudalar riquezas celestiales, y consagrarse á Cristo en eterna pureza y castidad, vivia retirada en el mas pobre aposento y rincon de su casa, de donde hizo celda para toda su vida, y de donde jamás salió, sino es por obedecer á sus padres: su cuerpo traia vestido de tosco sayal á raiz de las carnes; andaba la pobre inocente con los piés descalzos, pisando los abrojos y espinas con gran gozo de su alma, la cabeza siempre descubierta. Así maceraba en la ternura de tres años sus débiles y delicadas carnes, y así lo observó hasta el fin de sus dias, imitando á su amado y dulce esposo Jesus.

Fué la santa y bendita Rosa tan hermosa, que pudiera encender su vista los mas muertos apetitos; pero con tanta simpleza, modestia y honestidad en el hábito, en las costumbres, en las acciones, y en todas las demás partes y calidades del cuerpo, que cualquiera que la miraba, no tan solamente no le provocaba á deshonestidad, sino que quedaba edificado, recibiendo en sí una virtud de glorificar á Dios y servirle eternamente; que es lo que sucedia á los que miraban aquella cándida Rosa de las florestas del cielo, y blanco lirio de la santísima Trinidad, que siempre está fresca y hermosa, María santísima, mi Señora, sin pecado concebida. Correspondian igualmente en Rosa las partes del espíritu á las del cuerpo, poseyendo todas las virtudes necesarias para ser una alma noble y excelente á los ojos de los hombres, y justa y santa á los de Dios. Fué vírgen toda su vida, casta, pura y santa de cuerpo, de pensamiento y de espíritu; y para conservar esta pureza, ayunaba y se disciplinaba continua y rigurosamente: y se observó que jamás se le vió mirar al rostro á hombre mortal. Siempre fué asistida de los doce frutos del Espíritu Santo, y de las virtudes teologales y cardinales; y con estas virtudes adornaba su bendita alma. Fueron continuos los éxtasis y raptos que tuvo: las visitas de Jesus, de María santísima y de los ángeles, y los milagros prodigiosos, no cesando desde los primeros alientos de su vida hasta el último parasismo de ella, de publicar milagrosamente sus excelentes virtudes y santidad, y dando continuas ocasiones de alabanzas al Criador, como de quien provenian todas estas acciones. Predicaba públicamente en las calles, plazas é iglesias, la palabra de Dios, detestando y abominando los pecados: persuadia la observancia de la fé católica, y la obediencia

al papa y pastor universal de toda la Iglesia: disputaba con los herejes sus perseguidores: interpretaba los sagrados lugares y textos de los santos padres, profetas y evangelistas, declarando las cosas mas dificultosas de ellos con una doctrina celestial y tan profunda, que hacia quedar atónitos y confusos á cuantos la escuchaban: y tanto era mas digna de admiracion su doctrina, cuanto sabian todos que ni habia estudiado, ni sabia leer ni escribir, ni tenia edad ni posibilidad para haberlo aprendido: con que habian todos de confesar, como lo hacian, que era doctrina celestial infusa la suya. Su vida era un perpetuo ayuno y vigilia, y tanto, que daba y causaba admiracion á todos, y parecia imposible que naturalmente pudiese vivir con las abstinencias que hacia. En los ejercicios espirituales era incansable, y tan dada á las obras de misericordia, que no tenia reposo ni sosiego, cuando no se ejercitaba en ellas. Consolaba los afligidos, y los acompañaba en sus miserias. Visitaba continuamente los enfermos y encarcelados, procurando sanar á unos, y librar á otros con sus penitencias y oraciones, sanando tullidos, dando vista á ciegos, oido á sordos, vida á difuntos y haciendo otros innumerables prodigios.

No es posible que criatura humana tenga palabras para ponderar y explicar la caridad de esta santa y pura vírgen; pues parecia dispensera del cielo para todos los necesitados. Y así, cualquiera que se veia en alguna afliccion, de cualquiera calidad que fuese, recurria luego á Rosa, como en quien Dios tenia puesta la virtud de la caridad. Y si bien nos acordamos, aun los pájaros volando se venian tambien á valer de este sagrado, y no con poco misterio recogian con sus picos las migajas que desperdiciaba. Pareciale al padre de la bendita Rosa, que su hija era muy liberal en dar lo que él sudaba y ganaba con tanto afan, y sentia fuese tanta su caridad; y así muchas veces la reprendió, para que se abstuviese de aquel incendio amoroso, por la mucha pobreza en que se hallaban. No le faltaron palabras ni disculpas á la santa niña inspirada del Espíritu Santo, para aquietar á su amado padre; pero habiéndola prohibido no prosiguiese mas en dar lo que no trabajaba, ni adquiria, y siendo ella tan obediente y observante, humildemente cedió á su voluntad, y escondiendo el poco pan que ella habia de comer, lo guardaba para los pobres, satisfaciendo su santa y piadosa inclinacion, primero que su hambre: y siendo tan corta su porcion, era bastante á satisfacer todos los pobres que á ella venian, que no eran pocos: pues así como Cristo Bien nuestro multiplicó los cinco panes en el desierto; así nuestra bendita Rosa por virtud divina multiplicaba todos los dias su corta porcion de pan, y hacia que abundase para el socorro de muchísimos necesitados. Añadiéronse prodigios á prodigios: porque saliendo un dia apresurada con unos pedazos de pan en el seno, para socorrer la necesidad de unos pobres que habia oido pasar por la calle, la encontró su padre que venia de fuera: y viéndola ir tan presurosa, y que el bulto que mostraba era pan que llevaba á los pobres, contraviniendo al mandato que le habia puesto; con rostro severo y voces impacientes le dijo, que descubriese el seno y mostrase lo que llevaba en él. Púsose Rosa como una rosa, sonroseadas de su temor las mejillas; y obediente y humilde descubrió lo que llevaba. Mas, ¡ó maravilloso Dios! en vez del pan que habia escondido, descubrió el seno lleno de hermosísimas y odoríferas rosas de varios colores, siendo por el rigor del invierno, cuando el hielo tiene todas las plantas consumidas. Atónito y confuso el padre de este milagro, conoció claramente que quien podia transformar el pan en rosas, sabria tambien multiplicar y pagar lo que se daba á los pobres, aunque fuese quitándolo del necesario sustento: y así levantó el precepto á Rosa, dejándola libre en la operacion de sus limosnas, y demás obras de misericordia espirituales y corporales.

Hurtaron á la madre de Rosa una gallina que tenia de varios colores, por lo cual era estimada: y viendo la niña que pasaba á extremo el sentimiento que su madre hacia, llamó aparte á una mujer vecina, que con su espíritu profético supo la habia hurtado, y díjole con caridad y humildad volviese á su madre la gallina, pues ella la habia llevado, y conocia el sentimiento grande de su madre. La mujer, mas airada que compungida, comenzó á dar voces y á tratar mal con palabras á la santa niña; pero apenas acabó de negar la verdad, cuando le nacieron en el rostro una multitud de plumas del mismo color, que las de la gallina, pareciendo ser las mismas, con asombro de los que se hallaron presentes, que eran muchos los que habian concurrido á las voces que ella habia dado llamándolos para que viesen su afrenta. Confusa y corrida la mujer, sacó la gallina de donde la tenia escondida, y la restituyó, confesando á voces su culpa y pidiendo á Dios perdon de ella: lo cual visto por Rosa, hizo oracion á su amante Jesus, para que suspendiese el castigo de aquella miserable; pues merecia el perdon, por hallarse arrepentida de su culpa. Apenas la niña hizo su peticion, cuando la oyó aquel piadosísimo Señor, y libró á la mujer de aquella nota y fealdad, quedando su rostro como ántes, y su corazon compungido y enmendado, para no cometer en adelante semejantes insultos.

Siendo de siete años Rosa iba á la fuente con un cántaro de agua, sirviendo y obedeciendo en esto, como en todo, á su madre; rompiósele á otra muchacha, que estaba junto á ella, el suyo: comenzó á llorar y decir que Rosa se lo habia quebrado: acudió la madre; y creyendo á su hija volvió como una fiera leona contra Rosa, diciéndole mil injurias y baldones, y á grandes voces clupaba á la madre de Rosa, diciendo que le consentia este y otros desórdenes, con capa de hipocresía, y que hija y madre eran unas embusteras. Gustosa sufria nuestra Rosa aquellas afrentas por su esposo Jesus: mas viendo que no habia medio de aquietar á la mujer con humildes disculpas, y que á sus voces se juntaban mil almas, escogió el mejor medio, para confundirla y avergonzarla, ya que sus disculpas no bastaron. Trató de volverle su cántaro entero como estaba ántes; y así recogiendo los pedazos de él, que eran innumerables y pequeños, alzó los ojos al cielo y al instante volvió y se vió el cántaro entero y sano en las manos de Rosa puras y santas, sin hallarse en él señal alguna de que hubiese sido roto, con que se le restituyó entero á la avara y soberbia mujer, que tanto habia ofendido y maltratado á aquella inocente y pura Rosa. La mujer se fué corrida, y la multitud de gente no cesaba de dar gracias á Dios, que tal virtud habia dado á su querida Rosa.

Como sus deseos eran de ser religiosa, y en Viterbo no habia por entonces mas convento que el de Santa María de las Rosas, del órden de San Benito, donde (quizá por

disposicion divina para que campease para la virtud de Rosa) no la quisieron recibir, ó por muy niña ó muy pobre; ella hizo (como ya dijimos) convento de su casa, eligiendo por celda un aposentillo tan oscuro y estrecho, que solo cabia la santa, y una tabla que tenia por cama, sin mas aderezo ni ropa: allí continuamente estaba en oracion: allí se le pasaban las semanas enteras, sin comer ni beber viviendo de milagro: allí se daba tan crueles disciplinas con unas cadenas de hierro, cuyos remates eran unos agudos garfios, que bañaba en sangre las paredes, techo y suelo de su cueva, que no era otra cosa su habitacion, quedando algunas veces desmayada y sin fuerzas, caida en tierra revolcada en su misma sangre, que derramaba con muchas lágrimas por la conversion de los pecadores, vestida siempre de un áspero cilicio, todo á fin de aplacar la divina justicia. Viéndose confundido el dragon infernal, y vencido de una inocente y purísima Rosa, escogida de Dios y guardada de los ángeles, no se atrevia á mirarla; pero pensó que si Rosa llegase á tocar y padecer el castigo de la mano de Dios, que la impaciencia obraria y daria materia á que con su industria y engaños, obrasen sus insidias; pero quedó engañado al doble y confuso, porque la virtud de Rosa se perfeccionó mas, y adquirió quilates de mayor valor en la enfermedad, y regalo divino. Fué, pues, visitada del Señor con una gravísima enfermedad, debilitada y afligida con sus rigurosísimas penitencias y abstinencias; mas con una singular paciencia, bendiciendo y alabando siempre á Dios, no cesaba de persistir en sus continuas oraciones, y en los mas ardientes ejercicios espirituales que le permitia su indisposicion. Aunque mas la afligian sus padres procurando disuadirla de semejantes ejercicios, por considerarla moribunda; solo permitió (por obedecerlos) la sacasen de su cueva y cárcel, y pusiesen en una decente cama.

Duró su enfermedad mas de un año, y tocó el nono de su edad, hallándose tan empeorada en el achaque, que postrada totalmente, muerto el color, quedó sin sentido y sin habla, juzgándola todos por muerta; pero lo que pareció muerte, fué un éxtasis que le duró tres dias continuos, en que le mostró Dios la gloria, prenda que habia de gozar, y asimismo las miserias del lóbrego calabozo del infierno. Volvió en sí: y abriendo los ojos, advirtió á los circunstantes (que eran muchas y devotas personas) que hiciesen penitencia de sus pecados; porque habia visto el estado de los justos y el de los condenados, nombrando y dando señas de diferentes personas que ni habia visto ni podido ver en este mundo, por haber mas de veinte años que eran muertas ántes que ella naciese: de lo cual quedaron todos maravillados y compungidos. Gastó todo este dia en que volvió del éxtasis, en predicar divinamente sin comer ni beber cosa alguna, dando á entender en cuanto decia y obraba que su conversacion y pensamientos no moraban en la tierra entre los mortales, sino en el cielo con los bienaventurados; y así pasó toda aquella noche sin dormir un instante. Estaba en este punto san Luis IX, rey de Francia, en la provincia de Sora, á vista de Damieta, dudoso y con poca esperanza de victoria: vió Rosa por virtud divina el estado de aquel ejército cristiano; y dijo en alta voz á los que la asistian: Roguemos devotamente á Dios, que conceda tanto poder y tanto valor al rey de Francia, que pueda deshacer y desunir aquella gente enemiga. Con esto se quedó en oracion tan fervorosa que se vieron caer de sus ojos grande abundancia de lágrimas: y en aquel instante, en que la santa oraba, se rindió Damieta al santo rey, con fuga de los enemigos del nombre de Cristo, sin haberse derramado una gota de sangre cristiana. Mas de un mes despues de la revelacion de Rosa vino á Italia el aviso de la victoria, y se halló ser cierto cuanto habia dicho, y en el mismo instante y hora que la santa niña oraba por la felicidad de las armas cristianas.

Esta misma noche, que era la vigilia de san Juan Bautista, de quien era muy devota, se le apareció la Vírgen santísima, acompañada del coro de las vírgenes: y ella como si no hubiera tenido enfermedad alguna, se levantó de la cama para recibirla y adorarla. Tuvo con ella la soberana Reina de los ángeles María santísima, sin pecado concebida, divinos y varios coloquios, y al fin la mandó que por la mañana fuése á la iglesia, y allí se hiciese cortar el cabello y se vistiese el hábito de San Francisco. Fué por la mañana, con asombro y admiracion de sus padres y de todas las personas que la miraban tan enferma y descaecida; porque la veian tan sana y buena como si nunca hubiera tenido enfermedad. Díjole su madre, que de dónde buscaria el hábito, y ella le respondió: Debajo de la cabecera de mi cama lo hallaréis. Y así fué, que sin duda se lo trajo quien tantos favores le hizo aquella noche, para que aun en la tierra adornase su cuerpo Rosa de prendas celestiales. Y habiéndose desnudado las mas ricas galas que se hallaron en Viterbo, enviadas á Rosa por las mismas señoras, juzgándose por muy dichosas en que Rosa las vistiese, cortados los cabellos, vestido su santo hábito y cilicio, descalzos los piés, con un crucifijo en las manos, alabando los santísimos nombres de Jesus y María, predicando penitencia, ablandando los diamantinos corazones de los pecadores, y causando admiracion, espanto y horror á los enemigos de la fé católica, se volvió á su casa seguida de todo el pueblo con admirable devocion. Y aunque no consiguió entrar en el monasterio de Santa María de las Rosas; con todo se sujetó á los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, y á todas las demás obligaciones de la religion, é hizo profesion de observar la regla de Santa Clara debajo la del seráfico Francisco: la cual observan ahora á imitacion de Rosa, vistiendo su mismo pobre hábito las religiosas, que ántes no la quisieron admitir, teniéndose por muy dichosas en tener despues de muerta en su poder la estimable joya del cuerpo de aquella que no quisieron recibir en vida: todo lo cual les profetizó la niña Rosa cuando la desecharon.

Encerrada en su celda ó cueva, continuó su salud, y con ella sus antiguos rigores y penitencias, sin desnudarse jamás aquel santo hábito y cilicio. Tuvo por superiores á sus padres, sin cuya licencia no salia jamás de su celda ni hacia cosa alguna. Las oraciones, abstinencias, disciplinas y mortificaciones que allí hacia de dia y noche, fueron innumerables cuanto prodigiosas, ni oidas otras semejantes á ellas, llegando con esta penitente vida á los diez y ocho años de su edad, con admiracion y aclamacion de aquel siglo. Su casa era frecuentada de infinitas almas, que por las oraciones y pláticas de Rosa se convertian á Dios.

Apareciósele un dia visiblemente Cristo nuestro Bien clavado en la cruz, lleno de sangre y cardenales, desfigurado, maltratado, y las carnes tan rotas y deshechas á crue-

les golpes que provocaba á llanto su vista. Rosa sintió en su corazon y alma tanta compasion y dolor, que como si la atravesasen con crueles lanzas, se halló tan dolorida y tan falta de aliento, que á grandes voces imploró el favor de la sacratísima Reina de los ángeles, y postrada á la vehemencia del dolor, cayó en tierra como muerta; mas volviendo en sí, derramando un mar de lágrimas de sus tiernos y amorosos ojos, arrancándose de dolor los cabellos, é hiriendo su delicado pecho con una piedra, pronunció estas palabras: Padre y Señor mio, ¿quién ha sido el agresor de tanto daño? ¿Quién os ha puesto tan lastimoso? ¿Quién os ha ofendido y maltratado así? Respondedme, mi Jesus. A cuyas amorosas preguntas respondió Jesus: El amor y el ardor. Y Rosa prosiguió: ¿Quién os ha clavado en esa cruz? Y el divino Redentor dijo: El pecado y el furor humano. Aquí sacando Rosa del corazon inflamado ardentísimos suspiros, gritó en alta voz: Misericordia, Señor, misericordia. Y sintiendo otra vez arrancársele las entrañas de dolor, cayó en tierra desmayada y quedó como difunta. Volvió del desmayo, y bañada en sangre de los golpes que se daba, llena de lágrimas y con un crucifijo en las manos, salió por las calles predicando penitencia, conmoviendo á todo el pueblo á que pidiese misericordia y perdon de sus culpas.

Grandes fueron los martirios que esta delicada niña ejecutó en su cuerpo, por haber visto á nuestro Redentor Jesucristo tan maltratado y herido. Pero como despues de los martirios y penitencias viene el premio de la gloria, con la consideracion del Señor; así le sucedió á Rosa, que despues de aquellas terribles aflicciones, estándose retirada en su acostumbrada oracion y devocion, le apareció de nuevo Cristo Jesus, glorioso y resplandeciente por consolarla y regalarla, como á su amada esposa: con cuyo favor quedó Rosa toda gozosa y alegre, tanto, que á todos mostraba la alegría de su alma. Escogióla su esposo Jesus, para que cultivase la viña de la Iglesia, dándole oficio de apóstol, en que salió admirable al mundo y agradable al cielo; pues sin haber salido jamás de su oscura celda, ni haber tenido maestro alguno, ni visto libros como ya dijimos, la llenó de sabiduría y espíritu divino: y así, para cumplir su ministerio, iba todos los dias por las calles de Viterbo con un crucifijo en las manos, subiéndose á los púlpitos de las iglesias, y sobre sillas y bufetes en las plazas, predicando públicamente la observancia de la fé católica, la obediencia que se debe al vicario de Cristo, la penitencia que se debe hacer por los pecados, el premio que esperan los buenos, y el castigo que hay para los malos, enseñando á todos la verdad evangélica, con tantos lugares de la sagrada Escritura, tantas autoridades y esposiciones de los santos padres, y tan eficaces y vivas razones, que tenia pasmado el mundo y compungida y llorosa toda la ciudad. Y como era tan humilde, y veia el universal aplauso que todos hacian á sus sermones, y que los hombres mas doctos y cursados en las escuelas, con todo el pueblo la honraban; ella, bajando los ojos á la tierra y toda mortificada, se volvia á su casa y se encerraba en su cueva, donde se disciplinaba tan cruelmente, como si hubiera cometido las mayores culpas.

No le iba bien al demonio con la predicacion de la inocente Rosa; pues perdia infinitas almas que ántes eran suyas, no solo por la fuerza de la verdad y palabras santas, sino por infinitos milagros con que cada dia las confirmaba el Altísimo, de que se pudiera hacer un grande volúmen: mas por abreviar referiré uno solo, por portentoso, aunque cualquiera lo era; pues daba vista á los ciegos, voz á los mudos, pies á los cojos y hacia otros infinitos, para confusion de los herejes y confirmacion de los católicos: no siendo el menor el que sucedió infinitas veces; y era que, como la santa era tan niña, y acontecia muchas veces ponerse á predicar en las plazas sin prevencion de silla ó bufete, no alcanzando á verla el numerosísimo concurso de la gente, lo remediaba el Altísimo, levantándola en el aire sobre la piedra misma en que se hallaba, la cual permanecia así todo el tiempo que duraba el sermon, y en acabándole, se volvia la piedra á su centro y la niña con ella á tierra. Disputaba con los herejes imperiales y los confundia á todos; de lo cual, corridos y avergonzados, no pudiendo sufrir que una niña los venciese, la acusaron al presidente imperial por alborotadora del pueblo, hechicera y loca, y la llevaron á su presencia de la manera que fué llevado Cristo, Bien nuestro, á la del presidente Poncio Pilato, arrastrada por los suelos, herida y maltratada, arrancando sus cabellos. ¡Qué impiedad con una niña de diez años! Y con la misma crueldad la pusieron en la cárcel, sin oirle otra palabra de su inocente boca, que: Viva vuestra fé, mi Dios, socorred vuestros fieles, y no permitais que prevariquen.

No pararon los perversos herejes, hasta que hicieron con el presidente que sentenciase á muerte á la inocentísima Rosa, amenazándole (como los judíos á Pilato), por si no lo hacia, le acusarian al emperador Federico. Temió, despues de dada la sentencia, el presidente un alboroto en la ciudad; y así la mitigó con que saliese desterrada con sus padres, pena de la vida de los tres, si no salian al instante. Con esto, los crueles herejes la llevaron dándole muchas heridas y porrazos, fuera de la ciudad, donde la dejaron así herida y maltratada, en compañia de sus padres, y cerraron las puertas. Era en el rigor del diciembre, y caia tanta nieve y hielo, que no daban paso que no se sepultasen en ella: y finalmente, perdidos y desconsolados, los cogió la noche en la montaña, y así en la nieve y al frio la pasaron. Solo Rosa se consolaba, porque padecia por su esposo Jesus, si bien la afligia mucho el ver padecer por esta causa á sus padres. Al fin Dios, que no se olvida de los suyos, y mas cuando por su amor padecen, los guardó y abrigó aquella noche: y á la mañana, amaneciendo el dia claro y sereno, les señaló un camino hollado y bueno, que iba á la ciudad de Sorano, distante nueve millas de Viterbo, donde llegaron á medio dia, sin que se hubiese seguido el malvado intento del cruel presidente, que era que en el camino perdiese Rosa la vida. Convirtió con su predicacion toda aquella ciudad; y mas confirmada la dejó en la fé, cuando vieron que les profetizó la deseada muerte del tirano emperador Federico, y se siguió á pocos dias: con que la Iglesia fué poco á poco volviendo á su paz y quietud, y el santo pontífice, que vivia retirado en Francia, volvió pacíficamente á Italia. Redujo Rosa, y convirtió con su predicacion al gremio de la santa Iglesia, muchos pueblos circunvecinos y millares infinitos de almas. Pero donde mas se aplicó su fervor, fué donde habia mas necesidad, que era en Vitorquiano, pueblo distante poco mas de cuatro millas de Viterbo, donde obró un portentoso milagro que tengo ofrecido referir.

Habia en Vitorquiano una mujer diabólica, maga, here-

tica, encantadora y hechicera, la cual debajo de especie de religion, con su arte mágica y engañosa, tenia embaucado todo aquel pueblo, y apartado totalmente de la obediencia del papa y fé católica, siguiendo la falsa y herética pertinacia del emperador. Vino Rosa, y viendo que con medios humanos y con sus sermones, no podia reducir aquel pueblo engañado de aquella perversa mujer, acudió á los divinos; y así, hecha oracion á su esposo Jesus, hizo muchos patentes milagros, en confirmacion de lo que predicaba; y entre otros, fué el de dar vista á una mujer que era ciega de su nacimiento, con solo tocarle los ojos con sus puros y delicados dedos. Hecho este milagro á vista de todo el pueblo, en pública plaza, y habiendo precedido otros muchos, no hubo persona que no confesase á voces la fé de Jesucristo: todos obedecieron las órdenes pontificias, y por todas las partes de la ciudad se veian señales evidentísimas de penitencia. Solo la maga, guiada del demonio, quedó en su dura obstinacion, y procuraba apartar la gente de los buenos propósitos, y provocarlos con su sacrílega lengua contra la vírgen y pura Rosa. Disputó con ella la bendita Rosa diversas veces, y aunque siempre la convenció, avergonzó y confundió, jamás pudo reprimir su temeridad, ni mover su obstinado corazon. Sentia Rosa entrañablemente la perdicion de aquella alma; y sabiendo que por ella sola daria su Esposo la vida, quiso esponer la suya, imitándole por ganarla, viendo que otros medios no valian con ella. Rogó á los circunstantes, que eran muchos los que la oian disputar, que trajesen gran cantidad de leña, y encendiesen una grande hoguera en medio de la plaza, y que al son de las campanas convocasen todo el pueblo, para que supiesen qué ley habian de seguir; ó la que ella predicaba, ó la inventada de la hechicera herética mujer; porque para prueba de ello queria entrar en el fuego.

Tocáronse las campanas, concurrió todo el pueblo sin faltar un alma, y habiendo hecho un monte de leña en medio de la plaza, tan grande, que tenia mas de dos estados de alto, y cogia gran parte de la plaza, le pegaron fuego; cuyas voraces llamas subian á las nubes, y hacian que la gente se apartase de miedo, porque su violencia no ofendiese. La sagrada vírgen Rosa, puestas las rodillas en tierra, alzó los ojos al cielo, y dijo devota y humildemente estas palabras: Señor mio Jesucristo, único refugio de mi alma, yo pobre é indigna criatura, por mi obligacion y por gloria vuestra, sin ciencia ni mérito, he hecho todo aquello que he sabido, y os habeis dignado alumbrarme, para que este pueblo y esta obstinada mujer se convirtiesen á la fé de vuestra católica Iglesia. Vos veis, Señor mio, la buena disposicion del pueblo, y la perfidia de esta mujer: concededme tanto vigor y fuerza, que yo pueda con vuestro poder y virtud resistir al ardor de esta tremenda llama, para confirmar al uno, y convertir la otra. Oid, dulcísimo Jesus mio, oid los devotos ruegos que de lo íntimo del corazon envia á vuestros piés esta vilísima sierva; y muévaos á piedad, para que todos conozcan que vos sois el verdadero Dios, y el verdadero Esposo de la santa Iglesia. Acabadas estas razones, se levantó intrépida y animosa, y hecha la señal de la cruz, se arrojó á las llamas; y el fuego hizo tal salva al entrar, que la levantó en el aire, y la subió tanto, cuanto alcanzaban sus furiosas llamas. Gran confusion y desmayo causó esta accion á los que la miraban; pero no entendieron el misterio que se encerraba en aquella violencia, con que daba á entender el fuego que aquella criatura no era terrena, sino celestial, y así la queria llevar á su centro. Cayó, pues de aquella violencia en piés, sobre las ardientes llamas, donde la pura niña estuvo paseándose hácia todas partes, como si fuese entre flores, y así perseveró dentro de aquel volcan de fuego, sin tener sobre su cuerpo mas que su cilicio y túnica, descubierta la cabeza, y los piés descalzos: y no fué tan poco el tiempo que gozó de este incendio, pues estuvo en él, hasta que convertido en cenizas perdió su forma ardiente, de donde salió la Rosa pura, viva y sana, sin daño alguno, ni mancha ni señal de fuego, tanto en el cuerpo cuanto en el hábito, causando maravilla increible á todo el pueblo, que postrado en tierra con abundantísimas lágrimas gritaba y repetia: Misericordia; y dando gracias á Dios, glorificaban su grandeza, por tan señalada gracia y tan gran milagro, como habia obrado por medio y en persona de su esclarecida sierva santa Rosa.

La maga quedó con aquel milagroso espectáculo atónita, inmóvil y llena de horror, sin poder formar palabra alguna, hecha una estatua de hielo: pero la santa vírgen Rosa llegándose á ella, con humildad y caridad la dijo: Amiga y hermana en el Señor, deja ya la incredulidad de tu corazon, y reconoce la fé de la santa madre Iglesia católica, que es la verdadera de Cristo; el cual como por su benignidad me ha librado de aquellas ardientes llamas; así tambien está pronto á recibirte en las entrañas de su misericordia. La mujer entonces hincada de rodillas, con lágrimas en los ojos confesó la verdad, y arrepentida de sus pecados pidió perdon á Dios, dándole gracias á la santa que habia sido causa de su conversion. Así esta pura y santa Rosa, por su gran fé y caridad, acompañada con obras, fué patrocinada de Cristo su Esposo, y guardada de sus santos ángeles, y tuvo gracia de hacer en Vitorquiano, entre otros infinitos milagros, cuatro tan señalados y portentosos: no fué ofendida de las llamas de tan terrible y horrorosa hoguera: dió vista á una ciega de nacimiento: convenció, y redujo á penitencia y conocimiento de la fé católica, aquella pérfida y obstinada herética y maga, guiada y entregada ya á las manos del demonio; y convirtió juntamente todo un pueblo á la ley evangélica de Cristo, por cuya virtud obraba este milagroso prodigio de santidad tantas maravillas.

Huyendo los infinitos aplausos populares, que á vista de tal portento se siguieron, y tan debidos, se salió la humildísima Rosa de Vitorquiano, y se fué á convertir otros muchos pueblos de la provincia, como lo hizo: al fin se volvió á su patria, y al encierro de su amada celda. El papa Inocencio IV, habiendo vuelto de Francia á Italia, muerto Federico, oyó con mucha edificacion la maravillosa y célebre santidad de la beata vírgen Rosa, y los milagros estupendos que obraba, y el fruto que hacia y sacaba en sus sermones de los herejes por defensa de la fé católica, en virtud del divino poder, en sus pueriles años, pues aun no pasaba de los once; y despues de haber recibido de todo ciertísima informacion, para que la santa madre Iglesia, en la infelicidad de aquellos tiempos, pudiese en provecho de sus fieles gloriarse de un nuevo triunfo, el año de 1252 le concedió á la santa niña autoridad apostólica, para poder predicar libremente, como lo hacia, el Evangelio de Cristo, y ordenó, por bula especial al prior de Santo Domingo, y al arcipreste de San Sixto de Viter-

bo, que escribiese la vida y los milagros de esta sierva de Dios, y que formasen proceso de su santidad, siendo la santa entonces de edad de doce años, para poderla canonizar, como se ejecutó. Este fué uno de los mas singulares favores, entre tantos que la divina bondad de Dios concedió á esta su sierva por medio de su vicario; pues hasta hoy no se ha visto ejemplar de que, viviendo aun la persona, se haga proceso de su vida y milagros para canonizarla: pero si Dios la habia declarado y canonizado por justa y santa, con tantos prodigios como hemos oido; ¿qué mucho es que su vicario tambien procurase concurrir á la aprobacion de tan gran santidad? Siendo de quince años, permitió Dios, para mayor gloria suya y honor de su sierva y querida Rosa, que su confesor y padre espiritual, como quien mejor que todos sabia su pureza y santidad, erigiese un oratorio, con título de Santa Rosa, donde se juntasen sus discípulas á oir su santa doctrina.

En fin, despues de haber padecido Rosa por la fé de su amado esposo Jesus tantas miserias, calamidades, tormentos, martirios, destierros, frios, hambres, sed y todas las demás aflicciones de este mundo, y despues que habia convertido tanta inmensidad de millares de almas á la fé de Cristo, exponiendo su vida al peligro en mil ocasiones, metiéndose en ardientes llamas, haciendo infinitos milagros, dando vista á ciegos, habla á mudos, oido á sordos, salud á mancos y cojos, habiendo sido un escudo inexpugnable de la fé por su esposo Jesus, acreditando sus maravillas y dispensando sus favores, y despues de conocer que á la Iglesia católica la habia librado la omnipotente mano de Dios de la persecucion del tirano Federico, que estaba ya sosegada toda la Italia, la fé exaltada, consumida y aniquilada la herejía; trató de retirarse totalmente del mundo y comunicacion de las gentes. Encerrada en su cueva y voluntaria cárcel, se entregó totalmente á la contemplacion y meditacion de su muerte, que supo mas de dos años ántes, y la predijo y anunció. Encerróse, pues, estos dos años á enseñarnos cómo nos hemos de preparar para morir, y no temer en aquella hora espantosa. En todo el tiempo que estuvo encerrada, no tomaba alimento alguno sino es de tres á tres dias, y á veces se le pasaban semanas enteras sin comer ni beber, olvidándose totalmente de su delicado cuerpo: los meses enteros se le pasaban sin dormir; y si alguna vez rendida, tomaba algun leve rato de descanso, era sobre una dura tabla sin cabecera. En todo este tiempo, como ni el demás de su vida, tuvo sobre sus carnes mas que la túnica que las cubria, y un cilicio riguroso que las traspasaba: tomaba continuas disciplinas con unas cadenas de acero, cuyos remates eran fieras y agudas puntas, que llegando sin reparo hasta los huesos, ponian á esta criatura formidable, arrojando arroyos de sangre: de que son fieles testigos el suelo, paredes, puerta, techo y todo cuanto contenia su corta habitacion. Este fué el sello y corona de virtudes tan altas y gracias tan señaladas, oyéndosele repetir estas palabras: Ya, Señor, que me habeis concedido que se llegue el plazo en que se vea el premio de mis trabajos: dadme tambien fuerzas para que pueda agradecer tantos favores, como de vuestra liberal mano tengo recibidos: queriendo decir que agradecia á Dios los favores con las ásperas penitencias que hacia, para que pedia fuerzas, enseñándonos cómo hemos de retornar los agradecimientos á los divinos favores.

Procuraba la bendita Rosa con los crueles martirios y ásperas penitencias que en sí hacia, pagar por los delitos de los pecadores: y como conocia se acercaba el tiempo en que los dejaba, y se apartaba para siempre de ellos; por el amor tan grande que les tenia, se mostró tan penitente en el poco curso de su vida, que sobrepujó á lo que otros muchos santos obraron en término muy dilatado. Cumpliánse los dos años del encierro y últimas penitencias de Rosa: y viéndola debilitada y casi falta de espíritu, creyeron la madre y demás doncellas y mujeres piadosas que la asistian, que ya eran los últimos alientos de su vida; y viéndolas la santa llorar y afligirse, dijo así: Cese el llanto: que si es, como creo, porque me muero, todavia no es tiempo: y tomando una piedra en la mano, hincada de rodillas, prosiguió diciendo: Yo soy la que tengo de llorar; salgan pues de mis ojos arroyos de lágrimas en tanta abundancia, que basten á mereceros, Señor, el perdon de las ofensas que os han hecho. Y estándose rompiendo el pecho con cruelísimos golpes, y derramando mucha sangre, cayó en tierra desmayada; y despues de gran rato, que volvió en sí, se vió un fuego tan vivo en su celda, que causó grande admiracion á todos los circunstantes; y Rosa, vuelta á hincarse de rodillas, prosiguió: Seais, Señor, Dios y Jesus mio, alabado en los cielos y en todo el mundo: y yo, indigna sierva vuestra, os repito las alabanzas que mi ruda lengua sabe proferir; ¿pero qué gracias habrá que basten? Mi corazon teneis vos, mi Dios: en él leereis lo que yo no sé decir: obra vuestra es; pues bien me conozco indigna de tal grandeza. ¿Vos por mí? ¿No bastaba vuestra voluntad? Nó, Señor, quiero ser obediente: aquí me teneis: hágase vuestra voluntad y yo la obedezca. Pidió con presteza los santos sacramentos de la Iglesia: y habiéndolos recibido con mucha devocion y atencion, tomando en las manos el santo Cristo, que siempre habia traido consigo, dijo: Ea, Salvador mio, ya estoy pronta á vuestros mandatos: ya me hallais dispuesta á vuestras órdenes: y no por eso, Señor, rehuso vivir, si conviene á vuestro servicio: no me hagais cargo, mi Jesus, de que dejo tan presto las miserables tribulaciones y penalidades de este mundo; que si es gloria vuestra que yo padezca, vengan miserias y calamidades, que serán regalos para mí: y en esto, mi Jesus, nada haré; pues vos, siendo justo y manso Cordero, me enseñasteis y disteis escuela, despues de tantos tormentos, con el que últimamente padecisteis en la cruz, dando la vida á manos de la crueldad de los hebreos, ó por mejor decir, á manos de la ingratitud nuestra. Pero si os dignais, mi Dios, de dar fin á mi vida, para que vaya á gozar vuestros favores eternamente; ¿á qué aguardais? Pronta estoy. Alma mia; sal, no temas: diez y ocho años has servido al justo Dios; ¿de qué te retiras? ¿De qué has cobrado horror? Para ahora es el brio: Dios te llama: su favor te ayuda: la Virgen sacratísima te patrocina: los santos te saludan: las vírgenes te esperan: sal, acaba. Con esto y hacer tiernas exhortaciones á sus padres, y á los circunstantes, obligando á todos á exhalarse en lágrimas, pidiéndoles dijesen con ella: Bendito y alabado sea el santísimo Sacramento del altar, y la Virgen María purísima, san Juan Bautista y todos los demás santos y santas de la córte del cielo, para siempre jamás; se recostó sobre su tabla, abrazada con el santo Cristo, poniendo su cara sobre la de Jesus, y se durmió en el Señor, sin mas movimiento ni señal alguna. Es-

piró el alma dichosa entre los brazos del crucifijo, y en manos de los ángeles; pues al instante mismo se vió á modo de una paloma, con tal resplandor, que quitaba la vista á los circunstantes; y de esta suerte la presentaron con fragancia increible á los sacratísimos piés de Jesucristo, para que adornada de su inmensa gloria viviese eternamente entre las demás santas y puras vírgenes del celestial coro.

Murió, ó por mejor decir, nació para vivir eternamente, el año 1258, á 6 de marzo, de edad de diez y siete años y diez meses. Quedó su cuerpo muerto tan bello y hermoso, que parecia que dormia: su rostro tan encarnado y luciente, que demostraba ser rosa hermosa, tanto mas que espiraba y daba un olor suavísimo. Toda la ciudad se alborotó, movidos de celestial impulso de un gran resplandor que se vió sobre la casa de Rosa, y de oir las campanas todas de la ciudad, que milagrosamente se tocaron, haciendo salva á la santa, al pasar por aquellos aires, cuando iba á gozar de aquella gloria. Fué enterrada luego, por evitar tumultos y que no la maltratasen por llevar sus reliquias. Y á los treinta meses se apareció gloriosa visiblemente tres noches al papa Alejandro IV, que á la sazon se hallaba en Viterbo: el cual la declaró y adoró por santa, y trasladó su cuerpo de la iglesia de Santa María del Poyo, donde habia sido sepultado, á la de Santa María de las Rosas, donde permanece hasta hoy entero, incorrupto, sano, hermoso y tan palpable y tratable como si durmiera; de suerte, que las religiosas suyas (que por ella hoy se llaman de Santa Rosa, visten el hábito de san Francisco, y guardan la regla seráfica de santa Clara) la visten y desnudan continuamente para mudarle ropa, como si fuera cuerpo vivo. Los milagros que Dios ha obrado y obra por ella cada dia, son infinitos; tanto, que para escribirlos era menester hacer un nuevo y grande libro: y por eso me ha parecido omitirlos todos, para no hacer agravio á ninguno. Quien gustare leer muchos y portentosos, lea el tratado de ellos, con la traslacion de la santa, que escribió don Alonso de Guzman al fin de la vida de Rosa, y saciará su devocion. Celebra la fiesta de santa Rosa de Viterbo nuestra madre la Iglesia á 4 de setiembre, que fué el dia de su traslacion. Escribieron su vida Bartolomé de Pila; Mariano Franciscano; Bartolomé de Lisboa; y Wadingo en las Crónicas de san Francisco, Pedro Correlin de Viterbo; don Alonso de Guzman; el Martirologio romano y Baronio en sus anotaciones y otros. Y porque toda esta vida es un vivo ejemplar de la vida de Cristo, no hago ni saco de ella mas ejemplo, que ponerla á la vista.

* San Moisés, legislador y profeta.—Fué hijo de Amram y de Jocabed, y nació 1571 años ántes de Jesucristo. Viendo el rey de Egipto que los hebreos se multiplicaban tanto y que llegarian á ser un pueblo temible por su número, dió un edicto por el cual disponia que fuesen arrojados al Nilo todos los niños varones que naciesen de madre israelita. Jocabed guardó á su Moisés por espacio de tres meses, al cabo de los cuales tomó un cesto de juncos, lo empegó, metió al niño en él, y lo puso sobre las aguas del Nilo. Termutis, hija del rey, que se paseaba despues por la orilla, viendo flotar el canastillo, mandó que lo sacasen, y prendada de la belleza del infante, quiso que se salvase, y lo hizo criar á sus expensas. Tres años despues la misma princesa le adoptó por hijo suyo; le llamó Moisés, que quiere decir «sacado de las aguas,» y le hizo instruir en todas las ciencias de los egipcios; pero sus padres, á quienes habia sido confiado por una feliz casualidad, se dedicaron con todo cuidado á enseñarle la religion y la historia de sus mayores.

Algunos historiadores cuentan muchas particularidades de la juventud de Moisés, que sin embargo no se apoyan en ninguna relacion de la Escritura, á la cual nos limitaremos. Por esta sabemos, pues, que á la edad de cuarenta años salió de la córte de Faraon para ir á visitar á los de su nacion, que la crueldad de sus dominadores agobiaba con excesivos y crueles tratamientos. Habiendo encontrado un dia á un egipcio que maltrataba á un hebreo, le mató, suceso que, habiéndose hecho público, obligó á Moisés á dejar los estados de Faraon y refugiarse en el pais de Madian, donde tomó por esposa á Séfora, hija del sacerdote Jetró, de la cual tuvo dos hijos, Gersam y Eliezer. Por espacio de cuarenta años el que habia de ser libertador de Israel estuvo apacentando en aquel pais los ganados de su suegro, hasta que un dia, conduciendo las ovejas á lo interior del desierto, en la montaña de Horeb se le apareció el Señor en medio de una zarza que ardia sin consumirse, y le mandó que fuése á romper el yugo de sus hermanos, vision que se halla explicada de una manera llena de interés é instruccion en los capítulos 3 y 4 del libro del Exodo.

Moisés se resistió al principio, pretextando su inutilidad y el poco crédito que se daria á sus palabras; pero Dios venció esta resistencia por medio de dos prodigios. Juntándose, pues, él y su hermano Aaron, marcharon á la córte, y presentándose á Faraon le intimaron que Dios le mandaba permitiese á los hebreos ir al desierto á ofrecerle sacrificios; pero el impío monarca se burló de aquella órden y redobló la crueldad con que trataba ya á los israelitas. Los dos enviados de Dios se volvieron; pero presentándose luego por segunda vez, se esforzaron en persuadir á Faraon, seducido por los encantamientos de sus magos, á los cuales confundieron por medio de algunos portentos. El obstinado príncipe atrajo con su ceguera espantosas calamidades sobre su reino, de las cuales la décima y última fué la muerte de los primogénitos de Egipto, que en una sola noche fueron todos muertos por el ángel exterminador, desde el primogénito del mismo rey Faraon hasta el primogénito del último de los esclavos y animales.

Semejante catástrofe ablandó por un momento el corazon endurecido del monarca, que dió permiso á los israelitas para ir donde querian. En virtud de esta órden salieron los hebreos de Egipto el dia 15 del mes de Nisan, desde cuyo dia empezó en adelante á contar los años el pueblo escogido en memoria del recobro de su libertad. Cuando salieron de Ramesses eran en número de seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, llevando consigo innumerable número de ovejas y ganados mayores, y bestias de diversos géneros. Apenas habian llegado los hebreos á la orilla del mar Rojo, Faraon y los suyos, arrepentidos de haberles dejado salir de Egipto, corrieron detrás de ellos con un ejército poderoso; pero Moisés extendió su vara sobre el mar, las aguas se dividieron, los israelitas pasaron al otro lado á pié enjuto, y los egipcios que quisieron seguirlos, quedaron envueltos y ahogados entre las olas que habian tornado á su estado natural por medio de un fuerte viento que el Señor habia hecho

soplar. Ni uno solo quedó con vida del ejército de Faraon: el Egipto quedó asolado y humillado con aquel terrible suceso, y Moisés desde el otro lado del mar entonó aquel admirable y célebre cántico de accion de gracias que empieza: *Cantemus Domino*, y que se halla en el capítulo 15 del citado libro del Exodo.

Desde entonces caminó el pueblo hebreo por el desierto en paz y libertad, y dirigiéndose hácia el monte Sinaí, llegó á Mara, donde no encontrando mas que aguas amargas, Moisés las endulzó por un prodigio para que se hiciesen potables. En Raphidin, que fué la décimasexta jornada, faltó el agua; pero el divino libertador la hizo salir de una roca de Horeb golpeándola con su vara. El Señor se indignó en aquella ocasion contra Moisés, por la especie de desconfianza ó falta de fé que habia mostrado golpeando dos veces seguidas la roca y empleando la milagrosa vara, en lugar de mandar sencillamente que saliese el agua conforme á la órden que se le habia dado. Entonces y en aquel mismo sitio llegaron los amalecitas para pelear contra Israel, y mientras Josué los rechazaba y los vencia, Moisés, colocado en la eminencia de un collado, tenia las manos levantadas al cielo y se las sostenian Aaron y Hur. Los amalecitas quedaron completamente derrotados, y los hebreos siguiendo su camino llegaron por fin á la falda del monte Sinaí el dia tercero del noveno mes despues de su salida de Egipto. Moisés subió á la cumbre, y en medio de rayos y truenos recibió la ley que habia de dar al pueblo y concluyó la famosa alianza entre el Señor y los hijos de Israel.

Mientras esto pasaba en la montaña, aquel pueblo desagradecido que se entregaba á la murmuracion con tanta frecuencia, pidió á Aaron un Dios visible, y fabricó el becerro de oro al cual erigió un altar. Cuando Moisés bajó de la montaña con las tablas de la ley, y vió á los israelitas entregados á tan infame idolatría, se llenó de justo horror, rompió las tablas de la ley, y mandó pasar á cuchillo veinte y tres mil de los prevaricadores. Despues subió otra vez á la montaña, y habiendo alcanzado el perdon de Dios para su pueblo, trajo otras dos tablas como las primeras, en las cuales estaba escrita la ley. Cuando bajó esta vez, la cara de Moisés despedia rayos de luz tan viva, que el pueblo no podia mirarle y fué preciso que se cubriese con un velo. Empezó entonces á fabricar el tabernáculo segun el diseño que el mismo Dios le habia indicado, hizo su dedicacion, consagró á su hermano Aaron y á sus hijos para ser sus sacerdotes y destinó á los levitas para su servicio. Escribió asimismo todo lo concerniente al culto divino y al gobierno político del pueblo; y despues de haber arreglado todas estas cosas, condujo los israelitas á los confines del pais de Canaan al pié del monte Nebo. Entonces le mandó el Señor que subiese á la cúspide de esta misma montaña, desde donde le mostró la tierra prometida en la cual no podria entrar. Efectivamente, Moisés murió allí á la edad de ciento y veinte años, el 1451 ántes de Jesucristo, dejando á su pueblo y á los siglos futuros de todo el universo la idea de un hombre extraordinariamente favorecido de Dios y conducido por sus caminos, de un genio elevado y vasto, y de un legislador ilustrado y profundo. Moisés es incontestablemente el autor de los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, conocidos con el nombre de *Pentateuco*, que los judíos y todas las Iglesias cristianas han reconocido por inspirados. La Iglesia católica le ha colocado entre sus santos y celebra en este dia su memoria.

San Marcelo, mártir.—Cuando en tiempo del emperador Antonino Pio tuvo lugar la horrible matanza de los cristianos de Lyon y Viena, estaba en la primera de estas ciudades el ilustre san Marcelo, que tuvo tiempo para escaparse, marchándose á predicar el Evangelio á los paises vecinos. Despues de dos años, el 179 de Jesucristo, hallándose Marcelo en Chalons de Francia, fué arrestado por órden del gobernador Prisco, que quiso obligarle á comer manjares ofrecidos á los ídolos. El santo se negó de tal modo, que reprendió libremente al gobernador y á todos los que estaban presentes, despues de lo cual le hicieron sufrir todo género de crueldades las mas inauditas, y al fin lo sepultaron vivo hasta la cintura, y despues de estar así por espacio de tres dias, murió al fin quemado, y entregó su alma á Dios.

Santa Rosalía, vírgen.—Nació en la ciudad de Palermo, en Sicilia, y fué hija de un señor principal, llamado Sinibaldo, descendiente de la familia imperial de Carlo Magno. Desde su primera juventud despreció tan de corazon todas las vanidades del mundo, que dejando el principado de su padre, la córte y toda su familia, se retiró á una gruta en el monte Pelegrino, á tres millas de Palermo. En esta soledad hizo la santa vírgen el sacrificio de su corazon por las austeridades de la penitencia, por el trabajo de sus manos, por una oracion continua y por la comunicacion no interrumpida de su alma con Dios. Rosalía murió el dia 4 de setiembre del año 1160, y posteriormente fueron descubiertas sus reliquias, que obraron muchos milagros, atribuyendo la Sicilia á su proteccion la cesacion de una horrible peste que habia causado grandes estragos en todo el pais.

San Marin ó Marino, diácono.—Dícese que trabajó de albañil en la construccion de las murallas de Rimini, que se cree fué su patria. Su santidad fué tan eminente, que habiéndola manifestado Dios por algunos milagros, Marin fué ordenado diácono por san Gaudencio, obispo de Brescia. Despues de esto, el santo se retiró á una pequeña cabaña que él mismo construyó en medio de unos bosques á diez millas de Rimini. Aquí vivió por espacio de muchos años, santificándose con los ejercicios de la mas austera penitencia, y murió en paz á fines del siglo IV. En aquel mismo sitio edificóse una poblacion que tomó el nombre de «San Marino,» y fué la tan conocida república del mismo nombre, que ha conservado por tanto tiempo su primitiva organizacion.

Los santos Teodoro, Océano, Amiano y Julian, mártires.—Eran griegos de nacion, y en tiempo del emperador Maximiano, acusados por ser cristianos y no queriendo renegar de sus creencias, les cortaron los piés y los echaron dentro de unas calderas de aceite hirviendo, de cuyo martrio salieron sin lesion y se escaparon. Marcharon á la soledad; pero pasados algunos dias, fueron tambien presos allí, y despues de haberles abierto una porcion de rajas en todo el cuerpo, y roto las piernas, los echaron en una hoguera, donde cantando divinas alabanzas, entregaron á Dios su espíritu.

Santa Cándida, viuda.—Cuando el apóstol san Pedro se dirigia á Roma á fundar allí la primera silla de la cristiandad, pasó por Nápoles y permaneció en esta ciudad por espacio de algunos dias. Hospedóse en casa de una

vinda llamada Cándida, que desde luego que oyó al apóstol se convirtió á la fé y recibió de sus manos el bautismo, y en el tiempo que recibia el agua santa, se sintió libre de un fuerte dolor de cabeza que de muchos años padecia. Animada mas y mas en su fé y caridad con este prodigio, fuése á ver á un amigo suyo llamado Aspren, insigne en bondad, y que estaba sepultado en cama hacia largo tiempo. Encargóle que pusiese su confianza en el Dios de Pedro, y ella misma rogó encarecidamente al príncipe de los apóstoles que se dignase curar á aquel pobre enfermo. Pedro le entregó su báculo (que aun se conserva en Nápoles) diciéndole: Entrega á Aspren este báculo, dile que tenga fé en Jesucristo y su enfermedad desaparecerá. El milagro coronó la prediccion, y Aspren recibió tambien el bautismo. Cándida siguió propagando por la ciudad las nuevas del Evangelio, obró muchas conversiones, vivió en continuo ayuno y oracion, y á mediados del siglo I murió en el Señor en la misma casa que san Pedro habia consagrado con su presencia y con la celebracion de los divinos misterios.

Santa Cándida la Jóven.—Celebra la Iglesia en este dia dos santas del mismo nombre y ambas de la ciudad de Nápoles. La presente nació de la antigua y noble familia de Brancatia, y aunque estuvo casada, su vida fué pura, santa y resplandeciente en las mas elevadas virtudes. El continuo objeto de sus oraciones eran su marido y su hijo, por cuya salvacion rogaba incesantemente. Sus deseos fueron dignamente coronados, porque el Señor concedió á aquellas dos personas, por quienes tanto se interesaba la santa, abundancia de bienes espirituales. Cándida murió en la flor de su edad como una santa, el dia 2 de setiembre del año 586, y en su sepulcro manó por mucho tiempo un aceite que curaba toda clase de enfermedades.

San Marcelo, obispo y mártir.—Sucedió á san Avito en la silla arzobispal de Tréveris, cuando estaba mas enfurecida la persecucion contra los cristianos. Con sus trabajos y ejemplos confundió á los paganos y esforzó á los fieles; pero bien pronto fué purpurado en la gloria del martirio. Floreció en el siglo III.

Los santos Rufino, Silvano y Vitalio, mártires.—Eran tres niños de Ancira que murieron martirizados en el siglo I de la Iglesia.

Los santos Magno, Casto y Máximo, mártires.—Salazar cree con bastante fundamento que fueron discípulos del apóstol Santiago el mayor, y que predicaron el Evangelio en Andalucía. Dextro no duda que murieron mártires en España por los años de 66, despues de haber fundado varias iglesias con su predicacion y sus milagros.

San Tamel y sus compañeros, mártires.—El santo de quien hablamos habia sido sacerdote de los ídolos, y fué convertido á la fé de Jesucristo por un santo obispo que dió su sangre en confirmacion de las verdades que predicaba. Tamel se encendió tambien en deseos de dar su vida por la religion que acababa de conocer, y presentándose espontáneamente á los tiranos en tiempo del emperador Adriano, y confesando su nueva religion, logró ser inmolado con otros muchos fieles al furor de los paganos.

Los santos Marcelo y Valeriano, mártires. — La horrorosa carnicería de los mártires de Leon y Viena sucedió por los años de 177. Marcelo y Valeriano predicaron á pesar de la persecucion el Evangelio, y fueron coronados con el martirio el año de 179, dando su alma á Dios en medio de los mas atroces tormentos.

La Traslacion de san Cuthberto.—Celébranla los católicos de Inglaterra en este dia. Motivaron dicha traslacion los piratas daneses que infestaban algunas de las provincias de aquel reino.

Santa Ida, viuda.—Su padre fué un conde muy amigo de Carlo Magno. Éste casó á Ida con uno de sus favoritos, llamado Hegberto, y la dotó con muchos estados. Hegberto murió muy jóven, y desde entonces vivió Ida en el retiro y murió en olor de santidad.

San Ultano, obispo.—Fué primer obispo de Ardbraccam, en Meath de Irlanda. Fué muy alabado por su caridad para con los huérfanos irlandeses: murió en 656.

DA 5.

San Victorino, obispo y mártir.—La ciudad de Amiterno, hoy llamada de Aquila, está en aquella parte de Italia que llaman Campania, en el reino de Nápoles. De esta ciudad, pues, fué natural san Victorino. Muertos sus padres que eran ricos y nobles, quedaron abundantes de posesiones Victorino y Severino hermanos; pero aspirando á la cumbre de la perfeccion cristiana, vendieron el rico patrimonio, y repartieron á pobres cuanto haber pudieron. Quedaron tanto mas ricos en bienes espirituales, cuanto mas pobres de los de este mundo. Una voluntad sola gobernaba á los dos hermanos: nada les faltaba; porque todo lo habian dejado y dado por Cristo Ellos eran señores uno del otro, y criados tambien; pues en cuanto se ofrecia, servia el uno al otro. Victorino bien estaba con servir á su hermano Severino; mas no le agradaba ser de él servido; y así resolvió irse al desierto como lo hizo. Entróse en lo mas oculto y retirado, donde ni pudiese ver ni ser visto de las gentes, y solo pudiese gozar de la conversacion de los ángeles. Fabricó una celda tan estrecha, que solo él podia estar de rodillas ó en pié orando, y si alguna otra persona estaba dentro, habian de estar por fuerza en pié los dos; que de otra suerte era imposible. Vivia nuestro santo en la gloria, vacando solo á Dios, con oracion, abstinencia, disciplinas y penitencias. Pero como nuestro enemigo comun no duerme, envidioso de ver la paz y quietud de ánimo con que Victorino vivia, trató de contrastarla. Tomó forma de una hermosa doncella, y siendo ya noche, se llegó á la puerta de la celda llorando y pidiendo favor, y diciendo que iba perdida, y que temia las fieras de aquel desierto; que por amor de Dios la hospedase por aquella noche; que en amaneciendo se iria. Tan bien supo fingir la tragedia, tanto supo llorar y tan lastimosas plegarias supo hacer, que movido el corazon de Victorino á misericordia y piedad cristiana, abrió la puerta y dió entrada á su enemigo.

Luego que hubo entrado, se fingió santa como el santo la doncella, y así se puso como él en oracion, pero perseveró poco; porque tocando con uno de sus piés uno de los del santo, le encendió en un fuego tal, que olvidóse de sí y de Dios, sin poderse valer ni reprimir: tanto efecto hizo el vil engaño de aquella sierpe enemiga. Apenas le vió caido en la culpa, cuando el demonio, burlándose de él, le dijo: ¿Qué haces, varon santísimo? Tú, que te has

desposeido del mundo y sus glorias por seguir la virtud, y puedes de verdad enseñarla á todos, ¿ahora te has despeñado? Dejaste á tu mismo hermano; ¿y admites á tu enemigo en tu compañía? ¡Ah desdichado! Y diciendo esto se desvaneció en humo. Quedó Victorino confuso y avergonzado de ver habia triunfado de él su enemigo, con tal engaño y cautela: pero como sabia bien que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, se tomó por su culpa una de las mas raras penitencias que se hayan visto jamás; y tal, que no es para imitada de ningun pecador, sino es que tuviese, como Victorino, especial inspiracion, ayuda y favor de Dios para hacerla. Fuése en busca de su hermano Severino: confesóle el engaño del demonio y su culpa, y pidióle le ayudase á la penitencia; porque la que Dios le habia inspirado y se habia impuesto, no podia solo ponerla en ejecucion sin su ayuda: ofreciósele el hermano, y llevando instrumentos para ello, rajaron un árbol, y por la raja ó hendidura hecha, metió Victorino las manos, y luego hizo que su hermano volviese á cerrar y apretar muy bien aquella raja con cuñas y una faja de hierro, cerrada muy bien con su candado y llave, de suerte que jamás pudiese sacar de allí las manos ni dar alivio á su cuerpo.

Obedecióle en todo Severino; pero despues que le dejó metidas en tal prensa las manos, y en tan nunca vista penitencia, se fué al obispo de Aquila y le dió cuenta para que viniese y sacase de allí á su hermano. El obispo, admirado y compadecido, vino, y procuró con toda prudencia y suavidad persuadirlo á que dejase aquella rigurosa penitencia; mas viéndole firme en su propósito, por no contradecir al espíritu de Dios que en él obraba, le echó su bendicion, oró por él, le consoló y animó, y se fué. Tres años pasaron sin que se viesen señas algunas de mudar de ánimo; solo permitia viniese á verle su hermano los domingos y le trajese un poco de pan y agua, que tomaba por conservar la vida para padecer: en cuyo rigor de abstinencia y ayuno de ocho dias enteros, le imitaba Severino su hermano; pues solo los domingos tomaba, como él, una escasa refeccion de pan y agua. En todos los tres años no cesó Victorino de llorar su culpa: al fin de los cuales el obispo movido á piedad vino á verle; y al fin alcanzó con sus ruegos, que permitiese dejarse sacar de aquel árbol las manos. Convencido, pues, llegó su hermano, abrió la aldaba, quitó las cuñas y salió un esqueleto vivo Victorino: pues solo tenia la forma de humano, que en lo demás era un tronco seco. Obró en él de suerte la gracia y virtud del Altísimo, que comenzó á resplandecer en milagros, santidad y virtudes, sanando enfermos de todas enfermedades, resucitando muertos y expeliendo demonios de humanos cuerpos. Al fin fueron tantos los milagros que hizo, que no hay lengua que pueda contarlos, ni pluma que los pueda reducir á número. Murió el obispo de Aquila, y por disposicion divina todo el pueblo le aclamó y eligió por su obispo: y él por no resistir á la divina disposicion aceptó el cargo. Ordenóse de sacerdote, y gobernó su Iglesia santísimamente, siendo á todos ejemplo de vida santa y milagrosa.

El cruel Nerva, emperador, tuvo noticia de la santidad de Victorino, y dió órden á Aureliano, juez, para que lo prendiese y martirizase; como lo hizo en la via Salaria, setenta millas de Roma, donde estuvo preso y padeció muerte por Cristo, junto con otros dos gloriosos mártires llamados Eutiques y Maron. Despues el juez impío lo hizo llevar cerca de Roma á un lugar que llamaban Cutilas ó Cotilas, donde manan unas aguas pestíferas; y allí le hizo colgar la cabeza hácia abajo, para que fuese atormentado de aquella pestilente hediendez: donde estuvo por espacio de tres dias, al fin de los cuales dió el alma á su Criador por quien tanto habia padecido. Fué su glorioso martirio á los 5 de setiembre del año del Señor 100. Escribieron su vida y martirio Usnardo, Adon y Surio, tomo v; Pedro de Natálibus *in Cathalogo sanctorum, lib.* VIII, *cap.* 39; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo IV de sus Anales, año 98, número 12 y tomo II, *á num.* 100.

San Beatin, abad y confesor.—En Suiza, territorio de Constanza, y á fines del siglo VI, nació este santo, que abrazó la vida monástica en Luxeuil, habiéndose distinguido en su infancia por sus virtudes. Su tio san Omer, que era tambien religioso de la misma órden, fué nombrado obispo de Terranova, y con esta ocasion llevóse consigo á Bertin, trabajando los dos con mucho celo en la conversion de los habitantes de aquel pais. Entre otras de las conversiones, se refiere la de un magnate llamado Adroaldo, el que cedió al santo sus posesiones de Sitien para fundar un monasterio. Luego que estuvo concluido, se vió lleno de una multitud de personas, quienes bajo la direccion de su abad Bertin vivian mas bien como ángeles que como hombres. Acaeció la muerte de este santo el año 706, y ántes de ella se habia retirado á una solitaria ermita, en la que murió á los ciento y tantos años de edad. Su cuerpo fué sepultado en el monasterio de Sitien, que despues llevó su nombre, en reconocimiento á los muchos favores que habia recibido del Señor por mediacion del santo.

Los santos Rómulo, Eudoxio, Zenon, Macario, y mil ciento y cuatro compañeros, todos mártires.—Rómulo era mayordomo del emperador Trajano, y merecia toda su confianza. Un dia lo envió el emperador á las Galias para que examinase el estado de las legiones allí acantonadas, y obligase á todos los soldados á sacrificar á los dioses. Rómulo cumplió con exactitud su encargo, pero ni con promesas ni amenazas logró vencer á muchísimos de ellos, particularmente á su gefe, llamado Eudoxio, ciudadano romano y ennoblecido además con altas condecoraciones del imperio. Al saber el emperador la obstinacion de aquellas tropas, mandó que en castigo fuesen trasladadas desde las Galias á Melitina, en Armenia, sin que se les tuviese ninguna clase de consideraciones. Algun tiempo despues Rómulo abrió sus ojos á la fé; se arrepintió de lo que habia hecho, y presentándose á Trajano, le confesó que él tambien era cristiano, y que por este solo título renunciaba desde aquel momento á su confianza y á todos los honores de la córte. Furioso el emperador por lo que él llamaba un desacato, mandó que su mayordomo fuese inmediatamente decapitado, como efectivamente se ejecutó. Algunos años despues, reinando Maximiano, enviáronse nuevas órdenes al prefecto de Melitina, para que obligase á todos los soldados de su guarnicion que adorasen á los dioses del imperio, y que condenase á la última pena á los que se resistiesen á obedecer. Entonces murieron, pues, Eudoxio, Zenon, Macario y los demás soldados que habian sido relegados de las Galias, por haberse negado á lo mismo que despues se les exigió á fuerza de tormentos, en

los cuales acabaron su vida siempre valerosos y constantes en su fé.

San Herculano, mártir.—Era soldado romano, y murió despedazado por las fieras, en la ciudad de Ostia, en Italia, el año 252, al principio del reinado del emperador Galo. Sus reliquias fueron recogidas por un tal Eusebio, sacerdote de Parma, que les dió honrosa sepultura, levantándose algunos años despues una magnífica basílica á su memoria, donde ha obrado el Señor grandes milagros.

Los santos Urbano, Teodoro, Menedemo, y setenta y siete compañeros, todos mártires.—Eran eclesiásticos de la Iglesia de Constantinopla, y por no querer ceder á las exigencias impías del emperador Valente, por su órden fueron embarcados en una nave vieja, á la cual pegaron fuego en alta mar, y los ilustres confesores volaron desde allí á recibir el premio de la vida eterna.

Los santos Quinto, Arconcio y Donato, mártires.—Solo sabemos de ellos, que derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en Capua, y segun los bolandistas en el Puerto Romano.

Santa Obdulia, vírgen.—Hé aquí lo que dice el M. Florez, en el tomo VI de su España Sagrada: «De santa Obdulia hacen memoria, llamándola vírgen, el Martirologio romano, el calendario muzárabe, y el breviario toledano anterior á la edicion del muzárabe. Los oficios nuevos de aquella santa Iglesia le añaden el título de mártir. Nada consta de la vida ni de la muerte de esta gloriosa santa.»

San Lorenzo Justiniano.—Su vida puede verse en el dia 8 de enero.

San Alton, abad.—Fué un monge escocés, que pasando á la Alemania, se hizo famoso por sus muchos milagros, y fundó la abadía de Almunster, en Baviera, á mediados del siglo VIII.

DIA 6.

San Eleuterio, abad.—El glorioso y magno pontífice Gregorio, en el cap. 33 del lib. III de sus Diálogos, escribe así la vida del bendito san Eleuterio, abad: «Eleuterio, padre del monasterio de San Marcos, evangelista, sito en la ciudad de Espoleto, vivió mucho tiempo, y conversó conmigo en Roma en mi monasterio, y en él murió. Fué de tanta virtud, que con sus oraciones resucitó un muerto. Cierto dia caminando, sobrevino la noche, y no tuvo donde recogerse, sino es en un monasterio de religiosas que habia en aquel paraje. Estas siervas de Dios tenian un niño, á quien todas las noches atormentaba el demonio, apoderándose de él. Pidieron al santo, permitiese que aquel niño durmiese con él aquella noche, sin decirle por qué. Concedióloel bendito padre, y por la mañana le preguntaron, cómo le habia ido con el huésped. El santo respondió que muy bien; y como entendiesen que por su virtud, el demonio no se habia atrevido aquella noche al muchacho, le pidieron se lo llevase en su compañía, refiriéndole lo que pasaba. Llevóselo consigo á su monasterio, y nunca mas el demonio se atrevió á inquietar aquella criatura. Pasaron muchos dias, y gozoso el santo abad de ver tan sano, bueno y libre del demonio aquel muchacho, lleno de alegría dijo un dia á sus monges: El diablo se burla de aquellas santas religiosas, y así atormentaba á este niño, pero ahora no se atreve. Aunque dijo con sinceridad estas palabras, no dejó de deslizarse en la vanagloria de tan gran milagro: lo cual conoció al instante por los efectos; pues al mismo punto se apoderó el demonio del muchacho, y comenzó de nuevo á atormentarle. Reconoció el santo padre su culpa; aunque fué tan lijera, que casi era dudoso que la hubiese cometido, lloróla amargamente, y pidió á los monges todos se pusiesen en oracion, protestando, fiado en la divina misericordia, que ni él ni otro alguno de ellos habian de probar bocado de pan, hasta tanto que aquel niño estuviese bueno, y libre del demonio. Y como la oracion de muchos vale mucho con Dios; al fin alcanzaron el perdon de aquella lijera culpa que el santo abad habia cometido de vanagloria, y juntamente la salud del niño tan cumplidamente, que nunca jamás se atrevió el demonio á entrar en él.

»Tuve yo (prosigue san Gregorio), una continua enfermedad, que los griegos llaman sincopia, de calidad, que si no comia cada instante, parecia acabárseme la vida, y dar el último aliento sin remedio. Vino la pascua de Resurreccion: y como yo viese que en el sábado santo todos ayunaban, hasta los niños tiernos y delicados, considerando que yo solo no podia ayunar, me entristecí de manera con sola esta consideracion, que mas que la misma enfermedad me afligia y acababa totalmente la vida esta pesadumbre. Un solo consuelo y esperanza de vida halló mi ánimo triste, que fué llamar al bendito padre Eleuterio, y comunicarle secretamente el mal que nuevamente me afligia, pidiéndole que con sus ruegos me alcanzase de Dios gracia para ayunar aquel dia. ¡O lo que vale la oracion del justo! Apenas lo hizo, y me echó su bendicion, cuando sentí tal vigor, tanta virtud y fortaleza en mi estómago, que no solo pude ayunar aquel dia, sin acordarme mas de mi enfermedad, sino que tambien podia ayunar al siguiente; y así experimenté la gran virtud y santidad de este bendito padre. Al fin, lleno de dias y virtudes, dió su santísima alma á Dios el glorioso Eleuterio, á 6 de setiembre, por los años del Señor de 580.» Escribieron su vida despues de Gregorio, papa, ya citado, Adon; Beda; Adriano, papa; Pedro de Natálibus *in Cathalogo sanctorum, lib.* VIII, *cap.* 45; Surio, tomo V; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo VII de sus Anales, año 580.

* San Onesíforo, mártir.—De este santo, que fué discípulo de San Pablo, hace mencion el mismo apóstol en su segunda carta á Timoteo, cuando dice: «El Señor haga merced á la casa de Onesíforo, porque muchas veces me consoló, y no tuvo vergüenza de mi cadena; ántes cuando vino á Roma, me buscó con diligencia y me halló. Dile al Señor, que halle misericordia delante de su presencia en aquel dia. Cuánto servicio me hizo en Efeso, mejor lo sabes tú.» Segun consta de los Martirologios griego y romano, fué martirizado con Porfirio, criado suyo, en el estrecho de Galípolis, por órden del procónsul Adriano, siendo cruelmente azotado, y despues atado á la cola de un caballo, que le arrastró largo tiempo, en cuyo tormento entregó su alma al Criador.

San Zacarías, profeta.—Es el XI de los doce profetas menores, y fué hijo de Baraquías, y nieto de Addo. Dios lo envió juntamente con el profeta Ageo á los judíos, para animarlos á reedificar el templo. Sucedió esto doce años ántes del reinado de Darío, hijo de Histaspes, quinientos veinte ántes de Jesucristo. Ignórase el lugar y la época del nacimiento de este profeta, como tambien los de su muer-

to; pero es seguro que habla de él Jesucristo en el cap. 23 de san Mateo, no solamente porque dice que es hijo de Baraquías, sino porque añade que es el último de los profetas que mataron los judíos, y que murió entre el templo y el altar. Para conocer el valor que dan estas palabras *inter templum et altare* á la época de la muerte del profeta, debe advertirse, dice un autor, que cuando murió Zacarías, hacia seis años que se habia empezado la reedificacion del templo. Jesucristo mismo quiso especificar esta circunstancia, para distinguirle del otro Zacarías que habia sido asesinado en el atrio del mismo templo. Este santo profeta dejó escrita una profecía, dividida en catorce capítulos, que la Iglesia venera entre sus libros canónicos. Todo lo que ella contiene relativa al Mesías, es tan claro y tan circunstanciado, que mas parece una historia que una profecía. La Iglesia celebra su fiesta en este dia, y el Martirologio romano dice, que siendo ya muy anciano, y habiendo vuelto de la Caldea, murió en su patria (Jerusalen), y fué sepultado junto al profeta Ageo.

Los santos Donaciano, Presidio, Mansueto, German, Fúsculo y Leto, obispos y mártires.—Eran todos obispos de África, cuando el rey Hunerico, que habia abrazado el arrianismo, movió aquella cruel persecucion contra los católicos, que renovó los primeros tiempos del cristianismo. Por su constancia en defender la fé ortodoxa, fueron presos por órden del mismo rey, llevados á la cárcel y cargados de cadenas. Despues los azotaron cruelmente con manojos de varas, y luego los mandaron desterrados á distintos lugares, ménos al ilustre san Leto, que despues de haberle hecho sufrir una porcion de suplicios, lo echaron en una hoguera, donde murió abrasado el año 486.

Los santos Fausto, Macario, y diez mil compañeros, mártires.—El primero de estos dos santos era sacerdote de Alejandría, en cuya ciudad fueron todos ellos arrestados por órden del gobernador Valerio en tiempo del emperador Decio. Tuviéronlos por muchos dias en una oscura prision, y al fin los llevaron al tribunal de su juez, que se empeñó en que habian de ofrecer incienso á los dioses paganos. Resistiéronse ellos con gran fortaleza, reprendieron á Valerio su insensata exigencia, y predicando al pueblo las verdades del Evangelio, sufrieron con paciencia una porcion de tormentos, y al fin recibieron la corona del martirio, siendo degollados en la misma ciudad de Alejandría, el año 250.

Los santos Cótido, Eugenio, y sus compañeros, mártires.—Fueron degollados en Capadocia, en tiempo de los emperadores gentiles, por confesar á Jesucristo. San Cótido era diácono de aquella Iglesia, y animando á todos al combate, fué el último que mereció la palma del martirio.

San Petronio, obispo y confesor.—Fué varon de admirable santidad, de profunda doctrina, y de vida irreprensible. Dotado de singular elocuencia se atraia todas las voluntades, así es que sus ovejas abrazaron suavemente las buenas máximas á medida que el santo pastor las iba enunciando. La Iglesia de Verona, que le tuvo por prelado, vió sus mas bellos dias durante aquel pontificado. Petronio murió á mediados del siglo V, ilustre en santidad y milagros, y su cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Esteban, junto al de san Andrónico.

San Pambo, abad.—Es conocido con el nombre de san Pambo de Nitria, y desde muy jóven se fué al desierto en busca del grande Antonio de quien fué discípulo, y á quien acompañó por algun tiempo en la soledad: despues fundó en el desierto de Nitria un monasterio.

Santa Bega, vírgen.—Esta santa vírgen irlandesa floreció á mediados del siglo VII, y fundó un monasterio en Espelan, cerca de Carlisle.

San Macculindo.—Fué obispo de Lusk, y solo se sabe de él que murió en 497.

DIA 7.

Santa Reina, vírgen y mártir.—La bendita Reina fué natural de la ciudad de Alisia, sita en la parte setentrional de Germania: su padre fué gentil y se llamó Clemente. Siendo de edad de quince años, creyó en Cristo, sin que su padre lo supiese; y bien instruida en la fé católica, se bautizó, y ofreció á Dios su virginidad y pureza. Era tan hermosa (esmalte que divinamente sale sobre el oro de la virtud), que pasando acaso por Alisia Olibrio, prefecto, y viéndola, se enamoró de ella. Hízola venir á su presencia, y sabiendo de ella misma que era cristiana, la mandó poner en la cárcel, advirtiéndola que él iba á un viaje, y que si al volver de él no habia mudado de religion, experimentaria su rigor. Volvió de su viaje; y habiendo sacrificado á sus falsos dioses, hizo sacar de la cárcel á la santa vírgen Reina. Mandóla sacrificar; y hallándola firme y constante en la fé que habia prometido á su esposo Jesus, le hizo suspender en el ecúleo, despues herir por mucho tiempo con varas de hierro, y atormentar, y rasgar sus delicadas carnes con uñas de acero. Tan cruel fué este martirio, y tan horrendamente fué herida y despedazada la santa vírgen, que el mismo Olibrio y todos los demás circunstantes cubrian sus rostros de horror, por no ver tan lastimoso espectáculo y tanto rigor. Los arroyos de sangre que corrian, no parece posible que de tan tierno y delicado cuerpo manasen. Pero viéndola constante siempre el cruel Olibrio, la mandó descolgar del ecúleo, y volver á la cárcel.

Puesta segunda vez en la cárcel, fué admirablemente consolada por su divino Esposo, el cual le envió una cruz de oro de maravillosa hermosura, sobre la cual tremolaba una hermosísima paloma, que sin duda era el Espíritu santo, que bajó á consolarla y sanarla de sus heridas, y animarla para el fin de la pelea. Llegaba la cruz de la tierra al cielo, y la paloma volaba sobre la cabeza de la bendita Reina, como halagándola, acariciándola y consolándola, junto con animarla á la corona del martirio, que le esperaba. Pasados dos dias, fué sacada segunda vez de la cárcel; y puesta á la presencia de Olibrio, la mandó otra vez poner en el ecúleo, y que debajo encendiesen una grande hoguera que la abrasase: y cuando ya el fuego habia hecho su oficio, la mandó descolgar, y que atada de piés y manos, como inocente cordera, la metiesen dentro de un baño de agua muy fria, para que con la contrariedad de los tormentos padeciese mas crudamente: y al entrarla en el baño, hubo un horrible terremoto; y aquella hermosa paloma, que en la cárcel la habia consolado, bajó sobre ella, y desatándola todas las prisiones, la dejó libre y sana, y puso una corona de oro y piedras de inestimable valor sobre su hermosa cabeza, y bajó una voz del cielo que la convidaba al reino que tan valerosamente habia

ganado. Este prodigio fué tan patente á todos los que habian acudido á ver el espectáculo, que se convirtieron á la fé de Jesucristo ochocientos cincuenta gentiles. Con esto se encendió mas con furor diabólico el presidente, y la hizo degollar: con que acabó gloriosamente su triunfo; y para mayor gloria suya permitió su amado esposo Jesus, que toda la ciudad concurriese y viese su bendita alma ir gloriosa al cielo en manos de los santos ángeles, que envidiosos de su triunfo se la presentaron gozosos á su Criador. Fué sepultado su glorioso cuerpo por los cristianos en la misma ciudad de Alisia, donde resplandece en milagros. Fué su glorioso martirio á 7 de setiembre (dia en que la Iglesia celebra su fiesta), por los años del Señor de 241. Escribieron su vida y martirio, Beda, Usuardo, Adon; Mombricio, tom. II *Vit. Sanct.*, Pedro de Natalibus *in Cathalog. sanct.* lib. VIII, cap 47, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones.

SAN EVORCIO, OBISPO Y CONFESOR. — Cuando imperaba Constantino el Grande, este santo era subdiácono de la Iglesia romana. El cielo manifestó que habia de ser obispo de Orleans, por señal milagrosa de una paloma. No se tiene noticia alguna auténtica de su vida, se sabe que murió el año 340, y que su culto fué muy famoso en los reinos de Inglaterra y Francia.

SAN CLODOALDO, PRESBÍTERO Y CONFESOR. — Este santo, llamado por los franceses *san Cloud*, nació en 522, de Clodomiro, rey de Orleans, hijo primogénito de santa Clotilde. Apenas tenia tres años el príncipe, cuando perdió á su padre, y quedó bajo la tutela de su santa abuela que le amaba tiernamente. Preparábase la piadosa tutora para dar á sus nietos una educacion conforme á su augusto nacimiento, cuando los reyes de París y Soissons invadieron los estados de Orleans, asesinaron los hermanos de Clodoaldo, que escapó de su furor por una especial providencia del cielo, y aquellos quedaron dueños del reino. El jóven príncipe se retiró entonces á la celda que habitaba cerca de París el piadoso solitario san Severino, y allí aprendió tan pronto la verdadera ciencia de la salvacion, que él mismo se cortó los cabellos, ceremonia por medio de la cual declaraba que renunciaba al mundo y se consagraba á Dios. Penetrado de la futilidad de las cosas humanas, despreció las ocasiones que se le presentaron para recobrar la corona de su padre: contento en su soledad, daba continuamente gracias á Dios por haberle apartado de los escollos del mundo; y lleno de la divina gracia, adelantaba á pasos agigantados por los caminos de la perfeccion. Despues de algun tiempo, temiendo los peligros de su proximidad á París, dejó su primera mansion, y se retiró á la Provenza, donde vivió desconocido por algunos años. Pero sus virtudes y eminente santidad le hicieron de nuevo traicion: sintiéndose agobiado de visitas y de admiradores se volvió á París, donde fué recibido con las mas inequívocas muestras de alegría. El año 551 el pueblo pidió al obispo de París que ordenase á Clodoaldo de sacerdote, cuyas funciones ejerció el siervo de Dios con general aplauso de todos; pero despues se retiró á un sitio llamado entonces Nogent, y posteriormente San Cloud, á dos leguas de la capital de Francia. Reuniéronsele luego multitud de personas piadosas, que vivieron bajo su direccion; y á quienes alentaba el santo en los caminos de la virtud con sus instrucciones y ejemplos. Entonces fué cuando Clodoaldo distribuyó todos sus bienes á la Iglesia y á los pobres: predicaba continuamente la palabra de Dios á los pueblos vecinos; desvelábase siempre por el bien de todos, y su vida era en un todo la de un apóstol. El Señor, que le tenia reservada una corona inmarcesible por sus esclarecidos merecimientos, le llamó á la patria de los bienaventurados el dia 7 de setiembre del año 560, é hizo glorioso su sepulcro por medio de muchos milagrosa.

SAN JUAN, MÁRTIR. — Era este santo natural y habitaba en Nicodemia cuando se fijaron en esta ciudad los edictos imperiales contra los cristianos. Al pasar un dia por la plaza principal, su corazon se inflamó tan vivamente contra aquellos excesos, que arrancando los edictos de la pared, los hizo públicamente pedazos. En aquella sazon se hallaban allí los emperadores Diocleciano y Maximiano, y habiendo llegado á su noticia el hecho, llenos de cólera contra el audaz cristiano, mandaron que se ejecutasen en su persona los mas horrorosos é inauditos castigos. Efectivamente, el animoso Juan se sujetó á los tormentos mas atroces, pero sin abrir siquiera la boca para quejarse; ni se permitió en su rostro la mas ligera señal de tristeza, sino que cantando divinas alabanzas, consumó su heroico martirio, muriendo en testimonio de la fé.

SAN EUSIQUIO, MÁRTIR.—Nació en Cesarea de Capadocia, de padres gentiles; pero muerto su padre, se hizo instruir en la religion cristiana y fué bautizado. Sus virtudes eran la admiracion y el encanto de todos, y desde que recibió el agua santa todos sus deseos eran de padecer por Jesucristo. En tiempo del emperador Adriano, le metieron en una prision, en la cual pasó todo género de miserias; poco despues le dieron libertad, la cual empleó en prepararse de nuevo para el martirio. Vendió un considerable patrimonio que poseia: dió una parte de su producto á los que le habian acusado, á quienes él llamaba sus bienhechores; repartió lo restante á los pobres, y continuó ejerciendo públicamente las mas acendradas virtudes cristianas. Poco tiempo despues gobernando el juez Sapricio, volvieron á prenderle; y despues de haberle hecho sufrir varios tormentos, al fin le pasaron con una espada, y consumó el martirio.

SAN ANASTASIO, MÁRTIR.—Nació en Aquileya de una familia pobrísima, la cual enriqueció y ennobleció con su altas virtudes y ruidosos milagros. Hacia tiempo que era cristiano, y ejercia el oficio de cerrajero, cuando se publicaron los crueles edictos de Diocleciano. Dejando entonces su patria se fué á Salona, donde empezó á predicar públicamente la religion de Jesucristo, y para que si le buscaban diesen luego con él, pintó una cruz encima la puerta de su casa. Efectivamente, á los pocos dias le prendieron y le hicieron sufrir martirio, muriendo el año 304, y su cuerpo fué trasladado á su patria muchos años despues.

SAN SOZONTE, MÁRTIR.—Era de Licaonia, y habiéndose convertido á la fé cristiana, hallándose en la ciudad de Pompeyópolis, en Cilicia, entró en un templo de ídolos, se llevó una estatua de oro que en él habia, la deshizo, la vendió y dió su producto á los pobres. Habiéndolo sabido el prefecto Máximo, llamó al santo á su presencia, el cual confesó el hecho, dijo que era cristiano, y manifestó grandes deseos de sellar con su sangre sus creencias. Por órden del mismo prefecto le calzaron unas sandalias llenas de puntiagudos clavos y le hicieron correr así por varias calles, despues le colgaron de un árbol y

le azotaron con varas de hierro, y al fin lo echaron en una hoguera, donde consumió su martirio, el año 303.

SAN NEMORIO, Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.—San Nemorio era diácono de la Iglesia de Troyes cuando entró en esta ciudad Atila, rey de los hunos. Para apaciguar á aquel guerrero, llamado «el azote de Dios,» el clero y el pueblo mandaron al ilustre diácono con otros seis clérigos á su encuentro. Vestidos, pues, con las vestiduras sagradas y llevando la cruz en procesion, se presentaron al vencedor, que léjos de ablandarse con aquellas señales de paz, mandó á sus soldados que se apoderasen de los siete eclesiasticos, é inmediatamente los degollasen. Murió Nemorio con sus seis compañeros en el mes de setiembre del año 451.

SAN PÁNFILO, OBISPO Y CONFESOR.—El cardenal Baronio dice que fué este santo obispo de Capua, y que despues de haber florecido en ciencia y piedad, acabó pacíficamente sus dias en medio de su rebaño. El mismo autor es de parecer que floreció durante los siglos IV ó V. Antiguamente fué muy venerado en Italia, y habia algunas iglesias de su invocacion.

SAN AUGUSTAL, OBISPO Y CONFESOR.—Segun Beda fué francés de nacimiento y obispo de la ciudad de Arles. Su pontificado fué célebre en importantes trabajos apostólicos para la reforma de la disciplina y propagacion de la fé. Su ardiente caridad para con los pobres le obligó á vender hasta lo que le era mas preciso, para dárselo y aliviar las miserias públicas. Fué zeloso y caritativo como un apóstol; asistió á varios concilios de su tiempo, y murió con la muerte de los santos, en el mes de setiembre del año 460.

SANTA GERMANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Otros la llaman Grimonia. Fué martirizada en defensa de su castidad en el sitio de su retiro, en Picardía, diócesis de Laon.

SANTA MEDELBERTA, VÍRGEN Y ABADESA.—Fué sobrina de santa Aldegunda, y fué educada en un monasterio de que despues fué abadesa; murió por los años de 705.

SAN EUNAN, OBISPO.—Solo se sabe de él que fué primer obispo de Raphoe, en Irlanda, provincia de Ulster.

DIA 8.

LA NATIVIDAD DE LA VÍRGEN SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.—Del nacimiento de la gloriosísima Vírgen y Madre de Dios, María Señora nuestra, dice la santa Iglesia en una antífona, hablando con ella, estas palabras: «Vuestra natividad, ó Vírgen y Madre de Dios, ha traido gozo y alegría al mundo universo; porque de vos ha nacido el Sol de justicia, Cristo nuestro Dios: el cual, deshaciendo la maldicion (debajo de la cual estábamos comprendidos), echó su copiosa bendicion sobre nosotros; y venciendo y matando la muerte, nos dió vida sempiterna y perdurable. Por cierto que con gran razon, guiada del Espíritu santo, dice la Iglesia, que el nacimiento de la Vírgen ha acarreado al mundo universo singular alegría y regocijo: porque si el ángel san Gabriel dijo á Zacarías, que muchos se gozarian y tendrian placer en la natividad de su hijo san Juan Bautista, y la celebraron, porque era hijo de oraciones, y nacia de padres viejos y de madre estéril, y habia de ser precursor del Mesías, y aparejarle el camino; ¿cuántos mas motivos y títulos tiene todo el mundo para holgarse y dar saltos de placer, el dia que nació esta Vírgen benditísima, en cuyas purísimas entrañas se habia de encerrar Dios nuestro Redentor, y vestirse de su carne y unir la naturaleza divina con la humana, y darle, con su bendicion, vida y salud eterna? Todo el universo estaba vestido de tinieblas, de culpas é ignorancia, y cubierto de una noche tenebrosa y oscura; mas cuando apuntó y comenzó á reirse la luz de esta Alba divina, todo se bañó de regocijo y alegría, entendiendo que se acercaba el dia, y venia el Sol que le habia de esclarecer y librarle de todos los males y miserias que padecia. La santísima Trinidad tuvo singular contento: el Padre, por haber nacido su dulce Esposa: el Hijo, porque habia de ser su Madre; y el Espíritu santo porque era su Templo, y porque por virtud suya habia de concebir al Hijo del Altísimo en su sagrado vientre. Pues ¿qué diré de todos aquellos celestiales y bienaventurados espíritus? ¿Qué fiesta creemos que hicieron en el cielo el dia que vieron nacida en la tierra á la que habia de ser su Reina y reparadora de las sillas, por medio de su benditísimo Hijo? ¿Qué de los santos patriarcas, sus primogenitores, cuando vieron cumplidos sus largos y ansiosos deseos, y que por medio de esta niña habia de ser tan ilustrado y encumbrado su linaje? ¿Qué de los profetas, que tantas veces la anunciaron, y debajo de tantas sombras y misteriosas figuras la dibujaron y pintaron? Todo el linaje humano se debe alegrar con el nacimiento de esta Señora, por la honra que le vino de tenerla por parienta, y por gloria, ornamento y corona suya; y particularmente los pecadores, por tener tal abogada é intercesora. Pero los que mas parte hoy tienen en esta fiesta son los padres de esta niña, á quienes Dios hizo tan señalada merced, y por medio de ellos dió tanta alegría á todo el mundo. El padre de la Vírgen fué Joaquin, de Nazareth; su madre Ana, de la ciudad de Belen; y los dos eran de la tribu de Judá, y del linaje de David. Eran ricos y nobles, y de sangre ilustrísima; porque descendian de muchos reyes, de valerosos capitanes, de grandes y sabios jueces y gobernadores del pueblo de Israel: y lo que mas importa, de santísimos sacerdotes y patriarcas, y amigos de Dios, que le habian servido con singular amor y reverencia. A mas de esto, eran personas muy temerosas de Dios, y guardaban con gran cuidado su santa ley, en ayunos, oraciones y limosnas; porque tal convenia que fuese el árbol que habia de producir tal fruto. Repartian sus rentas en tres partes: en el templo y culto divino, en los pobres, y en sustentar su familia.

Habian vivido veinte años casados, sin tener hijos, porque era Ana estéril; y por esta causa andaban muy tristes y afligidos. Mas Dios nuestro Señor con gran providencia ordenó que Ana fuese estéril, para que el nacimiento de su Hija santísima fuese milagroso, y no se atribuyese á la naturaleza, sino á la gracia. Y como dice san Juan Damasceno, para que por este milagro se allanase el camino para el milagro mayor de todos los milagros, que es venir Dios al mundo y encarnar en las entrañas de María; y para que se entendiese que la que nacia no era obra de deleite sensual, sino de la gracia divina: y que el Señor algunas veces cierra la puerta para abrir la mayor maravilla, para que con el nuevo milagro se conoza mejor y se estime mas la grandeza de la que nace. Tambien quiso Dios que fuese estéril Ana, y ella y Joaquin viejos; para que la Vírgen que nacia, fuese hija de oraciones, de deseos y lágrimas, á la manera que lo fué Samuel, hijo de

la otra Ana, que con suspiros, ayunos y llantos le parió. Así estos santos casados suplicaban continuamente á Dios con grande instancia que les diese fruto de bendicion; prometiéndole de consagrar á su divina Majestad el hijo ó hija que les diese; y con la oracion juntaban el ayuno y la limosna. Perseveraron tanto, y con tan grande confianza y buenas obras, que el Señor les envió un ángel (que Pantaleon dice que fué san Gabriel), y él les reveló que el Señor habia oido sus plegarias y oraciones, y que tendrian una hija que la llamarian María, y seria Madre del Mesías y Salvador del mundo. Y fué muy conveniente que el ángel trajese del cielo esta buena nueva, y anunciase la que habia de alegrar al cielo y la tierra: pues los nacimientos de Isaac, de Sanson y de san Juan Bautista habian sido anunciados á sus padres por ángeles. Con este favor de Dios quedaron consoladísimos Joaquin y Ana, y le dieron muchas gracias por tan señalada merced: y Ana concibió á la Vírgen santísima á los 8 dias de diciembre, en que la santa Iglesia celebra la fiesta de la inmaculada Concepcion: y cumplidos los nueve meses, la parió á los 8 de setiembre en Nazareth, en una casa que tenian sus padres en el campo, entre los balidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores, como lo afirma Damasceno: y nueve dias despues, que fué á los 17 del mismo mes (segun la costumbre de los hebreos), le fué puesto el nombre de María, que en la lengua hebrea, ó siríaca, quiere decir «Señora, alumbrada y alumbradora, y estrella del mar;» porque ella es la que por haber parido al Rey y Señor del mundo, es verdaderamente Señora de todas las cosas criadas; nó de una parte de él, ni de una provincia ó nacion, ni solamente del cielo, ó de la tierra, ó del infierno, sino de todo el universo entero y de cada parte de él: porque todas las criaturas que reconocen por su Criador y Hacedor á Dios, reconocen á María por Madre del mismo Dios, y se sujetan á su imperio, y con una profundísima humildad y acatamiento la reverencian y veneran: es asimismo alumbrada de aquella Luz que nunca se oscurece, y vestida de aquel Sol que ella cubrió con la nube de su purísima carne; y teniendo en sí este Sol divino, alumbra nuestro emisferio y el del cielo, á los hombres y á los ángeles, y resplandece con inmensa claridad: y por eso tambien es estrella del mar, y norte de todos los que navegamos por este océano y siglo tempestuoso; para que mirándola á ella, é invocándola, no perezcamos en medio de las furiosas ondas y horribles tormentas que continuamente nos combaten, hasta llegar (mediante esta estrella) al puerto deseado de nuestra bienaventuranza.

Nació esta gloriosa niña, en el cuerpo la mas linda, la mas bella y hermosa que ninguna pura criatura; y en el alma, tan pura, tan perfecta, tan adornada de gracias y virtudes, que los serafines y querubines se admiraban y estaban suspensos de verla: porque como del cuerpo de la Vírgen se habia de formar el cuerpo de Jesucristo, y organizarse de su delicada sangre; fué cosa muy conveniente que aquella carne, de la cual se habia de vestir el Verbo eterno, fuese muy proporcionada á la del Hijo, y bien compuesta, y en todos los bienes naturales acabada con suma perfeccion; y que el Hijo fuese muy parecido á la Madre en el ser natural, y la Madre al Hijo muy semejante en el ser de la gracia: porque en lo primero Cristo era hijo de María, y ella su Madre; y en lo segundo, él era su Padre, y ella su Hija: y de aquí vino la plenitud de la gracia, que el alma de la Vírgen tuvo, y las inmensas riquezas de todas las virtudes y dones, que por un modo singular el Señor le comunicó: porque todas las gracias que Dios repartió á todos los otros santos, las amontonó y juntó en María, con mayor perfeccion y con medida mas colmada, y así todas las mujeres que en el Viejo Testamento tuvieron alguna excelencia, fueron cifra y como un dibujo de la Vírgen santísima, y en todas las hace infinitas ventajas. Ella es la segunda Eva, nó como la primera, que se llamó madre de los vivientes que habian de morir, sino como Madre de los vivientes que vivirán para siempre; porque tuvo enemistad con la serpiente, y le quebrantó la cabeza, y con esto mató á la misma muerte. Ella fué mas dichosa que Sara, mas prudente que Rebeca, mas hermosa que Raquel, mas fecunda que Lia; porque aunque Lia parió muchos hijos, y María uno; éste uno vale mas que todo lo criado. Ella fué mas excelente que María profetisa, hermana de Moisés, legislador, y de Aaron, sumo sacerdote, y la que cantó cánticos de alabanza, cuando vió libre al pueblo de Israel, y ahogó á Faraon con sus carros y ejércitos en el mar Rojo: porque nuestra María no fué hermana, sino Madre del verdadero y único legislador del mundo, y del sumo pontífice, que con el sacrificio de su sacratísimo cuerpo y sangre amansó el pecho airado del Padre eterno, y venció y ahogó al tirano infernal que perseguia á su pueblo. Ella fué mas sabia que Débora, mas fuerte que Judith, mas graciosa que Ester, mas humilde que Abigail, mas hermosa que Abisag, mas casta que Susana: porque fué aquella señal grande, que pareció en el cielo y hoy en la tierra, y aquella gloriosa mujer vestida del sol, coronada de estrellas, y que tiene debajo de sus piés la luna: es aquel santuario que Dios hizo para habitar en él; y aquella arca fabricada de madera de Sethin, y forrada de dentro y de fuera de oro purísimo: es la estrella que nació de Jacob: es el templo vivo, y el trono en que el verdadero Salomon reposa: finalmente es aquella Vírgen purísima, de la cual dice el sagrado Evangelio, que se lee en la misa, para solemnizar su nacimiento: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.* Sí, ¿quieres saber quién es María? Ella es Madre de Dios, y de ella nació Jesucristo. Todos los títulos y excelencias que le pueden dar á la Vírgen, se comprenden y se resumen y cifran en este nombre de Madre de Dios. Ella nace hoy, y de aquí á quince años de ella nacerá el Hijo de Dios, para que desde hoy la miremos, nó como á Hija de Joaquin y Ana, sino como á Madre del Altísimo y unigénito Hijo de Dios: y desde este dia, que entra en el mundo, concibamos una reverencia tan profunda, y un acatamiento tan humilde, y una devocion tan entrañable, como se debe á la Madre de Jesus; porque para esto nace, y para esto nos la dió el Señor. ¡O bienaventurada y dichosa Señora! ¿Qué lengua, aunque sea de ángeles, podrá explicar, ó qué mente comprender lo que se encierra en este nombre de Madre de Dios? ¡O Madre de tu Padre, Esposa de tu dulcísimo Hijo, que mereciste tener un mismo Hijo con Dios: *De qua natus est Jesus!* Nació sin madre eternamente de la sustancia del Padre: y nació temporalmente sin padre de la sustancia de María. Engendró el Padre al que dió ser á todas las cosas; y tú engendraste al mismo Hijo, que les da la gracia y el perfecto ser. El Padre engendró al Criador de todas las cosas; y tú al Reparador de todas, y al Salvador. Por Jesucristo fué hecho y formado el mundo: y por el

mismo Cristo en tí ha sido reformado y recreado. Nacida eres de la carne de Adan; mas sin la corrupcion de Adan: Hija eres de Eva; mas para reparar las miserias de Eva: Hija eres de hombre; mas Madre de Dios: Vírgen eres; mas no estéril: fecunda eres; mas con purísima virginidad. Dios te salve, Vírgen sacratísima, tálamo del Esposo celestial, morada del eterno Padre, templo de la Sapiencia increada, sagrario del Espíritu santo, palacio de la Divinidad, tabernáculo de nuestra salud, huerto de delicias, paraiso de deleites, tesoro riquísimo, vena de aguas vivas, depositaria de todas las gracias y dones de Dios, singular entre todas las criaturas; pues no hay cosa que te iguale: porque todo lo que tiene sér no está sobre tí: sobre tí está solo el Criador; y debajo de tí están todas las criaturas: porque eres Madre de Dios, Madre de nuestra luz, Madre de nuestra salud, Madre de nuestra redencion y de nuestra bienaventuranza.

Pues si esta niña benditísima que nace hoy, es tan dotada de gracias, tan adornada de virtudes y enriquecida de tantos y tan incomparables dones de Dios, y por medio de ella el mismo Dios se nos comunica y toma nuestra carne, y se hace nuestro hermano, de manera, que le podemos decir que es carne de nuestra carne, y hueso de nuestros huesos; ¿cómo nos debemos alegrar en este dia? ¿Con qué regocijo celebrar este nacimiento? ¿Y con qué fiesta solemnizar la venida al mundo, de la que le dió vida? Cuando un gran rey toma por mujer alguna doncella, todos los de aquel linaje se alegran y se dan el parabien, y hacen grandes demostraciones de su contento y alegría. Cuando una reina viene de nuevo al reino, ¿no es recibida con real aparato y con costosas y varias libreas, arcos triunfales, fiestas y regocijos? ¿Pues con cuánto mayor gozo, devocion y reverencia debemos nosotros recibir á nuestra Reina y universal Señora del mundo, y honrarla por haber la soberana majestad del Padre eterno tomado por Esposa y por Madre de su Hijo á una parienta nuestra, y ennoblecido tanto á todo el linaje humano? Y por esto dice el cardenal Damian estas palabras: «La natividad de la beatísima é intemerata Madre de Dios (hermanos carísimos) da á los hombres singular alegría, por haber sido el principio de toda nuestra salud. Con razon, por cierto, todo el mundo hoy jubila y salta de placer, y la santa y universal Iglesia hace fiesta; pues en este dia nace la Madre dignísima de su celestial Esposo, y en ella celebra el principio de las otras fiestas suyas, porque siendo esta fiesta en tiempo mas antigua, no debe ser inferior en la dignidad. Por tanto gocémonos y holguémonos en la natividad de la Vírgen y Madre, que anunció un nuevo gozo al mundo, y fué principio de toda nuestra salud; y como nos solemos alegrar en el nacimiento de Cristo, alegrémonos tambien en el nacimiento de la Madre de Cristo.» Y Sergio, hierapolitano y antiguo, dice: «Venid todos los fieles, y con gran prisa dad el parabien á esta niña que nace; porque ántes que naciese, ya estaba predestinada para Madre de Dios; y con ella nace el mundo y se renueva.» Y san Damasceno dice: «Venid, todas las gentes y todos los estados de hombres de cualquiera lengua, edad y condicion que sean, para que celebremos con grande afecto el dichoso y alegre dia del nacimiento de esta Vírgen.» Y Ruperto Tuiciense, declarando aquellas palabras de los Cantares: «¿Quién es esta que se levanta y va creciendo con su luz, como el alba?» hablando con la Vírgen le dice: «Cuando tú, ó Vírgen beatísima, naciste, entonces rompió el dia y salió al mundo la verdadera Alba, y nos significó que venia el dia sempiterno; porque así como el alba es fin de la noche pasada y principio del dia siguiente; así tu nacimiento fué fin de nuestros dolores y tristezas, y principio de nuestro consuelo y alegría.

La fiesta de la Natividad de nuestra Señora, dicen algunos, que la instituyó Inocencio, IV de este nombre, sumo pontífice, cerca de los años del Señor de 1250; y que la causa de la institucion fué una larga sede vacante de veinte y un mes que hubo en la Iglesia, despues de la muerte del papa Celestino IV, y que se hizo voto y promesa que saliendo con brevedad sumo pontífice, se celebraria con solemnidad esta fiesta de la Vírgen: y que luego fué elegido el cardenal Sinibaldo, que en su asuncion se llamó Inocencio IV, y fué el que la mandó celebrar en toda la Iglesia. Pero esto no puede ser verdad; porque de san Damasceno, Pedro Damian y Ruperto, y otros autores que habemos citado, y florecieron mucho ántes que Inocencio IV fuese sumo pontífice, consta ya en el tiempo de ellos se hacia fiesta de la Natividad de la Vírgen. Y en el Sacramentario de san Gregorio, que fué aun mas antiguo, hay especial prefacio de esta fiesta de nuestra Señora; y de esto hace mencion san Ildefonso en el libro de la Virginidad. Y en el libro de los divinos oficios llamado Orden romano, tambien se hace mencion de las homilías de los santos que en esta fiesta se han de leer, y de las letanías que en ella se solian decir, por institucion de Sergio, papa, como eruditamente lo notó el cardenal Baronio. Tambien es falso lo que otros han dicho, que esta fiesta se celebraba en tiempo de san Agustin, engañados quizá por un sermon del santo, que se lee en los maitines de este dia, donde se dice: «Gócese nuestra tierra con suma alegría; pues ha sido esclarecida con el nacimiento de tan alta Vírgen.» Mas este sermon, aunque es de san Agustin, no es de la natividad, sino de la anunciacion de la Vírgen: y la Iglesia, para acomodarle á esta fiesta, trocó una palabra y puso «nacimiento,» por «solemne dia;» porque venia mas á propósito. Pero el mismo san Agustin claramente dice, que en su tiempo no se celebraba en la Iglesia sino el nacimiento de Jesucristo nuestro Salvador, y el de su precursor san Juan Bautista. En qué tiempo se haya instituido esta fiesta, y quién la haya instituido, no sabemos cosa cierta, sino que es muy antigua y celebrada de los santos griegos y latinos. Puede ser que despues del concilio efesino (en el cual fué condenado Nestorio, porque con su lengua sacrílega negaba que la Vírgen nuestra Señora habia de ser llamada Madre de Dios, y con esta ocasion creció mas la devocion de los fieles para con ella) se haya dado principio á celebrar su santísima natividad con fiesta particular. Otros autores atribuyen la institucion de esta fiesta á ciertas revelaciones que tuvo un religioso contemplativo; el cual dicen, que todos los años á 8 de setiembre oia una suavísima música en el cielo, con gran fiesta y regocijo de los ángeles; y que preguntando una vez á uno de ellos la causa, le respondió, que aquel dia se celebraba en el cielo el nacimiento de la Madre de Dios; y que por el dicho de este religioso se comenzó á celebrar en la Iglesia. Bien pudo ser esto; pero lo cierto es lo que arriba queda referido. De la natividad de nuestra Señora, Lipomano y Surio refieren muchos sermones y homilías de santos: y el cardenal Baronio las de otros gra-

ves autores griegos que se hallan escritas de mano en la copiosa y curiosa librería del cardenal Esforcia, que está en Roma.

San Adriano, mártir.—Entre las ciudades ilustradas con la sangre de los mártires, fué Nicomedia ciudad principal en la provincia de Bitinia; porque como residió primero en ella el emperador Diocleciano, cruelísimo enemigo del nombre de Cristo, y despues Maximiano Galerio, que fué otro monstruo cruel, allí ejecutaron los dos su saña y furor contra los que profesaban nuestra santa religion, mandando buscar con increible diligencia, pesquisar, descubrir, prender, atormentar, acabar y consumir todos los amigos de Dios, como si fueran enemigos suyos y de su imperio. Los emperadores se embravecieron contra ellos; y los ministros de su impiedad ejecutaban sus mandatos. Los mártires eran atormentados; y el Señor les daba alegría en sus tormentos y victoria de la misma muerte: y algunos de los gentiles, viendo la paciencia, mansedumbre y gozo de nuestros valerosos guerreros en tan terribles y atroces tormentos, maravillados y espantados de cosa tan nueva se convertian á la fé de Jesucristo: y los que primero, como ministros de los tiranos, atormentaban á los cristianos; despues siendo ya cristianos se dejaban atormentar y ponian el cuello al cuchillo por Cristo. De estos fué uno san Adriano, mártir, que era mozo de veinte y ocho años, caballero principal y ministro del emperador Maximiano: el cual por haber visto la fortaleza y constancia de los cristianos en sus penas, y la alegría y júbilo con que morian; juzgando que aquello no era ni podia ser cosa humana, sino del cielo, se movió tanto, que encendido en el amor de Dios, públicamente confesó que era cristiano, é hizo poner su nombre en la lista de los otros santos mártires, para ser con ellos atormentado y muerto.

Supo esto el emperador Maximiano, y salió de juicio: mandóle prender, y cargado de hierros echar en la cárcel, donde estaban otros veinte y tres cristianos. Dió aviso de la prision de Adriano á Natalia, su mujer (que era cristiana, aunque ocultamente), un criado suyo. Ella luego que entendió lo que pasaba, llena de gozo fué á la cárcel, y echándose á los piés de su marido, besando los grillos le decia: Bienaventurado eres, señor mio Adriano, que has hallado las riquezas que no te dejaron tus padres. Ya vas seguro á Jesucristo, en quien has puesto todos los tesoros para hallarlos en tiempo de la necesidad, cuando nadie bastará á librar de las penas al miserable que se condenare, nó el padre al hijo, nó la madre á la hija, nó el amigo al amigo, ni las riquezas perecederas, ni el acompañamiento de muchos criados, ni la ambicion y vanidad de los cargos, ni otra cosa alguna valdrá para librarle sino las buenas obras que hiciere. Tú, señor mio, tienes contigo á Jesucristo: no te canses para que goces de sus promesas. Mira, que no te quite de este camino la memoria de los bienes caducos y frágiles de la tierra, nó los gemidos de tus padres, nó tu juventud y la hermosura de tu cuerpo, nó las lisonjas de tus amigos, ni las amenazas de tus enemigos: no te espanten los tormentos del tirano, sino considera la constancia y paciencia de estos santos mártires que están contigo: imítalos en la vida para que en la muerte recibas con ellos el premio de la inmortalidad. Y echándose la santa mujer á los piés de los otros mártires, con entrañable devocion besaba sus cadenas, y les suplicaba que animasen y esforzasen á su marido, para que la victoria que alcanzase fuese fruto de las peleas de ellos: y no solamente ganasen sus almas y las ofreciesen á Dios, sino tambien la de Adriano, y por este servicio recibiesen mayor corona del Señor. Con esto se despidió la valerosa mujer de los santos mártires y de su marido, que le prometió avisarla al tiempo que le hubiesen de atormentar, para que se hallase presente á su martirio. Para cumplir esta promesa, pasados algunos dias, entendiendo san Adriano que querian los jueces concluir la causa; con parecer de los otros mártires y licencia del carcelero, comprada con dineros, salió de la cárcel para avisar á su mujer, que ya se acercaba la hora de su glorioso martirio.

Mas ántes que llegase á su casa, tuvo nueva Natalia, que Adriano venia á ella libre: y pareciéndole que aquello no podia ser sino por haber su marido renegado de la fé de Cristo, y huir de la muerte, enterneciése sobremanera: y viéndole venir, arrojó la labor que tenia en las manos, y corrió á la puerta de su casa, y cerróla muy bien, diciendo: No trate el cobarde mas conmigo, ni yo le vea con mis ojos, pues ha vuelto atrás, y mentido á su Dios y Señor. No me hable palabra, ni oiga ya lengua que haya sido engañosa en la presencia de su Criador. Y llegándose mas cerca, y hablando con él, le dijo: ¡O hombre desleal y sin Dios! ¿Para qué comenzaste lo que no habias de acabar? ¿Por qué te apartaste de aquellos santos en cuya compañía yo te dejé? ¿Por qué volviste las espaldas ántes que se comenzase la batalla, y arrojaste las armas ántes de ver el rostro al enemigo? ¿Qué haré yo, desdichada de mí? ¿Quién me juntó con descreido? No merecí yo ser llamada mujer de mártir, sino de aquí adelante me llamarán mujer de renegado. Por un momento fué mi alegría, y por muchos siglos será mi afrenta y oprobio.

Estaba Adriano á la puerta, oyendo estas palabras, y bañábase como en agua rosada oyéndolas, y tomaba ánimo y nuevo esfuerzo, por el esfuerzo y ánimo que veia en su mujer: la cual satisfecha que su marido no venia por huir del martirio, sino por aparejarse á él, y tenerla presente cuando padeciese, como se lo habia prometido; le abrió la puerta, y con grande humildad y gozo, se echó á sus piés y le abrazó; y los dos juntos volvieron á la cárcel. Yendo por la calle Adriano, temiendo que despues de su muerte los ministros del emperador confiscarian sus bienes, y que Natalia quedaria sin hacienda y desamparada, le preguntó, qué órden habia dado en su patrimonio y hacienda. Y ella, con grande espíritu y valor, le respondió: No quieras, señor mio, acordarte de los bienes transitorios de este mundo, para que no te embaracen y cautiven tu corazon; pon los ojos en los bienes perdurables y eternos, que tan presto te dará Dios á ti y á los santos con quienes deseas morir por Jesucristo. Llegaron á la cárcel, y luego Natalia se postró á los piés de los santos mártires, y besó sus prisiones: y viendo que por los grillos y cadenas que habian padecido, estaban muy maltratados, y las carnes ulceradas, y los miembros de algunos tan podridos, que destilaban podre y criaban gusanos, mandó á sus criados traer de su casa lienzos preciosos y delicados, y con ellos comenzó á limpiar las llagas de los santos, y curarles con admirable devocion y ternura; y en esto se ocupó la santa mujer siete dias. Despues fueron

sacados de la cárcel los veinte y tres mártires, todos en una misma cadena, y tras ellos san Adriano, atadas atrás las manos; y fué presentado delante del emperador, ántes que los otros, para que fuese atormentado; porque como mozo sano y robusto, juzgaron que tendria fuerza para padecer mayores tormentos. Cuando se apartó de los otros santos, sus compañeros, para entrar en la audiencia, los santos mártires le dijeron: Ea, Adriano, tiempo es que tomes tu cruz, y sigas á Cristo: no vuelvas atrás, ni te espanten los tormentos que ves, sino mira al cielo, y considera la corona que por ellos te espera. Y la buena Natalia, su mujer, llegando á él le dijo: Mira, señor mio, que en solo Dios pongas tu corazon, y que no te espantes de ningun género de tormento que te dieren; porque el trabajo será breve, y el premio y gloria durará para siempre. Acuérdate que sirviendo al rey de la tierra, padeciste grandes trabajos por una paga escasa y vil; y que ahora, con mayor constancia debes sufrir cualquiera pena por el reino de los cielos. Fué presentado san Adriano delante del tirano: el cual, viéndole constante en la confesion de Jesucristo, y que con buenas palabras y promesas no le podia ablandar, le mandó azotar cruelmente, y despues apalear por cuatro sayones, hombres robustos, con palos duros y nudosos: y Natalia, que estaba presente, se fué luego á los otros mártires, avisándoles que ya Adriano habia comenzado su batalla, para que rogasen á Dios por él; y en los demás tormentos que le dieron, siempre hacia esto para sustentarle con las oraciones de los santos. A este tormento añadieron otro, mandando que otros cuatro hombres le diesen grandes golpes en el vientre, con que le rasgaron y descubrieron las entrañas; y despues cargado de cadenas le volvieron á la cárcel. Iba con él la santa y varonil mujer, y halagándole blandamente con la mano, le decia: ¡O lumbre de mis ojos, y qué bienaventurado eres, pues mueres por aquel Señor que murió por tí! Llegado á la cárcel, los otros santos, arrastrando sus cuerpos despedazados, como podian, venian á él para darle el parabien y ósculo de paz, y animarle al resto de la batalla: y él le respondió, que aquel gozo suyo era de ellos, y aquella corona fruto de sus merecimientos y oraciones. Y la bienaventurada Natalia limpiaba las heridas de su marido, y recogia la sangre que corria de ellas, y con ella, como con un preciosísimo ungüento, ungia su cuerpo; y por su ejemplo vinieron otras santas mujeres á la cárcel, para consolar, servir y regalar á los santos mártires que estaban presos. Mas sabiendo esto el tirano, les mandó cerrar la puerta, y que ninguna mujer pudiese entrar en la cárcel. No se espantó, ni se acobardó la valerosa Natalia por este mandato; ántes, cobrando mas ánimo, se cortó el cabello, y se vistió de hombre, y entró en la cárcel para animar á su marido, y servir á los otros mártires: y pudo tanto con su ejemplo, que otras piadosas matronas hicieron lo mismo. Supo esto el tirano: embraveciése sobremanera, y mandó que con una destral sobre un yunque quebrantasen las piernas y las manos á Adriano y á los demás mártires: y la santa mujer rogó á los verdugos que comenzasen por Adriano, para que no se turbase ni desmayase viendo primero padecer aquel tormento tan atroz á los demás; y así se hizo: y ella misma le tuvo los piés para que se los cortasen, como lo hicieron. Y no contenta con esto, le rogó que extendiese y se dejase cortar la mano, para que padeciese mas por Cristo; y él la extendió, y ella la tuvo, y el verdugo se la cortó; y con este tormento acabó y dió su espíritu al Señor. La misma crueldad se ejecutó con los otros veinte y tres mártires, compañeros de san Adriano: los cuales, encomendándose al Señor, y diciendo: Buen Jesus, recibid nuestro espíritu; volaron al cielo, dejando sus cuerpos en la tierra. El tirano los mandó quemar, echándolos en un horno encendido: levantóse luego un gran torbellino, y comenzaron á sonar truenos, aparecer relámpagos y caer rayos. Murieron algunos de los paganos, y otros huyeron, y con esto Natalia y otras mujeres religiosas tuvieron lugar para recoger los cuerpos de los mártires, los cuales hallaron tan enteros y sin lesion, que aun los cabellos no se habian quemado con el fuego. Fué tan grande la devocion de aquellas piadosas mujeres, que recogian la sangre de los mártires, y compraban por gran precio los vestidos de los verdugos en que hubiese caido alguna gota de ella. Despues los cristianos secretamente tomaron los cuerpos de san Adriano y de los otros mártires, y por mar los llevaron á Constantinopla. Mas Natalia tomó la mano de san Adriano, y guardóla como un tesoro riquísimo, y envolviólа en paños preciosos y olorosos, y púsola á la cabecera de su cama, sin que nadie entendiese lo que era. Y siendo (como era) muy noble, rica, moza y hermosa, y que solo trece meses habia estado con su marido, un tribuno, ó maestre de campo del emperador, le suplicó que diesen órden que Natalia se casase con él. Parecióle bien al emperador: enviáronselo á decir; mas la santa mujer tomó tres dias de tiempo (como quien se queria aparejar para las bodas), y en este tiempo hizo oracion continua y muy afectuosa á Dios, pidiéndole, por los merecimientos de san Adriano, que no permitiese que ella padeciese fuerza, ni mancillase el tálamo de su primer marido: y despues de la oracion se adormeció, y tuvo una revelacion de Dios, por medio de los santos mártires, á quienes habia servido en la cárcel, que se embarcase luego y fuése á Constantinopla, donde estaban sus cuerpos, porque Dios la queria librar de aquel peligro, y llevarla á gozar de sí, en compañía de estos y de san Adriano su marido. Luego la santa mujer, dejando la casa y todos sus bienes, y tomando consigo la mano de san Adriano, se embarcó, y con el favor del Señor, y con una vision que tuvo del mismo santo en aquella navegacion (con que la libró de un gran peligro), llegó á Constantinopla, y entró en la casa donde estaban los cuerpos de aquellos bienaventurados mártires, é hincadas las rodillas, hizo oracion á ellos, poniendo la mano de san Adriano sobre su cuerpo; y luego se retiró á un aposento á descansar un poco del trabajo del camino, rogando á todos los fieles que la encomendasen á Dios. Allí le apareció san Adriano, y le dijo: Seais bien venida, Natalia, hermana, sierva de Cristo é hija de mártires: venid á descansar con nosotros, y recibir el premio que se os debe. Despertó la santa: descubrió lo que habia visto á los fieles: tornó á dormir; y dió su espíritu al Señor.

Este fué el fin de esta bienaventurada mujer, y hela querido poner aquí, por la gran parte que tuvo en el martirio de san Adriano, que escribimos: y porque no se de qué mas me maraville, ó de la fortaleza y constancia que san Adriano tuvo en sufrir los tormentos que padeció, ó del ardor de la fe y encendido deseo que Natalia tuvo que él los padeciese, y de las palabras que le dijo, y las

obras que hizo para animarle á morir con alegría por Dios. ¡Qué fuego de amor divino tuvo esta varonil mujer, cuando, en sabiendo que su marido estaba preso, corrió á la cárcel para esforzarle! ¡Cuando le cerró la puerta de su casa pensando que huia como cobarde! ¡Cuando le tenia los piés, para que se los cortasen, y le rogaba que extendiese la mano y se la dejase cortar, para que padeciese mas por Cristo! ¡Cuando besaba sus cadenas, y se ungia con su sangre y se cortaba el cabello, y vestia de hombre para poder servir mas libremente á los santos mártires! Murió san Adriano á los 4 de marzo, como lo dice el Martirologio romano; y hace su fiesta y conmemoracion á los 8 de setiembre, que es el dia en que su sagrado cuerpo fué trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de San Adriano, que es una de las diaconías antiguas de los cardenales, en la cual, en nuestros dias, el año del Señor de 1590, siendo sumo pontífice Sixto V, se halló su bendito cuerpo. De santa Natalia hace mencion el Martirologio romano el primer dia de setiembre: y por la devocion de esta santa, la casa en que murió en Constantinopla se hizo monasterio, y en él muchas personas se dedicaron al servicio perpetuo del Señor. De san Adriano y de santa Natalia escriben todos los Martirologios; y mas copiosamente el de Adon, y el P. Fr. Lorenzo Surio, en el quinto tomo de las Vidas de los santos.

San Corbiniano, obispo y confesor.—Nació en Chartres, lugar no muy distante de París. Desde jóven se retiró, donde permaneció catorce años, en una pequeña celda que se habia construido junto á una capilla rural. Dios le habia dotado del don de milagros y de consejo, por manera que eran muchos los que iban á consultarle. Muchas personas deseaban vivir bajo su direccion, lo que le obligó á formar una especie de comunidad. Ordenó y arregló la nueva casa, y como tenia tanto roce con las gentes, no considerándose seguro trató de buscar otra soledad, partiendo á este fin á Roma, y fijando su residencia en otra pequeña celda junto á la iglesia del Príncipe de los apóstoles. Pidió el beneplácito del pontífice, el cual conociendo la capacidad y conocimientos del humilde anacoreta y su gran virtud, le consagró obispo apostólico, enviándole á predicar el Evangelio á las naciones infieles. Obedeció el santo la voz del cielo en persona del pontífice Gregorio II: dirigióse á su pais, donde hizo mucho fruto con sus predicaciones. Recorrió despues la Baviera, desterrando de allí la idolatría; y á fin de ser mas útil á sus ovejas, fijó su residencia en Trisingen, en la alta Baviera, de cuya Iglesia fué el apóstol. Atendidas sus eminentes calidades, y sobre todo su celo, era reverenciado de todos como un santo, encomendándose muchos á su proteccion como si estuviera en el cielo. Sabedor Corbiniano de que el duque de Baviera, Grimoaldo, se habia casado clandestinamente con Biltrada, viuda de su hermano, reprendió al príncipe su incestuoso matrimonio, de lo que irritada la duquesa compró asesinos para que lo mataran, de lo que Dios le libró milagrosamente, quedando muertos de repente los asesinos. Murió santamente el dia 8 de setiembre del año 730.

Los santos Eusebio, Nestavo y Zenon, mártires.—Los tres eran hermanos y vivian en Gaza, ciudad de Palestina, en tiempo del emperador Juliano el apóstata. Estando un dia en su casa, fueron presos por los paganos, y los llevaron á la cárcel, donde se les azotó con la mayor crueldad. Reunido despues el pueblo en el anfiteatro para ver los juegos públicos, oyéronse algunos gritos que pedian fuesen dignamente castigados los sacrílegos, título que se daba entonces á los cristianos. Aquellos gritos excitaron al momento efervescencia entre el populacho, que corrió en tropel á la prision de los tres hermanos, forzó las puertas y los arrastró por la ciudad. No contenta la turba con magullarlos así, les arrojan enormes piedras, les golpean con palos, y por todas las calles donde pasan, hasta las mujeres dejan sus ocupaciones para aumentar el número de los verdugos de aquellas víctimas. El agua hirviendo corre como un rio por todos los parajes donde han de pasar, y aquellos cuerpos tiernos y delicados dejan al fin de existir horriblemente desfigurados. Por último, conducidos tambien arrastrando fuera de la ciudad, son arrojados á un muladar y despues quemados en una hoguera. Los idólatras persiguieron hasta sus pacíficas reliquias, arrojando al viento sus cenizas.

San Nestor, mártir.—Vivia en la misma ciudad de Gaza en Palestina, tambien bajo el reinado del emperador Juliano el Apóstata. Fué hecho prisionero al mismo tiempo que los tres santos hermanos anteriores, y sufrió iguales tormentos que aquellos, con la única diferencia de que cuando le llevaban arrastrando, unos paganos se compadecieron de su juventud y hermosura, y arrancándole de las manos del pueblo, le condujeron á casa de Zenon, pariente de los tres hermanos. En esta casa murió Nestor tres dias despues de resultas de aquel martirio, y Zenon, que fué descubierto, recibió recios azotes en medio de la plaza pública. Este martirio sucedió el año 362.

Los santos Amon, Teófilo, Neoterio y veinte y dos compañeros, mártires.—La ciudad de Alejandría fué muchísimas veces teatro de las mas horribles escenas, durante los primeros dias del cristianismo. Los fieles eran allí conducidos á bandadas al suplicio, y sacrificados casi siempre sin piedad. En uno de estos furores que provocaban generalmente los sacerdotes de los ídolos, murieron los santos de que hacemos aquí conmemoracion, sin que se les diese otra defensa que delatar á los tiranos otros cristianos que se buscaban para ser atormentados con ellos. Pero los esforzados atletas de Jesucristo prefirieron entregar sus cabezas al verdugo que incurrir en ninguna accion infame, y así murieron todos degollados. No hemos podido averiguar el año de su martirio, aunque, segun Baronio, puede calcularse que seria el siglo II ó III.

San Timoteo y san Fausto, mártires.—Nada ha quedado de estos santos mas que los nombres, y que murieron en Antioquía. Ignoramos todas las particularidades de su vida por no encontrarse las actas de su martirio.

San Sidronio, mártir.—Ganó la palma del martirio en Roma, durante la persecucion de Aureliano. Algunos celebran su festividad el 11 de julio.

Santa Adela.—Fué viuda de Balduino IV, y en el año de 1067 fué á Roma, donde recibió el hábito de religiosa, siendo mandadora del famoso monasterio de benedictinas de Massena.

San Disibodo ó Disen, obispo y confesor.—Fué un santo monge irlandés que pasó á Francia en 652, y produjo fruto maravilloso con su predicacion evangélica. Murió por los años de 700.

DIA 9.

San Gorgonio, mártir.—A los diez y nueve años de su imperio, mandó el emperador Diocleciano publicar un edicto en la ciudad de Nicomedia, en que ordenaba que todas las iglesias de los cristianos se derribasen y echasen por el suelo, y los libros sagrados se quemasen, y que los nobles fuesen privados de su dignidad y nobleza, y la gente comun de su libertad, si no quisiesen adorar á sus dioses. Añadió despues, que todos los prelados y cabezas de la Iglesia de Cristo en cualquiera parte que estuviesen fuesen presos, y con exquisitos y atroces tormentos apretados para que se apartasen de nuestra santa religion. Vió este edicto tan impío y tan bárbaro un caballero ilustrísimo y valeroso que era cristiano y se llamaba Pedro: el cual encendido en el amor de Dios, echó mano de él (que estaba fijado en la plaza) y le rasgó, no temiendo el enojo del emperador que estaba en la misma ciudad, ni las penas y daños que de aquel hecho dañoso le podian venir. No se puede fácilmente creer el sentimiento que tuvo Diocleciano cuando supo lo que Pedro habia hecho en su desacato y oprobio. Mandóle prender y darle tantos y tan crudos tormentos, como de su gran furor y crueldad en un caso tan grave se podian temer: y en ellos el bienaventurado mártir Pedro estuvo con admirable constancia y alegría hasta que dió su espíritu al Señor. Tenia en este tiempo Diocleciano dos caballeros muy principales de su cámara, ultimos familiares y privados suyos, que se llamaban Gorgonio y Doroteo, los cuales secretamente eran cristianos, y habian con su ejemplo y buenos consejos traido á la fé de Cristo á muchos de sus compañeros: y como los dos se hallasen presentes al tiempo que atormentaban á san Pedro; movidos con su ejemplo, y abrasados de un vivo deseo de morir por Cristo, ambos á una hablaron al emperador de esta manera: ¿Qué quiere decir, ó emperador, que atormentes á solo Pedro por una cosa, que si es culpa, nosotros tambien la tenemos? Si le atormentas porque es cristiano, tambien lo somos nosotros, y somos del mismo parecer que él es. Espantóse el tirano de oir tales palabras, y saliendo fuera de sí de enojo, convirtió en aborrecimiento todo el amor que ántes les tenia. Mandólos azotar terribilísimamente, y colgar y desgarrar sus carnes: y estando abiertas sus entrañas, derramar sal y vinagre sobre ellas, y luego extenderlos en unas parrillas de hierro, y debajo poner fuego manso para que poco á poco fuése haciendo presa en ellos y consumiéndolos, y la muerte fuese tanto mas cruel cuanto era mas prolija: y finalmente echándoles dos lazos á sus cuellos los ahorcaron, y de esta manera los dos santos mártires dieron sus benditas almas á su Criador: aunque Metafraste dice, que Doroteo murió descabezado y Gregorio con una gran piedra atada al cuello. Sus cuerpos fueron sepultados por algunos cristianos; y despues en suceso de tiempo, el cuerpo de san Gorgonio fué llevado á Roma y sepultado en la via Latina: y de aquí le trasladó el papa Gregorio IV á la iglesia del príncipe de los apóstoles san Pedro, como dice el Martirologio romano; y el de Beda, Usuardo y Adon, hacen mencion de estos santos mártires: cuyo martirio fué á los 9 de setiembre (en que le celebra la Iglesia), año de 302, imperando el ya nombrado Diocleciano.

* San Severiano, mártir.—Servia en clase de soldado en tiempo del emperador Licinio. En la ciudad de Sebaste en Armenia, permitió Dios abriera los ojos á la luz de la verdad, y siguiendo las máximas de la religion, ejercitaba la mas grande caridad, por manera que con mucha frecuencia visitaba á los cristianos que se hallaban en las cárceles por la fé, prodigándoles los mas dulces consuelos. Sabiendo el presidente Lisias la conducta del santo, fué llamado á su tribunal, de donde salió para ir al lugar del martirio. Fué colgado de un árbol con una gran piedra atada á los piés, fué azotado, descarnado todo su cuerpo, y despues de otros tormentos murió en el Señor.

Los santos Jacinto, Alejandro y Tiburcio, mártires.—Derramaron su sangre por Jesucristo en la tierra de los sabinos á treinta millas de Roma durante las primeras persecuciones de la Iglesia.

San Straton, mártir.—Tampoco sabemos de este santo mas que lo que dice el Martirologio romano, esto es, que por confesar á Jesucristo fué atado á dos árboles, y hecho pedazos llegó á la corona del martirio. Algunos autores querian que fuese español y natural de una antigua ciudad llamada Beta; pero Nicolás Antonio niega redondamente que tal santo haya sido conocido nunca en España, y dice que en la península jamás ha existido ciudad ni poblacion alguna llamada Beta.

Los santos Rufino y Rufiniano, mártires.—Fueron hermanos y nacieron en Grecia. Sus padres los educaron en los ritos gentílicos: pero los dos niños que eran de natural bondad y de entendimiento claro, ya ántes de tener nociones del Evangelio, aborrecian la religion de los páganos. Es por demás decir, que en cuanto les iluminó la luz de la fé, fueron tan fervorosos y tan puros cristianos, que habiendo recibido el bautismo, se presentaron despues de pocos dias al prefecto, y confesando que eran cristianos y que detestaban á los dioses del imperio, fueron degollados.

San Audomaro, obispo y confesor.—Los franceses le llaman san Omer. Nació á fines del siglo VI y fué hijo único de Friulfo y de Domitila, nobles y ricos esposos que vivian en un pueblo junto al lago de Suabia. Recibió una educacion conforme á su ilustre nacimiento, y correspondió tan perfectamente á la solicitud de sus piadosos padres, que siendo aun muy niño era un modelo de todas las virtudes. Habiendo perdido á su madre, el jóven Audomaro se retiró á la abadía de Luxeual á doce leguas de Besanzon, donde desprendido de todos los lazos del mundo se ocupó tan solo de los negocios de su salvacion. Logró tambien que su padre le siguiese á la soledad, y vendiendo ambos cuanto tenian, lo repartieron entre los pobres. Padre é hijo hicieron su profesion en aquel monasterio, y en breve Audomaro se hizo notar entre todos por sus esclarecidas virtudes. Al poco tiempo quedó vacante la silla episcopal de Tarvana ó Terrovana, ciudad de la Galia Bélgica, en cuyo pais reinaba entónces la idolatría mas grosera. El rey Dagoberto, que queria civilizar aquellos pueblos, buscaba un hombre apostólico que fuese capaz de llevar á cabo feliz aquella empresa, y puso los ojos en Audomaro, que á pesar de una obstinada resistencia, tuvo al fin que ceder, y fué consagrado obispo por los últimos meses del año 637. El cielo bendijo desde luego sus trabajos episcopales, y en breve se vió trasformado aquel pais en viña fértil de Jesucristo: los templos paganos se convirtieron en basílicas augustas donde brillaban los signos de

nuestra redencion; desaparecieron los ídolos y su culto, y el corazon de aquellos diocesanos se llenó del mas puro y verdadero espíritu del cristianismo. Por todas partes levantó templos al Dios verdadero, mandó misioneros á los paises mas apartados, erigió varios monasterios y algunos asilos de beneficencia, y dejó en todas partes útiles reglamentos que dan prueba de su talento y santidad. En su vejez se quedó ciego, y esto le proporcionó dedicarse casi enteramente á la contemplacion, sin dejar por esto de predicar con mucha frecuencia á sus ovejas los mandamientos de la ley divina. Despues de ocho años de ceguera, acabó santamente su vida el dia 9 de setiembre del año de 670, despues de un pontificado de treinta á cuarenta años. En su sepulcro dispensó el Señor muchos y grandes prodigios, que han atestiguado hasta en los siglos venideros la santidad de Audomaro.

San Sergio, papa y confesor.—Fué oriundo de Antioquía y natural de Palermo en Sicilia. Era presbítero de la Iglesia de Roma y gozaba de gran reputacion de ciencia y virtud, cuando fué nombrado papa despues de dos elecciones, la una en favor del arcediano Pascual, y la otra en favor del arcipreste Teodoro. El nuevo papa fué consagrado en Roma el dia 15 de diciembre del año 687. El presbítero Teodoro se sometió voluntariamente á Sergio, y el arcediano Pascual tuvo que hacerlo por fuerza, y despues de algun tiempo fué depuesto de su arcedianato por crímen de magia. En 692, habiendo el emperador Justiniano II enviado á Sergio los cánones del concilio *in Trullo*, que se habia convocado sin su consentimiento, léjos de firmarlos este papa como lo deseaba el emperador, ni siquiera quiso leerlos. Irritado Justiniano por este desprecio, dos años despues envió un tal Zacarías á Roma para prender á Sergio y llevarle á Constantinopla. Los soldados tomaron la defensa del papa, cuya proteccion se vió precisado á implorar Zacarías para ponerse á cubierto del furor del pueblo y de la tropa. El año 698 tuvo Sergio la dicha de acabar el cisma de los obispos de Istria, que hacia cincuenta años desgarraba las entrañas de la Iglesia; y despues de haber gobernado el mundo cristiano con prudencia y santidad por espacio de trece años y ocho meses, murió con la muerte de los justos, el dia 8 de setiembre del año 701. Entre muchas cosas notables que dejó establecidas en la Iglesia, una es el que en la misa se dijese el *Agnus Dei*.

San Querano, abad y confesor.—Parece que fué irlandés de nacimiento, á lo ménos porque floreció en aquella isla. Era de una familia oscura y gentil, y se convirtió á la religion católica entrando un dia en una iglesia en que se leia el Evangelio. En seguida se retiró del mundo á la soledad. Los maestros en la ciencia de la salvacion quedaron sorprendidos de los progresos de Querano, y le dieron permiso para fundar un monasterio en otra isla inmediata á Irlanda, el cual llegó á ser muy poblado y recibió de su santo abad una regla que despues fué muy célebre. Este santo murió en Escocia el dia 9 de setiembre del año 519.

Los santos Pedro, Doroteo y compañeros, mártires.—Doroteo fué camarero del emperador Diocleciano, y su íntimo amigo Pedro, subcamarero. Los dos eran los principales eunucos del palacio. Cuando se prendió fuego al palacio de Nicomedia se acusó injustamente á los cristianos, y aquellos dos amigos y otros subalternos del palacio fueron martirizados bárbaramente, solo porque profesaban la fé de Cristo.

Santa Osmana, vírgen.—Descendiente de una ilustre familia irlandesa. Conservó toda su vida intacta la flor de su virginidad, viviendo muy solitaria en la Bretaña menor, adonde pasó, y murió cerca de Brieuch en el siglo VII.

San Betelino ó Beccelino, ermitaño y confesor.—Se sabe de él que vivió en las prácticas de la penitencia mas austera en las montañas de Stafford, de cuya ciudad es patrono. Fué discípulo de san Guthlaco.

DIA 10.

San Nicolás de Tolentino, confesor.—San Nicolás de Tolentino, religioso de la órden del glorioso padre y doctor de la Iglesia san Agustin, nació en una aldea llamada San Ángelo, de la ciudad de Fermo, que es en la provincia de la Marca de Ancona. Su padre se llamó Campañano, y su madre Amata. Eran honrados y muy buenos cristianos: y habiendo sido casados muchos dias, no tenian hijos; y por esto andaban muy congojados y afligidos. La madre Amata tomó por medianero á san Nicolás, obispo, con quien tenia particular devocion, y prometió de ir á visitar su sagrado cuerpo, que está en la ciudad de Bari, en el reino de Nápoles, si Dios le daba un hijo y le cumplia su deseo. Fué revelado á sus padres que hiciesen aquella romería, porque en ella se les diria quién habia de ser el que de ellos habia de nacer. Pusiéronse en camino, llegaron á Bari, visitaron la iglesia de San Nicolás; y allí se les apareció el santo y les hizo ciertos que tendrian un hijo, á quien pondrian por nombre Nicolás, por haberle alcanzado por su intercesion, y que seria siervo fidelísimo de Dios y varon muy ejemplar y de gran penitencia. Todo se cumplió así, porque Amata concibió, y á su tiempo parió un hijo que se llamó Nicolás: el cual desde niño fué muy inclinado al servicio de Dios: frecuentaba las iglesias, oia misa y rezaba con mucha devocion, huia las compañías de los muchachos traviesos, gustaba de tratar con religiosos, hacia bien á los pobres, ayunaba y ocupábase en el estudio, y oraba con tanta devocion y atencion, que se dice haber visto, aun siendo mozo y orando en la iglesia, á Cristo nuestro Señor con los ojos corporales; y como iba creciendo en edad, iba tambien creciendo en virtud y ciencia. Hiciéronle canónigo de una iglesia de San Salvador: y aunque vivia loablemente, no estaba contento, porque siempre anhelaba á otro estado de mayor perfeccion. Y así, habiendo oido un sermon de un famoso predicador de la órden de San Agustin, del menosprecio del mundo; como el corazon estaba dispuesto y seca la leña, la centella de la palabra de Dios que cayó en ella, la encendió de manera, que Nicolás, abrasado del amor divino, se determinó á dar libelo de repudio á todas las cosas de la tierra, y buscar con grande ansia y solicitud las del cielo. Para esto tomó el hábito de San Agustin en el convento de la ciudad de Tolentin: y los religiosos de él se le dieron con gran voluntad, conociendo cuán santa era su vida, y cuán grande su ciencia y habilidad, y esperando que habia de ser (como lo fué) gran ornamento de su sagrada religion. Luego comenzó san Nicolás á darse á todas las virtudes, y mas á las que son propias del religioso, á la humildad, á la pobreza, al silencio, á la obediencia, á la oracion, al

ayuno y penitencia; de suerte, que era espejo de religiosos como lo fué de sacerdotes, siendo sacerdote, y de predicadores, siendo predicador. Pero aunque en todas las virtudes se esmeró mucho y fué excelente, lo que se escribe de su abstinencia pone grande admiracion; porque treinta años estuvo en el convento de Tolentin sin comer carne, ni huevos, ni peces, ni cosa de leche, ni aun manzanas, ahora estuviese sano, ahora enfermo. Fué esto con tanto extremo, que habiendo una vez caido malo y llegado á punto de muerte, los médicos le mandaron que comiese carne porque así convenia á su salud: y como ellos no se lo pudiesen persuadir, fué necesario que su superior se lo mandase en virtud de santa obediencia. Bajó la cabeza el santo y probó la carne que le trajeron, y pidió al prior que se contentase con aquella obediencia y que no le apretase mas ni le hiciese quebrantar el propósito que tenia; porque Dios no estaba atado á la carne ni á las reglas de medicina para darle salud; y así se la dió el Señor muy entera dentro de pocos dias. Ayunaba cada semana los lunes, miércoles, viernes y sábados á pan y agua, y comia una sola vez: y desde los siete años de su edad ayunó tres dias cada semana, imitando en esto á san Nicolás, obispo, el cual, siendo niño, los miércoles y viernes no queria tomar mas de una vez el pecho. Disciplinábase las noches con una cadena de hierro: su túnica era pobre, áspera y remendada: la cama era dura y propia de penitente: su oracion era muy fervorosa y continua; y casi todas las noches se le pasaban ó en el coro (en el cual era primero), ó en atenta y regalada contemplacion del Señor. Mas el demonio que siempre vela para nuestro mal, procuró con varias tentaciones apartar al santo de su dulce conversacion: y una noche, estando orando delante de un altar, como solia, mató la lámpara y la arrojó en el suelo, y la hizo pedazos: y poniéndose sobre el techo de la iglesia, comenzó á destejarle y hacer tanto ruido que parecia que se queria caer la iglesia. Tomó varias y horribles figuras de bestias fieras para espantarle: y como el santo no se moviese de su oracion, le dió tantos y tan grandes golpes (permitiéndolo el Señor para mayor prueba y corona de su siervo), que por muchos dias le quedaron en el cuerpo las señales de las heridas. Otra vez, entrando á hacer oracion delante de un crucifijo, el demonio le derribó y le maltrató de manera, que le dejó por muerto y quedó cojo por toda la vida; pero él, esforzado por el Señor, se levantó é hizo su oracion y gracias, porque así le probaba y le daba victorias de su enemigo. Fué devotísimo de las almas del purgatorio, por una vision que tuvo, en la cual vió gran número de almas del purgatorio, que con grande instancia le pedian el sufragio de sus oraciones y misas; y habiéndolas dicho, le dieron gracias por ello. No era menor su caridad para con los vivos que para con los difuntos. Visitaba con gran cuidado á los enfermos y compadecíase de ellos: recreábalos con sus palabras, animándolos á llevar con paciencia su trabajo, y dábales todo lo que podia para su regalo. Recibia á los frailes huéspedes, como si fueran ángeles del cielo. Alegraba los tristes, consolaba á los afligidos, reconciliaba á los discordes, socorria á los pobres, libraba á los cautivos y á los encarcelados. Finalmente, la vida de san Nicolás era como de un hombre perfectísimo y venido del cielo: y como á tal le favoreció y regaló mucho nuestro Señor. Seis meses ántes que muriese, cada noche, á hora de maitines, le dieron música los ángeles; y él entendió que llegaba la hora de su dichosa muerte: así lo profetizó y avisó de ella á sus frailes. Y habiendo caido malo y agravándosele la enfermedad, los llamó y rogó que le perdonasen sus faltas, y al prior que le diese la absolucion de todos sus pecados y le administrase los santos sacramentos de la Iglesia, los cuales recibió con grandísima devocion y abundancia de lágrimas. Despues se hizo traer una cruz en que estaba un pedazo de la de nuestra redencion, la cual adoró con profundísima humildad, suplicando al Señor que por virtud de la santísima cruz le salvase y le defendiese en aquella jornada, del mal encuentro y engaño del comun enemigo. Jubilaba su espíritu, y regocijábase sobre manera, por el deseo que tenia de salir de la cárcel de este cuerpo y ver á Dios: y como los frailes le preguntasen, por qué estaba tan contento y alegre, respondió: Porque mi Señor Jesucristo, acompañado de su dulce Madre y de nuestro padre san Agustin, me convida á la partida y me dice que me alegre y entre en el gozo de mi Dios; y diciendo aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, levantadas las manos y los ojos hácia la cruz que tenia presente, con maravillosa tranquilidad dió su alma al Señor á los 10 de setiembre del año de 1306. Ilustró Dios á san Nicolás con muchos y grandes milagros en vida y en muerte. Tuvo don de profecía, dió salud á muchos enfermos que estaban afligidos con graves dolencias, dió vista á los ciegos, libró muchos endemoniados. Y no solamente los que vivian en la ciudad de Tolentin y en toda su comarca, sino otros muchos mas apartados recibieron grandes beneficios y singulares gracias por su intercesion. Entre las otras cosas notables con que Dios le esclareció, fué una: que una noche le apareció una estrella de gran claridad, la cual venia de la aldea de San Ángel, donde él habia nacido, y por derecha línea iba á dar á Tolentin, y se paraba sobre el altar donde el santo solia decir misa y hacer oracion; queriendo Dios con esta vision declarar que este santo era como una estrella muy resplandeciente de su Iglesia; y que habiendo tenido su orígen en un lugar de poco nombre, se acabaria y tendria fin en Tolentin, y seria enterrado debajo de aquel altar, donde se paraba la estrella, como lo fué. Y despues de muerto, cada año el mismo dia aparecia en aquel lugar la misma estrella, la cual veia la gente que aquel dia concurria de todas partes al sepulcro del santo por su devocion y por alcanzar salud en sus enfermedades y alivio de sus trabajos, y esto duró muchos años. Despues el papa Eugenio IV, año del Señor de 1446, le canonizó y le puso en el catálogo de los santos; y el papa Sixto V, el primer año de su pontificado, que fué el de 1585, mandó que á los 10 dias de setiembre se rezase de san Nicolás de Tolentino, con solemnidad de *duplex*, en toda la Iglesia católica (aunque despues en el breviario reformado de la santidad de Clemente VIII se pone *semiduplex*): la cual, habiendo sido muchos años afligida con grandes divisiones y con un largo cisma, luego que fué san Nicolás canonizado por sus merecimientos y oraciones, tuvo paz y union. La vida de san Nicolás escribió un fraile grave y antiguo de su órden; y la refiere el P. Fr. Lorenzo Surio en el quinto tomo de las Vidas de los santos, y el Martirologio romano hace mencion de él.

SAN SOSTENES Y SAN VICTOR, MÁRTIRES.—Estando en cierta ocasion santa Eufemia en presencia de Prisco, pro-

cónsul del Asia, increpándole por su inhumanidad con los cristianos; Sostenes y Víctor, calcedonenses, se hallaban presentes, y vieron con asombro á la santa circuida de ángeles y celestiales vírgenes. Esta vision motivó su conversion por manera, que desde aquel momento confesaron ser cristianos. El procónsul, montado en cólera, mandó que encadenados fueran entregados á las hambrientas fieras, las que léjos de dañar á los santos, se arrodillaron para lamer y acariciar sus piés. Léjos de ablandarse el tirano á vista de este prodigio, mandó encender una grande hoguera, en la que echados los santos, cantaban en ella las divinas alabanzas, despues de haberse dado el ósculo de paz al entrar en ella. Fué su martirio por los años 300 de Jesucristo.

Las santas Menodora, Metrodora y Ninfodora, vírgenes y mártires.—Estas santas eran hermanas y naturales de Bitinia, donde derramaron su sangre. En tiempo del emperador Galerio Maximiano, siendo prefecto de su patria un hombre llamado Fronton, fueron obligadas á que optasen entre ofrecer incienso á los ídolos, ó morir en manos del verdugo, en cuya eleccion no vacilaron un momento, pues solo deseaban irse cuanto ántes á reunir con su Esposo celestial. Su fervor y constancia obraron algunas conversiones.

Los santos Apelio, Lucas y Clemente, mártires.—Fueron discípulos de Jesucristo, y parece que vivieron en Palestina, donde padecieron martirio, durante el reinado del emperador Neron. Las Iglesias griega y latina honran su memoria en este dia.

San Teodardo, obispo y mártir.—Nació en Francia, y fué hijo de padres piadosos. Desde niño dió indicios de la gloria futura que le habia de circundar. Penetrado de aquella máxima evangelica: «Muchos son los llamados, y pocos los elegidos,» decidióse en su juventud á llevar una vida laboriosa y santa. Encerróse en un monasterio, en el cual pasó sus dias, andando continuamente de virtud en virtud, hasta que, conocido su mérito y santidad, fué elegido obispo de Lieja en los Paises Bajos. Su primer cuidado fué establecer un plantel de operarios para la viña del Señor: abrió en su casa una especie de seminario, del cual salieron varones eminentes, formados sobre la sabiduría y ejemplo del dignísimo pastor. Entre sus discípulos se cuentan una porcion de santos ilustres en la Iglesia, como san Lamberto y otros, que despues ocuparon las principales sillas del Occidente. Fué de caridad sin límites, de vasta ciencia, de celo inextinguible á pesar de todos los obstáculos, de irresistible atractivo para cuantos le conocieron, y se le vió dotado de un espíritu verdaderamente apostólico. Arregló las costumbres públicas de su diócesis, edificó y restauró muchos templos, dotó varios hospitales y otros asilos para los pobres y peregrinos, y obligó á los grandes señores á hacer lo mismo en sus estados. Una conducta tan pura y tan esclarecida no podia ménos que acarrearle muchas enemistades por parte de los malvados. Efectivamente, un dia pasando la visita de su diócesis, fué acometido por unos malhechores pagados por los cortesanos á quienes el santo habia reprendido su libertinaje, que á lanzadas lo dejaron muerto en el camino. Grande fué el sentimiento de sus ovejas por la pérdida de tan buen pastor; pero el Señor consoló á aquellos fieles en su amargura, obrando junto á la tumba de Teodardo gran número de milagros. Segun los bolandistas, acaeció la muerte de este santo el año 668.

San Agapito, obispo y confesor.—Era canónigo y diácono de la Iglesia de Novara, en Italia, cuando habiendo vacado la silla episcopal de la misma ciudad, fué elegido como por divina inspiracion para ocupar aquel puesto. Vivió siempre como un anacoreta, todo el tiempo que le dejaban libre sus cuidados pastorales, en los cuales era muy solícito, lo empleaba en la oracion y contemplacion de las cosas celestiales, y en castigar su cuerpo con un rigor excesivo. Muchas veces, al celebrar el santo sacrificio de la misa, se vió sobre su cabeza un ángel rodeado de rayos, en actitud de apartar del santo los pensamientos que pudiesen distraerle. Su vida fué la de un ángel en carne, y su muerte, acaecida á mediados del siglo V, fué ilustre en cosas portentosas y en grandes milagros.

San Pedro, obispo y confesor.—Floreció en el siglo X, y fué obispo de Santiago de Galicia. Baronio dice, que fué esclarecido por sus grandes virtudes y milagros. Ninguna otra noticia hemos encontrado de este santo, y aun estas las ponemos con desconfianza, porque los bolandistas prueban con bastantes datos que nunca existió tal san Pedro, obispo de Santiago.

Los santos Nemesiano, Félix, Lucio, otro Félix, Litio, Poliano, Víctor, Jaderes, Dativo, y otros compañeros, confesores.—Los santos que acabamos de nombrar eran obispos de distintas Iglesias de África, y sus compañeros pertenecian á todos los rangos y clases de la sociedad. Durante la octava persecucion que excitaron contra el cristianismo los emperadores Valeriano y Galieno, san Cipriano fué desterrado á Curuba por el procónsul de Cartago, y los demás cristianos sufrieron en su mayor parte la misma suerte. Unos fueron condenados á las minas, otros sufrieron tormentos horribles, otros murieron de hambre y sed, y á muchos en fin se les sujetó á un martirio prolongado en las privaciones de lo mas preciso á la vida, en la desnudez y la infeccion de los calabozos, en los mas fatigosos trabajos, y en una ignominia perpetua. Los santos que celebra hoy la Iglesia, se hallaban en Numidia reunidos, cuando recibieron una carta de san Cipriano, escrita desde el lugar de su destierro, para exhortarlos á perseverar constantemente en la confesion de su fé y en la paciencia en que el Señor queria probarlos. Esta carta, llena de uncion patética y de santas consolaciones, animó mas y mas el valor de aquellos fervorosos confesores, que contestaron al venerable arzobispo de una manera digna de todos ellos. «Vuestra carta, le dicen en su respuesta, ha suavizado y endulzado la amargura de nuestras penas, y nos ha hecho insensibles al pestífero olor que se exhala del lugar donde nos hallamos encerrados. Confesando vos la fé delante del procónsul, y precediéndonos en el destierro, nos habeis enseñado lo que debemos hacer, y habeis animado para el combate á todos los soldados de Jesucristo.» Y en seguida acaban su carta con estas palabras: «Roguemos los unos por los otros, á fin de que Dios nuestro Salvador y los ángeles nos socorran en nuestras necesidades.» Casi todos ellos murieron en Numidia durante su destierro, dando así un ilustre testimonio de su fé y caridad.

San Hilario, papa y confesor.—Nació en la isla de Cerdeña, y se dedicó á la carrera eclesiástica. Habia prestado servicios importantes á la religion, y era diácono de la Iglesia de Roma, cuando por muerte de san Leon el Grande fué elegido soberano pontífice, y consagrado el dia 12 de noviembre del año 461. La alegría que produjo su ele-

vacion á la silla de san Pedro, en todos los obispos del mundo cristiano, es una prueba de que era merecedor de aquella dignidad. El celo que desplegó Hilario en favor de la religion, y los cuidados incesantes con que procuró que se observase en toda su pureza la disciplina eclesiástica, repararon en algun modo la pérdida que habia sufrido la Iglesia con la muerte del papa san Leon. Entre las cosas notables de su pontificado, es una de ellas la prohibicion de que ningun obispo eligiese á su sucesor, y la estricta observancia del cánon del concilio de Nicea contra las traslaciones de los obispos de una silla á otra. San Hilario murió el dia 21 de febrero del año 468 con la muerte de los santos, despues de haber anatematizado á los heresiarcas Eutiques y Nestorio, confirmado los concilios generales de Nicea, Éfeso y Calcedonia, y tenido otro concilio en Roma, el año 465.

San Salvio, obispo y confesor.—Fué natural de Languedoc, de una de sus principales familias, y se dedicó en su juventud á la carrera del foro, llegando á ejercer una de las primeras magistraturas de la provincia. Despues, disgustado del mundo, abrazó el estado monástico, y en muy corto tiempo llegó á ser el modelo de todos sus hermanos, que le eligieron por su abad. Cuando vacó la silla episcopal de Albi, fué el santo monge elegido y consagrado obispo, dignidad que no le impidió separarse de su género de vida, que era la soledad y el amor á los pobres. En ocasion en que una peste horrorosa diezmaba á sus ovejas, Salvio estaba en todas partes; á todos asistia en persona, los consolaba, y se preparaba él mismo para la eternidad, con el ejercicio de estas buenas obras. En efecto, acometióle tambien la contagiosa enfermedad, y despues de haberse preparado por sí mismo una sepultura, murió santamente el dia 10 de setiembre del año 582.

Santa Pulqueria, emperatriz.—Fué hija del emperador Arcadio, y hermana de Teodosio el Jóven, y nació en Constantinopla el año 398. En 414 fué nombrada «augusta» y compartió con su hermano el poder imperial; pero en 450, por muerte de Teodosio, se halló sola dueña del trono de los Césares. Entonces se asoció á Marciano y casó con él, mas para que le ayudase á llevar las cargas de la corona, que para tener un esposo, pues le hizo prometer que guardaria con ella perpetua continencia, y lo cumplió. El concilio de Calcedonia, convocado en 457 á instancias de Marciano, y por órden del papa san Leon el Grande, dió á Pulqueria todos los elogios debidos á una mujer tan grande y tan santa como ella, y seguramente los habia merecido, pues en medio del resplandor de las mayores grandezas de la tierra, se ofreció al mundo como un acabado modelo de todas las virtudes. Fué celosa por la gloria de Dios, humilde y piadosa, amante de las ciencias y de la prosperidad de sus pueblos, y murió pacíficamente en el Señor el dia 10 de setiembre del año 454, á los cincuenta y seis de su edad, siendo gloriosa en milagros ántes y despues de su muerte.

San Finian, ó Winin, obispo y confesor. Nació en Irlanda á principios del siglo VI. Fundó un monasterio, fué electo obispo, y no bien hubo muerto, cuando ya fué honrado como á patrono universal de Ulster, en Irlanda.

Dia 11.

Santa Teodora Alejandrina, penitente.—Las vidas de santa María Egipciaca y de santa Pelagia, penitentes, pueden servir de ejemplo, especialmente para las mujeres pecadoras y públicamente malas, que, perdida la vergüenza, entregaron á un tiempo sus cuerpos y sus almas á Satanás. Escribamos ahora otro ejemplo de una mujer casada, noble y rica, que, habiendo vivido en grande honestidad, fué engañada, y cayó en una flaqueza de carne, é hizo traicion á su marido, y lloró tanto su pecado, como en el discurso de esta historia se verá; la cual escribió Simeon Metafraste en esta manera.

Siendo emperador Zenon, nació en Alejandría una mujer de padres nobles y ricos, dotada de grandes virtudes: la cual, siendo de edad, se casó con un caballero igual suyo, y vivieron en el matrimonio con gran paz y conformidad: llamábase Teodora, era muy amada y estimada del marido; porque le era muy obediente, muy amorosa y bien acondicionada, y por las muchas y grandes virtudes que resplandecian en ella: por las cuales y especialmente por su rara honestidad, era muy querida y reverenciada de todos. Tuvo el demonio envidia de tanta bondad, y determinó hacer cruda guerra á la que vivia en tanta paz con su marido. Instigó á un mozo de buenas partes y rico que se aficionase á Teodora: encendióle con llamas y estímulos de concupiscencia, abrasándole las entrañas, cuando pensaba en ella. Rendido el pobre mozo á su loca pasion procuró atraer á su voluntad á Teodora con blanduras, promesas y presentes, y con todo lo que el amor ciego en semejantes ocasiones suele ofrecer. Ninguna cosa aprovechó para que Teodora quisiese consentir en su mal deseo, ni aun mirarle; porque como era mujer tan honesta y tan cristiana, tenia á Dios delante, y la lealtad que debia á su marido. Viendo, pues, el mozo perdido que no le sucedia á su propósito aquel negocio, tomó por medianera á una vieja hechicera y endiablada, para que le sirviese de tercera, y acabase con Teodora, por medio de sus palabras venenosas, lo que él por otros tantos medios no habia podido alcanzar. Dijo tantas cosas la perversa vieja á Teodora, que con sus falsas razones la engañó y pervirtió, para que consintiese; y en efecto se cometió el adulterio, y luego de él se siguió lo que suele del pecado, que es la vergüenza, arrepentimiento y dolor. Este fué tan grande, y atravesó de tal manera como un cuchillo agudo el corazon de Teodora, que si Dios no la tuviera de su mano, fácilmente cayera en desesperacion. No le sirvió aquel pecado de eslabon para otro pecado, sino para penitencia y correccion; porque habia nacido de flaqueza y engaño, y nó de malicia y mala voluntad. Comenzó á andar triste, desconsolada y afligida: y el marido, que la amaba tiernamente, y no sabia la causa de aquella novedad, procuraba con caricias y regalos alegrarla y recrearla; mas como la llaga estaba en las entrañas y el corazon tan lastimado, ninguna cosa que hacia el marido era parte para consolar á la pobre mujer. Parecióle que habia ofendido á su Dios, y deshonrado á su marido, y perdido el buen nombre que en la ciudad tenia, y que un infierno era poco para ella: y corrida y afrentada de sí misma no osaba alzar los ojos al cielo. Finalmente cavó tanto este sentimiento en Teodora, que, movida del Señor, se resolvió á pagar la culpa de aquel pecado con pena perpetua, y con una penitencia rigurosa de toda su vida. Para esto, sin que nadie lo entendiese, se vistió de hombre y se fué á un monasterio de monges, que estaba como

seis leguas de la ciudad de Alejandría, donde con grande humildad y disimulacion de quién era, suplicó al abad que la admitiese en aquel convento, para servir en él mas al Señor. Hiciéronla aguardar, para prueba de su constancia, toda aquella noche fuera de la puerta del monasterio al sereno, y nó con pequeño peligro de ser despedazada y comida de las bestias fieras; y á la mañana, vista su constancia, la admitieron, declarándola lo que habia de hacer en aquella santa casa, la regla que habia de guardar, y cómo habia de obedecer y servir á todos en los mas bajos y viles oficios, y tener cuenta con la huerta, y traer agua, y hacer todo lo demás que fuese menester en el convento y fuera de él, y no por eso olvidarse del ayuno, oracion, horas canónicas, y otras obras penales, en que los santos monges se ejercitaban. Todo lo aceptó Teodora con gran voluntad, y todo le parecia poco, por satisfaccion y castigo de su pecado. Ejercitóse ocho años en todos los oficios bajos de la casa, y en los demás, que habemos dicho, con tan grande fervor y espíritu del cielo, que ponia admiracion á los otros monges. Mas cuando el marido halló ménos á su mujer, no se puede fácilmente creer las obras y pensamientos varios que embistieron su corazon, porque habia desaparecido: por una parte temia que no fuese alguna liviandad; y por otra se aseguraba con la honestidad y recato que siempre habia conocido en su mujer. Estando con esta congoja muy fatigado y lloroso, pidiendo á Dios que le descubriese dónde estaba Teodora, le apareció un ángel que le dijo, que la mañana siguiente fuése á la iglesia de San Pedro, apóstol, y que allí mirase atentamente el rostro de la primera persona que se le pusiese delante. Mandó el abad á Teodora que fuése con los camellos á la ciudad á comprar aceite, que faltaba en el convento. Fué, y encontróse á la puerta de la iglesia de San Pedro con su marido: saludáronse los dos; y ella le conoció y no fué de él conocida: porque comola vió vestida de hombre y de monge, y tan trocada y atenuada en el gesto con los ayunos, no cayó en su imaginacion que podia ser ella, especialmente que se habia olvidado (por permision de Dios) de lo que el ángel le habia dicho; pero quedó sosegado entendiendo del mismo ángel, que le volvió á aparecer, que su mujer estaba en salvo, y no habia echado por mal camino.

Pero santa Teodora, no contentándose de la vida comun de los otros monges, aunque era tan austera, y ella la hacia con suma exaccion, siempre añadia nuevos rigores y nuevas asperezas de ayuno y de otras penitencias para macerar su cuerpo y vengarse de él, por la flaqueza que habia cometido. Dióse tanto á la abstinencia, que vino á no comer sino una vez cada semana, trayendo á raiz de suscarnes un áspero cilicio, pareciéndole todo poco para su pecado. Mas resplandeciendo Teodora con tan grande ejemplo y santidad, el demonio, que llevaba muy mal el ser vencido de una mujer, á quien él al principio habia rendido y derribado; viendo que no le sucedian los medios secretos y ocultos que habia tomado para hacerle guerra, se le apareció un dia, y la amenazó que la habia de perseguir y acosar hasta que cayese; y luego buscó la ocasion para hacer lo que aquí diré. Mandó el abad del monasterio á Teodora que fuése con los camellos á la ciudad por trigo, y que si no pudiese volver á tiempo, se quedase aquella noche en un monasterio, que estaba en el camino, llamado Nono. Hízolo así Teodora: y por ser ya de noche, quedóse en el convento y fuése á dormir al establo, donde estaban sus camellos. Instigó el demonio á una moza que la vió y creyó que era hombre, para que se enamorase de él, y le solitase á mal: y como no hallase entrada para lo que queria y estuviese abrasada del fuego infernal de concupiscencia, juntóse con otro pasajero de los que allí estaban y concibió de él; y creciéndole el vientre y siendo preguntada de quién habia concebido, dijo, que del monge Teodoro, en el monasterio Nono, señalando la noche y el lugar de aquella maldad. Los monges, que esto oyeron, acudieron al monasterio donde estaba Teodora y dieron parte del caso al abad y á los otros monges; y despues que parió la mujer, llevaron al niño, que habia parido, al mismo monasterio, acriminando aquel hecho. Y como Teodora no lo negase por padecer mas; el abad le mandó echar del monasterio con el niño, para que le criase como padre, é hiciese la penitencia de tan grave culpa. Salido del monasterio, sustentó al niño con leche de ovejas, y crióle por espacio de siete años, con gran paciencia y alegría, comiendo ella algunas yerbas del campo y bebiendo un poco de agua, ó por mejor decir, las muchas lágrimas que derramaba, y por el calor del sol traia su cuerpo tostado y requemado, que parecia un etiope. Pero siempre se quedó pegada al monasterio en una choza que allí junto habia armado para ser mas notada de los monges que entraban y salian. No contento el demonio con esta tela que habia urdido; para tentarla y afligirla mas, tomaba muchas veces la figura de su marido, y se llegaba á ella diciéndola los requiebros y dulzuras que solia cuando estaban juntos, y derramaba muchas lágrimas, rogándola que se las enjugase, quitándole la causa de ellas, y volviéndose á su casa: otras veces venian los demonios á embestir con ella en forma de bestias fieras, ó de soldados y de un grande ejército, en que venia un gran príncipe, que por no haberle querido adorar la mandó azotar; y los demonios lo hicieron con tanta fuerza y vehemencia, que la dejaron por muerta; y algunos pastores que la vieron, avisaron de ello á los monges para que la enterrasen; pero ella volvió en sí, é hizo oracion, suplicando á nuestro Señor que la confortase; y con esto la dejaron. Pareciéndole al abad que ya Teodoro habia pagado bien el delito cometido, con los siete años de tan dura penitencia, le mandó recibir de nuevo en su monasterio; pero con condicion que estuviese cerrado en una celda, sin ocuparle en cosa alguna: y de esta manera estuvo otros dos años. Despues de esto oyeron un dia á Teodoro que estaba hablando en voz alta con el niño dentro de su celda: y algunos monges, á quienes el abad habia mandado que estuviesen atentos para oir lo que le decia, le oyeron decir estas palabras: Hijo mio, ya se llega el fin de mi vida, yo te encomiendo á aquel que, estando en el cielo, es Padre de todos los huérfanos; y en la tierra, al que lo fuere de este monasterio. Tendrás por hermanos á los monges de él. No procures ser honrado de los hombres, sino de Dios: y para serlo, el medio mejor es ser deshonrado en el mundo, y padecer afrentas y falsos testimonios. Si quieres ser honrado, honra tú primero á los otros. Aborrece el demasiado dormir: abraza la aspereza en el comer y en el vestir, y huye de todo regalo. No te descuides de la oracion, ni dejes de asistir con los monges á las horas canónicas, así de noche como de dia. No acuses á tus prójimos. Cuando te preguntaren, responde

con modestia, puestos los ojos en el suelo. No hagas burla de la caida ajena. Llora para que seas consolado. Haz oracion por los que supieres que viven mal. Visita á los enfermos, y sirve á los monges como á tus señores. En las tentaciones acude á la oracion, y pide al Señor que no seas vencido. Y acabando de decir estas razones, dio su espíritu al Señor.

Cuando el niño vió muerto al que pensaba ser su padre y como tal le criaba, comenzó á llorar amargamente; y los monges que allí estaban por órden del abad, oyendo los documentos que Teodora daba á aquel niño, le avisaron de lo que pasaba: y el mismo abad aquella noche tuvo una revelacion, en que le descubrió Dios la grande gloria que tenia Teodora en el cielo, y la penitencia tan extraordinaria que habia hecho con nombre de Teodoro. Convocó á sus monges: declaróles la revelacion que habia tenido: llevólos á la celda, donde estaba el santo cuerpo, y vieron que era mujer y no hombre, y alabaron todos al Señor: y para honrar mas al santo cuerpo avisaron á todos los monges que estaban en aquella comarca, y especialmente á aquellos que habian acusado á Teodoro, y dádole por hijo al que no era suyo. Todos vinieron á porfía y reverenciaron el santo cuerpo y le sepultaron, cantando himnos y salmos, y con otras ceremonias que usa la santa Iglesia. Tambien el marido de Teodora, que siempre habia estado en tristeza y lágrimas, fué avisado del cielo, que su mujer era muerta en aquel monasterio, y yendo á él para verla, se encontró con un monge á caballo, que por órden del abad del convento le iba á llamar. Vino, vióla, lloróla, y pidió con grande instancia que le diesen el hábito de monge, y la celda en que habia muerto Teodora: en la cual vivió, y acabó santamente su vida: y el niño imputado y criado de Teodora, con los santos consejos que ella le dió, se quedó en el monasterio, y vivió con tan perfecto ejemplo y religion, que vino á ser abad del mismo monasterio. El Martirologio romano pone la muerte de santa Teodora á los 11 de setiembre, y los griegos en su Menologio hacen de ella mencion, y Nicéforo Calixto; y (como ya dijimos) fué en tiempo del emperador Zenon, que comenzó á imperar el año del Señor 464.

Gran ejemplo nos dió Teodora á todos los pecadores, de penitencia, particularmente á las mujeres casadas que caen en alguna flaqueza y quebrantan la fé que deben á Dios y á sus maridos; porque cierto es cosa que espanta ver lo que esta santa mujer lloró su culpa, y las lágrimas que derramó para lavarla, y la aspereza de vida que usó para purificar su alma de aquella mancha que habia contraido. Mas si alguna de estas mujeres me preguntase, si me parece que para castigo de tal pecado es bien que deje su casa y su marido, y se transforme en hombre, y viva en hábito de monge en algun monasterio, como lo hizo Teodora; respondo, que nó; porque en las vidas de los santos hay muchas cosas mas admirables que imitables, y los privilegios de ellos están fuera de la regla comun. Lo que hizo Teodora, fué con especial instinto é inspiracion de Dios, sin la cual no se ha de intentar lo que ella hizo. Y vese claramente que la guió Dios, así por la santa y admirable vida que vivió, y por la paciencia y constancia con que sufrió las calumnias de los hombres, y las batallas y combates de Satanás, como por los milagros que Dios obró por ella: entre los cuales dice Metafraste, que habiendo en un lago cerca de su monasterio un cocodrilo de inmensa grandeza, y tan fiero y cruel, que á ninguna persona humana, ni á bestia, dejaba de acometer y tragar, por grande que fuese, si se llegaba al lago; Teodora, yendo por obediencia de su abad por un cántaro de agua al lago, con gran seguridad subió encima de la bestia carnicera, y entró en el lago, y salió caballera en él, sin lesion alguna, y de repente reventó aquella bestia horrible, con admiracion de todos los que lo vieron. Otra vez, yendo por un desierto, perdida y sin camino, otra bestia fiera y terrible se llegó á ella, y la siguió hasta el monasterio, adonde iba; y queriendo matar al portero, Teodora le libró. Y en una gran sequedad, Dios nuestro Señor dió agua por los merecimientos de Teodora. Así que no podemos dudar, por los efectos, de haber sido Dios nuestro Señor autor de lo que hizo Teodora en la mudanza de su vida: y esto no se debe imitar, sino cuando el mismo Señor con particular revelacion lo mandare. Mas lo que se debe sacar de esta vida, es el sentimiento que debemos tener de las ofensas de Dios, y que no basta comenzar bien, como comenzó Teodora, en la honestidad, amor y fidelidad que tuvo á su marido, sino que conviene perseverar hasta el cabo, y huir de las ocasiones y silbos venenosos de las malas terceras (que, como una pestilencia, se deberian desterrar de la república, para que no inficionen las almas, como lo hacen): y que si alguna mujer cayere en tan grave culpa, no sea para permanecer en ella, ni anegarse en el abismo de los males, sino para volver luego á Dios, y llorarla, y enmendarla, como lo hizo esta santa y bienaventurada pecadora.

Los santos Proto y Jacinto, mártires.—San Proto y san Jacinto fueron eunucos y criados de una nobilísima doncella, llamada Eugenia, hija de Felipe, senador romano: el cual, siendo provisto para prefecto de Alejandría, en Egipto, fué con su mujer, llamada Claudia, y con Eugenia, su hija, y toda su familia, á vivir en aquella ciudad. Era Eugenia vírgen de alto ingenio, de extremada belleza y muy inclinada á los estudios de todas buenas letras, que florecian en aquella sazon en Alejandría. Dióse muy de veras á ellas Eugenia; y por su respeto sus dos criados Proto y Jacinto, leyendo en buenos libros, y alumbrados de nuestro Señor, vinieron á entender la ceguedad de los gentiles que adoraban las piedras, y tenian por dioses hombres tan viciosos, que eran indignos no solo del nombre de dioses, sino tambien del nombre de hombres; pues sus hechos fueron de bestias. Hiciéronse cristianos, y con deseo de mayor perfeccion, se determinaron todos tres á tomar el hábito de monges en un monasterio de religiosos, donde estaba un santo obispo y abad, por nombre Heleno. Vistióse Eugenia de hábito de hombre, y con sus dos criados y compañeros fuése al monasterio, y hablando con Heleno, le pidió el hábito de su religion: y aunque él, por divina revelacion, conoció que era doncella la que se fingia varon, y hacia llamar Eugenio, y se lo dijo; mas disimuló con ella, porque entendió ser aquella la voluntad de Dios. Dióles el hábito, y comenzaron todos tres á hacer vida santísima; y especialmente Eugenia se esmeraba sobre todos, y les era dechado de toda santidad y virtud. Fué esto de manera, que muriendo el abad Heleno, fué elegido Eugenio por prelado aunque contra su voluntad, y gobernó aquella casa con grande satisfaccion de los religiosos y admiracion de los de fuera. Habia una matrona, llamada Melancia, en la misma ciudad de Ale-

jandría: la cual estando enferma de una grave enfermedad, por las oraciones del abad Eugenio cobró salud; y teniéndole por varon, se enamoró perdidamente de él, y en cierta ocasion le declaró su dañada voluntad, provocándole á pecar: y como el santo ásperamente la reprendiese y cerrase los oidos á los silbos de la serpiente venenosa, y con gran presteza se fuese huyendo del lugar donde estaba; ella, viéndose escarnecida y menospreciada, como otra ama de José, dió voces, y publicó que Eugenio, el abad, la habia querido hacer fuerza. Dió noticia de esta mentira y falsedad á Felipe, el prefecto, que todavía era gentil, y no sabia de su hija, porque se le habia desaparecido y hecho cristiana, y tomado el hábito de religion, sin poderlo él entender. Permitió nuestro Señor esta tribulacion á Eugenio; para que conozcamos mas la flaqueza de las mujeres, y nos guardemos de ellas, y para descubrir con esta ocasion la virtud de los que, armados con su gracia, resisten á los apetitos de la carne; y para mas manifestar la gloria y excelencia de nuestra sagrada religion: porque el prefecto Felipe, habiendo oido el caso de Melancia, mandó traer delante de sí á Eugenio, abad. Vino, llevando consigo á Proto y Jacinto, con sus hábitos de religiosos. Dióles Felipe una grande reprension, diciendo, si Cristo, su Dios, les enseñaba que deshonrasen é hiciesen fuerza á las matronas honradas. Entonces Eugenio con gran severidad y modestia respondió: Tiempo hay para callar, y tiempo para hablar: ahora se verá la verdad de lo que dice Melancia, y tú, ó Felipe, me reprendes. Diciendo esto, rasgó el hábito que tenia: descubrió sus pechos; y vieron como era mujer; y quedaron todos espantados, Melancia confusa, y el prefecto admirado: y habiendo conocido que aquella era Eugenia, su hija, y sabida la historia de todo lo que habia hecho, y alumbrado del rayo de la divina luz, se convirtió á la fé de Jesucristo él y toda su familia. Dejó la prefectura, y despues de algun tiempo fué mártir del Señor. Volvió á Roma la santa doncella Eugenia con Proto y Jacinto, y por su ejemplo y santa conversacion muchos recibieron la fé de Cristo. Supo esto el emperador Galieno, y mandólos prender; y á Eugenia, despues de haberle dado graves tormentos, la sentenció á degollar. Proto y Jacinto pasaron por la misma sentencia; la cual se ejecutó en ellos el dia que la Iglesia les celebra la fiesta, que fué á los 11 de setiembre, el año de 273, aunque del martirio de santa Eugenia celebra la fiesta á los 25 de diciembre. Escribieron de estos santos Simeon Metafraste, y los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo y Adon.

Los santos Diodoro, Diomedes, y Dídimo, mártires.—Estos santos eran naturales de Laodicea en Siria. Convencidos de la divinidad de la religion de Jesucristo, se convirtieron á ella, fueron bautizados, y muy luego empezaron á predicar la misma religion á sus paisanos, cuyo suceso llegando á oidos del tirano, mandó prenderlos, y despues de haber sido atormentados, alcanzaron la palma del martirio.

San Emiliano, obispo y confesor.—Nació en un pueblo pequeño de Aragon, fué instruido en la religion por el obispo san Félix, y se dedicó todo entero al estudio de la piedad cristiana. Algun tiempo despues se retiró á un desierto, en el que vivió por espacio de cuarenta años, entregado á la santificacion de su alma, y á conducir por los caminos de la salvacion á todos los que con este objeto iban á pedirle consejo. Hallándose vacante la sede episcopal de Verceil, en Italia, el cielo designó milagrosamente á Emiliano para ocuparla; y aunque se resistió extraordinariamente, le consagraron obispo, y fué por muchos años pastor y padre de aquellos pueblos. Asistió á los concilios III, IV y VI de Roma congregados por el papa san Símaco, que profesaba al obispo de Verceil particular afecto y admiracion, y despues de un apostolado muy fecundo en cosas admirables, cargado de años y de merecimientos, murió santamente por los primeros años del siglo VI.

San Paciente, obispo y confesor.—Dios suscitó á este santo para ser el sosten y el consuelo de los cristianos de las Galias en las calamidades que los afligieron durante el siglo V. Por sus eminentes virtudes fué colocado en la sede arzobispal de Lyon, y desplegó al instante tanta actividad en su cargo pastoral, que por todas partes se sintieron muy pronto los efectos de su zelo. En sus manos se multiplicaban los medios de hacer bien, y casi siempre los empleaba todos en favor de los indigentes. San Sidonio Apolinar, que era amigo y contemporáneo suyo, dice que poseia todas las virtudes apostólicas, y que no sabe qué era en él mas admirable, si su zelo por la gloria de Dios, ó su caridad para con los pobres. Templaba siempre la suavidad con la dulzura, y la actividad con la prudencia, y sus esfuerzos fueron coronados con la conversion de gran número de infieles y herejes, arrianos y focinianos. Con su zelosa predicacion ilustraba los entendimientos de los que se hallaban sumidos en el error, y despues acababa por ganarles el corazon á fuerza de bondades. San Paciente murió en Lyon, el año 480. Su nombre se halla en este dia en el Martirologio.

San Pafnucio, obispo y confesor.—Natural de Egipto, y cristiano desde su infancia. Habiendo pasado algunos años en el desierto, bajo la direccion de san Anton, salió de la soledad para ser consagrado obispo de la Tebaida. San Pafnucio fué uno de aquellos ilustres confesores, que en tiempo del emperador Maximino-Daia, despues de haberles arrancado el ojo derecho, y cortado los nervios de la rodilla izquierda, fueron condenados á las minas. Cuando se volvió la paz á la Iglesia, el venerable obispo se reunió otra vez á su grey, y empezó á trabajar con todo su zelo para librarle de los estragos del arrianismo que amenazaban. Su eminente santidad, y el glorioso título de confesor de la fé, le granjearon la estima y veneracion de los padres del concilio de Nicea, al cual asistió. Dícese que el emperador Constantino le llamaba con mucha frecuencia á su palacio, y se complacia hablando con él largos ratos, no despidiéndose nunca sin besarle el lugar donde habia estado el ojo que perdiera por la fé. Pafnucio tuvo estrecha amistad con san Atanasio y todos los obispos católicos de su época, y murió en la paz de Dios por los años 337.

DIA 12.

Santa Buena, vírgen.—Buena, á quien los egipcios llaman Cordimunda, fué natural de Egipto, de real estirpe y sangre. Su padre se llamó Zabul, noble sátrapa: su madre se llamó Ziba. Fué hermosísima de cuerpo; pero mucho mas de ánimo y virtudes. No era bautizada cuando murieron sus padres: y así quedó niña huérfana en la tutela de sus parientes: pero muy rica de bienes de for-

tuna; por lo cual un caballero mozo, rico y principal como ella, la pidió en matrimonio para cuando tuviese edad: á quien ella respondió, que ya estaba desposada con Cristo desde su infancia, y le habia dedicado su virginidad; y así que ofreciese sus grandes riquezas á otra, como á ella se las ofrecia, que las estimaria mas, porque ella ni las estimaba, ni hacia caso de las suyas, cuanto y mas de las ajenas; y que tuviese entendido que jamás mudaria de ánimo. Con esta respuesta se volvieron como unas fieras los parientes, á cuyo cargo estaba, contra ella, y ya con ruegos y promesas, ya con amenazas crueles, procuraban disuadirla de su santo propósito. La santa niña Buena, temiendo la violencia que podian é intentaban hacerle, se huyó secretamente de casa de sus deudos, y se fué á un monasterio de sagradas vírgenes, donde pidió con lágrimas á la madre portera la recibiese: á que respondió la religiosa, que ella no podia recibirla sin órden y licencia de la madre abadesa. Estaba en oracion la santa abadesa, y tuvo revelacion de lo que pasaba en la portería, y quién era la que queria entrar: y así al instante dió órden de que le abriesen la puerta y dejasen entrar.

Tan gozosa estaba Buena, como si hubiera entrado en la gloria: pidió el santo hábito con humildad, el cual le dió al punto gustosa la abadesa. Buscáronla sus deudos con gran cuidado y solicitud; y al fin la hallaron: que el oro tiene calidades de sol, que todo lo descubre, y de rey, que todo lo sujeta. Al punto que supieron donde estaba, fuéron al monasterio, y dijeron á la madre abadesa, que aquella niña era gentil: con cuya noticia daban por conseguido su intento, que era llevársela; porque juzgaban la despedirian al instante las monjas. Buena confesó buenamente ser verdad lo que decian; pero pidió al instante el santo bautismo, el cual le dió un santo sacerdote, que gobernaba y tenia cuidado de la iglesia del monasterio: con que se fuéron burlados los deudos de la santa virgen, y ella se quedó en su cielo, recibiendo bautismo y velo á un tiempo, y consagrando de nuevo con solemne y perpetuo voto á Dios su virginidad y pureza, siendo de edad de doce años. Comenzó á hacer una vida tan santa, penitente y ejemplar, que era envidia á todas las santas religiosas y gloria á su divino esposo y amante Jesus.

Tenia especial amistad y cariño, entre las demás, á una santísima religiosa, cuyas virtudes en todo seguia. Esta tuvo una grande enfermedad: y siendo visitada de todas las religiosas del monasterio, solo Buena, su querida y grande amiga, no la vino á ver; porque se estaba en oracion en la iglesia, donde le reveló Dios como se queria llevar para sí á su grande amiga para darle el premio de sus virtudes: con la cual divina revelacion, Buena, perseverando en su oracion, le pidió á su dulce Esposo, que pues se hallaba á su grande amiga y compañera, fuese servido de llevársela tambien á ella, para que las que habian sido compañeras en el monasterio, lo fuesen tambien en el cielo. Al punto que acabó su humilde peticion, bajó una voz del cielo que le dijo, como habia sido oida su peticion, y se le habia concedido. Entonces, dando infinitas gracias á Dios por favor tan singular, se levantó gozosa y alegre, y se fué á visitar á su amiga, á quien contó cuanto le habia pasado: con cuya alegre nueva la amiga dió su alma á Dios. De allí á tres dias, la tercera noche despues del glorioso tránsito de esta santa religiosa, estando la abadesa en oracion, ó sueño dulce, vió un jóven hermoso y resplandeciente, que le quitaba el velo de la cabeza, y le escondia y guardaba en una caja: y preguntándole, qué queria significar aquello; respondió, que aquel dia quedaria sin Buena: porque se la quitaria su Esposo y se la llevaria á su gloria. La mañana siguiente, juntas todas las monjas, y entre ellas Buena, buena y sana, refirió la abadesa el sueño que habia tenido aquella noche: y al instante se oyó la voz de un ángel que la llamaba á la patria celeste: la cual, obedeciendo á la dulce y deseada voz, puesta en medio de todas las religiosas, sus hermanas, levantó los ojos al cielo, dando gracias á su divino Esposo por tan singular beneficio, gozosa y regocijada, cantando salmos (á que todas la ayudaban, sin dejar de llorar y derramar copiosas lágrimas, por la ausencia de su querida hermana, aunque mezcladas con el gozo de considerar cuánto mejoraba de vida); despidió su purísimo espíritu, que entregó á su Criador, á los doce de setiembre. Su cuerpo quedó tan hermoso, que causaba admiracion mirarle: y luego le rodeó una luz del cielo tan clara y resplandeciente, que era una gloria todo el monasterio; y tanto mas, cuanto al resplandor de la luz se llegaba la fragancia suavísima de de un olor celestial que despedia el mismo cuerpo, durando la luz y olor admirable todo el tiempo que tardaron á darle la debida sepultura. Escribió la vida de esta santa virgen, de la misma forma que aquí va referida, Pedro de Natalibus *in Cathalog. sanct., lib.* VIII, *cap.* 71, á quien cita el Martirologio Romano, y Baronio en sus anotaciones.

* El beato Miron, confesor. —Fué catalan, nacido en el pueblo de Tagamanent, en la diócesis de Vich. Hijo de padres piadosos, le inclinaron ya desde niño á la virtud, y al estudio de las ciencias eclesiásticas, en las que salió muy aventajado. Siguió la carrera eclesiástica, y cuando sacerdote, adelantó mucho en la perfeccion, deseando vivir en la soledad. Para no errar el paso, consultó con los monges de Ripoll, quienes aprobando su resolucion, salió por los desiertos de la ribera del Ter. A pesar de esto pedia continuamente al Señor le mostrase su voluntad, y se le apareció un ángel diciendole entrase en el monasterio de San Juan de las Abadesas, de canónigos regulares de san Agustin. Vistió el hábito agustiniano, distinguiéndose luego entre los monges por su santidad. Su compasion para con los pobres era extraordinaria, grande su humildad y obediencia, brillando por el don de profecía. Murió santamente en el mismo monasterio el 12 de setiembre del año 1161. Los naturales de aquel pais han encontrado alivio en sus necesidades, cuando han invocado á san Miron.

Los santos Geronides, Leoncio, Serapion, Selecio, Valeriano y Estraton, mártires.—Fueron presos en Alejandría, y habiendo confesado que eran cristianos y que nunca adorarian á las falsas divinidades del paganismo, fueron atormentados con varios suplicios, y finalmente los echaron al mar atados de piés y manos, y así murieron. Despues de algunos dias, sus cuerpos salieron á la orilla, y unos cristianos, que habian sido avisados por un ángel, los recogieron y dieron sepultura. Este martirio fué durante el imperio de Maximino.

San Autonomo, mártir.—Fué obispo regionario, y por consiguiente predicó el Evangelio en muchas provincias de Occidente, particularmente en Italia y Francia. Hallándose en Bitinia, durante la persecucion de Diocleciano,

haciendo inmensas conquistas para la religion, las cuales excitaban el odio de los paganos, estos lo prendieron; pero despues de algunos dias lo dejaron en libertad. Continuó Autonomo sus predicaciones y sus muchas conversiones, y no pudiendo contener ya su cólera los gentiles, lo buscaron, y encontrándole que estaba diciendo misa, le mataron en el mismo altar, á principios del siglo IV.

Los santos Macedonio, Teódulo y Taciano, mártires.—Eran de Mera, ciudad de Frigia, y allí consumaron tambien su martirio. En tiempo del emperador Juliano el Apóstata, el prefecto de aquella provincia, llamado Amaco, mandó abrir un templo, donde volviesen á adorarse los antiguos ídolos de Roma. Los cristianos estaban sumergidos en la mayor amargura por aquel suceso, cuando una noche, los tres santos que hoy celebramos, forzaron las puertas del indicado templo, entraron en él, rompieron todas las estatuas de los ídolos que encontraron y despedazaron cuanto en él habia para el sacrílego culto. Al dia siguiente el prefecto ordenó una conscripcion general contra todos los cristianos; pero los tres jóvenes se presentaron voluntariamente y se confesaron solos autores de aquel suceso. Rabioso y fuera de sí el tirano, todos los suplicios le parecian poco, y así despues de haberles mandado azotar con varas de hierro, y desgarrarles sus carnes con garfios, los hizo extender sobre unas parrillas en las ascuas, donde fueron quemados á fuego lento. Los esforzados confesores no dejaron de cantar las alabanzas del Señor, hasta que le entregaron su espíritu, coronados con la diadema resplandeciente del martirio. Sucedió este en el año 362.

San Cronoto, obispo y mártir.—Nació en la ciudad de Iconio, en Licaonia, de la cual era despues presbítero cuando el Señor lo elevó á obispo de Cogni. Sus virtudes y milagros, junto con una incesante predicacion del Evangelio, le hicieron el apóstol de aquellas regiones, y tambien le merecieron la palma del martirio, que alcanzó siendo arrastrado por todas las calles de Iconio, y últimamente degollado.

San Silvino, obispo y confesor.—Uno de los primeros obispos de Verona, en Italia, recomendable por su afan en propagar las luces del Evangelio, lo cual logró, desterrando de su diócesis casi enteramente la idolatría. Nunca se le veia mas alegre, que cuando podia distribuir abundantes limosnas á los pobres, y despues de haber castigado su cuerpo con fuertes penitencias, murió entre sus ovejas, de muerte repentina, un dia 12 de setiembre, ignoramos de qué año.

San Sacerdote, obispo y confesor.—Floreció durante el siglo VI, y fué arzobispo de Lyon. El año 549 asistió al quinto concilio de Orleans, celebrado para atajar y condenar los errores de Nestorio y de Eutiques contra la fé católica, y publicar algunos cánones acerca de la reforma de la disciplina. Algun tiempo despues fué el santo á París, sin que se sepa el verdadero motivo de aquel viaje, y durante su permanencia en esta ciudad fué atacado de una violenta enfermedad, que le condujo al sepulcro, siendo visitado en sus últimos momentos por el rey Childeberto, que le estimaba mucho. Su sagrado cuerpo fué trasladado á Lyon, donde se conserva, y el Señor ha obrado por su intercesion muchos milagros.

San Guidon, confesor. — Este santo es llamado por los franceses «san Güi». En vida fué conocido por el pobre de Anderlech, y habia nacido en un pueblo cerca de Bruselas, de padres pobres pero virtuosos, que lo instruyeron en el conocimiento de la religion, repitiéndole con frecuencia aquellas palabras de Tobías: «Nosotros seremos bastante ricos, si tememos al Señor.» Aun era Güi no mas que un niño de muy pocos años, y ya era un modelo de todas las virtudes. Enamorado de la bajeza y humildad de su condicion, se contemplaba feliz en ella, por ser así mas semejante á Jesucristo. Era el consuelo de los pobres, con las reflexiones que les hacia para que en su miseria glorificasen á Dios, que habia hecho á su Hijo semejante á ellos, y los animaba con su ejemplo, pues no solo amaba la pobreza, sino que buscaba las penalidades y privaciones que le son consiguientes. Su caridad con el prójimo igualaba á su amor por la mortificacion y la penitencia, visitaba á los enfermos y encarcelados, y les llevaba el alivio que sus facultadas le permitian. Despues de una juventud empleada en estas obras de caridad, entró el santo de sacristan en la iglesia de Nuestra Señora de Laken, donde se le vió ejercer sus funciones con santa alegría, y pasar las noches enteras postrado á los piés de los altares. Su compuncion, su piedad y su amor á los pobres llegaron á un alto grado de perfeccion, y los milagros que obró le atrajeron la admiracion de todos. Entonces, para huir el aplauso de sus admiradores, se fué á Roma y á Jerusalen á visitar los lugares santos, y de vuelta á su patria murió de una enfermedad epidémica, el dia 12 de setiembre del año 1012. Sus restos fueron enterrados en Anderlech, donde poco despues se edificó una iglesia bajo su invocacion.

Santa Eanswida, vírgen y abadesa —Floreció en el siglo VII. Fué nieta de san Elelberto, primer rey cristiano de los ingleses. Fué famosa por sus milagros, y su festividad se guarda por los católicos ingleses en 12 de setiembre, probablemente por ser el dia de la traslacion de sus reliquias á alguna iglesia.

San Albeo, obispo y confesor.—Es honrado como principal patrono de Munster. Floreció á últimos del siglo V, y mediados del VI, y murió, segun unos, el año de 525, y segun otros, el de 541

DIA 13.

San Maurilio, obispo y confesor.—Fué san Maurilio italiano de nacion y de patria milanés, hijo de ilustres padres, y desde mozo criado y enseñado del glorioso san Martin, obispo, cuando estuvo en aquella ciudad; pero despues habiendo sido el santo echado de Milan, por el furor y rabia de los herejes arrianos que no podian sufrir su gran celo y constancia, quedó Maurilio algun tiempo en Milan, donde fué ordenado de san Ambrosio de lector. Murió en este tiempo su padre, que era gobernador principal en Italia; y él, inflamado del amor de las cosas del cielo, se determinó á dejar las de la tierra y á su madre, é irse en busca de san Martin, que ya entónces era obispo de Tours. Fué, y estuvo en su compañía hasta tanto que le ordenó de sacerdote, sirviéndole en todo y aprendiendo de él las virtudes que despues mostró en toda su vida. Pasó mas adelante Maurilio, y para abrazar mas estrechamente la perfeccion evangélica, tomando la bendicion de su padre san Martin, se fué á la ciudad de Auxerre, donde halló cerca del rio Luera, un templo dedicado á los falsos

dioses. Tuvo gran dolor Maurilio por ver al demonio tan señoreado de los corazones de los hombres, y adorado en aquel templo: y deseando sobremanera asolarle, y viendo que no tenia poder para hacerlo, se puso en oracion, suplicando á Dios nuestro Señor, que le derribase y no dejase de él piedra sobre piedra. Al momento bajó fuego del cielo que abrazó al templo y los ídolos que en él estaban, y los hizo ceniza. En este lugar fundó el santo una iglesia á Jesucristo, Dios verdadero, que fué muy frecuentada con mucha piedad y devocion de todos aquellos pueblos, y él la gobernó doce años, obrando nuestro Señor muchos milagros por su siervo; porque con la señal de la cruz curó un hombre que tenia las manos secas de su nacimiento, á una mujer endemoniada y ciega, y atada con cadenas, á un muchacho que estaba para morir, por haberle mordido una víbora, y á una mujer vieja y estéril le alcanzó hijos: y con estos y otros milagros creció su fama, y él cobró ánimo para hacer con mayor esfuerzo guerra á los demonios, quitándoles la adoracion que la gente engañada les daba. Allí, junto donde el santo vivia, habia un ídolo famoso á quien el pueblo con extraña supersticion acudia. Fué allá el santo traspasado de dolor, y haciendo la señal de la cruz, luego cayó el ídolo y salieron los demonios de él, dejando en aquel lugar un olor pestilencial. Tambien en este mismo lugar, habiendo primero quemado todas las estatuas de los demonios, edificó otro monasterio, y libró á muchos de la tiranía de los mismos demonios que los infestaban.

Pasaban ciertos mercaderes una vez cerca de la casa donde habitaba el santo, y entre las otras mercaderías, llevaban por esclavos algunos italianos, hombres y mujeres para vender en España. Uno de aquellos esclavos, viendo la iglesia, con grande ímpetu se arrojó á ella, suplicando con muchas lágrimas al santo confesor, que le ayudase y le librase de aquel cautiverio. Él, movido de compasion, comenzó á rogar al dueño por el esclavo; mas el amo, no haciendo caso de los ruegos de Maurilio, mandó á sus criados que sacasen por fuerza al esclavo de la iglesia. Volvió el venerable sacerdote los ojos al cielo, puso las rodillas en el suelo, derramó lágrimas al Señor por el cautivo, y súbitamente le dió un mal tan repentino y vehemente al dueño, que allí espiró. Quedaron los demás atónitos y despavoridos, temiendo que la tierra no se abriese y los tragase: mas el bienaventurado sacerdote, postrado en el suelo, suplicó á nuestro Señor que le restituyese la vida, y no se levantó hasta que el Señor se la dió, y el esclavo quedó con libertad.

Fué san Martin á la ciudad de Auxerre, que á la sazon estaba sin pastor: y como conocia tan bien los méritos de Maurilio, su discípulo, procuró que le hiciesen obispo, y Dios desde el cielo dió significacion de ser aquella su voluntad; porque bajó una paloma estando él en la iglesia y se puso sobre su cabeza, y él viendo que aquella era la voluntad del Señor, bajó la cerviz á la carga y aceptó aquella dignidad para servir mas al que se la daba. Estando muy ocupado en ejercer su oficio de santo y vigilante pastor, le sucedió una cosa digna de notarse; para que los prelados vean el cuidado que deben tener de las ovejas que Dios les encomendó, y el escrúpulo y angustia con que viven los santos obispos, cuando temen haber faltado en cualquiera cosa por pequeña que sea, tocante á la salud de las almas. Estando un dia el santo pontífice diciendo misa, vino á él una mujer con un hijo suyo que estaba para morir (y ella le habia alcanzado de Dios siendo estéril, por las oraciones de san Maurilio), para que le diese el sacramento de la confirmacion, y muriese (siendo Dios de ello servido) su hijo con mayor gracia del Señor. Detúvose mucho el santo prelado en el sacrosanto sacrificio, y en aquel espacio el muchacho acabó la vida. Cuando san Maurilio vió muerto al hijo, y las lágrimas y sollozos de la madre, y la causa por que se lo habia traido; no se puede creer fácilmente el dolor, que como clavo le traspasó las entrañas, temiendo que por culpa suya aquel muchacho fuese muerto sin el sacramento de la confirmacion (que los santos temen que hay culpa suya donde no la hay), y fué tanto su sentimiento que no se podia consolar, y determinó darse á mayores ayunos, esperanzas y penitencias, para pagar con ellas aquella culpa que á su parecer habia cometido. Para esto secretamente se salió de la ciudad, llevando consigo las llaves del sagrario de su iglesia, donde estaban muchas reliquias de santos, y escribiendo en una piedra que estaba á la orilla del mar, el dia en que partia, entró en una nave, y habiendo navegado un rato, las llaves que llevaba en las manos se le cayeron en el mar. Entonces, con nuevo sentimiento y dolor, dijo: Hasta que estas llaves vuelvan á mis manos, no volveré yo á mi casa ni á mi Iglesia. Llegó á la tierra, concertóse con un caballero por hortelano para tener cuidado de su huerta, y con aquella humildad y trabajo afligir su cuerpo y borrar el pecado que tanto le congojaba.

El clero y pueblo, y toda la ciudad de Auxerre, cuando se vió sin su pastor, quedó atónita y confosa, y mucho mas despues que Dios desde el cielo con varias visiones los iba amonestando que buscasen su prelado; porque de otra suerte alguna gran calamidad vendria sobre ellos. Trataron de esto en su consistorio, y escogieron cuatro ciudadanos de los mas á propósito para esto, y proveyéndoles de todo lo necesario para el camino, les mandaron que no volviesen hasta hallarle. Siete años anduvieron en su busca, sin hallar rastro de él en parte alguna: y volviéndose ya sin esperanza, llegaron á un puerto de mar de la menor Bretaña, y hallaron escritas en aquella piedra que dijimos, estas palabras: «Por aquí pasó Maurilio, obispo de Auxerre.» Alegres con este solo indicio, se embarcaron para pasar á la otra parte del mar en busca de su prelado; mas navegando (¡ó bondad y poder de Dios!) un pez grande saltó del mar dentro de la nave; y abriéndole, hallaron dentro de él las llaves de las reliquias que se le habian caido al santo de las manos, y reconociéndolas, temieron que el mismo santo hubiese caido en el mar, y allí fuese ahogado. Trataron entre sí si volverian á su ciudad con solas las llaves ó qué harian: y estando en esta duda, tuvieron una revelacion del cielo, que les mandaba que siguiesen su derrota hasta hallar al mismo santo. Alentados con esta revelacion, saltaron en tierra, y guiados del ángel del Señor, llegaron á casa de aquel caballero, y vieron á Maurilio que llevaba verdura para servicio de su amo. Conociéronle y espantáronse, echáronse á sus piés, dijéronle quiénes eran y á qué habian venido, y suplicáronle que se volviese con ellos, para bien y consuelo de aquellas ovejas que Dios le habia encargado. Turbóse el santo con aquella novedad, y aunque le hacian gran fuerza los ruegos y lágrimas de aquellos mensajeros, no se dejó vencer, ántes se dijo, que él habia hecho juramento y voto

de no volver á su Iglesia hasta que Dios le restituyese las llaves de las reliquias de ella que se le habian caido en el mar. Entonces ellos se las mostraron, y le dieron cuenta del pez que habia saltado en la nave, y como las habian hallado en sus entrañas. Luego se divulgó la fama de este hecho y llegó á oidos del rey: y todos comenzaron á reverenciar, como á santísimo prelado, al que ántes tenian por vil hortelano. Pero Maurilio, aunque importunado de los suyos y animado de los milagros que habia visto, se inclinó á volver á su Iglesia, no quizo hacerlo, hasta haberlo primero consultado con Dios nuestro Señor, y pedirle su guia y favor.

Púsose una noche en oracion, y estando ya cansado, se adormeció y vió un ángel que le decia: Levántate Maurilio y haz lo que desean esos pueblos; porque por tus oraciones Dios ha guardado tus ovejas y te restituirá el muchacho que tú tanto has llorado y por quién has salido de tu Iglesia. Con esta revelacion del cielo el santo obispo la mañana siguiente, acompañado de innumerable pueblo, se embarcó, y acabada su navegacion se desembarcó y fué recibido de sus feligreses con increible fiesta y regocijo. Entró en la ciudad, y muy confiado de lo que el Señor le habia prometido, se fué á la sepultura del muchacho muerto, y echado en el suelo, suplicó al Señor le resucitase; y al mismo tiempo el santo obispo se levantó de la oracion y el mozo del sepulcro. Dióle el sacramento de la confirmacion: llamóle Renato, como dos veces nacido: dedicóle á la Iglesia y enseñóle; y el Señor le adornó de tantas virtudes que mereció suceder en el obispado á san Maurilio, y resplandeciendo con muchos milagros ser digno discípulo de tal maestro.

No es maravilla que este santo prelado haya sido tan esclarecido, ni que el Señor haya obrado por él tantas y tan grandes maravillas, porque su vida fué santísima y milagrosa. Desde que comenzó á ser obispo, siempre se vistió vilmente; su comida casi no era comida por ser tan poca: en la cuaresma de tres en tres dias no comia sino un poco de pan seco con sal y agua tibia; y en toda la cuaresma nunca salia de casa por estar más atento en la contemplacion de Dios y distraerse ménos viendo las cosas humanas. Y tratando su cuerpo con tanto rigor y aspereza, llegó á la edad de noventa años, entero, robusto y con fuerzas, con el rostro colorado, sin dolor de cabeza ni de estómago, sin faltarle la vista ni los dientes, ni tener los otros achaques y miserias de viejos. Conoció que se llegaba el tiempo de su descanso, y mandó hacer una bóveda para su entierro: cayó malo, y á los siete dias de su enfermedad, y á los treinta años despues que le consagraron obispo, dió su espíritu al Señor, á 13 de setiembre, con gran gozo suyo, alegría de los ángeles y llanto de todo su pueblo, que le lloró como á padre, maestro y pastor, y único refugio de todos sus trabajos. Enterráronle con gran concurso y devocion, y el Señor le ilustró con nuevos milagros; porque dos ciegos de su nacimiento cobraron vista, y un paralítico de treinta años, besando las andas, en que iba su sagrado cuerpo, luego cobró salud.

La vida de san Maurilio escribió Fortunato, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo. Hacen mencion de él los Martirologios, romano, de Usuardo y Adon, á los 13 de setiembre; y Pedro Cluniacense, lib. XVII, cap. 20; Anton., parte 2, tit. 10, cap. 13. Floreció siendo emperadores Teodosio y Honorio su hijo, como lo dice el cardenal Baronio en sus anotaciones á 13 de setiembre.

San Ligorio, mártir.—Era griego, y el amor de Dios hizo que ya desde su juventud renunciara el mundo para sepultarse en un desierto, donde permaneció muchos años ignorado de los hombres. Unos gentiles que iban á caza le encontraron, y creyendo fuese un ladron le preguntaron quién era, y él les contestó que era cristiano, pero gran pecador. Al oir el nombre de cristiano, aquellos gentiles sacaron sus espadas y allí mismo le degollaron. Su cuerpo fué trasladado á Venecia, pero nadá se sabia de su nombre y martirio, hasta que el mismo santo se apareció á un niño y le dijo se llamaba Ligorio, y que habia muerto en 13 de setiembre; y como sus reliquias se conservaban en la iglesia de San Lorenzo, los monges establecieron su fiesta en este dia.

San Amado, presbítero y abad. — Fué oriundo de Roma, y nació de nobilísimos padres y muy cristianos, que habian hecho voto de consagrar su hijo á Dios. Efectivamente, tenia Amado muy pocos años, cuando fué confiado á un monasterio de religiosos ejemplares, que debian formarle en la ciencia y en la piedad. Bien pronto el joven discípulo aventajó á todos en santidad y buenos ejemplos. Tomó el hábito en el mismo monasterio, en el cuál vivió treinta años, retirándose luego á una soledad inhabitada para entregarse mas libremente en los ejercicios de la contemplacion. Fué muy tentado por el espíritu infernal, al que venció siempre á fuerza de invocaciones y penitencia, y lo echó muchas veces del cuerpo de los poseidos. Sus milagros le asociaron una porcion de personas piadosas, que querian vivir en su compañía, de modo que aquella soledad se convirtió en una especie de laura donde vivian en celdas separadas muchísimos monges. Entonces fué, cuando recibió Amado las órdenes sagradas, aumentándose con este motivo con fervor y compuncion. Faltando agua en aquellos desiertos, la hizo salir el santo de una roca, golpeándola cual otro Moisés: obró otros muchos portentos que seria prolijo referir, y murió como habia vivido, el dia 13 de setiembre del año 625, en su monasterio de Remiremont, en Francia.

San Venerio, confesor. — Floreció en el siglo VII, viviendo penitente y solitario en la isla de Tiro mayor, llamada Palmaria, en el mar Mediterráneo. Fué oriundo de una familia muy distinguida de Italia, y dejó el mundo despues de haber distribuido á los pobres cuanto poseia. Ordenado de sacerdote, fué modelo de eclesiásticos, trabajó sin descanso en los pueblos comarcanos de su mansion, y despues de una vida tan santa, murió tranquilamente en el Señor, en su propia celdita.

San Felipe, mártir. — Fué padre de la gloriosa santa Eugenia, y natural de Alejandría. Era gobernador ó prefecto del Egipto cuando conoció la religion cristiana. Habiendo recibido el bautismo, renunció su destino, y se distinguió tanto en todas las virtudes evangélicas, que poco despues mereció ser consagrado obispo. Su conducta llena de zelo y caridad, excitó el furor del gobernador Terencio que le habia sucedido, y por su órden, un dia que estaba el santo en fervorosa oracion, fué degollado, y alcanzó la diadema del martirio. Su muerte sucedió en Alejandría bajo el reinado del emperador Galieno, en el siglo III.

Los santos Macrobio y Julian, mártires. — Eran grie-

gos de nacion, y muy queridos del emperador Licinio, por su juventud y vasta erudicion. Su gallardía, su hermosura y demás prendas de su cuerpo y espíritu les habian captado el aprecio de toda la córte; pero habiéndose descubierto un dia que eran cristianos, fueron llamados á la presencia del mismo Licinio, que no pudo vencerlos ni con halagos ni amenazas. Por consiguiente, á los pocos dias fueron desterrados á la Scitia, donde continuaron sus ejercicios cristianos con mas fervor que ántes, hasta que, presos otra vez, y confesando de nuevo la fé de Jesucristo, los echaron en una hoguera, de donde salieron ilesos, y los degollaron.

San Eulogio, obispo y confesor. — Nació en Siria, y en su juventud abrazó la vida monástica en su misma patria. Entregado á su propia santificacion y al estudio de las ciencias sagradas y profanas, era enteramnte extraño á cuanto á su alrededor pasaba. Su infatigable aplicacion unida á un espíritu penetrante, á una concepcion viva y á un juicio sólido, le hicieron un caudal de conocimientos tan vasto, que muy pronto se halló en estado de combatir los errores de su tiempo. Entonces creyó el santo que debia salir de su soledad para atender mas fácilmente á las necesidades de la religion, y fué ordenado de presbítero por san Anastasio, patriarca de Antioquía, de cuya ciudad permaneció trabajando con mucha utilidad, hasta que el emperador Tiberio-Constantino le nombró para el arzobispado de Alejandría, en donde fué consagrado, el año 583. En 585 hizo un viaje á Constantinopla donde conoció y trabó estrecha amistad con san Gregorio el Grande, y ambos trabajaron en adelante de consuno en favor de la Iglesia de Dios. San Eulogio escribió varias obras en defensa de la fé católica, contra los novacianos y otros herejes, y despues de un pontificado ilustre en grandes acciones, murió en Alejandría el dia 12 de setiembre del año 607.

San Amado, obispo y confesor. — Fué hijo de padres ricos y piadosos; mamó con la leche el amor á la virtud, y despues hizo rápidos progresos en las ciencias. Sobresalia en él, entre las demás virtudes, la práctica de la humildad y de la mas pura caridad. Cuando hubo de tomar estado, suplicó fervorosamente al cielo se dignase declararle su voluntad, y habiéndose preparado por los ayunos y la oracion, abrazó el estado eclesiástico. Desde entonces se le vió enteramente retirado del mundo, vivir conforme en todo á la estricta disciplina de la Iglesia, y tomar luego el hábito en el célebre monasterio de Agaune. Creciendo siempre en las vias de la perfeccion, fué llamado desde la soledad á la silla episcopal de Sion, en Valáis, y fué consagrado el año 669. Esta dignidad hizo brillar sus eminentes calidades con un nuevo resplandor: derramó abundantes limosnas en el seno de los pobres; instruyó á sus ovejas con un ardor infatigable y cumplió con la mas perfecta exactitud todos los deberes de un pastor segun el corazon de Dios. Pero el cielo quiso probar al santo en el crisol de las tribulaciones: acusado de supuestos crímenes, Tierri III, rey de Francia, le desterró al monasterio de San Fursey en Peronne, donde fué el modelo y la admiracion de aquellos religiosos por su paciencia y humildad. Cuando murió el abad, el venerable obispo se vió obligado á encargarse de la direccion de aquellos monges, y despues de haber encaminado á todos sus súbditos por los senderos de la perfeccion, resignó su nueva dignidad, y se encerró en una pequeña celda al lado de la iglesia, en la cual murió el dia 13 de setiembre del año 690. San Amado fué ilustre en milagros ántes y despues de su muerte.

San Eloy, patriarca y confesor. — Floreció á últimos del siglo VI y murió á principios del VII, en el año 608, combatiendo con vasta erudicion, con celo ardiente y hasta con milagros la herejía eutiquiana.

DIA 14.

La Exaltacion de la santa Cruz. — Cierta cosa es que las calamidades que padecemos los mortales, son comunmente penas por nuestros pecados, y castigos que nos vienen del cielo: y uno de los mayores de Dios es, cuando permite que tenga el cetro y mando un príncipe vicioso, flojo y desalmado; porque como es la cabeza de toda la república, deriva en los otros miembros su maldad. Tal fué el emperador Focas, que mató á Mauricio, y le sucedió en el imperio: y queriéndole nuestro Señor castigar, y con él á todos sus súbditos, movió á Cosroas, rey de Persia, que le hiciese guerra, y que le venciese, tomase y destruyese muchas y grandes provincias del imperio romano. Acabó la vida Focas con la muerte que le dieron, y sucedióle en el imperio Heraclio, el cual le halló tan desproveido, desarmado y tan sin fuerzas, que por muchos años no pudo salir al encuentro y hacer resistencia á Cosroas, porque estaba armado, poderoso y vencedor: y como señor del campo, hacia la guerra con gran ventaja contra Heraclio, dando sobre unas ciudades y otras, y tomándolas por fuerza de armas, y conquistando á toda Siria, llamada ahora Suria. Finalmente, vino sobre la santa ciudad de Jerusalen, y tomó, saqueó y mató en ella (á lo que escriben) ochenta mil personas, y llevó consigo preso y cautivo á Zacarias, patriarca de Jerusalen, santo varon y excelente prelado, y á otro gran número de gente; aunque algunos autores dicen, que fué esto en los postreros años del imperio de Focas. Pero lo mas que se sintió, fué que tomó el madero de la cruz de Jesucristo nuestro Redentor, que santa Elena, madre del emperador Constantino, habia dejado en Jerusalen, y le llevó á Persia, y le puso con grande veneracion encima de una silla y trono real, que era de oro fino, entre muchas perlas y piedras preciosas. Como Heraclio vió los daños de su imperio, y sus pocas fuerzas y las muchas de su enemigo, acordó de pedirle paces ó treguas, y hacerlas, aunque fuese con condiciones afrentosas y fuera de toda razon. Mas Cosroas estaba tan insolente con su gran poder y con las victorias que habia alcanzado, que no quiso admitir plática alguna de concierto, sino con condicion que el emperador Heraclio renegase de la fé de Jesucristo. Entonces el emperador se volvió de corazon á Dios, y tomando gran confianza en él (por parecerle que era causa suya y no de los hombres), determinó juntar ejército y pelear con el enemigo, y hacer lo último de potencia, para que él no triunfase de la religion cristiana, como triunfaba de las muchas ciudades y provincias que habia robado y destruido. Para esto la primera cosa que hizo, fué acudir á Dios, que es el Dios de los ejércitos y de las victorias, y mandar que por todo el imperio se hiciesen muchas oraciones, plegarias, procesiones, ayunos, limosnas y otras buenas obras, con que se aplacase el Señor: y luego

juntó su ejército de gente nueva y bisoña (porque no tenia soldados viejos); y para industriarlos y hacerlos á las armas, los ejercitó ántes de venir á batalla con los enemigos. Con este ejército salió Heraclio en busca de Cosroas, con ánimo de pelear con él, confiando que Dios le daria victoria, y humillaria al blasfemo é insolente rey, que estaba tan desvanecido por los buenos sucesos que el mismo Dios le habia dado para castigo de los cristianos; y él, como ciego, los atribuia á sí y á su valor y poder. Y para ir con mayor seguridad, llevaba el emperador en su mano derecha una imágen devotísima de nuestra Señora, ó (segun otros, de Jesucristo nuestro Redentor; y por ventura fué de Madre é Hijo): y (á lo que escriben) esta imágen no habia sido pintada por mano de hombres, sino venida del cielo; porque su esperanza no estribaba en la gente y fuerza que llevaba, sino en la misericordia del Señor, y en la intercesion y patrocinio de su bendita Madre. Con esta confianza salió Heraclio con su ejército, bien disciplinado y enseñado á guardarse de todo pecado, de robos y desafueros, y de pelear mas por la gloria del Señor, que no por otros intereses temporales. No le pareció á Cosroas aguardar él en persona y dar la batalla á Heraclio; ántes se retiró dentro de su tierra, é hizo talar los panes, y alzar todos los mantenimientos, por do creia que habia de pasar: y por otra parte envió un copiosísimo ejército de gente muy diestra y veterana, y un capitan llamado Saravago, ó Salvaro, con el cual peleó Heraclio, y alcanzó la victoria; aunque la batalla fué muy porfiada y reñida. No desmayó por este suceso el rey de Persia; ántes juntando otro mayor ejército, se opuso á Heraclio, con un capitan muy esforzado y de gran fama, llamado Saín, ó Satin. Trabóse entre los dos ejércitos una cruel y brava batalla, que habiendo comenzado al salir del sol, duró hasta gran espacio despues de medio dia, sin declararse la victoria por ninguna de las partes, peleando con igualdad. Y como ya en este tiempo los persas hiciesen grande esfuerzo, y las tropas del emperador comenzasen á mostrar flaqueza; Heraclio, volviéndose á Dios, le pidió socorro por intercesion de la Vírgen sacratísima; y él se le dió de manera, que luego súbitamente se levantó un viento muy recio, con grande lluvia y granizo, que á los imperiales daba en las espaldas, y á los persas en los ojos, con lo cual en muy breve fueron rotos y vencidos: y, volviendo las espaldas, comenzaron á huir. Mas, como Cosroas fuese tan poderoso, no bastaron estas dos victorias que habia tenido el emperador para quebrantarle de manera, que se diese por vencido; ántes echando el resto, juntó otro ejército mucho mayor, y nombró por capitan á un varon muy sabio y diestro en la guerra, llamado Razatenes; el cual vino á batalla con Heraclio, y por virtud de la santa cruz fué asimismo vencido y muerto con gran parte de su ejército, peleando Heraclio por su mano valerosamente, y matando en esta batalla tres hombres señalados, como soldado esforzado, y gobernando y animando á su ejército, como muy sabio y experimentado capitan. Con esta tercera batalla quedó enflaquecido el poder de Cosroas, y él tan desanimado, que no osando esperar al emperador, se entró huyendo en Persia, y pasó el rio Tigris: y para su socorro y ayuda, nombró por rey igual suyo á su segundo hijo, llamado Medarses, no haciendo caso de Siroes, su hijo mayor, y de mas ánimo y discrecion. De lo cual Siroes hizo tan grande sentimiento, que determinó quitar el reino y la vida al padre y al hermano, por la injusticia que se le habia hecho. Así lo hizo, y asentó paces con el emperador Heraclio: le restituyó todas las tierras que su padre habia tomado del imperio, y le entregó todo el tesoro de la casa real que poseia su padre, y cumplió otras muchas condiciones muy honrosas y provechosas para el emperador. Pero la mas principal fué el entregarle la santa cruz que tenia en su poder, y al patriarca de Jerusalen, y á los demás cautivos cristianos, que eran muchos. De esta manera se acabó esta guerra en algunos años, mostrando Dios la confianza que debemos tener en él: y que ni debemos desmayar, sino humillarnos cuando nos castiga, ni desvanecernos en los prósperos sucesos, sino reconocerlos de su mano. El emperador Heraclio, para hacer gracias á nuestro Señor de las victorias tan grandes, y glorias que le habia dado, fué á Jerusalen, llevando consigo la cruz de nuestra redencion, que en catorce años habia estado en poder de Cosroas. Entró en la ciudad con ella, llevándola sobre sus hombros con la mayor pompa y solemnidad que se puede imaginar. Pero sucedió una cosa maravillosa en este triunfo del emperador, que llegando á la puerta de la ciudad con la cruz, paró: y queriendo ir adelante, no pudo moverse, sin poder entender la causa de aquella detencion. Iba al lado del emperador el patriarca Zacarías, ó Modesto (como dice Suidas), y avisóle, que por ventura era la causa de aquel milagro tan estraño el llevar la cruz por aquel camino, por donde Cristo nuestro Salvador la habia llevado, con muy diferente traje y manera que el Señor la llevó: Porque tú, señor (dijo el patriarca), vas vestido y ataviado de riquísimas é imperiales ropas, y Cristo llevaba una vestidura humilde: tú llevas corona imperial en la cabeza, y él corona de espinas; él iba con los piés descalzos, y tú vas con los piés calzados. Pareció á Heraclio que Zacarías tenia razon, y por lo tanto vistióse un vestido vil: quitóse la corona de la cabeza, y con los piés descalzos pudo proseguir con la procesion, hasta poner la sacrosanta cruz en el mismo lugar de donde Cosroas la habia quitado. Y queriendo nuestro Señor regalar á su pueblo, y mostrar la virtud de la santa cruz, además de otras cosas maravillosas que acaecieron aquel dia, un muerto resucitó, cuatro paralíticos cobraron salud, quince ciegos vista, diez leprosos quedaron limpios, y otros muchos que eran atormentados del demonio quedaron libres, y gran número de enfermos con entera salud. Esta es la causa de la fiesta que hoy celebra la Iglesia con nombre de la Exaltacion de la Cruz. Verdad es que no fué esta la causa para instituir esta fiesta; porque muchos años ántes que Heraclio imperase, los griegos hacian fiesta este mismo dia, con nombre de la Exaltacion de la santa Cruz, y lo mismo hacian los latinos, como se ve en el Sacramentario de san Gregorio, celebrando la gloria de la cruz, que se estendió y resplandeció por todo el mundo en tiempo del emperador Constantino: pero las victorias que alcanzó Heraclio, y el haber recobrado el madero de la santa cruz de mano de los enemigos, y restituídole á los cristianos, colocándole en Jerusalen con gran gloria del Señor y bien de su Iglesia, fué causa para que se celebrase esta fiesta con mayor solemnidad y regocijo que ántes, como lo notó el cardenal Baronio. Sucedió esta restitucion de la santa cruz á los 14 de setiembre, á los diez y nueve años del imperio de Heraclio, que fué el de 629 del Señor, aunque Sigiberto la pone en el de 631.

Escriben de ella la Historia miscelánea, lib. XVIII, y los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo y de Adon.

SANTA CATALINA DE GÉNOVA, VIUDA.—Catalina nació de una de las mas nobles y principales familias de la república de Génova, llamada de Fieschi, y vino al mundo á 5 de abril de 1447. Su padre se llamó Jaime, y su madre Francisca de Nigro, que en nobleza y riqueza era igual á su marido. Estos nobles padres criaron, segun convenia á su condicion, á esta su hija, la cual desde muy niña fué prevenida de copiosas bendiciones del cielo, y llegando á la edad de ocho años, recibió un don particular de oracion y de union con Dios; por cuya causa, aborreciendo los juegos y entretenimientos propios de aquella edad, amaba el retiro, el silencio y la mortificacion. Tenia en su aposento colgada en la pared una devota imágen, generalmente llamada de la Piedad, que representaba á Jesucristo muerto, y puesto en los brazos de su santísima Madre. Fijando Catalina con mucha frecuencia su vista en esta devotísima imágen, sentia encenderse en su pecho una llama de ardiente amor de Dios, y un deseo vivísimo de imitar á su Salvador, que tanto ha hecho por la redencion del género humano. De aquí resultó, que siendo de solos trece años, hizo instancia para ser admitida por monja en el monasterio de Santa María de Gracia de Génova, donde tenia una hermana mayor monja, ya profesa. Pero no habiendo querido admitirla las monjas por su poca edad, delicada y débil complexion, hubo de condescender á la voluntad de sus padres, los cuales, así que llegó á la edad de diez y seis años, la colocaron en matrimonio con un jóven caballero de la misma ciudad de Génova, llamado Julian Adorno, con cuyo matrimonio se creyó se aseguraria siempre mas la paz entre estas dos familias, Fieschi y Adorno, que siendo muy poderosas, y habiendo sido entre sí discordes, habian ocasionado turbaciones en aquella república.

Pero tal vez de ningun matrimonio se podian temer mas fatales resultas que de este, atendida la diversidad de humor, y contrariedad de costumbres de los dos desposados; porque Catalina era á la verdad dotada de una singular belleza, y de un natural dulce, pacífico y modesto, é inclinada á la virtud y á la devocion, en la cual hasta entonces se habia ejercitado: al contrario, Julian era de un natural colérico, voluble y estravagante; amaba los placeres y las conversaciones, y estaba todo entregado al lujo, al juego y á las pompas y vanidad del siglo: con esto concibió aversion á su buena consorte, despreciándola y ultrajándola de muchos modos, y causándola continuos disgustos. Además de esto, empezó á disipar en necios gastos y en el desahogo de sus viciosas pasiones el rico patrimonio de la casa, hasta que con el progreso del tiempo quedó reducido á estado de pobreza y miseria: sufria todo esto Catalina con paciencia, y procuraba condescender al genio y á la voluntad del marido en todo lo que se oponia á la ley de Dios; de suerte, que, contenta con oir una sola misa en una iglesia cercana, estaba siempre retirada en casa, aplicada á las labores domésticas, y al buen gobierno de la familia. Mas como todo esto no fuese parte para que Julian variase de conducta, ni dejase de tratar á Catalina con aspereza y despecho, fué acometida de tan grande tristeza, que se puso flaca y macilenta, y pasó los primeros cinco años en grande afliccion, llena de desconsuelo y angustias. Por eso sus parientes, movidos á compasion de su estado, la aconsejaron que no llevase una vida tan retirada como habia llevado hasta entonces; sino que se divirtiese como lo hacian las demás damas, á fin de procurar de este modo algun alivio á su espíritu oprimido de tanta melancolía. Catalina se dejó persuadir de estas insinuaciones mundanas, y mudando el tenor de su vida devota y retirada, empezó á vivir á la moda, hacer y recibir visitas, y á frecuentar las recreaciones y conversaciones del siglo; y en esta vida perseveró por el espacio de cinco años, sin hallar en todas estas recreaciones ningun alivio á las tristezas y angustias que la oprimian, ántes al contrario se la aumentaron mucho mas; porque á la afliccion que la causaba el mal vivir de su marido, se la añadieron continuas interiores amarguras, y fuertes estímulos, é incesantes remordimientos de conciencia, originados de la vida mundana y relajada que llevaba.

Hallándose Catalina sumergida en estas angustias y sobresaltos de corazon, que no la permitian un momento de sosiego, su hermana monja, de que arriba se ha hecho mencion, la aconsejó fuése á ver á un piadoso sacerdote, que era confesor de aquel monasterio, y que hiciese con él una buena confesion. Abrazó la sierva de Dios el consejo de su buena hermana, y en el dia del glorioso san Benito del año de 1473, fué humildemente á hablar á aquel sacerdote, resuelta á limpiar su alma de los defectos y faltas de una sincera y general confesion, y de seguir en todo y por todo los consejos é insinuaciones del confesor. Apenas se puso de rodillas para empezar su confesion, cuando el Señor se dignó alumbrar su mente con un rayo tan claro y penetrante de su divina luz, y de encender en su corazon una llama tan ardiente de su divino amor, que vió en un momento, y conoció con mucha claridad de una parte, cuán grande sea la bondad de Dios que merece un infinito amor; y por otra parte, cuán grande sea la malicia y deformidad que tiene el pecado, y la ofensa de Dios cualquiera que sea, aunque lijera y venial: á la vista de estas dos cosas, sintió escitarse en su corazon una contricion tan viva de sus pecados, y un amor tan grande á Dios, que perdió la palabra y quedó como fuera de sí, y poco ménos que amortecida, por lo que fué preciso diferir su confesion para otro dia. Desde este instante se hizo en el alma de Catalina una total mudanza de afectos y sentimientos; de modo, que abandonando todos los pensamientos del mundo, y renunciando cualquiera solicitud y congoja de cosas temporales, no cuidó de otra cosa que de servir y amar á su Dios, y de conformarse en todas las cosas con su divina voluntad, llevando no solo con paciencia, sino tambien con alegría, la pesada cruz de su estado. Fué tan grande el horror que concibió de sus pecados, que exclamaba frecuentemente. ¡Amor mio (así solia llamar al Señor su Dios), amor mio! nunca jamás pecados. Así, habiéndole dado el Señor una luz mas viva de la fealdad del pecado, protestaba que mas presto desearia ver los demonios del infierno, y padecer cualquiera otra pena, que una semejante vista. Su conformidad á la voluntad de Dios llegó á ser tan perfecta, que parecia insensible á todos los accidentes, ya prósperos, ya adversos, que la acaecian; por lo que tenia frecuentemente en la boca aquellas palabras: «Yo quiero lo que Dios quiere, y como y cuando Dios lo quiere.» Y finalmente, el sufrir trabajos, no solo no la causaba tristeza ó disgusto, sino que mas presto la causaba gozo y contento.

La divina bondad, que habia encendido en el corazon de su sierva esta ardiente llama de su amor, la fué de tal modo acrecentando, que con el progreso del tiempo llegó á ser un vasto incendio, causando en la santa los maravillosos efectos de extasis, raptos é interiores comunicaciones del divino espíritu, con las cuales llevó una vida mas angélica que humana. Seria menester un corazon tan inflamado en el amor de Dios como el suyo, para poder declarar las gracias singulares que recibió del Señor en lo restante de su vida. Quien quiera tener una noticia distinta de estos favores y gracias sobrenaturales, puede leer el dialogo que ella compuso entre la alma y el cuerpo, y la vida escrita por el sacerdote que en sus últimos años fué su confesor y director. Nosotros nos ceñiremos á referir las acciones esteriores en que se empleó despues que se dedicó enteramente al divino servicio. Y primeramente en los cuatro primeros años se dedicó á toda suerte de penitencias y mortificaciones, á fin de domar su cuerpo y sus sentidos, para que estuviesen totalmente sujetos y obedientes á las impresiones del divino amor, que por sí solo, y sin alguna ayuda humana, la guiaba á una sublime perfeccion. Por inspiracion, pues, extraordinaria del divino espíritu, por espacio de veinte y tres años pasó dos cuaresmas del año, esto es, la que precede á la solemnidad de la Pascua, y la otra que precede á la fiesta de Navidad, empezando el dia inmediato á la fiesta de san Martin, sin tomar alimento alguno de ninguna especie, fuera de un vaso de agua en que echaba un poco de sal y vinagre. Habiendola aparecido en una vision Jesucristo, todo bañado en sangre, con la cruz á cuestas, diciéndola que los pecados de los hombres, y el amor con que los amaba, le habian reducido á aquel estado, la quedó tan profundamente grabada en el corazon la pasion del Señor su Salvador, que casi no podia ni sabia pensar en otra cosa; y se derretia en lágrimas y dolorosos gemidos, considerando de una parte la monstruosa ingratitud de los hombres, que despues de un beneficio tan inestimable no dejan de ofenderle, y de renovar cuanto es de su parte la pasion de su amable Redentor. El único alivio que hallaba en estas penas interiores, y en los ardores de su abrasado amor, era el acercarse con mucha frecuencia, y casi todos los dias, á la mesa eucarística, de que estaba sumamente hambrienta, hallando en ella todas sus delicias.

El fuego del divino amor que ardia en el pecho de Catalina se extendió tambien á beneficio de sus prójimos. Porque pasados cuatro años de vida, casi del todo solitaria y retirada, se empleó en asistir y servir con grande amor á los enfermos, así en las casas particulares como en los hospitales públicos de Génova, especialmente en el de San Lázaro, donde estaban los que eran infectos de lepra y de otros males incurables. Al principio que empezó esta obra de caridad, la causó mucho asco, y experimentó una aversion poco ménos que insuperable, en curar las llagas podridas y asquerosas de aquellos miserables; pero se hizo tal fuerza, que quedó perfectamente victoriosa de todas las repugnancias de la naturaleza; por lo que en adelante no sintió jamás dificultad alguna en curar las llagas de aquellos pobres, limpiar sus asquerosos paños, y ejercitarse en los servicios mas despreciados y fastidiosos, con grande edificacion de toda la ciudad de Génova, que estaba pasmada de ver una dama de tan alto grado, humillarse por amor de Jesucristo á servir de dia y de noche, segun lo pedia la necesidad á las personas mas asquerosas y abandonadas. Procurábales todos los posibles subsidios, así espirituales como temporales, con tan grande ternura, como si hubiese sido su propia madre. Estos ejemplos de heroica caridad que se admiraban en Catalina, movieron á los administradores del grande hospital de Génova llamado de Panmatone, á rogarla quisiese tomar el cuidado y la superintendencia del sobredicho hospital, constituyéndola administradora de él, con amplia potestad de arreglar segun su prudencia todas las cosas que mirasen al servicio y asistencia de los enfermos y á la conducta de los ministros y subalternos del mismo hospital. Aceptó santa Catalina con mucho gusto este empleo de caridad, en el cual se ocupó todo el resto de su vida con grande satisfaccion de los administradores del hospital, con muchas ventajas de aquel lugar pio, y no menor beneficio de los muchos enfermos que allí acudian para ser curados de sus enfermedades. Juntaba la santa admirablemente los oficios de María con los de Marta; porque al mismo tiempo que atendia á los ejercicios de oracion, contemplacion y de union con Dios nuestro Señor, en los cuales, como se ha dicho, era del Señor favorecida con un modo particular, no dejaba de proveer y de velar con grande solicitud sobre todas las necesidades del hospital y de asistir con toda la diligencia posible á los enfermos, así en lo tocante á las cosas espirituales como á las temporales. Teniendo esta santa señora una caridad tan ardiente y solícita para con las personas extrañas, cada uno puede considerar cuánto mayor seria la que tendria para con Julian, su marido, á quien se hallaba unida con los lazos del santo matrimonio. Por eso nunca cesó de rogar al Señor con mucha eficacia, á fin de que se dignase convertirle de sus desvíos al camino de la salvacion, portándose siempre con él con mucha mansedumbre y humildad; y consiguió en efecto de la piedad del Señor la gracia deseada; porque su marido muchos años ántes de morir volvió en sí, dejó la vida viciosa que llevaba, y venerando la santidad de su consorte, vivió en adelante con ella como un hermano con su hermana, y se entregó á los ejercicios de la cristiana piedad; y tomando el hábito de la Tercera Orden de San Francisco, abrazó con mucho fervor las penitencias y mortificaciones propias de este santo instituto. Y por último, siendo acometido al fin de sus dias de una enfermedad bastante fastidiosa y dolorosa, santa Catalina le asistió y sirvió con indecible caridad, y le alcanzó aun de Dios nuestro Señor la paciencia necesaria para sufrir con mérito el mal, que le privó de la vida en el año 1497. Sobrevivió la santa trece años á la muerte de su marido, y continuó en santificarse siempre mas con el ejercicio de la penitencia, de la caridad con los pobres enfermos del hospital de Panmatone, y con continuos ardentísimos actos de divino amor, el cual la iba poco á poco consumiendo; y en los últimos años de su vida la ocasionó varios efectos extraorninarios, no solo en el espíritu, sino tambien en el cuerpo, dejándole sumamente debilitado y oprimido de varios y graves males, á los cuales ninguna medicina humana podia dar remedio ni alivio. De este modo purificó el Señor, como el oro en el crisol, á esta alma escogida y la llenó de celestiales favores; hasta que en el año 1510, en la noche que medió entre los dias 14 y 15 de setiembre, la llamó á la posesion de los eternos gozos en el cielo. En el mismo momento en que la alma se separó de los lazos del cuerpo, se apareció á una

hija suya espiritual, que la vió subir al cielo rodeada de resplandores y llena de una gloria inefable: y el Señor se ha dignado despues hacer conocer al mundo la santidad de su sierva por medio de muchos milagros obrados por su intercesion; y fueron tales, que movidos de ellos los genoveses, luego empezaron á venerarla como á santa, dándole público culto. Pero creciendo cada dia mas la devocion del pueblo hácia esta su paisana, y obrando el Señor nuevos milagros por su intercesion, la santidad de Clemente XII la canonizó solemnemente, habiendo aprobado ántes á este fin los tres milagros siguientes.

El primero acaeció con María Magdalena Rizzi: padecia esta mujer nueve años habia muchas enfermedades, porque el humor que se le habia viciado, extendiéndose á las partes inferiores del cuerpo, y al lado siniestro, la causaba continuos y fuertes dolores que á veces se le iban fieramente aumentando: de otra parte la habia entumecido este humor de tal modo los muslos, que no podia en modo alguno moverse: todos la tenian por incurable mucho tiempo habia. Padeciendo una noche los dolores aun mucho mas fuertes de lo acostumbrado, invocó con mucha fé el socorro de santa Catalina de Génova: con esto durmió un poco, y al despertarse se halló del todo sana, saltó de la cama, y dando muchas gracias á santa Catalina, empezó á hacer todas las haciendas y fatigas que hacen las que gozan de perfecta y robusta salud.

El segundo lo obró el Señor con una señora de las familias mas principales de Génova, llamada María Francisca Javiera: quince años habia que padecia de escorbuto, el cual entre otros malos efectos la hacia difícil la respiracion, la causaba convulsiones con atraccion de nervios en los piés: no podia sufrir la luz ni el menor ruido, ni podia andar ni estar en cama sino apoyada en muchas almohadas: fué á visitar el sepulcro de santa Catalina, pidiéndola con mucha confianza la restituyese la salud; y volviéndose á casa en una silla de mano, así que llegó á ella, se halló perfectamente sana, subió por sí misma las escaleras, y empezó á caminar, desvanecidos enteramente todos sus precedentes males.

El tercero sucedió con una mujer llamada Blanca, la cual veinte y cinco años habia que estaba en el hospital de los incurables, paralítica de los muslos y piernas y de la mano derecha; pero habiéndola llevado al sepulcro de santa Catalina, al momento extendió la mano baldada y empezó á moverse y á andar con agilidad, habiendo recobrado perfecta la salud.

La vida de esta santa nos enseña y hace ver entre otras cosas, cuánto se engañan las personas piadosas y que han empezado á gustar de la vida espiritual, persuadiéndose que en las diversiones y entretenimientos del mundo hallarán alivio en las aflicciones y tristeza que á veces padecen. Santa Catalina cayó tambien en este engaño, y á persuasion de su pariente buscó en las diversiones y contentos del siglo algun alivio en las penas que padecia; pero sus diligencias salieron vanas: pues en vez de encontrar en estas cosas el alivio que buscaba, no halló en ellas sino nuevas amarguras y angustias que agravaron mucho mas sus males, llenándola el espíritu de mayor tristeza. Y la razon es clara; porque, como dice la santa en su diálogo, siendo nuestra alma de una infinita capacidad, pues es criada á imágen de Dios y es capaz de poseer al mismo Dios, que es un bien infinito, no puede saciarse ni quietarse en las cosas terrenas por ser todas finitas, y cuanto mas busca en estas cosas su contento y quietud, ménos le halla; porque cada dia se va apartando mas de Dios, que es su verdadero contento y quietud: el verdadero remedio de nuestras tristezas es acudir á Dios y purificar el alma de todos los afectos terrenos, buscando en Dios nuestra consolacion; pues él, como dice el Apóstol, es el padre de misericordia y el Dios de toda consolacion.

San Juan Crisóstomo, obispo y patriarca de Constantinopla.—La fiesta principal de este santo se celebra el dia 27 de enero, en cuyo dia pusimos la vida; pero en este dia la Iglesia celebra la memoria de su muerte; pues despues de haber sido desterrado por sus enemigos, fué restituido á Constantinopla por decreto del pontífice Inocencio primero, pero murió en manos de los soldados que le custodiaban ántes de llegar á su destino.

San Crescencio, mártir.—Era niño de pocos años, hijo de san Eutimio, tambien mártir. En tiempo del emperador Diocleciano para escapar á su cruel persecucion, los padres de este niño huyeron con él y se refugiaron en Perugia. Vivieron algun tiempo en esta ciudad ocultos de los perseguidores; pero al fin Eutimio fué descubierto y llevado á la cárcel, y confesando á Jesucristo, perdió la vida en manos del verdugo. El niño Crescencio, que no queria separarse de su padre en los eternos gozos, dió sepultura al cuerpo del autor de sus dias, y despues se presentó al juez Turpilio. En su presencia hizo el santo jóven su generosa confesion de fé, acabada la cual, fué llevado al tormento, y últimamente lo degollaron en Roma en la via Salaria por órden del mismo juez.

San Materno, obispo y confesor.—Segun Faller, sucedió á san Valerio en el gobierno de la Iglesia de Tréveris, por los últimos años del siglo III. Despues fué trasladado por la santa sede al arzobispado de Colonia, donde permaneció hasta su muerte. Su vida fué siempre santa y pura, y trabajó con mucho celo en la conversion de los infieles de los países que gobernó. Asistió á dos concilios celebrados contra los donatistas, uno en Roma y otro en Arles. Sus reliquias fueron trasladadas á Tréveris y enterradas en la iglesia de San Matías junto á sus predecesores san Euquerio y san Valerio. El autor citado dice que es falso que san Materno hubiese sido discípulo del apóstol san Pedro, á pesar de lo que dicen el Martirologio romano y otros escritores.

Los santos Crescenciano, Victor, Rósula y General, mártires.—Fueron martirizados en el mismo sitio y dia que san Cipriano, obispo de Cartago, cuya vida puede verse en el dia 16 de este mismo mes.

San Cormac, obispo y rey.—Fué obispo de Cashel y rey de Munster, en Irlanda. Fué descendiente del rey Engo, y probablemente primer obispo de Cashel. Murió peleando contra Flan, rey de Meatd, en el año 908.

DIA 13

San Nicomedes, presbítero y mártir.—Cuando la gloriosa vírgen santa Petronila, por guardar su virginidad y abrazarse con su dulce esposo Jesucristo, dió de mano al casamiento que el conde Flaco le ofrecia (como lo dijimos en su vida), y suplicó al Señor que la llevase entera y pura de esta vida: un santo sacerdote llamado Nicomedes vino

á su casa, y le dijo misa y la comulgó; y ella recibiendo á Dios le dió su espíritu. Tenia la santa vírgen en su compañía otra doncella que se llamaba Felícula, muy parecida á ella en santidad, hermosura y loables costumbres: y el conde Flacco, viendo que no le habia sucedido el primer casamiento con la santa Petronila, puso los ojos en Felícula y rogóla que le tomase por marido: y como no la pudiese ablandar ni inclinar á su voluntad, determinó alcanzar por fuerza lo que no podia por blandura; y así la dijo, que escogiese una de dos, ó ser su mujer, ó sacrificar á sus dioses. Felícula le respondió con grande libertad: Ni seré tu mujer, porque yo estoy desposada con Jesucristo, ni sacrificaré á tus dioses, porque soy cristiana. Enojóse sobremanera Flacco: entrególa á su vicario, para que, conocida la causa, prosiguiese con todo rigor con ella: y finalmente, despues de haberla tenido encerrada en un aposento oscuro por siete dias, sin darle cosa de comer, y teniéndola otros dias entre las vírgenes vestales (sin querer ella comer cosa de las que ellas comian, por ser manjares ofrecidos á la diosa Vesta), la atormentaron en el ecúleo, y echaron en un albañal inmundo, y allí dió su alma á Dios. Tuvo noticia de esto san Nicomedes, presbítero, (el que ministró el santísimo sacramento á santa Petronila á la hora de su muerte), y salió de una cueva donde estaba escondido, y de noche tomó el cuerpo de santa Felícula y le sepultó una milla de Roma, en la via Ardeatina. Supo Flacco esta obra de caridad que habia hecho Nicomedes: mandóle prender, y procuró con todo el artificio que pudo, persuadirle que sacrificase á los dioses, y como el santo se riese de todas sus promesas y amenazas, le mandó azotar tan cruelmente, que en aquel tormento dió su espíritu al Señor. Mandó el juez echar su cuerpo en el rio Tíber; mas un clérico llamado Justo (que lo era no ménos en la vida que en el nombre), le buscó y le halló, y le sepultó en un huerto suyo, cerca de los muros de la ciudad, en la via Nomentana. Allí vinieron muchos cristianos, y por los merecimientos del santo alcanzaron de Dios grandes mercedes. Fué su muerte á los 15 dias de setiembre, en que la Iglesia celebra su fiesta. Hízosele templo en Roma y cementerio de su nombre. Escribieron de san Nicomedes los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en sus anotaciones.

SAN AICARDO, ABAD Y CONFESOR.— El padre de san Aicardo se llamó Auscacio, y su madre Ermena, personas principales, nobles y ricas de la ciudad de Poitiers, en la provincia de Aquitania. Nacióles este bienaventurado niño y desde su tierna edad dió muestras en su mesura, modestia y buena inclinacion, de lo que el Señor queria obrar en él. Mas como su padre fuese soldado, deseó encaminar á su hijo por las armas y soldadesca: y la madre que en su parto dificultoso y peligroso le habia prometido, y despues ofrecido á Dios, queria para cumplir con su voto que se aplicase al servicio de la Iglesia. Preguntado el niño en esta contienda de sus padres, á qué se inclinaba mas; respondió inspirado del Señor: A mí ninguna cosa me apartará de la milicia de Cristo, sino la muerte. Habia en aquella sazon un hombre de raras partes, y excelente maestro de costumbres y de letras, á quien los caballeros y señores de aquella tierra enviaban sus hijos para que los criase y enseñase. A este instructor y maestro quiso ir Aicardo, y fué enviado con gusto de sus padres; y estando debajo de su magisterio y disciplina, se aventajó sobre todos los otros compañeros, en virtud, en ingenio y en las letras que de él aprendió. Pero como nuestro Señor le llamaba para mayores cosas, siendo de doce años se fué á un monasterio, llamado Ansion, en el cual gran número de monges servian al Señor con extremada perfeccion y aspereza de vida. En este monasterio entró el santo niño y bajó la tierna cerviz al suave yugo de Cristo. Al principio sintiéronlo mucho sus padres, temiendo que no tendria su hijo en tan poca edad bastantes fuerzas para llevar la carga pesada de tan áspera religion; pero cuando vieron y oyeron lo que Dios obraba por él, alabáronle por ello, entendiendo que él era el autor de las maravillas que obraba por su hijo; porque los ciegos, los cojos y fatigados de varias enfermedades y calamidades, avisados de los ángeles, iban á él para recibir remedio de sus trabajos: en las calles y en las plazas no se oia sino el nombre de Aicardo, alabando todos al Señor, por haberle enviado al mundo: y aunque él rogaba á los hombres que callasen, no podia hacer callar á los demonios, que por su mandato salian de los cuerpos. Siendo ya de veinte años, fué enviado un dia por la obediencia fuera del monasterio, y yendo él solo, cantando sus salmos (como solia), oyó de repente una voz del cielo que le decia: Irán los santos de virtud en virtud, y se regocijarán en la gloria. Oyó esta voz con sumo gozo, y no con menor estímulo de crecer cada dia en la virtud, y darse priesa hasta llegar á la cumbre de la perfeccion; y así se dió mas á los ayunos y vigilias para domar la carne y olvidarse de los cuidados de esta vida miserable, y estar siempre fijo y atento con la mente en los del cielo, y abrazar las obras de caridad, atendiendo no solo á sí mismo, sino tambien al provecho de los otros. Para esto rogó á su padre que pusiese en salvo sus muchas riquezas, dándolas á Dios porque en sus manos estarian seguras, y en las suyas propias no lo podian estar; pues tan fácilmente se pierden y con tanta dificultad se cobran. El padre oyó á su hijo con mucho gusto, y le dió gran cantidad de oro y plata, y muchas y muy ricas posesiones para edificar una iglesia y sustentar los ministros de ella: y el santo hijo con increible alegría y licencia de Ansualdo, obispo de Poitiers, edificó una iglesia que el mismo obispo dedicó á la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, y fundó un monasterio, que por la fama y buena industria del santo, dentro de poco tiempo se llenó de religiosos y varones perfectos, siendo el capitan, padre y maestro de todos, Aicardo con su ejemplo. De este monasterio le sacó nuestro Señor, para gobernar el monasterio gemitiense, en Normandía, que era muy principal y de muchos monges, en lugar de Filiberto, su abad: á quien por bien del mismo monasterio, y para que Ebronio, tirano (que estaba mal con él), no le destruyese, le fué forzoso retirarse, dejando el cuidado de él á Aicardo; y él aceptó aquel cuidado por mandárselo san Audoeno, arzobispo de Ruan, su prelado, y mucho mas por una revelacion que tuvo, de ser esta la voluntad de Dios. En este monasterio fué maravilloso el fruto que el santo y nuevo abad hizo: porque como era tan conocida su santidad y la opinion de ella y de su rara prudencia tan extendida por todas partes, muchos acudieron á aquel monasterio, como á una escuela de perfeccion, para ser enseñados de tan excelente y divino maestro; y fueron tantos los que concurrieron, que los monges de él llegaron á ser novecientos. Gran saña tuvo el demonio contra este

convento, y una vez quiso matar á muchos de ellos, que estaban sacando una gran piedra de un campo para sembrarle, haciendo caer sobre ellos un árbol antiguo y grande; mas el santo, estando en su celda orando, tuvo revelacion de lo que pretendia el enemigo; y viéndole que estaba el mismo demonio con la hacha en las manos cortando el árbol, hizo señal con la voz y con la mano á sus monges que lo dejasen todo y al punto se retirasen; y con esta providencia de su santo padre, los hijos no perecieron y el demonio quedó burlado. Pero lo que otra vez aconteció fué cosa memorable y digna de escribir, para que entendamos los secretos juicios de Dios, y los modos que toma para probar á sus siervos, y para coronarlos, dejando á unos mas largo tiempo en este destierro, para que trabajen mas; y llevando á otros al cielo mas presto, para coronarlos de gloria, segun el consejo y beneplácito de su divina providencia. Estaba el santo un dia en su celda ya viejo y en decrépita edad, y considerando la multitud de sus monges que tenia á su cargo, y sus pocas fuerzas para gobernarlos, y que ya su fin no podia tardar, temió que despues de sus dias algunos de sus monges volverian atrás; y suplicó á nuestro Señor que los librase de aquel peligro, y que ántes los sacase de esta vida en su santa gracia que permitir que ellos la perdiesen, dejándose engañar de las blanduras de la carne y astucia de Satanás; y que si para esto convenia que él viviese algun tiempo mas y trabajase, llevando aquella carga tan pesada, que se la aliviase é hiciese lijera, dándole fuerzas para poderla llevar. Vino la noche y la hora del sueño: recogiéronse todos los monges en su dormitorio, y el santo padre les dió su bendicion, y se echó sobre su cilicio en el suelo. Estando así, vió á un lado un ángel resplandeciente con una vara en la mano, y al otro lado un demonio, como un monstruo disforme y horrible que echaba por los ojos centellas y llamas de fuego, y oyó una larga disputa que tuvieron los dos ángeles, malo y bueno. El malo jactaba su poder, y el daño que habia hecho al mundo, y el oficio que tenia de tentar y enlazar á todos, y mas á los monges: y el santo ángel le reprendia por haber entrado en aquel lugar donde habia tantos siervos de Dios y varones perfectos, y le declaraba cuán débiles y flacas eran sus fuerzas, despues que Jesucristo nuestro Redentor se las habia quitado, y desarmádole por virtud de la santa cruz. Mandóle que no hiciese daño en aquel lugar, que era morada de Dios, ni se partiese de él (como el demonio lo queria hacer, viendo que no les podia dañar), sino que se estuviese allí para que cuando muriesen los monges que habian de morir por voluntad de Dios, purificasen sus almas con el horror y asombro de su espantosa vista; y con ella (como con fuego) les consumiese el orin y escoria de sus imperfecciones. Finalmente habiendo oido san Aicardo la larga disputa del ángel y el demonio, le dijo el ángel que no se espantase, porque Dios habia oido su oracion y queria llevar á gozar de sí á muchos de aquellos monges; á los cuales luego por la mañana debia avisar limpiasen perfectamente sus conciencias con la confesion, á hiciesen estrecha penitencia y recibiesen por viático el sagrado cuerpo del Señor, y estuviesen alerta y á punto para ir á las bodas del Cordero celestial. Y mas le dijo, que la mitad de los monges moririan, y que serian aquellos que él tocaria con la vara que tenia en la mano: y el ángel los tocó y el santo los notó, y despues les notificó la revelacion que habia tenido, exhortándolos á recibir la muerte con alegría, y á aparejarse á ella con todo cuidado. Los monges lo hicieron, estando tres dias sin comer bocado, y llorando muchas y muy amargas lágrimas, y suplicando al Señor que les perdonase sus culpas y las penas que por ellas merecian, y que como Padre benignísimo recibiese sus almas en holocausto y olor de suavidad. Al cuarto dia recibieron el sacrosanto Sacramento del altar por viático, y abrazándose entre sí con gran caridad, se encomendaron á las oraciones unos de otros; y puestos en oracion comenzaron sus rostros á resplandecer con una maravillosa claridad: y á la hora de tercia una parte de ellos (como quien está en dulce sueño) dieron sus almas al Señor; y la otra parte á la hora de sexta; y la tercera á la hora de nona; y la cuarta y última al anochecer: y de esta manera acabaron todos aquellos santos religiosos que tocó el ángel con su vara, y quedaron vivos los otros, á quienes no tocó, y muy tristes porque no habian merecido tan dichosa suerte de acompañar en la muerte á los que habian acompañado en santa vida: y si los que tocó el ángel y murieron, fueron la mitad de los monges que habia en el monasterio (como lo dice la historia); siendo ellos nuevecientos (como lo dijimos), serian cuatrocientos y cincuenta, que es cosa notable y digna de admiracion. A todos hizo dar sepultura el santo abad, y consoló á los monges que habian quedado y deseaban acompañar á sus santos y dulces compañeros; y el mismo padre poco despues, recogido en su camilla de cilicio, con los ojos levantados al cielo dió su espíritu al Señor á los 15 de setiembre.

La vida de san Aicardo abad, escribió Ruperto, monge de su mismo monasterio: tráela el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo. Hácese mencion de él en el Martirologio romano, á los quince de setiembre; en la vida de san Filiberto, á los 20 de agosto; en las adiciones de Molano á Usuardo, y en el índice de los santos de los dos estados de Flandes. Floreció por los años de 908.

Santa Edita, vírgen.—La gloriosa vírgen santa Edita, fué hija de Edgardo, rey de Inglaterra y de Vulfride. Habiendo su madre dado libelo de repudio á los deleites de la carne, y á los engaños del mundo, entrándose en un monasterio de sagradas vírgenes de la ciudad de Wintonia, y consagrándose á Cristo nuestro Señor, por manos de san Eteboldo, obispo, vino á ser tan perfecta religiosa y tan esclarecida, que las monjas la tomaron por su abadesa, teniéndola por un vivo retrato de toda santidad. La santa doncella Edita, que de suyo era bien inclinada, y amiga de recogimiento y puridad, movida con el ejemplo de su madre, se entró en el mismo monasterio, para tener por madre de su alma á la que lo habia sido de su cuerpo: y la madre procuró ataviarla y componerla, nó con oro, joyas, galas y piedras preciosas, sino con las virtudes y letras, que son las verdaderas riquezas y precioso tesoro del alma. Ayunaba y velaba mucho, y ocupábase de muy buena gana en servir á los pobres enfermos; y mas á los mas llagados y asquerosos: huia de toda honra vana, y hacia mas caso del pobre leproso, que del hijo del rico, señor y rey: porque al pobre miraba como á hijo de Cristo y heredero del cielo; y á los otros, como cosa de la tierra. Traia á raiz de las carnes un áspero cilicio, y para mas disimular, andaba bien vestida de fuera. Siendo de solos quince años, el rey Edgardo, su padre, la quiso ha-

cer prelada de tres monasterios de monjas; pero ella nunca lo consintió, queriendo ántes obedecer que mandar, y estar sujeta á su madre, mas que ser superiora de otras.

Murió el rey su padre, y sucedióle Eduardo su hijo, de poca edad. Tuvo en sueños Edita, su hermana, una vision, en que la parecia que habia perdido el ojo derecho; y luego entendió que su hermano moria presto, como sucedió; porque yendo á ver otro hermano suyo de padre y no de madre, le mataron en el camino. Quedó el reino sin legítimo heredero, y los grandes de él pretendieron sacar del monasterio á Edita, y darle el cetro y la corona de reina, y la hicieron gran fuerza; mas ella estuvo tan firme y tan constante en su propósito, que nunca lo consintió, diciendo, que ninguna cosa de esta vida la podria apartar de los abrazos de su dulce esposo Jesucristo.

Tenia costumbre esta santa vírgen, en cualquiera paso que daba, y en cualquier lugar que estaba, hacer la señal de la cruz sobre sí. Hizo labrar una iglesia suntuosa en honra de san Dionisio, obispo y mártir, y convidó á san Dunstano, arzobispo, para que la consagrase. Vino el santo prelado, y vió que la vírgen Edita, con el dedo pulgar de la mano derecha, muchas veces hacia la señal de la cruz en la frente. Pidióle la mano, y tomando el dedo pulgar con la suya, dijo: No permita Dios que este dedo se pudra: y dicho esto, se puso á decir misa solemne, y en ella comenzó á deshacerse en lágrimas: y preguntado por el diácono que le servia la causa de aquel tan copioso llanto, dió un gran suspiro y respondió: Porque esta alma escogida de Dios, esta piedra preciosa, esta estrella reluciente se oscurecerá y morirá de aquí á cuarenta y tres dias! y así, murió el mismo dia que el santo prelado habia dicho, siendo de edad de veinte y tres años, y en el de Cristo de 984: y el mismo san Dunstano la sepultó en la misma iglesia de San Dionisio, que ella habia edificado, y junto á ella un hospital con bastante renta para el sustento de trece pobres. Pasados trece años despues de su glorioso tránsito, apareció á san Dunstano, y le mandó que sacase su cuerpo de donde estaba, y le colocase en parte mas decente y honorífica: y díjole, que, para que entendiese que aquel no era sueño, sino voluntad de Dios, los miembros y partes de su cuerpo de que ella, siendo niña, habia usado con alguna liviandad, como los ojos, manos y piés, los hallaria podridos, y el resto de su cuerpo, entero y sin corrupcion alguna; y que el dedo pulgar de la mano derecha, por virtud de la santa cruz, que hacia con él, tambien estaria entero, porque el Señor en las partes podridas de su cuerpo se queria mostrar justo Juez, y en las enteras, Padre piadoso. Con esta revelacion y otras que tuvo san Dunstano, fué á la iglesia de Wintonia, donde estaba el santo cuerpo de la vírgen, y hallóle de la misma manera que ella le habia dicho; y á los 3 de noviembre le sacó de donde estaba, y le puso en un altar con gran devocion y reverencia.

Estaba en Wintonia á la sazon el rey Canuto, é hizo burla de los que tenian por santa á Edita, y como á tal, le daban la honra y adoracion que se debe á los santos, diciendo que no podia ser santa, la que era hija de un rey que habia sido carnal y tirano. Reprendió al rey el arzobispo Dunstano, y allí delante de él mandó abrir la caja donde estaba el cuerpo de la santa vírgen: la cual levantó luego del sepulcro el medio cuerpo, con tal semblante, que parecia querer arremeter al rey. Fué tan grande el pavor y sobresalto que el rey tuvo, que, medio muerto, cayó en el suelo; y volviendo en sí, pidió perdon á la santa vírgen, y de allí adelante la honró mucho, y el Señor la ilustró con otros muchos milagros. Apareció á su madre treinta dias despues de su muerte, muy alegre, y vestida de una celestial claridad, y díjola, que el demonio la habia querido acusar delante de su Esposo, pero que no habia podido, porque ella le habia quebrantado la cabeza, y triunfado de él por virtud de la cruz del Señor.

La vida de santa Edita escribió un grave autor: refiérela el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo. Hace mencion de ella el Martirologio romano, á los 16 de setiembre, y Rodulfo *in Polichron., lib.* VI, *cap.* 7; y Polidoro Virgilio en la Historia de Inglaterra, lib. VI. Floreció por los años del Señor de 980, como lo dice el cardenal Baronio.

San Emilas y San Jeremías mártires.—Naturales de Córdoba, estos santos y de ilustre linaje, se criaron y conservaron en la fé, cuando los moros que dominaban aquel pais lo regaban con la sangre de los mártires. Sobresalian tanto en virtud como en letras, y Emilas era diácono, y seglar Jeremías. Sus conocimientos en la lengua árabe sirvieron mucho para impugnar á los moros, cuya impugnacion les valió la palma del martirio. Espontáneamente se presentaron los dos santos al gobernador, para reprenderle su crueldad, y manifestarle la falsedad de su Coran, amenazándoles con los castigos del cielo por sus blasfemias y maldades. Como Emilas, segun se ha dicho, era diácono, este carácter hizo que llevara siempre la palabra, y sus discursos enfurecieron tanto á los moros, que trataban de acabar con los cristianos y su generacion. Fueron los santos colocados por algunos dias en una oscura cárcel, y por último fueron degollados en 15 de setiembre del año 852. A pesar de estar sereno el cielo el dia de su muerte, al punto que acabaron la vida, se levantó una muy recia tempestad, que hacia temblar la ciudad en sus cimientos.

San Porfirio, mártir.—Era un gentil, que ejercia la profesion de comediante, y estando un dia representando un espectáculo delante del emperador Juliano el Apóstata, para burlarse de las ceremonias eclesiásticas, se hizo bautizar. De repente y por inspiracion divina se convirtió á la religion, y confesando y publicando que era verdadero cristiano, mandó degollarle el mismo Juliano, y así alcanzó la palma del martirio, en Constantinopla, por los años de 363, poco mas ó ménos.

San Valeriano, mártir.—Fué uno de aquellos cincuenta cristianos, que durante la persecucion del emperador Antonino, estando presos en un oscuro calabozo de la ciudad de Lyon, pudieron escapar milagrosamente del poder de sus enemigos. San Valeriano se fué al territorio de Chalons, y en él hizo tantas conquistas para Jesucristo, que celoso el gobernador Prisco lo mandó prender, y viendo su firme constancia, le condenó á ser martirizado. El martirio consistió en colgarle y escarnificarle cruelmente con garfios de hierro, y despues cortarle la cabeza. Su muerte, segun Beda, fué el año 178.

San Nicétas, mártir.—Fué godo de nacion, y nació en las orillas del Danubio. En su juventud se convirtió á la religion cristiana, por la predicacion de Teófilo obispo de los scitas y godos en tiempo de Constantino. El rey godo Atanarico, que tenia á los cristianos un odio mortal, excitó

contra ellos una terrible persecucion, el año 370. Dispuso, entre otras cosas, que se colocase un ídolo sobre un carro, el cual debia ser conducido á todos los lugares donde se sospechaba que habia cristianos, mandando que fuesen entregados al verdugo cuantos rehusasen adorarle. El suplicio que se empleaba entonces contra los fieles, era quemarlos vivos en el mismo sitio donde se hallaban reunidos, y con frecuencia se les sacrificaba al pié de los altares. En esta ocasion, fué cuando el ilustre san Nicetas alcanzó la corona del martirio, haciéndose notable por su valor é intrepidez en confesar la fé que profesaba, y por los milagros que el Señor obró en su martirio.

San Apro, obispo y confesor.—Nació en las Galias, y fué hijo de virtuosos esposos, establecidos en las inmediaciones de Tours. Dedicóse á la carrera de las letras, que le conquistaron un puesto distinguido en la sociedad. Era magistrado de su patria cuando recibió el bautismo, y como su natural era ya bondadoso y recto, se disgustó del mundo, y le abandonó para vivir en la continencia y en las prácticas de la mortificacion. Poco tiempo despues, fué elegido y consagrado obispo de Toul, siendo las virtudes en que mas brilló, el espíritu de oracion y la caridad con los pobres. Dejó muy buenos recuerdos de su episcopado, de modo, que fué tan sentida por sus ovejas su muerte, acaecida el año 140, segun Galesinio, que hubo luto público en su diócesis por mucho tiempo. Los mismos infieles derramaron lágrimas sobre su tumba, porque el santo habia hecho bienes inmensos á todos sin distincion, y de este modo habia ganado muchos corazones para el conocimiento del verdadero Dios.

Santa Eutropia, viuda.—Descendiente de una distinguida familia de Auvernia, floreció esta santa en tiempo de san Sidonio Apolinar, en el siglo V. Despues de la muerte de su marido, no quiso vivir mas que para Dios, y se consagró enteramente á la penitencia, y á la práctica de toda clase de buenas obras. El Señor probó su virtud por varias tribulaciones, y la afligió con la pérdida de su hijo y de su nieto, á quienes amaba con ternura entrañable. La santa sobrellevó esta desgracia con una igualdad de ánimo, propia de las almas justas. Sus enemigos la calumniaron, y entablaron contra ella pleitos injustos para arrebatarle cuanto poseia; pero ella lo vendió todo, y lo repartió entre los pobres. Finalmente, colmada de merecimientos, murió pacíficamente en una ciudad de Francia, y fué gloriosa en muchos milagros.

Santa Melitina, mártir.—Vivia en Marcianópolis, ciudad de Tracia y en tiempo del emperador Antonino, siendo Antioco prefecto de Tracia; la prendieron por haber publicado que era cristiana. Llevaronla dos veces consecutivas al templo de los ídolos, los cuales cayeron en tierra hechos pedazos ambas veces. Por este motivo fué la santa azotada y colgada de un árbol, y despues la degollaron.

Los santos Máximo, Teodoro y Asclepiodoto, mártires.—Eran de Andrinópolis, en cuya ciudad convirtieron á muchos á la fé, despreciando los edictos imperiales. Presos y conducidos al tribunal del juez pagano, se ratificaron en sus propósitos y fueron por esta razon condenados al tormento. Despues de ser cruelmente azotados, les desgarraron las carnes hasta que aparecieron los huesos, y despues de este martirio, los condujeron á Andrinópolis. Aquí les cortaron las manos y los piés, y últimamente los degollaron en tiempo del emperador Maximiano.

San Albino, obispo y confesor.—Floreció durante el siglo IV, y fué obispo de Lyon. Su pontificado es memorable por las obras públicas que dejó en favor de la Iglesia y de los pobres. Entre otras muchas cosas, edificó la basílica de san Estévan, donde despues fué enterrado, y donde el Señor ha glorificado sus reliquias con muchos milagros.

San Leobino, obispo y confesor.—Ignoramos la época en que floreció, y sabemos tan solo que gobernó la Iglesia de Chartres con prudencia y sabiduría.

San Juan de Dwarb, anacoreta.—Llamado por otro nombre el Enano ó *Colobus*, (pequeño) por razon de su baja estatura. Fué famoso entre los eminentes santos que habitaron antiguamente en los desiertos de Egipto. Retiróse en las vastas malezas de Scelte y murió en olor de santidad á principios del siglo V.

DIA 16.

San Cornelio, papa y mártir.—Por la muerte del santo pontífice Fabian, quedó la Iglesia del Señor viuda y sin pastor: y con la persecucion terrible del emperador Decio tan despavorida y afligida, que duró la sede vacante mas de un año, sin hacerse eleccion de quien sucediese á Fabian, ni darse piloto valeroso, diestro y santo, que en aquella tempestad gobernase la nave de san Pedro. Pero fué nuestro Señor servido, que movido de la necesidad presente, se juntó el clero romano, con muchos obispos que á la sazon estaban en Roma, y eligieron por padre y pastor universal á Cornelio, ciudadano romano, hijo de Castino. Fué tan acertada esta eleccion, que san Cipriano (que vivia en aquel tiempo) dice, que fué ordenacion divina, y que san Cornelio no subió de repente como otros á aquella dignidad, sino habiendo primero servido y ejercitádose en todas las órdenes y oficios eclesiásticos. Y añade, que era tan grande la continencia virginal, humildad y modestia de Cornelio, que fué necesario hacerle fuerza para que quisiese ser papa: y alaba en gran manera el ánimo, espíritu y constancia de Cornelio, por haber aceptado aquella dignidad en tiempo que no podia esperar sino la espada, la cruz, el fuego y todos los otros tormentos que padecian los mártires; ofreciéndose por el Señor, y padeciendo con la voluntad y afecto todo lo que podia padecer por la crueldad del tirano. Esto es de san Cipriano. Despues que se sentó en su silla apostólica san Cornelio, padeció muchos y muy grandes trabajos de los herejes y de los tiranos; porque un obispo se levantó en África, llamado Novato, hereje, y que (como dice san Cipriano) era amigo de novedades, avaro, arrogante é hinchado, y como una llama de fuego para abrasar con sus sediciones el mundo, y como un torbellino y tempestad para dar al través con la fé, enemigo de paz y de toda quietud y tranquilidad. Este Novato, temiendo ser castigado en África donde era conocido, fué á Roma: encontróse con un presbítero romano, llamado Novaciano, que estaba muy quejoso porque no le habian elegido papa, sino á Cornelio: hiciéronsele estos á una contrarios, y comenzaron á imponer falsos testimonios al santo pontífice Cornelio, y levantaron cisma en la Iglesia contra el verdadero papa, ordenando los cismáticos á Novaciano por obispo de Roma, y haciendo muchas insolencias y desafueros: los cuales, aunque san Cornelio por

lo que á él le tocaba, sufria con mucha paciencia y mansedumbre; pero por lo que tocaba al bien de la Iglesia, y á su oficio, le hizo resistencia. Juntó concilio en Roma, en el cual fueron condenados Novato y Novaciano, con todos sus secuaces, y los errores que enseñaban; y gran número de fieles que habian sido engañados, se redujeron á la unidad de la Iglesia, y con muchas lágrimas y penitencia, pidieron perdon á san Cornelio. El los recibió con gran benignidad, juntando los presbíteros de Roma, y el pueblo católico, para que como el delito habia sido público, tambien fuese pública la penitencia: como lo escribe el mismo san Cornelio, papa, á San Cipriano en una epístola. Con esto dió nuestro Señor al santo pontífice Cornelio victoria de sus enemigos, y cesó aquella tormenta que tanto cuidado le habia dado: pero no por eso paró la otra tempestad y cruel persecucion de los tiranos, la cual fué tan terrible que hablando de ella el mismo san Cornelio, escribiendo á Lupicino, obispo de Viena, le dice estas palabras: «Quiero que sepas hermano carísimo, que la era del Señor, con el viento de la persecucion, gravemente está turbada: y que los cristianos por los edictos de los emperadores, en todas partes son atormentados con varias penas: y en Roma se ha puesto emperador para esto; y es de manera que ya no pueden los cristianos ofrecer el santo sacrificio de la misa públicamente sino en las cuevas mas escondidas. Por tanto vuestra caridad exhorte á todos los que creen en Cristo, que no teman á los que matan el cuerpo, sino á aquel Señor que tiene potestad de matar el alma con el cuerpo. Muchos han sido coronados de martirio: rogad á Dios que nos dé gracia para que acabemos felizmente nuestra carrera como él nos lo ha revelado. Dios te guarde, hermano carísimo. Saluda de nuestra parte á todos los que nos aman en Cristo.» Hasta aquí son palabras de san Cornelio en el principio de aquella persecucion: en el cual fué desterrado á Centum-Cellas, ciudad que algunos dicen que se llamaba Forcele. Estando en el destierro san Cornelio, le escribió san Cipriano una carta, alabándole de la gran fortaleza y constancia, con la cual como valeroso capitan, iba delante de sus soldados; y precediendo con su ejemplo á la corona del martirio, habia hecho muchos compañeros de su gloria; y añade estas palabras: «Grande ejemplo de fortaleza habeis dado á todos los hermanos: habeislos enseñado gloriosamente á temer á Dios, abrazarse gloriosamente con Cristo, unirse en los peligros el pueblo con los sacerdotes, y no apartarse en la persecucion los hermanos de los hermanos; y que la concordia y union no puede en ninguna manera ser vencida, y que Dios de la paz otorga á los pacíficos lo que juntamente y con un corazon le piden. Entendido ha el enemigo, que los soldados de Cristo están velando, y armados y á punto para pelear, y que pueden morir y no pueden ser vencidos: y que por eso son invencibles, porque no temen en la muerte.» Esto es de san Cipriano: el cual escribió otras muchas epístolas á san Cornelio, papa, alabándole, exhortándole, animándole y avisándole de lo que se ofrecia para bien de toda la Iglesia. Supo esta comunicacion por cartas entre san Cornelio y Cipriano, Volusiano Augusto, que (muerto el emperador Decio desastrosamente en pena de su pecado) imperaba con Galo, su padre; y entendió que muchos iban á Centum-Cellas por ver al santo prelado, y mandó que se lo trajesen á Roma. Hablóle secretamente; y como san Cornelio le respondiese con grande fortaleza y constancia, mandó que se le quitasen de delante, y que con plomadas hiriesen su boca sagrada y le llevasen al templo de Marte, para que allí le ofreciese sacrificio, ó, no queriendo obedecer, le cortasen la cabeza. Antes que llevasen á san Cornelio al templo de Marte, la guarda que le tenia á cargo, y se llamaba Cereal, le suplicó que se fuése con él á su casa, y visitase á su mujer por nombre Salustia, que estaba paralítica ya hacia quince años. Entró el santo en casa de Cereal: hizo oracion al Señor, tomó á Salustia por la mano y díjole: En nombre de Jesucristo Nazareno levántate y ponte sobre tus piés. Levantóse luego la mujer y dijo: Verdaderamente que Cristo es Dios, é Hijo de Dios: y pidió luego ser bautizada, y así la bautizó san Cornelio y á todos los soldados de Cereal que estaban presentes: y por haber visto aquel tan grande milagro, se echaron á sus piés y le pidieron que los bautizase; y él lo hizo, y dijo misa y los comulgó. Cuando el emperador supo lo que habia pasado en casa de Cereal, le mandó prender á él y á Salustia su mujer, y á todos los otros soldados que se habian bautizado, y que con san Cornelio fuésen llevados al templo de Marte, para que sacrificasen ó muriesen: y como todos siguiesen el ejemplo de su buen maestro y santo pastor, y escupiesen é hiciesen burla de sus falsos dioses; todos fueron degollados con él, en número de veinte y una personas. Vino aquella noche la bienaventurada Lucina, acompañada de muchos clérigos y criados, y recogió los cuerpos de los santos mártires, y enterrólos en un campo suyo cerca del cementerio de Calixto. Padeció martirio san Cornelio en 14 de setiembre, año del Señor de 255, imperando Galo y Volusiano, y no Decio, como algunos escriben: tomando ocasion de llamarse la persecucion que tuvo la Iglesia en tiempo de Galo y Volusiano, persecucion de Decio; porque fué una continuacion que Decio habia comenzado, y se ejecutó con las mismas leyes y edictos que Decio habia promulgado. Tuvo san Cornelio la silla de san Pedro dos años, como lo escribe san Gerónimo; aunque algunos le dan mas tiempo, por ventura porque cuentan el principio de su pontificado desde la muerte de san Fabian, no considerando que vacó la silla apostólica mas de un año, y que despues fué elegido san Cornelio. No se lee que haya hecho órdenes, que es cosa rara y que apenas se lee de otro romano pontífice. San Gerónimo cuenta á san Cornelio, papa, entre los escritores eclesiásticos, y dice que escribió cuatro epístolas muy graves. Hizo este santo pontífice algunas cosas muy provechosas para ornato y gloria de la Iglesia romana. Sacó los cuerpos de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo de las catacumbas, porque no estaban allí con la decencia que convenia. El cuerpo de san Pablo, puso Lucina nobilísima matrona romana, en una heredad suya, en la via Ostiense, cerca del lugar donde fué descabezado: y despues el emperador Constantino edificó allí un templo muy suntuoso. El cuerpo de san Pedro colocó san Cornelio en el monte Vaticano, donde tambien el mismo emperador labró otro templo con gran magnificencia. Esto de haber quitado san Cornelio los cuerpos de los apóstoles de las catacumbas, lo dice el libro de los romanos pontífices que anda con nombre de Dámaso: aunque el cardenal Baronio lo pone en duda. Tambien hizo algunos decretos de cosas útiles, provechosas y convenientes:

las cuales se pueden ver en el libro de los concilios.

SAN CIPRIANO, OBISPO Y MÁRTIR.—La vida del glorioso pontífice y fortísimo mártir san Cipriano escribió Poncio, su diácono y compañero en la vida, en el destierro y en la muerte; y de quien, como de santo, hace mencion el Martirologio romano; y san Gerónimo, por haber escrito la vida de san Cipriano, le pone en el catálogo de los escritores eclesiásticos. Y no solamente san Poncio escribió su vida; pero muchos de los doctores mas insignes de la Iglesia, como san Gregorio Nacianceno, san Gerónimo, san Agustin y otros, alaban con grande encarecimiento á san Cipriano: cuya vida es de esta manera. Fué san Cipriano de nacion africano, de sangre ilustre y hombre poderoso, y en su ciudad senador amplísimo, y que tuvo la primera dignidad de aquel órden, y de grande estima entre los gentiles. Dióse á los estudios de la elocuencia y de la filosofía con gran cuidado, y salió muy eminente filósofo y orador; y ántes de bautizarse, enseñó retórica con gran loa y fama. Trabó amistad con un cristiano y presbítero, llamado Cecilio: el cual, mediante su santa vida y doctrina, le persuadió que se hiciese cristiano; y Cipriano lo hizo con tan particular reconocimiento de la merced que Dios le hacia, por medio de Cecilio, que tomó su nombre, y de allí adelante se llamó Cecilio Cipriano, y siempre le reverenció como á padre de su alma y maestro de su nueva vida. Admiró el mundo la conversion de san Cipriano (como dice san Gerónimo), y los cristianos quedaron muy animados y favorecidos, por haberles dado nuestro Señor un varon tan estimado y caudillo tan valeroso; aunque los gentiles hacian burla de él, como dice Lactancio Firmiano, por haber dejado la escuela de retórica, y por escarnio le llamaban Copriano, que quiere decir estercolero. Luego que recibió la luz del cielo, y por el agua del santo bautismo fué reengendrado en Cristo, encomendó á Cecilio presbítero, su mujer y los hijos que de ella tenia; y dejándoles lo que habian menester para su sustento, repartió sus grandes riquezas á los pobres, y comenzó á hacer una vida perfectísima, y á enseñar á los fieles una doctrina tan alta y divina, que mas parecia venida del cielo, que aprendida en la tierra; porque en bautizándose, apareció de repente excelentísimo teólogo; y aunque el mismo san Cipriano dice, que despues de bautizado, no hacia caso de la elocuencia, ántes procuraba cortar de raiz la elegancia y ornato de palabras; con todo eso ponen admiracion sus escritos á los grandes oradores é ingenios mas altos. Y Lactancio, que fué muy elocuente, alaba á san Cipriano de copia, suavidad y claridad de estilo, y de la fuerza y eficacia en persuadir: y san Gregorio Nacianceno, varon tan eminente en la elocuencia, dice de sí, «que era muy aficionado á los escritos de san Cipriano, por su singular doctrina y elocuencia, en la cual hacia tanta ventaja á los demás hombres, cuanta hacen los hombres á los animales brutos:» y san Gerónimo dice de él, «que era como un rio de elocuencia, claro, puro y caudaloso.» De donde podemos sacar, que si la elocuencia de san Cipriano era tan grande, cuando él la cercenaba y procuraba cortar de raiz y coger las velas; ¿cuánta seria, cuando ella estaba en su punto y primor, y tendidas las velas navegaba? Y añade san Agustin, «que en algunas partes, por voluntad de Dios, san Cipriano levanta el estilo, para que se entendiese la grandeza de elocuencia que ántes tenia: que la doctrina de Cristo le sanó de aquella redundancia, y le dió otra elocuencia mas grave y religiosa; como la que se ve en sus escritos: la cual, aunque se desea, cuando se leen, con dificultad se puede alcanzar.» Fué tan excelente la vida de san Cipriano, y tan resplandecientes los rayos de luz, que, luego que fué bautizado, comenzó á derramar con su celestial doctrina, que poco despues fué ordenado de presbítero; y siendo muerto el obispo de Cartago, de comun consentimiento de los cristianos fué elegido por prelado y pastor de aquel rebaño del Señor. Rehusólo el santo cuanto pudo, alegando que habia en aquella ciudad otros muchos sacerdotes mas antiguos que él (que poco ántes habia dejado la idolatría), los cuales, por sus letras y santa vida, merecian mejor aquella dignidad; pero cuanto él mas rehusaba, tanto era mas merecedor de ella, y el pueblo mas se encendia é insistia en que él, y no otro, habia de ser su pontífice y prelado. Recogióse san Cipriano á su casa: mandó cerrar muy bien las puertas: cercóle el pueblo por todas partes la casa; y finalmente, se hubo de rendir á la voluntad de Dios, y á la violencia de la gente. No faltaron algunos, que por codicia y ambicion quisieron estorbar aquella eleccion (como fué un presbítero llamado Felicísimo, con otros cinco sus consortes); mas estos despues, así en Cartago, como en Roma, levantaron el cisma de Novato, y se hicieron herejes, y aun (como dice el mismo san Cipriano) en la persecucion de Decio se hicieron á una con los gentiles, para perseguir á los cristianos. Otros hubo tambien, que (aunque con mejor intencion) repugnaron á la eleccion de san Cipriano, por ser tan nuevo en la fé, no considerando la calidad y eminencia de su persona, y que Dios nuestro Señor, que le escogió, le habia adornado de todas las virtudes, que para tan alta dignidad eran menester. A estos, despues que se sentó en su silla trató con tanto amor y mansedumbre, que tenia espantados á los demás.

Pero, ¿qué lengua podrá dignamente explicar la manera que este santo pastor tuvo en apacentar, curar y defender aquel rebaño, que el Señor le habia encomendado? Era grande su piedad con los flacos y humildes, maravilloso el rigor y fuerza con los entonados y soberbios. Su rostro era alegremente grave, y gravemente alegre, con una mezcla y temperamento tan raro, que no sabian los que le trataban, si le habian de amar, ó temer mas; porque de lo uno y de lo otro era merecedor. Su traje y vestido, ni era curioso, ni del todo vil y despreciado; porque la demasía no decia bien con su persona, ni la falta con el oficio. Con los pobres era misericordioso, repartiendo con ellos largas limosnas, que los ricos y gente devota con liberal mano le ofrecian. Finalmente, á todos era padre dulcísimo, pastor vigilantísimo, maestro venido del cielo, y forma, dechado y modelo de santos prelados. Levantóse en aquel tiempo una brava tempestad contra la Iglesia, siendo Decio emperador, que aunque fué breve su imperio, y Dios reveló á san Cipriano, que lo seria, fué muy cruel y atroz contra nuestra santa religion; porque (como el mismo san Cipriano dice) quiso nuestro Señor probar su familia, y levantar la fé de los fieles, que estaba caida y como dormida: porque con la paz, que en tiempo de los Felipes, padre é hijo, emperadores, la Iglesia habia tenido, la disciplina eclesiástica estaba muy debilitada y fuera de sus quicios; y todos atendian á sus intereses, y á acrecentar con una sed y codicia insaciable su hacien-

da. No habia en los sacerdotes la debida religion y devocion, ni en los ministros la fidelidad, ni en las obras la misericordia, ni en las costumbres el concierto conveniente. Habia en las mujeres muchas galas, atavíos y afeites; y en los hombres gran desenvoltura y ambicion, muchos juramentos falsos, odios, rencores y disensiones. Algunos obispos, dejando el cuidado de sus ovejas, atendian mas á sus ganancias temporales, que á socorrer á los pobres necesitados. Finalmente, habia perdido la santa Iglesia en algunas partes aquel lustre y resplandor que ántes tenia: y para restituirle, ordenó Dios que viniese el azote de aquella grande persecucion, y tuvo revelacion de ello san Cipriano, y previno al pueblo y le avisó que se aparejase, y aplacase al Señor con oraciones, ayunos, lágrimas y frutos de verdadera penitencia. Vino la persecucion, y el santo prelado se escondió, no para huir de ella, sino para padecer mas y á mejor tiempo; porque el Espíritu Santo le reveló y mandó que se ausentase, para que no esparciese y ahuyentase el rebaño de los fieles, y muerto el pastor, fuese despedazado y tragado de los lobos, como el mismo santo lo testifica en una epístola que escribió á los presbíteros de Cartago: y lo mismo dice Poncio, su diácono. Y el clero romano tuvo por cosa muy acertada el haberse retirado en aquella sazon san Cipriano. Estando el santo apartado y escondido, los gentiles y ministros del emperador le buscaban con extraña diligencia y cuidado: y como el mismo santo dice, muchas veces estando en el anfiteatro el pueblo, entendiendo en sus fiestas y espectáculos, como infiel y ciego, daba voces y pedia que trajesen allí á Cipriano, para echarlo á los leones. Confiscáronle los bienes (como él lo dice), y pregonaron, que quien tuviese ó poseyese cosa alguna de los bienes de Cecilio Cipriano, obispo de los cristianos, lo manifestase. Y añade san Cipriano contra los cismáticos, que habian hecho otro obispo en competencia suya, estas palabras: «Para que los que creen á Dios, que me hizo obispo, crean al demonio, que, confiscándome los bienes, me llama obispo. Esto digo con dolor de su perdicion, y no por jactancia.» Esto es de san Cipriano.

Increible fué el fruto que el santo prelado hizo desde aquel lugar secreto donde estaba escondido. Fué medio para que muchos hiciesen penitencia y dejasen el mundo, y que muchas doncellas consagrasen su virginidad á Dios. Predicaba la verdad á los herejes, la vanidad á los cismáticos, y la paz á los hijos de Dios. Animaba á los mártires para que padeciesen valerosamente por Cristo los tormentos con que eran atormentados, y la misma muerte. Llamaba en lugares ocultos y apartados ya á unos, ya á otros, y predicábales como era venido el tiempo en que se echaria de ver los que de veras eran amigos de Dios; y que no estuviesen mal con los que los perseguian, sino que los amasen y rogasen á Dios por ellos: pues el pagano ama á solos los amigos; y el cristiano debe amar á los amigos y enemigos. Demás de esto dió órden para que de noche, y á horas seguras, se diese sepultura á los cuerpos de los que habian muerto por Cristo; y que se curasen y hospedasen en las casas los que quedaban con la vida, aunque llagados y heridos con los tormentos; y que se favoreciese y diese de comer y vestir á los que habian perdido las haciendas y andaban huidos. Estas y otras cosas proveyó el santo pontífice en aquella calamidad y horrible persecucion; y tenia tanta gracia y autoridad en mandarlo, que todos le obedecian, aunque fuese con manifiesto peligro de sus vidas. Pasó aquella persecucion; porque el emperador Decio no vivió mas de un año y tres meses en el imperio: y sosegada la tempestad, estando ya el cielo sereno y el mar tranquilo, volvió san Cipriano á su Iglesia, y recogió las ovejas descarriadas y amedrentadas, como buen pastor; y celebró las coronas y triunfos de los santos mártires que habian muerto en ella. Pero aunque con la muerte de Decio tuvo alguna paz la Iglesia; mas entraron los bárbaros de Numidia, é hicieron grande estrago y llevaron muchos cautivos; y san Cipriano mandó hacer una demanda general en su Iglesia (como se acostumbra en semejantes casos), y allegó una grande limosna para remedio de aquella pobre gente, contribuyendo los fieles cada uno conforme á su posibilidad, como el mismo santo lo cuenta. Sobrevino despues una cruelísima pestilencia en África, y hubo muy grande mortandad, en la cual resplandeció en gran manera la caridad y compasion de san Cipriano. Animaba á todos: servia á los enfermos: exhortaba á los sanos á servirlos y socorrerlos; y mostraba las entrañas de su piedad, no solo con los cristianos, sino tambien con los gentiles, de quienes habian sido tan cruelmente perseguidos y maltratados.

No bastaron tantas y tan señaladas obras, para amansar los corazones de los gentiles, mas fieros que los tigres; porque siendo ya emperadores Valeriano y Galieno su hijo, un procónsul llamado Aspasio Paterno, viendo la autoridad, que san Cipriano tenia en Cartago, no atreviéndose á matarle, le envió á mandar que se fuése desterrado de la ciudad: y el santo pontífice obedeció á este injusto mandato, y salió de Cartago y se fué á una ciudad llamada Curubitana, donde estuvo casi un año. Mas habiendo acabado su oficio Aspasio, y sucedido en el cargo de procónsul Galerio Máximo, se volvió san Cipriano cerca de Cartago, y estuvo en unos huertos que habian sido de su patrimonio, y él los habia vendido para dar el precio de ellos á los pobres, y otra vez el que los compró se los dió graciosos: y si la persecucion no se lo hubiera estorbado, él los hubiera tornado á vender, y dado de nuevo el precio á los pobres. En estos huertos estuvo algunos dias acompañado de muchos clérigos y diáconos, y otros amigos suyos. Venian de la ciudad de Cartago y de otras partes, muchas gentes á tratar con él negocios de sus almas; y todos le hallaban afable, amoroso y verdadero padre, y consolador y remediador de sus necesidades. Rogáronle algunos de sus amigos, que se desviase y alejase mas de la ciudad, para que al nuevo procónsul no se le antojase echarle la mano y matarle; mas el santo no lo quiso hacer: porque habia tenido revelacion del Señor, que dentro de un año de su destierro alcanzaria la corona del martirio, cosa que sumamente deseaba. Supo el procónsul donde estaba san Cipriano y la gente que concurria á él: mandóle prender, y estuvo preso una noche en la casa del mismo que le habia prendido. Vino allí mucha gente por ver á su prelado vivo, teniendo por cierto que presto le verian muerto. Entendió san Cipriano, ántes que le prendiesen, que el procónsul enviaba sus ministros y soldados para prenderle y llevarle á la ciudad de Utica, y allí hacer justicia de él; y apartóse del lugar donde estaba á otro mas oculto y seguro, hasta que el procónsu fuése á Cartago, de donde era obispo; porque deseaba

morir en aquella ciudad á los ojos de sus hijos y feligreses, y animar á todos con su martirio. Y para que el clero y todo el pueblo entendiese la causa porque él se habia retirado, les escribió una epístola en que les dice estas palabras: «Habiendo sabido, hermanos carísimos, que hay órden de prendernos, para que nos lleven á Útica; por consejo de nuestros amigos me he ausentado, pareciéndome que es cosa conveniente que el obispo confiese al Señor en aquella ciudad, donde es prelado, y alegre y esfuerce todo el pueblo con su confesion; porque todo lo que en aquel tiempo, por la gracia de Dios, dice el obispo, lo dice en nombre de todo el pueblo: porque sin duda se disminuiria la gloria de nuestra Iglesia, que es tan gloriosa, si yo, no en ella, sino en la ciudad de Utica, por sentencia de juez muriese y fuese mártir del Señor. Lo que continuamente deseo y pido á Dios, es, que me dé gracia para confesar su santo nombre, por mí y por vosotros, en mi Iglesia de Cartago y en vuestra presencia, y morir en vuestros ojos, y de allí volar á Dios.» Todo esto es de san Cipriano. Cumplió el Señor el deseo de san Cipriano: porque aunque no fué martirizado en la misma ciudad de Cartago; pero fuélo allí cerca, en un lugar que se llama Sixti, porque está seis millas ó dos leguas de Cartago, adonde fué llevado. Allí salió tanta gente de la ciudad á verle, que se puede decir que murió en medio de la plaza de Cartago. Entre los otros vinieron muchas doncellas cristianas, por verle y tomar su bendicion: y el santo pastor, no descuidando de sus ovejas, y temiendo que entre tantos soldados idólatras y ruido de armas, podia peligrar la castidad de ellas, y suceder alguna desgracia; habló á los cristianos, y les ordenó que guardasen con mucha vigilancia aquellas vírgenes. Y este recato y cuidado alaba mucho san Agustin, porque estando tan cerca la muerte del cuerpo, no moria en el corazon del pastor la vigilancia pastoral.

Fué presentado el santo prelado delante del procónsul Galerio Máximo, que por su salud estaba en aquel lugar, y despues de haberle preguntado si era Cipriano, y el que se hacia pontífice de los cristianos engañados, y notificádole el mandato de los emperadores, y que, si no adoraba á les dioses habia de morir; respondió san Cipriano lo que á su persona y dignidad convenia, y finalmente dió sentencia que fuese degollado. Cuando le fué leida la sentencia, dijo san Cipriano: *Deo gratias*: Gracias sean dadas á Dios, que fué servido de librarme de la cárcel de este cuerpo. Lleváronle al suplicio con gran concurso de gente que iba llorando y diciendo á voces: Córtennos á todos con él las cabezas. Llegado al lugar del martirio, se desnudó los vestidos de obispo: doblólos y diólos á sus diáconos, y quedó con el vestido último, que era de lienzo, y mandó que se diesen veinte y cinco piezas de oro al verdugo en gratificacion de la buena obra que esperaba recibir de él. Lloraban tiernamente sus amigos y todo el clero que estaba presente; y tendian sus ropas en el suelo, y lienzos sobre que cayese su bendita sangre para guardarla como un preciosísimo tesoro. Él mismo se tapó los ojos, y puesto de rodillas, el verdugo hizo su oficio. Luego que fué degollado, los clérigos y muchos cristianos tomaron con grande reverencia el santo cuerpo, y le enterraron con gran pompa y solemnidad, llevando cirios encendidos en sus manos, sin tener respeto al procónsul ni á la violencia y furor de los gentiles, porque estaban aparejados á morir por Cristo con su pastor. Fué san Cipriano el primer obispo de Cartago que derramó su sangre por el Señor. Murieron allí el mismo dia los santos mártires Crescenciano, Victor, Rósula y General, como lo dice el Martirologio romano. El martirio de san Cipriano fué el mismo dia en que murió en Roma san Cornelio, papa, aunque en diferente año; porque san Cornelio murió (como dijimos) en el de 255, imperando Galo y Volusiano; y san Cipriano en el de 271, imperando Valeriano y Galieno. Fué á los 14 de setiembre; aunque la Iglesia le celebra á los 16 del mismo mes; porque hace fiesta á los 14 de la Exaltacion de la Cruz, y á los 15 de la octava de la Natividad de nuestra Señora. En honra de san Cipriano se edificaron despues dos suntuosas iglesias: la una en el lugar donde fué martirizado, y la otra en el que fué sepultado: y solia concurrir de todas partes mucha gente al sepulcro del santo, por las mercedes y favores que por su intercesion continuamente recibian del Señor. Y no solamente en África sino en Italia, se celebró con gran solemnidad la fiesta de san Cipriano, como parece por una epístola del rey Atalarico á Severo. Las reliquias de san Cipriano, dice Beda, que fueron trasladadas de África á Francia, y que están en Leon; y lo mismo dice Adon Viennense. Las alabanzas que dan los santos doctores á san Cipriano, son tantas y tan grandes, que no se pueden referir en pocas palabras. San Gerónimo le llama «varon santísimo y elocuentísimo:» san Agustin en un lugar dice, «que la santa madre Iglesia le cuenta entre los mas raros y mas excelentes varones:» en otro lugar le llama «doctor suavísimo y mártir beatísimo:» en otro, «mártir gloriosísimo y doctor lucidísimo, ó muy esclarecido;» en otro, «mártir victorioso, doctor clarísimo y testigo gloriosísimo del Señor;» y de esta manera hablan los otros santos, que por ser tantos, no referiremos aquí.

Santa Eufemia, vírgen y mártir.—El martirio de la gloriosa vírgen santa Eufemia escribe Simeon Metafraste, y lo refiere el P. Fr. Lorenzo Surio en el quinto tomo de las Vidas de los santos en esta manera. Fué santa Eufemia de la ciudad de Calcedonia, hija de Filofronio y Teodora, personas en sangre ilustres y ricas, y el padre era senador en aquella ciudad. La hija Eufemia era dotada de grandes virtudes y de grande hermosura, modestia y castidad: y como se hiciese en Calcedonia una fiesta muy solemne al Dios Marte, y por mandato de Prisco, procónsul de Asia, todos fuesen llamados so pena de la vida á aquel regocijo y fiesta para que adorasen á Marte; la santa vírgen Eufemia, aborreciendo aquel profano y sacrílego culto de los dioses vanos, no quiso ir á la fiesta por no contaminar su alma con cosa tan fea y abominable. Como era persona tan principal, luego la echaron ménos los sacerdotes de los gentiles y la acusaron delante del procónsul, el cual la mandó prender, y procuró persuadirle que adorase á los dioses si no queria padecer todos los tormentos exquisitos y atroces que se ejecutaban en los otros cristianos. La santa vírgen no hizo caso de las dulzuras ni de las amenazas del procónsul. Echáronla en la cárcel, y de allí á pocos dias la sacaron á la audiencia pública; y hallándola constante en la confesion de nuestro Salvador Jesucristo, la mandó el fiero tirano atormentar cruelísimamente. Azotáronla con varas de hierro, descoyuntaron sus delicados miembros en el ecúleo, atáronla á una rueda para quebrantarle los huesos y hacerla pedazos; y ella, armada con la

señal de la cruz y con la confianza en su dulce esposo, le suplicó que la socorriese: y así la socorrió, librándola de la rueda y sanando todas sus llagas, y dejándola mas hermosa y resplandeciente que ántes, espantando á los sayones y verdugos que la atormentaban. Encendieron un horno lleno de pez, piedra azufre, estopa y sarmientos; y queriéndola echar en él dos ministros principales del procónsul, vieron dos ángeles que estaban al rededor de la vírgen para ampararla, y no se atrevieron á echarla. Mandó Prisco á otros dos (que se llamaban César y Vario), que ejecutasen su mandato: y como ellos lo hiciesen, el fuego los quemó, quedando la santa vírgen sin lesion alguna, y alabando al Señor, salió del horno sin haberse chamuscado un hilo de su ropa. No se contentó el cruel tirano con estos tormentos, ni conoció al Criador y Señor, á quien sirven y obedecen todas las criaturas; ántes empedernido y obstinado, la mandó dar nuevos tormentos y colgarla, y atar á sus piés y á sus sagrados miembros, piedras de gran peso para que la desmembrasen. Habiendo vencido este tormento, hizo hacer una hoya grande á manera de cisterna y llenarla de peces y de otras sabandijas del mar, y echarla en ella para que allí la comiesen y consumiesen: pero todas la reverenciaron, y no se llegaron á ella sino para defenderla y respetarla. Y como esta victoria y las demás, el procónsul las atribuyese á arte mágica, mandóla de nuevo atormentar y aserrar sus miembros y freirlos en sartenes de hierro que tenia aparejadas. Trajeron las sierras para aserrarla, y el hierro perdió su fuerza y se hizo mas blando que una cera, y el fuego se apagó, y la santa vírgen quedó entera y sin detrimento alguno, triunfando del fuego, del hierro, del tirano y del demonio que por tantos medios la perseguia. Finalmente Prisco la mandó echar á cuatro leones y tres osos. Ella, deseando ya verse con su esposo, le pidió afectuosamente por aquella caridad y omnipotencia suya, con que la habia dado gracia para vencer la flaqueza de su cuerpo, el furor de los demonios y la saña del tirano, y héchola triunfar de tantos tormentos; que recibiese su espíritu y no permitiese que aquellas bestias la perdonasen. Oyó el Señor del cielo la oracion de la santa vírgen; y llegóse un oso, y dióla un bocado y dejóla sin tocar ni comer sus carnes; y los otros osos y cuatro leones estaban al rededor respetándola y lamiéndola sus piés. Al tiempo que espiró la santa vírgen, vino un gran terremoto y la gente despavorida huyó. Con esto los padres de santa Eufemia tuvieron lugar para tomar su sagrado cuerpo y enterrarle honoríficamente allí cerca de la ciudad, llorando muchas lágrimas, no de tristeza, sino de alegría. Hizo Dios muy grandes milagros por esta gloriosa esposa suya, los cuales refiere Evagrio; porque algunas veces aparecia en sueños al obispo calcedonense, y le mandaba que se hiciese en aquel templo alguna fiesta solemne alabando al Señor, y recibiendo su sacratísimo cuerpo, y tocando con una esponja su sagrado cuerpo, la sacaban empapada en sangre, tan copiosamente, que se podia repartir de ella con los otros pueblos y ciudades, quedando las gotas de sangre enteras y perpetuas y sin mudar forma ni color: y este milagro hacia el Señor mas ó ménos veces, segun los merecimientos del prelado que en aquella Iglesia presidia. El emperador Mauricio, no creyendo este milagro de la santa, quiso certificarse, y habiendo hecho esperiencia de él, quedó confuso y con sus manos llenas de sangre; y conoció que Dios es maravilloso en sus santos, y le alabó por las grandezas que obraba en el cuerpo de santa Eufemia. Demás de esto, salia un olor tan suave de la caja donde estaba su bendito cuerpo, que ningun olor de la tierra se podia comparar con él.

Pero no debemos pasar en silencio otro milagro mas maravilloso, que por la intercesion de santa Eufemia obró Dios para confirmacion de nuestra santa fé. Habíase hecho en el templo de santa Eufemia, en tiempo de san Leon papa, el Magno y del emperador Marciano, aquel gran concilio calcedonense, en el cual se hallaron seiscientos y treinta obispos, y en él fueron condenados Dioscoro y Eutiques y sus secuaces. Pero acabado el concilio, como los herejes son inquietos y rebeldes á Dios y á su Iglesia, tumultuaban y hacian burla de los decretos del santo concilio, diciendo, que no estaban fundados en la verdad católica, sino en la autoridad y potencia del emperador. Para quebrantar aquel orgullo y cerrar las bocas á los herejes; los católicos, confiados de la misericordia del Señor y del patrocinio de santa Eufemia, se concertaron con ellos de esta manera: que los católicos escribiesen en un papel la confesion de su fé y los herejes en otro la suya: que aquellos dos papeles se encerrasen en la caja donde estaba el cuerpo de santa Eufemia; y que el papel de los dos que ella aprobase este fuese tenido por verdadero. Hízose así: alzóse la piedra que estaba sobre la sepultura, y pusiéronse los dos papeles sobre el pecho de la gloriosa vírgen y mártir. Tornóse á cerrar el sepulcro, sellándose de la una parte y de la otra, y pusiéronse todos en oracion suplicando á nuestro Señor que descubriese la verdad. Pasados tres dias, estando el emperador presente, abrieron el sepulcro, y hallaron el papel de los herejes arrojado á los piés de la santa, y el de los católicos en su mano: la cual extendió santa Eufemia, y entregó la confesion católica al emperador y al patriarca; y por ver un milagro tan grande, algunos de los herejes se convirtieron, y otros quedaron obstinados en su perfidia. Todo esto refiere Zonaras y Glicas; y este milagro tambien le refieren Metafraste y Niceforo, aunque algo diferentemente. Fué el martirio de santa Eufemia á los 16 de setiembre, imperando Diocleciano, y en este dia celebra la santa Iglesia su fiesta. De santa Eufemia, á mas de Metafraste y el P. Fr. Lorenzo Surio, todos los Martirologios hacen mencion.

Los santos Lucía y Geminiano, mártires.—El mismo dia celebra la Iglesia el martirio de santa Lucía y san Geminiano, el cual refiere Adon en su Martirologio, de esta manera. Fué santa Lucía matrona honestísima, y habiendo quedado viuda de su marido, vivió santamente hasta setenta y cinco años de su edad. Tenia un hijo llamado Eutropio, muy vicioso y desbaratado, y por extremo enemigo de cristianos. Entró el demonio en este mozo, de manera, que olvidándose de todas las obligaciones que tenia á su madre, le acusó delante del emperador Diocleciano que era cristiana. Mandóla prender el emperador y echarla en la cárcel, donde fué consolada del Señor. Trajéronla otro dia al tribunal; y hallándola constante en la confesion de Jesucristo, la hizo azotar cruelísimamente. Levantóse un torbellino y un temblor de tierra espantoso, con el cual cayó el templo de Júpiter y se asoló, de suerte, que no quedó piedra sobre piedra del edificio. Enojado por esto Diocleciano, mandó traer una grande olla de me-

tal y llenarla de pez y plomo derretido, y ardiendo echar á la santa en ella para que allí se cociese: mas la virtud del Omnipotente la guardó y estuvo tres dias en aquella olla alabando á Dios, como si estuviese en una cama muy blanda y regalada. Sacáronla despues á la vergüenza por la ciudad cargada de hierro y plomo; y pasando por la puerta de la casa de un hombre principal que se llamaba Geminiano, donde habia gran número de ídolos, una paloma blanca mas que la nieve, bajó del cielo y se puso sobre la cabeza de Geminiano, el cual movido de lo que veia y alumbrado de la luz del cielo, se echó á los piés de la santa y le pidió el bautismo, y le recibió por mano de un sacerdote, llamado Protasio, á quien avisó un ángel, que fuése á la cárcel á bautizarle. Diocleciano mandó entregar á Lucía y á Geminiano, á un juez cruelísimo para que los atormentase y acabase: mas al tiempo que los atormentaban y molian á palos, cayó el aposento donde estaba el juez y le mató. Tomó la mano otro juez llamado Abofrasio, y buscó nuevos tormentos para atormentarlos (como si los pasados no bastaran); y convirtiéronse setenta y cinco personas por ver las maravillas que Dios obraba por sus santos, y todos setenta y cinco recibieron la corona del martirio. Mas el juez no se fué alabando; porque pasando á caballo por una puente, cayó en el rio y se ahogó, y no pudo ser hallado su cuerpo. Finalmente, la bienaventurada santa Lucía y san Geminiano, fueron pasados á cuchillo por mandado de Megalio, varon consular, á los 16 de setiembre, por los años del Señor de 303. Sus cuerpos tomó una santa mujer llamada Máxima, y les dió sepultura con gran reverencia y piedad.

San Ninian, obispo y confesor.—Este santo que era hijo de un príncipe de los bretones que habitaba en los condados de Cumberland y de Galloway, ya desde su infancia dió muestras de que habia nacido para la virtud, pues que todos sus afanes eran amar á su Dios. Dejó siendo muy jóven su patria, y se dirigió á Roma dedicado al estudio y á la práctica de las virtudes, y fueron tantos sus progresos en uno y otro, que fué ordenado de sacerdote, y luego consagrado obispo de su pais. Dirigióse á su patria revestido de este carácter, y empezó su ministerio con tanto celo y fruto, que muy en breve aquel pais idólatra vino en conocimiento del Evangelio. Y no solo esto, sino que cambió el corazon de Tudovaldo, rey de los pictos, y edificó una basílica cristiana en Golloway. Esta iglesia fué dedicada á San Martin, y Niniano fijó allí su residencia. No se limitó su celo á su pais, estendióse tambien por los otros, pues ilustró en la religion las provincias habitadas por los pictos meridionales, y fué el apóstol de los cumbrios y de otros distantes lugares. Volvió el santo á su pais, y despues de haber obrado multitud de prodigios, murió santamente el dia 16 de setiembre del año 432.

Los santos Abundio, Abundancio, Marciano y Juan, mártires.—El primero era presbítero y el segundo diácono de la Iglesia de Roma, y se ocupaban en predicar el Evangelio á los habitantes de la capital del mundo; en cuyo ministerio obraron muchísimos milagros é innumerables conversiones. Un dia fueron llamados á la casa de un tal Marciano, ciudadano principal; cuyo hijo que se llamaba Juan, habia muerto. Vistas las súplicas y la fé del padre, los santos resucitaron al hijo, y causó tanta admiracion en toda la ciudad aquel patente milagro, que habiendo llegado á los oidos del emperador Diocleciano, éste llamó á su presencia á los que lo habian obrado y á los que lo habian recibido. Abundio, Abundancio, Marciano y Juan, se presentaron pues, delante del emperador, confesaron todos el milagro, y la divina virtud que Jesucristo comunicaba á sus siervos, la falsedad é impostura de los dioses del imperio, y la ceguera de los que se obstinaban en no ver la luz en los hechos tan públicos que ocurrian. Furioso Diocleciano con el razonamiento de los santos, mandó que los cuatro fuesen inmediatamente conducidos á un sitio apartado diez millas de Roma, y allí los degollaron.

Los santos Rogelio y Servodeo, mártires.—Eran españoles y vivian en la ciudad de Córdoba en tiempo de la dominacion de los moros. A pesar de las severas prohibiciones de estos dominadores, los dos santos predicaban la doctrina de Jesucristo por los sitios mas públicos, y detestaban en todas ocasiones la falsedad de Maboma. Al fin les pusieron presos; pero en la cárcel como en las calles no cesaban de enseñar y predicar, por cuyo motivo un dia les cortaron las manos y los piés; pero los esforzados héroes de la religion continuaban todavía publicando las excelencias del Evangelio. Despues de algunos dias los sacaron de la prision, y conduciéndolos á la plaza pública, allí los degollaron, muriendo en el mes de setiembre del año 852. San Eulogio, en su libro II *De sanctis*. cap. 13, habla de Rogelio y Servodeo como de dos esforzados campeones, que en el foro y en la cárcel supieron defender su fé y acreditar dignamente su valor.

Santa Sebastiana, mártir.—Fué de Heraclea, en Tracia, y se convirtió á la religion católica por la predicacion y milagros del apóstol san Pablo, del cual fué despues fidelísima discípula. Continuó en lo sucesivo practicando todas las virtudes evangélicas, y siendo modelo perfecto de cristianos, hasta que en tiempo del emperador Domiciano, siendo gobernador de Tracia un tal Sergio, la prendieron, la hicieron sufrir varios y crueles tormentos, y por fin le cortaron la cabeza en su misma patria, el año 92 de Jesucristo. Su cuerpo, recogido por los fieles, fué guardado con gran veneracion en la ciudad de Heraclea, y el Señor dispensó por su intercesion grandes milagros.

Santa Edita, vírgen.—Está en el dia de ayer.

DIA 17.

El dulce Nombre de María.—Entre todos los nombres con que la Escritura sagrada y los santos Padres nombran á la Madre de Dios, para significar sus excelencias y prerogativas, el nombre propio es el de María, y juntamente el mas principal; porque está lleno de misterios, y siendo uno solo, significa en compendio todas las grandezas de María, que se representan por los otros nombres y epítetos. Por lo cual, aunque decia Pitágoras, que se hallará muy rico de prudencia en la vejez, quien no gastare el tiempo en disputar de los nombres, y los filósofos desprecian las cuestiones de nombre como inútiles; la excelencia y santidad del nombre de María, nos convida y aun obliga á tratar de él; porque este dulcísimo nombre pronunciado, consagra los labios: escuchado, recrea los oidos: pensado, alegra el corazon; y ni se puede escribir de él sin provecho, ni hablar sin fruto, ni discurrir sin ganancia: y como dice san Bernardino de Sena: «Ya que no podemos alabar á María como merece, debemos ensalzar su nombre cuanto nos fuere posible.»

El santísimo nombre de María desde la eternidad se escribió en el libro de la vida, despues del nombre de Jesus: el nombre de Jesus fué el primero, y el nombre de María el segundo. Y advirtió el cardenal Nicolás Cusano, que nunca fué borrado el nombre de María del libro de la muerte: porque nunca fué escrito el nombre de María en este libro. Si creemos lo que dicen graves doctores, el nombre de María fué revelado á Adan, el primero de los hombres, por el mismo ángel que en nombre de Dios amenazó á la serpiente, que una mujer le habia de quebrantar la cabeza: el nombre de María fué revelado á Elías, cuando vió levantar del mar aquella nubecilla pequeña, que era imágen y figura de la Reina del cielo y estrella del mar: tambien entre los maestros antiguos de los judíos habia noticia de que se habia de llamar María la Madre del Mesías, como lo prueba Pedro Galatino. Pero no solo los judíos, mas tambien los gentiles tuvieron noticia del nombre de María, como dice san Juan Damasceno: porque entre las diez Sibilas, dos profetizaron claramente el nombre de María, que fueron la Eritrea y la Tiburtina: y esta añadió, que habia de tener un esposo llamado José, y que su hijo nacido del Espíritu Santo, sin obra de varon se habia de llamar Jesus; de manera, que expresó todos tres nombres de Jesus, María y José. El oráculo de Apolo, que se veneraba en Delfos, consultado de los argonautas Jason y sus compañeros, á quien dedicarian un templo que habian edificado en una ciudad del estrecho de Galípoli, que antiguamente se llamó Cizico y ahora Spyga; respondió el oráculo, que á María, Madre del Verbo eterno, lo cual ellos, envueltos en las tinieblas de sus errores no entendieron; y así dedicaron el templo á Rea, madre de los dioses, hasta que en tiempo del emperador Zenon se consagró el templo á honra de María santísima: todo lo cual cuenta Cedreno en el Compendio de las historias.

Dejando otros monumentos y memorias con que quiso Dios anunciar en la antigüedad el nombre de María, particularmente fué revelado á sus padres Joaquin y Ana, por medio de un ángel que les mandó pusiesen á su hija el nombre de María, como se lee en el libro del Nacimiento de la Vírgen, que anda entre las obras de san Gerónimo. Y se le fué revelado á Abrahan el nombre de su hijo Isaac, y á Zacarías el de san Juan Bautista, y tambien á santa Isabel, como indica el Evangelio y notó san Ambrosio; no era justo que careciese María santísima, habiendo de ser Madre de Cristo, del privilegio que gozó Isaac, por ser figura de Cristo; y Juan, por haber de ser su precursor; y así lo significa san Ambrosio, diciendo, «que no es verosímil que se negase á María este privilegio, que se concedió á otros santos; pues no hay santo ninguno, que venza á María en los privilegios de la gracia. Fuera de que solo Dios podia dar conveniente nombre á la Vírgen, no sus padres, ni alguna criatura; porque solo quien conoce las cosas, puede darlas nombre que las convenga: y como Dios conocia la excelencia de aquella niña que nacia, solo Dios podia ponerle el nombre de María, que significa, como veremos, sus excelencias. Y nota un doctor, que María santísima, fué la primera de las mujeres que recibió el nombre, por revelacion divina, ántes de su concepcion. Pantaleon, diácono y otros doctores, afirman que el mismo arcángel san Gabriel, que anunció ántes á Zacarías la concepcion y nombre del Bautista, y despues á María la concepcion y nombre de Jesus; anunció á Joaquin y á Ana la concepcion y nombre de María; de manera, que podemos acomodar á la Vírgen, lo que dice el Evangelio de su Hijo: «*Vocatum est nomen ejus María: quod vocatum est ab angelo, priusquàm in utero conciperetur.*» Y así este nombre no es inventado de hombres, sino dado de Dios: no es nacido en la tierra, sino bajado del cielo: no fué puesto por eleccion de sus padres, sino por providencia del que habia de ser su hijo. Primero pronunciaron el nombre de María los ángeles que los hombres; y verdaderamente, es menester que sean los hombres ángeles, para pronunciar con labios bastantemente puros el santísimo nombre de María. Por eso mudó la Vírgen el nombre de María en otro, cuando subió á la dignidad de Madre de Dios: como á Simon le mudó Cristo el nombre en el de Cefas ó Pedro, cuando le levantó á la dignidad de cabeza de su Iglesia: porque el nombre de María se le habia dado Dios á la Vírgen, y por eso nunca le habia de dejar. El nombre de María significaba la dignidad de Madre de Dios, y así no pedia otro nombre su dignidad: el nombre de María, era el mejor nombre que podia tener la Madre de Dios, como dice san Buenaventura; y así no habia otro nombre en que poderle mudar. Por eso el ángel, al anunciar á la Vírgen el misterio de la encarnacion, la confirmó el nombre diciéndola: No temas, María, porque hallaste gracia delante de Dios. Y ¿qué gracia halló María? La primera gracia que halló, fué el nombre, en que significaban todas las gracias que habia de recibir María; y quizá por eso dijo san Pedro Crisólogo, «que el nombre de María es semejante á profecía, porque este nombre, fué una profecía de todos sus privilegios, gracias y prerogativas.»

Dan los santos padres y doctores diversas significaciones á este nombre de María, segun diversas lenguas y derivaciones, con que esplican las innumerables excelencias de María santísima, para que digamos de ella: *Secundùm nomen tuum, sic et laus tua*: Como tu nombre, es tu alabanza; porque si los nombres de los grandes sugetos Adan, Eva, Abrahan, Sara, Isaac, Israel, Juan, Pedro y Pablo, no carecen de misterio, y les fueron puestos con singular providencia y sabiduría divina, ¿qué hemos de decir, ó qué hemos de pensar del nombre de María, Madre de Dios, y Reina del cielo y de la tierra? El nombre de María, segun san Ambrosio (aunque no sabe de qué raiz lo tomó), se interpreta: «Dios de mi linaje;» que es decir: «Dios nacerá de mí:» y vínole ajustado el nombre; pues se hizo Dios hombre en sus purísimas entrañas: y haciéndose Dios del linaje de María; tambien se hizo María del linaje de Dios; y por esto quizá la llamó san Ignacio mártir: «María de Jesus.» El nombre de María, segun san Epifanio, san Gerónimo, san Damasceno y otros doctores, significa en lengua siriaca, lo mismo que señora: y cuadróle este nombre á la Vírgen, dice san Juan Damasceno; porque fué constituida universal Señora de todas las criaturas, cuando fué hecha Madre del Criador de todas ellas. El nombre de María, segun muchos santos doctores, significa «estrella del mar;» entendiendo unos por estas palabras, que es luna, otros que es lucero de la mañana, otros que es norte, y todo lo es María: Luna, que alumbra nuestras tinieblas; Lucero de la mañana, que nos anuncia el dia eterno de nuestra felicidad; y Norte que guia á los que navegan por el mar tempestuoso del siglo. Sin esta Estrella del mar, todo es tinieblas: sin esta luz,

todo es bajíos: sin este Astro, todo es tempestades: mirando á María y mirándonos María, descubrimos los rumbos, alcanzamos las alturas, y sabemos adonde hemos de enderezar la proa y tender las velas, para llegar seguros al puerto de la bienaventuranza. El nombre de María, segun Filon, significa «mar amargo;» y lo fué María santísima en la pasion y muerte de su Hijo, por los rios de amargura que entraron en su alma, y olas de tribulaciones que combatieron su corazon. El nombre de María, segun san Epifanio, se interpreta «Esperanza:» porque parió á Cristo, que es esperanza de todo el mundo, y porque María con su intercesion, da esperanza de perdon á los pecadores, de acrecentamiento de santidad á los justos, y de conseguir la bienaventuranza á todos los que viven desterrados en este valle de lágrimas. El nombre de María, significa, segun otros, «maestra y doctora:» y con mucha razon tiene este nombre, porque fué doctora de los doctores, y maestra de los apóstoles, como la llama el sabió Idiota.

Dejando las interpretaciones de «excelsa,» ó eminente, de «iluminada ó iluminadora, lluvia del mar ó mirra del mar,» y otras que, ó están incluidas, ó tienen mucho parentesco con las que hemos traido; es muy celebrada la interpretacion, ó acomodacion del bienaventurado Alberto Magno: el cual, hablando del nombre de María, dice, «que Dios llamó á la congregacion de todas las aguas María, á la congregacion de todas las gracias María;» para significar que como el mar es lugar de todas las aguas; María es lugar de todas las gracias. Y conforme á esto, dice Dionisio Cartujano: «María se interpreta mar, porque como ninguno puede contar las gotas de agua del mar, así ninguno puede esplicar la excelencia de la gracia y gloria de María.» Con mas elegancia, en este mismo sentido, lo dice san Buenaventura, acomodando á María aquello del eclesiástico: *Omnia flumina intrant in mare*. Todos los rios (dice) entran en el mar, cuando todas las excelencias de los santos entran en María. El rio de la gracia de los ángeles entra en María: el rio de la gracia de los patriarcas y profetas, entra en María: el rio de la gracia de los apóstoles entra en María: el rio de la gracia de los mártires entra en María: el rio de la gracia de los confesores entra en María: el rio de la gracia de las vírgenes entra en María: finalmente, todos los rios entran en el mar; esto es, todas las gracias entran en María.» Todo esto dice san Buenaventura: donde se ve, cuán convenientemente se llama María: Mar; pues que es mar de gracia, en quien se recógen todas las gracias de los ángeles y santos: solo con esta diferencia, que el mar no redunda, como advierte el Eclesiástico, aunque entren en él todos los rios; pero en María, misterioso mar, entran todos los rios de las gracias, y redundan en nosotros. Dice san Bernardino de Sena, que así como llamamos á Dios, no con un nombre solo, sino con muchos nombres, para significar su incomprensibilidad; así llamamos con muchos nombres á la gloriosa Virgen, ya con el nombre de Luz, ya de Sol y otros semejantes, para conocer de alguna manera su excelencia y sublimidad. Pero, si bien lo consideramos, en el nombre santísimo de María, se encierran todas sus grandezas; porque como nombre inventado de Dios, encierra mas misterios que letras: antes cada letra tiene muchos misterios y significaciones, como consideran otros, y yo les dejo, porque, como advierte el doctísimo padre Alonso Salmeron, tienen mas de piedad que de solidez.

Acerca del dia en que fué puesto á la Vírgen el nombre de María, hay variedad de opiniones, por haberla tambien acerca del dia que acostumbran los hebreos poner el nombre á sus hijas: porque de los niños, es cierto que era el octavo dia en que se hacia la circuncision; mas de las niñas, unos dicen el octavo dia como los varones, otros que al noveno dia, otros que á los quince dias, otros que ochenta dias despues del nacimiento, cuando segun la ley llevaban las madres á ofrecer á sus hijas en el templo. Nicéforo dice que á María le fué puesto el nombre poco despues de nacida, significando con el, como con un enigma, la gracia que aquella niña habia recibido.

Del santísimo y dulcísimo nombre de María, dice el sapientísimo Idiota, hablando con la Vírgen, estas palabras: «Dióte, ó vírgen María, toda la santísima Trinidad un nombre, que despues del nombre de tu benditísimo Hijo, es sobre todo nombre; porque á tu nombre se arrodilla toda criatura del cielo, de la tierra y del infierno, y toda lengua confiesa la gracia, gloria y virtud de este santísimo nombre; porque no hay otro nombre despues del nombre de tu benditísimo Hijo, que sea tan poderoso socorro: ni hay otro nombre dado en la tierra á los hombres, despues del dulce nombre de Jesus, del cual se redunda tanta salud á los hombres: porque sobre todos los nombres de los santos, alivia á los que están fatigados: sana á los enfermos: alumbra á los ciegos: penetra á los duros: recrea á los cansados: unge á los luchadores, y libra á todos del yugo del demonio. La fama de tu santísimo nombre, ó clarísima vírgen María, primero estuvo encerrada, mientras viviste en el mundo; mas despues de tu asuncion á los cielos, se divulgó por todas las partes del mundo; porque con la predicacion de los apostóles, llenó toda la tierra el sonido de tu santísimo nombre, y se manifestó á todo el mundo su gloria. De tanta virtud y excelencia es tu nombre, ó beatísima Vírgen María, que á su invocacion el cielo rie, la tierra se alegra, los ángeles se gozan, los demonios tiemblan, y se turba todo el infierno.» Todo esto dice este padre, del nombre de María; y se pueden decir de él, con la debida proporcion, casi todas las alabanzas que se dicen del nombre de Jesus; porque aunque el nombre de Jesus sea mucho mas excelente que el de María; con todo eso, ha querido el Hijo, en órden á nuestra salud, dar semejante virtud al nombre de su Madre que al suyo: y aun dice san Anselmo, «que algunas veces se alcanza mas presto la salud, invocando el nombre de María, que invocando el nombre de Jesus, único Hijo suyo y Señor nuestro: no porque la Madre sea mas poderosa que el Hijo, pues no es grande y poderoso el Hijo por la Madre: sino la Madre por el Hijo; sino porque Cristo, llamado por su nombre, no oye luego al punto, por justas causas que tiene para ello: pero invocado en nombre de su Madre, aunque los méritos de quien le invoca, no merezcan que sea oido; interceden los méritos de la Madre para que sea bien despachado.» Esto es de san Anselmo. Y no es maravilla que quiera Dios hacer mayores favores, ó mas presto, por el nombre de su Madre que por el suyo; pues quiso hacer mayores milagros por medio de sus siervos que por sí mismo: y antiguamente respondia mas fácilmente á los que le invocaban, llamándole Dios de Abrahan, y Dios de Isaac y de Jacob, que si le nombraban Dios sola-

mente, como advirtió Orígenes. Y en nuestro caso hay conveniente razon: porque cuando invocamos el nombre de Jesus, no solo invocamos con este nombre á nuestro Padre, mas tambien á nuestro Juez: con que su justicia suele detener á su misericordia, para que ó no nos oiga, ó dilate el despachar nuestra peticion; mas cuando nombramos á María, solo invocamos nuestra Madre, y á la Madre de misericordia, en quien no hay título que embarace el interceder por nosotros con su Hijo: y si intercede María, ¿cómo la negará su Hijo lo que pidiere? ó ¿cómo ha de embarazar su justicia á su misericordia; pues atiende ántes á los méritos de la Madre que intercede, que á los deméritos del siervo que suplica? Por eso prueba un doctor, que el nombre de María obra algunos efectos *ex opere operato*, solo con invocarle cualquiera que le invoque por voluntad é institucion divina, al modo que dan algunos doctores esta virtud á la señal de la cruz, á los cuales favorece no poco san Agustin, y al modo que la tienen los exorcismos de la Iglesia. Pero sea lo que fuere de esto; lo cierto es, que los santos y doctores atribuyen semejantes efectos, al nombre de María que al nombre de Jesus. San German afirma, que el nombre de María destierra todo temor: san Buenaventura, que los que invocaren á María, no temerán en el punto de la muerte; y que no tiemblan tanto los enemigos visibles de un copioso ejército, como los demonios del nombre de María; y que tienen mucha paz los que veneran este nombre: santa Brígida dice, que el nombre de María le veneran los ángeles, le temen los demonios, y trae salud á los hombres que le invocan con propósito de no pecar mas: el beato Alberto Magno, que el nombre de María apaga las llamas deshonestas, é infunde castidad: san Anselmo, que el nombre de María es seguridad de los que se hallan en algun peligro: san Antonio de Padua, que el nombre de María trae alegría á los tristes, porque es júbilo en el corazon, miel en la boca y música en el oido. Mas, ¿para qué es menester amontonar testimonios, y gastar muchas palabras en lo que se puede decir en pocas? A los que invocan con fé y devocion el nombre de María, favorece Dios en todas sus necesidades, socorre en todos los peligros, consuela en todas las aflicciones; y no hay ninguno tan miserable que no halle consuelo, alivio y socorro en este dulcísimo y poderosísimo nombre.

Con todo esto, no se excusa apuntar uno ú otro de los innumerables milagros que ha obrado Dios para honrar y ensalzar el nombre de su Madre, sacados de graves y diligentes autores. Y aunque, si bien se considera, todos los milagros que Dios hace por la intercesion de María, que son continuos, grandes y estupendos en todas las partes del mundo, y con todo género de personas, sirven para ensalzar y magnificar el nombre de María; con todo eso ha obrado muchos y muy grandes milagros, particularmente por la invocacion ó devocion de este dulcísimo nombre. San Alberto, carmelita, como refiere Surio en su vida, hizo muchos milagros con la invocacion del santísimo nombre de María. San Eustaquio cisterciense, era devotísimo del nombre de María, y siempre que pasaba por delante de alguna imágen de la Vírgen, la saludaba, diciendo: Ave María. Murió, y despues de muerto, le hallaron en la lengua, escritas con letras de oro, estas palabras: Ave María. El beato Guillermo, monge tambien cisterciense, repetia muchas veces estas dos palabras: Ave María, que solamente habia podido aprender en toda su vida, por ser muy rudo; y agradó á Dios tanto esta devocion, que despues de enterrado salió de su boca una azucena, en cuyas hojas estaban escritas con letras de oro estas palabras: Ave María. Lo mismo cuenta Ángelo Guiano en sus Anales del beato Francisco Senense de la órden de los Servitas. Un soldado que por haber sido devoto de la Vírgen y haber dejado su devocion, no pudo pronunciar en dos años el nombre de María; dando limosna á cinco pobres en reverencia de las cinco letras del nombre de María, al dar la última limosna al quinto pobre desató Dios su lengua y pudo pronunciar entonces y despues toda su vida el dulcísimo nombre de María. Mas no es maravilla que haya hecho Dios estos y otros milagros, librando de enfermedades, peligros de muerte, tentaciones, y de los demonios á los hombres que invocan con devocion el nombre de María; pues ha sucedido no una vez sola, que algunas avecillas de estas que aprenden á hablar, viéndose presas del gavilan, con pronunciar el nombre de María á que las habian acostumbrado; ellas quedaron libres, y el gavilan cayó de repente muerto. Añado solamente un caso, que cuenta Vincencio Belovacense, en su Espejo historial, porque enseña juntamente una devocion al dulcísimo nombre de María. Dice, pues, este autor, que habia un monge llamado Josio, devotísimo del nombre de María, en cuya reverencia rezaba cada dia despues de maitines, cinco salmos que empiezan con las cinco letras del nombre de María, y son estos: 1. *Magnificat:* 2. *Ad Dominum, cum tribularer:* 3. *Retribue servo tuo:* 4. *In convertendo:* 5. *Ad te levavi oculos meos.* Murió de repente aunque no desprevenido, y yendo el abad con los monges á verle á su celda, hallaron su rostro hermoso, como de un ángel que gozaba ya de la vista clara de Dios, y vieron que de los ojos le salian dos bellísimas rosas, otras dos de los oidos, y la quinta de la boca. En las hojas de esta rosa estaba escrito el nombre de María; y en las hojas de las cinco rosas los principios de los cinco salmos del nombre de María. Estuvo el santo cuerpo por enterrar siete dias, concurriendo mucha gente á ver tan gran maravilla, con que Dios testificaba cuán agradable le habia sido aquella devocion al nombre de su Madre.

Por esto nuestra principal devocion despues del nombre de Jesus, ha de ser con el nombre de María: y si pedimos al Padre en nombre de su Hijo, para alcanzar lo que deseamos; pidamos al Hijo en nombre de su Madre, para conseguir lo que pedimos. Dijo Cristo, que todo cuanto pidiésemos al Padre en su nombre, nos lo concederia; así podemos creer que no nos negará nada el Hijo, que le pidiéremos en nombre de su Madre. San Gerardo, obispo y mártir, y otros muchos devotos de la Vírgen, no negaban nada que les pidiesen en nombre de María. Pues ¿quién creerá que no hará el Hijo á su Madre la honra que le hacen los siervos? Invoquemos en todas nuestras necesidades y aflicciones el nombre de Jesus: porque es un nombre sobre todo nombre, y no hay otro nombre debajo del cielo, en que haya salud, sino este nombre: pero despues del nombre de Jesus invoquemos el nombre de María; porque despues del nombre de Jesus es nombre sobre todo nombre, y por medio de este nombre quiere Dios concedernos la salud que nos viene del nombre de Jesus. Por eso el dulcísimo san Bernardo despues de haber dicho que el nombre de María se interpreta estrella del mar,

añade: «O tú cualquiera, que te miras fluctuar en el mar de este siglo, combatido de olas y cercado de tempestades; no apartes los ojos de esta Estrella, si no quieres ser anegado de las ondas. Si se levantan vientos de tentaciones, si das en escollos de tribulaciones; mira á la Estrella, llama á María. Si eres combatido de olas de soberbia, de ambicion, de detraccion; mira á la Estrella, llama á María. Si la ira, la avaricia, ó la tentacion de carne, acometiere la navecilla de tu alma; mira á María. Si turbado con la grandeza de tus delitos, confuso con la fealdad de tu conciencia, y atemorizado con la terribilidad del juicio divino, estás para caer en una profundísima tristeza, y en un abismo de desesperacion; piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las cosas dudosas, piensa en María: y para alcanzar el sufragio de su oracion, no dejes pasar el ejemplo de su conversacion. Siguiendo á María, no vas descaminado: rogando á María, no desesperes: pensando en María, no yerras: teniéndote María, no caes: defendiéndote María, no temes: siendo tu guia María, no te fatigas: y siéndote propicia María, llegas al puerto deseado y experimentas en tí mismo, con cuánta razon se llama esta Virgen María.» Hasta aquí san Bernardo.

Siempre ha sido muy venerado y celebrado en la Iglesia el nombre de María. Tomas Bozio afirma, que desde el tiempo de los apóstoles la reina Candace, convertida á la fé por san Mateo, apóstol, edificó en la ciudad de Auxim, en Etiopia, un templo con el nombre de María, que fué antiguamente muy célebre y frecuentado de los peregrinos de toda aquella provincia. En nuestra España sabemos, que Santiago apóstol, su patron, edificó en la ciudad de Zaragoza, del reino de Aragon, una iglesia con el nombre de María, por mandato de la Virgen que vivia aun en la tierra. Mas no hay para qué detenernos en esto; pues como dice san Antonio de Florencia, no hay ciudad ni lugar por pequeño que sea en toda la cristiandad que no tenga alguna iglesia ó ermita, ó por lo ménos algun altar consagrado al nombre de María. Las religiones que se han fundado debajo del nombre de María, son muchas y muy esclarecidas, la de Santa María del Monte Carmelo, la de la Merced y la religion de los Siervos de María. Dejo las religiones de monjas, que se honran con el nombre de María. Muchas órdenes militares (como tambien lo fué en sus principios la de Santa María de la Merced, cuando descendió á Barcelona) tomaron el nombre de María: la de Santa María de los Teutónicos: la de Santa María de Calatrava, que se instituyó en Castilla, año de 1158, y milita en ella debajo del nombre de María, gran parte de la nobleza de España: la de Santa María de Montesa, en Aragon: la de Santa María Gloriosa en Italia; y otras en diversos reinos y provincias. Las congregaciones que se han fundado y cada dia se fundan debajo del nombre de María, no tienen número: entre las cuales es muy celebre la que fundó el venerable P. Fr. Simon Rojas de la sagrada órden de la Santísima Trinidad, con título del *Ave María*, del cual nombre y salutacion era devotísimo; y se dice que la primera palabra que habló cuando niño, fué: *Ave María*, y despues toda la vida la repetia frecuentemente, y con esta salutacion dió salud á muchos enfermos, y echó los demonios de los cuerpos, é hizo otros milagros: y aun afirma su historiador, que no pidió á Dios por el nombre de María, que no lo alcanzase. Hase extendido esta congregacion del *Ave María* por España, Flandes, Italia, Francia y las Indias, con grande aumento del culto de la Virgen, y grande provecho de sus congregantes que se honran con el título de esclavos de la santísima Virgen. En Polonia se tiene tal reverencia y veneracion al nombre santísimo de María, que no se atreven á poner á ninguna mujer este nombre, juzgando que no es justo tenga otra mujer el nombre que tiene la Madre de Dios; como ningun hombre se llama Jesus, por respeto á tan alto y divino nombre. Esta costumbre de los polacos se cree tuvo orígen de Casimiro, primero rey de Polonia, que casándose con una hija del duque de Rusia, que se llamaba María; quiso que tomase otro nombre y dejase el de María, por reverencia á tan soberano nombre, del cual ni una reina era merecedora. Esto á lo ménos avisa á las mujeres que tienen el nombre de María, cuánta pureza de vida y santidad de costumbres deben procurar para llenar tan sublime y soberano nombre, y no ofender ni afrentar, si se puede decir así, el nombre de María: del cual dice san Pedro Crisólogo, «que es insignia de la virginidad, hermosura de la honestidad, indicio de la castidad, sacrificio de Dios, virtud de la hospitalidad y colegio de toda la santidad.

Empezóse á celebrar fiesta al nombre de María en España, en la muy santa y muy ilustre Iglesia de Cuenca el año de 1503, por breve apostólico, el octavo dia de la Natividad de nuestra Señora, con oficio propio y rito doble, y mucha solemnidad: gloria grande de esta santa iglesia haber sido la primera que celebró la fiesta al nombre de María. Fundó y dotó esta fiesta el canónigo Pedro del Pozo, por la singular devocion que tenia al dulcísimo nombre de María, dando para la fundacion seis mil maravedís. Reformó entre otras muchas fiestas Pio V, esta del nombre de María; y desde entonces se hizo en la Iglesia de Cuenca conmemoracion de ella solamente, hasta que el canónigo Juan del Pozo, sobrino del canónigo Pedro del Pozo, imitando la piedad de su tio suplicó al papa Sixto V, restituyese esta fiesta á la Iglesia de Cuenca, y diese licencia de celebrarla con la misma solemnidad que ántes, y con oficio propio enmendado, segun los decretos del concilio Tridentino, y Pio V; todo lo cual concedió su santidad, mandando que se trasladase la fiesta á los 17 de setiembre, como consta de testimonio del cardenal Deza al canónigo Juan del Pozo, dado en Roma á 17 de enero de 1587. Despues se comenzó á celebrar esta fiesta en la santa Iglesia y arzobispado de Toledo: y finalmente nuestro santísimo padre Clemente X, ha mandado que en todas las provincias, reinos, estados y señoríos, sujetos á nuestro católico rey de España (que Dios guarde), se celebre perpetuamente fiesta al nombre de María, á los 17 de setiembre con las lecciones del mismo oficio, que se suele decir en el arzobispado de Toledo, por un breve despachado á 26 de enero de 1671.

Del nombre de María escribió Fr. Antonio Navarro de la órden de la santísima Trinidad, un libro que intituló: *Abecedario virginal:* en que da á la Virgen doscientos veinte y ocho nombres; segun la sagrada Escritura y propiedades de piedras preciosas, aves, animales, fuentes, árboles y otros secretos de naturaleza. Otro libro intitulado: *Trisagion Marianum*, escribió el padre Adriano Lireo, de la Compañía de Jesus; y el padre Juan Bautista Poza; de la misma Compañía, dice mucho en su Elucidario de este santísimo nombre. Otros doctores y santos Padres, dicen

grandes alabanzas del nombre de María, de los cuales muchos dejamos arriba citados.

San Lamberto, obispo y mártir.— De ilustre sangre nació san Lamberto en la ciudad de Mastricht; su padre se llamó Apto, y su madre Herisplinde. Tuvo por maestro desde niño á un santo y docto varon, llamado Landoaldo, de quien hace conmemoracion como de santo, el Martirologio romano á los 19 de marzo: el cual le enseñó las divinas Letras y el temor santo del Señor: y Lamberto se dió tanto á la virtud, que por sus merecimientos y los de su maestro Landoaldo trajo fuego en el seno, sin quemarse, y por las oraciones de ambos brotó una fuente de agua clarísima para el edificio de la iglesia que se labraba. Cuando volvió á casa de sus padres, huia de la conversacion de los otros mozos nobles y libres, sus iguales, y menospreciaba las honras y vanidades del siglo, y todo lo que podia daba á los pobres. Era á la sazon obispo de Mastricht san Teodardo, varon de grande autoridad en la córte del rey y en todo el reino por sus excelentes virtudes: por las cuales Dios le dió la corona del martirio; porque derramó su sangre por la libertad y defensa de su Iglesia, y como de mártir hace memoria de él la santa Iglesia á los 10 de setiembre. A este santo obispo entregaron á Lamberto, ya mozo, sus padres para que le criase y le guiase: y él lo hizo, y descubrió en Lamberto tan grande ingenio, doctrina, modestia y prudencia, que le amó y favoreció mucho; y todo el pueblo se le aficionó de manera, que, muerto Teodardo, luego puso los ojos en Lamberto, para hacerle sucesor del santo obispo y mártir: y por mucho que Lamberto lo resistió, declarando sus pocas fuerzas para llevar tan gran peso, fué tanta la instancia que le hicieron y la fuerza con que se lo pidieron, que no pudo dejar de bajar la cabeza, y rendirse á su voluntad, entendiendo que era la de Dios, que se queria servir de él en aquella dignidad, de la cuál él se tenia por tan indigno.

En sentándose en la silla de obispo, luego se entregó á todas las obras y ministerio de vigilante y santo pastor. Predicaba á menudo con gran fervor y espíritu y lo que enseñaba de palabra, confirmábalo con su santa vida. Repartia todo lo que tenia á los pobres: era padre de los huérfanos, refugio de las viudas, consuelo de los afligidos y remedio de todos los necesitados. Hacia Dios por él muchos milagros, y resplandecia en su Iglesia como un nuevo sol en el mundo. Extendióse luego la fama de su santidad por todo el reino de Francia: y el rey Childerico que á la sazon lo era, deseó tenerle cabe sí, y se sirvió de él, dándole mucha mano en el gobierno del reino y aprovechándose de su consejo. Mas esto duró poco, porque el rey Childerico fué muerto á traicion; y Ebroino, caballero principal y maestro de casa ó mayordomo mayor del palacio real (á cuyo cargo, por razon de su oficio, estaba el gobierno del reino), era ambicioso y cruel tirano: y muerto el rey, para que no hubiese quien le fuese á la mano, la tuvo para echar de su silla á san Lamberto, y desterrarle con gran regocijo de los malos, y tristeza y llanto de los buenos. Consoló el santo prelado lo mejor que pudo á su pueblo, y mostróse en todo varon de Dios; porque ni perdió la paz de su alma, ni la serenidad de su rostro, ni la compostura y gravedad de su persona, en todas las injurias, desacatos y vituperios que le hicieron. Usurpó por fuerza la silla del santo un malísimo hombre, llamado Faramundo, para castigo de aquella Iglesia; porque era un lobo cruel y carnicero, que no atendia sino á derramar y despedazar el rebaño del Señor, cuyos juicios son secretísimos y justísimos, aunque en esta vida no los alcancemos ni entendamos, porque aflige al santo y levanta al pecador. Salió de su Iglesia Lamberto, y fuése á un monasterio de santos monges, que se llamaba estabulense, para vivir en él mas apartado de los cuidados de obispo, y darse mas á la penitencia, á la oracion y contemplacion de Dios. Fué recibido del abad y de todo el convento, como santísimo varon y un ángel venido del cielo: y aunque todos le honraban y respetaban por su santidad y dignidad; él se humillaba y ponia debajo de los piés de todos, y no se trataba como obispo, sino como el menor novicio del convento. Mostróle bien en una cosa que le sucedió; porque una noche durmiendo con los otros frailes en el dormitorio, quiso á deshora levantarse de su camilla para darse con mas cuidado y atencion á la oracion: al tiempo de calzarse se le cayó un zapato en el suelo, y con el ruido inquietó á los frailes que dormian. Oyólo el abad; y no sabiendo quién era, dijo: Cualquiera que sea el que ha hecho este ruido, váyase á la Cruz, como es nuestra costumbre, y estése allí para que pague su culpa con esta obediencia. La noche era muy fria y de gran hielo; y el santo prelado por obedecer al mandato del abad, vestido como estaba de solo el cilicio, sin tomar para su abrigo otra ropa, se fué á la Cruz, que era un lugar devoto, apartado y descubierto, y allí se estuvo hasta que se levantaron los frailes, y rezaron sus maitines y volvieron á calentarse porque el frio era muy crudo y recio. Cuando el abad no vió entre los otros monges á san Lamberto, preguntó en donde estaba; y entendió de los monges que era aquel á quien él habia mandado que se fuese á la Cruz. Corrió luego á él: hallóle desnudo con solo el cilicio, traspasado y casi helado de frio, y resplandeciente su rostro con una nueva y celestial claridad: echóse á sus piés con los demás monges pidiéndole perdon: y el santo obispo corrido y confuso con la humildad y perdon que le pedia el abad, le rogó que no le hablase de aquella manera, sino que le perdonase á él sus faltas, y el descuido que habia tenido en turbar el sueño de los religiosos. En este monasterio estuvo siete años san Lamberto, hasta que el tirano Ebroino su perseguidor, por justo castigo de Dios fué muerto; y Faramundo fue echado no solamente de la Iglesia que con violencia habia usurpado, sino tambien de toda la provincia. Trocáronse todas las cosas, despues que el gobierno del reino con la dignidad de prefecto ó mayordomo mayor del palacio real, vino á manos de Pipino: el cual envió á llamar á san Lamberto del monasterio estabulense donde estaba, y le honró mucho, y le favoreció y restituyó á su Iglesia, donde el santo con su ejemplo, doctrina y vigilancia, hizo gran fruto, visitando su diócesi y curando la roña de sus ovejas, y esparciendo por todas partes los resplandores de sus virtudes. Y no contento con dar buena cuenta del ganado que Dios le habia encomendado; sabiendo que unos pueblos allí cerca llamados Tajandros, todavía estaban en la ceguedad y tinieblas de la gentilidad, fué á ellos para alumbrarlos y traerlos á la luz y fé de Jesucristo. Juntáronse todos aquellos pueblos paganos, para maltratar al santo predicador y darle la muerte: dijéronle muchos baldones: hiciéronle grandes injurias y malos trata-

mientos: y él con la paciencia, constancia y mansedumbre, los rindió y sujetó al yugo de nuestro Señor Jesucristo, y los bautizó y derribó los ídolos, fundó iglesias, ordenó sacerdotes; y finalmente consagró á Cristo nuestro Redentor toda aquella tierra.

Era Pipino príncipe excelente, prudente en la paz, valeroso en la guerra y piadoso y liberal con las iglesias, y con las personas eclesiásticas y dedicadas á Dios; pero todas estas virtudes las oscurecia y mancillaba con la deshonestidad y con haber desechado á su legítima mujer Plectudris, entregándose totalmente á una amiga que se llamaba Alpayda, con grande ofensa de Dios y escándalo de todo el reino. Otros obispos y sacerdotes callaban, ó por lisonjear al príncipe ó por desconfiar que el reprenderle no podria aprovechar: mas Lamberto como era tan santo, tan abrasado y zeloso del amor de Dios, tenia tanta autoridad con el mismo Pipino y en el reino, que se opuso á Pipino, avisándole, amonestándole, reprendiéndole y amenazándole muchas veces con la ira y castigo severo del Señor sino se enmendaba. Temió la mala hembra, como otra Herodías, que al cabo podria tanto san Lamberto con su autoridad con Pipino, que la dejaria y se apartaria de su deshonesto trato, y persuadió á un hermano suyo, que se llamaba Dodon, que no permitiese que Lamberto pudiese tanto con Pipino en daño suyo.

Tomó algunos medios Dodon, para, ablandar, ó espantar á Lamberto; pero todos fueron sin provecho: y Alpayda estaba siempre atenta, y buscando alguna buena ocasion para ponerle en desgracia de Pipino y acusarle. Ofrecióse una de un convite que Pipino hizo, como Herodes, al cual convidó al santo obispo Lamberto y á otros señores. Trajéronle al convite un vaso de vino (á la usanza de la tierra), y Pipino le mandó dar á san Lamberto, para que bebiese primero, y él le recibiese de su mano sagrada. Bebieron de él los otros señores que estaban sentados á la mesa; y Alpayda, que tambien se hallaba allí con mucha desenvoltura y poca vergüenza, extendió la mano para tomar el vaso y beber ella: lo cual no pudo sufrir san Lamberto; ántes se levantó de la mesa, y con mucho disgusto se partió, dejando á Pipino y á los otros convidados confusos. Pero la mala mujer para irritar mas á Pipino contra san Lamberto, hizo que le enviase un recado, y le rogase que en ninguna manera se partiese sin ver primero á su mujer; llamando así á su amiga. San Lamberto, con gran ánimo y constancia respondió á este recado, que por ninguna cosa comunicaria con aquella mujer, por ser adúltera: y que le pesaba en el alma, que él estuviese tan duro y tan empedernido en su pecado. Con esto quedó Pipino enojado, y su amiga rabiosa y furiosa, temiendo que el justo zelo del santo obispo habia de prevalecer contra ella: y así apretó á Dodon su hermano, y le encendió de tal manera contra el santo que se determinó á darle la muerte: y tomando consigo gente armada y atrevida, una noche que el santo obispo despues de haber rezado sus horas, y orado largo rato, ya cansado, se habia echado un poco é reposar en la cama, dieron en él como lobos en un cordero manso; y sacándole de ella y postrado en el suelo y tendidos los brazos en forma de cruz, y suplicando humilde y afectuosamente á nuestro Señor delante del altar de los santos mártires Cosme y Damian, que recibiese su espíritu; le atravesaron con una lanza y le mataron, y con él á dos sobrinos suyos que se llamaban Pedro y Andotero, y otros de su familia. Fué su muerte á los 17 de setiembre del año del Señor de 698, habiendo sido obispo cuarenta años. Algunos de los que estaban en compañía de san Lamberto, y y se pudieron escapar de las manos de aquellos sayones, tomaron su cuerpo y le llevaron por el rio Mosa abajo á Mastricht, y le sepultaron honoríficamente en la iglesia del príncipe de los apóstoles. Y fué cosa maravillosa que, concurriendo de todas partes innumerable gente, para ver y adorar al santo, y llegándose fácilmente todos los demás al sagrado cuerpo; las mujeres que estaban amancebadas y eran deshonestas, no podian por ninguna manera llegar á él. Allí estuvo doce años, y Dios hizo por el santo grandes milagros; y entre ellos se sentia en su sepulcro un olor suavísimo, y una fragancia del cielo que excedia á todas las especies aromáticas y á todos los suaves olores de la tierra, y una música y consonancia de voces mas que humana. A Dodon, que fué el principal matador, se le pudrieron las entrañas, y las vino á echar á pedazos por la boca. El que hirió al santo obispo en la cabeza, riñendo, mató á su mismo hermano, y fué muerto del hermano; y los demás que intervinieron en su muerte, dentro de un año todos, ó perecieron miserablemente ó vivieron despues con tantos trabajos y pobreza, que la vida tuvieron por muerte. Pasados los doce años, habiéndose visto en la aldea de Lieja, y en el mismo aposento donde fué martirizado, muchas lumbres y testimonios del cielo, que testificaban ser la voluntad de Dios, que el santo mártir fuese sepultado en el mismo lugar donde habia sido muerto, se le edificó una iglesia de su advocacion. Trasladó el sagrado cuerpo san Uberto, discípulo y sucesor de san Lamberto, y traspasó la silla catedral á Lieja, que es ahora una ciudad muy celebrada y populosa, y cabeza de toda aquella provincia, y tiene por patron á san Lamberto: y nuestro Señor despues le ilustró con muchos milagros y con muchos y grandes templos que en diversas partes se han edificado á honra suya: y esta traslacion celebra la Iglesia de Lieja á los 25 de abril. De san Lamberto, hace mencion el Martirologio romano á los 17 de setiembre, y el de Beda y los demás. Escribió su vida Pedro Godescalco, diácono de la Iglesia de Lieja; despues Estéban, obispo de la misma ciudad; Sigiberto y Nicolás, canónigos de san Lamberto, y Rainerio monge. Surio en el tomo V, trae la vida de san Lamberto, y se cree que es la que escribió Estéban, obispo; y el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio romano; Juan Molano en las anotaciones á Usuardo, y el Indice de los santos de Flandes, escriben de él.

* SANTA COLOMBA Ó COLOMA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Habiendo perdido á su padre siendo aun muy jóven, quedó confiada á cargo de una hermana suya llamada Isabel, esposa de san Jeremías. Entrambas hermanas, se reunian para entregarse á ejercicios de piedad, y la aversion que manifestaba Colomba al matrimonio, la atribuia su madre á este íntimo trato con su hermana. Isabel y Jeremías, edificaron un doble monasterio no muy léjos de Córdoba, patria de Colomba, y allí se encerraron con su familia. Apenas pudo Colomba disponer de sí, dejó la casa de su madre, y pasó á vivir en el monasterio de su hermana, donde se dió enteramente á la perfeccion religiosa. Muchas fueron las tentaciones con que la probó el Señor, pero la santa vírgen, escudada con la oracion, las resistió todas. Poco tiem-

po despues, los moros declararon cruel persecucion á cuantos vivian en los dos monasterios, así es, que se vieron obligados á abandonarle, refugiándose casi todos á la ciudad de Córdoba. Colomba, inspirada de Dios, y sin hablar palabra, se presentó al juez mahometano, declarando que era cristiana y que adoraba á Jesucristo, Dios verdadero, al paso que abominaba al impostor Mahoma. La santa fué condenada á ser decapitada, y efectivamente, le cortaron la cabeza en la misma ciudad de Córdoba, el dia 17 de setiembre del año 853 Fué enterrado su cuerpo en la iglesia de Santa Eulalia.

San Justino, presbítero y mártir.—Fué ordenado sacerdote de la Iglesia de Roma, por el papa san Sixto II. El Martirologio romano, dice que fué célebre en la confesion gloriosa de su fé, durante la persecucion de los emperadores Valeriano y Galieno. La principal y mas gustosa ocupacion de este santo, despues de las atenciones de su sagrado ministerio, era el dar sepultura á los cuerpos de los que habian derramado su sangre por Jesucristo. Entre los muchísimos santos á quienes enterró, se cuentan el nombrado papa san Sixto, san Lorenzo, san Hipólito y otros. Fué célebre en aquel tiempo por su intrépida perseverancia en aquella buena obra, y al fin murió tambien martirizado en Roma, en la via Tiburtina, en tiempo del emperador Claudio II, por los años 268.

Santa Hildegardis, vírgen.—Nació en la diócesis de Maguncia, el año 1098, de los condes de Spanheim. Apenas tenia ocho años, fué entregada á la abadesa de un convento, parienta suya, que debia cuidar de su educacion. A pesar de su tierna edad, mostró desde luego decidida aficion á todo lo que era santo y virtuoso, y abierta repugnancia á las cosas del mundo. Algunos años despues recibió el hábito religioso en el mismo monasterio, y creció de tal modo en ella, el espíritu de perfeccion, que el cielo la favoreció muchas veces con divinas visiones. San Bernardo, que estaba predicando la cruzada en aquel pais, visitó á Hildegardis varias veces, y habiéndola examinado detenidamente, declaró que se hallaba dotada del espíritu profético. Su humildad, su modestia, su paciencia y recogimiento, eran superiores á toda ponderacion: era un ángel en carne, un serafin en amor encendido á su esposo Jesucristo. Por la muerte de la abadesa, su parienta, fué la santa elegida superiora de la casa, en cuyo destino continuó viviendo en una íntima union con su Dios. No descuidaba por esto la solicitud debida al buen desempeño de su encargo; pero habiéndose aumentado considerablemente su comunidad, Hildegardis se retiró al monte de San Roberto, cerca de Binguem, el año 1148. Despues fundó otro monasterio en la diócesis de Maguncia, y en él murió el dia 17 de setiembre del año 1179, el ochenta y dos de su edad. Esta santa fué célebre en su tiempo, en todo el orbe cristiano, y lo prueban las varias obras religiosas que nos ha dejado, y particularmente una coleccion de cartas que escribió, la mayor parte dirigidas á las personas mas calificadas de la Iglesia y del estado, que le pedian su consejo.

Santa Ariadna, mártir.—Era una jóven griega que vivia en Frigia durante el imperio de Adriano. Un dia que se estaba celebrando una gran fiesta en honor de los ídolos, se presentó la santa en el lugar de los sacrificios, y proclamando en alta voz la gloria y divinidad de Jesucristo, condenó la horrible supersticion de los paganos, y turbó por medio de un milagro la alegría y órden de la fiesta. Inmediatamente fué presa y puesta en el tormento, en el cual fué afligida por espacio de muchas horas, y despues salió ilesa, hasta que al fin la degollaron, y así alcanzó la palma de la victoria.

San Narciso y san Crescencion, mártires.—En las actas del mártir san Lorenzo se leen las siguientes palabras: «Poco ántes del martirio del ilustre levita, fué este de noche á buscar á los cristianos que se hallaban reunidos en la casa de un tal Narciso; les exhortó á todos á continuar en la fé de Jesucristo, y á no intimidarse con la persecucion que estaban sufriendo. Habia en aquella reunion de fieles un cristiano llamado Crescencion; ciego de nacimiento, que al oir á Lorenzo, le suplicó le curasen la ceguera para que pudiese verle, y en efecto, habiendo hecho Lorenzo la señal de la cruz sobre los ojos del ciego, al momento vió Crescencion á su bienhechor, y toda aquella congregacion dió gracias al Señor por el nuevo prodigio.» Despues, Narciso y Crescencion, derramaron tambien su sangre por la fé en la misma ciudad de Roma, durante el imperio de Valeriano.

San Pedro de Arbués, mártir.—Nació en el reino de Aragon, en una villa distante seis leguas de Zaragoza, el año 1441. Fué criado por sus virtuosos padres en el temor de Dios, é hizo luego grandes progresos en las ciencias humanas, y en la sagrada teología. Graduóse de doctor en Bolonia, donde enseñó con admiracion de todos, y en seguida fué hecho canónigo de la santa Iglesia de Zaragoza, cuando aquel cabildo era todavía regular. Pedro hizo su solemne profesion el año 1476, y fué el gozo, el consuelo y el espejo de todo aquel clero, por su modestia, su humildad, su amor á los pobres y su prudencia. Cuando los reyes católicos establecieron en España la Inquisicion, nombraron á Pedro primer inquisidor de Aragon, y el celoso desempeño de su encargo, le atrajo el odio de los judíos, que juraron perderle. Una noche á la hora de maitines, se introdujeron tres de aquellos en la iglesia, y cuando el santo se hallaba arrodillado haciendo oracion delante del santísimo sacramento, le acometieron de improviso y le descargaron tan fuerte cuchillada en la cabeza, que á los dos dias murió, el 17 de setiembre del año 1485, siendo despues canonizado por el papa Alejandro VII.

Los santos Sócrates y Estéban, mártires.—Ingleses de nacion, fueron convertidos y bautizados por san Anfibalo, presbítero y mártir. Durante la persecucion de Diocleciano, se negaron á abjurar la fé de Jesucristo, y fueron degollados en Walia de Inglaterra, el año 304.

La Impresion de las llagas de san Francisco.—Dos años ántes del glorioso tránsito de san Francisco de Asís, en el de 1224, se fué el santo patriarca, como solia, al monte de Alverna, lugar apartado y quieto para la oracion, á celebrar la cuaresma de Asuncion de nuestra Señora. Y como allí gozase en la altísima contemplacion de los misterios de Jesucristo, trasformado en él con inefable dulzura, una mañana cerca de la Exaltacion de la santa Cruz, vió bajar del cielo una semejanza de serafin, que tenia seis alas como el que vió Isaías, que echaban de sí centellas de gran resplandor. Y como volando con ligereza, llegase al lugar donde él estaba, apareció entre las alas la figura de un hombre crucificado que tenia las manos y los piés estendidos en cruz, y clavados con clavos, y el pecho alanceado. Esta vision llenó de maravilla al siervo de

Dios, de compasion por los dolores de Cristo, y de gozo, porque entendió que era voluntad de Dios transformarle en una imágen viva de Jesucristo crucificado. Desapareció la vision, dejando abrasada su alma en amor muy encendido y vehemente, y luego se vieron en sus manos y piés, las señales de los clavos conforme los habia visto en aquella figura. Los agujeros eran tan grandes, que se podia meter un dedo de la mano, y de la llaga del costado, que siempre tenia abierta, con mucha frecuencia le corria sangre, (san Buenaventura, *Legenda sanc. Franc.* cap. 13). Este milagro se puso en el Martirologio romano, por mandato de Sixto V, y despues se mandó que se celebrase fiesta de él en toda la Iglesia. Véase la vida del santo, el dia 4 de octubre.

San Flocelo, mártir.—Era un niño de la ciudad de Autun, que en tiempo del emperador Antonino, siendo prefecto Valeriano, por no querer abandonar la religion cristiana, despues de padecer muchos tormentos, hecho pedazos por las fieras, alcanzó la corona del martirio en su misma patria.

Los santos Valeriano, Macrino y Gordiano, mártires. —Las únicas noticias que tenemos de estos santos, son del Martirologio galicano, que dicen que murieron degollados en Noyon, en tiempo de Decio.

Santa Agatodia, mártir.—Fué griega de nacimiento, y abrazó la religion cristiana, siendo esclava de una mujer infiel. Así que esta lo supo, empezó á castigarla continuamente, y á darla muy malos tratos, los cuales duraron por espacio de ocho años. La santa paciente y resignada, no se quejó nunca, pero tampoco desistió de sus propósitos, y la que tanto la habia atormentado, la acusó al juez. Este, viéndola invencible, la condenó á varios suplicios, y al fin le hizo arrancar la lengua, y echarla en una hoguera, donde acabó gloriosamente su vida

San Sátiro, confesor.—Fué hermano de san Ambrosio, arzobispo de Milan, por el cual sabemos que Sátiro conservó toda la vida su integridad bautismal, con cuerpo casto y corazon puro. Segun los bolandistas, murió en Milan, el año 392 ó 393.

Santa Teodora.—Fué una noble matrona romana, que cristiana de todo corazon, en tiempo de la persecucion de Diocleciano y Maximiano, se ocupaba en servir con toda solicitud á los mártires durante su vida, y dar sepultura á sus cuerpos muertos. En estas ocupaciones y otras obras de piedad, llegó Teodora á una edad muy avanzada y murió coronada de merecimientos, por los años de 312.

DIA 18.

Santo Tomás de Villanueva, arzobispo y confesor.—Nació el santísimo pontífice, gran limosnero y verdadero padre de pobres, santo Tomás de Villanueva, en la villa de Fuenllana, del arzobispado de Toledo, el año del Señor de 1488: su padre se llamó Alonso Tomás García, de los hijos-dalgo mas principales de Villanueva de los Infantes, y su madre doña Lucía Martinez de Castellanos, natural de Fuenllana, y de lo mejor de aquella villa. Aunque nació el santo en Fuenllana, se crió en Villanueva: y de aquí tomó el apellido al entrar en la órden de San Agustin, segun la costumbre de la provincia de Castilla. Eran sus padres ricos de bienes temporales, pero mas ricos de misericordia y piedad; y así, su casa era hospital de pobres, y su madre era llamada, la santa Limosnera: y si hubiéramos de escribir la vida de sus padres, como la del hijo, tuviéramos muchos ejemplos raros y admirables que contar: especialmente de su santa madre, que no solo en la misericordia, mas en la penitencia, oracion y otras virtudes, se señaló mucho, como lo mostró Dios con algunos casos milagrosos. Uno de ellos fué, que habiendo dado un dia toda la harina que le habian traido de un molino, cuya renta tenian destinada ella y su marido para los pobres; viniendo un pobre de nuevo, dijeron las criadas que ya se habia dado toda la harina, y no habia quedado nada en la troj. Con todo eso, dijo ella: Mirad bien la troj y barredla; que no permitirá Dios, que se vaya este pobre de mi casa sin limosna. Volvieron las criadas, seguras de que no habian de hallar nada; y hallaron la troj llena, con grande espanto y admiracion. Empezaron á dar voces admiradas, y ella, huyendo de la vanagloria, les hizo señales que callasen, y dijo: Bendito y alabado sea el Señor, que así remedia á sus pobres. Dióle tambien el Señor particular gracia para sanar niños quebrados: porque haciendo la señal de la cruz, los dejaba libres de aquel accidente; mas ella queria ocultar el milagro con una venda que les ponia, advirtiendo que no se la quitasen hasta cinco ó seis dias. Murió como habia vivido, y en su última enfermedad, todo su cuidado era decir á los criados: Den limosna á esos pobres: dénles de comer: vistan á esos pobres: que son las palabras que decia toda su vida: y estando ya cercana á la muerte, ó por mejor decir á la vida eterna, vió á su marido, que habia muerto algunos años ántes, y venia desde el cielo á visitarla. Hablando santo Tomás de su santa madre, decia semejantes alabanzas, que san Agustin de santa Mónica. De tales padres nació tal hijo, y de tales limosneros, el limosnero por excelencia, siendo mas heredero de su misericordia que de su hacienda; y una de las mayores alabanzas de santo Tomás, fué haber excedido mucho en la misericordia á sus padres.

En la niñez dió santo Tomás no solamente muestras y señales de la caridad y misericordia que habia de tener en su vida; mas tales ejemplos, que ya entonces merecia el nombre de Padre de pobres, y solo son menores, comparados con los que dió despues. Si alguno pudo decir con el santo Job: «Conmigo nació la misericordia desde el vientre de mi madre, y conmigo ha crecido,» es nuestro Tomás de Villanueva; porque en teniendo uso de razon, tuvo uso de la misericordia, siendo tan presto misericordioso como racional. Cuando iba á la escuela, no queria almorzar en su casa, sino que le diesen su almuerzo para llevarle á la escuela; y al primer pobre que encontraba se le daba, y él no se desayunaba hasta venir á comer á su casa. Muchas veces volvia á su casa sin medias, ni zapatos, ni vestido, por habérselo dado á los niños pobres que encontraba. Estando un dia de invierno en casa de un vecino de su casa, llegaron unos muchachos desnudos, tiritando de frio á pedir limosna: despidiéronlos en aquella casa sin limosna; y saliendo el niño tras ellos, los llamó, y dió á uno la ropilla y á otro el jubon, á otro las medias, y con sola la camisa se volvió á su casa: y preguntado de su madre, cómo venia de aquella manera, la dijo: Señora, déme vuestra merced el castigo que quisiere, porque sabe Dios nuestro Señor, que viendo yo aquellos pobrecitos desnudos y helados de frio, no me sufrió el corazon, ni estuvo en mi mano dejar de vestirlos y cubrirlos lo mejor que yo pude. Y como la madre era tan piadosa,

no pudiendo detener las lágrimas de consuelo, volvió á otra parte los ojos y dió gracias á Dios nuestro Señor porque le habia dado un hijo tan compasivo y misericordioso. Habiéndose puesto un dia de fiesta un vestido nuevo, saliendo de su casa, vió un muchacho de su estatura que tenia el vestido viejo y roto, trocó con él su vestido, y volviendo á su casa, preguntado de su madre, qué habia hecho el vestido nuevo, dijo que le habia dado á un pobre que le merecia mejor que él, y que su vestido le venia mejor al pobre, y el del pobre á él. Siempre que podia alcanzar de su madre algun dinero ó cosa de comer, lo llevaba luego al hospital de los pobres. Estando un dia su madre fuera de casa, llegaron unos pobres á pedir limosna, y no hallando nada que darles, se fué el santo niño adonde estaba una gallina con seis pollos que criaba, y repartió los pollos entre los pobres, dando á cada uno el suyo. Vino su madre, y preguntándole cómo habia hecho aquello, respondió: Señora, no me sufrian las entrañas que los pobres se fuésen como habian venido, y así les dí los pollos, y si viniera otro pobre pensaba darle la gallina. En el agosto le enviaban sus padres á llevar el almuerzo y comida á los segadores, y sin que ellos lo echasen de ver, distribuia mucha parte á los pobres que por allí andaban y venian, como es costumbre, á recoger las espigas; mas al llegar los cegadores á comer, con ser gente voraz, no echaban ménos la falta, y quedaban satisfechos y contentos.

No solo de misericordia, mas de otras virtudes daba raros ejemplos en la niñez y puericia. Ayunaba muchos dias, fuera de los que manda la Iglesia, y se disciplinaba con tanto rigor como si tuviera muchas culpas, pero con gran secreto: y así tuvo gran pesar y sentimiento, porque un dia halló su madre las disciplinas junto á su cama. Era obedientísimo á sus padres sin apartarse en nada de su voluntad, muy humilde y devoto, y aficionado á las cosas del culto divino; y tan honesto y modesto en todas sus acciones y palabras, que no se le notaba falta ninguna, aun de las que son propias de aquella edad, ántes reparando los vecinos sus acciones, decian: Este niño ha de venir á ser un gran santo: y por muchos años duró en Villanueva la fama de la santidad que habia mostrado en su niñez. Huia de los muchachos traviesos é inquietos, y ordinariamente andaba solo, por no andar mal acompañado. Era muy amigo de oir misa y sermon: y los dias de fiesta despues de comer, juntaba los niños que podia de su vecindad y barrio, y no faltaban hombres que se hacian niños para oir al predicador niño; y subiéndose á algun lugar eminente, repetia el sermon que habia oido, con tanto espíritu y fervor, que muchas veces se acababa el sermon con lágrimas del predicador y de los oyentes que se compungian, oyendo los desengaños que les decia Dios por la boca de aquel niño inocente.

Mostró en esta edad singular ingenio, y así teniendo quince ó diez y seis años, le enviaron sus padres á la universidad de Alcalá, que habia fundado poco ántes el cardenal don fray Francisco Jimenez de Cisneros. Aquí con los buenos principios que llevaba de latinidad, y su aplicacion y capacidad, salió en breve excelente latino y retórico. Fuéle forzoso volver á su casa para consolar á su madre en la muerte de su padre, y viendo que habia heredado una casa principal que su padre le habia hecho, para que viviese cuando acabados sus estudios volviese á Villanueva; rogó á su madre que pusiese en ella camas y ropa, y sirviese de hospital para pobres y peregrinos; porque dando él á Dios casa en sus pobres, Dios le daria á él casa en que vivir. Hízose así, y despues dotó el santo aquel hospital con la herencia de sus padres, y se llama hoy «el hospital del Arzobispo de Valencia:» y se puede llamar el hospital de la Salud; porque desde que se empezaron á hacer las informaciones de su santidad y milagros, fueron muchos los enfermos que cobraron salud, mas por virtud de la intercesion del santo á quien se encomendaban que por la eficacia de las medicinas; y así casi ninguno moria de cuantos entraban en él. Volvió á Alcalá, y Dios le dió casa en que vivir, como se lo prometia su confianza; porque aprovechó tanto en los estudios de filosofía y teología, que buscando el cardenal Cisneros los mejores estudiantes, para dar buen principio al colegio mayor de San Ildefonso que habia fundado; por los informes que tuvo de los maestros y otros varones doctos y graves de la universidad, le nombró luego por su colegial, siendo el nono entre los primeros que tuvo aquel insigne colegio. El ejemplo que dió de todas las virtudes fué tal, que el maestro Juan de Vergara, uno de los hombres mas insignes en letras y púlpito, que tuvo aquella universidad y estaba en aquel colegio al mismo tiempo; en los sermones que predicaba, traia por ejemplo á sus oyentes las virtudes de Tomás; y los exhortaba á imitarle, como si hablara, no de un mancebo y colegial que vivia, sino de un santo que estaba ya canonizado.

Diéronle una cátedra de artes, en que no ménos procuraba enseñar á sus discípulos la virtud que las letras: y fuera del ejemplo que les daba, no perdia ocasion de exhortarlos á la castidad, recogimiento, devocion, frecuencia de sacramentos y aplicacion al estudio.

La fama de sus grandes partes excitó la codicia de la universidad de la ciudad de Salamanca, porque deseaba gozar de su doctrina; y así vacando la cátedra de filosofía moral, la proveyeron en él por claustro y le enviaron á llamar. Ya Tomás deseoso de retirarse del mundo y entregarse todo á Dios, deliberaba acerca del modo de vida que habia de tomar, ó de clérigo ó de religioso, pidiendo á Dios nuestro Señor luz de su voluntad, con oraciones, ayunos y limosnas, por no errar en lo que tanto importa, como la eleccion de estado, de que ordinariamente depende la salvacion, y resolver despacio lo que ha de durar toda la vida. Con todo eso, por mostrarse reconocido á la demostracion de aquella universidad, fué á la ciudad de Salamanca y leyó tres lecciones, y en la postrera, donde fué oyente el rector leyó aquel misterioso salmo: *In exitu Israel de Ægipto*, despidiéndose del siglo con la palabras de David; porque al otro dia tomó el hábito en el convento de San Agustin, habiendo escogido esta sagrada religion, despues de madura consideracion y mucho consejo; porque sus reglas le parecieron las mas acomodadas á sus deseos, y su instituto el mas conforme á su inclinacion. Recibió el hábito dia de santa Catalina, virgen y mártir, del año de 1517; teniendo veinte y nueve años de edad, con gran gozo de aquellos religiosos; porque Dios nuestro Señor les traia á su casa un varon tan excelente en letras y virtud, y mayor gozo del santo; porque le sacaba el Señor del piélago del mundo al puerto seguro de la religion. No dió cuenta de su vocacion ni entrada á sus parientes ni á su misma madre, aunque era tan grande sier-

va de Dios; porque, como él decia algunas veces predicando: Estos seglares tarde dan su consentimiento; y no dudan de embarazar lo que no tienen ánimo de imitar. En el noviciado, siendo novicio en el fervor, parecia antiguo en el aprovechamiento, adelantándose no solo á sus compañeros, mas aun á los que tenian muchos años de religion. Principalmente resplandecian en él una oracion continua, un recogimiento y silencio tan grande, que no hablaba si no era preguntado: una profunda humildad con que se tenia por el menor de todos, y una obediencia tan resignada, que no tenia mas voluntad que la de sus superiores, y todo lo que ellos querian, él prontamente lo ejecutaba. Acompañaba á estas y las demás virtudes religiosas, con una grande abstinencia y templanza en el comer; porque no solamente guardaba los ayunos de la órden, sino otros muchos dias por su devocion; de manera que de las tres partes del año, ayunaba las dos; y los dias que no ayunaba, reservaba la mayor parte de su comida para los pobres, juntando el ayuno con la misericordia, y haciendo de la abstinencia caridad, y quitándose el bocado de la boca para darlo al pobre. Su sueño era de pocas horas, su cama ordinariamente un jergoncillo con dos mantas, y en la cuaresma y adviento solas unas tablas. De los cilicios y disciplinas se puede conocer qué haria cuando religioso, por lo que hacia cuando niño, y por lo que diremos que hacia siendo de edad y arzobispo.

Acabado el año del noviciado, hizo su profesion; mas aunque empezó á ser profeso, no acabó de ser novicio en el recogimiento, humildad y sujecion, no queriendo que le trajese mayor libertad lo que le traia mayor obligacion. Luego se ordenó de sacerdote por mandado de sus prelados, y celebró la primera misa en la fiesta del Nacimiento de Cristo nuestro Señor, del cual misterio fué desde niño muy devoto. Dijo sus primeras misas con gran preparacion y devocion, recibiendo del Señor grandes misericordias: y despues toda la vida, cuando celebraba el sacrificio de la misa, al decir: *Gloria in excelsis Deo*, y despues en el prefacio: *Per incarnati Verbi mysterium*, no podia contener las lágrimas; y no pocas veces quedaba el cuerpo inmóvil, y el espíritu era arrebatado á Dios nuestro Señor. Algunas veces, al acabar la misa, fué visto su rostro resplandeciente como el de Moisés, de manera que no podian mirarle á la cara. Antes de entrar en la religion, tenia costumbre de examinar cada dia su conciencia; pero despues de ser religioso se tomaba mas estrecha cuenta, y mucho mas despues de sacerdote, para ver si se aprovechaba y crecia con el nuevo manjar que recibia todos los dias; y á este propósito solia decir: El sacerdote que diciendo misa cada dia no se halla mejorado y mas medrado cada dia, no le va bien, mala señal es; porque en el camino del Señor, no ir adelante es volver atrás. No entraba en celda de otro, ni otro en la suya, y jamás le veian por el convento parlando ó perdiendo tiempo; todo lo gastaba en oracion ó en leccion de libros devotos, ó en alguna obra de caridad. A sus superiores respetaba como á padres; á sus iguales amaba como á hermanos, y á los enfermos servia como si viera en ellos á Cristo nuestro Señor. Cuando sabia que habia alguna amargura entre algunos frailes, luego entraba como ángel de paz á componerlos: con lo cual era amado, estimado y venerado de todos, como si fuese un ángel del cielo; porque verdaderamente en sus costumbres y vida lo parecia.

Mandáronle los superiores leer teología en su convento á los frailes; y él explicó al maestro de las sentencias segun la mente del Doctor angélico, á cuya doctrina fué siempre muy aficionado, por ser este Salomon de la teología como un sol clarísimo, con cuyas luces se acierta siempre la verdad. Con la ocupacion de la cátedra juntaba los ejercicios de la oracion y caridad; á todo esto le añadieron los superiores la carga de predicar, porque conocieron que Dios nuestro Señor le habia dado talento, no solo de maestro, sino tambien de predicador, y quisieron que no sepultase su talento, sino que lograse con él las almas; pues para eso se le habia dado aquel Señor, que reparte como quiere los talentos á sus siervos. Empezó á predicar en su convento con tanto espíritu y celo, que luego se extendió su fama por la universidad, y le oyeron con tanta admiracion y espanto, como si vieran en el púlpito á Pablo resucitado, ó algun ángel hubiera venido del cielo á predicarles. Llamábanle algunos Elías, de quien dice la Escritura, «que su doctrina era fuego, y sus palabras como una hacha encendida:» y no hablaba con este encarecimiento solamente la gente vulgar, si hay de esta en las universidades, pero los hombres mas sabios y los varones religiosos se admiraban mas, y todos iban á oirle cuando predicaba, dejando ellos su sermon cuando le tenian. Las palabras del divino predicador eran como un cuchillo de dos filos, que atravesaba el alma y corazon de cuantos le oian: y así era el fruto increible, los pecadores que se convertian innumerables; y podemos decir, que ninguno le oia que no saliese mudado de su sermon. Los monasterios de la ciudad de Salamanca se poblaron de religiosos, y aun dice don Juan de Muñatones, de la órden de San Agustin, y obispo de la ciudad de Segorbe, que se hallaba á esta sazon en la ciudad de Salamanca, «que quien mirase entonces á Salamanca no le pareceria ciudad de seglares, sino un grande monasterio de religiosos.»

Pero no es mucho que hiciese tanto fruto en sus oyentes, y tan grande mudanza en aquella ciudad; porque no se predicaba á sí mismo, sino á Jesucristo crucificado; no ponia el estudio en la hermosura de las palabras, sino en las vivas razones: no buscaba conceptos sutiles que le ganasen aplausos, sino razones penetrantes que hiriesen los corazones; y sobre todo acompañaba su predicacion con el ejemplo de vida, y acreditaba lo que predicaba con lo que obraba; siendo sus obras el alma de sus palabras, y viendo los oyentes en el predicador, obrado el sermon que habian oido. Preguntáronle algunos amigos suyos qué libros estudiaba, y cuáles eran mas convenientes para un predicador; y respondió, que de todos los libros católicos que aprueba nuestra madre la Iglesia, se podia aprovechar el predicador, como tuviese tres cosas: santidad de vida, humildad de oracion y verdadero zelo y deseo de la salvacion de las almas: porque la buena vida acredita la buena doctrina: la humilde oracion alumbra el propio entendimiento y enciende la voluntad, para que alumbre y encienda á los demás; y el zelo y deseo de la salvacion de las almas da fuerza á las palabras y eficacia á las razones, para que hieran los corazones mas endurecidos; pero buena doctrina, sin buena vida, pierde su autoridad; y estudio sin oracion y zelo llena el entendimiento de agudos conceptos, mas deja seca la voluntad, y el pecho del predicador frio; y de pecho frio, repetia muchas veces, ¿cómo pueden salir palabras ardientes?

Voló luego su fama por toda España, y el emperador Cárlos V y la emperatriz le llamaron á Valladolid, con deseo de oirle predicar; y les agradó tanto el primer sermon, que le hicieron luego su predicador, y quisieron que en adelante residiese en Valladolid, para poderle oir muchas veces. Eran sus auditorios mayores que las iglesias donde predicaba, y concurrian á oirle obispos, grandes, títulos, nobles, eclesiásticos, seglares y religiosos, y el mismo emperador Cárlos V, mientras estaba en Valladolid, rara vez le perdia sermon; y para esto tenia mandado á sus capellanes, que le avisasen cuando predicaba, y si no podia ir en público, iba en secreto; porque confesaba, así el emperador Cárlos V, como tambien la emperatriz, que sacaban notable fruto de los sermones de Fr. Tomás de Villanueva. Avisáronle un dia que predicaba en su casa en Valladolid; y el césar, codicioso de oirle, fué muy temprano: y entrándose con los grandes en el claustro á esperar la hora del sermon, dijo al portero: Decidle á Fr. Tomás de Villanueva, que estoy aquí, que baje. Fué el portero; y respondió el santo á la majestad cesárea, que estaba estudiando; que si habia de predicar no podia bajar, y que si bajaba no predicaria. Pareció, á los que acompañaban al emperador, despejo y descortesía, y diéronlo así á entender, obligando á que su majestad dijese: A mí me ha edificado lo que á vosótros os ha escandalizado: y quisiera yo que todos los predicadores y religiosos fueran tan desasidos de la vanidad, y despegados de la grandeza, como Fr. Tomás de Villanueva. Conforme á esto era la verdad y libertad cristiana, con que predicaba al emperador Cárlos V. Llegó su fama á Portugal: y el rey don Juan, estando el césar fuera de España, escribió al provincial de Castilla, que le enviase á Fr. Tomás de Villanueva, porque deseaba mucho oirle. Partióse el santo á Portugal por mandato de su superior; pero causó tanto sentimiento en Valladolid su ida, que los regidores fueron á suplicar á la emperatriz, escribiese al rey de Portugal, para que les volviese á Fr. Tomás de Villanueva, porque hacia mucha falta en su córte tal predicador. Cuando predicaba, así encendian sus palabras á los oyentes, como si fueran llamas de fuego; y así atravesaban sus corazones, como si fueran saetas. Él derramaba muchas lágrimas, y las hacia derramar á todos los presentes; y por el grande sentimiento que tenia de las verdades que predicaba, se quedaba muchas veces en el púlpito absorto y como fuera de sus sentidos, sin poder hablar: y aunque él procuraba encubrir y disimular aquellos afectos y arrobos, porque fué siempre enemigo de esterioridades, no podia; porque en la mano de Dios nuestro Señor estaba el darlos, y no estaba en su mano el dejar de recibirlos. Y sucedíale tantas veces arrobarse en el púlpito ó en la oracion, ó en la misa, que de muchos era llamado varon extático, por el don que tenia de padecer éxtasis. Su doctrina era como el maná, que sabia á cada uno á lo que queria, ó por mejor decir á lo que habia menester; porque, como escribe el obispo de Segorbe, teniéndolo por cosa milagrosa, con ser tantos y de tan diversos estados, condiciones, ingenios y costumbres, los que asistian á sus sermones; con unos mismos conceptos, documentos, doctrinas y palabras, satisfacia y aprovechaba á todos.

No solo con sus sermones reformaba las costumbres del pueblo; mas cuantos trataban ó se confesaban con él, salian muy aprovechados, y muchos dejaban el siglo y se entraban religiosos, y otros vivian como religiosos en el siglo, tratando de gran perfeccion. Reformó con sus consejos y exhortaciones muchos monasterios de religiosas. Acudian al santo los consejeros del emperador, los grandes y señores y otras muchas personas, á consultar las cosas de su conciencia, y los negocios en que estaban metidos, como á padre espiritual y gran teólogo; y Dios le habia dado con mucha doctrina una admirable prudencia para desenredar conciencias, y guiar por camino seguro á los que le consultaban: de manera que á un mismo tiempo era predicador, maestro, padre espiritual, y hacia diversos oficios para ayudar de muchas maneras á todos: y era tanta su autoridad para con todos, que lo que él pedia, nadie acertaba á negarlo, por muy dificultoso que fuese; y con ella compuso negocios que parecia no tener composicion. Basta un ejemplo grande por mil. Fueron condenados en Valladolid á degollar unos caballeros por el emperador Cárlos V, con tanto enojo y resolucion, que yendo á interceder por ellos el arzobispo de Toledo y los grandes, y echándose á sus pies el mismo príncipe don Felipe, su hijo heredero, para que los perdonase; se mostró á todos inexorable el emperador. Rogaron á Fr. Tomás, que fuese á hablar al emperador: y aunque le parecia ocioso pedir él, lo que á tales personas se habia negado, con todo eso solicitado de los señores, y mucho mas de su misma misericordia, entró á pedir al emperador que los perdonase; y á pocas razones que le dijo, alcanzó el perdon que deseaba. Admiráronse los grandes y señores de esto, y el emperador les dijo: No os espanteis de que haya concedido á Fr. Tomás, lo que he negado á tantos: porque los demas ruegan; pero Fr. Tomás manda, y yo no acierto á negarle nada, conociendo que viene enviado del cielo, como ministro de la caridad y misericordia. Mas no se maravillará de esto, quien considerare la opinion que todos tenian de su santidad, la cual era tanta, que al pasar por las calles salian á verle á las puertas y ventanas, y se arrodillaban muchas personas para reverenciarle, como si fuera un santo del cielo, que por privilegio ó dispensacion viviera en la tierra. Esta opinion le ganaron en todas las partes donde estuvo, fuera de sus grandes virtudes, algunos milagros que Dios obraba por sus merecimientos.

Como sus religiosos veian su grande santidad y prudencia, le ocuparon, desde que entró en la órden, en el gobierno. Dos veces fué prior de Salamanca; y la primera dos años despues de profeso: cosa rara y nunca vista en su religion, y que prueba la rara santidad de aquel, con quien justamente se dispensaron sus perpetuos estilos. Fué tambien prior dos veces del convento de Burgos, muchas del convento de Valladolid, y dos veces provincial, una de la provincia de Andalucía y otra vez de la de Castilla, habiendo sido ántes visitador de las dos provincias, cuando estaban juntas, y por su parecer y consejo se dividieron. Siempre entró en los gobiernos contra su voluntad y por pura obediencia de sus prelados, que le cargaban la conciencia si lo resistia: y entrando á gobernar por esta puerta de la voluntad de Dios, era un gobernador segun el gusto de Dios, zelosísimo de su gloria, y cuidadosísimo de la observancia de su religion. Fué enemigo de toda novedad, y jamás quiso en los conventos mandar cosa de nuevo, sino que se observasen las leyes de sus mayores, y las buenas costumbres de la órden. Deseaba que los frailes hiciesen mas caso de lo interior que de lo exterior:

y decia que lo exterior, sin lo interior, no hace frailes verdaderos, sino hipócritas fingidos. Mandaba mas con obras que con palabras, y su ejemplo era el precepto mas eficaz para sus súbditos; porque era el primero en todas las observancias de su órden, sin que las continuas ocupaciones de sermones, confesiones, consultas, con las otras del gobierno, le excusasen de ir al coro á la media noche, y de dia á todas las horas que podia: con que ninguno rehusaba ir detrás del que veia ir delante, ni se atrevia á dejar de seguir al que con el ejemplo le predicaba. Amaba á todos sus súbditos como á hijos, y tratábalos como á iguales; pero templaba de tal manera la llaneza religiosa con la autoridad de prelado, que todos le amaban como á padre y le respetaban como á superior, sin que el respeto entibiase al amor, ni el amor disminuyese al respeto. Aguardaba sazon para corregir las faltas, para que la reprension y castigo fuese de provecho; y así le acontecia ver las faltas y hacer como que no las veia, y á su tiempo llamaba al delincuente y le corregia con amor, y cuando era menester, con rigor. Lloraba, ayunaba y se disciplinaba, hasta derramar sangre, por las culpas de sus súbditos; para que ellos las llorasen é hiciesen penitencia de ellas. Cuidaba mucho de que á todos se les proveyese de lo necesario, especialmente á los enfermos. Sobre todo era celebrada, de cuantos le conocieron, la paciencia y mansedumbre con que sufria las imperfecciones y condiciones de sus súbditos, sin exasperarse jamás con ellos, ántes compadeciéndose de su enfermedad, como el médico ó la madre amorosa del hijo enfermo.

Las veces que fué provincial, visitaba por sí mismo todos los conventos de su provincia, sin perdonar ningun trabajo, ni querer usar de vicarios ni encargar á otro aquello de que él habia de dar cuenta á Dios nuestro Señor. Cuatro cosas, entre otras, encomendaba y procuraba principalmente en todos los conventos donde entraba: la primera el culto divino, declarándoles que consiste principalmente en la atencion y devocion interior del corazon, con que se debe celebrar el sacrificio de la misa, y decir el oficio divino, y en el sosiego y pausa exterior de las voces en el coro, y en la limpieza y aseo de los altares; afirmando que esta era la puerta por donde entran todas las felicidades á los monasterios, y todas las misericordias del Señor á los religiosos: la segunda era la leccion de la sagrada Escritura y libros devotos, en que los religiosos hallan luz para su entendimiento, ardor para su voluntad, aliento para la observancia religiosa, y sufrimiento para llevar todos los trabajos de la religion: y decia que así como no puede conservarse el cuerpo humano sin el calor natural, que cuece y digiere los manjares del estómago; así no puede el religioso aprovecharse de los ejercicios de la religion sin la leccion y sin la consideracion de lo que lee, que es como el calor, que los convierte todos en alimento del religioso: la tercera, una caridad entre todos verdadera y no fingida; porque sin ella la religion no es órden, sino desórden y turbacion: y ponderaba mucho los bienes de la caridad, dando medios para guardarla; y á los perturbadores de ella castigaba con rigor, como á enemigos comunes y perturbadores de la paz: la cuarta era que cada religioso tomase aquella ocupacion y ejercicio que mas decia con su natural inclinacion, para que ocupado gustosamente en ella, huyese el ocio, enemigo de toda virtud: al cual aborrecia tanto que siendo en el castigo de otras faltas benigno; en el castigo de esta se mostraba riguroso: porque veia que el ocio no es una culpa sola, sino un seminario y fuente perenne de culpas. Tuvo discrecion de espíritus y gracia de aplicar á cada uno la medicina que habia menester para sanar de su enfermedad espiritual; y cuando bastaba la suavidad no llegaba al rigor: y si podia corregirle con penitencias propias, no se las daba al culpado; y despues que alguno se enmendaba de su falta, se olvidaba de ella, y le trataba como si nunca la hubiera cometido. Cuando fué por prior á Burgos, halló un súbdito que tenia una falta notable, y porque merecia grave castigo no le habló palabra, ni le mostró mal semblante, disimulando como si ignorara su culpa; pero juntamente oraba á Dios y hacia penitencia por su enmienda: y concedióle el Señor tan cumplidamente lo que pedia, que no solamente se enmendó aquel religioso, mas salió tan espiritual y observante, que haciéndole luego provincial al santo, le tomó por su compañero. Admirósé mucho el religioso, porque habia sabido que el santo tenia noticia de su culpa, y díjole: ¿Cómo me escoje vuestra paternidad por compañero, conociéndome y sabiendo quien yo soy? Respondió el santo: Bien os conozco y sé vuestra falta; pero sé tambien vuestra penitencia, y el bien que por la divina misericordia habeis sacado de vuestra caida. Alabad siempre á Dios, y entended que por vuestra culpa, con la penitencia que habeis hecho así como no valeis ménos con Dios, tampoco valeis ménos conmigo, ni dejais de ser bueno para acompañarme en este oficio. Con su benignidad, prudencia y ejemplo de vida, cuando prior y provincial, reformó los conventos que necesitaban de reformacion, y enfervorizó mas á los observantes, y tuvo muchos súbditos muy espirituales y santos de que pudiera hacer aquí un largo catálogo; pero basta decir que todos los varones insignes que florecieron en su provincia, mientras él vivió en ella, fueron discípulos de este maestro, é hijos de este padre espiritual. Él envió la segunda vez que fué provincial á predicar á Méjico aquellos valerosos soldados de Cristo, que tanta parte fueron en la conversion de aquellas provincias, con sus vidas, doctrina y milagros, Fr. Cristóbal de San Martin, Fr. Pedro de Pamplona, Fr. Juan Cruzate, y por caudillo al santo Fr. Gerónimo Gimenez, profetizándoles el fruto que habian de hacer, y prometiendo ayudarles con oraciones como lo experimentaron ellos bien en el fruto que hacian en las almas.

La luz todos la apetecen, y no hay quien no quiera gozar de los rayos del sol; y Dios queria poner esta hacha encendida en lugar mas alto y eminente para que alumbrase mas. Estando el emperador en Toledo, vacó el arzobispado de Granada; y aunque no estaba en aquella ciudad santo Tomás, por andar visitando su provincia, de que era entonces provincial; sin proponérsele nadie mas que sus méritos le eligió por arzobispo de Granada. Llamóle para que aceptase; pero fué tal la resistencia que hizo, que desistió por entonces el emperador. Despues el año de 1554, renunció el arzobispado de Valencia don Jorge de Austria, tio del emperador, y fué promovido de Paulo III á la Iglesia de Lieja, en Alemania. Hallábase en Flandes el emperador y luego nombró por arzobispo de Valencia á un religioso de la órden de San Gerónimo, y mandó á su secretario que despachase la cédula. Fué el

secretario á hacerla, y en lugar de poner en ella al que le habia nombrado el emperador, puso á Fr. Tomás de Villanueva. Llevósela al emperador para que la firmase: el cual le dijo: ¿Qué habeis escrito? porque yo no os dije á Fr. Tomás de Villanueva, sino á Fr. N. de la órden de San Gerónimo. Respondió el secretario: Ciertamente, señor, que á mí me pareció que vuestra majestad me habia dicho á Fr. Tomás de Villanueva; pero iré á hacer otra cédula y pondré el que vuestra majestad manda. Nó (dijo el emperador), no deshagamos la eleccion que Dios ha hecho. Aquel primer arzobispo le nombraba yo; éste le nombra Dios: mejor sabe Dios le que hace, que yo: y así á bien seguro que salga la eleccion acertada, y el arzobispo sea como elegido de Dios, y luego firmó la cédula para Fr. Tomás de Villanueva. Despachóse la cedula á Valladolid, donde estaba el príncipe don Felipe, y el santo era prior de su convento. Alegró la nueva á toda la córte; solamente al santo le entristeció mas de lo que se puede decir, y temblaba de ver la carga que amenazaba á sus hombros, encomendólo á Dios con muchas lágrimas, pidiéndole no permitiese que por sus culpas le echasen carga mayor que sus fuerzas; y excusóse con tal resistencia, que ni bastaron los ruegos de los grandes y señores, ni las razones del arzobispo de Toledo don Juan de Tavera, que con la mayor elocuencia que pudo, le persuadia que resistia á la voluntad de Dios, y preferia su juicio al de todos, y finalmente las del príncipe don Felipe; respondiendo que él lo habia encomendado mucho á Dios, y conocia su insuficiencia, y no queria dar cuenta á Dios de haber tomado el cargo que no podia bien administrar. Finalmente, escribió el príncipe al provincial de Castilla, que era Fr. Francisco de Nieva, para que mandase á Fr. Tomás aceptar el arzobispado; y el provincial se lo mandó en virtud de santa obediencia, y so pena de excomunion. Con esto viendo tan clara la voluntad de Dios, inclinó los hombros á la carga y aceptó el arzobispado.

Bien prometia lo milagroso de la eleccion, lo porfiado de la resistencia y lo humilde de la obediencia, cuán gran prelado habia de ser, el que por tales escalones ascendia á la dignidad; y así se mostró luego: porque fué uno de los mas insignes prelados que ha tenido la Iglesia de Dios. Fué consagrado en Valladolid en el convento de San Agustin, por el cardenal Tavera: y luego se partió á Valencia á pié, sin mas acompañamiento que el de un religioso, á quien amaba mucho por su virtud, llamado Fr. Juan Rincon y dos criados. No habia querido decir á los seglares el dia que se habia de ir, porque ninguno saliese á acompañarle, ni permitió que saliesen los religiosos, aunque muchos lo deseaban. Habíale enviado á rogar su madre muy encarecidamente, que al partirse á Valencia pasase por Villanueva de los Infantes: y el santo dudoso entre el respeto á su madre y la solicitud de sus ovejas, de que ya era pastor, le preguntó á su compañero si seria bien visitar á su madre y darla aquel consuelo. Respondió que sí, y dióle para ello buenas razones; mas el santo replicó: Bien está; mas encomendémoslo á Dios, para ver qué nos dice; como lo tenia de costumbre en todas sus dificultades. Detúvose como medio cuarto de hora; y luego dijo á su compañero: vamos á Valencia, que esto es ahora lo que quiere Dios, que acuda á mi Esposa; porque lo que dijo el primer hombre de la Esposa que Dios le dió: *Quamobrem relinquet homo patrem, et matrem suam, et adhærebit uxori suæ*, tambien obliga á los obispos respecto de sus Iglesias. En llegando á Valencia, se fué al convento de nuestra Señora del Socorro, que es de su órden, y está fuera de los muros, y los frailes le recibieron con grande alegría, y cantaron el *Te Deum laudamus*. Quiso Dios mostrar en la entrada del santo arzobispo las grandes felicidades que venian á aquel arzobispado: porque padeciendo ántes grande falta de agua, y con ella mucha esterilidad; al entrar por el distrito de su diócesis empezó á llover, y al llegar á su convento, fué grande la abundancia de agua, atribuyendo todos este favor á los méritos del santo, cuando supieron que estaba ya en su ciudad.

Habiendo estado en aquel convento algunos dias, atendiendo á su dignidad, á pesar de su humildad, permitió que le recibiesen en la ciudad de Valencia con la pompa y aparato que se acostumbra. El dia siguiente, despues de decir misa quiso que le llevasen á ver las cárceles de los eclesiásticos: y viendo que eran unos calabozos húmedos, hondos y oscuros, dijo con sentimiento: Mas conveniente es esta cárcel para ladrones y salteadores, que para sacerdotes consagrados á Dios; por otro camino hemos de corregir á los cristos del Señor y ganar á nuestros hermanos; y mandó cerrar y llenar de tierra aquellos calabozos. Tratábase con tanta humildad y pobreza, que los canónigos le enviaron cuatro mil escudos para que albajase su casa. Admitiólos el santo con agradecimiento; y sin tocar el dinero, llamó á los administradores del hospital general que poco ántes se habia quemado, é hizo que recibiesen aquel dinero para el reparo del hospital, olvidado de su necesidad, y solamente cuidadoso de la ajena. Fuera de esto encargó á los predicadores y confesores que en los púlpitos y confesionarios exhortasen á que los que pudiesen ayudasen para la fábrica de aquel hospital.

No dejó el santo con la dignidad de arzobispo las virtudes de religioso; ántes añadió á las de religioso las de arzobispo: y si le mudó la dignidad, como muda á tantos, fué en ser mayores sus obligaciones, y mayor el campo de ejercitar sus virtudes. Trajo por algunos años, siendo ya arzobispo, los mismos hábitos que traia en su convento, y los hacia remendar muchas veces, y tambien sus vestidos interiores, no dejando él á sus vestidos, hasta que sus vestidos le dejaban á él, cansados de servir de muy viejos: lo cual hacia por amor de la santa pobreza como religioso, y por el amor de los pobres, como prelado, por ahorrar para los pobres. Siempre que podia, se remendaba él mismo sus vestidos, como lo habia hecho en la religion; y para esto se encerraba en un aposentillo secreto, donde tenia aguja, hilo, dedal y tijeras, con algunos remiendos. Un dia que se descuidó en cerrar el aposento, le halló en este ejercicio un canónigo familiar suyo, y muy admirado, le dijo: ¿Qué es esto, señor ilustrísimo? ¿En esto se ocupa V. S., pudiéndolo hacer un oficial por un real, y mucho mejor? A lo cual respondió el santo: Aunque me han hecho arzobispo, no he de dejar de ser religioso, y con este real que se habia de gastar en esto, se puede sustentar mañana un pobre. Lo que yo os ruego es, que no digais á nadie lo que habeis visto. Como andaba vestido tan pobremente, parecióles á los canónigos que desdecia de su dignidad, y enviáronle á rogar que se vistiese con mas decencia. Y el santo, sonriéndose, y con

rostro alegre, respondió: Digan á esos señores, que yo les agradezco el cuidado que tienen de mi persona; pero no desdice la pobreza de un arzobispo, ni consiste la autoridad de un prelado en lo precioso de las ropas, sino en el celo de las almas que Dios le ha encomendado. No osaron replicar á tan discreta respuesta, solo le rogaron que un bonetillo de paño que solia llevar en el verano, fuese de raso; y él por no negarlo todo, ya que no lo concedia todo, les dió gusto en esto: y luego decia con mucha gracia, señalando al bonetillo: Veis aquí mi arzobispado; porque no les parece á los señores canónigos que soy arzobispo, sino traigo bonetillo de seda. Solamente dos veces se vistió de nuevo, y fué del paño mas barato que se halló en Valencia. Habiéndole persuadido un amigo se vistiese de raja; viendo que era mas cara que el paño basto de que se vestia, le dijo: Compradlo vos que sois señor de vuestra hacienda, y os la dió el Señor; que yo de la hacienda de los pobres no puedo gastar mas de lo que bastare á cubrirme con honestidad.

En el comer conservó la misma templanza que cuando era religioso, no queriendo que se pusiese á su mesa mas de lo que se daba á los religiosos en su provincia de Castilla, añadiendo solo algun principio de fruta, por los que comian con él. Sentia mucho cualquier gasto extraordinario que se hacia, por pequeño que fuese, y lo reprendia. Encontrando á su mayordomo que habia comprado una lamprea, le preguntó, cuánto le habia costado; y respondiendo que cuatro reales, dijo admirado: ¿Por qué habeis comprado para mí, pez tan caro? No quiero yo comida tan preciosa. Dijo el mayordomo: Pues hartos compradores habia que lo tomaran por el mismo precio. Pues andad, dijo el santo, dadles el pez, y traed los cuatro reales, que con ellos puedo yo sustentar cuatro pobres, cuya es la hacienda que me han entregado, que para mí, un par de huevos y un poco de pescado ordinario me sobra. Su casa no parecia casa de arzobispo, sino casa de la pobreza; jamás sufrió paños de seda, ni tapicería, ni sobremesas, solamente en la mesa de que se servia en su cámara, habia un guadamacil negro, y una antepuerta de friso negro. los ornatos de su casa eran las virtudes y el desprecio de todas las cosas.

Serviase con barro: y diciéndole su veedor, que con los platos y escudillas de barro que se quebraban en manos de los criados, se pudiera haber hecho una vajilla de plata, respondió: Bien echo debe ser eso que me advertís; pero soy fraile, y lo que en otros fuera honra, en mí seria escándalo. Solamente tenia unas cucharas de plata, para los que alguna vez convidaba. La cama del arzobispo era de madera, sin dorar ni pintar, con dos colchones y dos mantas; pero la cama de santo Tomás, en que ordinariamente dormia, era un haz de sarmientos, que tenia detrás de aquella cama, poniendo una piedra por cabecera. No usaba de sábanas, sino estando enfermo: ayunaba los dias que en su órden, y muchos de su devocion; y en el adviento y cuaresma, los miércoles, y viernes y vigilias de entre año, comia solo pan y agua.

Su casa mas parecia monasterio que palacio; y así lo decia él á sus criados, que pues él era fraile, ellos debian vivir en su casa, como en un convento. Tenia gran eleccion en admitir los criados, no por ruegos ni intercesiones, sino por conocimiento de los que admitia, por no tener que despedir al que una vez recibia; porque quien despide criado que recibió, ó recibió criado malo, ó se ha hecho malo el criado en su casa: y lo primero desacredita al señor, y lo segundo á su casa. Deciales luego algunas reglas saludables que debian guardar, y juntábalos muchas veces para exhortarlos á huir todas las culpas, y servir de veras al Señor. Aun mas que sus palabras, les obligaba á cumplir sus avisos y consejos, el amor que les mostraba, y el buen tratamiento que les hacia, como verdadero padre de familias, que no miraba á sus súbditos como criados, sino como hijos. A ninguno decia palabra áspera, ni ménos injuriosa, ni le mostraba mal semblante. Sus reprensiones eran con amor, nó con enojo; y como iba el vino mezclado con el aceite, sanaba las heridas sin exasperarlas. Cuidaba mucho que no les faltase nada de todo lo necesario, para que no admitiesen presentes ni regalos de nadie; porque importa poco que el prelado sea desinteresado como Eliseo, si tiene en su casa á Giezzi, que abre las manos para recibir los dones de Naaman. Afligíase con cualquier trabajo ó enfermedad que padeciese alguno de sus criados, aunque fuese el mas ínfimo, y no pocas veces derramaba lágrimas de sentimiento, cuando estaban en peligro, como pudiera una madre en la enfermedad del hijo, á quien ama mucho: visitábalos y consolábalos; y cuando venia el médico á visitar al enfermo, se informaba muy por menudo del estado de la enfermedad, y le encargaba que le curase con el mismo cuidado, que á su misma persona: y al enfermo preguntaba, si le acudian á sus horas con lo que el médico habia ordenado. Todas las noches, ya tarde, en compañía de un paje que llevaba una vela, daba una vuelta á su casa, y visitaba todas las puertas de los aposentos, para ver si todos estaban recogidos. A los criados que eran virtuosos, mostraba mayor amor, y fuera de sus salarios, les hacia otras mercedes y gracias, con que animaba á todos á que fuesen buenos, y á los buenos á que fuesen mejores. Finalmente, sobraban todos los preceptos, para que su casa y familia estuviese en todo ordenada; porque tenian siempre delante el ejemplo de su señor: y era el palacio de este santo prelado idea de los palacios eclesiásticos; porque su vida era ejemplar de las vidas de los prelados de la Iglesia.

Halló santo Tomás en su diócesis, gran disolucion de costumbres, así en los eclesiásticos, como en los seculares, por haberse administrado aquel arzobispado mucho tiempo por vicarios y visitadores, sin asistencia del propio pastor. Visitó todas las iglesias de la ciudad de Valencia, y despues las de su diócesis, predicando en todos los pueblos por pequeños que fuesen. Remedió en esta visita muchos pecados públicos: quitó muchos abusos y atajó graves daños, y todos los pueblos parecian haberse mudado en otros, despues de la visita de su prelado. Por mostrarse mas padre que juez, y obligar con la benignidad á la enmienda, concedió perdon general, así á eclesiásticos como á seglares, de todo cuanto hasta entonces habian delinquido y merecia castigo de su mano, rogándoles con muchas lágrimas que enmendasen sus vidas, y no le obligasen con dolor de su corazon á usar del rigor, con que le seria forzoso castigar á los que no se aprovechasen de su benignidad. Muchos se enmendaron, y muchos se quedaron en sus vicios, pudiendo mas la costumbre envejecida, que la razon y benignidad del santo prelado. Mas como él habia visto con sus ojos el miserable estado de su dióce-

sis y la dificultad del remedio, se afligia y lloraba sin consuelo. Oyóle una noche su compañero fray Juan Rincon, que estaba vecino á su aposento, y yendo á saber qué tenia y por qué lloraba; le respondió el santo: ¡Qué tengo de tener! Que temo no me he de salvar en este obispado: porque estoy obligado á remediar estas ovejas tan perdidas, y segun están, no sé cómo. Respondió el religioso: Haga V. S. lo que pudiere y no se aflija, que Dios no le pedirá mas; y si ellas, aplicándoles V. S. los remedios, no sanaren, suya seria la culpa, nó de V. S. Bien decís (dijo el santo); yo quiero juntar sínodo, y hacer los estatutos que viere convenir para la reformacion de este pueblo, y lo demás hágalo Dios.

Convocó luego sínodo, dos meses despues que habia venido de la visita, en el cual, por lo que él habia visto y por lo que informaron los rectores y curas de los pueblos, hizo santísimas leyes, que fueron muy estimadas de los arzobispos que le sucedieron. Estas leyes observaba el santo arzobispo con grande cuidado, sin mirar respeto humano, sino solo á la gloria de Dios y provecho de sus ovejas: y con ella y su prudencia, benignidad y afabilidad, reformó en gran manera su arzobispado, y principalmente con la continua oracion, en que gastaba la mayor parte del dia y de la noche, consultando con Dios, como el legislador Moisés, los negocios de su pueblo, y luchando con el Señor, como el pastor Jacob, hasta alcanzar la bendicion para sus ovejas.

Especialmente, cuando se habia de tratar el dia siguiente algun negocio grave, pasaba toda la noche ántes en oracion sin acostarse. El lugar mas cierto para encontrarle á cualquiera hora, era su oratorio, donde le hallaban muchas veces sus criados arrobado, sin uso de los sentidos, todo transformado en Dios, otras vertiendo lágrimas de sus ojos, otras postrado en el suelo y puesto en cruz. Mas como sabia que el pastor no es suyo, sino de sus ovejas, y que nunca está mas con Dios, que cuando trata con los hombres, por amor de Dios y para su provecho; tenia mandado á sus criados, que en buscándole alguno, á cualquier hora que fuese, y en cualquier ocupacion que estuviese, aunque fuese estudiando, ú orando, ó comiendo, le llamasen y no hiciesen aguardar á nadie; porque á mas de la pesadumbre que reciben los que esperan, le pidiera Dios cuenta del tiempo que hacia perder esperando, á los que le buscaban; y así, se levantaba luego de la oracion y de la mesa, sin acabar de comer, y con paciencia y amor daba audiencia á cuantos la deseaban; á los que venian afligidos, consolaba; á los necesitados, remediaba; y á los que pedian consejo, se les daba con tanto acierto, que los mayores letrados decian, que en resolviendo el arzobispo algun punto, encontraba de tal manera con la verdad, que no dejaba lugar á la controversia.

Para remediar los pecados de sus súbditos, procuraba saber cómo vivian, y en un libro secreto escribia de su mano, sin que ninguno lo entendiese, los nombres de los clérigos que eran acusados de algun vicio, y en qué iglesias residian; y en otro libro los nombres de los seglares que vivian mal, y en qué lugares estaban, para aplicarle á cada uno la medicina conforme á su enfermedad y necesidad; y en estando enmendado alguno, luego le borraba de su libro. Pero no creia de lijero y fácilmente la culpa de ninguno, aunque se lo dijese persona de autoridad, temiendo que podia haber pasion ó engaño, hasta que lo averiguaba con toda certidumbre, y entonces aplicaba el remedio. Decia que los obispados habian de ser pequeños, para que pudiesen los obispos conocer á todas sus ovejas, y procuró con el emperador Cárlos V, que se hiciese un obispado nuevo de una parte de su arzobispado, porque este santo prelado no miraba á la mayor autoridad y renta del obispo, sino al mayor bien y provecho de las ovejas. Discurria medios su celo, para reducir á los pecadores; y enseñábale muchos su ingeniosa caridad, y él no rehusaba ninguno por dificultoso que fuese, como pareciese conducente para el fin que deseaba. Habia amonestado y corregido muchas veces á un canónigo de su Iglesia, que vivia escandalosamente, y nada aprovechaba, para que dejase el escándalo: tomó otro remedio, que fué hacerle muy su amigo; y para esto, por espacio de dos años, le hizo cuantos agasajos y favores podia para ganar su amistad; y despues que ya lo tuvo tan ganado, que no habia nada que el canónigo no hiciera por el santo, le rogó que se recogiese por algun tiempo, y se confesase y dejase su mala vida; y todo lo hizo el canónigo como el santo se lo pidió, y fué en adelante ejemplo de la ciudad, el que ántes era escándalo y tropiezo de ella. Habia avisado muchas veces á un sacerdote escandaloso, que dejase su mala vida; y sabiendo que no se enmendaba, le llamó un dia á un oratorio, y estando con él á solas, le dijo: Yo tengo la culpa de vuestra obstinacion, y nó vos, por haber usado con vos de tanta misericordia, y no haberos castigado como mereceis; y pues yo tengo la culpa, yo pagaré la pena. Dicho esto, se arrodilló delante de un crucifijo, y desnudando sus espaldas, empezó á herirlas con una disciplina tan reciamente, que luego empezó á correr la sangre.

El clérigo corrido y confuso, sin saber qué hacer, ni dónde estaba, turbado y con muchas lágrimas y sollozos, se arrodilló á sus piés diciendo: Dadme, señor, las disciplinas, que yo pagaré la pena, pues es mía toda la culpa. Yo merezco los azotes, y ¿vos los tomais? Yo os prometo en adelante la enmienda de mi vida. Atravesó de manera este espectáculo, el corazon de aquel sacerdote, que saliendo de allí, sin poder enjugar las lágrimas, se encerró en su casa por algunos dias, sin comunicar con nadie, llorando y haciendo penitencia de sus pecados; y fué despues gran siervo de Dios, y ocasion con su ejemplo para la enmienda de muchos sacerdotes. Otro sacerdote vivia amancebado con una mujer, sin haber podido el santo apartarle de ella con medios de blandura ni de rigor: encerróse un dia á solas con él, y preguntóle la causa de perseverar tanto tiempo en aquella mala amistad: el clérigo vino á confesar, que era porque él era pobre y aquella mujer rica, y le sustentaba.

Oyendo el santo estas palabras, dió un grande suspiro, como si le hubieran atravesado el corazon; y volviendo los ojos á un crucifijo que tenia delante, dijo con grande sentimiento y lágrimas: ¡Ay de mí, Señor, que por necesidad os ofende un súbdito mio! ¡Que por falta de sustento está un sacerdote mio en pecado! No tiene él la culpa sino yo: apiadaos, Señor, de su alma y de la mia, que yo haré la penitencia. No tenia la culpa el santo, porque no lo sabia; pero la conciencia pura teme culpa donde no la hay. Exhortó al clérigo á la enmienda de la vida, y á dejar aquel pecado, prometiendo de sustentarle, y mandóle que volviese al otro dia por la mañana. Pasó el santo aquella noche en oracion, pidiendo á Dios la conversion de aquel

pecador, y tomó por sus culpas una recia disciplina. A la mañana, cuando vino el clérigo, le mostró las espaldas acardenaladas y ensangrentadas, y le dijo: Esta penitencia he hecho yo por vuestros pecados: mirad la que vos habeis de hacer; y entended, que si no os enmendais, no os esperará mas la justicia divina. Arrojóse el sacerdote á sus piés, pidiendo perdon á Dios con muchas lágrimas, y quiso Dios desde aquel punto, quitarle de manera la aficion á aquella mujer, que nunca mas la vió ni se acordó de ella: y el santo le señaló para todos los dias, la racion que al mismo clérigo le pareció necesaria y suficiente para su sustentacion, y se la dió, hasta que el clérigo por tener otras cosas de que sustentarse, no la quiso recibir. A otros muchos corrigió, tomando delante de ellos, ó por ellos ásperas disciplinas; de manera, que castigaba las culpas ajenas con grande rigor, si se miraba la penitencia que él hacia por ellas; pero con grande blandura, si se consideran las penitencias que á ellos les daba, que ordinariamente se quedaban en palabras.

Cuando habia de reprender á alguno, se recogia ántes á orar y pedir á Dios que diese eficacia á sus razones; y con aquellas palabras encendidas en el fuego de la oracion ó de la caridad, movia de tal manera los corazones, que muchísimos pecadores que no tenian mas que el nombre de cristianos, dejaban su mala vida, y se mudaban en otros hombres. Cuando despues de haber tentado todos los otros medios, se veia obligado á prender á alguno por incorregible, se le hacian mas largos al santo los dias de la prision, que al mismo que la padecia, y en estando seis ú ocho dias en ella, decia: Mucho ha que está aquel pobre en la cárcel: ¿no hay quien pida por él? Y si ninguno pedia, procuraba por medio de sus ministros más confidentes, que alguna persona de autoridad intercediese por el reo; y el santo le hacia traer delante de sí, y mostrándose al principio severo é inexorable, le mandaba volver á la cárcel, hasta que prometiendo la enmienda muy de veras, se iba el santo ablandando poco á poco; y dándole una buena reprension, le enviaba libre á su casa.

Tenia este gran prelado, entre las demás, una prenda excelente, que teniendo tanto zelo de corregir las culpas, no le tenia menor en mirar por la honra de los que corregia, especialmente de los clérigos, porque quedasen enmendados, y no desacreditados. Y cuando llamaba á alguno, para reprenderle, mandaba á sus ministros que viniesen tan apartados de él, que no pudiese nadie notar que venia preso, por evitar el escándalo; porque pesa mucho (decia) y vale mucho la honra de un eclesiástico. A los que podia corregir por sí solo, sin intervencion de otra persona, lo hacia con gran secreto; y cuando nó, en causa de eclesiástico no queria que interviniese ningun seglar.

La caridad con los pobres y necesitados, fué tan grande en este santo prelado, que nun nó se explica bastantemente con llamarle limosnero por excelencia y padre de pobres; porque ningun padre hace con sus hijos, lo que él hacia con sus pobres. Lo primero usaba de grande caridad con sus ministros y domésticos cuando padecian alguna necesidad; y con todos los ministros pobres era liberal, por quitarles la ocasion de obrar ménos rectamente por causa de algun interés. Sustentaba á los que tenia presos en sus cárceles, porque no anduviese la justicia sin la misericordia. En pocas palabras se puede decir, lo que no se puede explicar con muchas: no supo necesidad que no socorriese; y rara ó ninguna seria, la que se ocultase á su misericordia, que tenia mas ojos que Argos. No se tenia por dueño de sus rentas; sino por tesorero de Dios, ó por mayordomo de los pobres, con quienes las gastaba todas. No reservaba un real de un año para otro, porque lo tuviera, como él decia, por sacrilegio; y aun llegó á decir en una ocasion predicando: Si me hallaredes, señores, al tiempo de mi muerte un real, tened mi alma por perdida, y no me enterreis en sagrado. Porque decia este santo prelado, que era obligacion de los obispos y sacerdotes, que gozan rentas eclesiásticas, ser muy limosneros: y cuando oia decir, que algun eclesiástico que tenia rentas y frutos de la Iglesia, dejaba en su muerte dinero achocado, así le lastimaba, como si oyera decir, que habia muerto con la manceba al lado. ¡Terrible sentencia de un prelado tan santo para los que tuvieran por demasiado austero, al que no quieren imitar! Siendo tan pobre que un real le parecia mucho para poseerlo, le parecia pequeña la renta de su arzobispado para dar á los pobres: y así cuando vino á Valencia, preguntando á una persona, cuánto valia el arzobispado, y respondiéndole que diez y ocho mil ducados, mostró alguna pena y dijo: Me han engañado; porque pensé que valia mas; pero no lo siento por mí, sino por los pobres, que para mí con muy poco basta; porque me dicen que hay muchas necesidades en esta diócesis, y es poco eso para socorrer á tantas. Mas aunque al principio valia diez y ocho mil, despues valió veinte y dos mil y luego treinta mil; y siempre, fuera de dos mil ducados que pagaba de pension á don Jorge de Austria, su predecesor, y tres mil que gastaba en el sustento de su familia y en el salario de abogados y procuradores y otros ministros, todo lo demás gastaba en limosnas, y si de esto, que se gastaba con grande cuenta y razon, sobraba algo, lo daba tambien de limosna.

El órden que tenia en el repartimiento de las limosnas, era este: á los pobres mendigos que andan por las puertas, mandaba hacer una olla de carne ó pescado todos los dias, y á cuantos venian á su casa, se daba un pan, una escudilla de caldo, una vez de vino y un dinero: á los que venian con alguna enfermedad ó achaque, se les añadia una racion de carnero y otro dinero mas. Venian unas veces cuatrocientos y otras quinientos, y ninguno se iba sin limosna; porque si se habia acabado la olla por venir muy tarde, se le recompensaba en otra cosa; porque tenia mandado que á ningun pobre á ninguna hora enviasen de su casa sin limosna. No faltó quien le dijo, que con su caridad hacia holgazanes; porque con el recurso que tenian á la limosna de su casa, no querian trabajar. A esta y otras razones semejantes, con que quieren cubrir su codicia, con capa de justicia, los que son escasos con los pobres, respondia el santo: Gobernador y regidores hay en la ciudad: miren ellos si hay holgazanes y castíguenlos; que á mí no me toca sino socorrer las necesidades que llegan á la puerta de mi casa. Hacienda es de Dios esta, nó mia; y él envia estos á cobrarla: no tengo yo que introducirme en calificar los cobradores que Dios elige, sino pagar lo que debo á quien viniere á pedirlo. Decianle tambien que algunos pobres engañaban al limosnero y tomaban dos y tres raciones; á que él respondia: ¿Ese llamais engaño? Guárdenos Dios de que nosotros engañemos á los pobres; que ellos no nos pueden engañar á

nosotros; pues no nos pueden quitar el mérito de la limosna que les damos por amor del Señor. Vió desde una ventana, donde siempre tenia por recreacion el ver dar la limosna, que un criado suyo reñia con un pobre, que habiendo recibido su racion, se volvió á mezclar con los que no habian llegado, para llevar otra. Idos todos, le preguntó aparte, por qué se habia enojado con aquel pobre; y respondiendo, que porque habia llevado ya limosna y le queria engañar; le dijo el santo: ¿Por eso os enojais? ¿Qué sabeis vos, si aquel pobre tenia necesidad de dos raciones? Dejaos engañar de los pobres, que es logro; y no es ménos sabroso ejercitar la caridad muchas veces con uno que una con muchos. Ese pobre, que pensais vos que os engaña, puede ser algun ángel que viene á probar vuestra caridad, como leemos de un pobre, que mudando el vestido, pidió muchas veces limosna á san Gregorio Magno en el mismo dia; y era un ángel enviado de Dios á ejercitar su caridad. A los pobres vergonzantes socorria conforme á su necesidad y calidad, dándoles un tanto para cada mes; y para esto tenia escritos en una lista los que habia en cada parroquia, y qué familia tenian: á los que no podian trabajar, daba una limosna ordinaria todos los dias: á los que podian trabajar y padecian necesidad, les daba todo lo que habian menester para hacer algun caudal con que poder sustentar honradamente su familia: á los oficiales pobres daba lo necesario para comprar los instrumentos de su oficio y poner su tienda con que sustentarse á sí y á sus hijos: á los que tenian algunos frutos ó labor de sus manos que vender, y por la necesidad se veian forzados á venderlo fuera de tiempo y á bajo precio, les mandaba que no lo vendiesen, hasta que pudiesen sacar el precio justo; que él los sustentaria mientras tanto, y daria todo lo necesario, como lo hacia. Sabiendo que en algunas iglesias de Valencia habia algunos clérigos sin mas renta que la misa, y que tenian madre ó hermanas á quienes sustentar, los llamaba, y de su propia mano los proveia cada año de lo necesario; y si enfermaban ellos ó sus hermanas, los enviaba á visitar y los proveia de médico y medicinas y el regalo necesario, sin quitarles por esto nada de la limosna ordinaria. Avisáronle que un clérigo pobre que tenia su madre y una hermana pobres, tejia en su casa rasos todos los dias, aun los de fiesta, fuera de las horas que estaba en la iglesia. Llamóle el santo, y haciéndole el cargo, respondió, que de la iglesia no sacaba mas que un real, y habia menester trabajar, aun los dias de fiesta, en aquel oficio que sabia, para sustentar á su madre y hermana; pero que era con todo secreto y sin ningun escándalo. Echóle el santo los brazos al cuello, y díjole: Si me fuera lícito, besara las manos que se emplean en trabajo tan piadoso: proseguid; que agradais mucho á nuestro Señor en esto: y para que no trabajeis los domingos y fiestas, aunque podais por tan buena causa, yo os daré lo que habeis de ganar esos dias; y así lo hizo todo el tiempo que vivió.

Socorria á caballeros y gente principal, de manera que no hiciesen cosa contraria á su conciencia, ni indigna de su estado. Vino un caballero á pedirle algun socorro: ayudóle luego con una gran cantidad; pero admirado de que aquel caballero padeciese aquella necesidad, encargó á una persona familiar suya, que lo supiese. Volvió la persona, diciendo, que aquel caballero, segun tenia alhajada su casa, no parecia tener necesidad. Preguntó el santo: ¿Y qué habeis sabido de las posesiones ó rentas que tiene ese caballero? Y respondiendo, que de eso no habia sabido cosa cierta; dijo el santo: Pues eso quisiera yo que supierais; y no sabiéndolo, es cierto que ese caballero padece mucha necesidad; porque á no padecerla, no viniera á pedir limosna: de las alhajas de su casa, ántes me alegro que no las haya vendido; porque esas las pide su calidad y estado; esto pide la caridad, prevenir que un caballero tan principal no caiga de su opinion, pudiéndolo nosotros socorrer; y así continuó en ayudarle con su limosna, dándole por sus tercios ciento y cincuenta escudos cada año. A otro caballero daba cada mes veinte escudos: ofrecióselo cierta necesidad extraordinaria, y vino á comunicarla con el limosnero con grande encogimiento; porque habia llevado pocos dias ántes sus veinte escudos. Subió el limosnero al santo, y díjole lo que pasaba, y que, segun habia conocido, se contentaria el caballero con cien reales. Al punto mandó que se los diese; y al salir el limosnero del aposento, dijo: Fulano, dadle doscientos; que aunque él pide ciento, quizá por encogimiento no pide mas; y ya que se habia apartado un corto espacio, le llamó, y mandó que le diese trescientos, diciendo: Un hombre honrado, que, recibiendo la limosna ordinaria, viene por mas, mucha necesidad debe de tener: y habiéndolo vuelto á despedir, le mandó llamar, y que le diese cuatrocientos, que bien los habria menester, y le dijese, que no por eso dejase de acudir por la limosna ordinaria de cada mes, y en las necesidades extraordinarias que se le ofreciesen. A otras muchas personas principales socorria largamente: y cuando sabia que algunos no tomarian nada con nombre de limosna, se valia de varias trazas, para hacerles limosna, sin parecer que la hacia: y hubo caballero principalísimo y pobre, y con hijas por casar, á quien hizo que por medio de un criado pusiese una parte del arrendamiento de sus frutos en mil ducados, sabiendo que habia de sacar mas de dos mil: y por mas que se lo decian algunos inteligentes, no quiso subir el arrendamiento, diciendo, que le dejasen que de su hacienda hiciese lo que quisiese; que él sabia lo que hacia, situando de esta manera á aquel caballero mas de mil ducados de renta cada año. Avisáronle que un caballero, á quien daba diez escudos cada mes, jugaba, y que seria bien quitarle la limosna. Eso nó (dijo el santo); que si él hace mal en jugar la limosna; nosotros hacemos bien en dársela: y si con ella hace un mal, sin ella hará muchos. Defendió de esta manera al caballero, como solia á los que le delataban, excusándolos como podia; y luego le llamó y reprendió ásperamente, y amenazó que le quitaria la limosna, pues la empleaba tan mal; y el caballero se enmendó de manera, que nunca mas volvió á jugar. A las mujeres principales socorria con semejantes artificios: y cuando era tanta su autoridad ó calidad, que no podian descubrir su necesidad ni pedir el remedio, se informaba de quién era su confesor y le llamaba, y tanteando la necesidad de aquella señora, le daba toda la cantidad que habia menester, y que viniese de tres á tres meses por otro tanto; y encargaba que no dijese quién se la enviaba, sino que una persona que le tenia hacienda á cargo, por no poderlo pagar todo junto, lo iba pagando por sus plazos: y decia la verdad á su parecer; porque juzgaba que la hacienda del obispo no era suya, sino de los pobres.

A las doncellas huérfanas y pobres socorria con liberal mano, y en once años que fué arzobispo, no casó ninguna á quien él no diese, ó todo el dote ó parte del dote. Criaba á todos los que echaban á sus puertas, con tan grande caridad y amor, que al nombre de «Padre de pobres,» le pudiéramos añadir el renombre de «Madre de huérfanos;» porque su cariño para con los niños que criaba, era de madre amorosa para con los hijuelos pequeños

Como se sabia esta caridad del santo obispo, le echaban muchos niños de noche: y porque los niños no pasasen toda la noche sin el sustento de la leche, hizo que viviesen dos amas junto á palacio, y les alquiló casas para que en echándoles algunos niños, á cualquier hora que fuese, los llevasen y les diesen leche, y tuviesen hasta buscarles amas. El primero dia de cada mes venian todas las amas á palacio, y puestas en dos órdenes, iba el santo mirando de uno en uno sus niños: y á la que veia que le llevaba limpio, aseado y bien tratado, se lo agradecia y daba algunos reales demás de su salario; y á la que nó, reprendia severamente y no le daba nada para que se enmendase: y lo mismo hacia en las pascuas y fiestas solemnes. Hacia caricias á los niños pasándoles la mano por el rostro, y decia á las amas: Si os dieran á criar un hijo del rey, ¡por cuán honrada y dichosa os tuviérades, y con que cuidado le criárades y llevárades muy limpio y bien puesto! Pues estos pobrecitos tiene el Rey del cielo por muy hijos suyos y me los ha encomendado á mí, y yo de su parte os lo encomiendo á vosotras: tenedlos limpios y bien tratados; pues os proveemos cumplidamente de todo lo que ellos han menester. De los enfermos tuvo mucha compasion y cuidado. Tenia mandado á su limosnero, que á los enfermos de enfermedades curables proveyese cumplidamente de carnero, aves, conservas y pan de su mesa; y á los que tenian enfermedades incurables, que acompañan toda la vida, les diese cierta limosna cada semana, para que pudiesen pasar su enfermedad; y para todos tenia un boticario adonde acudian por cuanto habian menester, y dos médicos y un cirujano con muy buenos salarios, para que les acudiesen con grande cuidado y puntualidad en avisándoles su limosnero. No se quedaba su caridad dentro de la ciudad de Valencia ni cabia en ella; extendíase á toda su diócesis: y así, cuando visitaba ó enviaba á su visitador, mandaba llevar cargas de paños y lienzos para vestir pobres, y mucho dinero con que hacer limosna á todos los necesitados.

El que tenia la mano abierta para los pobres, la tenia cerrada para sus parientes. Vino á verle un pariente suyo pobre, con deseo y esperanza de volver á su casa rico: hospedóle el santo con mucha alegria y llaneza, llamándole señor primo y regalándole un mes que estuvo en su casa. Despues le preguntó, cómo le iba en su tierra, y respondió que mal; porque de dos bueyes que tenia para su labor se le habia muerto uno. Dijo el santo: Señor primo, para comprar un buey en lugar del que se le murió, yo le daré, no porque es mi pariente, sino porque es pobre; pero no espere mas de mí, porque esta hacienda no es mia ni de mis parientes, sino de los pobres de mi arzobispado. Otros vinieron tambien llamados de la dignidad por gozar parte de la renta; y á dos ó tres dias los desengañaba y decia; que nunca habia sido mas pobre que entonces; pues no tenia por suyo mas que el cuidado de repartir á los pobres la hacienda que Dios le habia encomendado; y que desengañasen á los demás parientes, para que no se cansasen en venir; porque aunque tenga parientes el obispo, su renta no ha de tener mas parientes ni herederos que los pobres de su obispado.

Consigo era tan escaso para ahorrar para los pobres, que á los que no le conocian, parecia avariento de muy limosnero. Teniendo los jubones muy gastados, especialmente de las mangas, los envió á casa de una buena mujer para que los aderezase. Vino ella, y díjole que aquellos jubones no tenian aderezo, ni ella sabia aderezarlos, ni parecia bien que un prelado como él anduviese con aquellos jubones pudiéndose hacer otros con treinta reales. Eso no haré yo (dijo el santo); que echando unas mangas á estos jubones podrán servir, y con esos treinta reales remediaremos algun pobre que no tenga vestido ni nuevo ni viejo. Mandó llamar á un sastre para que les echase unas mangas: y aunque el sastre no queria concertar el precio, diciendo que su señoría le daria despues lo que fuese servido; no quiso el santo que llevase los jubones hasta que se concertó en lo justo que merecia el aderezo. Fuése el sastre escandalizado de la miseria del arzobispo; porque pensó que nacia de avaricia, pero presto se desengañó; porque teniendo tres hijas sin tener dote para casarlas, le advirtió un clérigo que fuése á pedir limosna al arzobispo, ponderándole cuán limosnero era. Reíase el saste, diciendo, que le conocia muy bien y sabia cuán miserable era; y contóle lo que le habia pasado. No obstante, importunado del clérigo, fué al santo prelado y declaróle su necesidad. Oyóle con mucho amor y díjole: Venga acá vuestro confesor, y encomendadlo vos y vuestras hijas á Dios, que Dios os remediará: que era el ordinario estilo que tenia en semejantes limosnas. Vino el confesor, informóse de la necesidad de aquellas doncellas, y la comodidad que se les ofrecia para casarse y qué seria menester para el dote. Dijo el confesor, que si daba treinta escudos á cada una, seria una grande caridad y remedio para ellas. Díjole el santo que volviese por la mañana con el padre de las doncellas y le haria cédula de la cantidad; y en estando efectuado el casamiento se los daria. Fué el padre al dia siguiente: y como la caridad de este prelado era tan grande, se desvelaba en tantear y mirar si la limosna que daba era bastante para el remedio de las necesidades, y así le dijo: Aunque prometí ayer á vuestro confesor treinta escudos para cada una de vuestras hijas, considerándolo aquesta noche me ha parecido poco; porque casi toda la cantidad se les irá en poner su casa, y les quedará muy poco para caudal; y así daré cincuenta escudos á cada una para que con los veinte pongan su casa y echen los treinta en el caudal de su oficio para empezar á trabajar. No sabia qué hacerse aquel hombre de admirado y agradecido: echóse á los piés del santo para besárselos, y él le levantó y dijo: ¿No sois vos el que me aderezastes los jubones? Ya sé que os ofendistes de ver lo que regateé por el precio, pero no tuvisteis razon; porque yo no lo hacia por cierto para ahorrar dinero, que yo ni lo estimo sino para haceros esta limosna á vos y á otros que tienen necesidad. De estos y semejantes casos, que cada uno de ellos se celebrara dignamente en otros prelados por admirable, callo muchos; porque son tantos en este santo prelado, que la multitud les quita la admiracion.

No se contentaba este padre de pobres con ser él limosnero; procuraba hacer á otros limosneros, y daba un consejo á los que no tinen hijos ni obligaciones; y era, que empleasen su hacienda en pobres vergonzantes y gente honrada, y lo hiciesen en vida y no aguardasen á mandarlo en muerte, para que se dé á los pobres que están por venir; porque á estos Dios los proveerá á su tiempo, y los ricos presentes son para los pobres presentes; y los ricos futuros para los pobres futuros; y que Dios no les pediria cuenta de que no socorrian á los pobres que habia de haber, sino porque no socorrian á los pobres que habia en su tiempo.

Un milagro continuo sucedia en el repartimiento de las limosnas, que por continuo no se advertia ni reparaba; y es, que, mirada la renta del santo prelado, y computadas las limosnas que daba, públicas y secretas, por sí y por medio de su limosnero, era tres y cuatro veces mas lo que daba que lo que percibia; pero este milagro continuo y oculto le hizo Dios patente en algunos casos extraordinarios. Amasaban cada dia en la casa del santo prelado mucho pan para dar á los pobres: y con una inundacion grande que rompió las azudes, cesaron de moler los molinos de Valencia y era necesario ir á moler muy léjos. Habia gran falta de pan, y creció el número de pobres, de manera, que el que tenia á su cargo cocer el pan, viendo la poca harina que habia, y que el trigo que habia enviado á moler habia de tardar mucho tiempo á venir, se fué al santo y le dijo, que seria bien despedir á los pobres hasta que viniese harina; porque si cocia el pan ordinario, á dos dias no habria pan para los de casa. Enojóse mucho el santo prelado con esta propuesta, y dijo: ¿Qué decis? ¿despedir á los pobres? Líbrenos Dios de despedir ningun pobre: ántes despediré yo todos los criados de mi casa. Coced lo mismo y dad pan á cuantos vinieren: y si faltare, falte para nosotros; que yo confio en Dios que no faltará para ninguno. Cociose aquel dia lo ordinario; y al dia siguiente se halló la misma harina que el primero, y al tercero que el segundo, de esta manera todos los dias hasta que se aderezaron las azudes; de manera, que sacando siempre la misma harina, parecia siempre que no se tocaba á ella. En tiempo que se temia necesidad, se previno el santo arzobispo de mucho trigo: y mandando repartir grande cantidad por los lugares de su diócesis, guardó lo demás en su casa y fuelo repartiendo á los pobres. Vinieron un dia tres viudas á pedir al santo que las socorriese porque padecia grave necesidad: mandó el santo á su mayordomo que las diese un poco de trigo; y como respondiese que no habia ni un grano en la casa, dijo el santo: No es posible, miradlo bien, que algo habrá para estas pobres mujeres. Trajo el mayordomo á dos criados que habian barrido aquel dia el granero, los cuales aseguraron como no quedaba ni un grano. Con todo eso dijo: Miradlo bien, y al subir el mayordomo á verle, dijo el santo á los criados: El Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, se compadecerá de estas pobres viudas: y con dificultad pudo abrir el mayordomo el granero, segun estaba lleno de trigo, pasmándose de admiracion con tan grande y evidente milagro. Dió el santo una gran cantidad á aquellas mujeres, y mandóles que callasen el milagro; aunque ellas no lo cumplieron. Tenia lista de todos los enfermos que habia en cada parroquia, y cada semana salia una tarde á visitarlos. Detrás iban dos criados con camisas y sábanas, y en viendo el santo que algun pobre necesitaba de camisa ó sábanas se las dejaba. Sucedia algunas veces hacer los criados la cuenta de las sábanas y camisas que habian dado, y conocian ser muchas mas que las que habian sacado de casa. Haciendo visita en el marquesado de Denia, mandó al criado que llevaba la bolsa del dinero, que notase el que sacaba de Valencia y lo que iba gastando: y hecha la observacion, halló el criado que era mucho mas lo que se habia dado de limosna que lo que se habia sacado de casa, y que aun quedaba en la bolsa mucho dinero, y mandóle que lo callase. De esta manera se multiplicó muchas veces el dinero cuando lo repartia el santo por sus manos, como él mismo confesó en una ocasion. Pero ¿qué maravilla es que hiciesen milagros aquellas manos que repartian tantas limosnas? Dejando otros milagros de su limosna, quiero decir, la limosna de un milagro que dió á un pobre en una ocasion. Vió un pobre tullido con dos muletas entre los pobres que acudian á pedir limosna á su puerta, y reparó que le miraba con mucha atencion. Hízole llamar, y á solas le preguntó, por qué le miraba con tanta atencion, y si necesitaba de mas limosna que los demás pobres que se la daria de buena gana: que le dijese sin empacho su necesidad. Respondió: Señor, para mí harto me dan, pero tengo mujer y dos niños, y repartido con ellos padecemos harta necesidad. Replicóle: ¿Sabeis algun oficio? Respondió el pobre: sastre soy, pero mire vuestra santidad las manos y los dedos como están que no los puedo mover; que si yo tuviera salud, con ella sustentaria mi casa como ántes lo hacia. ¿Pues, qué quereis dijo el santo, salud ó limosna? Respondió: ¡O si yo tuviera salud! No le dejó decir mas palabras; y haciendo sobre él la señal de la cruz, dijo: En el nombre de Jesucristo Nazareno crucificado dejad esas muletas é idos con salud á trabajar á vuestra casa. Al punto se halló el tullido y manco con virtud en los piés y en las manos; y lleno de alegría se fué alabando á Dios y al santo á su casa, á ejercitar su oficio con que sustentaba su familia, ayudándole el santo prelado con una buena limosna cada semana. Tambien le sucedió muchas veces, al visitar los enfermos pobres hallar algunos desahuciados, y con decirles un evangelio y echarles su bendicion, les daba entera salud: y cuando los médicos pensaban hallarlos al otro dia muertos, los hallaban sanos, admirado al médico limosnero que daba de limosna la salud, que no se puede comprar con el dinero.

De las otras virtudes de santo Tomás no hay para que hablar, sino decir, que todas fueron conforme á esta grande caridad; porque á quien dió el Señor en tan alto grado la virtud de que mas se precia, que es la misericordia, no podia negarle las otras virtudes. Su castidad fué no como de hombre con carne, sino como de ángel sin ella. Ni en su niñez, ni en su mocedad, y mucho ménos siendo religioso y arzobispo, se conoció que era hombre sino en el recato con que huia las ocasiones en que solos los hombres pueden caer. Siendo niño, huia de los niños viciosos y mal inclinados: siendo estudiante y colegial, huian los viciosos de él como de la misma castidad: siendo religioso y superior en su religion, nunca hacia visita á mujer ninguna, aunque fuese su hija espiritual y muy principal, sino es cuando la caridad ó la necesidad le obligaba á ello: siendo arzodispo no admitia visita de mujer ninguna en su casa: y por no faltar al oficio de pastor de todas sus ove-

jas, tenia señalados ciertos dias en la semana, en que les daba audiencia en la iglesia, y llegaban ellas, cubierto el rostro, á comunicarle sus necesidades ó aflicciones. Sabiendo que venia su madre á Valencia á verle, le avisó que fuese á Villar, que es un pueblo de la mesa episcopal, donde estuvo el santo con ella algunos dias regalándola: y deseando la madre ir á Valencia, no consintió, diciendo que si iba á Valencia, como madre habia de posar en su palacio, y las señoras de Valencia le vendrian á visitar como á tal; y que él no queria visitas de mujeres en su casa, aunque fuése con tan justa causa. Él solo se vestia y desnudaba, y ninguno de sus criados le vió jamás ni aun los piés. Murió vírgen este santo prelado, como lo afirmó su confesor con quien se habia confesado generalmente en la hora de la muerte; y en testimonio de ello cubrieron su cuerpo de flores, y le pusieron una guirnalda de ellas junto á la mitra. Confirmábanse muchos en esta opinion, por los resplandores que veian salir de su rostro cuando le hablaban. Su celo de la salvacion de las almas era tal, que deseó con grandes ansias, y procuró muchas veces renunciar su arzobispado, por darse del todo á la predicacion, especialmente para convertir á los moriscos del reino de Valencia, cuya ceguedad y perdicion le dolia mucho. Procuraba con singular cuidado que los predicadores cumpliesen con su obligacion; y para esto los juntaba todos los años ántes de la cuaresma, y les hacia una plática, acordándoles cuántas almas estaban á su cargo, cuya salvacion dependia de su predicacion, y cuánto premio les daria Dios, si hacian debidamente su oficio; y al contrario, cuánto castigo les esperaba, si por predicarse á sí mismos y no á Jesucristo, dejasen las almas de salir de sus vicios y de conseguir el fin para que fueron criadas. Á esta plática asistian tambien los confesores, para que en lo que les tocaba, hiciesen lo que debian. La Compañía de Jesus debió mucho á este santísimo prelado; porque viendo lo mucho que trabajaban los hijos de ella en procurar la salvacion de las almas, los honraba y favorecia con singular amor, y se quejaba amorosamente siempre que le sacaban alguno de Valencia, diciendo que le quitaban sus coadjutores que le ayudaban á cumplir con la obligacion de su oficio, procurando el provecho de sus ovejas. Y en la muerte, con facultad que tenia del sumo pontífice para disponer en aquella hora de lo que se le debiese, mandó dar al colegio de la Compañía de Jesus de aquella ciudad la mayor parte de una cantidad que le debia el emperador.

Su zelo en mirar por la inmunidad y libertad eclesiástica en las ocasiones que se le ofrecieron, fué digna de tan gran prelado. Habiendo preso el gobernador de Valencia á un capitular de su Iglesia, por haber dado de puñaladas á un alguacil del mismo gobernador, fulminó contra el gobernador todas las censuras, y últimamente puso entredicho general, y *cesatio à divinis*: y como llegase la cuaresma, enviólo á decir el virey que alzase el entredicho, y *cesatio*, ó á lo ménos el *cesatio*. No quiso el santo, diciendo, que no lo haria hasta que le restituyese el gobernador el preso. Llegó la semana santa y volvió á enviarle recado el virey, pidiendo lo mismo por el desconsuelo de la ciudad, y amenazándole que, si no lo hacia, le ocuparia las temporalidades: á que respondió el santo con grande constancia que, si le ocupaban las temporalidades, todo el daño seria de los pobres, y Dios volveria por ellos; que á él nada le quitaban: porque con volverse á su celda de donde le habian sacado contra su voluntad, estaria mas rico y contento que con todas sus rentas. Y finalmente, no desistió hasta que el gobernador le entregó el preso; y el santo dió al gobernador públicamente la penitencia que le pareció necesaria para satisfacer al escándalo que habia causado. Su magnanimidad, con que, sin atender á respetos humanos, miraba solo á Dios y á su obligacion fué admirable. Pidióle el emperador Cárlos V veinte mil ducados prestados, para ayuda de hacer un presidio en la isla de Ibiza; porque sonaba que venian sobre ella los turcos y él se hallaba sin dineros. Respondió el santo, que él no podia prestarlos; porque aquella hacienda no era suya sino de los pobres; y nadie puede disponer de hacienda ajena. Hubo muchas demándas sobre esto: y el emperador le volvió á escribir que no le pedia dado sino prestado, y que la necesidad de Ibiza era grande, y seria obra de caridad socorrerla. Respondió el santo que bien lo entendia; mas que Dios no le habia encomendado á Ibiza, sino á Valencia; y que para estas empresas era el dinero de los reyes, no el de los obispos que es de pobres. Advirtióle el virey que se ofenderia el emperador, y él respondió: Mucho sentiré ofender al emperador; pero mucho mas sentiré ofender á Dios: y en caso que el emperador se ofenda, yo me volveré con grande gusto á mi celda, que aun me traigo la llave en la cinta. Al fin, despues de muchas instancias, prestó diez mil ducados, y esto señalándole fincas seguras de donde cobrarse; y en su tiempo cobró siete mil, y despues se cobraron tres mil, que se distribuyeron conforme á lo que el santo dispuso en su muerte. Con esta entereza en las cosas que tocaban al servicio divino, juntaba una humildad y llaneza grande en el trato de su persona. En su casa no habia fausto ni aparato, ni porteros que hiciesen aguardar los que venian, porque no hacia autoridad de hacerse esperar; solo habia un portero para que le avisase luego que alguno le buscaba. Su puerta era como las puertas de los templos, que están abiertas para pobres y ricos, y si habia alguna diferencia, era en recibir de mejor gana á los pobres, por venir apadrinados de su necesidad. Sentábase en una silla baja, y hacia sentar al pobre en otra, y con grande afabilidad se informaba muy despacio de su afliccion y trabajo, y siempre eran mejor despedidos que recibidos; porque volvian remediados los que venian necesitados. Finalmente, la caridad con Dios, que era la reina entre las virtudes de este santo prelado, y gobernaba todas sus acciones, y le hacia procurar con tanto zelo la gloria divina, y excusar sus ofensas, y le obligaba á amar á los pobres, por mirar en ellos á Cristo; ¿quién la explicará con las palabras? ¿Quién no la dejará toda á la admiracion? ¿Y para qué es menester explicarla? pues todas las obras y palabras de este santo prelado dan testimonio de su caridad con Dios.

Lo que no se puede admirar bastantemente en santo Tomás, es, que siendo tan grande prelado, y teniendo en tan eminente grado todas las prendas necesarias para esta dignidad, clamaba continuamente por dejar el arzobispado, y, como si estuviera en un mar tempestuoso, anhelaba ansiosamente por volverse á su convento como á puerto seguro; porque segun él decia á su confesor, nunca habia temido tanto ser excluido del número de los predestinados, como desde que habia entrado en el nú-

mero de los prelados. Escribia al emperador repetidas cartas en órden á renunciar la dignidad, y pedíalo á Dios con continuas oraciones: y aunque el emperador no le oia por no quitar á la Iglesia tal prelado, oyóle Dios, por dar tal prelado al cielo, como singular adorno del coro de los pontífices, y para darle á él digno premio de sus virtudes: y porque queria castigar á Valencia con la hambre que padeció el año de 1556 y con la peste que hubo los dos años siguientes, quísose llevar al santo ántes, el año de 55, porque no viese tantos males, ó porque no los embarazase con sus oraciones. Estando una noche de la fiesta de la Purificacion de nuestra Señora en oracion, pidiendo á Dios que le librase de aquella carga tan pesada del arzobispado, le habló un Crucifijo que tenia delante, y le dijo: Ten buen ánimo; que el dia del Nacimiento de mi Madre vendrás á mí: y desde entonces quedó abierta la boca del Crucifijo, que ántes estaba cerrada; y así se ve hoy, con los dientes tan perfectos, que los mas peritos escultores dicen que no puede el arte imitar tanto á la naturaleza. Empezóse á aparejar para la partida, el que estaba tan aparejado y alegre con la nueva; aunque le parecian muy largos plazos aquellos meses mas de arzobispo, y de desterrado de la patria celestial. En 29 de agosto enfermó de una esquinencia, procedida de largos estudios, desvelos y penitencias; y conociendo que se acercaba ya su partida, se confesó generalmente de toda la vida, y recibió por viático el cuerpo del Señor con mucha devocion y lágrimas. Cuatro dias ántes de su muerte, mandó á su limosnero, que cinco mil ducados que habian quedado, los repartiese todos á los pobres, y se volviese sin un real. Y cuando le dijeron que se habia repartido todo, dijo: ¡O cuánto habeis aliviado mi espíritu! Dios os dé el consuelo que me habeis dado. Mandó tambien que sus muebles se diesen á los pobres: y no teniendo ya mas que la cama, llamó á su carcelero que era pobre, y le dió su cama. Preguntóle si la aceptaba; y respondiendo el carcelero que sí; dijo con grande gozo de su espíritu: Gracias á Dios que he alcanzado lo que siempre he deseado: bendito sea Dios, que muero como pobre religioso sin poseer nada en este mundo. Ya esta cama es tuya: mira si me la quieres prestar por amor de Dios, para morir; y sino muy gustoso moriré sobre la tierra. El sábado víspera de la Natividad de nuestra Señora, pidió la extremauncion, y el domingo por la mañana, dijo, que le faltaban pocas horas de vida: que se pusiese en su sala un altar y se dijese misa; porque queria despedirse en la misa como Cristo se despidió de los suyos. Díjose la misa que oyó con gran devocion y lágrimas, y en alzando, empezó el salmo: *In te, Domine, speravi, etc.* y al llegar á decir el último verso: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*; que fué cuando el sacerdote acabó de consumir el santísimo Sacramento, espiró; y su alma desatada de las prisiones del cuerpo, fué á gozar del premio que tenia merecido con tantas obras, dia de la Natividad de nuestra Señora, á 8 de setiembre de 1555. No hay para qué decir con palabras el sentimiento que hubo por su muerte en la ciudad de Valencia; pues ninguno le sabia explicar mas que con lágrimas y suspiros: ni es menester decir el concurso de su entierro, la veneracion de santo que tuvo, besándole los piés y las manos, y procurando alguna de sus reliquias: porque quien en vida era venerado por sus obras, como si fuera un santo canonizado; bien claro se ve, cuánto mas honrado seria en la muerte, en que ya las virtudes están seguras de la perseverancia. Contribuyó el cielo á la celebridad con un milagro; porque pasando por una calle el entierro, cayó un muchacho de nueve á diez años de un edificio muy alto. La madre que le vió caer le encomendó á santo Tomás, diciendo: Santo arzobispo, librad á mi hijo: y el niño bajó tan despacio como si le bajara en brazos algun ángel, y quedó de piés en el suelo, sin lesion ni dolor. Sepultáronle en el convento de Nuestra Señora del Socorro, como él lo habia mandado, queriendo que, pues el arzobispado lo habia sacado de su convento, la muerte le restituyese á su religion. Despues de su muerte se apareció glorioso y resplandeciente á muchas personas asegurándoles de su descanso y bienaventuranza.

Honró Dios á este gran siervo suyo en vida y en muerte con muchos é insignes milagros, los cuales dejo, porque si hubiera de contar milagros contara los ejemplos que he hallado de sus virtudes, que me admiran mas que el haber resucitado nueve difuntos, y haber sanado innumerables enfermos de diversas enfermedades. Tuvo espíritu de profecía, y favorecióle el Señor con todas aquellas prerogativas con que suele honrar á sus fieles siervos y amigos.

En todo fué admirable santo Tomás de Villanueva y su vida, que sirve á la admiracion de todos, sirva tambien á la imitacion; porque no hay quien no halle qué imitar en este prodigioso varon. En todos los estados y edades fué santo, cuando niño, cuando mancebo, cuando varon, cuando anciano: siendo seglar, siendo religioso, siendo predicador, siendo prelado; y así todos pueden aprender de él alguna virtud: los niños la inocencia, los mancebos la castidad, los varones la madurez, los ancianos la prudencia, los seglares la modestia, los religiosos la observancia, los predicadores el zelo, los prelados la vigilancia; y todos la caridad y misericordia para con los pobres y necesitados; porque él fué seglar y ejemplo de seglares, religioso y espejo de religiosos, predicador y maestro de predicadores, prelado é idea de prelados. ¡O qué varon, mayor que todas las alabanzas! Grande en los ojos de Dios nuestro Señor, y pequeño en sus ojos, en quien nadie halló que reprender, sino es su misma vista: á quien juzgaban todos por digno de mayores dignidades; y él se tenia por indigno de ser arzobispo. ¡O qué arzobispo, que supo unir las virtudes de religioso con las de prelado! Pobre y padre de pobres, que no tenia mas tesoro que las manos de los necesitados: rico para los pobres; y pobre para sí: á quien todas las necesidades hallaban liberal, sino en las propias. En sus manos se multiplicaban las limosnas; pero no es maravilla, pues multiplicaban las limosnas sus manos. «Bienaventurado el varon que fué hallado sin mácula, y que no se fué tras el oro ni puso su confianza en los tesoros del dinero. Este es el sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado en sus ojos justo, y en el tiempo de la ira fué hecho reconciliador y no se halló otro semejante á él.» ¿Quién cerrará la mano viendo abierta la de Tomás de Villanueva, no ménos para recibir beneficios de la mano de Dios nuestro Señor, que para dar limosna á los pobres? Encomendémonos todos á este santísimo pontífice: pidámosle su favor, que su misericordia no ha acabado, sino perficionado el cielo, y nos ayudará con sus oracio-

nes á conseguir la gloria de que él goza y gozará por los siglos de los siglos. Amen.

Escribieron de santo Tomás de Villanueva José Pamfilio, fol. 119; M. Grijalva, Historia mejicana, lib. 1, cap. 2 y 13; Alvar. Gomez, en la Vida de don Fr. Francisco Jimenez, lib. VIII; Gonzaga, en la Crónica de los Menores; Cornelio Curcio, De los varones ilustres de la órden de San Agustin, elog. 2, fol. 25; Fr. Tomás de Herrera, en el Alphabet. Agustin., 2 p., lit. T. verb. *Thomas*, fol. 438, y en la Historia del concilio de Salamanca. Escribieron tambien de él Fr. Miguel Salon, don Fr. Juan Muñatones, obispo de Segorbe, Fr. Nicasio Bario, agustinianos; don Francisco de Quevedo, Henrico Hyveo, en francés, y Tamayo de Salazar, en su Martirologio tomo V, á 8 de setiembre.

SAN JOSÉ DE COPERTINO, CONFESOR. — El glorioso san José, nombrado de Copertino, porque nació en el lugar de este nombre, situado en el obispado de Nardo, en el reino de Nápoles, vino al mundo á 17 de junio de 1603. Félix Desa, y Francisca Panara fueron sus padres, pobres á la verdad, y de baja condicion, pero al mismo tiempo piadosos y honrados, los cuales le educaron en la cristiana piedad; y él, prevenido de copiosas bendiciones del cielo, ya desde sus primeros años dió muestras de la eminente santidad á que Dios le habia destinado. Cuando llegó á la edad de diez y siete años resolvió consagrarse enteramente á Dios, entrando en alguna religion, y escogió entre las demás la de los padres capuchinos, por ser una de las mas rígidas y observantes, en la cual fué efectivamente admitido en el año 1620, en calidad de fraile lego, porque como no se habia dedicado á las letras ni al estudio, no se creyó capaz de grado mas honorífico. Pero ya fuese por la debilidad de la vista, ó por su natural abstraccion, salió nada apto para los oficios propios de su estado, en cuya atencion despues de haber pasado ocho meses en el noviciado, fué despedido de la religion y despojado de aquel santo hábito, con tan grande sentimiento y dolor del santo jóven, que solia decir despues que le parecia que le desollaban cuando le desnudaban la túnica, y que le separaban la carne de los huesos. No osando nuestro santo volver á Copertino por miedo de su madre, que era de natural áspero y severo, y por no hallarse sujeto á sus fuertes reprensiones, se fué á buscar á un religioso de los padres menores conventuales, tio suyo, quien en aquel año de 1621 predicaba la cuaresma en el lugar de Vetrara, y echándose á sus piés, le rogó con muchas instancias quisiese cuidar de él, pues estaba dispuesto á ejecutar prontamente todo lo que le mandase: el religioso movido á compasion del desamparo en que se veia el sobrino, le hizo quedar en su compañía hasta la Pascua, en cuyo tiempo le trató con mucha aspereza; pero despues le llevó consigo á su convento, nombrado de la Grottella, distante poco mas de media hora del lugar de Copertino, donde fué recibido como oblato terciario, destinándole á los ministerios mas bajos y mas viles de la comunidad, y en particular á cuidar de una mula de aquel convento. Pero fué tan loable la conducta del santo en este estado, tan pronta su obediencia en todo lo que se le ordenaba, y sobre todo tan singular la devocion y piedad que se le descubria en todos sus discursos y acciones, que se mereció la estimacion y amor de todos los religiosos, quienes por este motivo se resolvieron á admitirle en su religion, en la cual vistió el hábito de clérigo en el dia 19 de junio del año 1625; y habiendo cumplido con satisfaccion y admiracion de todos el año de noviciado, hizo la solemne profesion en manos de su superior, en la cual retuvo el nombre de José, que se le habia impuesto en el bautismo. Desde entonces compareció un verdadero y perfecto religioso en la práctica de todas las virtudes convenientes á su estado y en la observancia exactísima de las reglas de su instituto; de suerte, que los superiores en este particular nada mas podian desear de él. Pero en el estudio de las letras necesarias para recibir las órdenes eclesiásticas, nada ó muy poco aprovechaba. Por este motivo era muchas veces reprendido; pero aunque el santo recibia con humildad las reprensiones que se le hacian, acostumbrando decir á su maestro: Tomad paciencia conmigo, porque así mereceréis mas; todavía poquísimo aprovechaba en las letras, ya fuese por incapacidad de talento, ó porque vivia siempre absorto en Dios, y como abstraido de los sentidos en una continua oracion y contemplacion, de la cual en un grado sublime, como despues diremos, fué favorecido de Dios nuestro Señor. No obstante sus superiores creyeron oportuno, atendido el buen olor de su singular santidad, hacerlo promover á las órdenes sagradas hasta el sacerdocio; y se dice que en los exámenes que suelen preceder á la ordenacion, acaeció un no sé qué de prodigioso, habiéndole el obispo presentado para declarar ó repetir el evangelio de la misa, que empieza: *Beatus venter qui te portavit*, que era el único que habia aprendido á fuerza de un largo estudio. En cuyo particular es forzoso confesar que un tal ejemplo es mas para admirarse que para imitarse; pues nadie debe apartarse de las reglas establecidas en los cánones de la santa Iglesia, segun los cuales se requiere la conveniente ciencia y habilidad en los que han de ser promovidos á las sagradas órdenes.

Despues que José en el año de 1628, fué ordenado sacerdote, sintió nacer en su espíritu un nuevo y mas ardiente deseo de adquirir la mas sublime perfeccion, y de vivir enteramente despegado de todas las cosas de la tierra, y únicamente atento á la práctica de todas las virtudes evangélicas, y especialmente de una total mortificacion de sí mismo, y de una asperísima penitencia. A este fin, se privó de todas las cosas que se permiten á los religiosos de su órden, hasta de los vestidos interiores, contentándose con la sola túnica; y se separó de cualquiera conversacion y comercio con los hombres, llevando una vida retirada y solitaria, en una pequeña y oscura celda del convento: se privó del todo del uso de la carne, de los lacticinios y del vino, sustentándose de solas yerbas y frutas secas, ó de legumbres cocidas con unos polvos amarguísimos. Ayunaba rigurosamente siete cuaresmas en el año, á imitacion de su patriarca san Francisco, pasando frecuentemente las semanas enteras sin tomar cosa alguna de alimento, fuera del juéves y domingo. Tomaba un brevísimo sueño sobre una camilla tan incómoda, que le causaba mas dolor que reposo. Se disciplinaba frecuentemente con unos cordeles entretejidos de puntas de alfileres y estrellitas de acero; con este terrible instrumento hacia tal carnicería en su cuerpo, que corria por todas partes hilo á hilo la sangre: llevaba continuamente sobre sus desnudas carnes un áspero cilicio, ceñido con una cadena de hierro. En una palabra, era tan grande la aspe-

reza y rigor con que el siervo de Dios trataba su cuerpo, que se podia justamente llamar mártir de la penitencia, viéndose renovados en su persona los grandes ejemplos de penitencia, que en los primeros siglos de la Iglesia se admiraron en los desiertos de Siria, de Egipto y de Palestina.

Pero cuanto el bienaventurado José afligia su cuerpo con estas asperísimas penitencias, superiores á las fuerzas humanas (que nadie debe hacer por su propio arbitrio, y que el santo ciertamente practicaria, movido de un impulso particular del Señor, que le inspiraria la práctica de unos rigores tan extraordinarios, para confundir la sobrada delicadez, con que no solo las personas del mundo, sino tambien algunas de las religiosas acarician su cuerpo), otro tanto se regalaba y acrecentaba su espíritu con el dulce pábulo de la oracion y contemplacion, con la cual fué de Dios favorecido con Éxtasis y raptos, no solo de espíritu, sino tambien de cuerpo, tan estupendos, extraordinarios é inauditos, que no creo cause disgusto al lector el oir la relacion de ellos, en el modo que se describen en la historia de su vida, compuesta sobre las auténticas declaraciones de muchos testigos, recibidos en los procesos que se formaron en la causa de beatificacion y canonizacion del siervo de Dios. «Estos éxtasis y raptos eran tan frecuentes, que por mas de treinta años (son palabras del mismo autor de su vida) no fué admitido con los otros frailes en el coro, en las procesiones, ni en el refectorio, porque se perturbaban las funciones.» Por lo que seria nunca acabar, si se quisiesen referir todos los raptos que tuvo el siervo de Dios, despues que fué sacerdote, en todo el resto de su vida. Por eso bastará referir solamente aquí los que tuvo en Copertino, en el tiempo que habitó en el convento de la Grottella, los cuales refiere el sobredicho autor en el modo siguiente.

Primeramente en Copertino, en la noche de la vigilia de Navidad, oyendo José el son de la zampoña y de los silbos de algunos pastorcillos que él habia convidado para honrar el nacimiento del divino Niño, primero empezó á bailar por sobrada alegría, despues dando un suspiro con un alto grito, voló por el aire como una avecilla, desde en medio de la iglesia hasta el altar mayor, distante de allí mas de diez varas, y aquí, habiendo abrazado la custodia del Señor sacramentado, estuvo dulcemente arrebatado cerca de un cuarto de hora, sin hacer caer ninguna de las velas encendidas, de que estaba lleno el altar, y sin ser ofendido del fuego en ninguna parte de sus vestidos. A este suceso quedaron sobremanera maravillados aquellos pastores; mas no fué menor la admiracion de los religiosos de aquel convento, y del pueblo de Copertino, cuando vieron que el bienaventurado José, vestido de capa pluvial para asistir á una procesion en la fiesta de san Francisco, se fué á vuelo sobre el púlpito de la iglesia, quince palmos elevado de la tierra, y quedó en el borde del mismo por largo espacio extático y maravillosamente arrodillado. Igualmente estupendo fué un rapto que tuvo en la noche de un juéves santo, orando con los demás religiosos delante del sagrado sepulcro, colocado en la parte superior del altar mayor, y adornado de nubes iluminadas con gran número de lámparas; porque repentinamente fué á vuelo directamente á abrazar la urna de su divino tesoro, dejando intactos todos los adornos de aquella perspectiva, y despues de algun espacio de tiempo, llamado del superior, volvió á vuelo del lugar de donde habia partido. Semejantes vuelos dió alguna vez sobre el altar de san Francisco, y sobre el de la santísima vírgen María de la Grottella, rezando las letanías.

Pero mas admirable y juntamente plausible fué su rapto de amor, cuando queriendo representar el monte Calvario sobre una pequeña colina, situada entre Copertino y el convento de la Grottella, donde habia ya hecho levantar dos cruces, y viendo que diez personas juntas no podian colocar en el lugar destinado la tercera cruz, que era la mayor, que tenia cincuenta y cuatro palmos de alto, y era en consecuencia de muchísimo peso; movido nuestro bienaventurado de su interno fuego, desde la puerta del convento anduvo á vuelo por la distancia de ochenta pasos hácia la misma cruz, y cogiéndola con la mano, él solo la levantó como una paja lijera, y la colocó en el lugar aparejado. Eran despues estas cruces el objeto de sus adoraciones; por lo que acaeció muchas veces, que por el espacio ya de diez, ya de doce pasos, voló arrebatado de su amor crucificado, ya sobre el clavo de la cruz de enmedio, ya sobre la cima de la misma. Voló tambien en otra ocasion cuatro pasos en el aire, arrebatado del fuego del Espíritu santo, hablando de su venida sobre los apóstoles, y viendo pasar á un religioso que llevaba en la mano una linterna encendida. Del mismo modo voló sobre un olivo, así que oyó que un sacerdote le decia: Fr. José, ¡qué hermoso cielo ha hecho Dios! quedándose firme arrodillado sobre él por espacio de media hora: y era cosa estupenda, ver que el ramo que le sostenia se movia, como si encima de él se hubiese puesto un pajarillo.

Pero mas que otras veces, causó José admiracion y espanto á los circunstantes, en la iglesia de Santa Clara de Copertino, cuando hallándose presente á la ceremonia de dar el hábito á algunas sagradas vírgenes, así que se entonó por los músicos: *Veni, sponsa Christi*, vió todo el concurso, que, desde un ángulo donde oraba arrodillado, corria velozmente á un padre de los menores observantes, confesor del monasterio, y que habiéndole tomado por la mano, le levantó de la tierra con fuerza sobrenatural, y le hizo dar varias vueltas por el aire, en un baile violento, movido éste de José, y José de Dios. Seria aquí muy difusa la relacion de todos los raptos y vuelos ruidosos por el aire del bienaventurado, que se admiraron en Copertino; por lo que á fin de no exceder de la brevedad que nos hemos prefijado, basta saber que, como resulta de los procesos, solo aquí fueron mas de setenta, no contando los que tenia cotidianamente cuando celebraba la santa misa, la cual por eso duraba regularmente dos horas.

Estos maravillosos raptos del bienaventurado José, y la santidad de su vida, le conciliaron en todos los pueblos y paises vecinos tan gran fama, que las gentes corrian á tropel para verle y recomendarse á sus oraciones, de los cuales muchos experimentaron la eficacia, alcanzando por su medio, de Dios nuestro Señor, gracias prodigiosas. Pero este mismo concurso dió motivo al vicario general de un obispo, para denunciar á la Inquisicion al siervo de Dios, como á hombre peligroso, que podia insinuar novedades y causar tumultos en el pueblo. Por lo que, en el año 1638, fué llamado á Nápoles á dar cuenta de sí mismo, y de Nápoles fué enviado á Roma, donde fué examinada su conducta, y declarada libre de cualquiera tacha, aunque no fué remitido á su convento de Copertino, sino al de Asís. Habiendo

llegado el siervo de Dios á este convento, dispuso el Señor que fuese acometido de fuertes tentaciones, así exteriores como interiores, que sirvieron para purificar siempre mas la virtud del santo. Porque el superior de aquel convento le recibió con enfado, y con un rostro lleno de ceño, y por algun tiempo usó con él de mucha severidad y aspereza, mortificándole continuamente con amargas reprensiones, y tachándole de hombre soberbio é hipócrita. Sufria el bienaventurado José estas reprensiones y continuas mortificaciones con maravillosa paciencia, humildad y resignacion; pero lo que mas le mortificaba fué, que de repente se vió privado de toda consolacion celestial, su mente quedó oscurecida de espesas tinieblas, su corazon quedó duro y seco, de modo que no hallaba gusto alguno en el canto de los salmos, en decir la santa misa, ni en la oracion, y como si el cielo fuese de bronce, no llovia sobre él gota alguna de celestial rocío. Al mismo tiempo el demonio le daba mucho trabajo, fatigándole con vehementes tentaciones de impureza, mientras estaba despierto, y con feísimas imaginaciones, mientras estaba dormido: de modo, que el siervo de Dios pasaba los dias gimiendo y llorando sus males; pero en medio de tantas amarguras y tribulaciones, no dejaba jamás cosa alguna de sus acostumbrados ejercicios y penitencias. Duró esta batalla por espacio de dos años, despues de los cuales plugo al Señor restituirle su primera calma y tranquilidad de espíritu, y llenar su alma de mas abundantes gracias y consolaciones, renovándose en él los éxtasis y raptos extraordinarios, semejantes á los que arriba se han referido, con pasmo y admiracion de todos; porque hallándose una vez en la basílica patriarcal, mirando en la bóveda de la iglesia á una imágen de la Virgen santísima, se elevó diez y ocho palmos en el aire, como para venerarla mas de cerca. Otra vez, hallándose en el noviciado en la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Virgen, de cuyo misterio era devotísimo, abrazó al maestro de novicios, y clamando altamente: ¡qué hermosa es María! ¡qué hermosa es María! lo levantó con fuerza sobrenatural de la tierra, y habiéndole dejado caer dentro de poco, él solo se levantó aun mas alto.

De aquí resultó, que sucedió en Asís, lo mismo que habia acaecido en Copertino; esto es, que las gentes de todas partes se atropellaban al rededor del santo, deseando cada uno ser espectador de las maravillas que Dios obraba en su persona. Por eso el sumo pontífice Inocencio X, que entonces ocupaba la silla de san Pedro, mandó al inquisidor de la ciudad de Perugia, á fin de apartar el ruido y rumor del pueblo, que trasportase secretamente á José del convento de padres menores conventuales de la ciudad de Asís, á un convento de padres capuchinos, situado en Pietrarosa, lugar solitario entre las ásperas montañas de Carpegna, en el obispado de Monte Feltro, como fué ejecutado con mucho secreto á 22 de julio de 1653, y despues de tres meses, fué el siervo de Dios nuevamente trasportado de este convento de Pietrarosa, al de Fosombrone de los mismos padres capuchinos, obedeciendo el humilde siervo de Dios prontamente, como manso cordero, las órdenes de los superiores. En la demora que hizo en este convento, que fué cerca de tres años, separado de la vista de los hombres, y como muerto al mundo, llevó una vida del todo retirada, y segun su costumbre, penitente; celebrando misa en un altar privado, erigido á este fin dentro del convento de los padres capuchinos, y conversando continuamente con Dios en la oracion y contemplacion de las cosas celestiales. Aquí acaecieron muchas veces los mismos raptos, entre los cuales es admirable el que refiere el escritor de su vida con las siguientes palabras: «En la dominica en que se lee en la misa el evangelio: *Ego sum Pastor bonus*, se hallaba el bienaventurado José en la huerta de los padres capuchinos, y viendo allí un corderillo, lo tomó por las piernas y se lo puso sobre los hombres, y en este acto contemplando en el divino Pastor, empezó á correr por la huerta hácia el padre guardian que estaba allí presente, diciéndole con alegría: Padre guardian, hé aquí el buen Pastor que lleva la ovejita: despues arrojando en alto el corderillo, tras de él dió un vuelo por el aire hasta la altura de los árboles, y quedó aquí con los brazos abiertos, arrodillado y extático por mas de dos horas, con estraordinaria admiracion de aquellos religiosos, que fueron espectadores de aquella maravilla; volviendo despues, como tenia de costumbre, de semejantes raptos con el mismo vuelo, al lugar de donde habia partido.

Plugo finalmente al sumo pontífice Alejandro VII, que habia sucedido á Inocencio X en la silla apostólica, restituir á la religion de Menores conventuales á su bienaventurado religioso, como en efecto de su órden, en el mes de julio de 1657, fué trasferido del dicho convento de padres capuchinos de Frosombrone al de padres conventuales de la ciudad de Osimo, con mucha alegría del siervo de Dios, quien, aunque estuviese en todas las cosas resignadísimo á la voluntad divina, todavía se consoló mucho de poder vivir el resto de sus dias entre los religiosos sus hermanos. Aquí fué colocado en una remota pieza del convento, donde habia una capilla para celebrar en ella privadamente el santo sacrificio de la misa, separado del todo del comercio de cualquiera persona, como lo habia ordenado el sobredicho Alejandro VII; por lo que en todo el tiempo que sobrevivió no trató jamás persona alguna fuera del obispo, de su vicario general y de los religiosos de su convento; ni jamás salió de su celda, sino para visitar algun religioso enfermo, y una vez la iglesia del mismo convento, lo que ejecutó de noche, y cuando estaban ya cerradas las puertas. Estaba no obstante tan contento en aquella soledad, que solia decir: Yo estoy dentro de una ciudad, pero me parece que estoy dentro de una selva, y así en un paraiso; y en efecto podia con toda verdad decir, que le parecia habitar en un paraiso porque era cuasi continuamente arrebatado en Dios, y favorecido de dulcísimos éxtasis, de los cuales algunos le duraban de seis á siete horas. Acercándose el término de su peregrinacion sobre esta tierra, del cual habia recibido una especial revelacion de Dios nuestro Señor, se encendieron mucho mas en su pecho las llamas del divino amor, y los santos deseos de ser desatado de los lazos del cuerpo, que por desprecio solia llamar su asnillo, para unirse eternamente en el cielo con el sumo Bien. En efecto, fué atacado de una calentura muy ardiente, que le duró cerca de un mes, acompañada de una grande debilidad de estómago: hallándose el santo en este estado y muy extenuado de fuerzas por el furor del mal, y por sus muchas penitencias, quiso sin embargo hasta el último celebrar la santa misa, hasta que destituido totalmente de fuerzas, y habiéndosele agravado la enfer-

medad, se vió reducido al extremo de su vida, y habiendo recibido con singular y extraordinaria devocion los sacramentos de la Iglesia, descansó plácidamente en el Señor á 18 de setiembre de 1663. Así como el siervo de Dios habia sido enriquecido del Señor durante su vida, además de los éxtasis y raptos referidos, del don de profetizar las cosas futuras, del de conocer los secretos del corazon, del de obrar cosas prodigiosas, y de otros dones sobrenaturales, así despues de su muerte se dignó el mismo Señor ilustrar su santidad con muchos milagros obrados por su intercesion; por los cuales y por su santa y virtuosa vida, la sede apostólica le escribió en el número de los beatos, en el año 1753, y en el siguiente de 1767 lo canonizó solemnemente.

Entre los muchos milagros que obró Dios nuestro Señor para declarar á los hombres la santidad de su siervo, solo referiremos los que la santa Sede tiene aprobados para su beatificacion y canonizacion.

El primero aprobado para su beatificacion, lo obró con un muchacho de doce años de edad, llamado Estéban de Mateis: habiendo este muchacho recibido un golpe de una piedra en el ojo derecho, le quedó herida y rota la niña, de donde resultó que, vaciándosele todo el humor, se le hundió la órbita del ojo, con lo que quedó del todo sin vista en él; pero habiendo acudido al sepulcro del santo, y hecho tocar en él los párpados del ojo perdido, al mismo instante le recobró entero y hermoso, y vió con él perfectísimamente.

El segundo le obró Dios por su intercesion con Victorio de Mateis, padre del muchacho referido: tenia éste tan enormemente entumecida la rodilla, á causa del humor que habia acudido á ella, que no se podia arrodillar ni podia caminar sino con mucha dificultad; seis años habia que padecia esta enfermedad, pero confiando curar de ella con la intercesion de san José, fué á visitarle en su convento, y apenas puso la rodilla ofendida sobre la tarima del altar donde el santo solia orar, y donde aun se percibian las señales que con el largo uso de orar habia dejado en ella, cuando al mismo punto quedó desvanecido aquel enorme tumor, y él sintió perfectamente sana la rodilla y ágil para cualquiera movimiento como si en ella no hubiera padecido mal alguno.

Para su canonizacion fueron aprobados los tres milagros siguientes.

El primero se obró con una doncella llamada María Magdalena Panzironi, en el dia 31 de octubre de 1753. Tenia esta doncella en la boca del estómago un tumor esquirroso muy crecido, y duro como una piedra: este tumor habia reducido á la doliente á tal estado, que, perdido el movimiento, el color, el pulso, la habla y los demás sentidos, desahuciada de los médicos, se la prevenia ya lo necesario para su entierro. Hallándose pues, á punto de espirar, la pusieron algunas reliquias del beato José en los dedos, y una estampa sobre el tumor esquirroso, y ella de la manera que pudo en aquella última agonía, imploró su ayuda con tan feliz y portentoso efecto, que de repente se halló buena, sana y perfectamenta convalecida; de modo, que habiendo sucedido esto al anochecer, se levantó de la cama en el mismo dia, hizo y ejecutó en aquella noche todo lo que suelen hacer los que gozan de una perfecta y robusta salud.

El segundo sucedió en el dia 18 de enero de 1756 con una mujer soltera, llamada Benedicta Pierangelini: se le habian formado á esta mujer dos pólipos carnosos en los vasos del corazon, los cuales, impidiendo el libre curso de la sangre, por espacio de diez y seis años, la habian de tal manera molestado, que necesitando de frecuentísimas expectoraciones, varias veces se hallaba en inminente peligro de quedar sofocada y muerta: por último, habiéndose encruelecido por espacio de quince dias la enfermedad que iba acompañada de mortales parasismos, fué preciso administrarla los santos sacramentos. No obstante la enferma, concibiendo confianza de recobrar su salud con la intercesion del beato José, le invocó con mucho fervor, aplicándose entretanto al pecho una reliquia suya; entonces fué acometida de un gravísimo parasismo, que no asustó á la enferma, porque tuvo en su interior un secreto presentimiento que este parasismo le daria la salud. Entonces, habiéndola el cirujano dado una sangria que la enferma, consintiendo el médico, habia pedido, y habiéndola abierto en la mano la vena que llaman salvatela, salieron milagrosamente por la incision aquellas dos moles poliposas de sustancia carnosa, y obrándose entonces muchos milagros, quedó la enferma en el mismo momento sana y libre perfectamente de todos sus males.

El tercero acaeció con Bernardino Cenogallese, de oficio arriero: padecia éste de herpes, que abriéndosele, le formaron una llaga, de la cual manaba un humor tan cruel y corrosivo, que no solo le abria las carnes, sino que consumia los paños que se le aplicaban; entonces, extendiéndosele la llaga desde la ingle hasta la rodilla, le quitó la facultad de caminar causándole al mismo tiempo vehementísimos dolores, de modo que no podia descansar un solo momento. En este peligro su buena mujer se fué á la iglesia para implorar con sus oraciones el ausilio del beato José, mientras el marido postrado en la cama hacia lo mismo. En esta sazon el beato José apareció al enfermo, y le exhortó á rezar junto con él las letanías de la Vírgen santísima: el beato José empezó la letanía, é iba el enfermo respondiendo á cada una de las salutaciones, y cuando llegó á la salutacion en que se invoca á María santísima con el título de Salud de enfermos: *Salus infirmorum*, de repente desapareciendo la vision, se desvaneció toda aquella enfermedad. Bernardino saltó al momento de la cama, se vistió, salió de casa, y se fué luego á la iglesia con toda expedicion, á dar gracias á su singular bienhechor, y la mañana siguiente se puso á trabajar en su oficio de arriero, fuerte y robusto, como si jamás hubiera estado enfermo.

* San Metodio, obispo y mártir.—Tanto su nacimiento como los primeros años de su vida se ignoran. Las primeras noticias que tenemos de este santo son cuando era obispo de Olimpo, ciudad marítima de la Licia. Trasladado á la silla episcopal de Tiro, dió muestras de su gran saber, de su elocuencia, y sobre todo de su gran virtud. Escribió varias obras, á saber: el Festin de las Vírgenes, la que tiene por objeto demostrar las ventajas de la castidad; el Libre Albedrío contra los valentinianos, y otra obra sobre la resurreccion de los cuerpos contra Orígenes; cuyos libros fueron tenidos en mucho aprecio por los autores eclesiásticos de los primeros siglos, ya por la pureza de su doctrina, ya por la fuerza de sus discursos, y sobre todo por la uncion que se desprendia de todas sus palabras. En la última persecucion de la Iglesia, segun dice

san Gerónimo murió por la fé, en Calcide de Grecia, y por lo tanto seria su muerte por los años 311 ó 312. Es tambien conocido bajo el nombre de Eubulo ó Eubulio, nombre que él mismo se habia atribuido en el Festin de las vírgenes.

San Ferreolo, mártir.—Era tribuno de los ejércitos romanos en Viena de Francia, y profesaba secretamente la religion cristiana. Las pocas simpatías que mostraba tener Ferreolo para las ceremonias religiosas de los ídolos, hicieron entrar en sospechas á Cispino, gobernador de aquella parte de las Galias, de que el ilustre tribuno era cristiano, y lo mandó prender. Pasados algunos dias, dispuso que en su misma presencia ofreciese incienso á los ídolos; pero se negó redondamente, diciendo, que ántes moriria mil veces que abandonar la religion que profesaba, la cual estimaba en mas que todos los honores y riquezas de la tierra. Entonces fué azotado cruelmente y conducido otra vez á la cárcel cargado de cadenas. Al tercer dia, Ferreolo se dispertó desatado milagrosamente de sus grillos, y viendo que sus centinelas dormian y que su cárcel estaba abierta, se escapó y salió de la ciudad por el camino que conduce á Lyon. Pasó el Ródano á Nado, y estando al otro lado del rio fué alcanzado por los que le buscaban, que le ataron y le hicieron seguir con ellos. Pero no llegaron á entrar en Viena; porque poco despues en un acceso de furor, aquellos soldados le cortaron la cabeza junto al Ródano. Así acabó su preciosa existencia Ferreolo, muriendo mártir el año 304. Los cristianos recogieron su cuerpo y le dieron sepultura, siendo testigos de muchos milagros obrados por su intercesion.

Santa Sofía y santa Irene, mártires.—No sabemos de dónde fueron ni en qué punto murieron. Sus nombres se hallan en los mas antiguos Martirologios griegos y romanos.

San Eustorgio, obispo y confesor.—Nació en Constantinopla, de noble familia, á fines del siglo III, y habiendo dedicado sus primeros años al estudio de las ciencias, salió en ellas consumado. Abrazó la carrera eclesiástica, y fué enviado por el emperador con una comision importante á la ciudad de Milan en Italia, donde permaneció algun tiempo. Entretanto murió san Protasio, obispo de aquella ciudad, y todos los ojos y los corazones de todos se fijaron en Eustorgio cuando se trató de darle un sucesor. Tan alta idea se tenia ya de su virtud y demás prendas que le adornaban. Efectivamente se hizo la eleccion, y Eustorgio fué consagrado obispo de aquella Iglesia, la cual gobernó segun se habia esperado de su sabiduría y santidad, muriendo en paz por los años 340 poco mas ó ménos. Los bolandistas prueban hasta la evidencia que es equivocado que éste fuese el primer obispo de Milan, como dice Baronio en el Martirologio romano, sino que fué el noveno.

San Eumenio, obispo y confesor.—Natural de Grecia, desde la infancia fué un vaso de eleccion y un espejo de todas las virtudes. Habiendo distribuido su cuantioso patrimonio á los pobres, se retiró á la soledad, donde estuvo muchos años entregado á las mas austeras mortificaciones. El Señor lo descubrió á los habitantes de la ciudad de Gortida en la isla de Creta, que buscaban un hombre santo que se encargase de dirigirlos por el camino de la salvacion. Eumenio se espantó con esta noticia; pero al fin tuvo que ceder á la voluntad del cielo, manifestada visiblemente por medio de prodigios, y fué consagrado obispo de Gortina. Obró tantos milagros, que sus contemporáneos le llamaron el Taumaturgo, y arregló tan perfectamente los asuntos de sus ovejas, principalmente de los pobres, que cuando murió, llorósesu pérdida como una calamidad inmensa. Floreció durante el siglo VII.

DIA 19.

San Januario, obispo y mártir.—Fué san Januario obispo de la ciudad de Benevento, que es en el reino de Nápoles: y como en la persecucion de Diocleciano y Maximiano, estuviese preso un santo confesor, llamado Sofio, y san Januario le visitase en la cárcel, para consolarle y animarle al martirio; Timoteo, presidente, le mandó prender y traer delante de sí, y procuró pervertirle y atraerle con muchas palabras y razones á la adoracion de sus falsos dioses. Pero entendiendo que perdia el tiempo, hizo encender un horno por espacio de tres dias, y echar en él á san Januario; mas guardóle el Señor, de manera, que salió del horno, sin que la llama le hubiese hecho daño en la ropa, ni en un pelo de la cabeza. Encendióse mas el tirano, viendo que las llamas le habian perdonado, al que él deseaba acabar: mandóle atormentar tan cruelmente, que todos los miembros del santo mártir fueron descoyuntados. Vinieron á visitarle Festo, diácono, y Desiderio, lector: y siendo conocidos por cristianos, fueron presos y llevados con su obispo san Januario, cargados de hierros y cadenas, delante del coche del presidente á la ciudad de Puzol. Allí fueron echados en la misma cárcel, donde estaban presos Sofio, diácono de la ciudad de Misena, y Próculo, diácono de Puzol, y dos legos llamados Eutiques y Acucio: los cuales todos habian sido condenados á ser despedazados de las bestias fieras, y estaban aguardando la ejecucion de su sentencia. Al dia siguiente todos siete fueron echados á las fieras: las cuales, olvidándose de su natural ferocidad, se derribaron á los piés de san Januario y de sus santos compañeros, como unas ovejas mansas. El presidente, atribuyendo este milagro del Señor á hechizos y arte mágica, dió sentencia contra ellos y mandólos degollar; pero luego perdió la vista, y por la oracion de san Januario la recobró, y con este milagro se convirtieron casi cinco mil personas. No bastó el beneficio que habia recibido el inicuo juez, para aplacar su furia, y conocer la mano poderosa de Dios, que obraba en sus santos; ántes viendo la conversion de tanta gente, y temiendo la ira de los emperadores, pronunció sentencia de muerte contra los santos mártires. Llevároulos al lugar del martirio, y cortáronles las cabezas. Sus santos cuerpos fueron llevados á diversas partes: el de san Januario habiendo estado primero en Benevento, y despues en el monasterio llamado Monte de la Virgen, fué trasladado á Nápoles en tiempo del papa Alejandro VI, y puesto en la iglesia catedral, donde es reverenciado con grande devocion y veneracion de toda aquella ciudad, que le tiene por patron, y recibe de su mano grandes y continuos beneficios. Dos milagros entre otros ha obrado nuestro Señor por los merecimientos de san Januario. El primero es, haber librado la ciudad y reino de Nápoles del incendio del Vesubio, que ahora se llama el monte de Soma: el cual es un volcan, no léjos de Nápoles, que echa fuego; y al-

gunas veces sale con tanta abundancia el fuego, que parece que ha de consumir y abrasar todas aquellas provincias, como sucedió en tiempo del emperador Tito; y en aquel incendio murió Plinio II, por haberse llegado por curiosidad á verle mas cerca de lo que debiera. Pero otra vez fué tan espantoso y horrible el incendio que salió de este monte, que parecia que toda Europa se habia de convertir en ceniza; porque arrojó tanta y tan menuda, que llegó hasta Constantinopla, y cesó por las oraciones de san Januario; y los griegos le instituyeron fiesta, y cada año hacen dos veces procesion solemne, haciendo gracias á Dios por haberlos librado de aquel peligro, y suplicándole que para adelante los librase. Con esta ocasion creció la devocion de san Januario en la gente que venia á visitar sus sagradas reliquias, y fundáronle muchas iglesias en diversas partes. El otro milagro es perpetuo, y que hasta hoy dura. Tienen en Nápoles la sagrada cabeza de san Januario, y aparte una ampolla de vidrio, llena de la sangre cuajada del mismo santo; y en juntándola con la cabeza, ó poniéndola delante de ella, comienza luego la sangre á deshelarse y derretirse y hacerse líquida, como si se acabara de verter: y este milagro yo lo he visto algunas veces, y tiene á todo el mundo por testigo. El martirio de san Januario fué á los 19 de setiembre, el año del Señor de 305, imperando los sobredichos Diocleciano y Maximiano. El papa sixto V, el primer año de su pontificado, que fué el de 1585, en 27 dias de enero mandó que se rezase de san Januario, como de santo simple: y despues el papa Gregorio XIV ordenó que se guardase su fiesta en la ciudad y reino de Nápoles, y que se le rezase el oficio doble, y en el resto de la cristiandad semidoble. Escribió el martirio de san Januario y de sus santos compañeros, Juan, diácono, y le refiere Surio en el quinto tomo, y hacen mencion de él los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo, Adon y otros autores latinos y griegos que escriben vidas de santos.

* San Festo, diácono, san Desiderio, lector, san Socio, diácono, san Próculo, diácono, san Eutiques y san Acucio, mártires.—Estos santos padecieron martirio por la fé, junto con san Genaro, como es de ver en la vida que acabamos de insertar en este mismo dia.

San Secuano, presbítero y confesor.—Nació en el pueblo de Maimont, en la Borgoña, y sus padres, que fundaban en él sus mas bellas esperanzas, le dieron una brillante educacion. A pesar de toda su familia, abrazó Secuano el estado eclesiástico, y ántes de la edad prescrita por los cánones, fué elevado al sacerdocio por el obispo de Langres, que conocia las virtudes y el mérito del santo. Disgustado de los peligros y escollos del mundo, se retiró al monasterio de San Juan en el pais de Auxois, donde se perfeccionó en el estudio de las santas Escrituras y en la práctica de las virtudes religiosas. Pasado algun tiempo hizo edificar á sus espensas un monasterio en los bosques de Segreste en el orígen del rio Sena, y se fué á vivir en él. La regularidad de aquella casa monástica y la santidad de su superior la hicieron célebre en poco tiempo, y muy pronto se vió llena de un considerable número de monges. Secuano vivió hasta el dia 19 de setiembre del año 580, y fué memorable por sus muchos milagros ántes y despues de su muerte.

San Eustoquio, obispo y confesor.—Descendiente de una de las mas distinguidas familias de Auvernia, fué este santo, segun el Martirologio romano, hombre de una virtud eminente. El año 444 fué elegido obispo de Tours; dedicóse con mucho empeño á la reforma de la disciplina; asistió á varios concilios y publicó algunos reglamentos llenos de prudencia y sabiduría para el gobierno de la Iglesia. Distinguióse particularmente en el concilio de Angers, celebrado el año 453 para examinar una ley de Valentiniano III, que atacaba los derechos de la Iglesia. Distribuyó su vasta diócesis en parroquias; edificó muchos templos, y murió santamente en setiembre del año 461.

San Teodoro, obispo y confesor.—Fué natural de Tarso, en Cilicia, estudió en Atenas la filosofía y las bellas letras, y habiendo abrazado la vida monástica, se fué á Roma. En esta ciudad se perfeccionó en las ciencias humanas y divinas, en la inteligencia de las lenguas sabias, y sobre todo en la sublime práctica de la perfeccion cristiana. Llegó á ser tan pública la fama de su sabiduría y virtudes, que estando vacante el arzobispado de Cantorbery y buscando el papa un hombre de elevadas prendas, que pudiese dirigir dignamente al numeroso clero de Inglaterra, puso los ojos en Teodoro, que poco despues fué consagrado por el mismo papa Vitaliano, el dia 26 de marzo del año 668. Marchó en seguida para su destino; pero se detuvo algun tiempo en París para aprender la lengua inglesa, y allí recibió una embajada del rey de Kent, que le suplicaba apresurase su marcha. Habiendo tomado posesion de su silla, empezó su episcopado, visitando todas las Iglesias de la nacion inglesa, derramando por todas partes las luces de su sabiduría, y las instrucciones necesarias para restablecer la pureza de la moral y confirmar la disciplina de la Iglesia católica. Estableció varios obispados donde creyó conveniente; introdujo el canto gregoriano; creó algunas cátedras para la enseñanza de la santa Escritura, y de algunas otras ciencias, como la astronomía y las matemáticas. Él mismo enseñaba las lenguas griega y latina, con los cuales se formaron una porcion de hombres célebres, y profesores de gran nombradía, que luego establecieron y abrieron escuelas en todas las poblaciones considerables de Inglaterra. Esta nacion llegó en pocos años á ser morigerada, laboriosa y sabia, merced á los contínuos desvelos de su esclarecido primado. En los concilios que este santo convocó, publicó una infinidad de reglamentos útiles á la Iglesia, y que al mismo tiempo afirmaban la seguridad y la paz en el estado. Una vez que esta paz se turbó por las pretensiones opuestas del rey de los nortumbros y del rey de los mercios, Teodoro los reconcilió, y volvió á los ánimos la tranquilidad. Fué el árbitro y el oráculo de aquellos paises, y en su largo pontificado no desmereció nunca la veneracion y aprecio de sus habitantes. Una de las cosas que mas memorable le han hecho en la Iglesia católica es su *Penitencial*, coleccion de cánones que arreglaba todo lo concerniente á las penitencias públicas, monumento eterno de su sabiduría y del conocimiento que tenia del corazon del hombre. Su muerte, ocurrida el dia 19 de setiembre del año 690, fué una calamidad irreparable para los ingleses, que la lloraron con un sentimiento y unas muestras imponderables de dolor. Murió á la edad de 88 años, el veinte y dos de su pontificado.

Los santos Peleo, Nilo y Elías, obispos y mártires.—Durante la última persecucion general contra la Iglesia, fueron estos santos condenados con otros muchos á traba-

jar en las minas de la Palestina. En ellas formaron una especie de oratorios, donde celebraban los divinos misterios, hasta que habiéndolo sabido el gobernador de la provincia, los dispersó, mandando algunos á las minas de Chipre, otros á las del monte Líbano, y los restantes á otros puntos. Los tres, de que hace hoy memoria la Iglesia, merecieron no ser desterrados, sino condenados á ser quemados vivos en la misma Palestina, cuyo martirio se efectuó en setiembre del año 311.

SANTA POMPOSA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Nació de padres nobles en la ciudad de Córdoba, en tiempo de la dominacion sarracena. Pasó sus primeros años en el monasterio de San Salvador de Peña Melaria, y en él aprendió á ejercitar todas las virtudes. En la que mas sobresalió la santa, fué en una extrema humildad y en el amor á los sufrimientos. San Eulogio dice, que sabia de ella tantas excelencias, que seria prolijo el referirlas. El amor de Dios engendró en el alma de Pomposa el deseo de dar por él su vida, y despues del martirio de santa Colomba, se escapó secretamente de su monasterio y se presentó al juez mahometano. Díjole que era cristiana y que solo su Dios era el verdadero, y Mahoma no mas que un impostor. Enfurecido el juez, sin contestarle ni hablarle una palabra, mandó que al punto la degollasen, cuya sentencia se ejecutó delante de la puerta del alcázar de Córdoba, el dia 19 de setiembre del año 853. Su sagrado cuerpo fué echado al rio, pero unos trabajadores cristianos lo sacaron y le dieron sepultura.

SAN RODRIGO DE SILOS, CONFESOR.—Era español y tio de santo Domingo de Guzman. Floreció en el reinado de san Fernando y de su hijo don Alonso el Sabio. Renunció al mundo y sus vanidades y se hizo monge en el monasterio de Silos, del cual fué luego abad. Fué muy estimado de los dos reyes que hemos nombrado, que le hicieron algunas visitas en su mismo retiro. Obró muchos prodigios, entre ellos el de convertir el agua en vino. Dióse todo entero á la contemplacion, al ayuno y penitencia, y murió santamente el dia 19 de setiembre del año 1280. El Señor glorificó su sepulcro con muchos milagros.

SAN FELIX Y SANTA CONSTANCIA, MÁRTIRES.—El primero era sacerdote de Nocera, en Italia, y santa Constancia una noble matrona de la misma ciudad. El año 69 de Jesucristo, siendo emperador el cruel Neron, fueron condenados á muerte por seguir la fe cristiana, y su martirio se ejecutó el dia 17 de setiembre.

LOS SANTOS TRÓFIMO, SABACIO Y DORIMEDONTES, MÁRTIRES.—Eran de Asia, y practicaban las mas puras virtudes del cristianismo. Reinando el emperador Probo, y segun sus edictos, fueron presos y obligados á ofrecer adoracion á los dioses; pero negándose á semejante sacrilegio, Sabacio fué azotado en Antioquía hasta que espiró, y Trófimo fué enviado á Sinnada, al presidente Perennio, donde, despues de muchos tormentos, para dar glorioso fin á su martirio fué degollado juntamente con el senador Dorimedontes. Los bolandistas colocan el martirio de estos santos en el año 277.

DIA 20.

SAN EUSTAQUIO, MÁRTIR.—La vida y martirio de san Eustaquio y de Teopista su mujer, y de Agapito y Teopisto, sus dos hijos, escribe Metafraste de esta manera. Fué san Eustaquio caballero y valeroso soldado, y siendo gentil se llamaba Plácido, ó como otros dicen Plácidas; y al cardenal Baronio le parece probable, que haya sido aquel Plácido, de quien hace mencion Josefo *De bello judaico:* el cual fué capitan de caballos y sirvió valerosamente á Vespasiano y Tito, en la guerra que hicieron contra los judíos: en la cual tambien sirvió Trajano, que despues fué emperador. Tenia mujer é hijos Plácido; y aunque era soldado y gentil, era hombre de buenos respetos y moralmente virtuoso, modesto, benigno y amigo de hacer bien. Deleitábase en la caza, tomándola por una manera de ejercicio para la guerra. Yendo un dia á caza, y estando apartado de sus criados y cazadores, vió un ciervo de extraña grandeza, y siguiéndole desapoderadamente, con deseo de cogerle, quedó cogido y alumbrado del Señor; porque parándose el ciervo, vió entre los cuernos un Crucifijo de inmensa claridad, y oyó una voz que le dijo: Plácido, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesucristo que mori por tu amor, y ahora te deseo salvar. Bajó luego del caballo Plácido: arrojóse en el suelo; y con la novedad sobresaltado y despavorido, estuvo como atónito, hasta que volviendo en sí, tomó ánimo, y como otro Saulo preguntó al Señor qué mandaba que hiciese. Y el Señor le mandó que entrase en la ciudad, y fuése al sacerdote de los cristianos y se bautizase con su mujer y con sus hijos, y despues volviese á aquel mismo lugar; porque allí le tornaria otra vez á aparecer, y le diria lo que queria que para en adelante hiciese. Hizo Plácido luego con grande cuidado y alegría lo que Dios le mandaba. Bautizóse, y tomó en el bautismo nombre de Eustaquio: y su mujer, que ántes se llamaba Trajana, se llamó Teopista: y sus dos hijos, el mayor Agapito, y el segundo Teopisto. Hecho esto, volvió Eustaquio al puesto en que le habia aparecido el Señor, para entender de él lo que mandaba que hiciese. Estando en oracion, y suplicando con grande afecto al Señor que se le mostrase y que cumpliese su promesa, le apareció el Salvador: y alabándole de lo que ya habia hecho, le avisó que el demonio le habia de tentar y probar como á otro Job, para que su virtud fuése mas afinada y conocida; pero que tuviese fuerte, porque él le ayudaria, y despues de haberle probado, le haria glorioso en la tierra y en el cielo. Con esto desapareció aquella vision, y Eustaquio se volvió á su casa con grande ánimo y gozo, armándose y apercibiéndose contra las batallas de Satanás, y confiando en Dios que le daria victoria de ellas, como se le habia prometido. Y porque Teopista era mujer cuerda y temerosa de Dios, Eustaquio le dió parte de lo que se le habia revelado, para prevenirla y disponerla para los trabajos que le habian de venir. De allí á pocos dias entró la pestilencia en casa de Eustaquio, y mató á todos sus criados y criadas. Dió otra enfermedad á todo su ganado mayor y menor, que de ella pereció; y en breve tiempo se halló pobre y desnudo de las grandes riquezas que ántes poseia, y comenzó á ser menospreciado en aquella adversidad de los mismos que en su prosperidad poco ántes le acompañaban y servian. Parecióle dejar su patria, é irse á vivir á alguna parte remota y escondida: y tomando á su mujer y á sus dos hijos (que eran de poca edad), y algunas pocas cosillas que le habian quedado, se partió de noche camino de Egipto, donde pensaba vivir. Siguiendo su camino, llegó á un puerto, y halló en él un navío aprestado: entró en él; y el patron de él puso los ojos en

Teopista (que era hermosísima), y preso y cautivo de su amor, se determinó á quitarla á su marido, y pudo tanto, que lo hizo, sin ser parte él para librarla, ni sacarla de sus manos: aunque el Señor la libró, sin saberlo Eustaquio; porque, queriendo hacerle fuerza el patron de la nave, Dios le quitó la vida, y la guardó á ella entera con su muerte, y le dió el fin que adelante se verá. Salió del barco con sus dos hijos triste y lloroso Eustaquio, por haberle quitado la mujer con tanta violencia; mas acordándose de las palabras que el Señor le habia dicho, y pidiéndole sufrimiento y perseverancia en su amor, siguió su camino con sus dos hijos. Llegó á un rio, que por su gran corriente no se podia fácilmente vadear; y como Eustaquio era hombre de mucho ánimo y muchas fuerzas, dejando al uno de sus hijos á la orilla del rio, tomó el otro sobre sus hombros y pasóle á la otra parte, y púsole allí para volver con el segundo hijo. Ya que se llegaba á él, vió que un bravo leon le arrebataba y llevaba asido. Atravesó este caso el corazon del amoroso padre con un cuchillo de dolor, porque no podia socorrer á su hijo ni librarle de las garras del leon: y encomendándose á Dios, determinó volver al otro hijo, que habia dejado de la otra parte del rio, y yendo por él, vió que un lobo se le llevaba, sin poderle el triste padre socorrer ni remediar. ¿Quién no se maravilla de los juicios de Dios? ¿Quién no se espantará de los caminos que toma, para probar, coronar y glorificar á sus escogidos? Habiendo Eustaquio perdido los criados, la hacienda y la honra, perdió juntamente la mujer y los hijos; pero no perdió la fortaleza y constancia, porque estaba fundado en Dios, y confiaba en sus promesas y palabras. Vió Eustaquio su pobreza, y que tenia necesidad de trabajar por sus manos, si queria comer: y llegado á un pueblo que se llamaba Badilo, asentó con un labrador rico, para cultivar la tierra y trabajar en el campo; y así lo hizo por espacio de quince años, con gran paciencia y longanimidad, aguardando el tiempo del consuelo y de la benignidad del Señor: la cual, aunque algunas veces nos parece que tarda, al fin nunca desampara á sus siervos, y el dilatar las consolaciones, es para doblarlas y acrecentar mas la corona; como acaeció á Eustaquio de la manera que aquí diré.

Sucedió al emperador Trajano una guerra muy peligrosa: y como habia sido compañero de Plácido en la guerra de Vespasiano y Tito contra los judíos (como dijimos), y conocia su gran valor y experiencia en las cosas de la guerra, determinó nombrarle por capitan general de su ejército, y encomendarle aquella empresa tan dificultosa. Mas habiendo entendido que Eustaquio, por los infortunios que le habian venido, se habia ausentando con su mujer é hijos y no parecia; envió criados y mensajeros suyos por todas partes para buscarle, por el deseo grande que tenia de hallarle y encargarle aquella jornada. Los mensajeros del emperador, despues de haberle buscado en muchas partes con gran curiosidad y diligencia, al fin le hallaron; pero tan trocado y en el hábito tan diferente, que aunque él los conoció, no le conocieron, hasta que despues por ciertas señas entendieron que era el que buscaban; y con increible gozo le dieron el recado del emperador: y desnudándole de los pobres y rústicos vestidos, le vistieron de las ropas que traian. Eustaquio se dejó vestir, porque entendió que aquel era negocio de Dios, que se queria servir de él en aquella jornada, y comenzaba á cumplir sus promesas, y á darle serenidad y algun alivio despues de tan cruel y horrible tormenta. Hízole Trajano su capitan general, y dióle las insignias acostumbradas: comunicóle todo lo que pertenecia á aquella jornada, confiando mucho que tendria buen suceso por su gran valor y virtud. Mandó Eustaquio hacer gente de nuevo, porque la que tenia no le pareció bastante. La guerra tuvo el fin que se podia desear, quedando los enemigos desbaratados, destrozados y vencidos, y sus tierras destruidas y quemadas; y el ejército de Eustaquio volvió victorioso y cargado de despojos. Pero para que se entienda mejor la providencia paternal que Dios tiene de los suyos, y que no hay cosa que resista á su voluntad; sucedió una cosa maravillosa y digna de considerarse con mucha atencion y ponderacion. Paró Eustaquio con el ejército en una aldea, y entretúvose en ella tres dias, para descansarle y recrearle. Comenzaron algunos soldados (como suelen, cuando no tienen que hacer) á razonar entre sí y pasar tiempo, contando sus varios casos y acaecimientos. Uno dijo á los otros, que él habia tenido un padre capitan, rico y noble, y una madre de estremada hermosura; y un hermano menor de muy gracioso aspecto, y que habiendo salido de su casa por cierta ocasion, que él no sabia, yendo camino con ellos, entraron en una nave, de la cual habia salido su padre muy lloroso y triste, sin haber visto mas á su madre; y que al pasar un rio caudaloso, su padre habia tomado al otro hermano menor en los hombros, y dejádole á él de esta otra parte del rio para pasarle despues; y que estando el un hermano á la una parte del rio, y el otro á la otra, á él le habia arrebatado un leon y á su hermano un lobo al mismo tiempo; mas que por la providencia del cielo, el leon á él no le habia hecho daño, porque allí cerca estaban unos pastores, que viéndole, acudieron á él, y se le quitaron de las uñas, y compadeciéndose de él, le habian criado y hecho hombre: aunque estaba con gran cuidado, porque no sabia nada de aquel otro hermano suyo, ni de su padre ni de su madre. Estaba presente á este razonamiento el otro hermano menor, que tambien era soldado: y despues que por las señas entendió que aquel era su hermano, no se pudo detener, que lleno de increible gozo y admiracion, y derramando muchas lágrimas de alegría, no corriese á él y le abrazase, y le dijese: Hermano mio dulcísimo, yo soy vuestro hermano, que, como á vos os libraron los pastores del leon, á mí unos labradores me libraron del lobo, y tambien me criaron y sustentaron. Y para mayor y mas estraña maravilla, ordenó la divina Providencia, que en aquella misma aldea, donde esto pasó, estuviese Teopista, madre de los dos mozos, sirviendo en traje pobre y humilde, y morase allí cerca, donde sus dos hijos, (de la manera que habemos referido) se habian conocido: y entendiendo que aquellos eran sus dos hijos, revivió, como si resucitara de muerte á vida, y los abrazó, y se les dió á conocer, y ellos la tuvieron por madre, la cual, deseando volver á su patria con sus dos hijos, se fué al capitan general Eustaquio, y le dijo quién era, y le suplicó que le mandase dar alguna comodidad, para volver segura y quieta á su tierra con el ejército. Al tiempo que le hablaba, por dispensacion del Señor, resplandeció el rostro de Eustaquio, de manera, que ella conoció que era su marido. Finalmente, por las cosas particulares y domésticas, que ella le contó de su vida pasada, se vinieron á conocer y alabar y ensalzar infinitamente

al Señor, que los habia guardado de tantos peligros, y librado á ella de la deshonestidad y violencia del patron de la nave, y á sus hijos de las fieras, y á él de tanta miseria y calamidad, y que por un camino tan maravilloso se hubiesen tornado á juntar para gloria de su santo nombre. De aquí partió Eustaquio victorioso con su ejército: entró en Roma, donde ya era muerto el emperador Trajano, é imperaba Adriano, su sucesor: el cual, aunque honró mucho á Eustaquio, y le agradeció el trabajo que habia tomado en aquella guerra, y le hizo muchas mercedes; pero queriendo agradecer á sus falsos dioses la victoria, y viendo que Eustaquio no queria entrar en los templos para hacerles sacrificio, y que en efecto era cristiano; privándole de la dignidad que tenia, lo mandó prender á él y á su mujer é hijos, y echarlos á los leones: los cuales se postraron á sus piés, lamiéndolos mansamente, y haciéndoles reverencia. Mas el emperador Adriano no se amansó, ántes se embraveció mas, y mandó hacer un buey grande de metal, y encenderle, y echar á los santos mártires en él, para que así fuésen asados, quemados y hechos ceniza. Los bienaventurados mártires, armados de la señal de la cruz, de fe y de constancia, haciendo gracias al Señor por las mercedes que hasta aquel punto les habia hecho, humildemente le suplicaron que los recibiese en sacrificio, como habia recibido la sangre del primer mártir san Estéban y de los otros mártires, y que concediese todo lo que para bien de sus almas pidiesen los que se encomendasen en sus oraciones: y oyeron una voz del cielo que les dijo, que Dios habia oido su peticion, y que tuviesen por cierta la corona. Entraron con grande alegría en el buey de metal, hecho un fuego, y estuvieron allí tres dias encerrados: y abriéndole despues, hallaron los cuerpos muertos, pero resplandecientes, y tan enteros y sin lesion, como si estuvieran vivos, porque no les faltaba un pelo de su cabeza; y con este milagro muchos de los gentiles se convirtieron, y otros quedaron atónitos y confusos. Fué el martirio de san Eustaquio á los veinte de setiembre, el primer año del imperio de Adriano, y el 120 del Señor. Escribió la vida de san Eustaquio Metafraste (como dijimos), y hacen mencion de él los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon. Nicéforo le llama otro Job, por su gran paciencia, y san Juan Damasceno, cita los actos de su vida. Y en Roma hay una ilustre y antigua iglesia de san Eustaquio, donde se suelen hacer limosnas á los pobres; y en un ritual antiguo, se halla una oracion, en la cual se pide para el que hace la limosna, que sea particionero de la gloria del bienaventurado mártir Eustaquio; pues es imitador de sus ejemplos.

* San Agapito, papa y confesor.—Nacido este santo en Roma, manifestó ya desde niño grande aficion á la carrera eclesiástica, por manera, que instruido en las ciencias eclesiásticas, y saliendo muy aventajado en ellas, fué inscrito al servicio del clero de aquella ciudad en la iglesia de San Juan y san Pedro. En el año 535 murió el papa Juan segundo, y fué Agapito elegido para sucederle en el pontificado, y como estuviese muy penetrado de los deberes que le imponia su nueva dignidad, se manifestó lleno é inflexible. Apenas entró al pontificado, condenó el cisma del antipapa Dióscoro, y el de los acemetas y nestorianos. A fin de complacer á Teodato, rey de los godos, temeroso de que el emperador le declarase la guerra, hizo un viaje a Constantinopla, y aquí fué donde se opuso á las exigencias de los herejes, protegidos por Justiniano. Este príncipe queria decidir en materias eclesiásticas, y si bien recibió al pontífice con singulares demostraciones de cariño, con todo, al ver que este queria hacer valer los derechos de la Iglesia, el emperador le amenazó con desterrarle. Léjos de intimidarse el pontífice por esta amenaza, permaneció mas firme en la resolucion tomada, cuya resolucion arredró al emperador y á los eutiquianos, y obligó á Antimo, elegido patriarca de Constantinopla, por las intrigas de la emperatriz Teodora, á volverse á su obispado de Trebisonda. El papa lo declaró escomulgado á ménos que probase su catolicismo, suscribiendo al concilio de Calcedonia. Agapito fué el objeto del odio y furor de los eutiquianos, y de la emperatriz que los favorecia, pero de todo triunfó la constancia del pontífice; y Mennas sugeto muy recomendable, por su piedad y saber fué elegido y consagrado por el mismo papa patriarca de Constantinopla. Cuando tenia arreglados todos los negocios, y se preparaba para marchar, cayó en una grave enfermedad, muriendo en Constantinopla el dia 17 de abril del año 536, despues de haber gobernado la Iglesia once meses y veinte y un dias. Trasladado su cuerpo á Roma, fué enterrado en la iglesia de San Pedro, el dia 20 de setiembre del mismo año. Brilló este santo en todas las virtudes, pero especialmente en amor á los pobres, pues refiere la historia, que para atender á los gastos de su viaje á Constantinopla, fué preciso vender los vasos sagrados de la iglesia de San Pedro.

Santa Fausta y San Evilaseo, mártires.—Santa Fausta era una vírgen cristiana en la ciudad de Cizico, en el Helesponto. En tiempo del emperador Maximiano, fué Fausta presa por órden de Evilasio, sacerdote de los ídolos, y por disposicion del mismo le cortaron todo el cabello, y la rasuraron para que fuése el escarnio del pueblo. Despues la colgaron y atormentaron, y queriendo aserrarla por el medió, por mas esfuerzos que hicieron los verdugos no pudieron conseguirlo, porque la sierra se embotaba. Evilasio, que estaba presente, á vista de tal prodigio, se llenó de terror, y se convirtió á Jesucristo. En seguida fué tambien puesto en el tormento, y asociado á la que poco ántes era su víctima. Ambos alcanzaron juntos la corona del martirio, oyendo en medio de los suplicios una voz del cielo que los llamaba á gozar de su eterno premio. Evilasio murió degollado, y á Fausta, despues de haberle taladrado la cabeza, y clavádole clavos en todas las partes del cuerpo, la metieron en el fuego, donde espiró. San Evilasio tenia ochenta años, y santa Fausta trece. Ambos fuéron enterrados en Cizico.

Los santos Teodoro, Felipa, Dionisio y Privado, mártires.—En el reinado del emperador Antonino, Teodoro era soldado romano, jóven y de robusta figura, dotado de todas las prendas de alma y cuerpo, que hacen preciosa una existencia. En cierta ocasion le tocó ofrecer públicamente sacrificio á los dioses; pero se negó absolutamente, confesando que era cristiano. El prefecto lo mandó prender de resultas de esto, y despues de cruelmente azotado, fué arrojado dentro de un horno encendido. Pero despues de haber estado en él mucho tiempo, salió ileso, á vista de cuyo portento, se convirtieron á la fe dos soldados que le custodiaban, llamados Dionisio y Privado. En seguida fuéron estos dos nuevos cristianos reunidos á él en los tormentos, juntamente con Felipa, madre de Teodoro, que

habia acudido al lugar del martirio de su hijo, y los cuatro alcanzaron el premio de la vida eterna en la ciudad de Perga en Panfilia.

San Prisco, mártir.—Nació en la Grecia, y habiendo conocido el Evangelio, se encendió en tan ferviente amor de Dios, que luego que hubo recibido el bautismo, empezó á predicar la doctrina de Jesucristo en su patria y fuera de ella, con abundantes frutos de conversiones. Sus triunfos le concitaron la envidia y el furor de los paganos, que lo prendieron y llevaron al prefecto. Este le hizo sufrir un largo interrogatorio, y mostrándose el santo siempre inexorable en su primer propósito, fué condenado á horribilísimos suplicios, entre ellos, el agujerearle el cuerpo con punzones, su constancia no cedió en medio de tantos tormentos, y por último fué degollado.

Santa Susana, vírgen y mártir.—Fué hija de un tal Artemio, sacerdote de los ídolos, y nació en Eleutrópolis de Palestina el año 310. Habiendo quedado huérfana de sus padres, fué instruida en la religion cristiana, y recibió el bautismo. Aunque todavía muy jóven, se penetró de tal modo del espíritu cristiano, que dió todos sus bienes á los pobres, y se fué á vivir en la soledad, bajo la direccion de uno de los mas célebres archimandritas de la Palestina, á quien Rufino tributaba grandes elogios. En tiempo del emperador Juliano el Apóstata, fué la santa vírgen acusada de haber derribado unos ídolos, y el gobernador de Eleuterópolis, la condenó á muerte el año 362.

Los santos Rogelio y Servodeo, mártires.—Rogelio fué natural de una aldea de Andalucía, cerca de Iliberis, y Servodeo era de Oriente. Ambos vivian en Córdoba en tiempo de los moros. El primero era anciano, y el segundo jóven; pero los dos se parecian mucho en las inclinaciones y virtudes, de modo, que estrecharon entre sí los vínculos de una fuerte amistad. Un dia que los moros se hallaban reunidos en su mezquita principal, entraron en ella los dos santos, y empezaron á predicar en alta voz las verdades de la fé cristiana. Al instante se les echaron los moros encima, y hubieran acabado con sus vidas, si el juez no hubiese aparecido luego, y los hubiese mandado prender. Llevárolos á la cárcel, donde, á pesar de hallarse medio muertos, á causa de los golpes que habian recibido continuaron predicando. Profetizaron la próxima muerte de Abderramen II, y obraron algunos milagros. Al cabo de poco tiempo, fueron sentenciados á ser degollados, y por el desacato de haber entrado en la mezquita, á que se les cortasen las manos y los piés. La sentencia se ejecutó en Córdoba el dia 16 de setiembre del año 852.

Santa Cándida, vírgen y mártir.—Fué de la ciudad de Cartago, en África, la cual ennobleció con su martirio en tiempo del emperador Maximiano. Murió despedazada por crueles azotes hasta que espiró.

San Clicerio, obispo y confesor.—Nació en Milan; fué piadoso, justo é ilustrado; hombre de Dios en todas las cosas y sobre todo en la caridad con los infelices. Elevado al episcopado de su patria por muerte del obispo san Martiniano, fué Clicerio un pastor cabal, modelado segun el corazon de Dios, y conforme á las circunstancias que san Pablo prescribe para los prelados perfectos. Gobernó su Iglesia por espacio de ocho años, y murió santamente el dia 18 de setiembre del año 438.

DIA 21.

San Mateo, apóstol y evangelista.—El glorioso apóstol y evangelista san Mateo, que por otro nombre se llamó Leví, fué galileo, de la ciudad de Caná, en donde Jesucristo nuestro Salvador hizo el primer milagro, y convirtió el agua en vino. Era publicano, y arrendador de las rentas imperiales, que se cogian de los tributos y exacciones que pagaban los judíos á los emperadores, que era oficio odioso entre ellos, y muy aborrecible: porque como aquel pueblo se tenia por el pueblo escogido de Dios, parecíale que habia de ser exento y libre de los pechos y cargos que otros tenian; y por esto, y por los agravios que comunmente los ministros reales suelen hacer en el cobrar, aborrecian á los cobradores que eran los publicanos, y teníanlos como por paganos excomulgados y públicos pecadores. De estos era san Mateo, y como afirma Simeon Metafraste, era cabeza, y el mas principal de los publicanos, que residian en Cafarnaum. Estando, pues un dia Leví, ó Mateo, sentado cerca del mar, en la casa ó aduana donde se pagaban los tributos, haciendo su oficio, pasó el Señor y puso en él los ojos de su clemencia, y alumbrándole y llamándole interiormente con la voz exterior le dijo: Sígueme; y luego oyendo esta palabra san Mateo se levantó, y dejando el trato, riquezas, casa y familia, siguió al Señor y comenzó de un publicano pecador á ser discípulo suyo. Mostró con este hecho el Señor las entrañas de su piedad y misericordia, llamando á un publicano para hacerle apóstol suyo; y dionos gran confianza que no desechará á cualquier pecador, por malo que haya sido, y viniere á él: y que cuando no viniere, y le cerrase la puerta, llamará á ella, y si le abriere, entrará en su corazon, y le perdonará sus pecados: y juntamente nos propone el sagrado Evangelio la presteza con que debemos obedecer á la voz de Dios, y dar de mano á todas las cosas de la tierra, por seguirle cuando él nos llama, como hizo san Mateo: el cual, alumbrado con la luz del cielo, y movido con la fuerza de aquella palabra poderosa del Señor, y de la majestad de su divinal rostro, que solo bastaba (como dice san Gerónimo) á trocar y atraer á sí los corazones, de repente dió libelo de repudio á todos los gustos y vanidades del siglo, por ser verdadero discípulo del Señor: y el que ántes tomaba la hacienda ajena, ahora deja la suya; y estando ya encendido en el amor de Dios, y deseoso que otros le conozcan, y se conviertan á él, hace un convite en su casa al mismo Señor, y á otros publicanos y pecadores para que con esta ocasion, atraidos de su dulzura y conversacion le sirvan y amen. Esto es lo que hallamos en el sagrado Evangelio de san Mateo, y tambien un ejemplo de su profunda humildad, con la cual contando á los doce apóstoles que escogió el Señor, y nombrándose entre ellos, dice: «Bartolomé, Tomás y Mateo, publicano;» confesando lo que habia sido, para alabar y magnificar mas la gracia del Señor, que le habia llamado, y de publicano hechole discípulo suyo, y predicador del mundo. Despues de la subida al cielo del Salvador, y venida del Espíritu santo sobre aquel colegio apostólico y bienaventurada compañía, comenzó san Mateo á sembrar la doctrina del cielo con los otros apóstoles, por las provincias de Judea, y á cojer grandes mieses en las trojes del Señor. Y habiendose de

dividir los apóstoles por todo el mundo, y repartir entre sí las provincias, en que cada uno habia de predicar; á san Mateo le cupo la provincia de Etiopia, bien apartada y dificultosa: aunque para el grande y fervoroso espíritu que él tenia, cualquier trabajo le parecia descanso, la pena regalo, y fácil lo dificultoso. Habia escrito ántes de este apartamiento y division de las provincias, su sagrado Evangelio, á los ocho años como algunos autores dicen, despues de la ascension del Señor, siendo el primero de todos los evangelistas que por instinto del cielo escribió el evangelio: y escribióle en lengua hebrea ó siriaca, que era la comun y vulgar que comunmente usaban entonces los hebreos, para enseñar y confirmar mas á los muchos que de aquel pueblo habian creido y recibido la fé del Señor: y este evangelio por revelacion del mismo santo apóstol y evangelista, se halló despues en la isla de Chipre, con el cuerpo de san Bernabé, apóstol, en tiempo del emperador Zenon, y por él hizo Dios muchos y grandes milagros. No se sabe quién tradujo el evangelio de san Mateo de hebreo en griego, como dice san Gerónimo, que afirma que fué en su tiempo: el mismo evangelio en hebreo se hallaba en la librería de Cesarea, que Pánfilo, mártir, con grande estudio y cuidado habia allegado, y que los nazarenos que usaban de él, se le habian prestado para trasladarle.

Entró el santo apóstol en Etiopia, para predicar el Evangelio; y sin duda padeció muchos trabajos: obró grandes milagros, convirtió gran número de almas, y alumbró con la luz del cielo toda aquella provincia con su vida y doctrina. Clemente Alejandrino dice, «que comia yerbas y legumbres, y no comia carne.» Las cosas particulares que le sucedieron que sean ciertas y averiguadas, no las sabemos: algunas refiere Nicéforo Calixto en su historia, que por no ser aprobadas de otros graves autores, no parece que tienen fundamento. Abdías Babilonio, san Antonino, el obispo Equilino, Joaquin Perionio, y otros modernos autores, en la Vida de san Mateo, refieren lo que yo en suma aquí diré.

Despues de haber predicado san Mateo á los hebreos y egipcios, pasó á predicar á Etiopia: y entrando en la ciudad que se decia Nadaber, donde vivia aquel eunuco de la reina Caudace, que bautizó san Felipe, diácono, de quien se hace mencion en los Actos de los apóstoles, fué de él hospedado en su casa, y halló allí dos magos y hechiceros, llamados Zaroes y Arfaxad, los cuales con sus malas artes hacian mucho daño al pueblo, privando á muchos del uso de sus miembros con varias y diferentes enfermedades. Opúsose el santo apóstol á los dos magos, y comenzó á desengañar y á consolar á la gente que estaba de ellos muy amedrentada. Los magos por arte del demonio trajeron dos dragones terribles, para que les hiciesen daño: hizo el sagrado apóstol la señal de la cruz; y luego, dejada aquella fiereza, volvieron como ovejas mansas al desierto. Con este milagro el pueblo quedó maravillado: comenzó á perder el miedo á los magos, y á dar crédito á las palabras del santo apóstol: y confirmáronse mas cuando vieron que san Mateo habia resucitado al hijo del rey, que se llamaba Egipto, y que los dos magos no le habian podido resucitar. Convirtiéronse el rey y la reina y sus hijos á la fé del Señor, y gran parte del pueblo, siguiendo su ejemplo, se bautizó: y una hija del rey llamada Ifigenia, que era hermosísima, y de mucha prudencia, oyendo alabar al santo apóstol el estado virginal, se determinó con su parecer á consagrarse á Dios, y se encerró en un monasterio con otras doscientas doncellas que la quisieron hacer compañía. Estuvo san Mateo veinte y tres años en Etiopia, ganando almas para Dios, edificando templos, ordenando sacerdotes, consagrando obispos con grande acrecentamiento de nuestra sagrada religion. Murió en este tiempo el rey Egipto: apoderóse del reino un hermano suyo, llamado Hirtaco: quiso casarse con Ifigenia, así por su grande hermosura, como para asegurarse mas en el reino; tomó por medio á san Mateo, para que se lo persuadiese; pero el santo apóstol en un sermon que hizo teniendo presente á Ifigenia con sus religiosas, y estando tambien allí el rey con los principales de su córte, despues de haber tratado como Dios habia instituido el matrimonio, y cuán necesario era para la conservacion del universo; añadió cuánto mas excelente era el estado de las vírgenes, y la pena que merece el criado que se atreve á quitar su mujer al rey; y que siendo Ifigenia esposa de Jesucristo, el que se la pretendiese quitar, caeria en su indignacion. El rey Hirtaco se enojó sobre manera, oyendo estas razones, y se fué de la iglesia, amenazando al santo apóstol: el cual se fué á decir misa, y acabando de decirla, fué alanceado por los ministros de Hirtaco, dejando el altar rociado con su sangre, y delante de él su cuerpo muerto. Procuró despues Hirtaco persuadir á Ifigenia que quisiese ser su mujer: y no pudiendo apartarla de su santo propósito, mandó poner fuego al monasterio; mas vióse el mismo san Mateo por el aire que le apagaba. Hirió Dios al sacrílego Hirtaco con una enfermedad de lepra tan penosa, que él mismo con sus manos se mató. Esto es lo que estos autores escriben, referido aquí brevemente. De haber resucitado san Mateo al hijo del rey, san Isidoro hace mencion en su breviario. Lo de Ifigenia debe ser cosa cierta sin duda; porque el Martirologio romano en este mismo dia de los 21 de setiembre, hace mencion de santa Ifigenia, vírgen, y dice que fué bautizada y consagrada á Dios por san Mateo: y de aquí sacan algunos que el velar y consagrar á las vírgenes, tuvo principio de san Mateo, y que es ordinacion apostólica; é Hipólito llama á este santo apóstol víctima y sacrificio de la virginidad; porque fué martirizado por amparar y defender la virginidad que Ifigenia habia prometido y ofrecido á Dios. En las constituciones de san Clemente, papa, se escribe que san Mateo fué el instituidor del agua bendita, y se pone la oracion con que el santo apóstol mandó que se bendijese; aunque san Alejandro, papa y mártir, hizo un decreto del agua bendita, y ordenó que lo que habian mandado los apóstoles, se guardase como lo dijimos en su vida.

Tambien ordenó san Mateo que los fieles ofreciesen al Señor las primicias y décimas para sustento de los ministros de la Iglesia, y de los pobres como lo refiere el mismo san Clemente en el octavo libro de sus constituciones apostólicas, capítulo 35, que tradujo de griego en latin, y declaró el padre doctor Francisco Turriano, varon doctísimo de la Compañía de Jesus. El cuerpo de este sagrado apóstol fué tenido muchos años en gran veneracion y estima en la ciudad de Nadaber, en que murió: despues fué trasladado á la ciudad de Salerno, en el reino de Nápoles; y de esta translacion hace mencion el Martirologio

romano á los 6 de mayo, aunque no se sabe el tiempo en que se hizo: pero de una epístola de Gregorio VII, papa, escrita el año del Señor de 1080 á Alfano, obispo de Salerno, se saca que en su tiempo se halló el sagrado cuerpo del apóstol en aquella ciudad. El Martirologio romano dice, que se le edificó un suntuoso templo, el cual escribe Leon Ostiense haber mandado hacer el príncipe de Salerno Roberto, y hoy dia está allí su cuerpo reverenciado de los cristianos con gran devocion, como se debe á tan grande apóstol y evangelista, y mártir del Señor. La muerte de san Mateo fué á los 21 de setiembre, el año del Señor de 90, imperando Domiciano. De san Mateo escribe Eusebio, *lib.* III, *Historiæ*, *cap.* 1, Sócrates, lib. I, cap. 78; Doroteo *in Synopsi*; Isidoro, *lib. De vita, et obitu sanctorum*, *cap.* 78; é Hipólito, *lib. De duodecim apostolis*; Metafraste; Pedro Damiano en su sermon de san Mateo; y los autores que escriben sobre los evangelios; y todos los Martirologios.

San Jonás, profeta.—Fué el quinto de los doce profetas menores, nació en Getefer, en la tribu de Zabulon. Vivia en los tiempos de Joás y Jeroboam II. De órden del Señor, se presentó á la gran ciudad de Nínive, que era la capital del imperio de los asirios, para anunciarles que iba Dios á destruirla. Apenas dió cumplimiento á los mandatos del Señor, huyó embarcándose en Joppe para ir á Tarso en Cilicia. Como sobreviniera una gran tempestad, los marineros, para saber quién era la causa de ella, echaron suertes y recayó en Jonás. Arrojáronlo al mar y se apaciguó la tormenta; mas Dios permitió pasara por allí una ballena, que tragándose al profeta, lo guardó en su vientre tres dias y tres noches, arrojándolo despues sobre la costa. Mandóle Dios que volviese á Nínive, obedeció empezando á predicar á aquellos habitantes, los cuales aterrorizados hicieron penitencia, ayunaron, y el Señor les perdonó sus pecados. El profeta en vista de la misericordia que Dios habia usado con aquel pueblo, temió pasar por falso profeta y se quejó al Señor, quien muy pronto le hizo ver la injusticia de su queja por medio de una leccion práctica. Para preservar al profeta de los ardores del sol, hizo Dios crecer en una sola noche un vejetal llamado en la escritura hiedra, y segun algunos intérpretes es la *palma Christi*. Un gusano picó al dia siguiente la raíz del árbol, que al momento se secó, quedando como ántes Jonás espuesto á los rigores del sol, lo que aumentó tanto su afliccion que creyó morir. Entonces se le apareció el Señor, y le dijo que si tanto se afligia por la pérdida de una hiedra que nada le costaba, no debia extrañar que él no derramase la copa de sus venganzas sobre una ciudad en la que habia mas de ciento veinte mil personas que ningun conocimiento tenian del bien y del mal. Jonás salió despues de Nínive y pasó á Judea retirándose con su madre á las cercanías de la ciudad de Sur, donde permaneció hasta su muerte, segun relacion de san Epifanio, acaeciendo aquella 761 ántes de la venida de Jesucristo. La Iglesia coloca este profeta entre los santos.

San Alejandro, obispo y mártir.—En tiempo del emperador Antonino, fué este santo obispo preso y atormentado inhumanamente. Azotáronle primero con varas, despues lo pusieron en el potro, luego le aplicaron á los costados lámparas encendidas, le descarnaron todo el cuerpo con garfios de hierro, lo entregaron á las fieras, y lo metieron en un horno. Todo lo sobrellevó con paciencia, y lo superó por su fé en Jesucristo, hasta que al fin lo llevaron á la via Claudia, diez millas distante de Roma, y allí le cortaron la cabeza, consiguiendo así la gloria del martirio. Su cuerpo fué posteriormente trasladado á Roma por el papa san Dámaso, que instituyó su festividad.

San Pánfilo, mártir.—No se encuentra noticia alguna de este santo, y solo sabemos por Galesinio, que murió mártir en Roma en el primero ó segundo siglo del cristianismo.

San Eusebio, mártir.—Era de Fenicia, y hallándose en su misma patria durante las primeras persecuciones de la Iglesia, fué preso por órden del prefecto, por habérsele presentado espontáneamente á reprenderle de cruel é impío. Colgáronle de un palo, y le azotaron tan inhumanamente, que todo su cuerpo quedó lleno de profundas heridas. Despues le metieron sal y vinagre en aquellas heridas, lo envolvieron en unas mantas cerdosas y le encerraron otra vez en la cárcel. Eusebio continuaba glorificando á Jesucristo en medio de sus dolores, sin quejarse, ni suspirar, como si nada sintiese, y por fin el prefecto, enfurecido por la invencible constancia del santo, mandó que le cortasen la cabeza, con cuyo martirio voló al cielo.

San Isacio, obispo y mártir, y san Melecio, obispo y confesor.—Los dos gobernaron la Iglesia de Chipre en distintos tiempos; pues Isacio floreció primero y luego Melecio. Ambos brillaron como dos antorchas luminosas, cuidando con mucho zelo de las cosas de Dios, y promoviendo su culto, socorriendo las necesidades de sus ovejas, y dándoles el ejemplo de las mas puras virtudes. Los dos poseyeron el don de milagros, y vivieron hasta una vejez extrema, muriendo el dia 21 de setiembre de distintos años.

Santa Ifigenia, vírgen.—Fué natural de Etiopia: convirtióla á la fé de Jesucristo y bautizola el apostol san Mateo, y despues de haberse consagrado á Dios, murió santamente por los últimos años del siglo I. Puede verse la vida de san Mateo puesta en este mismo dia.

DIA 22.

San Mauricio, y la legion de los tebeos, mártires.—El martirio del esforzado caballero y capitan de la legion de los tebeos san Mauricio, escribió el bienaventurado san Euquerio, obispo de Leon de Francia, mas há de mil años, de esta manera. Despues que Diocleciano tomó el cetro del imperio, hizo César á Maximiano, y enviólo á Francia con un ejército poderoso, á sosegar algunos alborotos que habian levantado Amando y Esiano. Entre la otra gente que llevaba consigo, era una legion de seis mil y seiscientos y sesenta y seis soldados, los cuales eran de la ciudad de Tebas y cristianos, y habian sido bautizados por Zambea, obispo de Jerusalen, y confirmados en la fé por san Marcelino, papa, al tiempo que pasaron por Roma. Habia pasado el ejército la aspereza y fragosidad de los Alpes, y acercábase ya á vista de los enemigos. Parecióle á Maximiano, que era bien hacer la reseña de su gente, y ofrecer sacrificio á sus dioses, y tomar juramento á los soldados, sobre sus aras, de fidelidad y de pelear animosamente. San Mauricio, que era capitan de aquella legion, Exuperio que era alférez, y Cándido persona principal, y de la órden de los senadores, entendieron la resolucion del emperador, y fuéron de parecer que para no conta-

minarse con aquel juramento sacrílego y sacrificio abominable, se apartasen del resto del ejército; y así se apartaron ocho millas léjos, á un lugar que se llamaba Agaunno, y ahora se llama san Mauricio. Luego que supo Maximiano la retirada de la legion tebea y la causa, le envió un recado, mandándole que viniese y se juntase con el ejército, é hiciese lo que los demás soldados hacian. Todos los santos soldados, con un mismo ánimo y extraño valor, respondieron por boca de su capitan Mauricio, que ellos estaban aparejados para obedecer á Maximiano, en todo lo que no fuése contra Dios, y á pelear con él, como lo habian hecho otras muchas veces; pero que siendo cristianos no querian sacrificar ni conocer por dioses á los que no lo eran. Enojóse sobre manera Maximiano con esta respuesta, y mandó diezmar aquella legion tebea, que era un castigo militar, con el cual por no matar á todos los culpados, mataban de cada diez uno, á quien cabia la suerte. Supieron los santos soldades el cruel decreto del emperador: y como si fuera para darles la vida y una ilustrísima corona, así se regocijaron; y con una exhortacion, que san Mauricio les hizo, se encendieron en el amor del Señor, y deseo del martirio. Ejecutóse aquel riguroso suplicio en los valerosos guerreros de Jesucristo: y creyendo Maximiano que escarmentados con él, los que quedaban estarian mas blandos y rendidos á su voluntad, tornó otra vez á mandarles que viniesen al ejército y que sacrificasen; mas ellos estuvieron fuertes y no quisieron obedecer, aparejándose todos á perder la vida por no perder á Jesucristo, y obedecer ántes al Emperador del cielo que al de la tierra: para lo que les ayudó mucho una plática que les hizo san Exuperio, su alférez, diciéndoles: Bien veis, hermanos mios, que yo llevo la bandera del emperador; pero ahora no os convido á esta guerra temporal, sino á otra mas sublime. Grande ánimo y esfuerzo es menester para que paguemos á Dios lo que le prometimos, y dejando las armas muramos y alcancemos la corona que nos espera. Cuando el emperador vió el ánimo determinado de aquellos valerosísimos caballeros del Señor, teniéndolo por obstinacion y pertinacia, se embraveció, y con increible saña y furor mandó que todo el ejército diese en ellos y no dejase hombre á vida. Bien pudieran los santos soldados resistir y pelear y vencer sus vidas; mas armados de fé y espíritu del cielo, no quisieron tomar las armas, sino vencer con una nueva manera de victoria, sin pelear, y alcanzar la corona gloriosa del martirio, nó meneando las manos, sino ofreciendo sus vidas al cuchillo: y así, animados siempre de su capitan Mauricio, sin alzar la espada para defenderse, puestos de rodillas y levantadas las manos y los corazones al cielo, recibieron todos la muerte y se ofrecieron en sacrificio á Jesucristo. Quedaron muchos de los soldados del ejército desnudando á los santos mártires, para aprovecharse de sus vestidos y armas, y despues se pusieron á comer muy contentos por aquella hazaña que habian hecho. Llegó allí un soldado cristiano, llamado Víctor, nó de los tebeos, sino de otra nacion: el cual, viendo tantos cuerpos muertos por aquel campo, y no sabiendo la causa, y por qué los que allí estaban tenian tanto contento y alegría; la preguntó. Cuando supo Víctor lo que habia pasado, dijo con una voz lastimera y triste: ¡O miserable de mí! ¡y por qué no me hallé yo en compañía de estos santos soldados, para morir con ellos! De estas palabras los otros soldados entendieron que Víctor era cristiano: levántanse contra él: échanle mano y hácenle pedazos, y así mereció el premio que los santos soldados tebeos merecieron: cuyo martirio fué á los 22 de setiembre, por los años del Señor de 297. Los cuerpos de estos gloriosos mártires fueron echados por los naturales de aquella provincia en diversas hoyas y cavas, que para esto hicieron: allí estuvieron, hasta que andando el tiempo el Señor los descubrió á un santo obispo, llamado Teodoro, el cual les edificó una iglesia, y despues sus santas reliquias se repartieron en varias provincias y tierras para remedio y consuelo de los fieles, obrando nuestro Señor por ellas muchos y muy grandes milagros. San Martin, obispo de Tours, fué á visitar aquella iglesia, y de ella llevó una redoma de la sangre de los mártires, la cual tuvo como un preciosísimo tesoro, y la trajo siempre consigo. Solia la Iglesia romana en las batallas contra los enemigos de la fé invocar siempre el favor de Dios por intercesion de san Mauricio, de san Sebastian y san Jorge, como se saca del Orden romano. De san Mauricio y de sus santos compañeros, á mas de san Euquerio, escriben los Martirologios, romano, el de Beda, Usuardo y Adon: el cual dice que la causa porque Maximiano los hizo matar, fué porque no quisieron ser verdugos suyos, y perseguir y matar á los otros cristianos.

* San Emmerano, obispo y mártir. — Nacido de una ilustre familia del Poitou, trató desde muy jóven de dedicarse al servicio de Dios, renunciando á este fin los halagos del mundo. Sus virtudes eran tan extrordinarias como su ciencia, por cuyo motivo fué elevado á la silla episcopal durante el siglo séptimo. Constituido en esta dignidad, no omitió medio alguno para el bien de sus ovejas, predicándolas, instruyéndolas y socorriendo á los menesterosos con prodigalidad. Zeloso de la gloria de Dios y bien de su prójimo, fué á predicar el evangelio á los infieles de Baviera, pues si bien la luz del evangelio habia iluminado aquel pais, con todo, muchos yacian todavía en la idolatría. Detúvose algun tiempo en Ratisbona, á instancias del duque Teodon, lo que ha hecho creer á muchos que habia sido obispo de aquella ciudad. Mucho fruto recogió de sus tareas apostólicas, pasando al cabo de tres años á Roma á visitar los sepulcros de los apóstoles y consultar al pontífice acerca algunas dificultades. Una mujer que habia jurado acabar con el santo, compró á algunos malhechores, los cuales apostándose en el camino, se apoderaron de él cerca de Munich, y le cortaron los brazos y las piernas, asesinándole el dia 22 de setiembre del año 652. Conducido su cuerpo á Ratisbona fué enterrado en la iglesia de San Jorge.

San Santino, obispo y confesor.—Fué discípulo de san Dionisio Areopagita, y consagrado primer obispo de Meaux á fines del siglo I. Fué el primero que predicó el Evangelio en aquella parte de las Galias, plantando el estandarte de la religion cristiana en muy estensos paises. Segun el cardenal Baronio, murió este santo pacíficamente por los años de 115 al 120.

San Lauton, obispo y confesor.—Nació en Normandía, recibiendo una educacion muy esmerada, cual convenia á la nobleza de su cuna. El año 528 fué consagrado obispo de Rouen y metropolitano de la Neustria, en cuya calidad asistió á los concilios II, III, IV y V de Orleans. Habiendo despues heredado el considerable patrimonio de su familia, lo adjudicó á su Iglesia y á los pobres. Gobernó siem-

pre su diócesis con celo y sabiduría, y el 568 fué á recibir en el cielo la recompensa debida á sus virtudes y trabajos.

San Florencio, obispo y confesor.—Nació en las Galias, y jóven aun abandonó su ciudad patria, para vivir bajo la direccion de san Martin de Tours que le confirió el presbiterado. Despues de predicar algun tiempo en el Poitou, se retiró á la cima de una montaña en los confines de las diócesis de Nantes y de Angers para hacer vida eremítica. Su santidad le atrajo gran número de admiradores que quisieron vivir en su compañía, y de este modo tuvo orígen el famoso monasterio de Glon, conocido despues con el nombre de San Florencio. Floreció este santo durante el siglo V y principios del VI.

San Silvano, confesor.—Ignóranse todas las particularidades de la vida y muerte de este santo. Es patron del pueblo de Leuroux en el ducado de Berri, en cuyo pais hay una antigua tradicion popular que asegura que este santo es el publicano Zaqueo del Evangelio. El cardenal Baronio y el Martirologio romano suponen que murió en Bourges.

Santa Salaberga, abadesa.—Nació de una ilustre familia establecida en en el territorio de Toul. Habiendo quedado ciega en su infancia, recobró milagrosamente la vista por las oraciones y la bendicion de san Eustasio, abad de Luxeuil. Contrajo matrimonio con un caballero jóven, que la dejó viuda al poco tiempo, y aunque ella solo pensaba en consagrarse enteramente á Dios, sus parientes la obligaron á casarse segunda vez con un tal Blandino, que despues fué colocado por la Iglesia en el número de los santos. Tuvo Salaberga cinco hijos, que educó en la mas esmerada virtud, y cuando ya fueron todos mayores de edad, disgustada del mundo y sus engaños, tomó el velo de religiosa con beneplácito de su esposo, y fundó un monasterio en la diócesis de Langres. Algunos años despues, en 650, fundó otro monasterio en Laon, al cual se retiró, y despues de haber dirigido á sus hijas espirituales por los senderos de la perfeccion religiosa, murió Salaberga en la misma casa, santa y gloriosamente, el dia 22 de setiembre del año 665.

Santa Iraida y sus compañeros, mártires.—Iraida era una vírgen cristiana de Alejandría, que saliendo un dia de su casa para ir por agua á una fuente cercana, vió junto á la orilla al prefecto de la ciudad, que esperaba una embarcacion que se acercaba llena de gentes. La santa vírgen esperó un poco, y habiendo preguntado á los de la embarcacion por qué los traian presos, contestaron que porque eran cristianos y habian confesado á Jesucristo. Al momento se juntó á ellos, y habiéndola preso, los condujeron todos reunidos á la ciudad de Antinópolis. Entre aquellos cristianos habia muchos presbíteros, diáconos, vírgenes y personas de todas clases. En Antinópolis les pusieron á todos en el tormento, y permaneciendo constantes en su fé, fueron todos degollados, siendo la primera la vírgen Iraida.

Las santas Digna y Emerita, vírgenes y mártires.—Padecieron martirio en Roma, en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, alcanzando la doble corona de la virginidad y del martirio. Sus cuerpos fueron enterrados en la via Ostiense, y despues colocados en la iglesia de San Marcelo de la misma ciudad.

San Jonás, presbítero y mártir.—Era griego de nacion, y fué ordenado sacerdote por san Dionisio, al cual acompañó á Francia. Vivió en Chartres mucho tiempo predicando el Evangelio y obrando gran número de conversiones, hasta que por órden del prefecto de la misma ciudad fué azotado y degollado.

DIA 23.

San Lino, papa y mártir.—Fué san Lino italiano de nacion, y natural de la ciudad de Volterra, que es en la provincia de Toscana: su padre se llamó Herculano, hombre noble y principal. Estando en Roma, y oyendo predicar al apóstol san Pedro, le siguió y fué uno de los primeros discípulos que allí tuvo. Vió el sagrado apóstol grandes prendas de virtud, letras y prudencia en Lino, y sirvióse de él en la predicacion y administracion de los santos sacramentos: y despues le hizo como su coadjutor y ministro para todas las cosas á que él no podia acudir; y todo lo proveia Lino con la direccion y autoridad de san Pedro, con mucha prudencia y solicitud. Despues del martirio del glorioso apóstol san Pedro, le sucedió Lino en la cátedra pontifical, y la tuvo once años, dos meses y veinte y tres dias, y así fué el primer papa y vicario de Cristo nuestro Señor en la tierra, que inmediatamente sucedió á san Pedro. Tuvo órdenes dos veces, y ordenó quince obispos y diez y ocho presbíteros. Mandó que las mujeres no entrasen en la iglesia con las cabezas descubiertas, como lo tenia mandado san Pedro, y lo dejó escrito san Pablo. Escribió san Lino la Historia de la contienda que tuvo san Pedro con Simon, mago; pero no se halla. Escribió tambien dos libros del martirio de san Pedro y san Pablo, que están en el séptimo tomo de la *Bibliotheca sanctorum;* aunque al cardenal Baronio le parece que están depravados y sembrados de algunos errores, y no con la pureza y verdad que los escribió san Lino La santidad de este glorioso sumo pontífice fué admirable, é ilustrada con muchos y grandes milagros, que por él obró el Señor. Sanaba muchos enfermos: resucitaba muertos: lanzaba los demonios de los cuerpos: y habiendo una vez librado del demonio á una hija de Saturnino, cónsul; el desagradecido y malvado padre le mandó matar por la fé de Cristo nuestro Señor, dando mal por bien, y maleficio por beneficio. Su sagrado cuerpo fué enterrado en el Vaticano, junto á su padre, maestro y predecesor san Pedro: y fué su martirio á 23 de setiembre, en que la santa Iglesia celebra su fiesta, el año del Señor de 80, imperando Vespasiano. Hace mencion de san Lino el apóstol san Pablo. Escriben de él los Martirologios, romano, el de Usuardo y Adon, y el libro de los Romanos Pontífices, que anda en nombre de Dámaso, y los demás que escriben las vidas de los santos pontífices.

Santa Tecla, vírgen y mártir.—Entre los otros libros que Gelasio, papa, dió por apócrifos en el concilio romano, fué uno de los actos de santa Tecla y de san Pablo: y ántes de Gelasio, el gran doctor de la Iglesia, san Gerónimo, habia dado á aquel libro la misma censura: y sin duda que aquellos actos habian sido fingidos, como dice Tertuliano, y escritos por un presbítero anciano, y por ventura añadidos y depravados por los herejes, para dar licencia á las mujeres de predicar en público, y bautizar, y hacer otras cosas que á su estado no convienen. Dejando, pues, aparte las cosas apócrifas y falsas, escribi-

rémos la vida y martirio de santa Tecla, sacado de autores graves, antiguos y ciertos.

Fué santa Tecla de la ciudad de Iconia, en la provincia de Cilicia: era doncella muy hermosa y tenia madre, y estaba concertada de casarse con un mancebo llamado Tamiro. En este tiempo el apóstol san Pablo, de Antioquía fué á Iconia: recibióle en su casa Onesíforo, hombre virtuoso: juntóse en ella alguna gente bien inclinada y deseosa de salvarse; y el Apóstol les predicaba con grande aprovechamiento de los oyentes: entre los cuales fué una santa Tecla, que, oyendo la doctrina del cielo que enseñaba san Pablo, y las palabras de vida que hablaba, y el espíritu divino y fervoroso con que las decia, se trocó de manera, que se hizo cristiana, y consagró al Señor su virginidad, dando de mano á todos los deleites y gustos de la carne. Supo la madre que Tecla, su hija, habia mudado de propósito, y no se queria casar; y sintiólo de manera, que á mas de avisar á Tamiro, esposo de la doncella, de lo que pasaba, se fué al juez, y acusó á su hija que era cristiana, y que repudiaba al esposo con quien ántes estaba concertada de casarse: y dijo al juez la perversa y cruel madre, que hiciese quemar viva á su hija, para que las otras mujeres escarmentasen. Mandóla el juez parecer delante de sí: y habiendo entendido por su confesion ser verdad lo que la madre le habia dicho, hizo encender una grande hoguera y mandó que Tecla fuese echada en ella; mas la santa doncella, armándose con la señal de la cruz, no aguardó á que los sayones la echasen en el fuego; ántes ella de grado y con grande alegría entró en el, y estuvo en medio de las llamas con estraordinaria seguridad y varonil constancia. Levantóse de repente una tempestad, y cayó tan copiosa agua del cielo, que el fuego se apagó, y la gente huyó, y la bienaventurada vírgen, sin lesion alguna de su cuerpo ni de su ropa, por divina voluntad quedó libre. Despues de esto la santa doncella se dió á grandes penitencias, ayunos, vigilias y oraciones; y de nuevo fué acusada y presentada delante del juez; el cual la condenó á ser echada á las bestias fieras, para que la despedazasen y tragasen. Llevároula al teatro: y estando todo el pueblo presente y dando gritos y voces contra ella, soltaron las fieras: mas ellas no osaron tocarla, sino reverenciarla y lamer blanda y mansamente sus piés. Otro dia la echaron de nuevo á los osos y leones; pero olvidados de su natural fiereza, se amansaron, admirados de la gloriosa doncella que allí tenian: la cual pinta san Ambrosio, por estas palabras: «Huyendo santa Tecla los deleites conyugales, y siendo condenada por el sentimiento que tuvo su esposo, mudó la naturaleza de las bestias, que la trocaron por la admiracion de su virginidad. Echáronla á las fieras; y fué tan grande su castidad, que allí en el teatro bajaba los ojos por no ver á los hombres, y ofrecia sus entrañas al leon feroz; y con esto, los que habian venido con ojos lascivos, volvian con ojos castos y honestos. Veíase la bestia fiera lamer los piés de la santa doncella, y postrársele, y con un murmullo y sonido mudo dar á entender que no podia tocar el cuerpo de la vírgen. Adoraba la bestia á su presa; y olvidada de su propia naturaleza, se habia vestido de la naturaleza de que los hombres se habian desnudado: y con mudanza extraña, viérades á los hombres crueles mandar á la bestia que lo fuese, y la fiera besando los piés de la vírgen, enseñar á los hombres lo que habian de hacer. Es tan admirable la virginidad, que hasta los leones se admiran de ella y la reverencian. No pudo el hambre mover á los leones, para que hiciesen presa en la santa vírgen: no su natural fiereza, ni la costumbre que tenian de despedazar á los otros; no el furor del pueblo, ni los medios que tomaron para irritarlos y embravecerlos contra la santa; ántes adorando á la mártir, nos enseñaron la religion y castidad; pues así besaban los piés de la vírgen, fijos los ojos en tierra, como teniendo vergüenza, y mostrando que la tenian respeto, y temian que algun hombre ó alguna bestia no viese aquel sagrado cuerpo desnudo.» Todo esto es de san Ambrosio. No bastó este milagro para que el tirano, mas fiero que las mismas fieras, reconociese la mano del Señor, que así amparaba á su dulce esposa; ántes mandó que la echasen en una hoya llena de muchas víboras y serpientes venenosas. Al tiempo que la echaban, bajó de lo alto una nube de fuego que las mató á todas, y quedó libre de este tercer tormento, como habia quedado de los dos pasados, del fuego y fieras. Aparejaron de nuevo otras bestias: atáronla á dos toros ferocísimos, para que la despedazasen: y para que estuviesen mas bravos, los agarrocharon con garrochas, encendidas las puntas; pero el Señor la guardó de manera que quedó sin lesion alguna. Vistas por el pueblo tantas maravillas, y especialmente por una señora llamada Trifena, á quien el juez habia dado en guarda á santa Tecla, comenzaron á dar voces, y decir que el Dios que adoraba Tecla era poderosísimo, y digno de ser adorado: y el procónsul, temiendo el furor del pueblo, dió por libre á santa Tecla: la cual volvió á la casa de Trifena, y la convirtió á ella y á toda su familia á la fé de Jesucristo nuestro Salvador: y de allí se fué á la ciudad de Seleucia, donde vivió muchos años con admirable ejemplo de santidad, alumbrando con el resplandor de sus virtudes aquellas gentes, y enseñándoles el camino del cielo; y cargada de años y merecimientos, despues de tantas victorias y peleas, se fué al cielo para gozar de la corona de vírgen y mártir. Su muerte fué á los 23 de setiembre en Seleucia, y en este dia la santa Iglesia celebra su fiesta.

De santa Tecla escriben casi todos los santos doctores antiguos, como son: san Gregorio Nacianceno, Epifanio, Ambrosio, Gerónimo, Crisóstomo, Severo Sulpicio, y otros muchos: y es cosa maravillosa ver las alabanzas que dan á esta gloriosa vírgen y bienaventurada mártir, por haber sido la primera mujer que fué atormentada por Cristo nuestro Señor, y como capitana y guia de las demás. Llámanla «hija primogénita de san Pablo;» y fué tan conocida y tan estimada la santidad de santa Tecla, que para alabar alguna mujer, y decir era tan grande y excelentísima su virtud, decian que era una santa Tecla, y así san Gerónimo dió este nombre á Melania y san Gregorio Niceno á su hermana santa Macrina; y por devocion fué san Gregorio Nacianceno á Seleucia á visitar el sepulcro de santa Tecla, y de muchas partes concurrian los pueblos por la misma causa, y por los muchos y grandes milagros que el Señor continuamente obraba por ella en su santo sepulcro. Y no solamente en aquel lugar, pero en otro donde dicen que la santa estuvo en un tiempo escondida dentro de una peña (la cual se ablandó y recibió en sí el cuerpo de la santa vírgen), hizo el Señor muchos y grandes milagros, no solamente en beneficio de los fieles que á él concurrian sino tambien de los infieles. A mas de esto es cosa muy acostumbrada en los grandes traba-

jos suplicar á nuestro Señor que nos libre de ellos, como libró á santa Tecla de sus tormentos: y algunos mártires en el rigor de sus tormentos pedian á Dios que los librase de ellos como habia librado á santa Tecla del fuego, del teatro de las fieras y toros y de los demás tormentos. Y san Cipriano, en la oracion que hizo á Dios el dia de su martirio, le dice: Asistidme, Señor, y sed conmigo, como fuiste con Pablo en sus prisiones, y con Tecla en el fuego: y toda la santa Iglesia en las oraciones que hace al Señor para encomendar el alma del que está agonizando, le suplica que le libre como libró á santa Tecla de los tres atrocísimos tormentos. Por donde se ve los grandes méritos de esta bienaventurada vírgen y mártir, y la devocion que la debemos tener. El emperador Zenon edificó un suntuoso templo á santa Tecla, por haber por su favor recobrado el imperio: y el emperador Justiniano le edificó otro no ménos magnífico; y en todo Oriente y Poniente ha sido muy ilustre su memoria. Su sagrado cuerpo está en la ciudad de Tarragona, en el principado de Cataluña, y es patrona de aquella Iglesia metropolitana. Y una vez como el rey de Aragon don Pedro el IV de este nombre (pretendiendo que el dominio útil de aquella tierra y vasallos, que tiene la Iglesia de Santa Tecla, pertenecia á él), hubiese hecho muchos daños, y por armas los quisiese reducir á su servicio; es constante fama que santa Tecla dió una palmada en la cabeza del rey, de la cual cayó malo y murió; y reconociendo su culpa, y que aquel era castigo de Dios, mandó restituir á la Iglesia lo que le habia tomado y reparar los daños que le habia hecho. Escribieron de santa Tecla los Martirologios, y especialmente el de Adon; y el cardenal Baronio muy eruditamente en las anotaciones del Martirologio, y en el primer tomo de sus Anales.

San Socio, diácono y mártir.—Era natural de Italia, practicaba mucho la caridad, y tenia singular aficion á las ciencias eclesiásticas. Servia de diácono en la Iglesia de Mesina, y como leyendo el evangelio observase el obispo Genaro que se levantaban de su cabeza unas llamas de fuego, predijo que el diácono alcanzaria la palma del martirio. En efecto Socio no mucho despues fué preso y llevado al suplicio junto con su obispo Genaro.

Santa Xantipa y santa Polixena, discípulas de los apóstoles.—Santa Xantipa fué una de las mas esclarecidas mujeres de Córdoba en el imperio de Neron. Su nombre da á entender que descendia de los antiguos griegos que poblaron aquella ciudad. Casó con Probo, romano al parecer y uno de los señores principales de aquella tierra, amigo íntimo del emperador. Tenia otra hermana llamada Polixena, de la cual no consta que hubiese casado. Era á este tiempo pretor de la España ulterior Filoteo, cuya residencia como la de todos los demás pretores era Córdoba, donde estaba la basílica y pretorio. Dicen, pues, que cuando san Pablo vino á España, cuyo hecho tiene á su favor insignes testimonios, persuadió Xantipa á su esposo que le hospedase en su casa, y fué adoctrinada con su predicacion en el Evangelio de Jesucristo, cuya fé abrazaron ella y su esposo. Añaden que Xantipa vió en la frente de san Pablo unas letras que decian: «Pablo, apóstol de Jesucristo.» Polixena partió con el Apóstol á Acaya, provincia de la Grecia, que hoy llamamos la Morea, donde predicaba el apóstol san Andrés, de cuya mano recibió ella el bautismo. Despues volvió á Córdoba á la compañía de su hermana, de cuyo ejemplo y persuasion se valió Dios para que aquella ciudad, dejada la supersticion de la idolatría, abriese los ojos á la fé y se convirtiese á la adoracion de su santo nombre. Uno de los convertidos fué el citado Filoteo. Murieron estas dichosas hermanas en la paz del Señor, hácia el año 70 de Cristo, y su memoria se señala hoy en el Martirologlo romano y en el Menologio de los griegos. *Villan. Añ. crist.*, *tom.* IX.

Los santos Andrés, Juan, Pedro y Antonio, mártires.—Estando los sarracenos en Siracusa, prendieron á dos jóvenes, llamados Pedro y Antonio, y se empeñaron en que habian de abrazar la ley de Mahoma. Los dos eran hermanos, cristianos desde su nacimiento, y además muy dados á todas las virtudes religiosas. Habiéndose negado á la apostasía, fueron maltratados, azotados, y al fin arrastrados por toda la ciudad, en cuyas calles acabaron sus dias. Cuando acababan de espirar, llegó al lugar del suplicio el padre de los dos hermanos, llamado Juan, y reprendiendo á los verdugos por su crueldad, fué allí mismo degollado, y cayó muerto sobre los cuerpos de sus hijos. El mismo dia y en el mismo lugar fué tambien sacrificado otro noble cristiano, llamado Andrés, que hacia mucho tiempo estaba detenido en la cárcel y que habia sufrido el hambre, la desnudez y todas las penalidades de su triste destino. Bolando cree que murieron estos santos durante el siglo X.

San Paterno, obispo y mártir.—Floreció siendo obispo de la diócesis de Constance, y murió mártir en una de las primeras persecuciones contra la Iglesia.

San Constancio, confesor.—Nació en Italia y fué sacristan de la Iglesia de Ancona. En su humilde y modesta posicion fué el modelo de eclesiásticos y seglares, y el cielo manifestó al mundo cuán aceptas le eran las virtudes de su siervo, concediéndole el don de milagros. San Gregorio Magno en su libro de los Diálogos cuenta muchos hechos gloriosos de este santo, y concluye diciendo, que «fué grande en los milagros; pero mayor aun en su profunda humildad.» Murió á fines del siglo VI, y, segun un antiguo Martirologio, el año 590.

DIA 24.

Nuestra Señora de la Merced.—Entre las florecientes religiosísimas familias, que bajo el timbre y nombre de la serenísima Reina de los ángeles María santísima, Madre de Dios, militan en la Iglesia católica, con soberano acuerdo la santidad del papa Paulo V en la bula, *Inter omnes vitæ regularis ordines*, llamó á la Reina de los ángeles María santísima primera y verdadera instituidora y fundadora del real órden que en la Iglesia católica milita, con la invocacion y timbre de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos: para que así como las ilustres religiones de san Francisco, santo Domingo y otras, reconocen á sus santísimos patriarcas por inmediatos y primeros instituidores y verdaderos fundadores; la ínclita, real y militar órden de María santísima de la Merced, á la misma Reina de los ángeles, nó por disposicion humana, sí por especial gracia con que la Reina de los ángeles quiso tener tales hijos, reconociéndose por su verdadera Madre y fundadora. Habiendo ella manifestado ser esta su voluntad, cuando de ella, como de primera causa, apareciéndose á los bienaventurados Pedro Nolasco, Rai-

mundo de Peñafort, y al clarísimo rey don Jaime I de Aragon, les hizo constar que de ella, como de principio, emanaba la ínclita, real y militar religion de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos, como de la relacion de la siguiente revelacion de muchos sumos pontífices con muchos dones y gracias aprobada, y de la santa Iglesia con solemne culto ilustrada, constará.

Hallábase la mayor y mas feliz parte de España del cruel y tirano dominio mahometano oprimida: tenian los bárbaros (enemigos del santísimo nombre de Jesucristo) á innumerables cristianos en crueles mazmorras encerrados, afligiéndoles y atormentándoles para hacerles negar la verdad de nuestra santa fé católica: y como eran muchos los que desmayaban y faltaban á la constancia de la fé, lloraba la perdicion de sus hijos nuestra madre la Iglesia católica; mas no faltaron en ella santísimos varones, que, lastimados de la perdicion de tantas almas, con mortificaciones y penitencias ofrecian con vivas lágrimas sus oraciones y súplicas á Dios, para que piadoso aplicase el remedio á tanto mal. Y así como los lastimosos clamores de los hijos de Israel fueron de Dios oidos, para el remedio de las aflicciones y penas que padecian en la esclavitud de Egipto; así la deprecacion de aquellos piísimos varones fué oida, no solamente de Dios, sino tambien de su Madre María santísima, que no pudiendo contener sus piadosísimas entrañas á tan lastimosas súplicas, se inclinó á aplicar el remedio como lo verificó el suceso. Estaba la piadosísima Reina de los ángeles María santísima en el trono de su majestad (donde, y en compañía de su preciosísimo Hijo Cristo Señor nuestro, goza eternas glorias), mirando las penas, miserias y calamidades que en la bárbara esclavitud padecian los pobres cautivos cristianos: y conmovida la clementísima Reina de los ángeles de tantas miserias y calamidades, piadosa, así para consolar las lágrimas de la católica Iglesia, como para obviar no se perdiesen tantas almas que á vista del cruel, duro y tirano rigor sarracénico desfallecian y faltaban á la constancia de la fé; aplicó para remedio de tanto mal la obra de caridad mas perfecta como es la redencion. Y para ejecutar este su tan fino amor, y dar principio á tan perfecta obra que habia de destruir la tirana servitud, eligió á tres esclarecidos ejecutores, siendo el norte con que se habian de gobernar la misericordia de quien les mandaba y gobernaba, que era la misma Reina de los ángeles, bajando visiblemente del cielo á declararles su voluntad que era de fundar una religion con el título de su piísima misericordia, disponiéndolo maravillosamente del siguiente modo.

Florecia en aquella ocasion en la nobilísima ciudad de Barcelona, cabeza del principado de Cataluña, en santidad y virtud san Pedro Nolasco, de nacion francés, nacido en el lugar dicho de las Puellas, cercano á la ciudad de Carcasona, hijo de padres ilustres, de la nobilísima casa de los condes de Blés. Estaba entonces en aquella tierra muy estendida la herejía albigeuse: y hallándose el santo jóven muy adornado de todas virtudes, y aborreciendo todo género de herejía, se resolvió para apartarse de ella á dejar su casa, padres y parientes: y para ejecutar su santo intento, vendió su rico patrimonio, y recogido lo que habia sacado de él, con todas sus riquezas se puso en camino, que le tomó para el principado de Cataluña: y entrando en él, fué su primer cuidado ir á visitar aquel religiosísimo y angelical santuario de la Reina de los ángeles, la Vírgen santísima de Monserrate, donde empleando dias y noches en fervorosa oracion, satisfizo al voto que tenia hecho. Cumplido esto, se fué á la ciudad de Barcelona, donde por lo esclarecido de sus virtudes, acompañadas de la nobleza de su sangre, fué magnificentísimamente del ínclito y clarísimo rey don Jaime de Aragon acariciado y hospedado. Era entonces el rey don Jaime (digno de eterna memoria entre los esclarecidos reyes de Aragon) obedecido, jurado y aclamado en la nobilísima ciudad de Barcelona, en la cual era grande la estimacion que se hacia de la persona de san Pedro Nolasco, viendo las obras tan heroicas de caridad en que se ejercitaba, á quien gustosamente oia el rey, siempre que san Pedro Nolasco le hablaba de la redencion de cautivos; y tanto se encendia el magnánimo rey en el amor de los cautivos, que lleno de piedad, todo era discurrir como habia de destruir y aniquilar á los sarracenos, para librar de sus manos á los pobres cristianos cautivos. Concordes los dos para este tan realzado fin, resolvieron aplicarse cada uno de por sí á la consecucion de él, valiéndose cada uno de sus medios; y así, cuando el esclarecido rey con sus fuerzas belicosas opugnaba los lugares y castillos de los moros, estaba san Pedro Nolasco en fervorosa oracion, contemplando y llorando los trabajos y calamidades que en la mísera esclavitud los miserables cautivos padecian, y como verdadero imitador de nuestro Redentor Jesucristo, sentia sus penas, nó como ajenas, sí como propias, como lo verificó bien su ardiente caridad; pues habiendo consumido todo cuanto tenia por la redencion de muchos, no una vez sola se entregó en rehenes, para dar libertad á muchos mas.

Alentaba y fomentaba los ánimos de estos dos héroes, del ínclito rey y de san Pedro Nolasco, viéndoles ejercitados en tan escelente piedad, san Raimundo de Peñafort, que graduado en ambos derechos, estaba entonces resplandeciendo el ardentísimo zelo de su caridad y virtud, en consolar á los enfermos de los hospitales, en enseñar á los ignorantes y en convertir herejes, judíos y sarracenos; por cuyas heroicas obras, y su grande doctrina, mereció verse colocado en el puesto de canónigo en la ilustre y santa iglesia catedral de Barcelona; y asimismo el prudente rey le eligió por su grande santidad y sabiduría para su confesor. Viéndose san Raimundo constituido confesor del ínclito rey (á quien tambien san Pedro Nolasco fiaba la direccion de su alma, habiéndole hecho participante en el secreto de la confesion, de sus fervorosos y pios deseos), tomó por su cuenta alentar los pios ánimos de los dos para la consecucion de tan realzado fin, como era la libertad de los pobres cautivos cristianos; y así tanto en el secreto de la confesion con sus exhortaciones, como en lo público de sus sermones, con pias y santas palabras les alentaba y animaba á la redencion de los pobres cautivos; y tanto con sus vivas razones enfervorizó los ánimos del esclarecido rey, y de san Pedro Nolasco á esta piedad, que no solo san Pedro Nolasco, sino tambien el mismo rey en sus retretes, se empleaban en fervorosa oracion, suplicando á Dios y á la Reina de los ángeles María santísima, y demás santos, en particular á los patrones de la ilustre ciudad de Barcelona, les inspirasen y favoreciesen con medios para poder copiosamente cumplir con esta obra de caridad. Y oyendo el Padre celestial, y Padre de misericordia, Dios nuestro Señor, tan pias súplicas, clementísimo

remuneró tan fervorosos deseos, con el favor tan grande que fué darles la ilustre religion de la Merced, ejecutándose su fundacion con este maravilloso modo.

En las calendas de agosto, primero de dicho mes, dedicado á san Pedro *Ad-vincula*, en el año 1218, gobernando la Iglesia de Dios la santidad de Honorio III, para librar de la fiera esclavitud sarracena á los pobres cristianos cautivos fué enviada de Dios desde el empíreo la Reina de los ángeles María santísima á la ilustre ciudad de Barcelona, y acompañada de muchos celestiales espíritus, y grande concurso de santos y santas, y entre ellos el apóstol san Pedro y Santiago, patron de España, san Cucufate, san Severo, san Paciano, santa Madrona y santa Eulalia, patrones de Barcelona, visible y corporalmente en el punto de la media noche bajó, se apareció y manifestó á san Pedro Nolasco, empleado en fervorosa oracion y contemplacion: y lleno el santo y humilde siervo de Dios de gozo y alegría, por el favor de tan admirable y gloriosa presencia, mereció oir de la misma boca de la Reina de los ángeles estas palabras: Yo, hijo, soy la Madre del Hijo de Dios, que por la salud y libertad del género humano derramó su sangre, y padeció cruel muerte: vengo, pues, á buscar hombres, para que á ejemplo de mi Hijo pongan sus almas por la salud y libertad de otras almas que no la tienen: y siendo esta la caridad mas acepta á mi Hijo, será para mí muy agradable, si en honor mio se funda una religion, cuyos hijos con fé viva, y verdadera y perfecta caridad, pues no la puede haber mayor, rediman á los cautivos cristianos del poder y tiranía de los turcos, y ofreciéndose ocasion, en que de otro modo no se puedan librar, se queden en rehenes por la libertad de los cautivos. Declárote, hijo, esta mi voluntad; porque te advierto, que cuando tú con vivas lágrimas solicitabas por medio de la oracion el remedio de los cautivos, recogias limosnas y los redimias, presenté yo tus súplicas á mi Hijo, el cual se dignó, para consuelo tuyo, y para instituir esta religion, con especial título mio, bajase del cielo: y á tí, Pedro, te elegí; porque tú has de ser la piedra fundamental sobre la cual se ha de edificar esta mi religion. Concluido este razonamiento fervoroso y humilde, respondió san Pedro Nolasco á la Reina de los ángeles, diciendo: Con viva fé creo, Señora, que vos sois la Madre de Dios vivo que habeis bajado á este mundo para remedio de los que miserablemente padecen la bárbara esclavitud. Pero decidme, Señora, ¿quién soy yo para que vaya á los bárbaros enemigos de vuestro santísimo Hijo, y saque de sus crueles mazmorras á los cristianos cautivos? No temas, Pedro (le dijo la Reina de los ángeles); que yo te asistiré en todo: y para que lo creas, y en señal de que te elijo, verás con brevedad cumplido cuanto te he dicho, y se gloriarán los hijos é hijas de esta mi religion en vestir hábitos blancos, del modo que á mí me ves vestida. Dicho esto, desapareció la Reina de los ángeles subiéndose al trono de su gloria.

Tan soberanamente favorecido san Pedro Nolasco, con lo que con sus propios ojos vió y oyó con sus oidos, perseveró hasta el amanecer en fervorosa oracion, meditando y contemplando tan celestial favor. Amanecido el dia, con presuroso cuidado fué en busca de su confesor san Raimundo de Peñafort, para darle cuenta de la admirable vision. Hallado y postrado á su piés, apenas empezó á manifestar la celestial vision, y el precepto divino de fundar el nuevo órden; suspenso y lleno de admiracion san Raimundo, le interrumpió sus palabras, diciéndole, que tambien él habia tenido la misma vision aquella noche, habiendo sido favorecido de la Reina de los ángeles, y oido de su boca el precepto en que le mandaba que para la construccion y consecucion de tan grande obra, pusiese todo su cuidado, y que con todas veras aplicase todo su estudio, para que con la eficacia de sus sermones alentase los corazones de los católicos á una obra de tan grande caridad; y así, que gozoso y agradecido á tan celestial favor habia con toda presteza venido á la iglesia mayor para dar á Dios y á la inmaculada Reina de los ángeles las gracias de tan soberano beneficio. ¿Quién podrá declarar la alegría de los dos puros corazones de aquellos dos santos varones, hallándose igualmente favorecidos de la Reina de los ángeles? Todo seria conferir entre sí el modo de cumplir el divino precepto; cuando para quitar toda dificultad á su cumplimiento, y tener la obra todo el lleno de la admiracion; el ínclito rey don Jaime, habiendo participado el mismo favor aquella noche, para que no fuese notado por negligente ejecutor de la Reina de los ángeles, el que habia sido compañero en la vision, acudió puntual á la Iglesia catedral, para dar á Dios y á la Reina de los ángeles las gracias del beneficio recibido: y viendo en ella á aquellos dos pios varones confiriendo entre sí, llamándoles para sí, y apartados de todo concurso en la misma iglesia, les manifestó la alegre vision que habia tenido, con estas palabras: La purísima Reina de los ángeles María santísima muy bella y hermosa me apareció esta noche y me mandó que instituyese un órden que se ocupase en redimir cautivos, y que se llamase de Santa María de la Merced ó de Misericordia: y como reconozco en tí, Pedro Nolasco, esta inclinacion innata de redimir, te elijo para la ejecucion de esta obra; y á tí, Raimundo, por la mucha virtud y doctrina que miro en tí, te nombro por idóneo coadjutor de ella. Concluidas por el rey sus palabras, respondieron los dos santos varones, que tambien ellos habian sido favorecidos aquella misma noche de la Reina de los ángeles, refiriéndole al rey las palabras que habian oido de la purísima Vírgen, y los mandatos que á los dos habia dado. Conferida, pues, entre sí tan admirable aparicion, asegurados de la verdad de ella, unánimes y conformes declararon ser la voluntad de la purísima Vírgen; y para su cumplimiento deliberaron instituir en honor de la Reina de los ángeles el orden de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos.

Llegado, pues, el dia 10 de agosto del mismo año del Señor de 1218, dia señalado para la ejecucion de tan grande obra; como ya se habia divulgado el prodigioso milagro por todo el reino, era grande el concurso que concurrió á celebrarle: y así con magnífico aplauso fuéron el rey y los dos santos varones acompañados de los conselleres de Barcelona, de toda la nobleza y pueblo, á la Iglesia catedral, donde estaban ya convocados por el rey todos los prelados eclesiásticos, así los de afuera como de dentro la ciudad, y todos los grandes del reino, y entre ellos el ilustrísimo señor don Berengario Palaciolo, obispo de la ilustre ciudad de Barcelona, vestido de pontifical, para celebrar el oficio divino, que comenzándole y dicho el evangelio, subió san Raimundo de Peñafort al púlpito, y con fervoroso espíritu de la celestial vision inflamado,

realzando los favores de la Reina de los ángeles María santísima con relevante, pia y santa ponderacion manifestó para mayor gloria de Dios y de su santísima Madre, la celestial revelacion de aquellos tres tan fidelísimos testigos aprobada, que oida del pueblo, fué tanto el gozo y alegría que infundió en los pios corazones, no pudiendo contenerse, oyendo con sus oidos lo que aquellos dichosos varones vieron con sus ojos, aclamando todos tan prodigioso milagro, con pias voces alababan las piadosísimas entrañas de María santísima.

Concluido el sermon, bajó el rey de su solio, vestido con sus reales vestidos, y con la corona de oro en su cabeza, y llevando al un lado á su confesor san Raimundo de Peñafort, y al otro á san Pedro Nolasco, acompañándole los conselleres de Barcelona y muchos grandes, se fué al altar donde celebraba el obispo la misa, y estando en su presencia, le dijo estas palabras: Es nuestra voluntad cumplir el precepto divino, y la voluntad de la purísima Reina de los ángeles, María santísima, segun nos ha revelado y manifestado, en instituir y fundar una sagrada y militar religion para que los religiosos de ella se empleen en redimir cautivos, aunque sea con dispendio de su propia vida y libertad; y el primer religioso y redentor será nuestro amigo y compañero Pedro de Nolasco, á quien la Reina de los ángeles eligió como piedra fundamental de esta grande obra de caridad. A vos, pues, reverendo padre, pido que pongais en ejecucion este divino precepto y voluntad de María santísima. Oida la peticion del ínclito rey, el obispo y el mismo rey, viendo juntamente ya á sus piés arrodillado á san Pedro Nolasco, y llenos de puro gozo sus ojos de lágrimas, asistiéndoles san Raimundo, le vistieron los tres el cándido hábito, que ya prevenido le tenia en el modo y forma que aquellos tres ínclitos y dichosos varones habian visto á la Reina de los ángeles resplandeciente. Vestido el hábito, le puso el rey con sus propias manos en el escapulario el escudo de sus armas reales, y en medio del escudo fué puesta una cruz blanca, timbre de la ilustre iglesia catedral de Barcelona, en reconocimiento del favor que en ella se recibia, teniendo en ella principio esta sagrada y militar religion; decretando el rey con su privilegio real, que así san Pedro Nolasco, como todos sus hijos sucesores, llevasen el dicho escudo de armas en el pecho, y encomendando su majestad á dichos señores conselleres de Barcelona la dicha su real y militar religion para que perpetuamente la defendiesen, constituyéndoles protectores de ella.

Viéndose ya san Pedro Nolasco redentor, dió principio á esta sagrada milicia con aquel solemne voto de quedar en rehenes en poder de los turcos, si fuese necesario, por la libertad de los cautivos cristianos, obligándose á esto (como se obligan) todos sus hijos, dejándoles en este vínculo de caridad su copiosa herencia.

Instituida y fundada la nueva y real religion de nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos, admiró á todos su maravilloso instituto, y mas cuando tan á sus principios y dentro breves años esperimentaron el copioso fruto de su caridad: que visto por el ínclito rey don Jaime, y por el amor grande que tenia á la religion, deseando fuese por la santa sede apostólica confirmada, resolvió enviar á san Raimundo de Peñafort (su confesor y de san Pedro Nolasco) á la ciudad de Perusa, donde habitaba la santidad del papa Gregorio IX, que gobernaba en'onces la católica Iglesia, para alcanzar la confirmacion. Admitió gustoso san Raimundo de Peñafort la comision, como quien sabia cuán agradable era á Dios y á María santísima; y tomadas las instrucciones y poderes del rey, se encaminó para el romano pontífice, que llegado y postrado á sus piés, haciéndole primero relacion de la admirable aparicion y descension de María santísima, le presentó la súplica del rey, en que pedia la confirmacion de la nueva religion: la cual liberal y benignamente concedió la santidad de Gregorio IX, despues de pasados doce años de la fundacion de la dicha real religion de nuestra Señora, de la Merced, Redencion de cautivos, á la cual decoró tambien el dicho pontífice con muchas gracias y plenarias indulgencias, á quien han imitado casi todos sus sucesores, enriqueciendo con muchos privilegios y gracias á tan realzado instituto de caridad. Y para que del beneficio de tan realzado instituto se den á Dios y á la Reina de los ángeles las debidas gracias, la santidad del papa Paulo V instituyó la fiesta de la Descension ó Aparicion de la siempre inmaculada Vírgen María, para que se celebrase en toda la religion, en la dominica mas cercana á las calendas de agosto, como don dado del cielo: y la santidad del papa Inocencio X aumentó el culto de la festividad, concediendo para el rezo oracion y lecciones propias en el segundo nocturno, estendiendo su rezo en todos los reinos, dominios y provincias sujetas al católico rey de las Españas Cárlos II, y despues la santidad de Inocencio XII á toda la Iglesia católica, mandando que en adelante se ponga en el calendario romano el elogio de la Descension de María santísima, para la fundacion del real órden de nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos, y se celebrase á los 24 de setiembre, realzando con esto el culto de tan grande festividad: debiéndose todo al amparo y patrocinio de la Reina de los ángeles María santísima; pues ya desde los principios de su sagrada religion, quiso que en ella floreciesen varones en caridad y piedad insignes, que no solo se empleasen en distribuir las limosnas recogidas de los fieles en el rescate de los cautivos, sino que tambien, deseosos de ganar almas para Dios, liberalmente se entregasen para dar libertad á los que pueden peligrar en la fé, como muchos lo han hecho, quedando esclavos por dar libertad al esclavo.

San Gerardo, obispo y mártir.—En Venecia, ciudad ilustre de Italia, nació Gerardo de la noble familia de los Segredos, por los años de 986. Su alma nació ilustrada y rodeada de inclinaciones virtuosas, santas y buenas, con que desde luego dió evidentes señales de cuán bien le convenia el nombre (que sin duda le fué puesto por divina inspiracion) de Gerardo, que en aleman significa «varon bueno y virtuoso.» A los cinco años de su edad, reconociendo cuánto habia de adelantarse en las virtudes y letras, le ofrecieron sus nobles padres al monasterio de San Jorge, que era de monges benitos, de cuyo santísimo patriarca aprendieron esta loable ocupacion de criar algunos niños, como se vió en Mauro, Plácido, Beda, en el angélico doctor santo Tomás, y otros muchos. Con su buen natural, y tan santa escuela, salió no ménos santo que docto. Era tanta su atencion á Dios, y su fervorosa devocion á su santísima Madre María, sin pecado concebida, que siendo pequeño en el cuerpo y edad, era grande, y sugeto á todas luces consumado en los ojos de Dios y de los hombres. Con estas divinas prendas, llegó á los diez y ocho

años de su edad, cuando por haber muerto su padre, se vió obligado á volverse á su casa, para acompañar y consolar á su madre en su viudez: donde sus méritos y noble sangre le negociaron una canongía en la catedral de San Marcos, con cuya aceptacion el cabildo y república se prometieron dichosas felicidades. Pero como Gerardo estaba prevenido de la divina gracia, para renunciar el siglo, se hallaba descontento entre sus faustos honores: por lo cual resolvió abrazar una religion, cuyos empleos todo fuese retiro, soledad y aspereza: y aunque se habia criado entre los hijos del gran Benito; con todo deseaba su ánimo encendido saber si hallaria mas aspereza.

Habian fundado por aquellos tiempos en Venecia, los ermitaños ó monges del Carmelo. (Estos títulos tenian entonces los carmelitas: por lo cual han querido algunos hacer á Gerardo de la sacratísima familia del gran padre san Benito, por ver fué monge, sin advertir que en aquellos tiempos habia muchos con este título: tambien los padres servitas le han querido hacer de su religion; y no me admira, que tan gran santo es muy para que todos le quieran por suyo; pero ya el reverendísimo Ferrario, general de los dichos padres servitas, rendido á la razon, por conocer vivió san Gerardo doscientos años ántes que su religion tuviese principio, confiesa ser carmelita: pero á unos y otros ha desengañado la autoridad de la Iglesia, que se le concede con rezo propio á los padres carmelitas, y varios autores de la misma religion, y estraños, que confiesan lo mismo). En el monasterio, pues, que los carmelitas fundaron en Venecia, dicen algunos que tomó Gerardo el hábito: otros, que con deseo de visitar la Tierra Santa, donde habia muerto su padre, pasó á ella, y allí le vistió. Gastó en la Tierra Santa algunos años, y visitando á Jerusalen, y los demás santos lugares, llegó al sagrado monte Carmelo, donde fué recibido con mucho amor de todos sus ermitaños: quedóse en su compañía, divinizándose cada dia mas en el estado, y pagándoles con ejemplos de toda perfeccion los muchos que recibia de sus santos profesores. De tan santo retiro le obligaron á salir las necesides públicas.

Vivian los católicos en Palestina oprimidos, ya de los griegos cismáticos, ya de los bárbaros sarracenos: y como san Gerardo era por su sangre y santidad tan famoso y estimado de todos, determinaron el patriarca de Jerusalen y otros prelados, que fuése al sumo pontífice, que á la sazon era Benedicto VIII, á pedir remedio, y su intercesion con los príncipes cristianos, para que los fuésen á librar de tanta tirana opresion. Abrazó el santo la legacía, así por no contrastarlos, como porque su caridad habia hecho propias las ajenas calamidades. Por los años de 1021 llegó á Roma, y habló al pontífice, el cual le remitió (despues de haberle recibido benignamente) al emperador Henrico, I de este nombre: y para que fuése con mas autoridad, le hizo patriarca de Antioquía, nó de posesion, sino solo de título; porque los griegos no corrian bien con los latinos entonces. Propuso con mucha instancia al emperador, así las lágrimas de la Tierra Santa, como la súplica del pontífice: á que el santo emperador respondió con buenos deseos, pero se dilataban, por estar ocupado en otras no ménos arduas empresas. Viendo la dilacion Gerardo, trató de dar la vuelta á Palestina; y reducido á su celda, negociar con Dios lo que dificultaban los hombres. Despedido de Henrico, partió con sus compañeros para Hungría, así por ser paso á Palestina, como por gozar de las maravillas de Dios, que por medio de san Estevan, su primer rey, obraba en aquella tierra; pues con celo apostólico desterró la idolatría, y plantó el estandarte de la fé en el corazon de sus vasallos. Como el santo rey buscaba obreros apostólicos, que le ayudasen á trabajar en su nueva y católica viña, luego que vió á san Gerardo, y conoció sus muchas letras y santidad, juzgó que el Señor se lo enviaba, y sin admitir excusas ni razones, despachando á los compañeros á Jerusalen, á dar razon de su embajada, hizo tanto para que se quedase san Gerardo en Hungría, que le puso guardas para que no se le huyera.

Obedeció Gerardo á la voluntad de Dios, y con su vida y predicacion apostólica ayudó tanto á los intentos del santo rey, que domó del todo los ánimos de los húngaros, y de feroces, indómitos, crueles y carniceros lobos, hechos solo á derramar sangre, los hizo mansos corderos y sencillas palomas. Para dar firmeza á estas mudanzas (entre otras devociones) ayudó al santo rey á plantar y estender en aquel reino la de la Madre de Dios María santísima Señora nuestra, sin pecado concebida: la cual (como Hijo verdadero, y criado en la fuente y manantial de su devocion, que es la religion carmelita) tanto la imprimió en sus corazones, que por público edicto mandó el rey que el dia de la Asuncion gloriosa de nuestra Señora fuese en toda Hungría solemnísimo, y todo el reino la tomase por su especialísima patrona, intitulándose «familia de la Vírgen.» Era tanta la reverencia con que la nombraban, que como los hebreos no se atrevian á pronunciar el nombre de Dios; así ni los húngaros el dulcísimo nombre de María, sino que comunmente le daban el de nuestra Señora: y si alguna vez pronunciaban el de «María,» al punto hincados de rodillas besaban la tierra, en señal de su veneracion y respeto; y con el mismo, el santo rey le edificó un templo suntuosísimo, en que desahogó en parte la devocion que tenia á su celestial protectora.

Viendo Gerardo el buen estado en que se hallaba aquel reino, ansioso de volver á su amada soledad, pidió licencia al santo rey: el cual, considerando el gran placer que se le hacia, se la dió, y con ella se retiró al yermo de Beel, no léjos de Buda, y en una estrecha celda pasó siete años en continuos ayunos, penitencias y oraciones, sin dar la puerta á otro que á un ermitaño ó monge, llamado Mauro, que á tiempos le visitaba y asistia; y cuando éste faltaba, le socorria Dios por ministerio de siervos, como á su padre Elías por el de los cuervos. Pasados los siete años, juzgó el santo rey Estévan era razon que volviese san Gerardo á cultivar y regar con su doctrina, lo que ya estaba plantado. Consiguiólo despues de muchas instancias, y para dar mas autoridad á su apostólica predicacion y doctrina, le obligó, aunque forzado, á admitir la dignidad de obispo de Canadio, hoy llamada Canad, ciudad grande y situada á las riberas del rio Morisio. Derramó el Señor tal gracia en los labios del santo obispo Gerardo, y puso tal eficacia en su lengua, que se llevaba tras sí los pueblos, le veneraban los fieles, y temian los idólatras. Creciendo con esto el número de los católicos, le fué preciso edificar muchas iglesias, donde concurriesen á oir la palabra de Dios y los divinos oficios. Tuvo el primer lugar entre las demás, una muy suntuosa, que edificó en honra de san Jorge mártir, en la ciudad de Canadio, por ser cabeza de su

obispado, la cual dotó el santo rey con amplísimos réditos para sustento de sus ministros y fábrica. En ella edificó san Gerardo una capilla en honra de nuestra Señora, en que puso un gran turíbulo ó brasero de plata, en el cual continuamente estaban dos venerables ancianos echando perfumes, y quemando aromas en servicio de la sacratísima Vírgen María, sin pecado concebida: y para mostrar mas su estremada devocion á esta Emperatriz soberana de los cielos, y hacerle nuevos y mayores servicios, fué el primero que dedicó el dia del sábado á su especial culto y veneracion: costumbre que, recibiéndola despues algunas iglesias particulares, hoy la vemos en comun recibida y venerada de toda la universal Iglesia, que con gusto especial le ha consagrado este dia: y para estrenar tan gran devocion, instituyó que todos los sábados se celebrase una fiesta á nuestra Señora, con su oficio de nueve lecciones; y haciase con tanta solemnidad, que igualaba á la de su gloriosa Asuncion, que es la principal de Hungría. Los demás dias de la semana, despues de vísperas y maitines, la visitaba con su cabildo en procesion, y con dulces himnos cantaba sus alabanzas.

Con esto creció tanto Gerardo en la devocion de la Vírgen santísima María, sin pecado concebida, y de suerte le poseyó el corazon, que, en oyendo su dulce nombre de María, se derretia en lágrimas: y si algun delincuente necesitaba de su favor, en pidiéndoselo en nombre de la Vírgen María, al instante le socorria y se hacia su procurador, solicitando sus aumentos. De esta devocion como de fecunda raiz, nacieron las muchas y excelentes virtudes con que adornó su alma, y se acredita mejor que con las piedras preciosas la mitra de un obispo. El cuidado y curiosidad en el adorno de los altares, decencia de los ornamentos, limpieza de las iglesias y buen ejemplo que procuraba diesen sus ministros, eran iguales á la devocion dicha, y el mismo grado alcanzaron en él todas las demás virtudes. Su caridad con los pobres era tanta, que á imitacion del Hijo de Dios, que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos; así Gerardo se despojó de sus haberes, é hizo mendigo por gastar con los pobres todo el precio de sus rentas. Vióse esto bien en una ocasion, que, llegando á su casa un pobre leproso, y no teniendo ropa alguna con que poderlo abrigar, lo acostó en su mismo lecho, en que parece excedió á la caridad de san Martin: pues este santo glorioso partió su capa; y el nuestro su cama y ropa toda, con pobre mas asqueroso; si ya no fué uno mismo el que vistió Martin y abrigó Gerardo. Otras veces iba de noche al monte á cortar leña y traerla sobre sus hombros, así para ejercitar la humildad y trabajo, como por aliviar de él á los ministros de su casa; que es hasta donde puede llegar el colmo de la caridad por aliviar á los inferiores, echarse á cuestas todo el peso del trabajo.

Por su mucha flaqueza (causada así de la edad como de las penitencias grandes que hacia) no podia caminar á pié, y por no usar de caballo y tener comodidad de meditar y leer los libros que escribia para enseñanza del prójimo, usaba de un carretoncillo en sus viajes. Una vez descuidado ó malicioso el carretero, dejó trastornar el carreton y lastimó grandemente al santo, que, divertido en sus libros, se dejó llevar del primer movimiento y mandóle castigar. Los que le asistian, como conocian bien sus piadosas entrañas, tomaron un atajo; y vueltos al mismo camino por donde habia de pasar el santo, ataron á un árbol al carretero y le pusieron medio desnudo como que le hubiesen azotado. Cuando Gerardo llegó y vió aquel hombre de aquella forma, de tal manera se compadeció que arrojándose del carretoncillo, hincado de rodillas, besaba con tiernas lágrimas al delincuente y al árbol en que estaba ligado, y pidiéndole perdon, le solicitó la voluntad con muchas dádivas: tan piadoso era como todo esto. Los ratos que las forzosas tareas de su pastoral ministerio le daban lugar, huia la conversacion de los poblados, y se retiraba al desierto, en cuevas ó ermitas, que á imitacion de las de su sagrado monte Carmelo, habia hecho edificar en diversas partes de su obispado, para que, donde quiera que se hallase, pudiese hurtar algunos ratos para la contemplacion y vida carmelita que tanto amaba, y en que se habia gustoso ejercitado. Muchas noches solia pasar atado á un árbol en figura de reo, siendo su pan las lágrimas, y sus vestidos rallos y cilicios.

En estos ejercicios de piedad y penitencia, le halló el año de 1038, en que la sacratísima Vírgen María, sin pecado concebida, queriendo pagar á su amado siervo el rey Estéban los servicios que le habia hecho, le subió al cielo, rodeado de coros de ángeles, el mismo dia de su Asuncion gloriosa, de que habia sido el santo rey singularmente devoto. Enterrado en Alba Real con lágrimas y aclamaciones debidas á sus méritos; habiendo tambien el príncipe Emerico, su único hijo, dejado y trocado el terreno reino por el celeste, no habiendo heredero, pusieron en su lugar á Pedro, hijo de una hermana del difunto rey; pero tan diferente en sus costumbres, que ningunas se veian en él propias de su santo tio. Tan á rienda suelta dejó correr el vicio y la crueldad que sin valer cosa alguna las santas amonestaciones de Gerardo, dió lugar y motivo para que desconfiados de enmienda y remedio, tomasen sus vasallos por última resolucion, al tercer año de su coronacion, echarlo fuera del reino, y dar la corona á un señor principal, llamado Abon, cuñado de san Estéban: el cual fué tan vicioso, cruel é inhumano, que en su comparacion Pedro, su antecesor, pareció moderado y virtuoso. Supo, ó presumió Abon, que ciertos personajes de los nobles de su consejo se carteaban con Pedro el despojado, y trataban de restituirle al reino; y á palos (como si fueran bestias) los hizo matar á todos delante sus ojos. Usó esta bárbara crueldad en la cuaresma, y sin reparar en ella quiso ser coronado por rey en la pascua de Resurreccion, señalando para la funcion solemne la Iglesia canadiense, en que presidia Gerardo. Vino á ella el rey, rodeado de obispos y de la grandeza del reino: y aunque convidaron al santo para hacer la ceremonia, no quiso venir en ello: con que la ejecutaron los demás, haciendo interés la lisonja.

Gerardo, que en mansedumbre era cordero, y en simplicidad paloma con los buenos, hecho contra la iniquidad un leon, se subió al púlpito, y lleno de Espíritu Santo, dijo al rey: La observancia de la cuaresma santa, ó rey, fué instituida, para que los pecadores alcancen perdon, y los justos premio. Tú, habiéndola violado con muertes tan injustas, y quitádome, con tantos hijos, el nombre de padre; ni uno ni otro mereces con Dios ni con el mundo. Y porque no temo tu ira, antes estoy determinado á morir luego por la honra de mi Señor; te hago saber que al tercer año de tu reinado te hallará el cuchillo ven-

gador, y te quitará la vida y cetro, que con fraude y violencia has adquirido. Prosiguió animoso profetizando las sediciones, alborotos y relajacion de los estados que habian de causar los pecados y las armas de toda Hungría: dejó pasmados á los oyentes, y tan confuso al rey, que, disimulando la cólera y odio que contra el santo concibió por temer algun alboroto, dejó para mejor tiempo la venganza. Pero mucho ántes dispuso el cielo su castigo y desastrada muerte, en cumplimiento de la profecía del santo, con cuya muerte volvió Pedro á la corona; pero como jamás vuelve á su juicio entero el que mucho tiempo fué loco, así Pedro fué peor cada dia.

Por este tiempo un valeroso soldado francés, natural de Limoges, llamado Guido de Malefayda, tuvo tan familiar trato y amistad con Gerardo, que, aficionado á su santo hábito, resolvió vender su hacienda, y pasando al monte Carmelo, quedarse con los hijos de la Virgen María, sin pecado concebida. Estando en este santo propósito, tuvo una vision celestial, en que le mandaba se volviese á su tierra. Consultóla con san Gerardo: el cual le confirmó en lo mismo por haber tenido otro aviso del cielo la misma noche; y añadió, que vuelto á su tierra se casase, porque no le queria el Señor para religioso, sino para ser padre de dos lumbreras fulgentísimas, que habian de ilustrar todo el Oriente. El efecto mostró bien la verdad del espíritu profético de Gerardo; pues casado Guido tuvo hos hijos santísimos, Ademaro y san Bertoldo, que el uno fué por legado á la conquista de la Tierra Santa, y el otro fué el primer general de la religion de Nuestra Señora del Cármen, en el gobierno latino.

Luciendo Gerardo con estos proféticos resplandores, y otros innumerables milagros, llegó al término de sus dias en que, queriendo el Señor premiarle con la corona del martirio, lo dispuso en esta forma. Restituido el rey Pedro á su trono, el año de 1043, haciendo capricho la obstinacion, aumentó sus desafueros y crueldades, sin que el santo obispo con sus amonestaciones pudiese refrenar sus arrojos. Los húngaros, viéndose cada dia mas oprimidos, ofrecieron la corona á dos hermanos, Andrés y Levata, que aunque eran de nacion rójanos, tenian muchos amigos y andaban desterrados desde la coronacion de Pedro: á estos ofrecieron la corona que los desafueros y tiranías de Pedro habian justamente perdido y desmerecido: tales frutos coge un gobierno tirano y cruel. Dieronles la entrada al reino, con pacto y condicion que habian de extinguir de él toda la religion católica. Ofreciéronlo así los dos hermanos; y con tal mal principio dieron posesion á su esperanza, y comenzó la turbacion grande que habia profetizado san Gerardo, tan desaforada, que habiendo muerto al rey lo primero, á porfía los rebeldes á la Iglesia, hasta entonces reprimidos y disimulados, procuraban destruir la santa fé. Degollaban los sacerdotes, martirizaban los monges, profanaban los templos, levantaban ídolos; y el mayor delito era no ser delincuentes. Teniendo ya sojuzgado todo el reino, con gran lástima de los católicos, quisieron los nuevos reyes coronarse en Buda, que era la córte (aunque Surio afirma que en Alba Real) en aquel tiempo.

San Gerardo, acompañado de otros tres obispos y el príncipe de Albania, que se hallaba en Hungría, salió á recibir á los nuevos príncipes. Hicieron noche en un pueblo llamado Glodio, y san Gerardo la pasó en oracion en un templo que habia dedicado á santa Sabina, pidiendo al Señor se apiadase de los fieles y defendiese su causa. Consolóle el Señor con la cercana posesion de su corona: y queriendo por la mañana decir misa, despues de revestido les dijo á sus compañeros, como aquel dia habian de ser martirizados, excepto el obispo Beneta, que era uno de los tres que le acompañaban. Preguntándole cómo sabia uno y otro suceso, respondió: En esta noche, hermanos, he visto á Cristo nuestro Señor, que, presidiendo en el templo de su Madre, nos daba á todos la sacratísima eucaristía, y el cáliz de su sangre, excepto á Beneta; quizá porque ha de huir el martirio. Animáronse con esto los demás: dispusiéronse para la muerte; y habiéndose confesado y celebrado su misa con gran devocion, salieron á buscar y abrazar la muerte. Caminaron hácia el Danubio, para encontrar al ejército, y saludar á sus reyes. Iba san Gerardo en su carreton, consumido de las asperezas; pero mas animoso que todos. Llegaron al rio; y ántes de pasarle, les salió al encuentro una manga de aquellos hombres malditos, cuyo capitan era Vata, el primero que, apostatando de la fé, se habia vuelto á la falsa adoracion de sus dioses. Viendo á los obispos, mandó que á pedradas los matasen; y así lo ejecutaron, con que todos murieron, ménos el obispo Beneta, que por ruegos se escapó.

Contra san Gerardo se embraveció mas la impía compañía: y como la cólera (y mas la impiedad) es especie de locura, como locos le tiraban piedras; pero al santo adargado con la señal de la cruz, no le tocaban; porque ántes de llegar á herirle, se quedaban suspensas en el aire. Hincóse entonces de rodillas, y como otro san Estéban, pidió perdon para sus mismos enemigos: los cuales mas irritados, asiendo del carreton y atando al santo de su timon ó pértiga, lo llevaron arrastrando á lo alto de unas peñas, y desde allí lo arrojaron por entre sus quiebras, cuchillos y agudas puntas, para que muriese no solo una vez sino muchas, siendo divididas y despedazadas sus carnes. Los soldados que abajo le esperaban, llegando á él, y notando que aun le palpitaba el corazon, se lo atravesaron con una lanza, y arrojando de nuevo al santo cuerpo entre las peñas, que lamia el Danubio con la lengua de sus cristales, le estrellaron los sesos en una de ellas: y aunque el rio por espacio de siete años la lavó, no pudo borrar la sangre. Así acabó gloriosamente el divino Gerardo, á quien los autores llaman apóstol y protomártir de Hungría: cuyos títulos se mereció por ser el padre espiritual de aquel reino, al que honró con sus milagros y profecías, y con tan ilustre triunfo ganó la palma de mártir, y alentó á otros infinitos á ganarla. Fué su martirio el año de 1047 á los 24 de setiembre. Y como amaba tanto aquel reino, sin duda alcanzó de Dios su reduccion á la fé; pues á poco tiempo la volvieron á abrazar los húngaros con gran fervor y fineza: con que tuvieron comodidad los canónigos de Canadio de llevar las reliquias de su santo prelado, que hallaron despues de siete años de su martirio, tan frescas y olorosas, como el dia que lo padeció: dióronle en su catedral honorífico depósito, y en el lugar donde fué martirizado, edificaron una iglesia con nombre del mismo santo. El año de 1079, reinando Ladislao I en Hungría, y siendo pontífice Gregorio VII, se hizo en aquel reino un concilio, y en él se determinó fuesen tenidos por santos mártires los que murieron en la persecucion refe-

rida: y entonces fué elevado el cuerpo de san Gerardo, llevándole en hombros el rey Ladislao y otros príncipes. Despues el año de 1400 fué trasladado á Venecia, su patria, y está en la iglesia de Santa María de Murano, y hoy San Donato, donde es frecuentado de los fieles, que experimentan su patrocinio y favores en innumerables milagros, con que es Dios glorioso y admirable en Gerardo, como en sus santos todos. La vida de san Gerardo escribieron varios autores, como son: uno antiguo, anónimo; Surio, tomo V y tomo VI, *in Vita sancti Stephani, regis;* Bonfin., *De rebus Hungar., dec.* 1, *lib.* V, *c.* 2; Tritem., *De vir. illust. ordin. S. Bened., lib.* III, *cap.* 239; Arnaldo Wion, belga, *in Ligno vitæ;* pedro de Natalibus, lib. III, cap. 45; Pedro Premonstratense en su Crónica, el cual, con los siguientes, afirma ser carmelita; el ilustrísimo Yepes, *in Vit. S. Teres.;* Laurencio Beyerlinch, *in Theat. vit. venerab. religio.;* Nicolao Manerbio, *in Kalendar. sanctor.;* Teófilo Raynaudo, *De scapul., 1 part., cap.* 4, §. 3; José Andrés, *in Decor. carmelitan., num.* 311; Lezana en sus Anales. tom. III, el cual cita muchos otros autores, así carmelitas, como extraños; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tom. XI de sus Anales, año 1042 y 1047.

Los santos Euboquio, presbítero, Tirso, diácono, y Félix, mártires.—Instruidos estos santos por san Policarpo, obispo de Esmirna, fueron enviados á las Galias para predicar la religion de Jesucristo. Predicaron pues el Evangelio algunos años en muchas provincias, y fundaron muchas iglesias en Francia. Como llegasen al territorio de Autun á últimos del siglo segundo, fueron presos, y despues de haber sido azotados, les colgaron á unos palos, atadas las manos á las espaldas. Despues les echaron al fuego, y como no recibiesen daño alguno, les taladraron la garganta con varillas, y así alcanzaron la palma del martirio en Autun.

San Pafnucio, y sus compañeros, mártires.—San Pafnucio vivia solitario en los desiertos de Egipto, despues de haber despreciado las mas brillantes seducciones del mundo, y dado á los pobres cuanto poseia. Sabiendo que prendian á muchos cristianos y que eran espantosamente atormentados por los gentiles, movido por divina inspiracion, se presentó un dia al gobernador de Egipto, declarándole que él profesaba la religion cristiana y reprendiéndole la cruel conducta que observaba con los fieles. Tan gloriosa y abierta confesion atrajo sobre la cabeza del santo todas las iras del gobernador. Por su órden fué cargado de pesadas cadenas, y atormentado por largo tiempo en el potro, y habiendo sanado milagrosamente de sus heridas, lo enviaron en compañía de otros muchos cristianos al emperador Diocleciano para que decidiese de su suerte. En efecto, llegados á la presencia del tirano y renovada su primera confesion, fueron condenados á ser degollados. Pafnucio murió clavado en una palma, y los demás cristianos, en número de quinientos cuarenta y siete, le acompañaron en el triunfo y consiguieron con él la corona del martirio.

El Triunfo de cuarenta y nueve santos mártires.—Despues del martirio de santa Eufemia, cuya vida hemos puesto en el dia 16 de este mes, fueron estos santos condenados á las fieras en Calcedonia; pero habiendo sido milagrosamente preservados, por fin los degollaron, reinando el emperador Diocleciano.

San Rústico, obispo y confesor.—Fué natural del territorio de Auvernia. Entró en el estado eclesiástico, y era sacerdote y párroco de una aldea de la diócesis de su patria, cuando por muerte de san Venerando quedó vacante la silla episcopal de la misma ciudad. Reunido el clero y el pueblo para suplicar al Señor les indicase una persona que fuese segun su corazon y capaz de dirigirlos por la senda de la virtud, Dios manifestó su voluntad de que fuese Rústico el nuevo obispo. Consagrado en seguida, á pesar de su resistencia á cargar con tan gran peso, fué el santo un modelo de pastores y un ejemplar de todas las virtudes, y murió santamente á mediados del siglo V.

San Geremaro, abad.—Ilustre vástago de una noble y antigua familia, nació este santo en el territorio de Beauvais. Recibió esmerada educacion, y salió de ella formado en ciencias y piedad. Sus felices disposiciones le distinguieron entre todos los jóvenes, y fué empleado en la córte del rey Dagoberto I. Contrajo matrimonio con una mujer digna de él por sus bellas cualidades y por sus virtudes, de cuya union tuvo un hijo y dos hijas que han dado gloria á la Iglesia. Geremaro hizo edificar un monasterio, que se pobló en seguida de santos solitarios, y él disgustado cada dia mas de los peligros del mundo, se retiró de la córte con permiso del rey Clodoveo II y de su esposa, y entró en el monasterio de Peutala para recibir el hábito y la tonsura clerical. Habiendo llegado á ser abad de aquella casa, fué un modelo de virtud para todos sus hermanos, pero su regularidad en la observancia de la disciplina le suscitó algunos enemigos que llegaron á formar el proyecto de quitarle la vida. Dios, por una proteccion especial, le salvó de aquel peligro, y el santo se retiró entonces á una gruta poco distante del monasterio, en cuya mansion continuó sus ejercicios y las santas austeridades de la penitencia. Algun tiempo despues, á ruegos de san Ouen, consintió en recibir las sagradas órdenes, y fué hecho sacerdote. Distribuyó cuantos bienes le quedaban, entre los pobres; fundó otros dos monasterios, y murió en paz el dia 24 de setiembre del año 658, siendo atestiguada su santidad por muchos milagros. Sus reliquias se conservan en la catedral de Beauvais, de cuya ciudad es patron.

El beato Daimacio Monner, confesor.—Fué natural de Santa Coloma de Farnés, en el obispado de Gerona: su padre fué labrador y muy hacendado, y su madre descendia de un linaje ennoblecido en la profesion de las armas. Cuando tuvo la edad suficiente, fué enviado á Gerona á estudiar; y despues pasó á Mompeller, donde á la sazon florecian las ciencias, y allí aprovechó muy bien el tiempo en el estudio y la devocion. Siendo de veinte y dos años de edad, volvió á Gerona, y á los veinte y tres tomó el hábito de Santo Domingo en la misma ciudad. Fué tal su humildad, que nunca quiso meterse en ningun negocio terreno, aunque se lo rogasen personas calificadas, como le sucedió con don Pedro, hijo del rey de Aragon, y otras; y fué tan casto, que nunca quiso hablar con mujer ninguna, á no mandárselo sus superiores; y entonces lo hacia con gran recato, sin poner siquiera los ojos en su rostro, conservando de este modo la gracia bautismal. Tuvo igualmente en grado heroico las demás virtudes. Pasó á la Provenza con el fin de visitar la cueva donde hizo penitencia santa María Magdalena, haciéndola tambien él, hasta que por graves causas tuvo que regresar á Gerona; y á poco

obtuvo licencia de sus superiores para habitar una cueva húmeda y malsana, abierta en una roca que habia en el convento, donde permaneció ejercitándose en todas las virtudes, particularmente en la contemplacion de las cosas celestiales, y en ayunos y vigilias, y favoreciéndole Dios con frecuentes éxtasis y con el don de profecía; hasta que entregó su espíritu á su Criador, á los 24 de setiembre del año 1341, contando cincuenta años de edad, habiendo ántes recibido los santos sacramentos, y tenido una especial revelacion de que sus pecados estaban perdonados. Muchos fueron los milagros que hizo en vida, é infinitos los que ha obrado despues de su muerte, experimentando su poderosa intercesion cuantos le han invocado con fé viva en sus necesidades: en vista de cuyos prodigios determinaron los religiosos de su convento trasladarle con gran pompa á otro sepulcro mas honorífico levantado en una capilla que se le erigió, á los 5 de setiembre del año 1613. Véase la Historia general de los santos de Cataluña, escrita por el P. Fr. Antonio Domenech, de la órden de Predicadores.

DIA 25

San Fermin, obispo y mártir.—Fermin, á quien otros llaman Firmio, fué natural de Pamplona de Navarra: su padre se llamó Firmo, ilustre senador y muy poderoso: crióle con el cuidado que á su lustre se debia: con que salió docto y virtuoso. Por sus méritos y virtudes llegó á ser obispo de su misma ciudad. Ardia en su corazon el deseo de la dilatacion de la fé y salvacion de las almas: por lo cual, predicando apostólicamente, pasó á Francia, y en aquella parte de ella, que llaman la Galia Lugdunense, fijó su espíritu mas encendidas flechas, predicando y reduciendo los pueblos andegavenses, cuya principal ciudad se llama en la lengua vulgar francesa, *Augevins*: aquí predicó un año y tres meses, y convirtió infinitas almas. De aquí pasó á Belvaco, ciudad en la misma provincia, donde fué preso por Valerio, presidente de la misma ciudad: el cual le hizo azotar cruelmente varias veces, y despues que lo juzgó ya muerto de los azotes, lo hizo volver á la cárcel, donde, si no moria, le acabase de quitar la vida Sergio, sucesor suyo. Pero el pueblo lo sacó violentamente de la cárcel; con que volvió de nuevo á predicar, y convirtió y bautizó á todos los moradores de aquella ciudad, y fabricó en ella muchas iglesias.

De aquí pasó á la ciudad de Ambiano, vulgarmente llamada *Amiens*, en la misma provincia, donde en cuarenta dias convirtió tres mil hombres á la fé de Jesucristo. Presidian en esta ciudad Longinos y Sebastian, crueles tiranos, los cuales prendieron al glorioso obispo é invicto español Fermin, y temiendo no se lo quitase el pueblo de entre las manos, como habian hecho los de Belvaco, lo degollaron en la cárcel: con que acabó gloriosamente, dando la vida por la fé de Jesucristo, que tanto habia dilatado, recibiendo triunfante la corona del martirio, y siendo su alma santa presentada por manos de ángeles en las de su Criador. Fué su martirio á los 25 de setiembre, por los años del Señor de 303. Los de Belvaco, deseosos de vengar la muerte de su apóstol y padre espiritual, quitaron la vida al tirano Sebastian, y lo mismo hubieran hecho con su compañero, si le hubiesen podido haber á las manos. Fué el glorioso cuerpo del invicto mártir Fermin sepultado honoríficamente por Faustiniano, senador, padre de san Firmio, obispo de Amiens, llamado así por el santo obispo y mártir Fermin, que los habia convertido y bautizado á ambos.

Hubo en el suceso de tiempo muchos santos obispos de Amiens, que desearon ver las sagradas reliquias del glorioso mártir san Fermin, por constarles la gran fama de milagros y prodigios innumerables que Dios habia obrado por su intercesion desde el dia y hora de su glorioso martirio, y en el tiempo de él, no siendo el de ménos cuenta, el haber del todo quedado aquella ciudad y provincia reducida á la ley evangélica: pero ninguno pudo conseguir tal dicha, hasta que pasados casi quinientos años, siendo obispo de dicha ciudad el bendito san Salvio, sabiendo por ciertas noticias, que el glorioso cuerpo del santo mártir y español esclarecido habia sido sepultado en una iglesia de la bienaventurada siempre Vírgen María, sin pecado concebida, edificada por san Firmio obispo, hijo de Faustiniano, que ya dijimos fué bautizado con su padre por él. Quien mas ardientes deseos tuvo de ver y venerar dichas reliquias, fué este santo obispo Salvio; pero ignoraba el lugar donde estaban sepultadas, si bien sabia la iglesia. Hizo á Dios súplicas, oraciones y ruegos: derramó copiosas lágrimas, y animoso convocó un dia todo el pueblo: celebró un solemnísimo oficio; hizo un sermon admirable, todo en honor del invicto mártir, cuyo cuerpo buscaba, al fin del cual publicó un ayuno general de tres dias continuos; y pidió y exhortó á todos hiciesen continua oracion, y súplicas á nuestro Señor, para que su divina Majestad se dignase revelarle el lugar del sepulcro del santo. Perseveró el santo prelado asistido de todo el pueblo, todos los tres dias en el templo en perpetuo ayuno, oracion y lágrimas. Al dia tercero, al rayar el alba, levantó el santo prelado humildemente los ojos al cielo, y (¡ó poderoso y misericordioso Dios, que nunca desechas la oracion del humilde!), vió como que salia un rayo de sol de la eminencia de un levantado trono, y que resplandecia sobremanera admirable, en la parte donde estaba sepultado el cuerpo del divino español. Dió infinitas gracias á Dios, y con temor y reverencia trémula se llegó, y tomando un azadon, comenzó á cavar en aquella parte que señalaba el divino rayo; y al instante salió un olor tan precioso, suave y vehemente, como si hubiesen esparcido por la iglesia cuantas aromas cria la Feliz Arabia, y cuantos sabeos perfumes ha descubierto la industria humana, como si allí de repente se hubiesen trasplantado todos los hibleos prados y campos elisios, creciendo mas las fragancias, cuanto mas la azada se iba acercando al santo cuerpo. A tanto estremo llegó, que se esparció el olor y fragancia, no solo por la iglesia y ciudad, sino tambien por toda la provincia y ciudades circunvecinas; de tal suerte, que todos confesaban á una voz despues, que juzgaban en aquella hora hallarse todos en el paraiso; y así unánimes y conformes, arrebatados de la suavidad del olor, é inspirados del Espíritu Santo, dejaron sus casas, y cantando himnos y salmos con velas encendidas en las manos, vinieron á Amiens todas las ciudades circunvecinas á celebrar la invencion y traslacion de tan sagradas reliquias, donde merecieron ver prodigios inenarrables, y jamás oidos de otro algun santo; porque al instante que se descubrió el santo cuerpo, siendo en el rigor del invierno y por enero, cuando todo estaba cubierto de nieve, hielo y frio, todo árido y seco, comenzó á ha-

cer tan gran calor, que cuantos estaban presentes, juzgaban que sin duda el mundo se abrasaba, el cual calor permaneció por espacio de tres horas.

Levantaron el sagrado cuerpo en sus hombros, el santo obispo y clero: comenzóse una solemne procesion, y la multitud de la gente tendian sus vestiduras por tierra, y clamaban como los hebreos en la entrada de Cristo en Jerusalen el domingo de Ramos: *Hosanna in excelsis*: y de repente vieron todos los árboles florecer, y despedir tal fragancia, como si fuese por la primavera, y estuviesen ya cercanos á sazonar sus frutos. Las ramas mas eminentes de los árboles y sus pimpollos se vistieron, no solo de hoja y flor, sino es tambien de fruto, y todas se inclinaban á la parte por donde pasaba el sacratísimo cuerpo, haciéndole acatamiento y debida reverencia; y la multitud, confusa y admirada, cortaba ramos floridos y fructíferos de los árboles, y con devocion y alegría los esparcia por tierra. Todos los campos y prados circunvecinos á la ciudad de Amiens, al mismo instante se vieron verdes, amenos y floridos, llenos de azucenas, claveles, rosas, y cuantas flores ó yerbas hay odoríferas y hermosas. Cuantos enfermos (que fueron infinitos) concurrieron de varias enfermedades, tomaron de aquellas flores: las rompian y esparcian por tierra, y quedaban sanos y buenos, como si jamás hubiesen tenido mal alguno, siguiéndose á estos otros innumerables prodigios. Esta invencion y translacion se celebró en la octava de la Epifanía: la cual me ha parecido escribir, por ser tan admirable, gloriosa y llena de prodigios, que dudo se halle alguna otra semejante, de cuantos santos y santas tiene la Iglesia de Dios. Celébrala la Iglesia de Amiens con toda solemnidad, y la Iglesia y ciudad de Pamplona le celebran y tienen por patron, como á hijo suyo y su obispo, hallándose hoy en dicha ciudad en pié la casa en que nació, que lo fué de sus padres, y ha sido de sus sucesores, en que han sucedido y sucedieron prodigios desde sus niñeces, que dejo por no dilatarme demasiado. Escribieron la vida de este glorioso mártir y español invicto, Beda; Usuardo; Adon; Pedro de Natalibus, *in Cathalogo sanct.*, *lib.* VIII, *cap.* 119; Trujillo *in Thesauro concionatorum*, tom. II; Morales *in Chronic. Hispan.*, *lib.* IX, *cap* 5; el Martirologio romano, y Baronio en sus Anotaciones, y en el tomo II de sus Anales, año 303, número 130; y lo que referimos de su invencion y translacion gloriosa, lo trae Vincencio Burgundio Belovacense *in Speculo majori*, *tom.* IV, *lib.* XVI, *cap.* 91.

SANTA MARÍA DE CERVELLON (VULGO DE SOCÓS), VÍRGEN.— Santa María de Cervellon, á quien la piadosa gratitud de sus favorecidos señaló con el nombre «de Socós» (voz catalana, que en nuestro castellano suena «socorro,» por el pronto y benigno que en ella y sus méritos hallaron, y hallan siempre los navegantes, y del cual tambien nosotros usaremos en adelante, estimando por mas conforme á su piedad, el darla á conocer por el apellido de sus beneficios), nació en la ínclita y nobilísima ciudad de Barcelona, cabeza y metrópoli secular del principado de Cataluña. Fueron los padres de nuestra santa, el nobilísimo caballero don Bernardo Guillen de Cervellon, hijo segundo de don Guillen de Cervellon, señor de los castillos y lugares de Cervellon, de Vilamager, de Roqueta, Miralles, Gelida y otros; y doña María, su consorte, de cuyo apellido, aunque suponemos la calidad, no hemos podido rastrear la certeza, ó sea habérnosla negado la poca diligencia de los antiguos, ó porque en aquel nobilísimo principado, aun hoy se estila, el no tener, ni usar regularmente las mujeres de otro apellido, que el del varon: notable, aunque ejemplar demostracion de la reverencia y del respeto á las leyes de aquel sagrado estado, cuya union solo puede darse á entender en términos de identidad. Vivian en ella los ilustres padres de nuestra santa, atentos á las obligaciones de su estado; pero como los bienes de esta vida no se dejan gozar sin la pension de algun disgusto, padecieron mucho tiempo estos nobles casados el de verse sin sucesion. Afligia notablemente este desconsuelo á los padres de nuestra santa, y no ménos á los abuelos; que en el ocaso de la vejez deseaban en su casa con mas impaciencia el fruto de la posteridad. Por esto, acudiendo como acostumbraban á Dios, no dejaban ni omitian medio alguno de aquellos con que su divina Majestad acostumbra dejarse obligar: acudian á los monasterios, instando á los ministros de Dios, mas señalados en modestia y ejemplo, para que en sus oraciones y santos sacrificios, tomasen á su cuenta el buen despacho de su causa.

Resplandecia entonces con raras luces de santidad el gran padre y patriarca san Pedro Nolasco, fundador glorioso del sagrado y real órden de nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos. Amaba el santo tiernamente á los padres de santa María, por lo mucho que ellos mostraban amar á Dios con las frecuentes y copiosas limosnas que empleaban por su mano en la redencion de los cristianos cautivos, á cuyo piadoso y escelente ministerio habian con religiosa y cristiana piedad dedicado tambien, á falta de sucesion, su numerosa hacienda, no contentos con tan repetidos subsidios. A aqueste, pues, varon santísimo, eran mas frecuentes las instancias: á que correspondia el santo con dar esperanzas muy benignas, hasta que un dia la noble señora con devota resolucion fué á buscarle, y echándose á sus piés, se los regó con lágrimas, añadiendo no se levantaria de ellos hasta que la prometiese de parte de Dios, el logro de sus justos deseos. Prometiólo, en fin, san Pedro Nolasco, y cumpliólo Dios; porque á breves dias reconoció doña María, en las señas de su preñado, la eficacia de aquellas oraciones. Dió gracias á Dios, y á su grande abogado Nolasco por el beneficio; y cumplido el tiempo, se llegó el dia del nacimiento feliz de nuestra santa, que fué el 1.º de diciembre del año de 1230. Indecible fué el regocijo de los padres, deudos y familia toda con este nacimiento; porque en los resplandores prodigiosos, y extraordinaria serenidad, con que se notaba ya aquel recien rostro, pronosticaban todos en sus corazones cuánto habia aquella niña de ilustrar á su casa. Bautizáronla en la insigne parroquia de Santa María del Mar: pusiéronla por nombre María, en honor de esta santísima Señora: criólа su madre con el cuidado que correspondia á tan amable prenda, no fiándola de ajenos pechos. Creció la niña, y crecieron al parecer con ella, y por los mismos pasos de la naturaleza, la gracia y la hermosura. Aprendió con felicidad y facilidad indecible la doctrina cristiana, y rudimentos de la fé y de la religion. Gustaba de oirlos repetir á su madre, y entrañábalos con afecto, mayor que sus años, en aquel dócil y bien dispuesto corazon. Aborrecia las travesuras: amaba la quietud y la devocion; y pedia con prudente simplicidad, «que la dijesen muchas cosas de Dios.» Empezóse á señalar en la caridad con los pobres, dolíanle sus miserias, compadecíase

de sus necesidades; y la que aun no conocia el uso de las riquezas, ya quisiera con santa codicia tener muchas, para ponerlas todas en manos de aquellos, á quienes suave y oculta fuerza la obligaba á entregar su corazon; pero entre todas las que mas le movian, eran las calamidades que oia decir padecian los cristianos cautivos en las mazmorras de los sarracenos.

Apenas pasaba de cinco años, cuando llegó á Barcelona una redencion de ciento noventa y dos cautivos, conducidos de su redentor san Pedro Nolasco: el cual, por el gran concepto que tenia de la caridad con que serian recibidos y agasajados en la casa de nuestra santa, envió á ella los que le pareció por huéspedes; y era tal el consuelo que la gloriosa niña mostraba en tratarlos, tal el afecto de que fuesen servidos, que bien daba á entender haberse producido esta hermosa flor en el riego de las lágrimas de Nolasco. Llegó en fin á aquella edad, en que dando lugar los sentidos á las luces de la razon, empiezan á correr las acciones por la cuenta del albedrío: y luego empezaron á parecer frutos aquellas tempranas flores, que el calor de la gracia habia anticipado á la edad. Empezóse á ejercitar en piadoso número de devociones, que cumplia y observaba con puntual ejecucion cada dia: frecuentaba con su noble y devota madre el santo sacramento de la penitencia, llorando como graves culpas, las mas leves faltas, y deteniéndose á repasar aquellos átomos, que solo podian dejarse ver de la mucha luz, que en su alma la empezaba á comunicar nuestro Señor. Obtenida licencia para comulgar, era admirable y esquisita la diligencia que ponia para llegarse á la mesa de las bodas de aquel Cordero, pareciéndole siempre que llegaba poco dispuesta. Despertó Dios, esposo de las vírgenes, en su alma una estimacion altísima de aquella joya inestimable, que perdida una vez, no tiene modo de recuperarse jamás: y conociendo que la virginidad es prenda que tiene en sí de frágil cuanto tiene de flor, propuso y trató de guardarla en su corazon, aun de los amagos de cualquier aliento ménos puro. Con este cuidado procuró desde entonces recatar sus ojos de la dañosa variedad de los objetos, como quien conocia muy bien que su poca guarda suele ser causa de las ruinas mas miserables. Huia con igual diligencia las ocasiones de ver y de ser vista; de manera que, yendo un dia de gran solemnidad nuestra santa en compañía de su madre á la iglesia; la circunstancia del dia, y calidad de personas, no pudo excusar el cortejo de los mas principales de los nobles, que, absortos en la perfeccion de la santa doncella, aplaudian con cortesana atencion, y veneraban con respeto, mas que cortesano, aquella armonía admirable, con que su modestia hacia mayor su hermosura, y la hermosura hacia mas espetable la modestia. Pasó la santa, tan sin atender ni corresponder al cortejo, que tuvo por preciso su madre advertirla su diversion, diciendo: Repara hija, y corresponde (pues es debido), á la cortesía de la nobleza: mas ella con prudente sinceridad, y disculpando con el cuidado de su ánimo la desatencion de sus ojos, respondió á su madre: Madre y señora, cuando voy á los templos, yo no acierto á atender á otra cosa, sino á Dios: y volviéndose con apacible y modesta gravedad á los que la hacian obsequio, añadió: Señores, disculpen mi descuido: porque, dejándose llevar de su compostura y rubor, no era fácil componer á un mismo tiempo las ceremonias de la urbanidad y las atenciones del espíritu.

Queríale el Señor hablar á lo íntimo de su corazon, y para eso, segun su estilo, la llamaba á una retirada y espiritual soledad. Empezó á darse con toda aplicacion á la leccion de libros santos: leia cuantos podia haber á las manos, pero gustaba singularmente de leer y admirar las vidas de los santos: encendíase con una emulacion santa y generosa, en varios deseos de la imitacion de aquellas obras que leia; y pasando á la ejecucion desde el deseo, no observaba virtud ni accion proporcionada con su estado ó con su persona, que no tratase de emprenderla y de copiarla dentro de sí, chupando é incorporando en sí misma, como cuidadosa abeja, lo mas precioso y escogido de cada flor. Habia dispuesto san Pedro Nolasco un resúmen de la vida y heroicas virtudes de santa Isabel, hija de Andrés, rey de Hungría, á la cual profesaba el santo gran devocion. Este libro leyó una y otra vez nuestra gloriosa vírgen, sacando de él notables aprovechamientos de espíritu. De su continua leccion procedió como ilacion legítima su oracion y trato con Dios, que aunque en adelante tuvo mayores progresos, desde entonces fué muy grande y muy continua. Gastaba cada dia dos horas en ella, fuera de algunas en que, libre de las ocupaciones, daba la rienda al impulso de su devocion. De la leccion y de la oracion nació aquel despego del mundo, y de cuanto en él ha hecho estimable la codicia y la vanidad, no siendo posible componer con ella jamás que asistiese á los paseos y espectáculos; y sentia en su alma cuando oia decir que otras señoras y doncellas de su porte no se negaban á estos pasatiempos. Retiróse cuanto pudo de las visitas, negándose muchas veces aun á las de sus deudos: á los cuales, como ella solo amaba en Dios y por Dios, decia, que no necesitaba de verlos ni de que la viesen para estimarles. Conmutó con resolucion bien poco imaginable de otros sujetos de su calidad, las visitas de los suyos, en visitas de los hospitales, contemplando en los pobres á sus verdaderos hermanos, acudiendo á estas visitas gustosa tres veces en la semana, acompañándola su piadosa madre; asistiendo con indecible satisfaccion de su alma al servicio de los pobres, ministrándoles la comida por su mano, barriendo las cuadras y abatiéndose á los ministerios mas humildes. Aunque en salud no visitaba á sus deudos, cuando caia alguno de ellos enfermo, obrando entonces el amor de Dios lo que no podian respetos temporales, se les entraba por las puertas, y con piadosa vigilancia y cuidado se esmeraba, pidiéndolo tambien así la circunstancia del vínculo natural del parentesco, en aliviar sus trabajos y remediar sus indisposiciones, humillándose para su mejor asistencia á los mas abatidos empleos. Aborrecia extrañamente la ociosidad, fundamento de la disolucion y de los vicios: por lo cual los ratos que le sobraban de los ejercicios referidos, ocupaba con indispensable severidad en la labor y trabajo de las manos, empleándose en labores, ó para el ornato de los templos, ó para la asistencia de los hospitales. Estos eran por este tiempo los ejercicios y la vida de nuestra santa; mas como si ellos fueran otros, ó como si fuera la de hasta aquí digna de grande enmienda y satisfaccion, emprendia con raro fervor los de mortificacion y penitencia, frecuentando aun mas de lo que podian sus fuerzas, los ayunos, usando regularmente de áspero cilicio, y castigando con frecuentes disciplinas las graves culpas que ella en sí suponia y lloraba, y los que mas trataban su espíritu, no pudieron

jamás descubrir. Y queriendo seguir con resolucion siempre constante el camino de la cruz y del espíritu, trató desde luego de buscar y solicitar hallar con todas veras un sugeto, en quien pudiese confiar sus aciertos y caminar con prudente satisfaccion por los órdenes de su conducta. Acudió con vivas instancias á Dios: pidióle repetidamente á su divina Majestad, duplicando entretanto sus penitencias y ejercicios, le hiciese este grande favor deparándole de la mano de su providencia un varon en quien resplandeciesen iguales el espíritu y la dignidad de ministro suyo; cuyos consejos, cuya doctrina y cuyos ejemplos la condujesen al puerto que deseaba; y mostrando hacer su santísima voluntad la enseñase á huir perfectamente del mundo y de sí misma.

Florecia á la sazon en el real convento de Santa Eulalia de Barcelona con singular opinion de doctrina y ejemplo, el venerable P. Fr. Bernardo de Corbera. Movida pues de esta estimacion, deseó comunicarle dentro del sagrado fuero de la conciencia, y á pocas veces, asegurada de superior inspiracion, fácilmente acabó de entender que estaban oidos sus ruegos y que aquel era sin duda el sugeto que Dios la señalaba para guia de su camino: por lo cual resuelta ya de no buscar otro; y agradeciendo profundamente á Dios este gran beneficio, trató de entregarse toda en sus manos y lo ejecutó así. Siendo tales sus elevadas prendas y tempranas virtudes que empezaron á ser ya notorias no solo entre sus deudos, sino en la ciudad toda de Barcelona y principado de Cataluña, excitaron y movieron la fama de ellas sobre modo los ánimos de muchos de los nobles para aspirar con toda la atencion y el deseo á la honesta pretension de sus bodas, haciendo para esto repetidas instancias á los padres y deudos de la santa; pero ellos que conociendo y viendo mas de cerca el modo de vivir de su hija, le miraban con un afecto de admiracion, no se atrevian por no disgustarla á hacerla esta proposicion: con que consultada esta materia se resolvió cometer la empresa á su tio don Grau ó Gerardo Alemany de Cervellon. Encargado, pues, con las mas vivas espresiones don Grau de este intento, fué una tarde á casa de la santa, y diciendo que la queria hablar á solas, eligiendo para mas decencia y dignidad de la plática el oratorio, se entró con ella, donde sentados en conformidad uno y otro, le propuso el tio el matrimonio: y habiendo la santa oido á su tio estando con modestia y compostura virginal, los brazos recogidos, los ojos inclinados al suelo y con tal espectoy circunspeccion, que por la serenidad y constancia del rostro, como por fácil velo se dejaba ver la firmeza y la tranquidad del espíritu, le respondió así: Tio y señor, yo estimo y aprecio, como debo, la merced que me haceis: reconozco el afecto y cuidado que os deben los puntos de mi conveniencia; y venero sobre modo la prudencia con que me aconsejais: pero el intento que os habeis servido de proponerme es de mucho peso para que yo le fie de mi resolucion: ni yo la he de tomar en él hasta procurar entender la voluntad de nuestro Señor, en cuya providencia y disposicion tengo sin reserva alguna resignadas todas mis cosas. Yo confieso que mis fuerzas son muy débiles para llevar adelante este camino; pero yo confio únicamente en las que Dios me puede dar; y así no he hecho cómputo de mis fuerzas. El mismo Señor cuyos me parecen ser estos impulsos, tomará á su cuidado el conducirlos hasta su perfeccion; y pues su divina Majestad da los deseos; tambien dará para la perseverancia el aliento. Yo lo encomendaré no obstante con mayores veras, pues lo pide esta materia, á nuestro Señor, de cuya misericordia espero dispondrá de mí lo que fuese mas agradable á sus divinos ojos. Mi voluntad y resolucion comunicaré á mis padres en la ocasion en que fuese preciso decirla; entretanto suplícoos, señor, no se trate conmiga mas de esta materia: pues aun los ratos breves que en ella se gastan, me parecen años perdidos en pláticas tan ajenas de mi inclinacion y propósitos. Esto digo, señor, en medio del respeto grande que debo y profeso á vuestra presencia, asegurando que este tratado solo tiene de respetable para mí el haberos servido de introducirle vos, á cuya persona mis padres y yo reconocemos siempre las mayores obligaciones.

Admirado y casi enternecido quedó el tio de oir la respuesta de su sobrina: y reconociendo como prudente y cristiano que era obra de Dios, no quiso empeñarse á porfia contra los decretos del cielo: y así despidióse benignamente de su sobrina, dejándola en el mismo oratorio, y desengañando á sus deudos de su constancia. Con la victoria de este combate creció en nuestra santa el fervor de sus primeros ejercicios. Ocupaba con exacta distribucion y severidad todas las horas del dia y de la noche en varias obras de piedad y de espíritu, siendo pocas y precisas las que dedicaba al descanso é indispensable reparo del sueño. En la comida guardó notable parsimonia y moderacion, ajustándose siempre cuanto pudo á las reglas de penitente y mortificada. La misma medida y reparo guardaba en las palabras, conteniendo y refrenando su lengua, aun dentro de los términos de lo lícito. En la caridad y benignidad con los de su casa era eximia. El criado ó criada de mas baja esfera hallaban en ella siempre en sus aflicciones consuelo, en sus defectos compasion, y en todos sus males alivio: pero en donde mas lo experimentaron todo era en sus enfermedades: entonces era cuando mostraba esta mas largamente los efectos de su compasiva piedad, permutando con gran consuelo suyo la autoridad de señora en los oficios de criada de cada uno: guisábales y dábales por sus propias manos la comida: haciales las camas: barriales los aposentos; no habiendo ministerio á que no se abatiese. Mas no podian contenerse en la esfera de su propia casa las influencias de esta caridad; continuaba aquella admirable frecuencia de los hospitales que ya dijimos: y un dia dedicándose á lavar, puesta de rodillas, las manos á una enferma que fuéra de la pobreza, lo vehemente y asqueroso del mal se las tenia llenas de horror, rebosando cierta abundancia espiritual y consuelo de espíritu, no pudo contener este dulce ímpetu sin manifestarle á su madre, diciendo: Ahora, madre mia, que soy toda de Jesus, ahora sí que toda puedo ser para los pobres.

Apenas habia empezado á gozar el consuelo de verse reducida á su amada y deseada quietud, cuando le asaltó nuevo combate y tribulacion. El enemigo comun, corrido de ver tan maduros progresos en una doncella de florida edad, empezó á ejercitarla y molestarla con baterías interiores muy continuas. Trafale á la memoria las comodidades del siglo que perdia, lo brillante de las ocasiones que malograba; y hacíale inaccesible la perseverancia en el camino que habia emprendido. Toda esta guerra, bien que cruel, y otra no ménos fuerte que le sobrevino por-

medio de sus parientes, queriendo persuadirla otra vez con mayor empeño á que se casase con cierto noble é ilustre pretendiente, de mucha y ventajosa conveniencia para su casa, que se le ofreció; venció y contrastó nuestra santa vírgen con las armas de la humildad y de la oracion, con frecuencia de los sacramentos y continua severidad de sus ayunos y penitencias. Llegó en esto el dia 12 de febrero del año de 1248, dedicado de la Iglesia al sagrado triunfo de la gloriosa vírgen y protomártir de España santa Eulalia de Barcelona, de quien desde su niñez era devotísima. Celebraba el real, ilustre y primitivo convento de Nuestra Señora de la Merced, con culto y decencia proporcionada á su obligacion, la fiesta de su gran titular: y para hacerla mas plausible, se eligió para predicar este dia, la autoridad y espíritu del V. P. Fr. Bernardo de Corbera, su confesor. Concurrió nuestra santa, como otras veces solia, acompañada de su madre y criadas, á la iglesia del real y religioso convento; y habiendo por la mañana, despues de larga preparacion y confesion muy pura, recibido en la mesa del altar el sagrado Pan de los escogidos, gustaron una y otra de quedarse al sermon. Fundóle todo aquel gran maestro en las palabras de san Pablo, que propone, escribiendo á los de Corinto: *De virginibus præceptum Domini non habeo*, etc., y dividiéndolo en dos puntos principales, trató en el primero aquellos elogios con que el mismo Apóstol, y despues los santos san Crisóstomo, san Ambrosio, san Basilio, san Cipriano, san Gerónimo y todos encarecen, ó mas verdaderamente, alaban sin encarecimiento los atributos y perfecciones incomparables de la virginidad: y en el segundo, con el mismo peso de razones y autoridad, persuadió al menosprecio del mundo y de sus cosas, cuyos engaños solo llegan á ser indignamente poderosos para apartar á las almas de tan apetecible bien: proponiendo en ambos á dos puntos, como vivo ejemplar y animada idea, la vida y muerte de la gloriosísima Eulalia, que en tan floridos años, como catorce, supo y pudo con la divina gracia, consagrar á Dios su virginidad en el martirio, y crucificada por su Esposo crucificado, pisar con delicadas y sangrientas plantas todas las pompas y vanidades del siglo. Salian las palabras tan encendidas de aquel sagrado fuego, en que sin duda ardia el corazon de quien las predicaba, que apenas hubo acabado, cuando tampoco pudo contener su fervor la santa, sino que llegándose á su madre, bien contra el silencio y rara compostura que ella solia guardar en el templo, cogiéndole y apretándole las manos, la dijese con sentidos afectos: ¿No habla conmigo, madre y señora mia, el predicador? ¿Estas razones, y este espíritu con que Dios ha movido su lengua, no se dirigen todas á mí? ¿Esto no basta ya para enseñanza mia, y desengaño de mis deudos? Pues yo... iba á decir, cuando ahogada de los suspiros no pudo articular otra palabra: y la madre enternecida de su sentimiento, para templarla y consolarla, la dijo: No llores, hija, sosiégate y cree que no se te hará violencia alguna: y si Dios te llama para esposa suya, toda serás de Dios. Con esto se templó: y acabados los sagrados oficios, volvió con su madre á su casa; llegó á ella toda absorta y fuera de sí, y apartándose de todos, sin ver ni hablar á nadie, se encerró á solas en su aposento, donde abrazada con un crucifijo, y regando con copiosas lágrimas sus sagrados piés, empezó á destilar copiosamente el alma en muchos sentimientos, suplicando humildemente, bañada toda de vivas lágrimas y suspiros ardientes que le salian del corazon, á Jesucristo la quisiese recibir por su esposa.

Pero la activa llama que encendia y movia el corazon de esta purísima vírgen, no pudo fácilmente contener su fervor dentro de la esfera de sus afectos. Pasó á las obras, y levantándose de la oracion, trató de mostrar con ellas cuán cerca deben andar de las grandes resoluciones. Consagró efectivamente á Dios todos sus adornos, empezando por aquel natural, en que tan estrechamente se prende el afecto, ó la vanidad de las mujeres; esto es, el cabello: del cual, tomando unas tijeras en la mano, cortó con heroica resolucion las trenzas que hasta allí la habia obligado á conservar, nó sin dolor, la necesidad de obedecer á los suyos. Despojóse asimismo de todos los vestidos de seda, de los anillos, arracadas, y en fin de todas las demás curiosidades y adornos, sucediendo á los mejores tocados, ordinarias y groseras tocas: á los vestidos de seda, comunes y vulgares lanas, vistiéndose una saya de paño grueso, que acertó á hallar su ingenioso fervor; y quedando en este traje, se presentó á sus padres, á los cuales, con graves, breves y eficaces palabras, dió cuenta de la resolucion que habia tomado, y mudanza que en el estado de su vida habia hecho. Dióles noticia del voto con que se habia obligado ya, y suplicóles humilde y rendidamente, que pues esto no se habia obrado sin particular llamamiento de Dios, que ella tantas veces habia experimentado en sí, se sirviesen por amor suyo, de conformarse y tenerlo por bien; añadiendo por último, que si su resolucion les parecia culpa, allí la tenian dispuesta á recibir gustosa la pena ó castigo que les pareciese. No se puede decir fácilmente los afectos que ocuparon los ánimos de los padres, al ver la resolucion de su hija; pues en medio de su dolor no hallaron ni discurrieron otro alivio, que enviar á llamar al venerable P. Fr. Bernardo de Corbera, su confesor, al cual, habiendo llegado, dieron parte de su aflicción, é hicieron árbitro de la causa. Oyó el siervo de Dios con grave sosiego las razones de todos: y pesando con prudencia del cielo unas y otras, redujo á perfecta quietud aquellos ánimos, y trató luego con los padres, que se vistiese la santa el hábito de beata de nuestra Señora de la Merced. Llegó, pues, el dia señalado á la piedad de esta funcion, en el cual fué la gloriosa vírgen, acompañada de su madre y otras señoras de la mas calificada nobleza, á la iglesia de aquel real y primer convento de la Merced de Barcelona. Hizo una plática y oracion al intento el dicho Fr. Bernardo, y despues de ella, vistió á la santa doncella el hábito de beata de nuestra Señora de la Merced: el cual recibió con tales muestras de alegría y gozo, que escitó en los ánimos de muchas señoras de su porte unos vivos deseos de imitarla.

Cesaron del todo, á vista de la constancia de nuestra santa vírgen, y especialmente con la consideracion de la nueva y no esperada mudanza de su traje, las porfías é importunaciones de los suyos, que tanto habian molestado su ánimo: con que sosegadas estas borrascas, dióse con nuevos fervores á la piedad, y continuacion de los ejercicios. Vivia en un continuo recogimiento y abstraccion tan apartada del comercio de las criaturas, como si no viviera en la tierra, y las veces que interrumpia la quietud y recogimiento, era para conmutarlos en los de piedad y caridad con los prójimos. Dedicábase con indecible fervor á

la asistencia de los pobres, y visita de los hospitales y casas de personas menesterosas: frecuentaba los sagrados templos: oia con particular espíritu y devocion los sermones: disponíase con esquisita diligencia y pureza de espíritu para recibir los sacramentos: lloraba como graves excesos los mas leves descuidos, tomando rigurosa satisfaccion de estos, que ella llamaba culpas graves, con continuos cilicios, severas disciplinas, ayunos, vigilias y otras asperezas. Fué en su casa tan poderoso el ejemplo de nuestra santa vírgen, que aun habiendo sido hasta allí casa de toda cristiandad; desde entonces empezó á serlo de perfeccion, siendo muchas las señoras y doncellas nobles que entendiendo el raro fervor y vida de nuestra santa, se resolvieron á dedicarse mas á Dios, por medio de ejercicios de oracion y piedad. Con este tenor de vida continuó la santa en casa de sus padres, y con el hábito de beata de nuestra Señora de la Merced, hasta el año treinta de su edad, habiendo gastado doce, desde que se consagró á Dios por medio del voto, que dijimos, hizo, siendo de diez y ocho: y queriendo nuestro Señor en este tiempo ejercitar con un golpe su constancia, y premiar los méritos de su noble y piadoso padre, habiendo precedido una enfermedad, en que asistiéndole de dia y de noche la santa hija, mostró bien cuán de una raiz nacen el verdadero amor de Dios, y la atencion á sus obligaciones; se le llevó para sí. Muerto el padre, y cumplida exactamente su última voluntad, se recogieron madre é hija, dejadas sus casas principales á habitacion mas limitada, repartiendo copiosas limosnas con los pobres, y ejercitándose en un género de vida, tanto mas celestial, cuanto ya mas apartada del todo de los comercios de la tierra. Pero duró poco esta serenidad: porque pasados cinco años, ó poco ménos, fué Dios servido de probar, con segundo y mas duro golpe, la paciencia de la santa, haciendo contraste de la virtud en la fragua de los trabajos. Enfermó la madre, y en la enfermedad, que fué penosa y larga, juntándose á ella el peso y achaques de los años, tuvo la santa hija abundante materia y espacioso campo en que ejercitar su caridad, su humildad y sobre todo su piedad y resignacion. En fin, fué Dios servido de premiar á la noble y venerable viuda con una muerte santa, en que asistida de religiosos y sacerdotes, y de las lágrimas, oraciones y exhortaciones de su santa hija, entregó su espíritu á su Criador, con singulares indicios de recibirla aquel Señor que siempre se muestra admirable en sus criaturas.

Mucho habia deseado nuestra gloriosa santa, aun desde los fervores de su niñez, sujetarse á Dios por medio del yugo fuerte y suave de la obediencia, suspirando siempre por añadir á sus méritos la perfeccion del estado religioso. Comunicólo con su venerable confesor, sin cuya direccion no solia ni sabia emprender aun resoluciones de menor consecuencia. Aprobó sumamente esta el siervo de Dios, y con su prudencia y autoridad se arbitraron brevemente los medios, y vencieron las dificultades. Habia muchos dias que algunas señoras de calidad y virtud deseaban é intentaban tambien instituir vida religiosa, dedicando la suya á servir á Dios en la nueva religion de su Madre. Llegado, pues, el dia 25 de marzo del año de 1275, en que celebrándose el principio de la redencion humana, se dedica á María, Madre de nuestro Redentor, se dió feliz principio al instituto de religiosas del órden de nuestra Señora de la Merced, en el templo del convento de Barcelona, en donde, asistida de la nobleza, y á vista de innumerable concurso, hizo la santa profesion solemne en manos del venerable P. Fr. Bernardo de Corbera, prior de Barcelona, por estas palabras, cuyo tenor consta de originales muy antiguos: «Yo, sor María de Cervellon, prometo á Dios y á la bienaventurada siempre Vírgen María de la Merced ó Misericordia, pobreza, obediencia y virginidad; y trabajar por la redencion de los cautivos, por los cuales haré lo que á nuestro padre general fuere bien visto.» Por esta misma fórmula de votos solemnes consagraron su voluntad á Dios las compañeras de la santa, pasando por este medio, del estado que tenian de beatas, al de verdaderas religiosas, á las cuales el venerable padre Corbera dió ciertas reglas y modo de vivir en que su admirable religion y prudencia unió la suavidad de la discrecion con el rigor de la observancia. Y siendo forzoso nombrar una que fuese cabeza de todas, fuélo con aprobacion comun nuestra santa, aceptando el nuevo empleo de prelada, despues de mucha repugnancia y modesta resistencia de su espíritu humilde. Parecíale obra muy superior á todas sus fuerzas el cuidado de las acciones ajenas; y en la afliccion de este pensamiento recurria frecuentemente á Dios, para que su bondad diese el aumento y perfeccion á aquellas plantas, cuyo riego estaba encomendado á su industria. Conocia cuánto mas poderoso es para con el súbdito el ejemplo, que no la voz, y cuánto mas mueven los corazones aquellas instrucciones que se reciben por los ojos; y determinó desde entonces no mandar cosa alguna, en que su ejemplo no fuese delante, como regla viva de su precepto. Sobre todo hizo alto concepto que el obligarla á cuidar de otras, no era descuidarla de sí: por lo cual debia tratar con mas veras de su aprovechamiento, por el mismo caso que la habian confiado el ajeno.

Con estos dictámenes emprendió y siguió nuestra santa la carrera de su gobierno, y con ellos y su práctica, fué admirable el fruto que cogió de virtud y perfeccion en aquel nuevo religioso plantel. Usaba en su gobierno de la blandura y de la severidad: si se ofrecia reprender, era notable la benignidad respetuosa con que lo hacia, mostrando como prudente médico, tanto amor al enfermo, como aborrecimiento á la enfermedad: en las cosas que mandaba, encontraba siempre mas á mano las palabras del ruego, hallando tambien, y experimentando con ellas aquella suave fuerza que sienten los ánimos, cuando ven que ruega quien puede mandar. Jamás ordenó cosa que ella no hiciese, y mucho mas en las obras de mayor trabajo y mortificacion, en cuya consecuencia solia decir, que, mandar á un súbdito lo que no ejecuta quien manda, es prevenirle las excusas para no obedecer. Si algun privilegio tomaba para sí, era solo señalarse en las cosas de trabajo, aun cuando concedia á las demás algun alivio. Cuidaba con entrañable afecto de asistirlas en sus enfermedades; en todo, en fin, procuraba gobernarlas y dirigirlas de manera, que la suavidad y prudencia santa del gobierno, hiciese apetecible la sujecion. Para conseguir con mas eficacia todo esto, insistió siempre en plantar en todas la práctica de las verdaderas é interiores virtudes, aficionándolas á la oracion, puerta de todas ellas, en la cual ella solia gastar muchas horas.

Las virtudes en que especialmente resplandeció, fueron muchas; pues la fé, que es fundamento de todas, la tuvo

nuestra santa vírgen en tan supremo grado, como dan á entender sus altas y relevadas obras, y las grandes maravillas que por su medio obró nuestro Señor, como veremos. En la esperanza fué no ménos eximia. Concebia notablemente de Dios; y así la enseñaba su Majestad á esperar grandemente de él, siendo sentencia suya, muchas veces repetida, que: «La mayor ofensa que se puede hacer á Dios es la desconfianza de él.» Pero sobre todo, de su abrasada y encendida caridad, de aquel amor ardiente para con su Dios, verdaderamente seráfico, ¿qué podrémos decir, cuando toda su vida fué un argumento claro, del alto grado y perfeccion heroica con que lucia y ardia en su pecho este fuego divino? Algunos observaron muchas sentencias espirituales que manifiestan bien la santidad de esta sagrada llama, siendo como unas centellas que, no pudiéndose contener en el pecho, las arrojaba á la boca la fuerza del incendio que abrasaba su puro y seráfico corazon. Mas la caridad que resplandecia en su obras, ¿quién podrá competentemente insinuarla; siendo ellas tantas y tales, que al referirse unas, parece que quedan agraviadas las otras? Siendo señal y argumento, sino mas eficaz, mas visible del grande amor de Dios que encendió siempre el pecho de esta gloriosa vírgen, lo mucho que obró en beneficio de los prójimos, mostrando el amor del original en la estimacion y amor de sus imágenes. Procuraba por cuantos medios podia la redencion de los cautivos, la libertad de los encarcelados, el socorro de personas menesterosas: por cuyas casas, que su gran caridad procuraba descubrir y saber, se entraba con benignidad y liberalidad, igual á la codicia con que otras, á quienes el mundo engañadamente llama espirituales, se entran por los palacios y casas de los ricos, pretendiendo negociar para sí, con afectaciones de hipocrecía, y haciendo trato la profesion de la virtud. Su oracion y trato con Dios, en los principios de su vida espiritual; fué grande, en los progresos mayor, y en los fines podremos decir que continuo. Habia fabricado en lo interior de su alma un oratorio, cuyo puro altar dedicó á la pasion de su esposo Jesus: ella, en fin, por la perseverancia en la oracion se adquirió el nombre de contemplativa, dejando tambien reglas para este ejercicio. Su pureza y castidad celestial solo la puede escribir uno de los ángeles, con quienes la semejanza de la vida la habia comunicado la frecuencia y familiaridad del trato; porque verdaderamente sabemos, que su pureza, no contenta con reinar en el alma como virtud, brotaba y rebosaba fuera como calidad, y se pegaba como eficaz y saludable contagio á los otros; de modo que algunos de solo tratarla y otros de sola verla, aprendieron á ser castos. Sobre el recato inviolable virginal de sus ojos y sentidos, que insinuamos, ayunaba, desde que hizo nueva eleccion de vida tres dias en la semana á pan y agua, siendo en los demás admirable su parsimonia. Dormia, ó en unas tablas ó en el suelo, cuando al comun y preciso reparo de las cansadas fuerzas y rendidos alientos, la obligaba la necesidad de un parco y penitente sueño; y al tiempo que este la oprimia y molestaba, decia á su cuerpo, quejándose y reprendiéndole de su flaqueza: ¡O carne frágil y cárcel inhumana, en quien el alma se entorpece y vicia, y se llena de las feas tinieblas de la ignorancia! ¿Quién me librará de ti, para que yo pueda gozar de aquellas dulzuras que son regocijos de los cielos y alegrías de los ángeles? Los mismos sentimientos y afectos explicaba y repetia postrada en tierra tres veces al dia. Una cadena de hierro que traia ceñida sobre la carne, era su ordinario cilicio, á cuya aspereza acompañaba la mortificacion y dolor que causaba, y quedaba por efecto de una cotidiana y rigurosa disciplina. Una vez cada dia se tomaba á sí misma severa y estrecha residencia de su vida, diciendo con entrañable dolor á Dios: No entres, Señor, en juicio con esta sieva tuya; que yo misma me haré juez contra mis maldades, postrada ante tu misericordia, para que usando de tus piedades, te muevas á perdonar lo que esta indigna mujer insolentemente te ha ofendido. Así traia su virginal cuerpo en perpetua sujecion como á esclavo. Valiase tambien, para conservar esta prenda angelical, y para caminar á la cumbre de la perfeccion, del uso frecuente de los sacramentos, recibiendo con preparacion y devocion grande, cinco veces en la semana el Pan de los ángeles.

Mas ¿qué dirémos ya del fundamento de esta grande fábrica, de su humildad heroica? Pues en su casa, no ménos ilustre ni ménos espléndida que la de Lea, se tuvo por sierva de sus criadas. En el hospital se mostraba ménos que sierva de los pobres, y en el monasterio le parecia grande ambicion aspirar al lugar mas bajo entre aquellas á quienes por tantos títulos era y debia ser superior. Sentia tan baja y humildemente de sí, que se tenia (cosa que solia repetir muchas veces) por mas indigna y mas ingrata á Dios, que los mayores pecadores, atribuyendo á culpas suyas las tribulaciones con que Dios queria probar su constancia, y no reconociendo en sus acciones mas que la nada, que solo tenia por suya. Su pobreza fué tal, cual convenia á un corazon que en el aprecio de las riquezas y pompas, mostró siempre cuánto era mayor que todo el mundo Fuéle preciso en casa de sus padres vestir segun el porte de su calidad, y ménos conforme al dictámen de esta virtud que ya tenia grande lugar en su alma; pero como ella es don espiritual, hallaba y reconocia nuestra santa en sus afectos el efecto suyo: pues en medio de los bordados se empobrecia su corazon, y entre el lustre de la seda conservaba desnudo el espíritu. Las alhajas de celda, en el estado de religiosa, fueron la cama, compuesta de unas tablas que, pudiéndose tomar como rigor, ella dejaba como regalo: sobre una mesa tosca unos pocos de libros de espíritu, un Cristo crucificado de madera, y una imágen de su Madre santísima, una cestilla con las cosas tocantes á su labor, y una arca, en que, por esconderlos del reparo comun, encerraba los instrumentos muchos y diversos de su penitencia. ¿Ser obediente? Eralo en extremo, nó solo á sus legítimos superiores, cuyas insinuaciones atendia ella como oráculos, sino á sus mismas inferiores; porque en su concepto, ella sola, respecto de todas, era ínfima. No buscaba otra razon en su modo de obedecer, que la que suponia en el superior, ni hacia distincion de materias ásperas ó suaves, conformes ó repugnantes á su gusto. En los ejercicios de devocion y penitencia vivia tan regulada á las órdenes del confesor, que solo con una insinuacion suya los dejara todos. Su paciencia fué admirable; porque, como amante tan verdadera de la cruz de su Esposo, ni los trabajos le parecian penas, ni la ansia de padecer la permitia ver en las mayores injurias, lo que tenian de sinrazones. Toleró con paciencia inviolable las contradicciones recias de sus deudos, en el camino que emprendió de espíritu. Sufrió con admirable constan-

cia el desconsuelo y dolor de la muerte de sus padres: pena, que en la santa tuvo circunstancias que la hicieron pasar de lo vulgar, portándose en todas las tribulaciones tan ajena del sentimiento, que muchas veces se le interpretó á insensibilidad la constancia. Levantóse en cierta ocasion una borrasca de persecuciones contra la santa virgen, tan crecida ó tan deshecha, que el autor antiguo, que escribió su vida el año de 1323, y la dedicó y remitió á don Guillem Ramon de Cervellon, su sobrino, que á la sazon se hallaba sirviendo en la empresa y conquista de Cerdeña, al señor rey don Jaime el II, no se atrevió á individuarlas por no despertar (como él mismo dice) émulos de venganza en su noble pecho, ni avivar las centellas de enojos que tenian sepultadas las cenizas del tiempo y del olvido. Pero la santa, enseñada á vencer en otro género de milicia, triunfó de estas persecuciones con la paciencia. Ella, en fin, llegó á tal cumbre de las virtudes, que su espíritu con aquella hambre y sed, que hace sugetos bienaventurados, no podia satisfacerse con lo bueno, sino con lo mejor, no pudiendo pararse en lo saludable, sino adelantarse á lo perfecto. Sucedió ajusticiar en Barcelona á un facineroso de aquellos, cuya vida hacia casi abominable lo raro de su crueldad y delitos: refiriéronselo á la santa; y ella movida de aquel zelo, tan amiga de la razon y de la justicia, se dejó llevar de un afecto no solo lícito sino santo, alegrándose que la hubiese y se administrase en su república: pero advertida despues de su ángel, cuanto mas meritorio hubiera sido en la ocasion otro acto que fuera de compasiva misericordia, concibió tal dolor de este, que nosotros no acertamos á llamarle defecto, que juzgándole digno de gran satisfaccion, duplicó para ello sus penitencias, aborreciendo y castigando en sí semejantes visos de faltas. Asimismo fué muy conocido y singular el espíritu de profecía de nuestra santa virgen, de que hacen comun mencion todas las antiguas memorias suyas, con mas recomendacion de la notoriedad de esta excelencia, que expresion de los casos particulares, acaso por ser tantos y conocidos. Sucedia frecuentemente dar noticia de cosas que por camino humano no podian haber llegado á la suya. A los devotos, que la trataban, descubria por bien suyo cosas por venir, y á los mercaderes y navegantes repetidas veces acaeció prevenir los peligros futuros del mar y las tempestades, muchos dias ántes de suceder, comprobando cuantos la creian, la verdad del oráculo en lástimas y sucesos agenos; y los que nó, condenando su incredulidad con la dura experiencia de sus naufragios y peligros. Gozaba frecuentemente regalos del cielo, con revelaciones é ilustraciones singulares de Cristo y de su Madre, que, como pagados de su amor, empezaron á mostrarla en los favores de esta vida un rasgo de los eternos que la tenian prevenidos en la otra. El trato visible y comunicacion con los santos ángeles, singularmente el de su guarda, fué familiar. Era devotísima y con extremo tierna en la meditacion de los misterios de la vida y muerte de nuestro Redentor, experimentando tan celestial suavidad en la contemplacion de las heridas, penas y dolores de su crucificado Esposo, y recibiendo en su alma con gozo tan inefable las aguas de las fuentes del Salvador, que en cualquiera parte que la cogiese una devota y afectuosa meditacion de estas, quedaba extática, sin sentido y movimiento por mucho rato, llevada y arrebatada de toda aquella superior fuerza, á que no podian resistirle las del cuerpo y natural. Muchas y repetidas veces la hallaron en los umbrales de la puerta de la dicha iglesia de la Merced, sin accion ni movimiento, teniéndola por muerta, cuantos no sabian que por estarlo al mundo, estaba su vida en Dios oculta y escondida con Cristo. Otras veces la hallaron dentro de la misma iglesia en maravilloso éxtasis, elevada en el aire: cosas que al principio causaron rara admiracion, aumentándola el no poder averiguar, cómo ó por dónde habia salido de casa, y entrado en la iglesia: pues las puertas de una y otra, examinadas con toda diligencia, se hallaban y reconocian cerradas: ó fuese que por ministros del cielo se abriesen y cerrasen las puertas; ó que nuestro Señor participase tal vez el favor de la penetracion á aquel cuerpo. Una de las noches, que la hallaron dentro de la dicha iglesia, la vieron gran distancia elevada del suelo, en presencia de la antiquísima y milagrosísima imágen de nuestra Señora de la Merced, patrona grande de Barcelona, y la primera que veneró su sagrado y real órden. Aguardó el R. P. prior, á que la santa volviese de aquel profundo éxtasis, con debida consideracion al sueño santo de la esposa, tan guardado y atendido de su Esposo en los sagrados cánticos: volvió en fin; y el dicho prior, armando á la obediencia de todo su respeto y autoridad, la dijo (palabras, que por decoro de la antigüedad en que se refieren, hemos copiado casi á la letra): «¿Es posible, sor María, que una señora noble, y religiosa ejemplar, se halle á puertas cerradas, y de noche en la soledad de esta iglesia? ¿Es posible que tenga atrevimiento una mujer, para lo que no tuviera resolucion un hombre? Dígame la verdad, y no me oculte la causa, el modo y los lances de este suceso.» Turbóse sobre modo la santa, al verse obligada á publicar los favores, que su humildad trataba de tener escondidos en el centro de su propio conocimiento: sola, pues, la obediencia y el mandato del superior pudo sacar de su silencio la verdad de la noticia; y fué que, naufragando en alta mar unos navegantes, invocaron á María santísima de la Merced, cuya prodigiosa imágen, colocada en el altar mayor de dicha iglesia, fué llevada por ministerio de espíritus angelicos, y en su compañía nuestra gloriosa santa, á lo alto del mar: el cual al punto se pacificó, como en reconocimiento humilde á las influencias benignas de la que es estrella, y por reverencia ó vasallaje á tanta majestad, salpicó los vestidos de la sagrada imágen, que con el agua que esprimidos destilaron de sí, dieron asegurado testimonio de cuanto habia referido la santa: la cual preguntada despues por el prelado, quien habia sido el portero dichoso que habia abierto y cerrado las puertas de la iglesia; respondió, que los santos ángeles: los cuales habian restituido la milagrosa imágen á su altar, y á ella á aquel sitio, para que gastase lo restante de la noche en divinas alabanzas; concluyendo su relacion, con pedir arrodillada á sus piés, que en cuanto tocaba á sí, se sirviese de no publicar el prodigio. Innumerables fueron otros favores, que recibió de Dios, de éxtasis, revelaciones y raptos.

Y como por altas disposiciones de su providencia quiso Dios siempre honrar y enriquecer á sus santos de alguna proteccion especial para con los hombres, á fin de que estos, ejercitando la devocion, hallasen socorro en sus aprietos y alivio en sus necesidades: uno de estos grandes patrocinios encomendó su Majestad á su grande sierva y esposa santa María de Socós, á quien sobre escelentes

prerogativas, concedió aquel imperioso dominio sobre las olas y arrogancia del mar, tan temido y respetado de él, como reconocido, aun en vida, de los afligidos navegantes, cuya favorecida gratitud le dió el nombre de María del Socorro (que eso, como dijimos, significa Socós), olvidándose el de Cervellon, aunque tan ilustre en Europa. Referir en esta parte las muchas demostraciones que ha dado la santa de su maravilloso poder, y las veces que ha sacado de la boca del riesgo á los que, ya anegados, casi tenia tragada la muerte, seria intentar otra navegacion muy larga. Solo, pues, insinuaremos por ahora uno ú otro suceso, que en vida de la santa dió testimonio de este maravilloso dominio, el cual despues de su muerte se continuó, como veremos. El año de 1278, partió un navío de la playa de Barcelona, al principio con bonanza y tan agradables señas del temporal, como las suele dar la engañosa inconstancia de este elemento. Mantúvose sereno el cielo, y sopló el viento favorable, solo lo que bastó á engolfar á los navegantes en un piélago de peligros; porque apenas se habian en alta mar alejado de tierra, cuando sepultaron casi de repente al sol, inquietaron al mar y amotinaron el aire aquellos vientos, que cuanto mas discordes, soplaban mas unidos, conspirando todos á la ruina del mismo bajel. Ninguno se atrevia á poner los ojos en el agua: porque sumergidos en las profundas cavernas que formaban las olas, se miraban inferiores al mismo mar, temiéndose á cada paso, no ya naufragar, sino precipitarse al abismo. Entre tanta confusion se recurria con ruegos y lágrimas al cielo. Trajeron á la memoria muchos de los navegantes el poder ya acreditado en otras ocasiones, con que la santa madre María favorecia á los que de veras la invocaban en semejantes riesgos; y todos, alentados de esta noticia y esforzando, cuanto pudieron, su fé, empezaron entre clamores y lágrimas, á implorar su favor entre los mismos afectos con que solicitaban el de María santísima de la Merced. La esperiencia acreditó la fé, y el suceso correspondió á los votos; porque inmediatamente oyeron cerca de sí una voz, que les dijo: Yo soy sor María de Cervellon, que con la santísima Virgen vengo á socorreros. Sucedió el efecto á la promesa; porque al punto, ahuyentados los vientos, se restituyó al cielo la serenidad, al mar la quietud y la alegría á los navegantes. En otra ocasion, cuyo tiempo no señala la historia, si bien creemos seria cerca de los mismos años, sucedió haber surgido un navío en la playa de Barcelona, que entonces no tenia la grandeza y capacidad del puerto que hoy tanto la ilustra. El piloto y los mas prácticos del mar habian saltado en tierra, fiados mas de lo que debieran en la serenidad del tiempo; pero no tardó este, como acostumbra, en castigarles la confianza: porque en breve se levantó un furioso viento, que escitando una fuerte tormenta, rompió las amarras, y metió al navío en el golfo, en donde para su miserable naufragio, sobre la braveza del mar y furia de los vientos, que era grande y por momentos se aumentaba, concurria la falta de gobierno y turbacion de los que habian quedado en el vaso. Llevábanle los aires irritados de una parte á otra, esperando ellos en cada ola la muerte, y en cada vaiven el sepulcro; pero santa María de Socós, que con mas perspicaces ojos vió, desde el retiro de su oracion, el peligro del bajel, se apresuró á la playa, y en presencia de aquella muchedumbre, haciendo sobre las aguas y sobre sí misma la señal de la cruz, se entró por el mar: cuyas olas, olvidadas de sí, ú obedientes á aquellas plantas que movia la caridad, la dieron paso sobre sí mismas, tan seguro y sólido, como si se hubieran convertido en mármoles. Arribó, pues, por medio de las ondas, nuestra santa al navío, al punto mismo que se sumergia del todo: y serenando primero el mar, extendió la mano al borde, sustentando la nave sobre las aguas, y conduciéndola así, con no visto prodigio, hasta al mas seguro lugar de la orilla, en donde la admiracion del portento no sabia qué hacerse ni qué decir, sino esclamar y preguntarse todos, como los del mar de Palestina: ¿Quién es esta, á quien así obedecen los vientos y el mar? Finalmente, el año de 1289, que fué el que procedió á su dichoso tránsito, partieron á las costas del África al ministerio de la redencion de los cautivos, los padres redentores Fr. Manuel de Alburquerque y Arnaldo de Liniver, en un bien pertrechado navío. Navegaron algun tiempo prósperamente, hasta que un viento recio, haciéndoles perder el rumbo que llevaban, los acosó con tan furioso temporal, que en breve rato perdieron los marineros mismos las esperanzas de salvamento: porque el cielo escondió su rostro, como quien huia de mirarlos por no favorecerlos: las olas, sobrepujando á la nave, y casi tocando á las nubes, anegaban el vaso: el viento embravecido soplaba con formidables silbos, amenazando á aquellas vidas, ya casi sepultadas en su temor; y finalmente, todo se habia reducido á un estado estremamente miserable; porque, tronchado el mástil, y rotas la entenas y jarcias, solo esperaban verse con la nave sepultados en el profundo, dejando el timon en un escollo. No omitieron en la fuerza de este conflicto los marineros aquel lamentable remedio de alijerar el vaso, echando para este fin al mar las riquezas. Arrojaron, pues, en este caso la carga del navío para aliviarle, y entre ella intentaban arrojar la plata de la redencion, que á fuerza de súplicas y piadosas instancias consiguieron los redentores fuese lo último que se abandonase. Acogiéronse entretanto los venerables padres al patrocinio de la santa madre María de Socós, de quien ántes de partir se habian despedido, y á cuyas oraciones habian encomendado el suceso de la redencion: y fué tan efectivo remedio esta piadosa diligencia, que cuando estaba la tormenta en su mayor fuerza, vieron cuantos estaban en la nave á la santa, que vestida del hábito de nuestra Señora de la Merced, caminaba sobre las aguas, segun y como muchos de ellos la habian visto en Barcelona. La novedad y la admiracion, era tal, que obligaba á todos á tener por ilusion lo que veian, incrédulos al testimonio de sus ojos; pero confirmólos en la verdad el oir juntamente su voz, que les dijo: Alentaos en el Señor, carísimos hermanos; que luego quedareis sin peligro: y así fué; porque al mismo punto, sosegado el mar y los vientos, huyó la tempestad, apareció la luz y sucedió á la borrasca una tranquilidad admirable. Desapareció la santa, y prosiguió la nave su camino con próspero viaje; y volvieron con él los navegantes y los rescatados á Barcelona, porque el mar, obediente ó temeroso, los trató con respeto de favorecidos. Los padres redentores fueron á dar las debidas gracias á la santa; pero ella, á quien molestaban mas las honras, que á otras las afrentas, les pidió humildemente postrada, como en pago de su socorro, el silencio de tan estraordinaria maravilla. Otras muchas veces esperimentaron los afligidos navegantes el amparo de la

santa madre, que ya pisando el mar, ya apareciendo en el aire, ya con sola la invocacion de su nombre, desde el retiro de su oracion los sacó contra toda esperanza de lo mas profundo de los peligros; y por los mismos medios libró repetidas veces de enemigos y corsarios á los padres redentores, cuando navegaban.

En el ejercicio de las virtudes referidas, y operaciones de estos y otros milagros, pasó nuestra gloriosa madre el curso de su vida, llegando á una santa ancianidad, venerable por los méritos y los dias; y queriendo nuestro Señor darle el merecido premio á sus fatigas, trató de disponerla con una enfermedad, para que con su tolerancia diese nuevo verdor á la palma, de que presto se le habia de labrar la corona. No ignoraba la prudente virgen el fin que habia de tener el mal, que era el fin de su peregrinacion: abrazó conforme y resignada el decreto que adoraba y reconocia en lo ejecutivo de la enfermedad, no pudiendo ser terrible la muerte, á quien con todos sus afectos y deseos suspiraba por otra vida; y mirábala como vencida y desarmada por su Redentor. Agravóse en breves dias la fuerza del mal, y al mismo paso que los médicos perdian la esperanza de su salud, se encendia la santa madre en mayores deseos de la eterna. Recibió con diligentísima preparacion y muestras singulares de espíritu los santos sacramentos; y al administrarla el mayor de todos, la santísima comunion, el fervor y lágrimas con que mostraba recibir de mano de la Iglesia aquel viático celestial, interrumpieron mas de una vez los oficios del sacerdote. Asistian presentes las religiosas de aquella humilde congregacion: exhortólas á la observancia religiosa, á la conservacion y aumento de las virtudes, singularmente de aquellas que eran propias de su instituto. Concluyó con pedirlas encarecidamente, mostrasen su caridad con los pobres, y tuviesen muy presente, como carácter de su instituto, el ayudar con sus oraciones á las necesidades espirituales y temporales de los cautivos: correspondieron á la exhortacion las religiosas con públicas lágrimas, considerando cada una la madre, maestra, hermana, amiga y compañera que perdia. Pidió la santa la extremauncion, viendo que cada punto se le iban postrando las fuerzas: recibióla con grande espíritu y devocion, respondiendo por sí misma á las oraciones de la Iglesia. Despues pidiendo una imágen de su Redentor crucificado, se abrazó con él, y mandó que la leyesen entretanto su pasion santísima, como la escriben los cuatro evangelistas. Finalmente, habiéndola faltado por breve espacio el habla, fijando los ojos en su amado crucifijo, y exhalando un suspiro afectuoso, entre tiernas lágrimas de todas sus religiosas y de todos los que la asistian, entre gemidos de muchos pobres y personas devotas, que ya sentian anticipadamente su ausencia, entre piadosas oraciones de los religiosos; con admirable quietud y serenidad, la sagrada virgen y santa madre entregó su espíritu en manos de su Dios. Sucedió el feliz tránsito de nuestra santa, mártes 19 de setiembre del año 1290, habiendo vivido cincuenta y nueve, nueve meses y diez y ocho dias.

Quedó el cuerpo de la gloriosa madre como en testimonio de su purísima integridad, suave y flexible, el rostro decente y sereno como en ademan de dormida; respiraba y exhalaba de sí una fragancia celestial; y adornóse de repente de un género de resplandor que se llevaba tras sí, junto con el respeto y la devocion, la misma atencion de los ojos. Observóse haber salido del santo cadáver uno como ungüento ó licor odorífero, por cuyo medio obró Dios en cuantos le usaron con viva fé, diversas maravillas. Vistieron las religiosas á su difunta madre del hábito de nuestra Señora de la Merced, con sus tocas y velo, y llevaron el cuerpo las religiosas á su iglesia, para darle despues de las exequias eclesiásticas, decente sepultura: pero la fama de su muerte habia traido á la iglesia tan extraordinario concurso, así de la ciudad como de toda la comarca, que el tumulto atropellado de la gente que en piadosa porfía se arrojaba á ver y venerar el santo cuerpo, no dió lugar en todo aquel dia, ni en otros dos á los oficios funerales: cumplidos los cuales, aunque fué preciso atropellar de una vez por la devota impaciencia del pueblo, para dar al santo cuerpo sepultura, que se ejecutó, depositándole los religiosos con la mayor asistencia de ambos concursos, eclesiástico y secular en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced en la parte destinada para entierro de las religiosas.

Ilustró Dios en este tiempo la santidad de su sierva, y acreditó la fé de los que la invocaron con muchas y muy notorias maravillas: fueron innumerables las que se vieron los tres dias en que estuvo el santo cuerpo sin enterrar. Recibieron salud los enfermos, manos los mancos, accion y movimiento los tullidos, con solo llegar á ver y reverenciarle desde léjos: y para que pudiesen verle habiendo esforzado los de la fé, recibieron muchos ciegos los ojos. Una señora estaba en la cama sin esperanza alguna de salud; deseó ir á ver el santo cuerpo; y no pudiendo esto, trató de hacer lo que solo pudo, que fué, invocar desde allí su patrocinio; y al punto quedó sana. Otra fué á ver la santa difunta, dejando al mismo tiempo en su casa á un pequeño hijo, á quien la malignidad de un accidente habia baldado del todo, impidiéndole el uso de acciones y miembros: vió la devota señora el santo cuerpo: adoróle, pidiéndole la salud de su hijo y el consuelo propio: volvió á su casa, en donde se renovó y aumentó su dolor por no hallar en toda ella al hijo que poco ántes habia dejado enfermo: pero él no lo estaba ya; y así lo reconoció la madre en breve no acertando con el gozo á encontrar palabras con que alabar á Dios en su santa: porque buscando al niño fuera, le hallaron que sano y bueno jugaba con otros de su edad. Habíase hallado en los oficios de la sepultura de la santa un noble caballero francés, llamado Arnaldo de Ligner: el cual desde su patria, Marsella, caminaba á visitar el nunca bastantemente celebrado santuario de Nuestra Señora de Monserrate, centro de la piedad y religion, teatro digno de las misericordias de esta gran Señora: oyó el noble peregrino las alabanzas y grandezas que todos á una vez publicaban de la santa madre María, y que el apellido con que la llamaban de Socós, era título no heredado sino adquirido de los muchos y prontos socorros con que su piedad habia favorecido en sus aflicciones á todos, singularmente á los navegantes. Este, pues, se embarcó para Marsella en un navío de muy buen porte, en que navegaron él y los que con él iban con felicidad algun tiempo; pero apenas tocaron el golfo de Narbona, cuando les sobrevino una cruel borrasca. Acordóse Arnaldo en lo mas urgente de ella, de lo que habia oido en Barcelona; y esforzando la devocion con el fervor que enseñan los peligros, imploró con grande eficacia su favor; y fué con tanto y tan seguro fruto que entre los mismos

clamores con que la llamaron, vieron cuantos iban en la nave con raro asombro venir caminando por las aguas una mujer vestida con hábito blanco, que, llegando mas cerca reconocieron ser la misma que en Barcelona dejaban muerta: con cuya presencia al mismo punto calmaron los vientos y se serenaron los mares. La santa desapareció, y el navío restituida la bonanza prosiguió felizmente su viaje, y dió fondo en el puerto de Marsella. El año siguiente de 1295, caminando á Túnez al ministerio sagrado de la religion, la Redencion de los cautivos, los padres redentores Fr. Vicente de Prats y Fr. Dionisio Roneo, padecieron tan grave tormenta, que ya se trataba de aligerar del todo la nave, arrojando ó sacrificando á la voracidad del mar las riquezas sin reservar las arcas, en que con el dinero de la redencion iba encerrada la libertad de los miserables cautivos: implorando con vivas ansias el favor de la santa madre, representando su tribulacion, y pidiéndole mirase como causa comun y propia su peligro. Ni fué menester mas diligencia; porque al mismo punto se les apareció en el aire, y se vió que con un azote en la mano ahuyentaba la tempestad, obligando á los vientos á encerrarse en sus mas profundas cavernas, de donde los habia sacado, ó la furia del temporal ó acaso la malignidad del comun enemigo que por este medio trataba de impedir la santa y heroica obra de la redencion, que él tan declaradamente aborrece.

La frecuencia de estos y otros prodigios aumentó sucesivamente la devocion de nuestra santa vírgen creciendo cada dia la veneracion: y así el año de 1380, el señor rey don Pedro IV en Aragon, de este nombre, pareciéndole que el arca en que estaba allí depositado el sagrado cuerpo á quien su real piedad veneraba con singular afecto, era ménos decente de lo que pedia el crédito de su santidad, sobre la calidad de su sér se resolvió á hacerla trasladar en caja mas proporcionada con la riqueza y preciosidad de tan noble depósito. Para este fin la mandó hacer grande y costosa llena de varios adornos dignos de su cuidado y magnificencia: y llegado el dia señalado á la traslacion que fué el 17 de julio, dispuso que este solemne acto se ejecutase con el aparato y ostentacion á que sobre pedirlo la dignidad de la materia, le inclinaba naturalmente la exacta puntualidad de su genio ceremonioso. Previno pues para que asistiese y celebrase de pontifical el obispo, que á la sazon lo era de Barcelona, don Pedro de Planella. Concurrieron tambien á este acto de órden del rey los conselleres de la misma ciudad y gran número de nobleza que se hallaba en la córte. El obispo celebró de pontifical; y concluida la solemnidad del sacrificio, fuéron en procesion al lugar donde estaba la caja, y con los conselleres la abrieron en presencia de todos. Hallaron el cuerpo tan sin corrupcion despues de noventa años, como si entonces acabara de morir, y tan entero como si en todos ellos no hubiera estado muerta, sino dormida. Celebraron con indecibles júbilos y admiracion los ánimos de todos este portento. Habíase levantado un altar en medio del coro bajo, en donde tenian preparada la caja nueva que se habia hecho de órden del rey. Los religiosos de mas autoridad trajeron en ombros la antigua en que estaba el cuerpo de la santa hasta el coro, acompañados de los señores rey y reina, del obispo, de los conselleres y de lo mas numeroso y escogido del pueblo y nobleza. Colocáronse las dos cajas en medio de aquel altar; y el obispo con sus propias manos, ayudado de sus asistentes, sacó el cuerpo de la caja en que estaba, y procuró ponerle en la nueva, superior en calidad y mayor en capacidad de ancho y de largo que la antigua. Mas ¡ó prodigio no imaginable de una humildad verdaderamente profunda! resistióse á este honor el sagrado cadáver, y aun muerto dió documentos de humildad aquel cuerpo que habia sido digna habitacion de una alma tan grande como humilde; porque al intentar el obispo poner en la caja nueva el santo cuerpo, creció repentina y milagrosamente, de modo que no fué posible caber, ni acomodarse en ella por muchas y varias diligencias de que se valieron para conseguirlo. Reconocieron todos el prodigio, y venerando en él los juicios divinos que ignoraban, alabaron á Dios. El rey devoto y admirado, mandó volver el cuerpo á su antigua caja que fácilmente cupo, y se puso como ántes: porque para ello cobró su estatura y volvió á aquella diminucion que solo parecia habia dejado para reusar y resistir por entonces aquella honra.

Con la vista y consideracion de estos prodigios, se encendió de nuevo la devocion y fé de todos, con la cual implorando su favor alcanzaron muchos remedio: cobraron salud no pocos tullidos y enfermos que no la esperaban del arte: algunos ciegos se restituyeron á la vista; y dos muertos á la vida. Ni hubo menester mas el obispo de Barcelona para que, comprobados con su autoridad estos milagros, la mandase dar pública veneracion y culto. Así lo hizo, decretando que se colocase el santo cuerpo en la capilla de la gloriosa mártir santa Catalina, como se ejecutó. Al otro dia de esta traslacion amaneció el cuerpo milagrosamente colocado en la sacristía, de donde reconociendo los padres de aquella gran casa la voluntad de nuestro Señor con semejantes maravillas, no se atrevieron á sacarle, hasta que se manifestó y fué hallado tambien incorrupto, con singular consuelo de todos, el cuerpo del venerable siervo de Dios Fr. Bernardo de Corbera su confesor: y entonces ambos fueron trasladados al cuerpo de la iglesia y colocados á los dos lados del retablo en donde todo este tiempo han tenido veneracion, permaneciendo singularmente el de nuestra santa con nuevos prodigios y maravillas, siendo inmenso océano la materia que ofrece este argumento; pudiendo en él y debiendo ceñirnos á decir, que no solo en las ocasiones que se ha llevado procesionalmente el santísimo cuerpo de nuestra santa á la orilla del mar, cuando con desusada braveza ha sucedido pasar sus límites, y con horror y furia de terribles tormentas ha congojado á la ciudad de Barcelona, ínclita patria suya, han experimentado total alivio los afligidos ciudadanos, sino que llevada la reliquia de la santa vírgen á instancias de todo género de enfermos, y obrar por medio de ella nuestro Señor repetidos y prodigiosos favores en sus criaturas; es un milagro tan frecuente, que el mismo uso casi le ha quitado la admiracion.

Fué, pues, nuestra gloriosa vírgen tenida y estimada por santa en el concepto universal de todos; y aun en vida la honraron con esa voz los pueblos: argumento verdaderamente irrefragable de su gran santidad. Esta inmemorial posesion con que la aclamó siempre el respeto universal, sa ha continuado hasta ahora desde el dia su feliz tránsito por espacio de mas de cuatro siglos: la cual probada, se obtuvo despues de varias y repetidas instancias, así de todo el principado de Cataluña y religion

de la Merced, como de la majestad del rey católico el señor don Cárlos II, el año de 1692, de la santidad de Inocencio XII la aprobacion y declaracion del culto inmemorial de santa María de Socós; confirmando y asegurando con la autoridad apostólica, como vicario de Cristo, la canonizacion antiquísima que hasta aquí habia gozado en el culto y veneracion pública de los pueblos. Guárdase su santo cuerpo en el real convento de Santa Eulalia, vírgen y mártir, de la misma sagrada y militar órden en la ciudad de Barcelona, en la magnífica y suntuosa capilla que mandó fabricar el excelentísimo señor marqués de Aytona, don Guillen Ramon de Moncada y Cervellon, su pariente; poniendo el mismo marqués por su singular devocion á la santa en 21 de enero de 1699, la primera fundamental piedra en dicha capilla, donde á los 12 de agosto del año 1708 fué con grande y pomposa solemnidad trasladado el sagrado cuerpo, siendo en ella muy frecuentado de la piedad de los fieles, con quienes por la poderosa intercesion de la santa, derrama el Señor sus divinas misericordias, y se venera dentro de la caja antigua guarnecida con otra riquísima de plata que mandó labrarle la misma ciudad, año 1693, siendo tal, aunque debida siempre la estimacion y el cuidado con que se aprecia y conserva este prodigioso tesoro, que sobre la religion y autorizada decencia del culto, tiene y está ya de tiempo antiguo resguardado con muchas llaves: de las cuales la una tiene la misma ciudad, otra el muy ilustre cabildo de la santa iglesia catedral, dos el reverendo prior y convento de la Merced, y otra la excelentísima casa de Moncada.

Alabemos, pues, todos á Dios en su santa: y si en sentencia de san Juan Crisóstomo, es ociosa la alabanza de los santos, cuando no se acompaña de la imitacion; procuremos, ayudados de la gracia divina, hacer con la imitacion, digna y fructuosa la alabanza. No nos pide él, nó, que la imitemos en aquellas mas admirables que imitables prerogativas, con que la enriqueció para gloria suya, sino en aquellas virtudes eximias, en que ella se señaló para ejemplo nuestro. Quiere, pues, y nos manda que imitemos aquella tolerancia en las adversidades, aquella paciencia en los trabajos, aquella pureza angélica, incontrastable á todas las baterías y ardides de la carne, aquella humildad siempre profunda, aun en medio de las honras y favores del mundo, aquella pobreza desasida de todas las cosas de la tierra, aquella oracion continua, aquella fé constante, aquella caridad, y aquel negarse siempre toda á sí, por hacerse toda á Dios. Pero si es eficaz para nuestra reformacion y enmienda su ejemplo, no es ménos eficaz para nuestro remedio su patrocinio. En él, pues, y sus méritos le hallarán, nó una, sino todas las necesidades; porque (como ha enseñado la experiencia) todos los males la temen, y todos los elementos la respetan. Con su devocion é invocacion, experimentan los navegantes favor en las borrascas: los caminantes, seguridad en los peligros: los ciegos, ojos: los mancos, manos: piés y movimiento, los tullidos: salud, en medio de los mayores males los enfermos; y hasta los muertos, vida. Al poder de su nombre, ó á la presencia de sus reliquias, cesan los incendios, se purifica el aire, se refrena el mar, se fecunda la tierra para que todo el mundo, y en él sus elementos, confiesen y publiquen, con la universal experiencia de estos socorros, la excelencia maravillosa que ha hecho, hace y hará siempre glorioso el nombre de santa María de Socós.

Escribieron la vida de esta santa los padres maestros mercenarios Fr. Alonso Remon, Fr. Bernardo de Vargas, Fr. Interian de Ayala y Fr. Manuel Mariano Ribera; y Estévan de Corbera, ciudadano honrado de Barcelona. Hicieron memoria de ella los padres maestros Fr. Francisco Zumel, en un tratado *De vitis patrum, et magistrorum generalium*; Fr. Felipe de Guimerá, en la Historia de su órden; Fr. Marcos Salmeron, en sus Recuerdos históricos; Fr. Melchor Rodriguez de Torres, en su Agricultura del alma; Fr. Gabriel Gomez de Losada, en su Escuela de trabajos, todos mercenarios; y el doctor Juan Dameto, en la Crónica del reino de Mallorca; el abad Silvestro Marulo, en el Océano de todas las religiones; el abad Martin Carrillo, en sus Anales del mundo, y otros muchos. Celébrase su fiesta á los 25 de setiembre.

San Cleofás, mártir.—Este fué uno de los dos discípulos, que dirigiéndose desde Jerusalen, á la aldea ó castillo de Emaús, encontraron por el camino al Salvador, el dia mismo de su resurreccion, y se reunieron á él, contándole sin conocerle, la historia de su vida y pasion. Segun el cardenal Baronio san Cleofás, murió despues mártir á manos de los judíos en la misma casa en que habia convidado al Señor, y dice que fué sepultado en ella, habiendo obrado muchos milagros.

San Lope, obispo y confesor.—Pasó los primeros años de su juventud en un monasterio de solitarios, establecido á corta distancia de Lyon. Era abad de aquella casa, cuando habiendo quedado vacante la silla arzobispal de la misma ciudad de Lyon, fué elegido Lope para ocuparla. Su reputacion de eminente santidad, no desmereció en tan elevado puesto, sino que por el brillante desempeño de sus funciones pastorales, creció mas cada dia su fama y su virtud. Asistió y presidió en 538, al tercer concilio de Orleans, y despues de haber trabajado incesantemente en el arreglo y restablecimiento de la disciplina, murió santamente el dia 25 de setiembre del año 542, siendo sepultado como habia dispuesto, en el mismo monasterio en que habia vivido tantos años.

San Anacario, obispo y confesor.—Nació de una familia principal de Orleans, y pasó sus primeros años en la córte de Gontrando, rey de Borgoña. Despues renunció al mundo, vivió algunos años bajo la direccion del obispo Sangrio, célebre por su sabiduría y piedad, y el año 570, fué elegido y consagrado obispo de Auxerre. Las virtudes que desplegó Anacario durante su pontificado fueron tan grandes, que por todos los paises de Europa se le citaba como modelo y espejo de prelados. Asistió al cuarto concilio de París y á los dos de Macon, y reunió un sínodo en su diócesis, para regularizar la disciplina eclesiástica en su rebaño. Veló con un zelo infatigable por la pureza de las costumbres, instruyó continuamente á los pueblos en sus deberes, socorrió á los pobres con extraordinaria largueza, dió decencia y pompa al culto divino, y murió en el Señor el dia 25 de setiembre del año 605.

San Solenio, obispo y confesor.—A fines del siglo V, fué este santo elegido obispo de Chartres; pero, espantado á vista del enorme peso de los deberes del episcopado, huyó y se escondió tanto, que no fué posible encontrarle. Algun tiempo despues, san Aventino fué elegido para reemplazarle, y Solenio, creyendo entonces que ya nada debia

temer, volvió á presentarse en la ciudad. Era tan grande la reputacion de su santidad, y tanto lo que le querian, que le obligaron á consagrarse y á tomar el gobierno de la diócesis de Chartres, cuyo cargo renunció voluntariamente el último elegido. Solenio, llenó fidelísimamente todos los deberes de un digno obispo, y murió por los años de 509.

San Principio, obispo y confesor.—Fué hermano del obispo san Remigio, y como él instruido en ciencias y virtud por dos piadosos monges del célebre monasterio de Lerins, en el cual vivió algunos años. San Sidonio Apolinar habla de él con gloria y alabanza. Entre otras cosas, dice que se observaba en él un fervor increible, por su santificacion por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas. Consagrado obispo de Soissons, honró aquella Iglesia con la práctica de todas las virtudes apostólicas, y murió santamente por los primeros años del siglo VI. En su largo pontificado, asistió á varios concilios, promovió los intereses de la religion con laudable zelo, y dió á Clodoveo, cuya amistad habia cultivado, muy útiles consejos para la Iglesia y el estado.

Los santos Pablo, Tata, Sabiniano, Máximo, Rufo y Eugenio, mártires.—Pablo y Tata eran esposos, y los demás eran hijos suyos. Esta santa familia vivia en Damasco, ocupada y entregada, aunque ocultamente, á prácticas piadosas, cuando un dia fueron todos delatados al juez pagano. Presentáronse en el tribunal, y confesaron generosamente que eran cristianos, y que no ofrecerian incienso á las falsas divinidades, aunque se les quisiese quitar la vida. En seguida los entregaron á los verdugos para que los azotasen inhumanamente, y les aplicasen otros horribles suplicios, en medio de los cuales al fin entregaron su espíritu á Dios.

San Herculano, mártir.—Fué soldado romano y estaba en Roma cuando el martirio de san Alejandro, obispo. Al ver sacar á éste de la hoguera, y que iban á degollarle, el jóven Herculano se sintió animado por el espíritu de Dios, y dirigiéndose al emperador Antonino, le reprendió en alta voz su obstinacion en no querer confesar la divinidad de Jesucristo. El emperador lo mandó prender, y despues de haber padecido varios suplicios, fué degollado. Su martirio sucedió en Roma, en el siglo II.

Los santos Bardomiano, Eucarpo, y veinte y seis compañeros, mártires.—Derramaron su sangre por la fé católica en Asia, durante el reinado del emperador Decio.

San Formerio, mártir.—Nació en Capadocia de Cesarea, el año 348. Despues de una vida santa y llena de milagros, y de otros singulares beneficios del cielo, hizo profesion pública de la fé ante el juez Alejandro, por cuyo mandato y el de Sózimo, sacerdote de los ídolos, fué echado en una hoguera, en la cual fué visto acompañado de ángeles, y así entregó su espíritu al Señor, el dia 25 de setiembre del año 362. Sus reliquias fueron, no se sabe cómo, trasladadas á Treviño, pueblo del obispado de Calahorra, en España, donde se guardan con gran devocion.

San Atalon, obispo y confesor.—Fué natural de la isla de Chipre, y discípulo del apostol san Bernabé, sucedióle en el obispado de Milan. Gobernó esta Iglesia por algunos años, durante el pontificado de san Lino, habiendo sido ántes obispo de Brescia. Tuvo que sufrir muchas penalidades y miserias, y las persecuciones de los paganos; pero con su paciencia y su zelo, venció muchos obstáculos y adquirió muchas conquistas para Jesucristo. Parece que murió en paz el año 61.

Las santas hermanas Aurelia y Neomisia, vírgenes.—Nacieron en Asia, y habiendo perdido á sus padres, siendo aun muy jóvenes, vendieron todo su patrimonio, repartieron su producto á los pobres, y se fuéron á vivir en una soledad. Aquí hicieron voto de perpetua castidad, y se marcharon á visitar los santos lugares de Jerusalen. En seguida se fuéron á Roma á venerar el sepulcro de los apóstoles: por el camino obraron muchos milagros, y despues de haber visitado la capital del cristianismo, se volvian á Asia, pero fueron presas por los sacarracenos en Capua. Las azotaron, las maltrataron, y querian obligarlas á renegar de su fé, cuando el Señor las libró milagrosamente de las manos de sus enemigos, y las condujo al territorio de Anagni, donde fueron hospedadas por un siervo de Dios, en cuya casa murieron dentro de poco, acompañadas de santos ángeles. Su muerte la coloca Baronio á principios del siglo XI.

DIA 26.

Los santos Cipriano y Justina, mártires.—Los modos que Dios nuestro Señor tiene para salvar las almas, son muchos y maravillosos; porque de nuestros males saca bienes, de la ponzoña hace triaca y de la muerte vida. Vese esto ser verdad en la vida y martirio de san Cipriano: el cual, siendo mago y nigromántico, armando lazos por mano de los demonios y ministros del infierno, para que cayese en pecado la gloriosa vírgen santa Justina, fué preso y enlazado, y se convirtió á Cristo, y despues fué con ella mártir del Señor. El martirio de estos santos Cipriano y Justina, es de esta manera. Fué santa Justina de la ciudad de Antioquía: su padre se llamaba Dusio, ó (como Metafraste dice) Edesio, y su madre Cledonia. Eran gentiles, y tambien lo era su hija Justina; mas por la doctrina de un santo diácono, llamado Praiso ó Proelio, se convirtió á la fe del Señor, y por su medio y por una revelacion que tuvieron, tambien se convirtieron y se bautizaron sus padres. Era Justina hermosa por estremo, y de muy grandes gracias naturales, y mucho mas hermosa por las virtudes, con que su alma resplandecia en los ojos del Señor, á quien tomó por Esposo, y consagró su virginidad. Tuvo envidia el demonio de la santidad de Justina, y pretendió derribarla y hacerla caer de aquella perfeccion en que estaba. Para esto incitó á un mancebo rico y lascivo, que se llamaba Agladio, que pusiese los ojos en Justina y se enamorase de ella, y por todos los caminos que suele el amor ciego, procurase atraerla á su voluntad. Ningun medio bastó para vencer el propósito de la santa vírgen; porque estaba fundado sobre la peña firme, y no temia las avenidas de los rios, ni el ímpetu y braveza de las tempestades y vientos. Como Agladio vió que le salian en vano sus intentos, tomó por postrer remedio el favorecerse de los demonios que le incitaban, para alcanzar por ellos lo que por sí no podia. Habia en la misma ciudad de Antioquía un grande hechicero y nigromántico por nombre Cipriano: á este descubrió Agladio lo que pretendia de Justina, y los medios que habia tomado para ablandarle, el ánimo obstinado y mas duro que el diamante que tenia; y que si no queria que de puro amor de aquella doncella el

se muriese, le socorriese con sus artes poderosas y sobrehumanas; porque él se lo pagaria liberalmente, y quedaria su perpetuo esclavo. Tomó Cipriano á su cargo el vencer á Justina y atraerla á la voluntad de Agladio. Convocó los demonios, mandóles lo que habian de hacer: fueron una, dos y tres veces á la santa: asaltáronla y combatiéronla, transfigurándose en mil formas y figuras; y despues de haber usado contra ella todas sus artes y embustes, quedaron vencidos y corridos: porque la santa doncella favorecida de su dulce esposo Jesucristo, y armada de oracion y ayuno, y especialmente de la señal de la santa cruz, triunfó de ellos gloriosamente. Quedó Cipriano asombrado, por ver que sus artes tenian tan poca fuerza, y que los mismos demonios confesaban su flaqueza, y que no podian prevalecer contra Justina, por ser cristiana, y estar armada con la virtud y poder de Cristo crucificado. De aquí entendió Cipriano que Jesucristo nuestro Salvador era Dios, y mas poderoso que todos los demonios, á quienes él tanto reverenciaba; y encendiéndose la luz del cielo en su corazon, determinó hacerse cristiano. Vino á Antimo, obispo, y le descubrió lo que pasaba; y en efecto, quemando sus libros nigrománticos, y renunciando al demonio y á sus malas artes, se bautizó, y despues fué ordenado de diácono, y resplandeció con gran santidad, y muchos milagros que por él obró el Señor. Y porque él le habia hecho tan grandes mercedes por medio de la santa virgen Justina, tuvo siempre gran cuenta de ayudarla, y de llevar adelante sus santos propósitos, siendo ella abadesa y madre de un monasterio de doncellas, que con gran pureza servian al Señor. Floreciendo, pues, los santos de la manera que hemos referido, un conde llamado Eutolmio, los mandó prender y atormentar á Cipriano, y rasgarle los costados con uñas aceradas, y á Justina, despues de haberla dado muchas bofetadas, azotar con crudos nervios. Despues pusieron á Cipriano en la cárcel y á Justina en casa de una mujer honrada. De allí á pocos dias, traidos á su presencia, viendo la constancia y perseverancia que tenian en la fé, los mandó echar en una caldera grande, encendida y llena de pez, sebo y resina. Entraron los santos mártires en la caldera, y salieron sin lesion alguna, por virtud de aquel Señor, á quien obedecen todas sus criaturas: y un sacerdote de los gentiles, llamado Atanasio, fué quemado del fuego que habia perdonado á los santos. De allí fueron llevados á Nicomedia; y despues de haber padecido otros tormentos con grande ánimo y alegría, los degollaron, y dejaron seis dias sus cuerpos sin sepultura, para que las fieras los comiesen; mas quedaron enteros, guardándolos Dios. Ciertos cristianos, una noche los tomaron y pusieron en un navío, y los pasaron á Roma, en donde primero fueron sepultados en una heredad de Rufina, noble matrona, y despues trasladados á la iglesia de San Juan de Letran, donde al presente están junto al bautisterio. Celebra la Iglesia fiesta de estos dos santos á los 26 de setiembre, que fué el dia de su martirio, imperando Diocleciano y Maximiano. Escribieron de estos santos los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo, Adon y Metafraste. Háse de advertir que algunos autores griegos confunden este santo Cipriano con san Cipriano, que fué obispo de Cartago, é ilustrísimo mártir y elocuentísimo escritor, cuya fiesta celebra la Iglesia á los 16 de este mes de setiembre; pero ellos fueron dos, y nó uno, y diferentes en la patria, grado, profesion tiempo y lugar del martirio.

* San Eusebio, papa.—Este santo, griego de nacion, pasó á Roma para tratar asuntos eclesiásticos, y serian muy recomendables sus circunstancias, porque por muerte del papa san Marcelo, fué elegido obispo de Roma, y consagrado el dia 20 de mayo del año 310. Entre otras de las cosas, procuró mantener en todo su vigor la práctica de las penitencias canónicas, especialmente con respeto á los que habian flaqueado durante la persecucion. Muchos fueron los enemigos que le atrajo su zelo, en particular un tal Heraclio, hombre turbulento que le suscitó toda especie de contradicciones, de las que triunfó Eusebio con su paciencia. Poco despues de su eleccion, fué desterrado por el tirano Maxencio á Sicilia, donde murió el dia 26 de setiembre del mismo año 310. Si bien su pontificado no duró mas que cuatro meses y seis dias, con todo proporcionó dias de júbilo á la Iglesia, por las acertadas disposiciones que dió.

San Calistrato, y sus compañeros, mártires.—San Calistrato era de Roma, y habiendo confesado públicamente el nombre de Jesucristo en tiempo del emperador Diocleciano, le metieron en un saco lleno de quijo y le arrojaron al mar. Por una providencia especial, el saco sobrenadó y permaneció largo tiempo sobre las aguas, y á vista de semejante prodigio, cuarenta y nueve soldados romanos que presenciaban la ejecucion del santo, se convirtieron y abrazaron la religion cristiana. Indignado el emperador con aquel suceso, mandó que Calistrato y los cuarenta y nueve soldados fuesen todos juntos degollados, y así se ejecutó, alcanzando reunidos la palma del martirio.

San Nilo, abad.—Fué descendiente de una familia griega, y nació en la Calabria, en el año 910. Llamóse en el bautismo Nicolás, cuyo nombre cambió despues por el de Nilo. Hizo rápidos progresos en el estudio de las letras divinas y humanas, y contrajo matrimonio. En sus primeros años practicó todas las virtudes; pero poco á poco fué debilitándose su piedad, y llegó hasta á darse á los hábitos viciosos. A la muerte de su esposa, se sintió Nilo tocado de la gracia de Dios, y á fin de escapar á las tentaciones y peligros del mundo, se retiró á un monasterio, teniendo á la sazon treinta años de edad. Consagróse solemnemente al Señor, y llevó á tan alto grado de perfeccion la obediencia, la humildad, la mortificacion de los sentidos y la contemplacion de las cosas celestiales, que sus hermanos le consideraban como otro san Pablo. Pasados algunos años, sus superiores le concedieron el permiso que pedia para irse á vivir en un bosque vecino, y fijar su residencia junto á una pequeña capilla de San Miguel. Muy pronto se hizo célebre san Nilo por sus profecías y milagros: la reputacion de su extraordinaria santidad, corrió por todo el país, y de todas partes se llegaban á consultarle. Los obispos, los príncipes, y hasta los mismos papas buscaron sus consejos é instrucciones. Con ocasion de visitarle, muchos, enamorados de su santidad, se quedaron á vivir junto á su celda, formándose así una especie de comunidad, cuyos individuos vivian en cabañas separadas, y se reunian para los ejercicios de piedad, bajo la direccion del santo, al cual habian nombrado su abad, sin que pudiesen conseguir que tomase nunca este título. Las incursiones de los sarracenos echaron despues de allí á aquellos solitarios. Nilo se fué al monte Casino; despues pasó diez años en el monasterio de Serperi, situado junto al mar, y al fin se fijó con sus discípulos en Tasculum, donde fundó el monasterio de Gotafer-

rata, donde murió el dia 26 de setiembre del año 1005, á la edad de noventa y cinco años.

SAN EUSEBIO, OBISPO Y CONFESOR.—Gobernó la Iglesia de Bolonia por muchos años, siendo insigne en doctrina y piedad. Asistió á varios concilios, trabajó incesantemente unido con san Ambrosio de Milan, y murió en la paz de Dios por los últimos años del siglo IV.

SAN VIGILIO, OBISPO.—Despues de haber pasado por todos los grados inferiores de la clerecía, fué consagrado obispo de Brescia. Sus raras cualidades le hicieron amable á Dios y á sus ovejas; y el papa san Leon el Grande, que conocia todo su mérito, cultivó su amistad y le confió varias comisiones importantes. Llenó sus deberes apostólicos con mucha exactitud, y murió santamente cerca del siglo VI.

SAN SENADOR, MÁRTIR.—A pesar de hallarse este santo en todos los Martirologios antiguos y modernos, ninguno trae mas que su nombre, y solo Pedro de Natal, dice que sufrió martirio en Albano, el dia 26 de setiembre.

SAN AMANCIO, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Nació y murió en Castelo de Italia durante el siglo VI. Ordenóle de sacerdote san Florido en Perugia, y desde entonces fué su fervoroso apóstol, convirtiendo todos los dias multitud de godos con sus exhortaciones, y principalmente con sus milagros. Fué muy eficaz en el socorro de los pobres y de los encarcelados, y de todos cuantos padecian necesidades espirituales y temporales, y habiendo anunciado con anticipacion el dia y la hora de su muerte, descansó dulcemente en el Señor, el dia 26 de setiembre del año 598.

DIA 27.

LOS SANTOS HERMANOS COSME Y DAMIAN MÁRTIRES.—Los santos mártires Cosme y Damian, fueron hermanos y naturales de Egea, ciudad de Arabia, é hijos de padres cristianos. Siendo niños les faltó su padre. La madre, que se llamaba Teodora, y era mujer de loables costumbres, y sierva de Dios, tuvo cuidado de criarlos en su santo temor. Diéronse al estudio de las buenas letras, y especialmente á la medicina, y salieron excelentes médicos, y curaban y sanaban muchos enfermos que parecian incurables, mas por arte divina que humana. No tenian puestos los ojos en interés temporal, ni curaban por dineros, sino por misericordia y puro amor de Dios, en cuya virtud sanaban; y por esto los llamaban «los anarguirios» en griego, que es lo mismo que «los sin dinero;» porque no lo tomaban: y así eran amados y respetados de todo el pueblo, por las buenas obras que de los santos hermanos recibia, y su fama volaba por todas partes. Estaba en la ciudad de Egea á esta sazon un procónsul, llamado Lisias, hombre cruelísimo, y por extremo enemigo de cristianos. Tuvo noticia de los dos santos hermanos: mandólos traer á su presencia; y preguntóles de qué tierra eran, y cómo se llamaban. Respondieron, que eran de la misma provincia de Arabia, y nacidos en la ciudad de Egea, y que se llamaban Cosme y Damian, y que tenian otros tres hermanos, cuyos nombres eran Antimo, Leonico y Euprepio, y que todos eran cristianos. Prendieron luego los otros hermanos, y procuró el procónsul con todo el artificio que pudo persuadirles que sacrificasen á sus dioses: y viendo que perdia tiempo, los mandó atar de piés y manos, y azotar crudamente, y atormentar con otros tormentos crueles y penosos; y luego, así como estaban atados, echar en el mar. Envió el Señor un ángel en su defensa, el cual los desató y libró, y puso en la ribera. Supo esto Lisias, y atribuyéndolo nó á la virtud de Jesucristo (á quien el mar y la tierra obedecen), sino á arte mágica, los mandó poner en la cárcel, y al otro dia encender una grande hoguera y echarlos en ella. Estaban los santos en medio de las llamas sin ser quemados, puestos en oracion, y alabando al Señor por la misericordia que con ellos usaba. Salieron de repente las llamas de aquel incendio, y quemaron á muchos de los paganos que allí estaban. Quedó espantado el procónsul, aunque no rendido: mandólos colgar en el ecúleo, y descoyuntar sus sagrados miembros; mas el ángel del Señor los amparó, y salieron de aquel tormento sin lesion alguna, con gran paz y alegría. Estaba Lisias confuso, y no acababa de entender el poder de Dios, y la fuerza y virtud de la religion cristiana: y lleno de furor y enojo, mandó que los atasen en dos cruces, y que allí los apedreasen. Pero ¿qué puede la fuerza del hombre contra el brazo de Dios? Tirábanles piedras, y ninguna llegaba á los mártires, y muchas caian sobre los mismos que las tiraban y sobre los que miraban este espectáculo, y salian descalabrados. El presidente, afirmando que todo esto era hechicería, les mandó asaetear, y las saetas se volvieron á los que las tiraban, sin que alguna llegase á los cuerpos de los santos. Pronunció el juez sentencia de muerte, y que fuesen degollados; y de esta manera los dos santos mártires, acabaron gloriosamente sus vidas, y con ellos los otros tres hermanos; y sus cuerpos fueron sepultados por varones religiosos, fuera de la ciudad de Egea. Su martirio celebra la Iglesia á 27 de setiembre, y fué el año del Señor de 285, imperando Diocleciano. Los cuerpos de san Cosme y san Damian se trajeron despues á Roma, y fueron colocados en un solemne templo, que Felix, papa, bisabuelo de san Gregorio el Magno, les edificó, donde hoy dia son reverenciados con gran devocion: y como dice Gregorio Turonense, obraba Dios nuestro Señor muchos y grandes milagros por ellos: y los enfermos que venian á su sepultura, volvian sanos; y otras veces aparecian los santos en sueños á los dolientes, y les decian lo que habian de hacer, y en haciéndolo, quedaban sanos. Entre los enfermos que por las oraciones de estos santos alcanzaron salud, fué uno el emperador Justiniano, que, en memoria del beneficio y salud que habia recibido, les edificó dos templos magníficos y suntuosos. Solian los cristianos ir en romería á la Iglesia de San Cosme y San Damian que estaba en Palestina. La vida de estos santos escribió Nicetas, y la refieren Metafraste y el padre Surio, tom. v. Hacen mencion de ellos los Martirologios romano, el de Beda y Usuardo, y mas copiosamente Adon; y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el segundo tomo de sus Anales. Y en el concilio Niceno II, se refieren algunos milagros que hizo el Señor por la intercesion de estos santos, dando salud milagrosamente á los enfermos que les encomendaban.

SANTA ELTRUDIS, VÍRGEN.—Era descendiente de nobles padres, pues era hija del conde Wiverto, gentilhombre del Poitou. Amante de su Dios, le consagró su virginidad, despreciando cuantos acomodos le ofrecia su familia en el mundo, hasta llegar al extremo de escaparse de la casa de sus padres, para no contraer un matrimonio que se le proyectaba. El casamiento que para ella se proporcionaba,

se verificó con su hermana, lo que sabiéndolo Eltrudis, volvió á la casa de sus padres, disfrutando completa libertad. Pidió al obispo de Cambray el velo de religiosa; y se retiró á una celdita, junto á la iglesia del monasterio de Liesies, gobernado entonces por un hermano suyo. Siguieron su ejemplo algunas personas de su sexo deseosas de la perfeccion, y reunió una pequeña comunidad. Apartada de todo comercio humano, tan solo se dedicaba á la oracion y á la penitencia. Segun Mabillon, murió esta santa á fines del siglo octavo, y fué sepultada en la iglesia de Liesies.

San Eleázaro, confesor.—Nació el año 1285 en la diócesis de Apt, de la familia de los ilustres condes de Arian, en la Provenza. Apenas salió á luz, su madre á quien llamaban «la buena condesa» le tomó en sus brazos, y le ofreció á Dios, suplicándole, que ántes le sacase de este mundo, que permitir que aquel hijo que la daba, perdiese por la culpa, la gracia del bautismo. El niño Eleázaro se mostró desde luego lleno de todos los dones con que previene el Señor á sus elegidos. Apenas habia salido de la infancia, fué entregado á su tio, el abad del monasterio de San Victor, en Marsella, quien cuidó de su educacion. A la edad de diez años era ya un modelo cabal de penitencia, llegando al extremo de que su tio tuviese que mitigar los rigores con que se castigaba. A imitacion del rey Cárlos II, Eleázaro contrajo matrimonio con Delfina de Glandeves, rica y virtuosa, y ambos esposos se obligaron á guardar perpetua castidad. Las austeridades á que ambos se entregaban para mortificarse, casi excedian á las de los antiguos padres del desierto. A la edad de veinte y tres años, quedó Eleázaro único heredero del condado y de la inmensa fortuna de su familia, y todos estos bienes los miró siempre como otros tantos medios para socorrer las necesidades del prójimo, y promover la gloria de Dios. Su alma estuvo constantemente unida con Dios, y fué admirable en la resignacion y paciencia con que sufrió todas las persecuciones de sus enemigos. En medio de las grandezas y los honores de la tierra, vivió como un anacoreta, y para asegurar mejor su eterna salvacion, dejó el mundo para tomar el hábito en la tercera órden de San Francisco, ejemplo que imitó su santa esposa, y despues de haber nombrado á los pobres, herederos suyos universales, murió Eleázaro en París, el dia 27 de setiembre del año 1323.

San Cayo, obispo y confesor.—Fué discípulo del apóstol san Bernabé, y deseando ser testigo de los milagros y celestiales instrucciones de los santos apóstoles Pedro y Pablo, se dirigia á Roma, cuando tuvo una vision, estando en camino, en la cual se le manifestó el martirio de los dos príncipes de la Iglesia. Llegó á la capital del mundo y permaneció allí algun tiempo, asistiendo á las reuniones de los cristianos, y trabando estrecha amistad con san Clemente, que despues fué papa. Consagrado obispo de Milan, convirtió á muchos á la fé, y bautizó á los santos Gervasio y Protasio, sacrificados poco despues al furor de los enemigos de la religion. Durante la persecucion de Neron tuvo que sufrir muchos trabajos, que sobrellevó con admirable fortaleza, y al fin murió en paz entre sus ovejas, á fines del siglo I.

San Aderito, obispo y confesor.—Ordenóle de sacerdote san Apolinar, obispo de Ravena al cual sucedió en el obispado, designado por medio de un milagro. Desempeñó el cargo pastoral con incansable zelo y vigilancia, desterró de su diócesis el culto de los ídolos, y murió santamente en Ravena, en el siglo II.

San Florentin y san Hilario, mártires.—Al principio del siglo V entraron los bárbaros en las Galias, y mataron á muchos cristianos á causa de su fé. Entre estos cuéntanse los dos santos de quienes hablamos. Vivian en un pueblo de la diócesis de Autun, el que santificaron con sus virtudes y su dichosa muerte, porque despues de haber sido despojados de todos sus bienes, fueron degollados el dia 27 de setiembre del año 406. Sus reliquias fueron trasladadas á Lion á mediados del siglo IX, y depositadas en el monasterio de Aisnay, donde obraron gran número de prodigios.

San Marcos, obispo.—Fué discípulo de Jesucristo, y le llama Juan el evangelista san Lucas. Dícese que era pariente de san Bernabé y que fué de los primeros que predicaron el Evangelio á los gentiles. Lo que parece fuera de toda duda es, que fué consagrado obispo de Biblis, ciudad de la Francia, donde murió santamente entre los años 80 y 90 de Jesucristo.

Los santos Adolfo y Juan, mártires.—Nacieron en Sevilla, de nobles padres, y despues fueron los primeros que dieron en Córdoba la vida por Jesucristo. Su padre era moro, y su madre, llamada Artemia, era cristiana, mujer muy celebrada por su virtud y por la gloria de haber tenido tres hijos mártires, los dos de que ahora hablamos y santa Aurea hermana suya. San Eulogio dice que los dos hermanos fueron acusados ante el juez, como lo fué mas de treinta años despues su hermana Aurea, de que siendo hijos de padre mahometano, habian renegado de su ley y abrazado la fé de Cristo. Confesáronlo ellos en seguida y perseveraron en su propósito sin amedrentarles las amenazas y las promesas grandes que aquellas gentes les hacian. Por esta causa fueron degollados en el reinado de Abderramen II, hácia los años 824 de Jesucristo, y sus cuerpos fueron sepultados en la iglesia de San Ciprian de la misma ciudad de Córdoba.

Santa Epicaris ó Epicárides, mártir.—Estaba casada con un senador romano y vivia en la ciudad de Roma, en tiempo del emperador Diocleciano. A causa de sus obras de caridad, fué mandada comparecer ante el presidente Cesario, que viendo que no podia vencer su constancia con halagos y promesas, la hizo azotar con cordeles emplomados, despues la hizo colgar cabeza abajo, y en esta penosa actitud estuvo mucho tiempo, hasta que al fin le cortó la cabeza el verdugo, y su alma voló á Dios.

Los santos Fidencio y Terencio, mártires.—Fueron de Capadocia, y habiendo venido desde Siria á Roma en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fueron presos y martirizados en Todi, donde fueron sepultados honoríficamente á espensas de una piadosa mujer, cuyo hijo los dos santos habian curado.

DIA 28.

San Wenceslao, mártir.—El esclarecido duque de Bohemia y glorioso mártir de Cristo, Wenceslao, fué hijo de Wratislao, cristianísimo y religiosísimo príncipe, y de Draomira, mujer perversa y muy enemiga de nuestra santa religion. Murió su padre, siendo niño Wenceslao, y una abuela suya, madre de su padre, que se llamaba Ludmila y era santa matrona, adoptó á Wenceslao, y le tomó

para criar á su cargo, temiendo que la madre le habia de pervertir y teñirle de su color. Dió por maestro á Wenceslao á un varon santo, llamado Pablo, para que desde niño le enseñase y le instruyese en el temor santo del Señor: y el mismo padre Wratislao, con este mismo recelo, habia mandado en su testamento, que su madre y abuela de Wenceslao, le tuviese consigo y gobernase aquel estado, hasta tanto que el niño creciese y tuviese edad para gobernarle: y así se hizo, quedando á la madre Draomira otro hijo menor, por nombre Boleslao, á quien se dió una provincia llamada Boleslavia, para su sustento y estado. Cada uno de los dos hermanos imitó las costumbres de los que los criaban; porque no se puede fácilmente creer lo que puede la crianza de los niños, y como se les pega en bien y en mal lo que en aquella tierna edad ven y aprenden de sus amas, ayos y maestros, como el ejemplo de estos dos hermanos nos lo enseña; porque Wenceslao imitó las costumbres de su abuela, que eran cristianas y religiosas, y su hermano, las de su madre, que eran viciosas y contrarias á la religion cristiana, de la cual (como dijimos) era capital enemiga: y como tal, ó tan ambiciosa, no obstante lo que Wratislao, su marido, habia mandado en su testamento, tomó por fuerza el estado, y mandó luego que se cerrasen las Iglesias de los cristianos: que los sacerdotes no predicasen; ni los maestros enseñasen á sus discípulos, so pena de la cárcel, del destierro y de la muerte. Mudó en Praga los magistrados cristianos, y puso otros idólatras, que maltratasen á los que profesaban la fé de Cristo, y habia en todos ellos gran llanto, gran turbacion y confusion: por lo cual la abuela Ludmila y los otros que bien sentian, fueron de parecer que Wenceslao se encargase del gobierno, para cortar la raiz de aquellos males; y así se hizo. Fué tan grande el odio y aborrecimiento que la nuera concibió contra su suegra, por verla gobernadora de aquel estado, y tan aficionada á las cosas de religion y piedad, que la hizo ahogar, estando en una capilla con la misma toca que traia, y matar con este cruel género de muerte. Era esta mujer como una furia infernal, brava contra todos los súbditos, y cruelísima é intolerable contra los cristianos (como habemos dicho), y enemiga de su propio hijo Wenceslao, y deseosa que el hermano menor Boleslao fuese el señor.

Era Wenceslao de muy lindo y grave aspecto, vírgen toda su vida, templado en la comida y bebida, devotísimo sobremanera, asistiendo á los oficios divinos de noche y de dia, y de tanta penitencia y virtud, que de noche algunas veces andaba con los piés descalzos sobre la nieve y el hielo, sin sentir la fuerza del frio: y un compañero suyo, yendo bien arropado y calzado, se heló, y poniendo los piés sobre la huella y pisadas de Wenceslao, cobró calor; y despues al dia siguiente se hallaron los piés del santo mozo destilando sangre. Era en el gobierno mas padre benigno y santo príncipe, que señor temporal: porque las noches las gastaba en oracion, y en alabar al Señor, y pedirle luz y fuerzas para hacer bien su oficio; y los dias empleaba en el gobierno, y en amparar y consolar á los pobres, visitándolos, alimentándolos y remediando sus necesidades. Algunos señores comenzaron á tener en poco á Wenceslao, pareciéndoles que su vida era mas de monge humilde, que de príncipe poderoso: y uno de ellos, llamado Radislao, tomó las armas y se entró por el ducado de Bohemia, robando y destruyendo la tierra, sin querer oir á los embajadores que Wenceslao le enviaba para tratar de paz y concordia. Fué forzado Wenceslao á salir en campo contra su enemigo: y temiendo que si venian á batalla, se derramaria mucha sangre, y los inocentes padecerian; para escusar tan gran mal, ofreció á su enemigo de hacer campo y pelear cuerpo á cuerpo con él. Admitió el partido Radislao, y armóse de todas armas de piés á cabeza, y salió al campo en bravo caballo, con su lanza; y Wenceslao, vestido con sola una loriga sobre el cilicio, y con una pequeña espada, se puso de la otra parte, estando los dos ejércitos á la mira. Al tiempo del arremeter, Wenceslao se armó con la señal de la cruz, y el contrario enristró la lanza para herirle: mas súbitamente vió dos ángeles en favor de Wenceslao, y oyó una voz, que le decia: No le hieras; y quedó tan espantado y atónito, que se echó del caballo á los piés de Wenceslao, y le pidió perdon, conociendo que Dios peleaba por él; y el buen Wenceslao le levantó del suelo y le perdonó.

Otra vez, habiendo el emperador Otón, I de este nombre, mandado juntar los príncipes del imperio en Vormacia, para tratar algunos negocios graves en la Dieta imperial, fué llamado entre los otros Wenceslao, duque de Bohemia, como príncipe del imperio. Un dia, por haber el sacerdote tardado á decir la misa solemne que oia Wenceslao, vino tarde á la junta de los príncipes: y ellos, sospechando que aquella tardanza nacia de soberbia y vanidad, determinaron no levantarse de sus sillas, ni hacerle cortesía cuando viniese, y lo mismo persuadieron al emperador. Al tiempo que Wenceslao entró en la sala, donde estaba el mismo emperador, vió dos ángeles que delante iban de él y le acompañaban: y asombrado, se levantó de su trono imperial y le salió á recibir, y le hizo acatamiento y le mandó sentar cabe sí, quedando los otros príncipes, maravillados por ver lo que el emperador hacia con Wenceslao, y no saber la causa; pero cuando el emperador se la dijo, todos conocieron su culpa y le pidieron perdon. Quedó de esta vez tan aficionado el emperador á la modestia y santidad de Wenceslao, que le dijo que le pidiese cualquiera cosa que quisiese; porque de muy buena gana se la concederia. Pensó el emperador que habia de pedir algunas mercedes de cosas grandes y ricas del siglo; mas Wenceslao solamente le pidió el brazo de san Vito, mártir, que de Francia habia sido trasladado á Corbeya de Sajonia, en tiempo del emperador Ludovico Pio; y tambien las reliquias de san Sigismundo, rey de Borgoña. El emperador le concedió lo que pidió como un precioso y santo tesoro, y le dió otros dones magníficos, y entre ellos título de rey, y sus armas imperiales, y le libró de cualquier pecho ó tributo. Mas el santo duque lo que mas estimó, fueron las reliquias de los santos: y llegado á Praga, mandó edificar una suntuosa iglesia, que despues fué catedral, y dedicarla á san Vito, y colocar en ella su brazo, que el emperador le habia dado, y trasladar á ella el cuerpo de la santa abuela Ludmila: el cual al cabo de tres años que habia sido enterrado, se halló entero y despidiendo un olor suavísimo de sí: y fué tanta la humildad de Wenceslao, que nunca se quiso coronar ni llamarse rey; aunque el emperador y los otros príncipes en sus cartas lo llamaban. Con estas obras, y con las maravillas que Dios obraba con él y por él, vino Wenceslao á ser muy famoso príncipe, y estimado y amado de todos.

fuera de su misma madre y hermano, que eran los que mas le debian amar y estimar. Mas como en la religion y las costumbres eran tan desemejantes, no se puede creer la rabia que contra el santo rey tenian, y lo que con sus buenas obras y amor del pueblo, y estima y honra de los príncipes, como con un viento recio crecian las llamas que á Draomira y Boleslao abrasaban contra él. Entendiólo el santo rey: y como de suyo era blando, manso y menospreciador de todas las grandezas del siglo, tuvo deseo de dejarlas y renunciar el ducado de Bohemia y hacerse monge; y tratando él de esto, fué tanto lo que aquel gusano de la envidia y odio royó las entrañas de su madre y hermano, que determinaron no aguardar que cumpliese su deseo, sino luego darle la muerte y de una vez acabar con él; porque no podian sufrir (siendo estos idólatras) que Wenceslao sirviese á los sacerdotes en la misa, ni los visitase en su casa y les proveyese de las cosas necesarias, y que muchas noches se fuése descalzo al templo para oir los maitines, y velar en oracion; y mucho ménos, que fuese tan grande su devocion para con el sacrosanto Sacramento del altar, que él mismo sembraba, cogia y trillaba el trigo de que se habian de hacer las hostias, y las hacia por sus manos: que todo era contrario á la impiedad y torpeza con que ellos vivian. Para ejecutar, pues, la maldad que habian tramado, tomaron esta ocasion. Nació á Boleslao un hijo que habia de suceder en los estados de los dos hermanos: y queriéndole hacer fiesta y regocijar aquel nacimiento, convidaron á Wenceslao, y rogáronle que se fuése á la provincia de Boleslavia donde ellos estaban; y el santo mozo se confesó muy despacio y comulgó, y despues se puso en camino para ver á su madre y hermano, nó sin recelo de lo que le habia de suceder. Salióle el hermano á recibir con gran cortesía y disimulacion: entró en la casa de su hermano: aparejóse un solemne convite: sentáronse á la mesa la madre y los dos hermanos: y como la cena se alargase mucho, levantóse Wenceslao de la mesa muy de noche, y fuése al templo, por guardar su buena costumbre y hacer su acostumbrada oracion al Señor. La cruel madre se embraveció con esto, y encendió mas á Boleslao, para que luego matase á su hermano. Fué armado de hierro y de impiedad al templo con gente: halló á su santo hermano desarmado y orando, y allí le mató por su mano y le hizo mártir de nuestro Señor Jesucristo. La misma noche el rey de Dinamarca, estando tan lejos de Bohemia, tuvo en sueños una revelacion, en que le mandaba Dios que celebrase la memoria de Wenceslao, duque de Bohemia; que habia sido martirizado por manos de su hermano, y que le honrase como á santo; y así lo hizo el rey de Dinamarca, mandando edificar un templo y dedicarle á san Wenceslao, por el cual obró Dios nuestro Señor muchos y grandes milagros; y la triste y desventurada Draomira, estando en la parte de la ciudad, que llaman el Castillo de Praga, se abrió la tierra y la tragó; y los que acompañaron á Boleslao en aquel maleficio ó perdieron el seso, y furiosos y fuera de sí se despeñaron, ó se mataron con las mismas espadas que habian desenvainado contra el santo: y la pared de aquel templo, donde mataron á Wenceslao, quedó bañada con su sangre, de tal manera, que nunca la pudieron lavar. Boleslao ejercitó tiránicamente el señorío, que tiránicamente habia usurpado, y comenzó á perseguir á los cristianos y á todos los que habian sido criados ó amigos de Wenceslao; mas viendo que á su sepulcro los ciegos veian, los sordos oian, los cojos y mancos cobraban piés y manos, se deshacia de rabia: y para quitar al hermano, que él habia muerto, aquella honra, mandó que de noche secretamente se llevase el cuerpo de Wenceslao á Praga, y se colocase en el mismo sepulcro de san Vito, sin que nadie lo entendiese, para que los milagros que allí Dios obrase, no se atribuyesen á Wenceslao, sino á san Vito. Pero ¿qué puede contra Dios y contra la verdad la malicia humana? Los caballos del coche que iba el santo cuerpo, se pararon en un lugar, y se quedaron inmóbiles, hasta que vino el dia y se descubrió la maraña, y se conoció la maldad y embuste de Boleslao: el cual murió consumido de enfermedades.

La vida de san Wenceslao escribió Eneas Silvio, que despues fué papa Pio II, en la Historia de Bohemia, cap. 14 y 15; y mas largamente Juan Dubra, obispo de Olmutz, en su Historia de Bohemia, lib. IV y V, y se refiere en el V tomo de Surio. Tambien la describió ántes Lorenzo, monge de Monte Casino; y el Martirologio romano y el de Adon hacen mencion de él á los 28 de setiembre, y el breviario de Polonio y Wiltchindo, sajon, lib. II.

El beato Simon de Rojas, confesor.—El beato Simon de Rojas, ilustre ornamento de la sagrada órden de la Santísima Trinidad, nació en la ciudad de Valladolid, en Castilla la Vieja á 28 de octubre de 1552. Sus padres fueron Gregorio Ruiz de Nabamuel, y Constanza de Rojas, ambos ilustres así por la nobleza de su sangre, como por su singular piedad. No pronunció palabra alguna este bendito niño hasta los catorce meses de nacido, y entónces las primeras palabras que articuló fueron Ave María. Con este extraordinario y maravilloso suceso parece que quiso manifestar el cielo, que este santo niño era singularmente elegido de Dios para excitar á los fieles á venerar y obsequiar á María santísima, y para promover en la Iglesia el culto de su dulcísimo nombre. En efecto tuvo el siervo de Dios tan profundamente grabado en su corazon este santísimo nombre de María, y fué tan tiernamente enamorado de esta Reina celestial, que trabajó siempre con un zelo incansable en promover su culto y veneracion, y aquellas palabras Ave María con que empezó á hablar, las repitió con tanta frecuencia en todos sus discursos y conversaciones en todo el tiempo de su vida que jamás se le caian de la boca.

Tuvieron sus padres mucho cuidado de criar este hijo en la cristiana piedad, y él correspondió tan bien á su trabajo que conservó hasta la muerte pura y limpia la inocencia y la gracia del santo bautismo, sin mancharla jamás con ningun pecado grave. Cuando tuvo la edad competente, le enviaron á la escuela donde con su vivo ingenio y constante aplicacion, aprendió en poco tiempo á leer, escribir, contar, la gramática y la retórica. Todos celebraban el grande talento y singulares virtudes de este bendito niño; pero él, menospreciando los aplausos y las lisonjas de este mundo, no pensó sino en abandonarle abrazando el estado religioso. No tenia mas que unos doce á trece años, cuando recibió el hábito de religioso trinitario en el convento que esta sagrada religion tiene en la misma ciudad de Valladolid, donde vivió con indecible contento de su alma, y no menor edificacion de los religiosos de aquel monasterio que quedaban admirados de las muchas virtudes que advertian en el santo novicio, y daban gra-

cias al Señor que le hubiese traido á su casa para lustre de toda la órden. Hizo á su tiempo la profesion con aquella devocion y fervor que se deja discurrir; y despues le enviaron sus superiores á Salamanca para estudiar la filosofía y teología en aquella célebre universidad. Estudió el santo mancebo con mucho cuidado estas facultades; pero su incesante aplicacion al estudio nada entibió el fervor de su devocion; porque estudió con el fin que debia, esto es, para saber sus obligaciones y enseñar al prójimo las suyas. Cuando tuvo la edad prescrita por los sagrados cánones, recibió las órdenes sagradas hasta el sacerdocio, y como tenia tan grande devocion á la Vírgen santísima, pidió y consiguió de sus superiores licencia para ir á decir la primera misa en el convento de las Virtudes, que es un monasterio de su órden solitario, situado en Castilla la Vieja, donde se venera con singular concurso de los pueblos vecinos una devota imágen de la santísima Vírgen. En el altar donde está colocada esta devota imágen, dijo el siervo de Dios la primera misa con extraordinario fervor de espíritu, y despues que se hubo detenido algunos dias en este santuario para satisfacer á su tierna devocion, volvió á Salamanca á proseguir sus estudios, y cuando los hubo concluido, regresó á su convento de Valladolid.

En el año 1579 los superiores le mandaron pasar al convento de Toledo; para enseñar la filosofía á los jóvenes religiosos. Enseñó el siervo de Dios seis años esta facultad, procurando con increible diligencia instruir á sus discípulos, no solo en esta ciencia sino principalmente en la ciencia de los santos, inspirando en su tierno espíritu las virtudes religiosas; y bendijo el Señor de tal modo sus piadosas industrias que tuvo varios discípulos muy aventajados en virtud y letras, que fueron despues honor y lustre de toda la órden; y entre ellos el P. M. Fr. Luis Petit, general de la religion; el maestro Reinoso, que murió obispo de la Nueva Segovia; el maestro fray Fernando Nuñez, obispo de Nicaragua; el maestro Villaroel, predicador de la serenísima infanta Clara Eugenia en Flandes; el maestro Damian Lopez de Haro, obispo de Puerto Rico; el maestro Monroi, que murió en Argel por la fé de Cristo y rescate de sus hermanos; y finalmente fué tambien su discípulo el venerable P. Fr. Juan Baustista Rico, nombrado de la Concepcion, cuando á mayor gloria de la santísima Trinidad erigió la descalcez trinitaria, cuya beatificacion se está solicitando en la Santa Sede. Concluido el segundo curso de filosofía, prosiguió su carrera literaria leyendo teología en el mismo convento, hasta que concluyó el tiempo señalado por las leyes de la religion; entonces se dedicó á oir las confesiones de los fieles, y á predicar la palabra de Dios, que anunciaba en un modo fácil y acomodado á la capacidad de los oyentes; pero con un espíritu tan conmovido y penetrado de las verdades que enseñaba que no podia contener las lágrimas, y era su llanto mas copioso cuando trataba de los misterios de Cristo, ó de las virtudes, excelencias, glorias y privilegios de la Vírgen santísima. Predicando con este espíritu conmovia maravillosamente á sus oyentes, les enternecia y persuadia lo que queria. Luego se esparció por todas partes la fama de este varon apostólico; por lo que eran innumebles los que acudian á el, los unos para confesarse y emprender una vida devota bajo su direccion, otros para consultarle sus dudas en casos difíciles y enmarañados: los enfermos tambien le llamaban ó para que les confesase, ó para que impusiese sus manos sobre ellos y les dijese los evangelios; el siervo de Dios á todos asistia y consolaba, sacrificando su comodidad, su reposo y su salud, á beneficio de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo.

Una virtud tan eminente se ganó desde luego el amor y el respeto de los religiosos de su órden; por lo que muchos conventos que deseaban conservarse en la rígida observancia deseaban tenerle por superior, esperando que, bajo el gobierno de un prelado tan santo, se aumentaria en ellos el fervor y la devocion. El primer convento que le eligió por su ministro, fué el de la villa de Cuellar. Procuró el siervo de Dios eximirse de este cargo que se le queria imponer, porque deseaba obedecer y nó mandar; pero los superiores le mandaron aceptarles por virtud de santa obediencia; por lo que fué forzoso inclinar la cabeza al yugo del precepto y aceptar el oficio; el cual desempeñó tan perfectamente, que sucesivamente le eligieron para el mismo oficio varios conventos; de suerte, que pasó lo restante de su dilatada vida en los oficios de gobierno de la religion, habiendo sido ministro de varios conventos, visitador de varias provincias, y finalmente provincial de su provincia de Castilla. En efecto, no se podia desear prelado mas digno que el beato Simon; en los conventos que gobernaba como ministro, hallaban los religiosos en su prelado un padre de familias benigno, vigilante, próvido, prudente, justo y religioso. No mandaba sino lo que él mismo ejecutaba: observaba con exactitud todas las reglas y estatutos de la religion por mínimas que fuesen: jamás faltaba al coro, ni á acto alguno de la comunidad, sino compelido de la necesidad ó de la caridad: no salia de la celda sino le sacaban de ella la caridad ó las obligaciones de su oficio: observaba un profundo silencio, como persona que estaba interiormente recogida con Dios nuestro Señor: era tan modesto y circunspecto en todas sus acciones, que causaba á todos suma edificacion y llevaba á mas de esto una vida muy austera y penitente: su abstinencia era singular: desde muy jóven ayunó á pan y agua tres dias en la semana, durante la cuaresma y el adviento, y en las vigilias de las fiestas principales y de los santos de su devocion: en los demás dias no comia sino yerbas y legumbres, á que á veces añadia algun huevo absteniéndose siempre de carne: jamás se desnudaba el hábito; porque decia: El santo hábito que vestimos, á los delincuentes se lo quitan, y solo los apóstatas le dejan: y así ni en la cama ni fuera de ella, jamás le vieron desnudo de su hábito. Cuando necesitaba dar algun descanso á su cuerpo, lo tomaba echándose vestido en el suelo donde dormia dos ó tres horas ántes de los maitines, á los cuales acudia siempre, y despues de haberlos cantado, pasaba lo restante de la noche en oracion y otros ejercicios devotos.

La mañana la empleaba en oir las confesiones de los fieles y en celebrar el santo sacrificio de la misa; en cuya accion se encendia tanto su afecto, que sus ojos eran dos fuentes perennes de lágrimas, singularmente despues de la consagracion hasta despues de la sumpcion. Predicaba con mucha frecuencia la palabra de Dios, asistia á los enfermos, recogia limosnas para la redencion de los cristianos cautivos, cuyos trabajos le traspasaban el corazon, y socorria á todo género de pobres: á las viudas, á los huérfanos, á los ancianos y á todos los mendigos que acu-

dian en mucho número á la portería del convento á buscar la comida que el santo ministro les daba todos los dias, previniendo á este fin una olla competente, cuidando con increible solicitud de buscar lo que se necesitaba para un gasto tan crecido. Sobre todo relucia en nuestro beato una perfectísima observancia de los votos de la religion. Su castidad era verdaderamente angélica y libre de toda molestia y tentacion. Esta fué una gracia muy particular que alcanzó de Dios nuestro Señor por intercesion de la Vírgen santísima; porque hallándose el santo religioso en su juventud muy molestado de tentaciones sensuales, suplicó con mucho fervor á la Reina del cielo le librase de este importuno y doméstico enemigo, á fin de que sin recelo de manchar su pureza, pudiese acudir al socorro de las necesidades espirituales de sus prójimos; acompañó la oracion con la mortificacion, afligiendo su carne con cilicios, disciplinas y otras asperezas; y estando un dia en elevada contemplacion, le pareció que le apretaban en la cintura una cuerda ó cíngulo con lo que quedó libre en lo restante de su vida de esta peligrosa tentacion y no obstante que alcanzó esta singularísima gracia en su juventud, fué extraordinario el recato y cautela con que trataba las personas de otro sexo; no iba á su casa sino cuando estaban enfermas, ó padecian otras necesidades que pedian su personal asistencia; las palabras que entonces usaba con ellas, eran contadas, evitando las superfluas; y esta misma conducta observaba con sus hijas espirituales y la misma aconsejaba á los confesores. Su obediencia no conocia límites, obedeciendo prontamente á sus superiores en todo lo que le mandaban, no teniendo otra voluntad que la suya. Esta virtud fué la que le obligó á aceptar los oficios y empleos honrosos que se le confiaron, y á vencer todas las repugnancias que en esto sentia su humildad. El religiosísimo Felipe III así lo conceptuaba; por lo que, diciéndole los superiores de la órden que el medio de tener cerca de su persona al padre Rojas, como deseaba, era el de conferirle algunos empleos de palacio; replicó el devoto monarca: el medio único de conseguir esto del padre Rojas, es el de que se lo manden sus superiores. Su pobreza era asombrosa; no tenia sino un hábito viejo y roto, y una túnica interior de estameña; cuando debia lavar el hábito, tenia que pedir otro prestado, y á este fin solia acudir á los novicios; no usaba la camisa de lino sino cuando padecia alguna enfermedad, y entonces obligado de la obediencia; si le importunaban que dejase el hábito por ser sobrado viejo y roto, decia con gracia especial, que no hay mejor amigo que el mas viejo, y que como habia dias que trataba aquella ropa la tenia cariño y no queria desprenderse de ella. En su celda no tenia sino un lecho pobrísimo, una arca de madera que valdria ocho reales, dos sillas para acomodar á las personas que le visitaban, algunas estampas, una cruz, y dos ó tres libros. Para componer sus sermones acudia á la biblioteca del convento y decia que en una comunidad todas las cosas debian ser comunes, hasta los libros. Siendo tan pobre para socorrer sus propias necesidades, era riquísimo para remediar las ajenas: era muy grande como se ha dicho, el número de los pobres que acudian al beato Simon á buscar algun socorro en su miseria, y el siervo de Dios á todos favorecia con las limosnas que con indecible solicitud recogia á este fin de personas ricas y piadosas.

Con esta vida tan santa y perfecta fué increible el fruto que hizo en los conventos que gobernó, esmerándose los religiosos en imitar las virtuosas acciones de su santo prelado. Hallándose ministro del convento de Ciudad Rodrigo, asistió al capítulo provincial que celebró la religion en Talavera, y en él quiso el provincial premiarle su mucho mérito, confiriéndole el grado de maestro. Rehusó el humilde Simon este honor, pero el prelado le mandó aceptarle. Una virtud tan extraordinaria llegó á noticia del religioso monarca Felipe III, el cual, deseoso de tener cerca de su real persona un varon tan santo y alumbrado de Dios, para oir su parecer en los asuntos mas graves que ocurriesen en su monarquía, hizo insinuar á los superiores que seria de su real agrado que el padre Simon de Rojas viviese en la córte; con esto los superiores mandaron á nuestro beato pasase á vivir al convento de Madrid, y en cumplimiento de este precepto pasó el siervo de Dios á vivir en la córte pasado el año de 1600, y en ella permaneció casi de continuo todo el resto de su vida. En este convento prosiguió el beato en llevar la misma vida austera y penitente, y aplicada á procurar el bien espiritual y temporal de sus prójimos, que habia llevado hasta entonces; predicaba con mucha frecuencia la palabra de Dios, y en el convento de religiosas de San Francisco predicó todos los sábados doce años continuos; oia todos los dias las confesiones de los fieles; visitaba las cárceles; consolaba los presos, los socorria con limosnas y se interesaba á su favor con los jueces; acudia á los enfermos, les hacia las camas y los servia hasta en los ministerios mas bajos y fastidiosos; los enfermos de las casas particulares lo llamaban continuamente, ya para confesarse con él, ya para que les dijese los evangelios; pues la experiencia enseñaba que muchos por este medio alcanzaban la salud; y el beato, aunque se hallaba cargado de años y exhausto de fuerzas, á todos acudia y á todos consolaba con entrañas de amoroso padre; procuraba que cada dia en la hora de medio dia se diese de comer en la portería del convento y en los claustros á los pobres que la pidiesen, conforme lo habia practicado en todos los conventos en que habia vivido, y aunque acudian á centenares, jamás les faltó su refeccion, trabajando el beato con incansable desvelo en buscar las limosnas que para este gasto eran menester; y cuando faltaba el socorro humano le favorecia el Señor con manifiestos prodigios, para que no faltase la comida á los pobres, y quedase su siervo consolado y contento; porque era tan grande el consuelo que sentia en preparar él mismo la olla de los pobres, y en repartirles á medio dia por sus propias manos la comida, que decia que engordaba con verlos comer y saciarse.

A estos trabajos de la vida activa añadia el beato una penitencia asombrosa; porque despues de cantados los maitines de media noche, bajaba al claustro del convento y allí procuraba imitar al Redentor, y repetir en su persona los tormentos de la pasion sagrada: se hacia atar á una coluna, y cubrir de azotes en memoria de los que en ella habia recibido su Redentor, cargaba sobre sus espaldas una pesada cruz; se hacia poner en la cabeza una corona de penetrantes espinas, que le lastimaban de tal modo, que la sangre le corria por el rostro; se ponia una soga al cuello, mandando á un religioso que le tirase de ella; y con las rodillas desnudas por el suelo andaba las estaciones por el claustro contemplando los pasos dolorosos del Señor, representados en los cuadros que ador-

naban las paredes; y para concluir la dolorosa representacion de tantas angustias y misterios, se extendia sobre la cruz, se hacia atar en ella, y levantándola, permanecia por espácio de dos horas hecho un vivo retrato de nuestro Redentor; era tan amante de este ejercicio, que ni empleo ni incomodidad pudieron jamás apartarle de él.

Estas penitencias superiores á las fuerzas humanas, debieran acabar la vida á un hombre tan anciano y exhausto de fuerzas como el beato, pero el Señor que le inspiraba aquellos extraordinarios rigores, le conservaba de tal modo la salud y las fuerzas, que por la mañana se hallaba ágil y robusto, para atender á las obras de caridad, como si hubiese pasado la noche en el mas apacible sueño.

Tan heroicas virtudes, unidas á los dones sobrenaturales de profecía, de discrecion de espíritus, de penetracion de los corazones y de obrar cosas prodigiosas, con que Dios enriqueció á su siervo, le ganaron el respeto y el cariño de los soberanos y de toda la córte. Felipe III, y la reina doña Margarita, su esposa, le veneraban y respetaban como á santo; se confesaban estos piadosos reyes varias veces con el beato, le comunicaban todo su interior, y en los sucesos adversos que ocurrian, el beato era todo su consuelo. Felipe III, tenia tanta confianza con el siervo de Dios, que no queria resolver cosa alguna de importancia sin su consejo; de aquí es, que cuando transfirió su córte á Valladolid, quiso que pasase á vivir allí tambien el beato, á quien veneraba de tal modo, que cuando pasaba de su cuarto al de la reina, el mismo soberano le acompañaba y abria la cortina de la puerta: una vez le visitó en su celda, acompañado de los señores infantes sus hijos, edificándose mucho de verla tan pobre y desnuda de adornos, y quiso asistir tambien á la comida que en los claustros del convento daba el beato todos los dias á los pobres soldados inválidos, y á otros, que habiendo acudido á la córte á solicitar el premio de los servicios que habian hecho á la corona, peleando contra los moros en África, ó contra los herejes en Flandes, no tenian con qué subsistir, y quedó el monarca edificado de la caridad del siervo de Dios, y del zelo con se interesaba para todo lo tocante al real servicio y al bien de la corona. Creció aun mas la veneracion del rey hácia el beato, con el suceso maravilloso que acaeció en la última enfermedad que tuvo la reina doña Margarita, su esposa; porque, habiendo sido acometida, de resultas de un parto peligroso de un mortal parasismo, se hallaba el rey inconsolable, por ver morir de improviso á la reina sin recibir los santos sacramentos; en este triste lance envió á llamar al beato, con quien se consolaba en todos los sucesos adversos, y así que llegó al palacio, le dijo el rey: Vea V. R. como se muere la reina sin remedio, y sin recibir los santos sacramentos, que es lo que mas siento. El beato le consoló, y pasando sin detenerse al cuarto de la enferma, así que llegó á él, dijo en voz alta: Ave María, ¿qué es esto, señora? A estas voces la reina, que hasta entonces habia estado como muerta y sin dar señal alguna de vida, como si resucitara, respondió al momento: *Gratia plena*, padre Rojas: y cobrando todos sus sentidos, se confesó con toda quietud, recibió despues con mucha devocion el santísimo Sacramento y la extremauncion, y despues, asistiendo siempre á su lado el beato, entregó plácidamente su alma en manos de su Criador, con increible consuelo del rey y de toda la corte.

Quiso este piadoso monarca premiar el mérito y las virtudes del beato Simon, nombrándole primero para el obispado de Jaen, y despues para el de Valladolid, su patria; pero el siervo de Dios rehusó constantemente admitir este honor, y el rey, que conocia cuán sólida y profunda era su humildad, le dejó en paz, sin molestarle mas sobre este asunto; pero aunque el beato se libró del peso del obispado, no pudo librarse del cargo de preceptor y de ayo de los señores infantes, que le dió el mismo Felipe III, en el año 1621, cuando pasó á Portugal. Este cargo de tanto honor no retuvo sino un año nuestro Simon, porque habiéndole en el año siguiente nombrado la religion provincial de Castilla, renunció con este motivo los empleos de preceptor y ayo de los señores infantes.

Habiendo en este año de 1622 fallecido Felipe III, asistido hasta el último aliento por nuestro beato, Felipe IV, su hijo, que le sucedió en la monarquía, tuvo el mismo amor y la misma confianza con el padre Rojas que su padre, por lo que le nombró confesor de la reina doña Isabel de Borbon, su augusta esposa, el cual honor admitió el beato con las condiciones siguientes: la primera, que S. M. le permitiese continuar las visitas de las cárceles, de los hospitales, y de los que se hallaban enfermos en las casas particulares, y proseguir con estos pobrecitos todos los oficios de caridad que habia practicado con ellos hasta entonces: la segunda, que no disfrutaria de los honores y distinciones con que se suelen condecorar los confesores de las reinas de España, y en consecuencia que no usaria de coche, ni se le daria el título de reverendísimo, sino el de Fr. Simon: y la tercera, que no gozaria de la pension señalada á los confesores: pero insistiendo la reina en que queria que tomase la pension, le dijo el beato, que la tomaria no como pension, sino como una limosna que S. M. le daba para que la distribuyese entre los pobres, á lo que hubo de consentir S. M. Con esto iba el beato á pié á palacio vestido pobrísimamente, y á veces por no tener capa, pedíala prestada á otro. Mas cuanto el beato mas se humillaba y abatia, tanto mas los soberanos le veneraban y amaban; pero el beato nunca se valió de la grande confianza que tenian con él los soberanos para favorecer á su hermano, á sus sobrinos y á otros parientes, á favor de los cuales jamás pronunció en el palacio una sola palabra, ni les procuró ventaja alguna temporal: tampoco se valió de esta autoridad para alcanzar distinciones y honores temporales á favor de su religion; jamás pidió á sus majestades que le diesen cosa alguna para proseguir las obras y reparos que hizo en el convento de Madrid; porque recelaba tocar en el tesoro público, temiendo que, faltando despues lo necesario para las urgencias del estado, no se viese el rey precisado á cargar á sus vasallos con nuevas imposiciones. Solo se valió del favor de los soberanos para promover el culto de María santísima; porque, habiendo fundado en la córte el siervo de Dios la congregacion del Ave María, deseoso de establecerla con firmeza, suplicó á S. M. se alistase en ella por hermano, junto con los señores infantes, lo que ejecutó el rey con mucho gusto por el amor que le tenia, y este ejemplo de piedad han continuado hasta el presente sus sucesores; por lo que ha permanecido firme esta piadosa fundacion. Tambien se valió del favor de los reyes para promover el culto del santísimo nombre de María; pues deseando el beato que su santidad concediese licencia á los religiosos de su órden para rezar

de este dulcísimo nombre de María, creyó que esta licencia la conseguiria mas fácilmente si se pidiese en nombre de S. M., por lo que suplicó al rey mandase á su embajador que tenia en la córte de Roma, la pidiese en su real nombre, y habiéndose todo ejecutado en esta conformidad, su santidad la concedió con mucho gusto; la cual licencia se fué despues extendiendo, hasta que por último Inocencio XI, en memoria de la gloriosa victoria que los cristianos con el patrocinio de la Vírgen santísima consiguieron de los turcos, que sitiaban la ciudad de Viena, capital de los estados de la casa de Austria, mandó rezar en toda la Iglesia católica de este dulcísimo nombre, en la segunda dominica de setiembre; de este modo ha manifestado el Señor cuán agradable le era la devocion que el beato tenia al santísimo nombre de María.

Ya habia llegado el tiempo en que Dios queria premiar á su fiel siervo con la posesion de su gloria: se hallaba ya el beato Simon en la adelantada edad de setenta y dos años, cuando, gozando de perfecta salud, procuró ajustar cuentas con los acreedores que le habia atraido su caridad; despidióse de la reina, de las damas de palacio, de sus hijas espirituales y de sus hermanos los religiosos, diciendo á todos que se despedia porque tenia que hacer en breve un largo viaje; nadie tuvo la curiosidad de preguntarle qué viaje era este, y nadie sospechó que hablase el beato de su tránsito á la eternidad. Mas á últimos del mes de setiembre fué el siervo de Dios asaltado de un accidente tan fuerte de apoplejía, que le privó del uso de los sentidos, y le redujo á los últimos extremos: apenas se divulgó por la córte el mortal accidente que habia acometido al siervo de Dios, cuando todos acudieron á su celda. Los grandes, los títulos, los obispos, los caballeros ilustres, los religiosos graves estaban arrodillados al rededor de su pobre cama, le besaban las manos y los piés, le aclamaban por santo, y querian ser herederos de sus pobres alhajas para tenerlas por reliquias; entretanto los médicos de cámara que le envió la reina á la primera noticia que tuvo de este accidente, procuraban con varios remedios restituirle el uso de los sentidos, pero todos fueron inútiles; pues el beato padre, á las treinta horas de padecer el accidente, entregó su bendita alma al Criador, que para tanta gloria suya, para salud de tantas almas y remedio de tantas necesidades la habia criado. Entonces la reina, las damas, y aquellos de quien se habia despedido el beato Simon para un viaje que debia hacer muy en breve, entendieron que les habia hablado del viaje á la eternidad, y nadie dudó de que habria tenido de su próximo tránsito una expresa revelacion de Dios nuestro Señor.

Luego que el pueblo tuvo noticia de la muerte del beato, todo conmovido acudió al convento á venerar sus reliquias: el ímpetu de la devocion derribó las puertas del claustro y de la celda, el convento estuvo como inundado de gentes, de suerte que no habia lugar para pasar de una parte á otra: la misma devocion del pueblo impidió el poner el cadáver con la decencia que convenia en el féretro, y llevarle á la sala capitular hasta muy entrada la noche en que se retiró el concurso. En la mañana los prelados de las religiones y los religiosos mas distinguidos llevaron á la iglesia el venerable cadáver para hacerle las exequias, que fueron solemnísimas: cantó la misa el patriarca de las Indias, asistido de sus capellanes y de la música de la capilla real; y en los doce dias inmediatos á su entierro, se le hicieron solemnes honras en la misma iglesia del convento por las comunidades religiosas de la córte, teniendo cada una su dia.

Beatificó al siervo de Dios el papa Clemente XIII, en el año 1766, habiendo ántes aprobado al dicho fin los dos milagros siguientes.

El primero sucedió á 12 de febrero de 1736 con doña María Josefa de Torquemada: padecia esta señora en el pecho izquierdo unas llagas malignas, que la causaban un dolor inexplicable, y le iban consumiendo el pecho. En el largo espacio de muchos meses que padeció este mal, se aplicó varios remedios para curarse, pero todos fueron inútiles, porque las llagas iban creciendo en el número y en la extension. Por consejo de una hermana suya, en el dia 12 del referido mes de febrero, al tiempo que se ponia en la cama, arrojando los emplastos, se aplicó sobre el pecho llagado una estampa del beato Simon, é implorando su patrocinio quedóse dormida, y cuando despertó se halló sin dolores y con el pecho enteramente sano y sin señal alguna del precedente mal.

El segundo sucedió con doña Josefa Ribero, la cual padecia doce años habia un aneurisma debajo de la rodilla de la pierna derecha; todos los facultativos declararon incurable esta enfermedad; entonces la enferma acudió con mucho fervor al patrocinio del beato Simon, rogándole la alcanzase la salud; con esto se quedó dormida, y al despertarse se halló perfectamente curada.

San Máximo, mártir.—Vivia este santo en Asia, de donde era natural, en tiempo del emperador Decio. Sufrió varios tormentos por ser cristiano, hasta que por último fué degollado el año 151.

Santa Lioba, vírgen.—Nació en el pais de los sajones occidentales, de padres ya ancianos, nobles y virtuosos, que la ofrecieron á Dios así que hubo nacido. Despues de una educacion enteramente perfecta, entró en el monasterio de Vimburn, y en él tomó el velo de religiosa. Hizo extraordinarios progresos en la ciencia de la salvacion. San Bonifacio de Maguncia, pariente de la santa, que conocia todo su mérito, suplicó encarecidamente á la abadesa y a obispo, que le enviasen la ilustre religiosa con algunas compañeras, y habiendo accedido, Lioba fué efectivamente á Alemania, y fundó allí varios monasterios, quedándose ella en uno, á dos leguas de Maguncia. Su vida era penitente y mortificada y llena del espíritu de Dios. Carlo Magno la veneraba y estimaba mucho, y su esposa Hildegardis la hizo ir á Aix-la-Chapelle, para consultarla acerca de muchos asuntos importantes. Lioba se resistió siempre á las solicitaciones que se le hicieron para que se quedase en la córte, y estando en su monasterio, murió santamente el año 779. Fué enterrada en Fulda, y su sepulcro fué glorioso en milagros.

San Exuperio, obispo y confesor.—Segun la opinion mas comun, nació este santo en Aquitania, y fué consagrado obispo de Tolosa, despues de la muerte de san Silvio. San Gerónimo, que estaba con él en correspondencia epistolar, habla siempre con elogio de sus cualidades, y alaba principalmente su caridad para con los pobres. «Sufre, dice el santo doctor, el hambre para alimentar á sus hermanos, y se condena voluntariamente á toda clase de privaciones, con el fin de atender á las necesidades de los demás. La palidez de su rostro revela la austeridad

de sus ayunos. Sin embargo, su pobreza le constituye verdaderamente rico. Esta pobreza era tal, que se vió reducido á llevar el cuerpo del Señor en un canastillo de mimbres, y su sangre en un vaso de barro. Su caridad penetró hasta la otra parte de los mares, pues hizo sentir sus efectos á los solitarios del Egipto.» Durante su episcopado, los vándalos, los suevos y los alanos causaron horribles estragos en las Galias, y la ternura con que el santo obispo acudia por todas partes á consolar aquellas desgracias, arrancaba á san Gerónimo lágrimas de alegría. Ignoramos el lugar y la época fija de su muerte, y solo sabemos que vivia todavía el año 409, porque san Paulino de Nola, que escribia á la sazon, le cuenta entre los grandes obispos que ilustraban entonces la Iglesia galicana.

Santa Eustoquia, vírgen.—Fué hija de santa Paula, y natural de Roma. Nada debemos decir de su educacion, puesto que fué dirigida por la misma santa Paula y por san Gerónimo. Este ilustre doctor de la Iglesia, fué tambien su maestro en la direccion de su vida ascética, y compuso á este fin y para Eustoquia, su tratado «De la virginidad,» conocido además con el título de «Cartas á Eustoquia.» En las obras de aquel santo leemos, que cuando la noble vírgen era muy niña aun, su madre la habia acostumbrado á no llevar mas que vestidos muy sencillos, y que un dia que su tia Pretextata la habia vestido con mucho lujo, creyó esta ver en sueños un ángel, que la reprendia por haber querido inspirar la vanidad á una alma que el Salvador habia escogido para ser esposa suya. Cuando san Gerónimo dejó la ciudad de Roma, el año 383, Eustoquia acompañó á su madre en el viaje que hizo á Siria, Egipto y Palestina, y se quedó con ella en su monasterio de Belen. Muerta santa Paula en 404, la hija fué elegida superiora del monasterio, y se aprovechó siempre tan bien de las lecciones de san Gerónimo, su maestro, que llegó á adquirir una perfecta inteligencia en la lengua hebrea, y otra multitud de conocimientos raros. El santo doctor le dedicó sus comentarios sobre Ezequiel y sobre Isaías, y tradujo en latin la regla de san Pacomio, para el uso del monasterio. Eustoquia murió santamente por los años de 419, y fué enterrada junto á su madre. El Señor manifestó por medio de repetidos milagros la gloria de esta su casta esposa.

San Privado, mártir.—Vivia este santo en Roma por los primeros años del siglo III. Tuvo una enfermedad penosa, que le puso todo el cuerpo lleno de llagas asquerosas, las cuales le curó milagrosamente el papa san Calixto. Fué cristiano muy ejemplar en toda clase de virtudes, y en tiempo del emperador Alejandro Severo, fué preso, y negándose á ofrecer incienso á los ídolos, le condenaron á ser azotado con nervios emplomados hasta que espirase, cuya sentencia se ejecutó en la misma ciudad de Roma.

Los santos Marcial, Lorenzo y otros veinte compañeros, mártires.—Murieron en defensa de la fé, por cuyo amor derramaron su sangre en África, durante las primeras persecuciones de la Iglesia.

San Estateo, mártir.—Segun Beda, que es el único que habla de este santo, murió mártir en Roma, se ignora cuándo.

Los santos Marcos, Alfio, Alejandro, Zósimo, Nicon, Neon y Eliodoro, mártires.—San Marcos era pastor, y guardaba unos rebaños en un monte vecino de Antioquía de Pisidia; y era tanta su virtud, que las mismas fieras se amansaban en su presencia y le adoraban. En tiempo del emperador Diocleciano, unos cazadores que iban persiguiendo una osa, llegaron hasta donde el santo se hallaba, porque el animal viéndose acosado, habia corrido á refugiarse bajo el amparo del siervo de Dios. Al volver los cazadores á Antioquía, lo denunciaron al prefecto, quien mandó soldados que prendiesen á Marcos y lo condujesen á la ciudad. Por el camino, el santo convirtió á aquellos soldados, que fueron mandados á Nicea y degollados. El tambien fué enviado allí, y por todos los lugares donde pasó, obró multitud de portentos, convirtió muchos infieles á la religion, y al fin fué degollado con los demás santos de que hemos hablado, á los cuales él mismo habia administrado el bautismo.

San Salomon, obispo y confesor.—Fué el primer obispo de Génova, y con sus desvelos y continuos trabajos, se arraigó en aquel suelo la fé cristiana, y echó profundas raices. Floreció en el siglo I ó II, fué esclarecido en virtud, benéfico con los pobres, próvido con sus ovejas, rígido consigo mismo, y alcanzó la gloria debida á los santos confesores.

San Silvino, obispo y confesor.—Fué el XII obispo de Brescia, consagrado el año 410. Su pontificado fué el de un apóstol, adornado con la corona de todas las virtudes. Distinguióse particularmente por su zelo en el arreglo de los negocios eclesiásticos, asistió á algunos concilios, y ántes de su muerte acaecida á mediados del siglo V, ya era aclamado como un santo, cuya opinion atestiguó el Señor despues de su muerte, por medio de muchos milagros. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Pedro de Olivete, donde se ha conservado con gran veneracion de los fieles.

DIA 29.

La Dedicacion de San Miguel arcángel.—La fiesta de la Dedicacion del glorioso arcángel y príncipe de la Iglesia san Miguel, que celebra la santa Iglesia á los 29 de setiembre, tiene dos partes. La primera es, hacer gracias á Dios nuestro Señor, por la merced que hizo á su Iglesia en darle por patron y defensor suyo á san Miguel, y por haberle manifestado, que quiere que le honremos y reverenciemos, por aquella aparicion que hizo en el monte Gargano, de la cual escribimos en su dia, que fué á los 8 de mayo; y por haber mandado que en el mismo lugar se le edificase un templo á honra de san Miguel, para que visitándole los fieles, recibiesen por su mano muchos é incomparables beneficios del Señor; y porque hoy se le dedicó aquel templo, la santa Iglesia celebra la fiesta de san Miguel.

La otra parte de esta fiesta, y mas principal, es celebrar juntamente la memoria de todos los santos ángeles, y reverenciarlos y honrarlos, y hacer gracias al Señor que los crió tan excelentes, para gloria suya y provecho nuestro; y suplicar á los mismos ángeles que nos ayuden, amparen y defiendan en esta nuestra peregrinacion, reconociendo lo mucho que les debemos, por la perfeccion y dignidad de su naturaleza, y por el bien que continuamente nos hacen. Algunos filósofos mas groseros (como dice Aristóteles), y entre los judíos los saduceos (de quienes escribe san Lucas en el libro de los Hechos apostólicos)

eran hombres que no creian sino lo que percibian por los sentidos, y así dijeron que no habia ángeles. Y en nuestro tiempo, no han faltado herejes que han tenido este mismo error, que es tan grande, que hasta los mismos filósofos mas sabios y cuerdos, como Platon, Aristóteles, Trismejistro y otros, le han tenido por tal. Pero aunque ellos se hubieran engañado y creido lo contrario; nosotros tenemos por fé católica, que hay ángeles, y que Dios los crió, y se sirve de ellos como de ministros suyos, en el cielo y en la tierra: y de esta verdad están llenas las divinas Letras, que por ser cosa tan clara y tan sin duda, no la probamos aquí. Y fué cosa muy conveniente, que criando Dios en este teatro del mundo tanta variedad de criaturas corporales, criase tambien en los cielos una criatura inmaterial, espiritual, incorpórea, invisible é incorruptible, como lo es el ángel, que por ser en su sustancia mas noble y mas perfecto que todas las otras criaturas, nos representa mas perfectamente la bondad y omnipotencia del Señor que lo crió.

Por dos razones principalmente debemos honrar y servir á los ángeles: la una por sus grandes excelencias; y la otra, por los beneficios que continuamente recibimos por medio de ellos, de la mano del Señor: y de estas dos cosas hablaremos aquí brevemente, para explicar la causa de la institucion de esta fiesta, y lo que debemos á estos gloriosos espíritus, y se lo procuremos pagar y servir.

Aunque es verdad que el hombre y el ángel son criaturas de Dios y hechura de un mismo artífice soberano, y que son criados á la imágen de Dios, y por la memoria, entendimiento y voluntad, capaces de su gracia y particioneros de su gloria y bienaventuranza, y que por estos y otros respetos, el hombre se puede igualar con el ángel: y que, considerando la union hipostática del Verbo eterno con la naturaleza humana, y aquel Hombre Dios, sentado á la diestra del Padre eterno, y aun á su benditísima Madre la Virgen María nuestra Señora, ensalzada y encumbrada sobre todos los coros de los ángeles, podamos con verdad decir, que por esta parte la naturaleza humana sobrepuja á los ángeles: pero mirando bien la naturaleza del ángel y del hombre, no hay duda sino que el ángel le hace grandísimas ventajas: las cuales el hombre debe reconocer, acatar y alabar por ellas al Señor, que se las dió: porque así como el plomo, por fino que sea, no puede llegar á la perfeccion de la plata, ni la plata á la del oro; así un cuerpo, por noble y excelente que sea, no puede llegar á la excelencia que tiene cualquier espíritu, ni el alma del hombre á la dignidad del menor ángel del cielo, mirando la naturaleza de cada uno: que por esto dijo el Señor, como lo interpretan algunos doctores, que entre los nacidos no habia ninguno mayor que san Juan Bautista; mas que el menor en el reino de los cielos era mayor que él: porque para decir algo de las excelencias de los ángeles si miramos su principio hallaremos que el Señor los crió, ó ante todas las otras criaturas, como muchos santos doctores lo sienten, ó á lo ménos (y es lo mas cierto), con las primeras de todas: si consideramos la vida y duracion que tienen, son incorruptibles é inmortales: si el modo y condicion de su naturaleza, no tienen cuerpo ni están sejetos á la necesidad de la muerte, ni del frio y calor, de la hambre y sed, del cansancio y de la enfermedad, ni de las otras miserias del cuerpo. Pues si ponemos los ojos en la agilidad y presteza con que obran, no hay velocidad en la tierra, ni aun en los cuerpos celestiales, que con la de los ángeles se pueda comparar. Pues ¿qué diré de aquella capacidad y excelencia del entendimiento angélico, que entiende perpetuamente y sin discurso, y desde el punto que fué criado, tiene perfecta y consumada ciencia de todas las cosas que naturalmente se pueden saber? ¿Qué de la constancia y eficacia de su voluntad, por la cual tan intensamente quieren lo que quieren, que nunca se apartan de lo que una vez escogieron? ¿Qué de la firmeza de su memoria, que nunca se olvida de lo que una vez percibió? ¿Qué de su poder, que es tan grande, que un ángel solo mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército de los asirios? ¿Y lo que es mas, un ángel sin trabajo ninguno y con una facilidad admirable, mueve el primer cielo, en cuya comparacion toda esta máquina de la tierra y del agua, no es mas que un punto y há tantos millares de años que continuamente con tanta uniformidad y concierto le mueve? ¿Pues el número de estos soldados y bienaventurados ministros del Señor, quién lo podrá dignamente explicar? Daniel, hablando de la muchedumbre de los ángeles, dice: «Millares de millares ministraban á Dios y diez veces centenares de millares le asistian:» y san Dionisio Areopagita dice, que el número de los ángeles excede y es mayor que el número de todas las cosas corporales y materiales; porque como Dios nuestro Señor en esta hermosísima y admirable máquina del universo pretende principalmente la perfeccion de él, y su poder no es limitado, sino infinito é inmenso; con tanta mayor copia y abundancia ha criado las cosas, cuanto ellas son mas perfectas en sí: y así vemos que todas estas cosas bajas y caducas que están debajo de la luna, son casi un punto en comparacion de los cielos, que son cuerpos mas perfectos y nobles: y en los mismos cielos, el mas alto y superior excede mucho al inferior, y el supremo á todos los demás; y por esto algunas estrellas del firmamento que á nosotros nos parecen tan pequeñas á la vista, son mucho mayores que todo este globo, compuesto de todas las cosas inferiores. Esta misma proporcion hay en las cosas espirituales, y en aquellos supremos espíritus, respecto de las cosas corporales, á las cuales exceden no en la cuantidad continua, sino en el número y cuantidad discreta. Y vese esto ser así; porque si cada uno de los hombres desde nuestro primero padre Adan hasta el postrero que habrá en el mundo (exceptuando á Cristo nuestro Señor, que por ser Dios, y en cuanto hombre, comprensor, Señor y Rey de todos los ángeles, no tuvo necesidad de ángel que le guardase), tiene su Angel de Guarda, diputado para su defensa como nos enseña la santa Iglesia nuestra madre: y en esto no hay excepcion de bueno ó malo, ni de fiel ó infiel (porque todos en cuanto hombres, participamos de este beneficio); necesariamente habemos de confesar, que son mas los ángeles de solo el postrer coro (del cual se diputan los que guardan á los hombres) que todos los mismos hombres que ha habido y habrá hasta el fin del mundo. Pues ¿qué será del número de los otros coros; pues por la razon que habemos dicho, tanto es mayor el número de ellos, cuanto su órden es mas alto y su perfeccion es mayor? Y por esto dicen algunos que es mas fácil contar las estrellas del cielo, y las gotas del mar, y las hojas de los árboles, y las yerbas de la tierra, y los átomos del sol, que comprender la muchedumbre de los

ángeles: la cual, aunque para el Señor es finita y tasada, para nosotros parece infinita: y por esto dijo Job, *¿Numquid est numerus militum ejus?* ¿Hay por ventura número de sus soldados que se pueda contar? Lo cual nos declara la gloriosa soberana majestad del mismo Señor que los crió, y se sirve de ellos como de criados y soldados suyos: pues es grande honra de un rey tener muchos nobles y poderosos ministros, y una familia lucida de criados que le acompañen y sirvan: que por esto dijo el Espíritu Santo: «La dignidad y majestad del Rey se conoce en la muchedumbre de sus ministros: y el tener pocos vasallos es afrenta del príncipe.» Mas es cosa de gran maravilla que con ser tantos los ángeles, no hay ninguno de ellos que no se difiera en especie de todos los otros, segun el sentir de santo Tomás: de manera, que así como seria cosa hermosísima y maravillosa, si en un campo ó prado lleno de infinitas flores, no hubiese entre todas ellas dos que fuesen de la misma especie, sino que cada flor fuese de la suya y desemejante de todas las otras; así (segun este sentir) en aquel campo copiosísimo y abundantísimo del cielo, donde hay innumerables ángeles, que como flores hermosísimas y suavísimas lo hermosean y visten, no hay dos de ellos que convengan en una misma especie. Y de aquí se puede colegir cuánta será la excelencia y perfeccion del ángel supremo, pues es tan grande la del ínfimo y menor de todos. Tambien se ha de considerar que, con ser (como dijimos) un número innumerable el de los ángeles, no por esto están desordenados, ni confusos, sino con admirable concierto y órden, distinguidos en tres jerarquías, suprema, media é ínfima, y cada jerarquía dividida en tres coros ú órdenes, como se saca de las divinas Letras y santos doctores. Y así hay nueve coros de ángeles repartidos en tres jerarquías, de esta manera: en la suprema jerarquía (que es la que recibe inmediatamente los resplandores é ilustraciones de Dios) hay tres órdenes, serafines, querubines y tronos: los serafines exceden á los demás en el fervor de la caridad: los querubines en la plenitud de la ciencia; y los tronos en ver á Dios, y con mas perfeccion la razon de sus divinas obras: en la segundad jerarquía hay tres coros, dominaciones, virtudes y potestades: en la tercera, principados, arcángeles y ángeles; porque aunque este nombre sea comun á todos aquellos espíritus bienaventurados, especialmente se atribuye al coro ínfimo de todos los nueve; porque ángel quiere decir propiamente *nuncio*, y no es nombre de naturaleza sino de oficio: y porque el oficio de los espíritus inferiores de este coro es anunciar, y ser embajadores de la voluntad de Dios; por esto se llaman ángeles, tomando por propio el nombre que es comun á todos. Verdad es que el apóstol san Pablo dice, «que todos los soberanos espíritus son ministros del Señor enviados para bien de los que han de heredar la salud y bienaventuranza eterna:» las cuales palabras del Apostol, san Dionisio, su discípulo y san Gregorio, san Damasceno y santo Tomás las interpretan de manera, que se entienda que los coros de la primera jerarquía no son enviados á los hombres, sino á los ángeles de la segunda jerarquía, y los de la segunda á los de la tercera. Pero san Gregorio Nacianceno, san Cirilo y san Crisóstomo, san Agustin, y muchos doctores eclesiásticos son de parecer, que aunque es verdad que comunmente los ángeles superiores no son enviados á los negocios de los hombres (porque esto es propio de los ángeles de la ínfima jerarquía); pero que en algunos muy importantes algunas veces vienen para nuestro bien, ni les falta humildad, ni caridad, ni tienen por qué desdeñarse, viendo al Hijo de Dios y Rey suyo, humillado y hecho hombre por nosotros: y tales dicen, que fueron el serafin que purificó los labios de Isaías, y los querubines que fueron enviados á Ezequiel, y san Rafael que fué enviado á Tobías, y mucho mas el arcángel san Gabriel, que vino por embajador del Padre eterno á la Vírgen María nuestra Señora: y san Miguel, que, como príncipe de la Iglesia, muchas veces ha sido enviado á ella para su amparo y defensa. La segunda jerarquía es alumbrada y alumbra, espurgada y purga, es perfeccionada y perfecciona (que estos tres actos jerárquicos pone san Dionisio Areopagita, habiendo aprendido esta doctrina de su maestro san Pablo, despues que estuvo en el tercero cielo); pero en diferente manera: porque es alumbrada, purgada y perfeccionada de la primera y suprema jerarquía, y alumbra, purga y perfecciona á la tercera: de suerte, que las tres jerarquías se distinguen en que la primera recibe inmediatamente de Dios todos estos divinos dones, y los comunica á la segunda jerarquía; y la segunda habiéndolos recibido mediatamente del Señor, por medio de la primera, los difunde á la tercera: y así la primera alumbra y no es alumbrada: la segunda es alumbrada y alumbra; y la tercera no alumbra y es alumbrada: y esto se hace por una manera á nosotros oculta é inefable, comunicándose los ángeles y comunicando sus conceptos, y hablándose con aquella lengua que el apóstol san Pablo llama lengua de ángeles, que es tal, que para esplicarla bien, lengua de ángeles es menester. Y aunque sean tantas y tan sublimas las excelencias y dones naturales de los ángeles, como habemos dicho, y por ellos debamos honrarlos con particular afecto y devocion; pero mucha mas honra se les debe por las gracias sobrenaturales, que con tan larga mano les repartió el Señor; porque, si bien miramos, hallaremos que todos los ángeles están vestidos de la estola de la gracia é inocencia, y que nunca la perdieron ni se vieron desnudos de ella, ni la mancharon con ninguna culpa; ántes perpetuamente han conservado la gracia en que fueron criados, sin perderla jamás y teniendo tan gran copia y excelencia de dones naturales y sobrenaturales, lo que mas nos debe admirar es la profundísima humildad é indecible reverencia con que asisten, ministran y sirven al Señor: de lo cual dice Job: *Coram eo incurvantur, qui portant orbem; et columnæ cœli pavent in conspectu ejus:* Los que mueven el cielo se encorvan y postran delante del Señor; y en su acatamiento tiemblan las columnas del cielo: y están tan rendidos, tan aparejados y prontos para ejecutar con suma diligencia y eficacia lo que Dios les manda, que dice de ellos el real profeta David estas palabras: «Alabad todos los ángeles al Señor, que sois poderosos y ejecutais lo que él os manda, obedeciendo como fieles ministros á la voz de sus mandatos:» y es esto de manera, que no hay cosa tan baja y humilde que los santos ángeles no abracen y cumplan con grandísima voluntad por obedecer al Señor y aprovechar á los hombres. Esta es la primera causa, por lo cual los debemos nosotros alabar, honrar y reverenciar, mirando la naturaleza excelente de aquellos celestiales espíritus y cortesanos del palacio del Señor: la cual aquí sumariamente habemos declarado, dejando las otras

sutilezas y agudas cuestiones, que los teólogos mueven en las escuelas; como del modo con que fueron criados: del órden de las mórulas, é instantes: de la disposicion que tuvieron para recibir la gracia: del tiempo en que comenzaron á ser bienaventurados, y si merecieron la bienaventuranza: y cuál haya sido su pecado por el cual los malos fueron echados del cielo: el secreto modo de enseñarse y manifestar sus conceptos unos á otros: su admirable movimiento de una parte á otra y eficacia en su operacion; y otras dificultades como estas, que son mas para ejercitar en las escuelas los agudos ingenios, que para inflamar las voluntades de los que esto leyeren, que es lo que yo aquí pretendo.

La segunda causa de honrar á los ángeles es, por los beneficios que continuamente nos hacen, como ministros principales del Señor; porque dado que él sea la fuente manantial, la raiz, orígen y primera causa de todos los bienes de naturaleza y de gracia que se derivan en nosotros; mas los caños y arcaduces por donde se derivan, son los santos ángeles, de los cuales Dios se sirve, como de mano é instrumento, para hacer todo lo que es servido en el cielo y en la tierra. De estos beneficios algunos son particulares y propios de cada uno de los hombres: otros pertenecen en general á todos, y á la gobernacion y conservacion del universo; porque (como dijimos) desde la hora de su nacimiento tiene cada hombre un Angel de Guarda, que le acompaña hasta la hora de su muerte, y sea como su maestro, ayo y una guia cierta y segura para llevarle por las sendas derechas y apacibles de la virtud, y apartarle de los tropiezos y malos pasos y lazos peligrosos que el demonio le arma, y defenderle y ampararle de sus asechanzas, embustes y marañas: lo cual hace el santo Angel Custodio con suma vigilancia y cuidado, por habérselo mandado Dios, y por el amor que por su amor nos tiene; porque como dice gravemente san Bernardo, en los soberanos espíritus, no solamente se halla una admirable dignidad, sino tambien una amable dignacion: quiere decir, que con ser tantos y tan sublimes aquellos celestiales espíritus, no se desdeñan de abatirse á las cosas rateras y bajas, y encargarse de enseñar y encaminar á una cosa tan frágil, como el hombre, porque el Criador del ángel y del hombre se lo manda, para glorificar por este medio al hombre, y colocarle en aquellas sillas vacías que perdieron por su culpa Lucifer y los de su bando. ¿Quién leyendo las sagradas Letras, no se admira de las cosas que se cuentan en ellas haber obrado los santos ángeles en ayuda y favor de los escogidos de Dios? ¿Quién no reconoce y se espanta de aquella humildad con que el ángel san Rafael se hizo caminante, y como correo de á pié, para acompañar, guiar y amparar á Tobías, y despacharle sus negocios, y defenderle del pez que lo quería tragar, y darle por mujer tan buena compañía, como le dió, y restituir la vista de los ojos á su padre, que para ejercicio de su virtud, y ejemplo nuestro de paciencia, habia perdido? ¿Quién no alaba al Señor, cuando lee que un ángel luchó toda la noche con Jacob, y que no pudo prevalecer contra él? ¿Y que otro vino del cielo á despertar y animar al profeta Elías, y traerle de comer? ¿Y que otro llevó por un cabello al profeta Habacuc hasta Babilonia, para que diese de comer al profeta Daniel, que estaba en el lago de los leones; y que (como el mismo Daniel dijo) cerró las bocas de los leones hambrientos, para que no lo despedazasen y comiesen? ¿Y que otro, despues de haber san Felipe, el diácono, bautizado al etíope eunuco de Candace, reina de Etiopía, le llevase por el aire, hasta dejarle en la ciudad de Azoto? Finalmente, no hay cosa tan baja, que aquellos altísimos y soberanos espíritus no hagan con singular prontitud y alegría, para beneficio de los hombres, por mandárselo el Señor; porque como dice el bienaventurado Lorenzo Justiniano, hablando de la guarda de los ángeles: «Ellos son los que refrenan á los demonios, para que no nos tienten tanto como querrian, y nos descubren sus engaños: responden á sus falsos argumentos: si caemos, nos levantan: si no sabemos, nos enseñan: si estamos tibios, nos inflaman; y como fieles compañeros, siempre están á nuestro lado y nos defienden. Cuando dormimos, cuando estamos quedos, cuando andamos, cuando obramos y cuando estamos ociosos, nunca nos dejan, ni desamparan. Alumbran nuestro entendimiento, despertándole é imprimiendo en él los rayos de la divina luz, y deshaciendo las tinieblas, oscuridades y sombras que le podian ofuscar. Cuando hacemos limosna y cuando oramos, llevan nuestras oraciones y nuestras ofrendas, y las presentan al Señor, y de allá nos traen la gracia y dones espirituales, alegrándose de nuestro aprovechamiento y gozándose de nuestro bien.» Todo esto es del beato Laurencio Justiniano. Mas porque en la festividad del Angel Custodio, que es el primer dia de marzo, tratamos mas copiosamente de los beneficios del Señor y de los grandes é innumerables bienes que de él nos vienen por manos de los ángeles de nuestra guarda, no me quiero alargar en esto, sino pasar á los otros beneficios que el linaje humano y todo el universo, por el ministerio de los ángeles perpetuamente recibe: porque ellos son (como dijimos) los principales ministros de la divina Providencia, para regir y conservar el mundo: ellos son los que mueven los cielos, y con su concertado movimiento é influencias, son causa de toda la vida, variedad, distincion y belleza que hay en todas las criaturas corporales: estos son los presidentes de las provincias, príncipes de los reinos, conservadores de las especies de todas las cosas visibles, repartidores de los dones y ejecutores de la voluntad de Dios. Por eso en las divinas Letras se llaman soldados de Dios, ejército del Señor, príncipes de las provincias, presidentes de los pueblos, guardas y maestros de los hombres, medianeros é intercesores para con Dios, rectores y gobernadores del mundo: llámanse luz, por su gran claridad y sutileza: llámanse fuego y carbones encendidos, porque son ardentísimos y abrasados en el amor: llámanse estrellas de la mañana, porque así como las estrellas corporales hermosean al cielo visible, así ellos mas escelentemente adornan el supremo é intelectual cielo: llámanse trono de Dios, porque en ellos reposa y tiene su asiento: llámanse piedras preciosas y encendidas, porque encienden con sus oraciones, amonestaciones y consejos nuestras almas, para que apetezcan y busquen las cosas santas y preciosas del cielo y menosprecien las de la tierra: llámanse sol, porque alumbran el mundo: columnas del cielo, porque le sustentan: carros de Dios: ciudadanos del paraiso; y finalmente amigos é hijos del mismo Dios. Por todos estos títulos debemos nosotros invocar á todos los santos ángeles, alabarlos é imitarlos; y con mas especial devocion al capitan de todos ellos, y príncipe de la Iglesia, san Miguel, como lo dice el bienaven-

turado san Lorenzo Justiniano, por las palabras que, para acabar esta materia, quiero poner aquí: «Honremos (dice) en el Señor á nuestros ciudadanos y ayudadores fidelísimos y capitanes esforzados de nuestra milicia: y pues nos ayudan, ayudémosles nosotros, para que ellos mejor nos puedan ayudar y no se pierda el fruto de sus trabajos; porque el gozo de ellos es nuestra fortaleza: ellos nos enseñan en nuestras dudas: defienden en nuestros peligros: sustentan en nuestras adversidades: humillan en nuestras prosperidades: presentan nuestras oraciones: tráennos la gracia: acrecientan nuestros merecimientos; y ejercitan, sin cansarse sus ministerios con nosotros. Por tanto, amémoslos como á nosotros mismos, y cuanto sufre nuestra flaqueza, imitémoslos y reverenciémoslos de corazon. Y puesto caso que debemos honrar á todos los soldados del cielo, pero mas particularmente al glorioso san Miguel, como á caudillo y capitan de todos; reverenciémosle por la gracia soberana, por la prerogativa singular, por el oficio que le han encargado, por la fortaleza invencible, por la benevolencia del Señor que le crió, y por la constancia con que le sirvió en aquella tan reñida batalla que tuvo con el dragon infernal y con todos sus secuaces; porque nó sin causa la santa Iglesia le honra, porque conoce que es su particular y propio defensor y continuo intercesor, y príncipe de la córte celestial, y el que acoge y recibe en su seno con gran caridad todas las ánimas de los escogidos del Señor. Por tanto, cada uno de nosotros y todos juntos reconozcamos á nuestro protector, y alabémosle á menudo con nuestras oraciones: abracémosle con nuestros deseos: inclinémosle, para que nos oiga, con nuestra devocion; y alegrémosle con la enmienda de nuestra vida. No despreciará á los que oran, ni desechará á los que confian en él, ni se apartará de los que le aman; pues defiende á los humildes, anima á los castos, abraza á los inocentes, guarda nuestra vida, guíanos en el camino y llévanos á nuestra patria, donde Jesucristo Señor nuestro, verdadero Esposo de la Iglesia, reina con el Padre y con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos.»

* Los santos Eutiquio, Plauto y Heracleas, mártires.—Eran estos santos cristianos y por la confesion de la fé murieron degollados en Tracia, en las primeras persecuciones de la Iglesia.

Santa Gudelia, mártir.—Habiendo convertido á muchos infieles á la fé católica, y no queriendo adorar al sol ni al fuego, por mandato del rey Sapor fué afligida con muchos tormentos, entre los cuales se cuenta que le desollaron la cabeza y la clavaron en un madero, hasta que al fin mereció el premio de la vida eterna, siendo degollada en una ciudad de Persia, en el siglo IV.

San Dadas, santa Casdoa y san Gabdelas, mártires.—Eran de Persia y parientes cercanos del rey Sapor. Dadas y Casdoa esposos, eran padres de Gabdelas, y los tres despreciaron las impías amenazas del rey, prefiriendo la muerte al abandono de su fé. Fueron, pues, degradados de todos sus honores y despedazados con varios tormentos, hasta que despues de una larga prision, fueron degollados en Persia, en el siglo IV, en el mismo sitio que santa Gudelia.

Santa Risima y sus compañeras, mártires.—Esta santa era una viuda de Armenia que abrazó la fé de Jesucristo por la predicacion del obispo san Gregorio, y despues ella misma convirtió á sus compañeras á la verdad cristiana. En tiempo de Tiridates, rey de Armenia, fué interrogada sobre su religion, y ella y dos compañeras suyas confesaron á Jesucristo, y fueron degolladas por los años de 328.

San Fraterno, obispo y mártir.—Aunque el Martirologio romano, arreglado por el cardenal Baronio, da á este santo el título de mártir, la opinion mas probable es que fué obispo de Auxerre en el siglo V, y que despues de haber padecido muchos trabajos por la fé, y de haber desplegado un santo zelo contra las herejías de su tiempo, murió en tranquila paz á mediados del mismo siglo.

San Grimoaldo, presbítero y confesor.—Natural de Inglaterra y hermano de los santos Fulco y Eleuterio, en cuya compañía dejó su patria para ir á Roma á visitar el sepulcro de los santos apóstoles. Despues se separaron los tres hermanos, aunque todos quedaron en Italia, si bien en lugares distintos. Grimoaldo fijó su residencia en Ponto Corvo, junto á Aquino, por cuyo obispo fué ordenado presbítero, á vista de su gran santidad. El Señor le enriqueció con el don de milagros, y murió santamente en setiembre del año 1138.

San Quiriaco, anacoreta.—Nació en Corinto en tiempo de Teodosio el Grande. Abrazó la carrera eclesiástica; pero cuando iba ya á ser promovido á las órdenes mayores, dejó el mundo y todos sus encantos y se fué solo á un desierto. Pero primero quiso visitar los santos lugares de Jerusalen, y estando orando en la iglesia del Santo Sepulcro, tuvo una revelacion para que se marchase á la laura de san Eutimio, en la misma Palestina. Tenia entonces veinte y dos años: entró efectivamente en aquel monasterio, y á poco tiempo fué su abad; porque su sabiduría, sus virtudes y el don de profecía, con que el cielo le dotó, le captaron el respeto, la adoracion y el amor de todos aquellos religiosos. Murió santa y gozosamente, el dia 29 de setiembre del año 556.

DIA 30.

San Gerónimo, doctor y fundador.—Escribiendo el glorioso san Gerónimo la vida de santa Paula, comienza de esta manera: «Si todos los miembros de mi cuerpo se hiciesen lenguas, y todos mis artejos formasen voz humana, no podria yo decir cosa digna é igual á las virtudes de la santa y venerable Paula.» Con mucha mas razon podemos nosotros decir estas palabras del mismo san Gerónimo, á quien la santa Iglesia á boca llena llama «doctor máximo;» porque verdaderamente fué máximo y admirable en todas sus cosas. Fué noble, rico, de grande ingenio, elocuentísimo, y en las lenguas y ciencias humanas y divinas sapientísimo: en la vida espejo de penitencia y santidad, luz de la Iglesia y singular intérprete de la divina Escritura, martillo de los herejes, amparo de los católicos, maestro de todos los estados y condiciones de personas, y lumbrera del mundo. La vida de este gran doctor, sacada del obispo Mariano Victorio, que la recopiló de sus obras, y del cardenal Baronio y otros autores, es de esta manera.

Nació san Gerónimo (que en griego quiere decir «nombre sagrado») en un lugar en los confines de Dalmacia y de Pannonia, que antiguamente llamaron Estridon, y ahora Strigna ó Sdrigna, y en su vida (como el mismo santo afirma) fué casi destruido de los godos. Nació en tiempo del emperador Constancio, hijo de Constantino Magno,

como se saca de lo que él mismo escribe; aunque no sabemos particularmente en que año nació. Sus padres fueron cristianos, nobles y ricos. El padre se llamó Eusebio. Tuvo un hermano, llamado Paulinianо, y una hermana, cuyo nombre, como el de su madre, no se sabe. El hermano y hermana acabaron en religion santísimamente. Tambien tuvo una tia, hermana de su madre, que se llamaba Castorina, con la cual tuvo algunas pesadumbres; aunque no se sabe por qué: pero el santo la convidó con la paz y concordia, y procuró reducirla á la debida y cristiana amistad. Luego que comenzó á tener edad para darse á los estudios, dió muestras de su vivo y raro ingenio: y para que con mayor comodidad se diese á ellos, sus padres le enviaron á la ciudad de Roma, como á cabeza del mundo y escuela de nuestra santa religion y de todas las buenas letras. Allí tuvo por maestro en la gramatica á Donato, el que doctamente escribió sobre Virgilio y Terencio. Despues de haber aprendido de él, lo que le pudo enseñar, estudió con gran cuidado y diligencia el arte oratoria, y se dió á la elocuencia, en la cual salió muy eminente, y se ejercitó en componer y recitar declamaciones y controversias, y en leer los libros de todos los excelentes oradores, historiadores y poetas griegos y latinos, juntando en uno la elegancia y propiedad de la lengua latina y griega, para ser en la una y en la otra consumado, como fué. No contento con esto, pasó adelante en todo género de ciencias: estudió la filosofía: revolvió los libros de Platon y Aristóteles, y los demás filósofos, sin dejar cosa que le pudiese aprovechar; porque el Señor, que se queria servir de él para ilustrar la santa madre Iglesia con su doctrina, le iba disponiendo y enriqueciendo de manera que lo pudiese hacer. Allí en Roma se bautizó y recibió la vestidura de Cristo, como él mismo lo escribió despues á san Dámaso, papa. Dábase mucho á los oficios de piedad y devocion, visitando las reliquias de los mártires, y entraba en los cementerios y lugares subterráneos, donde estaban sus sagrados cuerpos, y gastaba en esta santa y piadosa ocupacion los domingos, como dias dedicados al Señor. Habiendo, pues, aprendido en Roma las artes liberales, que habemos dicho, y juntado una copiosa librería con sumo estudio y trabajo; pareció á san Gerónimo que le convenia darse á otros estudios mayores y aprender la santa teología, y para esto andar por varias provincias, y oir y ver á los hombres mas sabios de ellas, como lo hicieron Pitágoras, Platon, Apolonio Tianeo, y otros filósofos, que, por alcanzar la noticia de las cosas naturales, salieron de sus casas y se hicieron peregrinos del mundo. Tomando, pues, en su compañía á Bonoso (que era mozo como él, noble, rico y hermano suyo de leche, con quien se habia criado en su patria, y venido á Roma y estado en ella), fué á Francia, donde á la sazon habia hombres muy doctos, para tratarlos y comunicarlos, y ver lo que habia en aquella provincia. En Tréveris (que en aquel tiempo era ciudad de Francia y ahora lo es de Alemania, y su arzobispo elector del imperio) se detuvo algunos dias, y trasladó con su propia mano un gran libro *De synodis* de san Hilario, obispo, teniéndolo por un riquísimo tesoro. En este camino que hizo de Roma á Francia, pasó por un pueblo de Lombardía que se llama Concordia, no léjos de la Mirándula: allí tomó amistad con un santo viejo llamado Pablo, al cual despues envió la Vida de san Pablo, primer ermitaño, que él habia escrito. Desde Francia volvió con su compañero Bonoso á Italia: estuvo en la ciudad de Aquileya un poco de tiempo, comunicando con san Valeriano, obispo, y con Heliodoro, Nepociano y Rufino y otros siervos de Dios, á los cuales escribió muchas cartas muy familiares y de grande amistad. De allí (no se sabe con qué ocasion) tuvo necesidad de partirse y volver á su patria, donde halló que su hermana, por su poca edad y flaqueza mujeril, habia caido del glorioso estado virginal. Dióle la mano y levantola, encomendándola á Juliano, diácono, y despues á Cromacio, por cuyos saludables consejos se hizo religiosa y perseveró en la virtud. De su patria pasó á Grecia, y anduvo las provincias de Tracia, Ponto, Bitinia, Galacia, Capadocia, Cilicia y Siria, y estuvo en Antioquía algun tiempo con Evagrio, el que despues fué obispo de aquella ciudad, y habló con Malco, el monge fugitivo: cuya vida despues escribió, refiriendo lo que de él mismo habia oido; para enseñar á los religiosos cuán peligroso es el amor demasiado de los parientes, y que algunas veces, so color de piedad, es bastante para inquietar al religioso y sacarle de su religion, como á Malco aconteció. Aquí tambien en Antioquía conoció y trató mucho á Apolinar Laodiceno, que florecia con grande opinion de hombre docto y elocuente, aunque era hereje; pero no descubierto ni conocido por tal: y así san Gerónimo le pudo oir y ser su discípulo, y cuando le conoció, le dejó, aborreciendo y detestando sus errores.

Estando en Siria, con el ejemplo de tantos monges santos como habia en aquella provincia, y con el consejo de Teodosio, anacoreta, varon perfectísimo, y principalmente con el espíritu del Señor, que le incitaba, se determinó san Gerónimo dar de mano á todos los regalos de la carne y á las vanidades del siglo, y á las grandes esperanzas de subir y valer en el mundo, que sus aventajadas partes le prometian. Para esto y para darse al Señor con quietud mas intensamente, y gozar á solas de la contemplacion, se fué á un desierto apartado y áspero de Siria, con tres compañeros, Inocencio, Hilas y Heliodoro, á los cuales Evagrio proveia de todo lo necesario, y daba á san Gerónimo escribientes y hombres doctos, y en cosas de antigüedad muy eruditos, para que le ayudasen en sus estudios y en trasladarle los libros que habia menester. Pero queriendo nuestro Señor probarle, Inocencio, uno de sus compañeros, en breve murió; y poco despues tambien Hilas y Heliodoro se partieron para su tierra: y san Gerónimo comenzó á padecer graves enfermedades en el cuerpo, y mucho mas recias tentaciones y fatigas en el alma: las cuales fueron tan terribles, que el mismo santo, escribiendo á Eustoquia, vírgen las pinta de esta manera: «¡Oh cuántas veces (dice), estando yo en el yermo, y en aquella áspera soledad que, abrasada con los recios calores del sol, da horror y espanto á los monges que moran en ella, me parecia estar en medio de las delicias de Roma! Estaba solo, sentado y lleno de amargura: tenia los miembros de mi cuerpo quebrantados y vestidos de saco: la carne denegrida y casi consumida. Lloraba y gemia todo el dia: cuando el sueño me vencia y me rendia contra mi voluntad, echaba mis huesos, que apenas se juntaban unos con otros, en la tierra fria. No hablo de mi comida y bebida: porque los monges; aun cuando están enfermos, no beben sino agua cruda, y comer cosa cocida lo tienen por sensualidad. En este destierro y cárcel, á que

yo mismo, y de mi propia voluntad, por temor del infierno me habia condenado, no teniendo otra compañía, sino de escorpiones y bestias fieras, muchas veces me hallaba con la memoria entre las danzas de las doncellas romanas. Tenia el rostro amarillo por los muchos ayunos; y la voluntad ardia en malos deseos. En el cuerpo frio, y en la carne seca y ántes de la muerte muerta, solamente vivian los incendios del apetito deshonesto: y aunque yo los reprimia, siempre porfiaban por crecer y echar mas vivas y peligrosas llamas. Y hallándome desamparado y sin socorro alguno, me derribaba á los piés de Jesus, y los regaba con lágrimas, y los limpiaba con mis cabellos, y sujetaba mi carne rebelde con los ayunos de las semanas enteras. No me avergüenzo de contar mis tentaciones y luchas; ántes lloro, porque no soy ahora lo que entonces fuí. Acuérdome haber juntado el dia con la noche, clamando y suspirando, é hiriendo sin cesar mis pechos, hasta que por mandato de mi Señor se amansaba aquella tempestad, y volvia la bonanza deseada. A la misma celda en que habitaba, temia como á testigo que sabia mis pensamientos: y enojado y severo contra mí, me entraba solo por las partes mas secretas del desierto, y á lo mas llano de los valles, á lo más áspero de los montes y mas alto de las peñas y riscos, escogia por lugar de mi corazon, y en él arrojaba este saco de mi miserable cuerpo. El mismo Señor me es testigo, que de tantos sollozos y lágrimas, y de haber mirado atentamente con tanto desconsuelo al cielo, sentia unos gustos y regalos, y unas ansias tan amorosas, que, trasportado, absorto y fuera de mí, me parecia hallarme entre los coros de los ángeles; y alegre gozoso cantaba: Señor, en pos de vos correremos con fragrancia de vuestros celestiales ungüentos. Pues si tanta guerra hace la carne á quien la aflige y atormenta, ¿qué piensas que padecerá, el que con deleites la entretiene y regala? Posible es, que este no tenga tan vehementes tentaciones; mas en tal caso no pienso que pueda haber mayor tentacion, que no ser tentado.» Todas estas son palabras de san Gerónimo, para declarar las peleas que tuvo con su carne, y la penitencia rigurosa con que la domó, y el consuelo que despues de la victoria le daba el Señor. Pero no solamente se armó con la oracion y penitencia para esta peligrosa guerra, sino tambien con el estudio de las sagradas Letras, ocupándose de dia y de noche en él, para que hallándole el enemigo tan bien ocupado, no le pudiese tan fácilmente derribar: y para mejor entenderlas, quiso aprender la lengua hebrea, en que fué escrito el Viejo Testamento, y se hizo discípulo de un monge, que de judío se habia hecho cristiano, y con gran trabajo aprendió perfectamente aquella lengua, que le aprovechó en gran manera para entender la Escritura sagrada, como el mismo santo, escribiendo á Rústico, monge, lo dice con estas palabras: «Siendo mozo y estando cercado de soledad en el desierto, no podia sufrir los estímulos de los vicios, y el ardor y fuego de mi carne: y aunque yo la quebrantaba con ayunos continuos; todavía el alma con malos pensamientos se abrasaba. Pues para domar bien mi carne y sujetarla al espíritu, me entregue á un hermano monge (que de judío, se habia convertido), para aprender el abecé, y pronunciar las palabras duras y ásperas de los hebreos, despues de haber estudiado con tanto cuidado los libros del agudo Quintiliano, y del copioso y elocuentísimo Ciceron, y del grave Fronton, y del suave Plinio. El trabajo que esto me costó: las dificultades que tuve: las veces que perdí la esperanza de salir con ello; y las que lo dejé y torné á comenzar, por el deseo y ansia de aprender, yo que lo pasé soy buen testigo, y los que lo vieron y viven conmigo, lo pueden ser; y hago gracias á mi Dios, que me deja coger los frutos dulces de las letras de raíz tan amarga.» Hasta aquí es de este glorioso doctor.

Mas no fueron estos trabajos los mayores que tuvo en aquel desierto de Siria: otros se levantaron mas pesados y mas dificultosos; porque estando la Iglesia de Antioquía y toda aquella provincia dividida en tres partes: la una, que seguia á Paulino: la otra, que obedecia á Melecio (ambos obispos católicos); y la tercera, que siendo inficionada de la herejía de Apolinar, tenia por su capitan á Vital, gran caudillo y defensor de ella: cada una de estas tres partes procuraba con todas sus fuerzas hacer á san Gerónimo de la suya, juzgando que por ser varon de tan gran opinion de santidad y doctrina, ganaria mucho su parcialidad, si el santo se inclinase á ella: y como él se detenia para acertar; los mismos con quienes trataba, le tenian por sospechoso: otros le apretaban, para que declarase si el misterio de la santísima Trinidad se habia de decir tres hipóstases, como se dice tres personas, por ser aquella palabra «Hypostasis» en aquel tiempo no tan recibida. Para salir de este laberinto y de aquellas peligrosas ondas y contrarios vientos que le combatian, se acogió al seguro puerto de la cátedra de san Pedro, y escribió dos admirables epístolas á san Dámaso, papa, que á sazon en ella presidia, declarándole sus dificultades, y suplicándole que se las soltase, y le mandase con quién de los dos, Paulino ó Melecio, habia de comunicar y como habia de hablar en materia tan delicada y misteriosa; porque él estaba (dice) unido á la cátedra de San Pedro, como con su cabeza, y sabia que la Iglesia estaba edificada sobre aquella piedra, y que era profano el que comia el cordero pascual fuera de aquella casa, y pereceria en el diluvio el que estaba fuera del arca de Noé, y el que no cogia con él, derramaba, y el que no era de Cristo, era Anti-Cristo. Lo que san Dámaso respondió á san Gerónimo, no lo sabemos; pero es de creer, que le respondió que se comunicase con Paulino y se llegase á él: porque el santo pontífice siempre tuvo por mas sana la parte de Paulino, y le favoreció, como se saca de san Basilio en una epístola, y tambien de lo que el mismo san Gerónimo hizo; pues se ordenó de presbítero por mano de Paulino: lo cual no hiciera, si san Dámaso no le hubiera escrito que comunicase con él. Estando san Gerónimo en el yermo, comenzó á desplegar las velas y descubrir los tesoros de su gran ingenio y sabiduría, y á ilustrar la Iglesia con sus escritos; porque interpretó al profeta Abdías: la cual interpretacion, dice él, que despues la enmendó, por parecerle que era muy mozo cuando la escribió, y no tan sazonado y maduro como convenia. Trasladó de griego en latin las homilías de Orígenes al pueblo, y escribió muchas epístolas admirables á diversas personas. Pero fué tan estraña la guerra que le hicieron, y las molestias que le dieron los herejes arrianos, y los monges de la parte de Malecio (viniendo cada hora á examinarle en la fé, y á querer saber curiosamente lo que creia, y llamándole á él, y á los que seguian á Paulino, «sabelianos»), que el santo se determinó á salir del desierto, por librarse de

aquellos hombres que le perseguian mas que las serpientes y fieras que en él habitaban.

Habiendo pues, vivido cuatro años en aquella soledad, con un género de vida tan rigurosa y penitente, y sido probado del Señor con tan duras batallas, y vencido y quebrantado al enemigo, salió del yermo: y siguiendo al Señor que le guiaba y llamaba para mayores cosas, se fué á Jerusalen, así por ver y reverenciar aquellos santos lugares en que se obró nuestra redencion, como por perficionarse en la lengua hebrea, y estudiar muy de propósito la sagrada Escritura, y ver con sus propios ojos los mismos lugares, en que habian pasado las cosas que en ella se cuentan, para poderla mas fácil entender, y así le sucedió. Tomó por maestro de la lengua y cosas hebreas á un judío, por nombre Barrabano, ó Barnanina, el cual venia de noche al monasterio por medio de los otros judíos para enseñarle; y el santo se lo pagaba largamante. Aquí tambien era consultado de san Dámaso, papa: el cual siendo supremo de toda la Iglesia católica, y varon santísimo y sapientísimo, y ya viejo, no se desdeñaba de escribir á san Gerónimo, que á la sazon era mozo, y preguntarle dudas y lugares dificultosos de la sagrada Escritura; y con tan grande humildad suya y estima de san Gerónimo, que en una epístola le dice estas palabras: «No pienso que podemos hallar mas suave conversacion, ni mas provechosa comunicacion entre nosotros, que hablar de las Escrituras sagradas; de tal manera, que yo te pregunte, y tú me respondas; porque no hay en esta vida cosa de mayor deleite, ni miel tan dulce, como este manjar del alma.» Esto es de san Dámaso, escribiendo á san Gerónimo. De donde se vé la estima que hacia de él, y la opinion que tenia de sus sagradas letras y virtud. Mas, dado que san Gerónimo tenia una sed insaciable de saber y entender los misterios profundos, que en la sagrada Escritura están encerrados, no le faltaron sus impedimentos y dificultades que vencer en aquel sagrado estudio: porque como él se habia dado tanto á la elocuencia, y á la elegancia del estilo, y no hallaba (á su parecer) en la divina Escritura aquel ornato de palabras, tomaba algunas veces algun profeta en las manos para leer, y dejábale luego ofendido de la llaneza y humildad del estilo, con que el Espíritu santo (para confundir á los soberbios, y enseñar á los humildes) quiso que se escribiesen los libros sagrados. Pero como Dios le habia escogido para intérprete y expositor principalísimo de esta misma Escritura sagrada, le castigó severamente, porque la leia con ménos atencion y cuidado, que á Ciceron y á otros autores profanos. La manera como esto pasó, es bien que lo digamos con las mismas palabras del santo, que, escribiendo á la vírgen Eustoquia, su hija en Cristo regalada, dice así: «Quiérote contar la historia de mi desdicha y miseria. Como yo muchos años há me hubiese determinado privarme, por el reino de los cielos, de mi propia casa, padres, hermanos y parientes, y lo que es mas dificultoso de la costumbre de las comidas regaladas, y me partiese para morar en Jerusalen; no podia deshacerme de la librería que con cuidado y costa habia allegado en Roma. Y yo miserable por leer á Tulio, ayunaba, y despues de las vigilias largas de la noche y de las copiosas lágrimas que de lo mas íntimo de mi corazon destilaban mis ojos por mis pecados, me ponia á leer á Plauto: y si alguna vez, mirando mi daño y volviendo en mí, comenzaba á leer al Profeta, luego me daba el rostro en el estilo llano y mal limado, y como con mis ojos ciegos no podia ver la luz, pensaba yo que estaba la falta en el sol, y no en ellos. Al tiempo, pues, que la antigua y astuta serpiente de esta suerte me engañaba, me vino á media cuaresma una tan recia calentura, que, como estaba mi cuerpo flaco y exhausto, me puso en lo último, y los que estaban conmigo aparejaban lo que era necesario para mi sepultura. Al tiempo que ya el calor vital del alma habia desemparado las demás partes del cuerpo, y solo se sentia en el pecho, fuí súbitamente arrebatado en espíritu y llevado á juicio delante del trono real de Jesucristo, donde era tanta la claridad y el resplandor que salia de todos los que allí estaban, que derribado en tierra no osaba alzar los ojos. Siendo preguntado de mi condicion y fé, respondí libremente que era cristiano. Mientes (respondió el que presidia en aquella audiencia): que no eres cristiano, sino ciceroniano; pues donde está tu tesoro, allí está tu corazon. Oyendo esto enmudecí: mandóme azotar crudamente el juez; y yo, aunque sentia el dolor de los azotes, mucho mas me atormentaba el fuego de mi conciencia y llorando y gimiendo comencé á decir: Perdonadme, Señor: Señor, perdonadme. Esta sola voz se oia entre el ruido de los azotes. Al fin los que estaban presentes, se pusieron de rodillas delante del juez, suplicándole que perdonase mi culpa, que era de mozo, y me diese lugar para enmendar el yerro con la penitencia; con tal condicion, que si en mí no hubiese enmienda, quedase obligado á mayor castigo. Mayores cosas prometiera segun el estrecho en que estaba: juré de así cumplirlo; y hecho el juramento, me dejaron libre, y yo torné á mi sentido y abrí los ojos tan bañados en lágrimas de dolor, que todos los presentes se admiraron, y las tomaron por testimonio bastante de lo que yo habia padecido.» Y añade el santo: «Y no piense nadie, que aquel fué sueño vano, y de los que algunas veces nos dejan burlados: testigo es el juez, en cuya presencia yo fuí azotado: testigos fueron los santos ángeles; tambien las señales de los azotes, que por muchos dias quedaron en mi cuerpo. Desde aquella hora yo me dí con tanta diligencia y atencion á leer las cosas divinas, con cuanta jamás habia leido las humanas.» Todo esto es de san Gerónimo, de cuya verdad no se puede dudar, aunque algunos hombres libres y atrevidos, por parecer ciceronianos han hecho risa de ello, y dicho, que no hubo razon de azotar á san Gerónimo por ciceroniano, porque no lo es en su estilo: no mirando que no le castigaron porque seguia el estilo de Ciceron, sino por la aficion con que le leia, y porque, por leerle, dejaba de leer las divinas Letras que Dios queria que leyese, deleitándose mas en las palabras muertas y compuestas de Tulio, que en las sentencias vivas y divinas del Señor. Ni tampoco advierten, que el ser uno ciceroniano consiste tanto en usar de las palabras y frases que usó Ciceron, cuanto en imitarle en la gravedad de las palabras, y disposicion y órden de lo que se escribe, para enseñar, deleitar y persuadir al que lo leyere: lo cual todo lo tuvo san Gerónimo, con tanta eminencia como otro cualquier autor: porque, ¿qué orador hay entre los griegos y latinos, que enseñe con mas claridad, que deleite con mayor suavidad y mueva con mayor eficacia? ¿Quién hay que alabe con tanta sinceridad, y reprenda con tanta vehemencia, y exhorte con tanto espíritu y fervor? ¿Qué así levante ó abata, lo que

quiere levantar y abatir? ¿Qué doctor de la Iglesia hay; que trate las cosas sagradas con tan gran majestad, las llanas con tanta erudicion, las escabrosas con tanta elocuencia, las oscuras con tanta luz? ¿Que así se sirva de todas ciencias, divinas y humanas, para explicar y poner delante de nuestros ojos los misterios de nuestra santísima religion? Esto es ser sumo orador: esto es ser ciceroniano, é imitar á Ciceron en lo que él fué excelentísimo y perfectísimo orador, y por lo que es llamado príncipe de la romana elocuencia; porque todas las ciencias humanas son como criadas que deben servir, como á su señora y reina, á la sagrada teología, y los tesoros de los egipcios al pueblo de Dios, como gravísimamente nos lo enseña el mismo san Gerónimo, y mas con obras que con palabras. Volviendo pues, á nuestro glorioso doctor, despues que se vió obligado con tan riguroso castigo á trocar el estudio de Ciceron y de las letras humanas en las divinas, renunciando y cortando de sí todo lo que le podia estorbar, se entregó á la celestial sabiduría, y procuró con grande ansia meditar de dia y de noche en la sagrada Escritura, y buscar á los hombres que mejor se la podian enseñar, sin reparar en costa, ni trabajos é incomodidades de camino. Para esto se ordenó primero de presbítero en Antioquía, siendo de edad de treinta años, por manos de Paulino, obispo, que se lo rogó: aunque nunca pudo acabar con él, que de tal manera se ordenase, que se atase á la residencia y sujecion de alguna iglesia, sino quedar monge como ántes; porque quiso quedar libre para poder en la soledad llorar sus pecados, y para darse mas enteramente al estudio de las divinas Letras, sin impedimento y embarazo, como el mismo santo lo dice en una epístola, que es la 61, la cual escribió trece años despues de muerto san Dámaso, papa. Ni aun se pudo acabar con él, que quisiese en el monasterio ejercitar en público los ministerios del oficio sacerdotal.

Siendo, pues, ya ordenado de sacerdote, fué á Constantinopla para ver y oir á san Gregorio Nacianceno: al cual por su singular sabiduría y elocuencia llamaron el Teólogo; y san Gerónimo á boca llena le llama su maestro, y se precia de haber sido su discípulo, que es señal del gran caudal de la doctrina de san Gregorio, y no ménos de la profunda humildad de san Gerónimo: porque siendo ya él tan grande letrado y conocido por tal, y que le consultaban los obispos de Occidente, y el obispo de los obispos y sumo pastor, san Dámaso y le pedian que les declarase los lugares oscuros de la sagrada Escritura, y al que los obispos de Oriente con tanto cuidado procuraban ganar, y traerle á su opinion, para defenderla y sustentarla con su autoridad (como arriba se dijo); con todo eso quiso el santo ántes ser discípulo de san Gregorio Nacianceno, que maestro de los demás. En Constantinopla estuvo casi tres años, oyendo en público á san Gregorio, cuando enseñaba, y confiriendo familiarmente en casa con él, como un varon docto con otro, y como un amigo con otro amigo, los lugares mas dificultosos de la Escritura. Allí tambien conoció y trabó amistad con san Gregorio Niceno hermano de san Basilio, y ayudó á su maestro san Gregorio Nacianceno en las contiendas y debates que tuvo con Máximo, filósofo cínico, que con hipocresía y engaño le pretendió quitar la silla: mas san Gerónimo escribió á san Dámaso, papa, en favor de su maestro, y por las cartas de san Dámaso, Máximo fué echado de la ciudad de Constantinopla: donde, el tiempo que estuvo en ella, escribió san Gerónimo sobre el sexto capítulo de Isaías, y le dedicó á san Dámaso, que se lo habia mandado, y otros amigos se lo habian importunado, como lo dice el mismo santo doctor. En esta sazon, estando las cosas de la Iglesia oriental alteradas, y algunas Iglesias con graves disensiones entre sí, pareció al santo pontífice Dámaso y al emperador Teodosio, ambos españoles y religiosísimos príncipes, que era bien juntar concilio en Roma de los obispos de Oriente y Poniente, para dar asiento en ellas, y paz y sosiego á toda la Iglesia. A este concilio fuéron á Roma san Epifanio, obispo de Salamina, en Chipre, y Paulino, obispo de Antioquía (el cual habia ordenado de presbítero á san Gerónimo), varones de conocida santidad, y grandes amigos suyos: y ahora sea porque ellos se lo pidieron, ahora, y es lo mas probable, porque el mismo papa san Dámaso se lo mandó; san Gerónimo tambien fué á Roma, y entró en ella en compañía de estos santos prelados. Allí fué recibido del sumo pontífice con grande benevolencia y amor, y de toda la ciudad con extraordinaria admiracion y respeto. Halló allí á Pamaquio, su antiguo condiscípulo, y á otros amigos, que ya ántes le conocian, ó por conversacion, ó por fama de su santidad y doctrina. Todos concurrian á él, y cada uno procuraba ganarle la voluntad: unos alababan su santidad, otros la doctrina, otros su dulzura y trato suave y benigno, y finalmente todos tenian puestos los ojos en él, como en un espejo de toda virtud, dechado de penitencia, y oráculo de sabiduría; de tal manera, que comunmente le juzgaban por digno del sumo sacerdocio. Aquí en Roma sirvió al santo pontífice Dámaso en responder á todas las dudas que le proponian, y en las cosas eclesiásticas que le consultaban de todas las Iglesias orientales y occidentales. Y como la Iglesia en aquel tiempo estaba tan extendida por todas las provincias del mundo, era negocio gravísimo y de mucha dificultad, satisfacer en materias tan importantes á tantas demandas, y responder á tantas preguntas. Tenia tambien cuidado de proponer la confesion de la fé, que habian de hacer, y enseñarles lo que habian de creer, á los que se convertian de la herejía, y, para ser reconciliados con la Iglesia, acudian á la silla apostólica; y en las demás cosas, que pertenecen al gobierno de la Iglesia católica, era san Gerónimo el que llevaba gran parte del peso, y con su cuidado descuidaba san Dámaso, y con su trabajo descansaba. En este tiempo procuró que en la Iglesia romana, como escribe san Gregorio, papa, se cantase el *Alleluya*, nó solamente en el tiempo de Pascua, como ántes se usaba, sino tambien en el resto del tiempo, fuera de Septuagésima á la Pascua, como lo usaba la Iglesia de Jerusalen; y que en el fin de los salmos se cantase el «Gloria Patri,» como se usaba en la Iglesia de Antioquía. Él enmendó en Roma los salmos, segun la interpretacion de los setenta intérpretes, que la Iglesia lee y canta; y por órden de san Dámaso el Testamento Nuevo, que en su tiempo andaba no tan correcto. Él fué el primero, que con brevedad escribió los martirios de los santos mártires, que en la Iglesia se leen, como lo dicen Casiodoro, Usuardo y Adon, obispo de Viena. Él ordenó el leccionario, y dispuso las lecciones que se habian de rezar en el oficio divino, y las epístolas y evangelios que se habian de recitar en la misa. Además de esto se ocupaba el santo en visitar los santuarios de Roma, que siendo muchacho solia frecuentar; aunque ahora lo ha-

cia con diferente devocion y espíritu. Dábase mucho á la oracion y contemplacion: decia misa con muchas lágrimas, ternura y sentimiento; y hoy dia se muestran en Roma el cáliz y casulla, con que la solia decir. Era muy solícito y cuidadoso del culto divino, y de la limpieza de las iglesias y ornato de los altares; y así alababa tanto á Nepociano por el cuidado que en esto ponia. Trataba con toda la nobleza y córte de Roma, y procuraba atraer los corazones de las gentes al amor y temor santo del Señor. Y como veian en él una vida tan perfecta, un menosprecio del mundo, un semblante del cielo, unas palabras tan vivas, unos consejos tan acertados, un pozo tan profundo de sabiduría, y que en todas sus cosas mas parecia varon divino, que hombre mortal; muchos se le rendian, y por su medio daban libelo de repudio á los vicios, gustos y entretenimientos, y se entregaban de veras á la virtud. Asimismo en el tiempo que estuvo esta vez en Roma, que fué casi tres años, escribió muchas obras maravillosas: porque habiendo un hereje, llamado Helvidio, abierto su boca sacrílega y ladrado, como perro rabioso, contra la limpieza de la purísima Vírgen nuestra Señora, y escrito un libro contra su perpetua virginidad; el santo tomó la mano, y de tal suerte le convenció y confundió con su respuesta, que aquel monstruo en un mismo tiempo parece haberse comenzado y acabado. A Helvidio sucedió otro monstruo, que fué Joviniano, falso monge, el cual habia estado en Milan en un monasterio, debajo de la disciplina de san Ambrosio, del cual hace mencion en sus confesiones san Agustin, y venido á Roma, enseñaba que el matrimonio era igual á la virginidad, y que no se habia de ayunar, y otros errores mas dignos y propios de un filósofo epicúreo y delicioso, que de un monge lloroso y penitente. Contra este tan pernicioso hereje escribió san Gerónimo aquellos dos admirables libros, tan llenos de erudicion divina y humana, que ponen espanto.

Escribió asimismo los diálogos contra los luciferianos y otras obras de grande utilidad y admiracion. Tambien se ocupaba en declarar la sagrada Escritura á algunas personas devotas y estudiosas, que venian á él, y le importunaban y preguntaban y proponian varias cuestiones. Pero en ninguna cosa (despues de haber cumplido con las obligaciones del oficio, que el santo papa Dámaso le habia dado) se ocupaba de mejor gana, que en desarraigar las malezas, espinas y vicios de los corazones de los hombres, y en refrenar la demasiada libertad y licencia con que muchos vivian en Roma, y reformar las costumbres torcidas de algunos clérigos, para que floreciese en la santidad aquella ciudad, y en las obras fuese tan santa como siempre lo ha sido en el nombre. Y como san Gerónimo era tan celoso, tan severo y grave reprensor de los vicios, y no tenia respeto á la calidad de las personas, sino á la virtud y á la gloria de Dios, no pudieron los ojos flacos sufrir tan gran resplandor y claridad; y el manjar sabroso y saludable hizo mal estómago á los que tenian estragado el paladar. Los mismos que ántes se postraban á sus piés, y le besaban la ropa y pedian su bendicion, comenzaron á quererle apedrear y á llamarle hipócrita, embustero y engañador, y tomaron mayor ánimo y osadía con la muerte del santo papa Dámaso, que fué el año de 384, pareciéndoles que quedaba el santo doctor solo, desabrigado y sin aquel arrimo y defensa que ántes tenia. Y para que sus mentiras tuviesen algun color de verdad, publicaron que no parecia bien que un monge tratase con tanta familiaridad con mujeres, aunque fuesen señoras principales y pareciesen santas: y esto decian, porque algunas personas de las mas principales de Roma, y devotísimas y deseosísimas de toda perfeccion, acudian á san Gerónimo, como á padre y maestro, para que las enseñase é instruyese en lo que habian de hacer, para agradar mas al Señor, como fueron santa Paula, viuda, y sus hijas Paulina, Eustoquia, Blesilla y Rufina, santa Marcela, Albina, Asela, Leta y otras, algunas de las cuales fueron santas, y como tales son celebradas en la Iglesia católica. Pero entre todas, la que mas se señaló fué santa Paula: la cual, para darse mas perfectamente á Dios, determinó dejar su casa, hijos, deudos y conocidos, y salir de Roma, é irse á vivir á Jesuralen, adonde san Gerónimo, muerto ya san Dámaso, papa, queria navegar. Y como el mundo siempre tiene por locura la sabiduría de Cristo, y por perdido todo lo que se emplea en su servicio, y por demasía y rigor lo que no se ajusta con sus leyes y vana prudencia; los que estaban sentidos de las reprensiones de san Gerónimo, tomaron esta ocasion para infamarle y pregonarle, no solamente por burlador é hipócrita, sino tambien por lascivo y deshonesto: y para persuadir mejor su mentira, se aprovecharon de un hombre, á quien persuadieron que dijese falso testimonio contra el santo y contra santa Paula. Fué preso el hombre, y en los tormentos negó lo que primero habia significado: y reconociendo su mentira, descubrió la verdad y la inocencia de san Gerónimo: el cual, en una epístola, que escribió á Asela, al tiempo que en el Puerto Romano se queria embarcar para Jerusalen, le dice estas palabras: «Yo (dice) soy aquel malvado, yo aquel taimado y embustero, yo el mentiroso, y el que con arte de Satanás engaña. ¿Cuál es mas seguro, creer esto, ó fingirlo, de los que no tienen culpa, ó no querer, ó creer de los culpados? Algunos me besaban la mano, y con la boca de serpiente decian mal de mí: mostraban pesar con la lengua, y gozábanse en su corazon. Veíalo el Señor y hacia burla de ellos, y guardaba á este miserable siervo suyo, para juzgarle con ellos el dia del juicio. Unos reprendian mi manera de andar y la risa: otros el semblante de mi rostro; y otros atribuian á mal, lo que yo con llaneza y simplicidad hacia. Tres años casi he vivido con ellos, y muchas veces he estado rodeado de gran número de doncellas, y á algunas de ellas les he declarado las divinas Letras, lo mejor que yo he podido. La leccion era causa de que hubiese trato entre nosotros: el trato de que hubiese familiaridad; y la familiaridad suele dar atrevimiento y confianza. Pues, diganme: en estas ocasiones ¿qué cosa han visto en mí, que desdiga un punto de la modestia y gravedad cristiana? ¿He tomado jamás dinero de nadie? ¿No he despreciado siempre los dones, grandes y pequeños que se me han ofrecido? ¿Han sido mis palabras descompuestas, ó mis ojos lascivos? Ninguna cosa se me opone, sino que soy hombre; y aun esto no se me opone, sino cuando Paula y Melania se parten para Jerusalen. Los que han creido al que mintió; ¿por qué no creen al que se desdice? El mismo hombre es este y aquel: y el que ahora dice que soy inocente, es el mismo que ántes dijo que yo era culpado, especialmente, que los tormentos son mas poderosos para sacar la verdad, que la mentira; sino que mas fácilmente se cree lo que sabiendo que es fingido, de buena gana

se oye; ó no siendo fingido, se procura que lo sea. Antes que yo conociese á Paula, toda la ciudad de Roma me ponia en las nubes, y me juzgaba por digno del sumo sacerdocio, y tenia en tanto mis palabras, como si salieran de la boca de san Dámaso: llamábanme santo, humilde y elocuente. ¿Por ventura he yo entrado en casa de alguna persona ménos honesta? ¿Hanme llevado tras sí las ropas de seda, las piedras preciosas y resplandecientes, los rostros afeitados, ó la codicia de oro y de riquezas? No ha habido en Roma matrona que haya podido ablandarme y hacer que yo mudase mi propósito, sino la que lloraba y ayunaba, y estaba vestida de cilicio y casi ciega por las continuas lágrimas, la que las noches enteras pasaba en oracion, y cuyas canciones eran los salmos, sus palabras el Evangelio, sus deleites la abstinencia y su vida un perpetuo ayuno. Ninguna me pudo agradar, sino la que nunca vi comer. Mas despues que por sus grandes merecimientos, y estremada honestidad, la comencé á reverenciar, honrar y admirar, luego todas las virtudes me desampararon.» Todo esto es de san Gerónimo, al tiempo que partió de Roma para Jerusalen, adonde despues le siguieron santa Paula, con su hija Eustoquia, y otras muchas vírgenes, que tuvieron mas cuenta con la inspiracion santa é impulso del Señor, que las guiaba, que no con las voces de los hombres mundanos, y con los lazos de Satanás, que las pretendia detener.

Partió, pues, de Roma nuestro gran doctor por el mes de agosto, en compañía de Pauliniano, su hermano menor, y de Vincencio, presbítero, y de otros monges que iban con él, con intento de ir á Jerusalen, y hacer allí su morada. Llegó á Chipre, donde fué recibido de san Epifanio con grande benevolencia y caridad. De allí pasó á Antioquía, y fué huésped, y muy acariciado y agasajado del obispo Paulino: y acabó la navegacion entrando en Jerusalen en lo recio del invierno con mucho frio. Venia tan cansado de las grandezas, vanidades y murmuraciones de la córte romana, y tan deseoso de ser de veras monge, y darse del todo á Dios, que poco despues se fué á Egipto, por visitar los monasterios que allí habia, y los de Nitria, y consolarse con aquellos santos varones que en ellos servian al Señor, y aprender nuevas virtudes por mas agradarle; porque con ser san Gerónimo un vivo retrato y espejo de toda santidad, y varon en todas ciencias tan consumado, era tan humilde, que de todos queria aprender letras y virtudes. Para esto fué á Egipto á verse con los monges, y en Alejandría se hizo discípulo de Dídimo: el cual era ciego, y por su grande ingenio é industria habia alcanzado fama de hombre sapientísimo: y por esto el mismo san Gerómino le llama en latin, *Videns*, el que veia, ó el ciego de buena vista: de manera, que el que en tiempo del papa Dámaso habia sido maestro de todo el mundo, por su humildad (con su cabeza entrecana, como él mismo lo dice), quiso ántes aprender que nó enseñar. Estaba Dídimo tocado de los errores de Orígenes, y enseñólos á Rufino; pero, ó no se atrevió á descubrirse á san Gerónimo; ó si se descubrió, no fueron por el santo sus errores admitidos: porque como abeja solícita y prudente, de tal suerte recogia el rocío y jugo de las flores, para labrar sus panales y henchir sus colmenas de la dulce miel, que se guardaba de las yerbas ponzoñosas que le podian inficionar. Volvió despues de esto el santo á Belen, y tomó por asiento el pesebre y cuna del Salvador, para vivir allí y regalarse con la meditacion y presencia de aquel pobre portal, en que el Verbo eterno salió al mundo vestido de la flaqueza de nuestra carne. Allí edificó un monasterio en que vivia con los monges santísimamente, y un albergue para acoger y recibir á los peregrinos que en aquel tiempo en gran número venian en romería á Jerusalen. Para hacer esto envió á su hermano Pauliniano á su tierra, para que vendiese lo que quedaba de su patrimonio, y socorrer con ello á las necesidades de los pobres. Vivia el santo en este monasterio con gran pobreza, contentándose de una comida y vestido pobre: no tenia dineros, ni los queria tener: escondíase y recogíase en su celda: deseaba ser bueno mas que parecerlo: dábase mucho á los ayunos y oracion: su cama era dura y áspera: de su boca no se oian sino cosas santas y del cielo, y en el mismo silencio hablaba interiormente con Dios: era muy humilde interior y esteriormente; y traia el temor del dia del juicio tan metido en las entrañas, que él mismo dice de sí estas palabras: «Todas las veces que me pongo á pensar en el dia del juicio, estoy como azogado y tiembla todo el cuerpo.» Recibia á todos los peregrinos (como no fuesen herejes), y regalábalos y lavábales los piés, y aun los piés de los camellos que traian: y eran tantos los que venian, que el mismo santo dice, que no habia hora ni momento en que no recibiesen gran multitud de hermanos, y que la soledad del monasterio se habia trocado en un continuo hospedaje, tanto, que ó habian de cerrar las puertas del monasterio, ó dejar el estudio de la sagrada Escritura, la cual les mandaba abriesen las puertas á los peregrinos.

Aquí tuvo tambien el santo grandes trabajos y dificultades con los origenistas y especialmente con Juan, obispo de Jerusalen, por defender la pureza de nuestra santa fé; porque entre las otras grandes alabanzas que merece este santísimo varon, una es y no la menor, haber sido siempre martillo de los herejes y contraveneno de sus errores. Habia sido Juan Jerosolimitano monge, y hereje macedoniano, y con esperanza de ser obispo, habia abjurado la herejía. Alcanzó el obispado de Jerusalen, é hízose defensor de los errores de Orígenes que á la sazon se ventilaban y como cáncer cundian é iban inficionando á los fieles. Opúsosele san Gerónimo, teniendo mas cuenta con la verdad de la fé, que con la dignidad y potencia del obispo. Llevólo mal Juan Jerosolimitano, y determinó perseguir á san Gerónimo y maltratarle con todas sus fuerzas. Para esto le escomulgó á él y á su hermano Pauliniano, y á sus monges, y vedóles que no entrasen en el Santo Sepulcro, entrando en él aun los herejes. Quiso prohibirle que no estuviesen en Belen; pero no se atrevió por respeto de santa Paula, á quien como era señora tan principal, tan rica y poderosa, todos procuraban darla contento. Pero despues, viendo que con los otros remedios no podia rendir y vencer el invencible pecho de san Gerónimo, procuró que él y su hermano, y los otros monges, fuesen desterrados; aunque no pudo salir con ello. Hablando de esta violencia, dice el mismo san Gerónimo en una epístola estas palabras: «Plugniera á Dios, que así como á él se le cuenta la voluntad por obra; así nosotros, no solo con la voluntad sino con el efecto, alcanzáramos la corona del destierro. Derramando sangre, y padeciendo, y no haciendo agravios ni afrentas, se fundó la Iglesia de Cristo: con las persecuciones creció; y con los martirios fué coronada.» Y mas abajo, quejándose que Juan Jerosolimita-

no, siendo monge, hacia tales obras con los monges, dice así: «El monge amenaza á los monges (¡ay dolor!), é impetra que sean desterrados; ¡y monge que se jacta tener la cátedra apostólica! No saben los monges rendirse por terrores y espantos; y al golpe de la espada, ántes darán el cuello que las manos. ¿Qué monge hay, que desterrado de su patria, no se tenga por desterrado del mundo? ¿Para que es menester autoridad pública, y rescriptos, y provisiones, y discurrir por todo el mundo contra nosotros? Tóquenos con su dedo mas pequeño; y de buena gana nos iremos. De Dios es la tierra y toda su redondez.» Todo esto es de san Gerónimo: el cual por esta misma causa y contienda de la fé tuvo grandes reyertas con Rufino, que de grande amigo y compañero que habia sido suyo, se le hizo adversario y enemigo; porque, enseñado de Dídimo, de tal manera se aficionó á Orígenes, y bebió sus errores, que trasladó de griego en latin un libro suyo, llamado *Periarchon*, en griego, y en latin *De principiis;* y le publicó en Roma, como doctrina sana y segura, habiendo en él muchos errores y herejías; y alabando al santo, como á amigo y admirador de Orígenes. Hubo de esto grande escándalo en Roma, y los devotos y aficionados de san Gerónimo luego acudieron á él, y le escribieron á Jerusalen lo que pasaba, rogándole que les avisase de lo que habia de creer y hacer, y que volviese por sí. El santo lo hizo, y trasladó fielmente el libro de Orígenes que Rufino habia trasladado con poca fidelidad y se lo envió. Y para cumplir con la amistad antigua de Rufino, y el oficio de modestia y caridad, ántes que escribiese contra él, le avisó amorosamente que quitase aquel escándalo y tropiezo que habia puesto á los fieles; y le dice estas palabras: «Pongo por testigo á Jesucristo, que de mala gana y por fuerza vengo á hablar, y que siempre hubiera callado, si tú no me provocaras y obligaras á hablar. Finalmente, no me acuses; y yo no me defenderé. Dejemos de defender á los herejes; no habrá contienda alguna entre nosotros. Deja la espada y yo dejaré el broquel. En una sola cosa no podré consentir contigo: que perdone á los herejes, y que no me muestre en todo católico. Si esta es la causa de nuestra discordia, morir podré; mas nó callar. Haya entre nosotros fe; que luego habrá paz.» Esto dice san Gerónimo á Rufino, exhortándole á ser católico y á la antigua amistad. Pero aunque no bastó esta diligencia para que Rufino se reconociese y enmendase; bastó ella y otras que hicieron Marcela y otros discípulos de san Gerónimo, para que san Anastasio, papa, varon de riquísima pobreza y solicitud apostólica (como el mismo santo le llama), que habia sucedido á Siricio, sucesor de Dámaso, condenase los errores de Orígenes, quedando el santo y la verdad con victoria; y sus adversarios, Juan Jerosolimitano y Rufino y otros, humillados y confusos. Y aunque ellos procuraron por medio de Alipio (compañero y discípulo de san Agustin), que habia ido á Jerusalen, poner mal al mismo san Agustin con san Gerónimo, y por esto al principio se escribieron algunas cartas algo desabridas; pero despues, entendida la verdad, fueron muy grandes amigos, sin que los origenistas, con todos sus embustes y artificios, los pudiesen apartar ni dividir á los que con vínculo de caridad tan estrecho estaban tan unidos y abrazados.

Despues de esta tan gloriosa victoria, alcanzó otra, no ménos ilustre, contra un hereje llamado Vigilancio, á quien el santo, por ironía y risa, llama Dormitancio. Este al principio con extraña hipocresía disimulaba sus errores; mas despues se quitó la máscara y públicamente los enseñaba y defendia en Francia. Estando en Barcelona habia tenido amistad con san Paulino, y yendo en romería á Jerusalen, llevó cartas suyas de recomendacion para san Gerónimo, creyendo san Paulino que era de dentro lo que de fuera parecia. Mas despues se manifestó y vomitó el veneno que traia en el pecho, reprendiendo la castidad de los clérigos y la veneracion de las reliquias de los santos mártires, y enseñando otros disparates como estos: los cuales de tal manera deshizo nuestro gran doctor con su admirable doctrina y elocuencia, que el hereje no levantó mas cabeza y quedó con sus errores sepultado; porque nuestro Señor, en castigo de los que en Francia le habian creido, envió por este tiempo los vándalos y alanos que entraron en ella, haciendo gran riza y estrago; de manera, que cada uno miraba cómo escaparia con la vida, sin acordarse mas de Vigilancio, que si tal hombre no hubiera habido en el mundo. Levantóse tambien otro hereje, enemigo asimismo de la gracia de Jesucristo, que fué Pelagio, monge, é inglés de nacion, contra el cual escribió san Gerónimo, á ruego de sus devotos: aunque nó de muy buena gana, por parecerle que no habia necesidad de tomar él aquel trabajo, habiéndole tomado ántes con tanta loa san Agustin; y así dice: «Paréceme que es bien que dejemos este trabajo: porque no se nos diga aquella sentencia de Horacio: *In silvam ne ligna feras:* No lleves leña al bosque; porque, ó habemos de decir las mismas cosas que están ya dichas, (y esto no hay para qué), ó cosas nuevas: pero ya se ha anticipado Agustino, y dicho las mejores con su clarísimo ingenio.» Por donde se ve la estima que san Gerónimo tenia de san Agustin. Y no fué menor la que san Agustin tuvo de san Gerónimo: del cual hablando, dice: «No pienses que es de desechar Gerónimo, aunque no fué mas que presbítero: el cual fué muy erudito en la lengua griega, hebrea y latina: de la Iglesia occidental pasó á la oriental, y vivió en los lugares sagrados, y estudió letras sagradas hasta la edad decrépita: cuya elocuencia echó su resplandor, como lámpara, desde el Oriente hasta el Occidente.» En estas cosas se ocupaba el santo el tiempo que estuvo en Belen, y en traducir, interpretar é ilustrar con sus comentarios las divinas Letras, deshaciendo por una parte las tinieblas de los herejes; y por otra alumbrando con su singular doctrina toda la Iglesia católica.

Pero sucedieron dos cosas lastimosas en que el santo hubo de ejercitar mucho su gran confianza en Dios y la caridad con los prójimos. La primera fué, que el año de 395, entrando los hunos, gente brava y feroz, por Armenia, por todo el Oriente, talando las tierras del imperio romano, con tanta braveza y furor, que rindieron y asolaron casi todo Egipto; mataron muchos monges y cautivaron gran número de gente, y los rios iban teñidos en sangre humana y como pasasen adelante con su victoria, llegó nueva que venian á Jerusalen; y fué tan grande el espanto, que todos los peregrinos y extraños, y entre ellos Fabiola, matrona romana principal y devotísima del santo, se partieron de Jerusalen. Con esta nueva Gerónimo y su gente tambien se aprestaron para la partida; y teniendo ya aparejada la embarcacion, y estando ya en la ribera para embarcarse, al punto que entendiesen que venian los enemigos; fué nuestro Señor servido por las oraciones y

lágrimas de san Gerónimo, que aquellos bárbaros no llegasen á la Tierra Santa; y con esto cesó la partida, y todos los moradores de Jerusalen quedaron libres de aquel sobresalto. La segunda fué, que casi al mismo tiempo entraron los godos por Europa y destruyeron muchas ciudades y provincias de Grecia; y despues, andando el tiempo, con varios sucesos entraron tambien en Italia, y cercaron á Roma, y la tomaron y saquearon y arruinaron el año de 410, siendo emperador Honorio, hijo del gran Teodosio, como san Gerónimo ántes que sucediese lo habia profetizado, escribiendo sobre el profeta Daniel. Y aunque sus enemigos y otra gente holgazana le quisieron calumniar y reprender por lo que habia escrito; cuando lo vieron con los ojos y cumplirse lo que él habia profetizado, lloraron su desventura, y alabaron el espíritu profético y prudencia del santo doctor: el cual, hablando de esto, dice estas palabras: «No se ha de lisonjear á los príncipes de manera que se deje la verdad de las Escrituras sagradas; ni es injuria de una persona particular, cuando en general se disputa de las cosas. Y aunque yo haya tenido cuidado de esto en lo que escribí, la calumnia que se me habia impuesto, con el juicio de Dios se ha quitado, para que se echase de ver el amor que me tienen mis amigos y las asechanzas y embustes de mis enemigos.» Pero en aquella ruina y destruccion de Roma, tuvo el santo mucho que llorar y en que ejercitar su caridad; porque muchos de los que de ella se pudieron escapar, fuéron huyendo hasta Jerusalen, donde san Gerónimo los recibió y amparó lo mejor que pudo, con la ternura y sentimiento que pedía un caso tan triste y miserable: del cual él mismo dice estas palabras: «Verdad es aquella sentencia, que todas las cosas que nacen se acaban, y las que crecen se envejecen, y que no hay cosa hecha por mano y obra de hombres, que al fin no se acabe y consuma con el tiempo. ¿Quién creyera que Roma, edificada con las victorias y despojos de todo el mundo, habia de caer y ser juntamente madre y sepultura de sus hijos? ¿Y que todas las costas de Oriente, de Egipto y África, se habian de llenar de los cautivos y esclavos de aquella ciudad que fué señora de tantas gentes? ¿Y que Belen santa cada dia habia de recibir y acoger en sí, como pobres y mendigos, á hombres y mujeres nobles, que en otro tiempo fueron tan ricos y abundantes? A los cuales, porque no podemos remediar, les tenemos gran compasion y juntamos nuestras lágrimas con las suyas; y ocupados con la carga de tan santa obra, no pudiendo ver sin sollozos y gemidos á los muchos que vienen, habemos dejado la interpretacion sobre el profeta Ezequiel, y casi todo el estudio; porque deseamos poner por obra las palabras de la Escritura, y no decir cosas santas, sino hacerlas.»

En estas obras de caridad y en otras semejantes se ejercitaba nuestro santo doctor, como quien estaba tan encendido y abrasado del amor de Dios y de sus prójimos. Ocupábase tambien en responder á innumerables cartas que le escribian de todas las partes de la cristiandad hombres doctos, obispos, prelados, preguntándole dudas, y proponiendo cuestiones de la sagrada Escritura, y otras personas principales, pidiéndole consejo en lo que habian de hacer, para agradar á Dios, y servirle mas perfectamente; porque cierto es cosa que admira, ver como todos consultaban á san Gerónimo como á un oráculo del cielo, y el gran trabajo que tenia en responder; porque además de los que de Siria, Palestina, Egipto, y de todo Oriente acudian á él; de Italia le consultaban Pamaquio, Occéano, Heliodoro, Cromacio y otros muchos; y entre ellos (como dijimos) el maestro y pastor universal de la Iglesia san Dámaso, papa: de Francia, san Paulino, Exuperio, Minerio y Alejandro; y Rústico, monge, Hebdibia y Algasia, que de las últimas partes de Francia le enviaron un mensajero á Belen, para que les declarase algunas cuestiones difíciles: de Alemania enviaron Sunia y Fretela otro, para haber de él las varias traslaciones del Salterio: de España, Abigao le escribió; y Luciano Batico, desde Andalucía, le envió á preguntar lo que habia de hacer, acerca de ayunar el sábado, y el comulgar cada dia; y tenia asalariados seis escribientes en Belen, para que trasladasen lo que iba el santo escribiendo, y se lo enviasen. San Severo Sulpicio fué á buscarle, y le visitó, y estuvo con él seis meses: y si pudiera, estuviera toda la vida, por aprender de él virtud y ciencia: y lo que es de mayor maravilla, desde África, el santísimo y sapientísimo Agustino, luz de la Iglesia, le enviaba sus libros para que los censurase; y se los dedicaba, y le proponia las cuestiones dificultosas que él no sabia desatar, especialmente las del orígen del alma: y no pudiendo él ir en persona, como deseaba verse con san Gerónimo, le envió á Paulo Orosio, Alipio y Profuturo, para que oyesen de él, lo que él, por su humildad, decia que no sabia: y en una epístola, que es la 15, para san Gerónimo, le dice estas palabras: «Dos escritos tuyos que han venido á mis manos he leido, y los he hallado tan ricos y llenos de cosas, que no querria, para aprovecharme en mis estudios, sino poder estar siempre á tu lado, pero porque no puedo hacer esto, pienso enviarte algunos de mis hijos en el Señor, para que los enseñes; porque yo conozco, que no hay en mí, ni puede haber, ciencia de las divinas Letras, como veo que hay en t.» Esto es de san Agustin: para que se vea la estima que tenia de san Gerónimo. Finalmente, eran tantos los que le importunaban con sus cartas, que el mismo santo, escribiendo á Paulino, le dice estas palabras: «Para decir llanamente la verdad á vuestra santa caridad; al tiempo que estoy para navegar á Occidente, son tantas las cartas que en un mismo punto se me piden, que no me es posible que yo las pueda escribir, ni satisfacer á los que me las piden.» Y lo que pone mas admiracion es, que escribiendo este santo doctor á tanta variedad de personas, á papas, obispos, monges, clérigos, señores y señoras principales, vírgenes, casadas y viudas; de tal manera escribe, que se mide con el estado de cada uno, y guarda el decoro y la propiedad que le conviene, y le desenvuelve, explica y enseña lo que debe hacer en él, como si en aquel solo y nó en otro se hubiera ejercitado; lo cual, aunque en algunos otros santos se echa de ver, en ninguno mas que en san Gerónimo: porque Dios nuestro Señor especialmente le habia escogido para doctor y maestro del mundo.

A quien leyere esto con atencion, parecerá que las ocupaciones que hábemos dicho tenia el santo, eran tantas y tan grandes, que bastaban á derribar cualquiera gigante: pero san Gerónimo lo era tan grande, y tan robusto y valeroso, que la carga que para otros fuera insufrible, era lijera para él; porque todo lo demás le era como accesorio, y su principal estudio y cuidado era meditar la ley del Señor de dia y de noche, y leer y entender la sagrada Escritura, y traducirla é interpretarla, para enriquecer

la santa Iglesia, y darle el rico tesoro que ahora posee. Habia en aquel tiempo muchas traslaciones latinas, y casi innumerables del Viejo Testamento, sacadas de la version griega de los Setenta, y del Nuevo Testamento, otras tantas traducidas de griego, como lo afirma san Agustin y el mismo san Gerónimo por estas palabras: «Entre los latinos (dice) hay tantas versiones, como libros; porque cada uno á su voluntad, ó ha añadido ó quitado lo que le ha parecido.» Pues habiendo tanta variedad de traslaciones, y siendo la divina Escritura la luz del cielo que tiene la Iglesia para alumbrar á sus hijos, y el pan con que los ha de sustentar, y el fundamento de nuestra santísima fé, escogió Dios nuestro Señor, por su gran clemencia, entre todos los doctores de su Iglesia á san Gerónimo, para que trabajase y sudase en una obra tan importante, quitando las nieblas de la ignorancia, y limpiando los caños por donde se deriva el agua, nos diese esta misma luz mas resplandeciente, y esta fuente de la sagrada Escritura mas limpia, para refrigerio y descanso de nuestras almas: y para que pudiese mejor hacerlo, le castigó con duros azotes; porque dejaba de leerla, por leer á Ciceron: inspiróle que estudiase con tanto cuidado las lenguas griega, hebrea y caldea, y que visitase y anduviese por todos los lugares de Palestina, para mejor entender lo que en las divinas Letras se refiere haber Dios obrado en ellos: dióle una sed insaciable de saber, y de andar por tantas provincias y naciones del mundo, y aprender de los insignes varones que habia en él, y de maestro hacerse discípulo, todo esto en órden á las Letras sagradas. Y sobre todo, le dió una humildad tan grande, que el mismo santo dice de sí: «Aunque yo me conozco por tan gran pecador, y cada dia en la oracion, hincadas las rodillas, digo al Señor: No os acordeis de los pecados de mi mocedad, ni de mis ignorancias; todavía, sabiendo que dijo el Apóstol, para que no caiga hinchado con la soberbia en el lazo del demonio, y que en otro lugar está escrito, que Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes; ninguna cosa, desde mi niñez, he procurado huir tanto, como el ánimo altivo, y la cerviz yerta, que provoca contra sí el odio de Dios.» Y en otro lugar dice: «Ya confieso que en interpretar las divinas Escrituras, no he confiado en mis propias fuerzas, ni hecho caso de mi opinion; ántes he acostumbrado á preguntar, nó solamente las cosas de que dudaba, sino tambien las que yo pensaba que sabia.» Pues armado san Gerónimo con las ciencias humanas, y rico con las lenguas latina, griega, hebrea, siriaca y caldea, y sobre todo vestido del espíritu del Señor, y del zelo de su gloria, y del bien de su Iglesia, emprendió una cosa que ninguno ántes de él habia osado emprender, ni despues de él hasta nuestros tiempos ha osado intentar: y tradujo el Viejo Testamento dos veces, una de griego en latin, segun la traslacion de los Setenta, y otra de la lengua hebrea, segun la verdad hebraica: y aun el Salterio, no solamente le tradujo dos veces en latin, una de hebreo y otra de griego; pero enmendó dos veces la edicion antigua, que en su tiempo andaba sacada de la griega comun y vulgata: y el Nuevo Testamento, que andaba lleno de faltas y errores por culpa de los escribientes, le corrigió y enmendó con gran cuidado por mandado de san Dámaso, como arriba se dijo: y fué tan acertada y tan perfecta esta traslacion de san Gerónimo del Viejo y del Nuevo Testamento, que en saliendo á luz, luego algunas Iglesias le recibieron, y despues toda la Iglesia católica ha usado de ella, dejando la que hasta allí habia usado, como se ve en lo que escriben san Agustin, san Gregorio y san Isidoro: el cual en el libro de los Oficios divinos, dice: «Solo Gerónimo, presbítero, ha traducido de hebreo en latin las Escrituras sagradas, y todas las Iglesias comunmente usan de su traslacion, por ser mas verdadera en las sentencias, y mas clara en las palabras:» y despues acá los expositores de la sagrada Escritura han tomado esta traslacion de san Gerónimo por regla, para seguirla. Y no solo los doctores particulares, sino tambien la Iglesia católica ha aprobado toda la edicion vulgata, y dándole autoridad para confirmar los dogmas de la fé: y así usa de ella en las escuelas, y púlpitos, en disputas contra los herejes y en los mismos concilios, para difinir las controversias y materias de la fé: y esta edicion vulgata es la que hizo san Gerónimo, como eruditamente lo prueban el cardenal Belarmino en sus Controversias, y el padre Alonso Salmeron de nuestra Compañía. Por donde se ve la autoridad que tuvo y tiene este santísimo doctor en toda la Iglesia católica; pues toda ella así ha abrazado esta vulgata traslacion de san Gerónimo, y desechado en lo que la contradicen todas las demás. De esto se saca asimismo, cuán gloriosos y cuán fructuosos fueron sus trabajos en esta obra, propia de la mano del Señor, y con cuánta razon le de la Iglesia al título y renombre de doctor máximo en exponer las sagradas Escrituras: el cual él alcanzó aun viviendo: y así Juan Casiano, autor de aquel mismo tiempo, dice: «San Gerónimo fué maestro de los católicos: cuyos escritos, como rayos divinos, resplandecen por todo el mundo:» y san Próspero, que escribió poco despues, dice: «San Gerónimo fué muy elocuente en hebreo, griego y latin, ejemplo de costumbres santas, y maestro del mundo:» y Casiodoro: «No pienso yo (dice) que san Gerónimo estuvo ocioso en Bethlehen, ántes se fué á aquella tierra de milagros, para que su elocuencia á manera de un sol, resplandeciese en nosotros por la parte de Oriente.» Y no solamente en la interpretacion de la divina Escritura tuvo san Gerónimo tan grande autoridad; pero en las demás cosas siempre la Iglesia se le ha dado grandísima, como se ve en el decreto de Gelasio, papa, en el concilio romano.

Mas sin duda que el Señor, que escogió á san Gerónimo para obra tan grande, le proveyó de todos los talentos que para sacarla tan acabada y perfecta era menester; y el mas principal de todos, y mas necesario, fué la luz de su divino espíritu, que alumbrase el entendimiento del santo doctor, para entender sus sentencias, y que rigiese su pluma para descubrir aquellos tesoros divinos, que en ellas están escondidos. Pero lo que mas espanta es, que haya podido san Gerónimo escribir lo que escribió, y hacer lo que hizo, habiendo sido acosado de muchas y graves enfermedades, como él mismo lo dice por estas palabras: «El Señor que mira la tierra y la hace temblar: que toca los montes, y humean: que dice en el Deuteronomio: Yo mataré, y yo vivificaré: heriré, y sanaré; hace tambien que tema y se estremezca la tierra de este mi cuerpo con frecuentes enfermedades: á quien se dice: Tierra eres y en tierra te has de tornar: y así como estoy, olvidado de mi suerte y condicion humana, me amonesta muchas veces, que como hombre, y como viejo, reconozca que estoy muy cerca de la muerte. Y por quien está escrito: ¿De qué te glorías, ó tierra y ceniza? Y así el mismo que

me hirió con tan súbita dolencia, me sanó con increible presteza, mas para atemorizarme que para afligirme, y mas para enmendarme, que para apartarme. Así que sabiendo yo, cuyo es, todo lo que vino, y que por ventura la causa de dilatar mi muerte es para que acabe la obra comenzada sobre los Profetas; quiero emplearme todo en esta ocupacion, y como puesto en una alta atalaya, contemplar, nó sin dolor y gemidos, los torbellinos y naufragios de este mundo, sin que me dé cuidado cosa alguna presente, sino solo lo futuro; y estimando en poco el juicio y el decir de las gentes, sino solo el de Dios.» Esto es de san Gerónimo. Y demás de estas enfermedades, que él dice, tuvo una vejez muy cansada y quebrantada; pues él mismo confiesa que habia ya catorce años que no podia sufrir el trabajo de escribir por su mano, ni leer de noche los libros hebreos, ni aun de dia sino con mucha dificultad, y que los libros griegos otros hermanos se los leian por no poder él: y con esto estaba tan lleno de sabiduría, y era tan rico su caudal, que no se podia creer la presteza y facilidad con que escribia si él mismo no lo dijese; porque en tres dias tradujo los tres libros de los Proverbios, del Eclesiastés, y de los cantares de Salomon: en un dia, de caldeo en latin, el libro de Tobías; y en dos semanas dictó los Comentarios sobre Mateo, por la grande instancia de Eusebio Cremonense, su discípulo, que habiendo de caminar á Italia, no quiso ir sin alguna prenda de su maestro. Y escribiendo á las santas madre é hija, Paula y Eustoquia, y disculpándose de la llaneza de su estilo mal limado, dice, que no pretendia mas de declararla los misterios de la santa Escritura: lo cual hacia con tanta velocidad, que muchos dias pasaban de mil renglones los que dictaba: y el libro que escribió contra Vigilancio, hereje tan erudito y admirable, dice que lo dictó en una noche, por la priesa del portador, que era Sisinio: que son todas cosas que ponen espanto: y mucho mas, que con ser este gloriosísimo doctor tan grande en los ojos de Dios, y en los de toda la Iglesia, fuese tan pequeño y tan humilde en los suyos, que enseñaba á los niños é hijos de algunos caballeros, y les declaraba los poetas, historiadores y oradores, para criarlos, por medio de aquellas letras, con la leche de la piedad y temor santo del Señor, y haciéndose niño con los niños, para ganarlos á Dios. Y puesto caso que Rufino le tacha de esto, y dice, que habia usado oficio de gramático; á mi ver es una de las cosas mas raras y admirables que hay en san Gerónimo, y que mas nos declara cuán encendido estaba aquel sagrado pecho del amor de Dios, y cuán poco reparaba en su autoridad, por servir mas al Señor: y juntamente nos enseña con su ejemplo, que ninguna cosa hay en la república á que tanto se deba atender, cuanto á la crianza de los niños: y esto hizo el santo, habiendo mas de quince años que no tomaba en las manos libro alguno de gentiles para leerle; porque lo que no habia menester para sí, lo habia menester para imprimir en los corazones blandos de los niños el amor á la virtud. Y no se echa de ver esto ménos en lo que el mismo santo, escribiendo á Leta, matrona romana nobilísima, exhortándola á enviar á su hija niña á Jerusalen, para que se criase á la sombra de santa Paula, su abuela, le dice: «Si la enviares, yo te prometo de serle maestro y ayo: yo la tomaré en mis brazos, y traeré sobre mis hombros; y viejo como soy, enseñaré á la niña á formar y pronunciar tartamudeando las palabras, y me preciaré de ello, y estaré mas ufano y glorioso, que el otro filósofo del mundo pues no enseñaré como él al rey de Macedonia, sino á una sierva y esposa de mi Señor Jesucristo, que ha de ser presentada entre los coros de los ángeles, y puesta en el tálamo de los palacios celestiales.» Esto es de san Gerónimo. Pues ¿á quién no ponen admiracion estas palabras? Mas así como Dios nuestro Señor en las cosas mínimas es máximo; así los grandes santos en las cosas pequeñas son grandes, y para ellos no hay cosa menuda, de la cual no pueda resultar gloria al Señor. Era san Gerónimo pequeño de cuerpo, como él mismo lo dice, y ya en la vejez usaba de un bonetillo, para tener caliente la cabeza, el cual le habia enviado san Paulino; y él le hace gracias por aquel don, por estas palabras: «De buena gana he recibido el bonetillo, que me habeis enviado para calentar la cabeza, fria por la edad, pequeño en el tamaño, mas grande en la caridad; y me he holgado mucho con el don, y con el donador:» que tambien es señal de su grande agradecimiento y humildad.

Habiendo, pues, el santísimo doctor corrido gloriosamente su carrera, y derramado por todo el mundo los resplandores de sus virtudes y doctrina, enriquecido la Iglesia católica con los tesoros de la sagrada Escritura, quebrantado la cabeza á la serpiente, domado los monstruos infernales de las herejías, y triunfado de todos los que por ellos, ó por sus vicios, le habian sido contrarios, y enseñado á los fieles el camino del cielo, y de toda perfeccion; estando ya muy viejo, y con los largos años, trabajos, estudios y penitencias tan consumido, que no podia menearse en la cama, sino asiéndose á una cuerda, que para este propósito tenia colgada del techo, le dió una recia calentura, y luego entendió que se acercaba ya aquel dichoso dia en que el Señor le queria librar de la cárcel del cuerpo, y llevarle á gozar de sí; como él con tan vivos y encendidos deseos suspiraba. No se puede fácilmente creer el regocijo y júbilo que entonces sintió en sí el alma del santo: y aunque toda su vida no habia sido sino una meditacion perpetua y aparejo para la muerte, se armó con los santos sacramentos, para pelear de nuevo con aquel dragon á quien tantas veces habia vencido: despues consoló á sus monges y personas devotas que habian concurrido, para hallarse presentes á su glorioso tránsito, y amargamente le lloraban: y habiéndolos exhortado y animado al amor del Señor, y entre sí, y á toda virtud, dió su espíritu al que le habia criado, á los 30 del mes de setiembre del año 422, segun Próspero en su Cronicon; y segun el cardenal Baronio, de 420, imperando Honorio y Teodosio, el menor, su sobrino. De la edad en que murió, no hay cosa cierta; porque san Próspero, autor casi del mismo tiempo de san Gerónimo, le da noventa y un años: otros noventa y ocho, y aun noventa y nueve: el cardenal Baronio setenta y ocho ó setenta y nueve: el P. Fr. José de Sigüenza, de su órden, en la vida que escribe de su santo padre, lo extiende á ochenta y uno. La causa de tanta diversidad de opiniones es, no saberse puntualmente el año en que nació este glorioso doctor, sino solamente que cuando murió en Persia el emperador Juliano Apóstata (que fué el año del Señor de 373), san Gerónimo era muchacho, como él mismo lo dice, y estudiaba gramática: las cuales palabras unos las extienden y otros las acortan mas, para en ellas fundar su opinion. Lo cierto es, que llegó á la edad decrépita, como lo dice san Agustin, á quien

san Gerónimo llama en dignidad padre, porque era obispo y en la edad hijo, porque era mucho menor que él. Y si san Gerónimo murió de setenta y ocho años, y en el del Señor de 420, como cree el cardenal Baronio; este año tenia san Agustin sesenta y seis, pues murió de setenta y seis, el año de 430; y no le llevaba (segun esta cuenta) san Gerónimo sino doce años, que parecen pocos para el modo con que estos santos hablan de la edad que tenian entre sí. Pero para la imitacion del santo, que yo pretendo, esta cuestion de la edad es de poca sustancia.

El sagrado cuerpo de san Gerónimo se enterró con gran solemnidad en la cueva de Belen, y despues fué trasladado á Roma y colocado en la iglesia de Santa María la Mayor, junto á la capilla donde tambien se trasladó el pesebre en que el Verbo encarnado y recien nacido fué reclinado; y de esta traslacion hace mencion el Martirologio romano á los 9 de mayo.

El haber sido san Gerónimo cardenal, lo dicen muchos y graves autores, que refieren el padre maestro Fr. Alonso Chacon, de la órden de Santo Domingo, en un tratado que hizo para probar que san Gerónimo fué cardenal, y el P. Fr. José de Sigüenza en su Vida, y la misma pintura y tradicion de la Iglesia tiene fuerza para persuadirlo. Y sin duda que en Roma tuvo con san Dámaso, papa, oficio de mayor importancia, que en aquel tiempo era ser cardenal ó cura de algun título de Roma. Los cardenales Baronio y Belarmino lo niegan, fundándose principalmente el cardenal Baronio en una epístola del mismo san Gerónimo, en la cual, escribiendo á Pamaquio, claramente dice «que cuando Paulino, obispo de Antioquía, le ordenó de presbítero, él se dejó ordenar, y dió su consentimiento, con condicion que no habia de estar atado á alguna Iglesia, como se dijo arriba; porque de tal manera queria ser clérigo, que no dejase de ser monge ni perdiese la libertad, para estar donde quisiese;» y Belarmino por otra razon, sacada de la misma epístola, como mas particularmente lo podrá ver el curioso lector en el cuarto tomo de los Anales del cardenal Baronio, y en el primero de las Controversias del cardenal Belarmino. Lo que á mí me parece es, que los que hacen cardenal á san Gerónimo, no le añaden grandeza alguna, y ni los que lo niegan se la quitan: porque aunque la dignidad de cardenal es de tanta reverencia y majestad como vemos, pero es tan grande en sí este gloriosísimo doctor, que ni ella ni otra alguna le puede levantar ni hacer mas ilustre por haberla tenido, ni quitarle un pelo de sus excelencias la falta de ella. Mas toca esto al colegio de los ilustrísimos cardenales; porque si san Gerónimo lo fué (aunque haya habido tantos cardenales muy insignes en santidad, letras y prudencia), todos ellos se pueden gloriar de haber tenido tal colega, que fué luz de la Iglesia católica, y gloria del siglo en que vivió y de todos los que despues han sucedido, y será ornamento perpetuo de todos los advenideros hasta el fin del mundo.

De san Gerónimo hicieron mencion san Leon, san Gelasio y Bonifacio VIII, pontífices romanos, la séptima sínodo general, los concilios maguntino y de Aquisgran. Coligió su vida de sus mismos escritos (como dijimos) Mariano Victorio, obispo reatino, y refiérela Surio en su quinto tomo. Pero adviértase, que una epístola en que se trata de la vida y muerte de san Gerónimo, y está en el nono tomo de sus obras, con nombre de Eusebio Cremonense, su discípulo, y otras de san Cirilo y de san Agustin, que contienen las grandezas y milagros de este santísimo doctor, los hombres doctos las tienen por apócrifas y fingidas: y que así como no tiene necesidad el sol de la luz del candil para ser visto; así la grandeza de san Gerónimo no la tiene de estas alabanzas, para ser conocido y estimado: porque, ¿qué doctor hay en la Iglesia católica, entre todos los griegos y latinos, que con mayor claridad la alumbre: con mas copiosas y saludables aguas la riegue y fecunde: con los ejemplos de su vida santísima mas la edifique; y con su divina doctrina mas la ilustre, enseñe y defienda? ¿Quién hizo guerra á la virtud, que no hallase contra sí á este glorioso doctor? ¿Qué hereje se levantó en su tiempo contra la Iglesia, que no fuese luego vencido y derribado, y postrado á sus piés? ¿Quién leyó sus obras, y no quedó admirado y compungido, y con nuevos deseos de servir de veras al Señor? ¿Quién hay, no solamente de los gentiles filósofos, sino tambien de los cristianos teólogos, que en la leccion de todos los autores, en la noticia perfecta de las lenguas, en la ciencia de la divina Escritura, en el conocimiento de tantas y tan varias cosas, en el ornato de las palabras y fuerza de la elocuencia con san Gerónimo se pueda comparar? ¿qué así haya sido en vida por una parte respetado, consultado y tenido por un oráculo de sabiduría de los buenos, y por otra perseguido y maltratado de los malos? Pero no es la postrera alabanza de este santísimo doctor el haberle dado el Señor tantos y tan lucidos hijos, que en su órden y debajo de tal padre militan en España, con tan grande religion, ejemplo y observancia de su regla, que ha movido á los reyes, príncipes y personas ricas, á honrarlos, estimarlos y darles tan grandes haciendas, y edificarles tantos y tan suntuosos monasterios: lo cual es grande indicio de la devocion que todos estos reinos tienen á nuestro santísimo doctor, y por él á sus hijos, y que ellos no desmerecen por sí, lo que su bienaventurado padre les mereció y ganó con tanta copia y abundancia; porque, ¿qué órden hay en toda la Iglesia de Dios, que se precie mas del culto divino: que asista mas de dia y de noche en el coro, y mas continuamente le alabe? ¿Que viva con mas recogimiento, clausura y silencio? ¿Que guarde todas sus constituciones y reglas con mayor vigor? ¿Que apartado comunmente del bullicio de los pueblos, los sustente con sus oraciones, y aplaque la ira del Señor? Acabamos la vida de este sapientísimo y máximo doctor, con lo que de ella dice el beato Lorenzo Justiniano, por estas palabras: «¿Quién hay en el gremio de la Iglesia, que no haya sido enseñado con la ciencia de san Gerónimo? ¿Y edificado con el ejemplo de su vida? ¿Y esforzado con sus oraciones? Porque él fué padre comun de todos, luz del mundo, predicador del reino, medianero para con Dios y para con los hombres, espejo de santidad, dechado de virtudes, y defensor valeroso de la Iglesia y de todos los fieles, y sin haber derramado sangre, mártir del Señor. Él, adornado de caridad, no se dejó vencer de las tentaciones, ni se turbó por las injurias, ni se rindió á las persecuciones de sus enemigos, ni se dejó llevar de los blandos deleites de la carne, ni desvanecer de las honras, ni levantar de las alabanzas, ni congojar de los trabajos y adversidades: ántes permaneció limpio de corazon, sublime con la humildad, admirable por su pureza, insigne con la castidad, invencible por la fortaleza, encumbrado por su autoridad, devoto en el corazon, y vestido de la ropa

mas blanca que la nieve de todas las virtudes. Finalmente, todo el discurrido de san Gerónimo fué un retrato y modelo de religion y santidad.» Todo esto es de san Lorenzo Justiniano.

La íntima conexion de los escritos de este padre con los hechos de su vida, no puede ménos de obligarnos á dar de ellos una idea algo difusa en la historia de este dia, que acaso corresponderia mas bien á un apéndice de sus obras, y los motivos que pudieron inducir al santo á emprenderlas; y esto mismo nos excusa aquí de una repeticion importuna de mucho de lo que dejamos dicho en el cuerpo de su historia; pero para completar las noticias que puedan perfeccionarla, diremos brevemente lo que resta para su inteligencia, advirtiendo que para instruirse en la serie de los escritos de san Gerónimo, y en los hechos de su vida, es necesario consultar recíprocamente su vida y sus escritos.

Varias cartas de este santo doctor, á las devotas mujeres que á su direccion estaban en los pasos de la virtud cristiana, y á varias otras personas, contienen excelentes consejos é instrucciones para varios estados y condiciones. Habiéndole dejado Heliodoro en el desierto de Chalcis, en Siria, por volverse á su casa á Roma, le escribió san Gerónimo una carta elocuentísima para persuadirle á que volviese á su retiro. Usa en ella de tiernas reprensiones. «Soldado cobarde, le dice, ¿qué habeis de hacer en la casa de vuestro padre.....? Acordaos de aquel dia en que os alistásteis por soldado de Cristo: que despues le jurásteis fidelidad... Aunque vuestro tierno sobrino se cuelgue de vuestro cuello, y vuestra madre se mese su cabello: aunque vuestro padre se ponga al umbral de la puerta para deteneros, pasad por cima de vuestro padre, y seguid el estandarte de la cruz con los ojos enjutos. Es gran misericordia ser cruel en semejantes ocasiones. Os engañais, hermano, si suponeis que puede haber cristiano sin persecucion: cuando se cree mas seguro, es cuando se ve asaltado con mayor violencia... Vos direis: Los clérigos viven en las ciudades. Dios prohibe que hablemos mal de los que sucedieron á los apóstoles, que consagran con sus mismas bocas el cuerpo de Jesucristo, que nos hacen cristianos, y que tienen en sus manos las llaves del reino de los cielos.» Demuestra san Gerónimo la diferencia entre los clérigos y los monges, y le aparta del deseo de ser admitido en el clero, porque «aunque un presbítero digno adquiere mayor grado de perfeccion, no es la dignidad eclesiástica la que hace buenos cristianos... No es fácil á todos los hombres tener las gracias de san Pablo, ni la santidad de san Pedro.» Ensalza despues elocuentemente la dicha de una santa penitencia y de la soledad en que se nos manifiestan abiertamente los cielos. Heliodoro resolvió volver al desierto, pero como se habia ordenado de presbítero se vió obligado á servir en la Iglesia de Roma. Su sobrino Nepociano, jóven eclesiástico, solicitó de san Gerónimo, y éste le escribió varias cartas y reglas excelentes para conducirse en la vida de eclesiástico; como, el que Cristo solo sea su porcion, de modo que nada posea en su corazon sino al Señor, y que aunque viva y se mantenga del altar, deba contentarse con la comida y el vestido honesto y parco, teniendo lo demás por porcion debida al peregrino y al pobre: que jamás lleve á su casa mujer alguna, ó á lo ménos, muy rara vez por necesidad: no tener familiaridad con vírgenes consagradas á Dios, y aun si puede ser no conocerlas; y amarlas á todas en caridad, generalmente sin estar jamás en casa con alguna: «Nunca fieis, le dice, en la pasada castidad; no sois vos mas santo que David, mas fuerte que Sanson, ni mas sabio que Salomon. No visiteis á mujer sola: no hableis con ella cara á cara.» Prohibe hacer fiestas con los legos: recomienda la caridad, prudencia, discrecion, modestia y sobriedad; pero no quiere excesos en los ayunos. Encarga severamente á los clérigos no tener aguda lengua, y que jamás deseen ser convidados á comer; y que una vez llamados, vayan, pero muy rara vez, etc. Muerto Nepociano, poco despues escribió san Gerónimo su panegírico á su tio Heliodoro, obispo entonces de Altino, en que hace una pintura elegantísima de la cortedad é incertidumbre de la vida, recomienda la devocion de los difuntos, adornando las capillas y altares de los mártires con flores, etc., y consuela á Heliodoro, asegurándole que su sobrino estaba á la sazon ya con Cristo, en compañía de los santos (p. 283).

Habiéndole pedido su consejo un tal Rústico, natural de Marsella, y monge, pero que vivia en Roma, el santo le dió algunas instrucciones para servir á Dios en el estado monástico. Recomienda la vigilancia y fervor constante, la labor manual, lectura, meditacion, obediencia, castidad y ayuno. Prefiere la vida cenobítica á la de los ermitaños, como mas segura; y aun dice, que para hacerse cualquiera ermitaño, deberia primero vivir algun tiempo en comunidad. Añade, ser regla de algunos monasterios de Egipto, no admitir al que no supiese ó pudiese aplicarse á alguna labor manual, no tanto por ganar su sustento, como por precaver los malos pensamientos que son hijos de la ociosidad. En el canto de los divinos oficios, no se considera tanto la voz como los afectos del corazon. «Ningun arte, dice, se aprende sin maestro, mucho ménos la salvacion. Servid á vuestros hermanos, lavad los piés á los extranjeros, callad cuando os hagan alguna injuria, etc.» Pone la humildad y la paciencia por los medios mas eficaces para vencer las tentaciones, lo que confirma con el siguiente ejemplo. Un jóven griego que vivia en un monasterio de Egipto, fué turbado con violentas tentaciones de la carne, y ni el continuo trabajo, ni la abstinencia mas severa fortalecida de fervorosa oracion, le libertaban de las importunaciones y asechanzas de este pertinaz enemigo. Su superior, á quien descubrió su mal, dió secretamente órden á uno de sus compañeros, de que le insultase en cualquiera parte con invectivas y baldones, y despues fuése á quejarse al abad de aquel mismo á quien habia ofendido, como si hubiese recibido de él la injuria. Habiendo pasado un año en estos términos, le preguntó el superior al jóven, si las primeras tentaciones le molestaban todavía. A lo que respondió: Padre, me cuesta mucha pena vivir, para que infesten mi imaginacion deleites sensuales. Rústico habia á la sazon de volver á la Galia: por lo que san Gerónimo le mandó dirigirse por los consejos de los santos obispos, para que no se descarriase, ni abandonase el camino real. Estos directores eran Proclo, religioso y sabio obispo de Marsella, y Exuperio de Tolosa. De este último dice: «Este último prelado imita á la viuda de Sarepta: alimenta á otros, y él ayuna siempre: nada le turba mas que la angustia ajena. Él ha dado á los pobres todo lo que tenia, no obstante no hay un hombre mas rico que él. Lleva el cuerpo de nuestro señor Jesucristo en una caja de mimbre, y

su sangre preciosa en un vaso de barro... Seguid los pasos de este buen obispo, y de otros santos, á quienes su dignidad ha hecho mas pobres y mas humildes. Si quereis alcanzar un estado mas perfecto, salid de vuestra patria, como hizo Abrahan, dejad vuestros parientes: si teneis bienes, vendedlos, y distribuidlos á los pobres. Despojaos de todas las cosas para seguir á Cristo solamente: *Nudum Christum nudus sequere.* Es cosa dura, lo confieso, es árdua, es difícil, pero la recompensa es infinita.» Sobre las reglas que este santo prescribió á las vírgenes, véase la vida de santa Eustoquia. Sus cartas á las viudas, por lo general contienen fuertes exhortaciones á la vida retirada, penitencial y devota, á que les convida particularmente su estado. Habla con mucho ardor contra los segundos matrimonios; aunque concede que son lícitos y no pecaminosos.

Entre las cartas espirituales de este Padre, acaso no hay otra de tanto mérito y utilidad como la que escribió á Leta, mujer de Toxotio, hijo de santa Paula. Contiene las reglas de educacion para Paula la menor, hija suya, á quien su abuela habia resuelto destinar á la vida religiosa, llevándola consigo á Belen. Su abuelo paterno era sacerdote de Júpiter, pero los demás de su familia eran cristianos. San Gerónimo les exhorta á convertir á aquél con la regularidad de la conducta de ellos, modestia y porte virtuoso: armas á que no resiste la malicia misma. «Yo estoy persuadido, la dice, que Júpiter mismo hubiera creido en Jesucristo, si hubiera tenido una familia como vosotros.» San Gerónimo hace presente á Leta, que ella habia tenido de Dios aquella hija, en los sepulcros de los mártires, solo porque la educase para servirle: y en cuanto á su educacion, establece las siguientes reglas: «Sea criada como lo fué Samuel en el templo, y el Bautista en el desierto, en una entera ignorancia del vicio y la vanidad. No oiga, aprenda, ni hable de cosa que no sea conducente al temor de Dios. No escuche jamás malas palabras, ni aprenda profanos cantos, sino en cuanto pueda pronunciar tome de memoria algo de los salmos. No dejar que se aproximen á ella muchachos rudos; ni aun muchachas, sino aquellas que no conozcan las máximas y conversacion del mundo. Désela un alfabeto de letras pequeñas hechas de boj ó marfil con los nombres de todas las que pueda conocer, para que el juego mismo le sirva de instruccion. Cuando sea algo mayor, llévesela de una letra á otra con el índice ó dedo suyo, guiado por otra mano; y convídesela con presentes y promesas convenientes á su edad, para que vaya con este interés juntando sílabas; y escriba los nombres de los patriarcas desde Adan acá. Tenga compañeras para aprender con ellas, y poder adelantar con la emulacion, y oir las alabanzas de las otras. No debe ser intimidada, ni castigada sin tiempo, si es algo perezosa, sino animada con buenos modos, para que pueda regocijarse en exceder, ó entristecerse en verse despreciada y debajo de otras, no envidiando sus progresos, sino alegrándose de ellos, al mismo tiempo que se baldone á sí misma por los pocos que ha hecho. Debe tenerse gran cuidado en que no conciba aversion á los estudios, porque este sinsabor no le quede en años mas maduros. Las palabras que aprenda sean santas y escogidas, como los nombres de los apóstoles y de los profetas. Hágasela conocer la genealogía de estos desde Adan, para que desde esta edad prepare para despues su memoria. Es necesario buscar para ella un maestro que sea hombre de virtud y ciencia: porque ningun grande estudiante se desdeñará de enseñarla los primeros rudimentos, como hizo Aristóteles con Alejandro el Magno. Esto no puede omitirse, pues sin ello nada apreciable puede aprenderse. El mismo sonido de las letras y los primeros documentos son muy diferentes en las bocas de un maestro sabio y de un imperito. Es necesario cuidar de que no aprenda con las amas mimosas á pronunciar las palabras á medias; ni á jugar con oro y púrpura; lo primero corromperá su lengua, lo segundo su corazon. Gran cuidado es menester para que no aprenda, lo que habrá de querer despues no haber aprendido. La elocuencia de los Gracos derivó su perfeccion de la elegancia y pureza del lenguaje de la madre: y la de Hortensio fué formada en el pecho de su padre. Lo que bebe una mente tierna jamás lo olvida; y todos están mas dispuestos á imitar los defectos y vicios, que las virtudes y buenas calidades. Alejandro el conquistador del mundo, no pudo jamás corregir sus defectos en su porte y costumbres, como que las habia aprendido desde niño de su maestro Leónides. Es necesario que no tenga ama de cabeza lijera, habladora, ó de poco seso. Cuando vea á su abuelo el pagano, cuando se recueste en su pecho, se cuelgue de su cuello, cante á sus oidos la Aleluya. Sea amable con todos, pero es necesario que desde muy luego sepa que ha de ser esposa de Cristo: no toque su rostro la pintura, no componga su cabello que todo esto pronostica y aviva las llamas del infierno.»

* San Leopardo, mártir.—Descendia de una familia ilustre de Roma, en cuya ciudad habia nacido, y era muy instruido en las artes liberales. Su hermosa figura, bello carácter y brillante educacion, cautivaron al emperador Juliano el Apóstata, quien quiso entrara en su palacio, dándole un destino cerca de su persona. Admitió Leopardo el destino que le ofreciera el emperador, pero la Providencia permitió que allí mismo viniera en conocimiento del Evangelio, y fuése bautizado, perdiendo la gracia del emperador, que le hizo degollar en la misma ciudad de Roma. Su cuerpo fué trasladado á Aquisgran, de donde es patron.

Los santos Victor y Uaso, mártires.—Pertenecian estos dos santos á la gloriosa legion tebana, y en tiempo del emperador Maximiano fueron primeramente atormentados con crueles castigos; pero, habiéndose librado por una luz celestial, que resplandeciendo sobre ellos hizo caer en tierra á los verdugos, fueron metidos en el fuego, y habiendo tambien salido sin lesion, los degollaron. Véase la Vida de san Mauricio y compañeros, en el dia 22 de este mismo mes.

San Antonino, mártir.—Era de la misma legion que los dos anteriores, y se celebra de él memoria particular á instancia de la Iglesia de Plasencia, que posee su sagrado cuerpo. Puede verse tambien la vida de san Mauricio.

San Gregorio, obispo y confesor.—Fué llamado el «Iluminador,» y nació en la Armenia Mayor, de la ilustrísima familia de los Arsacidas. En su juventud lo llevaron á Cesarea para aprender las ciencias: allí conoció la religion cristiana y recibió el bautismo. Enardecido por la salud de las almas, resolvió ir á predicar el Evangelio á los infieles, y se volvió á Armenia, de cuyo pais se puede decir que fué el apóstol. Sus discursos é instrucciones, acompañados de una vida sin mancha, obraron innumerables

conversiones, y además Dios confirmó con milagros la verdad de la doctrina que su servidor anunciaba. Al principio de su mision tuvo que sufrir mucho por parte de Tiridates, rey del pais; pero este mismo príncipe abrió por fin los ojos á la luz y recibió el bautismo. A la vista de sus trabajos apostólicos y del copioso fruto que daban á la Iglesia, Leoncio, obispo de Cesarea, le consagró obispo, y desde entonces su mision y su celo no se limitaron ya á la Armenia. Llevó la antorcha de la fé á otras naciones bárbaras y penetró hasta el monte Cáucaso. Despues de tantas fatigas, que no habian tenido otro objeto que la gloria de Dios, se retiró el santo á un desierto de la Alta Armenia, donde murió en paz, y fué á gozar del premio que habia merecido. Su muerte sucedió al principio del reinado del gran Constantino.

San Honorio, obispo y confesor.—Nació en Roma, y en la misma ciudad abrazó el estado monástico. El papa san Gregorio el Grande, que conocia la extension de sus conocimientos y la solidez de sus virtudes, le asoció á los misioneros que habia enviado á Inglaterra para la conversion de sus habitantes. Habiendo muerto en el año 630 san Justo, arzobispo de Cantorbery, san Honorio fué elegido para sucederle, y le consagró san Paulino, arzobispo de Yorck. El nuevo arzobispo trabajó con un celo infatigable, y tuvo el consuelo de ver aumentarse de dia en dia el reino de Jesucristo en aquellos paises. Sus instrucciones al pueblo iban siempre acompañadas del estímulo del propio ejemplo, y las ovejas, para ser enteramente perfectas, no tenian que hacer mas sino seguir en un todo las pisadas de su venerable pastor. Este acabó santamente el curso de sus dias el 30 de setiembre del año 653, despues de un pontificado de veinte y tres años.

Santa Sofía, viuda.—Esta santa, célebre principalmente en la Iglesia de Oriente, fué madre de las tres vírgenes Fé, Esperanza y Caridad, nombres que dió á sus tres hijas en el bautismo por respeto y amor á esas virtudes. En tiempo del emperador Adriano las tres hermanas fueron presas y atormentadas por no haber querido tributar adoracion á los dioses del paganismo; y Sofía, que las habia instruido en la religion y que les habia inspirado la virtud, las exhortó á confesar generosamente á Jesucristo y las vió con alegría derramar su sangre por la causa de la religion. Sofía continuó viviendo en el estado de viudez, practicando obras de misericordia y castigando su cuerpo con rigurosas penitencias hasta que Dios la llamó á sí, muriendo por los años de 130.

OCTUBRE.

DIA 1.

Nuestra Señora del Rosario (1).—Entre las devociones de la Virgen, la mas celebrada es la del Rosario, ó Salterio, llamado así porque consta de ciento cincuenta Ave Marías que corresponden al Salterio de los ciento y cincuenta salmos de David. Esta devocion, dicen graves autores que es tan antigua como la Iglesia; porque empezó con ella, y fué el primer breviario y las primeras horas canónicas que la Iglesia usó, y que los apóstoles rezaron el rosario por órden de la Virgen, y los fieles que tuvieron el primitivo espíritu y las primicias de la devocion, por órden de los apóstoles, ántes que san Ignacio, mártir, introdujese en Antioquía el Salterio de David, que recibió despues toda la Iglesia católica para cantar las alabanzas á Dios. El rosario se derivó de los primeros fieles á los anacoretas de Egipto y Nitria; y de los desiertos le recibieron en las ciudades san Agustin, san Gerónimo, san Ambrosio y otros Padres: y resfriándose despues de algunos años el fervor de esta devocion, le avivó y encendió en Inglaterra el venerable Beda; porque los ingleses confesaban haber recibido esta devocion de sus antepasados, como herencia de padres á hijos, debida á la enseñanza de este venerable Padre. De esta opinion es el beato Alano de Rupe, fraile de la órden de Santo Domingo, y de grande autoridad en esta materia, por haber sido elegido milagrosamente de la Reina de los ángeles por predicador de su rosario, casi olvidado en muchas partes. Particularmente refiere Paladio, Sozomeno y Casiodoro, de un monge llamado Paulo, varon excelente en santidad, que tenia por costumbre rezar cada dia trescientas oraciones; y por no defraudar nada á su devocion, escondia otras tantas piedrecitas en el pecho, y á cada oracion arrojaba una piedra, con que, al acabarse las piedras conocia haber acabado sus oraciones, y cumplido aquella piadosa tarea. Ayberto, monje, que floreció en tiempo del papa Pascasio II, por los años de 1099, cuenta Surio, que cien veces al dia hincado de rodillas, y cincuenta veces de noche postrado en tierra, rezaba la salutacion angélica. Algunos retratos de la Virgen, de mas de ochocientos años de antigüedad en que están pintados rosarios, como ahora se usan, muestran ser muy antigua en la Iglesia esta devocion; y siendo de tanto agrado de Dios y de su Madre, como despues veremos, es creible que no se ocultó á aquellos primeros fieles, que, como mas fervorosos en el amor de Dios, eran tambien mas diligentes en el servicio de la Madre de Dios.

Pero dejando esta cuestion á otros; pues las devociones no se acreditan tanto por la antigüedad de los años que tienen, cuanto por la gloria que se sigue de ellas á Dios, y provecho que sacan los que las usan; no hay duda que merece con mucha razon santo Domingo de Guzman el título que le dan muchos de inventor y primer predicador del rosario de nuestra Señora; porque este esclarecidísimo patriarca, fué el primero que lo enseñó, y predicó con el método y órden admirable de meditar los misterios de nuestra fé, repartidos en tres clases de gozosos, dolorosos y gloriosos, que él aprendió de nuestra Señora, y de él lo recibió la Iglesia, como cosa venida del cielo pa-

(1) Corresponde á la primera dominica de este mes.

ra provecho de todo el mundo, culto de la Madre de Dios y gloria del mismo Dios; porque en esta utilísima devocion se eslabonan y encadenan la oracion mental y vocal, para que el alma y el cuerpo, el entendimiento y la lengua, la voluntad y los labios alaben á Dios, celebren á la Madre de Dios, y no haya parte en el hombre que no alabe al Criador y Redentor del hombre, y á la Madre de su Criador y Redentor; y juntamente pida y merezca los favores de que necesita para su salvacion, y obligue á quien se los ha de conceder, y á la que se los ha de alcanzar con su intercesion. Por eso los hijos de santo Domingo, zelosísimos siempre de la salud de las almas, imitando la caridad y devocion de su incomparable padre, han extendido y dilatado esta devocion por todo el mundo, y el Señor la ha acreditado con innumerables milagros, y los sumos pontífices la han aprobado y confirmado, y recomendado con muchos privilegios, gracias é indulgencias, que han concedido á los que rezan el rosario ó corona de nuestra Señora, que se compone de siete Padre nuestros y setenta y tres Ave Marías, ú ocho Padre nuestros, y setenta y dos Ave Marías, por los años que vivió en la tierra la Reina del cielo, segun las dos opiniones mas recibidas acerca de los años que vivió con los hombres la Madre de Dios; de las cuales la mas vulgar es que fueron setenta y tres años; y la que parece mas probable al eximio doctor Francisco Suarez, y tiene mucha autoridad, es que fueron setenta y dos.

Aunque ha sido muy célebre esta devocion del rosario desde el tiempo de santo Domingo, se hizo mas célebre con ocasion de la famosa batalla naval de Lepanto, que se ganó por intercesion de nuestra Señora, y particularmente por la devocion de su santo rosario: la cual, siendo tan sabida, no hay para qué referirla aquí de propósito: y siendo muy propia de la fiesta de hoy no se puede callar del todo; y por eso diré la suma de ella. Despues que Selim II de este nombre, gran turco, rompió las paces con la república de Venecia; viéndose señor del mar por la multitud de sus naves y soldados, se señoreó del reino de Chipre, y empezó á hacer hostilidades y estragos en los cristianos. El santísimo pontífice Pio V, procuró unir todas las armas católicas contra el enemigo comun de la cristiandad, que deseaba dominarlo todo con su poder, y presumia eclipsar con sus lunas las luces clarísimas de nuestra fé. Excusáronse los otros príncipes cristianos, y solamente el rey católico Felipe II se coligó con el papa y con la república de Venecia, para oponerse á tan formidable enemigo. Dispúsose una poderosa armada, de que iba por general don Juan de Austria, hijo del invicto emperador Cárlos V, en quien parecia herencia el valor y patrimonio el vencer. Buscó la armada católica á la turquesca que esperaba en el golfo de Lepanto. Los turcos contaban doscientas y treinta galeras reales con otras muchas galeotas y vasos menores: los cristianos llevaban mas de doscientas galeras, ochenta y una del rey de España, ciento y nueve de Venecia y doce del sumo pontífice, tres de Malta y otras de caballeros particulares. Al llegar nuestra armada á vista de la del enemigo, el viento, que para los turcos era favorable y para los cristianos contrario, amainó casi de repente, empezando ya á desfavorecerles este elemento, y el mar se sosegó, como si pretendiera ver con reposo los dos mas poderosos ejércitos del mundo disputar sobre la posesion de él. El de los turcos era muy superior en el número; el de los cristianos era mayor en el valor: los turcos presumian alistarse debajo de sus banderas la fortuna, hinchados con repetidas victorias; los cristianos sabian que venia con ellos la justicia de la causa: ambas armadas miraban presente la batalla y el riesgo, y en esperanzas la victoria y el triunfo; pero los infieles le esperaban de su valor, y los fieles del favor divino. Por esto, ya que se acercaba á tiro de cañon, mandó su alteza enarbolar un crucifijo y muchas imágenes de nuestra Señora, y todos, puestos de rodillas hicieron oracion á Dios, poniendo por intercesora la Virgen, suplicándole que no diese la victoria á sus enemigos por castigar á los que confesaban y llamaban arrepentidos de sus culpas. Luego, habiendo esforzado los dos capitanes á sus soldados, y dado la señal de aceptar de ambas partes la batalla con dos tiros de bombarda, se acometieron las naves con increible ímpetu, y se peleó por espacio de dos horas con extraño valor, con diferentes sucesos, ya prósperos, ya adversos, como los lleva la guerra, sin saberse aun donde estaba la victoria, hasta que se reconoció en nuestra armada, y se fué declarando tanto por los cristianos, que en breve tiempo quedó desbaratada y deshecha la armada de los turcos, treinta mil con su bajá muertos, diez mil cautivos, ciento y ochenta naves presas, noventa sumergidas, quince mil cristianos rescatados, casi trescientos tiros de artillería cogidos, el despojo de dineros, joyas y armas ni tiene precio ni número; y lo principal fué cobrar las armas católicas la reputacion perdida, y perder las mahometanas la soberbia y la confianza, ganadas en muchas victorias. Murieron de nuestra parte seis mil hombres, y pocos de cuenta: por lo cual fué esta la batalla mas célebre que han conseguido en el mar los cristianos, y no sé si vió ántes primera, ó ha visto despues segunda en sus campañas el elemento del agua.

Debióse esta insigne victoria á las oraciones de san Pio V y de la cristiandad, donde el santo pontífice las mandó hacer: y fuera del valor de los soldados cristianos ayudó mucho la devocion y celo con que confesados y bien dispuestos, entraron en la batalla para morir defendiendo la fé, si Dios por nuestras culpas diese á los infieles la victoria; y principalmente se debió á la intercesion de la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, singular patrona de las batallas, á quien el sumo pontífice encomendó esta empresa, y el general y capitanes hicieron diversos votos. Consiguióse esta victoria en el primer domingo de octubre de 1571, dia que la religion de Predicadores tenia consagrado (como todos los primeros domingos de cada mes) al culto de nuestra Señora del Rosario; y en este especialmente encomendaba á Dios el buen suceso de las armas católicas, por mandado del sumo pontífice Pio V, el cual, en reconocimiento de tan señalada merced, como recibió toda la cristiandad de la Madre de Dios, consagró este dia á su culto, con título de «Santa María de la Victoria;» y Gregorio XIII, que le sucedió, mandó que se celebrase cada año, en el primer domingo de octubre, en todas las iglesias del orbe cristiano donde hubiese capilla ó altar de Nuestra Señora del Rosario, fiesta á nuestra Señora con título del Rosario, por haberse alcanzado esta victoria por su devocion. Confirmó esta fiesta Clemente VIII, y últimamente nuestro santísimo padre Clemente X, á instancia de la reina nuestra señora doña Mariana de Austria, ha mandado que en todos los reinos y señoríos de la monarquía

católica se celebre fiesta de nuestra Señora del Rosario, con oficio de doble mayor, por todo el eclesiástico, secular y regular.

Es muy digna de ser usada de todos, y muy agradable á nuestra Señora la devocion de su santísimo rosario, y muy segura: porque fuera de estar aprobada y recomendada por la Iglesia; este rosario ó salterio de nuestra Señora, se compone de la oracion del Padre nuestro, y de la del Ave María, que son las mejores oraciones que tiene la Iglesia, como dice santo Tomás, y las mejores que se pueden decir á la Vírgen. Y dejando la oracion del Padre nuestro, que es compuesta por el mismo Cristo, y en esto lleva toda su recomendacion; la oracion del Ave María se compuso de las palabras del arcángel san Gabriel, cuando saludó á María, y de las de santa Isabel, cuando María la saludó: aunque diremos mejor, que el mismo Dios compuso esta salutacion y nos enseñó por boca de un ángel y de una mujer; para que tengan parte en esta salutacion los hombres y los ángeles, alaben todos con ella á la Reina de los ángeles y de los hombres: porque san Gabriel, como advierte el beato Alberto Magno, no saludó á María en su nombre, sino en nombre de la santísima Trinidad, como su embajador; y dijo aquella salutacion, nó como inventada por él, sino como enseñada de Dios: y santa Isabel, ántes de saludar á María, fué llena del Espíritu Santo: el cual le hizo decir las palabras que no habia pensado y profetizar lo que ántes no sabia, como advierte san Gregorio. A esta salutacion añadió la Iglesia, gobernada y enseñada del mismo Espíritu Santo, las últimas palabras: «Santa María, Madre de Dios, etc.» El cardenal Baronio dice, que se añadió esta parte á la salutacion angélica el año de 431, con ocasion de la herejía de Nestorio, que no queria llamar á María Madre de Dios; porque, condenado este perverso heresiarca, que pretendia oscurecer la mayor gloria de María santísima, creció mas la gloria de esta soberana Señora en toda la Iglesia: la cual empezó á invocarla y predicarla perpetuamente con el nombre de Madre de Dios, muy usado de los santos Padres; y para que todos los fieles confesasen y celebrasen esta gloria de María, siempre que repitiesen la salutacion angélica, añadió aquellas palabras: «Santa María, Madre de Dios, etc.» El doctísimo padre Pedro Canisio, de la Compañía de Jesus, dice, que desde el principio de la Iglesia los sirios, enseñados por los sagrados apóstoles, acababan el sacrificio de la misa con el Ave María, añadiendo á la salutacion del ángel y de santa Isabel, estas palabras: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores. Amen.» Mas puédese componer esta diferencia, si decimos, que lo que usaban los sirios en la misa desde el tiempo de los apóstoles, lo empezó á usar toda la Iglesia, siempre que reza el Ave María, desde el año 431.

Es tan agradable la salutacion angélica á la santísima Vírgen, que, como dice san Atanasio, los ángeles en el cielo la saludan y alaban con las palabras del arcángel san Gabriel. Y de santa Matilde, hija muy regalada de la Madre de Dios, se escribe que, oyendo un dia misa de nuestra Señora, al empezar el sacerdote á decir aquellas palabras: *Salve, sancta Parens*, le vino un deseo muy entrañable de saludar tambien á la Vírgen; y hablando con ella, le dijo: O Señora y Reina dulcísima, si yo hallase una salutacion la mas excelente que humano entendimiento puede pensar, de muy buena gana os saludaria con ella. Luego fué arrebatada en espíritu, y vió á la gloriosísima Vírgen María, cercada de innumerables ángeles y de inmensos resplandores, que traia en el pecho escrita con letras de oro la salutacion angélica, y dijo la santa: Nunca pudo llegar hombre á inventar semejante salutacion, ni me puedes saludar con otra que mas me agrade que esta; porque con ella me saludó la santísima Trinidad: el Padre me confirmó con su omnipotencia, para que fuese exenta de toda culpa: el Hijo me ilustró con su sabiduría, para que fuese como un astro refulgente del cielo y de la tierra; y el Espíritu Santo con la dulcedumbre de su amor me llenó de toda gracia, y me hizo tan agradable á sí, que todos los que buscaren por mí la gracia, la hallarán: y dejando consoladísima á la santa vírgen, desapareció la Vírgen de las vírgenes y toda aquella maravillosa vision.

Juan Lanspergio y el abad Ludovico Blosio, en sus obras espirituales, cuentan haber sido revelado á algunos varones santos, de cuánta gloria sea para Dios, honra para la Vírgen, agrado para los ángeles y bienaventurados, y provecho para los hombres, la devocion del santo rosario: y particularmente refieren que un prior de la Cartuja del monasterio de Tréveris, que por muchos años se habia ejercitado en la devocion del rosario, siendo en una ocasion arrebatado en espíritu, como solia, y subido al tercer cielo, como san Pablo, ó abiértosele el cielo, como á san Estéban, vió con los ojos del alma, como toda la córte del cielo daba á Cristo y á su gloriosísima Madre, millares de bendiciones y alabanzas por los inefables misterios que se encierran en el rosario: que los coros de los ángeles y santos estaban con grande atencion el tiempo que se rezaba el rosario; y que al pronunciar el nombre santísimo de Jesus, hincaron con profundísima humildad la rodilla, y al oir el nombre dulcísimo de María, inclinaban la cabeza con grandísima reverencia: y vió juntamente que todos los celestiales espíritus y hombres bienaventurados, hacian oracion á Dios, pidiendo favores y mercedes para todos aquellos que, rezando el rosario, se ocupaban en la tierra, en lo que ellos se ocupaban en el cielo, en alabar á Jesus y á María, y dar gracias á Dios por los altos y soberanos misterios que con inefable y estupenda caridad obró por la salud de los hombres, y por las grandes cosas que con inmensa liberalidad hizo en María el Todopoderoso. Vió tambien aparejadas en el cielo muchas coronas de gloria, hermosas y resplandecientes, para los que rezaban devotamente el rosario. Supo que cada vez que alguno decia un rosario, alcanzaba algun favor y merced, y alguna gracia y bendicion particular en esta vida por medio de la sacratísima Vírgen María, que oraba por los que rezaban su rosario. Finalmente entendió que en esta devocion estaba encerrado tal tesoro de gracias y bienes espirituales, que ninguno de los mortales lo podria comprender con el entendimiento y ménos explicar con las palabras. Todo esto fué revelado á aquel varon santo: y por no ser avariento del tesoro mayor, ni defraudar á los venideros de la noticia que tanto les podia aprovechar, dejó escrito lo que habia visto, y descubrió esta mina, de que podian enriquecerse todos, de espirituales riquezas.

No tienen número los favores que Dios hace á los devotos del rosario de María. Pero ¿qué maravilla es que sean tan favorecidos y consigan tantas gracias, si ruegan por ellos los bienaventurados, si suplican los ángeles, si inter-

cede María? ¿Qué no alcanzarán tales ruegos, qué se negará á tales súplicas, qué cosa hay imposible ni dificultosa á tal intercesion? Por el rosario los ciegos reciben vista, los sordos oidos, los mudos lengua, los mancos manos, los cojos piés, los desconsolados consuelo, los necesitados socorro, las estériles hijos, los enfermos salud y los muertos vida. ¿Qué milagros no hizo santo Domingo por medio del rosario en España, Italia y Francia? ¿Qué maravillas no han hecho sus hijos en todo el mundo donde han introducido esta devocion? ¿Qué prodigios no obró en el Oriente el apóstol de las Indias san Francisco Javier con el rosario en sus manos, ó en las de los niños inocentes que enviaba á curar endemoniados, sanar enfermos y resucitar muertos? Muchas son las batallas que se han conseguido con las armas del rosario: y fuera de la batalla naval de que hablamos ántes; es muy ilustre la que ganó Leon IV, año de 854, de los enemigos de Cristo: porque, viniendo á Roma un ejército de moros y bárbaros, amenazando fuego y sangre, ruinas, impiedades y sacrilegios, á aquella santa ciudad; el santísimo pontífice, que no era ménos valeroso para la ocasion de la guerra, que prudente en el tiempo de la paz, hizo gente, y mudando el oficio de Aaron en el de Moisés, ó juntando en uno el cargo de sumo sacerdote y capitan general, acaudilló á los soldados hasta el puerto de Ostia, donde el ejército contrario habia desembarcado: mandóles á todos confesar y comulgar, é invocar á la Madre de Dios del Rosario, y quiso que por el camino llevasen en la una mano la lanza con que habian de pelear, y en la otra el rosario con que habian de vencer, hasta que, encontrándose los dos ejércitos, el santo pontífice echó al de los cristianos la bendicion haciendo sobre ellos la señal de la cruz, y los animó con gravísimas palabras á morir ó vencer: pues de cualquiera manera vencian, ó á los enemigos, ganando la victoria, ó á la muerte, muriendo en la batalla por tan justa causa. Luego dió el ejército de los cristianos en el de los infieles con tal furia, que mataron la mayor parte de ellos, y los demás huyeron á sus navíos, llenos de temor y espanto, buscando la seguridad en la fuga, y dejando á los cristianos muchos cautivos y despojos, con una insigne victoria, debida mas á la oracion, que al valor, y conseguida mas con el rosario de la Virgen, que con las armas de los soldados. Recibió santo Domingo el rosario de mano de la Virgen para destruir la herejía de los albigenses: porque como una de las herejías de estos blasfemos herejes era poner su lengua sacrílega en la pureza de María santísima, quiso el Señor oponer alabanzas de su Madre á las injurias de su Madre, y por medio de su rosario, que aconsejó santo Domingo rezasen los capitanes y soldados del ejército católico, que gobernaba Simon de Monforte, siendo solo de ochocientos caballos y mil infantes, alcanzó una insigne victoria del ejército de los albigenses, que constaba de cien mil hombres de pelea, muriendo muchos millares de los enemigos de María, y solos siete ú ocho de los católicos, que defendian su pureza y estaban debajo de su patrocinio.

¿Qué diré de las victorias espirituales que han conseguido los devotos de María santísima, de los demonios y de los vicios, por medio del rosario? Muchos son los que por medio de esta devocion han salido de sus culpas, y se han desnudado de los vicios y malas costumbres que se habian convertido en naturaleza. De una Magdalena pecadora, en la ciudad de Roma, hizo santo Domingo por medio del rosario una Magdalena penitente, ó una santa Catalina, que este era su nombre: y merece este renombre la que mereció ser regalada de Dios con visitas y revelaciones celestiales, con admiracion del mismo santo Domingo, que no acababa de engrandecer la misericordia de Dios, que saca los pobres del estiércol, como dice David, para colocarlos entre los príncipes de su reino, y habia llenado de tanta gracia y santidad aquel corazon que estaba lleno de inmundicias y abominaciones. ¿Cuántos, que estaban desesperados de su salvacion, han cobrado esperanzas de vida eterna, rezando el rosario? ¿Cuántos, que á toda priesa caminaban por el camino de la perdicion, han tomado el camino derecho por medio de esta devocion? ¿Cuántos se han librado por el rosario de males temporales y eternos? Para muchos pecadores ha sido principio de su felicidad eterna el haber perseverado mucho tiempo en la devocion del Rosario; y así reveló la Virgen al beato Alano de Rupe, segun el mismo lo escribe, que es señal probable de reprobacion tener horror, tedio y descuido de rezar el Ave María; y al contrario, ser devoto y cuidadoso de rezar esta salutacion, es señal probable de predestinacion.

Considerando, pues, los diversos favores y mercedes que Dios hace por medio del santo rosario, podemos decir que es la honda de David, con que derribó al gigante é hizo huir al ejército de los filisteos: el lazo, en que quedó suspenso Aman, y libre el pueblo de Dios, y de la muerte que le queria dar este poderoso enemigo; y aquella cinta que puso Rahab en la ventana para salvar su vida y de su familia, cuando entraron los israelitas á fuego y sangre en la ciudad de Jericó. Las dos oraciones del Padre nuestro y Ave María, de que se compone el rosario, comparan algunos á las dos alas de paloma que pedia David, para volar y descansar, y á las dos alas de águila que le fueron dadas á aquella mujer del Apocalipsi, que es el alma santa para volar al desierto, huyendo del dragon infernal: y dicen que son las mejores armas que penden de la torre de David, que es María santísima y la Iglesia santa, con que se han de armar los fuertes para defenderse y ofender á los enemigos; y que de estas dos oraciones juntas, como de dos lados grandes, se forma la escala mística que vió Jacob en sueños, que llegaba desde la tierra al cielo, por donde subian ángeles y bajaban, de lo cual reconoció el santo patriarca, que estaba allí la casa de Dios y la puerta del cielo. Este rosario se compone de las rosas y flores de que gusta María santísima; y esto basta para aficionarnos á su devocion. A algunos devotos suyos, que ponian á sus imágenes coronas de flores, reveló María santísima que gustaba mas de coronas compuestas de sus salutaciones; y en demostracion de esto ha sido vista tal vez coger de la boca de sus devotos, mientras rezaban el rosario, rosas en lugar de Ave Marías, y azucenas, en lugar de las oraciones del Padre nuestro, y formando una guirnalda de aquellas flores misteriosas, coronarse con ella. Otros devotos del rosario han sido coronados con guirnaldas de semejantes rosas y azucenas, mientras le rezaban con devocion. María se compara en el Eclesiástico á las rosas de Jericó, que, segun dice Alberto Magno, tienen ciento y cincuenta hojas; y el rosario se compone de otras tantas rosas, que se ofrecen en oloroso sacrificio á la rosa de Jericó, que es la rei-

na ó la diosa de las flores. Estas son las rosas y flores que pide María en los cantares cuando dice : «Cercadme de flores ; porque estoy enferma de amor : » con estas flores se alivia su enfermedad y se satisface su amor. Estas son las flores que dice María en el eclesiástico : « Mis flores son fruto de honra y honestidad. » ¿ Qué cosa de mayor honra, que coronarnos con las flores de María? ¿ Qué cosa mas honesta, que coronar á María con tales flores? Todo lo es el rosario, corona de María y corona nuestra. De estas rosas, que nunca se marchitan, nos hemos de coronar ; nó de aquellas que se coronan los necios del libro de la Sabiduría, con temor de que se marchiten. A María vió san Juan coronada de estrellas : y mas estima María ser coronada de rosas y azucenas , de que se compone el rosario, que de las estrellas del cielo. Si quieres, pues, coronar á María con una corona de su buen gusto, no busques diamantes, ni piedras preciosas , ni eches ménos las estrellas para labrarle una corona digna de su grandeza ; sino rézala todos los dias su rosario ó corona con mucha devocion , meditando juntamente los misterios del rosario , gozándote de los privilegios de María , para que acompañe la consideracion á la voz , y no esté léjos el entendimiento de la lengua ; porque así te coronará María de favores en esta vida, y te alcanzará una corona de gloria en el cielo, adonde nos lleve el Señor á todos por la intercesion de su Madre. Amen.

Escriben del rosario de nuestra Señora el beato Alano de Rupe ; Fr. Juan Andrés Coppestein ; Fr. Andrés Gianneti ; Fr. Juan Lopez, obispo de Croton ; Fr. Juan de Sagastizával, y Fr. Francisco Mejía, de la órden de Santo Domingo ; el padre Gaspar Astete , de la Compañía , y otros autores, por la mayor parte de la órden de Santo Domingo. Otros muchos escriben tratados del Ave María.

San Remigio , arzobispo y confesor.—La vida del glorioso san Remigio , arzobispo de Rheims , predicador y apóstol de los francos sacada de Hincmaro, arzobispo asimismo de Rheims, y de Fortunato , que la escribieron es de esta manera. Fué san Remigio hijo de muy nobles y ricos padres, y muy dados á todas las obras de virtud y caridad. Su padre se llamó Emilio y su madre Cilinia. Eran ya viejos y sin esperanza de tener mas hijos. Estaban las cosas del reino de Francia muy turbadas con las guerras, y muy perdidas en las costumbres, especialmente las de los eclesiásticos , que son el corazon y como el pulso de toda la república. Castigaba Dios nuestro Señor (como suele) aquel reino por sus pecados. Habia en él un santo varon , llamado Montano , de muy perfecta y penitente vida , que vivia encerrado en un desierto apartado, y era muy regalado y visitado del Señor por sus grandes merecimientos , y por las oraciones que continuamente hacia, suplicándole que se apiadase de aquel reino , y se contentase con las calamidades y miserias que habia padecido. Estando una noche Montano en su oracion pidiendo al Señor con muchas lágrimas su misericordia , le fué revelado que Dios habia oido su oracion , y que Cilinia concebiria y pariria un hijo que se llamaria Remigio , el cual seria remediador y reparador de todo aquel reino. Quedó consolado Montano con esta revelacion de Dios: avisó de ello á Cilinia : díjola que pariria un hijo , cuyo nombre seria Remigio : que hiciese gracias á Dios por él, y le criase con gran cuidado , como hijo dado de su mano para bien de todos aquellos pueblos. Dudó mucho Cilinia del divino oráculo ; porque ya ella y su marido eran viejos y no podian creer que habia de ser mas madre : pero Montano le certificó que tendria aquel hijo , y que le criaria á sus pechos, y que cuando le destetase , lavaria con su leche los ojos del mismo Montano , que estaba ciego y le restituiria la vista. Todo se cumplió como el santo varon le dijo : porque Cilinia recibió y parió á Remigio ; y Montano cobró la vista con la leche de su madre. Luego se conoció que Remigio era escogido de Dios para grandes cosas ; porque era muy apacible , muy obediente , muy devoto, é inclinado á todas las cosas de piedad y de letras , las cuales estudió con mucho cuidado : y para huir los peligros y ocasiones de la juventud, se encerró en un lugar solitario, donde vivió hasta la edad de veinte y dos años, con tan grande fama de santidad, que, siendo muerto Benandio, arzobispo de Rheims, todo el pueblo con un mismo ánimo y una voz , le eligieron por su prelado. Y como él se escusase por su mucha insuficiencia y poca edad, Dios nuestro Señor envió un resplandor del cielo sobre su cabeza, patente y visible, é infundió maravilloso licor sobre ella, de manera que él y todo el pueblo entendió que aquella era la voluntad de Dios, á la cual no debia repugnar.

Aceptó Remigio aquella dignidad, y fué consagrado arzobispo ; y luego comenzó á mostrar las virtudes con que le habia adornado el que para tan alto lugar le habia escogido. Era muy limosnero, vigilante, devoto y perfecto en toda virtud : era su conversacion mas del cielo que de la tierra : sus palabras encendidas en amor de Dios : el rostro sereno, grave y tan agradable, que solo el mirarle ponia devocion por la santidad que en él resplandecia. Tenia gran fuerza en sus palabras ; porque todo lo que predicaba á los otros, primero lo cumplia en sí. Era terrible para con los soberbios , y manso para con los humildes. Huia de la ociosidad : aborrecia el deleite : apetecia el trabajo; y amaba el ser menospreciado. Era impaciente cuando le honraban, y pobre de dinero y rico de virtudes : particularmente reprendia en sus sermones el vicio de la deshonestidad, y aconsejaba que ninguno tuviese por fea á su propia mujer , ni por hermosa á la extraña. Visitaba su arzobispado con gran cuidado por sí mismo, no cometiendo este oficio á tercera persona. Finalmente, era tan perfecto, y tan consumado en todas las virtudes de su alma, y tan solícito y cuidadoso pastor en aparentar y curar las dolencias de sus ovejas, que mas parecia ángel venido del cielo que hombre mortal. A mas de la santa vida con que resplandecia en el mundo , Dios le esclareció con muchos y grandes milagros. Echó del cuerpo un demonio que afligia un pobre hombre y restituyó la vista que le habia quitado : libró á otra doncella tambien endemoniada : la cual, habiendo sido llevada al glorioso patriarca san Benito para que la sanase, él por su humildad le envió con una carta suya á san Remigio, que no quedó poco confuso : y teniéndose por indigno y no queriendo hacer oracion por ella ; fué tan grande la distancia que todo el pueblo le hizo y tantas las lágrimas que los padres de la doncella derramaron , que vencieron al santo prelado : y él mandó al demonio que saliese de aquella doncella ; y el demonio obedeció. Poco despues murió; y san Remigio la resucitó, dando vida á la difunta que ántes con su oracion habia librado del poder de Satanás. Habiendo falta de vino para la gente que llevaba consigo , la suplió el Señor

por las oraciones de san Remigio, y las cubas que ántes estaban vacías, se hallaron llenas. Pegóse fuego una vez en la ciudad de Rheims, y creció tanto el incendio que quemó la tercera parte de la ciudad, y el resto estaba en tan grande peligro, que no habia esperanza alguna de remedio. Dieron aviso del daño y fuego á san Remigio, y él luego se entró á hacer oracion en la iglesia de San Nicacio, obispo que habia sido de Rheims. Acabada la oracion, se levantó, y mirando al cielo, dió un suspiro, y dijo: Dios mio, dad eficacia á mis palabras: y fué á la parte donde las llamas del fuego eran mas poderosas, y haciendo la señal de la cruz, luego el fuego comenzó á recogerse y retraerse, y como á huir de la presencia del santo, y él iba siempre siguiendo al fuego hasta que recogido (como en un globo) se retrajo á una puerta de la ciudad, y salió por ella, con grande admiracion y hacimiento de gracias de todo el pueblo.

Supo por divina revelacion que habia de venir una grande hambre en toda Francia: y, como otro José, juntó mucho trigo en una alquería para proveer á aquella necesidad. Pareció á algunos hombres ociosos y perversos que esta caridad del santo era codicia, y que se queria hacer tratante para ganar y atesorar: é instigados del demonio, pusieron fuego á los granos. Hallóse á la sazon no léjos de allí san Remigio: fuéronle á decir lo que pasaba; y él se partió luego para ver si se podia remediar aquel daño; cuando llegó, ya el fuego estaba apoderado de todo; y él con grande paz (porque hacia grande frio y por su mucha edad estaba helado) se llegó al fuego y se comenzó á calentar, sin mostrar en su rostro enojo ni ira alguna. Despues con gran serenidad dijo: Dios tendrá cuidado de castigar á los que han quemado este trigo por la falta que ha de hacer á los pobres: y fué así, que los que pegaron fuego al trigo quedaron quebrados; y todos sus descendientes varones padecieron la misma enfermedad, y las mujeres tenian unas paperas y las gargantas inchadas. Hincmaro, arzobispo de Rheims, que ya ha ochocientos años que escribió esta historia, afirma haber visto algunos de este linaje á quienes habia caido la maldicion de san Remigio y la sentencia rigurosa del cielo. No solo esta vez castigó Dios á los que, ó no quisieron conceder, ó pretendieron quitar la hacienda que para sustento de los pobres ó de los ministros de la Iglesia allegaba san Remigio, sino otras muchas, quitándoles los bienes que ya poseian, ó haciendo sus tierras estériles, para que no diesen fruto, ni ellos le cogiesen de sus trabajos. Otros innumerables milagros hizo este santísimo pontífice; pero el mayor de todos y mas provechoso, fué la conversion del rey Clodoveo y del reino de Francia al conocimiento de Jesucristo nuestro Salvador: lo cual sucedió de esta manera.

Reinaba á la sazon en Francia Clodoveo, que era gentil y estaba casado con Clotilde, que era de la casa de Borgoña, y cristiana y muy temerosa de Dios, y como tal procuraba persuadir al rey su marido, que dejase la idolatría y conociese por verdadero Dios á Jesucristo nuestro Redentor. No pudo la reina salir con su intento, hasta que una gran necesidad ablandó y rindió el corazon de Clodoveo: porque, haciendo guerra á los alemanes y suevos, y hallándose muy apretado y en peligro de perderse, sin esperanza alguna de remedio; amonestado del duque de Orliens, su consejero (que era cristiano), pidió socorro y favor á Jesucristo, prometiéndole de hacerse cristiano si le daba victoria contra sus enemigos. En prometiendo esto, los alemanes volvieron las espaldas y huyeron, y muerto su rey en la batalla, se sujetaron á Clodoveo, y con esta victoria alcanzó el rey otra mayor de sí mismo y del demonio: porque se determinó á hacerse cristiano, y atrajo con sus palabras y ejemplo á los príncipes de su reino, para que lo fuesen. Envió la reina Clotilde á llamar á san Remigio para que enseñase é instruyese al rey; y él fué: y estando una noche el rey y la reina, y algunos de sus privados y clérigos, en un oratorio del príncipe de los apóstoles san Pedro, oyendo las palabras que san Remigio les decia (que en su tiempo fué varon elocuentísimo), vino de repente una luz del cielo tan copiosa y esclarecida, que vencia á la claridad del sol, y oyóse una voz que dijo: *Pax vobis: ego sum: nolite timere; manete in dilectione mea:* La paz sea con vosotros: yo soy: no temais; perseverad en mi dileccion; y tras la voz se siguió un olor del cielo suavísimo. Con esta vision despavoridos y asombrados los reyes y los circunstantes, se echaron á los piés de san Remigio, y él los consoló, y declaró que es propio de Dios nuestro Señor en el principio de su visitacion espantar; y consolar y regalar en el fin. Enseñóles lo que habian de hacer; y lleno de espíritu profético les anunció todo lo que les habia de suceder á ellos, y á sus descendientes: la felicidad que habian de alcanzar: como habian de dilatar y gobernar su reino: las victorias que tendrian de sus enemigos: el servicio que habian de hacer á la Iglesia romana; y que no les faltaria esta felicidad, hasta que ellos faltasen del camino derecho y cierto del temor de Dios, y dejasen la justicia, el culto divino, el favor y amparo de la Iglesia, y la disciplina eclesiástica; porque los reinos se conservan con la religion y justicia, y se pierden con la injusticia é impiedad. Despues bautizó al rey; y fué cosa milagrosa que, faltando el crisma (porque el que lo traia por la mucha gente no pudo entrar), san Remigio, alzando los ojos y las manos al cielo, suplicó con muchas lágrimas al Señor que proveyese aquella necesidad; y vióse luego venir una paloma mas blanca que la nieve, que traia en el pico una redoma llena de crisma celestial: la cual puso en las manos á san Remigio, y desapareció, dejando en todo el templo una fragancia tan divina, que ningun otro olor de la tierra se le podia comparar. Con este milagro se confirmó mas el rey, y entró en la pila del bautismo; y estando en ella, le dijo san Remigio estas palabras: *Mitis depone collar, Sicamber:* Clodoveo, manso ya y humilde, baja el cuello al yugo del Señor: adora al que hasta aquí has perseguido; y persigue á los dioses que has adorado. Y con esto le bautizó, y le dió por nombre Luis, que fué el I de este nombre, y el que dió principio á los cristianísimos reyes de Francia; y fué instruido y enseñado por san Remigio, maestro, predicador, y apóstol de los francos, y de ellos fué reverenciado y obedecido, como hombre venido del cielo; y el rey, y los grandes de su reino, le dieron grandes heredamientos y posesiones, que él repartió á su Iglesia de Rheims, y á otras muchas que edificó y puso en ellas obispos. Y san Hormisdas, papa, le escribió, y le hizo legado suyo en todo el reino de Francia, para que con su autoridad ordenase y dispusiese las cosas eclesiásticas de aquel reino como mejor le pareciese. Con esta tan grande y apostólica autoridad, y con el favor del rey Luis, y con el res-

peto que los grandes señores del reino de Francia le tenian, pudo san Remigio hacer tantos y tan grandes bienes, como hizo en aquel reino, que fueron innumerables. El le sustentó con sus oraciones: él le alumbró con su doctrina: él le inflamó y reformó con sus virtudes y ejemplo: él le espantó con sus milagros: él dió forma á sus sucesores y prelados, de cómo habian de vivir, y gobernar y apacentar el ganado del Señor: el cual, para perfeccionar mas y afinar á san Remigio, estando ya muy viejo, le quitó la vista corporal: aunque despues se la restituyó: y el santo en el tiempo que estuvo ciego, llevó con gran paciencia y alegría aquel trabajo, alabando como otro Tobías al Señor; y ejercitando tanto mas los interiores de su alma, cuanto ménos podia ejercitar los esteriores del cuerpo. Finalmente, habiendo corrido gloriosamente su carrera, y siendo ya de noventa y seis años, entendiendo que se llegaba la hora dichosa en que habia de ser desatado de las prisiones de esta dura cárcel, armándose para la jornada con las armas de los santos sacramentos, y despidiéndose amorosamente de todos sus hijos, habiendo gobernado santísimamente su Iglesia setenta y cuatro años, dió su alma al Señor á los 13 de enero del año de 545, con gran sentimiento y llanto de todo el reino de Francia, que perdió tan buen padre, maestro y pastor. La santa Iglesia celebra la fiesta de san Remigio en el primero de octubre, que fué el de su traslacion, en la cual, á mas de los otros milagros que obró el Señor, sucedió uno muy notable. Queriéndose trasladar de la iglesia de San Cristóbal, donde estaba, á otro lugar mas decente y magnífico, nunca le pudieron mover; y viniendo la noche, y estando el clero y el pueblo con las velas encendidas, cantando himnos y alabanzas al santo, á la media noche, sobrevino un sueño tan estraño á todos, que quedaron dormidos. Cuando despertaron, hallaron el cuerpo de san Remigio colocado por manos de ángeles detrás del altar, en aquel mismo lugar donde ellos habian pretendido, y no habian podido trasladarle: y juntamente sintieron un olor suavísimo y propio del cielo, que salia de aquel cuerpo santo; y entendieron cuán inestimable corona de gloria tenia en el cielo, el que así era de Dios honrado en la tierra, y la devocion y afecto con que debian venerar é imitar este glorioso prelado. Creció tanto en los de la ciudad de Rheims aquella devocion, que sucediendo despues una cruelísima pestilencia que destruyó á Italia y al reino de Francia, los naturales de Rheims acudieron á su patron san Remigio: y tomando una reliquia de su sepulcro, la llevaron en procesion por toda la ciudad, y por las casas particulares de ella, hasta salir fuera de las puertas: y fué cosa maravillosa, que viniendo despues la pestilencia, no entró en la ciudad, ni pasó los límites de donde habia llegado la procesion con la reliquia de san Remigio. Dénos el Señor gracia por su intercesion para que de tal manera le imitemos, que merezcamos ser partícioneros de su bienaventuranza. De san Remigio, á mas de los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon, escribieron su vida Fortunato é Hincmaro; y hacen mencion Gregorio Turonense, *De gest. franc., lib.* II, *cap.* 31; y Sidonio Apolinar, *lib.* IX, *epist.* 7; Sigiberto, *De vir. illust. cap.* 123, Tritemio, *De scriptor. ecclesiast., et de vir. illust., sancti Benedicti, lib.* II, *cap.* 52, *et lib.* IV, *cap.* 198; y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el sexto y séptimo tomo de sus Anales.

San Domnino, mártir.—Era este santo natural de Tesalónica, profesaba la religion cristiana y estaba dotado de un gran fondo de piedad. Imperando Maximiano pasó á la ciudad de Tesalónica, y habiendo sido conducido el santo á su presencia, mandóle que diese culto á los ídolos, á lo que se denegó Domnino y confesó libremente á Jesucristo. En vista de esto, mandó el emperador fuese primero azotado con varas, luego le rompieron los brazos y las piernas, y lo llevaron fuera de la ciudad abandonándolo á un lugar inmundo. Siete dias permaneció sin comer ni beber, al cabo de los cuales entregó su alma á Dios.

Los santos Verísimo, Máxima y Julia, mártires.—Eran de Lisboa, en Portugal, y las dos santas eran hermanas. Estuvieron unidos los tres mas por los vínculos de la caridad, que por los de la sangre, y padecieron juntos el martirio, con ánimo alegre y rostro sereno, en tiempo del emperador Diocleciano, segun el cardenal Baronio, y segun Galesinio, reinando el emperador Antonino.

San Babon, anacoreta y confesor.—Nació de noble familia en el territorio de Liege. En sus primeros años llevó una vida bastante desarreglada; pero la muerte de su esposa le dió lugar para reflexionar sobre las vanidades é inconstancia del mundo, y se convirtió á Dios de todo corazon. Distribuyó á los pobres cuanto poseia, y se retiró á un monasterio en Gante, donde se entregó á las mas áspera austeridades de la penitencia, para que sus pasados extravíos fuesen dignos de la misericordia del Señor. Algun tiempo despues se retiró á hacer vida eremítica, y fijó su residencia en el tronco de un grande árbol que estaba hueco. No comia mas que yerbas silvestres y bebia solo agua. Habiendo vuelto á su monasterio, se construyó una celdita en un bosque vecino, se encerró en ella ocupándose tan solo de las cosas celestiales, y murió allí santa y dichosamente, á mediados del siglo VII, asistido en sus últimos momentos por san Amando, obispo de Utrech, san Floriberto, abad del monasterio de Gante, y muchos otros monges. El cuerpo de san Babon fué enterrado en la abadía donde habia vivido, y despues colocado en la Iglesia que se erigió en Gante en su honor.

San Piaton, mártir.—Natural de Italia, y presbítero de la Iglesia de Roma, fué desde esta ciudad á las Galias para predicar el Evangelio. Habiendo penetrado en la Galia Bélgica, convirtió al cristianismo todo el territorio de Tornay, y recibió la corona del martirio por los años de 286, reinando el emperador Maximiano Hércules. Su martirio consistió en clavarle en todo su cuerpo gruesos clavos, de los que se servian los romanos para clavar en las vigas que querian juntar.

San Aretas y sus compañeros, mártires.—Este santo derramó su sangre por la fé de Jesucristo en Roma, en el reinado del emperador Antonino. Con él fueron degollados por la misma causa otros quinientos y cuatro cristianos, cuya memoria celebra hoy la Iglesia.

Los santos Prisco, Crescente y Evagrio, mártires.—Murieron degollados por los paganos en la ciudad de Tomis, en el Ponto, durante los primeros siglos del cristianismo. Sus reliquias fueron despues trasladadas á España, y se veneran en la diócesis de Segovia, en un pueblo llamado Cuellar.

San Severo, presbítero y confesor.—Fué natural de Italia y floreció en el siglo V. San Gregorio dice que fué

varon probado en la virtud y santidad, y que por su mediacion se vieron en la tierra grandes milagros. Su sagrado cuerpo se venera en la ciudad de Orvieto, é ignoramos dónde acabó su dichosa vida.

SAN ANANÍAS, CONFESOR.—Fué uno de los discípulos de nuestro Señor Jesucristo, y de los mas recomendables por su caridad.

DIA 2.

EL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA.—Hemos colocado su festividad en el dia 1.º de marzo, por celebrarse en tal dia en la mayor parte de las Iglesias.

SAN LEODEGARIO, OBISPO, Y SAN GERINO, HERMANOS, MÁRTIRES.—Fué Leodegario de la sangre real de Francia: por lo cual, faltando sus nobilísimos padres, le dejaron en poder del rey Clotario, el cual le recibió, como si fuera hijo suyo, y le dió al obispo pictaviense, tio suyo, para que le enseñase todas las artes y buenas letras: en que salió tan diestro y docto, como virtuoso, que era lo que mas estimaba el santo obispo Didon, su tio: por lo cual le ordenó de sacerdote, y dió la dignidad de arcediano de su Iglesia, deseando le sucediese en el obispado, por ver cuánto lo merecian sus virtudes y letras, y sobre todo la pureza de la castidad en que competia y emulaba á los mismos ángeles: al fin, siendo tan grande su nobleza, era mucho mas grande su virtud con que obligaba á poner en él los ojos para dignidades altas. Gobernó seis años el monasterio de San Maxencio, siendo su abad. Murió Clotario, y sucedióle en el reino su hijo Clotario: el cual, reconociendo ser muy niño, consejo y ruegos de muchos príncipes y obispos, trajo á su palacio á Leodegario, para que con su discrecion, virtud y prudencia grande, gobernase el reino todo. Aquí sobresalian tanto sus virtudes, que el reino, contento con haberle dado tanto honor, le hizo obispo augustodunense. A los diez años de su obispado, murió Clotario: y el santo obispo Leodegario, por voluntad de Dios y parecer de todos los príncipes que le asistian, dió el reino á Childerico, hermano de Clotario. Pero como en semejantes casos no todos consiguen su gusto, Ebroino quedó disgustado, y procuró que Teodorico, hermano tambien del rey Childerico, reinase; porque este solo amigo habia conservado en el tiempo que habia sido mayordomo mayor de la casa del rey Clotario, habiéndose hecho á todos odioso por su soberbia vana.

Bien claro se ve que Ebroino no miraba la conveniencia del reino, sino la suya propia; pero por el mismo caso fué su parecer de todos menospreciado: y así él, considerando cuán abatido habia de verse habiéndose hecho á todos odioso y al mismo rey, que no habia querido admitir, se fué al monasterio luxaviense, y allí se ocultó en hábito monacal. El rey, por evitar algun disturbio, puso á su hermano Teodorico en custodia decente y segura, y san Leodegario era único señor del rey y el reino: con que gozaba de tanta paz toda Francia, que bien se conocia obraba la mano poderosa de Dios por medio de su siervo Leodegario. No dormia la sierpe del abismo, envidiosa siempre; y así, pasado un año de tanta paz y quietud, comenzó á sembrar cizaña, con que en breve tiempo hizo que todo el amor que el rey tenía al santísimo obispo Leodegario se convirtiese en odio mortal; de suerte que todo era maquinar trazas para darle la muerte. Bien supo Leodegario quién le hacia el mal: pero habiendo aprendido de su maestro Jesus á hacer bien á sus enemigos y volver bien por mal, los convidó á todos y al mismo rey con ellos, para que el dia santo de la Pascua le celebrasen con él en su ciudad eduense, que era donde tenia su silla pontifical. Admitió el rey el convite, y vino con todos los traidores enemigos del santo obispo, á quien dieron aviso como el rey tenia dispuesto darle aquelle noche cruel muerte.

No se turbó por esto el ánimo de Leodegario; ántes con mucha paz y sosiego admitió al rey, celebró su misa y le dió la comunion como Cristo hizo á Judas. Pero acabados los oficios, sabiendo que la ira del poderoso, mal informado, se vence mejor con la ausencia que con súplicas ni ruegos, se fué al monasterio mismo donde estaba Ebroino, y allí le servia á él y á todos los monges con rara humildad y alegría de ánimo. A pocos dias murió el rey Childerico, en pago de su depravada intencion; y los eduenses, viendo que reinaba Teodorico su hermano, fueron todos al monasterio por su santo obispo, pidiéndole con muchas lágrimas no los desamparase, siquiera que no se perdiesen: á cuyos ruegos se llegó el mandarle el abad volviese á gobernar y dar pasto á sus ovejas, con que hubo de obedecer; y fué recibido en su ciudad con toda honra y universal muestra de alegría y regocijo. Ebroino, que supo que reinaba Teodorico, apostató al instante, dejando el santo hábito que indignamente vestia, y se fué á la córte. Recibióle el rey con todo cariño, y dióle los mayores cargos de su corona, y sobre todo su privanza. Soberbio con ella Ebroino, todo su anhelo era no cuidar de la paz y quietud del reino, sino solo de quitar la vida al santo obispo. Lo primero que hizo fué enviar soldados que lo prendiesen. Estaba predicando á su pueblo, y conociendo querian defenderle, les pidió no hiciesen tal; y así en su hábito pontifical, acompañado de infinitas lágrimas de los suyos, salió á recibir los soldados, los cuales le prendieron con furor y rabia; y si no le quitaron la vida, fué porque no tenian órden para ello; pero le sacaron los ojos, pareciéndoles que en esto lisonjeaban al traidor y apóstata Ebroino; y así ciego lo dejaron preso en una abadía.

Pasados dos años, hizo Ebroino que le trajesen á palacio al santo obispo Leodegario y á su hermano Gerino, á quien con otros muchos tenia desterrado y preso: y como quisiese burlarse de ellos en presencia del rey, los dos gloriosos santos hermanos respondieron á sus bárbaras é indecentes preguntas con gran modestia y humildad; de lo cual enfurecido el traidor apóstata, mandó que á Gerino lo apedreasen, lo cual se ejecutó, y murió mártir glorioso como otro san Estéban, pidiendo perdon por sus enemigos; y que á su hermano Leodegario le trajesen todo el dia descalzo, haciéndolo pasar, sin parar, por un rio que corria sobre unas agudísimas piedras, para que fuese cruelmente herido y atormentado. Ejecutaron los verdugos la rigurosa sentencia, y el invicto mártir de Jesucristo se paseaba y alababa á Dios en tan gran tormento, de lo cual avisaron á Ebroino, y furioso, le hizo sacar la lengua y cortar los labios; y luego lo mandó poner en custodia, para discurrir nuevos géneros de rigores con que atormentarle. Pero el bendito santo no por eso perdió el hablar; ántes hablaba y predicaba al pueblo, sin lengua, tan bien y mejor que cuando la tenia, y profetizó lo que habia de suceder en el reino, y cómo y cuándo moriria el traidor

Ebroino y otros muchos: lo cual todo se cumplió de la manera que el santo mártir lo dijo; porque, habiendo el rey, con su amigo Ebroino, hecho un concilio, en él sucedió que uno de aquellos que se habian atrevido á poner sus sacrílegas manos en el santo obispo Leodegario, de allí fué desterrado, y á pocos dias degollado: otro, á quien Ebroino, agradecido por lo mismo, habia dado el obispado del glorioso santo, convencido de un grave delito y azotado públicamente, se ahorcó.

Luego fué mandado traer Leodegario; y para que no compareciese entre los obispos del concilio, fué mandado detener fuera; pero estando fuera de él, le preguntaron algunas cosas, á que respondió fielmente; y asimismo dijo cuándo y cómo habian de morir los dos; esto es, Ebroino y él mismo. Ebroino entonces, viendo que Leodegario habia profetizado públicamente su martirio glorioso, y la desastrada muerte de él con su condenacion eterna; furioso se salió del concilio, y mandó á un soldado tuviese en custodia al mártir glorioso. El soldado se lo llevó á su casa; y el santo obispo, padeciendo gran sed, pidió un poco de agua á uno de la calle, el cual se la dió; y al instante bajó del cielo una inmensa luz, que, á modo de corona, rodeó la cabeza del santo: á cuya vista se convirtió el que le daba á beber, su familia toda y otros muchos de la calle que vieron la luz y oyeron predicar al santo. Esta nueva llevaron á Ebroino infinitos que vieron bajar la luz del cielo y coronar su cabeza; pero el infiel apóstata, rabioso de envidia, envió cuatro verdugos que lo degollasen al instante: de los cuales tres se convirtieron á la fé de Jesucristo, oyendo predicar al santo, y le pidieron perdon; y el cuarto, diciéndole mil oprobios, le degolló: y viendo al santo cuerpo inmóvil, despues de haberle cortado la cabeza, le dió un puntapié y lo echó en tierra; pero al instante pagó el desacato, porque se apoderó de él el demonio, y furioso lo arrojó al fuego, donde acabó su vida miserable, rabiando y abrasado.

Dos años habian pasado del martirio del gloriosísimo Leodegario, y por su intercesion hacia nuestro Señor infinitos milagros, cuya noticia llegó á oidos del apóstata Ebroino, el cual, atormentado de envidia de oir publicar tantas glorias de su enemigo, envió un soldado adonde habia sido sepultado el cuerpo glorioso, para que se informase de la verdad: llegó arrogante y soberbio el soldado, como quien le enviaba pudiera; y dando con el pié á la tumba, dijo: Muera quien dijere y creyere que un muerto puede hacer milagros. ¡O maravilla de Dios siempre grande! Al instante fué aquel mal hombre arrebatado del demonio, y murió allí mismo de repente y desdichadamente; con que con lo mismo que quiso (por lisonjear á su señor), vituperar al santo obispo y glorioso mártir; con esto mismo, á vista de prodigio tanto, le ensalzó y glorificó mas. La nueva de tan estupendo caso llegó al instante á oidos del apóstata Ebroino; y rabiando de envidia, cuando solicitaba oscurecer la gloria de tan gran santo, murió al golpe de una espada en el mismo dia y de la misma suerte que lo habia profetizado el bendito mártir Leodegario. Así se cumplieron del gloriosísimo obispo las profecías, y así vengó Dios su gloriosa muerte, la cual fué á los 2 dias del mes de octubre, por los años del Señor de 685. Despues fué trasladado su cuerpo glorioso al lugar y monasterio de San Maxencio, donde habia sido abad, haciendo tantos y tan innumerables milagros por el camino y despues en su glorioso sepulcro, que ninguno llegó con molestia ó enfermedad alguna, que no volviese sano y bueno á su casa. La vida y martirio de este ínclito obispo y mártir y de su bendito hermano Gerino, escribieron Beda, Usuardo, Adon, Ursino, Surio, *tom.* v, *et t.* II, *in Vita S. Helmetandi*; Adon Viennense, *in Chronicis*; Vincencio Belovacense, lib. XXIII, cap. 124 *et* 125; Tritemio, *De viris illust. ord. S. Bened.*, *lib.* III, *cap.* 135, *et lib.* IV, *cap.* 137; Molano, *in Indice SS. Belg.*; Sigiberto, *in Chronicis*; Pedro de Natalibus, *in Cathal. sanct.*, *lib.* IX, *cap.* 13; el Martirologio romano; y Baronio en sus Anotaciones, y en el tomo VIII de sus Anales, año 685, número 11.

* San Eleuterio, soldado y mártir.—Durante la persecucion del emperador Diocleciano murió martirizado este santo con otros muchísimos compañeros. Segun refiere el cardenal Baronio, fué su martirio del modo siguiente. En Nicomedia san Eleuterio, soldado y mártir, con otros innumerables, los cuales falsamente acusados de haber puesto fuego al palacio de Diocleciano, que habia sido quemado por órden del mismo cruel emperador, fueron martirizados, unos degollándolos, otros quemándolos y otros sumergiéndolos en el mar. Eleuterio, despues de haber sido atormentado atrozmente, y mostrándose cada vez mas constante, alcanzó la victoria y la palma, acrisolado en el fuego como el oro refinado, el año 303 de la era cristiana.

Santo Tomás, obispo y confesor.—Descendiente de una de las mas ilustres familias de Inglaterra, enlazada por parentesco con las casas soberanas de Francia y de la Gran Bretaña, fué Tomás el primogénito de ella y la ennobleció mas aun con sus esclarecidas virtudes. El jóven Tomás aprendió las ciencias bajo la direccion de un tio suyo, obispo de Erfort; y despues pasó á perfeccionar sus conocimientos en Paris, donde se hizo notable por su aprovechamiento y su piedad. Muy versado ya en el conocimiento de la teología y del derecho civil y canónico, abrazó el estado eclesiástico y fué nombrado canciller de la universidad de Oxford, y poco despues gran canciller del reino de Inglaterra. En el desempeño de su encargo se mostró siempre justo, laborioso é incansable. Nada se hacia en palacio ni en las asambleas sin su voto y parecer, y era tan respetable su ilustrada prudencia, que todos le buscaban como un oráculo infalible. El papa Gregorio X le mandó ir al concilio de Lyon, celebrado el año 1274, y un año despues fué canónicamente elegido arzobispo de Erfort y consagrado en la catedral de Cantorbery. Desde entonces trató solamente de adquirir todas las prendas pastorales, y llegó á ser un prelado perfecto. Todo el tiempo que le dejaban libre los deberes de su ministerio lo dedicaba al retiro, al estudio y á la oracion, y aunque su complexion era débil y enfermiza, no dejaba de castigar su cuerpo con ásperas penitencias. Su caridad era sin límites y se extendia á todas las necesidades espirituales y temporales de sus diocesanos, que él llamaba sus hermanos. El séptimo año de su pontificado vióse obligado á hacer un viaje á Roma para negocios importantes de la Iglesia de Inglaterra, y hallándose ya de vuelta, tuvo que quedarse en Monte-Fiascone, en Toscana, acometido por una enfermedad grave que le condujo al sepulcro el dia 25 de agosto del año 1282, despues de haberse preparado para la muerte con actos de la mas edificante piedad. Su sagrado cuerpo fué despues trasladado á Erfort y colocado

honorificamente en su catedral, y el dia 2 de octubre del año 1310, á vista de los milagros que habia obrado, el sumo pontífice Juan XXII colocó solemnemente á Tomás en el catálogo de los santos.

San Saturio, confesor.—Este santo fué español, y vivió por muchos años en el desierto, haciendo vida penitente y eremítica. Fué maestro del obispo san Prudencio y de otros grandes varones. Su vida fué humilde y retirada desde su juventud hasta su última vejez, pasando todo el tiempo en la oracion y meditacion y en los demás ejercicios de un santo solitario. Murió en el sitio donde habia estado la antigua Numancia, y posteriormente sus reliquias fueron colocadas suntuosamente en una iglesia de Soria, de cuya ciudad es patron.

Los santos Primo, Cirilo, y Secundario, mártires.—No nos ha quedado de estos santos mas que la memoria de sus nombres, conservados en todos los Martirologios. Parece que su martirio tuvo lugar en Antioquía.

San Teófilo, monge.—Fué hijo de padres cristianos, y nació y se educó en Tiberiópolis, en Grecia, mostrando desde su infancia los gérmenes de la gran santidad á que Dios le llamaba. Hacia ya mucho tiempo que era monge, cuando el emperador Leon Isauro, habiendo sabido que era uno de los mas zelosos defensores del culto de las santas imágenes, le llamó á su presencia, y despues de haberle reprendido amargamente su conducta, le mandó que en adelante se portase con mas circunspeccion, si no queria experimentar el rigor de sus castigos. Léjos el santo de prometer lo que se le exigia, contestó con valentía al emperador que su conducta era santa y justa, y que el emperador seria horriblemente castigado por demostrarse con sus obras precursor del Anticristo y fiel instrumento de Satanás. Indignado Leon contra el siervo de Dios, mandó que le azotasen y le encerrasen en una oscura prision, y despues le echó á un destierro lejano. Pero no quedó tampoco en paz en su destierro; pues por órden del mismo emperador, pasado algun tiempo volvieron á azotarle, le traspasaron la cara y los piés con unos clavos, y le abandonaron en esta situacion en medio de un campo, donde se le apareció Jesucristo, y le curó todas sus heridas, viviendo despues de esto algunos años, obrando muchos milagros, y muriendo en la dichosa paz de Dios, á mediados del siglo VIII.

DIA 3.

* Los santos Dionisio, Fausto, Cayo, Pedro, Pablo y otros cuatro compañeros, mártires.—Cuando reinaban los emperadores Valeriano y Galieno (segun refiere Galesinio), murieron estos santos en Grecia despedazados por las fieras. Dice el cardenal Baronio, en el Martirologio romano, que habian padecido estos santos muchos trabajos en tiempo del emperador Decio, y que por órden del gobernador Emiliano fueron largamente atormentados, alcanzando la palma del martirio en tiempo de Valeriano.

Los dos santos Evaldos, presbíteros y mártires.—Cuando san Vilibrondo y sus compañeros llegaron á fines del siglo VII á la Frisia, dos hermanos, ingleses de nacion, y ambos sacerdotes quisieron seguir su ejemplo, y resolvieron ir á predicar el Evangelio á los idólatras. Dirigiéronse al pais de los antiguos sajones, llamado despues Westfalia; habiéndose perfeccionado ántes en las soledades de Irlanda en las ciencias y en la virtud. Como los dos tenian un mismo nombre, les distinguian con el color de sus cabellos, llamando al uno Evaldo el negro, y al otro Evaldo el blanco. Poco tiempo despues de haber llegado los dos santos al pais que habian escogido para teatro de sus misiones, pidieron á un hombre del campo que les condujese á la presencia del príncipe ó gefe de los sajones. Algunos de aquellos habitantes salieron en efecto á acompañarles; pero por el camino, temiendo que los dos hermanos obligarian á su príncipe á abandonar el culto de los ídolos, formaron el designio de asesinarles. Apenas lo habian resuelto, quitaron la vida á Evaldo el blanco, y al otro hermano lo mataron tambien, pero despues de haberle hecho sufrir largos y crueles tormentos, arrojando en seguida los cuerpos de ambos en el Rhin. Sin embargo, Dios que queria mostrar la gloria de sus siervos, no quiso que aquel precioso tesoro quedase oculto en las aguas: de noche se apareció una luz milagrosa que reveló á otro santo misionero el lugar donde se hallaban las sagradas reliquias, las cuales fueron recogidas y enterradas en el mismo lugar de su martirio, hasta que Pepino las mandó trasladar á Colonia, donde se conservan. El martirio de estos santos sucedió segun Beda, el año 693.

San Cándido, mártir.—Fué martirizado en Roma, junto á la puerta Mayor durante el siglo III. Su sagrado cuerpo con el de muchos otros mártires, fué donado por el papa Urbano VIII á los religiosos trenitarios descalzos de Madrid, y estos lo regalaron despues á un convento de la misma órden en la Mancha, donde todavía se conserva.

San Maximiano, obispo.—Floreció en el siglo V, siendo obispo de Bagaya, en África. Tuvo que sufrir grandes persecuciones de parte de los donatistas, herejes casi siempre armados, que llenaron de luto á la Iglesia católica. Su odio contra el santo obispo pasó algunas veces á vías de hecho; pues le hirieron tan cruelmente, que sus heridas movieron á compasion á los gobernantes civiles, que publicaron varios edictos con el fin de atajar aquellos excesos. Sin embargo, sus enemigos continuaron en perseguirle, y una vez habiéndole precipitado de una torre muy alta, le dejaron por muerto; pero sobrevivió algun tiempo, y al fin esclarecido en su gloriosa confesion, murió en el Señor.

San Esiquio, confesor.—Fué un célebre monge de la Palestina, que floreció en tiempo de Constantino el Grande. Era amigo íntimo de san Hilarion y su compañero en las peregrinaciones. Filósofo, teólogo y sabio consumado, dotado al mismo tiempo de una santidad eminente, no solo gobernó con prudencia y grande acierto el monasterio de Gaza por muchos años, sino que escribió varios reglamentos é instrucciones para el buen gobierno de todos los monasterios de la Palestina. Abrió una escuela de literatura sagrada, de la cual salieron grandes santos y lumbreras dignas de la Iglesia, y el ilustre maestro murió santa y pacíficamente entre sus queridos monges, el año 373.

DIA 4.

* San Francisco de Asís, confesor y fundador.—Para hablar bien de la vida del gran patriarca y seráfico padre san Francisco, instituidor de la esclarecida y devotísima órden de los Menores, es menester lengua de serafines; y así proveyó nuestro Señor, que la escribiese el seráfico

doctor de la Iglesia san Buenaventura, hijo suyo y reparador, é ilustrador y gobernador de su misma órden: al cual nosotros principalmente aquí seguiremos, añadiendo algunas cosas que se hallan en las crónicas de esta sagrada órden, y suplicando á nuestro Señor que nos dé parte de aquel espíritu que en escribir esta vida tuvo san Buenaventura, para que se impriman en nosotros, y en los que la leyeren, los ejemplos de virtudes mas divinos que humanos, con que este serafin resplandeció en el mundo. Nació el bienaventurado san Francisco en Asís, ciudad de la Umbría, provincia en Italia, el año del Señor de 1182. Su padre se llamó Pedro Bernardo y su madre Picha, muy honrada y devota matrona: la cual estando de parto de san Francisco, y no pudiendo por algunos dias parir, llegó un pobre peregrino á su puerta á pedir limosna, y dijo al que se la traia, que llevasen aquella mujer que estaba de parto y no podia parir, á un establo, y que luego pariria. Lleváronla á un establo, que estaba cerca de su casa, y luego parió: y despues se edificó allí una capilla y se pintó este milagro. En el bautismo le llamaron Juan, y despues en la confirmacion Francisco. En teniendo edad le pusieron al estudio: y como su padre era mercader le ocupó en los negocios de aquel oficio. Comenzando á ser mozo se dió á las vanidades y entretenimientos de mozo; aunque (con el favor de Dios) no soltó la rienda á los apetitos sensuales: y atendiendo á las ganancias temporales, no puso su confianza en las riquezas y tesoros; ántes era compasivo y liberal con los pobres, é hizo firme propósito de dar siempre limosna á los que se la pidiesen por amor de Dios. Estaba un dia muy ocupado y embebecido en sus negocios, vino á él un pobre que le pidió limosna, y él no se la dió: fuése el pobre, y Francisco volvió en sí: y considerando su poca caridad, corrió tras él y dióle limosna, y prometió á nuestro Señor y le hizo voto de no negarla jamás á quien por su amor se la pidiese; y guardó inviolablemente este voto hasta la muerte, y por él Dios nuestro Señor le hizo muchas y grandes mercedes, con aumento de su amor y gracias. Siendo aun seglar (como el mismo santo padre despues de ser religioso dijo), en oyendo el nombre de amor de Dios, sentia en su corazon un júbilo espiritual y maravilloso. Era muy manso, paciente y tratable, y mas liberal de lo que sufria la hacienda: que era indicio de lo que despues habia de ser. En aquel mismo tiempo habia un hombre en la ciudad de Asís muy simple: el cual inspirado por el Señor, á lo que se cree, cuando encontraba á san Francisco se quitaba la capa y la echaba á sus piés, para que pasase sobre ella, y decia que Francisco era digno de grande reverencia y que presto haria cosas grandes, y seria muy honrado de todos los fieles: pero san Francisco entonces no hacia caso de lo que oia; porque andaba muy ocupado en los negocios de la hacienda, y distraido en travesuras de gente moza. Quiso el Señor reprimirle y darle una sofrenada para que asentase el paso: y para esto le envió dos trabajos. El uno fué, que habiendo guerra entre las ciudades de Perusa y de Asís, fué preso de los perusianos con otros sus compañeros y echado en la cárcel. Pasó aquel trabajo con gran constancia y alegría, animando á los otros y dándoles esperanza que en breve tendrian libertad, como la tuvieron. El otro fué una enfermedad larga y congojosa, con la cual y con la flaqueza del cuerpo tomó mayores fuerzas su espíritu y se dispuso á la uncion del Espíritu Santo; y así habiendo convalecido, salió un dia de su casa bien vestido, y encontrándose con un hombre de noble linaje, pero pobre y mal vestido, le tuvo lástima y trocó su vestido con él. La noche siguiente le mostró Dios un palacio muy grande y muy hermoso, y en él muchas y muy ricas armas, que tenian la señal de la cruz: y no sabiendo él lo que aquella vision significaba, preguntó cuyas eran aquellas riquezas y armas que allí estaban: y fúcle respondido que de él y de sus soldados, si tomasen la señal de la cruz, y con esfuerzo la siguiesen. Y como él no estaba ejercitado en las cosas espirituales, entendió aquella vision materialmente; y la mañana siguiente se partió para el reino de Nápoles, para ser soldado, y militar debajo de la bandera de un conde liberal y poderoso, y tener por esta via muchos soldados, y alcanzar honra y grandes riquezas. En el camino el Señor le habló una noche, y le dijo que se volviese á su tierra; porque aquella vision se habia de cumplir en él y en sus soldados espiritualmente, y que no era justo dejar al Señor del cielo y de la tierra, por servir al siervo y hombre mortal. Con esto se volvió luego á su tierra, y se dió mucho á la oracion; y con el ejercicio de ella sintió en su alma un grande desprecio de todas las cosas caducas y frágiles, y un encendido deseo de vender su hacienda, y comprar la margarita preciosa del Evangelio. Pero aun no se sabia cómo lo habia de hacer: solo sentia unas inspiraciones vehementes, en las cuales le daba el Señor á entender que la mercadería espiritual y la milicia de Cristo tienen su principio en la mortificacion y victoria de sí mismo: y estos movimientos interiores le despertaban y le encendian cada dia mas al deseo de la perfeccion, mortificacion y menosprecio de sí mismo. Ofrecióselo una buena ocasion para su aprovechamiento; porque un dia, yendo á caballo por un campo descubierto junto á Asís, encontró á un leproso que le causó mucho asco y horror: y acordándose que para ser soldado de Cristo se habia de vencer, se apeó del caballo: extendió la mano el leproso, como para recibir limosna y san Francisco se la besó con grande devocion y ternura. Subió luego á su caballo, y mirando á todas partes no pudo descubrir, ni ver mas aquel leproso; aunque el campo estaba bien patente y raso: de lo cual quedó admirado y consolado interiormente alabando al Señor, y proponiendo cosas mayores en su servicio. Gustaba de la soledad y recogimiento, y de estar en lugares apartados, sin bullicio, ni ruido; y dábase todo á la oracion, suplicando al Señor con grande afecto que le declarase su voluntad. Un dia estando todo absorto y transportado en Dios, se le apareció Jesucristo nuestro Señor como crucificado, y con este regalo y favor, quedó tan tierno y tan derretido en su amor, que desde aquella hora, siempre que se acordaba de la pasion del Señor, derramaba muchas lágrimas, sin poderlas reprimir, y juntamente se vistió del espíritu de pobreza, caridad y piedad; de manera, que sintiendo ántes mucha repugnancia y grande asco en solo mirar á los leprosos, aun desde muy léjos, despues les cobró tanto amor y aficion, que se iba á los hospitales, y les besaba las manos, y el rostro, y les servia como al mismo Jesucristo, con toda devocion y humildad. A los pobres mendigos daba unas veces su vestido; otras parte de él: á los clérigos pobres remediaba con reverencia, y de buena gana daba limosna para los ornamentos de los altares. Fué una vez á Ro-

ma á visitar la iglesia de San Pedro, y halló á la puerta de la iglesia gran multitud de pobres: dió al que le pareció mas necesitado su vestido, y él se vistió de los andrajos del pobre, y todo el dia se estuvo entre los mendigos, con extraordinaria consolacion de su alma. Y porque ya tenia interiormente la cruz de Cristo en su corazon, tambien atendia mucho á mortificar y crucificar su carne para que el alma y el cuerpo participasen del precio de nuestra redencion, y llevasen su cruz y gozasen de los merecimientos de ella. Todo esto le pasó al seráfico padre ántes de dejar el hábito seglar.

No tenia el santo otro maestro sino á Cristo en todas estas cosas que habemos referido, y su majestad le iba enseñando y perfeccionando cada dia mas, como perfectísimo y sapientísimo maestro. Un dia estando san Francisco haciendo oracion en la iglesia de San Damian (que estaba fuera de los muros de Asís) delante de un crucifijo, oyó una voz que salia de él, y por tres veces le decia: Francisco, vé y repara mi casa (como ves) se está cayendo. Quedó el santo como asombrado y fuera de sí, oyendo aquella voz: y viendo que aquella iglesia de San Damian era muy vieja, y se venia al suelo, entendió que aquella voz del Señor le mandaba reparar aquella iglesia material, y tomó buena cantidad de paños, y llevólos á la ciudad de Foligni, que está como tres leguas de Asís, y vendiólos, y tambien el caballo en que iba: y tornando á Asís, dió el precio y todo el dinero que llevaba, á un pobre sacerdote, que estaba en la iglesia de San Damian, rogándole con gran reverencia que lo tomase para reparar aquella iglesia, y que le dejase estar en ella algunos dias. El clérigo le concedió que estuviese en la iglesia los dias que quisiese; mas no le pudo persuadir que tomase el dinero, por temor de su padre: y así san Francisco le arrojó sobre una ventana de la misma iglesia. Supo su padre lo que pasaba, y con grande enojo y amenazas cobró el dinero, y san Francisco por algunos dias se escondió en una cueva; y despues como corrido de su cobardía, salió de ella y entró en la ciudad. Como la gente le vió tan desfigurado, flaco y mal vestido, comenzó á arrojarle lodo y piedras, y darle grita como loco. De esto cobró su padre mayor saña: y trayéndole á su casa, le dió muchos golpes y azotes, y le echó grillos y le encerró en un aposento, donde estuvo hasta que su madre le libró, estando el padre ausente: el cual finalmente se concertó con su hijo, por bien de paz, de esta manera: que los dos se fuésen delante del obispo, y que el hijo renunciase al padre su legítima y herencia que esperaba; y así se hizo con mayor ventaja y espíritu de lo que él mismo padre pretendia: porque en llegando delante del obispo, san Francisco con gran denuedo y alegría se desnudó de todos los vestidos, hasta la camisa, y se los dió á su padre, diciendo: Hasta aquí te llamé padre en la tierra: de aquí adelante diré seguramente: Padre nuestro, que estás en los cielos: en quien he puesto todo mi tesoro y esperanza. Admiróse el obispo de tan gran fervor: y derramando muchas lágrimas le cubrió con su manto, y mandó traer alguna ropa con qué cubrirle. Trajéronle una pobre capa de un labrador, criado del obispo, que hallaron mas á mano: tomóla el santo con grande agradecimiento, y cortando aquel capote á manera de cruz, se lo puso y salió de la ciudad, y se fué á una selva, cantando loores á Dios. Salieron á él unos ladrones, y preguntáronle quien era; y lleno de confianza y espíritu profético, respondió: Soy pregonero del gran Rey. Diéronle los ladrones muchos golpes, y echáronle en un hoyo, que estaba allí cerca lleno de nieve; y fuéronse: mas el santo no cabia de placer por verse maltratar, é iba cantando como ántes, alabanzas al Señor porque así le regalaba. Pasó por un monasterio y diéronle limosna como á pobre desconocido. De allí se fué á la ciudad de Eugubio, donde le conoció un amigo suyo, y le recogió en su casa y le dió un vestido cumplido, pobre y honesto, el cual trajo dos años y un cinto ceñido, y zapatos calcados, y un cayado en la mano como ermitaño. En Eugubio se fué al hospital de los leprosos, y los servia con gran caridad: lavábales los piés, y limpiábales la podre de sus llagas, y besábaselas con maravillosa devocion; y por esta tan ilustre victoria de sí mismo, le dió el Señor singular gracia de sanar enfermedades corporales y espirituales. Vióse esto particularmente en un hombre del condado de Espoleto, que tenia una enfermedad horrible é incurable, y se le iba carcomiendo la boca y las mejillas sin remedio; y viniendo de Roma de visitar la iglesia de San Pedro, se encontró con san Francisco, y echóse á sus piés para besárselos; y el santo por su humildad no lo consintió, ántes se llegó á él, y con extraña devocion y ternura le besó la boca cancerada y podrida, y luego quedó sano el pobre de aquella enfermedad tan incurable. Estando ya mas fundado san Francisco en la humildad, y en el menosprecio de sí mismo y de los juicios vanos del mundo, volvió á Asís, y comenzó á mendigar entre los que ántes le habian conocido abundante y rico: y como la voz divina, cuando estaba en la iglesia de San Damian, le habia mandado que reparase la iglesia, intentó hacer (siendo pobre) lo que no habia podido hacer siendo rico, y con su trabajo, y con llevar él en sus hombros las piedras para el edificio, y con las limosnas que otros movidos con su ejemplo le dieron, la reparó y la dejó bien aderezada; y lo mismo hizo en otra iglesia del apóstol San Pedro, á quien él tenia gran devocion. De allí se fué á un sitio, como una milla de Asís, que llaman Porciúncula, en el cual estaba una iglesia de nuestra Señora muy antigua, desierta y maltratada. Supo que el nombre antiguo de aquella iglesia era Santa María de los Ángeles: y entendió que conforme al nombre habia allí frecuentes visitaciones angélicas, y por la devocion con los ángeles, y con la Reina de los ángeles nuestra Señora, trabajó mucho para repararla, y se determinó á hacer allí su asiento. Allí humildemente comenzó: allí virtuosamente aprovechó; y felicísimamente acabó su carrera; y cuando moria, encomendó á sus hijos este lugar, como lugar muy amado y favorecido de la Vírgen. En esta iglesia por revelacion divina, dió san Francisco principio á la sagrada órden de los Menores, de la manera que adelante se verá. Y es de considerar que así como ántes de la fundacion de la órden, reparó san Francisco estas tres iglesias materiales, como habemos dicho: así despues reparó y restauró la Iglesia militante con las tres órdenes que instituyó en este espiritual edificio.

En esta Iglesia se ocupaba el nuevo y santo soldado de dia y de noche en oracion, y con grande fervor, gemidos y lágrimas suplicaba á la Reina de los ángeles nuestra Señora, que fuese su abogada, y le diese su mano y favor para lo que pretendia hacer: y finalmente por los merecimientos de la que, quedando vírgen, concibió y

parió al Verbo eterno, vino él á concebir y parir el espíritu de la verdad evangélica, é instituir la vida apostólica que en su regla se contiene: porque un dia oyendo misa de los apóstoles, y en ella aquel Evangelio en que, enviando Cristo nuestro Señor á predicar á sus discípulos, les dijo que no poseyesen oro ni plata, ni dineros en sus bolsas, ni llevasen alforjas en el camino, ni tuviesen dos túnicas, ni zapatos, ni vara; luego el santo, alumbrado con la luz divina, se quitó los zapatos, dejó el báculo, sacudió de sí como cosa detestable, el dinero, y contento con una pobre túnica, dejó el cinto de cuero que traia, y ciñóse un cordon, y comenzó á hacer una vida apostólica tomando las palabras que habia oido del Evangelio para sí, como si un ángel se las hubiese traido del cielo. Con este traje y hábito dió principio á su predicacion, exhortando á todos á penitencia, con unas palabras llanas y simples; mas graves, severas y encendidas, que inflamaban y penetraban los corazones de los oyentes: y ántes de comenzar sus sermones, saludaba al pueblo diciendo: *Dominus det vobis pacem*: El Señor os dé paz: la cual salutacion dijo despues que la habia aprendido por divina revelacion. Con estos sermones y mucho mas con el ejemplo de su vida convirtió á muchos pecadores al Señor, y algunos se animaron á dejar todas las cosas de la tierra y seguirle en el hábito y modo de vivir: entre los cuales el primogénito hijo, que engendró en Cristo, fué Bernardo de Quintaval, varon perfectísimo, á quien y á Pedro Catanio, canónigo de Asís, dió san Francisco el hábito á 16 de agosto del año de 1209: y desde este dia comenzaron algunos á contar el principio de la órden; aunque otros le toman un año atrás, cuando el santo oyendo las palabras del Evangelio, se quedó con una sola túnica. Despues se fueron allegando otros compañeros hasta el número de doce para representar el colegio de los sagrados apóstoles, que se repartieron por todo el mundo, y le conquistaron y rindieron al Señor: y de la misma manera envió san Francisco á sus compañeros á predicar por el mundo la cruz y penitencia: y cuando los enviaba, decia á cada uno en particular: *Jacta cogitatum tuum in Domine; et ipse te enutriet*: Poned vuestra confianza y cuidado en el Señor; que él os sustentará. Lloraba muy amargamente una vez los pecados de la vida pasada, y repentinamente le sobrevino una inefable y espiritual alegría, y con ella una certificacion que todos sus pecados plenariamente le habian sido perdonados; y luego tuvo un éxtasis, y le fué revelado todo el aumento y progreso de su órden. Deseando mucho ver á sus hijos, que estaban esparcidos y predicando en muy diferentes partes, suplicó al Señor que él los juntase; y así, sin llamarlos nadie, se juntaron en breve tiempo con grande admiracion de todos: y viendo que iba creciendo el número de sus santos hijos, escribió la regla con palabras humildes, sacándolo todo del santo Evangelio, y añadiendo algunas pocas cosas que parecian necesarias para la manera uniforme de vivir. Mas á él y á sus compañeros les pareció necesario procurar que la sede apostólica aprobase la regla: y así partieron para Roma todos; y san Francisco en el camino tuvo una revelacion, con que el Señor le consoló y le dió esperanza que seria bien oido y despachado del papa Inocencio III, que á la sazon tenia la cátedra de san Pedro; como sucedió: porque aunque al principio el papa no le admitió, despues con una revelacion que tuvo, le hizo buscar y le acogió con gran benignidad, y entendió que aquel pobrecito, vil y despreciado, habia de ser como una palma alta y sublime en la Iglesia del Señor, y reparador y sustentador de su espiritual edificio que se iba cayendo: porque acostándose el sumo pontífice una noche con grandes cuidados de las calamidades que padecia la Iglesia, vió en sueños que el templo de San Juan de Letran, donde él habitaba, amenazaba gran ruina y se venia al suelo; y que un pobrecito y desestimado hombre ponia sus hombros debajo de él y le sustentaba: y por divino instinto entendió que este pobrecito era el glorioso san Francisco, que por sus ejemplos y doctrina habia de sustentar la Iglesia de Dios, como la sustentó en su vida, y ahora la sustenta por sus bienaventurados hijos: y esta revelacion ú otra semejante, precedió en la confirmacion de la sagrada órden de Santo Domingo, con el cual se vió san Francisco en Roma, y los dos santos patriarcas, sin haberse visto ántes, se conocieron y abrazaron y confederaron entre sí para hacer guerra al infierno; y volver por la gloria de su celestial Capitan y Señor. Con la revelacion que tuvo el papa, y con ver la humildad, pureza y fervor de san Francisco, le inclinó á conceder lo que el santo le suplicaba; pero como la cosa era tan árdua y tan importante, quiso encomendarla mas á Dios, para tomar mas madura deliberacion, especialmente, viendo que algunos cardenales no venian bien en ello, juzgando que era mejor reformar las religiones antiguas, que instituir otras nuevas, y que aquella regla y estremada pobreza que en ella se profesaba, parecia sobre las fuerzas humanas. Pero en fin, despues de mucha oracion y consultacion, el papa otorgó lo que san Francisco le pedia, y confirmó su regla, y le mandó que predicasen penitencia; y á todos los frailes legos que con él habian venido, ordenó que se les hiciesen unas pequeñas coronas, para que libremente sembrasen la palabra de Dios. Esta confirmacion hizo el pontífice de palabra, y *vivæ vocis oraculo*: y san Francisco y sus compañeros hicieron profesion solemne, en manos de su santidad, el año de 1209, prometiendo la vida y regla evangélica; y san Francisco fué instituido por el mismo papa ministro general de la órden.

Confirmada, pues, la órden, se volvió el santo con sus compañeros á Asís. En el camino tuvieron una gran necesidad, faltándoles de comer: y no habiendo remedio humano para traerlo, súbitamente les apareció un hombre que les dió pan; y luego desapareció sin ser conocido. Tuvieron duda algunos de sus compañeros, si seria mejor retirarse á algun lugar apartado, para darse á la contemplacion, ó conversar entre los hombres; pero despues que hicieron oracion sobre ella, pidiendo al Señor que les descubriese su voluntad, fué revelado al santo que Dios queria su religion para que ganase las almas que el demonio le pretendia quitar; y así se recogieron en una pobre y desamparada casa, junto á Asís, comiendo pan de lágrimas, y viviendo con admirable pobreza y santidad. Su oracion era mas mental que vocal, porque aun no tenian libros para cantar las horas canónicas; enseñábales el santo á tener oracion, y ver y alabar al Señor en todas y por todas sus criaturas, y á honrar con particular reverencia á los sacerdotes, y á creer firmemente y morir por la fé que enseñaba la Iglesia romana. Cuando veian alguna iglesia ó cruz, desde léjos se postraban y oraban como el santo les habia enseñado. Estando aun los santos religiosos

en esta pobre casa, fué san Francisco un sábado por la tarde á la ciudad de Asís, porque habia de predicar el domingo en la iglesia catedral; y estando él ausente, aquella noche apareció á sus frailes en un carro de fuego, y dentro de él un globo resplandeciente como el sol, y el carro dió tres vueltas por la casa, con gran espanto de aquellos religiosos: los cuales recibieron no ménos claridad en sus almas que en sus cuerpos; y entendieron que aunque el padre san Francisco estaba ausente con el cuerpo, estaba presente con el espíritu y que él era el que en aquel carro de fuego les mostraba Dios como otro Elías, celador de su santa ley. Despues se pasó á la ermita de Santa María de Porciúncula, que los monges de San Benito (cuya era) liberalmente le dieron para que fuese cabeza de su órden. De allí salia á predicar por los lugares y pueblos circunvecinos, mirándole los oyentes como á un hombre del otro siglo, que tenia su corazon y sus ojos siempre en el cielo, y con sus obras y palabras los queria llevar á todos allá. Convirtiéronse muchos con estraordinario fervor; y de estos instituyó el santo, la órden que llamó «los Hermanos de la penitencia:» y gran número de doncellas determinaron guardar perpétua castidad, de las cuales la primera planta é hija espiritual del padre san Francisco, fué la santísima vírgen Clara, madre de las religiosas que se llaman «las Señoras pobres,» y clarísimo espejo de toda pureza y santidad. Pero otros muchos, dando libelo de repudio á todas las cosas de la tierra, seguian á san Francisco como á varon y maestro venido del cielo; de manera, que su santa familia se iba cada dia multiplicando mas, é hinchendo el mundo de un suavísimo olor y fragancia de sus perfectas virtudes. Entre los otros fué uno un religioso de la órden de los Crucíferos, llamado Morico, que estando en un hospital, junto á Asís, desahuciado ya de los médicos, envió un recado á san Francisco pidiéndole que rogase á Dios por su salud. El santo hizo oracion y luego tomó un poco de pan, y lo desmenuzó en un poco de aceite del que habia en la lámpara delante del altar de nuestra Señora, y mezclándolo, se le envió con unos frailes, diciendo: Llevad esta medicina á nuestro hermano Morico, con la cual sanará, y será valeroso soldado de nuestra milicia. Tomó Morico la medicina: sanó: entró en la órden, y vivió con grande aspereza y santidad de vida, y perseveró hasta la muerte. Otro, gran poeta (á quien llamaban rey de los versos) vino por ver al santo y hallóle que estaba predicando en un monasterio, y vió en el sermon dos espadas muy resplandecientes atravesadas en figura de cruz, la una que tomaba desde la cabeza de san Francisco hasta los piés, y la otra le cruzaba por los brazos; y admirado y compungido con esta vision, se convirtió y tomó el hábito con tanta devocion, que san Francisco le mudó el nombre, y le llamó fray Pacífico y fué el primer ministro provincial de Francia, y vió muchas veces en la frente del santo padre una cruz. De esta manera iba el Señor llamando á la nueva órden nuevos soldados, juntando aquel florido y glorioso ejército que tanta guerra habia de hacer á las potestades del infierno. Creció tanto el número de los benditos hijos de san Francisco, que para repartirlos y distribuirles las provincias, y señalarles ministros provinciales, juntó capítulo general en Santa María de Porciúncula, y vinieron á él mas de cinco mil frailes: y con el favor del Señor tuvieron salud, y todo lo necesario bastantemente, y grande gozo y alegría espiritual. Despues que asentó el gobierno de su órden, aunque no podia el santo hallarse presente con el cuerpo en los capítulos provinciales que se celebraban, se hallaba con el espíritu, y algunas veces por milagro se apareció en ellos. Y en el capítulo que se celebró en la ciudad de Arles, predicando san Antonio de Padua á los frailes, sobre el título de la cruz: *Jesus Nazarenus, rex judæorum;* fué visto el santo patriarca levantado en el aire, que bendecia á sus hijos, con las manos estendidas, como en cruz. Y otra vez, estando con sus frailes hablando de cosas de Dios, apareció nuestro Señor Jesucristo en medio de ellos, en figura de un mancebo muy hermoso, y á todos echó su santa bendicion. Deseó el santo que su regla, aprobada por el papa Inocencio III, fuese tambien confirmada por Honorio asimismo III, que le habia sucedido en el pontificado: y para esto, habiéndole Dios mandado con una revelacion, que hiciese otra regla mas breve (porque la primera era algo larga); por instinto del Espíritu Santo se subió á un monte con dos de sus frailes, y ayunando á pan y agua, y haciendo continua y fervorosa oracion, mandó escribir la regla como Dios se lo revelaba. Bajó del monte y dió la regla escrita al vicario, para que la guardase: el vicario por descuido la perdió; y el santo volvió al monte, como otro Moisés, é hizo escribir la regla con las mismas palabras de ántes, como si las oyera de la boca del mismo Dios. Esta regla fué la que confirmó el papa Honorio, el octavo año de su pontificado: y exhortando san Francisco á sus frailes á la observancia de ella, solia decir que no habia puesto en aquella cosa regla alguna de su cabeza, sino que todo lo que habia en ella, habia sido revelado del cielo. Antes, en el tiempo que estaba en el monte en oracion, bajó una voz del cielo y sonó tres veces, y dijo: Francisco, en esta regla no hay cosa tuya: toda es mía, y todo quiero que se guarde al pié de la letra; porque yo sé las fuerzas del hombre y la ayuda que le tengo de dar: y de allí á pocos dias confirmó el Señor aquella regla y la revelacion con que la habia dado, imprimiendo sus llagas en el cuerpo del seráfico padre, como adelante se dirá.

¿Pero quién podrá dignamente referir las admirables y altísimas virtudes de este serafin? Quererlas escribir, es entrar en la inmensidad del mar Océano, ó en un profundísimo abismo sin suelo. De cada una de ellas se podia hacer un libro; mas nosotros las iremos recogiendo brevemente, de lo que san Buenaventura mas copiosamente en su vida escribe. Y comenzando por su penitencia, castigaba su cuerpo con grande aspereza, y apenas tomaba lo necesario para la vida; y solia decir que era muy dificultoso satisfacer la necesidad del cuerpo, y no obedecer á las inclinaciones sensuales. Cosa cocida, raras veces (estando sano) la comia; y cuando la comia, le echaba encima ceniza ó agua, para hacerla desabrida. Bebia agua cruda; pero con mucha templanza, por grande sed ó calor que tuviese. Cada dia, como si fuera novicio, hallaba nuevas maneras de mortificarse y de afligir su carne. Cuando salia fuera á predicar, comia lo que le daban. Su cama ordinaria era el suelo, y las mas veces dormia sentado, poniendo por cabecera un madero ó piedra. Andaba vestido con una sola y pobre túnica: y preguntado, como podia sufrir el rigor del frio con tan poca ropa; respondia, que con el fervor del espíritu. No consentia blandura en su vestido; y decia, que era mas de los palacios de príncipes, que no de las casillas de los pobres: y cuando sentia al-

guna blandura en su túnica, tejíala por de dentro con unas cuerdas, de manera que estuviese áspera; y aun añadia que habia hallado por esperiencia que los demonios tientan fácilmente á los que traen el vestido blando; y se espantan y huyen del áspero. Y cuando veia que su hábito era mejor ó mas nuevo que el de los otros frailes, le trocaba con el mas viejo y mas roto, y aun algunas veces hacia su vestido de los pedazos y remiendos que le daban sus frailes; y por esto los prelados de la órden mandaron despues á los frailes, que no trocasen con él cosa de vestido, ni lo tomasen aunque el santo se lo diese. Pues ¿qué diré de la limpieza y castidad de su alma? Al principio de su conversion, hallándose apretado del ardor de la concupiscencia, se echó muchas veces en el invierno en un hoyo lleno de nieve, para templar aquel fuego infernal; teniendo por mejor padecer gran frio en el cuerpo, que en el alma tan peligroso incendio. Estando una noche en oracion, le llamó el demonio tres veces por su nombre, y le dijo: No hay pecador tan malo, que si se convierte no le perdone Dios; mas el que se matare con indiscretas penitencias, no hallará jamás misericordia. Conoció el santo por divina revelacion, que el demonio le queria inducir á tibieza, y sintió en sí una gravísima tentacion de carne. Desnudóse luego, y comenzó á disciplinarse fuertemente, y con grande fervor de espíritu salió de la celda á un huerto, y echó su cuerpo desnudo en mucha nieve, y haciendo siete pellas grandes ó bultos de la misma nieve, decia: Esta mayor es tu mujer: estas otras tus hijas é hijos y criados: abrígalos que se mueren de frio: y si esto te da pena, sirve con cuidado solo á Dios. Con este fuego divino apagó las llamas del otro fuego sensual; de manera, que nunca mas sintió cosa semejante. Y con haber alcanzado tan gran victoria de su carne, y haber sido revelado á Fr. Leon, su compañero, que san Francisco era contado en el cielo entre los que eran vírgenes de cuerpo y alma, fué recatadísimo en el trato y familiaridad con mujeres, y tenia tanto recogimiento en sus ojos cuando las hablaba, que á ninguna casi conocia de vista; porque decia que con las ocasiones, el fuerte se hace flaco y el flaco es vencido; y que conversar con mucha familiaridad con mujeres y no quemarse y chamuscarse, es tan difícultoso como andar sobre las ascuas, ó tener el fuego en el seno y no quemarse. ¿Qué negocios (dice el santo) tiene un religioso que tratar con las mujeres, si no es cuando las oye de confesion, ó cuando les da una breve instruccion para mejorar su vida? El que se tiene por seguro no es cauto: y hallando el demonio de donde asir, aun que sea de algun cabello, hace terrible guerra. Esta es la doctrina del seráfico padre: la cual enseñaba mas con sus ejemplos, que con palabras; y por esto llamaba á su cuerpo el «hermano asno;» porque habia de llevar las cargas y mucha disciplina, y comer poco y de cosas viles. Cuanveia algun ocioso, y que comia de los trabajos ajenos, le llamaba «fray Mosca;» porque no hacia cosa buena, y manchaba lo que los otros hacian, y era molesto y abominable é los demás. Finalmente, el bienaventurado padre se dió tal vida, y con el rigor de sus penitencias se consumió de manera, que pocos dias ántes que muriese, dijo su culpa á su cuerpo de las veces que lo habia tratado con mayor aspereza de lo que era menester: excusándose que lo habia hecho para mayor seguridad y guarda de la castidad y pureza de su alma, y mayor servicio y gloria de Dios. Con haber sido para sí tan riguroso, no lo era con los otros, ni le agradaba la aspereza cuando era indiscreta: y así una noche, viendo un fraile, que por la demasiada abstinencia no podia reposar y corria peligro su salud, le llevó pan: y para que comiese con ménos empacho, el mismo santo comenzó á comer con él; y con esto le libró de aquel peligro: y decia, que la discrecion es la maestra y guia de las virtudes.

Con esta extremada aspereza juntó san Francisco una profundísima humildad; porque fué humildísimo y en sus ojos muy vil, y deseaba que todos le tuviesen por tal, y ser vituperado, y huia de las alabanzas y decia, que tanto es cada uno, cuanto es en los ojos de Dios y nó mas. Cuando la gente le loaba y llamaba santo, mandaba él á un fraile que le dijese baldones y palabras de afrenta: y cuando predicaba, muchas veces decia sus faltas en el sermon, para que le menospreciasen; y hacia otras cosas mas admirables, que eran indicio cierto de su gran fervor y humildad profundísima. Procuraba encubrir con grande estudio los dones de Dios, y cuando le alababan, decia: No me alabeis; que aun no estoy seguro: ni hay que alabar al que no se sabe en qué parará. Y á los frailes muchas veces decia: Ninguno se ha de desvanecer, porque hace cosas que un pecador las puede hacer; como es ayunar, orar, llorar y castigar su carne; que todo esto algunos pecadores lo hacen: mas ser fieles á su Dios y Señor, esto, estando en pecado, no lo pueden hacer. De esta humildad nació el no haber querido ordenarse de sacerdote y haber quedado siempre en el grado de diácono. Tenia tan gran respeto á los sacerdotes, que solia decir, que si encontrara con uno de ellos y juntamente con un santo que bajara del cielo, primero besara la mano al sacerdote, y despues hiciera reverencia al santo: porque mas acatamiento debia á aquel, cuyas manos recibian el santísimo cuerpo de nuestro Señor. Efecto de la misma humildad era el pedir consejos á sus súbditos, cuando tenia alguna duda, teniendo el don de profecía y tan grande la luz del cielo: y así una vez, estando dudoso si predicaria ó se daria á la contemplacion, encomendó á Fr. Silvestro y á la vírgen santa Clara, que despues de haber hecho oracion, le dijesen su parecer: que fué que predicase; y él lo siguió: porque como dice san Buenaventura, no se avergonzaba el verdadero menor de preguntar las cosas pequeñas á otros menores á él, habiendo aprendido las cosas grandes del supremo Maestro. De esta misma humildad nacia el deseo tan encendido que tuvo el bienaventurado padre de obedecer y no mandar: y por esto renunció el generalato, y pidió que le diesen guardian, cuyo súbdito fuese. En los caminos prometia obediencia al fraile que llevaba por compañero y la guardaba: y dijo una vez, que entre otras mercedes que Dios le habia hecho, era una, que tan de buena gana y con tanta diligencia obedeceria á un novicio de una hora de religion (si se le diesen por guardian), como al mas antiguo y mas discreto de los frailes: porque el súbdito (decia) no ha de mirar la persona á quien obedece, sino á Dios, cuyo lugar tiene y por quien obedece. Y preguntado como habia de ser el verdadero obediente; respondió, que como un cuerpo muerto. Vió un santo fraile, compañero de san Francisco, estando en oracion, una silla en el cielo muy eminente, y llena de piedras preciosas y de inmenso resplandor: y preguntó al que se la mostraba, para quién se

guardaba aquella silla; y fuéle respondido, que para el humilde Francisco. Despues que tuvo esta vision, preguntó al santo, qué sentia de sí mismo; y él le dijo: Parécemeque soy el mayor de todos los pecadores del mundo: y replicándole, cómo podia decir eso con verdad; respondió: Porque si Dios hubiera hecho á un ladron, ó al mayor pecador del mundo, las mercedes que me ha hecho á mí, le fuera mas agradecido y mejor que yo; y si á mí me hubiera dejado, hubiera hecho mayores maldades que ninguno de ellos. Pidióle una vez el cardenal de Santa Cruz en Roma, que estuviese unos pocos dias en su casa; y el santo, como era tan humilde, obedeció al cardenal por el respeto que le tenia. La segunda noche que estuvo en su casa, despues de larga oracion, queriendo reposar un poco, vinieron los demonios y azotáronle cruelmente, y diéronle tantos golpes que quedó casi muerto: llamó á su compañero y contóle el caso, y díjole que aquel era castigo de Dios, y que era mejor salir de la córte é irse con los pobres de Cristo, que dar qué pensar á los frailes, y decir de él que se holgaba de estar con los cardenales, y que se regalaba y pretendia honrar; y así luego á la mañana se excusó humildemente con el cardenal, y se volvió á su convento.

De esta misma humildad nacia el amor entrañable que tenia á la santa pobreza, á la cual llamaba reina de las virtudes, por haber sido tan amada del Rey del cielo y de su sacratísima Madre: y decia que era el fundamento de su órden, y que Dios le habia enseñado que la entrada en la religion debe comenzar por la pobreza; y algunas veces mandó derribar casas ya hechas, por parecerle el edificio muy suntuoso y contrario á la pobreza evangélica. Una vez, diciendo el vicario de Santa María de Porciúncula, que era tanta la pobreza de aquella casa, que no tenian qué dar á los frailes huéspedes, y que seria bueno guardar algo de la hacienda de los novicios que entraban, para tener algun recurso en tiempo de necesidad; el santo le respondió: Hermano carísimo, en ninguna cosa cumple hacer cosa contra la regla. Ménos inconveniente es que cuando haya necesidad, quites los ornamentos del altar de la Vírgen gloriosa, para remediarla, que intentar cosa contra el voto de la pobreza: y la misma Vírgen lo tendria por bien. En un camino vieron una bolsa que parecia estaba llena de dineros: el compañero dijo al santo, que era bien alzarla para dar aquellos dineros á los pobres: y aunque san Francisco al principio no vino en ello; despues, viendo inquieto al compañero, hizo oracion y le mandó que alzase la bolsa, y echando mano de ella, salió una serpiente, que luego con la misma bolsa desapareció. Otra vez en otro camino, se le aparecieron tres doncellas pobres y muy semejantes en la estatura, rostro y edad, que eran la pobreza, castidad y obediencia; y saludándole, dijeron: En buena hora venga la señora pobreza; y con esto desaparecieron. Cuando veia otro mas pobremente vestido, se reprendia á sí mismo, y animaba á mayor pobreza, pareciéndole gran confusion suya, que en la pobreza alguno le hiciese ventaja: y así estando el santo cubierto con una capa (por estar enfermo), encontró un dia en la calle á un pobre, y le dió la capa: y porque su compañero le iba á la mano, le dijo: Yo me tendria por ladron delante de Dios, si no diese esta capa al mas pobre. Y cuando le daba uno algo, pedia pedir licencia para darlo á otro mas pobre, si se encontrase con él: y cuando hallaba alguna gente pobre que llevaba carga, él se la ayudaba á llevar. Gustaba mas de las limosnas que él pedia de puerta en puerta, que de las que le daban sin pedirlas: y cuando le convidaban personas graves, iba primero á pedir limosna por los vecinos de puerta en puerta. Y cuando enviaba á sus frailes á pedirla, algunas veces les decia: Id; que para esto ha enviado Dios á los frailes menores al mundo, para que sus escogidos les den limosna, y cumplan con la misericordia, de que el Juez les ha de pedir cuenta el dia del juicio. Un dia de pascua de Flores, estando fuera de poblado, tan léjos que no pudo ir á pedir limosna, deseando imitar al Señor, que aquel dia, en figura de peregrino, habia sido convidado de los dos discípulos que iban á Emaús; pidió limosna á sus propios frailes, que con él estaban; y ellos se la dieron, y el bienaventurado padre la recibió con gran humildad y alegría. Estando enfermo en un lugar, que se llama Nocera, y llevándole algunos hombres de Asís, que habian venido por él, para curarle y regalarle en su ciudad, no hallaron en el camino cosa de comer, qué comprar por sus dineros: y sabiéndolo el santo, ordenó que pidiesen por amor de Dios lo que no habian podido hallar por dineros; y haciéndolo así, volvieron cargados de todo los que habian menester para sí y para el santo. Otra vez, viniendo un hombre honrado á pedirle el hábito, le mandó que ántes de tomarle, diese su hacienda á los pobres. El pretendiente dióla á sus parientes que eran ricos y no tenian de ella necesidad. Súpolo el santo, y no le quiso admitir, diciendo, que el que no sabia dar su hacienda á Dios, ménos sabria darle su persona; y así aquel hombre cobró su hacienda y dejó el propósito de la virtud. Todo esto era amor de los pobres y de la pobreza. Mas ¿quién podrá declarar el amor tan encendido que este serafin tuvo al Señor y á sus prójimos? Era la sed que tenia de la conversion de las almas, ardentísima, y decia, que para esto tiene mas fuerza el ejemplo que las palabras; y que habian de ser llorados los predicadores que en sus sermones no buscaban la salud de las almas sino su honra; y los que destruyen con su mala vida, lo que edifican con su buena doctrina; y que en el dia del juicio se verá que muchos legos y personas sencillas fueron causa de la conversion de muchos con sus oraciones y lágrimas, aunque no les predicaron de palabra. Tenia gran cuenta con el silencio en sí y en sus frailes, y decia, que esta no era pequeña virtud, y que aquella sentencia del Espíritu Santo que dice, «que la vida y la muerte están en manos de la lengua,» no se ha de entender tanto del gusto del comer como en el hablar. No podia sufrir que se murmurase de nadie: y una vez oyendo que un fraile decia mal de otro; el santo ordenó al guardian que averiguase con diligencia aquella falta, y que hallando que el acusado no tenia culpa, diese al acusador tan duro castigo, que quedase notado á los ojos de todos. Tenia grande caridad con los enfermos y necesitados: y una vez porque un fraile habló con aspereza á un pobre que importunaba por la limosna, le mandó que se arrojase á los piés del pobre y le pidiese perdon, diciendo que los pobres representan á Cristo pobre, y á su Madre la Vírgen María pobre; y que por esto se les ha de hablar con gran blandura y [illegible]miento. Este amor de los prójimos manaba

como de su fuente, de un amor entrañable del Señor que abrasaba su corazon ; porque era cosa que ponia grande admiracion , al ver cuán ardiente y cuán encendido era aquel fuego de amor divino , con que este serafin se derretia ; de suerte que no contentándose de lo mucho que hacia y padecia por este amor, se determinó á ir á predicar á Siria á los moros y á los otros infieles , por la ansia grande que tenia de morir por su señor. Embarcóse el sexto año de su conversion , y levantóse una tempestad con la cual aportaron á Escruania , y no habiendo embarcacion para pasar adelante hubo de volver atrás. Despues se partió á Marruecos á predicar al Miramamolin, y caminaba con tanto fervor y deseo del martirio , que aunque estaba muy flaco y consumido, con todo eso el compañero no podia seguirle con su paso : mas fué Dios servido , que en España le sobrevino una enfermedad gravísima, y por ella y por otros negocios de la órden y varios sucesos , no fué posible ir á Marruecos. Finalmente el año treçe de su conversion, no pudiendo reposar por este tan abrasado deseo del martirio, en tiempo que habia muy sangrienta guerra entre los cristianos y los moros, pasó con gravísimos peligros á Siria, en compañía de Fr. Iluminario, varon de admirable virtud. Cayeron en manos de los moros, los cuales los trataron afrentosamente, dándoles muchos azotes el Soldan, y con prisiones los llevaron al de Babilonia , que era lo que el santo deseaba. Predicó al Soldan con grande ánimo y espíritu el misterio de la santísima Trinidad, la encarnacion del Hijo de Dios, y se ofreció de entrar en un gran fuego, en prueba de la verdad de la féque predicaba, si los sacerdotes de Mahoma quisiesen entrar en él , en defensa de la suya : y aunque ellos no quisiesen entrar, dijo que él entraria en el fuego, si le prometian de convertirse á Cristo nuestro Señor , en caso de que él saliese del fuego sin daño. Pero el Soldan temiendo algun alboroto de gente , no vino en ello : y admirado de la constancia del santo, y del menosprecio de todas las cosas de la tierra, y que no queria aceptar los grandes dones y joyas de mucho precio que le ofrecia , ni para sí , ni para repartir á las Iglesias y á los pobres cristianos , le honró sobre manera y le regaló : y el santo viendo que en lugar del martirio que él buscaba, habia hallado honra y regalo,con una revelacion que tuvo , se volvió á tierra de cristianos.

Esta misma caridad hacia que san Francisco estuviese siempre ocupado en la meditacion y contemplacion del Señor, y que viviese de oracion; porque el que mucho ama, mucho desea tratar con la persona á quien ama, y todos sus tesoros y su bienaventuranza pone en aquel que tiene por sumo bien, y todos sus entretenimientos y deleites son considerar sus excelencias y grandezas, como lo hacia san Francisco: el cual, para mostrarnos este afecto, repetia muchas veces en la oracion : *Deus meus, et omnia:* Dios mio, y todas las cosas: porque en él veia y hallaba todas las cosas, y fuera de él ninguna estimaba ni juzgaba que le hacia al caso. Todos los años, en pasando la fiesta de la Epifanía, se iba á la soledad, en reverencia de los cuarenta dias que Cristo nuestro Señor estuvo en el desierto, y encerrándose en una celda, empleaba todo aquel tiempo con muy estrecho ayuno en oracion. Comulgaba muy á menudo con gran fervor y devocion, y casi de ordinario en comulgado padecia éxtasis. y quedaba arrobado y suspenso. Rezaba las horas canónicas con gran devocion y reverencia, estando siempre en pié y quitada la capilla, sin arrimarse, por mas enfermo que estuviese. Y cuando iba de camino siempre paraba al tiempo del rezar, y decia, que si el cuerpo cuando come el manjar corruptible, quiere estar con reposo; ¿por qué no lo ha de estar el alma, cuando toma y gusta el mantenimiento celestial? De los nombres de Dios y de Jesucristo fué devotísimo: y cuando los hallaba en el suelo, ó en algun lugar indecente, los recogia con devocion y los ponia en parte mas decente ; y á todas las reliquias de los santos tenia cordial reverencia. Una vez, orando en una iglesia desierta, supo por revelacion que habia allí algunas reliquias que no estaban con la debida reverencia: mandó á sus frailes que las tomasen y llevasen á su iglesia. Descuidáronse ellos de hacer lo que el santo padre les habia mandado; mas no se descuidó el Señor de regalar á su siervo: porque por virtud divina se trasladaron los santos huesos, y queriendo decir misa, se hallaron sobre el altar, hermosísimos y con una fragancia del cielo. Aunque en todos los misterios de la vida del Salvador se enternecia admirablemente; pero mucho mas en el de su sagrado nacimiento, por la pobreza, desabrigo y desnudez que en el portal y pesebre de Bethlehen se nos representa : y así una vez, habiendo alcanzado primero licencia del papa (para que no se pudiese atribuir á liviandad), una noche de Navidad hizo traer paja, y un buey y un jumento, y convocar gran multitud de gente y sus frailes, y con gran solemnidad de música y lumbres decir misa en un pesebre, y el santo en ella cantó un Evangelio y predicó al pueblo del nacimiento del Rey pobre; y cada vez que le nombraba , le llamaba el Niño de Bethlehen, con inexplicable devocion y ternura. Guardó el pueblo por reliquias del heno que habia estado en aquel pesebre, y valióle para curar muchas enfermedades de los animales, y para librarse de grandes peligros. Con la sacratísima Vírgen María nuestra Señora tuvo muy particular devocion, y la tomó por abogada suya y de sus frailes, y en honra de ella ayunaba desde la fiesta de San Pedro y San Pablo hasta la Asuncion. Despues de esta festividad tambien ayunaba otros cuarenta dias, y oraba mucho por devocion de los santos ángeles , y especialmente de san Miguel, arcángel, y á Todos los Santos ayunaba otra cuaresma ; y con achaque de estas cuaresmas se le pasaba todo el año ayunando y orando. Por muchas y grandes molestias que los demonios visiblemente le dieron para apartarle de la oracion, siempre tuvo fuerte y jamás le pudieron divertir ni enflaquecer ; y á la medida de su grande afecto y ternura para con Dios, fué la abundancia de las gracias y consolaciones espirituales que con larguísima mano él le daba; porque muchas veces, estando en oracion, era levantado en alto, y una vez le vieron en el aire cercado de una nube resplandeciente. Yendo de camino, muchas veces era visitado y regalado del Señor con una dulzura inefable: y para recibirla mas suavemente y á solas, hacia que los que iban con él pasasen adelante; porque procuraba con gran cuidado encubrir sus virtudes, y las visitaciones é ilustraciones y regalos del Señor ; el cual parece que escogió á este bienaventurado patriarca, para enriquecerle interiormente, tanto cuanto él se habia hecho pobre : y porque se habia humi-

llado y desecho del amor de todas las criaturas, le sublimó y le hizo superior á todas, como luego se verá. Porque primeramente alumbró el entendimiento de san Francisco con una luz soberana y con sabiduría no aprendida en los libros, sino venida del cielo, le infundió el conocimiento de la sagrada Escritura, y de los misterios inefables de nuestra santa religion: dióle á mas el don de profecía, para que profetizase y dijese cosas que mucho despues habian de suceder. Estando el ejército de los cristianos sobre Damieta y para pelear, les avisó que no peleasen porque serian vencidos: no le creyeron; y salieron de la batalla destrozados y vencidos. Convidóle una vez un soldado honrado á comer á su casa, y recibióle en ella con gran devocion: hizo ántes de comer el santo oracion, y llamó aparte al soldado, y díjole que en pago de aquella caridad que habia usado con los pobres de Jesucristo, le queria avisar que no comeria en aquella mesa sino en la otra vida: que se confesase con verdadero dolor y entero arrepentimiento de todos sus pecados. Hízolo todo el soldado: confesóse con el compañero del santo: ordenó su conciencia y las cosas de su casa, con la brevedad que el tiempo le daba; y sentándose los convidados á la mesa, súbitamente espiró. Un prebendado de una iglesia, de mala vida, estaba muy enfermo en su cama, sin poderse mover: hízose llevar al santo, y pidióle con muchas lágrimas que hiciese sobre él la señal de la cruz; y él le respondió: ¿Cómo quieres que yo haga lo que me pides, siendo tú enemigo de la cruz y tan contrario en tu vida? mas por la devocion de los que aquí están, que con tanta instancia me lo piden, yo haré la señal de la cruz sobre tí: con apercibimiento que te hago en el nombre del Señor, que si, librado de esta enfermedad, volvieres al vómito, caerás en mayores calamidades por tu ingratitud. Sanó el hombre con la señal de la cruz, y no hizo gracias á Dios por la salud que le habia dado, ni se enmendó; ántes volviendo á sus liviandades, estando una noche durmiendo en casa de un canónigo, cayó el techo de la casa, y escapándose todos los otros que en ella estaban, él solo murió. Y no solamente manifestó las cosas futuras, sino tambien descubrió los secretos pensamientos del corazon, los deseos íntimos del alma y los escrúpulos de las conciencias. Y de algunos pecadores que estaban en mal estado, dijo ántes que se enmendarian; y de algunos, que en los ojos de los hombres parecian buenos y loables, avisó la mala vida que habian de hacer, y los daños que por ella les habian de venir. Viniendo una vez dos frailes de camino, el mas viejo hizo algunas cosas con que dió escándalo al mas mozo: cuando llegaron, el santo preguntó al menor cómo lo habia hecho su compañero en el camino: y respondiéndole (por no culpar y descubrir la falta del compañero), que lo habia hecho bien; dijo el santo: Mirad que no mintais con pretexto de humildad: aguardad un poco y vereis lo que pasa. De allí á pocos dias el fraile que habia dado el escándalo, se salió de la religion; permitiéndolo el Señor, porque no habia hecho penitencia de su culpa; y para manifestar juntamente el castigo de su justicia, y el espíritu profético que habia dado á su siervo. Otra vez, viniendo á visitar á sus frailes, y hablando con ellos de las cosas del cielo, como solia, le dijeron que habia entre ellos uno de singular santidad y de vida admirable, de grande oracion y tan dado al silencio, que aun confesarse no queria sino por señas, por no hablar: llevólo mal el santo, y reprendió á los que alababan aquella singularidad, y díjoles: Ese no es espíritu de Dios, sino del demonio: tentacion diabólica, y nó virtud divina: y como lo dijo, así se descubrió; porque con la luz del cielo habia penetrado el corazon de aquel pobre religioso, que con aquella engañosa singularidad se apartaba de la comun y santa conversacion de los demás. Dióle tambien el Señor gran dominio sobre las criaturas, las cuales le regalaban y servian; porque, considerando el santo como Dios hizo todas las cosas de nada, llamaba hermanos y hermanas á las criaturas, por viles que fuesen, y especialmente á las que representaban á Cristo con su mansedumbre, como los corderos y ovejas. Una vez en Santa María de Porciúncula, le dieron de limosna una oveja viva, y él la recibió de buena gana, por ser símbolo de inocencia y simplicidad, y exhortó que viviese en el convento sin inquietar á los frailes y que asistiese á las alabanzas divinas; y así lo hizo: porque al tiempo que los frailes iban al coro, entraba la oveja en la iglesia, é hincaba las rodillas, y delante del altar de nuestra Señora balaba, como quien la saludaba: y cuando en la misa alzaban el santísimo Sacramento, hincaba tambien las rodillas como adorando al Señor. Tambien en Roma tuvo san Francisco otro cordero, á quien enseñó á asistir á la misa y horas: y cuando el santo se fué á otras partes, le dejó encomendado á una noble matrona, y si ella á las mañanas tardaba á ir á misa, el cordero con los balidos la despertaba, y con la cabeza y meneos la hacia señas que fuése á la iglesia. Tambien muchas veces los peces, conejos y liebres se le venian á las manos y al seno; y no se querian ir hasta que el santo les diese su bendicion. Caminando una vez por las lagunas de Venecia, halló gran número de aves que cantaban en los matorrales y arbolillos, y dijo al compañero: Las hermanas aves alaban á su Criador: vámonos entre ellas, y cantemos allí al Señor las horas canónicas. Fuéron á ellas, y las aves no se espantaron ni se movieron de su lugar: y como por el canto de ellas no se oyesen bien el uno al otro los versos que cantaban, dijo san Francisco á las aves: Hermanas aves, cesad de cantar, hasta que nosotros acabemos de pagar al Señor las debidas alabanzas. ¡Cosa maravillosa! Las aves se estuvieron quedas y callando hasta que san Francisco y su compañero acabaron sus horas muy despacio; y luego el santo les dió licencia, y ellas cantaron como primero. Otra vez estaba una cigarra en una higuera cantando, junto á la celda del santo en Santa María de Porciúncula: llamóla un dia, y la cigarra voló y se le puso en la mano; y él le dijo: Canta, hermana mia cigarra, y alaba á tu Criador. Ella lo hizo sin cesar, hasta que al santo la mandó volver á su lugar; y por ocho dias iba y volvia á él, obedeciéndole y cantando, hasta que el santo dijo á sus frailes: Demos ya licencia á la hermana cigarra, que bien lo ha hecho dispertándonos estos ocho dias á las alabanzas de Dios. Dióle licencia, y nunca mas pareció. Con un halcon y un faisan le pasaron tambien cosas admirables y propias de un varon, á quien el Señor habia dado señorío sobre las aves y sobre todas sus criaturas, como se ve por lo que otra vez le acontecio. Yendo á predicar, halló en el camino gran multitud de aves de diferentes géneros y colores que estaban cantando, y se fué á ellas: y como si tuvieran entendimiento, se estuvieron quedas, y le miraron con un modo insólito, é inclinaron sus

cabezas; y él, viendo la atencion con que estaban, les comenzó á predicar, y á decir: Hermanas mias aves, mucho debeis alabar á vuestro Criador; porque os vistió de plumas y dió alas para volar, y un aire puro en que espaciaros, y sin ningun cuidado vuestro, ni solicitud, os mantiene y conserva: y oyendo estas palabras las aves, se regocijaban, estendiendo el cuello y las alas, y haciendo otras demostraciones de contento y alegría: y aunque el santo las tocaba con el vestido, paseándose entre ellas, ninguna se meneó, hasta que las dió su bendicion y licencia. No fué menor milagro lo que otra vez le acaeció, predicando á un pueblo, con unas golondrinas, las cuales cantaban tan importunamente, que no le dejaban predicar; porque volviéndose el varon de Dios á ellas, en voz alta les dijo: Hermanas mias golondrinas, ya es tiempo que yo tambien hable; pues vosotras hasta ahora habeis cantado: callad, hasta que se acabe el sermon, y estad atentas: y como si tuvieran razon, luego callaron y no se movieron hasta que se acabó el sermon, y con su bendicion se partieron. No solamente dió el Señor á san Francisco este imperio sobre las golondrinas, sino tambien á algunos de sus compañeros, por sus merecimientos; porque en la ciudad de París, habiéndose divulgado el milagro de las golondrinas, que acabamos de referir, estando uno de sus hijos estudiando, una golondrina con su molesto canto le quitaba la atencion; y él dijo á sus compañeros: Esta golondrina debe ser de aquellas que estorbaban á nuestro santo padre y no le dejaban predicar, hasta que les mandó que callasen; y volviéndose á la golondrina, le dijo: En el nombre del siervo de Dios Francisco, te mando que luego calles y vengas á mí. Calló y púsose luego en sus manos; y conocióse mas la virtud del seráfico padre y la gracia singular que el Señor le habia dado sobre las criaturas, y por él á sus hijos.

Mas no es tanto de maravillar que las aves y las otras criaturas que tienen sentido obedeciesen á san Francisco, como el ver que el fuego y las cosas insensibles se sujetasen á su imperio y voluntad. Tuvo el varon de Dios muy gran don de lágrimas, y sus ojos eran dos fuentes perpetuas que las destilaban; por esto vino casi á perder la vista; y fué avisado de un médico que si no reprimia las lágrimas, sin duda vendria á quedar del todo ciego. Respondió el santo: Hermano médico, no recibió el espíritu el beneficio de la luz por la carne, sino la carne por el espíritu, y no debemos por amor de la vista que tenemos comun con las moscas, poner impedimento á la vista espiritual y á la consolacion celestial. Y como le rogasen que á lo ménos recibiese un cauterio de fuego para remedio de los ojos; vino en ello por ser medecina áspera y saludable. Al tiempo que el cirujano le quiso dar el cauterio, el santo habló con el fuego, y le dijo: Hermano fuego, Dios te hizo muy hermoso y eficaz, y provechoso entre todas las criaturas: mira que me seas ahora blando y cortés: ruego yo al gran Señor que te crió, que me quemes suavemente para que te pueda sufrir. Hízose el cauterio bien profundo desde la oreja hasta las cejas, y no sintió mas dolor que si no se hubiera hecho en su cuerpo. Estaba una vez muy enfermo, y sintiéndose muy debilitado, pidió un poco de vino; no le hubo, mandó que le trajesen agua, hizo la señal de la cruz sobre ella, y convirtióse en excelentísimo vino; y en bebiendo un trago de aquel vino, luego se levantó bueno y sano. Otra vez, hallándose muy fatigado, deseó un poco de música para despertar la alegría del espíritu, y por modestia religiosa no la quiso pedir; pero el Señor aquella noche le dió música del cielo tan suave, que le parecia estar ya en el otro mundo. Otra vez, yendo á predicar, le sobrevino la noche muy oscura, y el camino era peligroso, por un rio y lagunas que habia en él; el fraile que iba con él le dijo: Padre, ruega á Dios que nos libre de estos peligros. Respondió el santo: Poderoso es Dios si quiere para darnos luz. En diciendo estas palabras, vino una luz grande y clara, que les duró hasta que llegaron á la posada, y otros que iban de camino no vieron esta luz.

Pues ¿quién podrá referir los otros innumerables milagros con que el Señor honró á san Francisco en vida y en muerte? Echó de los cuerpos muchos demonios: dió vista á muchos ciegos: sanó á muchos cojos y mancos; restituyó los muertos á vida; dió hijos á las mujeres estériles, y libró de peligro á las que estaban de parto y á los encarcelados de la cárcel, y á los que navegaban de horribles tormentas. El pan que el santo bendecia: los pedazos de su roto y pobre hábito: la cuerda con que se ceñia: el agua con que lavaba sus piés y sus manos, y cualquiera otra cosa que hubiese tocado, era saludable medicina para las dolencias, remedio para las adversidades, y alivio y descanso en los trabajos. Finalmente todos los que en sus enfermedades y peligros con devocion y confianza le invocaron, hallaron remedio, como mas largamente se puede ver en la vida, que escribió san Buenaventura, y en la Crónica de la sagrada órden de los Menores. Yo solo quiero referir tres milagros que me parecen mas notables. El primero fué, que habiendo estado el glorioso padre muy enfermo, le curó un médico con mucho cuidado; y como el santo no tenia con qué pagarle, le recompensó la buena obra que del médico habia recibido de esta manera. Habia este médico labrado una casa con mucha costa: abrióse la casa de alto á bajo; y aunque era nueva estaba para caerse; pidió el médico alguna cosa que el santo hubiese tocado con sus manos; y despues de mucha instancia, al fin los frailes le dieron unos pocos de cabellos de san Francisco. Tomólos y púsolos aquella noche en las aberturas que se habian hecho en las paredes de su casa; y á la mañana las halló tan cerradas, que no quedaba rastro de ellas, y el edificio muy firme, sin poder sacar los cabellos que habia puesto. El otro es, que un hombre religioso y temeroso de Dios tenia una cuerda, con que el santo se solia ceñir: y habiendo en el pueblo muchos enfermos de varias y graves enfermedades, iba por las calles de los dolientes, y dábales á beber un poco de agua, en que aquella cuerda habia estado en remojo; y con esto los enfermos cobraban salud. El tercero es, que estando la ciudad de Arezo para perderse por las disensiones, bandos y guerras civiles que en ella se habian levantado; el santo para apaciguarles, fué allá. Hospedáronle en una casa fuera de los muros, y vió á los demonios sobre la ciudad muy contentos, como atizando el fuego de aquellas disensiones y muertes: llamó luego á su compañero (que era Fr. Silvestre), y díjole que se fuése á la puerta de la ciudad, y que en voz alta y en virtud de obediencia mandase de parte de Dios á los demonios que se fuésen luego de allí. El santo lo mandó; los demonios luego obedecieron,

y la ciudad dejando las armas, volvió á su antigua paz y todos se hicieron amigos.

Pero el mayor y mas raro y admirable milagro de todos es el de las sagradas llagas, que el Señor en el cuerpo de este gran prodigio celestial imprimió, para que nó solamente su purísima alma, sino tambien su cuerpo fuese un vivo y perfecto retrato de Jesucristo. La historia como pasó, cuenta san Buenaventura de esta manera. Dos años ántes que muriese el santo padre, se recogió al monte de Alvernia (que es en la provincia de Toscana), para darse mas á la oracion y ayunar como solia la cuaresma de san Miguel. Regalóle aquella vez el Señor, é ilustróle extraordinariamente, y revelóle que abriese el libro de los Evangelios; porque allí le diria lo que pensaba obrar en él y por él. En cumplimiento de lo que Dios le mandaba, hecha primero oracion, tomó del altar el libro de los Evangelios, y díjole á su compañero varon perfecto y santo que le abriese tres veces: abrióle, y todas tres veces hallaron la historia de la pasion del Señor. Luego entendió el santo que Dios queria que así como habia imitado en sus acciones á Cristo nuestro Salvador en vida, así ántes que muriese, se habia de conformar con él en las aflicciones y dolores. Vino el dia de la fiesta de la Exaltacion de la santa cruz, que es á 14 de setiembre; y estando orando aquella mañana al lado del monte, y con el corazon abrasado de amor de Dios y transportado en el Señor, vió que bajaba del cielo un serafin con seis alas encendidas y resplandecientes, y con un vuelo muy lijero se ponia en el aire cerca de donde estaba, y entre las alas le apareció un hombre crucificado, clavadas las manos y piés en la cruz. Las dos alas del serafin se levantaban sobre la cabeza del crucifijo, las dos cubrian todo el cuerpo y las otras dos se extendian como para volar. En esta vision se imprimieron en las manos, piés y costado del seráfico padre las llagas de la misma figura que él las habia visto en aquel serafin. Quedaron unos como clavos de carne dura, cuyas cabezas eran redondas y negras, y en las manos se echaban de ver en las palmas y en los piés, por la parte alta del empeine: las puntas eran largas y excedian á la demás carne, y estaban retorcidas y como redobladas con martillo: la llaga del costado derecho era como una cicatriz colorada, de la cual manaba muchas veces tanta sangre que bañaba la túnica, y los zaragüelles del santo: el cual quedó tan favorecido del Señor con estas sagradas llagas que parecia un vivo retrato suyo, y mas un serafin venido del cielo que moraba en la tierra, que hombre mortal: pero quedó juntamente tan humilde, tan confuso y tan vil en sus ojos, que ninguna cosa procuraba con mayor estudio, que encubrir este tan grande y tan singular don de Dios. Para esto de allí adelante llevaba los piés calzados, las manos cubiertas con el hábito, y unos zaragüelles tan altos, que cubrian la llaga del costado. Mas como el Señor se las habia dado para honrarle y hacerle glorioso en el mundo, quiso que se viesen y se supiesen, y quedasen ennoblecidas con muchos milagros y divinas revelaciones. Viéronlas, viviendo el santo padre, muchos religiosos de su órden, los cuales lo afirmaron con juramento solemne: viéronlas algunos cardenales, íntimos amigos suyos, los cuales de palabra y por escrito dieron testimonio de ellas: viólas el papa Alejandro IV, y en un sermon (en que se halló san Buenaventura) dijo que él mismo las habia visto con sus propios ojos: despues de muerto las vieron claramente mas de cincuenta frailes, y santa Clara con todas sus monjas, é innumerable multitud de gente seglar, que se juntó á su entierro: y á mas de tantos y tan graves testigos, hizo el Señor algunos grandes milagros para confirmacion y reverencia de las sagradas llagas del seráfico padre san Francisco. Uno fué dudando el papa Gregorio IX (á quien el santo habia profetizado que seria sublimado á la silla de san Pedro) de la llaga del costado; una noche le apareció san Francisco, reprendiéndole con rostro severo de aquella duda: alzó el brazo derecho, y descubrió la llaga que tenia en aquel lado; y le pidió una redoma para recoger la sangre que de ella salia. Ofreció en aquella vision la redoma, y llenóse de la sangre preciosa que manaba de la llaga. Otra vez apareció á un fraile suyo, predicador y de gran fama, y le reprendió, porque curiosamente habia querido investigar el modo con que aquellas divinas señales se habian impreso; y por no entender bien la razon, comenzaba á dudar, ó tener escrúpulo de ellas. En Potenza ciudad de la provincia de Apulla, en el reino de Nápoles, un clérigo, mirando una imágen de san Francisco, dudó del milagro de las llagas, y luego se sintió herir en la palma de la mano izquierda, y quitándose el guante, la halló llagada: y conociendo su culpa, pidió perdon al santo, y por su intercesion alcanzó la salud del alma y de la mano. En la provincia reatina, dió una manera de pestilencia al ganado mayor y menor, tan cruel, que todo perecia: fué revelado á un hombre temeroso de Dios, que fuèse al convento de los frailes, y les pidiese el agua con que san Francisco se hubiese lavado los piés y las manos, y que la derramasen sobre las ovejas y bueyes, tocados de aquella pestilencia. Hízolo así: y fué cosa maravillosa, que todos los animales que fueron rociados con aquella agua, sanaron con admiracion de toda la gente, por haber tocado las llagas sagradas del santo. Antes que las recibiese san Francisco en el monte de Alvernia, solia ser aquel monte muy infestado de tempestades y rayos, y la mucha piedra que caia del cielo, quitaba los frutos de la tierra; pero despues que aquel lugar recibió tan gran favor del cielo, el mismo cielo parece que se ablandó y mudó de tal manera, que no padecieron mas la calamidad de piedra, que solian, los moradores de aquella comarca. Finalmente, la santa Iglesia romana, ha comprobado el milagro estupendo de las sagradas llagas del seráfico padre san Francisco, con las letras apostólicas, que de ellas escribieron los sumos pontífices Gregorio IX, Alejandro IV y Benedicto XI, y con el celebrar y hacer conmemoracion de las mismas llagas en el Martirologio romano á los 17 de setiembre, por órden del papa Sixto V.

Nó solamente imprimió el Señor las señales de su cruz y pasion en el costado, piés y manos de san Francisco, para honrarle con su librea en la tierra, sino tambien para que padeciese mas, y con las grandes aflicciones y dolores, fuese un dibujo de los dolores y tormentos de la cruz del mismo Cristo. Para esto, luego que recibió las sagradas llagas, tuvo muy recias y dolorosas enfermedades, que le consumieron de tal manera, que no le quedó sino el pellejo y los huesos, y mas parecia un retrato vivo de la muerte, que hombre con vida: y llevaba con tan extraña paciencia sus males, que rogó al Señor, que sobre aquellos dolores le enviase otros mucho mayores, si aquella

era su voluntad. Mucho ántes dijo á sus frailes, que Dios le habia revelado su muerte, y cuando habia de ser; y el mismo dia en que murió, les avisó que aquel dia seria. En la última enfermedad, se hizo llevar á Santa María de Porciúncula: y cuando ya queria espirar, como verdadero amador de la pobreza (por ser semejante á Cristo, que murió desnudo en la cruz), se desnudó todo, y se postró en la tierra desnudo: y para que no se viese la llaga del costado, con la mano izquierda la cubria. Comenzaron todos á llorar, y él les dijo: Yo, hermanos, ya he hecho lo que á mí me toca: vosotros haced lo que Cristo os enseñare. Entendió estas palabras un fraile, á quien el santo solia llamar su guardian, y tomó un hábito viejo y un cordon, y diósele diciendo: Hermano, vos no teneis hábito en que morir, porque sois pobre mendigo y desnudo: este hábito os damos de limosna, y por amor de Dios; nó dado, sino prestado; y vos le recibid en virtud de santa obediencia. Alegróse el santo sobremanera, por verse morir pidiendo limosna, y con vestido; y por ello dió muchas gracias á Dios, y mandó á los frailes en obediencia de caridad, que en viéndole ya difunto, le dejasen en el suelo desnudo, tanto tiempo, cuanto se pudiese andar despacio una milla. Despues los exhortó al amor de Dios, de la santa pobreza y paciencia, y á morir por la fé de la santa Iglesia romana; y cruzados los brazos, dió su bendicion á los presentes y á los ausentes, y dijo: Quedaos, hijos mios, en el temor del Señor, y permaneced en él siempre; porque la tentacion y tribulacion venidera ya se acerca: dichosos serán los que perseveraren en el bien comenzado. Yo voy aprisa al Señor, á cuya gracia os encomiendo. Luego hizo que le leyesen la pasion en el Evangelio de san Juan, desde aquellas palabras: *Ante diem festum Paschæ*: y despues de leida, él mismo, como pudo, comenzó á decir el salmo 141, que comienza: «Con mi voz he clamado al Señor: Con mi voz he suplicado al Señor:» y díjole todo hasta acabar con las últimas palabras: «Sacad Señor, mi alma de la cárcel, para que confiese vuestro santo nombre, porque los justos me están esperando, para que me deis galardon:» y en diciendo estas palabras, dió el alma al Criador, un sábado á puesta del sol, á 4 de octubre, año del Señor de 1226, á los veinte de su conversion, y cuarenta y cinco de su edad. Aparecióse en aquella hora que espiró, al obispo de Asís, que habia ido á San Miguel del monte Gargano, y le dijo: Ya dejo al mundo y voy al cielo. Tambien apareció á un guardian, llamado Fr. Agustin, que estaba agonizando y sin habla, en el postrer trance de la muerte: quién, cuando vió á su santo padre, clamó súbitamente, y dijo: Aguárdame, padre, aguarda, que ya voy contigo. Y preguntándole lo que decia, respondió: ¿No veis á nuestro padre san Francisco, que se va al cielo? Y diciendo esto, espiró. Otras muchas revelaciones hubo de la gloria de este santísimo patriarca. En sabiendo que era muerto, concurrieron de Asís y de todos los pueblos comarcanos, gran muchedumbre de personas eclesiásticas y seglares, á ver y besar las sacratísimas llagas, que ya estaban para todos patentes y descubiertas.

Quedó su cuerpo muy hermoso y resplandeciente, habiendo sido en vida algo moreno y consumido por los muchos trabajos, asperezas y enfermedades. Sus miembros quedaron tan tratables y blandos, como si fueran de algun niño tierno. Toda aquella noche se gastó en mirarle y reverenciarle, y cantar himnos al Señor. A la mañana tomaron ramos de árboles y cirios encendidos, y con una procesion bien larga y bien ordenada, pasaron por la iglesia de San Damian, donde estaba la santa vígen Clara: ella y las monjas llegaron al santo cuerpo, y vieron las llaga, y se las besaron con increible llanto, admiracion y ternura: de allí entraron en Asís, y con toda reverencia le colocaron en la iglesia de San Gregorio, en la cual, siendo niño, habia aprendido las primeras letras. Los milagros que el Señor obró por el santo despues de muerto, fueron muchos y muy grandes: por los cuales y por su santísima vida, el papa Gregorio XI, personalmente vino á la ciudad de Asís, y con gran solemnidad le canonizó y le puso en el catálogo de los santos, á 16 de julio del año de 1228: y despues, el año de 1230, celebrando sus frailes capítulo general en Asís, trasladaron su sagrado cuerpo á la iglesia que se habia edificado de su nombre, á los 25 de mayo, y fué hallado el cuerpo con un olor celestial y maravilloso: y de esta traslacion hace mencion el Martirologio romano.

Pero no es justo que callemos el modo con que el Señor despues acá, se ha mostrado maravilloso y glorioso en el seráfico padre san Francisco, porque á mi ver es una de las cosas mas raras que de ningun santo se leen. Dirélo de la manera que lo refiere la Crónica de los Menores, en el capítulo 1.º del décimo libro. Dice, pues, que el estar el cuerpo del glorioso san Francisco sepultado en el monasterio de Asís, es cosa cierta; mas que no lo es, en qué lugar, y como esté: porque solo se sabe que está en una bóveda, debajo de la capilla mayor de la iglesia de San Francisco. Añade que el papa Nicolao, que debia ser el IV de este nombre, y el que fué, ántes de serlo, ministro general de la órden, y comenzó ser papa el año del Señor de 1228, setenta y dos años despues que murió el santo, deseando mucho ver su sagrado cuerpo, entró una noche en aquella bóveda, acompañado solamente de un cardenal y de un obispo, de su secretario y del guardian del convento, que se le mostraba: y que el cardenal despues, estando á la hora de su muerte, declaró á un grande amigo suyo, la forma con que estaba el santo cuerpo, por estas palabras: «Era cosa (dice) de admiracion, que un cuerpo humano, muerto de tanto tiempo, estuviese de la manera que él estaba; porque estaba en pié derecho, no allegado ni recostado á parte alguna. Tenia los ojos abiertos, como de persona viva y alzados hácia el cielo moderadamente. Estaba todo el cuerpo entero, sin corrupcion alguna, blanco y colorado, como si estuviera vivo. Tenia las manos cubiertas con las mangas del hábito delante de los pechos, como las acostumbran traer los frailes menores. Viéndole así el papa, puso las rodillas en tierra con gran reverencia y devocion, y alzó el hábito de encima del pié, y vió él y los que allí estábamos, que en aquel santo pié estaba la llaga, con la sangre tan fresca y reciente, como si en aquella hora se hiciera con hierro en algun cuerpo vivo. El otro pié no le vimos, porque estaba cubierto con el hábito, y teníale tomado debajo del pié; y el señor papa descubrió las manos, y vimos que en ellas tenia las llagas, como las del pié; y así, le besamos las manos y el pié. Miró su santidad el lado derecho, y vió que tenia el hábito abierto, y la llaga tan fresca y reciente, como las de las manos y de los piés; y él solo y nó nosotros, la besó, y la boca del santo, y sintió tanta devocion y

santidad interior, que fué cosa maravillosa, segun se mostraba por los afectos exteriores. Finalmente, tanta consolacion y suavidad sentimos todos en el alma y en el cuerpo, que no mirábamos que se habia pasado toda la noche.» Todas estas son palabras de aquel cardenal, que poco despues dió su alma á Dios, referidas en la crónica, como se ha dicho. Pues ¿quién no ve las grandezas y excelencias de este pequeño y humilde siervo del Señor: y que cuanto él mas se abatió y deshizo por amor de Dios en el mundo; tanto el mismo Dios le ha sublimado y hecho mas glorioso en el cielo y en la tierra? Desnudóse de todos sus vestidos delante del obispo; y vistióle el Señor de su espíritu y de su gracia. Tomó por esposo la santa pobreza, y amóla con entrañable afecto; y en pago le enriqueció Dios con tantos y tan divinos dones, y le hizo padre de un número innumerable de hijos santísimos, ricos por la pobreza de su padre, abastado en las menguas temporales, y señores de las haciendas de los fieles, por haber despreciado las suyas. Porque ¿de dónde se ha propagado y extendido tanto por todos los reinos, provincias y naciones del mundo, la sagrada órden de san Francisco? ¿De dónde se han multiplicado tanto sus conventos, y crecido tanto la muchedumbre de sus hijos, como vemos, sino por los merecimientos y virtudes de su gran padre? La bendicion que con tan larga mano echó el Señor desde el cielo á san Francisco, esa ha caido sobre toda su órden, y le ha dado tantos, tan santos, tan doctos, admirables y fructuosos hijos, tantos mártires, doctores, confesores y vírgenes, tantos sumos pontífices, cardenales y prelados que con su vida, doctrina y gobierno, han sustentado é ilustrado la Iglesia católica.

Fué el padre san Francisco de estatura mediana, y ántes pequeño que grande, el rostro un poco largo, la frente llena, los ojos negros y apacibles, y no grandes, los cabellos de la cabeza y la barba eran negros, la nariz igual y delgada, y las orejas pequeñas. Era de rostro alegre y benigno, ántes moreno que blanco; su lengua era aguda y viva, la voz clara, dulce y sonora. Era naturalmente elocuente, y de muchas y buenas palabras, de muy pocas carnes y delicada complexion, y de grande ingenio y espíritu en lo que emprendia. El abad Joaquin, ántes que santo Domingo y san Francisco instituyesen sus religiones, hizo pintar en San Marcos de Venecia, las imágenes de san Francisco con sus llagas y hábito, y de santo Domingo con el suyo. Tengamos todos gran devocion con este santísimo patriarca: imitemos (en la manera que nuestra flaqueza pudiere) sus heroicas virtudes: seamos humildes; estimemos las cosas de la tierra, nó en lo que parecen, sino en lo que son: apetezcamos y anhelemos á las del cielo: arda nuestro corazon y derritase con el amor del Señor, y quede llagado con la memoria de sus preciosas llagas; y reverenciemos con entrañable afecto, las que el Señor estampó en el cuerpo del seráfico padre san Francisco, para declararnos que en el espíritu y en la carne, era un verdadero retrato de Cristo crucificado. El Señor nos lo conceda por las oraciones del mismo santo padre y de otros hijos suyos, que están en el cielo y en la tierra. Amen.

SAN PETRONIO, OBISPO Y CONFESOR.—San Petronio, obispo de Bolonia, fué hijo de Petronio, varon en sangre, letras y cargos clarísimo, que nació en Constantinopla y fué prefecto del pretorio, que era dignidad en aquel tiempo amplísima, y tan docto, que escribió un libro de la Ordenacion del obispo, lleno de doctrina y piedad. Procuró el padre Petronio que su hijo Petronio fuese adornado de todas las ciencias y virtudes, y en todo semejante á él: y el hijo, que de suyo era bien inclinado, con tal ejemplo y maestro creció mucho en virtud, en letras y honrado trato con sus iguales. Entre las otras buenas costumbres que tenia nuestro Petronio, era una muy loable, que ántes de comenzar cualquiera cosa, hacia oracion y pedia favor á nuestro Señor para comenzarla y acabarla en su santo nombre. Creció en edad san Petronio: y alumbrado con la luz del cielo en el conocimiento de la vanidad de todas las cosas de la tierra, y encendido en el amor de Dios y de toda perfeccion, se fué á Egipto, por entender que en aquella provincia habia enjambre de monges que vivian nó como hombres en cuerpo mortal, sino como ángeles venidos del cielo, á los cuales él deseaba imitar, y para esto verlos, hablarlos, conversarlos familiarmente y comprender bien sus reglas é instituto. Así lo hizo; y despues de haberse enterado bien de la maravillosa y celestial vida de los monges, volvió á su casa y escribió lo que habia visto y oido de las vidas de algunos monges santos, los cuales los otros monges despues tomaron por dechado y por un vivo retrato de la vida monástica y de toda perfeccion.

Fué asimismo á la ciudad de Jerusalen para ver, adorar y reverenciar aquellos santos lugares que habian sido consagrados con la vida y muerte de Jesucristo nuestro Salvador, notando el sitio y las cosas particulares de cada uno. Tuvo noticia el emperador Teodosio el Menor, de las grandes excelencias de nuestro Petronio, y comenzóle á estimar y honrar por su santidad y buenas costumbres, no nada ménos que habia honrado á Petronio, su padre, por sus muchas letras y rara prudencia. Servíase de él: tomaba su consejo: dábale mano en los negocios graves, y particularmente en uno que se ofreció en su tiempo y era gravísimo, quiso servirse de san Petronio; porque habiendo el desventurado monge Nestorio puesto su lengua sacrílega en la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, é inficionado á muchos con su veneno, para atajar el mal ántes que cundiese y cobrase fuerzas, y extinguir aquel incendio, envió Teodosio á Petronio por su embajador á Roma, para tratar del remedio con el sumo pontífice, que á la sazon era Celestino, I de este nombre. Llegó á Roma Petronio: propuso su embajada; y Celestino se resolvió á convocar concilio general en la ciudad de Efeso; y así se convocó, y en él fué reconvenido y condenado Nestorio y sus secuaces. Pero sucedió una cosa en esta jornada y embajada de Petronio, notable; y fué así: que al tiempo que Petronio llegó á Roma, habia muerto en Bolonia, Félix, obispo de aquella ciudad, y venido embajadores de la misma ciudad para suplicar al papa que les diese obispo y digno sucesor de Félix. Ántes que llegasen á Roma los embajadores, apareció san Pedro, apóstol, en sueños á Celestino, y díjole, que Félix, obispo de Bolonia, era muerto, y que presto llegaria á Roma Petronio, enviado del emperador Teodosio, y que á él y nó á otro, hiciese obispo de Bolonia; porque no habia otro ninguno para aquel oficio mejor que él, ni que diese tanta satisfaccion á los bolonieses. Con esta vision (la cual declaró el papa á los embajadores de Bolonia, y al mismo Petronio) le hizo obispo: y aunque él por su humildad se quiso escusar, no pudo; y al fin, como

hijo de obediencia, bajó la cabeza y aceptó la carga que Dios y su vicario en su nombre, le daban.

Fué recibido de toda la ciudad de Bolonia con extraordinaria alegría y regocijo; y él entró en la iglesia de San Pedro, que era la catedral, y á la sazon estaba fuera de la ciudad, y suplicó afectuosamente al Señor, que pues le habia mandado ser obispo, le diese su espíritu y fuerzas para serlo, segun su santa voluntad, y hombros para llevar tan pesada carga. Todavía duraban en Italia en aquel tiempo las reliquias de los herejes arrianos que turbaron toda la Iglesia católica, y habian arruinado con bárbara y cruel impiedad muchos templos de católicos; y parte de esta ruina habia cabido á la iglesia de Bolonia. Para repararla, á mas de su santa vida y celestial doctrina con que ganaba y alumbraba los corazones de sus súbditos, determinó Petronio reparar las iglesias caidas y edificar otras de nuevo, con gran gusto y contento de todo el pueblo; y así edificó una á san Bartolomé, apóstol, otra á san Marcos, evangelista, la tercera á san Fabian y Sebastian, mártires, la cuarta y quinta á los santos confesores Martin y Barbaciano, y otras dos á las sagradas vírgenes santa Agueda y santa Lucía. A mas de estas hizo otras dos, que dedicó, la una á san Estéban, protomártir, y la otra á san Juan, evangelista, haciendo poner en ellas y representar al vivo los lugares mas señalados que él habia visto en la ciudad de Jerusalen.

Pero sucedió que cuando se labraba la iglesia de San Estéban, una columna cayó sobre un oficial de los que andaban en la obra, y le quebrantó de manera que allí luego perdió la vida. Púsose en oracion san Petronio, y luego resucitó el hombre muerto, con grande admiracion de todos los que estaban presentes y de los que despues lo supieron; y por este milagro y por otros conocieron la gran santidad de Petronio. Tambien consagró la iglesia de San Vital y Agrícola, mártires, en el mismo lugar donde fueron martirizados, á ruego de la santa viuda Juliana, que á su costa la habia mandado labrar. Hizo asimismo acrecentar el circuito de la ciudad; y habiendo ido á Constantinopla, trajo de ella muchas y grandes reliquias que le dió el emperador Teodosio, y él las colocó en algunos de los templos que habia edificado, y especialmente en el de San Estéban, para ornato y defensa de aquella nobilísima ciudad. Despues de haber gobernado algunos años santísimamente su Iglesia, cayó malo: y entendiendo que Dios nuestro Señor le quería hacer merced de librarle de la cárcel del cuerpo y llevarle á gozar de sí, llamó á sus clérigos y encomendóles su Iglesia y la fé católica: y habiendo recibido devotísimamente todos los santos sacramentos, dió su espíritu al Señor que lo ilustró con muchos y esclarecidos milagros. Enterraron su sagrado cuerpo en la iglesia de San Estéban: y habiendo estado muchos años encubierto, queriendo Enrique, obispo de Bolonia, reconocer las reliquias que tenia en su Iglesia, se descubrió por divina revelacion, siendo sumo pontífice Inocencio, II de este nombre; y desde entonces se ordenó que se celebrase la invencion de su santo cuerpo el mismo dia que se celebra su muerte, que es á los 4 de octubre; y fué imperando en el Oriente el menor Teodosio, y en Occidente Valentiniano el III, su sobrino.

Algunos hacen á Petronio mas antiguo que esto, y dicen que murió el año del Señor de 306 ó de 383; pero fácilmente se pueden convencer con lo que notó el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, á los 4 de octubre. La vida de san Petronio trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo, con nombre de Carlos Sigonio; pero aquella vida es de Pedro Galesino, como el mismo Galesino lo dice en las Anotaciones sobre su martirio, á los 4 de octubre. Hacen mencion de san Petronio el Martirologio romano, san Euquerio, Genadio, Adon, Vincencio Bellovacense, san Antonino, Pedro de Natalibus, Tritemio, Baronio y otros.

* Los santos hermanos Marcos y Marciano, con sus compañeros, mártires.—Entre todas las persecuciones que esperimentó la Iglesia, la mas cruel fué la que sufrió imperando Diocleciano el año 304 de Jesucristo. La sangre corria por todas partes y especialmente en Egipto y en la Tebaida. Eusebio la describe de un modo que causa horror: «unos, dice, fueron cruelmente azotados, despedazados con garfios de hierro, descoyuntados sus miembros: otros decapitados, arrojados al mar, quemados, crucificados, muchos enclavados en cruces con las cabezas hácia abajo, é innumerables empalados. Entre los que mas tuvieron que sufrir de estos mártires cuéntanse los santos Marcos y Marciano hermanos segun la carne, y unidos al propio tiempo por los vínculos de la caridad.

Los santos Crispo y Cayo, confesores.—Parece que eran de Corinto, y que en dicha ciudad los convirtió á la fé y les bautizó el apóstol san Pablo. Este santo en su primera carta á los corintios, dice estas palabras en el capítulo 1: «Gracias á Dios porque no he bautizado á ninguno de vosotros sino á Crispo y á Cayo; para que ninguno diga que en mi nombre habeis sido bautizados.» Además, el mismo apóstol en la carta á los romanos, cap. 16, dice: «Os saluda Cayo, mi huésped, y toda la Iglesia.» De estas palabras han inferido algunos que san Pablo vivia en Corinto, en la casa de Cayo, el cual tenia sus puertas abiertas á todos los pobres, principalmente á los cristianos, y que se ocupaba en ejercer las obras de una santa hospitalidad. Sabemos por el Menologio griego que estos dos santos fueron muy célebres en las Iglesias de Asia, no solo por los milagros que obraron, sino tambien por la fama que dejaron de sus sublimes virtudes. La opinion mas probable es que murieron ambos en paz á fines del segundo tercio del siglo I.

Santa Aurea, vírgen.—Cuando san Eloy fundó en París un monasterio de religiosas, el 631, puso al frente de la nueva comunidad á una vírgen noble y santa, llamada Aurea, natural de la misma ciudad, y dotada de cualidades sobresalientes. La santa gobernó aquella casa por espacio de treinta y tres años con admirable santidad siendo el modelo de todas sus hermanas. Un año ántes de su muerte, se le apareció san Eloy en una vision, y le advirtió que se preparase para el tránsito á la eternidad. Llena de alegría, aumentó sus inefables fervores, y conversando tranquilamente con sus hermanas y con los sacerdotes que la asistian, entregó Aurea su espíritu al Criador, el dia 4 de octubre del año 666, y poco despues murieron tambien sesenta de sus religiosas, arrebatadas por una peste asoladora que hubo á la sazon en París.

Los santos Cayo, Fausto, Eusebio, Queremon, Lucio y sus compañeros, mártires.—Todos estos santos eran ó presbíteros ó diáconos de la Iglesia de Alejandría, y discípulos de san Dionisio, obispo de la misma ciudad. Cayo y Fausto fueron desterrados con su prelado, y consuma-

ron el martirio despues de varios tormentos. Eusebio, Queremon y Lucio, despues que su maestro fué enviado al destierro, ayudados por divina virtud, se ocuparon en visitar con frecuencia á los cristianos que se hallaban encarcelados, les consolaban, les proporcionaban el alimento necesario, y daban sepultura á los cuerpos de los que eran martirizados. Nada les arredraba, y á pesar de los grandes peligros que corrian, continuaban predicando libremente el Evangelio en los parajes mas públicos de la ciudad. Por esto fueron presos y llevados delante del prefecto de Alejandría, por cuyo mandato fueron puestos en el ecúleo y escarnificados ó despedazados hasta que dieron su espíritu á Dios, glorificándole y cantando sus divinas alabanzas. Sucedió este martirio por los años de 256, reinando el emperador Valeriano.

San Hieroteo, confesor.—Fué de Atenas, y discípulo del apóstol san Pablo, que le administró el bautismo cuando estuvo en aquella ciudad. Galesinio dice que fué consagrado obispo de su patria Atenas, por los apóstoles, y que en su vida les imitó en todas las virtudes. Hieroteo estuvo encargado por san Pablo, de instruir en los misterios de la religion cristiana á Dionisio el Areopagita, que el Apóstol habia convertido. Escribió varios libros de ciencias eclesiásticas, los cuales se han perdido, y sublimado á la eminencia de las mas puras virtudes; durmió santamente en el Señor por los últimos años del siglo I de la Iglesia.

San Pedro, obispo y mártir.—Griego de nacimiento, y muy instruido en los estudios sagrados, fué elevado á la silla episcopal de Damasco, por el voto unánime del clero y pueblo cristiano de la misma ciudad. Con su predicacion y sus santos ejemplos estendió en gran manera el rebaño de Jesucristo. Antes de ser promovido al sacerdocio habia sido casado, y de su matrimonio tenia tres hijos, que se retiraron con él á hacer vida eremítica en un desierto, del cual salió para ser consagrado obispo. En medio de sus trabajos, fué interrumpido por haberle acusado de blasfemo delante de un príncipe de los árabes. En castigo fué condenado á que le cortasen la lengua; pero á pesar de esto Pedro continuaba hablando mejor y con mas velocidad: entonces le arrancaron los ojos, le cortaron la mano derecha y los piés, le clavaron en una cruz, lo degollaron, y lo echaron al fuego, y no contentos aun con todo esto, arrojaron sus cenizas al rio. Su martirio fué en el año 713.

DIA 5.

San Plácido, y sus compañeros, mártires.—En el tiempo que el glorioso patriarca san Benito resplandecia en el mundo, y le alumbraba con su santísima vida y milagros, y con la institucion de su religion, vivia en Roma Tertulo, caballero y señor ilustrísimo y riquísimo; y despues de los emperadores, de muy alta dignidad. Tuvo este caballero por hijos á Plácido, Eutiquio, Victorino y Flavia: y como era no ménos piadoso que poderoso, entendiendo las grandezas y obras maravillosas que Dios obraba por san Benito, y deseando que su hijo Plácido (que era el mayor) se criase en toda virtud, y en el santo temor del Señor, le ofreció, siendo de siete años á san Benito, suplicándole que le instruyese de su mano, y le enseñase el camino derecho de la bienaventuranza. Quedó Plácido con su santo maestro; y era tan dócil y tan bien inclinado, que comenzó luego en aquella tierna edad á aprovechar mucho en la virtud. Amaba la abstinencia: abrazaba las vigilias, los ayunos y asperezas: era muy humilde y muy puntual en la obediencia, modesto, callado, vergonzoso; y en el seso y compostura parecia viejo. Tomóle particular amor san Benito, por su nobleza y buena condicion, y mucho mas, porque en tan pequeños años se aventajaba tanto en toda perfeccion. No se contentó Tertulo de haber ofrecido su hijo al santo; mas habiendo entendido que fundaba un monasterio en Monte Casino, le hizo donacion de muchas tierras, pagos y heredades, que allí cerca tenia, y á mas de estas le dió diez y ocho villas ó cortijos en Sicilia, con puertos, bosques, rios, pesquerías y molinos: tanta fué la piedad de este caballero, y tan persuadido estaba que aquella donacion tan liberal, hecha para fundar monasterios y sustentar á los siervos de Dios, era acepta al Señor, que le habia dado á él aquellos bienes. Luego que en Sicilia se supo lo que Tertulo habia dado á los monges, no faltó quien por codicia procuró apoderarse de aquellas heredades, y tiranizarlas con fuerza y violencia: como si por haberse dado á la religion, fueran mal dadas, ó Dios nuestro Señor no tuviese cuenta con los agravios que se hacen á sus siervos. Cuando tuvo noticia el padre san Benito de lo que pasaba en Sicilia, determinó enviar á ella á Plácido: porque, aunque era mozo de veinte y un años, por su gran religion y cordura, y por ser hijo de Tertulo, juzgó que podia mejor que otro amparar aquellos bienes y sacarlos de las uñas de los que ya se habian entrado en ellos. El santo mozo, como hijo de obediencia, aceptó la ida, y acompañado de dos familiares, Gordiano y Donato, salió de Monte Casino en 20 dias de mayo, año del Señor de 536. Llegó á Capua, donde fué recibido con mucha caridad de san German, obispo de la misma ciudad y de allí siguió su camino por Canosa (que es en la provincia de Apulia), y por Rijoles hasta llegar á Sicilia. Por todo el camino hizo grandes milagros: sanó á un sacerdote de la Iglesia de Capua, llamado Zofas, que estaba muy enfermo de la cabeza: á un ciego, haciendo la seña de la cruz sobre sus ojos: á un niño que estaba á punto de espirar; y á una doncella, ciega, sorda y muda. Lanzó muchos demonios de los cuerpos; y á otros muchos que estaban dolientes de varias enfermedades, y sin esperanza de salud, se la restituyó el santo mozo con sus oraciones, de manera que la fama de san Plácido se divulgó por donde quiera que iba; y así, cuando llegó á Sicilia, fué recibido con grande reverencia y admiracion, y como un ángel venido del cielo; y en la misma isla de Sicilia, obró tambien muchos y grandes milagros, en beneficio de los moradores de aquella tierra. Llegó á la ciudad de Mecina: y queriéndole tener en su casa un caballero principal, y muy grande amigo de su padre, que se llamaba Mesalino, no quiso estar mas de solo un dia en ella, diciendo, que los monges no han de estar aposentados en casa de seglares; porque el trato de los unos y de los otros es diferente. Concertóse con los que habian usurpado las villas y tierras de su padre y eran ya de su órden, de manera que ellos estuviesen con buena conciencia, y su religion no fuese agraviada. Comenzó allí cerca del puerto de Mecina á edificar un monasterio para sus religiosos, y un oratorio á san Juan Bautista, el cual fué consagrado por el obispo de Mecina, y la obra del monasterio se acabó al cuarto año despues de su venida á Sicilia. Fué tan perfecta la vida de

Plácido, y sus palabras tan encendidas en el divino amor, que acompañadas con los milagros que Dios obraba por él, inflamaba los corazones de muchos para que, aborreciendo los estados vanos del mundo, y los deleites y regalos dañosos de la carne, libremente se diesen á Dios. Empleábase san Plácido en contínua oracion y meditacion, y regalaba su espíritu en el Señor derramando muchas lágrimas. En la cuaresma, los domingos, mártes y jueves ayunaba á pan y agua: los demás dias no comia cosa alguna; y en todo el año no bebia vino: traia un cilicio á raiz de sus carnes: su sueño era breve y ligero, y mas sentado que echado: era manso, grave y benigno; y nunca se vió airado: no hablaba sino cuando la necesidad lo pedia, ó para consolar á los monges, ó los pobres, ó para negocio forzoso y de caridad. Con esta vida tan áspera y tan perfecta, trajo muchos á la religion, y en breve tiempo se juntaron con él otros treinta religiosos, que florecian con grande ejemplo de santidad; y la religion del padre san Benito se iba propagando en el mundo.

Publicóse en Roma como estaba san Plácido en Sicilia: la vida que hacia: el monasterio que habia fundado; y los milagros que Dios obraba por él: y sus hermanos Eutiquio, Victorino y Flavia su hermana, con deseo de verle (porque no le habian visto desde que su padre Tertulo le entregó á san Benito) navegaron á Sicilia, donde le hallaron, y fuéron de él recibidos con singular gozo y alegría, alabando al Señor porque les habia dado tal hermano que tan de veras le servia. Detuviéronse en aquel monasterio algunos dias, y para que se entiendan los caminos que toma Dios para llevar los hombres al cielo y coronarlos de gloria, permitió que un moro, capitan de Abdala, rey africano, que se llamaba Manucha, saliese á este tiempo á infestar la costa de Sicilia, y hacer guerra á los cristianos. Traian una armada de cien navíos, y en ellos diez y seis mil y ochocientos hombres de pelea. Llegaron al puerto de Mecina: y como el monasterio de san Juan Bautista estaba cerca de la marina, dieron de repente en él, y con ímpetu de bárbaros quebraron las puertas, y pusieron prisioneros á cuantos en él estaban. San Plácido, con sus hermanos Eutiquio, Victorino y Flavia, con Donato, Fausto y Firmato, diácono, y con los treinta monges, fueron llevados en cadenas delante de Manucha, hombre feroz y bárbaro, y mas fiero que un tigre: el cual, despues que con amenazas y espantos no pudo persuadirles que renegasen de nuestro Señor Jesucristo, los mandó crudamente azotar y encerrarlos en una cárcel, y que allí no les diesen de comer y les diesen de palos y azotes, y los colgasen en alto de los piés, y les diesen humo en los rostros. Despues de este tormento mandó dar á cada uno un poco de cebada y agua, para que se sustentasen; y no muriendo, durase mas el tormento. Todos estaban con gran paciencia, constancia y alegría en sus penas, confesando y alabando al Señor, por ver que padecian por su amor, y por la confesion de su fé, siendo san Plácido, el que, como capitan esforzado, iba delante, y con su ejemplo los animaba. Tambien la santa doncella Flavia, su hermana, entre los otros mostró gran fortaleza y valor del cielo; porque teniéndola desnuda y levantada en alto, y despedazando sus carnes, y preguntándole el bárbaro tirano, como, siendo persona tan ilustre y romana, podia sufrir aquella ignominia y desnudez; ella le respondió, que por amor de Jesucristo todos los tormentos le serian dulces, y la muerte, vida. Y visto que con tormentos no la podian vencer, pretendió que algunos de sus sayones mas desvergonzados y atrevidos la forzasen y la diesen el mayor tormento que la santa vírgen podia recibir: pero ella hizo oracion á Dios; y el Señor, que es tan amigo de la castidad, la defendió de manera, que todos los que querian llegarse á ella, quedaron mancos y tullidos; y con esto la dejaron. Cada dia mandaba Manucha traer á los santos delante de sí y darles nuevos tormentos: y porque una vez vió que san Plácido estaba muy regocijado en las penas, y alababa á Dios, le mandó dar muchos golpes en la boca con una piedra: y viendo que no bastaba esto para que el santo cesase en las alabanzas de Dios, le hizo cortar la lengua; mas despues de cortada, hablaba mejor y proseguia los loores del Señor, haciéndole gracias por lo que en su nombre padecia. Túvolos toda una noche colgados y atados, cargando sobre sus piernas áncoras y piedras de grande peso, y finalmente los mandó degollar, declarando en la sentencia que los hacia morir porque adoraban y tenian por Dios á Cristo crucificado. Llevárónlos á la marina, é hizo san Plácido oracion al Señor, suplicándole por los méritos é intercesion de san Benito, su maestro, que les diese constancia para pasar aquel trago de muerte, y llegar al puerto de la bienaventuranza; y respondiendo todos sus compañeros «amen,» rindieron el cuello al cuchillo, y fueron descabezados, y sus cuerpos estuvieron allí cuatro dias, sin que se les diese sepultura. Destruyeron los bárbaros el monasterio, sin dejar piedra sobre piedra; aunque no tocaron á la iglesia de San Juan Bautista: y entrando en sus navíos, se partieron para seguir su viaje: pero el Señor envió luego una tormenta tan brava y horrible, que allí en el faro y estrecho que hay entre Mecina y Calabria, se hundieron los cien navíos y se ahogaron las diez y seis mil y ochocientas personas que en ellos venian. Despues Gordiano, que fué uno de los dos compañeros que habian venido con san Plácido del Monte Casino, y sólo (por ser mozo y estar cerca de un postigo cuando vinieron los bárbaros) se habia escapado, sepultó el cuerpo de san Plácido en la iglesia de San Juan Bautista, y los cuerpos de los otros treinta y tres mártires en el lugar donde fueron degollados. En la una parte y en la otra hizo Dios muchos milagros, sanando á los enfermos que de todas partes venian á pedir salud, por intercesion de san Plácido y de sus benditos compañeros. Fué su martirio á los 5 de octubre, á los trece años del imperio de Justiniano, y el año del Señor de 541, segun Gordiano, que fué el autor de la historia, y segun el cardenal Baronio en las anotaciones enmendadas de la postrera impresion, el año de 1598. Era san Plácido de veinte y seis años cuando murió; y cuando el glorioso padre san Benito supo el martirio de su hijo querido y de sus santos compañeros, se alegró por estremo, é hizo gracias al Señor que le habia dado tal hijo; y á él le habia coronado con la corona del martirio, y puéstole por ejemplo y dechado en su religion, y en toda la Iglesia. De san Plácido escriben todos los Martirologios, y Leon Ostiense, Casiano, Tritemio, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el tomo VII de sus Anales: y el sumo pontífice Sixto V, el año del Señor de 1588, que fué el cuarto de su pontificado, mandó que se celebrase su fiesta en toda la Iglesia católica, con oficio simple; y en la iglesia de Mecina de San Juan Bautista, donde están sus sagradas reliquias, con oficio doble.

Santa Carina, vírgen y mártir.—Durante el reinado de Diocleciano y siendo cónsul Domicio, fué acusada esta santa de profesar la religion cristiana, ante el gobernador de Grecia. Confesó libre y espontáneamente la religion de Jesucristo, manifestando estaba dispuesta á morir por su creencia. Fué por esta confesion cruelmente atormentada, le rasuraron la cabeza y se la cubrieron con carbones encendidos, y luego atada una gran piedra al cuello, fué arrojada al mar. Salvada milagrosamente por los ángeles, salió á la orilla sin lesion alguna, y presentándose de nuevo al gobernador, confuso éste, mandó le cortasen las manos y los piés, le arrancasen los ojos y los dientes, y puesta despues en oracion, entregó su alma á Dios. Érase el año 304.

San Traseas, obispo y mártir.—A fines del siglo II, fué este santo una de las mas esclarecidas lumbreras de la Iglesia de Asia, Gobernó la Iglesia de Eumenia, en Frigia, y se declaró con ardiente zelo contra las extravagancias y pretendidas profecías del heresiarca Montano. San Traseas dió su vida por Jesucristo, siendo martirizado en Esmirna, el año 177. Su cuerpo fué enterrado en la misma ciudad, y su sepulcro resplandeció en muchos milagros.

San Apolinario, obispo y confesor.—Fué hijo de un senador de la ciudad de Viena, en Francia, cuya familia dió á la Iglesia algunos santos y muchos obispos. San Mamerto, obispo de la misma ciudad, bajo cuya direccion habia Apolinario aprendido las ciencias y la virtud, le admitió en la clerecía de su Iglesia, y le confirió las sagradas órdenes. Hallándose despues sin pastor la diócesis de Valencia, en el Delfinado, confióse su gobierno á san Apolinario, que fué consagrado obispo hácia el año 480. Entregose sin descanso á la reforma de los abusos que se habian introducido en la disciplina, y aunque sus trabajos apostólicos, fueron algunas veces interrumpidos por penosas enfermedades, tuvo no obstante ocasion de desplegar todo su zelo, lo cual le acarreó muchos enemigos. Uno de los altos empleados en la córte del rey de Borgoña, habia contraido matrimonio incestuoso, y el santo que se propuso hacer cesar el escándalo que ocasionaba semejante union, condenó al culpable, que léjos de arrepentirse le hizo desterrar. Pero con su paciencia triunfó Apolinario de todos sus enemigos, y Dios lo restituyó á su rebaño, el cual santificó con sus virtudes, sus ejemplos y sus milagros. Estuvo unido en amistad, con los mas ilustres prelados de su época, y murió en la paz de Dios, por los años de 523, despues de un pontificado de mas de cuarenta años.

Santa Gala, viuda.—Nació en Roma, y fué hija del Patricio Símmaco, á quien Teodorico, rey de Italia, hizo dar una muerte tan injusta como cruel. Desde la infancia mostró Gala grande amor á la virtud. Casáronla siendo aun muy jóven, pero quedó viuda ántes de cumplirse el año de su matrimonio. Libre ya entonces de las ataduras del mundo, cifró toda su ambicion en agradar á Dios, y se retiró á hacer vida solitaria. Como siempre habia sido muy devota de los apóstoles san Pedro y san Pablo, mandó construir una pequeña celda junto á la iglesia de su sepulcro, sobre el monte Vaticano, se encerró en ella, y se entregó toda entera á la oracion y á la práctica de las buenas obras. Sus considerables riquezas fueron patrimonio de los pobres, y durante su vida fué el consuelo de todos los necesitados. Los obispos, y todos los demás personajes que eran á la sazon el ornamento de la Iglesia de Occidente, se apresuraban á rendir homenaje de admiracion á la piedad de la santa, que además recibia sus instrucciones y sus consejos, como órdenes del cielo. Los últimos años de su vida, fueron una serie de enfermedades continuas, y la última que la llevó al sepulcro, fué un cáncer que le ocasionaba los mas agudos dolores. Gala murió mártir del sufrimiento y de la penitencia, á mediados del siglo VI.

San Palmacio, y sus compañeros, mártires.—San Palmacio era cónsul y patricio de la ciudad de Tréveris. Durante el imperio de Diocleciano y Maximiano, por sentencia del presidente Ricciovaro, fué atormentado y degollado en compañía de otros once patricios, que tambien eran cristianos.

San Froilan, obispo y confesor.—Este santo es patron de la Iglesia de Leon, en España. Nació en un arrabal de la ciudad de Lugo en Galicia: sus padres cristianos y piadosos, le inspiraron aun en la niñez ideas muy verdaderas de lo que es la futileza y vanidad de las cosas del mundo. Desde muy niño, resplandeció el siervo de Dios en amor al retiro y á la oracion, aficion al estudio de las sagradas Letras y ejercicio de todas las virtudes. Antes de llegar á los diez y ocho años, resuelto á vivir vida mas perfecta, dejó su casa y su patria, y se retiró á un desierto, para ocuparse en la contemplacion de las cosas divinas, y juntamente prepararse para el ministerio de la predicacion, á que se sentia llamado. Cuando salió del desierto, pensó andar de pueblo en pueblo, enseñando el camino de la salud y la ciencia de los santos. Para estar mas seguro de que era cierta esta vocacion, inspirado de Dios, se puso unas ascuas en la lengua y en los labios, creyendo, que si no le quemaban, le destinaba Dios para instrumento de la salud ajena, y así fué. La primera noche que habia empezado su mision, vió dos palomas, una de color de fuego y otra blanca, que llegándose á él, le entraron por la boca: al mismo tiempo se sintió abrasado en zelo de la honra de Dios, y muy recreado con la suavidad de su espíritu. A este principio de su mision apostólica correspondieron los frutos de su predicacion, convirtiéndose muchos pecadores en sus auditorios, y mejorándose muchos justos. Despues de haberse ejercitado en las tareas de la vida apostólica, como tenia siempre vivo en su corazon el amor de la soledad, andaba siempre recreando su espíritu en lo mas quebrado de los montes de Leon, donde le halló san Atilano, que deseaba tenerle por director espiritual. Allí fundó el santo un monasterio, que se hizo célebre por los milagros de su venerable fundador, y por la regularidad de la vida que en él se llevaba. Llegó la fama de Froilan á Oviedo, córte entonces de los reyes de Leon, y don Alonso el Magno quiso conocerle, y le dió amplísimo poder y gran cantidad de dinero, para que, escogiendo los sitios mas acomodados de su reino, fundase en ellos monasterios, para refugio de los que quisiesen dejar el mundo. Habiendo poco despues vacado la silla de Leon, por los años de 900, don Alonso, cediendo á los clamores del pueblo y del clero, obligó á Froilan á que aceptase sobre sí aquella carga. Efectivamente, fué consagrado obispo aquel mismo año, el mismo dia que lo fué san Atilano, para obispo de Zamora. Un antiguo escritor de la vida de Froilan, dice, «que puesto en el candelero de la dignidad, alumbró toda aquella parte de la España con el resplandor de

la luz eterna, predicando por todas partes la palabra de Dios: que con la honra subió en él de punto la santidad, y recibió del cielo gracia abundantísima, para adoctrinar á los fieles de todos estados. Adornóle tambien el Señor con dones maravillosos: poco ántes de morir, profetizó las enfermedades, la hambre y la mortandad con que habia de castigar Dios á aquel reino, para que sus autoridades y sus habitantes tratasen de aplacar el divino enojo, preparándose para aquella calamidad, con una enmienda verdadera de sus costumbres. Tambien dijo de antemano el dia en que habia de morir, y á los de su clero, que habia llamado al rededor de su lecho, los exhortó con gran zelo y fervor á que guardasen las leyes de su estado, y á que fuesen siempre leales á su vocacion, y despues entregó dulcemente su alma á Dios, el dia 4 de octubre del año 906.

San Firmato, diácono y santa Flaviana, virgen.—Estos dos santos eran hermanos, y vivian en la ciudad de Auxerre, practicando todas las virtudes cristianas, Firmato entre el clero de aquella Iglesia y Flaviana entre las vírgenes consagradas á Jesucristo. En tiempo de Enrico, rey de los visigodos, tuvieron mucho que sufrir los cristianos de las Galias, y entonces fué cuando estos dos santos hermanos fueron degollados á causa de su amor á la religion verdadera, sucediendo su martirio, el año 466.

San Atilano obispo y confesor.—Nació en Tarazona, y fué hijo de las oraciones de sus padres, que despues de haber estado mucho tiempo sin sucesion, vieron como venido del cielo aquel beneficio. Criáronle como correspondia á la nobleza de su cuna, y le hicieron aprender las ciencias divinas y humanas. Aun era muy jóven, y ya dejó el mundo, retirándose á un monasterio de San Benito, que habia junto á Tarazona. A los diez y seis años profesó, y perseveró, siendo modelo de santidad, hasta que, con licencia del abad, se fué en busca de san Froilan á las montañas de Leon, y se quedó con él. La virtud de estos dos santos anacoretas, atrajo á aquel lugar mucha gente llamado de Dios á seguirles en su propósito. No se separaron mas, hasta que ambos fueron arrancados del desierto, el año 900 para ser colocados, Froilan en el obispado de Leon, y Atilano en el de Zamora. Diez años gobernó este último su diócesis, en los cuales experimentó España grandes calamidades. La esterilidad de los campos asolaba provincias enteras, y el moro Almanzor, hizo además horribles extragos en todo el reino de Leon, miserias que sirvieron para acrisolar la paciencia de Atilano, y en que mostró el zelo que el Señor le habia dado por la salud de su grey. Pasados estos diez años y sosegada la tormenta, emprendió el santo una peregrinacion á los lugares de Jerusalen, y ántes de partir de Zamora, dejó dispuesto el modo cómo se habian de distribuir las rentas á los pobres. Dicen que cuando se iba, arrojó en el Duero el anillo, diciendo que hasta volverle á ver, no se daria por seguro de haberle Dios perdonado sus culpas. Por la Palestina andaba con un solo compañero, mudó de traje para no ser conocido, iba desprevenido aun de lo necesario para comer, é iba pordioseando como los pobres peregrinos. A los dos años de haberse ausentado de su diócesis, oyó en sueños una voz celestial que le mandó volver á ella, y obedeció. Habiendo llegado de noche á Zamora, quedóse fuera en la ermita de San Vicente, cuyos ermitaños le hospedaron y partieron con él su cena, sin conocerle. A la mañana siguiente, fuéron á casa del obispo por la limosna que cada dia les daban, y pidiendo tambien para el huésped, les dió el mayordomo un pez grande, el cual entregaron á san Atilano para que le abriese, mientras ellos iban por lumbre y agua. Abrióle el siervo de Dios, y dentro de él halló el anillo que habia echado en el rio al salir de la ciudad. Dió gracias al cielo por este prodigio, y entonces las campanas de Zamora se echaron á volar por sí mismas, y el pueblo acudió á la ermita, y fué consolado con el hallazgo de su verdadero pastor. Siete años sobrevivió Atilano á su peregrinacion: en ellos atesorando cada dia nuevos méritos, llegó al término de su dichosa carrera, en el mes de octubre del año 919. La gloria de su muerte dió nueva fama á su virtud, por la cual mereció que Urbano II, colocase su nombre entre los santos confesores.

San Marcelino, obispo y confesor.—Gobernó en santidad la Iglesia de Ravena, por espacio de cincuenta años, y en tan largo pontificado, fué siempre creciendo en él el suave olor de todas las virtudes. A pesar de las calamidades públicas que afligieron á la Italia en aquellos tiempos, tuvo el santo oportunidad de dejar arregladas en gran parte las cosas pertenecientes á la disciplina de la Iglesia, y de aumentar considerablemente su grey, con las nuevas conquistas que hacia todos los dias. Coronado de altos méritos, murió Marcelino en el Señor, el año 346, y al momento de espirar, empezó su cuerpo á exhalar un olor suavísimo, que continuó hasta que hubieron colocado dentro del sepulcro el sagrado cadáver.

DIA 6.

San Bruno, confesor y fundador.—El gran patriarca y fundador de la sagrada órden de los cartujos, san Bruno, fué aleman de nacion, é hijo de ricos y nobles padres: nació en la ciudad de Colonia. Desde niño mostró buena inclinacion á la virtud y letras, y para que las aprendiese mejor, siendo ya de edad conveniente, le enviaron sus padres á la universidad de París, que florecia mucho y era como madre de todas las ciencias. Aquí Bruno se dió á la filosofía y á la sagrada teología con tanto estudio y cuidado, que se aventajó á los otros sus compañeros y vino á ser maestro excelente, y varon docto y de fama, y canónigo de la ciudad de Rheims. Sucedió en este tiempo en París una cosa notable y espantosa. Entre los otros insignes doctores de aquella universidad habia uno muy amigo de Bruno, de grande opinion de virtud y letras, el cual vino á morir, y llevándole á enterrar, fué acompañado su cuerpo de toda la universidad y de otra mucha gente principal. Estando en la iglesia haciéndole el oficio divino de los finados como se acostumbra; al tiempo que uno de los clérigos cantaba aquella leccion de Job que comienza *Responde mihi: Quantas habeo iniquitates?* que quiere decir: Respóndeme: ¿Cuántas son mis maldades? el cuerpo del difunto que estaba en las andas, en medio de la iglesia levantó la cabeza y con una voz espantosa dijo: Por justo juicio de Dios soy acusado; y acabando de decir estas palabras, reclinó su cabeza en las andas como ántes estaba. Asombráronse con un caso tan nuevo y tan extraño los circunstantes, y determinaron no enterrarle hasta el dia siguiente para ver lo que sucedia. Tornaron á juntarse otro dia: y con la fama que se habia esparcido de aquel caso concurrió mucha mas gente. Volvieron á

hacer el oficio, y al mismo tiempo que el primer dia, y de la misma manera, se levantó y dió otra voz mas temerosa que la primera, y dijo: Por justo juicio de Dios soy juzgado: y luego se sosegó y se puso como ántes. Fué la turbacion de los presentes aun mayor que la del dia ántes: tomando su acuerdo le dejaron hasta el tercero dia: en el cual, haciendo el mismo oficio en el mismo punto se levantó la tercera vez, y con voz mas terrible y tremenda dijo: Por justo juicio de Dios soy condenado. Oida esta voz se pasmaron los que la habian oido, y mirándose unos á otros quedaron como muertos y asombrados. Enterraron el cuerpo del difunto en el campo, y diéronle la sepultura del asno, como dice el profeta Jeremías del rey Joaquin: porque en sagrado no le quisieron sepultar; pues él mismo confesaba de sí que era condenado.

¿Quién no se espantará de los justos juicios de Dios, aunque ocultos? ¿Quién no temerá lo que le puede suceder, viendo lo que sucedió á un letrado, que en los ojos de los hombres parecia de buena vida y de loables costumbres, y habia muerto con todos los sacramentos y con conocimiento de Dios, cuya censura y exámen es muy diferente de los hombres? De la condenacion de este miserable hombre sacó nuestro Señor (como suele) la salvacion de muchos, que se ganaron con la pérdida de uno. De estos el principal y como capitan y caudillo de todos, fué san Bruno; porque tocado de la mano del Señor, deshaciéndose en lágrimas y considerando la brevedad é incertidumbre de esta vida, y la severidad de la justicia divina, y cuán horrible cosa es caer en las manos de Dios vivo (como dice san Pablo), determinó hacer divorcio con el mundo, y morir en vida, por no morir eternamente: y llamando á seis de los mas amigos y mas familiares discípulos suyos, que se llamaban Landuino, que despues de san Bruno fué el primer prior de la Cartuja, y dos Estéfanos, canónigos, Hugon, sacerdote, Andrés y Guarino, legos, que se habian hallado en aquel lastimoso espectáculo; les habló de esta manera: ¿Qué haremos (dice), compañeros y hermanos carísimos viendo lo que con nuestros ojos habemos visto, y con nuestras orejas oido? ¿Qué corazon hay tan duro que no se ablande? ¿Y qué pecho tan fuerte y obstinado, que no se rinda á Dios? ¿Y qué hombre tan seguro y confiado, que no tema y tiemble con este trueno espantoso que ha dado el cielo? Visto habemos á un gran doctor de esta universidad conocido y amigo nuestro, ejercitado en letras, amado por sus buenas costumbres, honesto, prudente, y al parecer virtuoso y temeroso de Dios, que con su misma voz nos ha dicho que por justo juicio de Dios está condenado. Pues ponga cada uno de nosotros la mano en su seno y mire si se juzga por mejor que este desventurado, y considere si es negocio de poco mas ó ménos el salvarse ó condenarse; y si una vez se condena ¿qué remedio tendrá? Este caso no es acaso: Dios lo ha hecho para nuestro bien, y para que nosotros siguiendo su bandera y viviendo lo que nos queda de vida en aspereza y penitencia, aseguremos nuestra suerte y abramos el camino á otros muchos, que con la gracia de Dios nos seguirán, y por el ejemplo y naufragio de este miserable, llegarán á puerto de salud. Las voces que nosotros oimos no las dijo el difunto para sí, sino para nuestro provecho; que ya él no las habia menester. Pues oigámoslas y sigamos á Dios que nos llama; y no tardemos: porque el que promete perdon al penitente no promete el dia de mañana al que peca. Con estas y otras palabras acompañadas de lágrimas que salian del pecho de Bruno, tierno, compungido y devoto, todos los seis compañeros que lo estaban mucho con lo que habian visto y oido, se ofrecieron á seguirle, y vendidas y dadas sus haciendas á los pobres, se despidieron de sus parientes, conocidos y amigos, y se pusieron en camino para ir á Grenoble, ciudad de Francia, en el Delfinado, donde sabian que habia un obispo de santísima vida, llamado Hugo, que los podia amparar y favorecer en su diócesis, donde habia algunos lugares solitarios y muy apartados del bullicio y trato de los hombres, donde podian (olvidados de las cosas de la tierra) entregarse á las del cielo y ocuparse en la contemplacion de Dios.

El santo obispo Hugo, estando una noche durmiendo, tuvo un sueño admirable con que Dios le despertó y le significó lo que habia de ser. Parecióle que veia como en un yermo de su obispado, que se llamaba la Cartuja, Dios edificaba una casa para su morada; y que siete estrellas resplandecientes á manera de corona, y levantadas algun tanto del suelo, y en el sitio, movimiento, color y claridad diferentes de las del cielo, iban delante de él como guias, enseñándole el camino. Quedó el venerable obispo con esta vision suspenso y perplejo, por no saber lo que queria significar, hasta que el dia siguiente llegó san Bruno con sus seis compañeros á la casa del obispo, y postrados á sus piés le declararon lo que habia acaecido en París, y la causa de su venida y sus piadosos intentos; y le suplicaron humildemente que los ayudase para llevarlos adelante. No se puede creer la alegría y contento que recibió el obispo, así por ver declarado lo que el sueño oscuramente le habia pronosticado, como porque, como santo, se gozaba mucho de la gloria de Dios y de ver tan encendidos en su amor y tan deseosos de servirle, á Bruno y á sus compañeros. Alentólos y confirmólos en sus buenos propósitos, y dióles con gran liberalidad aquel lugar desierto que dijimos arriba, llamado la Cartuja, el cual era muy grande; pero áspero, frio é inhabitable, y mas propio para cuevas de bestias fieras, que no para morada de hombres; porque á mas de que la mayor parte del año estaba cubierto de nieve, era tan fragoso y estéril, que ninguna cosa de provecho en él se podia cojer ni sembrar. Y aunque el santo obispo les propuso las dificultades que tendrian en vivir en lugar tan horrible; todavía Bruno y sus compañeros las vencieron todas con el vehemente afecto y deseo de servir al Señor que los traia: y así el año de 1084, siendo sumo pontífice Gregorio VII, y emperador Enrique IV, cerca de la fiesta de San Juan Bautista, acompañándolos y ayudándolos y proveyéndolos de lo necesario el mismo obispo, en la cumbre de un monte edificaron una iglesia que hasta hoy se llama *Santa María de Casalibus*, y algunas celdas, ó por mejor decir chozas (que tales fueron aquellas primeras) no léjos de la iglesia; pero apartadas unas de otras. Aquí comenzaron á fundar la sagrada órden de la Cartuja, viviendo mas como ángeles venidos del cielo, que como hombres de la tierra, en silencio, oracion, leccion y contemplacion de Dios; y sobre todo, en grandísima pureza de corazon y santidad de vida, ocupándose á ratos en alguna obra manual, y especialmente en escribir y trasladar algunos libros provechosos, así por ganar su pobre comida con su

trabajo como por servir mas á la santa Iglesia. El tratamiento de sus personas era muy áspero y riguroso, y andaban vestidos de cilicio. Determinaron jamás comer carne, aun en tiempo de enfermedad; y aunque algunos hombres prudentes, segun la carne, y sabios del mundo, les pusieron escrúpulos sobre esto, diciéndoles que se ponian á peligro de matarse, y ser homicidas de sí mismos; pero con un aviso que tuvieron del cielo, se confirmaron en su buen propósito y perseveraron en aquella soledad espantosa (de la cual el demonio pretendió sacarlos), tomando por especial protectora y abogada á la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, rezando cada dia sus horas; y tambien tomando por abogado á san Juan Bautista con deseo de imitar su penitencia y rigor. Todos anhelaban á la perfeccion; pero el que mas se esmeraba, y como caudillo y maestro iba delante de todos, era san Bruno, á quien nuestro Señor habia escogido para poner los cimientos de una religion tan esclarecida, y para hacerle padre de tantos y tan santos hijos. Resplandecia con tan grande santidad, modestia y prudencia, que Hugo, obispo, en todos los negocios tomaba su consejo, y le obedecia como si fuera su propio abad, y muchas veces se iba á vivir entre los monges por gozar de su conversacion y ejercitarse en los oficios mas bajos y viles de la casa: tanta era su humildad y la admiracion con que miraba á san Bruno; el cual le solia decir que se volviese á su casa y cuidase de sus ovejas, pues era pastor. Mas estando el santo varon muy quieto y contento por verse en aquel puerto seguro, fuera de las ondas tempestuosas y tan contrarios vientos de este siglo, le fué necesario salir de él, con la ocasion que aquí diré.

Al papa Gregorio VII, sucedió Víctor III, que vivió poco en el pontificado: á Víctor, Urbano II, varon excelente y que habia sido discípulo en París de san Bruno: el cual, deseando acertar en su gobierno y dar buena cuenta á Dios del rebaño que le habia encomendado, y entendiendo las grandes partes de religion, letras y prudencia que concurrian en su maestro Bruno, le mandó llamar á Roma, para servirse de él y aprovecharse de sus consejos. Sintió este mandato san Bruno todo lo que se puede encarecer, y no ménos sus santos compañeros, que les parecia perdian padre, guia, maestro, refugio y consuelo y todo el bien que tenian en la tierra; mas, como hijos de obediencia, se conformaron con la voluntad de nuestro Señor, y se consolaron con la esperanza que les daba, de que, habiendo cumplido con la obediencia de su santidad, volveria á verlos de Roma presto: adonde llegó san Bruno, y fué recibido del sumo pontífice con estraordinarias muestras de benignidad y benevolencia, sirviéndose de su consejo en todas las cosas arduas para bien de la Iglesia. Pero los compañeros que habia dejado en la Cartuja, encomendados á un abad de la casa de Dios, llamado Siguinio, no hallándose sin él, le siguieron á Roma, de donde por órden del papa Urbano, volvieron á su soledad, y su santidad les encomendó al mismo abad Siguinio, é hizo prior á Landuino, uno de los compañeros, y mandó que se les restituyese el lugar de la Cartuja que habian dejado, el cual hasta hoy persevera en su religion. Quedó san Bruno en Roma, por una parte muy triste y amargo, por verse como engolfado en el bullicio y tráfago de la córte, y apartado de su quietud y de la santa conversacion de sus compañeros; y por otra con paz y gozo de su alma, sacrificando su voluntad á la voluntad de Dios y obedeciendo á su vicario: el cual le quiso hacer arzobispo de Rijoles, y él, teniéndose por indigno le suplicó humildemente que no le echase carga tan pesada, ni le diese cargo de almas; pues no haria poco en dar buena cuenta á Dios de la suya. Y porque el papa partia de Roma para Francia, y deseaba no ir con él ni seguir la córte; tambien le suplicó que le diese licencia para retirarse á algun desierto en la provincia de Calabria, donde entendia hallar lugar á propósito para sus intentos. Concedióle su santidad las dos cosas benignamente: y san Bruno, tomando su bendicion, se partió para Calabria, acompañado de algunas personas que ya le seguian, con deseo de imitar su vida y perfeccion.

En aquella provincia halló un yermo llamado Torre, en el territorio de Esquilache, que le pareció á propósito, y en él hizo su asiento. Allí labró unas celdillas toscas y de tierra por el amor que tenia á la pobreza: y si en la Cartuja de Francia habia vivido con tan gran santidad, como dijimos, en este nuevo yermo comenzó á vivir con nuevos fervores, y mas encendidos deseos de olvidarse de todo lo que no es Dios, y de estar con solo el cuerpo en la tierra y con la mente en el cielo. Aconteció un dia que Rogerio, conde de Sicilia y Calabria, yendo á caza dió en aquel lugar apartado y desierto en que san Bruno y sus compañeros moraban: y hallándolos puestos en oracion de rodillas, y sabiendo quiénes eran, á qué habian venido y como vivian, se les aficionó mucho, y les dió una iglesia de Santa María y de San Estéban, y les proveyó de las cosas necesarias, y quedó tan aficionado á san Bruno, que le llamaba algunas veces, y otras él le visitaba, y oia de buena gana sus consejos y se encomendaba á sus oraciones. Estas le valieron tanto, que una vez le libraron milagrosamente de un gravísimo peligro de la vida, estando sobre la ciudad de Capua, por una traicion que le armó uno de sus capitanes, en la cual el conde cayera, si no fuera avisado con una vision del cielo por medio de san Bruno. Quedó de esto el conde tan agradecido, que ofreció á san Bruno muchas tierras y heredamientos en el territorio de Esquilache; y él no los quiso tomar, sino solamente (por pura importunidad é instancia que le hizo) el monasterio de Santiago, con su término y lo que era menester para edificar una iglesia junto á la cueva, donde él moraba, dedicada á la Reina de los ángeles nuestra Señora; y otra, poco distante de esta, á honra del glorioso protomártir san Estéban. Labró asimismo un convento para habitacion de los monges que allí tenia, y de los otros que despues se juntaron con ellos, y para adelante les habian de suceder. En este monasterio perseveró san Bruno hasta el fin de su vida, teniendo cuidado no solamente de los santos compañeros que allí vivian, mas tambien de los que estaban léjos en la Cartuja de Francia, escribiéndoles y dándoles reglas y documentos para ir adelante. Y el prior de ellos Landuino, por no discrepar un punto del espíritu y forma de su maestro san Bruno, vino de Francia á Calabria á verse con él y proponerle sus dudas, y llevar luz y claridad para gobernar su convento y dejar el modelo de aquella santa institucion á sus sucesores.

Finalmente, habiendo vivido con estremada perfeccion y admiracion de toda aquella provincia, y enriquecido la santa Iglesia con una nueva y celestial familia de sus glo-

riosos hijos, y de la órden de la Cartuja, que él instituyó; cayó malo de una enfermedad, que le acabó y desató aquella bendita alma de la cárcel del cuerpo para que volase al Señor, á quien tanto habia servido. Murió á los 6 de octubre del año de 1101. Hizo Dios grandes milagros por san Bruno despues de su muerte: muchos ciegos cobraron vista: los sordos, oidos: los mancos y cojos, leprosos y endemoniados, por sus oraciones cobraban salud, bebiendo del agua de una fuente que salió junto del sepulcro donde le enterraron: y hoy dia afirman que en aquel lugar donde él despues de haber estado en altísima contemplacion, arrojaba sus cansados miembros en el suelo para descansar un poco, no nace yerba alguna en todo el espacio que ocupaba su cuerpo, estando todo el resto lleno de verdura y frescor.

Con haber sido la vida de san Bruno tan esclarecida y tan rica de merecimientos, y su muerte tan gloriosa y llena de milagros, y haber concurrido de toda aquella provincia á su sepulcro los pueblos, señores y príncipes para pedir favôres y mercedes á Dios nuestro Señor por su intercesion; no se trató de canonizarle hasta el año de 1514, cuatrocientos y trece años despues de su muerte, en que el sumo pontífice Leon X, mandó que á los 6 de octubre, dia de su glorioso tránsito, en todos los monasterios de la órden de la Cartuja y sus iglesias, oratorios y capillas, se celebrase la fiesta de san Bruno y se le haga en el oficio divino cada dia de él conmemoracion; y ahora últimamente se ha puesto en el breviario romano, para que toda la Iglesia rece de él. La vida de san Bruno escribieron Francisco de Puteo, prior de la gran Cartuja, Pedro Blomevene, prior de la Cartuja de Colonia, y Pedro Sutor y Lorenzo Surio, frailes asimismo cartujos. Hace mencion de él el Martirologio romano, y Juan Molano, en lo que añadió al Martirologio de Usuardo.

Pues ¿quién no ve en la vida de este santísimo confesor los caminos tan maravillosos que el Señor toma para llevar almas al cielo, y para quebrantar la cabeza á la infernal serpiente? Condenóse por justo juicio de Dios el letrado soberbio y vano, y publicó su condenacion con un modo tan espantoso, para que movidos con ejemplo tan estraño, muchos simples, pobres y humildes se salvasen. Y aunque habia en la Iglesia del Señor muchos caminos de perfeccion para ir al cielo, escogió á san Bruno para que abriese otro mas estrecho y áspero, y fundase la sagrada religion de la Cartuja, para adorno, esfuerzo y amparo de la misma Iglesia: porque ¿qué otra cosa son los conventos de estos santos religiosos, sino unos coros de ángeles que continuamente alaban al Señor? ¿Unos escuadrones de soldados valerosos que con sus plegarias le aplacan y defienden su Iglesia? ¿Unos retratos vivos de penitencia, de menosprecio del mundo, de oracion, mortificacion y de toda virtud? ¡Qué de santos varones ha habido, y hoy dia hay en esta santa religion, que con su doctrina alumbran al mundo, y con su vida le inflaman; y apartados de la conversacion de los hombres, muestran que son mas que hombres, y nos predican que nuestra felicidad no está en la tierra sino en el cielo! Diez y seis provincias dicen que hay en esta sagrada religion, y en ellas ciento y ochenta y nueve monasterios, en los cuales los padres cartujos viven con tan grande aspereza, soledad, silencio, asistencia y continuacion en el coro, vestidos de cilicio á raiz de sus carnes, y sin comer jamás carne por ninguna enfermedad, y con tanto rigor de vida, que la santa Iglesia da licencia á los religiosos de todas las otras órdenes para pasar de las suyas á la de la Cartuja: que es señal que es muy estrecha, y que la tienen por mas rigurosa que las demás, y que se guarda en la Cartuja hoy dia la regla con que san Bruno la instituyó, y ella comenzó sin haber aflojado, ni descaecido en lo sustancial de lo que aquel santo padre ordenó y estableció: que todo es argumento de su gran santidad y de sus altos merecimientos, y singulares gracias y privilegios que Dios le comunicó; pues le hizo uno de los mas grandes patriarcas de su Iglesia, y glorioso padre de tantos y tan esclarecidos hijos: y no solamente de santos confesores, sino de fortísimos mártires, como fueron los monges cartujos que por defensa de la sede apostólica, el año del Señor de 1568, por mandado del desventurado rey Enrique VIII, murieron en la ciudad de Lóndres, como mas largamente lo escribimos en nuestro libro del Cisma de Inglaterra.

* Santa Fé, vírgen y mártir.—Descendia de una familia ilustre de la Francia, y desde su infancia conoció á Jesucristo y siguió su doctrina. Todos sus anhelos eran la oracion y dedicarse á obras de caridad; y si bien á causa de su hermosura eran muchos los que la solicitaban para contraer matrimonio, con todo siempre se mostró insensible á los alhagos del mundo. Los emperadores Diocleciano y Maximiano reinaban por aquel tiempo en Roma, y en las Galias era gobernador Daciano. La santa vivia en Agen, dedicada como se ha dicho á obras de piedad, de lo que sabedor Daciano, dió órden para que se presentara. Tanto á las caricias como á las amenazas del tirano, contestó con una firmeza indecible, de lo que irritado aquél la hizo conducir al lugar del tormento. Atada con cadenas á una cama de hierro, pusieron fuego debajo y para que éste mejor prendiera al cuerpo de la santa, derramaron sobre su desnudo cuerpo gran cantidad de aceite y otras materias grasas Muchos de los espectadores al ver tan horroroso suplicio, llenos de compasion soltaron algunas palabras de conmiseracion, lo que notado por Daciano mandó los prendieran, haciéndoles cortar la cabeza junto con la santa Fé, volando todos á recibir en el cielo la corona de su martirio, el 287.

Los santos Marcelo, Casto, Emilio y Saturnino mártires.—Hánse perdido las actas del martirio de estos santos, y solo sabemos por el Martirologio romano anotado por Baronio, que murieron en Capua, donde se conservan sus reliquias.

San Sagares, obispo y mártir.—Fué uno de los primeros discípulos de san Pablo, y se cree que este apóstol le consagró obispo de Laodicea. En tiempo del emperador Antonino, tomó una parte muy grande en la cuestion que se agitó entonces en la Iglesia acerca del tiempo de la celebracion de la Pascua, y se cree que murió mártir en la misma ciudad de Laodicea, por los últimos años del siglo II.

Santa Erotida, mártir.—Fué griega, y despues de haber ilustrado á su patria con el ejemplo de una vida penitente y santa, mereció la corona inmarcesible del martirio, el año 320. San Gerónimo dice, que encendida en el amor de Jesucristo, venció las llamas de la hoguera en que la arrojaron.

San Roman, obispo y mártir.—Fué el XVI obispo de

Auxerre, cuya Iglesia gobernó por espacio de tres años. Los bolandistas son de parecer que floreció este santo en el siglo V, aunque no insertan ningun documento que lo apoye ni que haga creer lo contrario. El Martirologio romano y casi todos los demás le suponen anterior á dicho siglo, y le dan el título de mártir.

San Magno, obispo y confesor.—Nació en Altino, de la noble familia de Frigeri, que habiéndose refugiado en Venecia, huyendo de la inundacion de los bárbaros del Norte, educó allí al jóven Magno en el temor de Dios y en las ciencias sagradas y profanas. Su amor al retiro lo tenia casi siempre encerrado en una oscura y pequeña cueva, que se enseña aun en el dia, y que llaman la cueva de San Magno. Consagrado obispo de Uderzo, fué admirable en santidad y en portentos, y murió en el Señor, el año 660.

La Conmemoracion de los mártires de Tréveris.—En esta ciudad, durante el reinado del impío Diocleciano y siendo presidente Ricciovaro, fueron sacrificados una multitud casi innumerable de cristianos, por quererse mantener constantes en la confesion de su fé. Un autor antiguo dice, que seria espantoso leer la relacion de los inauditos tormentos, que se pusieron entonces en juego para hacer sufrir á aquellos fieles. La Iglesia les consagra hoy una memoria particular.

DIA 7.

San Marcos, papa y confesor.—Por la muerte del sumo pontífice Silvestre, fué elegido en su lugar, y puesto en la silla de san Pedro, san Marcos, natural de Roma, hijo de Prisco: el cual fué dotado de grandes virtudes; y aunque vivió poco tiempo con la paz que con el favor del emperador Constantino tuvo la Iglesia, pudo ocuparse en resistir á los herejes arrianos que se iban multiplicando, y en ordenar todo lo que para el buen gobierno parecia necesario. Edificó san Marcos dos templos: el uno en la via Ardeatina, tres millas de Roma, y el otro dentro de la misma ciudad, que se llama de su nombre; dotólos de muchas posesiones y adornólos de vasos de oro y plata. Concedió al obispo de Ostia que usase de palio, por el antiguo privilegio que tiene de consagrar al sumo pontífice. Duróle el pontificado, segun san Gerónimo, ocho meses. El cardenal Baronio dice que se sentó en la silla apostólica á los 11 de febrero, y que murió á 7 de octubre, que son los ocho meses ménos ocho dias. Fué sepultado en el cementerio de Balbina, en la misma iglesia que en la via Ardeatina él habia edificado. Murió á 7 de octubre, en que la Iglesia celebra su fiesta, que fué el año del Señor de 336, imperando Constantino Magno. Escribieron de san Marcos los autores que escriben las vidas de los sumos pontífices, y hacen mencion de él los Martirologios, romano, de Beda, Usuardo y Adon.

Los santos Sergio y Baco, mártires.—El martirio de los ilustres mártires san Sergio y Baco, escribió Simeon Metafraste, y resumiéndole brevemente fué de esta manera. Fueron san Sergio y Baco, caballeros romanos, muy nobles y principales criados del emperador Maximiano; porque Sergio era su primicerio, que quiere decir el principal y cabeza de todos los escribanos, que era gran dignidad y no se daba sino despues de grandes servicios y acabada la milicia: Baco era secundicerio y el que tenia el segundo lugar en aquel oficio; y á mas del lugar que tenian con el emperador, eran de él muy amados y honrados por sus virtudes, aunque no sabia que eran cristianos. Vino á entender que lo eran; y queriendo certificarse mas de la verdad, estando en la provincia de la Siria inferior, que llaman Eufrastesia, en la ciudad de Augusta, los mandó llamar para que le acompañasen á un templo adonde iba á hacer sacrificio á sus vanos dioses. Fuéron con él; mas entrando el emperador en el templo, ellos se quedaron fuera: y como Maximiano, al tiempo de hacer el sacrificio no los viese, mandólos buscar, y hallárонlos á la puerta del templo puestos en oracion. Preguntóles el emperador la causa por qué no habian entrado con él á sacrificar al gran Júpiter; y ellos libremente respondieron que por ser cristianos; y porque á solo Dios, criador del cielo y de la tierra, se debe sacrificio. Mandó Maximiano con gran saña que les quitasen luego los collares de oro que traian al cuello, y los vestidos ricos y de caballeros, y que los vistiesen de mujeres y cargados de cadenas fuesen sacados é la vergüenza por la ciudad y despues echados en la cárcel. Tentólos algunas veces el emperador, ya con halagos y blanduras, ya con amenazas y espantos, para reducirlos á su voluntad, y persuadirles que no se apartasen de la religion antigua de sus antepasados, y que sacrificasen á los dioses, que eran fundadores, conservadores y amplificadores de su imperio: y como la fuerza y maña y todas las máquinas del emperador no pudiesen hacer mella en aquellos pechos fuertes y esforzados de los santos mártires, determinó enviarlos á Antíoco, prefecto de Oriente, para que los hiciese adorar á los dioses, ó morir con exquisitos tormentos. Tomó esta resolucion el emperador, para que en aquel largo camino padeciesen mas los santos mártires, yendo cargados de prisiones y cadenas, y porque Antíoco era hombre feroz y bárbaro, y confiaba de su natural fiereza, que ejecutaria en ellos su braveza y furor; y tambien porque habia sido como criado de Sergio, y por favor de él habia alcanzado la dignidad de prefecto que tenia, y juzgaba que no podia dejar Sergio de tener por gran afrenta y menoscabo suyo el ser presentado y juzgado de quien le era tan inferior, y tantos beneficios habia recibido de su mano. Escribió Maximiano una carta á Antíoco, en que le declaba su voluntad. Fueron llevados los santos adonde él estaba; y él los mandó poner en la cárcel, donde estuvieron orando y pidiendo favor al Señor para aquella dura batalla que esperaban: y el Señor les envió un ángel que los consoló y animó, y les dijo que no temiesen; porque Dios era su defensor y estaba con ellos, y les daria victoria. Tomó Antíoco todos los medios que le fueron posibles para apartar á los santos mártires de la confesion de Jesucristo: y como todos saliesen vanos, hizo azotar á Baco con nervios de bueyes durísimos por cuatro hombres robustos y bravos: los cuales le dieron tantos golpes y tan crueles heridas, que le despedazaron las carnes; y así en aquel tormento, oyendo una voz del cielo que le llamaba, dió su espíritu al Señor. Apareció despues san Baco, lleno de gloria y resplandor á san Sergio, que estaba en la cárcel y mostróle la inestimable corona que por aquellos temporales tormentos habia alcanzado, y animóle para que padeciese él los que le estaban aparejando; porque siendo compañeros en las penas, lo fuesen tambien en la victoria y triunfo. Deseó mucho Antíoco ablandar á Sergio y reducirle á su opinion; mas nunca pudo: y siguiendo su

natural fiereza, y queriendo dar satisfaccion al emperador, le mandó calzar unos sapatos sembrados de puntas de clavos agudas, y que fuése delante de su coche corriendo; y de esta manera le llevó tres leguas, con un dolor acerbísimo del santo mártir, de cuyos piés salian arroyos de sangre; mas la noche siguiente vino un ángel que le recreó y le dejó los piés tan sanos, como si ningun mal hubiera padecido.

Atribuyó el injusto juez la gracia de Dios á arte mágica, y endurecióse mas, y otra vez le hizo pasar aquel mismo tormento: y finalmente viendo que perdia el tiempo, y que por ningun camino podia rendir ni traer á su voluntad al santo mártir, le mandó cortar la cabeza; y así se hizo. Acompañaron á san Sergio al lugar del suplicio gran número de hombres y mujeres, y aun de bestias fieras que iban tras él, mansas como unas ovejas, haciéndole honra y reverencia. Hizo oracion ántes que se ejecutase la sentencia, puesto de rodillas, suplicándole á nuestro Señor que aceptase aquel sacrificio de su vida que él le ofrecia, y perdonase á los que se la quitaban y perseguian, y les diese el conocimiento de su verdadera luz y verdad. Oyó una voz que le convidaba al cielo, y le daba el parabien de la victoria; y con esto tendió el cuello, y fué degollado á los 7 de octubre, y despues fué enterrado su sagrado cuerpo en un magnífico templo, que los cristianos le edificaron. Fueron los milagros que Dios nuestro Señor obró por san Sergio tantos y tan ilustres, que los fieles iban en romería á su sepulcro: y no solamente los cristianos participaban de muchos y grandes beneficios por la intercesion de san Sergio, sino tambien los infieles, gentiles y paganos. Cosroas, rey de Persia, por haber tenido hijos de la reina Sira, su mujer, y haber sido librado de grandes peligros y calamidades por las oraciones de san Sergio (á quien él se encomendó), envió á su templo una cruz riquísima de oro, con otros dones muy preciosos: el emperador Justiniano le edificó dos templos magníficos, uno en Constantinopla y otro en Tolemaida: en Roma fué célebre la memoria de estos santos mártires, donde se les edificó iglesia, que es título de diácono cardenal: la cual el papa Gregorio III reparó y acrecentó: y la misma ciudad en que fué martirizado san Sergio, fué llamada de su nombre *Sergiopoli*. El martirio de estos santos fué el año de 309. Escriben de ellos los Martirologios, Romano, el de Beda, Usuardo y Adon; Nicéforo, lib. VII, cap. 14, lib. XV, cap. 26 y 27, lib. XVIII, cap. 21; y la segunda sínodo nicena, *Action* 5; y el Prado Espiritual, cap. 180; y Teodoreto, *De Evangel. verit.*, lib. VIII; y Evagrio, lib. IV, cap. 27, y lib. VI, cap. 20; y Gregorio Turonense, en la Historia de Francia, lib. VII, cap. 31.

Los Santos Marcelo y Apuleyo, mártires.—En este mismo dia de los 7 de octubre hace conmemoracion la santa Iglesia de san Marcelo y Apuleyo, mártires, los cuales fueron discípulos de Simon Mago: y viendo las disputas que con él tuvo san Pedro, y como le habia vencido y rendido, y las obras maravillosas que hacia el glorioso apóstol; dejando á su engañoso maestro, le siguieron y se hicieron cristianos, y estuvieron en su compañía, hasta que murió; y finalmente merecieron derramar la sangre por aquella fé y doctrina que habian aprendido del santo apóstol. Fueron martirizados por un juez, llamado Aureliano, á los 7 de octubre, en el año del Señor de 90; y sus cuerpos fueron enterrados cerca de los muros de Roma. Hacen mencion de estos santos los Martirologios, Romano, el de Beda, Usuardo y Adon.

Santa Osita, virgen y mártir.—Fué santa Osita inglesa de nacion, é hija del rey Eritevaldo y de Vulreberga que era hija de Penda, rey de los Mercios. Desde niña fué muy bien inclinada á recogimiento, honestidad y todas las obras de virtud. Habia en aquel tiempo dos señoras principalísimas y santas vírgenes en Inglaterra; Moduvena, abadesa de cierto monasterio, donde vivian muchas doncellas con grande recogimiento; y Edita, hermana del rey Alfrido, que así mismo fué madre y maestra de otras doncellas que vivian apartadas de todo trato del mundo. Fué entregada Osita á santa Moduvena, para que la criase; y ella la dió de su mano, y la encomendó á Edita, pareciéndole que estaria mejor en su compañía. Acaeció que un dia Edita envió á Osita con un libro á Moduvena, y al pasar por un puente de madera sobre un rio, vino un viento tan recio que la arrebató y la arrojó en el rio, y las corrientes la llevaron tras sí, y se hundió y ahogó en aquel rio. De allí á tres dias, estando orando Moduvena, le apareció un ángel, y le dijo que fuése apriesa al rio. Fué y halló á santa Edita, que buscaba á Osita; porque no habia vuelto á casa, despues que le habia enviado con el libro. Allí entendieron que Osita se habia ahogado. Pusiéronse en oracion suplicando á nuestro Señor que se la restituyese y sacase del profundo de aquel rio. Acabada la oracion, Moduvena la llamó con voz clara y sonora tres veces, diciendo: Osita, Osita, Osita, en el nombre de la santísima Trinidad sal fuera del rio: y Osita respondió: Héme aquí, señora, héme aquí, héme aquí: y luego salió de las aguas con su libro en la mano, sin lesion alguna. Murió santa Moduvena; y Osita volvió á casa de sus padres, creciendo cada dia en virtud y loables costumbres. Cuando llegó á edad para poderse casar, Sigero, rey de los sajones orientales, la pidió á sus padres por mujer; y por mas que ella lo repugnó y contradijo, porque tenia propósito de guardar su pureza virginal perpetuamente, como por fuerza la hicieron casar. Vino el dia de las bodas que se habian aparejado con aparato real: y la santa doncella con muchos gemidos y suspiros se encomendaba de todo corazon al Señor, suplicándole que no permitiese que perdiese la joya tan preciosa de la virginidad: despues con varios achaques y excusas, procuraba conservarla y no consumar el matrimonio; hasta que un dia el rey la llamó y la hizo entrar en un aposento mas secreto, para gozar de su extremada hermosura y belleza: cosa que él tanto deseaba, y ella aborrecia. Mas en el mismo tiempo se levantó un gran ruido en el palacio real por un ciervo de extraordinaria grandeza que habia parecido á la puerta del mismo palacio: y el rey dejando á la reina Osita, sin tocarla, salió á ver el ciervo; y viéndole, como era amigo de caza, se determinó á seguirle con sus cazadores hasta cogerle. De esta manera quedó Osita libre esta vez, haciendo gracias á nuestro Señor que por aquel medio la habia librado: y para no verse en otra tal, llamó luego á algunos religiosos, siervos de Dios, y les declaró su intento; y ellos le cortaron el cabello, y le dieron el hábito de religion y el velo, y la consagraron monja. Al cabo de algunos dias volvió el rey de la caza, y queriendo ver á su mujer, hallóla vestida de monja y supo que habia hecho voto de castidad, y tomado por esposo

á nuestro Señor Jesucristo: y aunque le pesó, ni quiso hacerla fuerza, ni apartarla de aquel tan santo propósito; ántes le mandó edificar un edificio acomodado para vivir religiosamente, y le dió algunas posesiones y tierras para su sustento. Luego que esto se supo, muchas doncellas desearon acompañar y servir á santa Osita; y ella tomó algunas enseñándoles la perfeccion con su ejemplo; porque su vida era muy austera, muy callada, muy penitente, por extremo dada á la oracion, y mas parecia un retrato del cielo, que vida de mujer en carne flaca. Pero resplandeciendo la santa vírgen con tanta virtud y recogimiento, nuestro Señor, para darle dos coronas de vírgen y mártir, permitió que unos corsarios de Dinamarca, gente feroz y bárbara, viniesen á aquella parte de Ingleterra, donde Osita estaba, y destruyendo y quemando toda aquella tierra, dieron en el monasterio y la prendieron: y el capitan de ellos sabiendo la calidad de la bienaventurada vírgen, comenzó con halagos, promesas y amenazas á persuadirla que adorase é sus falsos dioses y negase á Jesucristo: y como la hallase constante y firme en la confesion y amor de su dulce Esposo, le mandó cortar la cabeza. Mas sucedió una cosa digna de referir aquí. En cayendo en el suelo la cabeza de la santa vírgen, el cuerpo se levantó, y con las manos alzó la cabeza del suelo, y por camino derechó se fué con ella hasta la iglesia de los apóstoles San Pedro y San Pablo, por espacio de casi tres estadios, que hacen trescientos y setenta y cinco pasos. Halló la puerta de la iglesia cerrada, y llamó á ella con las manos ensangrentadas; y dejando allí las señales de su preciosa sangre, cayó en tierra. En el lugar, donde fué degollada, brotó una fuente de agua clarísima, que daba salud á muchos dolientes de varias enfermedades. Sepultaron su sagrado cuerpo sus padres en una arca de plomo, en una iglesia de Aslesber honoríficamente, y Dios por ella hizo muchos milagros. Allí estuvo hasta que la misma santa vírgen apareció á un hombre y le mandó que tomase su cuerpo, así como estaba en aquella caja de plomo, y le llevase á la iglesia Chichante, donde ella habia vivido y sido martirizada, y que no temiese porque ella le ayudaria y favoreceria en aquel camino y empresa. Hízolo el hombre, y llegó con las reliquias de la santa vírgen adonde ella le habia mandado; y Mauricio, obispo de Lóndres, las recibió y colocó con gran reverencia; y el obispo Rofense, que estaba presente y gravemente enfermo, luego cobró salud.

Tomaron unos marineros un pedazo de mármol del portal de la iglesia de Santa Osita: pusiéronle en su barco, para llevarle secretamente; y luego el barco quedó inmovil, hasta que los marineros conocieron su culpa, y restituyeron á la iglesia el mármol que habian tomado. Un clérigo hizo voto en el monasterio de Santa Osita de hacerse monge: descuidóse de cumplir lo que habia prometido á Dios: cayó malo, y estando para morir pidió favor á la santa vírgen, y ella le apareció y le reprendió de su ingratitud, y de no haber cumplido el voto que habia hecho; y prometiendo él de nuevo que enmendaria su vida y tomaria el hábito de monge, la santa vírgen le dijo: Yo tengo compasion de tí, si tú la tienes de tí mismo, y quieres servir á Dios, aunque tarde; y con esto le tocó y el clérigo sanó y se hizo monge, y sirvió á nuestro Señor loablemente y vino á ser prior del convento de San Bartolomé de Lóndres. A una mujer contrahecha y que no se podia alzar, la sanó: á otro mozo mudo y sordo le restituyó la lengua y el oido; y á otra doncella que no podia menear el brazo, le dió entera salud. Ésta, habiendo hecho voto de castidad despues se casó: apareciéle santa Osita, y con un aspecto severo la reprendió de aquel pecado; y de tal manera la ató de los piés invisiblemente, que en ninguna manera los podia mover, hasta que con muchas lágrimas alcanzó del Señor que la perdonase y la restituyese el uso de sus piés, por la intercesion de la santa vírgen. A otra, que habia muchos años no podia andar, le apareció san Edmundo, arzobispo que fué cantuariense, y le mandó que fuése á la iglesia de Santa Osita, porque allí alcanzaria la salud que deseaba; y luego la alcanzó.

La vida de esta santa escribió Alberico Veero, regular: tráela el P. Fr. Lorenzo Surio, en su quinto tomo, á los 7 de octubre; y los autores que escribieron la historia de Inglaterra, hacen mencion de ella: y el Martirologio romano, á los 16 de setiembre, de santa Edita, que fué maestra de santa Osita, como habemos dicho; y allí dice el cardenal Baronio en sus anotaciones, que floreció por los años del Señor de 980; y tambien escribe de ella Rodulfo, *in Policron., lib* VI, *cap.* 7.

* San Augusto, presbítero y confesor.—Imposibilitado de manos y piés este santo no podia trasladarse de un lugar á otro como no fuese arrastrándose sobre los codos y rodillas. En tan triste estado excitaba la commiseracion pública, ayudándole cuantos le conocian con socorros. De las limosnas recogidas edificó al cabo de algunos años una capilla en honor de san Martin, en el pueblo de Brives en el territorio de Berri, cuya piedad fué recompensada por Dios dando movimiento á sus paralizados miembros. Reconocido Augusto á tan singular beneficio, resolvió dedicarse enteramente al servicio de Dios, pasando el resto de sus dias en la vida ascética, y como se le juntaron algunos discípulos, perfeccionóse en su compañía en los caminos de la vida interior. El obispo de Burges, Probiano, le dió sagradas órdenes, nombrándole abad del monasterio de San Sinforiano, situado cerca de aquella ciudad. Se portó con mucha prudencia en este nuevo destino, dióles ejemplos de la mas acendrada piedad, acabando su vida en los santos ejercicios el dia siete de octubre del año 560.

Santa Justina, vírgen y mártir.—Fué hija de un tal Vitaliano Justino, presidente de Padua, en cuya ciudad fué bautizada por el obispo san Prosdocinio, discípulo del apóstol san Pedro. Muertos sus padres se dedicó con toda libertad á los ejercicios del cristianismo y consagró su virginidad á Jesucristo. Entregada á la penitencia y á las obras de caridad, solo pensaba en el premio celestial. Habiéndose encendido el fuego de la persecucion, fué la santa vírgen llamada al tribunal del prefecto Maximiano, y habiendo confesado delante de todos que era sierva de Jesucristo, y que no cederia en su confesion á pesar de todas las promesas y amenazas, airado el juez mandó que la degollasen, y así voló al cielo á recibir la diadema de la virginidad y del martirio, muriendo por los primeros años del siglo II.

Santa Julia, vírgen y mártir.—Fué martirizada en tiempo del presidente Máximo en la ciudad llamada Augusta Eufratesia *(Comagenes ó Azar, junto al rio Eufrates)*. Algunos creen que murió juntamente con los santos Sergio y Baco tambien mártires, que hemos puesto en este mismo dia.

San Elano, presbítero y confesor.—Créese que fué de

Escocia y que fué á Francia á predicar el Evangelio á mediados del siglo VI. Despues se retiró con otros muchos compañeros en un lugar solitario, del cual no salian mas que para distribuir el pasto espiritual á los nuevos convertidos. Aquel retiro se convirtió dentro de poco en un monasterio que fué famoso en todo el territorio de Rheims, siendo san Elano una de sus mas distinguidas antorchas, hasta que siendo ya de edad muy avanzada murió el siervo de Dios, por los años de 596.

DIA 8.

SANTA PELAGIA, PENITENTE.—Celebrándose en la ciudad de Antioquía un concilio de ocho obispos en la iglesia de San Julian mártir, y estando predicando Nono, obispo de Edesa, que era uno de ellos, varon perfectísimo y de admirable santidad, pasó á deshora delante de la puerta de la iglesia donde estaban sentados los obispos, una famosa ramera llamada Pelagia, con gran ruido y aparato. Iba sobre un jumento al uso de la tierra, acompañada de gran número de criados y criadas, y ella tan compuesta y ataviada, que no solamente las ropas que llevaba encima, eran galanas y ricas y cubiertas de oro, sino que el tocado y el calzado iban sembrados de perlas y piedras de gran valor. Llevaba descubierta la cabeza y los pechos, y al cuello ricos collares de oro: volvia los ojos lascivos mirando á una parte y á otra: su hermosura era tan grande, que los hombres carnales no se hartaban de verla: iba llena de olores, que cuando llegó cerca de la puerta de la iglesia todos los que allí estaban sintieron una fragancia y olor suavísimo. Ofendió este espectáculo sobremanera á los obispos que estaban en el concilio: los cuales dando algunos gemidos dolorosos, volvieron su rostro por no ver á la que con tan grande desenvoltura y desvergüenza se les presentaba: solo Nono fijó los ojos en la triste mujer y la miró atentamente, y no dejó de mirarla todo el tiempo que la pudo ver; y despues que pasó, volviéndose á los obispos con muchas lágrimas y suspiros, les preguntó si se habian deleitado en ver aquella mujer: y callando ellos, él dijo: Pues á mí grandemente me deleitó, porque creo que Dios ha de tomar á esta mujer en el dia de su tremendo juicio, por medio para juzgarnos á nosotros y pedirnos cuenta de nuestro oficio y ministerio: y fué declarando la solicitud y cuidado y tiempo que ponia aquella mujer en afeitarse, engalanarse, componerse por agradar á los ojos de los hombres, que hoy son y mañana nó; y el descuido con que nosotros vivimos sin limpiar y adornar nuestras almas, para que parezcan bien á aquel Señor, que es Rey del cielo y de la tierra, y paga con galardon eterno á todos los que le sirven. Acabado su razonamiento, se fué á su aposento y se derribó en el suelo dándose golpes en los pechos, y derramando muchas lágrimas, pedia perdon á Dios de sus pecados y de la negligencia con que le servia siendo sacerdote y obispo, y participando cada dia de sus divinos misterios, y estando obligado á dar ejemplo á los demás, y viendo que el trabajo que un solo dia tomaba en aderezarse aquella desventurada pecadora, excedia al que en toda la vida él tomaba en componer su alma: y no se hartaba de llorar ni de lamentarse de sí mismo, cotejando por una parte, quién era aquella mujer, y quiénes eran los hombres, y lo que hacia por parecerles bien; y por otra, quién era él y quién es Dios, y lo poco que hacia por agradarle. Vino el domingo: y estando todos los obispos en la iglesia, acabado de decir el santo Evangelio, el patriarca de Antioquía dió el libro á Nono, rogándole que predicase al pueblo. Él lo hizo descubriendo el tesoro escondido de sabiduría y espíritu divino que el Señor habia encerrado en su pecho. Usaba de palabras nó pulidas ni elegantes, ni de razones sutiles y filosóficas, ni de arte de retórica y elocuencia, sino de unas sentencias macizas y verdaderas, envueltas con el espíritu de Dios, agudas y eficaces para quebrantar y ablandar los corazones endurecidos. Comenzó á reprender los vicios, y á poner delante el tremendo juicio de Dios, el castigo de los malos y el premio de los buenos, con tanto fervor, que oyendo las palabras del santo obispo, todo el auditorio se movió y compungió y lloró muchas lágrimas. Hallóse presente á este sermon aquella mujer pecadora y profana que dijimos arriba: la cual aunque no era cristiana, ni solia oir sermones, ni tener cuenta con su conciencia, ni venir á la iglesia; mas aquella vez vino por ordenacion de Dios, que por este medio la queria salvar. Fué tanto lo que las palabras de Nono obraron en ella, y lo que el Señor enterneció su corazon, que despidiendo de sus ojos muchas lágrimas, acabado el sermon, y sabiendo que el predicador estaba en su celda, le envió con dos criados suyos una carta en que decia estas palabras: «Al santo discípulo de Cristo, la pecadora y discípula del demonio. Oido he de tu Dios, que descendió de los cielos á la tierra por la salud de los hombres, y que aquél, á quien los querubines no osan mirar, conversó con publicanos y pecadores, y no se desdeñó de hablar con una mujer samaritana y pecadora. Pues siendo tú discípulo de este Señor, no es justo que menosprecies á una pecadora como yo, negándome tu habla, por medio de la cual deseo ver á Jesucristo.» Turbóse con esta carta san Nono, temiendo que el demonio no le quisiese armar algun lazo por medio de aquella deshonesta y atrevida mujer; y respondióle que bien sabia Jesucristo, quién ella era y la intencion que tenia, que no le tentase; porque era hombre y pecador, y que en ninguna manera consentiria que le hablase sino delante de los otros obispos. Ella se contentó con esta respuesta, y con grande alegría se fué á la iglesia del bienaventurado mártir San Julian, donde estaba san Nono delante de los otros obispos, y se postró delante de ellos en el suelo, y abrazándose con los piés de Nono, con los ojos como dos fuentes de lágrimas, le comenzó á suplicar que imitase á su maestro Jesucristo, y la bautizase é hiciese cristiana; porque era un piélago de torpezas y un abismo de maldades. Y como el santo obispo le dijese, que los sagrados cánones vedaban bautizar á ninguna mujer públicamente mala, si no daba fianzas de no volver á su mal estado; ella con gran fervor le replicó, deshaciéndose en lágrimas y lavando con ellas los piés del obispo, que mirase lo que hacia; porque él habia de dar cuenta á Dios de su alma y de todos sus pecados, y que Dios se la pediria, si dilatase el bautizarla y limpiar su alma de las manchas de ellos: y que rogaba á Dios, que no tuviese parte en él con sus santos, y que fuese juzgado como si le negase, si aquel dia no la hiciese esposa de Cristo, y no la ofreciese pura y sin mácula en su presencia. A todos los obispos convencieron las palabras tan ardientes y fervorosas, y mas los sollozos y lágrimas de aquella pública pecadora, y dieron aviso al patriarca de

lo que pasaba, rogándole que les enviase una mujer de buena vida y ejemplo; y así lo hizo mandando ir á la iglesia á una señora, llamada Romana, que tenia el primer lugar entre las mujeres dedicadas á Dios. Vino Romana á la iglesia, y halló á la pecadora abrazada con la tierra; y apenas la pudo persuadir que se levantase de ella: y el santo obispo la preguntó, cómo se llamaba; y ella respondió, que sus padres le habian puesto por nombre Pelagia, aunque los ciudadanos de Antioquía le llamaban Margarita, por las muchas margaritas y perlas preciosas que traia en sus vestidos y galas, siendo para muchas almas lazo de Satanás. Con esto el santo obispo la bautizó con nombre de Pelagia: y hechas las demás ceremonias, le dió el santísimo Sacramento del cuerpo de Jesucristo, y la entregó á Romana para que la instruyese y enseñase en las cosas de la fé.

Gran regocijo hubo en la ciudad de Antioquía, por ver la conversion de una pecadora tan pública y famosa, especialmente los obispos se alegraron por extremo é hicieron gracias al Señor; pero el que mas demostracion hizo fué el santo obispo Nono, que la celebró con los ángeles del cielo, é hizo fiesta aquel dia, echando aceite en la comida y bebiendo vino por haber ganado aquella mujer para Dios: mas al tiempo que comia, se oyeron unas voces lamentables y unos alaridos espantosos como de persona que se quejaba y á quien se hacia alguna fuerza; y era el demonio que se lamentaba por haber perdido aquella pecadora, en quien como en cebo sabroso picaban tantas almas, y tragaban el anzuelo de su condenacion. Oyóse que decia: ¡Ay de mí miserable, cómo es grande el mal que padezco por este viejo decrépito! ¿No le bastara que me quitó de las manos treinta mil sarracenos que bautizó y ofreció á Dios? ¿No se contentara con que quitó de mi jurisdiccion á la ciudad de Heliópolis, donde yo era adorado y reverenciado, y la restituyó á su Dios? Ahora me ha quitado mi esperanza: ya esto no se puede sufrir. O hombre maldito, ¡cuánto padezco por tí! Maldito sea el dia en que naciste; pues me haces tan cruel guerra. Estas voces daba el demonio, oyéndolas los que allí estaban; pero como eran sin provecho, acometió luego á la nueva cristiana: quejóse de ella, porque le habia hecho traicion y vendido como Judas, habiéndola él enriquecido y honrado tanto. Oyendo Nono lo que el demonio decia á Pelagia, porque estaba cerca; le dijo que se armase con la señal de la cruz. Ella lo hizo, y el demonio huyó y la dejó por entonces: aunque dos dias despues, estando durmiendo una noche, le apareció y le dió nuevas quejas; mas ella con las mismas armas se defendió y se libró de sus manos. Pues ¿quién no ve en estas quejas de Satanás la parte que él tiene en las mujeres, que son el tropiezo y escándalo de la república, y que se sirve de ellas como de red, para pescar y coger las almas de la gente liviana y deshonesta? ¿Quién por aquí no entiende cuán acepto y agradable servicio hace á Dios, el que se emplea en convertir los pecadores y librarlos del cautiverio del demonio; y traerlos al conocimiento y amor del Señor; y la rabia y saña que tiene el comun enemigo contra los que le hacen este género de guerra? Mas al tercero dia despues del bautismo, mandó Pelagia á un criado suyo que hiciese inventario de todos sus bienes, y que le trajese toda la plata, oro, joyas y piedras preciosas y vestidos ricos que tenia: y traído, lo entregó todo en manos del obispo Nono, para que dispusiese de ello á su voluntad: y él mandó al mayordomo de la iglesia, que todo lo repartiese á las viudas, huérfanos y pobres, sin que cosa alguna de ello quedase á la iglesia; y así se hizo. Llamó despues Pelagia á sus esclavos y esclavas, y dióles libertad con algunas joyas que para ello habia guardado, exhortándoles á mirar por sí, y librarse de la tiranía y vanidad del siglo. A los ocho dias, cuando los nuevamente bautizados dejaban la vestidura blanca que recibian en el bautismo, ella se la desnudó y se vistió de un áspero silicio; y sin decir nada á nadie, secretamente una noche se partió de Antioquía, dejando á Romana, su maestra, muy desconsolada por no saber adónde Pelagia se hubiese ido; mas el obispo Nono la consoló, diciéndola, que Pelagia habia escogido la mejor parte como María Magdalena, y era guiada de Dios; que no tuviese pena. Ella se fué á Jerusalen, y en el monte Olivete edificó una celda y se encerró en ella vestida de hombre, y con nombre de Pelagio. De allí á tres ó cuatro años, yendo á Jerusalen por su devocion un diácono del santo obispo Nono, que se llamaba Jacobo (que es el que como testigo de vista escribe esta historia), el obispo le mandó que en Jerusalen preguntase por un monge llamado Pelagio, que habia vivido algunos años solo y encerrado, y que de su parte le visitase. Hízolo así el diácono: hallóle en la celda del monte Olivete que he dicho, que tenia una sola ventanilla, á la cual se asomó Pelagio: y aunque conoció al diácono, no fué de él conocido; porque con los ayunos y penitencias estaba muy desfigurado y flaco, el color pálido, los ojos hundidos y como un vivo retrato de la muerte. Dióle el diácono el recado de su obispo; y él le respondió que era varon santo y que rogase á Dios por él, y cerró su ventanilla. Volvió otras veces el diácono para saludarle, y llamó á la ventana dos y tres dias: y como ninguno respondiese, mirando por la ventana lo mejor que pudo, vió que estaba muerto el monge Pelagio. Dió nueva de su muerte á otros santos monges, entre los cuales tenia gran fama de santidad. Juntáronse muchos y fueron á la celda de Pelagio, y sacando el santo cuerpo, y queriéndolo ungir con mirra (como entonces se usaba), hallaron que era mujer; y á una levantaron la voz alabando al Señor, y dijeron: Bendito seais vos, Dios nuestro, que teneis tantos tesoros escondidos en la tierra, no solo entre los hombres, sino entre las mujeres. Divulgóse el caso por toda aquella tierra, y vinieron de los monasterios de mujeres, que estaban en Jericó y en el Jordan, muchas de ellas con cirios y lumbres, y fué su santo cuerpo sepultado. Esta fué la vida de Pelagia pecadora: esta fué su conversion. El Martirologio romano y el de Usuardo ponen su muerte á 8 de octubre; y á lo que se puede entender de Niceforo y del cardenal Baronio en sus anotaciones sobre el Martirologio, fué su muerte, siendo emperador Teodosio el menor. Tambien hace mencion el Martirologio romano de Nono, obispo de Edesa, en 2 de diciembre, que fué el que la convirtió.

* San Simeon, confesor.—Vivia este santo en Jerusalen esperando la llegada del Salvador de Israel. Pasaba la mayor parte del tiempo en el templo, y estaba en él cuando fué presentado Jesucristo. El santo Simeon recibió á Jesucristo entre sus brazos, y lleno de contento por un beneficio tan singular, manifestó su reconocimiento por medio de un cántico en el que expresa la venida del Hijo de Dios á la tierra, y los beneficios que habian de experi-

mentar los pueblos de su venida. Algunos creen que Simeon era gran sacerdote del pueblo hebreo, mas Feller dice que esta tradicion no tiene fundamento alguno. El evangelista san Lucas en su capítulo segundo, así habla de Simeon.

Habia á la sazon en Jerusalen un hombre llamado Simeon, y este hombre, justo y temeroso de Dios, esperaba la consolacion de Israel, y el Espíritu Santo era en él. Y habia recibido respuesta del Espíritu Santo, que él no veria la muerte sin ver ántes al Cristo del Señor. Y vino por espíritu al templo. Y trayendo los padres al niño Jesus, para hacer segun costumbre de la ley por él: entonces él lo tomó en sus brazos, y bendijo á Dios y dijo: ahora, Señor, despides á tu siervo, segun tu palabra en paz, porque han visto mis ojos tu salud; la cual has aparejado ante la faz de todos los pueblos; lumbre para ser revelada á los gentiles, y para gloria de tu pueblo Israel. Y su padre y madre estaban maravillados de aquellas cosas que de él se decian. Y los bendijo Simeon, y dijo á María su Madre: hé aquí que este es puesto para caida y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal á la que se hará contradiccion. Y una espada traspasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Hasta aquí el Evangelio. Esto es lo único que se sabe de Simeon; pero se cree que moriria en Jerusalen muy luego de este suceso.

Santa Reparada, vírgen y mártir.—Natural de la ciudad de Cesarea, en Palestina, que ilustró con su vida y milagros. En tiempo del emperador Decio, el año 251, fué acusada de ser cristiana, y no queriendo hacer sacrificio á los ídolos, despues de haber sufrido diverso género de tormentos, la degollaron. Algunos fieles vieron á su alma salir del cuerpo y subir al cielo en figura de paloma.

San Demetrio, mártir.—Siendo procónsul romano se convirtió á la religion cristiana y se dedicó desde luego á promover con todas sus fuerzas los intereses del cristianismo. En Tesalónica convirtió muchos infieles á la verdera fé, y en la misma ciudad lo prendieron y lo degollaron por órden del emperador Maximiano, el año 304. San Anastasio, bibliotecario de la Iglesia romana, tradujo la vida de Demetrio en latin por órden del emperador Carlo Magno, que era devoto del ilustre mártir.

Santa Benedicta, vírgen y mártir.—Francesa por nacimiento y habitante de la ciudad de Lyon, fué esta santa vírgen gloria de su sexo y honor de su patria. Su prolongado martirio le proporcionó ocasion de dar pruebas de su constancia y valor, y testimonio de su viva fé. Por fin, despues de mucho padecer, por órden del juez Macrobio fué decapitada en la misma ciudad de Lyon.

San Evodio, obispo y confesor.—No se sabe de fijo la época en que fué este santo elevado á la silla episcopal de Roan, aunque se cre que fué durante el siglo V. Segun el autor de sus actas, fué educado desde muy tierna edad en el servicio de la Iglesia de Roan, su patria, y despues recibió las órdenes sagradas de manos del obispo san Victricio. Dicen que murió en Andelis, el año 344, y que su sagrado cuerpo fué posteriormente trasladado á la Iglesia de Roan, y últimamente á la diócesis de Soissons, donde se conserva.

San Pedro, mártir.—El Martirologio hace memoria en este dia de un mártir de Sevilla, llamado Pedro, del cual hablan además muchos escritores. No se halla ningun documento relativo á este santo, que sea anterior á Usuardo, por lo cual sospecha el P. Florez, que padeció en tiempo de los moros, y no en el de los romanos en que fijan algunos su martirio. La Iglesia de Sevilla comenzó á celebrar su fiesta por los años de 1621, y de su vida nada se sabe.

San Nestor, mártir.—Era de Tesalónica, y fué convertido á la fé de Jesucristo por san Demetrio, con quien estuvo despues unido con los vínculos de la amistad. De san Demetrio hablamos en este mismo dia, y solo podemos añadir que san Nestor derramó su sangre en su compañía en el mismo dia y lugar el año 304.

San Artemon, presbítero y mártir.—En tiempo del emperador Diocleciano fué presbítero de la Iglesia de Laodicea, en Frigia. Un año ántes que fuese coronado con la corona del martirio, entró con su obispo en el templo de los ídolos y cayeron derribadas milagrosamente todas las estatuas de los dioses. Luego que lo supo el prefecto mandó que los prendiesen á ambos; pero no habiendo podido encontrar mas que al obispo, le quitaron la vida. A Artemon le encontraron despues de algun tiempo, y habiéndole conducido á la misma ciudad de Laodicea, y negándose á ofrecer incienso á los dioses, le rajaron todas las carnes, y le iban ya á meter en una caldera para asarle, cuando se aparecieron dos enormes águilas que arrebataron al prefecto, y llevándoselo por los aires lo dejaron caer sobre unas rocas, donde espiró. Asustados los paganos con aquel portento, dejaron libre al santo, que murió dentro de poco en paz el año 298.

Santa Palaciata y santa Lorenza, vírgenes y mártires.—Palaciata era una señora principal de la ciudad de Ancona, y Lorenza era criada suya. Ambas eran cristianas de todo corazon, y deseaban dar su vida por su esposo Jesucristo. En el reinado del emperador Diocleciano fueron presas y afligidas con varios tormentos: primero las arrojaron al fuego, del cual salieron ilesas, luego, atada una gran roca al cuello, las echaron al mar, pero las sacó un ángel y las puso en una nave que se encaminó á la orilla. Despues de esto fueron enviadas á Roma, y de aquí las desterraron á Fermo, donde murieron por los primeros años del siglo IV.

Santa Brígida, viuda.—Su vida la hemos colocado en el dia 23 de julio, en que murió.

DIA 9.

Los santos Dionisio Areopágita, obispo, Rústico, Eleuterio y sus compañeros, todos mártires.—La vida y martirio del gran filósofo y divino teólogo Dionisio Areopagita, discípulo del apóstol san Pablo, escribieron Aristareo; Metodio, obispo de Constantinopla; Miguel Singelo; Metafraste; Glicas y Suidas, autores griegos; y de los latinos, Hilduino, á peticion del emperador Ludovico; Adon; san Antonino, arzobispo de Florencia; Mateo Galeno, y los que tratan vidas de santos; y los Martirologios hacen mencion de san Dionisio como de varon sapientísimo, obispo santísimo é ilustrísimo mártir: de los cuales escritores y del cardenal Baronio en el primero y segundo tomo de sus Anales, y en las anotaciones sobre el Martirologio romano, sacaremos lo que de este santo habemos de decir.

Nació san Dionisio en Atenas, ciudad principalísima de Grecia, madre de todas las ciencias. Sus padres fueron

hombres ilustres y ricos, y si algunos habia en Atenas moralmente justos, benignos, y para con los huéspedes amorosos y liberales. Dióse san Dionisio á los estudios, y salió tan eminente en ellos, que, así por su gran sabiduría, como por su claro linaje, alcanzó el primer lugar entre los que regian y gobernaban la ciudad. Pasó á Egipto para mejor estudiar y saber el curso del cielo y de las estrellas y todo lo que toca á la ciencia de la astrología. Siendo de veinte y cinco años, y estando en la ciudad de Heliópoli, un compañero suyo, llamado Apolofanes, vió el eclipse del sol que sucedió en toda la tierra por espacio de tres horas, al tiempo que Jesucristo nuestro Salvador estaba clavado en el madero de la santa cruz. Conoció entonces san Dionisio que aquel eclipse del sol no era natural, porque la luna estaba llena y en oposicion del sol, y duró mas tiempo de lo que naturalmente habia de durar. Quedó con aquella novedad maravillado y asombrado; y comunmente se dice que dijo estas palabras: *Aut Deus naturæ patitur; aut mundi machina dissolvetur:* O el Dios autor de la naturaleza padece, ó toda la máquina del mundo perecerá. Miguel Singelo, presbítero jerosolimitano, autor muy antiguo, escribe que oyó decir á su padre, que las palabras que habia dicho san Dionisio cuando vió aquel prodigio tan grande, fueron estas: «Dios desconocido padece en la carne; y por esta causa el universo con estas tinieblas se ha oscurecido y temblado:» y lo mismo refiere Suidas. Pero el mismo san Dionisio, en una epístola que escribe á Policarpo, y en otra á Apolofanes (que le acompañó cuando vieron el eclipse), dice que preguntándole que le parecia de aquella novedad, de la cual él estaba tan admirado, le respondió que eran mudanzas de las cosas divinas, y que notó el dia y y la hora de aquella tan extraña novedad. Fué casado san Dionisio con una señora principal, llamada Damaris (como se saca de san Ambrosio y de san Juan Crisóstomo) y celebró este matrimonio por dar contento á sus padres. Vivió en su república con rara moderacion: administraba justicia con gran rectitud, y era estimado y honrado de todos los atenienses como filósofo sapientísimo. Entró en esta sazon el apóstol san Pablo en Atenas para enseñar la filosofía del cielo, y con la luz del Evangelio deshacer las tinieblas y vana filosofía de la tierra, y conducir las varias sectas de los epicúreos, estoicos, peripatéticos, académicos y de otros sabios ignorantes que habia en aquella ciudad: la cual, como era escuela de todas las ciencias humanas, así se ocupaba en el estudio y ejercicio de ellas. Entrando el sagrado apóstol, vió que á mas de los otros muchos dioses que se adoraban en Atenas, habia un altar dedicado á un Dios no conocido, con este título: *Ignoto Deo:* y tomando, como prudentísimo y divino orador, ocasion de lo que habia visto, comenzó á predicar al Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra, y á declarar que era aquel Dios que ellos adoraban sin conocerle, como lo testificaba el título del altar, consagrado al Dios no conocido. Habia en Atenas, en un collado ó lugar eminente y alto, un tribunal de doce jueces y supremos gobernadores, que se juntaban en él para hacer justicia y tratar las causas criminales de los acusados. Estos jueces se llamaban areopagitas; porque se juntaban en aquel lugar á tratar causas de muerte, á las cuales (segun la ignorancia de los gentiles) presidia el dios Marte; y por eso le llamaban *Areopago;* porque *Ares*, en griego quiere decir «Marte,» y *Pagos* «collado ó lugar alto y eminente:» y eran tan graves y enteros los jueces de aquel magistrado, que antiguamente para decir que un juez era hombre severo é incorrupto, decian que era un areopagita. Habiendo, pues, san Pablo predicado una nueva religion y un Dios que ellos no conocian; como á hombre sacrílego y facineroso le llevaron al Areopago, donde presidia san Dionisio y era cabeza de los otros areopagitas; porque, aunque los romanos se habian hecho señores de toda la Grecia; pero habian dejado á los atenienses y lacedemonios libertad para gobernarse segun sus leyes, y tener sus magistrados, que conforme á ellas les hiciesen justicia, como lo dice el Metafraste. Estando, pues, el apóstol en el Areopago, rodeado por todas partes de filósofos, habló altísimamente de la majestad de Dios, mostrando que es uno, Criador y Señor del cielo y de la tierra, y que era aquel Dios desconocido que ellos adoraban, con otras razones admirables y divinas; y concluyó su razonamiento con decir que habia de llegar la resurreccion de los muertos y dia señalado para juzgarlos, y dar á cada uno segun sus obras. Como ellos oyeron hablar de la resurreccion, quedaron espantados, y unos se burlaban de él, y otros dijeron que le querian oir otro dia de aquella materia mas despacio; porque como los atenienses eran gente curiosa y novelera (como dice el evangelista san Lucas), y juntamente habladora y parlera (que lo uno se sigue de lo otro), tenian gran impedimento para conocer y abrazar la verdad; y así no es maravilla que cerrasen la puerta de su corazon á la verdad que les predicaba el apóstol, por tenerla tan abierta á la mentira, y que aquella semilla del cielo sembrada por san Pablo, como labrador divino, no hiciese tan gran fruto como fuera razon, por caer en tierra tan inculta y llena de espinas y abrojos: aunque no faltaron algunos que, como buena tierra, recibieron la palabra del Señor y se convirtieron: entre los cuales principales fueron el presidente de aquel senado Dionisio Areopagita y Damaris su mujer, los cuales le siguieron y se confirmaron mucho mas en la verdad despues que familiarmente trataron con el santo apóstol y oyeron de él los misterios de nuestra santa fé, particularmente san Dionisio, cuando entendió que el eclipse que él habia visto en la ciudad de Heliópoli, habia sido en la misma hora que el Redentor del mundo, como verdadero Sol de justicia, se habia eclipsado en la cruz, y el cielo se habia vestido de luto, y temblado la tierra, y todos los elementos hecho sentimiento por la muerte de su Criador.

Fué grande admiracion en toda la ciudad de Atenas el ver á san Dionisio convertido á la fé de Jesucristo nuestro Salvador; porque todos le tenian por varon sapientísimo y maestro de los demás, y como príncipe de los sabios de Atenas. De aquí comenzó Dionisio de maestro á hacerse discípulo de san Pablo y del divino Hieroteo; y él mismo se precia de ello, y haber aprendido de ellos la divina y profundísima sabiduría, que despues comunicó con sus libros á toda la Iglesia católica. Y puesto caso que san Dionisio se hizo cristiano y dejó el Areopago y el cargo que tenia en él de presidente; todavía siempre le quedó el nombre de Areopagita, como á san Justino, mártir, el de Filósofo, y á otros santos los que tenian ántes de su conversion. Estando ya bien enseñado en las Letras sagradas, y siendo de vida perfectísima, el mismo apóstol san Pablo, al cabo de tres años que le habia tenido consigo, le consagró en obispo y padre de los que cada dia se iban convirtiendo en Atenas, para que enseñase, honrase y diese sa-

lud y vida á su misma patria, por la cual Dios le habia dado á él el ser que tenia. Hízolo el santo con gran cuidado y vigilancia, y ganó muchas almas para el Señor. Sucedieron á san Dionisio dos cosas maravillosas con la santísima Vírgen María nuestra Señora, la una en vida y la otra en muerte. La primera fué, que yéndola á ver, luego que la vió le dió una admiracion y un estupor tan grande, que la tuviera por Dios, y como á tal la adorara, si no supiera por la fé que no lo era; porque aquella majestad y resplandor que vió en ella fué tal, que le parecia que no podia caber en persona mortal. Una epístola anda impresa en nombre de san Dionisio para san Pablo, en que se cuenta esto; aunque en el catálogo de las obras de san Dionisio, donde se pone el número de sus epístolas, no se hace mencion de esta; pero refiérela Hubertino, Dionisio Cartusiano y Casiano. La segunda cosa fué, que al tiempo que la sacratísima Vírgen hubo de partirse de esta vida; para consuelo suyo y de todos los apóstoles que estaban esparcidos y predicando por diversas provincias del mundo, el Señor por ministerio de ángeles se los trajo, para que se despidiesen de ella y tomasen su bendicion, y se hallasen á su muerte y la alabasen con himnos, y diesen á su santo cuerpo sepultura, se halló tambien presente san Dionisio, con Hieroteo y otros varones apostólicos, como él mismo lo refiere.

Despues que san Dionisio hubo gobernado la Iglesia de Atenas muchos años, y con su vigilancia y grandes trabajos recogido copiosas mieses en las trojes del Señor, y fué á Efeso á hablar á san Juan, evangelista, recien venido del destierro de Patmos y por su consejo, siendo ya sumo pontífice y vicario de Cristo nuestro Salvador en la tierra san Clemente, papa; partió para Roma á verse con él; de allí, quedando bien proveida la Iglesia de Atenas de pastor con la persona de Publio (que sucedió en ella á san Dionisio), fué enviado del mismo san Clemente á predicar á Francia la fé de Cristo, y alumbrar toda aquella provincia con la luz del Evangelio, que estaba por una parte muy dispuesta para recibirla, y por otra falta de obreros y maestros que la enseñasen, por haber muerto los primeros discípulos que el apóstol san Pedro habia enviado á ella. Llevó san Dionisio en su compañía á Rústico, sacerdote, y á Eleuterio, diácono, y á Eugenio y á otros que se le juntaron. A Eugenio envió á España, y él entró en ella y llegó hasta la ciudad de Toledo, y fué su primer arzobispo; y despues volviendo á Francia, fué martirizado como en su vida y martirio (que es á los 15 de noviembre) se verá. Entró san Dionisio en Francia con sus santos compañeros: y sabiendo que la ciudad de París era muy populosa, rica y abundante, y cabeza de todas aquellas provincias, se fué á ella, para ganar aquel alcázar para Dios, y de allí hacer guerra al demonio. Allí comenzó á abrir su celestial pecho, y descubrir las riquezas de Dios que en él traia, predicando su Evangelio, y acompañando sus palabras con obras maravillosas y milagros que hacia. Con esto, y su vida santísima y doctrina divina, en breve tiempo recibieron la lumbre del cielo, los que vivian en la sombra de la muerte; y despedidas las tinieblas de su ceguedad, abrieron los ojos para ver y conocer la luz de nuestras almas, Jesucristo nuestro Redentor. Y nó solamente en la ciudad de París se hacia fruto admirable, sino tambien en las otras partes adonde el santo con su bendicion enviaba otros discípulos suyos. Iba esto creciendo de manera, que se convertian muchos caballeros ricos y sabios, y se derribaban los templos de los ídolos, y se edificaban muchas iglesias, donde el nombre de Jesucristo era alabado. Tuvo envidia de este gran bien nuestro comun enemigo: procuró quitar del mundo á san Dionisio, que era el principal ministro de Dios para esta obra suya; y movió á los sacerdotes de los ídolos, para que lo procurasen matar: y habiendo venido muchas veces con gente armada para prenderle, resplandecia en el rostro de san Dionisio una luz tan celestial, que muchos de ellos se convirtieron y los demás huyeron de espanto. Finalmente, un prefecto, llamado Fescenio Sisinio, le hizo prender juntamente con Rústico y Eleuterio, sus compañeros. Tuvo Sisinio con el santo un largo razonamiento, reprendiéndole por haber quitado con su predicacion la adoracion de sus dioses, y exhortándole á confesar su error, y recompensar el daño que habia hecho, con persuadir al pueblo que, dejadas las novedades sin fundamento que les habia enseñado, volviesen á lo antiguo: y como san Dionisio le respondiese con gran libertad y zelo de la honra de Dios, mostrándole cuán indignos eran de ser tenidos por dioses, los que habian sido hombres viciosísimos, y que adorar piedras y palos, era mayor ceguedad, y que no habia otro Dios verdadero, sino el que él predicaba; el juez, enojado de su respuesta, le mandó azotar terriblemente, y despues ponerle sobre parrillas, y á fuego manso quemar. Y añade Hilduino, que despues le echaron á las bestias fieras hambrientas, y que haciendo la señal de la cruz sobre ellas, se postraron á sus piés; y que no contentos con esto, le arrojaron en un horno ardiendo, y habiendo salido de él, le crucificaron, y que desde la cruz predicaba á Cristo nuestro Redentor; y viendo que no moria, le desclavaron y pusieron en la cárcel con otros cristianos presos, donde el santo dijo misa, para animarlos con la sagrada comunion; y al partir la sagrada hostia, apareció á todos visiblemente Cristo nuestro Señor con una desacostumbrada luz, y habló con san Dionisio, esforzándole al martirio. Fueron otra vez presentados delante del juez san Dionisio y sus compañeros, y de nuevo azotados: y visto por el juez, que no morian, y que sufrian todos los tormentos con admirable constancia y alegría, levantándose con furor de su silla, dijo: Los dioses son menospreciados, los emperadores desobedecidos y los pueblos engañados con vuestros encantamientos, haciendo milagros falsos: delitos son estos que merecen ser con rigor castigados: por tanto yo mando que luego seais muertos. A esta voz san Dionisio, Rústico y Eleuterio, sin mostrar en sus rostros turbacion, respondieron muy contentos: Sean semejantes á los dioses, los que los adoran; que nosotros á Dios del cielo adoramos. Encendióse el impío juez con las piadosas palabras de los santos y mandó luego ejecutar en ellos la sentencia de muerte. Sacáronlos fuera de la ciudad á un monte alto, y entregáronlos á los verdugos, para que los degollasen. San Dionisio se puso de rodillas, y levantadas las manos, y puestos los ojos en el cielo, dijo: Señor Dios Padre todopoderoso, y Jesucristo, Hijo de Dios vivo y tú, Espíritu Santo, Consolador, que sois un Dios en la misma substancia, y una indivisible Trinidad, recibid en paz las almas de estos vuestros siervos; pues por vuestro amor perdemos la vida. Respondieron Rústico y Eleuterio, en voz alta: *Amen*. Acabada esta oracion, les cortaron las cabezas con unas cuchillas, ó hachas de armas embotadas, y de

grueso filo para mayor tormento, como el juez lo habia mandado. Degolláronlos allí en aquel monte, que hoy dia se llama: *Mons Martyrum*: El monte de los mártires, por memoria y reverencia de ellos, y el mismo dia padecieron en París martirio muchos cristianos. Pero sucedió, despues que los martirizaron, un milagro de grande admiracion. Levantóse el cuerpo de san Dionisio en pié, y tomó su propia cabeza en sus manos, como si fuera triunfando y llevara en ella la corona, trofeo de sus victorias. Iban los ángeles del cielo acompañando al santo, cantando á á coros himnos con una celestial armonía y consonancia, y acababan con aquellas palabras: *Gloria tibi, Domine, Alleluya;* y la gente, que oyó las voces (que era innumerable) y muchos de los ministros, que le habian perseguido, creyeron en el Señor, haciendo penitencia de su infidelidad. Anduvo el santo con su cabeza en las manos como dos millas, hasta que encontró con una buena mujer, llamada Catula, que salia de su casa; y llegando el cuerpo de san Dionisio á ella, le puso su cabeza en las manos. Habíanse quedado en el lugar del martirio Rústico y Eleuterio: y tratando los impíos ministros de echarlos en el rio, para que los comiesen los peces y no fuesen honrados de los cristianos; la religiosa mujer Catula con gran sagacidad y prudencia convidó á comer á aquellos ministros de Satanás en su casa, y los regaló y entretuvo, hasta que los cristianos tomaron aquellos sagrados cuerpos de los mártires y los escondieron. Despues los paganos los buscaron, y por no hallarlos, se embravecieron é hicieron grandes amenazas; mas ella los aplacó con dádivas, y con maña puso los santos cuerpos en una casa particular, fuera de los muros de París; y pasados algunos años, se les edificó allí un famoso templo, donde reposan; y los que visitan sus santas reliquias, por su intercesion alcanzan grandes misericordias del Señor. Pero mucho mas magnífico y suntuoso se hizo el sepulcro de san Dionisio, despues que los cristianísimos reyes de Francia le ennoblecieron con suntuosos y magníficos edificios, y le acrecentaron con grandes rentas, y le escogieron para su entierro. Fué el martirio de san Dionisio á los 9 de octubre, imperando Adriano, á los ciento y diez años de su edad. Verdad es que Metafraste, Hilduino, é Hincmaro, obispo de Rheims y otros, dicen que murió en tiempo del emperador Domiciano, de noventa y un años; pero ni lo uno ni lo otro puede ser verdad. Lo primero; porque en una epístola, que el mismo san Dionisio escribe al apóstol y evangelista san Juan, desterrado en la isla de Patmos, le dice que habia tenido revelacion de Dios, que saldria libre de aquel destierro y volveria á Asia, y que allí los dos se verian: lo cual se cumplió cuando á Domiciano, ya muerto, sucedió Nerva, y se anularon los decretos crueles de Domiciano, y los presos y desterrados fueron restituidos á su libertad: y el mismo san Dionisio cita la epístola de san Ignacio ya difunto, que escribió á los romanos: el cual (como es notorio) fué coronado de martirio en tiempo de Trajano, que sucedió á Nerva. Miguel Singelo dice, que llegó san Dionisio á los postreros años del imperio de Trajano; mas los Martirologios antiguos ponen el martirio de san Dionisio, imperando Adriano, como lo notó el cardenal Baronio. De esta manera se saca lo segundo, que es haber vivido san Dionisio ciento y diez años; porque (como dijimos) en la epístola, que escribe á Apolofanes, dice que al tiempo del eclipse y pasion del Señor, él tenia veinte y cinco años: habiendo muerto el año por lo ménos de 119, en que Adriano comenzó á imperar, necesariamente le habemos de dar esta edad, y no la que le daban otros autores, como el mismo cardenal Baronio lo prueba en sus Anales.

Escribió san Dionisio algunos libros admirables y llenos de aquella celestial sabiduría que su maestro san Pablo habia oido en el cielo, y á él le habia enseñado, de la Celestial Jerarquía, de la Jerarquía eclesiástica, de los Nombres divinos, de la Mística Teología y de la Simbólica Teología, y de algunas epístolas maravillosas y dignas de tan gran varon. Verdad es, que algunos autores antiguos, y otros modernos y libres, han puesto duda si estas obras son de nuestro san Dionisio Areopagita, ó de Dionisio, obispo de Corinto, ó de otro Dionisio Alejandrino, que tambien fueron varones insignes y eminentes; pero no hay duda ninguna, sino que el autor de estas obras fué san Dionisio Areopagita; porque á mas de que la grandeza y alteza de las cosas que dice, y la gravedad y profundidad de las palabras con que las dice, muestran que el autor fué varon apostólico, y tuvo espíritu y doctrina, mas divina que humana; él mismo se llama en ellas discípulo de san Pablo, y de Hieroteo: escribe á san Juan, evangelista, y tambien á Timoteo y á Tito y á Policarpo, como á condiscípulos y compañeros: hace mencion del eclipse que vió al tiempo de la pasion del Señor: todo lo cual no puede convenir á ninguno de los otros dos Dionisios. A mas que le cita Orígenes, san Atanasio y san Juan Crisóstomo; y el mismo Dionisio, obispo de Corinto, san Gregorio, papa, san Damasceno y la sexta sínodo constantinopolitana alega con gran reverencia sus palabras, y la octava sínodo alaba sus libros: y san Máximo, Miguel Jerosolimitano, san Martin, mártir, y Beda y otros muchos graves autores despues de él, los reconocen por de san Dionisio Areopagita, y los han traducido del griego, é interpretado, y escrito comentarios y anotaciones sobre ellos, como Juan Escoto, Hugo de San Victor, Roberto Linconiense, Alberto Magno, Dionisio Cartujano, y Ambrosio Camaldulense: así que en esto no hay que dudar. Entre las otras epístolas de san Dionisio hay una para Demofilo, á quien el mismo santo habia ordenado ostiario, y dádole por sus manos el hábito y estado de monge. Este Demofilo vió á un grande pecador, que reconociendo su culpa, se echaba á los piés de un sacerdote, pidiendo con humildad y confusion, penitencia y remedio de sus pecados, y que el sacerdote recibia, como estaba obligado, al penitente con misericordia: y movido con un zelo indiscreto y atrevido, se enojó contra el penitente, echándole á coces de la iglesia, porque habia ofendido á Dios, y contra el sacerdote porque le admitia á penitencia, diciéndole malas palabras, y que se saliese de la iglesia: y pareciéndole que habia hecho grande hazaña y servicio á Dios, escribió una carta á san Dionisio contándole el caso. El santo le respondió otra, enseñándole y reprendiéndole aquel falso zelo y sobrado atrevimiento, y le refiere una historia que san Carpo, obispo, le habia contado estando en la isla de Candía: que por ser digna de tan sagrado autor, y útil para los pecadores y para los médicos espirituales que los curan, quiero yo en suma poner aquí.

Dice, pues, san Dionisio, que estando en Candía, le hospedó en su casa san Carpo, varon perfecto, y por la

limpieza de su alma, dignísimo de ser visitado y regalado de Dios: el cual no comenzaba á decir misa, hasta haber tenido alguna especial visitacion del cielo, y que le dijo, que una vez tuvo gran tristeza, porque un infiel en cierta fiesta, que se hacia á sus dioses, habia engañado á otro fiel, pervertídolo, y apartádole de nuestro benignísimo Jesus. De la tristeza nació á san Carpo un grande enojo y amargura contra aquellos pecadores que así habian ofendido al Señor, pareciéndole que eran indignos de la vida, y pidiendo á Dios que los privase de ella con algun rayo ó torbellino. Estando el santo con esta turbacion y sentimiento, una noche vió súbitamente que la casa en que estaba, temblaba con gran terremoto y despues de alto á bajo por medio se abria. Vió juntamente una luz inmensa que bajaba del cielo, hasta donde él estaba: alzó los ojos al cielo y vióle abierto, y allí sentado al Salvador, rodeado de ángeles en figura humana. Volvió los ojos hácia abajo, y vió asimismo el suelo abierto, y debajo de él una profundidad horrible y espantosa, y que aquellos dos hombres, contra los cuales él estaba enojado por la injuria que habian hecho á Dios, estaban á la boca de aquel abismo, como para caer en él despavoridos y temblando. Salian de dentro muchas serpientes, que con los dientes y colas, con sus bocas y lenguas, y el movimiento de sus cuerpos, procuraban tirarlos para dentro en aquella profundidad; y no faltaban algunos hombres que ayudaban á las serpientes, y querian á empellones y golpes hacer caer aquellos miserables hombres que, mas muertos que vivos, allí estaban. Cuando san Carpo tuvo esta vision, comenzó á alegrarse por ver que tenian su merecido, y que era castigada su grave culpa con grave pena, y deseaba que cayesen presto en aquella horrenda sima; y cualquiera tardanza le parecia grande por el zelo que tenia de la honra de Dios y del castigo de los malos. Pero añade San Dionisio que estando con este afecto san Carpo, tornó á mirar al cielo, y vió que Jesucristo teniendo compasion de aquellos dos pecadores, se levantaba de la silla en que estaba sentado, y bajaba hasta donde ellos estaban, y les daba la mano benignamente, y que los ángeles les ayudaban y los libraban de aquel peligro: y dijo el Señor á Carpo: Iliéreme á mí, que estoy aparejado á padecer otra vez, porque los hombres se salven: y harélo de buena gana, porque ellos no pequen mas; y tú, que te muestras tan zeloso, mira bien lo que te conviene, si te está mejor gozar de la compañía de Dios clementísimo y de los buenos ángeles; ó caer en esta tan profunda morada, llena de sabandijas y serpientes. Y concluye esta narracion san Dionisio con estas palabras: «Estas cosas oí de Carpo, y creo que son verdaderas.» He querido referir aquí esta historia, para que todos aprendamos cuán benigno y suave es el Señor, y cuán digno de ser amado y servido: y que el que cayere en algun pecado grave, no tiene porqué desesperar: ni el que estuviere en pié, y por la misericordia de Dios se hallare sano, no debe menospreciar sino dar la mano al caido para levantarle; y el que fuere ministro de Dios, imitar las entrañas de su piedad: pues así perdona y abraza á los pecadores, cuando de corazon contritos y humillados vuelven á él.

A mas de los milagros que san Dionisio hizo en vida; despues de muerto hizo otros muchos, algunos de los cuales refiere san Gregorio Turonense, y Alcuíno dice que fueron innumerables, y que cuando Miguel, emperador de Constantinopla, envió los libros de san Dionisio, escritos en griego, á Ludovico, aquella noche siguiente en que él los recibió, Dios hizo por el santo diez y nueve milagros. Pero el que obró el Señor en el santo pontífice Estéban, III de este nombre, fué señalado y notorio: porque habiendo ido el papa Estéban al reino de Francia, para librar la Iglesia romana de las armas del rey Aistulfo que la oprimia, cayó malo y estuvo desahuciado en el mismo monasterio de San Dionisio, que está cerca de París. Allí tuvo una revelacion y vió á los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y á san Dionisio, que le tocó amorosamente y le dió entera salud; y fué esto el año del Señor de 754, á los 28 de julio; y en agradecimiento de este beneficio dió grandes privilegios á aquella iglesia de San Dionisio, y llevó consigo á Roma algunas reliquias de su sagrado cuerpo, y edificó un monasterio para honra suya, y le dió á monges griegos para que le habitasen y alabasen continuamente al Señor; y por esta causa se llamó aquel monasterio en Roma «la Escuela de los griegos.» De San Dionisio escriben los autores que en el principio de esta vida y en el discurso de ella quedan referidos.

San Andrónico y santa Atanasia, confesores.—En el tiempo del emperador Teodosio, el mayor, hubo en la ciudad de Antioquía dos casados, ricos y principales, muy piadosos y siervos de Dios. El marido se llamaba Andrónico y la mujer Atanasia. Repartieron estos bienaventurados casados sus grandes riquezas en tres partes: la una empleaban en limosnas y en socorrer y remediar á los pobres: la otra en proveer á los monasterios y sustentar á los siervos de Dios que vivian en ellos, que tambien era limosna, y no ménos acepta que la otra á nuestro Señor; y la tercera gastaban en su casa y familia, procurando dar buen ejemplo con su vida y con las buenas obras que hacian á toda la ciudad, de la cual eran muy amados. Tuvieron un hijo y una hija, los cuales criaron en mucha honestidad y virtud: y pareciéndoles que ya nuestro Señor les habia dado fruto de bendicion, y que tenian hijos que heredasen su mucha hacienda, determinaron entre sí guardar castidad para darse mas de veras al servicio del Señor. Vivieron doce años con gran conformidad y union Andrónico y Atanasia: y queriendo nuestro Señor probarlos y levantarlos á mayor perfeccion, dió en un mismo dia una gran enfermedad al hijo, que era de doce años, y se llamaba Juan, y á la hija por nombre María, que era de diez años. Fué tan recio y vehemente el mal, que en el mismo dia á ambos los arrebató de esta vida. Cuando lo supo Andrónico, entróse en su oratorio á hacer oracion, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á él: el Señor nos los dió: el Señor nos los quitó: hágase como él fuere servido: sea el nombre del Señor bendito, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Atanasia, como mujer y madre, sintió mas este golpe: y volviendo su marido Andrónico á su casa, del entierro de sus hijos, que se hizo con gran solemnidad en la iglesia de San Julian (que era el entierro de sus padres y abuelos), acompañado del patriarca y del clero, y de todo lo bueno de la ciudad; ella se quedó en la iglesia triste, desconsolada y deshaciéndose en lágrimas, y quiso toda aquella noche velar allí, pegada á la sepultura de sus hijos. Pero á la media noche el mártir san Julian (en cuya

iglesia estaba) le apareció en hábito de monge, y hablándola severamente, le dijo: ¿Porqué no dejas reposar á los que están aquí? Atanasia creyendo que fuese algun monge le respondió: No os enojeis, señor, conmigo; porque estoy muy afligida: dos solos hijos tenia, y en un mismo dia los he enterrado. Preguntóle el monge cuántos años tenian. Y ella dijo: El uno tenia doce y la otra diez. Entonces el santo la dijo: ¿Pues por qué los lloras? Mejor harias en llorar tus pecados; porque ellos viven y gozan de Dios. Con estas palabras se consoló la madre y convirtió el llanto en alegría sabiendo que sus hijos vivian con Dios en el cielo, y que mas debia tenerles envidia que lástima, y gozarse del bien de ellos que entristecerse por su ausencia. Buscó luego al monge que le habia hablado, y no le halló ni le pudo ver: y sabiendo que todas las puertas estaban cerradas, y que ninguna persona habia entrado en aquel lugar, entendió que aquella debia ser revelacion de Dios, y que el santo mártir Julian la habia aparecido, y tuvo gran temor, y determinóse á hacer lo que la habia mandado, y llorar sus pecados.

Volvió á su casa y dió cuenta á su marido de lo que aquella noche habia pasado, y rogóle que la diese licencia para entrarse en un monasterio, y hacer penitencia de sus pecados; porque aun viviendo sus hijos, habia tenido este mismo intento, aunque no se lo habia osado decir. Andrónico la respondió que lo pensase mejor y lo encomendase á Dios por espacio de una semana, y que despues tornarian á hablar de ello. Finalmente, ellos se concertaron entre sí, é hicieron lo que aquí diré. Dió Andrónico su hacienda á su suegro, padre de Atanasia, y díjole que él y su hija iban por su devocion á visitar los lugares santos de Jerusalen: que si Dios dispusiese de él s, gastase toda aquella hacienda que le dejaban, para bien de sus almas, en edificar algun monasterio y algun hospital para los pobres. Dieron libertad á sus esclavos, y algunos dineros, tomando los que les pareció que para su camino tasadamente habian menester: y una noche Andrónico y Atanasia solos, dejando su patria y su casa, se partieron para Jerusalen, suplicando á nuestro Señor que pues habia mandado á Abrahan y Sara que saliesen de su tierra y de entre sus deudos, y fuésen á la tierra que él les mostraria, los guiase y tuviese de su mano para que cumpliesen en todo su santísima voluntad.

Estuvieron en la ciudad de Alejandría, donde hicieron oracion al santo y glorioso mártir Menna: y quedando allí Atanasia, Andrónico fué á visitar á los santos padres de Egipto, y á consultar con el santo abad Daniel, lo que habia de hacer; y por su consejo volvió por su mujer, y la llevó consigo adonde el santo abad estaba, el cual les dió cartas para que Atanasia fuese recibida en el monasterio de los tabenioSitas, adonde Andrónico la acompañó y dejó: y tornando al abad Daniel, recibió de sus manos el hábito de monge, y fué enseñado de lo que en aquel hábito y profesion le convenia hacer. Pasados doce años de religion, tuvo deseo Andrónico de ir á visitar otra vez los lugares santos de Jerusalen: propúsolo al abad; y con su licencia y bendicion, se partió para aquella jornada, y por voluntad é inspiracion de Dios, al mismo tiempo Atanasia tuvo la misma voluntad y se puso en camino vestida de monge, y llegó adonde estaba Andrónico: hallóle debajo de un árbol descansando un poco, y guardándose del calor del sol que era muy recio. En viendo Atanasia á Andrónico, luego le conoció; mas él no la conoció á ella, porque habia perdido con la penitencia su antigua hermosura, y estaba muy requemada y consumida; y creyendo que era otro monge como él, y sabiendo que iba á Jerusalen y que llevaba el mismo camino, se concertaron los dos de ir juntos, aunque callando y guardando silencio como si cada uno fuera solo, por mayor devocion y religion. De esta manera fuéron Andrónico y Atanasia á Jerusalen, y estuvieron en ella y volvieron á Alejandría, sin haber conocido Andrónico que el compañero qee llevaba era su mujer, y creyendo siempre que fuese hombre y alguno de los monges santos de Egipto. Atanasia convidó á Andrónico si queria vivir en su misma celda con él; y él lo aceptó, habiendo primero dado parte al abad Daniel, y contádole lo que le habia sucedido con aquel monge en el camino, y el silencio que en él habia guardado, y por su consejo y con su bendicion volvió á Atanasia, y estuvo otros doce años en la misma celda, en compañía de su mujer, sin entender que lo era ni que fuese mujer: que es caso bien raro y para notar que en tantos años, con tan continua y extraña comunicacion y compañía, ni por el gesto, ni por la voz, ni por la habla, ni por los meneos, ni por otras propiedades individuales, no echase de ver Andrónico, quién era Atanasia; porque ó estaba tan dentro de sí y tan atento á servir al Señor, que no reparaba en las cosas exteriores, y viéndolas no las veia; ó el mismo Señor, que por este camino queria mostrar lo que puede su gracia, le detenia y divertia para que no la conociese: y aunque vivian con sumo silencio los dos (porque este fué el concierto que hicieron), no es probable que en las cosas forzosas no se hablasen y no tuviesen entre sí algunas pláticas espirituales.

En el espacio de estos doce años que estuvieron juntos Andrónico y Atanasia, los solia visitar algunas veces el santo abad Daniel, y enderezarlos y animarlos á todas las obras religiosas y de perfeccion. Vino una vez acabados ya los doce años á verlos, y supo de Andrónico que su compañero estaba muy fatigado y de camino para el cielo. Entró á él el abad Daniel, y hallóle con grandes angustias y congojas y lloroso; y díjole: ¿Porqué lloras, debiendo alegrarte por ir al Señor? Y él respondió: No lloro por mí, sino por mi compañero Andrónico; pero yo te ruego que despues que me hubieres enterrado, tomes un papel que estará á mi cabecera y le leas, y despues le des á Andrónico. Con esto se aparejó para morir, y comulgó: encomendáronle el alma: y acabó en el Señor. Vinieron para amortajarle, y hallaron que era mujer, y alabaron al Señor que le habia dado tanta fortaleza y tan gloriosa victoria de la flaqueza mujeril. Convocaron á todos los monges, hasta los mas apartados de toda aquella comarca, y ellos vinieron para honrar aquella santa, que tan bien habia sabido triunfar de su carne, mundo é infierno, y acompañados de toda la ciudad de Alejandría, con ramos, palmas y cirios encendidos, la sepultaron honoríficamente. Quiso el abad Daniel llevar consigo á Andrónico; mas él rogó que le dejase, porque deseaba morir y ser enterrado con Atanasia. Dióle luego la enfermedad de la muerte y acabó santamente su peregrinacion, y fuése al cielo para gozar de Dios eternamente, y de la compañía que habia tenido en la tierra; y los monges volvieron y le llevaron á enterrar, alabando al Señor, obrador de tan grandes maravillas. La vida de estos

dos santos escribió Simeon Metafraste: trácla el P. Fr. Lorenzo Surio en su primer tomo, á los 27 de febrero; mas el Martirologio romano, y el Menologio de los griegos la ponen á los 9 de octubre. Pues ¿quién no ve en la vida de estos dos santos casados y perfectos religiosos, las obras del Señor, y la fuerza de su espíritu y gracia? ¿Quién no se maravilla de los medios que toma para llevar las almas al cielo y hacerlas subir en el suelo á la cumbre de la perfeccion? Vivian cristianamente Andrónico y Atanasia en el santo matrimonio: daban muchas limosnas á los pobres; y habiendo tenido dos hijos, guardaron continencia: y con estas y otras buenas obras, se dispusieron para recibir mayores gracias y favores del Señor: el cual, para descansarlos y desembarazarlos mas de todas las cosas que les podian estorbar, les quitó los hijos, y por este medio los alentó y esforzó, y para que trasladasen su corazon de la criatura al Criador, y el amor de los hijos de la carne convirtiesen en el amor del Padre celestial, y se entregasen tan de veras á su servicio como habemos visto: y dió su espíritu á Atanasia, para que, siendo mujer, en hábito de monge, venciese á los varones valientes y esforzados en la virtud y estudio de la perfeccion, y viviese con tanta disimulacion y recato doce años en una misma celda con su marido; y que no fuese conocida de él, hasta que en la muerte ella misma, por el papel que habemos dicho, se descubrió. Bendito sea y alabado el Señor, por quien él es y por lo que obra y hace por sus santos. Amen.

* San Domnino mártir. — Cuando Maximiano Hércules tenia su córte en Milan, que era el año 304, Domnino le servia de ayuda de cámara. Declarada abiertamente la persecucion contra los cristianos, como Domnino lo fuera, á fin de evitar las pesquisas, huyó secretamente y se dirigió á Roma para ocultarse en esta ciudad; pero como se enviaran soldados con el fin de alcanzarlo, fué cogido en la via Claudia, entre Parma y Plasencia, y allí mismo le cortaron la cabeza. Fué enterrado en el mismo lugar del martirio, y el Señor hizo glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró por su mediacion.

San Abrahan, padre de los creyentes. — Nació en Ur, 1996 años ántes de Jesucristo, y fué el primer patriarca de la nacion judaica. Su padre Taré profesaba el culto de las estrellas; pero el hijo era enemigo de esta supersticion y adoraba al Dios verdadero, que le mandó abandonar su país natal. Dirigióse á Haran, en Mesopotamia, donde perdió á su padre. Una nueva órden de Dios le hizo abandonar tambien esta tierra, y se fué á Siquem con Sara, su mujer, y Lot, su sobrino. El hambre le obligó á irse á Egipto, en donde Faraon le quitó su mujer creyendo que era hermana suya, y se la devolvió en seguida, dándole algunos regalos, acontecimiento que se renovó despues casi con las mismas circunstancias en Gerara con el rey Abimelech. Cuando Abrahan salió de Egipto se dirigió á Betel con su sobrino Lot, del cual se separó á causa de que aquel país no podia contener sus numerosos rebaños: el sobrino marchó á Sodoma y el tio se quedó en el valle de Mambré. Algun tiempo despues, habiendo Lot caido prisionero en poder de Codorlahomor y otros tres reyes, Abrahan armó á sus criados y dependientes, persiguió á los vencedores, los derrotó y libertó á Lot. El santo patriarca tuvo ántes de salir de Mambré una vision en la que Dios cambió su nombre de Abram en el de Abrahan, le prometió que tendria un hijo de su esposa Sara, y le prescribió la circuncision como la señal y el sello de la alianza que habia hecho con él. Abrahan se circuncidó á la edad de cien años, y circuncidó á toda su familia: un año despues nació Isaac, que Sara dió á luz cuando tenia ya noventa años. Cuando este hijo hubo cumplido los veinte y cinco años, Dios, que queria probar la fe y la virtud de su siervo, mandó al padre que se lo ofreciese en sacrificio. Sin examinar Abrahan una órden que debia parecerle tan estraña, que desvanecia en un momento todas sus esperanzas, y que efectivamente no era mas que una prueba, se apresuró á obedecer con tanta prontitud como valor; pero en el mismo instante de ir á consumar el sacrificio, Dios contento de su sumision, detuvo el brazo ya levantado para herir á aquella víctima querida, y puso en el lugar de Isaac un cordero, que Abrahan ofreció. Doce años despues murió Sara, y fué enterrada en la gruta de Efron, que Abrahan habia comprado para su sepultura, y éste se casó entonces con Cetura, de la cual tuvo seis hijos. En tiempo de Sara, habia Abrahan tomado tambien por mujer á Agar su sierva, que fué madre de Ismael. En fin despues de haber vivido ciento y setenta y cinco años, murió el 1825 ántes de Jesucristo, y fué sepultado en el mismo lugar que Sara, su esposa. La viva fé de Abrahan y su sincera adhesion al culto del Dios verdadero, le merecieron el título de *padre de los creyentes*, y la promesa que le hizo el Señor de que sus descendientes serian tan numerosos como las estrellas del cielo y las arenas de la mar.

San Gisleno, obispo y confesor. — Vivió este santo como ermitaño en un bosque de la Annonia. Habiéndosele reunido muchas personas piadosas, fundó un monasterio el año 651, al cual dió la regla de san Basilio, y el título de San Pedro y San Pablo. Gobernó este monasterio por espacio de treinta y seis años con prudencia y santidad, y murió el dia 9 de octubre del año de 681. El Martirologio romano da á este santo el título de obispo; pero no hemos podido encontrar de qué Iglesia lo fué: otros le llaman abad y confesor, y aseguran que nunca fué elevado á la dignidad episcopal. Galesinio dice que fué obispo de una ciudad de Bélgica, y que renunció su dignidad para ir á Roma en peregrinacion, y que de vuelta de su viaje se retiró al desierto.

Santa Públia, abadesa. — Fué una mujer principal de Antioquía, que habiendo quedado viuda y educado á sus hijos, se retiró á un monasterio que ella misma habia fundado, á fin de pasar entre las santas vírgenes los años que le quedaban de vida. Por su virtud y por la prudencia que brillaba en ella, fué elegida abadesa de aquella casa religiosa, y tenia á toda la comunidad constantemente ocupada en cantar salmos y divinas alabanzas. Un dia en que estaba cantando estas palabras de David: « Los ídolos de los gentiles no son mas que plata y oro, y sean semejantes á ellos los que los fabrican, » acertó á pasar por allí el emperador Juliano el Apóstata, y habiéndolo oido, mandó que abofeteasen á la venerable abadesa y que la castigasen severamente. Mas ella léjos de intimidarse con el castigo, levantó mas la voz y repitió estas palabras de otro salmo: «Levántese el Señor y confunda á sus enemigos.» Tuvo que sufrir otros malos tratamientos, á los cuales se sujetó con santa conformidad, y murió gozosamente en el Señor, el año 361.

San Deusdedit, abad. — Floreció en Italia en el siglo IX, siendo abad del Monte Casino, cuyo cargo desempeñó

por espacio de seis años. Por no quererse prestar á las profanas exigencias del tirano Sicardo, príncipe de Benevento, fué preso y metido en una oscura prision, donde murió de hambre y de miseria el año 834.

DIA 10.

SAN LUIS BERTRAN, CONFESOR.—San Luis Bertran, hijo del grande patriarca santo Domingo, nació en la nobilísima ciudad de Valencia, fecunda madre de muchos santos, á 1.° de enero de 1525. Su padre se llamó Juan Luis Bertran, y su madre Angela Exarch, personas honradas y virtuosas. Estuvo el padre casado con otra mujer ántes que con la madre del santo; y Dios dispuso el segundo matrimonio, y le alargó milagrosamente la vida para que diese al mundo este hijo que habia de dar tanta honra á su patria, tanta luz al mundo y tanto lustre á la órden de Predicadores; porque estando Juan Luis en lo último de la vida con una gravísima enfermedad, y aparejada ya la mortaja, abrió súbitamente los ojos, y le pidió sus vestidos para levantarse. Pensaron que desvariaba: y él dijo: No desvario; porque han estado aquí san Bruno y san Vicente Ferrer, y me han dicho que no tengo de morir de esta enfermedad; y fué así: porque luego estuvo, y quedó tan devoto de san Bruno, que muerta su primera mujer, se fué al monasterio de *Porta-Cœli*, para hacerse monge cartujo; pero en el camino se le aparecieron san Bruno y san Vicente Ferrer, y le dijeron que no era la voluntad de Dios que fuese religioso, sino que se quedase en el siglo; y así se casó segunda vez con Angela Exarch, y de ella tuvo cuatro hijos y cuatro hijas, y el primero de los hijos fué Luis Bertran, á quien en el bautismo llamaron Juan Luis, y despues dejando el nombre de Juan, se quedó con el de Luis. En su niñez era tan aficionado á las cosas sagradas, que cuando lloraba, el medio de callarle era llevarle á la iglesia donde no solo cesaban las lágrimas, pero se convertian en risa y alegría; y si estaban cerradas las puertas de la iglesia mayor, con mostrarle las imágenes que estaban allí de los apóstoles, callaba y se alegraba. Con la Reina de los ángeles tuvo especialísima devocion, y de ocho años empezó á rezar su oficio todos los dias. Gustaba del retiro y de la oracion; y encerrado en su aposento gastaba orando mucha parte de la noche. No dormia en la cama, sino sobre una arca y sobre la tierra desnuda, y por la mañana descomponia la cama para disimular su mortificacion. Pocas veces queria almorzar, y ya en tierna edad ayunaba muchos dias. Nunca le oyeron jurar ni maldecir, ni decir palabra descompuesta; ántes reprendia con seso de varon á los muchachos que faltaban en esto, como tambien á los que estaban ociosos, estimando ya el valor del tiempo, que es un tesoro no conocido, de que hay pocos avarientos y muchos pródigos en el mundo. Su entretenimiento era asistir á las misas y visitar los conventos de los religiosos. Era muy obediente á sus padres, y nunca les dió ocasion de enojo; ántes si veia á su madre enojada con alguno de su casa, tomaba un libro espiritual y le leia algo para sosegarla. Era muy vergonzoso y modesto, y ordinariamente traia los ojos bajos, como quien andaba recogido dentro de sí mismo. En llegando á los quince años, frecuentaba mucho los sacramentos; y por evitar el reparo que podia haber en tiempo que no se usaba tanta frecuencia de comuniones como ahora, variaba las iglesias, comulgando ya en una iglesia, ya en otra.

Confesábase con un religioso muy espiritual de la órden de Santo Domingo, que le iba poniendo en perfeccion; pero juzgando él que no podia servir perfectamente á Dios en su patria, y en la casa de sus padres, mudando el traje se salió secretamente de Valencia con intento de irse á alguna tierra donde no fuese conocido; mas por una carta que dejó escrita á sus padres fué buscado, y hallado siete leguas de Valencia y traido á su casa. Vistióle su padre de hábito clerical; y él se ocupaba continuamente en ejercicios de piedad y devocion, acudiendo á los hospitales, para servir y consolar á los enfermos. Llamábale Dios á mayor perfeccion; y así determinó entrar en la órden de Santo Domingo, y pidió el hábito al maestro Fr. Jaime Ferran, prior del convento de Valencia: mas el dia que habia de ser recibido en la órden, sabiéndolo su padre, vino al prior, y le representó tantas enfermedades y achaques ordinarios de su hijo, que el prior le prometió no darle el hábito en todo su priorato. Afligióse el santo mancebo, viendo frustados sus deseos y esperanzas; y siempre que miraba las paredes del convento de Santo Domingo, ú oia tocar la campana, derramaba muchas lágrimas de sentimiento. Acudia frecuentemente al convento, y los viernes mientras los religiosos cantaban completas, se escondia en una capilla del claustro, y en entrando ellos en el capítulo, se acercaba á la puerta y con grande silencio oia la plática, que ordinariamente hacia estos dias á los novicios el venerable Fr. Juan Micó, y al quererse acabar, se iba muy de priesa por no ser descubierto. Una noche se quedó en el convento, y la empleó toda en visitar las capillas, haciendo oracion en ellas, y pidiendo á Dios y á la Vírgen María y á santo Domingo, que le diesen lo que tanto deseaba. Alcanzólo finalmente de nuestro Señor con sus oraciones y lágrimas; porque Fr. Juan Micó, que sucedió en el priorato á Fr. Jaime Ferran, le dió el hábito á 26 de agosto de 1544. Hizo su padre grandes diligencias para sacarle de la religion; pero ninguna bastó contra la constancia del novicio; y Dios que le habia llamado, le dió la perseverancia.

Propúsose Luis por ejemplar la vida de su padre santo Domingo, y de los otros santos de su órden, especialmente la de san Vicente Ferrer, con quien tuvo siempre particularísima devocion; y verdaderamente fué Luis un retrato al vivo de san Vicente: y así solia decir el santo Fr. Juan Micó, su maestro de novicios, que Luis habia de ser en Valencia otro san Vicente Ferrer. Pasó su noviciado con grande fervor, y tomó una costumbre que observó despues toda la vida, de dar á los pobres la mayor parte de su comida: con que juntamente ejercitaba la abstinencia y misericordia. En profesando cayó en una grave enfermedad por el demasiado rigor con que afligia su cuerpo. Esmerábase mas en las virtudes que habia votado, y en las que son mas propias de los religiosos, como la obediencia, castidad, pobreza, humildad y oracion, en que gastaba muchas horas y quedaba como fuera de sí, sin saber si estaba en el cielo ó en la tierra; tanto que consultó con el padre Micó, ¿qué seria la causa que cuando oraba no estaba en sí? A lo cual respondió el venerable padre: Dad gracias á Dios, que esa es dicha, que no la alcanzan todos. Al principio quiso dejar los estudios para atender con mas desembarazo á la oracion y contemplacion; pero cono-

ciendo despues, que esta era tentacion del demonio que pretendia estorbarle por este medio el provecho que podia hacer en sus prójimos, se dió mucho al estudio, no teniendo por malogradas las horas que dejaba de contemplar por estudiar; y nunca dejó los libros hasta su última enfermedad, tanto que decia el maestro Justiniano, que no habia en toda la provincia de Aragon quien mas libros hubiese leido que Fr. Luis. Fué muy aficionado á los hombres doctos, á los cuales consultaba con grande humildad sus dudas y dificultades, y devotísimo de la doctrina del angélico doctor santo Tomás. Ordenado de sacerdote, crecieron sus virtudes tanto como sus obligaciones. Preparábase para decir misa con grande cuidado, y decíala con mucha devocion: y por el fruto que él experimentaba de recibir este soberano Sacramento, solia decir que los siervos de Dios navegaban con el santísimo Sacramento del Altar, como la nave con próspero viento. Por esto aconsejaba á todos que comulgasen á menudo; y que cuando que pudiesen hacerlo, comulgasen espiritualmente presentándose en la iglesia delante del santísimo Sacramento, deseando con grandes ansias recibirle, y preparándose como si realmente le hubiesen de recibir. Con el ejemplo de su vida y el zelo y diligencia que puso, fué causa para que se reformase mucho su provincia y se dejase la vida claustral, que en algunos conventos se usaba ya.

Por este tiempo fundó san Francisco de Borja, que entonces era duque de Gandía, y despues fué religioso y general de la Compañía de Jesus, un convento de la órden de Santo Domingo en su villa de Lombay. Fué electo por primer prior Fr. Juan Micó: y como tenia tan conocida la santidad de Fr. Luis, quiso llevárselle consigo, para que los principios de aquel monasterio fuesen muy fervorosos. Pero no perseveró mucho en este monasterio; porque una noche se le representó su padre Juan Luis Bertran, como muerto, con tanta viveza que á la mañana dió parte á su confesor, y luego llegó un mensajero á toda priesa que le dió cuenta de la enfermedad de su padre y le dijo, que se pusiese luego en camino para Valencia, si queria verle vivo. Partióse al punto á Valencia; y en viéndole su padre entrar por el aposento, le dijo: Hijo mio, una de las cosas que mayor pena me dieron en esta vida, fué verte fraile; y ahora lo que me da mayor consuelo, es que lo seas: mi alma te encomiendo, acuérdate de mí. Asistióle el buen hijo hasta que murió, y despues le reveló el Señor las terribles penas que padecia su padre en el purgatorio por espacio de ocho años, en los cuales ofrecia por él misas, oraciones, ayunos y penitencias, hasta que al fin de los ocho años vió á su padre muy alegre, libre ya de aquellos tormentos. Refirió esta vision san Luis con lágrimas en los ojos, un año ántes de morir, á su hermano Jaime Bertran y á otro devoto suyo: y preguntado de su hermano, cuál era la causa de haber padecido su padre tan grandes y tan largas penas, respondió, que entendia era por haber sido gran servidor de un gran señor de estos reinos; porque debia de procurar agradar demasiado al príncipe (como suelen muchos) con desagrado de Dios.

No le dejaron sus religiosos volver á Lombay, porque, no teniendo mas de veinte y cinco años, le hicieron maestro de novicios del convento de Valencia, supliendo la falta de edad su mucha santidad y prudencia. Hizo tan escogidamente este oficio, que le eligieron despues otras seis veces. Para persuadir á sus novicios la observancia de sus constituciones, procuraba que sus acciones fuesen el alma de todas ellas, y que viesen en él ejecutado todo lo que en ellas veian mandado. Era el primero en la oracion, y enseñábales el modo de tenerla con provecho. Exhortábalos principalmente á meditar en la pasion de Cristo, diciendo que hallarian en ella el consuelo de todos sus trabajos, y motivos para amar á Dios y despreciar las criaturas, y aprenderian del mejor maestro la humildad, pobreza, obediencia y todas las otras virtudes. Queria que todos los religiosos tuviesen en su celda una imágen de Cristo crucificado, para avivar la meditacion, y tener á quien acudir en todas sus necesidades: y así, preguntando á un fraile si tenia alguna imágen de Cristo crucificado, y respondiendo que nó; le dijo el santo: No puede ser fraile de Santo Domingo, quien no tiene en su celda un crucifijo, y levantándose de su asiento, quitó uno de la pared que allí tenia, y se lo dió diciendo: Aquí hallareis cuanto desearéis. Hablaba el santo de experiencia, porque en Cristo crucificado hallaba el remedio de sus necesidades, la victoria de sus tentaciones, el consuelo de sus tristezas y finalmente de todas las cosas. Criaba á sus novicios en grande aspereza y penitencia; porque despues no se les hiciesen ásperas las observancias de la órden: y él era consigo tan riguroso, que tenia ensangrentadas las paredes de su celda y otros lugares, por el rigor de sus disciplinas; de manera, que un novicio movido de compasion, le amenazó que se lo habia de decir al prior; y el santo le pidió que callase, prometiendo enmendarse: pero la enmienda fué ceñirse una sábana cuando se disciplinaba, para que empapándose en ella la sangre que corria, no llegase al suelo, y con eso ninguno lo pudiese advertir. Encargaba mucho á sus novicios la obediencia, y castigaba con rigor cualquiera falta que contra ella cometian. Fundábalos en humildad y desprecio de sí mismos; y procuraba encenderlos en el amor de Dios: para lo cual se hacia encontradizo muchas veces con sus novicios, cuando estaban en honesta recreacion, y les decia: Amemos, hermanitos, amemos al Señor Dios: y con estas palabras los abrasaba de modo en el amor de Dios, que dejando el entretenimiento en que estaban, se recogian á sus celdas para estar á solas con Dios. Deseaba que los hermanos del coro, fuera del cuidado de su perfeccion, fuesen diligentes en el estudio, por ordenarse este al fin de su órden, que es aprovechar á las almas; y que los legos se criasen en humildad y simplicidad, y no tuviesen libros como lo manda su regla; porque decia, que el rosario es muy buen libro y muy provechoso para ellos, si le rezan con devocion. Era muy rigido y menudo con los novicios en materia de observancia, castigando con severidad faltas muy ligeras; pero juntamente procuraba aliviarles la carga de la religion cuando podia, con regalillos que á él, ó á ellos les enviaban; y especialmente cuando estaban enfermos, los proveia con gran caridad y liberalidad. Queria en sus novicios virtudes sólidas, y eso estimaba, nó revelaciones y arrobamientos, en que suele haber mucho engaño. Vino á él un novicio de pocos dias tomado el hábito, y contóle una revelacion que habia tenido, y el santo le dijo: ¿Ya teneis revelaciones? Vos dejareis el hábito. Y así fué, porque dentro de pocos dias se volvió al siglo. Decia, que primero era ejercitarse en la obediencia, humildad y obras de la vida activa, y sujetar la carne con la mortificacion, que

nó volar con la contemplacion. La segunda vez que le hicieron maestro de novicios, sacó patente del general, para ir á estudiar al convento de San Estéban de Salamanca, de donde han salido muchos insignes maestros. Procuró apartarle de aquel intento el padre maestro Micó, diciendo, que Dios no le habia traido á la religion para maestro de estudiantes, sino para maestro de novicios: nó para enseñarles letras, sino virtudes; mas perseverando en su intento, se partió á Castilla, y allí le dijo un padre muy espiritual, que no era aquel el camino por donde le llamaba Dios; que se volviese á su convento á trabajar en lo que le mandase la obediencia. Con esto se volvió á la ciudad de Valencia, y prosiguió su ejercicio de maestro de novicios, y quedó enseñado, que aunque el ejercicio de las letras es bueno, no quiere Dios á todos para él, y es mejor su voluntad que todas las cosas.

Despues fué nombrado superior del convento de Santa Ana, en el marquesado de Albaida, y aquí se ejercitaban el santo y sus religiosos en predicar y confesar, y aprovechar á las almas. Dióse mucho á la contemplacion; y para atender á ella con mas quietud, se subia descalzo á un montecillo que está cerca del convento. El fuego que Dios encendia en su alma en la contemplacion era tal, que lo sentia tambien el cuerpo; y así, quejándose uno un dia de invierno, de que hacia mucho frio, le dijo: Padre, si tiene frio, póngase en oracion y no le sentirá. Salian sus palabras tan encendidas del fuego de su corazon, que abrasaban á los que trataban con él, y algunos confesaban, que una palabra sola del santo los encendia en amor de Dios, y movia á devocion y lágrimas. Ántes de predicar, se recogia á orar en la sacristía, y saliendo al púlpito, le vieron algunas veces cercado su rostro de resplandores. Salia por los lugares vecinos en busca de las almas, para predicarles la palabra de Dios y moverles á penitencia. Viniendo un dia de predicar, y encontrando en el campo un pastor, se hincó de rodillas á hacer oracion, y despues le descubrió sus mas secretos pensamientos, y le dijo cuantos años habia que no confesaba, exhortándole á confesar porque habia de morir presto. Así lo hizo el pastor, y dentro de pocos dias murió. Cuando venia tanta gente á confesar al convento de Albaida, que no podian los religiosos despacharla en una mañana, la detenia el santo y les daba de comer, porque no se fuésen ántes de confesar. Estaba el convento lleno de deudas cuando vino á él por superior, y apenas podia sustentar cuatro ó cinco religiosos; pero luego crecieron de manera las limosnas del convento, que con hacer el santo muchas á los pobres, pagó todas las deudas, y pudo sustentar con abundancia muchos religiosos. Y siéndoles prohibido el pedir limosna por los lugares circunvecinos, por haber enterrado en su iglesia un hombre que habia muerto de peste, no solamente los libró Dios del contagio, mas les proveyó de todo lo necesario, sin faltarles nada.

Volvió á Valencia, donde era muy deseado, el año de 1556, á su ejercicio de maestro de novicios. La cuaresma siguiente predicó en la villa de Alcoy con grande fruto y ejemplo; porque con la tarea de los sermones y confesiones juntaba grandes asperezas, durmiendo sobre una estera y ayunando muchos dias á pan y agua. Iba algunas veces á Concentaina á satisfacer la devocion de la condesa doña María de Mendoza, señora de gran virtud: y aunque le ponian un aposento bien aderezado y con buena cama, nunca durmió en ella como lo observó Fr. Pedro Micó, que entonces era seglar y servia á la condesa; y él mismo decia, que por mucho que madrugase para ir al aposento del santo, siempre le hallaba de rodillas en oracion. Llegaron á la playa de Valencia unas galeotas de moros, cargadas de cautivos cristianos que habian cogido en las costas del reino, y el arraez, mientras se trataba del rescate, salió un dia de fiesta con otros moros á pasearse por la ciudad. El santo, que con una encendida caridad juntaba el celo de Elías, sintió esto mucho; y juntando á primera noche á sus novicios, les dijo: ¿Quién sufrirá esto, hijos mios, que los enemigos de Cristo despues de haber cautivado á los cristianos, se vengan á pasear por la ciudad y se vayan alabando de ello? Hinquémonos de rodillas y digamos un salmo contra los moros. Oyó Dios su oracion, y mostró que habia nacido de celo de su mayor gloria, porque haciéndose á la vela los moros, se levantó una tempestad y los echó á fondo. Pidiéronle que encomendase á Dios un hombre que estaba en pecado mortal, para que saliese de él: hízolo el santo, y dijo á la persona que se lo habia pedido, que Dios queria dar un castigo muy sensible á aquel hombre, y con eso se enmendaria. Dentro de breve tiempo se le murió el hijo que mas amaba, y con la pena abrió los ojos y enmendó su mala vida.

Tuvo noticia de la necesidad que habia en las Indias de ministros evangélicos, y compadecido de tanta gentilidad como vive y muere sin conocimiento del verdadero Dios; alcanzada licencia de su prelado, determinó partirse á las Indias á procurar la salud de aquellas almas tan desamparadas. Ponderábanle sus amigos los trabajos grandes que padecian los ministros evangélicos, y la crueldad con que los bárbaros les quitaban las vidas; pero nada bastaba á mudar su determinacion ni entibiar sus deseos; ántes se encendian mas por la ardiente sed que tenia de la corona del martirio, que esperaba poder allí conseguir. Procuraron sus hermanos y parientes detenerle con ruegos y lágrimas, y los frailes con razones, proponiéndole su mucha flaqueza y enfermedades para tan dificultosa empresa, hasta decirle el prior del convento de la ciudad de Valencia, que no le daria el viático que se suele dar en aquella provincia á los que caminan; y sus hermanos que no esperase de ellos ningun socorro para el camino; pero él, entendiendo que aquella era la voluntad de Dios nuestro Señor, no desistió de su intento; y así, habiendo hecho una plática á sus novicios, exhortándolos á la observancia de la regla, y pidiendo con mucha humildad perdon del mal ejemplo que les habia dado, les echó su bendicion, y alcanzada con gran dificultad la de su prior, se despidió de sus frailes con muchas lágrimas, y se partió á la ciudad de Sevilla solo y á pié, con unas alforjas al hombro en que llevaba sus libros. Cuando supieron sus hermanos la partida del santo, le siguieron y alcanzaron en la ciudad de Játiva, una jornada de la ciudad de Valencia; y como no pudieron detenerle, le dieron dinero para el camino, y él compró un jumentillo, porque su corta salud no le permitia ir á pié, y en él llegó hasta la ciudad de Sevilla, donde se embarcó para las Indias. En la nave le reverenciaron luego como á santo los navegantes; porque notaron su modestia, humildad y mortificacion; y en levantándose alguna tormenta acudian á él á pedirle el socorro de sus oraciones, con las cuales se tenian por seguros.

Aportó á Cartagena de las Indias y fuése á su convento

de San José, donde fué muy bien recibido de sus frailes. Y no se puede decir en pocas palabras el fruto que hizo en el nuevo reino de Granada. Envióle la obediencia á muchos lugares para doctrinar los indios, en los cuales hizo muchas maravillas y convirtió muchas almas. Luego que llegó al primer pueblo de sus doctrinas, vino á él un indio idólatra con un niño en las manos, pidiendo que se le bautizase. Preguntóle el santo, por qué, siendo él gentil, queria que su hijo fuese cristiano. Y respondió el indio: Porque este niño se muere, y me ha dicho en el monte un buen espíritu que tú has venido aquí; y si le bautizas se salvará. Bautizóle poniéndole por nombre Miguel, y luego murió, quedando el siervo de Dios muy consolado de que el primero que bautizaba se iba derecho al cielo. Predicando en otro pueblo, no pudo hacer fruto sino en dos indios que recibieron el santo bautismo, lo cual sintió tanto el demonio, que estando los indios en una borrachera de las que acostumbran, en las cuales invocan al demonio, se les apareció en forma horrible y espantosa, y les dijo: ¿Cómo me invocais ahora estando aquí dos cristianos? Quitádmelos de delante. Y luego vieron todos á su lado un hombre vestido como cristiano, el cual les dijo que Fr. Luis Bertran le enviaba para decirles que les engañaba el demonio, que no le creyesen. Quedaron tan admirados y movidos con esta vision, que todos los indios, que pasaban de mil y quinientos, se pusieron en camino juntos, y fuéron al pueblo donde estaba el santo y le pidieron el bautismo; y el santo, informado del caso, habiéndolos catequizado é instruido en los misterios de nuestra santa fé, los bautizó á todos con increible gozo de su espíritu. En Turbara estuvo por espacio de tres años, y convirtió y bautizó por sus propias manos cuantos infieles halló, que pasaban de tres mil. Daba eficacia á sus fervorosos sermones su vida verdaderamente apostólica, porque su casilla era muy pobre y desacomodada: su comida se puede llamar ayuno: su cama se componia de unos palos, sin colchon ni almohada: disciplinábase con cadenas de hierro, y ofrecia penitencias, oraciones y lágrimas por la conversion de las almas. Tanto era su celo, que dos años hizo penitencia y ofreció sacrificios por la conversion de un sacerdote de los ídolos, por entender que seria de consecuencia para la conversion de muchos; y al fin de los dos años le envió á llamar el sacerdote, que estaba muy enfermo, y le pidió el santo bautismo. Diósele, y luego empezó el sacerdote á temblar: y preguntando la causa, respondió, que los demonios en figura de bestias fieras, le amenazaban que le habian de despedazar; porque habiéndole ellos honrado tanto en vida, y héchole el mas principal de todos sus sacerdotes, en la muerte los dejaba. Hizo el santo una cruz de juncos, y poniéndola á la cabecera del enfermo, se despidió de él, esforzándole á que no temiese al demonio, que teme á la cruz, por haberle vencido en ella Cristo nuestro Señor. Volviendo despues á la casa, le contó el sacerdote, que siempre habia estado á la puerta un demonio aullando; mas que nunca se habia atrevido á entrar por temor de la santa cruz. En otro pueblo, habiendo bautizado á un indio, puso una cruz de caña á su puerta: vino un demonio que solia aparecérsele, y con grandes gemidos le pidió que le abriese la puerta; y respondiendo el indio, que abierta estaba, replicóle que no estaba sino cerrada, con la cruz que allí tenia. Quemaba las chozas de los ídolos que eran sus templos, y se valia de los niños para descubrir los ídolos que tenian escondidos sus padres, y los acoceaba y quemaba, para que viesen los gentiles lo poco que podian sus dioses; pues aun no podian defenderse de quien los agraviaba, y así no dejasen de convertirse por temor de ellos: y en una ocasion, por solo esto, se convirtió un cacique principal.

Habiendo predicado á los indios, que están debajo de la sierra de Santa Marta, y bautizado mas de quince mil, halló un pueblo donde no se convertia ninguno, porque tenian enterrados con gran veneracion los huesos de un sacerdote de los ídolos, y pensaban que si los quitaban de allí, se caeria sobre ellos el cielo. Hurtó el santo los huesos secretamente, y los llevó léjos de allí. Por esto le quisieron matar los indios, y le dieron veneno en la comida: tomólo el santo sin saberlo, y dióle una mortal calentura; mas Dios, que le guardaba para salud de muchos, le dió remedio, haciéndole echar al quinto dia una serpiente por la boca. Quejábase despues del veneno, porque no le habia quitado la vida, y decia: ¡O bienaventurada muerte, por la cual podia esperar la palma del martirio! ¡Cómo no merecí yo conseguir tal dicha! ¡O veneno, qué tardo fuiste, y sin eficacia; pues no pudiste quitar la vida á quien deseaba la muerte! Viendo los indios que el siervo de Dios convalecia, fuéron mas de trescientos armados con sus flechas para matarle; y lo hubieran ejecutado, si otro cacique cristiano no le librara de sus manos. De otros peligros de la vida le libró el Señor: y una vez bebió ponzoña sin recibir daño, en confirmacion de nuestra fé. Pues los trabajos que padeció de hambre, sed, desnudez, frio, calor, fatigas y tempestades, andando á pié por aquellos caminos ásperos, y navegando aquellos grandes rios en flacas embarcaciones, no tienen número, como ni los desprecios, calumnias, falsos testimonios que le levantaron, de los cuales le sacó el Señor con mayor honra. Hizo muchos milagros en confirmacion de la fé, que predicaba especialmente con su rosario: y así, volviendo despues de las Indias á Valencia, dió á una persona devota y confidente un rosario, diciéndole que lo tuviese en mucha estima; porque en Indias con él habia sanado enfermos, convertido pecadores, y aun (segun pensaba) resucitado muertos.

Un milagro solo de los que hizo en las Indias, quiero contar; porque puede ser de enseñanza. Reprendia el santo muchas veces á unos hombres poderosos, porque imponian tributos injustos á los pobres indios: no se enmendaban, y el santo, comiendo con ellos á la mesa un dia, tomó unos panes y exprimiólos: salió de ellos sangre, y díjoles: Mirad bien lo que comeis, porque esta es la sangre de los pobres. Concedióle Dios un don singular y apostólico para la predicacion del Evangelio, que predicando en español, era entendido de los indios, como si hablara en su propia lengua. Ayudábale mucho para la conversion de los gentiles su gran desinterés; porque no admitia lo que se da á los ministros y curas de los pueblos para su sustento, sino que se dejaba á la providencia del mayordomo del pueblo para que le sustentase: y cuando le pedian que dijese alguna misa, decíala por quien la pedia; mas no queria la limosna, sino que se repartiese entre los pobres necesitados, y de la misma manera no admitia estipendio por la administracion del santo bautismo, ni otras acciones parroquiales: por lo cual los indios, viéndole tan desinteresado, le llamaban «el fraile de Dios.» Tampoco

quiso tener en su casa indias que le sirviesen, mirando por el recato y buena fama tan necesaria en un predicador, ni indios (aunque uno y otro le ofrecian), diciendo, que era un pobre religioso, y no le convenia tener familia de criados y criadas: solo consintió que dos niños le asistiesen en lo necesario.

Habiendo estado siete años en las Indias, y convertido muchos millares de gentiles, no pudiendo sufrir su mucha caridad y zelo, la crueldad é impiedad de algunos ministros que oprimian demasiado á los indios, y embarazaban la predicacion del Evangelio; con licencia de su general, y aun del mismo Dios (como el santo confesó á un caballero), se volvió á España. En el viaje padeció la nave en que venia el santo, una brava tormenta, pero sosegóse con su oracion y la señal de la cruz. Llegó á España á 18 de octubre de 1579, y luego sin descansar se puso en camino para Valencia, donde fué recibido de sus frailes, con gozo igual á la pena que habian tenido en su partida. Dijo que queria empezar á servir á Dios, y tratarse como novicio; y así lo hizo en el fervor y observancia religiosa. El año siguiente de 1580, fué hecho prior del convento de San Onofre, muy contra su voluntad, y le adelantó mucho en lo espiritual y temporal; porque hallando el convento muy alcanzado, y á los religiosos sin alguna provision, Dios le ayudó de manera, que fuera de pagar las deudas, y proveer abundantemente á los religiosos, le adelantó mucho en el edificio: y recibia generalmente á todos los huéspedes de otras religiones, y daba muchas limosnas, así en la portería, á cuantos venian á pedir, como á personas vergonzantes; y cuando acabó su oficio dejó la casa bien proveida de trigo y todo lo mas necesario. Pero es maravilloso esto; porque, como el mismo santo confesó á Fr. Vicente de Vera, hallaba algunas veces en su celda dinero que él no habia puesto, ni sabia cómo habia venido á ella. Sucedióle en esta materia un suceso muy particular con un librero llamado Vicente Garriga, que le habia dado algunos libros fiados. Entró un dia en su celda; y en viéndole, díjole el santo: Perdóneme, hermano; que he olvidado de enviar por dinero para pagarle: pero siéntese en esta silla, que Dios proveerá. Respondió el librero que no venia sino á verle. Trabaron plática, y á lo mejor de ella, alargó el santo la mano á la mesa, y dió al librero puntualmente el dinero que le debia. Quedó espantado el librero, por no haber en la mesa dineros cuando él entró, y quedóse por devocion con la mitad, dando la otra mitad á un letrado amigo suyo, que se la trocó por otra moneda para guardarla por reliquia.

El zelo que tenia de la salvacion de las almas no le dejaba estar mucho tiempo en su celda y convento: salíase muchas veces á predicar por aquellos pueblos; y por no hacer falta á su oficio, se volvia ordinariamente á su convento el mismo dia. Hacia muy de ordinario sus viajes á pié, aunque estaba achacoso y tenia una pierna llagada: y por condescender con los ruegos de sus frailes, salia de casa á caballo, y en saliendo al campo se apeaba y lo lo mismo hacia á la vuelta. Un viernes santo salió á caballo para predicar en Moncada, y luego se apeó y descalzó; y lo mismo hizo despues de haber predicado, volviendo á Valencia. Predicando en Liria un dia de Navidad, y estando aposentado en casa del rector ó cura del pueblo, se recogió á su aposento á dormir, y en pareciéndole que estaban recogidos todos, se bajó al establo, y en reverencia del Niño recien nacido pasó gran parte de la noche en oracion.

Acabado su priorato, volvió el santo á Valencia, y luego le hicieron maestro de novicios, y despues prior del mismo convento de Valencia, con grande gusto de todos los religiosos y no menor sentimiento suyo. Pero hallándose desconsolado por esta eleccion, se fué á la celda que habia sido de san Vicente Ferrer, donde está una imágen suya de bulto; é hincado de rodillas, hizo con grande fervor esta oracion: Padre san Vicente, á mí me han hecho prior de esta casa, sin tener partes para este cargo; yo renuncio en vos el priorato: vos sereis el prior y yo ejecutaré vuestras órdenes. Inclinóse luego para besarle el pié, y la imágen de san Vicente se inclinó, y le abrazó y levantó de la tierra, como el mismo santo lo contó á dos religiosos en su última enfermedad: aunque añadió: Mas ¿qué importa eso? Tambien habló Dios por el asna de Balaan, sin tener ella merecimientos para ello. En el principio de su priorato puso en su celda un letrero, que decia aquellas palabras de san Pablo á los gálatas: *Si hominibus placerem, Christi servus non essem:* Si yo procurase agradar á los hombres, no fuera siervo de Cristo: y guardóle tan al pié de la letra, que por mucha amistad que tuviese con algun religioso, jamás le disimuló defecto alguno, aun de los que tienen sus constituciones por lijeros: y solia decir, que no se queria ir al infierno ni al purgatorio por sus amigos. Puso muy gran cuidado en que los frailes se aplicasen al estudio, y queria que estuviesen siempre ocupados, para evitar el ocio que trae consigo todos los males. Deseaba que se aficionasen al retiro, y era muy dificultoso en dar licencia para salir de casa, sino es con precisa necesidad. Si oia que en el convento habia algun disgusto entre los hermanos, procuraba que se atajase luego, porque no pasase adelante cosa tan perniciosa para una comunidad. Cuidaba mucho que no hubiese en sus súbditos embarazo alguno para la pureza de conciencia; y por eso era muy limitado en reservar casos, y muy liberal en dar licencia para elegir confesor: y solia decir, que mas queria ser en esto largo, que dar ocasion para que se hiciese alguna mala confesion. Favorecia mucho á los religiosos que veia observantes y deseosos de la perfeccion, y los alentaba y ayudaba cuanto podia para que la alcanzasen. Así como ponia cuidado en la guarda de sus reglas, así le ponia en que los frailes fuesen bien asistidos en la comida y vestido, y en todo lo demás necesario, especialmente en el tiempo de las enfermedades; de manera, que no echaban ménos el regalo que podian tener en sus casas. Era para todos benigno y afable, y aun cuando castigaba las faltas, era mas como padre, que como juez; porque mezclaba la blandura con el rigor, para que conociesen sus súbditos que nacia el castigar, de deseo de su bien y no de mala voluntad. Todos los viernes exhortaba á sus religiosos en el capítulo al ejercicio de las virtudes, particularmente á la obediencia; porque siempre hizo mucho aprecio de esta virtud; y solia decir, que la pobreza que Dios nuestro Señor mas estima en un religioso, es la desestimacion de la propia voluntad. Aumentó mucho las limosnas del convento, aunque le halló con muchas deudas; pero Dios le volvia ciento por uno, y con las limosnas que le daban, sustentó á los religiosos con abundancia, é hizo otros gastos que se le ofrecieron.

Ofreciéronsele muchos trabajos á san Luis en su prio-

rato; porque no todos gustaban del rigor con que zelaba la observancia: pero ya Dios se lo habia manifestado ántes que sucediese; porque al principio de su gobierno se le aparecieron tres Verónicas juntas, y entendió que por ellas le significaba Dios los trabajos que por él habia de padecer en su trienio; aunque Dios, que permitia la afliccion de su siervo, le consolaba en el tiempo de la mayor necesidad. Estando una vez algo triste, vió caer delante de su celda un pájaro con un pié quebrado, que ni podia volar ni andar; y luego oyó una voz que decia lo que dijo Cristo á sus discípulos: *Et tamen unus ex eis non cadit in terra sine Patre vestro:* dándole á entender que no sucedia nada sin la voluntad de Dios: con lo cual quedó muy consolado. Otra vez vió en el cielo una grande luz, y oyó una voz que decia, que aunque entonces vivia en tinieblas, vendria tiempo en que se le diese gran luz y resplandor. Dia de la Resurreccion de Cristo, vió al Señor con tanta majestad y resplandor, que en su comparacion todo el mundo y el cielo le parecia oscuro y feo; y esta vista le trajo grande gozo y alegría. Volviendo en otra ocasion de maitines á su celda, oyó una voz sobrenatural, que decia: Mas agrada á Dios la afliccion de corazon, la contricion y tribulacion, que la dulzura, descanso y consolacion; y el siervo de Dios la recibió entonces muy grande. Otras muchas cosas notables le sucedieron en su priorato, que fuera largo contar. Habia tratado un religioso al santo de ignorante ántes de ser prior: y estando una noche en oracion en el coro, se le apareció cercado de fuego, y le dijo: Padre, perdóname lo que te dije tal dia, y dime una misa, porque no quiere Dios que salga del purgatorio y suba al cielo, hasta que me perdones y hagas por mí lo que te pido. Perdonóle luego el santo: dijole por la mañana la misa; y á la noche se le apareció glorioso, y le dió las gracias.

Acabó san Luis su oficio con grande gozo de su espíritu; porque deseaba verse desembarazado de gobierno; y solia decir á los religiosos, que rogasen á Dios no muriese mientras era prior, sino despues que no tuviese cargo de almas. No salió mas de este convento hasta que murió, y su vida en este tiempo fué una preparacion para la muerte, dándose á mas oracion, y uniéndose estrechísimamente con Dios, por medio de la contemplacion. En este tiempo parece que crecieron los favores de Dios para con este su fiel siervo, y que como él se iba acercando al cielo, el cielo le trataba como mas familiar. Saliendo de maitines de san Miguel de setiembre, al punto que los religiosos empezaban en el coro el *Te Deum laudamus*, encontró en el claustro á santo Domingo y san Francisco. En viéndolos, se echó á los piés del seráfico padre, y besándole el pié derecho y la llaga del costado, se estuvo un rato deleitándose espiritualmente, y san Francisco le sostenia la cabeza con las dos manos, y se las pasaba suavemente por la cabeza y rostro, con señales de mucho amor, dándole grandes esperanzas de su salvacion. Luego quiso besar los piés á su padre santo Domingo; mas el santo patriarca no lo permitió y solo le dió la mano para que se la besase. Otra vez, estando en su celda, le apareció Cristo nuestro Señor en la cruz, como estaba en el monte Calvario: otra, oyó una voz que le decia: Fr. Luis, ya te son perdonados tus pecados. Con estos y semejantes favores, fortalecia Dios á su siervo contra las persecuciones del demonio, las cuales eran tantas, que hablando de ellas con un compañero suyo, le dijo: Espantáraste, hermano, si supieras los trabajos que me dan los demonios.

Un año ántes de morir, dijo el dia en que habia de pasar de esta vida, al patriarca de Valencia don Juan de Ribera, y en el discurso del año repitió otras veces la misma profecía, señalando el dia de su muerte á los 9 de octubre, dia de san Dionisio Areopagita. Las enfermedades que por toda su vida habia padecido, se le aumentaron mucho en este último año; porque cayó enfermo muchas veces, y en mejorando, volvia á recaer; porque Dios queria con las enfermedades y dolores purificarle para la vida eterna: y él llevaba sus dolores, que eran intensísimos, con tanta paciencia y conformidad, que preguntado del patriarca don Juan de Ribera si estaba contento con lo que Dios le enviaba, respondió: En verdad, señor, yo no trocaria estas penas con cualesquier bienes del mundo, y estoy muy confuso que nuestro Señor me haga tantos favores, no mereciéndolos yo, que soy un gran pecador. Y decíale á Dios muchas veces las palabras de san Agustin: *Domine, hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas:* Señor, abrasad aquí, cortad aquí, no perdoneis aquí, para que perdoneis para siempre. Ni se contentaba con el trabajo y penitencia de la enfermedad, sino que queria hacer mas penitencia, y afligir su cuerpo tan afligido. Llegando un religioso á componerle la cama, vió que tenia un ladrillo entre la túnica y la carne; y díjole, lastimado y quejoso: ¡O válgame Dios! Mi P. Fr. Luis, ¿para qué hace estas cosas estando enfermo? ¿Quiere quitarse la vida? Respondió el santo: ¡O hermano! acércase ya la jornada, y es menester mucho para ir al cielo: y conjuróle que no dijese á nadie lo que habia visto. Mientras estaba en la cama, comulgaba todas las veces que podia, por la gran devocion que tenia con este soberano Sacramento. Por los muchos que le visitaban no podia darse tanto á la oracion como quisiera; pero tenia señalada para la oracion, una hora por la mañana y otra por la tarde; y rogaba á los enfermeros que no dejasen entrar á nadie, para que no le inquietasen.

Cuatro dias ántes de su muerte pidió la túnica de lana, y se la puso, quitándose la camisa de lienzo que traia por mandado de los médicos, para morir con la túnica de su órden. La víspera de san Dionisio, á las seis de la tarde, pensando los frailes que se moria ya, le dijeron la recomendacion del alma en presencia del patriarca de Valencia y el obispo de Marruecos, hasta que abriendo el santo los ojos, dijo: Váyanse; que tiempo tendrán. Pasadas algunas horas, oyendo al enfermero preguntar al médico qué habia de comer el enfermo al dia siguiente, dijo: No es necesario aparejarme de comer para mañana; significando que moriria ántes de comer. Venida la mañana, como le iban faltando los sentidos, pensando que la túnica de lana que le habian dado ántes, era de lienzo, por ser blanca y delgada, pidió que le quitasen aquella camisa y le diesen una túnica de santo Domingo, con tantas ansias, que hubieron de quitársela y volvérsela á poner dentro de un rato, diciéndole, que aquella era túnica y no camisa. Vino por la mañana el arzobispo, y á las nueve le dijo el santo: Señor, despídame, que ya me muero: dígame un evangelio y écheme su bendicion. Luego le dijeron los religiosos la recomendacion del alma, que usa su órden; y al acabarla con aquellas palabras: *Ut vinculis carnis exutus pervenire mereatur ad gloriam regni cœlestis;*

salió su dichosa alma de la cárcel del cuerpo, para vivir eternamente en la patria celestial en compañía de los bienaventurados á los 9 de octubre dia de san Dionisio Areopagita, del año 1585 como tantas veces el santo lo habia profetizado.

Cuando espiró, vieron los presentes salir de su boca un resplandor muy grande, que alumbró toda la celda: el mismo resplandor vió sobre la celda Fr. Gerónimo de Almonar, que estaba fuera de ella; y don Martin Pallás, canónigo de la catedral de Valencia, viniendo muy de priesa para hallarse en su tránsito, al llegar á una plaza que está en frente del convento, vió sobre él una grande claridad, y entrando, halló que acababa de espirar el santo. Fr. Antonio Ballester, que estaba en la iglesia á este tiempo, oyó una música de estraordinaria melodía, y cuando quiso saber donde estaba la música, quedó mas admirado; porque ya le parecia estar hácia el altar mayor, ya hácia la capilla de nuestra Señora del Rosario, ya hácia el claustro: y viendo que no la oian otras personas que estaban en la iglesia, conoció era música celestial. La misma tarde, estando el cuerpo en la iglesia, y el dia siguiente por la mañana, ántes que le enterrasen, y el dia de las honras, fué oida la música de otras personas. A diversas personas reveló Dios la grande gloria de su siervo. Despues que espiró, exhalaba su cuerpo una fragancia celestial, y tambien su ropa, y especialmente la túnica. Concurrió toda la ciudad de Valencia á venerar el sagrado cadáver, y llevar si pudiesen alguna reliquia suya: y estando en el féretro, obró Dios por el santo algunas maravillas, sanando de varias enfermedades á los que se le encomendaban, con que creció mas la devocion de todos; y aunque entonces le enterraron en el sepulcro comun de los demás religiosos, al año siguiente, hallándole entero é incorrupto, le pusieron en un sepulcro, ó túmulo de piedra, á manera de capilla. Despues se ha aparecido muchas veces glorioso, para favorecer á sus devotos.

Resplandeció san Luis en vida y muerte con innumerables milagros. Pero ¿quién se admirará que Dios honrase con tantos milagros al que habia adornado de tantas y tan escelentes virtudes? En la humildad, que es el fundamento de todas, se señaló de manera, que estimándole todos por santo, él se tenia por grande pecador y se alegraba de que le notasen y dijesen sus faltas: y cuando era maestro de novicios, mandaba á sus novicios que se las notasen y dijesen; y aun les perdonaba por esto las penitencias que merecian. Enseñaba que el deseoso de la perfeccion no solo habia de menospreciarse á sí y al mundo, sin menospreciar á ninguno; mas que habia de menospreciar tambien el ser menospreciado; y así decia: *Spernere se, spernere nullum, spernere mundum, et spernere sperni.* Alegrábase cuando se veia menospreciado, y daba gracias á Dios por ello y á los mismos que le menospreciaban é injuriaban. Unos caballeros de Valencia, porque no habia hecho cierta cosa que le habian pedido, le trataron afrentosamente, llamándole mal fraile, y otros oprobios semejantes: y él respondió con humildad y mansedumbre: En lo que decis, que soy malo, decís la misma verdad; y ninguno me ha conocido tan bien como vosotros. Lo mismo le sucedió en las Indias con otro, que le dijo muchas palabras afrentosas; y el santo dijo, que tenia razon en lo que decia, y que le perdonase; porque era un gran pecador: y queriendo una persona que estaba con él, vengar este agravio, se puso de por medio, interceciendo por su injuriador. Para satisfacer al deseo que tenia de ser despreciado, se decia á sí mismo oprobios y títulos afrentosos, llamándose gran pecador, y el mayor pecador del mundo, perturbador de todas las cosas, y ocasion de todos los males. Aborrecia de corazon cualquiera honra, y así se entristecia mucho cuando le querian besar la mano como á siervo de Dios: y cuando fué prior de Valencia, no quiso le llamasen paternidad, como se da á los priores, teniéndolo por demasiada honra para lo que él merecia. Ocultaba los favores que Dios le hacia, por no ser honrado por ellos. Pidiéndole un amigo suyo, que le contase algunos de los favores que Dios le hacia; respondió: Yo no sé decir otra cosa mas que pecados. Replicando el amigo que los deseaba saber, para dejarlos escritos á los venideros, dijo: *Habent Moysem et Prophetas:* como si dijera: Teneis evangelios, la doctrina y ejemplo de los santos; esto os basta, sin querer saber otra cosa de mí: y añadió: Lucifer tenia mas luz que yo, y fué echado del cielo: Judas fué apóstol, é hizo milagros, y despues se colgó y reventó, y fué sepultado en el infierno: lo cual acostumbraba á decir muy de ordinario. Replicó el amigo: No será para otro, sino para mí solo, para que yo comience á servir á Dios. No querais saber otra cosa (dijo el santo): inclinaos ahora á los piés de Jesucristo crucificado, y yo os prometo que entendereis mas de lo que pensais. Y sabed que las maravillas que deseais saber, poco me valen, supuesto que yo no sé si estoy en gracia ó en aborrecimiento de Dios. Solo os digo que todos los dias me suceden cosas de estas y no hago caso de ellas, por no saber de cierto de qué espíritu son; ántes tengo por cierto que si Dios no usa conmigo de misericordia, yo seré condenado. Su divina Majestad me dé gracia para que muera yo con humildad, recibidos los sacramentos de la santa madre Iglesia. En tiempo que se arrebataban muchos en Valencia, le preguntaron ciertas personas si se arrebataba; y él respondió: Sí, hermanos, cuando duermo estoy arrebatado; y cuando tengo cólera, que soy furioso. Con ser tan santo, le venian algunas veces tales temores de su condenacion, que le hacian andar triste y melancólico. Estando una vez en recreacion con sus novicios, le sobrevinieron tantas lágrimas que se hubo de recoger á su celda: y preguntándole un religioso la causa de su llanto, respondió: Estamos comiendo y hablando; y yo pobre de mí no sé si me tengo de salvar ó condenar. ¿No os parece que tengo bien por qué llorar? Con este temor, decia el santo que le preservaba Dios de pecados de soberbia.

De su humildad le nacia la paciencia en todos sus trabajos; porque todo le parecia poco para lo que él merecia. Padeció toda la vida continuas enfermedades y dolores, muchos trabajos y aflicciones interiores y exteriores, con que Dios nuestro Señor le probaba, y los demonios y los hombres le afligian, y con grande igualdad de ánimo le pedia á Dios nuestro Señor, que le castigase aquí, y no le perdonase en esta vida para que le perdonase en la otra. Era cosa muy digna de notar ver padecer tantas enfermedades, al que sanaba tantos enfermos; mas él decia que sus enfermedades y dolores eran grillos con que le tenia preso el Señor. Los demonios le afligian, apareciéndosele en horribles formas, y dándole palos y golpes. Los hombres le levantaron falsos testimonios de cosas gravísimas contra la pureza y castidad, pero Dios le sacó de

todos con mayor honra, y sus acusadores fueron castigados; aunque el santo intercedia por ellos, para que se les perdonase la pena que merecian. Bastaban los trabajos y enfermedades que el santo padecia por asperísima penitencia; pero no se contentaba su fervor con esos rigores, sino que añadia otros mayores de los que podian llevar sus fuerzas. Tomaba rigurosísimas disciplinas, hasta derramar sangre, y sobre las llagas vestia de ordinario un áspero cilicio; y otras veces se ceñia una cadena de hierro, imitando á su padre santo Domingo. Desde sus tiernos años empezó á afligir su carne con ayunos y vigilias: y en entrando en la órden, no contento con los ayunos ordinarios de ella, ayunaba otros muchos dias, y de su pobre racion dejaba siempre una parte para los pobres. Cuando habia de comer se ponia en la boca unas píldoras de acíbar, para que le amargasen todos los manjares.

Con la penitencia, como con un preciosísimo bálsamo, conservó su carne sin corrupcion y su alma pura, y murió tan vírgen como habia nacido. Cuando hablaba de la castidad la persuadia con tanta eficacia, que mostraba bien el afecto entrañable que tenia á esta celestial virtud. Era recatadísimo en tratar con mujeres: y cuando era necesario hablarlas, era con mucha brevedad; y si ellas querian detenerle, decia: Id con Dios; que yo bien me acuerdo de rogar á Dios por vosotras. En las Indias afirmaban algunas personas no haber tratado á persona de mayor modestia, en quien mas resplandeciese la pureza y castidad. En Turbara, viendo los indios la castidad del santo, incitados del demonio, le armaron un lazo para hacerle caer: enviáronle una mujer para que le provocase; pero el santo quitándose la correa con que andaba ceñido, la echó con ella de su presencia. Predicando en el nuevo reino de Granada, un hombre noble, porque le habia reprendido un amancebamiento, pagó muy bien á una doncella para que hiciese caer al santo en alguna culpa: fué á la casa del santo á las diez de la noche: llamó á la puerta y él salió, pensando que era para alguna confesion; mas conociendo el intento de la desventurada mujer, la dijo que esperase porque luego volveria. Cerró muy bien la puerta, fuése á la iglesia; tomó una recia disciplina; y despues se estuvo en oracion casi tres horas, pidiendo á Dios que le favoreciese y ayudase para no caer en ninguna culpa. Volvió despues á la mujer que habia oido la disciplina, y la halló tan compungida y turbada, que de temor no se habia atrevido á apartar de aquel lugar: despidióla exhortándola á hacer penitencia de su mal intento; y al otro dia vino el que habia urdido esta maldad á pedir perdon al santo con muchas lágrimas, y se puso en sus manos para hacer todo lo que le mandase. Esta pureza de su cuerpo en que era mas semejante á los bienaventurados, que á los hombres mortales, testificaban algunos privilegios que gozó en la tierra semejantes á los que han de tener en el cielo los cuerpos gloriosos; porque muchas veces fué visto cercado de resplandores y otras muchas veces, en vida y en muerte, se sintió salir de su cuerpo una fragrancia totalmente celestial que se comunicaba á su túnica y hábito; y notaron algunos en su vida que dejaba san Luis por donde pasaba, rastro de esta fragrancia celestial.

¿Qué diré de las otras virtudes de este prodigioso santo? Su obediencia fué tal, cual él la deseaba en todos sus novicios y súbditos. En todos sus prelados miraba á Cristo, y como á tales los obedecia. Su mortificacion era tal, que en una ocasion lamió con su lengua los lamparones á una persona que padecia esta asquerosa enfermedad. Era muy amigo del silencio y muy dado á la oracion en que gastaba mucha parte del dia y de la noche, y en ella se quedaba muchas veces absorto, y como fuera de sí, sin poder atender á lo que le preguntaban; y fué visto algunas veces levantado en el aire, arrojando de su rostro grandes luces: indicio de las luces interiores, con que Dios ilustraba su alma. Rezaba las horas canónicas con gran devocion, y ántes de comenzar cada una, decia ciertas antífonas, que contenian los misterios de la Pasion que tenia repartidos para todas las horas. La devocion con que decia la misa, causaba devocion en los que la oian, derramando lágrimas la mayor parte del tiempo, y particularmente desde la consagracion hasta consumir. En la caridad, que es la reina de las virtudes, se señaló mucho, como se ve por el deseo que siempre tuvo de morir por Cristo. Todos los dias cuando en la misa alzaba la hostia decia, á imitacion de san Pedro mártir: Dáme, Señor que muera por tí, como tú quisiste morir por mí. Y al mismo intento repetia las palabras de san Vicente mártir. Esto es lo que siempre deseé: esto es lo que con todas mis fuerzas busqué. Otras veces decia: Si fuésemos tan dichosos que nos llevasen atados con cadenas por esas calles; entonces experimentaríamos, como los apóstoles, cuán dulce cosa es padecer por Cristo y ser dignos de sufrir contumelias por su santo nombre. En cierta ocasion le dijo á un amigo suyo: Yo no merezco el martirio; pero si Dios me hiciese tan gran merced, lo recibiria de muy buena gana, y rogaria que me diesen los mayores tormentos del mundo. Por esto, aunque le amenazaron muchas veces, y le quisieron matar por la fuerza con que predicaba contra los vicios, no desistia de reprenderlos; porque deseaba él mas recibir la muerte, que sus enemigos dársela. El amor de Dios y de sus prójimos le hizo dejar sus amigos, parientes, patria, y á España, y navegar á las Indias, á otros climas y regiones diferentes, para convertir los gentiles á la fé, y el mismo le hizo toda su vida predicar, confesar, aconsejar, orar, hacer penitencia y tomar otros medios, para apartar á los pecadores de sus culpas, y reconciliarlos con Dios. Derramaba muchas lágrimas cuando sabia que alguna persona estaba en pecado mortal. Solicitada una doncella de un hombre, habiéndose resistido mucho tiempo, se determinó una noche á consentir con su voluntad: y habiéndolo enviado á buscar, estuvo en la ventana aguardándole tres horas, y perseveró en su mala intencion hasta la mañana, sin parecer aquel hombre. Fué el santo á su casa y díjola: Dios os lo perdone, señora loquilla; que me habeis hecho velar por toda esta noche, pidiendo á Dios que no llegase á ejecucion vuestro mal intento. Compungióse aquella mujer, y propuso de servir á Dios en adelante. Supo otra vez por revelacion, que una mujer principal estaba enamorada de un hombre con quien habia ofendido á Dios: fuéla á visitar, y comenzó á derramar muchas lágrimas: y preguntada por la mujer la causa, respondió que lloraba los muchos pecados que habia cometido con aquel hombre; y la señaló el lugar donde habia ofendido á Dios nuestro Señor: luego la describió un poco las espaldas, que tenia llagadas de las disciplinas que habia tomado por las culpas que ella habia cometido. Empezó la mujer á llorar

arrepentida ; y el santo le dijo que bien podia decir las quince misas que á honra de los quince misterios del rosario habia prometido á la Reina del cielo, si la sacaba de aquella culpa, porque ya no caeria mas en ella. Creció la admiracion de la mujer ; porque no habia comunicado á nadie aquella promesa : y de allí adelante vivió cristianamente, sin caer jamás en semejante pecado. Con los enfermos tenia gran caridad , visitándolos y sirviéndolos en los hospitales: con los pobres era liberalísimo, socorriendo todas sus necesidades ; y todos hallaban en él consuelo y alivio de sus aflicciones y trabajos. Muchísimas son las profecías que se cuentan de san Luis en su vida ; porque alcanzaba lo venidero , y conocia los pensamientos de las personas que trataba. Confesándose con él un religioso, y comenzando en cierto paso á titubear de vergüenza, le dijo el santo : ¿Sois Judas vos? ¿Por qué no confesais tal pecado? señalándole el que en la verdad habia cometido. Confesándose con él otra mujer , y no acordándose de un pecado se le dijo el santo ; y despues siempre que se confesaba con él, le preguntaba al fin de la confesion: Padre, ¿déjome algo? Y el santo respondia : Tal y tal pecado os dejais. A otras muchas personas decia sus pecados, ántes que ellos se los dijesen. Habiendo los frailes legos recogido mucha limona una semana , guardaron parte de ella para otra en que juntasen ménos : fuéron á dar la limosna al santo, que entonces era prior ; y él les dijo, que diesen todo el dinero. Respondiendo ellos , que no tenian mas que dar, le dijo al uno : ¿Y el real de á cuatro, que escondiste en el calzado del pié izquierdo? Y volviéndose al otro : Y vos tambien echad acá el ducado que teneis en la manga. Tuvo don de discernir espíritus, y la santa madre Teresa de Jesus en el principio de sus fundaciones consultó con san Luis sus deseos y algunas revelaciones que habia tenido ; y el santo despues de haberlo encomendado á nuestro Señor, la respondió , que su espíritu era de Dios, y que se animase á proseguir en lo comenzado ; y la aseguró de parte de Dios, que ántes de cincuenta años su religion seria una de las mas ilustres de la Iglesia : lo cual vemos hoy felicísimamente cumplido.

Entre los innumerables milagros, que se cuentan de este prodigioso santo , solamente contaré uno , por ser muy singular y maravilloso. Siendo prior del convento de Albaida, reprendia con grande fuerza de espíritu los pecados públicos ; y un caballero de calidad , imaginando que se decia por él, lo que él habia bien menester, le envió á decir por un criado suyo , que si no se desdecia de cuanto habia dicho en el sermon, le habia de quitar la vida. Respondió el santo con grande fortaleza, que tendria por gran dicha recibir la muerte por lo que habia predicado. Embravecióse mas con esta respuesta aquel caballero : y al dia siguiente, caminando el santo desde Albaida á su convento, que está distante del lugar una milla, en compañía de un hombre llamado Francisco de Mora, vieron al caballero que venia á caballo á toda prisa con una pistola en la mana. Francisco de Mora hechó á huir rogando al santo que hiciese lo mismo; mas él confiado en Dios prosiguió su camino. Llegó el caballero y díjole con mucha ira : ¿Cómo has tenido atrevimiento de reprender á un hombre como yo? Y puso la boca de la pistola al pecho del siervo de Dios , apretando el gatillo para quitarle la vida. Mas ¡ó maravilla de Dios ! El santo sin temor alguno ni turbacion, alzando el brazo derecho, hizo hácia la pistola la señal de la cruz, y luego al punto la pistola se convirtió en un crucifijo. Cuando el caballero vió la pistola convertida en crucifijo, atónico y atemorizado, se arrojó del caballo á los piés del santo, y revuelto en un mar de lágrimas , le pidió perdon de su gran maldad, y el santo con su acostumbrada mansedumbre y benignidad le perdonó, y dió buenos consejos, para que enmendase en adelante su vida. Sucedido esto, se volvió á Francisco de Mora , y le mandó que no dijese lo que habia visto ; añadiendo que no le preguntarian de este caso, hasta que pasasen treinta años ; y así sucedió, que despues de treinta años le examinaron acerca de esta maravilla.

Escribieron la vida de san Luis Bertran Fr. Francisco Diago, en la historia de su órden de la provincia de Aragon ; Fr. Baltasar de Roca ; Fr. Vicente Justiniano , y Fr. Lucas de Loarte , todos autores graves de la órden de Santo Domingo , y don Juan Tomayo , en el quinto tomo de su Martirologio : y hacen honorífica mencion de él los historiadores de la Compañía de Jesus , por haberla estimado y favorecido mucho en sus principios, cuando entró en la ciudad de Valencia.

San Francisco de Borja, confesor.—Don Francisco de Borja , duque IV de Gandía, y despues religioso y tercero propósito general de la Compañía de Jesus , fué primogénito de don Juan de Borja , tercero duque de Gandía, y de doña Juana de Aragon su mujer, que era hija de don Alonso de Aragon, hijo del rey católico don Fernando. Nació en Gandía á los 28 de octubre , dia de los santos apóstoles san Simon y Judas, el año de 1510 , siendo sumo pontífice Julio II, y emperador Maximiliano el I , y rey de Aragon el católico rey don Fernando su bisabuelo materno. Estuvo la duquesa , su madre , con recios dolores de parto, y con gran peligro de perecer ella y la criatura. Prometió el seráfico padre san Francisco (del cual era muy devota) que si Dios la alumbraba con bien , y le daba hijo varon , le llamaria Francisco. Con esta devocion y un cordon del mismo santo que se ciñó , fué Dios servido que naciese este dichoso niño , al cual llamaron Francisco, como la duquesa, su madre, lo habia prometido. Tuvieron gran cuidado sus padres de la crianza del niño , y que las primeras palabras que aprendiese fuesen devotas y santas, y que se acostumbrase desde su tierna edad á repetir muchas veces tartamudeando los dulcísimos nombres de Jesus y de María ; y él lo hacia con mucha gracia y aprendia las oraciones que le enseñaban , con tan buena memoria y felicidad , que no teniendo mas de cinco años, cada dia decia de memoria la doctrina cristiana de rodillas. Mostraba particular contento y devocion en rezar al santo que le cabia en suerte , conforme á la loable costumbre de la casa de Gandía , con la cual destetaban y criaban á sus hijos. Siendo nuestro don Francisco tan niño , era cosa de maravillar el gusto con que rezaba y queria levantarse de la cama para hincarse de rodillas , y hacer muchas genuflexiones , para imitar al apóstol Santiago, el menor , de quien era muy devoto porque le habia caido en suerte. Toda su recreacion y entretenimiento era allegar imágenes de santos , hacer altares y ayudar á misa , é imitar al sacerdote en las ceremonias eclesiásticas, y enseñar á los otros niños y pajes suyos. No era travieso ni inquieto , sino apacible, manso y sufrido; no se enojaba con nadie, ni enojaba á nadie.

Llegado á los siete años, el maestro, que era un grave

teólogo, comenzó á enseñarle los principios de la gramática, y el ayo, que era varon cristiano y discreto, las costumbres y ejercios de caballero, cuanto á aquella edad se permitia; y el uno y el otro tenian poco trabajo, así por su buen ingenio, como por su blanda condicion. Aun no tenia diez años cuando comenzó á gustar de los sermones; y cuando le agradaban mucho, lo que habia oido le quedaba en la memoria, y lo repetia, imitando al predicador con tan buen donaire, que causaba contento y admiracion. En esta misma edad tenia ya sus devociones ordinarias, que rezaba vocalmente cada dia, y en ellas sentia gusto y ternura: y habiendo caido mala la duquesa, su madre, de la enfermedad que murió, se encerró el bendito niño en un aposento apartado y se puso en oracion, suplicando con muchas lágrimas á nuestro Señor por la salud de su buena madre, y acabada su oracion, se disciplinó buen rato; y esta fué la primera vez que en tan tierna edad y con tan pia causa usó la disciplina.

Murió la madre el año del Señor de 1520, siendo ya nuestro don Francisco de diez, y en el mismo año, por el alboroto de las comunidades que sucedió en España, y por haber los rebeldes alcanzado la victoria, y saqueado á Gandía, el duque don Juan sacó de aquel incendio á su madre y á su hermana, é hijas monjas que estaban en el monasterio de Santa Clara de Gandía, y con don Francisco, su hijo, fué á Zaragoza, donde le dejó en poder de don Juan de Aragon, arzobispo de aquella ciudad, nieto del rey católico y hermano de su madre: el cual le puso casa, y le dió maestros que le perfeccionasen en la gramática, música, y ejercicio de armas, que en Gandía habia comenzado á aprender; y Dios nuestro Señor le iba labrando, y dándole grandes toques é inspiraciones del cielo, para dejar las grandezas y esperanzas vanas del mundo. De Zaragoza le llevaron á Baza adonde habia ido á parar su bisabuela doña Magdalena, mujer de don Enrique Enrique, tio y mayordomo mayor del rey católico don Fernando, y comendador mayor de Leon y su abuela, tia, y hermana. Allí cayó malo de una grave dolencia, que le duró seis meses, y al cabo de ella sucedió un temblor de tierra tan espantable, que estuvo cuarenta dias en el campo debajo de una tienda, metido en una litera, que le servia de casa y cama. De Baza le enviaron á Tordesillas: allí sirvió á la infanta doña Catalina, hasta que, el año de 1522, se partió para Portugal, para casarse con el rey don Juan el III. Volvió á Zaragoza, y dióse al estudio de la lógica y filosofía por espacio de dos años, con tanta vigilancia y cuidado, como si en aquella facultad se hubiera de graduar. No por esto se olvidaba de su alma, y de resistir á los asaltos del enemigo, y reprimir y los apetitos sensuales, que ya con el calor de la edad, y de su complexion sanguínea y condicion amorosa, comenzaban á brotar: y para esto se confesaba ya mas á menudo y acudia por remedio á su confesor, y seguia con mucha prontitud los consejos que le daba; y así se entiende que el Señor por su bondad le conservó en su virginal pureza, hasta que tomó el estado del santo matrimonio: que en mozos nobles, ricos, regalados y libres, es cosa rara. Siendo ya de diez y ocho á diez y nueve años le envió su padre á la córte del emperador Cárlos V con buena casa y acompañamiento de criados. En la córte procuró juntar en uno las leyes de cristiano y de caballero. No consentia que hubiese en su casa juegos, ni liviandades, ni cosa que desdijese de la gravedad y vida que él profesaba. Oia misa, y tenia sus ratos de oracion cada dia: era amigo de oir la palabra de Dios: confesábase las fiestas principales, trataba de buena gana con hombres religiosos, cuerdos y graves, dando de mano á las amistades de gente liviana y libre: era bien criado y cortés: no murmuraba de nadie ni consentia que se murmurase delante de él. Era amiguísimo por extremo de decir verdad: ponia su honra en honrar á todos: holgábase mucho cuando los reyes hacian mercedes á otros caballeros por sus buenos servicios, y tenia esperanza de recibir semejantes mercedes por los que él hiciese. Y como no podia dejar de visitar algunas veces á las señoras y damas de la córte, y temia las ocasiones de caer en tales visitas; cuando las habia de hacer, se ponia un cilicio á raiz de las carnes, para resistir mas fácilmente á los fieros golpes del enemigo: y con esta prevencion y defensivo se escapó, por la misericordia del Señor, del contagio de la deshonestidad, sin notarse en él cosa que oliese á liviandad.

Casáronle el emperador y la emperatriz con una señora portuguesa, que se llamaba doña Leonor de Castro, dama y muy favorecida de la misma emperatriz; y don Francisco hizo este casamiento por obedecer (como buen hijo) á su padre, y porque deseaba casarse para no ofender á Dios en medio de tantos lazos y ocasiones, y porque estaba muy pagado de las prendas de doña Leonor. Dióle entonces el emperador título de marqués de Lombay, é hízole caballerizo mayor de la emperatriz. De este matrimonio tuvo el márques cinco hijos varones y tres hijas. En casándose dejó el gobierno de su casa á la marquesa, y él se ocupaba en los negocios públicos de palacio y en otros que le mandaba el emperador, no faltando un punto á lo necesario y honroso, y dejando lo superfluo y vano. Ponia su honra mas en los buenos criados y caballos, lucidas y finas armas, que en otros gastos que suelen hacer los cortesanos por su antojo. No era amigo de jugar ni de ver jugar, porque decia que en el juego se pierden cuatro joyas, el tiempo, el dinero, la devocion y muchas veces la conciencia; y para librarse de los que le importunaban que jugase, se dió mucho á la música, y aprovechó tanto en ella, que compuso algunas obras, de que se servian las Iglesias de España, y llamaban las obras del duque de Gandía. Tambien se dió á la caza de halcones, al principio por su entretenimiento y para dar gusto al emperador, y despues por el provecho que sentia en el campo para darse mas á Dios, apartado del bullicio de la gente, con las consideraciones espirituales que sacaba de la misma caza. Estudió con cuidado las matemáticas; porque le pareció que eran útiles para los oficios de un valeroso capitan, y porque el emperador tambien las estudiaba y las conferia con él. En este tiempo le fatigaron mucho unas tercianas; mas el Señor por medio de ellas le despertó y le hizo conocer de cuán quebradizo hilo está colgada nuestra vida, y que todos los bienes de la tierra no la pueden alargar, ni mitigar el dolor de las enfermedades, si el Señor, que las da, no pone su mano. Leia libros devotos y de santos, especialmente los sagrados, y mas los del Nuevo Testamento, que apenas le dejaba de las manos: y aun cuando en la convalescencia se iba al campo, le llevaba consigo y algun intérprete sobre él; y en hallando alguna sentencia á su propósito, cerraba el libro, y Dios le abria el entendimiento y le aficionaba la voluntad para entender y desear cumplir

lo que habia leido; y este fué el primer escalon de su oracion mental, y como las primeras líneas de la altísima contemplacion que despues le comunicó el Señor. El año de 1537 le apretó una esquinencia y le llegó al cabo: en la cual, aunque no podia hablar con Dios con la lengua, hablábale con el corazon: y teniendo la muerte delante, se consolaba pensando que no le topaba tan desapercibido como en otro tiempo le pudiera topar; porque en este ya se confesaba y comulgaba cada mes, que en aquel tiempo era cosa de muy pocos usada.

Mucho ayudaron al marqués para bien de su alma las enfermedades que Dios le envió, y no ménos la muerte de su abuela doña María Enriquez, mas esclarecida por su santidad que por su sangre; porque, dejando su casa y estado se hizo monja descalza, siendo de veinte y tres años, en Santa Clara de Gandía, y vivió otros tantos en aquel sagrado convento, con admirable ejemplo de religion, y murió santamente, con grandes señales de la gloria que el Señor la dió; y aunque el marqués perdió en ella madre, maestra, guia y consejo, desde el cielo le favoreció mucho mas que pudiera hacer acá en la tierra, y le alentó para que con mas ánimo y fervor se entregase de veras al servicio del Señor. Pero lo que mas le inflamó y le hizo romper las cadenas del siglo, fué la muerte de la emperatriz doña Isabel, su señora, que sucedió en Toledo el primer dia de mayo del año de 1539, estando el emperador en córtes de todos los grandes señores de Castilla, con extraordinarias fiestas y regocijos. Mandó el emperador á los marqueses de Lombay que llevasen el cuerpo de la emperatriz á Granada, donde se habia de enterrar en la capilla real de los reyes católicos.

Hicieron aquella jornada con grande acompañamiento, y llegados á Granada, al tiempo que, para hacer la entrega, se abrió la caja de plomo en que iba el cuerpo de la emperatriz; se descubrió su rostro tan feo y tan desfigurado, que ponia horror á los que le miraban, y de los que la habian conocido no habia ninguno que pudiese afirmar que aquella era la cara de la emperatriz; ántes el marqués, no pudiendo jurar sin duda que aquel era el cuerpo de la emperatriz, juró que, segun la diligencia y cuidado con que se habia traido aquel cuerpo, tenia por cierto que era el cuerpo de la emperatriz. Pero esta vista y este espectáculo tan lastimoso y de mal olor, dió un vuelco tan estraño al corazon del marqués, que lo trocó como de muerte á vida, é hizo en él mas maravillosa mudanza que la misma muerte habia hecho en el cuerpo de la emperatriz, porque le penetró una soberana y divina luz que le dió á conocer la vanidad de todas las cosas de la tierra, con un aborrecimiento y menosprecio de todas ellas, y un vivo y eficaz deseo de las celestiales y eternas: y pidiendo favor al Señor, decia: Dadme, Señor mio, dadme, Dios mio, vuestra luz, dadme vuestro espíritu, dadme vuestra mano y sacadme de este atolladero y de este abismo en que estoy sumido, que si vos me la dais, yo os ofrezco de no servir mas á señor que se me pueda morir; y hablando consigo mismo, decia: Harto habemos servido á los príncipes de la tierra: harto habemos dado á la mocedad y á la libertad: tiempo es ya de acogernos al sagrado y de aparejarnos para la cuenta que con rigor se nos tomará de todos los momentos de la vida; y muchas veces repetia: Nunca mas, nunca mas servir á señor que se me pueda morir. De este toque tan fuerte del Señor sacó el marqués una resolucion muy firme de escabullirse lo mas presto que pudiese y retirarse á su casa para servir á Dios con mas seguridad y quietud; y si alcanzase de dias á la marquesa, de hacerse esclavo de Cristo, abrazándose con la desnudez é ignominia de la santa cruz, y teniendo edad y salud para poderlo cumplir, de entrar en alguna religion; y á esto se obligó con voto, siendo á la sazon de veinte y nueve años.

Luego que tornó á la córte, y dió cuenta al emperador de su jornada, le suplicó que le diese grata licencia para ir á Gandía á ver á su padre, mas no pudo alcanzarla: ántes le mandó que le sirviese en el cargo de virey y capitan general de Cataluña; y por mucho que se quiso excusar, alegando su poca edad (que aun no era de treinta años), poca experiencia, y pocas fuerzas para carga tan pesada, nunca pudo acabar con el emperador que aceptase la excusa, por la aficion y estima grande que tenia de su persona.

Llegado á Barcelona, comenzó luego á tratar de cumplir con las obligaciones de su oficio, y gobernar aquel principado, como cosa encomendada de Dios, y de que le habia de dar estrecha cuenta. La primera cosa en que puso la mano, fué el limpiarle de bandoleros y salteadores, que eran en aquel tiempo innumerables y atrevidos, y no habia camino seguro, ni pueblo ni ciudad de Cataluña, que no sintiese esta plaga. Pero el nuevo virey se dió tan buena maña, y puso tanta vigilancia y cuidado en esto, que en pocos dias prendió y castigó gran número de ellos, saliendo él mismo en persona una vez á cercarlos en una torre, en donde se habian hecho fuertes cuarenta y cinco de ellos: los cuales se rindieron y fueron castigados, y los otros de miedo huyeron ó se enfrenaron, y la tierra se sosegó y gozó de paz y quietud. Parecióle al virey que Dios nuestro Señor se servia tanto en prender y castigar aquella gente facinerosa, que solia decir, que ninguna caza jamás le habia dado tanto gusto, como le daba esta, porque le parecia que iba á caza en compañia de la justicia de Dios: el cual se servia que se cortase el miembro podrido, para que todo el cuerpo de la república se salvase. Pero no por esto dejaba de tener gran lástima á los mismos que castigaba, y ninguna gota de sangre derramaba de ellos, que á él no le costase lágrimas de dolor; y era tan grande su caridad, que mandaba decir un treintanario de misas para cada uno de los que mandaba ajusticiar.

Velaba sobre los jueces, y les encargaba que hiciesen justicia, y que despachasen con brevedad á los negociantes: y para darles ejemplo, él daba audiencia á todas las horas del dia. Acudia con alegre rostro á los que venian á él, y los despedia con dulces palabras, y se compadecia de los miserables afligidos, y sufria con paciencia las importunidades y groserías de los que poco sabian, y procuraba que en los pleitos dudosos y enmarañados se concertasen las partes.

Hizo visitar los notarios y escribanos públicos, y que los ricos pagasen á los pobres lo que les debian: y si ellos de presente no podian pagar, mandábalos pagar de su casa, y que despues se cobrase de los ricos. Tambien mandó visitar las escuelas donde aprendian los niños, y buscar buenos maestros, y que se les señalase casa y algun salario público, para que ellos con mejor gana y comodidad atendiesen á la enseñanza y buena instruccion de la juventud, que es la fuente de donde se deriva el bien de toda la república. Puso órden en la gente de guerra, así en la ordi-

naria del principado, como en la que pasaba por él para Italia: y sabian los capitanes, que de cualquier desórden de sus soldados, habian de dar ellos al virey cuenta con pago. En su tiempo se hizo todo el lienzo de delante de la Lonja, poniendo el virey la primera piedra en el baluarte de San Francisco. Y porque aquellos años fueron muy estériles y trabajosos, y no se hallaba pan sino á precios excesivos, y la gente padecia hambre; él la desahogó con la abundancia de trigo que hizo traer de fuera del reino. Hacia grandes limosnas: casaba huérfanas: socorria las personas que se habian visto en honra, y despues venido á pobreza y necesidad: proveia á los monasterios de frailes y de monjas, y á todos los pobres y obras pias. Sobre todo, se desvelaba en desarraigar los pecados públicos y escandalosos: y cuando oia decir que se habia cometido algun grave delito en desacato de la divina Majestad, se afligia en gran manera, y se le marchitaba el corazon, temiendo que no hubiese sido por su culpa, y que se le habia de pedir estrecha cuenta, y así no reposaba hasta haber puesto el remedio que podia.

Ninguna cosa dejaba de hacer de las que tocaban al oficio de un gobernador cristiano, solícito y prudente, para aprovechar á sus súbditos: y para hacerlo mejor, y ganar la voluntad del Señor, que le habia puesto en aquel cargo, atendia con sumo cuidado á cultivar su alma, y á pedir favor á Dios. Ante todas cosas se determinó con gran resolucion á romper con el mundo, y no hacer caso de sus desvariados juicios y vanas murmuraciones, y despreciar las lenguas maldicientes, y escupir y hollar al ídolo «Qué dirán,» que es tan cruel tirano, y está tan apoderado de la mayor y mas noble parte del mundo. Con este fundamento, comenzó muy de veras á darse á la oracion, y á la mortificacion y penitencia, y al uso de los santos sacramentos. Rezaba las siete horas canónicas, conforme á los estatutos de la regla de Santiago (cuyo comendador era), que señala para cada una de ellas, cierto número de Padre nuestros y Ave Marías, y juntamente con la oracion vocal meditaba los pasos de la santísima pasion de Jesucristo nuestro Redentor, que en las siete horas canónicas se encierran. Rezaba asimismo el rosario de nuestra Señora, meditando profundamente los sagrados misterios que en él se contienen, reconociendo y agradeciendo el don soberano del Señor en aquel misterio, y sacando confusion para sí, de lo poco que de él se habia aprovechado, y pidiendo alguna gracia á Dios, conforme al misterio que meditaba. Mas despues que se hubo ejercitado en esta sencilla y humilde manera de meditacion, le abrió el Señor el entendimiento, y le levantó á otros modos de meditacion mas alta, de las excelencias y perfecciones divinas, en las cuales, como en un mar Océano, inmenso y sin suelo, se sumia y anegaba. Estaba por las mañanas cinco y seis horas en oracion continua, y todo el resto del tiempo que le sobraba de las obligaciones públicas de su oficio, andaba como absorto y transportado en Dios, y tan arrebatado, que le aconteció estar algunas veces, con el cuerpo presente en alguna música ó fiesta que no podia excusar, y con el pensamiento y corazon tan léjos de ella, y tan dentro de sí, que acabada la fiesta, no podia dar fé de cosa que en ella habia pasado.

Pues ¿qué diré de su penitencia y mortificacion? Primeramente se quitó del todo las cenas, en satisfaccion de los excesos de las comidas regaladas de otros tiempos, para ganar aquel tiempo para la oracion, y para enflaquecer su cuerpo, que era muy grueso y corpulento. Y habiendo ayunado dos cuaresmas con tan gran rigor, que en todo el dia no comia sino una escudilla de legumbres, con una rebanada de pan y bebia un pequeño vaso de agua; hallándose bien con ello, se determinó á ayunar un año entero con este mismo rigor; y así lo hizo, perdido el vano respeto al mundo, y teniendo mesa espléndida para los señores y caballeros que venian á comer con él. Con esta dieta y estrecha manera de vida se enflaqueció tanto, que un sayo suyo, que ántes le venia justo, al cabo de este año le sobraba de cintura media vara de medir. Añadia á esta tan excesiva abstinencia otras asperezas no ménos rigurosas, las vigilias, el cilicio, las disciplinas, la perpetua mortificacion, el irse á la mano en todas las cosas de gusto, el exámen riguroso de su conciencia, el no perdonarse ni disimular falta que cometiese sin castigo: de manera que mas era su vida de un religioso penitente, que de un señor y gobernador mozo, casado y criado en regalo y abundancia. Por medio de estos santos ejercicios daba Dios al marqués nuevo refresco y alientos; pero mucho mas por el uso de los santos sacramentos de la confesion y comunion; porque ya en este tiempo se confesaba y comulgaba cada domingo y las fiestas principales del año: lo cual hacia de ordinario en su capilla, y las fiestas solemnes en la iglesia mayor, para ejemplo y edificacion de todo el pueblo.

Hacíalo con particular aparejo, recogimiento y devocion: y en acabando de recibir el santísimo cuerpo del Señor, quedaba como absorto y suspenso, y comunmente con tan copiosas y suaves lágrimas, y con tal blandura y suavidad de espíritu, que él mismo, que la tenia, apenas la conocia, y muchas veces, considerando el manjar de puercos con que se sustentan los hijos de este siglo, hablando consigo mismo, decia: ¡O vida sensual! ¡O vida de bestias, cuán ciega, vil y miserable eres delante de la lumbre y felicidad de la vida espiritual! ¡Cómo se deshace y desaparece aquel vano y hermoso resplandor con que deslumbras y ciegas á los que te siguen, cuando amanece en sus corazones el dia claro de la verdadera luz! Y aunque las comuniones y confesiones tan frecuentes y ordinarias del marqués, para él eran tan provechosas; eran censuradas, no solamente de la gente popular (que en aquel tiempo se maravillaba de esta novedad), sino tambien de alguna espiritual y devota, por parecerles poco respeto llegarse tantas veces al Sacramento del altar un hombre seglar, casado y ocupado en tantos negocios. Pero él tuvo fuerte y llevó adelante su buena costumbre por la experiencia que tenia de su aprovechamiento, y por el buen olor que se derramaba con su ejemplo, y por el parecer de algunos padres graves de la órden de Santo Domingo, con quienes trataba las cosas de su alma, y mucho mas por haberle escrito el santo padre Ignacio de Loyola desde Roma (con quien lo habia consultado el marqués) que así lo hiciese.

Murió en esta sazon el duque don Juan de Borja, padre del marqués, y su muerte fué muy sentida de sus vasallos; porque era gran caballero, muy limosnero y muy devoto del santísimo Sacramento, al cual iba á acompañar siempre que salia á algun enfermo, y dejaba cualquiera ocupacion que tuviese, diciendo: Vamos; que nos llama Dios. Tomó esta ocasion nuestro don Francisco, para retirarse, y suplicó al emperador le diese licencia

para irse á su estado, y conocer y gobernar á sus vasallos, y cumplir el testamento de su padre; y el emperador lo tuvo por bien: y el nuevo duque, el año de 1543, dejando el gobierno de Cataluña, se fué á Gandía, donde recogió los criados de su padre y los recibió en su servicio, aunque no tenia de ellos necesidad; pero ellos la tenian de aquel amparo y remedio. Mandó reparar y edificar el hospital de Gandía, y poner en él camas y todo recado para albergar los peregrinos, y curar los enfermos, proveyéndolos de todo lo necesario con mucha liberalidad. Fortificó la misma villa de Gandía, y proveyóla de mucha y buena artillería para que los naturales estuviesen seguros de los moros, y los pueblos comarcanos se pudiesen guarecer en ella en tiempo de necesidad. Y habiendo proveido con el hospital á los pobres y enfermos, y con la fortificacion á la seguridad de sus vasallos, labró en su casa un cuarto para su morada, y un convento de frailes de la órden de Santo Domingo de su villa de Lombay, con buen edificio, suficiente renta, y ricos vasos y ornamentos para el culto divino.

Estando, pues, el nuevo duque tan bien ocupado, y viviendo en santa conformidad con la duquesa, su mujer, y habiendo convertido ya algunos años ántes la licencia del matrimonio en espiritual amor y hermanable compañía; dió el Señor á la duquesa una larga y trabajosa enfermedad, para purgarla y perfeccionarla mas, y despues, librándola de este miserable destierro, llevarla á gozar de sí á las moradas eternas. Sintió mucho el duque esta enfermedad, y á mas de las muchas misas, oraciones y limosnas que mandó hacer por la salud y vida de la duquesa, él con grande instancia suplicó al Señor que se la diese. Mas un dia, en el mayor fervor de su oracion, oyó una como voz interior que le decia: Si tú quieres que te deje á la duquesa mas tiempo en esta vida, yo lo dejo en tus manos; pero avísote que á tí no te conviene. Quedó con esta liberal oferta del Señor tan confuso el duque, y tan abrasado de un amor tierno y dulcísimo del Señor, que le parecia que se le partia y derretia el corazon: y volviéndose á él con grandes sollozos y copiosas lágrimas le dijo: Señor mio y Dios mio, ¿de dónde á mí, que vos dejeis en mi mano lo que está en sola la vuestra? ¿Quién sois vos, Criador mio y Bien mio, siendo yo el que tengo en todo y por todo de negar mi voluntad para hacer la vuestra? Pues desde ahora digo, Señor, que así como yo no soy mio, sino vuestro, así no quiero que se haga mi voluntad, sino la vuestra, y que yo quiero lo que vos quereis, y os ofrezco la vida, nó solamente de la duquesa, sino de todos mis hijos, y la mia y todo lo que de vuestra mano tengo y poseo en el mundo. Yo os suplico que vos dispongais de todo, segun vuestro beneplácito. Todo esto dijo el duque con grande afecto y resignacion, y luego se vió el efecto de ella; porque la duquesa comenzó á descaecer é ir por la posta á la muerte, y el duque la asistió y la esforzó en aquel trance con palabras de singular amor y espíritu; y ella dió el suyo al que la habia criado, á los 27 de marzo de 1546 años, dejando al duque viudo en los treinta y seis años de su edad.

Bien se vió que la muerte de la duquesa habia de ser para dar vida y acrecentamiento de virtudes al alma del duque; porque quedó mas desembarazado para poner en ejecucion lo que habia prometido en Granada, y echo voto de ello á nuestro Señor. Ya en este tiempo tenia noticia de la nueva Compañía de Jesus, que Dios nuestro Señor habia plantado en su Iglesia para bien del mundo, y tratado á algunos padres de ella, y aficionádose mucho á su buena vida é instituto: pero creció mas esta aficion con la comunicacion del padre maestro Pedro Fabro, el primer compañero que tuvo el santo padre Ignacio en la institucion de su religion: el cual á esta sazon estaba en España, y pasó por Gandía, de camino á Trento, adonde le mandaba ir el papa Paulo III, para asistir en el santo concilio en nombre de su santidad. Con este varon divino y celestial maestro comunicó su alma el duque, con gran gusto y aprovechamiento suyo, y fundó un colegio en Gandía, del cual puso la primera piedra el mismo padre Pedro Fabro, acabando de decir misa, á los 5 de mayo del año de 1546; cuyo primer rector fué el padre Andrés de Oviedo, natural de Illescas, que despues vino á morir patriarca en Etiopía. Dióle el padre Fabro al duque los Ejercicios espirituales del santo padre Ignacio, y él los hizo con mucho recogimiento y devocion, y quedó tan deseoso que la doctrina y el fruto de ellos se comunicase á muchos, que suplicó á la santidad del papa Paulo III, que mandase examinar con diligencia el libro de los dichos Ejercicios: y hallando que era de sana y católica doctrina, y el uso de ellos para las almas provechoso, fuese servido de aprobarlos y confirmarlos con sus letras apostólicas; y el papa, despues de haber mandado examinar el dicho libro al cardenal don Fr. Juan de Toledo, de la órden de Santo Domingo, que era inquisidor general, y á Felipe Archinto, su vicario general en Roma, y al maestro de su sacro palacio que asimismo era fraile de Santo Domingo, y todos tres varones doctísimos, hallando que los dichos Ejercicios eran llenos de piedad, y muy provechosos para la edificacion y fruto espiritual de los fieles, los aprobó y confirmó, exhortando á todos, así hombres, como mujeres, que usen de ellos, por un breve apostólico despachado en Roma el postrero dia de julio del año de 1548, que anda impreso con el mismo libro de los Ejercicios.

Pero lo que mas deseaba el duque era cumplir su voto; pues se hallaba en edad y con fuerzas para poderlo hacer, y dejar su estado y vestirse de la desnudez de Cristo, y morir con él, pobre en la cruz de la santa religion. Hizo muchas limosnas, y mucha oracion y penitencia, para que nuestro Señor le alumbrase á escoger la religion en que él queria que le sirviese, y para que le diese fuerzas y perseverancia en ella. Y puesto caso que él de suyo se inclinaba mas á la soledad y á la contemplacion del Señor; todavía entendió que le haria mas servicio en entrar en alguna religion, en la que á mas de procurar su salvacion propia, se emplease en ayudar á los prójimos á alcanzar aquel bienaventurado fin para el cual fueron criados. Mas habiendo tantas y tan santas religiones en la Iglesia del Señor, que se ocupan en cultivar su viña y llevar almas al cielo, no sabia cuál de ellas habia de escoger; porque como él habia nacido debajo de la proteccion del seráfico padre san Francisco, y mamado con la leche la devocion á este santo, y tenia su nombre, deseó en gran manera abrazar su religion, en la cual le parecia que hallaria buen aparejo para la pobreza y penitencia que queria seguir. Pero finalmente entendió que la voluntad del Señor era que entrase en la Compañía de Jesus; y así se determinó á hacerlo por grandes motivos que tuvo para ello, y por el parecer y consejo de los mismos padres de San Francisco,

amigos suyos y varones espirituales y de alta perfeccion, con quienes lo consultó. Con esta determinacion despachó luego un criado suyo á Roma con cartas al santo padre Ignacio, fundador y primer propósito general de la misma Compañía, con las cuales se ponia en sus manos, y le rogaba le admitiese entre sus hijos y súbditos, y le enviase á mandar lo que habia de hacer: y para que el padre lo pudiese hacer con mas resolucion, le avisó muy particularmente de todo lo que podia dar luz de su edad, salud, fuerzas, hijos, hijas, estado, renta, negocios comenzados, y finalmente de todas las circunstancias que le parecieron necesarias, para que el bienaventurado padre mejor acertase á ponerle en camino, y le señalase el tiempo en que sus intentos se habian de ejecutar.

El santo padre Ignacio, que ya tenia premisas del cielo de lo que habia de ser, y algunos años ántes sabia y habia dicho que el duque habia de ser su hijo, y general de la Compañía, se holgó mucho con las cartas del duque, por ver que se iba cumpliendo lo que el Señor le habia revelado: y así le aceptó desde luego en la Compañía, y le dió la órden de todo lo que habia de hacer, y particularmente que casase á sus dos hijas (que la tercera y menor eran monjas descalzas), y al marqués de Lombay, su hijo mayor; y que sin publicar su determinacion, estudiase muy de propósito la teología, y se graduase de doctor en ella en la universidad de Gandía. Todo lo hizo el duque puntualmente como el santo y padre superior ya suyo, se lo mandó. Casó á sus dos hijas y al marqués don Carlos de Borja, á quien queria dejar el estado, y retiróse á un cuarto que habia labrado en el mismo colegio de la Compañía para este efecto, con sus hijos y algunos pocos criados, y se dió muy de propósito á oir la sagrada teología, así la escolástica, como la espositiva, oyendo las lecciones con los otros estudiantes, y repitiéndolas, y disputando y defendiendo sus conclusiones, y haciendo todos los ejercicios literales con tanta continuacion, humildad y diligencia, que á todos ponia admiracion; y con su feliz ingenio y buenos principios, que ya tenia, aprovechó tanto en pocos años, que acabados sus estudios, y precediendo su exámen, y los actos que en semejantes grados suelen preceder, se graduó secretamente, primero de maestro en artes, y despues de doctor en la teología, como el santo padre Ignacio se lo habia mandado: el cual, porque el duque no podia (por su gran fervor y encendido deseo) aguardar tanto tiempo para salir de aquel que él llamaba cautiverio, y entregarse á Dios, y gozar de la gloriosa y libre servidumbre de la religion, suplicó al papa que diese licencia al duque de hacer profesion en la Compañía, y juntamente facultad para administrar por espácio de cuatro años su estado y hacienda, para en este tiempo acabar las cosas que tenia entre manos, y cumplir con sus obligaciones. El papa lo concedió todo, y despachó un breve, por virtud del cual el duque hizo su profesion en la capilla del colegio de Gandía, el año de 1547, con tantas y tan dulces lágrimas de consuelo, como si aquel dia hubiese salido de un largo y penoso cautiverio.

Hecha su profesion, le pareció que el nuevo estado le obligaba á nueva vida y mas alta perfeccion; y así comenzó á darse mas de veras á Dios, y á perseguirse y maltratarse, doblando sus penitencias, oraciones y santos ejercicios. Dormia comunmente sobre una tarima cubierta con una alfombra; y esta era su cama ordinaria, sin otro abrigo. Levantábase á las dos despues de media noche, y postrado en tierra, ó de rodillas, se estaba en oracion hasta las ocho de la mañana, con tanto gusto, que cuando salia de ella le parecia que no habia estado un cuarto de hora. Acabada su oracion, se confesaba y comulgaba cada dia en su capilla, y algunas veces en el monasterio de Santa Clara, y los domingos y fiestas principales en la iglesia mayor; porque era amigo de dar buen ejemplo á sus vasallos. A las nueve oia su leccion de teología, y la repetia con algun buen estudiante: luego daba audiencia á los ministros de justicia, y á los que querian negociar con él. A las doce comia con tan gran templanza, que no le estorbaba la comida las pláticas espirituales que despues tenia familiarmente con sus hijos y con sus criados. Gastaba despues la tarde, parte en los estudios y lecciones, parte en el gobierno de su casa y estado, y recogíase temprano, porque nunca cenaba, y su ayuno era perpetuo todo el año. En su recogimiento rezaba sus horas y su rosario, y leia en la divina Escritura y en los santos, y hacia sus penitencias y mortificaciones, á las cuales era muy inclinado. Finalmente, todo el dia y toda la noche (quitando las pocas horas que tomaba para el sueño necesario), era un perpetuo sacrificio que hacia de sí mismo, un estar siempre presente delante del acatamiento de Dios, una tela de santas obras, entretejiendo unas buenas con otras mejores: y con ser tal la vida del religioso duque, era cosa maravillosa ver cuan imperfecta le parecia á él, y como al tiempo que hacia el exámen de la conciencia, se reprendia y castigaba, haciendo él mismo juntamente muchos oficios: de portero que citaba: de fiscal que acusaba: de juez que condenaba: de reo que conocia y confesaba su culpa; y de verdugo que ejecutaba la sentencia, para ser absuelto y libre en el tribunal de Dios.

Con este admirable ejemplo de su Señor, y con el gran cuidado que tenia el duque, toda su casa era como una casa recogida de religion, sin los vicios que son tan ordinarios y familiares en casas de señores. Oian sus criados cada dia misa: rezaban el rosario: examinaban sus conciencias: confesábanse á menudo: hacian sus penitencias; y todo esto voluntariamente, provocados por el ejemplo de su amo, y de las palabras dulces y santas que les decia, y de las buenas obras que les hacia pagándolos muy cumplida y puntualmente sus salarios, y haciéndolos curar y proveer de todo lo necesario cuando estaban enfermos; porque decia, que lo que se habia de dar á otros pobres, era bien empleado en los pobres que tenia en su casa, y en su servicio habian perdido la salud. Y no solamente la casa del duque estaba concertada, sino tambien en la villa de Gandía, y todo su estado se echaba de ver lo que vale y puede el buen ejemplo de la cabeza. Y no paraba aquí, ni se encerraba dentro de tan estrechos límites la fama de esta vida tan ejemplar del duque; ántes se derramaba y estendia por todo el reino: porque no se puede esconder la ciudad puesta sobre el monte, ni encubrirse la extraordinaria virtud; y así, venian algunos á visitarle, no tanto para ver al duque, cuanto para ver un santo.

Habiendo, pues, vivido en este tenor de vida, y acabado todas las cosas precisas que le podian obligar á sustentar aquella representacion de duque; deseando romper las ataduras que le detenian en su casa, determinó salir de ella (como otro Abraham), y olvidarse de sus hijos, criados, vasallos y amigos, y desnudarse de todo lo

que es mundo, y abrazarse mas perfectamente con Cristo en la cruz: y para esto, habiéndolo comunicado con el santo padre Ignacio, se resolvió á ir á Roma con ocasion de ganar el jubileo plenísimo, que en el año de 1550, se celebraba en aquella santa ciudad, y visitar y reverenciar los santuarios y reliquias de ella, y echarse á los piés de su santo padre (que era lo que mas le tiraba), y descubrirle toda su alma, y regirse por su santo consejo y obediencia. Hecha esta resolucion, se aparejó para el camino: otorgó su testamento, el cual fué breve y claro, porque no tenia descargos que hacer, ni legados que dejar; pues con cristiana prudencia, él mismo en vida habia sido ejecutor de su testamento, y fiado mas de sí que de sus herederos. Y habiendo amonestado grave y paternalmente á su hijo don Cárlos (que era el primogénito, y quedaba por gobernador del estado) de la jornada que queria hacer á Roma, y de las causas de ella, y de lo que habia de hacer en su ausencia, y despedídose de los otros hijos, y de algunos principales criados y vasallos suyos, y abrazado á los padres y hermanos del colegio de la Compañía; el último de agosto del año de 1550, salió de Gandía para Roma, llevando consigo á su segundo hijo don Juan de Borja, y á nueve padres de la Compañía y algunos criados á caballo, y salió con firme resolucion de nunca mas volver á Gandía; y así la cumplió, aunque tuvo ocasion para volver.

Prosiguió su camino con tal concierto, que toda su gente y compañía, mas parecia una congregacion de religiosos, que de criados de señor. Cada dia, despues de su larga oracion, se confesaba, y oia misa y comulgaba; y esto nunca lo dejó, hasta que fué sacerdote y dijo misa. Comia una vez al dia, y con mucha sobriedad, y á la noche tomaba una ligera colacion. Hacia su disciplina en las noches, por el camino: unos ratos oraba, otros tenia conferencia de cosas espirituales, y santos y dulces razonamientos. Entró en Roma con grande recibimiento que le hicieron, mucho contra su voluntad (que era de entrar de noche y sin ruido): y aunque su santidad le convidó con su sacro palacio y muchos cardenales con sus casas; él escogió para su habitacion la pobre casa de la Compañía de Jesus, en la cual le estaba aguardando á la puerta el santo padre Ignacio. En viéndole el duque, se arrojó á sus piés, pidiéndole la mano y su bendicion, como á padre y superior suyo, y varon tan esclarecido en el mundo; mas el padre le abrazó y se enterneció con él: porque veia ya en él los afectos maravillosos de la divina gracia, y de léjos lo que aquella planta habia de fructificar en la santa Iglesia, é ilustrar su Compañía. Estuvo algunos meses en Roma con gusto y devocion, en los cuales ganó el jubileo, y visitó los santuarios de aquella santa ciudad. Besó los piés al papa Julio III, del cual fué muy favorecido, y cumplió con las otras obligaciones de fuera de casa, y abrió su pecho y todo su corazon á su santo padre, tomando de él direccion para su vida, y entera noticia del instituto de la compañía, y dió principio con alguna renta que dejó al colegio romano, que despues fundó la santidad de Gregorio XIII para tanto bien del mundo. Hecho todo esto, queriendo el duque renunciar en Roma su estado, se derramó esta voz; y él entendió que el papa trataba de hacerle cardenal; y temiendo tanto aquella dignidad, como otros la apetecen, por consejo del mismo santo padre Ignacio se volvió á España, y se fué á la villa de Oñate, en la provincia de Guipúzcoa, para aguardar allí á un criado suyo, que desde Roma habia enviado al emperador don Cárlos, dándole cuenta de lo que queria hacer, y suplicándole que le diese licencia para renunciar el estado de Gandía en don Cárlos, su hijo. El criado vino con cartas del emperador, y con la licencia; y el duque hizo su renunciacion con increible gozo y júbilo de su espíritu, sin reservar cosa alguna para sí, y con tal afecto, que si tuviera todos los reinos y la monarquía del universo, la renunciara con la misma voluntad y alegría que dejaba el estado de Gandía; y ofreciéndose al Señor, le decia: Recibidme, Dios mio, en vuestra casa: acogedme en vuestra cruz, pues para caber en ella, con vos me desnudo. Aceptad mi servicio: agradaos de mi sacrificio: favoreced mis deseos: esforzad mi flaqueza: pelead mis batallas; y otras palabras de un encendido y afectuoso corazon. Hecha la renunciacion, se despojó el vestido secular, y se vistió del de la Compañía: quitóse la barba: abrió la corona para recibir los sacros órdenes: proveyó á sus criados; los cuales se deshacian en lágrimas, y á escondidas recogian los cabellos cortados, para guardarlos como reliquias de su señor, al cual ya para sí le tenian por muerto, y le reverenciaban como á santo.

No se puede explicar con pocas palabras, el contento y alegría espiritual con que quedó el duque, cuando se vió desnudo de este título y dignidad; porque le pareria que comenzaba ya á ser suyo, ó por mejor decir, de su Criador y Señor, y que no habria ya cosa que le pudiese estorbar el entregarse totalmente á él; y para comenzar á hacerlo con mas fervor, se ordenó luego de misa, la cual dijo el primer dia de agosto del año de 1551, en una capilla que los señores de la casa de Loyola tenian aderezada, la cual dijo rezada, y en aquella casa, por haber nacido en ella el bienaventurado santo padre Ignacio, á quien él tenia por gran santo y padre suyo. Despues dijo la segunda misa en público, en la villa de Vergara, para que la gente gozase del jubileo que su santidad habia concedido á los que la oyesen: y fué tan grande el concurso que vino de toda aquella comarca á oirla, que fué necesario decirla en el campo; y allí tambien predicó, y dió de su mano á muchos el santísimo Sacramento del altar, con grande edificacion y admiracion de aquellos pueblos. Oíanle predicar con gran atencion, y derramaban hombres y mujeres muchas lágrimas, y no percibian muchos lo que predicaba, por estar léjos del púlpito, y por no entender la lengua castellana: y preguntados estos, ¿por qué lloraban en el sermon, pues no entendian? respondian, que por ver un duque santo, y porque dentro de sus almas sentian unas voces de Dios, que les daban á entender lo que el padre desde el púlpito les estaba predicando.

Diéronle los de la villa de Oñate una ermita de Santa María Magdalena que está allí cerca: en ella hizo edificar unos aposentillos de labor tosca y de madera sin labrar, tan estrechos y deslucidos, que se veia bien cuánto mas estimaba el padre aquel pobre y angosto rinconcillo, que los palacios suntuosos de los reyes. Aquí se pasó el nuevo sacerdote con algunos padres y hermanos de la Compañía, gastando su vida en perpetua oracion, contemplacion y penitencia. Luego pidió con grande instancia al superior que allí estaba, licencia para servir al cocinero. Traia agua y leña: hacia lumbre: barria y fregaba; y ocupábase en todos los oficios de la cocina, como lo pudiera hacer el novicio mas humilde y mas abatido del mundo. Ser-

via en el refectorio á los padres y hermanos : hincábase de rodillas delante de ellos: pedíales perdon de las faltas que tenia en servirlos: besábales los piés de uno en uno, rogándoles con extraña devocion y humildad que con sus oraciones le alcanzasen gracia de nuestro Señor para ser de veras suyo. Salia con unas alforjas al hombro para pedir limosna de puerta en puerta, y otras veces á enseñar la doctrina cristiana á los niños de aquellos pueblos, llevando la campanilla en la mano para llamarlos ; y de esta manera anduvo por toda aquella tierra enseñando y edificando á todos con sus palabras y ejemplo : el cual dió tan grande estallido por todos los reinos de España, que muchos mancebos ilustres y de grandes ingenios y esperanzas, y otros eminentes varones y singulares letrados, y algunos viejos, por sus canas y prudencia venerables , vinieron á buscar al padre Francisco á la ermita de Oñate para vivir en su obediencia y compañía, y otros muchos dieron de mano á las vanas esperanzas del mundo, y le menospreciaron y se entraron en otras religiones.

Tambien vinieron á visitarle, en aquel rincon donde estaba, algunos grandes señores, y otros le enviaban á visitar ; y no pocos le rogaron é importunaron que los viese, por no poder ellos salir de su casa á buscarle. Uno de estos fué don Bernardino de Cárdenas, duque de Maqueda, que á la sazon era virey de Navarra , á cuya instancia el padre fué á Pamplona , y predicó diversas veces en la iglesia catedral, con extraordinario concurso y admiracion, é hizo obras de mucha caridad ; y dejando bien enseñado y consolado al virey , que en el tiempo que estuvo en Pamplona no se apartaba de su lado, se volvió á su ermita de Oñate , por la provincia de Alava , predicando en todas partes con notable fruto y edificacion.

De Portugal, á donde habia llegado la fama de su vida ejemplar, le escribió el infante don Luis, hermano del rey don Juan el III y de la emperatriz doña Isabel (á quien habia servido el padre Francisco) cartas espirituales y regaladas, y de grande favor : en las cuales, á mas de decirle que habia hecho su casa mucho mas ilustre con dejarla, y que era bienaventurado porque en tiempo de tan grandes perturbaciones habia sabido hallar la paz del hombre interior ; le pide con grande encarecimiento tenga memoria de él en sus devotas oraciones y sacrificios , para que el Señor le enseñe el camino de su voluntad : y el padre le respondió y le confirmó en sus buenos propósitos : y pudo tanto con su ejemplo , que el infante don Luis determinó seguirle, y entrar en la Compañía : y no lo hizo ; porque el santo padre Ignacio y el mismo padre Francisco, juzgaron que por su edad y poca salud, y otros justos respetos, haria mayor servicio á nuestro Señor estándose en su casa, y dando el ejemplo que daba á todo el reino de Portugal , sirviendo al rey don Juan , su hermano , como lo hacia.

Pero navegando con esta quietud y prosperidad, se levantó una borrasca que afligió mucho al padre, y le afligiera mucho mas, si con el espíritu y prudencia del santo padre Ignacio tan presto no se sosegara. Habiendo sabido el emperador don Cárlos la renunciacion que habia hecho el padre Francisco de su estado y la vida que hacia, pidió con grande instancia á la santidad del papa Julio III que le hiciese cardenal ; porque á mas de darse á persona que tan bien merecia el capelo, él recibiria en ello particular gracia y favor. Y como ya el papa le conocia y habia tratado el tiempo que estuvo en Roma , y le habia juzgado digno de aquella dignidad , fácilmente vino en lo que el emperador le suplicaba ; y así se resolvió á hacerlo con grande aprobacion del sacro colegio de los cardenales. Súpolo el santo padre Ignacio , y despues de mucha oracion y consideracion habló al papa, y declaróle el menoscabo que recibiria el buen crédito del padre Francisco, y el daño de la Compañía con aquel capelo ; y suplicóle que de tal manera le ofreciese al padre Francisco , que no le obligase á aceptarlo : porque con esto por una parte cumpliria con el emperador y con el colegio de los cardenales y con todo el mundo , y mostraria su santo zelo ; y y por otra no afligiria á aquel siervo de Dios , ni pondria en peligro la Compañía, y su santidad lo tuvo por bien , y ofreció el capelo al padre Francisco, que estaba en su rincon bien descuidado de lo que se trataba en Roma ; y cuando lo supo se afligió en gran manera, por ver el peligro en que habia estado , y se consoló por verse ya libre de él, y alabó al Señor que le habia puesto en sus manos aquella dignidad para ofrecerla de nuevo , como le ofreciera con ella todo el mundo , si fuera señor de él : y así respondió á su santidad con el agradecimiento que debia, suplicándole que le dejase acabar de lo que habia comenzado, y morir en su santa pobreza. Otras veces estuvo en el mismo peligro , y cada vez que se hablaba de ello , se congojaba por extremo , y le costaba muchas lágrimas, gemidos y azotes , y suplicaba á nuestro Señor que ántes lo llevase de esta vida, que permitir que él, del puerto en que estaba , volviese al mar tempestuoss que habia dejado.

Resplandeciendo pues el padre Francisco con tan esclarecidos rayos de virtudes, y extendiéndose tanto por todas partes el buen olor de ellas , pareció al santo padre Ignacio sacarle de aquel rincon donde estaba, y ponerle como hacha encendida sobre el candelero. Mandóle salir de aquel su regimiento : y él, aunque con suspiros y copiosas lágrimas, obedeció y se despidió de su dulce hermita. Anduvo por muchas partes , donde le deseaban y llamaban. Estuvo en la casa de la reina , lugar del condestable don Pedro Fernandez de Velasco, con doña Juliana Angela de Aragon duquesa de Frias , su tia y prima hermana de su madre: en Burgos, en Valladolid, en Toro, en Salamanca, en Tordecillas, en Medina del Campo y otros pueblos de Castilla , predicando con admiracion de los que le oian , y con notable edificacion de los que le veian posar en los hospitales con tanta humildad y pobreza. De Castilla pasó á Andalucía , y anduvo las estaciones de Montilla, Marchena y San Lúcar, tratando con la marquesa de Priego y con la duquesa de Arcos , su hija , y con la duquesa de Medina-Sidonia, que todas tres eran deudas muy cercanas del padre Francisco, y de la Medina-Sidonia, tia hermana de su madre. A todas dejó edificadas y aprovechadas en sus almas , y aficionadas á la Compañía de Jesus, que el padre Francisco profesaba.

De Andalucía le fué forzoso pasar á Portugal , á pedimento y mandato de aquellos piadosísimos reyes : de los cuales (habiendo primero estado y predicado en la universidad de Coimbra , y admirádola con su ejemplo y doctrina) fué recibido con estraordinarias muestras de amor y favor, usando con él de nuevo y mas familiar trato que solian usar con los hombres de su calidad, y honrándole mas que si todavía estuviera en su estado y anti-

gua grandeza ; porque no le miraban y trataban ya como á duque de Gandía, sino como á santo que habia hollado y puesto debajo de los piés lo que los otros tanto aprecian y estiman ; para que se entienda cuánto mas vale la pobreza y humildad de Cristo , que la grandeza y honra del mundo ; y que Dios nuestro Señor aun acá levanta mas á los que mas se abajan por su amor. Cumplió con la reina doña Catalina, con quien tuvo mucha comunicacion, y con el infante don Luis , que se holgó y adelantó mucho en la virtud con su vista y trato familiar. Dióse por su causa principio á la casa profesa de San Roque en una ermita , que estaba fuera de la ciudad , junto al muro y cercada de olivares : y el dia que se hubo de tomar la posesion , que fué el primero de octubre del año de 1553, el rey se quiso hallar presente con el príncipe su hijo, y oyó en la hermita de San Roque la misa que dijo el padre Natal (que era comisario general en España del bienaventurado padre san Ignacio), y el sermon que predicó el padre Francisco, que fué admirable ; y para que lo fuese, bastaba verle en el púlpito. En esta ermita despues se ha edificado casa, y un templo suntuoso , y de los mayores y mas hermosos que hay en la ciudad , y se ha poblado aquel campo de casas principales. Todo esto se debe al padre Francisco: el cual con su presencia dió principio y echó los primeros fundamentos de la casa de San Roque de Lisboa.

Despues de haber cumplido con aquellos príncipes y personas reales, y acrecentado la benevolencia y devocion que ántes tenian á la Compañía, y en Évora visitado al infante cardenal don Enrique, y predicado á su instancia en aquella ciudad ; se volvió á Castilla , donde le llamaban algunos negocios importantes y de mucho servicio de nuestro Señor. Salióle al camino el duque de Braganza don Teodosio , y llevóle á su casa de Villaviciosa casi por fuerza, y allí le tuvo y regaló algunos dias con gran magnificencia ; aunque todo aquel regalo y aparato era nueva cruz para el padre Francisco, y en lo que podia, lo procuraba escusar.

Llegó á Valladolid, donde á la sazon estaba la córte del príncipe don Felipe , que gobernaba los reinos de España por el emperador su padre. Fuése á posar con los otros padres de la Compañía , que moraban en el hospital de San Antonio , en un estrecho y pobre edificio muy semejante á la ermita de Oñate. Allí le venian á buscar los señores y grandes de la córte, con los cuales traia siempre pleito , porque le trataban con los títulos y cortesías antiguas, pidiéndoles de rodillas que no hiciesen tan notable agravio á la merced que Dios le habia hecho , y diesen á entender que estimaban mas lo que habia dejado , que lo que ahora tenia, siendo de tanto mayor estima lo presente que lo pasado , cuanto va de cielo á tierra. Hizo pláticas espirituales en los monasterios de monjas , y encendiólas en el amor de su Esposo y en el estudio de la perfeccion. Predicó en su iglesia de San Antonio , y en los otros templos mas principales de Valladolid , con maravilloso concurso y fruto del pueblo y de los cortesanos. Todos quedaban admirados de sus sermones , y mas los que le habian conocido seglar , casado, y gran señor , y no sabian lo que habia estudiado : y muchos de estos, que le habian visto y tratado en diferente traje y estado, quedaban por una parte confusos , y por otra pasmados de tan grande mudanza, viendo al padre en un género de vida tan pobre y humilde, y á sí tan sumidos y anegados en el abismo de la vanidad. Aquí en Valladolid declaró al pueblo por una manera de leccion sagrada los Trenos ó Lamentaciones del profeta Jeremías , y al año siguiente los acabó de leer en Alcalá de Henares. Al oir estas lecciones concurrian las personas mas graves y mas doctas de aquellas dos univesidades : y despues de haberle oido , decian que aquella doctrina que enseñaba, no era sacada de los libros que ellos solian leer , sino de los archivos secretos de la humilde oracion, y comunicada graciosamente de la divina sabiduría.

Entre las otras obras insignes que esta vez hizo el padre Francisco, una fué traer á los reinos de Castilla algunas monjas descalzas y de la primera regla de Santa Clara, del monasterio de Gandía , para que en ellos se fundasen con su ejemplo otros de aquella tan observante y santa institucion; y por su consejo y buena diligencia, la serenísima princesa de Portugal doña Juana de Urgel, de Gandía trasladó al convento que fundó de las descalzas de Madrid algunas de aquellas generosas plantas: el cual convento es un dechado de perfeccion para las demás religiosas, y un reclamo y estímulo para que las señoras seglares quieran imitar y seguir á las religiosas que en él con tan grande espíritu y fortaleza las incitan á su santa imitacion. Vinieron de Gandía para esta obra tan insigne dos tías del padre Francisco, la madre soror Francisca de Jesus, hermana del duque don Juan, su padre, y soror María de Jesus, hermana del marqués de Denia, y dos hermanas tambien suyas, soror María de la Cruz y soror Juana Bautista, con otras religiosas escogidas; y despues vino la madre soror Juana de la Cruz, hermana del padre Francisco, que fué abadesa muchos años, hasta que el señor la llevó á gozar de sí, dejando su casa con un admirable concierto, religion y opinion de santidad, y esclarecida con la entrada de la serenísima infanta doña Margarita de Austria, hija de los emperadores Maximiliano II y de doña María, hija del emperador don Cárlos V y hermana del rey don Felipe II.

Viendo, pues, el santo padre Ignacio que en todo lo que el padre Francisco ponia su mano, el Señor ponia la suya y le echaba su bendicion, y que los colegios y casas que la Compañía tenia en España, cada dia se multiplicaban por su medio ; determinó instituir nueve provincias y distinguirlas y proveerlas de provinciales, y nombrar por comisario general de todas ellas al padre Francisco. La provincia de Portugal ya tenia su provincial : el resto de España se dividió en provincias de Castilla (que comprendia las dos provincias que hora son de Castilla y Toledo), en la de Aragon y Andalucía. De estas provincias y de la India oriental hizo comisario general al padre Francisco, con tan precisa y resoluta obediencia, que aunque él se quiso excusar, no pudo, y fué necesario que bajase la cabeza é inclinase el hombro á la carga. Vióse que fué de Dios este consejo, por lo mucho que se sirvió su divina Majestad del padre para establecimiento y acrecentamiento de la Compañía en los reinos de España; porque él la ilustró con su persona y la propagó con su gobierno, y la animó á la perfeccion con su ejemplo, y la amparó y defendió con su valor y autoridad de muchos encuentros, y terribles y poderosas contradicciones que tuvo. Recibió en la Compañía gran número de mozos ilustres y hábiles, y de hombres maduros y letrados, y de varones prudentes y de canas: dió vigor y fuerza á los colegios que ya estaban comenza-

dos, y comenzó otros muchos con flacos fundamentos, los cuales despues han crecido y hecho gran fruto en la santa Iglesia. Ninguna cosa mas procuraba que el aprovechamiento espiritual de sus súbditos: y para esto hacia continua y afectuosa oracion por ellos, y con su ejemplo iba delante de su ganado, como cuidadoso y vigilante pastor. Visitaba por sí mismo los colegios para cumplir con la obligacion de su oficio y tener mas ocasion de padecer; y era cosa maravillosa ver á un hombre criado con tanta grandeza y regalo, andar tantos caminos con soles y lluvias en el invierno y en verano, de noche y de dia, con tanta incomodidad, durmiendo muchas veces en el suelo, y no teniendo qué comer, por visitar á unos pobres religiosos y pobres hermanos, y considerar la alegría y contento con que lo hacia, como quien tenia delante de los ojos las fatigas y caminos de Cristo nuestro Redentor, y lo que le habia costado cada una de las almas que con su preciosa sangre redimió. Era tan grande este contento que llevaba en su ánima, que en entrando en cualquiera colegio, parece que entraba en él el consuelo, la devocion, el espíritu y deseo de padecer por Cristo. Hablaba á cada uno de por sí, y animábale á la perfeccion: hacia pláticas á todos juntos, exhortándolos á la perseverancia, y á reconocer y agradecer al Señor el incomparable beneficio de su vocacion. Acordaba á los superiores que mirasen la cuenta que habian de dar á Dios, de todos los que tenian á su cargo, y que eran padres y siervos, y nó amos y señores de sus súbditos, y que como á hijos los regalasen y castigasen, mezclando con la suavidad el rigor, y con la severidad la blandura, y procurasen ganarles para Dios los corazones, porque con esto se ganaba lo demás: y si alguno como hombre faltaba, aquí se mostraba mas la caridad del padre Francisco, procurando que el tal conociese su culpa y la castigase, y él se ofrecia á hacer penitencia por ella, como si fuera culpa propia suya. Y porque la visita de los colegios no fuese solamente de palabras, él servia á la mesa á los hermanos, y les besaba los piés, y les servia en la cocina. Iba á predicar á las iglesias: visitaba los hospitales y las cárceles: hacia pláticas á los estudiantes y era el primero á todas las obras de humildad, mortificacion y caridad. Con esto quedaban los colegios regalados y aprovechados en espíritu, y tambien proveidos en lo temporal: porque muchas veces, cuando él entraba en el colegio habia gran falta de las cosas necesarias para el sustento; y en entrando el padre, parece que entraba juntamente la bendicion del Señor y todo lo que habia menester.

Deseó don Gutierrez de Carvajal, obispo de Placencia, fundar en aquella ciudad un colegio para la Compañía, y el padre Francisco á su instancia fué allá con algunos padres para dar principio al colegio. Fueron muy bien recibidos y agasajados del obispo, que era tenido por magnánimo caballero, mas que por devoto sacerdote. Tomó muy á pechos el padre Francisco el hacer mucha oracion y penitencia por aquel prelado, y pagarle las buenas obras y beneficios con que obligaba á la Compañía; y ordenó á todos los padres que tomasen muy á pechos el pedir á Dios nuestro Señor la salvacion del obispo, y á esta intencion ofrecerle sus plegarias, sacrificios y penitencias; y así se hizo; y nuestro Señor oyó sus oraciones; porque el obispo se mudó en otro varon: reformó su vida y su casa: desagravió á todos los que de él estaban agraviados: hizo grandes limosnas; y en una gran carestía mandó dar de comer á innumerables pobres, curar los enfermos; y finalmente, estando ocupado en semejantes obras de piedad, fué el Señor servido de llevarle á gozar de sí, como de su misericordia lo confiamos.

En el mismo tiempo que el demonio procuraba sembrar en la ciudad de Sevilla su cizaña y mala doctrina, tuvo el padre Francisco grandes inspiraciones é impulsos del cielo, de enviar gente de la Compañía á aquella ciudad, y procuró que se fundase allí un colegio: y para esto envió adelante al padre Juan Suarez, que á la sazon era rector del colegio de Salamanca, y despues algunas veces fué provincial de la provincia de Castilla. Pasados algunos dias, el mismo padre Francisco con otros padres fué á Sevilla, y se albergó en una casilla pobre y caediza, y llena de muchas goteras, que caian aun en el mismo aposento del padre y le mojaban su pobre cama y la cabeza algunas veces, con grande alegría y gusto del mismo padre, porque era á la medida de su deseo. Allí pasaron mucha necesidad y pobreza; aunque el Señor no les faltaba ni dejaba de proveerles y algunas veces milagrosamente. Al tiempo que hubo de partirse de Sevilla, despidiéndose de los padres, entre otras cosas les dijo: Una de las cosas que me llevan consolado es que os dejo sin casa y sin qué comer; pero no tengais pena, que todo os sobrará. El padre lo dijo; y Dios lo ha cumplido con las tres casas que la Compañía tiene hoy dia en Sevilla.

Supo el padre Francisco que el emperador don Cárlos (que dejando el imperio y la monarquía de tantos reinos se habia retirado al monasterio de Yuste) deseaba verle, y fué á Yuste por hacerle reverencia y cumplir con tan precisa obligacion. Mandóle su majestad aposentar en el mismo convento (que fué cosa particular), y dió órden de cómo se habia de aderezar el aposento; y holgóse por extremo con él. Dióle el padre cuenta de su vida y entrada en la Compañía, y díjole las razones que le habian movido á entrar mas en ella (siendo religion nueva y no tan conocida ni aprobada en el mundo), que en otras religiones venerables por su antigüedad: y el emperador quedó muy satisfecho, y ofreció al padre su imperial favor para la Compañía, y le dió algunos buenos consejos para que se conservase: y á la partida le mandó dar una limosna de doscientos ducados, diciendo, que aunque la limosna era poca, mas que, respecto de lo que su majestad ahora tenia, nunca le habia dado tanto en cuantas mercedes le habia hecho; y el padre la aceptó con grande agradecimiento y gusto, por ser limosna que le daba un príncipe tan grande y con tan buena voluntad, y se la daba como á pobre, por amor de Dios.

Acabada su jornada y visita al emperador, se volvió á Valladolid para atender al gobierno de sus súbditos y al acrecentamiento y buen despacho de los negocios de la Compañía que en aquella córte se le ofrecian. Pero con ser estos muchos, eran muchos mas los negocios de los seglares que á él acudian y le importunaban para que les favoreciesen en sus pleitos, asientos y pretensiones, los cuales eran tantos que le embarazaban y ahogaban, y no le dejaban atender á los que eran propios de su religion y oficio. Pero por mucho que le fatigaban, no se queria encargar de negocios seglares sino con grande moderacion y precisa obligacion, así porque no le faltase tiempo para los espirituales y mas importantes, como porque temia que los jueces por sus ruegos (aunque contra su intencion) no

declinasen de la justicia, ó que queriendo hacer bien á una parte, tal vez haria mal á otra. Para eximirse de la instancia é importunidad de la gente, y poder mas libremente respirar y gozar algunos ratos de Dios, le deparó cerca de Valladolid en la villa de Simancas una casa, á la cual se acogia todas las veces que se podia escapar de la córte, y recreaba su espíritu y cobraba nuevas fuerzas con sus oraciones y penitencias, que hacia allí mas largas y mas rigurosas.

Aquí tambien instituyó una casa de probacion (y fué la primera que hubo en Castilla de la Compañía), para probar los muchos novicios que Dios le enviaba de las universidades de Alcalá y de Salamanca y de otras partes, y amoldarlos al instituto de la Compañía, como quien tan bien sabia que el fundamento de las religiones es la buena instruccion de los novicios. Para esta casa hizo labrar un edificio semejante al de Oñate, y muy conforme al espíritu de su santa pobreza. Era de adobes de sierra y de madera tosca; y él mismo llevaba con los novicios la tierra y los otros materiales, y con unas esteras atajaban los aposentillos; y al talle de esto era lo demás. Acabada la casa, puso el padre su noviciado, y en él buen número de novicios, mozos ilustres y de muy raras habilidades, y hombres de grandes prendas y ya graduados, y aun algunos escogidos letrados y muy estimados en el mundo, los cuales vivian entre sí con mucha paz, perfecta obediencia, extremada oracion, mortificacion y menoprecio de sí y de todas las cosas de la tierra; y el mismo padre Francisco iba delante y los animaba con su ejemplo, siendo el primero en el trabajo, en la cocina, y en el pedir limosna y en todos las obras de humildad, con tanta alegría que ponia espanto. Mas habiendo fallecido á los 11 de junio del año 1557 el serenísimo rey de Portugal don Juan el III; el emperador mandó llamar á Yuste al padre Francisco, para enviarle á Portugal á tratar un negocio de grande importancia. Fué, y tuvo en Evora una recia enfermedad, y aunque los médicos juzgaron que moriria de ella, él les dijo que se asegurasen; porque de allí á cuatro dias se partiria para Lisboa, como se partió, y trató con la reina doña Catalina el negocio á que iba, y visitó (aunque de paso) las casas y colegios que pudo, de la Compañía; y volviendo á Yuste, dió razon al emperador de lo que habia hecho en lo que le habia mandado: y tornando otra vez á Yuste, despues de pocos meses, tambien llamado de su majestad, hablaron los dos de cosas de espíritu, y de la oracion y obras satisfactorias, en las cuales deseada el emperador ejercitarse, aparejándose cada dia mas para la cuenta que en breve habia de dar al supremo y divino Emperador, como sucedió; porque pocos dias despues que el padre llegó de Yuste á Valladolid, falleció el emperador á los 21 de setiembre, dia de san Mateo, apóstol, del año de 1558. Dejó entre otros por testamentario al padre Francisco: el cual predicó en sus honras en Valladolid, con gran sentimiento y ternura suya, y admiracion y edificacion de los oyentes.

Aunque el padre Francisco habia ido dos veces á Portugal, y servido á la Compañía en lo que se le habia ofrecido; todavía como habia sido de paso, determinó ir la tercera vez mas despacio, para visitar y consolar los colegios de aquel reino que estaban á su cargo, especialmente porque el infante cardenal, y arzobispo de Évora, habia fundado una insigne universidad en aquella ciudad, y le pedia con encarecimiento que le diese algunos buenos maestros de la Compañía, que leyesen en ella, y él mismo viniese á verle. El padre le envió dos maestros, que leyeron muchos años con gran loa en aquella universidad, y despues fué á ella, para cumplir en todo la voluntad y mandato de tan grande y ejemplar príncipe, y tan devoto y señalado protector de la Compañía. De Évora pasó á Coimbra, donde consoló y edificó mucho á todos los padres y hermanos de nuestro colegio con sus pláticas espirituales y ejemplo, y á los de fuera con sus sermones y santa conversacion. Ayudó asimismo á la fundacion del colegio de Braga, que el padre Fr. Bartolomé de los Mártires, religioso de la órden de Santo Domingo y arzobispo de aquella ciudad, con gran caridad fundó y dotó. Y porque se hallaba fatigado el padre de graves y trabajosas enfermedades, y acosado y casi oprimido de negocios de las personas mas principales del reino, se retiró á la ciudad de Porto, para tener alguna mas quietud y descanso.

Allí fué recibido como un ángel del cielo, y comenzó el colegio de Porto con gran contento y alegría de toda la ciudad y de la reina doña Catalina, que favoreció la fundacion. Aquí, olvidado de su edad y enfermedades, comenzó á ejercitar los ministerios de la Compañía con tanto fervor, como si fuera mozo sano y robusto. Predicaba de ordinario, y daba el santísimo Sacramento á los que querian comulgar (que eran muchos), haciéndoles unas pláticas devotísimas. Iba los dias de fiesta con la campanilla por las calles y plazas, llamando los niños á la doctrina, y ocupábase en los otros ejercios de humildad y abnegacion.

Pero estando el padre con gran gusto en aquella quietud y soledad, le llegó un breve de la santidad del papa Pio IV, en que le mandaba que fuése á Roma; porque le queria tener cabe sí para cosas muy importantes al divino servicio: y el padre, aunque estaba flaco y con muchos achaques, como hijo de obediencia, se puso luego en camino en lo recio del verano del año de 1561: y pasando por Francia, y visitando en Italia la santa casa de Loreto, llegó á Roma á los 7 de setiembre del mismo año, con extraordinario consuelo de todos los padres y hermanos de la Compañía que en ella habia. Poco despues, por estar el padre maestro Diego Lainez (que era prepósito general) ausente, primero en Francia, y despues en el concilio; el mismo padre general le nombró por vicario general suyo en Roma: y cuando murió el dicho padre general, que fué á los 19 del mes de enero del año 1565, los padres de la Compañía, que estaban en Roma, nombraron al padre Francisco la segunda vez por vicario general de toda la Compañía, y él lo fué hasta los 2 de junio del mismo año, en que, en la congregacion general que se celebró en Roma, fué elegido por prepósito general, con grande repugnancia y sentimiento suyo, y no menor alegría y contento de los que le elegian y del resto de la Compañía, y satisfaccion de toda la córte romana, y especialmente del papa Pio IV, que en aquel dia dijo á toda la congregacion, cuando fué á besar el pié á su santidad, que no podia haber hecho mas acertada eleccion para el servicio de Dios y para el acrecentamiento de su religion, ni de mayor satisfaccion suya; y que así lo mostraria en todas las cosas que para bien de la Compañía se ofreciesen.

Cuando se hubo acabado la congregacion, el padre

Francisco habló con grande humildad á los padres, rogándoles que le ayudasen con sus oraciones, consejos, avisos y reprensiones, y que cuando viesen que no podia llevar la carga se la quitasen, como se hace con un jumento que no puede ir adelante con la carga; y se levantó de su asiento, y mandándoles que se estuviesen quedos, anduvo de rodillas, besando los piés á todos de uno en uno; y abrazándolos, los envió á sus casas llenos de edificacion y alegría.

Luego comenzó á hacer su oficio y gobernar la Compañía, y dió principio á la casa de probacion de San Andrés de Roma, para criar los novicios, que nuestro Señor le enviaba en gran número, y formarlos al uso de la Compañía; y ordenó que en cada provincia se instituyese ó señalase casa particular para este mismo fin, y un seminario en que se enseñasen y leyesen todas las ciencias que usa la Compañía. Y porque la iglesia, que la casa profesa tiene en Roma, era muy estrecha y desacomodada para la muchedumbre de gente que á ella acudia, procuró que el cardenal Alejandro Farnelio, grande amigo suyo y protector nuestro, fundase el templo que fundó para su entierro, con grande suntuosidad y magnificencia. Dió la santidad de Pio V (siendo general el padre Francisco) cargo del colegio de la penitenciaría de San Pedro á la Compañía, y mandó que los padres de ella le predicasen en su palacio apostólico, é instituyó una congregacion de cuatro cardenales, para tratar de los medios que se podian tomar para reducir á los herejes; y otra de otros cuatro para ayudar á la conversion de los gentiles, por saber que el fin principal de la Compañía es defender de los herejes, y propagar entre los gentiles nuestra santa fé católica, y con estas congregaciones darle aliento y favor.

Maravilloso fué el progreso y amplificacion de la Compañía, siendo el padre Francisco prepósito general; porque los sujetos que entraron en ella en todas partes, fueron muchos y muy lucidos: los colegios que se aumentaron, siendo ántes fundados, y se fundaron de nuevo en gran número. Algunas provincias se instituyeron y acrecentaron, y la Compañía entró y se extendió á nuevos reinos y muy remotas naciones, con notable fruto y gloria de Dios, que en su nombre los enviaba; porque á mas de haber enviado el padre Francisco, el año de 1566, algunos padres y hermanos á las islas que llamamos Canarias, en compañía de don Bartolomé de Torres, obispo de Canaria, los cuales visitaron toda aquella isla con notable fruto de los isleños, que estaban bien necesitados de aquel espiritual socorro; envió tambien, á instancia del católico rey don Felipe II, otros padres el mismo año para la Florida; y el de 1568, otros para predicar y dar noticia del Evangelio á los naturales de aquella provincia, á cuyas manos murieron. Abrióse asimismo la puerta, que hasta entonces habia estado cerrada, de las Indias occidentales, para que los nuestros pudiesen ir á ellas y cultivarlas con sus trabajos, como lo hacian en la India oriental; porque el mismo rey don Felipe escribió algunas cartas al padre Francisco, pidiéndole con encarecidas palabras que enviase religiosos de la Compañía que se ocupasen en la conversion y enseñanza de los indios, y comenzasen á fundar casas y colegios, que él las mandaria proveer de todo lo necesario para su pasaje. Y en ejecucion de lo que su majestad mandaba, el año de 1567, á los 2 de noviembre, partieron del puerto de San Lúcar para el Perú los primero padres de la Compañía que entraron en aquel reino, y despues se fueron enviando otros: y el año de 1572, á los 23 de junio, partieron para la Nueva España catorce padres y hermanos, los cuales hicieron su asiento en la ciudad de Méjico, cabeza de aquel reino. Lo que la divina bondad se ha servido del ministerio de los de la Compañía en estas provincias y en las otras de Indias por donde se han extendido, en la conversion de los gentiles y en la enseñanza de los ya convertidos, y reformacion de los cristianos viejos, en la instruccion de la juventud y en todas las demás obras de caridad, es tan notorio, que no hay para qué referirlo aquí.

No solamente acrecentaba nuestro Señor el número de los de la Compañía que estaba acá en la tierra, sino tambien el de los del cielo; porque el año de 1560, á los 15 de julio, un corsario francés, hereje, que se llamaba Jacques Soria, encontrándose con una nave portuguesa, en que iba el padre Ignacio de Acevedo por provincial del Brasil, con otros treinta y ocho religiosos de la Compañía, la combatió y entró por fuerza: y sabiendo que iban allá aquellos padres y hermanos, los mandó matar á todos, sin quedar ninguno, diciendo á grandes voces: Mueran, mueran los papistas, que van á sembrar falsa doctrina en el Brasil. Y despues de rendida la nave, llegándose á ella el mismo Jacques, desde su galeon, dijo: Echad al mar á esos perros jesuitas, papistas y enemigos nuestros; y al mismo punto arremetieron sus soldados, herejes calvinistas como él, y desnudándolos de sus pobres sotanas, y dándoles muchas heridas, y cortando á algunos los brazos, los echaron en el mar. Y el año siguiente de 1561, otros doce padres y hermanos, que llevaban al padre Pedro Diaz por superior, é iban á la misma jornada, y con el mismo intento de publicar el Evangelio en el Brasil, cayeron en manos de otro corsario, tambien francés, tan grande hereje y tan cruel enemigo de los católicos como Jacques Soria, que se llamaba Juan Cadavillo; y por su mandado, despues de haberlos tratado con bárbara y diabólica inhumanidad, y llamándoles perros, ladrones, papistas y enemigos de Dios, los mandó echar en el mar, queriendo Dios nuestro Señor regalar y favorecer á los de la Compañía, con doblar el celo de los hijos de ella. Cuando el padre Francisco tuvo nueva de la dichosa muerte de estos fuertes guerreros y bienaventurados hijos suyos, aunque por una parte sintió pena por la falta que harian en el Brasil; por otra se regocijó mucho mas, por ver que en su tiempo se dignaba el Señor aceptar esta ofrenda y sacrificio de sangre que la Compañía le ofrecia, y con gran ternura y sentimiento se encomendaba á los muertos, y alababa sus virtudes y suplicaba á Dios que diese gracia á los que quedaban para seguirlos con efecto, como con el afecto y deseo se le ofrecian.

Aunque Dios nuestro Señor se servia tanto del padre Francisco en el gobierno de la Compañía, como habemos visto, así en la extension y acrecentamiento de ella, como en la edificacion y fruto que con sus ministerios se seguia en todas partes, todavía, como él era tan humilde y estaba tan poco satisfecho de sí mismo, siempre le parecia que no hacia lo que debia á Dios y á la Compañía, y que estaba mal el gobierno en sus manos, y que ganaria mucho ella poniéndole en las manos de cualquier otro: y habiéndose encomendado muy de veras á nuestro Señor, juntó sus asistentes y les propuso el deseo que tenia de convocar

congregacion general, para renunciar el cargo que la misma Compañía le habia encomendado. No vinieron los padres asistentes en ello: ántes le dijeron que su zelo era bueno; pero que la ejecucion seria dificultosa y contraria á la voluntad de Dios, que lo habia puesto en aquel lugar y favorecídole maravillosamente con el acrecentamiento y fruto de la Compañía, y provecho y gusto de sus súbditos y satisfaccion y edificacion de los de fuera: que no era su trabajo ménos meritorio y acepto á Dios nuestro Señor, que le seria su oracion retirada y su propia quietud: ni mejor aparejo para morir en el mirar por sí y su descanso, que el emplearse en hacer perfectamente el oficio que Dios le habia encargado. Con esto por entonces se sosegó, viendo cerradas las puertas á su pretension, y que no podria salir con lo que su humilde espíritu con tantas ansias deseaba.

Al mismo tiempo que el padre trataba de retirarse y dejar el cargo de prepósito general, el Señor queria que llevase aquella carga, y añadirle otra sobrecarga de una larga y trabajosa peregrinacion; porque la santidad de Pio V para resistir á Selim, gran turco, que se habia apoderado del reino de Chipre, y con esta victoria estaba muy insolente, y amenazaba gran ruina á la cristiandad, á suplicacion de la república de Venecia, procuró que se hiciese una liga entre su santidad, el rey católico de España don Felipe II, y la misma república de Venecia, para resistir al comun y fiero enemigo: y para confirmar mas la liga, y acrecentarla con nuevas fuerzas de otros reyes y príncipes cristianos, envió al cardenal Alejandrino, su sobrino, por legado á los reyes de España, Francia y Portugal; y quiso que el padre Francisco acompañase en esta jornada al legado, y le sirviese con su autoridad y prudencia, y ayudase á tratar con los reyes los negocios de que iba encargado. Envió el rey católico á la entrada de Cataluña á recibir al legado á don Fernando de Borja, hijo del mismo padre Francisco, con quien le escribió el rey el gusto y contentamiento grande que tenia de su venida. Vinieron por Barcelona á Valencia, donde salió á recibir á su padre el duque de Gandía don Cárlos de Borja, y despues su hijo don Francisco, marqués de Lombay, y heredero de su casa, acompañado de la flor de la caballería de Valencia: el cual, en viendo desde léjos á su abuelo, se apeó con toda su gente, é hincadas las rodillas, le besó la mano y pidió su santa bendicion: y de la misma manera llegaron los otros caballeros y criados antiguos de su casa. Pero el padre Francisco, con la honra que le hacian, se halló tan atajado y confuso, que no vió la hora de escabullirse de ellos y de la otra gente que tambien le venia á recibir; y así con solos los padres que traia en su compañía, se desvió del camino real, y por sendas secretas se entró en Valencia, y se vino á su colegio de la Compañía, donde los de ella le estaban aguardando. Fué tan grande la instancia que el patriarca arzobispo don Juan de Ribera y la ciudad de Valencia le hicieron que predicase en la iglesia mayor, que no lo pudo excusar; y fué tan extraordinario el concurso de la gente de dentro y fuera de la ciudad al sermon, que el mismo padre apenas pudo subir al púlpito: y quedaron todos admirados de lo que oyeron y vieron. Nunca pudieron acabar con él que se llegase á Gandía, con no estar mas de nueve leguas de Valencia: pero de ella y de todo su estado vinieron muchos á ver á su antiguo señor.

En la córte del rey don Felipe fué muy bien recibido, regalado y favorecido de su majestad, con quien trató el padre Francisco algunos otros negocios de mucho servicio de nuestro Señor, que su santidad particularmente á él le habia encomendado. Fué muy visitado de todos los grandes y señores, y tuvo tantas ocupaciones, que no le dejaban respirar. Acudieron tambien los superiores de las provincias y colegios de la Compañía, que pudieron, de España, para ver al que tanto amaban y reverenciaban, y tratar con él los negocios de sus casas y provincias. Y aunque el tiempo era corto y ocupado, todavía el padre los oyó y despachó con mucha consolacion de sus almas, y provecho de sus súbditos. Habiendo concluido con el rey católico, partieron para Portugal, y de allí (despues de haber sido recibido el legado del rey don Sebastian con grande aparato y magnificencia, y el padre Francisco con extraordinario amor y favor), despachados los negocios comunes y particulares que el padre Francisco llevaba á su cargo, volvieron de Lisboa á Madrid, y habiendo estado pocos dias en ella, tomaron su camino para Francia, acompañándolos hasta la raya don Fernando de Borja, por órden del rey católico, que quiso que á la entrada y á la salida de sus reinos, acompañase y sirviese el hijo á su padre.

En Francia hallaron en Blés al rey Carlos IX y á la reina Catalina, su madre, bien fatigados y afligidos; porque á sazon en aquel reino no habia sino armas, latrocinios, rebeliones y desobediencias á sus reyes, causadas de la desobediencia que los herejes tienen á Dios. Estaban en muchas partes las iglesias desiertas y arruinadas, y los católicos oprimidos y perseguidos de los herejes. Exhortó el padre Francisco á los reyes con vivas razones á conservar en su reino la fé católica, mostrándoles que si ella se perdia, tambien se perderia el mismo reino, y dándoles otros avisos y santos consejos, todos enderezados al mismo fin, los cuales oyeron los reyes con mucha atencion, rogándole que los encomendase á nuestro Señor en sus oraciones, y que le suplicase que alzase la mano del castigo de aquel reino, que estaba tan fatigado y diviso; y la reina madre con gran instancia y devocion le pidió un rosario que llevaba en la cinta; y finalmente mostró quererle con tantas veras, que se le dió. Con esto, y con haber tratado el legado los negocios públicos, se partieron de la córte de Francia para Italia: y habiendo llegado el padre á un lugar que no halló sino un templo yermo y asolado, que tenia solo un altar de piedra en pié, y dicho misa en el dia de la Purificacion de nuestra Señora, le asaltó un recio accidente de frio y calentura, que le causó, no tanto el rigor del tiempo, cuanto la impresion que le hizo el ver aquel templo destruido, y un reino tan poderoso y tan cristiano, en tan lastimoso y calamitoso estado. Desde aquel dia de la Purificacion nunca mas se pudo tener en pié. Lleváronle por el estado de Saboya hasta Turin, con gran cuidado y regalo; porque el duque le envió médico, medicinas y criados de su casa para que le sirviesen. En Turin, no pudiendo su humilde y pobre espíritu sufrir el tratamiento y regalo de su persona, que el duque le mandaba hacer, se embarcó en una barca bien aderezada hasta Ferrara, donde el duque don Alonso de Este, su primo, lo tuvo algunos meses, haciéndole curar, regalar y servir como si fuera su propio padre. Mas como él entendió que se llegaba el tiempo de salir de la cárcel del cuer-

po, é ir á gozar del sumo Bien, deseando morir en Roma, se partió de Ferrara; y pasando por la santa casa de Nuestra Señora de Loreto, llegó á aquella santa ciudad á los 28 de setiembre del año de 1572, metido en una litera y sin salir jamás de ella. Cuando supo que estaba ya dentro de los muros de Roma, dijo con grande alegría de espíritu el *Nunc dimittis servum tuum, Domine*, é hizo gracias á nuestro Señor porque habia perdido la salud y acabado la vida en obediencia de su santa sede apostólica, y cumplimiento del cuarto voto solemne que habia hecho en su profesion, y no ménos por haberle librado tantas veces de las dignidades á que el mundo habia procurado levantarle, para derribarle del estado de pobreza en que su divina mano le habia puesto. Ántes que el padre Francisco llegase á Roma, habia fallecido la santidad del papa Pio V, y con su muerte se cortó el hilo á muchos negocios graves é importantes que resultaban de aquella legacía y jornada, para gran servicio de Dios. Sucedióle en el pontificado Gregorio XIII, que estando en Tíboli, supo la llegada del padre Francisco á Roma, y que estaba al cabo de su vida, y tuvo mucho sentimiento de ello, y dijo, que la Iglesia perdia en él un fiel ministro y firme columna, y le envió indulgencia plenaria para aquel paso y su bendicion. Acudieron muchos cardenales y embajadores de príncipes á visitarle: y él les rogó que le dejasen; porque ya no era tiempo sino de tratar con Dios. Vivió despues que llegó á Roma solos dos dias, en los cuales recibió los santos sacramentos, respondiendo él mismo con entrañable devocion al de la Extremauncion, y á la invocacion de los santos. Despues se puso en oracion muy sosegada y atenta: y hablando de lo mas íntimo del corazon con el Señor, y echando afectuosos y amorosos suspiros del alma, la dió á su Criador el postrero de setiembre dia de san Gerónimo, del año de 1572, poco ántes de media noche, habiendo vivido setenta y dos años, ménos veinte y ocho dias. Su cuerpo fué enterrado con gran sentimiento de los de la Compañía y de los de fuera, en la iglesia antigua de la Compañía, junto á los cuerpos del santo padre Ignacio de Loyola, y del padre maestro Diego Lainez, que fueron los dos primeros prepósitos generales sus predecesores.

Esta es una breve recopilacion de la vida del padre Francisco de Borja, que yo escribí mas largamente en cuatro libros: en tres de los cuales traté del discurso de su vida, y en el cuarto de sus particulares virtudes, que es la parte que ahora nos queda que proseguir, y la mas necesaria y principal para nuestro ejemplo é imitacion; porque cierto todas las virtudes fueron raras, admirables y divinas en este santo varon. Y por comenzar de la humildad, que es la madre, fundamento y conservadora de todas, y la que parece que repugnaba mas á su estado y grandeza; ¿quién no se admira de tantos y tan maravillosos ejemplos de humildad en el padre Francisco? ¿Del pedir limosna por las calles con unas alforjas al hombro? ¿Del juntar los niños con una campanilla para que oyesen la doctrina cristiana? ¿Del servir en la cocina y refectorio? ¿Del besar los piés á sus hermanos tan á menudo como él lo hacia? ¿Y las otras cosas de este jaez, que en su vida quedan referidas?

Deseando de corazon esta virtud, y sabiendo que el camino para alcanzar la humildad, es la humillacion, ninguna cosa parece que tomó tan á pechos, como el confundirse y aniquilarse delante de todas las criaturas. Este era el principio de su oracion: esta la materia de sus pláticas; y este el comun ejercicio de su vida. De aquí le vino el estar algunas veces muy encogido, y como avergonzado, pareciéndole que yendo por la calle, todos le miraban como á hombre salido del infierno; y el juzgar otra vez que su propio lugar era el estar á los piés de Judas: y que el Salvador, cuando la noche de la cena se los lavó con sus manos arrodillado delante de él, le habia quitado aquel lugar, y dejádole singular en el mundo. De este mismo afecto nacia el tenerse por bestia, y decir que cuando siendo duque le habian salido á recibir las mulas de los cardenales en Roma (como se usa), habia sido un recibimiento muy conveniente; pues habian salido las bestias á recibir otra bestia. Y siendo comisario general de la Compañía en España, y teniendo las llaves del colegio de Porto, tomó un puerco muerto que habia traido de limosna, y se le echó á cuestas, y lo subió por una escalera bien alta; y maravillándose los padres de esto, dijo: ¿Que maravilla es que un puerco lleve á otro puerco?

Desde que se dió al ejercicio de larga oracion mental, empleaba cada dia las dos primeras horas de ella en este conocimiento y menosprecio de sí mismo: y cuanto oia, leia y veia, todo le servia para este abatimiento y confusion; y daba gracias al Señor, porque habiendo sido tantos sus pecados pasados, no le desamparaba y dejaba caer en todos los pecados en que caian otros hombres. Ninguna cosa le daba tanta pena como cuando se veia honrar por santo, ó por siervo de Dios. Y preguntado una vez, por qué se afligia tanto de esto, pues él no lo deseaba ni procuraba; respondió, que temia la cuenta que habia de dar á Dios por ello, siendo él tan otro de lo que se pensaba.

Tenia gran sentimiento, cuando le trataban con alguna ceremonia de la grandeza pasada, ó con mas respeto y reverencia que á otros, como llamándole «señoría,» etc. De los lugares y ocasiones, donde habia de ser honrado, rodeaba por los caminos aunque hubiese de tener incomodidad de posada, y padecer su salud, á trueque de no recibir la tal honra. Encubria con maravillosa humildad lo que habia sido en el siglo, y trataba con tan grande llaneza con todos, que no habia rastro ni memoria de lo pasado. En dos solos casos se servia de los títulos antiguos, que no ménos descubrian su humildad. El uno, que el haber sido duque, le sirvió para que le recibiesen en la Compañía; porque si no lo fuera, ¿qué talentos, ó qué prendas tenia yo (decia el humilde padre) para ser admitido en ella? El otro, cuando llegaba de camino á algun pueblo, y para decir misa no le querian dar recado, ó por ser tarde, ó por no conocerle; entonces daba licencia á sus compañeros, que dijesen quién era, por no quedarse sin misa.

Pues ¿qué diré de la congoja y angustia que tuvo todas las veces que trataron de hacerle cardenal? Porque no hay hombre tan ambicioso, que así codicie y procure la honra ó dignidad, como el padre la huia y desechaba. ¿Qué del ansia que tuvo de ocuparse en leer una clase de gramática, y de la invencion que hallaron los padres, para persuadirle que desistiese de aquella pretension, diciéndole que no lo sabria hacer, y que desacreditaria los estudios de la Compañía? Porque era tan humilde que lo creyó; y por esto lo dejó. No quiero alargarme mas en referir otros ejemplos de la singular humildad del padre

Francisco: véalos quien quisiere en su vida: estos bastan para que entendamos que fué muy profunda y estremada la que dió el Señor á este humilde siervo suyo.

Hija de la verdadera humildad es la virtud de la santa pobreza, en la cual se esmeró mucho el padre Francisco; porque deseó afectuosamente ser verdadero pobre de Cristo, y lo supo ser, y vivir y morir como pobre, favorecido del Señor. Desde el dia que se hizo religioso, no tuvo en su poder moneda de ninguna suerte, ni conocia el valor de las monedas: que era cosa que ponia admiracion en una persona que habia sido tan rica, y gastado tanta hacienda. En todas sus cosas daba muestra de verdadero pobre y perfecto amador de esta virtud: en su vestido, en su comida, en su cama y aposento, y aun en las cosas mas menudas, como en el papel que gastaba para sus sermones, en el fuego que se le hacia en alguna necesidad y en cosas semejantes; y para hacerle tomar unos zapatos, ó unas calzas nuevas, era necesario usar de grandes persuasiones y artificios. Cuando iba á pedir limosna, de mejor gana comia los mendrugos y pedazos de pan que él ú otro traian, que el entero que se ponia á la mesa. En sus caminos, por largos y trabajosos que fuesen, nunca, por mucha falta que tuviese de salud, consentia que para su persona se llevase ni una sábana limpia, temiendo que esto fuese en perjuicio de la santa pobreza; y muchas veces dormia, cuando iba de camino, en los parajes, ó á teja vana en tiempo de frio, y entrando el viento por muchas partes. Su fieltro y capa aguadera, así en el invierno como en el verano, era su manteo doblado al revés (por no gastarle tanto); y con esto no pocas veces llegaba á las posadas traspasado del agua y frio; y entonces era su alegría, cuando llegando de esta manera no hallaba buen recado en la posada. La ermita de la Magdalena, que labró en Oñate, la casa de probacion de Salamanca, y otras obras que hizo, todas eran al talle de su espíritu, el cual resplandecia, y era tanto mas admirable en el padre, cuanto mas era lo que habia dejado en el mundo; porque se echaba bien de ver, que lo que en otro pudiera ser miseria, ó falta de ánimo y estrechura de corazon, en él era menosprecio del mundo, é imitacion de Cristo, y un vivo y entrañable deseo de vestirse de su desnudez, y vivir y morir como él vivió y murió. Hubo algunos que admirados y movidos principalmente de esta humildad y pobreza del padre, se determinaron á seguirle, y entrar en la Compañía, como lo hicieron.

Tambien es hija de la humildad la obediencia, en la cual fué muy perfecto el padre Francisco, obedeciendo enteramente al Señor, y los ministros que en su nombre le gobernaban. Solia llamar á la obediencia barca segura, en la cual aunque duerma y repose, no deja el religioso de navegar prósperamente, y hacer camino de noche y de dia. Cobraba tan gran respeto á sus superiores, que no solamente le duraba el tiempo que ellos lo eran, sino tambien despues que lo dejaban de ser, solamente porque lo habian sido. Cuando estaba en España, y recibia cartas del santo padre Ignacio, general, ántes que las abriese, se hincaba de rodillas y hacia un poco de oracion, suplicando á nuestro Señor que le diese gracia para oir y cumplir la obediencia de su superior, que en aquellas cartas le enviaba, y como si del cielo le viniera aquella obediencia, así se gozaba con ella y la cumplia: y lo que para los otros religiosos es una expresa obediencia, eso para el padre Francisco cualquiera significacion de la inclinacion del superior.

Para tener un poco la rienda al espíritu fervoroso del padre Francisco en sus penitencias le ordenó el santo padre Ignacio que en lo que tocaba á su salud obedeciese á su compañero que era un hermano y se llamaba Melchor Marcos. Fué cosa de admiracion la obediencia que le tuvo y la humildad con que le preguntaba si haria esto ó aquello: y si le daban alguna cosa para su salud, luego preguntaba si el hermano Marcos lo mandaba. La misma obediencia guardaba con el cocinero cuando le iba á servir en la cocina. Un dia que estaba ayudando en ella en Valladolid, le mandó llamar la princesa doña Juana; y el padre no quiso ir sin licencia del cocinero, el cual le dijo que fuése, pero que se volviese luego; porque les haria falta si se detuviese, y que dijese á su alteza como estaba ocupado en la cocina, y que luego le dejaria volver. De la misma manera que el simple hermano se lo mandó, lo cumplió el padre, contando á su alteza puntualmente lo que le habia mandado el cocinero, quedando la princesa admirada y edificada de ver la obediencia con que el religioso padre, y santo y discreto cortesano, habia ejecutado lo que aquel simple hermano con tanta llaneza le habia ordenado.

Solia decir que esperaba en nuestro Señor, que tres cosas principalmente conservarian y acrecentarian la Compañía: la primera la oracion y el uso de los santos sacramentos: la segunda las contradicciones y persecuciones: la tercera la perfecta obediencia: y daba la razon; porque la primera nos junta y ata con Dios: la segunda nos despega de la vanidad y amor del siglo; y la tercera nos hermana y traba entre nosotros mismos, y nos une con nuestras cabezas. Despues que en Oñate renunció su estado, y se comenzó á dar á la vida religiosa con mas perfeccion, le deparó nuestro Señor un superior muy riguroso en sí, que le daba larga rienda en sus penitencias, y le incitaba á mayores cosas que sus fuerzas podian llevar. Hacíale trabajar con la angarilla muchas horas, y traer piedra y cal, y los otros materiales para la obra; y el buen padre con una mansedumbre y santa simplicidad le obedecia como si fuera un ángel enviado del cielo para gobernarle.

Pero ¿quién podrá explicar el don de la oracion y trato familiar que este bienaventurado padre tuvo con Dios, y el cuidado de examinar muchas veces cada dia su conciencia, y confesarse dos sacramentalmente, para disponer su alma á recibir el rayo de la divina luz? Con el uso continuo de la oracion vino á hacer un hábito de hallar á Dios en todas las cosas, de manera que parecia que todos los lugares le servian de oratorio, y los negocios, de recogimiento y materia para la misma oracion. En los caminos, los montes, los rios y los campos le servian de despertadores y mensajeros de Dios, para conocerle, amarle y alabarle mas en todas sus criaturas: y aunque le era trabajoso el caminar, todavía gustaba del trabajo; porque no habia quien le embarazase para su oracion.

Cuando estaba en alguna conversacion de seglares que no podia excusar, estaba tan dentro de sí, y tenia á Dios tan presente como si estuviera en alguna alta y profunda contemplacion; porque el cuerpo estaba con ellos, y su corazon y espíritu con Dios. Aconteciéle estando con personas graves y de respecto, elevarse y olvidarse de sí, y

de lo que estaba tratando, sin poder hacer otra cosa, ni estár mas en su mano, especialmente si algunos seglares querian meter pláticas impertinentes; porque entonces no estaba atento á lo que platicaban: y avisándole algunos padres que caia en falta, y que algunas veces no venia bien lo que decia con lo que se trataba; respondia que mas queria que le tuviesen por necio que perder tiempo. Aunque tenia casi continua oracion y andaba en la actual presencia de Dios en todos tiempos y lugares; pero su regalo era la oracion larga é intensa y sosegada, que hacia cuando despertaba despues de la media noche, que con durar cinco ó seis horas, no le parecia á él haber durado un cuarto de hora; y salia de ella tan encendido el rostro como una brasa, y cebábase tanto algunas veces en ella, que el hermano Marcos (temiendo que no le hiciese daño á su salud) daba golpes y le decia que acabase, y el padre respondia: Un poco mas, hermano Marcos, un poco mas; porque estaba tan asido y abrazado con Dios; que parecia que no podia soltarle y desasirse de él.

Entre dia se escabullia todas las veces que podia, de los negocios, é iba á hacer oracion delante del santísimo Sacramento, y cuando salia fuera de casa se entraba en las iglesias que le venian á mano para adorarle. Esta devocion del santo cuerpo del Señor fué admirable en el padre Francisco, y no hay hombre tan goloso y amigo de manjares delicados como él lo era de este manjar celestial, al cual ningun dia dejó de recibir sano ni enfermo, hasta que de esta vida le sacó nuestro Señor. Estando enfermo en Evora, y con un sueño tan profundo, que para despertarle era menester darle tormento; á la hora de comulgar no habia dormir, ni descuidarse un punto. Tenia en la casa de Roma un aposentillo muy estrecho sobre el altar mayor, y lo mismo procuraba siempre en las otras casas y colegios donde habia de residir. Este rincon era su refugio y guarida: á este nido volaba, siempre que se podia escapar del bullicio de la gente y trabajo de los negocios.

Pues, ¿qué diré de la devocion que tuvo á las reliquias é imágenes de los santos, y el cuidado que puso en hacer estampar en Roma gran número de ellas, y repartirlas por todas las provincias hasta las de las Indias orientales y occidentales, y aun enviar los mismos moldes é instrumentos, para que allá se pudiesen astampar? ¿Qué del retrato verdadero que con suma devocion y estudio hizo sacar muy propio de la imágen de la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, que pintó san Lucas, y está en Roma en Santa María la Mayor, para avivar mas la devocion de la gente para con esta Señora? ¿Qué de la costumbre que plantó en la Compañía de echar cada mes los santos, y hacerles en su dia algun servicio particular como se usa en la Compañía? Llegó á muy alto grado de contemplacion unitiva y afectiva, y en ella se regalaba y se abrasaba su espíritu, y se encendia cada dia mas en el amor de su amado. Aquí era su descanso: aquí sus abrazos: aquí sus gozos; amando con gozo al Señor y gozándose de amarle.

Muchas veces procuró el demonio inquietarle y espantarle en su oracion, apareciéndosele unas veces como ximio feo, que le hacia cocos, otras como gigante negro, y con otros visajes y figuras ridículas y espantosas; pero nunca pudo apartarle de su oracion. Finalmente, era el padre Francisco tan devoto y tan unido con Dios, que algunos padres de la Compañía, cuando se hallaban tibios y sin devocion, se iban á él; y sin hablarle, de solo verle, volvian compungidos y con el espíritu encendido y blando para con Dios.

Esta oracion del padre Francisco tenia por hermana y compañera á la mortificacion, en tanto grado que pone admiracion; porque tenia á su cuerpo por capital enemigo, y nunca quiso hacer paces ni treguas con él; y buscaba y hallaba siempre en qué maltratarle, y llamaba amigos suyos á las cosas que le ayudaban á afligirle. Si el sol le fatigaba, caminando en el estío: si el hielo, aire y la lluvia en el rigor del invierno, decia: ¡O cómo nos ayuda bien el amigo! Y lo mismo decia del dolor de la gota y de corazon; y de los que le perseguian y murmuraban. Las purgas, por amargas que fuesen, las bebia á tragos como si fuese una escudilla de sustancia: las píldoras amargas las mascaba y deshacia en la boca muy despacio; y de esta manera mortificaba sus sentidos y crucificaba su carne. Decia, que viviera desconsolado si supiera que la muerte le habia de tomar en dia en que él no hubiera hecho alguna mortificacion y penitencia; y así él andaba en perpetua vela, haciendo la guerra á su carne. Siendo virey en Cataluña, y despues general de la Compañía en Roma, tenia con su llave cerrados los cilicios y disciplinas que usaba, y los paños con que limpiaba la sangre que se sacaba; y los cilicios eran tan ásperos que causaban horror y admiracion. De tener tantas horas al dia la boca cosida con la tierra en su larga oracion, vino á perder las muelas y despues á cancerarse la boca; de manera que si no se remediara con tiempo, en breve se acabara su peregrinacion. Tambien tuvo las espaldas desolladas de los azotes, y tan molidas y maltratadas, que se le pudrian; y él mismo vino á tener escrúpulo de ello, y decia, que confiaba en el Señor que le perdonaria los rigores que habia usado; porque los habia hecho con buen zelo y deseo de agradarle.

A la penitencia llamaba camino real del pecador para el cielo: y como era tan humilde, y se sentia por tan gran pecador, se entregaba á ella de manera, que en un tiempo dijo, que le seria la comida desabrida el dia que no tomase una buena disciplina, y soliala tomar tan rigurosa, que algunas veces aconteció á su compañero contar ochocientos y mas azotes, y no bastaba dar muchos golpes á la puerta, para que dejase la disciplina de las manos.

Cuando no podia escusar en sus caminos el ser huésped en casa de algun señor, procuraba en la mesa (si podia) comer lo que comiera en su refectorio; y cuando le daban cama blanda y ricamente aderezada, despedidos todos los criados de casa, se cerraba en su aposento, y sacaba un colchon de la cama, y le echaba en el suelo, y en él dormia, y á la mañana le tornaba á poner en su lugar, de manera que no se echase de ver.

No era solamente la mortificacion del padre Francisco de asperezas y penitencias; pero mucho mas de sus pasiones y afectos, y de todo lo que tocaba á carne y sangre; porque desde que salió de su casa, así se olvidó de sus hijos, hermanos y deudos, como si no los tuviera, y hubiera nacido y criádose toda su vida en religion, y estaba tan despegado de su carne y sangre, que causaba á los estraños maravilla, y á sus deudos sentimiento. Pero así los que se quejaban, como los que se maravillaban, tenian materia de edificarse y alabar al Señor, que en una tan feliz memoria

como era la del padre Francisco, hubiese puesto tanto olvido de las cosas á que el afecto natural tanto nos inclina. En una carta, hablando de este desapego que tenia á los suyos, dice estas palabras: «No dejo de amarlos y de rogar por ellos, como debo, y quizá es mas acepta la oracion, cuanto ménos tiene de carne: muera, muera; que de su muerte sale la vida.»

Murió casi repentinamente doña Isabel de Aragon, condesa de Lerma, hija muy querida del padre Francisco: el cual, estando en Valladolid, yendo por la calle á palacio, tuvo nueva de su muerte: luego cerró los ojos del cuerpo y estuvo, como un cordero, en oracion, y siguió su camino. En palacio trató con mucha serenidad los negocios, que llevaba, con la princesa, y al cabo la dijo que encomendase su alteza el alma de su sierva doña Isabel, que se habia ido á la otra vida casi de repente. Turbóse la princesa, y díjole: Y cómo, ¿es nueva esa para dármela tan de paso, y no hay mas sentimiento en el padre de la muerte de tal hija? Respondióle el padre: Como la teníamos prestada, señora, y vino por ella su dueño; ¿qué podemos hacer sino volverla alegremente? Volvió al colegio, y dijo misa por ella; y este fué y no mayor su sentimiento. Y como el condestable de Castilla le viniese á visitar y á darle el pésame de la muerte de su hija, y se espantase de aquella paz y serenidad, y le preguntase como era posible que no sintiese la falta de su hija; le respondió el padre: Señor, el dia que Dios me llamó á su servicio y me pidió el corazon, se lo deseé entregar tan enteramente, que ninguna criatura le pudiese turbar, ni viva, ni muerta.

Trayendo el duque don Cárlos, su hijo, pleito con don Sancho de Córdoba, almirante de Aragon, sobre ciertos lugares que el duque poseia; nunca el padre Francisco quiso hablar al emperador don Cárlos en favor de su hijo: ántes, hablándole el mismo emperador sobre este negocio, le suplicó el padre, que no solamente mandase guardar al almirante su justicia, mas que le hiciese toda la gracia y merced que cupiese en la misma justicia. Lo mismo le aconteció con el papa Pio IV en Roma: porque pidiéndose dispensacion á su santidad, para que don Alvaro de Borja, hijo del padre Francisco, se pudiese casar con su sobrina, marquesa de Alcañizes; el padre Francisco nunca quiso hablar palabra por él, ni dar á entender á su santidad que don Alvaro era cosa suya, hasta que el mismo papa lo supo, y le mandó llamar, y casi le reprendió, por no haberle dado parte de cosa que tanto le tocaba. Y aunque el papa le preguntó lo que le parecia que habia de hacer en aquel caso; el padre estuvo tan en sí, que aconsejó á su santidad que pues dos tios pretendian casarse con la marquesa, su sobrina, el uno primo hermano del padre y el otro hermano de la madre (que era don Alvaro), y ambos pedian la dispensacion; que su santidad se la concediese á ella, para que escogiese y tomase por marido á que quisiese de los dos: porque con esto cumpliria su santidad con ambas partes, y la marquesa se casaria libremente con el que de los dos le diese mas gusto. De lo cual quedó el papa admirado, aunque no siguió su parecer; porque no quiso conceder la dispensacion sino al hijo del padre Francisco, para que se casase con su sobrina.

Aunque el padre Francisco consigo era riguroso y severo, y con los que le tocaban en sangre no mostraba cariño, porque los miraba como parte de sí mismo; pero á ellos y á todos los demás amaba con un tierno y espiritual amor: y cuando para bien de sus almas le habian menester, hallaban en él entrañas de verdadero padre, y alivio, remedio y consuelo. Todos sus súbditos sabian que era tanta su caridad, que podian seguramente descubrirle sus pechos, y descargar en él sus trabajos, aflicciones y cuidados, sin enfadarse ni cansarse; porque su trato con ellos era muy suave, y mas de padre amoroso, que de superior austero, así en el modo que tenia de mandar, como en el cuidado que tomaba en alentar y mejorar en la virtud á los que veia desalentados y caidos, porque decia que la religion, si se guarda exactamente, es una continua cruz, y un perpetuo ejercicio de mortificacion; y que los superiores deben mas procurar aliviar esta carga á sus súbditos, que hacérseles mas pesada, buscando nuevos y particulares modos para mortificarlos; aunque tambien deben probarlos y hacerles mas robustos, conforme á la necesidad y fuerza de cada uno: lo cual debe pesar el superior con el peso de la prudente caridad. Cuando algun súbdito suyo caia en alguna falta lijera ó descuido, su mas áspera reprension era decirle: Dios os haga santo, hermano: ¿cómo hicisteis, ó como dijisteis esto? Pero si la falta era grave y pedia mas satisfaccion, no la dejaba sin castigo; mas para que se llevase mejor, él mismo llamaba al que habia faltado, para que conociese su culpa, y para compungirle mas, él mismo se ofrecia á hacer penitencia por él; y despues de esta satisfaccion y enmienda, no se acordaba ni trataba mas de culpas pasadas. Puesto caso que para todos sus súbditos era blando; pero con los enfermos usaba de particular caridad, visitándolos y regalándolos y haciéndoles proveer de todo lo que habian menester, conforme al parecer del médico; porque verdaderamente él imitaba al glorioso apóstol san Pablo, enfermando con el enfermo, y afligiéndose con el afligido.

Mas aunque el padre Francisco tenia para con todos sus prójimos esta caridad; pero mas la mostraba y ejercitaba con los que decian mal de él y le perseguian. Á los tales llamaba bienhechores, por el bien que hacen los enemigos á los que persiguen, aunque no lo pretendan hacer. Nunca se le oyó palabra contra ellos, ni para descargo suyo, ni consentia que en su presencia se dijese ni se hablase cosa que pudiese desdorar á los que le calumniaban: y si no podia defender la obra, excusaba la intencion; y mucho mas mostraba esta caridad con las obras, que con las palabras, cuando alguno de sus adversarios tenia necesidad de su favor. Pero esta dulzura y caridad de este bienaventurado padre para con sus prójimos, manaba (como de su fuente) de aquel amor tan divino y perfecto que él tenia al Señor, en el cual, y por el cual, y para el cual los amaba: y cuanto era mayor el fuego del amor que ardia en el pecho del padre para con Dios; tanto eran mas vivas y mas encendidas las llamas que salian de él para con sus hermanos. Pues ¿quién podrá explicar la caridad que tuvo para con Dios? El que se la dió, solo lo sabe: por lo que hizo y padeció por él, podemos rastrear algo de ella, y no ménos por el deseo afectuoso y abrasado que tenia de morir por su amado, como se ve en una carta que el año de 1559 escribió de Valladolid al padre Diego Lainez, general de la Compañía, en la cual le dice, que Dios nuestro Señor le hacia gracia de darle muy particular y entrañable deseo de morir derramando la sangre por la verdad católica, y en servicio de la santa Iglesia: y aña-

de: «Pido por caridad á vuestra paternidad, que le ofrezca este deseo por mí, y le suplique que le dé eficacia y efecto si de ello es servido, ó que á lo ménos haga que á mí me sea otra muerte y otro martirio verme morir, sin morir derramando la sangre por él.» Pues ¿qué diré de las otras admirables virtudes de este glorioso padre? ¿Qué de aquella soberana prudencia con que conoció la vileza y bajeza de todas las cosas de la tierra, y las menospreció; y estima y aprecio que tuvo de las del cielo, que por haberlas dejado le habian de dar? ¿Qué de la sencillez y santa simplicidad de paloma, acompañada con esta prudencia de serpiente? Queria ántes ser engañado, que pensar que le engañaban: y con haberse criado en la córte, donde hay tantos artificios y engaños, y sido señor y virey, y conocido por experiencia cuán poco hay que fiar en el mundo; ninguna cosa bastaba para hacerle perder su santa simplicidad, ni sospechar mal de nadie. Pues ¿qué diré de su maravillosa mansedumbre, y que nunca se le oyó palabra descompuesta? ¿Qué del zelo de la justicia, siendo seglar? ¿Qué de la severidad en la religion, cuando veia que la suavidad no aprovechaba? ¿Qué de la vigilancia para que no se entrase en la Compañía el regalo y la relajacion, ni cosa que la pudiese desdorar ó menoscabar su vigor? ¿Qué de la benignidad con que mezclaba esta severidad, de manera que el rigor fuese suave, y la suavidad rigurosa cuando era menester? ¿Qué de su honestidad, que estando enfermo en casa de su misma hija la condesa de Lerma, no consintió que ella le bañase con un poco de leche los piés, que tenia hinchados y atormentados con recios dolores de gota? ¿Qué de las otras virtudes, que todas fueron heroicas y divinas en el padre Francisco, y dignas de tan gran varon de Dios?

Como á tal lo trataba y regalaba el mismo Señor y le hacia mil favores, no solamente adornando su alma con las virtudes que hemos dicho, sino tambien esclareciéndole con los resplandores de su divina luz, y magnificándole con algunos milagros y cosas sobrenaturales; porque estando una vez en Medina del Campo en su aposento de rodillas en oracion, le vió el padre Gerónimo Ruiz de Portillo (que fué el primer provincial de la Compañía en el Perú) rodeado de una clarísima luz, y con el rostro muy resplandeciente. Lo mismo vió en Berlanga otro padre que se llamaba el doctor Ayala: el cual, entrando á prima noche donde el padre estaba orando, le vió cercado de una luz excesiva, y la pieza con mayor claridad que si en ella hubiera muchas hachas ardiendo, y juntamente vió que de su rostro salian unos como rayos de gran resplandor.

Tambien parece que el Señor le revelaba las cosas secretas y ocultas; porque estando el año de 1552 en Oñate, llegó un lacayo de don Cárlos, su hijo, el duque de Gandía, que se llamaba Sanson, criado antiguo de aquella casa, con la nueva del nacimiento de don Francisco de Borja, su hijo primogénito y sucesor; y ántes que el lacayo hablase y le diese las cartas que traia, le dijo el padre: Seias bien venido, Sanson: ¿cómo queda Francisquito? Turbóse en gran manera el lacayo; porque se habia dado mucha prisa por traer la nueva el primero, y ganar las albricias; y dijo: ¿De dónde sabe vuestra señoría que hay Francisquito en el mundo? ¿Quién me ha ganado las albricias; que yo gran diligencia he puesto por no perderlas? No perderéis (dijo el padre), que yo os diré tres Ave Marías, y escribiré al duque que os las dé; que bien las mereceis.

La segunda vez, que por mandado del emperador fué á Portugal, cayó enfermo en Evora tan gravemente, que los médicos que le curaban le tenian y lloraban por muerto; y él, viendo sus lágrimas, dijo, que aun no estaba madura y sazonada la fruta, para presentarse delante de los ojos del Rey soberano, y que de allí á cuatro dias partiria para Lisboa, con el favor del Señor; y así fué: aunque los médicos decian que naturalmente era imposible.

Estando en Lisboa convaleciente en el palacio de Xabregas, que es del rey, á la ribera del rio Tajo, y de aires sanos y frescos, una tarde á deshora comenzó el padre Francisco á dar gran priesa á sus compañeros que le sacasen luego de aquella casa, y que ninguno de ellos ni de los criados de la reina, que estaban con él y le servian, aquella noche quedase allí; y así se hizo por la instancia y firmeza con que el padre insistió en ello. Aquella misma noche súbitamente se levantó una tan brava y terrible tormenta, que las naos poderosas de la India, que estaban amarradas con fuertes cables y maromas, se desamarraban y se encontraban y hacian pedazos entre sí: y si el padre se estuviera con sus compañeros en aquella casa del rey, sin duda hubieran padecido mucho aquella noche.

Otra vez, yendo camino de Andalucía, se topó con Suero de Vega, hijo de Juan de Vega, que á la sazon era presidente del consejo real de Castilla. Llegaron ambos una tarde en la posada: retiróse luego el padre á un aposento á hacer oracion como solia; y Suero de Vega se quedó con sus criados al fuego deuna chimenea en otro aposento mas afuera. Estando allí en su pláticas bien descuidados, salió el padre á deshora dando voces y diciendo: O señores, ¿aquí están? Sálganse luego. Los que esto oyeron, aunque no veian por qué, se salieron luego tras el padre: apenas habian salido, cuando se cayó una pared de la casa con espantoso estallido.

Cuando se partió de España con el cardenal Alejandrino para Francia, y de allí á Roma, le acompañó el padre Juan Suarez hasta Miranda de Ebro; y á la despedida el padre le significó que él apenas llegaria vivo á Roma, y que Suarez seria otra vez provincial de la provincia de Castilla: y lo uno y lo otro sucedió como el padre lo dijo.

Estando el padre vecino á la muerte, dijo al hermano Marcos, su compañero, que pasado él de esta vida, iria á las Indias, y en ellas trabajaria en servicio de Dios: cosa que decia Marcos que jamás le habia pasado por el pensamiento procurarla ni desearla; pero como el padre se lo dijo, así se cumplió.

Estando Francisco de Briones, que fué algunos años compañero del padre Francisco, tan apretado de una dolencia, que los médicos desconfiaban de su salud; entró á verle el padre Francisco, y le animó y consoló, y le dijo que no tuviese pena, que no moriria de aquella enfermedad, sino que muy presto se levantaria; y así se cumplió esta y otras dos veces que se halló en otros semejantes peligros.

El padre Hernando de Solier estaba enfermo en la cama de unas tercianas, y al tiempo que aguardaba el accidente, entró á verle el padre Francisco, y preguntóle cómo estaba. Respondióle el doliente: Como nuestro Señor

es servido, aguardando la terciana. ¿Pues para que la aguardais? dijo el padre. Replicó el enfermo: Mande vuesa reverencia á la terciana que no venga, y no la aguardaré. Sea así (dijo el padre) en nombre de nuestro Señor: terciana, no vengas mas á Solier. Él lo dijo, y Dios lo hizo, y el enfermo se levantó: y fué cosa tan sabida esta, que despues de muerto el padre Francisco, en la Nueva España en el colegio de Guajaca, el año de 1596, estando un hermano enfermo muy fatigado de unas cuartanas, y aguardando la calentura, que ya habia enviado adelante sus aposentadores, que eran el frio, desabrimiento y tristeza, un padre de la Compañía le dijo, que mandase á la calentura que no viniese; y el hermano enfermo le respondió, que á él como sacerdote, tocaba el mandarlo. Entonces dijo el padre: Eso seria, si yo tuviese la virtud y potestad que tuvo nuestro padre Francisco de Borja. Aquí el enfermo: Pues mande vuesa reverencia en nombre del padre Francisco á la cuartana que no venga, y no vendrá. Mandólo el padre; y la cuartana no vino mas.

No fué menor milagro dar la calentura á un sano, que quitarla á un enfermo. Estaba un gran señor de España muy desabrido y encontrado con su hijo, heredero y señor de su casa. Suplicóle el padre Francisco que se olvidase de aquel enojo, y recibiese en su gracia á su hijo. Enfadóse mucho el señor, y respondióle con palabras desabridas y fuése á casa. El padre calló y determinó hablar con Dios, ya que el señor no le oia; y súbitamente asaltó una fiebre tan recia á aquel señor que le congojó y apretó con el temor de la muerte. Pensó luego en su alma, que Dios le castigaba, por no haber querido oir los ruegos de su siervo, y envióle á llamar con gran priesa: pidióle perdon, y púsose en sus manos. El padre dijo misa por su salud, y Dios se la dió muy cumplida; y con esto aquel señor quedó muy agradecido al padre, y se pacificó con su hijo.

El heredero Marcos que (como dijimos) fué compañero del padre Francisco, dió una escofia suya á don Francisco de Borja marqués de Lombay su nieto: cayó mala una hija de Bautista Cavete, hombre honrado y buen cristiano, de Gandia, cuya madre era hija de Gabriel de Llanos, mayordomo del duque de Gandía don Cárlos: y estando muy al cabo la enferma, poniéndole la escofia del santo padre, sanó luego; y así lo testifica aquel marqués don Francisco, y la misma marquesa de Lombay doña Juana de Velasco, que envió la dicha escofia á la madre de la niña, para que se la pusiese.

Estas cosas son maravillosas pero antiguas; digamos una de nuestros dias, y fresca, que tiene por testigos á los mayores señores y señoras de esta córte del rey don Felipe III.

La duquesa de Cea estuvo un dia de este año pasado de 1607, con gravísimos dolores de parto, con la criatura atravesada, y con tan pocas fuerzas, que no la podia echar. Todos los médicos que eran los del rey, y la comadre, y las señoras que estaban presentes, y el mismo duque de Lerma, que tenia y animaba á su nuera en aquel conflicto, la tuvieron por muerta. Trajéronle un hueso del bienaventurado padre Francisco de Borja, bisabuelo del duque de Cea, su marido, y pusiéronle sobre el vientre, con mucha devocion de la paciente, y de todos los circunstantes; y fué cosa maravillosa, que luego la duquesa parió un hijo muerto, y ella quedó viva y sana: teniendo todos esto por milagro, que nuestro Señor habia obrado por medio del padre Francisco, para dar la vida á la duquesa, y librarla de aquel tan evidente riesgo.

San Pinito, obispo y confesor.—Este santo floreció á fines del siglo segundo, y durante el imperio de Marco Antonio Vero, y Lucio Aureliano Cómmodo. Era natural de la isla de Creta ó de Candia, y fué consagrado obispo de Ginocca. Era hombre muy sabio, como lo prueban los escritos que dejó en favor de la religion cristiana, los cuales son como una viva representacion de sí mismo, y de su vida. En la carta que escribió á san Dionisio, obispo de Corinto, y que se conserva, revela sus conocimientos en la literatura eclesiástica, su elocuencia y su santidad.

San Paulino, obispo y confesor.—Este santo es reconocido por el apóstol de los siete reinos de los anglo-sajones. El año 601 fué á Inglaterra, enviado por el papa san Gregorio el Grande, para ser cooperador de san Agustin, y llevó allí de parte del mismo pontífice vasos sagrados, libros y reliquias de los mártires. A poco de haber llegado allí fué Paulino destinado á trabajar en el reino de Kent, y y fué consagrado obispo el año 625. Al principio sus trabajos y todos sus afanes fueron estériles: Dios queria probar la constancia de su siervo; pero despues, convirtió al rey de Kent, y sus apostólicas tareas dieron copioso resultado, pues una gran parte de aquellos habitantes abrazaron la religion cristiana. De todas partes acudian los paganos á pedir que se les instruyese y bautizase: empezóse á levantar templos é iglesias al Dios verdadero, y se fundó la Iglesia para ir á predicar el Evangelio en otras provincias: sus conversiones fueron innumerables, y murió santamente, é ilustre en milagros, en la ciudad de Rochester, el dia 10 de octubre del año 644.

San Gereon, y otros trescientos diez y ocho compañeros mártires, y san Victor y sus compañeros, tambien mártires.—Estos dos santos eran oficiales distinguidos de la legion tebea, y todos sus compañeros, individuos asimismo de dicha legion. Parece que no murieron el mismo dia que su gefe san Mauricio; sino que despues de aquel martirio, se acrecentó mas en ellos el amor á la religion cristiana, y muy pronto fuéron á reunirse á sus demás compañeros, muriendo degollados en Alemania por los años de 304, reinando Maximiano, y gobernando la Iglesia san Marceliano.

Los santos Casio y Florencio con otros compañeros mártires.—Eran de la misma legion que los anteriores, y murieron casi al mismo tiempo que ellos, tambien en Alemania, y por iguales motivos.

San Eulampio y santa Eulampia, mártires.—Estos dos santos eran hermanos, naturales de Nicomedia y educados en la religion cristiana desde su infancia. Eulampio era jóven, de ilustre linaje, de hermosa presencia y de vasta instruccion, con cuyas dotes se captaba la atencion y el respeto de cuantos le conocian. Indignado por la conducta sacrílega de sus paisanos, salió de la ciudad y se retiró á un desierto para consagrarse á Dios, libre de los escollos del mundo. Pasado algun tiempo en aquel santo retiro, unos paganos encontraron en él á Eulampio y lo condujeron á la ciudad, donde se le mandó que adorase la estatua de Júpiter; pero él se negó abiertamente, diciendo que preferia la muerte á semejante prefanacion. En seguida empezaron los gentiles á atormentar al glo-

rioso confesor, lo cual sabiéndolo su hermana la vírgen Eulampia, corrió al lugar del suplicio, y atravesando por en medio del tropel, fué á abrazar á su hermano, y quiso hacerse compañera suya en la pelea. Ambos fueron metidos en una caldera de aceite hirviendo; mas como de ella saliesen sin recibir daño alguno, fueron degollados para alcanzar la palma de su martirio, juntamente con otros doscientos, que al ver aquel milagro, se habian convertido á la fé.

SAN CERBONIO, OBISPO Y CONFESOR.—San Gregorio, papa, en su libro II de los diálogos, dice, que fué Cerbonio varon venerable, obispo insigne de Porto Baratto, en Italia, ilustre en la práctica de todas las virtudes, y principalmente en el ejercicio de la hospitalidad. Un dia dió hospedaje á una porcion de soldados, perseguidos por el rey Totila, y les salvó la vida; pero el tirano supo despues la accion del santo prelado, y le hizo prender para matarlo, lo cual se hubiera ejecutado, si el pueblo y parte del ejército no se hubiesen amotinado pidiendo la vida de su pastor. Ignoramos la época fija de su muerte y los hechos de los últimos años de su pontificado.

SANTA IRENE, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Son muchos los que continúan su vida en el dia 3 de abril. Vivia en Tesalónica, fué acusada de retener en su poder muchos libros santos, y alcanzó la corona del martirio en el año 304.

DIA 11.

SAN GUMARO, CONFESOR.—Fué san Gumaro noble, y nació en la provincia de Brabante, no léjos de la ciudad de Lila, que es de la diócesis de Amberes, en una aldea llamada Emblechen. Desde la primera edad parece que le escogió el Señor por suyo, segun que era blando, bien inclinado y piadoso. Enviáronle sus padres á la córte del rey Pipino: y aunque el santo mozo deseaba mas quedarse en su casa, porque era amigo de quietud y enemigo de ruido y bullicio, y temia los vicios que comunmente reinan en las córtes de los grandes príncipes; todavía obedeció á sus padres y procuró vivir entre los cortesanos, sin olvidarse de sus buenas costumbres y del temor santo de Dios. No era hombre de letras, porque no las habia estudiado; mas era enseñado del cielo, y mostrábalo en sus obras; porque era humilde, manso, caritativo, devoto, modesto, benigno, y de muy buen trato y conversacion; y así vino á ganar las voluntades de los cortesanos, y mucho mas la gracia del rey, por cuya voluntad se casó con una señora que se llamaba Guimaria, que aunque le era semejante en la nobleza, no lo era en las costumbres; porque él era humano y manso, y ella cruel y fiera. Dióle el rey á Gumaro, por sus buenas costumbres, el gobierno de una provincia, y saliendo á la guerra, le llevó consigo, y él dejó su casa en gobierno á su mujer, mandándola que fuese muy blanda y benigna para con todos sus súbditos y criados; pero en partiéndose el marido, soltando la mujer la rienda á su mala condicion, comenzó á turbar toda su familia y afligir á sus criados con cargas y trabajos, quitándoles con varios achaques las haciendas que tenian, con tanta crueldad, que algunos pobres labradores, por haberlos despojado de sus bueyes y bestias de carga, eran forzados á tirar ellos mismos los carros como bestias. Pasados siete (otros dicen nueve) años, volviendo Gumaro con el ejército á su casa, vió en el campo un criado suyo maltratado, con la cabeza raida y llorosos los ojos, que tiraba el carro: supo de él lo que pasaba, y el tratamiento que la mujer habia hecho en su ausencia á los de su casa. Enterneciése el santo varon, y mucho mas cuando llegó á ella y oyó los gemidos y alaridos con que fué recibido de sus criados. Angustióse de manera, que volviéndose á su mujer la dijo: Dios te aflija, pues tú has afligido á los otros sin tener cuenta con lo que los señores deben hacer con sus criados, y que el esclavo y el libre y todos somos una misma cosa en Cristo. Mandó luego traer delante de sí todo el ganado, y restituir á cada uno lo que era suyo y su mujer le habia quitado; y juntamente aparejar una solemne comida y llamar á todos sus criados para que comiesen y se recreasen; y así lo hicieron; y con esto quedaron contentos y se volvieron á sus casas consolados. Vínole gana al santo varon de ir á Roma para adorar los cuerpos de los sagrados príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y reverenciar los otros santuarios y reliquias de aquella ciudad. Partióse de su casa con algunos vecinos suyos, y el primer dia paró en el campo, cabe un rio, y mandó cortar un árbol que estaba allí cerca para armar la tienda que consigo llevaba. Cortado el árbol, vino á él un labrador muy furioso y enojado por haber cortado el árbol, que él decia haber plantado y guardado muchos años, dando voces y haciendo grandes fieros, sin poder nadie sosegarle. Mas el santo le dijo que se aquietase aquella noche, que él le prometia devolverle su árbol la mañana siguiente ó lo que valia. Aquella noche, estando los demás durmiendo, él se puso en oracion junto al árbol; y acabada la oracion, ató el árbol, que estaba allí caido, con su cíngulo, y le levantó y asentó en el mismo lugar donde ántes estaba, y se arraigó y fijó en la tierra como si nunca le hubieran cortado. Cuando á la mañana vió el labrador este milagro, quedó asombrado y atónito, y conoció la mano de Dios y la virtud del santo, y echándose á sus piés, le hizo donacion del árbol y de todos los otros bienes que en aquel lugar tenia. En esta misma noche le apareció un ángel en figura de una paloma y le mandó que en un lugar que allí junto estaba, cercado del rio y plantado de árboles, edificase un oratorio para que le sirviese de habitacion en vida y de descanso en muerte. Con esto dejó la peregrinacion á Roma por obedecer el mandato divino; y habiendo desmontado y limpiado aquel lugar de las muchas malezas que tenia, edificó en él una iglesia y dedicóla á san Pedro. Cuando queria ejercitar la vida activa y darse á las obras de misericordia, estábase en su casa, recogiendo á los peregrinos, dando de comer á los hambrientos, vistiendo á los desnudos, curando á los enfermos, defendiendo á los huérfanos, amparando á las viudas y remediando las necesidades de todos: y cuando se queria recoger para darse mas á la oracion y contemplacion, olvidado de todas las cosas de la tierra, se iba á este lugar, y en aquella iglesia tendia las velas de su devocion al viento y espíritu que el Señor le enviaba del cielo, con el cual se entretenia y refrescaba, y navegaba próspera-mente.

Andando una vez la mujer de san Gumaro en el campo al tiempo de la siega, los segadores, por el recio calor del sol, querian descansar y refrescar bebiendo un poco de agua: y la mujer, como era terrible y codiciosa, no los dejaba, ántes los reprendia como flojos y para poco: de lo cual indignado el santo varon la dijo palabras graves;

y movido á compasion, con el palo que llevaba en la mano cavó un poco en la tierra, y luego salió una fuente de agua copiosísima, de la cual bebieron todos y alabaron al Señor, y despues quedó aquella fuente por memoria y testimonio de la santidad de Gumaro: y la pobre mujer, volviendo á su casa, encendida del ardor del sol, cayó mala, y sintió tan gran fuego en su cuerpo, que no podia apagarle, y cuanta mas agua bebia, mas se abrasaba; y conociendo su pecado y que era castigo de Dios, y viendo la muerte al ojo, envió á suplicar á san Gumaro que se compadeciese de ella, y que con sus oraciones la restituyese la sanidad. El santo, como era benigno y piadoso, no la quiso dar mal por mal, ni pagarla en la misma moneda con que ella habia tratado á los segadores, y suplicó á nuestro Señor que la sanase; y viéndola tan al cabo, que solo la faltaba espirar, hizo la señal de la cruz sobre ella, y dióla de su mano á beber y luego quedó sana.

Otra vez, tambien al tiempo de la siega, una mujer de uno de los que segaban, llevó á un niño suyo y echóle sobre una haz para que durmiese, y fuése ella á segar. Estando el niño durmiendo con la boquita abierta, se le entró por ella una serpiente hasta el estómago, dejando toda la cola fuera de la boca: vió esto san Gumaro, y asiendo la cola, sacó la serpiente del cuerpo del niño; y de esta manera le dió la vida: y túvose por milagro. Al mismo tiempo que floreció san Gumaro, floreció tambien san Rumoldo, que vivia no léjos el uno del otro: y movidos del Espíritu Santo, vinieron á verse, y se comunicaron y trataron, y dieron órden que cada año se hiciese una procesion solemne en aquel lugar, y en ella se trajesen las sagradas reliquias de los santos, y se dijese misa pidiendo á nuestro Señor misericordia, y que echase su bendicion sobre los moradores de toda aquella tierra. Traia el uno y el otro una vara en la mano: echáronlas; y súbitamente reverdecieron y produjeron hojas y flores. Finalmente, sobrevino á san Gumaro una grave enfermedad, y entendió que Dios le queria librar del saco corruptible de nuestra mortalidad; y haciendo gracias por ello, le dió su espíritu á los 11 de octubre, en su aldea de Emblechen, y allí le sepultaron. Pero despues el mismo santo apareció á una santa vírgen llamada Vurachilde, y le mandó que avisase á los clérigos y á los demás, que la voluntad del Señor era que su cuerpo se trasladase á la iglesia de San Pedro que el mismo santo habia edificado; y por divina revelacion tomaron su cuerpo, y poniéndole en una barca sin remos, ni piloto, ni persona que la gobernase, ella misma navegó derechamente hácia aquel lugar, y allí paró la barca, y le enterraron con mucha reverencia, y estuvo cuarenta años, hasta que se edificó en el mismo lugar un monasterio, y fué trasladado á él, haciendo nuestro Señor muchos y grandes milagros por su intercesion, dando salud y consuelo á los que se encomendaban á él.

Entre los otros milagros, un mancebo que era sordo y mudo de nacimiento, sirviendo en aquel monasterio, cobró oidos y lengua.

Entraron despues los nortmannos por aquella tierra, arruinándola y destruyéndola: pegaron fuego al monasterio, y el santo milagrosamente le apagó: de lo cual quedaron aquellos bárbaros mas bravos y furiosos, y entraron en el templo, y mataron á un sacerdote que decia misa, robando todas las cosas sagradas y ricas que en él habia; mas llevándolas á sus naves, Dios visiblemente los castigó: porque dos, los mas principales capitanes ó reyes de los nortmannos, que estaban allí, murieron repentina y miserablemente: el uno, que se llamaba Reolfo, echando las entrañas en cierta necesidad natural; y el otro, por nombre Reginacio, perdió la vista y la vida juntamente.

La vida de san Gumaro escribió Teobaldo, y la trae Surio en su quinto tomo. Hace mencion de él el Martirologio romano á los 11 de octubre, y Juan Molano en las anotaciones de Usuardo, y en el Indice de los santos de los estados de Flandes. Floreció por los años del Señor de 770, como lo dice el cardenal Baronio en sus anotaciones.

San Diego Aleman, confesor.—Fué san Diego Aleman, de nacion aleman, como lo dice el mismo nombre: nació en la ciudad de Ulma, de honrados y muy cristianos padres: su padre se llamó Teodorico, varon de muy loables costumbres, muy modesto y devoto, y que llegó á ciento y tres años, sin faltarle los dientes, ni las fuerzas, ni tener necesidad de báculo, porque fué muy sobrio y templado en el comer. Con el ejemplo de su padre se crió Diego, su hijo, en mucha virtud, en devocion y temor de Dios, frecuentando las iglesias, oyendo sermones, asistiendo á los oficios divinos, y ocupándose en todas las cosas de religion, porque así se lo enseñaba Teodorico, su padre. Cuando llegó á la edad de veinte y cinco años, tuvo devocion de visitar los santos lugares de Roma, y con buena licencia y bendicion de su padre hizo aquella peregrinacion. Estuvo en Roma desde el principio de la cuaresma hasta la Pascua, sin dejar santuario, templo, ó casa de devocion que no visitase, dentro y fuera de aquella ciudad. Pasó despues á Nápoles, é hízose soldado: y aunque él procuraba vivir bien y guardar sus buenas costumbres, desagradóle la vida licenciosa y desenfrenada de los soldados; y así presto la dejó, y se retiró á la ciudad de Capua, y asentó con un caballero letrado, que le amó y trató como si fuera su hijo. Estuvo cinco años en su casa: y no pudiendo alcanzar de él licencia (por el grande amor que le tenia) para volver á su patria y ver á su padre, dejó los vestidos y dineros que de su amo habia recibido, y con los que ántes que entrase á su casa tenia, se partió secretamente de ella, habiendo primero hecho oracion delante de un crucifijo que tenia en su aposento, suplicándole que enderezase su camino. Llegó á Bolonia con intento de pasar adelante y volver á su tierra; mas allí se detuvo algunos dias, visitando á menudo el convento de Santo Domingo: y viendo la santidad y celestial vida de los religiosos de él, tocóle el Señor al corazon, é inflamóle en su amor de tal manera, que se determinó á seguirlos ó imitarlos; y olvidado ya de su padre y de su patria, pidió el hábito de religioso en aquel sagrado convento. Y aunque era persona noble y de edad ya de treinta y cuatro años, y habia estudiado y sabia medianamente; por su mayor humildad quiso ser fraile converso y servir al Señor en los ministerios de lego. Con este fundamento de verdadera humildad, acabado el año del noviciado, al tiempo que habia de hacer profesion, juzgando que era indigno de ella, y temiendo que por sus culpas le echarian del convento, se fué á los padres mas graves, y postrándose á sus piés, les suplicaba humildemente que no le despidiesen, ni echasen de su compañía. Habiendo sido tan grande y tan profunda su humildad, no es maravilla que el edificio de las otras virtudes, que se edificó sobre tal ci-

miento, haya sido admirable. Fué obedientísimo no solamente en las cosas que expresamente le mandaban los superiores, sino tambien en las que él entendia que eran de su voluntad, ó á que los veia inclinados; y esta obediencia era sencilla, pronta, alegre y puntual, vistiéndose de la voluntad de su superior, y conformándose con su parecer y juicio. Yendo un dia el prior del convento mostrando la casa á un gran prelado, encontró con Fray Diego Aleman; y volviéndose al prelado, le dijo la grande religion y observancia de Fr. Diego, especialmente en la virtud de la obediencia: y para prueba, dijo á Fr. Diego: Hijo, partios luego con unas cartas de mucha importancia para la ciudad de París; que es negocio que no sufre dilacion: y él con grande alegría respondió: Héme aquí, padre: vamos; y añadió: ¿Podré llegar á la celda á tomar el báculo y el sombrero? Era excelente artífice de pintar imágenes en las vidrieras, y para asentar los colores y perfeccionarlos mas, era menester ponerlas despues de pintadas en un hornillo. Una vez, habiendo puesto en el horno una imágen hermosísima, y siendo necesaria su presencia para acabarla y darla su perfeccion, quiso el prior probar su obediencia, y mandóle que tomase luego la alforja y la mochila, y fuése á pedir limosna: y él, sin replicar, ni hacer caso de la ocupacion precisa que tenia, obedeció luego, y pidió limosna; y volviendo despues de muchas horas con ella al monasterio, halló su imágen tan acabada y perfecta como podia desear. Él mostró la fineza de su obediencia; y Dios suplió su falta, de manera, que nunca le sucedió tan perfectamente su arte como aquella vez.

Fué casto por extremo y conservó la virginidad toda su vida, y para guardarla trataba y domaba su cuerpo ásperamente afligiéndole con ayunos, vigilias y oraciones. Guardaba sus ojos con gran recato y cuidado: nunca estaba ocioso; y cuando el demonio le representaba algun pensamiento de cosa fea, luego acudia á la sagrada pasion del Señor, y se entraba por sus benditísimas llagas, y reposaba en ellas como en un puerto seguro, no haciendo caso de las ondas y alteraciones del mar. ¿Qué diré de su caridad y compasion, especialmente para con los enfermos, á los cuales con gran diligencia y alegría regalaba y servia de tal manera, que sola su vista los consolaba y daba esperanza de cobrar salud, y muchos realmente la cobraban? ¿Qué de su oracion y contemplacion tan continua y fervorosa, y del cuidado de rogar á Dios por todos los vivos y difuntos? Él era el primero que se levantaba á maitines, y en acabándose se retiraba á algun rincon apartado secreto, para atender con mas recogimiento y quietud al Señor. Cuando amanecia rezaba sus horas y oia su misa, ó misas, con maravillosa ternura y devocion. Despues se ocupaba en algun trabajo de manos, hasta que la obediencia le mandaba otra cosa; estando siempre aparejado para dejar todo lo que tenia entre manos, en oyendo la voz del superior, como si fuera de Dios. Era amiguísimo del silencio, y por maravilla hablaba sin necesidad. Tuvo don raro de paciencia y sufrimiento: y con haber padecido tres muy graves enfermedades y dolores intensos, nunca lo quiso descubrir, llevándolos con extraordinaria paciencia. Era afable, apacible, grave, blando y suave en sus palabras y obras. Favorecióle nuestro Señor con muchas gracias y privilegios. Fué visto algunas veces orando de noche con el rostro resplandeciendo, y todo su cuerpo vestido de luz. Pero cuanto el Señor mas le regalaba y favorecia; tanto el demonio mas le perseguia (como suele) y atribulaba. Dióle muchas veces de palos, estando en oracion, y en otras mil formas y maneras le tentó y le afligió; pero siempre salió de la batalla victorioso nuestro santo fraile lego, haciendo burla de su enemigo: y con razon; porque despues de la pelea el ángel del Señor le aparecia, y le consolaba y animaba, proponiéndole la brevedad del trabajo y la eternidad del galardon que por él se le habia de dar. Orando una vez despues de completas delante del altar de san Vicente, le apareció el demonio en una figura horrible y vergonzosa: y haciendo el santo la señal de la cruz, desapareció. Otra vez despues de maitines vió venir una cuadrilla de demonios con grande algazara y regocijo: llamólos, y conjurólos de parte de Jesucristo, que le dijesen la causa de aquel regocijo: y respondieron que la causa era, porque el dia siguiente en una alteracion y revuelta del pueblo habia de haber grandes muertes y daños. Entonces el santo varon se postró delante del acatamiento del Señor, suplicándole con muchas lágrimas que no permitiese aquel mal tan grande, sino que con su benignidad lo atajase, y apaciguase los ánimos de los ciudadanos, y les diese entera paz y quietud; y así lo alcanzó, y el demonio quedó burlado. Mas en acabando esta oracion, y entrando en su celda para descansar un poco, vió una gran muchedumbre de molestísimos cuervos que graznaban, y con los picos y las uñas querian embestir con él: armóse con la señal de la cruz; y toda aquella manada de aves de rapiña desapareció. Una vez, estando en oracion, se arrobó y trasportó, y quedó sin sentidos como muerto, y de esta manera le hallaron sus frailes, y procuraron hacerle volver en sí: aunque á él le pesó harto que le hubiesen hallado y privado de aquella suavísima contemplacion y deleite en que estaba.

Habia ya llegado á edad de ochenta y cuatro años, y dióle una enfermedad: y entendiendo que habia de morir de ella, se confesó generalmente y se aparejó (aunque siempre estaba aparejado) para aquella jornada: y habiendo compuesto decentemente sus piés y manos, y todo el cuerpo, dió su espíritu al Señor, quedando el rostro con un color y alegría maravillosa, y mas del cielo que de la tierra. Fué su muerte á los 11 de octubre del año del Señor de 1491. Luego se oyó por toda la ciudad de Bolonia una voz que decia que los que quisiesen ver al santo varon, que habia pasado de esta vida, fuesen á la iglesia de Santo Domingo. Con esta voz se movió toda la ciudad, y concurrió innumerable gente á su entierro. Enterráronle en el capítulo menor de los frailes; mas como Dios nuestro Señor obrase por él grandes maravillas y prodigios, y diese salud á los enfermos de varias y graves dolencias, que á él se encomendaban, y la gente, especialmente las mujeres no pudiesen entrar al sepulcro, donde estaba; fué necesario trasladarle á la iglesia junto al altar de Santo Tomás: y así le trasladaron ocho dias despues, que la primera vez le enterraron, y hallaron su cuerpo tan entero y sin corrupcion, ni mal olor, como si aquella hora acabara de espirar. Despues de esta traslacion crecieron mas los milagros, y nuestro Señor por los merecimientos de este bienaventurado religioso lego, hizo innumerables beneficios y mercedes á todos los que se encomendaban á

él: las cuales se pueden ver en la vida de este santo, que escribió Juan Antonio Flaminio, y la trae el padre fray Lorenzo Surio en su quinto tomo de las Vidas de los santos.

San Cánico, abad.—Nació este santo en Irlanda el año 527 y murió en el de 599 segun se desprende de los anales de aquel pais. Cuando jóven pasó algun tiempo bajo la direccion del abad Doco en el pais de Gales, y despues tuvo por maestro á Finiano, abad que era de un monasterio de Irlanda, donde se reunian cuantos deseaban aprender la verdadera sabiduría. Mucho fué lo que adelantó Cánico en esta escuela, por manera que su zelo y trabajos apostólicos por la propagacion de la piedad en Irlanda, hacen que sea tenido como uno de los principales ornamentos de esta isla. Tuvo grande amistad con los santos de su tiempo, fundó un monasterio, que fué en el tiempo muy célebre, ya por los milagros que obró su fundador, ya por la vida ejemplar que allí se practicaba.

San Fermin, obispo y confesor.—Nació en la Galia Narbonense, y á la edad de doce años sus nobles y piadosos padres lo pusieron bajo la tutela y direccion de un tio suyo obispo de Ucez. Este ilustre prelado le educó en las ciencias y en la práctica de todas las virtudes, en las cuales hizo el jóven tantos progresos, que ántes de llegar á la edad prescrita por los cánones, fué ordenado sacerdote. Poco despues murió el santo obispo, y Fermin fué colocado en su lugar por el unánime sufragio del clero y del pueblo, siendo consagrado á la edad de veinte y dos años. La prudencia y sabiduría que mostró, acreditaron muy bien que la eleccion habia sido inspirada por Dios. En el desempeño de las funciones de su ministerio, la oracion y la mortificacion fueron los principales medios que empleó para santificarse y preparar la santificacion de los demás. Asistió á los concilios IV y V de Orleans celebrados en 541 y 549, y al de París en 551, y su reputacion iba aumentando á medida que se le presentaban ocasiones para defender los intereses de la Iglesia. Despues de un pontificado de quince años, murió santamente el dia 11 de octubre del 553, á la edad de treinte y siete años, en la misma ciudad de Ucez, en el Languedoc.

Los santos Taraco, Probo, y Andrónico, mártires.—El primero de estos santos fué romano de extraccion y nació en Isauria. En su juventud sirvió en los ejércitos imperiales, á cuya profesion renunció por temor de verse obligado á obrar contra su conciencia. Cuando sufrió martirio, tenia sesenta y cinco años de edad. El segundo, san Probo, natural de Panfilia, habia despreciado una fortuna muy considerable, á fin de poder servir á Jesucristo con mas libertad. Andrónico, el mas jóven de los tres, era de una de las principales familias de la ciudad de Efeso. Habiendo los tres sido presos en Pompeyópolis, ciudad de Cilicia, fueron conducidos á la presencia de Numeriano Máximo, gobernador de la provincia, que debia hacer ejecutar las órdenes contra los cristianos. Este gobernador dispuso que los condujesen á Tarso, adonde debia él trasladarse dentro de poco. Efectivamente, llegado el gobernador á esta última ciudad, fueron los tres santos presentados á él, y sufrieron varios interrogatorios, enviándoles despues de ellos á la ciudad de Anazarbo. Sujetóseles tambien aquí á nuevos interrogatorios, á los cuales contestaron con la misma constancia. Su paciencia y su valor fueron superiores á toda ponderacion: sus cuerpos afligidos por largo tiempo con toda clase de penalidades y suplicios, y con el hambre y las inmundicias de la cárcel, parecian esqueletos destituidos de figura humana. Por fin los entregaron á las fieras para que los devorasen; pero estas respetaron las personas de los santos, con lo cual indignado el gobernador, mandó que los degollasen en medio del mismo anfiteatro. Su martirio sucedió en Anazarbo el dia 11 de octubre del año 304.

Los santos Nicasio, Quirino, Escubículo y Piencia, mártires.—Nicasio fué obispo de Ruan, y entre la multitud de personas que convirtió á la religion cristiana, una de las mas notables fué santa Piencia, vírgen francesa de gloriosa memoria. Quirino fué presbítero, y Escubículo diácono: ambos ayudaron á Nicasio en sus trabajos apostólicos, y se cree que los tres fueron los fundadores de dicha Iglesia de Ruan, y que murieron durante el segundo ó tercer siglo del cristianismo en Francia, en el territorio de Vexin. Sus sagrados restos fueron sepultados por los cristianos en una gruta, en la cual encontraron un dia los gentiles á santa Piencia y la degollaron.

Los santos Anastasio, Plácido y Ginés, mártires.—El primero era presbítero de la Iglesia de Roma, y los otros dos compañeros eran soldados de aquellas legiones que se expurgaron de cristianos para hacerles trabajar en las famosas termas del emperador Diocleciano. Un antiguo manuscrito, citado por Baronio, dice que estos tres santos murieron con otros muchos en la misma ciudad de Roma, el año 290.

San Sármatas, monge y mártir.—Fué discípulo de san Antonio, abad, y vivió muchos años en los desiertos de la Tebaida. San Gerónimo dice que el año veinte y dos del imperio del gran Constantino, invadieron los sarracenos el monasterio de San Antonio, y entre otros sacrificaron al ilustre san Sármatas.

San Germán, obispo y mártir.—Fué el séptimo obispo de la ciudad de Besanzon, en las Galias. Su zelo por la pureza de la fé católica le atrajo de tal modo el odio de los arrianos, que no cesaron de perseguirle hasta que le asesinaron el año 372. Su vida fué gloriosa en trabajos, y su muerte en maravillas.

Las santas Zenaida y Filonila.—El Martirologio romano dice que fueron hermanas, parientas y discípulas en la fé del apóstol san Pablo. Nada sabemos de ellas mas que eran de Tarso en Cilicia, y que fueron de las primeras personas que en aquella region abrazaron el cristianismo.

San Emiliano, confesor.—Segun Usuardo fué este santo de Rennes, en Francia, donde floreció con gran santidad de vida, dedicado á la oracion y al socorro de los pobres. Cuéntase de él que multiplicó muchas veces el alimento que debia dar á los necesitados, y que á semejanza del divino Salvador alimentó un dia á todo un gentío numeroso con muy escasas provisiones. No sabemos la época de su dichosa muerte, que fué santa y gloriosa.

Santa Placidia, vírgen.—Nació en Verona y fué hermana del obispo san Leoncio. Desde muy jóven consagró su integridad á Jesucristo, y observó tan perfectamente su voto, que por no estar expuesta á las seducciones del mundo, se retiró á una soledad, donde vivió por muchos años ilustre en virtudes y milagros, hasta su dichosa muerte, en cuya hora se vió rodeada de coros de ángeles que acompañaron su alma á la morada de Dios.

DIA 12.

SAN WILFRIDO, OBISPO Y CONFESOR.—Wilfrido fué inglés de nacion, hijo de muy nobles padres, de quienes fué tan bien instruido en la fé católica y buenas costumbres, que adelantándose la prudencia á la edad, era de los mas ancianos y doctos, venerado y reverenciado en sus mas tiernos años; y apenas cumplió los catorce, cuando renunciando al siglo y sus riquezas (de que era abundante) con todas sus vanidades, se entró á servir á Dios en un monasterio, donde en breve tiempo se adelantó tanto á todos en prudencia, virtudes y letras, que era de todos maestro. El rey Alchfrido, que en este tiempo poseia toda la Bretaña y se hallaba sin obispo, puso los ojos en Wilfrido y le envió al rey de Francia, para que le hiciese consagrar en obispo de Eboraco, en Inglaterra. Recibióle el rey honoríficamente, como merecian su virtud, sangre y recomendaciones de Alchfrido, y lo envió al obispo de París, Agilberto, que lo consagró, asistido de otros obispos: con lo cual Wilfrido, hecho ya obispo, volvió á su patria con todo honor, y con el mismo fué recibido. Gobernó su Iglesia algunos años en paz y quietud, predicando y reduciendo muchas almas á la fé de Jesucristo; pero como el enemigo comun se viese perdidoso con la predicacion y virtudes de Wilfrido, procuró inquietarle y divertirle; y así sembró zizaña entre él y el rey: el cual lo echó de su silla y de su Iglesia.

Vínose á Roma: donde, vista su inocencia por el sumo pontífice Agaton, que entonces tenia la silla de san Pedro, le absolvió y declaró inculpable y amado de Dios, en un concilio que tuvo en la misma ciudad de Roma de ciento veinte y cinco obispos, y quiso su santidad (para declarar mas su inocencia) que Wilfrido fuese uno de los obispos de dicho concilio: el cual acabado, se volvió á su patria y obispado, mandándoselo así el pontífice. Pero por no tener mas encuentros con el rey, no volvió á su misma Iglesia, sino que se entró en la provincia de los australes sajones, que eran gentiles; y pudo tanto su divina predicacion, que los redujo á todos á la fé de Jesucristo y á todos los bautizó, librando toda aquella provincia y gente sajónica, no solo de la esclavitud del demonio, sacándolos á todos, desde el rey y príncipes hasta el mas humilde, de las tinieblas gentílicas en que tan ciegos vivian; sino tambien de las penas temporales, que justamente padecian ellos, sus campos y ganados; pues habia tres años que no llovia y muchos morian de hambre y sed. A tanto llegaba la desesperacion, que de cincuenta en cincuenta se arrojaban los hombres al mar, desesperados, gustando mas morir de una vez ahogados en sus ondas, que morir rabiando de hambre. Pero (¡ó bondad inmensa de Dios!) apenas los redujo á la fé con su divina predicacion el glorioso obispo Wilfrido, cuando llovió sobre ellos el agua de la gracia en el bautismo, y sobre sus campos la deseada del cielo; de suerte, que á pocos dias todo se vió verde, florido y con sazonados frutos, dando todos infinitas gracias á Dios por beneficios tantos.

Con este milagro y otros muchos, que hacia Dios por manos de su fiel ministro Wilfrido, quedó toda aquella provincia del todo confirmada en la fé. El rey Edilubach, viendo tantos prodigios, dió al santo obispo una isla llamada el Becerro Marino, Península ó Quersoneso, la cual tambien redujo á la ley evangélica, y fundó en ella un monasterio admirable. Aquí, pues, en toda paz y quietud vivia Wilfrido, y ejercia la dignidad de obispo y apostólico varon: y como libraba á todos de la esclavitud eterna del demonio, tambien libró de la temporal y espiritual á un tiempo doscientos y cincuenta esclavos, que tenian los señores de aquella isla, bautizándolos y dándoles libertad. En este tiempo murió el rey Britanno, que habia echado de la silla al santo obispo Wilfrido, y sucediéndole en el reino Aldfrido, pidió al bendito prelado que volviese á su Iglesia de Eboraco, y el santo, para complacer al rey y consolar aquellas ovejas, que sin su pastor balaban tristes y desconsoladas, volvió de nuevo á ocupar su primera silla, dejando sacerdotes y varones apostólicos en aquella isla y provincia, nuevamente por él convertida, para que cultivasen la viña del Señor. Poco le duró la quietud; porque pasados cinco años, movió tal discordia la sierpe infernal, que el mismo rey que le habia llamado, incitado de muchos envidiosos, le desterró y arrojó de su silla. Volvió á Roma, y fué otra vez declarado por el pontífice inculpable y justo, como se vió, segun las acusaciones que le hacian; pues todas eran impuestas y falsas.

Con esta declaracion y órden de su santidad, se volvió á su obispado: y pasando por Francia, le dió de repente una enfermedad, de que estuvo en la ciudad de Meldo cuatro dias continuos con sus noches, ya casi muerto, sin comer, beber, hablar, ver, oir, ni hacer otra accion vital, fuera de respirar, tan delicadamente, que apenas se percibia si tenia aliento. Al quinto dia, como quien despierta de un profundo sueño, se levantó: abrió los ojos y vió cerca de sí un coro de música y llanto; porque le estaban cantando salmos, mezclados en tiernas lágrimas: y suspirando algun tanto, preguntó por un sacerdote suyo, llamado Acca. Llamáronle al instante: el cual, como vió vivo y que hablaba á su pastor y padre, que juzgaba muerto; hincado de rodillas él y todos los presentes, dieron á Dios las gracias. Luego pidió á todos le dejasen solo con aquel su sacerdote; y estando á solas le dijo: Sabe que he tenido una vision tremenda, la cual quiero que sepas tú solo, y guardes silencio, hasta ver lo que Dios quiere de mí. Púsoseme en pié delante cierto gallardo jóven vestido de blanco, pero ricamente adornado, el cual dijo: Yo soy el arcángel san Miguel, y soy enviado de Dios, para volverte de la muerte á la vida: la cual te concede el Señor por las oraciones y lágrimas de tus discípulos y hermanos, y por la intercesion de su santísima Madre y mi Señora, la siempre Virgen María, sin pecado concebida. Por lo cual te digo, que ahora sanarás de esta enfermedad; pero está apercibido y pronto; porque pasados cuatro años te visitaré. Ahora irás á tu patria; recibirás y serás restituido á tu Iglesia; cobrarás cuantas posesiones te habian quitado; y en honor y paz tranquila acabarás tu vida.

Convaleció, pues, el santo obispo; y habiendo todos alegres y regocijados, dado á Dios infinitas gracias por tal beneficio, despedido de todos, prosiguió su viaje. Llegó en fin á su Iglesia y obispado: dió las cartas que traia de su santidad; y leidas por el rey y demás príncipes y obispos, fué recibido con todo honor, y le fueron restituidas todas sus rentas, posesiones y dignidades, por comun acuerdo de todos, en un concilio que para este efecto se juntó cerca del rio Nidd. Con estos honores, y toda paz y quietud, vivió cuatro años, gobernando su Iglesia santísimamente,

y descansó en el Señor, lleno de dias y virtudes, habiendo padecido tantas calamidades y destierros, todo por su amante Jesus, por espacio de cuarenta y cinco años que fué obispo, sin dejar de predicar y buscar almas para el cielo, donde la suya descansa. Su cuerpo santísimo, fué honoríficamente llevado al monasterio Inthipo, donde primero habia sido monge, como dijimos al principio, y allí obra Dios por él infinitos milagros. Escribieron su vida, Beda, *De gestis anglor., libro.* III *cap.* 28, *lib.* IV, *cap.* 12, *lib.* V, *cap.* 20, *et in Epitome*, donde dice, fué su muerte gloriosa á 12 de octubre, año del Señor de 1732; Pedro Blesense, *in Cathal. scriptor. britannic.*; Molano, *in Annotat. ad Usuardum*; Heddio; Odon; Surio, tom. V; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo VIII de sus Anales, año de 709, núm. 4.

SAN SERAFIN DE MONTE GRANARO, CONFESOR.—El glorioso san Serafin, llamado vulgarmente de Ascoli, ciudad de la Marca de Ancona, por haber vivido, siendo religioso, muchos años en esta ciudad, y por haberla ilustrado con su santa vida y con sus estupendos milagros; mientras vivió en el siglo se llamó Félix, y nació en el año 1540, en una aldea del obispado de Fermo, nombrada Monte Granaro. Sus padres fueron pobres y de baja condicion; porque su padre ganaba el sustento trabajando de albañil; mas así él, como Teodora, que era su madre, tenian un rico fondo de virtudes; por lo que á semejanza del santo Tobías, criaron á este hijo en el santo temor de Dios, y desde niño le enseñaron á aborrecer el pecado, á amar y servir á Dios, y á vivir segun las máximas de la religion. Luego que tuvo edad para servir, su padre, que por su miseria no podia suministrarle el necesario sustento, le puso en casa de un labrador, que le destinó á guardar el ganado. Esta separacion de la casa y de los ojos de sus padres, no causó ningun perjuicio á la piedad que le habian inspirado; porque Serafin conservó en la casa de su amo la misma inocencia de costumbres, y la misma devocion que habia tenido en la casa de sus padres. Cuando se hallaba en el campo guardando el ganado, acostumbraba hacer alguna cruz en algun árbol que tuviese corteza, y delante de ella se postraba y rezaba sus oraciones, y recomendaba con mucho fervor los intereses de su alma á Jesucristo su Salvador, y á la santísima vírgen María, de la cual era devotísimo.

Habiendo muerto despues de algun tiempo su padre, fué Serafin llamado á vivir á la propia casa de un hermano mayor que tenia en ella llamado Silencio, para que le ayudase y sirviese de peon en el oficio de albañil, que ejercitaba á imitacion de su padre. En este oficio tuvo que sufrir Serafin muchos trabajos y penas; porque siendo poco apto para este oficio, su hermano, que era hombre colérico y bastante furioso, frecuentemente le reñia con aspereza, diciéndole muchas injurias y villanías, y muchas veces le cargaba de palos, y en algunas, trasportado de ira, le daba crueles golpes con el martillo: Serafin sufria con admirable paciencia todos estos malos tratos; y aunque su fatigosa ocupacion le dispensaba de la ley del ayuno, ayunaba no obstante tres dias en la semana, y y cuando los demás oficiales descansaban de su trabajo, tomando su ordinaria refeccion, Serafin empleaba aquel tiempo en rezar sus devociones. Manifestó Dios con un milagro estupendo, cuán grata le era la piedad de Serafin; porque yendo á visitar á la Vírgen santísima, en su santa casa de Loreto, llegando al rio Potenza, halló que iba tan crecido, que no podia vadearse; y en efecto, sus compañeros permanecieron en la orilla sin atreverse á entrar en él; pero Serafin le pasó dos veces á vista de todos á pié enjuto, causando en los espectadores aquel asombro que se deja discurrir.

Entretanto Silencio pasó á Loro, aldea poco distante de Monte Granaro, para construir allí un cierto edificio, y se llevó consigo á su hermano Serafin, para que le sirviese de peon en aquella fábrica. En la casa en que habitaron entonces ambos hermanos, habia una mujer jóven, muy devota y virtuosa, que leia en voz alta libros espirituales, especialmente uno que trataba de los novísimos. Serafin, que tenia mucha ansia y mucha sed de la palabra de Dios, aplicaba cuidadosamente el oido y el corazon á aquella santa lectura. Un dia sucedió, que oyendo leer la severidad del juicio con que Dios juzgará á todos los hombres, y las penas eternas é incomprensibles de las llamas infernales, á que condenará á los pecadores, quedó de tal modo atónito y atemorizado, que dijo á aquella jóven: Si las cosas van así, seria mejor retirarse á un bosque para hacer vida eremítica, á fin de no exponer á tan gran peligro la propia alma. No es esto necesario, le respondió la virtuosa jóven; pero si tú quieres asegurar tu salvacion, basta que entres en la religion de los padres capuchinos, donde se profesa una vida santa y penitente. Serafin, que hasta entonces no habia tenido ninguna noticia de esta religion, se informó del modo de vivir de sus religiosos por la misma jóven, que se hallaba plenamente informada de todo, con ocasion de hospedarse en su misma casa los capuchinos que pasaban por aquella aldea de Loro; y habiendo entendido que tenian un convento en Tolentino, luego que pudo pasó allí, é hizo vivas y humildes instancias á los padres capuchinos, para que le admitiesen por fraile lego en su religion; y aunque entonces no fueron atendidas sus súplicas, todavía repitiéndolas varias veces, y siempre con mayor fervor, consiguió por fin la gracia deseada: y en el año 1564, teniendo veinte y cuatro años de edad, vistió el hábito de religioso lego, en el convento de Jesi, donde fué destinado para hacer el acostumbrado año del noviciado.

Todo el mundo sabe cuán duras y ásperas son las humillaciones, mortificaciones y penitencias que los padres capuchinos imponen á sus novicios, á fin de probarles su vocacion y de inspirar en su alma el espíritu propio de aquella religion, que en una manera particular está dedicada y consagrada á la vida penitente y mortificada, con tanta edificacion de la santa Iglesia. El bienaventurado Serafin, no solo aceptó de buena gana y practicó con prontitud y alegría de su alma todo lo que le mandaban sus superiores, sino que añadia á estas mortificaciones, comunes á todos los novicios, otras muchas particulares; no dormia sino tres horas; llevaba continuamente sobre sus desnudas carnes un cilicio tejido de asperísimas cerdas, que le cubria todo el cuerpo á manera de túnica; tomaba cada dia una sangrienta disciplina con un azote armado de puntas de clavos, con el cual hacia tal carnicería en su cuerpo, que quedaba bañado en sangre: su obediencia no conocia ningunos límites, bastando la menor seña de los superiores y de cualquiera de sus hermanos religiosos para ejecutar todo lo que se queria de él: su humildad era profundísima, reputándose el mas mínimo de todos, y que

para nada era bueno; á lo que contribuia mucho la cortedad de su talento, que le hacia poco apto para las cosas exteriores; por cuya causa no solo en el tiempo del noviciado, sino tambien en toda su vida, estuvo sujeto á varias reprensiones y mortificaciones, particularmente de algunos superiores indiscretos, sin que el siervo de Dios jamás se quejase ó excusase, ni manifestase alguna turbacion; ántes al contrario, de este su involuntario defecto tomaba motivo para humillarse, envilecerse y llamarse el jumento del convento, que comia el pan de balde y que no merecia sino palos. Desde los primeros dias en que tomó el hábito, se dedicó enteramente al ejercicio de la oracion, en la cual, ó en la iglesia ó en la celda, empleaba todo el tiempo que le sobraba de sus precisas ocupaciones. Tenia siempre fija en su mente la sagrada pasion de Jesucristo; pasaba las noches enteras en la meditacion de sus pasos; y no podia pensar ni hablar de ella sin derramar muchas lágrimas. La oracion, pues, era el dulce pábulo de su alma, de la cual sacaba luz y fuerza para practicar todas las virtudes, habiendo sido en ella favorecido de Dios nuestro Señor con admirables éxtasis y raptos, y con una luz sobrenatural tan extraordinaria, que si bien era un hombre idiota que no conocia las letras, tenia no obstante sublimes sentimientos de la grandeza de Dios, y discurria con tal uncion de espíritu y con tanta propiedad de palabras sobre los misterios de nuestra religion, que causaba admiracion y pasmo á los mismos que eran consumados en el estudio de la sagrada teología. Veneraba con ardentísimo afecto al santísimo Sacramento, que recibia casi todos los dias con un fervor de espíritu que compungia á los que le observaban. Era tambien muy singular la ternura con que veneraba á la Vírgen santísima, poniendo en ella, despues de Dios, toda su confianza. En todas sus acciones descubria una santa simplicidad, pero acompañada de la prudencia de la serpiente, segun la expresion del Evangelio; por lo que era amable á todos, fácil en condescender á su voluntad, y pronto en cumplir cuanto le encargaban, mientras pudiese ejecutarlo sin perjuicio de su delicada conciencia.

Para prueba de esta verdad, bastará referir lo que le sucedió con una señora de la ciudad de Ascoli. Rogó esta señora al siervo de Dios tratase un cierto negocio, que la instaba mucho, con un sugeto que la nombró; el siervo de Dios se ofreció pronto á complacerla; pero añadiendo ella que cuando hablase con dicha persona fingiese que trataba el asunto por sí mismo y nó por encargo que se le hubiese hecho, Serafin la dijo: Señora ¿cómo juzga vuesa merced que un religioso es capaz de fingir? Quien está dedicado al servicio divino como yo, está obligado á proceder clara y sinceramente con todos. Estas razones no convencieron á la dama, ántes prosiguió diciendo era necesario conducir el negocio de este modo, á fin de que saliese felizmente, y que aun cuando se dijese alguna pequeña mentira, seria esta oficiosa y de poca consideracion: se alteró el buen religioso al oir el nombre de mentira, y santamente indignado la dijo claramente: Si así es, yo no soy á propósito para servirla; y volviéndola las espaldas, se partió de su presencia, dejándola (seria difícil decir) si mas confundida ó mas edificada de la inocente simplicidad y singular pureza de conciencia del hombre de Dios. Esta inocencia y pureza, que conservó en toda su vida, sin manchar jamás su alma con culpa alguna grave, se hace mucho mas admirable si se considera que en los diversos oficios de que fué encargado, ya de portero, ya de limosnero, ya de compañero de los predicadores que iban á predicar á diversos lugares, tuvo que tratar con toda suerte de personas; y por el gran concepto que todos hacian de su virtud, le encargaban muchas y varias incumbencias, que el santo admitia obligado de la ardiente caridad que tenia para con sus prójimos. Esta caridad de Serafin procedia de aquella gran llama de amor de Dios que ardia continuamente en su corazon, que frecuentemente le hacia desfallecer y le obligaba á gemir y suspirar por el deseo que tenia de unirse con el sumo Bien, y de verse libre de la cárcel del cuerpo y del destierro de esta tierra de miserias, que era tan ardiente, que pidió al padre general con muchas instancias le concediese licencia para pasar á regiones bárbaras de infieles para tener ocasion de morir allí sacrificado á gloria de Dios y en defensa de nuestra santa fé, á fin de irse presto al cielo.

Tambien fué efecto de su ardiente caridad el celo que tenia de impedir las ofensas de Dios y quitar á los fieles las ocasiones de pecar. Por mas que fuese un religioso lego, á quien no pertenecia el predicar y el promover de oficio el bien espiritual de sus prójimos, todavía discurriendo por las calles y por las casas, pidiendo limosna como limosnero de su convento, no dejaba de dar saludables documentos, persuadiendo á todos á huir el pecado, y acordándoles la eternidad del premio y castigo que nos está preparado en la otra vida; lo que practicaba con palabras tan cuerdas y graves, que penetraba los corazones de los que le escuchaban, produciendo en sus almas maravillosos efectos. Conociendo el santo que el juego de naipes es un seminario de males, tanto por el tiempo que se desperdicia en él y por el dinero que se pierde, en perjuicio de la familia y de los pobres, como por las blasfemias, riñas y fraudes que ordinariamente le acompañan; mostró siempre muchas ansias de extirpar un vicio tan perjudicial: por lo que, cuando entraba en alguna tienda ó casa donde hubiese jugadores, se sentaba cerca de ellos, y en viendo alguna oportuna ocasion, les quitaba los naipes de las manos, los rasgaba y hacia de ellos mil pedazos, y con todo nadie osaba contradecirle por el concepto grande que todos hacian de su santidad: cuando les quitaba los naipes de las manos solia decirles: Perdonadme, que no hago injuria á vosotros, sino al demonio, que por vuestro medio manejaba estos naipes. Era tan sabida esta costumbre suya de quitar á los jugadores los naipes de sus manos y de rasgarlos, que al verle desde léjos, solian decirse recíprocamente: Acabemos, acabemos, que viene Fr. Serafin: y dejaban en efecto el juego.

Iguales, y aun mayores ansias manifestaba el siervo de Dios de quitar de las casas las pinturas inmodestas, que él solia llamar pecados permanentes, y escándalos pendientes de la pared, entre guarniciones de oro; y son verdaderamente un funesto manantial de innumerables culpas, especialmente en la incauta juventud. Por eso en cualquiera parte en donde le acaeciese ver alguna de estas pinturas, rogaba y conjuraba á los dueños de la casa para que las rasgasen ó quemasen, sin querer admitir la excusa que muchos daban para retener tales imágenes, diciendo, que eran pinturas de precio y de excelente pincel: ántes por eso mismo, replicaba el santo, hay mas razon para abolir semejantes pinturas, cuanto representan

mas al vivo, y con mayor arte la inmodestia y la desnudez de aquellas partes que aun el mismo rubor natural pide que se cubran y escondan. Pero en las casas donde tenia mayor confianza, si le ocurria ver cuadros de semejante especie, él mismo de su autoridad los quitaba de la pared, los rasgaba y echaba á las llamas, con aquella autoridad que Dios le daba en semejantes ocasiones, y que sus singulares virtudes, y los muchos milagros que Dios obraba por su medio, le habian conciliado. Del mismo modo era solícito en quitar de manos de las personas los libros de las vanas poesías, los cuales con la dulzura del verso destilan en el corazon de los lectores el veneno de la ujuria. Un dia vió á una dama que leia el Ariosto: el bienaventurado Serafin la reprendió de esta lectura, de la cual no podia sacar otro fruto, que el de llenar su mente de vanidad, y su corazon de profanas indecencias y de obscenidades; y la exhortó á leer libros espirituales provechosos á su alma, y ella le prometió que así lo haria en adelante. No hizo menor guerra el siervo de Dios á las vanidades de las mujeres, y á la locura de adornarse en una manera impropia y escandalosa; y logró con la eficacia de sus persuasiones reducir á muchas damas á abandonar las galas, y á vestirse en una manera conveniente á una señora cristiana; esto es, á una hija de Dios y discípula de Jesucristo crucificado. No obstante, hubo una que despreció sus santas amonestaciones, diciéndole: ¿Qué pretendeis de mí ahora que soy jóven? cuando sea vieja renunciaré todas las pompas. Mas el bienaventurado Serafin la respondió: Cuando no se da cumplimiento á las voces de Dios á su tiempo, despues falta el tiempo para reparar el perjuicio. Estas palabras fueron una profecía; porque la dama poco despues enfermó, y en medio de la carrera de su vanidad compareció en el tribunal de Dios con poca disposicion, y en consecuencia con poca esperanza de su salvacion.

El mismo zelo que ardia en el pecho del siervo de Dios, le hacia correr con prontitud á las casas donde sabia que habia disensiones y escándalos, á fin de hacerlos cesar; y tanta era la energía de palabras y la eficacia de sus razones, que hasta los pechos mas exasperados, y los escándalos mas envejecidos se le rendian. Supo una vez, que en una casa de las principales de la ciudad de Ascoli, reinaba una fiera discordia entre la suegra y la nuera, de la cual se seguian lamentables efectos. Por eso fué el santo á apaciguar aquellas dos señoras, y despues de haber visto que eran inútiles todas las tentativas de que habia usado, por estar ambas muy obcecadas de la pasion, se echó por tierra delante de ellas, deshaciéndose en un copiosísimo llanto, y rogándolas encarecidamente reflexionasen, no solo sobre los males espirituales que con su discordia hacian á sus propias almas, sino tambien sobre los males temporales que causaban á toda la familia. Su llanto y humildad ablandaron el corazon de aquellas dos fieras; por lo que allí mismo en presencia del santo renunciaron todo rencor, y se abrazaron, y con una sincera reconciliacion hicieron revivir en sus almas y en toda la familia la calma deseada. Fueron innumerables los que por medio de sus exhortaciones, animadas del espíritu de Dios, se reconocieron de sus defectos haciendo de ellos una sincera penitencia, abrazando unos el estado religioso, y enfervorizándose otros en la piedad y la devocion: ¡tanto puede en un hombre, aunque idiota y sin letras, como lo era el santo, la vida ejemplar y adornada de virtudes heroicas! Acompañaba el santo este ardiente celo de la gloria de Dios con una caridad tiernísima hácia sus prójimos. Visitaba los presos en las cárceles, los consolaba en su desgracia, los exhortaba á la paciencia, y se empeñaba á su favor con los ministros de la justicia. Asistia á los enfermos, los alentaba con sus dulces palabras, y los servia como el mas diligente y piadoso enfermero en los ministerios mas bajos y fastidiosos, con tanto contento de su alma, que hallaba en esto todas sus delicias. Olvidado de sí mismo, y de las necesidades de su propio cuerpo, se entristecia y se angustiaba por las necesidades ajenas, y hacia todo lo posible para remediarlas. Contentándose para su comida con medio pan cada dia, la pitanza y casi todo lo demás que le daba la comunidad, lo repartia entre los pobres, y aun en un año de carestía se privó para los pobres de la mitad del medio pan que reservaba para su sustento. Manifestó Dios con varios milagros que le era muy acepta esta tierna misericordia que Serafin tenia para con los pobres; porque no teniendo alguna vez bastante pan para repartirles, suplia esta falta dándoles una porcion de verdura que cogia de la huerta del convento; y reprendiéndole esto el guardian, diciendo, que faltaria despues á la comunidad la hortaliza que necesitaba, le dijo Serafin, que estuviese de buen ánimo, que no dejaria por eso la comunidad de tener en abundancia la verdura que necesitaba; y en efecto, á la mañana del dia siguiente se vieron crecer nuevos retoños en las plantas, de las cuales habia sacado el siervo de Dios la hortaliza que habia dado á los pobres. Despues el guardian concedió á Serafin un pedacito de la huerta, para que la cultivase á su gusto y diese á los pobres la verdura que de ella se sacase; y era cosa asombrosa ver que aquel pedacito, cedido al santo, producia mas hortaliza que toda la restante huerta, reservada para la comunidad, aunque mucho mejor cultivada.

Pero la virtud en que mas se distinguió Serafin, fué sin duda la paciencia y la mansedumbre, que suelen ser la prueba ménos sospechosa de la sólida piedad. Su vida fué un continuo ejercicio de estas virtudes, habiendo sido innumerables las ocasiones que tuvo de practicarlas, ya con sus guardianes, quienes, ó por indiscrecion, ó para mortificarle y tenerle léjos del peligro de desvanecerse, le molestaron de muchas y varias maneras; ya tambien de sus hermanos los religiosos de su mismo convento, de los cuales, permitiéndolo así Dios nuestro Señor, varias veces fué maltratado; ya por fin de los estraños, en las ocasiones en que, haciendo su oficio de limosnero, discurria por la ciudad, y por las aldeas y lugares circunvecinos, no faltando jamás malvados que aborrecen la virtud y persiguen á las personas virtuosas. Pero el siervo de Dios siempre estuvo firme y constante, sufriendo todos los males que se le hacian con una paciencia invencible, sin alterarse ni turbarse jamás. De los muchos ejemplos de su invicta paciencia é inalterable mansedumbre, que se leen en su vida, solo referirémos aquí los siguientes. Un dia, habiendo dejado de hacer alguna cosa del convento que se le habia encargado, el guardian en presencia de otras personas le cargó de palabras picantes y de injurias, diciéndole, que era un hombre que para nada era bueno, que era un estólido, un desobediente y otras cosas de esta misma calidad: duró la invectiva casi un cuarto de hora,

despues de la cual el siervo de Dios se echó á los piés de su corrector, y se los besó, dándole las gracias y prometiéndole una seria enmienda de sus defectos. Otra vez, yendo por compañero del padre guardian, fué éste á una iglesia, á fin de exorcizar allí á una señora que se decia estar obsesa ó espiritada: algunos de los circunstantes preguntaron al siervo de Dios si creia que aquella mujer fuese verdaderamente obsesa ó poseida de los demonios; á que alumbrado de una luz celestial, respondió Serafin con simplicidad é ingenuidad, que no lo creia. Habiendo el guardian oido esta respuesta, se volvió al momento contra el santo, todo enfurecido, y le dió una terrible reprension, llamándole insolente y temerario, pues siendo tan ignorante como era, osaba hablar de tales materias en presencia de los religiosos doctos que allí se hallaban, y le mandó que en pena de su atrevimiento besase la tierra, y pidiese perdon á todos; lo que el siervo de Dios ejecutó prontamente, sin manifestar la mas mínima turbacion. Paseándose otro dia el guardian del convento de Ascoli por la huerta del mismo convento con un religioso forastero, vió al santo que hacia oracion en una pequeña capilla, correspondiente al claustro de la portería, y á fin de hacer prueba de su virtud, se acercó á él, y con un rostro serio y palabras sentidas le dijo: ¿Qué haces aquí, hipocritazo? El Señor enseña que la oracion se haga en el aposento cerradas las puertas, y tú la haces en público para ser visto: levántate de aquí engañamundos, y avergüénzate de engañar de este modo á los pobres forasteros: á estas asperísimas reprensiones el bienaventurado Serafin se humilló hasta la tierra, besándola con respeto, y se partió de allí con una boca de risa, como si hubiera recibido alguna cosa de su gusto y provecho, lo que causó mucha admiracion y edificacion al religioso forastero.

De este mismo modo fueron sin número los desprecios, apodos y reprensiones que en varias ocasiones recibió de los religiosos sus compañeros, y de otros muchos, sin observársele jamás el mas mínimo movimiento de ira ó de impaciencia; ántes al contrario correspondia con beneficios á los que le maltrataban ó injuriaban. Reprendia un dia el santo con mucha humildad á un seglar un delito que habia cometido; pero él, á manera de un frenético que se vuelve contra el médico que procura curarle, se volvió contra Serafin lleno de furor, y teniendo en la mano un pedazo de plomo, le dió con él tan terrible golpe en la cabeza, que le habria dejado allí mismo muerto, si Dios milagrosamente no le hubiese conservado la vida; y con todo estuvo tan léjos de mostrar el mas mínimo resentimiento, que ántes al contrario, con una cara jovial le puso la mano en las espaldas, y acariciándole le dijo: ¡Cuánto te soy obligado! Otra persona que estaba poco satisfecha del siervo de Dios, porque cierto asunto no habia salido como deseaba, aunque en eso él no tuviese ninguna culpa, encendido en ira, ó para decirlo mejor poseido del demonio, le descargó una bofetada con tanta fuerza, que le hizo estremecer toda la cabeza; pero el siervo de Dios recibió esta bofetada, nó como una ignominia, sino como si hubiese recibido alguna caricia; pues sin conmoverse, le puso la mano en el hombro con mucha alegría como tenia de costumbre, diciéndole: Dios te bendiga. Iba un dia con un compañero á la limosna de la lana, y encontrándole un religioso de distinta órden, empezó á llamarle de palabras descomedidas, tratándole de hipócrita y escandaloso, y feneció su mordaz invectiva diciéndole, que no engañaria á Dios, como engañaba á los hombres: el santo, nada entristecido por esta afrenta, se humilló, y con mucha apacibilidad se recomendó á las oraciones de aquel religioso. No lo recibió del mismo modo el compañero del bienaventurado Serafin, pues juzgando que con aquella injuria se menospreciaba el sagrado hábito de su religion, queria que se diese parte á los superiores, manifestándoles el debido resentimiento: pero el siervo de Dios le aquietó, diciéndole, que la verdadera gloria de un religioso consiste, nó tanto en amar mucho á Dios, trabajando mucho por su gloria, cuanto en el padecer mucho por su amor. En una palabra, la mansedumbre y paciencia del siervo de Dios habian llegado á tal grado de perfeccion, que parecia insensible á las injurias y desprecios, aunque de otra parte fuese de un natural ardiente y sentido; por lo que tuvo mucho que trabajar para llegar á ser dueño de sí mismo, y superior á todos los movimientos de ira ó de impaciencia, como él mismo en cierta ocasion lo confesó á una persona su confidente, que le habia preguntado sobre este particular. Yo he empleado treinta años (le dijo) para vencer este monstruo, y finalmente, despues de un dilatado ejercicio de padecer, el Señor me ha hecho esta gracia de ser insensible como un tronco ó una piedra á todas las afrentas.

Habia ya cuarenta años que el bienaventurado Serafin servia á Dios en espíritu y verdad en el estado religioso, edificando á todos con sus singulares virtudes, y siendo favorecido de Dios con muchos dones sobrenaturales, que fueron el de profecía, el de conocer los ocultos secretos del corazon, el de obrar cosas prodigiosas, y singularmente el de sanar las enfermedades con solo bendecir los enfermos con un crucifijo que tenia. Pues fueron tantas las enfermedades que sanó de este modo milagroso, y tantos los enfermos que aun de partes muy distantes acudian al santo para que les bendijese, que á veces pasaba en esta ocupacion todo el dia, y el convento se llenaba de tantas gentes que pedian ser bendecidas de Serafin, que el guardian de Monte Granaro para impedir el disturbio de la comunidad, estuvo casi resuelto de mandar al santo no usase de la gracia de curacion que Dios le habia concedido. Esta gracia de hacer milagros concilió al santo tanto respeto y veneracion de los ciudadanos de Ascoli, que cuando pasaba por las calles, nó solo le besaban el hábito, sino que algunos le cortaban pedazos de él para conservarlos por reliquias.

Se acercó por fin el tiempo en que Dios queria cumplir al santo los deseos que tenia, de ser libre de las ataduras del cuerpo para irse al cielo; que eran tan ardientes, que solia decir: Me es insufrible este destierro, que me tiene léjos de Dios; yo deseo que presto se acabe para ir á gozarle. Porque en el mes de octubre del año 1604 fué acometido con mayor fuerza de una enfermedad de pecho, que de algun tiempo le molestaba, aunque el santo no hacia de ella caso, ni hablaba de ella con persona alguna, gustando de padecerla con silencio por amor de Jesucristo crucificado; vino el médico á visitarle, y creyó que el mal era de ningun peligro ni importancia; pero el santo, que habia tenido una revelacion ó presentimiento de su cercana muerte, pidió con mucha instancia los santos sacramentos, diciendo claramente y sin turbacion, que poco le quedaba de vida. Para condescender, pues, á sus ar-

dientes deseos y fervorosas súplicas, le fué administrado el santísimo viático, que recibió con lágrimas de ternísima devocion; despues pidió con mucha ansia la extremauncion: pero el superior, creyendo que no se hallaba en peligro de muerte como lo aseguraba el médico, rehusó condescender á sus instancias, diciéndole que ya habria tiempo, y que moderase entre tanto aquel sobrado ardor: á que replicó el siervo de Dios, con igual aseveracion que humildad: Tendrán despues pesar de darme este sacramento con demasiada prisa. En efecto poco se tardó en saber, con cuánta razon el santo se hubiese apresurado en pedir este sacramento, que es el último confortativo del alma cristiana, para pasar á la eternidad. Porque mientras se entretenia en devotos y fervorosos coloquios con Dios nuestro Señor, fué sorprendido de un repentino deliquio, que le redujo á los últimos extremos; por lo que fué forzoso administrarle el sacramento de la extrema uncion con la prisa posible, segun lo habia predicho; y acabada esta sagrada funcion, acabó él tambien el curso de su vida, y entregó su bienaventurada alma en las manos de su criador, á 12 de octubre de dicho año 1604, y á los sesenta y cuatro años de su edad. Los muchos milagros que Dios ha obrado despues de su muerte por su intercesion, han hecho siempre mas pública y mas auténtica su santidad.

Benedicto XIII, le beatificó solemnemente, y Clemente XIII, le puso en el catálogo de los santos, habiendo ántes aprobado á este efecto los dos milagros siguientes.

El primero se obró en la ciudad de Ascoli con Genaro Ranali, italiano, al cual, habiéndole salido el año 1744 un tumor en el sobaco izquierdo, que le causaba intensísimos dolores, se le hizo abrir en Viena de Austria por un famoso cirujano español, pero esta operacion no le produjo el menor alivio, ántes se le abrieron otras dos llagas, de las cuales salia mucha sangre y materia de mala calidad: consultó á otros cirujanos hábiles, y entre ellos á Molinari, que era cirujano del emperador; pero ninguno supo curarle ni aliviarle con todos los remedios y operaciones de su facultad; por lo que todos le amenazaban que su mal pararia á una mortal gangrena; en vista de lo que le aconsejaron, volvióse á Italia á probar si con los aires nativos lograria algun alivio: púsese en camino, y con increibles trabajos, yendo de un hospital á otro, descubriendo en todos su mal, llegó por fin á Ascoli; y oyendo los milagros que el Señor obraba por el beato Serafin, se fué á la iglesia de los padres capuchinos, donde hizo al santo una fervorosa oracion: llegó en esta ocasion el padre guardian, quién exhortándole á confiar en la proteccion del santo, hizo sobre las llagas la señal de la cruz con el mismo crucifijo que traia el santo mientras vivia: continuó el paciente su oracion y de improviso se conoció curado, movió el brazo y se halló sin dolores: descubrió las llagas y las vió cerradas y curadas perfectamente; quedándole el brazo sano y bueno.

El segundo sucedió en la misma ciudad de Ascoli, á 12 de octubre de 1761, con Hugo Antonio Carteli, vecino de la misma ciudad. Hallándose en la edad ya de setenta y cuatro años, fué acometido de una perlesía en la mano izquierda, dejándosela como si fuera muerta y destituida totalmente del movimiento, del sentido y del calor: padeció por espacio de cuatro meses este mal, sin hallar alivio alguno en los muchos remedios de que usó; pero en el dia 12 de octubre, en que se celebra la fiesta del santo, fué á la iglesia de los padres capuchinos, y puesto delante del altar del santo lleno de una fé muy viva, dijo con sencillez al santo: Mira cómo lo has de hacer, porque yo no me tengo de ir de aquí sin estar sano. Continuando esta oracion con la mano derecha, sacó la siniestra del pañuelo de que la llevaba pendiente, y la puso sobre el altar; y á poco tiempo sintió que ya estaba enteramente sana y buena; luego exclamó: Bendita sea la santísima Trinidad, ¡y qué admirable es Dios en sus santos! Como la iglesia estaba llena de gente, acudieron todos á ver el milagro y á reconocer la mano paralítica, y la hallaron fuerte, robusta, de buen color, y restituido á ella el sentido y calor natural, como si en ella no hubiese padecido ningun mal.

* Nuestra Señora del Pilar.—Sabido es que la Vírgen santísima ántes de su gloriosa asuncion á los cielos vino á España, apareciéndose al apóstol Santiago en Zaragoza sobre una coluna de mármol, de donde ha tomado el nombre de Vírgen del Pilar. De ahí es que segun tradicion de la Iglesia de España, desde los primeros tiempos de la Iglesia tuvo la santísima Vírgen María capilla y altar en la ciudad de Zaragoza, cuyo culto y devocion se propagó á los demás pueblos de la península. Como han sido y son muchos los favores que los españoles han esperimentado de la Reina de los ángeles de ahí es que la profesan una devocion inviolable, y esta devocion misma los ha reanimado para levantarla suntuosos templos y magníficos altares dedicados todos en honor suyo, dando así pruebas incontestables de su reconocimiento y gratitud á tan soberana Señora.

Los santos Evagrio, Prisciano, y sus compañeros, mártires.—Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo, reinando el emperador Decio, por los años de 250. Su martirio segun el cardenal Baronio, tuvo lugar en la ciudad de Roma.

San Edistio, mártir.—Era de Ravena y habia abrazado la religion cristiana á vista de la constancia y de los milagros de los mártires. Acabábase ya la persecucion suscitada por el emperador Diocleciano, cuando fué este santo llevado al tribunal del juez pagano, y negándose á adorar á los dioses, fué decapitado en su misma patria en el camino de Loreto, el año 308. Su sagrado cuerpo fué sepultado en el mismo lugar del martirio, y despues colocado en una iglesia dedicada á su nombre.

Santa Domnina, mártir.—Nació en Licia. Ocupada en los deberes de su estado y en la práctica de todas las virtudes cristianas, fué presa por unos lictores griegos, y conducida á la presencia del prefecto. Allí confesó á Jesucristo con voz entera y ánimo libre, detestando á los dioses falsos y amenazando con la indignacion del cielo á sus adoradores. Despues de esto fué cruelmente azotada, y en seguida llevada á la cárcel, donde permaneció algunos dias sin tomar alimento ni bebida. Posteriormente la sacaron de la cárcel para azotarla con mas crueldad que ántes, descarnarle todo el cuerpo, aplicarle planchas encendidas en los costados, y romperle una porcion de miembros. En este lastimoso estado la condujeron otra vez á su calabozo, y dentro de poco acabó en él gloriosamente su vida, cantando divinas alabanzas, el año 301.

La Conmemoracion de cuarto mil novecientos sesenta y seis santos africanos.—Estos santos que celebra hoy

la Iglesia, mártires y confesores, fueron de África, y florecieron durante la persecucion de los vándalos siendo rey el bárbaro Unnérico. De ellos unos eran obispos, otros presbíteros otros diáconos y muchos seglares, y todos sin distincion por defender la fé católica fueron desterrados á un áspero desierto. Algunos de ellos murieron por el camino en fuerza de los malos tratamientos que les daban los soldados que les acompañaban; pues los punzaban con los cuentos de las lanzas para que corriesen, los apedreaban, á otros los ataban por los piés y los llevaban arrastrando por los lugares escabrosos, como si fueran cuerpos muertos y les descoyuntaban así todos sus miembros. Por último, ó en el camino ó en el destierro, afligidos con diverso género de tormentos, casi todos ellos consumaron el martirio. De entre todos ellos hace la Iglesia particular mencion de los obispos SAN FÉLIX Y SAN CIPRIANO.

SAN MONAS, OBISPO Y CONFESOR.— Estando vacante la silla de Milan y hallándose el clero y el pueblo reunidos para la eleccion de un pastor, se apareció una luz milagrosa, que rodeando á Monas, designó que aquel era el designado por el Señor. En seguida fué unánimemente elegido y luego consagrado, atestiguando en lo sucesivo por sus virtudes y milagros que habia recibido del cielo su mision. Gobernó la diócesis de Milan por espacio de cincuenta y nueve años con prudencia y santidad y particularmente con admirable fortaleza en tiempo de la persecucion, y finalmente murió en dichosa paz en medio de su rebaño en el siglo III.

SAN SALVINO, OBISPO Y CONFESOR.—Floreció en Verona, cuya ciudad ilustró con sus ejemplos y sabiduría. Fué ejemplar de penitencia, y siendo tentado de la incontinencia, maceró su carne con cilicios y ayunos, y con asidua oracion. Su humildad fué tan elevada, que se tenia por el mas despreciable y abatido de los hombres; pero sus eminentes virtudes le hacian considerar por cuantos le conocian como un modelo acabado de perfeccion. Poseyó el don de milagros y fué perfecto en todas sus obras y acciones, mereciendo que Jesucristo se le apareciese en su última hora para conducirlo á la patria celestial.

SAN MAXIMILIANO, OBISPO Y CONFESOR. — Natural de Hungría y educado en la práctica de las virtudes evangélicas, fué el ornamento de su noble familia y de la Iglesia de Dios. Su instruccion en las ciencias sagradas y su acrisolada virtud le merecieron los sufragios del clero y del pueblo para ser elevado á la silla episcopal de Lorch, cuya diócesis gobernó con prudencia y distincion, dotándole el cielo con el don de profecía y de milagros, los cuales se continuaron en su sepulcro despues de su dichosa muerte. Sus reliquias se conservan en la iglesia de Celene, en el mismo reino de Hungría.

SAN EUSTAQUIO, PRESBÍTERO Y CONFESOR.—Floreció en Siria, y aunque ignoramos la época, sabemos por un antiguo escritor llamado Pedro y por el venerable Beda, que fué insigne este santo en la penitencia, la caridad con los pobres y el zelo por la gloria de Dios.

NUESTRA SEÑORA DEL REMEDIO.—Otros ponen su fiesta en el dia 8 de este mismo mes. Es uno de los mas hermosos y poéticos títulos, bajo los cuales es invocada la Reina de los ángeles.

DIA 13.

SAN GERARDO, ABAD Y CONFESOR.—Fué san Gerardo, abad, hijo de Eranto, varon ilustre y de la casa de Ilaganon, duque de Austrasia y de Eletrude, hermana de Estéban, obispo de Tongeren, y desde niño muy bien inclinado á todas las cosas de virtud. Habiendo ya salido de los tiernos años de la niñez, y entrando en la juventud resplandeció en Gerardo una modestia de costumbres tan grande y una prudencia en sus consejos tan rara, y en sus palabras tanta suavidad y elegancia, que la gente se le comenzó á aficionar; y particularmente Berengario, conde y señor de Namur, le cobró tanto amor que le llevó á su casa y se servia de él para muchas cosas de importancia, porque era hombre para la paz y para la guerra; y así le envió á Francia por su embajador, para despachar algunos negocios graves que se le ofrecian. Habia, ántes de esta jornada á Francia, tenido Gerardo en sueños cierta vision, en que se le mandaba que reparase la iglesia de Bromio que habia sido fundada de Pipino, y estaba maltratada, y que trasladase á ella las reliquias de san Eugenio, mártir, arzobispo de Toledo. Él habia ya edificado la iglesia, y dádole muchas heredades y posesiones; mas no sabia cómo llevar á ella el cuerpo del glorioso san Eugenio, ni donde estaba; pero sucedióle en esta jornada de Francia, que caminando un dia con deseo de llegar á la ciudad de París, le sobrevino la noche y se hubo de detener en el monasterio de San Dionisio, cerca de la ciudad: y entrando en la iglesia para encomendarse al Señor y á los santos que en aquella eran honrados, oyó hacer conmemoracion de san Eugenio, mártir: y queriendo saber quién era aquel Eugenio, supo que era san Eugenio primer arzobispo de Toledo y discípulo de san Dionisio; y que despues de su maestro habia sido martirizado en Francia; y que su sagrado cuerpo estaba allí sepultado y venerado, resplandeciendo con muchos y grandes milagros en todo el reino de Francia.

Extrañamente se gozó Gerardo con estas nuevas, pareciéndole que se le abria camino para cumplir y poner por obra lo que se le habia significado del cielo. Pidió con mucha instancia al abad y monges de San Dionisio, que le diesen el cuerpo del santo: y como no se lo concediesen, fué á la córte del conde Roberto (que despues fué rey), y trató los negocios á que iba, y volvió á dar cuenta de ellos al conde Berengario, y suplicóle que le diese licencia para dar libelo de repudio á todas las cosas de la tierra, y recogerse á servir al señor: y aunque con mucha dificultad y tristeza del conde, alcanzó su beneplácito; y tomando primero la bendicion de Estéban, obispo de Tongeren, volvió al monasterio de San Dionisio, y pidió el hábito, y se hizo religioso en aquel santo convento, donde fué espejo de toda santidad y virtud. Allí comenzó á estudiar y aprender desde las primeras letras, como un niño; y aprovechó tanto en las humanas y despues en las divinas, que á los nueve años de su conversion se ordenó de sacerdote, con gran humildad y gozo de su espíritu, y edificacion y aprovechamiento de los otros monges, á los cuales era gratísimo, y tenido de todos en gran veneracion; porque conocian que era varon de Dios, y adornado de las raras virtudes y gracias del Señor. Honraba á los viejos; amaba á los mozos: afligia su cuerpo con ayunos: gastaba las noches en oracion: teníase por el menor de todos, y tratábase como fiel ministro de Dios: estaba muy asido á la guarda de su regla: su vestido era vil y su comida poca, en la obediencia pronto y en las injurias sufrido.

Todo su deseo era hacer lo que Dios le habia mandado, y y llevar á la iglesia de Bronio las reliquias de san Eugenio. Para esto hizo juntar al abad y á los monges; y declaróles la revelacion que habia tenido de Dios, y rogóles que le diesen aquel precioso tesoro de las reliquias de san Eugenio, y que le dejasen ir á cumplir lo que el Señor le habia mandado. Vinieron bien en ello los monges: diéronle parte del cuerpo, y algunos de los mismos religiosos que le acompañasen; el santo, muy contento y regocijado, llevó sus reliquias y las colocó en aquella iglesia. Fué tanto el concurso de los pueblos, por donde pasaban, y las fiestas y regocijos que se hacian por todos, en el recibimiento de las sagradas reliquias, y tantos los milagros con que nuestro Señor las honraba y magnificaba, que no se pueden decir con pocas palabras. Para mejor servicio y adorno de aquella iglesia y edificacion de los fieles, quitó de ella á los clérigos, que primero él mismo habia puesto, y puso en su lugar los monges que llevaba consigo, é instituyó en aquel lugar un monasterio: y habiéndole gobernado algun tiempo, por la mucha gente que acudió á él, y le inquietaba, nombró otro superior, y él se retiró á otro lugar mas apartado, para vacar mas al Señor, y darse á la contemplacion con mayor libertad y paz de su alma.

Entre los otros santos que cultivaron los estados de Flandes y sembraron en ellos la palabra evangélica, fué uno san Gisleno, de nacion griego: el cual, por divina revelacion, dejando su patria vino á Roma, y de Roma á los estados de Flandes, y en la provincia de Henao, ó Anonia, fundó una iglesia que llamó Cela, á honra de los gloriosos príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo. Allí vivió y murió santísimamente, y fueron colocadas sus preciosas reliquias. Mas andando el tiempo, los clérigos que vivian en Cela, no daban el ejemplo que á su estado convenia, ni trataban las reliquias de san Gisleno, con la decencia y reverencia que era razon. Apareció el santo á Gisleberto, duque de Lorena, y avisóle que pusiese en aquel lugar á Garardo, abad, y quitase á los que allí estaban; y el duque envió al obispo de Cambray, y á un conde principal, á buscar á san Gerardo, y rogarle con mucha instancia que se encargase del gobierno del convento de Cela, para cumplir con lo que san Gisleno le mandaba. Halláronle los embajadores escondido en su rincon; y apenas pudieron persuadirle que aceptase la dignidad de abad: pero finalmente, entendiendo ser aquello la voluntad del Señor, bajó la cabeza y tomó el cargo, y quitando á los clérigos, por ser escandalosos, fundó en aquel lugar un insigne monasterio de monges, y con una revelacion que tuvo, apareciéndosele san Gisleno, halló sus santas reliquias, que las habian hurtado, y las tornó á su lugar, y procuró con la santidad de vida y con amor y dulzura, ganar los ánimos de sus súbditos, é inflamarlos cada dia mas á la perfeccion, juzgando que es mas fuerte el amor que el temor, para gobernar bien á los que por el amor de Dios se sujetan al yugo de la religion.

Decia cada dia misa; y una vez vino una mujer ciega y pidió que le diesen del agua con que el santo, diciendo misa, se habia lavado las manos: lavóse con ella los ojos, y luego cobró la vista; aunque Gerardo por su humildad, atribuia este milagro á la fé de esta mujer, y á la virtud del santo Sacramento.

Era señor de Flandes á la sazon, el marqués Arnulfo, hombre poderoso y muy rico; pero muy atormentado de dolor de piedra: para el cual no hallaba remedio, habiendo probado todos los que la medicina y los grandes médicos le podian dar. Parecióle que la salud le habia de venir del cielo, y que san Gerardo con sus oraciones se la podria alcanzar de Dios: rogóle instantemente, que le librase de aquel tormento cruel y perpetua agonía que padecia. Excusóse el santo por su humildad, diciendo que no era digno de tan grandes favores del Señor; y finalmente, como Arnulfo, con el deseo y ansia de la salud le importunase, san Gerardo le aconsejó que repartiese con los pobres sus grandes riquezas, y que ayunase tres dias, y se confesase y comulgase; porque de esta manera granjearia la voluntad del Señor, en el cual esperaba que le oiria y le concederia entera salud Todo lo hizo el marqués, como el santo se lo dijo; y en acabando san Gerardo de decir misa, y él de recibir de su mano el santísimo cuerpo de nuestro Señor, echó la piedra que tanto le fatigaba, y cobró milagrosamente la salud. Ofreció grandes dones, y mucha cantidad de oro y plata Arnulfo, á san Gerardo; pero él no quiso aceptar para sí nada: porque decia, que el monge que en la tierra tiene peculio, no tiene parte en el cielo, ni se puede llamar religioso. Pero Arnulfo le conjuró é importunó tanto, que fué forzado á aceptar la décima parte de sus bienes, para repartirla á los pobres; y él con gran prudencia y fidelidad la dispensó. Tambien le encomendó la administracion y gobierno de todas las abadías que tenia en su estado; y san Gerardo se encargó de este trabajo tan pesado, por la necesidad que habia de reformar y poner en mejor órden algunas de ellas. Entre los otros tuvo mucho que hacer, en componer y asentar el monasterio blandinense, que san Amando habia fundado en Gante: porque algunos clérigos le habian despojado y casi asolado; pero él los echó, y puso en su lugar monges: y pretendiendo los que habian sido echados matar al santo, aunque estuviese en el altar diciendo misa, y queriendo ejecutar su maldad; mirándole al rostro, vieron en él una cosa mas que humana, y se turbaron, y despavoridos y sobresaltados, se echaron á sus piés, y le pidieron perdon. Tuvo cargo de diez y ocho monasterios, y por su gran solicitud é industria, plantó en ellos la vida y observancia religiosa, y muchos tomaron el hábito de religion, por vivir debajo de su disciplina y regla. Finalmente, habiendo tenido revelacion de su dichoso tránsito, puso en cada monasterio superiores que lo gobernasen, y recogióse al suyo antiguo y pobre, de Bromio, en que habia colocado las reliquias de san Eugenio mártir, y allí, cargado de dias y merecimientos, dió su espíritu al Señor; el cual le ilustró con muchos milagros en vida y en muerte.

La vida de san Gerardo, escrita á Guntero abad, trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo. Tritemio dice que san Odon, abad cluniacense, la escribió; y Pedro, diácono dice que tambien la escribe Gregorio, obispo de Tarracina. Hace mencion de san Gerardo abad, el martirologio romano, á los 3 de octubre; y Tritemio y Molano en la adiciones de Usuardo y en el catálogo de los santos de Flandes. Murió san Gerardo el año del Señor de 908.

Los santos Fausto, Januario, y Marcial mártires.—Tres hijos de san Marcelo centurion, llamados Fausto, Januario y Marcial, padecieron martirio en Córdoba, siendo presidente Eugenio, y fué tan grande su fervor y deseo

de morir por Cristo, que sin ser llamados (á lo que parece), se presentaron al juez y le reprendieron, porque con crueldad trataba á los siervos del Dios verdadero: y habiéndoles respondido con ira Eugenio, y pasado entre ellos algunas pláticas, en las cuales los santos con gran libertad y constancia dieron á entender al inícuo juez la ceguedad en que estaba, y su determinacion y la alegría que tenian de morir por Cristo; fueron atormentados y despedazados con penas rigurosas. Despedazaron á Fausto poco á poco, para que durase mas el tormento: cortáronle las orejas y las narices: rayéronle cruelmente los cabellos y las cejas: arrancáronle los dientes de las encías de arriba; y el santo mártir todo lo sufria con gozo y júbilo de su corazon, haciendo gracias al Señor. Quiso el tirano espantar á Januario, mostrándole á Fausto tan maltratado y hecho un retablo de dolores: pero viendo que aquel espectáculo no le movia, ántes le encendia mas en amor de Dios; le hizo pasar por el mismo tormento, y herir y afear de la misma manera que Fausto lo habia sido. Finalmente acometió á Marcial; pero en vano: y desesperado de vencer á los santos, y temeroso de verse mas á la clara vencido de ellos, los mandó quemar. Estando atados al palo, no dejaron los bienaventurados y esforzados caballeros de Cristo de amonestar á los cristianos que se hallaron presentes, que perseverasen en la confesion de la fé, y que no temiesen los tormentos, porque no eran tan terribles, como parecian, y se acababan presto, y la corona que por ellos se daba, era eterna é inmortal. Diciendo esto, el fuego les quitó la habla, y sus purísimas almas volaron al cielo, dejando sus cuerpos abrasados y ofrecidos al Señor en sacrificio. En el mártir san Eulogio muchas veces hay mencion de la iglesia de estos santos de Córdoba, donde se conservan y eran reverenciados sus cuerpos, llamándola algunas veces: «Los tres mártires.» De ellos hace mencion el Martirologio romano á 13 de octubre; aunque san Isidoro, Beda y Usuardo ponen su fiesta á 28 de setiembre. El año de 1575, á 21 de noviembre, cavando un cimiento de la iglesia de San Pedro de Córdoba (que fué antiguamente catedral), se descubrió un sepulcro de piedra tosca con ciertas letras, que leidas señalaban estar allí los santos mártires de Jesucristo, Fausto, Januario y Marcial, Zoilo y Acielo, y otros; y habiéndose consultado el negocio con el papa Gregorio XIII, su santidad lo remitió al concilio provincial, que se celebró en Toledo el año de 1582, presidiendo en él don Gaspar de Quiroga, cardenal y arzobispo de Toledo; y á los 23 de enero de 1583, declaró el concilio, que las tales reliquias debian ser reverenciadas de todos los fieles cristianos, como reliquias de santos, que reinan con Dios en el cielo. El martirio de estos santos sacó Marineo Sículo de los libros y memorias antiguas, y se refiere en el séptimo tomo de Surio; y en el breviario toledano hay un himno, en que se cantan sus alabanzas y victorias.

* SAN CARPO, OBISPO.—Fué convertido á la religion cristiana por el apóstol San Pablo. El mismo apóstol en atencion á las virtudes de Carpo, le nombró y consagró despues obispo de Troas ciudad del Asia menor, de cuyo punto era natural. Estuvo san Pablo hospedado en casa de Carpo como se infiere de las palabras de la segunda carta á Timoteo cap. 4 v. 13. «A la venida tráete contigo el capote que dejé en Troas en casa de Carpo y los libros y mayormente los pergaminos.» Fué Carpo un verdadero imitador de San Pablo por su zelo en la propagacion del Evangelio: Segun Galesino, era tal la suavidad de sus costumbres que sus contemporáneos le dieron el título de *Melatica*, san Dionisio el Areopagita hace de él estraordinario elogio en su carta á Demófilo, y dice un escritor antiguo que murió en santa paz, á últimos del siglo primero.

SAN FLORENCIO, MÁRTIR.—Natural de Tesalónica, y convertido á la religion cristiana milagrosamente, se encendió en tan grande fervor, que dedicó toda su vida á Jesucristo. Empezó á predicar públicamente la falsedad de los dioses del paganismo y excelencia de los misterios de la fé católica, por cuyo motivo le prendieron y llevaron al prefecto. Por mandato de éste fué afligido con varios tormentos, y perseverando siempre mas constante en su primera resolucion, le pusieron en el potro, y despues de haberle descoyuntado, lo metieron en un horno encendido, donde cantando divinas alabanzas, entregó su espíritu á Dios.

SAN COLMANO, MÁRTIR.—Al principio del siglo XI, los pueblos vecinos del Austria, de la Moravia y de la Bohemia, divididos por un ódio implacable, se hacian entre sí una guerra cruel. Por esta época, Colmano, escocés de nacion, y de sangre real, llegó á la ciudad de Stockeraw, situada á seis leguas de Viena de paso para Jerusalen, adonde se dirigia en peregrinacion. Como el siervo de Dois, habia atravesado un pais enemigo, lo tomaron por un espía, y á pesar de sus protestas de inocencia, lo prendieron, le hicieron sufrir una porcion de crueldades, y despues le colgaron de un árbol, donde murió el dia 13 de octubre del año 1012. La santidad de su vida, y su invencible constancia en medio de los sufrimientos, junto á los muchos milagros que obró el Señor por su intercesion, lo hicieron mirar desde luego con particular veneracion, siendo despues colocado en el número de los santos. La Alemania lo tomó por patron, y dedicó muchas iglesias en su honor.

LOS SANTOS DANIEL, SAMUEL, ANGEL, DOMNO, LEON, NICOLÁS, Y HUGOLIMO, MÁRTIRES—Estos siete santos eran sacerdotes y religiosos del órden de Menores franciscanos, que desde Italia fuéron á Marruecos para predicar el Evangelio á los mahometanos. Habiendo llegado á la ciudad de Ceuta, y empezando á ejercer en ella su ministerio, fueron cojidos por los infieles, de quienes recibieron multitud de ultrajes. Presentáronlos á un príncipe llamado Mahometo, que teniéndolos por locos, los remitió al gobernador de la ciudad para que los castigase, y éste, despues de un largo interrogatorio los condenó á ser decapitados, cuya sentencia se ejecutó el dia 10 de octubre del año 1221. El papa Leon X instituyó su fiesta en este dia.

SAN TEOFILO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Asia, fué educado en la religion cristiana, y por su eminente santidad y singular sabiduría fué consagrado obispo el año 176. Fué el séptimo patriarca de Antioquía, cuya Iglesia gobernó por espacio de diez años. Escribió varios tratados en favor y defensa de la religion, en los cuales vemos cuán elevada era su ciencia y su celo, y murió el año sexto del emperador Cómodo, el 186 de Jesucristo.

SAN VENANCIO, ABAD Y CONFESOR.—Nació en las Galias, y siendo aun muy jóven, sus padres, que eran ricos y piadosos, le obligaron á casarse. Entregóse casi con exceso á los placeres de su estado; pero habiendo ido dentro de poco

tiempo á la ciudad de Tours, donde habia un monasterio de religiosos muy edificantes y ejemplares, se enamoró de su método de vida y de la santidad que practicaban; y obteniendo el consentimiento de su esposa, tomó el hábito é hizo los votos. Desde luego aventajó á todos sus hermanos en perfeccion, de modo que en las primeras elecciones fué nombrado abad y ordenado sacerdote. Era muy fervoroso en el santo sacrificio de la misa, y muchas veces se le vió durante la celebracion rodeado de una luz celestial, y se le oyó profetizar lo venidero. Poseyó particular gracia para curar las enfermedades, librar á los poseidos y conciliar los ánimos irritados. Murió santamente á fines del siglo IV, memorable en toda clase de prodigios.

SANTA CELIDONIA, VIRGEN.—Por haberse perdido las actas de esta santa solo sabemos por las adiciones puestas en el Martirologio romano por el cardenal Baronio, que vivió y murió en Subiaco, en la campaña de Roma, donde se halla su cuerpo colocado en la iglesia de Santa Escolástica.

SAN EDUARDO, REY Y CONFESOR.—Véase el dia 5 de enero, donde se halla su vida.

DIA 14.

SAN BURCARDO, OBISPO Y CONFESOR.—Despues que nuestro Señor miró con ojos de piedad á la isla de la Gran Bretaña (que ahora llamamos Inglaterra), y por medio del gran doctor y pontífice san Gregorio alumbró á los infieles que vivian en ella con los rayos de la predicacion evangélica, y los sacó de las tinieblas de la gentilidad; toda aquella tierra, que ántes estaba inculta y llena de malezas y espinas, con el riego y lluvia del cielo comenzó, á manera de un jardin bien plantado y deleitoso, á producir nuevas y generosas plantas y unos varones divinos, que no solamente cultivaron á ella, sino tambien á otras provincias apartadas, y con su vida, doctrina y predicacion las ilustraron. De estos santos varones fué uno san Burcardo, obispo de Hervipoli, cuya vida escribió Egilvardo, monje del monasterio del mismo santo y de la misma ciudad de Hervipoli, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo; y nosotros brevemente la referiremos.

Fué san Burcardo (como dijimos) de nacion inglés, de padres nobles y de sangre ilustre, y no ménos piadosos, los cuales inclinaron á su hijo al estudio de la virtud y de las buenas letras: y él era tan dócil y tan hábil, que tuvo poco que hacer en aprenderlas y en dar de mano á las livianidades y entretenimientos que son propios de la tierna edad; ántes con una madurez y fortaleza de ánimo comenzó á tener en poco y menospreciar los gustos y deleites de la carne, y el resplandor vano de las honras y las riquezas perecederas, y darse de veras al amor y temor santo del Señor; y creció tanto en este afecto y deseo de servirle, que dejando su patria, sus amigos y parientes, se partió de ella, y pasó el mar y llegó á Francia, donde estuvo algunos años en hábito de peregrino, escondido al mundo, pero conocido y amado de Dios.

Al mismo tiempo, ó poco ántes, habia salido tambien de Inglaterra san Bonifacio, arzobispo de Maguncia, predicador apostólico y apóstol de Germania, que algunos dicen era deudo de san Burcardo. Deseando, pues, san Bonifacio tener obreros que le ayudasen á plantar en Germania la viña de la santa Iglesia, que por comision del santo pontífice romano estaba á su cargo, llamó de Inglaterra y de otras provincias varones santos y doctos para tan gloriosa empresa. Entre los otros que vinieron fué uno Burcardo, que ya era sacerdote, el cual fué recibido de san Bonifacio con grande humildad y alegría, y despues con el trato y familiaridad tan estimado, que le llevó consigo á Roma y procuró que el papa, (que á la sazon era san Zacarías) instituyese nuevo obispado en la ciudad de Hervipoli y le consagrase obispo de él, por su gran santidad y letras, y que le mandase predicar en las provincias de Francia, para convertir con su vida y elocuencia aquellos pueblos que estaban en la ceguedad de su idolatría. No pudo san Burcardo resistir á la voluntad del vicario de Cristo, teniéndola (como lo es) por voluntad y obediencia del mismo Cristo. Volvió á Alemania: señalâronse los límites de la nueva Iglesia y diócesis de Hervipoli; y san Bonifacio repartió liberalmente con esta de las rentas de su Iglesia; y nuestro Burcardo, entendiendo la excelencia de su dignidad, y el peso de la carga que Dios habia puesto sobre sus hombros, pidió humildemente fuerzas al Señor para llevarla: atendió, como solícito y vigilante pastor, á apacentar y curar el ganado que Dios le habia encomendado, alumbrando á los gentiles y reformando las costumbres de los que ya eran cristianos, y procurando con gran cuidado que los unos y los otros sirviesen de veras al Señor. Era blando en sus palabras, afable y venerable en su semblante, muy dado á las vigilias y á la leccion de los libros sagrados, y en sus costumbres tan compuesto y de tan rara humildad, que su báculo pastoral nunca quiso que fuese sino de saúco, y en testimonio y memoria de su humildad, se lo pusieron en su sepulcro. Pero cuando él era mas humilde, tanto era mas amado y respetado de todos; y así, cuando san Zacarías, papa, quitando el reino de Francia á Childerico, le dió á Pipino, padre de Carlo Magno, fué nombrado de todo el reino Burcardo, para que en nombre de él fuése á Roma á tratar con el papa aquel negocio tan grave é importante, del cual dependia el buen gobierno, asiento y felicidad de todo el reino de Francia. Fué devotísimo de reliquias de santos, y el segundo año despues que le ordenaron obispo, trasladó las de san Kiliano y de sus santos compañeros, mártires, con gran gozo suyo y fiesta de todo el pueblo, y las adornó ricamente y edificó un monasterio en el mismo lugar. Mas para juntar á María con Marta, y tener algun refugio y como puerto seguro, adonde recogerse de las ondas y alteraciones de la vida activa, edificó otro convento cerca del rio Meno á honra de la santísima Vírgen María y de san Andres apóstol, y dióle posesiones y tierras, para que en él se pudiesen sustentar doce canónigos. Y siendo ya viejo, y conocido y estimado en el mundo por sus raras virtudes, y habiendo gobernado cuarenta años santamente su Iglesia, y recibido con estraordinaria devocion los santos sacramentos, dió su espíritu al Señor, el año de 791, en un pueblo que se llama Hoemburgo, de donde despues se trasladó á Hervipoli, y de allí otra vez al monasterio de la Vírgen y san Andrés, que él mismo habia edificado. De san Burcardo hace mencion el Martirologio romano á los 14 de octubre; y Tritemio en el libro de los Varones ilustres de la órden de San Benito. Adviértase que ha habido otro Burcardo, monge de San Benito y obispo de Vormacia, que fué varon erudito, y escribió una obra grande é insigne, como recopilacion de los decretos y recoleccion de las sen-

tencias de los santos Padres, y de los concilios generales, y de los sumos pontífices, como dice Tritemio en el libro de los Escritores eclesiásticos; y éste floreció por los años del Señor de 1120, siendo Enrique emperador.

SAN CALIXTO, PAPA Y MÁRTIR.—La vida de san Calixto, el I de este nombre, papa y mártir, sacada de san Dámaso, y de otros autores que escribieron las vidas de los sumos pontífices, y de los que Lorenzo Surio en el quinto y séptimo tomo de las Vidas de los santos, y el cardenal Baronio en el cuarto tomo de sus Anales, refieren; es de esta manera.

Por la muerte de san Zeferino, papa y mártir, fué puesto en la silla de san Pedro Calixto, natural de Roma, hijo de Domicio; y gobernó la Iglesia santísimamente, en el imperio de Marco Aurelio Antonio Heliogábalo, y en el de Alejandría Severo, cinco años, un mes y doce dias. Edificó la iglesia de santa María *Trans-Tibarim* en Roma: y para sepultar los muchos mártires que en aquel tiempo morian por Cristo, hizo un cementerio en la via Appia, que se llamó el cementerio de Calixto, en la cual fué enterrado gran número de mártires. Instituyó las cuatro témporas del año, para hacer gracias á nuestro Señor por las mercedes que en todos los tiempos del año nos hace, y para suplicarle que conserve todos los frutos de la tierra. Vedó el comunicar con los excomulgados, y mandó que ninguno de ellos pudiese ser absuelto sin conocimiento de su causa, y estando satisfecha la parte. Fué el primero que prohibió el matrimonio entre parientes, y señaló el séptimo grado de consanguinidad; y despues se redujo al cuarto grado, como al presente se guarda. Celebró cinco veces órdenes por el mes de diciembre, é hizo en ellas ocho obispos, diez y seis presbíteros, y cuatro diáconos. Obró Dios por él grandes milagros, y con ellos y con su santa vida y predicacion convirtió á muchos gentiles y personas principales á la fé de Cristo nuestro Señor. Entre ellos fué uno Palmacio, cónsul que con haber sido ántes muy diligente, y zeloso en el culto de sus falsos dioses persiguiendo por órden del emperador á los cristianos, se hizo cristiano con su mujer é hijos, y otras cuarenta y dos personas de su familia, por haber visto que los soldados que iban á prender á san Calixto, perdieron la vista y quedaron ciegos; y una doncella gentil endemoniada, estando en el templo haciendo sacrificio á sus dioses, habia clamado que no habia otro Dios sino el de Calixto, que era Dios solo vivo y verdadero. Tambien Simplicio senador, por haber visto otros milagros, se convirtió con sesenta y ocho personas de su casa, y todos fueron mártires. Finalmente entendiendo el emperador que san Calixto era el maestro de todos los cristianos, y el que mas guerra hacia á sus dioses, le mandó prender y azotar cada dia; y habiendo estado el santo orando en la cárcel cinco dias, sin comer, y sido visitado del Señor, y sanado en ella á un soldado llamado Privato, que estaba muy enfermo y lleno de llagas; el emperador le mandó arrojar de la ventana de su casa abajo, y con una piedra muy pesada, atada al cuello, echarle á un pozo, y muchas piedras encima; y con este cruel martirio acabó el glorioso san Calixto su dichosa vida. De allí á diez y siete dias, un presbítero llamado Asterio, acompañado del clero, vino de noche al pozo, y sacó el sagrado cuerpo, y lo sepultó en la via Aurelia, en el cementerio de Calepodio, á los 14 de octubre, en que la santa Iglesia celebra la fiesta de san Calixto. Fué el martirio de este santo el año del Señor de 226, imperando el ya dicho Alejandro Severo.

* SAN DONACIANO, OBISPO Y CONFESOR.—De este santo se sabe únicamente que fué el octavo obispo de Rheims y que murió por los años de 389. Se dice fué enterrado en la iglesia de San Agrícol, llamada despues de San Nicasio. Despues que se trasladaron sus reliquias á Flandes, que fué á mediados del siglo nono, se hizo célebre el culto de este santo, y el conde Balduino que habia recibido del rey Cárlos el Calvo dichas reliquias, las colocó en la catedral de Brujes, donde todavía se conservan.

SANTO DOMINGO LORICATO, CONFESOR.—Fué natural de Italia, y habiendo manifestado en su juventud grandes deseos de abrazar el estado eclesiástico, compraron sus padres una prebenda y lograron que fuese ordenado sacerdote. Conociendo desde luego el grave pecado que en esto se habia cometido contra los leyes de la Iglesia, negóse á ejercer ninguna funcion de su nuevo ministerio, y formó la resolucion de consagrarse á los ejercicios de la mas rigurosa penitencia. Despues de haber pasado algunos años solo en una ermita desierta, fué á asociarse á unos santos solitarios que vivian en los montes Apeninos, y muy luego los adelantó á todos en austeridad. Algunos años despues dejó tambien aquella mansion, para entrar en un monasterio de camaldulenses, que dirigia á la sazon san Pedro Damian. Aquí como en todas partes fué la admiracion y el pasmo de cuantos le veian por los rigores con que se castigaba y por la severidad con que juzgaba todas sus acciones. Su continua ocupacion era rezar el Salterio, y san Pedro Damian dice que hubo dias en que lo recitó nueve veces seguidas. Este ejercicio lo continuó hasta su santa muerte, acaecida el dia 14 de octubre de 1060.

SANTA FORTUNATA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Era de Cesarea, en Palestina, hija de padres infieles; pero abrazó y practicó la religion cristiana á pesar de cuantos osbtáculos se le opusieron. Durante la persecucion del emperador Diocleciano, habiéndose negado reiteradamente á obedecer los edictos contra la Iglesia, fué puesta en el potro, despues echada á una hoguera y luego entregada á las fieras, de cuyos tormentos la sacó libre el Señor, y últimamente los paganos la degollaron, conquistando de este modo la palma de la virginidad y la corona del martirio. Sus sagradas reliquias fueron posteriormente conducidas á Nápoles, en cuya ciudad se conservan muy veneradas y glorificadas con abundancia de milagros.

LOS SANTOS CARPONIO, EVARISTO Y PRISCIANO, MÁRTIRES.—Eran hermanos de la mencionada santa Fortunata, por cuyo medio habian conocido la fé y la habian abrazado. Sabiendo que su hermana se hallaba presa y que iba á ser martirizada, acudieron al lugar del martirio, y habiendo confesado públicamente el nombre de Jesucristo, fueron asociados á la ilustre Fortunata, siendo degollados juntamente con ella en la misma ciudad de Cesarea, su patria, el año 306 de Jesucristo.

LOS SANTOS SATURNINO, Y LUPO Ó LOPE.—Créese que estos santos, de quienes apenas nada se sabe, derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en Palestina, en el siglo I de la Iglesia.

SAN GAUDENCIO, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué natural de Italia y muy versado en los estudios sagrados y en los estudios de controversia. Era obispo de Rimini cuando se tuvo en

esta ciudad un conciliábulo para autorizar la doctrina de Arrio: el santo se presentó en él y peroró con tanta energía y tanta fuerza de razones contra los herejes, que estos quedaron confundidos y sus planes desbaratados. Pero el emperador Constancio, que favorecia á los partidarios de Arrio, se vengó del santo obispo, haciéndole prender y maltratar por sus soldados, y por fin fué asesinado con bárbara crueldad.

San Fortunato, obispo y confesor.—San Gregorio el Grande en su libro *Dialogorum*, cap. 20, dice de este santo, que fué dotado de maravillosa virtud para lanzar los demonios. Efectivamente, en la historia de su vida escrita por un autor contemporáneo, vemos multiplicadísimos milagros obrados por el santo á este efecto, lo cual le atrajo las bendiciones de todos los fieles y la generacion de la Iglesia. San Fortunato fué obispo de Todi, y floreció en tiempo del emperador Justiniano, cuando Totila, rey de los godos, invadió la Italia, de cuyo azote libertó el santo pastor á su ciudad episcopal por medio de sus oraciones y ruegos. Su cuerpo fué sepultado en Lodi, y despues trasladado á Francia en tiempo del emperador Oton, el año 969.

San Rústico, obispo y confesor.—Fué el XIII obispo de Tréveris, apacentando su rebaño por los pastos de la vida eterna. La gloria de su pontificado consiste principalmente en los asiduos trabajos que empleó para la abolicion completa del culto de los ídolos en su diócesis. El Señor le concedió la gracia de ver sus ardientes deseos realizados y coronadas con un resultado feliz sus laboriosas misiones. Molano dice que san Rústico murió en paz por los últimos años del siglo IV.

DIA 15.

Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora.—Nació la seráfica madre santa Teresa de Jesus, para bien de innumerables almas, en la ciudad de Avila, que es una de las principales de España, año de 1514, á 28 del mes de marzo, de padres nobles y devotos cristianos. Su padre se llamó Alonso de Cepeda, y su madre doña Beatriz de Ahumada. Criáronla en santas costumbres y temor de Dios, y ella mostró desde niña muy buen natural y grande inclinacion á la virtud, dando señales de lo que despues habia de ser. Siendo de siete años, aprendió con tanta viveza la eternidad de la gloria y penas del infierno, que repetia á menudo y con gran ponderacion: Para siempre, para siempre, para siempre. Entreteníase en edificar algunas ermitas, siendo esto pronóstico de los conventos que, ya mayor, habia de fundar. Cuando leia las historias de los santos mártires, se encendia con tal deseo del martirio, que habiéndose concertado con un hermano suyo, tambien niño, se salió de casa de sus padres, para irse á África á ser martirizada por Cristo, de los moros. Iba muy contenta fuera del lugar, donde la encontró un tio suyo y la volvió á su casa con gran sentimiento de la fervorosa niña; y procuró suplir el mérito de su jornada con muchas buenas obras, lágrimas y limosnas, que segun su estado y niñez podia hacer. Muriósela su madre, siendo de doce años, y con gran devocion é instancia pidió á la Vírgen santísima la tuviese por hija, que ella la tendria por madre, y que así hiciese oficio de tal con ella; y el suceso mostró que lo alcanzó de la Reina de los cielos. En esa misma edad empezó á gustar de la oracion, de la cual habia de ser despues gran maestra. Como viese una pintura de la Samaritana, que decia á Cristo: «Señor, dádme de esa agua ;» ella quedó con tal deseo y ansias del agua divina de la gracia, que se la pedia al Señor fervorosa é instantáneamente.

Siendo de veinte años, crecieron mas en ella los deseos de servir á nuestro Señor con mas perfeccion: para lo cual se determinó á entrarse monja. No tenia esperanza que su padre la daria licencia por el grande amor que la tenia; y así se fué, sin decirle nada, al monasterio de la Encarnacion de Avila, que es de monjas de Nuestra Señora del Cármen, donde recibió el hábito con gran devocion, y dentro de un año hizo profesion en él, creciendo cada dia en virtud y observancia, y ejercitándola nuestro Señor con varias enfermedades, las cuales llevaba con mucha paciencia. En una de ellas, dia de la Asuncion de nuestra Señora, la dió un parasismo tan largo, que estuvo cuatro dias sin sentido y como muerta, y diéronla el sacramento de la uncion. Estaba ya la sepultura abierta para enterrarla, y lo hubieran hecho, si no lo estorbara su padre, que entró á verla, y conocia mucho de pulso. Al cabo de los cuatro dias volvió en sí, y hallándose con la cera en los ojos, y los de su padre y hermanos bañados de lágrimas, comenzó á decir, que para qué la habian llamado; porque habia estado en el cielo: y que supiesen que su padre y otra monja, amiga suya, llamada Juana Suarés, se habian de salvar por su medio. Vió tambien los monasterios que habia de fundar, y lo que habia de hacer en la órden, y cuantas almas se salvarian por su causa, y que habia de morir santa, y en su sepulcro la habian de poner un paño de brocado. Sucedió todo despues conforme á lo que el Señor la mostró.

Queria Dios á su sierva muy perfecta, porque la habia escogido para que fuese maestra de gran perfeccion, que por su medio y doctrina alcanzaron y alcanzan muchas personas; y así no la dejaba entibiar en sus santos propósitos, sino que luego la corregia y tiraba del freno. Un dia, que estaba en la puerta del monasterio perdiendo tiempo con una persona, se le mostró Cristo Señor nuestro atado á la coluna muy llagado y particularmente en un brazo junto al codo desgarrado un pedazo de carne: con la cual quedó la santa muy maravillada y turbada, que no quisiera ver mas á aquella persona con quien estaba.

Despues de cuatro ó cinco años de monja, vino casi á dejar poco á poco la oracion (aunque aconsejaban á otros la tuviesen), engañado, como ella dice, con una falsa humildad; porque le parecia atrevimiento tratar con Dios, la que tenia gusto y trato con las criaturas. En este tiempo dió á su padre la enfermedad de la muerte, y salia con una compañera, como se acostumbraba entonces á curarle. Asistióle y ayudóle para que muriese con gran consuelo. En esta ocasion el confesor, en cuyas manos murió su padre, que era un religioso dominico, llamado fray Vicente Varron, persona docta y muy espiritual, comunicando á la santa doncella y confesándola, tomó á su cargo el aprovechamiento de su alma, y la hizo volver á la oracion; y así dice ella misma: «Este padre dominico, que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho; porque me confesé con él, y tomó hacer bien á mi alma con cuidado y hacerme entender la perdicion que

traia: hacíame comulgar de quince en quince dias; y poco á poco, comenzándole á tratar, tratéle de mi oracion. Díjome que no la dejase; que en ninguna manera me podia hacer sino provecho.» Desde este tiempo se dió con mas continuacion á la oracion, durando en ella con grandes sequedades por espacio de diez y ocho años, hasta que un dia, mirando una imágen que estaba en su oratorio, de Cristo muy llagado y lastimoso, se postró con grandes lágrimas delante de ella, pidiendo su favor y ayuda tan de veras que se sintió toda trocada, y con gran ánimo y fortaleza para servir á Dios cuanto pudiese, favoreciéndola de allí en adelante el Señor con grandes visitas y altísima contemplacion. Estaba la santa, por su gran humildad, dudosa si era bueno su espíritu y tenia aun algunas imperfecciones; y así buscaba algun diestro maestro espiritual que la enderezase, deseando para esto tratar con los padres de la Compañía de Jesus, como ella misma lo escribe en su vida, con estas palabras: «Como su Majestad queria ya darme luz para que no le ofendiese y conociese lo mucho que le debia, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quienes tratar, que ya tenia noticia de algunas: porque habian venido aquí los de la Compañía de Jesus, á quienes yo sin conocer á ninguno, era aficionada de solo saber el modo que llevaban de vida y oracion; mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacia mas temer: porque tratar con ellos, y ser la que era, haciaseme cosa recia.» Despues dice: «Tambien me daba pena que me viesen en casa tratar con gente tan santa, como la de la Compañía de Jesus; porque temia mi ruindad, y pareciame que quedaba obligada mas á no lo ser, y quitarme de mis pensamientos; y que si esto no hacia, que era peor: y así procuré con la sacristana y portera, no lo dijesen á nadie.» Todas estas son palabras de santa Teresa: la cual cuenta muy largamente, cuán notable mejoría sintió con su trato, y como la pusieron en mayor perfeccion y mortificacion, asegurándola ser su espíritu bueno. Fueron muchos los que la trataron, y entre ellos san Francisco de Borja; pero quien mas tiempo y mas asistentemente la gobernó, fué el ilustrado y estático varon el padre Baltasar Alvarez: este siervo de Dios fué quien mas la aprovechó en sus principios, como la misma santa confiesa, y la acabó de desarraigar el corazon de todo lo que no era Dios y su mayor gloria: por lo cual quedó la santa por su gran humildad muy agradecida y devota de esta religion, como en sus obras tantas veces lo muestra, y por toda su vida duró en este afecto y recurso á los padres de la Compañía, y de la esclarecida religion de santo Domingo, de los cuales fué tambien devotísima; porque como la humilde santa andaba con los temores que hemos dicho de su espíritu, la parecia que nadie la podria asegurar mejor y enderezar que gente tan docta y espiritual, como hay en estas sagradas religiones.

Con lo que la animó san Francisco de Borja, concibió la sierva de Dios gran odio contra sí, quebrantando en todo su voluntad, y haciendo grandes penitencias. Vistióse de un cilicio de hoja de lata, hecho y agujereado al modo de rallo, que dejaba toda su carne llagada: tomaba rigurosamente disciplinas, unas veces con ortigas, otras con llaves, hasta venir á hacerse llagas, de las cuales manaba y corria mucha materia; pero la medicina con que las curaba era renovarlas con muchos golpes. Estaba tan encarnizada contra sí misma, que una vez juntó muchas zarzas, y desnudando su cuerpo comenzó á entrar y revolverse entre ellas como si fuera en una cama de rosas. Con todo esto tenia la santa algunas imperfecciones que no conocia, hasta que el siervo de Dios Baltasar Alvarez la desengañó, diciéndola que para contentar del todo á Dios, ninguna cosa habia de dejar de hacer por él; y así, que dejase unas amistades que tenia. Pareciale á la santa que seria desagradecimiento; pues en ellas no habia pecado: él la dijo que lo encomendase á Dios por algunos dias, y que rezase el himno de *Veni, Creator Spiritus*, para que la diese luz Dios de aquello que era lo mejor. Hízolo así la santa; y estando una vez en oracion suplicando al Señor la ayudase á contentarle en todo, la vino un grande arrobamiento, en el cual la dijo su divina Majestad: Ya no quiero que tengas conversacion con los hombres, sino con los ángeles: lo cual se le imprimió de manera que nunca mas tuvo amistad ni afecto á persona ninguna que no fuese por Dios y segun Dios. Estaba todo el dia en oracion, y vivia de suerte que en todo procuraba contentar al Señor, que traia siempre presente y por testigo de su vida; y el Señor se iba mostrando poco á poco á su sierva. Estando un dia en oracion, la mostró solas las manos con tan grande hermosura que no se podia encarecer: de allí á algunos dias la descubrió aquel divino rostro, quedando del todo absorta y elevada: despues la mostró toda su humanidad sacratísima, con aquella hermosura y majestad con que habia resucitado. Por mas de tres años vió á Cristo Señor nuestro siempre á su lado derecho, que le hacia compañía y la hablaba, enseñaba y consolaba en sus trabajos y recogia en altísima oracion. Vió una vez al Salvador del mundo que la mostraba la llaga de la mano izquierda y que con la derecha sacaba un clavo grande que en ella tenia metido, y á vueltas de él sacaba parte de su carne sacratísima, diciendo que quien aquello habia pasado por ella, que no dudase sino que mejor haria todo lo que ella pidiese, prometiéndola de hacerlo así. Estando una vez la santa en presencia de Cristo, teniendo ella una cruz en la mano, se la tomó el Señor con la suya y volviósela á dar, pero muy mejorada de como se la habia tomado; porque era de cuatro piedras grandes, sin comparacion muy mas preciosas y ricas que diamantes, y estaban en ellas las cinco llagas esculpidas desde entonces; y aunque los demás juzgaban no ser aquella cruz sino de madera, la santa siempre la veia de la manera dicha.

Creciendo con semejantes favores el fuego del divino amor en santa Teresa, solia ver un ángel junto así, hácia el lado izquierdo, de muy hermoso rostro y tan encendido que la parecia serafin: traia en las manos un dardo de oro largo, y al fin de él en la punta tenia un poco de fuego: metíasele el ángel en el corazon, y traspasábala las entrañas: y al salir de él, la parecia se las llevaba tras sí con gran dolor; pero dejábala abrasada en amor de Dios. Mostrósele tambien el Espíritu Santo, que es el amor divino, en figura de un mancebo muy hermoso, rodeado todo de llamas muy encendidas. Quedóle á la santa tan impresa esta vision, que hasta que murió la traia presente, aunque estuviese muy ocupada, salvo que algunas veces era como si tuviese un velo delgado delante; pero con certidumbre que estaba detrás, muchas veces se corria esta cortina y la volvia á ver. Sobre todos estos favores fué

muy particular cuando el mismo Cristo la desposó consigo; porque estando un dia para comulgar, apareciósela el Señor con gran resplandor y hermosura (como otras veces solia), y celebró con su esposa este divino ayuntamiento y desposorio como la misma santa lo escribe: «Representóseme el Señor (dice) por vision imaginaria, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy: hasta ahora no lo habias merecido. De aquí adelante, no solo como Criador, como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mia; mi honra es ya tuya, y la tuya mia. Hízome tanta operacion esta merced, que no podia caber en mí, y quedé como desatinada y dije al Señor, que, ó ensanchase mi bajeza ó no me hiciese tanta merced; porque cierto no me parecia la podia sufrir el natural. Estuve así todo el dia muy embebida: he sentido despues gran provecho y mayor confusion y afligimiento de ver que no sirvo en nada con tan grandes mercedes.» Y de allí adelante el ordinario lenguaje que entre Cristo y la santa habia, eran estas palabras que el Señor la decia, con que su Majestad y ella se regalaban y enamoraban mas cada dia: Hija, ya eres toda mia: yo soy tuyo; y esto no una sino muchas veces.

Enriqueció el Señor con tales favores á la que habia escogido para llenar el cielo de muchas almas, que ardia en grande amor de Dios santa Teresa: afligíase mucho de las ofensas que hacia el mundo á su amado: sentia sobremanera el estrago que por aquellos tiempos habia hecho la herejía en Francia y Alemania; y para restaurar cuanto pudiese por su parte el daño que el demonio hacia á la Iglesia, determinó resucitar el primitivo rigor de la regla del Cármen, que dió san Alberto, é inspirada de Dios, y con promesa suya del feliz suceso que tendria, fundó las monjas carmelitas descalzas, y luego los frailes de la misma órden, rigor de regla, persuadiendo á algunos padres de su órden, diese principio á los descalzos, y á la rigurosa observancia de la regla primitiva: de los cuales fué el primero y capitan de los demás el padre san Juan de la Cruz, varon de admirable espíritu y santidad, como sus libros y fama testifican: el cual dando principio á la vida descalza en un pequeño lugar llamado Durvelo, fué como semilla de la gran posteridad de tantos hijos insignes en virtud, que extendidos despues por toda España, Italia, Francia y las demás provincias de la cristiandad, son ejemplo y edificacion en la Iglesia; y singular honra de esta insigne santa madre y fundadora suya. Fundó el primer convento de monjas, que fué San José de Avila, para cuya fundacion la animó muchas veces Jesucristo. Otra vez vió á la Vírgen á su lado derecho y san José al izquierdo, que la vestian de una capa de mucha blancura, con que la dieron á entender que ya estaba limpia de sus pecados. Acabada de vestir de aquella ropa hermosísima, la dijo la Madre de Dios que la daba mucho contento en servir al glorioso san José, y que creyese que lo que pretendia del monasterio se haria, y en él se serviria mucho su Hijo, y ellos dos: que no temiese habria quiebra en esto jamás; porque ellos la guardarian: porque su Hijo habia prometido andar con ella en el negocio de la fundacion, y en señal que era verdad la daba aquella joya, y echóla al cuello un collar de oro, asida á él una cruz de mucho valor, todo tan hermoso, que no tenia comparacion todo lo hermoso y precioso de la tierra con aquel oro y piedras: con lo cual quedó la santa llena de ternura y gozo de su espíritu, y animada grandemente para vencer todas las dificultades que se la ofrecian. Estándose edificando el convento cayó un pedazo de pared sobre un sobrino de la santa, hijo único de sus padres: tomándole una devota señora en los brazos que tenia bien conocida la gran santidad de santa Teresa, no dudó de verle resucitado por medio de sus oraciones; y así la dijo: Este muchacho está muerto; pero el poder de Dios no es limitado, que si quiere darle vida, puede: mire lo que han sacado su hermana y su cuñado de su casa, y cuán lastimados quedarán: alcance de Dios, hermana, que le vuelva la vida. Súpolo su madre, y deshaciéndose en lágrimas, instó á santa Teresa su hermana, le resucitase. La santa, movida á compasion, hizo oracion por él, y luego comenzó el muerto á revivir, como si despertara de un sueño, diciendo la santa á su hermana, que tomase ya á su hijo: el cual quedó bueno y sano. Al fin, despues de muchas contradicciones y grandes trabajos que pasó la sierva de Dios, se acabó el monasterio, y vió á Cristo nuestro Redentor que la ponia una corona, agradeciéndola lo que habia hecho. Despues vió á la Vírgen santísima con grandísima gloria, vestida de un manto blanco, debajo del cual amparaba á la santa y á todas sus monjas. Trató luego por revelacion que de ello tuvo, de fundar otros monasterios de monjas y frailes en gran pobreza y rigor como lo hizo, favoreciéndola en todo Dios nuestro Señor y su misma Madre. Despues de la fundacion de Avila, fundó santa Teresa en Medina del Campo, luego en Malagon, luego en Valladolid. Desde allí envió con licencias y patentes del general al santo P Fr. Juan á fundar en Durvelo, donde se descalzó. Despues de esto fundó la santa madre los conventos de Toledo, Pastrana, Salamanca, Alva, Segovia, Veas y Sevilla: de aquí envió á fundar el convento de Caravaca: luego fundó en Villanueva de la Jara, en Palencia, Soria: luego envió á fundar el monasterio de Granada; despues fundó en Burgos. En todas estas fundaciones la favoreció el Señor mucho.

Habiendo hecho la fundacion de Malagon, la regaló el Señor con una admirable visita que cuenta la santa por estas palabras: «Acabando de comulgar, segundo dia de cuaresma, en San José de Malagon, se me representó nuestro Señor Jesucristo en vision imaginaria, como suele, y estando yo mirándole, ví que en la cabeza en lugar de corona de espinas en todo ella (que debia ser en donde hicieron llaga) tenia una corona de gran resplandor. Como yo soy tan devota de este paso, consoléme mucho, y comencé á pensar, qué gran tormento debia de ser, pues habia hecho tantas heridas, y á darme pena. Díjome el Señor, que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, que ¿qué podia hacer para remedio de esto, que determinada estaba á todo? Díjome, que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese priesa á hacer estas casas; que con las almas de ellas tenia él descanso: que tomase cuantas me diesen; porque habia muchas que por no tener en dónde, no le servian; y que las que hiciese en lugares pequeños fuesen como esta, que tanto podian merecer con deseo de hacer lo que en las otras; y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de prelado, y que pusiese mucho cuidado en que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz in-

terior; que él nos ayudaria para que nunca faltase.»

Caminando una vez con las monjas que habian de fundar el convento de Veas, y pasando de noche por Sierra Morena, perdieron los carreteros el camino, habiéndose metido en unos grandes riscos y despeñaderos: hallâronse muy afligidos: santa Teresa dijo entonces á sus monjas, que se encomendasen á san José; y habiéndolo hecho devotamente, oyeron una voz como de hombre anciano que decia á los carreteros: Teneos; que vais perdidos, y os despeñareis si pasais adelante. Pararon los carreteros á estas voces: y las personas que iban en compañía de la santa comenzaron á gritos á preguntar al que les avisaba, ¿qué remedio tendrian para salir del estrecho y peligro en que estaban? Él les respondió que echasen todos hácia una parte, por la cual habia tan mal paso que no fué menor milagro atravesar por él, que salir del peligro en que estaban. Como se vió este caso tan maravilloso, quisieron algunos ir á buscar al que les habia avisado: mientras ellos fuéron á buscarle, dijo la santa á todas las religiosas con mucha devocion y lágrimas: No sé para qué los dejamos ir; que era mi padre san José y no le han de hallar: y así fué; que no hallaron rastro de él, aunque llegaron á la hondura del valle; y desde entonces caminaron las mulas con tanta lijereza, que afirmaban los carreteros con juramento que parecia que volaban; y todo era necesario para llegar aquel dia á buen tiempo á Veas.

Habiendo fundado el monasterio de Villanueva de la Jara con gran necesidad y pobreza; al partirse de él, viendo que las monjas que quedaban no tenian con qué sustentarse, las prometió de parte de Dios, cuando se despedia de ellas, que si viviesen religiosamente nunca las faltaria lo necesario; la cual promesa tornó á confirmar otra vez, respondiendo á una carta en que preguntaban si darian la profesion á nueve novicias que acababan, por ser suma la pobreza de aquel convento. La santa escribió que las diesen la profesion, y que en nombre de la santísima Trinidad, en cuyo dia escribia aquella carta, las prometia que no las faltaria lo necesario, si fuesen las que debian: lo cual sucedió así; porque las sobraron limosnas para repartir á los pobres; y un año de grande hambre, cuando no se hallaba trigo en el lugar de Villanueva por ningun dinero, de modo que no podian los de la villa favorecer á las siervas de Dios, ellas se sustentaron milagrosamente por espacio de seis meses que duró la hambre; porque con solo ocho ó nueve fanegas de trigo que estaban en el monasterio al principio de aquella carestía y no bastaban para el sustento de un mes, se sustentaron todo aquel tiempo las monjas tan cumplidamente, que las sobraba para dar largas limosnas á muchos pobres, multiplicándose aquella harina por virtud divina; porque la misma omnipotencia de Dios, que sustentó con cinco panes á cinco mil hombres, sustentó á sus siervas tantos meses con aquella poca de harina, en cumplimiento de la promesa que las habia hecho su santa madre. Acabada la necesidad del trigo, púsolas el Señor, para mayor demostracion de su gloria y providencia, en otra nueva y por ventura mayor que la pasada; y fué, que luego el setiembre del mismo año, sucedió aquella enfermedad universal del catarro; y así por estar toda la gente enferma y ser el lugar pobre y necesitado, y no venderse la labor de manos que las monjas hacian, y estar tambien muchas de ellas enfermas, para hacerla, vino el monasterio á cargarse de enfermas y necesidades. La priora, que en el pueblo no hallaba remedio, escribió á una persona eclesiástica, rica y poderosa, representándole su grave necesidad y pobreza, y quiso el Señor que jamás le respondiese cosa alguna; y así se vieron destituidas de todo favor humano, y lo que mas era, cerradas las puertas para buscarle: pero el Señor fué servido de proveerlas de las suyas adentro, por el medio que ahora diré. Habia en el convento un peral solo, no muy grande, y en este les libró el Señor toda su comida y sustento; porque cargó de tal manera de peras, que cogian cada dia todas las que eran necesarias para la comunidad, de las cuales comian unas veces cocidas y otras asadas, y cogian cargas para vender en el lugar, y con el dinero que sacaban de las peras, compraban todo lo necesario para el convento: y era tanta la abundancia, que acudian muchas personas del pueblo, de ordinario, por peras para los enfermos, y á todas daban. Perseveró el peral en dar abundante fruto por espacio de mas de dos meses; y con desfrutarle cada dia con tan grande exceso, parecia que no se tocaba á él.

Otra vez, en otra grande necesidad que tuvieron, estando la provisora algo afligida y acaso estando pensativa, comenzó á escarbar en el cimiento de un corral de la casa, y halló sesenta reales, donde no se podia esperar que persona humana los hubiese puesto; porque las que hasta allí habian vivido en la casa, habian sido tan pobres, que para su comida no alcanzaban. Guardólos, y comenzó á gastar de ellos; y multiplicó el Señor de tal suerte aquel dinero, que en mas de un año se proveyó el monasterio de todo lo necesario, no mas de con echar mano la provisora á la faltriquera, donde parece que tenia una mina de reales acuñados, sin que en todo este tiempo le faltase. En otras cosas menores tuvo nuestro Señor gran providencia con aquellas siervas suyas, á las cuales habia prometido santa Teresa el divino favor. Como una vez en el monasterio faltasen las ollas en que aderezar la comida, y no hubiese en el lugar de dónde poderlas comprar, vió la cocinera cuatro pedazos de una olla que se habia quebrado; y considerando que no tenia otro remedio, acordó de fregarlos, y juntólos lo mejor que pudo, y con grande confianza en Dios puso en ellos la comida que habia de guisar para la comunidad: hizo la olla su oficio, como si fuera de hierro ó del todo estuviera sana, y despues de comer la volvió á fregar la cocinera, cada pedazo de por sí, y los juntaba de nuevo cada vez que queria poner la olla, y perseveró en hacer esto mismo por espacio de un mes, hasta que hubo ocasion de comprar nuevas ollas.

Con semejantes maravillas mostraba el Señor lo que se agradaba en las fundaciones que hacia santa Teresa, y acreditaba la santidad de su sierva con muchos milagros que obraba por su medio. Estando una religiosa con la santa madre (que estaba escribiendo algunas cartas), la dijo: Hija, si supiera escribir, ayudárame á despachar estas cartas. Ella la dijo, que la diera alguna materia para aprender: dióla dos renglones de su letra, mandándola que aprendiese luego por ellos; y aquella misma noche escribió la religiosa una carta, y ayudó de allí adelante á la santa madre á escribir las cartas, sin haberlo aprendido jamás. A los principios de la fundacion de San José de Avila estaban sus monjas muy afligidas y acosadas de estos gusanillos que comunmente llaman piojos, por ser esto un género de inmundicia que se cria entre la estameña

ó lana de que son las túnicas de las religiosas, que traen junto al cuerpo. Pidieron todas ellas á la santa madre encarecidamente, pidiese á nuestro Señor Jesucristo las librase de aquel trabajo, por la inquietud que les causaba en la oracion: ella lo hizo, y pidió á nuestro Señor aquella merced con grande instancia: y habiéndosela el Señor concedido, aseguró á todas las monjas de aquel monasterio, que vivirian libres de allí adelante de aquella penalidad. Fué cosa grande, que mostró grandemente lo que la santa podia y valia para con Dios; pues no solo en aquel monasterio, sino que en todos los demás de las monjas, no se ve ni se ha visto (dice el P. Fr. Diego de Yepes, obispo de Tarazona), mas ha de cuarenta y tres años, rastro ninguno de esta inmundicia, con ser hábito de sayal y de jerga, y las túnicas de estameña, todo muy ocasionado para lo contrario: de tal manera, que las que estando en el siglo padecian algun trabajo en esto, en tomando el hábito, se las quita; y las que no han de profesar, no participan de este privilegio, como se ha visto muchas veces por la experiencia. Este raro milagro dura hasta hoy: en que se echa de ver, como vive en estas santas religiosas el legítimo espíritu de santa Teresa.

Estando la santa madre en Avila, y habiendo de salir á fundacion, estaba su compañera, que era la venerable madre Ana de San Bartolomé, mas habia de un mes en la cama, enferma de unas recias calenturas: la noche ántes que se partieso, fuéla á ver la santa, y hallóla con una gran calentura, y díjola: Mire, hija, que se ha de ir conmigo mañana. Ella respondió: ¿Pues cómo, madre? ¿No ve V. R. cuál estoy? Replicóla la santa madre: Mi ida no se puede excusar; y ella habrá de ir conmigo: sin decirla mas palabra. A la media noche despertó tan sana y tan buena, como si no hubiera tenido mal, y acompañó á la santa madre su camino; y esto la sucedió algunas otras veces con esta religiosa.

Tuvo clara y manifiestamente la gracia de sanidad; y con solo llegar sus manos curó á muchos enfermos. Estaba en Salamanca en casa de la condesa de Monterrey una señora honrada llamada doña María de Arriaga, mujer del ayo de los hijos de la condesa, muy enferma de un tabardillo: pidió la condesa licencia al provincial para que cuando la santa viniese á Salamanca, entrase por su casa: hízolo así; y despues de haber visitado á la condesa; pidióla entrase á ver la enferma. Entró la bienaventurada santa y púsola la mano sobre el rostro, sin que ella supiese en ninguna manera quién la tocaba, ni ménos que estuviese allí la santa madre, porque la enfermedad la tenia muy fuera de sí; pero luego comenzó á decir con alta voz: ¿Quién me ha tocado, que me siento sana? quedando desde aquel punto con entera salud. En el monasterio de Medina estaba la madre Ana de la Trinidad (que despues fué priora de aquella casa) enferma de una erisipela y de un encendimiento de rostro y narices muy grande, y siempre que la daba esta enfermedad (que era muy de ordinario) eran necesarias muchas sangrías, y la inflamacion era de suerte, que temiendo los médicos peligro de cáncer, trataban de hacerla dos fuentes. Estando allí santa Teresa, dióla la enfermedad á esta religiosa, juntamente con una grande calentura, y llevábanla á acostar las demás: luego que lo supo la santa, hízola llamar: vino la enferma, y sin saber lo que la santa madre queria, hincóse de rodillas delante de ella: trájola la mano por el rostro, donde estaba la erisipela, y la dijo: Confie, hija, que Dios la sanará. ¡O maravilla de Dios! que desde aquella hora se sintió la enferma sin calentura, sin erisipela, sin dolor y sin enfermedad alguna, y por espacio de mas de veinte años, que despues vivió, jamás la volvió este accidente, con haber sido desde su niñez continuamente acosada de esta enfermedad.

Tambien fué cosa milagrosa el aparecimiento que hizo santa Teresa en vida al padre Gaspar de Salazar, rector de la Compañía de Jesus que fué en Avila y en otras partes, y confesor de la santa madre, dándole algunos avisos para el provecho de su alma, estando él distante hartas leguas de donde la santa estaba. Otra vez, estando la santa en Segovia, se apareció á una monja enferma, que estaba en Salamanca, bendiciéndola y regalándola, y llegándola las manos al rostro la decia: Hija mia, no sea boba ni esté con esos temores, sino ántes muy confiada en lo que hizo y padeció por ella su Esposo; que es grande la gloria que la tiene aparejada, y crea que hoy la gozará: y aquel mismo dia fué á gozar de Dios, muriendo con grande alegría de su alma.

Mayores maravillas fueron las de sus heroicas virtudes y dones del Espíritu Santo, con que enriqueció el Señor á esta grande sierva suya, para que fuera dechado de perfeccion á tantas personas, como en la sagrada religion del Cármen descalzo han florecido en santidad, dando á todas sus hijas é hijos singular ejemplo de toda perfeccion religiosa. Fuera cosa muy larga si hubiéramos de tratar de todas las virtudes de esta gloriosa santa; porque en todas alcanzó un heroico modo de obrar y una perfeccion admirable. Solo diré algo de las virtudes que son mas propias y mas necesarias á los religiosos. Fué cosa de gran admiracion la maravillosa obediencia de santa Teresa, con ser la fundadora de su sagrada religion. Primeramente, obedecia á sus confesores tanto como al mismo Dios; y decia, que si todos los ángeles del cielo se juntasen y la dijesen una cosa, y sus prelados y confesores otra; aunque supiese que eran ángeles, no haria sino lo que sus prelados la mandaban. Tenia por estilo ordinario, cuando el Señor la revelaba alguna cosa, particularmente si era cosa que la mandaba que ella hiciese, proponer á su confesor el negocio sin decirle nada de la revelacion, para que él lo mirase segun las leyes de la prudencia; y ella se ponia con grande indiferencia para obedecerle, aunque la mandase contra lo que en la revelacion habia entendido, haciendo mas caso de un punto de obediencia, que de cuantas revelaciones tenia: porque esto, decia ella, era lo mas seguro, y no puede engañarse el que se guiare por aquí; pero lo otro, podia ser ilusion y engaño. Gustaba mucho la santa madre, que la mandasen cosas dificultosas y que la costasen trabajo, y solia decir, que ninguna cosa la mandaria su confesor, que la dejase por cosa del mundo, y cuando no la hiciese como él la mandaba, pensaria que andaba muy engañada. Pesábale mucho que sus confesores la diesen razon de lo que la mandaban: y así se lo pedia, porque gustaba grandemente de la obediencia simple, pronta y ciega, como se verá por los ejemplos que ahora diré. Habiendo la santa madre escrito un libro, por órden de un confesor suyo, sobre los Cantares de Salomon; por sola una palabra que la dijo otro confesor, mandándola que quemase lo que habia escrito, luego al punto lo hizo, sin reparar en el trabajo

que la habia costado y las cosas tan buenas que allí tenia escritas, y el fruto que del libro se podia esperar. Y casi lo mismo la hubiera acaecido con el que escribió de su vida (que es el que ahora anda impreso con notable provecho de muchas almas): porque como el padre maestro Bañez, confesor suyo, para probar su sentimiento, le diese á entender que convendria quemar aquel libro; la santa con grande igualdad de ánimo y prontitud de obediencia, le dijo que lo mirase, y que como á él le pareciese, lo quemaria luego al punto. Estando en el monasterio de Medina del Campo, y habiéndose disgustado con ella un provincial de los padres calzados del Cármen, porque no habia hecho una priora que él pretendia, la envió un mandato con censuras, que saliese luego de aquel monasterio, juntamente con la priora que habia elegido, que era la madre Inés de Jesus: llegó este mandato ya tarde, y por cerca de Navidad: hacia una noche bien fria, y la madre estaba enferma de perlesía, y actualmente tenia otras enfermedades; pero en recibiendo la obediencia y precepto de su prelado, y pudiendo muy bien dilatar el cumplimiento de él para otro dia, ó darle razon de lo que habia hecho; no reparando en la salud, ni en su vida, salió juntamente con la priora (como lo mandaba el provincial) con mucho contento y alegría; porque todo lo que ella podia tener en esta vida, era el no hacer su voluntad. Y así, siempre que llegaba á un monasterio, en no habiendo priora, se sujetaba á la supriora; y con ser fundadora, se sentaba en los mas humildes lugares. Para perfeccionarse mas en esta virtud, procuraba mil invenciones santas. Cuando caminaba, daba siempre la obediencia á los religiosos y clérigos que iban en su compañía; y en los monasterios donde estaba, á la priora.

Fué en la virtud de la castidad angélica tan excelente, y túvola en grado tan superior, que no solo conservó este precioso tesoro de la castidad todos los dias de su vida, sino que estaba tan pura, que no sentia las tentaciones molestas de la carne, mas que si no estuviera vestida de ella; y esto mas fué singular privilegio que la concedió Dios, que victoria ganada á punta de lanza: y aunque todas las virtudes resplandecian, no solo en sus costumbres y acciones, sino tambien en su semblante; pero particularmente la castidad y pureza de su alma se manifestaba mas en su rostro y compostura, y con ella atraia y aficionaba á esta misma pureza á los que hablaba y trataba; de manera que la persuasion mas eficaz para la castidad era la vista de su semblante. Este dibujo de castidad que traia estampado en su rostro, era un retrato, ó por mejor decir, una sombra de su castidad y pureza interior, que era tan grande, que ni en la carne, ni en el espíritu, ni aun en la misma imaginacion, ni en vigilias, ni en sueño, ni en ningun tiempo, ni en ocasion alguna, jamás se oia ni veia en ella rastro de este enemigo comun y casero; porque, como profetizó Oseas, el Señor le habia quebrado el arco y la espada, y ahuyentado la guerra de su tierra, y dándole lugar para que durmiese y reposase en sus brazos, sin temor de estos enemigos. En fin, fué tanta la limpieza no solo de su alma sino tambien de su cuerpo, que parece increible; porque por privilegio particular vivia con ignorancia de esta pasion: y así muchas religiosas afirman en sus dichos, que si acontecia que alguna como á madre ó prelada la comunicaba alguna tentacion contra la honestidad y pureza, era la cosa donde se hallaba mas atajada, y decia la fuése á comunicar con alguna persona que la entendiese, que por no haber ella experimentado semejantes tentaciones, la parecia estaba inhábil para dar el remedio: lo que no respondia á otras ningunas que la comunicasen.

No fué ménos extremada santa Teresa en el espíritu que tuvo de la pobreza evangélica, no queriendo cosa de esta vida: era muy amiga de traer el hábito viejo y remendado para ayudar tambien con la pobreza del vestido á la humildad y desasimiento del alma. Solia vestirse los hábitos viejos que otras dejaban, y cuanto mas iba en esto contra su natural inclinacion que era de toda limpieza y aseo, tanto mostraba mas su mortificacion y el amor que tenia á la santa pobreza; y así, cuando andaba con un hábito roto, andaba la mas contenta del mundo. Abominaba en sus monjas todo lo que olia á curiosidad, así en él como en otras cosas; porque la parecia que de las vanidades ninguna podia ser mayor que el sayal y vestido que se trae para muestra del menosprecio del mundo, sacarle de su paso y adulterarle, buscando en él curiosidad y vanidad. Y para que las monjas estuviesen desasidas, así del hábito, celda, libros, ú otras cosas que se las permiten á uso (en las cuales suele cebar el demonio á algunos con un asimiento y aficion como si fueran proprias, y con un alfiler ó niñerías semejantes impide á veces tan alto aprovechamiento, como si fueran grandes tesoros); para evitar tantos inconvenientes, solia la santa hacer que las trocasen y mudasen, quitando con esto el asimiento y aficion que del uso de estas cosas se suele pegar al corazon. Trabajaba siempre de manos para ganar la comida como pobre. No queria recibir por limosna joyas ni otros dones de estima. Dábala gran contento cuando, estando en alguna fundacion, la faltaba algo de lo necesario, de comida, de cama, ó de otra cosa. Estando en la de Alva, no tenian servilletas, y queriendo las monjas enviárselas á pedir á la fundadora de aquel monasterio, la santa no lo consintió, para gozar de aquel privilegio: y esto mismo la pasaba en mil ocasiones, y no queria que sus monjas tuviesen mas alhajas de aquellas que eran tan necesarias, que no se podian excusar para acomodar la casa; y así dejaba el monasterio é iglesia que fundaba, con grandísima pobreza, hasta que los de fuera por su devocion se movian á darlas lo que tenian necesidad, en lo cual mostraba bien, no solo su pobreza, sino su fé. Confesaba la santa que por el bien de sus monjas le habia dado el Señor á entender los grandes bienes que hay en la santa pobreza, y trataba de ella con gran gusto y estima: «Es un bien (decia) el de la pobreza, que todos los bienes del mundo encierra en sí, es un señorío grande señorear todos los bienes del mundo. La verdadera pobreza, tomada por solo Dios, trae consigo una gran honra, no ha menester á nadie sino á él, y luego tiene muchos amigos en no habiendo de menester á nadie. Nuestras armas son la santa pobreza: esta han de tener nuestras banderas, procurándola guardar en la casa, en vestidos, en palabras y mucho mas en el pensamiento.» Queria asimismo que sus casas y alhajas de ellas fuesen pobres; y así en las que hacia, ponia cruces de cañas y de palos toscos, sin labrar. Encargó la pobreza y estrechura de los edificios de los monasterios, así para los frailes como para las monjas. Parecíala gran monstruosidad ver gente pobre y descalza en grandes edificios, y gran locura (como ella decia) que las casas de gente des-

calza hagan mucho ruido, cuando se hayan de caer el dia del juicio.

Aumentaba al espíritu de pobreza el gran amor y estima que hizo de la penitencia y rigor. Con estar cargada de enfermedades (porque era muy molestada del mal de corazon, del dolor de ijada y de perlesía, y de otros achaques, compañeros de tantos duelos; y sobre todo, padeció por espacio de cuarenta años graves enfermedades y continuos dolores, nacidos de tanto desconcierto y desproporcion que tenia en los humores), jamás volvió las espaldas al rigor y penitencia, ni perdonó al mal tratamiento de su carne; porque en lugar de la cama regalada (que era bien necesaria para sus enfermedades) dormia en una poca de paja; y esto, aunque la apretasen algunas de las enfermedades dichas, y si no era muy grave, apenas admitia colchon, ú otro regalo de lienzo. Por mucho tiempo trajo tan áspero cilicio, que la causaba en la carne muy lastimosas llagas, y este pocas veces lo dejaba, cargada de años y de perlesía y otras enfermedades. Su túnica era siempre de lana: sus vigilias eran continuas, en las cuales se la pasaba la mayor parte, ó casi toda la noche en oracion; porque su sueño era tan escaso, que el reposo que daba al cuerpo enfermo y cansado de tantos negocios, y á veces de largos caminos, no excedia de tres horas, y á lo mas largo, de cuatro. En el ayuno y abstinencia era tan rigurosa, como en lo demás. Su comida ordinaria era un huevo ó sardina, algunas legumbres, y otras veces unas puches: y cuando sentia alguna necesidad, su regalo era un poco de pan frito en aceite. No bebia jamás vino: no comia carne, sino con grave enfermedad, y esto habia de ser con estrecha obediencia de sus confesores; y entonces comia un poco de carne; porque mas que esto la parecia gran exceso y regalo. Y así, purgándose un dia en Salamanca, la trajeron para comer de una gallina: y aunque se lo rogaron mucho sus hijas, diciéndola, que mas las edificaria comiendo de ella, que no con la abstinencia que hacia; no pudieron alcanzar de ella que la comiese, mas que un poco de carnero cocido. Guardó estrechamente los ayunos de la órden, que son casi ocho meses del año: pero de esto no me maravillo; porque estaba tan absorta de Dios, que no habia pena, ni trabajo alguno, que así le hiciese perder los estribos, como el haber de esforzarse á comer alguna cosa: y lo que mas admira, es, que estando acostada en la cama, cargada de dolores y enfermedades, la vieron muchas veces, en tiempo que la comunidad estaba en disciplina, levantarse secretamente y hacer ella otro tanto en su celda. Tratábase de ordinario, nó como monja, sino como ermitaña: nó como enferma, sino como robusta y sana: nó como inocente y pura (que lo habia sido su alma de toda culpa grave, como lo dijo el sumo pontífice que la canonizó, en la bula de su canonizacion, y en las relaciones de la sagrada Rota), sino como si hubiera sido la mujer mas profana y pecadora del mundo; y así, en ninguna cosa perdonaba el mal tratamiento de su cuerpo. Decia muchas veces la santa, que daba Dios gran gloria en premio de la penitencia que acá se hace; y que aunque no la hiciéramos, sino por imitar á Jesucristo, que no tuvo hora de descanso en esta vida, no la hablamos de dejar.

Nacia este rigor tan raro de un grande aborrecimiento que de sí tenia, fundado en un vivo conocimiento de sus pecados y profundísima humildad; porque estaba toda sumida en el abismo de su nada, y tan enterada de las muchas ofensas que habia hecho á Dios, y del gran castigo que merecia, que por ella ninguna cosa se la ofrecia de trabajo ni de menosprecio, por grande que fuese, que llegase á lo que ella sentia de sí: y así, estaba tan baja y tan honda, que por mucho que cavasen en ella con las injurias, oprobios y menosprecios, no podian llegar al profundo donde ella estaba sumida: porque si la decian, que era engañadora ó mala mujer, ú otros testimonios semejantes (que de estos no la faltaron muchos); aunque ella por la bondad de Dios, echaba de ver que no tenia estas faltas, pero mirando sus pecados, la parecia que virtualmente en haber ofendido á nuestro Señor, habia cometido toda maldad y pecado; y así hallaba (á su parecer) en sí mucho mas mal, que el que la atribuian: y por esta razon (que era la que hacia á la santa tan humilde) la parecia que todos la tenian en cuanto mal podian imaginar y decir de ella, y buscaba otras mil razones para disculparlos, y para dar á entender que era verdad todo cuanto de ella decian, y que tenian razon en cualquier maltratamiento que la hacian. Las honras la eran un dolor y carga intolerable; y por esta causa sentia en el alma escribir las mercedes y favores que el Señor la hacia, y mucho mas cuando sospechaba se habian de saber; y así dice en el fin del libro de su vida, que sintió mucho mas escribir las mercedes que el Señor la hacia, que sus pecados. Y por no ser conocida, ni tenida por buena, pidió á nuestro Señor la quitase los arrobamientos públicos, y costóla hartas lágrimas y oraciones el alcanzarlo: y cuando se comenzó á tener alguna noticia y estima de su virtud, trató con grandes veras de irse del monasterio de la Encarnacion á otra casa de su órden, la mas remota y apartada que hubiese, donde no fuese conocida, ni nadie se acordase de ella: pero sus confesores no se lo consintieron; porque Dios la tenia guardada para grandes cosas. Llegó á tanto la pena que la daba sospechar que se podian venir á entender las mercedes que el Señor la hacia, que escogeria ántes que la encerraran viva, como ella escribe en su vida por estas palabras: «Cuando pensaba que estas mercedes, que el Señor me hace, se habian de venir á saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino á términos que considerándolo, de mejor gana me parece me determinara á que me enterraran viva: y así cuando me comenzaron estos grandes recogimientos ó arrobamientos á no poder mas resistirlos en público, quedaba ya despues tan corrida, que no quisiera parecer en donde nadie me viera. Estando una vez muy fatigada de esto, me dijo el Señor, que ¿qué temia? que en esto no podia haber sino dos cosas, ó que murmurasen de mí, ó que alabasen á él: dando á entender que los que lo creian, lo alabarian; y los que nó, era condenarme sin culpa: y que ambas cosas era ganancia para mí, que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino á términos la tentacion, que me queria ir de este lugar, y morar en otro monasterio muy mas encerrado que el en que yo de presente estaba, que habia oido decir muchos extremos de él. Era tambien de mi órden y muy léjos; que esto es lo que á mí me consolara, estar en donde no me conocieran, y nunca me dejó mi confesor.» Llegó á tener tanto gusto en el propio desprecio, que decia, no habia para ella música mas concertada y agradable,

como cuando la decian sus faltas, porque no solo queria ser humilde sino tambien humillada de todos.

Cuando estaba en el coro, si se la ofrecia alguna duda en el rezado, por muy pequeña que fuese (y á veces aunque parecia que la sabia), allí la preguntaba á las novicias y á las niñas del monasterio, para mas humillarse. Y porque la parecia que todas las demás aprovechaban en el servicio de Dios, y ella quedaba muy atrás, y que no merecia servir á aquellas religiosas; en saliendo del coro, iba secretamente á cogerlas los mantos que allí dejaban. Fué siempre con esta determinacion de no excusarse, por culpada que fuese. Gustaba de los oficios mas humildes, hallando en ellos á Dios. De la cocina hacia oratorio, y allí era para ella el *Sanctus Sanctorum*, donde ofrecia sacrificios de alabanzas á su Esposo, donde ella trataba y conversaba con él, y él la visitaba y regalaba dulcemente, no extrañándose del lugar ni del oficio; y así entrando las religiosas á deshora á la cocina, hallaban á la santa con la sarten en la mano puesta sobre el fuego y el corazon abrasado en el de Dios, toda elevada y fuera de sí, con un rostro muy hermoso y resplandeciente, y la sarten tan fuertemente apretada, que no se la podian sacar de la mano. En estos y en otros oficios bajos y humildes, que era barrer y fregar, se ocupaba muchas veces, y siempre se inclinaba á lo que mas decia con su condicion y virtud de humildad que era á lo mas vil y bajo: y si otras barrian la casa, el claustro, las oficinas y celdas, ella escogia barrer y limpiar las inmundicias del corral, y otros lugares semejantes, y allí sentia grandísima fragrancia de suavísimos olores. Acaecíala muchas veces levantarse ántes que las demás á coger la basura del convento, y cuando se ofrecia hacer alguna obra, la primera que tomaba la espuerta y la escoba era la santa, y sacando esfuerzo de su espíritu, vencia la flaqueza del cuerpo y de sus enfermedades y (lo que era mas) de su condicion natural. Y cuando por las ocasiones graves de los negocios, ó la demasiada flaqueza del cuerpo, no la permitian hacer lo que las otras; porque no se la pasase dia sin dar algun ejemplo de humildad cuando para otra cosa no estaba, tomaba el candil para alumbrar á las religiosas, cuando salian del coro ó entraban á otros lugares comunes que suele ser oficio de las mas nuevas en años y religion. Si veia alguna religiosa que padeciese alguna enfermedad asquerosa, ejercitando juntamente la mortificacion y humildad se llegaba á ella, y la regalaba y besaba las manos y comia de lo que ella estaba comiendo, y hacia otras demostraciones de su grande amor, siendo naturalmente muy limpia y teniendo estómago y condicion natural muy contraria á estas enfermedades.

Fué entre todos singularísimo el ejemplo que dió esta bienaventurada santa de su humildad, saliendo una vez al refectorio delante de toda la comunidad, arrrastrando por el suelo con piés y manos, como suele andar una bestia, con un seron de piedras encima de sus espaldas, con una soga en la garganta, y una hermana que la llevaba del diestro, diciendo públicamente sus faltas; significando con esta figura y espectáculo de humildad, su deseo de ser tenida por bestia, y la estima y reputacion que de sí tenia. Otra vez salió cargada con unas aguaderas llenas de paja diciendo tambien sus culpas con grande humildad, y con grande sentimiento y lágrimas de las que las oian. Solia tambien salir en medio del refectorio á decir sus culpas, y pedia perdon á la priora y á las monjas de las faltas que en aquel dia habia hecho como si fuera la ménor de todas ellas: y algunos dias comia en el suelo, estando las demás sentadas á la mesa, dando con esto ejemplo á sus monjas, y muestras claras de su grande humildad. A estos actos heroicos de virtud añadiré otro no ménos levantado; y fué que como la santa era tan humilde, la parecia habia comenzado á ser religiosa, y queriendo que las demás compañeras suyas entendiesen esto, estando en Toledo, pidió á su prelado (que era entonces el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios), que la quitase el hábito, y la dejase andar sin él algunos dias como si fuera seglar y pretendiese el hábito, y que se lo diese despues cuando á él le pareciese. El prelado, viendo la devocion y humildad con que lo pedia, condescendió con su peticion, y haciéndola quitar el hábito que ella traia, la dejó por dos ó tres dias de esta manera; y entonces andaba la santa tan humilde como contenta. Despues, al cabo de tres dias vino el prelado á darla el hábito, y ella lo recibió con las mismas bendiciones y ceremonias, como si aquel mismo dia tomara el hábito para novicia. Estaba con tanto espíritu, mientras la decian las oraciones, que se quedó arrobada en presencia de todas: y otro dia recibió el velo con otro grande arrobamiento, quedando con una extraña hermosura en el rostro, con que mostraba claramente la que tenia en el alma, y cuán de veras sentia lo que en lo exterior mostraba.

¿Qué diré del encendido amor de Dios que tenia santa Teresa, sino que parecia igual á aquel en que los serafines se abrasan el que Dios puso en esta santa vírgen, que segun las muestras y finezas que en esta vida dió de él, no hallo en la tierra con qué compararlo? Porque á la manera que los serafines son todos una llama y un fuego vivo continuo encendido y penetrativo; así el amor de esta santa fué para con Dios en perseverancia continuo, en fervor ardentísimo y en la fuerza muy penetrante: que estas son las propiedades altísimas que san Dionisio Areopagita pone en el amor de los serafines. Andaba siempre tan encendida en amor, que hecho su corazon una brasa, de continuo despedia de sí fuego y encendimiento de amor, y toda andaba embebida y empapada (si así se sufre decir) en Dios. Aquí tenia siempre sus deseos: allí eran de continuo sus pensamientos; y allí vivia: estas eran sus ansias: esta era su comida, su sueño, su trato y conversacion; porque ardia de continuo en su corazon tan grande aficion que la sacaba fuera de sí, y la robaba el pecho, el amor y el deseo, y de tal manera la trasformaba en Dios, que andaba como si estuviera en otra region, y las cosas de esta no la tocaran, que no parece que estaba su alma donde tenia su cuerpo. Los negocios y embarazos que se la ofrecian, y lo que mas es el comer y beber, y todas las demás cosas que la ocupaban y quitaban de estarse absorta en Dios gozando de su sabrosa conversacion, la era muy penoso. Y como el que está inflamado con alguna calentura aborrece y abomina cualquiera mantenimiento que le ofrecen por mas gustoso que sea, por razon del fuego y mal que le abrasa; así ella, por estar tan encendida con el fuego del espíritu celestial, no la arrastraba cosa de la tierra, ni la daba gusto nada de ella. Y á la manera que el fuego embiste con su calor al agua, y la hace perder su frialdad y subir arriba con grande ímpetu y calor; así heria el fuego divino con tanta violencia al corazon de esta santa, que causaba en ella unos ímpetus de Dios y deseos de verle tan exce-

civos, que la hacian salir el alma de los sentidos, y á veces la ponian en ocasion de salir tambien del cuerpo. Eran estos ímpetus y deseos de ver á Dios, y la pena de carecer de él tan grande, que (como ella confiesa) la enajenaba de sentido; porque era una manera de arrobamiento penal, que casi la quitaba todos los pulsos, y la ponia tan en las puertas de la muerte, que (como ella decia) creia que estas ansias de Dios la habian de quitar la vida. Moria, porque vivia: y no podia valerse con la vida, y á su parecer hacia mucho en sufrirla; y así venia á tener en el mayor deseo la muerte y en la mayor paciencia la vida. No podia sino pedir á Dios la muerte, porque no hallaba remedio en la vida.

Creció tanto el amor y vino á ser el fuego tan eminente, que llegó á hacer su alma tan una con Dios, como lo son dos luces que entran en un aposento por diferentes ventanas, ó como dos aguas que, estando ántes divididas, se vienen á juntar en una; que son dos ejemplos de que ella usa en sus libros: nó porque se viene á hacer una sustancia con Dios, sino un amor y un espíritu. Tenia una invencible resolucion de no dejar de hacer cosa alguna que entendiese era mas perfeccion y servicio de Dios, aunque fuese á costa de su descanso, de su sangre y de su vida, de suerte que tenia por regla, nó como quiera la voluntad y gloria de Dios, sino aquello que entendia que era mayor gloria y honra suya. En esto quiso hacer de su virtud necesidad; y para darle toda la perfeccion á este modo de obrar tan divino y propio á los ángeles que moran en el cielo, lo confirmó con voto. Pues el amor que tanto pudo, sin duda tiene gran fuerza, y es grandísimo el fuego que á tan grandes cosas se extiende, y que tanta leña consume y abrasa; porque aunque parece este voto una simple promesa, es una determinacion que abraza en sí todo lo mas alto y apurado de la perfeccion cristiana, que no es una sola cosa, ó pocas cosas, ó fáciles para ser hechas, sino una muchedumbre de dificultades sin número; porque trae consigo una obligacion á hacer siempre lo que Dios manda en su ley, lo que su órden dispone en su regla y constituciones, y á cumplir todo lo que la razon dicta, lo que la justicia manda y la fortaleza pide, y la templanza y prudencia y todas las demás virtudes establecen y ordenan: y para decirlo todo en una palabra, es negar todos sus propios gustos, por gustar solamente de lo que Dios gusta y quiere. Todo esto es lo que prometió en este voto, y salió valerosamente con el cumplimiento de él, ayudada del amor que tenia á Jesucristo, en quien (como decia san Pablo) todo la era posible y hacedero.

La caridad que tenia la santa con los prójimos, era cortada al molde de la caridad tan abundante y encendida que tenia de Dios. Este amor y deseo de la salud de las almas, la hizo ponerse en tantos trabajos y andar casi diez y seis años cargada de dolores y enfermedades, peregrinando por toda España con frios, con aguas, con calores grandes, para fundar monasterios, en que recogidas muchas de ellas, como en otra arca de Noé, fuesen salvas de los peligros del mundo. Y aunque deseaba mucho que todas sirviesen á Dios; cuando veia alguna persona de gran talento, íbase á nuestro Señor con unas ansias que no se podia valer, y con gran fervor le decia: Señor, mirad que este es bueno para nuestro amigo; pareciéndola que una persona tal, siendo perfecta, haria mas provecho que muchas ordinarias. Tenia un gran cuidado de la salud y conversion de los pecadores; y lo que mas pena la daba, era la caida de los buenos. El multiplicarse las herejías y necesidades de la Iglesia, era una saeta que siempre traia atravesada en el corazon, y un despertador continuo de sus lágrimas, y unas espuelas para hacer grandes penitencias. Así hizo en órden al remedio de estos daños, y para satisfaccion de sus deseos, todo lo que pudo hacer segun su estado y su condicion. Rasgábasela el corazon á la santa de ver la tiranía con que el demonio trataba y tenia oprimidas las almas de los herejes y de otros pecadores, criadas por el cielo y redimidas con la sangre del mismo Dios, sin hallar medio para su desengaño. Las noches casi las pasaba en vela, orando, gimiendo, suspirando y suplicando á Dios la hiciese merced de alumbrar aquellas almas que tan lastimosamente estaban engañadas. Mil vidas diera para remediar una alma, y de cualquier gozo, aunque fuese muy espiritual, se privara de muy buena gana por el aprovechamiento del prójimo. El fruto que hizo en las almas, y conversiones admirables que por las oraciones y medio de santa Teresa se hicieron, pide una larga historia, porque fueron muchas y por toda su vida; porque por toda ella la abrasó el celo de la casa y honra de Dios. Los trabajos que pasó por sus prójimos fueron muchos; pero muy pocos la parecian á su excesiva caridad, deseando padecer mas y mas por Jesucristo nuestro Redentor y sus redimidos. Este era su continuo pensamiento, este su deseo, este el único consuelo que tenia en esta vida, y con que acallaba y entretenia los grandes ímpetus y deseos que tenia de morirse para ver á Dios. El padecer la hacia agradable vida tan enojosa, y breve peregrinacion tan larga y prolija, y segura navegacion tan peligrosa. Por esto (como otro san Pablo) sufria y deseaba el privarse el tiempo que la vida la durase de la clara vision y abrazos dulces de su esposo Jesucristo: y como no vivia sino para padecer, así solo esto la daba contento y satisfacion á su alma: y solia decir, que para nada era buena esta vida sino para padecer: para nada era corta y breve sino para trabajar. Por esto nunca cesaba de pedir á Dios la diese trabajos, ni se cansaba de padecerlos. No solo no la cansaban las tribulaciones y trabajos, sino ántes la eran particular alivio y regalo, y lo que otros tienen por pena ó castigo, lo tenia ella por deleite y premio de sus trabajos; como se echó de ver en lo que ahora diré. Estando la santa madre en Avila en los años postreros de su edad, ofreciósela uno de los mayores trabajos que en su vida habia pasado; y dijo entonces delante de una grande amiga suya con gran consuelo y ternura: Con este trabajo, Señor, me pagais todos los que me habeis dado en mi vida. Con estas palabras dijo mas de lo que yo aquí sabré declarar; porque no solo dice en ellas el gusto grande que tenia en el padecer, sino que tenia puesta en esto la felicidad de la vida presente, como si Dios no la hubiera criado sino para trabajos, teniendo por corona y premio el padecer; porque estaba ya su alma tan trasformada y connaturalizada en estos deseos, que solia decir que el padecer no tenia necesidad de otro fin sino padecer; significando la estima que tenia de los trabajos y deleite que habia en ellos. Tenia muy frecuentemente en la boca y corazon estas palabras: Señor, ó morir ó padecer. ¡Gran indicio del sumo amor que á Dios tenia; pues estimaba mas los trabajos pasados por su amor que la misma vida! Habia pe-

dido á Dios que nunca le faltasen dolores que atormentasen y afligiesen su cuerpo: y cumplióla el Señor estos deseos; porque ni la faltaron estos mientras vivió, ni jamás las que la trataron la vieron con salud; y si algun tiempo se la aliviaban sus trabajos y enfermedades, era cuando se la ofrecia alguna fundacion. Por entonces suspendia Dios nuestro Señor el padecer para mas padecer: y si acaso se veia apretada de algun dolor, disimulaba todo lo que podia para que las hermanas no lo echasen de ver y la quisiesen impedir tan buenas ocasiones y tan agradables para ella, cuanto llenas de dificultades y trabajos.

No solo quiso probar el Señor á su sierva en estos trabajos y dolores causados de sus enfermedades, sino que para mayor premio y corona de su paciencia, dió licencia al demonio para que le atormentase en su cuerpo y emplease su malicia y fuerzas para vencer á la santa, estando él á la mira de todo, como en otro tiempo hizo con el santo Job. Y como de ordinario por medio de la oracion é intercesion de la santa, sacaba Dios á alguna alma de pecado, y por el consiguiente de la servidumbre del demonio; luego se vengaba de la santa madre y la atormentaba cruelmente. Entre otras una vez la apretó con tan terribles dolores, y tanto desasosiego interior y exterior, que la hacia estar dando grandes golpes con todo el cuerpo, brazos y cabeza, que parecia se queria deshacer y despedazar; pero ella entretanto estaba pidiendo á nuestro Señor paciencia, y ofreciéndose como solia, á padecer y sufrir, si fuera voluntad suya, aquel trabajo y fatiga hasta el dia del juicio, ó hasta cuando fuese su santísima voluntad. Despues de haber padecido por espacio de cinco horas, echó de ver al malhechor y causador de su daño; porque vió cabe sí un negrillo muy feo, mostrando gran regaño, porque donde pretendió ganar habia salido con pérdida. La bienaventurada santa con gran serenidad de ánimo, echando un poco de agua bendita hácia donde estaba, le lanzó de allí. Otra vez el demonio con furor y rabia infernal tomó una hacha de cera y la dió con ella tan grandes golpes, que la dejó medio muerta y muy desfigurada en el rostro; y tuvo con él otras muchas refriegas, que en ellas la apretaba y afligia con trabajos exteriores de visiones, amenazas, golpes y otros tormentos: y así la oyeron decir algunas veces que el demonio la afligia mucho con trabajos exteriores; pero ella triunfaba de él con humildad y paciencia.

Sufrió tambien de los hombres muchos malos tratamientos é injurias, con grande paz y gozo de su espíritu. En la fundacion de Burgos, porque nunca la faltasen trabajos que padecer, estando en una iglesia el jueves santo, queriendo pasar unos hombres por donde ella estaba; como la santa no lo advirtiese, y por esto no se levantase tan presto para darles lugar, pensando que no hacia caso de ellos ni les queria dar paso, viendo el manto humilde y desechado que traia, pensaron que debia de ser alguna mujercilla de condicion semejante al vestido: diéronla de coces para echarla á la otra parte; y con ellas la derribaron en el suelo. Cuando su compañera Ana de San Bartolomé acudió para ayudarla á levantar, hallóla con mucha risa y contento de lo que habia pasado. Con el mismo contento y alegría sufrió unos chapinazos que la dió una mujer, estando en la fundacion de Toledo, oyendo misa en la iglesia de San Clemente. Estando en Sevilla, la levantó un sacerdote grandes testimonios, y andaba el negocio de manera que casi todo lo mas principal de Sevilla estaba con grandes preñeces esperando que cada dia habian de llevar á las pobres monjas á la Inquisicion. Viniendo un dia el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios (que ya estaba en Sevilla) á visitar á la santa madre, vió en la calle muchos caballos y mulas: y sabiendo que eran de los señores inquisidores y ministros (que estaban en el monasterio para averiguar la verdad de este caso, y el clérigo á una esquina esperando cuándo las habian de llevar presas), dióle gran miedo y turbacion: y llegando á hablar con la santa, hallóla muy alegre y contenta, esperando si por ventura se la ofreciera alguna afrenta que padecer; que de cualquier trabajo é infamia, como ella no tuviese culpa, gustaba como si fuera la cosa mas dulce y sabrosa del mundo; pero viendo tan afligido y turbado al padre, díjole que no tuviese pena; que Dios queria mucho la honra de sus siervas, y no consentiria en ella tal mancha ni afrenta: que ya nuestro Señor la habia dicho en la oracion que no temiese, que todo seria nada; y que los que pretendian oscurecer la verdad no saldrian con su intento: y así fué; porque aclararon los señores inquisidores la verdad y dieron muy gran reprension al clérigo: y para certificarse mas del espíritu y manera de proceder en la oracion de la santa, acudieron al padre Rodrigo Alvarez, varon muy espiritual de la Compañía de Jesus, á quien la santa madre dió una relacion por escrito de su vida; y él la aprobó y mostró á los inquisidores: y con esto cesó el alboroto, y por este medio vino á ser mas conocida y estimada la virtud y santidad de la santa y sus monjas.

Conforme al excesivo amor que tenia á Dios santa Teresa, la sublimó el mismo Señor á un tan alto modo de oracion, que mas parecia de ángel que habitaba en los cielos, que de persona que vivia en este destierro y valle de miserias, y nadie la pudiera dar á entender sino ella misma, en aquellos libros admirables que escribió para enseñanza de muchos y admiracion de todos, escogiéndola Dios para doctora y maestra de oracion y espíritu. Fueron grandes y muy frecuentes los arrobamientos y visiones, hablas interiores y revelaciones, sabiduría infusa, don de profecía, y otros grandes favores que la divina Majestad comunicó á esta santa virgen. Muchas veces fué vista levantada de tierra y toda absorta en Dios, y que el rostro tenia lleno de resplandores, como otro Moisés, que alumbraban los aposentos oscuros. Los que la comulgaban la solian ver con el rostro todo resplandeciente. Con los mismos resplandores la vieron muchos cuando escribia los libros admirables que compuso. Otra vez, estando en capítulo con sus monjas, echaba tantos rayos de sí que ilustraba todo el capítulo. A los principios, andando con grande temor de ser engañada, la aparecieron los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo en el mismo dia, y la prometieron no seria engañada del demonio: ello se cumplió así; pues con haber tenido tantas cosas de Dios y tan extraordinarias, jamás el demonio la pudo engañar. Supo la muerte de aquel admirable varon y gran siervo de Dios, san Pedro de Alcántara, un año ántes que sucediese. Revelóla nuestro Señor algunas veces que habia de morir de repente doña María de Cepeda, su hermana: díjolo á su confesor, y con su licencia fué á una aldea donde estaba su hermana, y sin decirla nada de lo que habia visto, la comenzó á disponer para que se confesase á menudo y se aparejase para cuando el Señor la llamase. Murió al cabo de

cuatro años de repente, y dentro de pocos dias la vió salir del purgatorio.

Mas de veinte años ántes que sucediese en Portugal la muerte del rey don Sebastian y de tanta nobleza de aquel reino, como murió en África, vió la santa un ángel con una espada muy sangrienta sobre el mismo rey de Portugal; dándola á entender la mucha sangre que de él se derramaría: y al cabo de estos años, estando ella afligiéndose delante de nuestro Señor de tan grande pérdida de un rey y de tanta gente, la dijo nuestro Señor: Si yo los hallé dispuestos para traerlos á mí; ¿de qué te fatigas tú? Vió tambien el mismo ángel con la espada desnuda y sangrienta sobre el reino de Francia, y dióla el Señor á entender la ira que entonces tenia con aquel reino, y profetizó las herejías que se habian de levantar.

Vió de algunas religiones grandes proezas que han de hacer en tiempos venideros en servicio de la Iglesia, como ella largamente escribe en el cap. 38 de su vida. Revelóla nuestro Señor que veria muy adelante en sus dias la órden de la Vírgen, que ella habia reformado por estas palabras: «Esfuérzate; pues ves lo que te ayudo: he querido que ganes tú esta corona: en tus dias verás muy adelante la órden de la Vírgen. Esto entendí del Señor mediado febrero, año de 1571.» Consolóse mucho la santa madre: lo uno con esta corona que el Señor la ofrecia; y lo otro con ver que el sumo Pontífice del cielo, Cristo nuestro Redentor, confirmaba con estas palabras el título que sus vicarios en la tierra habian declarado con la autoridad apostólica en favor de su religion, contra muchos émulos que á los principios que esta órden vino á Europa (envidiosos de tan glorioso renombre) procuraban contradecir el título tan ilustre que tiene desde el tiempo de la primitiva Iglesia, de religion de la Vírgen María del Monte Carmelo. Vió cumplida la santa madre Teresa en sus dias esta profecía; pues ántes que muriese dejó aumentada su religion en gran número de monasterios y sujetos, y (lo que es mas de estimar) en grados de perfeccion: y para mayor consuelo suyo la mostró nuestro Señor, no solamente lo que habia de ser de esta nueva planta en su vida, sino tambien el crecimiento que tendria despues de muerta, y el fruto grande que haria en los tiempos venideros en la Iglesia, como ella escribe en su vida por estas palabras: «Estando otra vez rezando cerca del santísimo Sacramento, apareciómе un santo, cuya órden ha estado algo caida: tenia en las manos un libro grande: abrióle; y díjome que leyese unas letras que eran grandes y muy legibles: y decian así: En los tiempos advenideros florecerá esta órden, y habrá muchos mártires. Otra vez estando en maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ó siete, me parece serian de esta misma órden, con espadas en las manos: pienso que se da en esto á entender han de defender la fé; porque otra vez estando en oracion se arrebató el espíritu: parecióme estar en un gran campo donde se combatian muchos; y estos de esta órden peleaban con gran fervor; tenian los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban: parecíame esta gran batalla contra los herejes.» Calló la santa madre el nombre de su religion por algunos honestos fines; pero es cierto como se supo de la misma santa Teresa, que hablaba de la nueva reforma que ella fundó. A mas de esta profecía de su religion, la dijo otra vez nuestro Señor, no se desharia la nueva reforma de los descalzos que entonces estaban muy perseguidos, sino que ántes irian creciendo. Estando en la fundacion de Segovia, la reveló nuestro Señor por medio de san Alberto, santo de su órden, la reparacion de los descalzos y de los padres calzados. Cuatro años ántes que se acabasen las persecuciones y trabajos que los religiosos descalzos padecian, que fueron grandísimos, vió un mar muy grande y muy alterado de persecuciones, y con esta vision la dió el Señor á entender que como los egipcios se habian hundido en el mar, cuando iban persiguiendo los hijos de Israel, y el pueblo de Dios pasó libre; así su órden quedaria libre, y los que la perseguian ahogados y vencidos.

Tuvo tambien revelacion de la religion de la Compañía de Jesus, y lo dejó escrito de su propia mano en el libro que se guarda en San Lorenzo del Escorial, donde dice: «De los de la órden de este padre, que es la Compañía de Jesus, y de toda la órden junta he visto grandes cosas: vílos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces, y como digo, otras cosas de grande admiracion: y así tengo esta órden en gran veneracion; porque los he tratado mucho, y veo conforme su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos á entender.» Y estando ella maravillada y contenta por la mucha devocion que tenia á esta religion, la dijo nuestro señor Jesucristo: Pues si tú supieses cuánto han de ayudar estos á la Iglesia en los tiempos venideros. Esta vision dice ella que vió algunas veces: y aunque en la Vida que se imprimió no se declara el nombre de la religion, está declarado en el libro que ella escribió, y en los demás que andan de mano. Las palabras que la dijo nuestro Señor, puso despues mas adelante en el capítulo 40, sin el nombre de la religion; pero es cosa ciertísima y sabida de su boca, todo lo que se ha dicho, como lo testifica el padre doctor Francisco de Ribera. En otra parte dice: «Estando en un colegio de la Compañía de Jesus, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, ví un palio muy rico sobre sus cabezas: esto ví dos veces; cuando otras personas comulgaban, no lo veia.» De la misma religion de la Compañía de Jesus, advierten algunos escritores de su vida que habla la santa, cuando dice en el capítulo 40 de su Vida: «Estando una vez en oracion con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles y muy cerca de Dios: comencé á suplicar á su Majestad por la Iglesia: dióseme á entender el gran provecho que ha de hacer una órden en los tiempos postreros, y la fortaleza con que los de ella han de sustentar la fé.»

Conoció tambien por revelacion que su confesor, aquel divino varon, el padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus, se habia de salvar, y la mostró Dios nuestro Señor un eminente lugar que habia de tener en el cielo: y añadió que aquel padre habia llegado en la tierra á tan alto grado de perfeccion, que no vivia en aquel tiempo quien le tuviese tan alto, y que segun aquel grado de perfeccion se le habian de dar los grados de gloria en el cielo, y que él excedia en perfeccion á todos los que habia entonces vivos en el mundo. Supo tambien la muerte de cuarenta padres y hermanos de la Compañía de Jesus que iban al Brasil, y los mataron los herejes. Iba entre ellos un devoto de la santa madre: y luego que los tomaron, dijo al padre Baltasar Alvarez, su confesor, que los habia visto con coronas de mártires en el cielo. Despues vino á

España la nueva del martirio y dichosa suerte de estos religiosos. Del padre maestro fray Pedro Ibañez, religioso de la órden de Santo Domingo, y confesor que habia sido mucho tiempo de la santa madre, con haber muerto treinta y cinco leguas de donde la santa estaba, la reveló Dios luego su muerte, y como habia ido al cielo sin pasar por el purgatorio.

Tuvo santa Teresa singular devocion con el santísimo Sacramento: la cual se la pagaba bien nuestro Señor en darla de ordinario al tiempo de la comunion grandes raptos, y en ellos luz de muchas verdades, revelaciones de grandes misterios y visiones muy subidas; porque de ordinario esperaba el Señor este tiempo para hacerla estas mercedes. Vió muchas veces en la hostia consagrada al mismo Cristo, unas resucitado, otras puesto en cruz, y otras coronado de espinas y de otras maneras; pero siempre con tan grande majestad, que la causaba temor y reverencia. Hacia este sacramento grandes efectos en su alma: porque á la manera que saliendo el sol huyen las tinieblas y se deshacen los nublados; así, en llegando á comulgar cesaban las tentaciones y aflicciones, oscuridades y aprietos que en el espíritu padecia. Entonces no parecia que la quedaba de mujer sino sola la figura de haberlo sido, porque el alma, las potencias, los deseos y afectos, y todo lo que en ella habia, parece se la arrancaban para unirse y transformarse en Dios, con que quedaba toda enajenada y absorta. Este era el tiempo cuando el cuerpo tambien en compañía del alma se levantaba de la tierra, y parece queria él tambien salir de este mundo. Con llegar á comulgar con un color de tierra en el rostro, como quien estaba tan enferma y era tan penitente; luego que recibia el santísimo Sacramento, como si la envistieran con algun rayo grande de fuego y de luz, y ella fuera de cristal, se la ponia el rostro hermosísimo, de color rosado que parecia transparente, y quedaba con una gravedad y majestad tan grande, que mostraba bien el huésped que tenia consigo. Quedaba con este bocado del cielo, no solo el alma, sino tambien el cuerpo bueno de sus enfermedades. Comulgando un dia de Ramos, cuando tomó en la boca el santísimo Sacramento, ántes que lo pasase, quedó con gran suspension: de la cual como volviese al cabo de un rato, la pareció verdaderamente tenia toda la boca llena de sangre, y asimismo que todo su rostro y toda ella estaba bañada en la misma sangre, y tan caliente, como si entonces se acabara de derramar. Era excesiva la suavidad que con este baño sentia, y díjola el Señor: Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche; y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores; y tú la gozas con grande deleite como ves. Otro dia, estando en Sevilla, acabando de comulgar, sintió por una manera de vision delicada, que su alma se hacia una misma cosa con el cuerpo del Señor, á quien tambien vió entonces, y quedó de esta vision con grandes efectos en su alma y grande aprovechamiento en el amor y en las demás virtudes. Estando la santa en la capilla de Santo Domingo del convento de Santa Cruz de Segovia, donde el santo estuvo, vió al santo que la estaba acompañando á su lado, y despues al tiempo de la comunion vió á Cristo nuestro Señor á su mano derecha y á santo Domingo á la izquierda, como ántes; y volviéndose la santa á hacer reverencia á nuestro Señor, la dijo: Huélgate con mi amigo; y con esto desapareció quedando en su compañía santo Domingo. Acabada la misa la dijo su confesor que si queria gozar de aquella compañía, se fuése á tener oracion á la capillita mas pequeña donde estaba un santo Domingo de bulto. Hízolo así la santa madre, y despues de haber estado allí postrada un cuarto de hora, se levantó, y dijo á su confesor como santo Domingo habia estado grande rato con ella, y que la dijo: Gran gozo ha sido para mí que tú hayas venido á esta capilla, y tú no has perdido nada: y luego la comunicó los grandes trabajos que en su vida pasó allí con los demonios, y las mercedes que de Dios habia allí recibido en la oracion. Y preguntándole la santa por qué se le aparecia siempre á la mano izquierda; respondió: Porque la mano derecha es de mi Señor.

Infundió tambien Dios á santa Teresa una sabiduría divina casi de repente; porque como ella ántes fuese muy ruda é inhábil, no solo para decir las cosas espirituales, sino tambien para entenderlas; en brevísimo tiempo la dió el Señor tan gran luz y tanta inteligencia de las cosas sobrenaturales y divinas, cual grandes teólogos con muchos años de estudio no pudieran alcanzar. Espantábase la santa madre de esta mudanza y admirábanse tambien sus confesores, como que entonces no descubrian los fines que Dios en esto tenia; porque como la habia escogido para maestra y doctora de espíritu, no era mucho se mostrase tan liberal y magnífico, no solamente en darla en tan subido grado esta penetracion de misterios y conocimiento de cosas altísimas, sino tambien (por ventura era mayor gracia) palabras y estilo para declarar lo que de suyo es, por su alteza é incomprensibilidad, tan secreto y oculto. Clara señal es de esta sabiduría infusa los admirables libros que escribió por revelacion que de ellos tuvo; pero esta no bastara: porque en cosa ninguna se guiaba por sola la revelacion, si juntamente no se lo hubieran mandado sus confesores. Del libro de su Vida dice en el prólogo de él: «Yo hago esta relacion que mis confesores me mandan: y aun el Señor sé yo lo quiere muchos dias há, sino que yo no me he atrevido.» Del libro de las Fundaciones la mandó nuestro Señor expresamente que lo escribiese, como ella lo refiere en las adiciones de su Vida. El de las Moradas escribió, dándola el Señor la materia, la traza y el nombre para el libro. Y como Dios la mandó que escribiese estos libros, así parece, quiso mostrar ser el autor de ellos; porque el modo con que la santa madre los escribió, muestra no ser ella mas que un instrumento suyo y que no ponia de su casa mas que la mano y pluma. Muchas veces estando escribiendo estos libros, se quedaba en arrobamiento; y cuando volvia de él, hallaba algunas cosas escritas de su letra, pero no por su mano. Estaba con la pluma en la mano, y con un resplandor en el rostro notable que no parece sino que la luz del alma se transfiguraba en el cuerpo. Tenia el alma absorta en Dios, tanto, que aunque hubiese mucho ruido en su celda, ni la perturbaba, ni lo sentia. Escribia, estando llena de ocupaciones y cuidados de tantas casas que gobernaba, acudiendo al coro con la puntualidad que las demás. Escribia con gran presteza y velocidad; pero ¡qué maravilla, pues (como David dice), su pluma era movida por aquel escribano velocísimo! No parecia sino que tenia un molde en su entendimiento, de donde salian las palabras tan medidas y amoldadas, con lo que habia de decir, que con escribir

tantos pliegos, jamás se paró á pedir cosa de las que habia de escribir; porque la dictaba el espíritu con tanta abundancia, que si tuviera muchas manos, á todas diera que hacer, y las cansara, sin que la faltara materia. Por todo esto merece la calificacion que la da la Iglesia en la oracion del oficio de esta santa, en las lecciones de maitines, y en la bula de su canonizacion, llamándola «celestial;» y los auditores de Rota dijeron, que es doctora y maestra, que Dios preparó para su Iglesia, y que escribió clara y ordenadamente la que los santos habian escrito, sin tanta distincion y de paso, en cosas místicas.

Quiso Dios premiar tantos trabajos y heroicas virtudes de santa Teresa, y coronar los grandes favores y dones divinos que en ella habia puesto, con una dichosísima muerte, que fué entre sus hijas en el convento de las Carmelitas descalzas de Alva, adonde llegó, viniendo de Burgos, muy fatigada: cayó luego mala: estuvo todo un dia y una noche embebida y toda trasportada en oracion, donde entendió de nuestro Señor que se le acercaba la hora de su descanso; que aunque mas habia de ocho años, la habia revelado el Señor el año en que habia de morir, y lo traia escrito en cifra en su breviario, y se lo habia dicho así al padre Mariano, y de algunas hijas suyas en Segovia se habia despedido, diciendo no las veria mas en esta vida, y que se acercaba su partida, y así lo tenian muy entendido casi todas las monjas de aquella casa; pero el dia puntual en esta ocasion, se lo reveló nuestro Señor. Hubo tambien algunas señales de su muerte: algunas religiosas de aquel monasterio, habian visto algunas veces una estrella muy grande y resplandeciente encima de la iglesia: otra vió, entre las ocho y las nueve de la mañana, pasar junto á la ventana de su celda, donde despues murió la santa madre, un rayo de color de cristal muy hermoso: otra, dos luces resplandecientes en la ventana de la misma celda; y aquel mismo verano, ántes que la santa madre viniese á Alva, estando las religiosas en oracion, oian un gemido muy pequeño y agradable cabe sí, y eran tantas las cosas y señales que se veian, que las monjas andaban con grande temor de algun prodigioso suceso de la órden.

Recibió santa Teresa todos los sacramentos: y así, como llegó el santísimo Sacramento, con estar en este tiempo tan caida y mortal, que no se podia rodear en la cama, sino era ayudada de dos religiosas, se sentó con mucha ligereza y fervor sobre ella, sin ayuda de nadie; y eran tan grandes los ímpetus que el amor la causaba, que parecia se queria echar de la cama á recibir á tal Majestad. Púsosela el rostro tan grave, tan encendido y resplandeciente, que no se dejaba mirar. Estaba venerable y hermosa, muy semejante á la edad que tenia, y como si fuera mucho mas moza; y puestas las manos, y abrasado en amor su espíritu, lleno el rostro de alegría, comenzó aquel blanquísimo cisne á cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad, que en toda ella lo habia hecho, regalándose tiernamente con su Esposo. El dia en que murió, á las siete de la mañana se echó de un lado, á la manera que pintan á la Magdalena, con un crucifijo en la mano (que tuvo siempre, hasta que se le quitaron para enterrarla), el rostro muy encendido, y con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta toda en Dios y enajenada toda con la novedad de lo que se la comenzaba á descubrir, y alegre con la posesion que casi comenzaba ya á gozar, de lo que tanto tenia deseado. Estuvo de esta manera, sin mover pié ni mano, por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo dia.

En este tiempo la venerable Ana de San Bartolomé, perpetua compañera de la santa, y muy parecida en su espíritu, vió á los piés de la cama á Cristo nuestro Redentor con gran resplandor, acompañado de infinitos ángeles, que aguardaba el alma de la santa madre, para llevarla á su gloria. Tambien asistieron á su cabecera los diez mil mártires, porque ellos se lo habian ofrecido muchos años habia en un arrobamiento que tuvo, despues de haberles celebrado su fiesta: y volviendo de él, como la preguntase la condesa de Osorno (que era una señora muy devota y grande amiga suya) que habia sentido; la dijo, que la habian aparecido los diez mil mártires, y la habian prometido de acompañarla á la hora de su muerte y llevarla á gozar de Dios. Y así la enfermera que curaba á la santa, que se llamaba Catalina de la Concepcion (que murió cumplido un año que la santa madre salió de este mundo; que era una monja de singular caridad y espíritu), estando sentada en una ventana baja que salia al claustro, en la misma celda de la santa; aquella noche que espiró, oyó un gran ruido, como de gente que venia muy regocijada, y vió que pasaban por el claustro muchas personas resplandecientes vestidas de blanco, y entraron todas en la misma celda, donde estaba la santa madre enferma, con grandes demostraciones de contento; y era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas de aquel convento en la celda, no se parecia á ninguna. Llegaron todas las monjas á la cama, donde estaba la santa, y á ese punto, dice, que espiró, que fué á las nueve de la noche. Esta fué la hora en que salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo, y estos sagrados santos, en compañía de los ángeles, hicieron su oficio de llevarla honrada y acompañada al descanso eterno de la gloria, que con tantos trabajos tenia merecido, viviendo acá en el suelo. A la hora que la santa madre espiró, vió una religiosa salir por su boca una como paloma blanca: otra vió á este mismo tiempo una estrella de gran resplandor sobre la torre y campanario de la iglesia; y otras vieron cosas maravillosas, con las cuales daba el Señor por mil resquicios muestras de la gloria y felicidad de que gozaba. Aquella misma noche que murió la santa, un árbol seco, que estaba en frente de su aposento, refloreció de repente, regocijándose cielo y tierra con la gloria de esta sierva de Dios.

Fué tan grande el ímpetu de su espíritu en aquel último arrobamiento, que no pudo sufrir el cuerpo la fuerza del amor con que el alma se iba para su Criador; de suerte, que mas murió de amor de Dios, que de la enfermedad: y así lo reveló despues de muerta santa Teresa á algunas personas, que en su muerte habia tenido un grande ímpetu de amor de nuestro Señor, con que se salió su alma. Fué el dia de su glorioso tránsito jueves, entre las nueve y diez de la noche, á 4 del mes de octubre del año 1582, dia del glorioso y bienaventurado san Francisco, de quien la santa era muy devota. Fué el año en que se enmendaron los tiempos quitando los diez dias que andaban de sobra y adelantados; y así al dia siguiente se contaron 15 de octubre, siendo pontífice Gregorio XIII, de gloriosa memoria, y reinando en España el

rey católico y prudente dón Felipe, II de este nombre. Murió de sesenta y siete años, seis meses y siete dias, habiendo vivido en la religion cuarenta y siete años: los veinte y siete en la Encarnacion; y los veinte postreros en la penitencia y observancia de la primera regla que ella restituyó: la cual fué el Señor servido que viese, ántes que muriese, muy acrecentada y con prelados propios, y vió cumplida la profecía que el Señor ántes la habia hecho.

Era la santa madre de muy buena estatura: en su mocedad hermosa; despues de vieja, de muy buen parecer: el cuerpo abultado y muy blanco: el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporcion: el color blanco y encarnado, y cuando estaba en oracion se encendia y ponia hermosísima, y en todo el demás tiempo le tenia muy apacible: el cabello negro y crespo: la frente ancha y hermosa: los ojos negros, vivos y graciosos, y por otra parte muy graves: las cejas algo gruesas y llenas: la nariz pequeña: la punta algo redonda y un poco inclinada para abajo: la boca de buen tamaño, y bien proporcionada con el rostro: tenia en él tres lunares, que caian al lado izquierdo, que la daban mucha gracia, uno mas abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca y otro debajo de la boca. En todo su semblante era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban, era comunmente muy agradable. De los ojos y frente parecia algunas veces que la salian como rayos de resplandor y luz, que la hacian respetar á los que la miraban.

Acabando de espirar, quedó su rostro hermoso en gran manera, blanco como el alabastro, sin ruga ninguna; aunque solia tener hartas por ser vieja: las manos y los piés con la misma blancura todas transparentes, que se podian mirar en ellas como en un espejo, y tan tratables y tan suaves al tacto, como si estuviera viva. Todos sus miembros quedaron hermoseados con manifiestas señales de la inocencia y santidad que en ellos habia conservado. Fué tan grande la fragancia del olor que salia de su santo cuerpo, al tiempo que la vestian y aderezaban para enterrarla, que trascendia por toda la casa, y era de suerte, que las religiosas no podian discernir, á qué olor de los de acá de la tierra se pareciese, porque verdaderamente era olor del cielo, y de rato en rato, parecia que venian nuevas olas con nueva suavidad y fragancia de olor, y era tanta la fuerza y demasía de él, que fué necesario abrir las ventanas para poderlo sufrir. Quedó este olor, nó solo en la enfermería, cama, ropa y vestiduras de la santa madre, sino en todas las demás cosas que ella, estando enferma tocó, como en los platos, y aun en el agua con que los lavaba. Habia entonces allí una hermana, gran sierva de Dios, que carecia del sentido del olfato: estaba desconsolada, porque no podia participar de aquella suavidad de olor que las demás decian que sentian; y llegando á besar sus santos piés, y abrazada con ellos, comenzó á sentir su olor, y cobró desde entonces el sentido del olfato, y duróla en las manos la misma fragancia mucho tiempo, de suerte, que aunque se lavaba muchas veces, no la perdia. Habia otra religiosa, que habia mucho tiempo que tenia un grande dolor en un ojo, y llegándose á los piés de la santa madre, al punto sanó, y dando voces, publicó la misericordia que el Señor la habia hecho. Otra religiosa, llamada Isabel de la Cruz, traia de ordinario gran dolor de cabeza, que habia mas de cuatro años que le tenia, y los ojos tan malos, que si no los apretaba con la mano, no podia andar, ni ver la luz, y cuando la santa quiso espirar, tomó sus manos y metió los dedos de ellas en sus ojos, y púsolas tambien sobre su cabeza; y nunca mas de allí adelante sintió dolores de cabeza, y quedó con clara vista en los ojos. Otros muchos milagros y maravillas obró nuestro Señor en la muerte de su sierva, acudiendo todos á venerar su santo cuerpo y pedir remedio de sus necesidades.

Despues que santa Teresa partió de este mundo, ha aparecido á algunos religiosos, y á muchas religiosas de monasterios y otras personas seglares, con gran resplandor y hermosura, en demostracion de la mucha gloria que goza. Una religiosa, que entonces era prelada, vió á la santa madre con gran gloria, y que la salian de la boca, corazon y ojos, unos rayos de luz muy grandes, que llegaban hasta Dios, y particularmente con una cinta que la ceñia y trababa con Dios, parecióla que la dijo la santa madre, que aquella cinta significaba el premio que el Señor la habia dado, por la pureza y deseo del aprovechamiento de las almas. Otra religiosa la vió con grandísima gloria, muy adornada de piedras y perlas muy ricas, y la fué diciendo lo que significaba cada ornato de aquellos de que venia vestida. Ha mostrado bien la santa madre con las obras, lo que en su vida prometió muchas veces, que despues de muerta habia de ayudar mucho mas á la religion: porque en vida solamente estaba en un monasterio; pero despues de muerta, acudiria á las necesidades espirituales de muchos, ya aconsejando á las preladas, ya reprendiendo á sus súbditas y atajando principios de relajacion, como se ha visto y ve cada dia en sus monasterios. Y así acaeció en el convento de Villanueva de la Jara á una religiosa que comia carne por ciertos achaques de una enfermedad que tenia, pero no suficientes para comerla, segun la regla de su órden; estando cenando una noche de una ave, oyó una voz que la llamó por su nombre y la dijo: ¿Conócesme? Alzó ella entonces los ojos y vió á la santa madre: la cual con severidad la reprendió y la dijo: ¿Qué modo de relajacion es esta? ¿Que lo que yo con tanto trabajo fundé, lo relajes tú ahora? Tanto es lo que sienten los santos cualquier demasía ó relajacion en su órden. Fué tanta la pena y el sentimiento que tuvo, que arrojó luego al suelo lo que tenia en el plato, y nunca mas comió carne, sino fué en enfermedad grave, y entonces constreñida por obediencia, y tuvo salud y mejoría de sus achaques. Otras veces ha aparecido, apoyando la pobreza: otras, donde veia se resfriaba la caridad, persuadia la union de unas con otras: donde hallaba trabadas amistades particulares, las deshacia; y así, como verdadera madre, ha acudido siempre á las necesidades y aumento de sus monasterios.

A una religiosa de mucho espíritu con mucha eficacia la dijo, que avisase al provincial, que en ninguna manera se haga caso de visiones, ni revelaciones, porque, aunque hay algunas verdaderas, hay muchas falsas y mentirosas; y es trabajosísima y peligrosa cosa sacar verdades ciertas de entre las mentiras; y cuanto mas caso se hace de esto, tanto mas se va desviando de la fé, que es la virtud cierta y segura; y los hombres son tan amigos de ellas, que santifican el alma que las tiene: lo cual es negar el órden que Dios tiene puesto para la justificacion de una alma, que es por medio de las virtudes y cumplimiento de su ley

y mandamientos; que como las mujeres son muy fáciles y de poco entendimiento, fácilmente se engañan, y acudiendo á los que no son letrados, ni tienen tanta prudencia para poner las cosas en su punto, se pueden seguir muchos inconvenientes; y que el premio que ella tenia en el cielo, no se le habia dado por sus revelaciones, sino por sus virtudes.

Son grandes las maravillas que ha obrado nuestro Señor, para honrar á su sierva: milagros perpetuos han sido la incorrupcion de su virginal cuerpo, y el olor suavísimo que sale de él, y el óleo que de sí mana: el olor es tan grande, que cuando la volvieron por mandato de Sixto V á la villa de Alva, de donde la habian llevado secretamente á Avila; los labradores que estaban en los campos, sin saber qué era, dejaban las haciendas y se iban trás aquella maravillosa fragancia que despedia de sí el santo cuerpo. Está con gran veneracion en Alva, con mucho concurso de los que de todas partes acuden á reverenciarle y pedir á nuestro Señor por medio de su sierva alivio de sus enfermedades. Son muchos y grandes los milagros que Dios ha hecho por su intercesion: por los cuales, y por sus heroicas virtudes el papa Gregorio XV, á los 12 dias de marzo del año de 1622, la canonizó juntamente con san Isidro Labrador, san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, san Francisco Javier, apóstol de la India, y san Felipe Neri, fundador de la Congregacion del oratorio. El mayor milagro es haberla escogido Dios para fundar una órden tan santa y de tanta perfeccion y ejemplo en su Iglesia, y no solamente haber restituido la regla primera de Alberto, patriarca, que guardaban antiguamente los carmelitas en las partes orientales; sino que tambien fué ella el principal medio para que el instituto antiguo de la vida eremítica de aquellos padres de la órden, que vivian en Egipto y Palestina (que se perdió y acabó en la Iglesia, cerca del año de 630, por la crueldad de Ahumar y de otros príncipes sarracenos), se haya restituido y puesto en práctica entre los religiosos que ella reformó, con tanta puntualidad de silencio y recogimiento, de oracion y penitencia, como antiguamente floreció entre aquellos sagrados monges. Todo esto es un cúmulo de milagros y pruebas grandes de la santidad de la beata madre santa Teresa de Jesus, que exceden á otras muchas que en particular se pudieran referir: podránse ver en los autores que escribieron su vida, que son el padre doctor Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesus, el P. Fr. Diego de Yepes, religioso de la órden de San Gerónimo, obispo de Tarazona, y el P. Fr. Juan de Jesus María, carmelita descalzo, y las relaciones que se hicieron para su canonizacion.

* San Bruno, obispo y mártir.—Hijo de una noble familia de Alemania, recibió una muy buena educacion, por manera que salió sabio y virtuoso. La modestia y pureza de costumbres que brillaban en él desde sus primeros años le granjearon la admiracion de la córte de Oton tercero. Cuando este príncipe murió en 1002, Bruno resolvió siguiendo la bondad de su corazon ocuparse en la salvacion de las almas. Recibió órdenes sagradas y luégo consagrado obispo, de órden del soberano pontífice, con destino á predicar el Evangelio á los habitantes de la Prusia que aun estaban sumidos en la barbarie é idolatría. Fué mucho el fruto que reportó, pues convirtió innumerables infieles á la religion de Jesucristo, penetrando hasta las fronteras de la Lituania. Mucho padeció en su apostolado, y como cayera en las manos de los enemigos del nombre cristiano, estos le cortaron bárbaramente las manos y los piés, degollándolo por último el dia catorce de febrero del año 1008. Tambien fueron martirizados con él diez y ocho compañeros de apostolado, recibiendo juntos el premio de la vida eterna. El príncipe de Polonia, Boleslao, compró á los infieles los cuerpos de aquellos santos mártires y les dió honrosa sepultura.

Santa Tecla, abadesa.—Fué natural de Inglaterra, y tomó el velo de religiosa en Wimburn, en el condado de Dorset. Despues, habiendo pasado á Alemania á instancias de san Bonifacio, fué elegida abadesa de un monasterio situado á tres leguas de Wurtzburgo, cuya comunidad edificó con el admirable ejemplo de sus altas virtudes. Distinguióse principalmente en ella el amor al retiro, á la pureza y á la humildad, y habiendo obrado muchos milagros, murió santamente en el Señor.

El Triunfo de trescientos santos mártires.—Pertenecian á la célebre legion tebana, y se hallan continuados en este dia en el Martirologio romano por conmemoracion particular que hace de ellos la Iglesia de Colonia, en Alemania, que posee sus sagradas reliquias. Murieron en tiempo de Maximiano, juntamente con sus demás compañeros de dicha legion, cuyo martirio hemos puesto en el dia 22 de setiembre.

San Severo, obispo y confesor.—Fué discípulo de san Lupo y le sucedió en la silla episcopal de Tréveris. Estaba dotado de tanta virtud y era tan ardiente su piedad y su zelo, que con solo su ejemplo obligaba á sus ovejas á seguirle por el camino de la ley de Dios. Así es que toda su diócesis floreció durante su pontificado en buenas obras y santas costumbres, las cuales fomentó de continuo el santo con su eficaz predicacion y con los milagros que obraba por virtud divina. Cargado de años y de merecimientos, despues de haber anunciado con anticipacion el dia y la hora de su muerte, descanzó pacíficamente en el Señor, durante el reinado del emperador Valentiniano.

San Fortunato, mártir.—Era sacerdote de la Iglesia de Roma y se ocupaba como otros muchos cristianos en recoger y dar sepultura á los cuerpos de los que habian sido martirizados. Reinaba en aquel tiempo el emperador Claudio, y hubo una temporada en que sus órdenes contra la Iglesia se llevaron á una crueldad excesivamente refinada. Entonces fué preso san Fortunato y martirizado hasta perder la vida, siendo sepultado en el cementerio de la via Aurelia en la misma ciudad de Roma. Su muerte sucedió, segun el abate Piazza, el año 270.

San Agileo, mártir.—Nació en África y murió mártir en Cartago durante la persecucion del emperador Diocleciano. San Agustin predicó en el dia de la conmemoracion de este santo un sermon al pueblo, y por él sabemos que su constancia y admirable fortaleza le granjearon en la Iglesia de Africa el título de mártir invicto y capitan de los mártires.

San Antioco, obispo y confesor.—Fué el XVII obispo de Lyon, modelo de prelados por su zelo y caridad que usó con los pobres. Su administracion fué santa y piadosa; tuvo que sufrir muchas persecuciones de parte de los herejes, y murió dichosamente en el Señor, rodeado de sus ovejas y de los coros de ángeles que asistieron á su feliz tránsito.

SANTA AURELIA, VIRGEN.—El único autor que habla de esta santa es Molano, y dice solamente que floreció en Estrasburgo, viviendo en perpetua continencia por haber consagrado su virginidad á Jesucristo.

DIA 16.

SAN DEOGRACIAS, OBISPO Y CONFESOR, Y EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MARTINIANO, SATURNINO, MÁXIMA, VALERIANO, OBISPO, ARMOGASTO, MÁSCULO, SATURO Y DE DOSCIENTOS Y SETENTA COMPAÑEROS.—Deogracias fué ordenado obispo de Cartago en Africa, siendo ya de anciana edad, en el tiempo que el rey de los vándalos Genserico cautivó á Roma y otros muchos pueblos; cristianos el cual dividió los cristianos cautivos por el Africa, y en ella los vándalos y moros se hacian de ellos señores: y lo que mayor lástima causaba, era que unos tomaban por esclavos los maridos, otros las mujeres y otros los hijos. Movido á compasion el santo obispo Deogracias, determinó vender cuanto poseia, y cuantos vasos de oro y plata habia en la iglesia para su ministerio; y juntando una cantidad grande de dinero, dió libertad á muchísimas familias, tanto, que tuvo necesidad de dedicar dos templos, como si fueran hospitales, para que se recogiesen los cristianos que habia sacado de cautiverio: allí les puso cama: allí les ministraba la comida, y todo lo necesario para el vivir. Y porque ya de las guerras, ya de los combates del mar, ya del pesar de haberse visto cautivos y divididos de sus hijos y mujeres, habia muchísimos enfermos; el santísimo Deogracias, como piadosísima madre, solícito cuidaba de todos, trayéndoles médicos y medicinas, cuantas ordenaban los mismos médicos, y todo género de regalos, cuales convenia á aquellos que estaban enfermos y descaecidos. Esta santa ocupacion y obra de caridad, ejercitaba de dia; y á la noche volvia él solo, y de cama en cama iba reconociendo á cada uno de los enfermos, mirando si gustaba de alguna cosa, consolándolo y regalándolo como si cada uno de por sí fuera un hijo suyo, siendo su dormir y descanso esta santa ocupacion, que en una edad anciana y casi decrépita, como era la suya, causa admiracion. Los perversos arrianos, admirados y juntamente envidiosos, de ver tanta caridad y amor tanto, andaban maquinando trazas para quitar la vida al santo viejo; pero como Dios lo ve todo, quiso librar á su pájaro de tan pestíferas y crueles redes; y así, se lo llevó despues de haberse ejercitado en tan santas obras, y gobernado su Iglesia santísimamente tres años, para darle el premio merecido como á siervo fiel y bueno.

En este tiempo, pues, eran esclavos de cierto vándalo (de los que llamaban millenarios), Martiniano, Saturnino y otros dos hermanos suyos, con Máxima, cristiana, hermosa por extremo, de corazon, alma y cuerpo. Era Martiniano espadero, y tan agradable á su señor, que le habia dado el vándalo todo el cuidado de la casa: y deseoso de conservar estos dos esclavos, trató de que se casasen. Martiniano que no deseaba otra cosa, vino bien en las bodas, pero Máxima, que habia ofrecido su castidad y pureza á Jesucristo, y le habia hecho su único Esposo, sintió gran pesar, pero no desconfió de la misericordia divina. Llegó la noche del desposorio, y como Martiniano quisiese gozar á Máxima como esposa suya, la santa vírgen le habló así animosamente: Sabe, ó hermano Martiniano, que soy esposa de Jesucristo, y así no puede gozarme hombre humano. Si quieres, toma mi consejo; y ofreciéndole á Dios tu pureza, tendrás justo premio en la gloria. Estas palabras pasaron el corazon del mancebo, de suerte, que no solo él ofreció á Dios su virginidad convertido á la fé de Jesucristo y bautizado, sino que fué causa de que sus tres hermanos hiciesen lo mismo. Tuvo de todo noticia el vándalo, su señor, y la dió asimismo al rey Genserico: el cual ordenó que los hiciese perder la pureza que á Dios habian ofrecido, y viendo no habia remedio, ordenó que fuesen cruelmente castigados hasta obedecer ó morir. El cruel bárbaro los mandó desnudar, y que con unos leños rajados y con puntas ó dientes á manera de sierras los hiriesen en las espaldas: con que no solo les atormentaban los huesos, sino que tambien se quedaban infinitas de aquellas puntas ó dientes dentro de las carnes, con que corrian arroyos de sangre de sus delicados cuerpos. Descansaban á la noche los verdugos, y Cristo Jesus les curaba las heridas, de suerte, que á la mañana estaban sanos y buenos, sin señal siquiera de alguna de ellas. Repitieron este cruel tormento muchos dias continuos; y el divino Esposo, á quien habian ofrecido su pureza, y por conservársela ilesa padecian, los curaba, sanaba, regalaba y visitaba todas las noches.

Cansados los verdugos y cansado el bárbaro vándalo, los dejó estar en la cárcel, mandando que á Máxima la tendiesen sobre un fuerte y espinoso madero para que allí muriese atormentada, sin remedio y sin fatiga de los verdugos; pero su esposo Jesus la libró, haciendo que toda aquella máquina faltase milagrosamente, y la santa vírgen quedase libre y sana. Con estos milagros tan patentes y su fervorosa predicacion, se convirtieron infinitos de aquellos bárbaros á la fé de Jesucristo: solo el cruel vándalo, su señor, jamás quiso reducirse; y así comenzó la divina ira á tomar de él justa venganza, quitándole la vida y todos sus hijos, familia, ganados y cuanto tenia, perecieron de repente. Quedó sola la mujer, viuda y pobre, con que ofreció los santos esclavos á un pariente del rey, el cual, de órden de Genserico, remitió los santos cuatro hermanos á cierto rey de los moros, gentil, llamado Capsur; y á la santa vírgen Máxima, confuso y vencido no supo cómo castigarla, ni qué hacer con ella; y así libre se fué á un monasterio, donde vivió santamente muchos años, y fué madre de muchas sagradas vírgenes, y en él pasó en paz de esta vida caduca á la inmortal y eterna, donde para siempre se goza con su dulce esposo Jesus.

Capsur vivia en un desierto con sus bárbaros y gentiles vasallos, donde los cuatro santos mártires comenzaron á predicar y convertir á la ley evangélica tantos de aquellos bárbaros, que tuvieron necesidad de enviar sus legados al sumo pontífice, para que les enviase un sacerdote que bautizase aquella multitud convertida, y cultivase aquella nueva y recien plantada viña del Señor. Por muchos desiertos y ásperos caminos llegaron á Roma los embajadores: y gozoso el pontífice les concedió lo que pedian: con que se volvieron alegres, y en breves dias fueron todos bautizados, y se edificó una iglesia donde jamás se habia tenido noticia del Evangelio, convertidos en corderos aquellos fieros lobos. Capsur dió cuenta á Genserico de lo que pasaba: el cual furioso y desesperado dió contra los santos cuatro hermanos esta cruel sentencia: que los atasen de los piés de las colas de los caba-

llos, y que desnudos los arrastrasen vivos por los lugares mas ásperos, espinosos y pedregosos del desierto, y que los unos se viesen á los otros en las vueltas y tornos que los caballos hiciesen, para que con la vista fuesen mas atormentados; pero ántes le salió al revés esta segunda intencion: porque ejecutada la sentencia por los fieros verdugos con todo rigor y tiranía, cuando pasaba uno de los sántos mártires cerca del otro, de suerte que pudiesen verse y hablarse, no solo no recibian mas tormento ántes bien alegres y regocijados en el Señor, por quien padecian, se saludaban diciéndose uno á otro: Hermano, ruega á Dios por mí: ya su inmenso amor ha cumplido nuestros deseos: así se consigue el reino de los cielos. De esta suerte se animaban y regocijaban en el Señor, y de esta suerte, haciendo oracion y cantándole á Dios himnos de alabanzas, entregaron sus benditísimas almas en manos de su Criador, y sus cuerpos gloriosos, aunque tan maltratados y heridos, se conservan en el mismo lugar donde fueron sepultados por los cristianos, obrando nuestro Señor Jesucristo innumerables milagros por su intercesion.

No se aplacó la ira del cruel y rabioso arriano Genserico; ántes mas enfurecido hizo martirizar otros muchos é invictos soldados de Jesucristo, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida. Mandó desterrar algunos; y uno fué san Valeriano, obispo, con penas gravísimas, de que ninguno le diese albergue en su casa; y así el santo viejo, que era de ochenta años, vivió mucho tiempo desnudo, al frio y hielo; y así acabó felizmente su carrera. Por órden del mismo Genserico entraban en los templos los arrianos, y echaban por tierra el sacrosanto cuerpo y sangre de Jesucristo: y porque defendia un sacerdote llamado Armogasto, tan impío sacrilegio, le pusieron en un cruel tormento, donde le torcian las piernas, hasta romperle los huesos y dejarlos en solo las delicadas cuerdas de los nervios: y viendo los verdugos que se le caian ya las piernas y brazos, se los ataron con duras cuerdas, para que durase el tormento; pero de todo le sacó sano y libre aquel divino Señor por quien padecia. Colgáronle de un pié la cabeza hácia bajo, y el bendito santo estaba como quien descansa y duerme en una cama de blandas plumas; y al fin lo mandó el rey degollar: pero un sacerdote arriano le dijo, no hiciese tal; porque los cristianos no le venerasen por mártir. Admitió el impío rey el consejo, y por mas afrenta despues del destierro y otras muchas, le hizo guardar vacas. Estando en este ejercicio, le reveló el Señor el dia y hora de su gloriosa muerte: y llamando á un cristiano, su amigo, y que le veneraba como á apóstol, llamado Félix, le dijo y pidió le enterrase en muriendo debajo de un árbol por huir el ser venerado, y le tomó juramento de que así lo haria. Murió el dia y hora que dijo; y Félix, cumpliendo lo que habia jurado, cavó al pié del árbol: y como le embarazasen las raices, hizo tanto que las cortó y arrancó del todo, y cavando cuanto hondo pudo, al tiempo que ya queria dejarlo y sepultarle en el hoyo, descubrió una urna de hermosísimo mármol, tan bien labrada, tan curiosa y rica, que no es posible haya alguno de los reyes tenido tan precioso sepulcro, y en ella lo sepultó: que así honra Dios á los que le sirven y por su santo nombre padecen. Luego se siguió el glorioso Másculo, al cual procuró el impío rey traer á su voluntad con promesas, halagos y caricias: y viendo que estas no bastaban á contrastar su ánimo y fé invicta, le mandó degollar, ordenando al verdugo que si al tiempo de cortarle la cabeza, le hallaba tímido y que queria dejar la fé para vivir, sin remedio le degollase; pero si veia que moria firme y constante, no le quitase la vida. No era piedad esta del traidor Genserico, ántes sí impiedad jamás oida: porque su ánimo era, si estaba constante, quitarle de mártir la corona: y si no lo estaba que entonces muriese y perdiese el alma. Pero nada consiguió: que si bien no le quitó la vida el verdugo, porque le halló mas firme y constante que una columna de mármol, y nos quitó un mártir; nos dejó un confesor glorioso, cuyo martirio ya celebraron los ángeles, y premió Dios. El último fué san Saturo, á quien no pudiendo el impío rey apartar de la fé con promesas de dignidades y puestos grandes, mandó le quitasen los esclavos, la hacienda toda, que era riquísima; los hijos y la mujer: á la cual ordenó que á sus mismos ojos se casase con un pérfido arriano. Esta fué la mas cruel guerra que le previno el tirano; porque inducida de la sierpe infernal, cual otra Eva procuró con caricias y alhagos derribar al fuerte Adan, su esposo; mas él la respondió, lo que Job á la suya: como una de las mujeres necias has hablado. Quítenme los hijos: quítenme la mujer: quítenme las riquezas; que mi Señor Jesucristo me enseña que quien no lo deja todo por su amor, no es verdadero discípulo suyo, ni puede serlo. ¡O constancia santa! ¡ó valor inaudito! ¡ó Saturo glorioso! Pobre y mendigo te dejan, sin hijos, y mujer; pero no te pudieron quitar la corona de gloria que tan gloriosamente mereciste. Querer declarar los tormentos que padecieron los otros doscientos y setenta mártires, que aquí ponemos, con otros, trecientos setenta y cinco mas, que todos murieron á manos del tirano Genserico, sin otros infinitos que se ignoran; fuera nunca acabar; basta saber las crueldades que usó con los que nonbramos para discurrir lo que seria de los otros. Celebra la Iglesia el martirio y fiesta de estos gloriosos santos á 16 de octubre; porque sin duda todos, ó los mas, padecieron este dia, y fué por los años del Señor de 456. Escribieron su vida y martirio Beda; Usuardo; Adon; Victor, obispo uticense, *lib.* 1 *de Persecut. wandal.*; Surio, tomo v; Pedro de Natalib., *in Cathalogo sanct., lib.* IX, *cap.* 73; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones y en el tomo VI de sus Anales, año de 456, núm 13.

* Los santos Saturnino y Nereo, con otros trescientos sesenta y cinco compañeros, mártires.—Lo mismo que los anteriores, eran estos santos de África, y sufrieron el martirio en el mismo pais durante la persecucion que contra los cristianos movió el rey de los vándalos Genserico. Los tormentos con que fueron afligidos aquellos santos fueron tan atroces, que solo pódia inventarlos la ingeniosa crueldad de un tirano.

San Elifio mártir.—Nació en Lorena, de una familia de santos, y su educacion é inclinaciones correspondieron perfectamente á los eficaces ejemplos de virtud de que habia sido testigo en su infancia. A causa de su celo por la religion cristiana acarreóse sobre Elifio el odio de judíos y paganos, que lograron hacerlo prender en tiempo de Juliano Apóstata. Metiéronle en una cárcel en Toul; pero pasado algun tiempo fué puesto en libertad. Despues fué preso segunda vez y sufrió varios tormentos; pero con su

valor y sus discursos convirtió entonces muchos infieles á la religion, hasta que indignados los paganos por su constancia le condenaron á ser decapitado, cuya sentencia se ejecutó el año 362. Su cuerpo, que se guardaba en el mismo lugar de su martirio donde se habia edificado una iglesia, fué trasladado á Colonia el año 960 y colocado en la abadía de San Martin, donde aun se conserva.

San Bercario, abad y mártir.—Descendiente de una familia ilustre de Aquitania, nació este santo el año 630. Encargóse de su educacion un santo arzobispo de Rheims, que le hizo instruir en las letras y la piedad, de la cual sacó el jóven la inspiracion de retirarse del mundo á la abadía de Luxeil. Su humildad y la exactitud con que cumplia sus deberes, le hicieron mirar luego como el espejo de todos los religiosos, y habiendo vuelto á Rheims persuadió al arzobispo para que fundase el monasterio de Hauvilliers, donde se retiró Bercario con otros religiosos, que le nombraron abad. Animado siempre del mismo celo por la gloria de Dios, fundó otros dos monasterios en la diócesis de Chalons, los cuales enriqueció con las reliquias que habia traido de Roma y de Jerusalen, adonde habia ido en peregrinacion, y con la entera donacion de cuanto habia heredado de su familia. Despues de algunos años fué el santo abad víctima de su celo por la salvacion de las almas: un monge, á quien habia reprendido por una falta grave, lo esperó durante la noche y le dió una puñalada mortal. El santo se contentó con exhortar al culpable á la penitencia, y pasados dos dias de agonía murió santamente el dia 28 de marzo del año 696.

San Ambrosio, obispo y confesor. — Habiendo pasado por los grados inferiores de la jerarquía eclesiástica, fué este santo consagrado obispo de Cahors por los años de 732. Encontró su Iglesia en un estado tan deplorable que á pesar de todo su celo para hacer desaparecer la corrupcion de las costumbres, tuvo el desconsuelo de ver inútiles todos sus esfuerzos. Retiróse pues á una gruta cerca de la ciudad, donde se entregó á la penitencia y á fervorosas oraciones para alcanzar que aquel pueblo reconociese su extravío. Algun tiempo despues fué descubierto en su retiro, pero del todo imposible lograr que volviera á encargarse de la direccion de su rebaño, y para sustraerse mas fácilmente á las solicitaciones de los que le querian obligar emprendió una peregrinacion á Roma. A su vuelta, fué á visitar el sepulcro de San Martin de Tours, y últimamente se retiró á una ermita del territorio de Berry, á cuatro leguas de Bourges, donde murió en paz el año 770. Fué enterrado en el mismo lugar, y en lo sucesivo se levantó allí mismo un monasterio de canónigos regulares de San Agustin que llevó su nombre.

San Lulo, obispo y confesor.—Fué inglés y discípulo del venerable Beda. Pasó sus primeros años en varios monasterios de la Gran Bretaña, y el año 732 pasó á Alemania, donde san Bonifacio, que era pariente suyo, lo recibió con alegría, le dió el hábito monástico y le ordenó de diácono, encargándole el cuidado de predicar el Evangelio á los infieles, los herejes y los cismáticos. En 751 fué ordenado presbítero por el mismo san Bonifacio, quien lo envió á Roma para consultar al papa san Zacarías acerca de algunos puntos importantes de disciplina, y cuando volvió á Alemania fué designado para ser su sucesor. Lulo fué pues consagrado arzobispo de Maguncia con el consentimiento del rey Pepino y la aprobacion de todo el clero y pueblo del pais. Durante los treinta y cuatro años de su pontificado, se mostró siempre digno por su sabiduría y sus virtudes, del alto puesto que ocupaba, venerado y querido de los reyes y prelados y de la sede apostólica que le consultaba en todos los negocios graves de la Iglesia. En los últimos años de su vida renunció su obispado y se retiró al monasterio de Harsfeld, donde acabó dichosamente sus dias el dia 1.º de noviembre del año 787.

San Galo, abad y confesor.—Nació á mediados del siglo VI en Irlanda, de familia noble y virtuosa. Sus padres le consagraron á Dios desde su infancia y le hicieron entrar en el monasterio que dirigia á la sazon san Columbano para que lo formase en letras y piedad. Galo aprendió allí ambas cosas con aprovechamiento, y cuando su maestro san Columbano dejó la Irlanda para ir á predicar la fé en Inglaterra, fué él uno de los doce monges que le acompañaron y que el año 585 fuéron con él mismo á Francia. Galo se retiró despues á la Austrasia y fijó su residencia en un desierto inhabitado, del cual salia solamente para ir á predicar á los infieles la doctrina de Jesucristo. Sus exhortaciones y discursos tuvieron buen éxito, convirtiendo gran número de paganos. Su desierto se llenó dentro de poco de numerosas celdas llenas de solitarios, las cuales formaron muy pronto un monasterio, que se hizo célebre por la santidad de los que la habitaban. El rey de Austrasia quiso colocar á Galo sobre la sede episcopal de Constancia; pero el santo se negó siempre á aceptar semejante dignidad y designó en su lugar á su discípulo Juan, que fué consagrado con aplauso de todos. Despues de haber regularizado la disciplina monástica entre sus discípulos y de haberles dado la regla de san Columbano, murió Galo en el propio monasterio, llorado de todos el dia 16 de octubre del año 646, ilustre en milagros.

San Florentin, obispo y confesor.—Fué el XXIII obispo de Tréveris, brillando en esta Iglesia por su celo, su piedad y sus vastos conocimientos. Despues de haber gobernado su rebaño en paz y santidad, descansó en el Señor, coronado de merecimientos durante el siglo V.

DIA 17.

Santa Eduvigis, viuda.—Fué santa Eduvigis hija de Bertoldo, marqués de Moravia y conde de Tirol. Tuvo tres hermanas, la una casada con Felipe, rey de Francia, otra con Andrés, rey de Hungría, que fué madre de santa Isabel, y la tercera abadesa en un monasterio de monjas en la provincia de Franconia. Tuvo asimismo cuatro hermanos, Bertoldo, patriarca de Aquileya, Eleberto, obispo de Bamberga, Oton y Enrique, que siguieron la milicia y sucedieron á su padre en el estado. Siendo doncella de doce años la casaron sus padres con Enrique, duque de Silesia y de Polonia, con el cual vivió con grande honestidad y recogimiento, procurando de tal manera dar contento á su marido y cumplir con las leyes del santo matrimonio, que bien mostraba el ardiente deseo que tenia de guardar cuanto pudiese la castidad; porque desde que se sentia preñada, hasta haber parido, la cuaresma, el adviento, los domingos y muchas fiestas principales y vigilias del año, de comun consentimiento dormian apartados, para darse á la oracion y vacar mas al Señor: el cual dió á

estos príncipes seis hijos, y despues les infundió un amor de castidad tan grande, que con la bendicion del obispo prometieron de guardarla perpetuamente, y tratarse como hermano y hermana; y así vivieron casi treinta años con maravilloso ejemplo, y rara modestia y recato entre sí, por huir las ocasiones de perder aquella preciosa joya, que tanto deseaban y habian prometido: y santa Eduvigis, como quien tan bien conocia el valor de esta virtud celestial, exhortaba á todos cuantos podia que la amasen y procurasen y se abrazasen con ella. Para esto hizo labrar un monasterio de monjas del Cister, al cual ella y su marido dieron grandísimas posesiones, y tantas rentas que se podian sustentar mil personas de las que vivian en él, ó de su limosna. En este monasterio recogió muchas doncellas y dueñas, y á su misma hija (que se llamada Gertrudes, y despues vino á ser abadesa) ofreció al Señor entre ellas: y no contenta con esto, tomó una casa junto al monasterio, viviendo aun su marido, á quien ella con su ejemplo y santas costumbres habia hecho casi religioso: y aunque ella no hizo profesion de monja vivió con tanta perfeccion, y resplandeció con tan excelentes y señaladas virtudes, que todas las monjas la podian tener por dechado y espejo de santidad. Toda su vida, y aun en su mocedad y estando con su marido, fué modestísima en el traje y enemiga de galas y vestidos curiosos; mas despues que se recogió, fué extraña su humildad y la llaneza que usó en el vestir; porque nunca se quiso vestir ropa nueva ni la mudaba hasta que fuese muy vieja: y esta humildad la mostraba en todas las otras cosas, teniéndose por pecadora y deseando que la tuviesen por tal, y honrando y reverenciando á los siervos y siervas de Dios; de manera que besaba y lamia el suelo, en que ellos habian hecho oracion, ú otra buena obra. Esto hacia en el coro y en el dormitorio, y las disciplinas, con que se disciplinaban las monjas, secretamente las besaba, suplicando á Dios que por los merecimientos de aquellas siervas suyas la perdonase á ella sus pecados, y lo mismo hacia con las toallas con que se limpiaban, y lavaba sus ojos con el agua con que ellas se habian lavado las manos por su gran devocion y humildad, y por la opinion y estima que tenia de la santidad de ellas. La causa principal porque del todo no se hizo monja, fué para hacer mayor bien á los pobres de su estado, y remediar mejor sus necesidades. Muchas veces lavaba los piés á los pobres de rodillas, y se los limpiaba y besaba y despues les daba limosna; y esto hacia el jueves de la Cena, mas particularmente con los leprosos, vistiéndolos despues y regalándolos con extremada caridad. Siempre que comia, habia de tener consigo algunos pobres, á los cuales, ántes de sentarse á la mesa, ella misma servia de rodillas: y cuando comia, no queria beber hasta que el pobre mas asqueroso y vil, que allí estaba, hubiese bebido en el mismo vaso que ella habia de beber; y muchas veces, cuando podia hacerlo sin ser vista, besaba la tierra, donde los pobres habian estado reverenciando en ellos á Jesucristo, que siendo Rey de gloria se hizo pobre por nosotros; y era tan grande y tan tierno su afecto y amor á los pobres y á la pobreza, que solia comprar de ellos los mendrugos y pedazos de pan que les daban de limosna los religiosos, para comerlos ella, y muchas veces los besaba como cosa sagrada y pan de ángeles; y si acaso convidaba á comer á algunos monges y siervos de Dios, recogia las sobras que dejaban como reliquias, y ella las comia por gran regalo. Entre los otros pobres tenia trece mas necesitados, en reverencia de Cristo nuestro Redentor y de sus apóstoles: á ellos llevaba siempre consigo, do quiera que iba, bien acomodados, y les mandaba proveer de posada; y ella misma tenia cuidado de ellos, y queria que comiesen ántes que ella sirviéndolos por sí misma; y cuando ella comia, los enviaba los platos mas regalados: y era tanta su caridad que siempre repartia con los pobres de lo que le traian, aunque fuese una pera; porque no le sabia bien lo que comia si los pobres no gustaban de ello. Para los otros pobres, á quienes ella no podia servir, tenia su cocina, criados y ministros diputados para aparejarles lo que habian de comer y cenar, y proveerles abundantemente. No se estrechaba la compasion y caridad de esta santa princesa á remediar los pobres mendicantes; ántes se extendia á consolar cualquiera persona desconsolada y afligida: ella era proveedora de todos los religiosos y religiosas que padecian necesidad: ella madre de los huérfanos, amparo de las viudas albergue de los peregrinos, libertadora de los presos, rescatadora de los cautivos, remediadora de los adeudados, refugio y puerto seguro de los que padecian alguna grave tormenta, ó habian dado al través. No podia su tierno y amoroso corazon ver llorar á nadie sin derramar muchas lágrimas, ni tener descanso viendo á los otros con amargura y quebranto. Pero la que para los otros era tan blanda, benigna y piadosa; para sí era rigurosa y de una vida tan áspera, que apenas se puede creer. En cuarenta años no comió cosa de carne: los domingos, martes y jueves comia algunos peces y cosas de leche: el lunes y el sábado, legumbres, y el miércoles y viernes ayunaba á pan y agua: bebia de ordinario agua; y los domingos y fiestas un poco de cerveza, por mandárselo así el obispo y su confesor. En la cuaresma, adviento y vigilias de muchos santos, y especialmente de los apóstoles, se contentaba con pan y agua. Dijeron una vez á su marido, que siempre bebia agua, y enfadóse, creyendo que algunos achaques que la santa padecia, nacian del agua que bebia; y queriendo saber si era verdad lo que le habian dicho tomó el jarro del agua aparejado, para que santa Eduvigis, que estaba comiendo, bebiese, y probándolo, halló que era excelentísimo vino, y se enojó con el criado que le habia dicho que siempre bebia agua, teniéndole por mentiroso y engañador; pero verdaderamente era agua: mas el Señor mudó el agua en vino; y con aquel milagro mostró que le era agradable lo que la santa hacia. A la misma manera le aconteció otra vez, que andando esta santa princesa con los piés descalzos por hielos y nieves, y calzándose los zapatos, que siempre traia consigo, solamente cuando recibia visitas de personas grandes y de alto estado, ó cuando iba al templo, por huir la ostentacion; entrando el príncipe su marido, donde ella estaba á deshora, y tan repentinamente que no la dió tiempo para calzarse los zapatos, mirándola él á los piés, los vió calzados, y creyó era engañolo que le habian dicho de su mujer. Es cosa maravillosa lo que se escribe de ella, que traia los piés llenos de grietas, abiertos y lastimados, algunas veces corriendo sangre, y que pisando la nieve y los hielos, no se helaban; ántes á una criada suya bien calzada y arropada, estando una noche con su señora se le helaban los piés: mas poniéndolos donde los tenia su señora (por habérselo ella mandado), se calentó y despidió el frio que padecia; tanto era el fuego de amor divino que abrasaba su corazon, que redundaba en todo el cuerpo y

daba mas calor á los piés, que la nieve y los hielos la podian quitar. ¿Qué dire de las otras asperezas y penitencias con que la santa princesa se perseguia, mas para admirar que para imitar? Cubria su cuerpo exhausto y consumido, y aquellos huesos que solo le quedaban con un solo monjil, y un manteo, de invierno y verano, en calor y en frio: traia á raiz de sus carnes un áspero silicio de cerdas de caballo, con unas mangas de paño blanco, por mejor disimular y engañar á los que la viesen, y una cinta con muchos nudos, tan apretada, que fué necesario arrancarla por fuerza de la carne, donde se habia entrado y hundido, con gran sentimiento y dolor de la santa, y limpiar la materia y sangre que de las llagas corria. Tenia cama de estado blanda y rica para cumplir con el mundo con aquella apariencia; mas la cama, en que ella dormia, eran unas tablas, ó el suelo cubierto con un pedazo de cuero: y cuando, por estar enferma, se queria regalar, mandaba echar un poco de paja ó heno, y encima un cobertor grosero. Velaba casi toda la noche: era la primera que se levantaba á maitines; y despues de acabados, no volvia á la cama, ántes se entraba en el capítulo de las monjas, y allí se abria á azotes: y no contentándose de la carnicería que hacia de sí, pareciéndola que tenia pocas fuerzas, mandaba á algunas criadas confidentes suyas, que la disciplinasen hasta derramar mucha sangre. Pues el fervor, continuacion y perseverancia de su oracion, ¿quién la podrá explicar? ¿Y aquella ternura y devocion, con que de noche y de dia se entregaba á su amado, y se abrazaba con él, y le tenia apretado, y no le dejaba hasta que la diese su bendicion; y él se la daba tan copiosa, que muchas veces, estando orando, fué vista levantada en el aire, rodeada de clarísima y celestial luz con un rostro angelical; y algunas arrobada y trasportada en Dios, sin sentido, como muerta? Mucho pesaba al demonio tanta santidad y tanta oracion de Eduvigis, y tanto regalo y favor del Señor: y dándole el mismo Señor licencia, para mayor corona y victoria de la santa, una vez la acometieron tres demonios, y la azotaron y maltrataron, dando gritos y diciendo: ¿Por qué eres tan santa? Pero ella no se movió; ántes sufriendo con paciencia y alegría aquel trabajo, hizo sobre sí la señal de la cruz; luego desaparecieron aquellas furias infernales. Oia misa, vísperas y maitines en la iglesia, y con música y solemnidad, y por muchos lodos ó nieves que hubiese, no dejaba de ir á la iglesia, aunque estuviese léjos, sino era cuando por enfermedad no podia; porque no hacia estado de oir los divinos oficios en su casa, como lo hacen otras señoras: y cuando los oia (si no era cosa forzosa y sumamente necesaria), no consentia que ninguno la hablase en la iglesia; porque decia que aquella era casa de Dios y de oracion, y no de parlar. Oia todas las misas que podia, y procuraba que hubiese muchos sacerdotes, y hacíalos venir de otras partes para oir muchas; y acabada la misa, queria que el sacerdote pusiese sus manos sobre su cabeza, y la echase su bendicion, y decia que le era gran provecho para el alma y para el cuerpo; y así lo experimentaba muchas veces.

Cuando habia de comulgar, eran tantas las lágrimas que derramaba, tanto el cuidado de aparejarse, arrodillarse, postrarse y pedir favor al Señor, que no podia dejar de pegar devocion y reverencia al santísimo Sacramento, á cualquier persona que la miraba. Tenia muchas y muy preciosas reliquias é imágenes, que mandaba llevar consigo, cuando iba á la iglesia, para despertar mas su devocion con la vista de ellas; especialmente llevaba consigo en la mano una imágen pequeña de la santísima Vírgen María (con la cual tenia dulce trato y suavísimos coloquios), y no pocas veces, dando con esta imágen la bendicion á los enfermos, cobraban salud. La meditacion de la pasion y cruz del Señor, era todo su regalo y recreo, y veneraba con suma devocion cualquier cosa que representase aquel sagrado é inefable misterio. Fué muy curiosa, piadosa y magnífica en el aseo de los templos, en el ornato de los altares, en la riqueza de los cálices, en la variedad de los vasos y ornamentos preciosos para el culto divino, los cuales ella misma hacia por sus manos y por las de sus criadas. Nunca se sentaba cuando hacia oracion, sino con las rodillas desnudas, aun en tiempo de invierno y de frio, y con tanta continuacion, y tan largo espacio, que se la hicieron en las mismas rodillas unos callos duros, tan grandes como dos huevos ó como dos puños. Siendo, pues, esta santa princesa tan devota, tan fervorosa y amorosa para con Dios, y tan solícita y cuidadosa en servirle, y olvidada de todas las cosas de la tierra, en vacar y asistir á él; no es maravilla que el mismo Señor haya sido tan liberal con ella, y enriquecídola con sus celestiales dones, y comunicádola su divina luz. Una vez, estando secretamente orando en la iglesia á hora que las monjas comian, delante del altar de la Vírgen donde habia un crucifijo; una monja, que se habia escondido para acecharla, vió que el crucifijo alzó la mano derecha y la echó su bendicion, diciendo con voz alta: Yo he oido tu oracion: tú alcanzarás lo que me has pedido. A mas de esto, revelóla grandes secretos y dióla don de profecía. Muchas cosas dijo que serian, ántes que sucediesen: muchos estando ausente, anunció y afirmó, como si estuviera presente y las viera; y hasta los pensamientos ocultos descubrió á algunas personas, como si los leyera en sus corazones. Ilustróla el Señor con muchos y grandes milagros en su vida y muerte, que se pueden leer en su Vida. Entre los otros milagros se escribe, que dos hombres ahorcados, vinieron por los merecimientos de ella, y los mandó quitar de la horca, con grande admiracion de los que estaban presentes: y cuando Enrique, su marido, lo supo, mandó que cuando Eduvigis pasase por las cárceles públicas, se abriesen las puertas y se soltasen los presos, y se diese á todos perdon y libertad por su respeto. Habia estado una noche gran rato velando y orando; y cansada, adormecióse: tenia en la mano una vela encendida; cayó sobre un libro en que leia, y consumiéndose toda la vela, el libro no se quemó, ni recibió daño alguno.

Pero no quiso el Señor que á una alma tan querida suya la faltasen trabajos, adversidades y penas, que son la fragua en que se prueba y afina la virtud, y una de las mas ciertas señales de su amor. Vió á su marido herido y preso en manos de su enemigo, y no se turbó; ántes ella con sus oraciones y con su presencia, le libró de sus manos. Vióle despues acabado y sin vida: y aunque le amaba tiernamente, como á señor y marido, no por eso se angustió ni desconsoló; pero sujetando su voluntad á la de Dios, le hizo gracias por ello, y consoló á los que amargamente lloraban su muerte. Vió á su hijo primogénito Enrique (á quien ella por sus grandes virtudes queria sobremanera), muerto á manos de los tártaros en batalla, pero no por eso perdió la paciencia. Finalmente, en todas sus tribula-

ciones, fatigas y tormentas, siempre fué la misma, y tuvo el mismo semblante, humilde, sufrida y mansa, y nunca se enojaba, ni decia malas palabras: y cuando los criados la hacian algun agravio, ó cosa que la podia dar disgusto, la palabra mas áspera que decia, era: Dios os lo perdone, porque lo habeis hecho así. Procuraba con extraña caridad y benevolencia pagar las malas obras que la hacian, con otros mayores beneficios, y regálar mas á los mayores enemigos suyos, ó de su marido. Finalmente, todas las virtudes tuvo esta santa princesa en grado perfectísimo, y en cada una de ellas se esmeró de manera como si no tuviera sino aquella. Y estando ya cargada de años y de merecimientos, tuvo revelacion de su muerte: y muy gozosa, por el deseo que tenia de verse con su amado; se aparejó para aquella jornada, como lo habia hecho en toda su vida. Armóse con los santos sacramentos, y recibió el de la extremauncion; aun ántes de tiempo, para recibirle con mayor acuerdo y devocion. Creció la enfermedad, y su hija Gertrudes, que era abadesa del monasterio, preguntó á su santa madre, dónde mandaba que la enterrasen; y ella, como tan humilde y tan amadora de la pobreza, respondió que en el cementerio de las monjas: y diciéndola su hija, que mejor estaria en la iglesia y en el mismo sepulcro del duque Enrique, su marido; respondió, que en ninguna manera tal hiciese; porque no queria que su cuerpo, aunque muerto, se juntase con el cuerpo muerto de su marido, pues por amor de la castidad en vida se habian apartado. En aquella enfermedad, fué muy visitada y consolada del Señor, y de los santos y santas de la córte celestial. Un dia de la Navidad de la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, estando las monjas en vísperas, la visitaron las santas María Magdalena, Catalina, Tecla, Ursula, con otras vírgenes, á las cuales saludó é hizo reverencia, hablándolas en latin. Tambien tuvo otra vision y regalo del Señor, como este, el dia de San Mateo apóstol; y á los 15 de octubre del año de 1213, á hora de vísperas, dió su espíritu al que para tanta gloria le habia criado, y recibió la corona y gloria que tan bien habia merecido por la gracia del Señor. Hallaron su cuerpo vestido de un áspero cilicio y ceñido con un cinto de cerdas de caballos. Mas aquel cuerpo atenuado con ayunos, exhaustolo con vigilias, consumido con disciplinas y penitencias, denegrido y afeado con los hielos del invierno y con los ardores del verano, con el mal tratamiento muerto en vida, y que parecia un vivo retrato de la misma muerte; luego en espirando, parece que se vistió de los dotes de gloria: porque el color del rostro, que en vida era pálido ó amarillo, se paró claro y como resplandeciente: los labios y las mejillas sonroseadas: los piés como una leche; y hasta los callos de las rodillas (que dijimos arriba), cuando las monjas los descubrieron, las causaba admiracion y devocion. Pusiéronla en las andas, y fué tanto el concurso y la devocion de la gente que acudió al entierro, que en tres dias no se pudo enterrar, procurando todos á porfía tocar y adorar al santo cuerpo, y llevar alguna cosa de él por reliquia. Quién le cortaba las uñas de los piés y de las manos: quién los cabellos; y su hija, la abadesa, la mandó quitar el velo que tenia en la cabeza, que por haber sido de santa Isabel de Hungría, su sobrina, santa Eduvigis le habia guardado con gran respeto y devocion. Pasados los tres dias la enterraron, esparciendo el sagrado cuerpo de sí un olor suavísimo y una fragrancia del cielo, y obrando el Señor innumerables milagros y haciendo grandes misericordias á los fieles por su intercesion. Despues, el año de 1657, á los 15 asimismo de octubre, la canonizó Clemente, papa, IV de este nombre: el cual sumo pontífice habia sido casado ántes de serlo, y tenia una hija ciega, y diciendo misa, suplicó al Señor que si Eduvigis era santa, restituyese la vista á su hija por su intercesion, y la hija cobró la vista. Despues el año de 1268 á los 17 de agósto, se trasladó el sagrado cuerpo, despidiendo de sí la misma fragancia que hubo en su entierro. Hallóse el cuerpo deshecho y la carne consumida; mas tres dedos de la mano izquierda estaban enteros y sin corrupcion alguna, y en ellos aquella pequeña imágen de nuestra Señora, que ella solia traer en la mano por su devocion; porque la tuvo tan apretada, cuando murió, que no se la pudieron sacar. Tambien el celebro estaba entero, y los sesos sin corrupcion alguna, despues de veinte y cinco años que habia sido enterrada, y destilaba de su cabeza un licor puro, claro y oloroso, en tanta copia, que bañaba los paños que se le aplicaban. La vida de esta santa escribió un autor grave, recogiéndola de los procesos que se le presentaron al sumo pontífice para su canonizacion; y tráela el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo. Hace mencion de ella el Martirologio romano á los 15 de octubre; y Engelberto, monge cisterciense, y Martin Cromero, lib. VI de su Historia de Polonia y otros.

¿Quién no ve en la vida de esta santa princesa lo que puede la gracia del que es todopoderoso; pues esfuerza la flaqueza mujeril, y da tan rara humildad á los señores y modestia á los que son adorados, y amor de la castidad á los casados, y amargura y disgusto en los deleites y gustos de la carne? ¡Qué vida tan áspera y rigurosa en tanta abundancia y regalo! ¡Qué desnudez, desabrigo y descalcez en los frios y hielos insufribles de Polonia! ¡Qué oracion, qué fervor, qué caridad para con Dios tuvo esta santa! ¡Y qué compasion, benignidad y liberalidad para con los pobres! Mas parece su vida de una mujer y religiosa consagrada á Dios, que de una princesa y señora poderosa, y estimada y respetada del mundo. Pero el Señor trueca los corazones, y en todos los estados, grandes y pequeños, tiene almas puras, santas y escogidas: y para que ninguno se excuse, nos las pone por ejemplo, y para que las grandes señoras no aleguen las leyes del mundo ó de su estado, ni digan que no pueden hacer lo que otras hicieron, tan buenas ó mejores que ellas; y los pobres se confundan, viendo que en el amor y estudio de la perfeccion, ha habido princesas clarísimas y señoras ilustrísimas, que fueron tan perfectas y excelentes en todo género de virtudes; y que la santa Iglesia las reverencia como á santas, y nos las propone por dechado y un vivo retrato de la vida celestial.

San Andrés, monge y mártir.—En Creta, que hoy es Candia, isla noble y rica, y mas rica y noble hoy que ha vuelto al suave yugo de la ley evangélica (reducida por las gloriosas é invencibles armas venecianas), nació Andrés de ricos y nobles padres. Crióse como hijo de quien era, con la enseñanza de buenas letras y doctrinas cristianas, amando desde sus tiernos años la virtud, la penitencia, el cilicio y el ayuno, con que domaba y tenia á raya los incentivos de la juventud lozana. Al olor de su virtud vinieron muchos siguiéndole, á quienes enseñó el camino de la patria celestial, haciendo con ellos vida co-

mun, pobre y religiosa. Gozaba el orbe cristiano de una tranquila paz en este tiempo, de que envidioso el enemigo comun, buscó modo de perturbarla; y fué en esta forma. Tenia el imperio Constantino, nó el Magno, propagador de la religion cristiana, sino un sucesor suyo, llamado Constantino Coprónimo. Este dió en afirmar que era especie de idolatría la veneracion de las santas imágenes, no entendiendo que los cristianos no adoran la imágen, sino el prototipo, y que cuando la imágen es de Cristo, su Madre santísima María, sin pecado concebida, ú otro alguno de los santos, mueve al católico á contemplar en el representado por ella sus virtudes y excelencias, y desea imitarlo. Si la veneracion se quedase en solo el lienzo ó estatua, eso fuéra idolatría; y si la imágen fuese de una Venus lasciva, un deshonesto Júpiter, ú otros semejantes, tambien. En fin, con esta capa de piedad impía comenzó el demonio la mas cruel guerra que jamás se ha visto, perturbando la paz de la Iglesia toda.

Sintió el divino Andrés, como era justo, tan grave mal: y no sufriéndole el corazon dejar de hacer de su parte cuanto fuese posible para remediarlo, dejó su patria, amigos y parientes, y se fué á Constantinopla á verse con el emperador, y argüirle de su error y maldad. Puesto, pues, en presencia del emperador y magistrados que le asistian, levantando la voz, dijo: Cruel tirano, sabe que Dios es adorado y venerados sus santos en las imágenes santas que nos los representan: si á tí te ha engañado el padre del engaño, no es razon que por tí se pierdan tantos: yo vengo á reducirlos y reducirte á penitencia: y si no puedo; á lo ménos á animar á los que valerosos se exponen al martirio, por no obedecer tus crueles edictos. ¿A los cristianos persigues? ¿Tú eres emperador cristiano? ¿Qué mas hiciera un Neron? A estas razones mas furioso de lo que ántes estaba, se volvió el cruel tirano contra los verdaderos católicos, y que como tales veneraban las santas imágenes, y sin perdonar tormento alguno, á unos hacia azotar con duros nervios, á otros sacar los ojos, á otros arrancar las lenguas, á otros cortar piernas y brazos, á otros arrojar al fuego y finalmente á todos quitar las vidas. Con esto mas encendido en compasion y caridad divina, levantó Andrés mas la voz (por si no le habia oido el tirano), diciéndole: ¿Por qué, ó emperador, si eres cristiano, castigas de esta manera la imágen de Cristo? Entonces se volvió contra él furioso, viéndose así reprender, y mandó que lo prendiesen. Obedecieron los ministros infernales, dándole tantas puñadas, bofetadas y palos, que bastaron á mitigar la ira del tirano emperador; y así mandó que le dejasen: y vuelto á él, le dijo: ¿Cómo tienes tal atrevimiento, que no solo no obedeces los imperiales preceptos; sí que me reprendes á mí? Pero me ha caido en gracia tu denuedo; sigue la religion verdadera, haz lo que yo mando, y te prometo mi gracia y perpetua amistad. No busco la gracia del emperador terrestre (dijo Andrés animoso): solo quiero la del celestial Emperador Jesucristo: tu amistad sea para los que te siguen y quieren, como tú, condenarse. No he surcado tantos mares, dejando mi patria y cuanto tiene el mundo, para ganar tu amistad, sino para ganarte si puedo, para el cielo, haciendo que vuelvas en tu acuerdo, dando el debido culto á las santas imágenes, y perdonando á los que tienes presos, porque las veneran: y cuando esto no consiga, conseguiré á lo ménos una muerte gloriosa, perdiendo la vida á manos de tu crueldad, que estoy dispuesto á padecer constante: ¿y qué haré yo en morir por quien murió por mí?

Por cierto, dijo, riéndose el emperador, que es grande tu sabiduría: pues te atreves á persuadir y mudar los ánimos de un emperador supremo, y tanto magistrado docto, tantas dignidades y tan venerables canas como aquí miras: lo que importa es que desistas de tu locura, ó te prevengas á sufrir inauditos tormentos. Constante oyó Andrés al emperador, y mirando al cielo, dijo: No te negaré, Cristo y Salvador mio: no te burlaré con mi confesion: no despreciaré tu imágen santa: dame valor, mi Dios; y vuelto al emperador, dijo: Castiga, ó emperador, mi cuerpo: corta mis piés y manos: sácame los ojos: arranca mi lengua; porque pronto estoy á padecer en defensa de la imágen santa de Cristo Jesus, mi Dios y Salvador. Tuvieron varios coloquios los dos, uno reprobando y otro defendiendo la veneracion de las santas imágenes, hasta que convencido y furioso el emperador, le mandó desnudar y azotar cruelmente en su presencia con cordeles y duros nervios. Despues que con invicta paciencia habia sufrido el mártir glorioso infinitos azotes, severo y constante, vueltos los ojos al cruel emperador, dijo: O emperador: dejadas las guerras contra los bárbaros, que lícitamente podias y debias emprender; ¿has puesto todo tu ánimo y esfuerzo contra Cristo y sus siervos? ¿Y juzgas, obrando así, tener en paz tu cetro y corona? ¿Por ventura no temes el juicio de Dios? ¿No sabes que te ha de pedir cuenta? Con esto se acabó del todo de enfurecer mas el tirano, y mandando venir nuevos verdugos, que estuviesen descansados, con fuertes y duros nervios de toros lo hizo segunda vez azotar tan cruelmente, que á pedazos le quitaban la carne, y la tierra corria arroyos de sagrada sangre: y lo que mas es de ponderar que como todos sabian el gran gusto que recibia el tirano emperador en ver padecer mas y mas al mártir de Cristo; los verdugos tomaban nuevas fuerzas, y los circunstantes, unos sacaban las espadas y le herian por diversas partes: otros le tiraban piedras; y el invictísimo mártir por todos y para todos pedia perdon y misericordia.

Tenia con razon hecho juicio el tirano, que si reducia á su parecer al glorioso san Andrés, conseguia una gran victoria; porque flaqueando este invencible guerrero, habian de flaquear infinitos, y siendo glorioso mártir, habian de serlo tambien infinitos con su ejemplo, como sucedió: y así probó tantear todos los vados. Mandó otra vez que cesase el rigor y volvió á las caricias, haciéndole mil ofertas, á que resistió el fuerte y valeroso caballero de Cristo con tanto valor, como á los azotes y tormentos. Viendo el tirano que nada aprovechaba, volvió á los tormentos: mandóle herir en las mejillas con piedras hasta que no le dejasen diente ni muela en la boca, por vengarse de las palabras con que le habia reprendido su crueldad. Despues de este cruel tormento, lo mandó poner en la cárcel, y fué enviar á ella doctor y maestro: porque allí predicaba y confortaba á los mártires de Jesucristo; y despues de haber convertido á muchos y confirmado á todos, deseaba ya tanto ser libre de la cárcel de su cuerpo y verse con Cristo, como otro Pablo, que provocaba al tirano Constantino, para que, ó le atormentase sin cesar, ó le acabase la vida y perficionase la corona de su martirio. Cuando ya le pareció al cruel y malvado emperador, que con tanto co-

mo habia padecido, se habria mudado el ánimo incontrastable del guerrero valeroso, lo mandó sacar de la cárcel y traer á su presencia; pero viéndole siempre firme y constante, lo hizo desnudar otra vez, y mandó lo azotasen con mas rigor y crueldad que ántes, si mas podia ser: y obedeciendo los verdugos, le dieron tantos y tan crueles azotes, que renovándose de los primeros las llagas y heridas, era todo su sagrado cuerpo un mar de sangre, corriendo entre ella los pedazos de carne por tierra; pero aunque le despedazaban y quitaban las carnes, jamás pudieron quitarle ni una mínima parte del tesoro de la fé que en su corazon guardaba.

Cansado ya el tirano de herirle y atormentarle, se confesó vencido de la constancia del invicto mártir: y así dió contra él la sentencia de muerte, mandando le atasen por los piés con fuertes cuerdas, y que le arrastrasen por la ciudad, dando vueltas á todas las calles y plazas públicas, y en llegando al lugar donde morian afrentosamente los malhechores, allí fuese arrojado y muerto, dejándolo entre ellos para que no pudiese su cuerpo santísimo ser venerado de los cristianos. Todo por su órden fué ejecutado: y pasando por una plaza un pescador, instigado sin duda del demonio, dejó los peces que vendia y corrió al santo mártir, y de un golpe que le dió con una cuchilla le cortó un pié, con que acabó felizmente la carrera y la vida, volando su sacratísima alma á los cielos á ser colocada en el coro de los espíritus soberanos é invencibles mártires, dándole todos mil parabienes de tan glorioso triunfo, como habia alcanzado del tirano emperador Constantino Copronimo. Su cuerpo santísimo fué arrojado en el lugar inmundo de los malhechores, y expuesto mucho tiempo á ser despedazado y comido de las fieras; mas no sucedió así como deseaba el tirano; porque llegándose doce hombres poseídos del demonio á aquel lugar, y tocando casualmente el cuerpo glorioso que Dios conservaba allí milagrosamente defendido de aves y fieras, al instante quedaron sanos y libres de la opresion de los demonios, que mucho tiempo habia que los atormentaban: con que, confesando á voces el milagro, conocieron al santo mártir, y dando cuenta á los piadosos católicos, lo sacaron de allí y dieron honorífica sepultura en un lugar llamado *Crisis*, donde está y obra Dios por él infinitos milagros. Fué su gloriosa muerte y martirio á 17 de octubre (dia en que lo celebra la Iglesia) por los años del Señor de 761. Escribieron su vida y martirio los griegos en su Menologio, Metafraste; Lipomano, tomo VI; Surio, tomo V; Zonaras, *tomo* III *Annalium Histor. miscel. ex Teophane, et Cedreno in Compend. ann.* 21 *Constantini Copronimi;* el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones y en el tomo IX de sus Anales, año 761, núm. 84.

* San Eron, obispo y mártir.—A la predicacion del patriarca de Antioquía san Ignacio, debió su conversion á la religion cristiana san Eron, que fué natural de Siria. Fué ordenado de diácono por el mismo san Ignacio, y en la escuela de este santo no solo aprendió las ciencias eclesiásticas, sino tambien hizo notables progresos en la virtud. El emperador Trajano se llevó á san Ignacio á Roma haciéndolo devorar por las fieras, y entonces Eron fué elegido y consagrado obispo de Antioquía, gobernando con mucho celo aquella Iglesia por el espacio de veinte años, muriendo al fin martirizado en la misma ciudad, el año 136 de Jesucristo.

Santa Mamelta, mártir.—Era natural de Persia y vivió en este país entregada á las supersticiones del paganismo. Sin embargo, su vida arreglada y las bellas disposiciones de su corazon hacian que ya ántes de conocer la religion cristiana, perteneciese su espíritu al cristianismo á causa de la inclinacion que profesaba á la verdad y á las doctrinas sanas. Efectivamente Dios quiso para sí aquella alma tan buena, y enviándola cierto dia un ángel, la iluminó con la divina revelacion, y por medio del mensajero la hizo decir que dejase el culto de los ídolos y abrazase el del Dios verdadero. Gozosa entonces Mamelta y fiel al celestial mandato, se convirtió á la fé de Jesucristo, recibió el agua santa del bautismo y empezó á practicar públicamente la ley de Dios. Los paganos y gentiles se mofaron al principio de ella, luego empezaron á maquinar contra su vida, y al fin la apedrearon y la arrojaron á un profundo lago, en el cual entregó alegre su espíritu al Señor y consiguió la corona del martirio.

Los santos Victor, Alejandro y Mariano, mártires.—Fueron de Asia y se cree que murieron martirizados en Antioquía durante la persecucion del emperador Decio.

San Florentin, obispo y confesor.—Nació en las Galias, y se educó en medio de una familia que no le dió mas que ejemplos de virtud y santidad. El Señor le preparó ya en su infancia con las benéficas bendiciones del cielo, haciéndole progresar extraordinariamente en los caminos de la perfeccion y en el estudio de las sagradas Letras. Su espíritu, siempre dócil á las inspiraciones del cielo, se inclinó al estado eclesiástico, y fué ordenado por san Agricio, obispo de Oranges, en Francia, que floreció en tiempo del segundo concilio de Orleans. Muerto este santo obispo, Florentin, que se habia captado el aprecio y la admiracion de todos, fué aclamado pastor de la diócesis de Oranges por todo el clero y pueblo reunidos, fué el XXIII prelado de aquella Iglesia, y despues de haberla gobernado y dirigido santamente, adornado de esclarecidas virtudes, descansó en dichosa paz á fines del siglo V.

San Victor, obispo y confesor.—Fué natural de Italia; pasó sus primeros años en la soledad estudiando las santas Escrituras y ejercitándose en la penitencia y devocion. El venerable Beda, en su libro de *Ratione temporum*, le llama varon santísimo y doctísimo, y dice que floreció durante el siglo VI. El cardenal Baronio, en sus anotaciones al Martirologio romano, escribe que vivió bajo el reinado del emperador Justiniano. Consagrado obispo de Capua, se dedicó sin descanso á la ilustracion de los fieles, y escribió varios tratados tocantes á la disciplina y costumbres. Confutó el ciclo pascual de Victorino de Aquitania, y publicó otro, que fué revisado y aprobado en el cuarto concilio de Orleans, celebrado en el año 463. Su sabiduría le colocó en el número de los oráculos de su tiempo, lo cual, junto á su eminente santidad, hizo que su nombre fuese muy reverenciado en toda la Iglesia. El cardenal Baronio cree que Víctor murió santamente en Capua por los años de 560.

DIA 18.

San Lucas, evangelista.—El glorioso evangelista san Lucas fué natural de la ciudad de Antioquía, hijo de padres nobles y ricos, y desde su niñez inclinado al estudio de las buenas letras y de toda virtud. Es gran señal de su

honestidad el haber perseverado vírgen toda su vida. En la elocuencia y en las demás ciencias puso mucho cuidado, y mas particular en la medicina, la cual ejercitó, y san Pablo le llamó «médico carísimo.» Tambien aprendió el arte de pintar, nó por oficio y tener nombre de pintor, sino (como es de creer) para saberla y ocuparse en ella algunos ratos, y pasar el tiempo honestamente. Orígenes, Epifanio, san Gregorio y Simeon Metafraste dicen, que fué uno de los setenta y dos discípulos que el Señor (á mas de los apóstoles) envió á predicar su Evangelio, como lo refiere él mismo san Lucas. Algunos de estos autores, y Teofilato y Niceforo, son de parecer que san Lucas fué compañero de Cleofas, y uno de los discípulos que el dia de la resurreccion iban á Emaús, cuando en traje de peregrino se les apareció el Señor, y otros traen algunas razones y conveniencias para probar esto: y á mi parecer no están tan fundadas, que por ellas se pueda tener por cierto: ántes san Ireneo, Tertuliano, Eusebio, san Gerónimo, san Agustin, Doroteo, Beda y Pedro Damian dicen, que san Lucas no fué de los setenta y dos discípulos: y si se ponderan bien las palabras que el mismo san Lucas, hablando de sí, dice en el principio de su Evangelio, fácilmente se echará de ver que lo escribió, nó como testigo de vista, sino de oidas, y como le informaron los que desde el principio fueron discípulos del Señor. Lo cierto y sin duda es que san Lucas fué compañero de san Pablo en sus trabajos y peregrinaciones, y que fué señalado para esto de las Iglesias: y así el mismo san Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo, le dice: «Lucas solo está conmigo:» y á los colosenses, «Salúdaos Lucas, mi muy amado:» y á los de Corinto: «Con Tito (dice) os enviamos á nuestro hermano (entendiendo á san Lucas), que tiene loa en el Evangelio por todas las Iglesias y no solo hay en él esto, sino que está señalado de las Iglesias, para que sea compañero de nuestra peregrinacion.» Y así es de creer que san Lucas trabajó y padeció mucho en la predicacion del sagrado Evangelio, y que fué particionero de las grandes fatigas, molestias, incomodidades y persecuciones que padeció san Pablo, cuando iba alumbrando al mundo con la doctrina del cielo: aunque no fué san Lucas luego al principio compañero de san Pablo, sino pasado algun tiempo, y cuando el santo apóstol llegó á una ciudad marítima de Asia, llamada Troade, como lo significa san Ireneo. Escribió san Lucas su sagrado Evangelio en griego, en estilo elegante, para enseñar á los griegos á quienes san Pablo predicaba; como san Mateo habia escrito su Evangelio en hebreo para los hebreos, y san Marcos el suyo en latin (á lo que parece á algunos autores) para los romanos y latinos, donde escribió. Y el mismo san Pablo, es de creer que dió noticia á san Lucas de muchas cosas de las que escribe en su Evangelio: y por esto dice san Gerónimo, que algunos fueron de parecer que cuando el Apóstol dice en sus epístolas: *Juxta Evangelium meum:* segun mi Evangelio; que habla del Evangelio que escribió san Lucas; porque san Lucas lo habia aprendido de él, y lo habia escrito, informado del mismo Apóstol y en su compañía. Pero no solamente san Lucas fué enseñado del apóstol san Pablo para escribir el Evangelio, sino tambien de los otros apóstoles, y especialmente de la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, con la cual parece que tuvo mucha familiaridad, y de ella fué muy favorecido, y supo los sagrados y secretos misterios de la encarnacion del Verbo eterno en sus entrañas, la visitacion de santa Isabel, la santificacion, gozo y saltos del niño Juan en el vientre de su madre, el nacimiento del Señor en Belen, su circuncision y la presentacion en el templo, y todos los otros misterios que solo san Lucas escribe en su Evangelio, y sola la que era Madre y habia sido testigo, y tanta parte en ellos, los sabia y se los podia descubrir. A mas del sagrado Evangelio escribió san Lucas otro libro que se llama los Hechos apostólicos, en el cual, comenzando desde la subida á los cielos del Salvador, y tratando de la venida del Espíritu Santo, escribe la predicacion de los apóstoles, los milagros que hicieron, las contradicciones que tuvieron de los judíos, las costumbres con que los cristianos de la primitiva Iglesia vivian, la muerte de san Estéban, la conversion de san Pablo, como Herodes mandó degollar á Santiago el mayor, y prender á san Pedro, y el Señor le libró. Finalmente, siendo ya san Lucas compañero de san Pablo, va contando su peregrinacion, sus trabajos, sus persecuciones, de que no pequeña parte le cupo al sagrado evangelista, hasta que llegaron á Roma, donde estuvo dos años san Pablo preso; y allí pone fin y remata su libro. Dejando al glorioso apóstol en Roma, volvió san Lucas á Oriente: y habiendo ilustrado con su presencia la provincia de África, pasó á Egipto y á la superior Tebaida, y de allí á la inferior, donde fué obispo, y convirtió gran número de gentiles á la fé de Jesucristo nuestro Señor. Allí estuvo muchos años, ordenó sacerdotes y consagró obispos y enviólos á predicar por diversas partes. Derribó ídolos, levantó altares, edificó templos al Señor; y con su vida y predicacion santísima, toda aquella provincia, de una tierra yerma y estéril, se convirtió en un jardin amenísimo, lleno de plantas celestiales y divinas. Y habiendo gastado en estas santas y fructuosas ocupaciones su vida, y llegado á la edad de ochenta y cuatro años (como escribe san Gerónimo), dió su bendita alma á Dios en Bitinia; y á lo que se saca del mismo santo doctor, de Isidoro, Metafraste y otros autores, murió de su muerte natural. Verdad es que san Gregorio Nacianceno da á entender que fué mártir, y lo mismo san Paulino, obispo de Nola, en dos versos, que dicen:

Hic pater Andreas, et magno nomine Lucas,
Martyr, et illustris sanguine Nazarius.

Y san Gaudencio, obispo de Bresa, siente lo mismo: y Nicéforo Calixto no solamente dice que fué mártir; pero escribe el género del martirio con que fué martirizado, y que le colgaron de un olivo y que allí acabó su vida; y Glicas es tambien de este parecer.

Entre las otras cosas memorables y dignas de veneracion, que hizo el bienaventurado evangelista san Lucas, fué una pintar las imágenes de Cristo nuestro Salvador y de la sacratísima Vírgen su Madre, y retratarlas muy al vivo, y dejarlas á la Iglesia católica para consuelo de todos los fieles: las cuales imágenes fueron siempre tenidas en grande estima, y reverenciadas con gran devocion. La de la Vírgen, que pintó san Lucas, hoy dia está en Roma, en la basílica de Santa María la Mayor, y el Señor ha obrado muchos milagros por ella. Murió san Lucas á 18 de octubre, en que la Iglesia celebra su fiesta. Sus sagradas reliquias, con las de san Andrés y san Timoteo, mártir, fueron llevadas á Constantinopla, donde el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, les edificó un suntuoso templo; y despues, andando el tiempo, el cuerpo

de san Lucas se trasladó á la ciudad de Padua, donde ahora está, como lo dice el Martirologio romano; aunque la cabeza y un brazo de este sagrado evangelista se muestran y reverencian en Roma en la iglesia de San Pedro. De san Lucas escriben todos los Martirologios; Eusebio, san Gerónimo, san Agustin, Isidoro, Metafraste, Nicéforo, y todos los que han escrito comentarios sobre los evangelistas.

San Julian, ermitaño y confesor.—Vivia en el siglo cuarto, y estaba dotado de tan singular prudencia y sabiduría, que le llamaban sus contemporáneos *Sabas*, que en idioma siriaco es lo mismo que *anciano*. Muchos años habia pasado en una sombría y húmeda cueva, junto á la ciudad de Edesa, cuando se retiró á vivir solo en la Arabia. Sus ejercicios principales eran la oracion y meditacion continua, añadiendo á esto la mas rigurosa penitencia. Sabido es que Juliano Apóstata murió en Persia, y el santo ermitaño tuvo una vision que le reveló aquel acontecimiento tan importante para la paz de la Iglesia. Mucho tuvo que sufrir Julian de los arrianos en tiempo del emperador Valente, lo que obligó al santo á dejar su soledad, dirigiéndose á Antioquía para confundir á los herejes. Fueron muchos los prodigios que obró en esta ciudad, y muchas tambien las pruebas de su catolicismo, hasta que por último se retiró á su soledad, instruyendo allí á los que se habian puesto bajo su direccion, y entregando su espíritu al Criador. San Juan Crisóstomo habla con grande elogio de este santo llamándole «hombre de prodigios.»

San Asclepíades, obispo y mártir.—Fué sucesor de san Serapion en la silla episcopal de Antioquía, siendo consagrado el año 211. Dió glorioso testimonio de la fé de Jesucristo, derramando su sangre por su confesion durante el reinado de los emperadores Caracalla y Macrino, muriendo degollado en la misma cuidad de Antioquía el año 219. Su cuerpo, enterrado por los cristianos, fué vínculo de grandes portentos para la Iglesia de Dios.

San Justo, mártir.—Nació en el territorio de Beauvais de padres cristianos, que supieron arraigar en su tierno corazon tan profundamente los principios y las máximas del cristianismo, que siendo aun muy niño confundió con su valor y constancia á los mismos paganos. Apenas habia cumplido Justo los nueve años, fué preso y llevado á la presencia del gobernador Ricciovaro, el cual, despues de haber agotado todos los recursos humanos para hacerle renegar de la religion cristiana, le condenó á ser decapitado, cuya sentencia se ejecutó el año 306, reinando Diocleciano.

Santa Trifonia.—Esta santa era esposa del bárbaro emperador Decio, que tanta sangre hizo derramar entre los cristianos. Convirtióse á la religion de Jesucristo, y la instruyó en la fé un sacerdote romano llamado Justino, que tambien la bautizó. Al dia siguiente de haber recibido este sacramento Dios la llamó á sí, y murió santamente en la misma ciudad de Roma, siendo sepultada en una cueva junto al sepulcro del mártir san Hipólito. Su dichoso tránsito sucedió á mediados del siglo III.

San Atenodoro, obispo y mártir.—Fué hermano de san Gregorio Taumaturgo y consagrado obispo de Neocesarea. Asistió al concilio de Antioquía contra Pablo de Samosata, en el cual se distinguió por su eminente sabiduría y noble celo por la pureza de la doctrina católica. Despues de haber brillado en la Iglesia como un astro de primera magnitud, fué martirizado durante la persecucion del emperador Aureliano el año 233.

DIA 19.

San Pedro de Alcántara, confesor y fundador.—En la villa de Alcántara, que antiguamente se llamó Norba Cesárea y perteneció á Lusitania, y hoy es de la provincia de Extremadura y cabeza de la órden militar de los caballeros de Alcántara; nació de padres nobles y virtuosos san Pedro de Alcántara, ejemplo de espantosa penitencia y varon de altísima contemplacion, el año de 1499. Su padre fué el jurisconsulto Garabito, y su madre doña María de Sanabria y Maldonado. En su niñez desmentia la edad con su cordura y devocion; porque á los cuatro años se retiraba al oratorio de su casa á rezar las oraciones que sus padres le habian enseñado. Cobró grande afecto á la Reina de los ángeles, y rezábala el rosario hincado de rodillas y con el misterio de su concepcion purísima tenia especial devocion. En sabiendo leer, luego se aficionó á los libros devotos y desechó los profanos, y no pocas veces se retiraba á considerar lo que habia leido. Hizo un cuaderno de papel en forma de libro, que traia siempre consigo, y aquí apuntaba las sentencias de los santos que encontraba, para meditarlas y considerarlas muchas veces. Cuando faltaba de su casa le hallaban en la iglesia, en la cual gastaba muchos ratos meditando en la pasion de Cristo con grande ternura y lágrimas; y en una ocasion le hallaron arrebatado en espíritu y levantado en el aire. Hizo pacto con sus ojos, como el santo Job, de no mirar rostro de mujer, y para cumplirlo andaba siempre con los ojos bajos: con que pudo conservar la preciosa joya de la virginidad, sin que se la robasen los ladrones que suelen entrar por los ojos á robarla, cuando el alma se sale por ellos, como otra Dina, á ver las mujeres de su region. Habiendo estudiado la gramática, fué á la universidad de Salamanca para estudiar retórica, dialéctica y lógica; y aunque aprovechaba mucho en las letras con su vivo ingenio y aplicacion, aprovechaba mucho mas en las virtudes, y era tan conocida entre los estudiantes de la universidad su modestia y compostura, que si tal vez estaban algunos en conversacion poco decente, en viéndole venir decian: El de Alcántara viene: mudemos de plática. Preveníase con oracion y devotos ejercicios contra las tentaciones del demonio, que empezaba ya á hacerle cruel guerra, á que añadia disciplinas, cilicios, ayunos y otras asperezas, deseando salirse presto del mundo que veia tan lleno de lazos, y pidiendo á Dios que le mostrase el camino de su voluntad: lo cual hizo el Señor, revelándole que se entrasen en la religion del seráfico padre san Francisco, porque en ella se queria servir de él.

Entró en la órden seráfica, siendo de edad de diez y seis años, en la custodia de Extremadura, que despues se llamó provincia de San Gabriel, en el convento recoleto de los Manjarretes, una legua de Valencia de Alcántara. Caminando al monasterio para tomar el hábito, confirmó Dios su vocacion con un raro prodigio; porque llegando al rio Tietar, que no podia vadearse; como no hallase barquero que le pasase de la otra parte, se entristeció sobremanera y empezó á rogar á Dios que no permitiese se le embarazase ó dilatase el cumplimiento de sus deseos; y luego se sintió llevar sobre las aguas, sin ver ni entender

quien le llevaba, y se halló á la otra orilla con los piés enjutos, dando gracias á Dios por tan singular favor. En vistiendo el hábito de san Francisco, se vistió del espíritu humilde, pobre y penitente de la seráfica religion: y no es fácil decir la vida angélica y celestial que comenzó á hacer, adelantándose, al empezar el camino de la perfeccion, á muchos que lo acababan. Echó un profundo cimiento de humildad, para levantar sobre él un alto y firme edificio de santidad: afligia su cuerpo con tantas penitencias como si castigara graves culpas, el que no habia perdido, segun se cree, la gracia bautismal: mortificaba sus sentidos, sin permitirles jamás el menor alivio: olvidábase de sus padres, hermanos y parientes como si fuera otro Melquisedech, sin padre, ni madre, ni genealogía: su pureza era de ángel: su fervor de novicio, como lo era: su aprovechamiento de muy antiguo: su rendimiento de un niño de pocos años: su prudencia de un anciano de muchas canas y experiencias; y finalmente su vida un ejemplar de toda virtud y un espejo de toda santidad, en que los religiosos tenian mucho que aprender y que admirar.

En profesando le pareció que hasta allí no habia comenzado á servir á Dios y que era menester empezar de nuevo, y se decia muchas veces á sí mismo lo de san Bernardo: ¿A qué he venido á la religion? ¿Qué es lo que hago? ¿Cómo se me pasan los dias y los años sin dar un paso adelante en el camino de la perfeccion, debiendo cada dia y cada hora adelantarme en este camino en que me ha puesto el Señor? De esta manera, considerando cada dia, como si fuera el primero de su conversion, corria y se apresuraba para adquirir alguna virtud, el que en su concepto no tenia ninguna, y en la estimacion de los demás las tenia todas en alto grado. Parecióles á los religiosos que Dios habia traido á Pedro á su casa para grande aumento de la nueva recoleccion que entónces se empezaba á plantar; y así, despues que se hubo ejercitado por algun tiempo con maravilloso ejemplo de humildad y caridad en los oficios humildes del convento, le fueron ocupando sus prelados en cosas mayores, para que lograse como buen siervo con los muchos talentos que el Señor le habia entregado. Vivian los frailes con grande rigor de observancia y fervor de vida, y con la entrada del santo empezó á resplandecer mas su virtud y á echar mayores rayos su santidad, de que atraidos muchos religiosos venian de varias provincias de la órden seráfica á la nueva custodia, donde eran recibidos, por virtud de un breve de Leon X: con que en poco tiempo se llenaron cuatro conventos que entónces tenia la custodia, y se fundaron otros muchos, debiéndose principalmente todo este aumento á la santidad, celo y diligencia de san Pedro de Alcántara.

Siendo de solos veinte años, le enviaron sus prelados con otros religiosos á fundar el convento de Badajoz, y le hicieron superior de los demás: prueba grande de su mucha santidad; pues no repararon en su poca edad ni en que no era sacerdote, para hacerle prelado y fundador de un nuevo convento; ántes les pareció el mas á propósito para que se fundase en fervor y espíritu verdadero. Los años siguientes le mandaron sus superiores recibir los sacros órdenes hasta el sacerdocio, con mucha repugnancia suya; porque como tenia tan bajo concepto de sí, y tan alto de la dignidad sacerdotal, deseaba no subir á ella, y admitióla obligado de la obediencia. Decia la misa con tanta devocion y lágrimas, que las hacia derramar á sus oyentes, y muchos se compungian de solo verle celebrar; de manera que hacia mas fruto con una misa, que otros predicadores con un sermon fervoroso. Deseaba el provincial de su custodia, que era el siervo de Dios Fr. Francisco Frenegal, hacerle predicador, esperando que se habia de seguir á Dios mucha gloria y á las almas mucho provecho; mas detenia-se, juzgando que no podia ejercitar este ministerio con fundamento, por no haber estudiado la sagrada teología. Sucedió que estando juntos los religiosos con el provincial, tratando de materias espirituales; llegando á un punto delicado, y habiendo dicho los demás lo que les parecia, mandó el provincial al santo que él tambien dijese su sentir en aquella materia. Excusóse el santo con su falta de letras escolásticas, que eran necesarias para explicar aquel punto; mas por voluntad de Dios, que queria descubrir la sabiduría de san Pedro, como antiguamente la de san Antonio de Padua, para ponerle en el candelero de la predicacion, le obligó el prelado á que hablase; y él lo hizo con tanto acierto, agudeza, espíritu, propiedad de términos y palabras, que el prelado le mandó que sin falta predicase, y no sepultase el talento que Dios le habia dado para bien de muchas almas. En lo restante de su vida corrió por muchas ciudades, villas y lugares, especialmente de la provincia de Extremadura, haciendo grande fruto por su predicacion, sacando innumerables pecadores de las garras del demonio, y haciendo rarísimas conversiones y mudanzas en las personas con quienes trataba: porque sus palabras eran muy eficaces, pero mas eficaces sus obras, y solo verle hecho un retrato de la penitencia bastaba por sermon, cuanto mas mudo, mas elocuente para ablandar los mas endurecidos pecadores. Al entrar en las ciudades, apareció tal vez un astro resplandeciente, como avisando al pueblo de la nueva luz que venia á alumbrarle, y estando predicando, se vieron estrellas sobre su cabeza.

En las partes donde predicaba, hacia fabricar cruces de madera, y llevándolas él sobre sus hombros, acompañado de mucha gente en forma de procesion, las colocaba por sí mismo en lugares eminentes y cumbres de los montes, para que fuesen vistas de muy léjos, y adorado el Señor en ellas. En Sierra de Gatas fabricaron una cruz tan grande, para que pudiese ser vista en aquella altura, que doce hombres de muchas fuerzas apenas la podian levantar; pero el santo, sin permitir que nadie le ayudase, la tomó en sus hombros y subió por la sierra, parte del camino hincado de rodillas, hasta que la colocó en la eminencia, dando el espíritu mas que de gigante prodigiosas fuerzas al cuerpo flaco y debilitado con los ayunos y penitencias. En Sierra Morena llevó y colocó de la misma manera otra cruz, compuesta de dos pinos, que veinte hombres no pudieran subir veinte pasos; y el santo la subió solo, por un despeñadero en que un hombre sin embarazo sube con mucha dificultad y peligro. Predicando por los confines de Extremadura, llegó á Alcántara: y aunque dice Cristo, que ninguno es profeta acepto en su patria, quiso que san Pedro fuese excepcion de esta regla; porque fué en ella muy venerado, y cogió no ménos fruto que en las demás partes donde sembró la palabra de Dios: y muchos de sus parientes se hicieron religiosos y tomaron su mismo hábito, y particularmente un sobrino suyo llamado Antonio Maldonado, entrando en la provincia de San Gabriel, fué en la penitencia y demás virtudes un vivo re-

trato de su santo tio y padre espiritual, y murió con grande fama de santidad: algunas sobrinas suyas trocaron el siglo por la religion, y resplandecieron en virtudes y milagros; y los parientes que quedaron en el siglo, vivian como religiosos, con hábito de seglares: tanto fué el fruto que sacó con sus ejemplos y palabras. Volaba su fama por todas partes, y no cabiendo en Castilla, llenó tambien á Portugal, adonde fué llamado del rey y la reina, que deseaban verle y hablarle: y fué tanto el provecho que experimentaron con su trato y conversacion, que desearon se quedase en su córte y palacio; mas no se lo pudieron persuadir, porque le parecia, segun el dicho de Cristo, hablando del Bautista, que no se dice bien el vestido áspero con las córtes y palacios de los reyes, donde viven los que visten delicadamente; y así se volvió á Castilla á su provincia, de donde solia ir una vez cada año á Lisboa, á ruegos del rey de Portugal y de la infanta doña María, su hija, y la princesa doña Isabel.

Habiendo sido guardian de algunos conventos de su provincia, fué elegido provincial; y aunque el postrado delante del capítulo procuró con lágrimas, razones y súplicas excusarse, no pudo; porque todos á una voz dijeron que no se le admitiese ninguna excusa; y á él que no resistiese á la voluntad de Dios. Luego empezó á ejercitar su oficio como se podia desear; era consigo riguroso y severo; con los demás blando y amoroso: á todos tenia por buenos y santos; á sí solo por malo y pecador: para sí no buscaba nada; y atendia á las necesidades de todos: á los ancianos trataba como á padres, á los mancebos como á hijos, y á ninguno miraba como á inferior; y con eso no se dejaba servir de ninguno; parecíale que ser primero en una comunidad religiosa es tener obligacion de ser primero en la humildad, caridad, mortificacion y en las otras virtudes, y que la cabeza en este cuerpo no tiene mas diferencia de los otros miembros, que estar en lugar mas eminente, para ver y atender con solicitud á las necesidades de todos. Visitaba á pié y descalzo los conventos de su provincia, para alentar á sus súbditos en la observancia y alentarlos en la perfeccion, para lo cual los ejercitaba y probaba con caridad y prudencia, segun la capacidad de cada uno; á los fervorosos mandaba cosas arduas para hacerlos correr á largos pasos en la virtud, y á los flacos cosas fáciles para sacar de cada uno lo que podia. Tenia muy particular cuidado de los enfermos, y se informaba si los guardianes cuidaban de proveerlos de todo lo necesario; y si hallaba á algun guardian remiso en esto, le castigaba con severidad diciendo: No puede hallar excusa ninguna en un prelado que falta á á la caridad. Las medicinas que el médico ordenaba, por exquisitas y preciosas que fuesen, queria que se trajesen; aunque para ello fuese necesario empeñar los ornamentos de la iglesia; que es muy digno de notar en un santo tan pobre; para que se vea como no se oponen entre sí las virtudes, ni contradice la caridad á la pobreza. No se contentaba con velar sobre los superiores y enfermeros, para que cuidasen de los enfermos: él mismo les hacia las camas, barria la enfermería, limpiaba los vasos inmundos, y ejercitaba los demás oficios con singular amor y edificacion. Exhortaba á sus religiosos á todas las virtudes, y especialmente á que tuviesen paz y amor entre sí; y decíales muchas veces: Paz y amor, hijos mios, son los brazos fuertes del alma, con que granjea las virtudes y se defiende de los vicios. Encargábales mucho que huyesen de la murmuracion, polilla de todas las buenas obras, y y que si tenian mil razones para juzgar mal de uno, buscasen una para juzgar bien; porque con la caridad puede mas esta sola que aquellas mil. Finalmente, en todas las cosas se mostraba el santo provincial vigilante pastor, cuidadoso prelado y amoroso padre. Fundó en el tiempo de su provincialato diversos conventos, y con nuevos estatutos que hizo acomodados á la necesidad presente, redujo la provincia de San Gabriel á mayor observancia y rigor de vida del que ántes tenia. En acabando su gobierno, fué llamado á Portugal con un compañero, y ayudó al siervo de Dios Fr. Martin de Santa María, religioso observante de la provincia de Cartagena, á la fundacion de la provincia de la Arrabida, y en esta sierra hicieron los tres y otros, que los imitaron, vida anacorética por algun tiempo, resucitando los ejercicios de la Tebaida y Egipto, y haciendo volver al mundo despues de tantos siglos á los Antonios é Hilariones Luego se fundaron algunos conventos, y san Pedro fué guardian y maestro de novicios del convento de Pallaes, y plantó su espíritu en los que fueron despues las columnas de aquella religiosísima provincia, que sustentaron en sus hombros la observancia y santidad de ella. Dejando asentada la provincia de la Arrabida, se volvió por mandado de su provincial á la provincia de San Gabriel, de la cual por muerte del siervo de Dios Fr. Martin, fué llamado segunda vez á la Arrabida, para resucitar el primitivo fervor que él y Fr. Martin habian plantado, y habia descaecido algo con su ausencia y la muerte de su primer fundador.

Habiendo estado muchos años san Pedro en la provincia de San Gabriel, y siendo como fundador de ella que la defendió para que no se deshiciese, la aumentó en muchos conventos, y la dió nuevas leyes para su conservacion: se salió de ella con breve del sumo pontífice Julio III, para hacer vida eremítica, y disponer una nueva reforma que meditaba. Estuvo algun tiempo con un discípulo suyo, que nunca le quiso dejar, llamado Fr. Miguel Cedena, en una ermita que le dió el obispo de Coria don Diego Enrique de Almansa, cerca de la villa de Santa Cruz de Cevollas, donde hizo vida mas del cielo que de la tierra, entregándose todo á la contemplacion, viviendo entre los hombres mortales con el cuerpo, y con el espíritu entre los bienaventurados; hasta que con propósito de dar cumplimiento á sus deseos, se partió á Roma, donde venciendo con la ayuda del Señor grandes contradicciones, alcanzó finalmente del sumo pontífice facultad para fundar su nueva reforma. Volvió á España para ponerlo en ejecucion, y en prueba de que Dios y san Francisco, su padre, le guiaban en estos intentos, dice su cronista Fr. Juan de San Bernardo, que entrando en la ciudad de Coria en la casa de unas siervas de Dios, vieron al lado derecho del santo á Cristo nuestro Señor, y al izquierdo á san Francisco. Cuantas contradicciones, injurias, persecuciones y afrentas padeció el santo en la ejecucion de sus deseos, no hay para qué referirlo. A su penitencia llamaban temeridad: á su pobreza tentacion: á su humildad bajeza: á su oracion ilusion: á su zelo mutabilidad; y finalmente á todas sus virtudes, invenciones, y á su toda santidad, hipocresía; pero nunca se conoció mejor su santidad que entre tantas persecuciones, las cuales venció con paciencia y humildad, y con la confianza en

Dios. Fundó su primer convento cerca del Pedroso, como diez leguas de Plasencia, trayendo él mismo con sus compañeros los materiales. Todo el ámbito del convento, medido por la parte de afuera, tenia de largo treinta y dos pasos, y de ancho veinte y ocho. Dentro de esta cerca habia una iglesia con su capilla mayor, que dividia una reja de madera: en la capilla mayor cabia el sacerdote que decia misa y el ayudante; si entraba otro, embarazaba: el cuerpo de la iglesia era proporcionado á la capilla. Habia tambien celdas, refectorio, cocina, claustro, y las otras oficinas necesarias: y nada de esto habia; porque las celdas aun eran estrechas para sepulturas: la iglesia apenas podia servir de celda; y todo el edificio mas parecia planta de edificio dibujada en un papel, que fábrica ejecutada del arte. Las puertas de la celda eran tan bajas y estrechas, que era necesario entrar de lado, y bajar la cabeza: y preguntado el santo por qué hacia tan estrechas las puertas; respondió: Porque los hombres que han de vivir en ellas son muertos al mundo, y caminan al cielo: y como el camino del cielo es estrecho y la puerta angosta, es menester que se enseñen, entrando por estas puertas á entrar por la puerta del cielo. Cuando vió acabada la obra, dió muchas gracias á Dios y á la santísima Vírgen, y dijo: Esto basta para frailes pobres: no mas, no mas. ¡Ay de los que en adelante buscaren mas y quisieren mejorarse en edificios; que hallarán mucho ménos de lo que vinieron á buscar á la religion! En esta casa vivia el santo con doce compañeros, en quienes se veia copiado su espíritu. Ocupábanse de dia y de noche en alabanzas divinas y en la contemplacion de las cosas celestiales: el cuerpo juzgaban carga pesada; porque les embarazaba subir al cielo, y obligaba á tener algo de la tierra: el comer tenian por martirio, el dormir no solo por imágen de la muerte, mas aun por la misma muerte: el ayuno era su regalo, la oracion su reposo y la mortificacion sus delicias. Sustentábanse todos los dias con pan y agua, y á las fiestas añadian unas legumbres: los hábitos pobres, estrechos y remendados, mas parecian mortajas para esconder el horror de los muertos que vestiduras para cubrir la desnudez de los vivos: no habia diferencia entre súbditos y prelado: todos querian obedecer y ninguno ser obedecido; cada uno se tenia por el menor, y todos le miraban como superior suyo: la caridad hacia que no pareciesen hermanos, sino un mismo cuerpo alentado de un mismo espíritu. Aquí parecia vivir como en propia casa, la humildad, pobreza, caridad, paciencia, mortificacion y todas las virtudes que se miraban en cada uno como en espejo, y de él las copiaban los demás para la imitacion; pero quien resplandecia entre todos, y oscurecia á los demás con su claridad, era san Pedro de Alcántara: cuya santidad de vida era mayor de lo que se puede encarecer con las palabras.

A la fama de la vida de san Pedro y sus compañeros, venian al Pedroso gran número de gente de todos estados y condiciones, hombres y mujeres, grandes y pequeños, nobles y plebeyos, eclesiásticos, religiosos, títulos y grandes, y todos quedaban pasmados de ver la santidad de los religiosos, la pequeñez del edificio, y á unos hombres mayores que el mundo, que despreciaban al mundo, y huian de él; y por eso el mundo los buscaba y veneraba como varones celestiales. Cuando oian las dulces y eficaces palabras del santo padre todos se compungian: y unos mudaban las vidas, otros renunciaban el mundo, y se entraban religiosos; y los demás tenian envidia santa á aquellos que no podian ó no se atrevian á imitar. Los señores que no podian verle, le escribian cartas para recibir sus respuestas, y entre los demás san Francisco de Borja, ántes duque de Gandía, y entonces comisario general de la Compañía de Jesus en España, no pudiendo visitarle por sus precisas ocupaciones, le escribió cuán de buena gana fuéra á verle á su pequeño convento, y lo tendria por un paraiso en la tierra. Muchos varones espirituales iban á consultarle y preguntarle sus dudas, como á gran maestro de espíritu, y un oráculo de la sabiduría que no se aprende en las universidades ni en los libros. Su convento era como un santuario de devocion, adonde acudia todo género de personas á buscar consuelo y remedio en sus necesidades y aflicciones: y aun podemos decir como una córte, por el gran concurso de señores y caballeros que estaba en él, semanas enteras sin saber apartarse de su conversacion. Parecerá encarecimiento esto, á quien no considerare cuánto honra Dios á los humildes y pequeños en sus ojos, y que de esta manera queria recompensar aun en esta vida, los desprecios y afrentas que poco ántes habia padecido su fiel siervo. Teniendo noticia el emperador Cárlos V de la santidad del siervo de Dios, le mandó llamar para hacerle su confesor; y viniendo á su presencia, le propuso su determinacion. Respondióle el santo con mucha humildad: Señor, para este oficio debe V. M. buscar sujeto mas digno y de mayores prendas; porque yo no tengo las que son necesarias para cumplir con las obligaciones de cargo tan grave. No admitió su excusa el emperador; ántes con alguna severidad le dijo: Haced, padre lo que os mando, y sed mi confesor; que yo sé lo que me conviene. No se turbó el santo; ántes le dijo: Señor, V. M. me dé tiempo para encomendarlo á Dios, y me dé licencia para volver á mi convento á considerarlo: y si no volviere, tenga V. M. por cierto que no se sirve Dios de ello. Admiróse el emperador de su resolucion y entereza, y decia despues: Este santo religioso no es hombre de la tierra. En llegando á su convento empezó á rogar á Dios con grandes ansias, le enseñase su voluntad, y conoció que el Señor queria asistiese á su nueva reforma, y no se metiese en otros cuidados; y así le oyeron decir: Yo no vine á la órden á buscar honras, sino á ser fraile menor, á llorar mis culpas y hacer penitencia de ellas, y ocuparme en servir á los siervos de Dios: no permita la divina Majestad que yo me vea fuera de este pequeño rincon: esto escogí: este es el puerto seguro de mi salvacion; en esto desprecio y en esta vida tengo de perseverar hasta la muerte. Consoló Dios al santo: porque viendo el emperador que no volvia, entendió que no era voluntad de Dios; y con eso le dejó en su quietud. Algunos años despues fué á Valladolid, llamado de la princesa doña Juana, hija de Cárlos V, que le escogió tambien por su confesor; pero excusóse con la princesa de la misma manera que se habia excusado con el emperador.

Con esto quedó desembarazado el santo para atender á su reforma, que fué muy apriesa, creciendo con algunos conventos recien fundados por otros siervos de Dios que se le agregaron, y otros que fundó de nuevo: los cuales se poblaron de religiosos de varias provincias, aventajados en letras y virtudes, que venian de ser profesos en ellas á

ser novicios del santo padre, y hacerse como niños para ser enseñados de él. De los cuatro primeros conventos hizo una custodia que llamó de San José, su especial patron y devoto; y en llegando á nueve los conventos, con autoridad apostólica y potestad del comisario general que tenia, la erigió en provincia, é hizo constituciones muy prudentes é importantes para la perfecta guarda de la regla de su seráfico padre san Francisco. El modo de vida asperísimo y santísimo que san Pedro de Alcántara plantó en el mundo, se ha dilatado por diversas provincias de España y ha llegado hasta las Indias, dando á la Iglesia muchos varones insignes en santidad y milagros, y finalmente mártires declarados por la sede apostólica; porque aquellos seis religiosos descalzos que murieron en el Japon crucificados por la predicacion del Evangelio, como dijimos en su vida, á 5 de febrero, hijos son de san Pedro de Alcántara.

No solamente escogió Dios á san Pedro para que instituyese una nueva familia; mas quiso tambien que ayudase á la seráfica madre santa Teresa de Jesus á la fundacion de su religion; porque el santo aprobó su espíritu y la quitó los temores y dudas que la afligian, y aseguró que sus revelaciones eran verdaderas, y la dijo, como la misma santa lo refiere, que si no era la fé, no podia haber cosa mas verdadera ni que tanto pudiese creerse: y desengañó á los que la tenian por engañada, aseguró á los que dudaban, la defendió de los que la perseguian, la consoló en sus aflicciones, la aquietó en sus escrúpulos, la alentó á la fundacion de sus conventos, la ayudó á vencer las dificultades que se ofrecian, haciendo para esto muchos viajes, y no perdonando á trabajo ni fatiga; porque entendió con luz del cielo cuánto se habia de servir Dios de aquella obra, y cuánto se habia de propagar y extender por el mundo para bien de la santa Iglesia; y así se lo prometió á la santa madre. Con el largo trato y comunicacion que tuvo san Pedro con santa Teresa, conoció la santa madre los tesoros de santidad que Dios habia encerrado en aquella venturosa alma: y el Señor quiso tambien con algunos singulares favores dar á conocer mejor á la santa los méritos de su siervo. Habiendo ido el santo á la ciudad de Avila, le convidó á comer santa Teresa, y él admitió el convite, estimando su caritativo afecto. Previno el convite, nó la ostentacion vana, sino la caridad humilde. Y fué la comida en el convento de la Encarnacion, donde le esperaba la santa madre en compañía de otra sierva de Dios llamada María Diaz. Sustentaba el santo con palabras divinas el alma de las que pretendian regalar su cuerpo con manjar corruptible; y entre estas pláticas se arrebató y quedó en éxtasis por mucho espacio con gran consuelo de la santa madre, que nunca hasta entonces le habia visto de aquella forma. Sentado á la mesa no quiso comer mas que una escudilla de potaje, que era la comida de las solemnidades; pero Dios, que no sabe escasear sus favores y gusta de los convites que celebra la caridad y no la gula, se apareció visible á los dos santos en forma de un mancebo de maravillosa majestad y hermosura, y sentándose á la mesa al lado del santo padre, partió el manjar que estaba en la mesa, y haciendo plato al santo, se le puso delante y le mandó que comiese. Comió algunos bocados partidos de las manos de Cristo, y luego tomó el Señor un vaso de agua que estaba en la mesa, y se le aplicó á la boca para que bebiese, y le limpió los labios con una toalla ántes y despues de beber; y con esto desapareció, quedando el santo anegado en gozos celestiales y arrebatado en éxtasis; y santa Teresa y su compañera gozosas, maravilladas y suspensas, con nueva estima y veneracion del santo á quien Dios hacia tales favores.

Pero no es maravilla que hiciese Dios estos favores á quien habia adornado de tan admirables virtudes, que es mas fácil admirarlas que imitarlas ó alabarlas; y en ellas hallarán mucho por que confundirse aun los que tratan de perfeccion, viendo cuán adelante, cuán de priesa, y á largos pasos camina este gigante de santidad que deja atrás á los mas fervorosos. Su fé era como la columna de luz que guiaba á los israelitas entre las tinieblas de la noche: decia, que los misterios divinos, oscuros al entendimiento humano, eran claras luces de la grandeza de Dios, y que cuanto ménos los entendia mas los creia; porque le mostraba mejor quién es Dios y cuán incomprensibles son sus perfecciones. Aprendió de memoria el viejo y nuevo Testamento, y este era el paraiso de deleites en que hallaba todas sus delicias: por lo cual repetia muchas veces algunos textos de la sagrada Escritura. Cuando oia alguna palabra del Evangelio, se inclinaba con profunda reverencia: y tratando con sus frailes un dia del respeto y veneracion que se debe á los misterios de nuestra santa fe, les dijo: Mirad, hijos, cuando leyéredes los Evangelios santos, poned las manos juntas, y estad atentos con gran reverencia y devocion; porque está escrito en ellos este soberano misterio, de cómo Dios encarnó y se hizo hombre por amor de los hombres. Su esperanza y confianza en Dios fué igual á su fé: ella era como el áncora de su alma en las tempestades que se levantaron contra él, ó como el norte que guiaba sus rumbos por entre los escollos y bajíos del mar tempestuoso del mundo. En todas sus empresas y dificultades, levantando los ojos al cielo, repetia las palabras de David: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.* Con ser tan estimado de los reyes y príncipes, nunca esperó de su mano el buen suceso de sus negocios, ni temia mal suceso aunque se le opusiesen personas muy poderosas, y no se descubriese camino para llegar al cumplimiento de sus deseos; porque todo lo esperaba de Dios, y teniendo á Dios de su parte no tenia á quien temer. Con esta esperanza venció insuperables dificultades, é hizo posibles los que á la prudencia humana parecian imposibles; y decia á todos los que trataba: En sus pretensiones pongan en Dios la esperanza, que él encaminará los medios al deseado fin. Por esta confianza sustentó Dios al santo y á sus hijos milagrosamente muchas veces, cuando estaban destituidos de todo remedio humano. En la fé de los misterios divinos y en la esperanza de los bienes celestiales, se conocia que san Pedro era hombre que vivia en la tierra: en la caridad parecia un serafin de los que habitan en el cielo: tanto era el incendio de su amor, que no pudiéndolo sufrir, se salia muchas veces de la estrechura de su celda á los campos buscando el aire frio, para que refrigerase el ardor de su pecho. Dice una cosa muy rara su historiador Fr. Juan de San Bernardo, procurador general en Roma en la causa de la canonizacion de san Pedro de Alcántara, que viéndose en una ocasion abrasado del fuego del amor divino, sin poder sufrir sus llamas, se arrojó en un estanque helado para templar el incendio, y que con su calor deshizo el hielo, calentó el agua y comenzó á

hervir el estanque, como suele una caldera puesta al fuego. Por los excesos de su amor con que suspiraba, se quejaba lastimosamente y daba voces por los campos, convidando á todas las criaturas á alabar á Dios, le tenian por loco los que no le conocian: «Y de verdad lo estaba (dice santa Teresa) á lo divino de aquella locura y embriaguez que tenia el santo Profeta, cuando convidaba á todas las criaturas del cielo y de la tierra á las alabanzas de Dios, cantando aquel admirable cántico del *Benedicite omnia*. ¡Oh qué buena locura si nos la diese Dios á todos!» De un fuego se encendió otro fuego, de la caridad con Dios la caridad con los prójimos. A todos sus prójimos amaba con un verdadero amor, á todos procuraba su mayor bien, que es la salvacion y perfeccion, procurando sacar á los pecadores de sus pecados, y adelantar á los justos en la justicia con sus sermones, pláticas, conversaciones familiares, consejos, ejemplos, penitencias, oraciones y cuantos medios hallaba que conducian para aprovechar á alguna alma.

Su paciencia fué invencible en los trabajos de cualquiera parte que le viniesen. Afligíale Dios con enfermedades, los hombres con injurias, los demonios con tentaciones, la carne le hacia guerra, el mundo le perseguia, el infierno le maltrataba, y él deseaba que creciesen las penas y se aumentasen los trabajos; porque decia, que el padecer muchas tribulaciones por amor de Jesucristo es el camino mas cierto y seguro para alcanzar la perfeccion: y aunque es estrecho, áspero y lleno de espinas, llega hasta las puertas del cielo. Su prudencia era admirable para encaminar los negocios del servicio divino, como su constancia para empezarlos y proseguirlos hasta conseguir el logro de ellos. El conde de Oropesa don Juan Alvarez de Toledo, no ménos prudente que piadoso y religioso príncipe, veneraba todas las palabras del santo, admirando en ellas una prudencia mas que humana, y decia que eran como las palabras de la Escritura que encierran cada una muchos misterios, y halla cada uno en ellas lo que ha menester. Estando un dia el conde con el santo, lamentándose de la perdicion del mundo le dijo: ¿Qué le parece, P. Fr. Pedro, cuál está el mundo con tantas culpas? No sé cómo nos sufre Dios y no llueve rayos sobre nosotros. Respondió el santo: ¿De eso se aflige V. S.? No tenga pena; que remedio tiene. Admirado el conde de que hallase remedio en un mal tan desesperado, le preguntó: ¿Y qué remedio? Fácil, señor: con qué V. S. y yo seamos los que debemos, podremos tanto con Dios que lo remedie; y cuando nó, ya estará el mundo remediado cuanto es de nuestra parte, y habrá ménos que remediar. Su penitencia fué increible: no comia sino de tres en tres dias una vez, y algunas veces se le pasaban seis y ocho dias sin comer ni beber cosa alguna: comia un poco de pan con unas yerbas, y para quitarla el poco sabor que podia tener esta comida, echaba sobre ella ceniza y agua fria, ó polvos de ajenjos ú otras yerbas amargas. Vino no lo probó en su vida, aunque le aconsejaron muchos que lo bebiese para templar los continuos dolores de estómago que le afligian. Al sueño, decia él que aborrecia mas que á la muerte, y en cuarenta años no durmió entre noche y dia mas que hora y media, y nunca tuvo mas cama que el suelo duro: y cuando estaba enfermo, ponia por regalo un pedazo de pellejo sobre que se sentaba; porque en su celda no podia estar estendido, por ser la celda de cuatro piés y medio larga y el santo de grande estatura. Cuando dormia fuera del convento en la casa de algun seglar, nunca se echaba en la cama, aunque la descomponia ordinariamente para disimular su penitencia, sino en un rincon del aposento. Todas las noches tomaba dos disciplinas de sangre, una ántes de maitines y otra ántes de amanecer, unas veces con cordeles nudosos, otras con ortigas, otras con cadenas de hierro, variando los instrumentos para renovar el dolor. Siempre traia descubierta la cabeza al sol, aire, lluvias, nieves y hielos, y no pocas veces se ponia en oracion en los campos cuando estaba nevando ó lloviendo: y congelándose la nieve, ó el agua en su cabeza, para limpiarla se arrancaba los cabellos, deseando padecer de alguna manera la corona de las espinas del Señor. En tiempo de invierno abria la ventana y puerta de su celda, y quitándose el mantillo se ponia en medio de rodillas, hasta que con el aire helado que pasaba, quedaba el cuerpo pasmado del frio, y entonces cerraba la ventana y le decia á su cuerpo, como burlándose de él: Bien te regalas, cuerpecillo; pues cierro la ventana porque no sientas el frio. De allí á un rato cerraba la puerta, y decia lo mismo; y despues se ponia el manto y le decia: Ahora, hermano cuerpo, bueno estás y acomodado: bien puedes perseverar en la oracion. Otras veces se salia de noche á la huerta en el tiempo mas riguroso, y se estaba desnudo al hielo, hasta que no lo podia sufrir; y entonces, como por alivio se arrojaba en un estanque helado, quebrando el hielo con el golpe, y perseveraba en este tormento muchas horas, y despues salia á buscar el calor de la oracion que templase los rigores de aquel frio. Los piés traia siempre descalzos y ordinariamente llenos de heridas: porque yendo por los campos abstraido de los sentidos, se herian con las piedras y espinas; y estas decia que eran flores y rosas para él. Cuando las heridas eran grandes, las curaba echando en ellas un poco de tierra, y decia que no era menester otra medicina. Andaba vestido de un aspérsimo cilicio, el cual no se quitaba de dia ni de noche, sino para ponerse otro mas áspero, ó á lo ménos por la novedad mas penoso. Inventó é hizo fabricar uno de hoja de lata agujereado á manera de rallo, con las puntas hácia dentro, que le cogia desde el cuello hasta la cintura y lo ceñia estrechamente al cuerpo, y trújolo veinte años continuos, y solamente se desnudaba de él, para cargar de azotes sus espaldas, y luego se lo vestia sobre las llagas con mayor dolor. Finalmente, él habia hecho de la penitencia como un vestido de que nunca se desnudaba, para poder decir con san Pablo, que andaba cercado de la mortificacion de Jesucristo. Parecian á algunos sus rigores temeridad, y aconsejábanle que los moderase, á que respondia el santo: Hemos hecho un pacto mi cuerpo y yo, que mientras viva en este mundo, nunca ha de tener intermision en el padecer; mas en llegando al cielo, le dejaré para siempre descansar. Y así lo cumplió en cuarenta y siete años que vivió, despues que entró en la religion; y llegó á ponerse tan flaco del exceso de sus rigores, que no tenia mas que la piel sobre los huesos, y esta tan pálida y denegrida, que mas parecia sombra de algun cadáver, que figura de hombre vivo. Santa Teresa dice, que cuando en su vejez lo conoció, parecia por su extremada flaqueza, hecho de raices de árboles. Conservóle Dios milagrosamente la vida para que viviese muriendo, y fuese ejemplo de una penitencia sobre todas las fuerzas huma-

nas. Levantóle Dios al supremo grado de la contemplacion; y así se le pasaban, no solo muchas horas, sino muchos dias, sin interrumpir su oracion, ni de dia ni de noche, sin acordarse de comer ni de dormir, teniendo por sustento las palabras que proceden de la boca de Dios, y por sueño el de la Esposa, cuando no quiso el Esposo que la despertasen, hasta que ella quisiese. Padecia en su oracion continuos éxtasis. Todo lugar era para él lugar de oracion, y en todo lugar hallaba abierta la puerta del cielo y puesta la escala para subir á la casa de Dios. Nada podia embarazarle el unirse con Dios, ni los hombres ni los demonios. ¡Cuántas trazas inventaron los demonios, para hacerle dejar el puesto donde oraba! ¡Qué invenciones no buscaron para divertirle! ¡Qué figuras no tomaron para espantarle y amedrentarle! Unas veces lo apedreaban y herian: otras hacian estruendo de formados y contrarios ejércitos que trataban la batalla, oyéndose el sonido de los clarines y tambores, los relinchos de los caballos, el ruido de las armas y la gritería de los soldados: otras arremetian á él, como que le querian dar la muerte; y habiendo luchado con el santo, huian corridos y avergonzados por no haber podido hacerle retirar ni dejar el campo, ni perder el puesto de la batalla. En todas partes miraba á Dios presente, como si le viera con los ojos del cuerpo; y de aquí le nacia traer siempre la cabeza descubierta; porque decia, que los que están delante de los reyes, están descubiertos; y así lo estaba él delante de su Rey. Con el ejercicio continuo de la oracion y contemplacion y luz que Dios le comunicaba en ella, vino á ser tan gran maestro de espíritu, que los mas eminentes varones de su tiempo se preciaban de ser sus discípulos; y del libro que escribió de la Oracion, tomó ocasion el incomparable varon, el venerable P. Fr. Luis de Granada, para escribir sus celebrados libros, en los cuales corre el espíritu en un rio de elocuencia, de cuyas aguas, los que beben, reciben salud. Como san Pedro andaba tan dentro de sí, no veia ni percibia lo que estaba fuera de sí, y mejor le llamaremos ciego que modesto, y muerto que mortificado. En el aposento que le dieron al entrar en la religion estuvo un año, y en todo él no miró al techo, ni supo si estaba á teja vana, ó era de tablas: en la iglesia y coro asistia muchas horas en oracion y otros ejercicios, y no sabia si el cielo era de bóveda ó madera: en la mesa buscaba el cuchillo y el pan por el tiento: no sabia los lugares donde se suelen juntar los frailes; y así, se iba tras ellos cuando habian de hacer algun acto de comunidad. Habiendo estado tres años en un convento, saliendo de él para otro, no pudo dar razon de nada de lo que en él habia: en otro convento estuvo por espacio de cuatros años; y habiendo un árbol junto á la puerta del claustro, por la cual entraba y salia cada dia muchas veces, nunca levantó los ojos á mirarlo; así los hombres como mujeres, así religiosos como seglares, no los conocia mas que por el habla, y ninguna persona podia decir de qué color eran sus ojos; porque ni ellos veian ni se dejaban ver, y particularmente cuando hablaba con alguna mujer, los cerraba y apretaba de manera los párpados, como si por ellos le hubiera de entrar la muerte. En ningun lugar, ni en su celda, ni en el campo, dispensaba con sus ojos, ni les permitia algun alivio: solo miraba el lugar donde ponia los piés, para que de esta manera, no mirando las cosas lícitas, estuviesen mas seguros de no mirar las ilícitas, y estando cerrados los ojos del cuerpo á las cosas de la tierra, estuviesen abiertos los ojos del alma para mirar las del cielo.

Desde niño fué amantísimo de la castidad: y con ser tan recatado y vigilante en la guarda de la pureza, y tener el cuerpo tan flaco y atenuado con las penitencias, aun vivia en la carne casi muerta el ardor de la concupiscencia, avivando el demonio las llamas, y despues de haberse coronado por muchos años de perpetuas victorias, no cesaba la guerra; porque el Señor, que veia á su soldado vencer tan gloriosamente, permitia al demonio que combatiese con él, para que multiplicándose las batallas, se multiplicasen los triunfos. ¿Qué trazas no usó el infierno para vencerle? hasta aparecérsele los demonios en figura de mujeres hermosas y desenvueltas, que le daban terribles asaltos, y por mas que cerraba los ojos del cuerpo, las veia claramente en la idea de su mente, dibujadas con colores de sensualidad. Hacíase la guerra á sí mismo para vencer al demonio, multiplicando los rigores de ayunos, disciplinas y cilicios, y tal vez se arrojó á estanques de agua helada, como san Bernardo, y se revolvió en la nieve como san Francisco, y se arrojó en las espinas como san Benito, para templar con el hielo el fuego de la lujuria, y apagar con su propia sangre las llamas de la sensualidad. De esta manera, con rigores, cautela, oracion, desconfianza de sí y confianza en Dios, defendió y conservó entera su virginidad toda la vida, como un castillo fuerte cercado de armas y enemigos: y en una ocasion que alcanzó del infierno una insigne victoria, vinieron los ángeles á cantarle la gloria del vencimiento, con una música tan suave y armoniosa, que olvidado de que estaba en la tierra, le pareció que vivia ya en el cielo entre los coros de los bienaventurados. No se si hé de llamar á este santo pobre, ó la pobreza misma; porque todo lo despreciaba y tenia debajo de los piés: todas las cosas dejó, como los apóstoles, y á todas las tenia por basura como san Pablo, para ganar á Cristo, y tomó forzado del mundo lo que apenas bastaba para vivir en el mundo, como quien lo tenia por destierro, y deseaba salir de él, para caminar á la patria celestial; y solo admitia de buena gana los desprecios que le ofrecia el mundo; porque su humildad no fué inferior á ninguna de sus virtudes. Mas como el mundo le daba honras, n | e ensoberbecia con ellas, ántes se humillaba mas, teniendo las honras por un grave peso que le hacia hundir y sumir en el abismo de su nada. Primero no se dejaba honrar; mas viendo despues que no podia excusarlo, se armaba contra la vanagloria, con piadosas y discretas consideraciones. ¿No eres (decia) muerto al mundo? Pues déjate tratar como muerto, el cual, por reverencias y genuflexiones que le hagan y alabanzas que le digan, no se mueve ni envanece; ántes se queda seguro en la corrupcion y polvo donde camina. ¿No corres cada instante al sepulcro? ¿Estas honras, no son viento y vanidad que pasa? Pues estáte y persevera en lo que eres; que estas honras, como el viento pasarán, sin que te puedan dar la virtud que no tienes.

Habiendo concedido Dios á san Pedro de Alcántara todas las virtudes en tan eminente grado, no es mucho que le concediese las otras gracias menores, que no son santidad sino señal de santidad, con que suele honrar y favorecer á los mayores santos. Hízolo admirable en todos los elementos; porque en todos hizo por sus merecimientos grandes prodigios. Habiéndose pegado fuego en un convento, sin

saberse el orígen, se entró san Pedro por medio del fuego, y á su presencia y al imperio de su voz, huyeron las llamas y se apagó el incendio. Muchas veces pasó los rios caudalosos, caminando á pié sobre las aguas sin hundirse, como si pasara por un firme puente; y otra vez hizo á un compañero suyo que le siguiese, y pasaron ambos de esta manera el rio Guadiana, que venia muy crecido con las avenidas. Estando lloviendo sin cesar, caminaron él y un compañero suyo sin que cayese sobre ellos gota de agua, cercándolos por todas partes la lluvia, y corriendo arroyos de ella por los campos. Estando una noche el siervo de Dios en un despoblado, empezó á caer mucha nieve: entróse dentro de los cimientos de una antigua venta; y reconociendo el peligro de la vida pidió al Señor que le favoreciese aquella noche; y luego la nieve que habia caido se liquidó é introdujo por las venas de la tierra, y dejó seco el suelo donde el santo estaba como pudiera estar en verano: y la que iba cayendo, se apartaba á una y otra parte sirviendo de materiales para una espaciosa sala que fabricaron los ángeles, siendo el hielo la argamasa que hacia mas fuerte la fábrica. Levantadas en breve espacio las paredes, prosiguieron los soberanos artífices la obra cerrándola con una hermosa bóveda, quedando hecha una pieza bien capaz, y tan abrigada como si fuera sala de algun palacio. Toda la noche estuvo nevando sobre el edificio de nieve, y el santo en oracion dentro de él, defendiéndole la nieve de la misma nieve, hasta que por la mañana los rayos del sol, que penetraron las paredes del transparente edificio, le avisaron que ya era dia, y él salió rompiendo una puerta en la pared; dando gracias á Dios por tan singular beneficio. Muchas veces lo vieron levantado en el aire, estando en altísima contemplacion: otras volar por él algun espacio como si fuera una ave. Apareciósse á santa Teresa y á otras personas viviendo y estando distante muchas leguas, para consolarlas en sus aficiciones y socorrerlas en sus necesidades. Pues en la tierra ¿cuántas maravillas hizo? Entrando en la huerta del convento del Pedroso, en que habia muchos árboles fructíferos, le dijeron los religiosos que solo les faltaba una higuera. Díjoles el santo: Dios lo remediará, y no faltará higuera en esta huerta. Luego hincó en la tierra su báculo, que le habia acompañado muchos años, y no era de higuera; y echándole su bendicion, fué cosa maravillosa que el báculo seco reverdeció, echó raices en la tierra, y mudando la naturaleza se convirtió en higuera, como lo mostraron las hojas de que se vistió, y los higos que llevó aquel mismo año, los cuales se repartieron á diversas personas, y comiéndolos con devocion, sanaron de varias enfermedades que padecian. Creció mucho esta higuera, y dura hasta hoy despues de mas de cien años, con la misma lozanía que los primeros años, y los higos son mas suaves que los de otras higueras. Son innumerables los milagros que Dios ha obrado por medio de los frutos, hojas y ramas de esta higuera en España, Francia, Italia, Alemania y otras remotas provincias, adonde han sido llevados por reliquias, para sanar enfermedades: por lo cual es llamada esta higuera «la higuera santa.» Créese comunmente que la higuera del convento de Arenas fué plantada por el santo padre; pero Fr. Juan de San Bernardo afirma, que es una rama de la del Pedroso, plantada por un hijo de san Pedro de Alcántara, gran siervo de Dios, llamado Fr. Alonso de San Martin, que la plantó en nombre de san Pedro de Alcántara; y por eso la ha concedido Dios los mismos privilegios y virtudes que á la del Pedroso. El espíritu de profecía con que sabia lo oculto, penetraba lo interior y decia lo venidero, fué uno de los dones mas raros con que Dios nuestro Señor adornó á su siervo. Yo solamente contaré una de sus muchas é insignes profecías; porque puede servir á muchos de aviso y enseñanza. Habia educado el santo en toda virtud á un mancebo de ilustre sangre, de tal manera, que el mancebo en cuanto podia, y su edad lo permitia, seguia los pasos de su santísimo maestro. Estaban juntos un dia, y vínole un pliego de la córte al mancebo, en que le avisaban sus parientes como por la muerte de un deudo suyo habia heredado un estado de mucha consideracion. Alegróse como mozo de verse heredero, y trató luego de tomar postas, para partirse á la córte. Procuró el santo detenerle, diciéndole dos y tres veces, que no le convenia partirse tan presto; mas el mancebo, deseoso ya de verse en la posesion de su mayorazgo, no daba oidos á las palabras del santo: el cual por despedida le encargó que no se olvidase de los consejos que le habia dado, ni dejase las buenas costumbres con la mudanza de estado, ni se mudase por ningun suceso adverso que le acaeciese. Y como el mancebo con la poca experiencia prometiese mucho y ser siempre el mismo que habia sido y nunca desamparar la virtud; le miró el santo con rostro triste, como quien miraba compasivo los varios sucesos que habia de tener; y preguntóle: Decidme, hijo mio, si os viésedes dentro de poco tiempo sin el estado del cual vais á tomar posesion, y que otro lo gozaba ¿tendríades paciencia por amor de Dios? Sí tendria (dijo él); porque por todas las cosas de la tierra no quiero perder las del cielo. Añadió el santo y dijo: Y si con veros sin vuestra hacienda y estado, os viésedes tambien sin honra, ¿tendríades paciencia por amor de Dios? Sí tendria (respondió); pues Dios nuestro Señor se humilló, y mucho mas que esto, padeció por mí. Y si juntamente con esto (replicó el santo), con veros sin hacienda y sin honra, os viésedes en tal estado, que las personas que segun naturaleza os habian de ayudar y favorecer, esas mismas os persigan y no solo deseen quitaros la hacienda y la honra, pero aun quitaros del mundo si pudiesen, ¿tendríades paciencia por amor de Dios? A esto el caballero bien turbado respondió: Padre mio, como no toque á mi alma, en todas las cosas temporales y del cuerpo procuraré tener paciencia por amor de Dios. El santo padre, dando un doloroso suspiro, le dijo con lágrimas en los ojos: ¡Ay, hijo! y si juntamente con todo lo dicho estuviese vuestra alma por espacio de algunas horas perdida por ceguedad contra Dios nuestro Señor, y por ello os viésedes encarcelado, sentenciado, ensambenitado y puesto en el último estremo de la infamia, ¿tendríades paciencia por amor de Dios? Quedó el caballero como muerto; y como fuera de sí, dió una voz, diciendo: Dios me tenga de su mano para que no le ofenda. Pues id con Dios (concluyó el santo), y armaos de paciencia, para lo que os sucediere. Partióse el mancebo muy triste y pensativo, por lo que el santo le habia dicho: encontró en el camino una persona muy calificada, pero tocada de la heregía, que pasaba de Alemania á España, la cual inficionó al simple mancebo, que perseveró hereje veinte y cuatro horas; porque luego reconoció su engaño. Descubrióse el caso poco tiempo despues, y le sucedieron los trabajos que el santo le profetizó: fué preso, sentenciado, deshonrado,

privado de su estado, perseguido de sus deudos y de su propia madre y hermanos, y vivió lo restante de su vida desterrado en un lugar léjos de la córte, llorando sus culpas y el no haber creido al santo padre, llevando sus trabajos con mucha paciencia, y ejercitándose en las buenas costumbres que aprendió de su santo maestro.

Concedió el Señor á san Pedro de Alcántara en eminente grado el don de discernir espíritus, como se vió en la seguridad con que aprobó el de santa Teresa de Jesus, y el de otras siervas de Dios, que eran tenidas de muchos por ilusas, y aseguró que su espíritu era de Dios, como se comprobó despues por los efectos. A los mancebos que venian á pedirle el hábito, les decia la religion que les convenia, y para enfervorizarlos, solia profetizarles los sucesos del tiempo futuro. Conocia en todas las personas que le comunicaban y consultaban cuál era su espíritu, y en qué grado estaban; y solia decir á sus discípulos, que era tanta la variedad de espíritus y grados de oracion, como la de los rostros de los que la ejercitan, sin que uno se parezca á otro. En varias ocasiones se conoció que Dios nuestro Señor le habia concedido don de interpretar las Escrituras sagradas; porque, consultado de varones doctos en lugares muy oscuros de la Escritura, que ellos no entendian, los explicaba con tanta claridad y profundidad, que los dejaba no ménos satisfechos que admirados de ver que el Espíritu santo le habia comunicado en la oracion aquella sabiduría que ellos no habian podido alcanzar con el estudio. Otra gracia singular notaron en el santo cuando predicaba, que algunos historiadores de su vida llamaron don de lenguas, por la semejanza que tiene con él; y era que, predicando una misma doctrina á diversos estados y condiciones de personas que necesitaban de diversa enseñanza, cada uno la entendia para sí, como si á él solo se dirigiese la doctrina y enderezase el sermon. Con estas y otras gracias lo enriqueció el Señor, y el que era tan favorecido de Dios, lo era tambien de la Madre de Dios y de los ángeles y santos. Queriendo rezar una noche en el campo los maitines, se le apareció en un árbol la Reina del cielo acompañada de muchos ángeles, los cuales con hachas encendidas le alumbraron para que rezase, asistiendo la santísima Vírgen todo el tiempo que duraron los maitines. Otras veces fué visitado de la Madre de Dios, y de los santos ángeles, que le trajeron de comer á él y á sus frailes, le hicieron música muy suave, é hicieron con él otros oficios de grande amor. Dando san Pedro de Alcántara la sagrada comunion á santa Teresa en una misa, á que ella asistia, vió la santa vírgen que le servian en el sacrificio san Francisco, su padre, de diácono, y san Antonio de subdiácono: los cuales, acabada la misa, desaparecieron.

Quiso Dios coronar en su siervo sus favores, haciéndole el mayor, que era llevarle á gozar de sí, y un año ántes le avisó por medio de santa Teresa de Jesus; porque estando la santa en altísima contemplacion, la manifestó el Señor los grandes merecimientos, virtudes y excelencias de san Pedro de Alcántara, y la dijo: Tantos son los méritos de mi querido y amado Pedro de Alcántara, y tanto pueden conmigo, que cualquiera cosa que me pidieren en su nombre, no la negaré. Luego añadió, que dentro de un año lo sacaria de esta vida, para darle el premio de sus trabajos, y que para su consuelo podia avisárselo. Escribióselo la seráfica madre; y el santo recibió esta nueva con extraordinaria alegría, y comenzó á disponerse para la partida, ejercitándose con mayor fervor en las virtudes, y ardiendo en llamas de caridad: y con haber sido su vida como una preciosa cadena de santidad, en que se eslabonaban unas virtudes con otras, y unas buenas obras con otras mejores, repetia muchas veces al fin de sus dias con íntimos suspiros: ¡Ay de mí, que soy siervo inútil y sin provecho! Sobre sus continuos achaques y dolores, que le afligian toda la vida, le envió Dios nuestro Señor una calentura, que conoció luego era la que habia de ser fin de los males que padecia, y principio de los bienes que esperaba. Estaba en el convento de la Viciosa, en el estado de Oropesa, y fué llamado de los condes con muchas instancias á Oropesa y á su palacio; pero no quiso acostarse en la cama que le tenian prevenida, sino en una que le hicieron sobre unas tablas, conforme á su pobreza y espíritu, y aun de esta manera no pudo sufrir la honra y regalo que le hacian aquellos príncipes; y prosiguiendo la enfermedad y conociendo que se acercaba su fin, se hizo llevar á su convento de Arenas: porque deseaba morir entre sus hermanos con la pobreza y humildad que habia profesado. Llevóle el médico de aquella villa á su casa para curarle, por conocer era muy grave su enfermedad; y despues de algunos dias de su curacion, le preguntó el santo: Señor doctor, ¿cuándo partiremos? Y respondiendo el médico, que presto, porque era sin remedio su enfermedad; con extraordinaria alegría cantó con el profeta David: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus:* Heme alegrado con tales nuevas: iremos á la casa del Señor. Hacíanle remedios mas penosos que la misma enfermedad; y el santo los admitia: porque, aunque eran sin provecho para su cuerpo, eran de fruto para su espíritu, en lo que le daban que padecer por amor de Dios nuestro Señor. Padeció en su última enfermedad, fuera de insufribles dolores, gravísimas tentaciones, especialmente de ira, para que hasta el fin de la vida alcanzase insignes victorias de los demonios. No admitia regalo ninguno, ni de los religiosos, ni de los seglares, para padecer sin alivio, diciendo: que, pues, hasta la muerte dura el peligro, hasta la muerte debe durar el cuidado y la mortificacion. Viendo llorar á sus hijos, los consolaba con santas palabras: y como ellos mostrasen grande sentimiento, porque los dejaba y desamparaba en tiempo que tanto necesitaban de su asistencia y direccion; dijo, con humildad y resignacion en la divina voluntad, las palabras de san Martin, obispo: Señor y Dios mio, si todavía soy necesario para aumento de este pequeño pueblo vuestro, y gustais de que viva para nuevos trabajos, hágase en mí vuestra santísima voluntad, que no rehuso el padecer si es gusto vuestro.

Exhortó á sus religiosos á todas las virtudes, y especialmente á la pobreza, diciéndoles, que la pobreza era el mayorazgo que les habia dejado Jesucristo, naciendo en un pesebre y muriendo en una cruz, y que se tratasen en esta vida como pobres y peregrinos. Profetizó el dia y hora en que habia de morir: y viendo que ya se acercaba; para mostrar en aquella hora el amor que habia tenido á la santa pobreza, se desnudó de su hábito y lo renunció en manos del guardian del convento, mirando sus hijos con veneracion y compasion aquel cuerpo, que ya parecia cadáver, en que duraban aun las llagas que el rigor de las disciplinas y asperezas de los cilicios habian causado. Hincóse luego de rodillas, como pudo, y pidió perdon de sus faltas á todos los frailes, y al guardian, que le diese de li-

mosna un pobre hábito, para enterrarse. El guardian, queriendo condescender con el gusto del santo, buscó el hábito mas pobre que habia en el convento, y no se halló entre los frailes otro mas pobre que el que traia el que era padre de todos, y así le volvió su mismo hábito con título de limosna, y él lo recibió con grande alegría. Estaba helado; y llegando un fraile á cubrirle los piés, le dijo: Padre, por amor de Dios, que se abrigue; que ya está mas muerto que vivo. Respondió: Déjame, hijo, no abrigues mi cuerpo; que aun tengo peligro. Finalmente, habiendo recibido todos los sacramentos, y dichole la recomendacion del alma, y dicho el mismo santo algunos salmos con mucha devocion, estando presente la soberana Vírgen María, san Juan evangelista, con otros muchos santos y ángeles, empezando aun en esta vida á ver, como en una imágen ó figura, á la santísima Trinidad; su espíritu, libre de las prisiones de la carne mortal, voló al cielo á la libertad de los hijos de Dios, donde goza y gozará por toda una eternidad el premio de sus grandes virtudes y merecimientos, domingo 18 de octubre de 1562, á las seis de la mañana, como el santo lo habia profetizado. A la hora que espiró, se apareció muy resplandeciente á santa Teresa, que estaba muy distante de allí, é ignorante de la muerte del santo; y saludándola con mucha afabilidad y alegría, le dijo ella admirada: ¿Qué es esto, padre? Respondió: Voime á descansar. Declaróle la grande gloria de que gozaba; y al despedirse exclamó como admirado: ¡O bienaventurada penitencia, que tanto premio has merecido! Como lo dice santa Teresa en el capítulo 27, por estas palabras, que me ha parecido poner aquí, por ser testimonio de tan grande santa. «Fué su fin (dice, hablando de san Pedro de Alcántara) como la vida, predicando y amonestando á sus frailes: y como vió que se acababa, dijo el salmo: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi*: é hincado de rodillas murió. Despues ha sido el Señor servido tenga yo mas en él, que en vida, aconsejándome muchas cosas: hele visto muchas veces con grandísima gloria: díjome la primera vez que me apareció: Qué bienaventurada penitencia, que tanto premio habia merecido, y otras muchas cosas. Un año ántes que muriese, me apareció estando ausente, y supe que se habia de morir, y se lo avisé estando algunas leguas de aquí. Cuando espiró me apareció, y me dijo que se iba á descansar: yo no lo creí: díjeselo á algunas personas, y despues de ocho dias vino la nueva, como habia muerto, ó comenzado á vivir para siempre, por mejor decir. Héle aquí acabada esta aspereza de vida con tan grande gloria.»

Quedó el cuerpo hermosísimo con admiracion de cuantos lo vieron: los ojos tantos años cerrados, se abrieron y aparecieron claros, como si fueran dos estrellas resplandecientes; y todo el rostro era mas propio de un ángel, que de un hombre muerto. Hizo Dios muchos milagros en este tiempo por los méritos de su siervo; porque muchos enfermos, que fuéron á venerar sus reliquias, hallaron la salud: otros que no podian levantarse de la cama, les fué á buscar la salud á su casa, encomendándose al santo. Queriendo llevar el cuerpo desde el pueblo al convento, para sepultarlo; despues de haberse detenido la procesion, esperando que cesase la lluvia que era muy grande, viendo que no dejaba de llover, se determinaron á salir; y fué cosa maravillosa, que saliendo el sagrado cuerpo á lo descubierto, cesó la lluvia en el camino por donde iba la procesion, lloviendo á un lado y á otro sin cesar, y todo el pueblo iba en medio cercado de agua, sin mojarse, como los israelitas cuando caminaban por medio del mar Bermejo, viendo á un lado y á otro al agua que se detenia de respeto ó temor á aquella vara que llamaban «obradora de maravillas.» Duró este milagro, hasta que entró la procesion en el convento, porque luego empezó á llover igualmente por todas partes. Otra maravilla fué, con correr tan grande aire, que hacia temblar los árboles mas firmes á una y otra parte del camino, no apagó en él ninguna luz, ni turbó su llama, y despues de haber ardido las hachas y velas muchas horas, no se consumió ni una gota de cera, y hallaron que pesaban lo mismo que ántes que empezasen á arder. Enterrarónle en un sepulcro comun, atendiendo mas sus hijos á su modestia y humildad, ó á la inclinacion del santo padre, aun en el cielo humilde, que á lo que se debia á tan sagrado cuerpo, y abriendo la tierra, encerraron en ella aquel tesoro, que nunca la tierra de las Indias supo guardar en sus minas. Despues de cuatro años, abriendo el sepulcro para tomar del cuerpo alguna reliquia, lo hallaron sin corrupcion, entero, hermoso, y que destilaba un licor preciosísimo de suavísima fragrancia. Aun despues de ver cuánto le veneraba la tierra, no lo sacaron sus hijos de aquel sepulcro, hasta pasados casi veinte años, que lo colocaron en otro lugar mas decente; y últimamente en la capilla del convento de Arenas, donde hoy es muy venerado por las continuas y grandes maravillas que Dios obra, para honrar y glorificar al que tan bien supo en esta vida honrarle y glorificarle con su vida y doctrina, y con los hijos que dejó para tanto ejemplo y provecho de todo el mundo.

Resta que, pues el Señor dijo á santa Teresa que cualquiera cosa que le pidan en nombre de su siervo Pedro de Alcántara, la concederá, pidamos á nuestro Señor muchos beneficios por los méritos de este gran santo, y le supliquemos nos haga en esta vida imitadores de sus virtudes para que en la vida eterna seamos compañeros de su gloria, la cual nos conceda el Señor por su intercesion. Amen.

Escriben y hacen honorífica mencion de san Pedro de Alcántara santa Teresa de Jesus, que en muchas partes alaba y engrandece su santidad; san Francisco de Sales, que escribió á un discípulo, mandándole que se gobierne por el libro de la Oracion, que escribió san Pedro de Alcántara, si quiere aprovechar en la perfeccion; el apóstol de Andalucía, el maestro Avila, contemporáneo del santo padre; Fr. Diego de Yepes, confesor de Felipe II, y que lo fué de santa Teresa, obispo de Tarazona; el padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus; y el padre Ribadeneira, de la misma Compañía; el siervo de Dios don Fr. Francisco Goniaga, arzobispo de Mantua; el venerable P. Fr. Juan de Santa María, confesor de la emperatriz María, gran imitador del santo padre en penitencia y renunciar dignidades, pues renunció tres obispados; el venerable Fr. Juan Bautista Moles; Fr. Martin de San José; Fr. Juan de la Trinidad, *in Chronic.*; Barezo lib. IV; Hilar. Acosta, *Cathal., lib.* II, *pag.* 321; Daza, *4 part. Chron. cap.* 52; Rapineo, *Histor. gen. recollect. decad.* 8; Ribera *in Histor. S. Teresiæ* Silvest. Labanense, *De justit. magnitud. Eccles. rom., lib.* III, *cap.* 12; Gualter., *in Tabula chron. sæcul.*; Algecira, *in Arbor.*; Epilot. Poitco.; *tract.* 3, *Triplic. chor.*

virg., cap. 13; Mariano, *lib.* IV, *cap.* 1. *Chron. reform.*; Gravian, *in. Voc. Turt.*, *pag.* 2, *cap.* 13 *et* 24; Arturo, *in Marthirolog., litt.* E; Vistorin, *Tract. de antiq. et modern. uso canon sanct.*; *c.* 28; Lucas Castellino, *in Elucid. theolog. certitudine gloriæ sanct. canonizat.*; Tamayo, *Martyrol. hispan.*, 18 *octob.*; y copiosamente Fr. Juan de San Bernando, su hijo, y cronista y procurador en Roma en la causa de su canonizacion.

* San Varo, y sus compañeros, mártires.—En el imperio de Diocleciano servia este santo en clase de soldado en Egipto. Lleno de fé y piedad iba todos los dias á visitar, consolar y llevar alimento á siete santos monges que por no querer ofrecer incienso á los ídolos se hallaban en la cárcel. Como hubiese muerto uno de ellos, Varo se puso en su lugar, sujetándose gustoso á correr la misma suerte que ellos. Sacáronlos despues de la cárcel, y degollados los seis monges, á Varo lo atormentaron cruelmente, pues no solo lo azotaron con inhumanidad sino que le abrieron las carnes con uñas de hierro, pasando cinco horas en maltratarle, en cuyo martirio entregó su espíritu al Criador, alcanzando así la palma del martirio.

Los santos Tolomeo y Lucio, mártires.—El primero era un cristiano lleno de zelo, que con sus exhortaciones convirtió á la fé á una mujer romana que tenia un marido brutal y desarreglado. El cambio de religion expuso á esta mujer á los mas bárbaros tratamientos de parte de su esposo, que renegaba casi continuamente del divino Autor del cristianismo. Ella, usando de las facultades que las leyes divinas y humanas conceden en semejantes casos, procedió á un divorcio legal; y en este lance el marido por venganza acusó de cristiano á Tolomeo. El santo estuvo mucho tiempo en un oscuro calabozo, y habiendo sido al fin conducido ante Urbicio, prefecto de Roma, confesó animosamente su fé en Jesucristo, y sin mas exámen fué condenado por el juez á ser decapitado. Lucio, que estaba presente, dijo al procónsul: ¿Dónde hay justicia para castigar á una persona sin ser convencida de crimen alguno? El prefecto preguntó á Lucio si tambien era cristiano, y habiendo contestado afirmativamente, Urbicio, colérico y enfurecido, pronunció contra él la misma sentencia. Otro cristiano, que declaró profesar la misma fé, y cuyo nombre nos es desconocido, fué tambien decapitado con ellos. Recibieron, pues, sus inmarcesibles coronas, en Roma, el año 166, reinando Marco Aurelio.

San Verano, obispo y confesor.—Por san Gregorio de Tours sabemos que Verano no fué obispo de Orleans, como dice el Martirologio romano, sino de Cavilone, antigua ciudad de las Galias. Segun el autor citado, estaba este santo dotado de tan singulares virtudes y favor del cielo, que daba la salud á los enfermos con solo hacer sobre ellos la señal de la cruz. Floreció en tiempo de Childeberto, rey de los francos, y murió por los años de 588.

San Eusterio, obispo y confesor.—Lo fué de Salerno en el siglo VI, cuya Iglesia purgó de las infecciones de la herejía. Asistió á todos los concilios celebrados en su tiempo, fué infatigable en promover la reforma de las costumbres públicas, y despues de haber sufrido con admirable resignacion las persecuciones de sus enemigos, murió en paz en medio de su rebaño.

San Aquilino, obispo y confesor.—Nació el año 620, de padres nobles, que le dieron esmerada educacion. Cuando estuvo en edad de tomar estado, casó con una mujer digna de él. Sirvió en el ejército durante las guerras que hizo Clodoveo II á los bárbaros que amenazaban pasar las fronteras de sus estados, y cuando se concluyó la paz, y volvió á reunirse con su esposa, ambos dieron gracias á Dios por los favores que les habia dispensado, é hicieron voto de pasar el resto de sus dias en la continencia. Retiráronse á Evreux, de cuya Iglesia era entonces obispo san Eterno, y se dedicaron exclusivamente á la práctica de las buenas obras, haciendo construir una especie de hospital, al cual dedicaron todos sus bienes. Habiendo vacado poco despues la silla episcopal de Evreux, Aquilino fué nombrado para ocuparla, y desde luego se vieron resplandecer en él todas las virtudes de su predecesor, cuya memoria era bendecida por todos. Desempeñó con fidelidad todos los deberes del episcopado, y temiendo que las funciones de su ministerio debilitasen su espíritu de retiro y compuncion, mandó construir una pequeña celda junto á su iglesia, y con frecuencia se retiraba á ella, para entregarse libremente á la penitencia y oracion. Se habia propuesto por modelos de su conducta á san Martin de Tours y á san German de Auxerre, y en sus eminentes virtudes, fueron recompensadas con el don de milagros. El año 689 asistió á un concilio en Ruan. En los últimos años de su vida, se vió afligido con la pérdida de la vista, desgracia que consideró como gracia del Señor, que sin duda queria preservarle de muchos peligros. A pesar de este accidente, continuó trabajando con un zelo incansable, y murió santamente, despues de un pontificado de cuarenta y dos años, á fines del siglo VII.

Los santos Verónico y Pelaya, con otros compañeros, mártires.—Estos santos eran y vivian en la ciudad de Antioquía, en tiempo del emperador Valeriano. Habiéndose encendido la persecucion contra los cristianos, fueron acusados, y no habiendo podido vencer su constancia toda la fuerza de los mas atroces tormentos, dieron al fin su sangre por Jesucristo.

San Etvino, abad.—Fué breton por nacimiento; pero pasó muy jóven á Francia á estudiar bajo la direccion de Sanson, obispo de Dole, estuvo muchos años dedicado al servicio de esta Iglesia, y oyendo un dia en la misa aquellas palabras del Evangelio: «El que no renuncia á todo cuanto posee, no puede ser mi discípulo,» formó la resolucion de abandonar el mundo y cuanto en él le pertenecia. No era entonces mas que un diácono: consultó su determinacion con su prelado, y se fué al monasterio de Taurac, donde despues pronunció los votos solemnes, el año 554. Habiéndose dispersado los monges de aquel monasterio cuando la irrupcion de los bárbaros, Etvino se dirigió á Irlanda, donde permaneció veinte años en una celdita en el centro de un bosque. La austeridad de su vida y algunos milagros que obró, hicieron célebre su nombre, y murió á los ochenta y tres años de su edad, por los de 597, el dia 19 de octubre.

Santa Fredesvinda, vírgen.—Fué hija de un príncipe de Oxford y nació en esta ciudad. Prevenida con todas las gracias del cielo, mostró desde su tierna edad ser vaso de eleccion y digna esposa del Señor. Las riquezas, el nacimiento, la belleza y todas las ventajas que puede ofrecer el mundo, no los miró nunca sino como otros tantos escollos contra la virtud, y por esta razon, despues que su piadoso padre hubo fundado un monasterio en su patria, tomó Fredesvinda el velo religioso, y fué nombrada abadesa de

aquella casa. Vivia la santa vírgen en medio de todas las dulzuras de la piedad, cuando su reposo fué turbado con una prueba dolorosa. Algar, príncipe de los mercios, concibió por ella una pasion violenta y trató de robarla, con la cual pasaron algunos sucesos que causaron á la santa graves disgustos. Escapada completamente del peligro, redobló su fervor y su penitencia, y murió entre sus hermanas, en octubre del año 788. Esta santa es patrona de la ciudad de Oxford.

DIA 20.

SANTA IRENE, VÍRGEN Y MÁRTIR. — En los breviarios de las Iglesias de Portugal, y especialmente en el de la Iglesia de Évora, se cuenta la vida de santa Irene, vírgen y mártir; y es de esta manera.

En un pueblo de Portugal, llamado antiguamente Nabancia (que algunos dicen ser hoy la villa de Tomar), hubo un caballero ilustre por linaje y poderoso, que se llamaba Castinaldo, señor del mismo pueblo, y tenia un hijo único, por nombre Britaldo, mancebo modesto y de buenos respetos. Habia asimismo en el mismo pueblo dos caballeros casados, que se llamaban el marido Hermigio y la mujer Eugenia, y tenian una hija llamada Irene, de extremada belleza, de grande ingenio y honestísima. Cerca de este lugar estaba un monasterio con la advocacion de Nuestra Señora la Vírgen María, cuyo abad era un santo varon llamado Selio, hermano de Eugenia y tio de Irene: el cual, deseando que su sobrina desde su tierna edad emplease su habilidad y el buen natural que Dios le habia dado, en obras de virtud, encargó á Remigio, monge principal de su monasterio, que la enseñase las letras que la convenia saber, y la enderezase á toda perfeccion. Criábase la santa doncella con Julia y Casta, dos tias suyas, hermanas de su padre, y con otras doncellas que allí vivian con ellas, con tan grande recogimiento, que no salia de esta clausura Irene mas que una vez en el año, en la fiesta de san Pedro á hacer oracion en su iglesia, que era cerca del palacio de Castinaldo. Vióla allí un dia Britaldo, su hijo y heredero, y aficionose tanto á su extremada hermosura y rara modestia, que la comenzó á amar desatinadamente, no osando descubrir las llamas que abrasaban su corazon. Cayó enfermo, y de pura tristeza se consumia sin poderle dar remedio los médicos, por no saber la raiz de su mal. Tuvo revelacion de Dios Irene de la enfermedad de Britaldo y de la causa de ella: y encomendándose á él, esforzada y confiada en su gracia, se determinó á visitar al enfermo y curar aquella llaga que parecia incurable. Visitóle, acompañada de gente honesta y grave: hablóle: descubrióle la herida que tenia en su corazon: declaróle su ceguedad y locura: exhortóle y encendióle en el amor de la castidad; y finalmente con sus palabras y razones del cielo, alegró y serenó aquella alma afligida; de tal manera, que el cuerpo cobró salud y el desconsolado mozo quedó consolado, y muy reconocido y obligado á la santa doncella. Pero quiso que ántes que de él se partiese, le prometiese que no amaria á otro hombre alguno, mas que á él, amenazándola gravemente de muerte, si otra cosa hiciese.

Volvióse la santa vírgen muy contenta á su casa, por haberla sucedido tan bien esta jornada, que de suyo era peligrosa, pero, por haber sido guiada por Dios, habia sido segura. Pasaron despues dos años, y estando la bienaventurada vírgen sirviendo al Señor en su encerramiento y quietud, el demonio, que es inquieto y enemigo de nuestro bien, con el trato familiar que el monge Remigio tenia con ella, por haber sido su maestro, comenzó á hacerle cruda guerra, y á levantar en su corazon una tormenta de tentaciones deshonestas, tan terrible y espantosa, de dia y de noche, que el pobre monge no podia vivir; y finalmente le hizo dar al través y rendirle de tal manera, que perdida la vergüenza, vino á manifestar á Irene su pasion: y como ella era honestísima, y le reprendiese y le respondiese lo que á la pureza de su castísima alma convenia; quedó el triste y mal religioso corrido, nó enmendado; ántes, como desesperado y aborrecido, convirtió todo su amor en mayor aborrecimiento y deseo de venganza: y cayendo de un gran mal en otro mayor (como suelen hacer los pecadores que se han entregado á Satanás), instigado de él, tuvo manera para dar á la santa doncella una bebida, con que se la inchó el vientre de suerte, que verdaderamente parecia estar preñada. Divulgóse esto, y con grande infamia de Irene, aunque sin culpa suya, la gente lo creyó; porque el mal fácilmente se cree. Cuando Britaldo lo supo, con la certidumbre que daba la vista, se alteró y embraveció de manera, que acordándose de lo que habia tratado con Irene, y de lo que él la habia amenazado y ella le habia prometido, determinó darla la muerte por haber puesto su amor (como él pensaba) en otro y no en él. Encomendó á un soldado que ejecutase su mal intento: el cual, buscando oportunidad para hacerlo, halló que la santa vírgen una noche despues de maitines se habia salido á la ribera del rio Naban (que estaba cerca de Nabancia y por esto la dió el nombre), para hacer oracion y suplicar á nuestro Señor que la librase de aquella infamia; pues sabia su inocencia. Estando de rodillas en la oracion, recogida y fervorosa, el soldado arremetió á ella y la atravesó una espada por la garganta, y quitó la vida á la que la habia dado á Britaldo, que se lo habia mandado. Desnudándola y dejándola en camisa, echó el santo cuerpo en el rio, para cubrir mejor su maldad. Vino el dia: y como Julia y Casta, tias de santa Irene, no la hallasen en su casa, tuvieron gran pena, temiendo que su sobrina, no pudiendo ya sufrir tan grande infamia, se habia salido de casa como perdida, para perderse mas. ¡Qué secretos són y qué profundos los juicios del Señor, y cuán investigables sus caminos, y cómo prueba á sus escogidos, dando brazos á los malos para que los persigan, atropellen y confundan, para coronarlos mas! Dió Dios el don de la pureza virginal á Irene: dióla sabiduría y espíritu para sanar á Britaldo, que estaba llagado de su amor: dióla fortaleza para resistir á los asaltos del falso religioso y enseñarle con su ejemplo la castidad; y con ser estos dones de Dios tantos y tan excelentes, permitió el mismo Señor que el mismo monge la inficionase con aquella bebida sacrílega, y que la gente pensase que tenia culpa y estaba preñada la que era doncella, y que Britaldo por esto la mandase matar, y que el soldado lo hiciese, y que hasta sus mismas tias, que debian de saber (como testigos de vista) su grande honestidad, sospechasen de ella cosa tan indigna de su recogimiento y santidad. Mas el Señor no suelta la rienda al pecador, para que pueda á su voluntad afligir al justo; ántes despues de haberlo humillado, lo levanta, y despues de haberlo afligido lo consuela, corona y

glorifica, como lo hizo con santa Irene: porque, estando el abad Selio, su tio, como suspenso y maravillado de lo que habia oido de su sobrina; el Señor le reveló todo lo que pasaba y dónde hallaria el cuerpo de la santa vírgen y mártir. Con esta revelacion habló al pueblo, para que con una solemne procesion lo fuésen á buscar; y el pueblo con gran voluntad lo hizo, movido de la autoridad del santo abad, y mucho mas con la inspiracion é impulso del Señor, que por este camino queria descubrir la verdad y magnificar á la santa vírgen. Habia llevado el rio Naban con su corriente el cuerpo al rio, llamado entonces Nococaro, y ahora Zezere, en quien él entra, y por este habia descendido al Tajo. Yendo en su procesion (ó mano poderosa y benignísima del Señor!), vieron que el rio Tajo milagrosamente se habia retirado en aquel su hondo piélago, dejando descubierto en seco el cuerpo de la santa vírgen, y que estaba ya puesto en un hermoso sepulcro, labrado por manos de los ángeles, renovándose el antiguo milagro de la sepultura del glorioso papa y mártir san Clemente, como lo decimos en su vida á los 23 de noviembre. Quiso el abad y los que con él iban, sacar el cuerpo de donde estaba; y nunca pudieron ni con alguna fuerza moverlo: y entendiendo que era la voluntad de Dios que se quedase allí, lo dejaron, llevando consigo algunos de sus cabellos y parte de su camisa, como unas preciosas reliquias, las cuales puestas en el monasterio del abad Selio dieron salud á muchos enfermos, ciegos y tullidos que las tocaron. Pero otro milagro no ménos maravilloso obró el Señor; porque volviéndose la procesion, el rio Tajo, que se habia retirado y recogido, y estaba como inmóvil, hasta que enteramente se manifestase la gloria de Dios en su santa, comenzó luego á volverse á su antigua corriente, y á extender sus aguas y cubrir el sepulcro de la santa: á la cual el Señor pagó en el cielo con gran gloria eterna la ignominia é infamia que habia pasado por su amor, y la coronó con guirnalda de vírgen y mártir, y quiso que en la tierra fuese tan honrada y reverenciada, y que la villa de Escalabis, donde está su cuerpo, mudase el nombre y se llamase Santa Irene, y ahora corrompido y abreviado el vocablo, vulgarmente se dice *Santaren:* con esto quedó á la bienaventurada vírgen todo el rio Tajo como por templo de su celestial sepultura, y una gran villa por epitafio y letra de su sepulcro. Y aun se dice, que en nuestros dias en el rio Naban (donde fué echado su sagrado cuerpo) se han hallado muchos guijarros con gotas de sangre. Tambien se escribe que el triste monge Remigio y el soldado que la mató, conocieron su culpa, y fuéron á Roma y allí murieron en penitencia y llanto. Los breviarios ponen la vida de esta santa el año del Señor de 653. Hace de ella mencion el Martirologio romano á los 20 de octubre, y el cardenal Baronio en aquel lugar.

Pues ¿quién leyendo esta vida no aprende el recato con que los hombres, aunque sean religiosos y santos, deben tratar con las mujeres y apartar con cuidado la estopa del fuego: la cual con una centella y con un soplo se enciende, y se abrasa y consume sin remedio? Muchas veces comienza la comunicacion entre el hombre y la mujer en la caridad y acaba en carnalidad, como vemos en Remigio; pues por obediencia de su abad y para enseñarla y hacerla perfecta, comenzó á tratar con santa Irene; pero la mucha comunicacion y familiaridad dió lugar al demonio, para que le tentase y ablandase con torpe aficion al que ántes parecia duro como una piedra. Religioso era Remigio, y religioso grave y principal, y por la aprobacion de su vida le encomendó el abad que fuese maestro de su sobrina; mas ninguna victoria pasada ha de ser parte para asegurarnos, ni para dejar de temer la batalla que con blando, doméstico y porfiado enemigo tenemos, y que solo con el huir se puede vencer.

San Juan Cancio, presbítero y confesor.—San Juan Cancio nació á 24 de junio de 1406, en un lugar llamado Kencio, del obispado de Cracovia, en el reino de Polonia. Sus padres fueron Estanislao y Ana, ambos ilustres, no ménos por la nobleza de su sangre, que por su cristiana piedad; en la cual criaron con gran diligencia á su hijo Juan, inspirándole desde sus tiernos años con sus palabras y ejemplos el aborrecimiento al vicio y el amor á la virtud. Por este motivo tuvo Juan la feliz suerte, ó para decirlo mejor, recibió de Dios nuestro Señor la gracia de conservar la inocencia y de evitar los pecados y desórdenes, á los cuales suele estar demasiado sujeta la edad juvenil; despues de haber pasado Juan los primeros años bajo el cuidado de sus piadosos padres, y de haber aprendido en su misma casa las letras humanas, le enviaron estos á la ciudad de Cracovia, para que en aquella universidad recientemente fundada por Uladislao, rey de Polonia, estudiase la filosofía y teología. En efecto, estudió el siervo de Dios en dicha universidad con mucha diligencia y aplicacion estas facultades, y como era de un ingenio muy perspicaz y penetrante, aprovechó tanto en el estudio, que obtuvo en ambas el grado de doctor ó maestro, el cual en aquellos tiempos se concedia, no por ceremonia y pura formalidad, como frecuentemente sucede al presente, sino por recompensa de la virtud, y como un auténtico testimonio de la habilidad de aquellos que lo obtenian.

Pero lo que mas importa es que san Juan conservó siempre la misma pureza de costumbres en medio de las ocupaciones de sus estudios, y entre los peligros á que se hallaba expuesto fuera de la vista y sujecion de sus padres. A este fin llevaba una vida retirada y mortificada: alimentaba su alma con el dulce pábulo de la oracion, de la leccion espiritual y de los santos sacramentos: sobre todo, resplandecia en él una singular humildad, que es la basa y el fundamento de la piedad cristiana. Por cuyo motivo, aunque los principales doctores y maestros de la universidad estimasen y admirasen mucho su mérito y sus virtudes, él se reputaba sinceramente el menor de todos, y se creia indigno de cualquiera honor ó magisterio. Por esto fué preciso hacer fuerza á su humildad, para que consintiese á recibir primero el sobredicho grado de doctor, y despues el cargo de enseñar á otros la filosofía, el cual desempeñó tan excelentemente y con tan universal aplauso, que los rectores de aquella universidad le eligieron dos veces decano del colegio de doctores de filosofía de la misma universidad. Despues que por algun tiempo el siervo de Dios hubo enseñado la filosofía, dejando los estudios filosóficos se aplicó enteramente al estudio de la sagrada teología, de la cual fué maestro excelente, cuando fué destinado á enseñarla á los jóvenes seglares, que de todo el reino de Polonia acudian en gran número á aquella universidad. Las lecciones que hacia sobre las materias teológicas, todas las sacaba de las puras fuentes de la sagra-

da Escritura y de la tradicion de la Iglesia; procurando no solo alumbrar el espíritu de sus discípulos con la luz de la ciencia, sino tambien inflamarle en el ardor de la caridad y piedad cristiana: al logro de cuyo objeto contribuia mucho el ejemplo de su santa vida, llena de virtudes, y en la cual como en un clarísimo espejo podian mirarse los jóvenes que frecuentaban su escuela, y aprender lo que debian practicar.

Entretanto creciendo en el hombre de Dios el fervor de espíritu y el deseo de ayudar á sus prójimos, habiendo ya abrazado el estado eclesiástico, fué promovido por el obispo de Cracovia al grado de sacerdote, y destinado á dispensar al pueblo el pan evangélico de la palabra de Dios. Entonces la virtud de Juan resplandeció con mayor lustre á los ojos de todos; porque cuando se acercaba al altar para ofrecer á Dios el incruento sacrificio, que era todos los dias, era tal su compostura y devocion, que causaba á todos los presentes suma edificacion. Del mismo modo cuando subia al púlpito á predicar la palabra de Dios, era tan grande su celo y la eficacia de sus palabras, que ocasionaba en sus oyentes una extraordinaria conmocion, siendo su costumbre reprender los vicios con libertad evangélica, sin mirar respetos humanos; por lo que era copiosísimo el fruto que sacaba de sus sermones. Ni era menor el celo que descubria en las conversaciones y pláticas familiares, exhortando á todos á huir el pecado y abrazar la virtud. Finalmente, continuando el siervo de Dios, aun despues que fué sacerdote, en enseñar la teología en la universidad de Cracovia, no se puede bastantemente declarar cuáles y cuántas fuesen las industrias de que se valia, para imprimir en los ánimos de los estudiantes el horror al vicio y el amor á Dios nuestro Señor, y á las máximas santas de nuestra católica religion: por lo que de su escuela salian los jóvenes no ménos doctos en las verdades y dogmas de nuestra santa fé, que instruidos y fundados en las máximas de la cristiana piedad. En suma, el santo y piadoso sacerdote en todas sus acciones y discursos procuraba siempre promover la gloria de Dios y la salud de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo; teniendo fijas en su espíritu las palabras de este divino Salvador, con las cuales ha enseñado á todos los cristianos, y mas en particular á los sacerdotes, que la caridad del prójimo es el carácter propio y distintivo de sus verdaderos discípulos.

Esta caridad de Juan para con sus prójimos le impelia á socorrer de la manera que podia las necesidades temporales de las personas afligidas y menesterosas. Por eso empleaba la mayor parte de los honorarios que recibia como lector y maestro de la universidad de Cracovia, en socorrer las necesidades de las viudas, de los huérfanos y de los pobres. Todos los años al acercarse el invierno solia proveer de vestido y de calzado en cuanto lo permitian sus fuerzas, á las personas que se hallaban faltas de él, á fin de defenderlas del frio, que suele ser rigurosísimo en el pais septentrional de Polonia; y algunas veces encontrando algun pobre descalzo, le daba su propio calzado, y él se volvia desnudo de piés á su casa, dejando caer la capa hasta la tierra, á fin de que su mortificacion y misericordia no fuese conocida: otras veces, hallando algun pobre mal cubierto, tiritando de frio, se desnudaba de sus propios vestidos para cubrir la desnudez de aquel pobre, en el cual con los ojos de la fé reconocia la persona de Jesucristo: sucedió no pocas veces que hallándose ya sentado á la mesa con los otros doctores del colegio de la universidad, con los cuales vivia en comunidad, teniendo una mesa y habitacion comun, oyendo pasar por la calle algun pobre que pedia limosna, se privaba de la propia comida para darla á aquel pobre hambriento: y de aquí resultó que los doctores de la universidad, movidos del ejemplo de su santo compañero, establecieron suministrar todos los dias á un pobre el necesario alimento, como si fuera uno de sus comensales, lo que se ha observado siempre desde entonces y se observa aun en nuestros dias. Cuanto el santo era propenso á socorrer la necesidad de sus prójimos, hasta privarse á este fin de las cosas necesarias, tanto era amante de mortificarse, haciendo frecuentes y rigurosos ayunos, y vistiendo pobremente; de modo que en el invierno, que, como se ha dicho, es rigurosísimo en Polonia, sufria la incomodidad del frio: y para mortificar mas su carne y sujetarla al espíritu, acostumbraba dormir poco, y muchas veces sobre unas tablas desnudas ó bien sobre el suelo; solia ceñirse los lomos con un áspero cilicio, y tomaba frecuentes y rigurosas disciplinas. Pero sabiendo que el principal estudio de un cristiano debe consistir en la interior mortificacion de las pasiones, no dejó jamás de ejercitarse todo el tiempo de su vida en toda suerte de mortificaciones. De aquí resultó, que no solo sufria con alegría de su alma cualquiera palabra injuriosa que se le dijera y cualquier desprecio que se hiciese de su persona, sino que buscaba de propósito las ocasiones de ser hollado y despreciado, siendo en esto mas diligente de lo que son los hombres del mundo, en buscar las ocasiones de ser exaltados, elogiados y estimados; y con el fin de tener siempre delante de sus ojos estas máximas evangélicas, tan contrarias al amor propio y á la inclinacion de la naturaleza, tenia escritos algunos versos en las paredes y en la puerta del cuarto de su habitacion, y en los libros de su uso, que le acordasen la resolucion que habia hecho de humillarse y envilecerse en todas las cosas.

El manantial de donde se derivaban á la alma del bienaventurado Juan las luces y las gracias celestiales para practicar la caridad, la humildad y las demás virtudes cristianas, era la oracion, en la cual empleaba todo el tiempo que le quedaba libre de sus ocupaciones, todas dirigidas á la gloria de Dios y á la salud de las almas: en este ejercicio de la oracion y en la lectura de los libros sagrados pasaba la mayor parte de la noche; pues como se ha dicho, no daba á su cuerpo sino un breve é incómodo reposo. La materia mas frecuente de su oracion y meditacion eran los misterios de la vida y pasion de Jesucristo nuestro Salvador; y solia pasar muchas horas de la noche, cuando los demás dormian, postrado delante de una devota imágen de Jesucristo crucificado, colocada cerca de la puerta de la habitacion de los doctores del colegio de la universidad, donde el santo habitaba. Aquí quedaba muchas veces absorto y arrebatado en dulcísimos éxtasis, contemplando el infinito amor de un Dios, abatido y humillado hasta la muerte de cruz por la salvacion del género humano, y se anegaba en tiernas lágrimas, considerando la monstruosa ingratitud de los hombres, los cuales corresponden tan mal á la excesiva caridad de su amable Redentor.

Esta tierna devocion á la pasion de Jesucristo le hizo emprender la peregrinacion á la Tierra Santa, á fin de vi-

sitar los lugares santificados con la presencia corporal de nuestro divino Salvador; hizo esta larga peregrinacion siempre á pié, rehusando aceptar la comodidad de la cabalgadura que, los que le acompañaban en este viaje, frecuentemente le ofrecian. Así que llegó á Palestina visitó aquellos lugares, en los cuales se veneran las memorias de los misterios de nuestra redencion, especialmente el santo sepulcro, con tal compuncion de corazon y tantas lágrimas de devocion, que si se le hubiese permitido no se hubiera separado de aquellos santos lugares en todo el resto de su vida. Despues que el siervo de Dios hubo satisfecho á su devocion, se volvió á su pais del mismo modo que habia salido de él; es á saber, siempre á pié y con mucho recogimiento de espíritu, y todo encendido en nuevas y ardientes llamas de la divina caridad. Tenia tambien el santo una particular devocion á los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo; por cuya causa cuatro veces en distintos tiempos fué á Roma en la misma forma de pobre peregrino, y con el mismo espíritu de recogimiento y de penitencia. Todo el tiempo que se detuvo en Roma lo empleó en visitar el sepulcro de los santos apóstoles y los demás santuarios de que abunda aquella metrópoli del cristianismo, sin cuidar de ver las cosas curiosas y la magnificencia de aquella gran ciudad; porque en sus peregrinaciones no buscaba sino visitar y venerar las memorias y las reliquias de los santos, con el fin de animarse siempre mas á seguir sus huellas y á implorar su proteccion para llegar al mismo término de la vida bienaventurada de que ellos gozan en el cielo.

En una de estas peregrinaciones acaeció, que algunos ladrones le acometieron en el camino y le hurtaron el dinero que llevaba para el viaje; y preguntándole despues si tenia mas dinero, el siervo de Dios respondió que nó; pero apenas los ladrones se habian algun tanto alejado, cuando acordándose el siervo de Dios que tenia algunas monedas escondidas en el vestido que llevaba encima, los volvió á llamar y les dijo: Yo me habia olvidado de estas monedas que tenia aquí guardadas: yo no quiero decir ninguna mentira, y así tomad tambien estas monedas que me han quedado. Los ladrones quedaron atónitos á este ofrecimiento, y admirando su virtud y movidos de la santidad que se descubria en su rostro, nó solamente no le quitaron aquellas monedas, sino que le restituyeron todas las que le habian ya hurtado, pidiéndole perdon de su atentado y partiéndose de su presencia muy compungidos de su pecado. Y á la verdad, así en el porte del siervo de Dios, como en todas sus acciones y discursos, resplandecia una singular piedad, que le conciliaba una grande estimacion de todos los que tenian ocasion de hablar y tratar con él. De aquí resultó, que habiendo vacado la iglesia parroquial del lugar de Ol-Kusz, cinco millas distante de la ciudad de Cracovia, los rectores de aquella universidad, á quienes pertenecia proveerla de pastor, eligieron la persona de Juan, su bienaventurado compañero, y le confiaron la administracion de ella, la cual el siervo de Dios aceptó de mala gana y solo por obediencia. Cumplió el santo con mucha diligencia é igual fruto de las almas que tenia confiadas á su cargo, con todas las funciones de un bueno y vigilante pastor, apacentándolas con el pan de la palabra de Dios y con los ejemplos de su santa vida, socorriendo con mucha caridad todas las necesidades, así espirituales como temporales de sus feligreses. Pero despues de algun tiempo, haciéndole mucha impresion los peligros que van unidos con la cura de las almas, y temiendo, atendida la delicadez de su conciencia, hacerse culpable delante de Dios de alguna omision, tan fácil de cometerse en la cura pastoral de las almas, rogó con muchas instancias á los sobredichos rectores de la universidad, que le descargasen de aquel peso, que para su profunda humildad era intolerable. Habiendo obtenido la gracia deseada, volvió á continuar las primeras funciones de enseñar las sagradas Letras á los clérigos jóvenes, destilando, como arriba se ha referido, no ménos en su mente la doctrina de la Iglesia, que en su corazon la piedad cristiana, á fin de que con el tiempo saliesen buenos y doctos ministros en los oficios de la Iglesia: ocupacion verdaderamente digna de ser imitada de aquellos eclesiásticos, que siendo dotados de talento y de ciencia, se hallan en estado de poder formar buenos alumnos, de que suele haber tanta escasez para el servicio de la Iglesia. Continuó tambien el santo en predicar la palabra de Dios con igual celo y fruto, del numeroso concurso de toda suerte de personas que acudian á oir un predicador, que con los ejemplos de su santa é irreprensible vida confirmaba lo que enseñaba con sus palabras. Finalmente, no habia obra de misericordia, que estimulado de su inflamada caridad, no abrazase y practicase con mucho gusto, ya con los presos detenidos en las públicas cárceles, procurándoles todo el alivio y consuelo posible; ya con los enfermos del hospital, visitándoles para consolarles en sus enfermedades, y exhortarles á sufrir sus males con paciencia y resignacion; ya empleándose en socorrer las personas que á él recurrian en sus necesidades; de modo, que él era como el comun padre de las personas afligidas y atribuladas.

Habia ya cumplido nuestro santo los sesenta y siete años de su edad, cuando experimentó que perdia notablemente las fuerzas de su cuerpo, maltratado de sus penitencias y de las muchas fatigas padecidas por la gloria de Dios, y por la salud de sus prójimos. Entonces, previendo que tenia cercana la muerte, que miraba como el término de su destierro en este valle de miserias, se preparó á ella con actos de mas ardiente caridad, y con distribuir á los pobres de Cristo las pocas cosas que le quedaban, y que servian á su necesario uso. En efecto, poco despues fué acometido de su última enfermedad, la cual sufrió no solo con paciencia, sino tambien con mucha alegría y gozo de su alma; repitiendo con frecuencia aquellas palabras de David: *Heu mihi! quia incolatus meus prolongatus est:* ¡ay de mí! que se ha prolongado tanto mi habitacion en este valle de lágrimas: con las cuales palabras declaraba los ardientes deseos que tenia de ser desatado de las prisiones del cuerpo, para llegar presto á la bienaventurada patria del cielo. Recibió con extraordinaria devocion los santos sacramentos de la Iglesia, y lleno de confianza en la divina misericordia, durmió el sueño de los justos á 24 de diciembre de 1473. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia colegiata de Santa Ana, en la ciudad de Cracovia; y Dios nuestro Señor se dignó ilustrarle con muchos milagros, los cuales testificaron siempre mas y mas á los hombres su heroica santidad, de la cual la santa sede dió un público testimonio en el año 1680, escribiéndole en el número de los beatos. Pero creciendo siempre mas la devocion de la nacion polaca, y especial-

mente de la ciudad y universidad de Cracovia hácia este su ciudadano, y obrándose en su sepulcro nuevos y continuos milagros: la santidad de Clemente XIII le canonizó solemnemente en el mes de julio de 1767, junto con los beatos Gerónimo Emiliano, José de Calasanz, José de Copertino, y Juana Francisca de Chantal: aprobando primero para este fin los milagros siguientes.

El primero sucedió con un muchacho llamado Sebastian Luzark: se hallaba éste tísico confirmado: habia sacado de sus padres esta enfermedad, que era hereditaria en aquella familia; no obstante implorando la poderosa intercesion de san Juan, quedó instantánea y perfectamente curado.

El segundo acaeció con una doncella, llamada Eduvigis Paskuna; se hallaba ésta acometida de una enfermedad de calentura aguda; pero invocando al glorioso san Juan, no solamente quedó instantáneamente curada, sino que recobró al mismo momento absoluta y enteramente todas sus fuerzas.

El tercero fué obrado con María Gaucelike, la cual padeciendo una grave y perniciosa calentura, que la habia reducido al último aliento de su vida; por medio del glorioso san Juan quedó curada repentinamente, y en un solo momento.

El cuarto sucedió con Antonio Alexovick, quien padecia una grande y profunda llaga, que se extendia desde la parte inferior del cuello, que los anatómicos llaman *jugulo*, hasta las fauces, la cual nada habia perdonado, escepto los tendones y los vasos mayores: manaba de ella una podre maligna, y por la parte del cuello agujereada echaba el enfermo lo que tomaba para su alimento: no obstante, invocando al glorioso san Juan, fué instantánea y perfectamente curado de sus males.

El quinto sucedió en el rio llamado Solana: cayeron en este rio, que iba muy crecido, las mercaderías á un pobre arriero; el ímpetu de la corriente las llevó rio abajo, el dueño las veia ya perdidas, mas en este aprieto invocó con gran fervor el auxilio de san Juan Cancio, y al momento vieron con asombro suyo todos los presentes, que las mercaderías caidas y perdidas en el rio iban por sí mismas subiendo rio arriba, venciendo el ímpetu de la corriente, hasta llegar finalmente al mismo lugar donde se habian sumergido, de donde las sacó el dueño con el contento que se deja discurrir.

* Santa María de la Cabeza.—Fué esta santa, esposa de San Isidro, labrador, y no se sabe de fijo el lugar de su nacimiento. Tampoco se sabe de sus padres sino que eran labradores de la gente mozárabe ó cristianos viejos, que vivian mezclados con los árabes sin ser tiznados de su supersticion. No están acordes los autores acerca el nombre que le impusieron en el bautismo, pues unos dicen que le dieron el nombre de Toribia, y otros el de Ana, pero la opinion mas comun es que se le dió el nombre de María. Criada en el santo temor de Dios, se distinguió en las virtudes, especialmente en la honestidad y en vivísimos deseos de agradar á Dios. A todo esto añadia un grande fervor en oir el santo sacrificio de la misa, en frecuentar los santos sacramentos y en meditar la pasion de nuestro divino Salvador. Tenia en gran veneracion y respeto á sus padres, á quienes socorria y ayudaba con el trabajo de sus manos. Dios premió aquí en la tierra sus grandes virtudes, dándole por esposo á un hombre fiel á su Dios y guardador de los divinos preceptos, el jóven Isidro. No le llevó la pension á contraer matrimonio, pues se preparó para él con ayunos y oraciones, celebrándose con llaneza y humildad. Todas las circunstancias que el Espíritu Santo describe en el libro de la Sabiduría al hablar de la mujer fuerte, concurrieron en María. Ella iba en compañía de su esposo á visitar las iglesias, lo mismo cuando vivia en Madrid que cuando vivia en Tordelaguna y en Caraquiz. De todos eran amados, y Dios obraba por su mano grandes prodigios. Cuando vivian en Madrid, habitaban una casa junto á la iglesia de San Andrés; tuvieron un hijo que criaron santamente, habiéndolo en cierta ocasion libertado de la muerte por sus oraciones. Murió su hijo siendo aun muy niño, y entonces los dos esposos de comun acuerdo se separaron, para entregarse mas libremente á su Dios. Retiróse María á una casilla de Caraquiz, y allí frecuentaba la iglesia donde se veneraba la imágen de nuestra Señora bajo el título de la Cabeza. Entregóse allí enteramente á Dios separada del mundo, y ocupada totalmente en el aseo y limpieza de aquel templo, y en orar y alabar á Dios. Era un dechado de penitencia, de modestia, caridad y de todas las virtudes. Mucho tuvo que sufrir de la emulacion, mas todo lo toleraba con la mas grande conformidad. Para confundir á los que la calumniaban y disfamaban y hacer sobresalir su virtud, permitió el cielo que pasase á pié enjuto el rio Jarama que habia salido de madre, lo que presenciaron su esposo y muchas gentes. Pasó despues á Madrid para asistir á su esposo en su última enfermedad, y continuando en sus devotos ejercicios de piedad la llamó Dios á sí en el año 1180. Fué enterrado su cuerpo conforme lo habia ella dispuesto, en la capilla de Nuestra Señora de la Cabeza, en cuyo lugar estuvo como cuatrocientos años, hasta que fué trasladado á Madrid donde se venera junto con el de su esposo.

San Máximo, diácono y mártir.—Por los años de 250, reinando en Roma el emperador Decio, sucedió el martirio de este santo en Forcone, junto á Aquila, en el Abruzzo. Por el deseo que tenia Máximo de padecer, se descubrió á los perseguidores, y despues de una constante y gloriosa confesion, fué estirado y atormentado en el potro, luego apaleado, y por último, habiéndole precipitado desde una grande altura, durmió gloriosamente en el Señor.

San Caprasio, mártir.—Estando este santo escondido en una cueva huyendo de la persecucion, llegó á su noticia la fortaleza con que la vírgen santa Fé padecia por Jesucristo. Animándose él entonces á la misma pelea, pidió al Señor, que si le juzgaba digno de la gloria del martirio, hiciese salir agua clara de la peña de su cueva. Obrando Dios en seguida aquel milagro, se fué Caprasio seguro al campo de batalla, en donde combatiendo generosamente, mereció la palma del martirio. Sucedió en Agen, en las Galias, en tiempo del emperador Maximiano.

San Artemio, mártir.—Fué este santo un caballero romano muy principal, nombrado despues por el emperador Constancio, prefecto augustal de Egipto, y general de todas las tropas de aquel distrito. Protegió á san Atanasio y estuvo siempre separado de los herejes é infieles. En tiempo de Juliano Apóstata, los idólatras le acusaron de haber demolido los templos de los dioses y hecho pedazos los ídolos. El emperador Juliano le hizo comparecer en

Antioquía el año 362, y en vista de la acusacion y de la confesion del santo, mandó que fuese decapitado en la misma ciudad en el mes de junio del mismo año 362.

LAS SANTAS MARTA Y SAULA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.—Estas santas fueron martirizadas con otros muchos cristianos en la ciudad de Colonia, durante los primeros siglos de la Iglesia.

SAN FELICIANO, OBISPO Y MÁRTIR.—Gobernó la Iglesia de Minde con admirable sabiduría, propagó las verdades de la fé entre los infieles y despues selló con su sangre su apostolado. El emperador Oton desenterró las reliquias del santo obispo, y el año 969 las hizo colocar en una suntuosa capilla de la misma ciudad de Minde. No se sabe la época del martirio de este santo, pero se cree que fué durante la persecucion de Diocleciano.

LOS SANTOS JORGE Y AURELIO, MÁRTIRES.—El primero fué diácono y ambos españoles por nacimiento, segun la opinion de los antiguos Martirologios. San Eulogio, en el Memorial de los santos, habla de ellos como tales españoles y mártires de nuestra Iglesia, y se cree que la notacion de París, que pone junto á ellos el Martirologio romano, es porque sus reliquias fueron trasladadas á la capital de Francia durante la dominacion de España por los moros.

SAN SINDULFO, CONFESOR.—Era un presbítero de Rheims que inflamado del deseo de la perfeccion cristiana dejó su patria, Aquitania, y buscó un retiro en la diócesis de Rheims, á principios del siglo VII. Escogió para su residencia el lugar de Aussonce, á cuatro leguas de la ciudad, donde juntaba la continua oracion á grandes austeridades. Era muy versado en las sagradas Letras, y daba mucha instruccion á cuantos iban en busca suya para consultarle, y murió en su soledad, famoso en milagros, el dia 20 de octubre á mediados del siglo VII. Su cuerpo fué enterrado en el mismo sitio de su retiro, y despues, en el siglo IX lo trasladaron con gran pompa á la abadía de Hautevillers, cerca de Rheims.

SANTA FORTUNATA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—En una de las mas crueles persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia, la inocente Fortunata, doncella de preclara estirpe, de sentimientos caritativos y de fé ardiente, fué una de las víctimas escogidas por los enemigos de nuestra religion santa. Parece que su cuerpo se conserva en un oratorio particular de Cherta.

DIA 21.

SAN HILARION, ABAD Y CONFESOR.—La vida del glorioso san Hilarion, sacada de la que de él escribió el gran doctor de la Iglesia san Gerónimo, es de esta manera. Nació san Hilarion en un lugar llamado Tabatha, cinco millas de la ciudad de Gaza en Palestina. Sus padres fueron idólatras, y el hijo nació de ellos, como la rosa de las espinas. Fué enviado de sus padres, siendo niño á la ciudad de Alejandría, para que allí estudiase: y él lo hizo con tanto cuidado que en pocos años aprendió el arte de bien hablar; y por su modestia agradable condicion y vivo ingenio, era amado de la gente; y Dios nuestro Señor tambien lo amó; pues teniendo allí noticia de la fé de Cristo, se bautizó y se hizo cristiano, y de tal manera se dió á la piedad y devocion, que en tan tierna edad no se deleitaba sino en estar en la iglesia ó con los ministros de ella. Oyó decir las grandezas de san Antonio abad, que en aquel tiempo florecia con gran fama de varon celestial, y vínole deseo á Hilarion de verlo: fué al yermo donde estaba; y en viéndole, se encendió tanto en amor de Dios con deseo de imitar á san Antonio, que luego mudó su traje y se vistió de monge, y estuvo con él dos meses, aprendiendo el modo de su vida para imitarle. Consideraba la gravedad de sus costumbres, su continua oracion, la humildad con que recibia á los huéspedes, la severidad en corregir á los culpados, el fervor en exhortar á los tibios, la benignidad en consolar á los flacos, la aspereza en el tratamiento de su persona, así de comida como de sueño y vestido. Pasados los dos meses volvió á su tierra y halló que eran muertos sus padres: vendió su patrimonio y repartiólo entre pobres y sus hermanos; y quedando él pobre de sustancia y rico en Cristo, siendo á la sazon de quince años, se fué á un lugar solitario para comenzar su milicia y entrar en campo con todo el poder del infierno. Era aquel lugar frecuentado de salteadores: y diciéndole sus amigos el peligro en que se ponia, no hizo caso de ello; no temiendo la muerte corporal para librarse de la eterna.

Era Hilarion delicado de complexion, muy sujeto á cualquier injuria del tiempo, de calor y frio, y mas en tierna edad; y con todo esto se vistió de solo un pobre saco, y sobre él un cobertor tejido de pelos ásperos de animales, como de camello, que le habia dado san Antonio, cuando se partió de él. Comia despues de puesto el sol quince caricas, que era una fruta propia de Siria, á la manera de higos: y por razon de muchos salteadores que habia en aquel desierto, nunca paraba en un lugar. Mucho sintió Satanás verse desafiar de un muchacho que ántes que supiese tomar las armas ya le habia vencido, acoceado y hollado, y determinó hacerle guerra. Fatigábale con diversas tentaciones: representábale muchas cosas torpes, por donde el santo mozo era forzado á pensar lo que no sabia, y traer en su imaginacion lo que nunca habia experimentado. Enojábase contra sí: heria sus pechos pensando vencer á puñadas aquellos feos pensamientos. Airábase con su cuerpo, y decíale: Yo te haré, asnillo, que no tires coces; porque te quitaré la cebada, y solamente te daré paja: matarte he de hambre y de sed, echarte he cargas pesadas, fatigarte he con calores y frios; para que así tengas solo cuidado de la comida, y nó de la lascivia. Esto decia el santo mozo, y como lo decia así lo hacia; porque se estaba tres y cuatro dias sin comer, ejercitándose en este tiempo muchas horas en cavar la tierra, nó porque pensase sembrar en ella alguna semilla, sino para quitar las espinas y malezas que echaba su propio cuerpo. Hacia tambien cestillas de mimbres, imitando á los monges de Egipto, y empleábase en la oracion la mayor parte de la noche y del dia. Cuando ya se sentia muy cansado y como desfallecido del trabajo tomaba la refeccion ordinaria con algunas yerbas silvestres; y hablando con su cuerpo, mientras comia le decia: Mirad, cuerpo, que si no trabajáredes, no comereis; y pues comeis ahora, aparejaos á trabajar. De esta manera se consumió y enflaqueció tanto que ya solo parecia quedar en solos los huesos.

Estaba el santo mozo una noche en oracion, y oyó como lloros de niños, lamentaciones de mujeres, balidos de ovejas, mugidos de toros, bramidos de leones, silbos de serpientes y varias voces de diversos monstruos para

espantarle y hacerle huir. Antes que viese cosa alguna, entendió ser embustes del demonio: postróse en tierra, hizo sobre sí la señal de la cruz, mirando á una parte y á otra para ver con los ojos, lo que sus oidos oian. Hacia una luna muy clara; y de repente vió venir sobre sí un carro, guiado de unos furiosos caballos que daban muestra de quererle atropellar; pronunció Hilarion el dulcísimo nombre de Jesus; y al momento vió que se abrió la tierra y tragó el carro y los caballos, y todo aquel torbellino y ruido que traian consigo. Hizo gracias al Señor por haberle librado, y cantó aquellas palabras que dijeron los del pueblo de Israel, cuando el mar Bermejo tragó á Faraon y á sus ejércitos: «Al caballo y caballero derribó en el mar.» Muchas fueron las tentaciones con que los demonios le combatieron, y varios los lazos que le armaron: porque estando echado en el suelo, para recrear su debilitado cuerpo con un breve sueño, parecian delante de él mujeres desnudas; otras veces pereciendo de hambre, ponian mesas llenas de muchos y preciosos manjares; otras cuando oraba, andaban lobos aullando al rededor; si cantaba himnos en alabanza de Cristo, representábanse le hombres que se acuchillaban y dejaban muerto á sus piés uno de ellos que le pedia sepultura. Estaba una vez orando, y divirtióse de la oracion un poco con la imaginacion: llegó á él un hombre feroz y cruel, al talle de los que en Roma llamaban gladiadores: dióle de coces en los costados, y comenzóle á herir con un azote en las espaldas, y diciendo: Ea, ¿qué es esto? ¿por qué te duermes? daba grandes risadas; y cuando lo tuvo bien atormentado, le preguntó si tomaria un poco de cebada.

Desde los diez y seis años hasta los veinte, usaba de una pequeña choza de juncos y otra yerba espinosa, llamada carica, para defender su tierno cuerpo de los hielos y recios soles. Despues de este tiempo edificó una celda, que dice san Gerónimo, que permanecia en su tiempo, y era mas sepultura de cuerpo muerto, que celda de hombre vivo: porque tenia cuatro piés de ancho y de alto cinco; de modo, que era mas baja que su estatura, y de largo no tenia mas que su cuerpo. Dormia en unos juncos puestos sobre la tierra; y esta fué su cama hasta que murió. Cortábase el cabello una vez al año, por la festividad de la Pascua: no lavaba el saco que traia vestido, porque decia que no habia para qué buscar regalo en el cilicio; ni tomó túnica nueva hasta que la vieja estaba hecha pedazos. Tenia de memoria gran parte de la Escritura sagrada, y recitaba algo de ella, despues de haber rezado muchos salmos y oraciones; lo cual hacia con tan grande atencion y reverencia como si viera con sus ojos presente al Señor con quien hablaba. Desde los veinte y un años de su edad hasta los veinte y siete, los tres años y medio comia unas lentejas remojadas en agua fria, y otros tres años comia pan seco, mojado en agua y sal; desde los veinte y siete años hasta los treinta se sustentó con yerbas y raices: despues hasta los treinta y cinco comia cada dia seis onzas de pan de cebada con algunas yerbas cocidas: despues por estar enfermo añadió á las yerbas un poco de aceite por regalo; y así pasó hasta los sesenta y tres años; desde esta edad hasta los ochenta, no quiso comer pan ni otra cosa, sino un manjar de harina y yerbas desmenuzadas, que le servia de comida y bebida, y no comia hasta puesto el sol, ni por fiesta que fuese, ni por grave enfermedad que tuviese dejó de ayunar. ¿Quién no se maravillará de la gracia del Señor, que así esfuerza un hombre flaco y miserable, para que viva una vida tan áspera y admirable como la vivió san Hilarion? Y le adornó de tan altas y extraordinarias virtudes que son mas admirables que imitables; para que nosotros ya que no podemos llegar adonde él llegó, procuremos hacer lo poco que podemos, y no midamos con nuestra flaqueza la virtud de los santos.

Estando, pues, en su choza Hilarion y siendo de diez y ocho años, vinieron á él una noche los ladrones, ó pensando que tenia alguna cosa que poderle robar, ó pareciéndoles que era afrenta suya que un mozo viviese entre ellos con tan gran seguridad y sin algun temor y recelo. Anduvieron toda la noche buscando aquella pobre choza, y nunca la pudieron hallar. A la mañana le hallaron, y como por burla le dijeron: ¿Qué harias si te vieses cercado de ladrones? Y él les respondió: El pobre y desnudo no teme ladrones. Y ellos le dijeron: A lo ménos puedes perder la vida. Dijo él: Así es verdad que la puedo perder; mas no temo los ladrones, porque estoy aparejado á morir. Quedaron admirados de ver su constancia, y confesaron que le habian buscado aquella noche y no le habian podido hallar, y prometieron enmendar sus vidas.

Veinte y dos años habia pasado san Hilarion en esta manera de vida, sin ser conocido sino por la fama, que por todas las ciudades de Palestina se habia derramado, de su santidad y grandes virtudes. Vino á él un dia una mujer y echóse de repente á sus piés; y viendo que él mostraba pesar de verla allí y hacia muestra de quererse ir, con muchas lágrimas le dijo: Perdona mi osadía, siervo de Dios; que mi necesidad y trabajo me hace que te sea importuna. Vuelve á mí tus ojos, y mírame nó como á mujer, sino como á afligida; que mujer fué la que parió al Salvador. Detúvose san Hilarion oyendo estas palabras y preguntóla la causa de su dolor; y entendiendo que era casada, y que su marido la queria dejar porque en quince años no tenia hijos, alzó los ojos al cielo é hizo oracion, y despidióla; y al cabo de un año le vino á visitar con un hijo. Este fué el principio de las maravillas que Dios obró por san Hilarion, y fueron tantas y tan grandes, que llenaron al mundo de admiracion. Resucitó tres hijos de una señora muy principal llamada Aristeneta, mujer de un caballero que se decia Elpidio, la cual, habiendo ido por su devocion á visitar á san Antonio con su marido y con sus tres hijos, volviendo á su casa se le murieron todos tres en la ciudad de Gaza, en donde fué san Hilarion importunado de los ruegos de sus monges y vencido de las lágrimas de la pobre madre, é invocando sobre ellos el nombre santo de Jesus, resucitaron luego y besaron las manos al santo varon. Divulgóse este milagro y venian de todas partes mucha gente para ver á Hilarion: viéndole muchos gentiles recibian la fé de Cristo, y otros tomaban el hábito de monge y se quedaban con él, y se fundaron algunos monasterios que fueron los primeros que se edificaron en Siria, los cuales instituyó y gobernó Hilarion como lo hacia san Antonio en Egipto. Trajeron á san Hilarion una mujer ciega que le dijo que habia gastado toda su hacienda con los médicos sin provecho; y él la respondió: Si lo que has perdido con los médicos lo hubieras dado á los pobres, Jesucristo verdadero médico te hubiera sanado: y ungiendo con su saliva los ojos de la ciega, luego cobró la vista. A un cochero, de quien el

demonio se habia apoderado y fué traido á san Hilarion, dijo creyese en Cristo y dejase aquel oficio, y que así sanaria. Creyó en Cristo, prometió dejar el oficio, y quedó sano y libre del demonio. Tambien sanó á otro mozo robustísimo y de extrañas fuerzas que se llamaba Marsitas, y estaba endemoniado y no habia quien le tuviese, ni grillos, ni esposas, ni cadenas que no hiciese pedazos, arremetiendo á unos é hiriendo á otros. Llevároule atado como un toro muy bravo, delante del santo; y él lo hizo desatar, y estando suelto le dijo: Vén, llégate aquí. Llegó Marsitas temblando, la cabeza baja, echóse á sus piés, y lamíaselos con su lengua como si fuera una oveja mansa. Hizo oracion por él, y al cabo de siete dias que le tuvo consigo quedó sano. Otra vez le trajeron otro endemoniado que se llamaba Orion, hombre riquísimo, que tenia una legion de demonios. Venia el endemoniado encadenado, atadas las manos y la cerviz, y con los ojos bravos centelleando y con aspecto feroz, que parecia que echaba llamas de fuego. Estaba á la sazon el santo declarando á sus monges un paso de la sagrada Escritura: soltóse el endemoniado de las manos de los que le traian, y arremetió á Hilarion; y asiéndole por detrás le levantó en el aire. Temieron los que allí estaban que el demonio no lo maltratase y lastimase aquel cuerpo, que con los ayunos y penitencias estaba tan consumido, y levantaron un grande alarido; mas Hilarion, riéndose, dijo: Dejadme á mí con mi luchador, y asiéndole de los cabellos con la mano, lo derribó en tierra, y poniendo el pié sobre él, y apretándole y dándole algunos golpes, le dijo: Aquí sereis atormentados, miserables demonios.

Oíanse salir de la boca de aquel hombre miserable muchas y diversas voces, como un clamor de pueblo confuso. Oró el santo al Señor, que es poderoso para vencer á los demonios, y no ménos á muchos que á uno; y quedó sano: y de allí algunos dias vino al monasterio con su mujer é hijos, y trajo algunos dones al siervo de Dios. Él le dijo: ¿No has leido lo que aconteció á Giezi y á Simon Mago; de los cuales el uno pretendió vender y el otro comprar la gracia de Dios; y los dos pagaron la pena de su pecado? Y como Orion llorando le rogase que ya que no lo queria para sí ni para sus monges, tomase aquella limosna y la diese á los pobres; respondió san Hilarion: Mejor se la puedes dar tú que andas por las ciudades y los conoces: dejé yo mi hacienda propia; ¿ y quieres que me encargue de la ajena? Yo sé que á muchos el nombre de pobre es ocasion de avaricia: ninguno mejor da al pobre, que el que no guarda nada para sí. Estaba muy triste y caido en el suelo Orion; y díjole el santo abad: No quieras, hijo entristecerte: lo que hago por mí, hago por tí: si yo tomase tus dones, ofenderia á Dios, y la legion de los demonios se volveria á tí. La misma doctrina nos enseñó san Hilarion en otro criado del emperador Constancio, que habiendo sido desde niño afligido del demonio, vino á él, y con ser de nacion aleman, le respondió en lengua siríaca, sin haberla aprendido: y despues que por las oraciones del santo se vió libre, le ofreció diez libras de oro, las cuales no quiso tomar sino un pan de cebada; para darnos á entender (como dice san Gerónimo) que los que con tal pan se sustentan, tienen el oro por lodo. Mas entre los otros milagros fué muy notable el que hizo san Hilarion, para librar una pobre doncella. Habia en un pueblo de Gaza una doncella de buena vida de quien se enamoró un mancebo su vecino, y procurando por todas las vias que le fueron posibles atraerla á su voluntad, y no aprovechándole cosa que hiciese, fué á la ciudad de Menfis, y comunicó su enfermedad y locura con unos hechiceros, ministros del templo de Esculapio. Diéronle una lámina ó plancha de cobre con ciertas figuras espantosas, para que cubierta de tierra la pusiese al umbral de la puerta de la doncella y dijese allí ciertas palabras. El demonio cumplió todo lo que fué dicho. Comenzó la doncella á amar al mancebo tan desatinadamente, que parecia mas locura que amor; porque daba gritos llamándole: heríase el rostro: arrancábase los cabellos, y hacia otros visajes de locura. Llevaronla sus padres á san Hilarion: y como el demonio que habia entrado en la pobre doncella y la atormentaba, confesase el modo con que habia entrado, y declarase que estaba atado en una plancha de cobre al umbral de la puerta y que no podia salir hasta que le soltase el mancebo que le tenia preso; el santo le dijo: ¿Tan poco es lo que puedes, que una plancha de cobre te tiene asido? Dí: ¿por qué has osado entrar en esta sierva de Dios? Respondió el demonio: Entré en ella para guardar su virginidad. ¿Tú (dice el santo) la habias de guardar siendo enemigo de la castidad? ¿Por qué no te apoderaste del que te trajo acá? ¿Cómo (dijo el demonio) habia yo de apoderarme de él, teniendo consigo á otro demonio del amor, amigo mio? Finalmente, san Hilarion sanó á la doncella, sin que se quitase aquel impedimento de la plancha que decia el demonio; para que se entendiese que á la voluntad de Dios ningunos hechizos ni encantamientos pueden resistir; y que no se debe dar crédito al demonio, que es tan sagaz y mentiroso. Despues de haber librado á la doncella de aquel incendio y frenesí que padecia, la reprendió de algunas livianidades que habia hecho, y con ellas abierto puerta al demonio para que la afligiese y atormentase.

Innumerables fueron los milagros que obró el Señor por la intercesion de san Hilarion, por los cuales se extendió su fama por todas partes: y el gran padre san Antonio, cuando algunos enfermos, ó endemoniados, iban á él por remedio de Siria á Egipto, les decia: ¿Para qué venís á mí, teniendo en vuestra patria á mi hijo Hilarion? Y le enviaba cartas y recibia con gran consuelo las que Hilarion le escribia. Por estos milagros y mucho mas por el ejemplo admirable de su santa vida, se edificaron en Palestina innumerables monasterios, y acudian todos los monges á Hilarion, como á su padre y maestro, para ser enseñados de él; y él los instruia con su vida y con sus palabras, avisándolos que considerasen bien como se pasa la figura y vana representacion de este mundo, y que aquella es verdadera vida que se compra con la incomodidad y pérdida de la vida presente. Amonestábales que no tuviesen solicitud de lo que habian de comer ó vestir, ni de las otras cosas que pasan con el tiempo, sino que pusiesen en Dios toda su confianza, y aborrecia en gran manera á los que guardaban mucho las cosas, temiendo que les habia de faltar. Una vez, un monge que tenia algunos dineros y era muy guardador, le envió una haz de garbanzos verdes, como primicias de su huerta, y se la pusieron sobre la mesa. Él dijo que no podia sufrir el mal olor que salia de la haz porque hedia á avaricia; y que en prueba de esto la diesen á los bueyes y viesen si comian de ella. Echóse la haz á los bueyes; y ellos espantados, rompiendo las ataduras, huyeron del establo: porque entre las otras gracias

que tuvo san Hilarion, fué una que del olor de los cuerpos, y de los vestidos y de las otras cosas que alguno habia tocado, sabia el vicio que tenia y de qué demonio era tentado. Visitaba al tiempo de la vendimia las celdas de los monges, acompañado de todos los que vivian en aquellos desiertos, que eran algunas veces dos mil y tres mil personas: llegó una vez con su santa compañía á una viña de un monge, que tenia fama de codicioso y apretado, y halló puestas guardas que no los dejaron entrar; pero fueron recibidos y acariciados de otro monge, que se llamaba Saba, y les entregó una viña para que comiesen y se recreasen en ella. Hecha oracion y dadas las gracias al Señor, el santo bendijo la viña, y mandó á los tres mil hombres que iban con él, que comiesen de los frutos de ella. Comieron y saciáronse: y fué tan provechosa al monge aquella su caridad, que juzgando todos, ántes que comiesen, que la viña daria como cien cargas de uvas; despues de haber comido de ella tres mil personas, vendimiándose de allí á veinte dias, dió trescientas. Y aquel monge avariento cogió aquel año mucho ménos que solia, y lo que cogió se le volvió en vinagre, como el santo viejo mucho ántes se lo habia profetizado.

Tuvo don de profecía. Estando en Palestina, y diciéndole una señora que queria ir á Egipto á ver á san Antonio, abad; él la respondió, que de buena gana hiciera él aquel camino para ver á su santo padre: pero que ya habia dos dias que el mundo carecia de tal maestro. Otra vez, queriendo algunas personas devotas detenerle en un pueblo cerca de Alejandría, les dijo que no queria quedarse con ellos aquella noche por no hacerles mala obra; y que por lo que despues sucederia, entenderian que habia tenido justa causa para partirse tan apriesa. Luego á la mañana vinieron á aquel lugar los ministros de Juliano Apóstata, para prenderle y matarle; y él por la revelacion divina, que ántes habia tenido, se escapó de sus manos. Pero entre todas las excelencias que tuvo san Hilarion, de la que mas se admira y la que mas engrandece san Gerónimo, es la humildad y el menosprecio de la honra, y el estudio con que huyó la gloria y aplauso popular: porque concurriendo al santo de todas partes clérigos, monges, obispo y todo género de personas ricos y pobres, hombres y mujeres, para recibir de él un poco de pan, ó aceite bendito; él siempre lloraba, y le parecia que vivia en el siglo, y que Dios le pagaba en esta vida sus servicios; y por eso se determinó á huir á alguna parte remota y solitaria, donde no fuese conocido. Entendióse su determinacion, y vinieron á él mas de diez mil personas para detenerle y rogarle que no se partiese; mas él estuvo tan firme en su propósito, que les dijo, que no comeria bocado, ni beberia gota, si no le dejaban partir; y en efecto estuvo siete dias sin comer, hasta que le dejaron: y él, despidiéndose de toda aquella gente y no habiendo comido en todos aquellos dias, estuvo fuerte para andar camino á pié, y ayunar todo el dia sin comer hasta la noche: y así se fué al lugar donde habia vivido san Antonio, reverenciándolo como morada de tan santo varon que ya era muerto. Despues se retiró con dos solos monges á un desierto que estaba allí cerca, y comenzó á hacer una vida mas de ángel que de hombre, con tanto rigor, abstinencia y penitencia como si entonces comenzara á servir al Señor. Mas para que se vea el deseo que san Hilarion tenia de no ser conocido en el mundo; y como Dios lo hacia conocer: el cuidado con que él se escondia; y como Dios lo descubria: la solicitud con que él huia de la gloria; y como aquella misma gloria iba tras él y le seguia como sombra: y que cuanto el hombre mas se humilla; tanto Dios mas lo levanta: estando en este desierto san Hilarion muy contento, por parecerle que ninguno lo conocia, todos los pueblos de aquella comarca vinieron á él, y le suplicaron que con sus oraciones les alcanzase lluvia del cielo; porque habia tres años que no llovia. Pidiéronselo con tanta instancia y con tantas lágrimas, que él se enterneció: alzó los ojos al cielo, y luego impetró lo que queria; pero con las muchas aguas nació tan grande muchedumbre de serpientes y animales ponzoñosos, que destruyeron la tierra, y mucha gente perecia. Acudieron á Hilarion, y con el aceite bendito que les daba curaban sus llagas y sanaban. Como vió que en este desierto era conocido, salió de allí y peregrinó por diversas partes: y juzgando que no podia vivir seguro y desconocido en Oriente, se embarcó para Sicilia, ofreciéndole por flete al patron del navío un libro de los Evangelios, que siendo mozo habia escrito; porque no tenia otra cosa que darle. Navegando, un hijo del patron comenzó á ser atormentado del demonio; y san Hilarion lo sanó; y por este beneficio el padre le volvió el libro. Llegado á Sicilia, para esconderse mas se entró la tierra dentro, y cada dia cortaba un haz de leña, y la vendia, y del precio él y un discípulo se sustentaban. Pero ¿cómo puede el sol dejar de resplandecer y dar luz? O ¿cómo se puede esconder la ciudad puesta sobre un alto monte? ¿Ni encubrirse, aunque esté debajo de tierra, el que Dios quiere manifestar? Al tiempo que Hilarion estaba escondido en Sicilia, un hombre endemoniado dió voces en la iglesia de San Pedro en Roma, y dijo, que pocos dias ántes Hilarion, siervo de Cristo, habia entrado en Sicilia, y estaba escondido sin ser conocido de nadie; mas que iria allá y le descubriria. Fue: hallóle: habló le; y quedó sano. Súpose el milagro: concurrió de toda la isla innumerable gente á Hilarion para remedio de sus males, y fué pregonado por Dios, y conocido de todos, el que deseaba no serlo de ninguno. Aquí tampoco quiso recibir cosa alguna de los muchos dones que le ofrecian los que habian curado, diciendo á todos aquellas palabras del Señor: *Gratis accepistis, gratis date:* Lo que graciosamente habeis recibido, dadlo graciosamente.

Y con esto, como dice san Gerónimo, de ninguna cosa se maravillaban mas los hombres, como de que con tantos milagros no tomase un pedazo de pan de los que recibian aquel beneficio. De Sicilia huyó á Dalmacia, para esconderse de nuevo; mas permitió nuestro Señor, que al mismo tiempo un dragon de extraña grandeza, que llamaban en su lengua boas (porque era tan grande, que se tragaba un buey entero; y no solamente el ganado mayor y menor, sino los mismos pastores y hombres se engullia), destruia toda aquella tierra. Compadecióse el santo de aquella calamidad tan grande: y habiendo hecho oracion, hizo traer mucha leña, y mandó al dragon que se pusiese en medio de ella; y pegando el santo fuego á la leña, en presencia de todo el pueblo se hizo ceniza aquella bestia horrible y espantosa. Otra cosa le sucedió allí no de menor admiracion, y fué, que por un terremoto extraño que hubo despues de la muerte de Juliano Apóstata, el mar salió de sus términos, é inundó la tierra de manera, que las naves quedaron en seco en las cumbres de los montes. No tuvieron otro remedio los naturales de Epidauro, donde san Hila-

rion estaba, sino tomarle y llevarle á la ribera del mar, y oponerle como un muro fortísimo á sus furiosas ondas. Hizo el santo tres cruces en la arena, y extendió las manos hácia el mar; y luego con espanto de todos se paró y volvió atrás, y tornó á su lugar. Pero como él viese que allí le honraban se embarcó para huir á la isla de Chipre, y navegando se encontró con ciertos corsarios: los cuales viniendo á embestir al barco en que iba san Hilarion, él se puso á la proa; y extendiendo la mano, les dijo: Basta que hayais llegado hasta aquí: y de tal manera se embarazaron, que no pudieron pasar adelante, ántes volvieron atrás con mayor presteza que habian venido. Llegado á Chipre, se escondió en un lugar apartado como dos millas de la ciudad de Pafo; mas estando muy contento, porque no habia quien le conocia, todos los endemoniados comenzaron á clamar por toda la isla de Chipre que Hilarion, siervo de Cristo, habia venido á ella; y dentro de pocos dias vinieron á él casi doscientos de ellos, hombres y mujeres, y todos fueron por sus oraciones libres. De allí pasó á otro lugar mas apartado del mar y muy áspero, donde oia alaridos y unas voces confusas como de un ejército de demonios, con las cuales el santo se recreaba, pareciéndole que tenia presentes los enemigos con quienes habia de luchar y pelear, y que por la aspereza del lugar no habria quien allí le molestase; mas el Señor le descubrió, y los pobres enfermos y necesitados, con el deseo de hallar remedio, vencieron la dificultad del camino. Finalmente, siendo ya de ochenta años, entendiendo que nuestro Señor le queria llevar para sí, escribió una breve carta de su mano para Esiquio, su fiel compañero que estaba ausente, por la cual le hacia heredero de todas sus riquezas, que eran el libro de los Evangelios, su saco, manto y cogulla. Vinieron muchos á verle: conjurólos que luego que fuese muerto, le sepultasen en el huerto donde estaba, con sus vestidos, y que un punto no le guardasen. Estando ya en lo último, y que ninguna cosa de hombre vivo le quedaba, sino el sentido, tenia los ojos abiertos, y hablando con su alma, decia: Sál ya, alma mia: ¿de qué temes? ¿qué dudas? Setenta años casi ha que sirves al Señor, ¿y temes la muerte? Diciendo estas palabras, acabó la vida. Luego fué sepultado como él lo habia ordenado, y en un mismo tiempo se supo en la ciudad de Pafo que era muerto y enterrado. Vino Esiquio, pasados algunos dias, sin que se entendiese: abrió la sepultura; y halló la túnica sana, con el saco y cogulla con que le habian enterrado, y el cuerpo tan entero como si estuviera vivo, dando de sí una fragancia suavísima y celestial. Desenterró el santo cuerpo y llevólo á Siria, y púsolo en su antiguo monasterio, donde Dios (como dice san Gerónimo) hacia muy continuos milagros por el santo, y mas en el huertecillo de Chipre, por haber él mas amado aquel lugar. La muerte de san Hilarion fué á 21 de octubre en que la celebra la Iglesia, y fué el año del Señor de 372, imperando Valentiniano, el mayor. A mas de san Gerónimo, que escribió su vida, hacen mencion de san Hilarion el Martirologio romano, y el de Beda, Usuardo, Adon y Nicéforo. El Martirologio romano pone por santo á Esiquio, discípulo de san Hilarion, en 3 de octubre.

SANTA URSULA, Y LAS ONCE MIL VÍRGENES, MÁRTIRES.— El mismo dia de los 21 de octubre celebra la santa madre Iglesia el martirio de santa Ursula, y de las once mil vírgenes, sus compañeras, en cuya historia hay algunas cosas ciertas, y otras apócrifas y dudosas: lo cierto es, que santa Ursula y todas sus santas compañeras fueron vírgenes y mártires, y que fueron once mil, porque, aunque el Martirologio romano no dice que fueron once mil, ni la oracion que de ellas rezamos; pero dícenlo Beda y Adon en sus Martirologios, y Molano en las adiciones que hizo al Martirologio de Usuardo y otros autores: y aunque no hubiese ninguno que lo dijese; para creerlo, bastaria la tradicion sola y comun sentido de la Iglesia; pero lo que es incierto y dudoso, es la manera de su martirio, la ida de estas vírgenes á Roma con un grande acompañamiento, y el venir con ellas, cuando se volvian, el papa Ciríaco, dejando el sumo pontificado: y otras cosas, como estas, que escriben algunos, no tienen fundamento, ni autoridad, ni aun probabilidad, y contradicen á la verdad de la historia eclesiástica, y á toda buena razon: y así, dejando aparte lo que comunmente se dice del modo con que se pudieron juntar, y el fin con que se juntaron once mil doncellas, y despues todas juntas murieron por la fé de Cristo nuestro Señor, y alcanzaron coronas de vírgenes y mártires, diré aquí lo que al cardenal Baronio y á Guillermo Lindano, obispo de Ruremunda, varones doctísimos, les parece mas probable y seguro, sacándolo de un libro muy antiguo de la librería Vaticana de Roma, que trata de las cosas de Bretaña; cuyo autor es Guafrido, obispo asafense, en el reino de Inglaterra; y es de esta manera.

Siendo emperador Graciano, hijo del emperador Valentiniano, el mayor, un capitan suyo, llamado Máximo, hombre muy valeroso, natural de la isla de Bretaña (que ahora llamamos Inglaterra) se le rebeló, y fué alzado del ejército y aclamado emperador, y él con el favor de los soldados y de los otros naturales de Inglaterra, sus amigos y conocidos, entró en las Galias (que ahora es Francia) y se apoderó de ellas, especialmente de una provincia, que entonces se llamaba Armórica, y ahora se llama Bretaña; porque los britannos ó ingleses lo sojuzgaron y asolaron con grande estrago y furor, que matando á los naturales, la dejaron yerma y sin gente. Quiso Máximo poblar aquella provincia, porque le venia á cuenta, para conservar las de Inglaterra y Francia. Para esto repartió á sus soldados, venidos de Inglaterra, los campos y tierras fértiles de la menor Bretaña, para que las cultivasen y gozasen de sus frutos. Pero para que los soldados se pudiesen casar y tener sucesion, y arraigarse en aquella tierra y provincia, donde no habia mujeres, por haberlas muerto; pareciólo enviar á las islas de Bretaña que comprenden á Inglaterra, Escocia é Irlanda, por gran número de doncellas, para que traidas á la nueva y menor Bretaña, se casasen con los soldados, que por la mayor parte eran naturales de su misma patria. El capitan mas principal de todo aquel ejército era Canano, persona de gran linaje, y uno de los señores mas estimados de Inglaterra, á quien Máximo habia hecho su lugarteniente y prefecto de todos los puertos de aquella costa. Pidió Canano por mujer á una doncella nobilísima, hija de Dionocio, rey de Cornvalla, por nombre Ursula, en la cual concurrian todos los dotes de honestidad, hermosura y gracia que se desea en las mujeres. Buscáronse por todas aquellas provincias de Bretaña once mil doncellas para el efecto que habemos dicho, y para que acompañasen á Ursula, que habia de ser capitana y como señora de las demás.

De las doncellas, unas iban de buena gana, y otras contra su voluntad; pero como era fuerza y mandato de Máximo (que ya era emperador, ó como, por mejor decir, tirano); que quisieran, ó que nó, hubieron de obedecer. Embarcáronse en algunos navíos, que, para pasarlas á la nueva porvincia de Bretaña, estaban aprestados. Fué nuestro Señor servido, que en saliendo las naves del puerto, tuvieron los vientos tan contrarios, que en lugar de llevar aquella armada y bienaventurada compañía hácia Bretaña, la arrebataron y llevaron á la parte contraria, con tan grande ímpetu, que pasando delante de las islas de Zelanda y Holanda, embocó por el rio Rhin, que es muy caudoloso, ancho y profundo, y llegó á aquellas partes donde el mar se esplaya con crecientes y menguantes. En el mismo tiempo que esto sucedió, el emperador Graciano sabiendo lo que Máximo habia hecho en Inglaterra y en Francia, y que se trataba, como emperador y señor, y nó como capitan y criado suyo; para reprimirle y castigarle, habia llamado á su servicio á los pictones y á los hunos, gente feroz, cruel y bárbara, que habia vencido á los godos, y hecho cosas hazañosas y espantosas en las armas. Estos, debajo de Melgo, capitan de los pictones, y de Gauno, general de los hunos, y con una armada poderosa, comenzaron á infestar el mar, y correrle como corsarios, robando y arruinando todo lo que podian, con intento de pasar á Inglaterra, para echar de ella á Máximo, tirano, y servir al emperador Graciano, que para esto les daba el sueldo. Halláronse los bárbaros á la misma sazon que llegaron las vírgenes, en aquel paraje: y conociendo que eran naves enemigas, y de Máximo, contra quien ellos venian, embistieron con ellos. Cuando vieron que venian cargadas de doncellas: como eran tan deshonestos y lascivos, como crueles y feroces, pretendieron hacerlas fuerza y afrentarlas: mas las santas doncellas, animándolas su capitana y maestra santa Ursula, se determinaron á perder ántes la vida, que la castidad. Y como con obras y con palabras mostrasen su valor y constancia, y que por no ofender á Dios, estaban aparejadas á cualquier pena y tormento; convirtiendo los bárbaros el amor en furor y en aborrecimiento de la fé cristiana, dieron en ellas, como lobos en un rebaño de corderas, y á todas las pasaron á cuchillo, para no detenerse allí, y llegar presto á Inglaterra que entendian estaba sin gente por haber sacado Máximo los soldados de ella. De toda aquella santa y virginal compañía no quedó con vida sino una doncella, llamada Cordula, que con temor mujeril al tiempo de la matanza, se escondió; mas visto lo que pasaba, y que todas las otras sus compañeras habian sido martirizadas, animada por el Señor, que las habia todas escogido para sí, al otro dia se descubrió, y fué martirizada, como dice el Martirologio romano. Las mas principales vírgenes que allí derramaron su sangre por la fé de Cristo y por su limpieza, fueron (como dice Adon) santa Ursula, guia, cabeza y caudillo de todas Sentia, Gregoria, Pinnosa, Mardina, Saula, Britula, Saturnina, Saturnia, Rabacia, Paladia, Clemencia y Grata. El dia que murieron triunfó Cristo, su dulce Esposo, en las santas doncellas, de la infidelidad y de la carnalidad del pecado y del infierno, y declaró cuánto mas poderosa es la virtud del cristiano para sufrir la muerte, que la crueldad del demonio y de sus ministros para dársela, y que sus soldados cayendo se levantan, y muriendo vencen y son coronados de eterna gloria. Los cuerpos de las santas vírgenes fueron recogidos de los fieles con gran devocion, y llevados á la ciudad de Colonia, que está sobre el mismo Rhin, donde se fundó un célebre monasterio de monjas, y en él hoy dia se ven muchas de las cabezas de estas santísimas vírgenes, y son reverenciadas con singular devocion, aunque por muchas partes de toda la cristiandad se han repartido. Muchos creen que el lugar donde ahora están los sagrados cuerpos de las vírgenes, es el mismo donde las mataron; porque la tierra de aquella iglesia no admite ningun cuerpo muerto, aunque sea de niño recien bautizado, si lo entierran en ella, y ántes de la noche lo echa de sí, como lo escribe el obispo Lindano: tomando esto por señal que no quiere Dios que ningun otro cuerpo esté enterrado donde están los de tantas y tan ilustres vírgenes y mártires, esposas suyas, que allí dieron su purísima sangre por la confesion de su fé y defensa de su castidad. Tambien se dice que santa Ursula y sus santas compañeras, á la hora de su muerte favorecen á los que en vida tienen con ellos devocion y se les encomiendan. El martirio de estas vírgenes fué, segun Baronio, el año del Señor de 383, imperando Graciano y Valentiniano, su hermano, y Teodosio el mayor, á quien Graciano habia hecho compañero suyo en el imperio, por verse tan apretado por todas partes de las armas de infinitos bárbaros, y necesitado de socorro de un tan valeroso capitan; y fué á los 21 de octubre, y aquel dia lo celebra la santa Iglesia. De las once mil vírgenes (á mas de los autores que habemos referido) escribieron Wandalberto, que floreció por los años del Señor de 830; Sigiberto, monge del monasterio gemblacense, que há casi quinientos que escribió; Rogerio Cisterciense; Ricardo Premonstratense; Claudio de Rota; Bonfinio, en la Historia de las cosas de Hungría; Pedro de Natalibus; Polidoro Virgilio, en la Historia de Inglaterra, y mas copiosamente el P. Fr. Lorenzo Surio en el tomo V de las Vidas de los santos.

San Malco, monge y confesor. — Habiendo el gran padre y doctor san Gerónimo escrito las vidas de san Pablo, primer ermitaño, y de san Hilarion, abad, y puéstolas en la Iglesia como un vivo retrato y modelo de los santos anacoretas y monges, y como vidas mas de ángeles que de hombres en cuerpo mortal; escribió tambien la vida de otro santo monge, llamado Malco, que tuvo algunas imperfecciones y tentaciones, y con la gracia del Señor salió bien de ellas, para ejemplo de los religiosos que pasaren por semejantes tentaciones. Y dice san Gerónimo que el mismo Malco, siendo ya muy viejo, le refirió á él, siendo mozo, su vida; y fué de la manera que aquí diré.

Fué Malco de una aldea llamada Maronio, como diez leguas de Antioquía, ciudad de Siria. Fué hijo único de sus padres, que eran labradores. Cuando Malco tuvo edad, como era solo, desearon sus padres casarle; y el padre con amenazas y espantos, y la madre con caricias y blanduras, procuraban que tomase mujer; mas el Señor le hablaba al corazon, y le daba otros intentos y deseos de guardar castidad. Finalmente, viéndose apretado de sus padres, determinó dejarlos, y huyendo se partió de su casa solo, sin decirles nada, y se fué á un desierto hácia la parte de Occidente, y entró en un monasterio, en el cual con el trabajo de sus manos ganaba sus pobre comida, y con los ayunos refrenaba la lascivia de su carne. Estuvo muchos años en aquel monasterio con mucha paz y quie-

tud sirviendo al Señor. Supo que era muerto su padre, y que le habia dejado por heredero de algunas posesiones y heredades: vínole deseo de ver á su madre para consolarla en su viudez, y juntamente de vender aquellas posesiones que su padre le habia dejado, y dar parte del precio de ellas á los pobres, y parte á aquel monasterio, y otra parte guardar para sus necesidades. Declaró su deseo al abad, el cual, como varon espiritual y prudente, luego entendió que aquella era tentacion del enemigo, que, so capa de piedad lo queria engañar. Comenzó á rogar á Malco que se sosegase y no se dejase vencer de aquella tentacion, proponiéndole algunos ejemplos de otros monges que habian sido engañados, y amenazándole con los castigos que suele dar nuestro Señor á los que, habiendo puesto la mano á la esteva, la dejan y vuelven atrás. Todo lo que el abad le decia, pensaba Malco que nacia mas del deseo de tenerle en su compañía que por su bien; y así no se dejó ablandar ni persuadir de quien tan buenos consejos le daba. Salió del monasterio acompañándole el abad como si le llevara á enterrar; y á la despedida le dijo que le veia llagado con una terrible llaga, y como una oveja descarriada y apartada del rebaño, que luego cae en las bocas de los lobos. Volviendo, pues, Malco del monasterio á su tierra, hubo de pasar por una soledad y camino desierto y peligroso, en el cual los sarracenos solian saltear á los caminantes, y por esto procuraban juntarse muchos para poderlos mejor resistir. Juntáronse aquella vez con Malco otros como setenta pasajeros, hombres y mujeres, viejos, mozos y muchachos: y yendo caminando vieron venir para sí gran número de ismaelitas en camellos, medio desnudos sus cuerpos, con turbantes en sus cabezas, y aljabas con saetas colgando de sus hombros, y los arcos en sus manos, flechándolos contra ellos. Toda aquella compañía se esparció, y unos por un cabo y otros por otro echaron á huir. Malco, que iba del monasterio á heredar, vino á manos de uno de aquellos ismaelitas, y con él una mujer de un hombre que iba en aquella misma compañía, y tambien de otro señor, habia sido cautivo. Tomó, pues, el ismaelita al monge fugitivo y á la mujer casada y sin marido, y cargólos sobre su camello y llevólos por un desierto, temiendo ellos á cada paso caer de la bestia, por ir mas colgados en ella que sentados. La comida del camino fué carne medio cruda, y la bebida leche de los camellos. Finalmente, despues de haber pasado un caudaloso rio, llegaron á la casa de aquel bárbaro y señor suyo, é hicieron reverencia á su mujer é hijos: despues mandaron á Malco que hiciese oficio de pastor, y encomendáronle sus ganados. Comenzó á hacer su oficio Malco, fiel y diligentemente, mirando por la hacienda de su amo, acordándose de lo que dice el Apóstol, que los esclavos sirvan á sus amos como á Dios. Andaba desnudo; porque el temple de la tierra lo pedia. Tenia oracion y cantaba salmos que habia aprendido en el monasterio.

Comia queso fresco y leche, y tenia por consuelo estar apartado y ver pocas veces á su señor, el cual, como vió que aquel cautivo era hombre fiel, y que en sus manos crecia su hacienda; para hacerle mas fiel y que no tratase de huir de él y dejarle, quiso que se casase con aquella mujer que en su compañía habia sido cautiva. Como Malco entendió el intento de su amo, rogóle que no le apretase, porque no era lícito al cristiano casar con mujer que tuviese marido, como él sabia que aquella mujer le tenia. Tomó el bárbaro grande enojo con esta respuesta: sacó un puñal y púsoselo á los pechos, diciendo que con él le quitaria la vida; y el pobre Malco, para excusar la muerte, echó los brazos sobre la mujer como quien se queria casar con ella. Vino la noche, y el desventurado monge comenzó á sentir su trabajo y á acordarse de las palabras que su abad le habia dicho, y á conocer que aquel era castigo de Dios por no haberle obedecido. Llevó á su cueva y aposento á la esposa: ella se puso á una parte y él á otra, sin hablarse: á él era penoso el verla, y á ella no ménos congoja el verse en aquel cautiverio y lugar. Comenzó á llorar Malco, y hablando consigo mismo en su corazon, á decir: ¿Para esto me guardó mi ventura? ¿A tanto han llegado mis pecados, que siendo yo vírgen y ya con la cabeza llena de canas haya ahora de ser marido? Dejé de casarme en mi tierra con mujer doncella y moza; ¿y tengo de casarme en la ajena con mujer vieja y que tiene marido? ¿Qué provecho me será haber dejado los padres, la patria y la hacienda, si ahora hago lo que por no hacerlo lo dejé todo? ¡Ah triste monge, que te ves en esta angustia porque volviste á mirar á la patria que habias dejado por Dios! ¿Qué haces, ó alma mia? ¿Venceremos ó seremos vencidos? Mejor será que muera el cuerpo y viva el alma: el guardar la castidad tambien tiene consigo su martirio. Diciendo esto, propuso de morir ántes de casarse; y sacando un cuchillo para matarse dijo á la mujer: Quédate á Dios; que ántes me verás mártir de Cristo que marido tuyo. Turbóse sobremanera la mujer, y derribándose á los piés de Malco le dijo: Ruégote por Jesucristo que no seas ocasion de tu muerte para mi daño: y si todavía quieres morir, mátame á mí primero; porque si lo haces por guardar castidad, quiero que entiendas de mí que estoy determinada á guardarla cuanto yo pudiere, aunque me viese libre con mi propio marido. ¿Por qué quieres morir? ¿Por no juntarte conmigo? Pues yo moriria si tú quisieses juntarte. Si te parece, para librarnos del furor de este bárbaro, nuestro amo, seamos para con él marido y mujer, y para con Dios hermanos. Admiróse Malco de la virtud de la mujer, y consolóse al oir sus palabras. Concertáronse de hacerlo así, y vivian como hermanos; aunque Malco siempre con grande recato, no mirando jamás el cuerpo desnudo de la mujer, ni tocándole, por no perder en la paz lo que habia conservado en la guerra. De esta manera pasaron algunos dias los dos, siendo mas queridos de su señor, porque estaba mas confiado que no se huirian. Pero como aquella vida era forzada y violenta, y muchas veces Malco se acordase de su monasterio y de los monges con quienes habia conversado; vínole deseo de volver á su antiguo recogimiento y profesion. Comunicólo con la mujer; y los dos concertaron de huir y de matar dos cabrones que tenian en el rebaño, y desollarlos para comer la carne y servirse de los cueros, llenos de viento, para pasar el gran rio que habia en el camino: y así lo hicieron, nó con poco temor y recelo de ser descubiertos y presos. Anduvieron tres dias, volviendo siempre los ojos á mirar si alguno les seguia; y despues de los tres vieron que venia su señor con un criado suyo, en dos camellos en su seguimiento. Entráronse en una cueva que estaba allí cerca: y por no hallar la muerte, huyendo de ella, y ser comidos de alguna bestia fiera, se quedaron á una parte de la cueva, sin entrar en lo interior y mas escondido de ella. Luego que el amo los vió entrar en aquella cueva, mandó bajar del

camello á su criado y entrar en ella con la espada desenvainada, aguardando él á la entrada para tomar venganza por sus manos de los esclavos fugitivos. Entró el criado por la cueva adentro, sin ver á los que dejaba á sus espaldas, por entrar de lo claro en lo oscuro, y comenzó á dar voces y á decir: Salid acá, desventurados hijos de la muerte: mirad que vuestro señor os espera. Retumbaba la voz por las cavernas de aquella cueva, á cuyo ruido salió de lo interior una leona y echó sus garras al criado á vista de los dos que estaban escondidos, y ahogólo, y entróse con él dentro, de donde habia salido. Como el amo vió que su criado se tardaba; pensando que los dos resistian á uno, entró con su espada en la mano, furioso y lleno de ira, dando voces y reprendiendo la tardanza del criado: mas la leona, que por voluntad del Señor habia tomado á su cargo la defensa de Malco y su compañera, acometió al amo y lo dejó allí muerto, como lo habia hecho con el criado. ¿Qué sentirian en este caso los dos esclavos fugitivos, viendo de una parte las espadas resplandecientes de los hombres furiosos y bravos contra sí; y de otra la ferocidad de la leona, y no sabiendo á cuyas manos habian de morir? Estaban quedos: encomendábanse á Dios, esperando la muerte, y temiendo ménos la fiereza de la leona que la ira del hombre. Pero el Señor los libró por su misericordia de la una muerte y de la otra; porque la leona, temiendo que habia sido descubierta y que no estaba en aquel lugar segura, tomando en su boca unos pequeños leoncillos, sus hijos, se fué y dejó la cueva desembarazada. De allí á un rato, pasado ya el temor y sosegado el espíritu, salieron los dos de la cueva y subieron en los camellos, que por su gran velocidad son llamados dromedarios, y sustentándose con la provision que traian, á los diez dias llegaron á tierra del romano imperio; y dándole cuenta al capitan de Mesopotamia, llamado Sabino, recibieron de él el justo precio de los camellos: con que Malco volvió á su monasterio (aunque halló muerto al abad que habia dejado), y se entregó á los monges y comenzó á hacer de nuevo vida de monge. A la mujer puso en otro monasterio de monjas, y despues, andando el tiempo, siendo ya viejos, los conoció san Gerónimo (como hábemos dicho), y supo de Malco todo lo que aquí queda referido. Al cabo de esta vida dice este santo doctor estas palabras: «Esto me contó el viejo Malco siendo yo mozo, y esto cuento yo viejo á los castos por ser historia de castidad, y exhorto á las doncellas que siempre la guarden. Vosotros contadlo á vuestros sucesores, para que todos sepan que la castidad en los desiertos, y entre las espadas y bestias, no puede estar cautiva: y que el hombre que se entregó á Cristo, bien puede morir, pero que no puede ser vencido.» Esto es de san Gerónimo. El Martirologio romano pone el dia de este santo monge Malco en 21 de octubre, y á lo que se saca del mismo san Gerónimo, debia de ser cerca de los años de Cristo de 370, imperando Valentiniano. Simeon Metafraste escribió la vida de Malco, monge, y dice que la sacó de otro monge, por el cual entiende á san Gerónimo, refiriéndola con sus mismas palabras; y hállase esta vida en el séptimo tomo del obispo Lipomano.

Pues ¿quién no ve en el discurso de esta vida el peligro que tienen los religiosos que, habiendo salido del incendio de Sodoma, vuelven los ojos atrás y se convierten en estátua de sal como la mujer de Lot? ¿Y cuántas veces se engañan, los que so color de piedad y de amor á sus deudos y padres, ó de hacer algun bien, se apartan del puerto seguro de la religion y vuelven al golfo turbulento y peligroso del siglo? ¿Quién no estimará la preciosa joya de la castidad, y por no perderla perderá cualquiera cosa de la tierra, considerando el peligro de perderla que tuvo Malco, y lo que hizo por no perderla? ¡Cuán bueno y cuán dulce padre es el Señor; pues despues de haber probado y castigado al monge fugitivo, le consoló y le libró de los dientes de las fieras y de las manos de los hombres, y tomó por instrumento á la misma fiera para usar de la justicia con los infieles, y de misericordia con los inocentes! Él sea bendito por lo que hace, y nos dé gracia para servirle como debemos.

* San Asterio, presbítero y mártir.—El papa san Calixto lo ordenó de sacerdote, y ejercia su ministerio en Roma y en otros lugares de Italia, dando en todas partes muestras de su gran celo y piedad. El sumo pontífice san Calixto murió martirizado en defensa de la religion cristiana, y Asterio dió honorífica sepultura á su cuerpo; y como fuese sorprendido por unos paganos al tiempo de ocuparse en ello, fué conducido delante el juez y denegándose á dar culto á los ídolos, fué echado al Tíber, en donde murió ahogado, alcanzando así la palma del martirio. Murió en tiempo del emperador Alejandro.

Los santos Dasio, Zotico, Cayo y otros doce compañeros, mártires.—Pertenecian estos santos á una legion romana acantonada en Nicomedia durante los últimos años del siglo III. Un dia que se celebraba gran fiesta á los dioses, y que se habia reunido considerable multitud de pueblo, se encendieron de repente aquellos soldados en santo celo, y atravesando por en medio del concurso, llegaron hasta donde estaban colocados los ídolos y los hicieron pedazos. Cargáronlos en seguida de cadenas y los condujeron á la presencia del juez. Fué aquella una de las ocasiones en que el furor y la rabia de los paganos excogitó más abundancia de recursos contra los cristianos. Azotes, fuego, cruces, caballete, tortura, descoyuntacion de miembros, todo se puso en juego, y todo tuvieron que sufrirlo aquellos esforzados atletas, hasta que viendo el juez que no solo no se amenguaban sus fuerzas, sino que cada vez acusaban con mas valor de falsos á los dioses y de ciegos á los que los adoraban, mandó que á cada uno le atasen una gran piedra al cuello y que los arrojasen al mar, donde todos quince consumaron el combate del martirio y alcanzaron la victoria.

Santa Cilina.—Butler, en las Vidas de los padres, dice que nació esta santa en la ciudad de Meaux, en Francia, y que fué educada en las máximas de la piedad. Hallábase ya en edad núbil, y estaba prometida á un jóven paisano suyo, cuando, mudando de repente de resolucion, tomó el velo de religiosa y se puso bajo la direccion de santa Genoveva, que habia curado á una criada suya en una enfermedad muy peligrosa. Añade el mismo autor, que la santa vivió siempre en absoluta castidad y que murió á fines del siglo V. El Martirologio romano, el cardenal Baronio y Galesinio, dicen que floreció en Lyon y que fué madre de san Remigio, obispo de Rheims. Sin embargo, esta última opinion se apoya solo en las adiciones al antiguo Martirologio que lleva el nombre de san Gerónimo, y la de Butler está fundada en la relacion de los antiguos historiadores de la Iglesia de Meaux, y en una vida que trae Surio en su tomo V, copiado de un manuscrito inédito.

San Viator, lector.—Floreció en Lyon bajo el pontificado de su arzobispo san Justo, del cual no se separó nunca; pues habiendo resuelto el venerable pastor ir á acabar sus dias en un desierto de Egipto, Viator le acompañó allá, y ambos se entregaron fervorosamente á los ejercicios de la oracion y de la penitencia. Parece que el santo lector murió algun tiempo ántes que su maestro; pero poco despues de las reliquias de ambos fueron trasladadas á su patria y depositadas en la Iglesia de Lyon, donde han obrado muchos milagros. Véase san Justo en el dia 2 de setiembre.

DIA 22.

Las santas Nunilo y Alodia, hermanas, y santa Cordula, vírgenes y mártires.—En Hosca ó Bosca, ciudad de España de la region Werbetana, cerca de Nájera, vivian dos santas doncellas, hermanas, llamadas Nunilo y Alodia. Su padre era pagano y su madre cristiana; y así lo fueron ellas. Quedaron huérfanas de tierna edad y las crió una tia suya, mujer santísima. En este tiempo se levantó en España la cruel persecucion que contra los cristianos movió el fiero y perverso Abderramen: y viendo á algunos que por no sufrir los tormentos que tiranamente ejecutaban en los que firmes y constantes confesaban la fé, apostataban y se hacian moros, los reprendian las dos santas hermanas, diciéndoles, ser gran necedad el negar á Cristo por miedo de no perder esta miserable vida; pues negándole perdian la eterna. Supo esto un califa ó gobernador de aquella tierra llamado Zumahil: mandólas traer á su presencia y las hizo grandes promesas si negaban á Cristo: y visto que ni por halagos ni por amenazas podia contrastarlas, mandólas volver á su casa, y echólas, para que las hablasen y persuadiesen, á ciertas mujeres paganas y á un miserable apóstata, que por temor de la muerte ó por ser vicioso habia renegado. Así éste como las paganas procuraban con astucias, halagos y promesas persuadirlas á que renegasen y se hiciesen moras; y quien mas las persuadia era el renegado, á quien despues de oido atentamente para confundirle, dijo Nunilo: Dime: si recibiéremos mi hermana y yo la secta de Mahoma, llena de tantos desatinos y liviandades, ¿estaremos seguras que viviremos en esta vida para siempre? El apóstata las dijo: Que seais moras ó cristianas habeis de morir en algun tiempo. Pues si es así (dijo la santa), mas seguro nos será morir luego por la fé de Jesucristo; pues tenemos cierta la gloria celestial para siempre, que no por vivir cuarenta años mas, ser despues arrojadas á los infiernos para siempre. Fuéronse con esto las paganas y el apóstata avisó al califa del intento y constancia de las santas vírgenes: el cual las mandó prender y luego las sentenció á que fuesen degolladas.

Estando para recibir el martirio, llegó el verdugo y dijo á Nunilo que alargase el cuello y recogiese los cabellos para degollarla. Mostró grande alegría la santísima esposa de Jesucristo al oir esto: rodeó con aire y gracia sus hermosos cabellos á la cabeza, y se puso de rodillas diciendo al verdugo que la hiriese cuando fuese servido. Dió el golpe el verdugo, y no acertándolo bien, llevóla una parte de la hermosa mejilla sin cortarla del todo la cabeza: cayó el bendito cuerpo, y con los vuelcos de la muerte descubrió parte de sus benditos piés: corrió al punto su bendita hermana Alodia y se los cubrió sin muestra alguna de dolor; y levantando los ojos al cielo, vió subir en forma de paloma el alma de su hermana: y viendo se entraba en la gloria, la dió voces diciendo: Espérame, hermana mia, que ya voy: y apretándose un paño que tenia en la cabeza, se puso de rodillas sobre el cuerpo de su hermana y el verdugo le cortó al instante la cabeza, con que voló su bendita alma á acompañar para siempre en la gloria á la de su santa hermana. Los paganos echaron sus santos cuerpos en el rio Barbate, de donde los sacaron los cristianos y dieron honorífica sepultura. Dícese que hoy están estos dos benditos cuerpos en San Salvador de Leyde, donde obra Dios por su intercesion grandes milagros. Fué su glorioso martirio jueves, á 22 de octubre, por los años del Señor de 851; si bien el comentador de san Eulogio dice, fué el año de 840, y que la ciudad donde fueron martirizadas es Castro Viejo; y allí se muestra su santo sepulcro. La ciudad de Huesca las quiere por suyas; la verdad quede para Dios. Escribieron su vida y martirio Usuardo; san Eulogio *in Memorial. sanct., lib.* II, *cap.* 7; Ambrosio Morales, *in Schol. codic. manusc.*; Trujillo, *in Thesaur. concion., tom.* II; Villegas, *in Flor sanct. Hispan.*; los breviarios antiguos de España; el Martirologio romano y Baronio en sus anotaciones y en el tom. X de sus Anales, año 851, núm. 5.

En este mismo dia se celebra la fiesta de santa Cordula, vírgen y mártir. No dicen los historiadores de dónde fué natural; solo escriben que era una de las once mil vírgenes, que en tiempo de los hunos, gente feroz, padecieron martirio con la gloriosa santa Ursula. Cordula, pues, muy niña que era, tuvo miedo y se escondió aquella noche que sus santas compañeras fueron martirizadas: por eso no murió por la fé en el mismo dia: pero la mañana siguiente volvió en sí la santísima niña Cordula, y doliéndose de haber perdido la palma del martirio que las de su compañía habian alcanzado gloriosamente, salió del rincon del navío donde estaba escondida, y ofrecióse como cordera inocente, para que por amor de Jesucristo la quitasen á ella la vida: lo que hicieron al instante aquellos bárbaros degollándola con grande crueldad; y así murió por la fé de su Esposo Jesus y llegó á reinar en la gloria, celebrando su esposo con ella el divino desposorio, y colocándola en el coro de sus once mil compañeras con la palma y corona de mártir. Y como no se hiciese fiesta de esta santa como de las otras, porque no recibió el martirio el mismo dia; apareció una religiosa y la dijo que hiciese especial fiesta de ella al otro dia despues de las once mil vírgenes, sus compañeras; y por eso la Iglesia de Tortosa que tiene sus sagradas reliquias, reza de ella y de santa Cándida á 22 de octubre. Los muy reverendos padres de Nuestra Señora de la Merced del convento de Barcelona, tienen tambien reliquias, en su casa, de esta gloriosa santa, donde es muy venerada. Fué su martirio glorioso á 22 de octubre por los años del Señor de 383: escríbenlo el breviario de Tortosa; el padre Domenech en su Historia de los santos de Cataluña; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones y en el tom. IV de sus Anales, año 383, núm. 3, y sig.; y Pedro de Natalibus, *in Cathalog., lib.* IX. *cap.* 87.

* Los santos Felipe, Severo, Eusebio y Hermeto, mártires.—De estos santos, Felipe era obispo, y Severo presbítero de la Iglesia de Heraclia en Tracia. En medio de las

violencias y vejaciones que se habian sufrido durante la persecucion de Diocleciano, distinguióse Felipe por su prudencia y zelo en gobernar su Iglesia. Conociendo cuán conveniente era dilatar la religion del Crucificado, formó algunos discípulos, que instruidos en las verdades de la fé fueron sus compañeros en el martirio. Cierto dia en que el santo obispo celebraba con toda solemnidad las ceremonias eclesiásticas, el gobernador gentil le mandó que cerrara la iglesia y entregara cuanto en ella habia. Negóse á tan injusta pretension, y entonces fué preso junto con los santos ya nombrados, pues no quisieron separarse de su pastor. Sufrieron muy mal trato, pues poco faltó que no perdieran la vida, la que Dios conservó para confusion de los idólatras y triunfo de la fé. Los santos al dia siguiente, fueron conducidos á la plaza pública, y en su presencia se quemáron los libros sagrados, se repartieron entre los oficiales los vasos sagrados, y se mandó derribar la iglesia. Nada de esto amedrentó al santo obispo Felipe, no cesando de predicar al pueblo á que abjurara sus errores y abandonara sus supersticiones. Esta constancia irritó al tirano, y remitió otra vez á Felipe y á sus compañeros á la cárcel, donde nuevamente fueron maltratados. A pesar de sus sufrimientos, jamás abrió la boca para quejarse; siete meses estuvieron en un calabozo oscuro y mal sano, del cual los sacaron al fin para conducirlos á Andrinópolis. Otra vez fueron atormentados, hasta que por último fueron arrojados al fuego consumando su martirio, que fué uno de los mas célebres que viera la Iglesia. Segun se desprende de las actas de Ruinart, fué el año 390, y no acaeció su muerte en tiempo de Juliano Apóstata.

San Marcos, obispo y mártir.—Es el primer obispo de Jerusalen, que fué escogido de entre los gentiles, pues los catorce primeros que gobernaron aquella Iglesia, fueron judíos de nacion. Marcos fué consagrado, segun Tillemont, el año veinte y uno del emperador Adriano, el 138 de Jesucristo, y despues de un pontificado memorable en sabiduría y virtudes, murió martirizado en la misma ciudad de Jerusalen el año 156, en tiempo del emperador Antonino.

Los santos Alejandro y Heraclio, mártires.—San Alejandro era un obispo griego, que se ocupaba en extender el rebaño de Jesucristo, predicando incesantemente su Evangelio, y convirtiendo muchos infieles á la fé. Preso por órden del prefecto del pais, fué escarnecido y atormentado cruelmente; pero en medio de los suplicios, no abandonaba su tarea, sino que continuaba predicando. Admirado de su inalterable constancia, un soldado llamado Heraclio, que lo custodiaba, abrazó la religion y recibió el bautismo, por cuyo motivo fué tambien juzgado y decapitado. San Alejandro continuó todavía sus exhortaciones á los gentiles, y obró algunos milagros, á cuya vista abrazaron tambien la religion cristiana tres mujeres griegas, que luego fueron asimismo martirizadas con el santo obispo en una ciudad de Grecia, durante el siglo II.

San Abercio, obispo y confesor.—Floreció durante el siglo II de la Iglesia, y fué obispo de Hierápolis, en Frigia. Aunque suspiró continuamente por la gloria del martirio, no pudo nunca conseguir esta dicha, porque hasta los mismos paganos respetaban sus virtudes. Sus exhortaciones animaron á los cristianos de aquel tiempo á sufrir con resignacion y alegría los estragos de la persecucion, y el santo pastor murió en paz en Hierápolis, por los años de 150, reinando el emperador Antonino el Piadoso.

San Melanio, obispo y confesor.—Nació en la Gran Bretaña, y habiendo hecho despues un viaje á Roma, fué convertido y bautizado por el papa san Estéban, que lo envió luego á predicar la fé á las Galias, por los años de 257. Algunos escritores aseguran que san Melanio fué en 260 el primer obispo de Ruan, cuya Iglesia gobernó por espacio de cincuenta años. Atribúyese al mismo santo la fundacion de aquella catedral y la de muchas otras iglesias, y dicen que á sus trabajos apostólicos y á sus milagros se debió la conversion de muchísimos gentiles, y murió santamente por los años 309 ó 310.

Santa María Salomé.—Era de Judea, estuvo casada con el Zebedeo, y fué madre de Santiago el mayor y de san Juan Evangelista. Acompañó y sirvió al Salvador Jesus en muchos de sus viajes, y un dia le pidió que concediese á sus dos hijos, Santiago y Juan, que se sentase el uno á su derecha, y el otro á su izquierda cuando estaria en el reino de su padre. Salomé acompañó despues á Jesucristo al Calvario, y no se separó nunca del lado de la cruz, siendo testigo de todo el misterio de la redencion del mundo. Fué asimismo una de aquellas santas mujeres que compraron los perfumes para embalsamar el cuerpo del Señor, y que el domingo por la mañana fuéron muy temprano al sepulcro, y encontraron á los ángeles que les anunciaron la resurreccion de Jesus. Todas estas noticias las refiere el Evangelio, y nada mas se sabe de cierto; pues las demás relaciones y circunstancias de su vida son, en concepto de Feller, aventuradas y apócrifas.

Santa Colagia, vírgen.—Segun el padre Alonso Remon, en su Historia de la órden de Nuestra Señora de la Merced, fué santa Colagia natural de Barcelona, unos dicen que nacida de noble familia, y otros de la gente plebeya de la ciudad, aunque todos convienen en que sus padres vivian santa y ejemplarmente. Desde sus mas tiernos años, la agregaron sus deudos á la compañía de santa María de Cervellon ó del Socós, para que la grande inclinacion que en ella habia puesto Dios para todo lo bueno, fuese prosperada con los actos y ejemplos de esta santa vírgen. Desde luego resplandeció en ella un amor entrañable á la clausura, á la pureza, á la paz y á la mas ciega obediencia: sus prendas y recomendables circunstancias la hacian un vivo retrato de santa María. Cuando esta murió, estaba Colagia tan adelantada en toda virtud, que la eligieron por prelada en su lugar aquellas siervas de Dios, que se habian reunido para vivir vida comun y monástica, bajo la direccion de María del Socós. Desde entonces procuró Colagia, que no se hallase en su vida y conducta cosa alguna, que pudiese no solo escandalizar, pero ni aun entibiar á sus hermanas en la perfeccion de su estado. Dos veces al dia se tomaba á sí misma cuenta de cómo habia vivido, y reprendia y castigaba ásperamente en sí los descuidos que echaba de ver en sus obras, los instantes desaprovechados, la distraccion, la falta de vigilancia y de zelo por el mayor adelantamiento de su comunidad en la perfeccion evangélica. Hacia todo esto anegada en lágrimas, con gran devocion y ternura, y gastando en ello tanto tiempo, que apenas le quedaba para otra cosa. Por este camino llegó á hacerse muy humilde y muy enemiga de sí misma, aborreciendo á su carne mas que á cualquiera otra cosa. Juzgábase por la criatura mas ingra-

ta á Dios de cuantas vivian, teniendo á todos por mejores que ella; y por esto queria á todo el mundo con entrañable amor y caridad, procurando disminuir las culpas ajenas y teniéndolas por átomos en comparacion de las suyas propias. De este modo logró ser dechado de toda virtud; humilde, pobre, casta, compasiva, limosnera, contemplativa, sufrida y apacible. Además de esto, fué ennoblecida Colagia con el don de milagros, y con el de lágrimas, que como eran lágrimas de ojos humildes, le merecieron en esta vida el poder y el reino de Dios, y le dieron confianza y ánimo para comparecer tranquila en su tribunal, á buscar el premio de la virginidad y de las demás virtudes. Poco despues de muerta, que fué á fines del siglo XIII, quedó su cuerpo resplandeciente y hermoso, echaba de sí una fragancia agradable; y fué sepultado con gran concurso del pueblo, en la misma ciudad de Barcelona, en el convento de Santa Eulalia de padres mercenarios.

San Felipe, obispo y mártir.—Gobernó la Iglesia de Fermo, ciudad de la Marca de Ancona, durante el siglo III, y derramó su sangre por Jesucristo, en una de las persecuciones que en el mismo siglo excitaron contra los fieles los emperadores paganos.

San Donato, obispo y confesor.—Nació este santo en Escocia, y habiendo ido á Italia para visitar el sepulcro de los santos apóstoles y aprender las sagradas Letras, se quedó allí, y llegó á ser obispo de Fiésoli. Desempeñó su santo ministerio con admirable zelo y caridad, y murió en Toscana, se ignora la época.

San Verecundo, obispo y confesor.—Natural de Italia, y heredero de un rico patrimonio, lo renunció todo para consagrarse solo á Dios. Retiróse á vivir en la soledad, de la cual fué despues como arrebatado, para ser consagrado obispo de Verona. Atemorizado con esta carga, que creia superior á sus fuerzas, pasaba el dia trabajando sin descanso en el arreglo de su diócesis, y las noches en oracion y lágrimas, pidiendo al Señor le ayudase en el buen acierto de sus obras. El cielo le oyó bondadoso, y Veracundo fué uno de los prelados mas recomendables, no solo por sus extraordinarias virtudes, sino por la visible proteccion que el cielo le dispensaba, obrando por su medio muchas maravillas. Fué sumamente venerado y querido de sus ovejas, y se cree que murió en paz, durante el siglo V.

DIA 23.

Los santos Servando y German, mártires.—San Isidoro y otros autores, escriben que Servando y German fueron presos y que llevados delante un juez de los emperadores romanos, fueron atormentados y despues salieron libres, con título de confesores: que así se llamaban antiguamente los que habian confesado en público juicio su fé y el nombre de Cristo, siendo ó no siendo atormentados, si quedaban con la vida. Comenzó nuestro Señor á hacer muchos milagros por estos santos, dando salud á muchos enfermos y librando los endemoniados; y con estos milagros y su santa vida y doctrina hacian gran guerra á los demonios, destruyendo sus templos, y convirtiendo los gentiles y animando á los fieles. Estando ocupados en estas santas obras en la ciudad de Mérida, fueron presos por mandado de un vicario del prefecto del pretorio, llamado Viator: y como afirma san Isidoro, fueron de él muy atormentados con azotes y peines de hierro, y otros géneros de crueldades: y para que mas gloriosamente triunfasen y fuese mas dura y larga la pelea, partiéndose Viator á Tánger, mandó llevar tras sí á los santos mártires á pié y cargados de cadenas, con mucha hambre y mal tratamiento; mas ellos, armados con la firmeza de la fé, todo lo sufrian con extremada alegría y constancia. Llegado á la isla de Cádiz, Viator (porque allí se queria embarcar para Tánger), los mandó degollar en una heredad que llaman Ursoniano, á los 23 de octubre, y en este dia hacen conmemoracion de ellos los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon; y en el Breviario toledano, en un himno sagrado se cantan las proezas y coronas de estos santos. El Martirologio romano dice, que el cuerpo de san German está sepultado en Mérida, y el de san Servando en Sevilla. Adviértase, que no todos los autores que escriben de estos santos, que aquí quedan referidos, los ponen por hijos de san Marcelo el Centurion, ni por hermanos entre sí; aunque todos dicen que san Marcelo el Centurion fué mártir, y que tuvo doce hijos que le imitaron y merecieron la corona del martirio: pero el breviario de Évora y Juan Vaseo, y algunos otros escritores, les ponen los nombres que aquí quedan escritos, y dicen que estos son los hijos de Marcelo; y nosotros los habemos seguido, por no tener certidumbre de lo contrario.

* San Pedro Pascual.—Véase su vida en el dia 6 de diciembre.

San Teodoro, presbítero y mártir.—A mediados del siglo IV, gobernaba el Oriente un tio del emperador Juliano, que se llamaba tambien Juliano y era apóstata como él. Sabiendo que las iglesias tenian muchos vasos de oro y plata, quiso apoderarse de ellos, y publicó un edicto para que se cerrasen todos los templos y se le entregasen sus tesoros. Teodoro estaba encargado del depósito de los de Antioquía y se negó á obedecer los edictos, por cuyo motivo fué preso y conducido al gobernador, á quien reprendió por su locura y apostasía. El gobernador indignado, mandó que azotasen al santo en las plantas de los piés y en la cara, y le hizo descoyuntar los brazos y las piernas. El cuerpo del ilustre mártir quedó enteramente dislocado; pero no por esto se extinguió su valor, ni la crueldad del tirano. Extendiéronle sobre el potro, y cuando ya la sangre salia á borbotones de todas las partes del cuerpo, aplicaron sobre sus puras carnes hachones encendidos. En medio de estos dolores, el santo levantó con fervor los ojos al cielo, y dió un grito pidiendo misericordia para sus verdugos. Estos detuvieron en aquel mismo instante la ejecucion, y habiéndoles reprendido Juliano por su torpeza, contestaron que no querian continuar el suplicio, porque habian visto que los ángeles acudian á confortar á Teodoro. Entonces Juliano mandó que lo degollasen, cuyo mandato se ejecutó el año 362 de Jesucristo, en la ciudad de Antioquía.

San Severino, obispo y confesor. — Fué este santo originario del Asia, y de aquí se dirigió á Burdeos. El obispo de esta ciudad, llamado Amando, que habia sido elegido el año 404, tuvo una revelacion que le anunciaba la llegada del siervo de Dios. Salió pues á recibirle, y á pesar de que no se habian visto nunca; al encontrarse en medio del camino, se saludaron mutuamente por sus nombres. Amando condujo á Severino á la casa episcopal, y

habiendo despues conocido su eminente santidad, le obligó á encargarse del gobierno de la Iglesia de Burdeos, y se puso él mismo bajo su direccion. Severino fué un pastor digno y ejemplar: y solo tuvieron sus ovejas el sentimiento de que su episcopado fué tan solo de pocos años. Despues de su muerte, gloriosa en grandes milagros, la ciudad de Burdeos le aclamó por su patron, y todavía conserva sus reliquias. El Martirologio romano dice que Severino fué obispo de Colonia, cuya opinion, segun Butler, se halla destituida de todo fundamento.

San Roman, obispo y confesor.—Hijo este santo de padres franceses, que le consideraban como el fruto de sus oraciones, fué educado en la mas acrisolada piedad. Cuando llegó á la edad de figurar en el mundo, fué enviado á la córte del rey Clotario II, cuya estimacion se ganó, y que le nombró gran canciller. El año 626, quedó vacante la silla episcopal de Ruan, y en la inmediata eleccion todos los votos se fijaron en Roman, que á pesar de sus excusas y repugnancia, se vió al fin obligado á aceptar. Apenas hubo recibido la consagracion, se dedicó con todas sus fuerzas á destruir en su diócesis los últimos restos de la idolatría, y á derribar los templos que quedaban de los ídolos. Hallándose una vez en la córte de Dagoberto por asuntos de su Iglesia, supo que una inundacion del Sena estaba causando grandes estragos en su ciudad: al momento, abandonándolo todo, corre el santo al socorro de sus ovejas, y llegando á la ribera, se pone de rodillas á orar, y de repente vuelven las aguas á su cauce. Sus milagros excitaban la admiracion pública; pero sus eminentes virtudes fijaban todavía mas la atencion general. Maceraba su cuerpo por medio de continuas austeridades, y despues de haber consagrado todo el dia á las penosas funciones del ministerio, se entregaba por la noche á los ejercicios de la oracion. Despues de trece años de episcopado, fué advertido por el cielo que se acercaba su fin. Redoblando entonces su fervor, sus oraciones y los rigores de su penitencia, vió tranquilo llegar su última hora y descansó en el Señor el dia 23 de octubre del año 639.

San Ignacio, obispo y confesor.—Fué hijo del emperador de Oriente Miguel Curopalato, y despues de haberse dedicado al estudio en la soledad del claustro, fué elevado á la silla patriarcal de Constantinopla el año 846. El zelo que desplegó el santo contra los desórdenes del favorito y poderoso Bardas, irritó de tal modo á este cortesano, que hizo deponer á Ignacio y colocar en su lugar á Focio, que fué consagrado en 857 contra todas las leyes de la Iglesia. Este indigno sucesor del santo patriarca reunió un concilio en Constantinopla el año 861 para hecerle anatematizar. Acudieron á este concilio trescientos diez y ocho obispos, entre los cuales habia dos legados del papa, que pidieron se hiciese comparecer allí á Ignacio. El emperador Miguel III, llamado el Borracho, el Neron de Oriente, perseguidor del hombre apostólico y favorecedor del eunuco intruso, no quiso consentir á lo pedido por los legados, sino con la condicion de que Ignacio compareciese vestido de monge. El santo tuvo que sufrir entonces los ultrajes é insultos mas crueles de parte del príncipe y de los mismos legados, que contra las expresas instrucciones del pontífice, se hicieron culpables de la mas odiosa prevaricacion, y de parte del concilio que, no habiendo podido obtener que diese su dimision, le hizo quitar sus hábitos y lo despidió cubierto de harapos. Pero no se satisfizo aun con esto la crueldad de Miguel: lo hizo encerrar en el sepulcro de Coprónimo, y lo entregó á tres hombres bárbaros para que lo atormentasen, quienes despues de haberle maltratado y desfigurado á fuerza de golpes, lo dejaron desnudo sobre el mármol en lo mas crudo del invierno. Durante los quince dias que permaneció Ignacio en poder de estos hombres, casi sin comer y sufriendo toda suerte de indignidades, uno de ellos le cogió por fuerza la mano y le hizo poner una cruz en un papel en blanco, el cual fué en seguida entregado á Focio, y éste escribió en él y junto á la cruz, las siguientes palabras: «Yo Ignacio, indigno patriarca de Constantinopla, confieso que he entrado con irregularidad en la sede patriarcal, y que he gobernado la Iglesia tiránicamente.» En fuerza de esta pretendida renuncia, fué Ignacio puesto en libertad y se le señaló para su residencia el palacio de Posa, que habia hecho construir la emperatriz, su madre. El ilustre perseguido apeló de estos procedimientos al papa Nicolao I, que indignado contra la conducta de sus legados, declaró nula la deposicion de Ignacio y la ordenacion de su perseguidor. Sin embargo, el santo obispo permaneció en el destierro, hasta que, habiendo subido al trono imperial Basilio el Macedonio el año 867, le restableció en su Iglesia y deportó á Focio. Este y sus partidarios fuéron además anatematizados por el cuarto concilio general congregado en Constantinopla dos años despues; pero Ignacio sobrevivió muy poco tiempo á su triunfo, pues murió á la edad de ochenta años, el de 877.

San Juan de Capistrano, confesor.—Nació en la villa de Capistrano, en el reino de Nápoles, el año 1385. Despues de haber aprendido la lengua latina en su patria, fué á Perusa á estudiar el derecho civil y canónico, y recibió el grado de doctor en ambos derechos. Sus talentos y una fortuna considerable, le proporcionaron ocasion de brillar extraordinariamente en el mundo, y uno de los principales habitantes de Perusa le dió su hija en matrimonio. Durante las desavenencias sobrevenidas en 1403 entre la ciudad de Perusa y el rey de Nápoles, Juan figuró un papel muy importante como negociador de la paz; pero habiendo sido preso por falsas sospechas de infidelidad, estuvo algun tiempo en la cárcel; y en ella, habiendo reflexionado seriamente sobre la inconstancia de las cosas humanas, resolvió entregarse del todo á Dios. Cuando recobró su libertad, habia perdido á su esposa: se fué á Capistrano, vendió todos sus bienes, dió su producto á los pobres, y en seguida tomó en Perusa el hábito de la religion de San Francisco, el año 1415. Pasó por las pruebas mas penosas, y despues de hecha su profesion siguió en su penitencia y humildad llevadas al mas alto punto. Su oracion era casi continua é interrumpidas solamente por las tareas de la predicacion evangélica, á la cual se dedicó con un ardor infatigable. El cielo le concedió la gracia de componer las diferencias de los príncipes y de los pueblos, y mas de una vez á su sola voz se olvidaron los mas encarnizados resentimientos. Dos veces fué elegido vicario general de los franciscanos reformados, y en los seis años que gobernó esta órden, desplegó su sabiduría, su inteligencia, y particularmente la elevacion y rectitud de sus miras. Los papas Martino V, Eugenio IV, Nicolao V y Calixto III le emplearon con frecuencia en los negocios mas importantes, hasta hacerle su legado en algunos concilios. Mientras desempeñaba los encargos que le confiaba la silla apostólica, iba

predicando por todos los paises que atravesaba, y en todas partes sus palabras producian abundante fruto. Recorrió, como un apóstol, toda la Italia, la Bohemia, el Austria, la Baviera, la Polonia y la Hungría, y en la Moravia convirtió mas de cuatro mil husitas. Habiéndose apoderado Mahomet II de Constantinopla el año 1453, el papa Nicolao V encargó á Juan el ir á exhortar á los príncipes cristianos á tomar las armas contra los progresos del enemigo comun. Reunióse despues un ejército de cruzados al mando de Juan Corvino gobernador de Hungría, el cual siguió siempre Juan de Capistrano, y este ejército fué el que contuvo los progresos de los turcos en Europa por medio de una victoria decisiva ganada en Belgrado por los cristianos bajo el estandarte de la cruz que llevaba el fervoroso misionero. Despues de esto, Juan cayó mortalmente enfermo, y sobrellevando con admirable resignacion y paciencia las incomodidades de su larga enfermedad, acabó tranquilamente sus dias el 23 de octubre del año 1456, en Villack cerca de Sirmich. El papa Benedicto XIII lo canonizó solemnemente, el año 1724.

San Vero, obispo y confesor.—Fué obispo de Salerno, y se sabe que era tan grande su caridad con los pobres, que una vez, no teniendo nada que darles, se puso en oracion, y aparecieron dos ángeles que le dieron socorros para que los distribuyese á los necesitados. Asistió á varios concilios donde hizo brillar su profundo conocimiento en las sagradas Escrituras y en la disciplina de la Iglesia, y acabó sus dias en santa paz. Su cuerpo está enterrado en la catedral de Salerno, en la que hanse obrado por su intercesion grandes maravillas.

San Domicio, presbítero y mártir.—Fué natural de la diócesis de Amiens, y habiendo sido ordenado sacerdote y agregado al clero de la misma Iglesia, se distinguió en la predicacion del Evangelio, hasta que mereció dar su vida por Jesucristo durante la persecucion del emperador Diocleciano.

San Benito, confesor.—Solo sabemos de este santo que fué natural del Poitou, en Francia, donde vivió y murió coronado de merecimientos.

DIA 21.

San Marcio, ermitaño y confesor.—El gran padre y máximo pontífice san Gregorio, en el libro III de sus Diálogos, capítulo 16, trae la vida del glorioso san Marcio con estas formales palabras. Poco há que en el monte Marsico, en Campania, hizo vida solitaria el bendito Marcio, estando encerrado en una cueva muchos años, á quien yo y muchos de los monges conocimos muy bien: ¡de cuya vida yo supe muchas cosas; porque las ví, y otras me refirieron mi antecesor el papa Pelagio, de santa memoria, y otros varones religiosísimos. Toda su vida fué un milagro; pero este fué el primero: que al instante que se encerró en la angosta cueva del dicho monte, que él mismo cavó é hizo en una tosca peña, salia de esta tanta cantidad de agua, cuanta el siervo de Dios Marcio habia menester para su uso cotidiano, sin que jamás sobrase, ni faltase á la necesidad, mostrando Dios con tan patente milagro, cuánto le agradaba la vida solitaria de su siervo; pues le ministraba con tan perenne milagro el agua que necesitaba, de una tosca y dura peña. Pero el antiguo enemigo, como siempre arde de envidia, procuró quitarle este regalo, valiéndose para esto de una fiera sierpe, antigua amiga suya, haciendo que esta se fuése á la cueva, para ver si con el temor huia el santo; pero fué cosa maravillosa, que en tres años que habitó con él la sierpe enemiga, y en ella el demonio, jamás le inquietó de su continua oracion, ni la tuvo el menor temor, aunque ella hacia todas sus diligencias para ponerle horror y miedo; ántes en el tiempo que daba al descanso, si alguno tenia, se divertia con ella, dando gracias á su Criador al verla, y la ponia ya el pié, ya la mano dentro de la fiera y venenosa boca, y decia: Si tienes licencia de morderme y herirme, házlo; que yo pronto estoy para obedecer, sufrir y padecer. Al fin, viendo el enemigo mortal que siempre iba de vencida, y ganaba Marcio con lo mismo que él juzgó que perdiera, pasados tres años, un dia, desesperado, dió un fiero bramido, y saliendo de la cueva la sierpe, se arrojó por un lado del monte precipitada, y con el fuego que de sí arrojó, abrasó todos los árboles que por aquella parte que se despeñó habia; mostrando Dios á su siervo, cuánta era la virtud de la sierpe (de que lo habia defendido tres años) para acabar con él, pues así abrasaba la montaña.

Este varon santísimo, luego que se encerró en aquella cueva, propuso en su corazon no mirar jamás mujer alguna, nó por menosprecio del sexo, sí por huir la tentacion y riesgo de mirarlas. Cierta mujer liviana oyó decir este prodigio cierto dia (que no permite Dios se oculten las virtudes grandes de sus siervos), y sin duda instigada de la vencida sierpe, atrevida se subió al monte, y deshonesta se fué á la cueva. Miró el santo por una ventanilla que tenia, y de léjos conoció era mujer la que venia: púsose en oracion, y el rostro sobre la tierra, perseverando de esta suerte (inmóvil como una piedra) tanto tiempo, que la deshonesta mujercilla, cansada de estar en la ventana á ver si alzaria los ojos el santo á mirarla, se fué desesperada y corrida: la cual, al punto que bajó del monte, murió; dando Dios con esto á entender cuánto se habia ofendido de que aquella deshonesta mujer se atreviese á querer inquietar á su siervo.

En otra ocasion sucedió que venia mucha gente á verle á su cueva, y pedirle remedio á sus necesidades y aflicciones; porque tenian experiencia de que milagrosamente consolaba á todos. Era muy estrecha y áspera la senda para subir al monte y guiar á la cueva: iba un niño descuidado: tropezó y cayó rodando el monte abajo, á una profundidad tan grande, y por entre tantas breñas y peñas, que todos cuantos le vieron caer, no solo le tuvieron por muerto, pero aun juzgaban que en la mitad del camino se habria hecho dos mil pedazos. No obstante, como pudieron bajaron á buscarle, para dar sepultura al cadáver: y cuando todos le lloraban muerto y hecho polvos, le hallaron vivo, sano y bueno, atribuyendo todos á la oracion del bendito Marcio tan claro y portentoso milagro, dando por él infinitas gracias á Dios.

Sobre la peña y cueva de Marcio sobresalia otra peña de formidable grandeza, y estaba de suerte que cada instante parecia caerse y amenazar una gran ruina al siervo de Dios. Rogáronle muchos se mudase á otro sitio ménos peligroso; mas él respondia, que ya Dios le habia señalado aquel. Un varon ilustre vino un dia acompañado de gran multitud de aldeanos, movido de piedad, con instrumentos que pudiesen quitar y derribar del todo aque-

lla gran peña que cada instante parecia caerse: rogó al santo que se saliese de la cueva mientras la derribaban, teniendo por cierto que al caer hundiria la cueva y mataria al santo glorioso; pero él dijo, que de ningun modo saldria de su cueva; que ellos hiciesen lo que fuesen servidos. Al fin comenzaron su obra: y cuando mas instrumentos le habian puesto para que no cayese por aquella parte, se les fué de repente de las manos, y cayó aquel corpulento peñasco por donde todos juzgaron haria diez mil pedazos al santo y su cueva; pero el Señor lo ordenó de otra suerte, enviando un ángel que lo llevase en el aire, hasta salvar la cueva y habitacion de su siervo: con que cayó despues en tierra, sin causar el menor daño ni susto al glorioso santo; que aun no quiso su divina Majestad le divirtiese el ruido ó susto, de la oracion y contemplacion en que estaba. Quedaron todos maravillados del prodigio, y dieron á Dios infinitas gracias, y Marcio mas que todos.

Púsose una cadena á un pié al instante que se fué á vivir á aquel monte, para no poder salir de su cueva en todos los dias de su vida, ni moverse mas que el corto espacio de la cadena, que era corta y tenia el remate clavado en el peñasco. Tuvo noticia el glorioso padre san Benito de Marcio, y de la prision en que se habia puesto tan estrecha y trabajosa, y envióle á decir por un discípulo suyo estas palabras solas: Si eres siervo de Dios, no te prenda ni te ate la cadena de hierro, sino la cadena de Cristo. ¡Cosa rara! Apenas oyó estas palabras, cuando se quitó la cadena del pié; pero quedó tan preso sin ella, que jamás se apartó, ni por un instante, del mismo lugar en que le podia tener preso y atado la cadena; porque la obediencia le aprisionó con Cristo, suave y divina cadena. A la fama de su gran santidad se siguió, no solo el concurso ya referido de gente que se venia á valer de sus oraciones, sino tambien el tener muchos discípulos, que, á imitacion suya, se quedaban á vivir en aquel desierto, cerca de la cueva del bendito Marcio. Estos tenian un pozo, de donde sacaban el agua que habian menester; pero cada dia se rompia la soga con que ataban el cubo ó herrada con que la sacaban. Teníase el glorioso santo la cadena en que á los principios se ató, como dijimos, en la cueva: pidiéronsela, y él la dió al instante: atáronla á un pedazo de la soga de esparto con que sacaban el agua; mas ¡ó virtud divina! al instante que la soga tocó aquella cadena que habia tenido atado y preso el bendito pié de Marcio, se hizo tan fuerte, como si fuese tambien de hierro como la cadena, sin que jamás se rompiese ni tuviesen mas cuidado de que se les romperia. Al fin, lleno de dias y milagros, descansó en el Señor, entregándole su bendita alma (para que la coronase en su gloria) á los 24 de octubre (dia en que la Iglesia celebra su fiesta) por los años del Señor de 560. Escribieron su vida el dicho san Gregorio Magno en el lugar citado; san Gregorio Turonense, *De gloria confes., cap.* 57; Pedro de Natalibus, *in Catalog. sanct., lib.* IX, *cap.* 102; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones. Danle los dichos padres dos nombres á nuestro glorioso santo: uno es Marcio, y otro Martin; pero lo comun es llamarle Marcio: y así lo llama el Martirologio romano. Tambien hace mencion de él Tritemio *De viris illust. ordin. S. Benedicti, lib.* III, *cap.* 27.

* San Bernardo Calvó, obispo y confesor.—En el arzobispado de Tarragona, parroquia de Villaseca y en una casa de campo llamada Mas Calvó, nació Bernardo. Descubrióse en él desde niño grande aficion á las letras, y tambien grandes deseos de servir á Dios; por manera que ántes de prepararse al estudio se disponia por medio de la oracion, llegando de este modo á tal grado de conocimiento en las ciencias que era la admiracion de la universidad de Lérida, en la que hizo sus estudios. Luego de concluida su carrera, trató de retirarse del mundo entrando en la religion del Cister, en el monasterio de Santas Cruces. En vano trataron sus parientes de retraerle de su resolucion, pues venciendo todos sus engaños y seducciones hizo sus votos con toda la solemnidad que usa la Iglesia. Desde entonces no trató de otra cosa que de ser fiel á los votos que habia emitido, y de dedicarse con mas ardor al estudio para ser útil á la Iglesia y al estado. Dedicóse al ministerio de la divina palabra, siendo mucho el fruto que recogió de sus sermones. Nombrado abad del propio monasterio, gobernó con prudencia y celo á sus súbditos, y cuando el pueblo y clero de la diócesis de Vich le nombró su obispo, se consagró enteramente al bien espiritual y temporal de sus feligreses. La predicacion de la divina palabra, la conmiseracion para con los pobres, las visitas á los enfermos, eran sus principales obligaciones, siendo el padre de las viudas y de los huérfanos y el consuelo de los atribulados. Visitaba las parroquias de su diócesis cada dos años, procurando atajar los escándalos, estirpar los vicios y poner freno á las pasiones. Pero á pesar de sus muchas ocupaciones tocante á la diócesis, no olvidaba las penitencias y mortificaciones, que por cierto eran rigurosas y continuas. Despues de arregladas las cosas de su obispado, pensó en otras mas grandiosas empresas. Por aquellos tiempos los moros tenian oprimido el reino de Valencia, y Bernardo llevado del celo por la religion, y de conmiseracion en favor de sus hermanos, se juntó con algunos caballeros y se dirigieron á aquel reino, libertando muchos lugares y castillos de la tiranía de los infieles, en cuya empresa le asistió Dios muy claramente. Vuelto á su obispado pasó al monasterio de San Cugat del Vallés, ó bien al de la cartuja del Monte-Alegre para entregarse á la penitencia, mas conociendo que la voluntad de Dios era que estuviese en su diócesis para dirigir su rebaño, volvió á ella continuando con nuevo fervor el cuidado de su amada grey como solícito pastor. Así pasó su vida el glorioso Bernardo, hasta que habiéndole sobrecogido una enfermedad, y conociendo se acercaba el fin de su vida, se preparó para morir dignamente, acabando sus dias en la misma ciudad de Vich el dia 26 de octubre del año 1243.

San Martirian.—En Bañolas, poblacion del principado de Cataluña, provincia de Gerona, y partido judicial de la misma ciudad, se venera al ilustre san Martirian, patron del pueblo, y su fiesta se celebra en este dia.

San Rafael, arcángel.—En el año nueve de Oseas, rey de Israel, y el seis de Ezequías, rey de Judá, el 3283 de la creacion del mundo, Salmanazar, rey de Asiria, tomó á Samaria y arruinó el reino de Israel y de las diez tribus. Uno de los cautivos que llevó aquel príncipe á Nínive, fué Tobías, hijo de Tobiel y nieto de Ananiel, de la tribu y ciudad de Neftalí, que estaba en la alta Galilea. Con él fué tambien cautiva su mujer y un hijo pequeño que tenian. Era Tobías hombre de gran piedad, el espejo de virtud para su pueblo; y Senaquerib lo trató muy bien al

principio; pero luego empezó á mirarle con rencor porque se ocupaba en enterrar los muertos, á quien queria él que no se diese sepultura. A los cincuenta y seis años de su edad perdió Tobías la vista, y cuando él daba gracias á Dios por esta calamidad, sus deudos le insultaban diciéndole que no le habia valido la piedad y misericordia para no quedar ciego: les contestaba como varon de Dios, que los hijos de los santos nada tienen que esperar en el mundo; pues su esperanza está en aquella otra vida que guarda Dios para los que aquí le son fieles.

Mientras que Tobías pasaba sus trabajos con paciencia y rogaba á Dios que recibiese en paz su espíritu si así era su voluntad; habia muy léjos de allí, en la ciudad de Ecbatana, en la Media, una linda jóven llamada Sara, hija de Raguel, la cual hacia tambien oracion á Dios por una causa semejante á la de Tobías. Afligíase éste por la ceguera y por las calumnias de la virtud con que era insultado: Sara por la pérdida de siete esposos seguidos, á quienes el diablo Asmodeo le habia muerto en la noche primera de las bodas. La oracion de entrambos fué oida de Dios de otro modo que ellos pensaban, y para aliviar sus males destinó el Señor al arcángel san Rafael, cuyo nombre significa «medicina de Dios.» Tobías, creyendo que oiria Dios su oracion sacándole en paz de este mundo, llamó á su hijo Tobías, que entonces tenia veinte años, y despues de haberle dado una instruccion, que deberian poner todos los padres en manos de sus hijos, le dijo que se fuése á cobrar una cantidad de dinero que le debia Gabelo, vecino de Rages, ciudad de la Media. El hijo, por obedecer á su padre, tomó el documento de acreedor y salió á buscar quien le acompañase en aquella jornada, y desde luego se le presentó un gallardo mancebo, ceñido y en ademan de caminar, al cual saludó Tobías y le preguntó si sabia el camino que conducia á la Media. Díjole que sí y que muchas veces habia andado todos aquellos caminos y aposentado en casa de Gabelo, vecino de Rages, ciudad que está en la serranía de Ecbatana, y le ofreció acompañarle. Llevóle Tobías á su padre, quien dió gracias á Dios por este encuentro, y dijo al mancebo que le pagaria bien su diligencia. Preguntóle, además, de qué familia era y de qué tribu: á lo cual respondió el ángel: ¿Buscas la familia del jornalero para que acompañe á tu hijo, ó al mismo jornalero? mas, para sacarte de toda zozobra has de saber que yo soy Azarías, hijo del grande Ananías. Y Tobías le contestó: De noble casa eres; pero no te enojes conmigo porque haya querido saber tu linaje. Quiso Dios que Tobías se parase en el sonido material de aquellos nombres y no pasase á averiguar la figura que estaba envuelta en su significacion, con la cual se denotaba el oficio y la naturaleza del ángel; porque Azarías significa «socorro de Dios,» y Ananías «nube del Señor,» en lo cual dió á entender que venia de parte de Dios á socorrerle en aquella necesidad.

Partió, pues, el arcángel con el jóven Tobías, prometiendo á su padre que le acompañaria á la ida y á la vuelta, y se lo volveria sin desgracia alguna. Descansó en su promesa el anciano padre; y á su mujer, que lloraba por la ausencia del hijo, la consoló diciendo: No llores, mujer: sano irá y volverá nuestro hijo, y tus ojos le verán. Yo creo que el ángel bueno de Dios le acompaña y dispone todas las cosas que le pertenecen, de suerte que vuelva á nosotros gozoso.

La primera noche de su viaje, habiendo salido Tobías á lavarse los piés en el rio Tigris, fué acometido por un gran pez, que paracia le iba á tragar, y espantado el jóven, exclamó gritando: Señor, que me embiste. El ángel entonces le mandó que lo sacase á la ribera, le abriese las entrañas, y le arrancase el corazon, la hiel y el hígado, que seria medicina para varias dolencias. Hízolo así Tobías, y lo demás, despues de haber comido parte, lo salaron para lo restante del viaje.

Llegados á Rages, dijo el ángel al jóven, que en aquella ciudad vivia un pariente suyo, llamado Raguel, que tenia una hija única nombrada Sara, y le persuadió que la pidiese por esposa á su padre, prescribiéndole los medios con que se habia de guardar del demonio que habia dado muerte á sus primeros maridos. Salió este negocio como el arcángel habia dicho, porque Tobías siguió su consejo con toda exactitud, y Rafael, por la virtud invisible y omnipotente de Dios, tomó al demonio y le quitó el poder que hasta entonces habia tenido en la casa de Raguel, ó por mejor decir, en los maridos que se habian hecho indignos de tener por esposa á Sara. Cobraron luego el dinero de Gabelo, y Tobías, acompañado de su esposa, volvió á la casa de su padre, sano y gozoso, y lleno de riquezas que no esperaba, y además con la hiel del pez, untando los ojos del anciano Tobías, le restituyó la vista al cabo de media hora.

El padre y el hijo no sabiendo con qué pagarle estos beneficios, le ofrecieron la mitad de sus bienes, y entonces fué cuando Rafael descubrió el misterio de su aparicion, y les dijo: Bendecid al Dios del cielo y glorificadle delante de todos los vivientes, porque ha hecho en vosotros gala de su misericordia. Bueno es tener ocultos los secretos del rey; pero el manifestar y publicar las obras de Dios es cosa sobremanera honrosa. Vale mas la oracion acompañada del ayuno y de la limosna, que todos los tesoros y todo el oro que se pueda amontonar; porque la limosna libra de la muerte, y purifica al hombre de sus pecados, y le facilita el hallazgo de la misericordia y de la vida eterna. Los que cometen pecado y maldad, son enemigos de sus almas. Voy pues á descubriros la verdad, ni os tendré por mas tiempo escondido este secreto. Cuando hacias oracion á Dios llorando, y enterrabas los muertos, y para esto te levantabas de la mesa, y de dia tenias ocultos los cadáveres en tu casa y de noche les dabas sepultura, ofrecí yo tu oracion al Señor. Y porque agradabas á Dios fué necesario que la tentacion te probase. Ahora, pues me ha enviado el Señor para que te diese la salud, y librase del demonio á Sara, la esposa de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que estamos siempre delante del Señor. Al oir estas palabras del arcángel, atemorizados el padre y el hijo, ya por la novedad del caso, ó ya por la opinion recibida entre los judíos de que cualquiera que viese un ángel luego moriria, temblando cayeron contra el suelo. Pero el ángel les dijo entonces: La paz sea con vosotros, no temais: cuando yo estaba con vosotros, estaba porque lo queria Dios así; bendecidle, pues, y cantad sus glorias. Parecíaos que con vosotros comia y bebia; pero yo me mantengo de un manjar invisible y de una bebida que tampoco la pueden ver los hombres. Tiempo es ya de que vuelva al que me envió: vosotros bendecid á Dios y publicad todas sus maravillas. Dicho esto, Rafael desapareció, y todos los de la familia de

Tobías, postrados y pegando su rostro contra el suelo, estuvieron tres horas alabando á Dios, y al levantarse contaron las maravillas que en su familia habia Dios obrado.

Grande es y universal la devocion que tiene á san Rafael la Iglesia de España, cuyo culto parece que empezó á generalizarse despues de las visibles pruebas que dió el santo arcángel á la ciudad de Córdoba en la peste que la afligió durante el año de 1280.

Los santos Félix, obispo, Adauto y Genaro, presbíteros, Fortunato y Séptimo, lectores, todos mártires. — Al principio de la persecucion de Diocleciano hubo en la Iglesia una porcion de cristianos que, por sustraerse al furor de los tiranos, entregaron los libros santos á los infieles. Félix, obispo de Thibara, en la provincia proconsular de África, y los demás santos que celebramos, sacerdotes y lectores de la misma Iglesia, se mostraron inexorables á la exigencia de los paganos y guardaron con fidelidad el sagrado depósito. Magdeliano, magistrado de la misma ciudad, los puso presos y les mandó formalmente que le entregasen las santas Escrituras; pero ellos contestaron que ántes se dejarian abrasar vivos, que incurrir en semejante falta. Viendo su constancia, el gobernador los remitió al procónsul que estaba en Cartago, y éste, despues de algunos dias de tenerlos en la cárcel, los envió cargados de cadenas á Italia para que fuesen presentados al emperador. Durante la travesía sufrieron los santos muchos ultrajes, y estuvieron cuatro dias sin tomar ningun alimento, hasta que llegaron á Agrigento, en Sicilia. Condujéronlos despues á Venosa, en la Pulla, donde á fuerza de tormentos les obligaron á declarar que efectivamente ellos habian escondido los libros santos, pero al mismo tiempo añadieron que jamás los entregarian. Desesperando el prefecto de poder vencer su constancia, los condenó á perder la vida, el año 303. El santo obispo Félix tenia entonces cincuenta y seis años, y al morir declaró que Dios le habia hecho la gracia de conservar su virginidad, y de predicar siempre con zelo las verdades enseñadas por Jesucristo.

San Aretas, y trescientos compañeros, mártires. — En tiempo del emperador Justino y del judío Dunaan, tirano de la Arabia, fueron estos santos sacrificados á causa de su fé en Jesucristo. Despues de su martirio fué quemada una mujer cristiana; y un hijo suyo, de edad de cinco años, que tartamudeando confesaba á Jesucristo, se arrojó al fuego donde estaba ardiendo su madre, sin que pudiesen impedírselo las caricias ni las amenazas de los circunstantes. Sucedió este martirio en Nagran, ciudad de los homeritas, en la Arabia, el año 523.

San Proclo, obispo y confesor. — Nació en Constantinopla, y siendo aun muy jóven fué ordenado lector de aquella Iglesia, y sirvió de secretario á san Juan Crisóstomo. Elevado al sacerdocio, brilló por la pureza de su doctrina y por su zelo contra las herejías. El año 426 fué consagrado obispo de Cicica, en el Helesponto, del cual no tomó posesion; y el año 427 fué elegido patriarca de Constantinopla, pero su eleccion fué turbada por Nestorio y sus partidarios, que tenian al santo como á su principal enemigo. Por fin, despues de muchos trabajos y fatigas en la defensa de la verdad, fué Proclo puesto en posesion de su silla patriarcal el año 434. El principal distintivo de su carácter era la suavidad y la dulzura unidas á un amor profundo á las verdades católicas y un zelo incansable por defenderlas. Señalóse particularmente en la defensa de las prerogativas de la santísima Vírgen contra lo que afirmaban los nestorianos, y recibió sin duda por esta razon favores muy especiales de la Madre de Dios. San Proclo es el autor del sagrado Trisagio, el cual se empezó á cantar en ocasion en que sufria Constantinopla grandes temblores de tierra, durante el pontificado de este santo. Dícese que san Proclo tuvo una vision en que se le aparecieron algunos coros de ángeles que entonaban aquel sagrado cántico. Lo cierto es que desde entonces está en uso en la Iglesia, y sirve para implorar la misericordia de Dios en todas las necesidades. Este santo estuvo íntimamente relacionado con todos los papas de su tiempo, y despues de haber trabajado sin descanso en los intereses de la Iglesia, y de haber dado á sus ovejas el ejemplo de todas las virtudes, murió santamente el dia 24 de octubre del año 447.

San Maglorio, obispo. — Nació en Bretaña á fines del siglo V. Era primo hermano de san Sanson, y con él fué puesto bajo la direccion de un santo abad que tuvo gran cuidado en formar su espíritu y su corazon. Cuando los dos llegaron á la edad de tomar estado, Sanson se retiró á un monasterio, y Maglorio volvió á la casa de sus padres. Algun tiempo despues, este último dió cuanto poseia á los pobres, y tomó el hábito monástico. Elevado á las sagradas órdenes, fué elegido abad del monasterio de Dole, y despues consagrado obispo regionario para ir á predicar el Evangelio á los infieles. Sus trabajos apostólicos absorvieron desde entonces toda su atencion, sin que por esto dejase el santo su primitivo tenor de vida, que era la penitencia y mortificacion. Su zelo y caridad no le dejaban un momento de descanso, y con frecuencia se pasaban dos dias sin que tomase algun alimento. Pasados tres años del mas fervoroso apostolado, formó la resolucion de ir á vivir en la soledad, y se retiró enteramente del mundo. En su soledad fué continuamente visitado por personas piadosas, muchas de las cuales se quedaron en su compañía, y el santo fundó el monasterio de su nombre en la isla de Gersey, cuyas tierras le habia donado el conde Loiescon. Su vida fué siempre ejemplar y santa, y favorecido con muchos milagros y con el don de profecía, y acabó sus dias en el mismo monasterio, el dia 24 de octubre del año 575. Sus últimas palabras fueron aquellas del rey salmista: «Una sola cosa pido al Señor, y es descansar en su santa casa todos los dias de mi vida.» Vivió cerca de ochenta años, y sus reliquias se guardan con gran devocion en París, en la iglesia que lleva su nombre.

San Evergisto, obispo y mártir. — Floreció siendo obispo de Colonia durante los primeros siglos del cristianismo. Por defender la verdad cristiana y para dar ejemplo de valor y constancia á sus ovejas, derramó su sangre y alcanzó la gloria del martirio. Créese que murió en tiempo del emperador Decio.

San Martin, abad. — Nació en Nantes, en Bretaña, el año 527. Consagróse al estado eclesiástico; fué ordenado diácono y encargado de predicar el Evangelio á los idólatras de Hervadilla, ciudad infiel, que no quiso oir la voz del santo misionero. Apesadumbrado Martin por la pérdida de tantas almas, temió que no se habia portado como debia, y resolvió entregarse á la mas severa penitencia. Desterróse voluntariamente de su patria, y despues de haber hecho algunos viajes por Europa para visitar los principales monasterios y santuarios, se retiró á una ermita en la misma Bretaña, donde se reunieron algunas

personas que querian vivir bajo su direccion. Despues fundó un monasterio llamado Vertou, á diez leguas de Nantes, célebre por la regularidad de disciplina que en él se observaba, y en el cual san Martin murió el dia 24 de octubre del año 601.

DIA 23.

Los santos Crisanto y Daría, mártires—Fué san Crisanto de la ciudad de Alejandría, hijo de un caballero ilustre del órden senatorio, llamado Polemio, el cual habia venido á vivir á Roma con toda su casa y familia, y habia sido recibido amigablemente del senado y muy honrado del emperador Numeriano. Procuró Polemio que su hijo Crisanto, que era de delicado y alto ingenio, se ejercitase en los estudios de todas buenas letras. Revolviendo, pues, Crisanto libros para sus estudios; por particular providencia del cielo, halló uno en que estaban escritos los Evangelios. Leyólos del principio al cabo, y conoció las tinieblas en que andaba, y que la verdadera luz era Jesucristo. Para mejor entender aquella doctrina que habia descubierto, teniendo noticia que un cristiano llamado Carpóforo, bien enseñado en las divinas Letras, por temor de la persecucion estaba escondido en una cueva, se fué á él, y le pidió con grande instancia le declarase la ley de Jesucristo y su Evangelio. Hízolo Carpóforo con gran voluntad: enseñóle, bautizóle y confirmóle en la fé de tal manera, que de allí á siete dias, públicamente Crisanto predicaba por Roma que Jesucristo era verdadero Dios. Supo Polemio lo que Crisanto, su hijo, habia hecho y lo que predicaba: y parte por el zelo de su falsa religion, y parte por temor que no cayese sobre él la pena establecida por ley contra los cristianos, se ensañó fuertemente contra su hijo, y le puso en una oscura prision, mandándole dar de comer por tasa. Pero viendo que este castigo y rigor no le sucedia bien, tomó otro camino de blanduras y regalos, y por medio de unas mujeres hermosas, ó criadas suyas, pretendió pervertirle y solicitarle á mal, para que perdiendo la castidad, perdiese mas fácilmente la fé de Jesucristo. Sacaron, pues, de la prision á Crisanto: vistiéronle muy ricamente: pusiérónle en un aposento muy bien aderezado con colgaduras de sedas y telas: entraron las mujeres á hacer su mal oficio; y el santo en viéndolas (temiendo su flaqueza), volvió los ojos al cielo, y pidió socorro al Señor. Él se lo dió de manera, que dice Metafraste, que luego dió á aquellas mujeres un profundo sueño, y se apoderó de ellas de tal suerte, que sino era sacándolas de aquel aposento, no despertaban: y por este medio el Señor libró á Crisanto de aquel peligro. Pareció al padre que era mas á propósito buscar una doncella hermosa, graciosa, sabia y prudente, y casarla con su hijo, y hacerla heredera de su hacienda, para que acabase con Crisanto, como mujer legítima, lo que las criadas no habian podido acabar. Halló entre las vírgenes de Minerva una, que se llamaba Daría, en que concurrian todas la gracias y dotes que en una mujer se pueden desear. Habláronla: y con dificultad se pudo acabar con ella que se casase con Crisanto, y se encargase de sanarle de aquella que ellos llamaban locura. Mas las lágrimas del viejo Polemio, y el pensar que hacia servicio á sus dioses, la inclinaron á hacerlo. Vistióse rica y pomposamente: entró donde el mancebo estaba, con gran desenvoltura: acometo con las palabras blandas, avisadas y amorosas, pretendiendo persuadirle que se apartase de la fé de Cristo y se casase con ella: mas el Señor detuvo á Crisanto, y le dió tal gracia del cielo y tan buenas y eficaces razones, hablando con Daría, que ella cayó en el lazo que armaba á Crisanto, y favocerida de Dios, se rindió y dijo que seria cristiana. Concertaron entre sí los dos de guardar fielmente virginidad y publicar que eran casados; y con este medio fué libre Crisanto de la prision y guarda en que su padre le tenia. Daría se bautizó, y los dos vivian como hermano y hermana, en toda honestidad. Y como es propio del virtuoso desear y procurar que todos lo sean, aconsejaban á la personas con quienes trataban, que recibiesen la fé de Cristo nuestro Salvador y guardasen virginidad; y en efecto lo persuadieron á muchos, Crisanto á los hombres y Daría á las mujeres. Súpose esto en Roma; y Celerino, prefecto, los mandó prender y entregar á Claudio, tribuno, para que examinase la causa y los castigase si fuesen culpados. Mando Claudio llevar á Crisanto al templo de Júpiter; y por no haberle querido adorar, le azotaron cruelmente. Hiciéronlo los verdugos con tanta crueldad, que por las heridas y golpes que le dieron, se descubrian sus huesos y se parecian las entrañas. De allí le llevaron á la cárcel y lo echaron en un oscuro calabozo, y le cargaron de hierros y cadenas, esparciendo por el suelo cosas sucias y de mal olor: mas á la vista de los verdugos se tornaron polvo las prisiones, y en lugar del mal olor se sintió un olor y fragrancia suavísima. Desollaron un becerro, y pusieron á Crisanto desnudo dentro de él y tuviéronle todo el dia al sol; y ningun daño recibió de esto. Tornáronle á poner en la cárcel con muchas cadenas; mas luego se quebraron y consumieron, y aparecieron tantas luces en aquel calabozo, que quedó muy claro y resplandeciente. Atáronle de nuevo; y queriéndole azotar con varas de hierro, en tomándolas los verdugos en las manos, se tornaban blandas y no podian dar golpes con ellas. Convenciése el tribuno que aquello no se podia hacer por arte mágica y de encantamiento, sino que era la mano y poder de Dios; y alumbrado con su luz, se echó á los piés de san Crisanto, y le rogó que le perdonase el mal que le habia hecho, y que suplicase al Dios que él confesaba, y de quien era en tantos y tan atroces tormentos amparado, que le perdonase y le diese su conocimiento. Lo mismo hicieron todos sus soldados, y fueron bautizados Claudio Jason y Mauro, hijos suyos, é Hilaria, su mujer, con toda su familia, y todos los soldados que estaban á su cargo y otra mucha gente.

Supo el emperador Numeriano lo que pasaba, y mandólos matar á todos. Claudio fué echado al rio Tíber con una pesa grande al cuello y ahogado; los demás fueron degollados. Hilaria, mujer de Claudio, algunos dias despues estando haciendo oracion en la cueva, donde habian sido puestos los cuerpos de todos aquellos santos mártires, fué presa por los gentiles: y queriéndola llevar delante del emperador; ella pidió tiempo para hacer oracion, y en ella rogó á Dios la llevase en compañía de su marido é hijos. Oyóla el Señor, y allí dió su alma á Dios; y así quedó su cuerpo en compañía de los otros santos. A Crisanto mandó el emperador poner en la cárcel, llamada Tuliano, que era oscura y dura: y á Daría llevar al lugar de las mujeres públicas: donde puesta la santa doncella en aquel

afrentoso lugar, lo convirtió con su presencia y oracion en un devoto oratorio; porque el Señor envió un leon, que habiéndose soltado de la leonera en que estaba, se puso delante de Daría como quien la queria defender. Entró un mozo lascivo y deshonesto sin saber lo que pasaba, para afrentar y hacer fuerza á la santa vírgen: salió á él el leon, derribóle en el suelo, y teniéndole allí caido y con el pavor y sobresalto mas muerto que vivo, miraba á la santa para ver lo que le mandaba que en aquel desventurado mozo hiciese. Mandóle que no le hiciese mal, y tomando ocasion de lo que él hacia para obedecer á Dios, habló al mozo y lo convirtió á la fé de Jesucristo: y libre ya de las garras del leon (á quien la santa mandó que le dejase), comenzó á dar voces por toda la ciudad, que no habia otro Dios sino Jesucristo á quien adoraban los cristianos. Fuéron por el leon los que tenian cargo de él; mas regido por Dios se volvió contra ellos; y con esta ocasion ellos tambien se convirtieron y fueron pregoneros de la grandeza y majestad del Señor. Mandó Celerino, prefecto, poner fuego al rededor del aposento donde estaba Daría y el leon, para que allí fuesen quemados; mas por voluntad del Señor el leon tomando la bendicion de la santa, abajó su cerviz y pasó por la llama sin quemarse, y por toda la ciudad sin hacer mal á nadie ni recibirle. Despues de esto colgaron á Crisanto en un madero que se quebró, y las ataduras se rompieron, y las hachas que estaban encendidas para quemarle los costados se apagaron. Quisieron atormentar á Daría; mas los nervios de las manos de los verdugos se encogieron con tan grande dolor y sentimiento que la dejaron. Finalmente los llevaron fuera de la ciudad en la via Salaria, y allí hicieron una grande hoya y los pusieron vivos en ella, echando sobre ella tierra y piedras, y juntamente fueron mártires y sepultados. Obró Dios nuestro Señor grandes milagros por estos santos, y por su intercesion dió salud á muchos enfermos. Concurrió una vez gran número de cristianos para celebrar su fiesta en una cueva; y el emperador Numeriano, estando ellos dentro, la mandó cerrar de manera, que todos murieron y fueron mártires de Cristo. Hallóse entre ellos un sacerdote llamado Diodoro, que les dijo misa y les animó á llevar aquella muerte con constancia y alegría por el Señor. El martirio de san Crisanto y Daría celebra la santa Iglesia á los 25 de octubre, y fué el año del Señor de 284 imperando Numeriano. Escribiéronle Verino y Armenio, presbíteros de san Estéban, papa; y Metafraste extendió y amplificó su historia; y san Dámaso, papa, hizo ciertos versos muy elegantes en loor de estos santos mártires y los puso en su sepulcro. Hacen mencion de los santos Crisanto y Daría el Martirologio romano y el de Usuardo; el padre Surio, tomo v; y el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio y en el segundo tomo de sus Anales; y san Gregorio Turonense en el libro *De gloria martyrum*.

Los santos Teodosio, Lucio, Marcos, Pedro y otros muchos, mártires.—El papa san Dionisio los convirtió á la fé y les administró el santo bautismo el año 269. Eran soldados y se hallaban en Roma, cuando por órden del emperador Claudio fueron presos, atormentados y degollados, siendo sepultados por los fieles en la via Salaria.

San Crispin y san Crispiniano, mártires.—Estos dos santos, que han sido muy célebres en la Iglesia de Francia, vinieron de Roma á mediados del siglo III para predicar el Evangelio en las Galias. Fijáronse en Soissons, y pasaban su vida, de dia ejerciendo el santo ministerio, y trabajando de noche para atender á su subsistencia. Dícese que eligieron la profesion de zapatero, á pesar de que habian nacido de una familia distinguida. Las instrucciones de los dos hermanos, unidas á la santidad de su vida, obraron gran número de conversiones. Hacia ya algunos años que los dos santos pasaban el tiempo en este género de vida, cuando fué á la Galia Bélgica el emperador Maximiano, que noticioso de sus cristianos desvelos los hizo prender para congraciarse con los delatores y satisfacer al mismo tiempo su inclinacion contra los cristianos. Crispin y Crispiniano fueron, pues, conducidos á la presencia de Riccio Varo, gobernador de aquella parte de la Galia y prefecto del pretorio, y este los condenó á cruelísimos suplicios, que ambos sufrieron con la mas admirable constancia. Y no causando mudanza en sus resoluciones todos los dolores, al fin fueron condenados á ser decapitados, cuya sentencia se ejecutó en la misma ciudad de Soissons, el dia 25 de octubre del año 287. En el siglo VI se levantó en el mismo lugar de su martirio una magnífica iglesia, y san Eloy adornó la urna que contenia us reliquias con preciosos trabajos de oro y plata. Sus cuerpos, segun el Martirologio romano, fueron despues llevados á Roma y colocados honoríficamente en la iglesia de San Lorenzo.

San Miniato, mártir.—Era soldado de los ejércitos romanos bajo el reinado del emperador Decio. Hallábase en Florencia, cuando el año 250 se hizo por órden del emperador un expurgo entre las tropas para echar á todos los soldados que fuesen cristianos, obligándolos al mismo tiempo á sacrificar á los dioses. Miniato no solamente no quiso renunciar á su religion, sino que confesó en alta voz á Jesucristo, y fué degollado en la plaza pública de Florencia.

Los santos Gavino, Proto y Genaro ó Januario, mártires.—El segundo era sacerdote y el tercero diácono de la Iglesia de Roma, y junto con el primero fueron enviados por el papa san Cayo á la isla de Cerdeña á predicar el Evangelio á sus habitantes. En tiempo de Diocleciano, por órden del gobernador, llamado Bárbaro, fueron presos, martirizados y decapitados en Torres, ciudad de la misma isla.

Los santos Martirio y Marciano, mártires.—Fueron naturales de Grecia y el primero llegó á ser subdiácono, y el otro cantor de la Iglesia de Constantinopla. En tiempo del emperador Constancio, mostraron estos dos santos gran valor en defensa de la fé católica contra los herejes, principalmente arrianos, por cuyo motivo fueron encerrados en la cárcel por órden del pretor Felipe, que queria hacerlos morir de hambre y de miseria. Mas al cabo de algunos dias los sacaron de aquel lugar y despues de haberles hecho padecer muy crueles tratamientos, les quitaron la vida en la misma ciudad de Constantinopla.

San Bonifacio, papa y confesor.—Este santo que es el primer papa de su nombre, y que fué elegido para el soberano pontificado el dia 29 de diciembre del año 418, era un anciano sacerdote de Roma, dotado de una virtud eminente y muy versado en el conocimiento de la disciplina eclesiástica. Por el relato de su eleccion que enviaron el clero de Roma y los obispos vecinos al emperador Honorio, se ve que habia sido elegido contra su voluntad. Sin embargo, la Iglesia se vió afligida por los principios

de un cisma, que fueron cortados por el decreto de un concilio confirmando la eleccion de Bonifacio. Durante su pontificado se distinguió principalmente por su suavidad y por su amor á la paz, sin dejar por esto de ser firme é inexorable contra los orientales, que ya entonces querian introducir en la Iglesia novedades peligrosas. En su tiempo murió san Gerónimo y publicó gran parte de sus escritos, y san Agustin le dedicó sus cuatro libros contra los errores de Pelagio. El santo pontífice murió en paz, en Roma, el dia 4 de setiembre del año 422, y fué enterrado en el cementerio de San Felicitas, en la via Salaria, el cual habia hecho decorar durante su vida.

San Fronton, obispo y confesor.—Fué discípulo de los apóstoles, y san Pedro que lo envió á las Galias á predicar el Evangelio, le consagró obispo ántes de su salida de Roma. San Fronton fundó la Iglesia de Perigord en Francia y fué su primer obispo. Trabajó sin descanso en la propagacion de las verdades cristianas por aquel pais, en compañía de un presbítero llamado Jorge, y despues de haber convertido gran multitud de gentiles, esclarecido en milagros murió en paz.

San Gaudencio, obispo y confesor.—Educóse bajo la direccion de san Filastro, obispo de Brescia. Gozaba ya de gran reputacion cuando emprendió un viaje á Jerusalen, ya para sustraerse al aplauso y á los honores del mundo, ya tambien para que con su ausencia se olvidasen de él en su patria y pudiese vivir en paz; pero se engañó. Hallándose en Cesarea de Capadocia, supo que san Filastro habia muerto, y que el pueblo y el clero reunidos lo habian elegido obispo, y que todos habian jurado no admitir otro obispo mas que á él. Confirmada la eleccion por los obispos de la provincia y por san Ambrosio, su metropolitano, estos escribieron á Gaudencio en Capadocia, conjurándole á admitir el cargo; pero fué preciso para decidirle amenazarle con la excomunion. Por fin no pudo negarse á tantas instancias y amenazas, y san Ambrosio le consagró el año 387. Muy pronto conoció la Iglesia de Brescia el inestimable tesoro que poseia en su nuevo pastor; pues reanimó muy pronto el espíritu de piedad, se purificaron las costumbres y la disciplina eclesiástica apareció en todo su esplendor. Gaudencio no descansaba un momento en el desempeño de su ministerio. El año 405 fué uno de los legados que el concilio de Roma envió á Arcadio emperador de Oriente, para defender la causa de san Juan Crisóstomo, en cuya mision tuvo el santo mucho que sufrir. Su sabiduría y su virtud están impresas en todas las obras que de él nos han quedado, y de ellas colegimos que murió por los años de 420, en olor de santidad.

San Hilario, obispo y confesor.—Gobernó la Iglesia de Gevaudan en paz y santidad, y descansó tranquilo en el Señor, despues de un laborioso episcopado de muchos años.

San Frutos, confesor, patron de Segovia.—Nació este santo en Segovia el año 642 de Jesucristo. Sus padres, que eran honrados y de alguna fortuna, le criaron en el temor de Dios y en el conocimiento de aquellas santas máximas, que en edad madura constituyen la paz de las familias y la felicidad de los individuos. Frutos era apacible y benigno de condicion, y tenia aun pocos años, cuando ya resplandecian en sus modales aquella vejez honrada y aquellas venerables canas que cria la virtud. A los quince años creyó que debia resolver sobre el género de vida que debiera abrazar, y despues de muchas meditaciones y oracion, se inclinó á vivir en la soledad, á la cual marchó despues de haber repartido su hacienda entre los pobres. Al despedirse de sus hermanos, les habló con tanta energía sobre la vanidad y futileza de los bienes terrenos, y las dulzuras que se encuentran en el servicio de Dios, que aquellos se decidieron á seguirle. Anduvieron los tres santos hermanos como nueve ó diez leguas al norte de Segovia, y atravesando el rio Duraton, tomaron su camino la ribera abajo, y á poco mas de media legua de donde se edificó despues el monasterio de Nuestro Señor de la Hoz, fijaron su morada y asiento. En esta soledad de peñas muy quebradas y casi inaccesibles hallaron reposo y tranquilidad para darse del todo á la contemplacion de las cosas del cielo; y despues de construidas sus chozas, edificaron en lo alto del monte un oratorio ó ermita á nuestra Señora, donde pudiesen juntarse á hacer oracion. Dícese que con el dedo tocó Frutos en una peña, y de ella salió luego un manantial de agua, que existe todavía y que se llama «la fuente de san Frutos.» Aposentados, pues, en este destierro entablaron la vida penitente y áspera á que los habia Dios llamado, teniendo repartidos el dia y la noche en la leccion de los Libros santos, en la contemplacion, la penitencia y la labor de manos. El demonio les armó muchas veces asechanzas, pero todas las vencieron con las armas de su virtud. Pasados ya muchos años que san Frutos y sus hermanos vivian vida de ángeles en aquel retiro, vino sobre España el azote de la irrupcion de los moros. Afligidos con esta calamidad, no cesaban de rogar al Señor que aliviase los males de su pueblo, cuando un dia vió Frutos dirigirse hácia su gruta una gran muchedumbre de moros, y sin turbarse y poniendo su confianza en Dios, les salió al encuentro decidido á morir por la fé. Cuando los bárbaros se acercaban á él, hizo Frutos con su cayado una raya en el suelo y les mandó que no pasasen de allí; al punto se hendió la peña y se hizo en ella tan grande abertura que no pudieron pasar adelante; y aun hoy dia se mantiene dividida la peña, y llaman á aquel sitio «la cuchillada de san Frutos.» Desde entonces se extendió por todas partes la gloria del siervo de Dios: venerábanle los cristianos, y los moros se espantaban con solo oirle nombrar. Solo Frutos en su soledad lloraba las desgracias de la España, y únicamente deseaba acabar una vida que le separaba de su divino amor: sus mas fervorosas plegarias se dirigian á alcanzar del Señor que le sacase pronto de un mundo, en que su santo nombre sufria tantos ultrajes, y sus hermanos y su patria la mas triste cautividad. El cielo no se hizo sordo á los ruegos de su fiel confesor: al poco tiempo su cuerpo, flaco y extenuado por las penitencias, empezó á decaer tan visiblemente que el santo sintió acercarse su fin, y despues de haberse preparado con los auxilios de la religion y con fervorosos actos de fé y de caridad, espiró el dia 25 de octubre del año 715, á los setenta y tres de su edad. Sus hermanos Valentin y Engracia, que se cree fueron despues mártires y que murieron en el Caballar, pueblo no distante de Segovia, dieron sepultura á su sagrado cuerpo, cuyas reliquias obraron muchos milagros, segun refieren Colmenares en su Historia de Segovia, el P. Oche en la vida del santo, y el maestro Florez en su España sagrada.

DIA 26.

San Evaristo, papa y mártir.—Trece dias despues de la muerte del santo pontífice Anacleto fué elegido en su lugar san Evaristo, que era griego de nacion como su predecesor, é hijo de Judas, hebreo de nacion y secta, natural de Bethlen. Fué varon muy docto y santo, y el primero que dividió las parroquias de Roma entre los presbíteros, que fueron los que despues tuvieron título de cardenales. Ordenó que siete diáconos acompañasen al obispo, siempre que predicase, así para que fuesen testigos de su doctrina, como para honrar aquel ministerio y guardar al prelado. Proveyó que los casamientos se celebrasen en público y no clandestinamente, y que los desposados recibiesen las bendiciones nupciales en la iglesia, como ya desde el tiempo de los apóstoles se hacia y lo escribe Tertuliano. Mandó que los obispos no dejasen sus Iglesias por otras, pues son sus esposas; así como los casados no dejan sus mujeres por otras: y que no se reciba acusacion del pueblo contra el obispo, sin que primero proceda alguna grande sospecha contra él. Fué sumo pontífice nueve años y tres meses; y á los 26 dias del mes de octubre fue coronado del martirio, aunque no se dice el modo con que fué martirizado; mas la santa Iglesia le celebra y tiene por mártir. Murió el año del Señor de 121, y en el segundo del imperio de Adriano. Fué sepultado cerca del sepulcro del príncipe de los apóstoles san Pedro, en el Vaticano. Celebró cuatro veces órdenes en el mes de diciembre, é hizo en ellas quince obispos, y diez y siete presbíteros y dos diáconos: aunque esto del número de las órdenes que hizo san Evaristo, y de los que ordenó hay diversidad; pero esto es lo mas cierto, como lo notó el cardenal Baronio. Escribieron de san Evaristo san Ireneo, Eusebio, Nicéforo, san Agustin, Optato, Milevitano, Beda y los autores de las vidas de los sumos pontífices.

Los santos Rogaciano y Felicísimo, mártires.—Estos santos pertenecian á la Iglesia de Asia, y el primero era presbítero. Sufrieron con valor y constancia el martirio; por manera que san Cipriano obispo de Cartago en su espístola á los confesores, que es la primera que se halla en sus obras, habla de su valor en los tormentos, proponiéndolos á los fieles para que imiten su conducta. Segun el cardenal Baronio en el Martirologio romano, sufrieron el martirio en África por los años 251 ó 256, durante el reinado de los emperadores Valeriano y Galieno.

Los santos Luciano, Marciano, Florio y sus compañeros, mártires.—Nacidos en las tinieblas de la idolatría, dedicábanse estos santos al estudio de la magia; pero viendo un dia la inutilidad de sus encantamientos sobre una vírgen cristiana, y que los espíritus infernales eran vencidos por el poder de la cruz, se convirtieron á Dios y recibieron el bautismo. Apenas hubieron conocido la luz del Evangelio, quemaron sus libros de magia en medio de la plaza pública de Nicomedia. Luego distribuyeron sus bienes á los pobres, y se retiraron á la soledad para que les fuese mas fácil el santificarse. Pasado algun tiempo en los ejercicios de la oracion y de la penitencia, salieron de su retiro para ir á predicar el Evangelio á los gentiles, á los cuales querian hacer participantes de la gracia que ellos habian recibido. Mas el año 250 se publicó en Bitinia un edicto de Decio contra los cristianos, y segun él nuestros santos fueron conducidos á la presencia del procónsul Sabino, que los interrogó con severidad, y despues mandó que fuesen quemados vivos en el sitio mas público de Nicomedia, como así se ejecutó, y los mártires acabaron su vida cantando alabanzas al Señor. En Vich (Cataluña) son muy venerados los santos Luciano y Marciano, que suenan como mártires de dicha ciudad.

San Quodvultdeo, obispo y confesor.—San Quodvultdeo fué obispo de Cartago, en África, y zelosísimo defensor de las doctrinas católicas. Su zelo fué la causa de que por órden del rey Genserico, que favorecia el partido de los arrianos, lo prendieron á él y á todo el clero de su Iglesia, y habiéndoles hecho padecer muchos trabajos, al fin los metieron á todos en naves viejas, sin remos y sin velas, y las condujeron hasta alta mar, donde las abandonaron. El Señor, que cuida siempre de sus siervos, dirigió aquellas frágiles embarcaciones al puerto de Nápoles, y en un destierro de aquel país murió el venerable obispo, siendo ilustre confesor de Jesucristo.

San Rústico, obispo y confesor.—Nació en la Galia Narbonense por los últimos años del reinado de Teodosio el Grande. Fué hijo de padres muy cristianos, que cuidaron mucho de su educacion, y lo enviaron á Roma á perfeccionarse en las ciencias, que ya habia estudiado con los mas acreditados maestros de las Galias. Cuando Rústico volvió á su patria, abrazó la vida monástica, y el año 413 san Gerónimo le escribió una carta en que le daba escelentes instrucciones sobre la conducta que debia observar en el nuevo estado, y sobre los medios que debia emplear para adquirir y conservar las virtudes. Rústico estaba entonces en un monasterio de Marsella, y fué ordenado sacerdote por su obispo. El año 427 ó 430 era ya tan conocido su mérito, que fué elevado á la silla episcopal de Narbona, dignidad que hizo resaltar sus sólidas virtudes, y que le colocó en el rango de los prelados mas distinguidos de su tiempo. Trabajó con zelo en el arreglo espiritual y temporal de su rebaño; estableció cátedras públicas para enseñar las sagradas letras; recibió con amor y caridad á los cristianos de Africa y de la Mauritania, que la tiranía de los vándalos obligó á emigrar á las Galias; asistió á varios concilios, construyó una gran basílica en Narbona, y murió en el Señor, el año 462.

San Bernwardo ó Bernardo, obispo y confesor.—Descendiente este santo de una familia ilustre de Alemania, recibió una brillante educacion, é hizo raros progresos en las ciencias y la virtud. Despues recibió las sagradas órdenes del arzobispo de Maguncia, y fué nombrado preceptor del príncipe hijo de Oton III. En 993 fué consagrado obispo de Hildesheim, granjeándole sus ilustradas virtudes el respeto y cariño de sus diocesanos. Prestó grandes servicios al emperador Oton III, que buscaba siempre su consejo y parecer en los consejos mas graves, y esta confianza la hizo servir principalmente en beneficio de los pueblos que le estaban confiados. Despues de la muerte de Oton, san Enrique le dispensó la misma deferencia y amistad, y le hizo el dispensador de los beneficios del trono. Ocupado Bernwardo en procurar el bien de los pueblos, y en promover los intereses de la Iglesia, fué de repente atacado de una grave enfermedad, que le hizo sufrir mucho durante algunos años, la cual recibió el santo como una prueba que le enviaba el Señor para purificar su alma

Hizo donacion de todos los bienes de su patrimonio particular al monasterio de San Miguel que habia fundado, y en el que tomó el hábito monástico el último año de su vida, y murió en él santamente el dia 20 de noviembre del año 1021. El papa Celestino III le canonizó solemnemente en 1194, y poco despues se hizo la solemne traslacion de sus reliquias á la catedral de su diócesis, donde se conservan.

San Gaudioso, obispo y confesor.—Es el mismo san Gaudioso que hemos puesto en el dia 28 de este mismo mes, y que, en opinion de Baronio, fué duplicado en distintos dias por los antiguos Martirologios.

San Fulco, obispo y confesor.—Floreció siendo obispo de Pavía en el siglo VI, y murió en paz en medio de su rebaño, al cual santificó con sus instrucciones y ejemplos.

San Cuadragésimo, confesor.—Fué subdiácono de la Iglesia de Roma, y admiró á aquella ciudad por sus virtudes y milagros, entre los cuales se cuenta la resurreccion de un muerto. San Gregorio, papa, en su libro de los Diálogos habla de él con elogio, y da cuenta de algunos de sus portentos.

DIA 27.

Los santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires.—Andando el presidente Daciano por las ciudades y pueblos de España, derramando sangre de cristianos y como una fiera tigre, relamiéndose en ella, para dar contento á los emperadores Diocleciano y Maximiano, que le habian enviado, para que con todas sus fuerzas procurase extinguir y arrancar del mundo nuestra santa religion; llegó á Elvora, que algunos dicen que es Evora, ciudad de Portugal, y otros (y es lo mas probable) que es Talavera de la Reina, villa bien conocida, doce leguas de la ciudad de Toledo. Entrando, pues, el presidente Daciano en Elvora, supo que habia allí un mancebo que se llamaba Vicente, cristiano y de loables costumbres: mandóle llamar: y como le vió de tan gentil disposicion y presencia, aficionósele, y movido de una falsa compasion le comenzó á hablar blandamente, y á persuadirle que se doliese de sí mismo, y no quisiese perder la vida por Cristo, que por pública sentencia habia sido sacrificado. No pudo el santo mozo sufrir las palabras del presidente, por ser blasfemas, é injuriosas contra Cristo nuestro Redentor: y encendido de un fervoroso zelo, le respondió gravemente, por hablar de aquella manera contra aquel Señor que debia adorar y reconocer por Dios, si no estuviera ciego y poseido del demonio. Respondióle Daciano, que porque era mozo, y no tenia perfecta prudencia, le perdonaba aquel descomedimiento; pero que como padre le advertia que sacrificase á los dioses, para no morir. El glorioso mártir le dijo: Aquellos carecen verdaderamente de prudencia y de juicio, que adoran á las estatuas de piedra, de madera y de metal, y dejan de adorar á Dios vivo y verdadero, que es uno solo, y Criador del cielo y tierra. Enfadóse el presidente, y entró en cólera por las palabras que le decia el santo, y mandó que se lo quitasen de delante, y que ó sacrificase á Júpiter, ó que muriese con diversos y atroces tormentos. Arrebataron luego los sayones al santo mártir y lleváronle delante de un altar de Júpiter, para que allí sacrificase. Estaba delante del altar una gran piedra: y en poniendo san Vicente los piés en ella, luego se ablandó su dureza, como si fuera de barro, de manera, que las plantas del santo mártir quedaron señaladas en ella. Con este milagro hizo nuestro Señor otro: porque, viendo los gentiles y ministros de Daciano, como por virtud del Dios que Vicente confesaba, aquella piedra se habia ablandado; ablandaron ellos sus duros corazones y comenzaron á decir, que sin duda aquel debia ser verdadero Dios, pues obraba tan grandes maravillas: y con este murmullo y algun alboroto, dejaron de dar la muerte á san Vicente, y le pusieron en la cárcel, y dijeron á Daciano, que aquel mancebo habia pedido tres dias para pensar y determinar lo que habia de hacer; y Daciano lo tuvo por bien. Estando el santo en la cárcel, convirtió á la fé de Cristo nuestro Señor á muchos gentiles, y de piedras duras que ántes eran, los hizo el Señor hijos de Abrahan y de su Iglesia, por medio del santo encarcelado: el cual tenia dos hermanas, llamadas Sabina y Cristeta, doncellas y huérfanas, y que tenian puesta toda su confianza y amparo en Vicente, su hermano. Vinieron á la cárcel: lamentáronse con él: representáronle su soledad y desamparo, y el peligro en que quedaban de perder sus honras y sus almas, si él las faltaba: rogáronle con muchas lágrimas que saliese de la cárcel, y se huyese con ellas á parte, donde pudiensen escapar y encubrirse de aquel cruel tirano, y vivir cristianamente con alguna paz y quietud. Él determinó hacerlo así; y con la buena disposicion y voluntad que le tenian sus guardas, lo hizo una noche con tanto recato y secreto, que el presidente no lo supo, ni por buena diligencia que usó, los pudo alcanzar hasta la ciudad de Avila, donde fueron presos todos tres por su mandado. Mas en el camino de tal manera san Vicente habia encendido en el amor de Cristo á sus dos hermanas, que ninguna cosa mas deseaban que morir con él, como lo mostraron en los tormentos que padecieron; porque primeramente fueron descoyuntados, estirados en la garrucha, y despues azotados cruelísimamente, alabando en medio de los azotes y tormentos todos tres con una voz á Jesucristo, y haciéndole gracias por la merced que les hacia. Fué tanto el coraje y la saña que tuvieron aquellos impíos ministros, viendo la constancia y alegría de los santos mártires, y oyendo las voces y loores que daban á Dios, que pareciéndoles gran desacato de sus dioses, y afrenta suya, tomaron á los santos y pusieron sus cabezas sobre piedras, y con nuevo género de crueldad se las machacaron con otras piedras, esparciendo los sesos por aquel campo; y con este género de muerte acabaron gloriosamente su martirio. Quedaron los sagrados cuerpos allí tendidos, para que los perros y aves se los comiesen, sin que los cristianos osasen darles sepultura. Pero para que se vea la providencia que Dios tiene de sus siervos, y que no cae un cabello de su cabeza sin su voluntad, proveyó que viniese á guardarlos una grande y disforme serpiente, que estaba entre las peñas cerca de la ciudad, de donde habia hecho daño á muchos, y puesto miedo á todos los moradores de ella. Esta serpiente se puso cerca de los cuerpos santos con notable asistencia y vigilancia, para defenderlos de cualquiera injuria, como lo hizo con un judío rico de la misma ciudad: el cual con mal intento y menosprecio de la religion cristiana, vino á los cuerpos que estaban tendidos en aquel suelo: mas al tiempo que se llegaba á ellos, la serpiente embistió con él, y le rodeó y enroscó de tal manera, que le ahogaba y apretaba fuertemente: y aunque con sus silbos y su lengua mostraba ferocidad, estuvo

por espacio de una hora sin hacerle mas daño que espantarle y darle lugar para que el judío hiciese lo que al fin hizo; porque, entendido que no era acaso lo que hacia la serpiente, sino que era movida de aquel Señor, á quien todas las criaturas obedecen, y que Jesucristo era verdadero Dios, pues hasta las serpientes daban testimonio de su divinidad y grandeza, alzó los ojos al cielo y dijo: Jesucristo, guardador de tus siervos, líbrame de esta feroz bestia; que yo te prometo de creer en tí, y recibir tu fé, y enterrar los cuerpos de tus amigos honradamente. Luego que acabó de decir estas palabras, la serpiente le soltó, como quien ya habia cumplido con su ministerio, y se fué sin ser mas vista. El judío, volviendo en sí, y considerando lo que le habia sucedido, se bautizó, y con algunos cristianos enterró los santos, y edificó un templo sobre su sepultura.

Pues ¿quién no admira y alaba al Señor por los modos que tiene en honrar á sus santos y atraer á su conocimiento y fé á sus enemigos? Una serpiente espantosa y horrible defendió los cuerpos de esos gloriosos mártires: y la que ántes daba muerte á los vivos y se cebaba en sus cuerpos, ahora honra á los cuerpos muertos y los ampara para que las fieras y aves de rapiña no se apacienten de ellos, y abraza y aprieta á un judío para que escupa el veneno de la infidelidad y se abrace con Cristo. ¡O potencia del Crucificado! ¡O inmensa bondad del Señor! ¿Qué hombre habrá tan loco y ciego que no le glorifique, sirva y ame? El martirio de estos gloriosos mártires fué á los 27 de octubre, por los años del Señor de 303, imperando Diocleciano y Maximiano. Sucedieron en diversos tiempos grandes milagros, á los que juraban por el sepulcro de san Vicente de Avila; y por esta causa, y por la veneracion en que tenian á este santo, los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de esclarecida memoria, en las leyes de Toro vedaron este juramento so graves penas. En el monasterio de San Isidoro de Leon se afirma que tienen el cuerpo de este santo mártir: en Avila dicen que está allí: en el monasterio de San Pedro de Arlanza, cerca de Burgos, y en Palencia dicen asimismo que tienen el cuerpo de santa Cristeta: puede ser que en todos estos lugares haya alguna reliquia y parte de los cuerpos de estos santos, y que teniendo una parte se diga (como muchas veces se dice de otros) que los tienen enteros. De san Vicente, Sabina y Cristeta hacen mencion los Martirologios romano, de Beda y Usuardo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y los autores que escriben vidas de santos.

* Las santas Capitolina y Eroteida, mártires.—Esta última era sirvienta de la primera, y ambas profesaban la religion cristiana, ocupándose en obras de piedad y dedicadas al ejercicio santo de la oracion. Publicados los edictos del emperador Diocleciano, á fines del siglo cuarto, se resistieron á dar culto á los ídolos, por cuyo motivo acabaron sus vidas, ciñendo así la corona del martirio.

San Frumencio, obispo.—Nació en Tiro, de padres cristianos, en cuya religion fué instruido. Tenia aun muy pocos años cuando fué con un tio suyo á Etiopía, donde cayó esclavo de los bárbaros. Siendo presentado al rey en Axuma, mandó éste que se cultivasen las felices disposiciones que creia descubrir en el tierno niño, y mas adelante le nombró su tesorero y secretario de estado, honrándole además con su íntima confianza. Cuando el rey murió, le dió la libertad en prueba de estimacion, y encargó á la reina, que debia gobernar el estado en calidad de regenta, que tomase siempre consejo de Frumencio y que se confiase en todos los negocios á su capacidad. Entonces concibió el santo aprovecharse del favor de que gozaba para hacer conocer á los etíopes la religion de Jesucristo, y á este efecto empezó protegiendo á todos los mercaderes cristianos que iban á aquellos paises, suplicándoles que se quedasen en él. Muy pronto el cristianismo se hizo respetable á los infieles, y entonces Frumencio se dirigió á Alejandría, y suplicó á san Atanasio que le enviase un obispo para emprender la conversion ya tan bien dispuesta de aquellos naturales. San Atanasio convocó un sínodo, y todos los obispos que lo componian decidieron que nadie era mas á propósito que el mismo Frumencio para consumar la buena obra que habia empezado, en cuya consecuencia Frumencio fué consagrado en la misma ciudad de Alejandría. Revestido ya del carácter episcopal se volvió á Axuma, donde sus predicaciones y milagros obraron gran número de conversiones, de modo que al cabo de poco tiempo toda la nacion habia abrazado con entusiasmo la nueva religion. Bautizó á toda la familia real de Etiopía, y habiendo regularizado la nueva Iglesia, que le reconoce por su apóstol, murió en la paz de Dios en la misma ciudad de Axuma durante el siglo IV.

San Elesbaan, rey y confesor.—La nacion que habia convertido á la fé el santo anterior, tuvo la dicha de poseer despues de algunos años al príncipe san Elesbaan, rey piadoso y valiente, que hizo siempre servir sus armas en favor de la Iglesia y del estado. Despues de haber gobernado la Etiopía con gloria, y extendido en muchos paises la gloria del nombre cristiano, el famoso rey abdicó el trono en favor de su hijo, y enviando su diadema real á Jerusalen como un presente hecho al sepulcro del Salvador, tomó el hábito monástico en un convento situado en una montaña desierta. Elesbaan fué allí modelo de penitentes, comiendo solo pan y algunas yerbas, siendo el primero en todos los actos de comunidad, y haciendo completo divorcio con el mundo; y murió á mediados del siglo VI.

San Florencio, mártir.—Nació en Tille-le-Chateau, en Borgoña, cuyo pais ilustró con una vida santa, y despues con su gloriosa muerte, que fué derramando su sangre por la fé.

DIA 28.

Los santos Simon y Judas, apóstoles.—Los santos apóstoles Simon y Judas fueron hijos de María Cleofé, hermana ó prima de la Madre de Dios nuestra Señora, y hermana de Santiago, el menor. Simon se llamó Cananeo, y por esto san Lucas le llamó Zelotes en lengua griega; porque *Caná* en hebreo es lo mismo que *Zelo* en griego: y tomó este sobrenombre porque nació en Caná de Galilea, y para diferenciarle de san Pedro, que asimismo se llamó Simon: y tambien Judas tomó sobrenombre de Tadeo ó Ledeo, para distinguirse de Judas Iscariote. No hallamos cuándo ó cómo fueron llamados estos bienaventurados santos al apostolado: solamente se hace mencion de ellos cuando se nombran los doce apóstoles por sus nombres en el sacro Evangelio, y se dice en él que el Salvador los escogió y llamó apóstoles. Tambien en el sermon de la Cena, diciendo Cristo nuestro Señor: El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y manifestarme he á él; pre-

guntó Judas: Señor, ¿cómo ha de ser eso que te has de manifestar á nosotros y no al mundo? No hay mas mencion particular en el Evangelio de Judas ni de Simon, y es muy poco lo que sabemos de estos sagrados apóstoles que sea cierto y averiguado: con ser cosa ciertísima que en la predicacion y propagacion del Evangelio padecieron grandes trabajos é hicieron muchos milagros, y convirtieron á la fé innumerables gentes, y como capitanes valerosos de Cristo y conquistadores del mundo, hicieron guerra con su vida y con su doctrina á Satanás, echándole del trono que tiránicamente habia usurpado, y derribando los ídolos, y alumbrando y desengañando á los que con la vana adoracion de los falsos dioses andaban ciegos y embaucados. Solamente se dice que san Simon predicó en Egipto y san Judas ó Tadeo en Mesopotamia, y que despues entraron juntos en Persia; y habiendo traido al conocimiento del Señor gran muchedumbre de pueblos, fueron coronados del martirio. Esto es lo que dicen los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo y Adon; y se saca de san Gerónimo y san Isidoro y otros autores antiguos, y del cardenal Baronio entre los modernos. En una vida, que en nombre de Abdías Babilónico anda de estos santos apóstoles, que es la que siguen san Antonino, arzobispo de Florencia, y el obispo Equilino y Joaquin Perionio, monge de san Benito, y otros autores, se cuentan algunas cosas que, dado que aquel libro sea apócrifo, puede ser que sean verdaderas; porque decir que un libro es apócrifo, como lo es este, es decir que no tiene autoridad ni certidumbre de verdad; pero no por esto se sigue que todas las cosas que se contienen en aquel libro sean falsas; pues en cualquier libro, por apócrifo que sea, se pueden hallar algunas cosas verdaderas, y por ventura lo son las que se contienen en la Vida de estos santos, que, como digo, escribió Abdías: las cuales quiero yo aquí referir, por ser las que comunmente de ellos escriben.

Luego que llegaron á Persia los santos apóstoles, los demonios, que hasta allí habian dado respuestas, se enmudecieron. Sucedió que un capitan del rey de Babilonia, llamado Baradach, habia de salir á la guerra contra los indios, y quiso saber de sus dioses el fin que habia de tener aquella guerra. Anduvo de un dios en otro, y ninguno le dió respuesta. Maravillado de esto, y queriendo saber la causa, finalmente respondieron que no le podian responder mientras que Simon y Judas, apóstoles de Jesucristo, estuviesen en aquella provincia. Fueron buscados por mandato de Baradach los santos apóstoles: y despues de haber pasado algunas razones entre ellos, los apóstoles dieron licencia á los demonios para que respondiesen, y por su respuesta mejor se conociese cuán mentirosos eran y engañosos. Respondieron los demonios por medio de sus ministros, que la guerra seria larga y sangrienta, y costaria muchas vidas de una parte y otra. Oyendo esto los apóstoles se sonrieron; y como Baradach les dijese: Estoy yo con gran temor, ¿y vosotros reis? respondieron los santos: No tienes por qué temer; que mañana á hora de tercia vendrán embajadores de los indios á pedirte paz y ponerse en tus manos, y harán cuanto les quisieres mandar. Los sacerdotes de los ídolos hacian mofa y escarnio de lo que decian los santos apóstoles, y pretendian hacerlos sospechosos como á hombres que tenian trato secreto con sus enemigos; mas el capitan se sosegó, porque no le pedian que guardase largo tiempo para certificarse de la verdad, sino pocas horas. Mandó prender á los apóstoles y á los ministros de sus dioses, para castigar á los que le hubiesen mentido. Vinieron á la mañana á la hora de tercia los embajadores: y con esto salió de duda Baradach, y quiso matar á los sacerdotes; mas los apóstoles se lo estorbaron, diciendo que no habian venido á aquel reino á quitar la vida á nadie, sino á darla á muchos. Ofrecióles muchas joyas y dones; y ninguna cosa quisieron recibir. Llevólos consigo al rey de Babilonia: contóle lo que con ellos le habia pasado: sublimólos mucho, así de tener espíritu profético y saber lo por venir, como de personas humildes, virtuosas, pacíficas y desinteresadas. Estaban á esta sazon con el rey dos magos y hechiceros, llamados Zaroes y Arfaxad, que habian venido huyendo de la India, en donde san Mateo predicaba y habia descubierto sus maldades y engaños. Estos, viendo á los apóstoles, comenzaron á perseguirlos, y para espantar á los gentiles y hacer mal á los santos, por arte de encantamiento hicieron venir allí muchas serpientes; mas san Simon y Judas mandaron á las mismas serpientes que sin matarlos mordiesen y lastimasen á los mismos magos. Obedecieron las serpientes á los siervos del Señor, y los magos quedaron con grande pena y dolor, sin autoridad y crédito, y confusos salieron de Babilonia y fuéron á otras partes, publicando por todas que los apóstoles eran enemigos de los dioses y les quitaban la adoracion. Con esto los apóstoles quedaron libres, y con su predicacion y grandes milagros convirtieron á muchos, y el mismo rey y su casa se bautizó, y la fé de Cristo se plantó en aquel reino con gran gloria del Señor y beneficio universal de todos los que la recibieron. Sucedió en aquel tiempo una cosa que hizo mas admirables y gloriosos á los santos apóstoles. Una hija de un hombre principal concibió en Babilonia sin saberse el autor de aquella maldad: apretáronla sus padres á la hora del parto que dijese quién era el que la habia deshonrado; y ella, para librarse del peligro ó para encubrir el autor (por ser de baja y vil condicion), ó porque Dios lo permitió para manifestar mas su gloria, levantó testimonio á un diácono de los apóstoles, llamado Eufrosino, echándole la culpa de este crímen. Préndenle y llévanle delante del rey. Sabido por los apóstoles y que estaba inocente, piden que vengan las partes y que traigan al niño reciennacido: hízose así: mandaron al niño en el nombre de Jesucristo que dijese si aquel diácono habia cometido el delito que su madre le imponia, y si aquel era su padre. Respondió el niño que no era su padre, y que aquel diácono era bueno y casto, y nunca habia cometido pecado carnal. Instaban los contrarios á los apóstoles que preguntasen al niño quién era el malhechor; ellos dijeron: A nosotros toca librar á los inocentes, y nó descubrir á los culpados: y con esto se descubrió la falsedad, y el diácono quedó libre, y los santos apóstoles en mayor crédito y veneracion.

Despues de haber plantado la fé, salieron los apóstoles de Babilonia, y anduvieron predicando por diversas partes del reino. Llegaron á una ciudad muy principal, llamada Suamir, donde estaban los dos magos Zaroes y Arfaxad, los cuales instigaron á los pontífices y sacerdotes de los ídolos contra los santos apóstoles, como contra destruidores de sus templos; y pudieron tanto con sus palabras y engaños, que los hicieron prender. Llevaron á Simon al templo del Sol, y á Tadeo al de la Luna, para que los adorasen. Hicieron oracion los apóstoles, y los ídolos

cayeron y se deshicieron, y de ellos salieron los demonios en figura de etíopes, dando horribles voces y aullidos. Fué tan grande la saña que recibieron de esto los sacerdotes, que con extraño ímpetu y furor dieron contra los apóstoles y los despedazaron. Estaba á esta sazon el cielo muy sereno, y de repente se levantó una terrible tempestad y cayeron tantos rayos, que derribaron los templos de los falsos dioses y mataron á muchos gentiles, y entre ellos á los dos magos, dejando sus cuerpos convertidos en ceniza. El rey, como ya era cristiano, sabiendo la muerte de los santos apóstoles, hizo llevar sus sagrados cuerpos á Babilonia, y allí les edificó un suntuoso templo, donde estuvieron hasta que despues con el tiempo fueron trasladados á Roma y colocados en la basílica de San Pedro. Fué su martirio en 28 de octubre, y en este dia celebra la Iglesia católica su fiesta. El año que murieron no se sabe.

Escribió san Judas Tadeo una epístola canónica, y por tal es recibida de toda la Iglesia, y puesta entre las otras Escrituras sagradas, en la cual cita un libro apócrifo de Enoch, de donde se saca ser verdad lo que arriba dijimos, que puede ser un libro apócrifo sin ser falso. Hase de advertir que algunos autores han querido confundir y hacer uno á estos santos apóstoles Simon y Judas, siendo la verdad que fueron dos distintos y diversos, y no uno. Otros tambien se han engañado, creyendo que san Simon, apóstol, fué el mismo que Simeon, obispo de Jerusalen, el cual habiendo sucedido en aquella silla á Santiago, el menor, y siendo de edad de ciento y veinte años, fué crucificado en tiempo de Trajano; mas aquél no fué apóstol, sino uno de los setenta y dos discípulos del Señor. Otros han creido que san Judas Tadeo, el apostol, haya sido el mismo que fué enviado de Cristo nuestro Señor al rey Abagaro, como lo siente san Gerónimo y Beda; pero mas probable es que fueron dos Tadeos, uno el apóstol, y otro uno de los setenta y dos discípulos, y que este fué el que sanó al rey Abagaro, y convirtió á la fé al pueblo de Edesa, como lo dice Eusebio, Nicéforo y Doroteo. Ultimamente se ha de advertir que pocos años há se imprimieron y salieron á la luz diez libros, con título de Abdías, primer obispo de Babilonia, en que se trata de los hechos, vidas y muertes de los apóstoles, traducido en latin por Julio Africano; y en este libro se escribe de san Simon y Judas, apóstoles, las cosas que nosotros aquí habemos referido y otras que de industria dejamos: pero el papa Paulo IV, de feliz recordacion, vedó este libro y lo puso en el catálogo de los libros prohibidos, como lo notó Sixto Senense en su Biblioteca santa; y tiene autoridad.

Santa Cirila, vírgen y mártir.—Esta santa era hija del emperador Decio, y su madre santa Trifonia la instruyó en la fé, y habiendo consagrado á Dios su virginidad y ejercitándose en obras buenas y piadosas, fué martirizada en la ciudad de Roma de órden del emperador Claudio por los años 268.

Santa Anastasia, vírgen y mártir, y san Cirilo, mártir.—Anastasia era una mujer romana, muy distinguida en la Iglesia por su ejemplar vida, y por el célebre martirio con que la coronó. Durante la persecucion del emperador Valeriano, siendo Probo gobernador de Roma, fué acusada y condenada á los siguientes suplicios. Primeramente la cargaron de cadenas, la abofetearon y la atormentaron con fuego y con azotes. Permaneciendo á pesar de esto constante en confesar á Jesucristo, le cortaron los pechos, le arrancaron las uñas, le rompieron los dientes, le cortaron los piés y las manos, y por último la degollaron, y adornada con las joyas de los tormentos, fué á reunirse con su Esposo celestial. Cirilo, que era espectador de aquel martirio, por haber dado á la santa un poco de agua que pedia, recibió tambien en recompensa la palma del martirio, siendo degollado en el mismo lugar.

San Fidel, mártir.—Nació en Milan y fué discípulo de san Materno, obispo de la misma ciudad. Habiéndose encendido la persecucion contra los cristianos por los edictos y crueldad del emperador Maximiano, dejó Fidel su patria y se fué á Como. Aquí fué preso por los adoradores de los ídolos, y no queriendo abrazar el paganismo, alcanzó la corona de la gloria, derramando su sangre en honra y defensa del nombre cristiano.

San Ferrucio, mártir.—Este santo que florecia en el IV ó V siglo, sirvió primero en las tropas del imperio, que tenian sus cuarteles de invierno en Maguncia. Despues abandonó el servicio de las armas para consagrarse mas particularmente á Jesucristo. El gobernador de Maguncia se incomodó por esta accion, y le hizo prender, cargar de grillos, y encerrar en una fortaleza del Rhin, en la cual murió al cabo de algunos meses, de resultas de los infames tratamientos que se le hicieron sufrir, y su santidad fué atestiguada en su sepulcro por un gran número de milagros.

San Faron, obispo y confesor.—Fué hijo de uno de los principales empleados de la córte de Teodoberto II, rey de Austrasia, y nació en un lugar á dos leguas de Meaux. Terminada su educacion, entró en la córte del mismo rey, en la cual vivió mas como recluso que como cortesano, y despues fué tambien empleado en la córte de Clotario II, rey de Francia. La vida edificante que Faron llevaba en medio del bullicio y disipacion de la córte, le ganaron todas las voluntades; pero él, que solo queria agradar á Dios en sus acciones, dejó al fin el mundo, y con el consentimiento de su virtuosa esposa abrazó el estado eclesiástico y se asoció á la Iglesia de Meaux, de cuya ciudad fué despues, en 626, nombrado obispo. En su nueva dignidad desplegó un zelo inagotable por la salvacion de las almas confiadas á su cuidado: condujo por los caminos de la perfeccion á los que conocian ya las verdades de la fé, y á los que permanecian aun sentados en las tinieblas de la idolatría ó del error, los iluminó con la luz de la verdad. Asistió al concilio de Sens, celebrado en 630; fundó varios monasterios y establecimientos de beneficencia; dió á su clero sabias instrucciones y reglamentos, y despues de un pontificado de cuarenta y seis años, siendo el padre de los pobres y el consuelo de todos los afligidos. Faron fué á recibir en el cielo el premio de sus altas virtudes, el dia 28 de octubre del año 672, el ochenta de su edad.

San Gaudioso, obispo y confesor.—Fué uno de aquellos santos obispos de África, que por defender la doctrina de la Iglesia católica contra los errores de los arrianos, fueron desterrados por el rey Genserico, y huyendo de la persecucion de los vándalos se refugiaron en diversas provincias. San Gaudioso aportó á Nápoles, y habiendo entrado como monge en un monasterio cerca de aquella ciudad, vivió en él algunos años, y despues acabó su vida santamente.

San Honorato, obispo y confesor.—Fué discípulo del

glorioso mártir san Eusebio, que lo educó desde su tierna edad. Instruido y piadoso, mereció ser elegido obispo de Verceli por el clero y el pueblo reunidos, siendo consagrado con visible aprobacion del cielo. En sus acciones y trabajos fué siempre fiel imitador de su santo maestro, y cuando ya creia que podria atender á las necesidades interiores de su rebaño, apareció en la Iglesia la herejía de Arrio, la cual combatió con todas su fuerzas, teniendo que sufrir de parte de sus sectarios muchas persecuciones, y hasta el destierro en el cual murió.

DIA 29.

SAN NARCISO, OBISPO Y MÁRTIR.—San Narciso, obispo de Gerona, nació de nobles padres en la misma ciudad: y al tiempo que el emperador Aureliano perseguia á los cristianos, huyendo aquella tempestad, salió de su patria con un diácono suyo, llamado Félix, y guiado del Señor se fué á Alemania con deseo de predicar el Evangelio á aquellos pueblos y convertirlos á nuestra religion. Llegó á la ciudad de Augusta: y queriendo tomar posada, fué encaminado á casa de Afra, mujer principal, pero deshonesta; porque Afra era hija de Hilaria, reina que habia sido de Chipre, ó á lo ménos en aquella isla señora rica y poderosa: la cual, habiendo perdido en la guerra á su marido, y su estado y bienes, habia venido con su hija Afra y con Dionisio, su hermano, y con otros criados y criadas suyas, por instinto divino á la ciudad de Augusta: y como en la isla de Chipre, Venus habia sido ramera y era tenida por diosa, y adorada y reverenciada para que los otros dioses, y toda la gente, engañada por los sacerdotes de la misma Venus, creia que tanto mas agradaban y servian á su diosa los que se dedicaban á su culto y veneracion, cuanto eran mas torpes, sucios y deshonestos (que semejantes monstruos adoraba la gentilidad); queriendo Hilaria consagrar á su hija Afra á la diosa Venus, para que fuese de ella mas favorecida, la permitió vivir como ramera, y que tuviese muchos amigos. Tal era Afra cuando Narciso entró en su casa; aunque el santo no lo sabia. Guióle Dios, para dar salud y vida á toda aquella casa, y sacar de un abismo de torpezas y deshonestidades á Afra, que con las tinieblas de la idolatría y sombra de la muerte en que estaba, no conocia su desventura; porque entrando san Narciso en en su casa, y creyendo Afra que era uno de los hombres lascivos y perdidos que solian venir á ella, despues se desengañó y entendió que era obispo de los cristianos, y con la oracion que el santo hizo toda aquella noche, y una luz soberana que se vió, se trocó de manera, que ella y su madre, y Digna, Eunomia y Eutropia, tres criadas suyas, se convirtieron á Dios, y despues de haber ayunado siete dias, recibieron el agua del santo bautismo, y por su medio otros muchos se hicieron cristianos, y fueron mártires de Cristo, y san Narciso predicó en aquella ciudad, y ganó tantas almas para el Señor, que en Augusta le tienen por su apóstol y maestro. Y habiendo estado nueve meses en ella, é instituido sacerdotes; y consagrado por obispo á Dionisio, hermano de Hilaria y tio de Afra, con gran sentimiento y dolor de los cristianos, se volvió para Gerona su patria, para hacer en ella lo que habia hecho en Augusta. Aquí estuvo tres años ejercitando su caridad, y edificando al pueblo con su santa vida, y alumbrándole con su doctrina, y ganando innumerables almas para Dios, con grande aprovechamiento y gozo de los cristianos, y pesar y rabia de los gentiles: los cuales finalmente le mataron estando diciendo misa, con tres heridas que le dieron, en el hombro, en la garganta y en el pié. Todo esto que aquí queda referido, dice el breviario de la Iglesia de Augusta, que por órden del cardenal Otho Truchses, obispo de Augusta, se imprimió en Roma el año 1570, y en él se cuenta el martirio de santa Afra, que fué quemada viva, ofreciendose al Señor en holocausto y víctima de suavidad: y de allí á seis dias la siguieron por el mismo tormento de fuego, santa Hilaria, su madre, y sus tres criadas, Digna, Eunomia y Eutropia.

El cuerpo de san Narciso está en Gerona, y toda aquella ciudad le tiene y reverencia por patron. Ha hecho nuestro Señor muchos y muy grandes milagros por este santo; y entre otros es muy memorable el que sucedió, cuando Felipe, rey de Francia, hizo guerra á Don Pedro, rey de Aragon, y tomó la ciudad de Gerona: porque habiendo su gente robado el sepulcro de san Narciso, salieron del mismo sepulcro innumerables enjambres de moscas y tábanos de extraordinaria figura, color y grandeza, que embistieron con la gente y caballos del rey; y los emponzoñaron de manera, que murieron de pestilencia mas de cuarenta mil franceses, y mas de veinte y cuatro mil caballos, y algunos añaden mayor número, y dentro de pocos dias el mismo rey de Francia murió en Perpiñan, y quedaron en proverbio «las moscas de san Narciso» como lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones, que hizo sobre el Martirologio romano, á los 18 de marzo.

En otras muchas ocasiones ha defendido milagrosamente el ínclito, obispo y mártir san Narciso la ciudad de Gerona; pero porque seria materia muy dilatada el tratarlas todas, solo pondré dos: la una el año de 1653 á 24 de setiembre. Este dia, pues, teniendo el rey de Francia su ejército sobre Gerona, fué tal la muchedumbre de moscas extraordinarias, verdes y azules, que dieron sobre los franceses, que les mataron mas de dos mil caballos, los cuales al punto que les picaban las moscas, se volvian rabiosos y morian rabiando; y asimismo murió de dicha plaga la mayor parte del ejército francés: cuya prodigioso milagro consta por alto punto fidedigno que se halla en el Resúmen historial de las grandezas de Gerona, hecho por el padre maestro Roig, del órden de los Mínimos de san Francisco de Paula, en el cap. 47 de la I parte, folio 90, y en esta ocasion la majestad del señor rey Felipe IV (que Dios tiene) concedió y confirmó á la ciudad de Gerona el glorioso título de fidelísimos vasallos. La otra fué el dia 24 de mayo del año de 1684, cuando tenia á dicha ciudad sitiada la Francia con su ejército, que gobernaba el M. de Bellafont: y despues de haber dado diversos asaltos generales, y tan fuertes que los mas ancianos soldados y experimentados entre ellos confesaban no haberse hallado jamás en otros semejantes; cuando todo el mundo juzgaba se rendiria la plaza, supieron todos como se apareció una mosca de extraordinaria grandeza y varios colores sobre el manípulo del brazo de nuestro invictísimo mártir Narciso, la cual ya se vió ántes de comenzarse los fieros asaltos, con que obligó al señor obispo, muy ilustre cabildo, gobernador y padres de república de dicha ciudad, á requirir á Isidro Vila, secretario de ella, para testificar

auténticamente dicho portento y singularísimo milagro, que sin duda fué querer el santo animar á sus patricios, dándoles á entender que aun tenia moscas (flechas de su celeste aljaba) con que flechar y abatir el orgullo de los enemigos, cuando las fuerzas de sus hijos faltasen, como lo experimentaron bien los franceses; pues dejaron por despojos y trofeo glorioso del santo (como hoy se ven en su sagrada capilla) siete reales estandartes, despues de rendidos sus capitanes, muertos los mas de sus soldados y entregados los que quedaron vivos, á la vil fuga; para que conozca España el amparo tan grande que siempre ha tenido y tiene en san Narciso; y Francia sepa como ha de venerar sus sagradas reliquias.

Atento á este tan señaladísimo socorro y milagro, ha conseguido la majestad del católico monarca Cárlos II, de la santidad de nuestro beatísimo padre Inocencio XI, extension del rezo del glorioso san Narciso para todos los reinos de España y fuera de ella, sujetos á su real corona, á cuyos piadosos y católicos ruegos asistieron tambien las dos católicas reinas, reinante y madre. Y asimismo su católica majestad le hizo muchos presentes en su capilla, siendo el de eterna memoria una riquísima lámpara de plata, que perpetuamente arde ante su sagrado cuerpo. Tambien el concilio tarraconense determinó se guardase, como fiesta principal, el dia 29 de octubre, que es el del bendito santo, para memoria eterna de su continua proteccion en todo el principado de Cataluña.

Con san Narciso fué martirizado san Félix, que era diácono suyo; pero adviértase que este san Félix, aunque fué martirizado en Gerona, no es aquel insigne mártir que en ella dió su vida por Cristo, y es tenido en la misma ciudad en gran veneracion: porque el uno fué diácono de san Narciso, y el otro hermano ó compañero de san Cucufate, como lo dijimos en su vida. San Narciso y Félix, su compañero, murieron en tiempo del emperador Aureliano, que comenzó á imperar el año del Señor de 271; y este otro en el de Diocleciano y Maximiano, siendo Daciano presidente de España.

Tambien se ha de advertir que ha habido dos Narcisos, los cuales algunos confunden, y de dos hacen uno. El primer Narciso fué obispo de Jerusalen, y santo varon y esclarecido en milagros. Este siendo acusado falsamente, y habiendo castigado Dios los acusadores; con deseo de quietud se retiró á la soledad, y estuvo muchos años en ella: y siendo ya de anciana edad, volvió á su Iglesia, y admitió (por divina revelacion) por coadjutor y compañero á san Alejandro, obispo; y habiendo vivido mas de ciento y diez y seis años, acabó santísimamente su peregrinacion.

Otro Narciso es el obispo y mártir de Gerona, de quien aquí tratamos, cuya fiesta se celebra á los 18 de marzo, y en este dia hace mencion de él el Martirologio romano, y la Iglesia de Augusta á los 29 de octubre; y esta por ventura ha sido la causa de pensar que estos dos Narcisos son uno; porque en el mismo dia de los 29 de octubre cae la fiesta del glorioso san Narciso, obispo de Jerusalen, y en él hacen de él conmemoracion los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon; pero la verdad es que fueron dos: y no obsta el celebrarse la fiesta de ambos en un mismo dia, como tampoco es argumento bastante para creer que son diversos el celebrarse en Augusta de san Narciso, mártir, á los 29 de octubre, y en Gerona á los 18 de marzo, y por nuevo decreto el mismo dia 29; pues puede haber muchas causas de esta diversidad.

* Los santos Jacinto, Quinto, Feliciano, y Lucio, mártires.—Lo único que sabemos de estos santos es lo que nos refiere el Martirologio romano y el de Galesino, á saber, que vertieron su sangre por la fé en la Basilicata; provincia de Lucania.

San Narciso, obispo y confesor.—Este santo nació por los últimos años del siglo I, y pasó su vida en el retiro, hasta que á la edad de ochenta años fué elegido y consagrado obispo de Jerusalen. La severidad de su conducta le acarreó, dice Eusebio, el odio de los malvados, que á fuerza de calumnias le obligaron á huir. El pueblo, no sabiendo el lugar de su retiró, colocó en su puesto á Dio, cuyo episcopado fué muy breve. Habiendo vuelto á aparecer Narciso, llenos de gozo sus hermanos, le inclinaron á que volviese á subir á la silla que habia dejado, y al fin cedió. El año 196 asistió al concilio congregado en Cesarea con motivo de la celebracion de la Pascua por Teófilo, obispo de la misma ciudad, y metropolitano de la Palestina. El mismo Eusebio cuenta una porcion de ruidosos milagros obrados por el venerable anciano, que ántes de morir elevó al sacerdocio al célebre Orígenes. El padre Le Quien dice que Narciso murió en Jerusalen el año 212, de edad de ciento y diez y seis años, recomendable por su exactitud y vigilancia en cumplir los deberes del ministerio apóstolico.

San Teodoro, abad.—Natural de Valencia en el Delfinado, era aun muy jóven, cuando se sintió interiormente llamado por el Espíritu Santo á dejar el mundo. Despues de haberse ejercitado por muchos años en la observancia de la vida religiosa, volvió á su patria, donde se le reunieron gran número de discípulos, y mandó edificar allí cerca un monasterio. En él estableció el santo la práctica ya bastante admitida de que el religioso, que ejerciese las funciones de hebdomadario, permaneciese durante su oficio encerrado en una pequeña celda, orando de continuo para presentarse con mas pureza y fervor á celebrar los santos misterios. San Teodoro tuvo este encargo algunos años, y no aflojó nunca en sus mortificaciones y en su fervor, y en aquel retiro logró del cielo el don de lágrimas, con las cuales se derramaban sobre su alma consolaciones inefables. El don de milagros lo hizo célebre en su patria, donde murió el año 575.

San Cenobio, mártir.—Nació en la Fenicia, y habiendo abrazado la religion cristiana y estudiado las sagradas Letras, fué elevado al sacerdocio. Cuando la última persecucion, que excitó contra la Iglesia el emperador Diocleciano, hacia mas estragos en Fenicia, Cenobio se ocupaba en visitar y consolar á los cristianos detenidos en las cárceles, y animarlos para el martirio, y ántes que se acabase la persecucion mereció tambien él la corona de mártir.

San Donato, confesor.—Lo único que sabemos de este santo es por san Gregorio, papa, que en su libro de Epístolas habla de sus reliquias, y cuenta algunos milagros obrados por su intercesion.

Los santos Maximiliano y Valentin.—Solo sabemos que el primero es venerado por la Iglesia como mártir, y el segundo con el título de confesor. Ambos fueron obispos de distintas ciudades de Oriente, cuyos nombres ignoramos, como tambien la época en que los santos florecieron.

SAN JUAN, OBISPO Y CONFESOR.—Escribió su vida su sucesor Valfrido, por el cual sabemos que Juan gobernó en paz y caridad la Iglesia de Autun, y que ilustre y famoso en santidad, doctrina y milagros, descansó tranquilo en el Señor.

SANTA EUSEBIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Nació en Bérgamo, cuya ciudad consagró con la efusion de su sangre, recibiendo la doble corona de la virginidad y del martirio, muriendo, segun la opinion mas probable, á fines del siglo III, ó principios del IV.

DIA 30.

SAN MARCELO, CENTURION, Y DOCE HIJOS SUYOS, TODOS MÁRTIRES.—Entre los muchos ilustres mártires que ha habido en España, uno es san Marcelo, soldado y centurion, ó capitan de cien soldados, asi por haber él muerto gloriosamente por Cristo, como por haber por su ejemplo animado á doce hijos suyos, para que le siguiesen y diesen alegremente su vida por aquel Señor que por ellos habia dado la suya en la cruz. Del padre y de los hijos hablaremos aquí, y referiremos lo que hallamos en las historias eclesiásticas y en algunos breviarios y santorales antiguos de España.

El martirio de san Marcelo, escrito por los notarios de su mismo tiempo, referido por el padre Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo á los 30 de octubre, resumido en pocas palabras, fué de esta manera. Celebrando las legiones militares de la provincia de Galicia el nacimiento del emperador Diocleciano con coronas de flores y rosas en sus cabezas, y llegándose á ofrecer el incienso que llevaban en las manos, á una estatua del mismo emperador; Marcelo, centurion de la legion llamada Trajana, que se hallaba presente, abominando (como era razon) tan detestable sacrificio con desprecio, no quiso ofrecer el incienso. Causó esto admiracion á los otros soldados, y comenzaron á amonestarle que sacrificase y se conformase con los demás; y él encendido en el amor de Dios, y menospreciando las honras y bienes de la tierra, se quitó el cíngulo militar, y arrojóle con la espada, confesando claramente que era cristiano. Fué acusado delante de Fortunato, tribuno de aquella legion y presidente de aquella provincia: hablóle y respondiole Marcelo con gran libertad; y él le mandó llevar aprisionado á la ciudad de Leon, para oirle allí otra vez. Examinóle la segunda vez, y de la plática resultó que Fortunato le envió aprisionado á Agricolao, prefecto del pretorio, que á la sazon se hallaba en la ciudad de Tánger, metrópoli de la provincia Tingitana, en África, que en aquel tiempo estaba sujeta á la jurisdiccion del presidente de España. Llevólo á cargo un soldado, llamado Cecilio Arba: padeció san Marcelo grandes trabajos en aquel largo camino, por ir con prisiones y sin ningun regalo. Despues que llegó, y fué preguntado por Agricolao sobre el caso, y Marcelo hubo respondido grave y constantemente á sus preguntas, y confesado claramente lo que habia hecho y dicho, y que era cristiano, y que no se dejaria vencer de temor ni espantos, ni tormentos, para apartarse un punto de la confesion de Jesucristo; el prefecto pronunció sentencia en la forma siguiente contra él: Es mi voluntad y mando que sea degollado Marcelo; porque públicamente violó y quebrantó el juramento del cargo de centurion, en que servia en la guerra, renunciándolo y y echándolo de sí, y en la audiencia del presidente dijo palabras de desatino y locura. Oyendo esta sentencia Marcelo, dijo: Dios te haga bien; y con esto fué degollado. Su cuerpo fué allí sepultado, y en tiempo de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, por buena diligencia de un clérigo, llamado Isla, fué trasladado de Tánger á Leon, y puesto en una iglesia de su nombre de San Marcelo, que es la mas principal parroquia de la ciudad. Está el santo cuerpo sobre el altar mayor en una arca dorada de muy lindo talle. En el breviario antiguo de aquella ciudad se dice, que la mujer de san Marcelo se llamó Nona, que cuando supo la muerte de su marido y de algunos de sus hijos rogó á Dios que la llevase para sí, y que murió luego. Tiénenla por santa y en gran reverencia, y tambien un pozo en que dicen que estuvo el cuerpo de Nona algun tiempo. El martirio de san Marcelo fué por los años del Señor de 298, imperando Diocleciano. El Martirologio romano y el de Beda, y los demás, hacen mencion de él á los 30 de octubre, y el breviario toledano pone un himno de su martirio y gloriosa corona.

LOS HIJOS DE SAN MARCELO, CENTURION, MÁRTIRES. — El breviario de Evora y Juan Vaseo, en la Crónica de España, dicen que los doce hijos de san Marcelo se llamaron con estos nombres: Claudio, Lupercio, Victórico, Facundo, Primitivo, Genu'erio, Celedonio, Fausto, Januario, Marcial, Servando y Germano, y que todos fueron mártires.

LOS SANTOS CLAUDIO, LUPERCIO Y VICTÓRICO, MÁRTIRES — Los tres primeros Claudio, Lupercio y Victórico fueron martirizados en Leon por Diogeniano, presidente de Galicia, el cual los mandó prender y degollar, y no quiso darles otros tormentos, para que con ellos no diesen ejemplo á otros cristianos y los animasen á morir, y ellos no tuviesen aquella gloria de haber padecido mucho por Cristo. Sus sagrados cuerpos están en la ciudad de Leon en un monasterio de San Benito, llamado San Claudio; y el año de 1173, el cardenal Jacinto (que despues fué asunto al pontificado, y se llamó Celestino III), siendo legado en España, á ruegos del rey don Fernando y de don Juan, obispo de Leon y de Pelagio, abad de aquel monasterio, en presencia de otros muchos obispos y abades, hizo colocar en lugar alto y decente los cuerpos de estos tres santos mártires Claudio, Lupercio y Victórico, á los 23 del mes de marzo, como lo dice una piedra antigua que está en la misma iglesia. Cuando el rey Almanzor tomó á Leon, quiso entrar en aquel monasterio y reventó el caballo; y movido el moro de este milagro, no permitió se hiciese daño en el monasterio. El martirio de estos santos fué por los años del Señor de 299, á los 30 de octubre, y en este dia la Iglesia de Leon celebra su fiesta y los tiene por patrones; y el Martirologio romano hace de ellos mencion.

* LOS SANTOS JULIANO, EUNO, MACARIO Y OTROS TRECE COMPAÑEROS, Y SANTA EUTROPIA, MÁRTIRES.—Por la fé de Jesucristo se hallaban estos santos presos en Alejandría, cuando imperaba Decio. Eutropia, que era una mujer muy cristiana de la misma ciudad de Alejandría, sabedora de que los santos encarcelados sufrian hambre, les enviaba socorros todos los dias para su alivio. Descubierta su caridad y conmiseracion, fué presa y llevada á presencia del presidente Apaliano, y encerrada en la misma cárcel, pocos dias despues fué conducida con los demás presos á la plaza pública; y como no quisiesen obedecer á los sacri-

legos mandatos del juez, sufrieron varios tormentos y despues fueron degollados, el año 250 de Jesucristo.

San Saturnino, mártir.—Fué de Caller, en Cerdeña, cuya ciudad ilustró con su predicacion y regó con su sangre, siendo emperador Diocleciano, y gobernador de Cerdeña un tal Bárbaro.

San Cenobio y santa Cenobia, mártires.— San Cenobio era obispo de Egea, en Cilicia, y santa Cenobia, hermana suya, se ocupaba en servir á los peregrinos, á los pobres y enfermos que acostumbraba tener siempre en su casa el santo pastor. Ambos hermanos vivian en la paz de Dios, siendo la admiracion de todos los fieles por el resplandor de sus virtudes; pero en el año 304, esta paz fué turbada para proporcionarles otra mas estable y sólida en la patria de los santos. El gobernador Lisias los hizo comparecer á su tribunal y les mandó sacrificar á los dioses, y negándose á ello, fueron los dos juntos degollados.

San Teonesto, obispo y mártir.—Gobernaba la Iglesia de Altino, en Italia, y empleaba todo su zelo contra los herejes arrianos. Un dia estos promovieron tumulto en dicha ciudad, y obligaron al santo obispo á separarse de su Iglesia. Teonesto se fué entonces á Roma á consultar con el papa san Dámaso, acerca de la conducta que debia observar, y el pontífice le indicó que se viese con san Ambrosio, su metropolitano. Marchó pues á Milan, donde concibió el designio de empezar á recorrer la Europa predicando contra los nuevos errores, y disputando en todas partes con los arrianos. Su mision dió á la Iglesia ópimos frutos, porque muchos de aquellos sectarios abandonaron sus extravíos, despues de haberle oido. Recorrió toda la Italia, la Francia y la Alemania, y despues volvió á Altino, encargándose otra vez del gobierno de su diócesis, la cual dirigió con igual zelo que ántes, hasta que un dia los arrianos, no pudiendo ya sufrir los males que les causaba y la desercion que causaba entre sus partidarios, volvieron á excitar un tumulto popular, en medio del cual le quitaron la vida.

San Lucano, mártir.—Segun una antigua tradicion, san Lucano fué martirizado en Logny, lugar del pais de Orleans, al principio del siglo V. Sus reliquias fueron despues trasladadas á la catedral de París, cuyos habitantes tenian á este santo en grandísima devocion, y en las calamidades públicas acostumbraban sacar en procesion su sagrado cuerpo, junto con los de san Marcelo y de santa Genoveva.

San German, obispo y confesor.— El año 519 fué este santo enviado por el papa Hormisdas, en calidad de legado, al emperador Justino. El objeto de la legacion era persuadir á los orientales que pusiesen fin al cisma que contaba ya cuarenta años, y que habia sido fomentado por los emperadores Zenon y Anastasio, ambos unidos al partido de los herejes, lo mismo que Acacio y otros patriarcas de Constantinopla. Las negociaciones de German, que ya era á la sazon obispo de Capua, tuvieron el mas feliz resultado, pues los herejes fueron ondenados y el cisma desapareció. San Gregorio el Grande cuenta que German vió en espíritu á Pascual, diácono de la Iglesia de Roma, entre las llamas del purgatorio, por haberse adherido al cisma de Lorenzo contra el papa Símaco, de las cuales le libró con sus oraciones. El mismo autor dice tambien, que san Benito, en una vision que tuvo en el monte Casino, vió el alma del santo obispo de Capua, que al mismo momento de morir, era llevada por coros de ángeles al seno de la dichosa eternidad. La muerte de este santo sucedió el año 540.

San Serapion, obispo y confesor.—Subió á la silla patriarcal de Antioquía, siendo consagrado el año 199. El Martirologio romano dice, que fué insigne en doctrina: Eusebio y san Gerónimo alaban mucho su sabiduría y su zelo por la defensa de la verdad. Escribió y publicó un libro contra la herejía de Montano, y otro para refutar el supuesto Evangelio del apóstol san Pedro. Serapion murió en paz, durante el reinado del emperador Caracalla, el año 211 de Jesucristo.

San Máximo, mártir.— Padeció martirio en Apamea de Frigia, en tiempo del emperador Diocleciano.

San Gerardo, obispo y confesor.—Solo sabemos que fué obispo de Potenza, en la Lucania, cuya Iglesia gobernó en paz por muchos años.

DIA 31.

San Quintino, mártir.— Quintino, mártir gloriosísimo, aunque fué romano noble de senatoria estirpe, que era la mayor nobleza romana, con todo fué muchísimo mas noble por la fé, que como valeroso soldado tuvo á su rey soberano Cristo Señor nuestro, por cuya confesion dió gloriosamente la vida, y por cuyo amor dejó la patria, los parientes, amigos, riquezas, faustos y pompas mundanas. Salió, pues, de Roma Quintino con Fusciano, Victorino, Crispino y Crispiniano y otros piadosos y devotos cristianos, todos los cuales con deseos de propagar la fé de Jesucristo se encaminaron á Francia: llegaron á París, y de allí se dividieron, eligiendo cada uno su ciudad ó provincia, donde ir á predicar. Quintino, predicando y haciendo prodigiosos milagros, dió vuelta á una y otra parte, hasta que llegó á la ciudad de Amiens. A este tiempo era tanta la sangre de cristianos que el cruel tirano Ricciovaro habia derramado, que corria un rio de aquella provincia llamado Mosela, mas con la abundancia de la sagrada sangre de los invictos mártires, que de sus propias aguas, las cuales dejando su color nativo, habian tomado el rojo de la sangre. Luego que el glorioso Quintino llegó á Amiens, comenzó á predicar y ganar almas para el cielo, cuya noticia llegó á oidos del impío Ricciovaro, que al instante lo mandó poner con todo rigor en la cárcel, adonde fué muy gozoso y alegre, y toda la noche gastó en oracion y cánticos divinos.

El dia siguiente, sentado en su tribunal Ricciovaro, hizo traer á su presencia á san Quintino. Puesto el santo á su vista, le preguntó: ¿Cómo te llamas? Cristiano, dijo Quintino; porque soy cristiano, y creo á Cristo con el corazon y le confieso con la boca; pero mis padres me llamaron Quintino. ¿De qué linaje eres? añadió el prefecto. Soy, dijo el santo, ciudadano romano, hijo de Zenon, senador. Pues ¿qué cosa es, dijo el prefecto, que persona tan noble, é hijo de un varon tan ilustre, se haya dejado engañar con una supersticion tan grande, como adorar por Dios á aquel que los judíos crucificaron? No hay mas nobleza, dijo Quintino, que conocer á Dios y obedecer sus santos mandamientos. Por esta católica religion y fé que profeso, se conoce á Dios omnipotente, Criador de cielo y tierra, y á su Hijo Jesucristo nuestro Señor, por quien fueron hechas todas las cosas visibles é invisibles, el cual en

todo es igual al Padre. Iba á proseguir Quintino; y el prefecto le embarazó, diciendo: Deja la locura y sacrifica á nuestros dioses; sino, yo te juro por ellos que te quitaré la vida con diversos tormentos.

Pues yo te juro y prometo por mi Dios y Señor Jesucristo, dijo Quintino, que ni haré lo que mandas, ni temo tus amenazas: y así ejecuta luego tus rigores; que dispuesto estoy á padecer todo aquello que mi Dios permitiere. Tú puedes atormentar mi cuerpo; pero Dios tendrá misericordia de mi alma. Con esto se enfureció el prefecto, y lo mandó desnudar y azotar fuertemente con duras y nudosas varas; y mientras mas le azotaban, mas fuerzas cobraba el guerrero fuerte, levantando los ojos al cielo y dando á Dios infinitas gracias. Consolóle su divina Majestad con esta voz celestial: Quintino, sé constante: pelea varonilmente; yo te asisto.

A esta voz cayeron desmayados en tierra los verdugos: lo cual visto por el cruel Ricciovaro, dijo así: Juro por los santos dioses y diosas que este Quintino es mago y usa de sus encantos, como claramente se ve; y así quitádmelo de delante y ponedlo en una oscura cárcel, que yo veré si le valen sus encantos. No se permita entrar cristiano alguno á consolarlo, para que así pague la pena de sus locuras.

Puesto en cadena, pues, y en una cárcel oscurísima, cansado de los tormentos y trabajos, se durmió á la media noche, y al instante se le apareció un ángel del cielo, que le dijo: Quintino, siervo de Dios, levántate y anímate, y puesto en medio de la ciudad predica, consuela y anima á todo el pueblo, para que crean en nuestro Señor Jesucristo, y bautízalos. Apenas dijo esto el santo ángel, cuando, despierto, se levantó y le siguió, sin que las guardas de la cárcel ni puertas cerradas le fuesen estorbo alguno. Puesto, pues, en medio de la plaza, predicó tan divinamente la fé de Jesucristo, que convirtió mas de seiscientas personas, y casi toda la ciudad se conmovió.

Pero luego que lo supo el maldito Ricciovaro lo mandó prender otra vez, y poner en un tormento cruel, que era colgarle de unas ruedas que, suspensas en lo alto, á manera de carrillos de pozo ó garruchas con que se saca el agua, lo subian y bajaban, descoyuntándole los huesos y deshaciéndole el cuerpo todo, hasta que lo dejaron molido. Despues lo mandó azotar y herir cruelmente con garfios y rastros de hierro: luego que le echasen por las espaldas aceite, pez y resina hirviendo, para que entrando por las llagas, fuese mas intensamente atormentado. Acabado este tormento, mandó que encendiesen hachas y le abrasasen con ellas los costados: pero por mucho fuego que le ponian exteriormente, era mayor el divino que interiormente le abrasaba; y así dijo animoso al tirano: Cruelísimo juez, hijo de los engaños del demonio, ¿por ventura no sabes que, mientras mas rigores y tormentos añades á mi cuerpo, tiene mi alma consuelos y refrigerios divinos con que menosprecio tus rigores?

Con esto creció la ira del juez, y dijo: Traed al punto cal viva, vinagre fuerte, sal y mostaza molida, y haciendo de todo una bebida, echádsela en la boca, y veremos á lo ménos si así calla y cesa de injuriar á mí y á nuestros dioses. Entonces, volviendo los ojos al cielo el invicto mártir de Jesucristo y guerrero animoso, dijo: Señor, dulces son para mí y suaves cuantos tormentos padezco por tu santo nombre; y aunque sean los mas amargos del mundo, á mi paladar son dulces como el panal.

Oyendo esto Ricciovaro, dijo: Juro por los altos dioses, Júpiter, Mercurio, Sol, Luna y Asclepio, que te tengo de atar con fuertes cadenas, y has de ir preso á Roma, para que allí, á vista de los sacros emperadores, pagues con mas crueles tormentos tus atrevimientos y el haberte huido de la cárcel. Bien sé, dijo Quintino, que en Roma y en cualquier parte, me ha de favorecer y asistir Dios; y así no rehuso el ir: pero confio en mi Señor Jesucristo, que el fin de mi vida será en esta provincia. Y así fué como lo profetizó el santo mártir; porque, mandándole poner al cuello y por todo su cuerpo fuertes cadenas, y que se partiesen con él los ministros para Roma; ordenó el prefecto que fuésen poco á poco, porque queria él mismo acompañarlos, para entrar glorioso con el triunfo: y así, llegando á un lugar, llamado Augusta Veromando, no léjos de Amiens, se detuvieron á esperarlo. Al dia siguiente llegó Ricciovaro, y mandó le trajesen delante á Quintino: y mirándole con cariño, vuelto el lobo en raposa, le dijo: Quintino hermano, porque eres jóven y de tan noble prosapia, tengo piedad de tí; y así toma mi consejo, que es de hermano y amigo: sacrifica solo á Júpiter y Apolo, y si quieres ir á Roma, te doy mi palabra de honrarte como mereces en esta provincia: escribiré á los sacratísimos emperadores, diciéndoles quién eres y lo mucho que mereces, para que te den el título de príncipe y juez manífico de esta provincia, y ocupes mi lugar, que es cuanto por tí puedo hacer. A esto respondió el invictísimo mártir: Muchas veces, ó Ricciovaro, te he dicho que te cansas en vano; porque yo no tengo de ser tan loco como tú, que sacrifique á los demonios infernales; pues no son otra cosa estos que llamas dioses.

Aquí acabó Ricciovaro de perder las esperanzas de reducirlo y juntamente la paciencia; y así, hizo llamar un herrero, y le mandó hacer dos agudos clavos, y tan largos, que entrando por la cabeza, llegasen hasta las piernas, y otros diez mas pequeños, que entrasen por entre la uña y yema de los dedos. Hízolos el herrero al instante, y los verdugos se los clavaron los diez, en los diez dedos de las manos, y los dos por lo alto de la cabeza, que le traspasaron todo el sagrado cuerpo de alto abajo hasta los piés, con que quedó todo hecho un lastimoso espectáculo á los hombres, pero glorioso á los ángeles y á los cielos. Viéndolo de esta manera el tirano clavado y corriendo arroyos de sangre, dijo soberbio y vano: Vengan los cristianos todos, y vean este mísero espectáculo, y les servirá de ejemplo y escarmiento, viendo aquí, donde llega la ira de mis rigores. Pero no sabia el tirano lo que se decia ni hacia; pues ántes mostrarles á los valerosos cristianos la constancia invencible de Quintino, fué mostrarles un mudo predicador, que con su ejemplo exhortaba y animaba á todos á alcanzar semejantes triunfos del bárbaro y cruel gentilismo; porque ninguno hubo á quien no moviese la vista del generoso mancebo, é invencible caballero de Jesucristo, á una emulacion sagrada, y deseo fervoroso de ser semejantemente atormentado por la fé santa y divina suya. Cansado ya el tirano de ver tanta constancia, y tan milagroso vivir, y que se reducian infinitas almas con sola su vista, á la fé de Jesucristo, y á voces pedian el martirio; mandó que le cortasen la cabeza: y viéndose ya á las puertas de la gloria, gozoso y alegre, mientras el verdugo desenvainaba la espada, hizo una breve y fervorosa oracion á Dios, y una exhortacion á los nuevamente convertidos, é

inclinando la cabeza, se la cortó de un fiero golpe el verdugo, y al instante se oyó una voz del cielo, que dijo: Quintino, siervo mio, ven y recibe la corona que tengo para tí prevenida en la gloria por tus grandes méritos: y saliendo una cándida y hermosísima paloma de su cuello, que era su alma santísima, vieron todos como entró triunfante y gloriosa en el cielo, á ser colocada en el coro de los espíritus soberanos y mártires de Jesucristo. Su glorioso triunfo fué á los 31 de octubre, por los años del Señor de 303, imperando el impío Maximiano. Su cuerpo glorioso fué sepultado por órden del mismo Ricciovaro, de noche, y con todo silencio y secreto (para que ningun cristiano lo supiese y descubriese tan gran tesoro á la Iglesia), en un profundo cenagal que hace el rio que por allí pasa, llamado de unos Secuana, y de otros Sona, y allí estuvo oculto por espacio de cincuenta y cinco años, hasta que Dios fué servido de descubrirlo milagrosamente: que fué en esta forma.

Habia en Roma una rica y noble matrona, llamada Eusebia, ciega desde edad de nueve años. A esta se apareció tres veces un ángel del Señor, y todas tres veces la dijo, que si queria cobrar la vista fuése á Francia, y buscase el cuerpo del glorioso mártir san Quintino, que él la guiaria al lugar adonde estaba. Obedeció la señora: y guiada del ángel, y acompañada de decente familia, segun su calidad, fué á la ciudad de Amiens, y de allí al lugar y parte del rio donde habia sido sepultado el cuerpo glorioso, guiada siempre del santo ángel. Estando allí, preguntó á muchos si sabian el cuerpo de san Quintino: y como ninguno la supiese dar razon, así por haber ya pasado cincuenta y cinco años, como por el secreto con que el tirano Ricciovaro lo hizo sepultar y esconder; ella se puso en oracion, pidiendo á Dios fuese servido decirla lo que no sabian los hombres. Apenas acabó su oracion (¡ó maravillas de Dios siempre inmensas!), el mismo cuerpo se vió por una parte del rio, y la cabeza por otra, venir nadando hasta ponerse en las manos de Eusebia. Recibiólo con el gozo que se puede imaginar, y los que la asistian, vieron como estaba incorrupto, hermoso y bello, y todos percibieron la suavísima fragrancia, de un divino y celestial olor que despedia de sí. Luego ordenó Eusebia que caminasen con el santo cuerpo á una ciudad que estaba cinco millas de allí, para darle honorífica sepultura; pero apenas apartados del rio, subieron á lo alto del monte, cuando se hizo tan pesado el cuerpo santo, que no les fué posible á los que lo llevaban, pasar de allí, quedando todos tan admirados como inmobles. Conocida con este prodigio la voluntad de Dios, que era no querer su siervo Quintino dejar el lugar donde habia padecido, vencido y ganado la corona de la gloria, ordenó Eusebia que allí lo sepultasen lo mas decente que les fuese posible: y al irle á poner en el sepulcro, cobró la vista deseada, y que tantos años habia que carecia de ella. Dió infinitas gracias á Dios, y al glorioso san Quintino, por tan gran favor y milagro. Otros muchos enfermos, que allí se hallaron de varias enfermedades, todos sanaron: con que todos glorificaron á Dios en su siervo y glorioso mártir Quintino.

Pasaron trescientos y veinte años, en cuyo discurso de tiempo, poco á poco se habia ya ido olvidando la memoria de tan gran santo; y asimismo se olvidó del todo el lugar donde Eusebia lo sepultó, si bien habia quedado una pequeña iglesia fabricada en el mismo monte; pero nadie sabia si dentro de ella estaba sepultado el santo cuerpo ó nó. Por este tiempo vivia el bendito san Eloy; y siendo obispo, fué muy dado, como á todas las virtudes, á venerar los cuerpos y reliquias de los santos: y así buscó muchos que yacian incógnitos, y los colocó y veneró con especial devocion. Deseaba mucho hallar el cuerpo de san Quintino: y como todos ignorasen el lugar de su sepulcro, el santo obispo preguntó á Dios lo que ignoraban los hombres por su descuido. Ayunó tres dias continuos: estuvo siempre en oracion; y dijo á Dios, con aquella fé que tenia: Señor, no comeré, ni beberé, ni cuidaré de las ovejas que me habeis encomendado, hasta que me descubrais el tesoro que busco. Mientras esto pasaba, muchos que á Eloy asistian, cavaban en diferentes partes de la iglesia, pero en vano; hasta que al tercero dia, siendo ya noche, se levantó el santo de su oracion, y con el báculo señaló un lugar, mandando que allí cavasen. Hiciéronlo así; pero como hubiesen ya pasado mas de diez varas de hondura, y nada descubriesen, perdieron las esperanzas y se dejaron de cavar. Entonces Eloy, tomando una espuerta, entró en el hoyo, y con las manos la llenó de tierra, y apenas tocó con el báculo en aquella parte, que habia ahondado mas con sus benditas manos, cuando sintió que habia tocado madera, volvió á dar mayor golpe, y rompió la tumba. Aquí fué donde comenzaron todos á ver las maravillas de Dios, y de su siervo Quintino; pues salió por aquella rotura, un globo de luz tan hermoso y bello, que siendo á la media noche y muy oscura, todos juzgaron era de dia y que habia salido el sol: tanta fué la claridad que llenó la iglesia y toda la montaña, que juzgaron todos los circunvecinos que habia amanecido; y así, se levantaron á media noche: pero no se engañaron, porque la luz permaneció hasta que salió el sol. Con la luz salió tambien una fragancia tal, que todos juzgaban hallarse en el paraiso. Tiernas lágrimas de gozo derramaba el santo obispo, por haber hallado tan gran tesoro. Sacóle de la tumba en que yacia, hermoso, fresco y oloroso. Sacóle los clavos que el impío Ricciovaro le clavó: besólos como reliquias sagradas; y para que se viese cuán entero, sano é incorruptible estaba, mostró á todos una gota de sangre viva que salió de una de las heridas. Hízole una caja de oro, plata y piedras preciosas, donde le colocó: y para que en adelante no se volviese á perder su memoria, amplió la iglesia, haciendo un suntuosísimo templo y un monasterio, que hoy persevera, donde hace Dios infinitos milagros por su siervo Quintino, con que es para siempre glorificado y glorioso. Escribieron la vida y martirio de san Quintino, y sus dos gloriosas invenciones, Beda; Usuardo; Adon; Surio, tomo v; Pedro de Natalibus, lib. IX, cap. 126; san Gregorio Turonense *De gloria martyrum*, *cap.* 72 *et* 73; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo II de sus Anales, año 303, núm. 103.

* San Nemesio y santa Lucila, mártires.—Lucila era hija de Nemesio, y este era diácono de la Iglesia de Roma. Ocupados en el servicio de Dios, pasaban los dias en oracion y buenas obras. Padre é hija fueron presos por no renunciar á la fé de Jesucristo, cuando el emperador Valeriano publicó sus edictos contra los cristianos, y fueron degollados en la misma ciudad de Roma, el dia 25 de agosto del año 254 ó 255. El papa san Estéban hizo sepultar sus cuerpos, y despues fueron colocados honoríficamente en la via Apia por el papa san Sixto el dia 31 de octu-

bre del año 238, y luego el pontífice Gregorio quinto los trasladó á la diaconía de Santa María la Nueva, junto á los cuerpos de los santos Sinfronio, Olimpio, Tribuno, Exuperia, su mujer, y Teódulo su hijo, los cuales convertidos á la fé por Sinfronio, y bautizados por el mismo san Estéban, alcanzaron la palma del martirio. En tiempo del papa Gregorio trece, fueron hallados los cuerpos de todos estos santos, y los colocaron debajo del altar de la misma iglesia, donde se conservan.

Los santos Ampliado, Urbano y Narciso, martires.—De los dos primeros hace mencion san Pablo en su epístola á los romanos, capítulo 16, vers. 8 y 9 con estas palabras: «Saludad á Ampliado, á quien amo entrañablemente en el Señor. Saludad á Urbano, que ha trabajado conmigo en Jesucristo.» Galesinio dice, que san Ampliado fué obispo de Usilópolis, ciudad de Macedonia, donde murió mártir por la fé, y que san Urbano derramó su sangre juntamente con Narciso y muchos otros, en la ciudad de Grecia á fines del siglo I. De san Narciso dice tambien el apostol san Pablo, en su carta citada, estas palabras: Saludad á los de la casa de Narciso, que son en el Señor.»

San Estaquio, obispo y confesor.—Fué convertido á Jesucristo y consagrado obispo de Bizancio, hoy Constantinopla, por el apóstol san Andrés. San Pablo en su epístola á los romanos habla tambien de este santo por las siguientes palabras: «Saludad á mi amado Estaquio.» Fué el primer obispo de Bizancio y luego el fundador de la Iglesia de Arginópolis, en la cual enseñaba constantemente el Evangelio á mas de dos mil cristianos. Su episcopado, que duró quince años, fué el de un verdadero apóstol, y terminó su vida en paz durante el siglo I.

San Volfango, obispo y confesor.—Nació este siervo de Dios en la Suavia, de padres plebeyos, y cuidó de su educacion un virtuoso eclesiástico de su patria. Era bastante niño aun, que ya entró en el monasterio de Richenaw, célebre escuela de ciencias y virtudes, adonde acudian muchas Iglesias á sacar sus pastores. Volfango deseaba solo consagrarse al retiro y á la oracion; pero vióse obligado á pasar á Wurtaburgo á perfeccionar sus estudios, y despues á Tréveris, cuyo arzobispo que conocia sus talentos, le obligó á aceptar el empleo de dean con el cargo de regentar una escuela. Desempeñó, pues, estos dos destinos con una piedad y un celo que dieron á todos la mas alta idea de su virtud. Despues de la muerte de aquel arzobispo, pasó nuestro santo á Colonia, donde permaneció algun tiempo, y luego se retiró al monasterio de Eufilden, para servir á Dios en el silencio y la práctica de la mortificacion. Aquí abrió tambien una escuela y recibió las sagradas órdenes. Consiguió entonces permiso para ir á predicar el Evangelio y partió para Hungría el año 972. Algun tiempo despues el emperador Oton II lo recomendó para el obispado de Ratisbona, y en efecto, Volfango fué elegido canónicamente y consagrado, teniendo que vencerse en aquella ocasion toda la inclinacion que él profesaba á la soledad. Continuó viviendo como un monge, su principal cuidado fué dar reglamentos que cortasen los abusos introducidos en el clero y la disciplina, y los pobres encontraron en él un padre tierno y cariñoso. Fué preceptor de los hijos del duque de Baviera, que, merced á la piadosa educacion que el santo les dió, llegaron á ser príncipes altamente útiles á la Iglesia y al estado. Habiendo Volfango emprendido un viaje por un objeto de caridad, cayó enfermo en el camino y murió en Pupping, en Austria, el dia 31 de octubre del año 994, y en 1052 el papa Leon IX lo colocó en el número de los santos.

La Conmemoracion de la victoria del Salado.—Todos los historiadores están contestes en reputar por milagrosa la victoria del Salado conseguida por los españoles contra los moros, y no es extraño que en este dia la católica España dé gracias á la Providencia por el singular beneficio que le fué dispensado.

NOVIEMBRE.

DIA 1.

La Fiesta de Todos los Santos.—Entre todas las fiestas que la santa Iglesia ha instituido por todo el año en reverencia de los bienaventurados que están en el cielo, la mas solemne y de mayor devocion es la que celebra el primer dia de noviembre en conmemoracion y honra de todos los santos, porque en esta fiesta los abraza á todos sin excluir alguno, y se encomienda á ellos é invoca y llama en su favor á toda aquella bienaventurada compañía y córte celestial. Instituyó esta fiesta en Roma el papa Bonifacio IV de este nombre, en honra de la gloriosa Vírgen María nuestra Señora y de todos los santos mártires, consagrando al Señor aquel suntuosísimo templo, que nó Domiciano, emperador (como dice Adon), sino Marco Agripa, ciudadano romano y gran privado del emperador Octaviano Augusto, habia dedicado á Júpiter Vengador (como dice Plinio despues de la batalla naval en que Octaviano venció á Marco Antonio y quedó señor absoluto del imperio romano. Llamó Agripa á este templo Panteon, que quiere decir «casa de todos los dioses;» porque en él todos los falsos dioses de la antigüedad eran venerados. Y dado que, despues que el emperador Constantino se convirtió á nuestra santa fé, y comenzó á edificar templos á Jesucristo nuestro Salvador, los cristianos derribaron muy magníficos y maravillosos templos de los gentiles, para que no quedasen en pié los lugares en que se habian ofrecido tan sucios y abominables sacrificios al demonio; por cuya razon en Alejandría asolaron un templo de Serapis, en Gaza el de Marna, en Apamena el de Júpiter, en Cartago el de Celeste, y en otras partes otros muchos que eran tan soberbios y de tan excelente arquitectura, que se tenian por milagros del mundo; todavía despues juzgaron que era mejor (ya que estaba caida y rendida la gentilidad) que donde ántes habia sido servido el demonio, fuese servido el verdadero Dios, y que los mismos templos profanos y abominables se purificasen con las ceremonias que usa la

Iglesia católica, y santificados y adornados con las reliquias de los mártires se consagrasen al Señor; como se ve en san Gregorio Magno, que en una epístola escribe al rey de Inglaterra, que poco ántes se habia convertido á la fé, que haga echar por el suelo los templos de los ídolos: y despues que ya la cristiandad habia echado algunas raices en aquel reino; para que los flacos no se turbasen, mandó á Melito, obispo, que no se arruinasen los templos de los paganos, sino que se convirtiesen en iglesias de cristianos. Siguiendo pues esta órden Bonifacio IV, que fué sumo pontífice poco despues de san Gregorio (porque Sabiniano y Bonifacio III, que inmediatamente le sucedieron, aun no vivieron tres años), dedicó el Panteon que Agripa habia edificado á todos los dioses, en honra de la santísima Vírgen María nuestra Señora, y de todos los santos mártires (que eran los que en aquel tiempo se celebraban en la santa Iglesia), y llamó á aquella iglesia *Sancta Maria ad Martyres*, y hoy se llama Nuestra Señora la Rotunda; y mandó que se celebrase fiesta en Roma á los 13 de mayo en que se hizo la dedicacion, y en este dia la pone el Martirologio romano. El cardenal Baronio dice, que en un libro antiguo de aquella Iglesia; escrito de mano, halló que se levantaron y colocaron en ella con gran solemnidad veinte y ocho carros de huesos de santos mártires, sacados de diversos cementerios de aquella santa ciudad. Esto es lo que mandó el papa Bonifacio IV; mas despues Gregorio, asimismo papa IV, que murió por los años del Señor de 844, ordenó que la fiesta que se hacia en Roma á 13 de mayo en honra de nuestra Señora y de todos los mártires, se hiciese por toda la cristiandad el primer dia de noviembre en reverencia de ellos y juntamente de todos los santos confesores y moradores del cielo. Por esta causa se llama la Fiesta de Todos los Santos, y se guarda en toda la Iglesia, y particularmente en la de Nuestra Señora la Rotunda de Roma, con singular regocijo y devocion, y esta es la primera causa de la institucion de esta fiesta. Pero otras hay de no menor consideracion, entre las cuales una es la obligacion tan precisa que tenemos de glorificar al Señor en sus santos, y de honrar los mismos santos que tan bien le supieron honrar, y nos dejaron tan raros ejemplos en su santidad, para que los imitásemos; y ahora con sus oraciones nos ayudan y sustentan.

Pero siendo como son los santos innumerables, y que por ser tantos no se pueden todos en particular y cada uno por sí celebrar, fué cosa convenientísima que se instituyese un dia para que en él á lo ménos los alabásemos y pidiésemos su favor, y mostrásemos la piedad y devocion que tenemos con todos, sin excluir á ninguno. Otra razon es la que se escribe en el libro llamado Orden romano: *Ut quidquid* (dice) *humana fragilitas per ignorantiam, aut negligentiam in solemnitatibus, et vigiliis sanctorum minùs plenè peregit, in hac observatione sancta servetur:* Para que todo lo que la humana fragilidad hubiere faltado entre año en las fiestas y vigilias de los santos, ahora sea por nuestra ignorancia, ahora por nuestra negligencia se recomponse en esta fiesta y se supla con el mayor fervor de nuestra devocion. Otra razon es la que la santa Iglesia nos da en la oracion del oficio divino que reza este dia: *Ut desideratam nobis tuæ propitiationi abundantiam, multiplicatis intercessoribus largiaris:* Para que lo que por nuestros grandes pecados no habemos podido alcanzar del Señor, por intercesion de cada uno de los santos; hoy lo alcancemos por los ruegos de aquella córte y bienaventurada compañía, que postrada delante del acatamiento de la santísima Trinidad, le representan nuestras plegarias y oraciones, y con singular afecto y caridad le piden que nos oiga y otorgue lo que por medio de tantos y tan grandes siervos y amigos suyos le suplicamos.

Pero la principal razon de la institucion de esta fiesta es animarnos á la imitacion de todos los santos, proponiéndonos su vida perfectísima y divina, y la gloria inenarrable que por ella alcanzaron (como dice san Bernardo); para que en nuestra conversion sigamos á los que con esta tan solemne fiesta veneramos, y corramos con grandes pasos á la bienaventuranza de los que tenemos por bienaventurados, y seamos favorecidos con el patrocinio de los que nos recrean con sus alabanzas: y san Agustin dice: «Aquellos de verdad celebran las gozosas fiestas de los santos mártires que siguen las pisadas y ejemplos de los mismos mártires; porque no son otra cosa las solemnidades de los mártires, sino unas encendidas exhortaciones, para que no seamos perezosos en imitar lo que celebramos con gloria.» Hasta aquí son palabras de san Agustin. Para esto la santa Iglesia nos lee hoy en la misa el Evangelio de las bienaventuranzas en que se descubre el camino por donde todos los santos anduvieron y nosotros debemos andar: la humildad y pobreza de espíritu, la mansedumbre y lágrimas, la hambre y sed de la justicia, la misericordia y las otras virtudes que tuvieron; y juntamente el galardon y posesion de la tierra de los vivientes, y reino del cielo que por ellas se les dió. Y porque los ejemplos de los santos se deben leer en las vidas particulares de cada uno de ellos, y todos se resumen y están cifrados en estas bienaventuranzas, que son los medios para alcanzar la gloria y bienaventuranza de la patria que ahora poseen (la cual, aunque con diferentes grados, es una y la misma de todos); para que mas nos inflamemos al amor de la virtud, y á imitar la vida de los mismos santos, quiero aquí tratar del inmenso gozo y gloria inenarrable que ellos poseen; pues la santa madre Iglesia, celebrando su fiesta, hoy nos la representa.

Mas, ¿qué lengua, aunque sea de los mismos santos, podrá explicar la gloria que ellos poseen; ó qué entendimiento comprender aquel Bien que solo es bien y fuente y causa de todos los otros bienes? El apóstol san Pablo dice, que el ojo no vió, ni la oreja oyó, ni el corazon del hombre comprendió los bienes que Dios tiene aparejados para los que le aman. No puede el ojo verlos; porque no tienen color: ni la oreja oirlos, porque no tienen sonido: ni el corazon humano comprenderlos, porque aquellos bienes no son humanos, sino divinos, é infinitamente exceden su capacidad. El angélico doctor santo Tomás enseña, que tres cosas, que en sí son finitas, en cierta manera son de infinita grandeza y dignidad. La primera es la humanidad de Jesucristo nuestro Salvador, que por ser unida en una misma persona con union hipostática con la divinidad, es de infinita dignidad, y no se puede decir, que Cristo es pura criatura. La segunda cosa es la sacratísima Vírgen María nuestra Señora: la cual, aunque en sí es pura criatura, finita y limitada; mas por ser madre de Dios, y haber concebido en sus entrañas y parido al Verbo eterno, que es infinito é incomprensible, tiene en sí una cierta grandeza inmensa y una prerogativa de infi-

nita excelencia. La tercera es la gloria y bienaventuranza de los santos: la cual, dado que en sí sea finita y tasada, porque los mismos santos y bienaventurados tambien lo son; mas en cierta manera se dice ser infinita; porque ven y gozan eternamente de aquel Bien que es infinito, y que los mismos santos no pueden entera y perfectamente comprender. Es tan grande esta bienaventuranza, que el hombre que la posee, en cierta manera se hace Dios, nó por naturaleza, sino por gracia y participacion, á la manera que dice san Pedro: *Ut efficiamini divinæ consortes naturæ:* Para que seamos particioneros de la naturaleza divina: porque así como la bondad hace al hombre que la posee bueno, la justicia justo, la sabiduría sabio, la fortaleza fuerte, la hermosura hermoso y las otras calidades le califican y le dan el apellido de su nombre; así dice gravemente el alto y filosófico teólogo Severino Boecio, que la propiedad de la divinidad es hacer divinos, y de la deidad hacer dioses: y que este es el premio que da Dios á los santos en el cielo, que es hacerlos en cierta manera dioses; para que se cumpla aquello del real profeta: *Ego dixi: Dii estis, et filii excelsi omnes:* porque así como los muy poderosos reyes se sirven de los grandes de su reino, y muchas veces de los que son de casta y sangre: así Dios nuestro Señor en aquella su imperial córte, donde todos los santos y bienaventurados le sirven, para que mas resplandezca su soberana majestad y grandeza, quiere que todos ellos sean reyes, y en cierto modo parientes suyos, comunicándoles por gracia, lo que él tiene por naturaleza, á cada uno conforme su capacidad, y dándoles una cierta semejanza suya: de la cual dice el apóstol san Pablo: «Todos nosotros, descubierto el rostro, contemplando la gloria del Señor, seremos transformados en la misma imágen y vestidos de su gloria y claridad, derivada en nosotros de la claridad y gloria que él tiene, y seremos como un espejo que recibe y representa la imágen del que le mira:» y el discípulo querido del Señor dice: «Cuando el Señor se apareciere, entonces seremos semejantes á él:» de suerte que, como una gota de agua, mezclada con gran cantidad de vino, toma el color y el sabor del vino, y como el hierro encendido y hecho ascua en la fragua, quedando hierro, deja las propiedades de hierro y se viste de las del fuego, y como el aire investido y penetrado de los rayos del sol, se viste de su luz y resplandece con su claridad, y como el espejo que recibe derechamente los rayos del sol, nos representa una semejanza del mismo sol; así los bienaventurados, alumbrados de aquella lumbre divina, y vestidos de aquella inmensa luz de Dios, participan de su deidad y se transforman en su semejanza é imágen. Esta bienaventuranza de los santos, dicen los sagrados teólogos que se divide en dos partes: la primera es la gloria esencial, que es la mas principal y sustancial parte de su bienaventuranza: la segunda es accesoria y accidental, y ménos principal, como mas abajo declararemos. La gloria esencial es una total conjuncion y union del alma con Dios, purísima, amabilísima é inexplicable, colmada de todos los bienes, y apartada de todos los males. Esta conjuncion y union con Dios, consiste en la vista clara del mismo Dios, de la cual dice san Agustin: *Quæ visio est tota merces*, que todo el premio y toda nuestra bienaventuranza es ver á Dios: porque aunque acá en la tierra, por ver un hombre al rey no es rey, ni por ver cosas hermosas es hermoso, ni alegre por ver cosas alegres (porque todas estas cosas son bajas y limitadas, y fuera del hombre que las ve); pero Dios es un bien tan inmenso, tan infinito é incomprensible, y tan lleno de infinitas perfecciones, que al que le ve en la gloria, le arrebata y transforma en sí; y segun su capacidad le llena de sí mismo y de todos los bienes que posee; y con esta gloriosa vista da al alma del bienaventurado una posesion eterna de sí, y un gozo sobre todos los gozos. De esta vista dice el glorioso san Agustin estas palabras: «Ahí veremos, amaremos y alabaremos: veremos en nuestra lumbre; ¿y qué lumbre veremos? Una lumbre inmensa, incorpórea, incorruptible, incomprensible, que nunca se apaga, inaccesible, increada, verdadera, divina, que alumbra los ojos de los ángeles, y alegra y conserva en su vigor á todos los santos, y es lumbre de todas las lumbres y fuente de vida, que sois vos, mi Dios: porque vois sois aquella lumbre en cuya luz vemos la luz, á vos en vos; y con el resplandor de vuestro rostro os veremos cara á cara. Ver la cara de Dios vivo es ver el sumo bien, el gozo de los ángeles y de todos los santos, el premio de la vida eterna, la gloria de los espíritus bienaventurados, júbilo sempiterno, corona de hermosura, palio de felicidad, descanso abundantísimo, hermosura de paz interior y exterior alegría, paraiso de Dios, Jerusalen celestial, vida beatífica, cumplimiento de toda bienaventuranza, gozo de eternidad y paz de Dios, que sobrepuja todo sentido.» Todo esto es de san Agustin. ¿Qué será ver aquella esencia tan admirable, tan simplicísima y tan comunicable, y ver en ella de una vista el misterio de la beatísima Trinidad? ¿Ver al padre en el Hijo, y al Hijo en el Padre, y en el Padre y en el Hijo al Espíritu Santo? ¿Ver sin sombras ni figuras, cómo el Hijo eternamente es engendrado del Padre: cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un principio: cómo ninguna de las tres personas es mayor, ni menor, ni mas noble ni ménos noble que la otra: cómo el Padre no fué ántes del Hijo, ni el engendrado es despues del que le engendró; mas todas las tres personas son en todo iguales, coeternas y de infinita excelencia y dignidad? Allí ven aquel nudo indisoluble con que la divina naturaleza se juntó con la humana, en una persona de Jesucristo: y de tal manera se unió el que es infinito con lo finito, y Dios con el hombre, que se puede con verdad decir, hablando de Cristo: Dios es hombre y el hombre es Dios. En esta vision de la santísima Trinidad y del misterio de la Encarnacion del Verbo eterno, consiste principalmente la bienaventuranza. Pero no solamente los santos ven á Dios en Dios, sino tambien ven á sí en Dios y todas las cosas en Dios: porque como dice san Fulgencio, así como el que tiene un espejo delante, ve el espejo y ve á sí mismo en el espejo, y ve todas las otras cosas que están delante del espejo; así los santos teniendo aquel espejo sin mancilla de la majestad de Dios, ven á él, y se ven en él y todo lo que está fuera de él, segun el conocimiento mayor ó menor que tienen de él: porque así como acá todas las criaturas son como un espejo (aunque oscuro é imperfecto) que nos representan á Dios; así allá el mismo Dios es como un espejo lucidísimo, clarísimo y perfectísimo, que con una simplicísima vista representa á los bienaventurados todas las excelencias y propiedades de las criaturas mucho mas perfectamente que no están en ellas: y los secretos y misterios escondidos de Dios, que los mas sabios y altos ingenios, quemán-

dose las cejas y quebrándose las cabezas, no pueden con todo su estudio y diligencia rastrear, escudriñar, ni de mil partes investigar; allí los ven claramente en su fuente, y alcanzan el cumplimiento de su deseo. Allí ven como la tierra, el agua, el aire y fuego y todos los elementos fueron criados de nada: el cielo adornado de tantas y tan esclarecidas lumbres y estrellas; y cada cosa colocada en su lugar con admirable órden y armonía. Allí ven la sapientísima y maravillosa distincion, hermosura y disposicion de los nueve coros de los ángeles, repartidos en tres jerarquías. Allí ven como todas las gracias naturales y sobrenaturales de tal manera se derivan de aquella fuente manantial y perenne, y descienden en las criaturas, que no se apartan jamás de su fuente (como el rio de su orígen), sino que siempre están en ella enteramente, como una luz que se comunica y se reparte en muchas luces, sin algun detrimento suyo, ó disminucion. Ven como todos los dones de Dios siempre son nuevos, porque en él no hay diferencia de tiempos, ni pasado ni porvenir, mas una eternidad, tiempo sin tiempo presentísimo. Ven como siendo Dios un bien simplicísimo, incommutable é indivisible, unos participan de él mas y otros ménos, á guisa del sol que comunica mas ó ménos su calor y su luz, segun la disposicion que halla. Pues ¿qué diré de los secretos juicios de Dios, y de los maravillosos efectos de su divina providencia, que son un abismo sin suelo, y no se pueden apear y agotar el humano entendimiento? ¿Por qué en esta vida uno es rico, otro pobre: uno sano, otro enfermo: uno róbusto, otro flaco: uno hermoso y otro feo: uno de agudo, y otro de rudo ingenio: y lo que es mas, por qué una criatura múere ántes del bautismo y va al limbo; y otra, en recibiendo el bautismo, vuela al cielo? ¿Por qué á uno de los ladrones que fueron crucificados con Cristo, le dió tan extraordinaria gracia, para que le conociese y le confesase por Dios; y al otro dejó morir en su pecado? ¿Por qué permitió que cayese Judas en tan detestable y horrible maldad; y guardó á los demás apóstoles para que no cayesen en ella? ¿Por qué (como escribe san Agustin) el bueno es pobre, y el malo es rico: y el malo anda alegre y contento; y el bueno, triste, congojado y afligido? ¿Por qué el inocente y sin culpa salé del juicio condenado; y el perverso acusador triunfa y se alaba de haberse vengado del que no lo merecia: el pecador tiene entera salud; y el justo está consumido y podrido de enfermedades? ¿Por qué los que daban esperanza de ser provechosos con sus vidas, son arrebatados de la muerte ántes de tiempo; y otros que no parece que habian de nacer, logran y viven largos años? ¿Por qué está sentado en el trono y sublimado en honra y dignidad el que es oprobio y escándalo de la república; y el que es justo, pacífico y provechoso, está arrinconado y sepultado en perpetuo olvido? Finalmente, allí ven que todas las obras de Dios son mezcladas con justicia y con misericordia, y que de todas saca el Señor su gloria: y que si permite algunas que á nuestros ojos flacos parecen desbaratadas y fuera de camino, no lo son, sino muy acertadas y convenientes para mayor bien nuestro, y gloria y ensalzamiento del que con tanta providencia y deseo de nuestro provecho las permite: y no las permitiria, ni los males que vemos, sino fuesen instrumentos de los mayores bienes, y materia para amplificar la gloria de Dios, que por su gran sabiduría é inmensa bondad de los mismos males saca mayores bienes.

De la envidia de los hijos de Jacob, con que vendieron á los ismaelitas á José, su hermano, sacó la salud y remedio de los mismos hermanos que le habian vendido: de la muerte acerbísima é ignominiosísima de Jesucristo nuestro Salvador, la redencion del mundo: del pecado de san Pedro, humildad para él, y misericordia y compasion para nosotros: de la incredulidad de santo Tomás, firme testimonio de nuestra fé: de la crueldad de los tiranos que perseguian la Iglesia, la gloria y constancia de innumerables mártires, la confirmacion del Evangelio y ejemplo de todos los fieles. No hay contador tan diestro y ejercitado, que pueda contar ni sumar las cosas qué los santos ven en la divina esencia: ni orador, por elocuente que sea, que las pueda explicar: ni entendimiento de hombre, que las pueda imaginar: las cuales todas comprenden los santos en una sola simplicísima é indecible vista: de la cual nace un amor tan encendido, tan abrasado y tan fervoroso, que el alma bienaventurada se hace fuego por la participacion de aquel incendio y fuego divino del Señor: de quien se dice que es fuego que consume y convierte todas las cosas en sí, y siempre arde, y nunca se acaba. De este amor resulta la fruicion y gozo inenarrable en la misma alma por la union de su entendimiento con aquel mar Océano de inmensa sabiduría, y de su afecto y voluntad con el sumo bien: con el cual está tan abrazada, y tan apretada y asida, que no se puede desasir. Esta es la gloria esencial de los santos, declarada, nó como ella es (porque esto es imposible), sino como un rasguño, y cosa mal pintada, á la manera que nuestra flaqueza en la oscuridad de la noche de esta vida, y de las tinieblas de nuestra ignorancia por un vislumbre puede explicar.

No se acaba en este sumo bien el bien de los santos, ni su gloria en la gloria que tienen con la vista, posesion y gozo del sumo bien; ántes de este sumo bien como de su fuente, manan otros cuatro bienes que pertenecen á la bienaventuranza accidental, segundaria y ménos principal: los cuales son la gloria de sus cuerpos, la hermosura y excelencia del lugar donde están, la compañía de tantos cortesanos del cielo, y la certidumbre de que aquella gloria será eterna y durará mientras que Dios fuere Dios. Porque primeramente de aquella gloria copiosísima y abundantísima del alma redunda en el cuerpo del bienaventurado toda la gloria, resplandor y hermosura de que él es capaz; y con una sujecion singular, hermandad y obediencia á la misma alma, que el cuerpo, como si no fuese corporal sino espiritual, así la sigue en todo sin contradiccion ni repugnancia: de manera, que así como mientras que vivimos acá en la tierra por ser nuestra alma forma del cuerpo, y tan hermanada con él, parece que es de carne, y con el peso de su mismo cuerpo se inclina y es tirada hácia bajo; así en el cielo la carne vestida de la gloria del espíritu, se levanta y sube á lo alto, y en cierta manera se convierte en espíritu. Para esto da Dios al cuerpo cuatro dotes maravillosos, que son, conforme á la doctrina de san Pablo y de los teólogos, agilidad, sutileza, impasibilidad y claridad. La agilidad será tan grande y tan admirable, que á un abrir de ojos se hallará el cuerpo del bienaventurado donde su alma querrá. No hay caballo tan lijero que así corra, ni águila que así vuele, ni saeta que vaya con tanta velocidad, ni el mismo sol (que en tan pocas horas hace su curso y da vuelta al mundo), que se pueda comparar con la presteza con que el cuerpo glorifi-

cado se hallará donde quisiere. La sutileza será tanta, que no hay aire tan delicado, ni rayo de luz tan sutil, ni voz de hombre, ni cosa alguna de la tierra tan penetrante, que la sutileza del cuerpo glorioso con grandes ventajas no la exceda. Pues, ¿qué diré de la impasibilidad? que es tanta, que á la manera que el rayo del sol no se puede con espada cortar, ni ahogarse en el agua, ni quemarse en el fuego, ni ensuciarse ó mancharse con inmundicia alguna; así el cuerpo glorioso no puede padecer ni recibir lesion ó daño alguno. ¿Qué de la claridad? que sobrepuja á las estrellas de la luna y del mismo sol; y todas las cosas claras y relucientes de acá son oscuridad cotejadas con ella. Esto toca á la gloria de los cuerpos de los bienaventurados. Mas para declarar la excelencia, grandeza, riqueza y hermosura de aquel palacio real y morada perpetua de los santos, seria menester que bajase uno de ellos del cielo, y que como testigo de vista nos la pintase y pusiese delante de los ojos; porque el asiento de esta ciudad es sobre todos los cielos, y la anchura y grandeza de ella excede toda medida. Si hay algunas estrellas que, segun los astrólogos, son mayores sesenta y ochenta veces mas que toda la tierra, ¿qué tan grande será aquel cielo que abraza á todas las estrellas y todos los cielos? No hay grandeza en el mundo que con esta se pueda comparar: y por esto el profeta Baruch, admirado de esta grandeza, atónito y como fuera de sí, exclamó y dijo: «O Israel, ¡cuán grande es la casa de Dios é inmenso el lugar de su trono y asiento! Grande es y no tiene término: excelso es é inmenso.» Pues si preguntas por las labores de su edificio, no hay lengua que lo pueda explicar; porque si esto que parece por defuera á los ojos mortales es tan hermoso, ¿qué será lo que allá está guardado á los ojos inmortales? Y si acá en este mundo visible nos deleita tanto la hermosura de la tierra, la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los rios repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra, y sobre todo la anchura de los mares, poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas; ¿qué será en aquella casa real y en aquel sacro palacio que Dios edificó para solar y gloria de sus escogidos? De este lugar, sobre todas las cosas lindo, admirable y divino, dice san Pedro Damian unas palabras recogidas de diversos y varios lugares de san Agustin, que quiero poner aquí. «Quién (dice) podrá explicar la alegría de aquella patria soberana, donde los edificios son todos de piedras preciosas y vivas, y los tejados están cubiertos de oro purísimo, y las salas resplandecientes con maravillosa claridad, y toda la obra es de piedra de inestimable valor, y las calles de esta ciudad son enlosadas de oro mas puro que el cristal, sin polvo, ni lodo, ni inmundicia alguna: en donde la aspereza del invierno y el ardor de estío no tienen lugar; ántes las flores y rosas que no se marchitan hacen una perpetua primavera: allí blanquean las azucenas y brotan mil fuentes de bálsamo: los prados están siempre verdes, y los sembrados hermosos, y corren rios de miel en grande abundancia, y los ungüentos suavísimos y aromáticos echan de sí muy olorosa y divina fragancia; allí las manzanas lindísimas están colgadas en aquellos bosques floridos para siempre. En aquella ciudad no hay variedad en la claridad de la luna, del sol y de las estrellas; porque el Cordero es el que la alumbra sin jamás esconderse, y por eso no hay noche ni sucesion de tiempo, sino un dia constante y perpetuo y cada uno de los santos resplandece como un sol.» Hasta aquí son palabras de san Pedro Damian: las cuales se han de entender nó como suenan materialmente, sino por otra manera mas alta, barruntando y sacando por estas cosas que nosotros conocemos, y en que acá nos deleitamos, cuánto mas espirituales y excelentes son las de allá.

Pues ¿qué diré de los ciudadanos de esta ciudad, de su muchedumbre, de su nobleza, de su buena condicion y de la caridad y concordia que tienen entre sí? El número es sin número y tan grande, que san Juan en el Apocalipsi dice, que vió en espíritu una innumerable compañía de bienaventurados, que no bastaria nadie para contarlos, la cual habia sido recogida de todo el linaje de gentes y pueblos, y lenguas, y estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas triunfales en las manos cantando á Dios cantares de alabanza: con lo cual concuerda lo que el profeta Daniel significa de este sagrado número, diciendo en el cap. 7: «Millares de millares servian al Señor de la Majestad, y diez veces cien mil millares asistian delante de él: y con ser tantos no hay entre ellos confusion; ántes cuanto es mayor el número, tanto es mayor el órden y armonía; porque cada uno con maravilloso concierto está en su lugar y gloria segun su merecimiento. Pues ¿qué diré de la nobleza de estos ciudadanos del cielo, siendo (como son) todos reyes é hijos de Dios? ¿Que de su condicion suavísima, de su union y concordia entre sí? Todos ellos son una ánima y un corazon; y así viven en tanta paz, que la misma ciudad tiene por nombre Jerusalen, que quiere decir «vision de paz.» Allí la virtud de la caridad, á la cual pertenece hacer todas las cosas comunes, está en toda su perfeccion, y todos los santos mas unidos entre sí que los miembros de un mismo cuerpo; porque todos participan un mismo espíritu que les da un mismo ser, y una bienaventurada vida. Pues siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un bienaventurado de la gloria de todos los otros; pues á cada uno de ellos ama como á sí mismo? Porque (como dice san Gregorio) aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno toda; porque de los goces de todos recibe cada uno tan grande alegría como si él mismo los poseyese: y (como dice san Agustin) si en el corazon del hombre apenas puede caber el gozo que tiene de su solo bien; ¿cómo cabrá en el la inmensidad de tantos y tan grandes gozos que tendrá del número casi infinito de los bienaventurados? Porque cierto es, que cuanto el hombre ama á otro, tanto se goza de su bien. Si supiésemos que un gran santo ha bajado del cielo como un san Pedro ó san Pablo, san Juan Bautista ó san Juan evangelista, ú otro cualquiera de aquellos grandes príncipes de la córte celestial, y que está entre nosotros, y que por algun rato le podíamos hablar y tratar familiarmente; ¿quien no se desembarazaria de todos los otros negocios para verle y para oirle y comunicar sus cosas con él? Y si la que hubiese bajado fuese la Reina de todos los ángeles y todos los santos nuestra Señora la Vírgen María; ¿con cuánta mayor devocion y cuidado nos daríamos priesa para gozar de su gloriosa vista, y aunque fuese por breve tiempo, recrearnos con su presencia? Pues ¿qué júbilo, qué gozo y qué alegría debe tener una alma que puede tratar nó con un bienaventurado, sino con todos los santos que están en el cielo, nó por una hora ni por breve tiempo, sino por toda la eter-

nidad y conversar con ellos como con compañeros, como con hermanos, con amigos y miembros unidos de un mismo cuerpo con tan estrecha caridad? ¿Qué será gozar de los mas altos espíritus y mas allegados á Dios, que son los serafines, y de la caridad de su contemplacion, y del ardor ferventísimo de su amor? ¿Qué de los querubines donde están encerrados los tesoros de la sabiduría de Dios? ¿Qué de los tronos y dominaciones, y de todos los otros coros de los ángeles? ¿Qué de los santos patriarcas? ¿Qué de los profetas? ¿Qué del colegio de los doce apóstoles, que son los doce fundamentos y las doce puertas de aquella santa ciudad? ¿Qué de aquel ejército glorioso de los mártires, vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos y con las insignias de sus victorias y triunfos? ¿Qué de aquella escuela de sapientísimos doctores, de perfectísimos prelados, de humildes y penitentes confesores, y de aquel coro mas blanco que la nieve de vírgenes purísimas, y de la bienaventurada compañía de las viudas y casadas y continentes? ¿Y finalmente de toda aquella muchedumbre de todas las almas escogidas de Dios, que desde el principio hasta el fin del mundo en cualquier estado, condicion y edad ha habido? Pues ¿qué será ver en su trono á la serenísima Reina de los ángeles, que solo ella hace coro por sí; porque no tiene par ni semejante? ¿Qué ver la santísima humanidad de Jesucristo, que preside sobre todos como rey y cabeza, y príncipe universal de todos los santos, y está sentado á la diestra de la majestad de Dios en las alturas? ¿Qué será sobre todo eso ver las fiestas y triunfos que cada dia se celebran con los nuevos hermanos, que vencido ya el mundo y acabado el curso de su peregrinacion, entran á ser coronados con ellos? ¡O qué gozo se recibe de ver restaurarse aquellas sillas y edificarse aquella ciudad, y repararse los muros de aquella noble Jerusalen? ¡Con cuán alegres brazos los recibe toda aquella córte del cielo, viéndolos venir cargados de los despojos del enemigo vencido! ¡Oh cuán dulcemente sabe entonces el fruto de la virtud, aunque en algun tiempo amargas sus raices! Dulce es la sombra despues del resistero del medio dia: dulce la fuente al caminante cansado: dulce el sueño y reposo al que mucho ha trabajado; pero mas dulce á los santos la paz despues del peligro, y el descanso perdurable despues de la fatiga de los trabajos de esta vida, como bien dice el P. Fr. Luis de Granada.

Pero ¿qué es todo esto que decimos, ó todo lo que podemos decir, con nuestra lengua de carne y tartamuda, de la gloria de los santos y de aquel sumo bien que solo los que le poseen le conocen? El cual mas es para ser considerado y contemplado con atenta y continua meditacion, que no escrito; porque á las almas nobles y generosas ninguna cosa las enciende mas al menosprecio de la tierra y al aprecio y deseo del cielo, que la consideracion de lo que hay en él, y Dios ha aparejado para los que de veras le aman.

Para rastrear algo de esto, se puede tomar uno de tres caminos. El primero considerando la grandeza, el poder, existencia y riquezas infinitas del Rey soberano, y que aquella es su córte y palacio real, fabricado para manifestar su gloria en él, y honrar á todos sus escogidos, y galardonar los servicios que de ellos ha recibido: porque si la medida de la grandeza y majestad de los reyes debe ser el resplandor de su gloria y de su córte; siendo Dios todopoderoso, y el que con sola una palabra crió esta máquina tan admirable del mundo, y con otra sola la puede destruir; ¿qué tan grande pensamos que será la fiesta y el convite que tiene aparejado para manifestar su grandeza? ¿Qué tal será la obra en que concurren la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad del Espíritu santo? ¿Donde la bondad quiere, la sabiduría ordena y la omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita bondad, y ordena el infinito saber, aunque todo esto sea uno en todas las divinas personas? Si la casa y la córte del rey Salamon de tal manera admiró y robó el corazon de la reina Sabá, que casi la sacó de sí, y la hizo perder los pulsos; ¿qué será el palacio y córte del verdadero y pacífico Salamon, en cuyo muslo está escrito: «Rey de los reyes y Señor de los señores?» Y si el rey Asuero celebró aquel solemnísimo convite en la ciudad de Susa con tanta opulencia y grandeza para descubrir por este medio á todos sus reinos, sus riquezas, tesoros y poder; ¿cuánto mas aventajado será aquel banquete real y divino que nuestro Dios, nó por espacio de ciento y ochenta dias, como Asuero, sino de toda la eternidad, hace, para manifestar en él la inmensidad de sus riquezas, de su largueza, de su sabiduría, de su bondad, y juntamente para glorificar en el cielo á los que le honraron en la tierra? Porque si aun acá en esta vida, que no es propia de galardon sino de trabajo, honra Dios tanto á sus santos; ¿qué tal será la gloria que él tiene deputada para honrarlos y para ser honrado en ellos, y para pagar los servicios que le hicieron? Porque Dios en todas las cosas ha de ser Dios: Dios en honrar á los santos: Dios en pagar; y Dios en todo lo demás; y así la paga que da, es el mismo Dios: porque no hay otra que sea digna de los trabajos que con su gracia tomaron los santos por su servicio.

Y si la magnificencia del Señor es tan copiosa, que ha dado tantas diferencias de cosas indiferentemente á los justos é injustos; ¿qué bienes tendrá guardados para solo los justos? Quien tan graciosamente dió á todos la comun posesion de este mundo sin deberlo; ¿qué tesoros dará á quien los tuviere debidos? Quien tan liberal es en hacer mercedes; ¿cuánto mas lo será en pagar servicios? Y si en esta cárcel provee á todos con tanta abundancia; ¿qué hará con sus escogidos en su palacio real? Y si en este dia de lágrimas tanto nos consuela; ¿qué hará en el dia regocijado de las bodas? espiritualmente considerado lo que esta gloria cuesta al hombre, y mucho mas lo que costó á Dios; porque al hombre le cuesta todo cuanto tiene: cuéstale llevar perpetuamente su cruz, abnegar su voluntad, y mortificar los apetitos de su carne, hacer divorcio con todos los gustos y deleites contrarios á la ley de Dios, y ofrecérsele en sacrificios y holocausto.

Y con hacer el hombre de su parte todo cuanto puede, dice Dios, que le da la gloria de balde; y así dice por san Juan: «Yo soy principio y fin de las cosas: yo daré al que tuviere sed á beber agua de vida de balde.» Pues ¿qué bien será aquel, por el cual tanto nos pide Dios, y despues de todo esto dado, dice, que nos lo da de balde? ¿Qué bien será el que compró san Juan Bautista con tan larga y áspera penitencia de toda la vida, y con su muerte, dando su cabeza por predicar la verdad? ¿El bien que compró san Pedro con su cruz, san Pablo con su sangre,

é innumerables mártires (de los cuales unos fueron apedreados, otros aserrados, otras asados, otros desollados, y todos cuelísimamente consumidos y acabados) con exquisitos y atrocísimos géneros de tormentos y muertes; si despues de haber padecido lo que padecieron se les dió este bien de balde? Porque, mirando lo que nuestras obras por sí valen, y nó por el valor que tienen por parte de la gracia, no pueden llegar á merecerlo: y porque es tan grande y tan inmenso, que por mucho que se dé por él de nuestra parte, parece que el que lo compra lo lleve de balde. Pero aun mucho mas se echa de ver la grandeza de la gloria de los santos por el precio que, para dársela, quiso Dios, que es la sangre y muerte de su bendito Hijo: de manera que por la muerte de Dios se da al hombre vida de Dios: por las tristezas de Dios, alegría de Dios; y por haber estado Dios desnudo entre dos ladrones en una cruz, se da al hombre que esté vestido de gloria entre los coros de los ángeles. ¿Pues qué bien será el que se compró con un precio tan precioso é inestimable? ¿Y qué gloria la que se compró con la ignominia de la cruz del unigénito Hijo de Dios? No hay cosa que así nos declare la grandeza de aquel sumo é infinito bien, como el precio infinito que por él se dió: por lo cual nuestras obras (que de su cosecha no tienen valor) le cobran y merecen la vida eterna. Y esta es la primera manera de estimar su grandeza é inmensidad.

Otra manera es por los males que en esta vida padecemos: los cuales y todos los otros que se pueden imaginar, están desterrados de aquella bienaventurada y gloriosa eternidad. Las miserias y calamidades de esta vida, frágil y mortal, son tan grandes y tan sin cuento, que ellas mismas nos predican la felicidad y la gloria de la otra que esperamos. La pobreza, la enfermedad, la tristeza, la infamia, la muerte, el dolor, los agravios, injusticias, peligros, desastres, y finalmente el diluvio de desventuras y miserias que por todas partes nos cercan, no son sino unos despertadores, y como unas voces del cielo que nos avisan que no es esta nuestra patria, sino lugar de destierro, valle de lágrimas y cárcel oscura y penosa, en que vivimos; ó por mejor decir, cada dia morimos hasta que lleguemos á aquella verdadera vida que es vida vital: porque de esta vida presente dice el glorioso padre san Agustin estas palabras: «Mucho me cansa, Señor, esta vida, y me angustia esta prolija y triste peregrinacion. Mas ¿por qué la llamo yo vida y nó muerte; pues es vida falsa y muerte verdadera? Esta vida es vida miserable, vida frágil, vida incierta, trabajosa, inmunda, señora de pecadores y reina de los soberbios, llena de afanes y de engaños, y que mas se puede llamar muerte que vida; pues cada momento morimos, y con los acaecimientos varios de esta nuestra mutabilidad cada hora nos acabamos con diversos linajes de muerte. ¿Cómo podemos llamar vida á esta que vivimos; pues los humores la alteran, los dolores la enflaquecen, los calores la secan, el aire la inficiona, el manjar la corrompe, el ayuno la fatiga, los placeres la trastornan, los pesares la consumen, el cuidado la ahoga, la seguridad la destruye, las riquezas la levantan, la pobreza la derriba, la juventud la desvanece, la vejez la aflige, la enfermedad la quebranta, la tristeza la acaba, y á todos estos males sucede la muerte furiosa por remate y fin de todos los contentos de esta frágil y miserable vida; de manera, que cuando se acaba, parece que no ha sido? Esta tal vida, muerte viva se puede llamar, ó vida mortal. ¡O vida que el Señor ha aparejado á los que le aman, vida vital, vida bienaventurada, vida segura, vida tranquila, vida hermosa, vida limpia, vida casta, vida santa, vida que no sabe que es muerte ni tristeza, vida sin mancilla, sin dolor, sin congoja y corrupcion, sin turbacion, sin variedad y mudanzas, vida llena de lindeza y majestad: donde no hay enemigo que persiga, ni flaqueza de carne que ablande, sin algun temor, y un dia eterno, y uno el espíritu de todos: en donde Dios cara á cara se ve, y con este suavísimo manjar de vida el alma se harta sin hastío!» Hasta aquí son palabras de san Agustin. De suerte que todos los males y molestias de esta vida nos deben ser motivos y estímulos para desear la otra, y anhelar á ella como á puerto seguro, adonde no llegan las alteraciones y tormentas de este mar tempestuoso, ni las miserias que en él tanto nos fatigan: y así los mismos males cuando los padecemos, nos deben consolar con la esperanza que se acabarán presto, y que sufridos con paciencia nos llevarán al lugar del descanso y alegría, donde no hay rastro ni memoria de aquellos ni de otros algunos.

Y no solamente los males que sufrimos, sino tambien los bienes de que gozamos en esta vida nos pueden ser incentivo para levantar el corazon á nuestra patria, y para conjeturar algo de la gloria y felicidad de los santos: y este es el tercer modo de que podemos usar, para considerarla y entender algo de ella: porque así como san Dionisio Arcopagita y los sagrados teólogos enseñan que hay dos maneras para conocer á Dios, una afirmativa que afirma y confiesa, que todas las perfecciones de todas las criaturas están juntas con infinita eminencia y ventaja en el Criador; y otra negativa, que niega todas las perfecciones de Dios, y nó de la manera que nosotros las concebimos, y se las atribuimos, sino por otra manera mas alta, y muy diferente de lo que todos los entendimientos pueden alcanzar; así de la gloria de los bienaventurados, por una parte habemos de apartar y negar todo mal, y confesar que no le hay ni lo puede haber en ella; y por otra atribuirla todo el bien que se puede imaginar ó desear: y así cuando el hombre está contento y se goza de tener vida, salud, fuerzas, hermosura, nobleza, cargos, estados, dignidades: cuando se deleita en la vista de cosas amenas y lindas, en oir músicas concertadas y de excelentes voces, en oler cosas olorosas y suaves, en gustar las dulces y sabrosas, en tocar las blandas y delicadas: y mucho mas cuando el entendimiento se alegra por la especulacion y conocimiento de aquella verdad, y la voluntad por el amor y cumplimiento de su deseo en alcanzar algun gran bien; de su mismo contento puede sacar el contento que tendrá en el cielo, donde todos los contentos están juntos y amontonados en uno, y todas las cosas que acá nos lo dan, sin comparacion y con infinitas ventajas allá son mas perfectas y mas excelentes y divinas: porque aquella vida es una vida sobre toda vida: una luz sobre toda luz, que no ven nuestro ojos: una hermosura sobre toda hermosura, que no alcanzan nuestros entendimientos; y una suavidad que sobrepuja toda suavidad, que no alcanzan nuestros sentidos: y por esto todas las cosas que nosotros podemos entender, pensar ó imaginar de aquella incomparable gloria ó bienaventuranza de los santos, son tan cortas y tan rateras y semejantes á las de acá, que con ver-

dan mas se las debemos negar que atribuir: á la manera que san Dionisio, y aun el filósofo Platon, hablando de las perfecciones divinas, dicen que Dios no es bueno sino sobre bueno, que no es poderoso, sino sobre poderoso, que no es sabio, sino sobre sabio; á este modo nosotros, cuando por las cosas hermosas que vemos, se levantare nuestro corazon á contemplar la hermosura de la córte del cielo entendamos que no es hermosa, sino sobre hermosa, que no es resplandeciente, sino sobre resplandeciente; y lo mismo debemos hacer en todas las cosas en que nos deleitamos, para hacer diferencia del gusto del cielo al de la tierra. Y para resumir en pocas palabras á nuestro modo de entender la gloria de los santos, hagamos cuenta que un hombre de muy lindo entendimiento, y de afecto compuesto y moderado se pusiese atentamente á trazar una vida quieta, sosegada, apacible, deleitable y llena de todos los bienes que se pueden desear, y exenta de todos los males que la pueden inquietar y turbar: si al paso que este hombre va trazando esta vida bienaventurada, ella se fuese haciendo, y Dios se la fuese dando sin faltar punto de lo que él va imaginando y desea, especialmente si supiese que aquella vida para siempre le ha de durar en un mismo tenor, sin alteracion ni disminucion, ni mengua, ni temor de perderla; ¡qué felicidad tendria este hombre, qué gozo, qué deleite, qué alegría! Pues infinitamente es mayor que este bien, el que tiene cada uno de los santos en el cielo: porque la traza de este bien y de su gloria, no la hizo hombre mortal, frágil y finito, que en su dibujo y modelo se puede engañar, sino el mismo Dios, que es sabiduría infalible, y el objeto de su bienaventuranza, y el que la ordenó ante todos los siglos, y quiso ser el donador y el don, el galardonador y el galardon, el que corona y la corona de todos sus escogidos: y, como dice san Anselmo, el que mereciere reinar con Dios, todo lo que quisiere, será en el cielo y en la tierra: y todo lo que no quisiere, no será en la tierra, ni en el cielo; porque la gloria no es otra cosa, sino un perfectísimo cumplimiento de la voluntad del justo, y un gozo de todos los gozos, y un gusto de todos los gustos, y un bien de todos los bienes sin mezcla de algun mal, y con seguridad que durará por toda la eternidad; y esta seguridad es la cuarta cosa que arriba dijimos que pertenece á la gloria accidental de los santos, y sola ella basta para robar nuestros corazones é inflamarlos en el amor de tan gran bien que sabemos que jamás se acabará, ni se puede acabar, como se acaban todos los de la tierra: los cuales á mas de ser frágiles, caducos, falsos, engañosos y muchas veces torpes y sucios; por mucho que duren, no pueden durar mas que la misma vida, que es tan breve y momentánea.

Pues si tales y tan grandes bienes promete Dios en premio de la virtud; ¿cuál es el ciego y desatinado que no se entregue á ella con esperanza de tan grande galardon? «¿En qué te andas (dice el P. Fr. Luis de Granada) ó hombre miserable, por la tierra de Egipto, buscando pajas y bebiendo en todos los charquillos de agua turbia, dejando aquella vena de felicidad, y fuente de aguas vivas? ¿Por qué andas mendigando y buscando á pedazos, lo que hallarás recogido y aventajado en este todo? Si deleites deseas, levanta tu corazon, y considera cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí los deleites de todos los bienes. Si te agrada esta vida criada; ¿cuánto mas aquella que todo lo crió? Si te agrada la salud hecha, ¿cuánto mas aquella que todo lo hizo? Si es dulce el conocimiento de todas las criaturas, ¿cuánto mas el mismo Criador? Si te deleita la hermosura, él es, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan. Si el linaje y la nobleza; él es el primer origen y solar de la nobleza. Si larga vida y santidad; allí hay santidad y longura de dias. Si hartura y abundancia; allí está la suma de todos los bienes. Si música y melodía; allí cantan los ángeles, y suenan dulcemente los órganos de los santos de la ciudad de Dios. Si te deleitan las amistades y la buena compañía; allí está la de todos los escogidos hechos un ánima y un corazon. Si honras y riquezas; gloria y riquezas hay en la casa del Señor. Finalmente, si deseas carecer de todo género de trabajos y penas; allí es, donde está la libertad y exencion de todas ellas.» Todo esto es de este autor. «Ciertamente (dice el padre san Agustin) si nos fuése necesario padecer cada dia tormentos, y sufrir por algun tiempo las penas del infierno para ver al Señor en su gloria, y gozar de la compañía de sus escogidos, sería bien empleado pasar todo esto, para gozar de tanto bien:» y añade mas: «Si por esto son menester trabajos, desde aquí os llamo á todos los trabajos del mundo, que vengais sobre mí. Lluevan sobre mí dolores: fatíguenme enfermedades; aflíjanme tribulaciones: persígame uno: inquiéteme otro: conjúrense contra mí todas las criaturas: sea yo hecho oprobio de los hombres, y desecho del mundo: desfallezca en dolores mi vida, mis años en gemidos, con tal que despues de esto venga yo á descansar en el dia de la tribulacion, y merezca subir en aquel pueblo guarnecido y hermoseado con tanta gloria.» Todo esto es de san Agustin, que habla como quien tan bien entiende la brevedad y sueño de todas las cosas prósperas y adversas de esta vida, y la eternidad y firmeza de la que esperamos. Pues esta sola consideracion (aunque faltasen todas las otras, que son tantas y tan eficaces) deberia bastar, para dar (con la gracia del Señor) de mano á todos los vicios y abrazarnos con la virtud, y para romper las cadenas de nuestros apetitos desordenados, que nos tienen tan aprisionados y cautivos, y resistir á todos los combates de Satanás, á las blanduras de la carne, á los engaños y asaltos del mundo, á imitar á los innumerables y bienaventurados cortesanos del cielo, que con tanto espíritu, valor y constancia nos abrieron el camino, y fueron delante de nosotros, y desde aquellas sillas reales nos convidan para que los sigamos, y nos muestran sus coronas y ayudan con sus oraciones. Para esto se celebra hoy la fiesta de Todos los Santos: para esto se nos representa la gloria que ellos poseen, sus victorias y coronas, sus trofeos y triunfos. Saludémoslos á todos juntos, y cada uno por su nombre, y pidámosles el sufragio de su oracion: saludemos tambien á nuestra dulce patria, como peregrinos que andamos desterrados de ella: enviémosle con los ojos el corazon, y digamos: ¡O dulce patria! ¡O tierra de los vivientes! Dios te salve, puerto seguro, refugio de las almas acosadas, paraíso de deleites, reino de Dios, casa de bendicion, palacio del rey soberano, córte de inmensa majestad, jardin de flores eternas, plaza de todos los bienes, premio de todos los justos, centro y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, bienaventuranza nuestra, por quien suspiramos y damos gemidos y pelecamos. Y vosotros, santos bienaventurados y gloriosos, volved vuestros piadosos ojos sobre estos

vuestros pobrecitos siervos y miserables hermanos; y desde vuestro triunfal palacio, mirad este triste valle de lágrimas en que vivimos. Peleado habeis y sufrido grandes batallas, y salido de ellas con victoria; pues ayudad á los que ahora peleamos, para ser con vosotros vencedores. En el puerto estais; no desampareis á los que al presente nos hallamos en las tormentas y peligros en que vosotros muchas veces os hallásteis. Estais en la patria y gozais de Dios: socorred á los que todavía estamos desterrados y vamos peregrinando, para llegar á esa eterna morada. Ya teneis vuestra cosecha llena, colmada y abundante: favoreced á los que ahora siembran con lágrimas, para recoger con alegría. Carne nuestra sois y huesos de nuestros huesos: probado habeis nuestra flaqueza, y el poder, astucia y braveza del comun enemigo; pues apiadaos de nosotros, y suplicad al comun Señor que nos dé gracia para pelear con él de tal manera, que merezcamos llegar á ese puerto de tranquilidad y dulcísima patria nuestra, y recibir la corona y el copiosísimo fruto de nuestros pequeños trabajos. De la dedicacion de esta fiesta de Todos los Santos, hacen mencion el Martirologio romano y todos los demás, y de ella hay algunos sermones, con nombre de san Bernardo, y de Pedro Damian. De la gloria de los santos, escriben muchos autores, y especialmente el P. Fr. Luis de Granada en diversos lugares de sus obras, y trata esta materia con el espíritu, doctrina y elocuencia que suele las demás.

Los santos Cesario y Julian, mártires.—La barbarie habia introducido en Terracina ciudad de Italia, la impía costumbre de sacrificar á Apolo, divinidad tutelar de aquella ciudad un jóven que hacia voluntariamente el sacrificio de su vida. Algun tiempo ántes los conciudadanos le obsequiaban mucho, y adornado despues con magnificencia, hacia de este modo un sacrificio al Dios, precipitándose despues al mar donde era tragado por las olas. En ocasion en que se celebraba una de estas ceremonias tan horrorosas, llegó Cesario de África en Terracina y lleno de fé y celo, condenó abiertamente una tan abominable supersticion. Luego fué mandado prender por el sacerdote del ídolo, y entregado al gobernador. Muchos dias estuvo en la cárcel, y despues metido en un saco junto con el presbítero Julian, fueron arrojados al mar. El año 300 y reinando Diocleciano se ejecutó la mencionada sentencia.

San Benigno, mártir.—Fué discípulo de san Policarpo, obispo de Esmirna, quien lo envió á las Galias á predicar el Evangelio. Primeramente ejercitó su zelo en Autun, donde bautizó á Fausto, padre de san Sinforiano; despues pasó á Langres y de aquí se dirigió á Dijon. Parece que san Policarpo le habia conferido ántes el sacerdocio. Sus trabajos apostólicos produjeron en todas partes excelentes resultados; pero le costaron tambien el sacrificio de su vida. Dícese que fué descoyuntado por medio de poleas; azotado con látigos; sus uñas taladradas con lesnas; le sellaron los piés con plomo derretido; y que al fin lo encerraron con unos perros rabiosos, donde golpeándole el cuello con unas barras de hierro, y atravesándole con una lanza, entregó su espíritu á Dios. Su martirio sucedió en el siglo II.

Santa María, mártir.—Era esclava de un tal Tertulio, senador romano. Desde su infancia era cristiana, siendo la única en la casa, que conocia el Evangelio. Los dias que consagraban los paganos á sus fiestas, los santificaba principalmente con el ayuno. Sus prácticas devotas le acarrearon la aversion de su señora; pero su exactitud y fidelidad en cumplir con sus deberes hicieron que su dueño la defendiese y la quisiese. La persecucion de Diocleciano estaba entonces en todo su auge. Tertulio procuró por medios suaves hacer conocer á María el peligro que corria sino obedecia al mandato de adorar á los dioses; y viendo que nada adelantaba con sus amenazas, la hizo azotar cruelmente para ver si de este modo se evitaba el que su esclava fuese delatada al prefecto y perdida. Despues de esto la hizo encerrar en una oscura cárcel, donde permaneció treinta dias sin tomar mas alimento que el preciso para no morir de hambre. Entre tanto llegó á noticia del juez esta ocurrencia, y llamó á su tribunal á María. En el interrogatorio contestó la santa con modestia, pero con entereza; y el pueblo que se hallaba presente, pidió su sangre. El juez mandó entonces que fuese entregada á los verdugos, los cuales la atormentaron tan inhumanamente, que el mismo pueblo que poco ántes exigia su muerte, no pudo contemplar aquel horrible espectáculo, y pidió á grandes gritos que se le pusiese término. Suspendióse la tortura, y María quedó bajo la custodia de un soldado; pero alarmada luego su pureza con aquel peligro, procuró escaparse, y fué á esconderse entre unas rocas, donde despues acabó su vida el año 302.

San Dacio, san Cesáreo y cinco compañeros, mártires.—Eran de Damasco, en cuya ciudad derramaron su sangre por la fé con un glorioso martirio, durante la persecucion del emperador Decio, á mediados del siglo III.

Los santos Juan y Santiago, mártires.—Juan era obispo, y Santiago presbítero de una ciudad de Persia, y por haber apartado á muchos de la supersticiosa adoracion del Sol con sus predicaciones y santos ejemplos, fueron presos por órden del rey Sapor, y despues de sufrir varios tormentos, los degollaron. Su martirio fué en el siglo IV.

Santa Cirenia y santa Juliana, mártires.—Durante la persecucion de Maximiano, fué Cirenia presa por órden del prefecto de Cilicia, y no habiendo querido renunciar á su religion y adorar los dioses del paganismo, le rasuraron la cabeza y la montaron en un asno. En esta humillante posicion la pasearon por toda la ciudad de Tarsis, seguida de una turba de muchachos que la insultaban y golpeaban, y de algunos bufones y soldados que se mofaban de ella. Habiéndola desnudado en medio de la plaza, se puso en oracion, y el Señor cubrió milagrosamente su desnudez. Despues de haberla hecho sufrir tantas indignidades, la echaron en un horno encendido en compañía de Juliana, piadosa y santa mujer de la misma ciudad; y ambas consiguieron en la hoguera la gloriosa palma del martirio.

San Austremonio, obispo.—Fué uno de los ilustres misioneros que llegaron á las Galias á mediados del siglo III. Fundó y fué el primer obispo de Auvernia, cuya silla se trasladó despues á Clermont. Los pormenores de su vida nos son desconocidos, y Galesinio solamente, dice que fué mártir. San Gregorio de Tours habla de él en su libro *De gloria confessorum*.

San Marcelo, obispo.—Nació en París, de mediana condicion. Las virtudes que ya le caracterizaron en su infancia fueron la pureza, la modestia, la dulzura, la caridad y

la mortificacion. Su conducta fué siempre la de un santo: no conoció nunca los peligros de la carne, y parecia que nada tenia de comun con el mundo. Su aplicacion y santidad le merecieron ser elevado al sacerdocio, y ya entonces manifestó que el cielo le habia dotado con el don de milagros. Cuando fué elegido obispo de París, desplegó tanto celo y tanta erudicion, que todos admiraron en él uno de los prelados mas cabales que poseyó aquella Iglesia. Dicen que el santo libró á su pais de una terrible serpiente que se albergaba en el sepulcro de una mujer adúltera. Marcelo murió por los primeros años del siglo V, un dia 1 de noviembre.

San Vigor, obispo y confesor.—Natural del Artois, y cristiano desde la cuna, dejó despues su pais, se fué á la Neustria y fijó su residencia en el territorio de Bayeux. Afectado por ver reinar todavía la idolatría en aquellas comarcas, trabajó incesantemente para destruirla, y casi lo logró del todo. Cuando vacó la sede de Bayeux, fué Vigor elegido unánimemente para ocuparla, y su episcopado brilló en toda clase de virtudes. Murió ántes de la mitad del siglo VI, y obró grandes milagros.

San Severino, monge y confesor.—Floreció en Tíboli, dió nuevo esplendor á las virtudes monásticas, y murió santamente en un monasterio de Italia. El venerable Beda, que es el único que habla de él, no nos dice la época de su muerte.

San Amable, confesor.—Nació en Riom, pueblo de Francia. Las eminentes virtudes que practicó en su juventud, le merecieron ser elevado al sacerdocio y estar encargado de la parroquia de su patria. Murió á fines del siglo V, y su sepulcro se hizo célebre, segun dice san Gregorio de Tours, por los muchos milagros que obró el cielo junto á él.

San Maturino, confesor.—Nació en la diócesis de Sens. En su juventud conoció la vanidad de los ídolos y abrazó el cristianismo, y abandonando cuanto poseia en el mundo, quiso solo vivir para Jesucristo. Habiendo sido elevado al sacerdocio, convirtió un gran número de idólatras, entre los cuales tuvo el consuelo de contar á sus padres. Cargado de méritos y de buenas obras, murió poco ántes del año 388. Su cuerpo fué sepultado en Sens, y despues lo trasladaron al pais de Gastinoes.

DIA 2.

La Conmemoracion de los difuntos. — Despues que la santa Iglesia en el dia de ayer celebró la fiesta y solemnidad de Todos los Santos, y cumplió con el debido oficio y obligacion que todos los fieles tenemos de invocarlos y reverenciarlos, hoy extiende y dilata su caridad á todas las almas que en el purgatorio pagan las culpas que en esta vida cometieron, y las ayuda con sus oraciones y sufragios; porque aunque es verdad que siempre en la Iglesia católica ha sido muy recibida la conmemoracion que se hace por los difuntos, como se saca de Tertuliano y de san Gregorio Nacianceno, y se tiene por tradicion apostólica el rogar á Dios por ellos en la misa, como lo afirman muchos santos doctores; mas no habia dia señalado y cierto en toda la Iglesia universal en que se hiciese esta conmemoracion, hasta que despues con autoridad del sumo pontífice se instituyó con la ocasion que aquí referiré. El cardenal Pedro Damian, varon santísimo y doctísimo, escribe en la vida de san Odilon, abad cluniacense (que murió el año del Señor de 1048), que volviendo un religioso de nacion francés, de Jerusalen, llevado de la tempestad, llegó á una isla ó peñasco, donde estaba un santo ermitaño, que le dijo que allí cerca habia grandes llamas de fuego é incendios, donde las almas de los difuntos eran atormentadas, y que él oia muchas veces dar ahullidos á los demonios y quejas; porque con las oraciones y limosnas de los fieles mitigaban las penas que aquellas almas padecian, y se libraban de sus manos: que particularmente se quejaban de Odilon, abad, y de sus monges, por el cuidado y vigilancia con que las favorecian y remediaban: y conjuró á aquel religioso, que pues era francés y sabia el monasterio cluniacense (como él decia) y conocia al abad Odilon, le rogase y le encargase de su parte que perseverase en aquel santo ejercicio, y con sus fervorosas oraciones y continuas limosnas procurase dar refrigerio á las almas de nuestros hermanos que en el purgatorio son atormentadas, para que así creciese el gozo de los bienaventurados en el cielo, y el llanto de los demonios en el infierno. Volvió el religioso á Francia: comunicó lo que habia oido del santo ermitaño con Odilon, abad, y con toda aquella bendita congregacion que él tenia á su cargo; y él dió órden que en todos sus monasterios á los 2 de noviembre, un dia despues de la festividad de Todos los Santos, se hiciese particular conmemoracion de los difuntos, y que con oraciones, limosnas y misas se tuviese especial cuidado de socorrerlos y ayudarlos: y lo que san Odilon instituyó en sus conventos, despues fué recibido y establecido con la autoridad apostólica en toda la Iglesia universal. Pedro Galesino, pronotario apostólico, dice que muchos escriben que el papa Juan, XVI de este nombre, instituyó esta conmemoracion por consejo del mismo san Odilon. Verdad es que Amalario Fortunato, obispo de Trèveris, que vivió casi doscientos años ántes de Odilon, en el libro de los Oficios eclesiásticos, que escribió á Ludovico Pio, emperador; despues del oficio de los Santos pone el de los Difuntos, y dice que lo hace porque muchos pasan de esta vida, que no van luego al cielo, por los cuales se suele hacer aquel oficio; que es señal que ya en su tiempo se hacia, como lo notó el cardenal Baronio. Y esto basta para declarar la institucion de esta Conmemoracion de los difuntos y la ocasion que hubo para hacerla.

Pero bien es que desenvolvamos mas esta materia, y saquemos á luz y propongamos lo que en esta conmemoracion de los difuntos la santa Iglesia católica, nuestra madre, nos manda creer acerca de las almas del purgatorio. Dos puntos principales nos enseña: el uno, que hay purgatorio y un lugar donde las almas de los que murieron en gracia de Dios con pecados veniales, ó nó satisfacieron en vida enteramente por los pecados mortales que cometieron, y cuanto á la culpa les fueron perdonados, son atormentadas y purificadas: el otro, que pueden y deben ser socorridas y ayudadas de los fieles con ayunos, limosnas, oraciones y sufragios, para que mas presto alcancen la bienaventuranza y vision de Dios que esperan.

Cuanto á lo primero, se ha de presuponer que hay tres suertes de personas, dejando aparte los niños que mueren sin bautismo, con solo el pecado original: la una es, de los que vivieron en esta vida tan santamente, que nunca cometieron pecado mortal, ó si algunos cometieron, hicieron penitencia de ellos en esta vida, y satisfacieron por ellos

á la justicia del Señor tan cumplidamente, que á la hora de la muerte no tuvieron mas que pagar ni que purgar; y estos, en muriendo, se van derechos al cielo á gozar eternamente de Dios: otros hay que mueren en pecado mortal y en desgracia de Dios, y como rebeldes y enemigos suyos son castigados, y sus almas entregadas á Satanás para ser atormentadas perpetuamente en el infierno: otros hay que ni son tan buenos como los primeros ni tan malos como los segundos, sino que á la hora de la muerte están en gracia del Señor y tienen algunos pecados veniales que se compadecen con ella, que purgar, ó habiendo cometido algunos pecados mortales, que lloraron y les fueron perdonados cuanto á la culpa, no satisfacieron enteramente en esta vida por ellos cuanto á la pena que se debe á cada pecado; y por esto en la otra deben pagar.

Porque, como dice el sagrado evangelista san Juan en su Apocalipsi, hablando de la santa y soberana ciudad de Jerusalen: «Ninguno entrará en ella con suciedad ó mancha de pecado:» y así necesariamente se ha de decir que hay purgatorio, donde, como en un crisol, se afinan las almas y se limpian de todas inmundicias y defectos con que salen de los cuerpos, ántes que entren en el cielo. Esta es fé católica, y decir lo contrario es herejía; porque dejando aparte los otros muchos lugares que para probar esta verdad traen los santos doctores, así del Viejo Testamento como del Nuevo; para nosotros bástanos lo que se escribe haber hecho aquel valeroso y glorioso capitan Judas Macabeo, del cual dice la divina Escritura, que envió doce mil dracmas de plata de limosna por los pecados de los soldados muertos, como quien justa y religiosamente sabia que habia de resucitar: y añade luego el texto sagrado estas palabras: *Sancta, ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut á peccatis solvantur:* Que es santo y saludable el cuidado de rogar á Dios por los difuntos, para que les perdone sus pecados. Y no es ménos fuerte testimonio, para comprobar esta verdad, lo que Cristo nuestro Redentor dijo en san Mateo: *Si quis dixerit verbum in Spiritum sanctum, non remittetur ei, neque in hoc seculo, neque in futuro:* Quiere decir que algunos pecados (que son los que se cometen contra el Espíritu santo) no se perdonan ni en este siglo ni en el futuro: de las cuales palabras necesariamente se sigue (segun la comun exposicion de todos los santos doctores) que algunos pecados se perdonan en la otra vida; y estos son los pecados veniales: porque si ningun pecado en ella se perdonase, las palabras de Cristo serian superfluas y ociosas: lo cual decir es gran blasfemia, y si se perdonan algunos pecados en el siglo advenidero, tambien se perdonarán las penas temporales de los pecados mortales que el hombre, por no haber tenido tiempo y por alguna negligencia venial suya, dejó de pagar en esta vida; porque esta deuda y obligacion no excluye la gracia de Dios, que es el principio de la satisfaccion.

Pruébase tambien esta verdad con los concilios provinciales que se han hecho en varias provincias del mundo, y con los generales y con la costumbre de toda la Iglesia católica, latina y griega. El concilio cartaginense III y IV, que se hicieron en África, contestan esta verdad: en España el bracarense I: en Francia el cabilonense: en Alemania el concilio wormarciense: en Italia el concilio VI, que se celebró siendo Símaco sumo pontífice, y otros muchos concilios confirman lo mismo: y no ménos los ecuménicos y generales de toda la Iglesia universal, como son el lateranense, celebrado en tiempo de Inocencio III, el florentino, y últimamente el de Trento: y todas las misas ó liturgias, la de Santiago el menor y de los santos Basilio, Crisóstomo y Ambrosio: en las cuales se hace oracion particular por las ánimas de los difuntos, la cual no se haria si ellos no estuviesen en el purgatorio, y no tuviesen necesidad de ser ayudados, ó nuestras oraciones y sacrificios no fuesen eficaces para ayudarlos: y siempre se guardó esta santa costumbre en la Iglesia, y lo testifica san Dionisio Areopagita, cuando en el libro de la Jerarquía eclesiástica dice: «La tradicion de rogar por los difuntos ha manado y venido á nosotros de los apóstoles, que fueron nuestros divinos capitanes y maestros:» y el Crisóstomo dice: «No en vano establecieron los apóstoles, que se haga conmemoracion de los finados, cuando celebramos los sacrosantos misterios:» y san Agustin lo confirma diciendo: «Toda la Iglesia guarda lo que ha recibido de sus santos Padres; y ahora cuando ofrece el santo sacrificio de la misa por las almas de los difuntos que murieron en la comunion de la Iglesia.» Lo mismo enseñan san Damasceno y san Isidoro, Rábano Mauro, arzobispo de Maguncia y otros muchos, que atribuyen esta tradicion y uso de la Iglesia á los santos apóstoles. Y no solamente ha usado esto la Iglesia despues de sepultado el cuerpo del difunto, sino tambien ántes de ponerle en la sepultura, como se ve en san Dionisio Areopagita, y lo trae Durando en el libro de los Ritos de la Iglesia; y en lo que escribe Eusebio en la Vida de Constantino. Y san Agustin, hablando de su santa madre, dice que ofreció por ella el sacrificio de nuestra redencion, estando el cuerpo junto á la sepultura, como se suele hacer: y san Bernardo dice otro tanto de san Malaquías. Para ejercitar este piadoso oficio, no solamente estaba señalado el dia del entierro y del cabo del año, sino otros, como se ve en las Historias eclesiásticas y en los ejemplos de los santos: los cuales todos, griegos y latinos, con el mismo espíritu y con la misma luz del cielo, y como si hablasen por una boca, nos enseñan esta verdad; y yo dejo de traer sus palabras por evitar prolijidad: véalas el que quisiere, en los que escriben de esta materia, y especialmente en el cardenal Belarmino, que la trata mas copiosamente y con grande erudicion.

Tambien es gran testimonio de esta verdad las revelaciones auténticas y verdaderas que los santos han tenido de las almas del purgatorio, y las veces que ellas han aparecido y mostrádose á los fieles pidiendo su favor. San Gregorio Magno escribe haber aparecido el alma de Pascasio á san Germano, y testificádole que habia sido librado de las penas del purgatorio por sus oraciones. Siendo el mismo san Gregorio abad de su monasterio, un monge suyo llamado Justo, ya difunto, apareció á otro monge que se llamaba Caproso, y le avisó que habia sido librado de los tormentos del purgatorio por las treinta misas que Precioso, prepósito del monasterio, por órden de san Gregorio habia dicho por su alma, como se refiere en su vida. San Gregorio Turonense escribe de una santa doncella, llamada Vitaliana, que apareció á san Martin, y le dijo, que estaba en el purgatorio por un pecado venial que habia cometido, y que fué librada por las oraciones del santo. Pedro Damian escribe que san Severino apareció á un clérigo, y le dijo que habia estado en el purgatorio, por no haber dicho el oficio divino á sus horas; y que despues

Dios le habia librado y llevado á la compañía de los bienaventurados. San Bernardo escribe que san Malaquías libró á una hermana suya de las penas del purgatorio con sus oraciones; y que la misma hermana se le habia aparecido, pidiéndole aquel socorro y favor: y el mismo san Bernardo libró por su intercesion á otro que habia padecido un año entero las penas del purgatorio, como lo escribe en su vida Guillermo, abad. San Remberto, arzobispo bremense, ayunando cuarenta dias por un presbítero llamado Arnulfo, le libró del purgatorio, y el mismo Arnulfo se le apareció y le hizo gracias por ello, como lo refiere Surio en su vida. Santo Tomás de Aquino, estando en oracion, le apareció una hermana suya religiosa, y difunta, y le dijo como estaba en el purgatorio; y despues le tornó á aparecer, haciéndole gracias por el beneficio que por medio de sus ayunos, oraciones y misas habia recibido, y por la gloria que ya tenia en el cielo: y otra vez estando en Nápoles, le apareció Fr. Roman, y supo de él que ya estaba en el cielo, despues de haber purgado en el purgatorio el descuido que habia tenido en la ejecucion de cierto testamento, como lo escribimos en su vida. Y para dejar los otros ejemplos, por ser muchos, y bastar los que aquí habemos referido para comprobar esta verdad, concluyamos esta materia con referir lo que sucedió á Benedicto VIII sumo pontífice: el cual, siendo ya difunto, apareció á san Odilon, abad (de quien hablamos arriba), resplandeciente y hermoso, y le hizo gracias con profunda reverencia, confesando que por sus oraciones, y las de sus frailes, Dios le habia hecho merced de sacarle de la cárcel del purgatorio, y colocarle en el cielo entre sus escogidos. Pero hase de advertir que aunque estas apariciones de las almas del purgatorio, que aquí habemos referido, y otras semejantes, por ser escritas de autores graves y santos, se deben tener por verdaderas, y que nuestro Señor quiere en ellas enseñarnos las horribles penas que las almas padecen, y movernos para que las ayudemos, y para que procuremos satisfacer en esta vida lo que por nuestras culpas debemos, y no librarlo á la otra, donde se paga con tanto rigor; mas que debemos usar de gran cautela en estas cosas: porque muchas veces no son verdaderas las apariciones de las almas, sino de nuestra flaca cabeza, é ilusiones del demonio, que nos inquieta y engaña, dándonos á entender que vemos lo que no vemos, y que ya somos santos, y tenemos visiones y revelaciones de Dios, para que nos desvanezcamos, y nos descuidemos de nuestro aprovechamiento: y tambien algunas veces puede ser artificio del demonio, que se aparece en figura del alma de algun gran pecador que está en el infierno, y finge que pide el favor de nuestras oraciones, para que creyendo la gente que aquel hombre, habiendo sido tan malo, está en el purgatorio y no se condenó, se descuide en la virtud, y suelte la rienda á la maldad, pensando que pues el otro, que fué tan perverso y desalmado, no se ahogó en el abismo de sus maldades; tambien él podrá llegar á puerto de salvacion: y por este y otros peligros que hay en semejantes visiones, debemos usar de mucha prudencia y recato, no apeteciéndolas con vana curiosidad, y si vinieren, desechándolas con humildad, y examinando y probando los espíritus, si son de Dios, como dice san Juan, con consejo y parecer de los hombres verdaderamente espirituales y prudentes.

Supuesta, pues, la verdad católica que hay purgatorio, como habemos declarado, bien es que digamos para cumplimiento del primer punto que propusimos, dónde está el purgatorio, y lo que las almas padecen en él. Cuatro senos ó concavidades ponen los doctores debajo de la tierra para las almas: la primera, y mas baja en el centro de la tierra, es la que llamamos infierno, donde las almas de los condenados son atormentadas de los demonios: la segunda es la que llamamos purgatorio; porque en él las almas purgan sus pecados, y se purifican y limpian de toda la escoria que por ellos contrajeron: la tercera es el limbo de los niños que murieron sin bautismo con el pecado original: la cuarta, el limbo de los santos padres, pues ántes que Cristo nuestro Redentor muriese, por estar la puerta del cielo cerrada, estaban allí detenidos, y ahora despues que el Salvador bajó á aquel lugar, y los libró de él, está vacío. La razon de estos cuatro lugares ó senos se toma de la diferencia que hay en las penas que padecen las almas que salen de los cuerpos, que es en una de cuatro maneras: porque como hay pena de daño, que es el no ver á Dios, y pena de sentido, que es el dolor y tormento sensible, y la una y la otra, ó temporal, ó eterna; ordenó Dios nuestro Señor estas cuatro estancias y diferencias de lugares, y señaló uno para los niños que mueren sin bautismo, en el cual nunca ven á Dios, ni jamás le verán y tendrán pena de daño eterna: y para esta misma pena de daño temporal sirvió el limbo de los santos padres, que murieron ántes de la pasion de Cristo, donde estaban detenidos sin ver á Dios, y gozar de su bienaventuranza. Para la pena eterna de daño y sentido está diputado el infierno, en el cual los condenados carecen y carecerán para siempre de la vision de Dios, y son y serán perpetuamente atormentados con el fuego, y otras penas horribles y eternas que allí padecen. Finalmente, para la pena temporal de daño y sentido es el purgatorio, donde están las almas detenidas, como en una cárcel, privadas de la vista bienaventurada de Dios, y padeciendo juntamente muy grandes dolores y penas sensibles, hasta que, habiendo por entero pagado las culpas que cometieron, ó ayudadas con las obras penales de los fieles y sufragios de la santa Iglesia, van á gozar eternamente de Dios. Este lugar es el que llamamos purgatorio; porque en él (como dijimos) se purgan las almas, y como plata acendrada se refinan y perfeccionan, para que puedan ver á Dios. Verdad es que aunque este es lugar propio y diputado, en que comunmente las almas pasan por este exámen; pero tambien Dios nuestro Señor se sirve de otros lugares particulares para purificar las almas; como se saca de san Gregorio, y del cardenal Pedro Damian, y de algunas visiones y apariciones, que escriben los santos; porque á Dios todos los lugares son sujetos, y en todos hace lo que es servido: y algunas veces quiere, que donde se cometió el pecado, se haga la penitencia; y que los que se escandalizaron ó tomaron mal ejemplo del que vivió mal, se edifiquen y atemoricen con su pena: y por estos y por otros justos respetos, aunque á nuestros ojos encubiertos, se sirve Dios de algunos lugares particulares, para purgar las almas de algunos, segun la órden de su inefable providencia.

En este lugar, que es, y llamamos purgatorio, padecen las almas gravísimos tormentos, y tan atroces, que todos los de esta vida y los que padecieron los mártires, son cifra en su comparacion; y así lo dice san Agustin por estas palabras: «Primero se ha de purificar con el fuego del

purgatorio, el que dilató y dejó para el otro siglo el fruto de su penitencia y conversion: y este fuego, aunque no es eterno, es sumamente penoso; porque escede todas las penas que jamás sufrió algun hombre en esta vida. Nunca se ha hallado acá pena, que con ella se pueda comparar, por mas atroces y esquisitos tormentos que hayan padecido los mártires, y otros hombres facinerosos, que por sus delitos han sido atormentados: y por esto cada uno debe procurar enmendar su vida, y hacer penitencia por sus pecados, de tal manera, que no tenga necesidad de pasar tan graves penas despues de su muerte:» lo mismo afirma san Gregorio, diciendo: «Yo creo que aquel fuego, por el cual pasan las almas en el purgatorio, es mas intolerable, que ninguna tribulacion de esta vida:» y con estos santos doctores concuerdan Beda, san Anselmo y san Bernardo; y aun santo Tomás añade mas, que no solamente las penas del purgatorio son mayores que las de todos los mártires, sino tambien que las que padeció Cristo nuestro Salvador en su santísima y acerbísima pasion, con haber sido las mas atroces y dolorosas que ninguna persona ha sufrido en esta vida. La razon de esto es; porque el fuego del purgatorio es de una misma especie con el del infierno, y aflige las almas, no por virtud natural que en sí tenga, sino como instrumento de Dios, que se sirve de aquel fuego para purificar y afinar las almas del purgatorio, de la manera que él sabe y es servido, y por todo el tiempo que con el peso de su justicia ha determinado, y nosotros no sabemos ni podemos escudriñar. Pero no hay duda, sino que algunos padecen mas años de los que algunos piensan; porque, como dice san Agustin: «Por aquel rio de fuego tanto mas tarda en pasar, el que mas tardó en pecar; y cuanto fué mayor la culpa, tanto será mayor el castigo que hace la llama; y cuanto mas la loca maldad se apoderó del alma, tanto mas cruel será la sabia pena con que se paga allí las palabras ociosas, los pensamientos livianos y vanos: una muchedumbre de pecados ligeros que inficionaron la pureza de nuestra noble naturaleza, serán consumidos.» Esto es de san Agustin. Pero con ser la pena del fuego del purgatorio tan terrible y escesiva, es mucho mayor sin comparacion la que llamamos pena de daño, que es no ver á Dios; porque es tan grande el deseo que el alma, suelta y libre ya de la cárcel de su cuerpo, tiene de ver aquel sumo Bien, que cualquiera dilacion, por pequeña que sea, la aflige mucho y la traspasa de un dolor tan vehemente, que ningun otro de esta vida se puede comparar con él, especialmente acordándose el alma que por sus pecados está en aquel estado, y privada de aquella gloriosa vista, y que pudo en esta vida satisfacer con obras penales por ellos, y que por su descuido y pereza no lo hizo. Algunos doctores hay, que á estas penas añaden otra de los demonios que atormentan las ánimas, como enemigos crueles y verdugos de la justicia divina, fundándose en algunas apariciones: aunque santo Tomás, Soto y otros autores sienten (y es mas probable) que nuestro Señor no se sirve para esta justicia de los demonios; porque habiendo sido finalmente vencidos de aquellos cuyas almas se purifican en el purgatorio, no es de creer que quiera nuestro Señor que los que fueron vencidos atormenten á los vencedores, y den la vaya á los que tan bien pelearon, y tan gloriosamente triunfaron de ellos. Mas en este penoso y lastimoso estado tienen las almas del purgatorio algunos refrigerios y consuelos, como son: el saber cierto que están en gracia de Dios, y que no la pueden perder, ni pecar, y que aquellas penas que padecen, se han de acabar, y que el gozo que esperan no tendrá fin. A mas de esto, tienen visitas y alivios de los santos ángeles, especialmente de los de la Guarda, que las alientan, animan y consuelan: tienen las oraciones y favores de los bienaventurados del cielo, y los socorros y sufragios de la tierra, que toda la Iglesia militante ofrece por ellas, y particularmente sus devotos y amigos, á los cuales enderezan sus afectos y deseos: y si pudiesen hablar, les rogarian y suplicarian entrañablemente que se apiaden de ellas, y con las buenas obras y oraciones las libren de aquellas horribles penas; porque no hay duda, sino que las oraciones y sufragios de los fieles, que viven, aprovechan á las almas de los muertos que están en el purgatorio.

Esta es la segunda cosa que nos enseña la Iglesia en la Conmemoracion de los difuntos que celebra hoy. Para cuya inteligencia y explicacion se debe presuponer, que toda la Iglesia (como dice Pedro Cluniacense, y se saca de san Pablo) es un cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, en el cual todos los miembros están trabados y unidos entre sí por fé, esperanza y caridad: de tal manera, que así como en el cuerpo natural, cuando padece un miembro (como dice el Apóstol), se compadecen los otros miembros, y se socorren y ayudan; así tambien en este cuerpo místico espiritual y perfectísimo de la Iglesia, lo hacen entre sí los fieles, como verdaderos miembros de él: y como las ánimas de los justos ya difuntos que están en el purgatorio, sean parte y miembros de este cuerpo de la Iglesia, por estar unidos con su cabeza (pues como dice san Agustin: *Piorum animæ defunctorum ab Ecclesia non separantur, quæ est regnum Christi*: Las almas de los justos ya difuntos no están apartadas de la Iglesia, que es el reino de Cristo); de esto se sigue que los vivos pueden ayudar á los difuntos que están en el purgatorio, con sus oraciones y sufragios; porque los que están en el cielo, no tienen de ellos necesidad, y á los que están en el infierno, no pueden aprovechar. Y así como Cristo nuestro Señor, siendo vivo, hizo bien á muchos vivos, sanándolos y enseñándolos: tambien á los muertos, resucitándolos: y siendo muerto aprovechó á los muertos, sacando del limbo á las almas de los santos padres: y no ménos aprovechó á los vivos matando la muerte con su muerte; de la misma manera ha querido por su misericordia, que en su santa Iglesia haya esta perfecta comunicacion, é imitacion de su cabeza, y que los vivos ayuden con sus obras y oraciones á los otros vivos, y que los muertos aprovechen á los otros muertos, como lo hacen los bienaventurados del cielo, rogando por los que están en el purgatorio, y que tambien ayuden y socorran á los vivos, favoreciéndolos con sus oraciones; y finalmente, que los vivos ayuden á los muertos, y los que están en esta vida, á los que en la otra aun no gozan de Dios, y satisfacen á la divina justicia con las penas que padecen.

Las obras con que podemos socorrer á las almas son en una de tres maneras: la primera y mas principal es el santo sacrificio de la misa: la segunda es la oracion: la tercera todas las obras penales, con que se satisface, como son la limosna, ayunos, penitencias, peregrinaciones y cosa semejantes. Distinguimos la oracion de estas obras satisfactorias; porque aunque la oracion lo es y se puede

comprender entre las obras penales; pero porque es propio de la oracion el impetrar y alcanzar lo que se pide (y por eso las oraciones de los bienaventurados, aunque no sean penales, ni satisfactorias, aprovechan á los vivos y á los difuntos), por esta causa la distinguimos y hacemos á la oracion miembro por sí. Que el santo sacrificio de la misa sea de grande alivio y refrigerio para las almas que están en el purgatorio, para declarar que hay purgatorio, y que es tradicion apostólica y recibida en la Iglesia el rogar por ellas en la misa, hay innumerables lugares de santos que lo afirman, y san Dionisio Areopagita hace mencion de ellos; y san Agustin dice: «No se puede negar, sino que las almas de los difuntos reciben refrigerio por la piedad de los vivos, cuando se ofrece el sacrificio de nuestra redencion, ó se hacen limosnas en la Iglesia por ellos:» y san Clemente enseña ofrecer el sacrificio de la misa por los que son ya muertos en el Señor: y san Ambrosio, escribiendo á Faustino, le dice, que hermana difunta no se habia de llorar, sino ayudar con ofrendas y sacrificios; y santa Mónica pidió á su hijo san Agustin, que la ayudase, cuando en el altar ofreciese el santo sacrificio de nuestra redencion: y esto con mucha razon; porque es la propiciacion de todos los pecados del mundo, y por él se representa al Padre eterno aquel sacrificio de sangre suavísimo y preciosísimo, que le ofreció su Hijo benditísimo en el ara de la cruz. De la oracion tampoco no hay duda, sino que es de grande provecho; y de ella se dice en el libro de los Macabeos, que es santa y saludable cosa el orar por los difuntos. De la limosna el santo viejo Tobías aconsejó á su hijo que la hiciese por los difuntos, cuando le dijo: Pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo. Del ayuno leemos en el primer libro de los Reyes, que los moradores de Jabes Galaad sepultaron á Saúl y ayunaron por él siete dias; y David y todos sus soldados ayunaron por el pueblo, que habia muerto á cuchillo. De las demás aflicciones y obras penales, dice el apóstol san Pablo: «Si los muertos no resucitan; ¿para qué los vivos se afligen con obras penales por ellos?» Que de esta manera Pedro Cluniacense, Dionisio Cartusiano, Hugo cardenal, Gagneo y otros interpretan aquellas palabras del Apóstol: *Alioquin, quid facient, qui baptizantur pro mortuis?* En una de dos maneras aprovechan estas buenas obras á los difuntos. La primera, aplicándoles las obras penales, par satisfaccion y diminucion de sus penas: como si ellos mismos las hiciesen; porque por aquella aplicacion las tales obras se hacen propias de los difuntos, como si ellos mismos las hiciesen: como el dinero que se da de limosna al que está preso en la cárcel por deudas, es suyo, y con él paga y satisface, y sale libre en todo rigor de justicia. Y pues la justicia divina, que es el modelo y dechado de la justicia humana, y de donde ella como su fuente mana, no es ménos piadosa que la de la tierra, debemos creer que Dios acepta esta aplicacion, que los que están en gracia hacen para las almas del purgatorio, y no por eso pierden ellos el premio esencial de la vida eterna, que á tales obras se debe. Otra manera es por medio de oracion y suplicacion ó de sufragio, rogando al Señor por ellos: á la manera que se intercede con el juez, para que perdone al reo que está en la cárcel, y se haya piadoso con él. Además de estos dos modos, con que las personas particulares socorren á las almas del purgatorio; el sumo pontífice las concede indulgencias, no por modo de absolucion (porque no puede á los difuntos que están fuera de su jurisdiccion, como á los vivientes que están debajo de ella) sino *per modum suffragii*, como dicen aplicando y comunicando á los difuntos (como dispensador que es del tesoro de la Iglesia, que son las obras y satisfacciones de Cristo, y de los santos que en él hay), ofreciendo la parte de ellas, que le parece, para que ó toda la pena que deben, ó parte de ella, les sea perdonada; como en efecto y realmente con esta aplicacion se la perdona el Señor. De lo que aquí queda declarado debemos sacar dos cosas muy ciertas y verdaderas. La primera es el cuidado y vigilancia que debemos tener en ayudar con nuestras limosnas, ayunos, penitencias y oraciones á las almas del purgatorio; y especialmente en hacer decir muchas misas por ellas y no ménos en ganarlas muchas indulgencias, y darlas alivio y refrigerio con este tesoro de la santa Iglesia, por ser limosna muy debida, y muy acepta al Señor, porque cuanto una persona es mas pobre y mas necesitada, tanto mas debe ser socorrida: y no hay ninguna que lo sea mas, que la que no tiene cosa alguna, y debe mucho y no puede trabajar, ni ganar, ni pedir prestado á nadie, y tiene un acreedor riguroso que le aprieta y ahoga, para que le pague hasta la postrera blanca, sin darle dilacion ni alargarle el plazo de la paga. Todas estas circunstancias concurren en las almas del purgatorio: las cuales, angustiadas por todas partes y cercadas de dolores, dicen aquellas palabras de Job: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei: quia manus Domini tetigit me:* Compadeceos de mí, compadeceos de mí; á lo ménos vosotros, que sois mis amigos, porque la mano del Señor me ha herido. Y aunque nos debemos compadecer de todos los que están en el purgatorio, porque son de nuestra misma naturaleza, y nuestros hermanos y miembros de un mismo cuerpo (como dijimos); pero especialmente debemos socorrer mas á nuestros deudos y amigos, á los padres é hijos, á las mujeres y marido, á los hermanos carnales y otras personas, con quienes tuvimos algun vínculo mas estrecho de sangre ó amistad: porque á mas del beneficio tan grande que se hace á las almas del purgatorio, librándolas de sus penas y ayudándolas, para que mas presto vean á Dios; al mismo Señor es muy acepta esta limosna, y á los que la hacen es muy provechosa; porque las mismas almas del purgatorio son muy agradecidas, y la pagan largamente cuando están en el cielo, y ayudan con gran voluntad á los que las ayudaron; y de esto en las historias eclesiásticas hay muchos ejemplos. Y si tanto cuidado se debe poner en ejecutar esta caridad con los difuntos; mucho mayor se debe poner en cumplir las obligaciones de justicia que pertenecen á ellos, ejecutando sus testamentos y mandas pías, y todo lo que ellos dispusieron en sus últimas voluntades para bien de sus almas: en lo cual suele haber mucho descuido, y Dios severamente lo castiga, permitiendo que no se cumplan los testamentos de los hijos que fueron negligentes en cumplir los de sus padres y mayores; y que no haya quien se acuerde de hacer bien por el alma del que se olvidó de la ajena, á quien tenia tanta obligacion.

La segunda cosa que debemos notar y asentar en nuestros corazones, es que es gran locura soltar la rienda á nuestros gustos y apetitos, y ofender tan sin freno con tanta rotura á Dios, sabiendo que ninguna culpa, por pe-

queña que sea, se comete contra su divina Magestad, que no se pague con pena proporcionada á la misma culpa: y que no es menor desatino, pudiendo redimir nuestras culpas con las penas lijeras de esta vida, dejar la penitencia para la otra, en donde á bien librar, serán castigadas con las penas del purgatorio, que exceden tanto á todas las de acá, como lo vivo á lo pintado: y así dice san Agustin: «Dirá alguno: poco me importa que yo me detenga en el purgatorio, con tal que llegue al cielo. Ninguno (hermanos carísimos) diga esto; porque aquel fuego del purgatorio es mas duro, que todas las penas que en este siglo se pueden ver, ó pensar ó sentir: y como está escrito del dia del juicio, que será un dia como mil años, y mil años como un dia: ¿quién sabe si el tiempo que pasará por aquel fuego, será de dias ó de meses, ó quizá de años? El que ahora no quiere poner ni un solo dedo en el fuego, ¿cómo no teme (aunque sea para poco tiempo) ser atormentado de aquel fuego excesivo y espantoso? Por tanto, cada uno procure con todas sus fuerzas huir los pecados mortales, y redimir y satisfacer por los veniales con las buenas obras, para que no quede nada de ellos, que el fuego del purgatorio haya de consumir.» Todas estas son palabras de san Agustin. Procuremos pues, ajustar nuestra vida con la ley de Dios, y llorar nuestras culpas y satisfacer por ellas, mientras que el Señor nos da tiempo: aceptemos las tribulaciones y trabajos, que nos envia, como enviados de su bendita mano, en penitencia de nuestros pecados; ayudemos y socorramos á nuestros hermanos con las buenas obras que pudiéremos, para que saliendo puros, acendrados y afinados del fuego del purgatorio, y gozando de Dios, nos ayuden con sus oraciones y nos den la mano, para que lleguemos al puerto de salud, y gozemos juntamente con ellos de aquella bienaventuranza y gloria sempiterna que es tan grande é inmensa, que por excesivos que sean los tormentos del purgatorio, les parecen haber sido lijeros y no equivalentes del bien que poseen.

San Victorino, obispo y mártir.—San Gerónimo hace un grande elogio de este santo que considera como una de las columnas de la Iglesia en razon de las obras muy útiles que compuso en latin. Era natural de Grecia y habia enseñado retórica con mucha aceptacion en una ciudad de aquellos paises. Conociendo lo que es el mundo y sus vanidades lo despreció todo, consagrando desde entonces sus talentos á la gloria de la religion. Fué consagrado obispo de Petan en la alta Pannonia. Sufrió el martirio durante la persecucion de Diocleciano, el año 304.

San Justo, mártir.—Sufrió martirio en Trieste durante la misma persecucion de Diocleciano. Habiendo sido cruelmente azotado, y permaneciendo constante en su fé, por órden del gobernador Manacio fué arrojado al mar donde consumó su triunfo.

Los santos Carterio, Estiriaco, Tobías, Eudoxio, Agapio y sus compañeros mártires.—En tiempo del emperador Licinio servian estos santos en los ejércitos romanos, y se hallaban en Sebaste, cuando fueron puestos presos por ser cristianos, y conducidos á la cárcel por disposicion del gobernador Marcelo. Al cabo de algunos dias los sacaron de ella para ser azotados con nervios y descoyuntados. Sujetóseles además á otros suplicios, el último de los cuales fué meterlos en una hoguera, donde alegres y generosos los invencibles atletas recibieron la palma del martirio.

Los santos Acindino, Pegasio, Aftonio, Elpidéforo, Anempodisto, con otros muchos compañeros mártires.—Vivian los dos primeros en Persia como ermitaños, en celdas separadas, y se juntaban tan solo para cantar las divinas alabanzas, y salian de su retiro para ir á instruir á los pueblos vecinos en las verdades evangélicas. En medio de sus piadosas tareas fueron presos por órden del rey de Persia. Los azotaron y los metieron en una caldera llena de plomo derretido, de la cual salian ilesos por divina virtud. A la vista de este milagro el soldado Aftonio se convirtió á la religion y fué allí mismo degollado, y los dos santos anacoretas, metidos en sacos de cuero, fueron arrojados al mar. Los soldados que los habian custodiado y que habian sido testigos de su constancia, abrazaron tambien la fé, y habiéndoles cortado las manos alcanzaron la palma de la victoria. Entonces Elpidéforo del órden senatorio, fué tocado de la gracia de Dios, y confesando de repente el nombre de Jesucristo, reprendió al rey por su crueldad, y á su ejemplo abrazaron el cristianismo unos siete mil hombres; y el y ellos fueron al dia siguiente degollados. Esta horrible carnicería sucedió en el siglo IV.

Los santos Publio, Víctor, Hermeto y Papias, mártires.—Padecieron martirio en defensa del Evangelio, en África, durante la persecucion del emperador Decio, en el siglo III.

Santa Eustoquia, vírgen y mártir.—Fué de Tarsis, en Cilicia, y conoció la religion cristiana desde sus primeros años. Vivió consagrada á Jesucristo, renunciando á los placeres y halagos del mundo, y pensando tan solo en santificarse para hacerse digna de la gloria eterna. En tiempo de Juliano Apóstata, quisieron obligarla á ofrecer incienso á los ídolos del paganismo, pero ella se resistió á semejante sacrilegio con un valor heroico, por cuyo motivo despues de padecer graves tormentos, puesta en oracion entregó su alma al Criador, por los años de 362.

San Teodoto obispo y confesor.—Hallándose vacante la silla episcopal de Laodicea, en Siria, fué este santo designado milagrosamente para ocuparla, y de aquí le vino el nombre de Teodoto *(dado por Dios)*, que los escritores han confundido despues con el de Teodoro. Fue insigne en caridad, pureza de costumbres, clemencia, conmiseracion y gran zelo por la gloria de Dios. Dotóle el Señor de pasmosa sabiduría y de poderosa elocuencia, y con sus obras y palabras hizo mucho fruto en la Iglesia de Dios, y murió santamente en el siglo VI.

San Jorge, obispo y confesor.—Floreció siendo obispo de Viena en Francia, cuya Iglesia gobernó en paz y santidad. Parece que murió el año 699.

San Vulgano, confesor.—Fué de nacion inglés ó bretón, y floreció en el siglo VII. Predicó la fé en el territorio de Lens, en el condado de Artois, y murió en una pequeña celda que se habia construido en el territorio de Arras.

San Marciano, confesor.—Nació en la ciudad de Ciro, en Siria, de familia patricia, y su padre era un alto empleado de la córte imperial, en la cual el santo niño se crió. Así que conoció la vanidad del mundo, se retiró dejando su patria y amigos para vivir enteramente desconocido de los hombres. Los desiertos de Calchis en los confines de la Arabia, fueron testigos de su penitencia.

Encerróse en una celdita tan pequeña que tenia que estar en ella en una posicion molesta, y no salia mas que para lo preciso, no teniendo mas comunicacion que con el cielo. Ocupábase en el trabajo de manos, la oracion y la lectura de los libros santos. Poseyó la gracia de la contemplacion en un grado tan perfecto, que los dias enteros pasados en este ejercicio le parecian instantes, y su corazon inundado de delicias espirituales, ardia siempre en amor de Dios. A pesar de sus precauciones para vivir desconocido del mundo, su santidad lo descubrió, y pronto fuéron algunas personas piadosas á ponerse bajo su direccion y se formó un monasterio numeroso. Un dia fuéron á visitarle los principales obispos de Siria y algunos poderosos señores de la córte de Constantinopla. Alarmada su humildad con semejante visita, guardó por algun tiempo silencio; pero al fin, obedeciendo á las insinuaciones del prelado mas anciano, habló para entretener á aquellas personas con una pintura de las delicias que concede el Señor á los que le sirven en espíritu y verdad. Los obispos quisieron ordenarle sacerdote; pero desistieron de su intento á vista de la repugnancia que opuso su humildad. Algunos milagros aumentaron aun mas la veneracion en que todos tenian al siervo de Dios, que murió en su celda el año 387.

San Ambrosio, confesor.—Fué abad del monasterio de San Mauricio, en Valois. Su amor á la pobreza, á la humildad, y particularmente la delicadeza de su conciencia por la cual conservó toda su vida la gracia bautismal, le hicieron digno de todas las gracias celestiales.

DIA 3.

San Malaquías, obispo y confesor.—El gran padre y devotísimo doctor san Bernardo fué muy grande amigo en esta vida de san Malaquías, obispo de Irlanda, y se halló á su muerte y le enterró, y se gloría de haber recibido ántes de ella su santa bendicion, é hizo un sermon en su alabanza, y escribió su vida: de la cual nosotros tomaremos lo que referiremos aquí.

Nació san Malaquías en Irlanda en la ciudad de Aidmaca, de nobles padres y generosos, y la madre era muy piadosa, y deseosa que su hijo creciese desde niño mas en devocion que en letras del siglo; aunque él era tan hábil y tan bien inclinado, que en lo uno y en lo otro hacia raya á sus iguales, y daba satisfaccion á su madre y á su maestro. Crecia con la edad el seso y la ciencia, y no ménos la santidad. Parecia en la tierna edad viejo; porque siendo muchacho aborrecia las travesuras propias de aquella edad, no solamente por su buena inclinacion, sino tambien y principalmente por la uncion del Espíritu Santo que le habia ya escogido para sí, é interiormente le despertaba y estimulaba, para que á menudo se retirase á algun lugar solitario á meditar la santa ley de Cristo, y hacer oracion, y á irse á la mano en la comida, vencer el sueño, y (cuando no podia ir á la iglesia) á levantar el corazon al Padre eterno, y adorarle con humillaciones exteriores, y guardarse de la vanagloria que es ciertísimo veneno de la virtud. Con estos buenos principios pasó Malaquías su niñez, y llegó á la edad de mozo: y sintiéndose mover del Señor que le guiaba, se fué á un hombre santo llamado Imario, que encerrado en una celda cerca de la iglesia Mayor, hacia una penitencia y oracion continua, para ser enseñado y enderezado en el camino espiritual por un hombre de vida tan austera, y que voluntariamente, siendo vivo, se habia condenado á la sepultura. El hecho de Malaquías causó grande admiracion entre la gente, y cada uno hablaba de él, segun su gusto y aficion. Los mas, mirándolo con afecto humano, sentian mucho que un mozo bien nacido y bien quisto se hubiese obligado á tanta aspereza: otros, atribuyéndolo á livianidad, le reprendian porque habia tomado carga sobre sus fuerzas; pero estos no entendian lo que dijo el Espíritu santo por el Profeta: que está bien al hombre llevar el yugo del Señor desde su mocedad. Y tanto mas se debe loar san Malaquías (dice san Bernardo), por haber abierto camino á los otros, y sido el primero que de aquella tierra dió ejemplo á los demás. Púsose á los piés de Imario, sentado en silencio y sumision perfectísima de su entendimiento y voluntad, con entera obediencia y con una mortificacion perpetua y con todas aquellas artes é industrias que llevan á una alma fervorosa y mansa á la cumbre de la perfeccion evangélica. Ordenó el arzobispo Celso, con consentimiento de Imario, de diácono á Malaquías, y con este órden sagrado se vistió de nuevo espíritu y comenzó á ejercitar todas las obras de piedad, y especialmente aquellas que son mas asquerosas y molestas. Enterraba con particular cuidado á los pobres difuntos, pareciéndole que este oficio era juntamente de humildad y de humanidad. Tuvo en él gran contradiccion de una hermana suya seglar, que tenia por afrenta ver á su hermano tan ocupado en aquel piadoso oficio; pero él no hizo caso de ella ni de sus dichos y contradicciones. Siendo ya de veinte y cinco años, le ordenaron de sacerdote con gran repugnancia suya: y el arzobispo le encomendó el oficio de predicar y de enseñar el catecismo á aquella gente ruda y salvaje; y él se empleó tan de veras y con tanta ansia y diligencia en romper y cultivar aquella tierra inculta y por labrar, que habiendo arrancado de ella las malezas, abusos y vicios que la cubrian, sembró leyes y reglas llenas de justicia y de honestidad, y plantó las constituciones apostólicas, los concilios aprobados, y sobre todo las tradiciones y usos de la santa Iglesia romana, de lo cual todo ántes carecia. Y porque los santos sacramentos de la confesion, confirmacion y matrimonio, ó por malicia ó por ignorancia de la gente, estaban ya casi del todo olvidados, procuró que se restituyese y renovase el uso de ellos, y que se celebrasen con solemne música los oficios divinos. Para acertar mejor, y para que no se introdujese por descuido alguna cosa contraria á los ritos é institutos católicos, se fué en busca de un santo llamado Malco, que era obispo de Lesimor, ciudad de Mumania, parte austral de Hibernia, el cual era anciano en los años, santo en la vida, admirable en los milagros, adornado de celestial sabiduría, y por estos dones divinos tenido por un comun refugio de los afligidos. Despues que con este santo obispo estuvo algun tiempo san Malaquías y gozó de su familiaridad y doctrina, volvió á su tierra llamado del arzobispo Celso y de Imario, su maestro, y de otros muchos que le deseaban. En este tiempo sucedió la muerte de su hermana, la que llevaba mal que el santo se ocupase en enterrar los muertos, y por esto y porque sus costumbres no le agradaban, hizo voto de no mirarla ni tratarla mas mientras viviese: pero despues que pasó de esta vida, comenzó á ver con los ojos

del alma, á la que ántes ni habia querido ver con los ojos del cuerpo. Estando una noche durmiendo, le pareció que un hombre le avisaba que su hermana estaba vestida de luto fuera de la Iglesia, y que en treinta dias continuos no habia comido. Despertó luego san Malaquías: y acordándose que en aquellos treinta dias no habia dicho misa por su hermana, entendió que la hambre que la atormentaba no era corporal, sino espiritual, y tornó á hacer por ella los sufragios que habia interrumpido, y poco despues la difunta, que estaba en el umbral de la puerta de la Iglesia, se apareció vestida como de ántes de negro, y que no la dejaban entrar. Mas perseverando el santo hermano en ayudarla, sin dejar pasar mañana ninguna que no ofreciese alguna misa por ella, le tornó á aparecer con hábito blanquecino, y dentro de la iglesia; mas no la dejaban llegar al altar. Finalmente, no dejó de celebrar por su hermana hasta que le apareció dentro de la iglesia y junto al altar, vestida de blanco entre un coro de espíritus bienaventurados, que con la blancura y claridad daban á entender que aquella alma estaba purificada y admitida á la compañía de los cortesanos del cielo. De donde claramente se ve cuán gran fuerza y valor tiene el sacrosanto sacrificio de la misa para borrar los pecados y librar de las penas del purgatorio las almas que purgan sus culpas en él y llevarlas al cielo á gozar de Dios. Grande alegría recibió san Malaquías, por saber que su hermana habia llegado á puerto de salvacion; y no fué menor la que recibió por haber un tio suyo determinado hacerse religioso. Tenia este tio una abadía rica, que habia sido de un monasterio, fundado en un lugar llamado Doncor, y destruido el monasterio por los bárbaros, y muerto en él y martirizado novecientos monges, habia quedado la renta en manos de seglares, y últimamente venido á las manos del tio de Malaquías: el cual se resolvió á dejarse á sí y su abadía en manos de Malaquías, para sustento de los religiosos que tenia consigo, que eran muchos.

Aceptó el santo varon al tio debajo de su disciplina, y el sitio de la abadía, para edificar en él. Mas como era amigo de la pobreza de Cristo, y en aquella sazon así convenia para la edificacion de los fieles, no quiso aceptar las posesiones y tierras, sinó que el pueblo diputase otro que tuviese cargo de aquella hacienda. En este lugar comenzó Malaquías con diez religiosos y algunos oficiales á poner mano en la obra: lo cual se continuó, dando el santo maravilloso ejemplo á sus compañeros, de toda virtud, y siendo en vida y costumbres una perfecta regla y claro espejo y libro abierto de gloriosa conversacion. No pudo sufrir esto el comun enemigo, é incitó á un familiar de su casa por nombre Malco, que estaba enfermo, para que entrando san Malaquías á visitarle (como solia), le atravesase un cuchillo por el cuerpo y le quitase la vida. Tuvo aviso de ello el santo padre, é hizo oracion. Entró en el aposento del enfermo, y con la señal de la cruz le sanó de la enfermedad del cuerpo, y de los malos pensamientos de su alma.

Vacó la Iglesia de Coneretch, que estaba cerca del monasterio de Doncor, y de comun consentimiento eligieron á san Malaquías por obispo: y aunque él lo repugnó, é hizo cuanto pudo para no serlo, al cabo bajó la cabeza y obedeció á sus legítimos superiores, Celso é Imario, que se lo mandaron siendo ya de casi treinta años. Comenzó á ejercitar el oficio pastoral con grande espíritu, fervor y vigilancia; mas halló que aquellos hombres en su trato y manera de vivir no eran hombres; sino (quitando el bautismo) bestias indómitas: pero no por esto se espantó, ni dejó de avisarlos, como padre en público, ni de exhortarlos con lágrimas á cada uno en particular para domesticarlos, y de lobos hacerlos ovejas. Usaba de blandura con unos y de severidad con otros: y cuando esto no bastaba volvíase á Dios en la oracion, y acompañábala con profunda humildad y con rigurosas penitencias. Iba á pié y con mucho trabajo por los pueblos y por las aldeas, para apacentar y curar aquel ganado, padeciendo en la vista de su obispado infinitas tribulaciones, afrentas é injurias de aquellos malos hijos, hambre, sed, frio, desnudez y otras mil incomodidades, bendiciendo al que le maldecia y resistiendo con la paciencia á los malos tratamientos, rogando á nuestro Señor por los mismos que le perseguian: y tanto perseveró en llamar á la puerta de la misericordia de Dios, que al fin se la abrió, y por virtud del Todopoderoso se ablandaron las piedras y la barbaridad se mitigó, y poco á poco aquellos corazones rebeldes y emperdenidos se rindieron, y comenzaron á recibir los rayos de luz, y la doctrina evangélica que el santo les predicaba. Despues sucedió, que los bárbaros aquilones entraron por aquella tierra, y la ciudad de Coneretch en gran parte quedó arruinada; de manera, que san Malaquías con sus religiosos (que eran ciento y veinte) se partió para el reino de Momonia, donde hizo un lindo monasterio á costa del rey Comarco, con el cual (habiendo sido echado de su reino) el santo habia tenido ántes grande amistad. En este monasterio, siendo san Malaquías obispo y maestro, como era para dar ejemplo á los demás, era el primero y el que iba delante de todos en el trabajo y en la observancia de la regla. Servia, cuando le tocaba, en la cocina y en el refectorio: y en el coro no queria privilegio alguno haciendo su parte en cantar las antífonas, lecciones y en las ceremonias, como el menor del convento. Mostrábase tan fervoroso zelador de la pobreza voluntaria, que puesto caso que habia juzgado ser conveniente que el convento tuviese bienes en comun para su sustento; no permitia que los particulares tuviesen cosa propia ni contraria á la santa pobreza. Mas estando san Malaquías ocupado en las cosas que hasta aquí habemos referido, sucedió la muerte de Celso, que era arzobispo de Ardamaca, madre de todas las Iglesias de Hibernia, y la mas ilustre y reverenciada de todas en la cual estuvo san Patricio, primer apóstol y padre de todas aquellas naciones, á cuyos sucesores, no solamente el resto del clero y pueblo obedecia, sino todos los otros señores, hasta los mismos reyes. Pusieron los ojos en Malaquías, para encomendarle aquella Iglesia de tanta preeminencia y dignidad; y el mismo Celso en vida le nombró, señaló y ordenó que fuese Malaquías su sucesor, para cortar el hilo de un abuso que se habia introducido doscientos años ántes, con que aquella suprema dignidad se daba siempre á los hombres de una familia; y cuando en ella no habia persona eclesiástica que la mereciese, dábanla á hombre lego de la misma familia. Por esto juzgó Celso, que para cortar del todo aquella mala raiz, y arrancar cosa tan perjudicial de la Iglesia, no habia otro remedio, sino que Malaquías se encargase de aquella Iglesia. El santo rehusó cuanto pudo aquella carga, y nunca la quiso aceptar, hasta que le prometieron que despues de haber allanado las muchas y gravísimas dificultades que en aquel negocio se le ofrecian, le dejarian volver á su primera Iglesia, y renunciar esta otra

que con tanto ahinco é instancia le encomendaban, siendo la una tanto mas rica y preeminente que la otra: en lo cual se ve cuán apartado estaba de codicia y ambicion, y cuán amigo era de humildad y pobreza. No bastaron las razones y persuasiones que los hombres hicieron á Malaquías, para aceptar aquella dignidad de primado, si Dios nuestro Señor no lo hubiera movido y mostrádole que aquella era su voluntad, con una señal del cielo; porque al tiempo que Celso estaba enfermo, y Malaquías léjos y sin saber lo que Celso pretendia, le apareció una mujer venerable, y de grande estatura y grave semblante: y preguntada por el santo quién era; le respondió, que era la esposa de Celso, y le puso en la mano la vara del gobierno; y luego despareció: y el mismo Celso estando para morir, envió á Malaquías, como á su sucesor, una vara de la misma figura y muy semejante á la que le dió aquella mujer en la vision que habia tenido: y así por no repugnar á la voluntad de Dios, bajó la cabeza y aceptó el cargo, y comenzó á ejercitarle, nó como hombre santo, sino como varon divino; mas tuvo grandes borrascas y espantosas contradicciones en la prosecucion de su oficio pastoral; porque todos los de aquella familia, en que por espacio de doscientos años habia estado aquella dignidad, que eran muchos y poderosos, se armaron de saña y furor, y se determinaron á quitar ántes la vida á Malaquías, que dejarle con la primacía de Hibernia, y perder ellos las honras y rentas de ella: y pusiéranlo por obra si el Señor no volviera por su siervo, y no le amparara con su mano poderosa. Vino una vez un caballero principal y cabeza de aquel bando, acompañado de gran número de gente armada y atrevida, para ejecutar esta maldad y acabarle, y puso su celada en el camino, por donde habia de pasar Malaquías, que iba á celebrar una junta de los estados de Hibernia. Súpolo el santo: entróse en la Iglesia: hizo oracion; y al mismo punto comenzó á cubrirse el cielo, oscurecerse el aire, sonar truenos, despedir relámpagos y caer rayos, con un torbellino tan impetuoso y horrible, que parecia que amenazaba el dia de la ira y del extremo juicio del Señor. El capitan de aquella diabólica compañía, traspasado de un rayo, quedó muerto, y con él otros tres de los mas principales; y al dia siguiente se hallaron sus cuerpos secos y quemados, sobre los árboles del campo: y los que iban con Malaquías, estando tan cerca de aquel lugar, no recibieron daño alguno. Con este buen suceso y con el haber cobrado dos reliquias sagradas, la una el texto de los Evangelios, que habia sido de san Patricio, y la otra un báculo cubierto y engastado en oro y ricas piedras, que llamaban el «báculo de Jesus,» teniendo por cierto que nuestro Salvador habia usado de él, que eran las insignias de aquella dignidad; se sosegó aquella tempestad, viendo que Dios peleaba por su siervo: y así pudo el santo ejercer su oficio mas libremente; aunque no sin gran trabajo, por no hallar ni lugar, ni tiempo seguro de traiciones y de personas que le tachaban é infamaban en público y en secreto. Entre ellos uno mas atrevido y desvergonzado y grande hablador tomó por asunto el morder al santo y ladrar contra él entre la gente mas ilustre y señores mas principales, cuya gracia habia ganado con lisonjas y chocarrerías. A este castigó nuestro Señor; porque se le hinchó y pudrió la lengua de tal suerte que por siete dias continuos escupió gusanos; y finalmente echando mucha materia de la boca, dió su alma y acabó infelizmente la vida. Otra mujer de aquel mismo linaje y familia estando el santo predicando alzó la voz, y le llamó hipócrita y robador de la hacienda ajena, motejándole de calvo y diciéndole otras injurias: á las cuales el santo, como sábio y manso, no respondió; mas el Señor respondió por él, y aquella pobre mujer perdió el seso, y frenética y furiosa daba voces continuamente, y clamaba que Malaquías la ahogaba, y de esta manera murió; y dentro de poco tiempo toda aquella desventurada casta que habia perseguido al santo, se acabó y aniquiló, con grande admiracion y temor de todos los que la conocian; para que sepamos el respeto que debemos á los santos, y que el Santo de los santos vuelve por ellos. Habiendo, pues, el santo pontífice puesto en buen estado las cosas de aquella Iglesia, se descargó de ella: y sustituyendo en su lugar á una persona de rara y experimentada virtud, que se llamaba Gelasio, se volvió á la suya de Coneretch, conforme al concierto que ántes habia hecho: y porque la diócesis de Coneretch, por justos respetos se habia dividido en dos obispados, dejó la mas noble y la mas rica á otro calificado sugeto, tomó para sí la de Duno, que era pobre, pequeña y de poca estima: y y para dar mejor cuenta á Dios de aquella Iglesia, quiso tener cabe sí un colegio de clérigos reglares, con deseo de retirarse, y darse á la contemplacion y á la vida religiosa.

Pero para acertar mas en todo, el Señor le movió á que fuése á Roma, no solamente para visitar las reliquias y santuarios de aquella santa ciudad, sino particularmente para conferir y representar al sumo pontífice y vicario de Cristo todas las cosas que se le ofrecian para el establecimiento de nuestra santa religion, y buen gobierno de las Iglesias de Irlanda. Y puesto caso que todo el clero y pueblo procuró detenerle y persuadirle que no hiciese aquella larga y trabajosa jornada; no fué posible, porque Dios le guiaba. Llegó á Roma á tiempo que Inocencio, II de este nombre, gobernaba la nave de san Pedro, del cual Malaquías fué recibido con singular benevolencia y favor; y la primera cosa que le suplicó fué, que le descargase del oficio de pastor y diese el obispado á otro, y á él le dejase morir quietamente en el monasterio de Claraval, donde san Bernardo era abad: pero el papa no solamente no le concedió lo que tanto deseaba; mas le hizo su lugarteniente y legado apostólico en toda la isla de Irlanda: y quitándose el mismo papa la mitra de la cabeza, la puso sobre la de Malaquías, y le dió de sus propios ornamentos pontificales, con que decia misa, una estola y un manípulo, y le concedió otras muchas gracias, y con su bendicion apostólica y grandes favores, le envió á su Iglesia, habiendo estado el santo en Roma un mes, visitando con singular devocion aquellos lugares consagrados con la sangre de tantos pontífices, apóstoles y mártires. A la ida á Roma y á la vuelta, posó el santo en el monasterio de Claraval, donde se consoló por extremo con la comunicacion del santo abad Bernardo y de los otros sus hijos, que vivian en aquel sagrado convento, como ángeles venidos del cielo: y ellos con la presencia de san Malaquías, y con su bendicion y maravillosos ejemplos, quedaron mas alentados y con nuevo fervor y brio, para anhelar y correr con mayor ímpetu á la perfeccion. Mas volviendo de Roma, dejó en Claraval cuatro de sus clérigos, para que allí se criasen é instruyesen en la vida religiosa, y volviendo á Irlanda, la plantasen en aquella isla: la cual, aunque tenia noticia de monges, hasta aquel tiempo no habia visto

ninguno, y estos cuatro fueron semilla del cielo, que se sembró en aquella inculta tierra; porque habiendo sido admitidos á la religion de san Bernardo, fueron de él enviados á su patria, y despues otros, y algunos hijos del mismo san Bernardo y discípulos de aquella escuela: los cuales fundaron en Irlanda un convento con su abad, y de él se derivaron, como de fuente, otros cinco, multiplicándose los seminarios y creciendo cada dia el número de religiosos.

Mas llegado san Malaquías á su tierra, fué recibido con increible gozo y regocijo de todos aquellos pueblos, que de todas partes venian á recibir su bendicion, y á darle la enhorabuena de su venida: y él, para no tener sin provecho la gracia que el papa le habia dado, celebró en algunas ciudades concilios nacionales, y en ellos se hicieron utilísimos decretos y cánones, para establecer mas la religion católica; estando siempre el santo muy atento á remediar las necesidades particulares de cada uno, ya con dulzura, ya con severidad: y no habia quien se atreviese á repugnar á sus mandamientos, ó á despreciar sus saludables amonestaciones; ántes todos las recibian como medicina y como constituciones venidas del cielo: y no es maravilla, porque su vida era celestial y divina, y los milagros con que el Señor le ilustraba eran tantos y tan gloriosos, que el contradecir á Malaquías era contradecir á Dios. De la santidad de su vida dice san Bernardo estas palabras: «Dejando aparte el hombre interior, cuya hermosura, valor y sinceridad resplandecian en la vida de Malaquías; ¿qué dirémos del exterior y de aquellas maneras uniformes, pero siempre modestísimas que guardó, sin que jamás se viese en él la menor cosa del mundo, que pudiese ofender los ojos de los que le miraban? Vengamos á la lengua: cierto es, que el que no resbale en el hablar es varon perfecto. Pues ¿qué hombre hubo tan curioso, que notase en Malaquías, no digo palabra, sino un sí ó nó, ocioso? ¿Quién le vió mover el pié ó la mano con vanidad? ¿O en qué cosa no daba él edificacion al prójimo, en el andar, en el mirar, en el hábito y en el semblante? Tenia una perpetua severidad en el rostro, tan igual, que ni la tristeza ni la alegría nunca la pudieron alterar. Era enemigo de burlas, mas nó austero ni encapotado: alegre, cuando convenia, mas nunca disoluto: en ninguna cosa descuidado, mas á su tiempo sabia disimular: era pacífico y quieto, mas nó perezoso. Desde el primer dia de su conversion hasta la postrera boqueada, nunca tuvo cosa propia, ni renta, ó eclesiástica ó seglar; y aun siendo obispo, no tenia cosa cierta para su mesa obispal, ni habitacion determinada, como aquel que toda la vida gastaba en visitar sus parroquias y feligreses, sirviendo al Evangelio y sustentándose del mismo Evangelio, segun el órden del Señor: y muchas veces, para no ser cargoso á nadie, se sustentaba él y sus compañeros del trabajo de sus manos, como lo hacia san Pablo; y siendo ya hombre de edad y legado del sumo pontífice, nunca dejó su antigua costumbre, él y todos sus compañeros, de ir á pié cuando iba á predicar: forma verdaderamente evangélica, y tanto mas de estimar en Malaquías, cuanto ménos es imitada de otros; pero el que de tal manera vivia, con razon se puede llamar legítimo heredero y sucesor de los apóstoles.» Todo esto es de san Bernardo.

Pues ¿qué diré de los milagros con que el Señor le honró y ensalzó? El mismo san Bernardo dice que fueron innumerables, y cuenta muchos: yo referiré algunos pocos, que nos puedan enseñar y mover á imitacion, mas que nó á sola admiracion; pues para esto escribimos las vidas de los santos. Habia una mujer gravemente atormentada del demonio: Hizo oracion san Malaquías, y mandó al demonio que saliese de aquel cuerpo; y le obedeció: pero entró en otra mujer que estaba allí presente: y Malaquías dijo al demonio: no te mandé yo salir de aquella mujer para que entrases en esta: deja esta tambien. Salió de la segunda y volviendo á la primera, y echándolo de ella, tornó á la segunda: y de esta manera andaba el demonio haciendo burla del santo, hasta que él, cobrando nueva fuerza del cielo, echó aquel inicuo poseedor de las dos mujeres. Y el haber tardado tanto en echarle, no fué (dice san Bernardo) por la fuerza que tuvo el enemigo en resistir; mas por dispensacion divina, para que mas se conociese la presencia del enemigo y la victoria de Malaquías, como se ve en el milagro siguiente.

Habia posado el santo en una casa, donde despues estuvo un enfermo y endemoniado, y una noche comenzaron los demonios á hablar entre sí y á decir: Mira que este desventurado no toque la paja en que durmió aquel hipócrita; y por esta manera se nos escape de las manos. Oyó estas palabras el enfermo: y entendiendo que hablaba de san Malaquías; débil, como estaba del cuerpo, mas fuerte en la fé, comenzó lo mejor que pudo á llegarse á la paja; y al momento se sintieron en el aire voces penosas que decian: Tenle, apártale; que perdemos nuestra presa: mas, por la divina misericordia, en llegando el pobre á la paja en que habia dormido Malaquías, se halló súbitamente sano de todos sus miembros, y libre de los temores y espantos diabólicos que padecia, y los demonios, dando aullidos y bramidos, le dejaron y desaparecieron de aquel lugar.

Trajéronle una pobre mujer, que habia quince meses y veinte dias que estaba preñada, sin hallar remedio humano para hacerla parir: movido san Malaquías de tan nuevo y extraño caso, se puso en oracion; y luego la afligida mujer sin dificultad parió.

Un soldado del conde de Ulidia, sin vergüenza ni respeto alguno, tomó por amiga la que lo habia sido de un hermano suyo: avisóle el santo pastor con caridad de padre, del peligroso estado en que estaba; pero el soldado estaba tan encarnizado en su vicio que con gran bravura respondió, que jamás la dejaria, é hizo juramento de ello. Entonces Malaquías, lleno de celo de justicia respondió: Dios á tu pesar te la quite. No pasó una hora, que ciertos enemigos suyos le mataron á puñaladas; mostrando el Señor con este hecho, cuán presto se ejecutaba la sentencia de Malaquías, y avisando con él á otros hombres desalmados, de los cuales algunos escarmentados en cabeza ajena, se convirtieron y enmendaron.

Dió salud á un muchacho paralítico, y ordenó á su padre que le dedicase al servicio de Dios, y el padre se lo prometió; mas no lo hizo: y así le tornó la misma enfermedad por no haber cumplido lo que al santo habia prometido.

Habia una mujer de tal manera poseida y tiranizada del espíritu de la ira y del furor, que no solamente los parientes y los vecinos huian de su conversacion, mas sus propios hijos no podian habitar con ella: en cualquiera parte que estaba no se oian sino voces, gritos, y una tem-

pestad de palabras coléricas y de ira: era atrevida y temeraria, echaba llamas de fuego, mordia con la lengua, jugaba de manos y era insufrible y odiosa á todos. No hallando otro remedio, la llevaron sus hijos delante de san Malaquías, llorando amargamente su infelicidad y la de su madre. El santo, mansa y benignamente, le preguntó si habia confesado alguna vez en su vida, y ella respondió que nó. Entonces la dijo que se confesase. Confesóse con él, y habiéndola dado la penitencia que le pareció conveniente, la mandó de parte de Cristo nuestro Señor, que no se enojase mas de allí adelante. Parece cosa increible pero es verdad: infundióle Dios súbitamente tanta mansedumbre y tan gran paciencia, que todos entendieron que aquella verdaderamente era mudanza del cielo; y despues vivió algunos años con una paz y quietud de su alma, tan extraña, que ningun trabajo, tribulacion ó daño que la viniese la podia turbar. San Bernardo despues de haber contado que san Malaquías habia resucitado á una mujer muerta, dice, que fué mayor milagro á su parecer, el haber mudado el corazon de la mujer brava que el haber dado vida á la mujer muerta; pues en la una resucitó al hombre interior y en la otra al exterior.

Vino á san Malaquías un hombre lego y calificado, muy triste por la sequedad que decia sentir en su alma: suplicóle que le alcanzase don de lágrimas del Señor. Mucho se consoló el santo, por ver que un hombre lego le mandaba aquel don de Dios: y llegando su rostro como por benevolencia al rostro del hombre, le dijo: Dios te dé lo que pides. Desde aquella hora los ojos de aquel buen hombre fueron dos fuentes de lágrimas.

Yendo predicando, llegó á una isla en que se solia pescar gran número de peces, y despues por los pecados de los moradores de ella habian desaparecido los peces y ellos no tenian con qué sustentarse. Fué revelado á una mujer, que el único remedio para que hubiese peces, era que Malaquías lo pidiese á Dios, y á este tiempo llegó el santo á la isla: cercáronle luego los isleños, y echándose á sus piés, le suplicaron que los librase con sus oraciones de aquel azote de Dios y tan extrema necesidad. Fueron tantos sus ruegos y sus lágrimas, que hincadas las rodillas allí á la orilla del mar, hizo oracion al Señor, suplicándole que renovase su misericordia y echase su bendicion á aquella gente; y luego al punto vino tan gran cantidad de peces cuanta jamás allí se habia visto, y duró de allí adelante.

No es desemejante á este milagro otro que le sucedió. Habiendo llegado con otros tres obispos á hospedarse en casa de un clérigo que no tenia qué darles de comer, porque en el rio que estaba allí cerca, ya de mucho tiempo no se hallaban peces, y los pescadores, como cosa desesperada, habian dejado su oficio; diciendo esto el clérigo á san Malaquías, él le mandó que echase la red en el nombre de Dios; y de aquella primera redada cogió doce salmones y la segunda otros tanto, con los cuales los obispos y toda su compañía tuvieron qué comer abundantemente, y materia de alabar á nuestro Señor: y para que se viese que esta habia sido obra suya, volvió despues la misma esterilidad y falta de pesca, y duró los dos años siguientes.

Hubo un clérigo en lo exterior de buenas costumbres y de agudo ingenio, pero vano y confiado de sí. Permitió nuestro Señor que el demonio le engañase en materia de la fé, y en confesar la verdadera y real presencia de Cristo nuestro Señor en el sacrosanto sacramento de la eucaristía. Amonestóle san Malaquías primeramente á solas, de su error: y no bastando esto para reducirle, hizo dos veces una junta de otros clérigos y hombres doctos para desengañarle: y aunque todos los que allí estaban le reprendian y convencian su error con los lugares evidentes de la sagrada Escritura; él estuvo tan obstinado y pertinaz, que le declaró por hereje y apartado del gremio de la santa Iglesia: y viendo que aun no se reconocia, ántes que como soberbio é hinchado, se tenia por mas sabio y docto que todos; encendido de santo celo Malaquías, alzó la voz y dijo: Pues no quieres de grado confesar la verdad, Dios te haga confesarla por fuerza; y el mismo hereje respondió: Amen. Vino despues el desventurado hombre á tanto aborrecimiento de sí mismo, que no pudiendo vivir entre la gente, se quiso ir como desesperado á lejanas tierras: y poniéndose en camino, le sobrevino una enfermedad tan grande, que no pudo pasar adelante, y viendo su peligro, mal de su grado volvió á la ciudad, y haciendo llamar al obispo, confesó su culpa, detestó el error, recibió la absolucion, y luego espiró.

Altercaban dos pueblos y traian grandes pleitos sobre los términos y linderos: y queriendo llevar por armas aquel negocio, se juntaron para pelear. Envió el santo (por estar ocupado) á otro obispo, para que en su nombre los apaciguase y sosegase aquella discordia. El obispo, aunque de mala gana (por pensar que no haria nada, ni tendria la autoridad que era menester con aquella gente furiosa y armada) todavía obedeció: fué, y halló que estaban ya para venir á las manos; y con el nombre de san Malaquías los amansó y concertó, é hicieron sus capitulaciones. Pero despues uno de los pueblos se embraveció de manera, que quiso dar de repente en los contrarios y matarlos, sin que el buen obispo los pudiese detener; porque corrian como caballo sin freno y desbocado. Volvióse entonces el obispo con el corazon á pedir favor á san Malaquías, aunque estaba léjos, y de repente corrió una voz entre toda aquella gente furiosa, que otros enemigos suyos habian entrado en sus tierras, y las destruian y llevaban cautivos á sus hijos y mujeres. Oida esta voz, aunque falsa, al punto dejaron aquella empresa, y se volvieron á sus casas; y no hallando á los enemigos, entendieron que habian sido engañados por voluntad de Dios, por el poco respeto que habian tenido al mensajero de san Malaquías: el cual, habiendo ido él mismo á concertar á aquellos pueblos, y no habiendo podido acabar con ellos lo que deseaba (porque el otro pueblo, habiendo sabido lo que los contrarios habian pretendido hacer contra él, se queria vengar), Dios nuestro Señor tomó la mano, haciendo crecer un pequeño rio que estaba en el camino, de tal manera, que no le pudieron pasar, ni ejecutar su mal intento.

Uno de los reyes de Hibernia vino á desabrirse con un caballero principal, y tratando de reconciliarse con el rey y volver á su gracia, no fiándose del rey, tomó á san Malaquías por medianero, y sobre su palabra, que le dió el santo, se concertó aquella diferencia; mas estando el caballero sobre seguro, fué preso por mandato del rey, que no podia vencer el enojo y enemistad que con él tenia. Sintiólo el santo, como era razon: acudió á Dios, y cegó el rey. Con este manifiesto castigo conoció su culpa: pi-

dió perdon; y rindióse á la voluntad del santo pontífice.

Habiendo comenzado un oratorio de piedra de silleria, conforme á la traza que le habia sido mostrada del cielo, en la abadía de Doncor; un caballero que tenia cargo de las rentas de la abadía, y un hijo suyo, de tal manera le persiguieron, tratándolo de loco é insensato, por haber comenzado una obra tan suntuosa, siendo pobre y sin caudal para acabarla, que el santo les dijo, que la obra se acabaria y el hijo no la veria. Conforme á su profecía murió dentro de un año, y el padre fué castigado del Señor; porque un demonio le arrebató y le echó en el fuego, de donde le sacaron los de su casa, quemados sus miembros, perdido el seso, torcido el rostro, echando espumajos por la boca y dando terribles alaridos: y aunque el santo, compadecido de su mal, hizo oracion á Dios por él, y no murió; pero quedó con muchos malos accidentes, que le duraron por toda la vida, y la obra comenzada se acabó, segun la grande confianza que nuestro Señor habia dado á su siervo: y para cumplírsela (porque él era pobre y no tenia con qué), le descubrió un tesoro debajo de la misma plaza donde se hacia el edificio, del cual hasta entonces no se sabia cosa, ni habia persona que de él tuviese noticia; y así halló Malaquías en la bolsa de Dios lo que no hallara en la suya: que quien tiene viva fé, tiene todas las riquezas del mundo: porque, ¿qué otra cosa es el mundo, sino un banco y una fuente manantial, que no se puede agotar, de la liberalidad del Señor?

Nunca acabaríamos si quisiésemos referir todos los milagros de este santo: basta, que en los que hasta ahora hemos escrito, y en los demás que dejamos, hallaremos todas las maneras y géneros de los antiguos milagros, profecías, revelaciones, castigo de los malos, salud del cuerpo, conversion de almas y resurreccion de muertos. A mas de esto, por sus excelentes virtudes fué magnificado del Señor delante de los príncipes y de los reyes; y despues de muchas y graves persecuciones, quedó victorioso y superior á la envidia.

Pero vengamos á su dichoso fin y acabemos esta historia. Estaba un dia san Malaquías con sus hermanos en santa recreacion: comenzaron á tratar de la muerte, y á decir cada uno de los que allí estaban el lugar y el dia en que deseaba morir; y el santo, cuando le tocó el responder, dijo, que si él habia de quedar en Hibernia, holgaria resucitar con san Patricio, apóstol de ella; pero que si hubiese de morir fuera de aquella isla, escogeria la iglesia de Claraval, para depositar en ella el saco de su cuerpo: y cuanto al dia, tomaria el dia de los finados, por los muchos sufragios que por ellos ofrece la santa Iglesia en su conmemoracion. Esto dijo el santo; y si fué deseo, Dios se lo cumplió; y si fué profecía, salió verdadera, de la manera que aquí diré.

Deseó san Malaquías que el sumo pontífice diese el palio á los arzobispos metropolitanos que habia en Hibernia: el uno era el antiguo ardamacano y primado; y otro, que el arzobispo Celso habia instituido y el papa Inocencio II confirmado, para mas fácil gobierno de las almas. Juntó un concilio, para que en nombre de todo el clero, y de la isla, se suplicase esto al papa (que así habia ordenado que se hiciese cuando san Malaquías estuvo en Roma), y el mismo santo se encargó de esta jornada, y de ir en persona á suplicárselo al papa, que ya era Eugenio III, discípulo de san Bernardo y monge de Claraval. Con este intento se partió de Irlanda Malaquías: pasó por Escocia é Inglaterra, alumbrando con su vida, doctrina y milagros las partes por donde pasaba. Llegó al monasterio de Claraval, donde fué recibido de san Bernardo y de sus monges, como tan amigo antiguo y vaso escogido de Dios. De allí á cuatro ó cinco dias, habiendo dicho misa con suma devocion en público el dia del glorioso evangelista san Lucas, le dió una calentura, y se echó en la cama, y luego entendió que el Señor le queria cumplir sus deseos, y tuvo revelacion de su muerte, y dijo que allí acabaria el curso de su peregrinacion. Creció el mal: recibió el viático y la extremauncion; y para recibirla con mayor humildad y devocion, bajó de la celda alta, donde estaba, por su pié á la iglesia, y volvió á la celda: y con estar la muerte tan cerca y como llamando á su puerta, no tenia el rostro amarillo ni enflaquecido, ni la frente arrugada, ni hundidos los ojos, ni afilada la nariz, ni los labios cárdenos, ni traspillados los dientes, ni los otros accidentes mortales. Y finalmente, el dia de Todos los Santos, habiendo celebrado aquella fiesta tan bienaventurada y gloriosa, con gran júbilo y alegría de corazon, y llamado á su presencia á los padres de aquella casa, y declarádoles que Dios le habia cumplido los deseos de morir en ella, y prometídoles de acordarse de ellos en el cielo, y echádoles su bendicion, pasada la media noche dió su espíritu al Señor, el año de 1148, á los cincuenta y cuatro de su edad, en el lugar y en el dia que él mismo habia profetizado. Quedó mas como dormido que como muerto, con un semblante tan fresco, sereno y angélico, que mas parecia haber recibido de la muerte mucha gracia y hermosura, que fealdad. El sagrado cuerpo fué llevado en hombros de los abades que habian concurrido de diversas partes con salmos é himnos y cánticos espirituales, y colocado en la capilla de la sacratísima Vírgen, como él mismo lo habia deseado. Y hallándose allí un muchacho que tenia un brazo muerto, que le colgaba de la espalda y no le podia menear, san Bernardo le llamó; y tomándole del brazo, le hizo tocar la mano de san Malaquías, y luego quedó sano.

La vida de san Malaquías escribió (como dijimos) muy á la larga san Bernardo, y le escribió algunas de sus epístolas, que son las 315, 316 y 317. Hace de él mencion el Martirologio romano á los 3 de noviembre: porque, aunque el santo murió á los 2; mas por estar aquel dia la santa Iglesia ocupada en la conmemoracion de los finados, trasladó al dia siguiente el de su glorioso tránsito.

* San Cuarto, obispo.—Este santo fué otro de los discípulos del Salvador, y se acompañó con ellos en el ministerio de la predicacion. Los apóstoles segun se cree le consagraron obispo de Nursia. Cuando Santiago el mayor vino á España á predicar el Evangelio á los españoles, le acompañó Cuarto, compartiendo con él las tareas del apostolado. Estas son las únicas noticias que tenemos de este santo, y algunos suponen que padeció el martirio. El apóstol san Pablo hace mencion de él en su carta á los Romanos, capítulo 16, cuando dice: «Salúdanos Cuarto, hermano.»

Los santos German, Teófilo, Cesáreo y Vidal, mártires.—Fueron martirizados en Cesarea de Capadocia, el año 252, durante la persecucion de Decio. Su martirio fué muy prolongado; pero ni un solo momento se desmintió su constancia y su valor.

Los innumerables mártires de Zaragoza.—A principios del siglo IV, durante la persecucion de Diocleciano, ofrecieron los cristianos de Zaragoza un ilustre espectáculo de constancia y de viva fé en Jesucristo. Viendo Daciano, prefecto de la España citerior, que la matanza que habia hecho en los cristianos nobles no disminuia el fervor y la constancia del pueblo, inventó un medio digno de su ferocidad para acabar de una vez con los fieles que allí habia. Fingió dar licencia á los cristianos para que viviesen en su religion, con tal que todos juntos saliesen de Zaragoza á avecindarse en otros lugares. Al mismo tiempo puso fuera de la ciudad apostados unos soldados, que en saliendo los fieles, se echasen sobre ellos de repente, y los pasasen á cuchillo. Cerráronse todas las puertas, ménos una, la occidental, para que saliendo todos por allí, ninguno se escapase. Salieron en efecto; pero así que lo hubieron verificado, vino sobre ellos la pelea de la fé, y de la mano de Dios recibieron la fidelidad y el premio de ella, que es la corona que á los soldados leales de su milicia tiene guardada en el cielo. Para que los cristianos no recogiesen los cuerpos de aquellos mártires, Daciano los mandó quemar juntamente con los de algunos facinerosos, con el fin de que se mezclasen unas cenizas con otras; pero Dios frustró sus intentos. Del fuego salieron los cuerpos de los malhechores en la misma forma que ántes, y los de los mártires reducidos á una masa muy blanca, la cual recogieron los fieles y la ocultaron en el campo, hasta que restituida la paz á la Iglesia en tiempo de Constantino, hicieron en el mismo sitio una iglesia subterránea y en ella los colocaron, y se llamó esta capilla, ya desde muy antiguo, la iglesia subterránea de las Santas Masas. Algunos han supuesto que todos estos santos fueron llevados presos á Zaragoza, donde sufrieron martirio; pero esto no es exacto: de sus actas, escritas por san Braulio, se ve claramente que todos estaban avecindados en la ciudad, y que eran muchos miles los que perecieron.

Los santos Valentin é Hilario, mártires.—Eran de Viterbo, y vivian en la misma ciudad, en tiempo del emperador Maximiano. Por haberse negado á ofrecer sacrificio á los dioses, fueron arrojados al Tiber, con un gran peñasco atado al cuello; pero habiéndolos sacado milagrosamente de las aguas un ángel, los degollaron, recibiendo la corona del martirio. San Valentin era presbítero, y san Hilario diácono.

Santa Venefrida, vírgen y mártir.—Era hija de un señor anglo-sajon, piadoso y distinguido en sus virtudes, que cuidó escrupulosamente de la educacion de su hija. Mas crecida en años, fué confiada á la direccion de un venerable obispo, pariente suyo, que le enseñó las virtudes de la religion y las ciencias sagradas. Empezó su vida de perfeccion, consagrando á Dios su virginidad, y tomando despues el velo de religiosa. Vivió primero en un pequeño monasterio que habia hecho edificar su padre en Holy-Well, y despues se trasladó al de Guterin, del cual fué luego abadesa. Cradoe, príncipe de aquel pais, concibió por ella una pasion tan brutal, que no pudiendo satisfacerla, la hizo asesinar, y Venefrida fué de este modo mártir de su pureza y virtud. Su muerte sucedió á fines del siglo VII. Algunos escritores añaden que la tierra tragó á Cradoe en el mismo sitio de su crímen, y que de él salió una fuente de agua, que aun existe.

San Huberto, obispo y confesor.—Descendiente de una familia noble de Aquitania, pasó su juventud en la córte de Tierri III. Entregado entonces á las vanidades mundanas, la gracia le tocó de repente para hacerle digno vaso de eleccion. Resolvió no vivir mas que para Jesucristo. Púsose bajo la direccion de san Lamberto, obispo de Mastrich, y adelantó tanto en santidad, que cuando murió aquel obispo, Huberto fué unánimente elegido para sucederle, el año 708. Puso desde luego todo su cuidado en imitar en sus acciones á su glorioso predecesor, y en efecto, llegó á conseguirlo de tal manera, que su episcopado fué de los mas gloriosos que la religion haya producido. Su zelo no se limitó á su diócesis; los paises mas distantes fueron testigos del ardor y del fruto de sus penosos viajes, emprendidos para ganar almas para Jesucristo. Como su ministerio era el de un apóstol, el Señor le concedió el don de milagros, que aumentaron considerablemente el fruto de sus misiones. Un dia que estaba haciendo la procesion de rogaciones con todo su clero, la ceremonia fue interrumpida por los gritos de una mujer que estaba poseida del demonio: el santo hizo sobre ella la señal de la cruz, y al momento quedó libertada. Trasladó su sede episcopal de Mastrich á Liege, y en esta última ciudad, despues de haberse despedido de su rebaño, en un tierno y patético discurso, en que ansiaba el fin de su vida, murió tranquilamente, el dia 30 de mayo del año 727. Su fiesta se celebra hoy, en memoria de una traslacion de sus reliquias.

San Domno, obispo y confesor.—Fué el XIX obispo de Viena, instruido en las ciencias sagradas y profanas, y dotado de admirables virtudes. El autor de su vida dice que sobresalió principalmente en él la humildad, el amor á los pobres y su zelo en reducir cautivos. Parece que murió en Viena el año 527.

San Populo, mártir.—Sacerdote de la Iglesia de Tolosa, compartió con su santo obispo Saturnino los trabajos apostólicos, predicando el Evangelio en los pueblos del mediodía de la Francia. Floreció durante el siglo III, y la corona del martirio fué la dichosa recompensa de su zelo. Murió mártir en un pueblo del Languedoc, al principio del reinado de Diocleciano.

San Floro, obispo y confesor.—Fué el primer obispo de Lodeve, y el apóstol de toda aquella parte del Languedoc. Pero no se contentó con predicar el Evangelio en toda la Galia Narbonense: penetró hasta las Cevenas y la Auvernia, y por todas partes hizo numerosas conquistas para Jesucristo. Murió el año 389, y sus reliquias fueron tenidas en gran veneracion.

San Guenó, abad.—Nació en Bretaña, y fué monge y luego abad de uno de sus monasterios. Despues pasó á Inglaterra con doce de sus religiosos, con la esperanza de vivir allí enteramente ignorado de los hombres. Predicó el Evangelio en Inglaterra, y pasó luego á Irlanda para hacer tambien conocer á Jesucristo. Algunos años despues se volvió á Bretaña, donde ilustre en milagros, murió el 3 de noviembre del año 570.

San Pirmin, obispo y confesor.—Fué el XX obispo meldense. Habiendo ido á Roma á visitar el sepulcro de los santos apóstoles, le conoció allí el papa Juan VII, quien le colmó de distinciones, y en adelante lo tuvo en grande estimacion. Murió el año 703.

Santa Silvia.—Nació en Mesina de Sicilia, de la nobilísima familia Octavia. Crióse en el temor de Dios, y en

las máximas de la mas pura piedad. Fué modelo de vírgenes, de esposas y de madres; y Dios le concedió el consuelo de dar á la Iglesia el gran papa san Gregorio, que confiesa haber mamado con la leche de su buena madre los mas raros ejemplos de santidad. Vivió algunos años en Roma, junto á la iglesia de San Sabas, con pobreza y abstinencia, entregada á las prácticas de la caridad y á los fervores de la oracion. Cierto dia se apareció un ángel á san Gregorio, y le habló de su madre dándole el título de bienaventurada. Santa Silvia murió en Roma el año 602.

San Pedro Armengol.—Aunque está en este dia en el Martirologio, se halla colocado en el dia 27 de abril, que es donde corresponde en sentir de sabios autores.

DIA 4.

San Cárlos Borromeo, arzobispo y confesor.—San Cárlos Borromeo nació en el año de 1538, en el castillo de Arona, distante cuarenta millas de la ciudad de Milan, fortaleza principal entre las muchas que posee la casa Borromea en el lago Mayor, siendo pontífice Pablo III, y emperador Cárlos V. Fué su padre el conde Giberto, hijo del conde Federico Borromeo: su madre Margarita de Médicis, hermana de Jacobo de Médicis, marqués de Mariñano, y del papa Pio IV. Tuvo el conde Giberto de dos matrimonios siete hijos, los dos varones, de los cuales el segundo fué san Cárlos. Apareció aquella misma hora, sobre la sala en que nació, un lucidísimo resplandor, á modo de faja del sol, de seis brazas de anchura. Comenzó dos horas ántes del dia, porque entonces fué el nacimiento del niño, hasta que se mezcló el sol, haciendo la noche oscura un clarísimo dia, nó sin admiracion del castellano y soldados que estaban de guardia y otros muchos que lo vieron. Apenas dejó las primeras fajas, cuando dió el niño grandes muestras de piedad y devocion, y de una inclinacion grande á la profesion eclesiástica, con aversion á todo lo que no era de la Iglesia. Siendo de mas edad, huia de los juegos y entretenimientos pueriles; solo tenia puesto el gusto en hacer altaricos y adornarlos, cantar alabanzas á Dios y cosas semejantes, que daban manifiesto indicio de su singular vocacion. Estas primeras acciones (que en los santos son siempre misteriosas, como se vió en el bautismo de san Atanasio), no solo le mostraban gran eclesiástico, mas singular varon en el gobierno. Habiéndose un dia retirado á una pieza apartada, se entretenia haciendo compartimiento y division de unas manzanas: y reprendido de un criado por haberse así escondido, habiéndole buscado sus padres con cuidado, temiendo no se hubiese ahogado en el foso del castillo; respondió con admirable sentimiento: ¿Para qué me buscábades? Estaba yo aquí ocupado en repartir el mundo en diversas partes y regiones; formándose desde entonces sus pensamientos á grandes empresas y gobiernos.

Adelantábase en Cárlos la devocion á los años, mostrando cada dia mayor inclinacion á las cosas sagradas y á la profesion eclesiástica. Advirtiéndolo el conde Giberto, su padre, le dedicó á la Iglesia con hábito clerical, aun ántes de salir de la puericia, que fué al devoto niño de sumo gusto, por su natural inclinacion, procurando siempre con sus religiosas costumbres no mostrarse indigno de aquel hábito santo. Despues del tiempo que daba al estudio de las letras (en que conforme á la edad iba aprovechando con ventajas), se recogia luego á sus altares y oratorios, recreándose allí espiritualmente, cuando sus compañeros se divertian en los juegos de la edad. Entrando en mas años, cuando tal vez salia de la casa acabado el estudio, no iba á pasear la ciudad, sino visitaba los templos sagrados, y en particular, por ser muy devoto de la sacratísima Vírgen, frecuentaba dos iglesias dedicadas á su nombre. Era en extremo retirado, modesto y sincero en su trato. Huia todo entretenimiento vano, y cualesquier estorbos que le pudiesen distraer de sus santos intentos, de servir á Dios nuestro Señor. Si se hacian en su casa algunos juegos de armas y otros entretenimientos, aunque honestos, para ejercitarse el conde Federico, su hermano; huia sin querer hallarse á ellos. Si tal vez le convidaban á ver jugar á la pelota, en la plaza de su palacio, ó no lo aceptaba, ó si iba, era estando retirado en una ventana, sin que pudiese ser visto, pareciéndole aquel acto indigno, ó indecente de su hábito y profesion. Frecuentaba de ordinario la oracion, y recibia cada semana los sacramentos de la confesion y comunion.

Sus compañeros de estudio, y aun sus mismos criados se burlaban de él, y de sus devociones para divertirle de ellas, de que el santo mancebo no cuidaba, haciendo poca estima de los vanos juicios y pareceres del mundo. Otros mas advertidos alababan su bondad, y le tenian por un ejemplo raro de costumbres, mayormente en aquel tiempo que se vivia con suma libertad. Entre otros, un anciano y venerable sacerdote, de gran doctrina y zelosísimo de la religion católica, deseoso de una gran reformacion en la Iglesia, las veces que veia á san Cárlos, se paraba á mirarle como á una cosa rara, y le hacia reverencia; y y preguntado de la causa, respondió: Vosotros no conoceis este mancebo: será el reformador de esta Iglesia, y hará cosas grandes.

Siendo ya mayor, le renunció el conde Julio César Borromeo, su tio, la abadía de San Graciano y Felino, situada en la villa de Arona. Reconociendo san Cárlos la obligacion que acompaña á las rentas eclesiásticas, era su continuo pensamiento favorecer á los pobres con sus frutos: á que tambien le movia su inclinacion grande á la misericordia y piedad: y así, viendo impedidos sus deseos, por administrar la abadía el conde Giberto, su padre, le dijo con valor que él estaba enterado que las rentas eclesiásticas no podian mezclarse con las del mayorazgo, ni con segura conciencia de ambos, servir al gasto ordinario de la casa; porque era patrimonio de Cristo y de sus pobres, y él mayordomo, nó señor absoluto, de que habia de dar á Dios estrecha cuenta, y suplicóle que lo remediase. El buen conde su padre, aunque interesado con las rentas que gozaba, admirado de la entereza y piedad de su hijo, le dejó libre la administracion de la abadía: la cual admitió san Cárlos, satisfaciendo sus piadosos deseos. Distribuia á los pobres todo lo que sobraba de su gasto forzoso: y si tal vez sucedia haber de socorrer al conde, su padre, en necesidad urgente, hacia se advirtiese en los libros de la cuenta, y que se restituyese á los pobres en la primera ocasion.

Acabados los primeros estudios de humanidad, fué á la universidad de Pavía, donde salió eminente estudiante: y siendo de veinte y dos años, se graduó de doctor en ambos derechos. En esta sazon fué sublimado al sumo pontificado su tio el cardenal Juan Angelo de Médicis, que se

llamó Pio IV, que por este medio quiso Dios dar á san Cárlos grandes cargos en su Iglesia, para mucho bien de ella y reformacion de los eclesiásticos, encendiendo en ella tan clara lumbrera: y parece que fué significacion de esto, un prodigio que sucedió á Pio IV, que siendo niño le cubrió en la cama una gran llama, que al pasar dejó encendida una vela, que acaso estaba en la pieza; siendo señal la llama de la dignidad pontificia, á que ascendió el niño, cuyo resplandor habia de encender la gran antorcha del sobrino Cárlos, luz del mundo, poniéndole en el candelero de tan suprema dignidad.

No se alegró san Cárlos con las nuevas de la eleccion de su tio, ni quiso ir á Roma hasta que se lo mandó el mismo sumo pontífice, que juntándose á la cercanía de sangre las grandes prendas de su sobrino le hizo cardenal: eligióle por arzobispo de Milan, y le dió otras muchas dignidades y cargos; y lo que mas es, cargó sobre él la mayor parte del gobierno. San Cárlos en medio de tantas felicidades y ocupaciones, ni se envaneció ni se distrajo; ántes se desengañó mas de la vanidad del mundo, y adelantó en grandes deseos de la perfeccion evangélica. Fué cosa admirable que cuanto poseia (causa comunmente de ruina en los mas) le fué de no poca ayuda para la perfeccion á que anhelaba; porque ocupando tan gran puesto y gozando de los bienes que apenas el ánimo mas altivo se atreviera á prometerse, lo hallaba todo tan sin jugo y substancia, que generosamente se dió á buscar un solo y perfecto bien, en que hallase llena satisfaccion y paz cabal: en que se vió claramente el especial cuidado que nuestro Señor tuvo de su siervo, y que su divina y dulcísima disposicion le guiaba por las seguras sendas de una vida santísima, poco entendidas del mundo. Considerando algunos años despues el santo cardenal estos beneficios divinos, solia decir que la majestad de Dios le habia guiado por camino extraordinario á su santo servicio, nó por medio de tribulaciones, trabajos y adversidades, como suele; mas por la prosperidad y colmo de las mayores grandezas, y descubriendo con luz divina su vanidad é insuficiencia y la ceguedad del mundo, que hace tan poca estima de buscar las cosas sólidas y de sola importancia que se hallan en solo Dios y su servicio. Ayudóle mucho haber escogido por maestro y guia de la vida espiritual al padre Juan Bautista de Ribera, de la Compañía de Jesus, varon de gran virtud, experiencia y letras, el cual le adelantó mucho, y puso en gran perfeccion: hízole hacer los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, con los cuales sintió san Cárlos tan notable aprovechamiento de su espíritu y desprecio del mundo, que les quedó muy aficionado y devoto de san Ignacio. Recogíase á hacer sus ejercicios muy á menudo, al principio cada año, despues dos veces al año, exhortando á todos los que podia que los hiciesen, ordenando á los sacerdotes de un seminario insigne que fundó que los hiciesen todos los años, edificando solo para este efecto una casa. Sin esto, en otras ocasiones ocurrentes los hacia, no perdiendo ninguna en que pudiera crecer en virtud con tan saludable medio.

Estando en Roma, heredó san Cárlos los estados de su hermano el conde Federico, que murió sin hijos, y no tenia otro hermano sino el santo cardenal: quisieron sus parientes, y el mismo sumo pontífice que se casara para adelantar en su persona su familia y casa; mas no se pudo recabar con el santo mancebo, que ya habia puesto su corazon en los bienes del cielo: con que despreció varonilmente todas las grandezas de la tierra, que le prometia el mundo: y para desesperar á los que le importunaban con mucha brevedad y secreto recibió los órdenes sagrados. Antes de celebrar la primera misa se preparó para aquel tremendo sacrificio con los ejercicios espirituales de san Ignacio, que hizo en la casa profesa de la Compañía de Jesus de Roma. Despues quiso decir la segunda misa en la misma capilla que usaba san Ignacio; porque fué muy devoto suyo el santo cardenal, procurando imitar su grande espíritu y zelo; y para ser verdadero discípulo suyo, no tenia libro mas estimado ni leido que el de los Ejercicios, el cual traia de ordinario consigo. Y una vez dijo al duque de Mantua, que alababa su librería, como tenia en la faltriquera un libro (hablando del libro de los Ejercicios) que contenia mas que todos los libros de ella.

En medio del ruido de la córte romana, y multitud de ocupaciones que tenia, fué la principal la de su espíritu. Cada dia iba el padre Juan Bautista Ribera al palacio apostólico, donde vivia san Cárlos: encaminábale por las verdaderas y sólidas virtudes, ejercitábale en los actos mas perfectos de ellas, y gastaba largos ratos en pláticas espirituales. Algunos parientes del cardenal que le asistian, instigados sin duda del demonio, llevaban á mal tanto retiro con un religioso, y la compostura que su trato habia causado en el santo mancebo, que le deseaban mas esparcido y desenvuelto: mostraban el rostro torcido al padre, se burlaban de él de mil modos, y perseguianle de la manera que podian para impedirle la entrada y las visitas, sufriendo el buen padre por esta causa muchos escarnios y afrentas, hasta que el santo cardenal lo entendió y dió traza como sin saberlo nadie le viese cada dia, dándole paso á su cámara por un retrete secreto.

Tanto era mas admirable la virtud de este santo mancebo, cuanto mas contradicciones venció, y salió libre de los estorbos y peligros que le causaban los suyos. Un señor principal pariente suyo, llevando á mal tanta modestia en persona tan moza y entre las delicias del mundo, le convidó á comer á una villa distante de Roma algunas millas, lugar amenísimo. Deseando este príncipe desviarle de aquel su modo de vida tan severo, entre otras provisiones llevó de Roma con secreto una hermosa cortesana, y oculta la tuvo en el palacio, hasta que siendo hora de retirarse la hizo meter por una puerta secreta en la cámara del cardenal, gallardamente aderezada, habiéndole dejado solo de propósito los gentiles hombres del señor, advertidos del caso. Entonces aquella Circe é instrumento del infierno usó todas las artes que pudo para hacer caer al constante mancebo viéndole solo: púsosele delante, instando con sus halagos y donaire para inducirle al pecado; mas el religioso mozo viendo el pernicioso lazo que con tanto peligro le habian puesto, todo conmovido por el horror grande de aquel vicio, sin hablar palabra á la mujer, corrió á la puerta de la pieza, llamando á voces á sus camareros quejándose de ellos gravemente; mas ellos no sabian nada: entraron en la cámara donde hallaron aquel lazo de Satanás, y echaron á la mujer fuera con gran confusion suya. No pudo reposar el cardenal aquella noche congojado con la memoria del caso; y habiendo sabido el autor, partióse tres horas ántes del dia, sin des-

pedirse; para que entendiese cuánto le habia ofendido el ponerle en ocasion de perder á Dios y manchar la candidísima pureza de su alma. No fué esta vez sola la que padeció san Cárlos semejantes peligros, y triunfó de la carne con huir sus asechanzas.

Al paso que se esmeraba el santo cardenal en su aprovechamiento, y crecia en virtud y perfeccion propia, deseaba tambien la ajena, y abrasado de amor de Dios, no perdia ocasion en que pudiese aprovechar á sus prójimos. Para esto fundó un colegio suntuoso en Padua, donde se criasen muchos en letras y virtud: y viendo que la conclusion del concilio tridentino habia de ser para universal reformacion de la Iglesia, puso gran cuidado é instancia para que se concluyese sin perdonar á trabajo suyo, venciendo en esta materia dificultades insuperables al parecer de todos; pero el zelo de la casa de Dios que ardia en el santo mancebo, le daba confianza para todo. Despues de concluido felicísimamente el concilio, no fué menor el cuidado que tuvo de su ejecucion, siendo causa que se publicase y recibiese en muchas partes; y que se señalase la congregacion de los cardenales, que resolviese las dudas que podian ocurrir acerca de su inteligencia. Hizo que se compusiese luego por varones doctísimos el Catecismo romano, conforme á lo que dispone el concilio, y que se reformase el misal y breviario romano. Dispuesto lo tocante á la ejecucion del concilio, juzgó por conveniente ser el primero á ejecutar sus órdenes para ayudar á obra tan importante por todos medios; y los prelados y el pueblo mirándole como á espejo se moviesen fácilmente á seguirle. Veia que estaba puesto como ciudad sobre el monte en el sublime grado de cardenal, sobrino, coadjutor del pontífice, pastor universal de la Iglesia, y que no hay mas eficaz remedio de persuadir una ley que obedecerla quien tiene el primer lugar en el gobierno: comenzó á practicar en sí mismo los saludables consejos del concilio; y deseoso de la perfeccion á que anhelaba, iba dejando los honestos entretenimientos con que se recreaba algunos ratos. Guardaba cierta gravedad de costumbres que se acercaba á austeridad de vida. Dióse á la oracion con mayor frecuencia recogiéndose dos veces al dia por lo ménos: domaba su cuerpo con ayunos y disciplinas: visitaba frecuentemente las iglesias, en particular Santa María la Mayor: á este sagrado templo iba con secreto de noche, subiendo de rodillas todo el collado que comienza de Santa Potenciana, acompañado de los mas confidentes criados: hacia muchas limosnas en Roma, y en los lugares donde gozaba rentas eclesiásticas, en especial en Milan, socorriendo á los pobres, gastando espléndidamente cuanto en beneficio de su Iglesia parecia necesario, de que se entiende no haber recibido en Roma parte alguna de aquellas rentas: moderó su vestido, dejó las telas de seda y todo traje pomposo, reduciéndose á la observancia de una modestia eclesiástica ejemplarísima.

Fuera de esto, viéndose constituido arzobispo, sucesor de los apóstoles y pastor de almas, á quienes por obligacion toca apacentarlas con la palabra de Dios, como lo advierte el mismo santo concilio; se iba amaestrando en la facilidad de hablar en público. Comenzó á hacer pláticas espirituales en conventos de monjas, en Santa María la Mayor, donde era arcipreste, en Santa Praxedes, iglesia de su título, con asombro de todos; porque no se habia visto hasta entonces en los cardenales este ministerio: y con este mismo intento sabiendo cuán necesario es al obispo el conocimiento de las sagradas Letras, para oponerse á la falsa doctrina de los herejes, para defender su rebaño y enderezar los fieles por el camino de su salvacion, se dió al estudio de la sagrada teología, comenzando de la lógica y filosofía. Era cosa verdaderamente digna de admiracion ver un hombre, en cuyos hombros cargaba el peso del gobierno pontificio, como un simple estudiante estar oyendo los discursos de sus maestros, y escribir las lecciones de su mano con gran fatiga y paciencia.

De la reformacion de su persona pasó á la de su familia, para que fuese ejemplo á los demás prelados. Halló en su servicio buen número de caballeros y de personas nobles de profesion seglar: y pareciéndole indecente á un prelado eclesiástico, los despidió todos, honrándolos conforme al mérito de cada uno con liberales dádivas. Retuvo los eclesiásticos (con los oficiales de ministerios ínfimos); dió órdenes de una vida ejemplar; prohibióles sedas y otras cosas indecentes; y poco á poco la fué reduciendo á tanto rigor que no parecia sino un convento de religiosos; porque toda su casa ordenó como si fuera un colegio de la Compañía de Jesus, con semejantes ejercicios y costumbres, y aun con los mismos oficios y nombres de oficios que hay en una casa de la Compañía.

Aunque estaba en Roma el santo cardenal detenido por el sumo pontífice, su ánimo tenia en Milan, deseando y procurando el bien de sus ovejas; y así desde Roma era notable la vigilancia que tenia de ellas y de su reformacion: para lo cual escogió los vicarios mas zelosos y prudentes que pudo, y les daba admirables órdenes: envió al padre Benedicto Palmio, varon apostólico y predicador de gran espíritu y prudencia, con otros padres de la Compañía de Jesus, que no habian entrado entonces en Milan, y el santo los introdujo y fundó muchos colegios. Enviólos como precursores, para disponer al pueblo á la reformacion con sermones, frecuencia de sacramentos, y enmienda de vida: siguióles el santo cardenal, recabando despues de mucha instancia y ruegos licencia del pontífice: el cual le hizo su legado *á latere* en toda Italia, que fué ocasion que se detuviese en el camino, ordenando muchas cosas del servicio de Dios; porque por todas partes donde pasaba iba echando llamas de fuego, que ardia en su pecho, del amor de Dios y del prójimo. Al entrar en Milan, cuanto mayor era el regocijo de todo el pueblo, tanto fué mayor el sentimiento del enemigo comun: oyéronse gemidos de los demonios, que como bestias bramaban desesperadamente, dando á entender cuán intolerable tormento les era la presencia del santo cardenal: juntó luego concilio provincial, dando principio á la primera seccion con una procesion solemne de los prelados y el clero: predicó luego el padre Benedicto Palmio de la necesidad y modo de reformar la Iglesia, á la cual se ordenaba aquella sínodo: hizo luego el mismo san Cárlos una oracion del instituto y necesidad de los concilios provinciales: en este concilio se leyeron y aceptaron los decretos del santo concilio de Trento: ordenó el cardenal su ejecucion á todos los obispos que públicamente hiciesen la profesion de la fé: estableciéronse diversos decretos y órdenes tocantes á la disciplina eclesiástica, reformacion de la Iglesia, y las costumbres y el gobierno de los obispos, y el modo de haberse en su persona y familia. Fué seña-

lado el fruto que produjo este primer concilio: dióse con él principio á la reformacion tan deseada del santo; y si bien muchos dudaron que tantos decretos y órdenes pudiesen tener efecto ni guardarse; la confianza en Dios del santo arzobispo le aseguró de dudas, y el suceso ha mostrado bien lograda su esperanza, con gran aprovechamiento de las almas en Milan y su diócesis y provincia, y otras partes. Causó esta accion admiracion en todos: concurrió á verla gran número de gente, aun de partes remotas, no tanto por la grandeza y majestad con que se celebró, como por ver un cardenal en los floridos años de su edad puesto en tan supremo grado, predicar al pueblo, tratar de reformacion, celebrar concilio, formar decretos, ser el primero en su ejecucion, inflamar los obispos mas antiguos en el celo de las almas, y exhortarles á la residencia y vigilante cuidado de sus Iglesias.

Quiso nuestro Señor que fuera san Cárlos ejemplo de prelados; y así le desembarazó de la asistencia de Roma con la muerte de su tio Pio IV, á cuya muerte asistió y le administró los sacramentos. Y habiéndose elegido otro pontífice, que fué Pio V, tornó con la mayor brevedad que pudo á su Iglesia; porque le tenia lastimado el miserable estado en que la halló. Habia carecido el arzobispado de Milan ochenta años (ménos algunos en diferentes tiempos) de la presencia de su arzobispo, gobernándose esta gran máquina por solo un vicario, hombre á veces de moderadas prendas, que la menor parte del tiempo se ocupaba en el gobierno. Por este desamparo y calamidad de los tiempos, molestados de varias aflicciones, guerra, revolucion de estados, pestilencias y otros accidentes, esta viña del Señor se habia reducido á lamentable estado. La vida y trato de los eclesiásticos ni podia ser de mayor escándalo, ni de ejemplo mas pernicioso á los seglares, aseglarada y sensual, peor que la del pueblo: vestian á lo seglar: traian armas en público, atollados los mas en escandalosas y envejecidas amistades: no residian sus beneficios, y lo que á esto de ordinario acompaña, descuido grande y aun aversion al culto divino: tenian con mayor indecencia las iglesias y cosas sagradas, que sus cosas profanas: era tan grande la ignorancia, que muchos curas de almas no sabian aun la forma sacramental de la confesion, ni que hubiese censuras ó casos reservados: y en algunas partes de la diócesis (¡cosa lamentable!) habia dilatado de manera su imperio la ignorancia, que muchos curas jamás se confesaban, creyendo no estar obligados á la confesion por confesar á otros.

No tenia el pueblo casi cimiento de los fundamentos y principios de la fé católica: no sabian la oracion del *Páter-noster*, la *Salutacion angélica*, ni formar la señal de la cruz, ni persignarse. Habíase reducido nuestra santa religion á tan miserable estado, que hombres medio embriagados se atrevian á burlar del confesor, fingiendo querer confesarse, y para hacerle huir entraban enmascarados en la iglesia: daban muestras de ofrecer al sacerdote en la misa; y por irrision cogian el dinero ofrecido por los otros: quebrantábase la observancia del ayuno de la mayor parte del pueblo; particularmente en la cuaresma se comian lacticinios y aun carne sin licencia.

A tal extremo de males habia llegado aquella gente, cuando Dios nuestro Señor se dignó de remediarlos por su siervo san Cárlos: el cual determinó no perder punto en su reformacion y reparo. Diré en particular algunas cosas que ordenó, aunque me detenga algo en ellas, porque pueden ser de grande ejemplo á los prelados y enseñanza de una prudencia admirable, en la cual se aventajó san Cárlos, procurando con mil diligencias y santas industrias hacer la causa de Dios, las cuales son muy dignas de saberse, y porque no se hallan en las vidas de otros santos, no se tendrá por trabajo excusado referirlas aquí. Empezó á dar mayor ejemplo el santo cardenal en su persona y familia, y poniéndose en mayor austeridad y ejemplo de vida. Habia en su concilio provincial establecido algunos decretos tocantes á la vida del obispo: determinó ejecutarlos en su persona puntualmente: y por hallarse mas libre y desocupado de negocios y emplearse en solo el gobierno de las almas, se exoneró de diversos cargos que podian serle de algun estorbo. Poseia casi doce abadías y muchas pensiones, y todas las renunció, algunas libremente en manos del pontífice, y otras aplicó con autoridad apostólica á colegios y lugares pios. Vendió el principado de Oria, en el reino de Nápoles, de que gozaba doce mil ducados de renta: de tres galeras armadas que heredó del conde Federico, su hermano, su precio convirtió en obras pias: desembarazóse de toda cosa sobrada: la riquísima recámara que, como sobrino del pontífice, trajo de Roma, parte dió á la Iglesia metropolitana, parte vendió en Milan y en Venecia: su precio dió á Dios y á sus pobres con liberalidad increible, para quedar libre de cualquier impedimento de la tierra y poderse emplear todo en el servicio de Dios: con que teniendo ochenta mil escudos de renta, que llegaban á cien mil con los gajes de las legaciones y oficios, se redujo á veinte mil escudos: de que se hubiera tambien despojado, por el afecto grande que tenia á la santa pobreza, á no ser necesarios al sustento de la casa, ejercer la hospitalidad y hacer limosnas: cosas tan convenientes al obispo.

En su casa admitia solamente eclesiásticos, y los que hallaba de buenas y aprobadas costumbres (de que se informaba de personas de crédito), y que no trajesen designios de recompensa de beneficios eclesiásticos; porque como no tuvo pensamiento jamás de gratificar criado por este medio, ménos gustaba de que viniesen á su casa con pensamientos tan interesados; y si en alguno descubria este intento, se deshacia de él. Cuando recibia algun criado, aunque hubiese tenido satisfaccion de su virtud, hacia de él varias pruebas, ejercitándole en alguna ocupacion loable, segun el talento que descubria. Si le conocia á propósito para adelantar la disciplina eclesiástica, le hacia reducir el concilio de Trento ó los suyos provinciales á notas y sumarios; si era hombre de espíritu, le hacia entresacar las sentencias de buenos libros: ejercitábalos en actos de virtud, en particular de humildad, que ansiosamente deseaba y procuraba en los suyos; y aunque el sugeto fuese de prendas y graduado, hacia que acudiese á los ministerios humildes, como trasladar alguna materia útil, ó llevar la falda ó bagajes en las jornadas, ó la cruz arzobispal (si bien queria que este oficio tuviese estimacion) y tenialos tal vez por algun tiempo sin darles ocupacion, por probarles la paciencia. Retiraba á algunos, ántes de entrar en palacio, por muchos dias en los seminarios, sujetos á obediencia, para que se conociese el talento y atendiesen á ejercicios espirituales, y echasen buen fundamento en la vida y profesion eclesiástica; y salian probados como oro del crisol. Si en estas pruebas no los hallaba humildes, su-

fridos y virtuosos y de loables costumbres, los despedia, resuelto á no admitir en su casa persona ambiciosa ni de mal ejemplo. Servíase de sus familiares, en especial de los de letras, indiferentemente en servicio de su persona ó de su Iglesia: y aunque hiciese oficio de camarero ó cualquier otro, le empleaba en los cargos y negocios del gobierno arzobispal, visitas, vicarías, audiencias ó semejantes cargos, honrándoles á su tiempo y ocasion con mayores acrecentamientos, segun el mérito y buen proceder de cada uno: pasaban de ordinario de los primeros oficios hasta los últimos: á algunos promovia á beneficios y dignidades eclesiásticas, cuando juzgaba convenir al servicio de la Iglesia, y nó de otra manera, sin que hiciesen diligencia. Era tal su vigilancia sobre toda su familia, que sabia todos los dias lo que cada uno hacia.

Puso superior á su familia, al cual llamaba prepósito, por huir los títulos pomposos de mayordomo y otros seglares. Tenia doce camareros, casi todos sacerdotes y doctores, de ellos algunos de señalada bondad y vida: queria fuesen continuos testigos de dia y de noche de todas sus acciones; y decia ser esto muy conveniente al obispo. Habia dos monitores secretos, hombres graves eclesiásticos, á quienes daba libertad y mandaba le avisasen con llaneza de todos los defectos que en él descubrian, para que esto le detuviese y enmendase.

Ordenó en su sexto concilio provincial, hiciesen lo mismo los obispos, habiendo experimentado ser un medio eficacísimo para enmendar la vida y hacer progreso continuo en las virtudes y santidad, renovando en esto lo proveido por santísimos cánones eclesiásticos, hasta allí dados al olvido. Tenia señalado un sacerdote por prefecto espiritual: este velaba sobre la familia en lo tocante á las cosas del espíritu y acudia á todas las necesidades espirituales de la casa. Diputó otro á la hospitalidad; su nombre era prefecto del hospicio: asistia á recibir, servir y regalar los prelados y otros forasteros que se alojaban continuamente en su casa; un limosnero público, otro secreto, personas de caridad y piedad con los pobres; y un enfermero, con particular cuidado de proveer á los necesitados y enfermos de la familia, y les servia el tiempo que duraban en la cama. Dió á todos convenientísimas reglas, por las cuales los sacerdotes tenian obligacion á confesarse á lo ménos una vez en la semana, decir misa cada dia; y los demás á oirla y confesar cada mes, trayendo cédula al prefecto espiritual de los confesores que tenia señalados. Los que tenian obligacion de rezar el oficio divino, sin residencia ni otro cargo, se juntaban por la mañana á la segunda señal de maitines de la iglesia Mayor (decíanse poco ántes de amanecer todo el año) en la antecámara del cardenal, á decir maitines en su compañía, á que asistia no hallándose impedido. Antes de comenzar tenia oracion mental lo ménos un cuarto de hora, por preparacion de las divinas alabanzas, y pagaban lo restante del oficio á tiempo conveniente. Los demás se juntaban á la misma hora en la capilla arzobispal, y despues de la oracion mental decian el oficio de nuestra Señora hasta vísperas, que despues con las completas rezaban en el mismo lugar y á sus horas. Las noches, despues de cena, se juntaban todos en la capilla á hacer exámen de conciencia. Acabado, el prefecto espiritual ú otra persona proponia los puntos de la meditacion de la mañana siguiente. Por el invierno, cuando despues de cena se detenian al fuego, se hacian conferencias espirituales para huir el ocio y palabras inútiles: cada uno decia lo que tenia meditado en la oracion de aquel dia y el fruto que habia sacado, con llaneza de palabras y modestia. A estas conferencias se hallaba de ordinario el santo cardenal, para que fuesen de mayor provecho.

Teníales prohibido vestir seda ú otra tela de precio: comian juntos todos, aun los vicarios, en refectorio comun, labrado á este propósito por el santo: guardábase gran silencio, atendiendo á la leccion de libros santos, que duraba el tiempo de la comida: predicaban tal vez los clérigos del seminario para ejercitarse. En este refectorio comia de ordinario el santo arzobispo con su familia en los primeros años, hasta que le retiraron sus grandes abstinencias y ayunos á pan y agua. Distribuíase la vianda igualmente, sin diferencia ó singularidad: servíase lo mismo al vicario general que al menor gentilhombre. La comida no excedia de la modestia clerical: era bastante para quedar satisfechos. Despues de comida y cena iban juntos á la capilla á dar gracias, diciendo las letanías. Los miércoles se abstenian de carne. Tenian otros muchos dias y tiempos de ayuno; de manera que apenas eran de carne los tres meses del año. Amaba san Cárlos á sus criados cordialmente, como si fueran sus hermanos ó hijos, y como á tales los tenia y trataba, procurando que hubiese semejante amor entre ellos. Con este fin solia visitarlos á ciertos tiempos del año por su persona misma, hablando hasta con el menor, para saber si habia algun disgusto ú ocasion de rencor, para remediarlo con tiempo: inquiria si se guardaban las reglas puntualmente, y si se les acudia con lo necesario. Visitaba de improviso los aposentos, sin que pudiesen prevenirse si habia cosa indecente; y era este un poderoso freno á la licencia. Tenia una vez al mes una congregacion del gobierno temporal y espiritual de la familia, para prevenir y disponer lo conveniente. Fué su casa un seminario de obispos y prelados de rara virtud y bondad de vida en la Iglesia de Dios, hombres de singular excelencia en el gobierno eclesiástico. De ellos se sirvió la sede apostólica en las primeras nunciaturas de príncipes y otros oficios graves del gobierno de la Iglesia.

No fué ménos prudente san Cárlos en el gobierno de su arzobispado que en el de su casa, instituyendo para su buena administracion ministros utilísimos, á los cuales añadió otros muchos, como prefectos del clero, testigos sinodales (su oficio era inquirir cuanto habia digno de reparo en el arzobispado y provincia, para que lo remediasen los concilios), monitores secretos, apuntadores del clero, y otros muchos, que se acercaban casi á cuatrocientos: estos eran los ojos, manos y piés del santo arzobispo, por cuyo medio intentó tantas proezas y redujo su Iglesia al feliz estado que despues tuvo. Para cultivar mas á su viña con mas trabajadores y operarios, trajo á Milan á los padres de la Compañía de Jesus, fundándoles él y alhajándoles la casa. Hizo en la cuidad de Milan tres seminarios, y en diversas partes del arzobispado otros tres, para que en ellos se criasen en virtud y letras buenos sacerdotes y curas de almas, de lo cual resultó grande bien en toda la diócesis. Criábanse allí como en una religion: hacian los que entraban los ejercicios espirituales que usaba la Compañía de Jesus, á la cual entregó el gobierno de ellos, hasta que despues de bien formados y establecidos, se exoneró de esta carga: proveyóles de confesor y prefecto de espíritu, de excelentes maestros, y un

prefecto de los estudios. Diputó en cada dormitorio algunos clérigos de mayor virtud, y costumbres aprobadas y zelo de la observancia de las reglas, con títulos de prefectos: era su cargo velar dia y noche sobre todos, así en casa como fuera. Fué este un poderoso freno para contener aquella juventud apartada de inconvenientes, y un estímulo grande para apresurarse al bien. El mismo santo cardenal visitaba sus seminarios, y se informaba de la virtud y aprovechamiento de cada uno. Vacaba á estas visitas con tan exacta atencion y diligencia, que ocupaba quince dias, sin querer atender á otros negocios. No salia del seminario en este tiempo, y se quedaba con un solo familiar que le sirviese. Decia el primer dia misa en la capilla del seminario: predicaba despues del Evangelio: comulgaban de dos en dos de su mano: comia en el refectorio la porcion comun como uno de ellos; y el regalo mayor eran las oraciones, letanías, sermones y actos de letras al tiempo de la comida. Tenia en estos dias una junta particular con los diputados temporales, para que el gobierno fuese conforme á las reglas y su intencion santa. A mas de las visitas ordinarias, muchas veces en el año, para alentar aquella juventud, pasaba á sus seminarios.

Tenia gran cuenta de visitar todo su arzobispado, no solo por visitadores prudentísimos y zelosos, sino por su misma persona. Andaba todas las villas y aldeas, muchas puestas en selvas y lugares asperísimos, visitando con gran particularidad todas las iglesias, oratorios, cofradías, hospitales y monasterios de monjas, que reformó con grande fruto de innumerables almas. Por estar dilatada la diócesis de Milan por muchos valles y montañas asperísimas, le fué forzoso pasar en estas visitas increibles incomodidades; porque no pueden pasar caballos (en que caminaba el santo) en muchas partes, por la dificultad y peligro de los caminos y montañas inaccesibles. Veíase obligado á andar á pié muchas millas con un báculo en la mano, como uno de los pobres montañeses, aun en tiempo de frios y calores excesivos. Veian correr de su rostro muchas veces gran copia de sudor, y el semblante como de persona que pasaba gran fatiga. Llevaba tal vez parte de bagaje, por no dejarlo todo á sus criados (aquí llegaba su caridad y humildad rara); porque á caballos de carga no dan paso aquellas asperezas. Muchas veces era forzoso valerse de las manos, y con manos y piés pasar con seguridad algunos lugares peligrosos, llevado de un ardentísimo zelo de la salud de las almas de aquella miserable gente, y de un vivo deseo de la reformacion de toda su Iglesia. Llegó á muchos lugares donde jamás se habia visto la persona del prelado, con admiracion y espanto de quien lo consideraba. No tomó jamás reposo en los caminos: aun yendo á pié, los continuaba sin interrupcion. Llegado al lugar, sin parar, iba via recta á la iglesia, y hecha oracion, comenzaba luego á entender en la visita. Era este un trabajo continuo; porque acabada la visita de un lugar, pasaba sin detenerse á otro, y de ordinario hacia jornada cada dia, excepto en las villas y poblaciones mayores, donde las cosas obligaban á mayor tardanza. Aumentaba estos trabajos el tener por costumbre alojarse siempre en las casas de los curas (de ordinario pobrísimas), huyendo de las comodidades del hospedaje, que á porfia le ofrecian los ricos: con que en lugares pobres muchas veces dormia sobre unas tablas desnudas, ó en la tierra, ó en hojas de árboles, ó pajas, dejando las camas á sus ministros y familiares. Lo mismo hacia en la comida: tomando lo peor para sí, dejaba lo mejor á los suyos. Sustentábase de castañas y leche, y otros frutos groseros de las montañas, mostrando gusto grande del uso de estos manjares viles, como uno de los pobres que habitan en aquellas sierras. Prohibió expresamente á sus criados llevar provision alguna de alhajas ó cosas de comer: y advirtiendo en la valle Leventina, que un gentilhombre suyo llevaba una cuchara de laton (porque solo se hallaban de palo entre aquella pobre gente), le reprendió de hombre demasiadamente delicado. Solia prevenir á los curas de los lugares adonde iba, le enviasen minuta de los desórdenes del pueblo, y pecados mas graves y frecuentes. Hacia despues los sermones conforme á la necesidad, aplicando, como un buen médico, el remedio que la enfermedad pedia. Eran con esto los sermones de gran fruto, con raros y maravillosos efectos; mas, como buen pastor, no contento con las exhortaciones del púlpito, hacia llamar secretamente los pecadores mas graves, y hacíales tan fervorosas y eficaces amonestaciones, que los convertia á Dios, y muchas veces con súbita y total mudanza de vida.

Enviaba adelante, ántes de entrar en los pueblos, padres de la Compañía y otros sacerdotes, con facultad de casos reservados, que dispusiesen el pueblo á la santa comunion. Hacia llamar los curas circunvecinos, para mayor comodidad de los confesores: el cardenal comulgaba á todos de su mano; de manera, que todos los dias que duraba la visita habia comunion general, y esta era muy numerosa; porque los pueblos, por la gran devocion que con el santo pastor tenian, procuraban recibir de su mano el divino pasto: íbanle siguiendo de unos lugares á otros, de que él recibia cordial contento, pareciéndole era parte del fruto de sus caminos. Era este un trabajo sin duda grande, siendo necesario á ratos enjugarse la frente con un lienzo, de demasiado sudor: admiraba pudiese tolerar aquella inclinacion continua tanto tiempo: y por inflamar los corazones, para que recibiesen tan gran Señor con devocion y reverencia, habia hallado una devotísima invencion. Yendo por la iglesia comulgando al pueblo, llevaba al lado un sacerdote que con voz tierna y llena de admiracion decia algunas oraciones jaculatorias, para mover los ánimos á reconocer la gran bondad de Dios en dárseños, ó de accion de gracias, ó para causar temor de llegar á tan tremendo misterio.

Tal era la solicitud de este gran prelado con sus súbditos, que á mas del estado general de las almas de cada parroquia, todos los años en un libro intitulado: « Las Necesidades de las almas de los feligreses, » tenia notadas todas las almas que estuviesen en particular necesidad corporal ó espiritual, ó en peligro de caer, ó en estado de pecado, para procurar remediarlas, socorriéndolas de su hacienda, ó apartando la ocasion; ó poner mano al castigo ú otros medios eficaces: y á sus visitadores advertir el caso ó necesidad, para que con exactísima diligencia procurasen remediarlo y se asegurasen si habia cesado el peligro, y jamás desistia de la empresa hasta haberse remediado ó quitado el escándalo. Algunos años hizo las visitas á caballo: despues, herido de un ardentísimo espíritu, determinó hacerlas á pié. Era de gran ejemplo ver este gran cardenal caminar de uno á otro lugar, seguido de

innumerable gente, que se movian á acompañarlo por sola devocion, como á un nuevo apóstol.

Conoció san Cárlos por las visitas la falta que habia de saberse los misterios de la fé, y que esto fué causa que se introdujese en muchas partes la herejía: y para poner eficaz remedio, inventó su santo zelo unas escuelas de la doctrina cristiana con admirable traza, para que tuviesen el fruto que convenia, y perseverasen en todo el arzobispado. Constaba la mayor parte de seglares, hombres de gran virtud, formando todos una compañía y un gobierno, divididos en diferentes escuelas, en la ciudad y diócesis. Señaló diversos ministerios, todos encaminados á esta enseñanza de ocupar bien el tiempo y desterrar la ignorancia. Los domingos y fiestas del año daba señal la campana ántes de vísperas en las partes donde habia estas escuelas, que de ordinario estaban en parroquias. Enviaban los padres de familia sus hijos y criados, adonde tambien concurria gran número de personas deseosas de aprender, sin lo que no hay salvacion. Estaban los hermanos operarios de la doctrina cristiana en sus bancos, de que estaba llena la iglesia: cada uno reconocia su puesto y discípulos, que no pasaban de seis: á estos hacia decir las oraciones: pedia cuenta de la leccion del domingo antecedente: declaraba la doctrina y enseñaba buenas costumbres, modestia, obediencia á los padres, temor de Dios y todas las obligaciones de un cristiano. Despues de este ejercicio, á la señal que hacia el prior, se arrodillaban todos, y decian ciertas oraciones que andaban en libritos uniformes en todas las escuelas. Habia luego disputas, puestos dos niños en lugar eminente, y de lo que iban diciendo se hacian preguntas ya á este, ya á aquel niño, por tenerlos atentos, á cada cual segun su capacidad. Dividiéndose en varian clases, pasaban de unas á otras, mejorando de maestro, siendo capaces de mayor enseñanza. Leíase luego en altas voces la tabla de las costumbres, volviendo á arrodillarse y rezar otras oraciones. Mirábase los que faltaban: habia prácticas de personas religiosas para los operarios y personas capaces de mayor doctrina. Para mayor firmeza de esta santa costumbre hizo una congregacion en Milan (que llamó Primaria) de veinte hombres de los prudentes y pios de esta compañía, que se mudasen cada año, y los electos confirmase el arzobispo, la cual constaba de estos oficios, un prior general, cabeza de las escuelas, y un sustituto con título de superior, dos visitadores generales, dos distritos, un avisador general, un canciller, doce que llamó primarios y seis asistentes.

Fué tambien de singular provecho la congregacion de los oblatos que inventó el prudentísimo zelo de san Cárlos, la cual instituyó para bien universal de su diócesis, con voto de obediencia al arzobispo. Llamóla congregacion de los oblatos; porque en ella entraban los que se ofrecian de su libre voluntad al servicio de la Iglesia, á imitacion del Señor, que se ofreció voluntariamente por nosotros. Fué el intento del santo, que los sacerdotes, como miembros unidos á su cabeza, viviesen de un mismo espíritu, voluntad y zelo de la divina gloria y de la salud de las almas, y en todas partes aspirasen á aquella santidad de vida y excelentes virtudes sacerdotales que les hiciese dignos de esta union; y que esta congregacion tuviese particular cargo de ayudar al arzobispo en el gobierno de la Iglesia de Milan, y cooperar con él en todos los oficios y ministerios del oficio pastoral. Los principales son visitar la ciudad y arzobispado: ir á las misiones á que les enviare el arzobispo, al modo de los sagrados apóstoles, en particular á los lugares ásperos y montuosos, donde las almas carecen de toda ayuda espiritual: suplir en las ocurrencias los curatos vacantes hasta su provision: ejercer los oficios mayores del gobierno, como vicarios urbanos y foráneos, y otros principales de la casa arzobispal: gobernar los colegios, los seminarios, las escuelas de la doctrina cristiana y los monasterios de monjas: instruir en los ejercicios espirituales á los que se han de ordenar (al modo que los de la Compañía de Jesus): examinar su vida y suficiencia: en suma, ejercitarse en todos los ministerios de un verdadero sacerdote, predicar, administrar sacramentos, guiar en el camino del espíritu, enseñar y trabajar en todas obras pias. Ordenó tambien, que en su iglesia, que es la del Santo Sepulcro, se hiciesen por todo el año los oratorios que en Roma en Santa María *de Valicela* tiene la congregacion de sacerdotes que instituyó san Felipe Neri, haciéndose allí muchos ejercicios de oracion y penitencia, y todas las tardes pláticas espirituales.

Para mayor fruto de esta congregacion la dividió san Cárlos en dos géneros de sacerdotes: unos libres de residencia y que vivian juntos vida comun: otros que estaban obligados á algunas iglesias y vivian en sus casas. Para tener á estos unidos y como presos con vínculo de caridad y que fuesen un solo cuerpo, halló un modo admirable, que fué dividir la congregacion en seis consorcios ó juntas, dos en la ciudad y cuatro en la diócesis. Dió un prepósito á cada junta, con un prefecto espiritual y órden de congregarse los oblatos de cada consorcio una vez al mes: los de la ciudad en el Santo Sepulcro, en presencia del arzobispo; y los de la diócesis en este ó en aquel lugar, con asistencia del prepósito general, ó por lo ménos del prepósito de aquel consorcio. En estas congregaciones se leen las reglas: tratan despues por via de conferencia el modo de guardarlas puntualmente, y de cómo se pueda hacer mayor progreso en la vida espiritual, y aprovechar á las almas. El que preside á la congregacion hace una plática; exhorta á las virtudes; y dos de los sacerdotes de la junta hacen sermones públicos al pueblo de materia importante. Por este medio, no solo viven unidos los oblatos con vínculo de caridad fraternal y espíritu uniforme; mas estando esparcidos por la ciudad y diócesis, el arzobispo, su cabeza, influyendo en ellos, como en sus miembros vivos, envia su espíritu y le dilata por su medio en el pueblo. Estas fueron las artes de este santo arzobispo, para ayudar las almas, que con tan encendido amor amaba.

Estimaba tanto á sus oblatos san Cárlos, por el fruto que con ellos experimentaba en todo su arzobispado, que los llamaba sus hijos: visitábalos frecuentemente en las casas del Santo Sepulcro: tenia allí una celdita para su habitacion: aquí se retiraba algunas veces para gozar familiarmente de su conversacion, mas con tanta humildad, como si fuera el menor. Acudia á las observancias de su casa puntualmente con gran contento y consuelo de su alma: llamaba á esta asistencia sus delicias; y que estas debian ser las del arzobispo de Milan. Si alguno estaba enfermo, no se contentaba con visitarle; él mismo queria servirlo con singular benevolencia. Cayó el año de 80 en una en-

fermedad mortal Juan Pedro Stoppano, sacerdote de esta casa. Luego que tuvo noticia, fué en persona y se encargó de la cura del enfermo, asistiéndole á la cama, sirviéndole de dia y noche, y haciéndose su enfermero. Agravósele el mal hasta el último trance: dolíale grandemente la pérdida de este sacerdote: pidió á Dios su salud con tan fervoroso afecto, que la alcanzó milagrosamente. Admiraron todos este ejemplo de tan singular benignidad en un tan gran prelado; y á una persona que exageraba mas este cuidado, le dijo el santo: Vos no sabeis de cuánto precio es la vida de un buen sacerdote.

Admitió tambien san Cárlos á esta congregacion á los seglares de todo grado y oficios, con particulares reglas, que habitando en sus casas, se empleaban en obras pias, conformes á su estado, principalmente de enseñar la doctrina cristiana, visitar hospitales, cuidar de los presos de las cárceles, acudir á sus causas y demás obras santas. Instituyó en la misma iglesia del Santo Sepulcro una congregacion de mujeres, con título de Compañía de las Matronas del Oratorio, con algunas reglas y varios ejercicios de piedad. Ordenóles frecuentasen los sacramentos y los sermones del Oratorio, que meditasen continuamente en la pasion de Cristo nuestro Señor y conservasen viva su memoria.

No solo ejercitó san Cárlos la misericordia espiritual con su pueblo, pero tambien la corporal, principalmente en tiempo de hambre y pestilencia, mostrando en todas ocasiones suma caridad, prudencia y solicitud que en este santo siempre anduvieron juntas. Fué grande la carestía que hubo en Lombardía el año de 1570: no se hallaba trigo ni otra vitualla por precio alguno. Trajo el hambre á Milan un gran número de pobres de los lugares estériles, á socorrerse de los ciudadanos ricos. Mandó luego san Cárlos á su limosnero que alargase las limosnas ordinarias y socorriese todas las necesidades, en particular los lugares pios y monasterios pobres, donde mas se padecia. Ordenóse al prepósito de la casa hiciese provision de pan, arroz, legumbres, y se diese á cada pobre lo que bastase á sustentar la vida: que en los portales del palacio arzobispal tuviesen unas calderas con sobra de este alimento, y fuese libre la entrada, para que no comprasen los pobres con el tiempo el socorro. Ejecutóse el órden puntualmente: acudian mas de tres mil pobres cada dia, que sustentaba; y dándose él á la abstinencia y macilento el rostro con ayunos, le afligia el hambre ajena. Duró esta caridad lo que el tiempo de la carestía, que fueron algunos meses. Fuéle forzoso adeudarse y pedir por su persona limosnas á los señores y ricos: hacíales frecuentes y vivas exhortaciones á que fuesen liberales con los pobres en tiempo que la necesidad clamaba. Movieron sus palabras y mas su ejemplo, á muchos á hacer copiosas limosnas. Siguió con mayor demostracion al santo el duque de Alburquerque, gobernador de Milan: mandó dar un sueldo á cada pobre que llegaba á su palacio, y diversos ciudadanos enviaron á san Cárlos cantidades grandes de dinero. Fué tan grande su cuidado, que no desfalleció pobre por falta de alimento, como se temia. Abrazó su providencia todo el arzobispado; y no contento de haber dado órdenes bastantes para la provision, salió en persona por los lugares y villas, remediando todas las necesidades de los pobres, reduciendo á los nobles y ricos á hacer limosnas con larga mano, como habian hecho en Milan. Ahuyentó su caridad los rigores de la hambre, siendo socorro á todos. Cayó el mismo año tan gran copia de nieve en toda la Lombardía, que vinieron á peligro de caerse las casas y perecieron algunas. Habíase congelado en las calles tan duramente la nieve, que era necesario entallar escalones para subir ó pasar de una á otra calle. Habíase condensado á modo de un vallado ó trinchera, y era forzoso romperse y hacer puertas para el paso; no podia caminarse en coche ó á caballo, y á pié con dificultad: necesitaban traer puntas de hierro en el calzado para asegurar el peligro de caer. Estaba en el campo alta la nieve tres brazas, cosa tenida por prodigio jamás visto. Temióse ocasionara gran falta de trigo en los principios de la primavera, y que al deshacerse tan gran copia de nieve, viniese una inundacion, como diluvio, que arruinase las casas é hiciese otros estragos, nó sin daño de la salud de los cuerpos. Cuidadoso san Cárlos de los riesgos de su pueblo, movido de su ardiente caridad, hizo recurso á sus valedores la oracion y ayuno, para suplicar al Señor los librase del peligro que les amenazaba, y persuadió al pueblo á lo mismo. Fué cosa maravillosa, que se desvaneció la nieve poco á poco imperceptiblemente, y los torrentes y rios se ciñeron con sus márgenes al liquidarse aquellos montes helados. Tuvieron todos esta gracia por milagro, atribuyéndola á los méritos é intercesion de san Cárlos, mayormente porque la cosecha de trigo fué aquel año la mayor que habian visto, con admiracion de todos, que tuvieron de allí adelante mayor fé con su santo arzobispo.

Vino sobre Milan una lastimosa peste, la cual el siervo de Dios habia profetizado ántes que sucediese. Visitaba el santo por su persona propia los apestados: administrábales los sacramentos: dió grandes limosnas, distribuyendo, á mas de dinero, buena parte de los muebles de su casa, haciendo llevar al hospital hasta su propia cama. Envió á la casa de la moneda la plata que halló de su servicio: redújola á dineros para pobres; y dando cuanto podia, viendo que no bastaba, envió por ciudades y tierras vecinas, aun fuera de la provincia, á buscar limosnas, con que proveyó bastantemente por entonces á la necesidad que habia. Animó al pueblo á paciencia y obras de misericordia con un libro que mandó imprimir de homilías de santos, que hablan á propósito de aquella calamidad, y en una carta que hizo que escribiese el sumo pontífice á Milan, con que se consoló mucho la ciudad. La multitud de pobres que acudian por remedio al santo prelado fué innumerable; porque los amos habian despedido los criados y los artífices á los oficiales. Fuéronse todos un dia juntos á san Cárlos á pedirle misericordia; porque en Milan no hallaban modo de vivir, y fuera de Milan no les querian admitir por venir de parte apestada. El santo socorrió á todos, y los que no podian servir de nada, recogió en un lugar donde los sustentó: y porque no estuviesen ociosos, les dió admirables reglas de vida, con que gastasen el tiempo santamente, que no parecian sino religiosos muy observantes: y porque la hacienda del santo arzobispo no bastaba á sustentar á todos, mandaba recoger limosnas de otras personas. Enviaba tambien los pobres mismos divididos en tropas por los lugares vecinos, cantando letanías y otras oraciones, llevando delante un crucifijo para excitar los fieles á hacer mayores limosnas, con que se les socorrió de bastante comida. Mas venido el invierno, no hallándose provision para poderlos vestir ni defender del

frio (ni era fácil hallar ropa á multitud tan grande), no pudiendo sus paternales entrañas verles padecer, hizo despojar su guardaropa y todas las salas y piezas de su palacio de todas las colgaduras y tapicerías, antepuertas, sobremesas, tapetes, pabellones y de cuantos paños y ropas habia en casa: hízolo todo cortar y hacer vestidos, con que abrigó á los pobres. Andaba él mismo por las piezas con un fervor increible á hacerlas descolgar, por asegurarse no dejasen por descuido alguna cosa. Dió hasta sus propios vestidos, reservando solo lo que pedia la necesidad precisa.

Llegaban los pobres, á que se acudia con limosna cada dia, cerca de setenta mil en la ciudad de Milan solamente, con lo cual redujo san Cárlos su casa á necesidad tan extrema, que era forzoso al dispensero acudir ya á este, ya á aquel señor ó mercader por un poco de dinero para el gasto ordinario. No le olvidó jamás la Providencia divina; ántes le socorrió maravillosamente en los mayores aprietos. Sucedió, que habiendo trabajado todo el dia en la visita de los enfermos, vuelto á casa no hallaron él ni sus criados qué comer, habiéndose dado á los pobres cuanto habia, sin ocurrir por entonces de qué poder socorrerse. Recogióse san Cárlos á tener oracion quedando los criados en la antecámara, tristes y cruzados los brazos, cuando entró un hombre que trajo mil ducados de limosna, diciendo que los enviaba una persona principal. No se hallaban amas que bastasen á criar los niños de teta que quedaban huérfanos y desamparados, pero la caridad del santo cardenal no les faltó, haciendo traer cabras que con su leche supliesen esta falta. Ponia particular diligencia en el amparo de estas criaturas, y le sucedió muchas veces hallarlas en el regazo de las madres muertas de peste ó expuestas á las puertas de sus casas cuando pasaba de noche por la ciudad, y hacíalas recoger y criar, como si fuese su propio padre.

Por exhortacion de san Cárlos se dedicaron muchas personas al servicio de los apestados, las cuales tenia prontas para remediar cualquier necesidad. Habíase apoderado la plaga de una casa enfrente del palacio arzobispal, de cuyas ventanas se veian en una cama tres hijos, los dos muertos y una mozuela de diez años, viva, mas cercana á espirar. Estaba la madre sola, y por temor del contagio no se atrevia á llegar á darla algun consuelo, si bien la veia en el extremo de la vida y casi agonizando. Tuvo aviso san Cárlos: y habiendo él mismo visto el estado de la pobrezuela, hizo llamar una doncella de la Compañía de Santa Ursula que se la habia ofrecido para semejantes aprietos: mandóla socorriese á la enferma, entró denodadamente la doncella (prueba de ser mayores las fuerzas de la caridad que las de la naturaleza), y quitando la niña de en medio de los hermanos muertos, la lavó é hizo otros fomentos y reparóla algun tanto. Al dia siguiente volvió á empeorar; y mientras la piadosa enferma la disponia á la muerte, la pidió le hiciese bendecir del cardenal. Llevóla en brazos á la ventana, hizo llamar al santo sentado ya á la mesa, levantóse al punto y echóla su bendicion. Parece que con ella la tornó la vida: sintió luego gran mejoría, y dentro de poco tuvo salud perfecta. Otras muchas personas fueron las que sanaron con sola la bendicion del santo cardenal.

No fué ménos solícito el siervo de Dios de la salvacion eterna de los apestados que de la salud temporal; no perdiendo ocasion en que pudiese aprovechar á sanos y enfermos, disponiendo como todos pudiesen recibir los sacramentos y aprovecharse en el espíritu. Mandó so pena de la vida que en cuarenta dias ninguno saliese de su casa en toda la ciudad: pues para que esta detencion tan larga no fuese de peligro á las almas con tan largo ocio, despues de haber ordenado que ántes del primer dia de aquella resolucion todos confesasen y comulgasen, ordenó para los demás dias tales cosas que estuvieron todos bien ocupados. Dispuso que todos oyesen misa cada dia, á cuyo fin hizo levantar muchos altares en los cruceros de las calles y lugares de mayor publicidad de la ciudad, para que cómodamente pudiesen oir misa desde sus propias casas. Diputó sacerdotes que celebrasen todos los dias: proveyó de confesores que andaban de puerta en puerta con un banquillo en la mano confesando á todo el pueblo. Estaba dentro de la casa el penitente, de la parte de afuera sentado el confesor y servia la puerta de confesonario. El domingo comulgaban en el mismo lugar con mucha reverencia: venia el cura con el santísimo Sacramento acompañado con luces, con lo cual casi todo el pueblo comulgaba los domingos á modo de un convento religioso. Ordenó que en cada vecindad se hiciese oracion siete veces entre dia y noche á dos coros, como si fueran tantos coros de canónigos. Cantaban salmos, letanías y oraciones á propósito de las necesidades del tiempo. Las horas estaban distribuidas con gran órden; haciase señal á cada una con la campana mayor del Domo: y luego todas las familias salian á las ventanas, y un sacerdote ó persona diputada daba principio á la oracion, y los demás de rodillas respondian continuando hasta el fin, teniendo cada uno su librito en la mano ordenado á este efecto. Era cosa de grande admiracion y que causaba ternura aun en los corazones mas endurecidos, ver aquella gran ciudad poblada de trescientas mil almas alabar á Dios á un mismo tiempo en tantas partes. Oíase un murmullo de infinitas voces que clamaban misericordia al cielo en aquella pública miseria. Parecia la gran ciudad de Milan un milagroso coro de religiosos de uno y otro sexo que servian á Dios reclusos en sus celdas, ó la santa Jerusalen llena de jerarquías celestiales. Halló, á mas de los referidos, otros entretenimientos espirituales en que gastasen útilmente el dia; porque el ocio, orígen de todo el mal, no ocasionase algun daño. Publicó para este efecto una carta pastoral, en que exhortaba á hacer algunas oraciones que dió impresas y á leer libros espirituales: instruiales tambien á hacer oracion mental, señalando los puntos de la meditacion para todos los dias insertos en la misma carta. Concedió á este fin muchas indulgencias á los que se ejercitaban en estas devociones y encomendaban á nuestro Señor los oprimidos del mal. Ordenadas las cosas que solo su prudencia y santidad alcanzaran para que cada uno cumpliese con su obligacion, y el gobierno caminase con quietud y observancia de estas órdenes; el santo obispo, como cabeza y caudillo, salia todos los dias á la vista de la ciudad, hospital y campañas, distribuidos los dias de la semana para que su providencia alcanzase á todas partes. Estaba siempre en continua accion, no solo de dia, pero sucedia ocuparse muchas veces seis y siete horas de la noche fuera de su casa en proveer muchas cosas que ocurrian.

Cuando no habia esta reclusion, entretenia al pueblo con otros santos ejercicios y procesiones: y aunque al prin-

cipio tuvo contradiccion en esto, no pareciendo convenientes concursos y apreturas en tiempo tan contagioso; con todo eso el santo prelado siguió el ejemplo de san Gregorio, que en el mayor incendio de la peste ordenó aquella memorable procesion con que inclinó á Dios á misericordia. El dia primero, junta la clerecía y pueblo en la metropolitana, el cardenal les puso ceniza bendita en las cabezas, segun el rito de la Iglesia. Usó en esta ocasion de esta ceremonia, aunque no era su tiempo, para mover á mayor humillacion y dolor de pecados, y que aquel acto exterior de rendimiento y penitencia pública aplacase la indignacion de Dios, para que mitigase el castigo. Fué cosa de grande admiracion; porque atendiendo el santo arzobispo, todo inflamado en interior espíritu á esta santa accion, parecíale haber enviado el cielo una lluvia sobre los corazones, que les hizo resolver en lágrimas amargas por la dolorosa memoria de sus pecados; de manera que así los magistrados como el pueblo partian de los piés del santo con las cenizas sobre las cabezas y los ojos bañados en abundantes lágrimas: cosa que causó bonísimos efectos generalmente en toda la multitud. Acabada esta ceremonia se encaminó la procesion á la iglesia de San Ambrosio el Mayor: llevaba el santo pastor hábito tan triste y doloroso que movia á sentimiento y llanto. Iba descalzo, cubierta la cabeza con capa morada, echada la capilla sobre los ojos, la falda tendida, arrastrando por la tierra con una gruesa soga al cuello. Llevaba por las manos un Cristo crucificado de gran peso, fijos en él los ojos, vertiendo continuas y copiosas lágrimas por todo el camino como si fuera el mas facineroso malhechor del mundo, llevado por sus delitos á justiciar públicamente, é imaginando cargar sobre sus espaldas los pecados todos de su pueblo, se ofrecia á Dios en sacrificio, sujetándose á recibir el castigo que tenia merecido, procurando aplacar la ira divina en favor de quien habia de padecer la pena; y la pobre ciudad quedase libre del azote que tan gravemente la afligia.

Movió este espectáculo á tan grande amargura y compasion, viendo á su amado padre y santo pastor en hábito tan doloroso, que al pasar por las calles prorumpió el pueblo en voces lastimosas que llegaban al cielo, clamando misericordia como si se les arrancara el corazon de dolor. Aumentaba esta tristeza ver los canónigos descalzos caminar con el mismo hábito, una cruz en la mano, soga al cuello, y de esta manera lo restante del clero y muchos legos para imitar á su santo arzobispo, el cual iba tan embebido en Dios sin mirar donde pisaba, que topó con el dedo grueso del pié derecho en el hierro de la reja de una cantina con tanta fuerza, que el golpe levantó toda la uña, saliendo tan gran copia de sangre que dejaba señal por donde caminaba: y aunque padecia el dolor que puede imaginarse siendo la herida grave y en parte tan sensible, no se le advirtió en el semblante del rostro y accion la mas ligera señal de sentimiento, como si no le hubiera sucedido; ni quiso detenerse á reparar en parte el mal, aunque sentia gran tormento, tocando cada paso las vestiduras largas la parte ofendida. No se excusó los demás dias de ir á las procesiones como muchos temian: fué en todas descalzo, de modo que en la primera, aunque curaban la herida vuelto de la procesion, la mañana siguiente quitaba el medicamento dejando descubierto el dedo herido. No quiso que se cortase la uña hasta acabar las procesiones, por tener ocasion de padecer mayor dolor todos los dias, y en el acto mismo de quitar la uña no mostró ni un ligero sentimiento de dolor, si bien el cirujano temblaba del horror de haber de hacer el corte en parte tan sensible. Ordenó que la clerecía del Domo fuése todos los lunes en procesion á San Ambrosio, y los demás capítulos con el resto del clero, distintamente los demás dias acompañados del pueblo á la metropolitana. Dispuso lo mismo en los conventos de religiosos, y dió el modo de hacer estas procesiones con los salmos y oraciones que se debian decir conforme á la necesidad presente: con que cada dia habia su procesion, y él iba descalzo con su cabildo, aun en tiempo de nieves y hielos, venciendo el fuego interior de su caridad el excesivo frio que padecia por el gran deseo de ver alivio en aquella adversidad. Los dias de fiesta se cantaban las letanías en todas las iglesias: ántes de la misa mayor tenia oracion mental todo el pueblo por algun espacio, proponiéndoles los puntos de la meditacion sacerdotes diputados en cada iglesia, con otras oraciones que se hacian cada dia en todas las casas, á la mañana, á medio dia y á la tarde. Este órden mandó observar en toda la diócesis en hacer procesiones y demás rogativas: lo mismo se guardaba en los conventos de religiosos y claustrales: con que la ciudad y arzobispado estaba en un contínuo ejercicio de oracion pública y particular. Fué tenido por milagro, que no creciese la peste por causa de estas procesiones, como sucedió en la pestilencia de Roma, en tiempo de san Gregorio, que en una procesion murieron ochenta personas.

Alzada aquella larga reclusion de los cuarenta dias, publicó un gran jubileo; porque no perdia el fervoroso santo ocasion en que hubiese de sacar alguna ganancia espiritual. Hizo hacer para ganarle, las procesiones ordinarias que fueron frecuentadas del pueblo, como libre de la prision de tantos dias. Fué en ellas san Cárlos con los piés desnudos, con aquel hábito de penitencia que en las primeras, aunque era tiempo de invierno con excesivo frio, estando las calles llenas de nieve y hielos. Arrojábase postrado en tierra con sus canónigos, mientras se cantaban las letanías en las iglesias por humillarse á Dios cuan profundamente podia, todo inflamado en devocion ardentísima, para que la divina Majestad aceptase aquellos ruegos y fuese propicio á su pueblo; y movia á gran compuncion en todos ver persona tan grande en tan profunda humillacion. Subió al púlpito todos tres dias, y predicó con tanto fervor de espíritu, que sacaba lágrimas de los mas inexorables corazones.

Cesó finalmente la peste á un mismo tiempo en toda la diócesi, como el santo cardenal habia profetizado. No fué ménos agradecido al Señor por este beneficio, procurando aprovechar espiritualmente á su pueblo. Hizo hacer solemnes y devotas gracias á Dios con muchas procesiones que ordenó: mandó bendecir las casas, sino es las de los que tenian tablas de juego y de públicos pecadores; y aprovechóse de la ocasion, para introducir muchas costumbres santas y quitar abusos. Introdujo que se guardase cuaresmalmente la primera dominica de cuaresma; porque ántes se comia en ella carne en Milan, mostrando Dios nuestro Señor cuánto le agradaba el servicio que le hacia en esto san Cárlos, castigando á los inobedientes. Queriendo un ciudadano noble comer carne en este dia contra el precepto del santo arzobispo, no pudo tragar bocado, y habiéndose

hecho violencia, le fué forzoso echarlo de la boca, sin poder por entonces comer otra cosa alguna. Conoció su exceso; y arrepentido, fué de los que en adelante le obedecieron con mayor rigor. Ordenó muchos sufragios por los difuntos de peste: procuró grandemente que tuviesen en la memoria el castigo con que Dios les habia visitado, y el beneficio de haberles librado de aquella mortandad, para lo cual erigió unas compañías ó congregaciones, que llamó de las Cruces: porque como hubiese levantado varios altares en diversas partes de la ciudad, donde se decia misa en las calles, mandó que en el mismo lugar de los altares se pusiesen altas y gruesas columnas de piedra sobre basas y pedestales, en cuya altura se pusiese una cruz grande con un Cristo enclavado, y se cercasen con rejas de hierro, labradas con primor, teniéndose las cruces con justa veneracion: y para conservar perpetuo el culto debido al instrumento de nuestra reparacion, instituyó unas compañías ó hermandades de personas pias, de la vecindad de cada cruz, con reglas particulares, y oficiales, cuyo gobierno aplicó á la congregacion de los oblatos de San Ambrosio. Dióles por instituto hacer oracion pública todas las tardes delante de la cruz: y los viernes, cerca de la oracion, ir en procesion á la iglesia Mayor á visitar el santo clavo, y oir una plática de la pasion de nuestro Redentor. Fué obra de gran fruto, por ser de tanta piedad, y las muchas indulgencias, que alcanzó de la sede apostólica, á los que la ejercitaban. Oíanse cada tarde á un mismo tiempo en todas partes de la ciudad una casi infinita multitud de voces, que alababan á Dios públicamente, y los viernes se veian por las calles procesiones de hombres compuestos, diciendo salmos é himnos con tanta piedad, que movian á devocion á todos.

Siempre estaba pensando este fervoroso santo trazas y modos con que adelantar la piedad y devocion de los hombres, no perdiendo la ocasion de buscar la mayor gloria de Dios. Escribia muchas veces cartas pastorales, con que animaba al pueblo á las obras del servicio divino que pretendia: publicaba varios libros con el mismo fin: promulgaba santísimos edictos, en que ordenaba cosas muy convenientes para las costumbres: redujo muchos herejes: quitó grandes abusos: reformó, fuera del clero y pueblo, algunas religiones y muchos conventos de monjas: fundó gran número de monasterios, casas de religiones, iglesias colegiales, y otras infinitas obras de piedad que no se pueden especificar todas: basta decir, que no perdió ocasion en que pudiese adelantar la honra y gloria de Dios, y bien de las almas, de cuyo amor estaba herido, y lo buscaba infatigablemente cada dia mas con nuevas invenciones y trazas prudentísimas, sin tener respeto ni consideracion á otra cosa. Visitó por órden del sumo pontífice los obispados sujetos á la metrópoli de Milan: fué igual el fruto que en ellos hizo y obró Dios por su siervo grandes maravillas. A la entrada pontifical, que hizo en Bérgamo, ciudad del señorío de Venecia, apareció en el aire sobre la cabeza del santo visitador una maravillosa corona, que le acompañó largo trecho por sus calles, cuando iba entrando moviéndose paso á paso perpendicularmente sobre el santo, al modo, de la estrella de los Magos, como guirnalda gloriosa de sus virtudes y hechos heroicos, y prenda cierta de la lauréola que le estaba preparada en el cielo.

Con tan grandes ocupaciones supo hallar lugar á muchas devociones, trasladando con grande devocion y solemnidad muchos cuerpos de santos, frecuentando lugares sagrados, é iglesias de alguna devocion particular. Emprendió en traje de peregrino viajes largos por caminos asperísimos, para visitar templos de la santísima Vírgen. Mostró la misma devocion en la visita de las iglesias de Milan, haciendo oracion en todos los altares, y no parece podia desasirse de los lugares sagrados; tan grande era el afecto de piedad, que allí le tenia dulcemente aprisionado. Solia estar cinco horas en oracion en Roma en la capilla de la Columna de Santa Praxedes: y habiendo estado una noche entera en las catacumbas de San Sebastian, fuera de los muros de Roma, la mañana siguiente, dia de santa Inés, fué á pié á la iglesia de esta santa, fuera de la puerta Pia, donde dijo misa, y estuvo largo tiempo en oracion; y volvió de allí á Santa Praxedes á pié, cerca de las tres de la tarde. Hacia la oracion de las cuarenta horas, sin salir jamás de la iglesia en todo aquel tiempo: y solia decir que sus delicias eran estar en la iglesia. Ardia en un gran deseo de ir en peregrinacion á la Tierra Santa para visitar el sepulcro del Señor, y lugares sagrados de la Palestina; mas por hallarse cargado del peso de tantas almas, y no dejar su residencia, no pudo satisfacer á tan pia devocion: á mas que el sumo pontífice no venia en darle licencia.

Fué á Roma el año del jubileo, y para ganarle se previno muy despacio con los ejercicios espirituales. Hizo confesion general, é inmediatamente comenzó á visitar las iglesias señaladas, siempre á pié y algunas veces descalzo. Llevaba consigo su familia de dos en dos, con singular modestia y devocion, rezando por todo el camino preces, letanías y salmos, recogiéndose á ratos á oracion interior. Iba san Cárlos con el espíritu tan elevado en Dios y tan recogido, que nada podia distraerle. Si acaso encontraba príncipes ó prelados, continuaba sus devociones, saludándoles con solo descubrir la cabeza, é inclinarla sin mas detencion. Este tenor de cortesía usó con el duque de Parma Octavio Farnesio, su devoto: quedó edificadísimo de este ejemplo, y dijo, sabia ya cómo debian visitarse las iglesias; y con los que eran mas domésticos, no daba á entender que los habia visto, y encontrándole un dia Marco Antonio Colona en el camino de San Pablo, fuera de los muros, salió de la carroza con don Fabricio, su hijo, á hacerle reverencia: el santo no se paró á recibir su agasajo y apenas dió muestras de saludarlos, ni aun bajó la cabeza á doña Ana, su querida hermana, mujer de don Fabricio, que estaba en la carroza; y como si no los viera, prosiguió su viaje sin interrumpir su oracion por aquel breve momento. Era admirado de todos, y muchos nobles le acompañaron por devocion á estas estaciones, guardando el órden mismo que la familia, con gran consuelo suyo. A mas de las iglesias señaladas para el santo jubileo, visitó las de mayor nombre, ó donde hay señalada reliquia ó devocion particular del pueblo. Visitó á pié las siete iglesias muchas veces, y casi todos los dias hacia genuflexion á la escala santa. Acompañó la oracion con larguísimas limosnas: ejercitó la hospitalidad, dando acogida en las casas de su título de Santa Praxedes á sus milaneses, y á los de otras naciones. Estas obras tan ejemplares fueron testimonio claro y firme confirmacion de la fama de su santidad, con que adquirió tan gran veneracion y amor del pueblo, que pasando por las calles salian á verle, y todos le reverenciaban, hincando las rodillas, y besando quien

podia sus ropas. Encontrándole una buena peregrina, se conmovió de manera, que llevada de una vehemente devocion, se le arrojó á los piés, besándolos con reverencia, bien que él no lo permitió y procuró retirarse, no sin dificultad, tan asidos los tenia, confesando públicamente era santo. Hizo lo mismo una matrona noble, apeándose del coche solo á hacerle reverencia cuando pasaba, y personas pias cuidaron con devocion haber algunas cosas del santo por reliquias. El cardenal César Baronio, sacerdote entonces de la congregacion del Oratorio, procuró haber los zapatos con que anduvo las iglesias, conservándolos como un precioso tesoro. Mostró Dios con brevedad el agrado de aquellos santos pasos; porque fué este calzado severo verdugo del demonio, expeliendo con exorcismos á un espíritu tenazmente apoderado de una moza, en presencia de san Felipe Neri, en su iglesia de Santa María de Valicela: tocado del zapato daba el demonio aullidos y bramidos, como si le acrecentaran intolerables penas. Al fin salió el demonio de aquel cuerpo por la virtud de las palabras de la Iglesia y méritos de san Cárlos.

Padeció muchas persecuciones el santo cardenal por defender la jurisdiccion eclesiástica, y por quitar algunos abusos de Milan, mostrándose en todas ocasiones con un ánimo invencible, y saliendo de ellas victorioso. Tuvo evidentes peligros de la vida, de que Dios nuestro Señor le libró milagrosamente. Habia reformado san Cárlos la órden de los Humillados, que despues deshizo Pio V por sus excesos: sintieron tanto algunos religiosos esta reforma, que determinó uno de ellos matar al santo cardenal: aguardó cuando estaba en su oratorio con otros de su familia haciendo oracion, como tenia costumbre. Solian, para excitarse á mayor devocion, cantar algunos motetes; y entonces uno, tomado del Evangelio: *Tempus est, ut revertar ad eum, qui me misit:* y cuando llegaron los músicos á aquellas palabras: *Non turbetur cor vestrum, neque formidet;* el impío patricida en hábito seglar desde la puerta del oratorio, no distando cuatro brazas del cardenal, disparó el arcabuz de rueda, cargado de bala y muchas postas. Dió el golpe al inocente cardenal, arrodillado ante el altar en oracion: espantó el tronido á los presentes, que atemorizados se levantaron, dejando la oracion. Cesó la música, y el mansísimo cardenal, sin alteracion ninguna, les mandó aquietar y proseguir la oracion: con que el sacrílego no conocido, sin que nadie le siguiese, se escapó fácilmente. Sintió el cardenal herirse como de un fuerte golpe de lanza, que le impelió con gran violencia á un apresurado movimiento, hasta tocar la tierra con las manos: entendió estar herido de muerte por la fuerza del golpe: tentó luego con la mano el lugar que temió herido; y levantando los ojos y manos al cielo, se ofreció en voluntario sacrificio á la Majestad divina, dando gracias de haberle favorecido en permitir muriese por la justicia. Perseveró en la oracion inmóvil mas de un cuarto de hora; y al levantarse, hallaron que la bala, habiendo dado el golpe en medio del espinazo, no habia pasado el vestido manchó solo el roquete, y dejando una señal grande de su forma, habia caido á sus piés. Una de las postas, pasando las ropas todas hasta la carne, paró sin hacer ofensa alguna, no atreviéndose (mas piadosa que el impío religioso) á teñirse en la inocente sangre del sagrado prelado, ni hacer daño al que con sumo ardor y caridad cristiana era un perpetuo bienhechor de todos. Las postas que no tocaron al santo, mostrando bien la violencia que llevaban, hicieron gran estrago en la pared de enfrente, y una agujereó una tabla muy gruesa y dura. No quiso el siervo de Dios que se siguiese ni buscase al malhechor, ni inquiriese el origen de aquel crímen; pero el sumo pontífice y el gobernador de Milan no perdonaron diligencia alguna para aprehender al malhechor, y averiguar los autores: los cuales todos padecieron un público y ejemplar castigo, con harto sentimiento del manso cardenal, que queria que no fuesen castigados.

Con otras muchas obras y milagros ilustró Dios á su siervo, é hizo glorioso entre los hombres. Vivia en el convento de monjas de Santa María de Milan una devotísima sierva de Dios, llamada soror Blanca Lucia Cayma: ejercitóla el Señor largo tiempo con la enfermedad de un ojo que le trabajaba grandemente, con peligro de perder la vista: tentale el cirujano por mal incurable: no le aprovechaba remedio alguno humano, y se habia convertido el mal en una fístula, de que manaba gran copia de humor y materia corrompida, que la impedia el ver, y obligaba á estar muchas veces en la cama por la gravedad del mal. Una mañana cerca del año 1581, esta religiosa, oyendo misa de san Cárlos en su monasterio, inspirada de Dios hizo esta oracion: Señor, Dios mio, ruego á vuestra divina Majestad, me concedais sanidad á este ojo por los méritos de este fidelísimo siervo vuestro, si es aquel santo que por mí y otros es tenido. Hecho el ruego, se halló sana al instante milagrosamente.

Un mozo que habia estado trabajado de los espíritus malignos por mas de un año y medio; no habiéndole aprovechado muchos exorcismos que le habian dado, tomó por último remedio ponerse de rodillas á los piés de san Cárlos. El santo le echó su bendicion, y al punto cayó en tierra como muerto y se huyeron de él los demonios, levantándose luego libre y sano sin padecer mas persecucion del enemigo.

Juan Bautista Batteta, milanés, padecia flujo de sangre de narices desde muy niño, saliéndole gran copia seis ó siete veces entre dia y noche, por espacio de dos años continuos, no aprovechándole remedio alguno: con que al pobre mozo le tenian por muerto, mayormente habiendo fallecido un tio suyo de este mal. Llegó á estar tan descolorido y exangüe, que parecia difunto. Estando una vez leyendo el milagro que hizo Cristo nuestro Señor, sanando del flujo de sangre de doce años á aquella mujer del Evangelio que le tocó la orla de la vestidura, vino en esperanza cierta de sanar si tocase las vestiduras del cardenal, por ser hombre tan santo. Lleno de esta fé, le tocó los vestidos el segundo dia de las letanías del año de 81, cuando entraba en procesion en la iglesia de San Nazario; y quedó desde aquella hora sano, aunque era en tiempo de calores, cuando otras veces se le aumentaba el mal.

Margarita de Vertuna estaba desahuciada y tan deshecha que no tenia sino la piel sobre los huesos. Viéndose desamparada de los médicos y de todo remedio humano, deseosa de alcanzar la bendicion de su santo prelado, se hizo poner en la puerta de su casa, cuando pasaba por allí san Cárlos en una procesion. Al pasar por delante de la puerta de la enferma, donde se habia hecho llevar, paró el cardenal algun tanto de propósito y la bendijo con la señal de la cruz; y al punto Margarita sintió tomar vigor y quitársela el mal, y con poquísima ayuda subir

las escaleras, y hallándose sana sin volver mas á la cama, tomando una refeccion, salió de casa y anduvo á pié sin ayuda las calles todas de la procesion, larga por lo ménos una milla, para ganar la indulgencia plenaria concedida á quien visitaba aquel dia el hospital.

Visitando en Monza, expelió con su bendicion un demonio, que mucho tiempo habia infestado un convento de monjas. En el mismo lugar vivia una mujer principal recien casada, afligida mucho tiempo habia de una enfermedad molestísima, tenia continua conmocion de estómago, é inquietud de ánimo con gran melancolía, pareciéndola tener en el estómago un manojo de espinas que siempre la atormentaba y quitaba el respirar. Arrebatábala una agitacion y furor tan grande, que no podia estar á la vista del santísimo Sacramento: aborrecia la presencia de los sacerdotes: era implacable á sus criados: acometia furiosamente á su madre: y quebrantada con íntimo tormento, en ninguna cosa y parte sosegaba. Atribuíanlo á hechizos; otros á espíritus inmundos: remedios ni exorcismos no la daban un lijero alivio. La mujer, que tal vez la quedaba libre el juicio para conocer su miseria, salió á la calle, pasando el santo cardenal, y arrodillada recibió su bendicion: parecióla recibir una eficaz medicina, y con una gran conmocion sintió debilitarse y alijerar el estómago; y cobró al punto las fuerzas y la sanidad entera en un instante, sin quedarla una reliquia del mal.

Sentia mucho san Cárlos la pérdida de un sacerdote de los oblatos; porque estaba con una ética incurable, desahuciado de los médicos: fué el santo á servirle, como solia hacer, con suma caridad y humildad: confesóle él mismo y le dió el santísimo viático, sin cesar continuamente de rogar al Señor por su salud, porque le veia ir muriendo, y cuando llegó al extremo de espirar, continuando el santo su oracion le fué restituida la salud con maravilla de todos por la evidencia del milagro, como lo testificaron los médicos.

No fué menor milagro el conservarse tanto tiempo su vida, juntando con tan grande multitud de negocios y trabajos, el sumo rigor con que trataba el santo su persona. Habia llegado á tan extremada aspereza y penitencia, que su ayuno era casi cotidiano á pan y agua: en las fiestas de precepto comia alguna otra cosa; pero nó carne, huevos, ó pescado, sin beber vino: en la cuaresma dejaba el pan y se sustentaba de higos secos y habas blandas; y la semana santa ayunaba con solos altramuces. Comia una sola vez al dia: todo el año dormia sobre un jergon de paja que le servia de cama, con una cubierta semejante, almohada ó cabezal de paja, las sábanas de cáñamo grueso y áspero, como venia del telar: solia dormir vestido sobre las tablas de la cama, con una manta grosera: traia un duro cilicio sobre su carne: castigaba severamente su cuerpo con ásperas disciplinas, trayendo todo el cuerpo lastimado y sangriento. En las montañas y lugares pobres parecia gozarse sumamente, cuando no se hallaba pan, y le era forzoso valerse de las castañas, leche y otros manjares groseros, y haber de dormir sobre los bancos ó tablas. No parece gustaba de la comida y bebida, y no se quejaba si le daban lo que no queria, ó en otra forma, sino es que fuese contra el rigor que habia propuesto: con que se tuvo por cierto, que la continua pelea que trajo con su cuerpo no le dejó tomar gusto en cosa alguna, y le habia mortificado de manera, que parecia, como que no se sirviese del uso de los sentidos y apetitos, habiendo cautivado y rendido su libertad, y sujetádolos á una entera y perfecta obediencia á la razon y al espíritu, porque no comia y dormia, sino cuando y aquello que queria. En tiempos de negocios y extraordinarias necesidades, como de concilios provinciales y diocesanos, de traslaciones de cuerpos de santos y en otras muchas ocurrencias, ó no dormia, ó muy poco, usando en estas ocasiones reposar un rato sobre una silla: este modo de dormir le era agradable y habia hecho familiar, por una razon que solia traer al propósito: sabia de algunos capitanes tan vigilantes, que en campaña dormian vestidos, no recostados en el lecho, mas solo en una silla. Valíase del ejemplo de Jacome de Médicis, su tio; y así decia que el obispo que tiene el gobierno de las almas, y ha de hacer guerra, nó á hombres solamente, mas á los ejércitos de los infiernos, no debe ser ménos vigilante que un capitan de milicia mundana. Aun teniendo calentura, perseveraba en sus trabajos y penitencias ordinarias como si estuviera en la mas asegurada salud, encubriendo el accidente muchos dias; y era ordinario en su boca, que la persona que tiene cargo de almas no debe rendirse á la cama hasta pasadas tres accesiones de calenturas. Un estío hizo la visita de Valtraballe, en la feligresía de Canobia, país montuoso é inaccesible en los confines del lago Mayor, con diez y siete términos de terciana, sin interrumpir la visita, visitando y trabajando el tiempo de la accesion: veíanle ahora temblar de frio, y luego encendido de gran calor del mal. Consagró en esta ocasion la iglesia de los padres capuchinos en Canobia: perseveró en la accion, aunque le sobrevino el rigor de la calentura, haciendo un largo sermon fuera de la iglesia, para que pudiese oirle la multitud, tolerando á un mismo tiempo el fuego interior de la calentura y el exterior del sol, pero refrigerándole la marea suave del espíritu de Dios. Hacia de ordinario las visitas de la diócesis en los tres meses de mayor calor del año, y acabada la visita de un lugar, pasaba de largo á otro: y porque esto era de ordinario despues del medio dia, por no perder tiempo caminaba á aquella hora del mas fuerte calor del sol, sin reparo ó defensa contra el rigor de sus rayos; y si ocurrian lugares peligrosos é inaccesibles para los caballos, caminaba á pié á aquella misma hora. Veíale muchas veces bañado de sudor que le pasaba las ropas: y aunque llegado á un lugar podia enjugarse y descansar, no lo hacia: iba de largo á la iglesia á hacer oracion, predicar y dar principio á las funciones de la visita, sin darse por entendido á las mayores molestias y fatigas: lo mismo hacia calado de recias lluvias, ó por haber pasado rios ó lagos, aplicándose al instante á las cosas que habia de hacer. Yendo una vez á visitar la iglesia de Settala, le cogió una agua tan recia que le bañó todo hasta la camisa; no dejó de ir á la iglesia sin pararse á mudar ropa ni enjugarse, comenzando á entender en la visita. No permitia se le previniese el hospedaje, particularmente en dias de ayunos, para poder añadir esta incomodidad á los tesoros de sus merecimientos. En las consagraciones de iglesias, cementerios y otros ministerios, cuando lo pedia la sacra ceremonia, estaba siempre la cabeza descubierta á los rayos del sol, aunque fuese ardentísimo y del medio dia: y porque estas acciones eran muy frecuentes, tenia la cabeza pelada y abrasada.

Estando una noche muy fria estudiando con sola una ropa de paño pardo, como lo usan los de la Compañía, la cual estaba muy gastada, y exhortándole uno á tomar otro por no morir de frio; le respondió risueño su razon ordinaria: Ni tengo otra ni la quiero: las demás ropas son de la dignidad, no son mias: para mí de invierno y verano me basta esta sola: con ella me contento, ni quiero tener otra en mi vida. A otro que le exhortaba á que se dejase calentar la cama; respondió: Tengo un lindo modo de no sentir el frio de la cama; y es, llevar tan frio el cuerpo, que en su comparacion la cama no lo parezca. Pasaba frecuentemente las noches sin entrar en calor, mayormente no cenando y siendo tales los abrigos de la cama: y al modo que los hombres sensuales, huyendo el padecer, buscan todas las comodidades y se entregan al gozo de todos los deleites; el santo cardenal, criado en tan gran regalo, andaba en busca de todas aquellas cosas que le hacian padecer y afligian mas gravemente su cuerpo. Retiróse una vez á darse á mas oracion en una de las celdas que fabricó para los espirituales en el seminario de la Canónica, y era tiempo de lluvias: Baustista Castaño, su camarero, le rogó con instancia dejase aquel lugar, porque caia agua en gran copia del techo que le bañaba todo, y apenas pudo alcanzar poner una tabla sobre la cama, que podia reparar mal el agua y no quiso salir de allí, aunque en el seminario habia otras estancias acomodadas en que retirarse. Gozábase de padecer esta molestia, mostrando en los hechos lo que dijo alguna vez, que sentia contento en estas aflicciones, y se le veia en el rostro; porque en ellas daba muestras de alegría, que es testimonio grande del desasimiento de sí mismo, y de una extremada union con Dios. Siendo huésped en casa de un obispo de su provincia, sentado á la mesa oyó tocar instrumentos para música: desagradóle grandemente, y reprendiólo diciendo: El obispo ha de repugnar á todas las cosas que deleitan el sentido. Viendo otra vez á un sacerdote, su ministro, beber fuera de comida, le corrigió con decirle que consintiendo al apetito del gusto, se le haria esclavo, y que al dia siguiente volveria beber á aquella hora: y excusándose con que solamente se habia enjuagado, le dijo, que aquella aun era sensualidad, que debia mortificarse y padecer la sed, y así lo hacia el santo.

Quiso Dios premiar tantos trabajos y virtudes heroicas de san Cárlos, y así se dispuso para una muerte felicísima con los ejercicios espirituales de san Ignacio, que un mes ántes hizo en el monte Varalo, y se los dió el padre Francisco Adorno, de la Compañía de Jesus, su confesor y padre espiritual muy querido del santo, por cuya direccion se gobernaba y á quien tenia dada la obediencia. Era gran siervo de Dios, como elegido del santo cardenal para aprovechamiento de su espíritu: teníale tanto respeto san Cárlos, que si pasaba delante de él, aunque estuviese durmiendo le hacia reverencia con profunda inclinacion de la cabeza. Hacian juntamente los ejercicios todos los criados del santo. El padre Adorno se levantaba cada mañana á dispertarlos; pero para que lo pudiese hacer con mas comodidad, madrugaba ántes san Cárlos, y él mismo le llevaba la luz. Fué extraordinario el fervor que tuvo en estos ejercicios. Viéronle echar del rostro resplandecientes rayos de claridad, y andaba todo absorto en Dios. Diéronle entre tan santos ejercicios unas tercianas, las cuales disimuló algunos dias, prosiguiendo en su oracion y ocupaciones santas. Al fin le forzaron á volverse á Milan: pasó por Arona, donde se habia fundado un noviciado de la Compañía, donde quiso hospedarse, desechando los palacios que sus parientes le ofrecian: y hallándose con disposicion para ello, dijo misa, que fué la última de su vida, en la cual comulgó á todos los novicios: despues de haber oido otra misa del padre Simon Arpi, rector de aquella casa, le vino la quinta terciana mas recia que otras veces. Últimamente llegó á Milan, donde se le agravó el mal: mandó llamar al punto su médico ordinario: dióle menuda cuenta del discurso de su enfermedad, para que le aplicase los remedios convenientes; mas que advirtiese que no habia de impedirle sus devociones y oraciones espirituales.

La mañana siguiente á 3 de noviembre, habiendo á las nueve del medio dia tomado la refeccion que le ordenó el médico, hizo llamar sus camareros para rezar en su compañía el oficio divino, como acostumbraba siempre; pero advirtiéndole que le haria gran daño, por ser la calentura continua, y podia aumentarse, que bastaba oirle, se detuvo, y pidió parecer al padre Adorno, que le aconsejó lo mismo, con lo que se aquietó. Rezóle arrodillado á los piés de la cama Gerónimo Castaño, su camarero, con el oficio de difuntos, estando el santo atento con gran devocion oyéndole. En todas las demás cosas no se resolvia, sino por el órden del dicho padre Adorno, que tenia en lugar de Dios. Creció el mal de suerte, que los médicos, tomándole el pulso, conocieron que la virtud iba faltando y le quedaban pocas horas de vida: cosa inesperada y que llenó de increible dolor y espanto los corazones de todos. Al punto el padre Adorno lo intimó al cardenal, y le dijo con lágrimas habia llegado su hora de partir de esta vida: que el Señor le queria para sí, y si queria el santísimo viático. Oyó la determinacion de Dios con igualdad de ánimo, respondiendo que le pedia instantáneamente con todo afecto. Trajéronsele de la iglesia mayor con grande acompañamiento y sentimiento de todos que venian vertiendo lágrimas. Quiso salir de la cama y ponerse de rodillas para recibirle; mas no pudo por la flaqueza con que estaba. Fué singular la devocion con que le recibió y luego la santa extremauncion. Llenóse en breve la sala de sacerdotes y familiares de casa que arrodillados cercaban el santo lecho: unos recomendaban el alma: otros leian la pasion; y el padre Adorno con el crucifijo en la mano atendia continuamente á los recuerdos de las consideraciones santas de aquel paso, hasta que él últimamente fijó los ojos en el crucifijo, cubierto de cilicio y ceniza, y como él habia deseado, despidió su purísimo espíritu con gran quietud y sosiego de aquel cuerpo afligido. Fué su muerte á 3 de noviembre, sábado á tres horas de la noche, año de 1584: era la edad de san Cárlos cuarenta y seis años, un mes y un dia.

No se puede explicar el sentimiento que hizo toda la ciudad de Milan con la muerte de su amado pastor: el concurso de la gente para reverenciar el santo cuerpo, besarle los piés ó tocarle sus vestiduras, fué grandísimo. Enterráronle con llanto y lágrimas de todos y postrábanse en tierra muchos del pueblo al pasar el santo cadáver Mostró el Señor la gloria de su siervo con muchas maravillas. Habia asistido siempre el padre Francisco Adorno á la cabecera

de san Cárlos hasta lo último de la vida, como su padre espiritual, y que le debia el amor y respeto que hemos visto. Retiróse luego á su casa el padre Adorno; y echándose en la cama no pudo en todo lo restante de la noche tomar sueño, atravesándole un íntimo dolor el corazon por la pérdida de la Iglesia católica en un tan gran prelado. Cerca del amanecer le venció el sueño; y en este tiempo le apareció el santo cardenal en hábito pontificio, todo resplandeciente y glorioso, con el rostro alegre. Maravillándose el padre, le dijo: ¿Y cómo es esto? paréceme que estuvisteis enfermo y aun muerto; y el santo le respondió: *Dominus mortificat, et Dominus vivificat*. Yo estoy bien; y vos me seguireis presto. El padre quedó consoladísimo con esta aparicion, y la refirió á muchos de sus amigos y en el púlpito en un sermon, y para que se entendiese que no fué solo sueño, mas cosa verdadera, se verificó con brevedad lo que el santo predijo; porque á pocos meses fué el padre Adorno á Génova, su patria, donde de una enfermedad grave pasó á mejor vida dejando gran opinion de santidad. Reverenció el pueblo su cuerpo como de santo tocándole los rosarios, y haciendo otras demostraciones semejantes. Apareció asimismo san Cárlos en sueños en hábito de cardenal, rojo, alegre y resplandeciente el rostro, al doctor Juan Pedro Guisano, casi inmediatamente despues de muerto, y diciéndole: ¿Qué novedad es esta, señor ilustrísimo? Él le respondió: Consuélate; que á mí me va bien y estoy en la gloria del paraíso; y desapareció al punto.

Habia en Milan algunas mujeres piadosas que tenian singular devocion con san Cárlos, siguiéndole á todas las iglesias á oir su misa y sermon, y comulgaban de su mano casi todos los dias: entre ellas Ursula Veyola, de familia noble, que dejados los matrimonios se dedicó al Esposo celestial, hacia ejemplar vida en la casa de sus padres, y por la larga oracion se le hinchó notablemente una rodilla que con el tiempo se confirmó en una goma, que la afligia con dolor continuo, sin poder doblar aquella parte ni fijarla en tierra, y era ya el mal incurable. Muerto el santo le lloraba como á padre, é hízose llevar á la capilla donde estaba para hacer compañía al santo cuerpo y encomendarle á Dios: siguió el entierro sin dejarle jamás el tiempo que pudo verle; y vuelta á casa, no sintiendo dolor en la rodilla, descubrióla y la halló sana, habiéndose quitado milagrosamente la goma é inflamacion, sin haberse acordado de pedir su salud al santo; pero reconoció la gracia de la bondad divina y méritos del santo cardenal, perseverándole la sanidad lo que le duró la vida.

Octavio Varase, devoto del cardenal, habia tres meses que le postraban en la cama unas tercianas dobles sin hallar los médicos remedio, con peligro de la vida ó de mal largo: dolíale no poder venerar y acompañar el cuerpo; y confiando que estaba el santo en el cielo se encomendó á su intercesion, y alcanzó al punto salud cumplida, y cumplió con su devocion.

Estaban muy afligidas las doncellas de Santa Bárbara, las cuales el santo habia ordenado fuesen monjas capuchinas, porque se lo queria estorbar una señora que las habia de fundar queriéndolas dar otras reglas é instituto, y muy resuelta que si no lo admitian las habia de echar de la casa donde estaban ya juntas en forma de monasterio. Llegó en este punto monseñor Fontana vicario general, y muy apriesa con solos dos criados: hizo llamar luego á la superiora que regia aquel devoto colegio: preguntóla qué habia sucedido, ó qué necesidad tenian: porque estando en su aposento en la casa arzobispal, habia oido una voz, que tres veces le dijo: Levántate y vé á Santa Bárbara; que aquellas doncellas tienen necesidad de tí; y así á toda priesa habia venido á saber y remediar lo que habia sucedido. Entonces la madre y las doncellas conociendo este caso por un efecto claro de la divina misericordia, tuvieron por cierto que san Cárlos, su protector, les habia alcanzado favor del Señor: con que llenas de alegría y animadas, refirieron al vicario la afliccion en que se hallaban y la resolucion con que habia venido su fundador para echarlas: suplicáronle las amparase procurando con brevedad darles el hábito y erigiendo el colegio en convento de monjas capuchinas, conforme á las reglas y órden de san Cárlos. El vicario se lo prometió con la brevedad posible y consolólas, exhortándolas á permanecer en su propósito. Apenas se hubo despedido, cuando llegó al colegio Luis Boccadulio, penitenciario mayor del Domo, uno de los diputados del mismo colegio: llamó á la superiora al locutorio, y dijo: Yo venia de San Marcos á casa del arzobispo: llegando al principio de esta calle la mula, de suyo volvió hácia el colegio: no he podido encaminarla á otra parte por mas violencia que he hecho: he imaginado si acaso se tiene necesidad de mí; y por esto he llamado. Este caso causó mayor admiracion en las doncellas, y con él tuvieron por cierto andaba allí la mano del Señor, y que la divina Majestad habia oido sus ruegos. La rectora informó al penitenciario de cuanto pasaba, el cual las prometió toda su ayuda. Con sucesos tan notables se hizo una congregacion en las casas arzobispales, en que se resolvió la ejecucion de esta fundacion, que se hizo dia de san Francisco, á los 4 de octubre, año de 85, á gloria de Dios y beneficio de la ciudad de Milan.

En Pavía cayó un niño en el rio: al caer se encomendó á san Cárlos, por haberle oido invocar á sus padres. Apareciósele luego el santo: recibióle en sus brazos y le llevó por espacio de cien brazas, mas de un cuarto de hora, sustentándole sobre las ondas, hasta que un barquero le tomó, diciendo el niño la causa de no haberse hundido en tanto tiempo con el ímpetu del rio, que fué haberle sustentado el santo cardenal. En Milan nació un niño sin ojos, ántes en lugar de ellos tenia dos como apostemas, de donde le salia gran cantidad de materia muy asquerosa. Estándole encomendando su madre á san Cárlos, comenzó á dar voces una hermanita suya de cuatro años, diciendo: Madre, madre, el beato Cárlos ha dado la bendicion á mi hermano, y abiértole los ojos. Volvió la gente que estaba presente á mirarlo; y halláronle con sus ojos naturales, sin haber rastro de algun mal.

Otros muchos fueron los milagros que obró el Señor por intercesion de su siervo, honrándole cada dia mas y creciendo su fama y nombre. Canonizóle el papa Paulo V, dia de Todos los Santos, año de 1610, mandando que la fiesta de san Cárlos se celebrase cada año á los 4 de noviembre. Escribieron de san Cárlos el doctor Juan Pedro Guisano; don Cárlos Bacape, obispo de Novara; Marco Aureliano Gratarola; Juan Bautista Posevino y otros. Ultimamente con gran piedad y diligencia escribió la vida de este santo prelado en estilo español el licenciado Luis Muñoz: de la cual hemos recogido lo mas que aquí hemos dicho.

San Emerico, confesor.—Bien es que con la vida del

santo rey Estéban juntemos la del santo príncipe Emerico, su hijo; pues no es ménos en su manera admirable, que la de su padre; y aunque el dia de su translacion en que la Iglesia le celebra, es á los 4 de noviembre; todavía estas dos vidas juntas aquí irán mas trabadas y la una dará luz á la otra, y por ellas alabaremos al Señor, que hizo santos al rey su padre y al príncipe su hijo, y los puso en su Iglesia para ejemplo de santidad.

Nació san Emerico de Estéban y de Gisela, reyes de Hungría: desde niño fué tan inclinado á la virtud y á todas las cosas de piedad, que comunmente, durmiendo los otros, se levantaba de su cama á hacer oracion y recitar los salmos de David, pidiendo al fin de cada salmo perdon á Dios de sus culpas; y en este santo ejercicio gastaba buena parte de la noche: y aconteció algunas veces que el rey su padre le estaba acechando maravillado de la virtud de su hijo, y regalándose en él, alabando al Señor que se le habia dado, sacando de aquellos principios cuán gran príncipe habia de ser. Acrecentóse mas esta opinion y esperanza al rey, por lo que otra vez le sucedió. Quiso ir un dia al monasterio de San Martin, que el mismo rey habia fundado ricamente y poblado de gran número de monges. Determinó llevar consigo á su hijo Emerico, y envióle delante para que todo el recibimiento que los monges le querian hacer á él, se lo hiciesen á su hijo, y el hijo los conociese y tratase mas familiarmente. Llegado Emerico al monasterio, fué recibido de todo el convento como hijo y heredero del rey: y él, á la usanza de la tierra abrazó con benignidad á todos los monges, y á cada uno de por sí dándoles ósculo de paz en el rostro. Pero notó el rey su padre que no hacia esto igualmente con todos sino que á unos besaba en el rostro dos á otros tres, á otros cuatro y cinco veces, y que á uno solo que se llamaba Mauro, le habia besado siete veces: de lo cual admirado el rey quiso despues saber de Emerico por qué lo habia hecho, y cuál era la causa de aquella variedad. Confesó el hijo al padre que la causa habia sido la revelacion que habia tenido de Dios, de los grados de castidad que cada uno de los monges tenia, y que conforme á ellos él habia regalado con aquel ósculo de paz mas ó ménos á cada uno; y que aquel monge á quien habia hecho aquel singular favor, y besádole siete veces era virgen y varon perfectísimo.

Espantóse el rey que su hijo tuviese tanta luz del cielo: y para averiguar si era verdad, volvió otro dia al monasterio solo con dos criados, y despues de haber estado los monges en sus maitines, notó que solos aquellos se quedaban en el coro, ó se recogian en algun rincon del templo á hacer oracion, á quienes Emerico habia dado muchos besos, y que los demás se iban á reposar. El rey los saludó á cada uno por sí; y ellos le respondieron: y solo Mauro nunca quiso responder al rey; porque estaba muy puesto en su oracion y no se queria divertir. Mas para hacer otra prueba mayor, al dia siguiente le hizo llamar delante de los otros frailes y le reprendió de muchas cosas, que decia haber hecho como mal religioso; y Mauro estuvo tan en sí y tan seguro en su conciencia, que no habló palabra, ni se excusó, remitiendo su inocencia al juicio del Señor; y el rey Estéban conoció que era verdad lo que el príncipe su hijo le habia dicho, y declaró al convento la causa por qué habia venido allí, alabando á Mauro, á quien poco despues hizo obispo de la ciudad llamada Cinco Iglesias.

Crecia en la edad el príncipe Emerico, y no ménos en la virtud y perfeccion. Estando en Vesprin, llevando consigo un solo criado, se fué una noche á la iglesia antigua de San Jorge á hacer oracion: y postrado delante del altar, comenzó á pensar qué ofrenda ó qué sacrificio podria él ofrecer á Dios, que le fuese mas acepto y agradable; y estando en este pensamiento, vió una luz clarísima, que alumbraba toda la iglesia, y oyó una voz del cielo, que le decia: La virginidad es cosa preciosísima: y lo que te pido, es, que la guardes enteramente en el cuerpo y en el alma, hasta la muerte. Muy consolado quedó Emerico con este regalo y mandato del cielo, y suplicó á nuestro Señor que le diese gracia y espíritu para guardar lo que le mandaba, como lo proponia de hacer, y no descubrió á nadie este secreto; ántes mandó al criado que allí estaba, que callase mientras él viviera.

Mas el rey Estéban, queriendo proveer á su reino, mandó á su hijo que se casase: lo cual él hizo con mucha repugnancia por el propósito de guardar virginidad que tenia, conforme á la divina revelacion. Pero obedeció al padre, y tomó por mujer á una doncella de sangre real, muy hermosa y honesta y digna de tal esposo; pero no la tocó: ántes la persuadió que guardase ella tambien su virginidad, y los dos viviesen como hermano y hermana; y así lo hacian. Y como él era mozo y le hervia la sangre, y se criaba con tanta abundancia y regalo, y con las ocasiones que los palacios de los reyes traen consigo; para no perder en un punto la preciosa joya de la castidad, maceraba su cuerpo con ayunos, penitencias y oraciones, suplicando continuamente al Señor que le tuviese de su mano y apagase las llamas de la concupiscencia con el rocío del cielo, y el Señor le guardó perpetuamente virgen con su esposa: que es un ejemplo raro y admirable, y propio de la poderosa mano del Señor, que mandó al fuego que no quemase, y conservó á Emerico en medio de las llamas, como á los tres mozos del horno de Babilonia, para que no se abrasase, y nos enseñase con tan ilustre ejemplo lo que puede nuestra flaca naturaleza ayudada y alentada con el favor del Señor. Y porque la vida de este santo príncipe era mas digna del cielo, que no de la tierra, se la cortó en la flor de su edad, y le transladó á otro reino mas seguro y perpetuo. El arzobispo afirmó que habia visto subir su alma al cielo, y Dios le ilustró con muchos y grandes milagros que hizo por su intercesion en Alba Real, donde sepultaron su sagrado cuerpo.

Entre estos milagros fué uno muy insigne, el que sucedió siendo ya rey Ladislao, de esta manera. Un hombre aleman, llamado Conrado, habia sido de una vida muy perdida y abominable, y tocándole Dios al corazon, se compungió, y se determinó á ir á Roma y echarse á los piés del papa, y confesarse de todos sus pecados con él y pedirle penitencia de ellos. El papa le oyó: y espantado de la abominacion de su vida, le mandó traer una loriga de hierro á raiz de las carnes, apretada con cinco cadenillas de hierro, y un papel en que estaban escritos sus enormes pecados, y que visitase los lugares donde habia reliquias de santos y trajese aquella loriga, hasta que aquellas cadenas de suyo se desatasen, y se borrasen los pecados escritos en el papel. Todo lo hizo el hombre como le fué mandado, y visitó los sagrados lugares de Jerusalen, y despues vino á Hungría; y postrándose delante del sepulcro del rey san Estéban, determinó no levantarse de

ahí, hasta que se quebrasen las cadenas, se borrase el papel, y él fuese consolado entendiendo que habia alcanzado misericordia del Señor.

Habiendo estado allí desde la hora de prima hasta la hora de nona en oracion, cansado ya se adormeció y san Estéban le apareció y le mandó que se echase delante de la tumba de Emerico, su hijo, que estaba allí cerca; porque por el don de la virginidad y otras virtudes habia sido tan agradable á Dios, que le alcanzaria luego perdon de todos sus pecados.

Hízolo así Conrado: y estando en oracion en la capilla de san Emerico, las cadenas se quebraron y los pecados se borraron del papel; y él publicó su mala vida pasada y el milagro: por el cual y por otros muchos, el rey Ladislao, los obispos, prelados y grandes del reino, trataron que se pusiese luego Emerico en el catálogo de los santos; y habiendo precedido ayuno de tres dias, pusieron su sagrado cuerpo sobre el altar á los 4 de noviembre, haciendo nuestro Señor muchos y grandes milagros por su intercesion, y dando salud á los enfermos, que de muchas y remotas partes concurrian á su sepulcro. La vida de san Emerico trae Surio en su sexto tomo. Martin Polono dice que murió el año de 1032; y Cromero el año de 1036. Hace mencion de él el Martirologio romano á los 4 de noviembre; y Antonio Bonfinio, en la Historia de Hungría en la segunda década, lib. II; y Benedicto, papa VIII (á quien llaman el IX) le canonizó con san Estéban, su padre, como lo nota el cardenal Baronio en sus anotaciones sobre el Martirologio, á los 4 de noviembre.

SAN VIDAL Y SAN AGRÍCOLA, MÁRTIRES.—Escribiendo el bienaventurado san Ambrosio á las vírgenes, y tratando de los mártires san Vidal y san Agrícola, dice estas palabras: «La condicion y estado bajo del hombre no le es impedimento para que no sea estimado, ni la grandeza del linaje le hace digno de loa sino la fé; porque el esclavo y el libre son una misma cosa en Cristo, y cada uno recibirá de Dios el premio del bien ó del mal, que hubiere hecho. Ni la servidumbre nos quita, ni la libertad nos da; porque la una y la otra se pesan con el mismo peso delante del Señor: ni hay diferencia en los merecimientos del esclavo que bien sirve, ni del libre que goza de su libertad: porque la mayor dignidad de todas es servir á Cristo: y por esto san Pablo se gloría de ser esclavo de Cristo; porque esta servidumbre es gloriosa, de la cual se precia el Apóstol: y con razon: pues nuestra suma gloria es, que Dios nos haya estimado en tanto, que nos compró con la sangre de su bendito Hijo.» Todo esto es de san Ambrosio, á propósito de los santos mártires Vidal y Agrícola, de los cuales Agrícola era caballero principal y Vidal esclavo suyo, y ambos cristianos; y por esta causa fueron presos en Bolonia, ciudad de Italia, y martirizados, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, tan fieros enemigos de Cristo nuestro Salvador, que nunca se vieron hartos de sangre de cristianos. Era Agrícola hombre noble (como dijimos) y bien acondicionado, y tenia muchos amigos: y queriendo el presidente atemorizarle y no matarle, comenzó por Vidal, su esclavo, y mandóle atormentar y azotar crudamente, para que viendo el amo los atroces tormentos que su siervo padecia, se reportase y se dejase persuadir, y adorase á los falsos dioses. Atormentaron á Vidal los verdugos tan sin piedad, que quedó el cuerpo del santo tan lleno de llagas y heridas, que no tenia en él cosa sana donde poner los ojos, ni sangre que derramar, segun estaba exhausto y consumido. Levantó el glorioso mártir sus ojos al cielo, y pidió humildemente á Dios, que recibiese su espíritu, para que él recibiese la corona que su santo ángel le habia mostrado. Oyóle el Señor; y en acabando su oracion, le dió su alma. Estaba Agrícola presente á este espectáculo, con el cual el juez le quiso espantar y apartarle de su intento, para que escarmentase en la cabeza de su siervo; y esto con una cruel piedad (como dice san Ambrosio) pues le queria privar de la gloria del martirio. Mas Agrícola no se turbó por los tormentos de Vidal; ántes se animó y encendió mas en el amor de Dios, deseando tenerle compañía, y seguir al que iba delante, y no ser ménos valeroso en la fé de Cristo, que lo habia sido su mismo esclavo. Como el juez le vió tan constante, convirtió la blandura que con él habia usado, en saña, y se embraveció y le mandó poner en una cruz; y así se hizo traspasándole y fijando sus sagrados miembros con muchos y duros clavos; y el santo levantado en alto representando con aquel género de martirio á su Señor, mostrando que tenia en poco todo lo de la tierra, y que anhelaba al cielo, donde tenia su corazon, el mismo dia que Vidal entre los azotes y tormentos dió su espíritu al Señor, él le dió el suyo en la cruz; y el amo y el esclavo fueron iguales en el martirio y en la corona. Sepultaron sus cuerpos en un cementerio y osario de judíos; y así (dice san Ambrosio) que estuvieron las rosas entre las espinas, y la luz entre las tinieblas hasta que Dios los reveló. Cuando se descubrieron y se hubieron de trasladar, fué el santo prelado á Bolonia, convidado del obispo de aquella ciudad para honrar al Señor, y gozar de aquel nuevo tesoro y de la gloria de los santos. El mismo san Ambrosio dió á las vírgenes parte de las reliquias, y las dice estas palabras: «Yo os he traido preciosos dones y cogidos con mis manos, que son los trofeos de la cruz, cuya gracia conoceis en las obras, y los mismos demonios las confiesan. Otros alleguen oro y plata, y saquen estos metales de las venas debajo de tierra: busquen joyas y piedras preciosas, que al fin se acaban, y muchas veces son dañosas á los que las poseen: nosotros habemos recogido los clavos del mártir, y muchos; porque mas fueron las heridas que padeció, que los miembros en que las padeció. Recogimos tambien la sangre que derramó, y con la cual triunfó de la muerte, y el madero de la cruz en que estuvo colgado.» Esto dice san Ambrosio: el cual colocó este tesoro y preciosas reliquias en la ciudad de Florencia, en un templo que una santa y rica señora, llamada Juliana, habia edificado. San Gregorio Turonense cuenta algunos milagros, que obró nuestro Señor por intercesion de estos santos mártires, y dice que parte de sus reliquias fueron llevadas á Francia, y que Namacio, obispo de la ciudad de Alvernia, las colocó en una iglesia que él mismo habia labrado. Fué su martirio á los 4 de noviembre (en que la santa Iglesia celebra su fiesta) y en el año del Señor de 303, imperando los dichos Diocleciano y Maximiano; y de ellos hacen mencion los Martirologios romano y de Usuardo; san Paulino, obispo de Nola; Gregorio Turonense, y los otros mas modernos que han escrito vidas de santos.

* SAN FILÓLOGO Y SAN PATROBAS.—Fueron discípulos del Salvador, y segun la opinion mas comun, fué el primero obispo de Sinope y el segundo del territorio de Nápoles.

Practicaron ambos los ejercicios propios del ministerio á que habian sido destinados, predicando é instruyendo á los pueblos en el camino de la salvacion. Despues de muchos trabajos y fatigas, descansaron en paz á fines del siglo primero. San Pablo habla de ellos en el capítulo diez y seis de su carta á los romanos, cuando encarga que los saluden afectuosamente, como sus hermanos en Jesucristo.

San Próculo, mártir.—Solo sabemos por Usuardo, que floreció en Autun durante los primeros siglos de la Iglesia, y que acabó su vida degollado, por haber confesado la fé de Jesucristo.

San Claro, presbítero y mártir.—Nació en Rochester, en Inglaterra, y habiendo sido ordenado sacerdote, pasó á las Galias. Fijó su residencia en el territorio de Vexin, de la diócesis de Ruan, y vivió allí en la práctica de las mas heroicas virtudes. Solo salia de su retiro, para ir á predicar á los pueblos vecinos las verdades de la salvacion. El año 898 murió Claro, mártir de la castidad, á manos de dos asesinos, que á este objeto habia enviado una mujer impúdica, que no habia podido lograr que el santo consintiese á satisfacer su pasion. Su culto ha sido célebre en Francia, y la ermita donde fué enterrado es todavía lugar donde acuden muchos peregrinos, y que ha sido glorificado por el Señor con muchos milagros.

San Porfirio, mártir.—Era ciudadano de Efeso, y vivia en dicha ciudad en tiempo del emperador Aureliano. El año 171 de Jesucristo, habiéndole querido obligar á ofrecer incienso á los ídolos del paganismo, consumó con un ilustre martirio su victoria, y el no quererse prestar á las exigencias de los gentiles.

San Nicandro y san Hermas, mártires.—El primero fué obispo, y el segundo presbítero de la Iglesia de Mira, en Licia. Los dos derramaron su sangre, y dieron su vida por Jesucristo, siendo degollados por órden del gobernador Libanio, en tiempo del emperador Diocleciano.

San Pierio, presbítero y confesor.—Nació en Egipto, se dedicó al estudio de las ciencias sagradas, en las que salió muy aventajado. Su vida pura y sin tacha, y su amor al estudio de la filosofía cristiana, le hicieron amar extraordinariamente por san Teoanas, patriarca de Alejandría, que le confirió las sagradas órdenes. Regentó por algun tiempo la célebre escuela de Alejandría, con aprovechamiento de los discípulos, y publicó varios tratados en defensa de la religion verdadera. Despues se retiró de la vida pública, y emprendió un viaje á Roma, donde acabó en paz el resto de su vida, muriendo santamente el año 287.

San Amancio, obispo y confesor.—Nació en la ciudad de Rodez, en Francia. Desde muy jóven abrazó el estudio eclesiástico, y debió á sus virtudes el ser elevado á la cátedra episcopal de su patria. Trabajó infatigablemente en la conversion de los idólatras que habia todavía en su diócesis, y convirtió á muchos en fuerza de sus discursos y milagros. Tenia una aficion particular á las austeridades de la penitencia, la cual sabia aliar muy bien con las fatigas apostólicas. Murió á fines del siglo V, y fué sepultado en la misma ciudad de Rodez.

San Juanicio, abad.—Natural de Bitinia, de padres pobres, y pasó sus primeros años guardando cerdos. En su juventud llevó una vida bastante disipada: entró en la compañía de guardias del emperador de Constantinopla, y como era de buena presencia y de una intrepidez pasmosa, se congració en la córte y ganó recompensas distinguidas. Siguió en religion las ideas de los iconoclastas, que se hallaban protegidos por los cortesanos; pero al mismo tiempo tuvo la dicha de conocer á un santo religioso, que al fin consiguió apartarlo del vicio y del error. Tocado entonces Juanicio de una viva compuncion, pasó seis años entre la oracion y la penitencia, sin cambiar por esto de estado. Por fin, á la edad de cuarenta años dejó el servicio, y se retiró al monte Olimpo, en Bitinia. Pasó unos cuantos años en algunos monasterios, para formarse en las prácticas y ejercicios de la perfeccion, y despues se retiró á un lugar solitario, donde pasaba el tiempo orando y cantando los salmos que habia aprendido de memoria. Pasados doce años en este género de vida, tomó el hábito religioso, en el monasterio de Eresta. El don de milagros y el de profecía lo hicieron tan célebre en todo el Oriente, que acudian á verle desde los lugares mas distantes. Defendió con zelo el culto de las santas imágenes, y contribuyó mucho á que la emperatriz Teodora prescribiese aquel error. Llegó á la edad de ciento diez y seis años, y murió el de 845. San Juanicio es uno de los santos mas célebres en la Iglesia griega.

San Baistan, obispo y confesor.—En 931 fué este santo consagrado obispo de Vinchester, cuya Iglesia edificó con su santidad. Tenia una devocion particular á los fieles difuntos. Todos los dias celebraba en su sufragio el santo sacrificio de la misa, y durante la noche se iba al cementerio, y allí se estaba horas enteras rezando salmos. No dejaba pasar ningun dia sin lavar los piés á algunos pobres, á quienes despues servia á la mesa. Murió santamente el 4 de noviembre del año 934.

Santa Modesta, vírgen.—Fué natural de Tréveris, y consagró toda su vida á Jesucristo, al cual tomó por esposo desde sus primeros años. El Señor la favoreció con divinas revelaciones, y murió santamente en su misma patria, en el año 680. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia principal de dicha ciudad, y su sepulcro fué glorioso en milagros.

DIA 5.

San Zacarías, profeta y mártir, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.—En Judea, en tiempo del rey Herodes, fué glorioso el nombre de Zacarías, sacerdote, profeta y padre de san Juan Bautista. San Lucas, evangelista, en el principio de su Evangelio, dice divinidades, hablando de él y de sus virtudes.

Este elogio solo bastaba para tenerle por tan gran santo como es; y sobre todo haber tenido un hijo, como el Bautista. Fué, pues, Zacarías de la tribu de Leví: y porque de su prosapia, profecía, aparicion del ángel en el templo, y demás cosas que tocan al nacimiento del Bautista, se trata suficientemente en la Natividad de san Juan, á 24 de junio; solo trataremos aquí de su gloriosa muerte, que fué en esta forma. Viéndose Herodes burlado de los santos reyes Magos; pues, cuando los esperaba de vuelta de Bethlen, para que le diesen noticia del recien nacido infante Jesus, nuestro Salvador, ellos tomaron por otra parte su camino, como refiere el sagrado evangelista san Mateo; entonces, oyendo decir la gloriosa santa Isabel, que tambien buscaban á su hijo Juan (niño tan tierno, que solo tenia seis meses mas que Cristo Bien nuestro), para quitarle la

vida con los demás santos niños Inocentes, mártires, tomando su hijo en los brazos, se fué á un alto monte de Judea huyendo; pero viendo que la seguian los crueles verdugos, impíos ejecutores del rigor de Herodes, temió, é hizo oracion profundamente humilde, pidiendo á Dios librase á su hijo Juan de la muerte. Al instante (¡ó fuerza de la oracion del justo! ¡oh maravillas de Dios!) se abrió el monte, y en la abertura se escondió Isabel y su hijo, dejando burlados á los fieros verdugos que los seguian. En las entrañas, pues, del monte, los recreaba el Señor que los guardaba, con una luz divina, y un ángel santo que les ministraba todo lo necesario para la conservacion de la humana vida. Otros dicen, se escondió santa Isabel con su hijo en un monasterio de los muchos que entonces los Esenos, hijos de los profetas, descendientes del gran profeta y patriarca san Elías, tenian edificados por aquellas montañas, y allí se crió el niño Juan en el instituto carmelítico, siguiendo en todo desde entonces (como quien tenia ya para hacerlo el uso de la razon, desde que fué santificado en el vientre de su madre) el espíritu y virtud de Elías, para ser príncipe del estado religioso y monástico en la ley de gracia, como lo era y es Elías en la escrita: y esta opinion es la mas corriente y comun; aunque no la niega, quien sigue la primera de la milagrosa abertura del monte: pues unos y otros dicen, que acabada la persecucion de Herodes, el niño Juan se crió entre los Esenos, hijos de los profetas, hasta que de siete años, instruido ya en la vida monástica, se retiró á hacer vida solitaria al desierto, como lo hacian muchos de aquellos antiguos monges, sucesores de Elías.

Quedóse entonces solo en su casa y asistencia del templo el santo sacerdote Zacarías, y como Herodes enviase sus ministros, á que le preguntasen por el niño Juan, hijo suyo, y él respondiese, no sabia dónde estaba, como era cierto que no lo sabia (sin que esta ignorancia se oponga al ser profeta santo; porque no todas las cosas sabe el que es profeta, sino solas aquellas que Dios quiere revelarle), y asimismo les reprendiese el rigor y crueldad suya y de su rey y señor Herodes, que los obligaba á quitar tantas inocentes vidas, y predicase á Cristo recien nacido, Rey de Israel, Hijo de Madre Vírgen, y Señor de cielos y tierra. y ellos le refiriesen todo lo dicho á Herodes; él enfurecido contra el santo viejo Zacarías, envió de noche secretamente sus verdugos, los cuales le quitaron la vida entre el templo y el altar, donde fué criada la Vírgen santísima María, sin pecado concebida, desde su gloriosa presentacion. A la mañana, los demás sacerdotes vinieron al templo, y esperando á que Zacarías saliese del santuario, se pasó la hora acostumbrada, y se hizo muy tarde: por lo cual uno de ellos entró en el santuario, y halló la sangre del santo sacerdote, que toda se habia juntado y endurecido como una piedra. Luego oyó una voz del cielo que dijo: Aquí han muerto á Zacarías, y su sangre no se borrará de Israel, hasta que se levante el que le ha de vengar. Con esto salió fuera del santuario, y contó á los demás sacerdotes todo lo que pasaba; y ellos temblaron de oirle, y sintieron un ruido grande de piedras, como que se rompian y daban unas con otras. Buscaron el cuerpo del sacerdote y mártir Zacarías, y no lo hallaron. Fué su martirio glorioso, á 5 de noviembre (dia en que lo celebra la Iglesia) año 1 del Señor. Pasados muchos años, apareció milagrosamente su santo cuerpo en el mismo templo de Jerusalen, y allí estuvo mucho tiempo en honroso sepulcro. Ahora se dice que está en Venecia en un monasterio de señoras, fundado á honor suyo, y con su nombre.

La gloriosa santa Isabel, su esposa, y madre del Bautista, fué de la tribu de Aaron, de cuya santidad trata, como de la del santo Zacarías, su esposo, el sagrado evangelista san Lucas en el principio de su Evangelio: y así, aquí solo trataremos de su gloriosa muerte; pues las demás cosas, que tocan á sus virtudes, santidad, salutacion y parto, las refiere el Evangelio. Despues que (como dijimos poco ha) tuvo seguro y educado á su hijo, y que ya el santo niño se retiró al desierto, cumplidos los siete años de su edad, á hacer vida solitaria, eremítica ó monástica; Isabel se retiró á la montaña de Judea á su casa, y allí vivió santísimamente algunos meses, hasta que quiso el Señor llevársela en paz y gracia suya, llena de dias, santidad y virtudes; y allí fué sepultada esta gloriosa santa, prima y hermana de la Reina de los ángeles, y Madre de Dios María santísima, sin pecado concebida; porque santa Ana y santa Esmeria fueron hermanas, hijas de Agarin: de Ana, nació la Vírgen María; de Esmeria, Isabel y Eliud; y de Eliud nació Eminin; y de Eminin nació san Servacio, obispo, cuya vida pusimos á 13 de mayo. Otros afirman que en la misma cueva (que así llaman la abertura ó quiebra del monte en que se ocultaron madre é hijo) se la llevó Dios, quedando por custodio fiel y nutriz del niño Juan, el ángel que ya dijimos les ministraba el sustento necesario á la vida. Como quiera que ello sea, Isabel murió en paz y gracia del Señor, cuya eterna gloria posee. No se sabe el dia cierto de su glorioso tránsito; y así nuestra madre la Iglesia la ha señalado el mismo de su esposo el santo sacerdote, profeta y mártir Zacarías, celebrando á los dos en un mismo dia. Escribieron las vidas de estos dos benditos casados, padres del Bautista, san Lucas en su sagrado Evangelio, cap. 1; Beda; Usuardo, y Adon, y los demás padres de la Iglesia latina; los griegos en su Menologio; san Epifanio, *lib. de Vit. et Inter. prophet.*, *cap.* 23, *in Pannar. hæres.* 26, el cual afirma ser este Zacarías el que dice Cristo, Bien nuestro, por san Mateo, cap. 23, fué muerto entre el templo y el altar, como ya queda dicho. Del mismo sentir son Orígenes, *in Matth.*, *cap.* 23; *sanctus Petrus Alexandrinus*, *episc. et mart. in Can.* 13; *sanct. Gregorius Nissenus*, *in Orat. de Christi Nativ.*; *sanct. Basilius*, *Homil. de Humana Christi generat.*; *sanct Cyrillus Alexand.*, *lib. adversus Anthropomorphitas*; *sanct. Theodoretus*, *Histor.*, *lib.* IV, *cap.* 7; *Petrus de Natalib.*, *in Cathalog. SS.*, *lib.* X, *cap.* 24 *et* 25; si bien san Gerónimo tuvo otro sentir, explicando el cap. 23 de san Mateo; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo 1 de sus Anales, *in apparatu*, *num.* 16, *et ann.* 1, *num.* 53 *et seq.*, donde cita autores, que afirman haber visto en las ruinas, que hoy se ven del templo de Jerusalen, algunas piedras con las señales de la sangre de Zacarías, y en particular una, que tiene la sangre fresca; cuya cabeza dice, se guarda en Roma en San Juan de Letran, la cual dicen ha manado sangre muchas veces.

En las cosas históricas, y que solo son de la fé humana por las tradiciones de que constan (si no es que tuviesen especial revelacion de Dios), pudieron tener los santos Padres diversos pareceres, segun lo que cada uno hallaba escrito y dicho, inclinándose unos á un sentir y otros á

otro. El máximo doctor y padre san Gerónimo se inclinó, segun lo que habia leido, como él refiere, á que fué otro Zacarías el que murió entre el templo y el altar: otros santos Padres, y tan graves doctores de la Iglesia, como hemos visto, quieren que sea este: Dios solo sabe la verdad: lo cierto es, que es santo y que goza de Dios en la gloria, y que obrando como él, imitándole en las virtudes, y valiéndonos de su intercesion, y de la de su esposa santa Isabel, tendremos cierta la misma gloria, y allá sabremos si murió entre el templo y el altar, ó en qué lugar alcanzó la corona.

* San Félix, presbítero, y san Eusebio, monge, mártires. —Este último era un solitario de Terracina en Italia, siendo su objeto principal predicar el Evangelio á los infieles, obrando muchas conversiones. Habiendo dado sepultura á los cuerpos de los santos mártires Cesario y Julian, fué acusado junto con el presbítero San Félix de profesar religion cristiana. Querian obligarles á adorar á los ídolos, y como no abandonasen la religion cristiana, fueron degollados ambos dentro la cárcel, el año 300.

San Galacion y santa Epistemia, mártires. —Eran dos santos esposos que vivian en Emesa de Fenicia, practicando todas las virtudes evangélicas. Este fué el motivo porque los prendieron durante la persecucion de Decio, y negándose á abjurar la religion de Jesucristo, fueron azotados, y despues les cortaron las manos, los piés y la lengua, y por fin los degollaron, consumando así su ilustre martirio. Este sucedió en dicha ciudad de Emesa el año 253.

Los santos Domnino, Teótimo, Filoteo, Silvano, Doroteo y Carterio, mártires.—Padecieron martirio en Grecia en tiempo del emperador Maximiano. Habian predicado en muchas regiones y obrado muchas conversiones, y habiendo sido delatados al juez pagano, este los hizo atormentar con suplicios inauditos, y al fin, condenados á las minas, murieron el año 238.

San Magno, obispo y confesor.—Floreció siendo arzobispo de Milan en los primeros siglos de la Iglesia. Apacentó á su rebaño en la doctrina católica y murió en la paz de Dios.

San Dominador, obispo y confesor.—Ferrario en el Catálogo de los santos de Italia cuenta á Dominador como uno de los mas esclarecidos pastores de la Iglesia de Brescia, de la cual fué el XII obispo. Despues de un largo pontificado empleado en defender á su rebaño de las grandes calamidades de aquel siglo, murió tranquila y santamente, el año 490.

San Fibicio, confesor.— El Martirologio romano dice que fué obispo de Tréveris; pero algunos críticos aseguran que nunca llegó á esa dignidad, y que vivió muchos años y murió siendo abad de un monasterio de dicha ciudad. Lo cierto es, dice el cardenal Baronio, que su nombre no se halla continuado en las tablas episcopales de Tréveris, y que la Crónica de los monasterios de Germania solo le da el título de abad. Ignoramos la época de su muerte.

Santa Bertila, abadesa.—Nació de ilustre familia en Soissons. Desde su infancia se la vió preferir el amor de los bienes celestiales al de las criaturas. Las dulzuras que experimentó en la oracion y la práctica de la virtud, la hicieron resolverse á consagrarse enteramente á Dios. Tomó el hábito en el monasterio de Brie, y despues de haberse ejercitado en él en todos los empleos mas humildes y penosos y dado evidentes señales de virtud y capacidad, fué elegida primera abadesa del monasterio de Chelles, que acababa de fundar la esposa del rey Clodoveo II. Su reputacion se extendió por toda Europa, y gran número de señoras iban á ponerse bajo su direccion, y se contaron entre ellas ilustres princesas y la misma reina fundadora del monasterio, que fué á él á acabar sus dias. Bertila era el espejo de todas sus hermanas y su modelo en la perfeccion, y murió en el Señor el dia 5 de noviembre del año 692.

San Leto, presbítero y confesor.—Fué natural de Berry, y pasó los primeros años de su infancia en guardar los ganados de su padre. Siendo aun muy jóven, entró en un monasterio; pero aspirando á vida mas perfecta, se trasladó poco despues al de Micy cerca de Orleans. No quedó aun contenta su piedad en este retiro: dejólo luego para vivir en soledad, desconocido de los hombres y entregado tan solo á Dios. Mas la reputacion de santidad de que gozaba atrajo á su retiro la visita de muchos solitarios famosos y de gran número de personas que iban á admirar su santidad eminente y la multitud de sus milagros. Su muerte sucedió por los años 534, y sus reliquias, despues varias traslaciones, se guardan en una iglesia de la diócesis de Orleans.

DIA 6.

San Leonardo, confesor.—San Leonardo nació en Francia, de padres nobles é ilustres, muy favorecidos del rey Clodoveo, que fué el primer rey de Francia cristiano, del cual se dice que sacó de pila á san Leonardo, para honrar á sus padres: y aunque el mismo san Leonardo pudiera tener gran lugar con el rey, y tenia grandes prendas para ello, no quiso estar en la córte, para darse mas libremente á Dios nuestro Señor, y ser discípulo de san Remigio, varon santísimo, por cuya predicacion el mismo rey Clodoveo habia sido alumbrado y recibido la fé de Jesucristo nuestro Redentor. Por la buena instruccion, pues, de tan insigne y divino varon, creció nuestro Leonardo en toda virtud, y comenzó á resplandecer con maravillosa opinion y fama de santidad: por lo cual movido el rey, le rogó que viniese á su córte y le ofreció preeminentes dignidades: de las cuales él no hizo caso, porque era amigo de quietud, y deseaba atender á Dios y al provecho de los prójimos, como lo hizo predicando la palabra del santo Evangelio, y sembrando la semilla del cielo en Orliens, y en otras partes de la Aquitania; porque en aquel tiempo habia aun muchos gentiles en el reino de Francia, que estaban sepultados en la sombra de la muerte: y para que mejor lo pudiese hacer, el Señor le honraba y obraba por él muchos milagros, echando los demonios de los cuerpos, y sanando á los sordos, cojos y ciegos y á otros enfermos. Yendo una vez camino y pasando por un bosque, adonde el rey y la reina, que estaba preñada, habian venido á caza, viniéronle dolores de parto á la reina, y fueron tan recios, que no podia parir y estaba para espirar. Llegó á este tiempo san Leonardo, y con su oracion parió luego la reina un hijo, y quedó sana y libre de aquel peligro, y el rey le ofreció muchos vasos de oro y plata, y grandes tesoros: los cuales él no quiso recibir, rogando al rey que los repartiese á los pobres, y con aquella li-

mosna comprase el cielo. Ofrecióle despues el rey todo aquel monte y territorio ; mas el santo no quiso aceptar sino una parte , en que edificó un oratorio de Nuestra Señora, y en él un altar á san Remigio. Aquí vivió con grande y maravillosa abstinencia y penitencia, en oracion perpetua y fervorosa, trabajando de dia y velando de noche en compañía de los monges : y porque tenia falta de agua, que la traian de muy léjos, hizo oracion san Leonardo, y el Señor les dió una fuente tan copiosa de agua, que hasta el dia de hoy da de beber á los moradores de aquel lugar.

Fueron tantos los milagros que el Señor obró por la intercesion de san Leonardo , que su fama se extendió por todo el reino de Francia , Inglaterra y Alemania ; pero en lo que mas se esmeró este santo, y en lo que mas Dios le glorificó, fué en librar los presos de la cárcel , y sacarlos de ella, y traerlos á su casa por mas que estuviesen aherrojados y cargados de prisiones y cadenas : y así venian de muchas partes remotas muchos que habian sido librados de las cárceles, y traian sus grillos , esposas y cadenas ; y poniéndolas delante de él, se arrojaban á sus piés, suplicándole que los tuviese en su compañía y se sirviese de ellos como de esclavos ; mas el santo era tan humilde, que les servia á ellos, y les enseñaba á servir al Señor, y les daba parte de aquel campo que habia recibido del rey, para que le cultivasen y viviesen de su trabajo : y algunos deudos suyos y otros, y no pocos de varios estados, hombres y mujeres, movidos de estos milagros , y mas de la fama de su santidad , tambien concurrian para ser de él enseñados en el camino de la vida , y permanecer debajo de su disciplina y magisterio, á los cuales el santo enseñaba y encaminaba para el cielo. Y habiendo corrido gloriosamente su carrera, dió su benditísima alma al Señor, á los 6 de noviembre del año 559, segun Tritemio, y su sagrado cuerpo fué enterrado honoríficamente en la misma iglesia ú oratorio que él habia dedicado á nuestro Señor ; y despues por cierta revelacion y milagro le trasladaron á otro templo que se le edificó mas suntuoso. Despues de muerto le ilustró Dios con muchos milagros , como lo habia hecho en vida, especialmente en librar á los presos de la cárcel : hizo obras prodigiosas y admirables , y fueron tantas, que casi no se pueden contar las esposas, grillos y cadenas, y otros instrumentos penales , que estaban colgados á su sepulcro en memoria del beneficio que habian recibido por su intercesion los que los habian traido, librándose de la cárcel.

En la ciudad de Limosin, estando un hombre inocente, devoto de san Leonardo, atado por el cuello con una cadena de hierro , y tan apretado que apenas podia respirar; encomendóse al santo, se le apareció luego, y le dijo: No morirás ; sino vivirás y contarás las obras del Señor. Levántate y toma esa cadena , y llévala á mi iglesia para que esté colgada á mi sepulcro, y ninguno de aquí adelante sea mas atormentado con ella.

Estaba otro hombre, devoto del mismo santo, en lo mas hondo de una torre y sumido en una hoya , y atado de piés y manos , y con muchas guardas á la puerta que el tirano, que le habia mandado prender , habia puesto temiendo que san Leonardo le habia de librar de sus manos, como le libró sacándole de aquel calabozo horrible y penoso en que estaba, y llevándole por su mano sin que ninguno se lo pudiese estorbar. De estos milagros se cuentan muchos en su vida, la cual se halla en el sexto tomo del P. Fr. Lorenzo Surio. De san Leonardo hacen mencion los Martirologios , el romano á 6 de noviembre , y el de Beda y Adon.

* San Félix, mártir.—Este santo vivia, en el siglo tercero de la Iglesia , ocupado en predicar el santo Evangelio. Sus cristianas virtudes irritaron mucho al juez, quien lo hizo prender y atormentar ; despues de sufridos los tormentos fué llevado otra vez á la cárcel con el objeto de matarlo , el dia siguiente. Cuando los verdugos fuéron á la cárcel con el indicado objeto , vieron que habia ya entregado su espíritu al Criador. San Agustin es quien da estos pormenores en la esposicion que hizo al pueblo del Salmo 107 en el dia de la conmemoracion de este santo mártir.

La Conmemoracion de diez santos mártires.—Fueron sacrificados por el furor de los sarracenos en la ciudad de Antioquía, el año 637. Su martirio fué muy prolongado, y en él se vieron manifiestas señales de la gracia que Jesucristo comunica á sus santos cuando padecen por su causa.

San Severo, obispo y mártir.—Nació en Barcelona de familia ilustre. Sus padres lo dedicaron al estudio de las letras , y Dios lo llamó al estado eclesiástico. En su juventud era ya distinguido entre el clero catalan por su doctrina y el candor de sus costumbres. Habiendo vacado la sede episcopal de Barcelona , por eleccion del clero y del pueblo fué Severo elevado á ella , y le consagraron obispo de la misma ciudad con gran satisfaccion de todos. En esta dignidad resplandeció el siervo de Dios como antorcha de verdadera luz , y su alma estuvo siempre inflamada de aquel zelo santo tan necesario en aquellos tiempos de calamidad para la Iglesia. Su principal ocupacion era predicar incesantemente al pueblo , alentándole á la constancia de la fé, y al amor mutuo que tiene á Dios por principio, á fin de que no llegase nunca á romperse entre sus ovejas la cadena de la caridad , que mantiene á todos los fieles unidos con Jesucristo, pero no descuidaba por esto Severo su propia santificacion : la oracion , la contemplacion y la penitencia eran su mas sabroso alimento; y por esto sin duda mereció que el cielo le revelase que se acercaban nuevos dias de amarga tribulacion para la Iglesia de España. En efecto , poco tardó en aparecer en ella el presidente Daciano, que tantos rios de sangre cristiana hizo correr por el suelo español. Llegado el gentil á Barcelona , y sabiendo Severo que le buscaba para ensayar en él su furor , acordándose del consejo evangélico «Si os persiguen en un lugar , huid á otro ,» se escapó al Vallés , dirigiéndose á un lugar llamado entonces Castro Octaviano , y ahora *San Cugat del Vallés*. A la mitad del camino encontró á un labrador que estaba sembrando habas, llamado Hemeterio, hombre muy cristiano y devoto del venerable obispo. Contóle éste lo que sucedia , y le advirtió que si pasaban por allí los ministros del juez, les dijese si le buscaban que en Castro Octaviano le hallarian; pues estaba resuelto á derramar su sangre por Jesucristo. Poco despues llegaron efectivamente los perseguidores, y Hemeterio les dijo que por allí habia pasado el santo pastor , y les contó la maravilla de haber ya crecido las habas que entonces sembraba. Habiéndole preguntado además si era cristiano , y contestado que sí, lo llevaron consigo hasta donde estaba el obispo , el cual se les presentó

en cuanto supo que habian llegado. Pusiéronle en seguida preso con Hemeterio y con los cuatro sacerdotes de Barcelona que le habian acompañado. Al cabo de poco fueron los seis azotados cruelmente, y luego degollaron á los cuatro sacerdotes y á Hemeterio en presencia de Severo, á fin de que intimidado y horrorizado con aquel espectáculo, se resolviese á sacrificar á los ídolos. Mas viendo que nada lograban, uno de los verdugos le clavó un clavo en la cabeza, en cuyo martirio entregó su espíritu al Criador. Algunos dicen que no falleció entonces, sino que dejándole los gentiles por muerto, fueron allá los cristianos y le hallaron vivo, y que habiéndolos bendecido, pasó al galardon de su pelea. Tambien hay quien dice que fué atravesada su cabeza con tres clavos, y otros aumentan el número hasta diez y ocho. Su sagrado cuerpo fué sepultado por los fieles en el mismo Castro Octaviano, donde despues hubo una iglesia delicada á san Severo, cerca de la principal del monasterio de benedictinos que despues se fundó. Aquella iglesia se arruinó en 1029, y las reliquias del obispo fueron trasladadas á la del sobredicho monasterio que estaba dedicado al apóstol san Pedro. En el año 1405, el dia 3 de agosto, fueron llevadas algunas de estas reliquias á la catedral de Barcelona. Dió ocasion á esto un milagro que obró Dios con don Martin, rey de Aragon, curándole repentinamente una pierna que le iban á cortar, por intercesion del santo, de quien era el príncipe muy devoto; de cuya traslacion celebra fiesta todos los años la diócesis de Barcelona el domingo primero de agosto. Créese que la muerte de san Severo sucedió por los primeros años del siglo IV. Su culto es muy antiguo en España, y muchas de sus Iglesias tienen rituales primitivos en que se encuentra continuado su nombre. Segun el padre Caresmar, su fiesta se celebraba ya con rezo y misa propios á principios del siglo IX, y cuando todos los Martirologios antiguos y modernos ponen su nombre en el dia 6 de noviembre, se cree que su martirio fué en dicho dia.

San Atico.—Solo sabemos de este santo el nombre y que murió en Frigia. Se calcula por Usuardo que fué mártir; pero ni aun esto se sabe de cierto.

San Vinoco, abad.—Nació en Bretaña y fué hijo de Howel III, rey de los bretones. Cultivó desde muy niño la ciencia de los santos, y se asoció á otras personas principales que tenian iguales inclinaciones que él. Estos piadosos jóvenes emprendieron algunas peregrinaciones piadosas, y entre ellas visitaron el monasterio conocido despues con el nombre de San Bertin. El fervor de aquellos religiosos los edificó extraordinariamente, y quedándose en él tomaron el hábito monástico. A pesar de ser muy numerosa aquella comunidad, distinguióse entre todos Vinoco por su extraordinaria piedad y por su fervor en la penitencia. Poco despues se fundó un nuevo monasterio y el santo fué nombrado abad. En poco tiempo se esparció por los paises lejanos la fama del ilustre superior y aquella comunidad se hizo numerosísima. Los milagros aumentaron su reputacion; pero á pesar de verse tan favorecido del cielo y tan venerado de los hombres, él siempre se presentó como el mas humilde de todos, ocupándose en los oficios mas penosos de la casa. Llegó á una edad muy avanzada y murió santamente el año 717.

San Iltudo, abad.—Natural del condado de Glamorgan en Inglaterra. Sirvió algunos años en los ejércitos del rey Arturo, del cual era pariente y mereció por su valor reputacion muy distinguida. Un santo obispo le inspiró el desprecio del mundo y la aficion á la vida eclesiástica. Recibió la tonsura y se dedicó á las ciencias eclesiásticas; y despues abrió una escuela pública en un monasterio que fundó. Entre sus discípulos contó una porcion de personajes célebres que honraron despues el episcopado. Algunos años despues se retiró de su escuela y pasó otros tres en absoluta soledad, entregado á la oracion y á la contemplacion. Deseando ver á sus discípulos y amigos ántes de morir hizo un viaje á Bretaña; y hallándose en Dol, el Señor lo llamó á su santa morada. Floreció en el siglo VI.

San Félix, monge.—Murió en Fundis, en Italia, el año 360. San Gregorio habla de sus extraordinarias penitencias en su libro de los Diálogos, lib. 1, cap. 3.

DIA 7.

San Floarencio, obispo y confesor.—Fué el glorioso san Florencio natural de Escocia, de claro y noble linaje; pero mucho mas noble fué por su virtud y santidad. En lo mas florido de su juventud lozana dió de mano á todos los deleites de este mundo: y para huirlos mejor y conservarse virgen como tenia propuesto en su corazon hacerlo, cuando le amenazaba el riesgo de que tanto deseaba huir, que era casamiento rico y noble, dejó por Cristo patria, padres y parientes, riquezas y deleites de la juventud, y abrazando una voluntaria pobreza, emprendió una larga peregrinacion. Acompañáronle otros tres santos varones, Arbogasto, Teodato é Hidulfo, con los cuales llegó (despues de varias peregrinaciones) á la Alsacia. Reinaba en Francia á la sazon Dagoberto, el cual tuvo á gran dicha que tales varones viniesen á sus tierras. Dióle á Argobasto el obispado de Argentina, ciudad vecina del Rhin (rio caudaloso) y habitada de los germanos ó alemanes, los cuales en su lengua vulgar la llaman *Strasburg*. Teodato é Hidulfo le acompañaron; y Florencio, despedido de ellos, se retiró á una selva llamada Haslé á la parte del monte Vozago, donde nace el rio Bruscha. Aquí comenzó á cultivar la tierra con sus propias manos para buscar el propio sustento, gastando en este ejercicio y el de la oracion los dias y las noches. Labró con sus manos una casilla ó choza para su recogimiento, y tuvo bien en que ejercitar la paciencia; porque los ciervos y otras fieras que en aquella selva habia, le destruian cuanto trabajaba y hacia de sus manos

No tenia el bendito Florencio instrumentos con que ahuyentar ó cazar aquellas fieras; pero sí tenia una gran fé y confianza en Dios; y así en su santísimo nombre las mandó que todas sin hacer mal alguno á él ni al trabajo de sus manos, viniesen á su celdilla y se estuviesen quietas á la puerta. ¡Raro prodigio! Apenas se lo mandó, cuando todas le obedecieron: tal fuerza tiene la voz del justo, y el nombre santo de Dios en quien confia. Hallábase á este tiempo Dagoberto entretenido en su palacio kyrcheymense, que está cerca de la dicha selva ó bosque, y envió sus cazadores á que cazasen y le trajesen alguna cierva. Los cazadores salieron muy de mañana prevenidos de perros: dieron vuelta por los montes y selvas circunvecinas, sin que pudiesen descubrir fiera alguna. Al fin ya cansados llegaron á la casilla de san

Florencio, donde vieron muchísimas ciervas y otras fieras, todas á la puerta mirándosela con tanta atencion y tan quietas y fijas como si estuviesen presas con cadenas. Vieron venir al santo varon, y no conociendo su santidad se indignaron contra él, juzgando que por algun arte de encantamiento tenia presas las fieras y reducidas todas á la puerta de su casa. Tratáronle mal de palabras; y con violencia y furor le quitaron la túnica que traia y se fuéron. El santo sin responderles palabra ni resistirse, se dejó desnudar; y viendo que se iban y dejaban una azada ó hacha que tenia, con que labraba la tierra y hacia leña, la tomó y les fué siguiendo dando voces y diciendo se esperasen y se llevarian tambien aquella sola alhaja que tenia.

Tomáronla y prosiguieron su camino, y al llegar á una laguna que habian de pasar, los caballos no pudieron moverse: ellos los apretaban mas y mas las espuelas; pero era en vano heriu los. Reconocieron que sin duda era castigo del cielo por las injurias que habian hecho á aquel santo varon (que aunque malos, ya habian conocido lo era, en su silencio y sencillez); y así volvieron las riendas y fuéron á buscarle: pidiéronle perdon y restituyéronle lo que le habian quitado: con que partieron gozosos con su bendicion, y los caballos no se pararon mas en todo el camino. Van á la presencia del rey Dagoberto y le cuentan lo que les habia sucedido; cuando al instante mandó enjaezar ricamente su caballo, y se lo envió al varon de Dios, suplicándole se sirviese de montar en él y venirse á su palacio. El santo por no parecer desagradecido, ya que no admitió la oferta del caballo, por parecerle no decia bien á su humildad, vino á visitar al rey. Al llegar al palacio una hija del rey, ciega y muda desde su nacimiento, de repente vió y habló llamando á Florencio por su nombre, siendo así que todos lo ignoraban. No fué solo este prodigio: porque subiendo el santo á ver al rey á su cuarto, como no tenia criado que le guardase el manto ó capa, mientras entraba á hablar al rey (cortesía entonces usada) se quitó su capa y la colgó de un rayo de sol que entraba por una ventana, la cual se estuvo colgada como si estuviera de una estaca ó clavo, todo el tiempo que estuvo con el rey hablando. Estos milagros tan portentosos movieron tanto el ánimo del rey, que le hizo donacion al santo de aquella selva y de las villas y aldeas adyacentes, para que fabricase en aquella parte que tenia su celda, un monasterio, el cual se fabricó luego con toda suntuosidad y real magnificencia, y se llamó y llama hoy el monasterio de Haslé, y posee las dichas posesiones.

Murió el bendito Arbogasto; y el rey obligó al santo varon Florencio á que aceptase aquel obispado de Argentina: y el bendito siervo de Dios por no resistir á la divina voluntad, humilde lo aceptó y gobernó santísimamente por espacio de doce años, ejercitándose de dia y de noche en actos heroicos de caridad, humildad, paciencia, oracion, contemplacion, ayunos, penitencias y en todas las demás virtudes, escogiendo varones sencillos, santos y virtuosos que habitasen siempre en su monasterio de Haslé y allí sirviesen á Dios: con lo cual, dando divino olor y fragancia de virtudes, vírgen, puro y casto, echó buen olor de Cristo, como dice el Apóstol, y habiendo adornado é ilustrado la Iglesia de Dios con dichos y hechos heroicos, y sufrido con gran paciencia inmensos trabajos como fiel y prudente siervo, descansó en paz en su Iglesia, y fué á poseer el premio eterno de la gloria donde con Cristo reina. Fué su glorioso tránsito á los 7 de noviembre (dia en que la Iglesia le celebra) por los años del Señor de 675. Fué sepultado su santo cuerpo en su misma Iglesia de Argentina, y allí estuvo mucho tiempo ilustrándola con milagros, hasta que el bendito Rato, obispo de Argentina, tuvo órden del cielo por divina revelacion, para trasladarlo al monasterio de Haslé, y colocarlo en el mismo lugar en que él se habia fabricado su primera celdita y habitacion, y allí permanece el dia de hoy, haciendo Dios por su intercesion muchos milagros. Escribieron su vida Surio, en el tomo IV; Democaro *in Tabulis Eccles. Argent.*; Molano; *in Addit. ad Usuardum;* el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones.

San Prosdocimo, obispo y confesor.—Era natural de la Grecia y fué convertido á la religion cristiana por el apóstol san Pedro, marchando despues á Roma con dicho apóstol, quien lo consagró obispo y lo mandó á Pavía. Lleno del Espíritu Santo, y dedicado al ministerio de la divina palabra, convirtió á la fé á innumerables personas, las que bautizó, contándose entre ellas á Vitaliano, prefecto de la ciudad, su mujer y toda su familia. Hízose célebre por el don de milagros, y habiendo gobernado con gran celo la Iglesia de Pavía por muchos años, murió á los noventa y tres años de edad y á principios del segundo siglo.

San Amaranto mártir.—Ignoramos los detalles de su vida, y solo sabemos que dió su sangre por Jesucristo. Unos creen que murió durante la persecucion de Decio, y otros atribuyen su martirio á la barbarie de Crocus, rey de los alemanes, que devastó las Galias en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno. Amaranto, segun Godescard, confesó la fé en el pueblo de Vians, cerca de Albi. Sus reliquias estuvieron mucho tiempo escondidas; pero el Señor manifestó despues su sepulcro, y junto á él se obraron grandes milagros. San Eugenio de Cartago, que fué desterrado de las Galias, quiso morir junto al sepulcro de este santo mártir. Sus reliquias se guardan ahora en la catedral de Albi.

Los santos Hieron, Nicandro, Esiquio y otros treinta mártires.—En la turbulenta tempestad que excitó contra la Iglesia el emperador Diocleciano, fueron envueltos estos gloriosos santos y dieron su sangre en ella. Prendiéronlos en Militina de Armenia, y por órden de su gobernador Lisias los azotaron de un modo horrendo, despues los hicieron correr por un carril de fuego, y últimamente los degollaron.

San Engelberto, obispo y mártir.—Descendiente este santo de los condes de Berry y de Gueldres, mostró desde su infancia felices disposiciones para la virtud. Abrazó el estado eclesiástico, renunció varias ricas prebendas y el obispado de Munster, para consagrarse al Señor en la penitencia y la humildad. Pero al fin tuvo que aceptar la dignidad de preboste de la Iglesia de Colonia, y por el interés que manifestó siempre en la defensa de los derechos de la Iglesia, el sumo pontífice le nombró para el arzobispado de la misma ciudad de Colonia, siendo consagrado el año 1213. Casi todo el empleo que hizo el santo de su dignidad, fué para continuar manteniendo los derechos de la Iglesia para proteger á los débiles contra el despotismo del mas fuerte, para hacer cesar las calami-

dades públicas y para inspirar á todas sus ovejas el temor de Dios y el respeto al príncipe. Pero era preciso que fuese probada su virtud en el crisol de la tribulacion. Federico, conde de Isemburgo, trató de apoderarse de los bienes de la Iglesia, y habiéndose el santo arzobispo opuesto fuertemente, formó aquel una conspiracion, y un dia que Engelberto iba á consagrar una iglesia, en medio del camino fué embestido por unos salteadores que le quitaron la vida el dia 7 de noviembre del año 1225. Su santidad fué atestiguada por muchos milagros.

San Aquilas, obispo y confesor.—Egipcio de nacion, y dotado de un ingenio privilegiado, estudió las sagradas Letras en la escuela de Alejandría, al frente de la cual estuvo despues como maestro. El patriarca san Pedro le confirió las sagradas órdenes, y vivió como correspondia á la alta reputacion de que gozaba. A ella debió el ser elevado á la silla patriarcal de la misma ciudad de Alejandría el año 311. El año 312 admitió á la comunion eclesiástica al diácono Arrio que habia sido separado de ella por su predecesor, y creyendo en sus muestras de arrepentimiento, lo elevó al sacerdocio. San Aquilas murió por el mes de noviembre del mismo año de 312.

San Vilebrordo, obispo y confesor.—Nació en el reino de Nortumberland el año 658. Sus piadosos padres cuidaron mucho de su educacion, y cuando tuvo siete años lo pusieron en el monasterio de Rippon, bajo la direccion de san Wilfrido. Cuando llegó á la edad viril, abandonó el mundo, tomó el hábito monástico, y se instruyó en las ciencias sagradas. Hizo admirables progresos en los caminos de la perfeccion, y á la edad de veinte años pasó á la Irlanda á buscar nuevos motivos para santificarse. Allí fué ordenado de sacerdote y en seguida se dirigió á la Frisia donde ejerció un glorioso apostolado. Algunos años despues Vilebrordo creyó deber hacer un viaje á Roma para ofrecer al nuevo pontífice las primicias de sus trabajos y pedirle su bendicion apostólica. Conociendo entonces el papa Sergio su santidad y su celo, le confirió los mas amplios poderes y le dió reliquias para colocarlas en las iglesias que consagrase. Partió pues el santo á sus misiones, y fué tan copioso el fruto de su celo, que á la vuelta de seis años eran ya tan numerosos los cristianos en la Frisia, que Vilebrordo tuvo que volver á Roma para consultar al papa, y éste, que era aun el mismo san Sergio, lo recibió con particular distincion, y á pesar de su resistencia le consagró obispo metropolitano de la Frisia. A su vuelta á aquel pais, fijó su residencia en Utrech, de cuya Iglesia fué primer obispo. Los años y la dignidad parecieron avivar su celo, cuya actividad se aumentaba á medida que se le oponian obstáculos. Sufrió con una resignacion admirable calumnias y amarguras que sus santas costumbres, y sobre todo su desinteresada caridad no merecian; y despues de un pontificado insigne bajo todos conceptos, llegó al dichoso fin de su carrera, y murió el año 738, en un monasterio que habia fundado.

San Rufo, obispo y confesor.—Floreció á fines del siglo IV, y fué el octavo obispo de Metz. Mostróse digno imitador de las virtudes de sus predecesores, que casi todos son honrados por la Iglesia en el número de los santos.

San Herculano, obispo y mártir.—En su juventud abrazó el estado monástico y fué religioso de san Benito. El año 544 fué sacado del claustro para ser consagrado obispo de Perusa, cuya Iglesia gobernó hasta su dichosa muerte, sucedida el año 561. San Gregorio, papa, en su libro III *Dialogorum*, cap. 13, habla de las virtudes de este santo.

Los santos Auto, Taurion y Tesalónico, mártires.—Murieron en Anfipolis de Macedonia.

DIA 8.

Los Santos mártires coronados.—En tiempo del emperador Diocleciano hubo en Roma cuatro hermanos, cuyos nombres eran Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino: todos eran cristianos y santos, y deseosos de dar la vida por Cristo. Mandólos prender el emperador y llevar delante de un ídolo de Esculapio; y que si no lo adorasen, los matasen á azotes. Llevados delante de aquel demonio, tuviéronle en lo que él era haciendo burla del emperador. Desnudáronlos, y á todos los hirieron con plomadas tan fuertemente, que en aquel tormento dieron sus almas á Dios. Mandó el tirano que sus cuerpos fuesen echados á la plaza para que los perros los comiesen; mas en cinco dias que allí estuvieron no los tocaron, mostrando que los hombres eran mas crueles que las bestias fieras. Vinieron los cristianos y tomáronlos secretamente, y sepultáronlos en un arenal, tres millas de Roma en la via Lavicana. Y, como dice Adon en su Martirologio, el papa Melquíades mandó que se celebrase su fiesta el dia de su martirio, que fué á los 8 de noviembre: y (porque entonces no se sabian sus nombres) que se celebrase debajo del nombre de los Cuatro Coronados. Aunque despues fué revelado á un santo varon, que se llamaban (como se ha dicho) Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, y de ellos hacen mencion el Martirologio romano, el de Beda y los demás; y el papa Honorio les edificó una iglesia, y es título antiguo de cardenal, y de él hace mencion san Gregorio. Los sagrados cuerpos de estos santos cuatro hermanos se hallaron en Roma, siendo sumo pontífice Leon, IV de este nombre.

Los santos Claudio, Nicostrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio, mártires.—Con los santos cuatro hermanos coronados celebra la santa Iglesia el mismo dia del martirio de otros cinco gloriosos mártires y esforzados soldados del Señor, que se llamaban Claudio, Nicostrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio: todos cinco eran muy excelentes escultores, y los cuatro primeros cristianos, y solo Simplicio era pagano: el cual, como viese que las obras de mármol y de otras ricas piedras de sus cuatro compañeros salian muy perfectas y acabadas, y que cuando las labraban todo les sucedia como podian desear, y que á él se le quebraban muchos instrumentos de su arte; preguntó á Sinforiano (que era el mas principal), qué podia ser la causa de esto; y él le respondió, que siempre que tomaban algun instrumento para trabajar, invocaban el nombre de Cristo su Dios, y de tal manera le habló, que con el favor del Señor se convirtió, y por mano de un santo obispo llamado Cirilo fué bautizado, y murió con sus cuatro compañeros constantemente por la fé del mismo Señor: porque habiéndoles mandado el emperador hacer una obra en que se habian de poner muchos animales y entre ellos un ídolo; ellos con grande artificio y primor pusieron los animales: mas nunca quisieron hacer el ídolo para no dar ocasion á nadie de idolatrar; ni que se tuviese por Dios la obra de sus manos: de lo cual Diocleciano se enojó mucho, y mandó á un tribuno llamado Lampadio, que con

blandas palabras les persuadiese que adorasen á sus dioses y dejasen de ser cristianos; y habiendo ellos perseverado en la confesion de Jesucristo, mandó traerlos á su presencia y ponerlos delante de todos los instrumentos con que solian atormentar á los mártires, para que de solo verlos se atemorizasen; pero ningun temor causó este espectáculo á los fuertes caballeros de Cristo. Mandólos el tribuno azotar con duros escorpiones; y por justo castigo del Señor luego el demonio se apoderó del inicuo juez y le mató. Cuando lo supo el emperador, de puro enojo salió de sí, y mandó hacer unas cajas de plomo y poner en ellas á los cinco mártires, y cerradas echarlas al rio; y así se hizo, y con este martirio acabaron gloriosamente el curso de su peregrinacion, y alcanzaron la corona de inmortalidad. Despues de cuarenta y dos dias, un cristiano llamado Nicodemo buscó las santas reliquias de los cinco mártires y dióles sepultura en su casa honoríficamente. Fué su martirio á los 8 de noviembre, dos años ántes que el de los santos Cuatro Coronados; y los cuerpos de los unos y de los otros están en la iglesia de los santos Cuatro Coronados en Roma, y de ellos hacen mencion el Martirologio romano y el de Beda, Usuardo y Adon.

* San Deusdedit, papa y confesor. —Fué natural de Roma y desde niño dió pruebas de su inclinacion al estado eclesiástico. Sabio y piadoso al mismo tiempo, era el objeto del aprecio de los fieles, y por muerte del papa Bonifacio cuarto, cuando no era aun mas que subdiácono, fué elegido Deusdedit sumo pontífice, y consagrado el dia 13 de noviembre del año 614. Mucho trabajó para el arreglo de la disciplina de la Iglesia, dando excelentes reglamentos en su favor. Eminente en todas las virtudes, lo fué especialmente en la caridad para con los enfermos, por manera que segun leemos en el Martirologio romano curó á un leproso con solo darle un ósculo. Murió el dia 8 de noviembre del año 617.

San Vileado, obispo y confesor.—Nacido en el reino de Nortumberland, fué educado desde su infancia en las letras y la piedad. Su humildad, su amor á la oracion y la austeridad de su vida le merecieron el honor del sacerdocio. Inflamado en celo por la gloria de Dios, emprendió sus misiones á la Frisia, donde obró infinitas conversiones. Los idólatras le tendieron muchas asechanzas; pero la divina Providencia le libró de todas, y el santo continuó sus trabajos apostólicos, y emprendió viajes á otros paises. Despues de siete años, pasó á Roma con el objeto de hacer conocer al papa el estado de aquellas misiones. El pontífice lo recibió con muestras de extraordinaria benevolencia, y pasados algunos dias se marchó á Francia y estuvo en el monasterio de Epternac dos años, despues de los cuales fué nombrado y consagrado primer obispo de Brema el año 787. Con su consagracion se inflamó mas en celo por la salvacion de las almas y se entregó con mas fervor á los ejercicios de la penitencia. Fué precisa una órden del papa Adriano para que comiese un poco de pescado á fin de reparar su quebrantada salud. Su delicia eran la lectura de los libros santos y la continua meditacion de la ley del Señor. Cada dia rezaba todo el Salterio, socorria á muchos necesitados, celebraba el santo sacrificio y predicaba la palabra de Dios al pueblo. Murió en un pueblo de Frisia, y su cuerpo fué enterrado en la catedral de Brema.

San Godofredo, obispo y confesor.—Nació en el territorio de Soissons, de una familia principal. A los cinco años de edad encargóse de su educacion un santo abad que lo habia sacado de pila. Ya entonces se privaba de la mayor parte de lo que le daban para comer, y lo distribuia á los pobres. La principal parte del dia y de la noche lo pasaba en el santo ejercicio de la oracion. Cuando llegó á veinte y cinco años fué ordenado sacerdote por su virtud y por los progresos que habia hecho en los estudios de la religion. Habiendo sido elegido abad, gobernó con sabiduría y prudencia su monasterio, y Dios le concedió el don de milagros. En 1103 fué consagrado obispo de Amiens á pesar de la resistencia que opuso su humildad. Su caridad con los pobres fué inagotable, y su celo, que ejerció principalmente contra los desórdenes de los grandes y los abusos del clero, se vió coronado con las bendiciones del cielo. En un viaje que hizo á Rheims para conferenciar con su metropolitano acerca de algunos puntos de disciplina, cayó enfermo en medio del camino, y murió el dia 8 de noviembre del año 1118, en la abadía de San Crispin de Soissons, donde fué enterrado.

San Mauro, obispo y confesor.—Este santo, conocido tambien por los nombres de san Yano, san Viton y san Videno, nació en las Galias durante el siglo V. Abrazó, siendo muy jóven, la vida monástica, y el 498 fué elevado á la silla episcopal de Verdun. La alta opinion que de él habian hecho concebir sus virtudes, fué confirmada por muchos milagros. Trabajó por espacio de veinte y seis años á la santificacion de su rebaño, y murió por los años 523, debilitado y consumido por el trabajo, las fatigas y las austeridades. La célebre congregacion de benedictinos, tan conocida en Francia por sus importantes trabajos religiosos y literarios, lleva el nombre de este san Mauro.

San Claro, confesor.—Fué un sacerdote de la diócesis de Tours, muy memorable por las obras de misericordia á que se dedicó toda su vida y por la gracia particular que poseia de curar milagrosamente toda clase de enfermedades. Estimóle mucho su obispo san Martin, al cual dió sepultura y honró extraordinariamente. Murió en la paz de Dios, á principio del siglo V. Sulpicio Severo escribió su vida y muerte en una epístola dirigida á un diácono llamado Aureliano, y de los tres epitafios que habia en su sepulcro, uno lo escribió san Paulino, obispo de Nola, que habia conocido á Claro y habia sido testigo de sus virtudes.

DIA 9.

La Dedicacion de la iglesia del Salvador en Roma.—Así como no hay nacion alguna tan fiera, bárbara, ni tan torpe y grosera que no tenga algun conocimiento de Dios y alguna manera de religion para honrarle y servirle, así tampoco ninguna hay que no tenga iglesias y templos para adorar al que tiene por Dios, y ofrecerle sus sacrificios y ofrendas. Es tan gran verdad esta, que el filósofo Plutarco, con ser gentil y sin la verdadera lumbre del cielo, dice: «Si anduvieres por muchas tierras, hallarás algunas ciudades sin muros, sin letras, sin reyes, sin casas ni riquezas, sin monedas, sin escuelas y teatros; pero ninguno ha visto ciudad que no tenga templos.» Esto dice Plutarco. Pues si las gentes ciegas y sin luz ni conocimiento del verdadero Dios, con solo el instinto natural, edificaron templos para honrar y reverenciar á los dioses, que no eran

dioses, sino obras de sus manos; ¿con cuánta mas razon el pueblo cristiano y escogido de Dios ha de tener iglesias y templos para adorar aquel Señor, que es verdadero y solo Dios y monarca de todo lo criado? Y si en cada ciudad, bien ordenada, hay lugares públicos señalados para diferentes oficios, y en las casas principales varias oficinas para diversos servicios: ¿cómo en la república de la Iglesia, que con admirable disposicion es gobernada de aquel artífice soberano, han de faltar lugares diputados y propios para tratar con él y recibir los santos sacramentos, que son las fuentes de su misericordia y bondad? Y si David con tan grande estudio y afecto deseó edificar templo á Dios y colocar en él el arca del Testamento, y dejó al rey Salomon, su hijo, tanta copia de oro y plata y de otros metales, para que lo labrase, y Salomon lo hizo con tan grande magnificencia y suntuosidad, y lo dedicó con increible concurso de gente, número de sacrificios, suavidad de música, y admirable pompa y singular majestad (no siendo aquel templo mas que una sombra y figura de los templos que tenemos los cristianos), muy justo es que en la Iglesia católica haya templos consagrados á Dios, y que sean muchos y suntuosos, y que se dediquen con grande aparato, ceremonia y devocion, y sean acatados con aquella reverencia y veneracion que á tan alta Majestad se debe.

Estos templos ha tenido siempre la santa Iglesia desde el tiempo de los apóstoles, y les da diferentes nombres, conforme á los fines para que se instituyeron. Llámalos «templos;» porque en ellos se ofrece sacrificio á Dios en la sacrosanta misa, y se representa al eterno Padre aquel sacrificio sangriento y suavísimo que su Hijo benditísimo le ofreció en la cruz por nuestros pecados: llámalos «oratorios ó casa de oracion;» porque á ella vienen los fieles á orar y á abrir sus corazones al Señor, y poner delante de él sus deseos, necesidades y miserias, y suplicarle que las remedie, como padre y universal proveedor de todas sus criaturas: llámalos «basílicas, memorias ó martirios;» porque no ménos sirven los templos para colocar y honrar en ellos las reliquias de los mártires y de los otros santos, y acudir á ellos con nuestros trabajos y tomarlos por nuestros abogados é intercesores, y ampararnos debajo de su sombra y proteccion: llámalos «iglesias, concilios y conventos;» porque en ellos se junta el pueblo á oir la palabra de Dios, para ser enseñado y apacentado con los abundosos y saludables pastos de la doctrina evangélica; y así dijo el real profeta que Dios era glorificado en el concilio de los santos. A mas de estos nombres, san Cipriano llama al templo «casa de Dios,» y lo mismo el concilio laodiceno; porque en él, como en su casa, reside Dios, y está no solamente por esencia, presencia y potencia, como en las otras partes, sino por un modo especial y divino, y como Rey soberano, que está sentado en su trono, dando audiencia y despachando los negocios de todos los que vienen á él; y por otra manera mas sublime y admirable, que es por su real y verdadera presencia en el sacrosanto Sacramento del altar, para compañía y consuelo de todos los fieles, y para que allí le recibamos y nos sustentemos con aquel pan celestial, y tengamos vida con nuestra vida, y salud y fuerzas espirituales con los otros sacramentos que en esta casa del Señor se nos administran. Mas porque en la primitiva Iglesia, con las persecuciones de los tiranos, no podian los cristianos alzar cabeza ni salir al público, ni profesar seguramente su religion; érales necesario celebrar el santo sacrificio de la misa en casas particulares ó en cementerios de los mártires y en cuevas debajo de tierra: y aunque tuvieron iglesias, eran pocas, y los emperadores, enemigos de Jesucristo y de toda religion, en sus edictos, y el pueblo pagano con su furor se las quemaban, asolaban y destruian: hasta que, queriendo el Señor dar paz á su Iglesia, convirtió milagrosamente al emperador Constantino, el cual se bautizó y recibió la fé de Cristo por manos de san Silvestre, y quedó sano de la lepra que le atormentaba y afeaba, y tan trocado en el corazon, que en agradecimiento de tan gran merced como Dios le habia hecho, no solamente dió licencia para que se le edificasen templos por todo su imperio, en los cuales Cristo fuese glorificado, sino que él mismo en su imperial palacio laterano (que era magnificentísimo) mandó labrar un templo suntuoso á nuestro Salvador, que hasta hoy se llama San Juan de Letran, por la capilla que tambien allí se edificó á san Juan Bautista, en el lugar donde Constantino fué bautizado. Este templo mandó labrar, y lo enriqueció de grandes dones y vasos riquísimos de oro y plata, y lo adornó con imperial magnificencia, y en una pared de él se apareció una imágen que representaba muy al vivo al Salvador. Consagró esta iglesia el papa san Silvestre, y fué la primera que se consagró entre cristianos. En ella puso el altar en que el apóstol san Pedro decia misa, que era de madera, á la manera de una arca hueca; y mandó que solos los romanos pontífices dijesen misa en él, y que los demás la dijesen sobre altar de piedra y consagrada, y en memoria de este beneficio tan grande del Señor, ordenó que todos los años se celebrase la dedicacion de este templo, y es la que se celebra este dia á 9 de noviembre. Y fué muy conveniente que esto se hiciese en toda la universal Iglesia; porque la iglesia de San Juan de Letran es madre y cabeza de todas las iglesias, de la cual dice san Pedro Damian estas palabras. «La iglesia de San Juan de Letran, así como tiene nombre del Salvador, que es cabeza de todos los escogidos, así es madre, cabeza y corona de todas las iglesias que hay en el mundo: es la cumbre de toda la religion cristiana, y en cierta manera iglesia de las iglesias y sanctus sanctorum.» Esto es del cardenal Pedro Damian. Pues si cuando Moisés dedicó su tabernáculo hizo tan gran fiesta, y los príncipes de las tribus del pueblo de Israel ofrecieron tantos y tan preciosos dones; y si todas tres veces que se dedicó el templo de Jerusalen, por Salomon, por Esdras y por los Macabeos, hubo tanto regocijo y se instituyó fiesta para celebrar cada año la memoria de su dedicacion, y nuestro Salvador no se desdeñó de venir á ella; ¿con cuánto mayor cuidado debemos los cristianos solemnizar la dedicacion de nuestros templos, que son tanto mas excelentes que el del Viejo Testamento, cuanto va del cuerpo á la sombra, de lo figurado á la figura, del dia á la noche y de lo vivo á lo pintado? Y si la dedicacion de algunas iglesias particulares tienen sus particulares fiestas y se celebran en aquellos lugares donde se dedicaron; ¿con cuánta mas razon se debe celebrar en toda la Iglesia la dedicacion de aquel templo, que es templo de los templos, y el primero que tuvieron los cristianos, para ejercer públicamente y sin temor ni recelo los oficios y misterios divinos, y que fué dedicado al Salvador del mundo por un emperador tan poderoso y religioso, como fué Constantino, y consagrado por el papa san Silvestre, y dado por

modelo y dechado de la consagracion de los demás? Fuera de este templo, mandó hacer otros muchos el emperador Constantino en Roma, en Constantinopla y en Jerusalen, y en otras partes, con maravillosa traza, increibles gastos y dones, que les dió: y algunos dedicó con tan extraordinario aparato, como fué el templo de Jerusalen, á cuya dedicacion llamó á todos los obispos, que estaban juntos en el concilio de Tiro: queriendo el piadoso emperador mostrar su fé con estas obras, y honrar al Señor, que le habia dado el imperio y la luz del cielo, para conocerle y servirle, y enseñar con su ejemplo cuán debido servicio y acepto es al Señor el que se le hace en edificar iglesias y adornarlas de imágenes, de vasos preciosos, de ornamentos ricos, y de todo lo que puede acrecentar el culto divino, y despertar y avivar mas la devocion de los fieles y levantar los corazones á Dios: el cual, dado que es inmenso, y que los cielos de los cielos no le pueden comprender, y que todo lo de la tierra es como un poco de hasura, cotejado con su soberana majestad; pero es tan bueno y tan benigno, que no mira tanto á lo que él merece como á lo que nosotros le podemos dar, y al corazon con que se lo damos y ofrecemos; y por esto recibe de nosotros lo que él mismo nos dió, y acepta la plata y el oro, sedas y telas y cosas preciosas que ofrecemos á sus templos con agrado, por ser las que nosotros mas estimamos y de mayor precio acá en la tierra, y ser señal que con ellas le presentamos nuestro corazon, sin el cual ninguna cosa le agrada. Este ejemplo del emperador Constantino han seguido muchos príncipes, reyes, emperadores y santísimos pontífices, edificando muchos y muy señalados templos, dotándolos de grandes posesiones, heredades y rentas en diversas provincias de la cristiandad, y aun han convertido los templos suntuosos de los gentiles en iglesias, consagrándolos á Jesucristo nuestro Redentor; para que, como habian sido templos del demonio, lo fuesen de Dios, y en aquellos mismos lugares floreciese nuestra santa religion, en que ántes habia reinado la supersticion sacrílega, reverenciando al príncipe de las tinieblas.

De manera, que enseñados con la festividad de la Dedicacion de la iglesia del Salvador, que hoy celebra la Iglesia, y con la doctrina y ejemplos de los santos, debemos tener por cosa muy agradable á Dios y provechosa para nosotros, el fundar iglesias y capillas, en que el Señor sea glorificado y amplificado su culto; porque es acto de piedad y religion, y una testificacion de nuestra fé, y de la religion que profesamos: especialmente en estos tiempos tan lastimosos y miserables, en que la rabia de los herejes, armada con el poder de algunos príncipes furiosos y sacrílegos, en algunas partes ha puesto las manos en los templos de Dios, y pegádoles fuego y arruinádolos, como lo hicieron antiguamente los Dioclecianos, Maximianos y otros tiranos y monstruos, que persiguieron la santa Iglesia.

Tambien se ha de advertir que, puesto caso que en todo lugar se puede orar, porque en todos está Dios y nos oye, y él mismo nos enseña que para orar entremos en nuestro aposento y secreto retraimiento; pero que las oraciones públicas se deben hacer en lugar público, que es la iglesia, y que aun las particulares, hechas en ella, son mas eficaces que las que se hacen fuera, como lo prueba san Juan Crisóstomo: el cual dice: «Algunos se excusan friamente de venir á la iglesia, diciendo, que tambien pueden orar en su casa; pero engáñanse y están en un grande error: porque, aunque es verdad que al hombre es lícito orar en su casa; pero no es posible que ore tan bien en ella, como en la iglesia, donde están otros que le ayuden; y la oracion de uno solo no es tan eficaz como la que va acompañada de las oraciones de muchos: y por esto san Pablo dice, que Dios le habia librado de los grandes peligros por las oraciones de muchos: y san Pedro fué librado de la cárcel por las oraciones de toda la Iglesia. Y cuando oramos en la iglesia, no solo nos ayudan los otros hermanos nuestros, que oran en ella, sino mucho mas los ángeles, que con aquella ocasion suplican á Dios que oiga á los que oran y les otorgue lo que piden.» Esto es de san Juan Crisóstomo. La razon de esto es, porque la misma iglesia, que es casa de oracion y casa del Señor (como dijimos), nos está amonestando que nos recojamos y despidamos todos los otros cuidados, y no tratemos en ella sino de oracion; y así dijo san Agustin: «En el oratorio ninguno haga otra cosa sino aquella para que se hizo, y de donde tiene el nombre y se llama casa de oracion.» Y á mas de esto, el ver orar á los otros pega devocion, como dice san Juan Crisóstomo, y el saber que están presentes los ángeles y el Rey de los ángeles en el santo Sacramento del altar, despierta mucho nuestra tibieza, y enciende nuestros helados corazones: y la misma consagracion ó bendicion de la iglesia nos convida, ayuda y da fuerza á nuestra oracion, para que suba al cielo, y nos traiga de allá lo que deseamos y pedimos al Señor. En la dedicacion del templo, que hizo Salomon, le dijo el Señor. «Yo he oido tu oracion y he escogido este lugar para casa de sacrificio. Si yo cerrare el cielo para que no llueva, y mandare á la langosta que destruya la tierra, y enviare pestilencia sobre mi pueblo; y él se convirtiere y me suplicare y buscare mi faz, é hiciere penitencia de sus maldades, yo le oiré desde el cielo, y se las perdonaré y sanaré la tierra: á mas de esto mis ojos estarán abiertos y mis orejas atentas á la oracion del que orare en este lugar; porque yo le he escogido y santificado, para que en él esté mi nombre eternamente, y mis ojos y mi corazon para siempre permanezcan con él.» Pues si esto prometió el Señor á Salomon, hablando de aquel templo que él habia edificado, en el cual no habia sino el arca del Testamento, y en ella la vara y el maná y las tablas de la ley, y no se ofrecian otros sacrificios, sino de corderos, becerros y animales; ¿qué pensamos que hará Dios en nuestros templos, donde está el arca viva, y la ley del espíritu y el pan del cielo, y la vara de la santa cruz, y donde cada dia se ofrece el sacrificio único, vivo y verdadero que todos los sacrificios y ofrendas del Viejo Testamento figuraban? Especialmente sabiendo que no solo tiene cada iglesia un ángel que la guarda, sino tambien cada altar; y que los ángeles son nuestros intérpretes y los que nos despiertan á orar y llevan nuestras oraciones delante del acatamiento del Señor y despachan nuestros negocios. Y por esto conviene que frecuentemos mucho las iglesias, no solamente para oir la palabra de Dios, sino tambien para oir misa y para orar y confesar; porque (por las razones que habemos dicho, y por la edificacion del pueblo y ejemplo que estamos obligados á dar á nuestros prójimos) es cosa mas loable y provechosa, que cuando se hace en las casas particulares, como lo dice san Juan Crisóstomo cuyas palabras arriba refe-

rimos. Mas para recibir esta utilidad de la iglesia, es menester ir á ella como á la casa de oracion y templo de Dios, con mucho recato y gran respeto y reverencia: porque si cuando se entra en el palacio ó en la antecámara del rey, va el hombre sobre aviso y compuesto, acordándose que está allí el rey; mucho mas lo debe hacer cuando entra donde está el Rey de los reyes y Señor de todo lo criado, y va á negociar con él, nó negocios y cosas de tan poca sustancia como son todas las de la tierra, sino la salvacion de su alma. Por no hacerse esto, como se debe, ni tenerse respeto á las iglesias, se ven tantos y tan graves daños en la república, castigándonos Dios por los desacatos que se hacen á sus templos. Y muchos, que debian venir á la iglesia, como á una botica de medicinas y sacramentos, para buscar salud, vuelven á sus casas heridos y atosigados, haciendo por su culpa rejalgar de la medicina, y muerte de la vida: y así dice san Juan Crisóstomo: «De aquí nace todo nuestro mal y todo lo bueno perece: porque cuando habíamos de procurar de reconciliarnos con Dios y ganarle la voluntad; de tal manera estamos en la iglesia y nos partimos de ella, que le enojamos y provocamos su ira contra nosotros:» y en otra parte dice: «Yo os ruego y encarecidamente os pido que no solamente mireis cómo venís á la iglesia, sino tambien cómo estais en ella, y que siempre que salís de ella, llevéis á vuestra casa algun remedio y medicina para curar vuestras pasiones:» y san Agustin nos exhorta á estar en el templo material de Dios, como verdaderos y espirituales templos suyos, en los cuales habita el Señor de mejor gana, que en los otros de piedra; porque cualquier indecencia, desenvoltura y liviandad ó parlería, que se comete en el templo, es grave injuria del Señor, que preside en el templo, y de todos los ángeles que allí le asisten. En ninguna cosa mostró Cristo nuestro Salvador su zelo mas que en echar del templo dos veces á los que compraban y vendian aun las cosas necesarias para los sacrificios y ofrendas, y á título de piedad y que estaban en el atrio ó parte exterior del templo: queriendo con éste hecho encarecernos la veneracion que se debe á la casa de Dios, por ser suya y casa de oracion. Dios nuestro Señor ha obrado y obra continuamente muchos y grandes milagros en beneficio de los que asisten y frecuentan con devocion y reverencia sus templos; y ha hecho muy severos y graves castigos contra los que los han profanado: y hasta los historiadores gentiles escriben muchos y raros ejemplos de personas, que fueron afligidas y consumidas con todo género de calamidades y miserias, por haber perdido el respeto que debian á los templos de sus falsos dioses: y Sócrates en su Historia prudentemente notó, que las profanaciones de los templos son señal de la ira de Dios y de algun terrible azote que ha de venir á la república; y cuanto la persona es de mayor dignidad, tanto debe ser mas devota y mas modesta en la iglesia, y mover con su ejemplo á los demás, como lo hacia el emperador Teodosio, el menor, el cual tenia tan gran respeto á las iglesias, que dice de sí mismo estas palabras: «Nosotros, que siempre estamos rodeados de las armas de nuestro imperio, y que no conviene que estemos sin nuestras guardas y gente armada; al entrar en la iglesia con grande humildad dejamos á la puerta las armas y la misma diadema, que es señal de la majestad imperial, y no llegamos al altar sino para ofrecer, y habiendo ofrecido, salimos fuera al cuerpo de la iglesia, por la reverencia que debemos á los lugares en que resplandece mas la divinidad del Señor.» La madre de san Gregorio Nacianceno (como él mismo lo escribe) estaba tan recogida y dentro de sí, y con tan grande acatamiento en el templo, que nunca hablaba palabra ni escupia en él, ni volvia las espaldas al altar donde estaba el santísimo Sacramento. Esta es la fiesta que hoy celebra la santa Iglesia, de la Dedicacion del templo del Salvador, y lo que con ella nos enseña. Supliquemos al Señor (como dice san Agustin) que lo que entonces se hizo en las paredes de piedra, ahora se haga en nuestros corazones de carne; y lo que se obró en el templo material, se obre en nuestras almas espiritualmente, para que seamos verdadero y vivo templo, en que habite su divina Majestad.

San Teodoro, mártir.—Siendo soldado del emperador de la tierra san Teodoro, y mucho mas del Emperador del cielo, y estando en la ciudad de Amasea, que es en el Ponto, se publicó un edicto de los emperadores, cruelísimo contra los cristianos. Súpolo Teodoro, y abrasado de amor divino, confesó luego que él era cristiano y que estaba aparejado para morir por Cristo. Prendiéronle: y como era mozo de gentil disposicion y bien quisto, tuviéronle lástima, y con una falsa compasion le dejaron y le rogaron que se mirase en ello, y por una vana supersticion no quisiese perder la hacienda, honra y vida. Salido Teodoro de sus manos, hacia continua oracion, y se encomendaba de todo su corazon al Señor; y para responder con las obras mas que con palabras á los que le habian dejado, y le persuadian que adorase á los dioses; entró una noche en el templo de Cibeles (que es la madre de los dioses), el cual estaba cerca del rio, y viendo que soplaba un viento recio, le pegó fuego, con el cual en breve se quemó todo y se hizo ceniza. Quemado el templo, no huyó Teodoro ni se escondió: ántes con grande ánimo y fortaleza él mismo se manifestó que habia sido el autor de aquel incendio. Prendiéronle de nuevo, y espantados los jueces de verle tan intrépido, seguro y gozoso, quisiéronle con blandura y con promesas reducir á la supersticion de sus dioses: y como el santo se riese, el juez le mandó azotar fuertemente y despues encerrar en una cárcel tenebrosa, y sellarla y dejarle allí para que muriese de hambre: mas aquella misma noche le apareció el Señor, y le dijo: Teodoro, está fuerte; porque yo estoy contigo. No tomes de los hombres comida, ni bebida; porque yo te daré una vida conmigo en el cielo bienaventurada y eterna. Con este regalo del Señor quedó muy alegre, cantando salmos y alabanzas á Dios, y gran multitud de ángeles le ayudaban y le daban música en aquella cárcel, la cual oyeron los guardas, y le vieron rodeado de personas vestidas de blanco que cantaban con él y quedaron asombrados. Avisaron al juez de lo que pasaba, y él vino á la cárcel y la halló cerrada y sellada, y entrando en ella no vió sino á Teodoro: y tornando á cerrar la puerta, mandó que cada dia le diesen una onza de pan y un jarro de agua; mas el santo mártir no lo quiso recibir, diciendo que Jesucristo, su Rey y Señor, le sustentaria. Sacáronle de la cárcel; ofreciéronle grandes premios si consentia con su voluntad: y como ninguna cosa, de las que decian ni hacian, aprovechase para mellar aquel corazon fuerte y armado del espíritu de Dios; entendiendo que perdian tiempo, llamándole sacrílego, impío y blasfemo, le mandaron atormentar. Levantáronle en un madero alto: azotáronle: desgarráronle sus carnes con

garfios de hierro: abrasaron sus costados con hachas encendidas; y cuanto mas le atormentaban, tanto él mostraba mayor alegría, y como si estuviera entre flores y rosas, cantaba aquel verso de David, que dice: «Alabaré al Señor en todo tiempo; siempre de mi boca saldrán sus loores.» Los verdugos despedazaban las carnes del santo; y él cantaba como si no fuera él, sino otro, el que padecia aquellos fieros tormentos. Finalmente, fué condenado á ser quemado; hizo la señal de la cruz en la frente, y en todo su cuerpo, y con grande alegría y regocijo entró en el fuego. Vió á un amigo suyo llamado Cleónico, que lloraba, y díjole: Cleónico, yo te aguardo; dáte priesa y sígueme: y cercado por todas partes de las llamas, alabando á la santísima Trinidad, dió su santo espíritu en paz al que le habia criado, y su alma fué vista subir al cielo, como una luz resplandeciente. Su sagrado cuerpo tomó una devota mujer llamada Eusebia, y con preciosos ungüentos lo envolvió en una sábana y lo enterró en su casa lo mejor que pudo, en la ciudad de Euchayta, que está debajo de Amasea, su metrópoli. Fué el martirio de san Teodoro á los 9 de noviembre del año del Señor de 304. Fué este glorioso mártir muy célebre, y tenido en gran veneracion en todo Oriente por las señaladas victorias que algunos emperadores alcanzaron de los bárbaros por su intercesion. Por esto edificaron templos, é iban los fieles en romería al cuerpo de san Teodoro á la ciudad de Euchayta: y en Roma tambien se le edificó iglesia, que hoy dura y es título de cardenal diácono. El martirio de san Teodoro escribió el Metafraste y lo refiere Surio en el sexto tomo. Escribió Nectario, arzobispo de Constantinopla, una oracion de san Teodoro; y otra san Gregorio Niseno, hermano del gran Basilio, y en ella al cabo, hablando con el santo mártir, le dice estas palabras: «Aunque no sea posible que nuestros ojos corporales te vean, pon los tuyos en nuestros sacrificios y oraciones y ruega á Dios que nos oiga y que te oiga; que mire por tu patria que es la nuestra (porque la patria del mártir es el lugar donde padece): pide al Señor favor para tus hermanos, parientes y amigos, que somos los presentes; y que nos defienda de nuestros enemigos, y particularmente de los scitas bárbaros, que se arman contra nosotros. Como soldado, pelea valerosamente en nuestro favor; y como mártir, intercede con libertad por nosotros; porque, aunque estás en el puerto, bien sabes los peligros de los que navegan: alcánzanos que tengamos paz para siempre, y que nos empleemos en servir al que tú serviste, para que los enemigos fieros y bárbaros no profanen los templos sagrados, y hagan caballerizas de los altares. El haber gozado de quietud hasta aquí, conocemos que no ha sido por nuestros merecimientos, sino por tus oraciones; y por ellas mismas te suplicamos que nos guardes en adelante.» Esto es de san Gregorio Niseno. Adviértase que este santo mártir es llamado Tiro, que quiere decir soldado bisoño, á diferencia de otro Teodoro tambien mártir, que fué centurion ó capitan: llámase tambien Teodoro Amaseno, porque murió en la ciudad de Amasea; y Euchayta, por el lugar á donde fué trasladado su sagrado cuerpo. En la ciudad de Venecia, dice el obispo Equilino, que está el cuerpo de san Teodoro, mártir, en la iglesia de San Salvador, que es de canónigos reglares; pero no es el de este Teodoro, sino del otro centurion, que murió en Heraclea y fué martirizado en tiempo de Licinio. De san Teodoro, á mas de los autores que habemos referido, hacen mencion todos los Martirologios.

San Orestes, mártir.—Fué natural de Capadocia, en cuya ciudad, cuando la persecucion de Diocleciano, sufrió el martirio. Este fué del modo siguiente: habiéndole preso los gentiles y denegádose á ofrecer incienso á los ídolos, fué azotado de órden de Maximiano. Encerrado en una oscura cárcel, no por esto desistió de su fé, por lo que le atravesaron los talones con unos clavos, y luego lo arrastraron hasta á una distancia de cuatro mil pasos de la ciudad y allí espiró. Murió segun Baronio el año 301. San Basilio el Grande profesaba una gran devocion á este mártir, por manera que mandó edificar una iglesia en honor suyo en la misma ciudad de Capadocia.

San Alejandro, mártir.—Era de Tesalónica, y vivia en la misma cuando estuvo en dicha ciudad el emperador Maximiano. Por disposicion de éste quisieron obligarle á inmolar á los ídolos, á lo cual no solo se negó, sino que lo execró como un gran crímen. Mas aun; habiéndole arrastrado hasta donde se hallaba un altar de ídolos, se encendió en santo zelo, y á pesar de hallarse presente el emperador, pegó un puntapié al altar, y este y los ídolos fueron rodando por el suelo. Furiosamente indignado Maximiano con semejante accion, mandó que allí mismo fuese en seguida degollado. Mas al levantar el verdugo la cuchilla para herirle, se quedó parado y como aturdido. Reprendióle el emperador por su torpeza, y él contestó que una fuerza sobrenatural le impedia el uso de sus miembros. Alejandro se puso entonces en oracion, y pasada una hora fuéle cortada la cabeza, y voló su espíritu á Dios. Sucedió esto el año 304.

San Ursino, confesor.—Ignórase de dónde fué natural. Segun Galesinio, fué ordenado obispo de Bourges por el apóstol san Pedro y sucedió en el episcopado á san Afrodisio. El Martirologio romano dice, que fué ordenado en Roma por los sucesores de los apóstoles, y enviado por primer obispo de dicha ciudad. Fué esclarecido en virtudes, y murió tranquilamente por los últimos años del siglo I.

San Agripino, obispo y confesor.—Gobernó la Iglesia de Nápoles en santidad. Sus milagros fueron tan numerosos, que un contemporáneo suyo escribió todo un libro de ellos, al cual se refiere muchas veces Ferrario en su Catálogo de los santos de Italia. El cardenal Baronio dice que murió el año 200 de Jesucristo.

San Benigno, obispo y confesor.—Descendiente de una familia distinguida de Irlanda, conoció la verdad de la religion cuando el glorioso san Patricio fué á aquel pais, y estuvo hospedado en casa de Benigno. Sintió éste luego tanto aprecio y gratitud por el apóstol que le habia sacado de las tinieblas del paganismo, que le suplicó le permitiese no separarse nunca de él. Desde entonces fué inseparable de san Patricio en todos sus trabajos apostólicos. Despues de la muerte de su santo maestro, y conforme á su prediccion, Benigno fué consagrado obispo de Armagh, cuya sede ocupó por espacio de diez años, muriendo en el siglo V.

Santa Eustolia y santa Sopatra, vírgenes.—Eustolia era una noble romana, que despreciando cuanto el mundo tiene de mas seductor, hizo voto de castidad, y vivió religiosa en Roma por espacio de algunos años. En el de 382 emprendió un viaje á Jerusalen para visitar los lugares santos. En ellos permaneció mucho tiempo arrobada en la

contemplacion de los divinos misterios, y al volverse á su patria conoció en Constantinopla á la vírgen Sopatra. Era esta, hija del emperador Mauricio y se hallaba animada de iguales sentimientos que Eustolia. Ambas conferenciaron sobre las delicias de consagrarse á Dios, y habiéndose mutuamente enfervorizado, comunicaron al emperador su designio de vivir en la soledad. Mauricio fundó entonces un célebre monasterio en Constantinopla, el cual dió á las dos esposas de Jesucristo, que lo pusieron bajo la regla de San Basilio. Su comunidad se hizo en breve numerosa, pues la fama de las dos fundadoras aumentaba cada dia, y el Señor las llamó á la mansion celestial por los años de 607.

La Conmemoracion de la Imágen del Salvador.—El año 763, unos judíos que vivian en Beiruth, ciudad de Siria, pudieron apoderarse de una imágen de Jesucristo, y renovando contra el divino Salvador todo el odio de sus padres, cometieron con ella una porcion de indignidades, y por fin la crucificaron. Apenas acabó la santa imágen de ser clavada en la cruz, cuando empezó á derramar tanta sangre por sus heridas, que, divulgado el milagro, corrieron los cristianos, la recogieron, y puesta en preciosos frasquitos, la distribuyeron entre varias iglesias de Oriente y de Occidente. Este ruidoso milagro fué celebrado desde luego por los fieles con muchísima veneracion, en justo desagravio á Jesucristo por los ultrajes que de los judíos habia recibido, y despues en el año 787, el séptimo concilio general celebrado en Nicea dispuso que «todos los años el dia 9 del mes de noviembre se celebrase esta fiesta con la misma solemnidad que la del Nacimiento del Señor y la de la Pascua.» Concilio II de Nicea, ses. IV.

La Fiesta del Santísimo Cristo.—Celébrase con mucha pompa en la ciudad de Balaguer, provincia de Lérida, principado de Cataluña. Desde tiempo inmemorial se conserva, fuera de la ciudad, y á corta distancia, en un convento de monjas de santa Clara, y en un suntuoso templo, una milagrosa imágen conocida con el nombre de santo Cristo de Balaguer. Acuden á ella de toda la comarca, y aun de mas léjos, muchísimos devotos con fé sincera, pues es sabido que Dios se ha servido obrar grandes prodigios en favor de los que le piden amparo por aquella mediacion.

DIA 10.

Los santos Trifon, Respicio y Ninfa, mártires.—Fué san Trifon tan devoto y dado al servicio del Señor, que siendo aun pequeño, hizo algunos milagros, sanando personas atormentadas del demonio, y curando otras de varias enfermedades. Levantóse en su tiempo contra la Iglesia del Señor la persecucion de Decio, emperador, que fué muy terrible y cruelísima: y aunque algunos cristianos huian, y otros desfallecian, Trifon, sin temor de los tormentos ni de la muerte, animaba á los flacos y exhortaba á los cobardes á que no temiesen los tormentos, que por rigurosos que sean, al fin con la vida se acaban; sino que pusiesen el corazon y los ojos en aquella vida bienaventurada, que por medio de ellos habian de alcanzar. Supo esto un prefecto llamado Quilino: mandóle prender y atormentar en el ecúleo, y desgarrar sus carnes con uñas de hierro, y quemar sus costados con hachas encendidas, y moler el cuerpo con bastones nudosos, y atravesarle los piés con clavos ardiendo.

Todos estos tormentos sufria el santo mártir con ánimo esforzado y con un rostro alegre, como si estuviera en alguna huerta amena y deleitosa. Viólo un tribuno, llamado Respicio, y maravillóse de tan grande constancia y alegría en tan duras penas; y alumbrado de Dios, entendió que aquella no era cosa humana, ni lo podia ser, sino obra sobre todas las fuerzas de la naturaleza y propia de la mano de Dios, que esforzaba á su soldado, y le hacia dulces los tormentos y sabrosos los suplicios, porque los sufria por su amor: lo cual no hiciera, si no fuera verdadera aquella fé y creencia por la cual los padecia: y encendido en amor de Dios y animado con el ejemplo de Trifon, confesó públicamente que era cristiano, y luego echaron mano de él y le atormentaron juntamente con su santo compañero. Lleváronlos á los dos á un templo para que adorasen una estatua de Júpiter: púsose de rodillas Trifon, para hacer oracion á Dios; y luego cayó aquel ídolo en tierra, hecho pedazos. Estaba presente una doncella gentil de las vírgenes vestales, llamada Ninfa, y visto el milagro, y que aquella estatua por la oracion de Trifon habia caido y deshéchose, alzó la voz y comenzó á decir que Jesucristo era verdadero Dios; y los que adoraban los gentiles eran falsos, pues no podian resistir á la oracion de un hombre cristiano, ni defenderse de su poder. Por estas palabras asieron á Ninfa, y la atormentaron en compañía de Trifon y Respicio, y azotáronlos con plomadas, con tanta crueldad, que todos tres acabaron sus dichosos dias en aquel martirio, y dieron sus almas al Señor en 10 de noviembre del año de 252, imperando el ya nombrado Decio.

La historia del martirio de estos santos es diversa: porque unos escriben, que fueron martirizados en Sajonia: otros en Apamea, en Siria: otros en Nicea de Bitinia; y otros dicen cosas diferentes, así de la patria en que nacieron, como del lugar en que murieron, que se pueden ver en el cardenal Baronio. Los cuerpos de estos bienaventurados mártires están en Roma, en el insigne hospital de *Sancti Spiritùs in Saxia*, debajo del altar mayor: y por ventura los que dijeron que habian muerto en Sajonia, se engañaron, pensando que el lugar de su sepultura habia sido el de su martirio, y que Saxia era Sajonia; no siendo sino un barrio de Roma, que está entre la iglesia de San Pedro y el Tiber; y por haber allí habitado muchos sajones, que vivieron en Roma, despues que los sujetó Carlo Magno, se llamó el barrio ó la escuela de los sajones; y en este barrio está el hospital de *Sancti Spiritus*, y en él (como dijimos) los cuerpos de estos gloriosos mártires. Hacen mencion de ellos los Martirologios romano y de Usuardo, y el breviario de Pio V.

San Andrés Avelino, confesor.—Uno de los mas ilustres ornamentos de la religion de clérigos regulares es sin duda el glorioso san Andrés Avelino, cuya vida empezamos á escribir. Nació este grande santo en el lugar de Castro-Novo, de la provincia de la Basilicata, en el reino de Nápoles, en el año 1521. Sus padres fueron Juan Avelino y Margarita Appella, ambos nobles, pero de cortas conveniencias. En el bautismo pusieron á este bendito niño el nombre de Lanceloto, que él mudó en el de Andrés, cuando vistió el hábito religioso; porque deseoso de imitar á este glorioso apóstol en el amor ardiente que tuvo á la cruz, y en el deseo de padecer por amor de Jesucristo, pidió con muchas instancias á sus superiores le permitiesen tomar su mismo nombre.

Tuvieron los padres de Andrés un cuidado singular de criar á este hijo en la cristiana piedad; la madre en particular, que era mujer de mucha virtud, procuraba destilar en el tierno corazon de su hijo la devocion hácia la Vírgen santísima, y el bienaventurado niño se aprovechaba tan bien de las santas instrucciones de su madre, que rezaba todos los dias á honor de la Vírgen santísima el santo rosario; visitaba en las iglesias á sus imágenes, oraba delante de ellas con mucho recogimiento, y sabiendo que esta Reina del cielo es muy amante de las almas puras, procuraba conservar una gran pureza de conciencia, para hacerse agradable á sus purísimos ojos.

Advirtiendo un tio de Andrés, que era arcipreste del mismo lugar, las bellas inclinaciones del sobrino, tomó á su cuidado el educarle: le enseñaba la doctrina cristiana, que el santo aprendia con tanta perfeccion, que juntando á otros niños, les enseñaba lo mismo que acababa de aprender de su tio. Despues le hizo estudiar la gramática en su mismo lugar, y cuando le vió bastante radicado en ella, para perficionarse en la latinidad y elocuencia, le envió á estudiar á Senis, que es un lugar vecino de Castro-Novo. Vivió aquí Andrés con singular modestia y recogimiento, adelantándose siempre en el camino de la virtud: castigaba su carne, mortificaba sus sentidos, evitaba la ociosidad, de la cual fué siempre capital enemigo, y huia todo lo posible de las ocasiones de ofender á Dios. Mas no obstante toda esta cautela, tuvo que sufrir varias y fuertes tentaciones contra la castidad; porque algunas mujeres impuras, enamoradas de la gallardía y singular hermosura del santo mancebo, que se hallaba entonces en la florida edad de diez y seis años, le tendieron varios lazos para amancillar su pureza; pero el casto jóven echó siempre de sí con mucho denuedo á aquellas esclavas de Satanás; y á una, que solicitándole al mal por medio de una tercera le envió á decir que se hallaba cautiva de la hermosura de sus ojos, respondió el santo con mucho fervor de espíritu, que se sacaria sus ojos con sus propias manos, para no ocasionar con ellos la ruina de su prójimo, si esto fuera del divino agrado.

Viendo el siervo de Dios los muchos peligros que se encuentran en el mundo, le volvió las espaldas, abrazando el estado eclesiástico y vistiendo el hábito clerical. Vestido de este santo hábito, empezó á trabajar en la viña del Señor; y en la villa de Rocanova, poco distante de su patria, juntaba todos los niños que podia, y por las mañanas gastaba una hora en enseñarles la doctrina, é inspirarles horror al vicio y amor á la virtud; despues los acompañaba á la iglesia, donde oian misa, y acabada la misa se restituian á sus casas, dando á todos singular ejemplo: por la tarde se volvian á juntar, se daba cuenta de lo que por la mañana habian aprendido, y repetidos los mismos ejercicios, rezaban las letanías de nuestra Señora. En los dias de fiesta añadia un breve pero eficaz razonamiento, y por la tarde de dos en dos, formando una devota procesion, iban á alguno de los lugares vecinos, cantando la oracion del Padre nuestro y de la Ave María, ú otras canciones devotas; y como peregrinos visitaban algunas de las iglesias de particular devocion, y al anochecer se restituian al lugar de donde habian salido, regalándolos nuestro Andrés varias estampas, rosarios y otras cosas semejantes, para ganarlos la voluntad, y aficionarlos á estos devotos ejercicios.

Aunque Andrés se hallaba tan santamente ocupado en su patria, quiso no obstante su madre que pasase á Nápoles, á estudiar en su célebre universidad, esperando que con su ingenio y aplicacion haria en las letras tales progresos, que se abriria camino á los mas ricos beneficios y sublimes dignidades. Andrés, que estaba poseido de los mismos ambiciosos deseos de medrar y hacer fortuna en el mundo, abrazó con mucho gusto este designio de su madre, y con el pobre equipaje que ella le previno, se partió á dicha ciudad. Habiendo llegado á aquella capital, fué á aposentarse en una posada cercana á la iglesia de San Pedro Celestino, donde hallándose solo, fué de improviso acometido de una mujer lasciva, que asiendo de él, hacia todo esfuerzo para inducirle al pecado; pero el santo jóven, á imitacion del patriarca José, procuró desprenderse como pudo de las manos de aquella insolente mujer, y huyó al momento á la calle, y no quiso jamás volver á aquella casa á buscar su ropa, queriendo mas presto perder sus bienes, que exponerse á otro peligro de ofender á Dios nuestro Señor.

Estudió Andrés con mucha aplicacion en la universidad de Nápoles el derecho civil, y recibió el grado de doctor en esta facultad. Despues se ordenó de sacerdote, y considerando los superiores su notoria virtud y ciencia, le dieron licencia para oir las confesiones de los fieles. Andrés, deseoso de gloria y de hacienda, abrió estudio de abogado, y empezó á patrocinar pleitos, aunque solo en los tribunales eclesiásticos, conforme lo ordenan los sagrados cánones. Patrocinando pues una causa de un amigo suyo, que se hallaba injustamente molestado de su contrario, echó una mentira lijera, para asegurar mas el feliz éxito de su justa defensa. No hizo entonces nuestro Andrés algun caso de esta mentira oficiosa y lijera; mas como acostumbraba leer siempre alguna cosa de la sagrada Escritura ántes de acostarse, en aquella noche dispuso Dios, que abriendo este santo libro, encontrase aquellas palabras: *Os, quod mentitur, occidit animam:* la boca que miente da muerte al alma. Andrés las tomó como dichas para sí mismo, por lo que se persuadió que con aquella mentira habia dado la muerte á su alma; de aquí empezó á afligirse y angustiarse, á padecer terribles remordimientos de conciencia, y á concebir tan grande dolor de aquella culpa, que pasó toda la noche llorando, gimiendo y pidiendo perdon á Dios, sin poder tomar un momento de descanso.

Por la mañana fué luego á arrojarse á los piés de su confesor, que era el beato Marinonio, y deshecho en lágrimas, le confesó su pecado, resuelto enteramente á abandonar la abogacía y consagrarse enteramente al divino obsequio. El beato Marinonio aprobó mucho su determinacion; con lo que, renunciando para siempre aquella peligrosa profesion, se entregó totalmente al desempeño de las funciones eclesiásticas. Comenzó pues á oir las confesiones de los fieles, y á instruir y dirigir las almas por el camino de la salvacion. Scipion Rebiba (que despues fué cardenal de la santa Iglesia romana) gobernaba entonces el arzobispado de Nápoles por ausencia del cardenal Juan Pedro Carrafa, que era su arzobispo, el cual, elevado á la silla de san Pedro, se llamó Paulo IV: y teniendo noticia de la prudencia y singulares virtudes de Andrés, por el informe que de ellas le hizo el beato Marinonio, que era su confesor, le encargó la reforma de un

monasterio de monjas, llamado de San Miguel, nombrándole vicario suyo para que hiciese reflorecer en él la observancia regular y el ejercicio de las virtudes; y en particular la castidad y pureza tan conveniente á las sagradas vírgenes, que son esposas de Jesucristo, y la escogida porcion de la grey del Señor. Aceptó Andrés, por consejo del mismo beato Marinonio, este difícil oficio encargado de los superiores; y es indecible el zelo con que se aplicó á procurar el bien espiritual y temporal de aquellas religiosas; les amplió la iglesia que tenian muy reducida, procuró con suma diligencia concluir la clausura del monasterio, para que nadie pudiese entrar escondidamente en él, llevando á veces él mismo sobre sus hombros las piedras á los oficiales que trabajaban; y las compraba lo que necesitaban para su sustento, á fin de que la necesidad no las obligase á mantener correspondencia con personas seculares. Teniendo bien asegurada la clausura, y provistas las monjas del necesario sustento, procuró alejar del monasterio la frecuencia de personas seculares, é impedir del todo acercarse á él las personas sospechosas. Pero no pueden ordinariamente remediarse los desórdenes, é impedirse los escándalos, sin padecerse muchos disgustos y sin exponerse á los malos tratamientos de las personas escandalosas y libertinas. Así sucedió á nuestro santo, el cual en recompensa de su zelo padeció afrentas é injurias, singularmente de un jóven que vivia mal con una monja; el cual despues de haberle inútilmente amenazado, para hacerle desistir de sus santos intentos, se enfureció de tal modo contra Andres, que le hizo acometer por dos asesinos, los cuales le hicieron dos grandes heridas en la cara, que le pusieron en grave peligro de perder su vida. Sufrió el santo esta atrocísima injuria, no solo con paciencia sino tambien con alegría y júbilo de su alma; y mientras los demás se compadecian de la deformidad, que las heridas dejarian en su rostro, san Andrés se alegraba porque podia decir con el Apóstol, que llevaba en su cuerpo las llagas de Jesucristo y las señales de su ministerio apostólico. De esta su interior alegría nos ha dejado el santo un auténtico testimonio en la exposicion del salmo 45, donde explicando la poderosísima asistencia con que Dios ayuda á los que en sus trabajos esperan en él, dice las siguientes palabras: «Yo lo he experimentado en mi mismo en mi tribulacion, cuando fuí gravemente herido de un asesino, pues no solo no sentí la menor tristeza, sino que al contrario fuí lleno de una alegría sobre abundante, porque el Señor fué mi ayudador y mi consolador.»

Perdonó Andrés á sus enemigos como habia perdonado ántes á un homicida que á traicion habia muerto á un sobrino suyo: y á fin de que pudiesen librarse del castigo, que por su enorme delito merecian, no quiso jamás descubrirlos á los ministros, que de parte del virey le preguntaron quiénes habian sido los autores de aquel atentado. Mas aunque se libraron de la justicia humana, no escaparon de la justicia divina, que no suele dejar sin castigo las injurias que se hacen á sus siervos; porque al jóven escandaloso, que habia alquilado el asesino, lo mataron poco despues sus enemigos al pié de las gradas ó escalera de la iglesia de San Pablo, sin pedir confesion: el asesino que hirió al santo, murió infelizmente en las galeras á que habia sido desterrado por otros delitos: la monja, que habia sido causa de tanto mal, murió repentinamente sin confesion, tomando una medicina: y finalmente, el mismo monasterio fué extinguido por el beato cardenal Arecio, arzobispo de Nápoles, que repartió en otros monasterios de la misma órden las monjas que habian quedado. Disgustándose Andrés cada dia mas del mundo, y deseando unirse mas estrechamente con Dios nuestro Señor, resolvió abrazar el estado religioso en la sagrada órden de clérigos regulares, llamados teatinos; cuyas excelentes virtudes tenia bien conocidas, no solo por haber frecuentado mucho la casa de San Pablo, con motivo de haber tenido allí siempre sus directores, sino tambien por haberse retirado á la misma casa para hacerse curar de la herida recibida del asesino, y haber experimentado entonces la mucha caridad de aquellos religiosos. Fué recibido, pues, en esta sagrada órden con inexplicable contento de sus religiosos, en la vigilia de la Asuncion de la Vírgen santísima del año 1550, hallándose en la edad de treinta y cinco años. Luego que hubo vestido el hábito religioso, compareció un perfecto ejemplar de todas las virtudes, singularmente de mortificacion, de obediencia y de exacta observancia de todas las reglas de su órden por mínimas que fuesen. De suerte que pasados solos cuatro años, los superiores le hicieron maestro de novicios, para que criase estas nuevas plantas en la observancia del instituto, y en el espíritu de devocion de que él estaba tan dichosamente poseido. Ejerció Andrés este importante oficio por el espacio de diez años con mucha prudencia y provecho de la religion; porque con sus sabias instrucciones y mucho mas con sus santos ejemplos, formó muchos religiosos eminentes en virtud y piedad. Concluido el decenio, se puede decir que continuó aun este oficio por medio de dos tratados que escribió, intitulados, el uno: El director del maestro de novicios; y el otro: Instrucciones para la vida espiritual á los mismos novicios. Obtuvo despues varios oficios honoríficos de la religion, fué prepósito de diferentes casas y dos veces de la de San Pablo de Nápoles, y fué visitador de las casas de Lombardía; y ardiendo en fervorosos deseos de hacer nuevos progresos en la perfeccion cristiana, á los tres votos de castidad, pobreza y obediencia que observó con mucha exactitud, añadió otros dos votos particulares; el primero, de contradecir siempre á su propia voluntad y obrar contra su propio genio; y el segundo de crecer cada dia mas en la perfeccion y de adelantarse en el camino de la santidad; en el cual en efecto hacia cada dia estupendos progresos.

Este era su tenor de vida: levantábase de la cama dos ó tres horas ántes de los maitines; las cuales empleaba en la oracion y en esbribir cartas y tratados de materias espirituales; asistia despues al coro á los maitines, y concluidos, permanecia allí con la comunidad á tener media hora de oracion que ordena la regla. Despues se preparaba con otra hora de oracion para celebrar la santa misa, y acabada gastaba otra hora en dar gracias. Visitaba inmediatamente los enfermos mas cercanos, para ver si habia alguno que necesitase de su asistencia: despues se ponia en el confesonario para oir las confesiones de los fieles, y permanecia allí inmoble hasta la hora de comer: por la tarde iba á visitar los enfermos y afligidos para consolarlos; y como le llamaban en tantas partes, á fin de que por detenerse demasiadamente con uno, no le faltase el tiempo para consolar á los otros, llevaba pendiente del ce-

nidor un relojito de arena, con el cual media el tiempo que debia permanecer en cada casa.

En este tenor de vida perseveró el santo por el largo espacio de mas de cincuenta años, no solo en la ciudad de Nápoles, sino en otras ciudades, singularmente en Milan y en Pasencia, donde fundó casas de su órden, favorecido de san Cárlos Borromeo, que lo amaba muchísimo. Nada pudo detener el fervoroso zelo con que Andrés procuraba la salud de las almas; iba pronto donde alguna necesidad le llamaba sin reparar en lluvias, ni en los rigores del tiempo, ya fuese de invierno, ó ya de verano, ni en sus achaques y edad decrépita. Sus amigos le persuadian suspendiese algun poco sus fatigas, para dar algun descanso á su cuerpo debilitado por sus enfermedades y edad avanzada; pero el santo jamás se dejó vencer de sus persuasiones, ántes mirando á su cuerpo como enemigo, le trató siempre con suma aspereza, y para tenerle sujeto al espíritu, le daba el alimento con tasa tan rigurosa, que apenas bastaba para sustentarse. Observaba los ayunos de la Iglesia, y los que son particulares de la órden, con tal rigor, que no tomaba cosa alguna hasta el anochecer, y en los últimos años de su vida, desde los setenta hasta los ochenta y ocho en que falleció, fué tan asombrosa su abstinencia, que en ellos no comió jamás, ni aun estando enfermo, ni carne, ni huevos, ni pescado, sustentándose solo de pan, yerbas y habas cocidas, que tomaba en el refectorio de los convalecientes para evitar la singularidad. Pero cuanto mas el santo afligia y atormentaba su cuerpo, tanto mas el Señor regalaba su espíritu, porque mientras tomaba este escaso y basto alimento, era muchas veces inundado de tales consuelos del cielo, que le hacian suspender la comida; y olvidado de lo que hacia, juntando las manos y levantando los ojos al cielo, se derretia en tiernas lágrimas de amor. Rezando el oficio divino (lo que ejecutaba siempre en pié, y con un recogimiento y devocion muy extraordinaria) oia algunas veces los santos ángeles, que cantaban las divinas alabanzas. Una vez estando en oracion, vió la sacratísima humanidad de Jesucristo, rodeada de inmensa luz, tan bella y hermosa, que en su comparacion todo lo que habia mas hermoso en el mundo, le parecia una fealdad. Favoreció á mas de esto el Señor á su siervo con el don de profecia, el de conocer los pecados de sus penitentes y el de hacer milagros; entre los cuales es digno de referirse lo que le acaeció una noche, volviendo de confesar á doña Catalina Carrafa, mujer de don Camilo de Curtis, presidente del consejo de Nápoles. Hallándose muy enferma esta ilustre señora, fué á visitarla Andrés, y contra lo que acostumbraba hacer en semejantes ocasiones, se detuvo con ella en santos coloquios hasta la tercera hora de la noche; queriendo entonces restituirse á su casa, le instó la enferma admitiese su carroza: pero no pudiendo conseguir que aceptase aquel ofrecimiento, mandó á un lacayo que fuése acompañándole con una hacha encendida: como la noche era muy oscura y el tiempo tan cerrado, que amenazaba una grande tempestad de viento y lluvia; don Juan Pablo Orlandio, capellan del presidente, considerando que Andrés se hallaba en la edad de ochenta y cuatro años, que su compañero Ubaldo Pellicer era un viejo de ochenta y seis años, y que la casa del presidente distaba un cuarto y medio de hora de la casa de San Pablo, quiso tambien acompañarle hasta dicha casa; pero apenas habian andado algunas calles, rezando salmos como lo practicaba siempre que iba por la ciudad, cuando empezó á llover copiosamente, y á soplar un viento tan recio que apagó la hacha del lacayo. En este lance los que acompañaban al santo no sabian qué hacerse, cuando de improviso vieron al cuerpo de Andrés rodeado de una luz milagrosa que les enseñaba el camino, y suplia bien la falta de la hacha del lacayo: alumbrados de esta luz prosiguieron su camino, y llegaron felizmente á la casa de San Pablo; pero habiendo entrado en ella, se desvaneció aquella luz y repararon que ni el santo, ni los tres que le acompañaban se habian mojado los vestidos, ni enlodado los zapatos: restituyéronse inmediatamente á la casa del presidente el capellan y el lacayo, sin parar jamás la lluvia; y llegados á ella advirtieron que se habia repetido el prodigio, pues se vieron enteramente enjutos y sin lodo en los zapatos, como si no se hubiesen movido de casa.

Con este y otros prodigios hizo conocer Dios al mundo cuánto amaba á Andrés y cuán agradables le fueron sus ejercicios y santas ocupaciones; por lo que toda la ciudad de Nápoles le veneraba y respetaba como á santo. Pero no obstante, era tan rara y profunda su humildad, que se tenia por un grande pecador. Un padre, confidente suyo, le encontró una vez en su aposento deshaciéndose en lágrimas; preguntóle por qué lloraba; y le respondió: Lloro porque con mi malicia, bajeza y negligencia he menoscabado y oscurecido las obras de Dios. Cuanto pensaba, le parecia impropio; cuanto decia, inútil; cuanto obraba imperfecto; y teniéndose por el mas ingrato de los hombres, vivia en un perpetuo temor de su salvacion; por lo que preguntaba repetidas veces á sus confesores, si se salvaria, y respondiéndole que sí, quedaba lleno de contento. No se sosegaba si no se confesaba tres ó cuatro veces al dia; pues decia que era tan ruin y miserable, que nada conseguiria sino fuese por los méritos de la pasion del Señor, que por tan grande sacramento se comunican: otras veces decia: Será gran misericordia de Dios hacerme estar hasta el dia del juicio en el purgatorio: y levantando los ojos al cielo y suspirando exclamaba: ¿Será posible que un hombrecillo tan vil y miserable como yo, haya de ser puesto en el paraiso?

Habiendo por fin llegado Andrés á la edad decrépita de ochenta y ocho años, empezando la santa misa al decir aquellas palabras: *Introibo ad altare Dei*, fué acometido de una apoplejía; repitió el santo tres veces las mismas palabras, y perdida el habla, iba á caer en tierra si no fuera sostenido del que le ayudaba á la misa: acudiendo luego otras personas al socorro de aquella necesidad, fué llevado en brazos ajenos á la sacristía, donde le desnudaron los sagrados ornamentos, y despues le llevaron á su aposento, donde recibió con mucha devocion el santísimo viático y extremauncion; y dentro de pocas horas entregó su santa alma en manos de su Criador, á 10 de noviembre de 1606.

Beatificó á san Andrés la santidad de Urbano VIII, en el año 1625, y despues Clemente XI, en el año 1712 le canonizó solemnemente, habiendo ántes aprobado á este fin los tres milagros siguientes.

El primero sucedió con Jaime Giovio, el cual tenia encogida y seca de tal modo la organizacion ó trabazon de los nervios en la mitad de la parte superior del cuerpo,

que no podian ejercer con expedicion las funciones vitales; pero implorando el socorro del santo, instantáneamente recobró una salud perfecta.

El segundo acaeció con Juan Bautista Corri: habia recibido éste en la cabeza una herida muy profunda y mortal, pero encomendándose con mucha fé á san Andrés, curó al instante de aquella herida tan perfectamente, que no le quedó en la cabeza ni la menor señal de la cicatriz.

El tercero lo obró el Señor por intercesion del santo con Scipion Arlei; el cual, habiendo recibido una grande contusion en la frente, se le dislocaron las vértebras del cuello; pero habiendo implorado con mucha fé el socorro del santo, se le restituyeron instantáneamente á su lugar y estado natural.

* Los santos Tiberio y Modesto, y santa Florencia, mártires.—Muy jóven era Tiberio cuando abrazó la religion cristiana. Su padre que era gentil le persiguió mucho por este motivo, por manera que le acusó al juez, y este le hizo encerrar en una cárcel en compañía de otro cristiano llamado Modesto. Los dos sufrieron en la cárcel los rigores del hambre y varios tormentos. En vista de la constancia con que los sufrian, una mujer llamada Florencia abrazó la cristiana religion, y fué degollada junto con Tiberio y Modesto en el territorio de Agda, á tres leguas de Bezieres, el año 300, poco mas ó ménos.

Los santos Demetrio, Aniano, Eustosio, y otros veinte mártires.—El primero era obispo, el segundo diácono y el tercero lector de la Iglesia de Antioquía. Demetrio fué muy zeloso de la unidad y de la pureza de la doctrina católica, á cuyo efecto entre otras cosas, convocó un concilio contra Novaciano. Gobernó su obispado ocho años y murió mártir con los demás santos que celebramos, el año 260.

San Probo, obispo y confesor.—Fué obispo de Ravena. Extendió el conocimiento del Evangelio á muchos paises vecinos á su diócesis; sufrió muchísimos trabajos durante la persecucion, y por fin murió en el año 175 de Jesucristo.

San Monitor, obispo y confesor.—Floreció en el siglo IV, con abundancia de sabiduría y suave olor de virtudes. Fué el XI obispo de Orleans. Es notable entre los prelados de su tiempo, por las disposiciones que adoptó para regularizar la disciplina eclesiástica.

San Justo, obispo y confesor.—Fué natural de Roma, y abrazó el estado monástico. Vivia en el monasterio de San Gregorio de la misma ciudad, siendo la admiracion de todos por su sabiduría y virtudes, cuando fué enviado á Inglaterra por el sumo pontífice el año 601, para ayudar en sus misiones á san Agustin y san Melito. Tres años despues de su llegada, fué consagrado obispo de Rochester, y en 624 sucedió á dicho san Melito en la sede arzobispal de Cantorbery. El papa Bonifacio al enviarle el palio le envió una carta en que le felicitaba por el gran número de almas que habia ganado para Jesucristo, y alabando su paciencia y su zelo, le exhortaba á perseverar hasta el fin para no perder la gloriosa corona que le esperaba. Murió el dia 10 de noviembre del año 627, y fué sepultado en su catedral.

San Leon confesor.—Ignoramos las circunstancias de su vida, y la época de su muerte. Solo sabemos que floreció en Melun, en Francia.

Las santas Trifena y Trifosa.—Eran dos mujeres de la ciudad de Iconio, en Licaonia, que se convirtieron á Jesucristo por la predicacion del apóstol san Pablo y por los ejemplos de santa Tecla. Practicaron despues todas las virtudes cristianas y estuvieron unidas al apóstol con los vínculos de la mas pura amistad. Ignoramos el genero de muerte que les cupo: algunos creen que fueron martirizadas, y el cardenal Baronio supone que murieron el año 58. San Pablo en su epístola á los romanos, cap. 16, ver. 12, dice estas palabras. «Saludad á Trifena y á Trifosa, que trabajan en el Señor.»

Los santos Miles, Abrósimo y Sina mártires.—San Miles nació en la ciudad de Razicheens, y se educó en la córte de Persia. En su juventud siguió la carrera militar en la que llegó á uno de los grados superiores; pero habiendo abrazado el cristianismo dejó la milicia y se retiró á Elam cerca de Siria. Sus ejemplos y exhortaciones convirtieron gran número de infieles, y á instancia del obispo san Gadiabo consintió en recibir las órdenes sagradas, y poco despues fué consagrado obispo de Susa. Desplegó un zelo infatigable para la destruccion del vicio y de la idolatría; pero pocos se aprovecharon de las fatigas del santo, y este fué acusado al gobernador Hormisdas como enemigo de la religion nacional. El gobernador mandó prenderle, y fué metido en una oscura mazmorra, juntamente con el presbítero Abrósimo y el diácono Sina, que no quisieron abandonarle. Los tres sufrieron dentro de poco una cruel flagelacion, y fueron remitidos otra vez á la cárcel, donde permanecieron algunos meses transidos de hambre y de miseria. Un dia fué llamado el santo obispo á la presencia del mismo gobernador, y mostrando la misma firmeza en no querer adorar al sol, Hormisdas le clavó por sí mismo un puñal en el pecho, de cuya herida murió. Al dia siguiente Abrósimo y Sina fueron conducidos á lo alto de una colina, y murieron apedreados. Sucedió esto el año 341, en tiempo del rey de Persia, Sapor II.

Santa Teotista, vírgen.—Esta, griega de nacion, floreció en la isla de Paros, haciendo vida penitente. En sus primeros años habia consagrado su virginidad á Dios, y llegó al término de su vida adornada con su integridad bautismal. Los griegos que veneran mucho á esta santa, colocan su muerte en el año 902.

Santa Olimpa y san Rodion, mártires.—Conocieron en Roma al glorioso príncipe de los apóstoles, que les enseñó la religion de Jesucristo, y les administró el bautismo. Galesinio dice que fueron discípulos é imitadores de san Pedro, y que le siguieron en la corona del martirio, siendo degollados en la misma Roma por órden del emperador Neron.

DIA 11.

San Martin, obispo y confesor.—El bienaventurado san Martin, obispo y dechado de santos obispos, nació en un pueblo de Hungría, llamado Sabaria, y se crió en Italia, en la ciudad de Pavía. Sus padres fueron gentiles, y segun el siglo, nobles. Su padre fué soldado y maestre de campo, y deseó que su hijo se inclinase á las cosas de la guerra y de la gentilidad como él: pero Martin siendo de diez años, contra la voluntad de sus padres se fué á la iglesia, y pidió que le hiciesen catecúmeno, y siendo de doce años trató de retirarse al yermo; y hubiéralo hecho

sí su tierna edad no se lo estorbara; mas con la voluntad siempre se inclinaba á las cosas de piedad y devocion, frecuentando las iglesias y apartándose del bullicio del siglo y conversando mas con Dios que con los hombres. Sucedió que el emperador Constancio mandó que todos los hijos de los soldados viejos se escribiesen y pusiesen en la lista para la guerra. Y puesto caso que Martin se pretendió excusar, no le fué posible; porque su mismo padre lo descubrió, y así fué forzado á tomar las armas, é ir á la guerra, llevando consigo un criado á quien trataba nó como á criado sino como á compañero, sirviéndole tanto como era servido de él, descansándole y limpiándole los vestidos y dándole á comer en la mesa. Guardóse con gran cuidado de los vicios que comunmente acompañan á los soldados; el tratamiento de su persona era llano y moderado, y mas parecia de monge que de soldado, era muy sufrido y muy caritativo, socorria las necesidades de cada uno como podia, consolaba con gran caridad y gracia á los afligidos, visitaba los enfermos, repartia liberalmente lo que tenia á los pobres, y particularmente se enternecia cuando veia alguno desabrigado y desnudo, y en este género de piedad fué notable un ejemplo que nos dejó de su gran misericordia; y fué así, que estando un dia de invierno en compañía de otros soldados á la puerta de la ciudad de Amiens (que es cabeza de la provincia de Picardía en Francia), vino un pobrecito desnudo, temblando y tiritando de frio, pidiendo alguna limosna para abrigarse; y como los demás soldados no le socorriesen, Martin, entendiendo que Dios le enviaba aquella ocasion para merecer; no teniendo otra cosa que dar al pobre, sacó su espada de la vaina y cortó por medio la clámide y vestidura militar que llevaba, y dió una parte de ella al pobre, y con la otra parte lo mejor que pudo se cubrió. Dió este hecho mucho que reir á los hombres livianos y vanos; y que llorar y materia de compungirse á los cuerdos y graves. Vióse tambien cuán agradable habia sido á Dios aquella obra; porque la noche siguiente le apareció Cristo nuestro Señor cubierto con aquel pedazo de capa, diciéndole que mirase bien si aquella era la vestidura que él habia dado un dia ántes al pobre; y volviéndose á una muchedumbre de ángeles que le acompañaban, con voz alta les dijo: Martin, siendo aun catecúmeno, me ha cubierto con esta vestidura.

Tanto estima el Señor lo que se hace con el pobre por su amor, y tan bien paga cualquier servicio que se le hace. No se desvaneció Martin con este favor del Señor; ántes reconociendo y magnificando mas la gracia del cielo, se determinó á retirarse á vida perfecta: y mientras que no podia romper las cadenas que le tenian con el cuerpo en el siglo, vivir con el corazon y con el deseo en el cielo; y así lo hacia. Mostróse bien que Dios le guiaba y le tenia de su mano; porque militando en el ejército de Juliano Apóstata, primo hermano de Constancio, emperador, y habiendo entrado los alemanes con un poderoso ejército en Francia, pidió Martin licencia para dejar las armas y recogerse: y atribuyendo esto Juliano á cobardía y al temor de la batalla que el dia siguiente se habia de dar á los enemigos; Martin con grande ánimo le respondió que para que entendiese si el pedirle licencia nacia de deseo de servir á Dios ó de temor, que él estaba aparejado el dia siguiente de ponerse al punto de la batalla delante de la vanguardia, sin rodela ni celada, ni otra arma alguna, sino de la señal de la santa cruz, y con ella armado entrar por medio del escuadron de los enemigos. Enojado Juliano de estas palabras, y pareciéndole que eran de soldado fanfarron, le mandó prender para el dia siguiente ponerle desarmado al encuentro de los enemigos. Mas estando todos suspensos é interpretando cada uno segun su afecto este hecho y aguardando el suceso, luego á la mañana vinieron embajadores de los alemanes pidiendo paz á Juliano, y sujetándose á su obediencia: lo cual se atribuyó á la santidad y á las oraciones de san Martin, que alcanzaron de Dios que trocase los corazones de aquellos bárbaros, y diese una tan señalada victoria, sin sangre, á Juliano para librar suavemente á Martin del peligro que pudiera tener entre las espadas y lanzas, aunque de ellas le podia librar con su brazo poderoso. Despidióse de la guerra san Martin: y entendiendo que el bienaventurado san Hilario, obispo de Poitiers, florecia en doctrina y santidad, se fué á él y se le dió por discípulo, deseando ser guiado por su mano y llevado á la perfeccion. Quiso san Hilario ordenarle de diácono; y él nunca lo consintió, teniéndose por indigno; y al fin le hizo exorcista, y san Martin lo aceptó por ser oficio (aunque eclesiástico) nó de tanta honra y estima. Estando en esto, tuvo revelacion de Dios de volver á su patria, para ayudar á sus padres que todavía eran idólatras; y él por obedecer al Señor bajó la cabeza, y tomando la bendicion de san Hilario, con muchas lágrimas de ambos se despidió de él y de los otros compañeros, avisándoles que en aquella jornada habia de tener grandes trabajos y dificultades.

No se engañó; porque al pasar los Alpes cayó en manos de ladrones, que le quisieron matar, y uno de ellos habia ya alzado la espada para descargarla en la cabeza del santo; pero fué detenido, por voluntad del Señor, de otro que no era tan inhumano; y en efecto, le prendieron y le ataron para despojarle. Preguntado quién era y si tenia miedo; respondió que era cristiano y que nunca habia estado mas seguro y con menor temor; porque sabia que en los mayores peligros está Dios mas presente para ayudar á los que confian en él. Pudo tanto el ejemplo de su constancia, y con las palabras que dijo á uno de aquellos salteadores, que se convirtió y se hizo religioso, y fué el que contó lo que en aquel trance les habia pasado con san Martin.

Siguiendo su camino y pasando á Milan, se le apareció el demonio en forma humana y le preguntó á dónde iba. El santo le respondió que iba donde le llevaba Dios. Entonces el demonio le replicó: Do quiera que tú vayas y cualquiera cosa que tú emprendas, ten por cierto que el demonio te será contrario. Aquí san Martin dijo aquel verso del Profeta: *Dominus mihi adjutor: non timebo quid faciat mihi homo:* El Señor es mi ayudador, y por eso no temeré lo que el hombre pueda hacer contra mí: y diciendo estas palabras, el engañador súbitamente desapareció. Llegado á su patria, procuró con grande cuidado reducir á sus padres al conocimiento y amor de Dios verdadero; y la madre se convirtió, y su padre se quedó en su ceguedad y dureza, con no poco sentimiento del santo hijo, aunque Dios le consoló con otros muchos, que por sus exhortaciones y ejemplos entraron por las derechas sendas de nuestra santa religion.

Tambien padeció mucho en esta jornada por la defensa

de la fé católica: porque habiéndose extendido tanto y tomado muchas fuerzas la herejía arriana; él con grande espíritu y celo se opuso á los herejes, de los cuales fué cruelmente perseguido y preso, azotado y afrentado públicamente, y con varias injurias y penas maltrado; de manera que fué forzado á volverse á Francia en busca de su buen maestro san Hilario. Pero habiendo entendido que él tambien habia sido desterrado de ella por la fé católica, se fué á Milan con intento de hacer un pequeño monasterio, y estarse allí hasta que Dios le descubriese otra cosa. Era en aquella sazon obispo de Milan Auxencio, grandísimo hereje y cabeza de los arrianos; y fueron tantas las molestias y malos tratamientos que hizo á san Martin, que le echó de la ciudad, y él determinó esconderse con un sacerdote, gran siervo de Dios, que le hizo compañía en una isleta desierta del mar Tirreno, llamada Galinaria. Allí estuvo sustentándose de las yerbas del campo, hasta que supo que san Hilario habia vuelto de su destierro á Francia, adonde le fué á buscar, y fué recibido de él con singular gozo y alegría. Aquí, fuera de la ciudad de Poitiers, hizo san Martin un pobre monasterio para sí y para algunos de los que le seguian. Entre estos fué un catecúmeno, el cual estando una vez san Martin fuera del convento, cayó en una enfermedad tan recia, que dentro de pocos dias le quitó la vida y murió sin ser bautizado. Volvió el santo á su casa, y halló á sus monges muy afligidos por lo que habia sucedido, y el cuerpo del difunto ya á punto de darle sepultura. Llegóse á él triste y desconsolado: miróle atentamente con gran sentimiento; y con impulso particular de Dios mandó que todos se saliesen de aquel aposento, y cerradas las puertas se extendió sobre el cuerpo frio del difunto: y haciendo oracion fervorosa suplicó al Señor que le diese vida; y el Señor lo hizo de manera que entrando en el aposento los que estaban aguardando, hallaron vivo, con grande admiracion y espanto, al que estaban para enterrar. Con esto el catecúmeno resucitado recibió luego el agua del santo bautismo, y vivió muchos años; y contaba como habiendo salido su alma del cuerpo, habia sido presentada delante del tribunal de Dios, y que habia sido condenada á estar en lugares oscuros y tenebrosos; mas que despues, entendiendo de los ángeles que san Martin suplicaba por ella, el juez se la mandó entregar para que le restituyesen la vida y la presentasen de su parte á su siervo Martin. Otra vez, habiendo entendido que un criado de un hombre honrado y rico, llamado Lupicino, se habia ahorcado; movido de lástima y compasion de aquel hombre desventurado, y de las lágrimas de una gran muchedumbre de gente que le salió al camino llorando y lamentando este caso, se entró en el aposento donde estaba tendido el cuerpo muerto; y haciendo oracion por él, se levantó Lupicino vivo, y tomando por la mano al santo le acompañó hasta la puerta de la casa, en presencia de toda aquella multitud de gente, que llena de gozo y de maravilla, no cesaba de glorificar en san Martin la inmensa bondad y omnipotencia del Criador.

Con estos milagros tan grandes y tan evidentes de dos muertos resucitados, comenzó el pueblo á tener á san Martin por varon apostólico y en las obras muy poderoso: y como en este mismo tiempo, por la muerte del obispo, vacase la Iglesia de Turs, todos pusieron los ojos en san Martin, deseando que él fuese su prelado y su pastor. Mas porque sabian que él lo rehusaria y que no le podrian sacar fácilmente de su monasterio; un ciudadano, llamado Rubico, fingiendo que su mujer estaba gravemente enferma, y suplicándole que viniese á darle la bendicion, le sacó del convento con engaño. Tomáronle como preso, con la mucha gente que tenia puesta en celada, y le llevaron á la iglesia para hacerle obispo, con suma alegría y contentamiento universal de todo el pueblo; aunque no faltaron algunos que repugnaron, diciendo que era persona vil y de poca presencia, desgreñado, mal vestido y al fin indigno de ser obispo: pero, como el negocio era de Dios, prevaleció la eleccion que él habia hecho en el cielo, y fué confirmada en la tierra, nó sin algunas señales divinas: y san Martin fué puesto en la silla, saltando todos de placer y júbilo; y solo él llorando, por verse tan honrado y puesto en una dignidad, de la cual se tenia por tan indigno.

Pero ¿quién podrá explicar las cosas que este santísimo pastor hizo en apacentar y acrecentar el rebaño que Dios le habia encomendado, y cómo supo conservar la virtud de hombre particular y añadir las excelencias de hombre público, y juntar en uno la humildad de monge y la vigilancia de prelado, y la accion de Marta con la contemplacion de María? Porque, á mas de haber levantado en Francia monasterios de monges, fué el primero que juntó la vida monacal con la clerical, como lo hizo san Agustin en África, y de tal manera hermanó los ejercicios de los monasterios con los de la Iglesia, que de su escuela salieron muchos obispos excelentes en lo uno y en lo otro, en la contemplacion y en la accion. En el tratamiento de su persona no hizo mudanza alguna: la comida era la misma que ántes; el vestido pobre y vil, como solia. Retiróse á un monasterio que edificó como media legua de la ciudad, en un lugar algo fragoso y cercado del rio Luera, donde vivia con sus monges, que eran ochenta, y por la mayor parte de sangre noble y criados ántes con mucho regalo, los cuales por amor de Cristo se habian abrazado con su cruz, y movidos con el ejemplo de san Martin, vivian en la tierra como unos ángeles del cielo. La habitacion que tenian era estrecha, y las celdas angostas y cavadas en la peña, y mas para meditar la muerte que para conservar la vida: ninguno tenia cosa propia; todos vivian en comun, comprar ó vender á nadie se permitia: pocas veces salian de la celda, sino para hacer oracion en comun: comian todos juntos á la tarde, habiendo ayunado todo el dia: ninguno gustaba vino sino por enfermedad: su vestido era, por la mayor parte, de pelos de camello, huyendo de los paños delicados y de precio, como escandalosos y contrarios al espíritu de religion: á todos sus discípulos era dechado san Martin, y con sus ejemplos los incitaba á toda perfeccion, y no ménos con sus palabras y consejos: recibia á los huéspedes que venian de varias partes á visitarle, con extraordinaria caridad y humildad; y él mismo les lavaba los piés y les daba aguamanos y servia, y despues de haberles dado con templanza la refeccion del cuerpo, daba al espíritu su pasto y un convite suavísimo con sus razonamientos espirituales: nunca perdia tiempo de dia, y las noches las pasaba en vela y en oracion: dormia en el suelo, cubierto de un áspero cilicio: de la comida y del sueño no daba mas á su cuerpo de lo que pedia la extrema necesidad: guardábase con gran cautela de juzgar las intenciones de otros, é interpretaba cuanto podia sus acciones, y echábalas á la mejor parte, mirando siempre por

la fama y reputacion de sus prójimos: compensaba las injurias que le hacian con oraciones y con llorar muchas lágrimas por los que se las hacian, dando siempre bien por mal á los que le agraviaban: nunca le vieron reir vanamente ni estar triste, sino siempre con un mismo semblante y con la misma paz del alma y gravedad de rostro, en cualquiera variedad de cosas, prósperas y adversas, alegres y tristes: la misericordia y limosna para con los pobres parece que habia nacido con él, y que no estaba en su mano dejar de socorrer á cualquiera menesteroso de la manera que podia. Una vez, yendo á la iglesia á decir misa una mañana de invierno, topó á un pobrecito desamparado que se moria de frio: mandó al arcediano que le vistiese; entró en la iglesia, y hecha oracion al Señor, se recogió á la sacristía para vestirse. El arcediano, ó por descuido ó por no tener con qué, no remedió al pobre, el cual se entró en la sacristía y se puso delante del santo obispo, quejándose de que no le hubiesen proveido como él lo habia mandado. Sintiólo mucho: y haciendo apartar al pobre, se quitó la túnica y se la dió, sacándola como pudo debajo de la casulla que ya tenia vestida; y saliendo despues á decir misa, quiso nuestro Señor honrarle y mostrar cuán grata le habia sido aquella caridad que habia usado con el pobre, haciendo que de la cabeza del santo, al tiempo que estaba en el altar, saliesen rayos de luz y una como llama de fuego, la cual vieron (entre innumerable pueblo que allí estaba) solos tres monges, un clérigo y una santa doncella. ¿Pues qué diré de la paciencia, sufrimiento y mansedumbre de este santo varon? ¿Y de los modos que tenia Dios para manifestarle, honrarle y magnificarle en la tierra? Iba una vez visitando su diócesis (lo cual hacia con sumo cuidado y edificacion), y los que le acompañaban se quedaron atrás. Topóse el santo con una carroza de soldados que caminaba muy aprisa: espantáronse los caballos viéndole, y embarazáronse de manera que los soldados se embravecieron, y con el enojo salieron del coche y juntamente fuera de sí, y dieron muchos palos á san Martin, sin conocerle, y le maltrataron de suerte que cayó en tierra medio muerto, sin abrir el santo la boca para quejarse, ni decir palabra, ni mostrar sentimiento ni amargura. Halláronle los compañeros que le seguian, lleno de heridas y ensangrentado, y con gran dolor le pusieron sobre el jumento en que iba, mas el Señor castigó aquellos soldados que con tanta impiedad habian puesto las manos en su siervo; porque los caballos, como si fueran de piedra, quedaron inmobles, sin poderlos mover ni hacerles dar un paso: y conociendo que era castigo de Dios, preguntaron quién era un pobre caminante de tales y tales señas; y entendiendo que era san Martin (cuyo nombre era mas conocido que la persona), se echaron á sus piés, pidiéndole humildemente perdon de su atrevimiento y locura: y el santo, que habia tenido revelacion de lo que habia de suceder y lo habia dicho ántes á sus compañeros, los recibió amorosamente, y alcanzó con sus oraciones de Dios que pudiesen partirse libremente. No es ménos notable la paciencia y mansedumbre que usó con Bricio, uno de sus clérigos, el cual habiendo sido ántes criado loablemente en vida religiosa, despues que se hizo clérigo comenzó á desmandarse y á darse á gustos y entretenimientos y vanidades del siglo. Avisóle san Martin, como padre, del escándalo que daba con su vida: y el pobre hombre, no solamente no se enmendó y compungió con la palabras blandas del santo, ántes tomándolas por afrenta é injuria, vino al monasterio echando llamas de fuego por los ojos, y con el rostro turbado y como fuera de sí, delante de mucha gente dijo mil injurias y baldones á san Martin, y faltó poco que no pusiese en él las manos. Habia visto el santo, ántes que Bricio llegase al monasterio, dos espíritus malignos que le llamaban y le atizaban para que se vengase de él: y por esto y por su acostumbrada suavidad, le trató con tan grande mansedumbre, que Bricio quedó confuso y le pidió perdon, y con sus oraciones alcanzó de Dios que se encomendase y le sucediese en el obispado; y así se lo dijo él mismo, y que en él padeceria mucho: y aunque cuando él lo dijo pareció cosa de risa, y Bricio hizo burla teniendo á san Martin por insensato; mas, muerto que fué, se cumplió todo lo que él habia profetizado, y con gran concordia del clero y del pueblo fué elegido Bricio por prelado de aquella Iglesia, y él la gobernó tan santamente, y padeció tantas y tan graves persecuciones, que se cumplió bien lo que san Martin le habia pronosticado, y fué santo, y como á tal le celebra la Iglesia á los 13 de noviembre. Todo este buen suceso alcanzó san Martin con singular paciencia y mansedumbre, con la cual sufrió á Bricio y le ganó para Dios. Nunca se pudo acabar con él que le privase del grado que tenia ni le castigase como muchos se lo persuadian: á los cuales respondió el santo: Jesucristo sufrió á Judas; ¿y vosotros no quereis que yo sufra á Bricio? Con esta misma mansedumbre nunca se vengaba de las injurias y agravios que se le hacian: con esta perdonaba muy fácilmente á los que se reconocian, y admitia á reconciliacion y penitencia á los pecadores que lloraban sus culpas, y él perpetuamente se olvidaba de ellas, en tanto grado, que el demonio, como enemigo de nuestra salud, una vez le reprendió de ello y le dijo, que Dios no perdonaba á los que le volvian las espaldas y caian en graves pecados: al cual el santo respondió con gran seguridad y confianza en Dios: Si tú, desventurado, dejases de tentar á los hombres y te arrepintieses; yo, confiado en la bondad de Dios, con gran seguridad te prometeria su misericordia.

¿Qué diré de las otras heroicas y esclarecidas virtudes de este santísimo varon? ¿Especialmente del celo ardentísimo que tuvo de conservar y amplificar en todas partes la fé católica? ¿Y de aquella sed insaciable de ilustrar y extender la cristiana religion, y extinguir las reliquias de la gentilidad, que en su tiempo aun duraban en algunas partes? Yendo una vez á la ciudad de Chartres, hubo de pasar por una aldea que era toda de gentiles: los cuales por la fama del santo salieron todos á verle, y concurrió tanta gente, que los campos estaban cubiertos de labradores idólatras y sin conocimiento de Dios verdadero. Cuando les vió el santo prelado enterneciése en gran manera, y con entrañable afecto, poniendo los ojos en el cielo comenzó á predicarles la palabra de Dios, y convidarlos á la salud eterna, con un sentimiento y con unas palabras, voz y energía tan grande, que se veia bien que no era él el que hablaba, sino Dios en él: el cual para dar eficacia á las palabras de san Martin, y confirmarlas con su brazo poderoso, para bien de toda aquella gente rústica y ciega, ordenó que una mujer le trajese allí delante un hijo único que poco ántes se le habia muerto, suplicándole que le restituyese la vida; pues era amigo de Dios y tan fácilmente lo podia hacer. Juntáronse con los ruegos y con las

lágrimas de la madre, los sollozos y la intercesion de todo aquel pueblo: y san Martin, juzgando que aquel milagro seria ocasion para que se convirtiese á la fé de Cristo, hizo oracion, y le resucitó y le volvió vivo á su madre (que estaba pasmada y como atónita y fuera de sí de alegría), en presencia de toda aquella gente, que movida de lo que habia visto, alzando un grito al cielo, corrió con grande ímpetu y se echó á los piés del santo, pidiéndole que los hiciese cristianos, quedando él mas contento por haber ganado aquellas almas al Señor, que si hubiera conquistado un reino ó alcanzado cualquiera otra cosa temporal. Con este mismo celo procuró desarraigar la memoria de toda gentilidad y culto profano, sin tener cuenta con la dificultad de la empresa, ni con el odio de los gentiles, ni con su peligro, ni con la magnificencia y suntuosidad de los templos y edificios que se ponia á derribar: y Dios nuestro Señor le favorecia visiblemente, para que saliese con su intento y acabase cualquiera cosa en que ponia su mano, por mas difícil é imposible que pareciese. Quiso derribar una torre alta y de ricas piedras, labrada con grande arte y costo; porque habia sido dedicada á un ídolo: y habiéndolo encomendado á un clérigo llamado Marcelo, y entendiendo que él no lo habia hecho (porque no tenia aparejo para derribar una máquina y un edificio tan fuerte); san Martin gastó toda la noche en oracion, y luego á la mañana vino un torbellino de vientos, truenos, relámpagos y rayos sobre ella, y la arrancó sus cimientos, y la asoló con espanto y admiracion de todos. En otro lugar estaba una columna altísima, y encima de ella un ídolo: y queriendo el santo arruinarlo y no teniendo forma para hacerlo, acudió á sus acostumbradas armas, que era la oracion, y súbitamente apareció en el cielo, á vista de todos los que allí estaban, otra columna, la cual, cayendo con grandísimo ímpetu sobre esta otra de piedra, la desmenuzó é hizo polvos el ídolo que sobre ella estaba. En otro lugar habia asolado un templo de los gentiles, y quiso echar en tierra un alto pino que allí estaba, dedicado al demonio. Opusiéronsele los gentiles, y uno de ellos, mas atrevido y agudo, alzando la voz le dijo: Si tú tienes tanta confianza en tu Dios, nosotros mismos cortaremos ese árbol, con tal que tú, cuando cayere, lo sostengas y sustentes con tus hombros. Aceptó el partido: cortaron el árbol, y ataron al santo pontífice por los piés para que no pudiese huir; y él, como una estatua se estuvo quedo sin moverse, con gran seguridad, hasta que inclinándose el árbol, y viniendo con gran ruido á caer sobre él, sin turbarse alzó el brazo é hizo la señal de la cruz, y luego al momento el pino se revolvió á la parte contraria, y faltó poco que no oprimiese y matase á los mismos gentiles que le habian cortado: los cuales por un prodigio tan extraño y tan repentino, alzando las manos y las voces al cielo, se rindieron á la voluntad de san Martin y se convirtieron á Cristo: y de esta manera en poco tiempo, por la diligencia y vigilancia del santo prelado, se desarraigó de toda aquella tierra la idolatría y no quedó lugar que no fuese de cristianos, y lleno de iglesias y monasterios, porque solia el siervo de Dios, en arruinando un templo de demonios, edificar luego en el mismo sitio una iglesia de Dios verdadero, ó un convento de religiosos para que en él fuese adorado. Otra vez, habiendo pegado fuego á un antiguo y noble templo de ídolos, se levantó un aire recio que llevaba el incendio á las casas á él vecinas, con peligro de extenderse en las demás, y se temia que con el sentimiento de su daño particular, aquellos gentiles se armarian para vengar la destruccion del templo y la ruina de sus dioses. Entonces san Martin armado con la fé de Cristo nuestro Redentor, subiendo al tejado, se opuso contra la llama que venia con gran furia, la cual, en viendo al varon de Dios, en un momento volvió atrás y se retiró contra la violencia del viento; y de esta manera quedaron las casas libres del fuego y del peligro, y san Martin con su sola presencia hizo lo que todo el pueblo con el agua y con otros remedios no pudiera hacer. Otra vez, queriendo asolar otro templo de ídolos muy famoso, por las muchas riquezas que habia en él, y por la gran supersticion con que era venerado; los gentiles le resistieron y le echaron con ignominia y afrenta. Retiróse el santo á hacer oracion en un lugar allí cerca, donde estuvo tres dias continuos ayunando, vestido de cilicio y cubierto de ceniza; y al cabo de ellos le aparecieron dos soldados de la celestial milicia, armados con un escudo y lanza, y le dijeron que venian á ayudarle en el nombre del Señor, contra toda aquella muchedumbre de paganos: que volviese seguramente á su empresa y no temiese. Volvió san Martin y asoló el templo: destruyó los altares y deshizo los ídolos, estando toda la gente atónita, pasmada é inmóvil: y conociendo que aquella no era obra de hombre sino de Dios, se convirtió á aquel Señor, que por medio de su siervo la habia obrado, confesando que no eran dioses los que no habian podido resistir á un solo hombre, y que solo era verdadero Dios el que predicaba san Martin. No es ménos de maravillar lo que sucedió otra vez en la provincia de Borgoña, donde queriendo el santo destruir un templo de paganos, una grande muchedumbre de labradores le hacian resistencia, y uno de ellos, desenvainando la espada vino para herir el santo, y él, sin turbarse, súbitamente echó el manto y tendió el cuello desnudo para que le hiriese: y alzando el impío brazo para hacerlo, cayó allí de espaldas delante de todos, y quedó tan despavorido y asombrado, que se postró á sus piés y le pidió perdon. Otra vez en otro semejante caso, queriendo un hombre malvado matarle, se le cayó la arma que tenia en las manos y no pareció mas.

De esta manera andaba san Martin ejercitando su gran celo en desarraigar la idolatría del mundo y amplificar el nombre y gloria de Dios, y el mismo Señor le iba á él amparando y defendiendo por una parte, y por otra ilustrándole y ensalzándole con tantos y tan grandes milagros, y haciéndole glorioso, no solamente en los ojos de la gente comun, sino tambien de los príncipes de la tierra, como se vió en lo que acaeció con un señor principal y procónsul llamado Tetradio, que era gentil y tenia un criado gravísimamente atormentado del demonio. Este rogó á san Martin que pusiese las manos sobre su criado y le sanase. Mandó el santo que se lo trajesen; mas el demonio se hizo fuerte, y no fué posible sacar al criado fuera de la casa de su amo. Entonces Tetradio suplicó á san Martin que fuése á su casa y curase aquel pobre hombre; pero el santo no lo quiso hacer, diciéndole que no queria entrar en casa de hombre gentil y profano; y con esto Tetradio prometió de hacerse cristiano si libraba á su criado del maligno espíritu que le atormentaba, y san Martin entró y le sanó, y Tetradio se bautizó y reconoció siempre á san Martin por padre de su alma y como á tal le reverenció.

Mas admirable cosa es la que le sucedió con un conde que se llamaba Adiciano, hombre cruel y áspero de condicion, y que mas parecia fiera que hombre. Este entró en la ciudad de Tours una vez con ánimo de destruirla, atormentando á muchos de ella con varios géneros de penas y suplicios. La noche ántes del dia en que el conde habia de ejecutar su crueldad, siendo san Martin avisado de su mal intento, estando todos reposando á su sueño suelto, se fué solo á la puerta del palacio del conde y se puso en oracion. Dormia Adiciano muy sosegado y oyó una voz que le dijo: El siervo de Dios está tendido en el suelo á tu puerta, ¿y tú duermes? Despavorido con esta voz saltó de la cama, y llamando á sus criados les dijo, que san Martin estaba á su puerta, y les mandó que luego le buscasen. Los criados (como suelen) apenas salieron de los primeros aposentos y volvieron á su señor, haciendo burla de lo que les habia dicho, porque habia sido sueño y no habia tal hombre á su puerta. Creyólo Adiciano: tornóse á dormir, y de nuevo se sintió reprender con mayor fuerza y espanto. Levantóse luego, y él mismo salió fuera de su casa y halló al santo que buscaba. Echóse á sus piés, y díjole que no tenia necesidad de decirle palabra, porque él haria todo lo que le mandase: que le rogaba que se partiese luego para que la ira de Dios no viniese sobre él. Partióse el santo; y el conde llamó luego á los oficiales y mandóles soltar todos los presos que tenia para atormentarlos, y él se salió de la ciudad, quedando toda muy alegre y como respirando, y alabando al Señor, porque la habia librado por medio de su pastor, de los dientes de aquel lobo carnicero. Éralo tanto, que no se hartaba de sangre humana, y solamente parecia hombre en no ser tan cruel, cuando estaba presente san Martin: el cual vió un grandísimo demonio á las espaldas de Adiciano, y con el soplo le ahuyentó y le echó de allí; y desde aquella hora comenzó Adiciano á ser mas blando y benigno. No es de menor admiracion lo que acaeció á san Martin con el emperador Valentiniano, el mayor, que de condicion era severo, y tenia una mujer hereje arriana, que le instigaba contra los católicos. Por esto habiendo sabido que san Martin iba á tratar con él algunos negocios de que él no gustaba, mandó que no le dejasen entrar en palacio, por no tener ocasion de negarle lo que le venia á pedir. Fué san Martin una y dos veces, y no pudo haber audiencia: y no por eso perdió el ánimo, ántes se armó de oracion, cilicio, ceniza y ayuno. El séptimo dia de su oracion y penitencia, vino un ángel del cielo que le dijo, que se fuése á palacio; porque hallaria las puertas abiertas, y al príncipe mas blando y humano. Hizo el santo lo que el ángel le ordenó; y halló la entrada tan desembarazada, que sin que ninguno le pusiese estorbo, entró hasta el aposento donde estaba el mismo emperador: el cual, en viéndole se enojó, y con rostro severo reprendió á los criados que le habian dejado entrar, sin hacer algun género de cortesía y de buena crianza con el santo obispo; y él se estaba quedo, sentado sin responderle: mas súbitamente cercó la silla en que estaba sentado una llama de fuego, y comenzó á llegarse al cuerpo de Valentiniano; y él conociendo que aquella no era cosa humana, se levantó despavorido, y se humilló y reverenció al santo: y sin esperar mas, le concedió todo lo que deseaba, y despues le trató con mucha familiaridad y le convidó á comer, y le ofreció varios y ricos presentes: los cuales san Martin (como fiel amigo de la pobreza) no quiso aceptar; y con mucha edificacion del emperador y de su córte, se volvió á su Iglesia.

Así como no se dejaba vencer de las dificultades y agravios en las cosas que pretendia por servicio del Señor, así tampoco se desvanecia en las prosperidades y favores de los príncipes: ántes siempre guardaba un mismo tenor de vida, y con una apostólica majestad ajustaba la religiosa modestia, como parece, en lo que le sucedió con el emperador Máximo. Habiendo ido san Martin, para tratar con él de algunos negocios de gran caridad y gloria del Señor, fué recibido de Máximo con suma veneracion, y regalado y servido como un hombre venido del cielo. Entre otras cosas que hizo el emperador, para favorecer á san Martin, fué convidarle á comer consigo: y habiendo finalmente alcanzado de él, con muchos ruegos é instancia, que lo haria, se sentaron á la mesa, primero el emperador, luego el santo obispo á su lado y otros tres grandes, el uno cónsul, el otro hermano y el tercero tio del emperador: entre los cuales se sentó el clérigo que san Martin llevaba en su compañía. Yendo el convite adelante, trajeron una copa grande de vino á la usanza de la tierra, y pusiéronla delante del emperador para que bebiese: él, por el respeto que tuvo á san Martin, mandó que se la diesen á él la copa para que bebiese primero, pretendiendo despues recibirla de su mano: mas el gran prelado, gustado que hubo el vino, luego dió la copa á su clérigo, juzgando que en la mesa no habia persona (aunque fuese la del emperador) que se debiese anteponer al sacerdote: y aunque pareció cosa nueva y no usada de otros obispos (que algunas veces con andar indignamente en las córtes, y procurar la gracia de los ministros de los príncipes, apocan y envilecen su dignidad), todavía el haber sido en tal caso como despreciados, dió su edificacion al emperador y á los otros señores que allí estaban, porque tenian á san Martin por un hombre mas divino que humano. No fué de ménos estima y admiracion la honra que le hizo la emperatriz, mujer de Máximo. Hallóse esta princesa muchas veces con su marido á oir los razonamientos del bienaventurado obispo, y las palabras de vida que les decia, para despertarlos al menosprecio de las cosas inciertas de este siglo, y enamorarlos y encenderlos al deseo de las eternas: y reverenciando con viva fé y afecto castísimo en Martin la persona de Cristo (á mas de estar muchos ratos á su piés, como otra María Magdalena á los de Cristo), quiso ejercitar con él tambien el oficio de Marta: para esto le suplicó y le importunó, que se dejase servir, y tomase una sobria refeccion de su mano: y habiéndoselo negado muchas veces el santo (porque no gustaba de semejantes regalos de mujeres), interpuso la autoridad del emperador, al cual se rindió el santo prelado, por tenerle mas grato para las cosas del servicio divino que de él pretendia. La devota emperatriz ella misma por sí le hizo sentar á la mesa y le dió aguamanos, y trajo la vianda que ella misma habia aderezado, y le sirvió la copa, y estuvo en pié mientras que duró la comida, haciendo oficio de humilde criada, con los ojos bajos, y con el corazon gozosa y atenta á servir al santo obispo. Despues levantó la mesa y recogió las sobras, hasta las migajas de pan, teniéndolas por preciosas reliquias y por un gran tesoro. Raro ejemplo por cierto en una princesa tan grande, de la reverencia que se debe á los santos, y del respeto con que se han de tratar los sacerdotes y prelados; y mucho para

notar en tiempo tan estragado y perdido como al presente tenemos. Admirable fué la humildad y devocion de la emperatriz para honrar en su siervo al Señor, y testificar la estima que tenia de aquel santísimo prelado, á quien servia y veneraba en la tierra como si fuera venido del cielo: pero (aunque con diferente camino) no es ménos admirable lo que una santa doncella hizo por san Martin, nó por menospreciarle, sino por aprecio y guarda de la castidad. Habia una doncella principal y de extremada virtud, la cual por vivir en mayor recogimiento, apartada de los ojos y peligros de los hombres, se habia retirado á una casa suya de campo, donde habia vivido muchos años con gran fama de santidad. San Martin, yendo camino, pasó por allí cerca donde aquella vírgen moraba: y queriendo el santo honrarla y animarla á llevar adelante sus santos propósitos, determinó visitarla, y hacer con ella lo que nunca solia hacer con otras mujeres, porque no las solia visitar. Ya que llegaba á la puerta de su casa, avisaron á la doncella de la gran merced que Dios le hacia, yendo á visitarla un varon tan eminente y admirable. Creyeron todos que habia de alzar las manos al cielo y recibirle como á tan gran ministro de Dios, y tomar por testimonio de su recogimiento el ver á san Martin en su casa; pero ella estuvo tan en sí, que envió á suplicar al santo que no la viese, para que la puerta de su casa quedase mas cerrada á todos los otros hombres; pues no se abria al que era mas que hombre. El santo aceptó la excusa y la alabó, y se entendió cuán recatada y cuán zelosa era de guardar su honestidad la que no queria ser vista de hombre, aunque fuese de Martin. Envióle despues la santa doncella un presente y refresco: y el santo le recibió con gran voluntad, diciendo, que no era justo que el sacerdote desechase lo que aquella santa vírgen le enviaba; pues merecia ser preferida á muchos sacerdotes: y los que iban en su compañía se maravillaban que lo recibiese, porque nunca solia recibir presente que se le enviase.

Acabando de contar san Severo Sulpicio el ejemplo de esta vírgen, dice estas palabras: « Oigan las vírgenes este ejemplo: y para que los malos no rodeen sus puertas, ciérrenlas tambien á los buenos, y para que no lleguen á ellas con libertad los ruines, no tengan empacho de excluir á los sacerdotes con recato. Todo el mundo sepa que una doncella no consintió que san Martin la viese. No desechó solamente á cualquier sacerdote; pero no quiso ver al que daba salud á los que le veian. » Esto es de este autor.

Pero ¿qué maravilla es que haya tenido san Martin tan gran paciencia, tan extremado sufrimiento, tan excelente mansedumbre, tan ardiente zelo de la gloria de Dios y de propagar su religion, tanta fortaleza y constancia en los disfavores, y tanta humildad y modestia en los favores de los príncipes y un espíritu excelso, magnánimo y superior á todos los casos prósperos y adversos de la tierra? pues aunque estaba con el cuerpo en ella, con el corazon habitaba siempre en el cielo, y por medio de la oracion se regalaba y entretenia con el Señor, y con los espíritus bienaventurados de su córte celestial. Siempre tenia á Dios presente, y en todas las criaturas veia á Dios, y ellas le servian de un libro, en que leia y contemplaba las infinitas perfecciones del Criador, y de todas las cosas sacaba conceptos delicados y documentos provechosos, y semejanzas acomodadas á la edificacion de los que trataban con él. En la iglesia estaba con tan grande devocion y reverencia, que ninguno le vió en ella sentado; siempre estaba de rodillas, ó en pié, y con un rostro amarillo y temeroso; y preguntada la causa, decia: ¿No quereis que tema; que está aquí Dios? Era muy visitado de los santos ángeles, de san Pedro, de san Pablo, de santa Tecla, de santa Inés y de la Reina de los ángeles y Señora nuestra, la Vírgen María. Ofreciendo el santo sacrificio de la misa, fué vista de su mano adornada de riquísimas piedras preciosas; y en todo era muy regalado y favorecido del Señor: y tenia tan clara y tan soberana luz por medio de su oracion, que no se le escondia cosa, y con grande facilidad distinguia las tinieblas de la luz, y los embustes y lazos de Satanás, de la verdadera y sólida visitacion divina, como se ve en lo que una vez hizo. No léjos del monasterio de san Martin habia un lugar muy frecuentado de la gente, por pensar que habia en él algunas reliquias de los mártires, y haber puesto los obispos pasados un altar en honra de ellos: y como san Martin inquiriese el orígen de aquella devocion, y no hallase ni fundamento de ella; túvola por sospechosa, y determinó no ir á aquel lugar por no autorizarle con su presencia, ni quitar su devocion al pueblo. Pero un dia, llevando consigo algunos pocos de sus frailes, se fué á él, é hizo oracion á Dios, suplicándole que le revelase lo que habia en aquel sepulcro. Vió luego una sombra horrible y espantosa, á la cual mandó que le dijese quién era: y respondió que era el alma de un ladron, que habia sido muerto por sus delitos, y era celebrado como mártir por engaño del pueblo; pero que él no tenia que ver con los mártires: porque ellos estaban en la gloria, y él en las penas del infierno. Con esto el santo mandó derribar el altar, y libró á su pueblo de aquel engaño. Y por este ejemplo, y algunos otros que han sucedido, hace la santa Iglesia tan grande exámen de la vida y milagros de los que ha de canonizar, para no proponer á los fieles por santos, sino á los que es muy cierto y averiguado que lo son. Pretendiendo el comun enemigo engañarle, un dia, estando san Martin en su celda orando, vino á él rodeado de luz, vestido con ropas reales, y con una corona de oro y piedras preciosas, y el calzado rico y dorado á maravilla, con un rostro sereno y alegre, y que ninguna cosa parecia ménos que lo que era. Estuvo san Martin algo suspenso á la primera vista, hasta que el demonio le dijo, que era Cristo que bajaba del cielo á la tierra, y que le habia querido visitar y manifestarse primero á él, que á otros: y el santo, entendiendo por revelacion de Dios, que aquel no era Cristo, si no anticristo y enemigo de toda verdad, le respondió: Nuestro Señor Jesucristo no dijo que habia de venir vestido de púrpura y coronado y adornado de diadema, ni yo jamás creeré que es Cristo el que no viniere con el hábito y figura en que Cristo padeció, y no trajere las señales de la cruz en su cuerpo. A esta voz desapareció como humo aquel enemigo del género humano, dejando un olor tan sucio y abominable en la celda, que solo bastaba para declarar quién era y lo que pretendia. Fué tanto lo que esta bestia temia á san Martin, y él la menospreciaba y corria, que no se puede fácilmente creer. Por donde, habiendo engañado á un monge, llamado Anatolio, con varias ilusiones, por las cuales el pobre daba á entender que los ángeles le visitaban; para probar que esto era verdad, una noche apareció entre los otros monges muy resplandeciente, vestido

con una ropa labrada con extremada arte y primor, y estando todos sospechosos y temiendo que no fuese, como era, engaño del enemigo; llevando al monge así vestido, como por fuerza, á san Martin, aquella ropa desapareció, y el demonio descubrió la maraña, y no se atrevió á parecer delante del santo, entendiendo que toda aquella oscuridad se habia de deshacer en presencia de tan grande luz.

Porque tenia san Martin tan grande imperio sobre los demonios, que, cuando llevaban á la iglesia los que de ellos eran atormentados para que el santo los sanase, en saliendo de la celda de su monasterio para venir á la ciudad, eran tan espantosos los gestos que hacian y tan horribles los alaridos que daban, que luego se entendia por cierto que el santo obispo venia á la iglesia. Y no echaba á los demonios con amenazas, voces y espantos (como lo hacian los otros exorcistas); mas vestido de un áspero cilicio y cubierto de ceniza, se postraba en tierra, y con las armas de la santa oracion, los rendia y sujetaba.

Fueron tantos los milagros que san Martin hizo en este género y todos los demás, para salud de las almas y de los cuerpos, y para remedio de todos los males de los que á él se encomendaban, que no se pueden en pocas palabras referir. Véalos quien quisiese en san Severo Sulpicio, que con escribir muchos, dice que son pocos, respecto de los que deja: y en san Gregorio Turonense, que escribió cuatro libros enteros de los milagros de san Martin: á nosotros bástanos brevemente decir, que fué tan milagroso y tan enriquecido de prodigios divinos este santísimo varon, que parece que Dios le habia hecho señor de todas las criaturas, y dádole dominio sobre los demonios y sobre los hombres, sobre los cielos y sobre los elementos, sobre todas las enfermedades y sobre la misma muerte, sobre las aves, los peces y los animales; y que con su oracion, con su palabra, con su invocacion, con óleo por él bendito, y con las cerdas de su cilicio y polvos de su sepulcro, y con solo el nombre de Martin, hizo innumerables milagros el Señor en su vida, y despues de muerto, para hacerle mas glorioso y venerable en todo el mundo. Y no solamente hizo el Señor milagros por intercesion de san Martin, para beneficio de muchos otros, sino tambien para librarle á él de los peligros y males en que estaba: como le aconteció una vez, que estando durmiendo en el suelo, se pegó fuego al aposento en que estaba, y despertando el santo y viéndose cercado por todas partes de las llamas, y queriendo abrir la puerta que estaba cerrada, no pudo: y volviéndose á Dios, se puso en oracion en medio de las llamas, las cuales se retiraron y recogieron y huyeron, y el incendio se apagó, y él quedó libre y sin lesion alguna. Acusábase despues por haber tardado tanto en recurrir á la oracion y hacer la señal de la cruz, y por haber tomado ántes otros medios humanos. Tambien tuvo el don de profecía, y alumbrado con el espíritu del cielo, anunció las cosas que habian de suceder, mucho ántes que sucediesen: entre las cuales dijo á Máximo, emperador, que no pasase á Italia; porque si pasaba, aunque al principio alcanzaria victoria de Valentiniano emperador, el Mozo; despues seria vencido y perderia, como se perdió y pereció.

Con haber sido este gloriosísimo pontífice tan admirable y tan grande en los ojos de Dios, permitió que cayese en una culpa, para ejemplo y aviso nuestro: y fué así, que habiendo el emperador Maximiano mandado matar á Prisciliano, hereje, por acusacion y zelo indiscreto de algunos obispos que le hicieron juez de aquella causa eclesiástica, y siendo por ello excomulgados, y comunicando con él los otros obispos; por lisonjear á Máximo, san Martin vino á Tréveris, donde el emperador estaba, para tratar con él algunos negocios de grande importancia para bien de la Iglesia. Y no queriendo al principio comunicar y tratar con aquellos obispos, por verlos apartados de la comunion de la Iglesia, despues se dejó vencer; porque el emperador sentia mucho que no lo hiciese, y deseaba ganarle la voluntad, para alcanzar de él mas fácilmente el buen despacho de los negocios que traia. Mas despues lloró tanto esta culpa, que para consolarle, fué menester que Dios le enviase un ángel, que le dijo, que con razon se compungia y lloraba aquella culpa, aunque habia tenido alguna excusa, por la ocasion y fin de hacer mejor los negocios de Dios; pero que se enmendase y cobrase su antigua constancia. Y como despues no echase los demonios de los cuerpos, ni sanase á los enfermos con tanta facilidad como solia, decia con muchas lágrimas, que por haber comunicado con aquellos obispos apartados de la Iglesia (aunque por tan breve tiempo, y compelido de la necesidad) Dios le habia castigado y disminuido la gracia de hacer milagros; y los diez y seis años que despues de esto vivió, se apartó con gran cuidado de las juntas de los obispos, por no caer en otro semejante peligro.

Habia ya llegado nuestro santo obispo á edad de ochenta y seis años, con grandes ansias de verse libre de las miserias de esta vida, y de gozar en la otra de la vista del Señor, y tuvo revelacion que Dios le queria cumplir sus deseos y que se llegaba ya su fin, y claramente lo dijo á sus discípulos; mas no por esto dejó de velar sobre su grey, y de hacer oficio de vigilante y solícito pastor; porque habiendo sucedido en aquellos dias cierta discordia entre los clérigos de un lugar que se llamaba Condato, determinó ir en persona á pacificarlos, juzgando que no podia acabar mas dichosamente su vida, que dejando todas sus iglesias en buena paz y concordia. Habiendo, pues, ido, y con la divina gracia concertado las cosas á su gusto; estando para volverse á su monasterio, comenzó á sentir una gran flaqueza y falta de fuerzas; y juntando sus discípulos, les dijo, que ya aquella su casa de barro estaba para caer, y que necesariamente los habia de dejar. Levantaron luego todos un grito al cielo, y con tristes suspiros, sollozos y lágrimas, le dijeron: ¿Por qué nos desamparas, padre santo? ¿A quién nos dejas, desconsolados y afligidos? Los lobos hambientos darán en este tu rebaño; y perdido el pastor, ¿quién de sus dientes se podrá defender? Bien sabemos tus ansias y deseos encendidos de ver á Cristo; mas tu premio está seguro, y por dilatarse un poco, no se disminuirá. Ten cuenta con nuestra necesidad; que quedamos en tan manifiesto peligro. No pudo el siervo de Cristo dejar de enternecerse, cuando oyó las palabras tan tiernas y dolorosas de sus discípulos, ni de llorar con los que lloraban; y volviendo los ojos con grande afecto al cielo, dijo: O Señor, si yo todavía soy necesario á tu pueblo, no huyo de trabajo: hágase tu santísima voluntad en todo. En las cuales palabras mostró que estaba suspenso, y que no sabia cuál de las dos cosas debia escoger, ó quedar en la tierra por Cristo, ó dejar la tierra por el mismo Cristo; y dióños ejemplo que en todas las cosas nos debemos remitir á la voluntad del Señor, y ponernos en sus benditas manos con

grande indiferencia, para que haga de nosotros en todas lo que fuere servido: y así hablando san Bernardo de esta resignacion de san Martin, dice estas palabras: «Ofrecido habeis, santo glorioso, á vuestro único hijo Isaac, que tanto amábades, y de vuestra parte le sacrificastes. Habeis inmolado con piadosa devocion el gozo singular de vuestro corazon, estando aparejado para volver otra vez á los peligros y pelear de nuevo, y tomar nuevos trabajos y alargar las tentaciones, y dilatar aquella tan gran felicidad y deseada compañía de los espíritus bienaventurados, y estando ya á la puerta de vuestra gloria, tornar á las miserias de esta vida: y lo que es mas dificultoso, estar en tiempo apartado de Cristo, si el mismo Cristo lo hubiera querido.» Esto es de san Bernardo. Estaba muy fatigado de una recia calentura, sin aflojar un punto el rigor de su oracion, echado en el suelo, en aquella regalada cama de ceniza y cilicio, sustentando con la vehemencia del espíritu la flaqueza del cuerpo, afirmando que de aquella manera habia de morir el cristiano, y el soldado con las armas en la mano: y como estuviese echado de espaldas, mirando con grande atencion al cielo, le rogaron que á lo ménos se volviese sobre un lado, para descansar un poco; mas el santo respondió: Dejadme, hermanos, que yo mire ántes al cielo que á la tierra, para que el alma por su camino derecho vaya á su Criador. Despues de esto, vió al demonio que se le puso delante; y él con grande espíritu y confianza, le dijo: ¿Qué haces aquí, ó bestia sangrienta? No hallarás en mí, traidor, cosa que sea tuya; el seno de Abrahan me recibirá; y con esta voz espiró. ¿Quién se tendrá por seguro á la hora de la muerte de tan mal encuentro, si no lo estuvo san Martin? ¿A quién de nosotros no acometerá el que acometió al que tantas veces y tan gloriosamente le habia vencido? Quedó el cuerpo del santo hermoso, con la cara resplandeciente, y todos aquellos miembros mortificados, consumidos y secos, tan blancos, frescos y tratables, que parecia que se iban transformando en el estado de gloria. Y al mismo tiempo se oyeron en el aire voces de suavísima armonía que cantaban los ángeles, y no solamente fueron oidas donde murió san Martin y en su cámara, sino tambien en la ciudad de Colonia el bienaventurado san Severino, obispo, y un arcediano suyo, gozaron de aquella celestial consonancia: y el mismo san Severino tuvo revelacion que habia durado aquella música, todo el tiempo que los infernales ministros de la eterna justicia estaban al paso, para detener y examinar (aunque en vano) á san Martin. De donde podemos sacar, con cuánto rigor se tratan los pecadores en la otra vida; pues con los justos son examinados tan por menudo. En sabiendo el glorioso tránsito de san Martin, fué increible el sentimiento que todos aquellos pueblos recibieron por haber perdido un tal padre, pastor y maestro, y único refugio en todas sus tribulaciones. Vinieron llenos de tristeza y amargura á celebrar las exequias de su santo obispo, en las cuales se hallaron dos mil monges todos criados con la doctrina de tan gran pastor, y un coro de vírgenes castísimas y una muchedumbre de gente innumerable, que viendo aquel cuerpo, y acordándose de las virtudes de aquel espíritu, que ántes le regia y ahora gozaba de Dios, por una parte lloraban su pérdida, y por otra se alegraban de su ganancia, y con himnos, salmos y cánticos eclesiásticos, le llevaron con mayor pompa y triunfo, que ningun emperador jamás triunfó. Hubo grande contienda entre los pueblos de las ciudades de Poitiers y de Tours, sobre cuál de ellas habia de poseer el cuerpo de san Martin y gozar de tan precioso tesoro, alegando cada una de las partes sus razones: pero al fin los de Tours (cuyo obispo el santo habia sido), durmiendo los contrarios y velando ellos, llevaron á su ciudad el santo cuerpo de su obispo, y le sepultaron con grande honra, devocion y reverencia. Fué la muerte de san Martin, á los 11 del mes de noviembre, un domingo en la noche, el año del Señor de 402, siendo emperadores los dos hermanos é hijos del gran Teodosio, Arcadio y Honorio. Vivió san Martin ochenta y seis años; aunque en lo de su edad hay varias opiniones: porque algunos le dan solos ochenta y un años; pero el cardenal Baronio prueba, que nació san Martin el año de 316, y comenzó á militar de edad de diez y siete años, y que se bautizó de treinta y tres, y de cuarenta dejó de ser soldado, y que murió el año del Señor de 402, siendo de ochenta y seis, como lo podrá ver el que quisiere, en las anotaciones del Martirologio romano, que están enmendadas en esta postrera edicion, y en el III, IV y V tomo de sus Anales. Y de esta verdad se sigue ser falso lo que algunos escriben, que san Ambrosio, estando en el altar para decir misa, se arrobó y se halló presente en espíritu al entierro de san Martin; porque san Ambrosio murió cinco años ántes que san Martin, y no pudo hallarse á su entierro.

La vida de san Martin escribió san Severo Sulpicio, obispo, que (como dijimos) fué amiguísimo y discípulo suyo, y muy elocuente varon: san Paulino, obispo de Nola (que tambien conoció á san Martin, y estando casi ciego de un ojo, por una nube que se le habia hecho en él, tocándole san Martin con una esponja, le sanó), escribió seis libros en verso de su vida; aunque otros hacen autor de estos seis libros á otro Paulino, que vivió en tiempo de Perpetuo, obispo de Tours, sesenta y cuatro años despues de la muerte de san Martin; y san Gregorio Turonense, que asimismo por intercesion de san Martin recibió la salud algunas veces milagrosamente, comprendió en cuatro libros sus milagros. Lo mismo hizo Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, en otros cuatro libros en verso, en reconocimiento de haberle Dios librado de un dolor de ojos gravísimo por las oraciones de san Martin, untándose con el agua de su lámpara. San Odon, abad, escribió la historia de la traslacion del cuerpo de san Martin á Borgoña y un tratado de sus alabanzas; y otros muchos santísimos varones ejercitaron sus ingenios y estilo en escribir la vida y milagros de este santísimo varon, como Herberno, obispo turonense, Riquerio Metense, Giberto Gemblacense, Honorio Augustodunense; y de los griegos, Sozomeno y Nicéforo Calixto.

En todo el mundo ha sido celebérrima la memoria de este santo, y hoy dia lo es, y mas en el reino de Francia, donde algunos escritores que escribieron despues de la muerte de san Martin, cuentan los años desde su muerte como cosa tan señalada y notable. Todos los que hablan de él encarecen sobremanera sus virtudes, hazañas y milagros. El gran patriarca san Benito tuvo tan gran devocion á san Martin, que le edificó un oratorio en el monte Casino; y san Mauro, abad, su discípulo, siguiendo las pisadas de su santo padre, junto á su monasterio le hizo una iglesia y se retiró á una casilla cerca de ella para aparejarse á morir y darse con mas fervor á la contemplacion, y allí estuvo dos años y medio hasta que dió su espíritu al

Señor, y san Willebrordo, arzobispo, y san Suviberto, obispo en la ciudad de Utrecht, consagraron la iglesia catedral en honra de san Martin; san Gregorio Turonense dice de él: «O bienaventurado varon en cuyo tránsito cantan los santos, y los ángeles se alegran, y toda la córte celestial le sale á recibir y el demonio se confunde y la Iglesia toma fuerzas y los sacerdotes tienen revelacion de su gloria. San Miguel con los ángeles le recibió y la Vírgen sacratísima con un coro de innumerables vírgenes y todo el paraiso le tiene gozoso en compañía de los bienaventurados. Pero ¿qué podemos nosotros decir de él? La alabanza de Martin es aquel Señor, á quien él nunca cesó de alabar.» San Bernardo dice de él, que fué muchas veces mártir con el afecto de una voluntad devotísima y ensalza sus virtudes en gran manera. El beato Pedro Damian le llama noble confesor, gloria de los sacerdotes, perla preciosa de los obispos, regla de los clérigos y lumbre y ornamento de los monges: de cuya fama está lleno el mundo, y creció tanto su virtud que parece que llegó á igualar con la de los apóstoles: «Por toda la redendez de la tierra (dice) se ha extendido la memoria de tan gran pontífice, y do quiera que resuena la fé de Cristo suena tambien la vida de Martin. El emperador es glorificado en su soldado; y el soldado es alabado en el emperador: y la Iglesia de Tours, por tener el cuerpo de Martin, ha sido enriquecida de los reyes y adornada de los príncipes, y sublimada con prerogativas y privilegios de los romanos pontífices:» y añade, que algunas iglesias catedrales se han fundado á honra y nombre de san Martin. Pero no solamente se han fundado muchas iglesias en nombre de san Martin, sino tambien muchos pueblos han tomado este nombre por devocion y honra de este santo. Odon, primer abad cluniacense, escribió un tratado de las alabanzas de san Martin, cuyo título es: *Quód beatissimus Martinus pardicitur apostolis:* Que el beatísimo Martin se dice que es igual á los apostóles: y valo probando por la santidad de la vida, por la dignidad de obispo, por el zelo de las almas, y por las innumerables que convirtió, y por la muchedumbre de milagros que hizo: guardando siempre el respeto á la cumbre y majestad apostólica, á la cual reconocen todos los santos. Finalmente todas las naciones, provincias y reinos han sido ilustrados con la vida esclarecida de este santísimo pontífice y favorecidos con sus milagros; y los príncipes en la paz y en la guerra han experimentado cuánto vale delante de Dios su intercesion: y especialmente los reyes de Francia, que cuando salian á la guerra llevaban consigo el manto de san Martin, pareciéndoles que con tal prenda y defensor estaban seguros de la victoria. De san Martin, á mas de los autores arriba referidos, escribe el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio romano, y en el III, IV, V, VI, VII y VIII tomo de sus Anales.

SAN MENNA, SOLDADO Y MÁRTIR.—Fué san Menna egipcio de nacion, soldado é ilustrísimo mártir: el cual hallándose de guarnicion en una ciudad de la provincia de Frigia, ó Asia Menor, llamada Cotico, y hoy á lo que dicen, Cute, entendiendo que se publicaba un edicto de los emperadores Diocleciano y Maximiano, muy riguroso contra los cristianos; dejando el cinto y dignidad militar y el servicio de los emperadores se retiró á un desierto donde estuvo cinco años, haciendo vida solitaria y de grande aspereza como ensayándose con ayunos, oraciones y penitencias, para entrar en la batalla que esperaba y dar su sangre por el Señor. Pasados los cinco años, inspirado por Dios, volvió á la ciudad un dia en que se celebraban fiestas y todo el pueblo estaba junto en el teatro para ver ciertos ejercicios militares como justas ó torneos.

Entró Menna en medio de este espectáculo con vestido roto y vil, y como un hombre despreciado: y con voz alta y rostro alegre y grave, comenzó á decir aquellas palabras de Isaías: «He sido hallado de los que no me buscan, y manifestado á los que no me preguntan;» para dar á entender que no venia forzado sino de grado y por su voluntad se ofrecia al martirio. Todos los circunstantes pusieron luego los ojos en Menna, maravillados de su traje, osadía y libertad. Echaron mano de él: llevároule á Pirro presidente, y confesándo que ántes habia sido soldado de los emperadores y que era cristiano, le mandó llevar á la cárcel, y por no interrumpir las fiestas que se hacian, que el dia siguiente le presentasen delante de su tribunal. Procuró el juez con blanduras y palabras halagüeñas, ofrecimientos y promesas tentar el pecho del santo mártir y atraerle á que negando á Jesucristo, adorase á sus falsos dioses: y como no le aprovechasen todas sus artes y mañas, y el santo mártir le respondiese con gran brio y libertad, convirtió toda aquella falsa blandura en crueldad y mandóle tender en el suelo y azotar con nervios crudos; hasta que obedeciese á los mandatos de los emperadores. Hiriéronle muy crudamente, y salian de sus heridas rios de sangre que regaban el lugar en que le atormentaban. Levantáronle en el ecúleo: rasgaron con uñas de hierro sus carnes: quemaron con hachas encendidas sus costados: fregaron con un cilicio áspero sus llagas, arrastraron su cuerpo por el suelo sembrado de abrojos: quebrantáronle de nuevo con varas y con plomadas: diéronle grandes puñadas y golpes en su rostro; y el valeroso caballero de Cristo estaba con un corazon esforzado y quieto, con un semblante sereno, con una boca llena de risa (como si no fuera él, sino otro el que padecia) haciendo burla de sus tormentos y pidiendo á los impíos ministros que se los acrecentasen; porque decia que era poco todo lo que habia sufrido y todo lo que podia sufrir para lo que Dios merece y él deseaba sufrir por él; de manera que el juez y sus ministros y los mismos atormentadores estaban atónitos de ver tan extremada constancia y tanta alegría en tan graves penas. Quisieron algunos antiguos amigos suyos persuadirle que dejase aquella que ellos llamaban obstinacion y locura, y que no perdiese la vida que es tan deseable y las comodidades, honras y regalos que podia tener: y él, como si fueran silbos de una venenosa serpiente, así tapó sus oidos á las palabras que le decian teniendo por enemigos capitales á todos los que con la esperanza de esta vida frágil y transitoria le pretendian apartar de la perdurable y eterna. Finalmente el presidente, vista la constancia del soldado del Señor, pronunció sentencia de muerte contra él, mandando que fuése degollado y quemado. Llevároulo á un lugar llamado Potemia: concurrió mucha gente á aquel espectáculo; y él con su vestido pobre como persona que tenia en poco lo de acá, levantando los ojos al cielo y puesto su corazon en Dios, hizo oracion y suplicó con grande afecto al Señor, que en aquella hora le favoreciese y le diese victoria por Jesucristo, su Hijo, para que libre de las miserias de esta vida le pudiese ver y adorar, y gozar para siempre de su gloriosa presencia. Acabada esta oracion fué de-

gollado, y su sagrado cuerpo echado al fuego para ser quemado: mas fué el Señor servido que algunos hombres piadosos se dieron tan buena maña y diligencia, que pudieron recoger del fuego algunas de sus preciosas reliquias, y envolverlas en lienzos limpios y ungüentos olorosos, y llevarlas á su patria y colocarlas honoríficamente, como el mismo santo ántes que muriese se las habia mandado. Fué el martirio de san Menna á los 11 de noviembre por los años de Cristo de 296, imperando los ya nombrados Diocleciano y Maximiano. Hizo Dios muchos y muy grandes milagros despues de su muerte por este glorioso mártir, los cuales refiere Timoteo, arzobispo alejandrino, y los traen Metafraste, Lipomano y Laurencio Surio. Uno fué yendo un caballero á Alejandría á visitar algunas reliquias del santo mártir, que se habian trasladado á un templo suntuoso que allí se le habia edificado, y llegando á un pueblo llamado Lojonera, entró en un meson y fué muerto del mismo mesonero para hurtarle el dinero que llevaba. Pero luego apareció san Menna, y resucitó al muerto y convirtió á penitencia al matador; y con este milagro muchos gentiles recibieron la lumbre del santo Evangelio, y otros herejes se redujeron á la fé católica. Otro fué de un hombre rico y devoto, llamado Eutropio: el cual habiendo determinado ofrecer al santo un vaso de plata muy rico y gracioso, despues se arrepintió y resolvió de darle otro del mismo peso no de tan linda hechura; mas llevando á lavar un esclavo suyo el vaso de plata á una laguna, cayó en ella el vaso y el esclavo que le llevaba; y el santo le socorrió de manera que libró al mozo de las aguas con el vaso en la mano: y el amo, reconociendo su culpa y que habia hecho mal en trocar la voluntad que ántes habia tenido de dar el vaso mas hermoso al santo, le ofreció los dos que tenia y el esclavo que san Menna habia librado de aquel peligro, para que le sirviese perpetuamente en su templo. Tambien cuenta Timoteo otro milagro de una mujer virtuosa, rica y honrada que se determinó ofrecer parte de su hacienda al santo mártir para tener hijos: y habiéndose puesto en camino sola con este intento y devocion cayó en manos de un hombre perdido que quiso hacer fuerza á su castidad: y como ella no consintiese y aquel lazo del demonio perseverase en su mal intento, san Menna á caballo se puso delante de los dos, y tomando sobre su caballo á la pobre mujer, que con muchas lágrimas le invocaba, la llevó hasta su templo, y arrastró á aquel soldado y hombre facineroso que la queria afrentar: y de esta manera la mujer quedó libre y el hombre abrió los ojos y reconoció su culpa, y pidió perdon al santo y perseveró toda su vida en oracion y penitencia. Tambien fué insigne milagro el que obró Dios con un judío por intercesion de este santo mártir: porque habiendo un judío dado á un cristiano, grande amigo suyo, una bolsa de dineros sellada para que se la guardase; despues el cristiano ciego con la codicia, se la negó. Tomaron por partido para averiguar la verdad, que el cristiano jurase sobre las reliquias de san Menna, si habia recibido aquel dinero ó nó, é hízolo el cristiano creyendo neciamente que no pecaba por ser el otro judío y nó cristiano. Pero el santo por una manera extraña restituyó al judío su bolsa cerrada, y él se convirtió con toda su casa y familia á nuestra religion, y el cristiano lloró su pecado y ofreció al santo la mitad de su hacienda, y se dedicó al servicio de su templo y perseveró en él, llorando sus pecados y haciendo penitencia toda su vida. De san Menna escriben todos los Martirologios, el romano el de Beda, Usuardo y Adon, y los griegos en su Menológio, y Metafraste, y los demás que escriben vidas de santos, porque (como dijimos) san Menna fué muy ilustre y muy celebrado en el Oriente. Pero adviértase que hay otro Menna, mártir, que murió en Alejandría en tiempo del emperador Maximiano, con otros sus santos compañeros, cuya fiesta se celebra á los 10 de diciembre. El cuerpo de este Menna alejandrino se trasladó á Constantinopla, donde el emperador Justiniano le edificó un templo, y algunos autores los confunden, y de dos Mennas hacen uno.

* Los santos Valentin, Feliciano y Victorino, mártires.—Segun Ferrario en la relacion de los santos de Italia dice, fueron de Ravena, en cuya ciudad derramaron su sangre durante el imperio de Diocleciano.

San Atenodoro, mártir.—Floreció en Mesopotamia, durante el mismo reinado de Diocleciano. El gobernador Eleusio lo mandó prender por ser cristiano, y no habiendo podido lograr que sacrificase á los ídolos, lo hizo azotar; despues lo metieron en una hoguera, de la cual lo sacaron al momento para hacerle sufrir otros tormentos, y por fin fué condenado á ser degollado. Cuando iban á ejecutar la sentencia, el verdugo se cayó desmayado, como impelido de una fuerza sobrenatural: nadie se atrevió ni quiso hacer el oficio de verdugo, y entonces, poniéndose el santo en oracion, entregó su espíritu á Dios. Segun el padre Pagi, sucedió esto el año 305.

San Verano, obispo y confesor.—Desde su infancia mostró este santo que el Señor tenia sobre él grandes designios. Era tan devoto de san Privado, que quiso una vez pasar en oracion toda la noche que precede á la fiesta de aquel santo. A la mañana siguiente Verano fué á arrojarse á los piés del obispo, pidiéndole la tonsura clerical, y cuando la hubo recibido, dejó su patria y fuése á ocultar en un lugar, cerca de Cavaillon. Su santidad y milagros no le permitieron estar mucho tiempo escondido. Entonces emprendió un viaje á Italia para visitar el sepulcro de los santos apóstoles, y algun tiempo despues volvió á Francia. El rey Sigeberto quiso verle, y lo hizo consagrar obispo de Cavaillon. Verano asistió al concilio II de Macon, el año 585, y tuvo mucha parte en los sabios reglamentos que en él se publicaron. Fué uno de los obispos enviados á París para quejarse al rey Clotario II del asesinato del obispo san Pretextato. Childeberto II le estimó mucho, y quiso que fuese padrino de su hijo Tierri, que heredó despues la corona. De la estimacion de los príncipes y de la veneracion en que le tenia el pueblo, se aprovechó el santo para promover los intereses de la religion, y murió gloriosamente por los últimos años del siglo VI.

San Bartolomé, abad.—Floreció durante el siglo XI en el territorio de Frascati. Su humildad, su penitencia y su oracion fueron pasmosas; y á estas virtudes unia una instruccion y una prudencia en los consejos, que muchísimas personas se pusieron bajo su direccion para andar por los caminos de la santidad y conocer sus deberes. Murió en el monasterio de Grotaferrata el año 1044, y de su sepulcro salió virtud para curar toda clase de enfermedades. Dejó escrita para edificacion de los solitarios la vida de san Nilo, su compañero.

San Evodio, obispo y confesor.—Fué obispo de Puy, á cuya Iglesia dió grande esplendor no solo por sus virtudes apostólicas, sino por la nueva catedral que edificó, enri-

queciéndola con muchas reliquias y otras preciosidades, y por los privilegios que le alcanzó de la santa sede y de los reyes. Murió á fines del siglo VI.

San Menas, hermitaño. — Vivió en el Abrucio ó pais de los Samnitas durante el siglo VI. Condenóse á una soledad completa; pero el Señor reveló su existencia y mansion á otro siervo suyo, que lo publicó, para que los cristianos se edificasen con el espectáculo de las virtudes del santo solitario. El papa san Gregorio en su libro *Dialogorum*, *lib.* III, *cap.* 26, habla de él con mucho elogio. Murió en el Señor, el año 579.

DIA 12.

San Diego de Alcalá, confesor.—El humilde y bienaventurado P. Fr. Diego, religioso de la órden del seráfico padre san Francisco, fué de un lugar pequeño de Andalucía llamado San Nicolás, entre Cazalla y Constantina. Vivió algun tiempo en su tierra, cerca de una iglesia antigua y solitaria, en compañía de un devoto sacerdote, ermitaño, trayendo el mismo hábito, y ocupándose en santos ejercicios de oracion y meditacion. Tenian los dos una huerta, la cual cultivaban, así por huir la ociosidad, como por sustentar su pobre vida. Tambien se ocupaban en hacer cucharas, escudillas y semejantes cosas de madera, las cuales, ó daban á los pobres, ó vendian, para hacer limosna del precio de ellas y ejercitar la caridad. Tenia ya desde este tiempo muy encendido y tan gran deseo de ser verdaderamente pobre y fraile de San Francisco, que cuando queria afirmar mucho una cosa, decia: Así me cumpla Dios mis deseos, que son ser fraile de San Francisco. Con ese espíritu, volviendo un dia del pueblo á su recogimiento, halló cerca de él una bolsa con dineros, y teniéndola por tentacion del demonio, no la quiso tocar ni llegarse á ella; ántes buscó un hombre que se la quitase de allí, como lazo de Satanás, que le queria por aquel camino desviar de su santo propósito.

El cual, favorecido del Señor, llevó adelante: y para ponerlo mejor en ejecucion, y seguir las pisadas de Cristo, secretamente y sin dar cuenta á nadie, salió de casa y dejó á sus padres y parientes, y se fué á recibir el hábito de los Menores en un monasterio recogido y devoto de la observancia, llamado San Francisco de Arrizafa, media legua de Córdoba. Allí tomó el estado mas humilde de los conversos, ó frailes legos, que no son del coro; y mas sirven en oficios y trabajos corporales del convento. Hecha su profesion, fué por obediencia á las islas de Canaria, en compañía de un sacerdote de la misma órden, llamado Fr. Juan de Santorcaz, varon de gran zelo y virtud, que iba para plantar la fé en aquella gente idólatra. Depararon á una de las islas, en donde el santo Fr. Diego edificó un monasterio; y aunque fraile lego, fué de él guardian. Ejercitábase en la mortificacion de su carne, y de su propia voluntad, con oraciones, ayunos y penitencias, sacrificándose continuamente al Señor, y aparejándose por aquel largo y continuo martirio, para derramar su sangre por la fé católica entre aquellos bárbaros, como él lo deseaba. Con este fervoroso deseo se embarcó en un navío, para pasar á la Gran Canaria, que aun no era conquistada de cristianos, y era poblada de gentiles, para alumbrarlos con la luz del Evangelio, y si fuese menester, morir en esta demanda.

Mas los que gobernaban el navío no se atrevieron á saltar en tierra, por temor de aquella gente feroz y bárbara, guardando Dios al santo Fr. Diego para otras cosas de su servicio. Viendo que se le negaba la entrada, dejando en aquellas partes, donde habia estado, muchos rastros de su bondad y virtud, y convertidos muchos idólatras á nuestra fé con sus santas y fervorosas palabras; por obediencia de sus prelados volvió á Andalucía, y estuvo por morador en el convento de Nuestra Señora de Loreto, tres leguas de Sevilla, y despues en San Lúcar de Barrameda. De allí el año de 1450 (en que se celebraba jubileo en Roma, y se hacia la canonizacion de san Bernardino de Sena y para ello se juntaron tres mil y ochocientos frailes de San Francisco) fué enviado á Roma, en compañía de un religioso de la misma órden, llamado Fr. Alonso de Castro; y tuvo en esta romería muchos trabajos, padeció grande pobreza, hambre y necesidad; y habiendo caido malo su compañero, le curó con gran caridad. Lo mismo hizo con otros muchos enfermos de su órden, que habian concurrido á Roma de diversas provincias y naciones, todo el tiempo que estuvo en aquella santa ciudad, que fueron trece semanas, con tanto ardor de espíritu y encendida caridad, que bien se echaba de ver que Dios le ayudaba y favorecia en aquellos trabajos que él tomaba por su amor. De Roma tornó el siervo de Dios á Sevilla, y de allí en compañía de Fr. Rodrigo de Ocaña, vicario provincial de Castilla, vino al convento de Santa María de Jesus de Alcalá de Henares, que á la sazon se edificaba de nuevo por el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo. En él moró, despues que vino de Roma, trece años que vivió, fuera de unos dias que estuvo en Nuestra Señora de Salceda, monasterio de la misma provincia de Castilla. Aquí en Alcalá resplandeció en obras admirables del servicio de Dios, y en todo género de virtudes, adelantándose cada dia mas en su aprovechamiento, y moviendo á todos los que le trataban al temor santo del Señor con su raro ejemplo; porque no se contentaba de guardar perfectamente la regla de su seráfico padre san Francisco, sino como buen hijo, procuraba con todas sus fuerzas imitarle y sacar un perfectísimo retrato de su vida celestial. Era humildísimo sobremanera, y como buen fraile menor, teníase por menor y poníase debajo de los piés de todos: y de aquí le nació una paz y una serenidad tan admirable en su alma, que ninguno jamás le vió turbado, ni en trabajo alguno ó pesadumbre que se le ofreciese, oyó de su boca palabra airada ó descompuesta, ni notó cosa que no oliese á perfecto varon: porque como no tenia otra voluntad, sino la del Señor, en cuya cruz él se gloriaba; cualquiera cosa que le sucedia, la tomaba y reverenciaba como venida de su mano, y con igual alegría le alababa en las cosas prósperas y en las adversas. Trataba su cuerpo con extremada aspereza, y ayunaba, y muchas veces á pan y agua, y su comer era una perpetua abstinencia: sus disciplinas eran tan rigurosas y sus vigilias tan continuas, que parecian exceder las fuerzas de un cuerpo de carne: echábase algunas veces, en tiempo del invierno, en agua muy fria ó helada, para matar con aquel frio el fuego de la concupiscencia, que el demonio pretendia encender: su vestido era muy pobre y áspero: los piés siempre descalzos; y en efecto su hábito, traje y compostura exterior, era una imágen de la mortificacion interior, y de la honestidad de su alma. Con esta pénitencia se juntaba, como con su buena

hermana, la continua oracion y elevacion de su espíritu, porque oraba con tan fervoroso afecto, que muchas veces fué visto su cuerpo levantado en el aire, por la fuerza del alma, que estaba arrebatada y absorta en Dios. La pasion del Señor era todo su entretenimiento y regalo, y para meditarla, muchas veces se ponia en cruz, y quedaba tan tierno y encendido con la memoria de ella, que muy á menudo hablaba palabras de maravillosa eficacia de los dolores y tormentos, que por nosotros en el madero de la santa cruz habia padecido el Señor. Traia en sus manos una cruz de palo, para que nunca se apartase de su memoria la cruz de Cristo, y despertase á sí mismo y á todos los otros con quienes trataba á la consideracion de la pasion de nuestro Redentor. Fué tambien devotísimo del santísimo Sacramento del altar, y se aparejaba para recibirle con singular cuidado, y ayudaba á las misas con grande reverencia y suavidad, sintiendo con la presencia del Señor admirables dulzuras y gustos espirituales en su alma. Lo mismo se echaba de ver en los oficios divinos, especialmente las fiestas y cuando incensaba, que era tan visitado y tan regalado de Dios este siervo suyo, que muchas veces salia de él una fragancia y olor tan suave, que en gran manera recreaba y elevaba á los otros frailes. De la sacratísima Vírgen María, nuestra Señora, fué devotísimo: ayunaba todos los sábados y las vigilias de todas las fiestas á pan y agua, y con gran confianza recurria á ella en todos sus trabajos y en los de los prójimos: acostumbraba con el aceite de su lámpara ungir los enfermos que venian á él, haciendo sobre ellos la señal de la cruz, con la cual muchos quedaban sanos. Pues ¿qué diré de la caridad para con Dios y de aquel tan abrasado deseo que tuvo del martirio, y del cuidado que puso en ir y entrar en la Gran Canaria, para derramar su sangre por él? ¿Qué de la compasion mas que de madre, con que curaba los enfermos? A un mancebo que tenia el rostro leproso, y el cuerpo cubierto de llagas, se las lamia con su lengua: y como le viese un su compañero; él le dijo: Hermano, así se cura esta enfermedad. Siempre daba á los pobres todo cuanto tenia: y si alguna vez le faltaba que dar, no le faltaba compasion, ternura y sentimiento de sus males, ni dulces palabras, con que los enviaba consolados. Tenia tan gran celo de la salvacion de las almas, que se deshacia en lágrimas y no se podia consolar, cuando sabia que alguno estaba en pecado mortal. Reprendia á los que murmuraban de sus prójimos, disculpándolos él y excusando sus flaquezas, aunque fuesen manifiestas; pero hacíalo con tanta mansedumbre y benignidad, que los mismos que eran reprendidos quedaban muy edificados y enmendados. Fué de una simplicidad tan cándida, y tan prudente en todas sus obras y palabras, que no se podia dudar ser enseñado y guiado en todo lo que decia y hacia por el espíritu del Señor: el cual le dió una luz tan sobrenatural y tan soberana, que en algunas preguntas y dificultades de las ciencias humanas daba tan altas respuestas, que bien parecian derivadas del autor y maestro de toda sabiduría: y no es maravilla; porque el alma humilde y sencilla es capaz para ser enseñada de Dios y levantada á cosas maravillosas y soberanas, como se ve en algunas que hizo Dios con el santo Fr. Diego, aun en el tiempo que vivia; porque, partiendo una vez de Cerrage para San Lúcar de Barrameda con su compañero, y faltándoles la provision necesaria para aquel camino, que era largo y despoblado, y hallándose el compañero muy flaco y desmayado, él le consoló, asegurándole que Dios le proveeria en aquella necesidad: y así fué, porque yendo un poco mas adelante, hallaron pan, vino, pescado y una naranja, envuelto todo en un paño limpio que por manos de ángeles habia enviado el Señor: y haciéndole gracias, comieron alegremente y quedaron muy confortados y consolados en sus almas, por aquella bendicion y regalo que les habia enviado. Otra vez, estando en Sevilla, se encontró en una calle con una mujer que venia dando gritos como loca y fuera de sí, porque un hijo suyo se habia escondido en un horno de pan, y sin saberse que estaba allí habian encendido el horno; y la pobre madre, viendo que no le podia remediar, plañia y se lamentaba y salia fuera de juicio. Compadecióse el santo Fr. Diego, por las lágrimas y voces de la triste madre: y como él era tan devoto de nuestra Señora, con gran confianza la dijo, que se fuése luego á la iglesia mayor á encomendarse á la santísima Vírgen delante de su imágen que allí estaba, y que esperase en Dios que su hijo seria libre. Hízolo así aquella mujer; y nuestra Señora socorrió á su hijo sacándole sin lesion alguna del horno en que toda la leña se habia quemado. Divulgóse este milagro por la ciudad de Sevilla, y acrecentóse la devocion con aquella imágen, que llaman de la Antigua, donde despues se han hecho otros muchos milagros, tomando el Señor por instrumento, para gloria de su Madre, la devocion que el santo Fr. Diego la tenia.

Habiendo, pues, vivido con el ejemplo que habemos dicho, y siendo tenido de todos los que le conocian por santo, y acatado y reverenciado como siervo y amigo de Dios, cargado de años y rico de merecimientos, y deseando ya llegar al puerto y verse con Dios, cayó en una grande enfermedad de una apostema mortal que le nació en un brazo. Entendió luego que Dios le llamaba, y le queria librar de la cárcel penosa y peligrosa de esta vida: y aunque él estaba siempre aparejado para aquella jornada, se aparejó mas: recibió con mucha devocion todos los sacramentos; y llegada su hora, estando congregados los frailes, les pidió perdon con muchas lágrimas, y que le diesen su hábito y una cuerda de su religion, por amor de Jesucristo: lo cual hizo por imitar á su padre san Francisco y morir como él, pobre y humilde. Tomó luego una cruz de palo que tenia á su cabecera, y la besó y llegó á sus ojos, y con gran ternura, siendo simple y sin letras, dijo en latin: *Dulce lignum, dulces clavos, dulcia ferens pondera, quæ sola fuisti digna sustinere Regem cœlorum, et Dominum*, no sin grande admiracion de los circunstantes; porque ningun fraile del monasterio le habia oido decir palabras semejantes en latin. En acabando estas palabras dió su espíritu al Señor que le habia criado, sábado á 12 dias de noviembre, año de 1463. Enterráronle en una capilla del mismo monasterio de Santa María de Jesus, y despues de su muerte hizo Dios por intercesion del santo Fr. Diego muchos milagros, que refiere el P. Fr. Marcos de Lisboa en la Crónica de san Francisco, donde el que quisiere los podrá ver. El postrero que allí pone es el del príncipe de España don Cárlos, hijo primogénito del católico rey don Felipe, II de este nombre: el cual estando el año de 1562 en Alcalá para morir y desahuciado de los médicos, le apareció el santo Fr. Diego: y trayéndole despues su cuerpo, y tocándole de la manera que pudo,

alcanzó por sus merecimientos vida y salud; y luego que pudo, fué á visitar la capilla donde estaba el cuerpo del santo, y á darle gracias por el beneficio que por su mano habia recibido del Señor. Por este milagro tan notorio y por otros muchos que el santo obró, á instancia del rey don Felipe, la santidad del papa Sixto V canonizó al santo Fr. Diego, dia de la Visitacion de nuestra Señora, á 2 de julio del año del Señor de 1588. Escribió su vida Fr. Marcos de Lisboa en la Crónica de su órden de san Francisco; y Pedro Galesino, protonotario apostólico, y Francisco Peña, auditor de Rota, por órden del papa, escribieron tres libros de su vida y canonizacion. Pues ¿quién no ve en la vida de este pobrecito y rico, rústico y nobilísimo, idiota y santísimo varon, fraile lego y sublimado de Dios, las maravillas y grandezas del Señor? ¿Y que no da su gracia por nobleza, ni riqueza, ni por letras, estados, ni dignidades, sino por su sola bondad? ¿Y que levanta á los humildes y se complace en ellos, y conversa y se regala con ellos, y los llena de divinos dones, dejando vacios á los sabios y poderosos, que se desvanecen con su saber y poder, y atribuyen á sí lo que es propio de su soberana majestad? De aquí es que en las religiones, y especialmente en la del seráfico padre san Francisco, ha habido tantos religiosos legos que han florecido con extremada santidad: porque como el estado de los legos es mas aparejado para ejercitar la humildad, la caridad y la oracion, que son las tres principales virtudes del religioso, y como una breve suma de todo lo que debe hacer para consigo y para con los prójimos y para con Dios; los que se saben aprovechar de este estado, con ménos trabajo y dificultad salen eminentes en estas tres virtudes; y la bajeza de su mismo estado y su humillacion los dispone y hace mas hábiles para la humildad, y las ocupaciones en ayudar á los otros para alcanzar la caridad; y esas mismas ocupaciones, por ser mas de manos, que de estudio y especulacion, no distraen ni derraman el corazon, de manera que no puedan juntamente trabajar y orar. En estas tres virtudes se ejercitan todos los buenos religiosos legos, y aprovechan tanto en la escuela de la religion, que quien pesare con justo peso sus vidas tendrá mas envidia á su humilde estado, que á los otros mas preciados del mundo. Atendiendo á esto muchos hombres honrados y de buenas partes, que pudieran lucir y parecer loablemente en el estado sacerdotal, escogieron el de legos, teniéndole por mas quieto y seguro. De estos hubo muchos en la órden de San Francisco, especialmente en sus principios: á los cuales el bienaventurado padre llamaba madres en su religion, que criaban los hijos con la leche del celo de la pobreza y caridad: porque eran como unas piadosas y tiernas madres, que servian á sus padres, como si fueran sus hijos, y para que ellos se pudiesen emplear en los ministerios espirituales, los descargaban del cuidado de las cosas temporales: y por una parte era tan intenso el fervor de su caridad para con todos, que sin tener cuenta consigo, luego acudian á cualquiera que de ellos tuviese necesidad, y la socorrian aunque muchas veces faltase para ellos mismos; y por otra parte eran tan celosos del bien de su religion, y tan deseosos que todos se amoldasen y ajustasen con su regla, y la guardasen con suma observancia, que llevaban mal cualquiera falta que hubiese en ella. De estos bienaventurados legos fué uno el santo Fr. Diego, ejemplo de religiosos y espejo de almas sencillas y puras, y ornamento de aquel humilde estado, que cuanto en los ojos del mundo tiene ménos estima, tanto es mas precioso en los del Señor.

SAN MARTIN, PAPA Y MÁRTIR.—Fué san Martin, papa, I de este nombre, natural de Lodi, ciudad de Toscana, é hijo de Fabricio, hombre santísimo y de heroicas virtudes. Sucedió en el sumo pontificado á Teodoro, el 1.° dia del mes de julio, del año del Señor de 649, siendo emperador Constante II, nieto del emperador Heraclio: el cual Constante, engañado de Paulo, patriarca de Constantinopla, bebió la ponzoña y herejía de los monotelitas, que ponian en Cristo una sola voluntad, y por consiguiente negaban en él las dos naturalezas, divina y humana. De tal manera se pervirtió el desventurado emperador, que tomó la proteccion de los herejes, y pretendió que todos siguiesen la creencia que él habia abrazado, y con maña y fuerza amplificar su falsa religion. Para esto hizo escribir una confesion de su fé, y fórmula de lo que creia, que llamó *Typo*, y envióla á san Martin en el principio de su pontificado, para que la aprobase con su autoridad: mas el santo pontífice la rechazó y reprobó, como una cosa maldita y descomulgada, respondiendo con gran constancia, que aunque todo el mundo se apartase de la fé apostólica y doctrina evangélica, él no dejaria un punto de seguirla, ni se espantaria con los terrores del emperador, ni le ablandaria con sus promesas, hasta dar la vida y toda su sangre por la verdad católica. Y para atajar los males que de la violencia y mal ánimo del emperador se podian temer, despachó con brevedad sus embajadores á Constantinopla, con letras suyas para el patriarca Paulo, rogándole amorosamente que no porfiase en su error, ni se apartase de lo que tantos y tan santos varones en muchos solemnes concilios habian determinado. No aprovechó esta diligencia y comedimiento del santo pontífice Martin para reducir al patriarca; ántes él se embraveció, y ciego, soberbio y obstinado, acabó con el emperador que se prendiesen los embajadores del papa, y desterrasen en diferentes islas, donde padecieron grandísimos trabajos y calamidades. Sintió este atrevimiento é injuria san Martin (como era razon): convocó concilio en Roma de ciento y cinco obispos; y en él se determinaron de nuevo las verdades de nuestra santa fé, y aquellos errores fueron condenados y anatematizados con sus autores, Pirro, Ciro y Sergio, patriarcas ya difuntos, y execrado Paulo que vivia, y privado él y todos sus secuaces (de cualquiera condicion que fuesen) de toda dignidad. Y para que mas fácilmente viniesen á noticia de todos los cánones y decretos de aquel santo concilio, san Martin mandó hacer muchos traslados de ellos, y los envió por varias partes del mundo á los obispos, presbíteros, diáconos, abades y á toda la Iglesia católica: la cual los recibió con grande aplauso y veneracion, conformándose en todo con su cabeza, como debia. Fué este un hecho de admirable espíritu y singular valor y constancia del santo pontífice; porque viendo que ninguno de los patriarcas de Oriente era católico, y que el mismo emperador era hereje, y defensor poderoso y pertinaz de los herejes, y que para propagar su perfidia é inficionar á Italia, habia enviado á ella gobernador á propósito con aquel detestable Tipo y confesion suya, y que la misma Italia estaba oprimida con las armas del rey de los longobardos, que era hereje arriano; no dudó el santísimo pontífice en un tiempo tan apre-

tado y calamitoso, luego que se sentó en su silla apostólica, oponerse al emperador y resistirle valerosamente, hasta derramar la sangre por la fé católica. Enseñó con este ejemplo á los príncipes, que no son ellos jueces de las causas eclesiásticas, ni de la fé; á los sacerdotes y prelados (á quienes pertenecen) la vigilancia y constancia con que las deben amparar y defender.

Cuando el emperador Constante supo lo que el papa Martin habia hecho, salió casi de sí; y lleno de rabia y furor, determinó prender ó matar al papa, en venganza de la injuria que de él le parecia habia recibido. Para esto proveyó á Olimpio, su camarero (que era hereje como él), del exarcato ó gobernacion de Italia. Mandóle, que en llegando á ella sembrase la herejía; y si el papa se lo quisiese estorbar, que le prendiese ó lo matase. Olimpio luego que llegó á Ravena (que era la residencia en aquel tiempo de los exarcos), recogió la mas gente que pudo y vino á Roma, y comenzó á persuadir á muchas personas principales que complaciesen en este caso al emperador. Todos, así clérigos como seglares, le dieron por respuesta que no entendian creer ni confesar mas de lo que su pontífice en el concilio lateranense de los ciento y cinco obispos habia determinado. Como el exarco vió que los medios blandos no le aprovechaban, y que el sumo pontífice era muy bien quisto en Roma, y sacarle de ella muy dificultoso, determinó matarle. Para hacerlo mas fácilmente, fingió quererse comulgar de mano del mismo santo pontífice: y un dia que decia misa solemne en la iglesia de Santa María la Mayor, dió órden á uno de su guarda, que al tiempo que él estuviese de rodillas delante del altar para comulgar, le diese la espada para con ella dar la muerte al que le estaba dando el pan de vida. ¡Adónde no llega la malicia del hombre! ¡A qué abismo de maldad no se arroja un ministro ambicioso, para dar gusto á su príncipe! ¡Cómo toma máscara de piedad contra la misma piedad, y rebozo de la religion contra la misma religion! Mas el Señor que está en el cielo y ve el corazon del hombre, hace burla de él y lo descubre. Al mismo tiempo que aquel sayon cruel quiso ejecutar su maldad, y dar la espada á Olimpio, se cegó de tal manera, que jamás pudo atinar á ver ni conocer al papa: el cual no solamente estaba en el altar rodeado de ángeles para su defensa, sino tambien del Rey de los ángeles que tenia en sus sagradas manos. Con esto se salió el soldado sin poner en ejecucion lo que Olimpio le habia mandado, ni cometer aquel tan horroroso sacrilegio; y el santo pontífice por entonces se libró de sus manos: porque Olimpio, sabido el milagro que Dios habia obrado, se reconcilió con san Martin y se partió para Sicilia (que caia en su gobernacion) para resistir á los moros, que hacian grandes daños en aquella isla, así en la costa como dentro de la tierra. Vino con ellos á batalla; y aunque los venció quedó su ejército tan destrozado, que parecia mas vencido que vencedor: y por justo juicio de Dios, dentro de pocos dias murió de cansancio y de una dolencia, para que pagase el horrible delito con que habia pretendido quitar la vida al santo pontífice y vicario del Emperador del cielo, por agradar y servir al de la tierra. Mas constante cuando supo la muerte de Olimpio, envió á Italia por exarco á Teodoro Caliopa, que otra vez habia tenido aquella dignidad y gobernádose tan bien en ella, que el santo pontífice Martin y toda la gente cuerda y pacífica se holgó mucho con su venida, creyendo que seria él el que habia sido, y que daria buena cuenta de sí en las cosas de paz y de la guerra: pero engañáronse mucho; porque el emperador le mandó secretamente que prendiese al papa, y se lo enviase á buen recaudo á Constantinopla, y no fiándose de él le dió para acompañarle para el negocio de la prision á Paulo Peladio, criado suyo de quien tenia satisfaccion que haria fielmente todo lo que le mandaba: mas no era menester aquella seguridad; porque Caliopa venia muy trocado y con gran deseo de dar gusto al emperador: y así en llegando á Roma, aunque al principio (para engañar mejor, como lo suelen hacer los políticos) se mostró muy católico y amigo de la fé romana (porque vió al clero y al pueblo muy puesto en seguir á su pastor, y que anatematizaba á todos los que se apartaban de ella); un dia, estando el santo pontífice en San Juan de Letran, doliente y bien descuidado de la traicion que Teodoro le tramaba, y echado en una camilla delante del altar (donde despues de las vigilias en las noches solia algun tanto reposar), entró gente armada, y con gran ruido y alboroto echó mano de él; y cargado de prisiones muy ásperas, Teodoro lo entregó á Paulo Peladio para que lo llevase al emperador. No quiso el santo pastor resistir la violencia de aquellos lobos rabiosos; ántes, como cordero manso, se entregó á sus manos para que le matasen. Hubo grande escándalo y turbacion en Roma por un caso tan extraño: y cuando se supo que querian llevar á Constantinopla á su santo maestro, muchos del clero se determinaron acompañarle y servirle por el camino con sus personas y haciendas; mas fueron prohibidos y amenazados como enemigos del emperador y amigos de su enemigo; y así desamparado de todos lo llevaron á Constantinopla, muy maltratado y afrentado, publicando contra él por todas partes por donde pasaba grandes calumnias y maldades. Holgóse el malvado Constante con esta presa todo lo posible: echáronle en una cárcel áspera y lóbrega, donde estuvo noventa y dos dias, sin hablar con nadie: llevároule despues á diversos jueces y tribunales, con grande escarnio y gritería; y volviéronle otra vez á la cárcel cargado de hierro, en compañía de ladrones, donde estuvo otros muchos dias consumido de frio, y de la estrechez y mal olor de la cárcel. Mas viendo el emperador y sus ministros que por ningun camino podian ablandar aquel pecho fuerte del santo pontífice, ni hacer mella en él, mas que si fuera de acero ó de diamante, y que claramente les decia que aunque le hiciesen tajadas no comunicaria con la Iglesia de Constantinopla, ni se apartaria un punto de la fé que enseñaba la romana; le desterraron á Quersoneso, en lo último del Ponto Euxino, tierra frigidísima y casi inhabitable, en donde muchos años ántes san Clemente, papa, estuvo desterrado y acabó la vida. Aquí el bienaventurado san Martin fué tan maltratado y afligido, y padeció tantas calamidades, y tuvo tan extremada pobreza y falta de todo lo necesario para la vida humana, que el mismo santo en una epístola dice estas palabras: « Yo glorifico al Señor porque nos envia las tribulaciones como él sabe que conviene, especialmente viendo que en esta tierra es tan grande la hambre y la necesidad, que el pan se nombra y no se ve, y si de allá no se nos envia el socorro, es imposible vivir aquí. El espíritu está pronto, la carne flaca: » y en otra epístola, despues de haber encarecido su pobreza y nece-

sidad, añade estas palabras: « El Señor tendrá cuidado de este mi cuerpo flaco y vil, y le gobernará como fuere servido, ahora sea afligiéndome con continuas tribulaciones; ahora dándome algun refrigerio y breve reposo. El Señor está cerca, y así no hay para qué tener solicitud: porque confio en su misericordia, que me encaminará á lo que mas le agradare y hará de mí su voluntad. Saludad á todos en el Señor, especialmente á los que por su amor se han compadecido de mis cadenas y trabajos. » Esto es del mismo san Martin: el cual dentro de pocos dias vino á morir con grandísima paciencia, como glorioso mártir de Cristo nuestro Señor. Falleció en el año 654, á 12 dias del mes de noviembre en que la Iglesia católica celebra su fiesta, habiendo tenido la silla de san Pedro, segun el cardenal Baronio, seis años, tres meses y doce dias. Ilustró el Señor á este santísimo pontífice y esclarecido mártir, con muchos milagros que obró en vida y en muerte; porque aun en el tiempo que estaba en Constantinopla aprisionado y afligido, dió vista á un ciego con su oracion como lo escribe san Audoeno, obispo de Rohan, en la vida de san Eligio: y despues que murió, dice el autor que escribe su destierro y martirio, y fué su compañero y testigo de vista, que todos los enfermos de varias dolencias, llegando á su santo sepulcro, sanaban de ellas: los ciegos eran alumbrados: los sordos oian: los mudos hablaban: los mancos y cojos sanaban: los endemoniados quedaban libres; y ninguno dejaba de alcanzar lo que pedia á Dios por intercesion de su santo. Su sagrado cuerpo se transfirió despues á Roma, y fué colocado en el título de Esquicio, que es la iglesia de San Silvestre, papa, y de San Martin, obispo, que ya ántes estaba edificada en honra de estos dos santos; y despues que se sepultó en ella el cuerpo de san Martin, papa y mártir, algunos pensaron que habia sido edificada en honra suya, y nó de san Martin, el obispo. Este fué el fin que tuvo este glorioso mártir de Dios, muriendo con un prolijo y penoso martirio, por la puridad de nuestra santa fé y por la union de la Iglesia católica, permitiendo nuestro Señor tan gran maldad y tan detestable sacrilegio, para probar y afinar mas al santo pontífice, y coronarle en el cielo con la gloriosa corona de martirio, y para castigar al emperador Constante por este y otros delitos que cometió: porque dejando aparte las otras calamidades que padeció, y la disminucion y menoscabo de su imperio (que fué muy grande), él mismo pasó á Italia con un poderoso ejército, é hizo guerra á Grimaldo, rey de los longobardos, y fué vencido y desbaratado su ejército en el reino de Nápoles. Despues llegó á Roma: y habiendo sido recibido con gran solemnidad del papa Vitaliano y de los otros moradores de aquella santa ciudad, en doce dias solos que estuvo en ella, la robó y despojó, nó como emperador y señor, sino como enemigo y tirano. De allí navegó al reino de Sicilia, é imponiendo nuevas é injustas cargas y tributos en todas las provincias á él sujetas, se hizo tan odioso y mal quisto, que le fué causa de su muerte: la cual le dieron estando en un baño, por mandado de un capitan suyo; para que entendamos, que aunque Dios nuestro Señor algunas veces permite tan grandes males y excesos, y por algun tiempo los disimula; pero que al fin los castiga, aun en esta vida, para ejemplo y escarmiento de otros. De san Martin, papa y mártir, hacen mencion los Martirologios romanos, y los mas, aunque no todos, concuerdan en el dia de su martirio. Tambien escriben de él los autores de la Historia pontifical, y el que arriba alegamos que le acompañó y escribió su vida, y el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio, y en el VIII tomo de sus Anales.

San Millan de la Cogulla, confesor.—La vida de san Millan, monge, que otros llaman Emiliano, escribió san Braulio, arzobispo de Zaragoza, y discípulo de san Isidoro: del cual, y de los breviarios antiguos de España, sacaremos lo que aquí se dirá.

Fué san Millan de la tierra de Rioja: siendo mozo era pastor y guardaba ganado: entreteníase, como suelen los pastores, en tañer un rabel; y con la dulzura de aquella música rústica aliviaba su trabajo y desechaba el cansancio de la soledad. Al son de este su instrumento se quedó un dia dormido; y nuestro Señor le dió en el sueño tal gusto espiritual, que despertó con nuevo menosprecio de todas las cosas de la tierra y vivo deseo de las del cielo. Fuése luego al yermo en busca de un santo ermitaño, llamado Félix, que moraba en el desierto para ser enseñado en aquella vida que queria seguir. Félix le enseñó y mucho mas el Señor invisiblemente, alumbrándole é inspirándole como á hombre que ya habia escogido para doctrina y ejemplo de otros. Apartóse despues á vivir en una soledad, cerca del lugar llamado Birgegio, pero como él era amigo de la quietud, y la mucha gente que venia á buscarle le estorbase su santo reposo, determinó meterse mas adentro, en lo mas alto y mas áspero de un monte, llamado entonces Destercio. En aquel yermo perseveró cuarenta años, apartado del trato y comunicacion de los hombres; mas muy acompañado y regalado de consolaciones angélicas. No pudo esconderse tanto san Millan que el resplandor de sus grandes virtudes no lo descubriesen y le hiciesen conocer. Tuvo noticia de su santidad Dídimo, obispo de Tarazona: mandóle llamar, y casi por fuerza le ordenó de sacerdote, y le mandó sirviese en la Iglesia de Birgegio. Él obedeció, y comenzó á hacer su oficio con tanta exaccion y cuidado, procurando desarraigar de aquella Iglesia la codicia de los clérigos y los malos usos que de ella nacen que algunos clérigos no lo pudieron sufrir, y acusaron á nuestro Millan como á hombre disipador de los bienes de la Iglesia, delante del obispo Dídimo: el cual, creyendo fácilmente lo que le habian dicho, reprendió al santo ásperamente, y como á culpado le quitó el cargo de la Iglesia. No se turbó con esta tribulacion san Millan; ántes como árbol bien plantado se arraigó mas en la humildad y en la paciencia, y en el deseo de darse mas y mas á la contemplacion y al sosiego de su alma; y así se retiró á un lugar cerca de Birgegio, y pasó lo que le quedaba de la vida con mayor gusto y ansias de los bienes del cielo. Llegó á cien años de vida, y para mayor merecimiento y corona suya, fué muy fatigado de la hidropesía y de otras enfermedades. Un año ántes que falleciese supo el tiempo de su muerte: y aunque estaba con la edad y con las enfermedades exhausto y consumido, comenzó á darse á mayor rigor de penitencia, ayunos y vigilias, y á ocuparse mas tiempo en oracion: y en la cuaresma de aquel año le fué revelada la destruccion de Vizcaya, que despues sucedió, y avisó á los príncipes de aquella provincia del castigo de Dios que habia de venir sobre ella por sus pecados, para que los llorasen, y con la penitencia aplacasen al Se-

flor. Un sacerdote, llamado Abundancio, haciendo poco caso de lo que el santo les pronosticaba, le dijo, que ya la mucha edad le hacia caducar. El santo respondió: Abundancio, tú serás uno en quien se confirmará mi verdad; y así fué. Llegado ya su bienaventurado fin, envió á llamar un sacerdote, por nombre Assele, amigo y familiar suyo, y en sus manos salió aquella bendita alma para volver á su Criador, y gozar eternamente de su bienaventuranza. Luego que se supo en Birgegio que era muerto, vinieron adonde estaba su santo cuerpo, y con gran devocion y solemnidad le sepultaron en su iglesia, haciendo nuestro Señor muchos milagros despues de muerto por su intercesion, como los habia hecho en su vida. Algunos refiere san Braulio.

Estando un monge, llamado Armentario, gravemente enfermo de una apostema en el vientre; haciendo la señal de la cruz san Millan, le sanó: y á otra paralítica de muchos años, con solo tocar su báculo. Restituyó la vista á una ciega, esclava de un caballero llamado Sicoro: libró del poder del demonio á otro caballero, por nombre Nepovano, y á Proceria, su mujer, y á otros muchos que eran gravemente atormentados. Despues de muerto, sanó en su sepulcro una mujer ciega y contrahecha, llamada Eufrasia; y resucitó una niña de cuatro años, que estando gravemente enferma, sus padres la llevaban al cuerpo del santo y espiró en el camino. Las mas de las iglesias de España que rezan de este santo, toman las lecciones de lo que de él dice san Braulio, y celebran su fiesta á los 12 dias del mes de noviembre, y en este dia hace mencion de él el Martirologio romano y el de Usuardo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones. San Ildefonso hace mencion de la Vida de san Millan que escribió san Braulio; y en el breviario Toledano se pone un himno de su vida. Vivió san Millan, siendo rey de los godos Atanagildo, por los años del Señor de 554. Mas de quinientos años despues de su muerte quiso trasladar su santo cuerpo el rey don García de Navarra al monasterio de Nájera, que habia edificado; pero fué impedido milagrosamente. Su cuerpo está en un insigne monasterio de la órden de san Benito, que llaman San Millan de la Cogulla, que se fundó allí cerca en el oratorio donde murió, y en toda Castilla la Vieja es muy celebrado san Millan, y en muchas ciudades principales tiene la iglesia parroquial de su advocacion.

Los santos Aurelio y Publio, mártires.—Los discípulos de los apóstoles, segun refiere Galesinio, consagraron obispos á estos dos santos; fueron enviados al Asia, y allí con su predicacion y virtudes hicieron admirables frutos. Tambien con sus escritos combatieron los errores de ciertos herejes, llamados catafristas, que ya aparecieron en el segundo siglo de la Iglesia. No sabemos de qué ciudades fueron obispos, solo sí que derramaron su sangre en testimonio de su fé el año 173 de Jesucristo.

San Paterno, mártir.—Nacido este siervo de Dios en el territorio de Coutances, en Francia, mostró desde su juventud un amor increible por la práctica de la pobreza, de las humillaciones y por las austeridades de la penitencia. Deseando vivir enteramente desconocido de los hombres, se retiró á un monasterio en el territorio de Sens, donde pasó algunos años, hasta que los honores y distinciones que le mereció su virtud, le hicieron aquella mansion insoportable. Pero al trasladarse á otro monasterio, encontró en el camino unos malhechores, que por haberles exhortado á dejar sus desórdenes, le quitaron la vida, en noviembre del año 726. Desde luego fué venerado por los fieles como mártir, siguiendo el uso que se habia introducido de dar este título á las personas de santa vida que sufrian muerte violenta.

San Livino, obispo y mártir.—Fué un sabio y piadoso obispo de Escocia, que se trasladó á Flandes para predicar el Evangelio á los idólatras. Preparóse para esta mision con fervorosos actos de piedad, y despues por medio de la predicacion y el ejemplo, atrajo á la verdad de la religion un gran número de infieles de los territorios de Alost y de Huatem. Tenia grande aficion á la poesía, y la empleó en componer himnos y otras composiciones sagradas. Despues de un glorioso apostolado, fué martirizado en Esche por los paganos, el año 639. Su sagrado cuerpo fué enterrado á una legua de Gante, de cuya ciudad es patron.

Los santos Benito, Juan, Mateo, Isaac y Cristino, mártires.—Fueron todos estos santos monges benedictinos, que vivieron en Polonia en el siglo X. Sus virtudes y su zelo por la pureza de las doctrinas católicas, les concitaron el odio de los herejes, que al fin los asesinaron el año 1003.

San Josafat, obispo y mártir.—Era polaco de nacimiento. En su juventud se dedicó á los estudios sagrados: despues entró en la órden de san Basilio y se distinguió por su santidad. Posteriormente fué consagrado arzobispo de Poloczk en la provincia de Lituania, Iglesia que seguia el rito griego. El nuevo pastor trabajó extraordinariamente para reunir los cismáticos á la Iglesia católica; pero sus esfuerzos fueron inútiles y le costaron el sacrificio de su vida; pues los cismáticos le asesinaron el dia 12 de noviembre del año 1623. Algunos años despues la congregacion de Ritos declaró que el martirio de este santo se hallaba evidentemente probado, y su santidad atestiguada por muchos milagros.

San Rufo, obispo.—Créese que fué de la isla de Chipre. Fué discípulo del célebre procónsul Sergio Paulo, íntimo amigo del apóstol de las gentes, y habiendo sido consagrado obispo en Roma, los apóstoles le enviaron á Aviñon, cuya Iglesia fundó. Fué, pues, el primer obispo de dicha ciudad, y en ella murió, segun Galesinio, el año 65.

San Cuniberto, obispo.—Gobernó en santidad la Iglesia de Colonia por espacio de cuarenta años, habiendo sido consagrado el de 653, segun Baronio. Fué principalmente el padre de los huérfanos y el consuelo de los afligidos, y como recompensa de sus eminentes virtudes, el Señor le concedió el don de milagros.

San Nilo, abad.—Este célebre monge, discípulo de san Juan Crisóstomo, gozó de una gran reputacion de santidad desde el principio del siglo V. Créese que nació en Constantinopla, de la principal nobleza. Casó en su juventud con una mujer digna de él, y tuvo dos hijos. El emperador Arcadio le nombró gobernador de Constantinopla; pero los vicios que á la sazon reinaban en la córte alarmaron la delicada conciencia de Nilo y le obligaron á retirarse al desierto de Sinaí con su hijo Teódulo. Su esposa, consintiendo en su renuncia del mundo, se retiró tambien con su hijo á un monasterio de Egipto. Por muchos años pasó el santo con solitarios de una santidad ejemplar, que vivian en celdas separadas, las cuales fabricaban por sí mis-

mos: no comian mas que yerbas silvestres, y algunos no mas que una vez por semana, y solamente se reunian los domingos para la celebracion de los santos misterios. Los sarracenos invadieron despues el monte Sinaí; asesinaron á algunos de aquellos solitarios, á otros se los llevaron cautivos, y solo dieron libertad á los mas ancianos. San Nilo fué de estos últimos; pero su hijo Teódulo fué llevado cautivo, y no encontrando á nadie que quisiese emplearlo para lo que ellos querian, por poco es asesinado. Por fin, rescatóle el obispo de Eleusis, á quien le reclamó luego san Nilo. El venerable prelado no usó de sus derechos sobre Teódulo, sino para obligar al padre y al hijo á que se ordenasen de sacerdotes. Nada mas sabemos de este santo sino que murió el año 450, de una edad muy avanzada, siendo considerado ya por sus contemporáneos como un padre de la Iglesia. Escribió muchos tratados donde brilla su sabiduría, el conocimiento que tenia del corazon humano y su zelo por la verdad. Su *Tratado de la vida monástica* sirvió á los padres del desierto y á los monges que le sucedieron, para regular su conducta y mantener entre los religiosos el espíritu de piadosa regularidad.

San Macario, obispo y confesor.—Fué obispo de una ciudad de Escocia, á cuyo puesto fué elevado por el mérito de sus extraordinarias virtudes. Su profunda humildad y su amor extrardinario á la pobreza, manifestaron que Macario se hallaba enteramente desprendido de las cosas terrenas, y la exacta fidelidad con que desempeñó los deberes del episcopado le colocaron en la categoría de los mas ilustres pastores que ha tenido la Iglesia de Escocia. Murió entre los años 780 y 790.

San Teodoro Studita, confesor.—Diéronle el sobrenombre de Studita porque fué abad del monasterio de Studio, fundado por Studius, cónsul romano, en uno de los arrabales de Constantinopla. Nació en la misma ciudad el año 559 y abrazó la vida monástica á la edad de veinte y dos años. La santa libertad con que condenó Teodoro al emperador Constantino, hijo de Leon IV, que habia repudiado á la emperatriz María para casarse con Teodora, y su empeño en defender el culto de las santas imágenes durante los emperadores iconoclastas, le acarrearon violentas persecuciones. A Leon el Armenio, que queria obligarle á abrazar los errores, contestóle un dia: Vos estais encargado del estado y del ejército; pues bien, cuidad de ellos en buena hora y dejad los negocios de la Iglesia á la solicitud de los teólogos y pastores. Estas palabras le merecieron un destierro de siete años, al cabo de los cuales, por muerte de aquel príncipe, pudo Teodoro volver á su monasterio. El santo y zeloso abad acabó la carrera de sus dias, el 11 de noviembre del año 826, en la isla de Calcida, situada frente de Constantinopla. Toda su vida la pasó consagrada á los intereses de la religion, y en los numerosos escritos que publicó contra las herejías de su tiempo, reune á una vastísima erudicion y una solidez inexpugnable, una piedad acrisolada y un estilo claro, conciso y elegante. Los que deseen conocer la disciplina y costumbres de la Iglesia griega en los siglos VIII y IX, dice Feller, deben leer las obras de este santo.

San René, obispo y confesor.—La historia de san René, dice el canónigo Godescard, se halla envuelta en tantas fábulas, que es muy difícil descubrir la verdad. Algunos han negado que haya ocupado nunca la sede episcopal de Angers, pero hay una tradicion en aquella Iglesia, que dice fué discípulo de san Maurelio y obispo de Angers; que despues pasó al obispado de Sorrento en Italia, y que sus reliquias fueron despues llevadas desde esta última ciudad á Angers. Ignoramos la época de esta traslacion; solo consta que el cuerpo del santo estaba ya en Angers en el siglo IX. Actualmente se halla colocado en la catedral y es patron de la ciudad.

San Emiliano, monge y confesor.—Este nombre da el Martirologio romano á san Millan de la Cogulla, cuya vida hemos puesto en este dia.

DIA 13.

San Estanislao de Kostka, confesor.—Nació el bienaventurado Estanislao en el reino de Polonia el año de 1550, en un castillo de sus padres, que se dice Kostkovo; y su padre se llamó Juan Kostka, y su madre Margarita Kaiskan, personas ilustres y principales en aquel reino, y mas ilustres por haber conservado siempre la religion católica y piedad, en cuyo linaje ha habido muchos señores palatinos, electorales, senadores, capitanes, obispos y otros de alta dignidad. Entre los otros hijos que tuvieron sus padres, uno fué nuestro Estanislao, el cual habiendo pasado loablemente su niñez, y siendo ya de edad de trece años, fué enviado de su padre con otro hermano suyo mayor, llamado Pablo, á la ciudad de Viena, cabeza de la provincia de Austria, donde á la sazon residia el emperador Maximiliano, para que debajo de la disciplina y magisterio de los padres de la Compañía de Jesus (que en aquella ciudad tiene un insigne colegio) aprendiese virtud y buenas letras. Dióse tan buena maña Estanislao, y puso tanta diligencia en el estudio, que con su buen ingenio hacia ventajas á sus condiscípulos, y era amado de todos por su buena condicion y modestia. Ibase luego por la mañana cada dia ántes de entrar en las aulas, á la iglesia de la Compañía á hacer oracion, y lo mismo hacia las tardes, acabadas sus lecciones. Huia de las malas compañías como de serpientes venenosas, y de las conversaciones livianas y libres, y de cualquiera cosa que no oliese á devocion. Era muy amigo del silencio, y pensaba mucho las palabras que habia de decir. Tenia una modestia alegre, y una alegría modesta y afable. Trataba de muy buena gana con gente sencilla y sincera. Era muy compasivo, y socorria con lo que podia á los que tenian necesidad. El primero que se levantaba de la cama por la mañana en casa era él. No se contentaba de oir cada dia una misa: en las fiestas oia todas cuantas podia. Su vestido era muy llano y sencillo, y por grande que fuese el frio (como lo suele ser los inviernos en aquellas partes), nunca llevaba guantes ni queria que ningun criado le acompañase, sino cuando su hermano ó su maestro se lo mandaban. Todas las oraciones y declamaciones que componia para ejercitarse en la elocuencia, comunmente eran de las grandezas y alabanzas de la santísima Virgen nuestra Señora, de la cual era devotísimo, y cada dia le rezaba el rosario. Ocupábase de muy buena gana todos los ratos que podia en la oracion, no solo de dia, sino tambien de noche, levantándose de la cama para orar cuando los otros dormian, y con la oracion juntaba muchos actos de humildad y de mortificacion; porque á veces sin ser visto barria el aposento de su hermano, y con disimulacion ayunaba muchos dias y castigaba á menudo su carne virginal con ásperas disciplinas; y

aunque su hermano muchas veces le reprendia por verle tan recogido y retirado; á él no se le daba nada; porque tenia los ojos puestos en Dios, á quien solo deseaba agradar.

Andando tan bien ocupado y estando tan bien dispuesto Estanislao, el Señor le encendió mas en su amor y le inspiró que entrase en la religion de la Compañía de Jesus; y él se determinó á entrar é hizo voto de ello; aunque no descubrió este su propósito sino á su confesor, á quien pasados seis meses manifestó su determinacion y el voto que habia hecho.

Por este mismo tiempo le sobrevino una grave y peligrosa enfermedad, y al principio de ella, estando en su aposento le apareció el demonio en figura de un gran perro negro, horrible y espantoso, y por tres veces le acometió y se llegó á la garganta para ahogarle; pero Estanislao se encomendó muy de veras al Señor, y con su favor y la señal de la cruz, le ahuyentó de manera, que desapareció aquel monstruo y no le acometió mas. Creció tanto la enfermedad, que llegó al cabo y los médicos le desahuciaron; y el bendito mozo se vió muy afligido, no tanto con la muerte que tenia presente, como porque deseaba comulgarse y recibir el cuerpo del Señor por viático, y no sabia cómo poderlo hacer; porque el huésped, en cuya casa posaba él y su hermano, era hereje. Acudió al Señor, y encomendóse muy entrañablemente y con gran devocion á la bienaventurada vírgen y mártir santa Bárbara, así porque esta santa es patrona y abogada de la congregacion de los estudiantes del colegio de la Compañía de Jesus de Viena, donde él estudiaba, como especialmente por haber leido en su vida que todos los que le son devotos y se encomiendan á ella no mueren sin sacramentos; y ántes de esto el dia mismo de santa Bárbara que es á 4 de diciembre, habiendo acabado de confesar y comulgar, le suplicó que le alcanzase gracia del Señor, que no saliese de esta vida sin recibir los santísimos sacramentos de la Iglesia; y ahora estando tan apretado de la enfermedad y con peligro de morir, de nuevo y con mayor instancia se lo suplicó. Oyóle el Señor; y una noche estando despierto y muy fatigado del mal de la muerte, vió entrar en su aposento á la bienaventurada santa Bárbara, acompañada de los ángeles vestidos de un resplandor celestial, que con reverencia traian el santísimo Sacramento, de cuyas manos él le recibió. Hallóse presente un ayo suyo, que se llamaba Juan Bilinski, y despues fué canónigo de Plozka, á quien Estanislao avisó que hiciese profunda reverencia al santísimo Sacramento, que le traia la gloriosa santa Bárbara.

Despues de este tan gran favor recibió otro singular y no ménos maravilloso; porque estando muy congojado del mal y casi al cabo de la vida, le apareció la Vírgen sacratísima nuestra Señora con el Niño Jesus en los brazos, y le habló y le dijo que se entrase en la Compañía; y dejándole al Niño Jesus sobre la cama, desapareció la Madre santísima: y Estanislao con este favor y celestial regalo comenzó á mejorar y cobró entera salud, con grande admiracion de los médicos que le habian curado, los cuales decian que aquella salud era milagrosa y contra todas las reglas de medicina. Estos dos favores del Señor tan raros y admirables, pocos dias ántes de su muerte manifestó el beato Estanislao; porque sin reparar en lo que decia, Dios nuestro Señor se los hizo decir á un grandísimo amigo y condiscípulo suyo, que se llamaba Estéban Augusto, y al padre Manuel de Sá; aunque despues de haberlos descubierto reparó en lo que habia dicho sin mirar en ello, y quedó como corrido y lloroso; y de estos dos testigos despues se supieron.

Cobrada la salud, acordándose del voto que habia hecho de entrar en la Compañía, y lo que la beatísima Vírgen le habia mandado estando enfermo, no vió la hora de ponerlo por obra. Tratólo con su confesor, y entendió que en Viena no le recibirian, por estudiar en nuestro colegio sin consentimiento y bendicion de su padre; mas él, ni queria aguardar tanto tiempo, ni esperaba poder alcanzar esta licencia de su padre: y su hermano Pablo, como era diferente en las costumbres é intentos de su hermano, dábale mala vida, y tratábale mal de palabras y aun de manos: lo cual el bienaventurado mozo llevaba con mucha paciencia y alegría interior, porque padecia por la virtud; pero exteriormente mostraba algun sentimiento para tomar ocasion de ejecutar sus buenos propósitos y entrarse en la Compañía; y así un dia se lo dijo á su hermano, y que le trataba de manera que le obligaba á dejarle é irse de su casa; y que así lo haria, y que él daria cuenta de él á sus padres: y otra mañana se lo tornó á decir, y el hermano con gran cólera y saña le respondió que se fuése en hora mala adonde quisiese. Estanislao con mucha paz de su alma y alegría tomó esta ocasion como venida del cielo, y se vistió pobremente, y se confesó y comulgó, y encomendándose muy de veras á Dios y á su santísima Madre, se partió luego á pié de Viena hácia la ciudad de Augusta, en busca del padre Pedro Canisio, que á la sazon era provincial en la provincia de Germania la alta, para quien llevaba cartas de un padre grave de la misma Compañía, que vivia en el colegio de Viena, y era predicador de la majestad de la emperatriz doña María.

Cuando su hermano Pablo echó ménos á su hermano Estanislao, sintiólo mucho y conoció que su enojo y mal término habia echado á su hermano de casa: buscóle por toda Viena en los templos y conventos de religiosos; y no pudo hallar rastro de él; pero finalmente, por el dicho de un estudiante húngaro, condiscípulo de Estanislao, y mucho mas por un billete que el mismo hermano habia escrito á su ayo, y dejado dentro de un libro, entendió la resolucion y camino que habia tomado; y el hermano y el ayo y otro criado, y el huésped de la casa, fuéron tras él en un coche á gran priesa. Alcanzáronle y hallárenle en un campo; y fué nuestro Señor servido, que conociéndolos él, no le conocieron por verle en aquel traje. Pasaron adelante, y con salir los caballos de refresco, y ser briosos y fuertes, se pararon de manera que el cochero nunca pudo hacerles ir adelante, y les fué fuerza volver atrás. Con esto quedó Estanislao consolado y libre de aquel peligro, y prosiguiendo su camino y llegando á un pueblo, entró una mañana en una iglesia que al parecer era de católicos, con gran deseo y propósito de recibir el santísimo Sacramento en ella; pero despues supo que la iglesia no era de católicos sino de herejes, y quedó sobremanera afligido y desconsolado. Volvióse á nuestro Señor, y suplicóle con afectuosas lágrimas que no le privase del mantenimiento de su alma que tanto deseaba. Oyóle el Señor, y como padre piadoso quiso regalar á su devoto hijo, y envióle del cielo un ángel de admirable hermosura, que de su mano le dió la sagrada comunion, como otra vez lo habia hecho cuando estuvo enfermo y arriba queda referido.

Con este esfuerzo del cielo se alentó y cobró mayores fuerzas Estanislao: llegó á la ciudad de Augusta; y no habiendo hallado al padre Canisio, se fué á Dilinga, que está como diez leguas de Augusta, y allí le halló, y fué de él recibido con mucha caridad, y poco despues le envió á Roma con otros dos compañeros, adonde, habiendo entrado en los diez y ocho años de su edad, llegó con extraordinario gozo, y fué recibido del padre Francisco de Borja, general de la Compañía, el dia de los gloriosos apóstoles san Simon y Judas, á 28 de octubre del año 1567. Llegó, habiendo caminado mas de doscientas y sesenta leguas á pié, bien cansado del trabajo del camino, pero muy gozoso por verse en el puerto que él tanto deseaba.

Cuando su padre supo lo que su hijo Estanislao habia hecho, y que habia entrado en Roma en la Compañía, no se puede facilmente creer el sentimiento que tuvo; porque le amaba muy tiernamente segun la carne y sangre. Escribióle luego una carta brava y colérica, con grandes amenazas, diciéndole que habia deshonrado á su casa y linaje entrando en la Compañía, y que si en algun tiempo volviese á Polonia le sacaria aunque estuviese debajo de tierra, y que en lugar de las muchas riquezas, cadenas de oro y joyas que le habia pensado dar si viviera en el siglo, le cargaria de prisiones y cadenas de hierro. A esta carta respondió Estanislao por una parte con mucha modestia y humildad, y por otra con gran fortaleza y constancia: que él no merecia padecer por aquel Señor que tanto habia padecido por los hombres; pero que cuando el Señor fuese servido, ninguna cosa le podria suceder de mayor gusto y contento para su alma, que morir por guardar los votos que habia hecho, sin quebrantar en un punto lo que á Dios habia prometido.

No podia hartarse de dar gracias á nuestro Señor con suaves y copiosas lágrimas, cuando se vió en el noviciado de la Compañía, quebradas ya las cadenas é impedimentos de sus deudos, y en el puerto seguro de la sagrada religion, y fuera de las ondas y tormentas del siglo. Parecíale que ya no tenia padre en la tierra sino en el cielo, ni otra madre sino á la santísima Vírgen. Miraba á todos los otros novicios como á santos, para imitar á sus virtudes, y teníase por indigno de vivir entre tantos ángeles, y por gran favor y misericordia de Dios, poderse emplear en servir á los que tan de veras le servian. Era muy humilde y bien fundado en el conocimiento de sí mismo, y en el deseo de ser humillado y abatido por amor del Señor, y mostrábalo en el vestido; y de esta suerte llegó á tanto Estanislao, que por medio de su oracion dió Dios suma tranquilidad á un hermano, librándole de una tormenta que padecia. Tuvo señalado don de lágrimas, las cuales derramaba en grande abundancia y con maravillosa suavidad. Ilustrábale Dios nuestro Señor con su luz celestial, y dábale tanta inteligencia de las cosas espirituales, que todos se maravillaban de ver tanta prudencia y discrecion espiritual en un mozo de tan pocos años y en un novicio de tan pocos dias. Y no eran menores las consolaciones y gustos espirituales que el Señor infundia á aquella alma bendita y el fuego de amor divino con que le abrasaba, que algunas veces era tan encendido y fervoroso, que venia á desmayarse y desfallecer, y era necesario con lienzos mojados y agua fresca bañarle y refrescarle el pecho, por el grande fuego que sentia en él, y notablemente le debilitaba y enflaquecia el cuerpo. Pues ¿qué diré de aquella singular y entrañable devocion que tuvo á la Reina de los ángeles nuestra Señora? Porque de solo pensar en ella se derretia en dulzura, y de dia y de noche no parece que pensaba en otra cosa sino en cómo la serviria, y en meditar los misterios de su santa vida. La devocion y afecto de esta soberana Señora que bullia en su pecho, rebosaba por la boca, saludándola muy á menudo con el Ave María, y hablando siempre de sus grandezas y virtudes, y entreteniéndose las noches en amorosos coloquios con la misma Vírgen, llamándola: Madre mia, Madre mia. Era tan sabida entre los novicios esta devocion de Estanislao para con nuestra Señora, que para darle gusto cuando estaban con él, ellos mismos metian plática y trataban de loores, privilegios y excelencias de esta Señora; y por su respeto ordenó el maestro de novicios que á la hora que se juntaban á la quiete, al principio y fin de ella se hincasen todos los novicios de rodillas hácia la iglesia de Santa María la Mayor, saludando á la sacratísima Vírgen y pidiendo su bendicion; y que lo mismo hiciesen en las noches acabado el exámen de conciencia, suplicándola que amparase y favoreciese á todos los que tenian deseo de entrar en la Compañía. Con esta devocion y ternura con la Vírgen, deseó morir la vigilia de su gloriosa Asuncion, y dijo, que así seria; como fué, y adelante se dirá. Pues, ¿qué diré de las otras virtudes tan raras y singulares que de la fuente copiosísima y perenne de la divina liberalidad por este caño y arcaduz de la santísima Vírgen, se derivaron en el alma de este bienaventurado novicio? ¿Qué de su obediencia tan puntual, tan eterna y perfecta, que nunca halló repugnancia en cosa que se le mandase; porque para él la voz de Cristo y su voluntad siempre estaba ajustada con la voluntad del superior? ¿Qué de su mansedumbre, de su afabilidad, de su compostura, de su modestia y silencio, y de aquella mortificacion tan rigurosa y austera, con que afligia su cuerpo con ayunos, disciplinas y cilicios, como si fuera grandísimo pecador; siendo cosa cierta, por testimonio de los confesores que le confesaron generalmente, que nunca en su vida pecó mortalmente, y que muchas veces en las confesiones ordinarias no hallaban materia de absolucion? Finalmente, todos los novicios se miraban en él como en un espejo y dechado de santidad; y el maestro de los novicios los exhortaba á mirar é imitar sus ejemplos, y todos los que le trataban y conversaban familiarmente, le tenian por mozo escogido de Dios y muy rico de virtudes y merecimientos, y en solo mirarle se componian y encendian en el amor y temor santo del Señor.

Echando pues el bienaventurado Estanislao tantos y tan esclarecidos rayos de virtudes, y habiendo en tan pocos dias de noviciado caminado á tan largos pasos y ganado tanta tierra, ó por mejor decir, tanto cielo; abrasado del amor divino y encendido deseo de honrar en el cielo á la Vírgen santísima, le suplicó que le llevase á su patria, para gozar de su gloriosa vista; y el Señor se lo concedió: y sucedió de esta manera.

A los 8 de agosto, víspera de la víspera del fortísimo mártir san Lorenzo, habiéndole cabido aquel mes á este santo conforme á la costumbre de la Compañía, comenzó á pensar en su martirio, con un fervoroso deseo de imitarle y de ser encendido en vivas llamadas del amor del Señor; y aquel dia estando todos los novicios juntos, les preguntó, cómo podria uno ser abrasado por Cristo nuestro Señor á imitacion de san Lorenzo. Y habiendo respondido

algunos lo que se les ofrecia; dijo Estanislao, que para gloria del santo queria hacer algunas mortificaciones, y por medio del mismo santo escribir una carta á la santísima Vírgen, su Madre (que así la solia llamar), suplicándola afectuosamente, que le sacase presto de este destierro, para hallarse presente en el cielo á la fiesta de su gloriosa Asuncion. Con este intento, la víspera de san Lorenzo salió al refectorio con pública disciplina y de rodillas dijo sus faltas, y besó los piés á todos y comió en el suelo, pidiendo la comida y bebida de limosna, como se usa en la Compañía; y de allí se fué á servir á la cocina, y con la ocasion del fuego que allí habia, se puso á meditar el tormento de las parrillas del glorioso san Lorenzo; lo que hizo con tanta vehemencia é intencion, que allí le dió un grande desmayo y fué necesario llevarle á la cama. Sobrevínole una calentura, que aunque al principio fué lijera y los médicos decian que no era cosa de peligro, él dijo al padre rector, que sin duda moriria de aquella enfermedad: y despues mas claramente dijo, que no se levantaria de aquella cama, y que moriria sin falta la víspera de la Asuncion de nuestra Señora: y así en aquel mismo dia comenzó á desfallecer notablemente: y conociendo él que se acercaba la hora de su dichoso tránsito, pidió con grande instancia y humildad al padre rector, que le dejase echar y morir en el suelo para imitar en algo la pobreza del Salvador, que pobre y desnudo murió en la cruz. Echáronle en un colchoncillo sobre el suelo: y habiéndole sobrevenido un gran flujo de sangre con un sudor frio, y recibido los santos sacramentos de la confesion, viático y extremauncion con singular ternura y devocion, luego fijó los ojos en el cielo y estuvo un rato sin hablar palabra, elevado y trasportado en Dios, hasta que el padre rector le preguntó si estaba resignado en las manos del Señor, y aparejado para salir de esta vida caduca cuando él fuese servido. Entonces con mucha alegría de su alma respondió: Mi corazon está aparejado, Dios mio, mi corazon está aparejado: y habiéndose tornado á reconciliar y recibido á los padres y hermanos que le venian á visitar con mucha dulzura y amor, regalándose con una imágen de nuestra Señora, que en vida solia tener delante de los ojos, y besándola y abrazándola con afecto y ternura extraordinaria, y dicho otras oraciones devotas y propias de aquel tiempo; hizo un coloquio en latin, hablando con un crucifijo, tan largo y tan amoroso, que bien se echaba de ver que no era sacado de los libros sino de lo mas íntimo de su corazon. En él dió infinitas gracias al Señor por todos los beneficios y misericordias, así generales como particulares, que de su liberalísima mano habia recibido, y le suplicó le perdonase sus pecados y que recibiese en paz su alma y en sus manos sacratísimas, no hartándose de besar las llagas de los piés, manos y costado, y últimamente las de la cabeza; y pidió que le dijesen la letanía de los santos, que por suertes le habian cabido aquellos pocos meses que habia estado en la Compañía, y él los tenia escritos, y les suplicaba que en aquel trance le socorriesen. Estando en esto le apareció la santísima Vírgen acompañada de otras muchas purísimas vírgenes, con las cuales estuvo regaladamente hablando un rato; y luego con un suave silencio entregó su bienaventurado espíritu al Señor que le habia criado á tres horas de noche, del dia 14 de agosto del año 1568, y á los diez y nueve de su edad y diez meses de su noviciado, y *consummatus in brevi explevit tempora multa*, como dice el Espíritu Santo por el Sabio, en pocos dias de vida vivió mucho y alcanzó grandes merecimientos y coronas, como si hubiera vivido muchos años.

Quedó el cuerpo difunto tan hermoso, con el rostro tan sereno y los ojos tan claros como si no hubiera espirado; y notóse que todo el tiempo de la enfermedad (sino era cuando le hablaban y preguntaban alguna cosa) siempre estaba con los ojos cerrados, aunque despierto; y algunas veces cuando los abria, como si dispertara, los levantaba al cielo con un semblante alegre y risueño, como quien veia alguna cosa que causaba en su alma gran gozo y júbilo. Enterráronle en una caja (que fué cosa particular, pero indicio de la opinion que tenia de su santidad) en la iglesia de San Andrés de la misma casa de los novicios, y fué el primero de la Compañía que en ella se enterró. Fué notable el concurso que hubo en su entierro, no solo de los de la Compañía que estaban en Roma, sino de otra mucha gente, y tanta la devocion con que le besaban los piés y la ropa y procuraban hacer alguna reliquia suya, que el doctor Francisco Toledo que despues fué cardenal, admirado de esto dijo: Gran cosa es, que un mozo novicio y polaco, muerto, mueva en Roma tanto á la gente para verle, y tocarle y besarle como á santo.

Creció esta opinion de la santidad de Estanislao con el libro de su vida, que dos años despues de su muerte se imprimió en Roma en lengua italiana, con nombre de beato, y en Polonia se escribió en latin y corria por todo aquel reino, y muchos leyéndola se movieron á entrar en la Compañía. Fué esto de manera, que en el mismo reino de Polonia comenzaron á pintar la imágen de Estanislao y estamparla con nombre de santo: y no solamente el pueblo y gente vulgar, sino tambien los obispos, prelados, palatinos, señores y gente principal, y hasta el mismo rey á tenerla en su palacio y reverenciarla como imágen de santo: y el dia del arcángel san Miguel del año de 1604, habiéndose llevado á la ciudad de Calisian algunas reliquias de este bienaventurado novicio, fueron recibidas con pública y solemne procesion y sermon, acudiendo todos á besarlas con particular devocion y afecto. En el año de 1602, la santidad del papa Clemente VIII, que habia sido legado en el reino de Polonia, concedió dos breves, el uno en que daba el título de beato al hermano Estanislao, y el otro en que concedia diez años y diez cuarentenas de indulgencia á todos los que el dia de su muerte visitasen cierta capilla que se le habia hecho en su patria; y en la misma ciudad de Roma es venerado su sagrado cuerpo, y el año de 1605 á 14 de agosto, que es el dia en que murió (como dijimos), la santidad de Paulo V; habiendo leido el sumario de la vida y milagros del bienaventurado Estanislao, dió licencia para que se pusiese en público su imágen junto á su sepulcro, con lámpara y con las memorias y votos de los milagros que nuestro Señor por él habia obrado; y así se hizo con extraordinario concurso de la ciudad y córte de Roma, cantando la misa el mismo embajador del rey de Polonia, y toda la música del papa con grande ornato y magnificencia; y al domingo siguiente *infra octavam*, cantó la misa pontifical el obispo de Servia, asistiendo á ella el embajador y toda la nobleza de Polonia que habia en Roma. Lo mismo se hizo en el reino de Polonia en muchas iglesias, y levantaron altares ricamente adornados con reliquias é imágenes del bienaventurado

Estanislao, de donde le han enviado muchos y muy ricos dones para adorno de su sepulcro y del altar que tiene en Roma, donde cada dia es visitado y reverenciado con particular devocion, por los muchos y grandes milagros que continuamente obra el Señor por su intercesion en diversas partes, y cuelgan sus votos para memoria de los beneficios recibidos de la mano del Señor por medio de este bienaventurado mozo y novicio de la Compañía.

Algunas personas devotas suyas, haciendo oracion, han sentido una fragancia celestial y olor suavísimo que salia de su sepulcro: y habiéndole abierto muchos años despues de muerto, hallaron su cuerpo entero y sin alguna corrupcion. Los milagros que nuestro Señor hasta ahora ha obrado por este siervo suyo, se pueden ver en el libro que anda impreso de su vida, de los cuales yo referiré aquí brevemente algunos. En la provincia de Rusia, estando un sacerdote que le era muy devoto gravemente enfermo, le apareció el bienaventurado Estanislao acompañado con otros dos santos, y le dijo, que presto se verian juntos en la gloria, de lo cual el sacerdote quedó consolado, y de allí á pocos dias murió. En Roma un hombre que se llamaba Nicolás Nursino estaba endemoniado y gravemente atormentado de los espíritus malignos; y quedó libre por los merecimientos del bienaventurado Estanislao.

En el reino de Francia una señora muy ilustre, llamada Teodora Ligvivila, estaba de la cintura abajo toda tullida por cierta ponzoña que la habian dado: y haciéndose llevar á la iglesia en una silla, y suplicando á nuestro Señor, que por los merecimientos del bienaventurado Estanislao la librase de aquella enfermedad, súbitamente cobró salud, y delante de mucha gente se levantó de la silla en que estaba y comenzó á andar por sus piés con admiracion de todos los que allí estaban, y mucho mas de los médicos que la tenian por incurable.

Otras mujeres han sido socorridas en los partos revesados y peligrosos: otros enfermos de calenturas continuas y cuartanas, fatigados de apretura y sangre del pecho, de palpitaciones de corazon, de hinchazones de todo el cuerpo, de mal de ojos, de brazos quebrados y de otras enfermedades, y casi desahuciados alcanzaron entera salud ó encomendándose al bienaventurado Estanislao, ó bebiendo un poco de vino en que se habia lavado un hueso suyo, ó con un diente ó con una astilla de su ataud, ó con otra reliquia suya. Y aconteció en Roma el año de 1602, que estando un caballero polaco con calentura continua y casi tísico, rogó á un sacerdote muy devoto del bienaventurado Estanislao que hiciese oracion por él; y el buen sacerdote con grande autoridad y confianza dijo á la calentura: Por los merecimientos del bienaventurado Estanislao, yo te mando que salgas de este enfermo, y no vuelvas mas á él. El sacerdote lo dijo, y Dios concurrió con su palabra, y el caballero quedó sano y sin calentura.

Por estos y otros milagros es muy frecuentado el sepulcro del bienaventurado Estanislao en Roma, y hay tanto concurso á él, que algunos dias es necesario á todas horas tener abierta la iglesia del noviciado de San Andrés, donde está con tanta riqueza y adorno, que en el libro que anda escrito de las cosas notables de Roma, hablando de la iglesia de San Andrés de Monte-Cavallo, se pone por cosa insigne el sepulcro del bienaventurado Estanislao.

Fué este santo novicio de mediana estatura, cabello negro, de color blanco y colorado, el rostro lleno, los ojos alegres, de hermoso aspecto y de una tan rara y singular modestia, que daba muestras de su virginal pureza, y con su vista movia á los que le miraban á devocion y castidad.

La vida del bienaventurado Estanislao se ha sacado de lo que sus maestros de novicios y confesores han dicho ó escrito, y de lo que Jorge Soboritano y otros autores poco despues de su muerte escribieron de él, y principalmente de los procesos que en la Italia, Francia, Flandes, Bohemia, Polonia y España, han hecho los obispos y personas puestas en dignidad. El que atentamente la leyere, podrá sacar de ella muchos y raros ejemplos de virtud, y entender que no hay edad inhábil para Dios, y que en pocos años, el que es prevenido de su gracia y se emplea de veras en su servicio puede ganar mucho, y muriendo en breve, alcanzar mas gloria que los que viven largos años con tibieza y flojedad. Novicio era Estanislao, mozo noble, rico y delicado de complexion; pero en solos diez meses que vivió en la Compañía, se dió al estudio de la perfeccion con tanto ahinco y valor, que viviendo fué tenido por santo; y despues de muerto Dios nuestro Señor, ha mostrado que lo fué, esclareciéndole con tantos milagros como se cuentan en su vida.

SAN BRICIO, OBISPO Y CONFESOR.—Muchos comienzan bien y acaban mal; y otros hay que habiendo dejado el buen camino que comienzan declinan de la virtud; y despues conociendo su culpa y alumbrados con la luz del cielo vuelven al camino derecho, y aunque con trabajo llegan á puerto de salud. Esto vemos en san Bricio, obispo de Tours: cuya vida queremos brevemente aquí escribir.

Fué san Bricio discípulo y sucesor en el obispado á san Martin: crióse desde niño en el monasterio que el santo habia edificado, y debajo de su mano é instruccion muy religiosamente, y dió tan buenas muestras de su aprovechamiento y virtud que el santo prelado le ordenó de presbítero. Mas la nueva dignidad que debia encenderle mas en la devocion y acrecentar el estudio y cuidado de la perfeccion, le fué ocasion de entibiarle y aflojar en ella; porque despues que se hizo clérigo, comenzó á desmandarse y darse á la libertad y vida licenciosa, á gustos, entretenimientos y vanidades del siglo. Compraba esclavos, muchachos y muchachas de buen parecer: criaba caballos; y para decirlo en una palabra, vivia mas como caballero libre y seglar, que no como clérigo honesto y religioso. Avisóle muchas veces el glorioso san Martin de esta mudanza de vida y del gran escándalo que daba á todo el pueblo con su mal ejemplo, amonestóle, reprendióle, é hizo con él oficio de verdadero padre: pero Bricio, no solo no se enmendó y tomó con agradecimiento lo que el santo padre le dijo; ántes se embraveció y salió fuera de sí, de tal manera, que le dijo en su cara muchas injurias y baldones, é instigado de los demonios que el mismo san Martin habia visto que le atizaban y estaban sobre él, poco faltó que no pusiese en él las manos; mas el santo le venció y sosegó con una admirable paciencia y mansedumbre. Otra vez, estando Bricio en la plaza, vino á él un enfermo que buscaba á san Martin para que le diese salud: y preguntóle si sabia dónde estaba, porque no le podia hallar; y respondió Bricio: Si buscas aquel loco, vesle allí léjos donde está mirando como insensato, segun

costumbre, al cielo. Fué el enfermo al santo y luego alcanzó de él lo que deseaba; y san Martin vino á Bricio y le dijo: Así, ¿qué te parezco insensato? Espantóse entonces Bricio y confundióse oyendo estas palabras, y comenzó á negar haberlas dicho, y el santo respondió: No lo niegues, que aunque estaba léjos, mi oreja estaba pegada á tu boca cuando las dijiste. Quiero que sepas que he alcanzado de Dios que me sucedas en el obispado; pero con gran trabajo tuyo, porque has de padecer en él mucho. Oyendo esto Bricio, dijo: Ahora sí que conozco que es verdad lo que dije y que este viejo es loco. En suma murió san Martin, y por voluntad de Dios Bricio le sucedió en el obispado. Entonces, como quien despierta de un profundo sueño, comenzó á pensar y rumiar lo que le habia dicho san Martin, y á darse á la oracion y hacer bien el oficio de prelado; porque aunque era soberbio y vano, tenia fama de honesto y casto. Treinta y tres años habia sido obispo, cuando se levantó una terrible tempestad para que se cumpliese enteramente lo que san Martin le habia profetizado que seria obispo y padeceria mucho. Habia una mujer que en hábito de religiosa lavaba la ropa del obispo: mudó el hábito, concibió y parió. Publicóse este hecho por la ciudad; y todo el pueblo sin mas averiguacion echó la culpa al obispo, tan loca y furiosamente que lo quisieron apedrear, clamando que hasta allí la piedad de san Martin habia cubierto su lujuria, y que nunca Dios permitiese que besando aquellas manos sacrílegas ellos quedasen mancillados. No bastaba razon ninguna contra el furor del pueblo, ni por mas que Bricio negase aquel delito y jurase que era mentira y calumnia todo lo que le imponian, no habia hombre que le creyese y que no se tapase los oidos. Finalmente mandó Bricio que allí delante de todos le trajesen al niño que la mujer habia parido, y á la sazon era de treinta dias: y teniéndole allí presente le dijo: Yo te mando en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que si yo soy tu padre lo digas aquí delante de toda esta gente. Y el niño respondió: No eres tú mi padre. Comenzó el pueblo á pedir y apretar á Bricio que preguntase al niño quien era su padre. Esto no me toca á mí, sino á vosotros: yo ya he hecho lo que conviene á mi persona. No bastó un tan claro y evidente milagro para que aquella gente alborotada y ciega se sosegase; ántes atribuyendo la virtud de Dios á hechizos y malas artes, le daban empellones y á una voz clamaban: No queremos que seas mas nuestro falso pastor. Tomó san Bricio brasas encendidas en su vestido, y fuése con el pueblo hasta el sepulcro de san Martin, y allí las arrojó, quedando su ropa entera y sin quemarse y diciendo él: Así como esta ropa mia no se ha quemado con el fuego, así mi cuerpo está exento de la carnal concupiscencia.

¿A quién no convencieran y ablandaran estos dos milagros? Pero el pueblo (permitiéndolo así el Señor) no se ablandó; ántes le echó ignominiosamente de su Iglesia y puso por obispo en su lugar á un clérigo que se llamaba Justiniano.

Echado san Bricio de su silla, se fué á Roma á dar cuenta al sumo pontífice de su trabajo, confesando clara y lisamente que era castigo de Dios por no haber creido á los milagros que él obraba por san Martin y por haberle tenido y llamádole insensato. El falso obispo Justiniano, para asegurar su partido y volver por sí, se partió tambien para Roma; y llegando á Vercelli, en el Piamonte, murió miserablemente; y los de Tours nombraron otro en su lugar por nombre Arménico. Mandó el papa averiguar el caso: y sabiendo la verdad le favoreció, y al cabo de siete años mandó á Bricio que volviese á su Iglesia, como obispo verdadero de ella, confirmado con autoridad apostólica. Él lo hizo; mas no quiso entrar en Tours: ántes se quedó en una aldea seis millas cerca de la ciudad. Dió luego una calentura á Arménico, tan recia que á media noche le acabó, y Bricio tuvo revelacion de ello; y luego á la mañana dijo á sus compañeros: Vamos á enterrar á nuestro obispo de Tours, cuyo cuerpo sacaban para enterrarle, por una parte de la ciudad, al tiempo que Bricio entraba por otra. Con esto volvió Bricio á su silla y vivió pacíficamente en ella otros siete años: y habiéndola gobernado cuarenta y siete, dió su espíritu al Señor, y la Iglesia le celebra por santo. Hace mencion de él el Martirologio romano, y el de Beda, Usuardo y Adon á los 13 de noviembre. Escriben de él san Severo Sulpicio y Venancio Fortunato en la Vida de san Martin, y san Gregorio Turonense, lib. II, cap. 21, y lib. x, cap. 31, de la Historia de Francia, y de estos autores se sacó esta vida; y de ella podemos aprender lo que vale la paciencia y la oracion de los santos para con Dios; pues por la de san Martin perdonó é hizo santo á Bricio: y que ni el que está en pié se puede tener por seguro que no caerá, ni el que está caido, pensar que no se podrá levantar; que lo uno y lo otro vemos como pintado en esta vida de Bricio: y juntamente aunque nuestro Señor perdona las injurias que los hombres hacen á sus santos; pero que tambien quiere que las paguen y purguen en esta vida, dándoles trabajos y penas. Todo este nace de la misericordia infinita y piedad del Señor.

Santa Maxelende, virgen y mártir.—En la provincia de Cambray, que es en los estados de Flandes, hubo dos caballeros casados que se llamaban Humbino y Ameltrude, personas ilustres, ricas y piadosas, de las cuales nació santa Maxelende: cuya vida referida por el P. Fr. Lorenzo Surio en su sexto tomo fué de esta manera. Desde niña mostró que la gracia del Señor singularmente la habia escogido por esposa, y con su buena inclinacion y cuidado que tuvieron sus padres en criarla en temor de Dios, se entregó totalmente á la virtud, dando de mano á las galas, afeites, entretenimientos y gustos de las otras doncellas, sus iguales. Era hermosa por extremo, y no ménos honesta y recogida, grave y agradable en su trato juntamente. Estaba puesta en los ojos de todos por fama; aunque vivia escondida en su secreto retraimiento: y como en ella concurrian todas las dotes que en una mujer se pueden desear, de nobleza, riqueza, belleza y gracia: muchos la pedian por mujer á sus padres; y ellos, sabiendo que su hija no gustaba de casarse, dilataban esta plática con varios colores, dando tiempo al tiempo. Habia entre los otros pretensores un caballero mas principal y poderoso que se llamaba Harduino. Este se aficionó tanto á la santa doncella que importunó á sus padres que se la diesen por esposa, con tantas sumisiones, ruegos, promesas y aun amenazas, que los rindió, y se la prometieron sin decir nada á su hija. Quedó Harduino muy gozoso y contento por haber alcanzado lo que tanto deseaba, y fué á su casa para aparejar las fiestas del desposorio á cierto dia señalado. Entretanto los padres de santa Maxelende le preguntaron si queria casarse con aquel caba-

llero que era tan rico, tan poderoso y de tan gentil disposicion, exhortándola á bajar la cabeza al yugo del santo matrimonio, y á obedecer á sus padres y darles contento; pues podia en aquel estado servir á Dios. La santa vírgen se turbó; porque tenia otros intentos, y habia consagrado á Dios su virginidad. Pidióles que le diesen un dia para pensarlo mejor; y toda aquella noche gastó en oracion, suplicando á nuestro Señor que la guardase entera y sin corrupcion, y la armase de su gracia para vencer la flaqueza de su carne y la violencia de los que la querian amancillar: y Dios la confirmó con una vision (á lo que dicen) de los ángeles que la visitaron y animaron. Al dia siguiente llamó á sus padres y les afeó lo que habian hecho sin darle parte, siendo ya de edad para conocer lo que le convenia, y el bien y el mal, y les declaró que habia desde niña tomado á Cristo por esposo, y que por ninguna cosa dejaria de cumplir lo que habia prometido. Llegó el dia señalado de las bodas: y Harduino con gran alegría y aparato, vino para celebrarlas con acompañamiento de amigos y criados, y Humbino, casi por fuerza y como por los cabellos, llevó consigo á su hija Maxelende para que se casase; mas ella habló de tal manera y con tal resolucion á todos los que á las fiestas de las bodas se habian juntado, que luego entendieron que perdian tiempo, y que aquella doncella ántes perderia la vida que su virginidad. Quedó Harduino (por el encendido deseo que tenia de gozar de la santa vírgen) por una parte avergonzado y confuso; y por otra bravo, sañoso y como fuera de sí. Con esto cada uno se volvió á su casa, y la santa vírgen se recogió á la suya, y se dió mas á todas las obras de virtud, á la oracion, devocion, ayunos, vigilias, limosnas y obras de misericordia, entendiendo que presto el Señor le habia de dar la corona del martirio por la defensa de su pureza virginal.

De allí á algunos dias los padres de Maxelende fueron convidados á comer de cierto amigo suyo: y porque su hija no gustaba de semejantes fiestas y convites, la dejaron en su casa. Supo esto Harduino, y como estaba embriagado del vino del amor, juzgando que aquel era tiempo oportuno para gozar de la santa vírgen y cumplir su mal deseo; ciego y arrebatado de la pasion, se fué á su casa donde estaba con gente armada, y entrando de repente, aunque ella se habia escondido, al fin la hallaron, y Harduino, tomándola aparte comenzó con halagos, blanduras y dulzuras de amante desatinado, á rogarla y conjurarla que le tomase por marido y consintiese con su voluntad; mas ella estuvo fuerte como una roca en que se quebrantan las furiosas olas, y le dijo: que ninguna fuerza bastaria para que fuese desleal á Jesucristo, y que bien podria matar su cuerpo, mas no podria matar el alma: y diciendo esto se escabulló y soltó de las manos de los que la tenian; y Harduino, abrasado de las llamas de concupiscencia y de furor, corrió tras ella, y con su espada la mató: mas en el punto que vió salir la sangre del cuerpo de la vírgen quedó ciego, y los compañeros que venian con él le dejaron, temiendo cada uno otro semejante castigo. Divulgóse el caso: vinieron sus padres llorosos y muchos clérigos y gentes del pueblo, y enterraron su sagrado cuerpo en la iglesia de los bienaventurados san Pedro y san Pablo, en una aldea allí cerca, donde estuvo tres años, hasta que san Vindiciano, obispo de Cambray, trasladó su cuerpo al mismo lugar donde habia sido martirizado por una revelacion que una religiosa viuda tuvo, oyendo una voz del cielo que la mandaba que fuése al obispo, y le dijese de parte de Dios que así lo hiciese; porque él queria glorificar á esta santa con milagros en aquel mismo lugar. El dia que se hizo esta traslacion, Harduino, ciego y desventurado se hizo llevar al cuerpo santo, confesando su pecado y pidiendo perdon, y la vista de los ojos que justamente habia perdido; y alcanzóla: y allí delante de todos, dijo su culpa, contando la historia de lo que habia pasado, alabando todo el pueblo al Señor por tan grandes maravillas. En aquel lugar se labró una iglesia para honrar esta santa; y el obispo puso clérigos y mujeres religiosas que continuamente alabasen en ella al Señor: y Humbino, padre de la santa vírgen, hizo donacion de todos sus bienes á aquella iglesia; y Dios nuestro Señor obró muchos y muy grandes milagros por intercesion de esta santa: y despues andando el tiempo, se trasladó el santo cuerpo á Cambray, y de allí á Perona; y en todas partes recibieron muchas misericordias del Señor los que se encomendaban á esta santa vírgen; cuya fiesta celebra la Iglesia en aquellas partes á los 13 de noviembre; y segun Juan Molano en el Índice de los santos de los estados de Flandes, fué su muerte el año del Señor de 660; y añade que parte de sus sagradas reliquias están en la iglesia de Nuestra Señora de la ciudad de Cambray, y parte en el castillo de Cambresy.

He escrito esta vida principalmente para que las doncellas que se han dedicado á Dios y tomado á Jesucristo por su dulce esposo, sean constantes en guardar lo que tienen prometido; y para que sepan que deben ántes perder la vida que su pureza virginal: pues perdiéndola ganan el cielo y alcanzan dos lauréolas y coronas, una de vírgenes y otra de mártires; y tambien para que se vea lo que puede un amor loco y furioso, y como al hombre que posee le saca de juicio como hizo á Harduino, que dió la muerte por sus propias manos á la que tanto amaba y queria por mujer. Fiera bestia es nuestra carne, y para domarla no hay sino tenerla bien atada y sujeta: lo cual, aunque parece difícil, se hace fácil con la gracia del Señor.

San Homobono, confesor.—El bienaventurado san Homobono nació en Cremona, ciudad principal en Lombardía, de padres mercaderes, no pobres ni ricos; los cuales en el bautismo quisieron que se llamase Homobono, que quiere decir hombre bueno; pronosticando con este nombre la bondad y virtud con que habia de resplandecer en toda su vida. Con este buen principio le criaron cristianamente, y le enseñaron el temor santo del Señor. Cuando tuvo edad le aplicaron á su mismo oficio de mercader, en el cual fué tan mirado, tan circunspecto y tan poco codicioso en el comprar y vender, y en los contratos que hacia, que ponia admiracion: porque guardaba toda verdad: no excedia un punto del justo precio: era puntual en las pagas y muy ajeno de los vicios de los otros mercaderes. A mas de esto era mozo apacible, gracioso, afable y modesto en sus palabras y costumbres; de manera, que en breve ganó las voluntades y convirtió los ojos en sí de toda la ciudad. Era muy obediente á sus padres, y por voluntad de ellos se casó con una doncella y guardó la castidad conyugal perfectamente. Murió su padre, y viéndose ya libre nuestro Homobono, comenzó

á darse mas á Dios, conociendo que todas las riquezas y bienes de la tierra son caducos y frágiles, que se alcanzan con mucho trabajo, se poseen con temor, se pierden con dolor y que no pueden hartar la sed de la codicia humana; determinó buscar aquel tesoro que siempre dura, y repartiendo de su hacienda á los pobres, comprar el cielo. Hacia limosna á los pobres con tanta liberalidad y afecto, que no aguardaba á que se la pidiesen, sino que él los prevenia y los buscaba para dársela. Consolaba á los afligidos, amonestaba á los que erraban, enseñaba á los ignorantes, perdonaba á sus enemigos, daba buen consejo á los que se le pedian; en suma era refugio, alivio y amparo de todos los necesitados y menesterosos: fué esto de manera, que á una voz era tenido y llamado padre de los pobres. Como la mujer de nuestro Homobono vió á su marido tan maniroto con los pobres, temiendo que al mejor tiempo se menoscabaria y le faltaria su hacienda, comenzó á rogarle no la disipase: al principio con blandas y amorosas palabras y ruegos; y despues (viendo que todo esto no bastaba) con quejas, injurias y modos pesados é indignos de una mujer para con su marido. Pero como estaba fundado sobre la roca y nó sobre la arena, no se movia por los voces de la mujer, que á guisa de aire y lluvia le combatian, ántes la enseñaba que no se menoscaba la hacienda que por manos de los pobres se da á logro á Jesucristo, el cual en esta vida la paga dando ciento por uno, y en la otra la gloria sempiterna. Y para que se entendiese que no eran palabras las que Homobono decia, sino verdad de Dios, le aconteció una vez en tiempo de una gran carestía, que volviendo de la iglesia á su casa, le siguieron muchos pobres, y él, estando su mujer ausente, con maravillosa alegría les repartió la mayor parte de una cesta de pan que le habia traido; y á la noche á la hora de cena, se hallaron en el arca tantos panes cuantos eran los que él habia dado, pero mucho mas blancos y mas sabrosos: de lo cual la mujer quedó espantada; y el santo le mandó que no lo dijese. Otra vez, yendo á una heredad suya (que solo habia guardado para sustentarse á sí y á los pobres con los frutos de ella), y llevando vino para los labradores, encontró muchos pobres en el camino que le pidieron de beber, y él se les dió de buena gana, quedando vacíos los frascos que llevaba. No quiso volver para henchirlos de vino á su casa, temiendo la mala condicion de su mujer por no desabrirse con ella; y por otra parte, queriendo proveer á la gente que tenia en el campo de bebida, llenó el santo varon de agua los frascos y echóles su bendicion. Bebieron de ellos los labradores, y hallaron que era excelentísimo vino, y preguntaron á Homobono dónde habia hallado aquel vino tan escogido; y él, creyendo que hacian burla de él, bebió de un frasco y halló que era verdad y que el agua se habia convertido en vino, é hizo gracias á nuestro Señor, y calló y disimuló y procuró encubrirlo por huir la vanagloria; mas Dios lo manifestó por un hombre que le vió echar el agua, y despues probó que era vino.

Fué asimismo muy devoto y muy dado á la oracion, en la cual no solo gastaba buena parte del dia, sino tambien las noches. Iba siempre á maitines, y era tan infalible el ir cada noche á la iglesia de San Gil para oirlos, que el cura, que se llamaba Oberto, en tocando la campana iba luego á abrir la puerta de la iglesia para que Homobono entrase; pero no pocas veces le aconteció ver al santo orando dentro de su iglesia sin haber él abierto la puerta; porque hallándola el santo cerrada, cuando venia ántes de tiempo, Dios se la abria milagrosamente. Con estos milagros y con su santísima vida convirtió á muchos y muy pertinaces herejes á la santa fé católica: á los cuales algunos varones doctos y religiosos con sus grandes letras y argumentos no habian podido reducir. Finalmente, el año del Señor de 1197, se fué como solia, á la noche á maitines sano y bueno: y despues de acabados, se puso en oracion de rodillas delante de una cruz, y estuvo en ella hasta la hora de misa; y al tiempo que el sacerdote decia la gloria, extendió sus brazos en forma de cruz, y allí sin enfermedad ni ruido alguno, dió su bendito espíritu al Señor á los 13 de noviembre. Halláronle muerto de esta manera; y luego por toda la ciudad voló la fama que san Homobono era muerto; y concurrió innumerable multitud de gente para verle, y tocar y reverenciar sus preciosas reliquias. Enterráronle en la misma iglesia de San Gil con muchas lágrimas, ternura y sentimiento; y Dios nuestro Señor hizo por él muchos milagros, dando piés á los cojos, vista á los ciegos, lengua á los mudos, oido á los sordos y salud á los enfermos de varias dolencias, y otros milagros que se pueden ver en su vida: por los cuales, y por sus grandes virtudes y conocida santidad, el papa Inocencio III le canonizó y puso en el catálogo de los santos, á los 22 de diciembre del año 1193, y en el primero de su pontificado. Despues, el año de 1356 se abrió su sepulcro; y al año siguiente de 1357, á los 25 de junio, se trasladó su sagrado cuerpo á la iglesia mayor, y se colocó honoríficamente en un arca de mármol, donde está; y la ciudad de Cremona recibe por su intercesion muchos y grandes beneficios del Señor. Su vida escribió la Iglesia de Cremona, y la bula de su canonizacion trácla Fr. Lorenzo Surio en el sexto tomo. Hace mencion de él el Martirologio romano, y el cardenal Baronio en sus anotaciones á los 13 de noviembre, y Pedro de Natalibus, libro x, cap. 56; y Gerónimo Vida, obispo de Alva, escribió en verso un himno en su alabanza.

* Los santos Valentin, Soluton y Víctor, mártires.—Cuando imperaba Diocleciano, sufrieron el martirio estos santos en la ciudad de Ravena, acabando sus vidas siendo degollados, despues de haber tolerado varios tormentos.

San Mitrio, mártir.—San Gregorio de Tours, dice Godescard, que hace honrosa mencion de San Mitrio, remite el lector á la historia de su vida; pero esta obra no ha llegado á nuestro conocimiento. Parece que este santo sufrió martirio en tiempo de Diocleciano, en Aix de la Provenza. Añádese que padeció varios tormentos, todos muy crueles; pero que ninguno de ellos fué capaz de vencer su constancia, y que los sufrió hasta con alegría. San Mitrio es el patron principal de Aix, donde se celebra su fiesta en este dia. El mismo san Gregorio añade, que Dios glorificó su sepulcro por medio de muchos milagros.

Los santos Antonino, Zebinas, y German, mártires, y Santa Ennata, vírgen y mártir.—Por los edictos del bárbaro Maximiano, se encendió en Cesarea de Palestina una persecucion de las mas espantosas que ha visto la Iglesia. En lo mas fuerte de la persecucion, el presbítero Antonino y sus dos compañeros, Zebinas y German, se presentaron al gobernador Firmiliano, y le confesaron generosamente

que eran cristianos y que era una abominacion el culto de los ídolos. Firmiliano, sin mas averiguacion ni mas preparativo, los mandó degollar en medio de la plaza pública de Cesarea. El mismo dia condujeron los soldados al tribunal á una vírgen de la misma ciudad, llamada Ennata, y la acusaron de adorar á Jesucristo. La santa vírgen, que solo deseaba derramar su sangre por la fé, confesó que no solo era cristiana, sino que deseaba dar un público testimonio de amor á su Esposo, que era Jesucristo. Al momento, fué tambien sentenciada, y habiéndola metido viva en una hoguera, acabó allí su gloriosa carrera, recibiendo la palma del martirio. Sucedió, segun Pagi, el año 303.

Los santos Arcadio, Pascasio, Probo, Eutiquiano y Publito, mártires.—Estos santos, segun el Martirologio romano, fueron españoles, aunque no se puede saber de qué punto eran, ni por qué pasaron á África. En esta region padecieron martirio en tiempo de los vándalos. No queriendo ninguno de ellos consentir en los errores de Arrio, ni blasfemar de la divinidad de Jesucristo, por órden del rey Genserico fueron desterrados, cruelmente atormentados y por fin los mataron con diverso género de suplicios. Señalóse principalmente en constancia el niño Publito, hermano de los santos Pascasio y Eutiquiano, que no queriendo de ninguna manera renegar de la fé católica, fué cruelmente azotado por largo tiempo con varas, y despues condenado á vil esclavitud, en donde á fuerza de malos tratamientos acabó su vida. El cardenal Baronio coloca el martirio de estos santos en el año 437.

San Nicolás I, papa y confesor.—Era diácono de la Iglesia de Roma, su patria, cuando lo eligieron soberano pontífice el dia 24 de abril del año 858, y fué consagrado el mismo dia en la iglesia de San Pedro, hallándose presente el emperador Luis II. En 860 envió legados á Constantinopla para examinar la causa de san Ignacio, y pronunció anatemas contra Focio, hombre soberbio y rencoroso, primer autor del deplorable cisma que subsiste aun entre las Iglesias griega y latina. Nicolás obligó á Lotario á separarse de Valdrada, su concubina, y anuló los decretos de los dos concilios que habian aprobado el divorcio de aquel príncipe con Treberga, su esposa. La celosa solicitud del pontífice por la propagacion de la fé produjo la conversion de Bogoris, rey de los búlgaros, que en 863 abrazó la religion cristiana, con gran parte de su nacion. El año siguiente envió este rey á su hijo y á muchos señores principales de su córte á Roma, para que ofreciesen al papa algunos presentes en su nombre, y le pidiesen sacerdotes y obispos, consultándole al mismo tiempo, sobre ciento y seis cuestiones de religion, á las cuales el pontífice contestó con otros tantos artículos, que son célebres en la historia de la disciplina eclesiástica. Por el mismo tiempo mandó Nicolás tres legados á Constantinopla; pero habiendo sido indignamente maltratados al llegar á las fronteras del imperio, se vieron obligados á volverse á Roma. En 867, el heresiarca Focio juntó un concilíábulo en Constantinopla, en el que se pronunció sentencia de deposicion contra el papa Nicolás, y de excomunion contra todos los que comunicaban con él, y se declaró, que cuando los emperadores se habian trasladado de Roma á Constantinopla, el primado de la Iglesia de Roma y sus privilegios habian pasado tambien á la Iglesia de Constantinopla. Afligido el corazon del soberano pontífice por aquellos excesos que turbaban la paz, escribió entonces á los obispos de Francia, que se hallaban reunidos en el concilio de Troyes, una carta llena de uncion y de caridad, en la cual les daba cuenta del estado de las cosas, y acababa exhortándoles á trabajar con todas sus fuerzas para reconquistar la unidad que los díscolos habian roto. Poco despues de este suceso, afligido por los males de la Iglesia y en medio de los importantes trabajos que habia emprendido para aliviarlos, Nicolás acabó santamente sus dias, muriendo el dia 13 de noviembre del año 867. El mundo cristiano lloró la pérdida de este pontífice con muestras de sensible dolor: sus contemporáneos y la posteridad le han dado el título de *grande;* le han mirado como otro de los mas esclarecidos personajes que han ocupado la santa sede; y todos los escritores convienen en que por su ilustrado zelo, la firmeza de su carácter y por su inagotable caridad, es acreedor á la admiracion y al respeto de toda la Iglesia.

San Gondulfo, obispo y confesor.—Nada se sabe de las acciones ni de la vida de este santo, y hasta se ignora de qué Iglesia fué obispo. Sin embargo, hace muchos siglos que se le da culto en la diócesis de París, y en su iglesia catedral existe su sagrada cabeza.

San Eugenio, obispo y confesor.—Fué el tercer prelado de este nombre en la diócesis de Toledo. Crióse desde niño en aquella santa Iglesia metropolitana, y sintiéndose despues llamado por Dios á vida mas estrecha, huyó de la córte, y en Zaragoza donde se refugió, hizo vida monástica, dedicándose al culto de los santos mártires y estudiando noche y dia la ciencia de la verdadera salud. De Zaragoza fué llevado con violencia otra vez á Toledo, por haber sido elegido obispo de ella en la vacante de Eugenio II. Dedicóse desde luego á los oficios de un buen pastor: arregló el culto y sus ceremonias, y puso órden en la disciplina. Sus virtudes pastorales estaban esmaltadas con la ciencia de la divina Escritura y con el cultivo de la poesía. Dejó escrito un tratado sobre la santísima Trinidad, muy docto y elegante, digno de compararse con lo mejor que hasta entonces se habia publicado, y dos opúsculos de poesía y prosa escogida sobre distintos puntos sagrados. Fué amigo del rey Recesvinto, para el cual tradujo los libros de Draconcio, que tratan de la creacion del mundo, y algunos libros del Antiguo Testamento. Tambien se cree que, á instancias del arzobispo de Tarragona, escribió la misa de san Hipólito, mártir. Con fecha del 20 de mayo del año 648 escribió á dicho arzobispo una carta, que existe aun en la biblioteca del Escorial. En 646 asistió al concilio toledano séptimo, en 653 al octavo, en 655 presidió el noveno, y el décimo en 656. Su pontificado fué glorioso, y murió el dia 13 de noviembre del año 657, siendo sepultado en la iglesia de Santa Leocadia de la misma ciudad de Toledo. Su discípulo san Ildefonso le sucedió en el episcopado, y honró su memoria como merecian sus grandes cualidades.

San Abbon, mártir.—Este santo, llamado tambien Albon, nació en Orleans y fué educado en el monasterio de Fleury, donde despues tomó el hábito. Era sabio en letras, pero lo que mas le hacia recomendable eran sus virtudes. Cediendo á las súplicas de san Osvaldo, pasó Abbon á Inglaterra, y dirigió algun tiempo la escuela del monasterio de Ramsey. A su vuelta á Fleury, fué nombrado abad de aquel monasterio, y estableció en él la mas rigurosa disciplina. La alta idea que se tenia de su sabiduría y santidad, hacia que le mirasen como el oráculo de aquellos

tiempos. El rey Roberto lo envió á Roma para tratar con el papa de asuntos muy importantes para la Francia, y pudo felicitarse por el dichoso resultado. Algunos años despues, en medio de un motin que el santo se esforzaba en sofocar, recibió un lanzazo, del cual murió, el año 1004. Habiéndose comprobado su santidad por medio de milagros, se le veneró como mártir y se estableció su culto.

SAN QUINCIANO, OBISPO.—Fué obispo de Clermont, en Francia, ilustre en santidad y doctrina, y favorecido por el cielo con el don de milagros. Su zelo logró reformar las costumbres públicas, y para el arreglo de la disciplina de la Iglesia, se distinguió notablemente en el concilio primero de Orleans, como dice san Gregorio de Tours en el libro II, cap. 36 de la Historia de los francos. Pasó su vida dedicado á los intereses de la religion, y murió santamente el año 506.

DIA 14.

EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA (1).—Toda la redondez de la tierra está debajo del patrocinio de María santísima; porque quiso el Hijo que la escogió por Madre, que fuese María protectora de los que él era Redentor. Por eso dice san Bernardo, hablando con la Virgen: «¿Quién podrá, ó bendita Virgen, medir la longitud, latitud y profundidad de tu misericordia? Porque su longitud llega hasta el último dia, para los que la invocan, socorriéndolos á todos: su latitud llena todo el orbe de la tierra, de manera, que la tierra está llena tambien de su misericordia: la sublimidad halla la restauracion de la ciudad celestial; y la profundidad es la redencion para los que están sentados en las tinieblas y sombra de la muerte.» Parece que en significacion de ese patrocinio universal, vió san Juan en su Apocalipsi á María santísima cercada del sol como de un vestido, y puesta sobre la luna como sobre trono, para darnos á entender, que así como el sol y la luna rodean toda la tierra para alumbrarla con sus rayos y fecundarla con sus influjos, así María la cerca toda, alumbrándola con sus resplandores y favoreciéndola con sus socorros: y confirma esto María por boca del Eclesiástico, cuando dice: «El ámbito del cielo rodeé sola y penetré el profundo del abismo: paseéme por las ondas del mar: en toda tierra hice asiento, y en todo pueblo y gente tuve el principado.» Mas si tiene María santísima el principado de toda la tierra; si la ha rodeado toda; si en toda ella hizo su asiento, bien se puede gloriar España de haber sido la primera tierra que visitó María: la primera en que hizo asiento, y en que tomó posesion de su principado: pues visitó á España viviendo en carne mortal, y quiso tener en ella el primer templo que se le dedicó en el mundo, cuando apareciéndose á Santiago apóstol, junto á la ciudad de Zaragoza, sobre una columna ó pilar de jaspe, le mandó que edificase allí un templo en su nombre; porque sabia que aquella parte de España la habia de ser muy devota, y desde entonces la tomaba debajo de su amparo y patrocinio; y especialmente la ciudad de Barcelona, en el principado de Cataluña, bajando á ella dos veces: la primera para que se fundase su sagrada órden de la Merced; y la segunda para cantar los maitines en su santa iglesia. Cuán bien haya llenado María santísima el título de patrona de las Españas desterrando las sombras de la idolatría, las tinieblas de la herejía, los errores del mahometismo, ayudando á Santiago y á sus discípulos para convertir á los gentiles, favoreciendo á Leandro, Isidoro, Ildefonso y otros doctores para convencer á los herejes, y socorriendo á los españoles en sus batallas para vencer á los moros, no es cosa que se puede decir en pocas palabras, ni ponderarse con muchas, ni agradecerse con ningun servicio que hagan los españoles á esta soberana Señora y Reina suya. Flavio Dexto dice, que España fué la primera provincia del mundo que recibió la fé de Cristo, despues de Judea, Galilea y Samaria, y que se puede llamar las primicias del resto de la gentilidad. Aquellas provincias que consagró Cristo, sol de justicia, con su presencia y predicacion, debian ser mas privilegiadas y recibir primero la luz; y luego España, por haber sido la primera tierra que alumbró María, llena de gracia, con su maravillosa venida; por eso pudo decir con mucha razon don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que desde el principio se mostró María patrona y protectora de España.

Aquí trataremos particularmente del patrocinio de María santísima en las batallas de los españoles, que es el intento principal de esta fiesta; habiendo advertido ántes cuán propio es de María santísima el patrocinio en las guerras, por lo cual la podíamos llamar Diosa de las batallas, título que daba la ciega gentilidad á Belona. Compárase María santísima en los Cantares á un ejército ordenado y puesto en forma de pelea: porque es María, como dice Ruperto, terrible como un ejército á los demonios, á los herejes y á los impíos: y como dice san German, con sola la invocacion de su nombre hace huir á sus enemigos, y da seguridad á sus siervos. Compárase tambien al muro con que se defiende una ciudad, y á la torre de David, de que penden mil escudos: porque María santísima es la defensa de todos los que se acogen á ella: y no penden de esta torre espadas y lanzas, sino escudos solamente; porque esta piadosa guerrera no tiene inclinacion á herir, sino á defender: y si en las batallas ha herido á los enemigos, es solo por defender á sus devotos; y por eso no hace ostentacion de armas ofensivas, sino de armas defensivas; nó de lanzas, sino de escudos: aunque tal vez ha sido vista en el ejército de los cristianos con escudo y lanza pelear contra los infieles. Muchos siglos ántes de nacer María santísima, ya tenia el patrocinio de las batallas, y le ejercia en las figuras ó imágenes que la precedieron en el viejo Testamento. El gran Moisés en la Tierra Santa, que era sombra de María, y á vista de la zarza, que era imágen de María, fué elegido capitan del pueblo de Dios, para que lo sacase de la servidumbre de Faraon y de Egipto, como lo ejecutó con los prodigios y maravillas de aquella prodigiosa vara, figura tambien de María. Para vencer Josué á los enemigos del pueblo de Dios, no solo se paró el sol, que habia de dar luz para alcanzar la victoria; mas tambien la luna, aunque no era necesaria su claridad para el triunfo: porque era conveniente para el misterio, que se detuviese la luna, en que se figura repetidas veces María santísima en las sagradas Letras, para que no se alcanzase tan ilustre victoria, sin que presidiese á ella la Patrona de las batallas. Gedeon tuvo por prenda cierta de la victoria que habia de alcanzar de los madianitas, aquel célebre vellon, figura de las mas ilustres de María santísima; y luego venció con trescientos soldados á innumerable multitud de sus enemigos, llevando en las manos unos

(1) Corresponde á la segunda dominica de noviembre.

cántaros de barro y dentro unas luces encendidas: ¿y qué son estos cántaros de barro, sino figuras de María santísima, en que entró la luz de la divinidad á vestirse del barro de nuestra carne, como de una linterna, para que templada la eficacia de sus rayos, venciese á los príncipes de las tinieblas, y sin ofender nuestros ojos, desterrasen las sombras de muerte en que estábamos sentados? Pero ¿qué mas ilustre figura de María santísima, que el arca del Testamento? Esta llevaban los israelitas en sus ejércitos: por ella esperaban las victorias; y por ella conseguian los triunfos. Por eso Moisés cuando los levitas tomaban el arca para moverla al movimiento de los reales, decia: Levantaos, Señor, y sean destruidos vuestros enemigos: huyan de vuestra presencia los que os aborrecen: y cuando al parar los reales ponian el arca en su lugar, decia: Volved, Señor, los ojos á la multitud del ejército de Israel: pidiendo á Dios, que por medio del arca, en que asistia su virtud, defendiese á su pueblo y destruyese á los enemigos de Israel: y dice san Atanasio, que el arca les bastaba á los israelitas por ejército, si no habia algun delito en el pueblo, ó hipocresía en los que la llevaban. La otra arca, en que se libró el género humano de la ira de Dios, cuando anegó al mundo en las aguas del diluvio, tambien era sombra de María; y no ménos la paloma que anunció la libertad con el ramo de oliva; y el arco iris, que era seguro y prenda de paz entre Dios y los hombres. Pues las victorias milagrosas que alcanzó el pueblo de Dios de sus enemigos por medio de mujeres, Jael, Débora, Judith, y haberse librado por medio de Esther de la muerte que pretendia darle Aman, armado del poder de Asuero; ¿quién negará que representen las victorias que habian de alcanzar los fieles de sus enemigos por medio de María, de quien aquellas ilustres mujeres fueron figuras? Dejando las otras victorias del Viejo Testamento, que todas se consiguieron, ó por alguna sombra de María, ó por su respeto; és muy digno de notar, que la primera victoria que se propone en la Escritura sagrada, es la que habia de alcanzar María santísima de Lucifer, cuando dijo Dios á la serpiente: Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu generacion y la suya: ella te quebrantará la cabeza; y tú andarás siempre acechando á sus calcañares. Esta victoria alcanzó María santísima del infierno en su concepcion purísima, con que empezó ya en su persona á ejercer el oficio de patrona de las batallas; y corrieron tan por su cuenta las victorias, que el Hijo de Dios, para vencer al infierno, tomó de María las armas, como dice Ricardo de San Laurencio por estas palabras: «Así como el soldado para pelear se arma en el tabernáculo; así Cristo, para vencer al demonio por la Iglesia, tomó en las entrañas de la Vírgen las armas de la humana carne.»

No contando ahora las victorias que otros príncipes cristianos han conseguido de los infieles por el favor y patrocinio de María, que si se pretenden referir en particular no basta un libro entero, y si se quieren decir en una palabra, se ha de afirmar que todas las han alcanzado por el favor de María; diremos solamente algunas de las mas celebradas que ha conseguido España por el patrocinio de María santísima, no tanto refiriendo, cuanto apuntando, ni para enseñar lo que nadie ignora, sino para acordar al agradecimiento lo que todos saben. Despues que toda España, por sus pecados, fué ocupada de los moros, habiéndose retirado don Pelayo con mil soldados á las Asturias, y encerrádose en una cueva ancha y espaciosa del monte de Fusena, vino don Oppas, arzobispo de Toledo ó de Sevilla, segun Rodrigo y Mariana, á persuadirle que se entregase á los moros, pues no podia resistir con tan pocos soldados á tanta multitud de infieles; y era mejor comprar con el rendimiento la vida, que adquirirse con la temeridad la muerte: pero el piadosísimo y valerosísimo príncipe le respondió, que por la intercesion de la Madre de Dios y con su ayuda, esperaba, no solo salvarse á sí y á los suyos, mas confiaba que de aquellos pocos cristianos se habia de restaurar la gente de los godos, como de pocos granos nacen muchas espigas. Luego espantado Pelayo y sus soldados de una grande avenida de moros que lo cercaba, se encerró en la cueva; y los moros combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras y una tempestad de saetas la entrada de la cueva. Mas (¡ó poder de Dios y favor de María santísima!) mientras que Pelayo y los suyos imploraban el favor de María santísima con grande afecto, las piedras, saetas y dardos que tiraban los moros, revolvian contra los que las tiraban, teniendo cada uno tantos enemigos como compañeros, y los cristianos tantos soldados del socorro como contrarios. Con esto se turbaron los moros y se animaron los cristianos: y saliendo Pelayo de la cueva con los suyos, dieron con tal ímpetu y valor en los enemigos, que en breve tiempo mataron veinte mil, con su capitan Alcama, y prendieron á don Oppas. Setenta mil que quedaron, pasando del monte Fusena, donde al principio se habian recogido, al campo Libanense, por donde corre el rio Dena, parte de un monte cercano, arrancándose de raiz, cayó en el rio, y precipitó á los que estaban en el monte, y otros cogió debajo: con que perecieron casi todos aquellos bárbaros. La cueva donde se recogió Pelayo, en memoria de esta victoria alcanzada por favor de María se dedicó á su nombre, y se llama Santa María de Covadonga. Con tan feliz principio y milagrosa victoria empezó á respirar España, y levantó la cabeza sobre la morisma, y cobró esperanza cierta de sacudir el yugo mahometano con el favor de María. El cardenal Baronio, habiendo traido esta historia de nuestro Pelayo, añade: «Verdaderamente es digno de observacion, que así Leon en Oriente, como Pelayo en Occidente, invocando á la Madre de Dios contra los sarracenos, alcanzaron en ambas partes una grande y no esperada victoria. No fué ménos insigne la victoria que alcanzó de los moros Alfonso VIII, rey de Castilla, por sobrenombre el Bueno; ántes es la mas ilustre que hubo en España, como dice el padre Juan de Mariana: porque siendo el ejército de los cristianos muy inferior al de los moros, constando este de innumerable gente, que á modo de una grande inundacion anegaba los campos y cubria los montes; trabándose la batalla entre los dos campos, estando Africa por los moros y María por los cristianos, mataron estos doscientos mil moros, y desbarataron é hicieron huir á los demás, con muerte de solos veinte y cinco cristianos; atribuyendo todos esta victoria á la virtud de la santa cruz y al patrocinio de nuestra Señora: porque en el mayor fervor de la batalla, llegando el estandarte real en que iba pintada una imágen de nuestra Señora al escuadron mas fuerte de los contrarios, que tenia gran muchedumbre de gente y hacia la mayor resistencia á los cristianos, á vista de la Reina del cielo se desbarató, volvió las espaldas y deshizo como humo, quedando muertos

muchos moros: con que se debilitaron los contrarios, y últimamente fueron vencidos del todo, como acabamos de decir: y afirma el arzobispo don Rodrigo, que con quedar muertos tantos moros, no se veia en el campo rastro de sangre; para significar, á lo que parece, que esta victoria no se debió á las armas españolas, sino á esfuerzo mas soberano. Celébrase esta victoria en los reinos de España á los 16 de julio, con nombre del triunfo de la Cruz, por haberse alcanzado por virtud de la santa cruz, y porque á su vista cayeron muertos muchos moros, y pudiera celebrarse tambien con nombre del Patrocinio de María, por haberse alcanzado por su intercesion, y haber muerto con su vista sola tanta muchedumbre de infieles. Cuentan muchos autores esta victoria; y entre ellos Spinelo dice, que desde este tiempo se empezó á guardar en España el sábado, por ser dia dedicado á nuestra Señora, la abstinencia de carne que hoy se usa, comiendo de grosura; y cita á Valerio, español.

San Fernando, III de Castilla, que sujetó á toda España y echó de ella á los moros, y los hizo tributarios, y trayendo las armas en la mano treinta y cinco años, consiguió tantas victorias como dió batallas, y siempre fué vencedor, nunca vencido; ¿quién no sabe que las alcanzó todas por el patrocinio de María santísima, la cual se alistaba siempre en sus ejércitos si puede decirse así? porque el devotísimo rey llevaba consigo á todas sus conquistas imágenes de nuestra Señora que marchaban al paso de los reales, y una de ellas fijaba en el arzon de la silla de su caballo, cuando entraba á pelear, para que su vista infundiese alientos en su corazon y pavor en el de los contrarios, y fuese María como un astro favorable ó númen propicio de sus batallas que influyese en su ejército las victorias. Por eso cuando ganó á Sevilla, que fué la última de sus conquistas, hizo el santo rey que entrase triunfando María santísima en aquella ciudad en su imágen de los Reyes para rendir los triunfos á aquella de quien reconocia las victorias. Lo mismo cuenta Nicetas del emperador Juan Comneno, que habiendo conseguido muchas victorias con el favor de María santísima, volviendo á Constantinopla hizo fabricar un carro triunfal de plata adornado de piedras preciosas, obra admirable en que competian el arte y la riqueza, é hizo poner en él una imágen de nuestra Señora para que entrase en la ciudad con triunfo: confesando el emperador deber todas sus victorias á María santísima como á invencible compañera y señora de su imperio. De Manuel Comneno, emperador, cuenta tambien Nicetas, que habiendo alcanzado una insigne victoria por María santísima, dispuso un triunfo con grande pompa y aparato, en que precedian muchos cautivos, y despues se seguia un carro triunfal con una imágen de la Vírgen María que habia cautivado á todos: á los enemigos del imperio con las armas, y al emperador con el beneficio de la victoria. Del emperador Zimisa refiere semejante ejemplo Zonaras; y Nicéforo Gregoras del emperador Miguel Paleólogo. Pero volviendo á nuestra España, las celebérrimas y continuas victorias de Jaime el Conquistador, rey de Aragon, justamente las atribuyen todos al patrocinio de María santísima, y muy en particular la victoria que alcanzó de los moros junto á Valencia don Bernardo Guillen; porque siendo mucho mayor el número de los moros que el de los cristianos, este valeroso capitan confiado en el patrocinio de María santísima, acometió animosamente á los enemigos esperando que los pocos podrian vencer á los muchos: y dice Bernardino Gomez en la vida del rey don Jaime, que invocando los cristianos el nombre de María, al punto empezaron á huir los sarracenos y en aquel lugar se fabricó un templo á la Vírgen en memoria de tan insigne victoria alcanzada con su favor y ayuda. Fueron los dos reyes Fernando y Jaime devotísimos de María santísima: Jaime la consagró casi dos mil templos; y Fernando muchos mas: con esto no es maravilla que conquistasen ciudades, sino reinos, y que no sintiesen nunca contraria la fortuna; porque tenian en su favor á María santísima que fijó su rueda (ya que hablamos con términos humanos), para que desmintiendo lo mudable, favoreciese constantemente á estos dos príncipes marianos, y fuese símbolo de perpetua felicidad para ellos la rueda que en la fortuna es para todos jeroglífico de la mudanza.

Paso de corrida por otras victorias que eran dignas de mayor ponderacion. Alfonso XI, rey de Castilla, con el favor de María alcanzó aquella insigne victoria del Salado cerca de Tarifa, en que mató doscientos mil moros, y cautivó una grande multitud con muerte de solos veinte cristianos. Alfonso I, rey de Portugal, fué tan devoto de María santísima, que puso á sí y á su reino y sucesores debajo del patrocinio de santa María de Claraval, donde era á la sazon abad san Bernardo, y quiso que pagasen perpetuamente á su iglesia cierta cantidad á manera de tributo y vasallaje; y por tan insigne piedad mereció que María santísima le diese insignes victorias de los mahometanos. Semejante fué la devocion de Alfonso V de Portugal para con María, el cual pasó á Africa y quitó á los moros á Arcilla, habiendo prometido á María santísima un caballo de plata con un rey de la misma materia; y ganada felizmente la ciudad cumplió su voto y edificó un templo á la Conquistadora de esta fortaleza. ¿Qué diré de don Juan el II, rey de Castilla, que visitando el templo de Guadalupe, y ofreciendo oraciones y dones á su altar, reprimió y venció á los sarracenos, ganándoles muchos lugares? ¿Qué de Ramiro el II, rey de Leon, que invocando el favor de María santísima contra un ejército de doscientos mil moros, le envió la Reina del cielo dos soldados que segun unos fueron ángeles y segun otros Santiago y san Emiliano, con cuyo socorro alcanzó una milagrosísima victoria matando ochenta mil moros, y cautivando á su rey? ¿Qué de Sancho I, rey de Portugal, que ganó de los moros junto á Sevilla aquella célebre batalla, cuando el Betis, rojo con la sangre mahometana, corrió por mucho espacio publicando la victoria que atribuye Belinghan á María santísima? ¿Qué de Fernando I, rey de Aragon, singularísimo devoto de María santísima, con cuyo favor alcanzó grandes victorias; porque cuando él salia á campaña, la reina doña Leonor, su mujer, iba muy de mañana descalza acompañada de dos criadas solamente á visitar una iglesia de Nuestra Señora? ¿Qué de Fernando el Católico, que conquistó el reino de Granada, con que acabó de desterrar á Mahoma de España, y traia siempre consigo una imágen de nuestra Señora en sus ejércitos, la cual despues de ganada la ciudad de Málaga, entregó á los frailes mínimos de san Francisco de Paula, con nombre de la Vírgen de la Victoria; dando á entender que todas las victoras y triunfos que habia alcanzado, los debia á María Santísima? Finalmente en esta cuenta pueden entrar casi todos los reyes de España desde Pelayo hasta Fernando el Católico; porque como si tuvieran por horóscopo de su nacimiento y estrella de sus

felicidades á aquella mujer del Apocalipsi que tenia la luna debajo de sus piés; pisaron estos reyes con el patrocinio de María sobre lunas africanas con tantas victorias como pasos; con que España perdida se ganó á sí misma: recobró todos sus reinos: recuperó todas sus ciudades; y eclipsadas por mejor luna tantas lunas, volvió á resplandecer con nuevos rayos el sol de la fé católica en España, que pudo dar por bien empleada la infelicidad de perdida, por la dicha de recuperada con tantos favores de María.

No solo ha favorecido y patrocinado María santísima á España dentro de España, mas tambien fuera de España y de Europa, dando á Portugal en Oriente y á Castilla en Occidente, no solamente nuevos reinos pero nuevos mundos por medio de Colon, Cortés, Pizarro, Gama y otros famosos descubridores de nuevas provincias y gentes, poniendo María tantas coronas de oro en la monarquía de España, cuantas los españoles han consagrado de fé á Jesucristo. En la conquista del reino de Méjico venció Cortés con pocos españoles innumerables bárbaros, y en la del reino del Perú con ciento y cincuenta soldados desbarató Pizarro á doscientos mil peruanos; pero no es maravilla que alcanzasen estos dos capitanes tales victorias, si merecieron tener á María santísima de su parte, que apareciéndose diversas veces acompañada de Santiago en el ejército de los españoles, arrojaba polvo á los ojos de los gentiles para que ciegos á sus idolatrías estando sujetos á los españoles viesen la luz de la fé, por medio de aquellos que no tanto pretendian sujetarlos al imperio de España, cuanto á la fe de Cristo y culto de María santísima: á la cual como principal Conquistadora erigieron muchos templos estos no ménos piadosos que valerosos capitanes. En Oriénte no hay duda que descubrió Vasco de Gama aquel nuevo mundo con el favor de María santísima, debido á la piedad y devocion del rey don Manuel de Portugal, que la escogió por patrona de todas sus empresas fuera de Europa, y la edificó un templo en la Barra de Lisboa, que fuese como el de Jano en la gentilidad, no sé si templo de la guerra ó de la victoria abierto á los soldados que iban á nuevas conquistas, para que pidiesen socorro á María contra sus enemigos, y llevasen negociada la victoria cuando iban á la batalla; y pagó la Vírgen esta piedad y confianza del rey, dándole muchas victorias en Oriente y Mediodía. Pues las victorias espirituales que alcanzó aquel prodigioso apóstol del Oriente san Francisco Javier de muchos centenares de millares de bárbaros, resucitando la fé en muchos reinos donde ántes habia predicado, y plantándola en otros muchos donde nunca se habia oido el nombre de Cristo; ¿quién no sabe que las alcanzó con el patrocinio de María á quien tomó en París, Roma y Loreto, por patrona de sus empresas y protectora de todas sus conquistas? Mas no hay para qué detenernos en decir como tantos predicadores evangélicos que han salido de España para predicar la fé, destruir la idolatría y dilatar el reino de Cristo en las Indias orientales y occidentales, han conquistado tantos reinos, alcanzado tantas victorias y ganado tantas almas por el patrocinio de María; porque es claro, segun enseña la Iglesia, que María santísima es la que ha destruido en todo el mundo las herejías y desterrado los errores. Con tantas y tan continuadas victorias ha crecido la monarquía española á la grandeza que hoy tiene desde que se vió reducida á la estrechura de las Asturias, como aquella fuente del libro de Ester que primero se hizo rio, luego se convirtió en luz, despues en sol y últimamente en océano de inmensas aguas; así España de fuente creció á rio, de rio se convirtió en luz por la fé, que volvió á resplandecer en ella; luego gozó privilegios ó hizo el oficio de sol alumbrando á las partes mas remotas del mundo con los resplandores de la fé, y con esto ha merecido ser como un mar inmenso en la grandeza y dilatacion de su dominio. Tambien se puede comparar á aquella pequeña piedra que derribó la estatua soñada de Nabucodonosor, compuesta de diversos metales, y despues de haber deshecho la estatua en polvo, se hizo un monte grande que llenó toda la tierra; porque esta monarquía, echando por el suelo las estatuas de los ídolos y reduciéndolas á cenizas, se ha hecho tan grande que ha llenado toda la tierra; pues no hay parte en el mundo adonde no se extienda el imperio español á la sombra de María, que como tiene en toda la tierra el principado, quiere que en toda la tierra le tengan los españoles, á quienes con tan especial amor ha tomado debajo de su patrocinio. Ni es menor la devocion que en otros paises se tiene á la santísima Vírgen. En el reino de Francia Luis XIII declaró en 10 de febrero de 1633, y lo ratificó en 1637, que tomaba á María por protectora especial de todo el reino.

Mas con haber patrocinado María santísima á nuestra monarquía desde sus principios, y con haber tenido esta monarquía á María siempre por patrona reconociendo de su liberalísima mano todas sus felicidades, se guardó para la piedad y religion de nuestro católico monarca Felipe IV (que esté en el cielo), la gloria de dar á María el patrocinio de las Españas con la debida solemnidad y solicitar que se celebrase con este título: porque considerando el piadosísimo rey, cuántas victorias habia conseguido el cetro de España en la mano de los reyes sus precedesores: cuántos triunfos en la suya; y todos por su intercesion y patrocinio: viendo tambien amenazada á España por todas partes de las armas de sus contrarios, que como olas de un mar tempestuoso en que soplaban los vientos de la envidia y el odio, acometian á esta gran nave para anegarla si pudiesen; queriendo agradecer á María las mercedes recibidas y empeñarla con el agradecimiento á nuevos favores, alcanzó de la santidad de Alejandro VII que se celebrase perpetuamente en España una fiesta particular á nuestra Señora con título del Patrocinio, como se verá por el tenor de la bula en que el papa la concede: la cual me ha parecido poner aquí; y es como sigue.

«Alejandro, papa VII, para perpetua memoria. La excelente piedad para con Dios, y devocion para con la beatísima Vírgen María, Madre de Dios, de nuestro carísimo hijo en Cristo Felipe, rey católico de las Españas juntas, con una singular piedad para con nosotros y la sede apostólica, merece que favorezcamos cuanto nos es concedido de lo alto á sus ruegos, enderezados á aumentar la veneracion de la beatísima Vírgen. Porque como el mismo rey Felipe (segun nos hizo saber) desee en gran manera para dar gracias á la Vírgen María, Madre de Dios, por muchísimos beneficios que con piadoso afecto confiesa haber recibido de su mano, que se celebre todos los años en alguna de las dominicas de noviembre una fiesta particular, que se llame del Patrocinio de la bienaventurada Vírgen María: Nosotros, alabando muchísimo en el Señor el piadoso intento del mismo rey Felipe, y deseando hacerle especiales favores y gracias, inclinados á sus súplicas hechas á Nos

sobre este particular, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes letras concedemos á los amados hijos, clero secular y regular de los dichos reinos de España, que en alguna dominica del mes de noviembre que ha de señalar el ordinario, puedan celebrar todos los años fiesta del Patrocinio de la bienaventurada siempre Vírgen María, con oficio de duplex, etc. Fuera de esto, para aumentar la devocion de los fieles y la salud de las almas con los celestiales tesoros de la Iglesia, movidos de piadosa caridad, concedemos misericordiosamente en el Señor, indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados á todos los fieles de Cristo, así hombres como mujeres, que verdaderamente penitentes, confesados y comulgados en este dia asistieren á la misa solemne, y en ella rogaren á Dios por la paz entre los príncipes cristianos, extirpacion de las herejías y exaltacion de la santa madre Iglesia, etc. Dada en Roma *sub annulo piscatoris*, á 28 de julio de 1656, en el segundo de nuestro pontificado.»

Por la piedad de nuestros reyes, y con el jubileo de su santidad, se ha hecho esta fiesta una de las mas solemnes que se celebran á nuestra Señora en España: y podemos decir aquí muy á tiempo lo que dice Jorge Nicomediense, autor antiguo y muy grave, en un sermon de la Vírgen hablando con ella: «Embaraza con tus ruegos las guerras que se han movido contra tu pueblo. No hallamos socorro mas poderoso que tu socorro. Solamente el poder de tu Hijo es mayor que el tuyo; pero los beneficios que recibimos de tu Hijo, por tu medio los recibimos.....Bien sabes que estriba en tí toda la esperanza del pueblo cristiano; haz que se frustre su esperanza y que todo le suceda con prosperidad. Ningun asilo tiene para huir de los males que le cercan, sino solamente tu inexpugnable socorro. Los que dominan pusieron en tí su confianza, y te oponen á los ejércitos enemigos en lugar de todas las armas: tiénente por escudo y loriga para su defensa: llévante sobre su cabeza por corona de su gloria: pusiéronte por muro de su imperio; y confiaron de tí el cetro de su reino. Levántate, pues, en la grandeza de tu virtud á vista de tu pueblo, para que libres de su impío furor nos gocemos con universal alegría; y magnificando tu gloriosísimo nombre, adoremos al Padre y al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.»

Ya que hemos tratado largamente del patrocinio de María santísima en las batallas con los enemigos visibles, por ser el principal objeto de esta festividad; diremos algo brevemente del patrocinio de María, así en las batallas espirituales que cada dia tenemos con los enemigos invisibles, como universalmente en todas nuestras necesidades, aflicciones y trabajos; porque en todas es María nuestra patrona, protectora y abogada. Y en materia tan dilatada en que la misma abundancia de lo que hay que decir, ocasiona carestía de palabras y enmudece á la lengua mas elocuente; quiero ántes hablar con las palabras de los santos, que con las mias y labrar una cadena de oro de sus sentencias, aunque sean por fuerza de inferior metal las uniones. San German, obispo de Constantinopla, dice, hablando con María: «¿Quién despues de tu Hijo cuida, como tú, del género humano? ¿Quién así nos defiende en nuestras aflicciones? ¿Quién intercede así por los pecadores? Como tienes confianza y poder de Madre para con el Hijo; con tus ruegos é intercesion nos haces familiares á él: nos alcanzas la salvacion y libras del eterno suplicio. Todas tus cosas son admirables, ó Madre de Dios: todas son sublimes y que exceden en el órden de las demás; y por esto tu patrocinio es mayor de lo que se puede entender:» y concluye mas abajo: «Poderoso es tu socorro, ó Madre de Dios, para la salvacion, y no necesita otro intercesor para con Dios, quien te merece por abogada.» San Agustin, alegado por san Buenaventura, dice: «Así como María es mas poderosa con Dios que todos los santos; así es mas solícita de nuestra salud que todos ellos.» Pero el mismo san Buenaventura compara á María con María, no sé si con mayor elocuencia ó devocion: «Grande fué la misericordia de María para con los miserables cuando vivia en la tierra; pero mucho mayor es su misericordia ahora que reina en el cielo. Mayor misericordia ostenta ahora haciendo innumerables beneficios; porque ve mejor ahora las innumerables miserias de los hombres: y si por el resplandor de la primera misericordia es María hermosa como la luna; por el resplandor de la segunda misericordia es elegida como el sol: porque de la manera que el sol vence á la luna en la grandeza de su claridad; así vence á la primera misericordia de María la grandeza de la segunda. ¿Quién es aquel á quien niega el sol sus luces? ¿Quién es aquel á quien niega María sus resplandores? El sol extiende sus rayos sobre los buenos y los malos, sin hacer excepcion de personas; y María, sin examinar méritos, á todos se muestra exorable: á todos se ostenta clementísima; y finalmente se apiada con afecto de misericordia de las miserias de todos.» San Anselmo con igual elegancia divide el patrocinio entre Cristo y María, y quiere que aplaquemos al Hijo con la Madre y á la Madre con el Hijo. «Huya (dice) el reo de Dios justo á la Madre piadosa de Dios misericordioso: y huya el reo de la Madre ofendida al piadoso Hijo de la benigna Madre. Acójase á los dos el reo de los dos: póngase entre el Hijo y la Madre. Piadoso Señor, perdona al siervo de tu madre. Piadosa Señora, perdona al siervo de tu Hijo. Si me pongo entre dos tan inmensas piedades, no caeré entre dos tan poderosas severidades.» Arnoldo Carnotense con no ménos propiedad nos propone una escala por donde suban al Padre eterno nuestras peticiones, para que bajen de ella sus beneficios. «Tiene el hombre por mediador de su causa al Hijo para con el Padre; y á la Madre para con el Hijo. Cristo muestra á su Padre el costado y las llagas por donde derramó su sangre: María muestra á su Hijo las entrañas en que le tuvo nueve meses, y los pechos con que le dió leche; y no puede haber repulsa, cuando oran con mayor elocuencia que todas las lenguas tales monumentos de clemencia y tales insignias de caridad.» Oirá sin duda á su Madre el Hijo, como dice san Bernardo, y oirá á su Hijo el Padre: porque si Cristo, como arguye Beda, oye las oraciones de los santos; ¿cuánto mejor oirá á su Madre cuando ruega por los pecadores? Ni hay duda, dice san Agustin, que puede mas que todos la que mereció dar á su Hijo la sangre que ofreció por todos.

Por estos y otros testimonios de los santos que pudiéramos traer sin término, y por buenas razones, siente el eximio doctor Francisco Suárez y otros teólogos, que la intercesion y patrocinio de María santísima no solamente excede en la eficacia y poder á la de cualquier santo y ángel singular, mas tambien á la de todos los santos, ángeles y justos; de manera que si fingiéramos lo que no

puede ser, que María santísima pidiera una merced á su Hijo, y toda la córte del cielo lo resistiera; atendiera ántes el Hijo á la peticion de su Madre, que á la de todos los santos y ángeles juntos: y esto pide la dignidad de Madre y la gracia y caridad de que Dios la llenó, por respeto de su dignidad. Y por esto el concilio de Basilea nos encomienda que entre todos los santos de la córte celestial, principalmente nos valgamos de la intercesion de la gloriosísima Vírgen María, Madre de Dios. Pues ¿quién será aquel que no acuda al patrocinio de María en todas sus necesidades? ¿Quién, viéndose combatido de tentaciones, afligido de trabajos y cercado de tribulaciones, no acudirá al patrocinio de María á pedir fortaleza para sus batallas, alivio para sus fatigas, consuelo para sus tristezas, socorro para sus necesidades y favor para con el Padre de quien es Hija, para con el Hijo de quien es Madre, y para con el Espíritu Santo de quien es Esposa? ¿Qué negará el Padre á su Hija? ¿Qué negará el Hijo á su Madre? ¿Qué negará el Esposo á su Esposa? ¿Y que negará la santísima Trinidad á María? Quien tuviere de su parte á María, no tiene nada que temer y todo lo debe esperar; porque María es omnipotente en su intercesion, como dice Jorge Nicomediense, y se le ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra, como dice san Pedro Damiano; y puede todo lo que quiere, como afirma san Anselmo. Corramos, pues, á esta santísima Vírgen y Madre de Dios (como nos exhorta san Crisóstomo), para conseguir nuestra felicidad por medio de su patrocinio: digámosla confiadamente con san Juan Damasceno: Teniendo, ó Madre de Dios, tu esperanza, seré guardado: poseyendo tu defension, ó Purísima, no temeré: ántes perseguiré á mis enemigos y los haré huir, teniendo solo por peto y escudo tu proteccion y omnipotente socorro; y con san German: O Señora, Madre de Dios, refugio mio, vida y defensa mia, arma, gloria, esperanza y socorro mio, concédeme que yo goce de tus inenarrables bienes en la celestial eternidad. Bien sé que tienes la omnipotencia de Dios en tu mano, que concurre con tu voluntad, porque eres Madre del Altísimo; y por esto me atrevo á pedirte con tan grande confianza: con san Efren, diácono: Guárdame y defiéndeme debajo de tus alas: compadécete de mí que estoy manchado con el lodo de este mundo; porque no se glorie contra mí el pernicioso Satanás, ni se levante contra mí el execrable enemigo. No tengo otra confianza, ó Vírgen inviolada y mi presente auxiliadora. Todo estoy debajo de tu proteccion y tutela; y con continuas lágrimas, ó celebérrima Madre, imploro tu favor, y vuelo al asilo de tu misericordia: con san Anselmo: ¡O bienaventurada confianza! ¡O seguro refugio! La Madre de Dios es Madre nuestra: nuestro juez es nuestro hermano: ¿con cuánta certidumbre debemos esperar, y cuánto consuelo temer; pues la salvacion y condenacion depende del arbitrio de un tan buen hermano y de una tan buena madre; y con san Basilio Seleuciense: O tres veces santa, Vírgen María, míranos desde el cielo con ojos propicios: llévanos en paz de este mundo al trono de nuestro Juez: líbranos de la confusion de nuestras culpas: y haz que estemos á su mano derecha.

¿Qué mas diré, sino que todos los santos y doctores con una elocuencia afectuosa, y con un afecto elocuente, nos encarecen y encomiendan el patrocinio de María y el poder de su intercesion? San Agustin llama á María, Estrella, que en el mar de este mundo guia á los hombres á la bienaventuranza. San Fulgencio la llama Escala, por donde bajó Dios á los hombres, y suben los hombres á Dios. La Iglesia la llama Puerta del cielo; porque todos los que entran en el cielo, entran por María como por intercesora, si entran por el Hijo como por Redentor. Por esto llama san Bernardo á María, Cuello del cuerpo místico de la Iglesia, de que es cabeza Cristo, y dice que todos los bienes quiso Dios que los recibiésemos por María; y san German afirma, que no concede el Señor don ninguno á los hombres sino por María. De aquí nace decir Guillermo Parisiense, que no se presuma ninguno tener al Hijo propicio, si tiene ofendida á la Madre: y el sapientísimo Idiota, que como ninguno viene al Padre si no le trae el Hijo; así se puede, con su debida proporcion, decir que ninguno va al Hijo, que no le lleve la intercesion de la Madre; y finalmente dicen todos los santos y doctores, que la devocion de María es señal de predestinacion. Dios nos haga á todos verdaderos devotos de su Madre, para que por medio de su devocion merezcamos entrar á la vida eterna donde en su compañía alabemos á Dios; porque la enriqueció de tantos dones, gracias y prerogativas, y la hizo tan poderosa para favorecer á sus devotos. Amen.

Del Patrocinio de la Vírgen en general, debajo del nombre de Intercesion, hablan todos los santos y doctores que tratan de la Vírgen. Del Patrocinio de María en España, escriben de propósito Tamayo de Salazar, el padre Juan Eusebio Nieremberg, y Fr. Antonio de Santa María, carmelita descalzo.

San Serapio, mártir. —Nació el glorioso mártir san Serapio, segun la mas corriente opinion, en la famosa ciudad de Lóndres, córte del rey de Inglaterra, año de 1178. Fué su padre Rotlando, llamado de Escocia, por ser casa originaria de la noble y clara estirpe y familia de los Escotos de dicho reino, y deudo muy propíncuo de su rey Guillermo. Su madre, si bien se ignora el nombre como el de su apellido, pero segun se colige de lo que las mismas historias refieren, fué de sangre nobilísima, igual y correspondiente en todo á la esclarecida de su esposo. Impusiéronle en el bautismo por nombre Serapio, pronóstico y claro indicio de que seria pio: lo que comprobó la esperiencia en las heroicas acciones que practicó su gran piedad en todo el curso de su vida, y que desde su niñez é infancia cuidaron sus nobles padres con los actos de devocion, educacion y ejemplo imprimir y radicar entre las demás virtudes y loables costumbres, en el corazon de su amado y querido hijo.

Hallándose aun Serapio en los primeros ardores de su juvenil edad, ya manifestó los puros quilates de su católico zelo: pues llegando á sus oidos los lastimosos estragos y raras crueldades que ejecutaban los bárbaros infieles en Palestina, así en los templos de Dios, sus ministros, altares, imágenes, reliquias y demás cosas sagradas, como en las vidas, honras y bienes de los míseros cautivos, dijo á su padre: Señor y padre mio, ¿no seria de grande gloria de Dios, de que fuésemos á morir para restaurar los santos lugares de Jerusalen? Y si bien procuró disuadírselo, proponiéndole lo tierno de su edad, sus pocas fuerzas para sufrir las incomodidades de la guerra, y el dolor y pena grande que ocasionaria á su madre el privarse de él en su ausencia; oida su discreta y cristiana réplica, y para sua-

vizar en algun modo su desconsuelo, hubo de condescender á su instancia, ofreciéndole partir juntos, siempre y cuando llegase la ocasion.

Logró esta felizmente el santo año de 1190 pasando con su padre, general del ejército de Inglaterra, y su rey Ricardo, á la Palestina. Allá asistió al sitio y rendicion de Tolemaida y otras muchas plazas, venciendo y triunfando valerosamente de sus enemigos; y en la célebre batalla de Assur dió singulares muestras, no solo de su heroico valor, destruyendo y poniendo en precipitada fuga á un sinnúmero de sarracenos y turcos del formidable ejército de Saladino; sí tambien de su gran piedad, consolando y socorriendo á tanto mísero cautivo, que lloraba allí entre aquellos bárbaros su dura esclavitud. Y habiendo en estas y otras gloriosas empresas y piadosos ejercicios empleado algunos años, y muertos sus padres, deseoso de sacrificar su vida en obsequio de la fé, vino con el duque de Austria á España, sirviendo al rey don Alonso VIII de Castilla en la guerra contra los sarracenos, quienes fueron vencidos, y valerosamente sacados de muchas plazas y fuertes de Castilla y Andalucía, nombrándole el rey Alonso, por sus relevantes virtudes y méritos, consejero suyo: con cuyos consejos y dictámenes se prosiguió la guerra, hasta quedar del todo humillado el mahometano poder. Volvió otra vez, á impulsos de los mismos deseos de morir por Cristo, á Palestina, donde batalló con indecible intrepidez y esfuerzo contra el ejército de Conradino, hijo del gran soldan de Egipto y Babilonia, capital enemigo de la santa fé católica.

Noticioso despues Serapio de la nueva guerra que contra moros intentaron los reyes don Fernando de Castilla, y don Jaime, el primero de Aragon, volvió otra vez á España: y aquí, considerando el santo su partida de Inglaterra, atravesando mares, hollando tormentas, sufriendo desprecios, padeciendo trabajos y peregrinando tantas provincias de la Siria, Palestina, Egipto, Alemania, Italia, Francia y España, y entendiendo, que el preservarle en tantos riesgos y peligros Dios su vida, que tan ansiosamente habia deseado sacrificarla en obsequio de la fé, y el dejarle asimismo libre de los cuidados paternos, y de bienes y honras del mundo, era su divina voluntad (á la cual solia estar siempre tan resignado, que en todas sus penas y desconsuelos solamente prorumpian con alegre semblante sus labios: Bendito seais, Dios; pues os habeis dignado disponer, no tenga de qué cuidar sino es de vos) que se retirase del siglo y entrase en alguna religion: ilustrado, pues, del cielo (que le destinaba sin duda para que por este camino lograse el triunfo y honor mas glorioso, de ser en su vida y muerte viva copia de Jesucristo nuestro Redentor), resolvió abrazar el instituto sagrado y caritativo de redimir cautivos en el real órden de la Vírgen santísima de la Merced: á cuyo fin, enterado de la gran santidad del glorioso san Pedro Nolasco, fundador de aquella, fué á él, pidiéndole con profunda humildad el hábito, que vistió en la ciudad de Barcelona, con demostraciones de singular alegría, y ternura grande de su corazon, de mano del mismo santo patriarca. Pasó su noviciado bajo la direccion del V. P. Fr. Bernardo de Corbera, grande dechado de perfeccion; y concluido por Serapio el año de su aprobacion, en que fué un señalado ejemplo de toda virtud y edificacion, hizo la profesion solemne de los tres votos de castidad, obediencia y pobreza, y el cuarto de quedarse en rehénes por los peligrosos cautivos, con inexplicable devocion y muy especial consuelo de su espíritu.

El olor suave y fragante de las heroicas virtudes en que tanto resplandecia el santo, hizo que presto le destinase y ocupase la obediencia en diferentes ministerios: y si bien los desempeñó todos satisfaciendo enteramente á la confianza que de su experiencia y méritos se prometian sus prelados; pero donde parece que mas principalmente se explayaron los fervorosos afectos de su amor y caridad, fué en el de recoger limosnas para el rescate de los cristianos cautivos; pues de manera supo su gran paciencia, aplicacion y afabilidad exponer con tal ternura á los fieles las miserias de aquellos pobres, que inclinándolos á piedad y conmiseracion, les socorrian con larga mano; y aumentándose en breve por este medio los caudales de la redencion, era ocasion de que ellas fuesen mas frecuentes y copiosas. Era muy grande su santo ejemplo, á cuya direccion y cuidado estuvo el riego de las nuevas y tiernas plantas de la religion, y con su prudencia, vigilancia, humildad y mansedumbre crecieron y fructificaron tanto, que dieron tan copiosos y abundantes frutos de observancia, oracion y santidad, que fueron esplendor hermoso de la Iglesia, y ornamento precioso del paraíso.

Infestaban de tal forma los mares y costas de Cataluña los moros de Mallorca, que no podian, sin riesgo y peligro evidente de ser presos y cautivos, navegar aquellos mares ni gozar de alguna paz en sus casas y pueblos sus habitantes: y como para remedio de estos daños, y de los continuos estragos que ejecutaban los moros contra los que rendian, inclinase Dios, siempre piadoso de nuestras aflicciones, el ánimo del invicto rey don Jaime á la conquista de la isla; pasó Serapio con él á tan santa expedicion, á la felicidad de la cual fueron sin duda gran parte las humildes súplicas y ruegos fervorosos para con Dios de Serapio: el cual apenas ganada Mallorca, deseoso de propagar y dilatar su religion en Inglaterra, Escocia é Irlanda, pasó á dichos reinos, padeciendo muchos trabajos é incomodidades en sus viajes; y en particular en este, en que siendo preso el navío en que iba por un capitan pirata, fué el santo grandemente atropellado, de manera que, atado á un palo de fornidos nudos, le azotaron sin piedad alguna: y considerándole ya difunto, fué su cuerpo impiamente arrojado desnudo en un arenal en las costas de Inglaterra; pero dispuso la Providencia divina, que encontrado de unos pescadores se compadeciesen de él, y le cubriesen con una capa sus ensangrentadas carnes, y que llegando á Londres, su patria, fuese prontamente curado y asistido de hábitos religiosos.

Aunque Serapio, por su rara y profunda humildad, procuraba encubrir los preciosos quilates del oro de su mucha virtud, tanto mas el Señor disponia que fuese á todos mas patente: pues apenas llegado (como dijimos) á Lóndres, noticioso el rey de Escocia Alejandro, de su mucha santidad, envió por él, para que procurase que un rebelde suyo y sus secuaces se redujesen á su obediencia y real servicio: y fué el santo tan mal recibido de estos, que habiéndole rigurosamente azotado, le dijeron: Dirás á tu rey, que en tus espaldas hallará la respuesta: desacato que sentido de él agriamente, Alejandro juntó numeroso ejército, y les persiguió hasta quedar vencidos y tomar de ellos la debida satisfaccion y venganza; y quiso Dios para

manifestar claramente la inocencia de Serapio, que el terreno en que derramó su sangre, habiendo sido ántes seco é infecundo, quedase despues milagrosamente florido, verde y abundante. Escribióle san Pedro Nolasco que se restituyese á España, á fin de sacar del poder del demonio á muchas mujeres, cuya vida y tratos eran solamente la torpeza y sensualidad, como lo consiguió: por lo que irritados fuertemente con él los que vivian con ellas escandalosamente, le injuriaron, y diciéndole muchos baldones y dicterios, le abofetearon; mas la paciencia, constancia y mansedumbre con que sufrió el santo en esta ocasion tan afrentosos oprobios, fueron tales, que despues de haberles concedido amorosamente el perdon que por su desatencion y delito le pidieron, los redujo tambien á penitencia de sus culpas, y á que sirviesen en adelante al Señor.

Hizo algunas redenciones, y entre estas una en Murcia con su compañero Fr. Pedro de Castellon, redimiendo noventa y ocho cautivos, y en todas fué indecible el incendio de su ardiente caridad que mostraba con los pobres esclavos que no podia redimir: pues á los que juzgaba mas necesitados, suministraba algun socorro con que pudiesen aliviar de algun modo sus trabajos: á los que no lo eran tanto, los animaba á la tolerancia de sus penas, y á la conformidad en ellas en el Señor, esperanzándoles la libertad en otra redencion; para que así quedasen todos fortalecidos y constantes en la fé católica que profesaban: y á fin de conseguir por todos modos algun alivio á los cautivos, impelido de la compasion y amor que les tenia, se postraba rendido á los piés de los dueños de los mismos esclavos; y regándolos con sus lágrimas, procuraba con palabras llenas de dulzura y caridad persuadirles alzasen la mano de su rigor contra los pobres y míseros esclavos, y que fuesen tratados mas blandamente; y era tanta la eficacia y virtud que en estas exhortaciones santas y rendimientos humildes infundia Dios en Serapio, que redujo aquellos corazones obstinados de los moros á que fuesen mas compasivos, y no tan duros é inhumanos con los míseros esclavos, logrando estos así quedar en gran parte consolados.

Otra redencion hizo Serapio en Argel con Fr. Berengario de Bañeres, en la cual el glorioso san Ramon Nonato, del mismo real órden, á quien comunicaba y profesaba Serapio muy estrecha amistad, le anunció al tiempo de partir su feliz y deseado martirio. Siendo en ella los redimidos ochenta y siete: y no pudiéndose redimir por falta de dinero á algunos cautivos puestos en evidente peligro de renegar, ni pudiendo tolerar el inextinguible fuego de su ardiente caridad que ardia en su magnánimo pecho, de que aquellas pobrecitas almas, redimidas con el infinito precio de la sangre preciosísima del Salvador, fuesen torpe pasto y víctima á aquellos insolentes bárbaros, discurrió y practicó su grande amor el arbitrio y medio de quedarse en rehenes por ellas; y aquí fué donde enardecido del zelo de la honra y gloria de Dios, y del bien y salvacion de aquellos infieles, se opuso públicamente á su falsa y abominable secta de Mahoma: por lo que por mandato del bárbaro y tirano rey de Argel fué preso y puesto en una hedionda y obscura mazmorra, azotado con una crueldad inaudita, y con la misma, atado de piés, apaleado en el vientre, entregado despues su llagado cuerpo á una dura y pesada cadena, manteniéndole con solo pan de perro y salvado: y viendo el rey la invicta constancia de Serapio, que ni el rigor de tantos y tan crueles tormentos como habia padecido, ni las amenazas de los que intentaba ejecutar su furor con el santo, pudiesen no solo rendirle, pero ni ménos atemorizar aquel animoso y valiente corazon del soldado veterano de Cristo; por último resolvió rabioso y airado, que le fuese quitada la vida, á cuyo fin mandó sacarle á la plaza, donde viendo Serapio la aspa ó cruz en que habia de morir, lleno su corazon de un inalterable gozo é inexplicable júbilo, rindió gracias á Dios, en debido reconocimiento del singular beneficio de permitirle sacrificar á imitacion de su santísimo Hijo la vida en la cruz, y exclamó: ¡O dulce y precioso leño, perfecta imágen de aquel en que mi amado Jesus pendió, por tí espero subir á la bienaventuranza! y dichas estas palabras pasaron á atormentarle cruelísimamente. Desgarraron poco á poco su ya desfigurado cuerpo con acerados garfios y peines de hierro: introdujéronle agudas cañas entre carne y uñas: cortáronle todas las coyunturas y artículos de piés, manos, brazos, piernas y rodillas, añadiendo por último el riguroso tormento de la rueda ó torno, con la cual á violencia de giros le sacaron las tripas, que miraculosamente salieron enteras; y despues cortándole la cabeza, dió el santo su espíritu á su Criador, á los 14 de noviembre del año 1240; y ántes del último aliento dijo: Señor mio, yo os suplico que por estos tormentos y dolores que gustoso por vuestro amor padezco, tengais piedad de aquellos que se hallaren afligidos de algun dolor.

Fueron innumerables los prodigios que por intercesion del santo mártir obró Dios ya en su vida, como despues de muerto. Dos niños resucitó viviendo; el uno en el navío en que el santo pasaba al reino de Escocia, á quien su mismo padre, irritado por un descuido que cometió su hijo, le habia muerto: otro en Irlanda, hijo de un caballero, quien resucitado, dijo delante de todo el concurso: Una Señora vestida de blanco con corona de oro en la cabeza y una insignia en el pecho, al modo que trae Serapio, me ha mandado volviese al mundo.

De los milagros despues de su muerte son irrefragables testigos los muchos votos, tablones, mortajas, cuerpos enteros, piernas, cabezas, brazos, pechos, corazones, vientres de cera y de plata, como tambien báculos, muletas y otros que á sus altares han ofrecido los fieles, que por la intercesion eficaz del santo consiguieron remedio de sus males y lograron consuelo en sus aflicciones, siendo singular su patrocinio á cuantos le invocan y se valen de aquel para todo género de dolores.

En vista de cuyos prodigios y por muchos siglos continuada veneracion de los santos fieles al santo, de las declaraciones y sentencias dadas y promulgadas por los ordinarios de Gerona y Barcelona sobre su culto inmemorial, año de 1718, y de las piadosas súplicas del católico monarca de las Españas Felipe V (que de Dios goce), ruegos repetidos de diferentes eminentísimos cardenales, instancias continuas de los arzobispos y obispos de España, y peticiones humildes de toda la religion mercenaria; la santidad de Benedicto, papa XIII, con su bula, dada en Roma á los 14 de abril de 1728, se dignó aprobar y confirmar dichas sentencias, y declaró el referido culto inmemorial del santo. Quiera su divina Majestad que por los méritos poderosos de este invicto y glorioso mártir san Serapio, consigamos paciencia en los trabajos y adversidades de este mundo, conformándonos en todo con la divina voluntad:

que seamos piadosos y caritativos con los pobres cautivos cristianos: que perseveremos constantes en la fé que profesamos: que celemos la gloria de Dios deseando la conversion de los infieles: despreciemos lo caduco y aspiremos á lo eterno; y que imitando en todo sus heroicas virtudes, consigamos la divina gracia y participemos de la bienaventuranza de su gloria.

Celébrase su fiesta á los 14 de noviembre, dia en que otro san Serapio, despues de cortadas las junturas de su cuerpo, murió precipitado de lo mas alto de su casa: martirio en parte semejante al referido de san Serapio, mercenario, quien, á diferencia del otro san Serapio, murió en cruz, semejante á la del apóstol san Andrés.

Tratan la vida de este glorioso mártir, á mas de los muchos autores de su sagrada religion y crónicas de ella, el P. Hipólito Marraccio, de los clérigos regulares de la Madre Dios, en la vida de san Ramon Nonato; Dr. Juan Tamayo de Salazar, *in Amanuensi sanctorum hispanorum;* Estéban de Corbera, en la Vida de santa María de Socós; el Dr. Silvestre Marcelo, en el Mar Océano de las religiones; el Dr. Jorge José Eggs, en la Historia de los cardenales; el P. Francisco García, de la Compañía de Jesus, en la Vida de san Ramon Nonato, y el P. Juan Bolando, de la misma Compañía, en los Actos de los santos.

Los santos Clementino, Teodoro y Filomeno, mártires.—Segun nos dice Beda, durante la persecucion de Aureliano sufrieron el martirio en Heraclea de Tracia.

San Serapio, mártir.—Fué de Alejandría, y en la misma ciudad murió martirizado el año 252, reinando el emperador Decio. Despues de haberle descoyuntado todas las partes de su cuerpo, lo magullaron precipitándole de lo alto de su casa, y de este modo lo hicieron mártir de Jesucristo.

Santa Veneranda, vírgen y mártir.—Nació en Francia de padres estériles, que en su vejez la consiguieron como fruto de sus oraciones. Inclináronla á la piedad, y ella, que era de buena condicion y de espíritu dispuesto á la virtud, se entregó enteramente á Dios, é hizo voto de perpetua castidad. Cumpliólo fielmente, dedicándose á las obras de misericordia, hasta que en tiempo del emperador Antonino recibió la doble corona de la virginidad y del martirio, siendo degollada por órden del gobernador Asclepíades.

San Ipacio, obispo y mártir.—Floreció en el gobierno de la Iglesia de Gangra en Paflagonia con el brillo de las mas preciosas virtudes. Asistió al concilio general de Nicea, y en esta asamblea mostró tanto celo por la pureza de la doctrina católica, que cuando se volvia á su diócesis, lo esperaron en una emboscada, y habiéndose apoderado de él, le atormentaron hasta hacerle morir mártir. Su muerte sucedió, pues, por los años 326 ó 327.

San Saes, abad.—Convirtióse á la religion cristiana á vista de unos monges franceses que fuéron á Irlanda á practicar algunas obras de caridad. Saes vino con ellos á Francia y tomó el hábito en el monasterio de Jumieges. Llegó á ser el modelo de todos aquellos santos solitarios, y en 674 fué nombrado primer abad de un nuevo monasterio que se fundó, y en el cual acabó santamente sus dias el año 689.

San Dubricio, obispo y confesor.—Nació en el principado ó pais de Gales. Dedicó su juventud al estudio de las ciencias sagradas, y despues explicó por algunos años las santas Escrituras á los ingleses, y de su escuela salieron una porcion de santos que dieron en lo sucesivo gloria á la Iglesia de la Gran Bretaña. En un sínodo celebrado el año 446, san German le consagró obispo de Landaff, y despues fué trasladado á la silla arzobispal de Caerleon, el año 495. En 512 renunció su episcopado y se retiró á un desierto, en la isla de Bardsey ó de Euly, donde murió poco despues y fué enterrado.

San Lorenzo, obispo y confesor.—Fué hijo de un príncipe de Irlanda. Su nacimiento proporcionó á su ilustre padre la reconciliacion con otro príncipe vecino suyo, circunstancia con que quiso anunciar el cielo la gloria futura de aquel niño. Cuando tuvo Lorenzo doce años, abrazó el estado eclesiástico, y á los veinte y cinco le nombraron abad del monasterio de Glendenoch. Gobernó su comunidad con una virtud y una sabiduría admirables, y durante los estragos de un hambre que duró cuatro meses, Lorenzo fué, como otro José, el salvador del pais por su inmensa caridad. Dios, sin embargo, quiso que la virtud de su siervo fuese probada en el crisol de la tribulacion. Algunos malos religiosos, á quienes incomodaba la regularidad de disciplina, emplearon la calumnia para manchar la reputacion de Lorenzo, cuya bondad y paciencia triunfaron de sus enemigos. A la edad de treinta años fué elegido arzobispo de Dublin: en su largo pontificado tuvo tiempo para desplegar su infatigable celo por la reforma de la disciplina eclesiástica y las costumbres públicas. Distinguióse sobre todo por una prudencia consumada y una caridad sin límites. Los pobres le buscaban como á su padre, y en la horrorosa hambre de tres años que asoló la Irlanda, mostró el venerable pastor que su caridad no tenia límites. Los pontífices, los reyes y todas las personas constituidas en dignidad buscaban su consejo, y hasta los padres del oncéno concilio general celebrado en Letran el año 1179, al cual asistió nuestro santo, le tributaron los mayores elogios por su sabiduría y su celo. El Señor le concedió el don de milagros, de modo que en la bula de su canonizacion se enumeran siete muertos resucitados. Su vida fué siempre acompañada de bendiciones, y su muerte, sucedida el año 1181, fué tambien gloriosa en el Señor.

San Venerando, mártir.—Floreció en Troyes de Francia en tiempo del emperador Aureliano. Despues de un glorioso martirio, acabó su vida degollado en la misma ciudad, el año 272.

La Conmemoracion de muchas santas mártires.—Eran unas piadosas mujeres de la ciudad de Edesa, que por órden del cruel capitan de los árabes llamado Mady, fueron cruelmente atormentadas porque no quisieron adorar á Mahoma, y murieron al fin degolladas el año 773 de Jesucristo. Los fieles recogieron sus reliquias y les dieron sepultura, y con su contacto se obraron muchas maravillas.

San Jucundo, obispo y confesor.—Segun Ferrario en su Catálogo de los santos de Italia, fué el décimo obispo de Bolonia; cuya Iglesia hizo florecer en pureza de disciplina y santidad de costumbres. De todas las virtudes fué el venerable pastor predicador y modelo, y murió en la paz de Dios, en su misma ciudad episcopal, el año 485.

Santa Trahamunda, vírgen.—En el tiempo que Córdoba estaba dominada de los moros, fué llevada cautiva á aquella ciudad una doncella de Galicia, llamada Trahamunda, criada en las cercanías de Pontevedra, y segun parece,

religiosa del monasterio de San Martin, que estaba junto á esta villa. Llevaba con ánimo igual y pacífico los trabajos de la esclavitud: desconsolábala únicamente el vivir entre gente enemiga de Jesucristo, y sus ruegos eran de continuo para suplicar al Señor la restituyese algun dia á la santa compañía de sus hermanas, para poderle alabar y ensalzar en medio de aquel coro de vírgenes. Su súplica fué oida: un dia tuvo un éxtasis muy largo, y al volver en sí se halló restituida á su monasterio, donde llena de gozo dió gracias á Dios, y continuó viviendo santamente y obrando muchos milagros hasta su dichosa muerte, acaecida por los últimos años del siglo X. El monasterio citado era de la órden de San Benito. Véase Yepes, tomo. v; y Florez, tom. XIX.

DIA 15.

San Eugenio, arzobispo y mártir.—El primero que sabemos haber traido la luz del santo Evangelio á la nobilísima ciudad de Toledo, y esclarecido con los primeros resplandores de la doctrina de Cristo, y fundado en ella la Iglesia y silla arzobispal, fué san Eugenio, mártir, primer arzobispo de este nombre, el cual, siendo discípulo de san Dionisio Areopagita, al tiempo que su santo maestro iba (por órden de san Clemente, papa) á predicar á Francia, fué de él enviado á España, para cultivarla y sembrar en ella la semilla del cielo. Hízolo así san Eugenio: vino á España y entró hasta las partes mas mediterráneas y apartadas del mar, é hizo su asiento, como en el centro y corazon de toda España, en la ciudad de Toledo.

Comenzó luego á esparcir los rayos de la luz que traia consigo, y á domesticar y amansar los corazones de los gentiles é idólatras, que vivian á guisa de unas fieras bravas y como gente ciega y sepultada en la sombra de la muerte y en las tinieblas de sus vicios. Confirmaba lo que enseñaba con muchos milagros y no ménos con sus admirables costumbres y vida santísima. Convirtiéronse muchos toledanos á la fé de Cristo y recibieron el bautismo; y el santo pastor tenia cuidado de enseñar y apacentar su rebaño con los pastos de vida, y atrer á él nuevas ovejas y hacer de lobos corderos. Habiendo, pues, estado algunos años ocupado en este santo ministerio, con deseo (á lo que se puede creer) de llevar adelante y acrecentar la obra del Señor, conferir con su maestro san Dionisio lo que habia hecho, y tomar órden y consejo para lo que quedaba por hacer; dejando bastante recaudo en la Iglesia de Toledo, se partió para Francia en busca de su bienaventurado maestro, y llegando á un lugar cerca de París, llamado Diolo, supo que san Dionisio habia ya dejado este valle de lágrimas, y por el martirio subido á gozar de Dios á las moradas eternas.

Y aunque tuvo pena por la falta que la ausencia de tan buen maestro le hacia, todavía se alegró en gran manera de su bien: y movido con su ejemplo y confiado en sus oraciones, determinó proseguir aun con mas fervor la labor que san Dionisio habia comenzado, y el tiempo que allí estuviese, emplearle todo en amplificar la gloria de Dios verdadero y librar las almas de los paganos del cautiverio de Satanás, y animar y confortar á los que ya eran cristianos, para que fuesen constantes en la fé, sin temor ni espanto de la cruel persecucion que Fescenio Sisinio, prefecto del emperador romano en aquel reino, habia movido contra ellos. Vino á oidos del prefecto Sisinio los oficios que san Eugenio hacia: y juzgando que era otro Dionisio, á quien él habia martirizado, y el pilar y arrimo de todos los cristianos de aquella provincia, y enemigo capital de su religion y de su imperio, dió órden á un capitan suyo, que con su gente armada se viese con san Eugenio, y le preguntase qué Dios adoraba, y si seguia el bando de los cristianos ó de los gentiles. Hízolo así el capitan: y aunque al principio, por sus venerables canas y grave presencia, le trató con algun respeto y reverencia; pero despues que le habló y entendió de él que era cristiano y que estaba aparejado para dar mil vidas que tuviera por Jesucristo, mandó á sus soldados que le acometiesen y matasen. Hiciéronlo así; y con esto el santo prelado dió su alma al Señor á los 15 de noviembre, cerca de los años de Cristo de 120; porque san Dionisio á quien él venia á buscar, murió al principio del imperio de Adriano, que fué el año de 119, como lo dijimos en su vida.

Estaba allí cerca, donde le martirizaron, un lago, que se llamaba Marcasio, en donde echaron los paganos el sagrado cuerpo de san Eugenio, para que no fuese reverenciado de los cristianos. Allí estuvo muchos años sin saberse dónde estaba; porque como la persecucion de Sisinio duraba, y era tan atroz al principio, no se atrevieron los cristianos á buscar el cuerpo del santo y sacarle del lago, y despues fuese poco á poco perdiendo la memoria; hasta que habiendo cesado las tempestades y persecuciones de los tiranos, y serenádose el cielo y dado Dios bonanza y paz á su Iglesia, el Señor fué servido de descubrir el tesoro que estaba en el lago escondido, por una revelacion que hizo á un hombre principal y rico, llamado Hercoldo, de esta manera. Estaba Hercoldo enfermo y muy fatigado de los ojos, vivia en una villa que se llamaba Marcasio, y por estar cerca, daba nombre al lago donde habia sido echado el cuerpo de san Eugenio. Una noche durmiendo Hercoldo, se le apareció san Dionisio en figura de viejo venerable y de grande autoridad, y con el rostro blando y sereno, le dijo: Levántate, hermano Hercoldo, libre de tu enfermedad, y en el lago que está aquí cerca busca el cuerpo de nuestro hermano y condiscípulo Eugenio, y dále sepultura con grande honra y reverencia; porque Dios ha de hacer grandes mercedes á este pueblo por sus merecimientos é intercesion. Despertó Hercoldo, y hallóse sano y muy alegre con la nueva sanidad y con la nueva revelacion de Dios. Fué al lago: sacó el cuerpo tan fresco y tan sin corrupcion ni fealdad alguna, como si en el mismo dia hubiera sido martirizado: mandóle poner en una arca nueva, bien aderezada; y con cánticos é himnos y alabanzas en una heredad suya, que estaba allí cerca, le dió sepultura: donde se labró una iglesia, á la cual concurrian de muchas partes los fieles, y Dios por los méritos del santo hizo muchos milagros. Allí estuvo muchos años el santo cuerpo, hasta que los normandos entraron en Francia, y con guerras, robos é incendios hicieron grande estrago en ella; y los de Diolo, para asegurar aquel precioso tesoro, le llevaron á depositar en el monasterio de San Dionisio, que está cerca de París, por ser lugar mas fuerte y seguro. Despues, dicen que andando el tiempo, y viéndose ya libres del temor y peligro de los normandos, los vecinos de Diolo volvieron por el cuerpo santo, para llevarle y restituirle á su iglesia, donde ántes estaba: mas no le pudieron levantar; porque por divina

voluntad se hizo tan pesado, que con ninguna fuerza pudieron mover el arca en que estaba. Con este milagro se partieron los de Diolo á sus casas muy tristes, dejando el cuerpo de san Eugenio en una capilla de la iglesia de San Dionisio, donde tambien resplandeció con muchos milagros y fué frecuentado por los fieles, que con gran devocion venian á encomendarse á él. Despues san Gerardo, abad y fundador del monasterio de Bronio, llevó de aquí una reliquia de san Eugenio, y la puso en su nuevo monasterio, y por medio de ella hizo Dios muchos milagros, y dió salud á muchos enfermos que estaban afligidos de varias enfermedades. Sucedió despues, que siendo arzobispo de Toledo don Ramon, sucesor de don Bernardo, y rey de España don Alonso el VII, que se llamó emperador, el papa Eugenio, III de este nombre, mandó celebrar un concilio general en Rheims, ciudad de Francia: fué á él don Ramon, y pasando por San Dionisio y visitando aquella iglesia, leyó en la capilla de nuestro santo un título que decia: Aquí yace san Eugenio, mártir, primer obispo de Toledo. Quedó admirado de aquel título; porque en España con la destruccion de los moros no habia memoria ni noticia de tal cosa: é informándose muy en particular de todo lo que se sabia en aquel convento y en otras partes de este santo, halló la informacion é historia que arriba queda referida. Acabado el concilio, volvió el arzobispo don Ramon á España: dió cuenta al rey don Alonso de lo que en el monasterio de San Dionisio habia hallado y visto; y suplicóle que procurase haber alguna reliquia de san Eugenio, para que en la Iglesia de Toledo se celebrase su memoria, y fuese honrado y reverenciado de todos los vecinos y moradores de aquella ciudad, el que habia sido su primer pastor y prelado, y alumbrádola con los rayos de la religion católica y luz del cielo. Hízolo el rey don Alonso con gran voluntad, y tuvo buena ocasion para hacerlo; porque en aquella sazon vino á España á visitar el cuerpo de Santiago el rey de Francia Luis VII, que era yerno del rey don Alonso, y llegó á Toledo, donde el rey, su suegro, le hizo grandes fiestas, y despues le pidió con grande instancia que le enviase alguna parte del cuerpo de san Eugenio, que estaba en el monasterio de San Dionisio, para la santa Iglesia de Toledo; y el rey de Francia le envió el brazo derecho de san Eugenio, el cual fué recibido con grandísima solemnidad en Toledo, llevándolo el mismo rey don Alonso y sus hijos con singular devocion y humildad sobre sus hombros; y dándole como un don preciosísimo á la santa Iglesia de Toledo, donde hoy se guarda en el sagrario. Fué esta traslacion del brazo en el año del Señor de 1156 á los 11 de febrero. Pero otra traslacion mas insigne se hizo de la iglesia de San Dionisio á la misma ciudad de Toledo en el año 1565, en 18 de noviembre, siendo rey de España don Felipe, II de este nombre, el cual pidió al rey Cárlos de Francia IX, su cuñado, y á la reina doña Catalina, su madre (en cuya tutela estaba el rey por su pequeña edad), el cuerpo de san Eugenio; y ellos le entregaron benignamente á don Pedro Manrique, hijo del adelantado de Castilla (que á la sazon era canónigo de la santa Iglesia de Toledo, y despues fué religioso de la Compañía de Jesus), á quien la misma Iglesia habia enviado á Francia por él. Fué recibido en la ciudad de Toledo con extraordinaria pompa, triunfo y regocijo, esmerándose toda ella y la santa Iglesia en hacer nuevas invenciones y fiestas para recibir, honrar y venerar á su antiguo pastor y su santo prelado. Pero aunque hubo muchas cosas señaladas en aquel recibimiento, la mas insigne fué ver al católico rey don Felipe y al príncipe don Cárlos, su hijo, y los archiduques de Austria, Rodulfo (que despues fué emperador), y Ernesto, su hermano, é hijos del emperador Maximiliano, II de este nombre, y sobrinos del mismo rey don Felipe, llevar sobre sus hombros el arca en que iba el cuerpo de su santo pontífice; porque, ¿qué carro triunfal se puede igualar con los hombros del rey tan grande, tan poderoso y monarca de tan gran parte del mundo? El cual, reconociendo (por su piedad) la ventaja que hace la gracia y gloria que da Dios á sus santos, á toda la majestad é imperio de la tierra, se humilló y postró á los huesos y cenizas de san Eugenio, reverenciando á Dios en su siervo, á Cristo en su miembro, al Espíritu Santo en su templo, y venerando aquel cuerpo que habia sido fiel compañero é instrumento de su bendita alma, para tanta gloria del que la crió. Colocóse el cuerpo de san Eugenio en una capilla debajo del altar mayor de la santa iglesia, donde está y es reverenciado con gran devocion y concurso de toda la ciudad. De san Eugenio escriben los Martirologios romano, de Usuardo y Adon, y el breviario Toledano: y en un concilio leodiense se mandó que la historia de este santo se leyese en la Iglesia.

Los santos Samona, Guria y Abibo, mártires.—En aquella terrible tempestad y espantosa persecucion que el emperador Diocleciano movió contra los cristianos, murieron en Edesa por la fé del Señor los santos mártires Guria y Samona: los cuales habian nacido en dos aldeas allí cerca, y se habian criado en la misma ciudad de Edesa, y por atender mas á Dios y darse á la oracion y contemplacion, apartados del bullicio y ruido de la gente, con grande recogimiento y ejemplo de santidad vivian en el campo. Tuvo el presidente Antonio noticia de su religion, y que no solamente ellos eran cristianos, sino que muchos otros lo eran por su persuasion: mandólos prender y echar en la cárcel: tuvo con ellos grandes razonamientos, procurando con maña y artificio inducirlos á que negasen á Jesucristo nuestro Salvador y adorasen á sus falsos dioses: y viendo que perdia tiempo, mandóles atormentar cruelmente, y primeramente que atasen á cada uno de los dos santos de una mano en un madero, y que les echasen á los piés una piedra de gran peso, para que tirase el cuerpo abajo y les descoyuntase. Cinco horas estuvieron los santos mártires en el horrible tormento con tan admirable constancia, que no se les oyó voz, ni gemido, ni suspiro, mas que si aquellos cuerpos no fueran suyos ni ellos de carne. Despues los tuvieron en un oscuro y penoso calabozo muchos dias, y algunos sin comer; y traidos de nuevo á su tribunal, mandó el presidente que á Samona (que era mas mozo y mas robusto) le colgasen de un pié, y que sobre el otro pié le echasen una pesa de hierro pesadísima, para desmembrarle y hacerle pedazos. De esta manera estuvo el valeroso soldado de Cristo tres horas colgado, alabando al Señor por la merced que le hacia; y fué tan atroz aquel tormento que se le desencajó el hueso de la pierna de su encaje, y quedó cojo Samona. Otra vez los volvieron á la cárcel, y de nuevo fueron presentados delante del presidente: y él los tentó y procuró ablandar y engañar; mas cuando los vió fuertes como una roca, y que hacian burla de sus palabras, dió sentencia de muerte contra ellos: la cual los santos recibieron con

admirable gozo y alegría de sus almas, á los 13 de noviembre en que les fueron cortadas las cabezas, imperando Diocleciano. Despues andando el tiempo en la misma ciudad de Edesa, siendo Licinio emperador de Oriente, fué preso un santo diácono, llamado Abibo, que era de la misma patria que los sobredichos mártires Guria y Samona: y sabiendo que el presidente Lisias le buscaba, él mismo se manifestó y presentó; y teniéndolo por demasiado atrevimiento y por afrenta suya, el inicuo juez lo mandó extender en un madero tan reciamente, que fué maravilla no hacerse pedazos los brazos; y despues con peines de hierro abrirle las entrañas. Como tan atroces penas no hiciesen mella en aquel pecho sagrado y mas fuerte que el acero y que el diamante, mandó que á fuego lento le quemasen para que la muerte fuese tanto mas dolorosa, cuanto mas prolija; y con este género de martirio dió Abibo su espíritu al Señor, y fué sepultado su cuerpo donde estaban los cuerpos de los otros dos. El martirio de estos valerosos caballeros y santos mártires de Jesucristo escribió Metafraste, y Arete, arzobispo de Cesarea, hizo una oracion en su alabanza, y el P. Fr. Lorenzo Surio los pone en su sexto tomo. El uno y el otro autor refieren un milagro que quiero yo escribir aquí, porque de él podemos sacar la reverencia que se debe á los santos, y lo que Dios los estima y obra por ellos: y que aunque disimula y calla y parece que duerme, permitiendo que algunos pecadores suelten la rienda á sus apetitos y corran sin freno y se entreguen á la maldad; al cabo los alcanza y castiga sin que se puedan escapar de sus manos. Dicen pues estos autores, que habiendo venido sobre la ciudad de Edesa los hunos, gente feroz y bárbara, y sitiádola con un cerco apretado, el emperador romano envió gente de guerra para que la defendiesen. Entre los otros soldados vino un godo (ahora sea que él se llamaba por este nombre, ahora porque era godo de nacion): este posó en Edesa en casa de una viuda honrada, que tenia una hija por extremo hermosa, honesta y recogida, la cual por mucho que huia el ser vista de los hombres, no pudo excusarse tanto, que un dia no fuese vista del godo, que posaba (como ya dijimos) en su casa, y él se enamoró tanto de su belleza que se determinó por cualquiera via haberla. Pidióla por mujer á su madre con gran sumision y comedimiento: y habiendo sido desechado muchas veces de ella, tanto la importunó con sus palabras humildes, con ricos dones y largas promesas, que la pobre madre se rindió y prometió darle á su hija por mujer, habiendo aquel hombre bárbaro primero jurado que no tenia mujer ni hijos, como algunos decian. Hízose el casamiento: concibió del godo la hija; é idos los hunos sin tomar la ciudad y acabada aquella guerra, el godo quiso volverse á su tierra y llevar consigo á su mujer preñada; pero la triste madre que sentia mucho el apartarse de su hija, y que la llevase un hombre extraño y no conocido á lejas tierras, no consintió que se partiesen hasta que llevó al godo y á su hija delante del altar donde estaban sepultados los sagrados cuerpos de estos gloriosos tres mártires, y dijo al godo: No te entregaré á mi hija sino pones las manos sobre esta arca en que están las reliquias de estos mártires de Cristo, y no me los das por fiadores, y me juras y prometes de no maltratar á mi hija, sino de regalarla y tratarla bien; y el godo con el deseo tan encendido de gozar de aquella mujer, olvidado de sí y de su conciencia, como si no hubiera Dios, ó el Señor no galardonara ó castigara nuestras obras, sin empacho ni temor ninguno respondió: De vuestras manos, ó santos gloriosos, recibo esta mujer, y á vosotros os doy por fiadores á su madre, y prometo que la regalaré y daré lo que quisiere á medida de su corazon muy enteramente, y añadió muchos juramentos y maldiciones sobre sí si no los cumpliese. Entonces la madre, volviéndose á los santos, les dijo: A vosotros, ó santos benditos, que derramasteis vuestra sangre por Cristo, encomiendo mi hija, despues de Dios, y por vuestra mano á este hombre mi yerno. Con esto se despidieron con muchas lágrimas madre é hija, y el godo con su mujer preñada se puso en camino: mas cuando llegó cerca de su tierra, el hombre bárbaro le quitó las joyas y vestidos ricos que llevaba, y la vistió pobre y vilmente, y la dijo: Yo tengo mujer é hijos, y tú no has de decir que eres mi mujer sino que eres mi esclava, y has de servir como tal á la mujer que tengo en casa; porque si dices ó haces otra cosa yo te atravesaré esta espada por el cuerpo, y morirás á mis manos. ¿Qué sentiria aquella triste moza viéndose apartada de su madre y de sus deudos y conocidos, y tan léjos de su tierra y en manos de un hombre fiero que la habia engañado, y con nombre de legítima mujer la trataba como á cautiva y esclava? No tuvo otro remedio sino hacer de la necesidad virtud, y volverse á Dios y á los santos mártires, y con muchas y afectuosas lágrimas pedirles socorro, y acordarles que habian sido sus fiadores, y que por su mano su madre la habia entregado á aquel bárbaro. Entró en casa del godo é hizo reverencia á la señora: la cual viendo una moza tan hermosa, luego sospechó lo que era y preguntó al marido ¿quién era aquella mujer? Y él respondió que una esclava que habia cautivado en la guerra. Nó (dijo ella) no es este rostro ni talle de esclava. Sí es (dijo él), y como de esclava te puedes servir de ella. Así lo hizo la mujer: y como tenia zelos de su marido, miraba con malos ojos á la esclava: tratábala mal, y cargábala de trabajos pesados cuanto podia; y aun no la queria ver ni hablar; tanto era el odio y aborrecimiento que la tenia: el cual crecia mas cuando echó de ver que estaba preñada, y procuró afligirla y fatigarla, de suerte, que muriese la criatura; pero no pudo, porque Dios la guardó: llegó el tiempo del parto, y parió un hijo tan parecido á su padre el godo, que era un vivo retrato suyo. Esto encendió mas la ira de la mujer, y se acabó de persuadir que aquel hijo era de su marido, y aquella esclava era su amiga. Determinó vengarse de él y de ella: y un dia con color de no sé qué negocio envió á la madre léjos de casa, y dió rejalgar al niño. Volvió la triste madre, y halló á su hijo muerto: y aunque no lo sabia cierto, barruntó lo que era, y sospechó que su señora le habia muerto, y tenia indicios de ello; porque la boquita del niño estaba llena del tósigo que le habian dado. Limpiósela la madre con un lienzo: y para certificarse si era verdad lo que sospechaba, un dia que comia su señora con su marido y otros deudos suyos, con aquel lienzo con que habia limpiado la boca de su hijo refregó la copa que habia de beber su señora. Bebió y murió; y de esta manera pagó la muerte del niño. Enterráronla con gran solemnidad y sentimiento de su marido y deudos, llorando amargamente aquella muerte tan súbita y repentina: mas pasados siete dias despues del entierro, enjutas ya las lágrimas (pero estando aun

vivo y en su fuerza el dolor), entendiendo los deudos de la mujer la causa de su muerte, tomaron á la pobre esclava y encerráronla en la misma bóveda en que habian sepultado á la señora, para que allí muriese y fuese enterrada viva con la muerta, y pusieron una gran losa encima y guardas á la puerta para mas seguridad. ¡O Señor, cómo probais á los vuestros y cómo dejais caer en los abismos á los hombres para que sacándolos de ellos seais mas glorificado! En entrando la infeliz esclava en aquella sepultura, sintió un olor tan malo y pestilente que salia del cuerpo de su señora, que faltó poco que no espirase allí luego; pero confortada de Dios cobró ánimo, y con las lágrimas y ternura que se puede pensar, le suplicó que por los merecimientos de aquellos santos mártires la ayudase, y á los mismos mártires que no la desamparasen, pues fiada de su amparo y patrocinio, se habia entregado á aquel hombre bárbaro, y se veia en aquella angustia sin esperanza alguna de remedio. Haciendo oracion vió á los tres santos mártires vestidos de una claridad admirable; y al mismo punto despedido el mal olor, sintió una fragancia del cielo, y oyó una voz que la dijo: No temas; que presto alcanzarás lo que deseas, y como buenos fiadores te libraremos. Oidas estas palabras quedó la mujer dormida, y por la virtud de aquel Señor, que por un ángel llevó por un cabello al otro profeta de Judea á Babilonia, cuando despertó se halló en Edesa, en el mismo templo donde estaban los cuerpos de los tres santos mártires, los cuales la preguntaron si sabia dónde estaba; y ella reconociendo aquel lugar espantada por una parte, y como fuera de sí, y por otra alegre y gozosa, se tendió en el suelo delante de su sepulcro, haciendo gracias con increibles lágrimas al Señor y á aquellos santos fiadores; y ellos la dijeron: Ya habemos salido de nuestra fianza; véte á tu madre; y con esto desaparecieron.

Vino la madre, llamada del cura, á la iglesia donde estaba su hija, y cuando la vió tan maltratada y vestida, apenas la conoció, hasta que la hija la contó toda la historia que ya queda referida, y la misericordia que Dios habia usado con ella por intercesion de los santos mártires. No se puede creer los abrazos que la madre daba á la hija, y los sollozos y lágrimas de las dos, cuando se vieron y conocieron.

Mas para que se vea como nuestro Señor acompaña la justicia con la misericordia, y da á cada uno el pago conforme á sus obras, volviendo los hunos y los persas á cercar la ciudad de Edesa, los romanos enviaron tambien su ejército para defenderla. En este ejército vino el godo, y fuése derecho á casa de su suegra, creyendo cierto que no habia persona que pudiese saber lo que él habia hecho con su hija, á la cual la madre habia encerrado en un aposento apartado, luego como llegó el godo á su casa ántes que él la pudiese ver. Finalmente, despues de haberle recibido con muestras de amor, aunque fingido, y oido de él las mentiras que la dijo de su hija, como habia llegado sana y buena, y parido un hijo, y quedaba alegre y contenta; se la sacó y mostró, y le convenció de todo lo que habia hecho contra ella, con tanta evidencia que no lo pudo negar, y fué preso y condenado á ser ahorcado y quemado; y por grandes ruegos del obispo de Edesa, que se llamaba Eulogio, el juez le perdonó el fuego y le mandó ahorcar, y con este infame suplicio y muerte el desventurado godo pagó su maldad, y toda la gente alabó al Señor por haber librado con un raro y prodigioso milagro aquella pobre mujer por intercesion de los santos mártires, á los cuales cobraron mayor devocion, y entendieron la reverencia, devocion y respeto que se debe á los santos y amigos de Dios, y con cuánta seguridad y confianza podemos acudir á ellos en todos nuestros trabajos y angustias. Hacen mencion de estos santos mártires, á mas de los autores arriba alegados, que escriben su martirio, los griegos en su Menologio, y el Martirologio romano á los 15 de noviembre, y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre aquel lugar.

San Leopoldo, confesor.—Leopoldo, llamado por su gran piedad el Pio, marqués VI de Austria, fué hijo de Leopoldo el Hermoso, asimismo marqués de Austria, príncipe clarísimo y de grande estado y poder. Desde niño parece que con la leche mamaba la piedad y devocion; y cuanto mas iba creciendo en edad, mas iban creciendo estas virtudes en él. Era muy compuesto, muy honesto, suave y grave, apacible en sus costumbres, y retirado de toda vanidad; de manera que siendo mozo no tenia los vicios de mozo, y siendo tan gran Señor, entre tantas delicias y regalos era espejo de templanza, recogimiento y honestidad. Murió el marqués su padre: y nuestro Leopoldo, como hijo primogénito, le sucedió en el estado, y tuvo ocasion para mostrar mas su bondad, y los dones del Señor que tenia encerrados en su pecho; porque luego comenzó á gobernar, nó como príncipe y soberano señor de sus vasallos, sino como padre benigno y amoroso, desvelándose, nó en desollarlos y quitarles las haciendas, sino en acrecentarlas y mirar por su bien en administrar la justicia con igualdad y con misericordia, en conservarlos en paz y concordia y abundancia de las cosas para la vida humana necesarias, en alentar y premiar á los virtuosos, y reprimir y echar de sus estados á los insolentes y escandalosos, y finalmente en vivir con tal ejemplo, que todos sus vasallos le pudiesen tomar por dechado y por un vivo retrato de virtud. No le ayudó poco para esto el haberse casado con Inés, hija del emperador Enrique IV, que era princesa cristianísima, de la cual tuvo diez y ocho hijos, las diez hijas y ocho varones; y con haber parido tantas veces fué raro ejemplo en su estado de castidad, y tan devota y piadosa, que corriendo Leopoldo su marido á rienda suelta en todas las obras virtuosas y de piedad, ella le incitaba y le era espuela, para que corriese mas.

Eran estos dos príncipes muy devotos, y dados al culto y reverencia de Dios, y deseosos que todos sus vasallos lo fuesen: para esto determinaron edificar un templo y poner en él ministros, que continuamente alabasen al Señor; y estando en duda del lugar que escogerian para labrar este templo, de repente se levantó un aire que arrebató el velo que la marquesa Inés traia sobre la cabeza, y le llevó muy léjos de donde estaba, y á parte muy remota y distante. Pasados muchos dias, yendo el marqués á holgarse al campo, vió acaso el velo de su mujer sobre unos espinos, tan entero y lindo, como cuando voló de la cabeza de la marquesa: tomóle con alegría; y entendiendo que la voluntad del Señor era que en aquel lugar se edificase el templo, lo mandó labrar rico y suntuoso, y lo dedicó á la gloriosa Vírgen María nuestra Señora, y lo dotó de rentas y posesiones para el sustento de los canónigos seglares que allí se instruyeron, ocho millas de Vie-

na. Mas andando el tiempo, los mudó en canónigos reglares, para que con mayor ejemplo de vida y mayor cuidado sirviesen al Señor. Otro monasterio de la órden de san Bernardo edificó, doce leguas de Viena, en un valle de mucha arboleda, con título de la Santa Cruz, en el cual se sustentaron muchos monges y ministros de Dios. Tambien reparó otro que habia sido fundado de sus projenitores, y despues arruinado en guerra de los enemigos, al cual acrecentó con rentas para sustento de los que en él vivian. Cuarenta años gobernó sus estados nuestro Leopoldo con gran amplificacion de la gloria de Dios, utilidad de la Iglesia, beneficio de sus vasallos y honra y alabanza suya; porque como resplandecia en los ojos de todos la santidad de Leopoldo, y los rayos de sus virtudes se descubrian y daban á conocer, era su fama grande por todas partes, y los otros príncipes, provincias y naciones le estimaban y veneraban, y muchos le deseaban conocer y servir: que esto tiene la rara virtud, que se hace conocer, amar y estimar, aun de los extraños; y mas la de los grandes príncipes: porque campea mas en el lugar eminente y alto, y está expuesta á los ojos de todos. Habiendo, pues, corrido su carrera tan feliz y santamente este bienaventurado marqués, queriendo el Señor darle otro reino incomparablemente mas glorioso, le vino una enfermedad de la cual murió tan cristianamente como habia vivido, el año del Señor de 1136; siendo sumo pontífice Inocencio, II de este nombre, que le honró y alabó mucho su gran santidad.

Obró nuestro Señor por intercesion de san Leopoldo innumerables milagros: libró á muchas personas endemoniadas: dió vista á los ciegos, oidos á los sordos, lengua á los mudos, piés á los cojos, dichosos partos á las mujeres que estaban en peligro, salud á muchos enfermos en todo género de enfermedades; y finalmente á muchos muertos resucitó y dió vida, como se puede ver en el Libro de los milagros y canonizacion de san Leopoldo, que escribió Juan Francisco de Pavines, y en la oracion que hizo Francisco Patavo, abogado consistorial, delante de Inocencio, papa VIII, en público consistorio, cuando le canonizó. Solo quiero referir aquí en pocas palabras algunos en particular.

Habia una mujer cargada de deudas: afligíanla y sacábanla el alma los acreedores para que las pagase; y ella era tan pobre, que no les podia pagar. Fuése al sepulcro de san Leopoldo, y postrada delante de su sagrado cuerpo le suplicó con muchas lágrimas, que la amparase y la socorriese en aquella extrema necesidad. Oyó una voz que interiormente la decia, que se volviese á su casa, y que abriese la alacena, y que allí hallaria las cartas de pago, de todo lo que debia. Fué á su casa: abrió su alacena; halló sus cartas de pago; y con ellas se fué á sus acreedores, se las mostró, y les pidió que la diesen las obligaciones que contra ella tenian; y ellos la respondieron que las habian dado á cierto hombre vestido de azul, que les habia pagado todo lo que ella les debia. Quedó la mujer por una parte muy contenta y alegre, por haber salido de tan grande congoja y angustia; y por otra muy agradecida y devota al santo, entendiendo que por su medio Dios nuestro Señor la habia hecho aquella merced.

Otra mujer, llamada Isabel, fué citada por testigo, para que declarase lo que sabia acerca de algunos milagros de san Leopoldo: y parte por escrúpulo y no querer jurar, y parte por descuido, iba dilatando el decir su dicho. Dióla de repente un grave dolor: vióse en peligro: conoció su culpa, y que aquel era castigo de Dios: arrepintióse, y suplicó al santo que la alcanzase salud: porque ella le serviria, y le diria lo que sabia; y luego se halló sana y libre del dolor.

Un hombre que se llamaba Juan Ruperger estaba en la cárcel, aprisionado con esposas en las manos y grillos en los piés: encomendóse á san Lepoldo, é hizo voto, prometiendo hacer cierta cosa en su servicio. Fué cosa maravillosa que se halló fuera de la carcel, habiendo (para salir de ella) pasado por un lugar tan estrecho que no cabia un hombre, y tres murallas y un lago de agua tan grande, que humanamente no se podia pasar. Cuando el hombre se vió libre, olvidóse (como muchos suelen) de Dios, y de lo que al santo habia prometido; y al cabo de un año le tornaron á prender y echar en la misma cárcel, y con las mismas prisiones que ántes tenia. Allí estuvo cuatro meses, y reconoció su culpa, y renovó el voto que ántes habia hecho; y el santo como benigno y piadoso, de nuevo le libró.

Lo mismo sucedió á otro, que estaba sordo, y humanamente sin esperanza de sanar, el cual acudió por favor á san Leopoldo y le hizo otro voto: sanó y no cumplió lo que habia prometido: volvióle la sordera; y conociendo de donde le venia el mal, tornó á hacer su voto, y con él cobró de nuevo la salud; porque Dios nuestro Señor así como es liberalísimo en honrar á sus santos y en hacernos mercedes por su intercesion; así quiere que nosotros los honremos y que cumplamos enteramente lo que les prometemos, en reconocimiento de las mismas mercedes que por su mano recibimos.

La vida de san Leopoldo escribió Francisco Patavo, en aquella oracion que recitó (como dijimos) en presencia del papa Inocencio VIII, que fué el que lo puso en el catálogo de los santos, y lo canonizó el año de 1485, como lo dice Neuclero; tráela el P. Fr. Jacobo Mosandro en el séptimo tomo de las Vidas de los santos de Surio. Hace mencion de san Leopoldo el Martirologio romano á los 15 de noviembre, y el cardenal Baronio en aquel lugar; y mas largamente los autores que escriben las cosas de la casa de Austria.

* San Félix, obispo y confesor.—Solo contaba quince años este santo cuando el Señor le enriqueció con el don de milagros. Era natural de Italia y fué consagrado obispo de Nola, en Campaña, en cuya diócesis brilló como luz puesta en el candelero de la Iglesia. Sufrió el martirio en la misma ciudad de Nola en la compañía de otros treinta cristianos de órden del gobernador Marciano, por no haber querido ofrecer incienso. San Paulino, que le sucedió en el obispado, escribió su martirio.

Los santos Segundo, Fidenciano y Varico, mártires.—Derramaron su sangre con una gloriosa confesion de la fé de Jesucristo en África, durante la persecucion del emperador Decio, á mediados del siglo III.

San Mavito ó Malo, obispo y confesor.—Nació en Bretaña y fué bautizado por san Brendan, que se encargó luego de formarlo en las ciencias y la piedad. Dedicóse al estado eclesiástico, recibió las sagradas órdenes, y despues de haber sido consagrado obispo regionario, segun la opinion de algunos escritores, se fué á la Armórica. Civilizó á los habitantes de este pais, en el sentido verdadero de

esta palabra; pues que les enseñó el conocimiento de Dios y sus deberes como ciudadanos, y plantó por todas aquellas regiones el Evangelio, que produjo los frutos mas opimos. En semejante empresa tuvo el santo que sufrir grandes contratiempos; pero su paciencia y constancia, superiores á todo encarecimiento, lograron que el cielo ablandase por fin aquellos corazones, y los milagros que acompañaron muchas veces á sus discursos obraron la completa conversion de aquellos naturales. San Malo fundó entonces la Iglesia de Alet, y fijó en ella su sede episcopal, sin dejar de predicar y de instruir continuamente á sus ovejas. En medio de tanto trabajo, no olvidó nunca su propia santificacion: dábase con mucha frecuencia á la oracion, al ayuno y á la penitencia, y queriendo en sus últimos años prepararse para el tránsito á la eternidad, dimitió su obispado y se fué á Saintes á terminar en paz sus dias. San Malo murió el dia 15 de noviembre del año 565, habiendo gobernado en calidad de obispo la Iglesia de Alet por espacio de cuarenta años.

San Leoncio, obispo y confesor.—Fué el segundo de su mismo nombre que ocupó la silla episcopal de Burdeos. Habia nacido en Saintes por los años de 510. En su juventud sirvió en la milicia é hizo la guerra en España contra los visogodos. La integridad de su conducta, la pureza de sus costumbres, su amor á la justicia, su piedad y sus limosnas le hicieron digno del episcopado. El clero y pueblo de Burdeos lo eligieron por pastor, y fué consagrado el año 541. Consagróse todo entero á la santificacion de sus ovejas; asistió á los concilios segundo y tercero de París, vendió todos sus bienes, que eran considerables, cuyó producto empleó en beneficio de los pobres y de las Iglesias, y murió en paz el año 565.

San Pavino, confesor.—Natural del Maine, dejó al mundo en su juventud para consagrarse á Dios con el retiro. A una santidad eminente juntó un talento privilegiado para la predicacion. Cuando fué elegido superior del monasterio de Santa María en el territorio de Beaugé, dió en su destino las mejores pruebas de su humanidad, de su vigilancia, de su zelo, de su paciencia y caridad. Murió á fines del siglo VI, circundado de la gloria de los milagros.

San Didier, obispo y confesor.—Los franceses le llaman san Gery. Nació de padres nobles en el territorio de Alb el año 580. Educóse en la córte de Clotario II: hizo rápidos progresos en la carrera de la ciencia y se hizo notable por su elocuencia. Obtuvo empleos distinguidos en la córte; pero siempre vivió en ella como un religioso en su claustro. El tiempo que le dejaban libre los asuntos de su destino, lo empleaba en la meditacion de la ley de Dios, en el estudio de los libros santos y en la oracion. Procuraba imitar en todo á los santos, y mantener su corazon inmaculado. Mereció la confianza de los reyes y príncipes de su nacion. Es notable la carta que dirigió el rey Dagoberto al clero de la diócesis de Cahors, cuando propuso á Didier para obispo de aquella Iglesia. En ella se pintan los méritos del siervo de Dios, y refiere el rey los motivos que le han decidido á la eleccion con colores tan naturales y tan verdaderos, que al consagrarle el metropolitano, todo el pueblo prorumpió en demostraciones espontáneas de alegría. Encargado ya Didier de las augustas funciones de su dignidad, trabajó principalmente para hacer brillar la religion y extirpar el vicio en su diócesis. Los pobres fueron el primer objeto de su solicitud; y su crédito en la córte, que conservó toda la vida, lo empleó en inclinar el ánimo del rey y el de los poderosos á fundar en Francia varios monasterios y muchos establecimientos de beneficencia. Llegó á una edad muy avanzada, y cumulado de méritos, murió en el Señor el dia 15 de noviembre de 654, en el territorio de Albi, despues de haber gobernado mucho tiempo con gloria la diócesis de Cahors.

San Luperio, obispo y confesor.—Floreció siendo obispo de Verona en el siglo VIII. Su episcopado, glorioso en virtudes y milagros, fué además notable por la fundacion de algunas iglesias y monasterios, y por la dotacion de algunos establecimientos en favor de los pobres.

DIA 16.

San Edmundo, obispo y confesor.—San Edmundo, arzobispo cantuariense, nació en Inglaterra, en una villa llamada Albendon, de padres honrados, no pobres ni muy ricos: su padre se llamó Eduardo y su madre Moabilia; y eran tan temerosos de Dios, que el padre, con consentimiento de su mujer, se entró en un monasterio, y allí acabó santamente su vida; y la madre, aunque quedó en el siglo, vivió en él mas como religiosa que como seglar, y enseñó á su hijo Edmundo (á quien dió este nombre por reverencia de san Edmundo, rey de Inglaterra y mártir) la vida espiritual, exhortándole á guardar perpetuamente su virginidad, y domar su carne con ayunos y cilicios y no ofender á su Criador y Señor por ninguna cosa, y desde niño le persuadió que ayunase los viernes á pan y agua, y para que se inclinase á hacerlo, le prometia y daba algunos regalillos, con que los niños se suelen contentar; y cuando estudiaba, con la ropa blanca le solia enviar algun cilicio de su mano, para que le usase, temiendo la santa madre que las ocasiones y malas compañías que se hallan en las universidades no engañasen á su hijo y le despeñasen en los vicios de la juventud. Tomó Edmundo tan bien la doctrina é instruccion de su madre, que toda su vida guardó su alma limpia de toda torpeza carnal, é hizo voto de guardarla á la sacratísima Vírgen nuestra Señora, tomándola por abogada y patrona: y para ganarla mas la voluntad, hizo hacer una sortija en que estaba esculpida el Ave-María, y la puso en el dedo de una imágen de la Vírgen, como quien se desposaba con ella: la cual sortija, despues de muerto Edmundo, milagrosamente se halló en su dedo. En los ayunos, penitencias y asperezas, se esmeró tanto, que no se puede fácilmente creer, buscando siempre nuevas invenciones de cilicios y penas para afligir mas su carne, y conservar la virginal pureza que por medio de su sacratísima madre habia ofrecido á Jesucristo nuestro Redentor. Todo el favor de la Vírgen hubo menester Edmundo, para defenderse de las duras batallas que tuvo con el comun enemigo, que le pretendia despojar de la preciosa joya de la castidad, porque estando estudiando en la universidad de París, una hija de su huéspeda, moza, hermosa y lasciva, instigada del demonio, se prendó de él tan locamente, que le descubrió la llaga de su corazon, y le dió gran batería para atraerle á su voluntad, á la cual Edmundo resistió, favorecido de la Vírgen, valerosamente, reprendiendo á la mujer de su ceguedad, y procurando inclinarla al amor santo de la castidad; pero como ella

estuviese tan abrasada de aquel incendio de la concupiscencia, que Edmundo con sus palabras y consejos saludables (que eran como agua del cielo), no le pudo apagar, y siempre porfiase é importunase al santo mozo; mandóla un dia venir á su estudio, como quien la queria contentar, y habiéndola hecho desnudar, la dió tantos y tan crueles azotes, que la pobre moza se compungió, y conoció su culpa y se enmendó de ella. Esto que hizo Edmundo con la hija de su huéspeda, han hecho algunos santos con otras mujeres, que á guisa de furias infernales los pretendian mancillar y perder sus almas: pero otros mas recatados, no fiando de sí, echaron á huir para no ponerse en tan grave ocasion, y cerraron los oidos á los silbos de las serpientes que con su veneno los querian atosigar: y este camino es el mas seguro cuando la ocasion no es tan forzosa, ó la inspiracion de Dios no es tan fuerte que nos enseñe lo contrario. Pasada esta pelea, tuvo otra con una mujer casada que terriblemente le persiguió, y para ablandarle le enviaba muchos dones, los cuales el santo mozo no quiso tomar; ántes la avisó que si no se reportaba, lo haria saber todo á su marido.

En París estudió con gran cuidado las artes y se hizo maestro, y por espacio de seis años las enseñó con gran loa y aprovechamiento de sus discípulos: y habiendo caido malo uno de ellos, pobre y sin remedio, con gran caridad le llevó á su casa, y él mismo le curó y sirvió, hasta que cobró la salud, sin faltar á sus estudios y lecciones; y á otro discípulo suyo que estaba manco de un brazo, se lo restituyó sano, con solo decirle: Cristo te sane con su gracia. Procuraba que todos sus discípulos cada dia oyesen misa con él, y que aprovechasen no ménos en la piedad que en las letras: y así, salieron de su escuela muchos varones doctos y excelentes, los cuales, haciendo divorcio con el mundo, se abrazaron con Cristo nuestro Señor en la cruz de la santa religion. Una noche durmiendo, le parecia que toda su escuela ardia en fuego, y de ella salian siete como llamas ó hachas encendidas, y al dia siguiente, acabada su leccion, siete de sus discípulos le pidieron licencia, y se fuéron con el abad cluniacense para tomar el hábito de aquella santa religion. Otra vez, habiendo de disputar del inefable misterio de la santísima Trinidad, y estando pensando en lo que habia de decir, se quedó dormido, y vió que bajaba del cielo una paloma que traia en el pico una hostia consagrada, y se la ponia en la boca, y luego se volvia al cielo. Despertó, y habló tan altamente de la santísima Trinidad, que á todos pareció cosa mas divina que humana. Con esta opinion de excelente doctrina, y mucho mas con la entereza de su vida ejemplar, se hizo Edmundo venerable, especialmente despues que se ordenó de sacerdote; porque con la nueva dignidad creció el espíritu y el fervor de este santo varon. Era muy continuo en la oracion, y penitente en el tratamiento de su persona: ayunaba mucho: dormia poco: vestia honesta y pobremente: huia de los entretenimientos y juegos de los seglares: no queria beneficio eclesiástico, cuando por razon de su cátedra no podia residir; aunque despues aceptó una canongía y la dignidad de tesorero en la Iglesia salisburiense, para poder predicar mas libremente la palabra de Dios, y no ser cargoso á nadie. No queria tocar el dinero con su mano, si no era para darlo á los pobres, á los cuales repartió todo lo que habia heredado de sus padres. No pudo encubrirse tan gran luz, ni esconderse la ciudad edificada sobre el monte: tuvo noticia el sumo pontífice de la santidad, erudicion y grandes prendas de Edmundo, y mandóle predicar en el reino de Francia la cruzada; y él aceptó la obediencia y la predicó con maravilloso fruto, confirmando nuestro Señor su predicacion con los muchos milagros que hizo por él. Vino una vez un mancebo al santo para tomar la cruz que predicaba; quiso una mujer apartarle de aquel propósito, y tiróle de la capa; y luego se le secó la mano: conoció su culpa y confesóla; y tomando ella misma la cruz de la mano del santo, quedó sana. Otro tanto sucedió á otra mujer, que estorbó á otro mancebo con quien estaba amancebada, que no tomase la cruz, y perdió la vista; la cual el santo la restituyó con sus oraciones. Estaba un dia predicando en la plaza: levantóse una nube espantosa que amenazaba gran tempestad; y estando el auditorio amedrentado y para huir, hizo la señal de la cruz Edmundo hácia la nube, diciendo: Yo te mando, ó maligno espíritu, que te partas de aquí; y al punto cesó aquella oscuridad, y se descubrió sobre los oyentes el sol, y cayendo mucha agua al rededor del auditorio, no cayó gota sobre ninguno de los que allí estaban; y esto le sucedió otras veces. Leia una noche en la sagrada Biblia, y oprimido del cansancio y del sueño, quedó dormido, y la candela cayó sobre el libro; y cuando despertó, halló la candela gastada, y el libro entero sin quemarse. Otra vez se le apagó la candela, y hallándose á oscuras, invocó el dulcísimo nombre de la serenísima Vírgen María; y al punto se tornó á encender la candela de suyo. Apostemósele un pié con un carbunco, y él hizo al rededor de la postema tres ó cuatro cruces; y al dia siguiente se halló sano y bueno. Un criado suyo echó al fuego, por su mandado, un cilicio suyo, ya viejo y hecho pedazos, y unos zaragüelles ásperos que habia traido mucho tiempo; pero el fuego no los quemó, teniéndoles respeto como á cosa sagrada.

Vacaba el arzobispado cantuariense, en Inglaterra, y el sumo pontífice Gregorio IX, deseando proveer bien aquella Iglesia y darle digno pastor, ordenó que se buscase en Inglaterra, la persona de mas prendas que hubiese para ella. Todos convinieron que san Edmundo era el mas digno y mas á propósito: nombróle el papa por arzobispo y primado de Inglaterra: y aunque el santo hizo todo lo que pudo para no aceptar aquella dignidad; pero bajó la cabeza cuando vió que no la podia excusar, sin ofensa de Dios y de la obediencia debida á su vicario. En sentándose en su silla, echó mas claros rayos de sus virtudes, y comenzó á resplandecer con mayor santidad; porque no solamente no aflojó en su aspereza, ni se trocó en las virtudes, ántes las acrecentó, siendo dechado de santos prelados, como ántes lo habia sido de insignes doctores y predicadores. Cuando iba camino, queriéndose confesar cualquiera persona, por mas pobre y despreciable que fuese, luego se apeaba de su cabalgadura, y él mismo la confesaba. A los pobres daba largas limosnas y vestia á los desnudos: hacia visitar y regalar á los enfermos: casaba á las doncellas huérfanas, y dábales el dote: sacudia de sí cualquiera presente ó don que le ofreciesen, y era enemigo capital de los que lo recibian; y afirmaba que los jueces y magistrados no se han de mover á hacer la justicia por dádivas ni cohechos, sino por amor de la misma justicia y de aquel Señor que los hizo jueces, y les pedirá cuenta de su administracion: y como muchos le presentasen muchas y

ricas y varias cosas (aunque él no recibia ninguna), solia decir: Ahora que soy rico y de ninguna cosa tengo necesidad, el demonio me quiere cegar de dones, no habiendo podido vencerme cuando era pobre. Pues yo espero en el Señor, que tampoco ahora me vencerá.

Fué tambien admirable la entereza de vida y rectitud de san Edmundo, en la administracion de su obispado, que el mundo no pudo sufrir tan gran luz, y muchos grandes del reino, eclesiásticos y seglares y su mismo cabildo se levantaron contra él, y le afligieron y persiguieron terriblemente, orando el santo por ellos, y volviéndoles bien por mal, con unas entrañas de padre amoroso, y con un corazon blando, suave y propio de santo. Mas viendo que con todo su cuidado y diligencia no los podia ganar, ni ejercer como debia el oficio de prelado, se determinó salir de Inglaterra y pasar á Francia, hasta que el Señor mandase cesar los vientos y sosegar el mar. Estando para partir, le apareció el beato santo Tomás, mártir y arzobispo cantuariense, su predecesor, y le animó y confirmó en aquella jornada. Quiso san Edmundo besar el pié á santo Tomás: mas el santo mártir retiró el pié: de lo cual san Edmundo quedó muy triste y lloroso, y preguntándole santo Tomás la causa, le respodió: Porque no soy digno de besar tus sagrados piés. Entonces santo Tomás le dijo: No llores por eso; porque pronto te admitiré al ósculo de mi rostro: dándole á entender que pronto moriria. Pasó á Francia, y fuése al monasterio Pontiniaco, que era del Cister, donde el mismo santo Tomás en su destierro habia estado seis años: fué acogido de aquellos santos religiosos con suma devocion, alegría y reverencia; y estando allí, cayó malo de una grave enfermedad. Llevaronle á otro monasterio de aires mas benignos y templados, con mucho sentimiento de los padres que dejaba: á los cuales dijo que él volveria á aquella casa para el dia de san Edmundo mártir. Entrando en el monasterio adonde le habian llevado, se agravó el mal; recibió los santos sacramentos con extremada ternura y devocion, y faltándole poco á poco los sentidos, dió su espíritu al Señor á los 15 de noviembre. Llevaron su sagrado cuerpo al monasterio Pontiniaco, adonde llegó el dia de san Edmundo, rey mártir, como el mismo santo lo habia profetizado. Allí le sepultaron honoríficamente, y Dios nuestro Señor le ilustró con muchos y notables milagros despues de muerto, como lo habia hecho en su vida, especialmente con el anillo que se halló en su dedo, que nunca se lo pudieron sacar, ni con fuerza ni con maña, hasta que con mucha humildad se lo suplicaron. Entonces dejó caer el anillo para salud y beneficio de muchos.

La vida de san Edmundo escribió Roberto Richio y Roberto Babon, su discípulo: tráela el P. Fr. Lorenzo Surio en su VI tomo, recogida de varios autores. Hace mencion de él el Martirologio romano á los 16 de noviembre, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones, y dice, que su glorioso tránsito fué el año del Señor de 1246, y que le canonizó y puso en el catálogo de los santos Inocencio IV.

Los santos Rufino, Marcos, Valerio y sus compañeros mártires.—Estos santos, segun refiere el Martirologio romano, padecieron el martirio en África. No sabemos con qué clase de tormentos fué probada su fé; dice Galesinio que un antiguo manuscrito habla de estos santos.

Los santos Epidio, Marcelo, Eustoquio y sus compañeros, mártires.—El primero de estos santos era ciudadano romano del órden senatorio, y su ejemplo sirvió para que los demás cristianos que fueron sus compañeros en la corona del martirio permaneciesen constantes y se alentasen en la pelea. Habiendo sido llevados todos á la presencia del emperador Juliano Apóstata, confesaron animosamente la fé de Jesucristo, y que estaban dispuestos á sufrir la muerte por su confesion. Despues de esto fueron atados á las colas de unos caballos indómitos que les arrastraron por toda la ciudad, y últimamente fueron arrojados al fuego, donde acabaron su vida el año 362.

San Euquerio, obispo y confesor.—Era de ilustre familia, pues su padre y su abuelo habian ocupado los puestos de mas dignidad en el imperio romano. El jóven Euquerio despreció sin embargo la nobleza y todas las riquezas para entregarse tan solo á la piedad. Su erudicion y demás dotes personales le hicieron uno de los mas notables oradores de su tiempo. Casó con una mujer virtuosa, de la cual tuvo dos hijos que educó en la virtud y que llegaron á ser elevados despues al episcopado. Euquerio deseaba tanto no servir mas que para Dios, que al fin se decidió á tomar el hábito monástico de Lerins con sus dos hijos, y su esposa se consagró tambien á la vida religiosa en un monasterio de santas mujeres. Algun tiempo despues se retiró de Lerins á otro desierto á vivir enteramente solo, y en esta soledad escribió un *Tratado de la vida solitaria*, el cual publicó juntamente con otro tratado sobre *el desprecio del mundo*, el año 427. Esta obra es una de las mas apreciables de la antigüedad eclesiástica, ya por la importancia de las cosas que contiene, y ya tambien por la elegancia y riqueza de lenguaje en que está escrita. A pesar de su retiro y humildad, el año 434 fué consagrado obispo de Lion. Vióse en él un fiel pastor suspirando de continuo por la patria celestial, humilde de espíritu, rico en buenas obras, poderoso en palabras y ejemplos, sabio en todas las ciencias y muy superior á los mas grandes obispos de su época. Asistió al primer concilio de Orange en 441; fundó varias iglesias y establecimientos piadosos; fué venerado y estimado de los mas ilustres prelados de su siglo, y murió santamente en Lion el dia 16 de noviembre del año 450.

San Fidencio, obispo y confesor.—Aprendió la ciencia de la religion en la escuela de los discípulos de los apóstoles, que le confirieron las sagradas órdenes y le enviaron á predicar el Evangelio. El doble poder que le daban sus virtudes y milagros, le proporcionaron la gloria de producir admirable fruto en la viña del Señor. Cuando fué elegido obispo de Pavía, su celo y sus trabajos apostólicos aumentaron extraordinariamente, y despues de haber gobernado su rebaño por espacio de muchos años, murió en el de 166.

San Otmaro, abad.—Floreció en la Recia en el siglo VIII. Desde su niñez despreció las grandezas de la tierra, y se consagró á la perfeccion en el retiro del claustro. Fué modelo de penitencia: su abstinencia era tal, que no comia mas que una vez cada dos dias, y solo pan y agua, macerando su cuerpo con tanto rigor que le trataba como á su mas temible enemigo. Fué admirable en la pureza, la continua oracion, y en el amor á los pobres. Distinguióse principalmente por su profunda humildad, y al fin, coronado con todas las virtudes cristianas, murió en la paz de Dios el dia 16 de noviembre del año 758.

DIA 17.

SAN HUGON, OBISPO Y CONFESOR.—La vida del glorioso confesor de Cristo san Hugon, monge de la sagrada órden de la Cartuja y espejo de santos obispos, escribió un autor que vivió con él familiarmente, en cinco libros que abreviados refiere el P. Fr. Lorenzo Surio en el VI tomo de las Vidas de los santos; y Silvestre Giraldo asimismo y Adon Cartusiano escribieron su vida, como lo dice Juan Molano, y es de esta manera.

Fué san Hugon de la provincia de Borgoña, hijo de padres nobles: su padre fué valeroso soldado y temeroso de Dios: el cual, siendo muerta ya su mujer y Hugon, su hijo, de solos ocho años, para que no se divirtiese y cayese en las travesuras en que suelen caer los muchachos, le ofreció al Señor en un convento de canónigos reglares que estaba cerca del pueblo en que él vivia. Diéronle luego por ayo y maestro á un santo viejo para que le enseñase virtud y letras, solíale decir el maestro: Hugon, hijo, yo te crio para Cristo, y así debes dejar los juegos y burlas; y Hugon era tan bien inclinado y de tan buena condicion, que no tenia repugnancia á ninguna cosa de virtud, y en los tiernos años parecia viejo en el seso. No se contentó su padre con haber entregado su hijo á aquel monasterio, sino él tambien tocado de la mano del Señor, dejando todas las cosas perecederas del siglo, se entró en el mismo monasterio y se consagró al Señor. Siendo ya Hugon de diez y nueve años, le ordenaron de subdiácono y le encomendaron cargos mayores; mas el Señor que se queria servir de él en otra vida mas perfecta y áspera, ordenó las cosas de otra manera; porque un dia yendo con el prior de su convento á un monasterio de la Cartuja, y viendo á los padres de aquella santa religion, y sabiendo el fervor con que servian á nuestro Señor y la perfeccion de su religion, se aficionó á ella de suerte, que pidió el hábito, y despues lo recibió con gran sentimiento de los canónigos reglares que dejaba, y nó con menor gusto y alegría de los padres cartujos que le ganaban. Entrando en la Cartuja, fué maravillosa la vida de Hugon: al principio tuvo fuertes y terribles tentaciones sensuales; mas él con la oracion, ayunos y penitencias domaba la carne y la sujetaba al espíritu con tan grave fervor que no le pudiese derribar. Hallóse una vez muy apretado y afligido de esta tentacion; porque la sangre y la edad, y la astucia y braveza de Satanás terriblemente le combatian: encomendóse mucho á la Vírgen de las vírgenes y Madre de toda pureza, María nuestra Señora; y por su intercesion se vió libre de aquel trabajo: aunque algunos dicen que esta vez alcanzó victoria por las oraciones de un santo padre, que se llamaba Basilio, que habia sido prior de la Gran Cartuja y recibido á Hugon en ella, y poco ántes habia pasado de esta vida á la eterna. No se contentaba Hugon con cumplir perfectamente con las obligaciones de su regla con ser tan austera, sino que añadia nuevas y exquisitas asperezas; porque en la cuaresma ayunaba tres dias á pan y agua cada semana, y cargado de un áspero silicio se disciplinaba y trataba su cuerpo como si no fuera de carne. Ordenáronle de sacerdote, y ántes que lo fuese, un santo monge le profetizó que lo seria, y despues obispo como lo fué y abajo se dirá. Hiciéronle procurador de su convento al cabo de diez y ocho años que habia vivido en él: y él hizo aquel oficio tan escogidamente, que edificó mucho á sus frailes y admiró á todos los seglares que venian á tratar con él: y su fama se extendió por muchas partes y llegó hasta el reino de Inglaterra, donde habiendo muerto el prior de la Cartuja de Vithamio, en la diócesi bathomense que habia fundado el rey de Inglaterra Enrique, II de este nombre, el mismo rey envió mensajeros suyos á la Cartuja donde moraba Hugon, para que se le enviasen por prior de aquel convento. Y puesto caso que los religiosos se lo negaron por primera vez, no pudieron resistir á la voluntad del rey la segunda, porque se les pedia con grande instancia y apretadamente; y así se partió del convento donde estaba para Inglaterra, llorando él y todos los frailes: él porque iba á ser superior, y los frailes porque los dejaba. Llegó á Inglaterra, donde fué muy bien recibido del rey y de su córte. Tomó la posesion de su convento, que por ser en los principios estaba muy pobre y desacomodado; y el santo varon consoló á sus monges y los exhortó á la fortaleza y á llevar con alegría las incomodidades y menguas que padecian por nuestro Señor. Despues, encomendándose á él muy de veras y con afectuoso corazon, procuró proveer á sus frailes de lo que habian menester, así en el edificio como en la comida y vestido, para que mejor pudiesen atender á servir á aquel Señor que los habia llamado á tan alta vocacion, y desocupados de los cuidados de la tierra anhelar á los del cielo. Para hacer esto le ayudó mucho la aficion que le cobró el rey Enrique, movido de su trato y santa y dulce conversacion; porque admirado de las grandes virtudes de Hugon y de sus prudentes razonamientos y consejos, le comenzó á venerar y favorecer en gran manera: mandóle dar todo lo que pedia para acabar y aderezar su casa y para sustento de sus religiosos; y Dios nuestro Señor que habia tomado debajo de sus alas al santo prior, le envió una buena ocasion para que el rey le amase, estimase y favoreciese mas: porque volviendo el rey por mar á Inglaterra, tuvo una terrible y tan espantosa tempestad, que todos los que venian en la nave con él se tuvieron por muertos; y el mismo rey, conociendo su peligro, se encomendó á san Hugon, y suplicó á nuestro Señor que por intercesion del santo confesor le librase de aquel tan evidente peligro, en el cual estaba por sus pecados. Vióse luego la eficacia de esta oracion; porque de repente se serenó el cielo y se sosegó el mar y se amansaron los vientos, y el rey y toda la gente llegaron al puerto deseado: y aun se escribe que el rey prometió nombrar por obispo á san Hugon, si por su intercesion salia de aquel conflicto, y así lo hizo. Divulgóse este milagro por todo el reino por haber acaecido en la persona del rey, y acrecentó la opinion que de la santidad de Hugon todos tenian, y con la opinion creció tambien la estima y reverencia á su persona, y muchos vinieron á él por estar debajo de su disciplina y gobierno, y menospreciadas del todo las vanidades del siglo, abrazarse en la Cartuja con la cruz de Cristo. Él los recibia y les daba el hábito de su religion, y los amoldaba á su regla é instituto, pero mas con ejemplos que con palabras; porque vivia como un hombre arrebatado y que moraba mas en el cielo que en la tierra. Eran muy frecuentes y entrañables sus suspiros, y de noche, en aquel poco sueño que dormia, repetia muchas veces esta palabra: *Amen, amen.* Cuando entraba en el refectorio los dias de fiesta á comer, tenia siempre los ojos bajos y puestos en la mesa, la mano

en la escudilla, las orejas atentas á lo que se leia y el corazon fijo en Dios. Tenia gran cuidado de que sus frailes tuviesen libros sagrados en que leer, pareciendo ser muy necesarios para todos los religiosos, y mas para los que viven apartados y en soledad; porque en tiempo de guerra son nuestras armas, y en la paz nuestro recreo y entretenimiento, y sustento en nuestra necesidad, y en la enfermedad medicina y remedio.

Creciendo, pues, cada dia mas el resplandor de las virtudes del santo prior, y vacando el obispado linconiense en el reino de Inglaterra, se juntó el cabildo en aquella Iglesia, con voluntad del rey, y nombró por su prelado y obispo al prior de Vithamio, con gran contento del reino y aprobacion del metropolitano, y alegría y júbilo de toda la gente. Pero cuando le enviaron el nombramiento, no quiso san Hugon consentir en su eleccion, teniéndose por indigno de aquella dignidad y temiendo los peligros de ella, y alegando que no podia aceptarla sin licencia del prior de la Gran Cartuja, que era prelado y superior; y rogó con grande instancia y muy afectuosamente á los canónigos que le habian elegido, que se encomendasen de nuevo á nuestro Señor, y eligiesen otra persona digna de aquella silla; é hizo tantas diligencias para no ser obispo, cuanto otros ambiciosos, y que no miran la carga que toman sobre sí, suelen hacer para serlo. Mas porque la honra es como sombra y sigue á los que huyen de ella, y nuestro Señor suele levantar á los humildes y se queria servir de san Hugon en aquel alto y apostólico ministerio; volviéndose á juntar los canónigos, le volvieron á elegir: y para que no se excusase, alcanzaron del prior de la Gran Cartuja licencia y bendicion y mandato, para que lo aceptase. Con esto bajó el santo la cabeza, entendiendo que era la voluntad de Dios, á la cual ninguno puede ni debe resistir.

Algunas señales hubo de esta eleccion de san Hugon, que declaraban que el autor de ella era Dios nuestro Señor. Entre otras se cuenta una de un cisne, que apareció el mismo dia que el santo prelado entró en Linconia, y le fué muy familiar, y en los modos particulares que con él usaba, mostraba ser mas del cielo que de la tierra.

La primera cosa que hizo en sentándose en su silla san Hugon, fué buscar para ayudadores y ministros suyos los hombres mas temerosos de Dios, y de mayor ciencia y prudencia que pudo hallar. Estos tuvo siempre á su lado: con estos siempre se aconsejaba; y así acertó á gobernar escogidamente. No hacia curas sino á personas de conocida virtud, quietas y sosegadas, y de estas hacia mas caso que de cualquiera otra que, sin estas prendas, fuese ó de mucha prudencia, ó de grande industria. Estuvo tan fuerte en esto, que pidiéndole el mismo rey que proveyese de un beneficio á un criado suyo, á quien el rey queria gratificar sus buenos servicios, nunca el santo obispo lo quiso hacer, diciendo que el rey tenia muchas maneras para hacer bien á sus criados y pagarles sus servicios, sin privar á los ministros de la Iglesia del sustento que para ellos Dios tenia señalado. Tambien tuvo fuerte en castigar á algunos ministros del rey, que con su nombre y autoridad atropellaban la justicia y la libertad de la Iglesia. Y puesto caso que en lo uno y en lo otro mostró el rey sentimiento; mas despues que san Hugon le habló y le dió razon de lo que hacia, el rey quedó muy satisfecho, entendiendo la razon que el santo prelado tenia, y que no le movia cosa alguna de la tierra para hacer lo que hacia, sino solo la voluntad de Dios y cumplir con la obligacion precisa de su oficio. Pero muerto el rey Enrique II, que tuvo mucho respeto á san Hugon, en tiempo de los reyes Ricardo y Juan, sus hijos, no le faltaron grandes trabajos, como veremos.

La vida del santo prelado, despues de obispo, fué dechado de prelados y un vivo retrato de santidad. Era muy amigo de leer las vidas de los santos monges y obispos, y procuraba retratar al vivo sus virtudes y ejemplos. En la mesa era alegre, pero con gravedad y modestia; y si alguna vez se ofrecia alguna ocasion de fiesta y regocijo, entonces se mostraba mas grave y severo, para componer á los que con él estaban. Nunca comia carne, guardando siempre la regla del cartujo: bebia un poco de vino bien aguado: y viendo por experiencia que el oficio de obispo, de la manera que él lo ejercitaba, era muy trabajoso; para poderlo llevar, se moderó en sus ayunos y penitencias. Padeció graves dolores de ijada; mas era tan grande su fervor y deseo de cumplir con sus obligaciones de obispo, y la fortaleza y ánimo que Dios le daba, que muchas veces cuando habia de ejercer los oficios eclesiásticos, como dar órdenes ó consagrar iglesias, cansaba á todos los ministros que le asistian; porque le acontecia madrugar ántes del dia y estar hasta la noche sin desayunarse, y no consentia que ninguno de sus ministros en semejantes actos le asistiese, sin que se hubiese desayunado. Era sobremanera compasivo de los pobres y enfermos, y especialmente de los presos, á los cuales proveia de remedio corporal y espiritual, y se inclinaba y humillaba delante de ellos, y con maravilloso y entrañable afecto besaba sus llagas: y diciéndole una persona grave, que san Martin besando á un leproso le habia sanado, y que él no sanaba á los leprosos que besaba, como motejándole que no era santo como parecia; respondió él con mucha gracia: El ósculo de san Martin sanó la carne del leproso; pero el ósculo del leproso sana mi alma. Solia lavar los piés á trece pobres, y ocupábase con gran gusto y misericordia en dar sepultura á los cuerpos de los finados, y dejaba todos los otros negocios para atender á este: y una vez enterrando el cuerpo de un hombre beodo, que olia tan mal, que los circunstantes se tapaban las narices, por no poder sufrir el hedor que de él salia; el santo obispo hizo su oficio con gran paz y serenidad, y despues se supo que no habia sentido mal olor alguno; porque con la caridad y la gracia del Señor, todo se le hacia suave y oloroso. No consentia que sus ministros cargasen á los súbditos con nuevas exacciones, ni que el principal castigo del que delinquia fuese pena pecuniaria, como comunmente se usaba: y alegándole ellos que el glorioso santo Tomás, arzobispo cantuariense y mártir, solia castigar algunas veces los delitos en la bolsa, por ser cosa que tanto duele; respondió san Hugon: Creedme, que santo Tomás no fué santo por hacer eso, sino por otras excelentísimas virtudes que tuvo, por las cuales el Señor le hizo glorioso y le coronó con corona de martirio. No solamente queria que sus ministros tuviesen limpias las manos de toda codicia, sino tambien se opuso á los otros obispos, y procuró que se quitase una mala costumbre que se habia introducido, con la cual, para hacer servicio á los reyes, los mismos obispos pedian cierto servicio al pueblo para el rey, y despues de haber cumplido con él, se quedaban y se aprovechaban ellos de lo que sobraba, y el pueblo les ha-

bia ofrecido: y aunque tuvo grandes dificultades, salió con ello. Su piedad y entrañas amorosas y mas que de padre para los pecadores que se reconocian y pedian penitencia, fué admirable. Finalmente, en todas las cosas se mostró vigilantísimo pastor, y puerto y refugio de todos los afligidos y atribulados.

Pero despues que el rey Ricardo el I sucedió en el reino al rey Enrique, su padre, tuvo grandes encuentros y disgustos con san Hugon, por la natural condicion del rey y entereza del obispo, porque haciendo Ricardo guerra en Francia, y habiendo gastado su patrimonio real en pagar su ejército, quiso que los obispos le socorriesen en aquella necesidad, y envió á Inglaterra un arzobispo para que juntándolos á todos de su parte se lo propusiese: y aunque los demás condescendieron (como suelen) con la voluntad del rey; pero Hugon, considerando que la forma que se daba en aquel servicio era muy cargosa y dañosa para el pueblo y gente comun, resistió él y otro obispo que le siguió valerosamente á los demás; y así el rey no pudo salir con su intento: el cual, lleno de saña y furor, mandó luego desterrar al santo prelado y al otro obispo, y confiscarles todos sus bienes. Ejecutóse este enojo en el otro obispo (aunque despues el rey se aplacó con él, y pidiéndole humildemente perdon, le admitió en su gracia); pero queriendo los ministros del rey ejecutar sus mandatos contra san Hungon, él los excomulgó, y ellos tuvieron tan gran miedo y respeto á las censuras eclesiásticas, que no se atrevieron á tocar á un hilo de la ropa del santo prelado: porque habian visto por experiencia, que nuestro Señor habia dado horribles castigos á muchos, que habiendo sido privados del uso de los santos sacramentos de la Iglesia por san Hugon, no le habian obedecido. De estos, habiendo anatematizado á algunos hombres perdidos y obstinados, la maldicion de Dios cayó sobre ellos, de manera que súbitamente desaparecieron y no fueron mas vistos. Otro soldado fué atormentado del demonio por la misma causa y espiró; y otros muchos fueron castigados severísimamente de la mano del Señor, y por modos diferentes (aunque todos justos y severos) acabaron sus tristes vidas.

Escarmentando, pues, en cabeza ajena (como comunmente dicen), y asombrados con ejemplos tan atroces los ministros del rey, no se atrevian á molestar al santo prelado, huyendo como de un rayo de su maldicion y excomunion: y él, confiado en la justicia de la causa que defendia y en el Señor, cuya era, se oponia á los mandatos de los reyes cuando eran injustos y á la potestad seglar, por la libertad de la Iglesia y por el amparo de la gente pobre y miserable; Dios nuestro Señor le daba tanta eficacia y favorecia tanto sus santos intentos, que hasta los mismos reyes á quienes resistia, le respetaban mas y no se atrevian á disgustarle, viendo que no podian contrastar con Dios, que peleaba por él: el santo prelado, animado y confortado mas con la proteccion del Señor, á quien tan fielmente servia, no hacia caso de las amenazas ni espantos de los hombres, ni de las espadas desenvainadas contra sí, ni de los otros peligros de muerte, que aun los varones valientes y esforzados suelen temer; y por estos peligros pasó muchas veces con extremada seguridad y constancia, temiendo y temblando, ó dejándole los que estaban con él; y él haciendo burla y riéndose de sus temores. Por esto, habiendo sido avisado una vez y reprendido gravemente de san Hugon, el rey de Inglaterra, despues dijo á sus privados: Si todos los obispos fuesen como este, no podrian nada contra ellos todos los reyes y príncipes de la tierra; y por la misma causa fué llamado este santo, *Martillo de los reyes*. Y el rey Ricardo, que fué el que mas le persiguió, en castigo de estas y otras culpas padeció muchos daños, infortunios y guerras, y al cabo de pocos años que reinó, herido en una batalla, murió infelizmente (á lo que se creyó) en pena de este pecado; porque verdaderamente san Hugon fué gran varon de Dios, y resplandeció en el mundo con esclarecidas virtudes y vivió en el reino de Inglaterra, mas como hombre del cielo, que de la tierra. Era muy puntual en rezar el oficio divino, sin anticipar ni posponer la hora, por grave que fuese el negocio ó la ocupacion que se le ofrecia. Aconteciéle haciendo camino con algunos obispos, y habiendo de pasar por algunos pasos peligrosos de salteadores, que los demás salieron de la posada ántes de dia, para no caer en sus manos, y el santo se quedó rezando sus maitines, para cumplir primero con aquella obligacion: ellos dieron en el peligro de que huian, fueron presos y maltratados; y san Hugon, pasando despues con su gente por el mismo camino, no tuvo mal encuentro ni daño alguno. En el decir misa, era devotísimo y muy regalado del Señor, el cual muchas veces se le apareció en figura de un hermosísimo niño, cuando celebraba. Estaba tan firme en la fé del sacrosanto sacrificio de la misa, y en creer que debajo de las especies sacramentales está el verdadero cuerpo y verdadera sangre de Cristo nuestro Señor, que habiendo sucedido en su tiempo, que diciendo misa un sacerdote, al frangir la hostia salió sangre de ella, rogándole que la fuése á ver, nunca quiso; ántes respondió, que él no tenia necesidad de aquellas señales, para creer lo que creia. Cada año, á lo ménos una vez, se iba á su convento antiguo de la Cartuja, para recogerse como á puerto sagrado y retirarse de las ondas y negocios del siglo, y vivia entre los monges con tanta igualdad y modestia, que en ninguna cosa parecia obispo, sino en el anillo que en el dedo traia. Pero no es maravilla; porque ninguna cosa deseaba mas, que descargarse del obispado y vivir como monge en su monasterio: y para esto suplicó muchas veces á los romanos pontífices que le librasen de tan pesada carga, y la diesen á otro que tuviese mayores fuerzas para llevarla; mas nunca lo pudo alcanzar: ántes los papas le encargaban las cosas mas importantes que se les ofrecian en el reino de Inglaterra, para que él las tratase y despachase, confiados de su gran santidad, valor y prudencia.

Habiendo, pues, vivido san Hugon con tan gran santidad como habemos dicho, y resplandecido con tan admirables virtudes, siendo monge y siendo obispo, llegó el dia en que nuestro Señor le queria dar el galardon de sus trabajos, victorias y altos merecimientos, y cayó malo y conoció que el Señor le queria hacer merced, de sacarle de la cárcel de este cuerpo mortal y trasladarle á las moradas eternas: y él estaba tan ansioso de ver al Señor, que decia que seria suma miseria el no morir y estar siempre en este destierro. Dijéronle que hiciese testamento; y respondió con algun desden: No estoy bien con esta costumbre de hacer testamento los obispos que se ha introducido en la Iglesia; porque yo ninguna cosa he tenido ni tengo, que no sea de la Iglesia que he gobernado; pero porque el fisco no entre en lo que no es suyo, estos bie-

nes que parece que tengo dense á los pobres. Recibió todos los santos sacramentos con extremada devocion y ternura: consoló á todos sus hijos, que amargamente lloraban su partida; y declaró que al rey y al reino y á todo el clero habian de venir en breve gravísimas calamidades (como vinieron), y que él se consolaba de morir en aquella sazon por no verlas: y echado en el suelo sobre el cilicio y la ceniza, cantando los clérigos y monges las completas, al tiempo que decian el: *Nunc dimittis servum tuum, Domine,* dió su purísimo espíritu á su Criador, á los 17 de noviembre, cerca de los años del Señor de 1200, siendo de edad de setenta, y habiendo sido obispo quince años y cincuenta y ocho dias. Llevaron su sagrado cuerpo de Dondonia, donde murió, á su Iglesia de Linconia, con gran pompa y solemnidad, concurriendo de todas partes innumerable gente, para ver, tocar y reverenciar al sagrado cuerpo de tan santo pastor y prelado. Vinieron á su entierro el rey de Inglaterra, Juan, y el rey de Escocia, con los señores y grandes de sus córtes, tres arzobispos, catorce obispos, mas de cien abades y una infinita muchedumbre del pueblo, y sepultaron con gran ternura, honra y devocion al que en vida habia tenido tanto cuidado de enterrar los muertos, como arriba se dijo. Hubo despues de su muerte grandes revelaciones de la gloria que el Señor habia dado á su benditísima alma en el cielo. Entre las otras fué una: que pretendiendo cierto obispo subir, nó por virtud y merecimientos, sino por malos medios y mañas al obispado linconiense que habia tenido el santo, dió un golpe con el báculo pastoral en las espaldas al obispo ambicioso, y en la misma hora espiró.

Muchos y grandes milagros obró el Señor por la intercesion de san Hugon en vida y en muerte, sanando en vida muchos enfermos y endemoniados, apagando con sus oraciones un grande incendio, y despues de muerto (dejando aparte los demás), en espacio de pocos dias cobraron salud en su sepultura seis paralíticos, tres ciegos, dos mudos y otros dos contrahechos, una hidrópica, y un niño muerto resucitó: un ladron, que habia hurtado la bolsa á un buena mujer, que estaba orando delante del cuerpo de san Hugon, milagrosamente perdió luego la vista, y conociendo su culpa, confesándola públicamente y restituyendo la bolsa, la tornó á cobrar. Por estos y otros milagros, y mucho mas por la informacion de su santísima vida y admirables virtudes, le canonizó y puso en el catálogo de los santos, Honorio III, sumo pontífice: y por los años del Señor de 1280, á los 6 de octubre, se trasladó su sagrado cuerpo con gran pompa y fiesta, estando presentes el rey y la reina de Inglaterra y el rey de Navarra, dos arzobispos, muchos obispos, abades, caballeros, señores y grandes del reino. Hallaron el sagrado cuerpo, cuando le descubrieron, casi entero, y del arca en que estaba salió gran copia de un óleo purísimo, y el hábito de monge que el santo varon habia traido y con que habia sido sepultado estaba entero: y teniendo la cabeza del santo en las manos con gran reverencia Oliverio, obispo linconiense, destiló de la mejilla un aceite celestial: y con estos prodigios divinos el santo cuerpo fué colocado en una arca adornada de oro y plata y muchas piedras preciosas, y puesto en un lugar fabricado de mármol, alto y sublime, apartado algo de la cabeza del mismo santo, que por ser guarnecida riquísimamente, se puso en el altar de san Juan Bautista de la misma iglesia catedral linconiense.

De san Hugon hace mencion el Martirologio romano á los 17 de noviembre, y Juan Molano en las Adiciones al Martirologio de Usuardo, y un arcediano linconiense que escribió de sus milagros y Pedro Sutor, cartujano, á mas de los autores que escriben su vida, que son los que referimos arriba.

San Gregorio, obispo y confesor.— La vida de san Gregorio, obispo de la ciudad de Turs, habemos de sacar de la que escribió el clero de su misma Iglesia, y refiere en su sexto tomo el P. Fr. Lorenzo Surio; y es de esta manera. Fué san Gregorio francés de nacion, de la provincia de Albernia, é hijo de padres nobles, ricos y piadosos, y en su linaje hubo muchas personas, hombres y mujeres, de notable santidad. Su padre se llamó Florencio y su madre Armentaria: los cuales procuraron criar á san Gregorio desde niño en toda virtud y en las buenas letras humanas y divinas; para que se aventajase mas en la ciencia y en el temor de Dios, le entregaron á san Galo, obispo de Albernia, que era su tio. Siendo aun niño, le vió san Nicecio, obispo de Leon, y conociendo con espíritu del cielo, cuán gran ministro habia de ser, le abrazó y le echó su bendicion, suplicando á nuestro Señor que le guardase y le tuviese de su mano. Siendo ya muchacho y que aprendia á leer, estando su padre muy malo, tuvo una vision, en que le mandaron que escribiese el santísimo nombre de Jesus en una tablilla, y le pusiese debajo de la cabecera de su padre, y que así cobraria salud. Hízolo, y luego sanó el padre, y de allí á dos años tambien le sanó de otra enfermedad muy peligrosa con el olor de un hígado de pez asado, como otro Tobías, por haber tenido de ello revelacion. Despues creció, y siendo mozo tuvo una recia enfermedad de calenturas y flemas muy gruesas de estómago, y no hallando remedio, se mandó llevar al sepulcro de san Elidio, que estaba allí cerca, y prometió al santo el hacerse clérigo, si le sanaba. Luego le vino un flujo de sangre por las narices, y se despidió la calentura y sanó; y nuestro Gregorio cumplió lo que habia prometido, y dejado el hábito seglar, se dedicó totalmente al servicio de Dios y de su Iglesia. Murió san Galo: y san Avito, viendo el ingenio y gran caudal de Gregorio, le tomó á su cargo, para perfeccionarle en los buenos principios de virtud y letras que ya tenia; y así lo hizo, dándole excelentes maestros y hombres insignes en todo género de erudicion, para que le cultivasen y guiasen hasta la cumbre de la sabiduría: y él por su parte con su ingenio, trabajo é industria, se dió tan buena maña, que la alcanzó, como se ve por los muchos libros que escribió. Supo servirse de los poetas, oradores y filósofos, y aprovecharse de lo bueno que tienen (como hurtaron á los egipcios) y desechar lo malo, cortando las uñas y los cabellos á la mujer cautiva, ántes de tomarla por mujer, como mandaba Dios que se hiciese en la ley vieja. Habia en aquel tiempo en Alvernia muchas personas religiosas que resplandecian en toda virtud, á las cuales Gregorio visitaba con mucho gusto, para aprovecharse de sus ejemplos y animarse mas á la perfeccion. En este tiempo le envió Dios otra enfermedad que le llegó al cabo y casi le deshauciaron los médicos; pero el santo, medio muerto como estaba, se mandó llevar á la sepultura de san Martin, obispo (con quien tenia particular devocion), con gran confianza que por su intercesion el Señor le daria entera salud. Púsose en camino, y habiendo andado dos ó tres jornadas, con el tra-

bajo del mismo camino crecia la enfermedad: y aunque los que le acompañaban le aconsejaban y persuadian que no pasase adelante, pues su flaqueza no lo permitia, él tuvo fuerte, y les rogó que vivo ó muerto le llevasen á donde estaba el sagrado cuerpo de su padre y patron san Martin. Lleváronle, y llegó Gregorio y cobró la salud, y tambien un clérigo que iba en su compañía y se llamaba Armentario, que estaba sin sentido. Era Gregorio muy devoto de santas reliquias y siempre las llevaba consigo, y yendo una vez de Borgoña á Alvernia, le cogió en el campo un recio temporal, y se levantó una borrasca de truenos, relámpagos y rayos espantosa, que dió mucho que pensar y que temer á los que iban con él: sacó sus reliquias Gregorio, y púsolas hácia el nublado oscuro y horrible que venia sobre ellos, y al momento se deshizo partido en dos partes, y les dejó el camino desembarazado y seguro. De este suceso le vino un poco de vanagloria á Gregorio; y luego el caballo en que iba cayó en el suelo y se lastimó, y él conoció que habia sido castigado de Dios por aquella vanagloria que habia tenido, y le pidió perdon, y de allí adelante vivió con mas recato, dando la gloria al Señor cuya es, y el que por sus santos obra tan grandes maravillas.

Murió san Eufronio, obispo de Turs, siendo rey de Francia Sigiberto, y en el doceno año de su reinado: juntóse el clero y el pueblo para elegir sucesor y poner en aquella silla algun varon que imitase la santidad y vigilancia del obispo muerto, que habia sido rara. Todos con un corazon, una voluntad y una voz, nombraron por obispo á Gregorio, como á persona tan santa, tan ilustre y tan conocida y respetada de todos, grandes y pequeños, señores y plebeyos. Súpolo él y quiso huir, teniéndose por indigno de aquella dignidad; pero no pudo, porque el rey le forzó con su autoridad y la reina con sus ruegos, y todo el clero y pueblo con sus lágrimas, de manera que le obligaron á bajar la cabeza y dejarse consagrar del arzobispo de la ciudad de Rheims, que se llamaba Egidio. Luego que se sentó en su silla, comenzó á resplandecer mas con las obras que hacia de vigilante y santo pastor: reparó muchas iglesias, y entre ellas la catedral que habia edificado san Martin, y la adornó con pinturas de la vida del mismo san Martin. Mandó labrar otras iglesias de nuevo, y procuró que el culto divino estuviese en su punto. Predicaba muchas veces y daba pasto del cielo á sus ovejas, y curábalas la roña con gran cuidado y piedad. Tuvo un don señalado de discrecion de espíritus, y por él conoció que un santo abad llamado Senoch estaba tocado del vicio de la soberbia y vanidad, y le avisó y curó de él: y á otro varon perfecto, llamado Leobardo, libró asimismo de los engaños y embustes (que él no conocia) de Satanás. Dábase mucho á los ejercicios del estudio y mortificacion, y con tal exceso, que el cuerpo que era flaco, sentia su trabajo y muchas veces perdia la salud; pero Gregorio tomaba los remedios naturales para cobrarla; y cuando no bastaban acudia á los divinos, y encomendábase á san Martin, su fiel abogado, y por las oraciones del santo alcanzaba lo que por medicinas no habia podido alcanzar; y esto fué muchas veces, y de aquí le nació la devocion de escribir los milagros de san Martin, aunque teniéndose por su humildad por indigno, no se atrevió á hacerlo, hasta que dos ó tres veces le fué avisado del cielo que lo hiciese, si no queria ofender á Dios. Hacia muchos milagros el Señor por él, y él ya mas recatado y humilde, desechando la vana alabanza de sí, siempre los atribuia á los merecimientos de los santos cuyas reliquias traia consigo. Así lo hizo en un gran fuego que se prendió en una casilla pajiza de un pobre hombre, y se habia apoderado de ella de tal suerte que no habia remedio para apagarle, mas en mostrándole san Gregorio al fuego la cruz y reliquias que llevaba en el pecho, luego perdió su fuerza y se extinguió. Otra vez, hablando con un criado del rey que era sordo, el hombre quedó sano y oyó perfectamente. Iba una vez á Borgoña, para ver á su madre: cayó en manos de ladrones que con gran braveza y ruido quisieron acometerle, y temblando los que iban con él y temiendo de perder las haciendas y las vidas, él se encomendó á san Martin, y luego volvieron los ladrones atrás con mayor ímpetu que venian: y el santo muy seguro y confiado, los llamó y rogó que viniesen á comer y beber; mas ellos se hallaron tan turbados y confusos, que dieron á huir y no veian la hora de verse libres de sus manos.

Otras cosas maravillosas le acontecieron que mostraban bien cuánto nuestro Señor le favorecia y regalaba, y particularmente se cuentan en su vida dos. La primera, que habiendo ido por su devocion á visitar el sepulcro de san Hilario, obispo de Poitiers, estando con la santa reina Radeunde, hablando y tratando entre sí de las cosas del cielo, una cruz que allí estaba y solia destilar gota á gota un óleo suavísimo, por la presencia de san Gregorio comenzó á manar tan copiosamente, que dentro de una hora se recogió una gran cantidad de él. La otra es, que con el castigo de amoroso padre que le dió el Señor, le enseñó y en él á nosotros, el cuidado con que nos debemos apartar de las culpas, aunque parezcan pequeñas, y fué así: que la noche de Navidad estando cansado el santo pontífice (por haber velado mucho la noche ántes), se puso un poco á reposar. Apareciósele luego un hombre que le dijo: Levántate y vé á la iglesia. Despertó y haciendo sobre sí la señal de la cruz, se tornó á dormir. Volvió segunda vez y dióle el mismo aviso, y él como estaba oprimido del sueño, no se levantó. Entonces volvió tercera vez y dióle un gran bofeton en el rostro y díjole: ¿Tú que has de despertar á los otros duermes tan despacio? entonces Gregorio conoció que aquel era castigo de Dios, y luego se levantó y se fué á la iglesia como el Señor se lo mandaba: tan vigilantes quiere Dios á los pastores, y tan celoso y grave reprensor es de las culpas, aunque mínimas de sus santos.

Con haber sido tan excelente prelado san Gregorio (ántes por haberlo sido) no le faltaron trabajos y tribulaciones. Fué acusado falsamente que habia puesto lengua en la limpieza y honestidad de la reina, y hecho otras cosas graves contra el rey. Para averiguar la verdad se juntó un concilio de obispos en Brenaco; y el santo se purgó de aquella calumnia con juramento, y los calumniadores que eran gente infame y malvada, fueron convencidos y castigados severamente, aunque no tanto como su culpa merecia; y el rey despues favoreció mucho á san Gregorio, aunque no le faltaron castigos del cielo.

A los diez y seis años de la consagracion en obispo de Gregorio Turonense, fué asunto al sumo pontificado en Roma san Gregorio Magno. Hubo entre estos dos santos muy estrecha amistad, y san Gregorio, papa, estimó y honró mucho á nuestro Gregorio Turonense, movido de

la fama de sus raras prendas y de su gran santidad. Fué á Roma Gregorio Turonense para visitar los santuarios de aquella santa ciudad y hacer reverencia al santo papa Gregorio, el cual se alegró sobremanera cuando supo que habia llegado á Roma, y le llevó consigo á adorar los sagrados cuerpos de san Pedro y san Pablo. Pero sucedió una cosa en esta vista, digna de notar. Era san Gregorio, papa, grande de cuerpo, abultado de rostro, y de mucha majestad; y el Turonense muy pequeño, y en la apariencia despreciable. Estando, pues, postrado, comenzó el papa á mirarle y á maravillarse, considerando los grandes dones que Dios habia encerrado en aquel cuerpo tan pequeño. Entendiólo el Turonense, alumbrado con la divina luz: y mirando al papa con un afecto blando y grave, le dijo: Padre santo, *Dominus fecit nos, et non ipsi nos: idem est in parvis, qui et in magnis:* El Señor nos ha hecho, que nosotros no nos hicimos: y él es el mismo en las cosas pequeñas y en las grandes, en las altas y en las bajas. Parecióle á san Gregorio, papa, que el Turonense habia respondido á su pensamiento, y confirmóse mas en la opinion que tenia de su santidad, y honróle mucho; y por su respeto ennobleció la Iglesia turonense, y le dió una cadena de oro para que en ella se guardase como don de su mano. Volvió á su Iglesia muy contento con la bendicion del sumo pontífice Gregorio, y muy tierno y consolado con la devocion que el Señor le habia dado, visitando los templos y reliquias de aquella santa ciudad: y habiendo vivido veinte y un años en su obispado con admirable ejemplo de vida y doctrina, se fué á gozar del premio de sus merecimientos y gloriosos trabajos, á los 17 de noviembre del año 594. Mandó que le sepultasen en lugar donde no fuese reverenciado, sino pisado de todos (tanta era su humildad), mas el clero no lo consintió; ántes lo colocó á la mano izquierda del sepulcro de san Martin en una rica caja de mármol.

Escribió muchas obras provechosas que se pueden ver en la *Bibliotheca sanctorum* y en Tritemio y otros: y el mismo santo hace mencion de ellas en el fin de su Historia de las cosas de Francia: especialmente son de grande edificacion y ejemplo las que compuso de la gloria de los mártires y de los confesores. De san Gregorio Turonense hacen mencion el Martirologio romano y el de Beda á los 17 de noviembre; y Venancio Fortunado, Tritemio, Pedro de Natalibus y el cardenal Baronio en sus anotaciones.

Los santos Acisclo y Victoria, mártires.—San Acisclo y santa Victoria, su hermana, fueron ilustres mártires del Señor, y murieron por su santa fé en la ciudad de Córdoba, que los tiene por patrones, y los venera y hace fiesta con gran devocion y solemnidad. Algunos autores dicen que fueron hijos de san Marcelo, el centurion, que tuvo doce hijos y todos mártires; pero el cardenal Baronio lo reprueba y lo tiene por falso: y así, dejando esto y otras cosas dependientes de ello, como inciertas, digamos lo que es cierto y lo que la santa Iglesia de Córdoba sigue en el rezado de estos santos. Hallándose en Córdoba un juez llamado Dion (que por ventura era comisario, ó lugarteniente del presidente Daciano), mandó pregonar un edicto que todos los cristianos que habia en aquella ciudad, ó sacrificasen á los dioses ó muriesen como desobedientes á sus mandatos. Entre otros cristianos que no quisieron obedecer, fueron Acisclo y Victoria su hermana, y acusados delante de Dion, fueron por su mandato presos y traidos á su presencia, y les dijo: ¿Sois vosotros los que menospreciais nuestros dioses, é incitais al pueblo á que no les hagan sacrificios ni los honren? Respondió Acisclo con gran sosiego y reposo: Nosotros servimos á Jesucristo nuestro Dios y Señor, y nó á las piedras ni á los demonios. Prosiguió el juez y dijo: ¿Sabes por qué sentencia he mandado pasar á los que no sacrifican? Acisclo dijo: Y tú, Dion, ¿has oido las penas que tiene aparejadas nuestro Señor Jesucristo á tí y á los que mandais esto? Oyendo estas palabras el impío juez dió bramidos, y con rabia y furor dijo grandes blasfemias contra Cristo; mas reprimiéndose un poco, y pareciéndole que mas fácilmente engañaria á santa Victoria por ser mujer y flaca, que á su hermano, comenzó ya con halagos, ya con amenazas, á persuadirla que tuviese lástima de sí, y que le creyese como á padre que la queria como si fuera su hija y deseaba su bien, y que reconociese y adorase á sus dioses, porque de esta manera se libraria de los tormentos, que si no lo hiciese le estaban aparejados, y tendria á los dioses inmortales propicios y favorables, y á él le haria un gran placer, y le obligaria á acariciarla y favorecerla, y convertir los tormentos en dulzura y regalos. No se dejó vencer la santa doncella de los halagos, ni de los fieros de Dion; ántes con un ánimo varonil y constante le dijo: muy gran beneficio me harás en ejecutar en mi cuerpo esos tormentos que me dices; porque todo mi bien es mi Señor Jesucristo, en quien tengo puesta toda mi confianza. Finalmente, despues de haber pasado algunas otras razones con los dos santos hermanos, procurando convertirlos y atraerlos á su intento; cuando vió que todo le salia en vano, y que no podia mellar aquellos pechos sagrados, mandó Dion azotar á san Acisclo con varas, y atormentar á santa Victoria por las plantas de los piés, y despues echarlos en una profunda y tenebrosa cárcel; y así se hizo. Estaban los santos en la penosa cárcel, nó con pena sino con gran gozo y alegría, como si estuvieran en un paraiso de deleites, acordándose que padecian por su Señor, y loándole y haciéndole gracias porque les hacia tan señalada merced. Vinieron cuatro ángeles del cielo y trajéronles de comer, y con su celestial vista los recrearon y esforzaron. Otro dia el juez quiso acabar con ellos, porque veia que perdia el tiempo y que no podia con halagos ni promesas, con amenazas ni espantos atraerlos á la adoracion de sus falsos dioses, y llevaba mal la constancia y firmeza de los santos hermanos, y la tenia por afrenta y mengua suya. Para esto les mandó echar al rio Guadalquivir con unas muy pesadas piedras atadas al cuello, para que allí se ahogasen y pereciesen. Mas no hay poder contra Dios, y las aguas y todos los elementos, y criaturas le sirven y obedecen á su voluntad. Vinieron cuatro ángeles y sustentaron á los bienaventurados mártires, trayéndoles en las palmas sobre las aguas, alabando ellos y bendiciendo al Señor, con tanta suavidad y recreo, como si se pasearan por un campo florido y ameno; y en una nube muy resplandeciente que los cubria, merecieron ver no solamente á los ángeles, mas al mismo Señor y Rey de los ángeles acompañado de gran muchedumbre de ellos, que los venian á confortar. Pero Dion, como vió que no le habia sucedido el acabarlos de una vez, ahogándolos en el rio; sañoso, furioso y bravo, determinó atormentarlos

despacio y darles muchas muertes; porque con una no los habia podido matar. Para esto mandó hacer ciertas ruedas y atar en ellas á los santos, y encender fuego debajo de ellas y avivarle con aceite, para que con el movimiento de las ruedas los cuerpos poco á poco se asasen y consumiesen, y desvaneciéndoseles la cabeza, quedasen privados de sentido. ¡O necia y vana invencion del polvo de la tierra, que piensa contrastar con Dios! ¡O ingeniosa crueldad y no ménos desatinada, que se ejecuta contra los que están debajo del amparo y sombra de Dios! Estaba Dion lleno de rabia con el rostro encendido, centelleando los ojos, echando llamas de impiedad, mandando atormentar á los bienaventurados hermanos en aquellas ruedas, y los sayones y ministros de su crueldad moviendo las ruedas y atizando el fuego; y los santos como si estuvieran en camas regaladas, con gran paz y seguridad, encomendándose al Señor y suplicándole que matase aquel fuego: y él lo hizo luégo, de tal manera, que saltó con gran presteza en los gentiles que allí estaban y abrasó gran multitud de ellos, quedando los santos sin lesion alguna, y cantando aquel verso del real profeta: *Pasado habemos por fuego y agua, y sacástenos, Señor, al lugar del descanso y refrigerio.* Todas estas maravillas que obraba Dios por sus siervos, atribuia Dion (como ciego) á arte mágica y al poder de los demonios, por cuya virtud pensaba que los gloriosos mártires se defendian. Mandólos quitar de las ruedas, y de nuevo pretendió persuadirles que reconociesen la benignidad de sus dioses, pues tanto los sufrian y esperaban. A lo cual san Acisclo le respondió constante y gravemente, reprendiendo su locura y ceguedad, pues no veia la poderosa mano del verdadero Dios que los defendia, y atribuia á los demonios lo que solo Dios podia obrar. El malvado juez mandó quitar de allí á san Acisclo, enfadado de sus palabras, y que cortasen á la santa hermana los pechos, y de las heridas no salió sangre sino leche, para mayor gloria del Señor y testimonio de su verdad. Llevárona despues á la cárcel donde estaba su hermano, y vinieron á ellos muchas mujeres movidas de compasion para visitar á santa Victoria y traerla algun regalo; y ella se las pagó con otro mayor; porque las predicó y convirtió siete de ellas con sus santas palabras y amonestaciones: en esto pasaron aquella noche. Traidos al otro dia delante de Dion, mandó cortar la lengua á santa Victoria, porque hablaba con gran libertad; mas ella despues hablaba y alababa al Señor sin lengua como si la tuviera, haciéndole gracias por aquel inestimable beneficio; y el juez impío la hizo asaetear, y degollar á san Acisclo en el anfiteatro, lugar público para las fiestas y regocijos. Oyéronse voces de ángeles que decian: Venid á mí, santos mios, recibid las coronas que por premio de vuestra noble pelea os están aparejadas.

Este fué el martirio de san Acisclo y Victoria su hermana, y fué á los 17 de noviembre en que la santa Iglesia le celebra, el año del Señor de 303, imperando Diocleciano y Maximiano, y siendo obispo de Córdoba el grande Osio, á lo que dice el cardenal Baronio. Los Martirologios romano y Beda, Usuardo y Adon, hacen mencion de estos santos, y el poeta Prudencio y el Breviario toledano de san Isidoro. Los sagrados cuerpos recogió de noche una mujer principal llamada Minciana, y con la mayor veneracion y honra que pudo, sepultó el de san Acisclo en su casa, y el de santa Victoria cerca de la puerta del rio; y despues se edificó á san Acisclo un suntuoso templo en Córdoba, que tiene á estos dos gloriosos mártires por patrones é insignes defensores de toda aquella nobilísima y antiquísima ciudad. Cuenta san Isidoro, que viniendo el rey Agila de los godos, sucesor de Teudiselo, sobre Córdoba, profanó la iglesia de San Acisclo, donde estaba su cuerpo sepultado, aposentando en ella sus caballos y soldados por estar fuera de la ciudad, pero luego vino el castigo de Dios sobre el malvado rey en venganza del santo mártir: porque milagrosamente fué vencido de los cordobeses y destrozado, matándole á un hijo y á todos los mas principales de su ejército: y él, dejando todos sus tesoros á sus enemigos, con gran dificultad se escapó huyendo; y llegando despues á Mérida, el mismo rey fué muerto por los suyos. San Eulogio, mártir, afirma que en la destruccion de España quedaron en aquella iglesia sus cuerpos, y parte de ellos están al presente en ella, que es monasterio de Predicadores; parte en otra iglesia de San Pedro, que es parroquial.

San Gregorio Taumaturgo, obispo y confesor.—La vida de san Teodoro, que despues se llamó Gregorio, obispo de Neocesarea, escribió el elocuentísimo doctor san Gregorio Niceno, hermano del Gran Basilio; y el mismo Basilio le alaba sobre manera y le llama el Gran Gregorio. Fué tan esclarecido en prodigios y milagros, que le dieron el nombre de Taumaturgo, que en griego quiere decir obrador y artífice de milagros; y le comparan á Moisés por los muchos y muy notables que hizo; y su vida fué tal, que se puede tener por el mayor de sus milagros. Nació este santísimo varon en Neocesarea, que es en el Ponto Euxino. Sus padres fueron nobles y ricos, aunque eran gentiles. Desde niño fué muy bien inclinado y dado á las obras morales de virtud: y habiendo aprendido las primeras letras, fué enviado á Alejandría (donde á la sazon florecian mucho los estudios de las buenas artes), para que allí estudiase la filosofía, y todo lo demás que para cultivar su grande ingenio y alcanzar honra y provecho era menester. En este estudio de la filosofía le alumbró Dios, y en las tinieblas de los libros de los gentiles le descubrió la luz de la verdad; porque viendo la variedad y diversidad de opiniones que hay entre los mismos filósofos (aun en las cosas mas importantes que tocan á la naturaleza, providencia, gobierno y majestad de Dios, y á la felicidad y fin del hombre), entendió que no podia ser verdadera aquella doctrina tan llena de contrariedades y desatinos; y la que enseñaba nuestra sagrada religion solo era la cierta y segura; y allí la abrazó y se hizo cristiano. Perseveraba en sus estudios con raro ejemplo de modestia y honestidad: no se descomponia ni en obras ni en palabras: era benigno, manso y humilde en todos y un espejo de virtud á sus condiscípulos y á los demás estudiantes de aquella universidad: entre los cuales, algunos desbaratados y traviesos llevaban mal tanta modestia y compostura de costumbres como resplandecia en san Gregorio; porque era una tácita reprension de sus vicios. Determinaron pues infamarle y dar á entender que no era tan casto ni tan honesto como parecia. Concertáronse con una mujercilla lasciva y de mal vivir, y prométieronle pagárselo bien, si al tiempo que estaba Gregorio en compañía de los hombres graves y filósofos, le acometiese y le pidiese el precio de su torpeza que con ella habia cometido y no pagado. Hízolo así

la triste y desvergonzada mujer. Entró un dia donde estaba el santo mozo tratando una cuestion de filosofía con ciertos filósofos, y con grande desenvoltura quejándose y dando voces, le afeó que habiéndose aprovechado de ella, no le habia pagado lo que le habia prometido. Turbáronse los que allí estaban oyendo lo que nunca habian oido de Gregorio: y entendiendo que era embuste y que no cabia en él aquella maldad, la quisieron echar de allí como mujer infame y mentirosa. Mas no se turbó Gregorio, ni hizo alteracion en su ánimo, ni hizo mudanza en su rostro lo que de sí falsamente habia oido; ántes con un semblante sereno y grave, volviéndose á un criado suyo, le mandó que le diese á aquella mujer todo lo que pedia, para que se fuése y no les estorbase ni interrumpiese la conferencia y disputa que tenian entre manos. Dió el criado á la mujer todo lo que pidió: y al punto que ella lo tomó en la mano, por juicio de Dios se revistió el demonio de ella y la comenzó á atormentar terriblemente, y no cesó hasta que el santo mozo hizo oracion por ella y la libró; quedando todos admirados de la modestia de Gregorio y del testimonio que Dios habia dado de su inocencia, con el castigo visible de la mujer y con haber oido los ruegos del mismo Gregorio y librádola por su intercesion. Habiendo acabado los estudios de la filosofía y de las ciencias humanas, se aplicó san Gregorio á las Letras divinas: y para aprenderlas mejor, determinó hacerse discípulo de Orígenes, que en aquel tiempo era tenido por un oráculo de sabiduría é insigne doctor de la Iglesia. Vino á él con un hermano suyo llamado Atenodoro, varon erudito, que despues fué obispo y glorioso mártir del Señor, en tiempo del emperador Aureliano, y como tal hace mencion de él el Martirologio romano á los 18 de octubre. Cinco años enteros estuvieron en la escuela de Orígenes los dos hermanos, y de él fueron enseñados en las divinas Escrituras, é hicieron muy gran progreso en la inteligencia de ellas. Y aun san Gerónimo escribe, que Orígenes fué el que viendo el grande ingenio de san Gregorio y de su hermano, los exhortó al estudio de la filosofía, y poco á poco les fué instruyendo en la fé de Cristo hasta hacerlos imitadores suyos: y lo da á entender Eusebio Cesariense; y añade que se esmeraron tanto en las letras y la virtud, que siendo aun mozos, los sacaron de la escuela de Orígenes para hacerlos obispos. Volvió despues Gregorio á Neocesarea, su patria, que á la sazon era toda de gentiles y dada á la idolatría, y no habia sino diez y siete cristianos en ella. Todos pusieron luego los ojos en Gregorio por su nobleza, modestia y grande ingenio y letras. Aguardaban alguna muestra de lo que habia aprendido; mas él no quiso hacer ostentacion de su ciencia, sino de su modestia, con el silencio y con la soledad, retirándose del bullicio y negocios de la ciudad y tratando con Dios por la oracion, pidiéndole su favor, y con los prójimos de su aprovechamiento y de los medios que habian de tomar para ir al cielo. Mas por mucho que Gregorio se retiraba y se escondia, no podia la luz que estaba encerrada en su pecho dejar de manifestarse y salir fuera. Extendióse por toda aquella tierra la fama de su virtud y doctrina, por lo cual, los que le conocian deseábanle conocer, y los que le trataban tratarle mas por la utilidad que sacaban de su santa conversacion. Fué esto de manera, que un santo obispo de la Iglesia de Masea llamado Fedimo, viendo cuán pocos eran los cristianos de la ciudad de Neocesarea, y que los gentiles eran muchos y florecian y maltrataban á los cristianos, encendido de celo de la gloria de Dios y movido con su espíritu, deseó en gran manera hacer obispo de Neocesarea á Gregorio, para que con su gran virtud y letras la cultivase y alentase á los cristianos y convirtiese á los gentiles. Para esto él mismo fué en busca de san Gregorio con intento de poner sobre él las manos y consagrarle en obispo. Entendióló Gregorio: y para eximirse de aquel peso que juzgaba ser mayor que sus fuerzas, se retiró huyendo de una soledad en otra por no encontrarse con Fedimo ni aceptar el obispado. Fedimo buscaba á Gregorio para hacerle obispo, y Gregorio para no serlo se escondia. Huia el uno, seguíale el otro; y no le podia dar un alcance, hasta que un dia, sabiendo Fedimo que Gregorio estaba tres jornadas léjos, con gran confianza se volvió á Dios y le suplicó que mirase á él y mirase á Gregorio, y que ya que no podia poner sobre él las manos para consagrarle en obispo, se sirviese de sus palabras con que estando ausente se le dedicaba y ofrecia por obispo de Neocesarea para bien de aquella Iglesia. Fueron de tanta fuerza las palabras de Fedimo, como dichas con especial instinto y espíritu del Señor, que cuando Gregorio las supo, se dejó atar y se rindió y bajó la cerviz al yugo, y se encargó de la Iglesia de Neocesarea, haciéndole consagrar obispo con los ritos y ceremonias de la Iglesia.

En viéndose obispo san Gregorio, se determinó dar de mano á todos los negocios de la carne y sangre, y atender solamente á los de su oficio pastoral, y ante todas cosas á la doctrina y enseñanza de sus ovejas: y deseando que fuese pura y sincera y sin mezcla de algun error de los muchos que en aquellos tiempos sembraba el demonio, como zizaña entre la buena semilla, se dió mucho á la oracion, suplicando al Señor por intercesion de su santísima Madre, que le alumbrase y le descubriese lo que él habia de predicar á sus ovejas. Estando una noche en oracion con esta ansia y cuidado, le apareció la serenísima Reina de los ángeles, resplandeciente y en figura de una señora mas divina que humana, y volviéndose á san Juan Evangelista que venia á su lado, le ordenó que declarase á Gregorio los misterios del cielo y le diese una fórmula de lo que habia de creer y enseñar, y así lo hizo el sagrado Evangelista: y con esto desapareció aquella vision, y Gregorio quedó enseñado y consolado, y escribió aquella fórmula que le habia sido revelada, por la cual los cristianos de Neocesarea fueron instruidos en su tiempo, y despues sin caer en algun error.

Armado pues, san Gregorio con tan buenas armas, y favorecido con el socorro del cielo, salió al campo contra las huestes de Satanás para hacer guerra como soldado valeroso á la idolatría é infierno y defender las partes del Señor. Estaba toda aquella tierra llena de templos dedicados á los demonios, y en los bosques, alamedas y montes se le ofrecian abominables sacrificios, y el culto del verdadero Dios estaba postrado y muy caido por los pocos cristianos que habia en Neocesarea. Pero sucedió que, dejando san Gregorio la soledad y caminando hácia la ciudad con algunos sus familiares y amigos, llegó á un templo de Apolo allí cerca y porque llovia y era tarde paró en él. Era este templo muy célebre y frecuentado de los gentiles que venian al demonio, en que él era reverenciado como á un oráculo, y por medio del sacerdote proponian sus dudas y peticiones al demonio, y con las respuestas que

él les daba se volvian á sus casas. Purificó el templo san Gregorio con la señal de la cruz, y gastó toda la noche velando en oracion y alabando al Señor como solia. A la mañana se partió y siguió su camino. Salido san Gegorio entró el sacerdote de los ídolos en el templo para hacer sus ofrendas y sacrificios, y oyó grandes voces y lamentables alaridos de demonios que clamaban y le decian, que no podian entrar en aquella casa por haber estado en ella Gregorio. Hizo el sacerdote mayores sacrificios y todo lo que supo para aplacarlos y hacerlos volver al templo, y viendo que todo su trabajo le salia en vano, fué tras san Gregorio y le alcanzó, y con gran ansia y furor le dijo que le habia de acusar al magistrado y hacer castigar severamente; porque siendo cristiano y enemigo de los dioses, habia entrado en su templo y echádoles de él, é impedido sus oráculos. A lo cual san Gregorio con gran modestia le respondió, que supiese que era siervo de un Señor en cuyo nombre podia echar los demonios de donde quisiese. El sacerdote admirado de esto le dijo: Pues haz que tornen al templo donde estaban, para que yo entienda, que tienes tan gran potestad. Abrió Gregorio un libro que traia consigo, y rompió de una hoja una pequeña parte, y escribió en ella estas solas palabras: «Gregorio á Satanás: Entra.» Llevó el sacerdote la carta: púsola sobre el altar: hizo su sacrificio: y luego le respondieron los demonios como primero. Quedó asombrado el sacerdote: y como debia ser discreto, y Dios por este camino le queria alumbrar, púsose á considerar que el Dios á quien servia Gregorio debia ser mas poderoso que sus dioses; pues en su nombre Gregorio los habia podido echar de su templo, y volverlos con el mandato de una sola palabra; y movido de esta consideracion, se fué á san Gregorio y le contó lo que le habia pasado, y le rogó que le declarase quién era aquel Dios á quien él servia y le daba tan gran poder: y habiendole respondido el santo lo que le convenia oir, que los misterios de nuestra santa fé no se confirmaban con palabras, sino con milagros, para que él entendiese que le decia la verdad, y se sujetase y tuviese por Dios el que él predicaba. Y como Gregorio le añadiese que escogiese el milagro que queria que hiciese; el sacerdote le dijo, que pasase una peña grandísima que allí estaba á otra parte. Hízolo luego san Gregorio: y como si la peña tuviera razon, así la mandó que se pasase adonde el otro habia señalado; y ella obedeció é hizo lo que le fué mandado. Quedó el hombre asombrado y convencido, y con su mujer, hijos y familia se convirtió á la fé de Cristo, y suplicó al santo que le recibiese en su servicio y compañía, para ser particionero de sus trabajos y merecimientos. Divulgóse la fama de estos dos milagros tan grandes en la ciudad, y como san Gregorio habia echado á sus dioses del templo, y dádoles licencia para volver á él, y trasladado la peña á otro lugar, y confuso y atónito de oir cosas tan nuevas y admirables, sabiendo que venia le salió á recibir todo el pueblo con estraordinario aplauso y regocijo. Pero fué cosa maravillosa y otro milagro mayor, que el santo iba tan dentro de sí y tan puesto en Dios, que pasó por medio de toda la gente como si estuviera en el desierto y no viera nadie, estando como estaba cercado por todas partes y apretado de tanta gente. No quiso buscar casa en la ciudad, ni tener heredades y posesiones; porque todo su cuidado era Dios y la salvacion de las almas, hasta que un caballero rico y principal llamado Mausonio, le rogó encarecidamente y le importunó que se fuése á su casa. Él lo hizo, y comenzó á venir á ella mucha gente de todos estados, edades y condiciones, para ver y tratar á un hombre que era mas que hombre, y tener doctrina para sus almas y salud para sus cuerpos. Así lo hacia el santo, enseñando á cada uno lo que debia de hacer para salvarse, y sanando á los enfermos de todas las dolencias que padecian: consolaba á los desconsolados: persuadia á los mancebos la castidad, á los viejos la paciencia, á los siervos la obediencia para con sus señores, á los señores la benignidad para con sus criados, á los ricos la limosna y á los pobres el sufrimiento y contento con su estado; finalmente, á todos los hombres y mujeres, mozos y viejos, repartia el pan de la celestial doctrina, y daba documentos de salud.

Fueron tantos los que se convirtieron á nuestra fé y tan grande el fuego de amor de Dios que en ellos se emprendió por las palabras de san Gregorio, que luego pusieron la mano para edificar un templo al Dios verdadero, ofreciendo cada uno su trabajo y su hacienda para la obra, la cual se hizo echándola el santo su bendicion, y quedó tan fuerte y tan firme y bien fundada, que sucediendo despues un grandísimo temblor de tierra (con el cual cayeron todos los edificios, casas y templos de la ciudad de Neocesarea); solo este templo que edificó san Gregorio quedó en pié, por especial gracia y providencia del Señor. Eusebio Cesariense dice, que para la edificacion de un templo, hizo con su oracion, que una gran peña se partiese y diese lugar para que edificase el templo: tanto podia con sus oraciones y tanto era lo que Dios honraba á su santo: el cual era tenido por tal, y respetado y reverenciado como una cosa divina y venida del cielo; y por esto los que tenian pleitos y contiendas entre sí se las ponian en sus manos, para que él las decidiese y determinase. Verdad es que no todos le obedecian en todo; pero los desobedientes luego sentian su daño, como aconteció á dos hermanos, mozos ricos y recien heredados, que pleitaban sobre quién de ellos habia de ser señor de una laguna de mucha pesca, queriendo cada uno serlo sin admitir compañero. Creció tanto esta discordia con el hervor de la sangre y codicia del propio interés en los dos mozos hermanos, que determinaron venir á las manos, y llevar aquel negocio por armas: súpolo san Gregorio; y estando á punto para darse la batalla, fué á ellos; rogóles que se pacificasen y que estimasen mas el amor natural que el interés, y que como buenos hermanos se concordasen; oyéronle los mozos; mas no obedecieron al santo. Volviose él á Dios: hizo oracion una noche á la ribera de la laguna; y á la mañana no apareció mas la laguna, porque toda se habia convertido en tierra fértil y fructuosa. Visto el milagro, los dos hermanos se conformaron, y dejaron sus pendencias y rencillas, echándose á los piés del santo, que con sus oraciones les habia quitado y cortado la raiz.

No ménos es admirable otro milagro que hizo, poniendo freno y término al rio Lico, muy caudaloso y furioso, que saliendo de madre, arruinaba y destruia toda aquella tierra donde pasaba. Vinieron los pueblos de aquella comarca á san Gregorio: dijéronle los daños grandes que recibian de aquel rio cuando se desfrenaba, y creciendo con las avenidas se extendia por los campos, y arrebataba los árboles, los ganados y las mismas casas y moradores de

sus pueblos, y que todos los remedios que habian usado no habian sido de provecho; y por esto le suplicaban que los socorriese en aquella tan extremada necesidad, para que no quedasen asoladas tantas villas y lugares de aquella comarca.

Enternecióse el santo: fué allá; y vista la disposicion del lugar, puso el báculo que llevaba en la mano en la ribera, suplicándole á nuestro Señor que aquel báculo fuese el límite y término de aquel rio; y así fué: porque el báculo prendió en la tierra; y se hizo un árbol grande; y cuando mas soberbio y furioso venia el rio, en llegando con sus aguas, y tocando al árbol se detenia y volvia atrás, sin poder pasar mas adelante, por virtud de aquel Señor, que al mismo mar puso sus términos, y le dijo: Hasta aquí llegarás, y aquí se quebrantarán tus furiosas ondas.

Pues ¿que diré de otro milagro no ménos maravilloso? Porque habiéndose encendido una pestilencia universal por todo el mundo (que dicen que duró diez años), y llegado á la ciudad de Neocesarea, y haciendo riza y abrasándola como un incendio cruelísimo, no tuvo otro remedio para apagarle sino los merecimientos y oraciones de san Gregorio, que en cualquiera casa que entraba llevaba consigo la salud: y con esta ocasion muchos gentiles alcanzaron la de sus almas y se convirtieron á nuestra santa religion, entendiendo que aquella pestilencia era castigo de su idolatría.

Estupendos son los prodigios que hizo san Gregorio y maravillosas las cosas que obró; pero entre otras fué una de no menor utilidad para las almas que de admiracion, por la novedad del caso, y manera con que sucedió. Rogáronle los vecinos de la ciudad de Comana que los visitase: hízolo: trataron con él que les diese obispo de su mano: mandóles él, que entre sí confiriesen y tratasen quién entre todos seria mas á propósito para aquella dignidad: y como ellos lo hiciesen y pusiesen los ojos en personas que eran insignes en sangre, en elocuencia y en otras prendas que se miran y estiman mucho en el mundo, y los propusiesen á san Gregorio; él les dijo que aquellas prendas que ellos buscaban y requerian no eran las principales para obispo, sino la santidad, virtud y prudencia, y que estas se habian de anteponer á las otras, y escoger la persona en que se hallasen mas aventajadas, cualquiera que fuese. A esto respondió uno: De esta manera bien se puede tomar por obispo á Alejandro, carbonero. Era este Alejandro un varon muy sabio y gran filósofo, y no ménos santo y menospreciador del mundo: el cual, para ser desconocido y mas abatido entre los hombres, dejando los libros y estudios de vana sabiduría, y encendido del amor y de la luz celestial, habia tomado una como máscara de hombre vil y abatido, y héchose carbonero en la ciudad de Comana, donde vivia del trabajo de sus manos. Luego que san Gregorio oyó el nombre de Alejandro, carbonero, inspiróle Dios y revelóle que aquel era el que convenia que fuese obispo: mandóle traer delante de sí: vino tiznado y en hábito y traje de carbonero, riéndose todos los circunstantes de verle, y mas de la causa y fin por que venia. Preguntóle el santo algunas cosas, y por sus prudentes respuestas entendió que era mas de lo que parecia, y que debajo de aquel vil vestido habia gran sabiduría y santidad. Llamóle aparte: informóse secretamente de quién era; y apretóle de manera, que Alejandro no le pudo negar la verdad. Abrazóle san Gregorio, y vistióle decentemente y dióle por obispo á aquella ciudad, declarándoles quién era y lo que le debian estimar; y que la voluntad de Dios era que aquel fuese su pastor y prelado: y fuélo tan excelente que vino á ser mártir del Señor, y acabó su vida por fuego, y de él hace mencion el Martirologio romano á los 11 de agosto. Con este hecho declaró san Gregorio á lo que en las elecciones de los obispos se debe tener mas atencion, y lo que es mas principal, y el pecho que tenia en resistir á los que le proponian personas adornadas de las prendas y talentos que el mundo estima y admira, mas que los otros que son preciosos en los del Señor, y mas necesarios para el que ha de ser pastor, y como tal y nó como mercenario, apacentar y defender de los lobos las ovejas, que el sumo pastor y príncipe de todos los pastores, Jesucristo, compró con su sangre; y juntamente mostró el santo la luz del cielo que tenia, y con ella descubrió el tesoro que entre los carbones y humilde traje de Alejandro estaba escondido. Pero ¿quién podrá contar todos los otros milagros que este santísimo y milagroso varon obró? San Gregorio Niceno no se excusa de hacerlo, por ser (como dice) cosa muy larga, y que pedia mucho ocio y tiempo. Uno no quiero dejar de referir, que le sucedió con los judíos, los cuales parte por codicia, parte por hacer burla del santo, y dar á entender que era fácil de engañarle, concertaron entre sí de pedirle limosna en esta forma. Volviendo san Gregorio á su ciudad, pusiéronse los judíos en el camino por donde habia de pasar, el uno tendido en el suelo, como muerto, y el otro como quien le lloraba y lamentaba: este, al tiempo que pasaba el santo, alzó mas la voz, y gimiendo y suspirando, le dijo que aquel pobre mozo que allí estaba tendido en el suelo habia muerto súbitamente, y era tan pobre que no tenia una sábana en que envolverse, ni cosa con que enterrarse: que le socorriese con algo, para que le pudiese dar sepultura. Enternecióse san Gregorio, y quitóse luego un roquete que llevaba, y echóle sobre el que se fingia muerto, y pasó adelante quedando solos los dos judíos. Entonces el uno de ellos que habia pedido la limosna, comenzó á dar grandes risadas y á decir á su compañero que se levantase; que buen lance habian echado, y engañado aquel hombre que tenian por tan sabio los cristianos: y como el otro no le respondiese, alzó mas la voz, y asiéndole de la mano y dándole de pié, le dijo que se levantase. Pero todo esto no bastó; porque se estaba quedo sin dar muestra de sentido ni de vida, y el vestido que le dió san Gregorio, luego que le tocó le sirvió de mortaja, que era la que el otro para él pedia; y el que quiso hacer burla del santo quedó burlado, y de veras muerto el que se fingió muerto; enseñándonos Dios con este milagro el respeto que debemos tener á sus santos.

No es de menor admiracion la manera con que el Señor guardó á san Gregorio, para que no le matasen, que la que tuvo en dar la muerte al judío que hacia burla de él. Levantóse en su tiempo aquella cruel y fiera persecucion del emperador Decio contra la Iglesia católica. Eran atormentados con nuevos y exquisitos suplicios los cristianos, y consumidos con linajes de muerte nunca oidas. Unos huian á los desiertos y se escondian en las cuevas debajo de tierra: otros morian constantemente por la fé: muchos desmayaban y volvian atrás; y todos andaban descarriados y despavoridos, como ovejas cercadas por todas partes de una manada de lobos cruelísimos. Juzgó san Gre-

gorio, que lo que mas convenia á la gente, era retirarse por entonces y mejor huir de aquella tempestad y salvarse que ponerse en ella con peligro de ahogarse: y para darles ejemplo y poderlos ayudar mas, él mismo huyó y se fué á un monte, llevando en su compañía al sacerdote que habia sido de los ídolos y se habia convertido (como dijimos), y ya era diácono. Los gentiles, aunque contra todos los cristianos tenian grande odio y saña, y con increible diligencia los buscaban y pequisaban y sacaban debajo de tierra; mas contra san Gregorio principalmente enderezaron sus tiros y máquinas, pareciéndoles que vencido aquel valeroso capitan, todos los demás se rendirian. Supieron los jueces y ministros del emperador que san Gregorio estaba en el monte, y enviaron con una guia y espía sus soldados, para que le prendiesen. Subieron al monte: púsose en oracion san Gregorio con su diácono, apartados algo el uno de otro; y cegó Dios á los soldados de manera que no los vieron, sino dos que parecian árboles en su lugar; y así se volvieron, diciendo que Gregorio no estaba en aquel monte, ni habian visto en él sino dos árboles. El que los habia espiado sabia que estaba allí porque le habia visto, y subiendo otra vez al monte le halló con su compañero: y entendiendo que Dios le habia encubierto para que los soldados no lo viesen, y que Gregorio estaba debajo de sus alas y proteccion, se echó á sus piés y se convirtió, y de perseguidor que ántes era, comenzó á ser uno de los perseguidos. Estando una vez en el monte orando; y alzando las manos (como otro Moisés) al cielo por los fieles que peleaban en los tormentos por Jesucristo, vió por divina revelacion la batalla de un valeroso caballero suyo, llamado Troadio, que fortísimamente era atormentado; y despues de haber estado san Gregorio un rato como arrobado y suspenso, volvió á su acostumbrado semblante, y dijo á su compañero con alegría aquel verso del salmo: «Bendito sea Dios que no nos ha dejado caer y ser despedazados de los dientes de ellos:» y les declaró que un cristiano, llamado Troadio, en aquella hora habia vencido los tormentos y sido coronado de la gloria del martirio: y yendo el diácono secretamente á la ciudad, halló ser verdad lo que el santo le habia dicho. Otra vez, queriéndose bañar por necesidad en un baño, supo que habia en él un demonio que mataba á todos los que entraban de noche en aquel baño, y por esta causa ninguno se atrevia á aquella hora á entrar en él; mas el santo sin ningun recelo ni temor entró y estuvo y salió de él: y aunque los demonios por espantarle hicieron gran ruido y temblar la casa, y salir unas como llamas de fuego de la misma, y otras cosas terribles que pudieran asombrar y hacer desmayar á cualquiera hombre valiente y esforzado; san Gregorio con sola la señal de la cruz hizo burla de ellos, mostrando cuánto mas poderoso es el siervo del Señor que todo el infierno, y que no pueden los demonios mas de lo que Dios les permite. Pasada aquella persecucion y tempestad de los gentiles contra los cristianos que el demonio habia levantado, san Gregorio tornó á la ciudad, recogiendo como buen pastor su ganado, y ordenó que se hiciesen fiestas cada año en honra de los mártires, y que se celebrasen solemnemente aquellos dias en que habian dado sus vidas por Cristo y alcanzado la corona del martirio; y permitió á los pueblos que en aquellos dias se alegrasen y regocijasen con algun honesto entretenimiento: y conociendo que se llegaba su dichoso tránsito de esta vida temporal á la eterna, visitó aun con mayor vigilancia su diócesi, con deseo de saber si habia alguno en ella que no fuese cristiano; y supo que en la ciudad de Neocesarea (que era grande y populosa) no habia mas que diez y siete gentiles conocidos, y alabó al Señor por ello: porque cuando él se encargó del obispado y entró en ella, no habia (como arriba se dijo) mas de diez y siete cristianos; y suplicóle que guardase en su santa religion á los fieles, y convirtiese á ella aquellos diez y siete infieles y todos los demás que habia en todo el mundo. Despues rogó á los que estaban presentes que no sepultasen su cuerpo en sepulcro propio ni hecho para él, sino en ajeno: porque así como en vida no habia tenido casa propia en que vivir, así en la muerte no tuviese su cuerpo propia sepultura. Con esto el año de Cristo de 256, imperando Galieno, dió su bienaventurado espíritu al Señor, á los 17 de noviembre en que la santa Iglesia celebra su fiesta. El cuerpo del santo fué puesto en una caja y colocado en una iglesia, y nuestro Señor hizo por él despues de muerte muchos y grandes milagros, entre los cuales refiere Teodoro, lector, uno bien notable: que queriendo Dios enviar un grande temblor de tierra á la ciudad de Neocesarea, un soldado que habia entrado en ella vió que otros dos soldados salian de ella, y que un hombre que iba tras ellos á voces clamaba y les decia: Guardad la casa en que está la caja y cuerpo de Gregorio. Vino el terremoto y la mayor parte de la ciudad se asoló; y la iglesia en que estaba el cuerpo del santo, quedó en pié firme y sin lesion alguna. Escribió san Gregorio algunas obras que refiere san Gerónimo: una de ellas fué la interpretacion sobre el Eclesiastes, que aunque breve, dice el mismo san Gerónimo que era muy provechosa. Esta interpretacion dice Erasmo Roterodamo, que en su tiempo se hallaba en Basilea, en la librería de los padres de Santo Domingo. Entre las cosas que escribió fué una la Fé católica de su santísima Trinidad, como le habia sido revelada: la cual se cita en el principio de la quinta sínodo con este título: «Exposicion de la fé, segun la revelacion de Gregorio, obispo neocesariense:» la cual (á lo que parece significar san Basilio) el santo en otro tratado mas largo explicó y dilató; de suerte que no solamente con su predicacion, vida y milagros ilustró la Iglesia del Señor, sino tambien con sus escritos. La vida de san Gregorio escribió (como dijimos) otro Gregorio obispo de Nisa, hermano de Basilio, á quien nosotros principalmente habemos seguido: y el mismo san Basilio (que se crió en Neocesarea con la leche é instruccion de santa Macrina, su abuela y discípula de san Gregorio Taumaturgo, y se precia de ello) le alaba y ensalza sobre manera; y despues de haberle comparado con los apóstoles y profetas, dice de él estas palabras: «Resplandeció en la Iglesia como una lumbrera grande y esclarecida, y fué por virtud del Espíritu santo terror y espanto de los demonios, y con diez y siete cristianos solos que habia en su ciudad cuando comenzó á ser obispo, les hizo guerra y convirtió á la fé de Cristo todo el pueblo gentil, así de los ciudadanos, como de los labradores. Él fué el que en el nombre de Dios mudó el curso de los rios y secó la laguna que era ocasion de discordia entre los dos hermanos avaros. Pues las cosas que anunció y dijo ántes que acaeciesen, son tales y tan grandes, que se puede igualar con los demás profetas. Pero seria cosa larga referir los milagros de Gregorio: basta decir que por la excelencia de los divinos dones y de los milagros y prodi-

gios que obró, los mismos enemigos de la verdad le llamaron otro Moisés.» Esto es de san Basilio. Escriben asimismo de san Gregorio los Martirologios romano y los demás; Eusebio Cesariense; san Gerónimo; san Gregorio, papa; Nicéforo Calixto; Suidas y Sócrates. Usuardo, siguiendo á Rufino, llama mártir á este santo; porque algunos antiguos dan este nombre de mártir no solamente á los que morian sino tambien á los que padecian mucho por la fé de Cristo.

Los santos Alfeo y Zaqueo, mártires.—El gobernador de Palestina en el primer año de la persecucion general de Diocleciano contra la Iglesia, obtuvo del emperador la gracia para todos los criminales, esceptuando á los cristianos, que eran mirados como los mas famosos malhechores. Por órden de aquel mismo gobernador fueron presos Zaqueo, diácono de Gadara, situado al otro lado del Jordan, y un pariente suyo llamado Alfeo, que era lector de la Iglesia de Cesarea. Conducidos ambos en presencia del magistrado, les tuvo algunas consideraciones por pertenecer á una de las principales familias de Palestina; pero al ver el gobernador que nada bastaba para hacerles cambiar de intento, sino que mas constantes aun en la fé confesaban á Jesucristo, fueron azotados y maltratados, muriendo al fin degollados. Su glorioso martirio fué el año 303.

San Dionisio, obispo y confesor.—San Basilio y otros padres griegos dan á este santo el título de *Grande*, y san Atanasio le llama *el Doctor de la Iglesia católica*. Sus padres, que eran ricos y distinguidos en el mundo, le dieron el ser en Alejandría, centro entonces de todas las ciencias. Dionisio se dedicó á ellas con un entusiasmo y una disposicion tal, que en pocos años se colocó al nivel de los mas acreditados maestros. Un dia llegaron casualmente á sus manos las epístolas de san Pablo, quedó enamorado de la sublimidad de aquella filosofía, y sintiéndose tocado de la gracia, renunció á la ciencia profana y se dedicó al estudio de la religion. A medida que iba adelantando en este estudio, su alma se encendia de tal modo en santos fervores, que luego de recibido el bautismo, no quiso vivir mas que para Dios. Cuando murió Heraclas, el año 247, Dionisio fué elegido obispo de Alejandría, y aunque le asombraba carga tan pesada, le consagraron á los pocos dias. Su intrepidez, su zelo y caridad aparecieron desde luego con deslumbrante esplendor en medio de las terribles persecuciones que sufrió aquella Iglesia, durante los reinados de los emperadores Felipe y Decio. No brillaron ménos las eminentes virtudes de tan ilustre pastor durante el cisma de los novacianos contra el papa san Cornelio, y entre los estragos que causó el error de Sabelio, que confundian las tres personas de la Trinidad. Sus trabajos y la confesion pública de la fé cristiana que hizo en presencia del prefecto, le hicieron desterrar de su diócesis, el año de 257; pero en su destierro no se creyó desobligado de sus cuidados pastorales. Todo el tiempo lo empleó en escribir luminosos tratados sobre el dogma y la moral, y en dirigir cartas instructivas á su Iglesia y á algunos prelados. Restituido á Alejandría el año 261, escribió al papa justificándose de la imputacion que se le hacia de haber impugnado la divinidad de Jesucristo en un escrito contra Sabelio. Incansable y lleno del espíritu de Dios, fué la lumbrera de su tiempo y el espejo de todos sus sucesores. Su constancia en medio de las tribulaciones fué admirable, y admirable tambien su caridad con toda clase de necesitados. Dionisio murió santamente el dia 10 de setiembre del año 265, celebrado por el segundo concilio de Antioquía, que honró su memoria de una manera muy particular, y llorado de su Iglesia, que perdia en él su mas distinguido pastor. Solo los arrianos calumniaron su memoria; pero san Atanasio tomó su defensa y escribió en su justificacion. En sus numerosos escritos, dice Feller, su estilo es elevado, pomposo en las descripciones, y sumamente patético en las descripciones. Conocia perfectamente el dogma, la disciplina y la moral, y se descubria en sus producciones que habia sido discípulo del célebre Orígenes. A los argumentos mas fuertes contra sus adversarios juntaba siempre la moderacion y la dulzura, y en todas sus obras resplandece el espíritu de las verdades que defendia.

San Aniano, obispo y confesor.—Créese que nació en Viena de Francia, y que vivió algun tiempo encerrado en una celdita junto á aquella ciudad. Habiendo despues ido á Orleans, fué ordenado sacerdote y nombrado prior de un monasterio vecino. En 391 fué consagrado obispo de Orleans, y en lo sucesivo justificó por su conducta cuán acertada habia sido su eleccion. Hacia mas de sesenta años que Aniano gobernaba aquella Iglesia en paz y santidad, cuando los hunos conducidos por Atila llegaron á poner sitio á Orleans. El venerable pastor entusiasmó á la multitud, hizo que todos pusiesen su confianza en Dios, y cuando parecia que la ciudad iba á caer en poder de los bárbaros, estos fueron dispersados y la ciudad milagrosamente salvada. La veneracion por el santo subió de todo punto, y poco despues acabó felizmente su carrera moral, muriendo el dia 17 de noviembre del año 483.

Santa Gertrudis, vírgen.—Nació de familia ilustre en la ciudad de Mansfeld, en la alta Sajonia. A la edad de cinco años fué entregada al monasterio de religiosas benedictinas de Rodersdorf, en el cual tomó despues el hábito, y fué abadesa el año 1294. Un año despues se encargó del gobierno del monasterio de Heldelfs, adonde se retiró con sus religiosas. En su juventud habia aprendido el latin, y estudiado con mucho aprovechamiento las santas Escrituras, además de otras ciencias que tenian á la religion por objeto. Con estos auxiliares instruia, pues, á sus hermanas en la ciencia de la salvacion, y sus instrucciones tenian tanta mas fuerza, en cuanto iban acompañadas de una vida de serafin, de una existencia que era todo divino amor. La principal delicia de Gertrudis era la contemplacion y la perpetua meditacion de la pasion del Salvador y del adorable misterio de la Eucaristía. Su alma se enfervorizaba de modo en estas místicas delicias, que frecuentemente brotaban de sus ojos dos abundantes fuentes de lágrimas, por medio de las cuales se desahogaba su abrasado y enternecido corazon. Algunas veces se la vió con el rostro tan encendido y los ojos tan radiantes de alegría, que se conocia perfectamente que aquella alma se hallaba entonces inundada de delicias tales, que ninguna lengua humana seria capaz de expresar. El divino amor que la abrasaba y consumia era el único móvil de todas sus acciones: por esto vivió siempre crucificada al mundo y á la carne, poniendo todo su cuidado en vivir tan solo para Dios. A una profunda humildad juntaba una dulzura inalterable, y este fué el fundamento de aquellas virtudes admirables con que plugo al Señor adornarla, y el orígen de las señaladas mercedes de que la colmó. Olvidándose de su ca-

lidad de superiora, se ocupaba en los mas viles ejercicios de la casa, y si alguna vez se le advertia que aquellos oficios no correspondian á su encargo, contestaba que hasta era indigna de servir á sus hermanas. Con semejantes ejemplos se estimulaba de tal modo la virtud en aquel monasterio, que llegó á ser un verdadero coro de vírgenes celestiales. El amor que profesaba Gertrudis á Jesucristo la hacia asimismo amar tiernamente á la santísima Vírgen, de la cual fué muy devota, ofreciendo siempre sus oraciones en favor de las almas que sufren en el purgatorio, las cuales fueron constantemente el mas interesante objeto de su caridad. Por fin, despues de una vida consumida en el altar del amor divino, llegó la hora dichosa de que esta santa vírgen fuése á juntarse con su celestial Esposo, por el cual habia suspirado continuamente, y al cual se iba á presentar pura y casta como en el dia del bautismo. Anegada Gertrudis en suavísimas consolaciones, recreada con la vista del cielo abierto para recibirla, y teniendo á su lado á Jesucristo, que la esperaba, no murió, se trasladó deliciosamente á la Jerusalen celestial, el dia 17 de noviembre del año 1334, despues de cuarenta años de abadesa. Como su enfermedad no fué conocida por los facultativos, quisieron hacer autopsia de su cadáver, y encontraron que en el corazon tenia impresas las señales de los instrumentos de la pasion del Salvador. Sus milagros ántes y despues de su muerte son innumerables; pero lo que la ha hecho mas famosa en la Iglesia, son las muchísimas visiones celestiales con que el Señor la favoreció, y que están consignadas en el «Libro de las revelaciones» que ella misma escribió por mandato de sus superiores. En este libro se ve que la santa estuvo toda su vida en una union íntima con Dios, y que despues de santa Teresa, fué santa Gertrudis la vírgen mas favorecida del divino Esposo, Jesucristo.

San Eugenio, confesor.—Fué natural de Florencia y diácono de san Cenobio, obispo de la misma ciudad. Ejerció su ministerio cual correspondia al discípulo de tan gran prelado, acompañó á este en sus expediciones apostólicas, fué testigo y participante de sus ruidosos milagros, y su heredero en la gracia de curar á los enfermos y resucitar los muertos. Eugenio era por todas partes acompañado de una multitud de pobres que vivian de sus extraordinarias limosnas, y habiendo llegado al término de su peregrinacion en la tierra, murió en el Señor, por los años de 421.

DIA 18.

La Dedicacion de la iglesia de San Pedro y San Pablo, —Escribiendo san Juan Crisóstomo sobre la epístola segunda de san Pablo á los corintios, y hablando de la gloria que da Dios á sus siervos aun en esta vida, y como los ensalza mas que á los reyes y emperadores, dice estas palabras: «Los sepulcros de los que han servido á Cristo crucificado, sobrepujan á los palacios de los reyes, no tanto en la grandeza y hermosura de los edificios (aunque tambien en esto les hacen ventaja), sino con otra cosa mas importante, que es en la muchedumbre de los que con devocion y alegría acuden á ellos. Porque el mispo emperador que anda vestido de púrpura, va á los sepulcros de los santos y los besa sin fausto, postrado en el suelo, suplica á los mismos santos que rueguen á Dios por él: y el que trae corona real en la cabeza, tiene por gran favor de Dios que Pedro, pescador, y Pablo, que ganaban de comer con el trabajo de sus manos, sean sus protectores y defensores, y se lo suplican y piden con muchas veras.» Esto es de san Crisóstomo: y el gloriosísimo padre san Agustin dice: «Ahora á la memoria del pescador, se inclinan las rodillas del emperador: resplandecen las piedras preciosas de la corona imperial, donde mas se sienten los beneficios del pescador:» y en otro lugar: «Bien veis como la eminencia y suprema majestad del imperio romano se humilla delante del sepulcro del pescador, y pone sus piés en la corona imperial.» Cuán gran verdad sea la que dicen estos santísimos y sapientísimos doctores, claramente se ve hoy en la fiesta que la santa Iglesia celebra en la Dedicacion de los templos de San Pedro y San Pablo: porque el emperador Constantino, despues que fué bautizado, queriendo honrar á estos dos príncipes de los apóstoles, y edificarles templos en aquel lugar que llamaban la Confesion de san Pedro (por estar allí sepultado su santo cuerpo); quitándose la diadema imperial de la cabeza, y postrado en tierra, hizo oracion con muchas lágrimas, y luego tomó un azadon y abrió las zanjas, y sacó doce espuertas de tierra, que por sí mismo llevó de allí en honra de los doce apóstoles, y señaló un lugar donde se hiciese una iglesia al príncipe de todos ellos, san Pedro. Acabóse el templo y consagróle san Silvestre, papa, en 18 de noviembre, año de Cristo de 324, y puso en él un altar de piedra, mandando que de allí adelante los altares fuesen de piedra. Edificó tambien el mismo emperador Constantino al apóstol san Pablo, en la via Ostiense, otra iglesia, y enriqueció la una y la otra con muchas rentas, y adornólas de ricas y preciosas joyas; y esta es la fiesta que hoy celebramos, y con mucha razon; porque ¿qué argumento podemos tener del poder de Cristo crucificado mas eficaz, que ver postrado al emperador y monarca del mundo al sepulcro de un pescador, que tambien fué crucificado por el mismo Cristo? O ¿qué triunfo se puede imaginar mas ilustre y glorioso, que ver á Constantino vencedor y triunfador del mundo, llevar las espuertas de tierra sobre sus hombros para servir de jornalero en el edificio del templo del pescador? O ¿qué mayor gloria y ensalzamiento se puede dar á un hombre mortal acá en la tierra, que la que dió el Señor á san Pedro tal dia como hoy, con este hecho de Constantino? ¿Y la que despues le ha dado, sujetando á sus piés la cumbre de los imperios y reinos, y trayendo á su sagrado sepulcro tantas gentes y naciones, que vienen de tan diferentes provincias y tierras á Roma, para reverenciar y adorar sus preciosos huesos y cenizas, y encomendarse al patrocinio de este glorioso príncipe de los apóstoles, teniéndole por su principal amparo y defensor? Y no solamente despues que el emperador Constantino edificó en Roma en el Vaticano, aquel suntuosísimo templo á san Pedro, han venido á él en romería los fieles (como habemos dicho), sino tambien ántes que se edificase, habia en la Iglesia católica esta devocion: y muchos, aun en tiempo de las persecuciones atrocísimas de los tiranos, de muy léjas tierras venian á Roma para visitar *Limina Apostolorum*, que así llamaban aun entonces las iglesias de San Pedro y San Pablo: porque á los umbrales de las puertas de sus templos se postraban y derribaban en el suelo, besándolas con singular piedad y devocion. Y siempre se han tenido en gran veneracion aquellos sagrados lugares.

y han sido respetados en tanto grado, que los mismos bárbaros que saquearon y destruyeron la ciudad de Roma, no se atrevieron á tocar cosa de ellos, ni hacer daño á persona que á ellos se acogiese, por tenerlos por lugares de refugio, privilegiados é inviolables, como mas largamente lo dijimos en la vida de san Pedro, á los 29 dias del mes de junio. Otros templos edificó el emperador Constantino, que referimos en la fiesta de la Edificacion de la basílica ó iglesia del Salvador, que es á los 9 de este mes de noviembre. El Martirologio romano hace mencion de la Dedicacion de la iglesia de San Pedro y San Pablo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el III tomo de sus Anales, trata docta y copiosamente de ella.

* San Roman, mártir.—Vivia este santo en un pueblo de la jurisdiccion de Cesarea en Palestina, de cuya Iglesia era diácono. Apenas se encendió el fuego de la persecucion contra los cristianos, cuando Roman se separó de su residencia á fin de exhortar á los cristianos que combatieran valerosamente contra los enemigos de la religion. Hizo tambien un viaje á Antioquía, con el fin de animar á los cristianos que se hallaban expuestos á las mas duras pruebas. Llegó á la córte del juez Asclepiades, y sabedor de que algunos cristianos que estaban en la cárcel vacilaban en la fé, los exhortó á la constancia, haciéndoles presente las delicias de la gloria y las penas eternas del infierno. Sabedor el juez de su conducta, lo hizo prender, luego azotar y descarnar todo el cuerpo, condenándolo á ser quemado vivo. En aquella sazon llegó el emperador Diocleciano á Antioquía, y considerando que este era poco suplicio, mandó le fuese cortada la lengua hasta la raiz. Dios sin embargo permitió no perdiera por esto el santo el uso de la palabra, continuando sus exhortaciones, y dando gracias al Todopoderoso. Fué conducido otra vez á la cárcel de órden del emperador Diocleciano, y fué puesto en el cepo con grillos, esposas y pesadísimas argollas, permaneciendo así mucho tiempo, hasta que por último fué degollado dentro de la misma cárcel, el dia 17 de noviembre del año 303.

San Barulas, mártir.—Era un niño cristiano de Antioquía, que presenció el martirio del santo anterior. Habiéndole preguntado san Roman delante de los verdugos, si era mejor adorar un solo Dios ó muchos dioses, respondió que solo se debia dar culto al Dios que adoraban los cristianos, por cuyo motivo en seguida allí mismo le azotaron, y luego le degollaron. Su madre, que se hallaba presente, no cesó de animarle, y haciéndole superior á los sentimientos de la naturaleza, vió cortarse la cabeza con tranquilidad y hasta con alegría. Su martirio acaeció el mismo dia 17 de noviembre del año 303. En el antiguo Breviario de Toledo, se hace memoria de este santo, bajo el nombre de san Teódulo.

San Esiquio, mártir.—Tambien sufrió el martirio en Antioquía, casi al mismo tiempo que san Roman. Era soldado legionario en dicha ciudad, y habiendo oido publicar un edicto, por el que se mandaba que todos los que no adorasen á los ídolos dejasen el cíngulo militar, desde luego lo dejó, confesando en alta voz el nombre de Jesucristo. Por cuya accion le ataron una gran piedra á la mano derecha y le precipitaron en el rio Orontes, donde consumió su glorioso martirio, el año 303.

San Oriculo y sus compañeros mártires.—Fueron sacrificados al furor de los vándalos en Africa, durante el siglo V, por no querer servir de instrumento á las supersticiones de los bárbaros.

San Odon, abad y confesor.—San Odon nació en Tours el año de 879, y fué hijo de un tal Abbon, señor de la primera nobleza. Pasó sus primeros años en la compañía de Foulco, conde de Anjou, y de Guillermo, duque de Aquitania. Desde su infancia mostró el siervo de Dios grande aficion á la oracion y al recogimiento; y á la edad de diez y nueve años recibió la tonsura clerical y fué nombrado canónigo de Tours. Desde entonces renunció al estudio de los autores profanos, y se dedicó enteramente al de las santas Escrituras. Fué á París á estudiar la sagrada teología, encerrándose á su vuelta á Tours en una pequeña celda, donde se entregó á la meditacion y á la penitencia; aprendiendo en ella, que todo era vanidad en el mundo, y que solo se debia buscar ya en la tierra el reino de Dios. Renunció, pues, su canongía y tomó el hábito en 909, en el monasterio de Baume en la diócesis de Besanzon. Despues de algunos años se trasladó á la abadía de Cluni, cuyo gobierno se le confió. La regularidad que en este monasterio se observaba y la santidad de los que le habitaban, se conformaban perfectamente con el espíritu del nuevo abad, que solo aspiraba á que él y sus hermanos pudiesen llegar al último grado de la vida perfecta. Bajo este concepto planteó en su monasterio la primitiva regla de san Benito, cuya reforma fué adoptada desde luego por otra porcion de monasterios, y todos se pusieron bajo la jurisdiccion del de Cluni. Así se formó aquella célebre congregacion que tantos beneficios ha hecho á la religion y á las letras, y cuya importancia en la civilizacion de la Europa han reconocido hasta los sabios del siglo XIX. Los papas y muchos príncipes tuvieron gran confianza en las virtudes del santo abad de Cluni y le encargaron muchas comisiones importantes, las cuales desempeñó siempre con feliz suceso. Como toda su vida habia profesado particular devocion á san Martin, quiso acabar sus dias en Tours, y efectivamente el Señor coronó sus deseos; pues hallándose gravemente enfermo y presintiendo su último fin, se hizo llevar á esta última ciudad, y murió en ella el dia 18 de noviembre del año 942.

San Máximo, obispo y confesor.—Floreció siendo obispo de Maguncia en tiempo del emperador Constancio. Sufrió muchísimas persecuciones de parte de los arrianos, y fué siempre ilustre en sostener los derechos de la Iglesia católica. El año 346 presidió al concilio de Sardis, y murió esclarecido confesor de Jesucristo el año 353, segun el cardenal Baronio.

Santo Tomás, monge.—No sabemos la época en que vivió, de modo que su fiesta se celebraba con gran solemnidad en Antioquía, cuyos habitantes guardaban la antigua tradicion de que una vez fueron librados de los estragos de la peste por las oraciones del santo.

DIA 19.

San Ponciano, papa y mártir.—Por la muerte de san Urbano, papa y mártir, fué puesto en la silla de san Pedro san Ponciano, natural de Roma, hijo de Calfurnio, varon santo y muy digno de aquella santa silla. Gobernó algunos años pacíficamente con grande aprobacion de todo el clero y pueblo romano; porque á la sazon imperaba Alejandro Severo, hijo de Mamea, el cual fué justo príncipe y no ene-

migo de los cristianos: pero despues, como al fin el emperador era gentil y tenia cabe sí algunos consejeros muy grandes jurisperitos, y no ménos enemigos de nuestra santa religion, por induccion de algunos de ellos ó de los sacerdotes gentiles, mandó desterrar al santo pontífice Ponciano á la isla de Cerdeña, juntamente con Felipe, presbítero, como dice el Martirologio romano, ó con Hipólito, como dice el Breviario antiguo y otros Martirologios. Allí padeció muy grandes trabajos y calamidades, sin olvidarse por ellas de instruir la Iglesia con sus preceptos y amonestaciones, porque en su destierro escribió á todos los fieles dos cartas: una de la veneracion y reverencia que se debe tener á los sacerdotes por el sacrosanto misterio que tratan; y otra de la caridad y amor fraternal que todos nos debemos tener. Algunos atribuyen á san Ponciano el decirse ántes de comenzar la misa el salmo *Judica me, Deus*, y el uso de cantar en las horas el Salterio de David. Finalmente, despues que este santo pontífice hubo padecido grandes fatigas y trabajos en su destierro, fué preso por mandado de Julio Maximino, hombre bárbaro y fiero, que habia sucedido en el imperio á Alejandro, y diéronle tantos y tan crueles palos, que en aquel tormento dió su alma al Señor, habiendo presidido en su Iglesia, segun el pontifical de san Dámaso y Platina, nueve años, cinco meses y dos dias: segun el Breviario romano, cino años, cinco meses y dos dias; y segun el cardenal Baronio, cinco años. Celebró órdenes dos veces el mes de diciembre, y en ellos ordenó seis presbíteros, cinco diáconos, y en diversos lugares seis obispos. Su santo cuerpo fué sepultado en Cerdeña; y pocos años despues, san Fabiano, papa, le mandó traer con gran veneracion á Roma, y le puso en el cementerio de Calixto entre otros muchos mártires. Celebra la Iglesia la fiesta de san Ponciano á los 19 de noviembre, que fué el dia de su martirio, imperando Maximino, emperador, el año del Señor de 237. De san Ponciano hacen mencion el Martirologio romano y los demás, y los que escriben las vidas de los pontífices, y Eusebio, Optato Milevitano, san Agustin, Nicéforo, obispo de Constantinopla, y Nicéforo Calixto y el cardenal Baronio.

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA, VIUDA.—Mucho se engañan los que piensan que las leyes de la verdadera nobleza son contrarias á las leyes de Cristo, y que no se pueden juntar en una humildad y grandeza, porque la ley de Cristo no es contraria á la ilustre sangre, ni á la alteza del estado y señorío que él da á quien es servido, sino á los vicios y malos usos que los hombres introducen en sus estados, pensando que la grandeza de ellos consiste en desechar todas las leyes de Dios, y vivir á su apetito y libertad como un caballo sin freno. Véase esta verdad en los ejemplos innumerables que tenemos de señores y señoras, de príncipes y princesas, de reyes y reinas, que no solamente ajustaron sus vidas con la voluntad de nuestro Señor, pero vivieron con tan raro ejemplo y tal menosprecio del mundo, que merecieron ser tenidos y venerados en toda la Iglesia católica por santos y por un vivo retrato de toda perfeccion y virtud. Entre estos príncipes fué una santa Isabel, hija de Andrés y de Gertrudis, reyes de Hungría: la cual envió Dios al mundo, para que siendo doncella fuese ejemplo de castidad y devocion: siendo casada, de modestia y caridad, y siendo viuda, de paciencia y menosprecio de toda vanidad. Desde niña era tan inclinada al servicio de nuestro Señor, que no teniendo mas de cinco años gustaba mucho de ir á la iglesia, en donde se ponia á rezar con tanta atencion y afecto, que apenas la podian apartar de la oracion. Entrábase en un oratorio que habia en casa de su padre muy á menudo, y allí oraba con las rodillas desnudas. Era devotísima de la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, y de san Juan evangelista, por haberla caido en suerte este sagrado apóstol, echando los santos; y encomendábale mucho su castidad, y hacia de buena gana todo lo que le pedian por su amor. Los dineros que podia haber, dábalos á mujeres pobres, encargándolas que dijesen la oracion del Ave María: era enemiga de galas y de vestidos ricos y curiosos, y en sus palabras muy compuesta, procurando que fuesen pocas y muy miradas, y que no dañasen á nadie y siempre fuesen de provecho: trabajaba mucho en quebrantar su voluntad y en mortificarse en las cosas que la daban gusto: crecia en edad y juntamente en virtud, de manera que sus padres tenian puestos los ojos en ella, no solo por ser su hija, sino por ser tan agradable y tan adornada de virtudes. Casáronla con un gran señor, llamado Lusí, landgrave y duque de Turingia, digno marido de tal esposa: y aunque deseó mucho conservar su pureza virginal y no tener otro esposo sino á Jesucristo, todavía vencida de la autoridad ó importunidad de sus padres, sujetó la cerviz al yugo del matrimonio, y vivió en él con raro ejemplo de santidad, amando y sirviendo á su marido, como á su cabeza y señor, y criando á tres hijos que tuvo, como madre temerosa de Dios, que sabia que los habia recibido de su mano y los criaba para el cielo. Humilde para consigo, devota para con Dios, benigna y caritativa para con los pobres, levantábase de noche á hacer oracion y acompañábala con muchas lágrimas: ocupábase de buena gana en cosas bajas y viles: en las procesiones públicas, como letanías, iba descalza y muy modesta: cuando salia á misa despues del parto, iba con un vestido llano y llevaba á su hijo en los brazos, y ofrecíale á Dios y con él alguna ofrenda al sacerdote; y daba á los pobres el vestido de aquel dia, y lo mismo hacia de su comida, repartiendo con los pobres su parte: vestia á los niños recien bautizados: proveia de mortajas á los difuntos: hilaba con sus doncellas para dar limosna á los pobres de su trabajo; y cuando le faltaba que dar, vendia sus joyas: tenia junto á su palacio un aposento en que recibia á los peregrinos: curaba á los enfermos, y criaba los niños huérfanos ó de padres pobres, y daba cada dia de comer á novecientos pobres, sin los otros que sustentaba por todo su estado, los cuales la llamaban madre y remediadora de todas sus necesidades, y se iban tras ella: y con razon; porque no solamente les remediaba con su hacienda, sino tambien quitándose las tocas de su cabeza, para cubrir las de las pobres y sirviéndolas con sus propias manos. Una vez juntó consigo la cabeza de un enfermo que olia muy mal y no habia quien le pudiese sufrir; y ella le quitó el cabello y le lavó la cabeza, como si fuera su hijo. Padeció muchas contradicciones y murmuraciones por estas buenas obras que hacia; porque el mundo loco las tenia por indignas de su persona y estado: mas ella deseaba agradar á Dios y nó á los hombres, y regular sus acciones mas con la regla verdadera de la justicia y bondad, que con la falsa y engañosa del mundo; y con su oracion y perseverancia ganó tanto al duque, su marido, que no se dejó llevar de algunos malos consejeros y cria-

dos suyos, que le hablaban mal de lo que hacia santa Isabel: ántes la amaba como á su mujer y la respetaba como á hija de tan gran rey, y la honraba y reverenciaba como á santa: y porque élandaba ocupado en los negocios del emperador y no podia hacer semejantes obras, holgábase que ella las hiciese, y que diese de sí tan buen olor con su santa vida y ejemplo; aunque no vivió muchos años: porque haciendo en aquel tiempo guerra los cristianos á los sarracenos para librar de su poder á la Tierra Santa, el duque fué á aquella santa conquista: y habiendo llegado á Sicilia el emperador Federico, murió de su enfermedad, como buen caballero, en el camino. Cuando lo supo santa Isabel, aunque lo sintió como era razon; pero entendiendo que aquella habia sido la voluntad del Señor, se volvió á él y con lágrimas del corazon le dijo: Vos sabeis, Señor, lo que yo amaba al duque; porque él os amaba y porque vos me le disteis por marido: pero ahora que habeis sido servido de llevármele para vos, tambien sabeis que yo no le volveria á la vida mortal contra vuestra voluntad, aunque lo pudiese hacer con un solo cabello. Os suplico que deis eterno descanso á su alma y á la mia gracias para serviros. Determinó, pues, aprovecharse de la ocasion para abrazarse mas estrechamente con Cristo nuestro Señor, y servirle con mas ahinco y fervor en el estado de viuda: y así comenzó á darse más á la oracion, ayunar y velar mas, y afligir su cuerpo con mayores asperezas y penitencias, y en el trato de su persona ser mas humilde y dar á los pobres todo cuanto tenia. Fué esto de manera que los deudos de su marido y sus vasallos la quitaron la administracion de la hacienda como á desperdiciadora de ella, y la echaron de su casa y la apretaron tanto que vino á tanta necesidad que se recogió á un establillo de un meson, y aun allí no la consintieron estar mucho. Mudóse á una casa de un hombre mal acondicionado; y él la hizo tan mal tratamiento á ella y á sus hijos y á algunas doncellas que por su devocion la acompañaban, que tambien de aquí se hubo de salir y buscar otra posada. Llegó su menospreció á tanto, que yendo un dia por una calle estrecha y de mucho lodo, y encontrándose en un mal paso con una viejezuela á quien la santa habia hecho mucho bien, la vieja no la tuvo respeto ni la hizo lugar para que pasase, ántes desviándola de sí con furia, la hizo caer en el lodo. Entendió santa Isabel que aquella era tentacion del enemigo y prueba de su paciencia, y levantóse con mucha alegría, riéndose, y limpió su vestido, porque por mucho que padecia, deseaba padecer mas y ser mas despreciada, ultrajada y abatida, y pidió á nuestro Señor con grandes ansias que la descarnase de todas las cosas que no fuesen él, para poderse mas unir con su divina Majestad, por el menosprecio y abatimiento del mundo. Andaba á casa prestada: súpolo el rey su padre y dió órden para que sus hijos se criasen en casas de parientes honradamente, y que á ella se diese parte de su dote con que sustentarse. Pues ¿quién podrá referir los otros trabajos, malos tratamientos, escarnios y persecuciones que esta santa princesa padeció, y la paciencia, constancia y alegría con que los sufrió, viéndose de rica, pobre; de honrada, abatida; de servida y acompañada, sola y desamparada; y esto de sus propios vasallos, de los deudos de su marido, y de aquellos á quienes tanto bien habia hecho, y que por tantos títulos estaban obligados á ampararla y albergarla en sus propias casas y tenerla escrita en sus corazones? No se turbó la santa; porque Dios la esforzaba y regalaba y entretenia, é imprimia en su alma que él solo era suficiente para hacerla bienaventurada, y que teniéndole á él lo tenia todo, y sin él todo lo que ántes tenia y habia perdido era un poco de basura: y así un dia de cuaresma habiendo oido misa, la apareció Cristo nuestro Redentor consolándola y alentándola y prometiéndola que estaria siempre con ella.

De la parte de su dote que la dieron para su sustento, hizo un hospital, en donde se recogió y recogia pobres enfermos, y los curaba y servia por sí misma en las cosas mas menudas, bajas y viles, sin que sus criadas la ayudasen: y porque algunos la decian que aquella no era vida de hija de rey; ella con mucha gravedad y mesura les respondia, que si hallara otra vida de mayor menosprecio, la tomara para imitar mas á su dulcísimo esposo y maestro Jesucristo. Tenia en la oracion don singular de lágrimas, y derramábalas copiosas y suaves, y con el rostro siempre muy sereno y alegre, y decia que los que en la oracion lloran haciendo visajes, parece que quieren espantar al Señor. Hacia su oracion con tan singular atencion y afecto, que parecia que estaba muerta para las demás cosas: y la aconteció una vez estando orando, caer una brasa de fuego sobre sus faldas, y quemarla sus vestidos y no sentir nada; porque su alma estaba trasportada en el cielo: hasta que una criada echó de ver que la santa se quemaba, y mató el fuego. Era muy visitada y regalada con revelaciones y gustos interiores, y por medio de sus oraciones alcanzaba para sí y para otros, del Señor, grandes dones y misericordias. Una vez vió un mózo en su compostura y traje distraido: díjoselo, y que si queria que hiciese oracion por él. Respondió el mozo que sí, y que le rogaba mucho que así lo hiciese. Ella se puso en oracion y mandó al mancebo que hiciese otro tanto: el cual, perseverando la santa en oracion comenzó á decir: Cesad, señora, cesad: y como ella no cesase, ántes con mayor fervor continuase su oracion, tornó el mozo con mayor ansia á clamar: Cesad, señora, que me abraso: y levantaba los brazos y hacia visajes como loco. Llegaron á ella; y hallaron que tenia los vestidos tan calientes del fuego que salia de su cuerpo, que apenas los podian tocar con las manos. Con esto mudó el mozo de vida, y de distraido que ántes habia sido, se trocó en otro hombre por la oracion de santa Isabel. Otra vez habiendo entrado á su casa una moza lozana, que traia sus cabellos descubiertos, como hebras de oro; movida la santa de Dios, se los cortó como por fuerza defendiéndose la moza cuanto pudo; pero cuando los vió cortados, caida aquella como corona y gloria de su cabeza, dijo á santa Isabel: Señora, Dios os ha inspirado que me cortásedes estos cabellos; porque sabed que si no fuera por esta vanidad, ya hubiera entrado en algun monasterio: y la santa, alabando á nuestro Señor, la recogió consigo en aquel hospital, donde le sirvió muchos años.

Admirable fué la vida de esta santa princesa en todas las virtudes, y especialmente en la humildad y amor de la pobreza, y menosprecio de sí, y en la compasion y caridad que usó con los pobres y enfermos asquerosos, dándoles todo cuanto tenia, sirviéndoles con tanto cuidado y entrañable afecto, como si cada uno de ellos fuera el mismo Cristo nuestro Salvador; y esto con una perse-

verancia tan extraña que nunca quiso volver á casarse, porque habia hecho voto de castidad si alcanzaba de dias á su marido, ni tornar á la casa de sus padres, ni á la grandeza y esplendor de su alto estado (aunque se lo rogaron), por no dejar el humilde que habia tomado, y aquellas ricas ferias de servir á los pobres que tenia entre las manos. No se puede decir con pocas palabras el menosprecio que santa Isabel usó consigo, ni la misericordia y caridad para con los pobres; porque no habia género de pobreza tan abatido en el comer, vestir y dormir y trato de su persona, que no le abrazase y no desease otro mayor; ni obra de piedad y compasion, tan vil y asquerosa, que no la ejercitase con los pobres enfermos que tenian de ella necesidad. Con los tiñosos, con los leprosos, con los que se comian de piojos y con los que tenian enfermedades contagiosas, era madre piadosa y enfermera amorosa, y con sus mismas manos los curaba. Pero á la medida de su piedad y devocion eran los regalos y favores de Dios para con ella y las mercedes que continuamente la hacia, apareciéndosela algunas veces, visitándola por los ángeles, teniéndola arrobada y transportada en la oracion, obrando muchos milagros por su intercesion, y finalmente manifestando que era esposa suya dulcísima y escogida para ejemplo de las viudas, y luz de los buenos y confusion de los malos.

Estando, pues, ya llena de merecimientos, Cristo nuestro Señor se le apareció y la avisó, que era ya llegado el tiempo en que queria darle el premio de sus trabajos y coronarla de gloria: y ella se regocijó por extremo; porque como un ciervo acosado y sediento, deseaba beber y hartarse de aquella fuente de vida, é hizo gracias á su dulce Esposo por aquellas buenas nuevas que la daba. Vínola una recia calentura; armóse con los sacramentos de la Iglesia; y exhortó á todos los que con ella estaban á amar y servir á nuestro Señor y hacer bien á los pobres: y estando para espirar vió al enemigo del linaje humano en horrible figura; y ella con grande y constante ánimo alzó la voz y dijo: Vete de aquí, desventurado: huye de aquí, maldito; y encomendándose afectuosamente al Señor, á quien tanto habia amado y servido, dió su bendita alma en sus manos, á los 19 de noviembre del año del Señor de 1831. Oyéronse en su dichoso tránsito cantos dulcísimos de avecillas, que se asentaron sobre el aposento donde habia muerto y estaba su cuerpo: el cual quedó tan hermoso, blando y tratable, como cuando estaba vivo, y despedia de sí un olor suavísimo, que recreaba á todos los presentes. Tuviéronle cuatro dias sin enterrar por el gran número de gente que de toda aquella comarca concurrió á ver y reverenciar al santo cuerpo, y tomar cualquiera cosa que pudiesen de sus reliquias. Sepultáronle en un pueblo de Alemania llamado Masburg; y luego comenzó nuestro Señor á manifestar la gloria de esta santa, haciendo muchos y grandes milagros por su invocacion, alumbrando á ciegos, dando oidos á sordos, habla á los mudos, piés á los cojos, salud á los leprosos y enfermos de varias y graves dolencias, y vida á los muertos; porque por sus oraciones diez y seis muertos resucitaron: y por estos milagros y por su santísima vida el sumo pontífice Gregorio IX, estando en Perusa, cuatro años despues que murió, la canonizó y puso en el número de los santos. Entre las otras maravillas que nuestro Señor obró para honrar á santa Isabel, fué una el manar de su cuerpo un licor, á manera de óleo santísimo, que daba salud á todos los que con él se ungian.

Pues ¿quién no ve en la vida de esta gloriosa santa la fuerza y eficacia de la mano poderosa del Señor, y como esfuerza el corazon flaco y el sexo frágil de una mujer? ¿Cómo trueca los gustos y muda los deleites de la carne en regalos espirituales y divinos? ¿Qué mujer hubo jamás tan vana y tan amiga de atavíos y galas, como santa Isabel lo fué del vestido roto y despreciado? ¿Qué señora tan delicada y llena de ámbares, perfumes y aguas olorosas, como esta del mar olor del hospital, y de la podre y materia de las llagas? ¡Qué menosprecio de sí misma tan fino en una hija de rey! ¡Qué alegría en sus injurias en una señora tan grande! ¡Qué amor de la pobreza en una princesa tan rica! ¡Qué paciencia en los trabajos y adversidades! ¡Qué oracion tan ardiente y tan continua en tantas ocupaciones: qué rendimiento á la voluntad de Dios; y como él la honró despues de haberla probado, y la hizo gloriosa en el cielo y en la tierra! La vida de esta gloriosa santa escribió primeramente Teodorico de Turingia, de la órden de Santo Domingo, recogiéndola de los papeles del maestro Conrado, que habia sido su confesor: despues la escribió Jacobo Montano; y lo trae Surio en el sexto tomo. Tambien escriben de ella Vincencio Belovacense; san Antonino, arzobispo de Florencia; el Martirologio romano; el cardenal Baronio, en sus anotaciones; el doctor Juan Molano, en las Adiciones que hizo al Martirologio de Usuardo; y mas largamente la Crónica de los Menores, compuesta por Fr. Marcos de Lisboa, que afirma haber tomado santa Isabel el hábito de la penitencia de la tercera órden de su padre san Francisco; y lo mismo dicen las otras historias de su órden.

* San Máximo, presbítero y mártir.—Derramó su sangre por la fé en Roma, de cuya Iglesia era sacerdote durante la persecucion de Valeriano, segun dice el Martirologio romano, y en la de Diocleciano, segun el de Galesinio. Segun el cardenal Baronio, murió el año 259, siendo sepultado su cuerpo en la iglesia de San Sixto.

San Abdías, profeta.—Es el cuarto de los doce profetas menores. Nada se sabe de su pais ni de sus padres, y hasta se ignora la época en que vivió. Algunos quieren que haya sido contemporáneo de Amós, de Oseas y de Isaías; otros creen que escribió despues de la destruccion de Jerusalen por los caldeos. San Gerónimo, que habla de su sepulcro, el cual habia visto santa Paula en Samaria, se inclina á creer, siguiendo en esto á gran número de comentadores, que es el mismo Abdías, intendente de Achab, rey de Isral, que floreció en tiempo del profeta Elías.

San Barlaan, mártir.—Nació en un pueblo cerca de Antioquía, y pasó sus primeros años ocupado en los trabajos de la vida campestre. En ellos se santificaba con la práctica de las mas heroicas virtudes, preparándose así para recibir la corona del martirio. El zelo con que confesó el nombre de Jesucristo, lo hizo prender por los paganos que le encerraron en una de las cárceles de Antioquía, donde permaneció mucho tiempo. Sus oraciones agradaron á Dios por la sencillez de corazon con que eran ofrecidas, y le acarrearon abundancia de gracias celestiales. El mismo juez quedó atónito de ver su extraordinaria constancia, y la paciencia y resignacion con que sufrió la mas cruel flagelacion, sin despegar siquiera los

labios para quejarse. Extendiéronle sobre el potro y le descoyuntaron todos los miembros. Durante este suplicio el ilustre atleta se mostraba tan alegre y tranquilo como si estuviese sentado en un banquete ó sobre un trono. Volvieron despues á encerrarle en la cárcel, y al cabo de algunos dias le condujeron á un altar de ídolos, á cuyo frente habia un gran brasero de fuego con incienso al lado. Negándose Barlaan á ofrecerle, le metieron la mano derecha entre las ascuas, y así lo tuvieron por largo rato, hasta que, espantados los mismos paganos con el espectáculo de tan inaudita constancia, lo dejaron y poco despues murió. Su martirio sucedió, segun la opinion mas probable, durante la primera persecucion de Diocleciano. San Basilio, san Juan Crisóstomo y otros padres de la Iglesia han ocupado sus plumas escribiendo excelentes panegíricos en honor de este santo.

Los santos Severino, Exuperio y Feliciano, mártires. —Murieron por la confesion del nombre de Jesucristo en Viena de Francia, durante las persecuciones de la Iglesia. Sus cuerpos fueron enterrados en la misma ciudad por los cristianos, y sus reliquias, despues de muchos años, fueron halladas por revelacion de los mismos santos, y habiéndolas recogido el obispo, clero y pueblo de la misma ciudad, las sepultaron con gran pompa y levantaron una iglesia á su memoria.

San Fausto, diácono y mártir.—Pertenecia al servicio de la Iglesia de Alejandría, en tiempo de su patriarca san Dionisio, cuyas virtuosas huellas siguió constantemente. Durante la persecucion de Valeriano tuvo que sufrir muchas persecuciones y trabajos y fué desterrado con su prelado. Despues regresó á Alejandría, donde ejercitó santamente su ministerio, hasta que al principio del reinado del emperador Diocleciano, siendo ya muy anciano, no queriendo sacrificar á los ídolos, fué degollado y consumó un martirio glorioso.

San Aza y sus compañeros, mártires.—Aza era un solitario de Isauria, que mortificaba su carne y alimentaba su espíritu con la meditacion de las cosas santas, preparándose así para ser hostia agradable en los altares del Señor. Un dia fué delatado al tribuno Aquilino, que mandó unos soldados para que fuésen á prenderlo y se lo presentasen. Habiéndole interrogado, mandó que atado por los cabellos lo colgasen á un árbol y le desgarrasen todo el cuerpo con hierros dentados. Despues lo metieron en un horno encendido, del cual salió sin lesion. A vista del milagro, se convirtieron á Jesucristo la mujer y una hija del tribuno y todos los soldados que habian presenciado el tormento, y todos juntos, en número de ciento cincuenta, acabaron con Aza la vida, siendo degollados el año 304.

San Crispin, obispo y mártir.—Adon, Usuardo, Galesino y Baronio hacen memoria de este santo como obispo de Ecija en España, el cual gobernó aquella Iglesia, y apacentando á sus ovejas en la santa doctrina de Jesucristo, fué preso por los gentiles. Y como se negase enteramente á dar culto á los ídolos, probada su constancia con hambre, sed y fuego, siendo al fin degollado, alcanzó la palma del martirio tal dia como hoy en el imperio de Diocleciano.

DIA 20.

San Félix de Valois, confesor y fundador.—El doctor máximo de la Iglesia, san Gerónimo, en la vida de santa Paula, nobilísima matrona romana, dice, que la nobleza no es cosa grande para quien la tiene; pero es muy grande para quien la desprecia. Que tan grande fué la nobleza de san Félix de Valois; pues supo despreciar la mayor nobleza por la virtud, que es la nobleza de la misma nobleza. Fué muchas veces noble, y muchas veces grande este glorioso patriarca, porque fué noble segun el mundo, y noble segun el cielo; grande delante de los hombres, porque fué del tronco real de Francia, y mas grande delante de Dios nuestro Señor, porque pisando tanta grandeza, supo hacerse mas grande por la virtud que lo era por la sangre.

Fué padre de san Félix Ranulfo, conde de Vermandois y de Valois, hijo de Hugo de Francia y nieto de Enrique I, rey de Francia. La madre, igual en la nobleza á su marido, fué madama Leonor hija de Teobaldo, tercero de este nombre, llamado el Grande, conde de Blés y Champaña, y hermana de Teobaldo IV, llamado el Bueno. Vivian Ranulfo y Leonor en la ciudad de an Quintin, cabeza de sus estados: y Leonor, que era piadosísima, teniendo á su hijo en el vientre, fué en romería al monasterio de San Bedasto, célebre en el obispado de Cambray.

Allí hizo una novena á san Hugon, arzobispo de Ruan, cuyo sagrado cuerpo se guarda en aquel monasterio; y al último dia de la novena, estando de rodillas delante del altar del santo arzobispo, se quedó Leonor dormida, y vió en sueños á la Vírgen María que traia á su preciosísimo Hijo en los brazos, y le llegaba á otro niño muy hermoso y gracioso que estaba á su lado. Tenia el niño Jesus una cruz pesada en los hombros, y el otro niño una hermosa corona de flores en la mano: y trocando los dos niños como por juego las dos joyas, Jesus dió al niño su cruz y el niño dió á Jesus su corona. No sabia Leonor qué significaba esta vision, y luego vió á san Hugon que hablando con ella la dijo: Ese niño que no conoces, es tu hijo, que trocará las lises de Francia por la cruz de Cristo, y la dividirá contigo para que ambos sigais con ella al Señor crucificado. Dividió el niño la cruz en dos partes, y dando la una á su madre, se quedó con la otra para sí. Despertó Leonor y tuvo la vision por sueño, aunque tantas mujeres tienen los sueños por visiones, pero el efecto mostró que habia sido vaticinio, como veremos despues. Nació san Félix á 9 de abril de 1127, en el camino de Amiens, donde cogió á su madre el parto. Llamáronle Hugo en el bautismo, ó por devocion de san Hugon, ó por memoria del nombre de su abuelo, Hugo de Francia: el cual nombre mudó despues en el de Félix; y así le llamaremos desde ahora para evitar confusion.

Estando aun á los pechos el niño Félix, sucedió una grande sequedad y hambre en toda aquella tierra: el cielo negaba á la tierra la lluvia; porque los pecadores no la regaban con lágrimas: clamaban los hombres para alcanzar el remedio, y la tierra abria muchas bocas para pedirle de la manera que podia; pero Dios cerraba los oidos, porque los pecadores se hacian sordos á sus voces, y duraba el castigo porque no cesaban los pecados. Los campos ni daban pan para los hombres, ni yerbas para los ganados: padecian todos los que tenian culpa y los que no la podian tener, para que padeciesen los culpados: acudian los pobres á las casas de los ricos; y todos eran pobres ó mostraban serlo para no dar ó para pedir: solo hallaba

remedio la comun necesidad en el palacio de Leonor; pero la carestía tasaba la liberalidad, y el temor de que faltase á los propios ponia medida al socorro de los extraños. Tenia Dios librado el remedio de tan grande calamidad en las manos de un niño que aun no sabia hablar, y ántes de formar palabras habia de obrar milagros. La aya que traia al niño Félix en los brazos, movida de Dios nuestro Señor, le llegó al lugar donde guardaban el pan, y gobernando su manecilla, formó con ella tres cruces sobre el pan en el nombre de la santísima Trinidad, y poniéndole á vista de los campos, los bendijo tres veces con la misma mano: y fué cosa maravillosa y propia de la mano de Dios nuestro Señor, que luego empezaron á multiplicarse los panes y á nacer unos panes de otros como en el desierto cuando los bendijo Cristo: y por el mucho pan que daban á los pobres, la hambre cesaba y el pan no disminuia; y como si tuviera en sus manos las nubes, luego se llenó el aire de ellas, y el cielo dió lluvia y la tierra dió su fruto, y todos alabaron á Dios nuestro Señor, que tales prodigios hacia con las manos de un niño inocente. Vino á Francia Inocencio II, huyendo de la ambicion y tiranía de Pedro Leon y falso pontífice Anacleto: hospedóse en Chartres en el palacio de Teobaldo, hermano de Leonor: en sabiéndolo la piadosa señora, llevó allá á su hijo para que le bendijese el sumo pontífice; y el mismo niño, ya que no podia con la lengua, pedia con las manos la bendicion, la cual le dió con muestras de grande amor el sumo pontífice; y ántes se la habia dado san Bernardo en Claraval, adonde le llevó su devota madre, para ofrecerle á María santísima por manos de aquel su dulcísimo capellan y regalado siervo.

Primero bebió el niño Félix la misericordia, que dejase la leche, y como por instinto ejercitaba la piedad con los pobres ántes de poder obrar la razon. Daban un dia limosna á los pobres en casa de Teobaldo, su tio, y estaba el niño en los brazos de su ama mirando como la repartian, y se le iban los ojos y las manos á la moneda que se daba á los necesitados: parecia codicia y era misericordia; porque mandando Teobaldo por entretenimiento que ofreciesen los dineros al niño, él tomaba todo lo que podia en su mano y lo daba á los pobres, siendo mayor la limosna cuánto era menor la mano que la repartia, porque daba de una vez todo lo que no podia sustentar; y mostró tanta alegría y contento el niño, que despues le traian todos los dias por mandato de Teobaldo al repartimiento de la limosna. Era Teobaldo varon perfecto, como discípulo de san Bernardo, y con hábito de seglar tenia costumbre de monge. Crió en su compañía á Félix los primeros años; y con su enseñanza y ejemplo creció mucho en todas las virtudes, especialmente en la misericordia en que competian tio y sobrino, maestro y discípulo, procurando Félix no quedarse atrás á Teobaldo, y Teobaldo que no se le pasase adelante Félix.]

Cuando ya mayorcito, comia Félix á la mesa de su tio, y se quitaba el bocado de la boca y enviaba el plato de que mas gustaba para los pobres. Todo lo que llegaba á sus manos pasaba de ellas á las manos de los necesitados, y no sabia despedir sin limosna á quien se la pedia. Paseándose por el campo con otros caballeros de su edad, llegó un pobre enfermo á pedirles limosna, y Félix no teniendo otra cosa que darle, se quitó una gavardina preciosa que traia y se la dió al pobre. No convenia al pobre vestido tan rico; y así la quiso vender para socorrer con el precio su necesidad: prendiéronle sospechando que habia hurtado la gavardina, y en sabiéndolo Félix le hizo sacar de la cárcel, pesaroso de haberle ocasionado aquel mal por hacerle bien, y le sentó en su mesa y dió una buena limosna con que le envió contento. Caminaban juntos Teobaldo y Félix por el campo en tiempo de frio: salió de un bosque un pobre desnudo, temblando y tiritando de frio, y pidióles limosna. Preguntándole Teobaldo: ¿Qué quieres que te dé? Respondió: Esa capa. Diósela gustoso. Preguntándole si queria otra cosa, respondió: Ese capote: y habiéndoselo dado, viendo su grande liberalidad, le pidió el jubon y las medias, y hasta los guantes de las manos y los anillos de los dedos y collar de la garganta. No le quedaba mas que el sombrero: fuéle á tomar el pobre y detúvole Teobaldo, diciéndole con donaire: Eso nó; que descubrireis la calva y se reirán de mí. Luego desapareció el pobre dejando allí los vestidos; y reconocieron los dos, tio y sobrino, que el pobre habia sido ángel del Señor, ó el mismo Señor que habia venido á experimentar su caridad, é hicieron voto de no negar limosna á ningun pobre que se la pidiese por amor de Dios.

Saliendo otra vez Teobaldo y Félix de la ciudad para Claraval en sus caballos, encontraron un pobre leproso. Enterneciéose al verle Félix, y bajando de su caballo, le abrazó y consoló con dulces palabras. No quiso Teobaldo que su sobrino le venciese en la caridad: arrojóse tambien de su caballo, y entre los dos limpiaron al leproso y le llevaron á una casa vecina, adonde le enviaban todos los dias comida y regalo. Siempre que salian ó entraban en la ciudad le visitaban y consolaban; y Félix le enviaba cada dia de su mesa un plato, é iba muchas veces á verle y conversar con él amigablemente. Murió el leproso estando Teobaldo ausente: y como ignoraba su muerte, entró en la casilla al volver á la ciudad deseoso de verle, y hallóle á la puerta en pié, limpio de la lepra, sano, hermoso y resplandeciente. Quedó admirado: y preguntóle si era el leproso á quien él habia dejado en aquella casa; porque en el rostro parecia el mismo, y en la sanidad muy diverso. Yo soy el mismo que buscas (respondió el leproso): ya estoy sano; porque libre de las miserias de los mortales, gozo de la felicidad de los bienaventurados y he venido á agradecerte la caridad que conmigo has usado. Tú bajaste por mí de tu caballo; yo bajo á tí desde el cielo: tú me socorriste con limosnas, y yo te ayudo con oraciones. Con esto desapareció el pobre; y Teobaldo contó á Félix el caso: y ambos se encendieron mas en deseos de socorrer á los necesitados.

Criábanse en el monasterio de Claraval algunos hijos de príncipes y caballeros, para que doctrinados con la enseñanza y ejemplo de los monges, saliesen útiles ministros y gobernadores de su república. Aquí llevó Teobaldo á Félix, para que se criase con la enseñanza de san Bernardo: y el santo mancebo, luego que entró en el monasterio, atendia mas á las obras que á las palabras de Bernardo: oia sus consejos y los guardaba; pero sus ejemplos le parecian mas eficaces, y los imitaba: en la modestia de su rostro, la gravedad de sus pasos, la frecuencia de su oracion, la guarda de sus sentidos, la sobriedad en la comida, el peso de sus palabras, y en todo se le parecia tanto, que en Félix se miraba Bernardo mas pequeño, ó en Bernardo Félix mas grande. Estaba en el mismo monasterio Enri-

que, infante de Francia, hijo de Luis Craso, que despues fué arzobispo de Rheims.

Habia aprovechado mucho Enrique con la enseñanza de san Bernardo, y los dos primos tenian entre sí una santa emulacion, procurando cada uno adelantarse al otro en la virtud y cederle en todo lo demás. Mientras estaba Félix en el monasterio, padecieron su madre y su tio Teobaldo grandes trabajos: y aunque eran tan propios suyos y le llegaban al corazon; él los llevaba con admirable paciencia y conformidad, pidiendo á Dios continuamente el remedio de ellos. Hizo ofrecer un dia el sacrificio de la misa en el altar de la Vírgen por su madre y tio: y estando él oyéndola con sollozos y lágrimas, se le apareció la Reina de los ángeles con su Hijo en los brazos, y enjugándole con su mano las lágrimas, le prometió su favor, y aseguró que presto cesaria la tormenta que afligia á su madre y tio, y sucederia la serenidad deseada.

No cabian los ejemplos de Félix en el monasterio, ni tenia solo las virtudes de monge entre los monges; ejercitaba tambien las de caballero y las de príncipe, de quien por lo que participa de la grandeza divina, es propiedad el hacer bien y favorecer á los miserables. Yendo un dia con san Bernardo y Teobaldo por una calle de Chartres, encontraron un hombre facineroso, á quien llevaban á ajusticiar por sus delitos. Compadecióse el santo mancebo, y rogó á su tio con mucha instancia que le perdonase. Nególo Teobaldo, diciendo: que aquel hombre habia cometido gravísimos delitos, y que perdonarle á él era castigar á toda la república; y era crueldad con muchos, la que parecia misericordia con uno. Dijo entonces Félix: Yo no sé qué delitos ha cometido este hombre, ni lo que él ha sido hasta ahora: lo que sé es que si le dais la vida, ha de ser gran siervo de Dios. El suceso mostró que estas palabras eran profecía; porque perdonando Teobaldo al delincuente, tomó el hábito de monge en el monasterio de Claraval, y en él vivió y murió santísimamente. Encontró Félix cerca del monasterio á un pobre desnudo que le pidió limosna; y retirándose á un lugar secreto, se quitó la camisa y se la dió al pobre. Aquella misma noche entrando en su celda para acostarse, halló á su cabecera la misma camisa que habia dado al pobre; pero muy mejorada, porque despedia de sí un olor suavísimo y una fragancia del cielo.

Enfermó la madre de san Félix: y aunque él suplicaba instantemente al Señor que la diese salud, le fué respondido que á su madre convenia morir, para trocar los trabajos de esta vida por la gloria de la otra; y á él que muriese, para entregarse mas libremente á Dios, en quien hallaria padre y madre y todas las cosas. Muerta Leonor, se llevó el rey á Félix á su palacio: y aunque él gustaba mas de la soledad que de la córte, y del monasterio que del palacio, no podia dejar de obedecer á un rey que mandaba con amor de pariente; y el santo iba con ménos dificultad, por saber que disponia el rey ir á la conquista de la Tierra Santa, y deseaba él tomar la cruz y servir á Dios en una empresa, en que se unia tan bien lo caballero con lo cristiano. Mientras se disponia esta expedicion, se ocupaba en la córte en los ejercicios convenientes á su calidad, sin olvidar los de la virtud, en armas, justas, torneos y ejercicios semejantes, para habilitarse con este medio á las veras de la guerra. Corriendo Félix lanzas con el rey, un mancebo ménos diestro ó mas desgraciado cayó atrojado del caballo, que era demasiado brioso, y del golpe quedó allí luego muerto. Sintieron todos la desgracia, y Félix mas que todos, que arrojándose de su caballo, y examinando si habia quedado alguna vida al que todos lloraban muerto; hallándole difunto, le tomó de la mano y le dijo: Levántate en nombre de la santísima Trinidad: y como si con esta palabra le infundiera el espíritu de vida que inspiró Dios al principio del mundo en el primer hombre, el mancebo volvió á la vida; y todos se admiraron, aun mas que de ver resucitar á un muerto, de ver á un mancebo noble, cortesano y palaciego, que le resucitaba; y con haber libertado Félix del cautiverio de la muerte á este mancebo en nombre de la santísima Trinidad, dió Félix principio á los muchos que habia de rescatar del cautiverio de los infieles y de los demonios, debajo del alto y soberano nombre de la santísima Trinidad. Habiéndose juntado un lucido ejército de lo mas noble y valeroso de Francia para la guerra sagrada, acompañó Felix al rey, y en el ejército fué ejemplo de soldados, como lo habia sido en la córte de cortesanos, y las buenas costumbres que habia aprendido entre los monges de Claraval, las conservó entre los soldados: no embarazaba sus ejercicios devotos el ruido de las armas; no se contentaba por penitencia: con las fatigas y riesgos de la milicia: resplandecia mas su modestia entre la libertad de los militares, y la misericordia que siempre le habia acompañado no le desamparó; ántes se alistó con él, al verle seguir las banderas. En las ocasiones que se ofrecieron, peleó con gran valor, ayudándose aquí la fortaleza de su virtud, de la generosidad de su sangre; pero ni se desvanecia con los sucesos prósperos, ni se caia de ánimo con los adversos; ántes sucediendo por oculto juicio de Dios infelizmente á los cristianos aquella jornada, Félix se volvió á Paris con la misma paz, como si volviera victorioso mas rico de merecimientos que de trofeos, y con mas victorias de los demonios que de los turcos.

En Paris prosiguió san Félix en los ejercicios de caballero y de soldado; pero Dios disponia sacarle de la córte para el desierto y de la milicia secular para la espiritual, y queria que no tratase mas de vencer á sus enemigos, sino á sí mismo. Para cortar de todo punto la esperanza próxima que le daban á la corona de Francia la ley sálica y el deudo estrecho que tenia con el rey, quiso ordenarse primero de sacerdote, y luego retirarse: y ahora se vió cumplida la vision de su madre al traerle en el vientre, pues trocó la corona de las flores de lis que podia esperar, por la cruz de Jesucristo. Habiéndose ordenado y dicho su primera misa, escogió el yermo de la montaña Brodelia en el territorio Meldense, célebre por haber sido habitada de san Flacrio, hijo del rey de Escocia, que la prefirió al reino de su padre, y vivió en ella muchos años con gran fama de santidad. Cuando quiso dejar el mundo, hasta el nombre dejó, para no conservar nada del mundo, y llamóse Félix, cuando dejaba lo que los hombres tienen por felicidad.

Mudó con el nombre el hábito; vistióse del traje de pobre, cuando en su aprecio empezó á ser rico: salióse de la córte ocultamente, y caminó á la montaña Brodelia, desconocido, sin criados, sin acompañamiento; solamente parecia que le seguian al principio muy de cerca y despues mas léjos, las honras, regalos y delicias de la córte y del palacio, ya llamándole para que volviese, ya quejándose

porque las dejaba; pero él proseguia su camino sin volver un paso atrás, ni aun los ojos para ver quién le llamaba, cerrando los oidos á los silbos de la serpiente infernal. Llegó al lugar donde habia vivido Flacrio, y luego pareció que Flacrio habia vuelto á su lugar, y bajado del cielo para habitar segunda vez aquellos desiertos. Halló una ermita dedicada á la Reina de los ángeles, que habia edificado san Flacrio: determinó hacer junto á ella su habitacion, y escogió una gruta en lugar del palacio que habia dejado. ¿Quién nos dirá la vida que hizo san Félix en esta soledad; pues no pueden hablar los peñascos, de quienes era morador, ni las fieras de quienes era ciudadano, ni los árboles, que eran testigos de su oracion continua, de sus profundos suspiros y de sus extremados rigores? Al santo, que lo sabia, le enmudeció su humildad, para que callase las batallas que tuvo con los demonios: los triunfos que consiguió del infierno; y los favores que recibió de Dios y de María santísima, con quien se regalaba en tiernos coloquios, á quien acudia en sus aflicciones y pedia socorro en todas sus necesidades. Lo que podemos decir y admirar es, que habiendo hecho tan notable mudanza san Félix, trocando la córte por el desierto, el palacio por la gruta, la compañía de los cortesanos por la de las fieras, el vestido precioso por el cilicio áspero, las comidas regaladas por las yerbas silvestres, la cama blanda por la peña dura; estaba mas contento con esta pobreza, que jamás lo habia estado con toda la riqueza; y le parecia que lo tenia todo, cuando no poseia nada, por entender que tenia mas parte en los bienes del cielo, cuanto ménos tenia en los de la tierra. No falta quien diga que un cuervo le traia á san Félix un pan todos los domingos, y que los demonios se le aparecian en horribles figuras de serpientes, dragones, leones y otras fieras, para espantarle y atemorizarle: y no seria maravilla que Dios favoreciese á Félix como á Pablo, primer ermitaño, pues Félix imitaba tanto á Pablo: ni que los demonios le persiguiesen como á Antonio é Hilarion; pues veian resucitados estos santísimos anacoretas en Félix. De los favores que recibió de Dios y de los ángeles, escriben algunos mucho, no sé si por discurso ó por noticia cierta: y aunque yo creo muy cierto que fueron muchos mas y mayores los favores que el santo anacoreta recibió, que todos los que refieren, porque así convenia que regalase el Señor á su fiel siervo, que por su amor se habia privado de los regalos y delicias de una córte y de un palacio, y visitasen los ángeles al que era ángel en la vida, aunque era hombre en la naturaleza; con todo eso no quiero referir nada en particular, para contar solo lo que se sabe; nó lo que se discurre, ó no es tan averiguado.

Habiendo vivido san Félix en la soledad mas de veinte años, fué buscado por aviso del cielo de san Juan de Mata, doctor parisiense, que habitaba en otra soledad: y aunque Juan buscaba al que nó conocia; Félix conocia al que le buscaba, y sabia que habia de venir á buscarle: y en viéndole, le saludó por su nombre, de que quedó san Juan maravillado, y entendió por aquí mas claramente, que Dios moraba en san Félix. Vivieron los dos santos anacoretas tres años en aquel desierto en santa y dulce compañía, como Elías y Enoc en el paraiso, hasta que Dios los sacó de aquella soledad, para que fundasen el órden de la Santísima Trinidad, para redimir cautivos, del modo que contaremos aquí brevemente; porque tratamos mas de propósito de esta órden en la vida de san Juan de Mata, á los 8 de febrero. Estando conversando los dos santos junto á una fuente, vino á ellos un ciervo blanco, que traia sobre la frente una cruz de dos colores, celeste y carmesí: admiráronse ambos santos: y san Félix no entendió lo que significaba la cruz, hasta que san Juan de Mata, que habia visto semejante cruz otra vez, y Dios le habia dado á entender queria que fundase una nueva órden para redimir cautivos, le declaró el misterio; y los dos santos lo encomendaron á Dios, y fueron amonestados tres veces por un ángel que partiesen á Roma, para dar cuenta de todo al sumo pontífice. Dejaron su amada soledad y partieron á Roma, donde fueron recibidos benignamente de Inocencio III, que tuvo ántes revelacion de que habian de venir: y habiendo entendido el sumo pontífice la voluntad de Dios con una vision que tuvo diciendo misa, en que se le apareció un ángel vestido de blanco con una cruz de dos colores, azul y rojo, con las manos cruzadas sobre dos cautivos, como ántes se habia aparecido á san Juan de Mata en París diciendo misa; vistió á los dos santos del hábito que traia el ángel, y fundó la órden de la Santísima Trinidad, para redimir cautivos, dándola despues regla propia, especial y muy conveniente á su instituto. Volviéronse los dos santos patriarcas á Francia: y llegándoseles algunos hijos, dieron principio en la montaña Brodelia al primer convento, en el mismo lugar donde habian hecho vida solitaria, y llamáronle de Ciervo-Frígido, por el ciervo que vieron allí con la cruz de su religion, que venia á buscar refrigerio de su sed en aquella fuente.

Quedóse san Félix en el convento de Ciervo-Frígido para gobernarle, y san Juan se volvió á Roma para fundar convento en aquella ciudad. En esta despedida de los dos santos compañeros, fué grande el sentimiento y muchas las lágrimas de san Félix: porque entendió con luz divina que no habia de volver á verle mas; pero consolóle san Juan con santas palabras, diciéndole que si se apartaban los cuerpos, se quedaban unidas las almas; y era menester dividirse en esta vida mortal, para unirse mas en la eterna. Lo que san Félix desde su monasterio de Siervo-Frígido procuró el aumento de su religion, é influyó para fundar conventos en diversas provincias: el fervor con que solicitó el cumplimiento de su celestial instituto; y las muchas redenciones que por sí y por sus hijos ejecutó, no se pueden decir en pocas palabras, y pedia mas larga escritura. La vida que hacian él y sus hijos, que cada dia venian llamados del Señor, y traidos de buen olor que por todas partes se esparcia de la santidad de aquella casa, con nada se puede declarar mejor, que con decir, que hasta los ángeles quisieron vestir su hábito, y la Reina de los ángeles honrar con su presencia aquel monasterio trayendo la cruz de su religion. Víspera de la Natividad de nuestra Señora no tocó el sacristan á maitines á su hora, mas por providencia divina que por descuido. San Félix, que velaba como buen pastor mientras los demás dormian, sintió mucho esta falta: y entrando en el coro para disponer lo necesario, le halló ocupado, nó como otras veces de religiosos que parecian ángeles en la pureza de la vida, sino de ángeles que parecian religiosos en el hábito, y á la Reina de los ángeles presidiendo el lugar eminente, vestida del mismo hábito y cruz de su religion. Estaba el coro lleno de una admirable claridad que salia del rostro de la santísima Vírgen, y todo en

gran silencio, esperando al santo para empezar los maitines; porque en entrando san Félix, entonó María santísima la antífona, y prosiguieron los ángeles con incomparable melodía: y san Félix con ellos, olvidado de que estaba en la tierra y que tenia cuerpo, cantó con los ángeles en su mismo punto y armonía, como si fuera espíritu, ó viviera ya entre los bienaventurados. Cuanto fué el gozo y alegría de san Félix con esta vista ¿quién lo podrá declarar? No le cabia el corazon en el pecho, y le acabara el demasiado gozo de la vida, si Dios no le confortara, para que pudiese llevar tan grande peso de gloria. No pudiendo disimularlo en el rostro, importunado de sus hijos, les contó la vision que habia tenido, y les dijo: En adelante, hijos mios, mirad esta casa como cielo; pues ha merecido ser habitada de los ángeles y de la Reina de los cielos. No extrañeis que vistan los ángeles nuestro hábito; porque ángel fué el primero que lo vistió y nos lo dió á nosotros; pero extrañad mucho si vistiendo nosotros el hábito que visten los ángeles, no somos ángeles en la santidad. Mirad bien que no es decente manchar con culpas el hábito que los ángeles han vestido, y mucho ménos el que ha vestido la Reina de los ángeles. ¿Qué nos ha querido enseñar con esto María santísima, sino que como hijos suyos, nos quiere muy parecidos á sí en la vida, pues ella ha querido parecerse á nosotros en el vestido? Este suceso os avisa cuán diligentes debeis ser en las alabanzas de Dios; pues vienen ángeles á suplir la falta de los hombres: y entended, que los hombres que cantan alabanzas á Dios, se diferencian de los ángeles en la naturaleza y nó en el oficio: solo en que los hombres alaban á Dios en la tierra, y los ángeles en el cielo.

Este monasterio, como tan favorecido de María santísima, creció mucho, así gobernándole san Félix como despues, en santidad, sugetos, edificio y veneracion: porque ha tenido muchos varones ilustres en nobleza, santidad y sabiduría, que han sido como lumbreras de Francia y de toda la cristiandad. El edificio es muy suntuoso, enriquecido con muchas reliquias, y uno de los santuarios mas venerados de Francia: por lo cual muchos pares de Francia, y otros príncipes y grandes señores le han escogido para su entierro; y el ministro de este convento fué tan venerado en Francia, como los obispos y prelados de mayor suposicion, y tenia lugar en los sínodos de los obispados ambinense y meldense, y en las córtes que se celebraban en el reino.

Deseaba con grandes ansias san Félix ser desatado de la carne y vivir con Cristo: los años pedian la muerte: los merecimientos el cielo: él suspiraba por la patria celestial: allí tenia su corazon, donde estaba su tesoro: allí levantaba los ojos, donde caminaba su deseo: miraba la tierra como destierro, y haciasele muy largo el tiempo de desterrado y peregrino, hasta que queriendo el Señor consolarle, le envió un ángel que le avisó como estaba cerca su muerte. Nunca tuvo nueva mas alegre: no solamente se alegró el alma, pero aun se regocijó el cuerpo flaco, y cobró nuevo vigor y calor; de manera que entonces prometia mas larga vida, cuando estaba mas próxima su muerte. Aumentó este gozo una calentura que le sobrevino algunos dias despues, la cual recibió con accion de gracias, como á ejecutora de las promesas de Dios. Un cuidado solo traia, y era de los hijos que dejaba huérfanos y sin padre; porque era tanta su caridad, que no sintiendo dejar el cuerpo, sentia ser apartado de los hijos que tenia dentro de su alma. Este cuidado le quiso quitar la Reina de los ángeles en el último dia de su vida; porque se le apareció llena de resplandores, y le consoló diciendo, que no quedaban desamparados sus hijos; porque quedaban debajo de su amparo y ella seria su madre. Con esto se llenó san Félix de mayor gozo y nuevo deseo de morir, por dejar á sus hijos tan mejorados, sucediendo tal madre á tal padre, María santísima á san Félix, la Madre de Dios á un hombre.

Habiendo recibido san Félix los sacramentos de la Iglesia con gran devocion, se despidió de sus hijos, nó como quien moria, sino como quien hacia jornada, derramando el padre y los hijos muchas lágrimas: ellos de pena porque los dejaba, y él de ternura y amor de padre porque los veia llorar: y por despedida y última voluntad, los exhortó á todas las virtudes y especialmente á la caridad con los cautivos. Díjoles que aquellos moririan bien en la muerte, que habian muerto muchas veces en la vida; y que en esta hora cogia él los frutos dulces de la penitencia amarga que habia hecho en el desierto, y ahora esperaba el premio de las obras que habia hecho por el Señor en su vida: luego, levantando los ojos al cielo, sin dejar de derramar lágrimas de consuelo, decia con grande afecto para dar gracias al Señor, y exhortar tácitamente á sus hijos á que lo imitasen: ¡O dichoso dia en el que yo hui de la córte á la soledad y troqué el palacio por una gruta! ¡O felices noches las que gasté en la oracion en lugar de sueño! ¡O bienaventurados dias los que pasé leyendo y cantando alabanzas á Dios! ¡O dulces lágrimas las que derramé por mis culpas! ¡O bien empleados suspiros! ¡O suaves asperezas con que maltraté mi cuerpo! ¡O gratas penas con que afligí mi carne! ¡O bien empleados pasos los que dí para cumplir la voluntad del Señor, cómo me llevais ahora á la bienaventurada eternidad! Antes parecian las penitencias espinas; ahora veo que son rosas: ántes parecia la montaña desierta; ahora experimento que es paraiso: ántes parecia la religion cruz; ahora veo que es corona. ¡O qué dulces son los trabajos despues de pasados! Y si esto parecen en esta vida mortal, qué parecerán en la vida inmortad, donde se goza el premio eterno de lo que pasó con el tiempo brevemente! Y volviéndose á Cristo crucificado que tenia en las manos, le decia: Pero, Señor, todo lo bueno es vuestro y solo las culpas son mias: vuestros tormentos me alientan: vuestra pasion me conforta, y vuestra muerte me da esperanzas de vida. ¿Qué soy yo sin vos? ¿Qué son mis obras sin vuestras obras? ¿Qué son mis penas sin vuestras penas? Vuestra pasion da valor á todo lo bueno: dadme vuestras llagas para besarlas con mis labios, y vuestro costado para sellarle con mis ojos. Entre estas ternuras, abrazándose con el crucifijo con admirable paz, dió el espíritu al Criador, lleno de años y de merecimientos, á los ochenta y cinco de su edad, á 4 de noviembre de 1212. Cuando espiró se tocaron por sí mismas las campanas del monasterio, y él mismo se apareció glorioso y resplandeciente á san Juan de Mata que estaba en Roma en oracion, y le dió juntas la nueva de su muerte y de su gloria, encomendándole mucho el convento de Cierv-Frígido. Iba á responderle san Juan, y desapareció de sus ojos san Félix, dejándole triste por la falta que hacia á sus hijos, y alegre por la gloria de que ya gozaba.

Sepultaron sus hijos el sagrado cuerpo de san Félix, con gran concurso de los que á la noticia acudieron de los pueblos comarcanos, en el mismo convento de Ciervo-Frígido: y es tradicion inconcusa que se vieron por algunos dias luces milagrosas sobre su sepulcro. Ha hecho Dios por su intercesion muchos milagros, por los cuales y por sus grandes virtudes ha sido venerado y tenido por santo como veremos en la vida de san Juan de Mata; y su religion celebra su fiesta con oracion y lecciones propias, á los 4 de noviembre, que es el dia de su glorioso tránsito.

Largo fuera nombrar todos los historiadores que escriben de san Félix de Valois: citalos el maestro Gil Gonzalez Dávila en la vida de los dos patriarcas san Juan y san Félix, y Tamayo de Salazar en su Martirologio á 21 de diciembre, y el apéndice que hizo el muy R. P. Fr. Juan de la Concepcion, del órden de Descalzos de la Santísima Trinidad y procurador general en Roma, á la vida que escribió de los dos santos patriarcas Fr. Francisco Macedo, de la órden de san Francisco: de la cual y de las lecciones de san Félix, aprobadas de la Iglesia, hemos sacado principalmente lo que queda dicho.

SAN JUAN DE MATA, CONFESOR Y FUNDADOR.—En la Provenza, que es provincia de Francia, en el condado de Niza, en el villaje de Falcon, nació san Juan de Mata de Eufemio y Marta, esclarecidos en sangre y señalados en virtud, el año de nuestra salud 1160, segun el cómputo mas ajustado, y podemos decir el primero de la libertad de los cautivos cristianos: porque en él nació el que los habia de redimir del cautiverio de los moros. Bien lo mostraba el blason de la casa de Mata, que era un cautivo cargado de cadenas con esta letra: *O Domine, libera me ab istis vinculis*. Eran estas armas profecía de las proezas venideras, mas que blason de las hazañas pasadas; y así mas recibió estos blasones la familia de Mata de san Juan, que él las recibió de sus mayores: porque llenó esta empresa libertando innumerables cautivos de las cadenas de los moros. Así se lo reveló María santísima á su madre; porque estando Marta preñada, se encomendó á la Reina de los ángeles suplicándola afectuosamente que la favoreciese en su parto, y tomase debajo de su proteccion la criatura que ella traia en sus entrañas; y fué tan poderosa su oracion, que luego bajó del cielo María santísima cercada de inmensos resplandores, y la dijo: No temas, porque parirás un hijo que será santo y redentor de cautivos cristianos, y padre de muchos hijos que se emplearán en el mismo ministerio con grande provecho de las almas. Con esto desapareció la vision, y Marta quedó llena de gozo y esperanzas del hijo que habia de nacer de sus entrañas; pues nó un ángel sino María santísima habia querido ser la que anunciase su nacimiento, mostrando con tan extraordinario favor la extraordinaria santidad á que habia de llegar el niño, y cuán favorecido habia de ser de Dios en naciendo, el que ántes de nacer era tan favorecido de su santísima Madre. Cuando salió á luz se vió resplandecer su rostro, como que nacia para nuevo sol del mundo, que le habia de alumbrar con los rayos de su doctrina y con los resplandores de su santidad. Nació víspera de San Juan Bautista, y por eso le llamaron Juan en el bautismo: y fué Juan en las asperezas y penitencia, que se adelantó no solo á las culpas, mas tambien á la razon; porque luego en naciendo empezó á ayunar cuatro dias en la semana, lunes, miércoles, viernes y sábado, no queriendo en estos dias tomar el pecho mas que una vez.

Críole su madre con gran cuidado, y el niño tenia un natural nacido para la santidad; porque era de cera para la virtud, y de acero para los vicios, recibiendo fácilmente todo lo bueno, y rechazando constantemente todo lo malo. Sus virtudes eran mas que sus años: y quien midiese su virtud con su edad, hallara la edad muy desigual á la virtud. Era obediente á sus padres, rendido á sus mayores, pacífico con sus iguales, compasivo con los pobres: á los santos tenia gran devocion, á María santísima singular afecto, á Dios mucho amor y temor: todos sus entretenimientos eran sagrados: todo indicio de la santidad futura: nada tenia de niño, sino los años; y estos los desmentia la prudencia y los negaba la madurez. Al llegar á los siete años pidió á sus padres que le enseñasen letras; y ellos le enviaron á la ciudad de Aix, que es en la Provenza, con el porte conveniente á su calidad. Aquí aprendió letras humanas y los ejercicios de caballero; y el tiempo que no le ocupaba el estudio gastaba en los templos, en las cárceles ó en los hospitales, conversando con Dios, ó con los enfermos ó con los presos; porque todos sus divertimientos eran las obras de caridad y los ejercicios de devocion.

Aun no sabia bien qué cosa era el mundo, y ya le daba en rostro el mundo y deseaba dejarle: y así despues de algunos años que habia permanecido en Aix, volvió á Falcon con deseo de retirarse al desierto; mas cuando el amor de Dios lo llamaba, el amor de sus padres le detenia; hasta que rotas estas cadenas con la gracia del Señor, salió de su casa ocultamente, por inspiracion del Espíritu Santo, y se retiró á los montes que hoy se llaman Pomas de Marsella, donde habia hecho penitencia santa María Magdalena. Aquí entró el santo mancebo, sin guia, sin maestro, y se halló solo, sin casa, sin padres, sin amigos, sin compañeros, pero en Dios lo halló todo mejorado, y con tener á Dios no le faltaba nada. Su habitacion era una gruta horrorosa: su cama la peña dura: su vestido un cilicio áspero: su comida las yerbas silvestres: no tenia abrigo para el frio, ni defensa contra el calor, ni reparo de los vientos, siempre expuesto á todas las inclemencias de los tiempos; pero lo que afligia á la carne, regalaba al espíritu; y tenia el alma por delicias lo que el cuerpo tenia por tormento: y así era su regalo el ayuno, su descanso el trabajo, su sueño la contemplacion, su gozo la penitencia y su gloria tratar con Dios y con los ángeles, de quienes recibió sin duda muchos favores; pero quiso el Señor darlos á nuestro discurso, mas que á nuestra noticia. Deseaban los demonios echar al santo mancebo de este desierto, no pudiendo sufrir la vida admirable que en él hacia: para esto procuraron espantarle y atemorizarle con diversas trazas y ardides, semejantes á las que usaron antiguamente con san Antonio; pero no pudieron vencer, ni hacer huir ó dejar el campo al valeroso soldado de Cristo, que armado de fé y confianza no temia sus espantos y se burlaba de sus amenazas. Como no le salian bien las otras trazas, usó una, verdaderamente diabólica: tomó el rostro y disposicion de un su amigo y condiscípulo, á quien habia tratado en Aix. Díjole, que la fama de su vida, que á él le parecia estar oculta á todos los hombres, habia llegado á su noticia, y le habia traido á aquel desierto, para imitarle y aprender de él á servir á Dios, y que no rehusase enseñar al que venia con

deseo de aprender, ni ser maestro del que habia sido condiscípulo: y si no queria darle título de discípulo, le admitiese á lo ménos con nombre de compañero. Quedóse con el santo mancebo, é imitaba en lo exterior su vida; pero sin perder ocasion de ponderar y encarecer las dificultades y peligros de aquel asperísimo camino que habia tomado. Decia, que era un género de crueldad contra sí mismos afligir su juventud, no muy culpada, con tan grande penitencia; é imprudencia grande caminar dos mancebos sin guia, por camino tan dificultoso, en que se han perdido muchos ancianos despues de muchas canas y experiencia: que seria mas acertado volverse á la ciudad y tomar algun maestro experimentado, que los gobernase y encaminase en la virtud, que nó hacerse maestros ántes de ser discípulos y pagar la soberbia con la caida, de que por ventura, cuando quisesen, no se podrian levantar. Hicieron dudar algo estas razones á san Juan, como tenian tanta apariencia de piedad: recogióse á la oracion á pedir al Señor luz; y con ella conoció que era el demonio el que le hablaba. Díjole: Véte de ahí, Satanás, y no pretendas engañarme; porque el Señor está conmigo: y á estas palabras desapareció el fingido compañero y verdadero demonio, corrido y avergonzado de verse vencido de un mancebo de pocos años; y el santo quedó vencedor y mas advertido para semejantes engaños.

Despues de un año de retiro, le habló el Señor al corazon, y le mandó que volviese á continuar sus estudios; porque le queria hacer, como á otro Abrahan, padre espiritual de una grande descendencia. Con esto volvió el santo á la casa de sus padres, y de ella á París, á continuar sus estudios. Pero el demonio, temeroso de la guerra que san Juan le habia de hacer con las letras, le puso gran tedio y fastidio al estudio, y como ántes le habia procurado sacar del desierto, ahora le queria volver á él, representándole que serviria mas á Dios entregándose del todo á la oracion y penitencia fuera de las ocasiones, que nó estudiando las ciencias entre tantos peligros de conciencia como trae consigo una córte, una universidad y la compañía de los mancebos. Andando con este cuidado, entró un dia en la iglesia del convento de canónigos reglares de San Agustin, que hay en aquella ciudad y se llamaba San Víctor, y estando en fervorosa oracion delante de una devotísima imágen de Cristo crucificado, le habló el santo crucifijo y le dijo tres veces con voz clara é inteligible: *Stude sapientiæ, fili mi, et lætifica cor meum:* Estudia la sabiduría, hijo mio, y alegra mi corazon: y con estas palabras no solo recibió luz para conocer la voluntad de Dios: pero gracia para ponerla en ejecucion, y ya no sentia tedio, sino inclinacion al estudio. Empezó en aquella celebérrima universidad con nuevo fervor á estudiar las ciencias, sin dejar el estudio de las virtudes, y en pocos años que estuvo en ella, se aventajó en la sabiduría á sus iguales y en la santidad á su misma sabiduría. Continuaba la penitencia y aspereza como si estuviera en el desierto, y se daba á la oracion y contemplacion como si habitara en el paraiso, y de ella sacaba luces su entendimiento para entender las verdades que otros con prolijo estudio no podian alcanzar, y ardores su voluntad para ejercitarse en obras de caridad espiritual y corporal, socorriendo á los pobres, visitando á los enfermos de los hospitales, consolando á los presos en las cárceles, sirviéndolos con humildad, socorriéndolos con misericordia y exhortándolos á la virtud con zelo de la salvacion de sus almas; y finalmente para toda la universidad era un espejo de santidad, en quien se miraban todos: los malos con vergüenza y confusion de no seguirle, y los buenos con aliento y deseo de imitarle. Era tanta la fama de su ciencia, que los doctores de aquella universidad le ofrecieron espontáneamente el grado de doctor; pero el que en los ojos de todos era grande, en los suyos solos era pequeño; y así rehusó esta honra con invencible constancia, hasta que estando un dia en oracion fervorosa, se le apareció el príncipe de los apóstoles san Pedro, y le dijo, que tomase el grado que los doctores le ofrecian, porque era la voluntad del Señor. Con esto recibió la borla de doctor de teología con increible aplauso de toda la escuela; y despues le obligaron á que leyese una cátedra de teología, como lo hizo, sacando excelentes discípulos, de los cuales algunos siguieron despues su santo instituto. Recibió los sagrados órdenes á persuasion de Odon de Soliaco, obispo de París, canónigo reglar de San Agustin, varon de igual doctrina y santidad, que le dijo era esta la voluntad de Dios; y confirmólo el Señor con una maravilla y favor singular: porque estando el santo de rodillas delante del obispo para recibir el sacerdocio; al ponerle las manos sobre la cabeza, y decir: *Accipe Spiritum sanctum*, bajó sobre la cabeza de san Juan, como antiguamente sobre los apóstoles, un fuego del cielo que al principio se esparció por su rostro, y despues se formó un globo y luego una columna ardiente, que estuvo grande rato sobre su cabeza, con admiracion y pasmo de todos los presentes, que discurrian variamente sobre la significacion de este prodigio, entendiendo los mas prudentes que Juan habia de ser un nuevo apóstol que alumbrase á muchos con la luz de su doctrina, y una columna firme de la santa Iglesia; mas no discurrian entonces lo que despues hizo descubrir el suceso que Dios obró con esta maravilla, que aquella luz que cercaba el rostro de san Juan eran sus hijos, que formándose como en un globo de un nuevo órden, habian de ser una columna de luz semejante á la que sacó los israelitas del cautiverio de los egipcios, para sacar á los cristianos del cautiverio de los sarracenos. Celebró la primera misa en la capilla del obispo de París, hallándose presente el mismo obispo, el rector de la universidad y el venerable Roberto, abad de San Víctor, y Juan, abad de Santa Genoveva, y muchos doctores de la universidad: y cuando el nuevo sacerdote llegó á levantar la hostia, se apareció en el aire sobre el altar un ángel de Dios, vestido de blanco, con una cruz en el pecho de dos colores, carmesí y celeste, cruzados los brazos en forma de cruz, y puestas las manos sobre dos cautivos, uno cristiano á la mano derecha, y otro moro á la mano izquierda, como si quisiera trocar uno por otro. Admiraron todos vision tan maravillosa, y no entendian lo que significaba: solamente san Juan, arrebatado en un éxtasi por espacio de una hora, entendió que Dios le queria tomar por instrumento para fundar una nueva órden, que tuviese por instituto redimir cautivos. Acabada la misa, el obispo y abades le instaron que les declarase lo que el Señor le habia enseñado en aquella vision; y aunque él quisiera callarlo por su humildad, la obediencia y la necesidad de tomar consejo le obligaron á manifestar lo que habia entendido. A todos pareció que debia partirse á Roma, y dar cuenta al sumo pontífice, que á la sazon era Celestino III, y pedirle que diese facultad para fundar la nueva religion; y el obispo y abades le dieron cartas para

el sumo pontífice, en que le daban cuenta de lo sucedido, y recomendaban la persona de Juan.

Escribe Macedo Andrade y el M. Fr. Jacinto de Barra, de la órden de Santo Domingo, en su Rosa laureada, triunfo VI, que reveló Dios en España á santo Domingo de Guzman esta eleccion de san Juan de Mata para primer redentor de cautivos; y por eso no lo quiero callar y lo contaré como lo refiere Macedo. Estudiando en Valencia santo Domingo, vino á él una mujer afligida á pedirle limosna para rescatar un hermano suyo que estaba en poder de los moros: y no teniendo qué darla, movido de ardentísima caridad, la rogó le vendiese á él para rescatar á su hermano; y no pudiéndolo alcanzar, ofreció rogaria á Dios con instancia para el rescate de su hermano y demás cautivos. Lleno de afliccion y compasion, se postró á los piés de una imágen de un santo crucifijo, lamentándose de que no hubiese algun remedio para rescatar cautivos, ofreciéndose con toda voluntad á emplearse en obra de tan alta caridad; y le respondió con voz clara el Señor por su santa imágen las siguientes palabras: Hijo, no te toca á tí esto que me pides, sino á Juan, doctor parisiense, y á sus compañeros, á quienes tengo encargado este ministerio. A tí está reservado otro no ménos principal que ejercitarás con los tuyos. Quedó santo Domingo consolado con el divino oráculo, y tambien suspenso por no conocer á Juan, hasta que despues en Francia se encontraron ejercitando sus divinos institutos.

Partióse, pues, de París san Juan con intento de ir á Roma: pasó por la Provenza, llegó á Falcon, su patria, y entregándose á la contemplacion, se vió tirar de nuevas ansias de la soledad, acordándose de aquella paz interior y consuelos celestiales que en ella habia gozado. Andaba aun dudoso de lo que debia hacer; porque aunque habia entendido que Dios le queria tomar por instrumento para fundar una nueva órden; no sabia el tiempo ni el modo con que esto se habia de ejecutar, y así, deseoso de entender la voluntad de Dios, se dió á larga oracion, repitiendo muchas veces las palabras de san Pablo: *Domine, quid me vis facere?* Señor, ¿qué quereis que haga? Respondióle interiormente el Señor, que saliese de su patria y de sus parientes y se fuése peregrinando por el mundo á la tierra que él le mostraria. Así lo ejecutó el santo: salió de Falcon á pié con un vestido humilde y un báculo en la mano: caminaba de pueblo en pueblo predicando la palabra de Dios y sustentándose de lo que le daban de limosna: llegó á París: restituyó á los prelados las cartas que le habian dado: excusóse de no hacer por entonces aquella jornada, diciendo que Dios le mandaba que se apartase de los hombres para tratar con él á solas, quizá porque no era tiempo de poner en ejecucion obra tan grande ni estar él sazonado para ser instrumento de ella: que Dios dispondrá á su tiempo de la ejecucion de su voluntad; y que á los hombres toca obedecer, nó escudriñar los juicios del Señor.

Salió de París, ignorante del camino é incierto del término; y el espíritu que le llevaba al desierto, le guió á la Galia Bélgica, al territorio Meldense, á la montaña Brodelia, tierra fragosa y áspera, despoblada de hombres y poblada de fieras: y habiendo penetrado lo interior de la montaña con grandes fatigas y peligros, halló diversas cuevas mas á propósito para habitacion de fieras que para morada de hombres: escogió la mas horrorosa por ser la mas á propósito para sepultura, en que deseaba sepultarse vivo, para vivir en el mundo como muerto, mientras la muerte no le sacaba del mundo. Entre las sombras de su cueva se ocultaron sus ayunos, penitencias, oraciones, revelaciones, batallas y triunfos, para que aun no llegasen á la noticia de los hombres las obras del que así huyó de ser conocido de los hombres. Habiendo estado casi siete meses en esta cueva, le reveló el Señor que moraba en otra soledad no léjos de la suya un varon santo á quien le convenia ir á buscar. Temió no fuese engaño del demonio para sacarle de su soledad y volverle al mundo; gastó toda una noche en oracion fervorosa, suplicando al Señor le guiase y no permitiese que fuese engañado del enemigo; y á la mañana halló á la puerta de su cueva un mancebo de mas que humana hermosura. Admiróse al principio con la novedad, y despues le preguntó á quién buscaba y á qué venia; y respondió que venia enviado de Dios para guiarle en aquella soledad. Dió el santo gracias al Señor porque le enviaba como á Tobías, su santo ángel, para que fuese guia y compañero de su camino. Anduvieron juntos algunas millas conversando de las cosas del cielo, los que cuanto se diferenciaban en la naturaleza, tanto se parecian en la santidad: el ángel que se habia vestido de la figura de hombre, y el hombre que se habia vestido de las propiedades de ángel, hasta que fatigado san Juan del camino, se sentó sobre una piedra para descansar un breve rato. Cerró sus ojos al dulce sueño, que al despertar fué muy amargo porque no vió á su guia y compañero: miró por todas partes, dió voces, y como nadie le respondiese, prosiguió su camino, triste y arrepentido de haber dormido el sueño que le privó de tal compañía, hasta que pasó el rio Materna, y halló un pastor de ovejas, á quien preguntó si sabia dónde habitaba un varon de grande santidad que hacia vida solitaria; y por las señas que el pastor le dió, vino á hallar la ermita y encontrar con el ermitaño, que era san Félix de Valois, que habia mas de veinte años habitaba en aquel desierto, y tenia cerca de setenta de edad. La noche ántes habia tenido revelacion san Félix de que el dia siguiente habia de venir á visitarle san Juan: y en viéndose los dos santos, se saludaron por sus nombres, como antiguamente Pablo y Antonio. Pidió san Félix á san Juan que se sentase porque venia cansado del camino: no quiso san Juan hasta que se sentase san Félix por mas anciano; y tuvieron semejante contienda que Pablo y Antonio sobre el partir el pan. Ninguno quiso ceder al otro en la humildad por cederle la honra; y terminóse la piadosa porfía sentándose los dos á un mismo tiempo. Estando sentados los dos santos, preguntó san Félix á san Juan, qué le habia movido á buscar á un siervo inútil del Señor, que no tenia nada para que mereciese ser buscado ni conocido de ningun hombre. Dios me ha enviado á tí, ó Félix (dijo san Juan), como discípulo á maestro, como mancebo á anciano, como sin experiencia al experimentado, para que me enseñes el camino de la virtud, me aconsejes en mis dudas y me guies en mis ignorancias. Yo empiezo el camino de la perfeccion; tú has andado por él muchos años, y quiere Dios que viva en tu compañía, para que yo siga al que va delante y no me pierda dando pasos sobre tus huellas. No te desdeñes de admitirme por compañero; que aunque soy imperfecto, vengo deseoso de aprender la perfeccion; y porque soy tibio, deseo con tus ejemplos enfervorizarme. En tus manos me pongo, para

que dispongas y endereces mi vida: no rehuses enseñar al que desea aprender, ni despidas al que te envia Dios. Como una blanda cera, ó como un poco de barro estoy en tus manos: fórmame de nuevo é inspira en mí nuevo espíritu de vida para que viva en adelante vida espiritual, como conviene al que ha renunciado al mundo. Respondió san Félix: O Juan, no vienes á ser discípulo, sino maestro: bien lo muestran tus palabras; pues con ellas me enseñas las virtudes que en tantos años no he aprendido. Tu humildad me confunde y tus alabanzas me causan empacho; porque no soy el que imaginas ni que dices. No se mide la perfeccion por los años sino por las virtudes: antiguo soy en la soledad, pero novicio en la virtud: cubierto estoy de canas, pero lleno de defectos: mas experiencias tengo de tibiezas que de fervores. A enseñarme te trae Dios á esta soledad, á confundir á un viejo con un mozo, á que enseñe un mancebo á un anciano. ¡Ojalá yo empiece ahora siquiera con tu ejemplo á servir á Dios! No eres tan nuevo en el desierto como dices; que ya sé la vida que en él has hecho. Una cosa te puedo decir como anciano y la he aprendido con los años: que no por haber salido del mundo te tengas por seguro de los lazos del mundo; porque el enemigo sigue á los que huyen del mundo y va al desierto con los que se salen del siglo: está con nosotros en esta soledad, aunque no le veamos; y cuando no puede vencernos con los vicios, procura derribarnos con las virtudes tentándonos de vanagloria. Mira en cuán gran peligro andamos; pues no solo hemos de recelarnos de las culpas, mas tambien de las buenas obras. Mas cuando ese enemigo nos faltara, á lo ménos no podemos huir de nosotros mismos, y en nosotros tenemos el mayor enemigo; porque la carne se rebela contra el espíritu, y nuestra vida, como dice Job, es una continua guerra, en que, si no peleamos varonilmente, fácilmente seremos vencidos.

Al fin los dos santos anacoretas se quedaron juntos, y vivieron tres años con grande conformidad, enfervorizándose uno á otro, como si entonces empezaran el camino de la perfeccion, ejercitándose en continua oracion y penitencia y en todo género de virtudes. Acudian muchos á ellos, traidos del suave olor de su santidad: unos á pedir consejo en sus dudas, otros á pedir remedio en sus aflicciones, otros á buscar salud para sí ó para sus hijos, y todos volvian consolados. Estando un dia los dos santos conversando junto á una fuente de las cosas del cielo, vieron venir á un ciervo blanco, que habian visto muchas veces en aquella fuente; pero ahora les causó admiracion, porque traia sobre la frente una cruz de dos colores, carmesí y celeste. Admiróse mas san Félix, no entendiendo lo que significaba esta maravillosa vision, y puso mas cuidadoso y pensativo á san Juan; porque entendia lo que el Señor le queria dar á entender, y le parecia que le acusaba de tardo en cumplir su voluntad: y entonces descubrió á san Félix lo que hasta entonces le habia ocultado, y le declaró la vision que habia tenido en París cuando dijo su primera misa, y como el ángel traia en el vestido la misma cruz que el siervo traia en la frente, y que Dios le habia enseñado con aquella vision, que queria fundase una nueva órden para redimir cautivos. Pues ¿qué aguardas (le dijo san Félix)? ¿Cómo eres remiso en cumplir la voluntad del Señor? ¿Cómo dejas que los cautivos giman tanto tiempo debajo de las cadenas y espere tan dilatados plazos su libertad? Bien claramente te ha declarado el Señor su gusto: esto no necesita de consulta sino de ejecucion. No rehuses tomar la cruz y correr con ella; pues Dios te ha enviado un ciervo con una cruz para enseñarte la lijereza con que debes correr llevando la cruz de Cristo. No antepongas tu propia quietud y consuelo al bien de tus prójimos; que á Dios se le ha de obedecer en lo que él quiere, nó en lo que nosotros queremos. Si en el desierto estás por tu voluntad, aquí tienes el mundo que dejaste; y si en el mundo estás por voluntad de Dios, allá tendrás el desierto que apeteciste. San Juan movido con estas palabras deseaba cumplir la voluntad del Señor que tan claramente conocia; pero deseaba que le acompañase san Félix, y procuraba persuadírselo con buenas razones: mas san Félix por su humildad se excusaba, diciendo que él no era llamado de Dios para aquella empresa; y era soberbia y temeridad entrarse en obra tan grande sin vocacion, y tomar tan grande cruz sin tener fuerzas para llevarla. San Juan replicaba que Dios le llamaba tambien á él: y sino (decia) ¿para qué me trajo Dios á este desierto? ¿para que me llamó á tu compañía? ¿para qué ha venido á los dos el ciervo con la cruz, sino para que llevemos esta cruz entre los dos? Eso significan los dos colores de la cruz: que la cruz se ha de llevar entre dos. No nos ha juntado Dios para que nos apartemos: si te quedas en el desierto, yo me quedaré contigo: si salgo de él, has de salir conmigo: si es culpa salir, has de ser reo de ella: si es mérito, has de ser participante; para que veas que me aconsejas, sabiendo que te aconsejas á tí mismo; pues ó no he de seguir tu consejo, ó has de tomar mi ejemplo. Pareció á los dos santos encomendarlo á Dios para entender en este punto su voluntad: hicieron larga y fervorosa oracion aquella noche, y se les apareció un ángel en sueños, y les dijo que saliesen de aquella soledad y fuésen á Roma, y declarasen al sumo pontífice lo que habian visto y entendido, y dejasen lo demás á la providencia divina. Confirieron entre sí despiertos lo que habian entendido dormidos; y hallaron ser lo mismo la revelacion que se repitió las dos noches siguientes: con que asegurados de la voluntad de Dios, dejaron con sentimiento y lágrimas el desierto, y se partieron adonde el Señor los llamaba. De esta manera juntó Dios á estos dos santos patriarcas, como á Moisés y Aaron, para que sacasen al pueblo cristiano de la cautividad de los sarracenos, como sacó antiguamente por medio de aquellos dos hermanos y siervos suyos al pueblo de Israel del cautiverio de los egipcios; y juntó en el desierto á la columna de luz, que (como dijimos) era san Juan, por la claridad de su sabiduría, la columna de nube que era san Félix, por la altura de su contemplacion con que se remontaba al cielo, para que fuesen guia del pueblo cautivo á la tierra de la libertad y á la tierra de promision de la bienaventuranza; porque no llamaba Dios á estos dos santos patriarcas á rescatar solo los cuerpos de las prisiones de los infieles, mas tambien á libertar las almas de las cadenas de los pecados.

Fuéron á París á dar cuenta de todo al obispo y abad de San Víctor, y á otros varones sabios y prudentes, que habian sido testigos de la primera vision, y con sus cartas de recomendacion para el sumo pontífice se partieron á Roma á cumplir lo que el Señor les habia mandado. En este viaje padecieron muchos trabajos, por ser entrado el invierno, é ir á pié y mendigando; pero Dios los regaló;

y envió su ángel, que les prometió feliz suceso de su jornada, y que serian bien despachados del sumo pontífice. El mismo sumo pontífice, que era Inocencio III, tuvo aviso del cielo, ántes que llegasen los santos anacoretas, de que venian, que los recibiese paternalmente y les concediese o que le pidiesen. Llegaron los dos á Roma: declararon á Inocencio sus intentos y los sucesos maravillosos con que el Señor los habia llamado: diéronle las cartas del obispo de París y abad de San Víctor, y luego conoció el sumo pontífice en sus aspectos, modestia y palabras, que conformaba su vida con la obra que Dios queria hacer por ellos. Despidiólos con señales de mucho amor, dándoles buenas esperanzas de ver cumplidos presto sus deseos, y mandóles que ol tiempo que estuviesen en Roma, se hospedasen en su palacio. Por proceder con mas madurez consultó el sumo pontífice este negocio con los cardenales: y leyendo las cartas del obispo y abad, y considerando la vida de Juan y Felix, y las señales con que Dios habia declarado su voluntad, dijo que le parecia venir este negocio guiado del Espíritu Santo; y los cardenales respondieron: *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris:* Esta es obra de Dios, y es admirable en nuestros ojos. Con todo eso, para asegurar mas el acierto en cosa de tanta importancia, mandó el sumo pontífice ayunar tres dias en Roma, y ofrecer muchas oraciones y sacrificios, para implorar la luz del Señor. El mismo sumo pontífice celebró públicamente á este fin en la iglesia de San Juan de Letran, dia de la octava de la vírgen y mártir santa Inés; y al levantar la hostia, vió un ángel vestido de blanco, con la cruz carmesí y celeste, cruzados los brazos sobre dos cautivos, uno moro y otro cristiano. Quedó suspenso por un rato con la admiracion: y acordándose de la vision que le habia contado san Juan haber tenido en París, la cual era en todo semejante á esta, entendió que era la voluntad de Dios que aprobase aquel instituto para redimir los cautivos. Acabada la misa, llamó á los dos anacoretas, y les declaró la vision que habia tenido, y como Dios se mostraba el autor de aquel nuevo órden. Mandó hacer dos hábitos blancos, y poner en ellos la cruz de dos colores semejante á la que traia el ángel; y el dia de la Purificacion de nuestra Señora, á 2 de febrero de 1197, vistió el hábito á los santos patriarcas, declarándoles que el color blanco del hábito representaba al Padre, el celeste de la cruz al Hijo, y el rojo al Espíritu Santo, que el nombre de su órden habia de ser de la Santísima Trinidad; y el instituto redimir los cautivos cristianos; y añadió con oráculo de sumo pontífice: *Hic est ordo approbatus, non à sanctis fabricatus, sed à solo summo Deo:* Este es el órden aprobado, nó fabricado de hombres sino del sumo Dios solo. Mandó á los santos que volviesen á París; y escribió al obispo y abad de San Víctor, que mirando con atencion las cosas pertenecientes á la nueva órden, dispusiesen la regla que habian de guardar segun su instituto perpetuamente, para que él la aprobase con su autoridad.

Volvieron los santos á París; dieron las cartas del sumo pontífice al obispo y abad; y despues de mucha consideracion formaron la regla, atendiendo principalmente al parecer de aquellos que eran padres y fundadores de la nueva órden, juzgando como era cierto, que á los que Dios habia escogido para instrumentos de esta obra, y primeras piedras de este edificio, los alumbraria é inspiraria lo mas conveniente y mas conforme á su voluntad. Partieron de París con la regla y con algunos sujetos que en aquella universidad se les habian juntado, y fueron al territorio Meldense á visitar su antigua morada. Entraron en sus cuevas: visitaron muchas veces la fuente donde habian visto al ciervo con la cruz; y deseando hacer el primer convento de su religion donde habian recibido el espíritu de ella, fueron á hablar al obispo meldense, y le pidieron licencia para edificar allí una iglesia; y alcanzada, empezaron la obra, ayudados de muchos que venian atraidos de la fama de su santidad. Cercaron la iglesia de casillas, ó chozas fabricadas de troncos de árboles, ramas y piedras, para hospedar á los que venian á visitarlos y á los que se allegaban á ellos, deseosos de imitar su vida y seguir sus ejemplos; llamóse este lugar Ciervo-Frígido, por el ciervo que buscaba en la fuente refrigerio de su sed.

Habiendo dado este rudo principio y como bosquejo al convento de Ciervo-Frígido, que despues ha sido muy insigne, quedándose en él san Félix para gobernarle, se partió san Juan á Roma con la regla, para pedir la aprobacion de ella al sumo pontífice. Como creciese el número de los compañeros de san Felix y no cupiese en aquel estrecho convento, trató de hacer otro mas capaz, para el cual le dió el conde Gualterio Castilloniense, capitan de la guarda de Felipe Augusto, una rica heredad, y con sus riquezas ayudó al nuevo edificio. Dicen algunos que fué esto recompensa de un gran beneficio que habia recibido el conde de los santos Juan y Félix; porque habiendo ido el conde los años ántes á la conquista de la Tierra Santa, fué preso y cautivado de los turcos. Viéndose cautivo y muy afligido, se acordó de los dos anacoretas san Juan y san Félix, que sabia hacian vida solitaria en la montaña Brodelia; y encomendándose á sus merecimientos, sin entender el modo, se halló en Francia, en un pueblo suyo vecino á la montaña Brodelia, y agradecido á tan gran beneficio, y habiendo experimentado cuán penosa es la cautividad de los moros, dió de buena gana su heredad para los que se empleaban en redimir cautivos. Despues la condesa de Borgoña Matilde, y María Panateria y Roberto de Planells hicieron muchas y ricas donaciones á este monasterio y á la Redencion de los cautivos, las cuales confirmó Inocencio III, por bula dada el año 1198, á 16 de mayo, como consta de la misma bula, que se halla en el libro primero de las Epístolas decretales de dicho pontífice.

Llegó á Roma san Juan al principio de diciembre del año de 1198; y habiendo visto y examinado la regla el sumo pontífice, la aprobó y confirmó á 17 de diciembre del mismo año de 1198, añadiendo algunas cosas, á peticion de san Juan de Mata, como parece por la bula que trae Gil Gonzalez, Macedo, Tamayo y otros autores, y se halla en el libro primero de las Decretales de Inocencio, y en el tomo primero del Bulario Romano, constitucion primera de dicho papa. Instituyó tambien á san Juan de Mata ministro general de toda la órden, y quiso que fundase un convento en Roma, para lo cual le dió rentas y señaló sitio en el monte Celio, y dió una iglesia dedicada á san Miguel y á santo Tomás de Fermis, llamada así por estar cerca de los acueductos, que se llaman así en lengua italiana. Con los compañeros que se habian allegado ya y se allegaban cada dia á los santos patriarcas, de los cuales algunos eran doctores parisienses, y muy estimados por sus letras en aquella universidad, iba creciendo muy

apriesa la nueva planta, que despues ha extendido sus ramas por todo el mundo, y llevado por fruto innumerables hijos insignes en santidad y sabiduría: y muchos que con el derramamiento de su sangre han confirmado el oficio de redentores que profesan.

Apenas habian pasado cuatro meses, cuando deseando san Juan cumplir el fin de su instituto, habiendo juntado las limosnas que pudo, trató de hacer la primera redencion en el reino de Marruecos. Habló al sumo pontífice; y él se alegró mucho; y habiendo señalado san Juan para esta redencion á Fr. Juan Anglico y Fr. Guillermo Escoto, dos de sus primeros compañeros, que se le habian allegado en París, les dió una carta para el Miramamolin, de la cual pondré aquí un pedazo, por ser grande alabanza de su instituto. La carta dice así:

Inocencio papa III. Al ilustre Miramamolin, rey de Marruecos, y á sus vasallos, que deseamos lleguen al conocimiento de la verdad y perseveren en ella. Entre las obras de misericordia, que Jesucristo Señor nuestro encomendó en el Evangelio á sus fieles, no tiene el menor la redencion de los cautivos. De aquí es que á las personas que se ocupan en tan santos ejercicios las debemos honrar con gracias y favores apostólicos. Algunos varones de cuyo número son los que llevan esta carta, inflamados del divino Espíritu, inventaron poco há regla y órden, por cuyos estatutos la tercera parte de las rentas que ahora tienen, ó en adelante adquieran, deben gastar en la redencion de los cautivos, etc. Dada en el Laterano, á 8 de marzo, en el año segundo de nuestro pontificado.»

Fueron bien recibidos del rey de Marruecos los redentores, y rescataron ciento ochenta y seis cautivos cristianos del cautiverio de los moros con el dinero que llevaban, y con sus santas palabras y buen ejemplo que dieron, rescataron algunos moros del cautiverio del demonio. Contaron á san Juan lo mucho que padecian los cristianos en poder de los bárbaros, y cuánto peligraba su fé entre tanta crueldad ó infidelidad; y el santo, deseoso de remediar tan grave necesidad, juntó las limosnas que pudo, y pasó á Túnez llevando por compañero á Fr. Anglico: y habiendo rescatado ciento y veinte cautivos y pagado el precio en que se concertó con los moros; estos como infieles le prendieron y azotaron cruelmente, diciendo que les habia engañado en el precio. Estaba muy gozoso el santo al recibir los azotes; porque hacia con propiedad el oficio de redentor padeciendo por sus redimidos: solo estaba cuidadoso no le quitasen los bárbaros los cautivos; y así en acabando de azotarle se hincó de rodillas, y tomando en las manos una imágen de nuestra Señora que traia siempre consigo, suplicó á la santísima Vírgen que le socorriese en aquella necesidad, porque aquellos cautivos cristianos no volviesen á poder de los moros. No se hizo sorda la Reina de los ángeles á las voces de su siervo; ántes se apareció allí luego en forma de una hermosísima doncella y le dió á san Juan una cantidad de oro, con que pudo contentar la codicia de aquellos bárbaros. No cesó con esto la infidelidad de los moros ni las maravillas de Dios; porque estando en Viserta para embarcarse con sus cautivos para Roma, vinieron los moros como leones bramando contra el santo, porque habia detenido á muchos para que no dejasen la fé, y rompieron las velas del navío, para que ó no pudiese navegar, ó se anegase en las aguas. Afligiéronse los cautivos y marineros; pero san Juan tomó su manto y lo puso por vela del navío, y mandó á los pilotos que en nombre de Dios se hiciesen á la vela; y ellos mas confiados en las oraciones del santo que en la propia industria, empezaron á navegar tan prósperamente que en seis horas llegaron desde Viserta á Roma, siendo viaje de muchos dias. Entró san Juan en Roma, triunfando con aquel ejército de cautivos á quienes habia dado libertad, entre aplausos y veneraciones de aquella ciudad, que veia resucitados mas gloriosamente los triunfos de los emperadores; y el sumo pontífice dió gracias al Señor con las palabras del Salmo 115 *Dirupisti vincula mea: tibi sacrificabo hostiam laudis:* y el otro del salmo 125: *In convertendo Dominus captivitatem Sion, facti sumus sicut consolati.* Otras muchas redenciones hizo el santo; y en una que hizo en España en la ciudad de Valencia, sucedió semejante maravilla á la que queda ya referida: porque hallando muchos cautivos en gran peligro de perder la fé, y no teniendo con que rescatarlos, se puso á decir misa de nuestra Señora, pidiéndola que le socorriese en aquella necesidad; y acabada, halló junto al altar toda la cantidad de oro y plata de que necesitaba para el rescate.

Como era tan grande la santidad y sabiduría de san Juan de Mata, y el sumo pontífice Inocencio la tenia muy conocida, se valia de él para empresas gloriosísimas del servicio de Dios: y así habiendo pedido Vulcano, rey de Dalmacia y Dioclia al sumo pontífice que le enviase legados, varones doctos y prudentes que en su nombre juntasen concilio nacional, para reprimir los vicios que se habian introducido hasta en los prelados, con que corrompida la sal, se iba corrompiendo el reino, y con los vicios se introducian algunos errores; el sumo pontífice, condescendiendo al piadoso deseo del rey, envió por legados á san Juan, á quien ántes habia hecho su capellan, y á un compañero suyo llamado Fr. Simon, y les dió cartas de recomendacion para Vulcano, en que dice cuánta satisfaccion tiene de la ciencia y virtud de los legados que envia. Predicaron con gran zelo y espíritu contra los vicios y errores: celebraron concilio, en que hicieron muchos y saludables decretos para la reformacion del estado eclesiástico y de todo el reino, los cuales trae Altuna en su Crónica, y parte de ellos Macedo y Tamayo de Salazar. Cuan loablemente se portaron en esta legacía san Juan y Fr. Simon, con ningunas palabras se puede mejor declarar que con las que escribe el rey de Dalmacia, respondiendo á la carta del sumo pontífice, y dándole gracias por haber enviado tales varones. Habiendo (dice) llegado á nuestra presencia el señor Juan capellan, y el señor Simon, religiosos y prudentes legados de la santa católica y apostólica sede, nos hemos consolado y alegrado en gran manera: porque así como el sol cuando resplandece con su claridad y virtud alumbra todo el orbe; así queda alumbrado é ilustrado todo este reino con su santa y saludable predicacion; y así podemos decir con razon: *Visitavit nos oriens ex alto.* Informados nosotros por su virtud y letras, damos muchas gracias á Dios y á vuestra santidad, porque nos enviasteis tales varones, cuales los deseábamos, adornados con prendas divinas; pues toda dádiva y todo don perfecto viene de arriba.

Acabada su legacía, le ofreció el rey muchos dones; pero nada quiso admitir el verdadero legado apostólico, y volvió á dar cuenta al papa de su legacía, el cual le quiso hacer obispo de Ostia; pero el santo no admitió el obis-

pado, y suplicó á su santidad que le dejase morir en aquella pobreza y humildad que habia comenzado, y no le pusiese grillos con la dignidad, para no emplearse en la redencion de los cautivos, que era el fin para que Dios le habia llamado. No quiso obligarle ni afligirle el papa; ántes le dió licencia para partirse á España como lo deseaba, para fundar en ella conventos de su órden y redimir cautivos; porque se ofrecia allí buena ocasion, por estar gran parte de España ocupada de los moros. En España fué muy bien recibido de don Alonso VIII, rey de Castilla, y de don Pedro II, rey de Aragon, y de don Sancho el Fuerte, rey de Navarra; y con el favor de estos reyes, fundó los conventos de la Puente de la Reina, Burgos, Toledo, Segovia, Lérida y otros, en los cuales sus hijos, fuera de salir á continuas redenciones, hospedaban los peregrinos, no contentándose con una obra de caridad, sino que ejercitaban muchas. En Lérida hay tradicion que se hospedaron en aquel convento los dos santísimos patriarcas santo Domingo y san Francisco cuando estuvieron en España. Estando san Juan de Mata en la fundacion de Burgos, profetizó al santo rey don Fernando, que entonces era niño y se hallaba en aquella ciudad con el rey de Leon su padre, que habia de tener muchas felicidades en Castilla y habia de recibir grandes favores de Dios. En Francia fundó tambien muchos monasterios, y predicó contra los albigenses, por mandado del sumo pontífice Inocencio; y aun afirma Macedo, que tuvo cargo de inquisidor, para reprimir y castigar estos herejes.

Dió cuenta al sumo pontífice de los conventos que habia fundado en España de su religion, y el sumo pontífice le confirmó todas las donaciones hechas en ella, que fueron muchas, por una bula que trae Gil Gonzalez. Pasó despues á Roma, y ocupábase allí con gran solicitud en enseñar, predicar y visitar enfermos y encarcelados, consolando á los afligidos, remediando á los necesitados, y procurando ayudar á sus prójimos con todas las obras de caridad espirituales. Predicando un dia en la iglesia de su convento, vió entre la mucha gente que habia concurrido á oirle, á un hombre que hacia muchos gestos y visajes á todo cuanto decia. Acabado el sermon, hizo que le trajesen á aquel pobre hombre: y aunque le decian que era sordo y mudo, el santo conoció con luz del cielo, que no era enfermedad del cuerpo la que padecia, sino que el demonio se habia apoderado de él y le fingia sordo y mudo: conjuróle y mandóle hablar; y el demonio respondió á lo que el santo le preguntaba: y últimamente, invocando á la santísima Trinidad, aplicando á la boca del endemoniado la cruz que traia en el escapulario, le libró del demonio, y en adelante pudo aquel hombre oir y hablar sin ninguna dificultad. Disponia por este tiempo Inocencio III celebrar el concilio lateranense, y Felipe Augusto, rey de Francia, nombró á san Juan de Mata, con aprobacion de su santidad, para que asistiese como teólogo suyo al concilio general; pero Dios le llevó ántes para sí, á recibir el premio de sus gloriosos trabajos con que habia servido á su gloria, á la Iglesia y á toda la república cristiana.

Deseaba el santo salir de este destierro y entrar en la patria celestial: pedia esto continuamente á Dios en sus oraciones; y envióle el Señor un ángel, que le dijo como sus oraciones habian sido oidas, y que despues de un año seria su partida. Consolóse el siervo de Dios con saber el término, aunque se le hizo largo el plazo; y aquel año, como si fuera el de su noviciado, dobló sus penitencias y oraciones, y se previno para recibir al Señor cuando llamase á su puerta. En llegando el mes de diciembre, que era el de su muerte, adoleció de una ardiente calentura, y cuando se acercó su partida, recibió los sacramentos con mucha devocion; y tres dias ántes de su muerte, mandó abrir su sepultura é hizo que le llevasen cerca de ella en una esterilla, y que le trajesen allí las armas de su milicia, que eran los cilicios, disciplinas, cadenas de hierro y los otros instrumentos con que habia afligido su cuerpo, y con grande atencion se puso á contemplar en la sepultura abierta la puerta de la eternidad, y en los instrumentos de la penitencia las armas de la milicia cristiana con que se vence el hombre á sí mismo. Lloraban sus hijos, y él los consolaba, diciendo, que su muerte no era materia de llanto, sino de alegría, porque no los dejaba, sino que iba delante, adonde presto le habian de seguir: ni moria, sino que trocaba la vida temporal por la eterna, en donde les seria mas padre que en la tierra. Exhortólos á todas las virtudes, especialmente á la caridad con los pobres y cautivos: echóles su bendicion, pidiendo á Dios que la confirmase desde el cielo; y luego tomando un crucifijo en las manos, dijo con grande afecto aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* Parecia que ya espiraba, y que el alma desamparaba el cuerpo; pero recobrándose un poco aplicando los labios al costado de Cristo, esperó hasta que se cantó el cántico *Benedictus;* y al llegar á aquellas palabras: *Per viscera misericordiæ Dei nostri,* bajó del cielo una luz que cercó su rostro; y entre estos resplandores de gloria, dió el alma á su Criador á 17 de diciembre de 1203. Quedó el cuerpo como si estuviera vivo, y estuvo cuatro dias sin sepultar, con grande concurso y veneracion de todo el pueblo romano, prelados y cardenales, y del mismo sumo pontífice Inocencio, que sintió mucho la muerte de san Juan, por haber perdido la Iglesia una de sus mas firmes columnas. En este tiempo hizo Dios por honrar á su siervo algunos milagros; porque cuatro ciegos cobraron vista, llegando con los ojos á las manos del santo, y una mujer manca recibió entera salud. Al cuarto dia fué sepultado con la solemnidad que á tan santo patriarca se debia; asistió á su entierro el sumo pontífice con los cardenales, y le mandó colocar en un suntuoso sepulcro elevado de la tierra, del cual manó por muchos años aceite de maravillosa fragancia, que era medicina de muchas enfermedades. Mandó el sumo pontífice Inocencio III poner en el sepulcro de san Juan el epitafio que, traducido en romance, del que hoy se lee en la Iglesia del convento romano de Santo Tomás de Formis, y le trae Mancedo, que escribió en Roma, dice así: En el año de la Encarnacion de 1197, y en el primero del pontificado del señor papa Inocencio III, á los 15 de las calendas de enero, fué instituido por revelacion divina el órden de la Santísima Trinidad y de los cautivos por Fr. Juan, debajo de propia regla, que le fué concedida por la sede apostólica; y el mismo Fr. Juan fué sepultado en este lugar el año del Señor de 1203, el dia 21 de diciembre.

Maravillosa fué la vida de este santísimo patriarca, prodigiosas sus virtudes, raras sus excelencias, muchos sus milagros; ántes cada virtud suya es un milagro, la penitencia con que afligió su cuerpo en la niñez, en la juventud, en la edad de varon y en toda la vida: la virginidad que conservó desde la cuna hasta el sepulcro: la humildad

con que huia las honras y se tenia por el menor, y queria ser enseñado como discípulo, el que era maestro de muchos; la fortaleza con que sufrió tormentos y desprecios por la redencion de los cautivos, la caridad con que deseaba padecer martirio por amor de Jesucristo, para ser verdadero redentor, conformándose en la muerte con su Redentor. ¿Qué diré de las otras virtudes? No se contentó su zelo apostólico con enseñar con obras y palabras; mas escribió muchos libros eruditos y provechosos, para servir de muchas maneras á la Iglesia y aprovechar de todas maneras al mundo. Lo que es muy digno de admiracion, y un gran milagro que prueba la grande santidad de este esclarecido patriarca, es la dilatacion que vió de su religion y multiplicacion de sus hijos en diez y seis años que la gobernó; porque dicen algunos autores que dejó fundados casi cien conventos en Italia, Francia, España, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Flandes, Alemania, Polonia, Dalmacia, Siria, Egipto, Albania, Holanda, Dinamarca, Chipre, Suecia, Escandia y Hungría, sin que se conociese reino de la cristiandad, donde no se hallase fundado algun convento de la Santísima Trinidad, donde trabajasen los hijos de san Juan de Mata, como diligentes operarios de la viña del Señor, y como nuevos apóstoles procurando librar á los fieles del cautiverio de los infieles, y á los infieles de la esclavitud del demonio. Cuanto se haya acrecentado despues esta sagrada religion en monasterios y varones insignes, así en la familia observante, como en la descalcez que instituyó el venerable P. Fr. Juan de la Concepcion, no es cosa que se pueda decir en pocas palabras, y es mejor venerarlo callando, que agraviarlo diciendo poco.

Afirma la tradicion de su religion, y graves autores antiguos y modernos, que el papa Urbano IV, de feliz memoria, canonizó solemnemente con los ritos y ceremonias que entonces se usaban, á san Juan de Mata y á san Félix de Valois. Verdad es que Ferrario, autor de cuatrocientos años, que refiere esta canonizacion, dice, que la hizo el sumo pontífice á 1 de mayo de 1262, y los demás autores la ponen en el año de 1263, á 4 de octubre; pero puédese responder lo que respondió el abogado de la causa de la declaracion del culto de estos santos, que pues todos los autores afirman la canonizacion, y solo se diferencian en el tiempo de señalarla, se deben interpretar benignamente: Ferrario, de la canonizacion hecha cuanto á la solemnidad y ceremonias, en 1 de mayo de 1262; y los demás autores, de la expedicion de la bula de la canonizacion despachada en 4 de octubre del año siguiente, como sucede algunas veces que se despacha la bula de los santos mucho tiempo despues de la canonizacion. Mas por no hallarse esta bula, se examinó de nuevo con grande diligencia en Roma la causa de estos santos patriarcas, y se hicieron informaciones en diversas partes de la cristiandad, y dos procesos en la curia romana, los cuales he tenido en mi poder: y siendo juez delegado por la sacra congregacion de ritos el eminentísimo y reverendísimo señor cardenal Gineti, vicario general del papa, dió y pronunció sentencia definitiva el año de 1665, á 31 de julio, en favor de la veneracion y culto que habian tenido y poseido de tiempo inmemorial dichos santos fundadores. Esta sentencia aprobóla sacra congregacion al año siguiente de 1666, á 14 de agosto, y confirmó el papa Alejandro VII, en el mismo año, á 21 del mes de octubre. Contiene dicha sentencia y prueba seis diferentes actos de veneracion y culto, que gozaron estos gloriosos fundadores; conviene á saber, título y nombre de santos, creacion de altares, pública colocacion de sus imágenes, lámparas encendidas, celebracion de misas y rezo de antífonas y oraciones propias. Despues el papa Clemente IX, por breve despachado á 12 de abril de 1669, concedió á toda la órden de la Santísima Trinidad, que celebrase á sus santos patriarcas y fundadores con misa y rezo de comun de confesores no pontífices, conforme á las rúbricas del breviario romano. Luego el mismo sumo pontífice, por breve de 26 de agosto del mismo año, extendió esta concesion, dando licencia para que todos los sacerdotes seculares y regulares puedan decir misa de dichos santos el dia de su fiesta en los conventos de su órden: y en 18 de octubre siguiente, á instancia del serenísimo duque de Saboya, dió licencia para que en todo el estado de Saboya se rece de san Juan y san Félix, por pertenecer Falcon, patria de san Juan de Mata, á la jurisdiccion del duque. Nuestro santísimo padre Clemente X, por breve de 20 de diciembre de 1670, ha concedido indulgencia plenaria perpetua á todos los que, confesados y comulgados, visitaren cualquiera de las iglesias de la órden de la Santísima Trinidad, en el dia de la fiesta de san Juan de Mata y san Félix de Valois: lo cual dice que concede, atendiendo á los sobresalientes merecimientos de estos santos patriarcas: y á 24 de enero de 1661, mandó poner á los dos santos en el Martirologio romano; y finalmente, á 6 de mayo del año pasado de 1663, concedió á san Juan y á san Félix oraciones y lecciones propias, para toda su órden de la Santísima Trinidad.

Escriben y hacen mencion de san Juan de Mata los cronistas de su órden; muchos breviarios antiquísimos; el maestro Gil Gonzalez Dávila; Fr. Francisco Macedo; Tamayo de Salazar, en su Martirologio, á 21 de diciembre; el P. Alonso de Andrade, de la Compañía de Jesus, y otros muchos de dentro y fuera de su religion, que se podrán ver en los autores referidos.

San Eadmundo, rey y mártir.— De la sangre real y prosapia noble de Sajonia, trajo su descendencia el gloriosísimo rey y mártir Eadmundo, siendo tan católico, tan virtuoso, tan caritativo y humilde desde sus primeros años, que estas divinas prendas aun sobresalian mas en él, que el lustre de su real sangre: por lo cual, faltando rey en Inglaterra, por comun sentir de todas las provincias fué electo y ungido por su rey: y de verdad, que cuando no tuviera real sangre, la hermosura y gentileza suya, la docilidad y afabilidad con todos con que se hacia amable, su gran mansedumbre, su agradable conversacion sobre las demás virtudes referidas; le hacian merecedor dignísimo de la corona, y aun se puede añadir, que tambien de la de mártir glorioso; porque su rostro hermoso era de ángel mas que de hombre. Habia en su tiempo unos crueles enemigos de la religion cristiana: estos eran los danos, gente bárbara, sin Dios, sin ley y sin razon. Estos juntos en un bárbaro ejército de quien era cabeza infernal Inguar ó Himguar, entraron por Inglaterra destruyendo todas sus ciudades y villas, y haciendo tan cruel y sangrienta guerra, por ser ricos y cristianos los ingleses: pues como á cristianos los aborrecian, y deseaban borrar del mundo su memoria; y como á ricos y poderosos, deseaban robarlos; porque esta bárbara gente solo vivia del robo, homicidio y latrocinio, como vicios al fin opuestos á

las virtudes que abraza y ejercita la religion cristiana.

Sabia muy bien el tirano Inguar que Eadmundo era mozo de brios y gran valor, y que si salia en campaña, no podria defenderse de él: y así no le intimó guerra alguna, sino entrando de secreto y sin dar aviso, iba despoblando las ciudades, no perdonando vida de cristiano, para que cuando llegase al rey santo la noticia, le faltasen los soldados que podia juntar de las ciudades que ya él dejaba destruidas y asoladas; pero se engañaba: porque si Eadmundo hubiera de defenderse, mas bien lo haria con los soldados y ejército que él le habia juntado y colocado en el cielo por medio del martirio, que con los mismos cuando vivia en este mundo; mas no quiso el santísimo y pitísimo rey, sino es animarlos y seguirlos, como se vió claramente en la respuesta que dió á un embajador que el bárbaro le envió, tan soberbia, como suya, con Hubba, otro ministro de Satanás y criado suyo: cuyo tenor fué este: «Aquel de cuyo poder y vista tiembla la tierra y el mar, Inguar, nuestro señor, rey invictísimo, ha llegado á este deseado puerto con infinitas naves á invernar, despues que sus armas, gloriosas siempre, dejan rendidas y sujetas diversas tierras y provincias: y así manda, que si quieres reinar con él, partas con él tus antiguos tesoros y patrimoniales riquezas; y que adviertas, que si menosprecias su poder y mandatos, serás tenido por indigno del reino y de la vida; y él y sus soldados y legiones infinitas te privarán brevemente de uno y otro.» Esta fué la embajada del bárbaro Inguar: y el atrevido y soberbio embajador Hubba añadió (viendo la mansedumbre con que el santo rey le atendia) estas razones locas: ¿Y quién eres tú, para que inobedientemente te atrevas á contradecir tan inmenso poder? El cielo, la tierra, el viento, la mar y hasta los mismos dioses veneran poder tanto; ¿y tú le menospreciarás? Sujétate pues, á tan grande emperador; advirtiendo, que sabe perdonar humildes y castigar soberbios.

Oida la embajada soberbia, un santo obispo que asistia al rey, mirando solo por su vida y persona real, sabiendo que ella sola valia mas que todos los tesoros del mundo, le aconsejaba los diese al bárbaro; y salvase su vida; á quien el santo rey dijo: Ó obispo: tú temes no me quite el bárbaro la vida; y yo no deseo otra cosa, por no quedar vivo cuando veo muertos mis fieles y católicos vasallos, á quienes con sus hijos y mujeres en sus mismos lechos ha muerto el tirano bárbaro. Ellos han muerto por Dios y por la patria: por ellos y por Dios deseo morir, para ser partícipe de sus coronas. El Todopoderoso me es testigo que ninguno habrá en este mundo que pueda apartarme de la caridad de Cristo que recibí en el santo bautismo. El bárbaro me ofrece la vida que Dios me da, el reino que poseo y las riquezas que no estimo: ¿y por estas cosas me sujetaré á dos señores, cuando he jurado solo vivir y morir por Cristo, y servirle á él solo? No lo esperes. Entonces vuelto al bárbaro embajador, le dió esta divina respuesta: Digno eres de que mis soldados te quitaran la vida por tu arrogancia y soberbia; pero siguiendo el ejemplo y consejos de mi Maestro y Redentor Jesucristo, no quiero ensangrentar mis manos, sino es por su amor perdonarte, cuando por su amor tambien y su nombre santísimo estoy dispuesto á dar la vida, sin rendirla á vuestras sectas: por lo cual, mi consejo es, que al instante vuelvas á tu señor y le digas estas solas palabras: Bien (¡ó hijo de Satanás!) imitas á tu padre, que soberbio cayó del cielo, y deseando tener quien le imitase en todo, engañó al linaje humano, é hizo á muchos partícipes de sus penas eternas. Así tú intentas que yo te imite y siga; pero ni tus halagos ni tus amenazas me apartarán de Cristo. Los tesoros y las riquezas que la divina clemencia me ha dado, serán tuyos desde luego, si haciéndote cristiano siguieres la bandera de Cristo, siendo alférez de los ejércitos del Rey de la gloria; pero si no admites la milicia y religion cristiana, sabe y ten por cierto, que por amor de esta vida temporal, el cristiano rey Eadmundo no se sujetará á pagano dueño; y si me quitares (como á mis fieles) la vida, el Rey de los reyes que lo ve y juzga todo, teniendo de mí misericordia, me dará el reino y corona de la vida eterna.

Con esto se fué el bárbaro, y apenas salia de su palacio, cuando vió á su señor Inguar, que pareciéndole tardaba, venia á buscarlo. Díjole brevemente lo que Eadmundo respondia: lo cual oido por el bárbaro tirano, mandó prender al santo rey: lo cual fué fácil, por hallarse en esta ocasion desprevenido, solo, fuera de la córte, en villa pequeña, y no hacer resistencia alguna, por saber iba á morir por Cristo. Preso y muy maltratado lo trajeron ante el bárbaro Inguar, como á Cristo ante Pilato. Hízole sus preguntas: calló á todas, como inocente cordero, imitando en todo á Cristo: por lo cual el tirano bárbaro le mandó azotar cruelísimamente y dar muchos palos; y despues que los verdugos estaban cansados, mandó que lo atasen á un árbol, y que lo asaeteasen, habiéndolo azotado ántes otra vez cruelísimamente. Comenzaron á dispararle saetas todos aquellos bárbaros soldados, como si jugaran y tiraran al blanco: tantas le dispararon, que unas se encontraron con otras; y no hallando ya lugar en el santo cuerpo para nuevas heridas, por una misma herida entraban de nuevo muchas saetas, tanto, que causaba horror y compasion mirarlo, aun á los mismos bárbaros; porque parecia un espin, ó un erizo, siendo otro nuevo san Sebastian, invictísimo mártir. No cesaba el rey santísimo de invocar el dulce nombre de Jesus, y predicar su fé santa, exhortando á los fieles á morir por ella como él moria gozoso, regocijado y alegre; lo cual visto por el bárbaro Inguar, le mandó cortar la cabeza. Desatáronle los verdugos del árbol; y si en ellos cupiera piedad alguna, la tuvieran de verle tan maltratado y herido; porque todas las costillas tenia descubiertas, hasta las entrañas y corazon se le veian, siendo milagro patente que tuviese algun poco de calor y vida, que le conservaba Dios para que adquiriese mas aquella nueva corona y triunfo de ser degollado por su amor. Hizo una breve y fervorosa oracion, segun le permitian los alientos de la poca vida que tenia, recobrados entonces con nuevo vigor y ánimo, y luego inclinó la cabeza, que le cortó el cruel verdugo de un fiero golpe, con que voló su santísima y purísima alma á tomar posesion de la corona de gloria, donde reina con Cristo, siendo dos veces rey y mártir glorioso. Fué su martirio á 20 de noviembre (dia en que le celebra nuestra madre la Iglesia), por los años del Señor de 870.

Fuéronse de allí los bárbaros, dejando el cuerpo tronco y llevándose la cabeza, la cual arrojaron entre unos espesos zarzales, para que jamás pudiesen hallarla ni venerarla los cristianos. No quiso Dios privar á sus fieles de tan gran reliquia: y así pasados algunos años, y volvien-

do á gozar de su libertad y amada paz los pocos cristianos que habian quedado en Inglaterra, trataron de buscar el santo cuerpo de su rey y mártir glorioso Eadmundo. El cuerpo le hallaron fácilmente yendo al lugar del martirio, donde cubierto de yerbas le guardaba Dios de las inclemencias de los tiempos, de las fieras y aves, incorrupto, oloroso y hermoso. Diéronle honorífica sepultura, venerándole como á rey, santo y mártir, quitándole las saetas de las heridas, y guardándolas para reliquias. Pero no tuvieron todo el gozo cumplido por faltarles la cabeza, y no saber dónde la hallarian; mas discurriendo que los bárbaros no la habrian llevado por reliquia, sino arrojado en aquellos campos, se resolvieron á buscarla, confiados en que Dios se la descubriria. Repartiéronse en cuadrillas: y dándose cierta señal para juntarse, y no dejar cosa en aquellos bosques que no mirasen, dieron principio á la ejecucion de sus deseos. Apenas se dividieron por aquellos campos cuando una voz que todos á un tiempo oyeron, los volvió á juntar. Era la voz de la sagrada cabeza que dijo: Aquí estoy. Pero como aun no la viesen, preguntaron todos á un tiempo: ¿Dónde estás? Y la cabeza respondió tres veces: *Her, her, her*: voz, ó palabra inglesa, que quiere decir: Aquí, aquí, aquí: y luego volvió á repetir la misma palabra, sin cesar hasta que los tuvo cerca de sí. Entonces vieron otro prodigio; y fué que un fiero lobo tenia entre las zarzas la santísima cabeza en sus manos, para que no la tocasen las espinas; y como si fuera racional la acariciaba y besaba. Entrególes el tesoro; pero con tanto sentimiento de dejarle, que se fué, como si fuera un manso cordero, en su seguimiento, sin que á ninguno causase asombro la fiera, ni hubiese hombre tampoco que la hiciese mal alguno. Con esto caminando en procesion gozosos y alegres, derramando copiosas lágrimas de devocion por el hallazgo, llegaron al lugar donde habian colocado al cuerpo santo, y descubriéndole pusieron la sagrada cabeza junto á él. El lobo habiendo cumplido con ser custodio fiel de aquella santa reliquia, y défendidola de las otras fieras tanto tiempo, se volvió á su bosque, sin que jamás fuese visto de hombre alguno. Edificaron allí una iglesia al santo cuerpo, segun la posibilidad de los tiempos. Despues pasados muchos años, cuando ya las cosas de Inglaterra estaban mas quietas, le edificaron un templo suntuosísimo; y al colocarle nuevamente, vieron todos como la cabeza se habia unido á su lugar, dejando solo para memoria eterna de su martirio una señal en su pescuezo, como un hilo de seda carmesí. Crecianle los cabellos y uñas de piés y manos, como si estuviera vivo; y una devota señora se las cortaba de cuando en cuando, y guardábalas por reliquias sagradas, curando en ellas enfermos de diversas enfermedades. Al fin son tantos los milagros y prodigios que cada dia se ven en el sepulcro del invictísimo mártir y rey Eadmundo, que era menester un libro entero, y aun muchos para copiarlos: que así honra Dios á quien por su honor y fé pierde la vida. Escribieron la de este rey santísimo y su glorioso martirio Abbo, abad Floriacense, de quien son las lecciones del breviario, donde está toda la historia sucintamente copiada; Surio, tomo VI; Pedro de Natalibus, *in Cathalogo Sanct., lib.* X, *cap.* 89, Molano *in Addit. ad Usuard.*; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo X de sus Anales, año 870, núm. 15.

Los santos Ampelio y Cayo, mártires.—Cuando reinaba el emperador Decio, sufrieron el martirio estos santos, siendo puestos en el potro y muriendo destrozados. Su martirio se verificó en la ciudad de Mesina en Sicilia, que era la patria de ambos santos, y cuan aceptable sacrificio fuese á los ojos de Dios, lo dieron á entender los muchísimos milagros que obró el Todopoderoso en favor de la ciudad de Mesina por la intercesion de estos santos.

Los santos Octavio, Solutor y Aventor, mártires.—Fueron de Turin, y pertenecieron á la célebre legion tebana. El Martirologio romano dice, que portándose valerosamente por la fé católica, en tiempo del emperador Maximiano, fueron coronados con el martirio. Existe un sermon de san Ambrosio, arzobispo de Milan, en honrosa memoria de estos santos.

San Agapio, mártir.—Fué atleta esforzado de la religion cristiana, y su vida y muerte estuvieron siempre acompañadas de visibles portentos celestiales. Hallándose en Cesarea de Palestina, de donde era natural, fué acusado ante el prefecto; pero léjos de intimidarse con las terribles amenazas que se le hicieron, confesó con libre voz que él solo servia á Jesucristo, por quien estaba dispuesto á recibir los mayores horrores que pudiese la crueldad inventar. Entregáronle, pues, á un oso para que le despedazase; pero la fiera se arrodilló á sus piés y no le hizo daño alguno. En seguida le azotaron inhumanamente y lo llevaron á la cárcel, hasta que al dia siguiente le ataron dos grandes piedras á los piés, y le sumergieron en el mar, donde espiró. El P. Pagi coloca su muerte en el año 303, y el cardenal Baronio en el año 306.

San Nersas, obispo, y sus compañeros, mártires.—El cuarto año de la gran persecucion excitada por Sapor II, Nersas, obispo de Sciarcadat, ciudad de Persia, fué preso con un discípulo suyo, cuando el rey se hallaba en la misma ciudad. Ambos fueron conducidos á la presencia del príncipe, que, despues de haberles preguntado si eran cristianos, los condenó á ser decapitados. Ejecutóse la sentencia en presencia de una gran multitud de pueblo, el dia 20 de noviembre del año 343 de Jesucristo.

San Dasio, obispo y mártir.—Fué obispo de la ciudad de Dorostoro en Misia, cuyos habitantes ilustró con la predicacion evangélica. En tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano se opuso una vez á las deshonestidades que se cometian en la fiesta de Saturno, por cuyo motivo lo maltrataron los gentiles, y por órden del gobernador Baso fué atormentado y degollado.

Los santos Eustaquio, Tespesio y Anatolio, mártires.—Fueron de la ciudad de Nicea en Bitinia, donde sellaron con su sangre las verdades de la fé que profesaban. El Martirologio romano dice que fueron martirizados durante la persecucion de Maximiano, y el venerable Beda pone su muerte en el año 237.

Los santos Baso, Dionisio, Agapito, y otros cuarenta compañeros, mártires.—Nada sabemos de estos santos sino que fueron martirizados en Heraclea, ciudad de Tracia. Beda y Baronio continúan en sus Martirologios tan solo sus nombres, sin añadir ninguna otra noticia.

San Benigno, obispo y confesor.—Floreció en ciencia y santidad durante el siglo V. El año 400 de Jesucristo fué elegido y consagrado obispo de Milan, cuya Iglesia gobernó por espacio de sesenta años. Su infatigable zelo unido al don de milagros le proporcionaron la gloria de aumentar considerablemente el rebaño de Jesucristo, y

siendo ya de una venerable vejez, murió santamente en el Señor, el dia 20 de noviembre del año 460.

SAN SIMPLICIO, OBISPO Y CONFESOR.—Grande fué la dicha de la Iglesia de Verona al poseer por pastor á Simplicio, durante las inmensas calamidades que afligieron á toda la Italia cuando los bárbaros la invadieron. Su fé, su bondad, su caridad sin límites y su zelo ilustrado le constituyeron en padre de todos, mediador generoso entre vencedores y vencidos, y árbitro de todos los corazones. Este santo murió cargado y coronado de méritos, el año 500, segun Ferrario.

SAN SILVESTRE, OBISPO Y CONFESOR.—San Gregorio de Tours, en el cap. 61 de su lib. *De gloria confessorum*, hace un bellísimo elogio de este santo, pintándole como un varon apostólico, formado segun el corazon de Dios, y resplandeciente en toda suerte de virtudes. Fué obispo de Chalons por espacio de cuarenta y dos años, y por fin, anciano y lleno de virtudes, murió el año 453.

SAN GREGORIO, CONFESOR.—En el Martirologio romano es llamado el *Decapolita*. Todos los autores que tratan de él están en la duda de cuál fuese. Solo sabemos que floreció en Constantinopla en el tiempo del emperador Leon Isauro, y que tuvo que sufrir muchas persecuciones por defender el culto de las santas imágenes.

DIA 21.

LA PRESENTACION DE NUESTRA SEÑORA EN EL TEMPLO.—Una de las cosas en que debemos poner mayor cuidado, es en cumplir nuestros votos y dar á Dios con presteza lo que le habemos prometido, y así dijo el Espíritu Santo por Salomon: «Si has prometido algo á Dios, no tardes en cumplirlo:» y una de las cosas en que mas se deben desvelar los que tienen hijos, es en criarlos desde niños en el amor y temor santo del Señor: y por esto dijo el mismo Espíritu del Señor: «Si tienes hijos, enséñalos y domesticalos desde su tierna edad.» De lo uno y de lo otro nos dejaron grande ejemplo san Joaquin y santa Ana, padres de la santísima Vírgen María nuestra Señora, presentándola el dia de hoy en el templo de Jerusalen, dejándola en él para que allí se criase con las otras doncellas, como á Dios lo habia prometido. Para lo cual (además del motivo que tenian de su promesa y voto, y del estímulo con que los incitaba su propia santidad) la vida de la misma niña y su composicion y modestia virginal, era un perpetuo despertador á sus padres para que la ofreciesen presto á Dios; porque fué tan rara y celestial la virtud de esta bendita niña desde su primera edad; que san Ambrosio la pone por dechado á todas las vírgenes, y dice así: «A nadie hacia mal, aunque lo mereciese: á todos los queria bien: á los mayores hacia reverencia: no tenia envidia á los iguales: huia de la jactancia: obraba conforme á razon y amaba toda virtud. Nunca torció el rostro á sus padres, ni tuvo diferencias con sus parientes, ni se desdeñaba de tratar con los humildes, ni hacia burla de los que poco podian, ni se avergonzaba de conversar con los pobres. No tenia el gesto melindroso, ni el andar disoluto, ni el hablar entonado; ántes la modestia y figura exterior declaraba la interior santidad y perfecta virtud de su alma; así como la buena casa se muestra de la buena portada ó zaguan. No le pasaba por el pensamiento salir de casa sino para ir á la iglesia; y esto con sus padres ó parientes: dentro de casa gustaba de estar sola y siempre ocupada en algo de provecho: fuera de casa siempre en compañia y con guarda de su limpieza, aunque la mejor guarda que tenia era á sí misma: pues en su compostura y aspecto venerable, mas entendia en apresurar el paso, y andar y correr por el camino de la virtud, que en levantar el pié del suelo.» Hasta aquí son palabras de san Ambrosio. Y no es maravilla, que siendo la Vírgen tan niña en la edad, haya sido tan admirable su vida; porque aunque sus años eran pocos, su discrecion era mucha, y su espíritu sin comparacion mayor que su cuerpo; porque desde el punto que en el vientre de su madre fué concebida sin pecado original, la fué acelerado el uso de la razon mucho mas perfectamente que á san Juan Bautista: y es de creer que perseveró en ella, y que Dios no se la dió para quitársela, y que no obraba como niña, sino como una mujer de edad, y que estaba prevenida como de Dios y adornada de todas las gracias y virtudes.

Siendo ya, pues, de tres años, la llevaron sus padres al templo de Jerusalen para ofrecérsela y presentar al Padre eterno hija, al Hijo madre, al Espíritu santo esposa, á los ángeles reina y á los hombres abogada. Declararon á los sacerdotes su voto: rogáronles que tuviesen cuidado con su hija, como con cosa ya consagrada á Dios; y que la criasen entre las otras doncellas que le servian en una casa pegada al templo y edificada para este efecto, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y podian entrar en él á hacer oracion y ocuparse en santos y loables ejercicios, sin ruido y bullicio de la gente. Y cierto así convenia, que aquella vírgen que habia de ser Madre de Dios, no dilatase en consagrar su alma y cuerpo al servicio de su Esposo, sino que en dejando los pechos de su madre, le hiciese solemne sacrificio de sí misma: porque así como la fruta temprana y fresca y recien cogida del árbol con sus flores, es mas gustosa y agradable que la marchita, manoseada y sacada ya en la plaza; así el servicio que se hace al Señor en los tiernos años, le es mas agradable que el que se le ofrece en la vejez: aunque Dios es de tan buena condicion, que recibe los sacrificios tardíos, y paga con grande liberalidad y franqueza á los que van á trabajar á su viña al poner del sol: mas los padres deben tener gran cuenta con inclinar á sus hijos desde niños al temor santo de Dios y ofrecérselos como cosa suya: y si el Señor les hiciese tan grande merced, que desde aquella edad los escoja para sí, y plante en ellos algun deseo y gusto de servirle en perfeccion, no les vayan á la mano ni se les estorben; porque harán ofensa al Señor (cuyos son, mas que suyos) y serán castigados en lo mismo que pecaron, permitiendo Dios que los mismos hijos sean sus verdugos y atormentadores, y el cuchillo con que mueran su desordenado amor. Entregaron, pues, los santos padres Joaquin y Ana á la bienaventurada niña en manos del sacerdote, que con solo mirarla quedó admirado y suspenso de tan singular gracia y belleza. Tomad esta niña, sacerdote de Dios, y no penseis que es como las otras niñas que hasta ahora habeis recibido y dedicado al Señor, sino como un vivo templo suyo, y mas venerable que el mismo templo en que se ofrece. Tomadla como un sacrario del Espíritu santo, como á la verdadera arca del Testamento, como á la urna del maná con que se sustenta la tierra, como un *Sancta Sanctorum*, adonde no es lícito entrar sino al sumo

sacerdote segun la órden de Melquisedec; porque es la puerta de Ezequiel para todos cerrada sino para él, y jardin cercado y fuente sellada, la que con su presencia ha de ilustrar y ennoblecer mas este segundo templo, que lo fué el primero que edificó el rey Salomon. Tomóla el sacerdote y púsola (como algunos dicen) en la primera grada de una escalera que tenia quince escalones para subir al altar; y en ella con extremada gracia y ligereza y alegría (sin que nadie la ayudase ni llevase de la mano) subió por sí hasta lo alto, no sin grande admiracion de todos los que estaban presentes, que se espantaban de ver la extremada belleza y gracia de la niña, y mas el contento y prontitud con que se despedia de sus padres y se dedicaba al Señor, sacando por aquellos pequeños indicios las obras maravillosas que habia de obrar en ella, el que de tan tierna edad la habia escogido para que le sirviese en el templo.

Pero despues que quedó la bendita niña entre las sagradas vírgenes, ¿qué lengua podrá declarar la excelencia de su recogimiento y virtudes? De las cuales hablando san Gerónimo ó el autor del tratado del Nacimiento de la Vírgen, que anda entre sus obras, dice así: «Procuraba la Vírgen ser en las vigilias de la noche la primera, en la ley de Dios la mas enseñada, en la humildad la mas humilde, en los cantares de David la mas elegante, en la caridad la mas ferviente, en la pureza la mas pura, y en toda la virtud la mas perfecta. Todas las palabras eran llenas de gracia, porque siempre en su boca estaba Dios. Continuamente oraba, y como dice el Profeta, meditaba en la ley del Señor dia y noche. Tenia tambien cuidado de sus compañeras, que ninguna hablase palabra mal hablada: que no levantase su voz en la risa, que no dijese palabra injuriosa ni soberbia á su compañera. Continuamente bendecia á Dios, y para que cuando la saludaban no cesase de este oficio, en pago de la salutacion respondia: Gracias á Dios.» Hasta aquí son palabras de su autor: y san Ambrosio dice así: «No deseaba que otras doncellas la tuviesen conversacion, la que tenia buena compañía de santos pensamientos; ántes entonces estaba ménos sola cuando estaba sola; porque ¿cómo se puede decir que estaba sola la que tenia consigo tantos libros devotos, tantos arcángeles, tantos profetas? Y si se turbó cuando entró á ella el ángel san Gabriel, no fué por no estar acostumbrada á tratar con ángeles, sino porque le apareció en figura de un mancebo hermoso; mas en oyendo su nombre le reconoció. Cosa tan peregrina se la hizo ver á un hombre, no extrañándose de saber que era ángel; para que por aquí entiendas el recato de sus religiosos y castos oidos, y de sus venerables y virginales ojos.» Esto es de san Ambrosio.

En el templo aprendió muy perfectamente á hilar lana y lino, seda y holanda, y coser y labrar las vestiduras sacerdotales y todo lo que para el culto del templo era menester, y para despues servir y regalar á su precioso Hijo, y vestirle y hacerle la túnica inconsútil, que al pié de la cruz jugaron los sayones por no dividirla. Aprendió asimismo las letras hebreas, y leia á menudo y con gran atencion las divinas escrituras, y las rumiaba y meditaba y entendia perfectamente, por su alto y delicado ingenio y por la luz soberana que el Señor la infundia. Ayunaba mucho, y con el recogimiento, soledad, silencio y quietud se disponia á la contemplacion y union con Dios, en la cual estaba tan absorta y arrobada, y era tan visitada y regalada del Señor y de los ángeles, que mas parecia una niña venida del cielo, que criada acá en la tierra, y hay autores graves que escriben, que los ángeles la traian lo que habia de comer todo el tiempo que vivió en el templo, para que estando desembarazada y sin cuidado de su sustento, pudiese vacar mas libremente á la contemplacion mas suavísima de su dulce Esposo: que pues le concedió este privilegio tan largos años á san Pablo, el primer ermitaño, no es maravilla que le haya concedido á la que tantas ventajas le hizo, y fué escogida singularmente para tan alta dignidad. Finalmente, la vida de la Vírgen en el templo fué dechado y modelo perfectísimo de la vida de todas las doncellas, que la deben imitar en la oracion, en la humildad, en la modestia, en el recogimiento, silencio y vergüenza virginal, y en todas las otras virtudes que son propias de las doncellas, y adorno y arreo de su estado. Pero especialmente las vírgenes, que con particular inspiracion y luz del cielo consagraron su virginidad á Jesucristo y le tomaron por esposo, deben tener siempre delante de sus ojos como un espejo, la vida de esta Vírgen santísima para amoldarse á ella y seguir sus ejemplos; pues militan debajo su bandera, y ella es su guia, su maestra y capitana; porque entre las otras excelencias y prerogativas de la Vírgen, no es la menor el haber sido la primera que alzó la bandera de la castidad y consagró su virginidad con voto perpetuo al Señor, y abrió camino con su ejemplo á todas las vírgenes que despues le han seguido. Ella fué la primera que conoció y estimó en lo que se debe la virtud tan rara y peregrina de la pureza virginal, y la que la amó tanto, que hizo voto de guardarla perpetuamente con un amor tan encendido y tan intenso, y con un deseo tan entrañable de agradar á Dios, y le agradó tan perfectamente, que mas parecia ángel sin cuerpo, que doncella con carne mortal; porque el haber sido madre no marchitó la flor de su virginidad; ántes la hizo mas bella y mas florida, mas alta y mas divina, y juntó la flor de vírgen con el fruto de madre. Todas las almas puras, que conociendo la vanidad del mundo le dan libelo de repudio y se recogen y encierran entre cuatro paredes, y mueren en vida para vivir eternamente con su querido en el cielo, deben tener por su reina y princesa á esta niña y señora, y pedirla devotamente su favor para imitarla en la guarda del voto que hicieron, como la imitaron en hacerle y seguir tan glorioso ejemplo. Por esto se llama esta Señora Vírgen de las vírgenes; porque fué como maestra y capitana de todas las vírgenes, y principio de un linaje de servicio á los ojos de Dios tan agradable. Todos los monasterios de monjas que hay en el mundo, y todos los recogimientos de esposas y vírgenes de Cristo que ha habido, y hay y habrá hasta el dia del juicio, son frutos de esta flor virginal de María: y cuantos mas hubiere y mas le siguieren, tanto mas crecerá su gloria accidental.

Estuvo la Vírgen en el templo hasta entrar en los catorce años, y á los once se escribe que murieron sus padres muy viejos, sin haber tenido otra hija ni hijo sino á ella. Siendo ya de edad para casarse, pareció á los sacerdotes que debia tomar marido como lo hacian las otras doncellas cuando llegaban á aquella edad: y como la purísima Vírgen rehusase hacerlo, así porque por el voto de sus padres habia sido dedicada perpetuamente á Dios como

por el suyo, con que habia consagrado al mismo Dios para siempre su virginidad; los sacerdotes maravillados de aquella novedad, hicieron mucha oracion y consultaron con el divino oráculo lo que en aquel caso habian de hacer; respondió el Señor que todos los del linaje de David que estaban presentes en Jerusalen se juntasen, y que de ellos aquel se casase con ella á quien le cupiese la dichosa suerte: y la Vírgen tuvo revelacion de Dios, que obedeciese á los sacerdotes y no temiese; porque él la guardaria y conservaria entera y sin mengua en su propósito y limpieza angelical. Cupo la suerte á José, de la tribu de Judá, natural de Belen y de oficio carpintero, varon santo y de madura edad, y vírgen y lleno de tantas y tan excelentes virtudes, cual convenia que fuese el esposo de tal esposa; y siendo la sacratísima Vírgen de trece años y tres meses, se desposaron y fué entregada á su esposo para guardarla, servirla y mirar por ella.

De la fiesta de la Presentacion de nuestra Señora hacen mencion los Martirologios romano y de Usuardo, á los 21 de noviembre, que es el dia en que fué presentada. Molano dice que el papa Pio II, y el papa Paulo, tambien II, instituyeron esta fiesta y concedieron indulgencia á los que la celebrasen, y que ántes estaba recibida en las iglesias de Francia por la devocion de Cárlos V, su rey, como consta por una epístola suya, escrita á Nicolás, obispo antisiodorense, el año del Señor de 1375; pero parece que mas antiguamente se celebraba esta festividad; porque los griegos hacen mencion de ella en su Menologio, y en una institucion del emperador Manuel, que cita Teodoro Balsamon, demás de muchas oraciones de san Gregorio Niseno, Hermanno, obispo de Constantinopla y Gregorio, obispo de Nicomedia, que trae Matafraste, y refiere Lipomano y Surio en el sexto tomo de las Vidas de los santos. Por donde se ve, que esta fiesta fué muy célebre en las Iglesias de Oriente; pero habiéndose caido y dejádose de usar en las de Occidente, la santidad de Sixto V, sumo pontífice mandó celebrar en toda la universal Iglesia la fiesta de la Presentacion de nuestra Señora, á los 21 de noviembre, por un breve despachado en Roma á 1 de setiembre, año de 1585, que fué el primero de su pontificado.

San Rufo, confesor.—El apóstol san Pablo convirtió á este santo á la religion cristiana, y de él hace especial memoria en el capítulo 16 versículo trece de la carta á los romanos, cuando dice: Saludad á Rufo escogido en el Señor. Doroteo citado por Baronio dice que fué consagrado obispo de Tebas por el mismo apóstol, y que murió santamente en el Señor el año 58 de Jesucristo. Sabemos que san Policarpo escribió su vida, de la que no hemos tenido noticia.

Los santos Celso y Clemente, mártires.—Solo sabemos por Galesinio que fueron dos santos muy célebres en Roma durante los primeros siglos de la Iglesia.

Los santos Demetrio y Honorio, mártires.—Tampoco sabemos de ellos mas que sus nombres conservados en todos los Martirologios. Parece que padecieron martirio en Ostia, ciudad de la campaña de Roma.

San Alberto, obispo y mártir.—Natural de Francia y educado en las ciencias eclesiásticas, aprovechó tanto en ellas, que por su ilustre ciencia unida á sus relevantes virtudes, mereció ser elegido y consagrado obispo de Lieja por el papa Celestino III. Llegó á ser temible á los herejes de su tiempo; pues la fuerza de su dialéctica, la energía y robustez de sus discursos, y la claridad y brillantez de su vastísima erudicion, le dieron tantas armas contra el error, que al fin los herejes se decidieron á deshacerse de un adversario tan formidable, asesinándole traidoramente á fines del siglo XII. La Iglesia le veneró en seguida como mártir, y sus reliquias fueron depositadas en la iglesia principal de Rheims, donde se veneran.

Los santos Honorio, Eutiquio y Estévan, mártires.—Ignoramos de cierto el lugar de su naturaleza, y solo sabemos que derramaron su sangre por la confesion de la fé de Jesucristo, en una ciudad de España, durante la persecucion de Diocleciano.

San Eliodoro, mártir.—Durante la persecucion del emperador Aureliano fué este santo preso en Panfilia y llevado como cristiano á la presencia del gobernador Aecio. Quiso este obligarle á ofrecer incienso á los dioses paganos; pero el glorioso soldado de Chisto se negó, diciendo que jamás cometeria semejante apostasía: Condenáronle pues á horribles tormentos; los cuales sufrió con santa paciencia, triunfando de todos ellos por la virtud divina que en él residia. Los mismos verdugos que le atormentaban, admirados de su constancia y de sus milagros, abrazaron tambien la religion y fueron con Eliodoro precipitados en el mar, donde acabaron gloriosamente su martirio el dia 21 de noviembre del año 275.

San Gelasio, papa y confesor.—Nació en Roma de padres africanos, y se dedicó al estudio de las ciencias eclesiásticas. Habiendo sido ordenado sacerdote, se distinguió tanto por su santidad y doctrina en el clero romano, que habiendo vacado la santa silla, fué Gelasio elegido y consagrado soberano pontífice, por los primeros dias de marzo del año 492. Su principal cuidado fué desde luego restituir la paz á las Iglesias de Oriente, lo cual no pudo conseguir. Rehusó constantemente la comunion eclesiástica á Eufemio, patriarca de Constantinopla, que se habia mostrado enemigo de la doctrina católica; y el año 494 convocó un concilio en Roma, compuesto de setenta obispos. Formóse en él un catálogo de las Escrituras santas, que es el mismo que aun hoy dia reconoce la Iglesia por canónico. Trabajó con un zelo incansable contra la herejía de Eutiques, y tuvo que sufrir calumnias y persecuciones de parte de aquellos sectarios, y del emperador de Constantinopla que los favorecia. Por fin, cumulado de méritos, murió el santo pontífice en el Señor, el dia 21 de noviembre del año 496. Su eminente sabiduría resplandece en los escritos que nos dejó y que son: *tratado* contra Eutiques y Nestorio; muchas cartas, que sirvieron principalmente á Baronio para la composicion de sus Anales: algunos *himnos, prefacios y oraciones* para el santo sacrificio, y para la administracion de los sacramentos, y un antiguo *Sacramentario de la Iglesia romana*, que contiene todas las misas del año, y las fórmulas para los sacramentos. San Gelasio fué el primer papa que fijó la ordenacion en las cuatro témporas del año. «Las costumbres de este pontífice, dice un antiguo biógrafo, honraron su sabiduría y sus talentos. Era de rarísima piedad; daba á la oracion y á otros santos entretenimientos con los mas dignos servidores de Dios, todo el tiempo que le dejaban libre las sublimes funciones de su ministerio. Elevado á la mas eminente dignidad, la consideró siempre como una pesadísima carga y una verdadera esclavitud, que le hacia responsable de todo el mundo. Socorria y alimentaba á cuantos pobres podia

descubrir, y vivia él mismo en la santa pobreza, y en la práctica de las mas rigurosas austeridades.»

San Mauro, obispo y confesor.—Natural de Verona, cuya sede episcopal ocupó despues con gloria insigne, fué grande en todas las virtudes; pero descolló en la humildad, y sobre todo en la mas acrecentada caridad á los pobres, en favor de los cuales hizo prodigios de misericordia. Despues de algunos años de pontificado, renunció su dignidad, y se fué á vivir solo en el desierto, donde el Señor le favoreció con el espíritu de la profecía y el don de milagros, hasta su dichosa y feliz muerte, á la cual asistieron los ángeles para acompañar al siervo de Dios á Jerusalen celestial.

DIA 22.

Santa Cecilia, vírgen y mártir.—La gloriosa vírgen y mártir santa Cecilia nació en Roma, de padres muy nobles é ilustres: y habiendo sido llamada del Señor, de tal manera le oyó y se encendió en el amor divino, que de dia y de noche no pensaba ni trataba otra cosa, sino cómo podria alcanzar este perfecto amor; y para esto traia siempre consigo el libro de los Evangelios, y á menudo le leia, procurando poner por obra las palabras del Señor, y macerar su delicado y virginal cuerpo con ayunos y cilicios, entendiendo que así agradaria mas á su dulce esposo Jesucristo. Ocupándose la bienaventurada vírgen en estos santos ejercicios, los padres la casaron contra su voluntad, con un caballero mozo, llamado Valeriano. Vino el dia en que se habian de celebrar las bodas: y estando todos en gran fiesta y regocijo, sola Cecilia estaba triste y llorosa, y vestida de fuera de ropas de seda y oro, conforme á su estado y de su esposo, traia á raiz de sus carnes un áspero cilicio, y tres dias ántes deshaciéndose en lágrimas, y ayunando y orando, le suplicaba á nuestro Señor humildísimamente, que la guardase limpia, pura y entera como á esposa, aunque indigna suya: y para mejor impetrar lo que deseaba, tomaba por intercesores á los ángeles, á los apóstoles y mártires, y sobre todo á la Vírgen de las vírgenes y Reina de todos los santos, nuestra Señora. De esta manera se aparejó la santa vírgen para el dia de las bodas, confiando en el Señor que se podria ver á solas con su esposo Valeriano, sin detrimento de su virginidad, como le sucedió; porque aquella misma noche de las bodas, hallándose sola en su aposento con él, movida del espíritu de Dios, le habló de esta manera: Esposo mio dulcísimo, yo te comunicaria de buena gana un secreto, si supiese que me lo habias de guardar. Prometióla y juróla Valeriano que la guardaria el secreto; y ella le dijo: Yo te hago saber, que tengo en mi compañía un ángel de mi Dios, que con gran cuidado y zelo guarda mi cuerpo: y si quisieses llegarte á mí con amor carnal, temo que te costaria la vida; y si viere que tú me amas con puro y casto amor, te amará como á mí me ama, y te hará grandes mercedes como á mí me las hace. Turbóse algo Valeriano, oyendo las palabras de santa Cecilia, y con algun temor y espanto la respondió: Si tú, esposa mia muy querida, quieres que yo te dé fé á tus palabras, hazme ver á ese ángel que tú dices está en tu compañía; porque si no lo veo, pensaré que estás aficionada á otro hombre, y no á mí, y llevarlo he tan mal, que á ti y á él quitaré la vida.

Aquí replicó la santa vírgen: No se puede ver una luz resplandeciente con ojos ciegos, ni tú ver al ángel con el alma inficionada y sucia: menester será, si lo quieres ver, que creas en Jesucristo y recibas el bautismo primero, para que así seas limpio de tus manchas y pecados. Y como Valeriano, por el vehemente deseo que tenia de ver al ángel mostrase gana de hacerlo, y la preguntase quién habia de ser el que le habia de enseñar y bautizar; ella le envió á san Urbano, papa, que estaba escondido tres millas de Roma, y le dió las señas para hallarle, y un recado para el santo pontífice. Hallóle Valeriano, y refiriéle lo que habia pasado con Cecilia; y despues de haberlo oido, el santo viejo se postró en el suelo, y alzando las manos al cielo, y derramando muchas lágrimas de alegría, hizo oracion al Señor, y dijo: Gloriosísimo Señor, Dios mio, sembrador de consejos castos, recoged ahora el fruto de aquella semilla que sembrásteis en Cecilia, vuestra esposa, porque hé aquí á Valeriano, su esposo, que ántes era como un bravo leon, ahora os lo envia como un manso cordero; y no viniera él á mí con tan grande afecto, si no fuera para abrazar vuestra santa ley. Por tanto, Señor, alumbrad su corazon, y descubrios á él, para que conociéndoos mas claramente, parta mano de la vanidad y desventura de esta miserable vida. En diciendo estas palabras san Urbano, apareció luego allí un viejo de venerable rostro, vestido de ropas blancas que traia un libro en la mano, escrito con letras de oro. En viéndole Valeriano, despavorido y asombrado, cayó como muerto en tierra: levantóle y animóle san Urbano, y mandóle que leyese lo que en aquel libro estaba escrito, que eran estas palabras: «Uno es el Dios verdadero, una la verdadera fé y uno el verdadero bautismo.» Y habiendo Valeriano dicho, que todo lo que allí estaba escrito lo creia; desapareció aquel ángel, que con figura de viejo se le habia mostrado: y él fué enseñado y bautizado de san Urbano, y con indecible contento y gozo volvió á santa Cecilia. Hallóla en su retraimiento recogida en oracion, y á su lado, en forma de un mozo hermosísimo, al ángel del Señor vestido de claridad y que de su rostro despedia un resplandor maravilloso. Quedó atónito Valeriano, y mirando al ángel y remirándole, notó que tenia en la mano dos guirnaldas, de extremada belleza de rosas y azucenas, traidas del cielo. El ángel las ofreció, la una á él y la otra á Cecilia, y les dijo: Estas guirnaldas que os he dado están tejidas de las flores que en los prados amenos y olorosos del cielo se cogen, las cuales os envia Jesucristo, para que de aquí adelante os amaeis con puro y casto amor. No se marchitarán jamás estas flores, ni perderán la suavidad de su agradable olor; mas no podrán verlas, sino aquellos que amaren la castidad de la manera que vosotros la amais: y porque tú Valeriano, has creido á las palabras de tu esposa, Dios me ha enviado á ti, para que sepas que te ama tiernamente, y está aparejado para concederte cualquiera cosa que le pidieres. Oyendo el nuevo soldado de Cristo aquella larga y benigna oferta que el ángel en nombre del Señor le hacia, con una humildad profunda, derribado en el suelo, hizo gracias á Dios por tanta merced y regalo, y despues dijo al ángel: Ninguna cosa en esta vida mas deseo, que ver á un hermano que tengo, llamado Tiburcio, convertido á la santa fé de nuestro Señor Jesucristo, porque le quiero como á mi propia vida, y querria verle particionero de la gracia que yo he recibido. Y como el ángel le dijese, que Dios le habia otorgado lo que deseaba, y que Tiburcio, su hermano, vendria

al conocimiento de la verdadera luz, y que ambos presto serian coronados de martirio; dejándole muy consolado en compañía de santa Cecilia, desapareció de sus ojos. Luego vino Tiburcio: entró en el aposento donde su hermano y su cuñada estaban, y sintió una fragancia suavísima de aquellas guirnaldas de rosas y flores que el ángel les habia traido del cielo, aunque no las veia. Admirado de tan grave novedad (porque no era tiempo de rosas ni azucenas), preguntó la causa de aquel olor suavísimo, y mas del cielo que de la tierra que allí habia. De aquí tomaron ocasion mis dos santos esposos, para declarar á Tiburcio la merced tan señalada que de Dios habian recibido, y la vanidad de los dioses que la ciega gentilidad adoraba, y la verdad de la religion cristiana, y á persuadirle que la abrazase y se hiciese cristiano: lo cual todo le dijeron con tanta gracia y eficacia y espíritu del cielo, que Tiburcio quedó convencido y rendido, y se echó á los piés de santa Cecilia, ofreciéndose obedecerla en todo; y por su consejo se fué con Valeriano, su hermano, al santo pontífice Urbano, del cual recibió el agua del santo bautismo, y muy grandes gracias del Señor, y fué martirizado con su hermano Valeriano y Máximo, como lo dijimos en su vida á los 14 de abril, y no lo repetimos aquí por tratar de lo que es propio de santa Cecilia; aunque el martirio de estos hermanos é ilustres caballeros de Cristo, fué fruto de sus oraciones, y como un panal de miel que ella á guisa de abeja solícita y artificiosa fabricó, para presentarle á la mesa del celestial Padre.

Despues que los dos santos hermanos Valeriano y Tiburcio, fueron coronados del martirio, como eran personas de tanta calidad y tan ricas, el prefecto Almaquio que habia dado la sentencia de muerte contra ellos, codicioso de su mucha hacienda, mandó prender á la gloriosa vírgen santa Cecilia, que entendia haber sido la que habia engañado (como él pensaba) á su esposo y cuñado, y la que sabria dónde estaban sus grandes tesoros y riquezas. Traida delante de sí, la preguntó ¿dónde estaban las riquezas de Valeriano y Tiburcio? Y como la santa le respondiese que seguras estaban y sin peligro, porque todas habian sido repartidas á los pobres; el prefecto en gran manera se turbó, y con gran rabia la dijo: Si no quieres ó Cecilia, que te quite aquí luego la vida, sacrifica á nuestros dioses; mas la vírgen no hizo caso de las palabras ni de las amenazas del prefecto. Finalmente, despues de haber pasado algunas razones entre los dos pretendiendo Almaquio persuadirla que adorase á los ídolos y obedeciese á sus mandatos, y la santa ofreciéndose á todos los tormentos y muertes, por no perder á Jesucristo; la mandó el prefecto llevar á un templo para que allí ó ofreciese sacrificio, ó se ejecutase en ella sentencia de muerte. Llevárona los impíos ministros, y viéndola tan noble, tan rica, tan honesta y de tan extremada belleza y en la flor de su edad, movidos con una falsa compasion, la rogaban que no se echase á perder, ni se privase de los contentos de esta vida por una vana supersticion y locura; ántes sacrificando á los dioses, gozase de su hermosura, nobleza y riquezas, y de todos los otros bienes de esta vida. Mas la santa que tenia su corazon en el cielo, limpios los ojos para ver como son y no como parecen las cosas del suelo y las del cielo; volviéndose á ellos, dijo: No penseis, hermanos, que el morir por Cristo será daño para mí, sino de inestimable ganancia, porque confio en mi Señor, y tengo por cierto que con esta vida frágil y caduca alcanzaré otra bienaventurada y perdurable. ¿No os parece que es bien dejar una cosa vil, por ganar otra preciosa y de infinito valor? ¿Dejar al lodo por el oro, la enfermedad por la salud, la muerte por la vida y lo transitorio por lo eterno? ¿Por qué no quereis que yo entregue mi cuerpo á los tormentos que tan presto pasan, y á la misma muerte; pues por ella tengo de entrar en el palacio de mi dulce Esposo, tan rico, y lleno de tan grandes bienes y de una felicidad que nunca se acaba? Fueron las palabras de la santa vírgen tan eficaces, y de tal manera penetraron las corazones de los que las oyeron, que movidos y enternecidos con el espíritu del Señor, comenzaron á decir todos á gritos, que creian que Jesucristo era verdadero Dios; y santa Cecilia los llevó á su casa, y haciendo llamar secretamente al glorioso pontífice Urbano, fueron por él instruidos en las cosas de la fé, y bautizados con otros muchos en número de cuatrocientas personas y entre ellas fué Gordiano, varon principalísimo y de grande autoridad. Cuando Almaquio supo lo que habia pasado, embravecióse sobremanera: y despues de haber tentado á la santa vírgen, y procurádola ablandar y reducir á la adoracion de sus dioses; visto que todo era en vano, la mandó encerrar en un baño seco de la misma casa de santa Cecilia, y poner fuego debajo para que allí respirando aquel aire caliente y encendido, se ahogase: mas el Señor la guardó todo un dia y una noche, sin recibir detrimento alguno ni salir de su rostro una gota de sudor; ántes parecia estar en un lugar de mucho refrigerio y deleite: lo cual sabido por Almaquio, mandó que allí le cortasen la cabeza. Hiriólа tres veces el verdugo y no se la pudo cortar; y los que presentes estaban cogieron la sangre que la santa derramaba de su herida con esponjas y lienzos, para guardarla por reliquias. Vivió tres dias la santa vírgen de esta manera é iban á visitarla muchos siervos del Señor; y ella los consolaba con palabras dulcísimas.

Entre los otros que vinieron fué uno san Urbano papa; y ella le dijo que habia pedido á nuestro Señor que la alargase la vida tres dias para entregarle su hacienda, y rogarle que la repartiese á los pobres, y consagrase aquella su casa en iglesia. Pasados los tres dias estando la gloriosa vírgen en oracion, voló su bendita alma resplandeciente á su Esposo, á los 22 de noviembre, en que la Iglesia católica celebra su fiesta; y fué el año de Cristo de 232, imperando Alejandro Severo. Sepultó su santo cuerpo el papa Urbano en el cementerio de Calixto, y consagró sus casas en iglesias: y despues el papa Pascual (por una revelacion que tuvo de la misma vírgen) halló su cuerpo envuelto en telas de oro, bañadas de su misma sangre, y le tomó y trasladó con los cuerpos de Tiburcio y Valeriano, y del santo papa Urbano, á la misma iglesia, que está dentro de la ciudad de Roma, y hoy se llama Santa Cecilia, como lo escribe Anastasio, bibliotecario, en la Vida del papa Pascual, que está en la librería vaticana. Hizo esta traslacion, dice Sigiberto, el año del Señor de 821: pero el año de 1599 cavando por órden del cardenal Sfrondato, titular de Santa Cecilia, y sobrino de Gregorio XIV, se halló debajo del altar mayor, el cuerpo de esta preciosa vírgen y mártir, dentro de una caja de ciprés, tan entera y lustrosa como si se acabara de hacer. Estaba el sagrado cuerpo envuelto con un velo de oro; y junto á él se hallaron los otros santos que arriba dijimos, cada uno de por sí

y viéronse los lienzos en que ántes habia sido envuelto el cuerpo de santa Cecilia, llenos de sangre; y hubo en Roma grande alegría: y la santidad del papa Clemente VIII (que entonces presidia en la silla apostólica) dijo misa de pontifical, y con gran solemnidad colocó de nuevo el cuerpo de santa Cécilia y de los otros mártires en la misma Iglesia.

La vida de esta purísima vírgen escribió Simeon Metafraste, y refiérela Lipomano en su V tomo, y Surio en el VI de las Vidas de los santos; y hacen mencion de ellas los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio, y en el II tomo de sus Anales; y los notarios de la Iglesia romana (de los cuales los demás tomaron) escribieron su martirio.

SAN COLUMBANO, ABAD Y CONFESOR.—Cuando comenzó á amanecer la luz del santo Evangelio en Hibernia, salió á luz para bien de muchos en la misma isla san Columbano, abad; y ántes que naciese, tuvo su madre pronóstico de cuán gran varon habia de ser: porque estando preñada de Columbano, vió una noche que salia de su vientre un sol resplandeciente que alumbraba toda la tierra, y consultándolo con personas santas y sabias, la respondieron, que el niño que pariria seria una lumbrera al mundo; y así fué: porque nació Columbano, y pasados los primeros años de su niñez, se dió muy de veras á las artes liberales, las cuales aprendió perfectamente con el raro ingenio y excelente memoria que tenia y con un infatigable estudio y cuidado. Era de lindo aspecto por extremo y muy agraciado, y con la flor de su juventud muy amable. Mas el demonio, temiendo la guerra que le habia de hacer, tomó por instrumento para derribarle á unas mozuelas lascivas, que se enamoraron de él desatinadamente, y le pretendieron mancillar: pero el santo mozo, conociendo la flaqueza del corazon humano, y que no hay cosa tan segura ni lugar tan santo, donde no entre la sensualidad de nuestra carne (por ser enemigo doméstico y arraigado en nuestras entrañas, y que siempre le trae el hombre consigo), si Dios no le defiende; armóse con la oracion, suplicando al Señor que le guardase: y para huir de las ocasiones de caer y perder la castidad, se determinó á salir de su patria y dejar á su misma madre, que hecha arroyos de lágrimas, se echaba á sus piés, y tendida al umbral de su puerta le pedia que no se fuése, mostrándole los pechos que habia mamado; pero Columbano, como era llamado y guiado de Dios, con los ojos serenos (como enseña san Gerónimo que en semejantes ocasiones se deber hacer), pasó por encima de su madre, rogándola que se conformase con la voluntad de Dios: porque él se lo pagaria con retribucion eterna.

Habia allí cerca un varon santo, y en las sagradas Escrituras muy ejercitado, que se llamaba Senil, y á éste se fué Columbano, y estuvo algun tiempo con él, y se aprovechó tanto en su compañía en todas las ciencias, que siendo aun mozo, escribió algunos libros graves y eruditos, y entre ellos una exposicion de los salmos. Despues para pasar mas adelante en la virtud se hizo monge, en el monasterio de Benchor, donde era abad un santo varon llamado Comogelis. A este se entregó Columbano, para que le labrase é instruyese en la vida religiosa y perfecta; y él se dió con tanto cuidado á ella que entre los otros monges era un vivo retrato de santidad y virtud. En este monasterio estuvo muchos años con gran contento suyo, y edificacion y fruto de los otros monges; mas el Señor, que le queria poner como una hacha encendida sobre el candelero de su Iglesia, para que con su claridad alumbrase á muchos le inspiró que saliese de Irlanda: y habiéndolo comunicado con su abad, se partió con mucho sentimiento de todo el convento, con doce compañeros escogidos y varones adornados de religion y letras para Francia, adonde llegó y fué recibido muy benignamente del rey Sigiberto. Recogiéronse san Columbano y sus doce compañeros en un desierto que les pareció á propósito, y se llamaba Vogaso, y vulgarmente Luxovio. En este lugar hicieron una capilla con nombre de San Pedro, y unas celdillas á manera de chozas para su habitacion, en las cuales vivian, atendiendo de dia y de noche á la contemplacion de las cosas del cielo, y olvidándose de las de la tierra con tan raro ejemplo y tan suave olor de Cristo, que muchos por la fama de su virtud, venian á ellos y ponian sus personas y sus haciendas en sus manos, y les rogaban con mucha instancia que los admitiesen en su santa compañía. De esta manera comenzó el monasterio luxoviense á florecer y crecer cada dia mas, y san Columbano á ser conocido y respetado de todos. No ayudaba poco para esto el ver que nuestro Señor le honraba y magnificaba con muchos milagros que por él hacia; aunque no le faltaron graves tentaciones y borrascas, que bastaban para dar al través con el navío, si no estuviera firme y tan amarrado á la áncora de la esperanza y proteccion del Señor.

Iba un dia solo por el monte, pensando y tratando consigo mismo algunos lugares de la sagrada Escritura: vínole un molesto pensamiento, cuál de las dos cosas escogeria, si estuviese en su mano, ó sufrir los agravios de los hombres, ó la crueldad de las fieras; y como este pensamiento le fuese importuno, hizo la señal de la cruz sobre su frente y oró al Señor, y dijo: Mejor es sufrir la ferocidad de las bestias, donde no hay pecado, que la rabia de los hombres que persiguiendo á los otros pierden sus almas. Estando pensando y diciendo esto aparecieron de improviso doce lobos que le cercaron y con sus bocas llegaron como á asir de sus ropas. No se turbó san Columbano con la vista de los lobos, ántes estuvo seguro y constante confiando en la proteccion de Dios, y suplicándole quele favoreciese en aquel trance. Dejáronle los lobos como espantados de su constancia: mas pasando adelante oyó muchas voces como de ladrones que venian sobre él; pero tampoco se movió, entendiendo que no le podia venir daño, sino permitiéndolo el Señor; aunque nunca supo el santo si aquellos lobos que habia visto y las voces que habia oido habian sido verdaderas veces, ó embustes y marañas de Satanás, que por aquel camino le queria espantar.

No se contentó san Columbano con haber edificado el monasterio luxoviense; mas viendo que eran muchos los nuevos soldados que Dios le enviaba para que militasen debajo de su bandera, labró otro que por las muchas aguas que tenia llamó Fontanas, y puso en él por superiores algunos religiosos de conocida y aprobada virtud. Solia el santo varon los domingos y algunos dias de fiestas mas solemnes retirarse en alguna soledad apartada de su monasterio, para darse mas á la oracion (que es cosa muy provechosa y usada de muchos santos recogerse á tiempos para vacar mas quietamente á Dios); mas una vez, entrando

muy adentro del desierto, halló una gran peña que tenia una entrada muy estrecha. Entró en ella y vió un oso allí echado y muy quieto, como señor de aquella cueva: mandóle el santo mansamente que se saliese y no volviese mas á ella: el oso obedeció con gran prontitud; y el santo tomó aquella concavidad de la peña, de donde habia echado al oso, por lugar de su oracion, y con ella sacó fuente de la misma peña.

Resplandecia el abad Columbano como un sol en el mundo, con su santa vida, con su doctrina y con el gobierno de sus monasterios, y con los muchos milagros que Dios hacia por su intercesion. Creció su fama por todas partes tanto, que Teodorico, rey de los borgoñones, le cobró gran devocion y le trató familiarmente, viniéndole muchas veces á visitar, y rogándole con mucha humildad que tuviese memoria de él y de su reino en sus oraciones. Estaba el rey amancebado y escandalizaba el reino con sus deshonestos amores: avisóle san Columbano y reprendióle de su mal estado, suplicándole que se reportase y echase de sí aquella mala compañía, y se contentase de sola la de la reina, su mujer; porque de esta manera Dios, del cielo le echaria su bendicion y le guardaria el reino para sí y para sus hijos; y si perseverase en sus torpezas y deshonestidades, totalmente se perderia. El rey mostraba oir de buena gana los saludables consejos de Columbano y querer obedecerle y apartarse de su escandalosa vida; mas Brunequilde, abuela del rey, que tenia gran mano en el gobierno del reino y podia mucho con su nieto, temió que si daba de mano á las amigas que tenia, y hacia vida con la reina, que se menoscabaria su autoridad y poder, y se traspasaria en la reina. Por este ambicioso temor y deseo desordenado de mandar, incitó al rey contra el santo varon, y le persuadió que desterrase de su reino á él y á sus compañeros; porque de otra manera no podia tener paz ni descanso. El rey, que hasta allí habia honrado y reverenciado al santo, con el fuego de su carnal concupiscencia y con el aceite que le echó Brunequilde, se encendió de tal manera, que saliendo fuera de sí, mandó salir de su reino á Columbano, y envió soldados para que le echasen; y ellos le sacaron de su monasterio, al cabo de veinte años que habia estado en aquel yermo con maravillosa opinion de santidad. De donde se saca que no basta oir de buena gana á san Juan Bautista, ni hacer muchas cosas buenas por su consejo, como lo hacia Herodes, si no se reprime y vence la tirania de nuestra carne; porque mientras esta vive y reina en nosotros, nos ciega y arrebata y lleva tras sí, como hizo al rey Teodorico contra san Columbano: el cual, echado de su monasterio, se fué á la ciudad de Bisanzo, donde entendió que estaban muchos presos en la cárcel aguardando cada dia sentencia de muerte. Fuése luego á la cárcel, y entró en ella sin que ninguno se lo estorbase, y exhortó á los presos que se volviesen á Dios y que hiciesen penitencia de sus pecados: y hallándolos blandos y que oian de buena gana sus palabras, tocando con sus manos los grillos, se quebraron y se deshicieron; y el santo varon lavó á todos los piés, y se los limpió con maravillosa humildad, y mandóles que saliesen de la cárcel y se fuésen con él á la iglesia para confesarse y pedir misericordia al Señor. Salieron: y llegando á la iglesia hallaron las puertas cerradas, y vieron que venia tras ellos un capitan con muchos soldados, para tornarlos á la cárcel y hacer justicia de ellos. Volvieron los ojos á su libertador, pidiéndole que los amparase: y el santo, alzando los suyos á Dios, le suplicó que no permitiese que aquellos hombres afligidos, y que por su gracia habian ya salido de la cárcel, volviesen á ella: y al momento se abrieron las puertas de la iglesia, y los presos se entraron en ella y luego se tornaron á cerrar; y visto el milagro, los soldados no se atrevieron á echarles mano, y ellos quedaron libres, y toda la gente admirada, alabando al Señor que así honraba á san Columbano; y él, lleno de confianza en el Señor, no dudó de volver á su monasterio; mas cuando lo supo el rey, atizándole Brunequilde, comenzó á echar llamas de fuego de saña y furor, y envió luego gente armada para que sacasen á Columbano arrastrando (si fuese menester) de su convento, y de nuevo le desterrasen y echasen del reino. Cuando llegó al monasterio el capitan y los soldados que habian de ejecutar el mandato del rey, estaba Columbano en el portal de la iglesia muy seguro: cególos Dios, y no le pudieron ver teniéndole presente; y él los veia y los miraba, y hacia burla de su braveza, glorificando al Señor por aquella maravilla. Pero temiendo que los mismos soldados y otros padecerian por su causa, se determinó á salir del reino: y acompañado de un obispo y de un conde, en cumplimiento de lo que el rey habia mandado, se embarcó en una nave para volver á Hibernia; mas habiendo entrado en alta mar, no pudo pasar adelante la nave, y fué necesario volver atrás y dejar aquella jornada, por entender que no era segun la voluntad de Dios. Fué en busca de Clotario, hijo del rey Childerico, que reinaba en Lorena, del cual fué muy bien recibido: y aunque Clotario se ofreció á ayudarle y favorecerle, no quiso quedar en su reino, por no sembrar entre él y el rey Teodorico alguna discordia; y finalmente, despues de otros caminos y discursos (en que el santo padeció mucho, é hizo grandes milagros con maravilloso fruto de las almas), con el favor de Clotario llegó á Italia, donde Aglulfo, rey de los longobardos, reinaba, del cual fué acogido con extraordinaria benevolencia y reverencia; y habiendo estado con el rey algun tiempo, se fué á Milan para oponerse á los herejes arrianos que infestaban aquella ciudad, contra los cuales escribió un libro grande y erudito. Aquí supo que en cierta parte del monte Apenino, que divide Italia, habia una iglesia dedicada al príncipe de los apóstoles, y que Dios obraba en ella grandes milagros, y que aquel lugar, que se llamaba Bovio (por un riachuelo que esta allí cerca), era muy aparejado y á propósito para sus intentos, porque era fértil y abundante de aguas; y despues con consentimiento del rey Aglulfo se fué á aquel lugar, y reparó la iglesia y edificó un monasterio grande y cómodo, en donde, despues de haber vivido un año con admirable santidad, libre de la cárcel de su cuerpo, voló su espíritu al cielo, para ser coronado de gloria y gozar eternamente del Señor, á los 21 de noviembre.

Muchos fueron los milagros que nuestro Señor obró por san Columbano en vida y en muerte, que se pueden leer en su vida: nosotros referiremos aquí algunos brevemente. Estando uno de sus monges muy enfermo de calentura, y no teniendo en aquel desierto con que refrigerarse, habiendo mandado á sus monges hacer oracion al Señor para que los socorriese; pasados tres dias, vino un hombre que traia algunos caballos cargados de pan y mantenimientos, el cual dijo que interiormente se habia sentido mover de

Dios, para proveer á los que con tanta pobreza y necesidad le servian en aquella soledad. Este hombre tenia una mujer consumida de un año entero de calenturas y sin esperanzas de vida: hizo por ella oracion el santo, y luego el Señor le dió entera salud.

En nueve dias no habia comido ni el santo ni sus monges, sino unas yerbas que nacian en el campo: reveló Dios á un abad, que enviase lo necesario á Columbano para su sustento y de sus monges; y él lo hizo abundantemente: y no sabiendo los que lo llevaban el lugar en que estaba puntualmente, los caballos, guiados de los ángeles, se fuéron derechos al convento de Columbano, y él con sus monges alabó al Señor.

Otra vez, teniendo necesidad, las trojes que estaban vacías se hallaron llenas de trigo: y otra, sesenta hombres que estaban trabajando para sembrar la tierra, comieron de dos panes que solos tenian, y bebieron de un poco de cerveza, y se hartaron, por haber echado su bendicion Columbano y rogado al Señor que lo multiplicase; y de los panes cogieron dos espuertas, y de la cerveza quedó dos veces tanto mas de lo que ántes habia: y en este género y en la singular providencia del Señor en proveer á las necesidades de sus siervos, tuvo muchas y grandes experiencias Columbano, y particulares favores del Señor, mostrándole con las obras el paternal cuidado que tiene de los que de veras le sirven y tienen puesta toda su confianza en él.

Una vez mandó á uno de sus monges que fuése á pescar á un rio, y le trajese los peces que cogiese: fué el monge: y pareciéndole que habria mas pescado en otro rio, dejó de ir al que Columbano le habia mandado: fué á él: echó sus redes, y trabajó todo el dia, y con ver á los ojos un número innumerable de peces delante de sí, no cogió ninguno: y volviendo al convento, dijo al abad que habia perdido el tiempo, y tornaba con las manos vacías. El abad le reprendió porque no habia ido al rio que él le habia mandado, diciendo que por su desobediencia Dios le habia castigado: mandóle ir al otro rio, y en llegando á él, prendió tantos peces, que apenas los podia traer, que es ejemplo raro para enseñarnos la simplicidad y puntualidad que el Señor pide á los religiosos en la obediencia. Tambien es ejemplo en la obediencia que el religioso debe á su superior, otro milagro que le sucedió. Estaban muchos de sus monges muy enfermos, y el santo recogido en su peña, tuvo revelacion de ello: fuése al monasterio de Luxovio, y mandó á todos los enfermos que se levantasen y fuésen á las eras á trillar: muchos fuéron y algunos se quedaron; mas todos los que fuéron por virtud de la santa obediencia sanaron, y los que por su flaqueza y falta de obediencia dejaron de ir, se quedaron con sus enfermedades: las cuales se les arraigaron de manera, que les duraron mas de un año, y conocieron su culpa é hicieron penitencia.

Otra vez, al tiempo de la siega, estando el santo con sus monges bien ocupado en ella, y lloviendo una agua muy recia al rededor de los segadores, sobre ellos no cayó gota, ántes tuvieron sol y serenidad, que les duró todo el tiempo que fué menester hasta poner las mieses en cobro.

Hurtóle una vez un cuervo una manopla de dediles con que el santo trabajaba: entendiólo Columbano, dijo que no daria de comer á los pollos del cuervo hasta que le restituyese su manopla; y súbitamente apareció el cuervo trayendo en el pico la manopla, la cual puso á los piés del santo y delante de los otros monges que allí estaban, aguardando quietamente el castigo de su atrevimiento; mas el santo le mandó que se fuése y así lo hizo.

Creció el rio Bovio una vez mucho, y el molino del convento estaba en peligro que no se le llevase el rio con su corriente: mandó san Columbano á un diácono suyo, que se llamaba Sinoaldo, que tomase su báculo, y hecha la señal de la cruz, mandase al rio de su parte que dejase aquel camino y echase por otra parte. Sinoaldo lo mandó, y el rio obedeció: y el Señor fué glorificado, á quien obedecen todas las criaturas.

Estando el refitolero sacando cerveza de la cueva para la comida del convento, y quitada la canilla de la cuba hinchendo el vaso, fué llamado de otro fraile en nombre de san Columbano: el refitolero, para acudir puntualmente á la obediencia, corrió luego, y con la priesa olvidóse de cerrar la canilla: volvió despues á la cueva con la canilla en la mano, creyendo que toda la cerveza se habria salido; y halló la cuba entera y que no se habia salido gota: para enseñarnos nuestro Señor, cuan grata le es la obediencia y la prontitud con que el religioso acude á ella.

Yendo una vez por el monte solo, vió un ciervo que los lobos habian muerto, y sobre él un oso que le chupaba la sangre y habia comenzado á comer de sus carnes. Mandóle el santo al oso que no tocase al pellejo del ciervo, porque era bueno para zapatos; y el oso, olvidado de su naturaleza, bajó la cabeza y obedeció. Despues mandó Columbano á sus monges recoger el ciervo: y aunque muchas aves de rapiña le vieron y volaban hácia él, ninguna le osó tocar. Estaba uno de sus monges (que tambien se llamaba Columbano) para morir: y pidiendo al Señor que le sacase de esta vida, vió cabe sí un varon vestido de clarísima luz, que le dijo, que no le podia librar del cuerpo, porque Columbano, su padre, con sus oraciones y lágrimas lo impedia. Avisó el monge á Columbano de lo que habia visto, quejándose mucho de que su caridad le era dañosa: y el santo, entendiendo el caso, hizo oracion con sus monges, y dándole el viático y su bendicion, le dejó volar al cielo; porque era muy santo, tanto que las fieras y las aves le obedecian.

Pero pongamos fin á los milagros de san Columbano, porque fueron muchos y notables; y para acabar, digamos solamente como Dios cumplió su profecía acerca de la muerte del rey Teodorico y de todos sus hijos, que fué el que le persiguió y le echó de su reino, como queda referido. Despues que el santo amonestó al rey y le reprendió severamente de sus deshonestidades y torpezas, sin provecho, y no quiso aceptar los regalos que el mismo rey le enviaba para su comida, ántes los mismos vasos en que iba se hicieron pedazos, ni tampoco quiso echar su bendicion á los hijos del rey, diciendo que eran hijos de maldicion y de pecado; alumbrado con espíritu del cielo, dijo que el rey Teodorico y todos sus hijos dentro de tres años moririan mala muerte, y el rey Clotario vendria á ser rey y señor de todo lo que el rey Teodorico poseia. Todo se cumplió como el santo lo dijo; porque en aquel espacio de tiempo Teodorico, estando en Metz de Lorena, murió abrasado de un rayo, como escribe Jonás en la vida de san Columbano; aunque otros dicen que murió con yerbas que le dió Brunequilde, su abuela; y otros

de cierta enfermedad. Despues Clotario en una batalla prendió á Sigiberto, hijo de Teodorico, y otros cinco hermanos suyos, los cuales todos murieron á sus manos; y Brunequilde su bisabuela, que habia sido la levadura de las discordias del reino, y la que por su ambicion habia incitado al rey Teodorico contra san Columbano y otros santos varones, y por su causa los habia maltratado y perseguido tambien fué presa; y en pago de tantas maldades y de la mucha sangre real que por mandar ella se habia derramado, subida en un camello, fué sacada á la vergüenza atada por los cabellos á la cola de un feroz y desapoderado caballo, y fué arrastrada y hecha pedazos con grande alegría y regocijo de todo el pueblo, del cual sobre manera era aborrecida: para que entendamos la venganza que Dios toma de las injurias que se hacen á sus siervos, y que, aunque aguarda con paciencia, al fin castiga con rigor. Algunos historiadores de las cosas de Francia, como Paulo Emilio y Papirio Masonio, quieren excusar á Brunequilde, por ver que san Gregorio, papa, en algunas epístolas la alaba, y porque edificó algunos templos, monasterios y hospitales, é hizo otras obras de piedad; pero bien puede ser que á los principios fuese y se mostrase cristiana y piadosa princesa, y que despues con la ambicion y apetito de mandar se hubiese pervertido y sido la que los historiadores dicen.

La vida de san Columbano escribió Jonás, abad, que vivió en su tiempo: tráela el P. Fr. Lorenzo Surio en su VI tomo y en la tercera parte de las obras de Beda se halla. Hacen mencion de él los Martirologios romano, el de Usuardo y Adon, y Sigisberto *in Chron.*, año de 598; san Anton, p. 2, tít. 3, cap. 6, §. 11; y el cardenal Baronio en sus anotaciones, á 21 de noviembre, y en el tomo VIII de sus Anales, donde dice que murió el año de 615.

* San Mauro, mártir.—Era africano de nacion y hombre dado en el cumplimiento de sus deberes y muy cristiano. Con el objeto de fomentar mas su piedad, hizo un viaje á Roma para visitar el sepulcro de los santos apóstoles. Esto fué cuando imperaba Numeriano. Acusado de que era cristiano ante el gobernador Galesino, este lo hizo prender, y como no quisiese adorar á los ídolos, lo mandó degollar el año 284.

San Filemon y santa Apia, mártires.—Filemon era un ciudadano rico de Coloses en Frigia, y se cree que fué convertido á la religion por Epafras, discípulo del apóstol san Pablo. En poco tiempo hizo admirables progresos en la virtud, y su casa llegó á ser como una iglesia, ó el lugar donde se reunian los fieles para orar y ofrecer el santo sacrificio. Onésimo, su esclavo, le robó algunos tesoros y huyó á Roma, donde á la sazon se hallaba san Pablo prisionero. El caritativo apóstol procuró hablar al esclavo, le hizo conocer su falta, le instruyó en las verdades eternas, le administró el bautismo, y lo envió convertido y trasformado á su señor Filemon, al cual escribió al mismo tiempo una carta de recomendacion, que es un modelo inimitable de elocuente persuasion, de caridad y de ternura y que la Iglesia conserva entre sus libros canónicos. Filemon estaba casado, y su mujer Apia, digna de él por sus virtudes, y llamada por el mismo san Pablo su muy amada hermana, era la admiracion de todos aquellos cristianos por su fé, su piedad y la solicitud con que se empleaba en el socorro de los pobres. Los griegos cuentan otras particularidades de la vida de estos dos santos esposos, que carecen de fundamento y solo se tiene como probable, que murieron mártires en la misma ciudad de Coloses á manos del populacho, que los asesinó en medio de una conmocion popular excitada contra los cristianos. El Martirologio romano dice, que en tiempo del emperador Neron, habiendo los gentiles levantado un tumulto en la Iglesia en la fiesta de Diana, fueron los dos santos presos y azotados por órden del gobernador Astocles, y que despues los sepultaron en un hoyo hasta la cintura, y los apedrearon hasta que murieron.

Los santos Marcos y Estévan, mártires.—Derramaron su sangre en defensa del Evangelio en la ciudad de Antioquía el año 303, segun el P. Pagi, y el 305, segun el cardenal Baronio. El Martirologio romano dice que murieron durante la persecucion de Diocleciano.

San Prammacio, obispo y confesor.—Floreció en el siglo V y murió en el año 490. Fué obispo de Autun, distinguiéndose por su infatigable celo en hacer desaparecer de su diócesis las reliquias que quedaban de la idolatría. Padeció muchos trabajos por la fé y obró grandes milagros, algunos de los cuales nos ha conservado Usuardo en las anotaciones al Martirologio.

Santa Tigridia, abadesa.—Fué hija de los condes de Castilla don Sancho y doña Urraca, que la hicieron criar en el temor de Dios. Cuando fué ya mayor de edad y vieron que todo su deseo era vivir retirada del mundo, los condes edificaron un monasterio á cuatro leguas de Bribiesca el año 1011, nombraron abadesa de él á su hija Tigridia. Desempeñó aquel cargo muy cumplidamente, dejando en todas partes buen olor de virtudes, de modo que ya en vida le dieron el título de santa. (Florez, tomo XXVII.)

DIA 23.

San Clemente, papa y martir.—San Clemente papa y mártir, fué romano y nobilísimo, y deudo muy cercano del emperador Domiciano: su padre se llamó Faustino. Nació en la region ó barrio del monte Celio, que es donde ahora está la iglesia de San Estévan Rotundo y de san Juan de Letran. Fué san Clemente discípulo del apóstol S. n Pablo, y ayudóle en la predicacion, como lo testifica el mismo apóstol en la epístola que escribió á los filipenses cuando dice: «Yo y Clemente y los demás compañeros que trabajan conmigo en el Evangelio, y están sus nombres escritos en el libro de la vida.» Despues se hizo discípulo del príncipe de los apóstoles san Pedro, y por sus grandes prendas de santidad, letras y prudencia, el mismo apóstol le instituyó sucesor suyo en su cátedra pontifical y vicario de Cristo en la tierra; pero fué tanta su humildad, que muerto san Pedro con tan glorioso martirio no quiso sentarse en aquella silla, por tenerse por indigno de ella y parecerle que no convenia abrir la puerta con aquel ejemplo, para que aquella suprema dignidad y las otras de la Iglesia se dejasen como por herencia y nó por merecimientos; y así dió su lugar san Clemente, primero á Lino y despues á Cleto, que sucedieron en el sumo pontificado inmediatamente á san Pedro; y muerto Cleto, tomó el gobierno de la Iglesia, y fué el cuarto sumo pontífice de ella. De él dice san Bernardo estas palabras: «Era san Clemente de noble linaje: tenia grandes posesiones y rique-

zas, y no ménos sabiduría; porque era tenido por muy excelente filósofo. Todas estas cosas habia recibido de Dios (cuyos dones son), y él por su amor las despreció todas, teniéndolas por un poco de estiercol y basura por ganar á Jesucristo.» Siendo, pues, sumo pontífice, tuvo gran cuidado que se escribiesen los hechos de los mártires, que con su sangre fundaban la Iglesia, y nos dieron ejemplo de lo que nosotros debemos hacer y padecer para alcanzar la otra vida que esperamos. Para esto señaló siete notarios y los repartió en los barrios de Roma para que tuviesen cuenta de inquirir y escribir sus batallas y triunfos. Mandó que despues del bautismo recibiesen los cristianos el sacramento de la confirmacion. Ordenó que la cátedra episcopal se pusiese en lugar público y eminente. Predicaba la palabra de Dios con tanto fervor y espíritu, que muchos gentiles se convertian á nuestra santa fé, y algunos no se contentaban con guardar los preceptos de Cristo, sino que pasaban mas adelante y se daban á toda perfeccion, y seguian los consejos evangélicos y vivian en castidad; porque san Clemente fué perpetuamente vírgen y amador de las vírgenes, y siempre alababa y ensalzaba esta celestial virtud; y consagró al Señor á Flavia Domitila, sobrina del emperador Domiciano, hija de una su hermana y de Flavio Clemente, la cual estaba desposada con un caballero principalísimo llamado Aureliano; aunque por aquella obra le habian de venir muchos y grandes trabajos. Convirtió tambien á la fé á Teodora, mujer de Sisinio, hombre poderoso en Roma: el cual, deseando ver lo que hacian los cristianos en los oratorios donde se juntaban, por saber que se hallaba allí su mujer, él de secreto se fué á ellos: mas por la voluntad de Dios se quedó ciego de la vista corporal, para que cobrase la del alma; porque las oraciones de san Clemente le restituyeron la vista del cuerpo, y sus palabras alumbraron y penetraron el corazon de Sisinio de tal manera, que se hizo cristiano y se bautizó, y por ejemplo de persona tan principal otros muchos recibieron la fé del Señor. Cada dia crecia el número de los fieles por la predicacion del santo pontífice Clemente, y por los muchos y grandes milagros que continuamente hacia. Tuvo el demonio envidia de este bien y movió á algunos ministros suyos, sacerdotes de los ídolos y otra gente viciosa, para que persiguiesen á san Clemente, y alborotasen el pueblo contra él como contra un cruel enemigo de sus dioses. Acusáronle delante de Mamertino, prefecto de Roma, que era hombre moderado y prudente.

Mandóle llamar y tratóle con mucho comedimiento, sabiendo que era de generosa y nobilísima sangre; y con buenas palabras le exhortó á que adorase á los dioses del imperio romano y no introdujese nueva religion: pero san Clemente le respondió con la resolucion y entereza que á su persona le convenia. Mamertino vió alterada y dividida en bandos la ciudad; porque unos acusaban el santo como un embustero sacrílego enemigo de sus dioses y autor de una nueva supersticion, que predicaba ser Dios un crucificado: otros al contrario, le alababan y defendian como á hombre moderado, sabio y prudente, amigo de hacer bien á todos, y que habia dado salud á muchos enfermos y remediado los pobres, sin haber hecho jamás cosa que pudiese parecer mal. Estando, pues, el prefecto dudoso, consultó aquel negocio con el emperador Trajano; y él mandó que Clemente, ó sacrificase á los dioses ó fuese desterrado á la soledad de la ciudad de Quersona, en las partes mas remotas del Ponto Euxino. Con esta respuesta del emperador procuró Mamertino persuadir á san Clemente que adorase á los dioses; y san Clemente á él que fuese cristiano, dándole á entender que el destierro padecido por Cristo seria muy sabroso.

Dióle el Señor tanta gracia en sus palabras, que Mamertino, derramando muchas lágrimas de lástima, dijo á san Clemente: El Dios que adoras te favorezca en este trabajo que por él padeces; y mandó aprestar y proveer de todo lo necesario un navío, en que el santo navegó y llegó á su destierro. Siguiéronle muchos de su voluntad, dejando á su patria, sus casas y haciendas por acompañar á su santo maestro y pastor. Halló allí dos mil cristianos que por el mismo emperador habian sido desterrados y condenados á cortar y llevar piedra: los cuales se consolaron con el santo pontífice por tener en él padre, doctor, alivio y todo consuelo.

El les habló y animó, diciéndoles que Dios le habia enviado para que participase de sus oraciones y merecimientos. Entre los trabajos que tenian los santos mártires en aquella soledad, era uno la falta de agua que padecian, que era tanta, que la habian de traer á sus costas, léjos dos leguas; y este trabajo hacia mas penosa é intolerable el otro de cortar y llevar la piedra. Enterneciose el santo pontífice, por ver la fatiga que aquellos cristianos padecian; y movido de compasion, les dijo que hiciesen todos oracion, y suplicasen á nuestro Señor Jesucristo que les descubriese alguna vena de agua viva para remedio de tan grave trabajo. Acabada la oracion, alzó los ojos el santo, y vió un cordero que levantaba el pié derecho, como señalando donde estaba el agua. Ninguno de los que allí estaban vió el cordero, sino san Clemente; y él entendió que era Jesucristo, que le aparecia en aquella figura, y le habia oido y queria consolar. Fuése á aquel lugar y dijo: En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, cavad aquí. Comenzaron unos por una parte, y otros por otra á cavar la tierra, y el mismo santo tomó un azadon, y dando un pequeño golpe en el lugar donde habia visto el cordero, salió luego una fuente de agua clara y dulcísima, y tan copiosa y con tanto ímpetu, que luego se hizo un rio, con gran consolacion y regocijo del santo y de todos los presentes. Divulgóse la fama de este milagro por toda aquella tierra; concurrió mucha gente á ver á san Clemente; y oyendo sus palabras y doctrina del cielo, los fieles se confirmaban en la fé, y los gentiles se convertian en tan gran número, que cada dia se bautizaban quinientas personas y mas; y dentro de un año se hicieron setenta y cinco iglesias, y se dedicaron á Cristo nuestro Salvador, y se derribaron los templos edificados á los dioses, y se hicieron pedazos todos los ídolos y simulacros de toda aquella tierra, y cien leguas al rededor. Mucho crecia el número de los fieles por la predicacion del santo pontífice Clemente: vino á saberlo el emperador Trajano; é indignado y sañoso, envió á aquellas partes un presidente, llamado Aufidiano, el cual hizo grande estrago en los cristianos, y con varios géneros de tormentos y muertes martirizó á muchos: pero viendo que todos estaban constantes en la fé y morian con alegría, juzgando que era mejor perdonar á su muchedumbre, y castigar á la cabeza y maestro de todos, que era Clemente, le mandó llamar, y hallándole firme y constante en la confesion de Jesucristo, y que por

ningun camino le podia persuadir que adorase á los dioses, mandó á los verdugos y sayones que le llevasen dentro en alta mar, y con una pesada áncora á su cuello le echasen en él, para que los cristianos no le reverenciasen como á Dios. Grandes fueron los gemidos, las voces y alaridos que daban todos aquellos cristianos, cuando supieron la sentencia que se habia dado contra el santo pontífice; porque tenian en él padre, maestro, hermano y fiel amigo, y en una vida tan desconsolada, un consuelo tan universal para todos. El santo pontífice tambien, por verlos tristes, se entristecia y lloraba con ellos, y los consolaba como podia. Estando ya á punto para ser arrojado en el mar, la gente, que estaba á la mira en la ribera, levantó un grande alarido diciendo: Señor Jesucristo, sálvale; y san Clemente dijo: Padre eterno, recibe mi espíritu, y así fué echado en el mar, y recibió la corona del martirio. Quedaron los cristianos muy tristes y llorosos. Estaban entre ellos dos discípulos de san Clemente, llamados Cornelio y Febo: estos hablaron á la multitud, y dijeron: Hermanos, hagamos oracion, para que Dios sea servido de mostrarnos las reliquias de este santo mártir. Hicieron su oracion, y luego el mar se retrajo por espacio de tres millas, ó de una legua, de manera que pudieron entrar en él, como por tierra, todo aquel espacio. Hallaron (¡ó poderoso Dios, obrador de maravillas y honrador de tus santos!) en él una capilla ó pequeño templo, fabricado por manos de ángeles, y dentro del templo una arca de piedra, en que estaba el cuerpo de san Clemente y junto á él la áncora con que habia sido echado en el mar. No solamente sucedió este milagro aquel año en que murió el santo pontífice, sino todos los otros años acaecia lo mismo, y se retiraba tres millas el mar (como está dicho), dejando el camino seco por siete dias, el de su martirio y otros seis siguientes. Con la novedad de un milagro tan nuevo y tan grande, venian de diversas partes los fieles en romería al sepulcro del santo al tiempo que se descubria: vino una vez una mujer con un hijo suyo pequeño; y entrando en el templo donde estaba el cuerpo del santo mártir, el niño se durmió. Pasados ya los siete dias, vino el mar á juntarse como solia, y retrayéndose todos, la madre del niño que dormia (porque Dios por este camino queria honrar á san Clemente, y descubrir lo que puede su santa intercesion), olvidada de él, se lo dejó en el templo. Estando ya fuera, se acordó de su hijo, á tiempo que no se pudo socorrer (porque ya las aguas habian crecido, y ocupado y cubierto el templo): hizo los extremos que en tal caso se pueden pensar, y creyendo que su hijo seria ahogado, buscó por aquella playa el cuerpo, para consolarse siquiera con él, mas no le halló: y así se volvió á su casa triste y afligida, y pasó todo aquel año con extraño desconsuelo. Al año siguiente no dejó de volver á su romería, aunque le habia ido (al parecer) tan mal en la pasada: entró en el templo: hizo oracion al sepulcro del santo; y volviendo los ojos al lugar donde habia dejado á su hijo, le vió durmiendo de la misma manera que le habia dejado, y como loca y fuera de sí de placer, corrió á él y le tomó en sus brazos, y le dió muchos besos, y derramando lágrimas de alegría, le preguntaba qué habia sido de él todo aquel año; y el niño decia que él durmiendo habia estado, y no sabia si habia pasado año, ó qué espacio de tiempo. Este milagro tan estupendo, escriben san Efrain, mártir, obispo de Quersona, san Gregorio Turonense, y el papa Juan III, hace mencion de él en una epístola decretal y otros autores. Metafraste dice, que el dia de la fiesta del santo, los que venian á su sepulcro, alcanzaban de Dios lo que le suplicaban por la intercesion de san Clemente; y que allí los ciegos recibian vista, los cojos piés, los mancos manos, y todos los enfermos salud, y los endemoniados eran librados con solo tocar las reliquias del santo y beber un poco de agua bendita. Pues ¿quién no se admira de la liberalidad del Señor para con sus siervos, y de la benignidad con que los magnifica y ensalza á su mandado todas las criaturas? Porque si tanto admiró el pueblo de Israel ver una vez abierto el mar, para pasar por él á pié enjuto cuando le persiguia el ejército de Faraon; ¿cómo no nos habemos de maravillar nosotros, viendo cada año se retiraba el mar el dia del martirio de san Clemente, y dejaba la tierra enjuta y seca, para que todo el pueblo pudiese ir por ella, y reverenciar su santo cuerpo? ¿Qué sepulcro pudo haber mas glorioso, que el que fué labrado por manos de ángeles para honra de este santo? ¿Qué sueño mas suave, que el que tuvo el niño todo un año? ¿Y qué mayor maravilla, que restituirle vivo á la madre que le tenia y lloraba por muerto? Estos son milagros y prodigios que obra Dios para glorificar á los que le glorifican, y ensalzar á los que se humillan y menosprecian por su amor. Y si esto hace acá en la tierra; ¿qué pensamos que hará allá en el cielo, para que todos nos animemos á servir á tan buen Señor, é imitar á san Clemente, que tanto hizo y padeció por imitarle? En el lugar donde manó la fuente por la oracion de san Clemente, el sumo pontífice Nicolao, I de este nombre, mandó edificar una iglesia en honra y con nombre de san Clemente; y en su mismo tiempo un Cirilo, varon santo, llevó á Roma el cuerpo de san Clemente, y fué colocado con gran solemnidad en una iglesia de su nombre, que se habia fundado ántes, como lo dice el Martirologio romano. Vivió san Clemente en el pontificado nueve años: celebró dos veces órdenes por el mes de diciembre, y creó quince obispos, diez presbíteros y dos diáconos. Fué su martirio á 23 de noviembre del año del Señor de 102, imperando Trajano.

Escribió san Clemente algunas obras admirables, con las cuales enseñó y enriqueció la Iglesia del Señor; aunque algunas se han ya perdido, y de las otras que quedan, hay gran variedad de opiniones entre los autores: porque algunos afirman que son suyas: otros lo niegan; y otros dicen que han sido corrompidas y depravadas de los herejes. San Gerónimo en el libro de los Escritores eclesiásticos, dice que san Clemente escribió en nombre de la Iglesia romana una epístola maravillosa á la Iglesia de Corinto, que se leia públicamente en algunas iglesias, y que era muy semejante á la epístola que san Pablo escribió á los hebreos; y añade este santísimo doctor, que tambien se hallaba otra segunda epístola en nombre de san Clemente; pero que los padres antiguos no la admitian por tal, como tampoco la disputa de san Pedro con Apion. Esto es de san Gerónimo, hablando de san Clemente, y alega á Eusebio Cesariense.

Gelasio, papa, da por apócrifos actos que andaban en nombre de san Pedro apóstol, y el libro de los Cánones apostólicos, y de un libro y del otro algunos hacen autor á san Clemente, papa. Mas porque el examinar y averiguar cuáles sean las verdaderas y legítimas obras de san Clemente, y cuáles las que, sin ser suyas, se le atribuyen, no

es propio de este lugar, sino es tratar de su vida y virtudes; dejaremos esta materia, remitiendo al que lo quisiere ver mas en particular, al cardenal Baronio y Sixto Senense, que tratan de esta materia; y mas copiosamente con grande erudicion el padre doctor Francisco Turriano, de la Compañía de Jesus, el cual escribió dos libros, uno en defensa de las Constituciones y Cánones apostólicos de san Clemente, y otro de sus epístolas y de las otras de los romanos pontífices. Escribieron de san Clemente, san Ireneo, san Epifanio, san Agustin, San Gerónimo, Optato Milevitano y Enquerio, y todos los Martirologios y escritores de las vidas de sumos pontífices.

Santa Felícitas, mártir.—Uno de los afectos que los que tienen hijos deben mas moderar y vencer, es el amor de los mismos hijos: porque aunque naturalmente se aman y se deben amar; pero débese hacer con tasa y medida, y de manera, que por el amor de los hijos no se pierda el amor de Dios, que se debe reprimir á todas las cosas. Tambien se debe advertir mucho en qué consiste el verdadero amor de los hijos; porque muchos padres desean y procuran para sus hijos los bienes caducos y perecederos de esta vida, con una ansia tan grande y con una sed tan insaciable, que todo les parece poco y corto para lo que ellos quarrian para sus hijos, y en esto ponen la fineza y forma de su amor, sin tener cuidado de adornar los hijos de virtudes, y hacerlos dignos de los mismos bienes que les procuran, y enseñarles cómo han de ganar aquellos bienes eternos é inmensos de la gloria que esperamos, en cuya comparacion todos los bienes de la tierra no son sino bienes contrahechos y pintados. Para enseñar á los padres esta verdad, y darles regla y ejemplo de lo que deben hacer con sus hijos, hace hoy la santa Iglesia conmemoracion de la bienaventurada santa Felícitas, matrona ilustre romana, que era viuda, tenia siete hijos, y vivia sin reprension, procurando servir á Dios y que sus hijos le sirviesen; y con su ejemplo y santa instruccion los animó y arraigó de tal manera en el amor de Dios, que todos los siete hijos en los ojos de su bendita madre fueron martirizados en tiempo del emperador Marco Aurelio Antonino, y con varios géneros de tormentos y muerte consumidos y acabados, como lo dijimos el dia de su martirio, que fué á los 10 de julio. Pero despues que los gloriosos caballeros de Jesucristo é hijos de santa Felícitas pelearon varonilmente y alcanzaron la victoria, toda la saña y furor del emperador se convirtió contra la santa madre, porque con sus palabras habia esforzado y dado armas para pelear á sus hijos. Por esto la mandó el tirano poner en la cárcel, y no quiso que muriese luego, para que viviendo, sintiese mas cada dia las muertes de sus hijos; porque dado que por verlos ya ciudadanos del cielo estaba alegre y contenta, no podia como madre dejar de sentir el haberlos perdido para sí, aunque los habia ganado para Dios. Dejóla estar cuatro meses en la cárcel para afligirla y angustiarla mas; y al cabo, viendo que perseveraba en la constancia de la fé de Cristo, la mandó degollar. De esta bienaventurada madre y dechado de madres cristianas, y como dice san Gregorio, mas que mártir, porque lo fué ocho veces, siete en sus hijos y una en sí, dice el mismo san Gregorio estas palabras: «Consideremos, hermanos, esta mujer, y avergoncémonos que, siendo hombres, nos haga tanta ventaja: porque muchas veces una sola palabra dicha contra nosotros nos turba y nos hace dejar nuestros buenos propósitos; mas á santa Felícitas los tormentos ni la misma muerte no fueron parte para vencerla y hacerla volver atrás. Nosotros con un soplo de contradiccion desmayamos y caemos; y ella rompió por el hierro y por las peñas para alcanzar la corona. Nosotros no damos á los pobres la hacienda que nos sobra por amor de Cristo; y ella le ofreció su carne en sacrificio. Nosotros, cuando Dios nos pide los hijos que nos ha prestado, lloramos continuamente sin consuelo; y ella lloraba sus hijos porque no morian por Cristo; y cuando los vió muertos se gozó.» Esto es de san Gregorio. Y san Pedro, arzobispo de Ravena, dice: «Veis aquí una mujer, á quien la vida de sus hijos puso en cuidado y la muerte hizo segura. Dichosa ella que tiene en el cielo tantas luces, cuantos hijos tuvo en la tierra: dichosa fué en parirlos, y dichosísima fué en enviarlos al cielo. Andaba mas diligente entre los cuerpos muertos, cuando el tirano se los mandaba matar, que cuando los tenia en las cunas y les daba el pecho; porque con los ojos del alma consideraba, que cuántas eran las heridas, tantas habian de ser las joyas de la victoria: cuantos los tormentos, tantos los premios; y y cuanto mas duras las batallas, mas gloriosas las coronas. ?Qué diré de esta valerosa mujer? Sino que no es verdadera madre, la que no sabe amar á sus hijos, como esta amó á los suyos.» Hasta aquí son palabras de san Pedro de Ravena. Fué el martirio de santa Felícitas á los 23 de noviembre, del año del Señor 175. Hacen mencion de ella el Martirologio romano y los demás.

* Santa Lucrecia, vírgen y mártir.—En algunos Martirologios se hace mencion de esta santa vírgen española, y segun dice el P. Florez en su España Sagrada, ya en el siglo sexto habia en Mérida un templo consagrado á Dios bajo la invocacion de esta santa. No se sabe de cierto cuando sufrió el martirio, creyendo algunos fuera en tiempo de Decio. Segun el cardenal Baronio murió el año 303, y Galesinio afirma que fué degollada de órden de Deciano en tiempo del emperador Diocleciano.

San Sisinio, mártir.—Era un cristiano de Mármora, en el Helesponto, que por los últimos dias de persecucion contra la Iglesia dió ilustre testimonio de su fé. Sufrió horribles tormentos, en medio de los cuales no cesó de glorificar al Dios por quien padecia, y por fin fué degollado, el año 311.

San Anfiloquio, obispo y confesor.—Nació en Capadocia, y se dedicó al estudio de la retórica y del derecho. Fué magistrado de su patria; mereció ser estimado de todos por su probidad y sus costumbres, y estuvo unido en estrecha amistad con san Basilio y san Gregorio Nacianceno, que eran de mucha mas edad que él. Por consejo de este último dejó Anfiloquio el mundo, y se retiró á servir á Dios en el desierto, donde vivió solo con su padre anciano y enfermo, dedicándose todo entero á la meditacion y al estudio de las sagradas Letras. Hallándose en Iconia de Pisidia, el año 374, fué elegido obispo de la misma ciudad, y á pesar de su humildad, fué desde luego ordenado sacerdote y consagrado obispo por san Basilio, que miró su eleccion como una providencia particular del cielo en favor de la Iglesia de Oriente. El nuevo pastor justificó esta opinion, trabajando de continuo para oponerse á los vicios y á las herejías, corregir los abusos, tronar con santa libertad contra el mar, y gobernar en paz y justicia su rebaño. Obtuvo del emperador Teodosio

algunas leyes muy severas contra los herejes, haciéndole conocer los trastornos que excita siempre el espíritu de secta en el estado, lo mismo que en la religion. Cuéntase, que incomodado un dia Anfiloquio porque aquel príncipe oia favorablemente á los arrianos, fué al palacio imperial, y afectó hacer poco caso de Arcadio, hijo del emperador. Ofendido este de semejante conducta, mandó que el venerable obispo fuese echado á la calle; mas el santo le dijo entonces con entereza: «Señor, vos no quereis que se falte al respeto á vuestro hijo, y os indignais contra los que no le veneran: ¿cómo creeis que tratará el Dios del universo á los que blasfeman contra su Hijo único?» Semejante indicacion, cuya fiesta y sabiduría conoció Teodosio, decidió al emperador á reprimir los excesos de los arrianos. San Anfiloquio asistió al primer concilio general de Constantinopla en 381, presidió el concilio de Sida, y en uno y otro hízose admirar por sus luces y su zelo. Parece que murió el año de 394; dejando á la posteridad la reputacion de uno de los padres mas ilustres de la Iglesia griega. San Gregorio Nacianceno le llama «pontífice irreprensible, ángel del Señor y héroe de la verdad,» y él mismo nos dice que el santo obispo de Iconia curó á muchos enfermos por medio de sus oraciones, por la invocacion de la santísima Trinidad, y por la oblacion del incruento sacrificio.

San Gregorio, obispo y confesor.—Floreció en el siglo VI, siendo obispo de Agrigento en Sicilia. Su zelo por la defensa de la verdad católica le acarreó el odio de los herejes, y sufrió con paciencia y alegría todas las persecuciones. Una vez fué acusado al papa san Gregorio, y tuvo que ir á Roma para defenderse; pero el pontífice, que conoció su inocencia, le colmó de presentes y le animó á continuar su tarea. Efectivamente, habiendo llegado á una santa vejez, murió en el Señor, entre sus ovejas, el año 592.

San Trudon, obispo y confesor.—Ilustró el territorio de la Hasbania con el resplandor de sus virtudes. Habiendo perdido á sus padres, se retiró á Metz, y se puso bajo la direccion de su piadoso obispo. Durante algunos años distribuyó su tiempo entre el estudio, las obras de caridad, la lectura de los salmos, la meditacion de la ley del Señor y otros ejercicios de piedad. Despues mandó edificar un monasterio en una de sus posesiones, no solo para que sirviese de asilo á los solitarios, sino para abrir en él una escuela, en la cual aprendiese la juventud, las ciencias y la piedad. Fué ordenado sacerdote, y con sus predicaciones extirpó los restos de la idolatría; estuvo tambien dotado del don de milagros, y murió santamente el año 693.

San Daniel, obispo y confesor.—Floreció al principio del siglo VI en la Gran Bretaña, cuyas Iglesias lo han tenido en grande veneracion. El año 516 fundó un monasterio ó colegio junto al canal que separa la isla de Anglesey del pais de Gales. Poco despues se levantó en el mismo sitio una ciudad, de la cual fué Daniel nombrado obispo, gobernándola hasta el año 545, en que murió.

DIA 24.

San Crisógono, mártir.—Entre los santos mártires, que por mandado del emperador Diocleciano murieron por Cristo, fué un Crisógono, caballero romano y varon muy ilustre, el cual estuvo dos años en Roma detenido en la cárcel, ministrándole en ella y proveyéndole de lo necesario para su sustento una santa mujer llamada Anastasia, que estaba casada con Publio, hombre principal y poderoroso, pero no ménos cruel y enemigo de cristianos: el cual, sabiendo que Anastasia lo era, y lo que hacia con Crisógono, la encerró en un aposento de su casa con estrechas guardas, para que no pudiese ejercer su religion, ni proveer á Crisógono de comida y sustento, ni aun le tuviese para sí, sino que poco á poco viniese á perecer de hambre. Cuando se vió la santa apretada, buscó modo para escribir una carta á Crisógono, en esta forma: «Al santo confesor de Cristo, Crisógono, Anastasia. Aunque el padre que me engendró fué gentil, Fausta (otros leen Flavia), mi madre, fué cristiana, y mujer muy casta; y ella desde niña me hizo cristiana, y despues de su muerte fuí casada con un hombre cruel y sacrílego, cuya compañía y cama yo he huido por la misericordia de Dios, con achaque de estar enferma. Empléome de noche y de dia en hacer oracion á Jesucristo, y en imitar sus santas pisadas. Este hombre cruelísimo, gastando mi patrimonio (con el cual se honra) con gente facinerosa y mala; á mí, como á maga y sacrílega, me tiene puesta en la cárcel, tan dura, que pienso acabar la vida en ella, porque no me falta para acabarla, sino espirar. Y puesto caso que á mí me sea dulce y sabroso perder la vida por Cristo, no dejo de sentir mucho que mi hacienda (la cual yo toda habia ofrecido á Dios) se gaste en torpezas y en servicios de falsos dioses. Por tanto yo te ruego, ó siervo de Dios, que supliques al Señor, que, ó dé vida á este hombre, si se ha de reconocer y convertirse á él, ó que se le lleve, si ha de perseverar en su dureza y obstinacion: porque mejor le será perder la vida que negar al Hijo Dios, y atormentar á los que le confiesan. Yo hago testigo y prometo á Dios todopoderoso, que si me veo libre de este trance, me emplearé toda en su servicio, como solia, remediando y proveyendo las necesidades de los santos confesores. Sea Dios contigo, varon de Dios; y acuérdate de mí.»

Recibió san Crisógono esta carta, estando en la cárcel con otros muchos confesores: y despues de hecho con ellos oracion al Señor por santa Anastasia, la respondió de esta manera: «Entre las tempestades y torbellinos de este mundo en que andas fluctuando, ten por cosa cierta, señora, que te ha de favorecer Jesucristo, y derribar con una palabra en el profundo al demonio que te atormenta y hace guerra: ten paciencia en medio de los trabajos; y haz cuenta que estás en medio del mar combatida de alguna furiosa tormenta, y confia que vendrá Cristo sobre esas ondas, y te librará de ellas, y clama y da voces con el Profeta, diciendo: ¿Por qué estás triste, alma mia, y por qué te turbas? Espera en Dios, que por mucho que te pruebe y ejercite, no por eso deja de ser tu salud. Piensa, señora, que Dios te quiere dar los bienes del cielo; pues te quita los de la tierra: y si te parece que tarda, entiende que lo hace para que estimes mas sus dones. No te turbes ni te congojes, porque, viviendo bien, te suceden males y trabajos: Dios prueba y no engaña. El hombre es engañoso; y el que fia del hombre y pone en él su esperanza, es maldito; y bendito el que la pone en Dios. Huye con gran cuidado y estúdio todos los pecados, y desea ser consolada de solo Dios, cuyos mandamientos guardas: porque cuando ménos lo pienses, él será servido

de consolarte, y enviará despues de las tinieblas de la noche la alegre luz del dia, y tras el hielo y frio molesto del invierno vendrá la suavidad de la primavera, y tras la tormenta, el cielo sereno y sosegado, para que puedas favorecer y hacer bien á los que padecen persecuciones por Cristo, remediando sus necesidades temporales, y alcances del Señor premios eternos. Sea Dios contigo; y ruega por mí.»

Con esta epístola recibió grande consuelo santa Anastasia, y se confortó de manera, que de allí adelante procuraba tener tanta paciencia en sus trabajos, cuantas eran las quejas que ántes daba de su cruel marido. Pasó adelante su persecucion, y tanto, que no la daban cada dia á comer sino la cuarta parte de un pan ordinario; y pensando que se llegaba la hora de su muerte, escribió esta carta de esta manera: «Al bienaventurado mártir y confesor de Cristo, Crisógono, Anastasia: El fin de mis dias se llega: ruega á Dios que reciba mi alma cuando se despida del cuerpo; pues que por su amor padezco los tormentos que le dirá la vieja que esta lleva.» Respondió el santo. «Crisógono á Anastasia: Siempre preceden las tinieblas á la luz, y despues de la enfermedad vuelve la salud, y la vida se promete despues de la muerte. Todas las adversidades y prosperidades de esta vida se rematan y tienen su fin, para que ni los tristes ni afligidos desesperen, ni los alegres y contentos se desvanezcan. Todos navegamos por un mismo mar, y nuestros cuerpos son como unos navíos que surcan las ondas; y las almas, como pilotos, las gobiernan. Pero algunas naves de estas son tan fuertes y tan bien fabricadas, que rompen las ondas y pasan por ellas sin detrimento; y otras son tan frágiles, que á cada paso corren peligro. Consuélate, sierva de Jesucristo, que tu navegacion, aunque ha sido llena de tempestades y borrascas, se acabará con próspero y bienaventurado fin, y llegarás al puerto deseado, gozando de Cristo con la palma del martirio.»

Estas epístolas se escribieron santa Anastasia y san Crisógono, las cuales refiere Nicéforo, Suidas y Adon. Lo que sucedió á Anastasia, diremoslo el dia de su martirio, que es á los 25 de diciembre. Pero volviendo á san Crisógono; despues que estuvo dos años preso en Roma (como dijimos), estando el emperador Diocleciano en Aquileya haciendo carnicería de cristianos, mandó que le llevasen á Crisógono: y puesto en su presencia, le ofreció la dignidad de prefecto y de hacerle cónsul, como á su noble sangre y casta convenia, y otras mercedes, con tal que adorase á los dioses protectores de su imperio. Respondió san Crisógono con gran constancia: A solo un Dios adoro en mi alma y reverencio en mi corazon, y con señales exteriores le confieso por Dios, que es Jesucristo; y maldigo y abomino á estos tus dioses, que son aposentos de demonios. Con esta respuesta, sañoso el tirano, le mandó degollar y echar su cuerpo en el mar. Hallóle despues un santo viejo, presbítero, llamado Zoilo, y sepultóle honoríficamente, y por divina revelacion tambien halló la santa cabeza, la cual estaba tan fresca como si en aquel mismo dia hubiera sido cortada, y él la juntó con el cuerpo del mártir; y en pago de este servicio que le hizo, á los treinta dias del martirio se apareció san Crisógono á Zoilo, y murió en el Señor, y se fué á gozar de él eternamente en compañía de san Crisógono: cuyo martirio fué á los 24 de noviembre, año del Señor de 302, imperando Diocleciano. De san Crisógono escriben Suidas, y los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo y Adon. Tiene san Crisógono en Roma un templo antiguo, que es título de cardenal, y de él hacen mencion en el concilio primero que se celebró siendo Símaco sumo pontífice, y en el registro de san Gregorio, papa: y Gregorio III le honró y enriqueció de dones, como se dice en el libro de los Romanos pontífices.

San Juan de la Cruz, confesor.—Muy favorecida ha sido siempre del cielo nuestra España; pues en todas las edades la ha enriquecido nuestro Señor de varones insignes: y si ha sido madre de muy ilustres sujetos en otras materias; mucho mas lo ha sido en la santidad, dando á la Iglesia esclarecidos escuadrones de innumerables y fortísimos mártires, santísimos patriarcas, perfectísimos monges, purísimas vírgenes y devotísimos confesores. Uno de ellos fué el bienaventurado san Juan de la Cruz, en quien en estos últimos tiempos (cuando la naturaleza humana parecia estar desmayada para la virtud, como avivada y poderosa para los vicios) resucitó nuestro Señor la austeridad de los profetas, la desnudez de los apóstoles, el fervor y pureza de Elías, la penitencia y soledad de Pablo, la contemplacion de Antonio, la santidad de Benito, el amor de la cruz y del padecer de Francisco, y la celestial y mística sabiduría de san Dionisio Areopagita: porque en todas estas virtudes resplandeció admirablemente este santísimo varon, ayudando á la portentosa madre y vírgen santa Teresa de Jesus á levantar con sus hombros la esclarecida reforma de los padres carmelitas descalzos, para mucha gloria de Dos y edificacion de la Iglesia, siendo el primer carmelita descalzo que vió el mundo, para padre de tantos santísimos hijos como ha tenido y tiene esta gloriosa reforma.

Para escribir su vida, se ha de notar que, como le escogió nuestro Señor para capitan y caudillo de tan gloriosa empresa (contra la cual se habia de armar el mundo y todo el infierno, con tan terribles y molestas persecuciones como se leen en su historia), está toda entretejida de varios sucesos y raros acontecimientos: y aunque en todos ellos resplandece la santidad de este admirable varon; pero en unos mas que en otros: y porque para algunos fuera menester referir largas historias, iremos entresacando lo que pareciere de mas utilidad y edificacion de las almas (que es lo que aquí se pretende), dejando lo demás para las historias; y contentándonos con la brevedad suficiente para nuestro propósito.

Nació el santo padre en Hontiveros, villa antigua y noble, en el obispado de Avila de Castilla la Vieja. Su padre se llamó Gonzalo de Yepes, rama noble y antigua de la alcuña y villa de este nombre, de quien, entre otros, procedieron el ilustrísimo don Diego de Yepes, obispo de Tarazona, y el doctísimo Fr. Antonio de Yepes, cronista de la religion de San Benito. Enamoróse Gonzalo de una virtuosa y honesta doncella, llamada Catalina Alvarez, natural de Toledo, y se casó con ella sin dar cuenta á sus parientes. Tanto lo sintieron los de Gonzalo, que del todo lo desampararon. Viéndose así y falto de caudales, se aplicó al ejercicio de su mujer, que era un telar de sedas, en cuya pobreza y humildad vivió alegre y satisfecho, acaudalando mas virtudes que riquezas. Tuvieron tres hijos: el primero Francisco de Yepes, que casado en Medina del Campo, supo vivir tan religiosa y santamente, que le acre-

ditó el Señor con maravillas: el segundo se llamó Luis, que en su temprana edad se lo llevó nuestro Señor: el tercero Juan, de quien aquí hablaremos, que nació (á lo que se presume) á los 24 de junio de 1542.

Toda su niñez fué pronóstico de la admirable vida y gloriosos asuntos para que le tenia destinado el cielo; porque la mansedumbre, la quietud, el silencio y la devocion no fueron en él de niño, sino de religioso y de santo. Cooperaba la buena madre, que habiendo enviudado presto, criaba sus hijos con toda virtud, y con especialidad les imponia en la devocion de nuestra Señora. Tanto se le entrañó al niño Juan, que desde luego obligó á la santísima Vírgen á favorecerle, pues desde los cuatro á los cinco años empezó á experimentar los favores de tal Madre. Jugando un dia con sus iguales á la orilla de una balsa profunda y cenagosa, arrojando unas varillas al agua, cayó en ella y se hundió á lo profundo: y aunque tres veces volvió á salir, la última se desapareció por grande rato. Huyeron asustados los otros niños, y él volvió á la lengua del agua muy sosegado y alegre. Vió entonces á la orilla á la santísima Vírgen, que le ofreció la mano para que saliese á fuera. Rehusó el niño darle la suya, por verla llena de cieno para no manchar tanta belleza: duró algun rato la recíproca y devota porfía, hasta que pasando un labrador (que sin duda fué el ángel de su guarda), le alargó la aguijada y le sacó á tierra como á otro Moisés, para que fuese maestro y legislador en los desiertos del Carmelo. Este fué el primer favor que recibió de María santísima; pero causó tanta envidia al demonio, que barruntando de aquí mayores cosas en aquel niño, quiso acabarlo de una vez. Siendo ya de siete años, le salió á un camino en figura de un mónstruo horrible, abierta su infernal y espantosa boca para tragarlo. No se asustó Juan, sino que con valor y reposo muy superior á sus años le hizo la señal de la cruz: retiróse al momento el enemigo, y desapareció guardando para mejor tiempo mayores batallas; y Juan tomó tambien la cruz por defensa para los combates futuros.

Creciendo mas en las virtudes, que en los años, le acomodó su madre en un seminario de niños, para que aprendiese las primeras letras. Aprendiólas con facilidad, y señalándose entre los demás en la virtud y buenas inclinaciones, como el sol entre las estrellas, era el iman y la admiracion de todos. Quien mas se prendó de tanta virtud fué don Alonso Alvarez de Toledo, administrador de un insigne hospital que habia en aquella villa de Medina del Campo: y teniendo ya doce años Juan, se lo pidió á su madre para que asistiese en el hospital, ofreciendo darle alimentos, estudios y capellanía. Presto conoció don Alonso la buena eleccion que habia hecho, con el cumplido desempeño y raro ejemplo que daba de sí Juan de Yepes. Creció todo con el caso siguiente. Habia en el patio del hospital un pozo profundo: y como el santo mozo era nuevo en la casa, y andaba tan encogido dentro de sí, cayó en él, sin que le pudiesen valer. Las voces fueron ignales al espanto de los que lo vieron, y presto se convocó la vecindad. Llegándose algunos á la boca del pozo, vieron á san Juan sentado sobre las aguas: alargáronle una soga; y asido de ella salió muy alegre. Preguntáronle, cómo no se habia ahogado, y tan sin turbacion estaba sobre las aguas. Respondió con humildad muy sincera, que una hermosísima señora, al tiempo de caer lo recibió en su manto, y hasta entonces lo habia sostenido sobre el agua, para que no se hundiese á lo profundo; y que así á la santísima Vírgen debia él la merced y todas alabanzas.

Reconocido á este nuevo favor de la Vírgen, crecia por instantes en su devocion: rezaba su oficio menor de rodillas: gastaba en su presencia largas horas; y sabiendo que servia á la Madre y al Hijo en sus pobres, se dedicó con nuevo fervor á servirlos, y hacíalo con extraña caridad, siendo para todos de grande consuelo y alivio. Para poder cumplir con esto y con los estudios, se quitaba mucho del sueño, gastando gran parte de la noche, ya en oracion, ya en asistir á los que veia de peligro. Para que el cuerpo estuviese mas ágil en el servicio del alma, hizo su cama de unos sarmientos desiguales: su comida era parca: el vestido honesto: la mortificacion continua, así en el cuerpo, castigándole con cilicios, disciplinas y ayunos, como en los sentidos, que traia siempre reprimidos. Con tan buena disposicion le alumbraba el Señor copiosamente: porque le queria para farol de su Iglesia: corrió con facilidad la gramática, retórica y filosofía, en que salió muy consumado. Ya entraba por este tiempo en los veinte años, en que dándole el administrador mas tiempo para sus estudios y ejercicios, él frecuentaba mas el de la oracion, en la cual pedia continuamente al Señor que le encaminase en su servicio y diese el estado de vida, en que le pudiese servir y serle mas agradable. Estando un dia encendido en esta oracion, oyó una voz que le dijo: «Servirme has en una religion, cuya perfeccion antigua ayudarás á levantar.» No entendió por entonces lo que el Señor pretendia en estas palabras; pero depositólas en su corazon, humilde y resignado á su santísima voluntad.

No pasó mucho tiempo, que llegaron á fundar convento en aquella villa los padres carmelitas de la Observancia: y sabiendo él que aquella religion se fundó debajo el patrocinio de la sacratísima Vírgen, se le renovaron los ecos de la voz; y entendiendo ser aquella profesion para donde Dios le llamaba, trató de vestir su hábito. Diéronselo gustosos los religiosos, sabiendo cuán religioso era ya en las virtudes. Recibióle, siendo ya de edad de veinte y un años, y dejando el apellido de Yepes, se llamó Fr. Juan de San Matías. Estando en el noviciado, corrió tan veloz, que su humildad, su obediencia, su puntualidad en el coro y oracion, servian mas á la admiracion que á la imitacion. Profesó al siguiente año, y poco despues pasó al colegio que la religion tiene en Salamanca, donde estudió la teología con suma aprobacion, juntando siempre la oracion y espíritu con las letras. Aunque en lo público profesó la regla mitigada por el papa Eugenio, en lo secreto guardaba la primitiva dada por san Alberto, patriarca de Jerusalen, en cuanto los superiores se lo permitian. No comia carne, y continuaba los siete meses de ayuno: guardaba grande recogimiento en la celda, sumo retiro de seglares y perpetua asistencia en el coro; y cuando rezaba el oficio divino á solas, siempre era de rodillas. Diéronle una celda estrecha y oscura: abrió un pequeño agujero en el tejado para recibir un rayo de luz con que poder repasar sus lecciones: pero gozaba de una ventanilla con su vidriera que salia al santísimo Sacramento, que era todo su consuelo y celestial luz de su alma. Esta breve clausura, desnuda de toda alhaja y curiosidad, era su celda: su cama dos tablas desiguales, sin lienzo, sin colchon y un leño por cabecera: los hábitos exteriores eran muy pobres, y

los interiores tan penitentes, que á raiz de las carnes vestia un jubon hecho de esparto, anudado y torcido, á modo de malla ó red, y los calzones de lo mismo; y cuando se los desnudaba, era para tomar sangrientas disciplinas, ó ponerse mas ásperos cilicios. Acabada la teología, y entrando en los veinte y cinco años de edad, le mandaron los prelados se ordenase de misa, aunque resistiéndolo su humildad. Despues de haberse ordenado, se preparó para celebrar la misa primera, con largas vigilias, con tan fervientes deseos, con tanta humildad y encendido amor de Dios, que parece queria exceder á los serafines. Lo que sumamente deseaba y pedia á Dios con instancia, era que le conservase su Majestad toda su vida la blanca estola que le vistió en el bautismo, y que hasta entonces, por especial gracia suya, habia procurado guardar intacta. Cuando en la misa tuvo al Señor en sus manos, de suerte enfervorizó la súplica, que mereció oir por respuesta: Yo te concedo lo que me pides. Quedó el santo sacerdote tan agradecido como consolado; porque juntamente sintió en su alma una espiritual renovacion, y haberle el Señor concedido una pureza tan feliz, que le restituyó á la inocencia de un niño de dos años, y confirmó en gracia, al modo que á los sagrados apóstoles, para que jamás le llegase á ofender con culpa grave, como se supo de sus confesores y de dos personas espirituales á quienes nuestro Señor lo reveló: y á esto parece aludia lo que la santa madre Teresa solia repetir (siendo ya el siervo de Dios carmelita descalzo), diciendo, que el P. Fr. Juan de la Cruz era una de las almas mas puras y santas que Dios tenia en su Iglesia, y que le habia infundido grandes tesoros de luz, pureza y sabiduría del cielo.

Para asegurar mas tales tesoros, deseaba esconderlos y retirarlos mas del mundo: y para hacerlo iba tratando de pasarse á la Cartuja para vivir mas desconocido y mas á solas con Dios. Andando con estos pensamientos, vino de Salamanca á Medina en ocasion que la santa madre Teresa acababa de fundar el convento de sus monjas en aquella villa, y disponia el fundar otro de frailes, tambien descalzos, porque hasta entonces solo habia fundado monjas. Tenia para todo las debidas licencias; pero faltábanle sugetos que lo principiasen. Noticiada de las buenas calidades de Fr. Juan de San Matías, le declaró sus intentos de fundar un convento de la misma órden muy reformado, y en donde los frailes profesasen tambien la misma austeridad, pobreza, retiro y regla primitiva que ya habia entablado en las monjas: y que pues este mismo espíritu le tiraba á la Cartuja; buena Cartuja tendria aquí dentro de su órden. No fué menester mas para que le diese su consentimiento el siervo de Dios; porque mientras hablaba la santa, le acordó el Señor, que esto era lo que le dijo ántes de tomar el hábito en aquellas palabras, «que seria religioso en una religion, cuya perfeccion antigua ayudaria á levantar,» con que desde luego se ofreció con gusto á la santa.

Aun no tenia la santa madre sitio ni casa alguna para el efecto; pero Dios, que era el principal autor de este negocio, presto le envió un caballero que le ofreció una casa ó cortijuelo en la aldea de Doruelo, entre Valladolid y Medina del Campo, que es en Castilla la Vieja. Estaba la casa en un campo desabrigado, expuesto á todos vientos y soles, junto á un arroyuelo llamado Risalmar: consistia toda ella en un razonable portal: á un lado de él corria una cámara no muy larga, tan baja, que casi ofendia las cabezas: encima un desvan á teja vana, á quien daba ó quitaba luz una teja que servia de ventana: fuera de esto habia una cocinilla, y todo lo abrazaba una cerca rústica. Aquí envió santa Teresa al bendito Fr. Juan con un peon, para que aliñasen y compusiesen aquella pobre posada en forma de convento, mientras iban dos frailes mas que ya tenia prevenidos, para que diesen principio á la reformacion. Todo el ajuar que llevaba era un recado para decir misa, y el hábito de pobre y riguroso sayal que la santa madre le dió, cosido por sus manos para vestirlo en descalzándose. Con este pobre aparato llegó á Duruelo; y con el grande fervor de espíritu que llevaba, le pareció haber llegado á las Indias de sus mayores riquezas y al centro de sus deseos. Todo el dia gastó en formar y componer aquel resumido convento, modelo y ejemplar originario de todos los que ahora ocupan las cuatro partes del mundo. Comenzó barriendo toda la casa, y despues de bien limpia la adornó de calaveras y cruces que hizo de palo rústico. A la noche, cuando le faltó la luz del dia para poder trabajar, se acordó habian pasado todo el dia sin comer. Envió al compañero á pedir alguna limosna, con que pasaron aquella noche. Al otro dia, dispuesto el monasterio bien pobremente, vistióse su hábito descalzo, angosto y breve, hasta el tobillo, en la forma que ahora lo llevan los padres carmelitas descalzos, todo muy estrecho y reformado, descalzo del todo, sin abrigo, sin defensa de piés y piernas; porque despues admitieron las sandalias ó alpargatas que ahora usan. Así desnudo y recoleto presentó á los ojos del mundo la figura del primer descalzo carmelita, renovador de la antigua severidad profética. Admiraban los labradores en aquel nuevo ermitaño el áspero traje nunca visto, la aspereza de vida, el aspecto endiosado y el trato todo del cielo. Oianle palabras de vida, y al olor de tanta santidad se iban tras él; y no se hablaba de otra cosa por las aldeas comarcanas, sino del fraile descalzo. No dejó de acometer el demonio al nuevo guerrero de muchas maneras en este tiempo; pero no sacando mas que confusion lo dejó por entonces.

Casi dos meses estuvo solo el santo padre aguardando los compañeros que llegaron á 27 de noviembre de 1568: y habiendo pasado la noche en larga y fervorosa oracion, dijeron misa al otro dia; é hincándose de rodillas delante del santísimo Sacramento, renovaron la profesion y renunciaron solemnemente la regla mitigada en que ántes habian vivido, y prometieron á Dios nuestro Señor y á la Virgen María del monte Carmelo, y al reverendísimo padre general, vivir conforme á la primitiva sin mitigacion hasta la muerte. Mudaron los sobrenombres, por haberlo así introducido la santa madre en las religiosas: el P. Fr. Antonio de Heredia se llamó Fr. Antonio de Jesus: el padre Fr. Juan de San Matías se apellidó de la Cruz; y el hermano Fr. José se nombró de Cristo; haciendo todos tres un Cristo Jesus crucificado, con que dieron principio á la familia de los carmelitas descalzos, para grande edificacion del mundo y gloria de Dios. Presto llegó el padre provincial de la observancia, y nombró por prior al P. Fr. Antonio de Jesus: por superior al P. Fr. Juan de la Cruz; y al hermano Fr. José de Cristo cupieron las llaves de portería y sacristía.

Dejando lo demás para la historia de la religion, proseguiremos la vida del glorioso san Juan de la Cruz, á quien

cupo la mejor parte de aquellos primitivos favores, por ser el primero que se descalzó, y en quien Dios derramó las primicias del espíritu de que se habia de alimentar la religion, y su buen olor alegrar toda la Iglesia. Adelantó aquí su penitencia con extraños rigores: el jubon y calzoncillos de esparto le parecian suaves: las disciplinas no le satisfacian si no las teñia en sangre: los cilicios, cobardes si no taladraban sus miembros: la cama era un rincon del coro con una piedra por almohada: despues de maitines se quedaba en oracion hasta la mañana: tan absorto estaba en ella, que calándose muchas veces de la nieve que caia por entre las tejas, se iba á prima sin repararlo: gastaba la mañana en decir misa, y confesar é instruir á aquellos serranos bien necesitados de doctrina: iba á predicar una y dos leguas léjos á pié descalzo, y volvia á desayunarse al convento.

Pasó con el oficio de maestro de novicios á la fundacion de Mancera, donde mostró la gracia que Dios le habia dado para discernir los espíritus y conocer los talentos y discrecion admirable para el magisterio de las almas. Careciendo de todo esto el que gobernaba el noviciado de Pastrana en Castilla la Nueva, hubo de ir el siervo de Dios á componer aquel seminario, que con los indiscretos fervores y penitencia que el maestro introducia necesitaba de moderacion prudente. Reducido aquel noviciado al debido temple, pasó al colegio recien fundado en Alcalá y fué su primer rector. Edificó aquella insigne universidad con notable ejemplo, admirando todos, no ménos sus letras que su santidad, cogiendo la religion el fruto de muchos y grandes sugetos, que movidos con tal ejemplo renunciaron el mundo y abrazaron el nuevo instituto. Pasado un año volvió á Pastrana, y de allí á Avila á peticion é instancia de la santa madre, para confesor del ilustre convento de la Encarnacion de aquella villa, de monjas carmelitas de la Observancia, en la cual habia tomado el hábito y profesado la misma santa: y ahora los prelados (aunque ya descalza) la habian hecho priora de dicho convento, para que le regulase é impusiese en el retiro, espíritu y oracion que á sus descalzas: y conociendo la santa que nadie le podia ayudar mas para conseguir este efecto que el padre Fr. Juan de la Cruz, negoció se lo enviasen. Fué allá con el P. Fr. German de San Matías por compañero; y con tal arte, prudencia y espíritu, confesó y supo llevar y enseñar aquellas benditas religiosas, que si ántes era convento de mucho tráfago, ya se podia ahora contar por uno de las descalzas: ya no se trataba allí sino de oracion y de muy grande recogimiento: las rejas estaban desiertas y solo trataban con Dios y con el santo padre, aunque con tanta circunspeccion, que no admitia de ellas cosa alguna ni comunicacion, sino para confesion ó provecho de sus almas: con que fué muy grande el fruto espiritual que hizo en las religiosas, con igual ejemplo y edificacion de toda la ciudad.

No se olvidó nuestro Señor de acreditar con maravillas al siervo que tan de veras trabajaba en su mayor servicio. A doña María de Yera, religiosa grave de aquel convento, dió tan súbita y mortal enfermedad, que ántes que obrasen los remedios, le privó de los sentidos, y lo que se tuvo por cierto, tambien de la vida. Desconsoladas las monjas llamaron al santo padre y una le dijo: Buena cuenta ha dado vuestra reverencia, padre nuestro, de su hija; pues la ha dejado morir sin sacramentos. Calló el siervo de Dios, y retirado al coro, se puso en oracion, y haciendo instancias á su Majestad, fué tan eficaz, que la religiosa ya difunta á vista de muchas comenzó á mudar semblantes, abrir los ojos, menear las manos y mostrar alientos de vida. Alegres las monjas, acudieron de tropel al coro á dar al santo padre el aviso, el cual sin turbacion respondió á aquella religiosa que le habia dado quejas: Hija, ¿está contenta? Con que las confirmó en lo que ya ellas creian, de que aquella maravilla fué efecto de su oracion; y aun se confirmaron mas viendo que en habiéndola el santo confesado y administrado los demás sacramentos se quedó luego difunta.

Estando tambien un dia de la Santísima Trinidad en el locutorio hablando con la santa madre, que, como hemos dicho, era priora, de suerte se engolfaron en la consideracion de aquel inefable misterio, y tan altamente los ilustró su Majestad, que aquellas dos almas seráficas se fueron desprendiendo de los sentidos, volando á la esfera adonde el Señor los llamaba. La santa quedó arrobada, sentada en un banco dentro de su locutorio; y el santo padre, que al principio que comenzó á sentir aquella dulce violencia se asió á los brazos de la silla para impedirla, mas no pudo, venciendo la velocidad del alma á cuerpo y silla, los levantó por el aire hastar dar en el techo de la pieza. Hablando pues la santa de este caso, dijo haber sido la causa, la alteza y claridad con que el siervo de Dios habia hablado del misterio de la santísima Trinidad, y que no se podia hablar de Dios con el P. Fr. Juan, porque luego se trasponia ó hacia trasponer. Sucedióle tambien por este tiempo, que estando contemplando los dolores que padeció Cristo en la cruz, se le representó á la vista tan llagado, herido y vertiendo sangre como en ella estuvo. Lo que aquella vista causó en su alma, el santo lo reservó para sí; pero lo que nos dejó que notar, fué el quedarle en su imaginacion tan impresa, que no siendo pintor, tomó la pluma y dibujó la imágen en un papel, sacando el dibujo en perfil esforzado (donde es mas dificultosa la perspectiva), y salió tan milagroso, que lo alaban mucho los primorosos en el arte.

Grande rabia causaban en el demonio tantas virtudes y favores del siervo de Dios: y armándole reñidas peleas y enredados combates, no pudo sacar mas ganancia que quedar confuso, y ser ocasion de mostrar el santo el grande poder que Dios le habia dado sobre los demonios, ganando el nombre de segundo Basilio, como se vió en los casos siguientes. A una monja de cierta órden comenzó á molestarla con espíritu de blasfemia, arrojándola proposiciones contra la fé y tentaciones contra la castidad. Comunicólas con el santo padre, que conociendo al autor de su inquietud, la aplicaba á tiempo las medicinas: mas aunque se sosegaba la paciente en su presencia, en ausentándose volvia á su porfia el demonio; y para enredarla mas, tomaba la figura del santo padre, y en el confesonario la influia con doctrinas perniciosas. Volviendo el verdadero confesor y enterado del arte de su enemigo, procuró remediarlo dándola por escrito lo que le habia de responder, cuando sintiese semejantes tentaciones. No desistió con esto el engañador; ántes usando del mismo ardid, escribió otro papel imitando la letra y firma del santo, y en él la decia, como por no poder excusar cierto viaje, la queria dejar cierta advertencia acerca de lo que ántes la habia dado por escrito; porque considerándolo mejor,

hallaba que tenia algunas doctrinas tan apretadas, que la habian de causar nuevos escrúpulos y turbarla mas la conciencia. Como la religiosa conocia la letra, gozaba de su libertad; aunque extrañó lo opuesto de su doctrina. Volvió el santo á su convento: conoció el embeleco de Satanás: pidió el billete; y aunque conoció ser la letra muy semejante á la suya, no sus proposiciones: con que desengañó á la religiosa: y viendo la afliccion de aquella alma y astucias de su enemigo, valiéndose de los exorcismos de la Iglesia, y armas de su poderosa y encendida oracion, conjuró al demonio y le venció, dejando libre de su infestacion á la paciente.

De mayores circunstancias fué otro caso; porque son innumerables las artes que el demonio tiene para engañar las almas. En otro convento recibió el hábito cierta doncella, que siendo de edad de seis años, se le apareció el demonio en figura corporal, y ella, agradada de su aparente hermosura, le entregó todo su afecto. Era de su natural aguda y muy salada en sus dichos. Valiéndose el demonio de su inclinacion la ofreció hacerla mas docta y mas discreta que los varones mas sabios; y así lo cumplió, sacándola por condicion que le habia de hacer una cédula firmada con su sangre, de que no habia de reconocer á otro que á él por esposo. En todo vino la desdichada, tan aficionada y perdida, que ya aborrecia á Dios. Creciendo en edad, por secretos juicios de Dios entró en el convento, donde la recibieron con gusto. Hablaba todas las lenguas: sabia todas las artes; y en la teología discurria tan sútilmente, que tenian su ciencia por infusa. Por ser estas cosas tan extraordinarias, entraron en sospecha los prelados de su religion: y sabiendo la santidad y sabiduría del cielo del santo padre Fr. Juan de la Cruz, le rogaron la examinase; y aunque por su humildad se excusó mucho, las grandes instancias le rindieron. Fué al convento: y saliendo la religiosa al locutorio, luego que se vió en su presencia, no solo la bachillera calló y la sabia enmudeció, sino que comenzó á temblar y sudar por ver se habia conocido su enredo. Con luz superior reconoció el santo padre la causa de aquella enfermedad, y la declaró á sus prelados diciendo como estaba engañada del demonio, y era menester conjurarla muchas veces; porque era ya antigua la posesion.

Despidióse con esto; mas los prelados de la religiosa, dándole todas sus veces, le suplicaron que pues habia descubierto la enfermedad, aplicase los remedios. Hízolo por el bien de aquella alma; y al segundo conjuro obligó al demonio á que declarase todo su maleficio. Confesó todo lo que queda dicho, y que allí estaba Lucifer, en cuya ayuda habian ya acudido tres legiones; mas asistido el santo de las del cielo, prosiguió mas fervoroso sus diligencias. El efecto fué, que viendo la paciente que ya sabia toda su perdicion, se la confesó mas despacio y muy por menudo. Entonces tomó la mano el siervo de Dios, y tales cosas la dijo de la misericordia de Dios, que empezó como á despertar y desear su remedio. Bramaba Lucifer enfurecido contra el descalzo, y no pudiendo volverse contra él, porque le temia, se disfrazó tomando su hábito y figura; y llamando al locutorio á la religiosa, como desdiciéndose de lo que ántes la habia dicho, tanto la exageró la gravedad de sus culpas, la imposibilidad del perdon y el poder del demonio, para hacerla cumplir la cédula que le habia dado, que la pobre se deshacia en lágrimas, y así se entraba por las puertas de la desesperacion. No se le encubrió al santo padre lo que estaba pasando: acudió diligente para probarle cara á cara á Luzbel, como era padre de la mentira y del fingimiento: pidió á la tornera le llamase á la religiosa: respondió que no podia ser; porque estaba en el locutorio con el P. Fr. Juan de la Cruz. ¿Cómo puede ser eso (replicó el padre), si yo soy Fr. Juan de la Cruz, y nó el que allí está? Asustada la tornera, le dijo que lo fuése á ver, fué allá, y al punto que lo vió se desvaneció el demonio y halló la monja casi desesperada. Habiéndola restaurado y animado, ponderándola la flaqueza del demonio, pues huia de un pobre fraile descalzo, empezó á conjurar los demonios en presencia de muchas monjas que ya habian acudido al locutorio: y tanta fué su eficacia y la gracia de Dios que en él obraba, que no solo obligó á los demonios á confesar que su príncipe los habia enviado para hacer desesperar aquella alma, sino que tambien á que saliesen de su cuerpo y volviesen la cédula. Todo lo cumplieron á su pesar, y á vista de todos arrojaron la cédula que luego quemó el santo padre. Quedó con esto la religiosa libre en el cuerpo y en el alma; y sus prelados tan agradecidos y admirados del santo padre, que le aclamaron por segundo Basilio.

No solo le quitó al demonio estas presas, sino otras muchas: entre las cuales fué una dama principal que con su hermosura y donaire hacia mucho daño en el pueblo. No bastando otros medios que intentaron sus deudos, la persuadieron que se confesase con el descalzo carmelita: y aunque lo resistió mucho, al fin se redujo á hacerlo. Recibióla el confesor con mucha caridad, y de tal manera trocó su alma, que vestida de grosera jerga, devota, penitente y retirada, borró las liviandades pasadas. Otra, que con voto habia consagrado á Dios su castidad, de suerte la mancillaba, que con sus liviandades era público tropiezo y escándalo. Acertó por su buena suerte á comunicar al santo padre, y con la eficacia de sus encendidas exhortaciones la dejó tan compungida, que apartándose de la ocasion, lavó con sus lágrimas el sacrilegio pasado. Sintiólo tanto el cómplice, que buscando al santo, le dió tantos palos, que lo derribó en el suelo, dejándolo muy maltratado. Sentido el demonio de tantas ánimas como le sacaba de las uñas el descalzo, le armó un lazo para cogerle la suya. Encendió en el corazon de una hermosa y honesta doncella un grande fuego de lujuria, y tanto lo atizó y lo sopló, que sin poderse valer la cuitada, se salió á deshora de su casa y se arrojó al aposento del siervo de Dios. Díjole la pasion que la traia: reconociendo el santo ser obra de Satanás y violencia diabólica, pasando de su modestia á su eficacia, de tal manera la afeó el arrojo de su liviandad, y tal golpe de razones y consideraciones la arrojó, que la desató en un mar de lágrimas; y corrida y enmendada, volvió á su casa muy diferente de lo que habia salido de ella. No saliéndole bien este lance, intentaron otros sus enemigos, y por sí mismos le hacian continua guerra y le atormentaban con fieros golpes y visiones horribles; pero de todos le sacaba el Señor con victoria, y él le correspondia con profunda humildad y con nuevos deseos de padecer mas por su amor.

Cumplióselos su Majestad largamente, despues de haber trabajado cinco años en la cultura del dicho convento de la Encarnacion; porque en otra parte le tenia prevenida tan larga tela de persecuciones, penalidades y trabajos,

que no cabe en esta breve relacion: basta saber, que con increible constancia é invicta paciencia pudo decir lo que decia el santo Job: «¿Tengo yo por ventura fortaleza de piedra, ó mi carne es de bronce?» Viéndole pelear tan esforzadamente su Majestad, varias veces le consoló, y la Virgen santísima por tres veces le visitó y llenó el alma de luces y celestiales consuelos. Con ellos compuso en esta ocasion aquellas divinas y profundas canciones que empiezan: «¿En dónde te escondiste?» que despues explicó altísimamente, y andan impresas en sus libros. Salió finalmente de esta pelea y tribulacion, para alumbrar y enriquecer su religion con prelacías, doctrinas y ejemplos de su santa vida, así como el antiguo José salió de la cisterna, para reinar y favorecer á Egipto. Pero tan saboreado salió del padecer y de las penas, que oyendo poco despues cantar esta copla:

«Quien no sabe de penas
en este triste valle de dolores,
no sabe de buenas,
ni ha gustado de amores;
pues penas es el traje de amadores:»

se quedó arrobado por una larga hora. El arrobarse entre consuelos, revelaciones y otras comunicaciones suaves del cielo, es ordinario; pero arrobarse al sonido de las penas, de las amarguras y del padecer, cosa es bien rara y de espíritu muy descarnado y sólido.

Despues de esto fué á gobernar el convento del Calvario, que resplandecia en observancia, toda virtud y rigor de vida; mas como era tan alta la suya, todo lo levantó de punto. La oracion, silencio y penitencia que entabló con su ejemplo y su exhortacion, dejaron muy atrás las que hasta entonces habian practicado, aunque eran muy grandes. Estaba este convento pobre y en desierto: y aunque se padecian muchas necesidades, aquí acudia el Señor con maravillas, por la oracion y confianza de su siervo. Faltando una vez el pan, mandó se buscase algun mendrugo y se pusiese á la mesa; y bajando la comunidad, como solia, al refectorio, les hizo una plática tan espiritual en alabanza de la pobreza, que sin comer bocado se levantaron de la mesa satisfechos; pero apenas se recogian á las celdas, cuando llamando á la portería, halló el oficial á un hombre, que con una carta que traia le dió una carga de mantenimientos. Avisado el santo prelado que estaba en oracion, y abriendo la carta, se puso á llorar. Preguntado por qué lloraba; respondió: Lloro, hermano, porque nos tenga el Señor por tan flacos, que aun un dia no nos fia el que padezcamos abstinencia. En Iznatorafe se entró el demonio en el cuerpo de un hombre miserable que le atormentaba mucho, y no le podian echar con los exorcismos de la Iglsia: llamado el santo padre, luego que le vió el paciente, empezó á dar grandes voces, y decir: Ya tenemos otro Basilio en la tierra, que nos persigue. Así fué; porque, sin que le valiese su grande resistencia, la eficacia de los conjuros del santo le echó presto fuera de aquella pobre criatura.

Aun no estuvo siete meses en el Calvario, cuando hubo de ir á fundar el colegio de Baeza, cuya fundacion ya ántes habia profetizado. Tan conocida fué aquí su santidad y sabiduría, que los mayores doctores de las escuelas en los púlpitos y cátedras lo ponian por ejemplo á sus oyentes. Por este tiempo le comunicaba Dios tan altas luces del misterio de la santísima Trinidad, que dijo una vez á las religiosas de Granada: De tal manera comunica Dios á este pecador el misterio de la santísima Trinidad, que si su Majestad no esforzara mi flaqueza con particular socorro del cielo, fuera imposible vivir. Mandóle su Majestad un dia dijese misa de la santísima Trinidad, para consuelo de una religiosa; y al tiempo de consagrar se le aparecieron las tres divinas personas en una nube trasparente, y tales dones le comunicaron, que refiriéndolos despues á la religiosa, la dijo: ¡O hija, cómo la agradezco haya sido ocasion de que me mandase el Señor decir misa de la santísima Trinidad! ¡O qué gloria y qué bienes gozaremos con su vista! Y encendiéndose como un serafin, por media hora quedó arrobado y despidiendo clarísimos resplandores.

Aunque el Señor le levantaba á tan altas comunicaciones de la divinidad, no se olvidaba el santo padre de la sacratísima humanidad de Cristo, sabiendo que ella es el camino para ir al Padre, y la puerta para entrar á Dios; ántes bien la llevaba siempre delante de los ojos, procurando no solo celebrar con singular devocion todos sus misterios, sino copiar y trasladar en su propio cuerpo los dolores y martirios de su santísima pasion y cruz: y así celebraba el nacimiento con extrañas demostraciones de regocijo, y la semana santa, no solo con extraordinarias mortificaciones y penitencias, sino con el corazon traspasado de dolor, que se le conocia bien en el exterior aspecto lastimado y compasivo. Donde mas dulcemente se engolfaba, hasta perder la tierra de vista, era en el santísimo Sacramento y en los misterios de la misa. Una vez, despues de haber consumido el *sanguis*, se quedó con el cáliz en la mano, y estuvo por tan largo espacio elevado, que una santa mujer que oia la misa esclamó: Llamen á los ángeles que acaben esta misa; porque solos ellos pueden proseguirla con tanta devocion: que este santo no está para ello. Muchas veces fué visto diciendo misa, que del sagrario salian rayos de luz, que terminándose á su rostro, se lo bañaban de divinos resplandores: otras le salian de su rostro tan vivos, que deslumbraban á los que los veian. Viólos una vez un estudiante que le ayudaba á la misa, y no solo le quitó la vista de los ojos (como él mismo afirmaba), sino que le penetró de manera el corazon, que luego se entró religioso dominico con nombre de fray Domingo de Sotomayor. En otras ocasiones le vieron resplandecer el rostro entre la tinieblas de la noche. Estas luces exteriores, índice eran de las interiores que por la abundancia rebosaban á fuera para edificacion de los prójimos. Con tanta luz del cielo, penetraba los interiores, y registraba los pensamientos de los otros, y las cosas distantes no se le escondian. Una mujer, llamada María de la Paz, como le vió pequeño de estatura y de tan poca ostentacion, pensó dentro de sí que no debia ser hombre de letras. Fuése con esto á confesar con el santo padre, el cual la dijo luego: Hija, letrado soy, aunque pecador. Respondió ella: ¿Por qué lo dice, padre? Y el santo la dijo: Porque lo habeis menester. A otra hija de confesion del santo, que era muy sierva de Dios, la perseguia tanto el demonio, que cuando venia á la iglesia del convento, en medio de la calle y al umbral, la daba tantos golpes, que la dejaba como muerta. Desde su celda lo descubria el santo confesor con luz del cielo; y acudiendo ántes que nadie le pudiese avisar la socorria, y ahuyentaba los demonios. De

estos casos le sucedieron muchos; pero fué mas notable el que le sucedió en una casa en que habia diez y seis enfermos de peligro, y los once ya oleados. El compañero del santo, que era hijo de aquella casa, se afligió mucho viendo el peligro de tantos; pero el siervo de Dios le dijo entonces: No tenga pena, que ninguno de los diez y seis que están en la cama morirá de esta enfermedad, aunque están en el estado que vemos. Preguntóle el compañero cómo lo sabia, y respondió: Así me lo ha dicho quien lo puede hacer, y así sucedió; porque todos recobraron la salud.

Dos años pasó en este colegio de Baeza con estos santos ejercicios, y dejando aquella fundacion bien medrada en lo temporal y espiritual, se hubo de trasladar á Granada, con los oficios de difinidor general y prior de aquel convento. Cuatro años estuvo aquí continuando las maravillas de su gracia y los ejemplos de su virtud, con colmados frutos de su espiritual enseñanza, en beneficio universal de todos, así seglares como religiosos y religiosas. A su santo zelo y diligencia se debe tambien la fundacion del convento de las religiosas de esta ciudad: porque él la solicitó y la ejecutó: y se le conoce bien ser obra de tal mano; pues es uno de los conventos de carmelitas descalzas, que mas florecen en opinion y observancia. En el convento de sus frailes asentó estrecho recogimiento: y como lo confirmase tan exactamente con su ejemplo, que ni para pagar las visitas que le hacian salia de casa, le procuraron persuadir los religiosos que saliese alguna vez, porque le echaban ménos los seglares. Rindióse el santo prelado á la importunacion, y determinó visitar á los señores arzobispo y presidente. Comenzó por este último, y pidiéndole le perdonase el no haber hecho ántes lo que debia; le respondió el presidente: Padre prior, mas queremos á vuestra paternidad y á sus frailes en su casa, que en las nuestras; porque con lo primero nos edifican, y con lo segundo nos entretienen. El religioso retirado nos lleva el corazon; y el que sale por salir, ni á nosotros edifica, ni para sí gana crédito. No hubo menester mas para que, abreviando la plática, sin visitar al arzobispo, se volviese á su convento y refiriese el suceso muchas veces, para persuadir á sus religiosos el total retiro y confirmarlos en él. Tambien les persuadia mucho la viva confianza en Dios; y su Majestad se la premiaba con maravillas: pues por dos veces que el convento se halló con urgente necesidad, les proveyó milagrosamente. Solia repetir muchas veces el santo padre: ¡O esperanza del cielo, que tanto alcanzas cuanto esperas! A la opinion que ya trajo de místico y espiritual maestro, acudieron muchas almas á su confesonario, y asimismo las religiosas de su nueva fundacion, todas le reconocian por padre y le comunicaban sus almas como maestro. Él los fué disponiendo de manera á unos y otros, que recibiendo como tierra buena su celestial doctrina, fueron muy copiosos los frutos, y en el santo tan frecuentes las maravillas en conocer los interiores, en profecías, y en echar los demonios de muchos cuerpos, que fuera nunca acabar el referirlos: solo diré una cosa que aquí le sucedió, para que se vea por cuán invencible le tenian los demonios. Llegando á conjurar una endemoniada, en tanto que el santo se apartó para encomendarla á Dios, oyó el compañero que la mujer, hablando entre dientes, decia con rabia: ¡Que no pueda yo vencer este frailecillo! ¡Que no halle mi astucia modo para derribarle! ¡Que habiendo tantos años que me persigue en varias partes, aquí no me quiera dejar! Sabiendo el santo, despues de su oracion, lo que habia dicho el demonio, no haciendo caso de ello, lo expelió con la facilidad que otras veces. Tanto temor le tenian, que solo su vista les acobardaba y hacia huir, como se vió en otro caso. Habia salido á la iglesia á confesar por falta de otro confesonario: y una persona muy espiritual que allí estaba, vió que en un rincon de la iglesia estaban muchos demonios con apariencia de diferentes fieras, los cuales salian á tentar á los que estaban orando; mas advirtió que cuando el santo levantaba ó volvia los ojos adonde ellos estaban, todos atropellándose huian á esconderse en su rincon.

El año de 1585 hubo de acudir al capítulo que se celebraba en Lisboa, donde fué segunda vez electo en difinidor segundo. Habia entonces en un convento de aquella grande ciudad una monja muy celebrada y tenida por prodigio; todo el mundo creia ser cosa del cielo: los capitulares como forasteros, siguiendo la voz pública, la iban á ver, celebrando sus dichos y hechos, y teniendo por reliquias algunas cosillas que les daba. Quisieron persuadir al santo varon que no dejase de ver aquella maravilla; mas él les respondió: Anden, padres, ¿qué quieren ver una mujer ilusa? Callen, que presto descubrirá Dios el engaño: y así fué, declarando el suceso, que el santo padre fué el que sin verla la conoció mejor, pues se comprobó ser todo embuste del demonio. Este capítulo de Lisboa se concluyó despues en Pastrana, habiendo venido de Génova el nuevo provincial, y entonces se determinó que los difinidores fuesen tambien vicarios provinciales, cada uno en su distrito. Cupiéronle al santo difinidor y vicario provincial las casas de Andalucía. En este oficio, como mayor, despidió mayores luces; la humildad, la observancia, la desnudez y mortificacion de súbdito, lucieron mas siendo prelado. No admitió mas aparato que un jumentillo, porque sus fuerzas ya gastadas no le permitian andar á pié continuadas jornadas: y aun este alivio lo repartia con el compañero, que era un hermano lego, haciéndole á veces subir á caballo, y él se iba á pié como sirviéndole de mozo. Ninguna provision llevaba por los caminos, fiándolo todo de la Providencia divina. En los mesones, y cuando por los caminos se detenia á descansar, presto se apartaba, y despues lo hallaba el compañero puesto en oracion y algunas veces levantado en el aire. La autoridad de los oficios aseguraba con mayor humildad. Diciendo un religioso delante alguna gente, que el santo padre habia sido prior en cierto convento, respondió el santo: Tambien en ese mismo convento fuí cocinero. Un prelado grave de cierta órden, oyéndole alabar mucho el retiro y soledad, le dijo: Vuestra paternidad debe ser hijo de algun labrador, pues tanta inclinacion muestra al campo: á que respondió el humilde padre: Aun no soy tanto como eso, que mis padres fueron unos pobres tejedores de buratos. Entrando en los conventos, los santificaba y alegraba con su presencia, y con la grande luz del cielo que tenia, era maravillosa la prudencia y discrecion con que disponia y gobernaba las cosas de los particulares y de las comunidades; con que llenaba las prendas de un perfectísimo prelado.

Amplificó su provincia, fundando nuevos conventos. El primero fué el de Córdoba, en el cual le sucedió un grande milagro; porque para edificar la iglesia, comenzaron á derribar una pared vieja: socaváronla tanto, que cayó so-

bre la celda en que estaba el santo padre, y toda la hundió. Asustados todos, creyendo habria muerto al santo provincial, acudieron seglares y religiosos para desenterrarle. Apartadas las ruinas, le hallaron alegre y sereno en un rinconcillo, sin lesion ninguna. Preguntáronle cómo habia sido aquello. Respondió, que la de la capa blanca (así llamaba á nuestra Señora) milagrosamente le habia librado de aquel riesgo. En Guadalcazar tuvo una grande enfermedad, y los médicos aseguraban que se moriria; pero el santo dijo: Malo estoy y mucho padeceré; pero no moriré de esta: porque aun no está acabada de labrar la piedra: y así fué. Durante esta enfermedad, para aplicarle ciertos remedios, le hubo de quitar el enfermero una cadenilla de hierro de agudas puntas que traia tan asida á las carnes, que por algunas partes no se veia. Quedóse con ella el enfermero: y aplicándola despues de algunos años á un enfermo desahuciado, con una mortal modorra y calentura, al punto estuvo sano y bueno, que al dia siguiente fué al convento á dar gracias á Dios por el beneficio. Habiéndose dispuesto el fundar convento de monjas en Madrid, se encargó la ejecucion y el acompañar las fundadoras al santo padre. En el camino, pasando por vado el rio Guadiana, se vieron las monjas en gran peligro por llevar grande corriente; mas el santo provincial, siguiéndolas con su jumentillo, la pasó tan sin él, que vieron algunas de las monjas que iba sentado sobre las aguas, y con nueva maravilla le vieron despues salir todo enjuto. En la última jornada, para entrar en la córte sin registro y sin concurso, salieron de Getafe puesto el sol: con que les cogió la noche en medio de la jornada: pero á vírgenes tan prudentes y á padre tan ceñido, el cielo les envió lámparas, cercando el carro y todo el acompañamiento con un resplandor tan celestial, que dejando lo demás del campo en su oscuridad, les clarificó el carril hasta entrarlos en la villa.

Vuelto el santo á la provincia, fundó otro convento de frailes en la Mancha Real; y al año siguiente, por expresa revelacion de Dios, fundó el de Caravaca: y yendo á fundar otro en Bujalance, libró dos mujeres poseidas del demonio; y diciendo un dia misa, le regaló el Señor mostrándosele cercado de un globo de luz que todo lo rodeaba y dejaba iluminado. Llegando despues de la misa á la reja para hacer una plática á las monjas, todavía se continuaba el resplandor tan á lo sensible, que entrando los rayos por la reja, los participaron las religiosas. Con estas luces profética conoció las tinieblas que padecia en su celda una religiosa llamada Bárbara del Espíritu Santo: hízola llamar, y la dijo: ¿Cómo no me dice, hija, lo que padece? Pues ya que ella lo calla, yo se lo quiero decir: y diciéndole punto por punto todo lo que en su interior padecia, la consoló, y aseguró que presto estaria en paz. Vió tambien en espíritu que las monjas de otro convento estaban divididas en la aprobacion de una novicia, y las escribió que le quitasen el hábito, sin embargo que era sobrina de un obispo.

Como el santo padre era como aquel árbol que vió san Juan, que todo el año daba frutos, y sus hojas eran para salud de las gentes, continuó tambien por este tiempo sus milagros y maravillas en beneficio de las almas y de los cuerpos. Hallábase una religiosa con tan mortal accidente, que ordenó el médico la sacramentasen muy apriesa. Llamaron al santo padre para que lo hiciese; pero diciéndole un evangelio, y poniéndole sus manos en la cabeza, estuvo sana y al otro dia se levantó. Llevando las monjas para fundar en Málaga, dió María de Cristo tan peligrosa caida de la cabalgadura, que todos creyeron era muerta. Estuvo un rato sin sentido, derramando mucha sangre de la cabeza: llegó el santo, y limpiándole la herida con su pañuelo, sin otro beneficio, se levantó sana y prosiguió su viaje. Yendo otra vez de camino con su compañero el hermano Fr. Martin, y un hermano donado, llamado Pedro de Santa María, dió este tan mala caida, que por muchas partes se rompió la canilla de una pierna. Lastimados los compañeros, y tratando de la cura, hallaron la canilla hecha á pedazos y que sonaba como una caña muy cascada. Teníale la pierna el hermano Fr. Martin; y siendo el médico el santo provincial, no le aplicó mas remedio que un poco de su saliva, y atando la pierna con el pañuelo, le subieron sobre el jumentillo. Llegados á una venta dijo el santo: Aguarde, hermano, y le apearemos para que no se lastime. Respondió: ¿Qué es lastimar, padre nuestro? Ya no me duele la pierna; y tentándola vió que estaba sana. Saltó en tierra, y se halló tan sano y sólido como ántes de la caida. Por milagrosa calificaban los dos hermanos la cura: pero el santo padre, para deslumbrarlos, les dijo: Callen ahí: ¿qué saben ellos de milagros? Mas viendo que no bastaba, les mandó con obediencia el silencio. Rematemos con otro caso de mayores circunstancias. Caminando en otra ocasion con el hermano Pedro de la Madre de Dios desde Baeza á Jaen, hubo de pasar un rio: llegó al vado, y venia tan lleno, que los arrieros no se atrevieron á vadearle. Quiso tambien el santo provincial quedarse con ellos; pero alumbrado del Señor, dijo al compañero se quedase; y él con el jumentillo se entró por el rio. A poco trecho tropezó el jumento, y viendo su peligro el santo padre, llamó á la santísima Vírgen, que acudiendo luego á socorrerle, le asió de las puntas de la capa, y llevó sobre las aguas hasta dejarlo en la orilla, con grande admiracion de los que lo miraban. Salió tambien la cabalgadura: y volviendo á subir, á todo correr no paró hasta la venta que llaman de Doña María: halló en ella un pasajero mal herido con tres puñaladas que el hijo del huésped le habia dado: admiró el santo padre la benignidad del Señor con aquella alma, y mas cuando llegándole á consolar, supo que era religioso profeso de cierta órden, que andaba apóstata. Confesólo y dispúsolo por espacio de dos horas; y al fin de ellas arrepentido y reconocido á Dios, espiró con grande y muy singular consuelo del santo confesor, considerando cuántos milagros obró nuestro Señor por la salvacion de aquella alma.

Mucho deseaba el santo padre verse descargado de oficios, por el grande amor que tenia á la soledad y retiro, y deseoso de tratar á solas con Dios; pero aun no se lo permetia su Majestad. Habiendo concluido la ocupacion de vicario provincial, le hicieron segunda vez prior del convento de Granada; y aunque con muchas lágrimas lo renunció, no quiso el capítulo adquirir sus ruegos. Rindióse á la carga el humilde padre, y prosiguiendo su gobierno con el acostumbrado ejemplo y crecido fruto de las almas, se le notó por este tiempo que sus hábitos y remiendos despedian un olor celestial y peregrino. Llegó ocasion en que á grandes instancias se hubo de rendir á mudar hábito, y el que dejó se los vistió otro religioso, estimándolo

por reliquia, aunque bien pobre. Al punto echó de sí tal fragancia, que se persuadieron los demás que iba cargado de olores. Excusábase el religioso con la verdad, y llegaron á creerla, cuando quitándose el hábito el religioso, reconocieron todos nacer de solo el hábito la fragancia. Era el santo aquel buen olor de Cristo de que se gloriaba el Apóstol; porque en todo deseaba conformarse y asemejarse á Cristo crucificado, humillado y abatido: por lo cual, continuamente y con muchas ansias le pedia tres cosas: la primera; que no le llevase de esta vida siendo prelado: la segunda; que le diese que padecer por su amor: y la tercera; que muriese habitando donde no le conociesen: y se las concedió el Señor, como lo mostró la experiencia y el mismo santo padre lo dijo á su venerable hermano Francisco de Yepes, y á otros, previniéndoles que si lo viesen despreciado, abatido y cercado de dolores, no lo extrañasen; porque los habia pedido al Señor y se los habia concedido.

Ya corria un año de este priorato, cuando se innovó el gobierno de los Descalzos por autoridad apóstolica, empezando á ser congregacion, divida en diferentes provincias, formando un supremo tribunal de vicario general y seis difinidores. Cayó sobre el siervo de Dios la eleccion de difinidor primero, y juntamente de prior del convento de Segovia, donde habia de residir aquel grave tribunal, que llamaban consulta, con que á un tiempo se halló presidente de la consulta (en ausencia del vicario general) y prelado del convento; y en ambas ocupaciones resplandeció su santidad, su sabiduría, su prudencia y su entereza, con una admirable humildad y encendida caridad con que lo sazonaba todo. Dejando muchos casos particulares de profecías, éxtasis y conocimiento de los interiores, y otras cosas milagrosas que eran muy comunes en el santo, solo referiremos aquí tres, que fueron mas notables. Todo el tiempo que estuvo en esta casa de Segovia, advirtieron, así religiosos como seglares, que le asistia una paloma muy hermosa, que no se hacia con los demás, estando siempre sobre la celda del santo padre. Conferido el caso entre los religiosos, dijeron, que lo mismo habia sucedido en Granada, y que adonde quiera que iba le seguia. Acostumbraba el siervo de Dios en esta casa retirarse muchas veces á una cueva ó ermita que habia en la huerta; y era cosa maravillosa ver como solian entonces acudir allí muchos pajarillos, y cantando dulcemente, le daban regaladas músicas. Estando, finalmente, una vez orando delante de una imágen de Cristo con la cruz acuestas, le habló su Majestad en aquella, y le dijo: ¡Fr. Juan! Pero como el santo padre era tan espiritual, y estas hablas y revelaciones sensibles las tenia por sospechosas, no hizo caso, hasta que repitiéndose la voz segunda y tercera vez se puso atento, y oyó que le decia: ¿qué quieres en premio de lo que por mí has hecho y padecido? A que respondió con toda prontitud: Padecer, Señor, y ser menospreciado por vos. El flaco pidiera honra y descanso; pero el esforzado caballero de Cristo pide penas y abatimientos en premio de sus humildes trabajos.

El año de 1561 acabó el oficio de difinidor, y queriendo el Señor cumplirle lo que tanto le habia pedido, dispuso que lo dejasen sin oficio alguno. Alegre el santo padre viéndose desembarazado, se retiró en el convento de la Peñuela, á seis leguas de la ciudad de Baeza, en Andalucía, por ser convento solitario y eremítico, y en que florecia la penitencia y austeridad de vida. Redujo allí la suya á una continuada tarea de retiro y oracion. Las mañanas gastaba en el coro y decir misa: las tardes, ó se salia por aquellos montes á desahogar su espíritu en alabanzas del Criador, ó las pasaba en su celda recogido, ya de rodillas, ya en cruz, orando y otros santos ejercicios, hasta que la campana lo llamaba á los actos de comunidad. En esta soledad se hallaba como en su centro, y ocupándose tan sin embarazos en solo Dios, vivia tan abstraido de todo lo de acá, que no parecia hombre terreno, sino ángel humano. No atreviéndosele los demonios de cerca, le armaron tan funesto nublado en el aire sobre todo el sitio, que en sus furiosos rayos, truenos y piedras parecia lo habian de acabar todo y hundir el convento. Viendo el santo padre la turbacion de los religiosos, y conociendo los autores que la causaban, saliéndose al medio del claustro, se quitó la capilla, y mirando al cielo, hizo con ella cuatro cruces hácia las cuatro partes del mundo: y al momento se dividió el nublado en otras cuatro partes, y á toda priesa dejó el cielo sereno, desvanecida la tempestad y confusos los enemigos: los cuales aunque quedaron vencidos, pero nó enmendados; pues que ya que no les salió bien el agua, trataron de valerse del fuego, y ver si podrian abrasar con llamas al que no habian podido ahogar con diluvios. Tenia el convento un pedazo de huerta y olivar cercado nó de paredes, sino de las mismas malezas del monte, y por defuera algunas haces de siembra. Corriendo buen viento para desviar el fuego, quiso un hermano quemar los rastrojos que habian quedado de la siega: valiéndose los demonios de la ocasion, presto revolvieron el viento contra la huerta y el convento, y encendieron tales llamas, que ya sin resistencia amenazaban lamentable incendio de todo el sitio. Asustados los religiosos, llamaron al santo padre, el cual haciendo breve oracion delante del santísimo Sacramento, tomó el hisopo y agua bendita, y se puso entre la cerca y el fuego, cuyas llamas pasando por encima del santo, llegaban ya á lamer los sarmientos de la barda, con que á poco espacio perdieron al santo de vista. Pasmáronse todos temiéndole abrasado; mas el santo padre, luchando con Dios y su oracion contra el infierno, consiguió la victoria que se comenzó á mostrar en dos maravillas singulares: la primera, que emprendiendo el fuego en las jaras y sarmientos de que se componia la cerca (á semejanza de la zarza de Moisés), no los quemaba ni ofendia: la segunda, que descaeciendo las llamas, vieron el santo padre en medio de ellas elevado en el aire, y que pisándolas, poco á poco se fué bajando sin traer lesion en persona, ni olor de fuego en sus hábitos, viniéndose alegre hácia los religiosos, y dejando en todo el sitio ahogado el fuego y sus autores.

Mucho edificó el siervo de Dios á toda la Iglesia con la santidad y virtudes de su santa vida; pero nada ménos la enseñó con su mística y justísima doctrina. Y porque en esta soledad de la Peñuela le dió la última mano á sus escritos, darémos aquí noticia de ellos. Muchos religiosos y religiosas de la órden, admirando su celestial magisterio místico, le rogaron se los dejase escritos para bien de muchas almas. Rendido á las instancias, escribió los libros siguientes: el primero, Subida del monte Carmelo: el segundo, Noche obscura: el tercero, Cántico espiritual; y el cuarto, Llama de amor viva. Trasladáronse despues en

varias lenguas, imprimiéndolos en latin el P. Fr. Andrés de Jesus, natural de Polonia, y de la misma órden, añadiendo otros cuatro tratados menores: el primero, Cautelas espirituales contra los tres enemigos del alma: el segundo, Cartas á diferentes personas: el tercero, Sentenciario espiritual; y el cuarto, Devotas Poesías. Y aunque es ya muy conocida y pública la alteza y utilidad de esta doctrina; dejando los muchos elogios que de ella escribieron las mejores plumas, solo referiré el que los cardenales Torres y Deti, para despachar los remisoriales para la canonizacion del santo padre, hicieron en esta forma: «Escribió libros de teología mística, llenos de celestial sabiduría, los cuales andan divulgados en diferentes reinos con tan sublime y admirable estilo, que juzgan todos no ser ciencia adquirida con ingenio humano, sino revelada é infundida del cielo. Es su leccion muy provechosa para discernir las revelaciones verdaderas de las falsas, y esforzar las almas en el camino y vida de la perfeccion. Por lo cual los que leen estos libros comparan su doctrina con la de san Dionisio Areopagita.» Y el señor cardenal Ginetti refiere á la sagrada congregacion el dicho del doctísimo y venerable P. M. Fr. Juan Bautista Lezana, carmelita observante, á quien se habia remitido la revision de dichos libros por estas palabras: «La revision de los opúsculos del siervo de Dios, Juan de la Cruz, segun la forma de los nuevos decretos que me encomendó la sagrada congregacion, fué remitida al P. Fr. Juan Bautista Lezana, carmelita, uno de los consultores de esta sagrada congregacion: por cuya relacion, que presentó en escrito, consta, que en dichos opúsculos no se halla cosa contra la fé y buenas costumbres, ni contienen doctrina nueva, ni peregrina, ni ajena del comun sentir y costumbre de la Iglesia; sino ántes mas doctrina tan altamente sublime, que apenas se podrá hallar otra mas levantada, sino es en los códices sagrados.» Todo esto se dice de los libros del santo padre: y nadie que los lea con humilde y verdadero deseo de aprovecharse de su doctrina lo extrañará; porque experimentará los admirables frutos que causa en las almas en el total desasimiento de las criaturas, y buscar y hallar al Criador.

Íbase el santo acercando á la corona de sus méritos: y para que fuese mas preciosa, la labró el Señor nuevas piedras de penas y dolores en su última enfermedad. Envióle unas calenturas, que presto le derribaron en la cama, y originándose de ellas una grande inflamacion á la pierna derecha, puso á todos en cuidado. Avisado el padre provincial, al punto envió órden para que se fuése á curar á Baeza ó á Ubeda, y mandó al padre prior que luego lo ejecutase y cuidase mucho del enfermo. Instaba el prior se fuése al colegio de Baeza, por ser casa mas acomodada y el rector muy hijo del santo padre, y no al convento de Ubeda, nuevo y mal acomodado, y cuyo prior estaba adverso al santo padre por haberle mortificado algunas demasías. Mas como él deseaba padecer, y halló en Ubeda la ocasion: eligió el ir á aquella casa, en donde habia de padecer mas y era ménos conocido. Con el movimiento del camino creció la inflamacion é iba con notable fatiga. Llegando á la puente del rio Guadalimar, le dijo el hermano: A la sombra de este puente podrá vuestra reverencia descansar un rato y comer un bocado. Sí descansaré (respondió el enfermo), porque llevo necesidad: pero tratar de comer es excusado, porque tengo total inapetencia. Replicó el hermano: ¿Es posible que nada apetece vuestra reverencia? A que respondió: Sola una, que son unos espárragos; pero en este tiempo (era á fin de setiembre) no es posible hallarlos. Estando el compañero en esta afliccion, y mirando al rio, vieron los dos dentro de él una peñuela, y encima de ella un manojo de espárragos muy frescos, atados con un mimbre. Sacólos el hermano: admirólos el santo, y por mucho que procuró disimular la maravilla, no pudo negar habia sido milagrosa.

Llegado á Ubeda, fué recibido del prior con poco agrado, y con mucho de los demás. Pero el camino de suerte agravó la enfermedad, que el humor, bajando á la pierna, al otro dia reventó por cinco bocas en forma de cruz, dejando la mayor sobre el empeine del pié. De todas salia tanta materia que llenaba las escudillas, y cundiendo por todo el cuerpo hizo en él balsas de humor corrompido, particularmente en ambas pantorrillas. Este accidente y continua calentura le causaron tal flaqueza que no se podia rodear en la cama, sino es asiéndose de una soga, y ayudado de los enfermeros. A su rigor excedia su paciencia, y á todo la que mostró en lo recio de su cura. Abriéronle desde el empeine del pié hácia arriba por la espinilla mas de una cuarta, de modo que se le descubrió la canilla de la pierna, con tal tolerancia en el enfermo, que admiró al cirujano, á quien despues dijo con alegre serenidad: Si es menester cortar mas, córtese muy enhorabuena, y hágase la voluntad de mi señor Jesucristo; que yo estoy dispuesto para lo que su Majestad mandare y ordenare de mí. A este dolor del cuerpo se recreció á este segundo Jobel desagrado del prior. Sus visitas eran de juez, sus palabras de apasionado y sus obras tan de miserable, que no solo no le daba mas que un poco de carnero, sino que prohibia que de fuera le regalasen, diciendo que bastaba el tomar carne para la enfermedad que tenia. Finalmente, por saber que está sequedad la sentian y censuraban los religiosos, mandó que ninguno entrase en su celda, echando la llave á su rigor y el santo á su sufrimiento. No pudo tan ejemplar paciencia y santidad conocida estar oculta mucho tiempo: publicáronla cirujanos y religiosos, con que se movieron muchas personas devotas á acudir al enfermo. Unas le enviaban regalos, otras hilas y lienzos, y otras se encargaron de lavar los paños y vendas. Ya los religiosos habian avisado al padre provincial, que vino á toda priesa, é informado del estado de la enfermedad y sequedad del prior, despues de haberle reñido ásperamente, dijo: Abran, padres, esas puertas para que no solo los religiosos, sino los seglares entren á ver este espectáculo de santidad, y queden admirados con su admirable paciencia. Trueno y rayo fueron estas palabras del zelo y caridad del venerable provincial, que juntamente atemorizaron y alumbraron al prior, el cual comenzó á venerar al que ántes perseguia; y postrado á sus piés, no solo le pidió muchas veces perdon, sino ejecutó sus consejos, y en adelante predicó sus alabanzas. Queriéndole dar algun alivio, dispuso (rehusándolo el enfermo) un rato de música, y en tanto que duró, estuvo el santo tan suspenso, que vuelto en sí, y preguntado qué le habia parecido de la música, respondió: No la oí, porque otra mejor me ha ocupado en este tiempo. Empezaba ya á gustar la del cielo, de la cual añadió: *Satiabor, cum apparuerit gloria tua.*

Con otras maravillas acreditó aquí Dios la santidad de su siervo. La materia que salia de las llagas era tan dife-

rente de las demás, que no solo no olia, sino que sabia bien. Tomando el enfermero una porcelana llena de la sangre y y materia que salió cuando le abrieron la pierna, viendo cuán bien olia, dijo: Esta no es materia; y bebiendo dos tragos de ella, se le quitó un dolor de cabeza que padecia. Encontrando otro religioso una escudilla de la misma materia, juzgando por su buen color y olor ser alguna salsa regalada, se la bebió toda con buen gusto. Las señoras que lavaban las vendas y paños que servian al santo padre, testificaron que tenian un olor celestial, y que su tacto les causaba interior consuelo. Llevároules una vez con la ropa del santo padre la de otro enfermo, y luego con el olor conocieron no ser toda del santo, y por el diferente olor pudieron apartar la una de la otra. Tambien sucedió á muchas de estas personas, que buscando en sus casas algunas cosas de regalo para sí, no las hallaban; y cuando las buscaban para regalar al santo enfermo, luego se les venian á las manos, cuidando Dios del alivio y asistencia de su fiel amigo con tan singulares providencias.

Dos meses y ocho dias habian pasado, cuando creciendo la enfermedad, desconfiaron todos de la vida del enfermo. La víspera de la Concepcion, que cayó en sábado, mandó el médico le diesen el viático: y alegre el santo con la nueva, dijo: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* Mas como sabia mejor que el médico, no solo el dia sino tambien la hora en que habia de morir, dijo, que se difiriese hasta su tiempo. El jueves siguiente lo pidió diciendo no duraria mucho. Pidiéronle les repartiese sus alhajas, que eran hábito, rosario, breviario y correa; y respondió: Yo soy pobre; esa accion es del prelado: al cual pidió de limosna un hábito y un poco de tierra en que enterrarse, perdon de los enfados de la enfermedad, y á los demás de los descuidos que habia tenido, siendo súbdito y prelado. Animándolos á todos á la observancia de su profesion, le interrumpieron las lágrimas. Viernes 13 de diciembre, dia de santa Lucía, preguntó qué dia era: y sabiendo que viernes; ya no preguntó mas por el dia sino por las horas: y como le pidiesen la causa, añadió: Helo preguntado; porque, gloria á mi Dios, tengo de ir esta noche á cantar maitines al cielo. Llegándose despues el venerable provincial, quiso alentarle acordándole lo que habia trabajado por la reforma: mas el humilde padre tapándose los oidos con ambas manos, le dijo: No me acuerde vuestra reverencia sino mis muchas culpas y pecados; y solo tengo para satisfacer por ellos, la sangre y merecimientos de Jesucristo.

A las cinco de la tarde recibió la extremauncion; á las nueve, habiendo preguntado y sabido qué hora era: esclamó: ¡Qué aun me faltan tres horas! añadiendo: *Incolatus meus prolongatus est.* A las once y media pidió llamasen al padre provincial y á todos los religiosos. Habiendo acudido, se hincaron todos de rodillas, y le suplicaron les echase su bendicion; pues les dejaba con su ausencia tan desconsolados. Excusábase el santo, pidiendo al padre provincial se la echase su reverendísima, pues era prelado de todos. Al fin al ruego del provincial y lágrimas de todos, se hubo de rendir, y les echó su bendicion: despues de esto pidió le leyesen algo del libro de los Cantares: y en el punto de las doce, le rodeó un globo grande de luz como de fuego resplandeciente, cuya claridad ofuscaba unas veinte luces que ardian en el altar y celda. En medio de la celestial llama se veia estar como ardiendo aquel abrasado serafin. A esta sazon dió el reloj las doce; y sonando la campana del convento, preguntó, quétañian. Respondiéndole que á maitines, pasó mansa y amorosamente los ojos por los presentes y por despedida les dijo: Al cielo me voy á cantarlos: y poniendo sus benditos labios á los piés del crucifijo, y diciendo: *In manus tuas commendo spiritum meum*, cerrando la boca y los ojos, se lo entregó dulcemente, sábado á la misma hora que habia dicho, 14 de diciembre del año 1591, á los cuarenta y nueve de su edad, y veinte y ocho de religion, habiendo vivido los cinco primeros en la Observancia, y los veinte y tres en la Reforma: á la cual, habiendo sido el primero de ella, vió en sus dias dilatada en España y en las Indias en seis provincias, y con vicario general propio de la familia.

No dilató el Señor el dar testimonios de la gloria de su siervo. En espirando, se sintió por todo el convento una celestial fragancia: su rostro quedó muy hermoso y sonroseado. Aunque llovia y hacia mucho frio, acudió luego tanta gente, que se hubieron de franquear las puertas del convento á la una de la noche; y llegándose todos á besarle las manos y los piés, se tenia por dichoso el que podia alcanzar alguna reliquia suya. Entre otros llegó un carpintero llamado Iruela, pidiendo á grandes voces le dejasen ver al santo; porque en aquel punto le habia librado de un grande peligro de cuerpo y alma. A mas de estos en espirando se apareció á su grande bienhechora doña Clara de Benavides y á Luisa de la Torre, mujer de grande virtud, que arrebatada en espíritu le vió con el rostro muy resplandeciente, que sustentaba sobre sus hombros aquel convento de Ubeda. En Segovia apareció á Beatriz del Sacramento, religiosa de su órden, con el hábito chapeado de joyas de oro y sembrado de estrellas, con una hermosísima corona en la cabeza; y la dejó del todo sana, estando ántes tullida. En la misma ciudad de Ubeda, años despues obró una singular maravilla. Por mayo habiéndose formado una terrible tempestad y nublado formidable, y acudiendo muchos á implorar su patrocinio, fué visto á la luz de los relámpagos con su hábito de carmelita descalzo, que luchando con las nubes, las deshizo y apartó de los términos de la ciudad.

Al entierro acudieron sin haberles convidado, así el clero, religiones y caballeros, como de los demás, tanta multitud, que no cabian en el convento ni en la calle. Con harto trabajo le sacaron á la iglesia, donde sin poderlo remediar, le cortaron muchos de sus hábitos. El P. Fr. Domingo de Sotomayor, hallándose presente, intentó su devocion cortarle un dedo; y retirando el santo la mano, le cayó encima desmayado. Llegando á besar el pié un religioso de otra religion, con los dientes le arrancó una uña. Enterráronle entonces en tierra; pero el cielo dió bastantes muestras de que merecia mas glorioso sepulcro, con las luces que se vieron salir de la sepultura. A los nueve meses se descubrió el santo cuerpo, y luego se percibió una grande fragancia, y hallaron el cuerpo entero y fresco: quisieron cortarle un dedo; y al punto salió sangre, como si estuviera vivo. Al año siguiente fué trasladado secretamente á Segovia; pero cuando Ubeda lo supo, sintió tanto el despojo, que negoció breve de Clemente VIII, año de 1596, para que se le restituyese. Los prelados de la religion, para excusar competencias entre tan ilustres ciudades, lo compusieron dividiendo entre ellas el santo

cuerpo; á Ubeda le cupo un brazo y las dos piernas; y á Segovia la cabeza con lo restante.

Prosiguiendo despues el santo en hacer muchos milagros y prodigios, dando especialmente salud á muchos enfermos ya desahuciados, y hechas las debidas informaciones y procesos, á los 6 de octubre de 1674 la santidad de Clemente X mandó se publicase el decreto de su beatificacion, como se hizo: y reducida despues dicha beatificacion en forma de bula, la despachó su santidad el año siguiente de 75, á 25 de enero. Fué despues canonizado á 27 de diciembre del año de 1726 por la santidad de Benedicto XIII, de la sagrada órden de Santo Domingo: y á 22 de marzo de 1732 la santidad de Clemente XI concedió por toda su religion rezo y misa, todo propio del santo con rito de primera clase y con octava; trasladando ó anticipando el dia de su fiesta, y mandando que de allí en adelante se celebrase el dia 24 de noviembre, así como ántes se celebraba á los 14 de diciembre, dia en que murió el santo: lo cual se hizo para que se pudiese rezar con octava; porque desde el dia 17 de diciembre hasta el dia de Navidad, segun las rúbricas del breviario romano, deben cesar todas las octavas.

San Crescenciano, mártir.—Era este santo natural de Roma y compañero del papa san Marcelo. Padeció el martirio junto con este sumo pontífice, en la misma ciudad de Roma el año 309, en tiempo del emperador Diocleciano.

Santa Firmina, vírgen y mártir.—Fué hija de Calfurnio prefecto de la ciudad de Roma, y abrazó la religion cristiana á vista de los milagros que obraban los santos confesores. Hallándose en Amelia, en el ducado de Espoleto, durante la persecucion de Diocleciano, fué presa y conducida al tribunal del juez; pero á pesar de sus pocos años, no pudieron doblar su constancia en confesar la divinidad de Jesucristo. Padeció varios y crueles tormentos, y por fin la colgaron y abrasaron con hachas encendidas, en cuyo suplicio entregó su espíritu al Criador. Su muerte la fija Baronio en el año 303.

San Alejandro, mártir.—Nació en Corinto, cuya ciudad ennobleció tambien con su preciosa muerte. En tiempo del emperador Juliano el Apóstata, fué encarcelado por negarse á dar culto á los ídolos, y despues de haber peleado gloriosamente, fué degollado en la misma ciudad por órden del presidente Salustio, el año 361.

Las santas Flora y María, vírgenes y mártires.—En el reinado de Abderramen II, floreció en Córdoba una doncella llamada Flora, hija de padre moro y enemigo de la ley evangélica. Su madre, que era cristiana, la instruyó en la verdadera religion. Era Flora la ménor de su familia, hermosa, de lindo ingenio y prudencia, y Dios reinaba en su casto corazon. En medio de sus deudos, vivia como penitente, pues escondia con disimulo su comida y la daba á los pobres. En todas las cosas la guiaba la mano del Señor por la senda de la profesion evangélica; pero en sus santos propósitos se veia casi siempre contrariada por un hermano suyo, que al fin acabó por perseguirla y delatarla al juez mahometano. Llamóla éste á sí, y la preguntó si era cierto que hubiese renegado de su ley; pero ella contestó con varonil esfuerzo: Nunca he conocido á Mahoma; solo á Jesucristo conozco desde mi niñez; en su ley he sido criada, á él solo adoro por Dios, y le tengo dado mi corazon como á Esposo mio, consagrándome á él en perpetua virginidad. Enfurecido el juez con esta respuesta, mandó á dos verdugos que á golpes le hiriesen la cabeza: ejecutóse esta sentencia con tal crueldad, que llegó á descubrírsele el casco desnudo entre los cabellos. Ella continuaba siempre confesando á Jesucristo, y entonces, medio muerta, fué entregada á su hermano para que la curase, y habiéndola instruido en su ley, la volviese al tribunal si no se determinaba á seguirla. Restablecida Flora de sus heridas, se escapó de su casa y se fué á un lugar del reino de Jaen, donde permaneció oculta hasta la época de su martirio. En este combate y victoria fué acompañada de otra doncella llamada María, religiosa del monasterio de Guteclara. Ambas se presentaron á un mismo tiempo, y sin saberlo la una de la otra, al juez en Córdoba, que despues de haberlas oido, las mandó encerrar en una oscura cárcel. En ella encontraron al glorioso san Eulogio, que las animó y consoló, y escribió para fortalecerlas su libro titulado: «Aviso de los mártires.» Varias veces las llamó el juez á su presencia; pero nunca pudo conseguir arrancarlas de su propósito. Al fin las dos esclarecidas esposas de Jesucristo fueron sentenciadas á muerte: Flora padeció primero, y á ambas las cortaron la cabeza con el alfanje; á las tres de la tarde de un mártes, dia 24 de noviembre del año 851. Los sagrados cadáveres quedaron allí todo aquel dia, y al siguiente fueron arrojados al Guadalquivir; pero poco despues los cristianos hallaron las dos cabezas, y las depositaron en la iglesia de San Acisclo, de donde las trasladaron posteriormente á la parroquia de San Pedro de la misma ciudad de Córdoba. Su fiesta fué desde luego muy celebrada en España, y por su intercesion se obraron muchos milagros.

San Felicísimo, mártir.—Fué de Perugia en Italia, y Procopio le llama príncipe de los etruscos de la misma ciudad. El cardenal Baronio, ignorando la época en que padeció martirio, habla de él en el siglo V.

San Protasio, obispo y confesor.—Fué obispo de Milan en el siglo IV. Su sabiduría y virtud le hicieron estimar hasta de los herejes, que le temian como á un adversario formidable. Trabajó incesantemente en favor de la doctrina católica; asistió al concilio de Sárdis en Iliria, celebrado en 347 á instancias del emperador Constancio, y en él defendió con notable zelo la causa de san Atanasio, proponiendo una porcion de cánones que indignaron de tal modo á los herejes, que se separaron del concilio. Fué muy amigo del emperador, del papa Julio I y de todos los mas grandes prelados de aquel siglo, y murió en paz en su diócesis, el año 338, por el mes de noviembre, siendo su sepulcro glorioso en milagros.

San Roman, presbítero y confesor.—San Gregorio de Tours, en el libro de *Gloria conf.*, cap. 46, dice que vivió en la misma ciudad de Tours en tiempo de Teodórico el Grande, y que dió sepultura al cuerpo de san Martin su maestro. El Martirologio romano añade, que la santidad de su vida se comprobó con la gloria de sus milagros. Murió el año 385.

San Ponciano, abad.—Pasó los primeros años de su vida en la esclavitud, y cuando obtuvo su libertad, tomó el hábito religioso en un monasterio de Auvernia, del cual llegó á ser abad. Su amor por la penitencia fué extraordinario, no siéndolo ménos su perfeccion en todas las virtudes. Cuando Tierri, rey de Austrasia, invadió la Auvernia, Porciano fué á verle para pedirle la libertad de todos los prisioneros: el príncipe lo recibió con respeto y le concedió lo que

pedia. Venerado y querido de todos, llegó á una edad muy avanzada, y acabó el curso de sus dias el año 540.

DIA 25.

SANTA CATALINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—La ilustrísima vírgen y mártir santa Catalina nació en Alejandría de Egipto, de sangre real, y fué dotada de todas las gracias que en una mujer se pueden desear. Era hermosa por todo extremo, y juntamente honestísima: era avisada y de alto entendimiento, y muy enseñada en todas las letras de filosofía y humanas, que en aquel tiempo florecian en la ciudad de Alejandría. El obispo Equilino dice, que ántes que se bautizase, tuvo un sueño y revelacion, en que se le apareció la sagada Vírgen María nuestra Señora con su precioso Hijo, niño de extremada belleza, en los brazos, y que la madre le ofrecia á su hijo; y el bendito niño la desechaba y se extrañaba de ella, diciendo que en sus ojos no era hermosa aquella doncella, porque no era bautizada. Despertó Catalina, y entendiendo lo que le faltaba, y que no era digna de ver el hermoso rostro de Jesucristo, se hizo cristiana y se bautizó. Tornóle á aparecer Cristo de la manera que primero; y regalándola y haciéndola grandes favores en presencia de su sacratísima Madre y de muchos ángeles y santos del cielo, se desposó con ella y la dió el anillo, como á verdadero esposo suyo. Despertó de su sueño la gloriosa vírgen, y halló un anillo en su dedo. Todo esto refiere este autor: y así algunos suelen pintar á santa Catalina con Cristo en los brazos de su madre, que le pone el anillo en el dedo y la toma por esposa. El resto de la vida y martirio de esta esclarecida vírgen se ha de tomar de Simeon Metafraste, que la escribió copiosamente, y la refiere Lipomano y el P. Fr. Lorenzo Surio de esta manera. Imperando en Oriente Maximino, hombre tan fiero y bárbaro, que no tenia sino el nombre de hombre, y estando en Alejandría, mandó publicar un edicto en esta forma: «El emperador Maximino, á todos los que están debajo de nuestro imperio, salud. Habiendo nosotros recibido grandes beneficios de la benignidad de los dioses, juzgamos, que en reconocimiento de su gran liberalidad debemos ofrecerles sacrificios: y por tanto os exhortamos y mandamos, que vengais á nuestra presencia para que mostreis con las obras el amor y reverencia que teneis á nuestros grandes dioses: avisándoos que el que no obedeciere á este nuestro mandato y siguiere otra religion contraria á la nuestra, demás de perder la gracia de los dioses inmortales, caerá en nuestra indignacion y lo pagará con la vida.

Publicado este edicto, toda la ciudad de Alejandría se llenó de gente, que de diversas partes concurrian á ofrecer sacrificios, y todos los altares y templos estaban bañados en sangre de los animales que se mataban y sacrificaban á los demonios, de lo cual el emperador estaba muy ufano y contento. Supo esto santa Catalina: y movida del amor de su dulce esposo Jesucristo, determinó por sí misma hablar al emperador, y reprenderle de aquel desatino, con que engañaba aquella gente ciega, y la llevaba tras sí al infierno. Acompañada, pues, de muchos criados, fué al templo, donde á la sazon estaba el emperador, y con su licencia entró en él, y le avisó que le queria hablar. Todos quedaron admirados de ver el rostro de santa Catalina, mas angélico que humano, acompañada de tan peregrina honestidad y rara modestia: llegóse á Maximino; y con grande libertad le dijo la ceguedad en que estaba, por ofrecer sacrificios á ídolos y semejanzas de hombres, sujetas á pecados y vicios, y en llevar tras sí á todo aquel pueblo ignorante, á quien él, como cabeza y príncipe, estaba obligado á desengañar y poner en buen camino: que lo que le convenia era conocer al verdadero Dios que le habia criado y dado el imperio, el cual, con ser Dios inmortal, se hizo hombre por nosotros, y por su voluntad murió en una cruz para librarnos de la muerte merecida por nuestros pecados. Turbóse el emperador oyendo las razones de santa Catalina y estuvo algun rato sin poder responder; y al fin la dijo que le dejase acabar su sacrificio, porque despues la responderia. Mandóla llevar á su palacio, y acabada la solemnidad se fué á ver con ella; y teniéndola en su presencia la dijo: Dínos ahora, ¿quién eres y qué palabras fueron las que hoy hablaste? Respondió la santa doncella: Bien conocido es mi linaje en esta cindad: llámome Catalina, he gastado mi vida en estudios de retórica y filosofía; pero de lo que me precio mas es de ser cristiana y tener por esposo á Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. De aquí comenzó á darle razon de sí y de su fé con tan singular sabiduría, elocuencia y gracia, que el emperador abobado la estaba mirando, admirado de ver su incomparable hermosura y oir la fuerza y peso de sus razones, á las cuales él no supo responder; y entendiendo que para convencer á Catalina era menester mas ciencia que la suya, mandó llamar de todas las partes de su imperio á los varones mas sabios y elocuentes que en ellas habia, para que disputando con la santa doncella la convenciesen; y entretanto la mandó poner en guarda dentro de su palacio. Vinieron cincuenta hombres muy sabios, grandes filósofos y oradores, por mandado de Maximino, para entrar en disputa con la santa vírgen: y puesto caso que cuando supieron la causa de su llamamiento y venida, quedaron corridos por parecerles que no convenia á su reputacion el hacer tanto caso de una mujer, que por grande entendimiento que tuviese, por mucho que supiese, en fin tenia entendimiento y ciencia de mujer; y se lo dieron á entender al emperador; mas despues que disputaron y fueron convencidos de santa Catalina, sin saber qué responder, quedaron mucho mas afrentados y corridos, y entendieron que la ciencia humana no puede resistir á la sabiduría divina, ni el entendimiento del hombre al espíritu de Dios. Juntáronse los cincuenta filósofos en un lugar, y concurrió toda la ciudad á un espectáculo tan nuevo y maravilloso, en que cincuenta hombres tenidos por la flor de todas las universidades y como unos oráculos de sabiduría, habian de disputar con una doncella de diez y ocho años en materia de letras y de religion, y en presencia del mismo emperador. Mas un ángel del Señor apareció á la santa vírgen y la dijo que no temiese; porque Dios le daria sabiduría del cielo, á mas de la que ella habia alcanzado con su buen estudio y diligencia, y que tendria victoria de los cincuenta filósofos y les persuadiria lo que quisiese; y á ellos y á otros muchos convertiria al conocimiento de Dios por el cual moririan, y ella despues seria coronada de martirio. Muy alentada quedó la santa doncella con este regalo y favor del Señor: entró en la pieza donde estaba toda aquella compañía: y uno de los filósofos, el de mas nombre y que era tenido por mas letrado que todos, con algun

desden y mofa, torciendo el rostro la dijo: ¿Eres tú la que injurias con palabras atrevidas y libres á nuestros dioses? Yo soy (dijo Catalina), aunque nó con palabras atrevidas y libres como tú dices, sino con razones ciertas y verdaderas. Comenzó luego el filósofo á proponer sus argumentos en favor de sus dioses, fundados en los magníficos títulos y renombres que los poetas les atribuyen, á querer probar que Cristo no era Dios; porque habia sido crucificado, y ninguno de sus poetas ni filósofos le tenia por tal ni hacia mencion de él en sus escritos: pero la sapientísima vírgen deshizo todos los argumentos del filósofo, probando por buena filosofía y por razon natural que no puede haber mas que un Dios, artífice y autor soberano de todo lo criado; y aunque los dioses que ellos adoraban no lo podian ser por haber sido hombres viciosos y abominables, y de quienes sus mismos poetas muchas veces dicen grandes maldades; y que puesto caso que los poetas, como vanos, no hablan de Cristo; pero que las Sibilas, que ellos mismos reverenciaban como á mujeres alumbradas con el espíritu del cielo, habian hablado altísimamente de él, y mucho ántes que acaeciese, habian escrito, que habia de ser preso por envidia y muerto de su mismo pueblo, y que habia de resucitar y subir á los cielos, y juzgar los vivos y los muertos, citando los lugares de cada una de las Sibilas con tanta claridad y eminencia, que el filósofo, ántes orgulloso é hinchado, quedó confuso y persuadido de todo lo que la santa vírgen le decia; porque ella hablaba con tanta majestad y con tan rara elocuencia, gracia, mesura y fervor de espíritu, que se echaba bien de ver, que aquel era negocio de Dios y que la sabiduría de santa Catalina no era humana sino divina, á la cual no se puede resistir. Quedó atónito el emperador: y como vió que el filósofo flaqueaba, mandó á los otros filósofos que le ayudasen y saliesen en campo con la santa vírgen; pero ellos no lo quisieron hacer así porque aquel filósofo era el mas famoso y eminente entre todos, como porque las razones de la santa los habian convencido y rendido de tal manera, que no tenian que replicar: y así todos á una voz respondieron al emperador, que en aquel filósofo y compañero suyo (que era el mas sabio) todos habian sido vencidos, y todos con él confesaban que aquella doncella decia verdad; y que ellos hasta aquel punto habian estado ciegos en adorar por dioses á los que no lo eran, y que solo habia un Dios, que era Jesucristo, á quien Catalina confesaba y adoraba, y todos con ella confesaban y adoraban. No se puede fácilmente creer el furor y rabia que de oir esto Maximino recibió, y como de suyo era arrebatado y furioso, luego mandó que se encendiese una grande hoguera, y que en ella todos los cincuenta filósofos fuesen quemados. Encendióse la hoguera, y luego que ellos la vieron, se echaron á los piés de la santa vírgen, rogándola con lágrimas, que suplicase á Dios que les perdonase los pecados que contra él, como ciegos, habian cometido; porque ya alumbrados con su luz estaban prontos para recibir el bautismo y morir por él. La gloriosa santa se regocijó en Dios cuanto pensar se puede, por ver que la verdad triunfaba de la mentira, y la cristiana sabiduría de la vana filosofía, y el verdadero y solo Dios, de la chusma de los falsos dioses; y que aquellos hombres que ántes tenian nombre de sabios, y ahora lo eran de veras, se juntaban á Cristo (que es la eterna Sabiduría del Padre), y como buenos soldados no dudaban de entrar en batalla y dar la vida por él: y así con un rostro amoroso y blando los consoló y animó, diciendo que tuviesen por cierto que Dios los perdonaba; pues por su amor tenia mas cuenta con el Rey del cielo, que con el de la tierra, y que el fuego les serviria de bautismo y purificaria sus almas, para que limpias y puras fuesen luego presentadas ante el divino acatamiento, en donde recibirán el precio de aquel suplicio y la corona inmortal de tan gloriosa victoria. Con estas palabras quedaron ellos confortados: y haciendo muchas veces sobre sí la señal de la cruz, y nombrando á Jesucristo, fueron puestos entre las llamas y dieron sus almas á Dios. Despues algunos cristianos secretamente fuéron á recoger sus santas reliquias, y hallaron los cuerpos tan enteros y sin lesion que ni un cabello les faltó. Con este milagro mostró Dios cuán acepto le habia sido el sacrificio que estos sabios le hicieron de sí mismos, y muchos gentiles se convirtieron á la fé, por la cual ellos habian dado sus vidas. Pues ¿quién no ve en este hecho la sabiduría, poder y grandeza de nuestro Dios? ¿Y cómo por una mujer flaca humilló á los soberbios, confundió á los emperadores, derribó la altivez del mundo, alumbró á los ciegos, é hizo que los que ántes perseguian la verdad, fuesen perseguidos y muriesen por ella con alegría y contento? Muy congojado y rabioso quedó Maximino con este suceso, y con gran deseo de atraer á su voluntad á santa Catalina, y por bien ó por mal hacerla sacrificar á sus dioses. Parecióle primero llevarlo por blandura, y ver si con caricias y ofrecimientos podia ablandar el constante pecho de la vírgen. Hízola grandes promesas, habló con amor fingido de padre, y usó todo el artificio que supo para persuadirla lo que pretendia: mas como todo esto no hiciese mella en el corazon de la bienaventurada vírgen, porque estaba llagado del amor de su dulce Esposo, convirtió las dulzuras y halagos en espantos y amenazas, diciéndola que la mandaria dar cruelísimos tormentos, á lo cual santa Catalina respondió: Haz lo que quisieres; que tus tormentos por crueles que sean, se acabarán, y el premio de ellos durará para siempre; y espero en Dios, que mucha gente de tu casa y palacio se ha de salvar por medio mio. Esto dijo la santa, y Dios se lo otorgó. Con esto el emperador, desconfiado que sus ártes y mañas no le habian de valer, la mandó desnudar y azotar con nervios crudos de bueyes. Desnudaron á la purísima doncella, que para ella fué grandísimo tormento, y los crueles verdugos comenzaron á descargar golpes en aquel cuerpo tierno y delicado, y dos horas estuvieron hiriendo sus carnes mas blancas que el alabastro, dejándolas matizadas con su sangre, y causando en los presentes tanta lástima que derramaban muchas lágrimas. La vírgen estaba con tanto esfuerzo como si su cuerpo fuera de piedra; aunque los arroyos de sangre que de él salian mostraban que era de carne. Despues de este tormento la pusieron en una cárcel oscura, con muchas guardas y órden que no se le diese cosa alguna de comer, pero en doce dias que allí estuvo, el Señor la proveyó, enviándola ángeles que la visitasen, curasen y regalasen, y una paloma que la traia cada dia lo que habia de menester para su sustento. Allí á la cárcel vino la emperatriz á visitar á santa Catalina, admirada de lo que oia decir de su extremada belleza, sabiduría, fortaleza y constancia en los tormentos. Vino de noche, acompañada de un capitan del emperador, llamado Porfirio, y de otros soldados: entró en la cárcel la empe-

ratriz, habló con la santa doncella, y con su plática quedó tan aficionada á ella y tan herida del amor de Dios, que recibió la fé y se bautizó, y lo mismo hizo Porfirio y otros doscientos soldados, ofreciéndose á morir por Cristo siempre que tuviesen ocasion: y aunque la emperatriz temia su flaqueza para padecer tormentos, la santa vírgen la animó á sufrirlos (si fuese menester) con alegría, diciéndola que Cristo estaria en su corazon y la daria esfuerzo y valor para pasarlos, y despues por premio corona de inmortalidad. Aquí en la cárcel apareció Jesucristo á su dulce esposa Catalina, y la dijo que no temiese, porque él estaba con ella y el tormento no la dañaria; y que despues de haber traido á muchos con su ejemplo á su conocimiento, ella recibiria el galardon de la retribucion eterna. Pasados los doce dias, entendiendo Maximino que aun vivia la santa, y que la falta de mantenimiento en tantos dias no la habia quitado la vida, la mandó traer otra vez delante de sí, y viéndola no solamente viva sino sana y resplandeciente, y con la misma hermosura y gracia que tenia ántes de ser atormentada, quedó atónito y pasmado, y hablóla mansamente para engañarla, y díjola que él conocia que por sus prendas ella era digna del imperio, y por aquella extremada belleza de ser reina del mundo. Conoció luego la sabia doncella el lazo de Satanás, y dijo al emperador que no hiciese caso de la hermosura del cuerpo, que como flor se marchita y seca, sino de la del alma, que siempre florece y dura, y es la que tiene los santos en el cielo. Finalmente, despues de otras pláticas que la gloriosa vírgen y el emperador tuvieron entre sí, combatiéndola el tirano con su astucia, y ella resistiendo con increible valor y espíritu, viéndo que ninguna cosa le aprovechaba, mandó el tirano hacer una máquina de cuatro ruedas sembradas de clavos y puntas agudas de tal manera encajadas y trabadas entre sí, que puesta la vírgen en una de ellas, y moviéndose aquella rueda, fuese despedazado su cuerpo con aquellos horribles instrumentos. Ataron á la valerosa vírgen á la rueda, y comenzaron los sayones á moverla; pero no la desamparó su dulce Esposo en este tormento; porque súbitamente un ángel del Señor la desató, rompiendo las ataduras con que estaba atada, y desbarató aquella máquina cruel, destrabando unas ruedas de otras con tan grande ímpetu, que con su movimiento acelerado mataron á muchos de los gentiles que allí estaban y habian concurrido á este espectáculo; y otros que quedaron libres, daban voces y clamaban: Grande es el Dios de los cristianos. ¿Qué corazon hay tan duro que no se ablandara con este milagro? ¿Y qué tigre tan fiero que no se amansara con estas maravillas? Pero Maximino era mas fiero que el tigre, y mas duro que la piedra y que el diamante; y así no se movió: ántes pareciéndole que ser vencido de una delicada doncella y de la flaqueza mujeril era menoscabo suyo y de su imperio, comenzó á buscar otros nuevos y terribles tormentos para acabarla. Supo esto la emperatriz, y no pudiendo disimular mas la llama que ardia en su pecho, se fué al emperador, reprendiéndole con palabras severas y graves la crueldad que usaba contra Catalina y los otros cristianos, confesando que ella lo era, y que estaba aparejada á morir por la confesion de Cristo. Salió de sí el tirano, y luego mandó que le quitasen á su mujer de delante y que la degollasen, y juntamente á Porfirio y á los otros doscientos soldados; porque supo que se habian hecho cristianos: cumpliéndose lo que la santa vírgen habia dicho, que algunos de la casa del emperador por medio suyo alcanzarian la salud eterna. Aceptó la emperatriz con alegría la sentencia de su muerte, y habló con la preciosa vírgen santa Catalina, y con gran devocion y ternura le pidió que rogase á Dios por ella, para que la diese su favor en aquel trance: y ella la dijo: No temas, vé, que Dios es contigo y reinarás con él para siempre. Oyendo estas palabras, se despidió la emperatriz, y se ejecutó contra ella y contra Porfirio y sus soldados la sentencia del tirano: el cual quedó tan encarnizado y relamiéndose en la sangre de su mujer y de sus criados que habia derramado, que mandó degollar á santa Catalina, vista su perseverancia y que no tenia esperanza de persuadirla lo que deseaba. Luego que se publicó la cruel sentencia del tirano contra la esclarecida vírgen, concurrió toda la ciudad, hombres, mujeres, señores y señoras, viejos y mozos al lugar del suplicio. Cuando llegó á él la santa doncella, y vieron su gracia y compostura, muchos tiernamente lloraban de lástima, mas ella estaba muy alegre en su alma y en el rostro parecia un serafin, y alzando sus serenos ojos y levantadas sus manos al cielo, hizo oracion á Dios, haciéndole gracias por las misericordias que siempre le habia hecho, y especialmente por haberse dignado de recibirla en holocausto y sacrificio, ofreciéndole la sangre que por él derramaba como prendas de su fino y verdadero amor. Suplicóle que recogiese puro y limpio su espíritu, y que no permitiese que su cuerpo viniese á manos de aquellos verdugos. Pidióle que todos sus devotos, y los que se acordasen de ella y la invocasen en sus necesidades, fuesen de él favorecidos y les otorgase lo que le pedirian, si fuese conveniente para su salvacion, y que alumbrase á todo aquel pueblo, que allí estaba, y le trajese á su conocimiento y amor. Dicho esto, uno de los soldados la hirió y cortó la cabeza, corriendo de la herida leche en lugar de sangre. Y para que su sagrado cuerpo no viniese á manos de aquellos sayones (como ella lo habia deseado) los ángeles la llevaron al monte Sinaí, y allí le sepultaron, y de él mana un licor suave y eficaz para la salud de todas las enfermedades; y despues el emperador Justino edificó allí un solemne templo y monasterio, y en él es venerado. ¡O gloriosa vírgen Catalina, y dulce esposa de Jesucristo, discípula del celestial Maestro y maestra de los filósofos y doctores de la tierra, vencedora de los tormentos y triunfadora del tirano, dechado de vírgenes, esfuerzo de mártires, y en vida y en muerte regalada del Señor! ¡Qué justo fué que de vuestro cuello saliese leche por sangre, para manifestar la blancura y pureza de vuestra alma! ¡Y que los mismos ángeles venidos del cielo os hiciesen las exequias, y con sus manos sepultasen vuestro cuerpo en el mismo monte donde Dios habia aparecido y dado su ley! Ya gozais de los castos abrazos y regalos de vuestro suavísimo Esposo, y habeis alcanzado la corona de vuestra victoria, y estais segura que ninguno os la quitará: acordaos de nosotros vuestros devotos siervos, que todavía peleamos y pedimos vuestro favor, para que mediante vuestra intercesion imitemos vuestras virtudes, resistamos á las blanduras de nuestra carne y á las falsas promesas del mundo, y á los espantos y terrores con que el demonio nos persigue; y por una gloriosa victoria de nosotros mismos, lleguemos adonde vos llegasteis y gocemos de lo que vos gozais. El martirio de santa

Catalina fué á 25 de noviembre, año del Señor de 307, imperando Maximino. Suélenla comunmente pintar con una espada en la mano, y debajo de sus pies la cabeza de un emperador; para denotar que por la espada alcanzó la corona del martirio y victoria del tirano que la martirizó. De santa Catalina, demás de Metafraste, que escribió su martirio, hacen mencion los Martirologios, romano, el de Beda, Adon y Molano en las adiciones de Usuardo, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio y en el tercer tomo de sus Anales; y los griegos la celebran, y la llaman la Gran Catalina, por los grandes beneficios que por sus oraciones recibieron del Señor en la conquista de la Tierra Santa.

* Los santos Moisés y Máximo, mártires.—Cuando el papa san Fabian gobernaba la Iglesia, estos dos santos eran sacerdotes de Roma, y por haber confesado la fé fueron presos junto con otros muchos cristianos. Para hallar consuelo en sus penas escribieron desde la cárcel á san Cipriano, y este santo les contestó, infundiéndoles espíritu y valor por medio de sus escritos. Puestos en libertad la mayor parte de ellos cayeron en los errores de los novacianos. Moisés permaneció firme en la fé, por cuyo motivo recibió la palma del martirio en la misma ciudad de Roma, el año 251 de Jesucristo. Los demás confesores y principalmente san Máximo, conociendo sus extravíos, se arrepintieron de ellos, y volvieron á entrar en el gremio de la Iglesia; y como permaneciesen constantes en confesar la fé alcanzaron tambien la palma del martirio. En las cartas que san Cornelio escribió á san Cipriano da cuenta de todos estos santos mártires y confesores.

San Erasmo, mártir.—Solo sabemos por Usuardo que acabó su vida derramando su sangre por Jesucristo, en Antioquía, por medio de un señalado y admirable martirio.

San Mercurio, mártir.—Era soldado del ejército de Asia. Un dia hallándose en medio de una accion militar, se le apareció un ángel, con cuya ayuda salió bien de su empresa, y fué ascendido en la milicia. Pero él, que conocia ya un poco la religion cristiana, se hizo instruir en ella, recibió el bautismo, y renunciando sus honores y condecoraciones, confesó públicamente que era adorador del verdadero Dios. Acusado al emperador, este mandó que lo atasen en el suelo por medio de cuatro palos, que le pusiesen en seguida fuego encima, y que rajándole todas sus carnes le abandonasen así hasta que muriese. El mismo ángel le confortó en medio de aquellos tormentos y le curó las heridas. Despues le ataron una gran peña al cuello, y lo precipitaron de una elevadísima altura, pero cayó sin recibir lesion. En seguida fué conducido á Cesarea, en Capadocia, donde se multiplicaron contra él los suplicios, hasta que circundado de trofeos y coronado con la gloria del martirio, voló al cielo en tiempo del emperador Decio, y segun Baronio, el año 254. Su sagrado cuerpo fué posteriormente trasladado á Benevento, en Italia, de cuya ciudad es patron.

Santa Jucunda, vírgen.—Nada mas que lo que trae el Martirologio romano sabemos de esta santa. Segun él, floreció en Emilia, provincia de Italia. Ferrario pone tambien su nombre en su Catálogo de los santos de Italia.

San García, abad.—Nació en el arzobispado de Burgos á fines del siglo X, ó principios del XI. En sus primeros años mostró mucha aversion al mundo, y se retiró al monasterio de San Pedro de Arlanza. Floreció tanto García en la observancia, que el rey don Fernando I, que frecuentemente iba á Arlanza, viendo la prudencia, piedad, zelo, fervor y demás virtudes de este monge, hizo que se le encomendase la abadía cuando vacó. Gobernóla por espacio de treinta años, en cuyo tiempo se hizo amable á Dios y á los hombres: con su ejemplo hizo adelantar en santidad á aquellos monjes, y el buen olor de sus virtudes proporcionó á Castilla muchos bienes. Su santidad está atestiguada por todos los escritores contemporáneos suyos: el monge Grimaldo le llama «varon en todo venerable y de gloriosa memoria por su feliz perseverancia.» En la Vida de santo Domingo de Silos, escrita por Berceo, se refieren una porcion de milagros de García, entre ellos el de que, estando un viernes santo comiendo pan y agua con sus monges, echó el abad su bendicion y se convirtió el agua en vino. Murió el año 1073. (Florez, tom. XXVII.)

DIA 26.

San Pedro Alejandrino, obispo y mártir.—San Pedro Alejandrino fué natural de la ciudad de Alejandría, y dignísimo patriarca de ella. Sucedió en aquella silla (que era la cabeza de todas las Iglesias de Egipto y de otras muchas provincias) á un varon santo, llamado Teonas, que fué décimosexto prelado, despues de san Marcos evangelista. En su tiempo fué la persecucion horrible y atrocísima de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra la Iglesia del Señor, en la cual el santo prelado no dejó cosa por hacer para algun alivio de aquella gravísima tempestad y consuelo de los cristianos. Para poderlo hacer mejor, y para que sus ovejas, muerto el pastor, no se asombrasen, y cayesen en las bocas de los lobos que las pretendian tragar, se recogió á lugares apartados y ásperos, para huir de las manos de los emperadores que le buscaban: mas estando escondido, no dejaba la cura pastoral, ni de escribir á mas de seiscientos y sesenta cristianos que estaban presos en la cárcel, exhortándolos á paciencia y perseverancia; y cuando supo que habian combatido valerosamente, y alcanzado la corona del martirio, se regocijó por extremo el santo pontífice, como si él mismo hubiera recibido aquella tan señalada merced de Dios. Volvió despues san Pedro á Alejandría, donde tuvo grandes encuentros con los cismáticos ó herejes y gentiles: porque un obispo de Licópolis en Egipto, llamado Melecio, habiendo cometido graves delitos y sacrificado á los dioses, fué privado de su silla y depuesto por san Pedro en un concilio. Melecio quedó tan corrido y afrentado, que por vengarse de san Pedro y de los que justamente le habian castigado, comenzó á turbar la Iglesia, y á causar cisma en ella; porque era hombre docto, astuto y mañoso, y halló quien le siguiese, y entre ellos al desventurado Arrio, que como era inquieto y furioso, tomó las partes de Melecio contra san Pedro Alejandrino, su obispo, y por ello fué excomulgado y apartado de la Iglesia. Vino á tener el cetro de Oriente el emperador Maximino, no ménos cruel perseguidor de cristianos, que lo habian sido Diocleciano y Maximiano; y mandó prender á san Pedro y darle la muerte. Prendiéronle los ministros de Maximino y echáronle en la cárcel: y cuando se supo en la

ciudad todos á porfía acudieron á ella, para librar á su santo pastor y poner la vida (si fuese menester) en su defensa. En este tiempo el malvado Arrio, entendiendo que san Pedro seria martirizado, procuró que algunos sacerdotes fuésen á él, y le suplicasen que le perdonase y le admitiese á la comunion de la Iglesia, pensando que por este camino ganaria las voluntades del clero y del pueblo, y que muerto san Pedro le harian á él obispo. Fuéron con esta embajada dos sacerdotes, llamados Aquilas y Alejandro: entraron en la cárcel donde estaba san Pedro, y propusiéronle á lo que venian, rogándole que se reconciliase con Arrio y le absolviese; pues él se sujetaba á su parecer y correccion. El santo pontífice, dando un gran suspiro, le respondió estas palabras: No me tengais, hermanos mios, por inhumano y riguroso, porque yo me conozco por hombre, y sujeto á miserias y pecados; pero creed á mis palabras: Arrio es astuto y engañador encubierto, y su maldad excede á todas las maldades; y eso no lo digo de mio, ni de mi cabeza. Mando que no sea admitido á la Iglesia; porque esta noche, haciendo yo mis acostumbradas oraciones al Señor, se puso delante de mí un niño como de doce años, de inmensa claridad, cubierto con una ropa de lienzo, rasgado de alto á bajo, y con las manos tomaba las partes de aquella vestidura y las aplicaba á sus carnes, como quien queria cubrir su desnudez. Quedé atónito con esta vision, y estuve un rato como mudo y sin sentido. Despues que volví en mí, alcé la voz y dije: Señor, ¿quién es el que ha rasgado vuestra vestidura? Y él me respondió: Arrio me la ha rasgado; está sobre aviso y mira que no le admitas á la comunion de los fieles, porque mañana vendrán á rogarte por él: pero tú no te ablandes, ni te dejes vencer; ántes ordena á Aquilas y Alejandro, tus presbíteros (los cuales te han de suceder en el obispado uno tras otro), que en ninguna manera le admitan; y tú presto acabarás tu curso y serás coronado de martirio. Todo esto refirió san Pedro á los sacerdotes que le vinieron á rogar que perdonase á Arrio, mandándoles en nombre de Dios, que ellos cuando fuesen obispos no le perdonasen, ni admitiesen á la participacion de los sacramentos; porque era un infernal ministro de Satanás, que habia de rasgar la vestidura de Cristo (que es la santa Iglesia) con las herejías que en ella habia de sembrar: porque aunque á la sazon no las habia sembrado, sino, como cismático, seguido las partes de Melecio; pero el Señor, que sabia lo que habia de suceder, y el estrago que aquel hombre pestilencial habia de hacer y la obstinacion en que habia de perseverar, quiso tanto ántes avisar al santo pontífice Pedro, para que él estuviese advertido y advirtiese á sus dos inmediatos sucesores de lo que habian de hacer con él, para que la Iglesia católica no recibiese tan graves daños de su maldad, como recibiera, si no estuviera avisada y advertida. De manera, que aquella vision que tuvo san Pedro de la vestidura que Arrio habia rasgado á Jesucristo, no fué porque ya lo hubiese hecho, como algunos dicen (que esto despues sucedió siendo obispo Alejandro); sino porque andando el tiempo, lo habia de hacer: ni fué declaracion de lo pasado, sino profecía de lo porvenir. Todo lo que Dios reveló á san Pedro y él refirió á sus dos presbíteros, sucedió de la misma manera que él lo dijo; porque Arrio rasgó la vestidura de Cristo, partiendo y dividiendo la Iglesia; y Aquilas y Alejandro fueron obispos de Alejandría: y Alejandro, como á hereje, le apartó y echó de la Iglesia; y san Pedro dentro de pocos dias, despues que tuvo la revelacion, murió constantemente degollado por el Señor, de la manera que aquí diré. El tribuno que tenia á cargo la ejecucion de la sentencia de muerte dada contra el santo pastor, como vió que la ciudad estaba puesta en armas y mucha gente al rededor de la cárcel para defenderle; temiendo algun alboroto, determinó aguardar la noche, para que volviéndose á reposar á sus casas, él pudiera segura y quietamente hacer lo que le habian mandado; mas no sucedió como pensaba: porque el pueblo amaba tanto al santo prelado, que no se quiso partir de donde estaba. Entendió esto san Pedro: y con el deseo tan encendido que tenia de morir por Cristo, y por el temor que por su causa no viniesen á las manos los ciudadanos y los soldados, avisó secretamente al tribuno, de lo que debia hacer para ejecutar la sentencia sin ruido; y por la forma que el mismo santo le dió, secretamente le sacaron de la cárcel y le llevaron al mismo lugar, donde san Marcos evangelista, fundador y primer obispo de la Iglesia de Alejandría habia sido martirizado. Allí hizo oracion, y se encomendó muy de veras á san Márcos, tomándole por intercesor para derramar su sangre con fortaleza por el Señor, y para que la Iglesia de Alejandría fuese amparada, y la Iglesia católica restituida á su antigua paz y union. Al mismo punto que el santo hacia esta oracion, una santa vírgen oyó una voz del cielo que decia: Pedro, principio de los apóstoles; y Pedro, fin de los obispos y mártires de Alejandría, y así fué; porque san Pedro fué el postrer obispo que allí murió en la persecucion de los gentiles. Mas acabada su oracion, con grande constancia y alegría ofreció su cuello al cuchillo: y fué grande el respeto y reverencia que los soldados le tuvieron, que solamente se halló entre ellos un hombre feroz y atrevido, el cual por precio de cinco ducados le cortó la cabeza, á los 26 de noviembre, al alba del dia, habiendo sido doce años obispo, tres teniendo paz la Iglesia, y nueve afligida en la persecucion de Diocleciano. Fué cosa maravillosa, que cortada la cabeza y caida en el suelo, su santo cuerpo quedó de rodillas como estaba, yerto, firme y sin caerse; y así le hallaron los cristianos; los cuales con muchas lágrimas y sollozos le tomaron, y vestido con las vestiduras sacerdotales, de la misma manera que si fuera vivo, le sentaron primero en la silla de san Marcos, y despues con palmas, en señal de la victoria, y cirios encendidos en las manos y olores suavísimos cantando himnos, le llevaron en hombros á un cementerio que el mismo santo habia edificado. Allí con gran pompa y honra le enterraron; y nuestro Señor obró en aquel lugar grandes milagros, é hizo muchos beneficios á los que se le encomendaban. Una cosa particular se cuenta de este glorioso pontífice y mártir del Señor, que cuando estaba en los divinos oficios en su Iglesia, no se queria sentar en la silla obispal, sino en una pequeña que estaba debajo de ella; porque se juzgaba por indigno de sentarse donde tantos santos, sus predecesores, se habian sentado, y le parecia que salia de aquella silla un resplandor tan grande, que le ponia espanto: y por esto el pueblo le puso muerto en la silla de san Marcos en la cual él, siendo vivo, por su humildad no se habia querido sentar. Fué el martirio de san Pedro Alejandrino el año 310, imperando en Oriente Maximino. Hacen mencion de este santo el concilio efesino y la séptima sínodo general; san Gregorio Nacianceno; Ni-

céforo Calixto; la Historia Tripartita; Beda; Usuardo y Adon; y el Martirologio romano, y el cardenal Baronio en el tercero tomo de sus Anales.

Los Desposorios de nuestra Señora.—Estos desposorios fueron celebrados en Jerusalen, y de ellos dice el gran canciller de París, Gerson, que no fueron dos esposos José y María, sino dos virginidades que se unieron.

Los santos Fausto, Didio y Ammonio, mártires.—Eran sacerdotes de la Iglesia de Alejandría, y murieron derramando su sangre en la misma ciudad, en compañía de su venerable pastor san Pedro Alejandrino, cuya vida acabamos de poner en este mismo dia.

Los santos Fileas, Esiquio, Pacomio y Teodoro, mártires.—Todos eran obispos de distintas ciudades de Egipto. En tiempo del emperador Diocleciano, murieron martirizados con otros seiscientos y sesenta cristianos, los cuales fueron levantados al cielo, dice el Martirologio, por la espada de la persecucion. El cardenal Baronio cree que su muerte fué el año 310.

San Marcelo, presbítero y mártir.—Floreció durante el siglo IV en Nicomedia, y murió á mediados del mismo siglo. Como era muy zeloso en la defensa de las verdades católicas, el obispo de dicha ciudad, llamado Eusebio, unido á los arrianos, lo hizo precipitar de una roca muy alta, y alcanzó la corona de la vida eterna.

San Belino, obispo y mártir.—Fué obispo de Pavía en el siglo XII, y murió á manos de los herejes el año 1149, despues de haber dado ilustre testimonio de santidad y de alta sabiduría. Por sus muchos milagros, testificados despues completamente, el papa Eugenio IV le colocó solemnemente en el catálogo de los santos.

San Siricio, papa y confesor.—Nació en Roma, abrazó el estado eclesiástico, sobresalió en las ciencias sagradas, y el dia 1 de diciembre del año 384, fué electo soberano pontífice para suceder al papa san Dámaso. Gobernó la Iglesia con gran prudencia, y brilló con todas las virtudes apostólicas. Escribió cartas instructivas á varios obispos sobre puntos de disciplina, y es célebre sobre todas la que dirigió al metropolitano de Tarragona, llamado Himerio, en la que contesta á algunas cuestiones importantes que habia propuesto aquel prelado, carta que es considerada por los críticos como la primera epístola decretal que debe reconocerse por verdadera. Siricio condenó á Joviniano y á sus sectarios, y murió santamente el dia 25 de noviembre del año 398, llorado por todos los fieles, á quienes habia edificado con el espectáculo de sus eminentes virtudes.

San Amador, obispo y confesor.—Gobernó la Iglesia de Autun en el siglo VI, de cuyo territorio acabó de desterrar los restos de la idolatría. Estuvo unido con los vínculos de la virtud y la amistad con el papa san Silverio, al cual consoló en el destierro con cartas y dinero. Estuvo dotado del don de milagros, y durmió tranquilo en el Señor á mediados de dicho siglo VI.

San Conrado, obispo y confesor.—Nació de la ilustrísima casa de los Güelfos en Alemania, y desde su infancia anunció que seria un santo. Estudió en la célebre escuela de Constanza y salió muy aventajado en las ciencias. Disgustóse de las cosas del mundo, y se entregó al servicio de Dios con fervor extraordinario. Presidia á todas sus acciones una sencillez cristiana, que le hacia amable á Dios y á los hombres. Cuando recibió las sagradas órdenes, le confirieron la dignidad de preboste de la iglesia catedral de Constanza, y habiendo muerto aquel obispo el año 934, Conrado fué elegido desde luego sucesor suyo por la voz unánime de cuantos tenian parte en la eleccion. Su humildad se resistió por mucho tiempo á admitir aquel cargo; pero al fin cedió á las visibles señales de la voluntad del cielo, y fué consagrado. Trabajó desde luego con zelo infatigable en los negocios eclesiásticos, y habiendo empezado á ser muy frecuentes en aquel tiempo las peregrinaciones á Jerusalen, Conrado visitó por tres veces los lugares santos, animado siempre de sentimientos de penitencia y piedad. Habiendo llegado ya á una edad avanzada, se preparó para el paso á la eternidad, con el ejercicio mas fervoroso de todas virtudes: sus ovejas encontraron en él un padre y un consolador, un maestro y una luz segura que las guiaba por el camino de la verdad. Despues de un episcopado de cuarenta y dos años, murió en el Señor, el año 976, glorioso en milagros.

San Silvestre, abad y fundador.—Nació el año 1177 en Osimo de Italia. Estudió el derecho y la teología en Bolonia y en Padua, y fué hecho despues canónigo de su patria. Entregóse á la educacion del pueblo, á la meditacion y al estudio sagrado, y aun en medio de estas santas ocupaciones, se vió hecho el blanco de muchas persecuciones por parte de aquellos á quienes reprendia. La vista del cadáver de un hombre, que habia sido muy admirado por su belleza, acabó de separarlo enteramente del mundo. Partió secretamente de Osimo, y se retiró á un desierto situado á treinta millas de la ciudad. El siervo de Dios tenia entonces cuarenta años. La fama de su santidad le atrajo dentro de poco un número considerable de discípulos, y el año 1231 fundó el monasterio de Monte Fano, en la Marca de Ancona. Dió á sus discípulos la regla de san Benito, y la nueva órden fué poco despues aprobada por la santa sede y milagrosamente extendida por toda la Italia. El piadoso fundador murió el 26 de noviembre de 1267, á la edad de noventa años, ilustre en la penitencia, en la oracion y en el don de milagros.

San Básolo, confesor.—Fué natural del Lemosin y de familia rica. El deseo de vivir solo para Dios le hizo abandonar sus riquezas y su patria, y se fué á Rheims, en cuya diócesis buscó una soledad, se fijó en ella, edificó una capilla, y despues de haber pasado cuarenta años en los ejercicios de aquella santa vida, murió el dia 26 de noviembre del año 620. Su nombre llegó á ser célebre por los muchos milagros obrados por su intercesion.

San Estiliano, confesor.—Fué anacoreta en Andrinópolis de Paflagonia, y esclarecido en grandes milagros, descansó en santa paz á mediados del siglo VII.

San Nicon, monge.—Natural del Ponto, dejó á los pocos años su patria para ir á vivir en un monasterio. Despues de doce años de estudio, penitencia y fervorosa preparacion, fué destinado al ministerio de la predicacion, y produjeron tanto fruto sus discursos, que sus superiores lo enviaron en calidad de misionero á la Armenia y luego á la isla de Creta, dominada entonces por los sarracenos. En todas partes un glorioso resultado coronaba sus trabajos, y posteriormente hizo admirables conversiones en el Peloponeso, la Acaya, el Epiro y otros lugares de la Grecia, hasta que el Señor le llamó á su santa morada, hallándose en el Peloponeso, el año 998.

San Gonzalo, obispo y confesor.—Fué obispo de Mon-

doñedo durante el siglo IX ó X, en cuya diócesis es célebre su memoria y le dan culto público. Hay una tradicion en el país, que supone que el santo obispo fué una vez en procesion con todo su clero y pueblo á lo alto de una colina, desde donde se descubria la escuadra de los moros que se dirigia á las costas de Galicia, y que habiéndose puesto los cristianos en oracion, sobrevino una gran tempestad que destruyó toda la escuadra, sin haber quedado ni una nave. En aquel sitio hay ahora un ermita dedicada al santo, y sus sagradas reliquias se conservan en San Martin de Mondoñedo. (Florez, tomo XVIII. Sandoval, página 247.)

San Beato, abad.—Durante la dominacion de la España por los sarracenos, suscitó el Señor varones esforzados, llenos de su fé y de su espíritu, que dieron ilustre testimonio de la religion cristiana en su vida y en su muerte. Uno de los mas distinguidos españoles fué entonces san Beato, conocido tambien con los nombres de Beco, Beyo, Obeco, Vieyo y Bieco, presbítero sabio y santo, segun el corazon de Dios, y de gran fortaleza de ánimo. Fué monge y abad del monasterio de Liébana, en el principado de Asturias, donde edificó á sus monges con sus virtudes y les instruyó en las ciencias sagradas. Pero los intereses de la religion sacaron á Beato de su retiro: además de las vejaciones de los mahometanos, tuvo España que sufrir los efectos de varias herejías, que á la sazon se esparramaron entre los fieles. Entonces redobló Beato sus zelosos esfuerzos: corrió los pueblos, las capitales y aldeas, predicando en todas partes las verdades católicas y rebatiendo los nuevos errores, y acabó por escribir y publicar una apología de todas las creencias de la Iglesia católica, y obligar á los pontífices Adriano I y Leon III, y á los concilios de Francfort y de Roma, á condenar la doctrina de Elipando, arzobispo de Toledo, que era la que habia dado orígen á todos los errores. Ocupóse despues Beato en componer un insigne comentario sobre el Apocalipsis, el cual publicó Florez el año 1770. De la opinion de sabiduría y santidad que gozaba este siervo de Dios ya en vida, es buena prueba el testimonio del ilustre cordobés Pablo Alvaro, el cual no repara en unir la opinion de san Beato con la del concilio de Efeso y la de los santos Fulgencio y Gerónimo. Tamayo Salazar dice que murió el año 798, y desde entonces se le ha dado en Asturias culto público con aprobacion del ordinario. (Mabillon, Florez, Morales, Villanueva.)

DIA 27.

San Facundo y san Primitivo, mártires.— Los santos Facundo y Primitivo, hijos de san Marcelo, el centurion, fueron martirizados gobernando en Galicia por los emperadores Atico: el cual mandó pregonar un sacrificio público á una estatua del sol, que estaba en la ribera del rio Cea, y era tenida en mucha veneracion por toda aquella tierra. Llegado el dia señalado para el sacrificio, y habiéndose juntado mucha gente, el mismo Atico, para dar ejemplo á los demás, hizo primero su adoracion: y como él era la cabeza y gobernador, todos los otros le siguieron, fuera de Facundo y Primitivo, que no se quisieron hallar presentes al sacrificio. Mucho sintió esto Atico: mandólos prender y traer delante de sí: y despues de varias preguntas y respuestas, entendiendo que perdia tiempo en querérlos persuadir que adorasen á sus falsos dioses, determinó vengarse de ellos y darles atroces tormentos. Quebráronles primero los dedos de las manos: lastimáronles cruelmente lar piernas, apretándoselas con una manera de cepo, que como prensa, se iba cerrando poco á poco; y así fatigados por una parte de los tormentos, y por otra consolados y alegres por ver que padecian por Cristo, los mandó Atico llevar á la cárcel: y para tentarlos y probar si con blandura y regalo los podia atraer á su voluntad mas fácilmente que con tormentos, estando en la mesa, les envió de lo que comia; lo cual los dos santos hermanos no quisieron recibir: y Atico, teniendo esto por desacato é injuria, encendido de cólera y furor, los mandó echar en un horno encendido, donde estuvieron tres dias con mucho alivio y refrigerio. Pretendió matarlos, dándoles ponzoña en la comida; y los santos, cuando se la trajeron, entendiendo lo que venia en ella, dijeron: Nosotros no habíamos de gustar esta vianda, porque bien sabemos lo que hay en ella; pero para que Atico se desengañe y se manifieste mas la virtud de Cristo, á quien servimos y adoramos, la comeremos toda. Hicieron la señal de la cruz sobre ella, y comiéronla toda; y el veneno perdió su fuerza por virtud de la santa cruz y de aquel Señor á quien todas las cosas obedecen. Cuando esto vió el que habia aparejado la ponzoña, quemó sus libros é hízose cristiano. Todo esto era echar aceite en el fuego y abrasar mas el corazon empedernido y sañoso de Atico, el cual comenzó de nuevo á atormentar á los dos santos hermanos, despedazando sus carnes, sacándoles los nervios con garfios de hierro, echándoles aceite hirviendo por todo su cuerpo, pegándoles hachas encendidas á las costillas, y derramando en las bocas cal viva, mezclada con vinagre: y no se contentó el impío tirano con esta tan desaforada é impía crueldad; mas queriendo el Señor fabricar á estos santos mayor corona de gloria, permitió que el mismo Atico les mandase quitar los ojos, confesando su confusion, y diciendo: Cegadlos; porque me turban cuando me miran. Y habiendo sufrido este martirio con gran constancia y mansedumbre, le dijeron los santos: Mejorado nos has la vista: pues veremos ahora con solos los ojos espirituales. Y estando sangrientos y llagados, fueron colgados de los piés, y saliéndoles mucha sangre por las narices, los verdugos los dejaron por muertos; mas al cabo de tres dias fueron hallados vivos con sus ojos enteros y claros, y las llagas sanas, como si nunca hubieran sido atormentados. Mandóles Atico desollar vivos: y estándose ejecutando este tormento, uno de los que estaban presentes dió grandes voces, diciendo: Veo bajar dos ángeles con dos coronas en las manos. Entonces Atico, turbado, dijo como por escarnio: Cortadles las cabezas, para que ellas vayan á buscar esas coronas. Degollaronlos, y de las heridas salió sangre mezclada con leche.

Su martirio fué á los 27 de noviembre, cerca de los años del Señor de 304. Sus sagrados cuerpos fueron sepultados de los otros cristianos en el mismo lugar donde fueron martirizados, junto al rio Cea, y allí despues se fundó una iglesia, y el insigne monasterio de San Benito de Sahagun, y por ellos Dios nuestro Señor ha hecho muchos milagros. Hacen mencion de estos santos mártires el Martirologio romano, y Vaseo y Marineo Siculo.

San Simeon Metafraste, confesor.—Escribiendo nosotros las vidas de los santos, no es justo que dejemos en silencio la vida de san Simeon Metafraste, que fué varon

santísimo é ilustró y edificó la Iglesia del Señor con escribir admirablemente las vidas de muchos santos. Nació Metafraste en la ciudad nobilísima de Constantinopla, de ilustres y ricos padres, y desde niño mostró grande y agudo ingenio, y muy inclinado á todas las buenas letras y virtudes. Siendo ya de edad, se dió al estudio de la retórica y de filosofía, en que procuraban los sabios de su tiempo señalarse: y él fué tan eminente en la una y en la otra, que hizo gran ventaja á los demás, y con ser riquísimo de patrimonio y de sangre nobilísima, no se dejó llevar de los gustos y apetitos desordenados de la gente rica y noble, para no abrazarse con la virtud y ciencia, ni para usar mal de lo que habia aprendido; porque ni dió en las singularidades y falsas sectas en que dieron algunos filósofos, ni quiso defender causas injustas, ni vender su lengua para ganar honra en las audiencias y tribunales. Vivia, como filósofo, grave y modestamente, y serviase de su elocuencia en volver por la justicia, y amparar á los que eran oprimidos y temian perderla: fué muy querido y estimado del emperador por su gran bondad y prudencia, y serviase de Metafraste en los negocios graves tocantes al imperio, tomando su consejo y de su persona en la administracion de la justicia: y no por esto Metafraste se desvanecia, ni la privanza del emperador le hizo soberbio; ántes con todos era afable y amoroso, consolando á los afligidos y remediando á los necesitados, y dando favor á los que poco podian. Pero en lo que mas se señaló el santo varon, fué en escribir grave y elegantemente las vidas de los santos que ahora goza la santa Iglesia; porque despues que cesaron las persecuciones de los tiranos gentiles, que tanto la afligieron, algunos autores, para edificarla, escribieron las batallas y victorias de nuestros gloriosos mártires; pero imperfectamente, pues faltaron, ó en la verdad (por no haber hecho las diligencias necesarias para decir lo cierto), ó en el malo y tosco estilo con que escribieron; de manera, que las dichas vidas así escritas, mas causaban risa que devocion en los que las leian. Nuestro Simeon procuró remediar ese daño: y remediólo: porque, como persona que tenia privanza con el emperador, pudo saber la verdad, y juntar relaciones y memoriales de autores graves y fidedignos, como lo hizo, sin perdonar á costa ni trabajo, y con su retórica dulce y elegante estilo, escribió de tal manera, que deleita á los que leen sus obras, y los mueve á imitar las vidas de los santos, que él escribe. Ocupándose el santo varon en estos loables ejercicios, siendo su vida sin reprension adornada de todas las virtudes y resplandeciendo especialmente en la castidad, trocó esta vida del suelo por la del cielo, y su cuerpo fué sepultado con gran pompa y majestad: y para muestra de la vida, que habia vivido, y cuán grata habia sido su alma al Señor, su sepulcro por muchos dias dió un olor suavísimo con grande admiracion, de los que de él participaban. Su glorioso tránsito fué en 27 de noviembre: el año en que murió precisamente, no se sabe; mas en la Vida de san Alipio Cionita dice el mismo Simeon Metafraste, que la escribió, que fué su maestro y que conversó con él mucho tiempo: el cual san Alipio Cionita vivió en tiempo del emperador Heraclio, que tuvo el imperio por los años de Cristo de 620. Su vida la trae Surio en el sexto tomo de las Vidas de los santos.

La vida de san Simeon Metafraste escribió Pselo, varon elocuente y erudito entre los griegos, del cual se ha sacado lo que aquí queda referido. El cardenal Baronio en el x tomo de sus Anales, pag. 189, dice, que Pselo fué maestro de Leon, filósofo, el cual floreció en Oriente en tiempo del emperador Miguel, III de este nombre, por los años del Señor de 839, y que el mismo Pselo, en la oracion que hace en alabanza de Metafraste, da á entender que poco ántes habia muerto, y que algunos de los presentes habian conocido otros que se habian hallado en su muerte. Hacen de él honorífica mencion Teodoro Balsamon, patriarca de Antioquía, que le alaba sumamente, por haber escrito con tanto acierto y elocuencia las victorias y triunfos de los mártires; y otro Teodoro, llamado Podromo, pone á Metafraste en el número de los grandes autores griegos, que con sus escritos adornaron la santa Iglesia; y Nicéforo Calixto en el lib. xiv de su historia, cap. 15; Genadio, patriarca constantinopolitano, y Corinto, retórico griego, le alaban mucho: y lo que es mas, el concilio florentino, que es universal y ecuménico, y se celebró en tiempo de Eugenio IV, en la séptima sesion cita á Simeon Metafraste, para probar que el Espíritu santo procede del Padre y del Hijo; y le llama autor celebérrimo; y los griegos celebran su memoria y le tienen en el catálogo de los santos.

SANTIAGO INTERCISO, MÁRTIR.—Fué Santiago, mártir, llamado el Interciso, persa de nacion, de padres ilustres, cristianos y ricos. Nació en la ciudad de Elape, y tuvo gran lugar con el rey de Persia entre los otros hombres principales, y ministros y criados suyos. Llamábase el rey Isdegardis, y era muy dado al culto de sus falsos dioses y muy grande enemigo de cristianos. Movido del celo de su religion y del odio que tenia á la nuestra, y de lo mucho que amaba á Diego, le dió una tan brava batería para que dejase la adoracion de Jesucristo y se conformase con él, que Diego se rindió y sujetó á la voluntad del rey, negando á Cristo y adorando las estatuas hechas por manos de los hombres. Supieron esta lastimosa caida de Diego, su madre y su mujer, que eran señoras muy cristianas y siervas de Dios: y deshaciéndose en lágrimas con gran sentimiento le escribieron una carta en que le decian estas palabras: «Por obedecer al hombre mortal, has dejado á Dios inmortal y al que es verdadera vida. Por agradar al que es un poco de polvo y podredumbre, has dejado el olor sempiterno y suavísimo. Pues así es, queremos que sepas, que de aquí adelante nos puedes tener por extrañas y que en ninguna manera haremos vida contigo.» Leyó esta carta el que habia apostatado de nuestra santa fé, y tocóle Dios el corazon y comenzó á llorar amargamente y á decir: Si mi madre y mi mujer no me quieren conocer por suyo; ¿qué hará Dios á quien tan gravemente he ofendido? Compungióse y angustióse de manera, que determinó volver (como buen soldado) á la batalla, y pelear y vencer al enemigo, de quien habia sido vencido.

Supo esto el rey, mandóle llamar y quiso saber si era cierto lo que habian dicho: y hallando que era verdad, tomó grandes medios de blanduras y de espanto para persuadirle dejase la falsa supersticion (que él llamaba) de los nazarenos, y le diese aquel contento y ocasion para honrarle y enriquecerle mas, como deseaba, y nó para destruirle y quitarle la vida á puros tormentos. Todo lo que dijo el rey salió en vano; porque el Señor habia armado de su espíritu á su soldado, y queria que batallase y darle

la victoria y corona. Embraveciόse el rey, y por parecer de los de su consejo, para terror y espanto de los demás cristianos, mandó que le matasen, cortándole uno á uno todos sus miembros. Llevάronle al lugar del suplicio, y tomando el verdugo la mano derecha, le cortó el dedo pulgar, y despues uno á uno todos los otros dedos de aquella mano, alabando el santo mártir en cada uno de sus tormentos al Señor, y haciéndole gracias porque como vid le podaba para que diese mas copioso y suave fruto. Por este órden le cortaron los dedos de la mano izquierda y luego los de los piés, y despues los mismos piés, manos, y las piernas y brazos, hasta dejarle solo el vientre y la cabeza. Estaba el santo con admirable constancia y alegría, y decia: Oidme, Señor, Dios de los vivos y de los muertos: no tengo dedos, Señor, ni manos para alzarlas á vos: mis piés han sido truncados y mis rodillas cortadas, de manera que no me puedo inclinar: soy como una casa que está para caer por haberle quitado los pilares que la sustentaban. Pues, Señor nuestro Jesucristo, oidme por vuestra sagrada pasion, y librad mi alma de la cárcel de este cuerpo. En acabando de decir estas palabras, uno de aquellos sayones arremetió á él y le cortó la cabeza; y los cristianos se animaron con el ejemplo de un mártir tan esclarecido, y tomando secretamente su cuerpo le enterraron.

Fué su martirio á los 27 de noviembre, y con él murieron otros innumerables cristianos en tiempo del emperador Teodosio, el menor. Hacen mencion de él el Martirologio romano y los latinos; y los griegos en su Menologio; Nicéforo, lib. XIV de su Historia, cap. 20; Surio en el VII tomo; Mombricio tomo X; y el cardenal Baronio en sus anotaciones.

SAN BARLAAN Y SAN JOSAFAT, CONFESORES. — La vida de los santos confesores Barlaan y Josafat escribió largamente san Juan Damasceno; y reducida á brevedad, fué de esta manera.

Despues que el glorioso apóstol santo Tomé ilustró las partes de la India oriental con la predicacion evangélica, y convirtió á innumerables indios á la fé de Cristo nuestro Redentor, muchos cristianos comenzaron á abrazar la vida perfecta, y dando libelo de repudio á todas las cosas de la tierra, retirarse á la soledad, hacer monasterios, vivir en ellos con extremada santidad, de manera que la religion cristiana florecia en aquellas partes que ántes solian ser tan incultas y estériles. Vino á tener imperio de la India un rey llamado Abenner, varon en la hermosura de su rostro, grandezas y fuerzas del cuerpo señalado, y muy excelente por las guerras que habia hecho, y por las victorias que habia alcanzado de sus enemigos; pero juntamente era muy dado al vano culto de sus dioses, y entre sus grandes felicidades sentia mucho el no tener hijos á quienes dejar sus copiosos tesoros. Viendo, pues, la vida que los monges hacian, y la fé de Cristo que predicaban, y que mucha gente noble y principal abrazaba su doctrina, ciego con el celo de sus falsos dioses, determinó con rabia y furor perseguir á todos los cristianos y especialmente á los monges, y ejecutar en ellos bravísimos tormentos hasta quitarles las vidas. Púsolo por obra; y muchos cristianos murieron en aquella persecucion y otros huyeron á los desiertos mas apartados. Nacióle en este tiempo un hijo tan deseado, y púsole por nombre Josafat, y juntando muchos caldeos y varones sabios en la astrología, preguntóles acerca del nacimiento de su hijo lo que entendian ¿qué seria de él? Ellos le respondieron, por lisonjearle, que habia de ser un príncipe felicísimo y poderosísimo, y vencer en estado y riquezas á todos los reyes sus antepasados: pero uno de ellos que tenia nombre de mas sabio, respondió que era verdad lo que los otros decian, pero nó de la manera que ellos lo entendian; porque el poder y felicidad de su hijo habia de ser, nó acá en la tierra, sino en el cielo y en el reino de los cristianos, cuya religion habia de abrazar y seguir. Esto dijo el caldeo y astrólogo, nó porque las estrellas le pudiesen enseñar esta verdad, sino porque Dios nuestro Señor se la hizo decir, para mayor gloria de su religion y prueba de su divina gracia como adelante se verá.

Mucho se afligió el rey cuando oyó esta nueva, y se le aguó el gozo del nacimiento de su hijo; pero para atajar el daño que de ser cristiano se le podia seguir, mandó edificar en un lugar apartado de su córte un suntuoso palacio, y criar allí á su hijo, dándole ayo y criados que le sirviesen y guardasen, mandando expresamente que ninguno le nombrase el nombre de Cristo ni de cristiano, ni le dijese cosa que le pudiese dar disgusto, ni noticia de las miserias de esta vida. Creció con el tiempo Josafat, y diéronle maestros que le enseñasen las artes liberales y ciencias que los persas aprendian: y como era de tan vivo y agudo ingenio, fácilmente las aprendió, y en breve tiempo aprovechó mucho en ellas, con grande admiracion de sus mismos maestros. Con los años iba creciendo el seso y juicio de Josafat: y viendo que estaba tan encerrado y guardado, y que no le dejaban salir de su palacio, quiso saber la causa de ello, y preguntósela á uno de sus mas familiares y fieles criados. Supo que la causa era el temor que su padre tenia de que no se hiciese cristiano; y con esta ocasion vino á tener noticia de quiénes eran los cristianos, qué ley tenian, qué fé profesaban y cómo vivian; y tocándole nuestro Señor el corazon le dió vivos deseos de ser cristiano. Fué un dia el rey su padre á verle: hallóle triste y pensativo, quiso saber la causa, y él respondió que era por verse tan encerrado y como preso, sin tener libertad de salir de su palacio como sus criados salian. El rey, que tiernamente le amaba, le dió licencia para que saliese cuando quisiese; pero dióle personas de quienes se fiaba para que siempre le acompañasen y no le dejasen hablar con cristiano alguno, especialmente con monge solitario, y juntamente ordenó que apartasen de la vista de su hijo todos los pobres enfermos, contrahechos y personas miserables, para que no topase con ellos ni viese cosa que le pudiese congojar, sino que le entretuviesen en fiestas y regocijos, y en todo lo que le pudiese dar contento y alegría. Salió, pues, el príncipe Josafat de su encerramiento: y como son tantas y tan comunes las miserias humanas, por mucho que se las quisieron desviar, luego que anduvo por el mundo encontró con ellas. Vió algunos hombres ciegos, mancos, cojos y otros viejos acorvados y cercanos á la muerte: y como todo esto le era nuevo y él era de lindo y curioso ingenio, luego preguntaba qué era aquello: y entendiendo que son manqueras y miserias de la naturaleza humana, y que no hay hombre ninguno aunque sea rey, que por su condicion y estado sea exento de ellas, y que la muerte es fin y remate de todos los placeres y grandezas de esta vida, por una parte se enternecia considerando la flaqueza del hombre, y por otra hacia

gracias á Dios (á quien por buena filosofía conocia que era uno y criador de todo el universo), por haberle dado á él los miembros de su cuerpo cumplidos, ojos, manos y piés, y entera salud. Y oyendo decir que esta vida se acababa, y que lo que mas podia durar era comunmente hasta los ochenta ó cien años, comenzó á juzgar que se debia tener en poco, y amar y buscar otra que fuese eterna. Andaba rumiando y revolviendo estas cosas en su corazon, y deseoso de hallar quién se las desenvolviese y enseñase; y muchas veces se angustiaba y afligia, y en su rostro y semblante lo mostraba. Verdad es, que cuando el rey su padre le venia á ver y le hablaba, lo encubria para no darle pena; mas Dios nuestro Señor, que ve los corazones, y por este camino queria alumbrar á Josafat, envióle un gran siervo suyo que le desatase sus dudas, y le declarase lo que le convenia para la salud eterna. Habia en el desierto de Senaar un hombre anciano y de mucha santidad, adornado de sabiduría del cielo, llamado Barlaan: á este santo solitario descubrió Dios el deseo de Josafat, y le mandó que se fuése á ver con él, y él, obedeciendo el mandato divino, se embarcó en una nave en hábito de seglar, y navegó á la India, y se fué á la ciudad donde el príncipe vivia. Despues de haber estado allí algunos dias, tuvo forma para hablar á Josafat, como mercader que le traia muy ricas y preciosas joyas y piedras de inestimable valor. Tuvo con él pláticas, nó uno sino muchos dias; porque las guardias no se recataban de él por verle en aquel traje, y porque el príncipe mostraba gustar de su comunicacion. Descubrióse quién era, quién le enviaba, á lo que venia y las piedras preciosas que le traia, que era el declararle quién era el verdadero Dios, como por amor del hombre se habia hecho hombre, la necesidad que para salvarse habia de creer en él y recibir el bautismo, las leyes del Evangelio y los sacramentos que nos ha dado, el premio que se dará á los buenos y el castigo y pena sin fin á los malos. Fueron tan eficaces las palabras de Barlaan, y dichas con tanto espíritu y luz del cielo, que Josafat las abrazó y se convirtió á la fé de Cristo y se bautizó, no temiendo perder el reino de su padre y la vida si fuese menester. Dióle asimismo noticia el santo viejo de los monges que moraban en los desiertos de Senaar, de sus ejercicios y penitencias, y cuán dulces y sabrosas les eran, por tener por aquel camino mas cierta su salvacion: por lo cual el príncipe se movió y encendió tanto en el amor de Dios y deseo de la perfeccion, que propuso y prometió imitarlos y seguir siempre que pudiese aquella aspereza de vida. El ver las largas pláticas que Josafat y Barlaan tantas veces tenian entre sí, dió sospecha á uno de los ayos de Josafat de lo que podia ser: y temiendo que aquel viejo debia ser cristiano y por ventura monge, y que sabiendo el rey que lo era y que le habian dejado hablar con su hijo seria gravemente castigado, se quiso enterar de la verdad del mismo Josafat; y él se la descubrió, teniéndole una vez escondido en su aposento para que oyese los santísimos documentos de Barlaan. Cuando los oyó quedó asombrado, y para prevenir su daño, ántes que otro le ganase por la mano, contó al rey llanamente lo que pasaba, y como el viejo Barlaan, monge, fingiéndose mercader los habia engañado y pervertido al príncipe y héchole de su bando.

No se puede fácilmente creer el sentimiento que tuvo el rey, viendo que no habia podido con toda su diligencia é industria evitar los daños que él temia; si su hijo tuviese noticia de Cristo y comunicacion con los cristianos. Mandó llamar á un gran privado suyo, llamado Araches, varon prudente, y dióle cuenta de lo que habia sabido, y pidióle consejo de lo que habia de hacer. El parecer de Araches fué, que se procurase haber á las manos á Barlaan: y así el rey dió órden que le buscasen, y (porque viendo descubierta la celada, y que ya habia descubierto lo que Dios le habia mandado, él se habia ausentado y vuelto á su soledad) que le siguiesen; y el mismo rey (tanta era su saña) le siguió seis dias, y no hallándole mandó á Araches que con sus soldados fuese tras él, y aunque estuviese debajo de tierra, le sacase y se le trajese para hacerle morir con atroces tormentos. Hizo sus diligencias Araches, y anduvo por el desierto, sin poder descubrir al que buscaba; pero halló diez y siete monges y santos solitarios, á los cuales, porque no le quisieron mostrar donde estaba Barlaan, ni hacer caso de sus amenazas, los mandó atormentar crudamente, y despues los trajo delante del rey, y él los mandó matar, y con gran paz y alegría de sus almas recibieron la corona del martirio.

Visto que no se habia podido descubrir Barlaan, y que el príncipe Josafat estaba fuerte y constante en su opinion; Araches aconsejó al rey que se hiciese una disputa entre los cristianos y los sabios gentiles para convencer á su hijo, y mostrarle cuán engañado estaba en querer dejar la adoracion de sus verdaderos y antiguos dioses, por adorar por Dios á un hombre facineroso y crucificado; porque esperaba que siendo el príncipe de tan buen entendimiento, y tan obediente y deseoso de dar contento á su padre, fácilmente se reduciria á su voluntad: y mas le dijo, que él conocia á Barlaan, por haberle visto tantas veces entrar á hablar con el príncipe; y que le hacia saber que habia tenido un maestro que se llamaba Nacor, que se parecia á Barlaan como un huevo á otro, y que estaba muy bien instruido en las cosas de los cristianos, aunque por tenerlas por falsas seguia la secta y creencia del rey y del reino: que él haria que Nacor viniese á la disputa, y fingiese que era Barlaan (pues tanto se le parecia), que en la disputa se dejase vencer, y confesase que quedaba convencido: y por este camino el príncipe, viendo que su maestro Barlaan se rendia y no sabia responder á los argumentos de los contrarios, entenderia que habia sido engañado y dejaria la religion de los cristianos que habia alcanzado.

Como lo dijo Araches, así se trazó; y Josafat, por dar gusto á su padre, vino bien en ello. Publicóse que el rey daba libertad á todos los cristianos que quisiesen venir á disputar de la verdad de su religion con los sabios y caldeos que él señalaria. Vinieron muchos de su parte, y los mas doctos é insignes varones de todo su reino; y de parte de los cristianos vino el verdadero Nacor y fingido Barlaan, que para mayor disimulacion falsamente habia divulgado que habia sido hallado y preso; y estando de esto afligido el príncipe Josafat y temiendo el grave daño que podria venir á su maestro, Dios nuestro Señor le reveló el embuste y maraña del falso Barlaan, y le aseguró que de aquella disputa resultaria mayor gloria suya. Tambien vino por parte de los cristianos un hombre muy principal, sabio y virtuoso, llamado Baraquías, para juntarse con el fingido Barlaan y defender el partido de los cristianos.

Llegando, pues, el dia señalado, el rey en una sala grande se sentó en su trono y silla real, y á sus piés el príncipe Josafat, su hijo, y de una parte se pusieron los sabios caldeos, é indios y gentiles, y de la otra solos Baraquías y el verdadero Nacor, con máscara de Barlaan: al cual se volvió Josafat (conociendo bien quién era y su intento por la revelacion que habia tenido de Dios), y díjole: Ahora, Barlaan, es tiempo que la doctrina que en mi palacio me enseñaste y me persuadiste que recibiese, la defiendas en público; porque si así no lo haces, llevarás el pago y castigo que mereces, como persona embustera, y que engañó al príncipe é hijo de su rey y señor; y yo te mandaré sacar la lengua y echarla con tu cuerpo á las bestias fieras, para que otros con tu ejemplo escarmienten, y no pretendan engañar á los hijos de los reyes.

Quedó Nacor atónito con las palabras que le dijo el príncipe, y vió su peligro de cualquier manera que aquel negocio le sucediese: porque si hacia lo que el príncipe le decia, temia la ira del rey; y si hacia lo que el rey queria, no sabia cómo escaparse de las manos del príncipe que así le amenazaba. Vacilando, pues, y siendo combatido de varias ondas su corazon, inspirándole Dios, se determinó (como cosa mas segura ó ménos peligrosa) defender la verdad que Josafat pretendia. Vinieron, pues, á su disputa los caldeos y sabios gentiles con Nacor, y favorecido del Señor, los convirtió de manera que no supieron qué responderle; porque les probó por razones naturales y fundadas en buena filosofía, que no puede haber mas que un solo Dios, que es artífice y Señor soberano del cielo y la tierra: que toda la otra chusma de dioses que adoran los gentiles son vanos y falsos, y obras de nuestras manos, y que muchos de ellos fueron hombres viciosos, torpes, crueles é indignos del nombre de hombres: que lo que los hombres ciegos y desatinados oponen á la religion cristiana va fuera de camino; y que todo lo que ella profesa y enseña es muy conforme á toda buena razon y á la majestad soberana é infinita de Dios, y á la virtud y dignidad de los que la profesan. Deshacíase el rey oyendo las razones de Nacor; mas por no descubrir el artificio y maraña con que Nacor por su órden se habia vendido por Barlaan, callaba y disimulaba. Finalmente, acabada la conferencia y disputa, Nacor aquella noche (temiendo el enojo del rey) se fué con el príncipe (que lo suplicó á su padre): y estando los dos solos, entendió de él, que sabia quién era y á lo que habia venido, y que á Dios ninguno le puede resistir, y oyó tales cosas de la excelencia, pureza y majestad de la religion cristiana, que Nacor se compungió y determinó á hacerse cristiano, y á retirarse á algun desierto á hacer penitencia de sus grandes pecados. En cumplimiento de ello se entró en una cueva apartada, en compañía de un santo monge, de quien fué instruido, enseñado y bautizado, comenzando á hacer vida, nó de encantador y mago (como ántes lo habia sido), sino de persona alumbrada de la luz del cielo y que aspiraba á la bienaventuranza: de suerte, que así como leemos que habiendo el rey Balach llamado al profeta Balaan para que maldijese al pueblo de Dios, cuando él vino le bendijo, y por la maldicion le dió la bendicion, así Nacor, habiendo venido para opugnar la fé de Cristo, la defendió y convirtió en medicina la ponzoña.

Cuando el rey supo lo que Nacor habia hecho, creció mas la saña y furor contra él: y no pudiendo haberle á las manos, se volvió contra sus mismos astrólogos y caldeos, teniéndolos por hombres ignorantes, y que siendo muchos y los mas sabios de su reino, no habian sabido responder á Nacor, y por vengarse de ellos, á unos mandó azotar, á otros desterrar y á todos maltratar: y no contento con esto, tambien comenzó á tener en poco sus dioses, y quitarles la reverencia y los sacrificios que ántes les hacia; pues no sabian defender su partido y dar muestras de su gran poder.

Esta mudanza y demostracion del rey turbó en gran manera á los sacerdotes y ministros de los ídolos: y temiendo que si el rey pasaba adelante en lo que habia comenzado, todo el pueblo seguiria su ejemplo, y el culto y veneracion de sus dioses caeria, y juntamente ellos perderian sus honras, autoridad y aprovechamientos, procuraron que un grande hechicero y nigromántico, llamado Teudas (á que el rey tenia mucho respeto), viniese de la soledad en que estaba, á la ciudad, para consolar al rey, y animarle y reducirle á la devocion y culto de sus dioses. Vino el mago, y despues de otras razones que dijo al rey para consolarle, le aconsejó, que si queria que el príncipe su hijo negase la fé de Cristo, procurase que se aficionase á las mujeres y perdiese la castidad; y que para esto le quitase todos los criados que tenia en su servicio, y solamente le diese doncellas hermosas, galanas y desenvueltas, que estuviesen siempre con él, y con caricias y regalos le ablandasen; porque este era el único remedio que en caso tan dificultoso é importante podia hallar. Añadió que él tenia un demonio, entre otros, muy poderoso, por medio del cual procuraria encender el ánimo del príncipe, y echar aceite en el fuego que las doncellas hubiesen emprendido, y darle tanta batería y tan fuertes asaltos, que el mozo no pudiese resistir: y para persuadir esto mas fácilmente al rey, le contó una historia ó fábula de esta manera. Un rey (dijo) poderoso estaba muy triste por no tener hijos: nacióle uno, y recibió extremada alegría; pero los médicos le dijeron, que á lo que entendian de la complexion y compostura de los ojos de su hijo, si hasta los doce años de su edad veia sol ó fuego, sin duda por la flaqueza y ternura de ellos perderia la vista y totalmente quedaria ciego. Temiendo esto el rey, su padre, le mandó criar en un aposento oscuro, donde estuvo hasta que tuvo doce años, y despues le mandó sacar de él y ver mundo. Como el muchacho hasta entonces no habia visto cosa, y se hallaba tan nuevo en todas, íbanle mostrando muchas de las cosas que Dios ha criado, y declarándole lo que era cada una y sus nombres, como son, oro, plata, joyas, piedras preciosas, aves, peces, flores, frutas, hombres y animales: entre las otras cosas, tambien le mostraron algunas mujeres; y preguntando él cómo se llamaban, un soldado de la guardia del rey su padre, burlándose, le dijo que se llamaban demonios y que eran los que enredaban á los hombres: y que despues que hubo visto tanta muchedumbre de cosas, y holgádose y aprendido los nombres de ellas, le habia preguntado su padre cuál de todas las cosas que habia visto le habia dado mayor gusto y deleite; y que el muchacho habia respondido, que la que mas le habia agradado, eran aquellos demonios que engañan á los hombres y los enredan, porque sola su vista le habia encendido en su amor. Por donde se ve, dijo el mago, cuán natural es al hombre el

amor á las mujeres, y que no hay otra arma mas fuerte para ablandarlos y rendirlos, que sus dulzuras y deleites. Este fué el consejo de Teudas, inspirado de los demonios, á quien el mago servia, y semejante al que Balaan, tambien hechicero, dió al rey Balach para arruinar al pueblo de Israel. Mandó, pues, el rey quitar todos los criados á su hijo, y darle doncellas muy hermosas, agraciadas y compuestas, dándoles la órden de lo que con él debian hacer.

¡Qué terrible y que espantosa es la astucia de nuestro comun enemigo, y cuán estrañas son las artes que toma para perdernos; y cuánta es la bondad del Señor y la fuerza de su gracia para ampararnos y defendernos, y darnos despues de las duras batallas, victorias, coronas y triunfos! Maravilloso se habia mostrado el Señor con Josafat en las cosas que hasta aquí habemos referido: en haberle enviado á Barlaan, para que le enseñase y le hiciese particionero de su luz; y mucho mas en haber salido tan bien de la disputa con los filósofos y caldeos gentiles, y ganado para Dios al mismo Nacor; que en nombre de Barlaan le habia querido engañar; pero mas admirable fué la providencia con que en este conflicto tan peligroso Dios le libró. Vióse el santo mozo cercado por todas partes de serpientes infernales, y de crueles, aunque blandos y suaves enemigos, que con sus gestos, meneos, palabras y obras, de noche y de dia, en todo lugar y tiempo no pretendian sino robarle la preciosa joya de la castidad. Hallóse muy angustiado y afligido, y como sumido en un abismo de peligros y dificultades: porque ¿quién traerá fuego en el seno y no se quemará? ¿Quién andará entre víboras y basiliscos sin lesion? ¿Quién en un barco tan frágil y quebradizo, como nuestra corrupta naturaleza, podrá pasar sin hundirse, por un mar tan tempestuoso y tan lleno de rocas, bajíos y corsarios? Volvióse á Dios Josafat, entendiendo que sin su gracia no podia resistir: ayunó, veló, oró, derramó muchas lágrimas, pidió favor al que le habia escogido para tanta gloria suya; y alentado con el viento favorable de su gracia, salió bien de todas aquellas batallas y peleas, y guardó su castidad.

Pero no por esto desmayó el demonio, ni por ser en esta lucha vencido de Josafat, desconfió de poderle derribar y vencer; ántes con mayor ímpetu y braveza le acometió de nuevo, y levantó otra tormenta mas brava que las pasadas, y tan horrible y espantosa, que de ella ninguna persona sin especial y singular gracia de Dios pudiera escapar. Entre las otras doncellas que el rey dió á su hijo para que le regalasen y entretuviesen, habia una de extremada belleza, muy discreta y graciosa, hija de un rey: la cual, habiendo sido cautivada en cierta guerra, habia sido presentada al rey Abenner. Fuéla dicho de su parte, que si ablandaba el pecho duro de su hijo, que la daria libertad y aun que la casaria con él; y ella, así para alcanzar libertad, como por ser mujer del hijo del rey y heredera del reino, deseaba en gran manera tentar al mozo y enredarle y atraerle á su voluntad: y el demonio que tambien la atizaba y con nuevas llamas la encendia, pretendió engañar á Josafat con nombre y capa de piedad, para que lo que no habia podido alcanzar de la deshonestidad descubierta, lo alcanzase la cubierta y fingida con celo de caridad. Comenzó á compadecerse Josafat de aquella doncella tan hermosa, tan prudente, dotada de tantas gracias naturales, considerando que era hija de rey y cautiva de su padre, y que como cautiva le servia. Pasó mas adelante y tuvo mayor lástima del alma de ella, por ver que era idólatra y cautiva de Satanás. De este dolor y sentimiento nació en su pecho una ternura y amor, y deseo de hablarla para sacarla de las tinieblas en que estaba, y convertirla á la fé y amor de Jesucristo. Todos estos afectos eran lazos escondidos de Satanás. Hablóla pues Josafat con dulces y cuerdas palabras, declarándola la lástima que la tenia por la ceguedad en que estaba, exhortándola á dejarla y volverse á Dios vivo y verdadero, y á su benditísimo Hijo Jesucristo, que por nuestra salud se habia hecho hombre y muerto por nuestros pecados en la cruz. No perdió tan buena ocasion la serpiente infernal; ántes habló á Josafat por boca de aquella doncella, como habia hablado á Adan en el paraiso por boca de otra mujer, la cual le propuso que haria cuanto él le mandaba si él queria hacer una cosa, y era, que la tomase por mujer y se casase con ella; pues, aunque era cautiva, era hija de rey, y en sangre no le debia nada, y en amarle ninguna otra mujer la haria ventaja; y que de su hermosura y otros dones naturales, no queria hablar por ser tan manifiesto. Turbóse el príncipe con esta demanda, y manifestóla que él no se pensaba casar: y ella incitada del que hablaba por ella, con meneos y gestos lascivos le quiso persuadir que á lo ménos se gozasen aquella noche, y que ella le prometia luego á la mañana hacerse cristiana y bautizarse, y que él seria causa de su salvacion, y otras cosas le dijo á este tono, que pudieran ablandar cualquiera pecho de hierro, acero y diamante: y aquel espíritu grande de fornicacion, á quien el mago Teudas habia encargado mas este negocio, acudió en esta coyuntura, y comenzó á abrasar el corazon de Josafat con unas llamas de amor torpe, tan encendidas, que fué milagro del Señor no quedar consumido con ellas; y para derribarle mas fácilmente y enredarle con máscara de piedad, le proponia que no seria pecado ni ofensa de Dios, consentir en lo que pedia aquella doncella; pues no lo hacia por deleite sensual ni apetito libidinoso, sino para sacarla á ella de la ceguedad en que estaba y del culto de los vanos dioses, y hacerla particionera de la sangre de Jesucristo y heredera del cielo. ¿Quién no cayera á tan duros golpes si Dios no le tuviera, especialmente siendo mozo y no tan instruido en nuestra santa ley? Ya Josafat vacilaba y comenzaba con el pensamiento á blandear; pero volviendo en sí, cerró los oidos á los silbos de la serpiente infernal que hablaba por aquella doncella, y con entrañable afecto y copiosas lágrimas pidió socorro al Señor, dando muchos suspiros y gemidos, suplicándole que le librase de tan manifiesto peligro: y habiendo gastado algunas horas orando y llorando postrado en el suelo, se adormeció, y le pareció que le llevaban en espíritu por gente que no conocia, á un lugar amenísimo y excelentísimo, de singular recreacion y deporte, y tal, que mas parecia un traslado y representacion del cielo que no cosa de la tierra: de aquel lugar fué llevado á otro, que era figura y retrato del infierno y cárcel de los condenados. Tornó luego en sí, y acordándose de lo que en aquel arrobamiento habia visto, y de los grandes bienes de un lugar, y de los males del otro, cobró tan extraño horror y aborrecimiento á aquella doncella y á las demás que le servian, que por mas ataviadas y compuestas que estuviesen le parecian feas y abominables, y mas monstruos infernales que mujeres; y con esta pena

que le causaba su vista se echó en la cama enfermo.

Muy confusos quedaron los demonios por haber sido vencidos de un mozo á quien ellos tan terriblemente con todas sus máquinas y poder habian combatido, y vinieron al nigromántico Teudas, como avergonzados y corridos, á decirle el suceso de aquella lucha y pelea, y que ellos no tenian poder contra los que se armaban con la pasion y cruz de Cristo, como lo habia hecho Josafat; y que así no podrian volver á él ni tentarle de nuevo; porque sabian que perderian tiempo por estar el mozo muy fundado en Cristo. Mas el rey cuando supo la enfermedad de su hijo, luego le vino á ver para saber de él la causa de su dolencia. El príncipe se la declaró, y le refirió los asaltos que los demonios le habian dado por medio de aquellas doncellas que él habia armado como lazos á sus piés: y como Dios le habia librado de ellos con la vision del paraiso y del infierno: que él estaba determinado á dejarlo todo é irse al desierto á vivir y morir en compañía de su santo maestro Barlaan, porque si el rey queria perseverar en su ceguedad é irse al infierno, él queria mirar por su alma y agradar á Dios: y que si no se lo dejaba hacer, él de pesar se moriria, y el rey perderia su hijo y dejaria de ser su padre.

No se puede fácilmente decir el sentimiento que causaron las palabras del príncipe en el pecho del rey, y los varios contrarios pensamientos, que como olas, embistieron y atormentaron su corazon, no sabiendo qué medio tomarse con su hijo para que le fuese obediente: si usaria con él de rigor ó de blandura: si le castigaria como á desobediente y pertinaz, ó le regalaria como á hijo tan querido y le dejaria hacer su voluntad. Mandó llamar á Teudas, de quien mucho se fiaba: descubriendo la angustia y quebranto de su corazon; y pidióle consejo de lo que habia de hacer. El mago, confiado en sus malas artes, sagacidad y experiencia, dijo al rey que le dejase hablar con Josafat que él se le ablandaria. Gustó de esto el rey, y los dos vinieron á verse con el príncipe, con el cual Teudas tuvo una larga plática para persuadirle que era loco en no obedecer al rey su padre en una cosa tan justa y puesta en razon, como era conservar la religion y culto de los dioses inmortales, que tantos varones sabios los habian enseñado, y los príncipes sus antepasados abrazado, y el rey su padre y todo su reino con las armas defendido; y esto, por creer que era Dios verdadero un hombre que por sus delitos habia sido crucificado y habia tenido por predicadores de su ley y doctrina á doce pescadores pobres y desventurados, que no se podian en ninguna cosa comparar con tantos y tan esclarecidos varones que habian seguido la religion de sus padres. El fin de la plática fué, que Josafat, con el espíritu y favor del cielo, convenció á Teudas, probándole la vanidad y monstruosidad de sus dioses, y la excelencia y armonía de nuestra sagrada religion, y que una de las cosas en que mas resplandecia su grandeza y virtud, era en haber aquellos doce viles y despreciados pescadores rendido y sujetado á tantos y tan sabios filósofos, como él decia, y á los reyes poderosos que les hacian resistencia, sojuzgádolos y puéstolos debajo del yugo de Jesucristo. Quedó el mago tan trocado y tan convencido, que se resolvió á hacerse cristiano, y solo temió, que por ser sus pecados tantos y tan graves, Dios no se los perdonaria ni le admitiria á penitencia. Mas entendiendo de Josafat las amorosas entrañas que el Señor tiene para con los que conociendo sus culpas las lloran y se enmiendan de ellas, y que todos los pecados del mundo son como una paja comparados con el incendio de la infinita caridad de Dios nuestro Señor; se animó, y despidiéndose del rey y del príncipe, se fué á su cueva, en la cual solia convocar á los demonios, y tomando los libros de sus malas artes los quemó, y de allí se fué á la otra cueva, donde estaba Nacor en compañía de otro santo monge, del cual fué bien recibido; y despues de haber muchos dias ayunado y hecho penitencia de las culpas de la vida pasada, y sido enseñado en los misterios de la religion cristiana, fué bautizado é incorporado en el gremio de la santa Iglesia católica romana, el que ántes con sus diabólicas artes la perseguia. ¿Quién podrá contrastar con Dios? O ¿quién piensa poder resistir á su voluntad; pues sola la señal de la cruz confunde y desbarata los ejércitos infernales, y un rayo de su divina luz basta para sacar y trasladar á la verdadera vida á los que habitan en la sombra de la muerte? Ya que Nacor y Teudas, tan insignes magos é instrumentos de Satanás, quedaron rendidos y postrados á los piés de Cristo, resta que se rinda el rey Abenner, como principal capitan de esta guerra y mas obstinado en su perfidia: el cual habiendo visto que ninguno de los medios que habia tomado con su hijo, habia aprovechado; ancioso, suspenso, congojado y sobre manera afligido, mandó juntar su consejo de estado para determinar lo que habia de hacer. Varias fueron al principio las sentencias de los del consejo del rey; pero Araches (que era tenido por mas sabio y como cabeza de los demás, y muy privado del rey) fué de parecer que se procediese con el príncipe con blandura, y que el padre partiese con su hijo el reino y le dejase gobernar su parte; porque de esta manera conservaria al hijo y al reino en toda paz y quietud. Este parecer siguieron los demás, y el rey vino en ello, y habló con el príncipe y declaró el acuerdo que habia tomado: y el príncipe le respondió, que aunque era su deseo dejarlo todo y retirarse para servir mas perfectamente á Dios; pero que le obedeceria y haria todo lo que le mandase como no fuese contra Dios. El rey nombró á su hijo por rey, y como tal le mandó coronar: y habiendo dividido su reino en dos partes, le entregó la una y le envió á ella acompañada de guardas y soldados, y dió licencia á todos los señores y caballeros y capitanes de su reino que le fuésen á acompañar. Entró Josafat en una ciudad nobilísima y populosa, para hacer su residencia: y la primera cosa que hizo, fué mandar poner cruces en todas las torres de ella, y asolar todos los templos de los ídolos, y fabricar uno solemne y magnífico al Dios verdadero, exhortando á todo el pueblo con palabras cuerdas, graves y amorosas, que hiciese reverencia á la cruz y reconociese y adorase al verdadero Dios: y para moverlos mas, él era el que iba delante con su ejemplo, y todo el pueblo le seguia, admirado de la virtud y modestia de su príncipe, y deseoso (como suele) de imitarle y darle en todo gusto y contento. Con esto comenzó á respirar y alzar la cabeza nuestra santa religion, y todos los cristianos y monges, que por temor de la persecucion pasada se habian desterrado de su patria y huido á los desiertos, y escondídose en las cuevas y entrañas mas secretas de la tierra, oyendo estas nuevas, volvieron á la ciudad y vivian en paz y tranquilidad: convertíanse muchos y de los mas principales señores á nuestra santa fé,

y otra gente innumerable; y el Señor, que es copioso en su misericordia, no solamente sanaba las almas de los que se bautizaban y las limpiaba de las inmundicias de sus culpas, sino tambien á los que estaban agravados de enfermedades corporales les daba entera salud.

Hizo Josafat consagrar la iglesia que habia edificado, y nombró por obispo á un santo varon que habia padecido grandes trabajos por Cristo; y de ninguna cosa tenia mas cuidado, que de amplificar la gloria del Rey de los reyes, y traer á todos sus súbditos á su conocimiento y servicio. Era muy justo, muy templado, muy modesto, prudente y benigno, y mas padre de todos sus vasallos que rey: socorrialos en todas sus necesidades con tanta liberalidad, que pensaba recibir beneficio cuando le hacia. Con esta vida y ejemplo comenzó toda aquella tierra á resplandecer con una nueva luz, como cuando despues de una oscura y tenebrosa noche amanece el dia muy claro y sereno; y la gente de todas partes venia para ver al rey Josafat y tomar su religion, y gozar de sus virtudes y grandezas; y hasta los criados del rey Abenner, su padre, dejaban su servicio y se venian al de su hijo, admirados de la excelencia de su persona y gobierno. Este buen gobierno tomó Dios nuestro Señor por medio para reducir al camino de la verdad este descaminado padre; porque, viendo que cada dia florecia mas la religion cristiana que él habia procurado extinguir con todas sus fuerzas, y que la de sus dioses se iba menoscabando; alumbrado de un rayo divino, conoció que el hijo andaba por el camino derecho y llano, y él ciego y fuera de camino. Escribióle una carta, declarándole cuán arrepentido estaba de haber perseguido á los cristianos, y de no haberle ántes creido, y lo que deseaba volver la hoja y bautizarse y ser cristiano, si Dios le quisiese recibir en su gracia y perdonarle tantos y tan atroces pecados, que contra él y contra sus siervos con tanta impiedad y crueldad habia cometido; y juntamente le encargaba que le escribiese todo lo que le parecia que debia hacer para su salvacion y bien de su reino. No se puede creer ni explicar con palabras el júbilo y regocijo que el alma de Josafat recibió con esta carta de su padre: entróse luego en su aposento, y postrado en el suelo delante de una imágen de Cristo, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas de consuelo, comenzó á hacer gracias á nuestro Señor, porque le habia oido y concedido la salvacion de su padre, que con tantos y tan largos gemidos y ansias le habian suplicado: y pidiéndole nuevo favor y gracia, se partió luego, acompañado de sus gentes y soldados para su padre, que cuando lo supo le salió á recibir y le abrazó, besó y mandó que se hiciese fiesta pública y solemne por su venida. Despues que Josafat hubo reposado; estando á solas con su padre, le dió noticia de todo lo que deseaba saber, y le declaró los misterios de nuestra sagrada religion, de tal suerte, que el rey Abenner quedó admirado de la sabiduría de su hijo, y compungido de sus pecados y trocado con otro varon; y delante de todos los que allí se hallaban, adoró la cruz y confesó á Jesucristo por verdadero Dios y Señor de todo lo criado. Con esta ocasion Josafat habló á los señores, caballeros y capitanes de su padre, de la fé cristiana tan altamente, que todos á una voz clamaron: Grande es el Dios de los cristianos, y no hay otro Dios sino nuestro Señor Jesucristo, el cual con el Padre y con el Espíritu santo para siempre debe ser glorificado. Y el rey Abenner, encendido de celo y deseoso de satisfacer en algo la impiedad pasada, deshizo con gran fervor todos los ídolos de oro y plata que habia en su palacio, y los repartió á los pobres, y acompañado de su hijo derribó los altares y templos de sus falsos dioses, sin dejar piedra sobre piedra; y en su lugar mandó edificar otros templos al verdadero Dios; y lo mismo mandó hacer en las otras partes de su reino. Era cosa mucho para alabar al Señor, el ver que los demonios que ántes habitaban en sus antiguos templos, salian de ellos gimiendo y dando lastimosas voces y alaridos, confesando la omnipotencia del Crucificado. Despues siendo el rey Abenner bien instruido en las cosas de nuestra sagrada religion, fué bautizado por el obispo, de quien hicimos mencion arriba, y su mismo hijo Josafat fué su padrino y padre espiritual del que le habia engendrado segun la carne. Quedó Abenner tan otro de lo que solia, que renunció todo su reino á su hijo, y se vistió de cilicio y ceniza para hacer penitencia de sus pecados, temiendo que por ser tantos y tan graves, no habia de alcanzar perdon de ellos del Señor; mas el santo Josafat le consoló y alentó, dándole á entender cuán grande injuria hace á Dios el que desconfia de su bondad y misericordia (que es la cosa de que mas él se precia), y que todos los pecados del mundo cotejados con ella no son mas que una gota de agua respecto del mar. En esta vida y penitencia vivió el rey Abenner cuatro años, y al cabo de ellos le dió una mortal enfermedad: y estando cercano á la muerte, bendiciendo á su hijo besándole muchas veces y haciéndole gracias por lo que habia trabajado por él, y alabando al Señor por haberle mirado con tan piadosos ojos, y sacádole del profundo abismo de la muerte en que estaba, y traídole á su conocimiento, y encomendando su espíritu al que le habia criado, acabó el curso de su peregrinacion. El rey Josafat mandó vestir el cuerpo de su padre, nó con ropas reales y ricas, sino con hábito de penitencia, y de esta manera le enterraron con gran solemnidad, derramando el hijo muchas lágrimas delante del sepulcro del padre: del cual, sin comer, ni beber, ni dormir, no se apartó por espacio de siete dias, suplicando instantemente al Señor, que perdonase á su padre y le admitiese en las moradas eternas. Y habiendo cumplido con este piadoso oficio, se volvió á su palacio, y mandó tomar todos los tesoros suyos y de su padre y repartirlos á los pobres: lo cual se hizo tan largamente, que apenas quedó pobre en el reino.

Pasados cuarenta dias de la muerte de su padre, quiso Josafat cumplir con su deseo, y lo que á Dios habia prometido. Para esto mandó juntar á los grandes, señores, caballeros y muchos ciudadanos de su reino: y estando sentado en su trono real, con aspecto grave y blando, les habló de esta manera: Ya veis, como mi padre el rey Abenner es muerto, como muere cualquier pobre hombre, sin haberle podido librar de la muerte las grandes riquezas que tenia, ni la gloria y nombre de rey, ni la muchedumbre de vasallos y criados, ni los ejércitos poderosos, ni yo, que soy su hijo y tanto deseaba su vida. Ha ido á un tribunal, donde le pedirán cuenta de lo que ha hecho en esta vida, sin llevar consigo criado, deudo, ni amigo que le pueda ayudar. Hágoos saber, que yo siempre he deseado eximirme de esta carga que tengo de rey, de echarla sobre otros hombros, y retirarme á alguna soledad, para cumplir lo que á Dios tengo ofrecido. He dejado hasta

ahora de hacerlo, por obedecer al rey mi señor, y por parecerme que Dios se queria servir de mí, para mostraros el camino del cielo y sacaros de las horribles tinieblas de la idolatría en que estábades. Ya cumplí con la voluntad de mi padre; y vosotros con la gracia del Rey soberano habeis abierto los ojos, y conocídole por vuestro Dios redentor, y Señor de todo lo criado: ved á quién quereis que deje el cetro y la corona. Oyendo esto, alzaron á una todos una voz lastimera y alarido doloroso al cielo, con increibles gemidos y lágrimas, diciendo: que de ninguna manera lo consentirian; y jurando que no le dejarian partir; porque él era su rey, su señor, su padre y su madre y todo su bien; pues por él, Dios los habia librado de aquel profundo abismo y ceguedad en que estaban, y abiértoles las puertas del cielo, y alumbrádoles con el rayo de su verdad. Vió Josafat los ánimos de todos tan alterados, que tuvo por bien de mostrar que queria consentir con ellos; y con esto los sosegó y los envió mas consolados á sus casas. Despues retirado á su aposento, llamó á Baraquías, hombre de grande estofa, muy zeloso de nuestra santa religion, y el que juntamente con Nacor (que fingia Barlaan), se puso á defenderla contra los filósofos y caldeos gentiles, como dijimos. Habló Josafat á Baraquías, y declaróle su intento y rogóle que tomase sobre sí el peso del reino, porque él le queria dejar. Baraquías no vino en ello, ántes lo repugnó y contradijo, reprendiéndole de poca caridad: porque si el ser rey (dijo) es bueno; ¿por qué tú no lo quieres ser? Y si es malo; ¿por qué quieres que lo sea yo? No quiso porfiar Josafat con Baraquías, mas aquella noche escribió una carta llena de celestial sabiduría á los magistrados y nobleza de su reino, en que los exhortaba á perseverar en la religion cristiana y en el amor y temor santo del Señor, y bacerle continuamente gracias por las mercedes que de él habian recibido; y juntamente les decia, que no hiciesen rey á otro alguno, sino á Baraquías, porque él era el que les convenia: y dejando esta carta en su aposento, se partió luego secretamente, y se puso en camino para el desierto. Pero luego que á la mañana se supo, le tomaron todos los pasos y le buscaron, y le hallaron cabe un arroyo haciendo oracion, á la hora de medio dia. Volviéronle á la ciudad, y él se resolvió á no quedar en ella ni un solo dia, y persuadió á la gente que tomasen por rey á Baraquías; y él le declaró y nombró por tal, y le dió los documentos que le parecieron necesarios para el buen gobierno del reino. Entre otros le avisó, que así como en la navegacion, cualquiera falta que haga el pasajero es de poca importancia, y grave y peligrosa la que hace el que lleva el gobernalle; así en el gobierno de la república, cuando peca un particular solamente hace daño á su persona; mas cuando el rey y gobernador peca, es perjudicial á toda la república. Despues, puesto de rodillas y levantadas las manos al cielo, oró y encomendó al Señor todo su reino, y abrazando á los señores y personas principales de él, y sobre todos á Baraquías (á quien dejaba en su lugar), se despidió de todos con tan extraño sentimiento, sollozos, gemidos y lágrimas, que no se puede encarecer: solo él estaba sereno y alegre, y como hombre que de un largo y penoso destierro vuelve á su dulce y deseada patria. Salió vestido con su vestido ordinario, y debajo de el un cilicio que le habia dado su buen maestro Barlaan, á quién él iba á buscar. La noche siguiente de aquel primer dia, entrando en casa de un pobre hombre, se desnudó de su ropa y se la dió, y quedó cubierto con solo aquel cilicio, pareciéndole que estaba mas rico y ataviado con él, que con el cetro y púrpura de rey. Comenzó á caminar por aquellos desiertos y á comer de las yerbas que hallaba por los campos, que por ser estériles y sin agua, eran silvestres: y como una vez hubiese andado hasta medio dia, abrasado del sol y fatigado de la sed, deseó un poco de agua para refrescarse, y no la halló. Con esta ocasion Satanás le tentó terriblemente, poniéndole delante la grandeza del estado que habia dejado, y la multitud de criados que le servian, los regalos y deleites que tenia, la aspereza de vida que emprendia y las pocas fuerzas de cuerpo para llevarla; y finalmente, que las almas de todos los vasallos de su reino estaban colgadas de él, y por su culpa perecerian. Y como estos golpes no hiciesen mella en el pecho fuerte de Josafat, pretendió espantarle con varias tentaciones visibles: porque ya se le ponia delante en figura de hombre con una espada desnuda, amenazándole que le mataria si no volvia atrás: ya en forma de bestias fieras, de leones, tigres, dragones y basiliscos que le querian tragar; mas el Señor que guiaba á Josafat, le esforzaba para que no hiciese caso de aquellos terrores de Satanás, y para que con la señal de la cruz ahuyentase á todos aquellos monstruos infernales. Trabajó muchos dias con esta desnudez y pobreza, hasta llegar al desierto de Senaar, en busca de su querido maestro: dióle noticia de él otro solitario, y guióle á la cueva donde estaba, á la cual llegó Josafat muy gozoso, y llamó pidiéndole bendicion. Salió Barlaan: y aunque Josafat venia muy trocado de lo que estaba ántes; por inspiracion de Dios le conoció, y los dos se abrazaron con amor tiernísimo é hicieron oracion, y dieron gracias á Dios porque se vejan juntos en aquel desierto. Dió cuenta el uno al otro de lo que por sí habia pasado, despues que no se habian visto: y Barlaan, entendiendo las grandes batallas y contrastes que Josafat habia tenido, y las victorias que habia alcanzado de su carne, mundo y demonio, y el dichoso estado en que dejaba las cosas de la cristiandad, alabó á Josafat por el trueque tan cuerdo y acertado que habia hecho, y de haber comprado la preciosa margarita del reino eterno con el menosprecio del temporal de la tierra, glorificando al Señor, que le habia dado tan grande espíritu, y tan próspero suceso á negocio tan arduo y dificultoso. Despues para regalar á Josafat que venia fatigado del camino, le aparejó un convite espléndido de unas yerbas crudas silvestres y de algunos dátiles; y habiendo comido los dos, bebieron un poco de agua de la fuente, que estaba allí cerca.

Estuvo Josafat con Barlaan algunos años, viviendo mas como ángel en la tierra, que como hombre en cuerpo mortal; de suerte, que el mismo Barlaan, que era viejo y soldado veterano, y desde mozo ejercitado en aquella dura milicia, se maravillaba del favor de Josafat. No comia mas de lo que precisamente era menester para sustentar la vida: velaba tanto las noches, como si no fuera carne: su oracion era perpetua; y no perdia un punto de tiempo ni estaba ocioso, sino ocupado siempre y atento en la contemplacion del sumo Bien. Llegóse el tiempo en que el Señor queria llevar de esta vida trabajosa á Barlaan: avisó de ello á su querido hijo y discípulo Josafat, animándole á llevar adelante su gloriosa empresa, y aconsejándole que cada dia pensase que aquel era el postrero de su

vida, y principio y fin de la observancia religiosa; porque aguardando la muerte, no la temeria ni le pareceria largo el tiempo, ni se cansaria con el trabajo de la aspereza y penitencia. Dióle mas otros documentos y espirituales consejos: y habiendo dicho misa y comulgado á Josafat; despidiéndose de él amorosamente, y echándole su bendicion (la cual él recibió derramando lágrimas), hizo sobre sí la señal de la cruz y extendió los piés, y con increible paz y alegría de su alma, la dió á quien la habia criado para gloria suya, siendo de casi cien años, y habiendo vivido los setenta y cinco en aquella soledad, y lleno, no ménos de merecimientos que de años. Tomó Josafat el cuerpo de su bienaventurado padre con suma reverencia: abrazóle y lavóle con lágrimas; y envuelto en aquel cilicio que de él habia recibido en su palacio, le enterró, cantando los salmos acostumbrados de la Iglesia todo aquel dia y la noche siguiente: despues hizo oracion á nuestro Señor, suplicándole que no le desamparase por las oraciones de su siervo Barlaan, sino que le asistiese, guiase y encaminase, hasta llegar al puerto de salud y tranquilidad. Acabada su oracion, quedó dormido Josafat, y en sueños tuvo una revelacion, en que envió á Barlaan en el cielo vestido de gloria y claridad admirable, y la corona que á él le estaba guardada, perseverando hasta el fin, y con esta vision quedó muy gozoso, y confirmado en su santo propósito. Veinte y cinco años tenia Josafat cuando vino á él con una vida del cielo, y tan perfecta como si no fuera de carne. A Cristo tenia siempre presente: á Cristo siempre buscaba; y siempre parecia que le tenia delante de los ojos, y que teniéndole á él, tenia (como es verdad) todas las cosas: y no se contentaba con servirle con tan gran fervor, como se ha dicho, sino que cada dia procuraba aventajarse mas, y crecer de virtud en virtud. Y habiendo perseverado todo este tiempo en esta manera de vida, que aquí queda referida, crucificado el mundo á él y él al mundo, dejando el cuerpo en el suelo, voló su espíritu al Señor; y aquel monge que le habia guiado á la cueva de Barlaan, avisado del cielo, se halló á su muerte y tomó su cuerpo, y con himnos y cánticos eclesiásticos, y gran devocion y ternura, le enterró en el sepulcro de su padre Barlaan, y se partió luego para la India, por otra revelacion que tuvo, y dió cuenta al rey Baraquías, de lo que habia sucedido á Josafat, y de su vida y muerte en el desierto. El rey Baraquías, en sabiéndolo, se puso en camino, acompañado de multitud de gente de su reino, y llegó hasta la espelunca donde los dos santos Barlaan y Josafat estaban sepultados, y vió que los cuerpos de los dos estaban enteros, y los vestidos con que estaban cubiertos como si los acabaran de enterrar, y que despedian un olor suavísimo y una fragancia mas del cielo que de la tierra. Mandó poner los cuerpos en cajas ricas y adornadas, y llevólos á la India, y colocólos magnífica y regiamente en aquella iglesia que habia edificado Josafat, obrando Dios muchos y grandes milagros por ellos, y dando salud por su intercesion á los enfermos, y haciendo otras maravillas y grandes mercedes á los que venian á su sepulcro, ó se encomendaban á ellos.

Esta es la suma de la vida de estos dos santos confesores Barlaan y Josafat, sacada de la que escribió en un libro grande san Juan Damasceno, autor santísimo y doctísimo, y que há mas de ochocientos y cincuenta años que floreció: y dice al fin de la vida, que la escribe como la habia sabido de varones insignes y dignos de toda fé. Por donde se ve, que esta no es fábula ni invencion artificiosa, sino verdadera historia, confirmada con la autoridad de tan señalado varon, como lo notó muy bien Jacobo Bilio en la prefacion que hace á esta vida, y se halla en las obras de san Juan Damasceno, que el mismo Bilio elegantemente tradujo de griego en latin; y el cardenal Baronio siente lo mismo en las anotaciones del Martirologio romano, que hace mencion de los santos Barlaan y Josafat á los 27 de noviembre.

Pero pregunto yo á los que leyeren lo que aquí queda referido: ¿qué les parece de los consejos de Dios, y de los medios que toma para amplificar su gloria y salvar á los que es servido, y sacar luz de las tinieblas, y de las espinas rosas, y de la muerte vida? ¿Quién puede cerrar á quien Dios abre, ni poner estorbo á quien él favorece, ni contrastar á su voluntad; pues todas las diligencias del rey Abenner no fueron parte para que Josafat, su hijo, no tuviese noticia de Cristo, y recibiese la luz del cielo? ¿Quién no confiará de poder vencer con la gracia del Señor la flaqueza de su carne, viendo como la venció Josafat, siendo príncipe, mozo y rodeado por todas partes de víboras y basiliscos, y estando en medio de las llamas sin quemarse? ¿Y qué hombre habrá que no huya del trato familiar de las mujeres, sabiendo que son lazos para el alma, y ruina de la castidad? O ¿qué mujer honesta que no haga lo mismo al hombre? ¿Quién se anegará en el abismo de sus pecados, y desconfiará de ser perdonado de ellos y de la misericordia del Señor, viendo á Nacor y á Teudas, magos y tizoneros del infierno, y á Abenner, derramador de tanta sangre de mártires, convertidos y admitidos á su gracia y reconciliacion? ¡Qué gran seguridad tenemos los cristianos de la verdad y excelencia de nuestra sagrada religion, viendo como triunfa de los tiranos, de los sabios del mundo, y de todo el poder del infierno, y que las máquinas y ardides que toma nuestro enemigo para obscurecerla y derribarla, ellos mismos sirven para ilustrarla mas y establecerla! Pues los hombres regalados, ambiciosos y codiciosos, que beben los vientos, y se apacientan de bellotas, y se revuelcan en el cieno de sus vicios como puercos; ¡qué motivos, qué estímulos tienen aquí para abrir los ojos: y mirando al cielo, menospreciar todas las cosas de tierra, y morir al mundo para vivir á Dios, como lo hizo Josafat: el cual, siendo rey en la flor de su edad, tuvo el reino por carga y le dejó, y con él todas las grandes riquezas y delicias que poseia, y vestido de desnudez y cubierto de cilicio, en un desierto, y acompañado de fieras y juntamente de ángeles, vivió tantos años con aspereza mas que humana y como peregrino del mundo y morador del paraiso! Pero el Señor le confortó y le dió perseverancia, y le hizo glorioso en el cielo y en la tierra, y con su ejemplo nos enseñó, que es tan grande bien el gozar para siempre de su gloriosa vista, y de la compañía de todos los cortesanos de su córte real, que todos los trabajos y penas que por llegar á él se tomaren, se deben estimar como si no fuesen; y que la gloria es tan inmensa é incomprensible, que por mucho que nos cueste, siempre se compra de balde. Dénos su divina Majestad su espíritu, para que lo conozcamos, é imitemos á estos santos, que tan bien le supieron imitar.

* Los santos Basileo, Auxilio y Saturnino, mártires.—

Se sabe del primero, que era obispo de una de las ciudades de Asia; y que hallándose en Antioquía cuando el emperador Decio perseguia la Iglesia de Jesucristo, fué preso, junto con Auxilio y Saturnino. Fueron muchos los tormentos con que fué probada su fé, hasta que por último murieron en ellos.

Los santos Irenarco, Acacio, y siete santas mujeres, mártires.—Durante la persecucion de Diocleciano, eran estas santas un dia atormentadas en Sebaste de Armenia, y á vista de su constancia, se convirtió á la fé de Jesucristo un gentil llamado Irenarco, que fué bautizado por el presbítero Acacio. En seguida ambos santos fueron asociados al glorioso martirio de las siete santas mujeres, y todos consumaron juntos su combate, siendo degollados por órden del gobernador Máximo. El P. Pagi dice que este martirio sucedió el año 393.

San Valeriano, obispo y confesor.—Sucedió á Fortunaciano, obispo arriano, en la silla episcopal de Aquileya, en tiempo del emperador Valentiniano. Purgó su diócesis de la herejía y reformó la disciplina, de modo que hablando de él san Gerónimo en las cartas 42 y 43, dice que su rebaño llegó á transformarse en un coro de santos. Valeriano presidió el concilio de Aquileya, congregado por Graciano contra los arrianos, y despues de haber prestado importantes servicios á la religion, murió santamente entre los años 372 y 381.

San Máximo, obispo y confesor.—Nació en Provenza, de padres piadosos, que le educaron en la piedad y en el horror al vicio. Desde su niñez estuvo dotado de todas las gracias y virtudes. Fué amante del retiro y de la mortificacion, se dedicó á los estudios, y procuró ya en aquella edad ser el consuelo y amparo de los pobres, entre los cuales distribuyó despues el producto de sus bienes, para abrazar la vida religiosa en el monasterio de Lerins. En 426, fué elegido abad del mismo monasterio, que adquirió nuevo lustre bajo la direccion del santo. Al cabo de siete años, fué elegido y consagrado obispo de Riez en Provenza, cuya ciudad le recibió como un ángel enviado del cielo para dirigirla en los caminos de la santidad. En su nuevo estado fué Máximo perfecto ejemplar de zelo, de humildad, de paciencia y de amor á los pobres. Asistió á los concilios celebrados entonces en las Galias, y murió rodeado de gloria y cubierto de bendiciones, por los años de 462.

San Acario, obispo y confesor.—Floreció en el siglo VII. Tomó el hábito en el monasterio de Luxeu, fué discípulo de san Columbano, y el año 621 lo sacaron de su retiro para colocarle en la silla episcopal de Noyon. Fué prelado eminente, ilustre en grandes virtudes y en milagros. Estuvo unido en amistad con el rey Dagoberto, que á sus instancias prestó servicios importantes á la religion, y murió el año 639.

San Virgilio, obispo y confesor.—Nació en Irlanda, y fué universalmente respetado por sus virtudes y sabiduría. En tiempo del rey Pepino, pasó á Francia; permaneció dos años en la córte, que edificó con sus ejemplos, y despues fué consagrado obispo de Salsburgo, en 766. Emprendió el ejercicio de su ministerio con tanto zelo, que encontrando estrecho el límite de su diócesis para su zelo, se dirigió á la Carintia, de cuyos paises fué luego aclamado apóstol. Restituido á su rebaño, murió el dia 27 de noviembre del año 780, despues de haberse preparado con mucho fervor al paso para la eternidad. San Virgilio fué solemnemente canonizado por el papa Gregorio IX.

San Eucicio, ermitaño y confesor.—Natural de Francia, de padres extremadamente pobres. Despues de haber servido en clase de criado en un monasterio de la diócesis de Burges, tomó el hábito en la misma casa. Cuando fué ordenado sacerdote, obtuvo permiso para retirarse á un lugar solitario en el territorio de Berry. Estuvo dotado del don de profecía y de milagros, y murió santamente el año 542.

San Maarsapor, mártir.—Fué un príncipe persa, á quien sus virtudes y su zelo por la religion hicieron mas recomendable aun, que su ilustre nacimiento. A causa de profesar la religion cristiana fué preso por órden del rey de Persia, y despues de sufrir varios interrogatorios, fué metido en una prision, donde estuvo tres años sufriendo todas las incomodidades de la inmundicia, el hambre y la oscuridad. Pasado este tiempo, le hicieron sufrir un nuevo interrogatorio, despues del cual lo echaron en un hoyo, cuya abertura taparon herméticamente. Despues de algunos dias, los soldados fuéron á abrir aquel hoyo, y encontraron al glorioso mártir sin vida, pero de rodillas y rodeado de luz, en cuya postura habia muerto el dia 27 de noviembre del año 421.

San Severino, confesor.—Fué monge y solitario en el territorio de París. Sus muchos milagros y las eminentes virtudes que en su conducta resplandecieron, le hicieron admirable á sus contemporáneos y glorioso en la Iglesia de Dios.

San Ansurio, obispo.—Este ilustre español, compañero y amigo de san Rosendo, fué obispo de Orense, cuya Iglesia gobernó por muchos años, hasta que sintiendo acercarse su fin, renunció el obispado y se retiró al monasterio de san Estéban de Rivas de Sil, donde vivió unos dos años como el mas humilde de los monges. Glorificado con el don de milagros y de profecía, murió el dia 26 de enero del año 925. Su culto consta estar ya establecido á principios del siglo III.

Santa Marina, mártir.—Están discordes los historiadores acerca de la existencia, patria y martirio de esta santa vírgen. Lo que únicamente puede asegurarse, dice el P. Florez, que fué martirizada en Galicia á dos leguas de Orense, donde se venera su sagrado cuerpo en una iglesia de su nombre, en un sitio que llaman *Aguas Santas*. La devocion que se tiene á esta santa en algunas comarcas de Galicia es muy grande.

DIA 28.

San Gregorio III, papa y confesor.—Por muerte del santo pontífice Gregorio, II de este nombre, fué constituido y aclamado de toda la córte romana, impensada y milagrosamente, para la suprema dignidad y régimen de la nave de san Pedro, Gregorio III, romano de nacion, hijo de Juan, natural de Siria. Era Gregorio dado á todo género de virtudes, humilde, manso, caritativo, afable y devoto; tanto, que juntamente se mereció la comun aclamacion de todo el pueblo. Su hacienda la gastaba toda (que era mucha) en redimir cautivos, remediar viudas y huérfanos, pagar deudas de aquellos que estaban por ellas en las cárceles y no tenian con qué pagarlas, y remediar todo género de necesidades. Sabia con toda perfeccion las

lenguas griega y latina, y era tan docto en las divinas Escrituras, y tenia tal facilidad en interpretarlas, que era un milagro en todo. Con estas virtudes llegó á merecer la dignidad de sacerdote y ser predicador acérrimo de la fé, granjeando tanto la voluntad de Dios y de los hombres que hallándose en el entierro de su antecesor, inspiró Dios é inflamó las voluntades de todos, de suerte, que desde el menor al mayor comenzaron á aclamarle por digno sucesor de Pedro; y llevado por fuerza en hombros de todos, fué colocado en su silla, siendo emperador Leon Isáurico y su hijo Constantino Coprónimo, á quienes condenó y anatematizó en un concilio general, que juntó de casi mil obispos, por la perversa herejía en que habian incurrido contra las santas imágenes, quitándoles del todo la veneracion tan debida de los fieles, y martirizado á infinitos, porque no seguian su diabólica secta, en que afirmaban ser idolatría venerar y adorar las imágenes santas. ¡Qué error tan grande! Como si no supiesen los católicos que las imágenes no se ponen en los templos, ni en otra parte, para que las adoren parando en ellas, sino en lo representado por ellas: ni se ponen para idolatrar, como hacian los gentiles, sino para exhortar y provocar á devocion al pueblo cristiano, y para levantar los pensamientos al cielo, adorando á Dios nuestro Señor en la memoria, que se despierta por la imágen suya, y alabando á su inmensa bondad por la representacion que hacen las imágenes de sus santos: pues nadie ha de ser tan necio ni loco, que no vea que la imágen de piedra, de madera ó pintada, ni es Dios ni su Madre, ni el santo, ni á ella se debe la adoracion en cuanto tal, ni en sí, sino respecto de Dios ó de su Madre santísima, ó del santo que representa la tal imágen.

Por esta misma razon, y en el mismo concilio, mandó este santísimo pontífice Gregorio renovar todas las imágenes y pinturas antiguas, y hacer otras muchas de nuevo, muy ricas y devotas. Mucho tuvo en qué merecer el santo Gregorio por causa de esta defensa de las santas imágenes: pero al fin Dios lo libró de todos sus enemigos. Estuvo dos veces sitiado en Roma por el rey de los longobardos Luitprando, y siempre quedó bien con la ayuda de Dios y de los príncipes cristianos que le favorecian. Sacó á Roma, á Italia y á España del yugo de los perversos y herejes emperadores. Libre ya de las guerras y asedios se dió todo á sus santos ejercicios, ayunos y limosnas, edificando nuevos templos y hermoseándolos con sagradas imágenes. Ordenó y hermoseó el altar mayor de la iglesia de San Pedro con muy ricas colunas de piedra ónix, y puso sobre ellas una corona ó cubierto de vigas de plata, y encima muy ricas y hermosas imágenes de nuestra Señora, y de los santos apóstoles. Hizo tambien una capilla muy rica en la misma iglesia, y puso en ella muchas reliquias de santos, y dotóla para que cada dia se dijese en ella una misa. Dióle á la misma iglesia muchos y muy ricos vasos de oro y plata, y mandó labrar una imágen de nuestra Señora la siempre Vírgen María, sin pecado concebida, con su precioso Hijo en los brazos, de oro finísimo, la cual dura hoy y se ve en Santa María la Mayor. Reparó la iglesia de San Crisógono y puso monges en ella, y lo mismo hizo en otras muchas partes: dióles rentas y posesiones con que se sustentasen, y regla que guardar. Mandó que en la iglesia de San Pedro hubiese la frecuencia y órden en celebrar los divinos oficios, que hoy se observa y entonces no habia.

Con estas y semejantes ocupaciones era Gregorio amado de Dios y de los hombres: y cuando nuestro Señor fué servido llevársele para sí, envióle una enfermedad, de que vino á morir y descansar en el Señor, á 28 de noviembre (dia en que la Iglesia le celebra), en el año del Señor de 741, habiendo regido santísimamente la nave de san Pedro diez años, ocho meses y veinte y cinco dias. Hizo tres veces órdenes, ordenando ochenta obispos, veinte y cuatro presbíteros y tres diáconos. Fué sepultado en la iglesia de San Pedro, y vacó la silla nueve dias. Escribieron su vida Beda; Usuardo; Adon; Illescas en la Historia pontifical; Platina; Pedro de Natalibus *in Cáthal. sanct., lib.* x, *cap.* 118; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones y en el tomo IX de sus Anales, año 741, número 9, etc.

* San Rufo, mártir.— Cuando imperaba Diocleciano vivia este santo en Roma, de cuya ciudad era natural. San Crisógono lo convirtió á la religion de Jesucristo con toda su familia; y fué tanto lo que quedaron todos convencidos de la divinidad de la religion, que no dudaron sacrificar sus vidas por Jesucristo. Fué su muerte el año 303.

San Sostenes, mártir.— Fué de Corinto, y era príncipe de la sinagoga cuando san Pablo empezó á predicar el Evangelio en la misma ciudad. En el cap. 18 de los Hechos de los apóstoles leemos que fué golpeado por los judíos delante del tribunal, en presencia del procónsul Galion. El mismo apóstol san Pablo en su primera carta á los corintios le llama su hermano. El Martirologio romano dice, que habiendo sido apedreado, consagró con un esclarecido martirio las primicias de su fé. Créese que murió por los años de 34 de Jesucristo.

Los santos Papiniano y Mansueto, obispos y mártires, y los santos Valeriano, Urbano, Crescente, Eustaquio, Cresconio, Crescenciano, Félix, Ortolano y Florenciano, obispos y confesores.— Los dos primeros, en tiempo de la persecucion de los vándalos, por órden de Genserico, rey arriano, fueron quemados por todo el cuerpo con planchas de hierro encendidas, y así consumaron su glorioso martirio en defensa de las verdades católicas, el año 442, en África. Al mismo tiempo fueron desterrados y perseguidos los demás santos obispos de que hacemos memoria, tambien en distintas ciudades de África y por los mismos motivos que los dos primeros sufrieron el martirio.

San Estéban el Jóven, san Basilio, san Pedro, san Andrés y otros trescientos treinta y nueve monges mártires.—San Estéban es uno de los mas ilustres mártires que derramaron su sangre por la fé en la persecucion de los iconoclastas. Habia nacido en Constantinopla el año 714, y fué consagrado á Dios desde el seno de su madre. Sus padres, que eran ricos y virtuosos, le dieron una educacion esmerada, y él la hizo fructificar por medio de su inclinacion natural á la piedad. Cuando Leon el Isauro declaró su persecucion contra la Iglesia, Estéban entró monge en un monasterio cerca de Calcedonia, en el cual se distinguió por sus esclarecidas virtudes. Poco despues hizo un viaje á Constantinopla, vendió cuanto tenia y distribuyó su producto á los pobres. A la edad de treinta años fué unánimemente elegido abad de su monasterio, donde empleó su pluma y su zelo en la defensa del culto de las santas imágenes. El emperador Constantino Coprónimo, viendo que aquellos monges se ocupaban con tanta eficacia en contra-

riar sus miras, mandó al monasterio una compañía de soldados, con órden de degollar á los monges, de destruir las imágenes que en él habia y de pegarle fuego. La órden fué puntualmente cumplida, y el santo abad Estéban fué arrebatado de su mansion, cruelmente maltratado y llevado á Constantinopla, donde sufrió algunos interrogatorios, y despues lo metieron en una cárcel, en la que estuvo dos años. Al cabo de este tiempo los herejes lo sacaron de allí para arrastrarlo por todas las calles de la ciudad, en cuyo martirio espiró, el año 764.

SANTIAGO, CONFESOR.—Natural de la Marca de Ancona, de padres algo acomodados, descubrió desde niño gran disposicion para la virtud. Despues de haber hecho sus estudios con aprovechamiento, se fué á Florencia, donde obtuvo un cargo respetable. Poco despues, disgustado de los peligros del mundo, abrazó el estado religioso en la órden de San Francisco. En el convento de la Porciúncula pasó cuarenta años entregado á todos los rigores de la penitencia y á los mas puros fervores de la oracion. El sacrificio de la misa excitaba toda su ternura, y los pobres eran el objeto de su mas constante solicitud. Fué admirable en pureza y humildad, y estuvo dotado de esa elocuencia dulce y persuasiva que arrastra los corazones á la virtud. Por esto sus sermones obraron tantas conversiones. Rehusó el arzobispado de Milan, y murió santamente en un convento cerca de Nápoles el dia 28 de noviembre del año 1479 á los noventa de su edad.

SAN CONANCIO, OBISPO Y CONFESOR.—Floreció en tiempo de san Isidoro, pues fueron juntos al concilio IV de Toledo. Conancio asistió tambien al VI, como obispo de Palencia. Fué varon respetable por su gravedad y modestia, y mas que todo por las grandes virtudes pastorales en que resplandeció, con edificacion de sus ovejas y de todo el reino. Gobernó la Iglesia de Palencia desde el año 609 hasta el 639, en que murió. Sobresalió en todos los estudios eclesiásticos, y principalmente en la elocuencia sagrada.

DIA 29.

SAN SATURNINO Y SAN SISINIO, MÁRTIRES.—Viendo los emperadores Diocleciano y Maximiano que no podian con tormentos y muertes agotar á los cristianos, y que la sangre que de ellos derramaban era como una semilla que daba ciento por uno; hallaron otra manera para afligir á los cristianos con un prolijo y penoso martirio, condenándolos á sacar y llevar piedra y arena, y todo lo que era menester para los edificios públicos. Y puesto caso que los hombres nobles y los soldados, segun sus leyes, no podian ser condenados á oficios tan bajos y viles; todavía para mayor menosprecio é ignominia de la religion cristiana, sin tener respeto á nobleza, dignidad ó grado alguno, condenaban á todos los cristianos indiferentemente á trabajar en estas obras públicas, sirviéndose de ellos como de esclavos. Entre estos que así fueron condenados en Roma para trabajar en las Termas que Maximiano labró en honra del emperador Diocleciano (por haberle hecho su igual en el imperio), fué uno Saturnino, varon santo y de anciana edad: el cual (no pudiendo por sus muchos años y pocas fuerzas llevar la carga pesada que los sobrestantes de aquel edificio tan suntuoso querian) era ayudado de los otros cristianos, particularmente de Sisinio, diácono: el cual con su gran caridad y fervor de espíritu, sobre la carga suya propia tomaba la de san Saturnino, y llevaba la una y la otra sobre sus hombros, con gran esfuerzo y alegría cantando salmos é himnos al Señor. Quedaron espantados los ministros del emperador de la caridad de Sisinio, y del contento que mostraba en aquel penoso trabajo. Dieron parte de ello á un tribuno llamado Espurio, y él lo comunicó con el emperador Maximiano, el cual mandó traer delante de sí á Saturnino y Sisinio, y despues que en vano los tentó y amenazó, y procuró reducir á que sacrificasen á sus dioses, los entregó á un prefecto llamado Laudino, para que sacrificasen ó muriesen á sus manos. El prefecto los echó en la cárcel donde estuvieron algunos dias, y convirtieron á la fé de Cristo á muchos gentiles que venian á ellos. De allí á treinta y dos dias, el prefecto los mandó traer delante de sí, cargados de cadenas, y los piés descalzos, y hallándolos constantes y determinados á morir mil muertes, ántes que negar á Jesucristo, hizo traer un ídolo para que lo adorasen; y poniéndoseles delante, san Saturnino levantó la voz y dijo: Confunda el Señor á los dioses de los gentiles. A esta voz cayó el ídolo desmenuzado en tierra, y dos soldados llamados Papias y Mauro comenzaron á dar voces y decir que Jesucristo á quien adoraban Saturnino y Sisinio, era el Dios verdadero. Mandó el prefecto poner en el ecúleo á los dos santos, y levantados en alto herirlos con azotes crueísimos y desgarrar sus cuerpos con escorpiones; y ellos con gran regocijo cantaban: Gloria sea á tí, Señor Jesucristo, porque nos has hecho participeneros de los trabajos de tus siervos. Como esto vieron los soldados Papias y Mauro, que se habian convertido cuando el ídolo cayó en tierra, ganosos de la corona del martirio, y llenos de una santa ira contra los verdugos, les dijeron en alta voz: ¿Es posible que el demonio esté tan apoderado de vosotros que os haga ser tan crueles con estos siervos de Dios? Oyólo el prefecto Laudicio, y enojado contra ellos, mandóles dar muchos golpes con piedras en las bocas, y llevar á la cárcel, y despues fueron martirizados. Mandó traer hachas encendidas y pegar á los costados de Saturnino y Sisinio; y visto que todo esto no bastaba, ántes que estaban en aquel tormento con mucha paz alabando al Señor, los mandó llevar á degollar dos millas de Roma, en la via Nomentana. Sus cuerpos recogió un varon rico, poderoso y muy devoto, llamado Trasso (que gastaba su hacienda en sustentar y socorrer á los cristianos que trabajaban en aquellas Termas), el cual los sepultó en una heredad suya á los 29 dias del mes de noviembre; y en el mismo hace conmemoracion de san Saturnino la Iglesia católica. Fué el martirio de estos dos santos el año de 303, imperando Diocleciano y Maximiano, cinco años despues que se comenzó el soberbio edificio de las Termas. Hacen mencion de ellos los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo y Adon; y los Actos de Marcelo, papa, y Baronio en las anotaciones del Martirologio romano, y en el II tomo de sus Anales.

* SAN SATURNINO, OBISPO Y MÁRTIR.—Este santo es conocido por san Sernin entre los franceses. El papa san Fabian le envió desde Roma á predicar el Evangelio á las Galias el año 245. Fué consagrado obispo por el mismo papa, fijando despues su silla en Tolosa que era entonces colonia romana. Los enemigos de la religion cristiana le prendieron en 250, sufrió muchos tormentos, y atáronle

por los piés á las astas de un toro furioso que lo despedazó. Su martirio fué en el capitolio de la misma ciudad de Tolosa.

San Paramon, mártir.—Ignoramos el sitio donde este santo con otros trescientos setenta y cinco compañeros, sufrió el martirio. Sabemos sí, por el cardenal Baronio, que todos estos gloriosos mártires murieron por los años de 254, de resultas de los impios edictos del emperador Decio.

San Rutoldo, obispo y confesor.—Los franceses le llaman san Radbod. Fué natural de Francia, y tuvo por padre á un príncipe de los frisones. Educóse en la escuela de Colonia, y despues fué á perfeccionarse en la córte de Cárlos Calvo y de su hijo. A su sabiduría y virtudes debió el ser elegido obispo de Utrech, cuya Iglesia gobernó en santidad hasta que se retiró á un desierto donde murió el año 918, el dia 29 de noviembre.

San Filomeno, mártir.—En Ancira de Galacia, en tiempo del emperador Aureliano, fué este santo preso por ser cristiano y conducido al prefecto. Interrogado por su religion contestó que solo adoraba al Dios único que habia criado todas las cosas. Despues de esta respuesta, le taladraron las manos y los piés, lo entregaron á los animales que le atormentasen, le metieron en un horno encendido, del cual salió ileso, y habiéndole clavado unos clavos en las manos, los piés y la cabeza, en cuyo tormento glorificaba á Dios, murió el año 275.

Los santos Blas y Demetrio, mártires.—Derramaron su sangre por la confesion de la verdad evangélica, en Veroli, durante los primeros siglos de la Iglesia, segun Ferrario.

San Brandon, abad.—Es patron titular de la catedral de Ardfert, en el condado de Kerry, en cuyo pais habia nacido y se habia educado bajo la direccion de su obispo Ert. Habiendo abrazado el estado monástico, fundó el monasterio de Birre, en el condado de King, donde murió lleno de merecimientos.

Santa Iluminada, vírgen.—Parece que floreció en el siglo III, y que murió el año 303, no habiendo podido conseguir la corona del martirio que habia sido por mucho tiempo el objeto de sus ansias. Consagró su integridad virginal á Jesucristo, y acabó felizmente sus dias en Todi, en Italia.

DIA 30.

San Andrés, apóstol.—San Andrés, apóstol y hermano mayor de san Pedro, fué natural de Bethsáida, lugar en la provincia de Galilea: fué el primero de todos los apóstoles que conoció y trató á nuestro Señor Jesucristo; porque siendo discípulo del gran Bautista (que no es pequeña señal de su buena inclinacion y piedad), un dia viendo san Juan al Señor, dijo: Este es el cordero de Dios; y luego san Andrés con otro su condiscípulo se fué en seguimiento de Cristo: el cual volviendo á ellos su divino rostro, y viendo le seguian, les preguntó, ¿qué buscaban? Ellos le respondieron que deseaban saber dónde posaba. Llevólos consigo: túvolos un dia en su compañía: conversaron y hablaron largo con él, y entendieron que era él el verdadero Mesías. Dió san Andrés cuenta á su hermano Pedro del bien que habia hallado, y llevóle consigo á Cristo; y viéndole el Señor le dijo: Tú eres Simon, hijo de Juan, y te has de llamar Cefas, que se interpreta Pedro. Este fué el primer conocimiento que de Cristo tuvo san Andrés, y esta la primera buena obra que despues de aquel conocimiento leemos haber hecho, comunicando á su hermano el bien que habia descubierto, y llevándole al Señor para que tambien él lo conociese. Despues de esto, andando los dos hermanos pescando y echando las redes en el mar de Galilea (porque vivian de aquel ejercicio), pasó Cristo y díjoles que le siguiesen, porque los queria hacer pescadores de hombres; y ellos dejadas las redes y pesca, le siguieron y le acompañaron, y él los hizo sus apóstoles. Cuando nuestro Salvador estando en el monte, quiso hacer el milagro de los cinco panes y dos peces, y dió de comer á cinco mil hombres, despues que san Felipe preguntado del mismo Señor dónde se compraria pan para tanta gente, respondió una palabra de desconfianza y poca fé, san Andrés dijo que allí estaba un mozo con cinco panes de cebada y dos peces; aunque tambien mostró su flaqueza añadiendo: Pero ¿qué es esto para tanta gente? Otra vez vinieron unos gentiles con deseo de ver al Señor: hablaron con san Felipe y rogáronle que se le mostrase. San Felipe dió parte á san Andrés, y los dos le dieron razon de aquella gente que le buscaba, que es señal de la particular familiaridad que san Andrés con el Señor tenia; y esto es lo que en el sagrado Evangelio hallamos escrito de san Andres, y que fué escogido por uno de los doce apóstoles, y san Lucas le nombra el primero despues de san Pedro; y en el libro de los Hechos apostólicos le cuenta entre los otros apóstoles que en el cenáculo estaban en oracion aguardando la venida del Espíritu Santo. El resto de su vida, predicacion y martirio, habemos de sacar de graves y santos autores, y especialmente de lo que los presbíteros y diáconos de la Iglesia de Acaya (como testigos de vista) escribieron de su gloriosa muerte á todas las Iglesias de la cristiandad, que esto es lo cierto y donde no hay tropiezo.

Despues que los sagrados apóstoles fueron vestidos del Espíritu Santo, y recibieron luz, amor y valor del cielo para conquistar el mundo y sujetarlo al Evangelio del Señor, y estuvieron algunos años predicando por Judea, se repartieron por todas las provincias del mundo, cada uno en la que Dios le señaló. A san Andrés le cupo la provincia de Scitia, como lo dice Orígenes; y Sofronio añade, que no solamente predicó á los scitas, sino tambien á los sogdianos, sacos y á los pueblos de Etiopía; y lo mismo dicen Doroteo y san Isidoro. El Martirologio romano dice que predicó en la Tracia y en Scitia; y lo mismo dice Nicéforo, y que ilustró con la luz del Evangelio á Capadocia, Galicia y Bitinia, hasta el mar Euxino. San Gregorio Nacianceno dice que se extendió hasta Epiro, que es la que ahora llamamos Albania, y san Juan Crisóstomo, que predicó á los griegos. Esto es lo que hallamos en los santos y graves autores de la predicacion de san Andrés, y no hay duda sino que fué acompañada de muchos y grandísimos milagros; y que convirtió muchos pueblos á la fé de Cristo nuestro Salvador, alumbrando con el resplandor del cielo á los que estaban en las tinieblas y sombra de muerte. Abdías Babilónico y otros autores escriben muchos milagros en particular, que por el santo apóstol obró el Señor, de los cuales solo quiero yo referir aquí algunos, que me parece pueden ser de provecho. Un viejo llamado Nicolás, estando san An-

drés en Corinto, vino á él y le dijo; que setenta y cuatro años habia vivido en deshonestidades, dejando la rienda á sus apetitos desordenados y entregándose á todo género de torpezas: y que entrando poco ántes en la casa pública para ofender á Dios, llevando consigo el Evangelio, una mala mujer de aquella casa, con quien queria pecar, le apartó con gran espanto, y le rogó que no la tocase, ni se llegase al lugar donde estaba ella; porque veia en él cosas maravillosas y misteriosas. Despues de esto rogó Nicolás á san Andrés que le diese remedio para aquella su grande flaqueza, y costumbre envejecida en el pecar. El santo se puso en oracion y ayunó cinco dias, suplicando á nuestro Señor que perdonase á aquel miserable viejo, y le otorgase el don de la castidad. Al cabo de los cinco dias, perseverando el santo apóstol en su oracion, oyó una voz del cielo que le decia: Yo te concedo lo que me pides por el viejo: pues es mi voluntad, que como tú has ayunado por él, asi él ayune tambien y se allija por sí, si quiere ser salvo. Mandó el santo apóstol á Nicolás que ayunase, y á todos los cristianos que hiciesen oracion por él, y pidiesen al Señor misericordia. Oyólos Dios de tal manera, que Nicolás volvió á su casa, y dió todo lo que tenia á los pobres y maceró su carne con grande aspereza, y por espacio de seis meses no comió sino pan seco y bebió un poco de agua; y cumplida esta penitencia, pasó de esta vida, y Dios reveló á san Andrés (que á la sazon estaba ausente) que se habia salvado: para que entendamos, que no se debe desesperar la salud de ningun pecador, por grande que sea, si de veras se vuelve á Dios; y que las oraciones de los santos son muy eficaces para alcanzar perdon del Señor: pero para que nos sean de provecho, es menester que orando ellos tambien oremos nosotros, y ayunando ellos por nosotros, tambien nosotros ayunemos; porque de esta manera nos serán fructuosos sus ayunos y oraciones. Tambien dicen que fué al santo apóstol un mozo, llamado Sostrato, y le declaró que su madre le habia querido inducir á que cometiese una gran maldad, y que él nunca habia consentido: y que la madre, enojada y brava, le habia acusado delante del procónsul, y que estaba determinado á no hablar palabra en su defensa, por no descubrir la maldad de su madre, y padecer cualquier tormento, ántes que infamarla; y suplicaba al santo apóstol, que se dignase rogar á Dios que le librase de las manos del procónsul, y no le dejase padecer y morir, pues no tenia culpa. Hizo el santo apóstol oracion por el mozo, y por inducimiento de la mala madre el buen hijo fué condenado á ser encubado; y san Andrés fué preso y echado en la cárcel, porque volvia por él. Púsose en oracion el santo apóstol, y súbitamente comenzó á temblar la tierra y tronar el cielo y caer muchos rayos, y el procónsul cayó de su silla, y la gente, despavorida y asombrada, se postró en el suelo, y la desventurada madre, que habia incitado á mal á su hijo, y acusádole y perseguídole, porque no habia querido ofender á Dios, quedó allí seca y muerta; y se conoció la inocencia del mozo y la eficacia de la oracion de san Andrés, y que Dios nuestro Señor, aunque á las veces los deja padecer, al cabo vuelve por los suyos. Haciendo de nuevo oracion san Andrés, el Señor sosegó aquella tempestad, y levantó á los caidos y dió ánimo á los que estaban desmayados; y fué esto ocasion para que muchos se convirtiesen y abrazasen la fé de Jesucristo. Otra vez dice que en la ciudad de Filipo, en Macedonia, habia dos hermanos caballeros y ricos, de los cuales el uno tenia dos hijos, y el otro dos hijas: concertáronse entre sí que los dos hijos se casasen con las dos hijas que eran primos hermanos, para que la hacienda y memoria de su casa mejor se conservasen; pero estando ya para celebrarse las bodas, los padres fueron avisados de parte de Dios, que no casasen á sus hijos hasta que su siervo Andrés viniese; porque él diria lo que habian de hacer. Vino el santo apóstol de allí á tres dias, y fué recibido de ellos con gran gozo y alegría, y vieron en él un resplandor que salia de su rostro, tan grande, que parecia un sol de maravillosa claridad. Dijéronle lo que habian determinado de sus hijos, y que habian dilatado la fiesta de bodas por aguardarle; porque así se les habia mandado Dios. Respondióles que no les convenia aquel casamiento, por ser parientes tan cercanos los hijos que se habian de casar: que hiciesen penitencia de lo que habian pensado hacer; y que entendiesen que él no reprendia el matrimonio que Dios habia instituido, sino las deformidades que en él se cometen. Con esto todos quedaron enseñados, y no se casaron aquellos primos hermanos, por aviso del santo apóstol: que es conforme á lo que san Gregorio dice, que aunque una ley romana permitia que el primo hermano se casase con su prima hermana; pero que la experiencia enseñaba que no nacian hijos de tal matrimonio. Dejo los otros milagros que se cuentan en aquella vida que escribió Abdías, así porque no son tan ciertos y auténticos, como porque son comunes y ordinarios. Estos he querido referir aquí porque traen consigo enseñanza y doctrina. Digamos ahora lo que aconteció al santo apóstol con Egeas, procónsul de Acaya, y como fué de él martirizado, resumiendo en breve lo que mas largamente refieren los presbíteros y diáconos de la Iglesia de Acaya que escribieron (como dijimos) la historia del martirio. Despues que el glorioso apóstol habia alumbrado las otras provincias y tierras que arriba se dijo con la predicacion de la doctrina del cielo, vino á Patrás, ciudad de la provincia de Acaya; y allí comenzó á esparcir los rayos del Evangelio, y sacar del cautiverio de Satanás las almas de muchos gentiles. Supo esto un procónsul, llamado Egeas, el cual con varias artes, tormentos y muertes procuraba persuadir á los cristianos (que ya eran muchos), que adorasen á los falsos dioses. Fuése á él san Andrés, y díjole: Razon fuera, ó Egeas, que tú que eres juez de los hombres, conocieses á tu juez que está en el cielo, y conociéndole le honrases por verdadero Dios, como lo es, y dejases de honrar á los que no son dioses. Egeas le dijo: ¿Eres tú, Andrés, el que destruyes los templos de los dioses, y persuades á los hombres que reciban aquella secta superticiosa, que los príncipes romanos mandan desterrar de su imperio? Tomó la mano el santo apóstol, para declarar al procónsul el misterio inefable de nuestra redencion, y la caridad inmensa con que Jesucristo se habia vestido de nuestra carne mortal, y de su voluntad muerto en una cruz por nuestros pecados, ensalzando y magnificando la grandeza soberana de la misma cruz, y explicando la conveniencia que habia en aquel misterio escondido y encubierto á los ojos ciegos de los gentiles.

Despues que Egeas le hubo oido, dijo al santo apóstol: Todo eso cuenta á los que han de creer; y créeme tú á mí, que si no sacrificares á los dioses, te mandaré poner en la cruz que tanto alabas. Respondió san Andrés: Yo cada

dia sacrifico á Dios único, omnipotente y verdadero, nó humo de incienso, ni carne de toros, ni sangre de cabrones, sino el Cordero inmaculado, que recibido de los fieles y bebida su sangre, quedó tan entero como ántes. El fin de esta plática fué, que Egeas mandó poner en la cárcel á san Andrés, y la gente se alborotó y queria poner las manos en el procónsul, si el mismo santo no se lo estorbara, exhortándolos desde la cárcel que no se rebelasen contra aquel tirano, sino que imitasen la paciencia y mansedumbre de Jesucristo, el cual le habia enviado para que tuviesen ocasion de merecer, y que ántes habian de acariciarle y honrarle; pues por él les habia de venir poco mal y mucho bien: y les rogó que de ninguna manera impidiesen su martirio: porque los tormentos pasarian presto; y el premio de ellos duraria para siempre. Otro dia mandóle Egeas traer á su presencia, y estando allí, dijo: Creido tengo que habrás vuelto sobre tí, y apartádote de la locura en que has estado, para gozar la dulce y sabrosa vida, y librarte de la amargura y triste muerte, la cual yo te daré, si todavía tienes á Cristo por Dios. Aquí dijo el apóstol: El que no cree en Cristo no puede tener contento ni vida, como siempre he predicado en esta provincia. Y aun por esto (dijo Egeas) te hago fuerza que sacrifiques á los dioses, para que todos estos pueblos que por tí han sido engañados, dejen la vanidad de tu doctrina y vuelvan á reconocer sus antiguos dioses, porque veo que no hay ciudad en Acaya donde sus templos no estén desiertos por tu falsa predicacion: y pues tú los has engañado, bien será los desengañes; y si otra cosa haces, aparéjate á padecer grandes tormentos, y al cabo la muerte en una cruz. Respondió á esto Andrés y dijo: Hijo de la muerte y leño seco aparejado para el fuego, óyeme. Yo hasta ahora te he hablado con blandura, pensando que, como hombre de razon, te aprovecharas de ella, dejando la vana adoracion de tus dioses; mas pues estás tan empedernido y pertinaz, digo que no pienses llevarme con amenazas y espantos: haz lo que quisieres, que aquí estoy: cuanto fueren mayores los tormentos que aquí me dieres, tanto será mayor el premio que me dará Jesucristo por haberlos sufrido por su amor y mayor el infierno que para tí está aparejado. Enojóse de esto Egeas: mandóle desnudar y azotar por siete verdugos, los cuales se remudaron por tres veces: fué tanta la lluvia de azotes que descargó sobre él, que todas las carnes del santo apóstol quedaron abiertas y vertiendo sangre. Finalmente, vista su constancia, mandó Egeas ponerle en una cruz, y nó enclavarle, sino atarle con sogas, para que el martirio fuese mas prolijo. Al tiempo que le llevaban al martirio, ocurrió el pueblo dando voces, y diciendo: ¿Qué ha hecho este justo y amigo de Dios? ¿por qué le crucifican? Y el santo apóstol les rogaba que no le impidiesen aquel gran bien; y regocijado por la cruz en que habia de morir, y encendido en amor de su Maestro, y deseoso de imitarle, estando aun léjos, alzó la voz y con gran fervor de espíritu dijo: Yo te adoro, ó cruz preciosa, que con el cuerpo de mi Señor fuiste consagrada, y de sus miembros como de preciosas margaritas adornada: ántes que Jesucristo se pusiese en tí espantabas á los hombres; y ahora los alegras y regocijas. Yo vengo á tí regocijado y alegre: recíbeme tú en tus brazos con alegría y regocijo. O buena cruz, tan hermoseada con los miembros de Cristo, dias há que te deseo: con solicitud y diligencia te he buscado; ahora que te hallé recíbeme en tus brazos, y sacándome de entre los hombres, presentame á mi Maestro, para que por tí me reciba el que por tí me redimió. «No se demudó el rostro del santo apóstol (dice san Bernardo), como suele hacer la flaqueza humana, cuando vió la cruz, ni perdió la voz, ni tembló el cuerpo, ni se turbó el alma, ni perdió el juicio; ántes el fuego de la caridad que ardia en su pecho echó llamas por la boca. ¡Cuánta fué aquella dulzura que sintió san Andrés cuando vió la cruz; pues endulzó la amargura de la misma muerte! ¿Qué cosa puede haber tan desabrida y llena de hiel, que no se haga dulce con aquella dulcedumbre que hizo suave la muerte? San Andrés hombre era semejante á nosotros y apacible; pero tenia tan gran sed de la cruz, y con un gozo jamás oido estaba tan regocijado, y como fuera de sí, que prorumpió en aquellas palabras tan dulces y tan amorosas. Su lengua no fué de carne, sino de fuego que arrojaba llamas: y si fué lengua, fué de fuego, y sus palabras fueron carbones encendidos con aquel fuego que Cristo habia encendido en sus huesos: pero no es maravilla que el Señor que hizo á Lorenzo suave el fuego, haya hecho á Andrés suave la cruz.» Todo esto es de san Bernardo. Estando, pues, el santo apóstol junto á la cruz, él por sí mismo se desnudó sus vestidos y los dió á los verdugos, los cuales le levantaron en alto, y ataron en la cruz, de la manera que les habia sido mandado. Estaban al rededor de la cruz como veinte mil personas, lamentándose, por ver y adorar al santo apóstol; y él las consolaba y animaba á padecer semejantes tormentos por Cristo. Estuvo vivo dos dias en la cruz: y llevándolo á mal el pueblo, daba voces y decia: No hay para qué muera varon tan santo, tan piadoso, tan modesto, de tan buenas costumbres y que tan buena doctrina enseña. Supo Egeas el sentimiento del pueblo contra él, y para atajar el alboroto y daño que podia temer, determinó quitar al santo apóstol de la cruz: y habiendo ido él mismo en persona, y mandado á los verdugos que le quitasen, y queriendo ellos hacerlo, nunca pudieron llegar al cuello del glorioso apóstol: y extendiendo los brazos para desatarle, se entorpecian y pasmaban, y perdian su fuerza y vigor; porque el santo, alzando la voz dijo: Señor mio Jesucristo, yo te suplico que no permitas que este tu siervo, que por tu amor está colgado en esta cruz, sea quitado de ella; y que el que por la cruz ha conocido tu grandeza, que sea sepultado de un hombre corruptible y miserable, como Egeas. Mastú, Señor y Maestro mio, á quien he amado y conocido, y al presente confieso y deseo ver, y en quien soy todo lo que soy, recibe mi espíritu en paz; que ya es tiempo que vaya á tí, pues há tanto que te deseo. Diciendo esto bajó del cielo un grande resplandor, á manera de rayo, y rodeó el cuerpo del apóstol, encubriéndole á los ojos de los que allí estaban, que no pudieron sufrir tan desacostumbrada claridad, la cual duró por media hora, y al tiempo que desapareció, dió el santo apóstol su espíritu al Señor, en 30 dias de noviembre, año de Cristo de 62, imperando Neron.

El cuerpo de san Andrés recogió una santa mujer, rica y principal, llamada Maximila, y sepultó en un sepulcro, ungiéndole con preciosos ungüentos. Súpolo Egeas, y no se atrevió á castigarla, por ser mujer tan poderosa, y ver al pueblo tan alterado por la muerte del sagrado apóstol; pero tratando de enviar acusacion al emperador contra

Maximila, y estando en público consistorio haciendo informacion sobre el caso, el demonio se apoderó de él á vista de todos, y dando gritos y voces dolorosas espiró, y fué ocasion con su desventurada muerte, que muchos se convirtiesen á la fé del Señor. San Gregorio Turonense dice que el dia de su martirio solia manar del sepulcro de san Andrés una manera de maná ó de óleo suavísimo, algunos años en mayor y otros en menor cantidad; y que cuando la cantidad que salia era poca, significaba que aquel año seria estéril: cuando era copiosa, que seria fértil y abundante: y añade que despedia de sí una fragancia tan rara y peregrina, como si fuera una confeccion aromática y compuesta de todas las cosas olorosas y suaves de la tierra; y que muchos enfermos sanaban, ó untándose con aquel óleo, ó bebiéndole; y que Dios obraba grandes maravillas en Acaya por intercesion de su glorioso apóstol. Despues se trasladó el cuerpo de san Andrés á Constantinopla, y de esta traslacion hace mencion el Martirologio romano á los 9 de mayo, juntándola con la del cuerpo de san Lucas evangelista, que tambien se hizo de Acaya, y de san Timoteo, discípulo del apóstol san Pablo, cuyo cuerpo fué llevado de Efeso, donde murió, á Constantinopla. En el tiempo que esta traslacion se hizo, no concuerdan los autores; porque algunos la refieren al tiempo de Constantino Magno, y otros al de Constancio, su hijo, como lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio y en el IV tomo de sus Anales. Pero en cualquiera tiempo que haya sido, san Gerónimo dice que los demonios daban bramidos delante de sus reliquias, y con sus aullidos confesaban la virtud de su presencia. No sabemos cuánto tiempo estuvo en Constantinopla este precioso tesoro; pero sabemos que despues se trasladó á la ciudad de Amalfi, en el reino de Nápoles, y no léjos de la misma ciudad de Nápoles, donde hoy dia es reverenciado y visitado de los fieles con gran devocion y concurso. De su sepulcro mana continuamente un licor muy delicado y suave y eficaz para muchas enfermedades que con él se curan, por los merecimientos del santo apóstol. El bienaventurado san Gregorio Magno, cuando fué á Constantinopla por legado del papa Pelagio, enviado al emperador Tiberio, alcanzó de él por un don riquísimo el brazo de san Andrés apóstol, y el brazo de san Lucas evangelista, y los trajo á Roma; y en el segundo año de su pontificado dedicó la iglesia de San Andrés donde hoy dia se guarda el brazo del glorioso apóstol, y la cabeza del mismo apóstol en la iglesia de San Pedro, la cual fué traida á Roma, siendo sumo pontífice Pio II, el cual salió á recibirla como dos millas fuera de Roma, postrado en el suelo y derramando muchas lágrimas de sus ojos, la adoró y ensalzó con una oracion elegantísima. Innumerables milagros ha hecho nuestro Señor por su glorioso apóstol; y san Gregorio Magno, escribiendo á una señora, llamada Rusticiana (que le habia enviado una limosna para el monasterio de San Andrés, que el mismo santo pontífice habia edificado en Roma), la dice estas palabras: «Hágoos saber que son tantos los milagros, y tanto el cuidado que el santo apóstol tiene de los monges en este monasterio, como si él fuese el particular y propio abad del mismo monasterio.» Y san Gregorio Turonense refiere muchos milagros de san Andrés, que se pueden ver en el libro que escribió de la gloria de los mártires. Uno solo referiré aquí, porque nos enseña el recato con que se han de tratar las cosas de las Iglesias, y la severidad con que Dios castiga á los que usurpan con violencia los bienes á ella consagrados.

Dice pues este santo, que un conde llamado Comarchario usurpó una heredad de una iglesia de San Andrés de la ciudad Agatense, en Francia, y que el obispo, que se llamaba Leon, le avisó que no lo hiciese, porque seria gravemente castigado de Dios, que oia los gemidos y sollozos de los pobres que se sustentaban con la renta de aquella heredad. El conde era hereje, y no hizo caso de las palabras del obispo: dióle una enfermedad grave: conoció que era castigo de su culpa; y pidió al obispo que rogase á Dios por él, prometiéndole, que dándole Dios salud, él restituiria á la Iglesia los bienes que la habia tomado. Oró el obispo, y sanó el conde; é hizo burla del obispo, diciendo que no habia cobrado la salud por las oraciones, y quedóse con la heredad de la Iglesia. El obispo acogióse á Dios, haciendo de dia y de noche oracion con muchas lágrimas, y suplicándole que enfrenase aquella bestia: y movido de zelo y de espíritu del Señor, quebró todas las lámparas de la iglesia, diciendo: No se encenderá lumbre en esta iglesia hasta que Dios haga venganza de sus enemigos. Oyóle Dios, y dió una recia y mortal enfermedad al conde: y el desventurado, conociendo de donde venia el mal, envió á rogar al obispo que hiciese oracion por él, prometiendo de restituir á la Iglesia su heredad y darla otra tan buena como ella. No lo quiso hacer el obispo, por mucho que se lo rogó el conde por los manjares que tres veces le envió: y visto esto, el mismo conde se hizo llevar como pudo al obispo, y le suplicó que se compadeciese de él, porque queria restituir á la Iglesia otro tanto mas de lo que habia tomado; y finalmente, le compelió á entrar en la iglesia: mas entrando el obispo en ella, el conde espiró, y la iglesia de San Andrés cobró la hacienda que él habia usurpado. Entre las excelencias de san Andrés tambien es una, y de gran gloria para el santo, la órden del Toison que debajo de su nombre, tutela y proteccion, instituyó el duque de Borgoña y conde de Flandes, Felipe el Bueno, el año 1429, á los 10 de enero: y despues por haber venido aquellos estados á unirse con la corona de los reyes de España, y ampliádose tanto su monarquía, ha venido la órden del Toison de san Andrés á ser tan estimada entre todas las órdenes militares; y los mayores y mas poderosos príncipes de la cristiandad á preciarse de ser soldados de san Andrés, y traer al cuello las insignias de su esclarecida órden. Escribieron de san Andrés, san Crisóstomo, Pedro Damiano, san Bernardo y el cardenal Baronio, el cual refiere á Sofronio Jerosolimitano, que afirma que san Andrés no se casó.

* Los santos Cástulo y Eupreres, mártires.—Fueron educados en la religion cristiana por el papa san Marcelino quien les profesaba mucho cariño. Vivian estos santos en Roma, de donde eran naturales; y segun relacion del venerable Beda, sufrieron el martirio en la misma ciudad de órden del emperador Diocleciano el año 301.

Santa Maura, virgen y mártir.—Fué natural de Bizancio, hoy Constantinopla, y padeció martirio en una isla que hay en el mar Jonio, que se ennobleció despues con llevar el nombre de esta santa. La opinion comun es que su martirio sucedió durante la persecucion de Diocleciano.

San Troyano, obispo y confesor.—En 511 fué consagrado obispo de Saintes, en la segunda Aquitania. San Gregorio de Tours dice que fue célebre por sus virtudes y mila-

gros. Su sabiduría contribuyó tambien á su celebridad, la cual empleó siempre en promover los intereses de la religion. Murió en 532, y sepultado en la tierra, dice el Martirologio romano, atestigua con muchos milagros que su alma vive en el cielo.

Santa Justina, vírgen y mártir. —Los mas antiguos Martirologios de la Iglesia romana traen el nombre de esta santa; pero en ninguno de ellos consta circunstancia alguna de su vida, ni del año y sitio de su muerte.

San Tugal, obispo y confesor. —Nació en la Gran Bretaña, y habiendo despues pasado á la Armórica, fundó el monasterio conocido despues con el nombre de San-Pabu. El año 532 fué elegido obispo de la diócesis de Trequier, que entonces se erigió. Por su celo se atrajo el santo la persecucion de los malvados, y despues de muchos sinsabores, tolerados con una paciencia admirable, murió por los años de 553.

San Constancio, confesor. — Ilustre confesor de las verdades católicas contra las herejías de su tiempo, fué Constancio uno de los firmes baluartes de la Iglesia romana. Resistió con generoso vigor los esfuerzos de los pelagianos, de quienes sufrió muchos trabajos, que fueron como en testimonio de su gran fé, y le alcanzaron los eternos gozos. Baronio cree que murió en Roma el año 418 ó 420.

Los santos Sapor, Isaac, Mahanes, Abrahan y Simeon, mártires. — Los dos primeros eran obispos de Persia, y los tres restantes cristianos muy fervorosos de la misma region. El rey Sapor II los hizo prender porque no quisieron adorar al sol, y despues de atormentarlos con una barbaridad que excedió casi á la de los primeros tiranos, fueron degollados por su órden el año 339.

San Zosimo, confesor. —Floreció en Palestina durante el reinado del emperador Justino I. Señalóse en santidad y milagros, y en el don de profecía; fué sumamente reverenciado de toda la Iglesia y de la misma córte de Constantinopla, y murió en la paz de Dios, el año 525.

DICIEMBRE.

DIA 1.

San Eloy, obispo y confesor. —En la Galia ulterior, primero Aquitania, cerca de la ciudad de Lemovice, hay una villa llamada Catalace, y en ella nació Eloy, de nobles padres, llamados Euquerio y Terrigia. Terrigia, pues, su madre, cuando le tenia en el vientre, vió en un sueño una águila muy hermosa que volaba sobre el lecho en que dormia, y que la llamó por tres veces, haciéndole una singular promesa. Despertó á la voz del águila asombrada, y púsose á considerar qué significaria sueño tan raro; pero como no pudiese darle interpretacion alguna, perdió el susto, y no cuidó mas del sueño. A pocos dias tuvo los dolores de parto tan vehementes, que estuvo en grande riesgo su vida. Viendo el peligro en que estaba, llamaron á un religioso sacerdote que la asistiese y ayudase á bien morir, como juzgaban lo habia menester: pero el santo sacerdote la dijo con espíritu profético: No temais, señora; que pariréis felizmente un hijo que será santo y será llamado gran sacerdote de Cristo en la Iglesia. Nació, pues, Eloy, y sanó su madre. Fué criado con toda virtud y religion, como hijo de tan católicos y nobles padres. Aprendió las letras que debia en su tierna edad, y tenia tal ingenio y capacidad para cuanto emprendia, que su padre le dió por maestro á Abdon, excelente platero y aurífice, en cuyo arte salió tan diestro, que de parecer del maestro mismo le envió su padre á París córte del rey de Francia, de quien era su vasallo. Era su conversacion tan honesta y agradable á todos, que en poco tiempo se granjeó en la corte muchas buenas amistades: entre otras ganó la voluntad del tesorero del rey Clotario (que á la sazon reinaba en Francia), llamado Bobbon.

Deseaba mucho Clotario hacer un trono real ó silla de oro y piedras preciosas, que dijese con su real magnificencia y fuese ingeniosa en la traza; pero no hallaba maestro á su gusto. Entonces Bobbon, su tesorero, le dijo: Si vuestra real majestad quiere ser servido á gusto, yo tengo en mi cuarto un mancebo artífice y platero ingenioso, y sé que hará la silla de la manera que la desea vuestra real majestad. Entonces el rey alegre le dió una gran cantidad de oro, y él se la entregó á Eloy para que hiciese la silla que el rey deseaba. La obra fué de tanto primor, que era maravilla el verla, y lo mas prodigioso que tuvo, fué que del mismo oro y piedras de que debia hacer solo una, hizo dos sillas en todo iguales y conformes. Acabadas, llevóle al rey la una guardando la otra. El rey quedó satisfecho y gozosísimo por haber hallado quien hiciese aquel trono ó silla real del modo que él la deseaba, y sobre satisfacerle muy bien, le dió mil gozosos agradecimientos y admitió á su amistad con gran cariño y afabilidad. Despidióse Eloy agradecido y humilde, y fué á su casa, y tomando la otra silla se la llevó y presentó al rey. Aquí fué donde Clotario quedó de nuevo maravillado de ver un mozo en lo mas florido de su juventud tan fiel, que siendo señor y dueño de aquel oro y piedras preciosas se lo volvia. Preguntóle, cómo era posible que del mismo oro y piedras que él le habia dado, hubiese hecho dos sillas tan iguales y conformes, cuando cada una lo habia menester todo. Con la gracia de Dios todo se puede, respondió Eloy humilde. Entonces el rey le abrazó y le juzgó por el hombre de mas fidelidad que tenia en el reino, y comenzó á encargarle cuidados y negocios de mucha cuenta; y Eloy á tener gran fama en la córte.

Era tan caritativo y amador de los pobres de Jesucristo, que les daba cuanto podia y tenia, hasta quedarse desnudo; y era de todos tan amado y conocido por padre de pobres, que si alguno preguntaba por Eloy ó su casa, ninguno habia en la córte que no le dijese: Id á la casa que hallárades toda cercada de pobres; que aquella es: allí le hallareis. Cierto dia, dando limosna á unos pobres, uno de ellos tenia baldado un brazo, de suerte que no podia usar de él ni moverle: al tomar la limosna, como sacase la mano sana y Eloy le dijese la tomase con la otra mano

respondió el pobre: Señor, la tengo baldada. Mostrad, hermano, lo veremos, dijo el santo. Sacó el pobre la mano, tocóle Eloy con la suya, tocóle tambien el brazo y ungióselo con un poco de aceite para disimular humilde el milagro que habia obrado ya el contacto de su santa mano, y que dijesen era virtud del aceite, la que era solo virtud de su gran virtud. Con esto el pobre se fué sano y contento, y á voces publicaba el milagro por toda la córte. Cierto dia, como hubiese dado de limosna cuanto oro y plata tenia, y llegasen de nuevo otros pobres, sacó una pieza de oro que tenia ajena, para hacer de ella lo que su dueño le habia ordenado, y la repartió á los pobres: y como llegasen otros de nuevo, impensadamente volvió á mirar la bolsa y halló la misma pieza que acababa de repartir; y dando á Dios las gracias tambien la repartió con ellos.

Su gran caridad no se contentaba con estas continuas limosnas, sino es que solicitaba saber dónde habia esclavos y los redimia, y daba libertad á diez, á veinte, y á cincuenta muchas veces, y algunas ciento de una vez: y si acontecia faltarle el dinero para redimirlos, por ser muchos, daba cuanto tenia hasta desnudarse sus vestidos y descalzarse, quedando con sola una pobre túnica que le cubria las carnes. Muchas veces le sucedió esto, y el rey como le amaba y conocia su virtud, le enviaba de sus mismos vestidos, y le socorria con mucho oro y plata viendo cuán bien lo empleaba. Redimidos los cautivos, les hacia una plática espiritual, exhortándolos á la virtud; y si eran cristianos, les decia que si querian volverse á sus patrias les daria lo necesario para el viaje (como lo hacia); y si querian quedarse con él, nó como siervos sino como hermanos los trataria: y así lo practicaba con muchos que con él se quedaban, con los cuales vivia religiosamente, y de muchos conseguia se hiciesen religiosos y muchos sacerdotes; y finalmente á todos daba estado y acomodaba, dándoles cuanto habian menester. A los que no eran cristianos, procuraba reducir hasta que lo fuesen, como lo consiguió de muchos, que ya obligados de que los hubiese rescatado, y ya de su buen trato y conversacion afable, venian á rendirse al yugo suave de la ley evangélica: con que su casa era un monasterio de pobres, y él á todos daba de comer y de beber sirviéndoles él mismo: y cuando acababan de comer, se sentaba con ellos en el lugar mas ínfimo y comia alguna cosa de lo que á ellos les sobraba, tan escasamente, que mas era continuado ayuno su comer que natural refeccion: y porque muchas veces se entristecian los familiares de casa por ver que repartia cuanto habia á los pobres y no solia quedar ni aun pan para él ni ellos; él los reprendia, diciendo tenian poca fé, sabiendo que Dios habia de cuidar de ellos.

Sucedia pues así, que cuando ménos juzgaban, entraban por la puerta cargas de pan y otros manjares, que príncipes y personas poderosas y devotas enviaban, sabiendo cuán bien distribuia, y especialmente el rey que continuamente le socorria. Murió Clotario y heredó con el reino el amor que á Eloy tenia su hijo Dagoberto, el cual le estimaba tanto, que no solo le socorria con grandes sumas de oro y plata, con que edificó templos, monasterios y hospitales, sino es que tambien le hizo dueño de su voluntad; y así sucedia, que estando muchas veces rodeado de príncipes, obispos y magnates, en viendo á Eloy, á todos los dejaba para gozar á solas de su dulce conversacion y trato amable. Infinitos fueron y raros sus milagros; porque con solo mandarlo se levantaban sanos y buenos los tullidos, veian los ciegos, oian los sordos, sanaban los leprosos, lanzaba los demonios y espíritus inmundos de los cuerpos de los míseros que atormentaban y curaba de todas enfermedades; pero era tanta su humildad, que á los que sanaba decia: De verdad os digo, que si no dais las gracias á Dios y á san Dionisio (ú otros santos que solia nombrar), que es quien os ha curado, volvereis á padecer la misma enfermedad de que vais sanos. Haciales esta exhortacion con esta amenaza, para evitar el que no publicasen que él habia hecho el milagro, sino es el santo á quien él le atribuia; y con esto huia la vanagloria. ¿Cuántas veces multiplicó el pan para los pobres? ¿Cuántas el vino y otros manjares? Fuera nunca acabar si comenzáramos á referir la suma casi infinita de sus milagros: contentarémonos con poner algunos por abreviar.

Ardia la ciudad de París, hecha por todas partes un volcan, sin que hubiese remedio humano á tanto incendio: llegaban ya las voraces llamas á la iglesia de San Marcial, fábrica maravillosa de Eloy; y él con el sentimiento de que el fuego consumiese aquel devoto y magnífico templo, que él con tanto estudio y amor habia fabricado á honra y gloria de Dios y de su santo y siervo Marcial, sacando un suspiro de lo íntimo de su corazon dijo en alta voz: ¡O bendito san Marcial! ¿Por qué no socorres tu casa? Pues sabe que si la dejas quemar, y cual puedes no la libras y defiendes, que no tienes que esperar de Eloy que vuelva á edificarte otra. ¡Caso maravilloso! Apenas acabó estas palabras, cuando el fuego desapareció, no solo del templo, sino es de todo aquel barrio: con que libró el templo, el monasterio que junto á él habia edificado, y á todos los vecinos, de tan voraz incendio. Otra vez sucedió que robaron la plata y oro y demás ornamentos y vasos preciosos que habia consagrado al templo de Santa Columba, fábrica tambien suya: diéronle la triste nueva; pero él, aunque lo sintió grandemente, no se dió por entendido, sino que se fué á la misma iglesia, y puesto en oracion humilde dijo: Oye, santa Columba, lo que digo: bien sabe mi Redentor Jesucristo, que si no vuelves luego los ornamentos y arreos que han robado á esta iglesia sin que falte cosa alguna, que tengo de traer zarzas, espinas y abrojos, y sembrar de ellas la puerta de este templo, cubriéndola de suerte que nadie pueda jamás entrar aquí á venerarte ni tener de tí memoria. Dichas estas razones con su sencillez santa, se fué á su casa, y apenas amaneció el siguiente dia, cuando fué á verle el sacristan de la dicha iglesia, gozosísimo, refiriendo como al abrir las puertas aquella mañana y entrar en la iglesia, habia hallado todo cuanto habian robado la noche ántes, que lo habian vuelto á restituir aquella noche misma sin que faltase un alfiler. Con este imperio inocente y sencillo hablaba y obraba tantos prodigios.

Muerto Acario, obispo noviomense, fué electo Eloy milagrosamente: con que, aunque su humildad huia el cargo y honor, hubo de sujetarse á la disposicion divina y gusto del rey aceptando la carga. Puesto ya sobre el candelero de la Iglesia, comenzó á lucir mas y mas cada dia con ejemplos raros de virtud, humildad y caridad, apacentando sus ovejas como pastor celestial, con espiritual y corporal alimento. Predicaba continuamete, y para que mas provecho hiciese la divina palabra, ejecutaba primero con

las obras lo que con las palabras enseñaba. Tenia un lugar señalado, en que todos los dias se ocupaba en servir á los pobres y enfermos, lavándoles él mismo los piés y manos, cortándoles el cabello disforme, peinándoles y limpiándoles las cabezas de llagas asquerosas y otras inmundicias, dejándoles limpios y sanos, dándoles despues de comer y beber con sus mismas manos, y vistiendo á los desnudos y menesterosos: y si saliendo estos venian mas, volvia de nuevo á su santo ejercicio sin que jamás se cansase. Sentaba todos los dias á su mesa doce pobres que comiesen con él, lavándoles ántes los piés y manos y sirviéndoles el pan y vino, y despues sentándose con ellos. Como su caridad era tan grande y fervorosa, no se contentaba con usarla solo con los vivos, sino es, que pasaba á ejercerla tambien con los muertos; y de estos no solo con socorrer sus almas, ofreciendo continuos sufragios por las benditas almas del purgatorio, sino es, cuidando de sepultar los cadáveres de aquellos que hallaba ajusticiados y muertos por los caminos: y para poder usar de este acto grande de misericordia sin contradiccion de las justicias, sacó una facultad del rey, que le dió amplísima y prontamente, gozoso (porque jamás le negó cosa que Eloy le pidiese): con que unas veces iba él mismo por los caminos, otras enviaba sus ministros á buscar los cuerpos muertos y á todos les daba piadosa sepultura. Un dia (entre otros) halló un hombre en la horca, y bajándole de ella (como solia), mientras los compañeros le prevenian la sepultura, Eloy comenzó á palparle y tocarle de piés á cabeza, y reconociendo que Dios le volvia á la vida por virtud del contacto de sus purísimas manos, para encubrir el milagro y huir las aclamaciones tan debidas, como tan humilde, se previno, volviendo á mirar á sus compañeros, y diciendo: ¡O qué gran delito y maldad hubiéramos cometido en este punto, enterrando este hombre, si Dios no nos hubiera socorrido con la advertencia de que aun está vivo! ¿No lo veis? Y luego, todos pasmados de la maravilla, se volvió al resucitado y le dijo: Ea, hermano, descansad un poco y vestios y os ireis á vuestra casa. Corrió al instante la noticia del prodigio, y los que le habian hecho ahorcar, volvieron á hacer nueva instancia á la justicia, para que volviesen á condenarlo á muerte, y querian quitárselo al santo de las manos; pero él huyó con el hombre, así por quitarle del nuevo peligro que le amenazaba, como por huir la gloria de las justas aclamaciones que todos le daban por haber obrado tan gran milagro. Sacóle del rey una carta de seguridad de la vida, y con esto le envió en paz á su casa.

Veneraba sumamente las reliquias de los santos, y todo su anhelo era buscarlas; y en hallando algun cuerpo de algun santo mártir (como ya vimos en la vida de san Quintino), lo colocaba con toda veneracion, fabricándole nuevas iglesias y preciosas tumbas ó cajas de oro, plata y piedras preciosas. Tal fué la que hizo á san Quintino, á san Germano, á san Severino, á san Platon, á san Luciano, á santa Genoveva, á santa Columba, á san Maximiano y Juliano, á san Crispino y Crispiniano: para todos estos santos y á cada uno de por sí hizo caja de oro, plata y piedras preciosas, todo fabricado por sus manos, dándole el rey Dagoberto liberalísimamente grandes cantidades de oro y plata para ellas. Especialmente se esmeraba en la fábrica y riquezas de algunas, y entre ellas fué la que hizo para el cuerpo del glorioso san Martin, obispo turonense, donde hoy yace, y otra para el lugar donde estuvo primero. Otra hizo para el cuerpo de san Briccion, y otra para el de san Dionisio, mártir de París, labrándole un suntuosísimo mauseolo ó sepulcro de mármol, vestido de oro y piedras preciosas, adornando todo el altar y trono del glorioso areopagita riquísimamente.

Ocupado, pues, en tan santos ejercicios de virtud y caridad, habiendo cumplido los setenta años de su edad, quiso Dios llevárselo para sí; porque supiese el mundo que Eloy era mas divino que humano y mas celestial que terreno, y así habia de ocupar la silla de gloria, que tan bien habia merecido. Así fué: pues habiendo anunciado su muerte, siendo de ella profeta como de otras muchas cosas, le envió Dios una lijera calentura, con que cantando himnos y salmos le entregó su bendita alma, la cual vieron infinitos que le asistian, subir al cielo en forma de cruz hermosa y resplandeciente, cuya claridad de luz divina alumbró toda la vecindad, é hizo que juzgasen los que la vieron, que fueron muchos, era medio dia, siendo muy de noche. Fué su glorioso tránsito á 1.º de diciembre (dia en que la Iglesia celebra su fiesta), año del Señor de 665. Antes de dar sepultura á su sagrado cuerpo, vino toda la ciudad á verle y venerarle, y la reina Batildis con sus hijos y muchos príncipes tambien vino: y queriendo llevárselo ó á París ó á su monasterio de Calá, no fué posible moverle. Entonces la reina cristianísimamente devota, lloraba tiernas lágrimas, y publicó un ayuno de tres dias continuos por toda la ciudad, que observó tambien ella con vigilias y oraciones. Pasados los tres dias viendo que los de la ciudad de Noviomo pretendian justamente quedarse con el cuerpo de su pastor santo, dijo la reina: Ahora veremos la voluntad de Dios y la de su siervo Eloy: si se deja mover y llevar, es señal que quiere venir conmigo ó á su monasterio ó á París; y si nó, se querrá sin duda quedar con vosotros en su iglesia. Probaron muchos obispos y príncipes, y la misma reina con ellos á moverle, mas era una montaña. Viendo así declarada la voluntad de Dios y de su santo, mandó la reina con harto dolor y sentimiento que le llevasen á sepultar á su iglesia: y al instante se dejó llevar, como si fuera una paja lijera. Pero no quiso el santo ser desagradecido á la devota reina: y así habiendo ella pedido la dejasen á lo ménos ver su rostro santísimo, se lo descubrieron, y con muchas lágrimas y mayor devocion le besó en el rostro, pecho y manos: y porque llevase alguna reliquia y memoria, dió el bendito santo entonces gran cantidad de sangre de sus sagradas narices, que agradecida la reina, recogió en diversos lienzos para guardarla y venerarla por reliquia de tan gran santo. Luego se hizo el entierro con la mayor pompa y ostentacion que se ha visto, acompañando el santísimo cuerpo infinitos millares de almas, obispos, príncipes y grandes, la misma reina á pié, con ser invierno y haber mucha agua y lodos que pasar, regando las calles nuevamente con lágrimas, y rompiendo los aires con gemidos dolorosos, de sentimiento de haber pedido tal pastor y padre. Pasado un año, habiendo de poner al santo cuerpo en una caja ó urna de oro y piedras preciosas, que le mandó hacer la reina, diciendo que quien habia hecho tantas y tan ricas cajas para diversos cuerpos de santos, era justísimo se le hiciese una al suyo; le hallaron incorrupto, olorosísimo y hermoso, y que tenia crecida la barba y cabello (que le habian raido

luego que espiró), como si estuviese vivo y guardase el calor natural: prodigio que dejó á todos admirados. Pero son tantos y tan grandes los que Dios ha obrado, y cada dia obra por intercesion de su siervo Eloy en su sepulcro, que este parece el menor; pues no hay enfermo que á él se encomiende que no sane de su enfermedad, sea la que fuere: los muertos resucitan, los endemoniados sanan, y quedan libres de los espíritus inmundos; y al fin todos hallan remedio en todas sus dolencias y necesidades, visitando el sepulcro de Eloy glorioso. Solian las cuaresmas cubrir la caja de su sepulcro (por el gran resplandor del oro y piedras preciosas) con lienzos y ricos paños de seda; y sucedió que una vez al principio de la cuaresma vieron todos visibles vapores, que exhalaba la caja, y que los lienzos y paños sudaban como cuando suda un cuerpo humano vivo. Advertido el prodigio por el obispo y cabildo, quitaron el paño y lienzos, y torciéndolos sobre unas fuentes de plata, sacaron mucha agua de aquel sacro sudor, y la guardaron con toda veneracion por reliquia grande, como lo era; pues con ella sanaron infinitos enfermos, y muchos solo con tocar aquel paño y lienzo que habian recibido el sacro sudor. En fin, si hubiera de referir milagros, fuera nunca acabar: quien gustare ver infinitos, lea su vida de este admirable santo que trae Surio en el tomo VI, que satisfará su deseo y devocion cumplidísimamente. Escribieron la vida de san Eloy, Usuardo, Adon, y el primero de todos san Audeno, obispo y compañero mucho tiempo de Eloy, cuya familiaridad le hizo santo: y la que escribió Audeno es la que trae Surio en el tomo VI citado. Asimismo la escribió Vincencio *in Specul., lib.* XXIII, *cap.* 86 *et seq.*; san Antonino de Florencia, parte II, título 13, capítulo 6, párrafo 15 y siguientes; Pedro de Natalibus, *in Cathalogo sanctorum, lib.* I, *cap.* 17; Molano, *in Indice sanctorum Belg.*; Sigiberto, *in Chronic.*; el Martirologio romano y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo VIII de sus Anales, año 665, número 7, y año 631, núm. 14.

San Nahum.—Es otro de los profetas menores que vivió despues de la derrota de las diez tribus por Salmanazar, y ántes de la espedicion de Senaquerib contra la tribu de Judá. Son muy escasas las noticias que se tienen de este profeta, y aun no se sabe si el nombre de Nahum es nombre de familia ó si lo tomó del lugar de su nacimiento, ó si significa alguna calificacion moral, pues que dicho nombre en la lengua hebrea equivale á *Consolador*. Su profecía, que forma un solo discurso, consta de tres capítulos. Predice en estilo patético la segunda ruina de Nínive por Nabopolosar y Astiages; y al propio tiempo renueva contra aquella criminal ciudad las amenazas que cuarenta años ántes le habia hecho el profeta Jonás. Las figuras de que se vale son muy exactas, y es grande la fuerza de sus espresiones.

Los santos Diodoro, Mariano y otros compañeros, mártires.—El primero era presbítero y el segundo diácono de la Iglesia de Roma. Con su predicacion y sus trabajos apostólicos, reunidos al don de milagros, obraron numerosas conversiones, y sellaron su santo ministerio siendo martirizados en Roma por órden del emperador Numeriano, el año 282. Con ellos murieron tambien otros muchos cristianos que siguieron el ejemplo de su constancia, cuya mayor parte eran eclesiásticos de aquella ciudad.

Los santos Lucio, Rogato, Casiano y Cándida, mártires.—Murieron tambien martirizados en Roma, ignoramos en qué época.

San Ansano, mártir.—Fué glorioso atleta de la verdadera y divina religion durante la persecucion de Diocleciano. Prendiéronle en Roma donde permaneció encerrado en un calabozo. Despues lo remitieron al procónsul Listias, en Sena de Toscana, y en esta ciudad sufrió varios tormentos y acabó por beber el cáliz del martirio, siendo degollado en el mes de diciembre del año 293, de edad de catorce años.

San Olimpíades, mártir.—Era de una familia consular de Roma. Fué convertido á la fé cristiana por santa Firmina, y habiéndole preso y atormentado en el potro, permaneciendo constante en su confesion, fué degollado en Amelia de Umbría, en tiempo del emperador Diocleciano, en el mismo lugar en que siendo él mismo procónsul habia hecho degollar á otros.

San Ananías, mártir.—El Martirologio romano dice que padeció martirio en Arbela, ciudad de Persia, y Galesinio dice, que fué en Grecia. Este último añade que preso á causa de su fé en Jesucristo, fué azotado hasta que le descarnaron los miembros, en cuya situacion pudiendo apenas respirar, abrió los ojos al cielo y entregó su espíritu al Criador.

San Leongio, obispo y confesor.—Nació en Languedoc, fué criado en el temor de Dios, abrazó la carrera eclesiástica, y por último fué consagrado obispo de Frejus en la Provenza. Edificó á sus ovejas con el espectáculo de las mas eminentes virtudes. Este santo es uno de los obispos de las Galias á quienes escribieron los papas Bonifacio I y Celestino I, consultándoles algunos asuntos importantes para la Iglesia. San Leoncio murió en el Señor el dia 1.º de diciembre del año 432.

San Próculo, obispo y mártir.—Fué obispo de Narni en Italia, cuya Iglesia gobernó por muchos años, haciendo muchas obras de virtud. Murió á mediados del siglo VI, siendo degollado por órden de Totila, rey de los godos.

San Castriciano, obispo y confesor.—Créese que fué discípulo de Jesucristo, y ordenado por los apóstoles obispo de Milan. Ocupóse en la cura pastoral con sumo celo y admirable virtud, y durante las primeras persecuciones de la Iglesia fué el padre y defensor de todos los fieles. Muchas veces se expuso voluntariamente á la muerte; pero nunca pudo conseguir la gloria del martirio, porque hasta los mismos paganos respetaban sus virtudes. El emperador Domiciano le hizo azotar cruelmente y despues le dejó en libertad. Continuó el santo sus trabajos en la propagacion del Evangelio: de dos casas que le cedió un noble cristiano, hizo dos iglesias para la celebracion de los divinos misterios, y dejó otros monumentos en memoria de su pontificado. Este duró cuarenta años, y el santo murió en paz, segun Galesino, á fines del siglo I.

San Urcisino, obispo y confesor.—Fué el sexto obispo de la ciudad de Brescia en Italia, y promovió en ella el culto del verdadero Dios con sus continuas predicaciones y santos ejemplos.

San Evasio, obispo y mártir.—A sus méritos debió el ser elevado á la silla episcopal de la ciudad de Casal. Brilló en virtudes y buenas obras, y murió santamente el año 522.

SAN CONSTANCIANO, CONFESOR.—Natural de Auvernia, vivió desde su juventud en famosa santidad. Despues dejó su patria y se retiró á un monasterio cerca de Orleans, y de aquí se fué con otro compañero á un desierto, en la diócesis de Mans, donde ambos vivieron desconocidos del mundo. El obispo obligó á Constanciano á recibir las sagradas órdenes para que pudiese ser útil á los habitantes de los pueblos comarcanos. Su celo, su dulzura y sus ejemplos y oraciones obraron gran número de conversiones, y siempre fué este el resultado de sus misiones. La reputacion de santidad de que gozaba, hizo célebre su nombre en toda la Francia. Clotario I le visitó y se encomendó á sus oraciones, y el santo le predijo que saldria victorioso en Bretaña, donde á la sazon se dirigia, y edificó un monasterio con los regalos que el rey le hizo. Constanciano murió en este monasterio por los años de 565.

SAN AGIRICO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en la diócesis de Verdun el año 517. Vivió en el mundo hasta la edad de treinta años, en que abrazó el estado eclesiástico. Sirvió, pues, en el ministerio sacerdotal á la Iglesia de Verdun, haciéndose acreedor por su zelo, su sabiduría y eminentes virtudes á los elogios de sus contemporáneos. Hízose principalmente recomendable por su caridad con los pobres, por el conocimiento profundo de las santas Escrituras, y por su asidua constancia en instruir al pueblo. Consagrado obispo de Verdun, todas sus virtudes tomaron nuevo brillo, de modo que fué un modelo de pastores. Como era pariente del rey Childeberto, gozó con él de gran favor, el cual empleó siempre en favor de la Iglesia y de los desgraciados. Se hizo siempre todo de todos, para ganarlos á todos, y despues de un episcopado de treinta y ocho años, murió en la paz de Dios, el año 588.

SANTA NATALÍA, VIUDA.—Estuvo casada en Nicomedia con el mártir san Adrian, á quien asistió y animó en la cárcel y durante el martirio. Muerto su esposo, permaneció la santa por algun tiempo en la ciudad de Nicomedia, socorriendo á los santos confesores, y dando sepultura á los cuerpos de los mártires. Conservó como una preciosísima reliquia un brazo de su esposo san Adrian, por cuyo medio obró algunos milagros. Practicó las mas heroicas virtudes, y murió en Constantinopla por los primeros años del siglo IV.

SAN DOMNOLO.—Algunos lo colocan en este dia, pero nosotros le hemos puesto en el 16 de mayo, siguiendo el Martirologio romano.

DIA 2.

SAN PEDRO CRISÓLOGO, ARZOBISPO Y CONFESOR.—San Pedro, arzobispo de Ravena, llamado por su gran elocuencia Crisólogo, nació en Imola, ciudad principal de la provincia de Romania, en Italia. Fué diácono de Cornelio, obispo de Imola, el cual le llevó consigo, yendo á Roma, en compañía de algunos embajadores de la ciudad de Ravena, para suplicar al papa Sixto, III de este nombre, que les diese obispo en lugar de Juan, ya difunto, y confirmase al que el clero y pueblo de Ravena habian elegido. Al tiempo que llegó esta embajada, habia tenido el papa una revelacion de san Pedro apóstol, y de san Apolinar su discípulo, obispo de Ravena, en que le mandaban que no confirmase obispo al que venia nombrado de Ravena, sino á otro que traian consigo los embajadores, y venia en medio de ellos, y se le mostraron allí. Oyó el papa la peticion de los de Ravena, y no quiso confirmar al que ellos traian nombrado, sino á Pedro que venia con el obispo de Imola; porque cuando le vió, conoció que era el mismo que en aquella vision de san Pedro y de san Apolinar le habia sido mostrado, y en las costumbres y en la doctrina era varon tan eminente, que excedia á todos los demás. Mucho sintieron los embajadores de Ravena que el papa hubiese desechado al que ellos habian elegido; pero cuando entendieron del mismo santo pontífice lo que le habia movido y la revelacion que habia tenido, abrazaron con gran voluntad á Pedro Crisólogo, como persona escogida de la mano de Dios, y dándosele por la de su vicario, y comenzaron á estimarle y reverenciarle como á varon de Dios. Con la misma alegría y aplauso fué recibido de toda la ciudad de Ravena, y especialmente del emperador Valentiniano, el III, y de Gala Placidia, su madre, que á la sazon estaban en Ravena. Y el santo prelado pidió á todos, que pues la carga de obispo era tan pesada y casi intolerable, y Dios se la habia impuesto sobre sus hombros contra su voluntad, que le ayudasen con obedecer á sus amonestaciones y consejos, y en guardar perfectamente los mandamientos y ley de Dios.

Esto hecho, comenzó á edificar una obra insigne, que despues sus sucesores la acabaron, para los sacerdotes de cierto templo, y consagró otro que la emperatriz Placidia habia mandado labrar á honra de san Juan Bautista, y en este templo, junto al altar mayor, sepultó á san Barbaciano, varon perfecto y de santísima vida, por quien Dios en aquel mismo tiempo obró muchos milagros: y andando el tiempo, hizo otra iglesia y la dedicó á san Andrés, apóstol, y otros edificios para comodidad de la república.

Entre las otras excelencias que tuvo san Pedro, fué una la de su rara doctrina, acompañada con una singular elocuencia y elegancia, y copia de palabras propias y graves, de que Dios nuestro Señor le habia adornado. Habíanse levantado en las partes de Oriente algunos herejes y hombres pestilentes que sembraban la zizaña en la Iglesia, y perniciosos errores contra la verdad de la encarnacion de Cristo nuestro Salvador, confundiendo las dos naturalezas divina y humana, y poniendo dos personas en Cristo. Para atajar este fuego y arrancar de raiz tan mala semilla, mandó san Leon, papa, el Magno y I de este nombre, que habia sucedido á Sixto III, juntar en Calcedonia el gran concilio de seiscientos y treinta obispos, en que fueron condenados Eutiques y Dióscoro, y los otros monstruos y furias infernales, sus secuaces; y tambien mandó á san Pedro de Ravena, que escribiese al concilio todo lo que acerca de aquellas materias que se habian de tratar se le ofreciese; y él lo hizo con admirable y divina sabiduría y elocuencia.

Siendo san Pedro arzobispo, vino á Ravena san German, obispo antisiodorense, para tratar con el emperador Valentiniano y con su madre algunos negocios graves y del servicio de Dios (como lo dijimos en su vida á los 31 de julio): tuvo con él nuestro Pedro estrecha amistad, porque ambos eran santos y amigos de Dios, y unidos con el mismo vínculo y caridad de Jesucristo. Mas estando allí san German, habiendo tenido revelacion ántes de su dichoso tránsito, dió su espíritu al Señor; y san Pedro compuso su sagrado cuerpo con extraordinario sentimien-

to, y dió órden que fuese llevado á Francia (como el mismo san German lo habia mandado), y tomó la cogulla y el cilicio del santo, y le guardó y estimó como un precioso y riquísimo tesoro, todos los dias de su vida.

Mas en lo que san Pedro principalmente se ocupaba, era en desarraigar los vicios de su pueblo y los malos usos que todavia quedaban de la gentilidad, especialmente el primer dia de enero y del año, solian hacer muchos juegos y fiestas delante de un ídolo; y san Pedro con sus sermones y continuas exhortaciones procuró que se desterrase de la ciudad aquel uso sacrílego y profano.

Habiendo, pues, sido diez años obispo de Ravena, y estando en Imola, su patria; entendiendo que Dios nuestro Señor le llamaba para sí, se fué al templo de San Casiano, mártir, y postrado delante de su sagrado cuerpo, ofrecióle muchos dones, y le suplicó que le favoreciese en aquel trance y presentase su alma delante del acatamiento del Señor: y habiendo exhortado á los de Ravena que le habian acompañado, que no se apartasen jamás de los mandamientos de Dios, y que eligiesen por sucesor suyo y pastor persona digna de tan alto grado, acabó el curso de su peregrinacion, y falleció á los 2 de diciembre, por los años del Señor de 440. Fué sepultado en la misma iglesia, junto al altar de san Casiano, mártir; aunque la Iglesia de Ravena tiene un brazo suyo ricamente adornado, y le reverencia con suma veneracion. Dejó san Pedro entre otras obras, muchas homilías y sermones muy elegantes y graves.

Su vida escribió Gerónimo Rubio, historiador de las cosas de Ravena, y está en el VII tomo del padre Mosandro, añadido á seis tomos de Fr. Lorenzo Surio. Hacen mencion de él el Martirologio romano á los dos de diciembre, y Constancio en la vida de san German, obispo antisiodorense, y Pedro Damian en el sermon de san Barbaciano, y César Baronio en sus anotaciones.

Santa Bibiana, vírgen y mártir.—La bienaventurada y gloriosa vírgen santa Bibiana fué natural de Roma y nobilísima, hija de Flaviano, prefecto (que otros llaman Fausto ó Faviano), y de Dafrosa, los cuales fueron cristianos y mártires de Jesucristo. Desde niña se ejercitó santa Bibiana en obras loables y virtuosas.

Fué presa en tiempo del emperador Juliano, apóstata, por el prefecto llamado Fausto, á quien se cometió su causa. Procuró él persuadir á Bibiana que adorase los ídolos, amenazándola con grandes tormentos si no lo hacia: pero ella supo decirle tales cosas, que despertaron el corazon de Fausto y le abrieron los ojos para ver la divina luz, con la cual reconoció su engaño, y se convirtió á la fé de Cristo, y por ella derramó su sangre y alcanzó la corona del martirio. Muy contenta y regocijada quedó santa Bibiana, por haber ganado para su esposo Jesucristo á Fausto: y llevada delante de otro juez y ministro de Juliano, estando muy constante y firme en la confesion de la fé, y de no adorar á los falsos dioses de los gentiles, el juez inicuo la mandó azotar y quebrantar sus carnes con plomadas, tan fuertemente, que en aquel tormento dió su purísima alma á Dios, por los años de Cristo de 362, imperando Juliano Apóstata. El cuerpo de la santa vírgen estuvo dos dias sin ser enterrado; y despues un sacerdote, llamado Juan, le enterró junto al sepulcro de su santa madre y de su hermana Demetria, á los dos de diciembre, en que la Iglesia celebra su fiesta. Hoy dia hay en Roma cerca del palacio Liciano, una iglesia antigua de Santa Bibiana, que edificó san Simplicio papa, donde está su sagrado cuerpo. De santa Bibiana hacen mencion los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo y Adon, Pedro de Natalibus, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio y en el IV tomo de sus Anales.

* Los santos Eusebio, presbítero, Marcelo, diácono, Hipólito, Máximo, Adrías, Paulina, Neon, María, Martina y Aurelia, mártires.—Sufrieron estos santos el martirio en Roma, cuando imperaba Valeriano, tolerando los mayores tormentos, de órden del juez Secundiano.

San Ponciano y sus compañeros, mártires.—Tambien fueron degollados en Roma, por negarse á adorar á los ídolos. Baronio dice que san Ponciano se convirtió á la fé de Jesucristo, por haberle curado milagrosamente san Eusebio una parálisis que tenia de mucho tiempo. Su martirio sucedió, segun el mismo autor, el año 259.

Los santos Severo, Seguro, Genaro y Victorino, mártires.—Dieron su sangre por la fé de Jesucristo en África, martirizados por los arrianos, el año 450.

San Cromacio, obispo y confesor.—Este ilustre prelado de la Iglesia de Aquileya fué uno de los mas célebres pastores del rebaño de Jesucristo durante el siglo IV. San Gerónimo le alaba por su santidad de vida y su eximia erudicion; san Juan Crisóstomo le dirigió una carta, que es la 155, en que ensalza su mérito y su zelo, y san Ambrosio habla tambien de él en varios parajes de sus obras. Fué el padre, el maestro, el consolador y el sosten de todas sus ovejas, obró muchos milagros, ganó muchísimas almas para Jesucristo, y murió en paz el año 399, segun Baronio. San Juan Crisóstomo dice, que el sonído clarísimo de la penetrante trompeta de Cromacio, despues de haber resonado por todo el Occidente, llegó hasta los oidos de los orientales, y les advirtió de importantes verdades para la religion.

San Lope, obispo y confesor.—Floreció en el siglo VI y fué obispo de Verona. Galesino dice que gobernó aquella Iglesia con eminente santidad, y que fué de admirable piedad y esclarecido en doctrina.

San Nono, obispo y confesor.—Asiático de nacion y educado en la religion cristiana, dió desde muy niño indicios de su futura santidad. Prevenida su alma con abundantes gracias celestiales, entró en el estado eclesiástico, y fué elegido obispo de Edesa. Como todo su afan era la conversion de los infieles y el arrepentimiento de los pecadores, hallándose un dia predicando en una plaza de Antioquía, donde habia ido para asistir á un concilio, descubrió entre su auditorio á la célebre santa Pelagia, y dirigiéndole la palabra directamente, la convirtió á Dios, y despues de haberla instruido, la bautizó. San Nono fué posteriormente trasladado al obispado de Heliópolis, donde murió milagrosamente en el Señor, el año 451.

San Silvano, obispo y confesor.—Floreció en la Iglesia de Tróada, en Frigia, haciéndose memorable por sus muchos milagros. Murió el año 406, segun Sozomeno, y en su sepulcro continuó el cielo dispensando á sus devotos favores especiales.

San Evasio, obispo y confesor.—Fué el XXX obispo de la Iglesia de Brescia en Italia, y enseñó mucho tiempo por sí mismo la religion al clero y al pueblo, en las escuelas y en los púlpitos. Siendo de edad muy avanzada, y no pudiendo contener por esto la vivacidad de su zelo, se con-

tentaba con repetir continuamente á sus diocesanos en breves palabras los principales preceptos de la religion, y en estos santos ejercicios acabó sus dias, el año 883, segun Ferrario.

DIA 3.

SAN FRANCISCO JAVIER, CONFESOR.—Entre otros linajes y casas antiguas é ilustres, que en el reino de Navarra llaman *Casas de Armería*, hay dos que son la de Javierre y la de Alpizcueta, las cuales se juntaron en uno, casándose Martin de Alpizcueta, cabeza de su casa y familia, con doña Juana Javierre, heredera tambien y señora de su casa. Estos caballeros tuvieron una hija sola, heredera de ambas casas, que se llamó doña María, y se casó con el doctor Juan Jaso, hombre noble y rico, y por sus letras y prudencia muy estimado en el reino de Navarra, y principal consejero y ministro de su rey don Juan el III. Tuvieron el doctor Juan Jaso y doña María de Javierre y Alpizcueta muchos hijos, y el postrero de todos (como otro David) fué nuestro Francisco Javierre, el cual nació en el castillo de Javierre, que era de sus padres, cerca de la ciudad de Pamplona. Fué su dichoso nacimiento el año de 1497, siendo sumo pontífice Alejandro VI, y emperador Maximiliano, I de este nombre, y reyes de Castilla los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, y rey de Navarra el ya nombrado don Juan, el III. Criaron sus padres á su hijo Francisco con gran piedad y cuidado, así por ser el menor de todos sus hijos, como por su blanda y apacible condicion, gracia y modestia, que resplandecia en sus primeros años. Procuraron que aprendiese de buenos maestros las primeras letras: y habiéndolas aprendido con grande habilidad, viveza de ingenio y presteza, le enviaron á la universidad de París, para que allí estudiase de propósito las otras ciencias mayores; porque, aunque los otros hermanos seguian la soldadesca, para alcanzar honra y gloria militar, nuestro Francisco se inclinó mas á las letras y al estudio de la sabiduría, esperando por este médio alcanzar mayores premios, que sus hermanos con la lanza y con la espada, en acrecentamiento de su casa. Estudió en París el curso de la filosofía con tanto aprovechamiento, que se graduó de maestro de artes, y despues la leyó en la misma universidad con grande aprobacion, utilidad y aplauso de sus discípulos. Tuvo por condiscípulo en los estudios de filosofía, y por compañero de su mismo aposento al padre Pedro Fabro, saboyano de nacion: y al mismo tiempo que andaban los dos al fin del curso, el bienaventurado san Ignacio de Loyola (que guiado del cielo habia ido á París á proseguir sus estudios) se juntó con ellos, para habitar en su compañía, y con su santa y admirable conversacion de tal manera ganó á sus dos compañeros, que determinaron seguirle en sus propósitos y santos intentos; aunque Pedro Fabro mas fácilmente se sujetó en todo y por todo á la direccion y voluntad de san Ignacio. San Francisco Javier al principio estuvo mas rebelde, porque su natural era mas desenfadado y alegre, y las esperanzas de subir y valer en el mundo, fundadas en su nobleza, ingenio, letras y otras buenas prendas, le tenian con mas fuertes prisiones encadenado: pero finalmente se rindió á la voluntad y ejemplo del santo padre, y pudo mas en él la gracia del Señor que le llamaba, que la fuerza de la naturaleza depravada, que le detenia. Hizo los ejercicios espirituales que le dió el santo padre: confesóse generalmente de toda su vida: hizo grandes penitencias: entre otras estuvo cuatro dias sin comer bocado: y trocóse de manera en sus deseos, quereres é intentos, que él mismo despues no se conocia.

Estando nuestro Francisco en París, el doctor Jaso su padre escribió una carta á una hija suya, llamada doña Magdalena Jaso, que habiendo sido dama de la reina, se habia hecho monja descalza en el convento de Santa Clara de Gandía, y vivia en él con maravilloso ejemplo y fama de santidad, por algunos milagros que Dios obró por ella. En esta carta daba cuenta el padre á su hija de las cosas domésticas de su casa y de sus hijos, y entre ellas le decia que su hermano Francisco estaba bueno, y que aprovechaba en los estudios; pero que le gastaba mucho: y la buena soror Magdalena, como alumbrada de Dios, respondió á su padre, que le rogaba que no se cansase, ni dejase de proveer á su hermano Francisco de todo lo que le pidiese, aunque fuese menester vender las casas; porque sin duda alguna habia de ser un grande apóstol de la India, y como un vaso escogido del Señor llevaria su santo nombre por muchas y varias provincias y naciones bárbaras, alumbrándolas con la luz del santo Evangelio: y lo que Dios reveló á esta santa vírgen de su hermano, despues veremos cuán bien se cumplió.

Encendióse tanto san Francisco con el trato y fuego del santo padre Ignacio en el amor del Señor, y en el deseo de mortificarse y vencer tadas las pasiones, apetitos y gustos que habia tenido en el siglo, que porque era mozo de grandes fuerzas, y muy lijero en el correr y saltar, y se habia preciado de esta gentileza y gracia, y por ella habia sido estimado de los otros estudiantes; determinó hacer sacrificio de su cuerpo, y atarse fuertemente los muslos y los brazos con unos cordeles de muchos nudos, para que no pudiese correr ni saltar; y los cordeles poco á poco se le fueron entrando por las carnes, causándole agudos y graves dolores, que le lastimaban y afligian: los cuales él llevaba con mucha paciencia y disimulacion, sin que nadie pudiese entender lo que padecia.

El dia de la Asuncion de nuestra Señora, del año del Señor de 1534, hizo voto con los demás compañeros de nuestro santo padre Ignacio, de ir á Jerusalen á tiempo, y acabados los estudios de teología se partieron de París los nueve compañeros, á los 15 de noviembre del año de 1536, para Venecia, donde les estaba aguardando su padre y maestro san Ignacio, conforme á lo que con ellos habia concertado: iban todos á pié cargados de sus cartapacios, y pasaron por Alemania entre herejes en el corazon del invierno, que aquel año fué riguroso y muy frio, y con las grandes incomodidades, que en los largos caminos suelen los pobres padecer; pero nuestro san Francisco todas las llevaba con gran paciencia y alegría, acordándose que las pasaba por Dios nuestro Señor: pero sucedióle una cosa particular, rara y maravillosa en este camino. Como era tan grande su fervor y el deseo de padecer y mortificarse por Cristo, no hizo caso de los dolores que sentia con los cordeles y ataduras, con que dijimos se habia apretado los muslos y los brazos, ni se los quitó para hacer su camino, creyendo por ventura que no le serian de impedimento, aunque le acrecentasen el dolor; mas sucedió muy al contrario: porque con el movimiento y agitacion del camino, los cordeles se le entraron tan adentro

de las carnes, que se cubrieron los nudos, y las llagas se abondaron, y los dolores crecieron de manera, que el santo no pudo pasar adelante y se rindió, y descubrió á los compañeros que le era forzoso quedarse y la causa de su mal. Llevároule con gran dificultad al primer pueblo que hallaron mas cercano: llamaron á un cirujano: descubriéronse las llagas, y viéronsele los cordeles tan hondos y tan abrazados con las carnes, que el cirujano (maravillándose mucho de aquel género de penitencia) claramente dijo que era negocio sin remedio; porque aquellos cordeles no se podian arrancar sin hacer muchas y grandes heridas en la carne. Sintieron mucho todos los compañeros el mal de san Francisco, y él tenia mas pena de la pena de ellos, que de sus propios dolores, por ver que ni los compañeros le querian dejar, ni él podia pasar adelante con ellos. Faltando los remedios humanos, acudieron á los divinos: pusiéronse todos aquella noche en oracion, suplicando á nuestro Señor con grande instancia y confianza, que pusiese su mano y diese remedio á tan grande mal. Oyólos el Señor (que siempre oye á sus siervos), y á la mañana se hallaron los cordeles hechos pedazos fuera de las carnes, las llagas sanas, y el santo con tan buenas fuerzas, que pudo seguir su camino, haciendo todos incesables gracias al Obrador de tan grandes maravillas: y con mucho contento y gozo acabaron su jornada, y llegaron á Venecia á los 8 de enero del año de 1537, donde hallaron á san Ignacio, y de él fueron recibidos con el consuelo espiritual que se puede pensar.

Aquí en Venecia se repartieron los diez compañeros en dos hospitales, para servir á los pobres y ejercitar su humildad y caridad, entretanto que llegaba el tiempo de navegar á Jerusalen. Cupo á san Francisco el hospital de los incurables, y él acudia á los enfermos con extremado fervor y espíritu: haciales las camas, barríales los aposentos, y ocupábase en los otros servicios mas bajos y viles: y porque habia muchos enfermos de enfermedades contagiosas y con llagas asquerosas, acudia siempre al que estaba con mayor necesidad. Entre los otros habia uno, que por la podre que manaba de él y por el mal olor que de todo su cuerpo despedia, le causaba grande horror y sentia gran repugnancia en servirle, mas él, para vencerse y alcanzar perfecta victoria de sí mismo, mirándole como si fuera la misma persona de Jesucristo nuestro Redentor, á quien él servia en el pobre, una y dos veces con maravilloso fervor le lamió las llagas y le chupó la materia que de ellas corria; y con tan señalada victoria nuestro Señor le infundió despues una gracia singular, que ningunas llagas, por podridas y asquerosas que fuesen, le daban asco; ántes le causaban devocion y suavidad, tanto puede un acto fervoroso obrado con gran caridad para rendir al soberbio gigante, y al rendido desbaratar y poner en huida el campo de los enemigos.

De Venecia partió para Roma nuestro Francisco con los otros padres que habian venido de Paris, á pedir la bendicion de su santidad para ir á Jerusalen. Era tiempo de cuaresma y muy lluvioso: iban á pié, pidiendo limosna y ayunando todos los dias, y comiendo solo lo que les daban por amor de Dios. Entre todos siempre se señaló san Francisco en el amor de la pobreza, y alegría y esfuerzo en el padecer. En Roma disputó delante de la santidad del papa Paulo III, que á la sazon era vicario de Cristo en la tierra, y con su bendicion y una buena limosna que les dió para su viaje, volvió con sus compañeros á Venecia, donde este año de 1537, dia de san Juan Bautista, se ordenó de misa con los otros compañeros, que no eran sacerdotes, haciendo todos voto de castidad y pobreza voluntaria en manos del arzobispo romano, nuncio de su santidad. De allí se repartieron por diversos lugares de la señoría de Venecia, para aparejarse (entretanto que se cumplia el tiempo señalado para la jornada de Jerusalen) á decir su primera misa con mayor pureza y devocion: y los padres Francisco y Salmeron se recogieron en un pueblo pequeño y apartado cuatro leguas de Padua, que se llamaba Moncelsi, en una pobre y desabrigada choza, abierta al viento y con muy poco reparo para el calor y frio, lluvia y vientos, y por esto muy á gusto del fervoroso espíritu de san Francisco. Aquí estuvo cuarenta dias: su cama era un poco de paja sobre la tierra: su comida los pedazos de pan que allegaba de puerta en puerta: las disciplinas eran cotidianas: el cilicio continuo: la oracion perpetua; gastando el dia y la mayor parte de la noche en la leccion, meditacion y contemplacion de las cosas divinas, que era lo que principalmente buscaba en aquel lugar.

Celebró su primera misa en Vincencia, donde san Ignacio estaba, y celebróla con tantas lágrimas de alegría espiritual, que todos los que se hallaron presentes, con solo verle, derramaron muchas: y de allí adelante por todo el tiempo de su vida de tal manera se aparejaba para decir misa, como si fuera la primera. Aquí en Vincencia cayó malo gravemente con otro compañero: llevároulos al hospital: y por la pobreza de aquella casa fué necesario que los dos durmiesen en una misma cama, gozándose de pagar este tributo á la santa pobreza. Mas en este desamparo y desabrigo el Señor consoló á nuestro Francisco, visitándole por medio del gran doctor de la Iglesia san Gerónimo, de quién él era devotísimo. Apareciéle el santo doctor en una figura gloriosa y venerable, y llegando á la cama, le habló con palabras muy suaves y de amigo muy familiar, entre las cuales le dijo: Mayores tempestades de trabajos te esperan en Bolonia, donde pasarás este invierno: y de tus compañeros, unos irán á Roma, otros á Padua, otros á Ferrara y otros á Sena; y como el santo lo dijo, así se cumplió: porque aquella era la traza y órden de Dios, que iba encaminando nuestros padres, y repartiéndolos por los lugares en que queria le sirviesen, ya que por la guerra, que habia entre el Gran Turco y los venecianos, no podian pasar á Jerusalen. Así habiendo cumplido con la obligacion de su voto, se repartieron por estos lugares que habemos dicho: y á san Francisco le cupo ir con el padre Bobadilla á Bolonia. Allí aquel invierno, por los grandes frios, suma pobreza, y falta de toda comodidad y continuacion de trabajos, le dieron unas cuartanas y perdió las fuerzas y calor, de manera que mas parecia un cuerpo muerto, que hombre vivo.

Pero como el santo vivia del amor y espíritu del Señor, el mismo Señor sustentaba la flaqueza del cuerpo de san Francisco con su gracia, y esforzaba su corazon; porque como si estuviera muy sano, gastaba el tiempo en predicar en las plazas á todo el pueblo, en enseñar la doctrina cristiana á los niños, en visitar los hospitales y las cárceles, en oir las confesiones de muchos, que con amargura lloraban sus pecados, y se venian á confesarse con él. Respondia á los que venian á pedirle consejo y deseaban saber el camino para agradar á Dios; y por estos medios

y por su dulce y santa conversacion hizo en la ciudad y universidad de Bolonia maravilloso fruto, y hasta hoy dia quedan los rastros y memoria de su celestial doctrina y admirable comunicacion, y la casa en que entonces estuvo como pobre, despues se ha dado á la Compañía y se ha convertido en oratorio de mucha devocion.

De Bolonia á la media cuaresma del año de 1538, san Francisco llamado de nuestro padre san Ignacio, fué á Roma, donde se juntaron todos los padres, para asentar y establecer las cosas de la religion que querian fundar: lo cual hicieron en varias consultas acompañadas con muchas y fervorosas oraciones, vigilias, lágrimas y penitencias, con deseo muy encendido de agradar solo á nuestro Señor, y buscar en todo su mayor gloria y el bien de almas. Esta vez predicó en Roma nuestro san Francisco en la iglesia de San Lorenzo *in Damaso* (que es muy principal), y con sus sermones y con los otros piadosos trabajos suyos y de sus compañeros se despertó la gente (como de un profundo sueño) á tratar de enmendar sus vidas, dando de mano á sus gustos y vicios en que estaban muy sepultados, y á confesarse y comulgar mas á menudo, y renovar el uso antiguo de la primitiva Iglesia, que de aquella santa ciudad, por la industria y perseverancia de la compañía (aunque al principio no sin grande contradiccion) se ha derramado y extendido por las otras provincias y naciones de la cristiandad.

Estando san Francisco y los otros padres compañeros suyos tan bien ocupados, el serenísimo don Juan el III de Portugal escribió á don Pedro Mascareñas, su embajador en Roma, que en todo caso le impetrase de san Ignacio seis para las Indias orientales, y que si fuese necesario, hablase de su parte al papa, y le suplicase que les mandase ir: porque él deseaba mas sujetar al yugo de Cristo nuestro Señor aquellos pueblos ciegos y bárbaros, que no á su corona é imperio. Fueron señalados para esta grande empresa por san Ignacio (á quien el sumo pontífice remitió aquella peticion del rey) los padres maestros Simeon Rodriguez, portugués, y el maestro Nicolás de Bobadilla, castellano. El padre Simeon que estaba cuartanario, se partió luego de Roma á toda priesa para Portugal por mar y con él otro padre italiano, que se llamaba Pablo Camerate. El padre Bobadilla fué llamado de Calabria para la jornada. Llegó á Roma maltratado del camino, y enfermó de una pierna, á tiempo que el embajador don Pedro Mascareñas estaba de camino para irse á Portugal; y en ninguna manera queria partirse sin el segundo compañero, ni Bobadilla le podia seguir por su indisposicion. Entonces nuestro santo padre Ignacio, que estaba malo en la cama, habiendo hecho oracion y alumbrado con la luz del cielo, llamó á san Francisco Javier, y le declaró que la voluntad de Dios era que él tomase aquella empresa, que así se la encomendaba de su parte, confiado de su prudencia y de la gracia del Señor que le llamaba, y se queria servir de él para la manifestacion de su santo nombre en aquellas provincias y reinos: y el santo con gran regocijo y fervor de su espíritu se ofreció luego al trabajo; y al dia siguiente, tomada la bendicion de su santidad, abrazando á sus hermanos, salió de Roma con el embajador, con solo su breviario, como si fuéra á visitar una iglesia de Roma. No es maravilla que san Francisco recibiese gran gozo y júbilo en su alma en aquella jornada; porque habia tenido muchas señales y grandes prendas de que Dios nuestro Señor se queria servir de él como de vaso escogido, para llevar su santo nombre por la India, y para alumbrar con la luz del Evangelio á innumerables almas gentiles, que estaban sepultadas en la sombra de la muerte: porque una vez estando durmiendo, soñaba que llevaba á cuestas un indio tan pesado, que le quebrantaba y molia los huesos, como él mismo lo dijo al padre maestro Diego Lainez, que durmia cabe él en el mismo aposento. Otra vez le mostró el Señor los trabajos que habia de padecer por él en aquella empresa, y le dió tanto espíritu y esfuerzo, que con ser tan grandes, no se espantó, ántes comenzó á dar voces y á decir: Mas, mas, mas, ofreciéndose á todos los trabajos y cruces que el Señor le quisiese dar: y por esto mucho ántes que san Ignacio le encargase esta jornada, hablaba él de ella con grande deseo de ser empleado en ella; porque Dios nuestro Señor, que se queria servir de él, le iba previniendo y disponiendo para ella.

En el camino de Roma á Portugal ganó al embajador don Pedro de Mascareñas y á todos sus criados para Dios, con su extremado ejemplo, humildad y modestia. Guardaba ante todas cosas la observancia religiosa y el concierto en sus oraciones: era blando y cortés en sus palabras, sereno y alegre en sus respuestas, fácil para todos los que le querian ver y tratar: huia de la honra tanto cuantos otros la siguen; y para ayudar en las cosas espirituales á sus compañeros, los sabia maravillosamente granjear y obligar; era el primero en el trabajo y el postrero en el descanso, y el que para acomodar á los otros se desacomodaba á sí. Tambien se ofrecieron en este camino algunos graves peligros á algunos criados del embajador, de los cuales los libró el Señor por medio de san Francisco; porque andando por los Alpes cayó el secretario del embajador en una profundidad inmensa de nieve, y estando ya sin remedio, el santo le sacó. A otro criado, que arrebatado de la corriente de un rio caudaloso se estaba ahogando, haciendo oracion por él, milagrosamente le libró. Otro que se habia descompuesto, y en castigo de su pecado y de no haber creido á san Francisco cayó con el caballo de una cuesta abajo, y reventando el caballo quedó quebrantado y casi muerto, le sanó en el alma y en el cuerpo; y todos reconocieron que Dios los habia favorecido por la intercesion de san Francisco, teniéndole por santo. Pero en lo que mas mostró su espíritu fué, que siendo el camino que llevaba para Portugal por su tierra, y pidiéndole con mucha instancia el embajador y los demás que llegase á visitar á doña María Javier y Alpizcueta, su madre que era, y á sus hermanos y deudos (pues el rodeo era tan poco, y no tendria otra ocasion para hacerlo en toda la vida); nunca se pudo acabar con él: tanto estaba descarnado de la carne y sangre, y tan puesto en Dios, á quien habia tomado por padre y madre y hermanos y todas la cosas: enseñando con este ejemplo á los religiosos el recato y espíritu con que deben proceder en esto.

Llegó á Portugal, y halló al padre Simeon cuartanario: abrazóle con entrañable amor; y fué tanta la alegría, que con solo verle recibió salud el padre Simeon, que nunca le volvió mas la cuartana.

Grande fué el gozo que tuvo el rey don Juan, cuando supo de la llegada de san Francisco; y mas con las nuevas que le habia escrito y dió el embajador don Pedro de

su rara virtud, singular doctrina y extremada prudencia: mandó luego proveer á los padres muy abundantemente de todo lo que hubiesen menester; mas ellos aguardando la órden de su santo padre y maestro Ignacio, no quisieron aceptar la liberalidad del rey, y se fueron al hospital de Todos los Santos, para vivir como pobres entre los pobres, y curar á los enfermos, y con esta humildad y pobreza echar los cimientos del alto edificio que Dios queria levantar en la Compañía en aquel reino, en el cual derramaron nuestros padres tan buen olor de sí con su santidad de vida y ejemplo, que los comenzaron á reverenciar como á hombres venidos del cielo, y á llamarlos públicamente los apóstoles; y de ellos ha quedado hasta hoy este apellido en sus hijos y sucesores.

Quiso el rey detener en su reino á los padres, por el gran fruto que en pocos meses habian hecho entre la gente noble, caballeros y fidalgos de su córte; pero por parecer de nuestro santo padre Ignacio, tuvo por bien que el padre maestro Simeon quedase en Portugal, y san Francisco se partiese para las Indias, como lo hizo á los 7 de abril del año de 1541; embarcándose en la nao del gobernador Martin de Souza, y llevando en su compañía al padre Pablo Camerate, italiano, y á otro hermano portugués, que se decia Francisco de Mansilla; mas ántes de embarcarse, mandó llamar el rey don Juan á san Francisco, y le entregó un breve del sumo pontífice, en que le hacia nuncio y legado apostólico en las partes de las Indias, con grandes poderes y amplia jurisdiccion: y hablando con el santo padre, y mostrándole la gran confianza que de él tenia, le encomendó muy particular y encarecidamente todas las Indias, en lo que toca á la conversion de los infieles y á la confirmacion en la fé de los nuevamente convertidos, y á las costumbres de los portugueses, y á las fortalezas y presidios de aquel estado, y todo lo demás que tocaba al servicio de Dios y al suyo: porque dijo que no deseaba tanto que su imperio se extendiese cuanto la religion cristiana; ántes tendria por grande interés y ganancia suya, todos los gastos que hiciese en ayudar á las almas. San Francisco con pocas palabras, humildes y graves, hizo gracias al rey de tan señaladas mercedes, ofreciéndole su fidelidad y servicio en todo lo que le mandaba, lo cual esperaba cumplir ayudado de Dios.

Pero habiendo mandado el rey á los oficiales de hacienda, y especialmente á don Antonio de Tayde conde de Castañeda, que proveyesen á san Francisco y á sus compañeros muy cumplidamente de matalotaje, y de todo lo necesario para aquella tan larga y trabajosa navegacion; importunándole mucho que lo tomase, nunca quiso aceptar sino unos pocos de libros que habia menester para la conversion de los gentiles, y en la India no los pudiera hallar. Siempre respondió que él era pobre y habia hecho voto de pobreza, y que la queria guardar, y confiando que el Señor le proveeria como á pobre, de todo lo que hubiese menester para poderle servir. Importunóle el conde, que á lo ménos tomase un criado que le sirviese en aquella navegacion, como convenia á la autoridad de su persona; pues era nuncio y legado apostólico, y no parecia bien que él mismo se llegase al fogon, ni lavase por sus manos su ropa sucia; mas él respondió, que mientras que nuestro Señor le guardase sus piés y sus manos, no tenia necesidad de criado, y que pensaba que por verle á él servir y llegarse al fogon, y lavar la ropa, no perderia punto de su autoridad religiosa, con que no le viesen hacer pecado, ni cosa en ofensa del Señor.

Luego que la nave capitana se hizo á la vela, comenzó san Francisco á tender las velas de sus fervorosos deseos, y á mostrar el favorable viento del Espíritu santo que le llevaba; porque como varon de Dios dió tan grande ejemplo de su santidad, celo, caridad y prudencia, que fué la salud y remedio de todos los que iban en la nave.

Hizo cuanto pudo el gobernador Martin Alfonso de Souza para que comiese á su mesa, ó que á lo ménos tomase la racion que se daba á los otros pasajeros de la nave. De comer con él se excusó: la racion aceptó para darla á algunos necesitados; y sin tocarla él, pedia limosna para su comida en la nao, teniéndose por deudor igualmente de los que ménos sabian. Tuvo mano para que en ella se viviese cristianamente, se quitasen los juegos y juramentos, y que no hubiese riñas, odios y murmuraciones: apaciguaba las bregas, componia las diferencias, sosegaba las pasiones, predicaba y enseñaba todos los dias la doctrina cristiana á los mozos y esclavos y gente ruda: reprendia las cosas mal hechas con tanta autoridad que ninguno le resistió, y con tanta blandura y amor que ninguno se sintió de él, y muchos se enmendaron.

En el servicio, cura y remedio espiritual de los enfermos venció en este tiempo á sí mismo; porque las enfermedades fueron muchas y muy contagiosas, y crecian, cayendo unos y muriendo otros; andando todos asombrados con el temor de caer, y el santo tomó sobre sí las necesidades, trabajos y miserias de todos, como si sus fuerzas fueran iguales á su caridad. Ninguno murió sin tenerle á su cabecera: ninguno le llamó que no le hallase cabe sí: confesábalos, animábalos con palabras suaves y santas, dábales de comer por sus manos, y muchas veces él mismo lo aderezaba y traia del fogon, hacia las camas, aplicábales los remedios, y finalmente hacia oficio de un caritativo y diligente enfermero, y cuanto él mas se humillaba, tanto mas todos le respetaban, grandes y pequeños, de modo que aquí ganó el apellido de Padre santo, con el cual despues le llamaron en toda la India.

Llegaron á Mozambique al fin del mes de agosto, donde se entretuvieron y pasaron todo el invierno hasta el abril siguiente. Allí estuvo sirviendo á los enfermos de la armada en el hospital del Rey; y por la continuacion de sus grandes trabajos cayó enfermo de una fiebre maligna, con gran peligro de la vida, y queriéndole algunos hombres nobles y ricos llevar á sus casas para curarle, nunca lo consintió, deseando morir en la pobreza en que habia vivido, pobre entre los pobres, enfermo entre los otros enfermos: y estando como estaba, se levantaba para confesar á los que estaban peligrosos y ayudar á los que morian: y fué tanta su caridad, que estando un mozo grumete tendido en el suelo, desamparado de todos, y frenético y fuera de sí sin esperanza humana de poderse confesar; el santo temiendo la condenacion de aquella alma, y deseando su salvacion y pidiéndola con muchas lágrimas al Señor, se levantó y le tomó y puso en la cama, y entrando en ella, súbitamente volvió el enfermo en sí y se confesó con él, y le administró los sacramentos de la comunion y extremauncion, y el mismo dia acabó con grandes señales de su salvacion.

De Monzambique se embarcó á los 15 de marzo para Goa, no estando aun bien convalecido: llegaron á Melinde,

donde se consoló increiblemente por haber hallado una grande y hermosa cruz de mármol, dorada y enarbolada en aquella tierra de moros: de donde llegaron á Zocotora, que es una isla en la costa de Africa, cuyos naturales se tenian por cristianos; mas realmente no lo eran sino de solo el nombre; finalmente, á los 6 de mayo del año 1542 entraron por la barra de Goa, habiendo trece meses que habian salido de Lisboa.

Pero, ¿quién podrá explicar en pocas palabras aquel miserable estado en que el glorioso san Francisco halló aquella ciudad, y como en breve tiempo la mudó y mejoró, y los medios que tomó para hacer en los corazones de los moradores de ella una mudanza tan notable? Porque la ciudad de Goa era en aquel tiempo una sentina de vicios, y una como feria general de todas las naciones, portugueses, moros y gentiles, y otras de reinos muy diferentes y distantes, que vivian sin Dios y sin ley; y en pocos meses que allí estuvo el santo padre, la dejó tan bien cultivada que parecia un paraiso de deleites. Ante todas cosas fué á visitar al obispo, que á la sazon era don Juan de Alburquerque, y con mucha humildad y modestia le declaró quién era, á qué venia, y quién le enviaba, y le dió el breve del papa, en que le hacia su nuncio apostólico en todas las Indias, diciéndole que no usaria de él ni de los poderes que traia, sino cuando su señoría se lo mandase, echándose á sus piés y pidiéndole la bendicion: y el obispo, admirado de la humildad del santo varon, y conociendo que era varon de Dios, le reverenció y volvió su breve, y le rogó que usase de él á su voluntad, y le quedó tan aficionado y rendido, que de allí adelante los dos eran como una alma y un corazon. Despues vistió á los pobres del hospital y comenzó á servirlos: allí su cama era á los piés del enfermo que estaba en mayor peligro, para administrar los santos sacramentos á los que tenian necesidad: á los pobres de San Lázaro daba por sí mismo la santísima comunion: recogia muchas limosnas, parte que él pedia por las puertas y parte que le ofrecian: y repartíalas por las cárceles y hospitales para ejercitar la misericordia, no solamente con las almas, sino tambien con los cuerpos de los afligidos.

Mas pareciendo á nuestro san Francisco, que para convertir á los gentiles á nuestra santa fé, era necesario reformar primero las vidas de los cristianos, y quitar de la república los escándalos y tropiezos que con su mala vida ponian á los infieles, determinó predicar todos los domingos y fiestas por la mañana á los portugueses; y así lo hacia en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, y despues de comer, á todos los cristianos de la tierra; y demás de esto, se ejercitaba en enseñar á los niños y gente ruda la doctrina cristiana: lo cual hizo con singular ejemplo de humildad, devocion y caridad; porque siendo nuncio apostólico, y enviado del sumo pontífice con grandes poderes á la India, andaba con una campanilla por toda la ciudad, y en las calles y plazas alzaba la voz y decia: Fieles cristianos, amigos de Jesucristo, enviad vuestros hijos é hijas, esclavos y esclavas á la santa doctrina por amor de Dios. A este pregon del cielo, nunca oido en aquella tierra, fué grande el número de toda suerte de gente que corria á oirle y recibia sus palabras como palabras de Dios; y el santo varon se acomodaba tanto á la capacidad de los oyentes, que para que mejor lo entendiesen hablaba el portugués como la gente de aquella tierra, trocado y como negro que aprende á hablar; y en su lengua aquel lenguaje parecia lenguaje del cielo, y edificaba y compungia, y espantaba á los que le oian; porque se les representaba el apóstol san Pablo, que con los griegos se hacia griego, hebreo con los hebreos y todo con todos. Por este medio de la doctrina cristiana fué increible el fruto que hizo san Francisco en Goa, y de allí se derivó en las otras provincias de India; porque los padres de la compañía, que despues le siguieron, por aviso y ejemplo del mismo santo tomaron este santo ejercicio con tanto fervor, que los cantares mas ordinarios de los niños en las escuelas, de los caminantes en los caminos, de los que navegaban en el mar, y de los que trabajaban en sus casas y en el campo, eran las oraciones de la doctrina.

En estas santas ocupaciones gastó san Francisco cinco meses en un incansable fervor y continuacion, con la cual favorecido y alentado de la gracia del Señor acabó lo que en muchos años parecia imposible poderse acabar; porque la gente que se venia á confesar con él fué tanta, que no podia dar recaudo á la décima parte que le seguia. Comulgábanse muchos á menudo, y las vidas de los que frecuentaban los sacramentos eran muy diferentes de lo que ántes solian ser. No habia odios ni discordias, ni usuras: restituíase lo mal ganado, visitábanse los hospitales y repartíanse muchas y gruesas limosnas: apartáronse muchos portugueses de la mala amistad de sus esclavas, á las cuales daban libertad y á muchas casaban: finalmente toda la ciudad de Goa se trocó y mejoró de tal manera, que no conociera su faz, ni dijera que era ella el que ántes en tan feo y tan miserable estado la habia visto.

Mas el glorioso san Francisco, aunque estaba con el cuerpo en Goa, no dejaba de pensar en la conversion de toda la India, y con la sed insaciable que tenia de ayudar á salvar las almas de toda aquella gentilidad, trataba amenudo con Dios y consigo mismo de lo que habia de hacer para alumbrarlas y sacarlas del cautiverio del falso Satanás. Entendió que en el cabo de Comorin, que por otro nombre llamaban la Pesquería (porque se pescan en ella las perlas), habia muy gran número de cristianos desamparados de toda doctrina y con solo nombre de cristianos, los cuales se habian bautizado mas por ser ayudados y defendidos de los portugueses contra los moros que los tenian oprimidos, que no por celo y deseo de su salvacion; y por ser la tierra estéril y muy sujeta á las injurias del cielo, no habian tenido en muchos años sacerdotes y maestros que los enseñasen: y juzgando que aquella necesidad era extrema ó casi extrema, y que no lo era la que la ciudad de Goa tenia de su presencia, pidió licencia al obispo y al virey, y se partió para la Pesquería, llevando consigo al hermano Francisco de Mansilla, en el mes de octubre del año 1542, y con el favor de nuestro Señor llegó el mes de noviembre con increibles fatigas, hambres, sed, desnudez y pobreza. Anduvo por toda aquella tierra (que es de cincuenta leguas en largo), y visitó treinta villas y aldeas que tiene, siempre á pié, y muchas veces descalzo, con tan gran fervor y júbilo de su santo corazon, que todo lo que trabajaba y hacia le parecia poco; y á la medida de su trabajo fué el fruto que el Señor, que lo llevaba y le movia, obró por él; porque bautizó por sus manos mas de cuarenta mil personas, y hubo dia que bautizó todo un lugar, quedando tan cansado, que

no podia alzar los brazos ni echar la palabra de la boca.

Murieron mas de mil criaturas, habiendo recibido el santo bautismo, á las cuales el santo se encomendaba como á almas que ya gozaban de Dios nuestro Señor. Enseñó la doctrina cristiana á la mañana á los niños y á la tarde á las niñas, con tanta perfeccion, que ellos la enseñaban á sus padres y á los deudos y conocidos, y eran tan celosos, que los acusaban delante del santo, si alguno de ellos, vencido del enemigo, volvia á sus idolatrías; y tomaban los ídolos de sus mismos padres, los acoceaban y escupian y hacian pedazos; y nuestro san Francisco gustaba de ello, para que los demonios que habian sido honrados y muy adorados de los padres, fuesen pisados y abatidos de los hijos. Andaba todo el año de lugar en lugar, proveyendo todo lo que le parecia necesario para alentar y acrecentar aquella cristiandad; y lo mismo hacia por su parte el hermano Francisco Mansilla.

Mas porque los lugares eran muchos y ellos eran solos dos, y no podian satisfacer tantas necesidades, escogió en cada lugar uno, dos ó tres hombres de mayor capacidad y entendimiento, y de mejores costumbres, é instruyólos muy de propósito en la religion cristiana, y en la forma de bautizar, para que en su ausencia y en los casos urgentes lo pudiesen hacer; y por estos hombres que en su lengua malábar llaman *Canacapoles*, y en la nuestra quiere decir Procuradores de la Iglesia, remedió el santo muchas cosas, y uno quien le ayudase á cultivar aquella viña que estaba tan desierta y por labrar. Y para que el fruto fuese mayor, comenzó el Señor á ilustrar á san Francisco con muchos y grandes milagros, de los cuales hablaremos en su lugar; y eran tantos los enfermos cristianos y gentiles que le llamaban para que los sanase, y era tanta la caridad y dulzura con que acudian á ellos, que no podia darse mano, y gastaba todo el tiempo que habia de dar á otras cosas mayores: y viendo que esto le era grande estorbo, determinó enviar á los enfermos que estaban ausentes, algunos muchachos de los mayores y mas bien instruidos, para que hiciesen por él lo que él hubiera de hacer (si pudiera) por sí mismo. Los muchachos llevaban consigo alguna cosa de san Francisco, como su rosario ó la santa cruz ó relicario que traia al cuello: llegados adonde estaba el doliente, juntaban la vecindad y hacian que todos los que allí estaban dijesen algunas veces el credo, y las otras oraciones de la doctrina cristiana, y despues amonestaban al enfermo que tuviese fé y que recibiria salud: «la cual Dios nuestro Señor (dice el mismo santo en una carta) por su infinita misericordia y por la fé de los presentes y propia suya de ellos, se les daba en el cuerpo y en el alma, trayéndolos por este medio al conocimiento y obediencia de su santa ley.» Estas palabras son de san Francisco, atribuyendo por su humildad la salud que Dios daba por su intercesion á los enfermos, á la fé de ellos y de los presentes.

Aquí tambien convirtió á un bracman viejo, que por sus letras y supersticiones y grande autoridad era gran lazo de Satanás y enemigo de la religion cristiana: el cual, convencido de san Francisco de sus engaños y alumbrado con la luz del cielo, abrió los ojos de su entendimiento para conocer la verdad, y la abrazó con la voluntad y se hizo cristiano, con admiracion y espanto de los otros bracmanes y gentiles, y por su ejemplo se convirtieron muchos.

Dejando en la Pesquería la mejor órden que pudo, volvió á Goa para tratar con el virey y con el obispo algunas cosas importantes del servicio de nuestro Señor, y del acrecentamiento de aquella cristiandad: y luego en acabándolas, encomendando al padre Pablo Camerate el cuidado y gobierno del nuevo colegio de Goa (que ántes habia comenzado el P. Fr. Diego Barba para seminario de los niños recien convertidos, y entonces por su instancia y mandato del rey don Juan se encargó de él la Compañía), se tornó á la Pesquería, llevando consigo algunos sacerdotes virtuosos seglares, y otros muchos bien enseñados de los que se habian criado en el mismo colegio de Goa. Llegó á la Pesquería y repartió los obreros que consigo llevaba, y tuvo una ocasion muy grande para ejercitar su caridad; porque los badegas, gente feroz y bárbara y enemiga de cristianos, entraron por toda aquella tierra quemándola y destruyéndola, y los pobres cristianos fueron forzados á retirarse por huir de sus manos, y á padecer muchas injurias, perdidas sus haciendas y casas: pero san Francisco con sus oraciones, valor y prudencia, los remedió y consoló, y procuró que de otras partes se les enviase mantenimiento y la provision necesaria para que no pereciesen de hambre, y como buen pastor no dejó cosa por hacer para recoger aquellas ovejas de Cristo que andaban tan descarriadas y afligidas.

Despues pasó al reino de Travancor, habiendo ganado primero la voluntad del mismo rey; y alcanzando de él licencia, bautizó innumerables gentiles sus vasallos, de todos los pueblos, que llaman Machoas, y deseaban recibir la fé de Cristo: despues de haberlos bien instruido en los misterios de nuestra santa religion, hizo que ellos mismos quebrasen todos los ídolos, y echasen por tierra los templos en que los habian adorado: mas los demonios, para vengarse del santo y de los nuevos cristianos, incitaron á los badegas que de repente diesen en ellos: y así sin pensar, entraron los bárbaros, y dieron con su vista y alaridos (que subian al cielo) grande espanto á los lugares de los cristianos, que no tenian armas para resistir, ni otro lugar donde salvarse. Pero en teniendo esta nueva san Francisco, hincadas las rodillas en tierra, y los ojos en el cielo, hizo una breve y eficaz oracion, y solo, sin armas, con un ánimo de vencedor, y con rostro y semblante del Señor, se opuso á aquel ejército, que estaba armado y furioso, y reprendiéndoles de infieles para con Dios, y de crueles para con los hombres, sin dar un paso adelante, el ejército perdió su braveza y las fuerzas, y volvió atrás sin hacer daño á la tierra ni tocar á los cristianos, los cuales con este favor y amparo del Señor quedaron mas confirmados en la fé y obedientes á san Francisco, y el rey Travancor tan espantado, que mandó pregonar por todo su reino, que todos obedeciesen de allí adelante al Padre (que así le llamaba), como á su real persona.

Pero aquí donde fué honrado de los buenos, no fué ménos perseguido de los malos; porque además de las asechanzas y peligros, de que el Señor le libró, de los infieles, y que sentian á par de muerte la destruccion de sus ídolos, los mismos cristianos de nombre, gentiles en la vida, no pudiendo sufrir la reprension de sus vicios públicos y escándalos, muchas veces le buscaron para matarle, y pusieron fuego de noche á las casas donde se recogia; mas el Señor estaba con él y le guardó: y con su gracia el santo hizo grandísimo fruto en toda aquella tierra, edifi-

cando en ella muchas iglesias, y alumbrando con su celestial doctrina aquellos pueblos que le seguian con tanta ansia y devocion, que le era necesario predicar en los campos por el gran concurso de la gente, que de todas partes venia á oirle.

Movidos del ejemplo de los Paravas y de los Machoas, los pueblos de la isla de Manar desearon imitar á los vecinos y hacerse todos cristianos, á los cuales el santo, por no poder ir él en persona, envió uno de los sacerdotes sus compañeros, para que los bautizase, y en un pueblo llamado Petin se bautizaron muchos: mas el rey de Jafanapan, que era gentil y grande enemigo de cristianos, temiendo que su hermano mayor, á quién él habia quitado el reino, se hiciese cristiano, y con el favor de los portugueses cobrase el reino, mandó quemar aquel pueblo y destruirle, y matar mas de seiscientas personas que habian recibido el santo bautismo.

En la isla de Zeilan confirmó san Francisco al hijo segundo del rey, que por haberse hecho cristiano estaba con temor que el rey, su padre, le mandaria matar, como habia hecho al hijo mayor y á otras seiscientas personas, habiendo nuestro Señor con prodigios del cielo y de la tierra declarado la verdad de nuestra santa religion; porque cuando mataron al príncipe fué vista una cruz de fuego en el cielo; y la tierra en que fué sepultado, se abrió en forma de cruz: y aunque los moros y gentiles procuraban encubrir el milagro, hinchendo aquel lugar de tierra, siempre se tornó á abrir y quedó la misma forma de cruz.

De Zeilan fué en perigrinacion á Malipur, donde está el sepulcro del glorioso apóstol santo Tomé, y en este viaje estuvo siete dias sin comer bocado, sustentándose de los regalos y consolaciones divinas, que el Señor por medio de su sagrado apóstol le concedió en todo el camino: y despues que llegó á Malipur, donde estuvo tres ó cuatro meses en casa del vicario, gastando los dias en ganar las almas de sus prójimos, y las noches casi todas en la iglesia en oracion, suplicando al Señor con lágrimas y encendidos deseos, que pues le habia llevado á las Indias para alumbrar aquella gentilidad tan ciega y tan extendida por tantas y tan distantes y bárbaras provincias, que le diese alguna partecilla del espíritu que habia dado á su santísimo apóstol Tomé (á quien él proponia imitar), para recoger el fruto que el santo apóstol habia sembrado, y renovar la doctrina del cielo que les habia enseñado; y al mismo santo apóstol se encomendaba con grande afecto, tomándole por guia y maestro, por abogado y protector.

Aquí estando el santo orando una noche en la iglesia, le maltrataron los demonios y le dieron tantos y tan duros golpes que estuvo malo de ellos; pero estando bueno, volvió como valeroso soldado á la pelea, y aunque los demonios pretendieron espantarle, nunca pudieron; ántes cobró tanto señorío y poder sobre ellos, que enviando á un muchacho de los recien convertidos á un hombre rico y endemoniado que allí estaba, le libró de su tiranía, quedando el mismo demonio confuso por ver que salia de aquel cuerpo, nó por mandato del santo, sino de un muchacho de los que traia consigo y recien convertido.

De Santo Tomé pasó á Malaca, principal ciudad y escala de la India, pero muy estragada de vicios y muy olvidada de Dios; pero despues que comenzó á oir la doctrina del cielo que el santo les predicaba, admirada por una parte de la santidad de su vida, y por otra de la fama que corria de sus milagros, hubo gran mudanza en las vidas de los cristianos y reformacion en las costumbres; aunque el santo no dejó de avisarles en sus sermones, que Dios los queria gravemente castigar, como los castigó, con un cerco apretado que tuvieron, y con una pestilencia cruel que padecieron. Con este castigo se ablandaron, y con ver á su santo predicador tan celoso de su bien y tan humilde, que despues de haber trabajado y fatigándose todo el dia, á las noches se iba con una campanilla por las calles y plazas, rogando con alta voz á todos los fieles, que encomendasen á nuestro Señor las almas del purgatorio, é hiciesen oracion por ellas. Aquí tambien sanó á un mancebo enfermo, mudo y endemoniado.

Todo el mundo le parecia poco á san Francisco, y verdaderamente para su corazon era pequeño, y el amor del Señor que ardia en su pecho le hacia buscar nuevas ocasiones para encender en las almas el fuego de aquel mismo amor. Supo que en la isla de Mazacar estaba la materia dispuesta para pegar este fuego; y para ir á ella, embarcóse para la isla de Amboino, que era el camino donde halló siete pueblos de cristianos sin ningun sacerdote. Andúvolos todos, bautizando á los niños y muchachos, sanando á los enfermos y enterrando á los muertos: y habiendo llegado allí una armada de la Nueva España, que traia don Fernando de Souza y de Tavara, muy maltratado y con muchos enfermos, él con su caridad los acogió, curó, sirvió y proveyó de todo lo que pudo, procurando que otros tambien los socorriesen con sus limosnas: y porque un mercader muy rico se cansaba de dar lo que el santo le pedia (por ser tanto) para remedio de todos aquellos pobres enfermos, él le avisó que alargase la mano; porque muy en breve moriria en aquella isla y dejaria sus riquezas, las cuales por manos de aquellos pobres podia enviar delante de sí al cielo. Creyólo el mercader é hízolo así, y murió en breve efectivamente; y el santo, estando poco despues en la isla de Ternate, tuvo revelacion de su muerte, y dijo á los que oian su misa, que encomendasen á Dios el alma de Juan de Arauz (que así se llamaba el mercader), que era muerto en Amboino, distante mas de setenta leguas de Ternate. Con esta armada de don Fernando de Souza venia un sacerdote valenciano, llamado Cosme Torres, hombre docto y prudente, el cual en viendo á san Francisco se le aficionó como si viera un ángel del cielo, y despues en Goa entró en la Compañía, y le imitó de tal manera, que vino á ser un varon apostólico, y padre (despues del mismo san Francisco) de toda la cristiandad del Japon, como adelante se dirá.

Oyó decir el glorioso san Francisco, que habia una isla llamada del Moro, habitada de gente (cuyos antepasados habian sido bautizados); pero tan fiera y bárbara, que no se podia tratar con ella sin notable peligro de la vida; y él determinó ir á ella para ayudar á aquellos hombres, en quienes apenas habia rastro de fé ni de humanidad. Quisiéronle sus amigos persuadir que no fuése allá, representándole la aspereza y fragosidad, esterilidad y temblores de tierra, la bestialidad de los naturales, que mas parecen monstruos y crueles fieras, que hombres, pues los hijos quitan la vida á sus padres, y los padres á sus hijos; pero ninguna cosa bastó para divertirle de su intento, ni para hacer que tomase algunas cosas que le daban para la

ponzoña (de la cual aquella gente tambien usa para matar); porque tenia puesta toda su esperanza en Dios, y armado con ella y con la fuerza de su espíritu, corrió toda la isla visitando y halagando á los moradores, y con la luz y blandura del Evangelio los amansó y domesticó, andando entre ellos con una admirable seguridad y paz de su alma: y fueron tantos los regalos del cielo que recibió en aquella isla, que él mismo decia que no se habia de llamar isla del Moro, sino isla de Esperanza, y que si viviera muchos dias en ella, viniera á perder los ojos de puras lágrimas de consuelo. Habiendo pues estado en las islas del Moro, y dejado las cosas asentadas lo mejor que pudo, volvió á Ternate, donde dió órden que se hiciese casa de la Compañía, para que los nuestros mas fácilmente pudiesen acudir á la conversion de los gentiles, y á la enseñanza de los cristianos de todas aquellas islas Malucas. De Ternate llegó al puerto de Amboino, y se embarcó para Malaca, y allí halló á dos padres de la Compañía que habian venido de Goa por su órden, y se llamaban Juan de Beira y Juan de Ribera, y enviólos á Ternate, para que viviesen en la casa que él dejaba comenzada.

Esta vez que estuvo en Malaca, le sucedió una cosa que le hizo muy famoso y admirable en toda la India. Vino una armada del rey de Azen de improviso sobre Malaca: no pudo tomar la fortaleza como pensaba; pero quemó algunos navíos de los portugueses que estaban en el puerto, y retiróse. Procuró san Francisco que luego se reparasen y aprestasen algunas galeotas que habian quedado rotas y maltratadas, y que siguiesen la armada enemiga: y aunque hubo grandes dificultades, él las allanó y animó á la gente, á quien parecia temeridad ir á pelear unos pocos soldados portugueses con cinco mil azenos y turcos, y ocho navíos nuestros con setenta de los enemigos: pero pudo tanto su autoridad y la opinion de su santidad, que los cristianos salieron de Malaca en busca de los bárbaros, y estando toda la ciudad suspensa y en gran temor, y llorando la pérdida de nuestra armada; san Francisco en un sermon les respondió, y avisó que hiciesen gracias á Dios nuestro Señor por la victoria que les habia dado, pintando el dia y la hora y el modo de la batalla, como si con los ojos la viera, y anunciándoles cuándo habia de volver nuestra armada victoriosa, y cargada de los despojos de los enemigos: y así volvió á Malaca con veinte y cinco naves de los azenos, habiendo echado á fondo las demás, y muerto cuatro mil de ellos, con pérdida de solos cuatro cristianos. Y como este caso fué tan ilustre y tan sabido, derramóse por todas las Indias, é hizo muy esclarecido á san Francisco: el cual estando aquí en Malaca, y de camino para Goa (adonde le llevaba la obligacion de su oficio), para ver el estado de la cristiandad, y los padres y hermanos que despues que él salió de ella habian venido de Portugal para ayudarle, y repartirlos en varias partes; tuvo noticia de las islas del Japon, que dos años ántes habian descubierto los portugueses, de su grandeza, número, sitio, distancia, reyes y señores, y de sus ingenios, naturales y costumbres, y principalmente de los errores que tienen en sus sectas y falsa religion, y la disposicion para recibir la verdadera de Cristo nuestro Redentor. Esta noticia le dió un japon llamado Angero, que vino desde el Japon, para comunicar con el santo padre los remordimientos de su conciencia, que le traia muy afligido por algunos pecados que habia cometido en su mocedad; y no habiendo hallado remedio entre sus sacerdotes, le venia á buscar, por haber entendido de algunos portugueses sus enemigos, que era varon santo y amigo de Dios, y que sin duda hallaria paz en su alma si le obedeciese. Con este intento llegó Angero gentil y japon, á Malaca: y san Francisco le llevó consigo á Goa, donde con dos criados suyos se hizo cristiano, y se llamó Pablo de Santa Fé, por haberle bautizado en el colegio de San Pablo de la Compañía. Por la informacion que le dió el mismo Pablo, se determinó el santo á ir en persona al Japon, para descubrir á aquella gente ciega los primeros resplandores del Evangelio, y sujetarla al yugo del Señor: mas en sabiéndose esta determinacion, no se puede fácilmente creer el sentimiento que hizo toda la ciudad, y los combates que le dieron los de dentro y los de fuera, para apartarle de aquella navegacion, por ser larga de mas de 1300 leguas, y peligrosa por la alteracion y braveza de los mares y furia de los vientos, y multitud y crueldad de los corsarios; proponiéndole que no debia arriesgar su vida, de la cual dependia la vida de tantos, y el bien y seguridad de aquella cristiandad. Ninguna cosa de las que se le dijeron, ni las lágrimas que muchos derramaron pudieron hacer mella en aquel pecho invencible, que era como una fuerte roca que despide todas las ondas que la combaten del mar. Armado, pues, de la confianza que tenia en Dios, y abrazado del zelo de su gloria y de la salud de las almas, no hizo caso de las dificultades, peligros y molestias de aquella navegacion; ántes repartió luego los padres y hermanos que habian venido de Portugal por los pueblos de Coulan, Santo Tomé, Malaca, Malucas, Bazain, Ormuz (que en la Pesquería ya estaba el padre Antonio Criminal), dándoles la órden de lo que cada uno habia de hacer en su puesto, y encargándoles mucho el cuidado que habian de tener, primero de su salvacion y perfeccion, y despues de la de sus prójimos, y el amor y blandura con que habian de ganar las voluntades de los infieles para que se convirtiesen, y alentar á los nuevamente convertidos.

Dejó en Goa en su lugar y como vicario suyo al padre Pablo Camerate, instruyéndole de todo lo que habia de hacer; y él con el japon Pablo de Santa Fé, nuevamente convertido, y con el padre Cosme de Torres, y el hermano Juan Fernandez, y algunos otros pocos compañeros salió de Goa, y se hizo á la vela el mes de abril del año de 1549: y habiendo navegado prósperamente cuarenta dias, tomó puerto en Malaca, el postrer dia de mayo. Allí, mientras aguardaba tiempo para navegar, no estuvo ocioso (porque su espíritu no lo podia estar); ántes hizo cosas grandes, provechosas y milagrosas. Por no tener comodidad de nave portuguesa en que pasar al Japon, se embarcó en un junco de un capitan de China, que le prometió de llevarle al Japon, para donde partió de Malaca el dia de san Juan Bautista de aquel año; y favorecido del viento del Espíritu Santo, que le llevaba, tomó puerto en Japon en la ciudad de Cangoxima, que era patria de Pablo de Santa Fé, el dia de la gloriosa Asuncion de nuestra Señora. Echóse bien de ver el favor del Señor en aquella navegacion, por los muchos, varios y graves impedimentos que el demonio puso para estorbarla: porque como el capitan del junco era de la China, pretendia ir mas á su patria que al Japon, no haciendo caso de lo que habia prometido, y como era gentil tenia un ídolo ó demonio en

la popa, á quien siempre consultaba lo que habia de hacer y el suceso que habia de tener aquella navegacion; y el demonio que le queria estorbar á san Francisco, le daba las respuestas conforme á su intento: y habiendo caido y ahogádose en el mar una hija del capitan, preguntando al demonio la causa de aquella desgracia, respondió que no muriera la hija del capitan, si hubiera muerto uno de los compañeros de san Francisco, de China, que se llamaba Manuel, y poco ántes habia caido de lo alto de la nave en la bomba, y aunque se quebrantó, no murió: y con esto el capitan, que sentia mucho la muerte de su hija, creyendo al demonio, tomó grande ojeriza contra el santo, pareciéndole que por su causa le habia venido tan grande desastre; mas san Francisco con aquella grande y segura confianza que tenia en Jesucristo, sabiendo que es Señor de los mares y de los vientos, y de los mismos demonios, nunca los temió, ni en tan graves y presentes peligros hizo caso de ellos; y así el Señor, contra la voluntad del capitan del navío le guió de manera, que llegó (como dijimos) al Japón, y surgió en el puerto de Cangoxima. Allí fué muy bien recibido de los deudos y amigos de Pablo, y del mismo magistrado, maravillándose todos de ver sacerdotes cristianos en su tierra, venidos de Europa, nó por especiería, oro ó plata, piedras y perlas preciosas, sino para traerles la luz del cielo, y sacarles de las tinieblas de sus errores.

Convirtiéronse á nuestra santa fé la mujer y una hija, y muchos deudos y amigos de Pablo: y habiendo alcanzado del rey de Saxumia licencia para que sus vasallos libremente se pudiesen hacer cristianos; muchos, y entre ellos dos bonzos (que son sus sacerdotes), recibieron el agua del santo bautismo, sin contradiccion del pueblo ni repugnancia de los suyos. Creció despues mas el número de los que se convirtieron por los milagros que Dios obró en Cangoxima por san Francisco: porque allí resucitó una hija de un caballero rico, gentil, y sanó á un leproso; y la gente, admirada de tan grandes maravillas, comenzó á mirarle y reverenciarle como á un hombre venido del cielo. Pero los bonzos, temiendo que con la predicacion del Evangelio, su falsa religion caeria, y sus rentas y limosnas se menoscabarian, persuadieron al rey que mandase, so graves penas, que en su tierra todos guardasen su antigua religion, y no recibiesen la que san Francisco predicaba. Él, habiendo gastado y esperado un año, padeciendo gravísimas injurias é incomodidades, dejando allí á Pablo con ochocientos nuevos cristianos, muy afligidos porque los dejaba; se partió con sus compañeros para Firando, donde en pocos dias se hicieron cristianos cien personas, las cuales encomendó al P. Cosme de Torres, y él con Juan Fernandez se fué á la ciudad de Amanguiche, que es grande, rica y populosa. Aquí les predicaba cada dia en las plazas: y aunque concurria mucha gente, y unos le oian con gusto y otros con disgusto, y muchos hacian burla de él teniéndole por insensato, y como á tal le trataban, y los muchachos y la gente del pueblo le perseguian y mofaban de lo que habia predicado; mas alguna gente cuerda y principal, admirada de la paciencia y mansedumbre del santo padre, le oyó en sus casas, y el mismo rey de Amanguiche le llamó, y quiso oir su doctrina, pero no la recibió. Mas habiendo entendido que la cabeza de todo el Japon era la ciudad de Meaco, á cuyo rey respetaban y obedecian los otros reyes y señores, se resolvió de ir á Meaco, para alcanzar del rey una provision, para predicar por todo el Japon la ley evangélica. Está distante Meaco de Amanguiche, por camino derecho, como cincuenta leguas, pero hay tantos pantanos y montes, y malos pasos en el camino, que es menester rodear y alargarse mas; y por ser el corazon del invierno y los frios muy recios, estaba lleno de nieve y de hielo, é inquieto con las guerras y mal seguro de ladrones. El santo varon no sabia el camino, y su mismo traje y vestido de pobre le hacia despreciable en los ojos de aquella gente, que se precia mucho y pone su honra en vestirse bien. Todas estas dificultades venció el fervoroso ánimo y la caridad encendida del santo varon. Concertóse con un japon que iba á caballo para Meaco, que le acompañaria y serviria como lacayo por todo el camino, con que le llevase consigo hasta ponerle en aquella ciudad. El japon iba en su caballo, y muchas veces corriendo por el peligro de los ladrones, y san Francisco, cargado de ornamentos para decir misa, y de otro hato de su amo, iba tras él á pié por la nieve (y muchas veces descalzo) por los pantanos y rios que habia de pasar, y lastimándose los piés con las piedras y espinas que topaba; mas iba tan enajenado y como fuera de sí, y tan trasportado en Dios, que no parecia que sentia algun trabajo, ni las voces y grita que algunas veces le daban los japones por el camino, por verle tan pobre y extranjero, y tenerle por hombre loco y sin juicio. Llegado á Meaco, nunca pudo haber audiencia del rey, porque las guardas no le dejaron entrar, haciendo burla de su persona. Quiso predicar en la ciudad, mas estaba tan alborotada y con tanto temor de guerra, que le pareció al santo que no seria oido: y encomendándose á nuestro Señor, se resolvió á volverse á Amanguiche, por ser ciudad muy principal (como dijimos), y tener esperanza de mas preciosa cosecha, y volvió con el mismo trabajo é incomodidad que habia venido.

En Amanguiche se fué al rey y luego le dieron entrada, y fué recibido de él con gran cortesía y humildad, especialmente despues que le dió las cartas del virey y obispo de la India, y algunos presentes, que aunque no eran de mucho valor, mas por ser de cosas nuevas y no vistas en aquella tierra, fueron muy estimadas del rey: el cual por corresponder al santo, le ofreció buena cantidad de oro y plata; mas él no la quiso recibir, diciendo, que no habia venido de tan lejas tierras por cosa alguna de la tierra, mas por solo llevar el alma de su alteza y la de sus vasallos al cielo, enseñándoles el camino para ir allá, que era el conocimiento y obediencia de un Dios solo y verdadero, criador de todas las cosas, y de su unigénito Hijo Jesucristo; y que para esto le suplicaba que le diese licencia para predicar, y mandase pregonar, que todos sus vasallos que quisiesen, podian libremente recibir la religion cristiana. El rey quedó tan pagado del santo y del menosprecio del oro y plata que le habia ofrecido, y él no habia querido recibir, que le concedió luego todo lo que habia pedido, y juntamente un monasterio de bonzos que estaba vacío, para que pudiese en él habitar.

Con esta buena gracia y liberalidad del rey, la gente de Amanguiche cobró estima de la persona del santo varon y de la doctrina que enseñaba. Venian muchos á oirle cuando predicaba (que era dos veces al dia), y á preguntarle varias cosas acerca de lo que habia enseñado y de

los misterios de nuestra santa religion; y tambien venian al monasterio donde moraba bonzos y bonzas (que son sus religiosos y religiosas), y muchos caballeros y gente noble, proponiéndole tantas dudas, que le tenian casi toda la noche sin dejarle reposar. Y aunque gastó muchos dias en esto, y los japones mostraban que les cuadraba y era conforme á razon lo que el santo padre les enseñaba; ninguno se movia á ser cristiano (por ser cosa muy diferente parecernos bien lo bueno y ponerlo por obra), hasta que un dia, predicando en la plaza el hermano Juan Fernandez, compañero de san Francisco, un japon que habia venido á oirle el sermon, y era mozo libre y desenvuelto, hizo burla de él, y para mayor oprobio le escupió en la cara. El hermano, sin turbarse, limpiándosela con el lienzo, prosiguió su sermon con la misma serenidad y semblante que antes. Vió esto otro de los oyentes: y pareciéndole que aquella paciencia y sufrimiento del hermano, era cosa mas divina que humana, y que no podia dejar de ser verdadera la ley que predicaba, pues le enseñaba y daba virtud para ser tan manso y llevar con tanta serenidad la injuria que se le habia hecho; vino luego á buscar á san Francisco, y le pidió que le hiciese cristiano; y fué el primero que esta vez recibió la fé en Amanguiche: para que se vea, cuánta mas fuerza tienen los ejemplos de paciencia que las palabras. Tras este se siguieron otros muchos, y entre ellos un mozo muy docto, ejercitado en todas las sectas del Japon, que recibió el bautismo y se llamó Lorenzo, y se determinó á entrar en la Compañía y consagrarse del todo á Dios, y fué uno de los mayores ministros que su divina Majestad tomó para convertir á los japones, y amplificar su santa religion en aquel reino. Fué tanto el fruto que se hizo en Amanguiche, que en espacio de un año se bautizaron tres mil personas, y entre ellas algunas doctas y de grande ingenio, que disputaban con los bonzos y los convencian de sus errores. Crecieron tanto en la virtud y piedad aquellos cristianos, que en veinte y cinco años de torbellinos y tempestades, que despues padecieron, faltándoles padres y maestros que los amparasen y enseñasen, ellos mismos se hicieron maestros entre sí, y conservaron la doctrina que de san Francisco habian recibido.

Era ya tan grande la fama que por todo el Japon se habia extendido de la santidad y excelencia de su persona, que el rey de Bungo, hombre prudentísimo y muy poderoso y estimado, le envió á rogar que le viese, y el santo fué, acompañado de muchos portugueses que le quisieron honrar, así por mostrar lo que le estimaban, como por acreditar mas la doctrina que enseñaba y amplificar nuestra santa religion. Fué recibido del rey de Bungo con extraordinario aparato y benevolencia: disputó delante de él y de toda su corte muchas veces con los bonzos, que una vez vinieron á la disputa en número de tres mil, escogiendo á los mas sabios y famosos entre ellos para que hablasen, y todos quedaron convencidos, avergonzados y corridos, sin que ninguno supiese responder ó replicar á lo que decia san Francisco; y el mismo rey y toda la gente, admirada de la verdad que enseñaba, y de la eficacia y modestia con que la enseñaba, entendieron que aquella no era doctrina humana sino venida de arriba. Mas estando san Francisco ocupado con el rey de Bungo, en Amanguiche, donde habia quedado el padre Cosme de Torres para cultivar aquella viña, al mejor tiempo se armó un nublado, que la apedreó; porque el mismo rey de Amanguiche fué despojado del reino por un vasallo suyo, y se mató con sus manos temiendo caer en las de su enemigo, y la nueva Iglesia del Señor padeció mucho, aunque con su gracia pasó presto aquella tempestad; porque el reino de Amanguiche se dió á un hermano del rey de Bungo, que á suplicacion de san Francisco y recomendacion del rey, su hermano, amparó y favoreció á los cristianos, como lo hizo el mismo rey de Bungo en su reino y en los otros que despues poseyó, dando casa propia en que morasen á los compañeros del santo, y licencia para que sus vasallos pudiesen hacerse cristianos: y aunque el mismo rey no se bautizó luego, sino despues de muchos años; pero cuando recibió el agua del bautismo, tomó el nombre de Francisco, por amor y memoria del santo, que habia sido el primero que alumbró su reino con la luz del cielo: el cual se determinó volver á la India: lo uno para enviar de allá mas obreros al Japon, que llevasen adelante lo que él habia comenzado: lo segundo, por haber entendido de los mismos bonzos, que su religion habia tenido principio y manado como de su fuente, de la China, y que hasta que los chinos recibiesen la fé de Cristo, ellos no la recibirian; y así se determinó de ir él en persona á la China, para que rendida aquella fortaleza y como alcázar, mas fácilmente pudiese sujetar á los japones: lo tercero; porque como él era superior y cabeza de todos los de la Compañía que estaban derramados por tantas y tan diversas partes de la India, y san Ignacio le habia encomendado el cuidado y gobierno de ellos, queria verlos y ayudarlos, para dar buena cuenta á Dios y á su maestro de lo que estaba á su cargo. Con esta resolucion se despidió del rey de Bungo y demás amigos: y dejando al P. Cosme de Torres el cuidado de las iglesias que habia edificado, y de toda aquella nueva cristiandad, se embarcó el mes de noviembre del año de 1551, llevando consigo dos japones, que él habia bautizado, y llamaban al uno Mateo y al otro Bernardo, que fué el primero que se convirtió en Cangoxima, de los cuales Mateo murió en la India, y Bernardo vino á Roma, y fué de la Compañía: y tornando á la India, acabó santamente su vida en el colegio de Coimbra.

Embarcóse en la nao de Duarte de Gama, que iba á Chicheo, y tuvo una brava y horrible tempestad en aquella navegacion; mas el Señor por las oraciones del santo salvó la nave, que se tenia por perdida, y el batel de ella, que con dos moros (otros dicen que habia quince personas en él) arrebatado de la furia de los vientos habia desaparecido, volvió (contra el parecer y esperanza de todos los marineros) por sí mismo á la nave, como san Francisco lo habia profetizado: el cual fué visto en el batel de los mismos moros que andaban en él, y guiaba el barco y le llevaba á la nave, en la cual realmente en su propia persona estaba san Francisco, á cuyos piés se postraron los moros, y se hicieron cristianos, movidos de tan grande y tan evidente milagro.

En Chincheo entró en la nave de Diego Pereyra, grande y antiguo amigo suyo, y con prósperos vientos llegó á Malaca, donde fué recibido con increible alegría y regocijo de toda la ciudad, que vino en procesion á la iglesia de la Compañía, para hacer gracias á nuestro Señor, por haberles dejado ver otra vez al santo, el cual de allí, pasando por Cochin, y visitando á sus hermanos, llega á Goa; y ántes de entrar en casa se fué al hospital, para visitar y

consolar á los enfermos, y despues se vino al colegio; y hallando que uno de sus hijos estaba muy malo, y casi desahuciado y para morir, poniendo sobre él sus manos, y diciendo un evangelio, le dió entera salud. Abrazó á todos sus hijos con amor de verdadero y benignísimo padre; y ellos le abrazaron y reverenciaron como á padre santo y hombre venido del cielo. Halló las cosas de la cristiandad en todas partes muy acreditadas, y que nuestra santa religion florecia en la India: y habiendo dispuesto las cosas, y dado la órden que le pareció, y concertado con el virey, que enviase á Diego Pereyra por embajador del rey de Portugal con un rico presente al rey de la China, y que él iria como compañero del embajador, para poder entrar con este color y tentar el vado, y ver la disposicion que habia en aquel reino tan rico, tan poblado, tan extendido, y tan ciego y sepultado en las tinieblas de la ignorancia é idolatría; nombró por superior de todos los de la Compañía de la India al padre Gaspar Barceo, flamenco, y ántes de partir se echó á sus piés diciéndole, que él tambien estaba á su obediencia, llorando todos los circunstantes su partida con tan copiosas y amargas lágrimas, como que adivinaban que no le habian de ver mas.

Salió de Goa á mediados de abril del año de 1552 en la nao de Diego Pereyra, que habia hecho grandes gastos para aquella jornada, é iba con gran voluntad á ella por servir á Dios y á su rey, y acompañar á san Francisco. Llevaba en su compañía al padre Baltasar Gago, y al hermano Pedro de Alcaceva, para enviarlos desde Malaca al Japon á ayudar al padre Cosme de Torres. Para el viaje que hacia á China, solamente tomó por compañero un hermano que se decia Alejo de Herrer, y un mozo natural de la China, por nombre Antonio de Santa Fé, que se habia criado en el colegio de San Pablo de Goa. Antes de llegar á Malaca tuvieron una recia tempestad, en que se daban ya por muertos: aplacóla nuestro Señor por las oraciones del santo padre; y de allí adelante tuvieron mucha serenidad y bonanza, hasta llegar á Malaca. Pero aquí tuvo san Francisco mas contrarios vientos y mas brava tormenta que en el mar: porque el gobernador de Malaca, por cierto disgusto antiguo que habia tenido con Diego Pereyra (que como dijimos iba por embajador al rey de la China), pesándole mucho de la honra y del provecho del que tenia por enemigo, le estorbó aquella jornada con tanta fuerza y violencia, que todos los medios que tomó san Francisco de sumision, ruegos, promesas, amenazas y excomuniones (que como legado apostólico fulminó contra él), no fueron parte para sosegar y poner en razon el ánimo obstinado y mas duro que el acero del gobernador: y así quedó en Malaca Diego Pereyra, y se cortó el hilo y traza de la embajada que habian de hacer en la China. Mas san Francisco, aunque sintió mucho (como era razon) aquel impedimento de la predicacion evangélica; y de la facilidad con que pensaba entrar en la China, no desmayó; antes consolando á Diego Pereyra, y asegurándole que todo aquel daño que padecia, resultaria en mayor acrecentamiento de su honra y hacienda, y amenazando al gobernador con la ira de Dios y con el castigo que presto vendria sobre él, salió de Malaca, y en saliendo, sacudió el polvo de los zapatos, como Cristo nuestro Señor mandó á los discípulos lo hiciesen, cuando no fuesen bien recibidos en alguna ciudad. Lo que el santo anunció, se cumplió al pié de la letra: porque Diego Pereyra despues fué muy honrado y acrecentado del rey de Portugal; y el gobernador de Malaca, por justo juicio del cielo, dentro de pocos meses fué preso en Goa, y desde allí llevado á Portugal y confiscados todos sus bienes, murió en una cárcel pobre y miserablemente.

Llegó san Francisco á la isla de Sanchoan, que está como treinta leguas de la China, con gran deseo de hallar algun camino para entrar en aquel reino que tiene la puerta tan cerrada para todos los extranjeros, que hay pena de muerte á cualquier extranjero que entrare en aquel reino sin licencia, y á cualquiera chino que le metiere; y guardan esta ley con gran rigor y no faltaban ejemplos frescos que se contaban. Despues de haber tentado varias cosas sin fruto, finalmente se concertó con un mercader chino, que secretamente le llevase al puerto de Canton, que es la primera ciudad de la China, y que habiéndole tenido escondido en su casa tres ó cuatro dias una noche le pusiese á las puertas de la ciudad y le dejase allí á sus aventuras; y san Francisco le ofreció de darle como doscientos ducados de pimienta, que para este efecto le habian dado los portugueses. Todo esto tenia grandes dificultades y peligros; mas el ánimo de san Francisco como ardia en vivas llamas de amor del Señor, en ninguna cosa reparaba ni hacia caso de tormentos y muerte: porque ninguna cosa mas deseaba que dar la vida y mil vidas que tuviera en tan gloriosa empresa por su amor. Quedó san Francisco muy alegre con el concierto viendo que se le descubria camino para lo que tanto deseaba: y porque no le fuese impedimento para su entrada tornó á enviar el hermano que habia traido de la India (porque andaba muy falto de salud) con los navíos de los portugueses que habian ya negociado, y se volvian á Malaca, y al mozo chino. Algunos creen que le envió adelante para hallarse mas desembarazado y solo y poder entrar en la China con mayor secreto y seguridad del mercader. Pero el Señor se contentó de este deseo, y quiso mas remunerarle los trabajos inmensos que hasta allí habia padecido por su amor, que ponerle en ocasion de padecer otros mayores. Aceptó por entónces su voluntad y dejó de abrir puerta á la China, que estaba tan cerrada, para hacerlo despues de sus merecimientos y oraciones; y el santo varon alcanzóse muerto lo que no pudo siendo vivo: porque poco despues que murió, se facilitó á los portugueses en Meaco y Canton el trato con los chinos; y algunos padres de la Compañía, hijos de san Francisco, han entrado en aquel reino y viven en él con seguridad; y cada dia esperamos que crecerá mas aquella cristiandad con tan buen intercesor como san Francisco Javier.

El mercader chino no cumplió su palabra y Dios envió á su siervo una calentura: y aunque mejoró, nunca pudo convalecer bien de ella; ántes recayó y entendió que el Señor le queria llevar para sí, y cumplirle otros deseos mas encendidos que poco ántes le habia dado, de dejar el cuerpo mortal en la tierra é irse al cielo á gozar de su bienaventurada vista con los cuales los otros deseos de trabajar y padecer se iban mitigando. Tuvo revelacion de su muerte, y estando en aquella isla en una choza ó enramada que se habia armado en lo alto de un monte, desamparado de los hombres, falto de todas las cosas necesarias para la salud, pero muy acompañado del Señor y de los ángeles, y lleno de dulzuras y consolaciones del cielo, por verse en tan extremada pobreza (cosa que él tanto habia

deseado); repitiéndo muchas veces el dulcísimo nombre de Jesus y de María, y haciendo unos tiernos y amorosos coloquios con el Señor, dió su bendita alma al que para tanta gloria suya y bien del mundo la habia criado.

Esta es una breve suma de las peregrinaciones de san Francisco: esta una tela sencilla, tejida de sus trabajos, de su vida y muerte. Mas ¿quién podrá explicar las labores que el sumo Artífice labró en esta tela? ¿Las gracias y dones que pintó en este lienzo? ¿Las heroicas y divinas virtudes con que adornó y enriqueció el alma de este gran siervo suyo, que son tantas y tan admirables que lengua de ángel seria menester para poderlas referir? ¡Qué humildad tan profunda! ¡Qué obediencia tan perfecta! ¡Qué menosprecio de todas las cosas de la tierra, y qué aprecio de las del cielo! ¡Que oracion! ¡Qué mortificacion! ¡Qué paciencia y alegría en las persecuciones! ¡Qué fortaleza, confianza y seguridad en los peligros! ¡Qué fuego de amor divino, y qué sed de padecer y morir por Cristo, y por la salud de sus hermanos, sin verse jamás harto de trabajos y angustias! ¡Qué anchura y capacidad de corazon, á quien todo el mundo era corto y angosto! ¿Qué diré de los privilegios con que Dios le hizo mas que hombre y superior de los demonios y de las enfermedades, de los mares, vientos y tempestades? ¿Qué de aquella luz soberana y celestial con que alumbrada su alma veia las cosas ausentes, como si estuvieran ante sus ojos, y las que habian de venir como las presentes, y leia los corazones de los que trataban con él? ¿Qué de los muchos y grandes milagros con que le glorificó Dios en el cielo y en la tierra? Desenvolvamos este lienzo: despleguemos estas labores: descubramos esta tabla, en que Dios sacó una imágen acabada de su gracia y un perfecto retrato de todas las virtudes; y comencemos con la humildad que es alma, madre y fundamento de todas.

Era muy amigo (como habemos visto) de servir en los hospitales á los enfermos, y siempre se inclinaba y acudia á los enfermos mas bajos y viles. Viniendo de Roma para Portugal con el embajador don Pedro Mascareñas, en todo aquel camino se ocupaba en ayudar á los otros que iban en su compañía dándoles el mejor lugar, aposento y cama, y teniendo cuenta de dar de comer á las cabalgaduras. Cuando se embarcó para la India, nunca los ministros del rey pudieron acabar con él (como dijimos), que tomase un criado que le sirviese; ántes él mismo sirvió en la nave á todos los que tenian necesidad y se querian aprovechar de su trabajo. Llegado á Goa, se postró á los piés del obispo, y le dió el breve del papa en que le hacia su nuncio apostólico por toda la India, diciéndole que no usaria de él sino cuando fuese su voluntad. Con esta misma humildad nunca descubrió á nadie que tuviese tal breve ni la potestad de legado apostólico sino al dicho obispo y despues en Malaca, cuando iba á la China, para atemorizar al gobernador de Malaca, que le estorbaba la jornada, y ver si con las censuras eclesiásticas le podia reportar. Siendo él, como era, superior de los otros sacerdotes y vicarios de los obispos los honraba y reverenciaba, y obedecia como si fueran sus superiores, y este respeto encomendaba mucho á los de la Compañía, y que no predicasen ni ejercitasen sus ministerios sin beneplácito y bendicion de los prelados que Dios ha puesto en su Iglesia: y decia que de esta manera habíamos de quebrar la cabeza de Satanás, que es cabeza de los soberbios. Teníanle comunmente todos por santo y con este nombre le llamaban; y él se tenia por mayor de los pecadores: y en una carta que escribió á Diego Pereyra, consolándole por haberse estorbado la jornada de la China, dice que por sus grandes pecados Dios lo habia permitido, y que él solo tenia la culpa; pues habian sido tantas y tan graves las suyas, que no solamente habian hecho daño á sí, sino tambien al mismo Diego Pereyra. En otra carta que escribió de Cangoxima á los hermanos de la India, les dice que le cumplia mucho darles cuenta de un grande cuidado en que vivia para que en sus sacrificios y oraciones le ayudasen: y era el cuidado que siendo todos sus pecados y continuas maldades manifiestas á Dios, temia mucho que no habiendo en su alma y vida una gran enmienda, le suspendiese el Señor la divina gracia tan necesaria para comenzarle á servir en aquellas partes con perseverancia hasta el fin. Y en otra carta atribuyendo todas las mercedes que Dios le hacia á las oraciones de los hermanos, les dice: «Las recreaciones que en estas partes tengo son acordarme muchas veces de vosotros, carísimos hermanos, y del tiempo que por la misericordia del Señor os conocí y conversé: siento dentro en mi alma cuánto por mi culpa perdí en no aprovecharme de las mercedes que nuestro Señor os ha comunicado. Háceme el mismo Señor tantas misericordias en estas partes por vuestras oraciones, por la memoria continua que teneis de encomendarme á él, y reconozco, que por vuestra intercesion me da el Señor á sentir la inmensidad de mis pecados, y fuerzas para andar entre esta gentilidad. De todo lo cual doy muchas gracias á la divina Majestad, y á vosotros, carísimos hermanos mios, y agradezco mucho esta gran caridad.» Huia de la honra y de sus alabanzas con tanto cuidado, como otros huyen de la afrenta y del vituperio: y cuando alguno decia cosa que redundase en su loor, se ponia colorado y quedaba vergonzoso y corrido. Encubria con maravilloso artificio sus virtudes, y los milagros que Dios obraba por él, atribuyéndolos á la fé y devocion de los que de la mano del Señor recibian aquel beneficio. Ninguna cosa encomendaba mas veces y con mayor encarecimiento á sus súbditos, que el estudio de la verdadera humildad, afirmando que ninguno puede ser legítimo hijo de la Compañía de Jesus, ni servir en ella fielmente al Señor, sino el que fuere despreciador de sí mismo y conociere bien su poquedad y bajeza; porque decia, que la arrogancia y vana presuncion de sí mismo es el veneno de toda virtud y enemiga del instituto y perfeccion de la Compañía; y así en una epístola, escribiendo del Japon á los padres y hermanos de Goa, les dice: «Ejercitaos con gran cuidado en la humildad, y venceos en todas las cosas que nuestra naturaleza depravada aborrece, y trabajad mucho por conoceros perfectamente con la divina gracia; porque el conocimiento de sí mismo es como ama, que cria la confianza en Dios, y como madre de la humildad cristiana.»

De este mismo afecto de humildad nació en san Francisco aquella perfecta obediencia que tuvo á todos los superiores, y especialmente á san Ignacio, que fué tan grande que en diciéndole que se partiese de Roma para la India, porque Dios le llamaba y se queria servir de él, luego bajó la cabeza, y con grande alegría se ofreció al trabajo y se partió al otro dia con no estar aun confirmada la Compañía ni ser san Ignacio prepósito general, sino solo persona á quien todos, como á padre y maestro, voluntá-

riamente respetaban. Y con esta misma obediencia recibia todas las órdenes que el santo padre Ignacio desde Roma á la India le enviaba, como venidas del cielo; y en una carta que san Francisco desde la India escribió á san Ignacio, le dice que aunque estaba seis mil leguas léjos, y ya viejo y cano, y no pensaba verle sino en el cielo; pero que si le mandase volver á Roma, luego volveria sin que los mares, vientos y tempestades se lo estorbasen. Y cuando mandaba alguna cosa á sus súbditos, solia añadir: Mirad que os mando esto por la reverencia y obediencia que teneis á nuestro santo padre Ignacio; mostrando en esto su humildad y respeto que tenia á su santo padre; pues queria que le obedeciesen á él por su respeto: la cual humildad no ménos resplandecia en escribir á san Ignacio las cartas de rodillas: tanta era su humildad propia y la estima que tenia de la santidad de su padre.

Esta misma humildad de san Francisco resplandeció mucho en el amor de la santa pobreza, como quien tan bien sabia las riquezas que se encierran en ella, y la seguridad de ánimo que da á los que la abrazan por Cristo, librándolos del cautiverio y dura servidumbre de la codicia y proveyéndoles sin cuidado de lo que han menester, teniéndolo todo, por haberlo dejado todo por aquel Señor, que siendo riquísimo, se hizo pobre por enriquecernos con su pobreza. Llegado á Lisboa, no quiso aceptar la casa, ni la comida que el rey le ofrecia; sino fuése al hospital, pidiendo de puerta en puerta su pobre comida. Despues que se embarcó para la India, nunca el gobernador Martin de Souza pudo acabar con él que comiese en su mesa (como se dijo arriba); porque en el mar y en la tierra siempre vivió de limosna para su comida y vestido. En la misma ciudad de Goa, donde no le faltara lo que quisiera, gustaba mas de pedirlo por amor de Dios, por el afecto grande que tenia á la santa pobreza. Trayendo en la India una media loba vieja y rota, sus amigos le hicieron hacer una nueva: y no habiendo querido vestírsela por ningun caso, con cierto engaño (sin saberlo él), se la hicieron vestir. Cuando lo supo, y se vió vestido con la media loba nueva, tanto los importunó, que le hubieron de volver la vieja. Cuando fué al cabo de Comorin ó Pesquería, fué con suma pobreza y desnudez, andando muchas veces descalzo; y lo mismo hizo en el Japon yendo corriendo tras los caballos, desabrigado y casi desnudo y traspasado de los hielos y extremados frios del invierno: y cuando volvió del Japon á Goa, traia un sombrero viejo, la camisa rota, la loba hecha pedazos y remendada, como quien triunfaba de la abundancia y de la vanidad de los hijos de este siglo; porque su regalo y deleite era ser pobre y vivir como pobre; y así en una carta que escribe del Japon á sus hijos, que estaban en Goa, les dice estas palabras: «Ya habemos llegado por singular gracia de Dios al Japon, donde hay falta de todas las cosas: lo cual tengo por particular beneficio de la providencia del Señor; porque en los otros lugares la abundancia de la comida y de regalos muchas veces es incentivo para que los hombres sigan sus apetitos sin freno, y se entreguen á los gustos de la carne; y á esta causa faltan á sus almas las consolaciones espirituales, y no pocas veces el cuerpo padece graves enfermedades, y con ellas paga el mal gusto que tomó.»

Sobre este sólido y profundo fundamento de la humildad edificó san Francisco (ó por mejor decir el Señor en él) el alto y hermoso edificio de todas las virtudes, hasta llegar á la cumbre de la caridad, que es reina y vida de todas; porque cierto es cosa que pone admiracion, el ver cuán encendido y abrasado estaba el corazon de este santo padre del amor del Señor, con el cual se entretenia de noche, contemplándole y hablando con él, y de dia no le perdia de vista, conversando por su mismo amor con los hombres, y los vivos deseos que ardian en aquel pecho sagrado de morir mil veces por él: ofreciéndose entre tantas y tan bárbaras naciones á manifiestos peligros de pestilencia, naufragios, corsarios y ladrones, y buscando siempre su mayor gloria. Esta caridad le llevó á la India: esta le hizo padecer tanto y con tanta alegría en la Pesquería: esta le hizo dulces y sabrosas las fatigas y peligros de la isla del Moro: esta le hizo despreciar tantas veces las ondas inmensas del mar Océano, y los peligros de los corsarios, y penetrar á los reinos del Japon, y procurar entrar en los de la China, sin reparar en vida ni en muerte, para amplificar la gloria de su Amado, y alumbrar las almas ciegas de los gentiles, que el Señor habia comprado con su sangre. Y si el padecer mucho por el amado es señal de grande amor, ¿cuán grande fué el amor de este santo varon para con Dios, por quien tanto padeció? Tres veces padeció naufragio, y una vez anduvo dos ó tres dias sobre una tabla en las ondas del mar, y Dios le libró. Otra vez, persiguiéndole los moros, se escondió en un bosque, donde estuvo algunos dias, y así escapó. ¿Pues cuántas veces le tiraron saetas los bárbaros? ¿Cuántas le quisieron matar con ponzoña? ¿Cuántas los ladrones estuvieron para poner las manos en él; y las hubieran puesto y acabádole la vida, si Dios no le hubiera guardado? Pues ¿qué diré de aquella confianza que le daba este mismo amor de Dios en estos trabajos y peligros, que era tan grande y estupenda, que parece estaba colgado de sola la paternal providencia de su Amado, y armado con ella era señor de todas las criaturas y rico en la pobreza, abastado en la necesidad, y esforzado en los peligros, en las tempestades seguro, entre las armadas de los bárbaros intrépido, en medio de la muerte con mucha paz, sin querer tomar contravenenos, ni remedios contra la ponzoña? Finalmente, quebrantó la cabeza del demonio, que muchas veces en grandes aprietos le pretendió espantar y nunca pudo, porque armado con esta confianza, sabia que su Señor no le podia faltar, ni el demonio tocarle en un cabello sin su voluntad; y así en una carta, que al tiempo que iba al Japon escribió al provincial de Portugal, le dice: «Todos mis amigos y familiares se espantan, que yo quiera emprender un camino tan largo, y grandes peligros de las tormentas y corsarios; mas yo no me maravillo ménos de ellos, que tengan tan poca confianza en Dios, debajo de cuya mano están todas las cosas; y así sabiendo cierto que todas se rigen por su voluntad, ninguna cosa temo sino al mismo Dios, y que no me pida cuenta de la negligencia con que le he servido y me castigue por ello; y por esto no hago caso de los espantos, peligros, miserias, cruces y tormentos. A solo Dios temo, criador y gobernador de todas las cosas, y sé cierto que ninguna de ellas, por mala y perniciosa que sea, puede hacer mal á los hombres, sino cuanto él les permita.» Todas estas palabras son de san Francisco; mas todo lo que padeció por amor del Señor, con ser tanto, no es nada para lo que él deseó padecer; porque en los mayores trabajos y mayores angus-

tias suplicaba al Señor, que no se las quitase, sino para darle otras mayores. Y una vez que el Señor le mostró las cruces y tormentos por donde habia de pasar, no se espantó ni desmayó (como dijimos); ántes con grande esfuerzo y espíritu clamó: Mas, mas, mas, Señor; pareciéndole pocos aquellos trabajos que Dios le representaba, para los que él deseaba padecer. No quiero hablar de aquella ansia insaciable con que deseó y procuró que todo el mundo conociese y amase y sirviese á este Señor, porque las vueltas que dió en la India, de provincia en provincia, de reino en reino, de unas naciones en otras, hasta llegar á lo último de Oriente, y á tierras no conocidas con tantas incomodidades, nos declaran este amor. Pasaba algunas veces dos y tres dias sin comer, oyendo confesiones, sirviendo á los enfermos, pacificando y haciendo amigos á los discordes, y atendiendo á las otras obras de caridad, olvidándose de sí, y sustentándose como con pasto del cielo, del divino consuelo y viviendo de Dios. Y no solamente se desvelaba en procurar que los pueblos, ciudades y reinos enteros conociesen al Señor; pero de cualquier alma particular tenia gran cuidado de ganarla para Dios, y mas de las almas de los mayores y mas públicos pecadores. Cuando estuvo en la isla de Ternate, quitó las amigas á los soldados que allí estaban, y solo quedaron dos, á quienes cuando partió, no habia podido persuadir que las dejasen; mas ido á la isla de Amboino, escribió á un amigo suyo que habia quedado en Ternate, que avisase á aquellos dos de su parte, que saliesen de aquel cieno y atolladero en que estaban, y que le avisasen cuando habia de ser; porque luego seria con ellos para ayudarlos, y que entretanto no cesaria de pedir á Dios que los tuviese de su mano, y no les castigase.

En la ciudad de Malaca hubo un judío vicioso y obstinado, aunque docto, que hacia escarnio y mofa de san Francisco cuando predicaba. No se enojó ni alteró el santo padre; ántes con blandura y buena gracia se le hizo amigo, y de judío pertinaz y rebelde, Dios le convirtió, é hizo cristiano fiel y piadoso. Navegando una vez al puerto de Canavor, exhortó á uno que iba en la nao, gran pecador, que se confesase: y viendo que el hombre no admitia sus saludables consejos, disimuló y le dejó por entonces. Despues saltaron en tierra, y poco á poco le llevó consigo paseando hasta un monte apartado, y estando los dos solos, el santo de repente se desnudó, y puesto de rodillas delante de él, se comenzó á disciplinar con una disciplina de abrojos, tan fuertemente, que el pobre hombre quedó atónito; y mas oyendo decir, que tomaba aquel castigo para aplacar á Dios y detener el azote que queria descargar sobre él. Salpicaba la sangre que salia de las espaldas del inocente al pecador: el cual espantado y confundido de tan raro ejemplo de caridad, se echó á sus piés, y se confesó y enmendó la vida, que era lo que el santo padre deseaba. Enviando el virey don Juan de Castro á su hijo don Álvaro de Castro á cierta jornada, supo san Francisco que un soldado muy valiente y desgarrado, y que vivia como si no hubiera mas que esta vida, iba en aquella armada; y sin tener necesidad se embarcó en la misma fusta en que iba el soldado (pensando todos que le habia rogado el virey, que por amparo de su hijo y toda la armada fuése en ella): allí con su afabilidad y blandura trabó plática con él, y se le hizo amigo, y poco á poco le ganó de manera, que saltando en tierra le confesó generalmente: y dándole una pequeña penitencia (admirándose el penitente de ella, por ser sus culpas tantas y tan abominables), el santo le dijo que por lo demás él satisfaria por él á Dios: y entrando en un bosque allí cerca, tomó luego por principio de paga una recia disciplina; y el hombre quedó espantado y como fuera de sí, y mas cuando entendió que el siervo de Dios no se habia embarcado en aquella fusta sino para remediar su alma, y que se volvia para Goa, de donde habia salido para solo este efecto, y le quedó tan agradecido y tan obligado á Dios nuestro Señor, que con su gracia volvió la hoja, y vivió de allí adelante cristianamente guardando los consejos que el santo varon le habia dado. De estos ejemplos podríamos contar muchos, que por ser semejantes y del mismo jaez, dejamos por brevedad.

Con ser san Francisco Javier tan celoso y fervoroso en procurar la salud de las almas, no era severo, importuno y molesto, sino blando, fácil y amoroso, tomando tantas figuras y tan diferentes modos para ganar á los que trataba, cuantas eran sus condiciones y calidades. Con los soldados parecia soldado, con los marineros marinero, con los religiosos santo, y con los pecadores alguna vez parecia pecador, haciéndose todo á todos, para ganarlos á todos para el Señor; porque aquel grande y encendido amor que le tenia, le enseñaba lo que habia de hacer: y como un hierro en la fragua se viste de las calidades del fuego, así él se vestia de las propiedades y participacion de Dios. No se puede fácilmente creer las artes que usaba para sacar del pecado á los que estaban cautivos y aprisionados debajo de la tiranía de Satanás. Sabiendo que alguno estaba enlazado en algun amor deshonesto, no le iba luego á la mano; mas con un santo artificio se le entraba por las puertas, y se le hacia amigo y familiar: despues él mismo se convidaba á comer con él; y habiéndole ya ganado para sí, le ganaba para Dios: porque cuando veia que aquella alma estaba bien dispuesta, embestia con ella, y con sus amonestaciones le quitaba las malas compañías y ocasiones de pecar; y si no podia arrancar los pecados todos de un golpe, usaba de tal suavidad y destreza, que ablandando el corazon poco á poco, de uno en uno los quitaba todos; y de esta manera, con admirable afabilidad y prudencia quitó á un hombre siete mujeres una á una, con las cuales, y grande escándalo del pueblo, vivia deshonestamente. Aconteció una vez de estas, pedir que le diesen de comer (de limosna) á un hombre que dentro de su casa tenia para su servicio algunas mujeres con nombre de criadas, pero amigas. No pudo negar el hombre por respeto de la persona de san Francisco: el cual, con ver servir á las mujeres á la mesa no se extrañó, ni las torció el rostro, ni dijo palabra al huésped, hablando mas eficazmente al corazon con su silencio, y con su santa y suave conversacion, que si le hablara mucho; y pudo tanto con aquella habla muda, que espantado el hombre de ella, se compungió y vino á buscar al santo, y se confesó y puso en sus manos, echando de su casa las ocasiones que tenia de pecar.

Todo esto enseñaba al santo varon (como dijimos) el amor del Señor, que es gran maestro, y juntamente le daba gracia para juntar con esta facilidad y blandura una gravedad y compostura religiosa, tan rara, que no perdia un punto de su autoridad, ni de la opinion que de su santidad tenian todos, por verle tan familiar con los pecadores que pretendia ganar; porque era alegremente gra-

ve y gravemente alegre, y todas sus acciones olian á santidad. Maravillosa era la suavidad de su rostro, la dulzura de su trato y afabilidad de su conversacion; pero su santidad era tan conocida y estimada, que no disminuia nada de la reverencia y respeto que á tan alta persona se debia, y los que mas le trataban le tenian en mayor veneracion, y algunos se echaban á sus piés, y cuando le hablaban no se querian cubrir delante de él por mas que se les rogase é importunase; porque les parecia que no hablaban con un hombre comun y mortal, sino con un hombre divino, por quien les hablaba Dios.

A la cumbre y perfeccion de esta caridad y amor del Señor, subia san Francisco Javier favorecido y llevado de su gracia por medio de la mortificacion y victoria de sí mismo y de la oracion, que son las dos alas con que el alma pura y desembarazada vuela á Dios. La mortificacion que tuvo este santo varon, y el fervor con que procuró alcanzar perfecta victoria de sí mismo, se echa de ver en las dos cosas que entre otras muchas hizo y nosotros arriba habemos contado: la una, de los cordeles nudosos con que se ató, y de los dolores que padeció para vencer y mortificar la lijereza y gusto que habia tenido de correr y saltar; y la otra, la fuerza y ardor de espíritu con que lamió las llagas del pobre enfermo en Venecia y le chupó la podre que de ellas corria, para triunfar de sí y vencer el orror, asco y repugnancia que de curar aquel pobre sentia. Todo el resto de su vida fué una perpetua mortificacion en la comida y bebida, en el vestido pobre y roto, en los ayunos, disciplinas, cilicios y penitencias, como en lo que hasta aquí habemos referido se puede ver. Su comida comunmente era la que pedia y le daban de limosna: apenas comia carne ni bebia vino, sino cuando le convidaban y comia con algun amigo, que entonces se acomodaba á los otros para ganarlos mas fácilmente para Dios: el cual le dió una victoria tan perfecta de su carne (que es el enemigo mas peligroso y doméstico que tenemos), que guardó perpetuamente su virginidad sin corrupcion, con una entereza tan extraña y con un aborrecimiento á cualquiera pensamiento feo y torpe, tan grande, que una vez durmiendo, por haber tenido en sueños una representacion carnal, despertó echando mucha copia de sangre por las narices, despavorido y sobresaltado y como fuera de sí, por el horror de aquella representacion y por la fuerza que se hizo en desecharla.

Mas ¿qué lengua podrá explicar la oracion tan continua, tan fervorosa y tan regalada en este gran siervo del Señor, y las mercedes y favores que él le hizo y le comunicó en la oracion? Porque estando todo el dia ocupado en negocios ó en caminos y peligrosas navegaciones, y siendo de suyo tan benigno y tan afable con todos, es cosa que espanta ver que en cualquiera lugar y en cualquiera cosa que hiciese, siempre estaba en sí y con Dios, como si fuera un ermitaño y viviera en un risco apartado y olvidado de todas las cosas del mundo: y aunque todas las cosas que trataba le servian de libro y como de espejo que le presentaban á Dios; todavía tenia sus tiempos determinados para la oracion: y cuando las ocupaciones eran tantas que no podia atender á ellas, ó por servir á los enfermos ó por predicar á los gentiles, ó por obra de caridad, quitaba de las horas del sueño breve que solia dar á su cansado cuerpo para darlas á la oracion, queriendo que faltase ántes al cuerpo el necesario reposo, que al alma su sustento y entretenimiento con Dios. No pocas veces pasó todas las noches orando y contemplando sin cerrar los ojos; y el poco tiempo que dormia mas oraba que dormia; porque durmiendo muchas veces gemia, y con un amoroso suspiro decia á voces: ¡Buen Jesus mio! O amor de mi alma! ¡O Criador mio! ¡O mi Señor! y otras semejantes: y despues preguntado, por qué durmiendo clamaba, respondia el santo, que él no sabia ni se acordaba de tal cosa. Era san Francisco devotísimo de la sacratísima pasion de nuestro Señor, y meditaba muy á menudo los divinos misterios que en ella se nos representan, y decia, que eran firmes testimonios y seguras prendas del amor que el Señor nos tiene y vivos ejemplos que nosotros debemos imitar. Aparejábase ántes de la oracion con sumo cuidado: rezaba el oficio divino con particular atencion y devocion; y ántes de comenzarle decia el himno: *Veni, Creator Spiritus:* y aunque por andar tan ocupado en cosas de tanta caridad y servicio de Dios, pudiera rezar el breviario de tres lecciones (que despues la santidad de Pio V prohibió) del cardenal don Francisco Quiñones, por ser mas breve y tuvo licencia para ello; nunca quiso sino rezar por el breviario comun, que usa la Iglesia romana, por conformarse mas con ella. Tuvo muy particular devocion á la santísima Trinidad y á Cristo nuestro Salvador, á su purísima Madre la vírgen María; y así en la hora de su muerte encomendó particularmente su alma á los que en su vida tantas veces se la habia encomendado. Hacia muy á menudo oracion al arcángel san Miguel y á su ángel de Guarda, y á los demás ángeles que son gobernadores de las provincias y presidentes de los reinos en que él estaba.

Su oracion, además de ser continua, era ardiente y fervorosa, y muchas veces se trasportaba y arrobaba en ella. Fué visto de noche en Goa, paseándose en la huerta como fuera de sí, y al cabo de rato alzar con las manos del pecho la ropa que traia (por el gran fuego que sentia en él), y repetir muchas veces: *Sat est, Domine, sat est:* Basta, Señor, basta, basta, Señor. Cuando fué de Amanguiche á Meaco, iba tan encendido y puesto el corazon en Dios, que no sentia las heridas que las piedras, palos y espinas hacian á sus piés, corriendo tras los caballos descalzo.

Estando en Goa, dió órden una vez á un compañero suyo, que le avisase á la una de la tarde, porque queria ir á hablar al gobernador. El compañero fué á la hora señalada, y hallóle puesto en oracion, tan embebecido y arrebatado, que le dejó hasta las cuatro. Tornó á él: y hallándole de la misma manera, le asió de la ropa para hacerle volver en sí. Entonces le dijo san Francisco: ¿Es ya la una? No son sino las cuatro, respondió el compañero. Pues vamos, dijo el santo. Salió de casa: anduvo las calles tan suspenso y puesto en Dios, que no acertó á ir á casa del gobernador; y volviendo ya de noche á la suya, dijo al compañero: otro dia habrá para el gobernador, que este Dios lo ha querido para sí.

Y aunque cualquier lugar (como dijimos arriba) le servia de oratorio; pero siempre que podia se recogia á la iglesia á hacer oracion delante del santísimo Sacramento, por tener en ella á su Dios realmente presente, y sabe que por este respeto oye mas benignamente las plegarias que se le ofrecen en la iglesia, y por ser un lugar propio de oracion, y por la consagracion y bendicion de la santa Iglesia católica, con que está dedicada al culto del Señor;

y por esto siempre que podia, dormia en la sacristía ó en alguna casilla cerca de la iglesia, para poderse entrar en ella y gastar toda la noche en oracion delante del acatamiento del Señor. Cuando no hallaba iglesia, hacia oracion delante de un crucifijo, entreteniéndose y regalándose con él, ofreciéndole las fatigas que aquel dia habia pasado en su servicio, y pidiéndole gracia para los trabajos que el dia siguiente habia de pasar. Pero en ninguna cosa se esmeró mas san Francisco ni descubrió mas su devocion, que cuando decia misa, porque entonces parece que soltaba la rienda á su fervoroso espíritu y á las lágrimas que derramaba, especialmente cuando consagraba y consumia el cuerpo del Señor, que eran tantas y tan suaves, que los que le servian á la misa y los circunstantes quedaban atónitos y movidos á toda devocion. En la misa siempre hacia oracion por la conversion de los gentiles, y decia una oracion particular muy devota, que él mismo habia compuesto para este efecto; y despues de la misa rezaba un responso á las almas del purgatorio, de las cuales era tan devoto, que de noche andaba por las calles con una campanilla exhortando con voz alta á todos los fieles, que se acordasen de ellas en sus sufragios y oraciones. Solia dar la comunion hincado de rodillas por mayor reverencia, y fué visto algunas veces levantado de tierra en aquella postura, y como sustentado en el aire por divina virtud. Procuró muchas veces el demonio estorbarle su oracion con ruido, con varias figuras y asombros; y finalmente, dándole muchos palos y quebrantándole, como lo hizo en Malipur, estando san Francisco haciendo oracion una noche en el templo del glorioso apóstol santo Tomé; mas ninguna cosa bastó para que él dejase su oracion ó no volviese á ella, luego que estuvo sano de las heridas que el demonio le dió, como arriba queda referido.

Fueron tan singulares las gracias que por medio de la oracion dió nuestro Señor á san Francisco, y tanta la abundancia del divino consuelo con que regalaba su bendita alma, que muchas veces (para que no le viesen) era forzoso esconderse de los ojos de los hombres, porque no podia encubrir ni disimular el ímpetu de la corriente y gracia del cielo: y no pocas resplandecia esta gracia, y se derivaba del alma en el cuerpo; de manera que los que le trataban, no osaban mirarle á la cara (como los judíos á Moisés) ni fijar los ojos en él.

Por medio de esta misma oracion le comunicó el Señor el don de profecía, y una luz soberana, con la cual alumbraba su alma, veia los corazones de los hombres, y las cosas ausentes como si estuvieran presentes, y las que habian de ser, como si ya hubieran sido; y esto tantas veces, y en lugares y cosas tan diferentes, que se ve claramente la singular gracia que en esta parte tuvo del Señor, y que le habia hecho como apóstol y profeta de la India; porque dejando aparte las veces que navegando con buen tiempo, dijo que habia de venir tempestad, ó que estando en alguna peligrosa tormenta, cesaria presto y llegarian á salvamento, ó que algunas naves que parecian fuertes perecerian, ó siendo viejas y maltratadas y carcomidas durarian, y finalmente se acabarian en el puerto sin daño de nadie (que todas estas cosas muchas veces en varios tiempos y lugares, las anunció con tanta firmeza y seguridad, como si las viera, y todas sucedieron de la misma manera que él las predijo); digamos algunos ejemplos mas memorables de este espíritu profético y luz divina.

Predicando en la ciudad de Malaca, muchas veces avisó al pueblo de las calamidades que le habian de venir por sus pecados: de los incendios y estragos que habian de hacer los enemigos: del cerco de la ciudad, de la pestilencia y otras miserias y desventuras con que habian de ser afligidos, las cuales vinieron sobre aquella ciudad, como el santo se lo habia profetizado. Cuando vinieron estos trabajos á Malaca, estaba san Francisco en el Japon, y allí tuvo revelacion de ello, y avisó á los portugueses que con él estaban, que hiciesen oracion á Dios por la ciudad de Malaca que estaba cercada y muy apretada; y despues tuvo revelacion de que Dios le habia librado, y así lo dijo á Diego Pereyra, que estaba con cuidado del cerco de Malaca y de lo que él para socorrerla habia de hacer. Estando en la misma ciudad al tiempo que iba á la China, un dia á deshora se echó de pechos sobre una cama, y estuvo como sin sentido y fuera de sí, sin que ninguno de los de casa le osase hablar; y al cabo de buen rato, como quien despierta y vuelve en sí, comenzó á dar voces y á decir: Dios te lo perdone, fulano; nombrando á cierta persona que entonces vivia en Portugal, que hacia algunos oficios en daño de la Compañía. Notáronse aquellas voces, y no se entendió por entonces lo que san Francisco queria significar; porque él lo calló y ninguno se atrevió á preguntárselo: mas despues que llegaron las cartas de Portugal y se supo lo que allí habia pasado, se entendió que en el mismo tiempo que pasaba en Portugal, Dios se lo habia revelado á san Francisco en Malaca. Tambien fué ilustre profecía la que aconteció en la misma ciudad de Malaca, y brevemente tocamos arriba, cuando habiendo salido una pequeña armada nuestra con algunos pocos portugueses en busca de una gruesa y poderosa armada del rey de Azen, y estando toda la ciudad triste y llorosa, creyendo que su armada era perdida; san Francisco desde el púlpito reprendió gravemente aquella poca fé y desconfianza, y en la misma hora que las dos armadas peleaban, él pintó la batalla como si con los ojos la viera; y finalmente reclinándose sobre el púlpito y habiendo estado algo suspenso, volvió en sí con maravillosa alegría en los ojos y su semblante, y clamó y dijo: Venció, hermanos, venció por nosotros Jesucristo: en esta hora acaban los soldados de su santísimo nombre de desbaratar y vencer la armada de los moros, suyos y nuestros enemigos, con muertes de muchos millares de ellos y de solos cuatro de los nuestros: y añadió cuándo habia de venir la nueva de la victoria, y cuándo llegaria al puerto de Malaca la armada victoriosa, y que hiciesen penitencia de su desconfianza, y con gozo y alegría rezasen dos Padre nuestros y dos Ave Marías, haciendo gracias al Señor por la victoria, y rogando por las almas de aquellos cuatro soldados cristianos que habian muerto.

Los moradores de un pueblo, llamado Tolo, en la isla del Moro, habiéndose hecho cristianos, volvieron atrás con grande desacato é injuria de Cristo nuestro Redentor, el cual los castigó severamente con prodigios y señales del cielo, y los portugueses en la tierra con un ejército que juntaron contra ellos, prometiendo san Francisco dichoso y feliz suceso á los cristianos: y como el santo lo prometió, lo cumplió Dios, librando milagrosamente á los soldados cristianos de los lazos y celadas, que en el asalto les

tenian armados los infieles, y de evidentes peligros: y fué cosa tan notoria, que los mismos bárbaros confesaron, que la victoria que alcanzaron los nuestros no habia sido por fuerza humana, sino por favor del cielo.

Una vez para socorrer á una doncella que estaba en peligro de vender su castidad, tuvo necesidad de alguna gruesa limosna: pidióla á un grande amigo suyo rico que se llamaba Pedro Vello, que á la sazon estaba jugando en casa de otro amigo suyo: y como allí no tuviese dinero, dió al santo la llave de su escritorio para que él tomase lo que quisiese. Tomó trescientos ducados y díjoselo á Pedro Vello, volviéndole su llave. Entonces Vello le respondió, que habia el santo andado muy corto; porque cuando le dió la llave pensó que de treinta mil ducados que habia en el escritorio, tomaria la mitad, y díjolo tan de veras, que san Francisco se lo agradeció y le aseguró, que Dios nuestro Señor nunca le faltaria, y que ántes de morir sabria el dia de su muerte. Desde aquel dia quedó otro Pedro Vello, é hizo muchas limosnas, y se dió á obras de caridad. Estando ya viejo, despues de muchos años, avisado de Dios de su muerte, segun la profecía del santo, dispuso sus cosas y repartió todos sus bienes entre pobres é iglesias, en misas y oficios divinos que se le habian de decir, y comenzó á despedirse de sus parientes y amigos de casa en casa, como estaba de partida para la otra vida: y viéndole sano en el cuerpo, sospecharon y decian ser aquello falta de juicio. Entendiéndolo él, con mayor cuidado, entereza y cortesía hacia sus cumplimientos, y atendiendo mucho á devociones particulares, y frecuentacion de los santos sacramentos, llegó la hora que se supo habia de morir, y poco ántes se fué á la iglesia, y echándose en un ataud, se hizo cubrir con un paño negro: comenzóse la misa de difuntos; y acabada, cuando el sacerdote dijo: *Requiscant in pace*, llegaron sus criados y otros muchos, levantaron el paño, y halláronle muerto, conforme á la profecía y promesa del santo, en premio de sus grandes limosnas.

¿Qué diré de aquella maravillosa revelacion que tuvo, que habia de volver á la nave, y salvarse el barco, que arrebatado de la furia de los vientos y de las ondas se habia apartado y desaparecido sin esperanza de poderse cobrar?

Estando en la isla de Ternate dijo, que rogasen á Dios por el alma de Juan de Arauz (que era un mercader rico), el cual al mismo punto acababa de morir en la isla de Amboino. Navegando á Maluco, al mismo dia que salia el santo del puerto, salió en otro navío un mercader que se llamaba Juan Galvan; llegó san Francisco al puerto aunque con trabajo, y aguardando todos que llegase Juan Galvan, él predicando les dijo, que rezasen por su alma que ya era muerto, y así fué, porque se perdió el navío en que iba.

Cuando partió de Malaca para la China, avisó á Diego Pereyra, su grande amigo, en cuya nave iba, que diese el cuidado de sus mercaderías, que iban en la nave á otro, porque el que él habia señalado, no llegaria á la China; y como el santo lo dijo sucedió, que aquel hombre murió en el camino.

No solamente con el espíritu profético vió las cosas ausentes y remotas y las anunció, y las que habian de venir ántes que viniesen, sino tambien penetró los corazones é íntimos pensamientos de los otros. Un mancebo, mercader rico, que se llamaba Juan Duro, habiéndose confesado con san Francisco, se movió tanto con sus palabras y ejemplos, que le rogó con grande instancia que le admitiese en su compañía, porque él queria dar toda su hacienda á los pobres y seguirle. Apenas lo pudo acabar del santo, porque temia la inconstancia del mozo: el cual habiendo comenzado á repartir lo que tenia á los pobres, se arrepintió, y teniendo vergüenza del santo, recogió secretamente toda su hacienda, y púsola en un navío para partirse, sin decir nada. A tiempo que se queria embarcar, le envió á llamar el santo; y él vino con disimulacion, pensando que le estaba encubierto lo que él tramaba, por no haberlo descubierto á nadie. Tomóle aparte el santo, y con un semblante severo y grave le dijo: Pecaste, Juan, pecaste. Quedó atónito el pobre hombre, entendiendo que Dios habia revelado al santo lo que él trazaba en su corazon, y se echó á sus piés y le respondió: Pecado he, padre, pecado he. Arrepintióse y confesóse; y tomando el santo consejo de san Francisco, tornó á su buen intento y dió toda su hacienda á los pobres, y quedó en su compañía. A este mismo compañero, por haber aceptado algunas limosnas de los portugueses, para proveer á las necesidades de san Francisco sin su licencia, le apartó de sí, y le desterró á cierta isla por algunos dias, en los cuales tuvo Juan Duro una vision, y aunque la quiso encubrir no pudo; porque san Francisco despues de haberle confesado, se la descubrió toda con grande espanto de él, que no la queria manifestar, conociendo que á Dios ninguna cosa se puede esconder, ni á los que él quiere revelar los secretos de los corazones.

Habia sacado á un hombre de mal estado y reducídolo al amor de la virtud, y para que perseverase en ella, exhortádole á confesarse á menudo y á volverse al reino de Portugal, porque así le convenia: y aunque el hombre prometió de hacer lo uno y lo otro, como el santo se lo habia mandado, no lo cumplió; porque se quedó en la India, y habia tres años que no se confesaba. Topóle el santo estando en Bazain: y el hombre viéndole, vino á él con alegría, para hacerle reverencia y abrazarle: mas san Francisco volviéndose á él, le dijo: ¿Yo os habia de abrazar, habiéndome engañado y faltado á vuestra palabra, pues no os habeis confesado despues que os partisteis de mí? No os tendré por amigo ni os hablaré, hasta que os confeseis. Entendió el hombre que el santo era mas que hombre; pues Dios le revelaba todo lo que tenia en su corazon: confesóse y enmendóse. Preguntó á un amigo suyo en Cochin, cómo estaba. Respondió el amigo: Bueno estoy, padre; y el santo: del cuerpo bien y mal del alma. Trataba este hombre en aquel mismo tiempo de cometer no sé qué maldad, y teníala muy secreta en su corazon, y entendió que san Francisco, con la luz del cielo, la sabia: confesóse con él, y volvió en sí. El dia ántes que muriese en la isla de Sanchoan, mirando á uno que le servia con ojos tristes y llorosos, le dijo con una voz lastimosa: ¡Ay de tí! ¡ay de tí! ¡ay de tí! y poco despues, estando enredado en torpes amores de mujeres, súbitamente le mataron.

Obró nuestro señor muchos y grandes milagros por su siervo san Francisco Javier en su vida, y el mayor milagro de todos fué su misma vida. Echó muchos demonios de los cuerpos, algunas veces por sí mismo, y otras por medio de los muchachos recien convertidos, lamentándose

los demonios, y deshaciéndose de rabia, por verse echar del santo por medio de aquellos muchachos, porque por su soberbia lo tenian por grande afrenta. Sanó de la misma manera á muchos enfermos que estaban fatigados de varias y graves dolencias en muchas partes, especialmente en el cabo de Comorin (como lo dijimos), en la isla de Zeilan, sanó á un hombre que se llamaba Miguel Fernando, diciendo misa por él, que estaba muy afligido y apretado de dolor de piedra. A otros que estaban ya desahuciados haciendo la señal de la cruz, ó echando un poco de agua bendita sobre ellos, les restituyó la salud. En Amanguiche dió piés para andar á un cojo, lengua á los mudos, oidos á los sordos.

Los muertos que resucitó, fueron muchísimos. Los que en particular se saben, llegan á mas de veinte y cinco; y solo contaré algunos. En la costa de la Pesquería, en una tierra llamada Combutere, cayó un niño en un pozo: ahogóse, y estuvo muchas horas sumergido debajo del agua: sacáronle y llevároule á enterrar: encontróse la gente que le acompañaba con san Francisco, que salia de decir misa de la iglesia de San Estéban: en viéndole la madre, corrió á él llorosa y muy afligida: hincósele de rodillas: pidióle remedio y favor, no solo para su hijo, mas para sí y su gran dolor. Movido el santo á compasion, llegóse á la tumba: arrodillóse: tomó la mano al niño muerto; y dijo: En nombre de Jesucristo, levántate; y al momento se levantó vivo, gritando todos: Milagro, milagro, y dando gracias á Dios de haber sido servido de conceder tal don á sus siervos.

En Mutan, tierra de la India oriental, murió un niño de calentura pestilente, y estuvo veinte y cuatro horas amortajado para enterrarle; vino el santo, que trabajaba mucho en aquella tierra por la conversion de los gentiles: rodeáronle luego sus padres y parientes con grandes ruegos, lástimas y lágrimas; y el santo se enterneció: arrodillóse, y puesto los ojos en el cielo, echó agua bendita sobre el cuerpo difunto, y mandó le descosiesen la mortaja, é hizo sobre él la señal de la cruz: y tomándole de la mano, le mandó se levantase en nombre de Jesucristo; y al instante lo hizo, sano y alegre, con inmenso contento de sus padres, y maravilla de los que vieron milagro tan manifiesto. En su memoria se puso luego allí una gran cruz levantada, que se adora con mucha veneracion.

Y aunque estos fueron admirables, por mayor se tuvo el siguiente. Estaba en Comorin predicando en una iglesia, donde el dia ántes habian enterrado un difunto: y viendo cuán grande era la dureza de aquellos gentiles, paró un poco el sermon, púsose á orar por su conversion: levantóse súbitamente lleno de fervor espiritual, y dijo, que Dios para ablandar sus corazones duros y obstinados, queria que aquel muerto y sepultado resucitase para que ellos se convirtiesen. Dicho esto, se fué á la sepultura: mandó la abriesen, sacó al difunto, y rompiéndole la mortaja, en que estaba envuelto, fué de todos visto y reconocido por muerto. Entonces puesto de rodillas, hizo oracion á Dios, y luego al instante el muerto por sí mismo se levantó con gran regocijo y ternura de todos los fieles, y no menor maravilla y espanto de los gentiles, los cuales se convirtieron, y despues otros muchos, y á todos los bautizó el santo.

Fué tambien maravillosa la resurreccion de un muerto de un dia, en la tierra de Punical en la Pesquería, cerca de Inturichin, que se supo públicamente haber fallecido, y el santo le resucitó para reparo y consuelo de su madre cristiana, pia y muy devota suya, que le fué á llamar con viva fé y esperanza, de que así le tornaria á ver vivo. No fué ménos grande y admirable la resurreccion de Antonio de Miranda, que yendo á contratar en la tierra de Manapara á un castillo llamado Jalle, le anocheció en el camino: recogióse con su compañero á una choza, donde reposando, le mordió el pié un género de serpiente ponzoñosa llamada del capillo, y murió luego de violencia del veneno. El compañero, triste y afligido, corrió á llamar al santo: acudió presto, púsose en oracion delante del muerto, tocó despues con su saliva el lugar de la mordedura; y al instante Antonio se levantó sano y alegre, habiendo estado muerto toda la noche y hasta el otro medio dia.

En la tierra de Punical un devoto y discípulo del santo, invocando el nombre de nuestro Señor, por los merecimientos del siervo de Dios resucitó un niño, y poco despues tambien resucitó allí á un hombre.

Dos casos mas señalados, que por encerrar en sí muchas maravillas, merecen bien dar remate á este punto. Habia en Malaca una señora muy devota, y mientras san Francisco andaba fuera de la tierra, despues de una larga enfermedad se le murió una niña con gran dolor suyo y de todos los parientes. Volvió á la misma ciudad san Francisco Javier, y sabiéndolo la madre, aunque muy enferma y afligida, con otras muchas mujeres fué á buscarle, y echándosele á los piés, le dijo las mismas palabras que las santas Hermanas á nuestro Señor: «Si vos, Padre mio, hubiérades estado aquí, mi hija no fuera muerta.» El santo le respondió: Vuestra hija no es muerta, sino viva. Mas replicándole la llorosa madre, que habia tres dias que estaba enterrada, el santo recogido entonces un poco en sí, y luego abrasado de su espíritu, la mandó fuése á la sepultura, porque su hija vivia, resucitada por particular providencia divina. La madre, tierna y confiada en esto, por lo que conocia de san Francisco Javier, fué allá con la priesa y alborozo que se podrá creer; hizo abrir el sepulcro en presencia de muchos, y halló viva á su hija, con mucha alegría suya y espanto y admiracion de todos. Así se refiere en los procesos de Cochin y Bazain, y tambien se declaró en ellos que el mismo año, que sucedió esto, se dió cuenta de ello á la serenísima reina de Portugal.

El otro caso no es ménos maravilloso que el primero; pero con esta diferencia, que el resucitado en el pasado estuvo tres dias enterrado en tierra, y el de ahora, otros tantos en el mar. Embarcóse un mercader turco, llamado Sarangue, en el navío en que pasó el santo de Malaca á la China: llevaba consigo un hijo de cinco años: cayó desgraciadamente en el mar, y fuésele á fondo, quedando el padre con entrañable sentimiento y sin saber de dolor qué hacerse, lastimándose de su gran desgracia y pérdida: fué á ver á san Francisco, que, viéndole muy congojado, le preguntó la causa de ello. El turco mas con lágrimas que con palabras, se la contó: y movido de su gran caridad y compasion, le alentó y aseguró que se le volveria bueno y sano, si le ofrecia, sucediendo así, abrazar despues la verdad evangélica. El moro aceptó el partido, y pasados tres dias, una mañana, al salir del sol, vieron parecer el niño vivo sobre una tabla, que venia la vuelta del navío, y fué recibido en él con gran regocijo, admiracion y espanto de todos. Luego se convirtieron sus padres y los bautizó á

ellos, y tambien á una esclava, y juntamente al niño y se llamó Francisco. Esto se declara por menor en los procesos de Cochin y de Lisboa: y puesto caso que estos milagros sean tan notables, para mí no lo son ménos algunos de los que se siguen.

Cuando el santo pasó á la China, tuvo amistad con un mercader, el cual volvió á la India, y soltó la rienda á sus gustos y apetitos: aparecióle san Francisco (no sé si en vida estando muy léjos de él, ó si ya muerto), y con un rostro terrible le avisó que Dios presto le castigaria; y el hombre despavorido respondió, que tenia razon: y el santo le dijo: Y cómo que lo tienes merecido habiendo cometido el tal pecado: nombrándole el pecado que era tan secreto, que solo Dios y el mercader lo sabian. Compungióse: lloró su desventura: confesó su pecado, y por consejo del santo tomó el hábito de san Francisco.

Estando en un pueblo que se llamaba Semorro, mas allá de Malaca, y andando á la ribera de un rio caudaloso, que pasa cerca de él, los gentiles le comenzaron á perseguir y tirarle saetas y piedras: él se retiró, y huyendo topó una muy grande viga que estaba á la orilla del rio que no le dejaba pasar: tomóla con la mano y apartóla con facilidad, siendo tan pesada, que muchos hombres juntos no la pudieron mover. Quedaron atónitos los gentiles; y conociendo que no era cosa humana, dejaron de seguirle.

Llegó en Coromandel al santo un pobre que habia dado al través y perdida toda su hacienda en el mar: pidióle limosna: y aunque el santo era pobre y no tenia qué darle, movido de compasion, echó la mano á la faltriquera y sacóla vacía: puso los ojos en el cielo y dijo al pobre, que confiase en Dios, que era poderoso para remediarle: volvió á poner la mano á la faltriquera y sacóla llena de unas manedas de oro que ellos llaman fanaos, y diólas al pobre.

Cuando navegaba, repartia á los pobres de la nave todo lo que á él le habian dado para su matalotaje, y pedia limosna para su comida. Una vez habiendo dado todo el aceite, llegó un pobre que le pidió un poco, y el santo varon mandó á su compañero que se lo diese. El compañero dijo, que no habia quedado gota; mas volviendo á mirar el vaso por órden de san Francisco, le halló lleno, y satisfizo al pobre.

Halló un dia á un muchacho enfermo y lleno de llagas: tomóle sobre sus hombros, y díjole: Dios te dé salud. Apenas habia dicho dos ó tres veces estas palabras, cuando el Señor se la dió enteramente; y el santo volvió al hijo sano y recio á su madre.

En el mar que va á la China, cerca de Sanchoan, solia correr muchas veces un viento furioso y desapoderado (que llaman tifon), con el cual las naves padecian miserablemente naufragios; mas despues que san Francisco dijo misa en aquella isla de Sanchoan y la purgó y santificó con los misterios de nuestra redencion, aquel mar está mas sosegado y tranquilo, y los tifones corren ménos veces y con ménos furia y fuerza: tanto ha podido la oracion del santo padre y la virtud de la santa misa.

Entre otras maravillas de san Francisco Javier, lo fué muy grande el don de lenguas que tuvo. Habia en las tierras que anduvo mas de cien lenguas diferentes, y treinta de ellas muy distintas. No obstante esto, á cualquiera provincia que llegaba, no solo entendia lo que decian los naturales; mas luego hablaba con ellos su propio lenguaje; cosa que espantó y admiró mucho aquella gente; y con razon por cierto: porque en el espacio de diez años que duraron sus peregrinaciones con continuas descomodidades de caminos, confesaban todos ser gran milagro el saber tantas y tan varias lenguas.

Demás de esto, algunas veces predicando á muchedumbre de personas, así como eran diferentes en hábitos y costumbres, tambien lo eran en las lenguas; y todavía lo entendia cada uno de ellos, como si hablara en su lengua. Esto causó grande admiracion en la Pesquería, Amboino, Malaca y en el Japon, y por solo ello sin esperar mas milagro, se convirtieron muchísimos. Al don de lenguas bien se puede juntar otro no ménos maravilloso en el santo, por el cual ordinariamente en el Japon, con solo una respuesta fácil daba satisfaccion á diversas preguntas, que á un mismo tiempo se le hacian en materias muy varias: y así como con el don de lenguas, hablando un lenguaje solo le entendian muchas personas extranjeras, teniéndole entre sí muy diferente cada uno en el suyo propio; así por el otro don con un concepto solo ó palabra que decia, era entendido de diversos hombres que le habian propuesto varias cuestiones, dando á cada uno respuesta muy á propósito: y como aquel efecto de hablar en la forma dicha se llama don de lenguas; este otro á mi parecer se puede llamar don de conceptos y pensamientos.

Nunca acabaríamos si quisiésemos contar uno á uno todos los milagros que el Señor ha obrado por este santo en su vida; dejemos los demás y vengamos á los que ha obrado despues de su muerte, que no son ménos maravillosos que los que hizo en vida: y para poderlos mejor referir, volvamos á su bienaventurada muerte y digamos lo que despues de ella sucedió.

Luego que se supo en la nao de Diego Pereyra, en que habia ido san Francisco, y todavía estaba en el puerto de Sanchoan, su glorioso tránsito, corrieron los que estaban en ella á la choza en que habia espirado, para verle y reverenciarle. Halláronle tendido en su pobre camilla con una nueva hermosura de rostro, gracia y viveza de facciones, y con un semblante y compostura, que mas parecia hombre vivo que reposaba, que ya difunto; y llenos de espanto y devocion, igualmente le reverenciaban como vivo y le lloraban como muerto.

Halláronle al cuello un relicario de cobre; dentro estaban tres papeles distintos: el del medio tenia un pedacito de un hueso del glorioso apóstol santo Tomé, á quien tenia por singular patron y dechado, y particularmente se encomendaba: el otro era una firma de mano de san Ignacio, su padre y maestro, que mostraba la opinion que tenia de su santidad y la gran confianza en sus merecimientos: el tercer papel eran los votos de su profesion, escritos de su propia mano, para acordarse siempre de lo que habia prometido á Dios, y procurar cumplirlo perfectamente. Estas fueron las riquezas, este el precioso tesoro con que murió este nuevo apóstol de la India, y las armas con que iba armado contra todos los encuentros y máquinas de Satanás y todo el infierno.

Tomaron su sagrado cuerpo los portugueses con la mayor reverencia y solemnidad que pudieron, y revestido de sus ornamentos sacerdotales, lo enterraron en un ataud en un lugar apartado, con intento de llevarle á Malaca cuando la nave se partiese: y para poderlo hacer mas fácilmente, echaron buena cantidad de cal viva en el ataud,

para que comiese la carne, y los huesos quedasen mas limpios y sin mal olor. Pasados dos meses y medio que fué á los 17 de febrero de 1553, queriéndose ya la nave partir para Malaca, enviando el capitan á ver si estaba el cuerpo en disposicion para llevarle consigo, le hallaron sin mudanza alguna, con el mismo color y vivo semblante, y con muestras mas de vida que de muerte.

Quedaron atónitos, y mucho mas cuando le tocaron y palparon, y vieron que no solamente estaba entero el cuerpo, sino tambien sólido y lleno de jugo y de sangre, y con las entrañas sanas, despidiendo de sí un olor suavísimo, en prueba de que cuanto su bendita alma habia quitado al cuerpo de vida, partiéndose de él, tanto le habia dejado de santidad. Llevaron con procesion y nuevo sentimiento el santo cuerpo á la nave, así como estaba; hiciéronse á la vela; y con próspera navegacion (obedeciendo los vientos á san Francisco) llegó á los 22 de marzo á Malaca. Cuando se supo en la ciudad que era llegada la nao al puerto, y lo que traia, toda salió á recibir y reverenciar al cuerpo de su santo padre, apóstol, pastor, profeta y maestro, y con una solemnísima procesion le llevaron hasta la iglesia de la Compañía; aunque á la sazon no habia ninguno de ella en aquella ciudad: porque el mismo san Francisco los habia mandado salir en castigo de la desobediencia y rebeldía del capitan de Malaca, que estorbó la jornada de la China á Diego Pereyra: el cual, como tan grande amigo del santo padre, era quien mas lágrimas de consuelo despedia de sus ojos con su vista, y el que con mayor liberalidad y cuidado se esmeraba en procurar que fuese de todos honrado: y poco era menester; porque toda la gente de la ciudad acudió con la gran devocion que le tenia á besar la caja en que iba, tocar las cuentas y adorar las santas reliquias, especialmente cuando vió que tocándolas un hombre que estaba muy enfermo del pecho, luego quedó sano. Abrieron allí la caja y hallaron el cuerpo con la misma incorrupcion que cuando le pusieron en ella, admirándose todos de las maravillas que obraba Dios para honra de sus santos.

Y para que se manifestase cuán gran santo habia sido san Francisco, y como le honraba el Señor, permitió su divina Majestad, que allí le sacasen del ataud, y le enterrasen en la tierra desnuda con sus vestidos sacerdotales, como estaba, poniéndole un lienzo sobre el rostro y una almohada de seda debajo de la cabeza. Mas al mes de agosto siguiente, habiendo llegado á Malaca el padre Juan de Beyra, de la Compañía, que tornaba de Goa para Maluco, y habiendo por su devocion abierto secretamente la sepultura, halló el lienzo que le cubria el rostro, y la almohada que tenia debajo de la cabeza, llenos de sangre colorada y fresca, y un olor del cielo, y el cuerpo tan entero como cuando espiró; y con la misma entereza estaban los vestidos y ornamentos, con que le sepultaron, y tan nuevos que parecia los acababan de cortar de la pieza. Entonces creciendo mas la devocion, sacaron el cuerpo de donde estaba, y le depositaron en una caja forrada de damasco y cubierta con un rico paño de brocado, para llevarlo á Goa, cuando viniese la mocion (que así llaman los temporales que corren en ciertos tiempos), y fué nuestro Señor servido, que desde aquel dia, en que el sagrado cuerpo se puso honorificamente en esta segunda caja, la pestilencia que afligia y hacia gran riza en Malaca, cesase por los merecimientos del santo padre, y con esto creció mas en la gente su devocion.

Cuando hizo tiempo para partir, pusieron al cuerpo santo ricamente adornado (como estaba en su caja) con muchos cirios encendidos y perfumes, en una nave que solo habia en el puerto de Malaca, en la cual por ser vieja y carcomida, los mercaderes portugeses no osaban embarcar sus mercaderías; pero en sabiendo que habia de ir en ella el cuerpo del santo, se aseguraron, y las cargaron teniendo por cierto que aquella nave, llevando tal piloto y defensa consigo, llegaria á salvamento; y como lo pensaron, así les sucedió; porque aunque encalló la nave, y se tuvieron por perdidos; en sacando el santo cuerpo á la plaza de la nave, y todos postrados suplicaron á nuestro Señor, que por la intercesion de san Francisco los librase de aquel tan evidente peligro, luego salieron de él. Finalmente llegaron á Baticala, y por ser los vientos contrarios, el capitan de la nave, que se llamaba Lope de Noroña, fué en un batel á Goa, para pedir albricias al virey don Alfonso de Noroña por el don inestimable que le traia en su nave. Dióle el virey un bergantin armado y lijero, para traerle luego; porque era tanta su devocion y la de los de la Compañía, y de toda la ciudad de Goa, y el deseo de verle, que no quisieron aguardar, que la nave llegase. En este bergantin fué el padre Melchor Nuñez, rector del colegio de San Pablo, y vice-provincial de la Compañía en la India, con algunos otros padres, y despues de haberle visto, al cabo de diez y seis meses de su muerte, entero, y reverenciándole con muchas y devotas lágrimas, lo traspasaron de la nave en que estaba al bergantin, con una gran fiesta y salva de artillería; y al dia siguiente le desembarcaron en una ermita de Nuestra Señora de Rebandar, media legua de Goa. Otro dia que era viernes de Lázaro, del año de 1554, fué recibido con una solemnísima procesion, y concurso de innumerable gente de toda la ciudad, de ricos y pobres, grandes y pequeños, religiosos y seglares, hombres y mujeres. Iban delante noventa niños, vestidos de blanco, con sus guirnaldas en la cabeza, y ramos verdes en las manos: tras ellos iban los hermanos de la misericordia con su pendon; y luego un ataud cubierto de brocado: luego seguía toda la clerecía, y tras ella la caja en que iba el cuerpo, que llevaban los sacerdotes de la Compañía, acompañados del virey y de toda la nobleza. Las calles estaban colgadas de ricas telas, y llenas de lumbres y suavísimos olores, y atestadas de tanta gente, que apenas se pudo romper por ellas: en las ventanas y terrados no cabian. Todas las campanas repicaban, y la artillería se disparaba. Llegaron á la iglesia de la Compañía, y aunque era dia de pasion, estaba ricamente adornada. Púsose la caja en la capilla mayor, donde se dijo misa; mas fué tanta la apretura y el peso de la gente, que quebró la reja con deseo de ver, tocar y adorar el santo cuerpo, y no fué posible echarla de la iglesia, hasta que se lo mostraron tres veces en la misma mañana, y fué necesario tenerle otros tres dias siguientes, revestido como estaba, y con las manos y rostro descubierto, para satisfacer al pueblo; al cuarto dia le colocaron en una bóveda que se habia abierto junto al altar mayor al lado del evangelio.

Como se divulgó el milagro de la entereza del cuerpo de san Francisco, y que despues de diez y seis meses de su muerte, y de haber estado tantos meses debajo de tierra, y envuelto en cal viva, estaba sin corrupcion

alguna, con la carne fresca, jugosa, con el color vivo, con las vestiduras como nuevas, y mas como vivo que como muerto; el doctor Ambrosio Ribeyro, inquisidor y vicario general de Goa, por razon de su oficio, quiso averiguar la verdad de este milagro, y tambien porque el virey se lo encargó, y mandó al doctor Cosme de Sarayva, su médico, que él y el vicario viniesen por sí mismos, y con sus propias manos palpasen el santo cuerpo, y le refiriesen como estaba: y ellos con gran diligencia lo hicieron, y vieron y tocaron todas las partes del cuerpo santo, y lo tuvieron por cosa milagrosa; y así lo testificaron y juraron.

Este milagro tan grande de la incorrupcion y entereza del cuerpo de san Francisco fué muy sabido y cierto en la ciudad de Goa, y de allí se extendió por toda la India. Pero demás de este milagro obró nuestro Señor otros muchos por su intercesion despues de su muerte: porque dejando algunos que arriba quedan referidos; cuando pasó el cuerpo del santo padre por Baticala, una mujer de Antonio Rodriguez, factor del rey, que se llamaba María Serran, y estaba de muchos meses enferma, haciendo oracion delante de él, luego quedó sana. Tomó un pedacito del cíngulo que usaba el santo: púsole en un relicario que traia al cuello; y con él sanó dos veces á un niño hijo suyo; la primera de una fiebre que le habia durado seis meses; y la otra de una apoplegía, y curó á su marido de otra enfermedad, y á otros dos muchachos llagados, y libró á una criada suya que se estaba muriendo de dolores de parto. Al tiempo que llegó el cuerpo á Goa, estaba una señora, por nombre doña Juana Pereyra, mas muerta que viva, de una enfermedad que por espacio de tres meses la habia consumido: y sabiendo la procesion y recibimiento que se le hacia, no pudiendo por su flaqueza ir á verle, se encomendó con viva fé al santo; y luego sintió notable mejoría, y cobró entera salud y fuerzas. Muchos dolientes de gravés y varias enfermedades, con solo tocar el santo cuerpo, ó la caja en que estaba, en los tres dias que en Goa le mostraron al pueblo, quedaron sanos.

En la misma ciudad de Goa, estando Antonio Rodriguez tan malo de los ojos, que no podia ver; poniendo sobre ellos la mano del santo difunto, luego cobró la vista. Lo mismo sucedió á un sacerdote llamado Baltasar Diez, que estando muy apretado de una recia esquinencia, y sin poder tragar cosa, con solo tocar el cuerpo del santo, cobró salud. Un cristiano de los recien convertidos hubo por gran tesoro la disciplina con que castigaba su cuerpo san Francisco; y por medio de ella Dios nuestro Señor dió salud á muchos enfermos, y obró grandes maravillas. Algunas mujeres que se tenian por muertas, por no poder parir; con tocar solo algunos cabellos del santo, parieron y vivieron. En el Japon, muchos que eran atormentados de los demonios, quedaron libres poniendo sobre su cabeza un breviario que habia sido de san Francisco: al cual en toda la India tienen por su apóstol, patron y amparo; y los portugueses cuando navegan (especialmente cuando van á la isla de Sanchoan, donde murió), le invocan, y se encomiendan á él. Y no solamente en la India, sino en toda la cristiandad se ha estendido la fama de la santidad y la devocion con su santa persona, y por medio de ella el Señor ilustra á su siervo con nuevos milagros; porque en la ciudad de Ebora, el padre Leon Henriquez, rector de la Compañía de Jesus, y el padre Andrés Cabreda de la misma Compañía, estando muy fatigados de calenturas, encomendándose al santo, alcanzaron entera salud: y en París una mujer ya desahuciada, y casi espirando de dolores de parto, parió una criatura sana y buena, y ella vivió. Y por concluir lo que toca á los milagros que Dios nuestro Señor ha hecho despues de su muerte por él, en el castillo de Javier y casa de san Francisco, hay un crucifijo de talla muy antiguo de mucha devocion: el cual viviendo el santo, sudó muchas veces al tiempo que él en la India tenia algun grande y extraordinario trabajo; y el año en que murió, sudó todos los viernes de aquel año con grande admiracion de los que lo vieron y supieron. Por estos y otros innumerables milagros, juntos con la santidad de su apostólica vida, le canonizó el papa Gregorio XV, año de 1622 á 12 de marzo; y despues de canonizado, ha continuado en hacer nuestro Señor por su siervo milagros muy prodigiosos, como lo fué el que obró con el padre Marcelo Mastrille, al cual estando ya agonizando por la herida de un pesado martillo, que cayendo de muy alto le magulló la cabeza; mientras le decian los religiosos de casa la recomendacion del alma, se le apareció el santo: preguntóle si queria salud: luego le dictó una fórmula de voto, en que se obligaba á ir á las Indias, repitiendo el padre Marcelo lo que el santo iba diciendo, y mandándole que pidiese á Dios el martirio que el mismo santo habia deseado. Acabada la fórmula, le dijo el santo con semblante muy afable, que ya estaba sano. ¡Cosa milagrosa! Que aquella misma noche que sucedió esto, se levantó el padre Marcelo bueno y sano de la cama: quitóse las vendas y paños de la cabeza, la cual hallaron sin rastro ni señal alguna de la herida, ni de sus accidentes: el cabello que le habian arrasado para la cura, súbitamente habia crecido, y ya estaba del mismo modo y forma que todo lo demás, ni habia una mínima cicatriz en todo aquel espacio. Escribió aquella misma noche todo lo que le habia pasado con el santo, que fué largo coloquio. A la mañana dijo misa en la iglesia, oyéndola innumerable gente que concurrió á esto con la fama de tan raro milagro: el cual sucedió en la ciudad de Nápoles, el año 1635. Partió luego á las Indias el padre Marcelo en cumplimiento de su voto, y en breve tiempo dió en el Japon su vida por Jesucristo con un glorioso martirio, como largamente se dice en su vida, donde tambien se declaran otras circunstancias muy notables del milagro referido.

La muerte de este grande apóstol del Oriente fué (como dijimos) en la isla de Sanchoan cerca de la China, á los 2 de diciembre del año del Señor de 1552, siendo él de cincuenta y cinco, y habiendo gastado en la India diez años y casi siete meses. Fué muy llorado de todos los cristianos de la India, por haber perdido tan grande padre y maestro: pero el que mas la sintió, fué el serenísimo rey de Portugal don Juan III: porque demás que amaba tiernamente al santo, como á persona que él habia enviado á la India, reverenciábale como á santo: parecíale que era el mayor presidio y amparo que tenia en la India; y que faltando aquella columna tan firme se habia mucho de enflaquecer. Mas sabiendo las heróicas y esclarecidas virtudes de este santo padre, y los muchos y grandes milagros que el Señor obraba por él, determinó suplicar á la santidad del papa que le canonizase y pusiese en el catálogo de los santos: y para poderlo hacer con mayor fundamento, escribió una carta despachada á los 28 de mar-

zo del año 1556, á Francisco Barreto, su virey de la India, en el que mandaba que con gran cuidado y diligencia hiciese tomar informacion de la vida y muerte, virtudes y milagros de san Francisco, en los lugares de la India en que anduvo, y examinar los testigos que le conocieron y trataron, y recibir sus dichos con juramento, y enviarle el proceso cerrado, firmado de su mano, y sellado con su sello. Todo se hizo como lo mandó el rey; aunque en solos cuatro lugares de la India, que fueron Goa, Cochin, Bazain y Malaca.

Tambien con la muerte del mismo santo padre cesó su venida de la India á Portugal, como san Ignacio lo habia tratado: porque viéndose este santo viejo y cargado de enfermedades, y juzgando por su humildad que no tenia caudal bastante para gobernar la Compañía (teniéndole tan grande), quiso descargarse del cargo de prepósito general, y echarle sobre los hombros de san Francisco, para que, como varon tan esclarecido y apostólico, ilustrase con su presencia las partes y provincias de Poniente, como habia alumbrado con su predicacion las de Oriente, y honrase y amplificase con su gobierno la Compañía: porque así como san Francisco estimaba, obedecia y reverenciaba á san Ignacio, y á boca llena le llamaba gran santo, y con todas sus fuerzas le procuraba imitar; así san Ignacio conocia los raros dones y admirables virtudes del santo, y le amaba como á hijo regalado, y como á vivo retrato y semejanza de sí mismo; especialmente sabiendo el amor y zelo que tenia del bien de la Compañía que le queria encargar, que fué tanto, que en los mayores peligros y tormentas se encomendaba á los santos de la Compañía que están en el cielo, y todos sus buenos sucesos los atribuia á las oraciones de ellos, y de los padres que acá vivian en la tierra, como lo dice el mismo santo en una carta por estas palabras: «Muchas veces Dios nuestro Señor me ha dado á sentir dentro en mi alma, de cuántos peligros corporales y espirituales trabajos me tiene guardado por los devotos y continuos sacrificios y oraciones de todos aquellos que debajo de la bendita Compañía de Jesus militan, y de los que están ahora en la gloria con mucho triunfo, los cuales en esta vida militaron y fueron de la Compañía. Esta cuenta os doy, carísimos en Cristo, padres y hermanos, de lo mucho que os debo, para que me ayudeis á pagar todo lo que yo solo, ni á Dios ni á vosotros puedo. Cuando comienzo á hablar de la santa Compañía de Jesus, no sé salir de tan deleitosa comunicacion.» Todas estas son palabras de san Francisco, escritas en una carta. Pero volviendo á lo que habemos dicho, con este intento san Ignacio le escribió y ordenó que volviese á Portugal, para á su tiempo llamarle á Roma y renunciárle el cargo de prepósito general; mas cuando llegó la carta de san Ignacio á la India, ya san Francisco estaba gozando en el cielo de Dios; y era tan grande la fama y opinion de su santidad, no solamente en todas las provincias y naciones de la India, y en el reino de Portugal, sino en toda Europa, particularmente en Roma, que en los pocos dias que vivió en el pontificado el sumo pontífice Marcelo, II de este nombre, entendiendo que san Francisco, por órden de san Ignacio habia de venir de la India á Portugal, y de allí á Roma, dijo á una persona muy grave: Si llegare á Portugal, no será menester para que lo veamos que venga á Roma, porque nosotros iremos á verle á Portugal: que aunque son palabras dichas con encarecimiento, declaran mucho la estima que el sumo pontífice tenia de este gran siervo del Señor.

Fué san Francisco grande de cuerpo y lleno y de muchas fuerzas: de rostro grave y suave: el color blanco y sonrosado: los ojos negros y claros: la cabeza bien proporcionada: la nariz mediana: la barba negra: el semblante alegre, vivo y autorizado: traia el cabello con garceta, y una media loba pobre, limpia y sin manteo, por conformarse con los otros sacerdotes pobres y con el uso de la tierra. Su vida escribieron de propósito el P. Horacio Turselino en seis libros en latin, y el P. Juan de Lucena en diez, en portugués: el P. Bernardino Ginnaro en su Javier Oriental, parte segunda; y los PP. Luis de Guzman en la Historia castellana de las misiones de la Compañía en la India Oriental, y el P. Juan Pedro Mafeo, en la que de las cosas de la India compuso en lengua latina, tratan largamente de la vida y virtudes y hazanas de san Francisco Javier: y por mucho que algunos de ellos se alargan, todo es corto para lo que se puede decir; porque cierto es cosa que espanta el considerar el ánimo y espíritu con que este bienaventurado padre, solo, pobrecito, y á los ojos de la carne menospreciada y vil, acometió la conquista nó de una ciudad, provincia ó reino, sino de un nuevo mundo: nó para sujetarle con las armas, y hacerle tributario á su rey, sino para sacarle del cautiverio de Satanás, y restituirle á su verdadero y antiguo Señor. ¡Qué inmensidad de mares navegó! ¡Cuántos y cuán peligrosos fosos atravesó! ¡Qué tierras, qué de naciones, qué de gentes extrañas, inhumanas y bárbaras alumbró! ¡En cuántas partes remotísimas colocó el estandarte de la santísima cruz, y con ella espantó á los demonios! Hizo temblar al infierno: sacó la presa de las garras de Satanás; y acompañado de innumerables almas, que él habia ganado para el Señor, victorioso y glorioso se fué á gozar del que habia peleado en él, y vencido por él. De Alejandro Magno escriben algunos historiadores, que oyendo decir que habia muchos mundos, lloraba y se entristecia, porque él aun no habia conquistado uno entero; porque todo lo que habia ganado era poco para su codicia y ambicion. Pues con cuánta mas razon nos podemos nosotros maravillar del ánimo y valor divino de san Francisco Javier: el cual sabiendo por la filosofía natural, que no hay sino un mundo, y por la cristiana y celestial, que todos los hombres que hay en él, de cualquier estado y condicion que sean, fueron criados por la benignidad del Señor, para que le adoren, y sirvan y reconozcan por su libertador y Redentor á Jesucristo, su benditísimo Hijo; abrasado de vivas llamas de amor de este Señor, hollando y poniendo debajo de sus piés todo lo que en este mismo mundo aprecian y estiman, se desterró de su patria y naturaleza, y armado solo de Dios, que le guiaba, se fué á conquistar las almas de gentes tan incultas, y naciones tan bárbaras, y hombres tan perniciosos, crueles é inhumanos, que muchos de ellos mas parecian bestias fieras, que hombres; y esto con tan insaciable sed de su bien de ellos, que todo el universo mundo era estrecho y angosto para su ancho y fervoroso corazon; y con tan grande espíritu y constancia, que en los trabajos hallaba descanso, en los dolores regalo, en los peligros seguridad, en las tempestades puerto, en la guerra paz, y en la muerte vida: porque conocia el valor de la sangre que derramó Dios en una cruz, y la estima que se debe hacer de una alma, por la cual murió el

Autor de la vida. Grandes y muy alabadas son las hazañas de los valerosos soldados y esforzados capitanes, que descubrieron y conquistaron con sus navegaciones y armas este nuevo mundo, y con poca gente sujetaron tantas y tan extendidas provincias y reinos en las Indias orientales de Castilla: pues nos dieron noticia de muchas cosas que no sabíamos: enriquecieron nuestros reinos con el oro y plata, con las perlas y piedras riquísimas, con las especierías, medicinas, y con otra infinidad de mercaderías que nos vienen de las Indias, amplificaron el imperio de sus reyes, ennoblecieron é ilustraron sus naciones; y pusieron sus trofeos en los últimos confines de la tierra: pero ¿cuánta mas alabanza y gloria merece nuestro santo y glorioso capitan, que solo y nó acompañado, desarmado y nó con armas y ejércitos, movido de zelo puro de Dios, y nó de ambicion y codicia, con tanta pobreza y desnudez, con tantos peligros é incomodidades, con tanta ansia y ardor discurrió por tantos reinos y provincias, nó para destruirlas, ni para robarlas, ni para sujetarlos por fuerza de armas, ni quitarles la libertad, sino para hacer verdaderamente libres á los que las habitaban, y sacarlos de la servidumbre del pecado, y de tal cautiverio de aquel tirano, á quien adoraban en la piedra y en el barro, y en el palo y en las obras de sus manos; y como hombres tan sujetos y oprimidos de tan cruel tirano, vivian como bestias en abominables y enormes torpezas. ¡Cuánto va del cielo á la tierra! ¡De los sacramentos divinos á los tesoros temporales! ¡De las medicinas del alma á las del cuerpo! ¡De la felicidad eterna á esta momentánea! ¡Del ser hombre al ser bruto! ¡Del ser cristiano al ser infiel! ¡Del ser hijo de Dios al ser esclavo del domonio! ¡Del gozar para siempre de la gloria y vista del sumo Bien, al estar en las penas horribles y sempiternas! ¿Hay entendimiento que lo pueda comprender, ó lengua humana que lo pueda explicar? Pues esta misma diferencia hay entre los bienes que san Francisco Javier hizo á los pueblos que conquistó para Cristo, y los que los otros conquistadores hicieron, á los que ellos vencieron y sujetaron á sus reyes y señores, de los cuales por su conquista muchos quedaron destruidos y asolados.

* San Sofonías.—Este santo, que es el noveno entre los profetas menores, profetizó 624 años ántes de la venida de Jesucristo, esto es en tiempo del rey Josías. Consta su profecía de tres capítulos y está escrita en hebreo, y se dirige principalmente á exhortar á los judíos á la penitencia, anunciar la destruccion de Nínive, y despues de haber fulminado terribles amenazas contra Jerusalen, concluye con consolantes promesas, hablando de la vuelta de la cautividad, del establecimiento de una nueva ley, profetizando la vocacion de los gentiles, y los progresos de la Iglesia de Jesucristo. Su estilo, segun lo nota Feller, es muy parecido al de Jeremías.

Los santos Claudio, Hilaria, Jason, Mauro, y sesenta soldados, todos mártires.—Claudio é Hilaria eran esposos, y Jason y Mauro hijos suyos. Claudio era tribuno romano y en calidad de tal tuvo que asistir con sus soldados al martirio de los santos Crisanto y Daria. Al ver la fortaleza invencible de los dos atletas cristianos, todos los santos de que hablamos confesaron públicamente el nombre de Jesucristo. A Claudio por órden directa del emperador Numeriano le ataron una piedra al cuello, y le echaron en el rio Tíber, y sus hijos y soldados fueron degollados en medio de una plaza de Roma. A Hilaria, que despues de haber enterrado á sus hijos estaba haciendo oracion sobre su sepulcro, la prendieron los paganos y á manos de estos murió en el Señor, tambien con la corona de los mártires. Sucedió esto el año 282.

San Casiano, mártir.—En este dia padeció por la fé de Cristo el notario que escribia el juicio que Aurelio Agricolano hacia del glorioso san Marcelo. Llamábase el notario Casiano. Habiendo éste visto la serenidad y constancia del santo centurion en aquel tribunal, y la rabia y furia con que el presidente, vencido de las respuestas que le daban, prorumpia en expresiones desatinadas, así que oyó la sentencia que se le dictaba contra Marcelo, arrojó el códice y la pluma, negándose á escribir cosa tan detestable. Al ver esta accion se pasmaron todos los circunstantes; pero san Marcelo, conociendo por divina inspiracion que Casiano debia ser compañero suyo en el martirio, mostró en el rostro la alegría de su corazon. El presidente se levantó de la silla con gran cólera, y preguntó á Casiano por qué causa habia arrojado al suelo el códice y la pluma, y el santo contestó que no tenia otro motivo que la execrable sentencia que acababa de oir contra Marcelo. Mandó en seguida el juez que le pusiesen en la cárcel, y habiendo llegado el dia 3 de diciembre, se examinó su causa y fué sentenciado á muerte, cuya sentencia se ejecutó el mismo dia.

Los santos Claudio, Crispin, Magina, Juan y Estéban, mártires.—Solo sabemos que murieron degollados en África, en una de las primeras persecuciones de la Iglesia. Los nombres están continuados en este dia en el Martirologio romano.

San Agrícola, mártir.—Tampoco de este santo sabemos sino que fué martirizado en la Panonia. Segun el cardenal Baronio, constaba su martirio en un manuscrito que se perdió.

Los santos Ambico, Victor y Julio, mártires.—Eran estos santos de Nicomedia, donde padecieron terribles suplicios por no querer renunciar á sus creencias cristianas. Su muerte sucedió en el siglo III, y ántes y despues de ella, obró el cielo por su mediacion muchos milagros.

San Marodes, obispo y confesor.—Parece que fué consagrado obispo de Milan el año 268. Ocupóse sin descanso en la propagacion de la fé, y en preservar á sus ovejas de la peste de los herejes. Su largo pontificado, que duró cerca de cincuenta años, segun Aste, fué ilustre y glorioso para la Iglesia, que en los tiempos de mayor tribulacion, vió siempre á Marodes hecho el apoyo, el amparo y el confortador de todos los cristianos. Murió en paz en medio de su rebaño, y su memoria ha sido siempre en bendicion. San Ambrosio habla de él en distintos lugares de sus obras.

San Sol ó Solo, ermitaño y confesor.—Inglés de nacion, siguió á san Bonifacio á Alemania en calidad de discípulo suyo, fué imitador de sus virtudes y mereció ser elevado al sacerdocio. Sintiéndose despues inclinado á vida mas perfecta, consultó con su maestro, quien le aconsejó que se retirase á una soledad de Alemania. Encerróse pues en una pequeña celda, donde enteramente separado del comercio y trato con los hombres, no se ocupaba mas que en la oracion y en las prácticas de la penitencia.

Así pasó muchos años, venerado de cuantos le conocian y consultaban, pero siempre inaccesible á la lisonja y á las alabanzas que le prodigaban. El emperador Carlo-Magno le trató con mucha estimacion, y muchos grandes personajes vivieron bajo su direccion. El santo ermitaño murió el año 790 y su culto fué autorizado en 830 por el papa Gregorio IV.

San Birino ó Birino, obispo y confesor.—Era sacerdote de Roma cuando pidió permiso al papa Florencio I para ir á predicar el Evangelio á los idólatras de la Gran Bretaña. El pontífice alabó su celo y le consagró obispo, enviándole en seguida á aquellas misiones. Birino desembarcó en el reino de los sajones occidentales, donde convirtió un gran número de paganos, entre ellos al rey y muchos cortesanos. El santo apóstol fijó su residencia en Dorchester, fundando muchas iglesias en todo el país, y obrando innumerables conversiones, muriendo el año 650.

San Lucio, rey y confesor.—El año 182 de Jesucristo, era Lucio rey de una region de Inglaterra. Habiendo llegado á su noticia el establecimiento de la religion cristiana, escribió al papa san Eleuterio, pidiéndole que le procurase medios para conocer el Evangelio. Beda dice, que el pontífice le envió misioneros, y que los bretones profesaron desde entonces el cristianismo hasta el reinado de Diocleciano. Por consiguiente, Lucio fué el primer rey cristiano de Europa. Algunos historiadores aseguran que el santo rey abdicó despues la corona y que se fué á predicar la fé á la Alemania; pero Butler, que habia examinado bien todos los documentos antiguos de su pais, dice que semejante opinion carece de fundamento, y que el san Lucio que se venera como fundador de la Iglesia de Coira, no es el san Lucio de que aquí hablamos. Se ignoran las demás circunstancias de la vida y muerte del santo rey, pero se supone que despues de una vida empleada en favorecer los intereses de la religion, murió en la paz de Dios.

San Galgano, ermitaño y confesor.—Floreció en Italia durante el siglo XI. Vivió muchos años como sepultado en una soledad cerca de Siena su patria, entregado á todas las austeridades de la penitencia, y murió glorioso en milagros, en 1181.

DIA 4.

Santa Bárbara, vírgen y mártir.—En el tiempo que Maximino imperaba en Oriente, hubo en la ciudad de Nicomedia un caballero noble, rico y poderoso, llamado Dioscoro, pero hombre feroz y cruel, y muy dado al culto y adoracion de sus falsos dioses. Tenia este caballero una sola hija llamada Bárbara, de extremada belleza y de muy contrarias costumbres á su padre: el cual, temiendo que algunos, que no le estuviesen bien, procurarian casarse con ella por su grande hermosura y muchas riquezas, la encerró en una torre donde habia mucha comodidad de aposentos y regalos, para que, apartada de los ojos de los hombres no fuese codiciada de ninguno. Holgóse mucho la doncella de este encerramiento por su rara honestidad, y porque era amiga de soledad y quietud, y allí estaba desviada de todo bullicio y tráfago, y se podia ocupar en la contemplacion del cielo y de la tierra y de todo lo criado. Fué tanto lo que Dios obró en la santa vírgen en aquella torre, que se determinó á guardar perpetuamente su pureza virginal y tomarle á él por Esposo, dando de mano á todos los gustos y deleites de la carne. Andando el tiempo, quísola su padre casar, porque se le ofrecieron maridos ricos, nobles y principales que la pedian por mujer; mas ella no lo quiso ser de ninguno, y respondió á su padre, que no era razon que se casase con hombre mortal la que tenia ya inmortal Esposo, y por los gustos del matrimonio perder los entretenimientos y dulzuras de su espíritu. Determinó su padre hacer ausencia de su casa, esperando que su hija poco á poco se ablandaria y condescenderia á su voluntad. Mandó hacer un baño para su hija y en él dos ventanas que le diesen luz; y partióse de su patria y estuvo muchos dias fuera de ella. La santa doncella bajando un dia á ver la obra del baño, mandó que se hiciesen en él tres ventanas en reverencia de la santísima Trinidad, y nó dos, como lo habia ordenado su padre; y derramando lágrimas de sus ojos, que como perlas preciosas caian en la fuente, se llegó á un pilar de mármol que allí estaba: hizo con el dedo la señal de la cruz en él, y quedó tan señalada é impresa en el mármol como si fuera de cera; y despues permaneció con grande admiracion de los que la vieron, y todos los que entraban en aquel baño estando enfermos, sanaban de sus dolencias.

Hecho esto, viendo la sagrada vírgen los ídolos que allí tenia su padre, dando suspiros y lastimosos gemidos de lo mas íntimo de su corazon, los escupió y dijo: Semejantes sean á vosotros los que os adoran y tienen por dioses, y confian en vuestros favores y ayudas. Volvió de su jornada Dioscoro: halló tres ventanas donde él habia mandado que se hiciesen dos, y la señal de la cruz esculpida en aquel pilar de mármol: quiso saber de su misma hija la causa de aquella novedad; y ella sin turbarse punto, con gran libertad le declaró lo que pasaba; y de aquí tomó ocasion para predicar la fé de Cristo y el misterio de la santísima Trinidad, y el de nuestra redencion que el Hijo de Dios obró, muriendo por nosotros en la cruz.

No se puede creer el furor, que oyendo esto cobró Dioscoro entendiendo que su hija Bárbara era cristiana, y que por esto no se habia querido casar: y parte por el celo falso que él tenia á sus dioses, y parte por temor de no perder sus grandes riquezas si viniese á oidos del emperador, soltó la rienda á su mala condicion colérica y cruel naturaleza; y olvidándose de que era padre y vistiéndose de persona de tirano, puso mano á una espada para echársela por el cuerpo de su hija.

Mas la santa doncella se apartó de allí y se huyó de su presencia; porque Dios la guardaba para mayores victorias y mas glorioso triunfo. Pero yendo tras ella el padre (ó por mejor decir) el cruel verdugo, y andando ya en su alcance, una peña se abrió súbitamente por virtud de aquel Señor, á quien todas las criaturas obedecen, y por ella pasó y se guareció la santa vírgen: aunque visto este milagro, no se ablandó su padre porque era mas duro que la misma piedra; ántes sabiendo que iba huyendo, por indicio de uno de dos pastores que la vieron, la siguió y la alcanzó, y como un leon bravo le dió muchas coces y puñadas y golpes, y la arrastró por los cabellos por lugares fragosos y ásperos, y la encerró en una casilla, poniéndola guardas y cerrando y sellando la puerta: y para mas vengarse de ella y mostrar el celo que tenia de la

honra de sus dioses, dió órden como fuese presa y llevada delante de Marciano, presidente, avisándole él mismo que era cristiana, y pidiendo que se ejecutasen en ella las leyes puestas por los emperadores contra los cristianos. Fué tan extraña y bárbara su fiereza, que hizo jurar al presidente, que no perdonaria á su hija, sino que la trataria con todo rigor hasta hacerla morir á puros tormentos. ¿Adónde no llega la maldad de un hombre desamparado de Dios, pues el padre se olvidó de serlo, y se desnudó del efecto tierno que suelen tener aun las fieras para con sus hijos? Traida la santa vírgen al tribunal de Marciano, comenzó él á halagarla y á acariciarla, y á persuadirla con blandas palabras que dejase aquella vana supersticion y locura; mas como hallase el pecho de santa Bárbara mas fuerte é impenetrable que una roca, y que armada con el espíritu del cielo resistia á todos los asaltos del infierno, trocando la suavidad fingida en severidad y crueldad verdadera, la mandó desnudar y azotar cruelmente con azotes de nervios de bueyes, y fregar con un áspero cilicio las llagas y heridas de su cuerpo, que quedó tan abierto y lastimado, que por todas partes corrian de él arroyos de sangre. Despues de este tormento la echaron en la cárcel donde le apareció á media noche su esposo Jesucristo, resplandeciente con inmensa claridad, y la animó y certificó que estaria siempre á su lado, y que la tendria debajo de sus alas y amparo, de manera, que no pudiesen prevalecer contra ella todas las invenciones y crueldades de los tiranos.

Con estas palabras que la dijo el Señor, quedó tan sana de todas las llagas y heridas, como si nunca las hubiera tenido en su cuerpo, y muy alegre y confortada para todos los tormentos que la quisiesen dar. Otro dia fué llevada á la segunda audiencia delante del presidente: el cual, como la vió tan sana y tan entera, habiendo visto el dia ántes su cuerpo hecho una llaga, quedó pasmado y como fuera de sí, y atribuyendo el milagro del verdadero Dios á la piedad de sus falsos dioses, tentó otra vez (aunque en vano) á la santa vírgen, persuadiéndola que reconociese aquella benignidad que los dioses habian usado con ella, y que como á tales los reverenciase y adorase. Mas como ella respondiese con la constancia y valor que á esposa escogida de Cristo convenia; enojado el presidente, mandó á dos verdugos, hombres valientes y de grandes fuerzas, que con peines de hierro rasgasen los costados de la santa doncella, y despues de rotos y carpidos, poner hachas encendidas, y con un martillo dar muchos golpes en su santa cabeza. Estaba la bienaventurada vírgen en medio de estos tormentos con el corazon y con los ojos puestos en el cielo, y hablando amorosamente con su Esposo, le decia: O buen Jesus, bien ves el secreto de mi corazon y sabes que en tí tengo mi esperanza: no me dejes, Señor, de tu mano piadosa; porque sin tí soy muy flaca, y contigo todo lo puedo.

Pasó la crueldad del tirano mas adelante, y mandó cortar los pechos con agudos cuchillos á la santa vírgen, la cual padecia gravísimo dolor en aquel tormento, mas con el amor mas grande que tenia al Señor y el deseo de padecer por él, todos los dolores se mitigaban y se hacian sabrosos: y para llevarlos con mayor fortaleza y alegría, invocaba el favor del Señor, y con el Real Profeta decia: «No desvies Dios mio, de mí tu rostro, y tu espíritu divino no le apartes de mí.» Mandó el tirano para avergonzar á la santa vírgen, y atemorizar á las otras doncellas cristianas con su ejemplo, que la sacasen por las calles públicas desnuda y que la fuesen dando crueles azotes: y ella, al tiempo que se ponia en ejecucion este cruel mandato, levantó los ojos al cielo y dijo: Rey y Señor mio, que con tus nubes cubres los cielos y la tierra con la oscuridad de la noche, ten por bien de cubrir la desnudez de mi cuerpo, para que los ojos de los infieles no le vean y blasfemen tu santo nombre. Oyó su peticion el que no sabe negar á sus siervos lo que le piden en sus trabajos, y cubrió el cuerpo de la limpia vírgen con una maravillosa claridad á modo de estola ó ropa larga, desde la cabeza hasta los piés, de manera, que no pudo ser visto de los paganos.

Volvieron al presidente, y vista su constancia, la mandó degollar. Habia estado presente á todo este espectáculo Dioscoro, su padre, relamiéndose como tigre en la sangre de su hija; y endurecido mas con sus tormentos, pidió al juez que le dejase á él ser verdugo de su hija, y darla por su mano la muerte. ¡O corazon de padre, dónde estás! Fuéle concedido. Lleváronla fuera de la ciudad á un monte, y allí se puso de rodillas santa Bárbara, é hizo una devota oracion á Dios, dándole gracias por haberle traido á aquel punto, y suplicándole que otorgase los bienes que le pidiesen todos los que en su nombre le invocasen. Bajó una voz del cielo que la llamaba á recibir la corona, y la prometia que se cumpliria lo que ella habia suplicado; y con esto inclinó la cabeza delante de su padre, y él levantó la espada y se la cortó. Murió con la santa vírgen otra piadosa mujer, llamada Juliana, la cual viendo la paciencia y alegría con que santa Bárbara padecia sus tormentos, y en ellos era de Dios consolada, y que con la cárcel la habia sanado sus llagas, la movió de tal manera á imitarla y seguir sus pisadas, muriendo por Cristo, que dió señas de ello; y el juez la mandó prender y atormentar, y cortar los pechos, y finalmente degollar en compañía de la gloriosa vírgen santa Bárbara, y con ella recibió la corona del martirio.

Mas para que se vea la justicia del Señor, y cuán diferentes son los fines de los buenos y de los malos: el desventurado Dioscoro é indigno del nombre de padre de santa Bárbara, despues que con sus manos la dió la muerte, quedando muy ufano y contento por haberse vengado de su hija, y ofrecídola en sacrificio á sus falsos dioses, volviendo del monte á su casa, un rayo del cielo súbitamente le mató, y le privó de la vida temporal y de la eterna; y lo mismo aconteció al presidente Marciano.

Los cuerpos de santa Bárbara y de santa Juliana recogió un varon religioso y pio, llamado Valenciano, y los colocó con cánticos y salmos honoríficamente en un lugar llamado Gelasio, donde el Señor por su intercesion obró grandes milagros. Fué el martirio de santa Bárbara, á los 4 de diciembre, en la persecucion de Maximiano. El martirio de esta gloriosa vírgen escribió san Juan Damasceno y Arsenio, y de ellos la sacó Pedro Galesinio, protonotario apostólico: tambien la escribió el Metafraste; y la una vida y la otra se hallan en el VI tomo del P. Fr. Lorenzo Surio: y todos los Martirologios hacen mencion de ella, y los griegos celebran su fiesta y la llaman la esclarecida mártir Bárbara. Pero adviértase que no todos los autores concuerdan en el lugar en que padeció: porque el Metafraste y Mombricio dicen, que padeció en Heliópolis, y Adon, que

en Toscana: pero lo mas cierto es, que fué en Nicomedia, como se ha dicho. Tambien algunos se engañan, pensando que el martirio de santa Bárbara fué en tiempo de Maximiano; pero no fué sino en tiempo de Maximino, que sucedió en el imperio á Alejandro Severo (como lo afirma el Martirologio romano), y algunos dicen que fué enseñada por Orígenes en las sagradas Letras. Es particular abogada santa Bárbara contra los truenos y rayos: con los cuales parece que quiso nuestro Señor castigar á su padre y al inicuo juez que la condenaron y mataron.

Un insigne milagro refiere un sacerdote, llamado Teodorico, por cuyas manos pasó el año de 1448, en una villa de la isla de Holanda, llamada Gorco, y le trae Fr. Lorenzo Surio, de un hombre que era muy devoto de esta santísima vírgen, por haber entendido que todos los que en vida lo eran, no moririan sin los santos sacramentos. Estando, pues, este hombre, que se llamaba Henrico, durmiendo, se pegó fuego de improviso en la casa donde estaba, con tal incendio que por ninguna manera pudo escapar: y estando cercado por todas partes de las llamas, y ardiendo su cuerpo en ellas, tuvo mas pena de morir sin sacramentos, que de la misma muerte tan atroz que tenia presente.

Acordóse de santa Bárbara: invocóla: pidió su favor y suplicóla, nó que no muriese, sino que no muriese sin recibir los sacramentos de la Iglesia. Apareciéle luego la vírgen, y con el manto apagó las llamas de aquel incendio, y sacólo y púsole en lugar seguro, y díjole, que por la devocion que habia tenido con ella, Dios le habia dado plazo de la vida hasta la mañana siguiente, para que se confesase y comulgase, y recibiese la extremauncion: y así fué, estando todo el cuerpo del pobre hombre de tal manera de piés á cabeza quemado, que mas parecia su figura de un hombre asado, que de hombre vivo; y él contó á todos los que concurrian á ver este milagro, la merced que Dios le habia hecho por intercesion de santa Bárbara, exhortándolos á tener con ella grande devocion y servir al Señor, que por aquel camino le habia querido salvar; y el mismo sacerdote que le confesó es el que refiere el milagro.

San Teófanes y sus compañeros, mártires.—Todos eran sirvientes del emperador Leon el Armenio, de este hombre tan enemigo del culto de los santos; y por no querer obedecer sus mandatos sobre este punto, fueron martirizados en Constantinopla, el año 780.

San Melecio, obispo y confesor.—Este santo, célebre en la Iglesia oriental por su ilustre sabiduría y virtud, floreció en el siglo III y fué obispo del Ponto. Durante la persecucion de Diocleciano, sufrió muchos trabajos por causa de la fé; pero no pudo alcanzar la gloria del martirio. San Basilio en el capítulo 29 de su libro titulado de *Spiritu Sancto* hace un magnífico elogio de este grande obispo, alabando principalmente la inocencia de su vida y su pureza de costumbres. Murió, segun Baronio, el año 287.

San Félix, obispo y confesor.—Ferrario dice, que nació en Italia, que se dedicó al estudio de las sagradas Letras y que en tiempo de san Ambrosio fué diácono de la Iglesia de Milan. De aquí pasó á Bolonia, de cuya ciudad fué el quinto obispo, mereciendo ser contado entre los pastores que mas trabajaron contra los arrianos y contra los estragos de los godos. Murió santamente el año 398.

San Osmundo, obispo y confesor.—Fué natural de Normandía, hijo de los condes de Séez. Abrazó la carrera militar y siguió á Guillermo el Conquistador en su expedicion á Inglaterra. En recompensa de sus servicios, fué nombrado conde de Dorset. Supo enlazar la santidad de vida á todos los deberes de cortesano, de oficial y de magistrado, pues fué algun tiempo gran canciller de Inglaterra. Pero ni las dignidades ni los honores contentaron nunca á aquel corazon que solo se gozaba en Dios. Retiróse, pues, del mundo y abrazó el estado eclesiástico, y al poco tiempo sus virtudes y sus talentos lo hicieron colocar sobre la sede episcopal de Salisbury, en 1078. Desde entonces ocupado en la salvacion de las almas y en su propia santificacion, fué un pontífice grande, segun el corazon de Dios, un verdadero sucesor de los apóstoles, hasta que murió el año 1099.

San Annon, obispo y confesor.—En su juventud siguió este santo la carrera de las armas; pero despues, tocado de la gracia, dejó el mundo y abrazó el estado eclesiástico. En 1056 fué elevado á la silla episcopal de Colonia, venciendo por fuerza su humildad, que le hacia considerarse indigno de aquel puesto. Su caridad con los pobres, sus extraordinarias penitencias, sus oraciones y su zelo le hicieron agradable á Dios y á los hombres, y cuando murió el emperador Enrique III, fué Annon nombrado regente del imperio durante la menor edad de Enrique IV. Fué admirable en el gobierno de la Iglesia y del estado, y murió santamente en Colonia el dia 4 de diciembre del año 1072.

San Marutas, obispo y confesor.—Este santo, uno de los mas ilustres doctores de la Iglesia de Siria, fué obispo de Martirópolis, ciudad de Mesopotámia, fronteriza al reino de Persia. Escribió las actas de los mártires que murieron en dicho reino durante la persecucion de Sapor, desde el año 340 al 380, y compuso además muchos himnos y otros discursos en alabanza de los mártires. El Martirologio romano dice que restauró en Persia las iglesias destruidas durante la persecucion. El emperador Teodosio el Jóven depositó su confianza en el santo prelado, y por dos veces consecutivas lo envió de embajador á la córte de Isdegudes, rey de Persia, que tambien le veneró como á un hombre enviado de Dios. Los magos de aquel país, temiendo la confianza que el príncipe depositaba en san Marutas, levantaron contra éste calumnias infames, de las cuales triunfó con su paciencia y por medio de la virtud milagrosa que el cielo le comunicaba. Despues de haber hecho mucho bien á la Persia, volvió el memorable obispo á su diócesis de Mesopotamia, publicó varios tratados sobre el dogma y la disciplina de la Iglesia, y murió santamente á mediados del siglo V.

San Cirano, ó Sigirano, abad.—Nació de distinguida familia en Berri y se educó en la ciudad de Tours. Fué copero del rey Clotario II, y entre las grandezas de la córte practicó todas las virtudes de un solitario. Cuando se trataba de casarle, hizo voto de perpetua continencia, recibió la tonsura clerical, fué nombrado arcediano de la catedral de Tours, y despues de haber sufrido muchos contratiempos y disgustos, rompió enteramente con el mundo, repartió sus bienes á los pobres, y se retiró al territorio de Berri donde fundó dos monasterios. En uno de ellos, el de Lourey, fué Cirano abad muchos años hasta su dichosa muerte, sucedida el 657.

San Clemente de Alejandría, doctor de la Iglesia.—

Llamóse Tito-Flavio Clemente, y nació en Atenas. Empezó sus estudios en Grecia, los continuó en Italia y los acabó en Egipto. Viajó por Europa, siempre instruyéndose, y al fin, de filósofo platónico, se convirtió á la religion cristiana, de la cual fué uno de los mas grandes é ilustres doctores. Trabó estrecha amistad con san Panteno, que dirigia entonces la célebre escuela de Alejandría, en cuyo cargo le sucedió Clemente el año 190. Su reputacion de sabiduría fué universal, y contó entre sus numerosísimos discípulos, los mas famosos maestros del siglo III, entre ellos Orígenes y san Alejandro, obispo de Jerusalen. En 202 la persecucion que escitó en Egipto el emperador Severo, obligó á Clemente á abandonar su escuela y retirarse á Capadocia. Visitó las principales iglesias del Asia, produciendo en todas prodigioso efecto sus discursos, y justificando siempre aquellas palabras de san Panteno, que hablando de él, decia, «que era una abeja industriosa, que elaboraba su miel, chupando la sustancia de las flores de los profetas y apóstoles.» Clemente murió en Alejandría, el año 217 poco mas ó ménos, y desde entonces su memoria y sus escritos han sido considerados como de un padre de la Iglesia y de un santo distinguido. Su nombre no está en el Martirologio romano, pero se halla continuado en algunos de la Iglesia de Francia, y en el de Galesinio, que le da el título de presbítero y confesor.

San Bernardo, obispo y confesor.—Natural de Italia, abrazó el estado religioso en la congregacion de Valle-Umbrosa, en la cual entró por especial impulso de la santísima Vírgen, de la cual fué toda su vida muy devoto. Su doctrina y piedad lo hicieron conocer al papa Urbano II, que lo creó cardenal de la santa Iglesia romana y obispo de Parma. Desempeñó varias comisiones importantes de la santa sede, y como legado apostólico logró la paz de Italia muy agitada enconces por las discordias civiles. Obró muchos milagros, entre ellos el volver un dia á su cauce natural las aguas del Po, que estaban inundando todo el pais. Murió en Roma, el año 1133, llorado de cuantos conocian sus eminentes virtudes y su raro mérito.

San Pedro Crisólogo, arzobispo y confesor.—Véase su vida en el dia 2 de este mismo mes.

DIA 5.

San Sabas, abad y confesor.—El bienaventurado san Sabas fué varon santísimo y de altos merecimientos, y padre é instituidor de muchos monges, y gran defensor de la fé católica y esclarecido con muchos milagros. Nació en una aldea de la provincia de Capadocia, llamada Mutalasca. El nombre de su padre fué Juan, el de su madre Sofía, personas nobles y piadosas. Ofrecióse á sus padres una jornada forzosa á Alejandría de Egipto, y dejaron á su hijo Sabas de cinco años encomendado á un tio suyo, hermano de su madre, que se llamaba Hermias.

La mujer del cual por ser desabrida y de mala condicion trataba mal al niño Sabas; y él dejó aquella casa y se fué á la de otro tio suyo, llamado Gregorio, para vivir en paz y quietud. Tuvieron los dos tios Hermias y Gregorio grandes pleitos sobre la hacienda de Sabas, que sus padres, cuando partieron para Alejandría, le habian dejado; y el santo mozo, como era pacífico y sosegado, ofendido de aquellas discordias y porfías por una cosa tan baja como á él le parecia que era la hacienda, dejólos y entróse en un monasterio para darse totalmente á Dios.

Concertáronse despues los tios, y quisiéronle sacar del monasterio, para que gozase de su hacienda y de los gustos del matrimonio; mas él estaba ya tan abrazado con Dios y tan encendido en su amor, que por ningun camino le pudieron apartar de su santo propósito. Dábase á todas virtudes, procurando esmerarse en cada una de ellas, y especialmente en la abstinencia y victoria de la gula. Un dia estando trabajando en la huerta del convento vió en un árbol muy lindas y sabrosas manzanas, y aficionándose á ellas cogió una del árbol con intento de comerla. Despues cayó en la cuenta que aquella era tentacion del demonio, y luego arrojó la manzana y la pisó; y para vencer mas perfectamente al enemigo, determinó no comer manzana en todos los dias de su vida. Con esta victoria pasó adelante en las demás virtudes, ejercitándose de dia en los trabajos y de noche en la oracion, y huyendo de la ociosidad, como de raiz de todos los males. Era muy caritativo y muy compasivo en tanto grado, que una vez habiendo el panadero de su casa puesto sus vestidos mojados dentro del horno, para que se secasen; despues olvidado encendió el horno, y acordándose que estaban dentro sus vestidos, se comenzó á congojar. Tuvo tan gran pena Sabas de la pena y aflicion del panadero, á quien él ayudaba y servia, que haciendo la señal de la cruz se entró en el horno, y sacó los vestidos, pasando por medio de las llamas sin lesion: tanto puede la caridad del prójimo para con Dios, aunque sea en cosas pequeñas. Despues que hubo estado en aquel monasterio diez años, siendo ya de edad de diez y ocho, con instinto particular de Dios y licencia de su abad (que tuvo revelacion de ello) fué á visitar los santos lugares de Jerusalen, y de allí por consejo de san Eutimio, abad y varon santísimo, se entregó á la disciplina é instruccion de un varon perfecto, llamado Teotisto, y debajo de tal maestro hizo muy gran progreso en todo género de santidad y virtud. Era el primero en la oracion y en el trabajo: era humilde, obediente, modesto y de gran caridad para con todos, ayudándolos y sirviéndolos en sus oficios y ministerios con extraordinario cuidado y alegría. Todos se miraban en él como en un espejo, y le llamaban el «Mozo viejo;» porque en los pocos años resplandecia en él seso y madurez de venerable senectud. Fué una vez por obediencia de su prelado á acompañar á otro monge, que iba á Alejandría, donde encontró á sus padres, que le quisieron hacer fuerza y sacar de la religion; mas él, entendiendo que aquel habia sido artificio del demonio y lazo que le tenia armado para cogerle é inquietarle, tuvo fuerte y resistió con tan grande espíritu á los asaltos de sus padres, que los rindió á su voluntad: y dejándolos sosegados, se entró á hacer vida solitaria en una cueva de un monasterio. Allí estuvo por espacio de cinco años, haciendo vida mas de ángel, que de hombre mortal. Los cinco dias de la semana pasaba sin comer, ocupado siempre en oracion, ó en el trabajo de sus manos: el sábado salia de su cueva y traia cincuenta espuertas que en aquellos dias habia hecho; y el domingo se volvia á su cueva, con la cantidad de ramos de palma que era menester para trabajar en la siguiente semana. Fué muy tentado y perseguido de los demonios, que en diversas formas de serpientes y de bestias fieras se le aparecian para espantarle; pero él, armado de oracion y confianza en Dios, los venció viviendo con increible seguridad.

Despues que se hubo ejercitado en aspereza, oracion y

penitencia muchos años, salió de la soledad para beneficio de muchos y fundó un monasterio, donde vivian bajo de su gobierno ciento cincuenta monges, á los cuales proveia Dios maravillosamente de todo lo necesario, por medio de muchas personas piadosas, que les hacian largas limosnas admirados de su gran santidad y virtud, y aun milagrosamente les proveyó el Señor de una fuente de agua muy copiosa, que ni crecia en invierno ni en verano, y daba agua abundantemente á todos los que la habian menester. Despues en el discurso de la vida de san Sabas (que fué muy larga y mas divina que humana, y llena de prodigios divinos) el Señor le favoreció en gran manera socorriéndole en las necesidades de siete monasterios que fundó, y haciéndole padre de innumerables monges, admirable en toda aquella tierra, espantoso á los demonios, y á los leones ferocísimos y á otras bestias fieras, venerable: solos los hombres malos y perversos le aborrecian y perseguian, porque era contrario en su vida y en su doctrina á las viciosas costumbres y dañadas opiniones de ellos, porque para mejor ejercicio y pureza de su virtud, permitió el Señor que algunos de sus mismos discípulos le maltratasen y persiguiesen, y él con humildad, caridad, paciencia y mansedumbre los venció y dejó la misma casa que habian edificado, y se fué á vivir á otros lugares incómodos y ásperos, para tener paz con los que huian de la paz, y enseñarnos con su ejemplo, cuánto mas vale el padecer, que el hacer por Cristo, y que lo fino de la virtud consiste en sufrir muchos trabajos y molestias, por hacer bien de los mismos á quienes el bien se hace, y que al fin Dios le da corona al que sabe pelear y vencer. Los que por menudo quisieren saber los milagros de este santísimo abad, que son muchísimos y grandísimos, véanlos en su vida. Uno solo referiré aquí, que le sucedió con un leon. Entró una vez el santo á hacer oracion en una cueva, donde habitaba un leon de extraña grandeza. Despues de haber orado se puso á reposar un poco: á la media noche entró el leon en su cueva, y hallando el huésped no le osó tocar: pero asiéndole blandamente del vestido, le tiraba como quien le queria sacar fuera de su cueva. No se turbó el santo por ver de improviso aquella bestia tan feroz, ántes comenzó á rezar muy despacio y con mucha devocion sus maitines: y el leon se salió fuera aguardando que los acabase, y despues tornó á entrar y asirle de la falda como diciéndole que se fuése de su casa: pero el santo sin turbarse le dijo: Mira, leon, si quieres, estemos aquí juntos, porque la cueva es capaz para los dos: y sino, mas justo es que tú te vayas y me dejes libre; porque yo no solamente soy criatura de Dios, como tú, sino criado á su semejanza é imágen. Oidas estas palabras, como si tuviera entendimiento, se salió el leon de la cueva dejándola para habitacion del santo abad. Habiéndose, pues, ejercitado en los monasterios y en la soledad, y siendo respetado en el mundo y tenido por un varon venido del cielo, se ofreció un negocio muy grave, que le sacó de su quietud y le obligó á ir á Constantinopla para aplacar al emperador Anastasio que era hereje, y perseguia á los católicos y echaba de sus sillas á los santos obispos. Enviaron una embajada al emperador, de muchos monges, cuya cabeza era Sabas (que á la sazon era de setenta y tres años), y el amor de Dios y el celo de la religion pudo mas con él para tomar aquel trabajo, que sus muchos años y el deseo de su quietud para rehusar. Llegaron al palacio del emperador los embajadores, y todos fueron admitidos sino san Sabas que era el principal; porque como iba con vestido de cilicio y vil, no le dejaron entrar y le trataron como á hombre despreciable. Los de dentro echaron ménos al santo, hiciéronle buscar, halláronle rezando salmos fuera del palacio imperial: llamáronle y lleváronle al emperador, donde los otros embajadores, sus compañeros, estaban aguardándole. Al entrar en la sala, vió el emperador que iba delante de san Sabas un ángel resplandeciente, y admiróse y entendió que era varon de Dios, y como á tal le honró, levantándose de su silla y haciéndole reverencia. Mandó sentar á los embajadores y preguntóles lo que querian: y cada uno de ellos, olvidado del negocio público á que venia, comenzó á tratar de sus negocios particulares con el emperador y á proponerle sus peticiones y demandas: solo san Sabas callaba, y siendo la boca de todos no decia palabra. Preguntóle el emperador si él queria algo: y él le dijo la causa por que habia venido, y le aplacó, y por entonces le detuvo; porque vió que era varon santo y desinteresado y sin codicia de cosa alguna de la tierra. Otra cosa le sucedió otra vez con el emperador. Habia habido aquellos años grande hambre y pestilencia, y con estar los pueblos destruidos, los cargaban con nuevos tributos y vejaciones, de manera, que la pobre gente andaba afligida y se consumia é iba andando sin remedio. Compadecióse el santo abad de las calamidades de la gente miserable; fuése al emperador y suplicóle que mandase quitar aquel tributo con que estaba oprimida, y el emperador se inclinó á hacerlo por respeto del santo que se lo suplicaba: pero un ministro suyo, llamado Marino, que era poderoso y tenia gran mano con el emperador, le persuadió que no lo hiciese (que nunca falta en las córtes de los príncipes un mal consejero que los destruya): avisó á Marino el santo, que se reportase y arrepintiese; porque de otra manera pagaria su culpa con grave pena: él no se enmendó y la pagó; porque estando Marino muy contento y descuidado, se levantó en la ciudad un alboroto, y el pueblo entró en su casa y la saqueó y quemó, y faltó poco que el mismo Marino no muriese á sus manos: pero Dios le guardó porque reconoció su culpa y le pidió perdon, entendiendo cuán grande era la santidad de Sabas que le habia profetizado tanto ántes el castigo que habia de venir sobre él. Volvióse el santo abad, acabada esta jornada, con feliz suceso á su recogimiento; pero habiendo muerto el emperador Anastasio quemado de un rayo por justo juicio de Dios (de lo cual tuvo revelacion san Sabas), habiendo sucedido en el imperio Justino, que era príncipe católico, salió otra vez de su monasterio, siendo de edad de ochenta años, con grande vigor, esfuerzo y alegría para ser pregonero por su misma persona, y predicador de un edicto que el mismo emperador mandó publicar en favor de la fé católica y de la paz de la santa Iglesia; porque todos los trabajos que tomaba por Cristo el santo viejo Sabas, le eran mas sabrosos que el descanso y quietud. No fué esta la postrera vez que dejó su recogimiento por el bien de los otros; mas la tercera vez, siendo ya de noventa y un años, y Justiniano emperador, fué á Constantinopla, para suplicarle que reprimiese á los samaritanos, que infestaban y perseguian á los cristianos de Palestina, y destruian los templos y quemaban las reliquias, y mataban á los obispos, y por medio de un conde llamado Arsenio, hombre malvado y perverso,

persuadian al emperador, que los buenos cristianos y verdaderos católicos eran la causa de los mismos males que padecian: que esto es propio de los herejes y revoltosos, afligir á los buenos y echarles la culpa. Fué recibido el santo abad del emperador Justiniano, como un ángel venido del cielo: mandó que le saliesen á recibir los caballeros y criados de su casa, y el mismo patriarca de Constantinopla, Epifanio, y cuando entró, vió sobre la cabeza del santo una como corona de maravillosa claridad, y se levantó de su silla, y le abrazó y veneró, y le concedió benignamente y con larga mano todo lo que le pidió, é hizo muchas obras buenas por su consejo. Mas en esta jornada le aconteció con la emperatriz Teodora una cosa digna de consideracion. Era estéril y deseaba un hijo: pensó poderle alcanzar de Dios por las oraciones del santo: pidióle una y muchas veces con grande instancia y afecto, que tomase aquel negocio á su cargo; y el santo nunca lo quiso hacer, ni darle esperanza de ello, ni decirla una buena palabra; porque conoció que era hereje, y que Dios no queria que de tan mal árbol naciese fruto para daño de la Iglesia. Otra cosa tambien notable le sucedió con el emperador Justiniano, el cual estando despachando las cosas que el santo le habia suplicado, con gran voluntad de darle contento, y el mismo santo abad allí con él; llegada la hora de tercia, dejó al emperador y se apartó á rezar sus acostumbradas oraciones: y como un compañero suyo, llamado Jeremías, le dijese que no parecia bien que estando el emperador ocupado en sus negocios, él dejase y se divirtiese en otra cosa: él le respondió con gran paz: Hijo, el emperador hace su oficio, y nosotros el nuestro. Concluyó san Sabas sus negocios, volvió á su casa, cayó enfermo; y siendo de noventa y dos años, habiendo tenido revelacion de su glorioso tránsito, exhortando á sus hijos y discípulos á toda virtud y perfeccion, dió su alma al que para tanta gloria suya la habia criado, á los 5 de diciembre del año del Señor de 531. Enterráronle con gran pompa y solemnidad, los obispos, monges y pueblos de toda aquella comarca, y Dios obró por él, despues de muerto, innumerables milagros. No solamente fué muy célebre su memoria en Oriente, sino tambien en Occidente; y en Roma hay una iglesia y monasterio de San Sabas, de la cual hace mencion Juan Diácono en la Vida de san Gregorio, papa, y se cuenta por uno de los veinte y dos monasterios insignes que habia en aquella santa ciudad; y la santidad de Gregorio XIII, de feliz recordacion, le dió al colegio germánico que fundó en Roma, para reparacion de la fé católica en las provincias septentrionales; porque en este colegio, debajo de la disciplina y gobierno de los padres de la Compañía de Jesus, se crian muchos estudiantes de aquellas naciones católicas, y acabados sus estudios vuelven á ellas, para alumbrarlas con la doctrina apostólica, y edificarlas con su buena vida, y se ha seguido grandísimo fruto para ensalzamiento de la santa fé católica, y abatimiento y confusion de los herejes. El cuerpo de san Sabas, se dice que está en Venecia. Escribió su vida largamente Cirilo, monge, autor grave y de su mismo tiempo, y Metafraste la añadió. Hace mencion de él el Martirologio romano y el Menologio de los griegos, y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio, y en el sexto y séptimo tomo de sus Anales.

Santa Cristina, mártir.—Era esta santa descendiente de una familia muy ilustre y rica del Africa, segun dice san Agustin. Contrajo matrimonio, del que tuvo muchos hijos, los cuales educó cristianamente. A pesar de su débil temperamento, no le faltó valor para confesar públicamente á Jesucristo, despreciando las lágrimas y ruegos de sus hijos, por manera, que despues de haberla rasurado la cabeza, y puesto á la vergüenza pública el procónsul, le cortaron la cabeza en Tabaste, el año 304.

Los santos Julio, Potamia, Crispin, Félix, Grato, y otros siete compañeros, mártires.—Murieron por haber confesado la fé de Jesucristo, degollados en Tagura, antigua ciudad de África, reinando Diocleciano, el año 302.

San Baso, obispo y mártir.—Durante la persecucion de los emperadores Decio y Valeriano, hallándose este santo de obispo en Nicea de Bitinia, fué preso por no obedecer los edictos imperiales. Por órden del gobernador Perenio fué atormentado en el potro, quemado con planchas de hierro ardiendo, y echado al fuego; pero habiendo salido de él sin recibir daño alguno, le traspasaron la cabeza con dos clavos, y de este modo consumó su ilustre martirio, el año 254.

San Dalmacio, obispo y mártir.—Floreció en el siglo III, y fué obispo de Pavía. Con su sabiduría y santos ejemplos, atrajo innumerables infieles á la luz de la verdadera religion; por cuyo motivo, en 303, segun el cardenal Baronio, el emperador Maximiano lo mandó prender, le afligió el cuerpo con varios suplicios, y últimamente le hizo degollar en su misma ciudad episcopal, y así dió un ilustre testimonio de su fé.

San Pelino, obispo y mártir.—Este piadoso prelado de la Iglesia de Brindis en Italia, que creia poder trabajar en paz en el establecimiento del Evangelio, vió con amargura levantarse de nuevo altares á los dioses del paganismo. Lleno de zelo y de dolor entró un dia en el templo del dios Marte, y publicó en él cuán abominable era el culto de aquella deidad, y al salir á la calle, se puso en oracion, y el templo se desplomó. Indignados los sacerdotes del ídolo, se apoderaron del santo, le azotaron cruelmente, y le abrieron ochenta y cinco heridas en varias partes de su cuerpo, y de ellas murió en Pentina, el año 362, reinando Juliano el Apóstata.

San Anastasio, mártir.—Solo sabemos de él las siguientes palabras que trae el Martirologio romano: «San Anastasio mártir, que por ardiente deseo de padecer el martirio, se presentó voluntariamente á los perseguidores.»

San Nicecio, obispo y confesor.—Educóse desde muy niño en un monasterio, donde aprendió con grande aprovechamiento las ciencias y la virtud. Su mérito le granjeó tanta reputacion, que el rey Tierri le dispensó su amistad, y el año 527 le obligó á aceptar el obispado de Tréveris. Los frutos extraordinarios que produjo su predicacion, la santidad de su vida, á la cual daban nuevo esmalte sus milagros, y su asidua perseverancia en la práctica de todas las buenas obras, le hacian admirar y respetar de todos. Asistió á muchos concilios; trabajó con zelo en la reforma de la disciplina, y murió santamente el año 566.

San Juan, obispo y confesor.—Floreció en Asia en tiempo del emperador Leon III, llamado Isauro, con quien disputó muchas veces sobre el culto debido á las imágenes de los santos, por cuya defensa sufrió el destierro y muchos trabajos, que sobrellevó siempre con admirable paciencia. Dios le concedió el don de milagros, y fueron tantos y tan ruidosos los que obró, que sus contemporáneos le dieron el

sobrenombre de Taumaturgo, título que le ha conservado el Martirologio romano. No se sabe de qué ciudad fué obispo: el cardenal Baronio dice en sus anotaciones que murió el año 731, en paz, en Poliboto de Asia.

SAN GERARDO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué obispo bracarense, ilustre por su piedad, por la caridad ferviente que le animaba, y por una humildad sincera que le hacia tener en ménos las vanidades de la tierra, y suspirar constantemente por las felicidades de la otra vida.

DIA 6.

SAN NICOLÁS, OBISPO Y CONFESOR.—El bienaventurado san Nicolás, ornamento de la Iglesia católica, y dechado de santos prelados, nació en Patara, ciudad de la provincia de Licia, de padres ilustres, ricos, cristianos y muy dados al servicio de Dios. Estuvieron algunos años casados sin tener hijos (aunque no eran estériles), y dióles el Señor por premio de sus muchas lágrimas, limosnas y oraciones á Nicolás, por heredero único y solo de sus virtudes y bienes. En naciendo Nicolás, dió muestras de haber sido escogido de Dios, y al mismo tiempo que comenzó á vivir, comenzó tambien á reverenciarle, y tan presto como supo qué era comer, supo qué cosa era ayunar: porque tomando todos los otros dias muchas veces el pecho, los miércoles y viernes no le tomaba sino una vez al dia, y á la tarde, sin poder acabar con el niño que hiciese otra cosa todo el tiempo que mamó. Siendo de mas edad, dió muestras de su habilidad y virtud, en la cual iba creciendo con los años. Pusiéronle sus padres al estudio, y con su delicado y alto ingenio, y con la diligencia que ponia, en breve tiempo supo mucho, y alcanzó las ciencias que estudiaba. Apartábase de los de su edad, que se desmandaban en vicios y livianidades, y juntábase con los virtuosos y honestos: huia, como de pestilencia, no solamente las pláticas y conversaciones de mujeres, sino tambien su vista, como peligrosa y dañosa para la juventud: domaba su carne con vigilias, ayunos y cilicios, para librarse de la tiranía de la concupiscencia, que con pensamientos y deseos torpes y carnales hace guerra á todos, y mas á los mozos de poca edad: frecuentaba mucho los templos y casas de oracion, deseando él ser templo vivo del Espíritu santo: parecia viejo en el sexo, discrecion y mesura, y en las costumbres grave y compuesto, por lo cual era de todos amado y respetado. Tuvo san Nicolás un tio, hermano de su madre, que fué obispo, y se llamaba Nicolás como él, varon docto y santo, y de loables costumbres: el cual persuadió á los padres de san Nicolás, que diesen su hijo á Dios, y le hiciesen clérigo: y como ellos eran piadosos, fácilmente vinieron en ello; y el mismo san Nicolás se holgó, y el obispo su tio le ordenó de sacerdote. Al tiempo que le ordenaba, dijo á los que estaban presentes: Un nuevo sol, hermanos, veo nacer, que ha de causar grande consuelo y descanso en el mundo. ¡O dichoso el rebaño que le tuviere por pastor! Porque volverá á él las ovejas descarriadas, y será consuelo de los desconsolados, salud de los enfermos, y descanso de los trabajados. Como él lo dijo, así se cumplió en Nicolás; el cual luego que se vió puesto en la dignidad sacerdotal, aumentó la severidad y aspereza de la vida, imitando á los árboles y plantas, que cuanto mas levantadas sus ramas en alto, tanto mas hondas raices echan en la tierra. Procuró ser mas sobrio y templado, mas continente, mas humilde, mas riguroso con su cuerpo, haciéndole cruda guerra, nó para matarle, sino para sujetarle al espíritu. Dormia, comia y bebia ménos, y comunmente su bebida era agua: vestia pobre, aunque limpiamente: frecuentaba mas la iglesia: dábase mas á la oracion: no leia sino libros sagrados, ó de cosa santa y provechosa: en su rostro mostró mas modestia: en sus pláticas mas gravedad; y de esta manera, aunque en carne mortal, parecia vivir vida inmortal. Sucedió en la provincia de Licia, y en todo el Oriente una gravísima pestilencia de que murieron muchos, y entre otros en tres dias los padres de san Nicolás. Quedóle toda su hacienda: y él como si no fuera heredero y señor de ella, sino mayordomo y dispensador, determinó repartirla á los pobres y hacer grandes limosnas, y comprar con ellas el cielo. Entre las muchas limosnas que hizo, fué una muy ilustre, digna de perpetua recordacion, para remedio de tres hermanas doncellas nobles, y que por su mucha pobreza estaban en peligro de vender su castidad; porque en la misma ciudad de Patara hubo un hombre bien nacido y rico, que tenia tres hijas doncellas de extremada belleza, y de edad para casar: el cual (como las cosas humanas son instables y caducas) por varios infortunios habia caido de su prosperidad en tan gran pobreza y abatimiento, que no solamente no podia casar á sus hijas, pero ni aun sustentarse á sí y á ellas. Y como los hombres comunmente pierden el respeto á Dios, y no conocen de dónde les viene el daño; este pobre, para huir la afrenta y vergüenza del mundo, tomó un consejo pernicioso para su casa, queriendo ántes verla mancillada con pecado, que necesitada con mengua y deshonra. Trató con sus hijas, que ganasen torpemente con sus cuerpos su comida: como si Dios no pudiera sustentarle sin ofensa suya, ó no fuera mejor morir mil veces de hambre, que ofenderle. Las miserables doncellas y tristes hijas, cuando supieron la determinacion de su padre, tuvieron las angustias y afanes que se puede pensar, considerando el extremo de miseria á que habian venido, y que por un pedazo de pan habian de perder su castidad, su honra y sus almas. No se le encubrió á san Nicolás este trabajo en que aquella casa estaba: parecióle que ninguna limosna podia ser mas acepta á Dios, que la que se empleaba en remediar los cuerpos de aquellas nobles doncellas, y librar sus almas de pecado. Determinó remediar aquella necesidad; pero de manera que no se entendiese quién la remediaba; porque como tan humilde, huia la gloria vana que suele perseguir aun á los que huyen de ella. Tomó la cantidad que le pareció de oro, y envióla en un lienzo, y salió con ella de noche de su casa, y fuése á la de aquel pobre hidalgo: vió á la claridad de la luna una ventana entreabierta del aposento en que dormia; echó por allí el oro, y volvióse secretamente y con presteza á su casa. Cuando despertó el hidalgo, vió aquella bendicion de Dios: quedó espantado, temiendo que no fuese embuste del demonio, ó enredo de algun enemigo: al cabo, visto que era oro, quitadas otras sospechas y temores, con grandes lágrimas dió gracias á Dios por ello. Mejor (dice), Señor, lo habeis hecho vos conmigo, que yo lo queria hacer con vos. Yo trataba de ofenderos; y vos me habeis hecho misericordia, y tan grande, que me habeis obligado á perder ántes mil veces la vida que ofenderos. Pésame del mal propósito que he tenido; humildemente os pido perdon.

Con aquel oro remedió el padre á una de sus hijas, casándola conforme á su estado: y cuando lo supo san Nicolás, quedó mas contento por haber dado el oro, que el padre por haberlo recibido, y propuso de remediar de la misma manera á las otras dos hijas que quedaban. Echó la segunda vez otra tanta cantidad de oro en la misma forma que habia hecho la primera, con la cual la segunda hija quedó remediada; y el padre con grande esperanza que Dios habia de remediar la tercera, y con no menor deseo de saber quién era su bienhechor, y por cuya mano Dios le hacia tan señaladas mercedes sin merecerlas. Para esto determinó estar en vela y sobre aviso, para que si viniese la tercera vez, descubrirle, y reconocerle y servirle aquel tan extraordinario beneficio.

Vino el santo la tercera vez: echó la moneda y retiróse luego; mas como el hombre estaba en centinela, salió con presteza y alcanzóle: echóse á sus piés, y besándoselos le dijo: ¿Por qué, Nicolás, os encubrís de mí? Por qué no quereis que reconozca á quien tanto debo? Vos sois mi ayudador, y el que habeis librado mi alma y las de mis hijas del infierno, y los cuerpos de afrenta. Por vos Dios ha levantado al pobre de la tierra, y al necesitado del estiércol. Esto decia el pobre hombre, no cesando de derramar lágrimas y besar los piés á Nicolás que sintió mucho el ser descubierto: y apocando y deshaciendo aquella obra, le rogó encarecidamente que en pago de su buena voluntad y lo que por él habia hecho, lo callase y no lo descubriese á persona viviente. Mas fué en vano; porque el Señor queria que esta caridad, humildad y recato de san Nicolás, nos quedase por ejemplo y que se predicase en su santa Iglesia, y que el mismo que habia recibido la buena obra y habia sido testigo de tan altas virtudes, las pregonase, como lo hizo todo el tiempo que vivió, contando á todos esta limosna, y las demás que sabia haber hecho el santo á otros, que fueron muchas y maravillosas. Pero ¡qué trocado pensamos que quedó el corazon de aquel hombre cuando por medio de san Nicolás se vió vencido del Señor! ¡qué avergonzado! ¡qué corrido! ¡qué confuso! Y las tres hijas cuando se vieron remediadas y puestas en estado con honra, sin ofensa de Dios ni afrenta suya, ¡qué agradecidas debian de estar á Dios y al santo! Enseñando á todos con este ejemplo, que aunque nos dé el agua hasta la boca y nos veamos sumidos y casi anegados de trabajos, pobreza y calamidades, nunca desconfiemos del Señor, que tanto cuidado tiene de proveernos, y sabe el tiempo en que lo ha de hacer.

Habia edificado el obispo, tio de san Nicolás, un monasterio: dió el cuidado de él á su sobrino; y él le tomó, por obedecer, muy contra su voluntad: porque era tanta su humildad que huia todos los cargos de mando y gobierno. Administró aquel monasterio con maravilloso ejemplo de santidad y prudencia y estuvo en él algunos años, hasta que con deseo de retirarse á algun desierto y darse totalmente á sola la contemplacion y gusto de Dios, se partió para visitar primero los santos lugares de Jerusalen en que Cristo, nuestro Salvador, obró nuestra redencion, y de allí pasar á algun yermo ó vivir apartado del bullicio y ruido de la gente. Entró en un navío que iba á Egipto y comenzada la navegacion con próspero viento, estando el cielo sereno, el mar sosegado, vió el santo entrar el demonio en el navío, furioso y con una espada desnuda en su manos y como haciendo fuerza para echar á fondo el navío.

Entendió luego san Nicolás por divina revelacion lo que habia de suceder, y dijo á los marineros que se aparejasen y estuviesen alerta; porque les sobrevendria una brava y cruel tempestad: la cual luego se levantó tan desapoderada y deshecha que todos se tuvieron por perdidos y se echaron á los piés del santo, suplicándole que, pues Dios le habia revelado aquella tempestad ántes que viniese, ahora que estaba presente la sosegase con sus oraciones. Hizo oracion san Nicolás, y al momento se serenó el cielo, cesaron los vientos y se abonanzó el mar y revivieron los que ya se tenian por muertos é hicieron gracias al Señor: y para que mas se declarasen los merecimientos de san Nicolás en este mismo viaje, estando uno de los marineros aderezando una vela, cayó de lo mas alto de la entena del navío, y murió de la caida; mas haciendo san Nicolás oracion por él, se levantó vivo y sano. Llegó á Jerusalen y visitó aquellos sagrados lugares, especialmente el monte Calvario donde Cristo habia sido crucificado, y el santo sepulcro, y fué muy consolado y regalado del Señor en aquella peregrinacion: y como él iba bien dispuesto y con singular devocion, recibió en ella admirables dones y beneficios del Señor.

Mas queriendo el santo varon seguir su propósito y retirarse á la soledad, tuvo revelacion de Dios en que le mandaba volviese á su monasterio: porque queria que le sirviese en otra cosa, y nó en la que él pensaba: que los juicios del Señor son muy diferentes de los nuestros, y toda la perfeccion y bienaventuranza del hombre consiste en hacer su voluntad. Así lo hizo san Nicolás: porque luego se embarcó para volver á su tierra; mas los marineros con engaño le llevaron á la ciudad de Alejandría de Egipto; pero al tiempo que la descubrieron y estaban cerca de tierra, se levantó de repente una borrasca tan grande que los apartó del puerto que pensaban tomar y llevó el navío á Licia, tierra de san Nicolás, adonde se habia concertado que le llevasen, quedando los marineros admirados y confusos y pidiéndole perdon.

Volvió á su monasterio donde fué recibido con gran alegría de sus monges que habian sentido mucho la ausencia de tan buen padre y pastor. Allí pensó estarse como en un puerto seguro toda su vida; mas un dia estando recogido en oracion, oyó una voz del cielo que le decia: No es este el lugar en que quiero que estés; sino que salgas al campo y trates con los hombres, para que yo sea glorificado en tí. Oida esta voz, entendiendo que Dios le queria para otro ministerio, determinó irse á la ciudad de Mira que era metrópoli y cabeza de la provincia de Licia, pareciéndole que allí no seria reconocido y huiria mejor de la honra que en su patria le hacian. En esta sazon se habian juntado en Mira los obispos sufragáneos de aquella provicia para eligir prelado y pastor digno de ella. Estaban todos con gran deseo de escoger al que fuese mas digno de aquella dignidad. Hacian mucha oracion al Señor suplicándole que les inspirase y manifestase la persona que segun su voluntad habian de elegir, que son los medios que para acertar en cosa tan importante se deben tomar. Reveló Dios á uno de los obispos, hombre anciano y de buena vida, que eligiesen el primero que al otro dia entrase en la iglesia y se llamase Nicolás. Dió parte de ello á los otros prelados, y á todo el clero, y todos que-

daron muy contentos y vinieron en ello y dieron órden que ninguno saliese de la iglesia, y se pusieron aquella noche en oracion: la cual san Nicolás gastó (como solia) en alabar y contemplar al Señor; y sin saber lo que queria hacer de él, se fué muy descuidado luego á la mañana á la iglesia donde estaba guardando la puerta el obispo que habia tenido la revelacion: el cual, viendo á Nicolás se llegó á él, y le preguntó quién era y cómo se llamaba. Un pobre pecador soy, dijo él, que se llama Nicolás. Viendo el obispo su rostro y persona digna de toda reverencia, y considerando sus humildes palabras y que el nombre de Nicolás convenia con la revelacion de Dios, tomó á Nicolás por la mano y llevóle á los otros obispos; y ellos con gran gratulacion y regocijo suyo y de todo el pueblo le consagraron en obispo de Mira. Solo Nicolás lloraba y se afligia por verse tan honrado y puesto en aquella silla, de la cual él se tenia por indigno; aunque no se atrevia á repugnar por ver tan claras y evidentes señales de ser aquella la voluntad de Dios.

Con haber sido la vida de san Nicolás ántes tan perfecta y como un retrato del cielo; todavía despues que se vió obispo, juzgó que debia mejorarla y aventajarse tanto á todos sus súbditos en la virtud, cuanto los excedia en la dignidad, y hablando consigo mismo decia: Esta dignidad, Nicolás, otra vida pide: hasta aquí has vivido para tí; ahora has de vivir para otros: si quieres que tus palabras persuadan á tus súbditos, menester es que vayas delante de ellos con tus ejemplos, para que tus obras dén eficacia á tus palabras. Y así comenzó á estrecharse mas y á tratarse con mas aspereza: su vestido era mas despreciado que ántes: su comida era una sola vez al dia, y nó cosa de carne: hacia que le leyesen á la mesa alguna cosa de la Escritura sagrada: las noches pasaba en oracion y meditacion: dormia en el suelo y poco tiempo: levantábase ántes del alba, y llamaba á sus clérigos para cantar himnos y salmos en alabanza de Jesucristo: cuando salia el sol iba al templo y asistia á los oficios divinos; todo lo demás del dia gastaba en negocios tocantes al oficio de santo pastor: puso en todas las iglesias de su obispado rectores doctos y de buena vida, para que las rigiesen, y se informasen de todas las necesidades corporales y espirituales con extraordinario cuidado y diligencia: para las necesidades corporales, tenia algunos ciudadanos ricos y poderosos que le enviaban largas limosnas para que él las repartiese á los pobres: porque en su casa siempre hubo pobreza y nunca qué vender ó empeñar: hasta los libros tenia prestados, no queriendo cosa propia y anteponiendo la pobreza voluntaria á todas las riquezas del mundo: para las necesidades del alma tenia tambien personas celosas y prudentes que le avisaban de los pecados públicos, los cuales remediaba con la blandura ó severidad que convenia, ayudándose de la autoridad de los magistrados y jueces: y con ser él tan sabio, no fiándose de sí tomó por consejeros á dos insignes santos varones llamados Pablo Rhodio y Teodoro Ascalonita, con quienes comunicaba todas sus obras: y no contentándose con esto, cada año el primer dia de setiembre congregaba sínodo y trataba de la reformacion y buen gobierno de las iglesias de su distrito: y considerando que habia de dar cuenta á Dios de todas las almas que estaban á su cargo, y temiendo su flaqueza y pocas fuerzas para tan gran peso, le suplicaba muchas veces con lágrimas, que le librase de tan gran peligro; mas estando en esta angustia y congoja, oyó una voz del cielo que le dijo: No temas, Nicolás, que tratando tú mis negocios fielmente, yo sea desagradecido y te desampare; y con esta voz se consoló y sosegó.

Bien fué menester que san Nicolás fuese obispo y pastor para defender el rebaño del Señor, que en su tiempo fué muy fatigado y perseguido de los lobos carniceros: porque siendo emperador Diocleciano y Maximiano, cruelísimos enemigos de Jesucristo y de su religion (aunque otros dicen que fué en tiempo del emperador Licinio), se levantó una bravísima tempestad contra la Iglesia y llegó á la ciudad de Mira, y muchos cristianos padecieron; y muchos mas se anegaran en aquel naufragio si san Nicolás como buen prelado no tuviera el gobernalle y sustentara con su santidad, valor y prudencia, la nave de la república de tantas y tan bravas ondas combatida; porque como valeroso capitan salió al encuentro de los enemigos, animando á los flacos, consolando á los afligidos, é inflamando á todos al martirio, deteniendo á muchos que no cayesen y levantando á los caidos, y dando con sus palabras ejemplo y esfuerzo á todos para que derramasen alegremente su sangre por Dios. Fué preso el santo prelado, quisiéronle matar, y no se atrevieron por el gran respeto y reverencia que todos le tenian. Desterráronle, y su destierro fué consuelo para muchos desterrados, y para sí de un celestial júbilo y alegría; pero sucedió presto el siglo dorado del emperador Constantino, que mandó soltar y dar libertad á todos los cristianos que estaban presos por la fé de Cristo, y arruinar y asolar los templos de los ídolos. Con estos edictos volvió san Nicolás á su Iglesia, y anduvo por los pueblos de su obispado, derribando los templos profanos de los falsos dioses, y entre ellos uno famosísimo que habia en la ciudad de Mira, dedicado á la diosa Diana, y de tal manera que no dejó piedra sobre piedra. Cuando lo derribaban fueron oidos por el aire horribles aullidos de los demonios que clamaban y se quejaban de ser echados de su antigua morada. Con esto comenzó á florecer mas la religion católica y á caer la idolatría por la vigilancia de este santo prelado, el cual no solamente fué valeroso caudillo de Dios contra los gentiles, sino tambien contra los herejes, convirtiendo muchos á nuestra santa fé católica: y hallándose él en el concilio niceno entre los trescientos y diez y ocho obispos, que allí se juntaron para condenar la herejía de Arrio, resplandeció entre todos con tan grande claridad y opinion de santidad, que parecia un sol entre las estrellas.

No se puede en pocas palabras escribir los innumerables y grandísimos milagros que este santo varon hizo en vida y en muerte. Algunos pocos referiré yo aquí de los mas raros y mas notables. Envió el Señor una carestía cruelísima á la provincia de Licia y toda la gente perecia de hambre. No tenia otros graneros ni trojes para remediarla el santo varon, sino la oracion y confianza en Dios. En esta sazon, un mercader habia cargado una nave de trigo en Sicilia para venderla en España. Estando para partir del puerto, una noche en sueños le apareció san Nicolás, y le dijo que llevase aquel trigo á la ciudad de Mira en Licia, porque le venderia muy bien y se haria rico, y como en señal le puso tres piezas de oro en la misma mano. Despertó el mercader, y visto el oro y el aposento cerrado, entendió que aquella vision era de Dios.

Hízose á la vela: enderezó la proa donde Dios le mandaba: llegó á Mira con próspero viento, vendió su trigo muy bien; y quedó contento con el precio, y el pueblo mucho mas con el trigo, y por la manera con que Dios le habia remediado por los merecimientos de su santo prelado.

Envió el emperador Constantino á tres tribunos ó maestres de campo, llamados Nepociano, Urso y Herpilion, con gente de guerra á sosegar un alboroto que se habia levantado en Frigia. Llegaron estos capitanes á un pueblo de la ciudad de Mira, y saliendo los soldados á tierra, comenzaron (como suelen) á destruirla y á maltratarla, y robar á los moradores, los cuales tomaban las armas para defenderse y resistir á los soldados. Súpolo san Nicolás, y acudió luego con gran presteza para atajar los daños que podian suceder si llegaban á las manos; y bastó su presencia para que los unos y los otros dejasen las armas y se sosegasen y rindiesen á su voluntad. Convidó el santo á los tres maestros de campo y llevólos á su casa, y regalóles con grande humildad; y ántes que se partiesen le vinieron á decir que el prefecto de la ciudad llamado Eustaquio habia condenado á muerte á tres ciudadanos honrados, que no tenian culpa, por mucho dinero que algunos enemigos de ellos le habian dado, y que toda la ciudad estaba muy triste y llorosa por ver aquella crueldad é injusticia que contra ellos se usaba. Luego levantó el santo, rogando á los tres maestres de campo que le acompañasen, y entendiendo que ya estaban en el lugar del suplicio, y á punto de ejecutarse la sentencia, con gran priesa se fué al lugar, y halló á los tres cristianos ya puestos de rodillas, con los ojos vendados, las manos atadas, y el verdugo con la espada levantada para degollarlos, y una gran muchedumbre de pueblo al rededor, llorando y lamentando aquel triste espectáculo. Llegó de improviso san Nicolás, y con sola su vista detuvo y espantó al verdugo: quitóle la espada de la mano, mandó levantar á los inocentes y dióles la vida sin que ninguno osase resistirle ni decirle palabra: tanta era su autoridad y la reverencia que todos le tenian: ántes el prefecto, sabiendo lo que pasaba, temiendo el tormento de su conciencia y el castigo del emperador Constantino si viniese á su noticia, se echó á los piés de san Nicolás, suplicándole que le perdonase y que no diese parte al emperador, prometiendo enmienda. Apenas pudo alcanzar que el santo le perdonase aquella injusticia tan pública y tan escandalosa pareciéndole digna de grave y público castigo. A todo esto estuvieron presentes los tres maestres de campo admirados de lo que habian visto, y tomada la bendicion de san Nicolás, se partieron: y siguiendo su navegacion llegaron á Frigia, y compusieron las cosas con gran valor y prudencia, como el emperador les habia mandado: del cual, volviendo á Constantinopla fueron muy bien recibidos y acariciados y honrados, como personas que tan bien lo merecian. Mas como la envidia es enemiga de la virtud, algunos (á quienes pesaba que estos maestres de campo fuesen tan estimados y honrados del emperador) los acusaron delante de él como á desleales, inquietos, y personas que maquinaban y urdian alguna traicion contra su imperio. Y como los príncipes son celosos y sospechosos en cualquier cosa que toca á la conservacion de su estado; el emperador los mandó prender por consejo de Ablavio, su gran privado y prefecto del pretorio, que era codiciosísimo, y le habian untado las manos para que quitase la vida á los que tan bien habian servido: y pudo tanto con la privanza y poder que tenia, que hizo dar la sentencia de muerte contra ellos. Cuando los tres maestres de campo la supieron, no tuvieron otro remedio sino encomendarse con muchas lágrimas y sollozos á san Nicolás, aunque estaba ausente y tan léjos, acordándose como habia librado en su presencia aquellos tres ciudadanos condenados á muerte de las manos del verdugo. Oyólos Dios desde el cielo, y san Nicolás desde la tierra, donde estaba; y aquella noche estando durmiendo á buen reposo el emperador Constantino y Ablavio, les apareció á cada uno por sí san Nicolás, diciéndoles quién era, y reprendiéndoles severamente de la injusta sentencia que habian dado contra aquellos tres maestres de campo que estaban sin culpa, y que Dios le enviaba para que vengase tan gran maldad; y que así lo haria si no deshacian luego lo que habian hecho. Fué de tanto peso lo que el santo dijo y la severidad con que les habló, que luego en amaneciendo, Constantino mandó llamar á Ablavio y le contó la vision que habia tenido: y sabiendo que Ablavio habia tenido la misma, mandó soltar á los soldados y los ordenó que fuésen á Mira á san Nicolás, y que le hiciesen gracias por haberles librado de la muerte, y que en su nombre le saludasen y ofreciesen el libro de los Evangelios, escrito con letras de oro, y encuadernado y cubierto ricamente, y un incensario de excelente labor, adornado de piedras preciosas, y dos candeleros de oro para servicio del altar, y perpetua memoria de la devocion que el emperador con él tenia: el cual por ocasion de este milagro escribió á Ablavio, é hizo una ley, en que manda que se guarden y obedezcan los juicios y sentencias de los obispos, y dice en ella estas palabras: «Establecemos que las sentencias de los obispos, de cualquiera manera que sean pronunciadas, se guarden siempre entera é inviolablemente; y se tenga por santo y venerable todo lo que fuere determinado por sentencia de los obispos.» Divulgóse este milagro, y creció la fama y reverencia del santo por el mundo, y todos los afligidos y que se hallaban en algun gran peligro y necesidad, le invocaban y hallaban remedio, como aconteció á unos marineros en una tempestad tan horrible y temerosa, que se tuvieron todos por muertos, y no sabiendo ya mas que hacer, suplicaron á Dios que los librase por la intercesion del santo pontífice Nicolás, y él les apareció luego y dijo: Héme aquí para ayudaros, y confiad en Dios cuyo ministro soy: y tomando á vista de todos el gobernalle, sacó la nave á salvamento, y sosegó el mar con espanto y estupor de los que allí estaban: los cuales fuéron á la ciudad de Mira para hacer gracias al santo prelado por aquel beneficio que de él habian recibido; y hallándole en el coro cantando los divinos oficios, se echaron á sus piés y le contaron delante de los que estaban presentes todo lo que por ellos habia pasado: de lo cual el santo (por su grande humildad) quedó corrido y confuso y les dijo: Dad la gloria, hijos, á Dios; que yo hombre soy, pecador y siervo inútil: y llamándoles á parte les declaró que aquel trabajo les habia venido por sus pecados, y les descubrió algunas culpas secretas que tenian para que se enmendasen de ellas: porque entre los otros dones de Dios que tenia, fué uno muy señalado el ver la conciencia de los que con él trataban y todo lo que tenian en el corazon, y una suavísima eficacia, para persuadirles todo lo que

queria; y con esto, compungidos y asombrados los despidió.

Resplandeciendo, pues, san Nicolás como un sol en el mundo, con su santísima vida, doctrina y milagros, lleno ya de dias, de virtudes y merecimientos, deseando acabar su peregrinacion y anhelando á la patria eterna, le vino una lijera enfermedad y entendiendo que habia de morir de ella, aunque siempre estaba tan aparejado, se dispuso con mas cuidado para aquella gloriosa jornada, y con grande y extremada alegría y júbilo suyo dió su espíritu al Señor á los 6 de diciembre del año de 326, imperando Constantino Magno. Con la muerte de san Nicolás tuvo increible sentimiento toda aquella ciudad y provincia, que perdia tan gran pastor, padre, maestro, amparo y defensor. Concurrieron los obispos, clero y pueblo de toda aquella comarca, y enterraron su sagrado cuerpo con mucha solemnidad y copiosas lágrimas y gemidos, en un magnífico y suntuoso templo que en aquella sazon habia en la ciudad de Mira: y el Señor, que habia honrado al santo vivo, con tantos y tan estupendos milagros, le ensalzó despues de muerto con otros no menores; porque luego comenzó á manar del santo cuerpo un licor milagroso y saludable para todas las enfermedades, y de muchas partes y provincias distantes venian los fieles en romería á su sepulcro para adorar sus preciosas reliquias y gozar de aquel tan continuo milagro y beneficio. Y aun Juan Diácono, en la Vida que escribió de san Nicolás, recogida de Metodio, patriarca, añade, que habiendo echado de su silla á un obispo de Mira, dejó de manar aquel ungüento saludable del sepulcro del santo; y que en siendo restituido el obispo á su Iglesia, tornó á manar como ántes.

Pero entre otras cosas prodigiosas que se cuentan de san Nicolás, despues que murió, una es muy notable. Iban una vez muchos peregrinos en una nave para visitar el cuerpo de san Nicolás: y el demonio, que habia sido echado de aquel templo de Diana, que el santo (como arriba dijimos) derribó, queriéndose vengar de él en los que le tenian devocion, ya que no podia en su propia persona), tomó figura de una mujer que llevaba un vaso grande de aceite, y hablando con los peregrinos y pasajeros, les dijo que ella sabia que iban en romería á San Nicolás, y que de buena gana los acompañara si su gran flaqueza y bascas de estómago no se lo estorbaran; mas que ya que ella no podia ir, les rogaba tomasen aquel aceite y lo ofreciesen de su parte para las lámparas que ardian delante del sepulcro del santo. Tomaron el aceite los peregrinos pensando que era mujer y devota la que les hablaba, y al segundo dia tuvieron una gran tormenta: y queriendo volver atrás, les apareció san Nicolás en figura de un viejo veñerable que venia en un barco, y les mandó echar luego en el mar el vaso de aceite que el demonio en figura de mujer les habia dado; porque así tendrian próspera navegacion. Hiciéronlo así; y en la parte que cayó el aceite, se levantó un fuego espantoso en el mar, y con tan mal olor, que parecia bien ser cosa del infierno.

Vinieron los vándalos de África á Calabria, y destruyeron aquella tierra: halló uno de ellos en casa de un cristiano una imágen de san Nicolás y llevóla consigo sin saber lo que era. Preguntó despues que volvió á África, cuya era aquella imágen. Y los cristianos respondieron, que era de un obispo llamado Nicolás, por quien Dios hacia cosas prodigiosas y favorecia á los que á él se encomendaban. El vándalo puso la imágen del santo en el aposento donde tenia su oro y plata y todas sus riquezas: y un dia saliendo por cierta necesidad á gran priesa, volviéndose á la imágen del santo le dijo: Nicolás, pues podeis, guardadme la casa y lo que dejo en ella. En saliendo el bárbaro entraron los ladrones y la despojaron: y volviendo él, y hallándola vacía, se enojó contra el santo, y comenzó á dar golpes en la imágen y amenazarla que la quemaria si no le volvia lo que le habian tomado. Al mismo punto apareció san Nicolás á los ladrones que estaban muy gozosos con sus despojos, y con gran severidad les mandó que lo restituyesen luego, amenazándolos terriblemente si no lo hacian. Restituyéronlo los ladrones luego, y el vándalo admirado, se convirtió á nuestra santa fé él y su mujer y toda su casa, y edificó una iglesia en honra de san Nicolás, donde se mandó enterrar; tomando nuestro Señor un medio tan maravilloso para la conversion y salvacion suya y de otros muchos: y sabido este milagro en África, se propagó la devocion de san Nicolás por toda aquella provincia. Pero no es de ménos admiracion y espanto lo que sucedió á un mozo hijo de unos padres nobles y ricos, devotísimos de san Nicolás, que con muchas oraciones y lágrimas habian alcanzado de Dios por su intercesion aquel hijo: el cual, habiendo sido preso de los sarracenos, al mismo tiempo que sus padres estaban celebrando con grande solemnidad y regocijo la festividad de san Nicolás, fué llevado á Babilonia y presentado al rey. Al cabo del año, el mismo dia que le habian cautivado, estando sirviendo al rey en la mesa, y con la copa en la mano para darle de beber, dió un grande y profundo suspiro, y preguntándole el rey la causa de su tristeza, le respondió que era acordarse que aquel dia habia sido cautivo, y la fiesta que sus padres solian hacer á san Nicolás, y las mercedes que Dios hacia á los que á él se encomendaban. El rey muy hinchado y orgulloso, le dijo: Desventurados de vosotros, ¿quién os podrá librar de mis manos? Y al improviso apareció san Nicolás, y tomando por los cabellos al mozo, así como estaba con la copa en la mano, le arrebató de los ojos del rey y le restituyó vivo, sano y sin lesion alguna á sus padres, al mismo tiempo que ellos estaban celebrando su fiesta y repartiendo la comida á los clérigos y pobres por amor del santo, y suplicándole con grande afecto que les restituyese su hijo. Por estos y otros innumerables milagros, se extendió la fama de san Nicolás por todo el mundo, y creció la devocion de los fieles, acudiendo á él en sus trabajos y necesidades. El cuerpo de san Nicolás se trasladó de Mira á la ciudad de Bari, que está en la provincia de Apulla, en el reino de Nápoles, como lo dice el Martirologio romano á los 9 de mayo, y Sigiberto dice, que se hizo esta traslacion el año de 1087, y setecientos cuarenta y cinco años despues que la primera vez fué sepultado. Allí está hoy dia su sagrado cuerpo, del cual mana aquel precioso licor que solia manar desde que murió estando en Mira, y es muy saludable para muchas enfermedades, y de él se hace mencion en el breviario toledano, y los griegos llaman á san Nicolás, insigne por los milagros y por la fragancia del licor que mana de su cuerpo. La vida de san Nicolás escribieron Metafraste, Metodio, obispo de Constantinopla, y Juan Diácono y Leonardo Justiniano; y hacen mencion de él todos los Martirologios y Nicéforo Calixto, Suidas y la Liturgia de san Juan Crisóstomo, y el segundo concilio niceno, y el

cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio y en el tercer tomo de sus Anales.

SANTA ASELA, VÍRGEN.—En una epístola que escribe san Gerónimo á santa Marcela, que es la décimaquinta, le pinta la vida de santa Asela vírgen, y le ruega que la lea á las otras doncellas para que la tengan por espejo y por un dechado de toda perfeccion.

Quiero callar (dice el santo), que fué bendita de Dios, estando aún en el vientre de su madre, y que fué mostrada á su padre del mismo Señor en sueños, en figura de una redoma de vidrio cristalino y purísimo, y que estando envuelta en los pañales de su niñez, y no teniendo apenas mas de diez años, fué consagrada á Dios. Todo lo que no le costó trabajo démoslo á la gracia, y vengamos á lo que siendo ya de doce años ella misma escogió y con grande ansia tomó, y ha perseverado en ello, y con su sudor lo comenzó y acabó. Estando cerrada en una celdilla angosta, gozaba de la anchura del paraiso. El mismo suelo le era lugar de oracion y de descanso. El ayuno tuvo por deleite y el no comer por refeccion: y cuando, nó el apetito, sino la necesidad la forzaba á comer, con solo pan, sal y agua fria se contentaba y encendia mas la hambre, que no la mataba. Luego que se determinó á seguir esta vida, que digo, vendió (sin saberlo sus padres) la cadena de oro que traia, y vistiéndose una ropa honesta y vil, se consagró al Señor para que entendiesen todos sus deudos, que aquel era su propósito y que no podrian persuadirla otra cosa; pues ya habia condenado al mundo en su vestido. Vivió en su recogimiento tan encerrada, que nunca salió en público, ni habló con hombre; y teniendo una hermana doncella, amábala y no la veia. Trabajaba con sus manos,: hablaba con su esposo Jesucristo amorosamente, ó cantábale salmos y alabanzas; y cuando visitaba las iglesias de los santos mártires, iba con gran priesa por no ser vista. Gozábase mucho de no ser conocida de nadie. Sustentábase casi todo el año con el ayuno, estando dos ó tres dias sin comer; pero en la cuaresma tendia las velas de su devocion, ayunando todas las semanas con gran santidad y alegría: y con esta aspereza de vida llegó á cincuenta años, sin dolerle el estómago ni vientre ni tener otros achaques; ántes sana en el cuerpo y mas en el alma. Tenia por delicias la soledad, y en medio de la ciudad de Roma vivia como si estuviera en el yermo. Oraba con tanta continuacion, que tenia en las rodillas callos como de camello. No hay cosa mas alegre que su severidad, ni mas severa que su alegría, ni mas triste que su suavidad, ni mas suave que su tristeza. El color quebrado de su rostro de tal manera muestra su santidad, que no hay en él rastro de ostentacion. Sus palabras son tan compuestas y medidas, que hablando calla y callando habla. Sus pasos no son, ni espaciosos ni apresurados. Su vestido siempre fué el mismo, sin curiosidad; y en la misma limpieza y aseo hay un descuido y menosprecio de esto. Finalmente, ella sola con un perpetuo temor de vida ha alcanzado que en una ciudad tan colmada de pompas, lascivia y delicias, y en la cual se tiene por miseria el ser humilde, los buenos la prediquen y los malos no osen decir mal de ella: las viudas la imiten: las vírgenes y las casadas la honren: las ménos recatadas la teman; y los sacerdotes la reverencien.

Todo esto es de san Gerónimo en aquella epístola; y en otra que escribe á Principia, que es la ciento y cuarenta, hace mencion de la erudicion y santidad de Asela: á quien escribió el mismo santo la epístola noventa y nueve, al tiempo que salió de Roma para Jerusalen. De santa Asela hace mencion el Martirologio romano á los 6 de diciembre y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el cuarto tomo de sus Anales, y Paladio en su historia, cap. 29.

SAN HUMBERTO, CONFESOR.—San Humberto tuvo por padre á Eduardo y á Popitas por madre, personas ilustres y principales. Fué desde niño tan dado á la virtud, que sus padres viendo que se congojaba con las cosas del siglo, le enviaron á la ciudad de Landuvo, que es Leon, y allí le entregaron á preceptores doctos y excelentes para que le enseñasen las Letras sagradas y santas costumbres. Encerróse en un monasterio para poderlo hacer con mas recogimiento y tiempo; y así salió varon perfecto y digno del sacerdocio: el cual recibió con gran devocion para poder ayudar á los otros con su doctrina y ejemplo, como lo hizo con tan feliz suceso, que muchos por su consejo dejaron los caminos torcidos y fragosos que llevaban, y se convirtieron al Señor. Pasado algun tiempo, tomando la bendicion del obispo, volvió á su tierra para vender las ricas posesiones que sus padres le habian dejado, y darlas liberalmente á los que por servir al Señor habian menospreciado sus haciendas, y vivian en voluntaria pobreza, alabándole y suplicándole de dia y de noche por los pecados del mundo. Estando en un lugar suyo del campo, aportaron á él san Amando, obispo, y Nicasio, varon santo, que por su devocion iban á Roma. Hospedólos Humberto en su casa con gran caridad, y rogóles que le llevasen en su compañía en aquella peregrinacion; y los santos holgaron mucho de ello, porque conocieron la gran santidad de Humberto. En esta jornada sucedió que habiendo llegado un dia los santos peregrinos cansados del camino, y estando sentados para reposar un poco, salió de un bosque, que estaba allí cerca, un oso de extremada grandeza, y embistió con un caballo de carga que llevaban, y le despedazó y comenzó á comer de él. Cuando los santos quisieron proseguir su camino, enviaron por el caballo, pensándo que estaba paciendo en el campo, y hallaronle muerto y medio comido del oso que allí estaba ensangrentado y relamiéndose cabe él. Entonces san Humberto con gran ánimo echó mano del oso y díjole: Pues que tú has muerto al caballo que Dios nos habia dado para nuestra ayuda, será necesario que suplas la falta que nos hace y que nos lleves la carga que él nos habia de llevar en toda esta peregrinacion. Fué cosa maravillosa, que entonces el oso como si fuera una oveja, así estuvo quedo y obedeció, y se dejó cargar, y los sirvió en todo aquel camino. Cuando comian se ponia delante de ellos aguardando que le diesen su racion, y la recibia con grande humildad, y luego se volvia á guardar el hato con gran vigilancia y cuidado. Habia un gran concurso de gente en los pueblos y ciudades por donde pasaban, por ver aquel oso tan disforme y feroz por su naturaleza, manso, obediente y cargado por virtud divina. Pero para que aquel espanto de la gente no fuese ocasion á los santos de alguna vanidad, ya que llegaban cerca de Roma, le apareció al papa un ángel que le dijo, que de las partes de Poniente venian á Roma unos santos varones: que les enviase á decir, ántes que entrasen en ella, que soltasen aquella fiera bestia que traian para su servicio, y la dejasen volver al bosque, para que aquella novedad no causase entre la gente vulgar alguna

admiracion. El papa se lo envió á mandar, y los santos obedecieron, y el oso quedó libre de aquella sujecion.

Volvió san Humberto con sus compañeros: y yéndose san Amando con san Nicasio al territorio Helbortense, él se fué á la provincia de Hamanio, en los estados de Flandes. Despues tuvo devocion de volver otra vez solo á Roma: y estando orando en la iglesia de San Pedro, vino un ángel del cielo, y viéndolo todos los que estaban presentes, llegó á él y le imprimió la señal de la cruz en la cabeza. Cumplió esta segunda vez (como lo habia hecho la primera) el santo con su devocion en aquella santa ciudad, y tornando á su patria, quiso ir á ver á san Amando, su antiguo compañero y amigo; pero ántes que llegase á verle, tuvo revelacion san Amando de que Humberto le iba á ver, y que notase bien la cruz que llevaba en la cabeza. Salió luego el bienaventurado obispo á recibir al huespéd que le venia á buscar, y vió la cruz sobre su cabeza tan resplandeciente y con tan admirable claridad, que quedó atónito y se echó á sus piés para hacerle reverencia.

Acabadas sus peregrinaciones, se dió san Humberto á aprovechar á los otros, y fundar monasterios para que muchos siervos de Dios le sirviesen en ellos con mayor pureza y perfeccion, y el mismo santo trabajaba por sus manos, para que los religiosos tuviesen cómoda habitacion: y nuestro Señor, para mostrar que le era grato y acepto aquel servicio, ordenó que un dia que estaba trabajando con grande ahinco y fervor en el campo, arrojase el manto para estar mas desembarazado. Al mismo punto ciertos cazadores corrian un ciervo por el monte, y llevábanle tan alcanzado y acosado de los perros, que no pudiendo ya escaparse de ellos, dió un salto y entróse en el campo de san Humberto y guarecióse debajo de su manto. En estando allí quedó seguro; porque los perros no pudieron llegar adonde el ciervo estaba, por mas que los cazadores los azoraban: los cuales entendiendo que no era cosa humana, sino virtud del cielo y merecimientos del santo, se echaron á sus piés, y uno de ellos, que era muy rico, le ofreció todo su patrimonio; pero él no le quiso aceptar, sino solo una heredad para sustento de sus religiosos.

Con esto creció la fama de la santidad de Humberto, y santa Aldemunda le vino á ver á su monasterio, y yendo por el campo una vez con él, tuvo la santa una tan gran sed, que desfallecia; y san Humberto, orando al Señor y suplicándole que socorriese á la santa vírgen en aquella extrema necesidad, luego brotó una fuente de agua muy clara y dulce, la cual se conservó muchos años de allí adelante.

Vino el tiempo dichoso para san Humberto, en que el Señor queria librarle de este valle de lágrimas, y llevarle á aquella bienaventurada patria y córte celestial, y teniendo revelacion de esta merced, que Dios le queria hacer, envió á rogar á la santa abadesa Aldegunda, que le enviase la mortaja cosida de su mano, en que le habian de enterrar; pero ántes que llegase este recado á la santa vírgen, ya ella con luz del cielo habia sabido lo que el Señor queria hacer de san Humberto, y luego le envió los vestidos con que le habian de enterrar; y en acabándolos de recibir, dió el santo su espíritu al Señor, y fué con ellos sepultado con mucha honra y llanto de sus discípulos en el oratorio que el mismo santo habia edificado. Pasados ciento cincuenta y tres años despues de su muerte, el abad Rodino, por divina revelacion, trasladó su cuerpo, que estaba tan entero y fresco como si hubiera espirado aquel mismo dia, y con un olor suavísimo, y las mismas sábanas en que estaba envuelto, estaban sin alguna corrupcion, y las yerbas que se habian echado en su sepulcro cuando le enterraron, frescas y verdes como si las hubieran acabado de coger.

La vida de san Humberto trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su quinto tomo, y dice, que el dia de su glorioso tránsito fué á los 25 de marzo, dia de la Anunciacion de la sacratísima Vírgen, y el de su elevacion á los 6 de setiembre, y que en este dia le hacia fiesta la Iglesia de Cambray. Hace de él mencion el doctor Juan Molano en las Adiciones á Usuardo, y en el Indice de los santos de Flandes, donde dice que san Humberto fué obispo; aunque no se sabe de qué Iglesia: porque fué consagrado sin título, como otros se consagraban para predicar con mas autoridad el Evangelio entre los gentiles, y que vivió en tiempo de Childerico, rey de Francia. Pero adviértase que ha habido otro Humberto, obispo de Tungre ó de Lieja, que sucedió á san Lamberto, obispo de Lieja y mártir, del cual hace mencion el Martirologio romano, y Molano en el Catálogo de los santos de los estados de Flandes, y fué hijo de Bertrando, duque de Aquitania: y siendo aun gentil, y estando en la diócesis de Tungre cantando, le apareció Cristo nuestro Señor entre los cuernos de un ciervo, y le mandó ir á san Lamberto, de quien fué enseñado y bautizado, y fué á Roma, y consagrado de Sergio, papa, por obispo de Lieja, en lugar de san Lamberto, el año 698, y convirtió á la fé de Cristo á muchos paganos, y cargado de virtudes y merecimientos, reposó en el Señor el año de 730.

SAN PEDRO PASCUAL, OBISPO Y MÁRTIR. — En la nobilísima ciudad de Valencia nació el bienaventurado mártir san Pedro Pascual, á tiempo que estaba ocupada de los moros aquella ciudad y mucha parte de España, de padres mozárabes, nobles y buenos cristianos. Hospedaban en su casa á san Pedro Nolasco, siempre que venia á Valencia á hacer alguna redencion; y viéndolos el santo desconsolados por no tener sucesion, les alcanzó con sus oraciones este hijo, y les avisó de la grande santidad á que habia de llegar. En el bautismo le llamaron Pedro, por respeto á san Pedro Nolasco, á cuyas oraciones le debian. Como eran sus padres virtuosos, criaron á su hijo en toda virdud, y en el amor y temor santo del Señor; y el niño mostró tanta inclinacion á lo bueno, y zelo tan superior á sus años, que cuando apenas sabia hablar, se hacia ya predicador, y juntando los niños de los pobres cautivos y otros mozárabes, les enseñaba las oraciones que sus padres le enseñaban á él. Estaba fresca en Valencia la memoria de algunos religiosos de nuestra Señora de la Merced, á los cuales habian quitado la vida los moros en odio de la fé: y oyendo decir el santo niño á sus padres como les habian atado las manos, y llevándolos arrastrando por las calles, y quitándolos la vida, haciéndolos mártires de Cristo; con deseo de imitar lo que oia, aun ántes de poderlo entender, llamaba á algunos niños hijos de los moros, y retirándose con ellos á solas, hacia que le prendiesen y atasen las manos, y le llevasen arrastrando. Oyeron un dia los de su casa la algazara que traian los morillos: y entrándo donde estaban, queriendo castigarlos porque maltrataban al santo niño,

los disculpó él, diciendo: Dejadlos, que me llevan á ser mártir.

Rescataron sus padres á un santo sacerdote, doctor parisiense, para que fuese maestro de su hijo, y éste le enseñó filosofía, letras humanas y varias lenguas, y en todo aprovechaba mucho por su agudo ingenio y feliz memoria; pero mas se adelantaba en perfeccion creciendo cada dia de virtud en virtud. Resplandeció su paciencia en la conformidad con que llevó los trabajos que padecieron sus padres en el levantamiento de la ciudad de Valencia contra su rey Zeit, muy aficionado á los cristianos; porque tenian los moros á sus padres por cómplices en el afecto del rey á la ley de Cristo; y por esto los aborrecian de corazon, y ellos no dejaban á su hijo salir de casa, porque los moros no le quitasen la vida. Mas sosegándose algo las inquietudes, salia dos veces á la semana por la ciudad, con otros de su edad, que le querian acompañar á pedir limosna por las casas de los cristianos mozárabes para redimir cautivos.

Sucedió la conquista de la ciudad de Valencia por el rey don Jaime, y los moros, ántes que le entregasen la ciudad, hacian grandes crueldades en los cristianos, con harto dolor y envidia del santo mancebo, por ver lo que otros cristianos padecian, y que él no merecia acompañarlos; porque sus padres le guardaban con grande cuidado: pero ofrecia á Dios ayunos, penitencias y oraciones, porque diese victoria á los cristianos de los moros; y al fin la dió el Señor al rey don Jaime, que con cristiana y religiosa piedad restituyó los templos á la religion, el culto á Dios, y á los cristianos la libertad; y restaurando la iglesia catedral, hizo canónigo de ella á san Pedro Pascual, que aunque de pocos años, era de muchas virtudes, y sus padres beneméritos de esta y otras muchas honras que el rey les hizo.

Sosegadas las cosas de los cristianos en Valencia, enviaron sus padres al santo mancebo, por consejo de san Pedro Nolasco, á estudiar á la universidad de París, que era en aquel tiempo emporio de todas las ciencias. Aquí aprendió la teología de aquellas dos grandes lumbreras de la Iglesia santo Tomás y san Buenaventura, y con su doctrina salió consumado en la ciencia, y con sus ejemplos, en la virtud. Recibió el grado de dotor en teología, dispensándole en la edad, y leyó cátedra de letras humanas, por ser eminente en ellas; y ordenado de sacerdote, por consejo de sus maestros, predicó con grande fruto la palabra de Dios. Muertos sus padres, volvió á Valencia, y haciendo tres partes de su hacienda, la una dedicó para redimir cautivos, la otra para huérfanos, y la tercera para los encarcelados: y deseando tomar el hábito de nuestra Señora de la Merced, como mucho tiempo ántes lo habia deseado, san Pedro Nolasco le hizo que lo dilatase, y le mandó que sirviese su prebenda aquel año, y predicase en su iglesia, porque preveia el santo padre el grande fruto que habia de hacer con su predicacion, como se experimentó en la reformacion de muchos cristianos, á quienes la compañía de los moros habia pegado sus costumbres, y en la conversion de muchas familias de moros que por sus palabras recibieron la ley de Cristo. Vivió en el convento de Valencia aquel año, siendo religioso en la vida y en las costumbres; pero deseando serlo en el hábito y profesion, instaba á san Pedro Nolasco, para que le admitiese en su órden; y alcanzólo luego en el mismo convento de Valencia, dándole el hábito Fr. Arnaldo de Carcasona, primo de san Pedro Nolasco. Luego tomó por regla la regla de su religion, y siendo tal su vida cuando seglar, que pudieran aprender de ella perfeccion los religiosos; bien se deja entender cuál seria cuando religioso. En profesando, le llamó san Pedro Nolasco á Barcelona, y le mandó leer teología, y el rey don Jaime le hizo ayo y maestro de su hijo el infante don Sancho. Empezó á ejercitarse en los ministerios mas propios de su religion, y con ayuda de los reyes de Castilla hizo una redencion en Granada. Volviendo con los cautivos á Toledo, les faltó agua en el campo por haberse secado los pozos aquel año, y viendo muy afligido de la sed á los cautivos, hizo oracion á Dios, suplicándole, que no dejase perecer de sed á los que habia sacado de la esclavitud, y diese agua á los que habia dado libertad: y luego empezaron á manar agua los pozos en grande abundancia, con que bebieron todos, y dieron gracias á Dios por las maravillas que obra por la oracion de sus santos.

Quiso Dios poner en el candelero de su Iglesia á san Pedro Pascual, y siendo electo arzobispo de Toledo el infante de Aragon don Sancho, hijo del rey don Jaime, fué el santo consagrado arzobispo titular de Granada, y hecho gobernador del arzobispado de Toledo, por no ser el infante sacerdote. Fundó en Toledo el convento de Santa Catalina de su órden, que es muy insigne, y ha tenido ilustres hijos, y en él leyó teología, y vivia como el mas humilde y observante religioso. Visitó á pié el arzobispado de Toledo, enseñando la doctrina cristiana á los ignorantes, repartiendo á los pobres las rentas que liberalmente le habia señalado el arzobispo, y procurando principalmente en todos los pueblos donde entraba, desarraigar los escándalos y pecados públicos, juntando la suavidad con la severidad, para que á los que no aprovechaba el amor de padre, corrigiese á lo ménos el rigor de juez. Deseoso de mirar por sus propias ovejas, habiendo juntado grandes limosnas, se partió á Granada, y rescató los cautivos que estaban en mayor peligro de perder la fé, y á los demás esforzó y consoló con santas palabras y esperanzas de recobrar algun dia la libertad. Quitaron la vida los moros al arzobispo don Sancho, y con esta ocasion se mudó el gobierno; y el santo se retiró á las fronteras de Granada, para acudir con mas facilidad á la necesidad de sus feligreses: predicó en Jaen y Baeza, y visitó el obispado de Jaen; porque se lo pidió con grande instancia su obispo don Martin Dominguez. Entró con salvoconducto por su diócesis de Granada, y visitóla toda con grande gozo de sus ovejas, por ver á su santo pastor, y con gran pena del santo pastor, por ver lo que padecian sus ovejas entre tantos lobos crueles. Halló muchos cristianos en el nombre solamente, porque la cercanía de los moros les habia pegado sus vicios: instruyólos en las cosas de la fé desterrando torpes ignorancias: confirmó á los que no habian recibido este sacramento, para fortalecerlos en la religion cristiana: dió libertad á muchos y consuelo á todos: y no contento con haberles enseñado de palabra, escribió un libro para desterrar las supersticiones en que los halló ciegos, como los que vivian entre las tinieblas de la morisma.

No le fué permitido quedarse en Granada, y el deseo que tenia de ganar almas á Cristo le hizo peregrinar mucha parte de España á pié, predicando como un nuevo

apóstol. Pedia limosna para los cautivos de su diócesi, y habiendo juntado muchas limosnas, volvió á Granada, y socorrió corporal y espiritualmente á sus espirituales hijos. Partióse á Roma, para consultar con su santidad algunos puntos dificultosos acerca de los cristianos que vivian entre los moros. Estimóle mucho el sumo pontífice: porque luego se dieron á conocer, y se hicieron venerar su santidad y doctrina en la córte romana. Predicó en Santa María la Mayor y en otras iglesias, y por sus sermones mejoraban muchos pecadores sus vidas, y otros con su trato se adelantaron en el camino de la perfeccion. Habiendo despachado los negocios á que habia ido á Roma, se volvió á España, y padeció increibles trabajos y fatigas, y fué muy regalado de Dios, y favorecido de los santos ángeles. Llegó á Jaen, y despues de algun tiempo fué hecho obispo de aquella Iglesia, la cual gobernó con grande acierto, celo y prudencia, siendo padre de todos los pobres, necesitados y afligidos.

Habia hecho el santo obispo muchas entradas en el reino de Granada, y convertido muchos moros á nuestra santa fé, por lo que estaban irritados los alfaquíes, y deseosos de cautivarle. Prendiéronle, andando visitando su obispado, y llevároule á Granada, con las injurias y mal tratamiento que de gente tan bárbara se puede pensar. Viéndose el santo cautivo en Granada, descuidaba de su libertad, y cuidaba de la libertad de los otros cautivos, y mucho mas de conservarlos en la fé. Fuéron de su Iglesia á tratar de su rescate; y fué tanta su caridad, que con el dinero que llevaron para rescatarle á él, rescató muchos niños y mujeres, que estaban á peligro de perder la fe, y él se quedó cautivo para cuidar de los cautivos, con ejemplo admirable de caridad. Esperando los moros nuevo precio por su rescate, lo dejaron andar libre por la ciudad, y consolaba á los afligidos, esforzaba á los flacos y enseñaba á los niños la doctrina cristiana. Estando un dia con algunos niños haciéndoles varias preguntas acerca de los misterios de la fe, halló uno que le respondió con tanta claridad y distincion, que le preguntó admirado: ¿Quién eres, niño? Y el niño respondió: Soy Jesus; que tu caridad me ha traido á asistir á la doctrina: y con esto desapareció. Llevaba un dia algunas cosas de comer á unos cautivos cristianos que estaban presos: encontróle el rey, y preguntándole qué llevaba; respondió, que rosas. No lo creia, por ser el mes de diciembre; pero levantando el escapulario, vió que eran rosas, porque se habian convertido en rosas los regalos. Con los cautivos enfermos tenia singular caridad: pedia limosna para curarlos y regalarlos; y él los servia por su misma persona. Segunda vez vino rescate de su Iglesia, por el mucho deseo que tenian sus ovejas de gozar de su pastor; pero él hizo lo mismo que la primera vez, y repitió el ejemplo, que hecho una vez sola es admirable, y aunque se repita muchas veces, no deja de ser singular: rescató con el precio á muchos, y él se quedó segunda vez cautivo. Pagóle Dios tan singular caridad con un singular favor. Queriendo un dia decir misa, y no hallando quién le ayudase, vió un niño muy pequeño y hermoso en traje de cautivo, que se ofreció á ayudarle. Dijo la misa con mayor ternura y devocion que solia, y admirado de lo bien que le habia ayudado el niño, le preguntó al acabar si tenia padre y madre. Sí, tengo (respondió); aunque no está mi madre en esta tierra. Preguntóle los misterios de la fé; y habiendo explicado con admirable claridad quién era el Padre; le preguntó el santo: Y el Hijo ¿quién es? Entonces levantando el niño la jaquetilla, y mostrando su costado llagado, le respondió: Yo soy el Hijo: mira mis llagas y costado: y tú con los niños que has redimido, quedándote cautivo por ellos, me has hecho tu prisionero. Y queriendo el santo obispo besarle los piés, se le desapareció de entre los brazos, dejándole bañado en inefable gozo, y arrebatado en éxtasis por grande espacio.

Crecia cada dia su celo y ardiente sed de la salud de las almas: y así no contento de procurar con sus palabras aprovechar á los cristianos y á los moros, escribia ya los tratados, con que confirmaba en la fé á los unos y convertia á los otros á ella. Supieron esto los alfaquíes, y encerráronle en oscuras mazmorras, donde no pudiese escribir; pero los ángeles le traian luz y plumas y papel para que escribiese. Compuso un libro contra la secta de Mahoma, en que impugnaba el Alcoran con eficaces razones, y escribia la torpe vida y miserable muerte del falso profeta, con el cual se convirtieron á la fé muchos moros. Quejáronse los alfaquíes y morabitos al rey, del santo obispo, como de blasfemo contra Mahoma y su Alcoran; y aunque el rey deseaba conservar su vida, por no perder el rescate que esperaba: con todo esto, no pudo resistir á la furia de los moros, que le pedian para quitarle la vida con grande instancia: y así le condenó á cortar la cabeza. La noche ántes, sabiendo la sentencia que se habia dado contra él, aunque el espíritu estaba pronto, la carne estaba flaca, y mostraba en el temor natural, que era hombre, el que en el fervor deseaba ser mártir; pero Cristo se le apareció crucificado, y le confortó y animó á padecer, de manera, que ya no solo el espíritu, mas tambien la carne deseaba el cuchillo, que habia de quitarle la cabeza, en que Dios habia de ponerle la corona de mártir. Por la mañana dijo misa muy temprano; y acabada, vinieron los moros, y le cortaron la cabeza sobre una piedra. Dicen le habia servido de altar, para que él se ofreciese á Cristo por víctima cruenta, el mismo altar en que habia ofrecido el sacrificio incruento de Cristo á su eterno Padre. Fué su glorioso martirio á los 6 de diciembre de 1300: y el que habia nacido cautivo en Valencia, murió cautivo en Granada por la redencion de los cautivos, aun mas por rescatar las almas de los moros del cautiverio del demonio, que por redimir los cuerpos de los cristianos de la cautividad de los moros. Ha hecho Dios despues muchos milagros por la intercesion de este santo obispo y mártir, y por ellos y sus grandes virtudes ha sido siempre reverenciado: y nuestro santísimo padre Clemente X aprobó su culto inmemorial, y dió licencia para que á los 6 del mes de diciembre, que es el dia de su martirio, se rezase de él, como de santo mártir en toda su religion de nuestra Señora de la Merced, por breve de 2 de diciembre de 1673: despues á 21 de abril de 1674 ha estendido esta concesion á todo el arzobispado de Toledo, para todos los sacerdotes seculares y regulares.

Escribió un epítome de la vida de este santo el muy R. P. Fr. Felipe Colombo, cronista general de la órden de nuestra Señora de la Merced; y de él se ha sacado todo lo que en esta vida queda referido.

* Santa Dionisia, santa Dativa, santa Leoncia, san Tercio, san Emiliano, san Bonifacio y san Mayórico, mártires.—Hunnerico, rey de los vándalos en Africa, co-

mo acérrimo enemigo de la religion católica, desterró en el año 484 á todos los obispos católicos que habia en aquel punto. Al cabo de algun tiempo dió órden para que fueran atormentados y muertos todos los que rehusasen obedecer los edictos que publicó. Habia una mujer dotada de una singular hermosura llamada Dionisia, pero recomendable por su celo y piedad, que fué objeto del furor de los arrianos. Azotada en la plaza pública fué tan cruel su tormento, que todo su cuerpo quedó hecho una llaga. Tenia un hijo único llamado Mayórico, y advirtiendo la madre que temblaba á vista de los tormentos, con voz firme y llena de animosidad le dijo: No olvides hijo mio, que hemos recibido el bautismo en el seno de la católica Iglesia, y en el nombre de la beatísima Trinidad. Conservemos pura la fé á fin de que no quedemos privados de la gloria, si en la hora del festin no nos sobrecoge el divino Esposo con la vestidura nupcial. Estas palabras sirvieron de gran confortativo á Mayórico, sufriendo constante los mas inauditos tormentos hasta entregar su espíritu al Criador. La piadosa madre, al ver muerto el cuerpo de su hijo, lo abrazó dando gracias al Todopoderoso por haber permitido consiguiera la palma del martirio. Sepultóle Dionisia en su propia casa. Al propio tiempo sufrieron el martirio Dativa hermana de Dionisia, Emiliano, médico y primo suyo, Leoncia, Tercio y Bonifacio, hasta alcanzar la palma del martirio.

San Policronio, presbítero y mártir.—Floreció durante el siglo IV, en Constantinopla. Su celo por la fé católica le hizo tan odioso á los herejes arrianos, que un dia, estando diciendo misa, entraron aquellos en la iglesia, y habiéndole maltratado, al fin le degollaron.

Nota. San Teófilo, que algunos Martirologios colocan en este dia, le hemos continuado nosotros en el 13 de octubre. Algunos autores mencionan además en este dia á otro san Nicolás, llamado de Pinara, tambien obispo, diferente del Nicolás de Mira, que es el continuado mas arriba.

DIA 7.

San Ambrosio, obispo y doctor.—La vida del excelentísimo prelado, y sapientísimo doctor de la Iglesia san Ambrosio, escribió Paulino, presbítero, que fué su escribiente y familiar, y Juan Costero, canónigo reglar de san Agustin; y mas copiosamente la ha recogido de sus mismos escritos, con muy particular estudio y diligencia, el cardenal Baronio: á los cuales autores seguiremos aquí.

Fué san Ambrosio hijo de un caballero romano muy ilustre y principal, que tambien se llamaba Ambrosio como su hijo. Tuvo este caballero una hija y dos hijos: la hija (que era la mayor) se llamó Marcelina, la cual vivió en perpetua virginidad: y el papa Liberio en la pascua de Navidad, la consagró al Señor en Roma, y le dió el velo delante de gran multitud del pueblo, exhortándola á la perseverancia, con una grave y elegante oracion. Despues de Marcelina nació Sátiro, que fué varon loable, prudente y modesto. Vino Ambrosio á ser prefecto de las Galias (que era cargo preeminente, y de grande confianza): y habiendo ido con su mujer y familia á Francia para ejercitarle, nació en ella su hijo Ambrosio, para gloria del Señor, y defensa y ornamento de la Iglesia. Siendo, pues, nuestro Ambrosio niño, y estando en la cuna con la boquita abierta durmiendo, bajó de improviso un enjambre de abejas, que cubriéndole la cara, entraban y salian por la boca, y poco despues tomaron vuelo, y desaparecieron. Hallóse su padre presente á este prodigio; y admirado de lo que habia visto, dijo: Este niño, si vive, será gran cosa: y así lo fué, mucho mas aventajadamente que Platon, del cual tambien se escribe otro suceso como este. Murió el padre gobernando en Francia, y el hijo Ambrosio volvió con su madre y hermanos á Roma, donde creció y vivió: y hoy dia hay monasterio de monjas de san Benito en unas casas, que comunmente se dice haber sido las del padre de san Ambrosio. Parece que el niño adivinaba, que habia de ser obispo, porque viendo que la gente besa la mano á los obispos, daba él la suya á una doncella, que estaba en compañía de su hermana, diciéndole, que se la besase porque habia de ser obispo: y aunque entonces se tomó por juego de niño, despues se vió que habia sido pronóstico, de lo que sucedió. Con ser la ciudad de Roma tan grande, libre y llena de gente moza, liviana y perdida, Ambrosio no se dejó llevar ni del ímpetu y fervor de su juventud, ni de la corriente de los otros mozos; ántes vivió con tan gran recogimiento y honestidad, que conservó perpetuamente su virginidad y pureza de costumbres: juntó el casto mancebo el estudio de las buenas letras, y con su raro y escelente ingenio, vino á ser muy sabio filósofo, y elocuente orador, y á hacer su oficio de abogado, y á ser mirado como varon notable y de gran caudal, y á tener amistad estrecha con los hombres mas ilustres y poderosos de la ciudad de Roma, como fueron Símaco (que habia sido cónsul, y era como príncipe del senado, aunque gentil) y Anicio Probo, á quien el emperador Valentiniano, por ser varon muy sabio, habia hecho prefecto del pretorio (que era una alta dignidad), para que él pusiese en las provincias los gobernadores que le pareciese. Puso los ojos Probo en san Ambrosio, por las grandes partes que en él conocia, y encargóle las provincias de Insubria, Liguria y Amiria, que son las de Milan, de la ribera de Génova, y la parte de Lombardía que está de la otra parte del rio Po. Cuando le envió Probo á su cargo, le dijo: Vé y gobierna, nó como juez, sino como obispo: dándole á entender, que administrase aquellas provincias, nó con rigor, sino con blandura, y mas como padre, que como juez. Partió san Ambrosio de Roma para su gobierno, y vino á Milan, y halló toda aquella ciudad llena de bandos y contiendas: porque los herejes arrianos la turbaban y procuraban inficionar; y los católicos conservar en su antigua y católica religion. Pero fué nuestro Señor servido, que murió Auxencio, obispo y cabeza de los arrianos, que era de Capadocia, y hombre astuto y sagaz, y que mostrándose en la apariencia católico, daba ocultamente á beber el veneno de su perversa doctrina; y habia cobrado tanta autoridad y fuerzas, que ni san Hilario obispo de Poitiers, ni Evagrio, grande amigo de san Gerónimo, ni san Filastrio, obispo de Bressa, viniendo para esto á Milan, nunca le pudieron echar de su silla: la cual tuvo hasta que el Señor, compadeciéndose de su Iglesia, le quitó la vida. Muerto, pues, Auxencio, todo el pueblo de Milan comenzó á tumultuar, queriendo los católicos que se eligiese obispo católico, y los herejes hereje. Supo el emperador Valentiniano la muerte de Auxencio, y avisó á los obispos que pusiesen en aquella silla un prelado de tantos méritos, á quien él de corazon pudiese inclinar su

cabeza, y recibir con alegría sus reprensiones, y tomarlas como medicinas de su alma. Y como los obispos le suplicasen, que él mismo eligiese al que habia de suceder á Auxencio, nunca el religioso emperador lo quiso hacer, diciendo que aquel negocio era mayor que sus fuerzas; y que ellos, como varones que estaban llenos de la divina gracia, y alumbrados con su luz, lo podrian mejor hacer: mostrando en esto Valentiniano su piedad y el respeto que tenia á los ministros de Dios, y que sabia distinguir lo que es propio del emperador y príncipe temporal, de lo que pertenece á los sacerdotes y es propio de la Iglesia. Tratóse luego de elegir prelado, y juntóse en la iglesia el pueblo de Milan, altercando los católicos y los herejes arrianos, y pretendiendo sacar cada una de las partes obispo de su religion. Vino á la iglesia Ambrosio como gobernador de aquella provincia, para sosegar el pueblo, y exhortar á la paz y quietud. En comenzando á hablar, salió de repente una voz de un niño que decia: Obispo Ambrosio. Oida esta voz, luego por divina inspiracion con grande conformidad se unieron los corazones que estaban discordes de los católicos y de los arrianos, y convinieron en que Ambrosio fuese obispo. Quedó asombrado san Ambrosio, y procuró divertir al pueblo, y huir aquella dignidad, de la cual él se tenia por indigno, y tomó medios extraordinarios para mostrar que de veras lo era, é inclinar al pueblo á que desistiese de aquella voluntad. Para esto, en saliendo de la iglesia, hizo poner su tribunal, contra lo que hasta allí habia usado: comenzó á mostrarse severo y cruel, mandando atormentar algunos hombres facinerosos, y tratando las causas de ellos, mas como juez riguroso que como obispo piadoso. Pero como el pueblo no se moviese con estos espantos y rigores, ántes siempre diese mas voces, y con mayor instancia le pidiese por obispo, hizo llamar el varon castísimo y honestísimo á algunas mujeres lascivas á su casa, para que viéndolas la gente, le tuviesen por deshonesto é indigno de tan sublime y puro ministerio. Mas como todos le conocian, y entendian que aquel era un artificio, y una como representacion para escaparse; tanto mas se encendian en el deseo de tenerle por obispo, cuanto él mas procuraba de no serlo, y clamaban que aquel pecado fuése sobre sus almas. Como vió san Ambrosio que no le aprovechaban sus artes, huyó de Milan hácia Pavía: y habiendo caminado toda la noche y creyendo que llegaba á Pavía, por divina voluntad se halló á las puertas de Milan; y entendiendo que era negocio de Dios, se rindió y entregó á la voluntad del pueblo, diciendo que haria lo que querian. Pusiéronle guardas, para que no huyese otra vez, y suplicaron al emperador Valentiniano, que confirmase aquella eleccion: porque por las leyes no podian los magistrados ni ministros imperiales dejar sus oficios, y hacerse clérigos, sin licencia de los emperadores. El emperador se holgó mucho de que el que él habia puesto por gobernador temporal de aquellas provincias, fuese tal que mereciese ser obispo, y de muy buena gana confirmó la eleccion de san Ambrosio: el cual mientras que venia la respuesta de Valentiniano, engañando á las guardas, se escapó otra vez, y se escondió en una casa de campo de un amigo suyo y caballero principal, llamado Leoncio, donde estuvo hasta que venida la respuesta del emperador, el mismo Leoncio le descubrió, por no contravenir á sus mandatos. ¿Qué persona ha habido en el mundo que tanto pretendiese ser obispo, cuanto san Ambrosio pretendió no serlo? ¿Qué hombre ha habido tan ambicioso, y que haya tomado tantos medios para alcanzar honra vana y mando congojoso, cuantos él tomó para huir de la dignidad que el pueblo y él mismo Dios le ofrecian? Mas porque no se debe resistir á la divina voluntad, bajó san Ambrosio su cuello al yugo y dejóse ordenar de obispo, y porque aun no era bautizado, sino catecúmeno, fué bautizado por mano del obispo católico (que así lo quiso él), y ordenado de todas las órdenes y consagrado obispo, con increible alegría y regocijo de todos. Hallóse el emperador presente á su consagracion, y volviéndose á Dios, dijo: Yo os hago gracias, Señor y Salvador nuestro, porque habeis encomendado las almas al que yo habia encomendado los cuerpos, y con esto dado á entender que fué buena la eleccion.

No se puede fácilmente creer el gozo que en toda Italia y fuera de ella tuvieron los católicos por esta eleccion de san Ambrosio, esperando que por su grande zelo y valor se repararian los daños y calamidades, que por la perfidia y astucia de Auxencio, obispo arriano, habia recibido la Iglesia de Milan. San Basilio, obispo de Cesarea, le escribió una epístola, dándole el parabien y alabándole sobremanera, y los otros obispos de la Iglesia oriental y occidental aprobaron y loaron aquella eleccion; aunque habia sido hecha en persona, que (como dijimos) aun no estaba bautizada; y no se engañaron, porque luego que nuestro Ambrosio se sentó en su silla, dejó el cuidado de todas las cosas temporales á su santo hermano Sátiro, para estar mas libre y desembarazado, y darse del todo á Dios, y atender á las obligaciones de su oficio. Repartió á los pobres todo el oro y plata que tenia, y á la Iglesia hizo donacion de sus posesiones y heredades, reservando para su hermana Marcelina el usufructo de ellas, mientras que viviese. Decia misa cada dia con gran ternura y devocion, y con mucha preparacion, como se ve en las oraciones que para esto compuso.

Predicaba todos los domingos, y como buen pastor daba pasto celestial á sus ovejas: y eran sus sermones tan altos y tan llenos de espíritu, doctrina y elocuencia, que por medio de ellos se convirtió al Señor el gran doctor y luz de la Iglesia, san Agustin: porque el blanco á que tiraba en ellos, era herir las almas y reducirlas al Señor, no tanto con elegancia y copia de palabras, cuanto con la fuerza de razones, oraciones y lágrimas.

Ocupábase en los otros ministerios sagrados con tan grande continuacion, que dice Paulino, que para solo el trabajo que tomaba con los que se habian de bautizar, cuando el santo murió, eran menester cinco obispos. Admitia á todos los que le venian á hablar, con extraordinaria benignidad, sin tener guarda ni portero á la puerta. Oia á todos, consolaba á los afligidos, remediaba á los necesitados, y era padre dulcísimo y pastor vigilantísimo de toda la ciudad. Con entender de buena gana en todos los negocios de misericordia y caridad, no queria ser casamentero, ni aconsejar á nadie que fuése á la guerra, ni ir á comer fuera de su casa: y lo que él hacia en esto, aconsejó á san Agustin que lo hiciese. En todas las virtudes se esmeró san Ambrosio, y fué dechado de los santos prelados y espejo de santidad, y tuvo ménos que hacer en esto despues que fué obispo, porque toda su vida habia sido (como dijimos) muy honesto y muy moderado.

Ayunaba muy á menudo y casi no comia ningun dia á la mañana, sino eran los sábados y domingos, y las fiestas solemnes de algunos mártires, y siendo para todos humanísimo y suavísimo, para sí solo era rígido y severo. Fué tan humilde, que con tenerle todos por un oráculo de sabiduría, y varon elocuentísimo, él daba á censurar á otros las obras que escribia, y se sujetaba á su juicio, y cuando le avisaban de alguna falta, hacia gracias por ello, y lo tenia por singular beneficio; y así dice en una epístola, escribiendo á Sabino, obispo de Placencia: «Cada uno se engaña en sus escritos, y leyéndolos, muchas cosas se le pasan por alto: y como los hijos aunque sean feos, agradan á sus padres; así los escritos mal compuestos, deleitan á sus autores:» y en otra epístola para el mismo, que es la octava: «Yo (dice) tengo por beneficio, cuando alguno que lee mis escritos, me dice lo que no le agrada; porque aun en las cosas que sé, puedo engañarme: otras no se advierten, otras á algunos no suenan tan bien como pretende su autor.» Mas porque en las cosas eclesiásticas y divinas todavía era nuevo, le envió nuestro Señor á Simpliciano, varon perfecto y de conocida santidad y doctrina, el cual por órden de san Dámaso, papa en aquella sazon, vino á Milan, y tomando amistad con san Ambrosio, le informó de los usos loables, y ritos sagrados de la Iglesia romana, para que por su mano se plantasen en Milan, y se edificasen monasterios de personas religiosas, que anhelasen á la perfeccion, como las habia en Roma, y así se hizo uno en los arrabales de Milan, y de él hace (con gran loa) mencion san Agustin: y siempre tuvo san Ambrosio á san Simpliciano por su padre y maestro espiritual. Fué tan misericordioso y tan liberal para con los pobres, que por remediarlos y rescatar á los cautivos, vendia los vasos ricos y sagrados de la Iglesia, lo cual alabó mucho é imitó despues san Agustin: y el mismo san Ambrosio decia, que la Iglesia tenia oro, nó para guardarlo, sino para distribuirlo y gastarlo en las necesidades de los pobres. En sus sermones y pláticas siempre que se le ofrecia ocasion exhortaba á las doncellas que conservasen su virginal pureza y la consagrasen á Jesucristo, y le tomasen por esposo. Predicaba muchas veces de esto, y hacia poco fruto en Milan, mas la virtud de sus palabras salia fuera de aquella ciudad, y el olor y fragancia de tan celestial doctrina atraia muchas almas puras y doncellas castísimas, que venian á Milan de Placencia, de Bolonia y de la misma África, para dedicarse al Señor, y así dice el mismo santo: «Dirá alguno: Tú cada dia nos predicas las alabanzas de las vírgenes. ¿Qué haré que cada dia las predico y ninguna cosa aprovecho? Mas nó por mi culpa. Aquí vienen muchas vírgenes para tomar el velo; y tratando yo esta materia en este lugar, muevo á los que están fuera de él; si así ha de ser, mejor será que la tratemos en otra parte, para que os persuadamos á vosotros. Los que no me oyen siguen mi doctrina, y los que me oyen no la siguen.» Esto es de san Ambrosio. Compadecíase mucho de los pecadores, y dábales de buena gana la mano, para que hiciesen penitencia; y cuando alguno venia á confesar sus pecados, se enternecia sobremanera y derramaba tantas lágrimas, que ablandaba los corazones de los que se confesaban con él, ó le descubrian su conciencia, por mas duros y empedernidos que fuesen. Procuró desarraigar algunos abusos y supersticiones que habian quedado de la gentilidad, ó se habian pegado de ella á los cristianos: porque en el primer dia del año solian los gentiles hacer grandes excesos en sus comidas y bebidas, y ritos sacrílegos, y para arrancar esta mala costumbre, se instituyó en la Iglesia, que los fieles ayunasen aquel dia, y se celebrase la fiesta de la Circuncision. Tambien quitó los convites que se solian hacer en la Iglesia en las festividades de los mas ilustres mártires: porque aunque al principio se habian introducido para ejercitar la caridad y dar de comer á los pobres; mas despues poco á poco el buen uso se habia pervertido, y parecian ya mas fiestas de gentiles, que refeccion de cristianos. Pero en ninguna cosa puso mas cuidado que en procurar que el clero resplandeciese en toda virtud, especialmente en la honestidad y liberalidad con los pobres; y que cuanto los clérigos católicos estaban mas apartados de los arrianos en la doctrina, tanto mas lo estuviesen en las costumbres, entendiendo lo que importaba para el bien de toda la república, que los ministros de Dios vayan delante y muevan á los demás con su ejemplo. Por esto, cuando moria algun santo sacerdote, lloraba amarguísimamente y daba dos causas de su llanto: la una, el haber muerto ántes que no él; y la otra, el detrimento que recibia la Iglesia, por ser raros los varones santos y dignos de tan alto grado. A esta causa se desvelaba mucho en buscar personas de excelente virtud y ciencia, para que fuesen obispos: y con este zelo procuró despues de la muerte de san Filastrio, obispo de Bressa, que le sucediese san Gaudencio, aunque con gran repugnancia suya; y á san Vigilio, obispo de Trento (que despues fué mártir), le instruyó san Ambrosio en lo que habia de hacer para ser digno ministro de Dios, y le escribió una epístola, dándole la forma de santo y verdadero prelado, teniendo en todo ardiente zelo de la gloria del Señor, y del bien no solamente de su Iglesia, sino tambien de las otras.

Despues que san Ambrosio hubo gobernado su Iglesia algunos años, tuvo necesidad de ir á Roma. En el camino se dice, que le acaeció un caso muy raro y extraño. Llegó á un meson de un hombre rico, y abastado de todos los bienes que el vulgo ignorante llama bienes de fortuna. Preguntóle el santo cómo le iba, y los hijos y bienes que tenia. Y él con grande alegría le comenzó á contar sus prosperidades; porque tenia mucha salud y muchas riquezas, con curso de felicidad tan rara, que nunca habia experimentado en cosa alguna adversidad, dolor ni amargura. Luego que oyó esto el santo prelado, acordándose de aquellas palabras que, hablando de los pecadores, dijo Job: Pasan sus dias con contento, y en un punto descienden al infierno: movido de Dios se levantó, y dijo á sus compañeros: Vámonos presto de aquí, porque la ira de Dios viene sobre esta casa; para que no nos tome en ella. Salió á priesa, y á poco espacio que habia andado, se abrió la tierra y tragó la casa y á todos los que estaban en ella: y en aquel lugar se hizo una laguna, que quedó despues para memoria de un caso tan raro y tan notable, y que tambien nos enseña que la felicidad del malo es azote de Dios no conocido; y cuán poco hay que fiar en la prosperidad de los que al mundo ciego parecen bienaventurados.

Volvió de Roma san Ambrosio á Milan, y tuvo grandes contiendas y graves dificultades con los arrianos, que todavía eran muchos; aunque al principio, con el favor del emperador Justiniano (que era católico príncipe, y tuvo

tanto respeto á san Ambrosio, que le dijo, que le avisase y le reprendiese, y como médico espiritual curase su alma, como lo mandaba la ley de Dios) los arrianos estuvieron mas que quietos; y tambien en tiempo del emperador Graciano, hijo de Valentiniano, que habia sucedido á su padre, se reportaron y entretuvieron: porque Graciano fué religiosísimo príncipe, y devotísimo de san Ambrosio, y le reverenciaba como á padre, y por sus oraciones alcanzó grandes victorias de los bárbaros, y aprendió de él, que las victorias se alcanzan mas con la piedad y virtud de la fé, que no con el esfuerzo y aparato de los soldados. Pero como Valentiniano, su hermano, era tambien emperador y niño, é hijo de Justina, arriana, mujer que habia sido del emperador Valentiniano, su padre; los arrianos, confiados en el favor y poder de Justina (que como madre del emperador podia mucho, y deseaba con gran rabia amparar y propagar su falsa religion), cobraron grandes brios y determinaron atropellar al santo prelado Ambrosio, para que vencido un capitan tan valeroso, los demás se rindiesen y el campo quedase por ellos. Para esto, siendo muerto el obispo de Sirmio (que era la metrópoli de la provincia de Esclavonia), procuraron que fuese elegido uno de su secta por obispo: mas san Ambrosio, por ser negocio de mucha importancia, fué á Sirmio, y con gran valor se opuso á Justina y á todos los arrianos, y no se partió de allí hasta que Avemio, varon católico y de probada virtud, fué elegido por obispo. Sucedió aquí una cosa digna de ser referida, para entender el zelo de san Ambrosio, y la desvergüenza de los herejes y el castigo que da Dios á los que se atreven á sus santos. Estaba san Ambrosio un dia predicando en un lugar alto, y exhortando con gran fervor al pueblo que se eligiese por obispo persona católica, y digna de aquella silla. Oíanle muchos arrianos, hombres y mujeres, y entre ellas una doncella mas ataviada y olvidada de la modestia virginal, subió al púlpito, y con rostro turbado y feroz asió de las vestiduras del santo prelado, y comenzó á tirarle fuertemente, para que cayese allí á los piés de las otras mujeres arrianas, y correrle y maltratarle. Volvióse á ella el santo, y díjola con mucha paz: Aunque yo soy indigno del sacerdocio, no te conviene á tí ni á tu estado poner las manos en cualquier sacerdote: y así debes temer el juicio de Dios: mira nó te venga algun desastre por este atrevimiento. Dijo estas palabras Ambrosio, y Dios nuestro Señor, allí delante de todos la castigó, quitándole súbitamente la vida: y el santo, para pagar con mansedumbre y oficio de caridad la afrenta que la desventurada mujer le habia hecho, al dia siguiente la acompañó á la sepultura. Dos obispos arrianos, llamados Claudio y Secundiano, fingiendo ser católicos, importunaron al emperador Graciano que mandase juntar concilio general, para tratar de las cosas de la fe. San Ambrosio lo resistió, y procuró que se congregase en Aquileya un concilio de los obispos occidentales que quisiesen venir, y en él se halló san Ambrosio; y con su grande espíritu, doctrina y autoridad, reprimió y confundió á los herejes, y enseñó á todos, que los sacerdotes debian ser jueces de legos, y nó los legos de los sacerdotes. Otra vez dos caballeros de la cámara del emperador Graciano, que en su corazon eran arrianos, y por dar contento á su príncipe se mostraban católicos: para hacer burla de san Ambrosio, le rogaron que les declarase el misterio de la encarnacion del Verbo eterno. Prometió el santo de hacerlo en la iglesia, y señalóles el dia siguiente: y para cumplir su palabra fué á la iglesia, donde habia concurrido gran número de gente para oirle. Estuvo aguardando buen rato que viniesen aquellos caballeros, que le habian pedido la declaracion de aquella cuestion; pero ellos haciendo poco caso del santo, se fuéron al campo para hacer mal á los caballos; mas á deshora cayeron de ellos á tierra, y se quebrantaron de manera que allí acabaron sus vidas. Tenia Graciano en su servicio un criado muy favorecido, llamado Macedonio, el cual, yendo san Ambrosio á su casa, para rogarle por cierto hombre miserable, le mandó cerrar las puertas, y se le negó. Entonces el santo con espíritu profético le dijo: Tú tambien vendrás algun tiempo á la iglesia, y hallando las puertas abiertas, no podrás entrar; y así le sucedió poco despues, que buscándole Máximo, tirano, para matarle, huyó Macedonio á la iglesia, y estando las puertas abiertas no pudo hallar entrada, y cayó en manos de sus enemigos. Estos encuentros y otros semejantes tuvo san Ambrosio con los arrianos, en vida del emperador Graciano: mas con su muerte cobró gran fuerza la herejía, y creció aquella llama con los soplos de Justina que la atizaba. Procuraron que se hiciese un obispo de su secta, para oponerle á san Ambrosio, y nombraron á un scita de nacion, que se llamaba tambien Auxencio, como el predecesor de san Ambrosio, y muy parecido á él en la maldad. Pero porque este nombre de Auxencio era odioso en la ciudad, disimulando su propio nombre, le llamó Mercurino. Pues el falso obispo y nuevo Auxencio provocó á san Ambrosio á disputar públicamente de la fé, tomando por jueces árbitros á hombres seglares y gentiles. No vino en ello el santo, nó por no querer disputar, sino porque era cosa nueva é indigna de la majestad de la Iglesia, que los seglares juzgasen de las cosas eclesiásticas, y los gentiles de las sagradas: y por mas que Valentiniano, como muchacho y engañado de la madre hereje, procuró que se disputase, jamás pudo vencer al fuerte y constante pecho del santo prelado: alegando la costumbre antigua de la Iglesia, y que los sacerdotes deben juzgar á los emperadores, y nó los emperadores á los sacerdotes. Tampoco pudo alcanzar de san Ambrosio, que diese una iglesia de Milan á los arrianos, para celebrar sus ritos sacrílegos, y ceremonias: y diciéndole Calígono, camarero mayor de Valentiniano: ¿Viviendo yo, te atreves tú á menospreciar á Valentiniano? Yo te cortaré la cabeza. Respondió el santo (como él mismo lo refiere): Dios permita que cumplas lo que amenazas; porque yo padeceré lo que debe padecer un obispo; y tú harás lo que conviene á tu persona. No temo tus amenazas, porque tú puedes matar al cuerpo; mas no puedes matar el alma. Puedes quitarme la vida; mas nó el merecimiento, porque el alma á solo Dios está reservada, y nó á la potestad de la tierra. ¿Piensas que me haces daño? Antes me haces gran beneficio, quitándome una vida temporal, para que suceda la bienaventurada y eterna. Yo suplico á Dios que todos los enemigos de la Iglesia la dejen á ella, y asesten contra mí todos sus tiros y máquinas, y harten su sed con mi sangre. Estas son palabras de san Ambrosio. Pues como Justina viese que todas sus trazas se le deshacian, y que no bastaba el nombre y autoridad del emperador su hijo, para vencer á san Ambrosio, y que mientras que él estuviese en Milan, no podia hacer progreso su falsa religion; consumiéndose de dolor, saña y furor, determinó echarle de

la ciudad y desterrarle. Y porque era cosa muy dificultosa poderlo hacer, por el amor grande que todo el pueblo le tenia, y cuidado y asistencia con que guardaba su prelado, prometió grandes premios á los que por cualquiera via y arte en esto la sirviesen con su intento. Hallóse uno por nombre Eutimio, mas atrevido que los demás, el cual hizo un dia poner un coche á punto en una casa cerca de la iglesia, para arrebatar de improviso al obispo, cuando saliese de ella, y llevarle al destierro ántes que el pueblo le pudiese defender. No le salió como pensaba, porque Dios guardó al santo: y Eutimio al año siguiente, por un delito que cometió, fué desterrado de Milan, y llevado á su destierro en el mismo coche que él tenia aparejado para llevar á san Ambrosio, como otro Aman que murió en la horca que tenia aparejada para Mardoqueo. Todo esto era echar aceite en el fuego, y encender mas el furor de Justina y de los herejes contra el santo prelado, y contra los católicos que siempre velaban, aparejados á morir por él.

Para dar al pueblo algun alivio, ordenó el santo que se cantasen en Milan los salmos y los himnos, como se usaba en las Iglesias de Oriente, y acrecentó las vigilias y los ayunos para aplacar al Señor y á sus soldados con su patrocinio: y así le tuvieron del cielo con los cuerpos de los gloriosos mártires san Gervasio y Protasio, que en aquella sazon se descubrieron por una revelacion que tuvo san Ambrosio; é hizo Dios tantos y tan grandes milagros por intercesion de estos santos, en confirmacion de la fé que san Ambrosio predicaba, y en alabanza de la santísima é individua Trinidad, que impugnaban los arrianos, que convencidos y confusos reprimieron algo su furor, aunque no por esto se enmendaron. Salian los demonios de los cuerpos que atormentaban, dando alaridos y confesando que eran atormentados de los santos mártires, y aun del mismo san Ambrosio, como escribe san Agustin, rogándole que los dejase y perdonase. Pero no por esto se convertian los herejes; ántes ahogaron á un arriano de los suyos, en quien habia entrado el demonio: porque á grandes voces clamaba, que de aquella manera habian de ser atormentados los que no creian la unidad de la santísima Trinidad que enseñaba san Ambrosio. Verdad es que uno de los principales de aquella secta, y mas agudo y sagaz disputador, se convirtió á la fé católica: porque estando en la iglesia, vió un ángel á la oreja de san Ambrosio, como proponiendo las palabras que habia de decir al pueblo. Los demonios, forzados del poder de Dios, confesaban la verdad católica, y los herejes usando mal de la libertad que Dios les habia dado, la negaban, blasfemaban y perseguian: y cuanto el Señor con mayor claridad y resplandor manifestaba la virtud de su siervo Ambrosio, y con milagros y prodigios confirmaban su doctrina; tanto ellos mas cerraban los ojos por no ver la luz, y aborrecian al maestro que con ella los queria alumbrar. Viendo, pues, que todas sus artes y embustes les salian vanas, determinaron dar la muerte al que con tanto estudio procuraba darles la vida. Enviaron un hombre facineroso y temerario, para que matase en su casa al santo prelado: entró el hombre armado de hierro y furor: y como san Ambrosio (como dijimos) no tenia guarda ni portero, pasó hasta donde el santo estaba, y alzó la mano para herirle con la espada desnuda que llevaba: pero ¿qué puede la braveza y locura humana contra el poder de Dios? Y ¿quién podrá ofender, al que Dios defiende y guarda? Entorpecióselo al miserable hombre el brazo: secósele la diestra, con que queria descargar el golpe: comienza á temblar y á mudar de colores; y atónito y como fuera de sí, échase á los piés de san Ambrosio: pide y alcanza perdon y entera salud. No bastó este milagro para dar seso á los herejes, y vista á los ciegos, y blandura de corazon á los que estaban tan empedernidos y obstinados; ántes buscaron nuevas invenciones para pelear contra Dios y contra su santo. Y porque todas las humanas que hasta allí habian usado no habian sido de provecho, convirtiéronse á las diabólicas, pretendiendo por medio de los demonios alcanzar lo que por otras vias no habian podido. Para esto pagaron á un hechicero y gran nigromántico, llamado Inocencio, para que usando de su arte mágica deshiciese aquella amistad y benevolencia tan rara que habia entre san Ambrosio y el pueblo de Milan, entre el pastor y su ganado; para que quitando aquel vínculo de amor y la guarda que toda la ciudad hacia á su santo prelado para ampararle, mas fácilmente le pudiesen acabar. Hizo el mago Inocencio su oficio: sube una noche sobre el tejado de la casa de san Ambrosio: convoca á los espíritus malignos: vienen á su mandato: ordénales lo que han de hacer: quiérenlo ejecutar; y no pueden. Vuelve otra vez, y con hechizos y encantamientos mas fuertes los aprieta y manda que maten á san Ambrosio; pero como él estaba guardado de la mano de Dios, y cercado de ángeles para su defensa, no pudieron llegar, no solamente á su persona, pero ni aun al umbral de su puerta, como el mismo nigromántico, despues de la muerte de la emperatriz Justina, confesó estando preso y siendo atormentado por otro delito que habia cometido, sin poder hacer otra cosa; porque el ángel de guarda de san Ambrosio le mandó y apremió para que lo dijese.

Dura cosa es pelear contra Dios, y tirar coces contra el aguijon. Pensaba Justina que con su impiedad y rabia mujeril, y con las armas y potencia de su hijo Valentiniano, podria contrastar con Dios y derribar el muro inexpugnable de la fé católica; mas cuando mas descuidada estaba, levantó Dios contra ella y contra su hijo á Máximo, tirano que habia hecho matar engañosamente al emperador Graciano: el cual, por lavar aquella mancha de sangre inocente que habia derramado, y mostrarse príncipe católico y celoso de la paz y union de la Iglesia, escribió cartas al emperador Valentiniano, exhortándole á mirar por la fé católica, y defenderla como lo habia hecho el emperador Valentiniano su padre, y amenazándole que si no lo hacia, él le haria cruda guerra, buscando con esta ocasion color para hacerla, y valiéndose de la religion para sus intentos, como suelen los políticos; y en efecto, al mismo tiempo juntó un poderoso ejército para pasar los Alpes, con grande espanto y terror de toda Italia, y del pobre mozo y engañado emperador Valentiniano y de Justina su madre: los cuales se vieron tan apretados, que para refrenar y detener á Máximo, determinaron enviarle una embajada; y dejando todas las otras personas importantes y principales de su imperio, pusieron los ojos en san Ambrosio, y con grande instancia le rogaron que tomase aquel trabajo, y fuése á la ciudad de Tréveris, donde estaba Máximo (á quien ya otra vez habia sido enviado despues de la muerte de Graciano, y era de él muy conocido y estimado), para establecer la paz entre ellos y pedirle el cuerpo del em-

perador Graciano para enterrarle. El santo obispo, olvidado de todas las injurias que le habian hecho, y acordándose de la clemencia del Señor, y compadeciéndose de Italia, condescendió con sus ruegos, y se puso en camino y habló con Máximo: y aunque esta vez fué tratado de él cortesmente, entendió sus intentos, y que con nombre de paz queria hacer guerra y engañar á Valentiniano; y así le avisó de ello, y que se recatase de Máximo, y le mirase á las manos, mas que á las palabras que decia. No se recató Valentiniano; ántes envió otro embajador que fué Domnino, creyendo con ruegos y sumisiones impetrar la paz. Dió Máximo buenas palabras al nuevo embajador, que volvió á Italia muy contento, pensando que dejaba asentada la paz: pero luego tras él, vino Máximo con su ejército, y pasó los Alpes al improviso y entró en Italia tan de repente, que apenas Valentiniano y Justina se pudieron escapar y huir á las partes de Oriente para que Teodosio, que las gobernaba y era consorte en el imperio, los amparase y los librase de las manos de Máximo, como despues lo hizo. Hubo en Milan grande espanto por la venida del ejército de Máximo, y todos á porfia querian salir de la ciudad, y huyendo, salvarse. Hablóles el santo prelado, y exhortóles á hacer penitencia, enseñándoles que ella era el mejor remedio y la mas segura guarda que podian hallar: «¿Para qué (dice) huyes de tu patria? Si quieres ser salvo, huye de tus pecados. Si dejares de pecar, el enemigo es vencido.» Pero Máximo, despues que hubo destruido con su ejército aquella noble parte de Italia, y arruinado muchas ciudades, talado los campos y héchose señor de muchos pueblos; viendo que no habia quien le resistiese, mitigó su furor y comenzó á ganar con beneficios las voluntades de la gente, y dar á entender que no habia venido armado para usurpar el imperio, sino para que la fé católica se conservase limpia y entera, queriendo cubrir su tiranía con capa de religion. Con esto tuvo mas quietud san Ambrosio, y ménos que batallar con los herejes arrianos. Pero mucho mas se confirmó y estableció la fé católica despues que el emperador Teodosio venció y mató á Máximo: porque aunque como hombre piadoso y modestísimo, no quiso tomar para sí el imperio occidental, ántes le restituyó á Valentiniano; pero siempre quedó con grandísima autoridad, y como padre del mismo emperador Valentiniano, que muerta ya su madre Justina, reverenció y obedeció á san Ambrosio. Estando Teodosio en Milan, favoreció por extremo á los católicos, y persiguió á los arrianos; y san Ambrosio triunfó de ellos, y la religion católica de la perfidia, y de la mentira la verdad.

Pero si faltaron los herejes arrianos, no faltaron otros monstruos que en aquel mismo tiempo salieron del infierno, para turbar con nuevos errores la tranquilidad de la Iglesia: porque Joviniano, monge, y otros que habian estado en aquel monasterio (que dijimos haber edificado san Ambrosio en Milan), con la máscara de ayunos y penitencias, disimulando sus maldades, apostatando de la institucion monástica y de la fé católica, comenzaron á enseñar doctrinas nuevas é inficionar las almas de los que las creian: de los cuales dice san Ambrosio estas palabras: «Estuvieron con nosotros; pero no eran de nosotros: ayunaban, estaban encerrados en el monasterio: no habia libertad para darse á deleites deshonestos, ni á parlerías y contiendas: y como eran delicados, no pudieron sufrir este género de vida. Salieron del monasterio: quisieron volver y no fueron admitidos; porque muchas cosas habia yo oido dignas de remedio, y habiéndoselas avisado no se enmendaron. Y por esto como saliendo de sí, comenzaron á verter la ponzoña de que estaban llenos, y á ser un incentivo de todos los vicios.» Esto es de san Ambrosio: el cual de tal manera persiguió á Joviniano y á sus cómplices, que los echó de Milan y de toda su comarca: aunque fueron tan atrevidos que fuéron á Roma, pensando poder engañar con su hipocresía á los fieles; mas por la diligencia de Pamaquio, varon nobilísimo y amicísimo de san Gerónimo, Siricio papa, juntando el clero de Roma, los condenó, y la doctrina que enseñaban; y el mismo san Gerónimo escribió dos libros doctísimos contra ella, y el emperador Honorio, hijo de Teodosio, desterró á Joviniano á una isla apartada. Tambien tuvo san Ambrosio mucho trabajo en tiempo de los dos hermanos emperadores Graciano y Valentiniano en resistir á muchos de los senadores romanos (cuya cabeza era Símaco), que se restituyese en Roma la adoracion de sus dioses, y los estipendios que se solian dar ántes á sus sacerdotes y ministros: y enviaron sus embajadores á los emperadores, para impetrarlo, á los cuales se opuso san Ambrosio, y persuadió á los mismos emperadores que no lo concediesen, y respondió gravísima y doctísimamente á todas las falsas razones que los gentiles alegaban en contrario. Pero volviendo á lo que ántes decíamos de Teodosio, despues de aquella insigne victoria que tuvo de Máximo, tirano, y de su ejército; los que habian seguido el bando de Máximo, temieron ser de él castigados, y llenos de pavor y temblor, suplicaron á san Ambrosio que les impetrase perdon del emperador; y el santo sacerdote lo hizo con tan grande piedad y eficacia, que alcanzó del emperador todo lo que quiso; castigando á solos tres que eran las cabezas, perdonó á todo el ejército de Máximo, y tuvo cuenta que sus hijas y su madre no padeciesen, enviándoles lo que habian menester: y dando á los príncipes ejemplo de clemencia, y venciendo la misma victoria con dar la vida á los que ella habia dado potestad de quitársela: y todo esto por el consejo é intercesion de san Ambrosio. Aunque no le faltaron algunos encuentros con el mismo emperador, en los cuales no sabe el hombre de qué se deba mas admirar, ó de la religiosa humildad y obediencia de Teodosio, ó del valor y constancia en defender la autoridad de la Iglesia, del santo obispo: porque habiendo ciertos monges, por instigacion de su obispo, quemado una sinagoga de judíos en un pueblo llamado Calínico, en las partes de Oriente, y quejándose gravemente los judíos, y haciendo grande instancia para que fuesen castigados los autores de aquel incendio; el emperador mandó que á su costa reparasen aquella sinagoga. Súpolo san Ambrosio, y escribió á Teodosio una carta en que le suplicaba que revocase aquel mandato, y en ella le dice estas palabras: «Yo te ruego, que oigas con paciencia lo que digo: porque si no merezco que tú me oigas, tampoco seré digno de ofrecer sacrificio por tí, ni á quien tú encomiendas tus deseos y oraciones. ¿Pues tú no oirás al que deseas que sea por tí oido? ¿No oirás al que ahora trata de su causa, habiéndole oido cuando trataba las ajenas? ¿No temes tu mismo juicio, y lo que de él se sigue; que teniéndome por indigno de ser oido de tí, declaras que soy indigno de ser oido por tí? Tanto mas que no conviene al emperador negar la libertad de hablar, ni al sacerdote no decir lo que siente.» Esto es de san Ambrosio. Y aunque

no ablandó esta epístola á Teodosio, despues hablándole en la iglesia, le persuadió todo lo que quiso, y libró al obispo y á los monges de la pena y castigo que tenian de congoja en que estaban.

Pero mucho mas dificultoso y glorioso para san Ambrosio y para Teodosio, fué lo que le sucedió cuando el emperador quiso entrar en la iglesia, y el santo obispo le cerró la puerta: que aunque es cosa sabida y tan predicada y alabada de tantos y tan graves escritores; por ser memorable y digna de ser imitada de todos los príncipes cristianos, en suma la referiré yo aquí. Habian los de la ciudad de Tesalónica muerto tumultuosamente á un maestre de campo y ministro del emperador. Sintiólo mucho y quísolos castigar; pero despues por las buenas razones que san Ambrosio le dijo, se mitigó. Mas como hay tantos lisonjeros en los palacios de los príncipes, y tantos que los atizan y echan leña en el fuego, no faltaron en el de Teodosio criados y privados suyos que le incitaron á castigar severamente aquella injuria y á volver por su reputacion; y en fin le persuadieron á hacer un cruel mandato, por el cual en espacio de tres horas fueron muertas en Tesalónica siete mil personas del pueblo, sin tener cuenta de quién era culpado y quién inocente. Afligióse sobremanera san Ambrosio por la sangre que se habia derramado, y por el amor que tenia al que la habia mandado derramar; y para que se reconociese é hiciese penitencia de tan grave culpa, un dia que el emperador iba á la iglesia, el constantísimo prelado le salió á la puerta, y con palabras gravísimas y de grande majestad le mandó que no entrase hasta que reconociese su pecado é hiciese pública penitencia de él. El emperador le obedeció y se volvió á su casa, y estuvo ocho meses llorando y gimiendo con tan grande sentimiento y dolor, que solo el leerlo pone grande admiracion y devocion; porque estando un dia Teodosio deshaciéndose en lágrimas, se llegó á él un gran privado suyo que se llamaba Rufino, y le preguntó qué era la causa de su dolor; y él, soltando aun mas las riendas y las lágrimas, le respondió estas palabras: Tú no sientes mis males ni mis daños; mas yo gimo y lloro mi desventura, porque considero con cuánta facilidad pueden entrar en el templo de Dios los pobres y los criados y rogar al Señor en él: y que para mí está cerrada la puerta, no solamente del templo sino tambien del cielo; pues Cristo nuestro Señor dijo á los sacerdotes: Todo lo que atáredes en la tierra, será atado en el cielo. Y como Rufino le dijese, que él acabaria con Ambrosio que le absolviese, le respondió Teodosio: no lo hará; porque yo conozco que es tan justa y tan puesta en razon la sentencia de Ambrosio, que no querrá quebrantar la ley de Dios por respeto de la potestad imperial. Finalmente, habiendo pasado ocho meses en llanto, llegándose la solemnidad de la pascua de Navidad vino el emperador á la puerta de la iglesia, nó para entrar por fuerza en ella, sino para pedir perdon y misericordia á san Ambrosio: el cual, no sabiendo con qué ánimo venia, le reprendió como á tirano y quebrantador de las leyes eclesiásticas; y el emperador con maravillosa humildad le respondió: Yo no quiero quebrantar las leyes que tiene establecidas la Iglesia, ni entrar por fuerza en ella: pero ruégote que me desates y me absuelvas de sus censuras, y que te acuerdes de la clemencia del Señor, y no me encierres la puerta que él abrió á todos los que se arrepienten de todos sus pecados. Aquí dijo san Ambrosio: ¿Pues qué penitencia mostrais vos de un delito tan atroz? ¿Qué medicina habeis aplicado á una llaga tan grande y tan dificultosa de sanar? Esto toca á vos (dijo el emperador), el darme los remedios, y á mí el aceptarlos. Y habiendo obedecido á todo lo que le mandó el valeroso obispo, y siendo absuelto por él, entró el fidelísimo y gloriosísimo emperador en la Iglesia, y postrado en el suelo y mesándose los cabellos é hiriéndose en el rostro y regando la tierra con rios de lágrimas, comenzó á pedir perdon de sus pecados, y decir aquellas palabras del real profeta David: «Mi alma está abrazada con la tierra: vivificadme, Señor, como lo habeis prometido.» Esta fué la constancia y grandeza de espíritu, nó humano, sino divino que tuvo san Ambrosio: y este el ejemplo que de su devocion y modestia dió Teodosio, del cual dice san Agustin: «Quiso Dios que Teodosio, emperador, hiciese pública penitencia delante del pueblo, para que todos tomásemos ejemplo de hacerla cuando fuese menester; y que ni el pobre ni el rico, ni el oficial ni el caballero y señor tengan vergüenza, ni se afrenten de hacer lo que hizo el emperador:» y el mismo san Ambrosio dice: «No se avergonzó el emperador de lo que se avergüenzan los pobres: ni despues no se le pasó dia que no llorase aquel pecado.» Mas en este mismo caso sucedió otra cosa muy digna de notar, que habiendo entrado el emperador dentro del coro para ofrecer, se quedó en él para oir misa: y san Ambrosio le envió á decir que aquél no era su lugar, sino de los sacerdotes; porque la púrpura puede hacer emperadores, mas nó sacerdotes: y el emperador con extremada modestia respondió, que no habia sido atrevimiento el quedarse en aquel lugar sino hacer lo que habia visto que se usaba en Constantinopla, y que hacia gracias al obispo por aquel aviso y correccion: lo cual se le asentó de tal manera en su pecho, que volviendo á Constantinopla, entrando en la iglesia, nunca quiso sentarse en el coro de los sacerdotes, por mucho que Nectario, arzobispo de Constantinopla, se lo rogó: ántes suspirando, dijo: Apenas he entendido la diferencia que hay entre el emperador y el obispo, y he hallado al maestro de la verdad; porque á solo Ambrosio conozco por obispo digno de este nombre. Finalmente, el emperador Teodosio, por su gran piedad y por las excelencias y admirables virtudes de san Ambrosio, le honró mucho y le reverenció y obedeció, y por su consejo ordenó muchas cosas provechosas y de grande utilidad para toda la Iglesia católica, y por su ejemplo el emperador Valentiniano quedó tan sujeto y rendido á la voluntad del santo obispo despues que murió Justina, su madre, cuanto ántes habia estado adverso por su inducimiento y persuasion: como se ve en la oracion que hizo el mismo san Ambrosio, llorando con muchas lágrimas su desastrada muerte, que dió Arbogastes, su gran privado y capitan de su ejército en Leon de Francia, haciéndole ahogar en la cama como infiel y traidor, por dar el imperio á Eugenio, su amigo, contra toda justicia y razon. Mas el Señor, que aunque permite los males no los deja sin castigo, castiga severamente la traicion de Arbogastes y la tiranía de Eugenio, dando una milagrosa victoria al emperador Teodosio contra ellos, y haciendo que miserablemente muriesen á sus manos: y el piadoso emperador, conociendo que aquella victoria tan grande y tan gloriosa no la habia alcanzado con su valor é industria ni por la fuerza y número de sus soldados, sino por las oraciones de san Ambro-

sio, le escribió luego una carta, avisándole de ella y rogándole que hiciese gracias al Señor por aquel beneficio que á él y á toda la cristiandad habia hecho, y san Ambrosio le respondió otra carta en que le dice estas palabras: «Gracias sean dadas á Dios nuestro Señor, porque ha correspondido á nuestra fé y piedad, y nos ha representado aquella forma antigua de santidad y dejádonos ver en nuestro tiempo, lo que leyendo las Escrituras sagradas nos causa admiracion. Pues en vuestras batallas se ha hallado el favor de Dios tan presente, que no han podido las cumbres de los altos montes retardar el curso de vuestra venida, ni las armas de los enemigos poner impedimento á vuestro ejército. Por este beneficio quereis que yo haga gracias á Dios nuestro Señor: yo las haré de buena gana, como quien tambien sabe vuestros merecimientos, porque cierta cosa es, que es agradable á Dios el sacrificio que se le ofrece en vuestro nombre: y queriendo vos que esto se haga; ¿cuán grande devocion y fé mostrais en ello? Los otros emperadores, para que quede memoria de sus victorias, mandan hacer arcos triunfales ó cosas semejantes; pero vuestra clemencia quiere que se ofrezcan sacrificios, ofrendas y accion de gracias por mano de los sacerdotes. Yo, aunque indigno é inhábil para cosa tan grande, quiéroos decir lo que he hecho. Llevé conmigo al altar la carta de vuestra piedad, púsela sobre el altar, y cuando llegué á ofrecer el sacrificio, la tomé en la mano, para que vuestra fé hablase con mi lengua, y los caractéres imperiales en aquella ofrenda hiciesen el oficio de sacerdote. Verdaderamente que el Señor se muestra propicio y favorable al imperio romano: pues le ha dado tal príncipe, cuya virtud y suma potestad en la cumbre de tan grande imperio y tan esclarecido triunfo, está acompañada con tan profunda humildad que ha vencido en valor á los emperadores y en humildad á los sacerdotes. ¿Qué tengo mas que apetecer ó que desear? Todo lo teneis, y para decirlo en una palabra, sois emperador piadoso y clementísimo; y con todo esto deseo que cada dia crezcais en la piedad, que es el mas raro don que da Dios: para que por vuestra clemencia, así como la Iglesia de Dios se gozó con la paz y tranquilidad de los buenos; así se alegre con el perdon de los pecados. Perdonad especialmente á los que ántes de ahora no han pecado.» Todo esto es de san Ambrosio, que con sus palabras alcanzó perdon de Teodosio para los culpados; y el mismo Teodosio se echó á los piés del santo, confesando que por sus oraciones y merecimientos era salvo. Y habiendo mandado venir de Constantinopla á Arcadio y Honorio, sus hijos, y recibiéndolos en la iglesia de Milan, les encargó á san Ambrosio y se los encomendó para que los tuviese como hijos: y á ellos les ordenó que le tuviesen y obedeciesen como á padre. Y habiéndoles repartido el imperio y dado á Arcadio el de Oriente y á Honorio el de Occidente, murió el glorioso emperador en Milan el año del Señor de 395 á los 17 de enero, con gran llanto y sentimiento de todo el imperio, y particularmente de san Ambrosio que hizo una oracion de grandes alabanzas en sus honras y derramó muchas lágrimas; porque como en ella dice, cuando murió Teodosio, no tenia tanto cuidado de sí, de su muerte, ni de sus hijos, como de la paz y tranquilidad de la Iglesia. Poco despues de la muerte de Teodosio, halló el santo sacerdote los sagrados cuerpos de los santos mártires Nazario y Celso, en un huerto fuera de los muros de la ciudad, y los trasladó con solemnidad á la iglesia de los Apóstoles, é hizo Dios por ellos muchos y grandes milagros. Entre otros, muchos endemoniados quedaban libres: y como en uno de ellos e demonio diese voces y dijese, que san Ambrosio gravemente le atormentaba; respondió el santo: Enmudece, maligno espíritu; porque no te atormenta Ambrosio, sino la fé de los santos y tu envidia; porque ves que suben los hombres al lugar de donde caiste; que Ambrosio no se desvanece con tus palabras. Tambien se habia hallado ántes en Bolonia en la traslacion del santo mártir Agrícola, el cual, despues de haber sido martirizado su criado Vital, puesto en cruz y enclavado con muchos clavos, alcanzó la corona del martirio y fué enterrado con su criado en las sepulturas de los judíos; pero despues se descubrieron los santos cuerpos, y san Ambrosio, siendo convidado, fué á la traslacion de san Agrícola; y sacando su sagrado cuerpo, recogió los clavos y la sangre y el trofeo de la cruz en que habia muerto: y rico con el tesoro precioso de aquellas reliquias, pasó á Florencia y las colocó debajo de una iglesia, que una piadosa é ilustre matrona llamada Juliana habia edificado con nombre de san Lorenzo; aunque el pueblo la llamó Ambrosiana, por haberla edificado san Ambrosio. El cual, estando siempre ocupado en cosas tan altas y de tanto servicio de Dios, y esparciendo por todo el mundo como un sol los resplandores de sus esclarecidas virtudes y los rayos de su celestial doctrina, y quebrantando á los herejes, espantando á los tiranos, y enseñando y humillando á los príncipes de la tierra, y peleando como esforzado soldado las batallas del Señor; deseoso ya de salir de la cárcel de este cuerpo, entendió que se acercaba el tiempo de su gloria y retribucion; y así dijo á sus familiares que estaria con ellos hasta la pascua siguiente, y nó mas. Pocos dias ántes que cayese malo en la cama, escribiendo sobre el salmo 43 y dictando á Paulino (que era el que le escribia y el que refiere todo esto), súbitamente una llama de fuego cubrió la cabeza del santo, y se le entró por la boca, y su rostro se demudó y se paró blanco como una nieve; aunque poco despues volvió á su acostumbrado semblante, y no pudo acabar la exposicion de aquel salmo; porque luego cayó malo de la enfermedad de la muerte (aunque fué algo larga) con grande y extraordinario sentimiento y ternura de toda la ciudad, y de los hombres prudentes que temian alguna gran calamidad, y la caida del imperio romano, si faltaba el que con sus oraciones y merecimientos le sustentaba. A esta causa el conde de Estilicon, capitan general y grandísimo privado del emperador Honorio, envió al santo algunos caballeros amigos suyos, para que le rogasen, que pues estaba en su mano, alcanzase de Dios que se difiriese su muerte, para que con esa no viniesen juntamente los males que se temian: y como ellos hiciesen su oficio é importunasen á san Ambrosio; él les respondió aquellas palabras que tanto alaba san Agustin: No he vivido entre vosotros de manera que tenga vergüenza de vivir, ni temo morir, porque tenemos buen Señor. Estaban algunos diáconos y familiares de san Ambrosio en la parte mas remota de su aposento tratando secretamente entre sí, quién habia de sucederle en el obispado, y nombraron con voz baja á san Simpliciano; el sacerdote de Dios como si lo hubiera oido, aprobando lo que decian, dijo tres veces en voz alta: *Senex, sed bonus:* Viejo es, pero bueno; y así le sucedió. Asistia al santo en esta enfermedad san Basiano,

obispo de Lodi, y una vez orando con él, vió á nuestro Señor Jesucristo que venia á visitarle con una cara blanca, y alegre le acariciaba. Llegado ya el sábado santo, y estando san Ambrosio extendidos los brazos y puestos en cruz, haciendo oracion en silencio, cerca de la noche, san Honorato, obispo de Verceli, que estaba en lo alto de la casa, oyó una voz tres veces que decia: *Surge; festina; quia modó recessurus est*: Levántate, dáte prisa; porque luego se ha de partir. Bajó luego y dióle el sacratísimo cuerpo de Cristo nuestro Redentor: y habiéndole recibido con singular gusto y reverencia, dió su espíritu al que para tanta gloria suya le habia criado, poco ántes que amaneciese, el dia de Pascua de aquel año, que fué el de 397, á los 4 de abril, siendo de edad de setenta y cuatro años, y cinco ántes que muriese san Martin, obispo de Tours. Por donde se ve, que no pudo ser lo que algunos escriben, que san Ambrosio, estando para decir misa en el altar, se halló en el entierro de san Martin, como lo notó el cardenal Baronio.

Hizo Dios nuestro Señor muchos milagros por la intercesion de este santísimo doctor en vida y en muerte. Cuando fué á Roma, yendo á decir misa en un oratorio de una señora principal, una mujer que estaba paralítica, sabiéndolo, se hizo llevar en una silla donde él estaba, y besó sus vestiduras; y poniendo el santo sacerdote sus manos sagradas sobre la enferma, luego cobró salud y comenzó á andar. En Florencia posó en casa de un ilustre caballero, llamado Decente, que tenia un hijo por nombre Pansefio, atormentado del demonio; y san Ambrosio le libró: y habiendo despues muerto, le resucitó á instancia de la madre del mozo, echándose como otro Eliseo sobre el cuerpo del difunto, y le restituyó á su madre, y despues le escribió un libro, enseñando la forma que habia de tener, para vivir cristianamente. Despues de la muerte de Teodosio, un hombre llamado Cresonio, temiendo el castigo por un delito que habia cometido, se entró en la iglesia como en lugar de refugio, y algunos soldados de Estilicon, por fuerza y con gran violencia le sacaron del altar, donde estaba cercado de clérigos, y allí cerca san Ambrosio haciendo oracion, y llorando el poco respeto que se tenia á la iglesia. Fuéronse luego los soldados (que eran arrianos) muy contentos á unas fiestas y juegos llamados circences que hacia el emperador: soltaron unos leopardos para regocijo del pueblo: los cuales, dejando á todos los demás, asaltaron con grande ímpetu á los soldados desacatados y violadores de la iglesia, y allí los despedazaron, sin hacer mal á otra persona alguna. Visto esto, Estilicon (por cuyo mandato se habia hecho aquel sacrilegio) se reconoció, y volvió el preso á san Ambrosio, y se sujetó á su censura, é hizo la penitencia que le fué impuesta.

Habia un hombre llamado Niceeio, muy atormentado y fatigado de dolor de los piés, y á esta causa pocas veces salia en público. Fué un dia á la iglesia á recibir el santo Sacramento del altar de mano de san Ambrosio; el cual, sin mirar lo que hacia, le pisó el pié de manera, que Niceeio sintió grave dolor, y dió un grito. Volvióse á él el santo prelado y díjole: Véte; que no tendrás de aquí adelante mas dolor: y así fué, como él mismo lo testificó con muchas lágrimas, cuando murió el santo prelado. Iba una vez san Ambrosio á palacio, y cayó en el suelo un hombre: vióle así caido y tendido un notario, llamado Teódulo, y comenzó á reirse; y el santo sacerdote, volviéndose á él, le dijo: Tú que estás en pié, mira no caigas. Al momento cayó Teódulo, y con su caida aprendió á no reirse de la ajena. Volviendo san Ambrosio de Verceli á Milan, pasó por Novara: y no queriendo detenerse en aquella ciudad la cabalgadura en que iba, se paró y estuvo inmoble sin poderla hacer dar un paso adelante, sin moverse de donde estaba. Luego entendió, por revelacion de Dios, que debia visitar á san Gaudencio, que era varon de gran santidad, y á la sazon estaba en Novara. Hízolo así: luego la cabalgadura se movió, y fué á la casa de Gaudencio, al cual profetizó que seria obispo de Novara, y con el mismo espíritu profético Gaudencio dijo á san Ambrosio, que él no le consagraria, sino otro; significando que presto habia de morir.

El mismo dia que murió, fué visto en las partes de Oriente, estar en la congregacion de algunos monges, llorar con ellos y poner sobre ellos sus manos. Otras muchas veces apareció á las personas que habian tenido devocion con su santa persona en vida, y despues de muerto le invocaban y pedian su favor. San Cenobio, obispo de Florencia, y grande amigo de san Ambrosio (como él mismo lo refirió á Paulino que lo escribe), muchas veces le vió orando, siendo ya muerto. Y cuando Radagasio, rey de los godos, puso cerco sobre la ciudad de Florencia con un ejército de doscientos mil hombres, san Ambrosio apareció á los de dentro, y los favoreció y salvó la ciudad, y perecieron todos aquellos bárbaros. Otro tanto casi sucedió en Africa á Maszecel, capitan del emperador Honorio, haciendo guerra contra su mismo hermano Gildon, que se habia rebelado contra el emperador, porque encomendándose Maszecel á san Ambrosio, que poco ántes habia muerto, le apareció el santo y le esforzó y enseñó cómo habia de vencer: de suerte que con cinco mil soldados desbarató, segun Paulo Orosio, sesenta mil, y segun Paulo Diácono, ochenta mil. Otros muchos milagros hizo el Señor por san Ambrosio, y el dia que le enterraron (que fué el sacratísimo dia de Pascua) en la basílica Ambrosiana, con innumerable concurso de gente, no solo de cristianos, sino tambien de judíos y paganos; los demonios daban aullidos, y á grandes gritos decian, que eran atormentados de san Ambrosio: y hombres y mujeres á porfía procuraban tocar y besar el santo cuerpo, ó alguna cosa suya, para alcanzar salud y otras gracias y mercedes del Señor: y muchos le vieron como si estuviera vivo, y algunos una estrella resplandeciente sobre su sagrado cuerpo.

Tuvo en vida tan grande autoridad este santo doctor, y fué tan famoso y tan celebrado en el mundo, que vinieron dos caballeros muy ricos y poderosos desde el reino de Persia á Milan, por solo verle y hacer experiencia de su gran sabiduría: y habiendo estado desde la mañana hasta las tres de la noche, proponiéndole las dudas que traian, y oyendo sus respuestas por intérprete, se partieron de él muy consolados y admirados: y para que se entendiese que no habian venido á Milan, sino para solo verle; al dia siguiente se despidieron del emperador, y salieron de Milan para Roma: que es cosa bien notable y digna de compararse ó anteponerse á la reina Sabá, que vino á oir la sabiduría de Salomon, movida de su fama. Una reina de los marcomanos, llamada Fritigil, habiendo oido de un cristiano las excelencias y maravillas de san Ambrosio, le envió sus embajadores con grandes dones, pidiéndole que

le escribiese lo que habia de creer; y así lo hizo en una epístola en que la instruye, y la catequiza y la exhorta, que persuada á su marido que tenga paz con los romanos. Ella lo hizo y vino á Milan en busca del santo prelado; pero cuando llegó, halló que ya era muerto. Arbogastes, con ser persona tan principal, que tenia el imperio de Valentiniano el Mozo en su mano, se preciaba mucho de que san Ambrosio fuese su amigo, y le hubiese convidado á comer: y habiendo tenido una señalada victoria de sus enemigos los hombres prudentes y que conocian los merecimientos de san Ambrosio dijeron, que no era maravilla que hubiese vencido, el que tenia tan gran santo por amigo: aunque despues Arbogastes se pervirtió y recibió el castigo de sus graves culpas, como dijimos. Pues los obispos y los concilios ¡cuán gran respeto tuvieron á san Ambrosio en esta vida, y despues de muerto! Habíase encomendado por decreto de la sínodo capuense la causa de un hereje, llamado Bonoso, á Teófilo, patriarca alejandrino, y á Ambrosio, obispo tesalonicense: y ellos con estar tan léjos, ántes de determinarse, quisieron saber lo que en aquella causa parecia á san Ambrosio: y lo mismo se ve en el concilio taurinense, y en san Agustin contra Juliano, pelagiano, que hablando de san Ambrosio, dice estas palabras: «Otro excelente dispensador de Dios he visto, al cual yo reverencio como á padre; porque él me engendró por el Evangelio en Jesucristo: del bienaventurado Ambrosio hablo, cuya gracia, constancia, trabajos y peligros, de palabra y por obra, por la fé católica, yo lo he experimentado y conmigo los predica todo el orbe romano:» y en otro lugar llama á san Ambrosio varon de Dios, católico y defensor de la verdad católica contra los herejes, hasta derramar sangre y dar la vida por ella, si fuera menester. San Basilio Magno le ensalza sobremanera: Casiodoro dice de él, que fué elocuente y como un rio de leche, y agudo con gran gravedad, y para persuadir con una admirable eficacia dulcísima, y que en él fueron iguales la santidad de la vida y la profundidad de la doctrina, y que fué dotado de muchos milagros y gracias de Dios; y otros muchos y gravísimos autores hablan de san Ambrosio altísimamente y con suma admiracion. Mas con haber sido varon mas divino que humano, y una columna tan firme y fuerte de la Iglesia católica, no faltaron hombres perdidos, que aun despues de muerto murmuraron y dijeron mal de él, procurando con sus palabras oscurecer la claridad de sus admirables virtudes: pero no pasaron sin castigo; porque un clérigo de la Iglesia de Milan, por nombre Donato, de nacion africano, estando un dia comiendo en un convite, se le calentó la boca y comenzó á decir mal de san Ambrosio; mas luego le hirió Dios, y de la mesa le llevaron á la cama, y de allí á la sepultura. Lo mismo sucedió en Cartago á un obispo llamado Maurano, que estando á la mesa con otros obispos se desmandó en hablar mal de san Ambrosio, y luego, por justo juicio de Dios, perdió la salud y la vida: porque el Señor, así como permite que los malos suelten sus lenguas y aun sus manos, contra los santos (para que no sea mas privilegiado el discípulo que su maestro, y el siervo que su Señor); pero vuelve por ellos y los glorifica con el castigo de los atrevidos: que por esto dijo: El que os toca, toca á las niñas de mis ojos. Aunque fué la muerte de san Ambrosio á los 4 dias de abril (como dijimos), la santa Iglesia celebra su fiesta á los 7 de diciembre, que es el dia en que le consagraron obispo. Escribieron de san Ambrosio, demás de los autores que arriba dijimos, Gelasio y Bonifacio VIII, sumos pontífices; la sínodo de Aquileya; san Agustin en diversos lugares; san Gerónimo, Rufino, Teodoreto, Sócrates, Sozomeno, Casiodoro, Isidoro, Nicéforo y Sixto Senense.

* San Agaton, mártir.—Cuando Decio gobernaba el imperio, este santo se hallaba de guarnicion en Alejandría. Sucedió que habiendo Agaton asistido al martirio de una porcion de cristianos, y al ver que los gentiles querian apoderarse de los cuerpos de los santos mártires, para hacer burla de ellos, se opuso fuertemente á sus impías intenciones. El pueblo al presenciar esto clamó contra Agaton diciendo que era cristiano; así es que lo ataron y lo condujeron á la presencia del juez. Este le interrogó acerca de su conducta, y confesó claramente que era cristiano, y que estaba pronto á sufrirlo todo por la fé; por lo que mandó el prefecto fuese degollado, alcanzando así la palma del martirio en Alejandría el año 253.

Los santos Policarpo y Teodoro, mártires.—Murieron tambien degollados en tiempo del emperador Decio, en Antioquía, por haber confesado su fé en Jesucristo.

San Siervo y santa Victoria, mártires.—San Siervo fué martirizado en África, el mismo dia que los santos de que hicimos conmemoracion en el dia de ayer, tambien por órden del rey Hunnerico, arriano. Fué azotado con varillas por muy largo tiempo, y despues levantándolo en alto repetidas veces con una polea y dejándole caer á plomo encima de unos peñascos, y magullándole todo el cuerpo con piedras agudas, consiguió así la corona del martirio. Tambien fué este martirio el año 484. Al mismo tiempo hubo en Cucusa de África un número considerable de mártires y de confesores, y se distinguió entre todos una mujer llamada Victoria. Colgáronla en un palo y encendieron una hoguera debajo de ella. Durante este tormento, su marido, que habia apostatado, le estuvo hablando tiernamente para seducirla. Conjurábala á que se apiadase de él y de sus hijos, salvando su vida y obedeciendo al rey; pero la generosa cristiana tapó sus oidos para no oir á su marido, y apartó la vista de sus hijos, á fin de tener con mas seguridad su corazon fijo en el cielo. Viendo, pues, los verdugos que sus espaldas estaban dislocadas, que tenia rotos la mayor parte de sus huesos, y que ya no respiraba, creyeron que estaba muerta, y la dejaron; mas Victoria volvió en sí, y contó que se le habia aparecido una vírgen que le habia curado todas sus llagas con solo tocarla (Butler, tomo XI).

San Martin, abad.—Fué discípulo de san Martin obispo de Tours, y se perfeccionó en las pláticas de la perfeccion evangélica en el monasterio de Marmoutiers. Retiróse despues al territorio de Santonges, donde edificó un monasterio del cual fué abad; y le sucedió san Eutropio, uno de sus mas célebres discípulos. Ignóranse todas las particularidades de su vida, y se cree que floreció durante el siglo V.

Santa Fara, abadesa.—Fué hija de uno de los principales dignatarios de la córte de Teoberto, rey de Austrasia, y hermana de san Faron. Cuando llegó á la pubertad, sus padres quisieron casarla; pero ella declaró que habia hecho voto de castidad, y que nunca tendria otro esposo que Jesucristo. El año 614 tomó el velo religioso en Meaux: dos años despues se fundó el monasterio de Faremoutier, y aunque la santa era muy jóven, fué elegida

abadesa. La reputacion de su santidad corrió desde luego por todas partes, de modo que fuéron á visitarla muchísimos príncipes y prelados, y hasta su dichosa muerte acaecida el 3 de abril del año 455, fué la santa un modelo cabal de castidad, y demás virtudes cristianas.

San Urbano, obispo y confesor.—Floreció durante el siglo V en Italia, siendo obispo de Teano. En la inundacion de los bárbaros del Norte, desplegó todas sus virtudes apostólicas, y prestó á su pais inmensos beneficios. La herejía de los arrianos, que queria invadir su rebaño, tuvo en él un muro de bronce, donde se estrellaron todos sus conatos, pues el santo impugnó con incansable zelo los errores, y defendió constantemente las doctrinas de la Iglesia católica. Murió en 484.

DIA 8.

La Purísima Concepcion de nuestra Señora.—Cuando el real profeta David habló á los príncipes del pueblo de Israel, exhortándolos á labrar un templo magnífico y suntuoso al Señor, les dijo: *Opus grande est; neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo:* Esta es una grande obra; porque no tratamos de hacer un palacio para un rey, y hombre mortal, sino un templo en que more y habite Dios. En todas las fiestas de la Vírgen sacratísima podemos usar de estas palabras; pero mas particularmente en la fiesta de su purísima Concepcion: porque fué el principio de todas sus fiestas, y en la que despues de su eterna predestinacion se pusieron los fundamentos de este templo divino, y se comenzó á aparejar la casa en que habia de morar el Señor; y esta fué una grande obra, y todas las cosas que concurren en ella son grandes; y así dijo la misma Vírgen: *Quia fecit mihi magna, qui potens est:* Porque el Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí. Y si el cimiento del muro de aquella soberana y celestial ciudad está adornado y enriquecido de todas las piedras preciosas, como lo dice el evangelista san Juan en su Apocalipsi; ¿con cuánta mas razon debemos creer que la inmaculada Concepcion de la Vírgen sacratísima, que es el fundamento de sus fiestas, está lleno de misterios y prodigios divinos? Pues ella es aquella espiritual y admirable ciudad de Dios, de la cual dice el Profeta, se han dicho y predicado cosas gloriosas y estupendas. Mas para tratar de la fiesta de hoy, y para que mejor se entienda lo que celebra la santa Iglesia, celebrando la Concepcion de nuestra Señora, bien será que tomemos el agua un poco mas arriba, y declaremos lo que la fé enseña del pecado original, del cual decimos que la vírgen fué exenta y libre; de manera, que aunque fué hija de Adan, no incurrió en el pecado original, como incurren todos los que por el curso natural son hijos y descendientes de Adan.

Así como Dios nuestro Señor es en sí riquísimo y felicísimo, sin tener necesidad de nadie, así por su sola é infinita bondad crió al hombre, tan noble y adornado de su semejanza é imágen, que pudiese ser particionero y compañero de su misma gloria, y viese, amase y gozase de la misma esencia y hermosura de Dios (aunque nó en tan alto grado como él, que solo se comprende); así, fuese bienaventurado como él lo es, y con lo mismo que él lo es: y como este fin es tan alto y tan excelente, proveyó el Señor al hombre de las habilidades y gracias sobrenaturales, con las cuales pudiese habilitarse para esta dignidad. Estas habilidades y dones sobrenaturales, señaladamente fueron dos, gracia y justicia original. La gracia hacia al hombre hermoso y grato á Dios, y amigo suyo, y como hijo, le daba título y derecho para la gloria; y juntamente con ella era adornado de todas las demás virtudes y dones del Espíritu santo para poder con facilidad y suavidad hacer obras merecedoras de la gloria, para que así alcanzase por su justicia aquello á que Dios le habia predestinado por gracia. El segundo don era la justicia original, que es una rectitud y órden con que el hombre estaba en paz con Dios y consigo mismo, y tenia señorío sobre todos sus afectos y pasiones naturales, y la parte inferior y animal del hombre estaba sujeta á la racional; y demás de esto tenia señorío universal sobre todos los animales y sobre la muerte, y sobre todas las enfermedades, que son aposentadores de la misma muerte. Mas dió todo esto á nuestro padre primero, con condicion que gozase de todos estos privilegios, así él como sus descendientes, siendo fiel y obediente á Dios; y si no lo fuese, los perdiese para sí y para ellos: y para prueba y ejercicio de esta fidelidad y obediencia, poniendo al hombre en el paraiso terrenal, y dándole licencia para que pudiese comer de todos los árboles de él, le mandó so pena de muerte, y pérdida de todos los dones recibidos, que no comiese de uno solo que él habia entredicho. Comió Eva del árbol vedado, engañada de la serpiente; y ella pervertida, pervertió tambien á su marido: y así ambos traspasaron el mandamiento de Dios, y perdieron luego la inocencia y aquellos dones admirables que habian recibido, y quedaron desnudos, pobres, ciegos, miserables y mortales; y cuales ellos quedaron, tales nos engendraron á nosotros: de manera, que cuando Adan pecó y quebrantó el mandamiento de Dios, no solamente hizo daño á sí mismo, sino tambien á nosotros, así en el cuerpo como en el alma: en el cuerpo, porque quedamos sujetos á muerte y corrupcion, y á dolores y penas: en el alma, porque en siendo concebido cualquier hijo de Adan por obra de varon, en el mismo punto tiene en su alma pecado original, que es muerte del alma, y una desnudez y falta de aquella gracia y justicia original que debia tener, la cual el mismo Dios habia dado tan liberalmente á su primer padre, para sí y para toda su posteridad. Este pecado no se puede quitar por fuerzas naturales, sino por solo el merecimiento de Cristo nuestro Señor, que se aplica en el bautismo, por el cual se restituye la gracia y se perdona y quita todo pecado, sin quedar en el alma cosa por la cual Dios aborrezca al bautizado. Tambien nos dañó Adan en el alma, porque en él y en nosotros se desordenó y alboroló el apetito y concupiscencia que ántes con la justicia original estaba bien ordenada, enfrenada y sujeta á la razon, y quedó esta bestia fiera tan suelta, tan rebelde y tan inclinada á los bienes sensibles, que, quitado el demonio aparte, no hay en el mundo cosa mas furiosa, mas desenfrenada y dañosa que ella: porque esta rebelion de la concupiscencia, y una inclinacion habitual de amarse mas á sí que á Dios, con que despues del pecado nacemos, es un manantial y seminario de todos los pecados del mundo. Verdad es que despues del bautismo no puede dañar esta concupiscencia á los que no consienten á sus deleites y apetitos, y pelean contra los vicios, y la toman por materia y ejercicio de virtud. Y si el Apóstol llama pecado á esta concupiscencia, no es porque

sea verdadera y propiamente pecado ya en los bautizados, sino porque es efecto del pecado original, y porque nos inclina á pecar: porque (como dicen los teólogos) el pecado original es un solo pecado en sí, mas en potencia es todos los pecados: porque de todos ellos es principio y causa. De esta doctrina, sacada del sacrosanto concilio tridentino, se sigue, que el pecado original es pecado que mata el alma, y que los que mueren en él nunca verán á Dios; y que se puede decir con verdad de un niño recien nacido, ántes de ser bautizado, que tiene pecado, que es enemigo de Dios é hijo de ira, y aborrecible en el acatamiento divino, y que es del bando de Satanás, esclavo y morada suya, sujeto de perdicion, vaso de inmundicia y abominacion, y borrado del libro de la vida; porque todo esto se sigue al pecado original.

Supuesta, pues, la verdad de todo lo que hasta aquí habemos declarado, lo que decimos y lo que es intencion de la santa Iglesia, en celebrar la fiesta de la Concepcion de nuestra Señora, es, que aunque esta gloriosa Vírgen, mirándola como hija de Adan, y concebida por via natural de san Joaquin y santa Ana, sus padres, habia de contraer el pecado original, y caer en los daños que de él se siguen, como todos los otros hijos de Adan; pero no cayó, y fué preservada y prevenida con la gracia sobrebundante del Señor, que *ab æterno* la habia predestinado para madre suya, y con singular privilegio la eximió de de aquella ley general que comprendia á todo el linaje humano: porque así convenia á la excelencia y dignidad de tal Hijo y de tal Madre: la cual se hizo de esta manera. En el mismo punto que crió Dios aquella bendita alma de la Vírgen, y la infundió en el cuerpecito formado en las entrañas de su madre santa Ana; en ese mismo instante y momento la enriqueció y hermoseó con su soberana gracia, y la detuvo para que no cayese en el pecado original, como de su naturaleza habia de caer, y la hizo agradable en sus ojos, de suerte que el demonio nunca tuvo parte en ella: ni se pudo gloriar que habia sido esclava jamás, y cautiva suya, la Madre del Señor, Esposa del Padre eterno, y Templo del Espíritu Santo. Esto es lo que celebra la Iglesia en esta fiesta, y es muy conforme á la sagrada Escritura, á la doctrina de los santos, y á toda buena razon.

Porque despues que Adan y Eva pecaron, y fueron convencidos de su pecado, ántes de pronunciar contra ellos la sentencia, echó el Señor la maldicion primero contra la serpiente que habia engañado á Eva, con aquellas memorables palabras que se leen en el tercer capítulo del Génesis: «Yo pondré (dice hablando con la serpiente) enemistad entre tí y la mujer, y entre su generacion y la tuya; y ella te quebrantará la cabeza, y tú andarás siempre asechando á sus calcañares:» que es, armándole lazos en todos sus pasos y caminos. Esta sentencia pronunció Dios contra el demonio, ántes que diese la sentencia contra los pecadores: y los santos doctores la interpretan de la gloriosísima Vírgen María nuestra Señora, que fué la que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente, y por medio de Jesucristo, su benditísimo Hijo, destruir su poder, y librar al hombre de su tiranía, y restituirle á su gracia y divinidad; para que así como por una mujer flaca el demonio habia triunfado del mundo; así el fruto de otra mujer flaca triunfase del demonio, y él perdiese toda su ufanía: porque mayor confusion suya era, que el fruto de una mujer flaca triunfase de un espíritu, que nó un espíritu de una flaca mujer. Así que ya desde entonces puso Dios á esta bendita mujer y Reina nuestra, por capitana y Señora del campo, para que pelease con la serpiente y le quebrantase la cabeza, ántes de pronunciar la sentencia contra Eva y Adan: para darnos á entender, que no queria comprender en aquella sentencia á la que ántes de pronunciarla, la habia eximido de ella y constituido por reparadora del pecado que con tan rigurosa sentencia condenaba.

El mismo Señor y amoroso Esposo suyo dice de ella, «que es entre todas las otras hijas suyas, como la azucena entre todas las espinas:» porque las demás, en comparacion de la Vírgen, son como espinas, por el pecado original que trajeron de Adan; pero aquella sola fué blanca como la azucena, y olorosa como la rosa y clavellina en los ojos del verdadero Salomon. De ella misma dice el Esposo: «Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay en tí mancha ni mancilla de pecado:» las cuales palabras acomoda la santa Iglesia á la Vírgen en esta fiesta, y no se pueden bien verificar, si pusiésemos en ella la mácula del pecado original: y en otro lugar: «Una es mi paloma y mi querida y perfecta: una es la escogida:» ó como otros leen: «la inmaculada:» porque ella sola fué limpia y sin mácula alguna de pecado actual y original. Llámase esta Vírgen, en la sagrada Escritura: «Huerto cerrado y fuente sellada:» porque no pudo la serpiente entrar en él, ni beber de ella, ni inficionar sus purísimas y saludables aguas. El ángel san Gabriel en aquella solemne salutacion la llamó «llena de gracia,» ó como dice el texto griego, «singularmente graciosa,» porque alcanzó la gracia que ninguna otra hija de Adan tuvo: y porque (como dice san Gerónimo), á los demás se dió parte de la gracia; mas á María, toda la plenitud de la gracia se le comunicó. Añadió el ángel: «El Señor es contigo:» porque siempre fué con María; y no lo hubiera sido, si en algun tiempo, aunque brevísimo, hubiera sido cautiva del demonio. ¿Pues qué diré de las últimas palabras? «Bendita eres tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.» ¿Cómo fuera bendita entre las mujeres esta vírgen sacratísima, si con las demás hubiera sido sujeta á la maldicion? Y toda esta gracia y privilegio se le concede: porque el fruto de su vientre es bendito: porque esta bendicion y esta prerogativa tan excelente y singular no le viene á la Vírgen de su cosecha y por su naturaleza, sino por la excelencia y santidad de su benditísimo Hijo, como Teofilato y san Bernardo lo notaron, y adelante se dirá.

Pues ¿qué diré de los santos, que, ó claramente enseñan esta verdad, ó de sus palabras se colige? Santiago, apóstol, el Menor, obispo de Jerusalen, en su Liturgia, que la sexta sínodo con tan grande acatamiento reverencia, llama á la Vírgen santísima «Inmaculada y gloriosísima Señora nuestra, Madre de Dios:» y al cabo dice estas palabras: «Digna cosa es que te llamemos verdaderamente bienaventurada, y de todas maneras irreprensible, y mas excelente que los querubines: toda criatura, ó Vírgen llena de gracia, os da el parabien y se alegra con vos; porque sois el templo de Dios santificado.» De san Andrés apóstol, se refiere que dijo, «que así como el primer Adan habia sido formado de la tierra ántes que Dios le echase su maldicion así el segundo Adan habia sido formado de la tierra virginal que nunca habia sido maldi-

ta.» En la séptima sínodo se dice que fué inmaculada, y mas pura y limpia que ninguna otra criatura sensible é intelectual. El concilio francfordiense, Orígenes, Efren, Andrés Cretense y Eutimio, la honraron con los mismos títulos de «inmaculada y totalmente limpia y pura, y digna Madre de su dignísimo é inmaculado Hijo.» Teodoreto la llama «santísima é inmaculada María madre de Dios.» San Gregorio Taumaturgo dice, que sola la Vírgen fué santa y del todo limpia, y sin mancilla en el cuerpo y en el espíritu. Fulberto Carnotense saluda á la vírgen con estas palabras: «Dios te salve, María escogida, que siempre, desde el principio de tu concepcion fuiste inmaculada; porque habias de parir al Autor y fuente de toda santidad.» El gran doctor y luz de la Iglesia san Agustin, tan gran defensor y ensalzador de la gloria de Cristo y perseguidor de los herejes pelagianos que la pretendieron oscurecer é impugnar en el libro de la Naturaleza y Gracia, dice estas notables palabras :» Exceptuando á la Vírgen y Madre de Dios, de la cual, cuando tratamos de los pecados, en ninguna manera quiero que se ponga alguna duda; porque sabemos que le fué dada tan abundante gracia para vencer totalmente el pecado, porque mereció concebir en sus entrañas y parir al que sabemos que no tuvo algun pecado.» Todas estas palabras son de san Agustin, hablando contra los pelagianos que negaban el pecado original: del cual y de cualquiera otro actual, de tal manera libra á la Vírgen, que no quiere que se ponga en disputa ni en duda, por ser cosa cierta que habia vencido, nó en parte, sino del todo el pecado, para ser digna Madre del que ni tuvo ni pudo tener pecado. Esta doctrina es conforme á lo que el mismo santo doctor enseña, escribiendo contra Juliano: que el que siendo adulto no hizo pecado, siendo niño no le contrajo: y de la santísima Vírgen la Iglesia católica á boca llena confiesa, que no tuvo pecado actual, de lo que se sigue que tampoco pecado original.

San Gerónimo declarando aquellas palabras del salmo: *Exaudi eos in nube diei*: por la nube del dia entiende la Vírgen sacratísima; porque siempre estuvo en luz y nunca en tinieblas. El bienaventurado Lorenzo Justiniano dice, que ninguno está exceptuado del pecado original, sino solo aquella que engendró al Salvador del mundo. San Juan Damasceno dice: «O santísima Vírgen, que has engañado á los príncipes y potestades, y has sido conservada inmaculada para esposa de Dios» y en otro lugar dice, que la serpiente no tuvo entrada en este paraiso de deleites; é introduce á la Vírgen, que hablando con su Hijo, le dice: «Recibe mi alma tan querida, que la guardaste siempre limpia de pecado.»

Nunca acabaríamos, si quisiésemos aquí referir lo que los santos dicen de la pureza de la inmaculada Vírgen: léalo quien quisiere en el padre doctor Francisco Suarez, que copiosa y eruditamente trata esta materia: y nosotros declaremos algunas de las razones que hay para que Dios haya preservado á su gloriosa Madre de todo pecado original y actual; porque así convenia á la grandeza del Hijo, y á la dignidad de la Madre, y á los hombres y á los ángeles, y á toda la córte celestial: porque primeramente, ¿qué buen hijo hay en el mundo que no honre á su madre, ó qué hombre, que si estuviese en su mano, no naciese de la mujer mas excelente y mas adornada de todas las gracias que puede haber? Porque la honra de la madre es honra del hijo. Pues si Cristo nuestro Señor pudo hacer esta honra á su Madre benditísima; ¿qué causa hay para que no se le haya hecho? Y si la sabiduría (como dice Salomon) no entra en el alma perversa, ni habita en cuerpo sujeto á pecados; ¿cómo creeremos nosotros que la Sabiduría eterna quiso morar en el vientre virginal, y en aquel cuerpo y alma que en algun tiempo habia sido sujeta á pecado, y que pagasen pecho al demonio los pechos que habian de dar leche á Dios? Especialmente diciendo el apóstol san Pablo, que era cosa muy conveniente que tuviésemos tal pontífice, que fuese santo, inocente, inmaculado y apartado de los pecadores: porque, ¿cómo fuera apartado de los pecadores, si su santísima Madre, cuya carne él era, hubiera sido sujeta á pecado? Fué, pues, muy conveniente que el Hijo honrase á su Madre, porque no faltándole poder para hacerlo, no era que le faltase la voluntad: y que siendo Redentor de todos, y habiendo varios grados en esta redencion (porque algunos gozan; y otros por su culpa no gozan de este beneficio), no usase con su dulcísima Madre del grado mas perfecto y mas excelente de redencion, que es no dejarla caer para levantarla, sino tenerla para que no cayese: porque aquel es mas excelente médico que preserva al enfermo, que no el que despues le sana: y mas perfecto redentor el que no deja cautivar, que el que rescata al cautivo: y mas debe el deudor al que paga su deuda ántes que por ella le echen en la cárcel, que al que libra despues de preso por ella; y mas está obligado al Señor el inocente que no cayó, por haber sido guardado de su poderosa mano, que el que despues de haber caido por su gracia se levantó. De aquí es, que por haber sido preservada del pecado original esta Vírgen sacratísima, no solamente no está excluida de la gracia de la redencion de Jesucristo; ántes goza mas perfectamente que todos los otros hijos de Adan, y por una manera singular é inefable, de la gracia de su redencion: lo cual redunda en mayor gloria del mismo Redentor que tal supo y pudo hacer; y lo hizo con aquella que le dió la carne y sangre con que á todos nos habia de redimir. Por esta causa san Bernardo de Sena gravemente la llama á la Vírgen «Primogénita del Redentor: y fué muy conveniente, que así como el unigénito Hijo de Dios, en cuanto Dios, es figura substancial del Padre eterno y resplandor de su gloria, é imágen perfectísima de todas sus perfecciones; así en cuanto hombre, fuese muy parecido á su bendita Madre en la complexion, condiciones y facciones del cuerpo: y que ella en las del alma (pues tambien era hija de su Hijo) fuese un vivo retrato de sus gracias y virtudes.

Pues si miramos que esta Vírgen es Madre de Dios, y lo que este nombre de Madre de Dios comprende, y la dignidad que en sí encierra, hallaremos que ninguna gracia y privilegio puede caber en una pura criatura que no quepa en esta dignidad: y con esta regla habemos de medir y regular todo lo que toca á esta sacratísima Vírgen, porque (como dice san Buenaventura) bien puede Dios hacer un cielo mas hermoso, y un mundo mayor y mas lleno de varias y nuevas especies de criaturas; mas no puede hacer una madre que sea mayor que la Madre de Dios, porque no puede ser madre de mayor ni mas excelente hijo, que el mismo Dios. Y porque sepamos, que este es el nivel con que habemos de nivelar lo que toca á la Vírgen, no quiso Dios que en las divinas Letras se hiciese mencion del padre ni de la madre de ella, para darnos á entender que la debemos mirar, nó como cosa de la tierra, sino

venida del cielo; y solamente considerar en ella aquellas palabras: *Dequa natus est Jesus, qui vocatur Christus*: De la cual nació Jesus, que es llamado Cristo. De ella nació Jesucristo: ella es Madre del unigénito Hijo de Dios.

Por aquí la habeis de mirar, si quereis entender algo de sus excelencias y grandezas: porque como dice santo Tomás, el título de Madre de Dios contiene en sí una cierta dignidad infinita, como tambien la humanidad de Cristo, que fué unida á la persona del Hijo de Dios, y la bienaventuranza, de que gozan todos los cortesanos del cielo, viendo á Dios, que es bien infinito. Pero entre estas tres cosas hay una diferencia, que aunque la gloria sea infinita por el objeto, y la humanidad de Cristo por la union del Verbo infinito, y la dignidad de madre de Dios tambien sea infinita por ser Madre de Dios infinito; mas en la dignidad de madre hay una cosa particular, que es, quedar el hijo obligado á su madre.

De manera, que aunque el ser madre no lo pudo merecer, sino que fué singular gracia del que la escogió para tan alta dignidad: mas despues de haber escogido el Hijo, quedó deudor á su Madre, como lo quedan los otros hijos á las suyas: y mucho mas, porque Cristo no tenia padre en la tierra, ni jamás otro hijo tuvo ni pudo tener tal madre. Y por esto dice Metodio: «Holgaos, Señora; porque teneis aquel por deudor á quien todos deben; porque á todos da y de ninguno recibe:» Mas Cristo recibió de su purísima Madre la substancia de su cuerpo, formado por virtud del Espíritu santo de su sangre, y criado con su leche; y la carne de Cristo era la misma carne de María, como lo dice san Agustin. De aquí sacá el cardenal Pedro Damiano, que no solamente era Dios en la Vírgen por esencia, presencia y potencia, como en las demás criaturas, ni solo por gracia, como está en el alma del justo; sino por otra mas excelente y mas divina manera, que es por identidad y por ser carne de su carne, y hueso de sus huesos, y haber tomado de ella la substancia de su sacratísimo cuerpo. Pues si los padres (como escribe Filon) son los segundos autores de nuestra vida y nosotros no podemos pagarles equivalentemente lo que les debemos, y la naturaleza engendró y estampó en los hijos el amor y reverencia para con sus padres, Dios mandó que los honrásemos, y este es el primer precepto de la segunda tabla del Decálogo; ¿creeremos por ventura nosotros que el que dió la ley no la cumplió, ni honró á su benditísima Madre, apartándola de toda fealdad y afrenta, y adornándola de todos los dones y gracias que pudo? Porque la honra que el hijo debe á sus padres, no consiste solamente en palabras y en hacerles reverencia; sino en darles todo el bien que les puede dar, y del cual ellos son capaces. Por esto dice Hipólito: «El que dijo: Honra á tu padre y á tu madre; para cumplir el mandato que él mismo habia promulgado, dió á su Madre toda la gracia y toda la honra que le pudo dar.» Todos los privilegios y prerogativas de la Vírgen se fundan en dos principios, el primero, en el poder del Hijo, que es infinito: y por esto san Agustin hablando de la Asuncion en alma y cuerpo de la Vírgen, dice, que Dios lo pudo, y que si lo pudo hacer, que le digan qué razon hubo, para que no lo hiciese: y el segundo, en la dignidad de Madre de Dios, que tambien es infinita: de manera, que así como el título de Hijo de Dios es el principio y la regla que habemos de tener, para entender las excelencias de la humanidad de Cristo; así el título de Madre de Dios es el principio por donde habemos de rastrear las prerogativas y gracias singulares de la Vírgen. De aquí es, que no dudó decir san Anselmo, que fué cosa muy puesta en razon y conveniente, que resplandeciese con una pureza tan extremada, que debajo de Dios no se pudiese entender otra mayor: y pudiérase entender otra mayor, si no fuera preservada del pecado original: porque claro está, que es mayor pureza no tener pecado original, que tenerle; pero esta pureza está debajo de Dios: porque Dios por su naturaleza no puede pecar, y la Vírgen pudo pecar, y en efecto pecara, si por singular gracia no fuera prevenida. Mas como bien dijo Ulpiano, aunque es verdad que solo el príncipe no es sujeto á las leyes, y la princesa ó reina lo es; pero el príncipe la exime, concediéndole los privilegios de que goza él. Todas las gracias que Dios ha hecho á alguna pura criatura, con mayor excelencia se deben á la madre, para que la madre no sea en ninguna cosa inferior á sus siervos, ni la reina á sus vasallos. Y pues Adan y Eva fueron criados en gracia, y en una inocencia perfecta, y á los ángeles se les comunicó tambien esta gracia de la perfecta inocencia, sin fealdad alguna de culpa; ¿por qué no concederemos este beneficio á aquella Señora, que es Reina de los ángeles, y reparadora de los daños de Adan y Eva? Y si san Agustin no puede sufrir que se diga, que la carne de la Vírgen fué sujeta al gusano y corrupcion, porque su carne es carne de Cristo; ¿como creyera, que su benditísima alma fué manchada con pecado? Pues ella misma (si estuviera en su mano) escogiera sin duda, que su cuerpo fuera ántes comido de gusanos, que su bendita alma tocada del gusano infernal y ser enemiga de Dios. Y si concedemos, que careció del fómite de la concupiscencia y de todo movimiento desordenador y que no concibió con deleite sensual, ni parió con dolor (que son efectos del pecado original), ¿por qué negarémos que careció de la culpa del mismo pecado original, que es la fuente, madre y causa de estos efectos, y la que mas se debe aborrecer? Claro está que debemos dar tantos mas grados de gracia á la Vírgen sacratísima, que á san Juan Bautista, cuanto va de ser madre de Dios, á ser su siervo y precursor: y pues san Juan fué santificado en la entrañas de su madre, cuando oyó la voz de la Vírgen; justo es que creamos, que la misma Vírgen fué santificada con otra manera de santificacion mas alta, y con un privilegio singular, preservada del pecado original en el mismo punto que fué concebida.

Pues para todo el linaje humano, de cuánta gloria y ornamento es, que una pura criatura, que fué hija de Adan y concebida naturalmente de hombre y mujer, haya sido tan sublimada y enriquecida de gracia, que no haya podido tener entrada en ella culpa alguna de pecado original, ni actual, sino que en el mismo instante en que comenzó á vivir vida natural, en ese viviese vida sobrenatural, graciosa y divina. ¡Qué gran confianza es para los pecadores que desean salir de pecado, saber que tienen por abogada á la que venció todo pecado! ¡Y que jamás fué cautiva del comun enemigo aquella á quien invocan y suplican que los libre de la tiranía y cautiverio de Satanás! Y todos los espíritus celestiales, y aquel ejército innumerable de ángeles bienaventurados, están sin duda ufanos y gloriosos, por ver á su Reina y Señora tan rica de dones, tan adornada de gracias, colmada de privilegios

divinos, y que todas tuvieron su orígen de esta su purísima Concepcion. Por esto dice san Vicente Ferrer, que en el mismo instante en que fué concebida la Vírgen, todas aquellas jerarquías celestiales hicieron gran fiesta en el cielo.

O Vírgen gloriosa y Madre purísima, ¿quién podrá dignamente entender la abundancia de gracia que vos recibisteis, cuando fuisteis concebida en las entrañas de la bienaventurada santa Ana, vuestra madre, y vuestra santísima alma se juntó con vuestro cuerpo delicado? Porque el Señor os miró, nó como hija de Adan, ni como pecadora y enemiga suya; sino como á la que habia escogido por Madre, y Esposa del Padre eterno, y sagrario del Espíritu santo, y amparo de los pecadores, y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal. Porque si el cielo empíreo es igneo, y de otra sustancia casi espiritual, porque en él se ha de ejercitar una accion tan notable, como es ver á Dios; ¿cuál convenia que fuésedes vos, Señora, en la cual mas perfectamente que en el cielo empíreo habia de morar Dios y unirse el Verbo eterno con nuestra sustancia? Las abejas embarran primero el corcho que han de labrar y llenar de miel: y el Señor os preservó á vos de culpa, y os forró y enriqueció de dones; porque nos habíades de fabricar aquel panal de miel, que es la dulcedumbre del mundo. El armiño se deja ántes tomar y morir, que entrar en la cueva donde se ha de ensuciar: y vuestro Hijo, mas limpio que el armiño, y mas blanco que la nieve y mas puro que la luz, no quiso morar en casa que en algun tiempo hubiese sido contaminada. Nuestro padre Adan tuvo pecado actual y nó original; porque el pecado original que contrajeron sus hijos por ser suyos, en él fué pecado actual.

Los niños que mueren sin bautismo, ántes del uso de la razon, tienen solo el pecado original, en que nacieron: los otros el pecado actual, que despues cometen por su voluntad: Vos sola, escogida entre todas las mujeres por singular gracia de vuestro Hijo (que es fuente de la misma gracia, y por su naturaleza no pudo pecar) fuisteis exenta y libre de todo pecado actual y original, y prevenida con la bendicion del fruto benditísimo de vuestro vientre.

Alábente, Señora, los ángeles y los cielos y tierra, y todas las criaturas por esta tan señalada merced que os hizo, é hizo al mundo por vos: porque vos sois aquella tierra vírgen y pura, de la cual el verdadero Padre de nuestra vida, y nuestro segundo Adan fué formado: tierra bendita y sin sospecha alguna de maldicion: tierra limpia y amasada con solas las manos de Dios: vos sois aquel paraiso de deleites plantado por el Señor hácia el verdadero Oriente, que es Cristo, el cual nunca se oscureció, ni se escondió: vos aquella tierra sacerdotal que en tanta carestía de gracia, siendo todo Egipto tributario, sola fué libre de pecho y libertada de pecado: vos sois aquella mujer hebrea, madre de Moisés, que aunque estuvo en Egipto, nunca fué cautiva debajo de Faraon, sino exenta y libre para criar á su hijo y pasar el mar Bermejo con él: vos sois aquella zarza espinosa que en el desierto ardiendo con nuevo milagro no se quema: porque abrasando las llamas del pecado original á los demás; á vos, Señora, sola guardó: vos aquella arca del Testamento fabricada de madera incorruptible, para conservar nó el maná corruptible, sino el pan vivo y celestial: vos aquella nube lijera del dia, sobre la cual el Señor habia de bajar á Egipto: porque aunque nacisteis de la tierra, fuisteis levántada al alto cielo, y sois lijera, sin peso ni gravedad de pecado: nube verdaderamente del dia; porque nunca fuisteis oscurecida, sino siempre vestida de luz y claridad; vos aquella tierra de promision que mana y nos produce leche y miel: leche de la humanidad, y miel de la divinidad de vuestro preciosísimo Hijo: vos trono glorioso del pacífico Salomon: vos vara lisa y derecha de la raiz de Jessé, que nunca tuvo nudo ni tormento alguno de pecado, y nos engendró la flor del mundo suavísima y hermosísima, Jesucristo nuestro Redentor: vos Belen, ciudad de pan vivo: vos Sion santa, alcázar del rey David, ciudad de Dios: de la cual se predican tantas alabanzas, y tan grandes maravilla: slienzo limpiisimo y delicadísimo, sin ruga ni mancha; y sepulcro nuevo en que se envolvió y depositó el sagrado cuerpo de vuestro Hijo: lirio entre las espinas: vergel cercado: puerta de Oriente cerrada, por la cual solo Dios pudo entrar: fuente sellada, de la cual la antigua serpiente en ningun tiempo pudo beber: vos, Señora, sois mas blanca que la azucena, mas hermosa que la rosa, mas suave que el bálsamo, y mas dulce que la miel. Vos fuente del paraiso, pozo de aguas vivas, vaso purísimo, vacío de toda amargura, y lleno de toda suavidad: Vos gloria del linaje humano, ornamento del cielo, y singular hermosura de todo lo criado.

Grandes y muy señaladas mercedes hace Dios á los que son devotos de la benditísima Madre, y especialmente de su purísima Concepcion, y así el padre maestro Juan Avila, predicador apostólico de nuestros tiempos en Andalucía, tratando de las tentaciones sensuales, cuando son importunas y molestas, y cuánto vale para vencer la intercesion de los santos, y principalmente la de la Vírgen, dice estas palabras: «Especialmente he visto haber venido provechos notables por medio de esta Señora á personas molestadas de flaqueza de carne, por rezarle alguna cosa en memoria de la limpieza con que fué concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios.» Y es cierto que nuestro Señor ha hecho algunos milagros para testificar la verdad.

Fué infundida á la Vírgen en su purísima Concepcion, no sola la gracia para preservarla del pecado original; mas tambien le fueron infundidas todas las virtudes morales, y le fué acelerado el uso de la razon y verdadero conocimiento de Dios, mucho mas perfectamente que le tuvo san Juan Bautista. Tuvo la Vírgen desde su Concepcion la ciencia de las cosas naturales y morales, que son necesarias para la perfecta inteligencia de las Escrituras sagradas, y para la prudente gobernacion exterior; y una gracia tan grande que causaba en ella su compostura tan admirable y divina, que jamás tuvo movimiento desordenado, ni mal pensamiento, ni dijo palabra ociosa, ni cayó en la menor imperfeccion del mundo ni en cosa que oliese á pecado: ántes desde el punto de su Concepcion comenzó á merecer la gloria y tomó la corrida, para alcanzar la joya de la bienaventuranza con tan largos pasos que á todos los santos dejó atrás.

La fiesta de la Concepcion de la Vírgen celebran los latinos y los griegos, aunque los latinos á los 8, y los griegos á los 9 de diciembre, y algunas oraciones ó sermones se hallan de Leon, emperador, y de Jorge, obispo de Nicomedia, en alabanza de esta fiesta. Algunos pensaron

que se comenzó á celebrar en la Iglesia latina por ordenacion del papa Sixto IV, pero es mucho mas antigua. Tuvo principio en Inglaterra en tiempo de san Anselmo, que murió el año de 1109, por ocasion de una revelacion que el obispo Equilino dice que tuvo el mismo san Anselmo: pero la revelacion no se hizo sino á un abad inglés de nacion, llamado Elsino ó Elpino, el cual por los años del Señor de 1070, navegando por el mar y hallándose en peligro de ahogarse el navío, por una brava tempestad que le sobrevino, le apareció un varon resplandeciente, vestido de pontifical, que le dijo, que prometiesen á Dios de guardar cada año la fiesta de la Concepcion de nuestra Señora, y de exhortar á otros que la guardasen, y que de esta manera saldrian de aquel peligro y llegarian á puerto deseado. Y preguntando quién era, y en qué dia se habia de celebrar aquella fiesta, dijo que era Nicolás obispo, enviado de la Vírgen (á quien ellos se habian encomendado para que los librase), y que el dia en que se habia de celebrar la fiesta era á los 8 de diciembre, en que la Vírgen habia sido concebida. El santo abad y los que iban en su compañía en la nave hicieron su voto y promesa á Dios como les habia sido revelado, y luego se vieron fuera de peligro. Y san Anselmo, siendo arzobispo cantuariense y primado de Inglaterra, favoreció mucho esta fiesta, y de mano en mano se comenzó á propagar, y la Iglesia de Leon de Francia la admitió en tiempo de san Bernardo, cerca del año del Señor de 1145: y el santo, como tan zeloso y tan obediente á la Iglesia romana, escribió una epístola á los canónigos de Leon, reprendiéndolos porque habian introducido nueva fiesta, sin autoridad de la Iglesia romana (que es madre y maestra de todas), y hace mencion, aunque no lo esplica, de la revelacion que dijimos. No ha sido sola aquella revelacion, sino tambien se refieren otras; y en las revelaciones de santa Brígida hay una, que se hizo á la santa, de este misterio. Despues fué creciendo y extendiéndose mas esta devocion de la fiesta de la Concepcion, como la luz que crece con el dia, y la santa Iglesia alumbrada del Espíritu santo fué conociendo mas esta verdad, como con el discurso del tiempo ha ido conociendo otras muchas: porque como dice san Gregorio, poco á poco la va enseñando el Espíritu santo. Pero mucho mas se estableció esta verdad con las Constituciones y Extravagantes del papa Sixto IV, de feliz recordacion, que no solamente permite que se celebre esta fiesta, sino convida á los fieles que la celebren, y concede indulgencias á los que la celebraren. Y el sacrosanto y ecuménico concilio tridentino confirma y manda que se guarden las dichas Constituciones de Sixto; y declara que no es su intencion comprender en aquel decreto donde se trata del pecado original, á la inmaculada Vírgen nuestra Señora. Por donde se ve la inclinacion y comun consentimiento de toda la Iglesia universal, y con cuánta piedad se puede celebrar esta fiesta, y con cuánta reverencia y devocion la recibieran y predicaran, si ahora vivieran algunos santos, que al principio (por no haber sido recibida de la santa sede apostólica) se recataron en celebrarla; porque eran tan hijos de la Iglesia romana, que les parecia que ninguna fiesta se habia de introducir sin su autoridad. Santo Tomás, viendo que algunas Iglesias particulares celebraban en su tiempo esta fiesta, y que la Iglesia romana toleraba esta costumbre, dice, que por esto solo no se debia reprobar: y en otro lugar dice estas palabras: «La costumbre de la Iglesia tiene grandísima autoridad, y en todas las cosas se debe seguir, porque la misma doctrina de los doctores católicos tiene su autoridad de la Iglesia; y así mas nos debemos arrimar á la autoridad de la Iglesia que á la de Agustino ó Gerónimo, ú otro cualquier doctor. Pues si santo Tomás no reprueba la fiesta de la Concepcion que celebraban algunas Iglesias particulares porque la Iglesia romana la toleraba, y quiere que en todo sigamos la autoridad de la Iglesia mas que la de cualquiera doctor católico; ¿qué dijera y qué hiciera, si viviera ahora, y viera que no solamente la Iglesia romana permite la fiesta de la inmaculada Concepcion, sino que la propone á todos los fieles, y los convida á celebrarla con gracias é indulgencias? ¿Y que el concilio de Trento confirma las constituciones de los papas, hechas sobre esto, y no quiere comprender á la Vírgen en el pecado original? Sin duda, que santo Tomás y san Bernardo, y cualquiera otro santo, que al principio estuvo dudoso y recatado en admitir esta fiesta, ahora pecho por tierra la admitiera y la solemnizara, y se regocijara por poder dar á la Vírgen seguramente (sin apartarse un punto, ántes conformándose con el uso de la santa Iglesia católica) un privilegio de tan grandes excelencias y tan debido á la dignidad de Madre de Dios. Y lo mismo debemos hacer nosotros, si somos zeladores de la gloria de Dios, y devotos de su Madre benditísima: porque ¿qué cristiano hay, que pudiendo dar piadosamente esta gracia á la Vírgen, no se la dé? ¿Que pudiendo creer que la tuvo, no se goce de ella, y no le dé el parabien por haber sido preservada con singular privilegio de aquel Señor que la escogió para Madre, y la sublimó á la cumbre de tan soberana dignidad? Y pues no solo lo podemos hacer sin recelo, sino que es bien que lo hagamos con prontitud y alegría, por conformarnos con el comun sentimiento de toda la Iglesia universal; el que no lo hiciere descubrirá su poca devocion para con la Madre de Dios, ó la mucha estima de su propio juicio, y desestima del ajeno. Supliquemos al Señor, que escogió á esta Señora y Reina nuestra por Madre, y la preservó y adornó de tantos y tan divinos dones, que por intercesion de la que no tuvo pecado, perdone á los pecadores, y nos otorgue una entrañable devocion para con ella, y una gran confianza en su patrocinio; pues ninguno le ha sido de veras devoto, que no haya llegado á puerto de salud.

* San Eutiquiano, papa y mártir.—Ocho años gobernó la Iglesia este santo pontífice, hasta que el dia 8 de diciembre del año 283. Sufrió el martirio por órden del emperador Numeriano. Segun leemos en el martirologio romano dió sepultura con sus propias manos á trescientos cuarenta y dos mártires asociándose despues á ellos, siendo su cuerpo sepultado en el cementerio de San Calixto. Cuando aquel santo gobernaba la Iglesia apareció en ella la herejía de los maniqueos, haciendo todo lo posible para refutarla. Este pontífice entre otras cosas dispuso que los cuerpos de los santos mártires fuesen enterrados vestidos con una túnica de púrpura.

San Macario, mártir.—San Dionisio Alejandrino dice que fué Macario un ciudadano venerable de Alejandría, que habiendo hecho pública confesion de fé, en tiempo del emperador Decio, lo prendieron y llevaron al tribunal del juez. Habiendo procurado éste persuadirle con muchos argumentos y castigos á que negase á Jesucristo, y estando él cada vez mas constante en confesar la fé católica, le quemaron vivo en la misma ciudad el año 252.

San Eucario, obispo y confesor.—Fué discípulo del apóstol san Pedro, ordenado por el mismo y enviado á predicar el Evangelio á las Galias y á la Germania. Habiendo vuelto á Roma para informar al príncipe de los apóstoles del resultado de su mision, fué consagrado obispo por el mismo san Pedro, y enviado á Tréveris, cuya Iglesia fundó, ilustró y extendió por medio de sus predicaciones y santas virtudes; hasta que coronado de méritos murió en paz el año 74.

San Sofronio, obispo y confesor.—Este glorioso obispo de la isla de Chipre es memorable en toda la Iglesia griega por haber sido en su vida constantemente el defensor y el padre de los pupilos, de los huérfanos y viudas, y el mas decidido protector de los pobres y desvalidos. Parece que floreció en los siglos IV y V.

San Romárico, abad.—Fué un príncipe de sangre real en Aquitania, que se crió en la córte de Teodoberto, y llegó á los primeros destinos del estado. Su adhesion al soberano le acarreó persecuciones y destierros, pero en tiempo de Clotario II dejó el mundo, y habiendo vendido sus bienes, dió la mitad á los pobres y el resto lo empleó en fundar un monasterio en la diócesis de Toul, bajo la regla de san Columbano. El santo fundador quiso vivir en él como un simple religioso; pero habiendo muerto el primer abad, le obligaron á encargarse del gobierno el año 627. Fué abad mas de veinte y seis años, y se hizo estimar por su humildad y su apacible caridad. Su zelo por las austeridades de la penitencia alentaba á todos los religiosos á practicar con fervor todo lo prescrito por la regla. Romárico murió el año 653.

San Patapio, confesor.—Nació en Constantinopla en el siglo V. Convencido de la vanidad del mundo, trató de aprovechar la vida para santificarse, y se retiró á un desierto no léjos de su patria. Entregado en él á la oracion y penitencia, fué por muchos años el pasmo de cuantos iban á visitarle para admirar sus virtudes y milagros. Por fin, coronado de méritos, descansó tranquilo en el Señor.

DIA 9.

Santa Leocadia, vírgen y mártir.—La bienaventurada vírgen santa Leocadia fué natural de la ciudad de Toledo, noble de linaje y grande sierva del Señor. Mandóla prender el presidente Daciano, que como una fiera cruel no se podia ver harto de la sangre de los cristianos, y traida á su presencia le puso delante su nobleza y sangre, y la vileza é ignominia de la que él llamaba supersticion de los cristianos, y ya con halagos, con blanduras y con espantos procuró persuadirla que dejase la fé de Cristo, y adorase á sus dioses. No se movió la santa vírgen por cosa alguna de las que le dijo el presidente: y todo su artificio se resolvió en humo, sin poder hacer mella en aquel pecho sagrado. Mandóle poner en una oscura y horrible cárcel, para atormentarla con ella; y si esto no bastase, matarla con crueles tormentos. Mucho se regocijó santa Leocadia cuando se vió llevar á la cárcel, reconociendo que era gran merced de Dios, y haciéndole gracias por ello; y viendo algunos que la seguian llorando, se volvió á ellos con alegre y sereno rostro, y les dijo: Ea, soldados de Cristo, no os entristezcais por mi pena, ántes holgaos y dadme el parabien: pues Dios me ha hecho digna que padezca por la confesion de su nombre. Algunos dicen que fué crudamente azotada ántes de entrar en la cárcel: y de la crueldad de Daciano se puede creer que fué así. En aquella dura y áspera cárcel estuvo algun tiempo: y oyendo la carnicería que Daciano continuamente hacia en los cristianos, y los tormentos atrocísimos con que habia hecho morir á la gloriosa vírgen santa Eulalia de Mérida; enternecida y traspasada de dolor, suplicó á nuestro Señor la llevase para sí, si así convenia, para que no viese la destruccion de su Iglesia, y menoscabo de la fé de su santa religion. Cumplió Dios el deseo de la santa vírgen, y oyó su oracion: y así como estaba orando, hizo con los dedos una cruz en una dura piedra de la cárcel, y quedaron en ella las señales, y besándola con gran ternura y devocion, dió su bendita alma á Dios. El cuerpo fué hallado junto á aquella cruz, caido y reclinado en el suelo, y fué sepultado por los cristianos de la manera que mejor pudieron. Fué la muerte de santa Leocadia á los 9 de diciembre por los años del Señor de 305, imperando Diocleciano y Maximiano. Tiene la santa vírgen Leocadia tres templos de su nombre en la ciudad de Toledo: uno donde fué su casa: otro donde estuvo presa; y otro donde fué sepultada: y por reverencia y devocion que le tuvieron algunos santos arzobispos de Toledo, se mandaron enterrar en el mismo templo (donde muchos años estuvo su sagrado cuerpo); como fueron Eugenio III, Alfonso y Juliano, santísimos pontífices: y en el tiempo de los reyes godos se celebraron en él muchos concilios toledanos, que siempre en la Iglesia han sido en gran veneracion. En este templo sucedió una cosa maravillosa y digna de grande admiracion. Un dia de santa Leocadia fué el rey Recesvinto, acompañado de toda la nobleza de su córte, á celebrar la fiesta de la santa vírgen: y estando en la iglesia mucha gente eclesiástica y seglar, el bienaventurado san Ildefonso, que á la sazon era arzobispo de Toledo, se puso en oracion delante del sepulcro de santa Leocadia; y de improviso la piedra que le cubria y era tan pesada que (como dice Cixila) apenas treinta hombres la pudieran alzar, se levantó por sí misma: y la gloriosa vírgen salió del sepulcro, y mirando á san Ildefonso extendió su mano, y tocó la suya y le dijo: O Ildefonso, por tí vive la gloria de mi Señora; dando á entender que san Ildefonso habia defendido la limpieza y gloria de la virginidad de nuestra Señora contra los herejes, que la pretendian con su lengua sacrílega mancillar. Todos los circunstantes cayeron en el suelo pasmados, por la novedad de este prodigio: mas san Ildefonso habló á santa Leocadia y le dijo: O gloriosa vírgen, y digna de reinar en el cielo con Dios; pues menospreciaste y diste la vida por su amor: dichosa fué esta ciudad; pues naciste en ella, y la consagraste con tu muerte, y ahora la consuelas con tu presencia. Vuelve, señora, los ojos desde el cielo sobre ella, y con tu intercesion defiende tus naturales, y al rey que con tanta devocion celebra tu fiesta. Oidas estas palabras comenzó santa Leocadia á retirarse y volverse á su sepultura: y san Ildefonso con un cuchillo que le dió el rey, cortó un pedazo del velo con que venia cubierta la vírgen, para que quedase memoria de tan ilustre milagro, y la ciudad de Toledo consolada con tener (como lo tiene en el sagrario de la santa Iglesia) aquel celestial tesoro.

El cuerpo de santa Leocadia estuvo muchos años en la ciudad de Toledo en su sepulcro, y en un suntuoso templo que despues el rey Sisebuto le edificó. De allí fué llevado por los cristianos á la ciudad de Oviedo, por temor que los

moros que se habian apoderado de España, no le quemasen como lo habian hecho con otros cuerpos de santos. En Oviedo tambien se entiende que estuvo algun tiempo, y en aquella ciudad é iglesia hay algunos indicios y argumentos ciertos de ello. De aquí fué trasladado el sagrado cuerpo de esta gloriosa vírgen á los estados de Flandes, y fué colocado en un monasterio de San Gisleno, que es de monges benitos, llamado Cela, de la ciudad de Mons, en la provincia de Hanonia: y de esta traslacion hace mencion el doctor Juan Molano en las Adiciones que escribió al Martirologio de Usuardo. La ocasion de haberse llevado el santo cuerpo á Flandes, no se sabe de cierto ni quién le llevó ni en qué tiempo se llevó: dícese que fué un caballero poderoso, que vino de aquellos estados á España, para favorecer á los cristianos contra los moros, y que en pago de sus buenos servicios, un rey de Leon le dió el cuerpo de santa Leocadia. En aquel monasterio de San Gisleno fué el cuerpo de esta purísima vírgen honrado y reverenciado de los pueblos de toda aquella comarca, y por su intercesion recibieron muchos y muy grandes beneficios del Señor, especialmente contra la pestilencia de que ántes eran muy fatigados: hasta que la serenísima reina doña Juana, hija y heredera de los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, y madre del emperador Cárlos V, de gloriosa memoria, siendo señora de los estados de Flandes, por estar casada con el príncipe don Felipe, el año de 1500, á 15 de octubre, alcanzó del abad y monges de aquel monasterio de Cela la canilla de la pierna derecha de santa Leocadia: la cual como un preciosísimo tesoro dió á la santa Iglesia de Toledo. Finalmente, con gran providencia y misericordia del Señor, fué traido el santo cuerpo de aquel monasterio, donde estaba, con la autoridad del sumo pontífice Gregorio XIII, y del católico rey don Felipe, II de este nombre, por un padre de la Compañía de Jesus, llamado Miguel Hernandez, y al cabo de tantos años fué restituido á su patria y ciudad de Toledo, y colocado en la santa Iglesia, con gran fiesta, regocijo y solemnidad: porque demás de los gastos que hizo la santa Iglesia en traer el santo cuerpo, y tenerle muchos dias con el debido aparato y reverencia, mientras que se aparejaban las fiestas del recibimiento en la casa é iglesia de Jesus del monte de Loranca de Tajuña (que es de la religion de la Compañía de Jesus), y por todo el camino hasta llegar á la ciudad de Toledo; el recibimiento que en ella se le hizo fué muy solemne y de gran concurso de gente y variedad de fiestas, y regocijado y autorizado con la presencia del rey católico don Felipe, y del príncipe asimismo don Felipe, y de la infanta doña Isabel, sus hijos, y de la emperatríz doña María de Austria, su hermana, que fueron á Toledo para solemnizar mas aquella fiesta, dando en todo raro ejemplo de su piedad, devocion y humildad, con que el rey y el príncipe, con otros grandes del reino, llevaron sobre sus hombros el cuerpo de la santa vírgen, teniendo por gran gloria suya el servirla en aquel humilde y honroso oficio. Hízose este recibimiento á los 26 de abril, del año del Señor de 1587, siendo sumo pontífice Sixto V, y rey de las Españas el católico don Felipe, II de este nombre, y el cardenal don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo: y despues el mismo Sixto V mandó que se celebrase la fiesta de esta traslacion en la Iglesia y arzobispado de Toledo.

San Restituto, obispo y mártir.—Era este santo obispo de Cartago, en cuya ciudad hizo resonar su voz predicando el Evangelio y convirtiendo muchos á la fe de Jesucristo, por cuyo motivo alcanzó la palma del martirio. Fué su muerte á principios del siglo cuarto, recogiendo los cristianos su cuerpo y sepultándolo en un lugar decente, donde obró el Señor grandes maravillas. San Agustin hizo un admirable sermon de este santo al pueblo, el dia en que se celebra su festividad.

Santa Valéria, vírgen y mártir.—Convirtióse á Jesucristo por la predicacion del obispo san Marcial. Floreció en Limoges á mediados del siglo III, y resplandeció en todas las Galias la luz de sus virtudes. Créese que murió en su misma patria durante la persecucion del emperador Decio, llevando al cielo la doble corona de la virginidad y del martirio.

San Próculo, obispo y confesor.—Fué el cuarto obispo de la ciudad de Verona. Cuando se encendió en Italia la persecucion excitada por el emperador Maximiano Próculo, que deseaba dar á su rebaño un ilustre testimonio del espíritu que le animaba, se fué á la cárcel donde estaban detenidos los santos mártires Fermo y Rústico, y allí confesó con ellos el nombre de Jesucristo. A pesar de esto, no pudo conseguir la satisfaccion de sus deseos, y entonces emprendió un viaje á Jerusalen para visitar y adorar los lugares de nuestra redencion. Sujetóse con esta ocasion á grandes penalidades y mortificaciones, y habiendo despues vuelto á Verona, edificado á sus ovejas y obrado muchas maravillas, murió santamente por los primeros años del siglo IV. En su última vejez se conocian aun en sus carnes las señales de los tormentos que habia padecido por la fé, durante la sobredicha persecucion.

San Siro, obispo y confesor.—El apóstol san Pedro, de quien recibió la luz de la fé, el bautismo, y la consagracion de obispo, lo envió á Pavía, cuya Iglesia engendró en Jesucristo. Convirtió aquel pueblo á la verdad, ilustró con su predicacion muchas otras ciudades de Italia, y por todas partes confirmó con milagros las doctrinas que enseñó. Su vida fué la de un apóstol, y su muerte de un santo, volando al seno de Dios, el año 112. Entre otros de los milagros que de él se refieren, dícese que un dia, estando distribuyendo al pueblo el pan eucarístico, llegóse á él un judío y se burló del sagrado misterio, y el santo tuvo luego que curarle del castigo que le impuso el Señor por aquella profanacion, de la cual admirados los circunstantes, muchos abrazaron la religion.

San Julian, obispo y confesor.—Distinguióse principalmente este santo en combatir las doctrinas de unos herejes que aparecieron en el Oriente durante el siglo II de la Iglesia, y que se llamaban catafrigas. Fué obispo de la ciudad de Apamea en Siria, y murió el año 173, ilustre en milagros y virtudes apostólicas.

San Cipriano, abad.—Consagróse desde su juventud al servicio de Dios, y tomó el hábito en un monasterio cuyo abad se llamaba Saval y que vivia en él desde el tiempo de Clotario I. Despues de haberse perfeccionado Cipriano en todos los ejercicios de la vida cenobítica, se retiró á un desierto junto á Dordoña. Allí construyó una ermita que dió orígen á un pueblo, que en el dia se llama aun el pueblo de San Cipriano. Murió á fines del siglo VI, y el Señor, segun san Gregorio de Tours, obró muchos milagros por su intercesion.

Santa Vulfilda, abadesa.—Hija de una de las principales familias de Inglaterra, manifestó desde su infancia

mucho desapego á todas las cosas terrestres, aspirando solo á las celestiales y eternas. Entró en el monasterio de Winchester, y cultivó en él sus piadosas disposiciones. El rey Edgar concibió por ella una pasion violenta; pero todos los recursos fueron inútiles para ganar la voluntad de la casta vírgen, y el rey viendo y admirando tanta virtud, fomentó su vocacion religiosa, dotó espléndidamente el monasterio en que la santa vivia, y despues la hizo nombrar abadesa. Gobernó con prudencia y santidad, dando el ejemplo de las mas eminentes virtudes. Murió el año 990, y obró muchos milagros.

Santa Gorgonia.—Nació en Arianza, pequeña villa de Capadocia, á principio del siglo IV. Sus padres, san Gregorio y santa Nona, la educaron en el conocimiento de las verdades evangélicas, y sus cuidados no cayeron en terreno estéril. Gorgonia fué un ilustre dechado de todas las virtudes, como lo demuestra su hermano san Gregorio Nacianceno, en la oracion fúnebre que hizo cuando ella murió, y que se halla en la coleccion de las obras de este gran Padre de la Iglesia.

Los siete mártires de Samosata.—Murieron en Samosata, ciudad de Siria, en el año del Señor de 297, víctimas de la persecucion de Maximiano. Segun Butler, son sus nombres: Hiparco, Jaime, Roman, Soliano ó Loliano, Filoteo, Habido y Paragro.

DIA 10.

Santa Eulalia de Mérida, vírgen y mártir.—Bien es, que á la vida y martirio de la vírgen santa Eulalia de Barcelona que escribimos en su dia, que es á los 12 de febrero, añadamos la vida y martirio de otra santa vírgen Eulalia de Mérida; avisando primero al que esto leyere, que algunos autores han hecho de estas dos Eulalias una; y tuvieron ocasion para engañarse; porque ambas tuvieron el mismo nombre y eran de poca edad, y ellas mismas sin ser llamadas se fueron al juez y se ofrecieron al martirio, y murieron en la misma persecucion, y debajo del mismo presidente Daciano; y las almas de la una y de la otra fueron vistas subir al cielo en figura de paloma, y el Señor cubrió sus cuerpos con nieve, que sobre ellos cayó: de manera que no es maravilla, que habiendo tantas semejanzas entre las dos, algunos escritores se han engañado, pensando que no fueron dos, sino una; pero ellas fueron dos: la una nacida en Barcelona, y la otra en Mérida: la una de catorce años, y la otra de doce años, la una martirizada en Barcelona por el mismo presidente Daciano; y la otra por un juez y delegado suyo llamado Calfurniano: la de Barcelona murió degollada ó en cruz; y la de Mérida en fuego: cuya vida y martirio escribió el poeta Prudencio en un himno muy elegante: del cual y de los breviarios antiguos sacaremos lo que de ella diremos aquí.

Fué santa Eulalia natural de Mérida, nacida de gente noble. Su padre se llamaba Liberio, hombre cristiano y temeroso de Dios: el cual habia criado á su hija desde niña en toda virtud, y dándole para que la enseñase á ella y á otra doncella, por nombre Julia, un sacerdote llamado Donato, y ella se dió tanto al amor de la virginidad, y á todas las cosas de recogimiento y religion, que desde aquella edad no gustaba de galas y atavios, ni queria oir pláticas de casamientos, mostrando gran mesura en el rostro y en todo su proceder y hablar. Era ya de doce años, cuando un juez y subdelegado del presidente Daciano, que se llamaba Calfurniano, llegó á la ciudad de Mérida para perseguir los cristianos y hacer en ella lo que Daciano hacia en las demás por donde pasaba. Para poderlo hacer mejor y tener mas noticia de los que eran cristianos, mandó publicar un solemne sacrificio á sus dioses. Los padres de la santa vírgen, viéndola inflamada del amor de Cristo, y ansiosa del martirio, temiendo perderla y que aquel torbellino se la arrebataria, la tenian como escondida y retirada en una heredad llamada Porcejana, diez leguas de la ciudad, á la parte de Andalucía. Mas cuando la santa doncella oyó el edicto que el juez habia publicado, dice el poeta Prudencio, que ella de su voluntad se vino secretamente de noche á la ciudad para ofrecerse al martirio con gran fervor y ansia de morir por Cristo, á quien habia tomado por esposo: y algunos dicen, que la santa vírgen Julia venia en su compañía; y que habiéndose adelantado un poco en el camino, le dijo Eulalia con espíritu de profecía: Por mas que te apresures, yo moriré primero. Llegó pues, la tierna y pura doncella á los estrados del juez Calfurniano, y con mucha mesura, cordura y libertad, le dió en rostro y afeó la crueldad que usaba con los cristianos, y la vanidad de sus dioses y la tiranía y mal gobierno de sus emperadores. Pretendió el juez engañarla con palabras blandas y amorosas: púsole delante su nobleza, su ternura y poca edad; y quiso probar si con halagos y promesas como á niña, la podia apartar del amor de Jesucristo. Cuando vió que perdia tiempo, trocó la blandura en severidad, y los halagos en terrores y tormentos, los cuales mandó ejecutar en aquella corderita con tanta braveza y furor, que fueron de los mas crueles que en aquel tiempo se daban á los santos mártires. Azotáronla crudamente, y quebrantáronla los huesos con plomadas: echáronle aceite hirviendo por todo el cuerpo: arañáronla con garfios de hierro, levantáronla y descoyuntáronla en la garrucha; y ella, como quien tenia á Dios en su alma, mostraba en el rostro la alegría de su corazon, y alzando los ojos al cielo, se encomendaba á su dulcísimo Esposo y le pedia favor; y mirando sus mismas heridas (como Prudencio escribe) le decia: Ahora, Redentor mio Jesucristo, te señalas mejor en mí; y estas letras que se escriben en mis carnes con mi sangre, me representan mejor tu pasion. Finalmente, poniéndole fuego por los lados, le dieron la muerte y la corona de glorioso martirio, como dice san Isidoro. Y añade Prudencio, que la sagrada vírgen deseaba tanto morir por Cristo, que abrió su boca para que las llamas entrasen en ella y la acabasen; que conforma con lo que dice el Martirologio romano: *Hausto igne, spiritum reddidit:* que tragó el fuego y dió su espíritu. Así acabó la santa vírgen como una paloma blanca y sin hiel, y en figura de paloma fué vista su purísima alma subir al cielo: la cual vieron muchos, y entre otros el mismo verdugo que la habia atormentado; y con esta vista quedó atónito y espantado, y movido á penitencia. Y porque el santo cuerpo estaba desnudo, cayó luego gran abundancia de nieve para cubrirle, y despues los cristianos le dieron sepultura lo mejor que pudieron, y en tiempo del poeta Prudencio ya tenia la santa vírgen un solemne templo en Mérida, donde era reverenciada, como el mismo autor lo escribe; y siempre sus sagradas reliquias fueron tenidas en gran veneracion, y Dios nuestro Señor hizo muchos milagros por ellas y de-

fendió á su patria por su intercesion. Los godos veneraron en gran manera el templo y la túnica de santa Eulalia. El rey don Pelayo, reparador de España y destruidor de los moros, se mandó enterrar en una iglesia de esta santa, llamada Santa Olalla de Velanio, por haberla llamado en su favor cuando peleaba con los moros, y vencídolos. Teniendo el rey Teodorico de los godos cercada á Mérida, santa Eulalia la socorrió y la libró que no fuese asolada, mandando en sueño al rey que levantase el cerco, y así lo hizo: y otras victorias y buenos sucesos se cuentan haber recibido los cristianos con el patrocinio de esta gloriosa vírgen, por los cuales en España se le tiene gran devocion, y muchas mujeres toman su nombre, y aun algunos pueblos en el reino de Toledo y Andalucía: que todo es señal de los grandes merecimientos de esta purísima vírgen, y de la devocion que estos reinos con ella tienen. Gregorio Turonense escribe un milagro que cada año se solia hacer en el dia de su martirio, de algunos árboles que estaban sobre su sepulcro y le cubrian; y con estar desnudos y sin hoja (por ser el mes de diciembre), aquel dia florecian, y producian unas flores que tenian figura de paloma, de suave olor: por las cuales, segun el tiempo en que salian, la gente entendia si el año siguiente habia de ser próspero ó estéril, haciendo gracias á nuestro Señor por lo uno, y suplicando á la santa por lo otro, que librase aquella ciudad de toda calamidad. Aquel mismo dia en que fué martirizada santa Eulalia, fué tambien degollada Julia, su compañera en la santidad y en el deseo de padecer, cumpliéndose el órden que la santa Eulalia le habia significado. El cuerpo de santa Eulalia se trasladó despues de Mérida á la ciudad de Oviedo, donde ahora está en una rica arca de plata, labrada de ataujía, que muestra grande antigüedad. Está en la iglesia catedral y en el altar particular que se instituyó con su advocacion. Suélese sacar en procesion cuando hay alguna grande necesidad; y siempre se experimenta, que nuestro Señor Jesucristo oye las plegarias de su pueblo y le concede lo que le piden por intercesion de esta gloriosa vírgen: cuyo martirio fué á los 10 de diciembre del año 304, imperando Diocleciano y Maximiano. Hace mencion de ella el Martirologio romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y los otros autores que escriben vidas de santos, demás de los que en esta quedan referidos.

San Melquíades, papa y mártir.—Fué san Melquíades africano, y sucedió en el sumo pontificado á Eusebio. Fué varon santísimo, y padeció grandes trabajos y fatigas por la gloria del Señor. Ordenó que no ayunasen los cristianos el domingo ni el jueves, por no imitar á los paganos, que ayunaban aquellos dias y tenian aquel ayuno por ayuno sagrado: aunque despues cesando la causa de ayunar los jueves, cesó aquella prohibicion. Habia en Roma muchos herejes maniqueos: y el santo pontífice procuró reprimirlos y reducirlos al camino de la verdad. Escribió san Melquíades una epístola á los obispos de España, en que enseña, que todos los apóstoles reconocieron la preeminencia y superioridad que tuvo san Pedro, y que el sacramento del bautismo es de mayor necesidad que el de la confirmacion; porque sin él ninguno se puede salvar: pero que el sacramento de la confirmacion por parte del ministro es de mayor dignidad, porque no le puede conferir sino el obispo: y despues pone los efectos del uno y del otro sacramento; y adelante trata de los efectos que el Espíritu santo obró con su venida en los apóstoles, y los que reciben los cristianos en el santo bautismo y confirmacion. Celebróse (segun algunos autores) en su tiempo el concilio provincial de Neocesarea: en el cual se establecieron algunas cosas tocantes al estado de la Iglesia en aquellos tiempos. Hizo una vez órdenes por el mes de diciembre, y en ella ordenó once obispos, seis presbíteros y cinco diáconos: y habiendo regido santamente la Iglesia del Señor dos años, dos meses y siete dias, dió su alma á Dios con mucho contento, no solamente porque iba á gozar de él, sino tambien porque dejaba la Iglesia libre de las persecuciones de los tiranos, y quieta y pacífica con el imperio de Constantino. Fué su muerte á los 10 de diciembre del año del Señor de 313. El Martirologio romano dice que padeció mucho en la persecucion de Maximiano, y que murió teniendo paz la Iglesia; y por haber padecido tanto, los Martirologios antiguos llaman mártir á san Melquíades, y como á tal la celebra la Iglesia. Fué su cuerpo sepultado en el cementerio de Calixto, en la vía Apia, y su sagrada cabeza está en Roma, en la iglesia de la casa profesa de la Compañía de Jesus. De san Melquíades hacen mencion los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo, Adon y los autores antiguos y modernos que escriben vidas de sumos pontífices.

Los santos Carpóforo y Abundio, mártires.—De estos santos el primero era presbítero y el segundo diácono. Sufrieron el martirio en tiempo de Diocleciano, que consistió primero en ser cruelmente apaleados, luego metidos en una cárcel, privados de todo alimento y atormentados despues en el potro, siendo por fin degollados. Algunos como Galesino creen que murieron en Espoleto; mas Beda y Vasco pretenden que murieron en España en la ciudad de Sevilla el año 290 de Jesucristo.

Santa Julia, vírgen y mártir.—Esta santa vírgen, natural de Mérida en España, fué compañera en las virtudes y martirio de santa Eulalia, cuya vida hemos puesto mas arriba y que puede verse. Alcanzó juntamente con ella la corona de las vírgenes.

Los santos Menas, Hermógenes y Eugrafo, mártires.—Fueron griegos y padecieron por la fé de Jesucristo en Alejandría de Egipto. Menas era un funcionario público encargado de hacer obedecer las órdenes del emperador. Un dia reprendió á Hermógenes porque con su elocuencia y sus milagros convertia á muchos del paganismo, y viendo que el siervo de Dios no hacia caso de sus reconvenciones, mandó que le arrancasen los ojos y la lengua; pero á los dos dias volvió á ver al santo con la lengua y los ojos recobrados. Admirado de tan grande portento, se hizo instruir en el cristianismo, abrazó la fé y fué bautizado. Poco despues Menas y Hermógenes, con otro gentil llamado Eugrafo que servia de escribano en las ejecuciones y que se habia tambien convertido, fueron degollados por órden del emperador Galerio Maximiano, el año 307.

San Mercurio y sus compañeros, mártires.—Mercurio era centurion romano, que se hallaba con sus soldados en Lentini, en Sicilia, cuando sucedió la conversion del emperador Constantino á la religion cristiana. Era cristiano y habia hecho conocer á sus subordinados las luces del Evangelio, de modo que todos habian recibido el agua santa. El cruel Licinio, que todavía hacia correr en Occidente la sangre de los fieles, mandó que todos aquellos cristianos adorasen á los ídolos ó que fuesen degollados, y ha-

biéndose todos negado á lo primero, alcanzaron la palma del martirio á principios del siglo IV.

San Gemelo, mártir.—Este ilustre confesor de la fé fué crucificado en la ciudad de Ancira, en Galicia, por órden de Juliano Apóstata, el año 362 de Jesucristo. A ejemplo del divino Salvador, pidió por sus verdugos estando pendiente en la cruz, y con sus oraciones logró la conversion de muchos infieles, quienes recogieron despues su sagrado cuerpo y le dieron sepultura, obrando el Señor por su intercesion muchos milagros.

San Sindulfo, obispo y confesor.—Fué el XXXI obispo de Viena, ilustre por sus esclarecidas virtudes, célebre por su sabiduría, y memorable por los establecimientos de piedad que dejó en su diócesis. Pastor vigilante y padre amoroso, reformó el clero y las costumbres públicas de su diócesis, y fué el amparo y el apoyo de todos los necesitados. Asistió á varios concilios, y murió en paz el año 669.

Nuestra Señora de Loreto.—La fiesta que se celebra hoy con este nombre, es en memoria de la traslacion de la santa casa de nuestra Señora al campo de Loreto, en la Marca de Ancona. Comenzó á celebrarse en dicha provincia con misa y oficio propio en el año 1669. Propagóla luego el papa Benedicto VIII, primero á todo el territorio del estado eclesiástico, por los años de 1719, despues á todos los pueblos sujetos á la república de Venecia, y últimamente á todos los dominios del rey católico de España. El hecho que dió ocasion á esta festividad, que es haber sido trasladada por manos de ángeles desde Nazaret á Dalmacia, y desde aquí al campo de Loreto, la casa de la santísima Vírgen, esto es, la habitacion en que fué visitada y saludada por el ángel, tiene á su favor testimonios muy esclarecidos. Dícese que sucedió esto en el pontificado de Celestino V, ó segun algunos, entre ellos Natal Alejandro, á principios del de Bonifacio VIII, esto es, por los años de 1294. El santuario de Loreto es muy frecuentado de los fieles de todo el mundo católico.

San Deusdedit, obispo.—Gobernó la Iglesia de Brescia en santidad, y brilló en portentos. Tuvo que sufrir persecuciones y grandes disgustos de parte de los herejes de su tiempo, y por fin murió tranquilamente en el Señor.

DIA 11.

San Dámaso, obispo y confesor.—El santísimo y doctísimo pontífice Dámaso fué español de nacion, y su padre se llamó Antonio. Algunos dicen que fué natural de Tarragona: otros que fué de Madrid, y en la iglesia de San Salvador de esta villa hay una letra que lo dice: otros le hacen portugués y natural de Guimaraens, que es entre Duero y Miño. Fué san Dámaso muy insigne pontífice, y muy alabado de los escritores de su tiempo. Teodoreto dice que le llamaban varon admirable y digno de toda alabanza, y que resplandecia en toda virtud. San Gerónimo, su secretario y grande amigo, entre otros loores dice de él que fué vírgen como verdadero pontífice de la Iglesia, limpio y sin mancilla. San Ambrosio dice que fué elegido por juicio divino: y en el sexto concilio constantinopolitano le llamaron diamante de la fé, por la gran firmeza y constancia que tuvo contra los herejes que en su tiempo turbaron la Iglesia del Señor: y los demás autores no acaban de decir sus grandezas y excelencias. Sucedió en el pontificado á Liberio, papa, cuyo vicario y presbítero habia sido despues de su eleccion, un diácono llamado Ursino ó Ursicinio, hombre inquieto y ambicioso, procuró que le eligiesen á él, y tuvo muchos que le ayudaron y favorecieron, y causaron grande alteracion en la ciudad de Roma; de manera, que los de un bando y del otro vinieron á las manos, y hubo de la una parte y otra muchos heridos y muertos, y se causó cisma en la Iglesia del Señor contra la voluntad del santo pontífice Dámaso: de quien escribe san Gerónimo, que era manso y que venció á sus adversarios, y no les hizo daño despues de vencidos.

Pero despues cesó el cisma y prevaleció la verdad, y con la autoridad del emperador Valentiniano, el mayor, se atajaron los males que de tan mala raiz podian nacer, y san Dámaso quedó en su legítima posesion. Mas no por eso los malos y aficionados á Ursino se sosegaron; ántes viendo que no habian podido quitar la silla apostólica á san Dámaso, le pretendieron infamar y despojar de la opinion que de su santidad todos tenian. Para esto sobornaron á dos diáconos, llamados Concordio y Calixto, hombres perversos y malvados, los cuales le acusaron como á hombre deshonesto, y que habia cometido adulterio: mas el santo pontífice hizo juntar en Roma un concilio de cuarenta obispos, y en él públicamente se defendió: y averiguada la verdad, y convencidos de calumnia los acusadores, fueron echados del gremio de la Iglesia. Y para cerrar la puerta á semejantes calumnias, en el mismo concilio se ordenó, que la misma pena que se habia de dar al acusado, probándosele la culpa, se diese al acusador, constando de su calumnia y falsedad. Hubo en tiempo de san Dámaso muchos herejes, que con nuevas y falsas opiniones inficionaban y turbaban la paz de la Iglesia católica, especialmente en las provincias de Oriente. Para cortarlas de raiz, persuadió san Dámaso al grande y religiosísimo emperador Teodosio (que tambien era español) que se juntase concilio general en Constantinopla: y así se hizo y se celebró, hallándose en él ciento cincuenta obispos, y todos unánimes confesaron la fé del concilio Niceno, y condenaron á Macedonio y otros herejes: y san Dámaso confirmó lo decretado en aquel concilio, que es uno de los cuatro concilios generales, que san Gregorio dice que reverenciaba como á los santos cuatro Evangelios. Y el emperador Teodosio, en compañía de los emperadores Graciano y Valentiniano, hizo una ley, en que manda que todos los súbditos de su imperio sigan aquella religion que enseñó san Pedro en Roma, y el pontífice Dámaso seguia condenando todas las otras doctrinas á ella contrarias. Tambien se celebró en su tiempo otro concilio en la ciudad de Aquileya, donde se halló presente san Ambrosio, que fué muy amigo de san Dámaso, y le ayudó y sirvió con gran diligencia y cuidado en perseguir á los herejes y desterrarlos de Milan y de su tierra, en donde con el favor y potencia de Justina, madre del emperador Valentiniano (que era hereje arriana, y gobernaba á su hijo por ser niño), habian hecho pié y grande estrago en perjuicio de nuestra santa religion.

Demás de la diligencia y solicitud que puso nuestro santo pontífice en arrancar la zizaña de las herejías del campo del Señor; tambien atendió á quitar los abusos que se habian introducido en la Iglesia por descuido de los prelados: y así mandó que de allí adelante no hubiese coepiscópos, que era una manera de sacerdotes que hubo antiguamente en las aldeas y pueblos pequeños, para ayudar

y servir á los obispos; pero ellos habian extendido la mano mas de lo que les convenia, y usurpado temerariamente los oficios que son propios de los obispos; como consagrar diáconos, subdiáconos, monjas, iglesias y crisma. En una epístola que escribe san Dámaso, reprende gravemente á las obispos que por holgar y quitarse de trabajo, toman acompañados, que son mas mercenarios que pastores, y añade: «Los buenos obispos y cuidadosos pastores han de guardar su rebaño con el mismo cuidado que Jacob dijo á su suegro Laban, que él habia tenido en apacentarle sus ovejas, y no echar á otros la carga y darse ellos á buena vida.» Tambien escribió á los obispos de África, avisándoles, que las cosas graves y de calidad, y los negocios de los obispos, no se pueden determinar sin autoridad del pontífice romano. Edificó dos templos, uno dentro de la ciudad de Roma, en honra del invictísimo mártir san Lorenzo, y otro fuera en la via Ardeatina á las Catacumbas, donde consagró la Platónica, que habia sido sepultura del apóstol san Pedro, y enriquecióles con varios y ricos dones. Halló muchos cuerpos de mártires, cuyos sepulcros ilustró con versos elegantes. Escribió algunas obras, y una en verso á la sepultura de los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo; y otro libro, en que escribió los hechos de los sumos pontífices, hasta su tiempo.

Verdad es que el cardenal Baronio y el cardenal Belarmino, y otros varones doctos y graves de nuestro tiempo, no le tienen por digno de san Dámaso. Sirvióse de san Gerónimo para responder á las dudas y consultas de todas las Iglesias de la cristiandad, que acudian á la sede apostólica, y estimóle y honróle tanto, por su excelente sabiduría y santidad, que él mismo, siendo sumo pastor y maestro de toda la Iglesia, como si fuera su discípulo (tanta era su humildad), le proponia las dificultades que tenia en la sagrada Escritura, para que él se las declarase. Dió autoridad á la traslacion del Viejo Testamento que el santo doctor habia hecho, habiéndose usado comunmente en la Iglesia, hasta aquel tiempo de los Setenta Intérpretes. Finalmente, habiendo gobernado santísimamente la nave de san Pedro diez y ocho años comenzados, ó como dice el breviario reformado de la santidad de Clemente VIII, diez y siete años, dos meses y veinte y seis dias, y siendo ya de edad de ochenta, lleno de virtudes y merecimientos, pasó de esta vida temporal á la eterna, á los 11 dias del mes de diciembre del año del Señor de 384, imperando Teodosio el mayor.

Tuvo órdenes cinco veces, y en ellas hizo treinta y un sacerdotes, once diáconos y sesenta y dos obispos. Fué sepultado en la basílica que él habia fundado en la via Ardeatina, juntamente con su madre y una hermana. Despues fué trasladado su cuerpo á la otra iglesia de San Lorenzo *in Damaso*, que él mismo habia edificado dentro de Roma. Hizo el Señor muchos milagros por este pontífice despues de muerto, librando de varias enfermades á los dolientes y á los que eran atormentados de los demonios: y en vida restituyó la vista á un ciego que habia trece años estaba sin ella. De san Dámaso escriben todos los Martirologios, el romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y los autores que han escrito las vidas de los sumos pontífices é historia eclesiástica, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el IV tomo de sus Anales, y los otros santos que en el principio de esta vida quedan referidos.

San Trason, y sus compañeros Ponciano y Pretextato, mártires.—El martirio de estos santos fué en Roma, en tiempo de la persecucion de Maximiliano. Se cree que eran de aquellos cristianos que trabajaban en los baños y en otras obras públicas.

San Barsabas, mártir.—El Martirologio romano dice de él en este dia, que sufrió martirio en Persia.

San Victórico, san Fusciano y san Genciano, mártires.—Los dos primeros, hombres apostólicos, fuéron á predicar la fé á las Galias, casi al mismo tiempo que san Dionisio de París. Penetraron hasta las partes mas remotas de aquellas regiones, y al fin se detuvieron en Teruan, donde fijaron su mision. Pasando desde allí á Amiens, donde habia cruel persecucion de cristianos, se alojaron en casa de un tal Genciano, que deseaba ser discípulo de Cristo. Este les informó de que poco ántes san Quintin habia sufrido el martirio, y no bien les acababa de contar las circunstancias de aquel padecimiento, cuando llegaron los satélites de Riccio Varo, y prendieron no solo á los dos apóstoles, sí que tambien á su huésped. Los tres fueron martirizados el año de 286.

San Eutiquio, mártir.—Menciónale el Martirologio romano en este dia, como uno de los mas ilustres mártires que cuenta la Iglesia española, sin añadir mas circunstancias de su vida.

San Daniel el Stilita, confesor.—Llevado de una fé ardiente, fué Daniel á un desierto en las montañas que avanzan hácia el Ponto Euxino, á unas cuatro millas del mar, y á unas siete de Constantinopla por la parte del norte. Allí sufria resignado toda suerte de intemperies, y á pesar de lo mucho que con ello se estragaba su salud, llegó á los ochenta años, que es cuando el obispo de Constantinopla fué á ordenarle. No usaba mas comida que raices y yerbas desabridas, y Dios le honró con el espíritu de profecía, y con el don de hacer milagros. Él mismo predijo su cercana muerte, acaecida en el año 494, asistiéndole en sus últimos momentos el patriarca Eufemio.

San Sabino, obispo y confesor.—Es muy venerado en Plasencia, por sus virtudes y por los muchos milagros que por su intercesion obró el Señor. Floreció en el siglo IV.

DIA 12.

Las santas Ammonaria, Mercuria, Dionisia y otra Ammonaria, vírgenes y mártires.—Cuatro nobles señoras naturales de Alejandría de Egipto, llamadas Ammonaria, Mercuria, Dionisia y Ammonaria, encendidas en el divino fuego de Jesucristo, que ardia en sus pechos, viendo la crueldad con que los tiranos perseguian á los cristianos y los martirizaban, deseosas de padecer por su esposo Jesus y dar por la confesion de su santo nombre las vidas, se presentaron voluntariamente ante el juez que Decio emperador tenia en aquella ciudad: y habiendo confesado públicamente que eran cristianas, le comenzaron á reprender y afear su rigor y crueldad, y el error y ceguedad en que vivia, adorando por dioses á los demonios: de que ofendido el juez, trató de tomar venganza á su satisfaccion. La primera que incitó su ira, y contra quien se esmeró y estrenó su rigor, fué con Ammonaria, vírgen tierna de pocos años y mucha hermosura. Mandóla azotar rigurosamente, y ejecutó en ella tan crueles tormentos y martirios tan atroces, que no saben los autores de esta historia,

ni hallan modos de explicarlos ni nombrarlos: solo se contentan unos con decir fueron inmensos: otros que inauditos: otros, que fueron dilatados por mucho tiempo, al paso que crueles é inhumanos: con que vienen á concluir que padeció esta santísima vírgen los martirios de infinitos mártires; y al fin, para llegar á poseer de todos las coronas, fué degollada: con que entregó su valeroso espíritu y santísima alma en manos de su dulce esposo Jesus, que la colocó en la silla de gloria que tan valerosamente habia ganado. Siguióse Mercuria, señora anciana y venerable por sus años y su sangre, contra quien el juez, corrido y vencido del valor de Ammonaria, no tuvo fuerzas para ejecutar mas rigor, que mandarla degollar: cuya sentencia se ejecutó pronta y rigurosamente.

Volvió luego en sí el juez, y como corrido del poco rigor que habia usado á su parecer con Mercuria, mandó traer á Dionisia á su presencia, de la cárcel en que la tenia: y viendo era matrona nobilísima, hermosísima y honestísima, discurrió (instigado del demonio) el mayor modo de atormentarla, que fué mandarla desnudar, y desnuda atarla á un palo públicamente, donde de todos fuese vista. Clamaba la honestísima señora y decia: Segura estoy de mi Dios: atormentadme cuanto quisiéredes; solo siento que así deshonestamente descubrais mis miembros. Con esto, por atormentarla mas, la pusieron en parte mas pública y eminente, donde ninguno hubiese que no pudiese verla; y allí la azotaron cruelísimamente, y la arañaron y despedazaron sus carnes con uñas de acero; y cuando mas arroyos de sangre corrian de su santísimo cuerpo, decia: Ministros del demonio, ¿pensais que me afrentais y atormentais así? Pues os engañais de verdad; que ántes me tejeis la corona que espero de mi Señor Jesucristo. Acabadas estas razones, comenzó á predicar y decir tan altas cosas de las sagradas Escrituras, con tal eficacia, energía y sabiduría divina, que animó y confortó á muchos mártires, y convirtió infinitas almas á la fé de Jesucristo, que predicaba, y por quien padecia alegre. Hallábase allí presente un hijo único que tenia, niño de tierna edad, llamado Mayórico, el cual estaba, como niño al fin, delicado y tierno, temblando de miedo, así por ver lo que su madre padecia, y los demás gloriosos mártires, como por las amenazas que el impío juez le hacia, si no dejaba desde luego la fé de Jesucristo: lo cual advertido de Dionisia, su madre, le castigó tan justamente con solo un mirar de ojos, y lo animó tanto al martirio, que excedió á muchos de edad varonil y robusta en la constancia y fortaleza que despues mostró, bien á pesar del juez. Decíale así la santa madre: Acuérdate, hijo mio, que somos bautizados en la santa madre Iglesia, en el nombre de la santísima Trinidad: no perdamos la vestidura de nuestra salud: no sea, que cuando venga el Señor que nos convidó á las celestiales bodas, nos halle sin la vestidura nupcial, y diga: ¿Cómo habeis entrado aquí vosotros que no teneis nupcial bestidura? y luego diga á sus ministros: Echadlos en las tinieblas exteriores, donde solo hay llantos y rechinar de dientes. Solo se ha de temer, hijo mio, aquella pena que nunca se acaba; y desearse solo aquella vida que es eterna.

Oyendo tales razones el juez, y viendo la constancia de hijo y madre, los mandó degollar, y lo mismo ejecutó con santa Ammonaria, avergonzado ya, y temeroso no dejase toda la ciudad la adoracion de los dioses, y siguiese la fé de Jesucristo, si vivian mas estas santas, ó alguna de ellas: tantos eran los que convertian: con que las cuatro valerosas compañeras se fuéron á ver á la gloria, donde viven y reinan con Jesucristo, por cuya fé divina perdieron gloriosamente la temporal vida, y hallaron la eterna. Fué su martirio glorioso á los 12 de diciembre (dia en que la Iglesia le celebra), por los años del Señor de 253, imperando el dicho Decio. Escribieron su vida y martirio Beda; Usuardo; Adon; Dionisio obispo alejandrino; Eusebio, Hist., lib. VI, cap. 34; Pedro de Natalib., lib. I, cap. 63; Surio, tom. VI; Vincencio, *in Specul. Hist., lib.* XX, *cap.* 88; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones y en el tom. II de sus Anales, año 253, núm. 105.

* San Sinesio, mártir.—Vivia en tiempo del papa Sixto y del emperador Aurelio, y fué ordenado lector por aquél. Ocupábase en la conversion de los infieles, así como fué acusado que era cristiano, por cuyo motivo sufrió diversos tormentos, alcanzando por último la palma del martirio.

Los santos Epimaco, Alejandro y compañeros, mártires.—En el año 250 de la era de Cristo seguia furiosa la persecucion levantada por Decio, y los magistrados infieles andaban solícitos en busca de cristianos para inmolar. San Epimaco, san Alejandro y sus compañeros permanecieron sepultados por mucho tiempo en un lóbrego calabozo; sacáronlos de él para probar su fé con los mas horribles tormentos, y por último consumieron sus cuerpos entre las llamas á fuego lento.

San Hermógenes, san Donato, y otros veinte y dos santos mártires.—Durante las persecuciones del III siglo de la Iglesia ganaron la palma del martirio, siendo un dechado de constancia en medio de crueles tormentos, en Alejandría, año de 250.

San Maxencio, Constancio, Crecencio, Justino y compañeros, mártires.—En tiempo de la bárbara persecucion suscitada por Diocleciano, padecieron todos ellos un martirio atroz. De ellos hace justa y debida conmemoracion el Martirologio romano en este dia.

San Finian ó Finan, obispo y confesor.—Nació en Leinster de Irlanda; los discípulos de san Patricio le instruyeron en la fé de Cristo, y pasó despues al pais de Gales para hacer prosélitos en ella. Por los años de 520 volvió á Irlanda, y partió para el Señor en 12 de diciembre de 552; otros dicen que en 564.

San Columbo, abad y confesor.—Natural de Leinster en Irlanda, fué discípulo de san Finian. Fundó un monasterio en Munster, y murió de una peste que infestó la Irlanda en 548.

San Cormac, confesor.—Los calendarios mas antiguos de Irlanda lo mencionan en este dia, y añaden que fué abad de una santidad muy eminente.

San Colman, confesor.—Los calendarios irlandeses hacen mencion de él en este dia, y tambien Colgam. Dícese que fué abad de Glendaloch, y que murió en 659.

Santa Eadburga, abadesa.—Los católicos de la Gran Bretaña la tienen en mucha veneracion. Murió por los años de 751. Sus restos fueron trasladados á Cantorbery en 1035, y depositados en la iglesia de San Gregorio.

San Valery ó Valerio, abad.—Fué hijo de un caballero de Auvernia, y cuando niño era pastor de ganados. Despues fué adelantando en el camino de la perfeccion, y ha-

hiéndose dedicado al servicio de Dios, ocupaba todo el tiempo en predicar, orar, leer y trabajar en labores manuales: murió en 622.

San Corentino, obispo y confesor.—Fué su diócesis en Bretaña. Era hijo de un caballero breton; pasó muchos años en santa soledad. Murió á fines del siglo V.

San Corentino ó Cubi, confesor.—Murió en el año de 401, y fué muy venerado en Irlanda. Predicó con mucho fruto la fé católica, y hablan de él autores graves, distinguiéndole del anterior.

Nuestra Señora de Guadalupe.—La aparicion de la santa Vírgen en el cerro que llaman de Tepeyacac, á una legua de Méjico, tiene á su favor la opinion general de toda la Nueva España. Dejándonos empero de averiguaciones sobre los fundamentos de esta opinion, y atendiendo tan solo á que la santa sede ha extendido á nuestra península la celebracion de esta festividad de nuestra Señora, bajo el título de Guadalupe de Méjico, diremos lo que acerca de la aparicion tiene recibido la tradicion en aquel reino.

La aparicion se cree sucedida el año 1531. Un sábado que era el 9 de diciembre, ántes de amanecer, Juan Diego, indio recien convertido, pobre y muy cándido, iba desde Tolpetlac á la iglesia de Santiago de Méjico, á oir la misa de nuestra Señora. Al romper el alba, llegó al pié del Tepeyacac, y oyó una melodía concertada, como la de muchas aves que cantasen á coros. Alzó los ojos hácia el lugar de donde el sonido venia, y vió una nube resplandeciente de gran claridad, y á su rededor un arco de varios colores. Embelesado y como fuera de sí quedó el indio con esta aparicion: oyóse llamar por su nombre y subió á toda priesa por el collado. Entonces vió á una señora de celestial majestad que le dijo que era la Madre de Dios, y que deseaba que en aquel sitio se edificase un templo bajo su invocacion. Fuése el indio á noticiarlo á don fray Juan de Zumarraga, primer obispo de Méjico, prelado discreto, que no quiso dar entero crédito á la relacion del sencillo mejicano.

Por la tarde del mismo dia volvió Juan Diego á Tolpetlac, y al llegar á la cumbre del cerro halló á la santísima Vírgen que le estaba aguardando, quien le dijo que al dia siguiente volviese al obispo y le dijese que ella le enviaba. Hízolo así, y ya entonces el prelado le oyó con mas atencion, y lo despidió diciéndole que volviese á ver á la Vírgen, y le pidiese que le diese alguna señal que acreditase ser la Madre de Dios quien le enviaba, y que era voluntad suya que se labrase aquel templo. Reparó el obispo que no se excusaba el indio de esto; y encargó á dos personas de su confianza que lo siguiesen, sin advertirlo él, hasta el lugar señalado, para asegurarse mas por este medio de la verdad. Al llegar el indio al puente de un riachuelo que por aquella parte desagua en la laguna, desapareció, y los enviados del obispo le tuvieron por hechicero, y á su vuelta dijeron que no se le creyese. Entre tanto el indio halló á la Vírgen y le pidió la respuesta del obispo: díjole la Señora que al dia siguiente en el mismo sitio le daria señal cierta con que le diesen crédito. Cuando él llegó á su casa, encontró á un tio suyo muy agravado de una fiebre maligna: todo el dia inmediato ocupó Juan Diego en asistirle y curarle. A la madrugada siguiente, pasando por el lugar por donde habia de subir á la cumbre del montecillo, se acordó de no haber obedecido á la Vírgen María; parecióle que le reprenderia si pasaba por allí, y tomó otra vereda. Mas al volver la falda del cerro, se le apareció otra vez la santa Vírgen: confuso entonces el indio, se disculpó con la enfermedad del tio; pero la celestial Señora le dijo que su tio no moriria de aquel mal, y que estaba ya sano. Díjole además que subiese á la cumbre del cerro, y cortase unas rosas que allí encontraria, y recogiéndolas en su capa volviese á bajar. Obedeció Juan Diego, á pesar de que sabia que no habia en aquellos peñascos rosa ni flor alguna. Llegado á la cumbre, halló un hermoso vergel de rosas frescas y olorosas, y poniéndose la manta como acostumbran aquellos naturales, cortó cuantas rosas pudieron caber dentro de ella, llevólas á la Vírgen, y postrado se las mostró. Nuestra Señora, cogiéndolas entonces todas juntas, se las volvió á verter en la manta, y le dijo que aquella era la señal que debia llevar al obispo.

Llegó Juan Diego al obispo con su mensaje, le dijo que le llevaba las señales que le habia mandado pedir á la Señora, y desplegando su manta cayeron las rosas en el suelo, y se vió en dicha manta pintada la imágen de María santísima como se ve ahora. Admirado el obispo y lleno de gozo con este suceso, desató al indio la manta que tenia atada atrás y la llevó á su oratorio. Al dia siguiente fué con él al sitio en donde se habia de edificar el templo, y en seguida encontraron al tio, quien les contó que se le habia aparecido la Vírgen y le habia dado la salud, y que tambien le habia dicho que era su voluntad que allí se le edificase un templo, y que su imágen se habia de llamar de Santa María de Guadalupe.

Entre tanto se habia difundido por el pueblo la fama de esta maravilla, y los vecinos acudian á venerar la imágen al oratorio del obispo. Despues fué colocada en un altar de la catedral, donde estuvo mientras se edificó una ermita en el lugar que habia señalado el indio, á la cual fué trasladada luego con procesion y fiesta solemne. Posteriormente, en el año 1622, á poca distancia de la ermita antigua se edificó un templo suntuoso, donde todavía se venerá la santa imágen de nuestra Señora, que bajo dicho título de Guadalupe es patrona de todo el reino de Nueva España. Véase el Villanueva, tom. XII.

Santa Emma, viuda.—Segun Godescard, era esta santa próxima parienta del emperador san Enrique. Habiendo contraido matrimonio, santificó al mundo y á su familia con el ejemplo de todas las virtudes cristianas. Muerto su esposo, fundó bajo la regla de San Benito el doble monasterio de Gurk en Carintia, y tomó el velo con otras setenta y dos religiosas que poblaron aquella casa. Emma murió con una muerte preciosa á los ojos del Señor, el año 1045.

DIA 13.

Santa Lucía, vírgen y mártir.—La gloriosa vírgen y mártir santa Lucía nació de ilustres y ricos padres en la ciudad de Zaragoza de Sicilia. Fué desde niña cristiana, y muy inclinada á todas cosas de virtud y piedad, especialmente á conservar la pureza de su alma, y ofrecer á Dios la flor de su virginidad. Muerto su padre, la madre, que se llamaba Euticia, contra la voluntad de la santa doncella la concertó de casar con un caballero mozo y principal, aunque pagano: y ella lo iba dilatando y buscando ocasion para que no tuviese efecto. Ofrecióselo nuestro Señor muy á propósito, con una larga y molesta enfermedad que dió

a Euticia, su madre, de un flujo de sangre que le duró cuatro años, sin hallar en los médicos y medicinas algun remedio. Volaba á la sazon por toda Sicilia la fama de la bienaventurada santa Agueda, que en tiempo del emperador Decio habia sido martirizada por Cristo en la ciudad de Catania, que está tres leguas distante de la ciudad de Zaragoza. Hacia Dios grandes milagros en el sepulcro de santa Agueda, y concurrian de todas partes á él para alcanzar salud, y otros beneficios del Señor por su intercesion. Aconsejó santa Lucía á su madre que se fuése á Catania á visitar el cuerpo de santa Agueda; porque sin duda hallaria remedios divinos para su enfermedad, ya que todos los humanos habian sido vanos y sin provecho. Fuéron á Catania en su romería: acudieron á la iglesia de Santa Agueda; postráronse á su sepulcro, é hicieron larga y devota oracion, suplicando con grande afecto y copiosas lágrimas á la santa vírgen que socorriese á Euticia en aquella necesidad. Estando en oracion, le vino un dulce sueño á santa Lucía, y en él se le apareció santa Agueda resplandeciente y ricamente vestida, y acompañada de gran número de ángeles, y con rostro alegre y sereno le dijo: Hermana Lucía y vírgen á Dios consagrada, ¿para qué me pides lo que tú tan fácilmente puedes dar á tu madre, á quien ya tu fé ha socorrido y dado salud? Así como la ciudad de Catania ha sido ilustrada por mí; así la ciudad de Zaragoza será ennoblecida y ensalzada por tí: porque por tu limpieza y castidad has aparejado digna morada al Señor, y eres templo del Espíritu santo.

A estas palabras despertó santa Lucía, y con grande regocijo dijo á su madre: Madre mia, ya estais sana: y así fué: y la madre y la hija dieron por ello gracias á Dios y á la gloriosa santa Agueda, por cuya intercesion el Señor habia sanado á Euticia. Volvieron las dos á Zaragoza, y la santa hija rogó á su madre que no le mentase esposo ni marido carnal: y que el dote que le habia de dar casándola con hombre mortal y terreno, se le diese para emplearle en servicio del Esposo celestial é inmortal que ella habia escogido. Haciasele de mal á Euticia despojarse de su hacienda, y darla en vida, y rogaba á su hija que aguardase un poco á que ella cerrase los ojos, y despues de su muerte hiciese de todo á su voluntad: mas la santa doncella le dijo, que no son tan aceptas á Dios las limosnas que se hacen despues de la muerte, como las que se hacen en vida: porque en la muerte se deja lo que no se puede llevar; y en la vida se da lo que se puede gozar: y que el que va de noche ha de llevar la hacha delante para que le alumbre y vea el camino por donde va: y tanto supo decir santa Lucía á su madre, que la persuadió á que le entregase su dote: y ella le comenzó á vender y á distribuir con larga mano á los pobres. Supo esto el caballero con quien la madre la tenia concertada de casar: y aunque al principio, por lo que le dijeron, creyó que el vender las joyas y otras cosas de poco precio era para comprar una heredad muy rica y fructuosa: pero despues que entendió la verdad, y que toda la hacienda se repartia á los pobres y que santa Lucía era cristiana, concibió gran saña y odio contra ella, y la acusó delante del prefecto, llamado Pascasio, como á maga y sacrílega, y enemiga de los dioses del imperio romano. El presidente la mandó llamar, y teniéndola en su presencia, con buenas palabras procuró persuadirla que dejase la vana supersticion de los cristianos, y sacrificase á los dioses: mas no halló entrada en el pecho fuerte de la santa vírgen: ántes con grande ánimo y libertad le respondió, que el verdadero sacrificio y agradable á Dios, era visitar á las viudas, huérfanas y personas miserables, y consolarlas en sus tribulaciones, y que ella se habia ocupado tres años en este sacrificio, repartiendo á los pobres lo que tenia: que ya no le quedaba que dar sino su persona, la cual, como hostia viva, deseaba ofrecer á Dios en perpetuo sacrificio. Y como Pascasio le dijese, que aquellos eran sueños y desvarios de cristianos y palabras vanas, que no se le habian de decir á él, que guardaba la religion antigua y los mandatos de los emperadores; santa Lucía con maravillosa constancia le respondió: Tú guardas las leyes de tus príncipes; y yo las de mi Dios: tú temes á los emperadores de la tierra; y yo al del cielo: tú no quieres ofender á un hombre mortal; y yo no quiero ofender al Rey inmortal: tú deseas agradar á tu señor; y yo á mi Criador: tú haces lo que piensas que te está bien; y yo hago lo que juzgo que me conviene. No te canses, ni pienses que me podrás con tus razones apartar del amor de mi Señor Jesucristo. Embraveciése el prefecto, y convirtiendo aquella primera y falsa blandura en enojos y braveza, dijo malas palabras á la santa doncella, tratándala como á mujer liviana, y que habia gastado su patrimonio en mal vivir. Aquí santa Lucía le dijo: Yo he puesto mi patrimonio en lugar seguro, y he aborrecido siempre á los que corrompen é inficionan las almas, que sois vosotros: pues nos persuadís que dejemos á nuestro Criador y verdadero esposo Jesucristo, y adulteremos con las criaturas, adorándolas y teniéndolas por verdaderos dioses. Tambien he huido de la conversacion de los que corrompen los cuerpos: los cuales se abrazan con los deleites de la carne, y encarnizados en ella, y aprisionados y cautivos de sus pasiones torpes, anteponen el gusto suyo y breve á los gozos limpios y eternos. Muchas palabras son esas (dice Pascasio); y viniendo á los azotes, cesarán. No pueden cesar las palabras de Dios (respondió santa Lucía), ni faltar á los que son templo del Espíritu santo, como lo son todos los que viven castamente, y le reverencian como es razon. Si así es (dice el juez), yo te haré llevar al lugar de las mujeres públicas, para que allí pierdas la castidad y huya de tí ese Espíritu santo, que tanto se precia, como tú dices, de ser amigo de los que guardan la castidad. No se pierde la castidad (dijo la santa vírgen) ni se ensucia el cuerpo, sino con el consentimiento del alma. Y si pusieses en mi mano incienso, y por fuerza me hiciesses echarlo en el fuego para sacrificar á tus dioses; el Dios verdadero que lo ve, haria burla de ello. Y así te digo, que si tú pretendieres que yo pierda la castidad; tendré dos coronas en el cielo, una de casta, y otra por haber recibido fuerza defendiendo la castidad. Finalmente, el malvado juez mandó que la santa vírgen fuese llevada á aquella casa detestable y sucia: concurrió gran multitud de gente, y de mozos lascivos y carnales, pensando hacer presa en la purísima doncella: échanle mano para llevarla; pero (¡ó virtud de Dios!) hízola el Señor tan inmoble, que ninguna fuerza de hombres, ni de maromas y yuntas de bueyes que trajeron, fué poderosa para moverla del lugar donde estaba. Atribuyó el prefecto la virtud divina á arte del demonio, y creyó que santa Lucía, como hechicera y maga se defendia de su poder: pues siendo mujer y flaca, resistia á tantos hombres valientes y robustos, que con todas sus fuerzas la querian mover y no podian. Man-

dó llamar á sus encantadores y nigrománticos, para que despues deshiciesen aquellos hechizos; y ellos hicieron su oficio, y usaron de todas sus artes diabólicas; pero en vano. Quedó Pascasio pasmado y como fuera de sí, y daba bramidos como un leon, viéndose vencido de una delicada doncella: y la santa vírgen, volviéndose á él, le dijo: ¿Por que te congojas y te atormentas? Si conoces que soy templo de Dios, cree, y si aun no estás cierto de ello, haz otras pruebas, hasta que lo conozcas. No son hechizos ni es demonio el que me hace inmoble, sino el Espíritu de Dios que por estar aposentando en mi alma puede hacerme de tantas fuerzas, que todo el mundo no baste á moverme de donde estoy. Mandó el juez poner mucha leña, resina y aceite al rededor de la santa y encenderlo todo para quemarla: mas ella, como si estuviera en algun jardin muy deleitoso y ameno, estuvo segura y queda, sin recibir detrimento alguno del fuego, y dijo al juez: Yo he rogado á mi Señor Jesucristo, que este fuego no me dañe, y que dilate mi martirio, para que los fieles sean firmes en su fé y no teman tus tormentos; y los infieles se confundan, viendo lo poco que pueden contra los siervos del Altísimo. Mandóle el juez atravesar una espada por el cuello: y estando la bienaventurada Vírgen herida de muerte, oró todo el tiempo que quiso, y habló cuanto quiso á los cristianos que estaban presentes, diciéndoles que se consolasen: porque presto la Iglesia tendria paz, y los emperadores que le hacian guerra dejarian el mando y señorío: y que así como la ciudad de Catania tenia á santa Agueda, su hermana, por patrona; así ella lo seria de la ciudad de Zaragoza, si se convirtiese á la fé de Cristo. Y para que se vea el castigo que Dios, como justo juez, da á los malos y perversos jueces; estando santa Lucía cercada de fuego y herida, y derramando su preciosa sangre, y con admirable suavidad y divina constancia animando y consolando á los cristianos; en aquel mismo tiempo echaron mano de Pascasio los sicilianos, y le cargaron de cadenas, como á robador y destruidor de toda aquella provincia, y le pasaron delante de los ojos de la santa vírgen: y acusado en Roma, fué condenado á muerte. Luego santa Lucía, despues de haber recibido el sacratísimo cuerpo del Señor de mano de los sacerdotes, que secretamente se le trajeron, dió su bendita alma á Dios. Su cuerpo fué sepultado en la misma ciudad de Zaragoza, donde hoy dia tiene dos templos: uno muy suntuoso fuera de la ciudad en lugar de su martirio, y otro dentro de ella. Estuvo su sagrado cuerpo muchos años en Zaragoza; y Dios nuestro Señor hizo grandes misericordias por su intercesion á los fieles que se encomendaban á ella. De allí fue llevado á Constantinopla: y despues andando el tiempo, fué trasladado á Venecia, donde es tenido en grande veneracion. El martirio de santa Lucía fué á los 13 de diciembre (en que la santa Iglesia celebra su fiesta), al fin del imperio de Diocleciano y Maximiano: los cuales (como la misma santa lo profetizó) se privaron voluntariamente del mando y señorío que tenian, y despues por justo juicio de Dios murieron desastradamente. De santa Lucía escribieron los Martirologios romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el fin del II tomo de sus Anales, y en el VI tomo de Surio está la historia de su vida y martirio, sacada de libros muy antiguos y auténticos; y de estos autores se recogió esta vida.

Tienen á esta preciosa vírgen por abogada de la vista, y comunmente la pintan con sus ojos en un plato que tiene en sus manos. La causa de pintarse así, su historia no la dice, ni tampoco que se haya sacado los ojos por librarse de un hombre lascivo que la perseguia, como algunos escriben: y el Prado espiritual, que es libro antiguo y que tiene autoridad, atribuye este hecho á una doncella de Alejandría. Pero cada dia se experimentan nuevas gracias y favores que hace el Señor á los que tienen mal de ojos, si con devocion se encomiendan á santa Lucía: y así debemos todos tenerla gran devocion, no solamente para que nos guarde por medio de sus oraciones la vista corporal, sino mucho mas para que alcancemos la espiritual y eterna. El doctor Juan Ekio, varon docto y grave de nuestros tiempos, escribe que santa Lucía y san Lorenzo son abogados contra el fuego.

* Los santos Eustracio, Auxencio, Eugenio, Mardario y Orestes, mártires.—Habla de estos santos en el dia de hoy el Martirologio romano, y segun nos dice el mismo sufrieron el martirio durante la persecucion del emperador Diocleciano. Eustracio sufrió crueles tormentos, y puesto en un horno encendido entregó su espíritu al Criador. Orestes murió recostado en una cama de hierro candente. Los demás experimentaron tambien muchos tormentos. Sus cuerpos fueron colocados en la iglesia de San Apolinar.

San Antíoco, mártir.—Fué martirizado en Cerdeña, siendo emperador Adriano, por los años 130 de Cristo.

San Jadoco ó Josse, confesor.—Nobilísimo príncipe breton del siglo VII. Renunció la corona con que le brindaba su hermano mayor y se fué en peregrinacion á Roma. Permaneció despues algunos años en un desierto. Fué honrado con milagros y murió en 669.

San Kenelmo, rey y mártir.—Hijo de Kenulfo, rey de Mercia, quedó huérfano á los siete años bajo la tutela de su hermana Quindreda. Esta ambiciosa é infernal mujer le hizo degollar y sepultar en un bosque. Una claridad celestial dicen que reveló el lugar de la sepultura y el crímen. Esto acaeció en 819.

San Auberto, obispo y confesor.—Ilustre prelado de la Iglesia galicana en el siglo VII. Fué obispo de Arras y de Cambray. Murió en olor de santidad en 669.

El beato Juan de Marinoni, confesor.—Nació en Venecia en 1400. Desde niño fué devotísimo. En 1530 profesó en los teatinos, y con su predicacion hizo muchas conversiones. Murió en Nápoles en 1562. Fué beatificado en 1762.

Santa Otilia, vírgen y abadesa.—Nació en Estrasburgo, de sangre noble. Su padre erigió un monasterio en la Alsacia, donde Otilia dirigió á ciento y treinta monjas. Murió en 772.

DIA 14.

San Espiridion, obispo y confesor.—Entre los otros santos obispos y gloriosos confesores que el emperador Maximino habia afligido, y sacádoles el ojo derecho y cortado el nervio, y desjarretado la pierna izquierda, y condenado á trabajar en las minas de metal, y se hallaron en el concilio Niceno para condenar la herejía de Arrio, uno de los mas ilustres é insignes fué san Espiridion, obispo en la isla de Chipre, donde nació y se crió, y fué pastor y hom-

bre simplicísimo y santísimo; porque aunque fué pastor de ovejas y tenia cuenta con su ganado, debia ser pastor rico y de buen trato y apacible. Era liberal: hospedaba de buena gana á los que pasaban por su pueblo, recogíalos, regalábalos y lavábales los piés; y pesábale mucho que ningun peregrino pasase por allí sin entrar en su casa. Fué casado, y en teniendo hijo, se apartaron él y su mujer de comun consentimiento y vivieron como hermanos. Fué tan agradable á Dios nuestro Señor la vida de Espiridion, aun en el tiempo que fué casado, que le ilustró con muchos milagros, y por sus oraciones dió salud á muchos enfermos de varias y peligrosas dolencias, y libró á muchos endemoniados de la tirania de Satanás. Por estos milagros y por su santa vida le hicieron obispo de Trimitunte en Chipre, y en aquella dignidad resplandeció mucho mas, y obró Dios por su intercesion tantas maravillas y prodigios, que causó grande admiracion en el mundo. Envió el Señor por los pecados de los hombres una sequedad lastimosa, y con la sequedad carestía, hambre y pestilencia: y habiendo perecido mucha parte de la gente, y estando para perecer la que quedaba, no tuvieron otro remedio sino acudir á san Espiridion, para que con sus oraciones aplacase á nuestro Señor, y con agua de sus ojos les alcanzase agua del cielo. Hízolo el santo, lloró, oró, impetró, como otro Elías, lluvia del cielo, y cesó aquella calamidad. Pero como no cesaron los pecados, volvió el castigo otra vez, porque la tierra no producia fruto y los pobres andaban muertos de hambre, desalentados y perdidos; y los ricos apretaban la mano y cerraban la puerta, para que los clamores y alaridos de los pobres no entrasen en su endurecido corazon. Entre otros un pobre fué á un rico, suplicándole que se apiadase de él y le remediase de la manera que él quisiese. No fué oido: fuése á san Espiridion: pidióle remedio y consuelo, y el santo le dijo: No te congojes, hijo, ni llores; porque mañana tu casa estará llena, y este rico que ahora te parece tan bienaventurado, será miserable y rogará que tomes de sus bienes lo que has menester, y tú te reirás de él. Pensó el pobre hombre que aquellas palabras se las decia el santo por cumplimiento y para consolarle; y partióse muy desconsolado y triste. Aquella misma noche envió nuestro Señor una agua tan copiosa y una avenida tan grande, que sacó de las trojes del rico todo el trigo y hacienda que tenia, y se la llevó por la ciudad. Acudieron pobres á la rebatiña, y entre los otros aquel que el dia ántes habia pedido al rico limosna y no se la habia dado, y comenzó á llevar á su casa y á henchirla de los bienes que allí hallaba: y el mismo rico, viendo su hacienda perdida y que no la podia remediar; le dijo que llevase todo lo que pudiese, riéndose de él el pobre, y acordándose de las palabras que san Espiridion le habia dicho. Perdió este rico el trigo que tenia en aquellas trojes; mas no perdió la dureza del corazon; porque yendo á él otro pobre (creyendo que estaria mas blando y escarmentado con la pérdida pasada), y suplicándole que, dado ó prestado, ó á censo ó cambio, ó de cualquier manera que quisiese, se compadeciese de él y le remediase; nunca pudo hacer mella en aquel pecho empedernido y mas duro que el diamante: ántes le respondió, que no le daria ni un grano de trigo, ni aun la sombra de un grano si no le llevaba el dinero en la mano. Desesperado el pobre hombre, acudio á san Espiridion, que era el refugio de todos los necesitados, y él le dió una barra de oro para que la diese á aquel mercader avaro en prendas del trigo que le vendia. Hízolo así, y viendo el oro el rico, dió al pobre todo el trigo que hubo menester, para comer y para sembrar. Sembró, y tuvo tan copiosa cosecha, que vendió su trigo y pagó al rico: cobró la barra de oro y la restituyó á san Espiridion, y él la llevó á un huerto, y haciendo oracion á Dios, y suplicándole que convirtiese aquel oro en lo que era ántes, se convirtió en una serpiente, la cual Dios habia trasmudado en oro para remedio de aquel pobre hombre, por los merecimientos del santo obispo. Otra vez fué acusado un hombre amigo del santo obispo, contra toda razon y justicia. Súpolo el santo, y que el juez le habia condenado á muerte: hizo oracion al Señor y púsose en camino para ir á la ciudad, donde estaba el inicuo juez y se habia de ejecutar la sentencia de muerte dada contra el inocente. Para llegar á ella, era necesario pasar un arroyo que habia crecido con las muchas aguas sin poderse vadear: mandó el santo al arroyo que se detuviese: detúvose y pasó, y ántes que llegase á la ciudad, el juez entendió el milagro y que el arroyo habia obedecido al santo; luego soltó el preso y le dió por libre. Andaba siempre á pié: y una vez estando muy cansado de un camino largo y trabajoso, posó en casa de un buen hombre, que para regalarle le quiso lavar los piés, y para hacer este oficio piadoso, vinieron otros que á porfía se los quisieron lavar. Entre los otros vino una mujer, que se mostraba mas solícita y deseosa de hacer aquel servicio al santo; mas él, mirándola con severidad le dijo: No me toques, mujer; y como ella todavía porfiase, le declaró en secreto su pecado, y que poco ántes habia caido en flaqueza sensual, y que era indigna de tocarle, y que debia convertirse á Dios y llorar sus pecados (como lo hizo), enmendando la vida y dando buen ejemplo de sí.

Convocóse el concilio de trescientos y diez y ocho obispos en Nicea de Bitinia, por mandato de san Silvestre, papa, y del emperador Constantino Magno; y en él (como dijimos) fué condenado Arrio. A este concilio no solamente vinieron los obispos y varones eruditos cristianos, sino tambien algunos filósofos gentiles para ver aquella sagrada junta, y aquel como teatro de sabiduría y majestad. Entre estos filósofos hubo uno muy agudo y gran disputador, que vino á las manos con muchos de nuestros santos obispos, que eran doctísimos, y la flor de aquella junta, los cuales nunca pudieron convencer al filósofo por su grande habilidad y viveza, y prontitud en el argüir y disputar. Vió esto el santo Espiridion, que (como se dijo) era hombre simplicísimo y sin letras, pidió licencia para disputar con el filósofo; y como era varon de tanta autoridad no se lo pudieron negar. Entonces él propuso al filósofo con pocas palabras la suma de lo que la fé cristiana cree y predica de la santísima Trinidad, de la encarnacion, nacimiento, vida, muerte, resurreccion y ascension de Jesucristo nuestro Redentor, y de los otros misterios y sacramentos que creemos; y despues le dijo: Filósofo, esto es lo que los cristianos creemos: tú, ¿qué crees? Quedó asombrado el filósofo y como fuera de sí, y alumbrado de la luz del cielo respondió: Yo creo lo que tú crees, y confieso ser verdad lo que aquí has dicho: y volviéndose á los filósofos sus compañeros, que allí estaban atónitos y espantados de aquella tan repentina mudanza, les dijo: Cuando conmigo se ha disputado con palabras y razones, yo

con unas palabras he respondido á otras palabras, y con unas razones deshecho otras razones; mas cuando la virtud de Dios ha hablado por su siervo, no ha podido el ingenio humano ni la razon resistir á la virtud de Dios: y con esto se convirtió y se hizo cristiano, alabando todos á nuestro Señor, que por la simple y sincera fé de Espiridion, habia convencido la orgullosa soberbia del hinchado filósofo, y enseñádonos cuánto mas vale la humilde creencia, que la sutil dialéctica y vana sabiduría para defender la verdad.

Tambien se halló despues este santo prelado en el concilio sardicense, y defendió contra los mismos arrianos la fé católica como lo escribe san Atanasio en su segunda apología. Mas estando el santo ocupado en el concilio niceno, y obrando en él grandes maravillas, murió una hija suya vírgen llamada Irene, y volviendo á su casa halló á una mujer muy llorosa y afligida, porque habiendo dado á guardar una joya preciosa á su hija Irene, se le habia muerto sin habérsela restituido y declarado dónde la dejaba. Buscó Espiridion la joya por toda la casa, y no hallándola se fué acompañado de mucha gente al sepulcro de su hija, y llamándola por su nombre le dijo: Hija Irene, ¿dónde pusiste aquella joya que te dió á guardar esta mujer? Y la hija, como si estuviera viva, respondió: En tal parte está, y allí la hallareis, padre. Pues duerme y reposa, hija (dijo el padre), hasta que el Señor el dia del juicio te despierte, y resucites con los demás. Buscó el depósito el padre y hallóle donde su hija le habia dicho, y restituyósele á su dueño con grande admiracion y espanto de todos los circunstantes y de los ausentes que supieron lo que Dios habia obrado por Espiridion. Sucedió en el imperio de Oriente Constancio al emperador Constantino, su padre, y queriendo hacer guerra á los persas, cayó malo en Antioquía de una llaga dolorosa é incurable. Visto que no tenia remedio humano volvió á Dios, y pidióle que le sanase. Aparecióse un ángel de noche y mostróle un coro de santos obispos, y entre ellos á dos, y díjole: Aquellos dos son los que solos te pueden curar. Constancio con el deseo de la salud hizo llamar muchos obispos, y entre ellos vino de Chipre Espiridion, y en viéndole, conoció que era uno y el mas principal de los dos que el ángel le habia mostrado, y el que le habia de dar salud, y así se la dió poniendo sus manos sobre la cabeza del emperador. Pero sucedieron tres cosas en este hecho: la primera, que cuando llegó Espiridion al palacio del emperador, como venia humilde y pobremente vestido, un criado de la córte imperial, descortés y atrevido, no conociéndole, le dió un bofeton en la cara mandándole que se apartase y que no entrase en palacio, y el santo sin turbarse volvió el otro carrillo para que le diese otro bofeton, de lo cual el hombre quedó tan corrido y confuso, y mas cuando supo que era obispo y á lo que venia, que se echó á sus piés, y le habló con singular blandura y mansedumbre: la segunda, que despues que curó el cuerpo del emperador, le dió muy buenos documentos y saludables consejos para el alma, y díjole lo que habia de hacer para con Dios, y para consigo y para con sus súbditos, y que procurase aventajarse tanto en virtud á todos los demás, cuanto les excedia en la potestad y majestad del imperio, y que esto era ser rey, y lo contrario ser tirano: la tercera fué, que queriendo el emperador darle grandes dones y muchas riquezas, nunca le pudo persuadir que los tomase para sí, é importunándole mucho, finalmente los tomó y los repartió todos, ántes que de allí saliese, con grande admiracion del emperador que dijo que no se maravillaba que aquel hombre obrase cosas tan prodigiosas, pues tan altamente menospreciaba y hollaba las cosas de la tierra: y el mismo emperador repartió largas limosnas á los pobres, viudas, huérfanos y personas necesitadas, é hizo una ley en que mandaba que todos los sacerdotes y personas eclesiásticas fuesen inmunes y exentos de cualquier tributo y carga, juzgando que era cosa indigna que los que están dedicados á Dios y obligados por su oficio á rogarle por los otros, paguen pecho y alcabala á los reyes de la tierra. Salió el santo obispo del palacio real, y hospedóse en casa de un buen hombre siervo de Dios: estando allí vino á él una mujer bárbara que no sabia hablar griego, y traia en los brazos un hijo suyo muerto, al cual puso á los piés del santo, y aunque no sabia hablar con la lengua, hablaba con las lágrimas y sollozos, y pedíale que le resucitase. Estuvo dudoso de lo que habia de hacer, porque por una parte su humildad le detenia, y por otra la compasion de aquella pobre mujer, y los ruegos de aquellos que estaban allí presentes, le movian á hacer oracion por el difunto, y tambien el no dar ocasion á los maliciosos de pensar que habiendo orado y dado salud al emperador, no hacia caso de los pobres y miserables. Este afecto pudo mas en el santo: hizo oracion, y al momento el hijo se levantó vivo, y fué tan excesiva la alegría y sobresalto de la madre cuando vió á su hijo vivo delante de sí, que de repente ella murió y perdió allí la vida, para que entendamos que no solamente la demasiada tristeza, sino tambien la demasiada alegría nos puede quitar la vida. Volvió los ojos al cielo Espiridion, y suplicó á nuestro Señor diese vida á la madre, pues la habia dado el hijo; y el Señor se la dió, y con esto el santo entregó al hijo á la madre, y la madre al hijo; quedando todos pasmados y alabando el poder del Autor de la vida y de la muerte, y conociendo y estimando los merecimientos de aquel varon que tanto podia con Dios. No dejó Espiridion de tener algun ganado corporal, por haberle Dios encargado el espiritual de las almas, y por ventura fué causa la pobreza de su obispado y la necesidad de los muchos pobres á quienes socorria. Vino, pues, un hombre á él para comprarle cien cabras: concertáronse en el precio, y díjole el santo que pagase y fuése al hato, y tomase de él las cabras que hubiese pagado. Pagó el hombre noventa y nueve y tomó del hato cien cabras, pareciéndole que el santo (por ser cosa poca) no caeria en ello, porque no contó el dinero cuando le recibió. Llevando el comprador las cien cabras, una de ellas dos y tres veces se volvió al hato, donde quedaban las demás, sin poder el hombre ni con maña ni con fuerza hacerla ir con las otras que habia comprado. Tomóla en los hombros, para llevarla á cuestas, y la cabra iba dando unos balidos temerosos, y con los cuernos hiriendo la cabeza del que la llevaba con grande admiracion de los que allí estaban. Entonces el santo dijo al hombre: Mirad, hermano, que quizá esa cabra no quiere ir con vos porque no habeis pagado el precio de ella. Confundióse el hombre: confesó su pecado, pagó el precio, y luego la cabra se sosegó y dejóse llevar fácilmente.

A un diácono á quien habia mandado que hiciese cierta

oracion, y él por vanidad é hipocresía se entretenia orando, le dijo: Callad; y luego quedó mudo sin poder mas hablar, hasta que á ruegos de muchos, compadeciéndose de él, suplicó á nuestro Señor que le restituyese la habla; pero de manera que quedase tartamudo, y no pudiese hablar tan expeditamente, para que no hablase tanto: y esto hizo entendiendo que convenia así á la salvacion de aquel diácono que se escuchaba mucho, y se desvanecia pensando que hablaba bien.

Una vez estando haciendo oracion en la iglesia, y faltando el aceite en las lámparas, y no habiendo otro para cebarlas, comenzó el aceite á rebosar á manera de una fuente, y los sacristanes recogieron gran copia de él.

A una mujer casada, que habia cometido adulterio, y estaba preñada del adulterio, le avisó muchas veces de su pecado, para que se reconociese y pidiese perdon á Dios y á su marido: mas ella estuvo tan obstinada que nunca quiso oir al santo; el cual la amenazó y dijo, que pues negaba la verdad, supiese que no saldria á luz la criatura que tenia en el vientre; y así sucedió, porque despues de muy recios dolores y tormentos que padeció, murió miserablemente, sin conocerse ni confesar su pecado.

Vinieron una noche unos ladrones al corral donde estaba el ganado de Espiridion, para hacer un buen asalto, y al tiempo del menear las manos hallárónlas como atadas, y todo el cuerpo sin poderse menear. Estuvieron así toda la noche, vino luego á la mañana san Espiridion, y conociendo que Dios les tenia allí como presos, le suplicó los desatase, y despues les dijo que no buscasen con ofensa de Dios la hacienda que sin ofenderle podian haber: y que pues habian trabajado toda aquella noche, tomasen un carnero del hato; y con esta blandura los envió alegres y confusos. Solia el santo dar todo lo que tenia á los pobres ó prestarlo á los necesitados: y cuando lo prestaba, ni él veia lo que les daba, ni lo que ellos le volvian; ántes les decia que tomasen lo que habian menester del lugar donde estaba, y cuando lo restituian, que lo pusiesen en el mismo lugar. Vino algunas veces un mercader á pedirle prestado, y el mercader se lo volvió; pero una vez vencido de la codicia, hizo muestra que ponia en el mismo lugar lo que habia tomado, y no lo puso, ántes disimuladamente se fué con ello. Sucedióle despues otra necesidad: vino á pedir prestado al santo obispo; y él le dijo que fuése al lugar donde estaba, y que tomase todo lo que pedia. Fué el hombre: no halló nada, y díjolo á Espiridion, y el santo le respondió: Si tú lo pusiste, allí lo hallarás; porque ninguno despues acá lo ha tocado, pero si no lo pusiste no te quejes de mí, sino de tí: no pienses que tú me engañas, sino que te engañas. Conoció el hombre su culpa: pidió perdon; y el santo con grande benignidad se lo dió.

Juntó el patriarca de Alejandría muchos obispos y clérigos, para hacer oracion á nuestro Señor, y suplicarle que destruyese y arruinase los ídolos, que todavía quedaban muchos de la gentilidad; y el Señor los oyó, y cayeron muchas estatuas y simulacros de los falsos dioses: pero quedó una muy insigne, y tuvo revelacion el patriarca que aquella estatua no caeria hasta que Espiridion lo pidiese á Dios. Llamáronle luego de Chipre donde estaba: y ántes que llegase á Alejandría, en saliendo de la nave, echó su maldicion á la estatua y á los templos de los falsos dioses, y luego se asolaron y se hicieron polvo.

Finalmente, habiendo corrido gloriosamente la carrera de su peregrinacion, tuvo revelacion del Señor de su dichoso tránsito: y habiendo avisado de él á los suyos, y exhortádolos á todas las virtudes, especialmente á la caridad, dió su bienaventurado espíritu al que para tanta gloria suya le habia criado; el cual despues de su muerte le ilustró con grandes y muchos milagros. Entre los otros se cuenta uno: que habiendo venido un hombre á visitar su sepulcro y celebrar su fiesta, y despues comprado gran cantidad de paños y vestidos para repartirlos á los pobres; al tiempo de partirse para volver á su casa, viendo un temporal de agua que le amenazaba, se fué al sepulcro del santo, suplicándole que guardase aquellas cargas de ropa del agua, para que no se echasen á perder; y el santo lo hizo tan cumplidamente que acompañó por todo el camino al hombre, como si fuera un caminante, estando el agua como detenida; porque el santo con sus oraciones no la dejaba caer. En llegando á su casa el hombre, desapareció el santo, y la lluvia cayó del cielo tan copiosa que duró tres dias.

La vida de san Espiridion escribe el Metafraste, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su VI tomo. Hacen mencion de él el Martirologio romano y los otros Martirologios latinos á los 14 de diciembre, y los griegos en su Menologio á los 12 de diciembre. Escriben de él los autores de la Historia eclesiástica; Rufino, lib. I, cap. 5; Sócrates, I, cap. 8; Sozomeno, lib. I, cap. 11; Nicéforo, lib. 8, cap. 15 y 42; Gregorio presbítero, en la Oracion de los santos padres del concilio niceno; Cedreno en Constantino; Glicas; el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el II y III tomo de sus Anales. Suidas dice que Trifilo, obispo ledrense en Chipre y discípulo del mismo san Espiridion, escribió su vida en verso. Era este Trifilo (como lo dice san Gerónimo) el mas elocuente varon de su tiempo, y orando un dia en el sínodo, citó aquel lugar de san Marcos, cap. 2. *Tolle gravatum tuum, et ambula*: y por *gravatum*, dijo *lectum*. Estaba presente san Espiridion, y con ser mansísimo, se levantó con enojo de su silla y reprendió á Trifilo de aquella presuncion con que se habia atrevido á mudar palabra del texto evangélico, y del que el intérprete habia puesto: tanta era la devocion de este santo y la reverencia con que le parecia se habian de adorar las sílabas y puntos de la sagrada y venerada antigüedad.

* Los santos Heron, Arsenio, Isidoro y Dioscoro, mártires.—Estos santos eran muy niños, y sin embargo fueron atrozmente martirizados durante la persecucion suscitada por el emperador Decio. Los tres primeros fueron arrojados á las llamas despues de grandes tormentos, y el último, si bien fué soltado, sin embargo sufrió crueles azotes, quedando muy lastimado.

Los santos Druso, Zósimo y Teodoro, mártires.—Los tres naturalos de Antioquía; no son muy conocidas las circunstancias de su martirio. El Martirologio romano hace de ellos mencion en este dia. Murieron durante la persecucion de Decio.

Los santos Justo y Abundio, mártires.—Por mandato de Olibrio, durante la persecucion de Numeriano, hácia 284, fueron arrojados á las llamas, y como saliesen de ellas ilesos, gracias á la proteccion divina, el tirano los mandó degollar.

San Juan de la Cruz, confesor.—Véase su vida en el dia 24 de noviembre. El Martirologio romano le menciona en este dia.

San Metroniano, anacoreta.—Pasó su vida en la soledad, y por lo mismo se ignoran las principales circunstancias de la misma. Pertenece á los primeros siglos de la Iglesia.

San Viator, obispo y confesor, y san Pompeyo, obispo y mártir.—De ambos hace mencion el Martirologio romano en este dia. Viator era francés. Fué segundo obispo de Pavía, á mediados del siglo II.

San Agnelio ó Anel, abad.—Es muy venerado en Nápoles, donde Dios hizo por su mediacion milagros muy patentes. Algunas veces (es tradicion piadosa continuada en el Martirologio romano), estando sitiada aquella ciudad, se le habia visto en los aires ostentando la cruz, y libertándola de sus enemigos. Floreció á fines del siglo VI, y á principios del VII.

San Nicasio, obispo, y santa Eutropia y compañeros, mártires.—Talando en el siglo V parte de las Galias un poderoso ejército de bárbaros germanos, saquearon la ciudad de Rheims. San Nicasio, su obispo, iba de puerta en puerta alentando á su grey, y fué asesinado junto con Florente, Jocondo y la vírgen Eutropia. Algunos autores hacen mencion de ellos á 11 de octubre; pero el Martirologio romano los cita en este dia.

DIA 15.

San Eusebio, obispo y mártir.—La vida de san Eusebio, obispo de Verceli, que es ciudad de Lombardía, sacaremos de la que se imprimió pocos años há por órden del obispo de aquella Iglesia, Juan Francisco Bonhomio, y de lo que refiere Vincencio Belovacense en su Historia, y el padre Fr. Lorenzo Surio en el IV tomo, y de lo que escribe el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio romano, y en el III y IV tomo de sus Anales; y es de esta manera.

Siendo sumo pontífice Eusebio, griego de nacion, que lo comenzó á ser el año del Señor de 309, vino de Cerdeña á Roma una noble y honrada mujer llamada Restituta, y trajo consigo un hijo suyo, y ofrecióle al santo pontífice Eusebio, suplicándole que lo tomase debajo de su amparo, y le mandase criar y enseñar en toda virtud. Hízolo así Eusebio, y ántes que le bautizase, tuvo revelacion de cuán señalado varon habia de ser: y se dice que los ángeles por sus manos le sacaron del agua del bautismo. Mandóle el santo pontífice criar é instruir en buenas letras y loables costumbres; y fué tal la instruccion, que mediante la gracia del Señor y el grande ingenio y estudio, vino con el tiempo á ser luz de la Iglesia católica, santísimo monge y prelado excelentísimo, y contraveneno y martillo de los herejes arrianos, de los cuales padeció gravísimas persecuciones por nuestra santa religion. Esmeróse tanto en la castidad, que fué perpetuamente vírgen: y para guardarla con mayor recato, aun á su misma madre nunca quiso besar en el rostro: y una mujer deshonesta que pretendia macular la castidad de Eusebio, en toda la noche no pudo hallar su aposento: porque los ángeles le apartaban de él; y á la mañana, conocida su culpa, se echó á sus piés y le pidió perdon. Tomó el hábito de monge y fué elegido obispo de Verceli (que en aquel tiempo era Iglesia de grande autoridad); y no por eso dejó los santos ejercicios del monasterio: ántes, como escribe san Ambrosio alabándole mucho, él fué el primero que en Italia supo juntar la penitencia de los monges con la dignidad y ocupacion de los clérigos, como lo hicieron en Francia san Martin, y en África san Agustin. En este tiempo la herejía arriana, con el viento y favor del emperador Constancio, hijo del gran Constantino, á guisa de un incendio espantoso abrasaba todas las provincias de Oriente, y amenazaba y fatigaba á las de Occidente. Viendo, pues, los herejes arrianos, que Eusebio habia sido nombrado obispo de Verceli, pretendieron estorbarle la entrada, porque no se sentase en su silla, y cerraron las puertas de la iglesia catedral: mas el santo con su oracion las abrió hincado de rodillas delante de la iglesia, y tomó la posesion de ella. Presidia á la sazon en la silla de san Pedro Liberio, papa, y queriendo apagar el fuego que ardia y crecia cada dia mas, envió una solemne embajada al emperador Constantino, que estaba en Francia, pidiéndole tuviese por bien que se juntase un concilio en Milan, y que en él se tratase de componer y sosegar la Iglesia católica, que estaba tan turbada con los contrarios vientos de las nuevas y falsas opiniones que se habian levantado: y como san Eusebio era varon de tan conocida santidad y autoridad, escribióle Liberio una epístola, mandándole que fuése al emperador con esta embajada, en compañía de sus legados, y que trabajase por la paz y quietud de la santa Iglesia católica.

Eusebio, sin tener respeto á sus años, trabajo y peligro, obedeció al mandato de Liberio, y alcanzó de Constantino lo que deseaba. Juntóse concilio en Milan, al cual vino el mismo emperador: y los obispos arrianos, armados de su favor y furor, procuraron que fuese condenado san Atanasio (que era el mayor enemigo que ellos tenian, y á quien mas aborrecian): engañaron y pervirtieron á algunos de los católicos; pero no pudieron vencer á nuestro Eusebio y atraerle á su voluntad: y así convirtieron contra él su saña, y le desterraron y echaron de su Iglesia juntamente con Lucífero, obispo de Caller en Cerdeña, y de Paulino, obispo de Tréveris, y de Dionisio, obispo de Milan, que no habia querido consentir y aprobar la condenacion de Atanasio. Desterrados los obispos, fué grande el llanto de todos los católicos que se desentrañaban por ellos, y con sus haciendas los proveian, y por do quiera que pasaban los hospedaban y regalaban, como á santos prelados y confesores de Cristo, que padecian por su santa fé. Pero dejando á los demás (que no escribimos aquí sus vidas), nuestro Eusebio llegó á Scitopoli, lugar de su destierro, y cayó en manos de un arzobispo arriano, llamado Patrófilo, que era por una parte el mas fino y obstinado hereje de todos; y por otra hombre (si hombre se puede llamar) tan fiero y bárbaro, que prendió á Eusebio y le echó en la cárcel y le maltrató en ella, y le apretó de manera, que muchos dias le tuvo sin comer, para que ó muriese de hambre, ó comiese de los manjares que él le daba, pretendiendo, si los comia, publicar que Eusebio ya se habia rendido y consentido con él, y engañar por este camino á los católicos: y si no los comia y se moria, dar á entender que habia muerto de desesperacion. Mas Eusebio no quiso comer de los manjares de los herejes, porque los católicos no recibiesen daño: y escribió una carta á Patrófilo, digna de su santidad y constancia, avisándole, que si moria de hambre en la cárcel, todo el mundo entenderia que él le

habia dado la muerte, y nó Eusebio tomádosela con sus manos; y escribió juntamente otra epístola á su Iglesia de Verceli, consolando á sus ovejas, y exhortándolas y animándolas á morir por la fé católica, y contándoles lo que él padecia por ella, y entre otras les dice estas palabras. «Los herejes me dicen muchas cosas y se jactan de su potencia; pero yo les quise mostrar, que ni eran nada ni podrian nada, entregándoles mi cuerpo como á sayones y verdugos, callando; y algunos dias que me maltrataron, mostré el ánimo con que recibia sus injurias, con no hablarles palabra.» Y despues les va dando cuenta de la carta que escribió á Patrófilo, en que le dice la causa por que no queria comer de lo que él le enviaba, y de la crueldad que con él habian usado los herejes arrianos: y dice, que eran mas crueles que los gentiles y paganos que persiguieron á los santos mártires; y así fué tratado de ellos san Eusebio crudamente: porque habiendo tentado su constancia, y queriendo persuadirle que se ablandase y consintiese á su perfidia, y no pudiendo hacer mella en aquel sagrado pecho, le arrastraron con grande impiedad de los piés por una escalera abajo: y tornando muchas veces á preguntarle lo mismo, y él respondiendo lo que ántes habia respondido; le arrastraron tantas veces (como dice san Máximo en un sermon), cuantas eran las que negaba querer consentir con ellos. Y (como escribe san Gerónimo), para atormentarle y hacerle padecer mas, de Scitopoli le enviaron desterrado á Capadocia, y aun de allí se entiende, le mudaron á la superior Tebaida de Egipto. Pero con la muerte de Constancio quedó por entonces libre de los arrianos y fué á Alejandría, donde san Atanasio (que habia sido restituido á su Iglesia) juntaba concilio, y de allí á Antioquía, para componer las contiendas eclesiásticas que en ella habia; y por órden del concilio celebrado en Alejandría, y de Liberio papa, fué visitando las Iglesias del Oriente, que con la tempestad de los arrianos estaban caidas y arruinadas, para levantarlas y poner en ellas ministros católicos, y resistir á los herejes: y acabando con grande zelo y vigilancia este negocio, volvió el santo pontífice á Italia, y en ella fué recibido como gloriosísimo confesor y valerosísimo capitan de Cristo, dejando los católicos por su venida (como dice san Gerónimo) el lucro que ántes trajan. En Italia hizo el mismo oficio de sacerdote y médico, como lo habia hecho en Oriente, visitando y recreando las Iglesias con increible alegria y fruto de los católicos, y pesar de los herejes: de los cuales finalmente (como se dice en su vida últimamente impresa, y lo trae el cardenal Baronio), fué primero arrastrado, despues atormentado con varios suplicios y apedreado, y teniendo la cabeza y todo el cuerpo hecho pedazos, acabó gloriosamente su carrera: y siendo ya casi de ochenta años, dió su espíritu al Señor, por cuya gloria habia peleado, y fué el año de nuestra salud de 371, imperando Valentiniano y Valente, su hermano. Esto es lo que se dice en su vida, y por esta causa muchos le llaman á boca llena mártir; y este título le da el Martirologio romano (1 de agosto), y los otros antiguos, y el epitafio escrito en su sepulcro, y últimamente el breviario de Clemente VIII. Verdad es que san Ambrosio y otros santos no llaman á san Eusebio sino confesor, y no hacen mencion de este género de muerte que aquí queda referido. San Gregorio Turonense refiere algunos milagros de san Eusebio despues de su muerte, y particularmente en sanar á los endemoniados, y en apagar el fuego, ó estorbar que no se encendiese en casa del mismo san Gregorio, por estar allí las reliquias de san Eusebio. El martirologio romano pone el dia de su muerte al 1.° de agosto, y en el mismo dia hacen mencion de él los otros Martirologios, de Beda, Usuardo y Adon; aunque el breviario reformado de la santidad de Clemente VIII manda hacer conmemoracion de él, á los 15 de diciembre, y por esto nosotros le ponemos aquí.

* Los santos Ireneo, Antonio, Teodoro, Saturnino, Víctor y otros diez y siete, mártires.—Sufrieron el martirio en Roma en los años 262, en la persecucion de Valeriano, y de ellos hace conmemoracion la Iglesia en este dia.

Los santos Faustino, Lucio, Cándido, Celiano, Marco, Januario y Fortunato, mártires.—Sufrieron por la fé de Cristo en Africa, y el Martirologio romano los menciona en este dia.

San Valeriano, obispo y confesor.—Siendo ya este santo de mas de ochenta años de edad, sobrevino la persecucion vandálica, mandando Genserico. Mandóse al anciano que presentase los vasos sagrados; y negándose á hacerlo, se le expelió de la ciudad, se mandó que nadie le abriese, y permaneció casi desnudo por mucho tiempo en las calles, sujeto á la intemperie. Murió mártir en algun modo, confesando y defendiendo las verdades católicas. Segun Baronio, murió en 456.

San Maximino, confesor, y santa Cristiana, virgen.—De ambos hace mencion el Martirologio romano en este dia. Santa Cristiana, por sus muchos milagros, obrados en tiempo de Constantino, atrajo á la verdad muchas almas infieles. Maximino murió en 520.

San Florencio ó Flann, abad.—Los irlandeses hacen conmemoracion de él en este dia. Menciónale tambien san Colgan.

San Eleuterio, mártir.—Su madre fué bautizada por el apóstol san Pablo, y educó cristianamente á Eleuterio. Este, durante la persecucion de Adriano, fué atormentado, metido en un horno, y al fin degollado (Galesinio).

DIA 16.

Los santos Ananías, Azarías y Missael, mártires, y san Daniel, profeta.—Habiendo el rey de los asirios Nabucodonosor sojuzgado y vencido á la ciudad santa de Jerusalen, y tomado de ella una grande y poderosísima presa, con los ricos y preciosos vasos del sacro templo, é infinitos cautivos; triunfante y vanaglorioso se volvió á su ciudad de Babilonia, y estando en ella, eligió de los mas nobles hebreos los niños que le parecieron mas hermosos y dispuestos, para que bien instruidos en las letras, disciplina y lengua caldea, sirviesen á su persona y mesa. Entre estos puso los ojos y aficion (por mas gentiles y hermosos) en Daniel, Ananías, Azarías y Missael. Eran estos cuatro hermosos niños tan nobles, que siendo parientes muy cercanos de los reyes Sedecías, Ezequías y Josías, los ilustraba la real sangre de David, de quien descendian. Hizo el bárbaro rey que les mudasen los nombres, llamando á Daniel, Baltasar; á Ananías, Sydrach; á Missael, Missach; y á Azarías, Abdenago. Dió asimismo órden á Asfenez, ó Aschanes, príncipe, ó prepósito de los eunucos, para que á estos niños los regalasen y diesen de comer de su real mesa, y de beber del mismo vino que él bebia, y (segun algunos) que los hiciese tambien eunucos. El santísimo

Daniel, que estaba hecho á seguir la virtud y abstinencia de vino y regaladas comidas (aunque tan niño), como quien se habia criado entre los religiosos recabitas, ó hijos de los profetas, descendientes del gran zelador de la honra de Dios, Elías, cuyo hábito vestian, y cuyo instituto seguian en todo, guardando perpetua virginidad: de estos, pues, habian aprendido Daniel y sus tres compañeros los santos niños, las virtudes grandes, en que toda su vida se ejercitaron; como son, ayunos, penitencia y oracion, á que se juntaban tres veces cada dia; y porque guardaron perpetua virginidad, cumpliendo con su instituto y religion eliana, dijeron muchos eran eunucos, dándoles ese título por vírgenes. Pues como el santísimo Daniel fuese algo mayor de edad que los otros tres niños, sus parientes, los llamó aparte y dijo: que él estaba resuelto á no dejar la vida religiosa y abstinente, en que estaba criado, y que si ellos querian hacerlo tambien así, pues sabian era vida santa, que verian qué medio habian de tener para observarla, y que sin duda Dios se les daria.

Hallólos prontos á su voluntad: porque ellos tenian la misma; y así todos cuatro se fuéron á Asfenez, y le dijeron: Nosotros tenemos propósito de ayunar y vivir segun nuestra regla religiosa, comiendo solo pan y yerbas, y bebiendo solo agua; y así te pedimos, no permitas faltemos en un punto á nuestro propósito. Era Daniel tan gracioso en el hablar, que atraia á sí las voluntades de aquellos á quienes hablaba; y así le dijo su príncipe cariñoso: Yo, niño, bien quisiera darte gusto; pero temo la indignacion del rey, que si ve vuestros rostros pálidos y macilentos por la falta del sustento y regalo, me quitará la vida, juzgando tener yo la culpa. Hagamos una cosa (dijo Daniel): déjanos ayunar diez dias á pan y agua; y pasados estos, si vieres estamos mas flacos y descoloridos que los otros que comen regaladamente, haremos tu gusto; y si no fuere así, tu harás el nuestro. Sea así, dijo Asfenez: y como pasados diez dias los viese mas hermosos y colorados que los otros, los dejó proseguir en su vida abstinente, dándoles solo pan y agua, y algunas yerbas. Con esto aprovecharon tanto en la virtud y letras, que no se hallaba quien supiese tanto como ellos: por lo cual, cumplido el tiempo de su crianza, el rey los tuvo consigo, y hacia grandísima estimacion. Añadió Dios ciencia á su ciencia, y saber á su saber, dándoseles infusa en todas ciencias y artes, mejorando á Daniel en inteligencias de sueños y visiones.

Por este tiempo (segun el comun sentir) sucedió que dos malditos viejos, jueces de aquel año entre los hebreos que vivian en Babilonia, siendo malos y viciosos, y habiendo engañado á muchas mujeres, diciendo (para aprovecharse de ellas), que naceria de ellas el Mesías que esperaban; hallando oportunidad, quisieron gozar de la hermosura de una honestísima señora llamada Susana, mujer de Joaquin, hombre principal y rico entre los hebreos: y viendo que ella no quiso consentir en sus torpezas, hallándola sola y bañándose en un jardin, donde ellos se habian escondido falsamente, la acusaron de adulterio y sentenciaron á que fuese apedreada: y sacándola á vista de todo el pueblo, el niño Daniel se puso en su defensa; de que el pueblo se holgó mucho; porque todos deseaban se librase aquella señora de tan afrentosa muerte: y así, aunque era tan niño, le hicieron juez por disposicion divina. Volvieron al juzgado con Susana, donde sentado Daniel en su silla de juez, y que cada uno de por sí viniese á decir su dicho. Vino el primero, y díjole el santo niño: Viejo en maldades, pues dices haber visto á Susana cometer adulterio en el jardin; dí, ¿debajo de qué árbol? Debajo de un lentisco, respondió el viejo. Tú has mentido en daño de tu cabeza, y el castigo te vendrá de lo alto, dijo Daniel. Mandó traer el segundo, y díjole: Casta de Canaan lasciva, dime, ¿debajo de qué árbol viste á los dos que estaban juntos? Debajo de un carrasco, dijo el mal viejo. Tambien tú has mentido (dijo el niño); y el ángel del Señor te quitará la vida. Con esto siendo convencidos del falso testimonio á vista de todo el pueblo, fué dada por libre la santísima Susana con regocijo universal de todos, y sentenciados á apedrear los dos malditos viejos, y la fama del niño Daniel se aumentó en gran manera desde este dia.

Tuvo el rey Nabucodonosor un sueño que le puso en grande admiracion: mas despertando, aunque le quedó el asombro, el sueño se fué de su memoria. Mandó el rey juntar á los sabios caldeos, y pidióles le dijesen lo que habia soñado, y su declaracion. Ellos le respondieron, que si les decia el sueño, se le declararian, pero que no diciéndole, pedia cosa que ningun hombre en la tierra podia satisfacer, y solo Dios podia saber lo que pedia. Viendo el rey que ninguno le decia lo que habia soñado, condenó á muerte á todos los sabios. Daniel, que sabia que él y sus tres compañeros tambien entraban en la sentencia de muerte, y que los buscaban para ejecutarla, habló con Arioch, capitan del rey, á quien se habia dado cargo de la muerte de los sabios, de quien alcanzó que entrase con él al rey, para pedirle le diese tiempo, en que pudiese alcanzar de Dios el sueño y su declaracion; y señalado el plazo de la noche siguiente, Daniel y los tres niños se pusieron en oracion, y por ella oyéndoles Dios, dió noticia á Daniel del sueño del rey y de lo que significaba: por lo cual él y sus compañeros le dieron gracias. La mañana siguiente fué Daniel con Arioch á la presencia del rey, y le dijo: Lo que tú, ó rey, soñaste, ninguno de los mortales puede saberlo sino Dios, á quien todas las cosas son patentes; y así á tí quiso su divina Majestad declararlas al tiempo que estabas contigo mismo pensando lo que sucederia de tí y de tu estado: y á mí me lo reveló para que lo dijese. Es, pues, este el sueño. Tú, ó rey, viste una como estatua grande, cuya vista era terrible. Tenia la cabeza de oro, por quien se significa tu grandeza y la de otros reyes de Asiria: su pecho y brazos eran de plata; y denota el reino de los persas y medos, que seguirá al de los asirios, y que será menor que él en nobleza: el vientre era de cobre; y denota el reino de los griegos, que en tercer lugar sucederá: las piernas tenia de hierro y los piés parte de hierro y parte de barro: y daba á entender el reino de los romanos, que ha de venir en el cuarto lugar, y con esfuerzo y ánimo de sus capitanes sujetará á las otras gentes: y así como el hierro y barro no pueden bien unirse; así habrá guerras entre los romanos unos con otros, de donde vendrán á perderse. Asimismo, ó rey, viste una piedra que cayó de un monte sin manos que la tirasen, la cual hirió en los piés á la estatua, y la derribó, y se convirtió toda en polvo, y la piedra creció y se hizo un monte grande, que ocupó toda la tierra; esto denota el reino del Mesías, que durará para siempre.

Satisfizo al rey el sueño y su declaracion: adoró á Dios del cielo, y honró al profeta Daniel, dándole cargos honoríficos en su reino, haciéndole príncipe y gobernador de

todas las provincias de Babilonia. Mandó que todos le obedeciesen como á su misma persona, y por su respeto y honor hizo tambien príncipes á sus tres compañeros, y les dió honrosos cargos. Hizo despues una estatua suya Nabucodonosor dorada, de sesenta codos alta y seis de ancho. Al tiempo que habia de levantar en alto esta soberbia estatua, mandó que á voz de pregonero se publicase, como se hizo, que oyendo la señal de varios instrumentos músicos todos hincasen las rodillas por tierra, y adorasen la estatua, juntándose para eso todos los príncipes y magnates del reino, amenazándoles juntamente que el que no la adorase, seria quemado vivo. Estaba á la sazon ausente Daniel, entendiendo en cosas de su gobierno; pero los santos niños compañeros se hallaron presentes: y viendo que no quisieron adorar la estatua, confesando y publicando á voces que no adorarian jamás á otro Dios que al de Israel; indignado el rey, y olvidado del cariño que les tenia, los mandó atar de piés y manos, y echar en el horno de fuego que estaba encendido y dispuesto para el caso: y los que los echaron fueron abrasados de las llamas; y los tres santos niños, quemadas las ligaduras, para que anduviesen libres, se paseaban sin daño alguno en medio del fuego, alabando y bendiciendo al Señor. Cebaban el fuego con mucha leña los paganos, tanto que la llama subia cuarenta y nueve codos en alto, sin dañar en cosa alguna á los que estaban dentro; ántes bajó un ángel del cielo á hacerles compañía, que dividiendo la llama á todas partes, les hacia viento suave y regalado, de manera que no solo no les molestaba el fuego á los santos niños mártires, sino que ántes bien estaban como si fueran en la gloria. Entonces viéndose tan regalados, entonaron todos tres aquel cántico tan celebrado y repetido en la Iglesia, que comienza: *Benedicite omnia opera Domini Domino:* Bendigan á Dios todas las criaturas; y prosigue nombrando á las mas principales del universo. Visto por el rey lo que pasaba, y admirado de que el fuego no los quemase, habiendo quemado á sus soldados que estaban fuera, y de ver cuatro personas dentro del horno, habiendo echado solo tres, mandó sacarlos: y viéndoles sin lesion alguna, pues no les habia tocado el fuego ni á un pelo de la ropa; adorando al Dios que ellos adoraban, y alabando lo bien que habian hecho en no adorar á otro, pues era aquel tan poderoso, los volvió á su amistad y gracia, y promovió á muchos cargos de grande honra.

Despues vió Nabucodonosor en sueños un grande árbol que ocupaba toda la tierra, y en sus ramas estaban muchas aves, y debajo muchos animales, y mandaba Dios que fuese cortado del árbol lo que estaba eminente sobre la tierra, dejando las raices, con esperanza que podria reverdecer, pasando sobre él siete tiempos. Daniel interpretó este sueño, diciendo, que pasarian por el rey siete años en que andaria como bestia, por estar turbada su imaginacion, y así andaria como tal por los campos, paciendo las yerbas, sin hablar ni tratar con los hombres. Díjole mas Daniel: que en este estado, como confesase que habia Dios en el cielo, cuyo poder era infinito, y se le humillase, le seria restituido su sentido y reino. Aconsejóle que remediase sus pecados con limosnas; esto es, que seria posible evitar semejante castigo, con que Dios nuestro Señor le amenazaba, si hiciese bien á personas pobres y necesitadas: y porque no tomó su consejo, vino el castigo; y así parece que no le duró mucho tiempo la devocion y buenos intentos que tuvo, luego que vió á los tres santos niños, compañeros de Daniel, libres del fuego del horno, sino es que volvió á ser soberbio como ántes. La bestia, en cuya figura andaba Nabucodonosor, por la parte anterior parecia buey, y por la posterior leon. Daniel hizo oracion á Dios por el rey, y perseveró en ella muchos dias, y alcanzó de Dios que los siete años que habia de andar en semejante penitencia, se conmutasen en meses: con que levantó sus ojos á Dios el rey, reconociéndole por Señor universal, conociendo su culpa, y pidiendo (de la manera que podia) perdon de ella; y Dios le perdonó, y volvió su sentido y primer estado: aunque no luego tuvo el gobierno del reino; ántes por consejo de Daniel le dió á siete varones sabios, hasta que se cumpliesen enteramente los siete años, en los cuales hizo penitencia, no comiendo pan ni carne, ni bebiendo vino, sustentándose de solas yerbas, conformándose con lo que Daniel le mandaba y aconsejaba, en todo. Despues de esto, y de haber obtenido el gobierno de su reino algunos años, vino á morir, y reinaron despues de él dos hijos suyos, Nabucodonosor y Evilmerodach. Reinando, pues, el primero, hijo de Nabucodonosor, llamado asimismo Nabucodonosor, sucedió que los de Babilonia adoraban entre otros dioses un ídolo llamado Bel, á quien el rey y todo el pueblo tenian gran veneracion; porque decian los sacerdotes suyos, que cada dia se comia cuarenta ovejas, y una gran cantidad de pan y vino, segun era la carne. Persuadia el rey á Daniel que adorase este dios, de quien se decia un portento tan admirable (¡qué ceguedad del demonio! ¡mirad en qué virtud fundaba su divinidad, sino es en ser voraz!): Daniel constantemente afirmaba que aquel no era Dios, sino figura de metal, y que allí habia algun engaño. El rey, para persuadir á Daniel, le llevó al templo, y delante de él hizo poner al ídolo toda aquella cantidad de ovejas, pan y vino, que todos los dias se le daba, y salieron todos del templo, sellando el rey la cerradura con su real sello, para que ninguno pudiese abrir. Daniel, para desengañar al rey, habia dado órden á sus criados, que con unas cribas echasen ceniza por todo el suelo del templo. Al dia siguiente fuéron solos al templo el rey y Daniel: y hallándole como le dejaron, cerrado y sellado, abrieron y entraron dentro; y visto que faltaba la comida, levantó la voz el rey, diciendo: Grande es el poder de este dios. Daniel entonces dijo mirase al suelo. Bajó los ojos el rey, y vió las pisadas de hombres, de mujeres y de niños. Fueron siguiendo el rastro, y hallaron una secreta cueva debajo de una losa, por donde entraban desde su casa (que estaba cerca) setenta sacerdotes con sus mujeres é hijos, los cuales hacian aquel estrago, publicando que el ídolo se lo comia. Grande fué el sentimiento del rey, visto el engaño: por lo cual mandó matar á los sacerdotes; y el ídolo y templo entregó á Daniel, que con el zelo heredado de su padre Elías, lo destruyó y puso por tierra.

Otro dios tenian tambien los babilonios, que era un ferocísimo dragon. Decia el rey á Daniel, que á lo ménos á este dios vivo y tan feroz podria adorar. Respondió el santo profeta, que solo á Dios del cielo adoraria: que aquel dragon no tenia vida verdadera: pues fácilmente la podia perder; que le diese licencia, y veria con cuánta facilidad quitaba la vida á su dios. Yo te la doy, dijo el rey. Daniel hizo una pasta de cosas glutinosas y pegajosas, y dióla á comer al dragon, el cual luego que la mordió, los dientes

se le quedaron aferrados, se le tapó la boca, y faltándole el aliento, se ahogó y quedó muerto. Mostróle Daniel al rey y á los suyos, diciendo: Mirad el dios vuestro, que presto murió. Indignáronse contra Daniel los grandes del reino, y decian, que habia convertido al rey á su ley, y vuéltole judío. Con esto, amotinados, fuéron al rey y dijeron, que si no les daba á Daniel, le quitarian la vida. El rey temeroso, como desapercibido, les entregó al profeta, y ellos le echaron en el lago de los leones, donde habia siete ferocísimos, á quienes daban de comer todos los dias dos hombres de los sentenciados á muerte, y dos ovejas y otras reses; y entonces de industria, porque luego, viéndose hambrientos, se cebasen en el profeta y se lo comiesen, no les habian dado cosa de comer, ni se la dieron en seis dias. Mas Dios, no solo le libró de las bocas de los leones, sino es que tambien le dió de comer, enviando un ángel, que desde Judea trajese de un cabello al profeta Habacuc, que iba á llevar de comer á sus segadores. Habiendo puesto el ángel á Habacuc sobre el lago de los leones, Habacuc dijo así: Daniel, siervo de Dios, toma la comida que él te envia. El santo Daniel dió gracias á Dios: tomó la comida: satisfizo á su hambre de seis dias; y el ángel restituyó á Habacuc á su patria y lugar de donde le habia traido. Vino el rey al séptimo dia á llorar á Daniel, juzgándole por muerto; y hallándole vivo, exclamó, diciendo: Grande es el Dios de Daniel. Mandóle sacar de allí: y estando ya prevenido y con gente de guarda, mandó echar en el lago á los que echaron en él á Daniel, donde fueron todos despedazados y tragados de los hambrientos leones en un instante.

Murió Nabucodonosor, el II, y sucedióle en el reino su hermano Evilmerodach. Profetizó Daniel en Caldea desde el tiempo de Nabucodonosor, el mayor, hasta el de Darío, rey de los medos en Media, adonde el mismo rey Darío le llevó de Babilonia, y fueron grandes los misterios que Dios le reveló. Profetizó del Anticristo y del fin del mundo. Tambien dió señal infalible de la venida del Mesías, y de su muerte, señalando número de setenta semanas, por donde quedan convencidos los hebreos; pues adelantó Daniel á otros profetas en señalar tiempo cierto y determinado; y cumpliendo este, como se cumplió, al tiempo que el Hijo de Dios murió, ofreciéndose en sacrificio á su eterno Padre en el ara de la cruz, no les queda que esperar á los desdichados; ó han de decir que Dios es contrario á sí mismo: lo que confiesan ser blasfemia, como lo es. Para inteligencia de estas setenta semanas ó hebdómadas, se advierte que hebdómadas quiere decir número de siete, y aquí se tomó por siete años: y así desde el año en que dió licencia Darío á Nehemías de ir á reedificar á Jerusalen, á cuyo tiempo dijo á Daniel el ángel, por cuyo medio Dios hizo esta revelacion, que habia de comenzar la cuenta, y fué á los 3507 de la creacion del mundo, hasta la muerte del Redentor, que fué el de 3993, pasaron cuatrocientos ochenta y seis años, que es el número de las setenta semanas media ménos, que así lo determinó el profeta que habia de ser; porque en la otra media se confirmó el pacto de que el mismo profeta habla, y fué confirmarse la ley cristiana en los corazones de muchos por los milagros de Jesucristo, venida del Espíritu santo y predicacion de los doce apóstoles.

Evilmerodach tuvo tres hijos, de los cuales el último, llamado Baltasar, estando apoderado del reino, hizo un convite y cena esplendidísima, teniendo cercada á Babilonia Darío, rey de los medos, y Ciro, rey de los persas. Parecióle que estaba tan seguro en su ciudad, que en menosprecio de tan poderosos contrarios como le tenian sitiado, se regocijaba con banquetes y fiestas. En la cena se mostró tan insolente, que ofendió á Dios con notable desacato, sirviéndose de los vasos sagrados que Nabucodonosor, su abuelo, habia traido del templo de Jerusalen, y tenia entre sus joyas y riquezas, sin servirse de ellas para cosa alguna. Baltasar, pues, descomedidamente, quiso que ahora sirviesen á él y á sus convidados, y á las mujeres de todos, bebiendo sacrílegamente en ellos. Enojóse Dios, y pronunció sentencia de muerte contra él, enviando una mano de hombre que escribiese en la pared mientras cenaba, una escritura que ni él ni los convidados entendieron. A todos puso temor; y mas al rey. Fué Daniel llamado á que leyese y declarase las letras. Leyólas, y decian: que Dios tenia cuenta de lo que habia hecho, y pesaba sus culpas, y que su reino se dividiria entre los medos y los persas: y así sucedió; porque aquella misma noche entraron los dos reyes Darío y Ciro, y mataron al rey Baltasar, y destruyeron la ciudad. Llevó el rey Darío consigo á Daniel á su ciudad de Media, é hízole uno de tres varones, á quienes sus sátrapas ó gobernadores de provincias, que eran ciento y veinte, daban cuenta de sus gobiernos: y porque el rey le estimaba como á su persona misma, y queria darle el único gobierno y principado, fué envidiado de los otros grandes. Estos hicieron una ley de que nadie pudiese orar por espacio de treinta dias á algun Dios sino solo al rey, so pena de ser echado vivo á los leones. Esta ley hicieron por congraciarse con el rey: el cual la confirmó á peticion suya. Daniel cada dia (como hemos dicho y era costumbre antigua del Carmelo) hacia tres veces oracion á Dios. Los grandes que estaban á la mira, viendo que hacia oracion á Dios, como ántes, se fuéron al rey, pidiéndole cumpliese lo contenido en la ley, haciendo echar á Daniel á los leones por haberla quebrantado. El rey se entristeció mucho, y procuró librarle de la muerte, é insistió en ello hasta puesto el sol; y visto no habia remedio, dió lugar á que fuese echado en el lago de los leones, diciendo, que su Dios le libraria de aquel peligro: si bien te miómas á los hombres sus enemigos que á los leones fieros; y así mandó poner una grande piedra á la puerta de la estancia ó lago de los leones, dejándola sellada con su real sello y los de sus grandes y príncipes, para que ninguno pudiese entrar á hacerle mal alguno. Toda la noche pasó el rey sin cenar ni dormir, esperando el dia siguiente, el cual venido, se fué el rey al lago de los leones, y con voz triste y llorosa, pero con gran confianza que su Dios le habria librado, llamó á Daniel: el cual le respondió al instante, diciendo, que su Dios habia enviado un ángel que cerró las bocas de los leones, para que no le hiciesen mal alguno. Gozosísimo el rey de ver que estaba vivo su amigo, le mandó sacar del lago y prendió á los que le habian acusado y hecho instancia para que fuése echado á los leones, y echóles en el mismo lago, siendo de ellos despedazados al instante con gran fiereza. A Darío sucedió Ciro, que reinó en Babilonia y tuvo siempre á su lado al santo Daniel, estimándole en gran manera, como habian hecho sus antecesores.

Murió, al fin, el santo profeta Daniel en paz en Babilonia, siendo de edad de ciento y diez años ó mas, el dia 25

de julio, segun sienten algunos, y segun otros, el dia 16 de diciembre, por los años 3535 de la creacion del mundo. Fué sepultado en Babilonia en una cueva, sepulcro real, donde tambien estaban ya sepultados los tres santos niños, sus parientes, amigos y compañeros, que habian pasado á mejor vida este mismo dia 10 de diciembre, aunque algunos años ántes: á todos los cuales, esto es, Daniel y sus compañeros, llama mártires gloriosos san Atanasio. Los cuerpos de estos cuatro gloriosos santos fueron trasladados de Babilonia á Alejandría, y despues á Venecia, de donde una pierna de san Daniel fué trasladada á Vercelos, donde hoy se guarda con gran veneracion, como inestimable tesoro, y la mayor parte de las reliquias de los tres santos niños se guardan hoy en Roma con la misma veneracion en la diaconía de San Adriano; y en Alejandría se edificó un templo magnífico, para venerar en él una mano que les quedó de uno de los tres santos niños. Las vidas de estos gloriosos santos escribieron, despues del Espíritu Santo en varios lugares de la sagrada Escritura, en especial en el lib. I de los Macabeos, cap. II, donde los canoniza por santos, y en la misma profecía de Daniel, todos los santos Padres sus comentadores, y en particular san Epifanio, *de Vit. et inter. prophet.*, *c.* 2 *et* 10; san Doroteo, *in Synops.*, *c.* 17; san Isidoro, *de Vit. et obit. sanctor. c.* 40; san Atanasio, *serm.* III *contra arianos*, san Gerónimo, *in Daniel.*; san Antonino de Florencia, I *p. tit.* 4, *c.* 1; san Agustin, *in Psalm.* CXXXII, *t.* VIII; el Maestro de las historias, sobre Daniel; Lirano, *in Daniel.*; Beda; Usuardo; Adon; los griegos, *in Menolog.*; Josepho, *de Antiq.*, *lib.* X, *c.* 11 *et* 14; Metafrast.; Lipomano, *t.* XIV; Surio, *t.* IV; Pedro de Natal., *in Cathal.*, *lib.* V, *c.* 17; Villeg. *en el* II *t. de su Flos Sanctorum;* el Martirol. rom. Baronio en sus anotac. al Martirol. y Lezana, en sus *Anales del Cármen, t.* I, donde cita muchos y gravísimos autores, que afirman haber sido del instituto eliano los santos cuatro niños, Daniel y sus compañeros, con grandes fundamentos y sólidas razones, y revelaciones que podrá ver el que fuere curioso, en dicho tomo I de Lezana, á que me remito por abreviar.

Los santos Valentin, Concordio, Naval y Agrícola, mártires.—En la persecucion que contra la Iglesia suscitó Maximiano, fueron martirizados estos santos por la fé de Jesucristo. Concordio era hijo de Valentin, y los dos, junto con sus compañeros, se animaban mutuamente al martirio, sufriendo de este modo con una constancia admirable los mayores tormentos, muriendo por la fé.

Santa Albina, vírgen y mártir.—Fué martirizada en los tiempos tristísimos de la persecucion del emperador Decio. Es muy venerada en toda la Campanía. Otros, entre ellos Piazza, sostienen la opinion de que Albina no sufrió martirio, ni vivió en tiempos de Decio, sino que murió en 382.

San Irenion, obispo y confesor.—De él hace mencion el Martirologio romano en este dia. Fué obispo de Gaza, en la Palestina. Floreció en tiempo de Teodosio el Jóven.

La Conmemoracion demuchas santas vírgenes, mártires.—Durante la persecucion vandálica, suscitada por Hunerico, muchas santas vírgenes fueron martirizadas en África con varios y crueles tormentos, que ellas sufrieron con admirable constancia, por los años de 483.

San Adon ó Adonis, arzobispo y confesor.—De nacion francés, vino al mundo por los años de 800 de la era de Cristo. En un monasterio se dedicó á enseñar la moral y la religion, cosa que practicaba al mismo tiempo con su ejemplo. En el año de 858 publicó su Martirologio, que ha merecido muchos elogios. Fué consagrado arzobispo de Viena en 860. Murió en 875. Es honrado en la iglesia de Viena, y le nombra en este dia el Martirologio romano.

Santa Aicia ó Adelaida, emperatriz.—Rodulfo II, rey de Borgoña, fué padre de Adelaida, y como muriese en 937, la dejó de solos tres años de edad. A los diez y seis se casó con Lotario, rey de Italia, de quien tuvo una hija llamada Emma, que despues casó con otro Lotario, rey de Francia. Enviudó nuestra santa en 949, y desde entonces toda su aficion la puso en las cosas celestiales, despreciando lo terreno. Muchas y grandes fueron sus obras piadosas, y murió en olor de santidad en 999.

San Beano, obispo y confesor.—Es muy venerado en Irlanda, y en este dia le nombra el Martirologio romano. Murió en 398.

DIA 17.

San Franco (ó Francisco) de Sena, confesor.—El bendito san Francisco de Sena fué natural de Groti, aldea de la Toscana, seis millas distante de la ciudad de Sena. Nació el año de 1211, á 3 de diciembre. Su padre se llamó Mateo de Lipi, y su madre Celedonia Daniel, labradores honrados y muy virtuosos. Seis horas ántes que saliese Franco á gozar de la luz, soñó Celedonia que paria un monstruo horrible é informe, el cual poco á poco se convirtió en hombre, como la pena de su madre en consuelo, dándole el Señor á entender la mudanza de costumbres que habia de haber en su hijo, pasando con el tiempo de ser bruto á racional, y de las inclinaciones torpes y obscenas, que en sus primeros años habia de seguir, á la alteza de virtudes y santidad con que habia de pulirle la gracia. Pusiéronle en el santo bautismo el nombre de Franco, pronóstico feliz de sus mejoras; pues fué tan franco y liberal en el servicio de Dios, como habia sido en los vicios. Criáronle sus padres con amor y virtud: y llegando á los años de la discrecion, le pusieron á las primeras letras, para lo cual le enviaron á Sena á casa de un deudo suyo, donde, aunque gastó algunos años, no pasó de leer y escribir; porque ya su mal natural, ya los malos lados no le daban lugar de aprovecharse: lo cual visto por sus padres, se lo volvieron á casa para ponerle freno: y viéndole ya mancebo, le inclinaron á oficio de curtidor, que pide mas fuerzas que ingenio; pero no lo continuó, porque el trabajo honesto no era para su genio, y el demonio le procuraba llevar á lo que su natural pretendia. Murió su padre, y como era quien lo tenia á raya, presto pisó la de la razon; y sin respetar ni obedecer á su madre, se entregó á toda suerte de vicios y maldades, y acabó de perder finalmente el temor á Dios.

Su trato y conversacion era con hombres de mala vida, ladrones, blasfemos, jugadores, rufianes y mujercillas perdidas, de aquellas que se venden por esclavas del pecado. Con tales lados frecuentaba los garitos, tabernas y lupanares, gastando los dias y las noches en convites y pendencias: y como su caudal era ninguno, gastaba á cuenta de lo que á otros robaba. Nadie tenia segura su hacienda ni su mujer; porque como fiera á todos ofendia: no admitia consejos, y como frenético tenia por enemigo al médico que procuraba su cura: huia de los virtuosos, no queria oir misa ni recibir los sacramentos, ni entrar en la iglesia

sino es á ver ó solicitar algunas mujeres, haciendo la casa de Dios terreno de su apetito. Afligida la pobre madre de dolor, perdió la vida, cuya muerte fué nuevo título para las disoluciones de Franco; pues se dejó de decir: Ya desde hoy haré mi voluntad mas á mi gusto; pues se murió la mala vieja de mi madre, que en todo me era contraria. Disipó brevemente la mayor parte de la herencia, y con ella creció en sus disoluciones; porque el dinero en manos de un desperdiciador es lo mismo que en las de un loco la espada. Pero el Señor, que si le habia figurado monstruo en su primera edad, juntamente en la mayor le delineó para santo, dispuso su reduccion, dejándole caminar por su mismo precipicio, á la manera (dice san Ambrosio) que una madre deja que se ahite el hijo de leche para quitarle el pecho.

Abrasábanse en guerra viva las ciudades de Sena y Orbieto: y Franco, sentando plaza de soldado, se desenfrenó de modo que era una aduana donde todos los vicios registraban lo último de su malicia. Dióse al juego, y con mas disolucion á los votos y blasfemias, con universal escándalo: quitaba las mujeres á sus maridos: robábales las haciendas; y junto con otros bandoleros ni á las vidas de sus dueños perdonaba. No satisfecho de la fuerza, usó tambien del arte para hurtar mas á su salvo, vistiendo diversos trajes, de estudiante, soldado, labrador, peregrino, borgoñon, francés, italiano y español, usando barbas postizas, unas negras y otras blancas, con que engañaba á todos y hacia de las suyas. De esta suerte iba dando cuerda el Señor á aquella fiera; así permitia se dejase arrastrar de sus vicios, para que despues la experiencia le enseñase que son dueños tiranos; y al fin, que es primor de Dios usar de reglas torcidas, para sacar derechos sus renglones. Todo lo experimentó así Franco; porque continuando su ejercicio, se sentó una noche á jugar, y habiendo perdido cuanto tenia, hasta el vestido y zapatos, señalando á sus ojos, dijo á los jugadores: ¿Hay quien quiera jugarme estos ojos? Porque descreo de quien los hizo.

Al eco de esta blasfemia respondió el Señor con un tan grave dolor y ardor en ellos, que quedó ciego del todo: con que por inútil, y mas por su disolucion, lo echaron de una fortaleza en que estaba de guarnicion. Viéndose arrojado y tan mal visto de todos, que no habia quien le diese un bocado de pan; haciendo de la necesidad virtud, tomó por motivo de su reduccion la miseria en que se hallaba. Volvió el corazon á Dios: reconoció los yerros de su pasada vida; y llorando con grande amargura sus pecados, los decia y confesaba á voces: tomaba rigurosas disciplinas, y con grandes señales de contricion imploraba la divina clemencia, redimiendo con su dolor el tiempo que habia malogrado, y decia, que si el leon generoso perdona á quien se le rinde á sus piés; ¿cómo un Dios tan bueno no habia de perdonar á un pecador, aunque tan grande, que se le postraba arrepentido? Así lo sentia Franco: así lo confesaba; y pasando con su desengaño á las obras, limpió su conciencia con una confesion general de sus pecados: borrólos con muchas penitencias y lágrimas: vendió la poca hacienda que le quedaba, para satisfacer las muchas que habia robado: lo que hizo (en cuanto pudo) por medio de su confesor. Con estas diligencias, desnudándose del viejo hombre, renació nueva criatura, vestido de Cristo. No contento de los muchos rigores y penitencias con que maceraba su carne, hizo voto de ir en romería á visitar el sepulcro de nuestro patron Santiago. Por la falta de vista deseó llevar compañía, y hallóla á medida de su deseo en un mozo de su oficio, llamado Dato, que tambien se habia reducido á penitencia. Como el demonio es gran zahorí de sus daños, y entendió los que le habian de seguir de este viaje, procuró impedirle; y así obligó á Dato, persuadido de sus parientes, no solo á que no quisiese acompañarle, sino tambien á que le disuadiese de tan buenos intentos con eficaces razones y persuasiones blandas. A todas se resistió valerosamente Franco, respondiendo con gran confianza en el Señor, y concluyendo así: Su Majestad nos dice, es verdad, vida y camino: y siendo verdad, no faltará á quien la busca: siendo vida, la dará á mis pasos; y siendo camino, jamás quedaré descaminado. Bien creo padeceré necesidades; pero eso es lo que busco, para que si con todas las partes de mi cuerpo ofendí á Dios, todas padeciendo satisfagan: y así, ni la tribulacion, ni la angustia, ni la hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni los peligros me han de apartar de la caridad de Cristo; ni yo con su favor dejaré el camino: pues en obedecer su inspiracion está mi dicha, mi gloria y mi contento.

Con esta resolucion salió Franco á su camino, y á pocos pasos experimentó la mano del Señor y su asistencia; porque se le aclaró un poco la vista, y en este favor conoció que su divina Majestad se agradaba en su camino. Confirmóse mas cuando llegando á la Gascuña, y viendo en un espeso monte que el camino que llevaba se dividia en dos partes, se paró suspenso, sin saber cuál elegiria. Acudió á la oracion, y por ella mereció oir la voz de un niño, que nombrándole tres veces, le dijo en su lengua: Franco, toma el camino de la mano derecha, que por él irás seguro. Reconocido al favor, se hincó de rodillas, y con tiernas lágrimas y suspiros le agradeció, tomándole por fiador de que Dios le habia de perdonar sus pecados; pues quien agasaja al ofensor, perdonar quiere la ofensa.

No le pareció bien al demonio, y ardiendo en el infierno de sus celos, se le apareció en traje de peregrino, y mostrando tenerle gran compasion de verle solo, se ofreció á acompañarle: y lo primero que hizo fué sacarle del camino, diciendo iba perdido; y luego comenzó á predicarle y desesperarle de la misericordia de Dios (porque á peticion suya le habia contado Franco su vida toda); y así le dijo: ¡O ciego y miserable! ¿Presumes que tan feos y abominables pecados se han de borrar en esta romería? ¿Cuatro pasos que das han de abrir paso al perdon de tantos delitos? Si por un pecado solo echó Dios á los ángeles del cielo, y al hombre del paraíso; ¿tú confias que hallarás perdon, teniendo tantos? Buena es la confianza en Dios; pero la demasiada es especie de locura: porque con la penitencia de pocos dias no se curan las culpas de muchos años. Vuelve, vuelve, miserable, á tu patria, y sigue tu primera vida; que habiendo sido tan desperdiciada, que vivas bien ó mal, has de quedar condenado. Mucho turbaron al santo estas palabras; pero dándole luz el Señor, que le permitió la tentacion, salió de ella con ganancia. Humillóse ante su Majestad, é ilustrado con su gracia, respondió al santo peregrino: Bien sé que mis pecados son mas que las arenas del mar y estrellas del cielo; pero la misericordia de Dios es mayor; y así será mayor lisonja de su piedad perdonar mayores culpas. Confieso soy un mar y abismo de miserias; pero tambien sé que con flacos baluartes de arena quebranta el Señor sus brios. Pues ¿por qué desconfiaré

yo, habiendo dado su vida por pagar mis pecados? Apártate luego de mí: y si eres ángel ú hombre, ruega á Dios que me perdone; y si demonio, vuelve á tu horrible cárcel. Quédese para tí la desesperacion; y deja para mí, y para otros pecadores, la confianza de que nos hemos de salvar por los méritos de mi Señor Jesucristo. Con esto huyó el demonio; y Franco, alumbrado del Señor, volvió á su camino, que siguió felizmente, dando á su divina Majestad infinitas gracias por haberle librado de tan poderoso y astuto enemigo.

En breves dias llegó á Compostela: visitó al santo apóstol; y habiendo recibido en su iglesia con gran devocion los santos sacramentos de la confesion y eucaristía, mereció que con nueva luz del alma le restituyese el Señor enteramente la corporal, quedando á tantos favores tiernamente agradecido, y haciendo rigurosas penitencias. Viendo cuán bien le habia ido en esta romería, determinó hacer otras no ménos devotas: partió á Roma donde habiendo recibido la bendicion y una indulgencia plenaria del papa Gregorio IX, gastó en aquella ciudad santa toda la cuaresma: la cual ayunó á pan y agua, fuera de otras penitencias y rigores: de allí pasó á visitar otros santuarios en Italia, Nápoles y Sicilia, recibiendo en todas partes grandes favores del Señor, y dejando ejemplos raros de humildad y penitencia. Visitó la casa angelical de Nuestra Señora de Loreto: y haciendo oracion á la Madre de Dios María santísima, sin pecado concebida, le pidió el perdon de sus antiguos desacuerdos con grande humildad, confesando cuán ofendida la tenia, habiendo blasfemado de ella muchas veces. Consiguió el perdon de la Madre de Piedad: y en señal de que estaba ya en su gracia, tuvo un soberano éxtasis, en el cual apareciéndosele con semblante muy alegre y risueño esta divina Señora, le consoló con gran caricia, y exhortó á que perseverase en su santo propósito.

Alentado con tan celestial visita y favor tan soberano, se volvió á la ciudad de Sena, en donde, vestido de un saco, descalzos los piés, y descubierta al sol y al frio la cabeza, dió mas alto punto á sus rigores. Gastaba las noches en oracion y lo mas del dia en la iglesia: frecuentaba los sacramentos: oia con grande atencion los sermones; y deseoso de edificar á los que con sus obras y palabras habia escandalizado, salia de noche por las calles, diciendo á voces: Pecadores, convertíos á Dios y haced frutos dignos de penitencia. Ibase á los lugares públicos, y desnudándo sus espaldas, las castigaba rigurosísimamente con cadenas de hierro, dando con tan rigurosa penitencia, enseñanza para la que debian hacer los mas divertidos. Entraba en las casas de juego, y en sustitucion de Cristo, derribaba las mesas de los naipes y dados. En las cárceles y hospitales entraba continuamente: y aplicando á cada uno su medicina, á todos dejaba mejorados; porque con obras y palabras predicaba y exhortaba á la virtud como un apóstol, y hacia admirables conversiones. Muchos años gastó en estos ejercicios tan útiles al bien comun, como al provecho de su alma: la cual teniéndola Dios destinada á la religion de su santísima Madre María, quiso que esta celestial Señora le enseñase el camino por donde habia de llegar á esta dicha. Estando un dia en la iglesia mayor de Sena, despues de sus acostumbrados ejercicios se quedó suspenso; y en aquel rapto ó sueño profético se le apareció la santísima Reina del empíreo, la Vírgen María, sin pecado concebida, cercada de gran resplandor y compañía de ángeles; y hablando amorosamente, le dijo: Si quieres saber, Franco, la vida que has de seguir por ahora, para no caer de la gracia y amistad de mi Hijo y vencer á la carne, al mundo y al demonio; deja al mundo, busca la soledad, y huye de la conversacion de los hombres.

Con esto desapareció la Vírgen santísima: recordó Franco del éxtasis ó sueño; y se fué á un lugar yermo (obedeciendo á la divina voz), en donde fabricó una pequeña choza; y escondido en ella, sin mas sustento que las yerbas que la tierra sin cultura le daba, continuó algunos años sus ásperos ejercicios. Asistíale el cielo con regalos, de que envidioso Satanás, viendo que alma, á quien él habia tenido por tan suya, cada dia se retiraba mas de sus lazos; le acometia con frecuentes tentaciones. La mas fuerte para un pobre es la codicia: con esta le procuró vencer; pero salióle mal la traza, que fué así. Murió un caballero rico de Sena, y entre otras mandas que dejó en su testamento, una fué, que á cada ermitaño de los que se hallasen en el territorio de Sena le diesen cinco florines de oro, porque rogasen á Dios por su alma. Ejecutáronlo al punto los albaceas; pero llegando á la estancia de Franco, no los quiso recibir, diciendo: No quiera Dios que quien dejó al mundo y sus cosas, se vuelva á enredar en ellas; llevaos vuestro dinero; que yo rogaré á Dios por el difunto. Viendo su resistencia, se los dejaron los albaceas sobre una ventanilla de la choza donde se estuvieron, hasta que pasando por allí una pobre viuda, que andaba recogiendo limosna, para poner en estado una hija doncella que tenia á pique de perderse por muy pobre y muy hermosa, pidiendo ella de afuera, y respondiendo Franco de dentro de su choza; le dijo tomase aquellas monedas de oro que le habian dejado en aquella ventanilla y encomendase á Dios á quien las habia dejado, sin duda para que remediase á su hija. Agradóse tanto la Vírgen santísima de esta accion, que la noche siguiente se le apareció cercada de gran claridad y hermosura; y trayendo en su mano un ramo verde, que en vez de flores tenia muchas monedas de oro, le dijo: Yo he bajado del cielo por mandado de mi Hijo á darte á entender que tu vida le es muy agradable: no temas: persevera; que la corona del vencimiento se da al que persevera hasta el fin: y por la caridad que tuviste con aquella pobre mujer, te dará el premio significado por estas monedas, que se da en el cielo á los que fielmente trabajan.

Desapareció la sacratísima Vírgen: y no haciendo á Franco confiado los favores (porque en los justos al paso del amor va el recelo), se dió á mas rigurosas penitencias, doblando los ayunos, multiplicando las disciplinas y quitando del poco sueño que á las noches tomaba. Ciñóse al cuerpo una gruesa cadena de hierro, tan estrecha y apretada, que apenas se podia mover con su peso; pero dándole fuerzas el amor, no solo se la rodeó al cuerpo, sino que con la continuacion se la incorporó en la carne con tanto deseo de mortificarla, que ni un solo punto la apartó de sí hasta el dia de su muerte. Esta cadena le vistió el cuerpo de llagas; pero él no contento con ellas, las renovaba con crueles disciplinas. Es la santidad como especie aromática, que presto se exhala y difunde: así la de Franco se exhalaba de suerte, que su mayor mortificacion eran las alabanzas que los pueblos circunvecinos le daban;

pero él, como verdadero humilde, deseoso de huirlas, se fué hácia Groti, su patria, y á milla y media del lugar, hallando un bosque cerrado de malezas, en lo interior de él edificó una casilla, á quien no dejó ninguna luz, donde negado á visitas, aclamaciones y todo alivio humano, gastaba lo mas del dia y noche en oracion, favorecido de Dios y de su Madre María santísima, que habiéndole llevado á la soledad, tenian con él dulces y frecuentes coloquios. Pero ni aquí quiso tampoco su divina Majestad que su santidad se ocultase; ántes bien con una singular maravilla (entre otras) la aplicó para comun beneficio.

El concejo de Groti hacia una solemne fiesta, y para ella convidó á todos los ermitaños de aquel territorio. Excusóse Franco con humildad, pero venciólo la villa, por disposicion divina sin duda: con que asistió á la fiesta y convite. En medio de la comida, uno de los convidados, instigado sin duda del demonio, viendo comer á Franco como abstinente, comenzó á blasfemar de su santa vida y acciones, diciendo era un hipócrita, engañador y falsario, y que ahora se vendia santo ermitaño, y afectaba el ser bueno cuando no le permitia su vejez el ser malo y vicioso. Oyó el santo estas injurias con el gusto que el mas vano pudiera sus alabanzas: y creyendo por su humildad, que aquel hombre le queria bien, pues le decia la verdad tan sin rebozo, se lo agradeció, y despues le dijo: Hermano, de mí se pueden y deben creer peores cosas de las que me has dicho: solo de una cosa me pesa, que es el escándalo que has dado á los circunstantes, con tanto detrimento de tu alma. Entonces el hombre, tan lleno de pasion como de vino, añadió: Yo he dicho la verdad en lo que he dicho; y digo mas, que así tú eres bueno y te puedes salvar, como volver á vivir este capon que está en el plato. ¡Cosa maravillosa! Apenas el maldiciente acabó estas razones tan sin razon, cuando el capon saltó del plato, vivo y vestido de sus plumas, como estaba ántes que lo destinasen al convite, y juntamente el demonio se entró en el cuerpo del blasfemo, cuyos dolores llenaron de un horror sagrado á los presentes. Confundióle Franco con la maravilla: agradecióla al Señor, y no sufriendo que su crédito fuese á costa de otro, rogó por la salud espiritual y corporal de aquel hombre: y haciendo sobre él la señal de la cruz, quedó libre del demonio en el cuerpo y en el alma, y todos los presentes con nueva estimacion de Franco y de su gran virtud y santidad.

Con milagros tan patentes temió Franco la gloria vana del mundo y sus honores; pero porque no se introdujese en su corazon, permitió el Señor que le tentase el demonio en el pecado de la sensualidad, así para su humillacion, como para dar un nuevo aumento á sus coronas. Estando, pues, reposando una noche, le trajo á la memoria los pecados y torpezas de su mocedad, y las mujeres con quienes las habia ejecutado. La memoria encendió el fuego, y su imaginacion tan fuerte batería, que á no valerle el socorro del Señor, se hubiera perdido. Pidióle favor: armóse de la disciplina; pero mas se abrasaba: porque el demonio, viendo la resistencia, añadia leña al fuego. Reconociendo que tantas llamas no eran de su natural, sino de su torpe enemigo, se desnudó en carnes, y en una cama de zarzas y abrojos, que contra estas y semejantes tentaciones tenia prevenida, se acostó; y tanto lo refregó en las espinas, que salió bañado en su misma sangre. De aquí se fué á un lago de agua frigidísima, y arrojándose dentro, templó con su frialdad los ardores de su carne: y por quitarle mas los brios, volvió á tomar tan fuerte disciplina, que mas parece tiraba á quitarse la vida, que á huir de la tentacion. Viendo el demonio que no le valian sus trazas, buscó otras nuevas. Aparecióse en forma de una dama muy hermosa, que mostraba grande compasion en sus dolores, y le dijo: O pobre y engañado hombre, ¿qué haces? ¿No sabes que pecas en quitarte la vida por tu mano? ¿No ves que estos sentimientos, que ha hecho tu carne, son movimientos naturales, en los cuales ni hay mérito ni desmérito? ¿Para qué así la afliges y maltratas? Dios me envia para que yo la cuide, y en todo me sujeto á tu gusto, y con él vivirás y serás mas provechoso á su Iglesia. Franco, que luego conoció entre aquellas flores el áspid, tomando un palo comenzó á esgrimirlo en el aire, para romperle la cabeza: y haciendo con él la señal de la cruz en la pared, le dijo: En virtud de Jesucristo, que te venció en el desierto, te mando que no me molestes mas, ni dures en mi presencia. Con esto huyó el comun enemigo, confesando en el ruido y estruendo con que desapareció, que quedaba por Franco el triunfo y la victoria.

Acabada esta pelea y tentacion, viendo la sagrada Vírgen María sin pecado concebida que el que habia escogido para suyo y de su órden, se habia portado tan animoso, se le apareció sentada en un trono real asistida de muchos cortesanos celestiales: traia en la mano derecha una guirnalda de varias y hermosas flores, y en la siniestra el hábito de su religion carmelita; y díjole: La voluntad de mi Hijo y mia es que vistas este hábito de mi religion del Cármen, en la cual, si perseverares, sirviéndonos con toda pureza y perfeccion, serás coronado en la gloria con esta guirnalda. Con esto desapareció la Madre de Dios; y Franco, agradecido y devoto, procuró obedecerla. Partió al convento de los carmelitas de Sena: comunicó con un religioso docto y espiritual la revelacion, y rogóle fuese buen medianero con el prelado, para que llegase á conseguir su santo hábito. El padre prior, viendo su mucha edad y que ni habia estudiado para corista, ni para fuera del coro tenia fuerzas, le despidió y aconsejó perseverase en su vocacion de ermitaño; pues en ella servia á Dios, y edificaba á los fieles. Mucho sintió el bendito pretendiente la repulsa; pero alentado de la sacratísima Vírgen María, sin pecado concebida, y echándose á los piés de los religiosos, ya con ruegos, ya con lágrimas consiguió lo que tanto deseaba. Entraron los padres en el capítulo y con gusto le admitieron: solo faltaba el dinero para comprarle los hábitos; porque no los tenia Franco ni el convento, que con mas de quinientos años de antigüedad conservaba su pobreza primitiva. Entónces llamaron á Franco á la comunidad: dijéronle como ya estaba admitido, pero que era preciso tuviera paciencia, hasta tener posibilidad para comprarle los hábitos.

Tiernamente sintió el fervoroso pretendiente la detencion; aunque no duró mucho su pena: porque la Reina del cielo, que todo lo facilitaba, envió al convento (al mismo punto) un ángel en forma de un agraciado mancebo, que trayendo en sus manos ya cosido y dispuesto el hábito de la religion, entró en la pieza donde asistia la comunidad, y dándolo al padre prior, dijo: Este hábito es para Franco; y al punto desapareció. Quedaron todos tan pasmados, que en largo espacio nadie pudo hablar pala-

bra: y cuando ya pudieron, levantando las manos al cielo y los corazones á Dios, dieron á su Majestad y á su Madre santísima las gracias de que trajese á su religion á un varon tan hijo de sus cuidados: y Franco, no ménos obligado que reconocido, y mas advirtiendo en que aquel hábito era el mismo que traia en sus manos la soberana Reina María, derramando muchas lágrimas de ternura y gozo, le ofreció de nuevo su humilde corazon, por coronarlo á sus divinas plantas.

Viéndose con el hábito, que tomó el año 1279, y con la profesion á su tiempo, no es decible los fervores con que procuró que con el nuevo estado se conformase la vida: desmentia con su aliento las carnes: la edad volvió en juventud: ninguno habia mas diligente en el trabajo, mas continuo en la oracion, mas ferviente en los rigores, mas afecto á la humildad, siendo en todo un perfecto ejemplar, de que aprendian los mas ejercitados en la religion. La vida que en ella sentó fué de esta forma. Su comida ordinaria no pasaba de unas raices de yerbas, y en falta de ellas, pan y agua: que vino no lo probaba: esta comida era solo los tres dias de la semana; porque lunes, miércoles, viernes y sábado, con sola la sagrada comunion se sustentaba. Su cama era la tierra desnuda y una tabla. Para enjaular el cuerpo, hizo unos aros de hierro de dos dedos de ancho, ligados con unas cadenas, tan estrechos y apretados, que le entraban por las carnes. Echóse una argolla al cuello para padecer de todas maneras, y que no hubiese parte en su cuerpo que no participase su dolor: y para guardar perpetuo silencio, hizo una bola de plomo de media libra de peso, y la traia siempre en la boca, y para no perderla, cuando se ofrecia sacarla, la traia pendiente de una cadena de las que ceñian su cuerpo. En el coro siempre era el primero, sin faltar por esto á las ocupaciones en que le ponia la obediencia. Compadecianse mucho los religiosos: admiraban aquel espectáculo los ángeles; y aun el mismo Dios, sin duda, lo atendia con ternura, viendo una alma, como mil otros, cargada de tantos hierros, segun lo dió á entender con el suceso siguiente. Estaba Franco un viernes contemplando los misterios de la sagrada pasion, y se le apareció nuestro Redentor puesto en la cruz, cubierto de las muchas llagas y heridas que padeció en el Calvario; y mirando á Franco y como consolándose con él dijo: Mirad Franco, lo mucho que padecí por los hombres; y lo mal que lo agradecen. Con esto desapareció, pero dejó al santo con tan vivo sentimiento, así por ver á su Majestad tan herido, como tan ingratos á los hombres, que fué providencia particular no se le arrancase el alma. Tomó luego la cadena de hierro y con ella tan gran disciplina, que salian arroyos de sangre de su cuerpo. Rogaba al Señor diese á los hombres un claro conocimiento y verdadero dolor de sus culpas, é hizo fabricar una efigie devotísima de Cristo en la cruz, como se le habia aparecido, y con ella salia por las calles y plazas, predicando con fervor la obligacion, que á tan buen Dios tenemos, y el olvido y desagradecimiento de los hombres.

Con esta vision nació en el santo un temor filial, en que considerando lo mucho que Dios padeció por él, y lo poco que padecia por él, andaba confuso y dudoso si Dios le habia perdonado sus pecados, y si ellos eran la causa de que se le mostrase tan dolorido, cuando le consideraba glorioso. Repetia muchas veces: Si el justo apenas se salva; ¿qué espera el malo y pecador? Y como él se tenia por el mayor del mundo, le traia esta consideracion en una penosísima congoja. Para sacarle de ella, le hizo Dios entre los demás, dos singularísimos favores, que confirman cuán acepto era en sus ojos; pues así lo singularizaba en las finezas. Estando un dia de la infraoctava del Corpus disponiéndose para comulgar, el confesor, por probar su obediencia y resignacion, le mandó no comulgase aquel dia, y reconociéndose por indigno de recibir tan gran Señor, se contentase con recibirle espiritualmente en su alma. Así lo hizo, sin discurrir en lo que su padre espiritual le mandó, juzgándose tan indigno como su maestro y humildad le persuadian. Acepó su divina Majestad el sacrificio de su resignacion; mas no quiso privarle de sus provechos: y así, estando ayudando una misa, ordenó que cuando el sacerdote partia la hostia, saltase una parte de ella, y volando por el aire, se fuése á la boca de Franco, sirviéndole de Sacramento y sacerdote el mismo Señor, en premio de su humildad grande y singular resignacion.

El otro fué no ménos tierno: porque estando en oracion delante de un crucifijo, y receloso si estaba en su gracia y amor (que no hay rosa mas cercada de espinas, que un justo de temores), le suplicaba con instancia lo sacase de aquella perplejidad; mereció que desenclavando su divina Majestad los brazos de la cruz, y echándoselos al cuello, por dos veces lo abrazase y dijese: Franco, no tienes que temer: persevera en lo comenzado, y alcanzarás lo que deseas. Si este favor es excesivamente grande, ponderelo atentamente el devoto y versado en las divinas historias. Con ser, pues, tan grande, aun se quedó Franco en sus dudas y recelos. Para salir de ellas buscó medianeros, y experimentado en los favores que debia á la sacratísima Virgen María, le suplicó intercediese con su Hijo precioso, y alcanzase de su misericordia el perdon de sus pecados. Continuando esta súplica, un sábado se le apareció esta Señora tan cercada de luz y resplandores, que los que paseaban la ciudad creyeron que se abrasaba el convento; y díjole con mucha afabilidad y ternura: Franco, Dios ha perdonado tus pecados, y todos aquellos por quienes has rogado han conseguido remedio en sus necesidades, y lo conseguirás en lo futuro si perseveráres la vida comenzada. Con estas palabras y otras de sumo favor, desapareció nuestra Señora; y llegando muchos seglares al convento, y viendo que descargaban las luces y el fuego sobre la celda del santo, asustados repetian: Socorred, padres, socorred á Franco; porque se abrasa su celda. Acudieron todos, y viendo salir de ella grandes llamas, repararon que ni quemaban, ni molestaban: con que se persuadieron á que era sobrenatural el incendio, y mas cuando le vieron elevado en el aire, los ojos abiertos y vueltos al cielo, y que hablaba entre sí, aunque nadie entendia lo que decia, y tan quieto que nadie podia moverlo: con que los seglares creyeron estaba difunto: pero los religiosos, que tenian experiencia de sus éxtasis le juzgaron absorto en Dios como muchas veces lo hallaban. Así duró algun espacio, hasta que volviendo en sí, y viéndose cercado de tanta gente, de suerte se avergonzó, que retirándose á una parte oculta, tomó una sangrienta disciplina, castigando al igual de las culpas que hizo cuando pecador, la opinion en que ya estaba de santo.

Conociendo que la penitencia que habia hecho por sus pecados le habia merecido el perdon, procuró con nuevo fervor continuarla: y si hasta entonces habian sido muchos sus rigores, en adelante fueron mas en la intencion y en el número. Buscó unos agudos abrojos, y sembrólos entre el hábito y la carne para vivir siempre atormentado: otros derramó en una pieza retirada, adonde á ciertas horas del dia se iba á pasear llevando los piés descalzos, y de noche hincado de rodillas sobre ellos, continuaba tres y cuatro horas la oracion. Hizo un casco de hierro y dentro de él una cruz, en la cual y en el cerco de aquel puso unas puntas de acero, en memoria de las espinas de la corona de Cristo: y para que no le viesen, le traia forrado con un casquete de paño. A esta gala de la cabeza, añadió al cuerpo, para traerlo mas ceñido y apretado, una cota de malla llena de las mismas puntas, la cual estimó mas que á su vida: pues le halló con ella la muerte, atormentándole todo, de manera, que á no sustentarle Dios como de milagro, hubiera acabado brevemente la vida á manos de sus dolores. Con esto hacia bramar al demonio que, ya armado de fuertes armas, vuelto en etíope, feo y disforme, ya en osos, leones, sierpes, y otros fieros animales en que se transformaba, ya mudándole las formas de las cosas, el dia en noche y la noche en dia, ya desapareciéndole los instrumentos de la cocina y enfermería donde asistia, porque le tuviesen por descuidado, y ya al fin fingiendo la voz del prelado, que lo llamaba para quitarle de la oracion y demás santos ejercicios en que le veia ocupado, intentaba apurarle, vencerle y desterrarle; pero fué siempre sin fruto: porque conociendo el santo sus trazas, se reia y burlaba de él y de ellas, y salia triunfante y glorioso, cuanto Satanás vencido, corrido y avergonzado.

Enriquecido de estos triunfos y glorias, le dió el Señor ciencia superior á su capacidad, con la cual, siendo un hombre lego en su profesion, y rudo en ingenio, hacia unos sermones llenos de noticias tan provechosas y delicadas, que se conocia bien que su caudal era celestial é infuso. Oíale el pueblo con mayor provecho, gusto y atencion, que los sermones mas estudiados de los predicadores. Su tema era el santo crucifijo que consigo llevaba, enarbolándolo por las calles, plazas y lugares públicos, donde acudia mas gente, discurriendo en las finezas de su pasion y vida santísima. De aquí pasaba á las casas de juego (como hacia cuando seglar), donde era grande el provecho de su predicacion, arrojando primero, como Cristo, las mesas, naipes y dados con los dineros, sin que ninguno se atreviese á hacerle contradiccion. Con la ciencia le comunicó tambien su Majestad el conocimiento de los sucesos futuros y lo mas escondido de los corazones, entregándole de todos las llaves, como á tan gran amigo suyo. No me da lugar la brevedad á referir todos los milagros, profecías y sucesos raros de su vida; pero diré algunos con brevedad. En Sena habia una dama principal, muy perdida con su hermosura y pocos años, por lo cual su fama andaba en lenguas de todos: Oyó Franco un dia murmurar de ella, y dijo: No juzgueis con tanta facilidad de esa mujer, que la tiene Dios escogida para vaso de su eleccion, como á otro Saulo. Así se vericó: porque se redujo á penitencia, y se acabó su vida instantáneamente. Oyendo un dia predicar al santo P. Fr. Ambrosio Salsedoni, del órden de Santo Domingo, volvió á su convento muy triste: y preguntándole algunos religiosos la causa de su desconsuelo, respondió: Nos quiere Dios quitar al santo padre Ambrosio, el cual morirá tal dia: y así sucedió. Oyendo un dia discurrir á su profesor en el gran provecho que recibian las ánimas del purgatorio con los sufragios de las misas, limosnas y oraciones que por ellas se aplicaban, le dijo: Ruégote, padre, que luego que pase de esta vida, me digas una misa. Respondió el confesor: Yo lo haré si te alcanzare en dias: á que replicó san Franco: De parte de Dios te aseguro, que vivirás un año mas que yo, porque yo moriré á 11 de diciembre de 1291, y me enterrarás; y de ahí á un año pasarás de aquesta vida: y todo fué sucediendo como el santo lo predijo.

A esta gracia acompañó la de hacer milagros. Mordió una víbora á Guido Cenio, y no hallando remedio humano para atajar la malicia de su ponzoña, acudió á la intercesion de san Franco, el cual, ungiéndole con el aceite de una lámpara que en su celda ardia delante una imágen de nuestra Señora del Cármen, y haciéndole la señal de la cruz sobre la herida, quedó sano al instante, pidiéndole solo en retribucion, que no publicase la maravilla. Cristóbal Crotti, pariente y devoto de san Franco, llegó á los últimos vales de la vida, con una fiera perlesía: envióle á llamar: fué el santo, y viéndole ya agonizando, hizo sobre él la señal de la cruz, diciendo: No temas, Cristóbal, que Dios te dará salud. Con esto se halló al instante sano y robusto. A dos buenos casa dos les nació un hijo deseado, pero ciego: acudieron al convento, y con muchas lágrimas pidieron al santo diese vista á su hijo: excusóse entonces con humildad, diciendo, que solo Dios era el que hacia milagros; que confiasen en su Majestad, y obrasen bien, que el Señor enjugaria sus lágrimas. Así sucedió: porque pocos dias despues, pasando el siervo de Dios por su casa recogiendo su limosna, le sacaron el niño; y el santo entonces, tomando en sus manos el santo crucifijo que traia al cuello, le dijo: Juan Bautista, mira á tu Redentor Jesucristo. A esta voz abrió el niño los ojos, y adoró la santa imágen, con digna admiracion de la gente que asistió á la maravilla: mas el santo, huyendo sus loores, los dió al Señor á quien tocaban; y él se volvió lleno de confusion á su convento. Otro niño le trajeron muerto; y tambien lo resucitó, y volvió vivo á su madre. Estaba una mujer poseida del demonio y fieramente atormentada; y sacando Franco su santo crucifijo, le dijo: En virtud de este Señor, te mando que dejes libre á esta criatura, que compró con el precio de su sangre. Obedeció al momento el soberbio espíritu, y con gran estruendo salió de la mujer, sin volver mas á ofenderla. A este modo fueron infinitos los milagros que hacia, que fuera nunca acabar querer referirlos todos.

Vencidos ya por Franco sus tres principales enemigos, el mundo con el desprecio, la carne con sus penitencias, y el demonio con tantas victorias; restaba que el Señor le diese la corona de justicia que tiene ofrecida á quien legítimamente peleare. Ya habia entrado en los ochenta años de su edad, cuando el 1.° de diciembre de 1291 le envió su Majestad una calentura tan aguda, que sobre sus grandes rigores y abstinencias le debilitó mucho: y aunque con la robustez de su espíritu encubria la falta de las fuerzas naturales; con todo el rigor de la fiebre, y echar mucha sangre por la boca, le dejó tan pálido y descaecido,

que al sexto dia perdió del todo las fuerzas: con que á instancias del médico y del prior se hubo de poner en la cama. Esta fué la tierra dura, hasta que constreñido con la obediencia, admitió un jergon de paja, sin sábanas ni otra cosa alguna. Como ya el Señor años ántes le habia revelado el dia de su muerte, y vió que ya se llegaba, se dispuso en esta forma. Hizo una confesion general con muchas lágrimas: recibió los santos sacramentos de la eucaristía y extremaunción; é hincado de rodillas y con tiernísimas lágrimas, dijo á los religiosos: Padres mios, bien sé que he sido un religioso muy imperfecto, y de ningun provecho ni honra á la comunidad: perdónenme por amor de Dios, y pidan por mí al Señor, para que estienda sobre este miserable pecador los brazos de su misericordia, y se digne de llevarme á su reino. Interrumpió su mucho llanto sus palabras; y así fué abrazando estrecha y amorosamente á todos, dejándolos no ménos llorosos, que tristes y desconsolados, al ver que se les ocultaba aquel sol, que con el raro y singular ejemplo de su gran santidad les ilustraba.

Era ya el dia 11, cuando al salir los religiosos de vísperas, los llamó el santo, y pidió se fuésen delante del Santísimo Sacramento, y le suplicasen no permitiese le acometiese el demonio en aquella última hora de su vida, por ser en la que él procura con mas esfuerzos que el hombre desespere de la divina misericordia, poniéndole delante sus pecados. Pero que ántes de ponerse el sol no le dejasen solo; porque entonces seria mas peligroso el combate. Temió el infernal dragon la fuerza de la oracion de una comunidad santa; y así no se atrevió á entrar en la celda de Franco: pero vistió el aire de tinieblas tan repentinamente, que dejó tan llena de asombros, como de sombras la ciudad toda. Antes de ponerse el sol, volvieron los religiosos á la celda del enfermo, y dándole fuerzas el amor, les hizo una plática espiritual toda divina, á cuyos ecos, y á la presencia de un resplandor divino que se desprendió del cielo, huyeron las tinieblas, y quedó clara la ciudad, y el convento tan lleno del resplandor celestial, que parecia ardia en vivas llamas. La gente, ántes atónita, y con tan repentina mudanza consolada, acudió luego al convento: llegó á la celda del santo, que parecia un cielo en la claridad y resplandores que en ella habia; y acompañando con sus lágrimas las de los religiosos, aquel abrasado fénix, despidiéndose de todos, les dijo: Hermanos mios, quedaos en paz. Y tú, buen Jesus y Dios mio, recibe en tus manos mi espíritu; y con estas palabras se lo entregó con grande quietud y consuelo.

Al mismo punto comenzaron á resonar en su celda muchas voces celestiales, que alabando á Dios y al santo, en solemne procesion acompañaron aquella dichosa alma á su reino, y con ellos caminó aquella luz celestial: con que á poco espacio cesaron la luz y las voces, y puesto el sol material, declaró que se ausentaba tambien el del Carmelo, dejando el cuerpo santo en la tierra, por prenda de que en el cielo tenemos segura su intercesion. Toda la noche y dia siguiente veló el santo cuerpo la ciudad, sin permitir fuese enterrado hasta el dia de santa Lucía gloriosa, siendo tanta la gente que acudia, y los milagros y portentos que hacia el santo, sanando ciegos, cojos, tullidos, mancos, leprosos, paralíticos y endemoniados, que fué lástima que con tanta brevedad les quitasen á los enfermos un tan celestial y divino médico, que tan liberalmente y de buena gana curaba á todos.

Pero ni pudieron dejar de darle el debido sepulcro; porque á no hacerlo, no le dejaran cabellos ni hábitos, pues todos se los cortaban para reliquia: ni tampoco se puede decir que se le quitaron á los enfermos con enterrarle, porque su sepulcro era una botica milagrosa para todas dolencias y enfermedades: pues acabado de enterrar, hizo tantos milagros, sanando endemoniados y diversos enfermos, y resucitando muertos, que fuera nunca acabar el referirlos: baste, pues, uno, con que concluiré, por muchos. Pedro Pablo, de la parroquia de San Estéban de Sena, salió á un camino: y dando en manos de unos salteadores, le dieron tantas puñaladas, que lo dejaron por muerto, y ellos se pusieron muy contentos á repartir el dinero que llevaba. Entretanto el herido, viéndose agonizar sin defensa ni remedio, invocó á san Franco, de quien era muy devoto; y eso le mereció en una accion muchos milagros. Apareciéle visiblemente el santo, y reprendió de suerte á los ladrones, que llenos de temor huyeron, dejándose el dinero, libre el caminante, y tan bueno y sano de sus heridas, como si en su vida no se las hubieran dado: con que dando gracias á Dios y á su siervo san Franco, que en uno supo hacer tantos milagros, prosiguió su viaje. Con estas maravillas y otras infinitas, que refieren sus historiadores, fué trasladado su cuerpo el año 1302; y colocado en el altar de una capilla suya, junto con las cadenas y aros con que ligaba su cuerpo, el saco de malla, el casco de la cabeza y la bola de plomo, encerrado todo en una arca muy rica: y el de 1308, le beatificó el sumo pontífice Clemente V, teniendo bastantes noticias en confirmacion de su santidad y milagros, y de los grandes concursos que en procesiones y estaciones se hacian á su sepulcro, así de su patria Groti, como de otros pueblos circunvecinos. Concedió asimismo dicho pontífice misa y rezo propio del santo, que confirmó Dios con un milagro, enviando una enfermedad tan penosa, que le quitó la vida á cierta persona que sintió mal de que tan presto se hubiese dado misa propia y rezo á san Franco. Volvió Dios á confirmar la gran santidad de su siervo Franco, con lo que le sucedió al padre Fr. Alonso de la Madre de Dios, varon no ménos santo que docto, el cual escribiendo en los Anales del Cármen la vida de san Franco, segun la hallaba en los historiadores suyos, que es como aquí (aunque sucintamente) queda referida, y dudase de algunos pasos de ella, pareciéndole tenia mas encarecimiento que verdad, quiso borrar unas cosas y templar otras. Al tomar, pues, la pluma con esta intencion, se le pasmó la mano, de suerte que parecia de helado mármol: no podia ni pudo moverla en muchos dias, hasta que herido, mas del arrepentimiento que del achaque, conoció su ignorancia, dándole el Señor á entender era verdad, y nó exageracion cuanto habia escrito del santo: con que, instruido y arrepentido, depuso su primera intencion, y reconciliado con esta retractacion con el santo, alzó Dios la mano del castigo, y él pudo alzar la suya, y moverla para escribir otras muchas materias. Creamos, pues, con ejecutiva fé esta admirable vida para mejorar con animosa caridad la nuestra: pues en ella hallamos ejemplo para convertir pecadores, regla para formar religiosos y modelo para hacer santos: todo lo cual podrán conseguir los que se valieren de la intercesion é imitacion de este prodigio de la gracia, que de pecador pasó á religioso, y de relioso á santo: el cual es festejado, y se reza en toda la religion del Cármen á 17 de

diciembre; aunque su glorioso tránsito fué á 11, como hemos ya visto. Tiene una insigne cofradía, con muchas indulgencias y privilegios de que gozan los religiosos de la Obediencia, que la fomentan, y muchos sacerdotes y personas seculares de todos estados y dignidades, príncipes, señores y grandes de España se precian de ser cofrades de dicha cofradía: y la real majestad del católico monarca Cárlos II tuvo siempre por religioso lustre ser hermano de la misma.

Escribieron la vida del glorioso san Franco de Sena, el reverendísimo P. M. Fr. Gregorio Lombardelo, dominicano: Alejandro Caloso; Senense; Sigismundo Ticio; Domingo Guillermo, tambien dominicano; Cartagena, en el tomo IV de sus Homilias, lib. XVII, homil. 5; Philippio Mecio, *in Vita sanctorum ord. Carmel.*; Miguel Muñoz, *in Propugnaculo Eliæ, pag.* 318: Coria; Zegero Paulo, *in Notis ad Kalendar. Mechlinense*, pero *die* 11 *aprilis;* Casanate, *in Paradis. Carmel., ann.* 1292; *Daniel à Virgine Maria, in Vin. Carmel., et in Speculo ord.;* Fr. Salvador Sierra; José Boneta; Lezana, en el tomo IV de sus Anales; Fr. Alonso de la Madre de Dios, en el tomo I de los suyos; Fr. José de Santa Teresa, en las Flores del Carmelo, y otros muchos.

*Los santos Florian, Calanico y cincuenta y ocho compañeros mártires.—Por su grande fé y zelo por la religion de Jesucristo fueron martirizados en tiempo del emperador Heraclio, en Eleuterópolis de la Palestina, en los años 640.

San Lázaro, obispo y confesor. — En la ciudad de Marsella es honrado en este dia san Lázaro obispo, el mismo que segun leemos en el Evangelio fué resucitado de entre los muertos. Fué hermano de Santa María Magdalena y de Santa Marta, y segun dicen, primer obispo de Marsella.

San Juan de Mata, fundador.—El Martirologio romano hace tambien en este dia mencion de ese ilustre fundador de la órden de la Santísima Trinidad para la redencion de los cautivos.

San Esturmio, abad.—Es reputado el apóstol de la Sajonia. Murió en 779. El sumo pontífice Inocencio II en el segundo concilio Lateranense le mencionó entre el número de los santos.

Santa Vivina, vírgen.—Es muy venerada en Bigardis, cerca de Bruselas; y su ilustre santidad la han comprobado muchos y manifiestos milagros.

La Traslacion de san Ignacio, obispo y mártir.—Despues del apóstol san Pedro, fué el tercer prelado que rigió la Iglesia de Antioquía. En tiempos de Trajano se habia trasladado su cuerpo á Roma. Despues fué devuelto á Antioquía. Mas por último en 540 fueron nuevamente restituidas sus reliquias á Roma, donde descansan en la iglesia de San Clemente.

Santa Olimpíada, viuda.—Fué señora de ilustre progenie y de opulenta fortuna. Nació hácia 368, quedó huérfana á poco tiempo, y mas adelante casó con un noble rico. Este murió á los veinte dias de casado. Nuestra santa quiso conservarse viuda, y se dedicó á la piedad y á la mortificacion del cuerpo. Murió en olor de santidad á principios del siglo V. El Martirologio romano la nombra en este dia.

Santa Bega, viuda y abadesa.—Siendo señora opulenta, quedó viuda muy jóven, erigió iglesias, fundó un gran monasterio, y partió para el Señor en 698.

DIA 18.

Nuestra Señora de la O.—En el arzobispado de Toledo, y en otras Iglesias de España, á los 18 de diciembre se celebra la fiesta de la Expectacion del parto de la santísima Vírgen María, Reina nuestra, la cual se instituyó con nombre de Anunciacion de nuestra Señora en el décimo concilio Toledano: porque viendo aquellos santos padres que se congregaron en él, la obligacion tan precisa que nos corre á todos los cristianos de solemnizar aquel dichoso y bienaventurado dia, en que el Verbo eterno se vistió de nuestra carne en las limpísimas entrañas de la Vírgen, que es á los 25 de marzo, y por estar comunmente la santa Iglesia ocupada en aquellos dias en llorar la pasion del Señor, no le puede celebrar con la alegría y regocijo que debe; ordenó que á los 18 de diciembre, y ocho dias ántes de su nacimiento, se celebrase esta fiesta con grandísima solemnidad: especialmente que estaba establecido por decreto de algunos concilios, que en la cuaresma, que es tiempo de ayuno y penitencia, no se celebrasen fiestas de mártires (que eran las que en aquella sazon solamente se celebraban), y la de la Anunciacion siempre cae en cuaresma: y como dice allí el concilio, ya se hacia esta fiesta en algunas iglesias particulares de España. Este concilio se celebró el año octavo del rey Recesvinto, y fué el último del arzobispado de Eugenio, á quien sucedió san Ildefonso: el cual, habiendo disputado, convencido y desterrado á ciertos herejes, que ponian mácula en la limpieza de la Vírgen, y defendídola con gran devocion, doctrina y valor, dió órden que esta fiesta de la Anunciacion de la Vírgen se celebrase con título de Expectacion del parto. Tambien se llama esta fiesta Nuestra Señora de la O; porque desde las vísperas de ella se comienzan en el oficio divino á decir unas antífonas al Magnificat, y se continúan hasta la víspera del Nacimiento, que comienzan en O: y por una ceremonia particular de la Iglesia de Toledo: porque acababa de decir la oracion de las vísperas de la fiesta de la Excepta-cion, todos los eclesiásticos que asisten en el coro dan grandes voces sin órden ni concierto, pronunciando esta letra O; para denotar el deseo y ansia que los santos padres del limbo y todo el mundo tenia de la venida y nacimiento de su universal Reparador y Redentor.

Porque luego que el hombre cayó y comió del árbol vedado, y con su desobediencia condenó á toda su posteridad y á todos sus hijos que habian de nacer de él; el Señor por su inmensa bondad y clemencia le dió esperanza de remedio, cuando dijo á la serpiente estas palabras: «Yo pondré enemistad entre tí y la mujer, y entre su simiente y la tuya; y esta te quebrantará la cabeza, y tú andarás siempre asechando á sus calcañares:» que es armando lazos en todos sus pasos y caminos. Esta sentencia de Dios, pronunciada contra el demonio, fué despues de aquella general caida la primera luz y la primera gracia y prenda de esperanza que la divina bondad dió al mundo, y señaladamente á aquellos que primero fueron matadores de sus hijos que padres: los cuales por esta promesa de Dios entendieron que el fruto de una mujer, hija suya, habia de confundir al demonio y reparar los daños de su desobediencia, y restituir al linaje humano lo que por culpa de ellos habia perdido; y comenzaron á

desear y á pedir al Señor con grándes ansias que se diese priesa y acelerase este remedio. Despues fué el Señor dando otras señales, y fortificando mas sus promesas: de manera que todos los santos y amigos de Dios entendieron este beneficio incomparable que Dios queria hacer al linaje humano y deseaban, sumamente ver aquel dichoso dia en que habia de nacer el que Dios les habia prometido, y enviaba para ennoblecer y reparar el mundo, y librarle del grave yugo de la tiranía de Satanás, en que estaba cautivo. Por esto dijo el Salvador hablando con sus discípulos: «Bienaventurados son los ojos que ven lo que vosotros veis; porque muchos reyes y profetas desearon verlo y no lo pudieron alcanzar.» Por esta misma causa dijo á los judíos que Abrahan habia deseado ver su dia; y que le habia visto y gozádose cuando le vió. Por esto el patriarca Jacob en la postrera bendicion que estando para morir dió á sus hijos, dijo: «No faltará el cetro de Judá, ni capitan de su casta y familia hasta que venga el que ha de ser enviado, y aquel que será la expectacion de todas las gentes: y añadió: Señor, yo esperaré á vuestra salud y á vuestro Salvador.» Por esto Moisés, cuando Dios le apareció en el desierto y le mandó que fuése á Egipto para librar á su pueblo, le dijo: «Yo te ruego, Señor que envies al que has de enviar.» Por este mismo deseo clamaba David: «Excitad, Señor, vuestra potencia y venid para salvarnos:» y su hijo el sabio Salomon, hablando de la Sabiduría eterna, que es Jesucristo unigénito Hijo de Dios, decia: «Enviadla, Señor, de esos santos cielos y del trono de vuestra grandeza y majestad, para que esté conmigo y trabaje conmigo.» Este mismo deseo manifestó Tobías, cuando á la hora de la muerte dijo: «Bendice, ánima mia, al Señor; porque él librará á Jerusalen, su ciudad, de todas sus tribulaciones:» y añadió: «¡O qué dichoso y bienaventurado seria yo, si alguno de mi linaje y de mis hijos fuese vivo, para ver la claridad y gloria de Jerusalen, cuando Dios la visitará!» Por esto el profeta Isaías daba voces, y suspirando, decia: «Enviad, Señor, aquel Cordero inocentísimo, que ha de señorear á todo el mundo;» y volviéndose á los cielos y hablando con ellos, les decia: «Ea, cielos, enviad vuestro rocío de allá de lo alto, y la nube llueva al Justo: ábrase la tierra y brote, y produzca al Salvador; y salga con él la justicia:» y en otro lugar encendido y abrasado de este deseo, y pareciéndole que tardaba mucho en venir el Salvador; con entrañable afecto y ansiosos suspiros hablando con el Señor, le dijo: «¡O si ya rompieses, Señor, esos cielos, y descendieses y acabases de venir!» Finalmente, todos los patriarcas pedian á Dios con largos gemidos la venida del Salvador; todos los profetas le prometian y con varias figuras le representaban: todos los santos del Viejo Testamento suspiraban por él: todas las gentes le deseaban; y por eso el profeta Ageo le llama el Deseado de todas las gentes: *Et veniet desideratus cunctis gentibus; et implebo domum istam gloria, dicit Dominus exercitum*: Vendrá el Deseado de todas las gentes, y con su presencia ilustraré y henchiré de gloria este templo, dice el Señor de los ejércitos. Y así no es maravilla, que al tiempo que este Señor habia de nacer y gozar de estos aires de vida para cumplir los deseos de todos sus siervos; y al tiempo que esta luz del mundo habia de salir de las entrañas de su bendita Madre, para alumbrarle, todas las criaturas estuviesen suspensas y colgadas de este felicísimo parto, en el cual estaba librada la suma de su salud y eterna felicidad: y que la santa Iglesia haga fiesta particular y nos ponga delante la espectacion y ansia con que todo el universo aguardaba el parto de la Vírgen: para que por aquí entendamos la devocion, alegría y hacimiento de gracias con que nosotros le debemos celebrar y recibir.

Pero si todos los otros santos y profetas tuvieron tan grande sed de esta fuente de vida, y por el extremado deseo de su venida daban tantas voces y clamores á Dios; ¿qué creemos que haria la que era mas santa que todos, y tenia mas lumbre del cielo para conocer y estimar este soberano beneficio, y mas caridad para desear el remedio de todas nuestras pérdidas y calamidades? ¿Qué haria la que sabia que el que traia en su sagrado vientre, era verdadero hijo suyo, y todo suyo, y juntamente unigénito del eterno Padre? ¿Y que se acercaba ya aquel bienaventurado dia en que ella le habia de parir, y mostrar al mundo su Reformador, su Salvador, su vida, gloria y toda su bienaventuranza? ¡Cómo se desharia su espíritu de gozo y de júbilo, viendo ya ser oidos los gemidos de todos los siglos y naciones, y las plegarias y oraciones de los justos; y los continuos ruegos y lágrimas con que ella humildísimamente habia suplicado al Señor que no tardase á venir y manifestarse vestido de su carne, para dar espíritu á los hombres carnales y hacerlos hijos de Dios! ¡Qué arrobada y fuera de sí estaba esta Señora, contemplando este misterio! ¡Qué luces, qué resplandores, qué rayos alumbraban su claro entendimiento! ¡Qué ardores, qué encendimiento, que llamas abrazaban su purísima voluntad! ¡Qué desmayos, latidos y sentimientos de amor padecia su corazon, con la esperanza de su breve y sagrado parto! Porque no temia los dolores ni el mal suceso, ni las otras miserias que las otras mujeres preñadas temen en sus partos. Deseaba con un increible deseo verle ya para adorarle como á su Dios, reverenciarle como á su Señor, y abrazarle y besarle como á su dulcísimo Hijo. Esta es la fiesta de la Expectacion del parto de la Vírgen, que hoy celebra la Iglesia, y nosotros debemos celebrar con especial devocion y alegría.

*Los santos Teótimo y Basiliano, mártires, y san Auxencio, obispo.—En el año 304 cuando imperaba Diocleciano sufrieron los dos primeros santos el martirio en Laodicea, ciudad de Siria. Auxencio era soldado, y dejó de servir al rey de la tierra para servir al Rey del cielo y ocuparse en la práctica de las virtudes, mereciendo por estas ser nombrado obispo de la Cilicia. Trabajó con celo en favor de sus feligreses, y murió á mediados del siglo cuarto.

Los santos Quinto, Simplicio, y compañeros mártires.—Ganaron la corona del martirio durante la cruel persecucion suscitada por Decio y Valerio. Acaeció su muerte en África el año 252.

Los santos Moisetes, Victurio, Víctor, Victorino Adjutorio, Cuarto y otros treinta mártires.—Murieron por la fé de Cristo durante las crueles persecuciones de la Iglesia en África.

San Rufo y san Zósimo, mártires.—Pertenecen al número de los primitivos discípulos de los apóstoles, que generalizaron las verdades de la fé en la Palestina y en la Grecia. Hace de ellos mencion honorífica san Policarpo, y los nombra tambien el Martirologio romano. Fueron martirizados en la Macedonia, en el año de 116.

SAN GACIANO Ó GANDION, OBISPO Y CONFESOR.—Vino desde Roma á París á mediados del siglo III, y predicó la fé principal en Tours de Francia, donde fijó su silla episcopal. Con celo infatigable y rodeado de peligros, vivió así por espacio de cincuenta años. Fué honrado con milagros.

SAN VINEBALDO, ABAD Y CONFESOR.—Hijo de un rey sajon, erigió un monasterio é hizo en él vida penitente. En el año de 760 murió practicando las mas altas virtudes propias de un cristiano.

DIA 19.

SANTA FAUSTA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Fausta fué natural de Cizico, ciudad insigne de una isla del mismo nombre en Propóntide, é hija de padres nobles, ricos y cristianos, los cuales la criaron en toda virtud y religion cristiana. De trece años quedó huérfana, muy rica, muy hermosa; pero mucho mas virtuosa: tanto que solo se ocupaba y ejercitaba en limosnas, ayunos, oracion y meditacion de las divinas Escrituras. Pero como la luz no puede estar escondida, ni la ciudad que está en la cima del monte, presto llegaron nuevas de las grandes virtudes de Fausta al emperador Maximiano, el cual despachó al punto á Cizico á un sacerdote de sus dioses, privado suyo, y el primero de su palacio, llamado Evelasio, con órden de que si podia reducir á la santa doncella á la adoracion de sus dioses, la hiciese honores grandes, si nó la quitase la vida. Apenas llegó Evelasio á Cizico, cuando hizo venir á su presencia á Fausta, y le dijo, que sacrificase á los dioses. Respondió la santa vírgen: Yo no sacrifico á estos dioses que son sordos, ciegos y sin sentido alguno. Yo tengo á mi padre y esposo Jesucristo en el cielo, y no puedo dejarle; porque te advierto, que aunque soy pequeña en la edad, mi corazon es grande para con Dios. Con esto Evelasio la mandó raer la cabeza, y desnuda atar en un palo y azotar cruelmente, todo lo cual quedó ejecutado. Pero la santa niña, en medio del cruel y riguroso tormento, levantó los ojos al cielo: hizo oracion á su dulcísimo esposo Jesus; y apenas la acabó, cuando vino del cielo un furioso relámpago, tal, que muchos de despavoridos y asustados murieron.

Temió Evelasio: y llamando á Fausta dijo: Mujer, dime, ¿quién eres? ¿Eres acaso encantadora, que tales prodigios obras? Lo que sé decirte es (dijo la santa), que no siento tus tormentos. Mandó Evelasio hacer una caja ó ataud, y poner dentro á la santa vírgen y clavarla muy bien, y despues que la aserrasen por medio. Así lo hicieron los crueles verdugos; y estando ya cansados y molidos, dijeron á Evelasio: Señor, ¿qué haremos con esta mujer? Nosotros ya estamos medio muertos y ella está viva: mas há de ocho horas que trabajamos en balde; seis sierras hemos mudado y ninguna corta en ella: hemos puesto fuego á la caja y no le toca, ántes ella se está dentro cantando alegre y suavemente: dinos pues, ¿qué haremos? Entonces Evelasio se volvió á la santa y dijo: Mujer, yo estoy pasmado: ochenta años tengo, y jamás he visto prodigios tales como los que obras; y así te conjuro por el Dios en quien crees, me digas la verdad y no me engañes: ¿qué es esto? La virtud divina (respondió Fausta), que siempre obra maravillas, la cual conocerás presto, si quieres admitir la verdad que yo confieso. Dime (dijo Evelasio) la verdad clara y distintamente, que te ofrezco oirte de buena gana y con toda atencion. Viendo la santa vírgen la buena disposicion que tenia el corazon de Evelasio, comenzó á predicarle, y tanto supo decirle y tan bien instruirle en las cosas de la santa fé católica, que le dejó del todo reducido, y obrando en él la virtud y gracia del Espíritu Santo, mandó prontamente quitar á Fausta del tormento y darle libertad, y cuando la vió sana y buena, quedó en grande manera alegre y gozosísimo.

Un criado de Evelasio se partió á dar cuenta al emperador de como se habia hecho cristiano. El emperador lo sintió mucho, y llamando á Maximino, su prefecto, hombre inhumanísimo y cruelísimo, le envió á Cizico, el cual (habiendo jurado primero al emperador que jamás creeria en Cristo) se partió, y llegando á la ciudad, hizo llamar á Evelasio y le dijo: Ven acá, cabeza de maldades, ¿cómo te has atrevido á negar á los inmortales dioses y seguir á los cristianos locos? Yo te juro (respondió Evelasio), que si tú oyes á Fausta, presto conocerás al Dios vivo y serás dichoso y bienaventurado. Encendióse en ira Maximino, y mandó desnudar á Evelasio y colgarlo en el ecúleo y azotarlo cruelmente. El santo Evelasio, despues de ser cruel y rigurosamente azotado por mucho tiempo, levantó los ojos al cielo, hizo humilde oracion á Dios, acordándose de las muchas maravillas que su divina Majestad habia usado con su esposa Fausta, y al instante quedó libre de aquel cruel tormento y sano. Visto por el tirano Maximino, mandó que le pusiesen hachas encendidas á los costados. Hiciéronlo así los verdugos: y el santo pidió á Fausta orase por él; y ella, compadecida, hizo oracion á su esposo Jesus, con que quedó libre de aquel fuego.

Maximino entonces dijo á Fausta: Díme, mujer perversa, ¿cómo te atreviste á mudar el ánimo de un venerable sacerdote, para que negando á los dioses se hiciese cristiano? La santísima niña respondió: Espero en la gran bondad y misericordia de mi Dios, que tú tambien has de ser, como Evelasio, hijo de la verdad. No juzgues, ó Fausta (dijo el prefecto), que seré yo tan necio y loco como éste. Con esto la hizo atar y colgar del ecúleo, y clavarle unos clavos en los piés, pero por virtud divina la santa vírgen no sentia tormento alguno: con que cantaba gozosa dulces himnos á su divino Esposo. Desesperado Maximino la mandó echar á las fieras. Vino una furiosa leona, y puesta á sus piés la adoró: luego salieron otras muchas fieras de diversas especies; y todas se postraron á sus piés, y la adoraron y acariciaron. Viendo el prefecto tales y tan estupendas maravillas, quedó pasmado y rabioso mas que las fieras: así fiero, bárbaro y cruel, la hizo traer desnuda y arrastrar por las plazas y calles. Viéndose públicamente desnuda la santa vírgen, dijo en su corazon á su esposo Jesus: Cubre, Señor, esta obra tuya; y bajó al instante una nube del cielo y la cubrió toda.

Desesperado Maximino, no sabia cómo atormentarla: lo cual visto por un criado suyo llamado Eusebio, le dijo: Señor, si me das licencia, yo la atormentaré de nuevo y á tu satisfaccion. Yo te la doy (dijo el prefecto): y el criado hizo que un herrero trajese diversos clavos, y unos les hizo clavar en la cabeza, otros en las sienes, otros en los ojos, otros en los oidos, otros en los pechos, otros en los brazos y otros en las piernas, hasta dejarla toda

empedrada de clavos. En este tormento solo se le oian estas palabras á la santísima esposa de Jesus: Señor mio Jesucristo, gracias te doy infinitas: tú, Señor, conoces los corazones, eres la gloria y corona de los justos, recibe á esta humilde é indigna sierva tuya: y haz, Señor, que Maximino te conozca y confiese por solo verdadero Dios, para que todos sepan que tú solo lo eres, y á tí solo se debe la gloria por los siglos. Viendo Eusebio que no sentia Fausta tan crueles tormentos y era vencido de una tierna niña; por no confesarlo, hizo traer una gran sarten ó caldera, y puesta al fuego, echar en ella pez, resina, alquebrite y plomo, y cuando todo estaba derretido y hervia, hizo echar dentro desnudos á los dos valerosos é invictos mártires de Jesucristo, Fausta y Evelasio. Los dos gloriosos santos, maestra y discípulo, comenzaron á cantar salmos, y al instante el fuego se apagó, y el plomo y demás ingredientes quedaron como un baño suavísimo. Entonces Maximino, tocado de la divina luz, dijo á voces: Dios eterno, que con tu infinita bondad y misericordia hiciste que Evelasio fuese partícipe de la corona de tu sierva Fausta, recíbeme tambien, Señor, á mí, humilde y pecador, para que, aunque por tantos títulos indigno, junto con los dos haga el número de la Trinidad santísima, que constante adoro y confieso. Muestra, Señor en mí, indigno pecador, tu gran misericordia, para que por tí me salve, pues tú me redimiste.

Luego al punto se abrieron los cielos y se dejó ver Jesucristo, rodeado de ejércitos de ángeles y espíritus gloriosos, con todos los justos que resplandecian mas que el sol. Viendo tanta gloria y tantas maravillas, Maximino exclamó diciendo: Señor, recíbeme como á tu siervo Evelasio, y no te acuerdes de la multitud de mis pecados: bien sé, Señor, cuán indigno soy de que me oigas; pero mayor es tu misericordia que mi indignidad y malicia; recíbeme, Señor, como recibiste al buen ladron. Al punto corrió adonde estaba la sarten, y levantando los ojos al cielo, y signándose con la señal de la santa cruz, dijo: En el nombre del padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, tambien yo soy con vosotros: y desnudándose á toda prisa y haciendo la señal de la santa cruz por todo su cuerpo, se arrojó á la sarten con los dos gloriosos mártires de Jesucristo, Fausta y Evelasio. Entonces llena de gozo y alegría espiritual, la bendita Fausta exclamó diciendo: Gloria te sea dada, Cristo Jesus, que no quieres que ninguno se pierda, sino es que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad. ¡Qué gozosa estoy, Señor, en medio de estos dos, como la vid con su fruto! Recíbenos, Señor, pues tú nos has llamado para tí. En esto se oyó una voz del cielo que dijo: Venid á mí vosotros que trabajais por mi nombre, que yo os recibiré en el reino de los cielos. Oyendo esta dulce voz, quedaron llenos de gozo: alabaron á Dios: diéronle gracias, y entregaron en sus divinas manos sus santas almas con grande paz, gozo y alegría, á los 6 de febrero, segun unos, á los 20 de diciembre, segun otros, ó á los 19 de diciembre, si es esta gloriosa Fausta (que lo dudo) la que este dia trae el Martirologio romano; porque una es de Roma, otra de Cizico: una es vírgen y mártir, otra es matrona noble y madre de santa Anastasia: si bien á ésta llama Nicéforo Calixto, lib. IV, in fin., Flavia y nó Fausta. Pero como quiera que sea, ahora sea una misma, ahora sean dos diversas, esta verdad se sabrá en la gloria donde las veamos. Escribieron la vida y martirio de santa Fausta, Beda, Usuardo, Adon, los griegos *in Menolog.*; Metafraste; Lipomano, tom. V; Surio, tom. I; Pedro de Natalibus, *in Cathalogo*, *lib.* VIII, *cap.* 97; el Martirologio romano y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo V de sus Anales, año 311, núm. 19, y tom. II, año 300 núm. 4.

* San Gregorio, obispo y confesor.—Era este santo obispo de la Iglesia de Auxerre, y fueron tantos sus trabajos apostólicos, que murió llorado de su grey, que le miraba como un verdadero padre y santo prelado. Hace memoria de él el Martirologio romano en este dia.

Las santas Maura, ó Meulis y Tea, mártires.—Murieron cruelmente martirizadas por los bárbaros, durante la persecucion que los sucesores de Diocleciano fomentaron en Gaza de la Palestina. Dicen que Tea sobrevivió al martirio, y murió en la soledad.

San Timoteo, diácono y mártir.—En la Mauritania, durante los primitivos siglos de la Iglesia, fué encarcelado por la fé de Cristo, y luego arrojado vivo á las llamas.

Los santos Ciriaco, Paulilio, Secundo, Anastasio, Sindimio y compañeros, mártires.—Sufrieron por las verdades de la fé, á mediados del siglo III, y murieron gloriosamente en Nicomedia.

Los santos Drario, Zósimo, Paulo y Secundo, mártires.—Sucedió en Nicea el martirio de esos ilustres varones reinando el emperador Diocleciano.

San Nemesio y compañeros, mártires.—Durante la persecucion de Decio fué preso Nemesio, y como no pudieron acusarle de robo, lo hicieron de cristiano. El juez lo hizo quemar vivo. Sucedió su martirio, con el de otros, en Alejandría, año de 252.

Santa Samtana, vírgen y abadesa.—Fundó un monasterio en Irlanda, y murió en 738. Colgan lo menciona.

San adjutorio ó adjuto.—Por entre los luminosos astros de virtud y sabiduría que brillan en el firmamento de la Iglesia, se descubre el glorioso san Adjutorio, á manera del hermoso arco iris que se describe en el cap. 42 del Eclesiástico. Normandía, antigua provincia de Francia, fué la dichosa concha do naciera esta preciosa perla del claustro benedictino. Su dichosa vida, cual aromático jardin, fué toda esmaltada con las balsámicas flores de todas las virtudes, por manera que desde su cuna hasta el sepulcro fué siempre amado de Dios y de los hombres: su infancia una cándida azucena de inocencia y simplicidad; su mocedad un precioso tejido de actos de religion; su edad varonil un estrellado cielo de virtudes. Abrasado del amor divino, disgustado del mundo y ansioso de volar, cual cándido cisne, á la cumbre de la mas remontada perfeccion; abrazó el estado religioso en un monasterio de Manta, ciudad situada en la diócesis de Chartres, á doce leguas de París. Su eminente virtud lo elevó á la dignidad de abad, cuyo encargo desempeñara con el mayor acierto en dos diferentes monasterios, que gobernó con edificacion de todos sus súbditos. Se cree que uno de estos fué el de Tiron, lugar situado en la Boccia en Francia sobre el arroyo Tiron entre Chartres y Nagent del Rotrou. Esta célebre abadía de la órden de San Benito fué cabeza de una congregacion recomendable, y desde el año de 1629 fué de la de San Mauro.

Inflamado por fin este gran santo del amor de Jesucristo, encendido en una indecible ternura con la santísima

Vírgen, de quien era muy devoto, adornado de todas las virtudes, y distinguido especialmente por el don de profecía y de milagros; despues de haberse despedido de sus amados monges, y dejando ver en su venerable semblante una extraordinaria alegría, á vista de los espíritus celestiales que con arpas de oro en sus manos acompañaban sus últimos acentos, entregó su candorosa alma á su Criador, probablemente en 30 de abril del año 1131. Su sagrado cuerpo fué trasladado á la ciudad de Orleans, y colocado religiosamente dentro de una iglesia dedicada á su nombre. La fama de su santidad sonó en breve por todos los ángulos de la tierra; y el nombre de san Adjutorio haciéndose de cada dia mas célebre por sus continuos prodigios y milagros en favor de sus devotos, es invocado por do quiera con fervor y confianza: y no solo en Orleans de Francia, sino tambien en otros varios puntos se han dedicado suntuosos templos á nuestro santo, mereciendo nombrarse en este lugar el que de tiempo inmemorial se halla construido en el pueblo de Olost, diócesis de Vich, en Cataluña, donde los fieles acuden á porfía de todas partes á implorar el poderoso valimiento de san Adjutorio, y en donde nuestro santo es venerado con esmerado culto y devocion por los moradores de Olost, y pueblos limítrofes.

Nota. Hacen memoria de san Adjutorio abad, entre otros, Saussay en su Martirologio; el obispo Equilin y Gaze; y el benemérito abad de san Pablo don Juan de Zafont y de Ferrer en su Almanaque año 1835, impreso en Barcelona.

DIA 20.

Santo Domingo de Silos, confesor.—Fué santo Domingo de Silos natural de Cañas, lugar pequeño en la Rioja: ejercitóse de pequeño, como otro David, en apacentar ganado de su padre, y despues se apartó á hacer vida solitaria y darse del todo á la contemplacion: y pareciéndole mas seguro, se hizo monge de la órden de San Benito en el monasterio de San Millan, en donde estudió las divinas Letras, y en poco tiempo aprovechó mucho. Ordenóse de sacerdote, y diéronle cargo de cura de Santa María, del mismo lugar de Cañas, donde habia nacido. Dió tan buena cuenta de este oficio, que le volvieron á llamar del monasterio de San Millan, y allí le hicieron prior. Fué varon santísimo y señalado en milagros. En su tiempo el rey don García de Navarra, por su propia autoridad, y con violencia, intentó sacar y tomar ciertas joyas, oro y plata de la sacristía del convento; y el santo con gran constancia y ánimo resistió á la codicia del rey, teniendo mas cuenta con la gloria de Dios y con la defensa de los bienes de la Iglesia, tan necesarios para el culto divino, que no con la voluntad ni indignacion del rey: el cual le desterró y le echó de su casa de San Millan con algunos de sus monges. El santo varon se fué al rey don Fernando, I de este nombre, de Castilla y de Aragon: fué recibido del rey con mucho amor y benevolencia, y su fama de santidad comenzó á extenderse mas por España: y con esta ocasion de su destierro vino á ser abad del monasterio de Silos: el cual habiendo sido ántes de los mayores y mejores santuarios de España, estaba ya tan por el suelo en lo espiritual y temporal, que obligó al rey don Fernando y á los prelados á buscar remedio; y no se halló otro mejor, que encomendarle á santo Domingo: y él en veinte y tres años que fué abad, le formó de manera, que podia con razon contarse por un nuevo y raro milagro del mundo. Fué admirable el ejemplo de su santa vida, maravilloso su zelo, y el cuidado que puso en administrar y enriquecer las almas de sus súbditos de todas virtudes, y el monasterio de bienes, los cuales el Señor aumentaba, y se los daba, como por añadidura de sus grandes y provechosos servicios. Tambien resplandeció con muchas y grandes maravillas, que Dios en vida y en muerte obró por él, sanando á muchos enfermos, ciegos, cojos, tullidos y de otras diversas enfermedades. Pero en lo que principalmente se señaló, fué en socorrer á los cristianos que estaban en poder de moros, que á la sazon eran muchos, y era su entero remedio la intercesion de este santo para con Dios. Fué esto con tan grande extremo, que encomendándose á él desde sus mazmorras los cautivos, se hallaban á deshora en tierra de cristianos, aun á las puertas de su monasterio, dejando allí por testimonio las cadenas, grillos é hierros de su cautiverio, y reconociendo á Dios por autor de su libertad, y á santo Domingo de Silos por medianero: y fueron tantos los despojos de los cautivos que se pusieron en aquel convento, que decian por refran en Castilla: «No te bastarán los hierros de santo Domingo.» Y no solamente traian y colgaban estos despojos en el templo del monasterio de Santo Domingo de Silos los cautivos, que por su intercesion se hallaban libres, sino tambien en los otros templos y oratorios de su advocacion, como se ve en la iglesia de Jesus del Monte, que tienen los padres de la Compañía de Jesus, junto á la villa de Loranca de Tajuña: la cual, por haber sido ántes ermita de santo Domingo de Silos, tiene hoy dia colgadas muchas cadenas de los cautivos cristianos, que por sus oraciones alcanzaron remedio en sus trabajos y miserias; que es grande argumento de la devocion que se tenia en estos reinos á este glorioso confesor, y no ménos las novenas que doña Juana Daza, madre de santo Domingo de Guzman, patriarca y fundador de la órden de Predicadores, hizo en el monasterio de Silos, velando en el sepulcro del santo monge, y suplicándole que le alcanzase dichoso parto de la criatura que tenia en el vientre; y él la consoló y regaló, y se le apareció en su propia forma y hábito, y le dió nuevas ciertas del bienaventurado hijo que habia de parir: el cual se llamó Domingo, del nombre de su patron y abogado santo Domingo de Silos: y aun fundó el monasterio de monjas de su órden en Madrid, y le llamó Santo Domingo, por la devocion que tenia á santo Domingo de Silos; aunque con el tiempo, creciendo mas la fama y el resplandor de su fundador, oscureció el un Domingo al otro Domingo, y al presente comunmente se entiende ser la advocacion de aquel convento del padre santo que le fundó, y nó del otro por cuya advocacion se fundó. Finalmente, habiendo este gran siervo del Señor corrido gloriosamente su carrera, cayó malo, y entendió que se acercaba la hora en que Dios le queria librar de la cárcel del cuerpo: llamó á sus frailes y dióles muy buenos documentos para sus almas, y díjoles algunas cosas que habian de venir, las cuales como él las dijo se cumplieron; y recibidos los sacramentos, dió su alma al Señor, que vieron subir al cielo con tres coronas unos niños sin malicia ni doblez. Su cuerpo fué sepultado en el mismo monasterio de Silos, que despues se llamó de su nombre. Algunas iglesias de España celebraban su fiesta el dia de su glorioso tránsito, que fué á los 20 de diciem-

bre, año 1003. Hacen mencion de santo Domingo de Silos algunos breviarios antiguos de España, y autores de santorales, y en Toledo hay un insigne monasterio de monjas de la órden de San Bernardo, con advocacion de santo Domingo de Silos, que hoy se llama Santo Domingo el Antiguo.

* Santo Domingo, obispo y confesor.—Segun nos dice Terrario, fué este santo natural de Italia, y se cree seria obispo de Brescia, pues murió en este punto en los primeros años del séptimo siglo. En Brescia se hace conmemoracion de él, y tambien lo nombra el Martirologio romano.

Los santos Eugenio y Macario, mártires.—Los dos fueron presbíteros, y murieron en 361 en la Arabia, por haber tenido valor para echar á Juliano el Apóstata en cara sus maldades. Los menciona el Martirologio romano.

Los santos Ammon, Zenon, Tolomeo, Ingenuo y Teófilo, mártires.—Estando un confesor en el potro en tiempo de la persecucion de Decio en Alejandría, ya vacilaba en la fé, cuando aquellos santos, que eran soldados, le animaron á ser constante. Súpolo el juez, y los hizo martirizar, como á cristianos que confesaron ser. Murieron en 251.

Los santos Liberato y Báyulo.—Sufrieron martirio en Roma. Conservó su nombre el Martirologio de san Gerónimo, que sirvió para formar el romano.

San Filogonio, obispo y confesor.—Recibió educacion para el foro, mas prefirió consagrarse á la Iglesia. Por muerte de san Vital fué elegido obispo de Antioquía. Murió en el año de 322. San Crisóstomo hizo de él un merecido panegírico.

San Pablo de Latro, ermitaño.—Desde jóven abandonó el fausto de la riqueza, y abrazó la vida eremítica para mayor gloria de Dios. Murió en 916.

San Julio, mártir.—Fué martirizado por los gentiles en Gelduba de Tracia, durante la persecucion de Diocleciano.

DIA 21.

Santo Tomás ó Tomé, apóstol.—Fué santo Tomás de nacion galileo, y pobre pescador, y uno de los doce apóstoles, que Dios nuestro Señor escogió para predicadores de su Evangelio, y conquistadores del mundo: y parece que entre los otros apóstoles fué uno de los mas aventajados; pues la santa Iglesia en el cánon de la misa, y en las letanías le pone luego despues de san Juan y en el quinto lugar. Lo que hallamos de este glorioso apóstol en el sagrado Evangelio, es primeramente, que cuando Cristo nuestro Señor quiso volver á Judea para resucitar á Lázaro, diciéndole los otros discípulos que no fuése, y que se acordase que poco ántes los judíos le habian querido apedrear; solo santo Tomás con grande ánimo le dijo: Vamos nosotros tambien y muramos con él; que es señal del grande amor que tenia á su divino Maestro; pues queria dar la vida por él, y de su gran constancia y fortaleza: porque aquellas palabras no son de hombre que temia, sino de hombre que amaba; nó de quien ponia espanto, sino ánimo á los demás: ni de quien creia poco, sino de quien confiaba mucho. Despues de esto, en la noche de la cena, habiendo el Señor ordenado de sacerdotes y comulgado á los apóstoles, y haciéndoles sobre cena aquel dulcísimo y amorosísimo sermon, entre otras razones les dijo que iba á aparejarles lugar, y que sabian el camino por donde iba. Aquí santo Tomás, mostrando el deseo que tenia de saber y aprovechar, dijo: Señor, no sabemos adónde vas; ¿cómo es posible que sepamos el camino? Y con ocasion de esta pregunta respondió el Señor una sentencia maravillosa y suavísima, y de gran consolacion para todos los fieles: Yo (dice) soy el camino, la verdad y la vida: porque (como dice san Cirilo) Cristo es camino, enseñándonos lo que habemos de hacer: es verdad, que con la luz de la fé nos alumbra; y es vida, que nos santifica: y (como dice san Leon, papa) es camino de santa conversacion, verdad de doctrina divina, y vida de bienaventuranza sempiterna: y (como dice san Bernardo) es camino en el ejemplo, verdad en la promesa, y vida en el premio: es camino de los que comienzan, verdad de los que aprovechan, y vida de los perfectos: y (como dice san Agustin) segun la humana naturaleza es camino, y segun la divina es verdad y vida. Demás de esto, el mismo dia de la resurreccion de Cristo, estando los otros apóstoles juntos en el cenáculo, se les apareció el Señor y les mostró sus llagas, dándoles á entender que él era el mismo que ántes habia tratado y conversado con ellos, y que ya habia resucitado. No se halló á esta vista santo Tomás, porque estaba ausente: la causa no se sabe: pero cuando volvió y supo de los apóstoles como Cristo nuestro Señor se les habia aparecido vivo, triunfante y glorioso, y con las señales de las llagas que en la cruz habia padecido, resplandecientes y hermosas; Tomás dijo aquellas palabras que escribe el evangelista san Juan: «Si yo no viere con mis ojos en sus manos las llagas de los clavos, y entrare estos mis dedos en ellas, y si no pusiere mi mano en su costado, no creeré que es él, ni que ha resucitado»: las cuales palabras, dado que algunos santos doctores, por excusar á santo Tomás, las han querido interpretar blandamente, como san Ambrosio, que dice, que dudó Tomás, nó de la resurreccion de Cristo, sino de la manera con que habia resucitado: y san Agustin, que dice, que no dijo estas palabras Tomás porque él dudase, sino por quitar de los otros cualquiera duda é incredulidad; y que eran palabras de quien preguntaba, y nó de quien negaba; y san Cirilo Alejandrino, y san Gaudencio y Metafraste, que por varios caminos las excusan: pero no hay paraqué buscar estas interpretaciones y excusas, sino confesar llanamente que Tomás dudó, y fué incrédulo, como Cristo nuestro Redentor le dijo: *Noli esse incredulus, sed fidelis*: No quieras ser incrédulo, sino fiel: y permitió el Señor que cayese, para que no cayésemos nosotros, y que al principio no creyese, y tocase con sus manos las llagas, para confirmar nuestra fé y sanar la infidelidad de muchos: y así san Gregorio: «¿Pensais (dice) que fué acaso que Tomás, escogido discípulo de Cristo, faltase, cuando él vino á los apóstoles? ¿Y que despues viniendo, oyese: oyendo, dudase: dudando, palpase, y palpando, creyese? No se hizo esto acaso, sino por dispensacion divina. Porque la soberana clemencia del Señor trazó las cosas de manera, que dudando el discípulo, tocase en su Maestro las llagas de la carne, para sanar en nosotros las llagas de la infidelidad: porque mas nos aprovechó para despertar nuestra fé la infidelidad de Tomás, que la fé de los otros discípulos: porque cobrando él la fé por tocar las llagas, nuestros corazones se establecen en la misma fé, y desechan todas las dudas que nos pueden inquietar.» Esto es de san Gre-

gorio: y san Agustin dice: «¡Qué buena fué la ignorancia que instruyó á los ignorantes y enseñó á los incrédulos! ¡Qué provechosa fué aquella incredulidad que sirvió á la fé de todos los siglos!» Mas si Tomás faltó y poco tiempo fué incrédulo, presto se levantó y recompensó aquella culpa con una perfectísima y excelentísima confesion de su fé: porque el benignísimo Salvador, como vigilante y amoroso pastor, viendo á aquella oveja fuera de camino, la recogió y redujo á su rebaño; y tornando despues de ocho dias á aparecerse á los apóstoles, estando con ellos Tomás, y habiéndolos saludado, se volvió á él y le dijo: Pon aquí un dedo y mira mis manos: extiende tu mano y toca mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. Quedó asombrado Tomás con la vista y dulzura del Salvador, y entendió que era Dios el que habia visto su corazon, y estando ausente, sabido lo que habia dicho: y tocó (por obedecer) las llagas en aquel cuerpo sagrado y glorioso, esmaltadas y resplandecientes: porque aunque para su fé bastaba el haberlas visto (como dice san Leon); pero para nosotros importaba mucho que las tocase con sus manos: y traspasado de amor y atónito con la novedad, y derretido de gozo, alzó la voz y dijo: *Dominus meus, et Deus meus:* Señor mio y Dios mio; confesando que aquel Señor que habia sido crucificado, y ahora veia resucitado, era verdadero Señor suyo, y Señor de todo lo criado, y que juntamente era verdadero Dios, y en todo igual al Padre.

Y aunque parece que creyó Tomás lo que vió; todavía (como dice san Agustin) una cosa vió, y otra creyó: vió al hombre, y creyó que era Dios; y con su confesion y tocamiento de las llagas nos enseñó lo que debemos creer, y deshizo todos los errores que acerca de la gloria de Cristo los herejes habian de inventar: y por esto el artículo de la resurreccion de Cristo, en que confesamos en el Credo que resucitó, y decimos aquellas palabras: *Surrexit à mortuis;* san Agustin y otros las atribuyen á santo Tomás. Otra vez se hace mencion en el Evangelio de santo Tomás: porque yendo san Pedro á pescar, llevó consigo algunos de los apóstoles y discípulos, y entre ellos á Tomás. Gastaron toda la noche en pescar sin provecho alguno: aparecióles á la mañana el Salvador; y estando en la ribera, les mandó que echasen la red á la parte derecha del navío. Hiciéronlo así, y prendieron gran copia de peces, y salieron con ellos á tierra, en donde los aguardaba el Hijo de Dios, y allí dió el sumo pontificado á san Pedro. Esto es lo que hallamos de santo Tomás en el sagrado Evangelio: lo demás habemos de sacar de graves y antiguos autores, dejando algunas cosas apócrifas sin fundamento, que otros escriben en su vida.

Despues que el santo apóstol Tomás recibió el Espíritu santo con los demás apóstoles, y hubo predicado en Jerusalen y Judea aquella doctrina del cielo, que habia oido á su Maestro y Señor; apartándose de los demás, se fué por varias y diferentes provincias y naciones del mundo, para sacarlas de la ceguedad en que estaban, y alumbrarlas con la luz del Evangelio. Primeramente fué á Oriente, donde halló á los tres bienaventurados reyes magos, que de aquella region, guiados por la estrella, habian venido á Belen á dar vasallaje y adorar á Dios niño recien nacido, y bautizólos el santo apóstol, y tomólos por compañeros en su trabajo y predicacion. Así lo dice el autor sobre San Mateo, que con nombre de san Juan Crisóstomo anda entre sus obras: y Doroteo y Sofronio y un calendario antiguo dicen lo mismo. Demás de esto, envió este glorioso apóstol á Tadeo, uno de los setenta discípulos, á Abagaro, rey de Edesa, para que le predicase el Evangelio, como Cristo nuestro Redentor por cartas se lo habia prometido: así lo afirma Eusebio Cesariense en su Historia, y Nicéforo Calixto. Despues ilustró los medos, persas, hircanos, y el Martirologio romano añade los bracmanes y otras muchas naciones, y con los rayos y resplandores de la luz evangélica penetró hasta la India, como lo dice el Martirologio romano, y se saca de Orígenes, y de Eusebio Cesariense, y de san Gregorio Nacianceno. San Juan Crisóstomo añade, que los etíopes fueron lavados y blanqueados por este santo apóstol con el agua del bautismo: y los abisinios, que son los pueblos de Etiopía, sujetos al preste Juan, hoy dia tienen particular devocion y reverencia á santo Tomás como á su primero y propio apostol: y no ménos le tienen por tal los pueblos de Alemania, como lo dice el obispo Guillermo Lindano, varon doctísimo: y en aquella provincia hay templos muy antiguos, dedicados á santo Tomás, apóstol: y aun en las partes mas septentrionales, y casi debajo del mismo polo ártico, hay iglesias de santo Tomás, reconociendo aquellas gentes el beneficio que por medio de su predicacion recibieron. Y no solamente predicó el santo apóstol á todas estas provincias y naciones; pero en el Brasil, escribe el P. Manuel de Nobrega, provincial de la Compañía de Jesus, que fué en aquella provincia, que los naturales de ella tienen noticia de santo Tomás, y de haber pasado por aquella tierra, y que muestran algunos rastros y señales de ello, las cuales el mismo padre habia visto por sus ojos. Pero donde el santo apóstol mas tiempo vivió, fué en la India oriental, como en propia y particular provincia que el Señor le habia encomendado para labrarla y cultivarla, y sembrar en ella la semilla del cielo. En esta provincia dice Simeon Metafraste que entró santo Tomás muy humilde y muy pobre, sus cabellos crecidos y desmelenados, el rostro amarillo y seco, su cuerpo tan extenuado, que mas parecia sombra que cuerpo, cubierto con un vestido viejo y roto: de esta manera despreciado en los ojos de la gente, y rico con el tesoro de Cristo, que llevaba en su corazon, comenzó á predicar que los dioses que adoraban eran falsos, y que no habia sino un Dios vivo y verdadero, criador del cielo y de la tierra, y Salvador del género humano, Jesucristo, confirmando con innumerables milagros su predicacion apostólica, y convirtiendo á muchos á nuestra santa religion. Por esto los enemigos de ella y amigos del culto de sus falsos dioses, le alancearon y mataron; y el santo apóstol, libre de las miserias de esta temporal y breve vida, se fué á gozar de la eterna; y su martirio fué en la ciudad de Calamina, que ahora se llama Malipur, á 21 de diciembre, y en el año de Cristo de 75, segun Onufrio, imperando Vespasiano. Esto es lo que se tiene por cierto, sacado de buenos y graves autores. Otras cosas hay ó fabulosas, ó ménos ciertas y probables: y Gelasio, papa, da por apócrifos los actos de santo Tomás, y ántes de Gelasio, san Agustin los tuvo por sospechosos. Otros libros con nombre de este santo, intitulados *Circuitus, Actus, Evangelium, et Apocalypsis Thomæ,* son reprobados por san Atanasio, Epifanio, Inocencio papa, Cirilo y por Gelasio papa. Y puesto caso, que en la vida de santo Tomás, que escribió Abdías Babilónico, á quien otros autores modernos han seguido, puede ser que haya algunas cosas verdaderas; pero como no sabemos cuáles son

y están mezcladas con otras falsas y reprobadas de la Iglesia; es bien que nos guardemos de ellas, para que no afirmemos lo incierto por cierto, y lo falso por verdadero. Pero no será contra esto el referir aquí, lo que en la India, donde predicó el santo apóstol, se tiene comunmente por cierto de su predicacion, vida y muerte, segun lo escriben los padres de la Compañía de Jesus, que hoy dia andan por aquellas mismas tierras, alumbrando á los gentiles y reformando á los cristianos, y haciendo oficio de apóstoles del Señor. Dicen, pues, que el apóstol santo Tomás comenzó á predicar en la India por la isla de Zocotota, y que allí hizo algunos cristianos: de allí pasó á los reinos de Jaranganor y Colon, que son de malabares: y que despues atravesó las altas sierras de la India, y pasó á los reinos de Narsinga, é hizo su asiento en la ciudad de Malipur, y por otro nombre Calamina, que está junto al golfo de Bengala ó Coromandel. En esta ciudad dicen que fabricó un templo, con ocasion de cierto milagro que hizo, trayendo muy fácilmente una viga de inmensa grandeza, que mucho número de hombres y elefantes no podian mover, y que en esta iglesia puso una cruz de piedra, con una letra que decia: «Cuando llegare el mar á esta piedra, por divina ordenacion vendrán hombres blancos de tierras muy remotas á predicar la doctrina que yo ahora enseño, y á renovar la memoria de ella.» Dicen mas: que cuando los portugueses conquistaron aquella tierra, ya entonces llegaba el mar á aquella piedra: de lo cual tuvieron grande admiracion y consuelo los cristianos. Y añaden, que habiéndose convertido el rey Sagamo, que á la sazon era señor de aquella tierra, y otros muchos con él, por la predicacion del santo apóstol, los bracmanes y sacerdotes cobraron grande enojo y saña contra él: y no habiendo podido con calumnias ni embustes derribarle, se determinaron á matarle, pareciéndoles que mientras él viviese, ni ellos ni sus dioses serian estimados como solian: y así un dia, estando el santo apóstol en una cueva, como media legua de la ciudad, haciendo oracion como solia delante de una cruz, que tenia esculpida en una piedra, arremetiendo á él como lobos rabiosos, hiriéndole con palos y piedras, uno de ellos le atravesó con una lanza, de cuya herida cayó muerto. Tomaron el santo cuerpo sus discípulos, y sepultáronle en el templo que él mismo habia edificado, y con él pusieron un pedazo de la lanza con que habia sido muerto, y el báculo que traia, y un vaso en que recogieron alguna tierra de la que habia sido regada con su preciosa sangre. Esto es lo que de la India escriben, y lo que los naturales tienen escrito en sus anales, y lo que cantan comunmente por las calles los niños malabares en su lengua.

El cuerpo de este glorioso apóstol, dice el Martirologio romano que fué trasladado de la India á la ciudad de Edesa en Mesopotamia, y que de allí fueron traidas sus preciosas reliquias á la ciudad de Ortona. Sócrates, Sozomeno, Rufino y otros autores graves hacen mencion de esta traslacion, y escriben que en Edesa se le edificó un solemne templo, al cual venian en romería los fieles de muchas y distantes provincias de la cristiandad por su devocion: y san Juan Crisóstomo añade, que tenian en tan gran veneracion el sepulcro de santo Tomás, como el de los apóstoles san Pedro y san Pablo; y el obispo Equilino refiere un milagro, que se hacia de un sarmiento seco, que ponian en las manos del santo apóstol cada año, la víspera de su fiesta, y el dia de ella se hallaba verde, y con un racimo de uvas, con grande admiracion de todos, suponiendo que estaba en Edesa el cuerpo del santo apóstol. Bien puede ser, que por haberse edificado en Edesa templo á santo Tomás, y haber él enviado á Tadeo (como dijimos) al rey Abagaro, y convertido aquella ciudad, se haya creido que su santo cuerpo estaba allí sepultado, ó (y es lo mas probable) por haberse traido de la India allí alguna reliquia, y parte de su cuerpo.

Mas los autores modernos, graves y dignos de fé, afirman estar hoy dia en la ciudad de Malipur, donde fué martirizado, y traen tan ciertos testimonios, que no se puede dudar de ello: porque siendo rey de Portugal don Juan el III, el año de 1523, cavando dentro de una capilla, y rompiendo un muro debajo de dos grandes piedras, se halló el cuerpo del sagrado apóstol, y junto á él la lanza con que le martirizaron, y un bordon con que andaba: y don Duarte de Meneses, virey, mandó labrar allí una iglesia, y poner en ella en una arca de plata el cuerpo del santo apóstol: por cuya devocion muchos portugueses vinieron á poblar aquella ciudad, y por honra del sagrado apóstol se llamó despues ciudad de Santo Tomás. Esto refiere don Juan de Barros, diligente historiador portugués, en la tercera década de Asia. Y el obispo Gerónimo Osorio, varon doctísimo y de grande autoridad, al fin del libro III de la Historia del rey Manuel de Portugal escribe, que en el año del Señor de 1572, el obispo de Cocnin (que es en la India) envió al infante cardenal don Enrique (que despues fué rey asimismo de Portugal) una informacion auténtica, en la cual se contenia: que en la ciudad de Malipur ó de Santo Tomás, en la iglesia, que por tradicion se tiene ser el lugar donde fué martirizado, se muestra una cruz cortada en piedra, con algunas manchas de sangre, los remates de la cual son unas flores de lis, y en el de en medio una paloma, y sobre ella un arco con ciertas letras incógnitas, todo en una pieza. Tiene toda la ciudad devocion de asistir á una misa que se dice con grande solemnidad, en honra de la Anunciacion de la Vírgen, cada año el dia de la fiesta de su Expectacion, á los 18 de diciembre, y tres dias ántes de la fiesta de Santo Tomás. Sucedió que el año de Cristo de 1571, al tiempo que en la misa se decia el Evangelio, viéndolo todos los que estaban presentes, la cruz comenzó á destilar sangre por las manchas que se ha dicho tenia: y fué en tanta cantidad, que el sacerdote que decia la misa, limpiando con los corporales la sangre, quedaron bañados en ella, y la cruz con mejor lustre que primero. Causó esto grande admiracion y devocion á los que allí estaban, y alabaron todos á Dios. Lo mismo sucedió otros años el mismo dia y á la misma hora. Leyeron aquellas letras incógnitas, que dijimos, dos bracmanes muy doctos entre indios, y sin saber el uno del otro, se conformaron que decia así: «Tomás varon divino, enviado por el hijo de Dios y su discípulo, fué á los reyes de Sagamo, para dar noticia del verdadero Dios á la gente que en él habia, donde obró grandes maravillas; y al cabo puesto de rodillas sobre esta piedra, haciendo oracion á Dios, fué por un bracmano alanceado y muerto.» Todo esto refiere el obispo Gerónimo Osorio: y los padres de la Compañía de Jesus lo mismo, como cosa ciertísima; y dicen, que alguna vez ha sucedido este milagro de la cruz, diciendo ellos la misa el dia de la Expectacion del parto de nuestra Seño-

ra: y que es cosa maravillosa, que en comenzando á decir el Evangelio de la misa mayor, y nó ántes, comienza tambien la santa cruz á mudar poco á poco su color natural (que es blanco), trocándole en amarillo, y despues en negro, y de negro en otro mas claro color del cielo: hasta que acabado el sacrificio de la misa, se torna á su color natural. Y lo que mas admira y aumenta la devocion es, que así como va mudando la santa cruz el color, va destilando unas pequeñas gotas de sangre, y poco á poco se van engrosando, hasta caer con tanta copia, que los paños con que se limpia quedan teñidos de la misma sangre: y si algun año deja de haber este milagro, se tiene por cierta señal de algun gran trabajo que les ha de venir, como la experiencia lo ha mostrado. Por este tan insigne y tan ordinario milagro que nuestro Señor obra en glorificar á su santo apóstol, todos aquellos cristianos le tienen gran devocion y acuden á su sepulcro: y no solamente los cristianos, pero los mismos sarracenos y gentiles visitan aquel templo, y hacen fiesta al santo el 1.° dia de julio: y aunque no siguen ni obedecen á su doctrina, le tienen en grande veneracion. El padre san Francisco Javier, uno de los primeros compañeros que tuvo el santo padre Ignacio de Loyola, para fundar la religion de la Compañía de Jesus, y el primero de ella que pasó á la India Oriental, y la alumbró con los resplandores del Evangelio y con muchos y grandes milagros, y convirtió innumerables almas á la fé de Jesucristo; cuando queria emprender alguna grande hazaña en servicio del Señor y beneficio de aquellos pueblos, se iba en romería á visitar el cuerpo del santo apóstol Tomás, y se estaba allí muchos dias y noches en oracion, suplicando á nuestro Señor por los merecimientos de su apóstol, que le diese á él parte de su espíritu, celo y fervor, para renovar la fé de su santo nombre, que el apóstol habia plantado: y rogando al mismo apóstol, que pues el Señor le habia encomendado á él la viña de aquella gentilidad para que la cultivase, y ahora estaba tan destrozada y desierta; que le alcanzase gracia para seguir sus pisadas, imitar sus virtudes y renovarla para beneficio de las almas y gloria del mismo Señor: pues todo lo que él hiciese, lo haria como ministro suyo y ayudado de su familia, y reflorecieudo la religion cristiana en aquellas partes, creceria su gloria accidental. Con el favor, pues, de este santo apóstol, animado el padre san Francisco Javier, y alentado con un aliento del cielo, acometió cosas tan grandes, y las acabó como se ve en su vida: y todo esto redunda en gloria de Tomás, á quien tan de veras se encomendaba y deseaba imitar.

Innumerables fueron los milagros que el santo apóstol hizo en vida y despues de muerto. San Gregorio Turonense en el libro de la Gloria de los mártires refiere algunos, y dice, que en su tiempo la lámpara que ardia delante de su sepulcro de noche y de dia, no tenia necesidad que le echasen aceite ú otro licor, porque sin él perpetuamente ardia: que en la feria que se hacia el dia de su fiesta y por los treinta dias siguientes, concurriendo muchos mercaderes á comprar y vender sus mercaderías, no se hallaba mosca que diese fastidio á los que venian: que habia gran copia de agua, que se hallaba muy somera á cada paso, siendo la tierra de suyo muy árida y seca: que pasados los treinta dias volvia la falta de agua, y la muchedumbre de moscas; y que Dios enviaba una copiosa lluvia para limpiar las inmundicias que se habian hecho con la feria en aquella ciudad. Marco Veneto (que anduvo por aquellas partes de la India, ántes que los portugueses las descubriesen) escribe, que en la provincia de Malabar, en la cual está el reino de Calicut, habia un linaje de hombres, que descendian de los que mataron á santo Tomás, y que por mas fuerza que les hagan, no es posible llevarlos y hacerlos entrar en el templo de Malipur, donde está el cuerpo del santo apóstol. Algunos autores escriben otra cosa mas notable y singular, y dicen: que el año de 1120, siendo Calixto II sumo pontífice, vino á Roma por su devocion un patriarca de la India llamado Juan, y que en público consistorio dijo al papa y á muchos cardenales y prelados que estaban allí presentes, que el glorioso apóstol santo Tomás cada año aparecia visible, y con su propia mano comulgaba á su pueblo, dando la sagrada hostia á los dignos y dejando de darla á los indignos. Esto refieren muchos autores, y puede ser que sea verdad; porque para Dios, que es todopoderoso y grande honrador de sus santos, no hay cosa imposible ni difícil. De santo Tomás apóstol hacen mencion los autores arriba citados, y escribieron su vida san Isidoro y Simeon Metafraste.

San Severino, obispo y confesor.—Vivia este santo en Tréveris, y era muy singular la devocion que profesaba á la Vírgen María. Muchos son los lugares en que se venera á San Severino, haciendo conmemoracion de él el Martirologio romano en este dia.

San Anastasio, obispo y mártir.—Fué segundo patriarca de Antioquía. Mandando Foca, fué atormentado y muerto cruelísimamente por los judíos en 610.

San Glicerio, presbítero.—Durante la persecucion de Diocleciano hiciéronle padecer crueles tormentos, y metido en las ascuas dió su alma á Dios. Murió en Nicomedia á fines del siglo III.

San Temístocles, martir.—En tiempo de la persecucion de Decio, presenciaba Temístocles el martirio del niño Dioscoro (véase 14 de diciembre), y contemplando lo mucho que éste sufria se ofreció en lugar suyo al martirio. Aceptaron los verdugos, y ganó la palma inmortal de los mártires. Otros refieren que era pastor, que salvó á un cristiano, y se presentó en lugar de él al gobernador de Licia, donde le martirizaron.

San Juan y san Festo, martires.—Nómbrales el Martirologio romano en este dia. Murieron en Toscana en tiempo del emperador Aureliano.

Santa Edburga vírgen.—Hija de un rey de Inglaterra. Su padre la dió á escoger entre el matrimonio con sus opulencias y el hábito religioso. Se decidió por este, y llevó una vida muy ejemplar. Era nieta del rey Alfredo que fundó un monasterio en Vinchester. La menciona Leland.

DIA 22.

San Zenon, soldado y martir.—Despues que la crueldad del emperador Maximiano se desahogó en un incendio, en que pegando fuego al templo mayor de Nicomedia, ardieron víctimas sacrosantas veinte mil gloriosos mártires, en otros tantos cristianos, hombres, niños y mujeres que se hallaban dentro, celebrando la solemnidad de la Pascua, que esperaban del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, quedando gozoso de haber hecho el de

un golpe veinte mil mártires gloriosos, cuando otros tiranos como él necesitaban de muchos golpes, muchos tormentos y muchas máquinas para solo uno: ofreciéndose todos veinte mil en sacrificio al Redentor de las almas, Jesus, así como él por todos se habia ofrecido á su eterno Padre. Cinco dias habian pasado ya y aun el fuego no dejaba de consumir, y con su voracidad apuraba la materia: al fin, faltando esta, cesó la voraz llama, sin que se sintiese algun mal olor, ni del humo, ni de tantos millares de cuerpos muertos; ántes bien lo que se sentia, era fragancia y olor tan suave, que parecia el paraiso celestial aquel abrasado templo, como en la verdad lo era. Salia de él un resplendor tan bello y hermoso, como mil oros; á la manera que se ven resplandecientes los rayos del sol, cuando sale por los balcones de oriente.

Maximiano, pues, juzgando que ya habia triunfado de los cristianos y que podia coronarse de la victoria, sin reparar él mismo que ántes era él vencido, y los gloriosos mártires, los que de él y por él triunfan en la celestial Jerusalen; todo se dió á festejos y divertimientos. Estaba ante el teatro un simulacro de su diosa Ceres, y ántes de dar principio á las fiestas, sacrificaba el bárbaro y cruel emperador, y á su imitacion todo el pueblo, á la falsa y fementida deidad. Un soldado valeroso, que ocultamente era cristiano, llamado Zenon, lleno de divino zelo, puesto en un lugar alto, dijo así en altas voces: Yerras, ó emperador, yerras sacrificando á las piedras y leños insensibles, negando y usurpando estos sacrificios al verdadero Dios que crió el cielo y la tierra: ó sino abre los ojos, te ruego, y verás esa que llamas deidad, no es mas que una dura piedra. Dirás que habla; pero te engañas, que si bien lo adviertes y reparas, es el demonio quien habla en ella, y te ciega á ti y á todos los ciegos que como tú adoran al demonio, que no aspira á otra cosa que á la muerte y condenacion eterna de los mismos, que impíos, ciegos y bárbaros, le dan cultos y le rinden oraciones. Abre, ó Maximiano, los ojos de la razon: mira esos divinos cielos; y reconoce á su Criador; pues de las obras mismas, es fácil venir en conocimiento del Artífice soberano, el cual no se paga de víctimas de inmundos animales, sino de limpios ánimos y corazones humildes y sencillos.

Rabiando estuvo el tirano emperador, y por mucho tiempo perplejo discurriendo, nó ya en lo que debia responder al santísimo Zenon; sino en el tormento que intentaba darle: y así prorrumpió mandando que con duras piedras le diesen al bendito y valeroso soldado (no ya de Maximiano, sino es de Cristo), tantos golpes en su sagrada boca, que pagando lo que habia hablado, no le dejasen diente ni muela en toda ella. Así lo hicieron los crueles verdugos, y despues de haberle deshecho las mejillas, derribándole á golpes de piedras todos los dientes y muelas, deshaciéndole la lengua y los ojos, y atormentándole sin piedad alguna mucho tiempo, sabiendo que cuanto mas le atormentaban, tanto mas lisonjeaban á su tirano dueño: el cual, viendo que ya estaba para espirar el guerrero fuerte y campeon divino, le mandó sacar de la ciudad, y cortar la cabeza; así lo ejecutaron al punto sus ministros: con que quedó tronco aquel sacratísimo cuerpo, y su purísima alma voló al cielo á recibir la bien ganada corona y palma del martirio, que padeció á los 22 de diciembre (dia en que le celebra la Iglesia) por los años del Señor de 202. Escribieron el martirio del bendito san Zenon, de la suerte que aquí se ha referido, Metafraste, *ut habetur tom.* v *Aloysii, in Historia, et martyriis sanctorum, Inde et Domne, cum multitudine sanctorum viginti mille martyrum;* Lipomano, tom. v; Surio, tom. vii; Nicéforo Calixto, Histor. lib. vii, cap. 6; los griegos, *in Menologio*; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones y en el tomo ii de sus Anales, año 302, núm. 34 y 35.

La Conmemoracion de treinta santos mártires.—En tiempo de la persecucion de Diocleciano, por los años 305, sufrieron juntos y en un mismo dia el martirio por la fé de Jesucristo, en la ciudad de Roma, haciendo de ellos memoria el Martirologio romano.

San Flaviano, confesor.—En tiempos de Juliano el Apóstata, cayó en desgracia por ser cristiano, y habiendo sido desterrado, pasó en oracion el resto de su vida, y murió por los años de 259 en la paz del Señor.

Los santos Demetrio, Honorato y Floro, mártires.—En Ostia fueron martirizados bárbaramente, habiendo sufrido los tormentos con una constancia admirable. Florecieron en el siglo III.

San Queremon, ó Cremonio, ó Ceremonio, obispo, y sus compañeros, todos mártires.—Cremonio era obispo de Nilópolis, y en tiempo de la persecucion de Decio, él y muchos otros tuvieron que huir á las soledades. En ellas, unos fueron víctimas de las fieras, otros del hambre, del cansancio ó del frio; y otros de los bárbaros y de los ladrones que los martirizaron.

San Isquirion, mártir.—Su amo le mandó en cierta ciudad de Egipto, que sacrificase á los ídolos; negóse Isquirion, y frenético su amo, que era magistrado, le mató. Fué en 253.

San Cirilo y san Metodio, confesores.—Los dos eran hermanos, hijos de una noble familia romana. Nacieron en Tesalónica. Florecieron á mediados del siglo IX. Ambos fueron unos misioneros verdaderamente apostólicos. Butler los menciona en este dia. Los griegos y moscovitas en 14 de febrero honran á san Cirilo, y en 11 de mayo á san Metodio. El Martirologio romano los junta en 9 de marzo.

DIA 23.

San Sérvulo, pobre y paralítico, confesor.—En el cuarto libro de sus Diálogos, á los catorce capítulos, escribe san Gregorio, papa, la vida de un pobre mendigo tullido y toda su vida paralítico: y en la homilía 15 sobre los Evangelios tambien la repite; y nosotros, trasladando lo que él dice, la pondremos aquí, para que los pobres se consuelen, y los tullidos y fatigados con recias enfermedades tengan un ejemplo raro de paciencia que imitar.

Declarando, pues, el santo pontífice aquellas palabras de san Lucas: «Estos son los que conservan la palabra que oyeron en bueno, y de muy buen corazon dan fruto en paciencia,» dice así: «La buena tierra por la paciencia da fruto; porque no valen nada los bienes que hacemos, si con igualdad no sabemos sufrir los males de nuestros prójimos. Cuando el hombre se aprovecha mas en la virtud, tanto mas tiene que padecer en este mundo: porque menguando el amor de las cosas del mundo, crece la contradiccion del mismo mundo. De aquí es, que vemos á muchos obrar bien, y sudar debajo de la carga grave de las tribulaciones, y el corazon que se ve libre del deseo

terrenal, se siente fatigado con duros azotes: mas estos tales, conforme á la palabra del Señor, por la paciencia dan fruto; porque recibiendo con humildad los azotes, despues de ser azotados son consolados y sublimados á un lugar de descanso: y así se estruja la aceituna, para que se haga el aceite: así en la era con la trilla se aparta de la paja el grano, y se recoge puro y limpio en las trojes. Por tanto el que de veras y perfectamente desea vencer los vicios, procure sufrir con humildad los azotes que para purgarle Dios le envia, para que tanto mas limpio venga al juez, cuanto el orin de sus culpas se purificó mas en el fuego de la tribulacion.

En el portal que va á la iglesia de San Clemente, hubo un pobre hombre que se llamaba Sérvulo, que yo conocí y muchos de los que aquí están: era pobre de hacienda y rico de merecimientos, y consumido con una larga enfermedad; porque desde sus primeros años hasta el fin de su vida, estuvo paralítico echado en una camilla. No hay para qué decir que no se podia levantar de la cama; pues aun no podia estar sentado en ella, ni llegar la mano á la boca, ni volverse de un lado á otro. Tenia una madre y un hermano que le asistian y ayudaban, por cuyas manos daba á los pobres todo lo que á él le daban de limosna. No sabia letras, y hacia comprar libros de la sagrada Escritura, y rogaba á los religiosos que se los leyesen continuamente; y así, aunque era hombre sin letras, vino á saber de la sagrada Escritura lo que bastaba, y á su persona y estado convenia. Procuraba en el dolor hacer gracias siempre al Señor, y de dia y noche cantarle himnos y alabanzas. Vino el tiempo en que Dios queria remunerar su paciencia, y el mal que estaba derramado por los miembros del cuerpo, recogióse al corazon: y entendiendo él que se acercaba la hora de su muerte, rogó á los peregrinos, que estaban en el hospital, que se levantasen y cantasen con él algunos salmos, esperando la dichosa hora del glorioso tránsito. Al tiempo que él mismo, estando á la muerte, cantaba con los otros, los detuvo, y con una gran voz les dijo: Callad: ¿no ois las voces que resuenan en el cielo? Y estando el alma atenta á lo que habia oido, suelta de aquel cuerpo tan quebrantado y consumido, voló al cielo, y al momento se llenó aquel lugar de una suavísima fragancia, que sintieron todos los que allí estaban, y por ella entendieron que habia sido recibida en el cielo, de donde Sérvulo habia oido aquellas voces y dulce consonancia. Uno de nuestros monges, que aun es vivo, estuvo presente, y con lágrimas suele afirmar lo que allí vió, y dice que siempre sintió él y los otros que allí estaban, aquel olor suavísimo, hasta que le acabaron de enterrar. Este es el fin de aquel que en vida tuvo tanta paciencia para sufrir los azotes de Dios: y la buena tierra que habia sido rompida con el arado de la tribulacion, dió fruto y copiosa cosecha, que fué cogida en el granero del Señor. Pero yo os ruego, hermanos carísimos (añade san Gregorio), que penseis, ¿cómo nos podremos excusar en el dia riguroso del juicio, habiendo recibido hacienda y manos para trabajar y cumplir los mandamientos de Dios, y no lo haciendo; viendo que un hombre sin manos, tan de veras se empleó en su servicio? ¿No nos reprenderá entonces el Señor con el ejemplo de sus apóstoles, que con su predicacion convirtieron tantas almas, y las llevaron consigo al cielo? ¿No nos pondrá delante á los valerosos mártires que con su sangre compraron la corona de la gloria; sino á este pobre Sérvulo, que aunque tuvo atados los brazos con la enfermedad, no los tuvo atados para obrar bien y cumplir la ley de Dios? Todo esto es de san Gregorio en la hom. 15 sobre los Evangelios. De san Sérvulo hacen mencion los Martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon. Obró nuestro Señor por él muchos milagros, y en la iglesia de San Clemente de Roma se pintó su vida, como lo dice el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio á los 23 de diciembre.

* Santa Victoria, vírgen y mártir.—Era esta santa natural de Tivoli, y durante la cruel persecucion que contra la Iglesia movió el emperador Decio, sufrió el martirio junto á Roma. Su nombre es muy conforme á la victoria que alcanzó del tirano, por su valor y constancia en conservar la preciosa joya de la virginidad, y triunfar de todos los halagos con que pretendieron hacerle abjurar el cristianismo. Murió degollada en el año 250.

La Conmemoracion de veinte santos, mártires.—Durante la persecucion de Diocleciano, todos ellos fueron martirizados atrozmente en Nicomedia.

Los santos Migdonio, Mardonio y Antimo, mártires.—En Nicomedia, durante la misma persecucion de Diocleciano, hácia 306, el primero fué entregado á las llamas, el segundo murió arrojado en una profunda zanja y el tercero apedreado, dió su espíritu al Señor.

La Conmemoracion de los diez santos, martires de Creta.—Fueron atormentados y degollados durante la persecucion de Decio. Sus nombres están anotados en el Martirologio romano. Llamábanse Teódulo, Saturnino, Euporo, Gelasio, Euniciano, Zetico, Cleomenes, Agatopio, Basílides y Evaristo. Sucedió su martirio en 250.

DIA 24.

San Gregorio, presbítero y mártir.—En la ciudad de Espoleto, parte de Italia en la Umbría, vivia en continuos ayunos, oraciones y penitencias, el bendito sacerdote de Jesucristo, Gregorio, haciendo tantos milagros, sanando enfermos, limpiando leprosos, curando endemoniados, dando vista á ciegos, oido á sordos y volviendo á Dios infinitos corazones de paganos, que tenia por suyos el demonio, derribando sus ídolos y templos, en que era glorificado Jesucristo, que la fama de tantas maravillas, no pudiendo ya ocultarse, llegó á Roma á los oidos de los crueles Diocleciano y Maximiano, emperadores, los cuales enviaron á Espoleto un ministro de Satanás y suyo llamado Flacco. Entró en la ciudad, y puesto en su tribunal, de donde prometió favores inmensos á los idólatras, hizo llamar á Gregorio, contra quien iba, y dijo: ¿Eres tú Gregorio el de Espoleto? Yo soy, respondió el santo. ¿Eres tú (replicó Flacco) el rebelde á los dioses, y menospreciador de los príncipes? El santo respondió: Si quieres saber la verdad, yo jamás me aparté de mi Dios y Señor desde mi niñez. Replicó Flacco: ¿Quién es este tu Dios? Respondió Gregorio: El que hizo al hombre á su imágen y semejanza, Dios fuerte, Dios inmortal, que da á cada uno el premio ó castigo segun sus obras. Pocas razones (dijo Flacco): dejemos de argumentos, y trata solo de hacer lo que mando. Sé muy bien lo que mandas (dijo Gregorio); pero tambien hago lo que debo. Pues una de dos (dijo Flacco); ó morir, ó sacrificar á Júpiter, Minerva y demás dioses inmortales, con que conseguirás grandes mercedes

de nuestros invictísimos príncipes, y serás su grande amigo. No quiero tu amistad (dijo Gregorio), ni sacrificar á los demonios, sino solo á mi Dios y Señor Jesucristo. Loco estás, mísero Gregorio (dijo Flacco); pues no temes tantas penas como te amenaza mi rigor. Tú eres el loco (dijo el divino Gregorio), que no conoces á tu Criador Jesucristo, y adoras á los demonios infernales.

Aquí acabó de flaquear de Flacco la paciencia, y dijo furioso: Hola, dadle crueles golpes y azotes en las mejillas y boca; porque blasfema de nuestros dioses. Hiciéronlo así al punto; y el invictísimo mártir decia con gran paciencia: Ministros de Satanás, haced lo que él os ordena. Viéndolo sufrir con tal paciencia, volvió Flacco á decirle: Llega y sacrifica á los dioses, ántes que sobre tí vengan mayores tormentos. Ya te he dicho (dijo el santo) que no sacrificaré á los demonios; sí solo á mi Señor Jesucristo, que hizo el cielo, la tierra, el mar y cuanto en ellos se encierra. Hola (dijo Flacco), traed al punto nudosos bastones, secos y fuertes, y rompedle á palos los costados, diciendo: Así padecen los rebeldes á los dioses y á los príncipes. Ejecutáronlo al punto; y el santo glorioso decia: Sabe, ó Flacco, que por los tormentos y males que en mi cuerpo ejecutas, me ha de dar doblados bienes mi Señor Jesucristo en el cielo. Habíanle tendido boca abajo en el suelo, y ya le habian abierto las espaldas sagradas á palos, cuando dijo furioso el juez. Volvedlo, y deshacedle el vientre á palos. Entonces Gregorio, levantando los ojos al cielo, dijo: Señor mio Jesucristo, ten de mí misericordia. Entonces Flacco y Tircano, cierto amigo que le acompañaba, tal como él, dijeron: Ten tú, ó Gregorio, misericordia y piedad de tí, ántes que mueras: esto te aconsejamos como amigos. Apartaos de mí, ministros de Satanás (dijo el esforzado y santísimo Gregorio); que no he menester vuestros consejos, ni quiero vuestra amistad ni consuelo; porque tengo presente á mi Señor Jesucristo, que me conforta, alienta y consuela en mis heridas. Esa, ó desdichado, es la locura que no te deja vivir, dijo Flacco. ¡Qué importa (dijo Gregorio) que quites y acabes la vida de mi cuerpo, si mi dulce y amado Dios vivifica, conforta y consuela mi alma!

Hola (dijo Flacco), atadle de piés y manos: ponedlo sobre las parrillas de hierro tendido, y encended debajo un gran fuego, y asadlo vivo; á ver si da gracias á Dios en el fuego. Al instante obedecieron aquellos infernales ministros; pero el invictísimo mártir, viéndose en el fuego, comenzó á orar de esta suerte: Señor mio Jesucristo, Dios de Abrahan, Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios de nuestros padres, tú, que no desprecias los humildes ruegos de tus siervos: tú que entraste con los tres niños en el horno de Babilonia, asísteme y favoréceme tambien á mí, en medio de este gran fuego que por tí padezco. En este punto hubo un gran terremoto ó temblor de tierra en toda la ciudad, y cayó gran parte de ella, y murieron mas de cuatrocientos cincuenta paganos, que estaban sacrificando á sus dioses: lo cual visto por Flacco, bramó como toro: rugió como leon furioso; y asombrado y lleno de furor y miedo, huyó de aquel lugar. Su amigo Tircano quedó por él y dijo: Hola, traed luego grillos y cadenas y cargadlo de hierro: poned al instante á este encantador en la cárcel, y en el lugar mas penoso y duro, y queden guardándole de dia y de noche los soldados de Flacco porque no se huya.

Luego que estuvo en la cárcel, se le apareció el ángel del Señor, hermoso y resplandeciente, y le dijo: La paz sea contigo, Grogorio santísimo; no temas: y al instante se rompieron los grillos y cadenas, quedando el bendito mártir libre, sano y bueno, y la cárcel que era oscurísima, llena de una claridad celestial. Gregorio se postró, y puesta su cara sobre la tierra, con toda humildad y rendimiento dijo: Gracias te doy infinitas, Señor mio Jesucristo, porque te dignaste de enviarme tu santo ángel, que ha consolado y confortado mi alma: yo te confieso y confesaré eternamente tu santo nombre; porque tú solo eres Dios. El ángel le dijo: Siervo bueno y fiel, ven á mi gloria; que si en lo ménos fuiste fiel, yo te constituiré en lo mas: entra en los gozos eternos de tu Señor: y con esto desapareció el ángel; y Gregorio se levantó, alabando y bendiciendo á Dios. El dia siguiente, vuelto en sí y perdido ya el justo temor, que jamás debiera perder, por el cruel Flacco, hizo poner su tribunal en medio de la plaza, y traer á Gregorio, á quien le dijo así: Ea, Gregorio, tiempo es ya de que dejes tu locura y sacrifiques á los inmortales dioses. A quien Gregorio respondió animoso: Jamás sacrificaré á los demonios, ni incurriré en tus maldades; porque solo sacrifico á mi Señor Jesucristo que se ha dignado, por su infinita misericordia, de traerme aquí á ganar esta corona de justicia. Hola (dijo Flacco), pues este no hace caso de mis grandes piedades; traed al instante unos cardos ó garfios de acero, y herid cruelmente con ellos sus rodillas y todo su cuerpo, y ved si con este riguroso tormento se le quita la locura. La locura es solo tuya (replicó Gregorio), que negando á tu Criador y Señor Jesucristo, reconoces y adoras á los demonios. Esclavo vil y señalado con la horca como los mas viles y huidos de sus señores (dijo enfurecido Flacco), ¿yo adoro y sirvo á los demonios? Sí (dijo Gregorio), y ellos te tienen ciego; pues no los ves, ni conoces adorándoles. Hola (dijo Flacco), al instante traed lámparas y hachas encendidas, y abrasadle los costados diciéndole: No seas soberbio. Todo lo iban ejecutando por su órden, como el impío juez lo mandaba: y cuando con mas furor le abrasaban los crueles verdugos con las hachas encendidas; vuelto al tirano le dijo Gregorio santo: Aunque abrases todo mi cuerpo y lo despedaces á tormentos, no te canses, Flacco cruel; porque tengo á mi Señor Jesucristo, médico celestial y divino, que me cura, consuela, y da nuevas fuerzas y alientos nuevos, como ves; de tal suerte, que en nada estimo tus tormentos. Llega, maldito (dijo el soberbio Flacco), y reconcíliate con los dioses, adorándolos ántes que te acabe de quitar la vida. Malditos son todos los que confian en los ídolos y falsos dioses, respondió el invictísimo Gregorio. Oyendo estas razones Flacco, se encendió como un fuego, y temblando todo de cólera, como un azogado, sin saber qué hacerse, dijo: Llámenme presto á Tircano. Aquí estoy respondió Tircano. Pues, lo que quiero (dijo Flacco), es que supuesto que este hechicero y encantador ha apurado cuantos tormentos inmaginar se pueden, y mi paciencia y entendimiento: que lo saquen en medio del anfiteatro y allí le corten la cabeza sin dilacion alguna.

Puesto en medio del anfiteatro, exclamó así el valeroso campeon y guerrero fuerte é invencible: Bendito seais, mi Dios y Señor, Rey mio, consolador mio y libertador mio, que os habeis dignado de llamarme hoy de este mundo caduco y perecedero, á vuestro reino y eternos gozos: y

mirando al cielo, oyó una voz, que le dijo : Gregorio, ya estás coronado : ya estás escrito en el número de mis santos y escogidos : entra en mi reino, bendito del Señor, preparada tienes la silla de gloria y habitacion eterna: y ántes que acabase el ángel de pronunciar las referidas palabras, le cortó el verdugo la cabeza sacrosanta, y voló su benditísima alma al cielo con el mismo ángel que le hablaba y llamaba, á ocupar la silla para que le convidaba. Fué su martirio glorioso á 24 de diciembre (dia en que le celebra la Iglesia) por los años del Señor de 303, imperando los ya referidos Diocleciano y Maximiano. Quedó el santísimo cuerpo dividido de la sacrosanta cabeza : y no contento el tirano con la suma de tormentos, que en él habia ejecutado cuando vivo, pesaroso de no haberle echado ántes de degollarle á las fieras, como estaban en el anfiteatro, mandó Tircano que las soltasen. Hiciéronlo así : salieron rabiosísimas y feroces las fieras : partieron para el santo cuerpo ; pero apenas llegaron á él, cuando mansas y humildes se le postraron, é inclinando sus cabezas, le veneraron. Estaba toda la ciudad mirando el espectáculo, y á grandes voces esclamó la turba : ¡Verdaderamente es grande el Dios de los cristianos ! y creyeron infinitos en Jesucristo y se bautizaron. Al mismo tiempo el tirano Flacco fué herido por un ángel : conque vomitando las entrañas, espiró rabiosamente. El santo cuerpo quedó en medio del anfiteatro, y una señora cristiana, llamada Abundancia, se fué á Tircano y le compró el santísimo cuerpo por treinta y cinco doblones que pidió el tirano por él, dándolos muy gozosa, y haciendo gracias á nuestro Señor, cantando himnos y salmos lo sepultó (envuelto en bálsamo, nardo y preciosos aromas) junto al puente de piedra y rio llamado Sanguinario, cerca de los muros de la ciudad : cuyas reliquias tiene hoy en gran veneracion la iglesia mayor de Colonia con los cuerpos de los santos tres reyes Magos, que vinieron al portal de Belen á adorar al recien nacido infante Jesus. Escribieron esta prodigiosa historia y martirio de san Gregorio, Beda ; Usuardo ; Adon; Mombricio, tom. II; Surio, tom. VI ; Pedro de Natalibus, *in Cathalogo Sanctorum, lib.* I *cap.* 88 ; el Martirologio romano y Baronio en sus anotaciones, y en el tom. II de sus Anales, año 303, núm. 121, y año 378, núm. 15.

Por dar nueva vida á la vida la perdió el autor de ella. En la historia presente y martirio del santísimo sacerdote Gregorio (que por prodigioso puede servir de idea y libro de memoria para todos los demás), se ve esta verdad. ¿Cuántos géneros de muertes padeció? No hay duda, que tantos cuantos fueron los tormentos, á que le expuso el tirano. ¿Luego murió muchas veces? Sí. ¿Pues quién le daba tantas vidas? La vida que vivia y por quien moria, que era Cristo. A su vida sola el menor tormento era muerte : pero fortalecido del Autor de la vida, tuvo vida para tantas muertes, hasta que gozoso el mismo Dios, y glorioso en sus triunfos, le coronó en la última muerte con la vida eterna, que posee con el mismo Jesucristo, con quien por su intercesion vivamos todos. Amen.

* La Conmemoracion de cuarenta santas vírgenes, mártires.—Cuando la persecucion del emperador Decio en los años 251, murieron estas santas, martirizadas en la ciudad de Antioquía.

Los santos Luciano, Metrobio, Paulo, Cenobio, Teótimo y Druso, mártires.—Sufrieron por la fé de Cristo, y ganaron la palma del martirio en Trípoli. Galesino dice que lo fueron en Roma.

San Eutimio ó Lutimio, martir.—Viendo el valor y la constancia con que iban al martirio los cristianos, abrazó con ardor una religion tan sublime, y en tiempo de la persecucion de Diocleciano fué martirizado en Nicomedia.

San Delfin, obispo y confesor.—En tiempo del emperador Teodosio fué un modelo por su vida ejemplar y por su práctica de las virtudes que constituyen un buen prelado de la Iglesia. Murió en Burdeos en 403.

Las santas Tarsilia y Emiliana, vírgenes.—Tres tias tuvo Gregorio el Grande. Tarsilia, la mayor, Emiliana y Gordiana. La primera es nombrada en el Martirologio romano, y tanto ella como la segunda han sido muy veneradas por sus eminentes virtudes.

Santa Irmina ó Irmia, vírgen.—Hija del rey Dagoberto segundo, rey de Austrasia. El Martirologio romano la nombra en este mismo dia. Murió á fines del siglo VII.

DIA 25.

La Natividad de nuestro Señor Jesucristo.—En el devotísimo y suavísimo misterio del nacimiento de Jesucristo nuestro Redentor, cuando salió de las entrañas purísimas de la Vírgen María nuestra Señora, su Madre, tres cosas principalmente debemos considerar; la primera: ¿por qué este Señor y Dios inmortal, habiendo determinado por su inmensa bondad vestirse de nuestra carne y aparentar con nuestra naturaleza, quiso nacer con una extremada pobreza, y con una humildad suma y trabajosa en el portal de Belen, y ser reclinado en un pesebre de bestias? La segunda cosa es considerar atentamente la historia evangélica y el modo con que este Señor nació; y la tercera los ejemplos que en este su nacimiento nos dió, y las virtudes que mas resplandecen en él y nosotros debemos imitar.

Las causas por que aquel sumo infinito Bien y Rey soberano de todo lo criado descendió del cielo á la tierra, y no tuvo asco de vestir de nuestra naturaleza, tratamos (segun nuestra pequeña capacidad) en la fiesta de la Anunciacion de nuestra Señora, á los 25 de marzo : aunque es cifra todo lo que se dice y se puede decir de tan profundo misterio por ser inefable é incomprensible. Dejando, pues, las razones y motivos que el Señor tuvo para hacerse hombre y vestirse del saco de nuestra carne; algunos se maravillan por qué no nació con grande fausto y aparato, regalo y comodidad, como Rey del cielo y de la tierra, en cuya mano estaba escoger y tomar lo que queria. Y puesto caso que habiendo él nacido como nació, con tanto desabrigo, pobreza, y con la vileza del establo y aspereza del tiempo riguroso, sabemos que así convino que naciese y que este modo fué el mejor; pero las almas devotas y deseosas de saber los misterios del Señor, querrian entender la causa que él tuvo para hacer una cosa que sin duda asombró al cielo y á la tierra, y tuvo suspensas á todas las criaturas. Dos causas se nos ofrecen á esta admirable pobreza, y espantosa humildad y aspereza, con que nació el Señor (á las cuales se deben reducir, como á sus fines, todas las obras que hace Dios): la primera es la gloria de su divina Majestad, y la otra es nuestro provecho; porque siempre Dios en sus obras, con la honra y

ensalzamiento de su santo nombre, junta nuestra utilidad. La gloria del Señor sin duda se manifiesta mas en esta humildad, pobreza y desabrigo con que nació, que si hubiera nacido con grande aparato y resplandor de córte, y abundancia y regalo de las cosas para el sagrado parto necesarias, que se hallan en los palacios de príncipes y reyes; porque la majestad soberana de nuestro Dios no se ha de medir con medida tan corta, ni aquella inmensidad infinita regularse con la regla de hombres: No son (dice el Señor) mis pensamientos como los vuestros, ni mis caminos como los vuestros; ántes están mas levantados y distantes los unos de los otros, que lo está el cielo de la tierra. Habia Dios de conquistar al mundo y sujetarle á su obediencia: queria hacer guerra á aquel tirano que se habia encastillado en él, y sentádose en el trono real y quitado el cetro é imperio al verdadero Señor: y para vencer y derribar á este soberbio gigante, no quiso pelear con las armas doradas de Saul (que son las grandezas, dignidades y vanidades del siglo), sino con la desnudez, con la pobreza, con el trabajo y abatimiento, como otro David con la honda y piedra, rendirle á sus piés y cortarle la cabeza; porque tanto es mayor y mas gloriosa la victoria que se alcanza de un enemigo, cuanto las armas con que se alcanza son mas flacas. Lo que parece que es poder en los grandes reyes y monarcas del mundo, si bien se mira, es flaqueza y falta de poder; porque si quieren cercar una ciudad ó conquistar un reino, tienen necesidad de gran número de soldados de á pié y de á caballo, de artillería, de carruaje, de municiones, de mantenimientos y otros pertrechos de guerra, y de un infinito tesoro para poderla sustentar: pero con toda esta potencia, cuando la tienen, les cae de fuera; y sin ella no pueden castigar á los rebeldes é inquietos, ni conservar en paz la república, ni hacer justicia, ni ser de veras reyes: mas Jesucristo es tan poderoso, que para sojuzgar al mundo y rendir á todas las potestades del infierno, y hacer todo lo que es servido en el cielo y en la tierra, no tiene necesidad de nadie; porque por sí solo es suficientísimo, y niño tierno, llorando y temblando de frio, empañado y recostado en un pesebre de bestias, envia los ángeles para que den música del cielo: trae de Oriente á los reyes magos: alumbra é inflama á los pastores; y en la suma pobreza se muestra rico, en la flaqueza fuerte, y en la niñez Dios eterno. Esta razon apunta el concilio efesino por estas palabras: «Todas las cosas (dice) escogió pobres y viles, todas bajas, y al parecer de muchos oscuras: para que se entendiese que la divinidad habia convertido y trasformado al mundo. Por esto escogió la madre pobre y mas pobre la patria: y como mendigo no quiso tener dinero; y el pesebre nos puede ser de esto buen testigo.»

La otra causa es una utilidad; porque viniendo Dios á lo que venia, de esta manera habia de venir. Venia para ganar al hombre y curarle del amor propio, que es la dolencia mas universal y mas arraigada, que nos quedó por el pecado: el cual amor propio es el veneno y cuchillo del amor de Dios, del cual mal amor nacen tres hijos, que son otros tres malos amores; conviene á saber, amor desordenado de honra, de hacienda y de deleites sensuales: y de estos tres ramos que nacen de este pestilencial tronco, nace toda la fruta de muerte y toda la corrupcion de nuestra vida; porque como los hombres ponen la honra, nó en la virtud (que sola merece ser honrada), sino en la vanidad y juicio ciego del mundo, para alcanzarla se despeñan en un abismo de maldades y pecados, y dejan las cosas necesarias para el bien de sus almas, cuando les parece que son contrarias á la que ellos tienen por honra.

Pues ¿qué diré de la codicia y de la sed insaciable del dinero? de la cual dice el Apóstol, que es la raiz de todos los males, y que muchos por ella apostataron de la fé. ¿Qué del deseo desordenado de deleites, que es otra sementera de innumerables males? Porque los hombres mundanos, no haciendo caso de los verdaderos deleites de la buena conciencia, que como dice el Sabio, es perpetuo banquete, sueltan la rienda á los deleites de la carne, al comer y beber, al dormir y vestir: se entregan á los gustos sensuales y bestiales, y á todo género de pasatiempos, que la carne inficionada por el pecado apetece; y en ellos se entretienen de dia y de noche y se regalan: que esto es lo que dijo el evangelista san Juan, que todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, ó codicia de los ojos, ó soberbia de la vida. Pues estando nosotros oprimidos de tan crueles tiranos y presos con cadenas tan fuertes, que atormentados de verdugos sin piedad como estos, que perturban la paz de nuestras almas, y nos impiden el cuidado de nuestra salvacion, y muchas veces nos hacen tener por Dios la honra, el dinero y el vientre; ¿qué habia de hacer aquel médico soberano, que venia del cielo para curar una dolencia tan universal de todo el género humano y nacida de nuestra misma carne y del amor propio, que es el hijo primogénito del pecado y la fuente de donde ella nace? Cierto, que habia de hacer lo que hacen los sabios médicos, que es inquirir y descubrir las causas de la enfermedad, y aplicar los remedios contrarios para dar salud al enfermo: y por esto nuestro médico celestial nos enseñó y predicó la humildad contra la soberbia: la pobreza de espíritu contra la codicia; y la aspereza y penitencia contra el desordenado deleite y regalo. Y porque los ejemplos son mas eficaces que los consejos, y las obras mas que las palabras, este médico sapientísimo y maestro divino comenzó luego en su primera entrada en el mundo á enseñarnos con su ejemplo lo que en toda su vida y muerte nos habia de predicar: y en el establo donde nació puso una cátedra de celestial sabiduría y contraria á la vana filosofía de la carne; para que viendo una humildad tan profunda y una pobreza tan extremada, y un desabrigo y desamparo tan extraordinario, entendiésemos nuestra enfermedad: y viendo que nuestro médico toma la medicina amarga (nó porque él tuviese de ella necesidad, sino porque los enfermos la tomasen), nos animásemos nosotros á tomarla sin asco y horror.

Pues si para esto venia; ¿de qué otra manera habia de venir? ¿Habia de venir con fausto y pompa, viniendo á curar nuestra soberbia? ¿Habia de venir lleno de riquezas, viniendo á desterrar la codicia desordenada de ellas? Habia de venir lleno de regalos y delicias, viniendo á condenar la demasía de ellas? Porque si un contrario se cura con otro contrario, el médico de estos males ¿cómo habia de venir, sino con medicina de virtudes contrarias á ellos? ¿Cómo habia de persuadir que lo que nos enseñó era lo mejor, si para sí tomaba lo contrario? ¿Cómo habia de acabar con los hombres que se vistiesen de este hábito del hombre nuevo, si él venia ves-

tido de viejo y usado en el mundo? Tal finalmente habia de venir, cuales nos deseaba hacer; y tal habia de ser la manera de su vida cual era su doctrina; porque si de otra manera viniera, fuera contrario á sí, y con las obras deshiciera lo que con la doctrina predicaba. Cierto que si así no viniera, no se mostrara sabiduría eterna del Padre; porque no viniera de la manera que convenia: que es enseñarnos por su doctrina y mucho mas por su ejemplo el camino de la verdadera santidad y felicidad, y el desengaño de los hombres miserables del siglo que tanto estiman las cosas frágiles y perecederas de él, y están tan abrazados y aferrados con las riquezas, delicias y honras vanas, que tienen por rosas las espinas y la hiel por miel, y la amargura por dulzura, y el trabajo por descanso, y la flaqueza por consuelo y regalo. Así que, si el Señor venia á ser el caudillo, el capitan, la guia y ejemplo de todos los santos, y el espejo y dechado de todas la virtudes (de donde ellos habian de sacar las suyas), no habia de venir de otra manera sino de la que vino, para plantar en los corazones de los hombres el menosprecio de todo lo criado, y el aprecio y estima y perfecto amor del Criador: y así, hablando el gran padre san Agustin de esta medicina, dice: «¡Ó medicina que todas las cosas remedia, que recoge todas las cosas derramadas, que repara todas las flacas y enfermas, que corta todas las superfluas, y corrige todas las depravadas!» Y san Bernardo dice (sermon 1 *de Natividate*): «¿Para qué hemos ó qué necesidad hubo, que el Señor de la majestad se abatiese y se humillase, y se abreviase, sino para que vosotros hagais lo que él hizo? Ya clama con el ejemplo lo que despues ha de predicar con la palabra: para que se halle ser verdadero el que dijo, que Jesus comenzó á hacer y á enseñar. Por tanto yo os ruego afectuosamente, hermanos, que no os dejeis pasar un ejemplo tan admirable sin fruto, sino que os conformeis con él y os renoveis en el espíritu de vuestra mente. Porque ¿qué cosa hay mas fea y mas aborrecible, y mas digna de castigo, que ver á Dios del cielo niño, y quererse engrandecer sobre la tierra? Intolerable desvergüenza es, que donde se humilló su Majestad, el gusano se hinche y desvanezca.» Hasta aquí son palabras de san Bernardo. ¿Qué soberbia se puede sanar, si con esta humildad del Hijo de Dios no se sana? ¿Qué avaricia se puede curar, si con la pobreza del establo no se cura? ¿Quién será tan ingrato y desconocido, que viendo al Criador de los cielos, al Señor de los ángeles, á la gloria de los bienaventurados en este hábito y figura tan humilde, padeciendo desde su nacimiento tantas maneras de trabajos, no se esfuerce á imitar algo de lo que ve en él? Pudo tanto este ejemplo del Señor y la doctrina, que (como dijimos) desde el pesebre, como de una cátedra divina, nos enseñó, que innumerables monges y discípulos suyos por imitarle hicieron divorcio de todas las cosas del mundo, y de ricos se hicieron pobres, y de poderosos y estimados, abatidos y humildes, y se abrazaron con la abnegacion de sí mismos y con la cruz de Cristo; de manera que todos sus gustos y deleites eran afligirse y martirizarse por su amor, hallando en las penas regalo, en la mortificacion contento, y en la muerte vida. Y esta es la primera cosa, que en el sacrosanto nacimiento del Verbo eterno debemos considerar.

La segunda cosa es, ponderar lo que el evangelista san Lucas nos dice del sagrado parto de la Vírgen, y las circunstancias que concurrieron en el nacimiento de su preciosísimo Hijo. Mas ántes que desenvolvamos esta dulcísima historia, y representemos á los fieles este espectáculo que admiró á los ángeles, á los hombres, al cielo y á la tierrra; bien es que presupongamos que no nació el Salvador sujeto á lugar ni á tiempo, como nacen todas las otras criaturas; porque (como dijimos con san Bernardo) la criatura que está en el vientre de la madre no puede salir á luz y entrar en esta vida cuando quiere y donde quiere: mas el Salvador del mundo, como Señor de los tiempos y de todo lo criado, pudo escoger el tiempo y el lugar en que habia de nacer y trazar las cosas de manera que todos le sirviesen y fuesen instrumento de su divina providencia: la cual es suave y fuerte; y por una parte da cabo á todo lo que quiere, tan infaliblemente que ninguna cosa se lo puede estorbar; y por otra lo dispone y ordena con tan admirable suavidad, que algunas veces parece que las cosas ellas mismas se hacen, como si la divina providencia no las menease y anduviese en ellas: y esta consideracion es muy eficaz y de gran fuerza para aquietar y consolar algunas almas afligidas y zelosas de la gloria del Señor, cuando ven en el mundo algunos acaecimientos tan extraños y tan exorbitantes, como si Dios no tuviese la mano en ellos y estuviesen fuera de la jurisdiccion de su providencia, que (como dijimos) es fuerte y suave; y por medio de ella el Señor como sapientísimo piloto, lleva el gobernalle y guia el navío al puerto, cuando quiere y como quiere, por mas que los vientos sean furiosos y los mares alterados: porque como dice el profeta Isaías: *Consilium meum stabit, et omnis voluntas mea fiet:* Lo que yo determinare será firme y estable, y todo lo que yo quisiere se hará.

Volviendo, pues, á nuestro propósito, esta providencia divina escogió el tiempo y el lugar en que el unigénito Hijo de Dios y de María habia de nacer, y ordenó que el emperador de Roma y todas las criaturas sirviesen al nacimiento de su Rey y Señor, y que testificasen que era Dios el que nacia: porque primeramente cuanto al tiempo quiso nacer despues de tantos siglos y millares de años que habian pasado desde el pecado de nuestro primer padre; para que mejor se conociese la enfermedad y se entendiese la necesidad que el linaje humano tenia de remedio, y que las fuerzas de la naturaleza no se le podian dar; y deseasen y pidiesen á Dios este médico celestial, y remediador de todos nuestros males, y como tan deseado de todas las gentes, fuese mejor recibido y abrazado. Escogió asimismo el tiempo de paz, como rey pacífico y medianero entre Dios y el hombre: y para esto ordenó que el emperador Octaviano Augusto, habiendo vencido y sujetado á todos sus enemigos, gozase de gran paz y quietud. Y porque venia como maestro del cielo á enseñarnos la espereza y mortificacion de la carne, como habemos dicho, escogió para nacer el mes de diciembre, tiempo áspero, desabrido y frio, y muy contrario á la ternura del niño y á la delicadeza de la madre. Por la misma causa, y para mostrarse Hijo verdadero de David (á quien se habia hecho la promesa que de su linaje naceria el Mesías), escogió á Belen, aldea pequeña cerca de Jerusalen, para darnos en todo ejemplo de humildad y menosprecio de la vanidad de los hijos de Adan, que tanto se precian de haber nacido en lugares ilustres y de gran nombre. Y para que se cumpliese en todo el consejo de

Dios, y con la novedad y extrañeza de las cosas que sucedian estuviese el mundo admirado y asombrado y con grande expectacion, y todas las criaturas sirviesen al nacimiento de su Criador; en aquel mismo tiempo ó poco ántes que naciese sucedieron raros prodigios y cosas maravillosas que se pueden ver en los autores de las Historias eclesiásticas y profanas, y nosotros apuntamos algunas de ellas, auténticas y verdaderas, en la vida que escribimos de Cristo nuestro Redentor: porque otras hay recibidas por tales, que no lo son. Y porque la sacratísima Vírgen y su esposo san José moraban en Nazaret: para que se cumpliese lo que Dios habia determinado y el profeta Miqueas profetizado, que habia de nacer el Mesías y capitan del pueblo de Israel en el pequeño y humilde de Belen; dispuso el Señor las cosas de manera, que el emperador Octaviano, con la paz que tenia en su imperio, mandó publicar un edicto en que ordenaba que todos sus súbditos se encabezasen, cada uno en la ciudad donde estaba la cabeza de su familia y de donde él tenia su orígen y descendencia: porque de esta suerte pretendia el emperador, ó saber la gente de guerra que tenia en todo su imperio y las fuerzas que de él podia sacar cuando fuese menester; ó lo que es mas probable, queria acrecentar sus rentas echando algun pecho y nuevo tributo sobre cada cabeza de sus vasallos. Con esta ocasion que sirvió suavemente á lo que el Señor habia determinado, partió la santísima Vírgen de la ciudad de Nazaret para Belen, estando preñada y para parir, con su esposo san José; porque descendia de la casa y familia del rey David, que nació en Belen, donde estaba el solar y cepa de toda su familia: y no solamente los hombres habian de presentarse y empadronarse, sino tambien las mujeres á lo que algunos graves autores dicen, y parece que el sagrado Evangelio lo significa. Habia de Nazaret á Belen cuatro jornadas: el camino era áspero y el tiempo riguroso y frio: los caminantes pobres y mal proveidos; y la Vírgen sacratísima de pocos años y preñada de nueve meses, y con tantas y tan grandes incomodidades, como se pueden pensar: pero ninguna cosa ni impedimento fué parte para que no obedeciese al mandato del profano emperador; porque como tenia en sus entrañas aquel Señor que venia con su obediencia á remediar al mundo perdido por falta de ella, él mismo la movia y alentaba, para que ella hiciese, ántes de su nacimiento, lo que él habia de hacer en toda la vida: y con su ejemplo enseñase á dar á César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. Muchos creen y nó sin gran fundamento, que todo aquel largo camino anduvo la Vírgen á pié: porque su pobreza era grande y su preñez no se lo estorbaba, ni el Hijo que tenia en su sagrado vientre le era carga, sino alivio, ni le quitaba las fuerzas, ántes se las daba para cualquiera trabajo del camino. Verdad es que el evangelista no lo dice el haber ido á pié, y que el haber ido en algun jumento (como comunmente la pintan) no repugna á su pobreza; y algunos autores son de esta opinion.

Llegaron á Belen los divinos caminantes muy faltos de regalos, pero muy llenos de la dulzura y consuelo del cielo que llevaban consigo. Hallaron el pueblo, que era pequeño, lleno de gente que de todas partes venian á encabezarse: todas las posadas estaban ocupadas, y por mucho que le buscaron no hallaron albergue ni meson: porque como los veian pobres, todos les daban de mano, sin haber quién los acogiese ni se compadeciese; y así fueron forzados á retirarse á un establo que estaba pegado al arrabal y cerca de Belen, la cual estaba edificada en una costanera de un collado, y al fin de él, hácia la parte de Oriente, habia una cueva donde comunmente los pobres peregrinos y pastores se acogian en tiempo de necesidad. En este palacio entró la Reina de los ángeles; este pobre y vil lugar, y propio de bestias, escogió para nacer el Criador del universo, y el que por su inmensidad no puede ser comprendido del cielo ni de la tierra. Estando aquí, dice el evangelista que llegó aquella hora de la cual pendia la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado: llegó aquella dichosa y bienaventurada hora en que la Vírgen habia de parir á su unigénito Hijo; ahora sea porque la misma noche que llegaron (como algunos contemplan), se cumplió: ahora, porque habiendo llegado algun dia ántes, estando en aquella cueva y establo (como parece que lo significa san Lucas), el término del sagrado parto se cumplió. Entendió la sacratísima y purísima Vírgen que se acercaba la hora en que Dios queria manifestar al mundo sus riquezas y tesoros; y encendida de un amoroso y dulcísimo afecto de ver á su benditísimo Hijo, se puso en una altísima contemplacion de aquel inefable misterio. Despues de haber estado un rato absorta y trasportada en Dios, dice santa Brígida en sus revelaciones; que la Vírgen se descalzó sus zapatos, y se quitó el manto blanco con que se cubria, y el velo de la cabeza, y que quedando en cuerpo y en cabello, sacó dos pañales de lana y lino, que traia aparejados para envolver al Niño, viles y pobres, pero aseados y limpios. Despues hincada de rodillas, volviéndose hácia la parte de Oriente, levantadas las manos y ojos al cielo, llena de una divina dulzura, comenzó á suplicar al Señor que saliese á la luz la luz del mundo, con estas y otras semejantes palabras: O Padre eterno, que os habeis dignado darme por hijo á vuestro unigénito Hijo, y encerrar en mis entrañas vuestro tesoro, y en esta vil concha de mi cuerpo la perla inestimable de vuestra figura y sustancia; yo os suplico humildemente que descubrais al mundo esta vuestra perfectísima imágen para que por ella os conozcan. Salga de su criatura el Criador de todas las cosas, la fuente caudalosa de un rio pequeño, la raiz de su rama, de su pámpano la vid verdadera, el sol de la estrella y la esposa de su tálamo. Vea el mundo á su Hacedor, el ángel á su Rey, y á su cabeza coronada con la diadema de nuestra humildad, el pecador á su Redentor, el justo á su Justificador, el atribulado á su Consolador, el gentil á su Alumbrador y el justo á su Glorificador; y yo, vuestra humilde sierva y esclava, á mi unigénito Hijo. Era la media noche mucho mas clara que el medio dia, cuando todas las cosas se reparan del trabajo y gozan del silencio y quietud: y acabada la oracion de la Vírgen sacratísima, comenzaron los cielos á destilar miel y dulzura; y ella sin dolor, sin pesadumbre, sin corrupcion y mengua de su pureza virginal, vió delante de sí, salido de sus entrañas, mas limpio y mas resplandeciente que el mismo sol, al bien y remedio del mundo, tiritando de frio, y que ya con sus lágrimas comenzaba á hacer oficio de Redentor. No se puede con palabras explicar, ni con entendimiento humano comprender el gozo que la purísima Vírgen tuvo en aquel punto, y la admiracion y estupor que le causó

ver al que sabia que era verdadero Dios, tan abatido y humillado: y postrándose delante de él con profundísima reverencia, dicen, que dijo: *Bene veneris, Deus meus, Dominus meus et Filius meus*: Bien seais venido, mi Dios, mi Señor y mi Hijo: y así le adoró y besó los piés, como á Dios, la mano como á su Señor y el rostro como á su Hijo; y abrazándole y aplicándole á sus virginales pechos, le envolvió en aquellos pañales que traia aparejados. Sonrióse, como niño, á la madre el santo Infante: halágala con el rostro, y vuelve sus dulces y alegres ojos á mirarla: y como dice san Cipriano: «El niño mamando en los brazos de la Madre gozaba de aquella leche proveida del cielo, y la fuente del sagrado pecho infundia en la boca del Niño purísimo licor. El Hijo daba á la Madre, lo que la Madre daba al Hijo: él henchia los pechos de la Madre; y ella sustentaba al Hijo con la divina leche que él mismo le habia proveido. Mas como el Niño tierno temblase de frio é hiciese pucheritos, púsole la Vírgen así empañado en el pesebre, para que con alguna paja ó heno, que allí habia, y con el huelgo del buey y del jumento que allí estaban, se abrigase algun tanto, y se mitigase la fuerza de aquel frio y rigor. ¡O bienaventurado pesebre! ¡O establo mas glorioso que todos los palacios de los reyes, donde Dios asentó la cátedra de la filosofía del cielo, donde la palabra de Dios enmudecida, tanto mas claramente habla, cuando más calladamente nos avisa! ¡O Señor, Dios nuestro (dice Cipriano), cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Verdaderamente vos sois Dios obrador de maravillas. Ya no me maravillo de la figura del mundo, ni de la firmeza de la tierra, estando cerca de un cielo tan movible: nó de la sucesion de los dias, ni de la mudanza de los tiempos, en los cuales unas cosas se secan, otras reverdecen, unas mueren y otras viven: de nada de esto me maravillo, sino de ver á Dios en el vientre de una doncella: maravíllome de ver el Todopoderoso en la cuna: maravíllome de ver como á la Palabra de Dios se pudo pegar carne: y como, siendo Dios sustancia espiritual, recibió vestidura corporal: maravíllome de tantas expensas y de tan largo proceso, y de tan largos espacios, como se gastaron en esta obra.» Esto es de san Cipriano. «¡O misterio inexplicable y á los ojos de la carne escondido! ¡O cosa, nó para decirse, sino para sentirse! ¡Nó para declararse con palabras, sino con silencio y admiracion! ¿Qué cosa mas admirable que ver aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana: aquel que está sentado sobre los querubines: que vuela sobre las plumas de los vientos: que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra: cuya silla es el cielo, y cuyo estrado real es la tierra; que haya querido venir á tan grande extremo de pobreza, que cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo), le pusiese su Madre en un pesebre, por no tener otro lugar que un establo? ¿Qué persona tan baja llegó jamás á tal extremo de pobreza, que por falta de otro mejor abrigo viniese á reclinar á su hijo en un pesebre? ¿Quién juntó en uno dos extremos tan distantes, como son Dios y pesebre? ¿Que cosa mas baja que pesebre, que es lugar de bestias; y que cosa mas alta que Dios, que está sentado sobre los querubines? ¿Pues cómo el hombre no sale de sí, considerando estos dos extremos tan distantes, Dios en un establo, Dios en un pesebre, Dios llorando y temblando de frio y envuelto en pañales?» Hasta aquí es del P. Fr. Luis de Granada. Pues ¡ó corazon humano! ¿dónde estás cuando no estás en tí, ó cuando no estás con tu Dios? ¿Dudas por ventura que sea tu Dios este que aquí ves recien nacido, envuelto en pañales, recostado en un pesebre, y tiritando de frio entre dos animales? No dudes; porque este mismo Niño que ves nacido ahora de las entrañas de su Madre, nació eternamente de la inmortalidad del Padre eterno: de la Madre sin padre; y del Padre sin madre: del Padre sin tiempo; y de la Madre en el fin de los tiempos: del Padre como principio de la vida; y de la Madre como fin de la muerte: y el que ahora ves mortal y visible, y sujeto (por su voluntad) al hielo y al frio, por ser Hijo de María; entiende que es impasible, invisible y altísimo y exento de toda injuria, por ser Hijo de Dios. Niño es, y niño parece en esta forma de siervo; pero grande es é inmenso en la forma de Dios: el mismo que aquí toma el pecho, y se sustenta de la leche de una doncella, es el que gobierna los cielos y el curso del sol y de las estrellas, y sustenta y conserva el universo con su mano poderosa. Y para que mejor entendamos lo que en este niño se encierra, y con qué ojos lo habemos de mirar, y que es Dios verdadero y Salvador del mundo, nacido para nuestro bien; miremos la integridad de la Madre: porque aunque es madre, juntamente es vírgen: madre es; porque parió al Hijo que habia concebido y tenido nueve meses en sus entrañas: y vírgen es; porque este Hijo es Dios, y habiendo Dios de nacer, de vírgen habia de nacer. «No hubo allí necesidad de baños ni de lavatorios (dice san Cipriano), que se suelen aparejar á las paridas; porque ninguna injuria habia recibido la Madre del Salvador, la cual parió sin dolor, así como habia concebido sin deleite.» El fruto ya maduro con sazon se cayó del árbol, que le traia: y no habia necesidad de arrancar con fuerza lo que de su voluntad se nos ofrecia. Ningun tributo se pagó en este parto, ni deleite precedente (que no hubo) pidió alguna usura de dolor. Y para mayor certificacion de esta verdad, añade el sagrado Evangelista, «que habia en aquella region unos pastores que á la sazon estaban velando, y guardaban las vigilias de la noche sobre su ganado: y el ángel del Señor vino á ellos, y la claridad de Dios resplandeció al rededor de ellos, y temieron con gran temor; y díjoles el ángel: No querais temer: mirad que os anuncio unas nuevas de grande alegría que será para todo el pueblo; que os es hoy nacido un Salvador, que es Cristo nuestro Señor, en la ciudad de David, y esto os doy por señal, que hallareis al Niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y luego á deshora se juntó con el ángel una muchedumbre del ejército celestial que alababan á Dios y decian: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.» Todas estas palabras son del historiador sagrado. Para que los hombres conozcan á Dios en la tierra recien nacido y recostado en el pesebre, viene el ángel del cielo á manifestarle, y declararnos quién es. Venia el Señor para redimir al mundo y salvar al hombre perdido: y luego, en naciendo, comenzó á hacer oficio de Salvador, descubriendo lo que era, y tomando testigos de la majestad que estaba encerrada en aquella profundísima humildad. No quiso manifestarse á todos; porque no todos eran capaces de tan gran bien: y porque no se impidiese su cruz y pasion, escogió para testigos á unos pobres y despreciados pastores que guardaban su

ganado allí cerca, y velaban junto á una torre, que se llamaba Edor, donde Jacob habia apacentado su ganado: porque siendo él sumo pastor y príncipe de pastores; ¿á quiénes se habia de manifestar, sino á los que eran de su oficio? Siendo cordero de Dios; ¿quién habia de tener noticia de él ántes que los pastores? ¿A quién se habian de revelar primero los misterios divinos, sino á los que apacientan el rebaño de Dios, y velan sobre él para que ellos le comuniquen y declaren á sus ovejas? ¿Quién habia de predicar la humildad de Cristo y la pobreza del pesebre, sino los humildes y pobres, y que por su simplicidad y llaneza estaban dispuestos á recibir la luz del cielo, y creer lo que del ángel oian, y adorar al infante recien nacido? ¿Cómo creyera el rey Herodes al ángel, y fuéra á buscar y adorar en una choza al Niño recien nacido; pues por solo haberlo entendido, se turbó y salió de sí? ¿Cómo le adoraran y reconocieran los soberbios escribas y fariseos en aquella abatida y vil figura; pues siendo ya hombre, y haciendo tantos y tan grandes milagros, le desecharon y le pusieron en una cruz? Apareció, pues, el ángel del Señor (que san Cipriano y san Ambrosio y otros dicen que fué el ángel san Gabriel) á los pastores en figura humana, resplandeciente y con maravillosa claridad, para mostrar que era enviado de Dios, y que era Dios y mas que hombre aquel Niño que les venia á anunciar. Viendo los pastores al ángel, temieron sobremanera; porque su flaqueza no sufria aquella excelencia y majestad. Mas el ángel les quitó el temor, y les dijo: «No querais temer: mirad que os anuncio unas nuevas de grande alegría, que será para todo el pueblo; que hoy es nacido para vosotros y para nuestro bien un Salvador, que es Cristo nuestro Señor, en la ciudad de David.» No temais, sino alegráos; pues teneis tantas razones de gozo y de alegría: y es nacido el Salvador, y nacido para vosotros y por vuestra salud, y siendo Dios, ha nacido hombre y de vuestra misma naturaleza, la cual ha sido levantada y ensalzada sobre la nuestra: y para que vuestro gozo sea mas lleno y colmado, hágoos saber, que hoy en esta misma hora ha nacido el Cristo del Señor y el Mesías tan deseado, el cual por ser Dios, es vuestro y nuestro Señor. Y para que le hallasen y conociesen, dióles por señal, que hallarian al Infante envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. ¡O secretos, é investigables misterios de Dios! Los pañales, el pesebre, la pobreza da el ángel por señas de ser nacido el Salvador, y aquel Rey poderosísimo y sapientísimo, que habia de despojar el infierno y sujetar á los demonios, y dar vida y salud al mundo! Vinieron á grande prisa los pastores y hallaron á María y á José, y al Niño puesto en el pesebre: y viéndole, conocieron ser verdad lo que les habia sido revelado acerca de este Niño. Cosa es de grande admiracion, que conociesen los pastores que aquel Niño empañado y acostado en el pesebre fuese Dios y Señor de él y de la tierra: porque todo lo que veian, mas era para creer que no era Dios, sino un pobrecito y despreciado niño, abatido y desechado entre las bestias: mas avisados del ángel, y admirados del resplandor del cielo, y de la música y alabanzas de los ángeles, y sobre todo alumbrados con la luz de la fé, y encendidos en amor con la vista del mismo Niño, conocieron que era Dios, y por tal le adoraron y le predicaron á los otros.

Pues, ¿qué habemos de aprender de esta altísima escuela del Niño recien nacido? ¿Cómo nos debemos aparejar para recibirle en nuestros corazones? ¿Cómo habemos de imitar los ejemplos tan admirables que aquí vemos, y las virtudes que por todas partes resplandecen en este sagrado nacimiento? Que es la postrera parte de las tres que propusimos arriba. La primera cosa que debemos hacer, para que nazca en nuestras almas el que hoy nació en el portal de Belen, es alegrarnos y regocijarnos espiritualmente: porque tenemos un Dios tan bueno, tan benigno, tan amoroso, que siendo en sí eterno é incomunutable, hoy vestido de nuestra carne se ha hecho niño de un dia, y sujeto á la inclemencia del cielo y á las injurias del tiempo. Gozémonos porque nos ha nacido el Salvador verdadero, que nos librará, no solo de los daños temporales, sino de nuestros pecados y de la enemistad que por ellos tenemos con Dios, y nos sacará de las uñas de Satanás, y nos abrirá la puerta del cielo; porque si cuando nace un rey ó príncipe heredero, se hacen en todo el reino tantas fiestas y regocijos por celebrar el nacimiento de un hombre, que es semejante á los demás, y no se sabe si será la ruina y destruccion del mismo reino; y causa (por su mal gobierno) de tanto llanto, cuanto su nacimiento fué de alegría; ¿qué debemos hacer nosotros en la Natividad de aquel Rey soberano, que trae en su muslo escrito: «Rey de los reyes, y Señor de los señores:» ¿Qué habemos de hacer, cuando nace aquel príncipe, que no ha de cargar á sus súbditos, ni ponerles pechos ni tributos, sino tomar sobre sí las cargas de ellos y pagar en su cuerpo las penas que ellos merecen? ¿Qué habemos de hacer, viendo que nace aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios? ¿Aquel que es espejo sin mancilla, en el cual nos representa toda verdad, que es la fuente de toda dulzura, y arca en que está encerrado todo lo precioso que tiene Dios? ¿Que es ley viva, que da vida á todas las leyes y las endereza, y corrige todas nuestras acciones? ¿Que es el maná que contiene en sí todos los sabores, y pan celestial que solo puede hartar, y medicina que cura todas las dolencias de nuestra alma? ¿Que es flor del campo, que con su fragancia y suave olor recrea al mundo y atrae á sí los corazones? ¿Que es el sol de justicia, que deshace todas las tinieblas, y admirable é inmensa hermosura, que quita todas nuestras fealdades: y finalmente nuestro rey, nuestro maestro, nuestro médico, nuestro pastor, amigo, hermano, esposo, padre y señor? que todo esto se comprende en el nombre del Salvador; y por todos estos títulos nos debemos gozar, y porque hoy se nos ha dado, y ya le tenemos por nuestro, y como de cosa nuestra nos podemos holgar.

Porque si los ángeles vienen hoy del cielo á hacer fiesta en la tierra y alabar al Niño recien nacido y darle música, con no haber tomado el Señor su naturaleza, ¿qué habemos de hacer nosotros, viendo tan ennoblecida y ensalzada la nuestra y que ya somos parientes de Dios? La segunda cosa, conocer lo que debemos á este Señor por este beneficio, y las obligaciones que nos corren por este parentesco de Dios; porque sin duda, que si algun rey tomase por mujer á una doncella pobre, que todos los deudos de ella se honrarian con aquel casamiento, y procurarian tratarse, nó como ántes, sino como deudos de la reina. Pues lo mismo debemos nosotros hacer despues que el Rey del cielo se hizo participante de nuestra naturale-

za, procurando dejar el traje viejo de las vilezas y bajezas pasadas, y vivir como hombres de sangre real: y así dice san Leon, papa: «Conoce, ó cristiano, tu dignidad, y hecho ya particionero de la naturaleza divina, no quieras volver á las viejas costumbres de la villanía pasada. Mira de cuya cabeza y de cuyo cuerpo eres miembro: y mira que el precio de tu rescate es la sangre de Cristo: el cual te juzgará con verdad, así como te redimió con misericordia.» Pero en lo que principalmente debemos poner los ojos, es en el pesebre, y estar atentos á lo que este Maestro divino desde aquella cátedra celestial nos enseña, nó hablando, sino callando: Niño es, y juntamente Verbo del Padre, cuya niñez habla, y todas las cosas que intervinieron en el sagrado parto, claman y nos predican menosprecio, humildad, pobreza y trabajo. El establo, el pesebre, los pañales, la desnudez, el desabrigo, el frio, la compañía de bestias, ¿qué otra cosa son, sino voces del Niño recien nacido, y una doctrina del cielo, que nos enseña que no es tan mala la pobreza como pensamos, ni tan bienaventurados los ricos como el mundo cree; y que la humildad es la escalera del cielo y el deleite cuchillo de la virtud? «No consuela la niñez de Cristo (dice san Bernardo) á los parleros, ni sus lágrimas consuelan á los que dan grandes risadas; no consuelan sus pañales á los que andan ataviados y galanes; no consuelan el pesebre y el establo á los que aman las primeras cátedras en las sinagogas, sino á los que con paciencia aguardan en silencio la consolacion divina y lloran.» O Cristo se engaña (dice el mismo san Bernardo), ó el mundo yerra: Cristo no se puede engañar, porque es Sabiduría eterna: y pues escogió para sí la pobreza, la humildad y la aspereza, y desde que entró en esta vida, hasta que salió de ella, siempre se vistió de esta librea y nos exhortó con obras y palabras á vestir de ella, claro está que lo que él escogió es lo mejor, y que nosotros, siguiendo la opinion del mundo, vamos errados. Porque ¿cómo puede ser bienaventurado el que tiene mas honra en el mundo? ¿El que bebe los vientos por poner el pié delante de su igual? ¿El que pretende cargo y mando, y se hace esclavo de muchos por mandar y poder? ¿Y muchas veces lo compra con tantos y tan congojosos cuidados, y con la hacienda, y con su vida y con su alma? ¿Cómo las riquezas pueden dar contento al hombre; pues se adquieren con trabajo, y se guardan con temor, y se pierden con dolor? ¿Cómo puede dar hartura al alma que fué criada para solo Dios, una cosa tan vil y tan apocada como la hacienda, que está sujeta á tantos casos é infortunios de perderse? Finalmente, ¿cómo pueden hacer feliz al hombre las cosas que no le pueden hacer virtuoso, y que están fuera del hombre? Pues ¿qué diré de los gustos y deleites de nuestra carne, que tanto nos arrebatan y llevan en pos de sí? ¡Qué sucios, qué breves, qué engañosos son, é indignos de la excelencia del hombre que nació para trabajar, como el ave para volar! Pues quede esto sentado en nuestros pechos y muy fijo en nuestros corazones, que nuestra bienaventuranza consiste en conocer, amar y servir al Señor: y que aunque las honras y riquezas son bienes indiferentes y de los cuales se puede usar bien y mal; pero que comunmente son ocasiones de grandes pecados: y que el estado pobre y humilde es mas seguro y mas aparejado para hallar á Dios en el establo de Belen; y para enseñarnos esto, quiso él ser reclinado en el pesebre, y que su sacrosanto nacimiento fuese por el ángel revelado á los pastores, gente humilde y pobre, y que ellos fuesen los primeros que le buscasen, hallasen y adorasen. Y juntamente en este hecho nos enseñó, que el oficio de buen pastor es velar y apacentar su ganado; y que los prelados espirituales y príncipes temporales, y todos los gobernadores de la república y padres de familias, deben velar y procurar con gran solicitud y cuidado, dar saludables pastos á sus ovejas, y curarlas de la roña, y defenderlas de los lobos para dar buena cuenta de ellas á este Niño hoy nacido; porque es el sumo pastor que se las encomendó: y el que no tuviere esta obligacion por no tener cargo de otros, sea pastor de sí mismo y vele sobre sí: oiga y obedezca á la voz del ángel, busque al Señor, adórele y alábele; porque nació para salvarle y para su bien.

Mas entre todas las cosas de que nos debemos gozar en el nacimiento de nuestro Salvador, una es, de las excelencias y grandezas de la santísima Vírgen, y darle el parabien del nuevo y dichoso Hijo, que con tantos privilegios y prerogativas divinas dió al mundo; porque así como ella es la puerta del cielo por la cual se nos comunicó esta grande así luz; por ella habemos de entrar para ver la misma luz y ser particioneros del gozo inefable que ella en su sagrado parto recibió, que sin duda fué inmenso, indecible é incomprensible, y para significárnosle, concluye su historia del nacimiento del Señor el evangelista, con decirnos, que esta Señora guardaba en su corazon los misterios y maravillas que veia, y las conferia entre sí para alabar y manifestar mas al Señor. ¿Quién podrá dignamente explicar los gozos y alegrías de aquella santísima Vírgen, que por todas partes estaba cercada de tantas maravillas, y en un profundo piélago de tantos misterios, sumida debajo de las olas de tantos y tan señalados beneficios? ¿Qué sentiria su piadoso y humilde corazon, cuando veia en sus brazos al que por su inmensa majestad no cabe en el cielo ni en la tierra? ¿Cuando veia fajado y envuelto en pañales al que viste á todas las criaturas; y reclinado en un pesebre al que está sentado sobre los querubines y serafines? ¿Qué sentiria viendo adónde habian llegado las entrañas de piedad del Señor; pues tanto por su vil esclavo se habia abatido y humillado? ¿Cuando consideraba la singular gracia que habia hallado en los ojos de Dios; pues entre todas las mujeres criadas y por criar, ella sola fué escogida por madre suya? ¡Con cuánta humildad reconocia esta grandeza! ¡Con qué ojos miraba al que así la miró! ¡Qué gracias le daba! ¡Qué cantares le cantaba! ¡Con qué amor le respondia! Qué palabras le decia! ¡Qué luces, qué resplandores, qué ardores, qué sentimiento y afecto, qué ternuras y dulzuras eran las de esta purísima Vírgen, cuando consideraba que habia concebido por virtud del Espíritu Santo, y tenido en sus entrañas nueve meses al Hijo de Dios, sin pesadumbre ni fastidio, y parido sin dolor, y quedado vírgen siendo madre! ¡Cuando veia los ángeles que descendian del cielo á adorarle y servirle, y darle música, y manifestarle á los pastores; y á los mismos pastores que venian á reverenciar y dar vasallaje á su Salvador y Señor! Pues demos la enhorabuena á esta Señora, y gocemos de su gozo, y supliquémosla humildemente que pues parió á su precioso Hijo para nosotros, nos alcance gracia de su mismo Hijo, para que no perdamos por nuestra culpa lo que él nos ganó por su gracia, y para que nazca en nuestras almas de ma-

nera, que seamos participeros de todos los dones y bienes que con este inefable misterio y humildísimo nacimiento nos trajo del cielo.

SANTA ANASTASIA, VÍRGEN Y MÁRTIR, Y SANTA ANASTASIA, MÁRTIR.—Dos Anastasias celebra la Iglesia, ambas romanas, ambas nobilísimas y mártires. La primera, llama el Martirologio romano Anastasia la anciana, á diferencia de la segunda, que fué martirizada despues. La primera, habiendo escogido la vida monástica y perfecta (como dice el Metafraste) y habiendo sido instruida de la vírgen santa Sofía, en la persecucion de Valeriano, por mandato de Probo, prefecto, fué presa, encadenada, abofeteada, atormentada con fuego y con azotes; y cortados los pechos, arrancadas las uñas, quebrantados los dientes y tronchados los piés y las manos, fué degollada y voló á su Esposo vírgen y mártir, adornada de tan preciosas joyas, y tantas, cuantos fueron sus tormentos. El dia de su martirio fué á los 27 de octubre del año del Señor de 262.

La segunda Anastasia (cuyo martirio celebra hoy la santa Iglesia) fué casada con un caballero muy principal y de gran linaje, llamado Publio, que era hombre fiero y cruel, y dado á la adoracion de sus falsos dioses; y por esto aborrecia á santa Anastasia, porque era cristiana, y siempre se ocupaba en hacer bien y socorrer á los santos confesores, que en la persecucion atrocísima de los emperadores Diocleciano y Maximiano estaban presos y eran atormentados por la fé de Jesucristo. El Metafraste dice que santa Anastasia conservó su virginidad, y que Publio, su marido, no llegó á ella, pero afligióla sobremanera: encerróla en un aposento de su casa, dándole de comer por tasa para que acabase presto sus dias, y tratándola tan desapiadadamente, que la santa tuvo necesidad de escribir dos cartas á san Crisógono, mártir, que á la sazon estaba tambien preso en Roma, rogándole que la favoreciese con sus oraciones delante del Señor: y san Crisógono le respondió otras dos cartas que pusimos en su vida, y la consoló y animó para la corona del martirio. Pero sucedió, que en el mismo tiempo que ella estaba tan angustiada y afligida, el emperador Diocleciano envió á Publio, su marido, por embajador al rey de Persia: el cual partiendo de Roma, la dejó en la misma cárcel, con intento de darle la muerte cuando volviese de Persia: mas por voluntad de Dios cayó malo en el camino y murió, pagando con la muerte temporal y eterna los desafueros y tiranías que contra santa Anastasia habia usado: y ella quedó libre y señora de sí y de su hacienda, y la empleó toda en servicio y sustento de los pobres, especialmente de los santos confesores y mártires, como lo habia prometido. Era cosa maravillosa ver el ardor y afecto con que esta bienaventurada viuda y vírgen se empleaba en visitar las cárceles que estaban llenas de santos mártires, y cómo los consolaba y recreaba, y limpiaba sus llagas, y aliviaba sus penas, y enterraba sus cuerpos muertos, y en todas las cosas se trataba para con ellos como una sierva y esclava. Pero entendiendo en estas santas obras, el Señor, que la habia librado del marido, quiso darle el premio de ellas, y que la que con tanta caridad y humildad servia á los mártires, no careciese de la corona del martirio. Fué presa por un prefecto y echada en una áspera y horrible cárcel, donde santa Teodora (que ya habia consumado su martirio y reinaba en el cielo con Cristo) dos meses la sustentó con manjares traidos del cielo.

Al cabo de ellos la bienaventurada santa Anastasia fué puesta en una nave con doscientos hombres cristianos, y setenta (Usuardo y Adon dicen setecientas) mujeres, para que se ahogasen en el mar: pero la nave, guiada de la providencia del Señor, llegó á la isla Palmaria, donde santa Anastasia fué atada á unos palos y levantada algo de tierra. Pusieron fuego debajo, y así fué quemado su cuerpo y purificada su bendita alma, que estaba mas encendida y resplandeciente con el fuego del divino amor, que su cuerpo con las llamas del otro fuego material, con que quedó abrasado y consumido. Todos los otros santos que habian venido con ella murieron por el Señor con varios géneros de tormentos y muertes: entre los cuales estaba uno llamado Euticiano; hombre muy sencillo y sin malicia alguna. Era muy rico, quitáronle toda la hacienda, y él no mostró pena alguna por ello: porque tenia puesto su corazon donde estaba su tesoro, y preguntado, nunca respondia otra cosa sino: No me quitarán á Cristo, aunque me quiten la cabeza. El cuerpo de santa Anastasia, medio quemado, recogió una matrona llamada Apolonia: y besándolo muchas veces con ternura, y ungiéndolo con preciosos ungüentos, le envolvió en limpísimos lienzos, y sepultó en un huerto de su casa, en donde poco despues fabricó una iglesia, y la intituló de su nombre. El martirio de Santa Anastasia fué á los 25 de diciembre, imperando Diocleciano y Maximiano, año de Cristo de 303. Fué muy célebre esta santa en Roma, donde hoy dia tiene un templo, que es título de cardenal. Escribieron de ella los Martirologios romanos, el de Beda, Usuardo y Adon, y Metafraste en los actos de la otra Anastasia mas anciana, que refieren Lipomano en el V tomo, y el P. Fr. Lorenzo Surio en el VI de las Vidas de los santos.

* SANTA EUGENIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.—Era esta santa un ejemplar de virtud, sobresaliendo en su grande amor para con Dios, por manera que era la admiracion de cuantos la conocian. Sabedor el tirano de las dotes cristianas que resplandecian en Eugenia, la probó de varios modos, hasta que martirizada cruelmente murió en Roma el año 267 en tiempo del emperador Galeno ó Galieno.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS MILES DE MÁRTIRES.—Estando todos ellos en una iglesia, mandaron cerrarla por órden del emperador Diocleciano, y rodearla de fuego. Entonces se intimó á los de dentro que si querian salvar su vida, debian adorar á Júpiter. Negáronse todos á una voz, y en medio del mas atroz tormento dieron el alma á Dios.

SAN PEDRO NOLASCO, CONFESOR Y FUNDADOR.—Aunque el Martirologio romano le menciona tambien en este dia, su fiesta corresponde á 31 de enero, que es donde debe verse.

DIA 26.

SAN ESTÉBAN, PROTOMÁRTIR.—«Ayer (dice el glorioso san Agustin) celebramos el nacimiento en el mundo del Rey de los mártires, y hoy celebramos el dia en que el primicerio y capitan de los mártires salió del mundo: porque era conveniente que para dar vida á los mortales, el que es inmortal primero se vistiese de carne: y que despues el hombre mortal por amor de Dios inmortal menospreciase la muerte: y por esto nació el Señor para morir por el siervo, para que el siervo no temiese morir por su

Señor. Nació Cristo en la tierra para que Estéban naciese en el cielo.» Esto es de san Agustin, ó como otros dicen de san Fulgencio. La historia del martirio de san Estéban escribió el sagrado evangelista san Lucas en el libro de los Hechos apostólicos, de esta manera. Habiendo el príncipe de los sacerdotes, y muchos de la secta de los saduceos, con falso zelo de su ley, y por instinto del demonio, procurado estorbar á los apóstoles que no predicasen el nombre de Jesucristo al pueblo, y azotádolos y amenazádolos, y los mismos apóstoles recibido gran gozo, por verse maltratados por su Señor: dice san Lucas, que crecia cada dia y florecia mas la Iglesia de Cristo, y se multiplicaba el número de los cristianos que en aquel tiempo se llamaban discípulos: porque las obras de Dios son como la llama, que con los vientos de las persecuciones crece: y como el oro, que con el crisol y fuego se afina. Crecia la multitud de los que creian en Cristo, no solamente en número sino tambien en santidad y perfeccion, de manera que los fieles vendian sus haciendas, y traian el precio de ellas y le arrojaban á los piés de los apóstoles, como cosa baja y soez: dando á entender que ellos eran los que recibian beneficios en querer los apóstoles aceptarlas y servirse de ellas en utilidad de los pobres y menesterosos. Ninguno tenia cosa propia y todos tenian las de todos; porque á cada uno se daba lo que habia menester, sin acepcion de personas. Teníase gran cuenta de proveer, especialmente á las viudas, como mas necesitadas de consuelo y alivio. Y como ya el número de los creyentes se hubiese aumentado mucho, y los que tenian cargo de repartir las limosnas no las repartiesen con tanta igualdad; los hebreos que habian nacido en Grecia comenzaron á quejarse y á murmurar, porque no se tenia tanta cuenta en proveer á sus viudas como á las otras de los hebreos que eran naturales de Judea: pareciéndoles que se les hacia agravio, y que se trataban desigualmente que las otras, que entre mucha gente, aunque sea santa, no es maravilla que haya alguna imperfeccion, murmuraciones y quejas. Luego que los sagrados apóstoles entendieron lo que pasaba, y el fundamento que habia para ello, llamaron la muchedumbre de los fieles, y dijéronles que no era conveniente que ellos dejasen de dar pasto á las almas con la predicacion, por dar de comer á los cuerpos y atender á cosa de ménos importancia: que escogiesen siete varones (nó niños ni muy viejos, que, ó no supiesen, ó no tuviesen fuerzas para hacer aquel ministerio) y personas conocidas y aprobadas, y llenas del Espíritu santo y sabiduría, para que se ocupasen en aquel piadoso oficio: y ellos descargados de él pudiesen con mas libertad atender á la oracion y á la predicacion de la palabra de Dios: porque el predicador para inflamar con su palabra á los oyentes, primero ha de ser alumbrado é inflamado de Dios en la oracion, y coger en ella lo que ha de derramar á los otros. Pareció bien á la multitud lo que los santos apóstoles propusieron, y eligieron siete hombres de buena fama; y se los ofrecieron: y los apóstoles pusieron sobre ellos sus manos, ordenándolos de diáconos para que demás de tener cuidado de repartir las limosnas, y proveer á los fieles de lo que hubiesen menester, se ocupasen tambien en la predicacion del Evangelio y en las otras cosas que están anejas á aquel grado.

Entre estos el mas principal y eminente fué san Estéban, varon (como dice el texto sagrado) lleno de fé y Espíritu santo: el cual comenzó luego á ejercitar su oficio con tan grande vigilancia y caridad, que la hacienda de los pobres estaba muy bien en sus manos; porque no la dejaba perder por descuido, ni la repartia por aficion, ni se enojaba por palabras y quejas de los que la recibian: y tratando necesariamente con mujeres y viudas, á quienes daba de comer, era tan recatado y tan honesto, que todos podian aprender de él castidad y pureza. Demás de esto, ocupábase en predicar, y hacia Dios tantos milagros por él, y resplandecia en su vida una gracia y fortaleza del cielo tan rara, que á todos ponia admiracion. Fué esto de manera que san Clemente papa, discípulo de san Pedro, hablando en persona de los apóstoles, que ordenaron á los siete diáconos, dice, que en el amor para con Dios, no era inferior san Estéban á los mismos apóstoles. Habia en Jerusalen algunas sinagogas ó escuelas, á manera de colegios, á los cuales venian de varias provincias estudiantes mozos, y de nacion hebreos, para que en aquella ciudad que era la cabeza de todo su pueblo, y donde estaba el templo de Dios, y florecia el culto de su religion, aprendiesen la ley de Moisés, y las ceremonias y tradiciones con que Dios queria ser servido: porque estas eran las letras que ellos aprendian como ahora van á las universidades los que quieren estudiar varias artes y ciencias. De cinco de estos colegios ó sinagogas (que fueron la de los libertinos, la de los cirenenses, la de los alejandrinos y la de los estudiantes que habian venido de las provincias de Cilicia y Asia) salieron á disputar con san Estéban por verle tan gran letrado y tan fervoroso, y que en la gracia y fuerza de su predicacion, acompañada de tantos prodigios y milagros, hacia grandísima riza en el pueblo y convertia á muchos á la fé de Jesucristo, á quien ellos tenian por enemigo y destruidor de su ley. Disputaron muchas veces con el santo levita, y siempre quedaron concluidos sin saber responder á los argumentos que les traia, ni á la sabiduría y espíritu de aquel en quien hablaba Dios. Hallàronse tan afrentados y corridos, que determinaron dar la muerte á quien con razones y argumentos no podian vencer. Para salir con su intento buscaron testigos falsos que le acusasen delante del sumo sacerdote, y alborotando al pueblo y á los ancianos y escribas, echaron mano de san Estéban y le llevaron á su ayuntamiento, calumniándole haber dicho que Jesus Nazareno habia de destruir aquel lugar, y mudar las tradiciones que Moisés les habia dado. Lo uno y lo otro era falso; porque san Estéban no habia dicho tal: verdad es que ellos lo pensaban y temian, interpretando mal y trocando las palabras que Cristo nuestro Señor habia dicho, como lo suelen hacer los que buscan ocasion para dañar al que tienen por enemigo. Estando el santo levita en el concilio, habiendo el sumo sacerdote oido la acusacion, le preguntó si era verdad lo que aquellos testigos decian. Todos los que allí estaban sentados, pusieron los ojos en san Estéban (como comunmente se suele hacer, cuando el reo está delante de los jueces, y preguntado da razon de sí), y dice el texto sagrado que vieron su rostro como rostro de un ángel: porque el Espíritu santo que estaba interiormente en su alma, resplandecia y enviaba sus rayos exteriormente al cuerpo: y como él estaba inocente y sin culpa, y tan señor de sí y no tenia que temer, mostraba en la cara lo que tenia en el pecho: y (como dice Eusebio Emiseno) de la abundancia del corazon salia la hermosura

al cuerpo, y la pureza interior redundaba en la compostura exterior, y la luz escondida dentro se veia como en su espejo en la frente. Esto dice Emiseno. Pero ¿qué maravilla es que pareciese ángel el que era ángel en la castidad? ¿Y el que como ángel no tenia cuidado de su cuerpo, é imitaba la fortaleza y virtud de los ángeles? ¿Y estando lleno de Espíritu santo, ya representaba aquella vida angélica y celestial? Porque si la cara de Moisés resplandeció tanto cuando trajo del monte la ley vieja; ¿qué maravilla es que la cara de Estéban haya resplandecido como cara de ángel, cuando explicó la ley nueva, y magnificó al verdadero legislador? Pues como el sumo sacerdote hubiese preguntado á san Estéban, si era verdad lo que contra él se decia; tomó el santo la mano, é hizo un razonamiento muy largo, comenzando desde que Dios apareció á Abrahan, y le mandó que saliese de su tierra y fuese á la que él le mostraria, refiriendo desde aquel tiempo el discurso que habia tenido el pueblo de Israel, y las mercedes que Dios le habia hecho, especialmente por mano de Moisés, á quien Dios habia hecho príncipe y redentor de su pueblo, y le habia enviado á Egipto para que le librase, como le libró haciendo tantas maravillas y prodigios. Finalmente, despues de haberse mostrado sapientísimo en las divinas Letras, y magnificado á Moisés como á ministro de Dios y profeta excelentísimo que habia anunciado que Dios le enviaria otro profeta de su linaje y sangre (que era el Mesías), á quien debian oir y obedecer, y respondido á las cosas que falsamente le oponian; encendido de zelo, gravemente los reprendió, porque eran desagradecidos y rebeldes á Dios, y hombres de dura cerviz, é imitadores de sus antepasados: los cuales habian perseguido y muerto cruelmente á los profetas que Dios les habia enviado, y ellos, peores que sus padres, habian puesto las manos y crucificado al Santo y Justo, de quien los mismos profetas habian profetizado y predicado al pueblo que vendria. Los que estaban presentes, oyendo esto, no se puede creer el aborrecimiento y odio que concibieron contra el santo diácono: deshacíanse dentro de sí, y crujian los dientes contra él, deseando echarle las manos y acabarle. Levantó Estéban los ojos al cielo, y veia inmensa claridad corporal, que representaba la gloria de Dios, y á Jesucristo en pié, al lado derecho de Dios, como quien estaba presto para ayudarle y favorecerle en aquel riguroso trance. Tuvo esta vision para que habiendo dicho poco ántes que los judíos habian muerto á Jesucristo, le predicase vivo, y no solamente resucitado, sino tambien glorioso en el cielo y sentado á la diestra del Padre: y para que con aquella vista se animase á morir por el que habia muerto por él, y entendiese que le estaba el cielo abierto, y Jesus muy á punto y aparejado para ayudarle: y que no hay tribulacion ni mal alguno tan grande que con el amparo y virtud del Señor no se pueda vencer. Fué tanto el gozo y el esfuerzo que el santo levita recibió con aquella vision, que no se pudo contener, que no reposase y dijese: «Mirad, que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre al lado derecho de Dios. «En oyendo estas palabras aquella gente pérfida, que deseaba tener ocasion de vengarse del valeroso soldado del Señor, levantaron la voz en grito, diciendo: Muera, muera el blasfemo; porque tenian por blasfemia decir que estaba en el cielo, á la diestra de Dios, el que ellos habian condenado por malhechor: y por esto se taparon las orejas y arremetieron á él, y le echaron mano y le sacaron fuera de la ciudad para apedrearle como á blasfemo; porque así lo mandaba la ley: y para poderlo hacer mejor y estar mas desembarazados, se desnudaron sus ropas y las dieron á guardar á Saulo, que era primo del mismo san Estéban (como dice Ecumenio), y mozo ardiente y que le hervia la sangre con la edad, y con el zelo de la ley, que le parecia destruirse por la predicacion de san Estéban, y por eso deseaba que muriese, posponiendo el amor á la sangre y parentesco al estudio y zelo de la religion: y á esta causa guardaba los vestidos de los que apedreaban al santo, para apedrearle él con las manos de todos, como lo dice san Agustin por estas palabras: « De tal manera Saulo ayudaba á los que apedreaban, que no se contentaba con apedrear él por sus manos; ántes para apedrear á Estéban con las manos de todos, guardaba los vestidos de todos: y era mas cruel, ayudándolos á todos, que si le apedreara con sus manos. » Cogieron á gran priesa las piedras, y comenzaron á tirarlas con gran furia á Estéban, que invocaba al Señor, y le decia: Señor mio Jesucristo, recibe mi espíritu. Como los judíos eran duros y empedernidos y tenian el corazon de piedra, tiraban piedras: y como el santo levita era blando y amoroso, y tenia el corazon de carne, destilaba dulzura y suavidad: ellos corrian á las piedras y Estéban á la oracion: ellos le tiraban piedras duras, y él como un pedernal y piedra mas fuerte y dura, herido de las piedras, echaba de sí centellas, nó de enojo, sino de amor, para ablandar y abrasar los corazones mas duros que las mismas piedras que tiraban. Pero despues que san Estéban hubo encomendado su espíritu al Señor, hincando las rodillas en tierra, clamó con una grande voz, y dijo: Señor, perdonadles este pecado, y no los castigueis por el. Por sí hizo oracion en pié; y por sus enemigos arrodillado: por los que le apedreaban alzó la voz, para que Dios les perdonase; la cual no se dice alzó para rogar por sí: porque veia el gran peligro y obstinacion de ellos: y como estaba tan abrasado de caridad, no tenia tanta solicitud de sí, como de la perdicion y eterna condenacion de sus hermanos: imitando en esto al Señor de todo lo criado, que en la cruz suplicó al Padre eterno que perdonase á los que le crucificaban: juzgando que hacia poco en seguir las pisadas de su Maestro, pues habia tan gran diferencia de su vida á la de Cristo, y de muerte á muerte. Y es de creer que el Señor oyó aquella oracion, que salia de pecho tan encendido en su amor y tan deseoso de imitarle: y que muchos de los que allí estaban y le apedreaban se convirtieron, y alumbrados con la luz del cielo, recibieron la fé de Cristo y murieron por ella: pues que vemos que Saulo (que era el que los atizaba y guardaba las capas de los que le apedreaban) por la oracion de san Estéban de lobo se hizo cordero, y de perseguidor de Cristo fué apóstol de Cristo y perseguido, y muerto por su amor: de suerte que la conversion de san Pablo fué efecto de la oracion de Estéban, como escribe san Ambrosio: y san Agustin dice llanamente, que si Estéban no orara, la Iglesia no tuviera á Pablo: que por eso se levantó Pablo; porque inclinándose en la tierra Estéban, oró por él y fué oido. Y no es maravilla que el Señor oyese al que él mismo habia llenado de fé, de gracia, de fortaleza, y adornádole de tantos dones del Espíritu santo y héchole en su muerte tan semejante á sí: porque Jesucristo fué acusado de

blasfemia y condenado: porque dijo: Yo soy Cristo Hijo de Dios, y vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios; y san Estéban fué apedreado por haber dicho que veia los cielos abiertos, y á Jesus que estaba á la diestra de la virtud de Dios: para acusar á Cristo buscaron testigos falsos; y lo mismo hicieron para condenar á Estéban: al uno y al otro sacaron fuera de la ciudad: el Señor fué confortado del ángel orando en el huerto; y Estéban del mismo Señor, cuando le vió al lado del Padre para ayudarle: el Señor y el siervo rogaron por sus enemigos, y encomendaron su espíritu á Dios que le recibió: y así concluye san Lucas la historia del martirio de san Estéban con estas palabras: *Et cum hæc dixisset, obdormivit in Domino:* En diciendo estas palabras y acabando esta oracion que hizo por los que le apedrearon, durmió en el Señor. En el Señor durmió; porque murió por el Señor, ofreciéndose en sacrificio por su fé, y por el amor de sus hermanos: en el Señor durmió; porque su muerte fué un sueño suave para él, y de gran precio para nosotros, y para toda la Iglesia de grande utilidad, por haber sido regada con la sangre de este bienaventurado y fortísimo mártir, que despues de la ascension del Señor fué el primero que por su amor con invencible constancia la derramó: y por esto es llamado san Estéban protomártir y primicerio de los mártires, porque fué el primero (como dijimos) que dió la vida por Cristo, y en él se dedicaron y se ofrecieron al Señor las primicias de los mártires, y él con su ejemplo abrió camino á los demás. Muerto que fué el santísimo levita y santísimo protomártir Estéban, dice san Lucas, que algunos varones temerosos de Dios tomaron su cuerpo y le sepultaron con gran llanto: quiere decir con mucha solemnidad, como lo interpreta san Gerónimo. El lugar y modo con que le enterraron, reveló Gamaliel á Luciano presbítero, y nosotros lo referimos el dia de la Invencion de sus preciosas reliquias, á los 3 de agosto. Fué apedreado fuera de la puerta Aquilonar de Jerusalen. Dejaron su cuerpo en el campo un dia y una noche, para que le comiesen las fieras; pero ninguna le tocó: y Gamaliel envió hombres fieles, y les dió todo lo necesario para que en su coche llevasen el cuerpo á una aldea suya, distante veinte millas de Jerusalen, donde por espacio de setenta dias á su costa se celebraron las exequias, con mucho sentimiento, y el cuerpo se puso en su sepulcro. Esto es lo que refiere Luciano, por la revelacion que le hizo Gamaliel. Mas los sacerdotes y escribas no quedaron satisfechos con la muerte de san Estéban: ántes encarnizados y relamiéndose en la sangre que habian derramado, se embravecieron contra los otros cristianos, y movieron (como lo escribe el evangelista san Lucas) una gravísima persecucion contra la Iglesia del Señor, que estaba en Jerusalen: en tanto grado, que todos los creyentes, fuera de los apóstoles, que eran las colunas, se ausentaron de la ciudad y se esparcieron por varias provincias y tierras, sembrándolos Dios por ellas, como semilla del cielo, para coger copiosa cosecha con su predicacion. Doroteo dice (no sé de dónde lo toma,) que el dia que fué apedreado san Estéban, murió con él Nicanor, uno de los siete diáconos, y otros dos mil cristianos con ellos. Lo de Nicanor, que haya muerto con san Estéban, tambien lo dice Hipólito, mártir. Fué el martirio de san Estévan á los 26 de diciembre, en que la santa Iglesia le celebra, y fué el año mismo en que el Salvador murió y subió á los cielos, y el primer dia que comenzaba el año 35 de su nacimiento. Hipólito Tebano y Erodio escribieron que san Estéban fué apedreado siete años despues que fué ordenado diácono de los apóstoles; pero esto no tiene fundamento ni probabilidad. Fué tan reverenciada la memoria de san Estéban de los fieles desde el principio de la Iglesia, que san Clemente, papa, escribe que los apóstoles san Pedro y san Pablo mandaron que se guardase el dia de su fiesta: y san Ignacio dice, que san Estéban fué ministro de Santiago el menor, 1 obispo de Jerusalen. San Fulgencio afirma, que para alcanzar la corona del martirio conforme á su nombre (porque Estéban quiere decir Corona), se armó el santo levita de la caridad, por la cual no se dejó llevar de los judíos cuando disputaban, y rogó por ellos cuando le apedreaban. La caridad le hacia que los reprendiese, para que se enmendasen, y que suplicase á Dios que no los castigase; porque tenia mas pena de los pecados de ellos que de sus propias heridas, y lloraba mas la muerte de sus almas que la de su cuerpo. Pero no resplandece solamente la caridad para con sus enemigos en el martirio de san Estéban, sino tambien la fé, la sabiduría, la fortaleza, la libertad y zelo de la gloria de su Señor, la paciencia y constancia con que murió, y todas las otras excelentísimas virtudes, que nosotros debemos procurar de imitar. Todos los santos alaban, engrandecen y ensalzan sobremanera á este beatísimo y gloriosísimo mártir, como se ve en las homilías que escribieron de él san Agustin, san Gregorio Niseno, san Fulgencio, san Pedro Crisólogo, san Bernardo, Eusebio Emiseno, Nicetas y otros muchos. Los milagros que nuestro Señor obró por medio de las reliquias de san Estéban, cuando reveló su cuerpo, fueron innumerables. San Agustin refiere algunos, como testigo de vista; y nosotros en el dia de la Invencion de su cuerpo lo tratamos, y por eso no lo repetimos aquí.

* San Marino, mártir.—A fines del siglo tercero imperaba Numeriano, y en la misma ciudad de Roma vivía Marino que pertenecia á una familia ilustre. Era cristiano y no se avergonzó de confesarlo en presencia de los tiranos, por cuyo motivo fué cruelmente martirizado, sufriendo los martirios con valor y constancia. Sucedió su muerte el año 284.

San Dionisio, papa y confesor.—Murió en 269, despues de haber trabajado cuanto cabe en bien y gloria de la Iglesia católica. Fué hombre admirable y de vastísima doctrina.

San Zósimo, papa y confesor.—El Martirologio romano le menciona en este dia, despues de san Dionisio. Nació en Grecia, y murió, modelo de sumos pontífices, en 418.

San Arquelao, obispo y confesor.—Es muy venerado en la Mesopotamia; fué eminente en saber y en santidad. Fué obispo de Cascar ó Casglar, en la Mesopotamia. Murió santamente á fines del siglo III.

San Zenon, obispo y confesor.—Ha merecido una conmemoracion especial del Martirologio romano en este dia, siendo modelo de las virtudes que constituyen un verdadero prelado de la Iglesia. Fué obispo de Mayuma.

San Teodoro, confesor.—De él hace mencion san Gregorio papa, como asimismo el Martirologio romano. Fué sacristan de la iglesia de San Pedro en Roma.

San Jarlath, obispo y confesor.—Floreció á principios del siglo VI. Fué primer obispo de Tuam en Irlanda, y murió en 540. No debe confundirse con otro Jarlath que fué discípulo de san Patricio.

DIA 27.

SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA.—El bienaventurado profeta, apóstol, evangelista, doctor, vírgen y mártir san Juan, y por otro nombre el discípulo amado del Señor, fué de nacion galileo y natural de Betsaida, de donde tambien fueron san Pedro y san Andrés. Fué hijo del Zebedeo, y de María Salomé, y hermano menor de Santiago el mayor. La vida de este grande apóstol y privado de Jesucristo se ha de sacar principalmente de lo que de él escriben los evangelistas en la sagrada historia del Evangelio, y san Lucas en el libro de los Hechos apostólicos, y san Pablo en sus Epístolas, y de lo que el mismo san Juan en su Evangelio, en sus Epístolas y en el Apocalipsi escribe de sí, y de lo que los santos doctores y autores de la Historia eclesiástica dicen de este varon incomparable, y discípulo tan querido y regalado del Hijo de Dios.

La primera cosa que nos dice san Mateo en su Evangelio de san Juan es, que él y Santiago su hermano eran pescadores, como tambien lo era Zebedeo su padre. San Gerónimo dice que eran nobles, y que por su nobleza san Juan era conocido de Caifás, sumo sacerdote: y que por esto pudo entrar él, y hacer entrar en su casa á san Pedro, al tiempo de la pasion del Señor. Estando, pues, san Juan con Diego su hermano, y con su padre Zebedeo, en un navío aderezando y reparando sus redes para pescar, el Señor llamó á los dos hermanos, y les mandó que le siguiesen; y ellos fueron tan obedientes á aquella voz poderosa de Dios, que luego dejaron el navío, y el oficio y ejercicio que tenian de pescar, y lo que es mas, su casa, padre y madre, y comenzaron á seguirle y á ser sus discípulos: dándonos ejemplo de la prontitud con que hemos de obedecer al Señor de todo lo criado, cuando él nos llama, y nos propone alguna cosa de su servicio, como lo hizo san Juan, que por ser mas mozo y estar en la flor de su juventud, se debe estimar mas lo que hizo. Algunos doctores, como Beda y Ruperto, dicen que san Juan fué el esposo de las bodas de Caná de Galilea, á las cuales fué convidada la Vírgen nuestra Señora, y su bendito Hijo con sus discípulos, y que el Señor le escogió y llamó al apostolado, honrando por una parte las bodas con su presencia, y manifestando por otra que la virginidad se debe preferir al matrimonio: y muchos autores modernos siguen esto: y aun quieren hacer de este parecer á san Gerónimo y á san Agustin; aunque estos santos claramente no lo dicen. Mas probable es (á mi pobre juicio) que san Juan no haya sido aquel esposo de las bodas, á las cuales él vino, nó como esposo, sino como discípulo que ya era de Cristo, acompañando á su Maestro. Demás, que san Juan no era natural de Caná, sino de Betsaida (como dijimos): y habiendo ido el Señor para honrar las bodas y santificarlas con su presencia, y tapar las bocas á los herejes que despues se habian de levantar y condenarlas como ilícitas; no parece cosa razonable que las desbiciese, llamando al esposo, y apartándole de su esposa, y dando ocasion á los mismos herejes con este hecho, para vituperar al santo matrimonio. Añade san Márcos, que despues que Cristo nuestro Salvador llamó á san Juan y á su hermano, les puso por nombre Boanarges; que como el mismo evangelista interpreta, quiere decir: Hijos del trueno, que segun la frase hebrea, es tanto como rayos. Y es cosa de mucha consideracion, que entre todos los apóstoles á ninguno haya el Señor trocado el nombre, sino á san Pedro y á estos dos hermanos: á San Pedro llamándole Piedra ó Cefas, que es lo mismo; y á san Juan y á Santiago, hijos del trueno. La causa de haber dado aquel nombre á san Pedro está clara; porque él habia de ser cabeza de la iglesia y la piedra fundamental y secundaria, en que despues de Cristo ella se habia de fundar: mas el llamar Hijos del trueno á estos dos apóstoles y bienaventurados hermanos, la causa fué, porque sobre todos los otros apóstoles despues de san Pedro, habian de ser mas familiares suyos y mas privados y regalados como lo fueron: pues á estos tres apóstoles, Pedro, Juan y Diego, llevaba el Señor consigo en las cosas secretas é íntimas, dejando á los demás; como cuando se transfiguró en el monte Tabor, y cuando resucitó á la hija del archisinagogo Jairo, y cuando en el huerto hizo oracion al Padre eterno, suplicándole que apartase de él aquel cáliz amargo de la pasion. Tambien los llamó Hijos del trueno; porque habian de ser los principales capitanes y conquistadores del mundo, entre los que él enviaba para sojuzgarle y rendirle á su obediencia: porque Juan especialmente nos habia de declarar como un trueno sonoro y espantoso la generacion eterna de Jesucristo, y entonar aquellas palabras que asombraron al mundo: *In principio erat Verbum*, como adelante se verá. Mostraron tambien estos sagrados apóstoles, que eran rayos é hijos del trueno, en lo que san Lucas escribe que pretendieron hacer: porque habiendo el Salvador de pasar por la ciudad de Samaria, de camino para Jerusalen, envió algunos adelante, para que aparejasen lo que habian de comer. Cuando los samaritanos los vieron y conocieron en el traje que eran judíos y de diferente religion que la suya, no quisieron recibir al Señor: y fué tanto lo que sintieron los dos hermanos aquella descortesía y descomedimiento que habian usado contra su Maestro, que encendidos de celo, desearon tomar venganza de los samaritanos, y dijeron al Señor, que si queria, que mandase venir fuego del cielo para que los abrasase en castigo de tan gran culpa: mas el Salvador les respondió, que aquel espíritu no era del Nuevo Testamento sino del Viejo de Elías, y nó de discípulos suyos: porque él habia venido á dar vida á las almas y nó muerte á los cuerpos, y que su ley evangélica con dulzura, benignidad y mansedumbre se habia de fundar. Otra vez viendo san Juan que uno echaba los demonios en el nombre de Cristo, que no seguia á Cristo ni era de sus discípulos; le prohibió, y le dijo, que pues no era de su compañía, no se aprovechase del nombre del Señor contra los demonios: pero el mismo Señor, cuando Juan le dijo lo que habia hecho, le avisó que tuviese por amigo al que no era enemigo, y por suyo al que no era contra él, y que no impidiese al otro lo que hacia. Eran tan grandes los favores que Jesucristo hacia á san Juan y Santiago, que María Salomé su madre confiaba de ellos; y del deudo que tenian con él, se atrevió á suplicarle que los hiciese los dos mas principales personajes de su reino, y que el uno de ellos se sentase á su diestra y el otro á su siniestra: ahora fuese porque los mismos hijos lo habian pedido á la madre, por entender que como mujer lo alcanzaria mas fácilmente, y que ellos quedarian sin empacho suyo y sin queja de los otros apóstoles, como algunos santos lo interpretan: ahora, porque la misma madre de suyo, co-

mo madre, era cuidadosa y solícita del bien de sus hijos, y sin que ellos tuviesen parte en lo que ella hacia, les procuraba su bien, como otros doctores dicen. Mas el señor se volvió á los hijos, á cuyo bien se enderezaba la peticion de la madre, y les dijo, que no sabian lo que se pedian: porque si pensaban que su reino era temporal y de la tierra, y pedian los primeros y mas preeminentes lugares en él, se engañaban; porque su reino era espiritual y del cielo: y si ellos creian que lo era, y querian ser aventajados en él por deudos suyos; que iban fuera de camino: porque querian la corona ántes de la batalla, y haber por favor lo que no se da sino por merecimientos: y por esto les preguntó si estaban aparejados para beber el cáliz de la pasion que él habia de beber. Y ellos como animosos y esforzados respondieron que sí. Pero el Señor se cerró con decirles, que beberian su cáliz; mas que las primeras sillas de su reino, ni se habian de dar sino á los que conforme á la disposicion del Padre eterno las hubiesen merecido. Dice mas el evangelista: que cuando el Señor hubo de celebrar la última Pascua, en la cual habia de descubrir mas el amor que tenia á los suyos, é instituir el sacramento inefable de su sacratísimo cuerpo y sangre, envió á Pedro y á Juan para que aparejasen lo que era menester para celebrar aquella Pascua, que por este respeto era muy diferente, y mucho mas excelente que las otras: y el haber juntado á Pedro y á Juan, fué señal de que para cosa tan grande escogió el Señor á los dos apóstoles mas queridos y mas privados suyos.

Pero mayor demostracion de la privanza de san Juan, y del singular amor que le tenia el Señor, fué lo que en aquella sagrada cena hizo con él: porque de todos los apóstoles, el que mas cerca estaba de Cristo era Juan: y habiendo dicho que uno de los doce que estaban sentados á la mesa con él le venderia y seria traidor, sin señalar quién era; san Pedro, deseoso de saberlo, para despedazarle (como dice san Crisóstomo) y comerle á bocados, no se atrevió á preguntar al Señor quién era; mas por señas rogó á san Juan, que como mas familiar y mas regalado se lo preguntase: y él se lo preguntó, y el Señor respondió, que era aquel á quien él daria un bocado de pan mojado en el plato: y luego dió el bocado á Judas; y san Juan entendió, que él era el traidor.

De donde consta la familiaridad y privanza que tuvo con Cristo este glorioso apóstol y evangelista sobre todos los demás: pues el príncipe y cabeza de todos los apóstoles le tomó por medianero, para saber por él lo que por sí no se atrevió á preguntar al Señor. Mas todo esto no nos declara tanto este regalo y favor, como lo que el mismo Juan dice de sí que en aquella misteriosa cena se recostó sobre el pecho del Señor. Recostóse sobre los brazos y seno de Cristo, como hijo mas tierno y mas regalado de su padre. Y oyendo del Señor, que uno de los apóstoles le habia de vender, y que se llegaba aquella hora lastimosa en que su vida habia de morir, tuvo gran tristeza y cerró los ojos corporales á todas las cosas visibles, y abrió los del alma para las invisibles. Quedaron todos los sentidos exteriores como dormidos y muertos, para que las potencias interiores se dispertasen y avivasen mas, y en aquel divino viesen el misterio inestimable de la generacion del Verbo, y todos los otros secretos y profundísimos sacramentos, que despues el santo apóstol nos habia de manifestar, y alumbrar á toda la Iglesia con la luz que allí le habia sido comunicada, y regalarla y fecundarla con las aguas que en aquella fuente de vida habia bebido. Grandísimo favor, soberano beneficio, incomparable gracia fué la que en esta cena hizo á Juan el Señor: pero mucho mayor es la que le hizo estando en la cruz: porque habiendo todos los otros apóstoles desamparado á su Maestro, y Pedro, que era la cabeza de todos, negádole tres veces; solo san Juan le acompañó, y con la sacratísima Virgen asistió á su pasion en el monte Calvario, atravesado de increible dolor, por ver á su Señor y Maestro puesto en un madero con tan atroces tormentos y dolores: y á la Madre santísima mas muerta que viva, por ver morir al que ella habia dado su carne, y él á ella su espíritu. Estando, pues, el bendito Jesus en aquel conflicto y agonía, y viendo á la madre y al discípulo; compadeciéndose de la una, y queriendo regalar al otro y darnos ejemplo de la obediencia, respeto y reverencia que debemos á nuestros padres, dijo aquellas palabras de tanto amor y sentimiento: «Mujer, hé aquí á tu hijo:» y volviéndose á Juan: «Hé aquí á tu madre:» con las cuales traspasó con un cuchillo de dolor las entrañas de la Madre que perdia tal Hijo, y le trocaba por Juan; y á Juan le honró y sublimó y enriqueció, dándole por madre á su propia Madre, y haciéndole de discípulo hermano suyo. ¡O gracia singular! ¡O dádiva inestimable! ¡O don de dones! Por el cual en cierta manera hizo Cristo á Juan su hermano de padre y madre, y partió con él la herencia, como con hermano menor: porque solo Jesucristo es único hijo y natural del Padre, é imágen invisible, resplandor de la gloria y figura de la substancia de Dios, Hijo consubstancial, perfectísimo, infinito, coeterno y en todo igual al que le engendró, de quien dice el profeta: «El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo; y yo te engendré hoy:» que quiere decir, «eternamente.» Y todos los que están unidos en Cristo por viva fé, firme esperanza y ardiente caridad, son hermanos suyos y miembros de su cuerpo, que es la Iglesia, cuya cabeza él es: y así lo llama él; porque dice el apóstol san Pablo: «No se desdeñó de llamarnos hermanos:» y siendo hermanos de Cristo, son hijos adoptivos del Padre eterno; pues como dice el mismo san Pablo: «El Espíritu santo nos da testimonio, que somos hijos de Dios: y si hijos, tambien somos herederos de Dios y herederos juntamente con Cristo.» Mas aunque todos estos son hijos del Padre eterno, y por esta parte hermanos de Cristo; nuestro glorioso apóstol y evangelista san Juan es hermano mas estrecho y mas querido (como lo fué Benjamin de José entre todos sus hermanos); porque es hijo de un mismo Padre y de una misma Madre. Y puesto caso, que todos los fieles que están en gracia son hijos adoptivos de esta Señora: porque aunque ella no tuvo sino un Hijo unigénito y nacido de sus entrañas; por él mereció ser Madre de todos los vivientes, y tener tantos hijos adoptivos, cuantos Cristo tiene hermanos: pero de todos estos hijos Juan es el primogénito, es el dechado y modelo de todos los otros: porque á él solo se dió este privilegio tan especial, y Cristo le entregó á su Madre por madre, y á la Madre á Juan por hijo, y él la tuvo por tal, y la sirvió y regaló mucho mas perfectamente que si hubiera sido su madre natural. ¡O dichosa suerte! ¡O precioso don! ¡O tesoro inestimable! *Ecce mater tua:* Hé aquí, Juan, á tu madre: toma á María, nó por señora, nó por reina, nó por maestra, nó por abogada (como hasta aquí la has tenido, y toda la Iglesia la tiene); sino tambien por

madre: toma la Madre de Dios por madre tuya: toma á la reina del cielo, á la emperatriz del mundo, á la gobernadora de todo lo criado por madre: toma á la hija querida del Padre eterno, á la esposa del Espíritu santo, al templo de la santísima Trinidad por madre: toma por madre á la que es aquel sagrario y tálamo, en que Dios se desposó con la humana naturaleza: en cuyo acatamiento los querubines y serafines se inclinan: de cuya hermosura las estrellas se maravillan; y á cuya grandeza todas las criaturas se humillan; á esta Señora te doy por madre. Si me has mostrado el amor que me tienes estando aquí conmigo, en tiempo tan riguroso y de tanta afliccion, yo te doy por premio de este amor á mi Madre: *Ecce mater tua:* Esta es tu madre; y esta te basta. Buen galardon has recibido por todos los servicios que me has hecho y por todo el amor que me has mostrado; dejaste por mí á tus padres: yo te doy en pago á mi Madre; dejaste un pobre navío, yo te doy á esta tan grande nave, en la cual han de pasar todos los que navegan este golfo tempestuoso del mundo, si quieren llegar á puerto de salud.

Quedó Juan tan enriquecido con este tesoro, y tan honrado con tal Madre, que desde aquella misma hora la tomó por suya, para servirla y acompañarla y obedecerla con singular cuidado, como quien tan bien conocia la joya que le habia dado, y la obligacion que le corria de corresponder á él; y así estuvo en compañía de la sacratísima Vírgen al pié de la cruz, hasta que habiendo espirado el Señor, un soldado le abrió el sagrado costado con una lanza, y salió de él sangre y agua, por un modo milagroso. Porque de aquel sagrado costado, de aquel nuevo Adan se formó la Iglesia, como del viejo Adan y Eva, y de aquella fuente de vida manaron los sacramentos de la Iglesia. Aquella agua nos significa el bautismo, que es el principio; y la sangre el sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor, que es el fin y perfeccion de todos los sacramentos. Tambien es de creer que se halló san Juan al bajar de la cruz el cuerpo del Salvador, y á ponerle en los brazos de su benditísima Madre, y despues en el sepulcro, regándole con copiosas lágrimas, y besándole con extrordinaria devocion y ternura, y dejando con él su corazon, porque su alma estaba mas donde amaba, que en el cuerpo donde vivia. Despues de esto, habiendo María Magdalena venido la mañana del domingo al sepulcro, donde habia sido sepultado el Salvador, y no le hallando, fué con gran presteza á decirlo á san Pedro y á san Juan, como á los discípulos mas amados, y que mas amaban al Señor. Ellos luego fuéron corriendo al sepulcro; y como san Juan era mozo y debia ser mas lijero, llegó ántes al sepulcro que Pedro; aunque por su humildad y modestia no entró en él, hasta que san Pedro hubo llegado y entrado, que entonces tambien él entró y entendió las sagradas Escrituras, que hablan de la resurreccion de Cristo; porque hasta entonces no las habia entendido. Otra vez, despues que el Señor habia aparecido glorioso y triunfante á los apóstoles, san Juan y otros discípulos fuéron con san Pedro á pescar; y no habiendo en toda aquella noche cogido ningun pez; á la mañana siguiente les apareció el Señor en la orilla del lago donde pescaban (aunque no le conocieron), y preguntándoles si tenian algo que comer: y sabido que aquella noche no habian tomado pescado alguno, les mandó que echasen la red á la parte derecha del navío; y luego se llenó de tantos y tan grandes peces, que se rompia y no la podian sacar. En viendo este milagro, luego san Juan (como quien tenia mas aguda vista, y mas familiarmente conocia á Cristo) conoció á su Maestro, y dijo á Pedro que era el Señor: y Pedro, como tan fervoroso se echó luego en el agua y vino á Cristo; y san Juan y los demás discípulos vinieron en el navío, y comieron con el Salvador de los peces que habian pescado. Despues que hubieron comido, y el Señor hubo encomendado su Iglesia á san Pedro y héchole pastor de todo su rebaño, le dijo que le habia de glorificar en su muerte, y que le siguiese, y comenzando á seguirle corporalmente, volvió san Pedro los ojos, y vió á san Juan que venia tras de él. Preguntó al Señor lo que habia de ser Juan, y si él tambien habia de tener tan dichosa suerte, y morir como él por su amor; porque san Pedro amaba tiernamente á san Juan, así por su noble y amable condicion, y excelentes virtudes, como principalmente por ver que el Señor le amaba y regalaba tanto. A esta pregunta de san Pedro dice el mismo san Juan, que respondió el Señor: « Si yo quiero que permanezca como ahora está, hasta que yo venga, ¿qué te va á tí en ello? Sígueme tú. » Y añade; que de estas palabras los otros discípulos sacaron, que san Juan no habia de morir, aunque el Señor no dijo que no habia de morir, sino que en caso que él quisiese que viviese hasta el tiempo de su venida, no tenia san Pedro que tratar de ello, sino seguir á Cristo, como él se lo mandó. Y con haber hecho el sagrado evangelista esta salva, y declarando lo que pretendia el Señor en aquellas palabras, no han faltado algunos, que fundándose falsamente en ellas, han dicho que san Juan aun no es muerto, ni morirá hasta que el Señor venga á juzgar los vivos y los muertos: pero la verdad es que el santo apostol murió, como adelante se dirá; y que lo que quiso decir el Señor en aquellas palabras, fué, que si él queria que san Juan se estuviese sin morir en cruz por él hasta la muerte, ó hasta que él viniese á castigar á los judíos y destruir á Jerusalen con el ejército de los romanos, que no tenia Pedro por qué averiguarlo, ni tener cuidado de lo que no le pertenecia. Esto es lo que hallamos en la historia evangélica de san Juan.

Demás de esto, en el libro de los Hechos apostólicos escribe san Lucas: que despues que Cristo nuestro Redentor subió á los cielos, se juntaron en el cenáculo Pedro, Juan, Diego y Andrés, y los demás apóstoles, poniendo en el primer lugar á san Juan despues de san Pedro. Dice mas; que un dia yendo san Pedro y san Juan á las tres de la tarde á hacer oracion al templo de Jerusalen, en una puerta del templo, que llamaban Especiosa, hallaron á un pobre hombre de edad de cuarenta años, que era cojo de su nacimiento, y que les pidió limosna; y los santos apóstoles se la dieron mucho mayor de la que él esperaba ni les pedia: porque tomándole por la mano le dieron la salud, y le consolidaron las plantas de los piés; de manera, que con la novedad saltó de placer, y entró con ellos en el templo. Hubo grande admiracion y estupor en el pueblo, y en toda la ciudad mucho ruido por aquel milagro; y para atajar el daño que de él les podia venir, los sacerdotes y el magistrado prendieron á san Pedro y á san Juan, y los echaron en la cárcel, y despues los soltaron, amenazándoles y mandándoles, so graves penas, que no hablasen mas de Cristo: mas ellos obedecieron á Dios y nó á los hombres, y predicaron al pueblo de Jesucristo, testificando de él lo que habian oido y visto. Prendieron de nuevo á todos los

doce apóstoles, y entre ellos á san Juan, y azotáronlos por haber quebrantado sus mandatos; y ellos iban muy gozosos; porque Dios los habia tenido por dignos que fuesen maltratados y afrentados por su nombre. Predicando san Felipe, el diácono, en la ciudad de Samaria, y haciendo grandes milagros, se convirtió mucha gente á la fé de nuestro Redentor; y considerando los santos apóstoles la puerta que allí se abria al Evangelio, fueron de parecer que san Pedro y san Juan fuésen á Samaria, para confirmar á los que de nuevo se habian convertido, y darles con la imposicion de sus manos el Espíritu santo (porque aun no le habian recibido), y convertir á los demás; y san Pedro, aunque era cabeza de todos los apóstoles, y san Juan uno de los mas principales, y en el oficio y potestad apostólica igual á los demás, vinieron en ello y fuéron á Samaria, é hicieron oracion por los convertidos, y poniendo sobre ellos sus manos, recibieron visiblemente el Espíritu santo; y volviendo á Jerusalen predicaron en muchos pueblos de la provincia de Samaria, é hicieron cosas maravillosas. San Pablo, escribiendo á los de Galacia, dice que habiendo venido á Jerusalen por revelacion divina san Pedro, san Juan y Santiago, el menor, obispo de Jerusalen, que parecian y eran las columnas de la Iglesia, hicieron hermandad con él, y se concertaron que ellos predicasen á los judíos, y Pablo y Bernabé á los gentiles. Demás de lo que hallamos en las divinas Letras de este gloriosísimo apóstol y querido del Señor, tambien habemos de desenvolver las historias eclesiásticas, y ver lo que los autores de ella y los santos doctores escriben de la vida y muerte de san Juan.

Primeramente parece cosa sin duda, que el santo apóstol despues de cumplir con su oficio apostólico, y alumbrar las gentes con su predicacion, su principal cuidado era acompañar y servir á la sacratísima Vírgen, á quien ya tenia por madre; y así todo el tiempo que estuvo en Jerusalen y en Judea la asistió y la sirvió con singular solicitud y reverencia. Fué despues á la ciudad de Efeso, cabeza de la provincia de Asia, que le habia cabido por suerte, para sembrar en ella la semilla del cielo, y llevó consigo á la Vírgen, que estuvo allí con él algun tiempo, como se saca del concilio efesino en una epístola escrita al clero de Constantinopla. Este cuidado le duró todo el tiempo que duró la vida de la Vírgen sacratísima, que segun la mas probable opinion, fueron veinte y tres años, despues de la muerte del Salvador, como lo dijimos en la vida de la misma Vírgen. Pero en este tan largo tiempo, ¿quién podrá explicar las largas mercedes y copiosos favores que recibió el amado discípulo del Señor, con este trato y conversacion de la Madre de Cristo y madre suya? Porque si ella es tan benigna para con los pecadores, ¿qué haria con él, que era tan santo? Si para con los siervos suele ser tan liberal; ¿qué haria con él, que habia sido tan amado y privado de su Hijo, y á quien el mismo Hijo le habia dado por hijo en su lugar? Y si sola la vista de esta Vírgen benditísima bastaba para componer á cualquiera persona descompuesta; ¿qué obraria en el pecho de Juan la presencia de aquella que sabia que era Madre de Dios y madre suya? ¡Qué coloquios, qué razonamientos tendrian entre sí la Vírgen y Juan! ¡Qué luces, qué resplandores, qué encendimientos y ardores sentia el hijo querido, cuando oia las palabras de su madre, salidas de aquel corazon alumbrado y abrasado del divino! ¡Cuántos y cuán altos misterios le enseñaria! ¡Cuántas veces quedaria absorto, suspenso y arrobado en verla y oirla! ¡Y con cuánta humildad y confusion la serviria, considerando que aquella Vírgen era Madre de Dios! Esto no se puede explicar, y es mejor que cada uno lo piense dentro de sí, y por aquí saque las inestimables gracias y dones que recibió Juan en este trato y comunicacion.

En Asia predicó san Juan la doctrina del cielo que habia bebido en el pecho del Señor, y fundó en ella siete Iglesias en siete principales ciudades, que fueron Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Filadelfia, Sardis y Laodicea; y en todas ordenó sacerdotes que administrasen los sacramentos á los cristianos que ya habia en ellas. Pero como la cabeza y metrópoli de Asia era la ciudad de Efeso, tan celebrada por el famoso templo de la diosa Diana, y los naturales y moradores de ella eran muy dados á la idolatría y al vano culto de sus dioses; por esta causa, y por ser muy populosa y rica la ciudad, y estar llena de filósofos hinchados con la vana sabiduría del mundo, tuvo grandes dificultades nuestro gran apóstol en plantar nuestra santa religion en corazones tan incultos y duros. Mas como él era como un sol resplandeciente y divino, con los rayos de su doctrina y de su luz deshacia las nieblas espesas de la ignorancia de aquella gente, y con los ejemplos de su celestial vida, y con la dulzura y santidad de sus costumbres y suavidad de su conversacion, ablandaba y atraia para Jesucristo á los que ántes estaban tan léjos de él, y vivian en la sombra de la muerte: de manera que aquella provincia, que ántes era como una selva espesa, habitada de bestias fieras, y como una tierra yerma y por labrar, se convirtió en un jardin deleitoso y regado con copiosas aguas del cielo. Mas como el cruel emperador Domiciano hubiese sucedido en el imperio romano á su hermano Tito, y moviese la segunda persecucion contra la Iglesia (que la de Neron fué la primera), algunos filósofos y malos hombres, enemigos del santo apóstol y de la religion que predicaba, aprovechándose de la ocasion, procuraron que el procónsul de Asia le prendiese y le enviase á Roma, para que delante de Domiciano diese razon de sí, y fuese castigado como enemigo de los dioses del imperio, y predicador y maestro de nueva religion. Lleváronle cargado de cadenas á Roma en edad anciana y venerable: presentáronle al emperador; el cual le preguntó algunas cosas: y habiendo respondido á ellas el santo, y no quedando satisfecho Domiciano, dice Metafraste, que allí delante de él hizo muchos milagros, echando los demonios de los cuerpos, sanando graves enfermedades y resucitando muertos. Pero todo no aprovechó para amansar aquel tirano, que era mas fiero que las mismas fieras. Mandóle echar en una tina de aceite hirviendo, para que allí acabase su dichosa vida: desnudáronle y azotáronle primero (como lo solian hacer los romanos á los que condenaban á muerte); y despues le echaron en la tina en presencia del senado y de innumerable gente que habia concurrido á este espectáculo. Entró san Juan en la tina, y el fuego perdió su fuerza, y el óleo que hervia se convirtió en un rocío del cielo, y el tormento en refrigerio. Perdonó el fuego al santo, y abrazó á muchos de los que le atizaban y eran ministros de aquella impiedad. Salió san Juan de la tina mas puro y resplandeciente, y con mas vigor que habia entrado, como lo dijimos mas largamente á los 6 de mayo, en la festividad de San Juan Ante-Portam-Latinam, en que la santa Iglesia celebra este martirio. Turbóse el

emperador con este suceso, y admirado de tan grande milagro, no se atrevió á matar al santo apóstol, ordenándolo así nuestro Señor: porque se queria servir de él para otras cosas mayores. Mandóle desterrar Domiciano á la isla de Patmos (que es una de las islas Espórades, no léjos de la isla de Candía) que tiene en circúito diez leguas, para que allí trabajase (como lo escribe Victoriano Pictaviense, y Primasio) en las minas de metal. Fué llevado á su destierro el glorioso san Juan: llegó á Patmos; y luego comenzó á echar rayos de luz en aquella isla, y esparcir los primeros resplandores del Evangelio sobre los moradores de ella; los cuales eran bárbaros, idólatras, y apartados de toda luz, y sepultados en las tinieblas de su infidelidad é ignorancia. Con la doctrina que el divino apóstol les enseñó, abrieron los ojos para ver la claridad, que Dios por él les enviaba; y se convirtieron á Jesucristo, y les domesticaron y se juntaron á las leyes blandas del santo Evangelio.

Estando aquí en Patmos, tuvo admirables ilustraciones y revelaciones del Señor, y escribió el libro del Apocalipsi (que quiere decir revelacion), de la cual el mismo san Juan dice en el principio del primer capítulo, que Jesucristo le envió por un ángel aquella revelacion: y que es bienaventurado el que lee y el que oye las palabras de aquella profecía, y guarda lo que en ella está escrito. Interpretaron el libro del Apocalipsi, Ireneo, Justino y Victoriano, mártires: Andrés y Aretas, obispos de Cesarea, la de Capadocia: Ambrosio, Beda, Ansberto y otros muchos varones doctísimos, antiguos y modernos: pero por mucho que digan, siempre habrá mas que decir; porque es un abismo sin suelo, y contiene el suceso que ha de tener la Iglesia hasta el fin del mundo: mas con tales enigmas y figuras, que es menester que el mismo Señor que las reveló á san Juan, dé su espíritu, para poderlas entender é interpretar: y así dice san Dionisio Alejandrino, que á su juicio las cosas que están escritas en este libro, son superiores y exceden al modo humano: y que hay en él un sentido secreto, oculto y maravilloso, y que él, aunque no le entendia, se admiraba de él y le reverenciaba: y san Gerónimo, hablando del Apocalipsi, dice estas palabras: «El Apocalipsi de san Juan tantos sacramentos tiene, cuantas palabras: poco he dicho; porque toda la alabanza que se le diere, es ménos que la que el libro merece:» y en otro lugar dice: que el Apocalipsi de san Juan en la corteza de la letra contiene el meollo, y los ocultos sacramentos de la Iglesia.

En este tiempo mataron en Roma al emperador Domiciano, porque ya el mundo no le podia sufrir, y el senado deshizo lo que él habia hecho, y anuló los decretos: y habiendo sucedido en el imperio Nerva, hombre moderado, dió á los desterrados por Domiciano libertad para volver á sus casas. Entre ellos fué uno nuestro grande apóstol, que todavía estaba en la isla de Patmos, y queriendo volver á Efeso y al gobieno de las Iglesias de Asia; todos los isleños de Patmos sintieron mucho su partida, y con lágrimas, sollozos y ternuras, procuraron detenerle consigo, por no perder tan gran maestro, y la luz del cielo que por su mano habian recibido: y aunque el santo apóstol se enternecia, no condescendia con ellos, porque el Señor le mandaba otra cosa. Entonces dice Metafraste, que le suplicaron con grande instancia, que ya que se partia, no se partiese del todo, sino que les dejase por escrito lo que les habia enseñado, como sombra de su cuerpo y retrato de su espíritu: y que él ayunó y mandó ayunar á todo el pueblo, y subió á un alto monte con uno de los siete diáconos, llamado Procoro, y allí se puso en altísima contemplacion; y estando absorto en Dios, se comenzaron á sentir horribles truenos, relámpagos y rayos, temblando Procoro, y estando el santo evangelista con maravillosa seguridad y sin temor alguno: y que al cabo de un trueno espantoso salió una voz, y dijo: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum:* verificándose en este hecho el nombre que Cristo dió á san Juan cuando le llamó hijo del trueno. Esto escribe Metafraste, y es de parecer, que nuestro sagrado evangelista escribió en la isla de Patmos su Evangelio, dictándole él y escribiéndole Procoro: y de este mismo parecer son Teofilato, Niceforo, Doroteo y Procoro: pero otros mas graves autores, como Ireneo, Eusebio, Agustino, Gerónimo, Isidoro y Gregorio Turonense, y muchos de los autores modernos, dicen lo que escribe san Gerónimo: que habiendo leido san Juan los Evangelios de san Mateo, san Marcos y san Lucas, y aprovechando todo lo que hay en ellos, escribió el santo su Evangelio á instancia de los obispos de Asia, para refutar los errores de Ebion y de Cerinto, herejes, que negaban la divinidad de Cristo; y que por esto comenzó su sagrado Evangelio por la generacion eterna del Verbo; porque como él escribe de Cristo, y Cristo es Dios y hombre, habia de declarar (como buen historiador) su divinidad y su humanidad, para que supiésemos quién era. Los otros evangelistas (como dicen san Gerónimo y san Agustin) escriben del Señor, declarando su humanidad, su vida, y las maravillas que hizo, en las cuales se mostraba Dios: san Mateo comienza su Evangelio por la generacion temporal de Cristo: san Lucas por el sacerdocio de Zacarías, y san Marcos por la profecía de Malaquías é Isaías, y por la predicacion de san Juan Bautista: el primero tiene cara de hombre: el segundo de becerro, y el tercero de leon: mas nuestro Juan sobre todos ellos voló como águila real y caudalosa, y traspasando los elementos, los cielos, los principados y potestades, los querubines y serafines, finalmente todo lo visible y todo lo criado, llegó al pecho del Padre eterno: fijó los ojos de águila en la rueda de aquel sol divino y sempiterno; y con una vista clarísima y firme, vió sin pestañear, que así como el rayo nace del sol, así el Verbo nace del Padre: y como del mismo sol y de su rayo procede el calor; así del Padre eterno y de su Hijo, como fuego amoroso, procede el Espíritu santo. Vió mas: que de las tres personas de la santísima Trinidad, coeternas y consubstanciales, y unidas entre sí en una escencia por un modo inefable, manan (como de su fuente) todas las cosas criadas: y por eso dijo: *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil.* Vió como todas las cosas en sí son nada, y tienen ser en el Verbo, y en él viven y se sustentan: *Quod factum est in ipso vita erat.* Y no solamente voló tan alta esta águila divina, sino tambien, como lo hace el águila, desde lo mas alto del cielo se batió hasta la tierra, y vió á este mismo Verbo eterno vestido de nuestra carne: *El Verbum caro factum est.* pero de tal manera, que no por eso se afeó ni mancilló su belleza, ni se desminuyó su resplandor, ni se alteró la inmensa luz de su divinidad. Vió la benignidad, dulzura y familiaridad de este mismo Verbo para con los hombres; pues dice

que habitó y moró con nosotros. Vió la abundancia de su gloria, y que era como gloria del Unigénito del Padre: *Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre;* y finalmente, vióle lleno de gracia, y tan lleno, que no hay gota de gracia en el cielo, ni en la tierra, ni en los ángeles, ni en los hombres, que no se derive de esta fuente de gracia; por esto dijo: *Plenum gratiæ et veritatis, et de cujus plenitudine nos omnes accepimus.* Y no solamente en el principio trata tan altamente de la divinidad de Cristo, sino en todo su Evangelio siempre la apoya y declara; para deshacer (como deshizo) todos los errores que los herejes de su tiempo, y los que despues habian de salir del infierno, han soñado contra esta importantísima verdad; y así san Juan Crisóstomo, espantado del vuelo tan sublime, y de la vista tan aguda de esta águila real, dice estas palabras: «Era san Juan, como lo testifica san Lucas, hombre idiota y sin letras, y que nunca habia estudiado, ni ántes que fuese apóstol, ni despues. Era pescador, de quien no se podia esperar que tratase sino de su arte de pescar, de los rios, de los anzuelos, redes, peces y cosas semejantes; mas este pobre pescador subió sobre la tierra, sobre el mar, sobre las nubes y sobre los mismos cielos, y venciendo á Platon, y á Pitágoras, y á todos los filósofos, y traspasando á los ángeles, á las virtudes, querubines y serafines, en aquel gran mar de la divinidad pescó este pez, y harto de él, rebosó y dijo: *In principio erat Verbum.* Y no solamente lo dijo y escribió, sino tambien lo persuadió á todo el mundo, y lo predicó nó en un lugar bajo y despreciado, sino en un centro ilustrísimo y nobilísimo de todo el mundo; en la provincia de Asia la Menor, madre de buenos ingenios y de grandes filósofos. Y así como la Verdad eterna nació de la tierra virginal de María, y por ella la justicia del cielo nos miró y quebrantó al demonio y nos libró de su tirania; así la misma verdad, saliendo del alma virginal de Juan, depositada en sus escritos, pelea con nosotros contra la herética pravidad, y vence y rinde á los herejes, que son ministros é instrumentos de Satanás.» Esto es de san Juan Crisóstomo: y san Ambrosio dice: «Todas las herejías ha desterrado nuestro pescador con solas estas palabras: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum.*» Y por esto es de creer, que la santa Iglesia ha ordenado que al fin de la misma misa se diga el Evangelio de san Juan; porque es una breve confesion de nuestra fé y una testificacion y declaracion de los principales misterios de nuestra santa religion: y todo lo que los herejes arrianos inventaron y enseñaron contra la divinidad de Cristo nuestro Salvador, con solas las primeras palabras de este Evangelio se deshace, como las tinieblas con la luz del sol: y por ventura en el tiempo que aquella tan terrible tempestad de los arrianos afligió y turbó la nave de la Iglesia, tambien los fieles tomaron por devocion el traer escrito el Evangelio de san Juan consigo (como algunos lo hacen hoy dia), para mostrar que eran católicos y enemigos de los herejes, como ahora muchos católicos de las provincias septentrionales traen los rosarios y coronas de nuestra Señora al cuello, para manifestar que lo son. No solamente los católicos y fieles han venerado y veneran al Evangelio de san Juan, sino tambien los fieles gentiles se han asombrado de la alteza y profundidad de sus sentencias, como lo notaron Eusebio, Cirilo, Crisóstomo y san Basilio: y san Agustin en las Confesiones escribe, que habia leido en algunos libros de los filósofos platónicos el principio del Evangelio de san Juan: y en el libro de la Ciudad de Dios dice que un filósofo platónico decia, que se habia de escribir con letras de oro, y ponerse en las iglesias en los lugares eminentes, para que todos le pudiesen leer.

Volvió, pues, el sagrado apóstol á Efeso, de la isla de Patmos, y fué recibido de todos los cristianos con increible ternura y alegría, como padre, pastor y maestro de sus almas, y un varon tan eminente y tan querido del Hijo de Dios, que como un sol resplandeciente en el mundo, y despues de haber estado eclipsado y obscurecido en aquel destierro de Patmos, les tornaba á descubrir de nuevo sus rayos con su celestial vida y doctrina. Aquí en Efeso estuvo fundando y gobernando (como dice san Gerónimo) las Iglesias de Asia, é hizo (sin duda) muchos y grandes milalagros en confirmacion de nuestra santa fé, y del Evangelio que habia escrito y predicado: especialmente que en su tiempo vivia en Efeso Apolonio Tianeo, gran mago, nigromántico y embustero, que con las cosas vanas que hacia por arte del demonio, traia embaucada y encantada la gente, que le reverenciaba como si fuera Dios. Habíase huido de Roma, donde el emperador Domiciano le tuvo preso: y él se hizo invisible y se desapareció, y fué á Efeso, donde (como dijimos) estuvo, y es de creer que el santo evangelista tuvo con Apolonio grandes contiendas y debates, como san Pedro con Simon Mago, y que hizo muchos verdaderos milagros, para deshacer los mentirosos y aparentes que el mago hacia. Procoro escribió un libro de san Juan evangelista, en el cual trata muchos milagros que el santo hizo: pero este libro de Procoro es tenido por apócrifo de los hombres doctos y graves, é indigno de crédito: aunque el que le escribió toma nombre de Procoro y se hace discípulo de Cristo, y compañero y discípulo del mismo san Juan, Isidoro, en la vida que escribió del santo apóstol, dice estas palabras: «Entre las otras virtudes de san Juan, una fué hacer grandes milagros: mudó las hojas silvestres en oro, y las piedras en otras preciosas, y despues las volvió á su naturaleza, y resucitó á peticion del pueblo á una viuda, y dió vida á un cuerpo muerto de un mancebo. Bebió el veneno sin lesion suya, y resucitó á los que por haberle bebido murieron.» Esto es de san Isidoro, arzobispo de Sevilla. El milagro de haber convertido en oro las yerbas ú hojas del campo, Metafraste le cuenta de esta manera.

Habia un cristiano rico, que por varios acontecimientos é infortunios vino á grande pobreza, y á tener tantas deudas, que por ninguna manera podia pagar. Apretábanle los acreedores y sacábanle el alma para que las pagase. Vióse el pobre hombre acosado y tan afligido, que determinó tomar la muerte con sus manos para librarse de las angustias de tan triste vida. Pidió á un judío, gran hechicero, que le diese una bebida eficaz, con que muriese: diósela; y al tiempo de tomarla (como era cristiano) hizo la señal de la cruz sobre ella: y fué tanta la virtud de la cruz que no le hizo daño. Volvió segunda vez al judío, quejándose de él porque le habia engañado y dádole aquella bebida floja y sin efecto, y pidióle que le diese otra mas fuerte y eficaz: dióle la segunda el judío; y el cristiano, temblando y sudando, y con el temor de la muerte, puesto en agonía hizo la señal de la cruz sobre ella y tomóla, y quedó sin lesion alguna; porque la señal de la santa cruz con su virtud venció la fuerza del veneno. Quedó asombrado

el cristiano, y tornó al judío con mucho sentimiento, y contóle lo que le pasaba. El judío, que sabia lo que le habia dado, y que tomado aquel tósigo humanamente no podia vivir, y hecho prueba de ello en un perro, que en tomándolo luego allí murió; preguntóle al cristiano cómo le habia tomado, y lo que hizo cuando le tomó: y como el cristiano respondiese que hacia la señal de la cruz (como lo suelen hacer los cristianos), y luego bebia el veneno; el judío entendió que la cruz era tan poderosa que quitaba la fuerza al veneno, para que no pudiese matar: y alumbrado y movido de Dios, vino al glorioso apóstol san Juan, y se echó á sus piés, diciéndole que queria ser cristiano, y el motivo que habia tenido para serlo. El apóstol le acogió con gran dulzura, y le instruyó en la fé y le bautizó: y sabiendo la necesidad que el otro pobre cristiano padecia, y cuán angustiado estaba, y cuán cercado por todas partes de tristezas y congojas, blanda y amorosamente le consoló, y le mandó que tomase del campo un manojo de yerbas, y que se las trajese. El hombre las trajo, y el apóstol hizo oracion y la señal de la cruz, y les echó su bendicion, y luego se convirtieron en oro finísimo. Mandóle el santo que con aquel oro pagase sus deudas, y con el resto se sustentase, y que hiciese gracias á Dios por haberle librado de la muerte por virtud de la santa cruz, y que de allí adelante tuviese mas confianza en el Señor, mostrándose en todo Padre benignísimo. Pero mucho mas mostró su caridad en otro hecho que se refiere de esta manera. Iba el santo apóstol de Efeso á otras ciudades, para asentar en ellas los cimientos de nuestra santa religion. Fué una vez á una ciudad para darle obispo, y despues encomendó al mismo obispo en nombre de Jesucristo á un mozo que allí vió, de vivo ingenio y lindo aspecto, para que le criase y le hiciese digno ministro del Señor. El obispo recibió al mozo en su casa, y comenzó á enseñarle el camino de la vida, y tratarle como depósito recibido del santo apóstol.

Al principio teníale la rienda: despues la aflojó y dió mas libertad: con la cual y con las malas compañías comenzó él mozo, como caballo desbocado y sin freno, á no sufrir que nadie le fuése á la mano. Dióse á banquetes, y poco á poco á los otros vicios que del regalo se siguen, y finalmente cayó en un abismo tan profundo de maldades, que se hizo capitan de salteadores de caminos. Pasado algun tiempo, volvió san Juan á aquella ciudad donde habia entregado el mozo al obispo: preguntóle por él; y el obispo con muchas lágrimas y sollozos (como avergonzado y corrido) le dijo cuán perdido estaba, y el ejercicio en que andaba, y los medios que él habia tomado para curarle. Cuando san Juan oyó esto, no se puede fácilmente creer el dolor que tuvo, rasgando su vestidura y diciendo á gritos: Buena guarda, por cierto, dejé yo en tí del alma de mi hermano. Luego sin detenerse subió en caballo con una guia, y se fué al monte donde estaba el mozo con su compañía de ladrones. Vióle el mozo: conocióle: echó á huir; y el santo viejo corrió tras él, y á grandes voces decia: ¿Por qué huyes, hijo, á tu padre, mozo al viejo, y armado al desarmado? Yo daré cuenta por tí á Cristo, y moriré de buena gana por tí, como el Señor murió por nosotros, y daré mi alma por la tuya. Enterneciósе con estas palabras tan amorosas el corazon duro de aquel hijo perdido: paró: bajó del caballo: echóse á los piés del santo padre, despavorido y temblando, y escondiendo la mano derecha con que habia derramado tanta sangre. El santo, vertiendo muchas lágrimas, se postró á los piés del mozo, y le besó la misma mano, que él de vergüenza encubria, prometiéndole de alcanzarle del Señor perdon de sus pecados. Llevóle á la iglesia: mandóle ayunar muchos dias y perseverar en oracion; y el mismo santo ayunó con él y oró por él, y le impetró tan copiosa gracia de Dios, que viendole ya del todo enmendado y perfecto, le encomendó una Iglesia, para que la gobernase: dando con este hecho tan ilustre ejemplo á los prelados, del cuidado y zelo que deben tener de las almas de sus súbditos; y enseñándonos que la verdadera penitencia restituye al hombre la gracia que por el pecado habia perdido.

Mas ¿qué maravilla es que tuviese y mostrase tan entrañable amor á este mozo pecador el que tanto amaba á Jesucristo, y tan bien sabia lo que aquella alma le habia costado, y al pie de la cruz habia visto la sangre que por ella habia derramado? ¿El que estaba tan abrasado del fuego divino y de la caridad de sus prójimos, que no tenia otra palabra en la boca, ni pedia á sus discípulos, sino que se amasen unos á otros? Porque (como dice san Gerónimo) estando ya este amorosísimo apóstol tan viejo que le llevaban en brazos á la iglesia y apenas podia hablar, no decia otra palabra á los fieles, cuando se juntaban en la iglesia, sino: *Filioli, diligite alterutrum:* Hijos, amaos unos á otros. Y como sus discípulos, como cansados, le preguntasen: ¿Por qué siempre les repetia las mismas palabras, y les decia, que se amasen unos á otros? El santo respondió: Porque es precepto del Señor; y si se hace, él solo basta. Pero con ser tan dulce para todos san Juan, con solo los herejes era severo, como se ve por lo que de él escribe Eusebio, dando por autor á san Policarpo: el cual decia, que un dia el Señor inspiró á san Juan que fuése al baño: llegado á él, supo que estaba dentro Corinto, hereje; y volviéndose á los que iban con él, les dijo: Vámonos de aquí, y no entremos en el baño en que se lava Cerinto, enemigo de la verdad, para que no caiga el baño sobre nosotros y nos coja debajo: dándonos en esto ejemplo de cuán aborrecible es á Dios el hereje, y con cuánto cuidado y presteza nosotros debemos huir de él. Finalmente, siendo ya el sagrado apóstol muy viejo y cargado de años, de trabajos y merecimientos, y no ménos de encendidos deseos de ver á su dulcísimo Maestro en el cielo, tuvo revelacion de que le queria cumplir sus deseos y llevarle á gozar de sí: y un dia habiendo amonestado á sus discípulos, y dícholes lo que en aquella hora les convenia, salió con ellos á un monte donde solia hacer oracion, y mandó cavar en él y hacer un hoyo capaz de su cuerpo; y armándose con la señal de cruz, y diciendo: Señor mio Jesucristo, sed conmigo; y á los que allí estaban presentes: La paz sea con vosotros, hermanos: echó su manto en el hoyo, y despues entró en él. Allí cercado de una resplandeciente luz dió su espíritu al Señor, llorando todos sus discípulos, y deshaciéndose en lágrimas, por ver que perdian tal padre, tal maestro y pastor, y que se les ponia aquel sol que alumbraba al mundo.

La muerte de san Juan escriben casi todos los santos y doctores antiguos, como Tertuliano, Eusebio Cesariense, que cita á san Ireneo, san Ambrosio, san Gerónimo, san Crisóstomo, san Agustin, san Isidoro, Gregorio Turonense, Nicéforo Calixto, Metafraste; y fuera de estos tantos y tan

graves autores, que lo dicen, se saca esta verdad de la epístola que san Celestino, papa, escribió al concilio efesino, y de otra que el mismo concilio escribió al senado de Constantinopla, y de Policrates, obispo de Efeso y antiquísimo teólogo: el cual, escribiendo á san Víctor, papa y mártir, afirma que san Juan murió en Efeso: y esto es lo mas cierto y mas seguro. Aunque no han faltado algunos que han escrito que san Juan aun no es muerto, sino que está en el paraiso terrenal, y vendrá con Enoc y Elías á predicar contra el Anticristo: ni otros que han soñado, que está aun vivo, y como durmiendo en el sepulcro, del cual dicen que sale hirviendo una tierra ó polvo, como maná, que es provechosa para todas las enfermedades: pero de los que esto dicen hace burla san Agustin. No falta quien diga, que san Juan murió muerte violenta, y que fué martirizado del emperador Trajano, mas todas estas opiniones son particulares y ménos ciertas, y de autores de ménos nombre. El estar san Juan en el cielo, en cuerpa y alma, algunos doctores lo afirman, y entre ellos Beda y santo Tomás, y otros modernos: y fúndanse en que murió sin dolor, y en que (segun la opinion de algunos) los que resucitaron con Cristo subieron al cielo en cuerpo y alma. Murió el glorioso apóstol á los 27 de diciembre, imperando Trajano, el año del Señor de 101; y sesenta y ocho años despues de su pasion. En la edad en que murió, no concuerdan los autores: porque unos le dan mas de cien años: otros noventa y ocho, ó noventa y nueve, otros noventa y tres. La causa de esta diversidad es no saber los años que tenia cuando Cristo nuestro Salvador le llamó para hacerle apóstol suyo: porque unos dicen que tenia veinte y dos años; otros, que veinte y ocho, y otros mas: y cada uno trae sus razones y conjeturas, para probar su opinion. Dos cosas parecen ciertas: la una, que san Juan era mozo, cuando el Señor le llamó, y el menor de todos los apóstoles: la otra, que despues que Cristo subió á los cielos, vivió (como dijimos) sesenta y ocho años, á los cuales añadiendo los tres que acompañó al Señor en su vida y muerte, son sesenta y uno: y si tenia veinte y dos años cuando le llamó, como siente el cardenal Baronio, vino á morir de noventa y tres; pero esto hace poco al caso, para declarar la virtud y excelencias de san Juan, y para nuestra edificacion y ejemplo, que son las dos cosas que en escribir su vida debemos pretender.

No predicó solamente san Juan en Judea y Asia, sino tambien en la Frigia, y especialmente en Hierápoli, en donde dice Metafraste que estuvo hasta que vino á ella el apóstol san Felipe. Y á los partos asimismo parece que predicó; porque la primera epístola de las tres canónicas que escribió san Juan, antiguamente tenia por título y sobrescrito: *Ad Parthos*: y aun haber penetrado hasta la India, é ilustrádola con su celestial doctrina, los moradores de ella lo dicen, como lo escriben los padres de la Compañía de Jesus, que andan en aquellas regiones alumbrándolas con la luz del Evangelio. Demás del sagrado Evangelio y del libro del Apocalipsi, tambien escribió nuestro glorioso apóstol tres epístolas, que la Iglesia tiene por canónicas y por de san Juan, que aunque son breves en las palabras, son largas y copiosas en las sentencias, y echan llamas de amor y caridad.

Fuera de los milagros que san Juan hizo en la vida, despues de muerto ha hecho otros muchos, entre los cuales Teodoreto y Nicéforo cuentan, que estando el emperador Teodosio con su ejército para pelear con Eugenio, tirano, la noche ántes de la batalla, orando y pidiendo á Dios que le favoreciese, se le aparecieron los apóstolos san Juan evangelista y san Felipe, vestidos de blanco y en caballos, y le animaron y mandaron que pelease con el enemigo, porque ellos le ayudarian y le darian la victoria. Peleó Teodosio, y venció milagrosamente; porque Dios envió un torbellino en su favor, que daba en los ojos de los enemigos, y los cegaba, y revolvia contra ellos las armas que tiraban contra el ejército de Teodosio. Estando san Juan Crisóstomo en oracion, se le apareció san Juan evangelista, y le puso un libro en las manos, y le dijo, que con él entenderia fácilmente la sagrada Escritura, y que ayudándole él, no tendria dificultad, como lo dijimos en la vida de san Juan Crisóstomo. San Gregorio, papa, hubo una túnica de san Juan Evangelista, y la tuvo (con gran razon) por un tesoro inestimable: y dice Juan, diácono, en la vida que escribió de san Gregorio, que Dios obraba grandes y continuos milagros por ella: y que en tiempo de gran sequedad, sacándola, luego llovia; y en tiempo de muchas aguas, volvia serenidad: y que las lámparas que ardian delante del altar, donde esta preciosa reliquia estaba, alguna vez se encendieron milagrosamente, sin que nadie las tocase, y que el aceite de ellas nunca se consumia. San Gregorio Turonense afirma, que en Efeso, en el lugar donde el sagrado evangelista escribió su Evangelio, con ser descubierto y sin techo, no caia gota de agua por mas que lloviese, honrando el Señor de esta manera aquel lugar, en el cual se habia escrito el Evangelio de san Juan.

Pero ¿quién podrá encerrar en una escritura tan breve como esta, el mar océano de las virtudes, privilegios y excelencias del sagrado apóstol y evangelista san Juan? ¿Quién referir las alabanzas y títulos que los santos doctores le dan? San Dionisio Arepoagita le llama sol del Evangelio, y alma sagrada al alma de san Juan: y le dice que se alegre; porque es amado en gran manera de Aquel que verdaderamente es amable y deseable, y digno de ser querido. Orígenes dice: «San Juan, teólogo, sobrepuja á toda criatura visible é invisible, todo entendimiento penetra, y deificado en Dios á sí mismo traspasa: y pasando por todas las criaturas, llega al principio y causas de todas las cosas; y allí oyó una palabra, por la cual todas ellas fueron hechas.» San Juan Crisóstomo dice, que los mismos ángeles del cielo aprendieron muchas cosas de san Juan, las cuales no sabian, ántes que él las dijese: y confírmalo con aquellas palabras del apóstol san Pablo: «Para que á los principados y potestades, ahora se descubra por la Iglesia la sabiduría de Dios, que es varia y multiforme.» Y añade Crisóstomo, que los ángeles, los querubines y serafines oian con grande atencion á san Juan: y que es grande honra nuestra el haber ellos aprendido con nosotros lo que no sabian. San Agustin dice, que cuando oyéremos decir algo de la divinidad de Cristo, que sepamos que habla san Juan; y san Ambrosio dice: «Ninguno con tanta sublimidad de sabiduría vió la majestad de Dios, y nos la declaró con tan propias palabras, como san Juan. Transciende las nubes: transciende las virtudes de los cielos: transciende los ángeles con su vista; y halla al Verbo en el principio, y vió al Verbo junto con Dios.» Y Beda dice, que el haber estado recostado san Juan en la cena sobre el pecho del Señor, no fué solamente señal del amor regalado que él le tenia, sino tambien del

misterio que despues habia de declarar: y que el Evangelio que habia de escribir, habia de ser mas alto y sublime que todas las otras Escrituras sagradas, y comprender mas perfectamente los secretos de la divina Majestad. Seria nunca acabar, si quisiésemos traer aquí todo lo que los santos con grande encarecimiento escriben y predican de las virtudes, prerogativas y excelencias de este santo apóstol y evangelista. Llámanle príncipe de los doctores, teólogo soberano, maestro de la sabiduría divina, sol del Evangelio, armario de la santísima Trinidad, hijo del trueno, águila caudalosa y real, amigo del Esposo, secrecretario del Verbo eterno y depositario de sus tesoros y riquezas, y danle otros ilustrísimos títulos; mas todos cortos para lo que él merece, y son cifra de lo que el mismo santo dice de sí, que era el discípulo amado de Jesus: «Estaba (dice) recostado uno de sus discípulos en el seno de Jesus, á quien Jesus amaba:» y en otro lugar: «Volvió Pedro los ojos, y vió que le seguia aquel discípulo á quien Jesus amaba.» Esto es don de dones y fuente de todos los dones de Dios, porque el amor que nos tiene Jesus no es amor seco, muerto y sin fruto, como el amor de los hombres, sino raiz viva y causa eficaz, y fuente manantial de todos los bienes que de su bendita mano recibió: porque el amar es querer bien; y el querer de Dios es eficaz, de suerte, que en queriendo bien á uno le hace bien, y tanto mas, cuanto su amor es mayor Pues si los apóstoles son las colunas de la Iglesia, y el estado y dignidad de ellos, la mas alta que hay en ella; ¿cuán aventajado es nuestro Juan, pues sobre todos ellos fué tan querido del Señor, que mereció ser llamado: «El discípulo querido y amado de Jesus?» Mostróle este especial y regalado amor en todas las cosas, que en esta vida quedan referidas; y mas particularmente en haberle tomado por hermano, dándole á la santísima Vírgen por madre, y repartiendo con él sus bienes como hermano menor, con tan larga mano, que todo lo que se halla en los otros santos repartido, en san Juan se halla junto y recopilado: porque él es ángel, patriarca, profeta, apóstol, evangelista, doctor, vírgen y mártir. Es ángel, nó en la naturaleza, mas en la semejanza: nó en la substancia, mas en la imitacion; y por esto fué dado por compañero á san Gabriel arcángel, para que como ángel le ayudase á guardar y servir á la Vírgen: y por la misma causa, habiendo aparecido una vez en la isla de Patmos á san Juan un ángel resplandeciente y vestido de inmensa claridad, queriendo él hacerle reverencia, el ángel no lo consintió; ántes le dijo que no lo hiciese, porque ambos eran siervos de un mismo Señor. Y no ménos es ángel; porque perfectísimamente ejercitó aquellos tres actos jerárquicos, que pone san Dionisio Areopagita, que son purgar, alumbrar y perfeccionar. Fué patriarca, no solamente como los otros apóstoles, que son padres de todos los fieles; mas con mayor particularidad, pues vivió mas tiempo que ninguno de ellos, y con el discurso de su larga vida engendró mas hijos espirituales al Señor, y los crió con aquella celestial sabiduría que habia aprendido en el pecho de su Maestro, y como un antiguo y sacratísimo archivo de los hechos y dichos de Cristo, que tenia en el suyo. Fué profeta san Juan, y profeta excelentísimo y único del Nuevo Testamento; porque todos los profetas del Viejo Testamento, como sombras y figuras, en apareciendo la luz de Cristo y la verdad que representaban, cesaron: mas san Juan en la isla de Patmos (como dijimos) tuvo altísimas revelaciones y escribió el Apocalipsi, como único profeta de la ley de gracia, y en ella es recibido por verdadera profecía y por libro canónico. Y aunque es verdad, que ha habido y hay en ella otros profetas; pero la Iglesia no ha recibido hasta ahora la profecía de ninguno de ellos, ni la tiene por escritura canónica, como la de san Juan. Fué apóstol y entre todos los apóstoles el mas querido, el mas amado y regalado del Señor, como habemos visto; porque era mas mozo en la edad, mas dulce en la condicion, de mas delicado ingenio, y en la mansedumbre y suavidad de costumbres, y en la pureza y virginidad de su alma mas semejante á su Maestro. Fué evangelista, y entre todos los evangelistas el águila, que voló (como dijimos) hasta el pecho de Dios, y fijó los ojos en la divinidad del Verbo eterno, y la predicó y anunció al mundo: y para hacer este vuelo tan alto y perderse á todas las cosas humanas de vista, se aparejó con oraciones y con ayunos suyos y de todo el pueblo: y el Señor con especial gracia le levantó y fortificó los ojos del entendimiento, para que pudiese mirar al sol de hito en hito sin cegarse. Doctor eminentísimo, no solo por haber sido apóstol, cuyo oficio fué enseñar y dar doctrina al universo mundo (como el Salvador lo dijo á los mismos apóstoles, cuando los envió á predicar; sino tambien porque como doctor y maestro de la Iglesia escribió las tres epístolas canónicas, enseñándole lo que habia de creer y guardar: y fué llamado de toda la Iglesia católica por excelencia Juan el Teólogo, que es título que solo á san Juan se ha dado entre todos los apóstoles. Fué vírgen con tanta excelencia, que dice Eutimio, que desde niño tuvo grandísimo cuidado de la pureza de su alma, y que nunca dejó entrar en ella pensamiento lascivo y feo: y que por esto siempre despues le quedó el nombre de vírgen; y como á vírgen, Cristo vírgen le encomendó á su Madre vírgen, como dice san Gerónimo. Finalmente fué mártir nuestro glorioso apóstol; porque fué preso y azotado por Cristo, primero de los judíos y despues de los gentiles: y entró en la tina de aceite hirviendo con alegría, por morir por su maestro y Señor: y habiéndole él guardado, fué desterrado á la isla de Patmos, y padeció grandes trabajos y tormentos; y no faltó el ánimo al martirio, sino el martirio al ánimo de san Juan; y bebió (como Cristo se lo habia dicho) el cáliz de la pasion. Pero no solamente fué mártir de esta manera; pero aun de otra mas excelente: porque cuando estuvo en el monte Calvario con la sacratísima Vírgen y vió morir á su vida; allí murió con Cristo, con un género de martirio mas doloroso, que si muriera á cuchillo: porque el hierro cortara los miembros del cuerpo; y aquel dolor y compasion rasgó las telas mas delicadas de su corazon, y le atravesó de parte á parte con una pena tan excesiva, que si el Señor no le tuviera de su mano, allí al pié de la cruz muriera. Pues ¿qué diré de otro género de martirio largo y prolijo, que tuvo el sagrado evangelista viviendo tantos años apartado de la vista gloriosa de Cristo, á quien él tanto amaba y tanto deseaba ver, y salir de entre los idólatras y gente bestia con quienes vivia, y con sus pecados abominables continuamente afligian su corazon? Seamos todos muy devotos de este gloriosísimo y beatísimo apóstol: encomendémonos con grande devocion á él: tomémosle por intercesor y miremos sus virtudes y ejemplos, y entendamos que pues la suma de la perfeccion cristiana consiste en la caridad,

y en el amar y ser amados de Dios, que para alcanzarla nos será eficacísimo medianero, el que lo fué de san Pedro con Jesucristo, el que tanto le amó y fué amado del Señor. Y aunque es verdad que la puerta principal, por donde habemos de entrar á él, es su benditísima Madre (que es la medianera de todo el linaje humano para con su dulcísimo Hijo, como él lo es para con su eterno Padre); pero para con la misma Vírgen muy buen tercero nos será san Juan: pues con especial prerogativa la tiene por madre, y ella á él por hijo, y se hacen tan buena compañía. En confirmacion de esta verdad leemos, que deseando san Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea, acertar en lo que habia de enseñar á sus ovejas de la santísima Trinidad, y haciendo mucha y devota oracion á la santísima Vírgen, suplicándole que le diese la fórmula que en esto habia de guardar; una noche ella se le apareció, trayendo á su lado á san Juan evangelista, á quien mandó que le diese una fórmula de lo que habia de creer y predicar: y san Juan se la dió, y san Gregorio la escribió, y por ella de tal manera instruyó á los cristianos de Neocesarea, que en tiempos de tantos errores no cayeron en ninguno. De san Juan escriben todos los santos doctores que interpretan los Evangelios, y los autores de la Historia eclesiástica, y todos los Martirologios griegos y latinos.

* San Máximo, obispo y confesor.—Vivia en Alejandría distinguiéndose por sus heroicas virtudes, apacentando con zelo su amada grey, y mereciéndose la veneracion y respeto de los fieles que le miraban por su verdadero padre, pues reunia las dotes de un perfecto obispo.

Los santos Teodoro y Teófanes, confesores.—Eran hermanos, educados en un monasterio. En Constantinopla fueron azotados y desterrados por cristianos. Volvieron nuevamente á sus hogares; mas sucediendo en el imperio Teófilo, los hizo azotar y desterrar de nuevo. Teodoro murió poco despues encarcelado. Teófanes en tiempos mas tranquilos para la Iglesia murió obispo de Nicea.

Santa Nicerata, vírgen.—Fué muy distinguida por sus virtudes excelsas, en tiempo del emperador Arcadio. La nombra en este dia el Martirologio romano.

DIA 28.

Los santos Inogentes, mártires.—No hay bestia tan fiera y espantosa como es un tirano, señoreado de alguna vehemente pasion y poderoso para ejecutar todo lo que quiere, sin resistencia: porque es como un incendio que alentando y cobrando fuerzas con los vientos, todo lo abrasa y consume; y á manera de un rio impetuoso, todo lo que halla lo arrebata y lo lleva tras sí con su corriente. Vese esto ser así en la matanza cruelísima y desapiadada, que el rey Herodes, llamado Ascalonita, mandó hacer en los niños de Belen, para asegurarse en su reino, temiendo que uno de ellos le quitase el cetro y la corona. Era este rey extranjero y habia alcanzado el reino de Judea de los romanos: y por esto, y por su fiereza y mala condicion, era aborrecido de los judíos, los cuales aguardaban en su tiempo un nuevo rey y Mesías que los librase de aquella dura servidumbre y cautiverio, y ennoblecíese y ensalzase aquel pueblo que era propio pueblo del Señor: aunque ellos pensaban que lo habia de hacer temporalmente; porque como hombres carnales no entendian la excelencia de los bienes espirituales y eternos, que el verdadero rey y Mesías les habia de traer del cielo. Nació el Salvador en Belen en la manera que dijimos en la fiesta de su sacrosanto Nacimiento, y vinieron los reyes Magos, guiados de la nueva estrella que les apareció. Entraron en Jerusalen preguntando por el rey de los judíos que habia nacido, cuya estrella habian visto en las partes de Oriente. Turbóse Herodes: juntó á los escribas y sabios de la ley, para saber dónde habia de nacer Cristo: y entendiendo que en Belen, conforme á lo que los profetas habian anunciado; llamando aparte á los reyes Magos, é informándose de ellos muy particularmente de la estrella y del tiempo en que les habia aparecido, les encargó que fuésen á Belen y buscasen aquel Niño, y volviesen por Jerusalen y le diesen cuenta de lo que habian hallado, para que él tambien le fuése á adorar; aunque todo esto era con engaño. Los reyes Magos hallaron al santo Infante en aquella pobre choza, y le adoraron y le ofrecieron los dones que traian de su patria; y avisados del ángel del Señor, volvieron á ella por otro camino diferente, sin tener cuenta con el rey Herodes: el cual lo sintió mucho, por parecerle que los Magos no hacian caso de él; mas al principio disimuló juzgando por ventura que por no haber hallado en Belen lo que buscaban, de corridos no habian osado volver á él: y que todo aquello que habian dicho de la estrella que habian visto, habia sido sueño é imaginacion. Pero cuando oyó que un niño nacido en Belen á los cuarenta dias habia sido presentado en el templo, y que un viejo venerable, llamado Simeon, le habia tomado en sus brazos, y reverenciádole como á Salvador y predicado de él grandes maravillas, y las otras cosas que en aquella presentacion sucedieron en el templo (las cuales fueron notorias, y se publicaron en la ciudad de Jerusalen, y Herodes no podia ignorarlas), entendió que los Magos habian hecho burla de él. Y como era hombre altivo y soberbio, y moria por conservarse en el reino, pareciéndole por una parte que aquella era grande afrenta y mengua suya, y por otra carcomiéndose con su propia ambicion, y atravesado como con una aguda saeta del temor de perder el reino; soltó la presa de su indignacion, y lleno de saña y furor, determinó por todos los caminos que pudiese, matar aquel Niño á quien él temia y pensaba que le habia de quitar el reino. Para salir con su intento es de creer que hizo todas sus diligencias para buscarle y hallarle; mas como no hay diligencia humana ni industria que pueda impedir el consejo de Dios, todas las de Herodes fueron vanas: porque el ángel del Señor apareció á san José, y le mandó que llevase al Niño y á la Madre á Egipto, y que estuviesen allí hasta que le fuese ordenada otra cosa del cielo. No quiso entonces usar de su divino poder la Providencia divina, sino tomar este medio humano para librar al santo Niño de las manos carniceras de aquel impío tirano: el cual viendo que no podia haber al que tanto deseaba, y creyendo que estaria escondido en Belen ó en su comarca; creciendo en él la rabia y encendiéndose mas el furor, tomó una resolucion extraña y bárbara de matar á todos los niños que habian nacido en Belen y en todo su distrito, desde los que eran de un solo dia, hasta los que tenian ya dos años: porque aunque supo de los reyes Magos el tiempo en que les habia aparecido la estrella, y que aquella estrella les significaba que ya era nacido aquel Niño que era rey de los judíos; pero como no pudo saber cuánto tiempo ántes que ellos

viesen la estrella, habian nacido para asegurarse mas (ciego con la pasion), juzgó que le convenian pasar á cuchillo todos los niños que en aquellos dos años hubiesen nacido: y alargó el tiempo que le habian señalado los Magos, como tambien extendió el lugar, haciendo matar á todos los niños que habian nacido no solo en Belen (donde nació Cristo), sino en todos los pueblos y aldeas de su comarca. Con esta resolucion llamó á los soldados, capitanes y ministros de su crueldad, y les dió la órden que habian de tener para hacer escribir primero los niños ó juntarlos con maña y dar traza que todos muriesen, y ninguno se escapase de sus manos, encargándoles el secreto, la fidelidad y ejecucion de aquel negocio, en el cual no le iba ménos que ser ó no ser rey. Con este impío é infernal mandato, mas que con el hierro, se armaron aquellos crueles carniceros, para dar como lobos en una manada de corderos inocentes y derramar tanta sangre como derramaron. Lo que pasó en aquel espectáculo inhumano, fiero y lastimoso, no lo dice el historiador sagrado, dejándolo pensar y ponderar á cada uno por sí: mas dícenlo san Gregorio Niseno y san Agustin, que pintan la ferocidad y denuedo de los soldados, los alaridos de las madres, las heridas de los niños Inocentes, y la sangre de aquellos corderos tiernos y puros, que por todas partes corria. No sabemos de cierto el número de los santos niños Inocentes que murieron: porque lo que algunos dicen, que fueron ciento y cuarenta y cuatro mil, porque san Juan en el Apocalipsi pone este número hablando de los niños que seguian al Cordero; no es á propósito, ni es creible que en un pueblo tan pequeño como era Belen, y en su tierra, se hallasen tantos niños de aquella edad. El padre Alonso Salmeron de la Compañía de Jesus, y uno de los primeros compañeros que tuvo el beato padre Ignacio de Loyola para fundarla, varon doctísimo y excelente teólogo, en el tomo de los once que escribió sobre los Evangelios, dice que fueron catorce mil; y que los cristianos de Etiopía, que llamamos abisinos, en el cánon de la misa celebran este número de los Inocentes mártires: y lo mismo dice Genebrardo, que los griegos le ponen en su calendario. Llamo mártires á estos niños; porque siempre la santa Iglesia los ha tenido por tales por haber sido bautizados en su sangre y muertos por Cristo, ántes que comenzasen á gustar de la vida: y así hablando con los mismos niños, dice san Agustin: «Aquel dudará que hayais alcanzado la corona, muriendo por Cristo, que crea que el bautismo de Cristo no aprovecha á los niños. No teníades edad para creer que Cristo habia de padecer; pero teníades carne para padecer y sufrir la muerte por Cristo, que habia de padecer por vosotros:» y san Bernardo dice: «Si buscas los merecimientos que tuvieron para ser tan cruelmente muertos de Herodes, ¿es por ventura menor la piedad de Cristo, que la impiedad de Herodes, para que creamos que Herodes los pudo entregar á la muerte, siendo inocentes, y que Cristo no pudo darles la vida eterna, habiendo muerto por él?» Del mismo parecer son san Ireneo, san Justino, san Cipriano mártir, Orígenes, Hilario, Crisóstomo, Agustin, Prudencio, Fulgencio y Leon, papa: y finalmente toda la Iglesia católica, que hace fiesta de estos niños benditos y los tiene y celebra por mártires. De aquí se saca la respuesta de una duda, que algunos podrian tener y preguntar: ¿Por qué el Señor dió poder á un hombre tan fiero y desalmado como fué Herodes, para derramar tanta sangre de niños? ¿Y cómo Jesucristo nuestro Salvador, que venia para darnos vida entrando en el mundo, fué ocasion para que se diese la muerte á tantos corderos inocentes? Mas, si bien miramos, hallaremos en este hecho mucho por que alabar la suavidad benigna de nuestro Dios, y admirarnos de los medios que toma para coronar á unos y castigar á otros: porque de la misma manera que el dueño de la viña puede coger la uva ya madura y exprimirla en el lagar, ó vendimiarla en agraz, ó cortar los pámpanos en cierne, sin hacer agravio á nadie: y el hortelano cortar las flores para hacer ramilletes y presentarlos á su amo; así Dios que es dueño y Señor de todo lo criado, como jardinero de deleites de la santa Iglesia, cogió hoy las flores de los mártires (que así llaman á los niños Inocentes san Agustin y Prudencio), para hacer ramilletes y ofrecerlos á la mesa de Dios: y aunque los cortó y secó como con un viento cierzo la indignacion de Herodes, y las flores de acá de la tierra, si una vez se secan ó marchitan, no suelen volver á reflorecer; pero no es así en las flores que se cogen de la mano de Dios: porque cuando parece que se secan y mueren, entonces mas florecen y viven. Mas si miramos las causas por que el Señor permitió esta carnicería tan sangrienta, y esta matanza de niños Inocentes tan lastimera, hallaremos que fueron muchas y admirables, y muy convenientes para la gloria de Dios, y para bien de los niños y de sus padres, y de toda la santa Iglesia, y para mayor castigo del mismo tirano que los mató: porque primeramente es gran gloria de Dios, que entendamos que es el Señor de todos, y que sin injuria de nadie puede hacer todo lo que es servido de todas sus criaturas, en el cielo y en la tierra y en los abismos. Demás de esto, ¿qué pregon se pudo dar por todo el mundo mas sonoro y eficaz, para declarar que habia venido del cielo un nuevo Rey de los judíos, que el publicarse y saberse que el rey Herodes, por temor de este Rey recien nacido y de perder su reino, habia usado de una crueldad tan extraña, tan inhumana y tan fiera? ¿Y que no solamente habia hecho matar á los hijos chiquitos de los extraños, sino tambien á un hijo suyo, para asegurarse mas? Fué tanto lo que sonó por toda la redondez de la tierra un hecho tan desaforado, que cuando lo supo en Roma el emperador Octaviano, dijo que en la casa de Herodes mejor era ser puerco que hijo; dando á entender, que por ser judío no mataria el puerco porque no lo podia comer; y por ser cruel habia muerto al hijo. Pues si miramos á los mismos niños que murieron; ¿qué amor de sus padres les pudiera hacer tan gran bien, como les hizo el odio de Herodes? Pues sin saber lo que hacia, los libró de los trabajos, peligros, pecados y miserias de esta vida, y los envió á gozar de aquella vida, que sola se puede llamar vida, y se debe comprar á costa de cualquiera trabajos y penas.

¿Qué mayor beneficio pudieron recibir del Señor, que morir por él ántes que supiesen qué es vida, y sin pelear alcanzar la corona, y triunfar del mundo ántes de conocerle, y ser la primicia de los mártires de Cristo? Mueren (dice san Agustin) los niños por Cristo, y la inocencia muere por la justicia. ¡Qué bienaventurada edad fué aquella, que no pudiendo aun nombrar á Cristo mereció morir por Cristo! ¡Qué dichosamente nacieron aquellos á quienes entrando en esta vida, salió á recibir la vida eterna! Luego que comenzaron á vivir, tuvo fin su vida; pero el fin de

esta vida temporal les fué principio de la bienaventurada y eterna. Parecia que no estaban maduros para la muerte; pero felicísimamente murieron para alcanzar la vida: apenas habian gustado la presente, y luego pasaron la futura: apenas habian llegado á los pañales y cunas de la niñez, cuando recibieron la corona: son arrebatados de los brazos de las madres para ser colocados en el seno de los ángeles.» Hasta aquí es de san Agustin: y san Juan Crisóstomo dice: «Aquella edad de los niños se levanta á alabar á Dios que no tiene pecados, para que el que es digno de alabanza sea dignamente loado, y el Inocente predicado con el testimonio de los inocentes. Ellos reciben de Cristo, y vuelven á Cristo lo que de él recibieron: toman y dan, y en el mismo tiempo el que dió recibe, y el que recibió da; torna Cristo á tomar lo que habia dado, cuando nó con voces, sino con la sangre fué alabado de los niños. ¡O gloria bienaventurada de los que morian; pues merecieron ser mártires por Cristo! En un mismo tiempo comenzaron á vivir y morir: entraron en el mundo y salieron de él: recibieron el aire fresco de esta vida y pasaron á la inmortal: siendo niños, fueron fuertes, y sin coronarse vencedores.» Estas son palabras de san Juan Crisóstomo, y de la misma manera hablan los otros santos doctores. Para los padres asimismo fué de grande honra y provecho este sacrificio, que se hizo de sus hijos; porque ¿qué honra pudieron alcanzar en el mundo si vivieran, que se pueda comparar con ser padres de mártires? Y juntamente con la honra les fué de grande utilidad; porque con la pena y dolor que tuvieron en la muerte de sus hijos, pudieron pagar las culpas que habian cometido contra Dios, y por ventura algunas de ellas eran por causa de los mismos hijos, y con las muchas lágrimas que derramaron, especialmente las madres lavaron las manchas de los pecados pasados, y acrecentaron sus merecimientos delante de Dios, sin cuya voluntad sabian que el rey Herodes no tenia poder para quitar la vida á sus hijos. Pues para toda la Iglesia católica ¿de cuánta gloria es tener entre innumerables mártires que la cercan y hermosean con su sangre, un escuadron de niños, que ántes de tener miembros para la batalla, vencieron la muerte, el demonio y el infierno; y con su muerte nos enseñaron que no hay edad inhábil para Dios, y que los padres deben tener gran cuenta de consagrarle los hijos desde que nacen, pues son suyos, y cuando se los quita, le vuelven lo que él les dió? Tambien es de creer que las almas de los padres que estaban en el limbo recibieron nuevo consuelo, cuando las de estos benditos niños les dieron nuevas del nacimiento del Salvador; y por la muerte de ellos entendieron, que ya se comenzaba á propagar (aunque con sangre) el reino de Cristo. Pero ¿qué diré del rey Herodes y del castigo severísimo que Dios le dió aun en esta vida, por las otras maldades suyas; pero mucho mas por la crueldad detestable que con tantos niños inocentes usó? Porque demás de no haber salido con su intento ni podido haber á las manos á Cristo, y consumídose de rabia y dolor por ello; y despues que vertió tanta y tan pura sangre, no se puede fácilmente creer el abismo de calamidades en que (por justo juicio de Dios) cayó, y las ondas, tempestades y miserias que en su misma persona y casa padeció. Pensó esta furia infernal estorbar el consejo de Dios, y engañado de su ambicion tomó las armas contra Cristo, creyendo que le venia á quitar el reino y que le podria acabar: «Mas, ó rey impío y bárbaro (dice san Agustin); ¿qué te aprovecha tu crueldad y ferocidad? Bien puedes tú hacer mártires; pero no podrás hallar á Cristo. ¿Piensas que el Salvador te ha de quitar el reino? No es así; porque no ha venido Cristo para quitar á nadie la gloria que tiene, sino para darle la suya; nó para quitar el reino de la tierra, sino para dar el reino del cielo á todos los que creyeren en él y le amaren.» Esto es de san Agustin. Castigó el Señor una maldad tan atroz é inhumana, dando al rey una enfermedad tan grave, ó por mejor decir, una multitud de tantas y tan graves enfermedades, que todo su cuerpo era un retablo de dolores; porque (como dice Josefo) abrasábale interiormente un fuego lento; padecia una hambre canina é insaciable; tenia las entrañas llenas de llagas y de dolores cólicos, los piés hinchados, las partes naturales llenas de gusanos, los nervios contrahechos, la respiracion dificultosa, y de todo su cuerpo salia un olor tan malo que no se podia sufrir: y vino á tan grande aborrecimiento de sí mismo, que pidió un cuchillo con intento de matarse; y hubiéralo hecho si un nieto suyo no se lo hubiera estorbado. Cinco dias ántes que muriese, hizo matar á su hijo Antipatro que tenia preso: y entendiendo que los judíos se habian de holgar con su muerte, mandó llamar y venir so graves penas á todos los hombres nobles de su reino: y despues que vinieron los hizo encerrar en un cierto lugar, para que en espirando él sus soldados los matasen á todos, y celebrar sus exequias con la muerte de ellos y con el llanto de todo el reino: y mandó á Salomé, su hermana, que en todo caso lo hiciese ejecutar; porque con esto él iria consolado de esta vida, la cual acabó como se puede pensar de quien tenia tal corazon y tales entrañas, y con gran regocijo de todo su reino, por verse libre de tan espantoso tirano, y especialmente de todos aquellos nobles y caballeros que estaban como reses en el matadero, aguardando el cuchillo; porque en muriendo el rey les dieron la vida y los soltaron.

Pues si cotejamos el fin que tuvo Herodes con la muerte de estos bienaventurados niños, y las miserias del uno con la felicidad de los otros; ¿quién no escogerá el morir por Cristo ántes que reinar con Herodes? Temia el desventurado que un niño le habia de quitar el reino, y mató á tantos niños por no perderle; y perdió el reino, la salud y la vida y alma, que penará en los infiernos, mientras que Dios fuere Dios: y todos sus hijos, nietos y descendientes se acabaron dentro de cien años, y no quedó memoria de él ni de ellos, sino para aborrecerlos como tiranos y crueles enemigos de todo el linaje humano. Por otra parte, nuestros niños benditos están delante del trono de Dios, alabándole, y son reverenciados de toda la Iglesia católica por todo el mundo, y sus sagrados huesos y preciosas reliquias adoradas y veneradas de los reyes y príncipes de la tierra: su nombre dulce, la memoria amable, y la misericordia que el Señor usó con ellos suavísima y de perpetua recordacion. Fué su martirio, imperando Octaviano Augusto, á los 28 de diciembre, comenzando el segundo año de Cristo, segun la mas probable opinion. Escribieron de los santos Inocentes varias homilías y sermones, san Agustin, Hilario Arelatense, Pedro Crisólogo, Beda, san Bernardo y otros autores, y de ellos todos los Martirologios hacen mencion.

* San Eutiquio y san Domiciano mártires.—De estos santos el primero era presbítero y el segundo diácono. Vi-

vian en la Galicia, y como todo su afan era cumplir exactamente los deberes de hombres consagrados á Dios en el ministerio santo, de ahí es que eran muy estimados del pueblo.

Los santos Castor, Víctor y Rogaciano, mártires.—Ganaron la gloriosa corona del martirio en África. Los nombra en este mismo dia el Martirologio romano.

San Indes, mártir, y las santas Domna, Agape y Teófila, vírgenes y mártires.—San Indes y dichas santas vírgenes, junto con otros cristianos sufrieron cruel martirio por la fé católica durante la persecucion de Diocleciano.

San Troadio, mártir.—Fué martirizado en el Ponto durante la persecucion de Decio. Apareciósele en medio de los tormentos san Gregorio Taumaturgo, y le animó á sufrir el martirio.

San Cesario, mártir.—En tiempo del emperador Galerio Maximiano fué martirizado en la Armenia porque profesaba ardientemente la fé cristiana.

San Francisco de Sales, obispo y confesor.—Aunque hace de él mencion en este dia el Martirologio romano, su fiesta corresponde á 29 de enero, que es donde va continuada.

San Domnion, presbítero, san Teodoro, abad, y san Anronio, monge.—El primero es muy venerado en Roma; el segundo fué oriundo de Egipto y discípulo de san Pacomio; y el tercero es honrado en este dia en el monasterio lirinense. Los tres van nombrados en el Martirologio romano en este dia.

DIA 29.

Santo Tomás Cantuariense, arzobispo y mártir.—La vida del glorioso pontífice y fortísimo mártir santo Tomás, arzobispo de Cantorberi y primado de Inglaterra, escribió Eduardo, que vivió en su mismo tiempo, y mas copiosamente Heberto de Hoschan, que fué su compañero, y despues cardenal y arzobispo de Benevento, y Juan Salisburiense, obispo carnotense, y Guillermo, monge cantuariense, y Alano, abad, teukesburiense, todos autores graves y de mucha autoridad: de los cuales sacaremos lo que aquí dijéremos. Fué santo Tomás inglés, nació en la ciudad de Lóndres, cabeza de aquel reino: su padre se llamó Gilberto y su madre Matilde, personas nobles y ricas, y muy piadosas. Dicen que el mismo dia que nació, se pegó fuego á la casa de sus padres y se quemó buena parte de la ciudad de Lóndres. En teniendo edad para aprender letras, le pusieron al estudio, y él las aprendió con cuidado y diligencia, y por su buena habilidad y grande ingenio hizo gran progreso en ellas. Era de loables costumbres, de gentil disposicion, hermoso de rostro, en sus palabras modesto y grave, y tan amigo de la verdad, que ni burlando ni de veras no se apartaba de ella. Tuvo noticia de sus buenas partes Teobaldo, arzobispo cantuariense: recibióle en su servicio; y hallándole hombre cuerdo y prudente, comenzó á servirse de él en los negocios públicos y en los de su casa, con grande satisfaccion suya y de todos los que le trataban. Hízole arcediano de su Iglesia, y dióle otros beneficios y rentas, las cuales Tomás gastaba libremente, teniendo mas cuenta con el buen nombre que con la hacienda. Fué creciendo tanto la buena opinion, que todos tenian á Tomás y el amor que le mostraban, que el rey, por consejo del arzobispo Teobaldo, le hizo su cancelario, que es como presidente del supremo consejo, y favorecióle tanto, que todo lo que el cancelario mandada ó vedaba, se tenia por ley: y aquellos se tenian por dichosos, que estaban en su gracia; porque por ella pensaban alcanzar la del rey, y lo que de él pretendian. No solamente sirvió al rey en las cosas de la paz, gobierno del reino y administracion de la justicia, sino tambien en las de la guerra contra franceses: é hizo por su persona cosas hazañosas, mostrando en todas grande ánimo, valor y prudencia. Pasó tan adelante la privanza del cancelario con el rey, que habiendo de dar ayo al príncipe su hijo, que tambien se llamaba Enrique como el padre, no quiso que fuese otro sino él, y que por esto dejase el cargo de cancelario; mas que con las ocupaciones del gobierno del reino juntase las de la crianza é instruccion del príncipe, que no eran pocas ni poco pesadas: porque los otros grandes y señores del reino le trajeron tambien sus hijos para que los enseñase, así porque se criasen con el príncipe, como porque amoldados y doctrinados de tal mano, saliesen bien criados y corteses, y dignos de su linaje y nobleza: y el cancelario se encargaba tambien de este trabajo (aunque era grande), juzgando que el bien del reino consiste en que los caballeros y gente noble y principal desde la juventud sea bien criada en amor y temor santo de Dios. Demás de esto, el rey por favorecer mas al cancelario, algunas veces se iba á comer con él: otras, despues de haber comido, entraba á verle comer, y gustaba de oir lo que en su mesa se trataba; porque aunque era clérigo mozo, y los demás que comian con él seglares y gente cortesana; todo lo que allí se hablaba olia mas á trato de religioso, que de cortesanos y seglares. Murió en esta sazon Teobaldo, arzobispo cantuariense, y luego el rey puso los ojos en Tomás para darle aquella suprema dignidad, pareciéndole que en ninguno estaria mejor empleada. Supo el intento del rey Tomás, y suplicóle con grande instancia, que no le pasase por el pensamiento hacerle arzobispo, así porque él no tenia partes para ello, como porque estimaba mas su gracia (la cual temia perder, siendo arzobispo), que todas las dignidades y honras del mundo: «Porque vuestra majestad (dijo) no dejará de hacer algunas cosas contra la libertad eclesiástica, las cuales, siendo primado, no podré con buena conciencia consentir.» Ninguna cosa bastó con el rey para que desistiese de su intento: y así Tomás bajó la cabeza, entendiendo ser voluntad de Dios, con gran contento del rey y de todo el reino. Era en esta sazon de edad de cuarenta y cuatro años: ordenóse de misa (porque solo era diácono) el sábado de Pentecostés; y al otro dia en su iglesia catedral fué consagrado arzobispo con las ceremonias ordinarias, hallándose presentes quince obispos y el príncipe Enrique, heredero del reino, con muchos grandes y señores principales de él. Envióle el pontífice romano (que era á la sazon Alejandro III) el palio; y el arzobispo le recibió postrado en el suelo, y con los piés descalzos y con extraordinaria devocion.

Desde el punto que recibió la sagrada uncion, parece que se mudó en otro varon, nó para darse á vanidades, faustos y grandezas, y vivir con mas anchura y libertad (como algunos suelen); sino para entrar dentro de sí y atarse mas estrechamente con las nuevas obligaciones: y así comenzaba á vivir una vida apostólica, y digna de tan

grande prelado: porque el deleite en el comer vencia con la templanza, los apetitos deshonestos con el cilicio áspero y con dormir poco: los otros deseos y gustos desordenados refrenaba con la continua oracion y leccion de cosas sagradas, y cuanto era mas alto el grado á que Dios le habia levantado, tanto él mas se humillaba: y para no desvanecerse con la nueva dignidad, tomó el hábito é instituto de los canónigos seglares, procurando cumplir con las obligaciones de monge y prelado. Sobre todo nació en el santo prelado un amor y devocion muy extraordinaria para con Dios, una compasion para con los pobres tan grande, que así como ninguna cosa le podia apartar de la rectitud y justicia, por el zelo de ella que Dios habia encendido en su pecho; así tampoco no habia cosa que pudiese hacer en beneficio de los pobres, para remediar necesidades, que no la pusiese por obra: y con ser innumerables los pobres que á él acudian, nunca se cansaba ni le faltaba qué darles; y para poderles dar mas, procuraba cobrar algunas posesiones y heredades de la Iglesia, que algunos habian usurpado, ó por descuido de los arzobispos sus antecesores, ó por no poder mas contra ellos, que era gente poderosa. Y aunque los que fueron desposeidos de las haciendas de la Iglesia se quejaron al rey, y procuraron con varias calumnias y falsedades exasperarle contra el santo pontífice; no pudieron salir con su intento, por el concepto y estima grande que el rey tenia de su persona, hasta que se ofreció otra ocasion mas pesada. Habian dos clérigos cometido algunos delitos, y el uno de ellos, que era canónigo, tratado mal á unos ministros de justicia real, y el otro, que era un clérigo particular, habia muerto á un hombre á lo que se decia. Levantóse un grande alboroto en el pueblo, diciendo que los clérigos se atrevian á hacer grandes insultos y maldades, porque sabian que no los habian de castigar con pena de muerte. Y aunque el santo prelado, para sosegar al pueblo y quitar el escándalo, los castigó severamente; no por eso cesó aquella turbacion y queja, ántes llegó á oidos del rey; el cual instigado de los enemigos del arzobispo, y con pretexto de que hubiese justicia en su reino y los malos fuesen castigados, hizo junta de grandes, así eclesiásticos como seglares, y en ella pidió que se le remitiesen á él todos los clérigos que cometiesen delitos, para que por sus justicias fuesen castigados. A esta demanda el santo prelado se opuso, y con buenas palabras suplicó al rey que no se dejase llevar tanto del zelo y amor de la justicia, que hiciese contra la misma justicia y excediese los límites de su potestad; y que considerase que los sagrados cánones y constituciones antiguas de los sumos pontífices, concilios y emperadores, ordenaban que los clérigos fuesen castigados por sus prelados: y que en caso atroz y digno de muerte, el clérigo que le cometiese, fuese primero degradado, y despues remitido al brazo seglar, para que solo fuese ejecutor de la muerte que se le daba; y que esto se habia usado en la Iglesia de Dios desde el tiempo de los apóstoles: y que pues esta Iglesia era la misma que la antigua, era justo que se guardase lo que siempre se habia usado. El rey porfiaba que á él tocaba castigar los delitos y hacer leyes, y que todos le habian de obedecer; mas el santo prelado con gran libertad le respondió, que en tanto obedeceria á las leyes que hiciese, en cuanto no fuesen contrarias á la ley de Dios. Enojóse de esto mucho el rey; y todo aquel amor y favor que ántes él hacia á santo Tomás, le convirtió en odio y aborrecimiento, teniéndole por ingrato y por hombre que no cumplia con sus obligaciones y con los beneficios que de él habia recibido: porque los grandes príncipes comunmente no quieren que á ninguna cosa se les contradiga, y tienen por desacato y menoscabo de su soberana autoridad, que se les vaya á la mano, aunque sea en cosas forzosas, como era esta, y que con buena conciencia no se pueden dejar. Salió el rey de la junta muy colérico, los obispos que estaban en ella comenzaron á blandear, y los otros señores á tomar y defender las partes del rey (tanto puede la ambicion y la lisonja), de manera que solo Tomás quedó solo por defensor y amparo de la verdad, opuesto á la furia del rey y á todas las máquinas y ardides de sus enemigos; pero muy aparejado á perder la vida, porque la Iglesia no perdiese su libertad. Tomáronse grandes medios de promesas y amenazas, de blanduras y espantos para atraer al santo prelado á la voluntad del rey: y aunque él al principio se mostró algo blando, porque no padeciese por su causa todo el clero de Inglaterra, y porque le habian asegurado que el rey no queria sino que de sola palabra diese su consentimiento; pero despues que vió que le mandaba poner por escrito, y sellar con su sello los capítulos que el rey habia escrito, y que ellos eran perniciosos y en perjuicio notable de la Iglesia, le pesó mucho que le hubiesen engañado, y de la facilidad que habia tenido en querer dar contento al rey, por atajar los daños que se podian temer. Los artículos y capítulos que propuso el rey fueron seis. El primero, que no se pudiese apelar á la sede apostólica sin licencia del rey: el segundo, que ningun arzobispo ni obispo pudiese salir del reino, aunque fuese llamado del papa, sin licencia del rey: el tercero, que ningun obispo pudiese excomulgar á ningun criado ni ministro del rey, sin haberlo primero consultado con él: el cuarto, que no pudiese el obispo castigar á ningun perjuro y fementido: el quinto, que la justicia seglar del rey conociese las causas de los clérigos y los castigos, y los castigase si mereciesen castigo: el sexto, que el rey y los legos tratasen y juzgasen las causas decimales y eclesiásticas.

Que todas eran causas perjudiciales á la Iglesia, y contrarias á lo que en ella se ha usado siempre desde los apóstoles acá, y á lo que han hecho todos los emperadores, reyes y príncipes piadosos, como lo probamos en el libro del Príncipe cristiano. Pero muchas veces se engañan algunos príncipes, pensando que es mengua de su autoridad sujetarse á la Iglesia, y falta de justicia el no castigar los delitos de los clérigos que no pertenecen á ellos: y no faltan ministros que atizan el fuego, ni prelados flojos y temerosos, que por no perder la gracia del príncipe, pierden la de Dios, y huyen como mercenarios y se dejan arrebatar de la corriente. No lo hizo así santo Tomás, que no se dejó vencer de terror ni de halagos para consentir al rey en cosa tan dañosa á la Iglesia, y de tan mal ejemplo; ántes fué tanto lo que lloró y se entristeció por haber dado muestras de quererle dar gusto en esto, engañado, como dijimos, de lo que de su parte le habian dicho, que enojándose consigo mismo y queriendo castigar aquella culpa, se suspendió de decir misa, y no quiso llegarse al altar, hasta que el sumo pontífice le envió la absolucion, y él se consoló con ella y con saber que su intencion habia sido buena, y en ninguna cosa con-

traria á la voluntad de Dios. Finalmente, viendo el santo prelado el ánimo del rey enojado contra sí, y tan obstinado en llevar adelante su intento, que no habia esperanza de poderle ablandar ni trocar, y que los obispos se dejaban llevar de la voluntad del rey, y que los grandes y poderosos le ayudaban y servian, y que toda la Iglesia de Inglaterra estaba en peligro de acabarse y perderse: determinó ausentarse por un poco de tiempo del reino, para que echado Jonás en el mar, cesase aquella tan horrible tempestad. Para esto huyó de noche, acompañado de dos solos monges y un criado disfrazado, caminando las noches, fuera de camino, con grandes trabajos é incomodidades; y embarcándose en un navío, llegó á Flandes. Cuando el rey supo que el santo arzobispo se le habia escapado de las manos, salió de juicio y envió embajadores al papa Alejandro III, dándole grandes quejas contra él, como contra revolvedor y alborotador de su reino: y habiendo el sumo pontífice oídolos en público consistorio, les respondió, que oiria al arzobispo, para poder juzgar rectamente en aquel caso. Airóse sobremanera el rey con esta respuesta, y mandó confiscar los bienes de santo Tomás, y las haciendas de todos sus deudos y parientes, que eran muchos, y que todos saliesen de su reino, sin perdonar á edad, ni sexo, ni condicion, ni dignidad de persona: tomando juramento á los varones de mayor edad, que buscarian al arzobispo do quiera que estuviese, y se quejarian de él, que por su ocasion padecian tales calamidades. Llegó santo Tomás al papa, y dió á su santidad y á los cardenales razon de sí, mostrándoles los capítulos originales que el rey Enrique queria establecer en su reino, y él no habia querido firmar, y declarando los medios que habia tomado para ablandar al rey y ponerle en razon. Suplicó al sumo pontífice que le quitase aquella dignidad, y la proveyese en otro que fuese mas grato al rey, para que él y su reino tuviesen paz: porque él entendia que Dios le castigaba á él, por haberla aceptado sin tener partes para ella, por complacer al rey. Pareciéle al papa no condescender con los ruegos de santo Tomás; ántes le confirmó en la dignidad, y mandó que la tuviese, para que los otros prelados en semejantes casos no aflojasen y dejasen de resistir á los tiranos que perseguian la Iglesia católica, viendo que el que tan valerosamente habia peleado por ella, era privado de la dignidad de arzobispo. Pero para aplacar al rey de Inglaterra, le ordenó que se recogiese á alguna casa de religion donde pudiese estar con quietud, mientras que él procuraba volverle en gracia de su rey. Escogió el santo arzobispo el monasterio de Pontiniaco del Cister, que estaba en Francia y florecia con fama de gran santidad.

A este monasterio vino el santo prelado con cartas y grandes recomendaciones del papa: y la mayor recomendacion que traia era la singular gracia de Dios, de que venia armado, y muy alegre por ver que padecia por la justicia, y deseoso de padecer mucho mas. En este monasterio con gran disimulacion comenzó el santo arzobispo á afligir su cuerpo con extraordinaria aspereza y penitencia, comia unas yerbas y manjares viles y groseros, procurando que los que eran delicados y preciosos se repartiesen á los enfermos y necesitados: entraba algunas veces en el rio que pasaba cerca del monasterio, estando muy frio y casi helado, y estábase en él un buen rato para mortificarse mas; y en las otras cosas se dió tal vida, que mas parecia muerte que vida; y le sobrevino una enfermedad tan grave, que faltó muy poco que del todo no se la quitase. Pero lo que mas le afligia, fué la grande calamidad y miseria de tantos deudos suyos inocentes, que por su causa (aunque sin culpa suya) padecian, á los cuales él no podia remediar; pero remediólos Dios por medio del rey de Francia, y de otros señores y personas principales devotas de aquel reino, que sabiendo la santidad de santo Tomás, y la tiranía del rey Enrique, y la inocencia de los que padecian, los ayudaron y socorrieron en aquel su destierro y trabajo, con tanta liberalidad, que muchos no echaban ménos la comodidad y regalo de sus casas. Mas el rey Enrique, cuando supo que el santo prelado estaba en aquel monasterio, no se puede creer la saña que tomó contra el abad. Escribióle con gran furor que le echase luego de su casa y de cualquiera otra de su órden, amenazándole, si no lo hacia, de sacar de su reino á todos los monges del Cister, y destruir sus monasterios. Entendió el santo prelado del abad lo que el rey le habia escrito; y con sosiego y serenidad le dijo: No quiera Dios que tantos y tan santos religiosos padezcan por mí, ni que sus monasterios sean asolados. Y haciendo gracias al abad y á los monges, por la caridad que con él habian usado, y habiendo venido el rey de Francia en persona al monasterio, y agradecido á los religiosos el buen acogimiento que habian hecho al santo prelado; le llevó consigo, llorando todos su partida, y acordándose del raro ejemplo con que habia vivido entre ellos.

Dos años estuvo en el convento de Pontiniaco, y de allí se fué al monasterio de Santa Columba, donde estuvo otros cuatro años con no menor rigor y ejemplo de su grande santidad, y admiracion de todos los que le trataban. Por maravilla se acostaba en cama, sino con alguna grave enfermedad; levantábase ántes que amaneciese; ocupábase en los divinos oficios, y en celebrar cada dia con suma devocion y reverencia el sacrosanto misterio de la misa. Despues entrando en su aposento, con un corazon contrito y humilde, soltaba la rienda á la oracion, lágrimas y gemidos, ofreciéndose en sacrificio al Señor, y aparejándose para el martirio. Comia despues con los pobres y con los pocos criados que tenia con gran templanza: y acabada su comida, se entretenia con alguna leccion sagrada, ó con hablar de cosas necesarias y provechosas con sus familiares. La noche casi velaba perpetuamente; y llamando á su capellan, que solo dormia en su aposento, quitándose el cilicio que traia á raiz de las carnes, le mandaba que le azotase hasta derramar mucha sangre; y despues que el capellan se volvia á su cama, él se daba otras penas; y arrodillándose y postrándose delante del Señor, gastaba la otra parte de la noche en oracion, hasta que cansado ya el cuerpo, se echaba en el suelo para reposar un poco, teniendo una piedra por cabecera. Mas el Señor, que con estos ensayos aparejaba á este esforzado soldado, y le queria hacer glorioso mártir suyo; un dia estando delante del altar postrado, y acabada la misa, haciéndole con gran fervor gracias, se le apareció, y llamándole por su nombre, le dijo: Tomás, Tomás, tu ilustrarás mi Iglesia con tu sangre; y él espantado dijo: ¿Quién sois vos, Señor? Yo (dijo) soy Cristo tu hermano y Salvador, que ilustraré mi Iglesia con tu sangre. Entonces el santo con grande júbilo de su alma respondió: Ojalá sea así, y se cumpla en mí lo que vos, Señor, decís; porque yo no lo merezco.

Procuró el rey de Inglaterra echarle de Francia, y envió embajadores al rey Luis de Francia, quejándose mucho que tuviese en su reino y favoreciese á un hombre que era su enemigo, y á quien él por sus deméritos habia quitado de la dignidad de prelado. Respondióles el rey Cristianísimo: Decid á vuestro señor, que tambien soy yo rey como él, y que no me atreviera á privar de su dignidad al mas pobre clérigo de mi reino, que no sé yo, cómo él se ha atrevido á ofender á toda la Iglesia católica, y deponer de la suprema dignidad de su reino, á un varon tan santo y tan venerable como Tomás. Finalmente, despues de muchas altercaciones y dificultades, el rey de Francia con ruegos, y el papa con amenazas, apretaron tanto al rey de Inglaterra, que se aplacó y se reconcilió con el santo prelado, y le dió licencia para volver él y todos los suyos á su reino, prometiendo hacerles restituir sus haciendas; y santo Tomás hablando con el rey, que á la sazon estaba en Normandía, se concertó con él, y á los siete años de su destierro tornó á Inglaterra, con grande alegría y fiesta de todos los buenos, y pesar de los malos, que le temian como á fiscal severo de sus excesos. Volvió el santo con el mismo zelo que ántes, y con los mismos aceros y filos de la justicia y de la disciplina eclesiástica (porque con tantos trabajos y fatigas no se habian podido embotar), y comenzó luego á hacer su oficio pastoral, con tan grande entereza, que los que tenian por testigos y acusadores de su mala vida sus propias conciencias, no quisieron aguardar la sentencia de tan recto juez. Mandó á algunos obispos que hiciesen alguna satisfaccion de algunos delitos por ellos cometidos. Estos convocaron contra él á muchos eclesiásticos y seglares de los mas principales del reino, y todos á una acudieron al rey, diciendo, que el arzobispo se queria levantar con el reino, y que no venia mas humilde del destierro, sino mas soberbio; que cuando salia de casa, todos le acompañaban como si fuera la misma persona del rey; y que para serlo no le faltaba sino ponerse la corona, y decir que lo queria ser. Supieron decirle tales cosas, que el rey, creyéndolas ligeramente como amigo reconciliado, y sin averiguar mas la verdad, dijo con grande enojo: ¡Cómo! que no pueda yo valerme con un clérigo de mi reino! Malditos sean todos los que comen mi pan; pues ninguno de ellos me venga de tal hombre. Oyeron estas palabras algunos criados del rey; y como la lisonja es tan poderosa, y el deseo de dar gusto á los príncipes tan ciego y arrebatado, creyeron que le harian una cosa muy grata, si matasen al arzobispo; y así cuatro de sus criados principales se determinaron á hacerlo. Pero ántes que lo ejecutasen, como se publicó en el reino el sentimiento y enojo que contra el santo prelado habia concebido el rey (aunque comunmente le tenian y veneraban por santo), no se puede creer fácilmente cómo los ánimos del vulgo se mudaron y le comenzaron á escarnecer y hacer burla de él; en tanto grado, que Polidoro Virgilio, diligente historiador de las cosas de Inglaterra, escribe que pasando á esta sazon por una aldea, los moradores de ella, por afrentarle, cortaron la cola del caballo en que iba el santo prelado; pero por castigo de Dios, todos los hijos de los que tuvieron este atrevimiento nacieron despues con cola, como si fueran bestias; y duró esto hasta que se acabó su generacion.

Pero los criados del rey, para ejecutar mejor la maldad, tomando consigo gente armada y facinerosa, fuéron un dia despues de comer á casa del arzobispo, como unos perros rabiosos, para darle la muerte; y despues de haber pasado con él algunas razones descorteses, y respondido el santo prelado á ellas, por una parte con gran humildad y modestia, y por otra con gran valor y constancia; ellos se salieron de su casa para llamar á los soldados que traian consigo; y el santo se entró en la iglesia, porque era hora de vísperas. Queriendo los clérigos cerrar las puertas, les mandó que no lo hiciesen, diciendo que la iglesia no se habia de defender al modo de las fortalezas cercadas de enemigos, y que él padeciendo, y nó peleando, habia de vencer. Entraron aquellos crueles verdugos en la iglesia con gran furor, diciendo á grandes voces: ¿Dónde está Tomás Beket, traidor al rey y al reino? ¿Dónde está el arzobispo? Y el santo sin turbarse, pronto: Aquí estoy (dice): nó traidor al rey, sino sacerdote de Jesucristo, aparejado á morir por aquel que me redimió con su sangre. Nunca Dios quiera que yo huya vuestras espadas, ó por temor de ellas me aparte de la justicia. Aquí (dijeron ellos) morirás y recibirás el pago de tu atrevimiento. Y el santo mártir: Yo cierto aparejado estoy á morir por mi Señor, para que la Iglesia con mi sangre alcance paz y libertad. Pero mirad que os mando de parte de Dios todopoderoso, que no maltrateis ni toqueis á alguno de los mios. Si hay culpa yo la tengo; y ellos nó. Púsose luego de rodillas, y como un ciervo acosado y sediento, que se ve cerca de una copiosa fuente de aguas vivas, y con ímpetu se echa en ella; así él, viendo que se llegaba la corona del martirio, que con tanta ansia deseaba, se arrojó en las manos del Señor, juntando y levantando las suyas al cielo, y suplicando á Dios que mirase por su Iglesia, por la intercesion de la gloriosísima Vírgen María nuestra Señora, y de san Dionisio, obispo y mártir, y de otros santos sus patrones. Arremetieron los verdugos al santo sacerdote, para ofrecerle en sacrificio: y uno de ellos le descargó con la espada un fiero golpe en la cabeza, de la cual comenzó luego á correr mucha sangre; y queriendo un clérigo llamado Eduardo (que es el que escribe su vida), amparar á su prelado (porque los demás monges y clérigos despavoridos le habian desamparado), y abrazándose con él, le cortaron un brazo y le hirieron malamente. Mas santo Tomás, aunque estaba herido en la cabeza, no la movió ni torció el cuerpo; ántes estando inmoble y muy constante en su oracion, esperaba tras aquel golpe otros que le dieron, hasta que cayó junto al altar, donde estaba de rodillas, y el celebro y sesos de su santa cabeza fueron esparcidos por aquel suelo. Salieron de la iglesia aquellos sayones y ministros de Satanás, y entraron en las casas del sumo pontífice, y saqueáronlas sin dejar en en ellas otra cosa que dos cilicios, porque no eran á su propósito; y despues desaparecieron, y cada uno se fué por su parte: aunque por justo juicio de Dios todos murieron dentro de tres años. El primer que le hirió murió en Sicilia, despedazando sus carnes, y echándolas de sí á pedazos; y así él como todos los demás que se habian hallado en aquel sacrilegio, mientras que les duró la vida, siempre anduvieron temblando, y como pasmados y sin juicio: y ellos mismos confesaban que era justo castigo de Dios.

Los clérigos y frailes de su Iglesia, despues que aquellos crueles carniceros huyeron, cobrando ánimo, volvie-

ron á ella, y derramando muchas lágrimas, tomaron el cuerpo del santo arzobispo, y le pusieron en unas andas y con lienzos cogian la sangre que habia salido de él: unjánse con ella los ojos; y guardábanla y reverenciábanla como una preciosa reliquia. Desnudáronle y hallaron á raiz de las carnes del santo mártir un áspero cilicio que llegaba desde el cuello hasta las rodillas, y muy apretado y tan lleno de piojos, que parecia otro género de martirio el haberlos podido sufrir. Aquí se doblaron las lágrimas de todos los que estaban presentes, y conocieron mas la santidad de su prelado. Sepultáronle vestido de pontifical en una bóveda junto al altar de san Juan Bautista y de san Agustin, el que envió san Gregorio, papa, á Inglaterra. Luego comenzó aquel reino á alborotarse, y á ser castigado de la mano del muy Alto, con tan grandes y civiles sediciones y discordias, entre el rey y su hijo, que no habia hombre con hombre, ni quien se escapase de aquel incendio, que parecia lo habia todo de abrasar. Y para mayor gloria del santo y testificacion de cuán grata le habia sido aquella constancia con que habia muerto por la libertad de su Iglesia, comenzó el Señor á hacer grandes milagros por su intercesion; y de todas las partes del reino concurrian á su sepulcro, pidiendo mercedes á Dios por sus merecimientos, y volvian á sus casas contentos por haberlas alcanzado para sus almas y para sus cuerpos.

Mas el rey Enrique, cuando supo la muerte del santo, tuvo gran pesar, entendiendo (coma era la verdad) que todos le habian de echar la culpa y darle por autor de ella: porque, aunque su intencion no fué hacer matar á santo Tomás, pero sus palabras fueron ocasion para que le matasen. Envió los embajadores al papa Alejandro III, excusándose y suplicándole que mandase hacer informacion de todo lo que habia pasado en aquel caso. El papa envió dos legados que recibieron la informacion y declaracion, que aunque su voluntad no habia sido la que sus criados habian ejecutado: pero que habia tenido gran culpa en la muerte del santo, por el mal tratamiento que le habia hecho, y por las palabras que habia dicho contra él; y le absolvieron y pusieron su penitencia, la cual él cumplió con grande devocion y humildad: porque le fué significado del cielo, que no tendria paz ni quietud en su reino, hasta que se humillase al santo y le pidiese perdon y alcanzase misericordia del Señor por su intercesion, y así vino á Cantorberi, y desde la iglesia de San Dunstano fué descalzo hasta la iglesia mayor, donde estaba el cuerpo de santo Tomás. Llegó á la puerta: se postró é hizo oracion; y entrando en la iglesia, regó con muchas lágrimas el lugar donde fué muerto el santo pontífice; y habiendo dicho la confesion á los piés del obispo, con gran temblor y reverencia se acercó á su sepulcro, deshaciéndose en lágrimas y haciendo derramar muchas á los circunstantes. Allí desnudó sus espaldas, y fué azotado cinco veces de los obispos, y despues de los monges, que eran mas de ochenta, dándole cada uno tres golpes con la disciplina sobre las espaldas. De este manera fué absuelto solemnemente, estando en el suelo descalzo, y oró toda aquella noche con gran sentimiento, ternura y devocion: que es raro ejemplo, y mucho para notar y para imitar de los reyes católicos y verdaderos hijos de la santa Iglesia, cuando por haber ellos caido en algun delito grave, ella como madre los castiga; y nuestro Señor por esta humildad y penitencia favoreció al rey Enrique maravillosamente; porque el mismo dia que hizo esto, alcanzó una victoria muy señalada de sus enemigos, y prendió al rey de Escocia, y tuvo otros muy prósperos sucesos, y siempre quedó tan devoto al santo, que enriqueció con dones su sepulcro y la iglesia donde estaba su sagrado cuerpo.

La muerte de santo Tomás fué á los 29 de diciembre del año 1170, como lo dice el cardenal Baronio, ó el de 1171, como lo afirma el Breviario reformado de la santidad de Clemente VIII, y fué á los cincuenta y tres años de su edad. Canonizóle y púsole en el catálogo de los santos mártires Alejandro III, mandando que en toda la Iglesia universal se celebrase su fiesta el dia de su martirio, y con mucha razon, porque demás de haber sido fortísimo defensor de la Iglesia, y glorioso mártir de Cristo, ha sido muy esclarecido con innumerables milagros, y mucho mas con sus heroicas virtudes, de las cuales Pedro Blesense, escritor grave y del mismo tiempo de santo Tomás, dice estas palabras: «Era Tomás pregonero de la palabra divina, trompeta del Evangelio, amigo del Esposo, pilar del clero, ojo del ciego, lengua del mudo, pié del cojo, sal de la tierra, ornamento de su patria, ministro del Altísimo, vicario de Cristo, y Cristo del Señor. Toda su conversacion fué escuela de honestidad, regla de buenas costumbres y ejemplo de salud. Era en su juicio, recto; en la disposicion de las cosas, industrioso; en el mandar, discreto; en sus palabras, modesto; en sus consejos, circunspecto; estrecho en la comida; en el dar, liberal; y en la ira, señor de sí; en la carne, ángel; en las injurias, manso; en las cosas prósperas, temeroso; en las adversas, seguro; en las limosnas, manirroto, todo misericordioso. Era gloria de los religiosos, delicias del pueblo, espanto de los príncipes y dios de Faraon.» Esto es de Pedro Blesense. Mas habiendo sido santo Tomás el que habemos dicho, y florecido y sido reverenciado de toda la Iglesia católica casi cuatrocientos años; permitió nuestro Señor que fuese otra vez martirizado para ser dos veces mártir, una en vida y otra despues de muerto; porque el desventurado Enrique VIII, rey de Inglaterra, despues que como un raro monstruo infernal se hizo cabeza espiritual de ella, concibió tan extraño odio á la sede apostólica (porque no le daba la mano en sus torpes y ciegos amores y locuras), que demás de haber puesto las manos sacrílegas en los tesoros de Dios, que estaban en el templo de Santo Tomás y eran muy grandes; con una infernal y diabólica rabia le mandó citar y parecer delante de sí, y le condenó como á traidor, y le mandó borrar del catálogo de los santos: y en las córtes estableció so pena de muerte, que ninguno celebrase su dia ni se encomendase á él, ni le llamase santo, ni tuviese libro ni calendario en que no estuviese borrado su nombre: y mandó quemar sus reliquias y derramarlas al viento: y le persiguió como si hubiera sido algun hombre hereje é infame, nó por otra causa, sino porque habia muerto por la libertad de la Iglesia, cuya suprema cabeza es el papa, á quien él tanto aborrecia y no queria reconocer, por hacerse él antipapa y cabeza prodigiosa de la Iglesia de Inglaterra, ó por mejor decir, un anticristo contra Cristo y su vicario; mostrándose en esto mas impío y bárbaro que el mismo rey Enrique II, que fué ocasion de su muerte: pues aquel reconoció su culpa, y este otro nó.

El uno dió grandes dones al templo de santo Tomás; y este otro los robó: Enrique II se postró y humilló y adoró las santas reliquias: Enrique VIII las desenterró y quemó y derramó al viento, que es ejemplo lastimoso y que mucho nos enseña cuán furioso tirano es el amor deshonesto, cuando se apodera del corazon de un rey poderoso, y que la herejía es una furia infernal, que si no se ataja todo lo destruye y arruina. Tambien podemos sacar de esta vida de santo Tomás lo poco que hay que fiar en los favores y privanzas de los príncipes: pues Enrique II tanto le levantó y despues tanto le abatió, aborreciendo con pasion al que con razon ántes habia amado. Demás de esto pueden los reyes y grandes gobernadores de la república aprender á no meterse en los negocios eclesiásticos, aunque sea con celo de justicia y de castigar los delitos de los clérigos, como lo hizo el rey Enrique: pues no es su oficio sino ayudar y favorecer, y nó juzgar y mandar en las cosas que son propias de la Iglesia, y no ménos deben estar sobre sí y no decir palabra, ni dar muestra de lo que quieren fuera de razon: porque son tantos los lisonjeros que desean por sus intereses dar gusto á los príncipes, que toman ocasion para hacer muchas cosas desaforadas y contrarias á la voluntad de los mismos príncipes, como aconteció al rey Enrique en la muerte de santo Tomás.

Y si alguna vez, como hombre, faltare el príncipe, entienda que no pierde sino que gana autoridad para con Dios y para con los hombres, en sujetarse á la correccion de la Iglesia, en humillarse á los ministros espirituales de aquel Señor que le hizo príncipe, y levantó sobre los otros hombres: y que la mayor firmeza y presidio que tienen los reinos para su conservacion, es el respeto á Dios y á su religion, con la cual se ganan, y sin la cual se pierden. Mas los eclesiásticos deben mirar mucho cómo viven, y no dar ocasion á que los seglares (por su mala vida) los tengan en poco y ménosprecien la dignidad sacerdotal: porque es cierto que el pulso de este cuerpo místico de la Iglesia es el clero, y que al paso que va él van los demás: y no es justo que siendo él la parte del Señor, y siendo Dios su parte, se entregue á gustos que no son de Dios, y que se sirva de aquel grado tan sublime que Dios le dió, contra el mismo Dios que se le dió, y en daño y escándalo de los prójimos, para cuyo provecho y edificacion se le dió: y los prelados que como pastores vigilantes y solícitos han de velar sobre su grey, deben castigar severamente los excesos de los eclesiásticos sus súbditos, para que por un ruin no se pierdan muchos buenos, y no se dé ocasion de escandalizarse á los flacos y á los príncipes y magistrados, de no poner las manos en cosas eclesiásticas, juzgando que no tienen otro remedio y que les corre obligacion de hacerlo para bien de la república. Pero cuando los prelados hubieren hecho de su parte lo que deben, acuérdense que son depositarios del tesoro de Dios y guardas de jurisdiccion y autoridad de la Iglesia, para no consentir (cuanto les fuere posible), que se haga contra su libertad, como lo hizo el glorioso pontífice santo Tomás, dando su vida por ella, al cual debemos imitar en esto y en todas aquellas excelentes y admirables virtudes, con que resplandeció en la vida y mereció alcanzar la corona del martirio. Supliquemos á nuestro Señor, que mediante sus oraciones, sigamos sus pisadas de tal manera, que lleguemos adonde él llegó, y gocemos de lo que él goza y gozará en los siglos de los siglos. Amen.

* San David, rey y profeta.—Es este santo venerado y honrado en Jerusalen en este dia, haciendo particular mencion de él el Martirologio romano en este mismo dia.

San Trófimo, confesor.—San Pablo en su carta á Timoteo hace mencion de él; enviéle el mismo apóstol á predicar la fé de Cristo, habiéndole ordenado ántes de obispo, y merced á su predicacion dice san Zósimo, papa, la Galia entera entró en los caminos de la fé.

Los santos Calixto, Félix y Bonifacio, mártires.—Fueron martirizados en Roma; pertenecen á los primeros siglos de la era cristiana.

Los santos Domingo, Victor, Primian, Libosio, Saturnino, Crescencio, Segundo y Honorato, mártires.—Sábese de ellos que fueron martirizados en África.

San Crescencio, obispo y confesor.—Fué discípulo de san Pablo, apóstol y primer obispo de Viena en Francia, donde hizo mucho fruto con su celo apostólico.

San Marcelo, abad.—Murió en el año de 485, ó en el de 486, despues de haber llevado por espacio de sesenta años el hábito monástico. Su vida fué una serie no interrumpida de buenas obras.

San Ebaulfo, abad y confesor.—Nació en Bayeux en 617, oriundo de una ilustre familia. Retiróse de la córte y tomó el hábito monástico. Llegó á una edad avanzada, suspirando siempre por la eternidad, y dió su alma al Señor en 596.

DIA 30.

La Traslacion de Santiago, apóstol.—Despues que el glorioso apóstol Santiago el mayor por mandato del rey Heródes fué degollado en Jerusalen, y el primero de todos los apóstoles, que con su sangre confirmó y consagró la doctrina del cielo que habia predicado, algunos discípulos suyos por inspiracion de Dios tomaron su sagrado cuerpo y le llevaron al puerto de Jafa y le pusieron en un navío, suplicando afectuosamente al Señor que los guiase y enderezase á aquella parte y tierra donde queria que el santo apóstol fuese sepultado. Fué nuestro Señor servido, que el navío en pocos dias, atravesando el mar Mediterráneo llegó á la costa de España, y entrando por el estrecho de Gibraltar y rodeando sus dos lados de oriente y mediodía, finalmente aportó á Galicia á la ciudad de Iria Flavia, que se llama «el Padron.» Allí pararon los discípulos del apóstol, y de allí (como afirma la Historia compostelana) fué llevado el santo cuerpo adonde ahora es Compostela, y puesto en una arca ó sepulcro de mármol, donde estuvo encubierto por mas de quinientos años (la causa no se sabe), hasta que en tiempo del rey don Alonso el Casto, Dios le reveló por medio de muchas luces que se veian de noche sobre aquel lugar donde estaba sepultado: y el obispo de Iria, llamado Teodomiro, avisó al rey don Alonso el Casto, la merced que Dios habia hecho á España, en descubrirle aquel precioso tesoro, y darle por patron y defensor al que ántes le habia dado por maestro y predicador de su Evangelio. Vino el rey con gran devocion y diligencia, y visitó el santo cuerpo y labróle el templo en que estuviese, y diole grandes dones, como parece en el privilegio que la misma Iglesia tiene, cuya data es del año de 835. Luego comenzó el santo apóstol á mostrar á los españoles su favor en las batallas que tuvieron contra los moros: y diver-

sas veces fué visto armado de todas armas, ir delante los escuadrones de los cristianos, y pelear con fuerzas del cielo, hasta desbaratar y deshacer los ejércitos de los bárbaros, y alcanzar de ellos gloriosa victoria. Despues el año de 900 el rey don Alonso III, llamado el Magno, labró la iglesia mucho mas suntuosa, y despues acá ha crecido aquel santuario en edificio, rentas y privilegios que los sumos pontífices le han concedido, en las cuales dicen, que conceden las tales gracias á aquella casa, por estar en ella el cuerpo del santo apóstol: y así el papa Juan VIII dió breve para que se consagrase la iglesia: el papa Urbano II pasó la silla episcopal de Iria á Compostela, y la eximió de la sujecion del metropolitano bracarense: el papa Pascual II le confirmó esta misma libertad, y le añadió, nó doce cardenales (como algunos escriben), sino siete (Ambrosio de Morales en el v libro de su historia, y Villegas en la Vida de Santiago, dicen que son doce los cardenales que hoy dia hay en aquella iglesia), para mas digno ministerio del altar que está sobre el cuerpo del santo apóstol, y concedió al obispo de Compostela el palio, de que solo usan los arzobispos. El papa Calixto II hizo enteramente arzobispado al de Compostela, atribuyéndole la metrópoli de Mérida. Pero lo que mas ha ilustrado aquella casa, son los muchos y grandes milagros que nuestro Señor ha obrado por intercesion del santo apóstol, no solamente en beneficio de los españoles y de toda España, sino de todos los que de diversas naciones y muy remotas provincias y de toda la cristiandad vienen en romería á visitar su santo sepulcro, y con devocion se encomiendan á él: los cuales son tantos (aunque con las herejías de estos tiempos se ha disminuido mucho esta devocion), que la peregrinacion á Santiago de Galicia se tiene por una de las mas principales de toda la cristiandad, y el voto de venir á ella es reservado al sumo pontífice, como el ir á Jerusalen ó visitar los cuerpos de los gloriosos príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo: y santo Domingo de la Calzada y san Juan de Ortega se emplearon en albergar y servir á los peregrinos que venian en romería á Santiago, allanándoles los caminos, edificándoles puentes, y haciéndoles hospitales en que se pudiesen recoger, por la gran devocion que tenian al santo apóstol, y ser tantos los que venian de todas las partes del mundo á reverenciar su sagrado sepulcro. El papa Calixto escribió con gran diligencia y cuidado (como dice Tritemio) un tratado de los milagros de Santiago, y algunos sermones y epístolas de su traslacion con palabras de encarecimiento dignas de tan grande apóstol: y Leon, III de este nombre, tambien hace mencion de la traslacion de Santiago á España: Inocencio, papa, II (como lo dice el cardenal Baronio), y mas largamente la Historia compostelana y Ambrosio de Morales en el libro IX de su Crónica general de España. Celebra la Iglesia de Compostela y algunas otras de España la traslacion de Santiago á los 30 de diciembre, por un breve del papa Gregorio XIII, despachado á los 30 de diciembre del año 1583; y por otro del papa Sixto V, el 1.º dia de febrero de 1589 y en el cuarto de su pontificado.

* San Sabino, obispo y martir: san Marcelo y san Exuperancio, mártires.—Sabidos son los sanguinarios edictos que por los años 304 publicaron contra los que profesaban la ley santa del Señor los emperadores Diocleciano y Maximiano, edictos que comprendieron á Sabino, obispo de Asis y á sus diáconos, por ser cristianos. Como á tales fueron presos, azotados, apaleados y despedazados con garfios, en cuyos tormentos entregaron sus espíritus al Criador.

Santa Anisia, mártir.—En el año de 304, mandando en Tesalónica Dulcicio, un soldado quiso impedir á una señora que fuése á reunirse con los cristianos, y la mató con su espada. La señora se llamaba Anisia, y es la santa que en este mismo dia nombra el Martirologio romano.

San Máximo, confesor.—Su vida corresponde al 13 de agosto, donde la continuamos.

Los santos Mansueto, Severo, Apiano, Donato, Honorio y compañeros, mártires.—Sufrieron por el Señor en Alejandría, y los nombra en este mismo dia el Martirologio romano.

San Anisio, obispo y confesor.—Su diócesis fué en Tesalónica, donde dió muestras de su ánimo en la adversidad, y de su amor al prójimo en todas las circunstancias de su vida.

San Eugenio, obispo, san Liberio, obispo, y san Rainerio, obispo.—Los tres los menciona el Martirologio romano en este dia.

DIA 31.

San Silvestre, papa y confesor.—Fué san Silvestre natural de Roma, hijo de Rufino, y desde niño muy inclinado á las obras de piedad. Tuvo por maestro á Cirino, presbítero, al cual le encomendó su buena madre, para que le instruyese en santas costumbres y en las cosas de la religion cristiana. Desde mozo se dió á acariciar á los forasteros cristianos, y hospedarlos y lavarles los piés y regalarlos con gran caridad y devocion.

Entre los otros recibió en su casa á san Timoteo, mártir: el cual habiendo venido de Antioquía en romería á Roma, fué huésped de san Silvestre, y habiendo predicado la fé de Cristo con gran constancia, y convertido á muchos en aquella santa ciudad, fué preso y martirizado; y san Silvestre de noche secretamente recogió su cuerpo y le enterró, cantando himnos y salmos en compañía de otros fieles, segun la costumbre de la santa Iglesia. Supo esto el prefecto de Roma Tarquino Perpena, y por codicia de los bienes de Timoteo, que creia ser muchos y haber quedado en poder de san Silvestre, le mandó prender y aprisionar y echar en un calabozo: mas el santo no se turbó, ántes profetizó que duraria poco aquella prision, y que la noche siguiente moriria el juez que le habia mandado prender; y así sucedió: porque cenando el prefecto aquella noche de un pez, se le atravesó en la garganta una espina, de manera que le ahogó y le quitó la vida: y Silvestre al dia siguiente salió libre de la cárcel. Ordenóle san Marcelino, papa, de presbítero cardenal, y nó san Melquíades de diácono, como algunos escriben: porque san Agustin llama á san Silvestre presbítero de Marcelino. Con la nueva dignidad comenzó á resplandecer mas en todo género de virtudes, y á ganar las voluntades de todos por el ejemplo de su santa vida y por las buenas obras que les hacia; y así habiendo muerto san Melquíades, papa, de comun consentimiento del clero y pueblo san Silvestre fué puesto en la silla de san Pedro. Era á la sazon emperador Constantino Magno, y por las competencias y guerras que tuvo con Majencio, con Licinio y con Maximino (que pretendian usurpar el imperio), y por el furor de los gentiles, que ar-

mados con las leyes de los tiranos pasados, y encarnizados en la sangre de los cristianos todavía los perseguian; no estaba de todo punto sosegada la república romana, ni se habia mitigado de raiz la persecucion: á cuya causa san Silvestre, temiendo ser preso y maltratado, y juzgando que era mas servicio de Dios guardarse para otro mejor tiempo, se salió de Roma secretamente y se retiró al monte Soracte, que está como siete leguas de Roma. Allí estuvo escondido en una cueva algunos dias, y por esto hoy se llama aquel monte el monte de San Silvestre. Estando allí encubierto el santo pontífice, nuestro Señor, que queria dar paz á su Iglesia, envió una enfermedad al emperador Constantino de una lepra incurable, llamada elefancia, la cual tuvo tambien su hija Constancia, y de ella sanó por intercesion de santa Inés, vírgen y mártir (como lo dijimos en su vida): porque los grandes príncipes, emperadores y monarcas del mundo, como son hombres mortales, tambien están sujetos como los demás á todas las miserias de nuestra mortalidad y corrupcion: y así dice Plinio que en Egipto solia ser familiar esta enfermedad, y que algunas veces daba á los reyes, aunque en daño de todo el pueblo; porque para sanar se bañaban en un baño de sangre humana. Esto mismo aconsejaron al emperador Constantino los sacerdotes gentiles, teniendo mas cuenta con la salud de un hombre que con la calamidad de tantos inocentes, que con sus muertes se la habian de dar. Estaba el emperador determinado á lavarse con la sangre de tres mil niños, los cuales habia mandado buscar de muchas partes para hacer aquel cruel sacrificio: y habiéndoseles traido y estando á punto los carniceros que los habian de matar, y las madres tristes y llorosas, mesándose, é hiriendo sus pechos, é hinchendo los cielos de alaridos y clamores; compadeciéndose el piadoso emperador de la inocente edad de los hijos, y de la ternura y sentimiento de las madres, no quiso salud tan costosa: y así resolvió de quedarse enfermo ó buscar otras medicinas para sanar de la lepra, y mandó restituir los hijos á sus madres, y repartirles buena cantidad de moneda, y enviarlas á sus casas con contento y alegría.

Aquella misma noche aparecieron á Constantino san Pedro y san Pablo; y habiéndole agradecido la misericordia que habia usado con las madres y con los niños, le dijeron que enviase al monte Soracte por el pontífice de los cristianos, que se llamaba Silvestre: que él le enseñaria otro baño, con que sanaria mejor de la lepra del cuerpo y de la del alma, que nó el que los sacerdotes de los ídolos le habian aconsejado.

Envió luego el emperador por san Silvestre, el cual vino pensando que le buscaban para martirizarle; mas cuando oyó al emperador el sueño y revelacion que habia tenido, y los varones divinos que le habian aparecido, entendiendo por las señas que el emperador le daba, que eran san Pedro y san Pablo, le mostró las imágenes de ellos que él tenia; y el emperador se confirmó en que eran los mismos; porque decian muy bien los retratos con las personas que él habia visto.

De aquí comenzó san Silvestre á predicar á Jesucristo y á enseñar al emperador los misterios de nuestra santa fé, y á declararle que sin ella no hay salud eterna, y que aquellos dos que le habian aparecido eran apóstoles del Señor, fundadores de la Iglesia romana y predicadores de su Evangelio, y que él se los habia enviado del cielo para darle entera salud en el cuerpo y en el alma, y abrirle el camino de la vida: la cual alcanzaria desechando el culto de sus falsos dioses y abrazando la religion cristiana, y lavándose con el agua del santo bautismo. Todo lo hizo el piadoso emperador, y dejando la púrpura y la diadema imperial, se vistió de saco y de ceniza, y ayunó é hizo penitencia de sus pecados; y el santo pontífice le instruyó en los misterios de nuestra santa fé, y despues le bautizó.

Sobre aquel lugar donde le bautizaba, de repente sobrevino una luz clarísima y mas resplandeciente que el sol, y él salió de la pila del bautismo con la carne blanca, sana y pura como de un niño, dejando el agua llena de aquella lepra á manera de escamas de peces. Con esta salud tan súbita, entera y milagrosa, quedó el emperador Constantino muy confirmado en las cosas de nuestra santa fé, y deseoso de amplificarla por todo su imperio, y muy aficionado, devoto y obediente al santo pontífice Silvestre, por cuyo medio el Señor le habia hecho tan señalado beneficio. Creció mas esta devocion despues que san Silvestre, en presencia del mismo emperador y de innumerable gente, tuvo una disputa muy reñida y solemne con algunos sacerdotes y escribas de los judíos que blasfemaban de Cristo y reprendian al emperador, porque habia tomado la religion de un hombre á quien sus progenitores habian crucificado; pero el santo pontífice los convenció é hizo callar con razones y testimonios de la sagrada Escritura y con milagros, de manera que no osaron mas alzar la cabeza ni chistar; y Constantino conoció mas la verdad y santidad de la religion cristiana, y comenzó á favorecerla con igual magnificencia y piedad.

Mandó derribar los templos de los gentiles: edificó en Roma y en otras partes muchos y suntuosos templos al Dios verdadero: enriquecíolos de riquísimos vasos de oro y plata, de cálices, cruces, patenas, incensarios, vinajeras, lámparas, candeleros de gran precio, y de artificio costosísimo y de inestimable valor: dotóles de rentas y posesiones riquísimas para la fábrica y sustento de los ministros, y de olores y zahumerios para incensar los altares en cada un año; y no contento con todo esto, dejó la ciudad de Roma á san Silvestre, y pasó la silla del imperio á la de Bizancio, que de su nombre se llamó Constantinopla y nueva Roma; tanta fué la piedad de este grande emperador. Y puesto caso que algunos lo pongan en duda; lo que aquí queda referido es lo cierto y comprobado con muchos antiguos y graves autores.

Mas estando la Iglesia católica en gran quietud y floreciendo nuestra santa religion, y propagándose en muchas partes por la santidad y vigilancia de nuestro pontífice Silvestre, y por la liberalidad y devocion del emperador Constantino, el demonio por otra parte la turbó, enviando del infierno un grande y perverso ministro suyo, llamado Arrio, para que sembrase la zizaña entre el buen trigo, y con nuevos y desvariados errores y herejías la inficionase. Era Arrio presbítero de Alejandría de Egipto, hombre ambicioso, altivo y vano, el cual, pretendiendo ser obispo de aquella ciudad, y viendo que no habia podido salir con su intento, comenzó á enseñar nueva doctrina y blasfemar contra Cristo nuestro Redentor, diciendo que no era consubstancial é igual en todo con el Padre, y á engañar la gente, y hacer discípulos que le tenian por maestro, y le seguian con grave daño y escándalo de la Iglesia católica.

Amonestóle, reprendióle, castigóle y finalmente le excomulgó y apartó de la congregacion de los fieles el santo pontífice Alejandro, cuyo presbítero era Arrio; pero estaba ya tan poseido del demonio y la llaga estaba tan arraigada y cancerada en su alma, que ninguna medicina bastó para curarla: ántes andaba cundiendo é inficionando cada dia mas, y aquella pequeña centella, que en Alejandría habia comenzado, levantó un incendio tan horrible y espantoso, que casi abrasó á todo el mundo. Fué necesario para apagarle que se hiciesen muchos concilios y juntas de santos prelados y de varones doctos y prudentes, para establecer la fé católica, y defenderla de las falsedades de los herejes. El primero de estos concilios y el mas señalado y principal, fué el que se congregó en Nicea, ciudad pequeña de la provincia de Bitinia, en la cual con la autoridad de nuestro sumo pontífice san Silvestre, y por mandato del emperador Constantino, se juntaron trescientos diez y ocho obispos, entre los cuales hubo muchos santos é insignes varones, que habian padecido grandes tormentos por Cristo. Presidió en él, como legado de la sede apostólica, Osio, obispo de Córdoba.

En este santo concilio se determinó ser el Padre y el Hijo de una misma substancia, y Arrio y sus secuaces fueron condenados; y de él salió el símbolo que comienza: *Credo in unum Deum;* añadiendo algunas palabras al símbolo de los apóstoles, para mayor declaracion y seguridad de los fieles y confusion de los herejes. Hallóse presente en este concilio el emperador Constantino, y dió grande ejemplo á todos los príncipes de magnificencia, de modestia, de devocion, y del respeto y obediencia que deben tener á las personas eclesiásticas y á los decretos de la Iglesia: de magnificencia, porque mandó dar lo necesario para el camino á muchos obispos; de modestia, porque no se quiso sentar en el concilio sino despues de todos los obispos, y con su licencia y en una silla baja; de devocion, porque con gran ternura besaba los ojos de algunos obispos que allí estaban, á los cuales se los habian sacado por Cristo; de respeto, porque habiéndole dado muchos memoriales contra los obispos, los quemó todos sin quererlos leer, diciendo que ellos eran jueces puestos de Dios, y que no habian de ser juzgados de los seglares, sino juzgar á los demás.

Y añadió: que si él viera pecar á un sacerdote, le cubriria con su manto imperial, para que no se escandalizasen otros con su ejemplo. Dió finalmente ejemplo de obediencia, porque abrazó con gran voluntad y devocion los decretos de aquel santo concilio, y los mandó guardar como decretos y determinaciones del Espíritu Santo, á los cuales el obedecia y favorecia con su autoridad, para que fuesen recibidas y obedecidas de todos los fieles, porque la confirmacion de ellos no pertenecia al emperador, sino á san Silvestre, como á sumo pontífice y vicario de Cristo; al cual el mismo concilio se los envió, suplicándole que los confirmase; y el santo pontífice lo hizo, juntando en Roma otro concilio de doscientos ochenta y cuatro obispos, y todos de comun acuerdo y parecer condenaron de nuevo á Arrio, heresiarca, y á todos los que le seguian, y aprobaron y confirmaron todo lo que habia sido hecho por los trescientos y diez y ocho en Nicea.

Hízose el concilio Niceno el año de 325, y fué el primero ecuménico y universal que despues de los apóstoles se celebró en la Iglesia católica; y nuestro Señor le asistió con su santo Espíritu, para que determinase lo que en un artículo tan importante, y que es fundamento de la religion cristiana, debemos creer, y condenase á los que le impugnaban, y con sus tinieblas querian oscurecer.

Demás de esto favoreció Dios aquella santa junta con algunas cosas maravillosas que sucedieron en ella, de las cuales dos solas quiero yo contar aquí. La una escribe Rufino y Sozomeno de esta manera. Á la fama de los obispos y hombres de letras que venian al concilio, concurrieron tambien de diversas provincias muchos filósofos y sabios gentiles, ó para ver aquel senado de santos prelados y teatro del mundo, ó para disputar con los cristianos y venir á las manos con ellos, y ver la razon que daban de su religion. Entre los otros vino un filósofo mas agudo y gran disputador, el cual habiendo salido en campo con algunos santos y doctos obispos, no podia ser de ellos convencido por su gran agudeza y viveza de ingenio. Tomó la mano un santo obispo, llamado Espiridion, mas versado en llorar pecados que en revolver libros, y mas adornado de la sabiduría divina que de la humana; y habida licencia para hablar con el filósofo, le dijo en pocas palabras la suma de lo que los cristianos creemos, y preguntóle si la creia, sin otros argumentos y razones. El filósofo quedó tan espantado con aquella sola pregunta tan sencilla y llana, que respondió luego que la creia, y le hizo gracias porque así le habia convencido y enseñado: y volviéndose á los otros filósofos y varones doctos que estaban presentes, les dijo: Oidme: cuando conmigo se ha disputado con palabras, yo con unas palabras he satisfecho á otras, y lo que se decia con arte lo he deshecho; mas cuando la virtud de Dios habló por la boca de su siervo, no pudieron mis palabras resistir á la virtud de Dios, ni el hombre dejar de conocer su flaqueza y rendirse á él. Y con esto se hizo cristiano, con admiracion de todos, haciendo gracias al Señor; porque cuando vencido, habia salido vencedor.

La otra cosa escribe Gregorio, presbítero, en una oracion del concilio grande Niceno y Nicéforo Calixto, y dicen que mientras se celebraba el santo concilio murieron dos obispos de los que allí se habian juntado, llamados Crisanto y Musonio, y que acabado el concilio, los otros santos prelados tomaron los decretos que habian hecho y ellos habian firmado, y los pusieron sobre la sepultura donde estaban los dos obispos y la sellaron, y estuvieron toda aquella noche en oracion, pidiendo á nuestro Señor, que confirmase lo que en ellos habian determinado, con la firma de aquellos dos santos prelados muertos que allí estaban. A la mañana, abriendo la sepultura hallaron los decretos firmados de la mano de los dos obispos, con estas palabras: «Nos Crisanto y Musonio, que habemos sido del mismo parecer con todos los padres que se han juntado en la primera y santa sínodo ecuménica, aunque ya muertos, habemos firmado este papel de nuestra propia mano.» Esto dicen los autores, y me ha parecido ponerlo aquí, por ser cosa rara y haber acaecido en el concilio Niceno, celebrado por órden de san Silvestre, cuya vida escribimos; aunque no tiene necesidad la Iglesia de Dios de semejantes milagros para establecer su fé, porque tiene otros testimonios mas fuertes. Con esta luz del concilio Niceno se deshicieron las tinieblas de los herejes; y aunque ellos no quedaron del todo convencidos, quedaron por entonces reprimidos, y por temor algo mas sosegados; pero despues se descu-

brió mas la pestilencia, y fué cobrando mayores fuerzas y turbó mas la Iglesia católica que ninguna otra persecucion de los tiranos pasados, que derramaron tanta sangre de cristianos.

Pero mientras el emperador Constantino vivió, la Iglesia gozó de mucha paz, y con ella el santo pontífice Silvestre pudo atender al gobierno universal de ella, é hizo muchas cosas de grande provecho y utilidad, mostrándose en todo santo, próvido y vigilante pastor. Hizo una iglesia que se llamó el título de Equicio, y adornóla de muchas y lindas pinturas é imágenes, donde despues el santo fué sepultado, y el emperador Constantino la enriqueció de muchos dones; y en ellas el papa Sergio, el mas mozo, puso despues debajo del altar mayor el cuerpo del mismo san Silvestre, papa.

Entre las otras cosas loables que el santo pontífice hizo, fué bautizar á una hija de Calfurnio, prefecto de Roma, varon nobilísimo, que se llamaba Romana, y enseñarla á guardar perpetuamente virginidad; y vino á ser tan perfecta, que hizo vida celestial y muchos milagros, y el Martirologio romano hace de ella mencion á los 23 de febrero.

Tenemos de san Silvestre muchos y muy saludables estatutos, los cuales se pueden ver en el Decreto y en el concilio romano, que se celebró en su tiempo. Verdad es que algunos se atribuyen á san Silvestre, que no son suyos; como es, que el obispo haga el crisma; porque ántes de san Silvestre se hacia, como consta de san Dionisio Areopagita y de otros santos y antiguos padres; y tambien que los dias de la semana se llamen ferias, y nó con los nombres de planetas como lo usaban los gentiles, y aun ahora lo usamos en España; porque el llamarse ferias estos dias, era uso antiguo y recibido en la Iglesia ántes de san Silvestre, como se ve en Tertuliano. Puede ser que san Silvestre haya hecho decreto que se guardase lo que ántes se guardaba, y que por esto se le atribuya como á autor, lo que él confirmó y mandó guardar. Tambien dicen algunos que quitó el ayuno del sábado, que se guarbaba en Roma; pero esto el cardenal Baronio afirma ser falso.

Los Actos de san Silvestre aprueba Gelasio, papa, y dice, que aunque no se sabia el autor que los escribió, que en muchas iglesias de Roma se solian leer, y que otras Iglesias la imitaban en esto. Y Adriano, papa, en una epístola que escribe á Carlo Magno, alega este libro como auténtico y digno de fé. Verdad es que el cardenal Baronio dice que no son del todo sinceros los que ahora se hallan, sino que están añadidos y depravados. Suelen pintar á san Silvestre con un dragon atado á sus piés, porque mató un dragon en Roma, que inficionaba el aire y mataba con su resuello á mucha gente. Esto afirman muchos autores, entre ellos Venancio Fortunato, obispo pictaviense, varon elocuente y poeta insigne, que floreció mas ha de mil años, y Metafraste, Cedreno y otros griegos y latinos. Finalmente habiendo gobernado nuestro santo pontífice la Iglesia del Señor casi veinte y dos años, y habiendo en siete veces que tuvo órdenes el mes de diciembre, ordenado cuarenta y dos presbíteros, y veinte y cinco diáconos y sesenta y cinco obispos, segun el Breviario reformado de la santidad de Clemente VIII, aunque otros dicen que los diáconos fueron veinte y seis; cargado de años y de merecimientos, dió su espíritu al Señor á los 31 de diciembre del año de 335. Fué sepultado en el cementerio de Priscila, en la Via Salaria, tres millas de Roma.

Dejó san Silvestre ilustrísima memoria y gran fama de sí por su admirable vida adornada de tantas y tan excelentes virtudes, y por haber convertido y bautizado al emperador Constantino, y alcanzado la Iglesia del Señor en su tiempo de paz, y la grandeza y majestad que por su mano se ha derivado á los otros sumos pontífices, con la cual han podido resistir á los infieles, y reprimir á los herejes y hacer rostro á los príncipes desobedientes y enemigos de quietud. De san Silvestre escriben todos los Martirologios, los autores de la Historia eclesiástica, y los que escriben las Vidas de los sumos pontífices, antiguos y modernos.

SANTA MELANIA, MATRONA.—Dos Melanias hallamos en las historias eclesiásticas, ambas romanas y señoras clarísimas, de alto linaje y sangre, y en hacienda riquísimas. La primera se llama Melania, la mas vieja ó la mayor; y la segunda Melania, la mas moza ó la menor, porque la primera fué abuela de la segunda Melania. La Melania abuela fué hija, ó (como otros dicen) nieta de Marcelino, cónsul. Tuvo tres hijos, y el uno de ellos, que se llamaba Urbano, se casó con Albina, y de ella tuvo la segunda Melania. La primera, despues que quedó viuda, y dentro de un año perdió á su marido y á dos hijos; llevando este trabajo con extremada paciencia y sin derramar una lágrima (como dice san Gerónimo, *epist. ad Paulam de obitu Blesillæ*), se dió tanto al amor de Dios, que dejando á Urbano, su hijo, que era pretor de Roma, se fué para Alejandría y visitó á san Atanasio; y él le dió una piel de oveja, que san Macario, abad, le habia dado á él por un gran presente, por habérsela traido al santo abad un leon ó una hiena, en reconocimiento del beneficio que habia recibido por haber dado vista á un cachorrillo suyo que estaba ciego. De allí pasó Melania á Egipto, y visitó aquellos desiertos poblados de monges que vivian en la tierra como ángeles del cielo, repartiéndoles largas y copiosas limosnas. Y habiendo levantado contra la Iglesia católica una terrible tempestad Valente, emperador arriano, y mandado echar de todo Egipto á los monges, ella los recogió, y tres dias dió de comer á cinco mil monges. Ella con el ardor de la fé se oponia al juez impío que los perseguia; y queriendo el juez maltratarla, ella le avisó que mirase lo que hacia contra su persona, pues debia saber que era noble. No pudo el malvado juez hacer presa en Melania, como deseaba, así por su alto linaje y esclarecida sangre, como por la fama y opinion grande de su santidad, pareciéndole que no la podia ofender sin ofender á muchos ni mancillar su fama. De Egipto se fué á Jerusalen para servir y sustentar con sus riquezas á los santos monges, obispos, presbíteros y otros católicos, hasta en número de ciento y doce, que el prefecto del emperador, que estaba en Alejandría, habia desterrado y enviado á un pueblo de Palestina, llamado Diocesaria, los cuales proveyó de todo lo necesario: y porque las guardas se lo vedaban, se vistió de vestiduras viles y pobres, y á boca de noche, como si fuera una moza de servicio, ella misma les llevaba lo que habian menester. Supo esto el gobernador de Palestina, y pensando poder sacar de ella una buena suma, la mandó prender y echar en la cárcel; pero ella le avisó que considerase quién era, y el gobernador se reportó y le dió licencia para hacer libremente lo que hacia. Melania lo hizo hasta que nuestro Señor dió libertad á sus siervos para volver á sus

casas, y fundó un monasterio en Jerusalen, y se entró en él con cincuenta doncellas dedicadas al Señor, y en él estuvo veinte y cinco años, como lo dice san Paulino, que le hospedó en Nola en su casa, y lo pudo saber de ella misma, aunque Paladio en su Historia Lausiaca dice que fueron veinte y siete años. En este monasterio vivió con tan rara santidad de vida, y edificacion y aprovechamiento de los que la trataban, que la tenian y llamaban otra santa Tecla, y así la llamaba san Gerónimo. De Jerusalen volvió á Roma, donde fué recibida con grande fiesta y aplauso, saliéndola á recibir hasta la ciudad de Nápoles, sus hijos, deudos, conocidos y amigos, cargados ellos de oro y sedas, honrando la vileza y pobreza de los andrajos de Melania, como lo dice san Paulino. Despues por instinto divino, y como huyendo de la calamidad y ruina que poco despues sobrevino á Roma, cuando fué cercada y tomada de Alarico, rey de los godos, se partió otra vez para África con su hijo Urbano, y con Albina, su nuera, Melania, su nieta, y Piniano, su yerno, y allí murió su hijo, y ella con maravillosa paciencia y paz de su alma sufrió su muerte; y de allí tornó á Jerusalen, y á los cuarenta dias despues que llegó, acabó su peregrinacion y dió su espíritu al Señor.

Esta es una breve suma de la vida y muerte de Melania, la mayor, cuya vida no escribimos aquí, porque aunque fué señora tan principal y tan esclarecida y tan llena de buenas obras como aquí quedan referidas; pero desdórolas mucho por haber caido en los errores de Orígenes, no tanto por su culpa (que como mujer no es maravilla que se dejase engañar) como por la de Rufino, que la acompañaba, y de Dídimo, el Ciego, que estaba en Alejandría, y era tenido por oráculo de sabiduría. Estos y Paladio, que escribe su vida, la engañaron, y de hija muy querida y devota que ántes habia sido de san Gerónimo, la hicieron contraria y enemiga suya; porque san Gerónimo en Jerusalen, y su hija devotísima santa Marcela en Roma, se opusieron á los errores de Orígenes, y deshicieron con la luz de la verdad las tinieblas con que Rufino la pretendió oscurecer. Verdad es que se tiene por cierto que esta Melania volvió en sí y conoció su engaño, y se reconcilió con san Gerónimo; porque san Agustin y san Paulino la alaban mucho. Dejando, pues, á esta Melania, la mayor, vengamos á tratar de la menor ó mas moza, su nieta, que fué mujer santísima y está en el catálogo de los santos, y como de tal el Martirologio romano hace mencion de ella el postrero dia de diciembre. Su vida, pues, fué de esta manera.

Desde su infancia fué muy temerosa de Dios y muy inclinada á consagrarle su virginidad, y pidió instantemente á sus padres que no la casasen, declarándoles su propósito y deseo. Mas como ellos eran ilustres y tan ricos, y no tenian otros hijos mas que á ella por heredera; para la conservacion y sucesion de su casa, siendo de edad de catorce años, la hicieron casar por fuerza con un caballero muy principal, igual suyo, de diez y siete años, que se llamaba Piniano. Como aquel matrimonio habia sido contra su gusto, y ella era tan amiga de la castidad, quiso persuadir á su marido que viviesen en continencia, dejándole en pago toda su hacienda, con tal que él la dejase en su libertad. No vino en ello Piniano; ántes le rogó que pues Dios los habia juntado, aguardasen que les diese fruto de bendicion; porque despues teniendo herederos podrian hacer mas fácilmente lo que ella tanto deseaba. Dióles Dios una hija, y Melania luego la consagró al mismo Señor que se la habia dado: porque ya que ella no habia podido guardar la flor de su virginidad, deseaba que su hija la guardase, sin que el mundo tuviese parte en ella. Tuvo despues otro hijo, el cual en acabando de nacer y ser bautizado voló al cielo, y la madre del sobreparto quedó muy maltratada y en peligro de la vida. Sintiólo Piniano á la medida del amor que tenia á su mujer, que era grandísimo, y prometió é hizo juramento á Dios de guardar castidad y vivir en continencia con su mujer si el Señor le daba vida y salud; y solo esto bastó para que luego Melania se hallase mejor, por la alegría grande que recibió su espíritu cuando supo lo que su marido habia prometido; y confirmáronse mas en su buen propósito estos santos casados, cuando la hija que tenian, heredera de tantas riquezas y bienes, en breve se les murió, quitándoles Dios aquel impedimento, para que mas libremente le entregasen sus personas y su hacienda, repartiéndola en su servicio y en beneficio de los pobres. Era Piniano á la sazon de veinte y cuatro años, y Melania de veinte: y con ser tan mozos y edad tan florida, en que hierve la sangre y está tan sujeta á tentaciones de la carne y de peleas, y ser caballeros tan ricos y poderosos, y criados con tanto regalo y abundancia, y cercados por todas partes de ocasiones, se determinaron dar de mano á los gustos, entretenimientos y vanidades del siglo, y tomar sobre sí el yugo suave del Señor, y anhelar á la perfeccion, mediante su divina gracia y favor. Al principio tuvieron gran dificultad, porque muchos les iban á la mano y se lo estorbaban; mas el Señor que los guiaba y se queria servir de ellos, les quitó presto los impedimentos, y quedaron desembarazados y señores de sí. Y porque el bullicio y tráfago de Roma no era á su gusto, ni á propósito de lo que ellos pretendian (que era sosiego y quietud) se salieron de la ciudad, á unas casas de campo suyas, y de allí visitaban á los enfermos, recibian á los peregrinos, libraban de las cárceles á los que estaban presos por deudas, socorrian á los menores, y eran refugio y amparo de todos los afligidos que acudian á ellos; y para poder hacer esto, vendieron parte de sus posesiones y tierras. Mas el demonio, para inquietarlos y apartarlos de sus santos intentos, movió á un hermano de Piniano (que se llamaba Severo) para que molestase y persiguiese á su hermano, quitándole los heredamientos y ricas posesiones que tenia, y buscando falsos testigos y algunos de los mismos criados de Piniano, que jurasen que aquellos bienes eran suyos, y nó de su hermano. Pero no pudo la malicia y agravio de Severo hacer mella en el cristiano pecho de Piniano; porque no se turbó ni perdió su paz, ni dejó de hacer lo que hacia y llevar adelante lo comenzado, remitiendo aquel negocio á Dios, y confiado que como Padre de los pobres volveria por aquella hacienda, pues él para ellos la queria. Así lo hizo nuestro Señor por medio de la emperatriz, la cual, movida de la fama de la santidad de Melania, la deseó ver y mandó llamar, y entendiendo la vejacion y mal término de Severo, la amparó en sus bienes y le mandó castigar á él; aunque por ruegos de la misma santa Melania le perdonaron. Tenian estos señores grandes y copiosas riquezas, no solamente en Roma y en toda Italia, sino tambien en Sicilia, en España y en Inglaterra, y eran tantas, que despues del emperador no habia personas mas ricas en

Roma. Vendieron buena parte, y hallaron quien se las comprase y pagase bien, por saber que el emperador y la emperatriz los favorecian y amparaban; y ellos se determinaron, para darse mejor á Dios en vida religiosa y perfecta, darle primero su hacienda. Y aunque á los principios tuvieron muchas dificultades, y les parecia que aquel camino que habian tomado era extraño, áspero y fragoso y lleno de espinas y abrojos; pero presto los consoló el Señor, y despues de aquella tentacion y victoria se hallaron desahogados y alegres, y juzgaron que el camino era mas llano, ameno y apacible de lo que al principio parecia, que con poco trabajo se podia andar. No se puede en pocas palabras decir la libertad y franqueza con que estos santos casados repartieron su hacienda á los monasterios, á los templos, á los sacerdotes y ministros de Dios, á los hospitales, obras pias, personas necesitadas de casi todas las provincias y naciones de toda la cristiandad; de manera que apenas quedó iglesia ó lugar pio que no gozase de la benignidad y misericordia de estos santos caballeros. Navegaron á Sicilia, donde estuvieron algunos dias, y de allí pasaron á África, y llegaron á una isla que habia sido saqueada de gente bárbara, cautivando á los hombres y mujeres, niños y niñas de ella. Como los bárbaros quisiesen sacar dineros de los que tenian cautivos, prometieron darles libertad si los rescataban y se lo pagaban bien; y si nó, destruir la isla y matar á todos los que tenian cautivos. Supieron esto Melania y Piniano, y juzgando que Dios los habia llamado á aquella isla para hacerle un notable servicio y librarla de tan extremada calamidad, rescataron á los cautivos, y diéronles mucha limosna y regalos para alivio de su trabajo, y los bárbaros se fuéron sin haber hecho otro daño á la isla: de donde pasaron para África los santos casados y llegaron á Cartago, y de allí á Tagaste, que tenia por obispo á Alipio, discípulo de san Agustin. Aquí se detuvieron y edificaron dos monasterios, uno de hombres, en que vivian ochenta religiosos, y otro de doncellas, que fueron ciento y treinta.

En este monasterio estuvo Melania siete años, viviendo como un ángel del cielo. Al principio estaba todo el dia sin comer, hasta la puesta del sol, y entonces comia muy poco y nunca bebia vino: despues estaba dos y tres dias sin comer, y algunas veces siete dias continuos, y comia un poco de pan duro. Dábase mucho á la oracion y casi toda la noche velaba en ella: dos solas horas dormia echada sobre un saco tendido en el suelo. Escribia muy bien y con gran presteza, y ocupábase algunas horas del dia en escribir y trasladar libros, para sustentar á los pobres con el trabajo de sus manos: cosia para vestirlos, y á Jesucristo en ellos. Dábase mucho á la leccion de la sagrada Escritura, y el Señor la regalaba y favorecia en ella. Sabia muy bien la lengua griega: era muy blanda y mansa, y muy agradable en su conversacion, y por otra parte contraria y enemiga de herejes y de los que sembraban nuevas opiniones y contrarias á la doctrina comun de la santa Iglesia. Encerróse en un aposentillo ó celdilla de madera, tan estrecha, que apenas podia caber en ella ni menearse de una parte á otra, sin querer salir de ella, ni ver ni oir á nadie, sino era por una ventanilla: y si alguna vez venia á verla su madre Albina y la hallaba orando ocupada con Dios, no la interrumpia hasta que habia acabado. Pasados los siete años se embarcaron para Alejandría, donde á la sazon era patriarca el gran Cirilo, del cual fueron regalados; y de Alejandría pasaron á Jerusalen, para adorar aquellos santos lugares consagrados con la vida y pasion de Cristo nuestro Redentor. Y habiendo cumplido algunos dias con su devocion, dejando á la madre (por estar muy vieja) en aquella santa ciudad, para que en el monte Olivete le aparejase una casilla donde se pudiese recoger; partió Melania con Piniano, su marido, para Egipto, y despues al desierto de Nitria, así por repartir su limosna á los monasterios de monges que allí habia, como por visitarlos y encenderse mas en el amor del Señor y de toda perfeccion con los ejemplos de aquellos santos varones, que resplandecian por aquellos desiertos como las estrellas en el firmamento. Llegaron á una choza de un santo monge, llamado Efestion, pobre y desnuda de toda comodidad, y queriendo darle alguna limosna, el santo monge no la quiso recibir, diciendo que no la habia menester: y como no pudiesen persuadirle que la aceptase, púsola Melania secretamente en una espuerta, que allí estaba con un poco de sal (que era todo su ajuar, y encomendándose en sus oraciones, se despidió del monge, el cual hallando en la espuerta el dinero, le tomó y corrió á gran priesa tras ellos, y dándoles voces les dijo que tomasen su dinero, porque él no sabia en qué emplearle: y diciéndole que si él no lo habia menester, le diese á otros que tenian necesidad, respondió él que por allí no pasaba nadie; y así que tomasen su dinero: y no queriendo ellos recibirle, le arrojó en el rio y se volvió á su celda: y de esta manera hallaron otros muchos que no querian aceptar el dinero que les daban, y huian del oro como de una venenosa serpiente. Acabada esta santa peregrinacion, se volvieron por Alejandría á Jerusalen, donde Melania halló aparejada su casilla en el monte Olivete, y se encerró en ella, con determinacion de no ver ni hablar con nadie, sino era con su madre y con el que ántes habia sido su marido, y ya era su hermano en Cristo, y otra prima suya que ella habia criado, los cuales la venian á ver de cinco en cinco dias; y en esta manera de vida estuvo catorce años. Murió su madre, y despues de haberla enterrado y cumplido con el oficio divino de piedad, se entró en otra casilla, que no tenia luz, donde estuvo otro año ayunando y llorando, y gozando los regalos que Dios daba á su benditísima alma. Derramóse por toda aquella comarca la fama de esta santa y sierva del Señor, y concurrió á ella gran número de doncellas y de otras mujeres: y para recogerlas y guiarlas mejor á Dios, hizo edificar un monasterio, en que se encerraron noventa vírgenes y algunas otras mujeres que habian vivido licenciosamente; y ella se encerró con ellas, aunque por su humildad no quiso ser superiora, sino que otra lo fuese, y ella moza y como criada de todas. Verdad es que en el ayuno, en la penitencia, en la oracion y mortificacion de sus padres, en el silencio, modestia, paciencia, mansedumbre, y principalmente en la caridad y servicio y ayuda de las demás, ella era la primera y la guia, maestra y capitana de todas, y con obras y con palabras les enseñaba la obediencia que debian guardar con su prelada: y para esto les contaba un ejemplo de los que habia oido ó visto de los santos monges. Decia, pues, que habiendo venido un mancebo á un santo viejo ermitaño y rogádole que le admitiese en su compañía; el viejo ántes de admitirle, dijo que diese de bofetadas y coces á una estatua que estaba allí cerca. Hízolo el mozo; mandóle segunda vez que de nuevo le diese golpes y le dijese muchas y

graves injurias. Despues que el mozo obedeció é hizo lo que le habia mandado, le preguntó el viejo si aquella estatua se habia quejado ó enojado y mostrado algun sentimiento de lo que habia hecho contra ella; y como respondiese el mozo que la estatua siempre habia estado como estatua y muda, sin hacer resistencia á lo que él habia hecho, ni responder palabra á lo que habia dicho contra ella, le dijo el viejo: Pues esta es la vida del religioso y lo que tú has de hacer si quieres estar conmigo. Para que el Señor fuese glorificado y mas honrados sus santos edificó allí un templo, y enriquecióle de muchas reliquias; y estando allí ocupada en tan santas obras, Piniano, su marido, que vivia como monge entre los monges, acabado el curso de esta vida mortal, se fué á gozar de la inmortal y sempiterna, y Melania, como si comenzara entonces á servir al Señor (pareciéndole que no era nada lo que habia hecho hasta allí) se dió por espacio de cuatro años á mayores trabajos y ayunos. Deseó hacer un monasterio de hombres; y no teniendo ya con qué, por haber gastado todas sus grandes riquezas en los pobres, Dios nuestro Señor por mano de un hombre riquísimo le dió todo lo que era menester para aquel edificio y para sustentar á los religiosos que entraron en él.

Tenia Melania un tio, hermano de su padre, ó como otros dicen, hermano de su madre, que se llamaba Volusiano, el cual era caballero principalísimo y prefecto de Roma, y bien enseñado en la elocuencia y en la filosofía; pero era gentil y dado al estudio de la arte mágica, y aficionado á los autores que la enseñan. Despues Melania volvió de Constantinopla á su recogimiento, y quiso la emperatriz hallarse en la dedicacion del templo que para el monasterio Melania habia edificado, y visitar á las vírgenes que con ella estaban, honrándola y reverenciándola en todo como á madre espiritual. Mas la santa mujer entendiendo por la luz del cielo que se llegaba el fin dichoso de su peregrinacion, y que el Señor la llamaba para darle la corona, que tan bien tenia merecida, quiso ántes despedirse de todos aquellos santos lugares, y visitarlos de nuevo uno á uno, con entrañable devocion y lágrimas. Y venido el dia bienaventurado y glorioso del Nacimiento del Señor, se entró en la espelunca del santo Pesebre, y dijo á su prima que no celebraria mas aquella Pascua con ellas: y juntando todas aquellas doncellas, les declaró que ella se partiria de ellas, por ser esta la voluntad del Señor, y las rogó que se consolasen y conformasen con su santa voluntad, y se amasen mucho y viviesen como quien vive en los ojos de Dios, que penetra los corazones. Despues hizo una larga y dulcísima oracion al Señor, suplicándole humildemente que la recibiese en su seno. Estando orando y vertiendo muchas lágrimas, le dió la enfermedad que la acabó y despidió del cuerpo aquella beatísima alma, que tan bien le habia sabido domar y vencer.

Fué su muerte el postrero dia de enero, segun el P. fray Lorenzo Surio, y segun el Martirologio romano, el postrero de diciembre, y en este dia los griegos la celebran. Concurrieron á su entierro el obispo y los monges, y clero y ciudadanos de Jerusalen y de toda aquella comarca, y habiendo cantado toda la noche himnos y salmos, segun la costumbre de la Iglesia católica, la enterraron con grande solemnidad y llanto de innumerables personas, á quienes la santa habia socorrido y ayudado. Hizo Dios por ella muchos milagros; echó al demonio de una moza que tenia los dientes tan cerrados que no podia hablar ni comer, y estaba para morir por falta de sustento. A otra mujer que tenia la criatura muerta en el vientre, poniendo sobre ella el cinto que traia, la dió vida, echando la criatura muerta y quedando la madre con vida.

De santa Melania escribieron Metafraste, y Paladio en su Historia Lausiaca. Hace mencion de ella san Gerónimo en la epístola 79, y san Agustin de Piniano, su marido, y en la epístola 224 y 225 y 227, y el cardenal Baronio en sus anotaciones del Martirologio, á 31 de diciembre, y en el IV y V tomo de sus Anales.

* Las santas Donata, Paulina, Rústica, Nominanda, Serotina, Hilaria y compañeras, mártires.—Sufrieron el martirio por la fé de Jesucristo, y sus sagrados restos se conservan en la ciudad de Roma, en la via llamada Salaria, en el cementerio de Priscila.

San Sabiniano, obispo y mártir, y san Potenciano, mártir.—El sumo pontífice envió al primero á predicar el Evangelio á los senonas, y ganó con su predicacion la palma de los mártires.

Santa Columba ó Coloma, vírgen y mártir.—Durante la persecucion del emperador Aureliano fué atormentada con el fuego, y como saliese ilesa, la degollaron. El breviario nuevo de París fija su muerte en el año de 278 ó en el de 273. La fecha última la reduce á cuando hizo su viaje á las Galias el emperador Aureliano, y ganó una señalada victoria en Chalons. Aquella mártir padeció en Sens. Sus reliquias se conservaron en la abadía benedictina hasta que fueron dispersadas por los hugonotes, juntamente con las de otros santos que allí se guardaban, como observa Baillet. San Oven en su Vida de san Eloy hace mencion de una capilla en París con el nombre de esta santa.

San Hermeto, exorcista, san Barbaciano, presbítero y confesor, y san Zótico, presbítero.—De todos ellos hace mencion el Martirologio romano en este dia. El segundo es muy venerado en Ravena. El tercero, romano de nacimiento, pasó á Constantinopla, donde se dedicó á recoger y educar huérfanos.

Los santos Estéban, Ponciano, Atalo, Fabiano, Cornelio, Sexto, Floro, Quinciano, Minervino y Simpliciano, mártires.—Sufrieron martirio por profesar la religion de Cristo, en la Sicilia.

La Conmemoracion de muchísimos santos y santas, mártires, confesores y vírgenes.—En el Martirologio romano van así comprendidos todos los demás santos y santas á quienes especialmente no se ha nombrado.

FIN DEL TOMO TERCERO.

SUPLEMENTO.

NOTICIA DE VARIOS SANTOS, QUE, AUNQUE NO ESTÉN CONTINUADOS EN EL MARTIROLOGIO ROMANO, SE VENERAN EN MUCHOS PUEBLOS, Y LOS TRAEN AUTORES DE NOTA.

ENERO.

Dia 1.—*Santa Fanchea ó Faina, virgen.*—Dícese que vivió en el siglo VI y que fué abadesa. Venérase en Vester.

San Mochua ó Moncaino ó Cluano, abad y confesor.—Fundó muchas iglesias; floreció en el siglo VI. Vivió noventa y nueve años.

San Mochua de Bella, ó Croman, confesor.—Fundó el monasterio, ahora ciudad de Balla, en Connaught. Véase Bollando, pág. 49.

Dia 2.—*San Adalardo ó Adelardo ó Alardo, abad y confesor.*—Su padre fué hermano del rey Pipino. Tomó el hábito en 773. Fué muy caritativo: murió en 827.

Dia 4.—*San Rumon, obispo y confesor.*—Vilson le continúa en su Martirologio inglés. Venéranle en Tavistock, condado de Devon.

Dia 6.—*San Pedro, abad y confesor.*—Le menciona Beda. Fué abad de Cantorbery: murió en 608.

Dia 7.—*San Cedd, obispo y confesor.*—Floreció en el siglo VII. Beda y el Martirologio inglés hablan de él.

Santa Kentigerna, viuda.—Fué muy humilde, de costumbres austeras, y murió en 782, religiosa.

San Aldrico, obispo y confesor.—Nació por los años de 800. Fué electo obispo de Mans en 832 y murió en 856.

San Thillon ó Teau, presbítero y confesor.

Dia 8.—*Santa Pega, virgen.*—Nació de sangre real de los príncipes de Mercia; hizo vida muy austera y murió en 719.

San Vulsino, obispo y confesor.—Fué obispo de Shireburn; murió en 873.

San Nathalan, obispo y confesor.—Renunció á cuantiosos bienes. Obispo de Aberdona, murió en 452.

Dia 9.—*San Brithwaldo, arzobispo y confesor.*—Murió en 731 en su arzobispado de Cantorbery.

San Felan ó Foelan abad y confesor.—Le mencionan los calendarios de Escocia é Irlanda, y Boecio.

San Adrian, abad y confesor.—En su abadía de Cantorbery, murió ejemplarmente en 710.

San Vanengo, confesor.—Fué devotísimo de santa Eulalia. Murió en 688. Bollando le menciona.

Dia 11.—*San Egwino, obispo y confesor.*—Fué de estirpe real. Murió obispo de Vorcester en 691.

Dia 12.—*San Elredo, abad y confesor.*—Murió en 1166, abad de Rieval, y famoso por su piedad.

Dia 13.—*San Kentigerno, obispo y confesor.*—Fué obispo de Glascó; murió en 561.

Dia 14.—*San Barbasemino, obispo, y diez y seis clérigos, mártires.*—Murieron en 346 en la provincia de Huzites.

Dia 15.—*San Main, abad y confesor.*—Dice Butler que fué obispo británico y que acabó sus dias santamente.

San Isidoro de Sceta, ermitaño y confesor.—Murió devotísimamente en 391.

Santa Ita ó Mida, virgen y abadesa.—Fundó un monasterio y murió en 569.

Dia 16.—*San Enrique, ermitaño y confesor.*—Fué noble, se hizo anacoreta, y murió en 1127.

Dia 17.—*Santa Leonila, mártir.*—Véase el dia 17 de enero, donde se halla la vida de los santos hermanos Espeusipo, Eleusipo y Meleusipo, de quienes fué abuela dicha santa.

Santa Milgetha, virgen.—Floreció mucho por sus virtudes, y murió á fines del siglo VII.

San Nennio ó Nennidio, abad y confesor.—Aunque descendiente de los reyes de Irlanda, murió religioso en el siglo VI.

Dia 18.—*San Pablo, y treinta y seis compañeros, mártires.*—Ruinart, pág. 624, trae sus actas auténticas, si bien no fija año.

San Ulfrido ó Wolfredo, obispo y mártir.—Murió en 1028 á manos de paganos.

Dia 19.—*San Enrique, arzobispo y mártir.*—Murió apedreado en 1151, siendo arzobispo de Upsal.

San Blaithmaico, abad y mártir.—Hijo de un rey de Irlanda, se hizo religioso y murió martirizado en 793.

San Lomero ó Laudemaro, abad y confesor.—Murió en 593, siendo abad de Corbion.

Dia 20.—*San Fechin, abad y confesor.*—Murió en 634; le menciona Bollando.

Dia 21.—*San Vimino ó Viviano, obispo y confesor.*—Murió en 615; floreció en Escocia.

Dia 23.—*San Eusebio, abad y confesor.*—Vivió entre Antioquía y Beroas; floreció en el siglo IV.

Dia 24.—*San Macedonio, anacoreta y confesor.*—Floreció en Siria en los primeros siglos de la Iglesia.

San Cadoco ó Cadoc, abad y confesor.—Fué abad de Gales; le menciona Butler.

Dia 25.—*San Apolo, abad y confesor.*—Murió por los años de 400, siendo abad de la Tebaida.

San Publio, abad y confesor.—Floreció por los años de 369, siendo abad de Zeugma.

Dia 26.—*San Conon, obispo y confesor.*—Por los años de 648 murió ejemplarmente en su obispado de la isla de Man.

Dia 28.—*San Paulino, patriarca y confesor.*—Floreció en el siglo VIII; fué patriarca de Aquileya.

San Glastian, obispo y confesor.—Murió en 830; su vida fué ejemplar.

Dia 29.—*San Gildas el Sabio ó Badonico, abad y confesor.*—Floreció en el siglo VI. Le menciona Beda.

San Gildas el Albano ó Escocés, monge y confesor.—

Murió en la abadía de Glastembury á principios del siglo VI.

Dia 30.—*San Lesmes, patron de Burgos.*—Rézase de él en el código burguense. Fué limosnero del ilustre san Julian, como él, natural de la noble y antiquísima ciudad de Burgos, y puede decirse que murió de puro caritativo, como su amo. Es grande la devocion con que es venerado en aquella ciudad. Véase lo que de él dijimos en la vida de san Julian, obispo de Cuenca, en el dia 28 de enero.

Dia 31.—*San Galdo ó Waldo, obispo y confesor.*—Murió en olor de santidad en su diócesis de Evreux, en el año 491.

FEBRERO.

Dia 1.—*Santa Kinnia, virgen.*—Irlandesa; habla de ella Bollando, pág. 96.

San Sigeberto, rey y confesor.—Rey Franco de Austrasia; murió en 656.

Dia 3.—*Santa Wereburga, virgen.*—Fué hija de Wulfero, rey de Mercia. Murió en 699.

Santa Margarita de Inglaterra, virgen.—Enrique dice que murió religiosa en 1192.

Dia 4.—*Santa Juana de Valois, reina.*—Reinó en Francia; murió en 1505.

San Modan, abad y confesor.—Floreció á mediados del siglo VI.

Dia 5.—*Los santos mártires de la China.*—En este dia se veneran en muchos paises á los muchos misioneros martirizados en aquellas regiones.

Santa Alicia ó Adelaida, virgen y abadesa.—Murió en 1015.

San Abrahan, obispo y mártir.—En su diócesis de Arbela murió en 348, martirizado.

Dia 7.—*San Tresano, presbítero y confesor.*—Irlandés del siglo VI.

Dia 8.—*San Cuthman, confesor.*—Habla de él Bollando en febrero, pág. 197.

Dia 9.—*San Theliau, obispo y confesor.*—Murió en 580, siendo obispo de Landaff.

Santa Attracta ó Tarahata, virgen.—Sus actas las trae Colgan.

San Erhardo ó Eberhardo, abad y confesor.—Escocés; floreció en el siglo VIII.

Dia 10.—*San Erlulfo, obispo y mártir.*—Misionero escocés; murió en 730.

Dia 12.—*San Benito de Anian, abad y confesor.*—Francés; floreció á mediados del siglo IX.

Dia 13.—*San Modomnoc ó Domingo de Ossory, confesor.*—Irlandés; floreció en el siglo VI.

San Rogerio, abad y confesor.—Abad de Loroy; murió en 1175.

Dia 14.—*San Maron, abad y confesor.*—Moró en las soledades de la Siria á mediados del siglo V.

San Abrahan, obispo y confesor.—Obispo de Carres, murió en 422.

San Conrano, obispo y confesor.—Floreció en los primeros siglos de la Iglesia.

Dia 15.—*San Sigefredo ó Sigfredo, obispo y confesor.*—Apóstol de Suecia, floreció en el siglo X.

Dia 16.—*San Tancon ó Tatta, obispo y mártir.*—Fué martirizado en Alemania en 815.

Dia 17.—*San Loman ó Luman, obispo y confesor.*—Irlandés del siglo V.

Dia 18.—*Los santos Leon y Paregorio, mártires.*—Habla de ellos Bollando; floreció en el siglo III.

Dia 19.—*San Alvaro de Córdoba, confesor.*—Fué religioso de la órden de Santo Domingo; varon esclarecido por su saber, virtud y ardiente caridad para con los pobres; confesor del rey don Juan II, rehusó dignidades, y habiendo dejado la córte se restituyó á Córdoba, su patria, y á una legua de distancia, en Sierra Morena, fundó el convento de Scala-Cœli, cuya iglesia se conserva en muy buen estado, y en ella se celebra el 19 de febrero la fiesta del santo, cuyo cuerpo se conserva actualmente en una capilla que hay á la derecha conforme se entra. Murió en 1430. Su culto inmemorial se confirmó por la santa sede en 1738, y se reza de él en la diócesis.

Dia 20.—*Santa Mildreda, virgen y abadesa.*—Floreció en Inglaterra en los primeros siglos de la Iglesia.

San Ulrico, presbítero y confesor.—Nació cerca de Bristol. Murió en 1154.

Dia 21.—*San German ó Germano, abad, y san Randuto ó Randoaldo, mártires.*—Florecieron por los años de 666.

San Daniel, presbítero, y santa Verda, virgen, mártires.—Por los años de 344.

El beato Pipino de Landen, confesor.—De muy noble estirpe; floreció en el siglo VII.

Dia 22.—*San Talasio y san Limneo, confesores.*—Contemporáneos del gran Teodoreto, obispo de Ciro.

San Baradato, confesor.—De la misma época de los anteriores.

Dia. 23.—*El beato Dositeo, monge y confesor.*—Le menciona Bollando.

San Boisilo, monge y confesor.—Fué prior de Melrosia; floreció en el siglo VII.

Dia 24.—*San Letardo, obispo y confesor.*—Fué obispo de Genlis. Floreció en el siglo VII.

El beato Roberto de Arbrissel, confesor.—Floreció á últimos del siglo XI.

Dia 27.—*San Talileo, anacoreta y confesor.*—Pasó sesenta años en los desiertos de la Siria.

San Alnoth, anacoreta y confesor.—Bollando le menciona.

Dia 28.—*San Proterio, patriarca y mártir.*—Fué ordenado presbítero por san Cirilo.

Dia 29.—*San Oswaldo, obispo y confesor.*—Fué obispo de Worcester y arzobispo de York, en el siglo X.

San Severo, obispo y confesor.—Fué natural de Normandía, y murió santamente siendo obispo de Abranches.

MARZO.

Dia 1.—*San David, arzobispo y confesor.*—Floreció por los años de 544.

San Monam, mártir.—Natural de Escocia, murió á manos de infieles en 874.

Dia 2.—*San Marnan, obispo y confesor.*—Escocés, murió por los años de 820.

San Cárlos el Bueno, mártir.—Conde de Flandes, muerto en 1124.

San Jovino, obispo y confesor.—Le menciona Lobineau.

Dia 3.—*San Winwaloe ó Winwaloc, abad y confesor.*—De noble estirpe. Murió en 529.

San Lamalisso, confesor.—Escocés, floreció en el siglo VII.

Dia 4.—*San Adrian, obispo y mártir.*—Escocés; murió en 874.

Dia 5.—*San Kiaran ó Kenerino, obispo y confesor.*—Irlandés, anterior á san Patricio; floreció en el siglo IV.

San Rogerio, confesor.—Fué discípulo de san Francisco de Asis; murió en 1236.

Dia 6.—*San Crodegango, obispo y confesor.*—Fué obispo de Metz; murió en 766.

San Fridolino, abad y confesor.—Murió en 538. Unos le hacen escocés, otros irlandés.

San Baldredo, obispo y confesor.—Fué obispo de Glascow. Murió hácia 608.

Las santas Kineburga, Kineswida, Kinedrida y Tibba, vírgenes.—Las menciona Beda.

San Cadroas, monge y confesor.—Murió en 975. Fué un noble escocés.

Dia 8.—*San Duthako, obispo y confesor.*—Murió en 1263. Fué obispo de Ross, en Escocia.

San Senan, obispo y confesor.—Irlandés de fines del siglo V.

San Salmodio ó Saumay, anacoreta y confesor.—Irlandés; murió hácia 589.

Dia 10.—*San Mackessogo ó Kessogo, obispo y confesor.*—Obispo de Levin y Boin, en Escocia; murió en 560.

Dia 11.—*San Eloy de Córdoba, presbítero y mártir.*—Butler dice que fué martirizado en 859. Créese que lo confundió con san Eulogio, presbítero.

San Engo, obispo y confesor.—Irlandés; murió en el desierto de Enguis en 824.

San Constantino, mártir.—Murió á manos de infieles á fines del siglo VI.

Dia 12.—*San Pablo, obispo y confesor.*—Murió en 573.

Dia 13.—*Santa Kennocha, virgen.*—Escocesa; murió en el año de 1007.

San Giraldo, obispo y confesor.—Irlandés; murió en 732.

San Pulquerio, abad y confesor.—Irlandés; murió en 655.

Dia 14.—*San Bonifacio, obispo y confesor.*—Fué obispo de Ross en Escocia; murió en 630.

Dia 16.—*San Finian el Leproso, confesor.*—Sufrió la lepra con la paciencia de Job. Floreció en el siglo VI.

Dia 19.—*San Alcmundo, mártir.*—Créese que murió á manos de infieles en 819.

Dia 21.—*San Serapion el Sindonita, confesor.*—Floreció en el siglo IV. Llamáronle Sindonita por su hábito grosero.

San Seropion, abad y confesor.—Tambien del silo IV. Créese que fué obispo de Thonuis, en Egipto.

San Endeo ó Enna, abad y confesor.—Murió á principios del siglo VI.

Dia 23.—*San Etelwaldo, presbítero y confesor.*—Murió en el desierto el año 699.

Dia 24.—*San Guillermo de Norwich, mártir.*—Fué víctima de los judíos en 1137.

Dia 25.—*San Cammino, abad y confesor.*—Irlandés; créese que murió en 653.

Dia 29.—*San Gundleo, confesor.*—Murió á fines del siglo V.

San Marcos, obispo y confesor.—Floreció en el siglo IV en Arethusa, en Siria.

Dia 31.—*San Acacio ó Acates, obispo y confesor.*—Obispo de Antioquía; murió en 250 ó 251.

San Guido, confesor.—Le menciona Henschenio en su Acta sanctorum; murió en 1046.

ABRIL.

Dia 1.—*San Meliton, obispo y confesor.*—Fué obispo de Sardes, en Lidia, por los años 175.

San Gilberto, obispo y confesor.—Fué obispo de Cathness, en Escocia; murió en 1240.

Dia 2.—*Santa Ebba, abadesa, y sus compañeros, mártires.*—Florecieron en el siglo IX. Fueron víctimas de los piratas daneses.

Santa Bronacha ó Bronnana, vírgen y abadesa.—Irlandesa; la menciona Colgan.

Dia 5.—*San Giraldo, abad y confesor.*—Fué abad de Selva-Mayor (Seauve) cerca de Burdeos. Murió en 1095.

San Tigernach, obispo y confesor.—Irlandés. Murió en 550.

San Becan, abad y confesor.—Cuéntase entre los doce apóstoles de Irlanda.

Dia 6.—*San Prudencio, obispo y confesor.*—Murió en 861. Fué obispo de Troyes.

Dia 7.—*San Alberto, confesor.*—Murió en 1140.

El beato Hermano José, confesor.—Natural de Colonia. Murió en 1226.

San Finan, confesor.—Natural de Munster. Le menciona Colgan.

Dia 9.—*Los mártires de Persia.*—Ganaron la corona del martirio en 362.

San Dotton, abad y confesor.—Floreció en el siglo VI.

Dia 10.—*San Bademo, abad y mártir.*—Murió en 376.

La beata Mechtilde, vírgen y abadesa.—Murió en 1300. Unos la ponen á 30 de mayo, otros á 29 de marzo.

Dia 11.—*San Guthlaco, ermitaño y confesor.*—Murió en 714.

San Maccai, abad y confesor.—Fué discípulo de san Patricio.

San Aidon, abad y confesor.—Le menciona Colgan.

Dia 13.—*San Guinoch, obispo y confesor.*—Floreció en el siglo IX.

San Caradoc, presbítero y confesor.—De noble sangre; murió en 1124.

Dia 14.—*Los santos Antonio, Juan y Eustaquio, mártires.*—Fueron tres nobles de la Lituania, martirizados en 1342.

San Benito, el menor, confesor.—Es patron de Aviñon; murió en 1184.

Dia 15.—*San Mundo, abad y confesor.*—Murió en 962.

San Ruadhano, abad y confesor.—Uno de los doce apóstoles de Irlanda; murió en el año 584.

Dia 16.—*San Mans ó Magno, obispo y mártir.*—Fué martirizado en una isla de las Orcadas, en 1104.

Dia 18.—*San Laseriano, obispo y confesor.*—Irlandés; murió en 638.

Dia 20.—*San Serf, ó Servano, obispo y confesor.*—Fué discípulo de san Palladio.

San Jaime de Esclavonia, confesor.—Natural de Dalmacia; murió en 1485.

Dia 21.—*San Anastasio el menor, patriarca y mártir.*—Murió á manos de los judíos en 610.

San Beuno ó Beunor, abad y confesor.—Floreció en el siglo VII.

San Eingan ó Eneon, confesor.—Dícese que fué rey de los escoceses, y murió en 590.

San Malrubio, mártir.—Irlandés; murió á manos de unos piratas infieles en 721.

Dia 22.—*Santa Opportuna, virgen y abadesa.*—Murió en 770.

San Rufo ó Rufino, anacoreta y confesor.—Le menciona Colgan.

Dia 23.—*San Ibar ó Ivor, obispo y confesor.*—Fué obispo de Irlanda. Dicen que murió hácia el año 500.

Dia 25.—*San Macalio ó Macull, confesor.*—Príncipe irlandés; murió á principios del siglo VI.

San Febadio ó Fiari, obispo y confesor.—Obispo de Agen, en la Galia, murió hácia 392.

San Ivon ó Ivia, obispo y confesor.—Floreció en el siglo VII.

San Kebio, obispo y confesor.—Natural de Cornouailles; floreció en el siglo IV.

Dia 26.—*San Pascasio Radberto, abad y confesor.*—Francés; murió en 640.

Dia 28.—*San Cronan, abad y confesor.*—Irlandés; murió en 640.

Dia 29.—*San Fiachno, monge y confesor.*—Natural de Desies, en Munster. Floreció en el siglo VII.

Dia 30.—*San Adyutor, confesor.*—Murió en 1131.

MAYO.

Dia 1.—*San Marculfo, abad y confesor.*—Murió en 558.

San Brieuco, obispo y confesor.—Breton; murió en 502.

San Acio y san Acheolo, mártires.—Fueron martirizados en Amiens, hácia 290.

Dia 5.—*San Mauronte, abad y confesor.*—Francés; murió en 706.

San Avertino, diácono y confesor.—Murió en 1189; compañero de santo Tomás Cantuariense.

Dia 8.—*San Odriano, obispo y confesor.*—Colgan no pudo averiguar en qué época vivió este santo.

San Gibriano ó Gobriano, presbítero y confesor.—Irlandés del siglo VIII.

Dia 9.—*San Nicolás, obispo y confesor.*—Murió en 1391, y es santo titular de Suecia.

San Brynoth, obispo y confesor.—Obispo de Scara, en Suecia; murió en 1317.

Dia 10.—*San Comgall, abad y confesor.*—Murió en 601; venéranle mucho en Irlanda.

Dia 12.—*Santa Rictrudis, abadesa.*—Francesa; murió en 688.

Dia 14.—*San Cartago, obispo y confesor.*—Murió por los años de 638. Fué obispo de Lismora.

Dia 15.—*San Genebrardo ó Geneberno, presbítero y mártir.*—Santo sacerdote irlandés, decapitado por unos asesinos.

Dia 16.—*San Simon Stock, confesor.*—Murió el año 1265.

San Abdas, obispo y mártir.—Le mencionan Sozómeno y Assemani.

Dia 17.—*San Maden ó Maderno, confesor.*—Es muy venerado en Bretaña.

San Maw, confesor.—Irlandés; le menciona Leland.

San Catan, obispo y confesor.—Muy venerado en Escocia; floreció en los siglos VI ó VII.

San Silave ó Silano, obispo y confesor.—Irlandés, muerto en Luca en 1100; canonizado en 1183.

Dia 20.—*San Etelberto, rey y mártir.*—Murió á manos de infieles hácia 793. Fué rey de los estanglos.

San Ivon, obispo y confesor.—Murió en 1115, siendo obispo de Chartres.

Dia 21.—*San Godrico, ermitaño y confesor.*—Murió en 1170.

Dia 22.—*San Bobon, confesor.*—Es muy venerado en la Provenza. Guerreó contra sarracenos. Murió en 985.

San Conall, abad y confesor.—Muy venerado en Irlanda. Le menciona Colgan.

Dia 25.—*Los santos Maximiano y Venerando, mártires.*—Italianos del siglo V. Decapitados en la Normandía.

San Dumhade, abad y confesor.—Irlandés ó escocés. Murió en 717.

Dia 26.—*San Oduvaldo, abad y confesor.*—Escocés; murió en 698.

Dia 29.—*San Cirilo, mártir.*—Padeció martirio en tiempos de Decio y Valeriano.

Dia 30.—*San Walstano, confesor.*—Murió en 1016.

San Madelgisilo, confesor.—Murió por los años de 685.

JUNIO.

Dia 1.—*San Pedro de Pisa, confesor y fundador.*—Murió en 1435: fué un anacoreta ilustre.

San Wistano, mártir.—Murió asesinado en 849.

Dia 3.—*San Coemgeno ó Keivino, obispo y confesor.*—Murió en 618, á los ciento veinte años de su edad.

San Genesio ó Ginés, obispo y confesor.—Francés; murió por los años de 662.

Dia 4.—*San Gualtero ó Waltero, abad y confesor.*—Romano; floreció en el siglo XIII.

San Gualtero, abad y confesor.—Inglés; murió en 1150.

San Petroco, abad y confesor.—Murió en el año de 564.

Santa Breaca ó Breaga, virgen.—Discípula de san Patricio; muy venerada en Irlanda.

Santa Buriana.—Irlandesa; la mencionan Borlase y otros.

Santa Nenooc ó Nennoc, virgen.—Dícese que murió en 467.

Dia 5.—*San Doroteo el Tebano, abad y confesor.*—Natural de Tebas; murió á fines del siglo IV.

Dia 6.—*San Felipe el Diácono, confesor.*—Contemporáneo de los apóstoles; dicen que murió en Cesarea.

San Gudwalo ó Godwall, obispo y confesor.—Murió hácia fines del siglo VI.

Dia 7.—*San Colman, obispo y confesor.*—Murió en 610.

San Godescalco y sus compañeros, mártires.—Murieron en 1066.

San Meriadeco, obispo y confesor.—Dícese que murió en 1302.

Dia 8.—*San Guillermo, arzobispo y confesor.*—Murió en 1154.

Santa Siria.—Hermana del ilustre san Fiacrio.

Dia 10.—*San Landerico, obispo y confesor.*—Floreció en el siglo VII.

San Enrique de Treviso, confesor.—Murió en 1315.

Dia 11.—*Santa Tochumra, virgen.*—Venerada en Irlanda. Colgan no pudo descubrir sus actas.

Santa Tochumra.—Otra santa irlandesa.

Dia 12.—San Eskillo *obispo y mártir.*—Inglés; murió en el siglo XI.

San Tornan, obispo y confesor.—Floreció en el siglo V.

Dia 13.—*Santa Damhnade, virgen.*—Es muy venerada en Irlanda; la menciona Colgan.

Dia 14.—*San Docmael, confesor.*—Los calendarios ingleses dicen que floreció en el siglo VI.

San Nehemias ó Nenno, abad y confesor.—Del siglo VI.

San Salmodio, ermitaño y confesor.—Escocés ó irlandés, del siglo VII.

Dia 15.—*San Vaugo, ermitaño y confesor.*—Murió en 585.

El beato Gregorio, obispo y confesor.—Fué obispo de Padua; murió en 1697.

Dia 17.—*San Botulfo, abad y confesor.*—Murió en 655.

San Molingo, obispo y confesor.—Murió en 697.

San Prior, ermitaño y confesor.—Ilustre anacoreta de fines del siglo IV.

Dia 19.—*San Dié ó Deodato, obispo y confesor.*—Francés; murió en 679 ó 680.

Dia 20.—*San Gobain, presbítero y mártir.*—Irlandés del siglo VII.

Santa Idaberga ó Edburga, virgen.—Floreció en el siglo VII.

San Bain ú Omer, obispo y confesor.—Murió por los años de 711.

Dia 21.—*San Ralf ó Ralfo, arzobispo y confesor.*—Murió en 866.

San Melanio ó Meen, abad y confesor.—Murió en 617.

San Aaron, abad y confesor.—Contemporáneo de san Malo, en el siglo VI.

Dia 23.—*Santa Maria de Oignies.*—Murió en 1213.

Dia 24.—*San Bartolomé, monge y confesor.*—Los calendarios ingleses y Galfrido, le mencionan.

Dia 25.—*San Moloc, obispo y confesor.*—Escocés del siglo VII.

Dia 26.—*San Babolen, abad y confesor.*—Floreció en el siglo VII.

Dia 29.—*Santa Hemma, viuda.*—Parienta próxima del emperador san Enrique, murió en 1045.

JULIO.

Dia 1.—*San Galo, obispo y confesor.*—Fué obispo de Clermont en 650.

San Calais, abad y confesor.—Murió en 542.

San Leonoro, obispo y confesor.—Lobineau y Usuardo le mencionan.

San Cibario, confesor.—Murió en 1581.

Dia 2.—*San Odoceo, obispo y confesor.*—Murió á fines del siglo VI.

Dia 3.—*San Gutacon, confesor.*—Irlandés, del siglo VIII.

San Guntierno, abad y confesor.—Príncipe de Gales en el siglo VI.

San Bertran, obispo y confesor.—Créese que murió en 623.

Dia 4.—*San Sisoes ó Sisoy, anacoreta y confesor.*—Murió en los desiertos de Egipto, hácia 429.

Santa Berta, viuda y abadesa.—Murió hácia 725.

San Finbar, abad y confesor.—Colgan lo mencionan en este dia.

San Bolcan, abad y confesor.—Discípulo de san Patricio.

Dia 5.—*San Pedro de Luxemburgo, cardenal y confesor.*—Murió en 1387.

Santa Modwena, virgen.—Irlandesa, del siglo IX.

Santa Edana ó Edaene, virgen.—Irlandesa; Colgan la menciona.

Dia 6.—*San Julian, anacoreta y confesor.*—Murió hácia 370

Santa Sexburga, abadesa.—Murió hácia 795.

Santa Moninna, virgen.—Murió en 518.

Dia 7.—*San Feliz, obispo y confesor.*—Fué obispo de Nantes; murió en 584.

Dia 8.—*El beato Teobaldo, abad y confesor.*—Francés; murió en 1247.

Dia 11.—*San Hidulfo, obispo y confesor.*—Murió en 707.

San Drostano, abad y confesor.—Escocés de sangre real; murió hácia 809.

Dia 14.—*San Ido, obispo y confesor.*—Discípulo de san Patricio.

Dia 15.—*San Plechelmo, obispo y confesor.*—Murió en 732. Es apóstol de la Guerlandia.

Dia 16.—*San Elier, ermitaño y mártir.*—Le mencionan los bollandistas.

Dia 17.—*San Turnino, monge y confesor.*—Irlandés; murió á fines del siglo VIII.

Dia 18.—*San Odulfo, confesor.*—Floreció en el siglo IX.

Dia 20.—*San Ceslao, confesor.*—Dominico; murió en 1242.

San Aurelio, obispo y confesor.—Murió en 423, siendo arzobispo de Cartago.

Dia 21.—*San Baradbesciabas, diácono y mártir.*—Fué martirizado en Persia, en 354.

Dia 22.—*San Dabio, presbítero y confesor.*—Irlandés. Le menciona Colgan.

Dia 24.—*Los santos Romano y David, mártires.*—Misioneros; patronos de la Rusia; muertos en 1010.

Los santos Vulfado y Rufino, mártires.—Hácia 670: los hizo matar su padre por cristianos.

Santa Lewina, virgen y mártir.—Bretona; víctima de los sajones infieles.

San Declan, obispo y confesor.—Irlandés, algo anterior á san Patricio.

Santa Kinga ó Cunegunda, virgen.—Murió en 1292.

Dia 25.—*San Nissen, abad y confesor.*—Le bautizó san Patricio.

Dia 27.—*San Congall, abad y confesor.*—Colgan le menciona.

San Luican, confesor.—Es titular de la parroquia Kia-Luscain en Irlanda.

Dia 29.—*San Olavo, rey y mártir.*—Fué sacrificado por los rebeldes de Birca porque favorecia la fé en Suecia.

Dia 31.—*Santa Elena, mártir.*—Sueca; muerta por sus mismos parientes en 1160.

AGOSTO.

Dia 1.—*San Peregrino, ermitaño y confesor.*—Príncipe irlandés; murió en 643.

Dia 2.—*Santa Eteldrita ó Alfreda, virgen.*—Murió en 834.

Dia 3.—*San Walteno ó Walteof, abad y confesor.*—Murió en 1160. Fué muy casto.

Dia 4.—*San Luano ó Lugido, abad y confesor.*—Murió en 622.

Dia 9.—*San David, presbítero y confesor.*—Irlandés; le menciona Colgan.

San Fedlimido ó Felimi, obispo y confesor.—Vivió en el siglo VI.

Dia 10.—*San Blaan, obispo y confesor.*—Irlandés; murió en 446.

Dia 12.—*San Muredac, obispo y confesor.*—Fué discípulo de san Patricio en Irlanda.

Dia 15.—*San Mac-cartin, obispo y confesor.*—Otro discípulo de san Patricio; murió en 506.

Dia 19.—*San Mocteo, obispo y confesor.*—Tambien discípulo de san Patricio; murió en 535.

San Cumin, obispo y confesor.—Obispo de Irlanda; vivió en el siglo VII.

Dia 20.—*San Oswino, rey y mártir.*—Peleando por la fé, murió en Inglaterra en 633.

Dia 22.—*San Andrés, diácono y confesor.*—Compañero de san Donato; murió en 880.

Dia 23.—*San Eugenio, obispo y confesor.*—Obispo de Irlanda. Murió en 618.

San Justiniano, ermitaño y mártir.—Noble breton, muerto por sus siervos hácia 529.

Dia 24.—*San Ircardo ó Ertado, obispo y confesor.*—Escocés de la época de Malcolmo I.

Dia 25.—*Santa Ebba, virgen y abadesa.*—Murió en 683.

Dia 26.—*San Gelasino, mártir.*—Comediante; al salir del teatro pidió el bautismo, y el vulgo le mató.

Dia 27.—*San Hugo de Lincolna, mártir.*—Niño de once años, martirizado por los judíos en 1255.

San Malrubio, ermitaño y mártir.—Escocés; muerto por los infieles en 1040.

Dia 30.—*San Agilo ó Aile, abad y confesor.*—Murió en 650.

Dia 31.—*Santa Isabel, virgen.*—Hermana de san Luis; murió en 1270.

Santa Cuthurga, reina, virgen y abadesa.—Murió á principios del siglo VIII.

SETIEMBRE.

Dia 17.—*San Rodingo, ó Crodingo, abad y confesor.*—Irlandés, murió en 680.

Dia 19.—*Santa Lucía, virgen.*—Escocesa, murió en 1090.

El beato Francisco de Posadas.—Se celebra su fiesta en Córdoba en este dia.

Dia 21.—*Santa Maura, virgen.*—Francesa; murió en 850, siendo solo de veinte y tres años de edad.

Dia 23.—*San Adamnan, abad y confesor.*—Irlandés; murió en 705.

Dia 24.—*San Conaldo, presbítero y confesor.*—Misionero; compañero de san Ruperto.

Dia 25.—*San Ceolfrido, abad y confesor.*—Murió en 716.

San Baroco ó Barr ó Fimbar, obispo y confesor.—Vivió en el siglo VI.

Dia 26.—*San Colman Elo, abad y confesor.*—Irlandés; murió en 610.

Dia 27.—*Santa Delfina.*—Casó con san Elzear; murió en 1369.

Dia 29.—*Santa Teodota, mártir.*—Fué martirizada en Grecia en 318.

OCTUBRE.

Dia 1.—*San Wasnulfo ó Wasnon, confesor.*—Escocés; murió en 631.

San Fidarleo, abad y confesor.—Los calendarios irlandeses le mencionan como muerto en 762.

Dia 4.—*San Amon, ermitaño y confesor.*—Anacoreta egipcio, del siglo IV.

San Edwino, rey y mártir.—Rey de Inglaterra; murió en 633.

Dia 8.—*Santa Thais, penitente.*—Cortesana egipcia; murió convertida en 348.

Santa Keina, virgen.—Vivió en el siglo V ó VI.

Dia 10.—*San Juan de Bridlington, confesor.*—Inglés; murió en 1379.

Dia 11.—*Santa Etelburga ó Edilburga, virgen y abadesa.*—Anglo-sajona, de fines del siglo VII.

Dia 13.—*San Geraldo, confesor.*—Francés; murió en 909.

Dia 16.—*San Mummolin ó Mommolino, obispo y confesor.*—Murió en 691.

Dia 17.—*Santa Anstrudis, virgen y abadesa.*—Murió en 688.

Dia 18.—*San Monon, mártir.*—Escocés; anacoreta asesinado en el siglo VII.

Dia 21.—*San Fintan, abad y confesor.*—Irlandés; murió en 634.

Dia 23.—*San Severino ó Surino, obispo y confesor.*—Fué obispo de Burdeos.

Dia 27.—*San Abban abad y confesor.*—Irlandés; murió por los años de 500.

Dia 28.—*San Neot, anacoreta y confesor.*—Murió á fines del siglo IX.

Dia 30.—*San Asterio, obispo y confesor.*—Murió á principios del siglo V.

Dia 31.—*San Foillan ó Foilan, mártir.*—Del siglo VII.

NOVIEMBRE.

Dia 1.—*San Haroldo, rey y mártir.*—Vivió en el siglo X.

Dia 3.—*San Rumwaldo ó Romualdo, confesor.*—Le menciona el Itinerario de Leland.

Dia 7.—*San Werenfrido, presbítero y confesor.*—Monge inglés; le mencionan los bollandistas.

Dia 9.—*San Maturino, presbítero y confesor.*—Predicó la fé en las Galias, y segun el breviario de París, murió ántes de 388.

San Viton ó Vanne, obispo y confesor.—Fué obispo de Verdum. Colócase su muerte en 525.

Dia 12.—*San Lebwino, obispo y mártir.*—Anglo-Sajon, martirizado á fines del siglo VIII.

Dia 13.—*San Constante, anacoreta y confesor.*—Irlandés; murió en 777.

San Kilian, presbítero y confesor.—Irlandés, del siglo VII.

Dia 18.—*Santa Hilda ó Hild, abadesa.*—Murió en 680.

Dia 20.—*San Humberto, obispo y mártir.*—Muy venerado en Inglaterra. Sufrió el martirio casi al mismo tiempo que san Eadmundo, á mediados del siglo IX.

San Bernardo, obispo y confesor.—Fué obispo de Hildesheim. Murió en el año de 1021.

Santa Maxencia virgen y mártir.—Venerada en In-

glaterra é Irlanda en 24 de octubre y 16 de abril, y en Escocia en 20 de noviembre. Ya era venerada en el siglo VII. Vivió retirada y continente, y fué víctima de un hombre que no pudo vencerla.

Dia 22.—*San Teodoro el Studita, abad y confesor.*—Floreció á últimos del siglo VIII y principios del IX.

Dia 24.—*San Cianan ó Kenan, obispo y confesor.*—Su diócesis fué en Duleek en Irlanda. Era de la estirpe real de Munster. Murió en 489.

Dia 27.—*San Secundino, obispo y confesor.*—Llámanle en irlandés Seachnal. Fué sobrino y discípulo de san Patricio, y murió en 447. Le menciona Colgan.

DICIEMBRE.

Dia 16.—*San Adelberto, arzobispo y confesor.*—Fué director de santa Alicia ó Adelaida, emperatriz. Murió en 982 siendo arzobispo de Magdeburgo.

FIN DEL SUPLEMENTO.

Explicacion de las abreviaturas que se ponen en los índices de la Leyenda de Oro.

ab.	abad	emp.	emperador	nov.	noviembre
ab.	abril	empz.	emperatriz	ob.	obispo
abs.	abades	en.	enero	obs.	obispos
aba.	abadesa	erm.	ermitaño	oc.	octubre
acól.	acólito	erms.	ermitaños	patr.	patriarca
ag.	agosto	exor.	exorcista	pen.	penitente
anac.	anacoreta	feb.	febrero	pens.	penitentes
arced.	arcediano	fund.	fundador	pereg.	peregrino
arz.	arzobispo	funda.	fundadora	presb.	presbítero
card.	cardenal	funds.	fundadores	presbs.	presbíteros
cen.	cenobita	hort.	hortelano	prof.	profeta
cenob.	cenobiarca	jul.	julio	profa.	profetisa
cent.	centurion	jun.	junio	profs.	profetas
comp.	compañero	lec.	lector	S.	suplemento.
compa.	compañera	lecs.	lectores	sen.	senador
çompas.	compañeras	legis.	legislador	set.	setiembre
comps.	compañeros	lev.	levita	sold.	soldado
conf.	confesor	mar.	marzo	solit.	solitario ó solitaria
confs.	confesores	márt.	mártir		
cóns.	cónsul	mártis.	mártires	subdiác.	subdiácono
diác.	diácono	matr.	matrona	subdiács.	subdiáconos
diaca.	diaconisa	may.	mayo	trib.	tribuno
diács.	diáconos	méd.	médico	vírg.	vírgen
dic.	diciembre	mon.	monge	vírgs.	vírgenes
doc.	doctor	mons.	monges	viu.	viuda

INDICE ALFABÉTICO

DE LOS SANTOS CUYAS VIDAS SE CONTIENEN EN LA LEYENDA DE ORO.

A.

Aaron, ab. y conf. S. 21 jun.
Aaron, prof. 1 jul.
Aaron, mart. 1 jul.
Abacú, mart. 19 en.
Abban, ab. y conf. S. 27 oc.
Abbon, mart. 13 nov.
Abdas, ob. y mart. S. 16 may.
Abdías, prof. 19 nov.
Abdon, mart. 30 jul.
Abercio, ob. y conf. 22 oc.
Abibo, mart. 15 nov.
Abilio, ob. y conf. 22 feb.
Abrahan, ob. y mart. S. 5 feb.
Abrahan, ob. y conf. S. 14 feb.
Abrahan, conf. 16 mar.
Abrahan conf. 15 jun.
Abrahan, padre de los creyentes. 9 octub.
Abrahan, mart. 30 nov.
Abrósimo, mart. 10 nov.
Absalon, mart. 2 mar.
Abudemio, mart. 15 jul.
Abundancio, mart. 1 mar.
Abundancio, mart. 16 set.
Abundio, mart. 27 feb.
Abundio, ob. y conf. 2 ab.
Abundio, conf. 14 ab.
Abundio, presb. y mart. 11 jul.
Abundio, mart. 26 ag.
Abundio, mart. 16 set.
Abundio, mart. 10 dic.
Abundio, mart. 14 dic.
Acacio, ob. y conf. S. 31 mar.
Acacio, ob. y conf. 9 ab.
Acacio, mart. 28 ab.
Acacio, mart. 8 may.
Acacio, mart. 21 jun.
Acacio mart. 28 jul.
Acacio, mart. 27 nov.
Acario, ob. y conf. 27 nov.
Acates, ob. y conf. S. 31 mar.
Acilino, mart. 17 jul.
Acindino, mart. 20 ab.
Acindino mart. 2 nov.
Acio, mart. S. 1 may.
Acio, mart. 1 ag.
Acisclo, mart. 17 nov.
Acucio, mart. 19 set.
Acursio, mart. 16 en.
Acheolo, mart. S. 1 may.
Adalardo, ab. y conf. S. 2 en.
Adalberto, ob. y mart. 23 ab.
Adamnan, ab. y conf. S. 23 set.
Adauco, mart. 7 feb.
Adaucto, mart. 30 ag.
Adaucto, presb. y mart. 24 oc.
Adela viu. 8 set.
Adelaida, vírg. y aba. S. 5 feb
Adelaida, empz. 16 dic.
Adelardo, ab. y conf. S. 2 en.
Adelberto, conf. 25 jun.
Adelberto, arz. y conf. S 16 dic.
Adelfo, ob. y conf. 29 ag.
Aderito, ob. y conf. 27 set.
Adjuto, mart. 16 en.
Adjuto, ab. y conf. 19 dic.
Adjutorio, conf. 1 set.
Adjutorio, mart. 18 dic.
Adjutorio, ab. y conf. 19 dic.
Adolfo, mart. 27 set.
Adon ó Adonis, arz. y conf. 16 dic.
Adoracion (La) de los Reyes, 6 en.
Adrian, ab. y conf. 9 en.
Adrian mart. 1 mar.
Adrian mart. 4 mar.
Adrian ob. y mart. S. 4 mar.
Adrian, mart. 5 mar.
Adrian, mart. 17 may.
Adrian, mart. 26 ag.
Adriano, mart. 8 set.
Adrías, mart. 2 dic.
Adyutor, conf. S. 30 ab.
Afra, mart. 24 may.
Afra, mart. 5 ag.
Afraates, anac. y conf. 7 ab.
Africano, conf. 4 ag.
Afrodisio, mart. 14 mar.
Afrodisio, mart. 28 ab.
Aftonio, mart. 2 nov.
Agabio, ob. y conf. 4 ag.
Agabo, mart. 13 feb.
Agape, mart. 25 en.
Agape, vírg. y mart. 15 feb.
Agape, vírg. y mart. 3 ab.
Agape, vírg. y mart. 28 dic.
Agapio, mart. 24 mar.
Agapio, mart. 28 ab.
Agapio, ob. y mart. 29 ab.
Agapio, mart. 21 ag.
Agapio mart. 2 nov.
Agapio, mart. 20 nov.
Agapito, ob. y conf. 16 mar.
Agapito, ob. y mart. 24 mar.
Agapito, mart. 6 ag.
Agapito, mart. 18 ag.
Agapito, ob. y conf. 10 set.
Agapito, papa y conf. 20 set.
Agapito, mart. 20 nov.
Agatángelo, mart. 23 en.
Agatodia, mart. 17 set.
Agatodoro, ob. y mart. 4 mar.
Agatodoro, mart. 13 ab.
Agaton, papa y conf. 10 en.
Agaton, exor. y mart. 14 feb.
Agaton, mart. 5 jul.
Agaton, mart. 7 dic.
Agatónica, mart. 13 ab.
Agatónica vírg. y mart. 10 ag.
Agatónico, mart. 22 ag.
Agatópodis, diác. y mart. 4 ab.
Agatópodis, diác. y conf. 25 ab.
Agavio, mart. 19 ag.
Ageo, mart. 4 en.
Ageo, prof. 4 jul.
Agileo, mart. 15 oc.
Agilo, ab. y conf. S. 30 ag.
Agirico, ob. y conf. 1 dic.
Agliberto, mart. 24 jun.
Agnelio, ab. y conf. 14 dic.
Agoardo, mart. 24 jun.
Agricio, ob. y conf. 13 en.
Agrícola, ob. y conf. 17 mar.
Agrícola, mart. 4 nov.
Agrícola, mart. 3 dic.
Agrícola mart. 16 dic.
Agripina, vírg. y mart. 23 jun.
Agripino, ob. y conf. 9 nov.
Agueda, vírg. y mart. 5 feb.
Agustin, mart. 7 may.
Agustin, ob. y conf. 26 may.
Agustin, ob. y doc. 28 ag.
Aicardo, ab. y conf. 15 set.
Aidano, ob. y conf. 31 ag.
Aidon, ab. y conf. S. 11 ab.
Aigulfo, mart. 3 set.
Aile, ab. y conf. S. 30 ag.
Alardo, ab. y conf. S. 2 en.
Albano, mart. 21 jun.
Albano, mart. 22 jun.
Albeo, ob. y conf. 12 set.
Alberto, conf. S. 7 ab.
Alberto, patr. y conf. 8 ab.
Alberto, conf. 7 ag.
Alberto, ob. y mart. 21 nov.
Alberto Magno, ob. y conf. 8 ab.
Albina, vírg. y mart. 16 dic.
Albino, ob. y conf. 5 feb.
Albino, ob. y conf. 1 mar.
Albino, ob. y conf. 15 set.
Alcmundo, mart. S. 19 mar.
Aldegunda, vírg. 30 en.
Aldelmo, ob. y conf. 25 may.
Aldrico, ob. y conf. S. 7 en.
Alejandra, mart. 20 mar.
Alejandra, mart, 18 may.
Alejandro, ob. y mart. 11 en.
Alejandro, mart. 30 en.
Alejandro, mart. 9 feb.
Alejandro, mart. 9 feb.
Alejandro, mart. 18 feb.
Alejandro, patr. y conf. 26 feb.
Alejandro, mart. 27 feb.
Alejandro, mart. 10 mar.
Alejandro, mart. 17 mar.
Alejandro, ob. y mart. 18 mar.
Alejandro, mart. 24 mar.
Alejandro, mart. 24 mar.
Alejandro, soldado y mart. 27 mar.
Alejandro, mart. 28 mar.
Alejandro, mart. 22 ab.
Alejandro, mart. 24 ab.

Alejandro, mart. 3 may.
Alejandro, papa y mart. 4 may.
Alejandro, mart. 20 may.
Alejandro, mart. 29 may.
Alejandro, mart. 2 jun.
Alejandro, ob. y conf. 4 jun.
Alejandro, mart. 6 jun.
Alejandro, ob. y mart. 6 jun.
Alejandro, mart. 9 jul.
Alejandro, mart. 21 jul.
Alejandro, mart. 1 ag.
Alejandro, ob. y mart. 11 ag.
Alejandro, mart. 26 ag.
Alejandro, ob. y conf. 28 ag.
Alejandro, mart. 9 set.
Alejandro, ob. y mart. 21 set.
Alejandro, mart. 28 set.
Alejandro, mart. 17 oc.
Alejandro, mart. 22 oc.
Alejandro, mart. 9 nov.
Alejandro, mart. 24 nov.
Alejandro, mart. 12 dic.
Alejo, conf. 17 jul.
Alejo Falconeri, conf. 17 feb.
Alfeo, mart. 17 nov.
Alfio, mart. 10 may.
Alfio, mart. 28 set.
Alfonso María de Ligorio, conf. 14 agosto.
Alfreda, vírg. S. 2 ag.
Alicia, vírg. y aba. S. 5 feb.
Alicia, empz. 16 dic.
Alipio, ob. y conf. 15 ag.
Almaco, mart. 1 en.
Alnoth, anac. y mart. S. 27 feb.
Alodia, mart. 22 oc.
Alpiniano, presb. 30 jun.
Alton, ab. y conf. 5 set.
Álvaro, mart. 19 feb.
Álvaro de Córdoba, conf. S 19 feb.
Amable, conf. 1 nov.
Amadeo, conf. 31 mar.
Amado, ob. y conf. 31 ag.
Amado, ab. y conf. 13. set.
Amado, ob. y conf. 13 set.
Amador, presb. y mart. 30 ab.
Amador, ob. y conf. 1 may.
Amador, ob. y conf. 26 nov.
Amancio, mart. 10 feb.
Amancio, diác. y conf. 19 mar.
Amancio, ob. y conf. 8 ab.
Amancio, mart. 6 jun.
Amancio, mart. 10 jun.
Amancio, presb. y conf. 26 set.
Amancio, ob. y conf. 4 nov.
Amando, ob. y conf. 6 feb.
Amando, ob. y conf. 18 jun.
Amaranto, mart. 7 nov.
Ambico, mart. 3 dic.
Ambrosio, ob. y conf. 4 ab.
Ambrosio, mart. 16 ag.
Ambrosio, ob. y conf. 16 oc.
Ambrosio, conf. 2 nov.
Ambrosio, ob. y doc. 7 dic.
Ambrosio de Sena, conf. 22 mar.
Amelberga, viu. 10 jul.
Amia, mart. 31 ag.
Amiano, mart. 4 set.
Amideo, conf. 18 ab.
Ammon, mart. 20 dic.
Ammonaria, vírgen y martir 12 diciemb.
Ammonaria, vírg. y mart. 12 dic.
Ammonio, soldado y mart. 18 en.
Ammonio, mart. 9 feb.
Ammonio, mart. 12 feb.
Ammonio, mart. 14 feb.
Ammonio, lec. y mart. 26 mar.
Ammonio, mart. 26 nov.
Amon, mart. 1 set.
Amon, mart. 8 set.
Amon, erm. y conf. S. 4 oc.
Amós, prof. 31 mar.
Ampelio, mart. 20 nov.
Ampliado, mart. 31 oc.
Amplio, mart. 11 feb.
Ana, profeta, 1 set.
Ana, profeta, 1 set.
Ana, madre de nuestra Señora, 26 julio.
Anacario, ob. y conf. 25 set.
Anacleto, papa y mart. 13 jul.
Ananías, mart. 25 en.
Ananías, conf. 1 oc.
Ananías, mart. 1 dic.
Ananías, mart. 16 dic.
Anastasia, vírg. y mart. 15 ab.
Anastasia, vírg. y mart. 28 oc.
Anastasia, vírg. y mart. 25 dic.
Anastasia, matr. y mart. 25 dic.
Anastasio, ab. y conf. 11 en.
Anastasio, mart. 22 en.
Anastasio, papa y conf. 27 ab.
Anastasio, mart. 11 may.
Anastasio, ob. y conf. 20 may.
Anastasio, ob. y conf. 30 may.
Anastasio, presb. y mart. 14 jun.
Anastasio, mart. 29 jun.
Anastasio, ob. y conf. 17 ag.
Anastasio, mart. 21 ag.
Anastasio, mart. 7 set.
Anastasio, mart. 11 oct.
Anastasio, mart. 5 dic.
Anastasio, mart. 19 dic.
Anastasio, ob. y mart. 21 dic.
Anastasio el Menor, patr. y mart. S. 21 abril.
Anastasio el Sinaíta, patr. y conf. 21 abril.
Anatalon, ob. y conf. 25 set.
Anatolia, vírg. y mart. 9 jul.
Anatolio, mart. 20 mar.
Anatolio, ob. y conf. 3 jul.
Anatolio, mart. 20 nov.
Ancia, mart. 18 ab.
Andeolo, subdiác. y mart. 1 may.
Andoquio, presb. y mart. 24 set.
Andrés, ob. y conf. 26 feb.
Andrés, mart. 15 may.
Andrés, mart. 19 ag.
Andrés, diác. y conf. S. 22 ag.
Andrés, presb. y mart. 29 ag.
Andrés, mart. 23 set.
Andrés, mon. y mart. 17 oc.
Andrés, mon. y mart. 28 nov.
Andrés, apóstol, 30 nov.
Andrés Avelino, conf. 10 nov.
Andrés Corsino, ob. y conf. 6 en.
Andrónico, conf. 9 oc.
Andrónico, mart. 11 oc.
Anecto, mart. 27 jun.
Anel, ab. y conf. 14 dic.
Anempodisto, mart. 2 nov.
Anesio, mart. 31 mar.
Aneto, mart. 10 mar.
Anfiano, mart. 2 ab.
Anfiloquio, mart. 27 mar.
Anfiloquio, ob. y conf. 23 nov.
Anfion, ob. y conf. 12 jun.
Angel, mart. 13 oc.
Angel de la Guarda (el santo). 1 mar.
Angelo, mart. 5 may.
Aniano, ob. y conf. 25 ab.
Aniano, mart. 10 nov.
Aniano, ob. y conf. 17 nov.
Aniceto, papa y mar. 17 ab.
Aniceto, mart. 12 ag.
Anisia, mart. 30 dic.
Anisio, ob. y conf. 30 dic.
Annon, ob. y conf. 4 dic.
Ansano, mart. 2 set.
Ansano, mar. 1 dic.
Ansberto, ob. y conf. 9 feb.
Anscario, ob. y conf. 3 feb.
Anselmo, ob. y conf. 18 mar.
Anselmo, ob. y conf. 21 ab.
Ansobino, ob. y conf. 13 mar.
Anstrudis, vírg. y aba. S. 17 oc.
Ansurio, ob. y conf. 27 nov.
Antelmo, ob. y conf. 26 jun.
Antero, papa y mart. 3 en.
Anthes, mart. 28 ag.
Antidio, ob. y mart. 25 jun.
Antígono, mart. 27 feb.
Antimo, ob. y mart. 27 ab.
Antimo, presb. y mart. 11 may.
Antimo, mart. 23 dic.
Antinógenes, mart. 24 jul.
Antioco, mart. 21 may.
Antioco, mart. 15 jul.
Antioco, ob. y conf. 15 oc.
Antioco, mart. 13 dic.
Antipas, mart. 11 ab.
Antoliano, mart. 6 feb.
Antolin, mart. 2 set.
Antonina, mart. 4 may.
Antonina, mart. 1 mar.
Antonin, mart. 3 may.
Antonina, mart. 12 jun.
Antonino, ab. y conf. 14 feb.
Antonino, mart. 20 ab.
Antonino, arz. y conf. 2 may.
Antonino, mart. 6 jul.
Antonino, mart. 29 jul.
Antonino, mart. 22 ag.
Antonino, mart. 2 set.
Antonino, mart. 3 set.
Antonino, mart. 30 set.
Antonino, mart. 13 nov.
Antonio, mart. 9 en.
Antonio, ab. y conf. 17 en.
Antonio, mon. y conf. 17 en.
Antonio, mart. 14 feb.
Antonio, mart. S. 14 ab.
Antonio, mart. 23 set.
Antonio, mart. 15 dic.
Antonio, mon. 28 dic.
Antonio Cauleas, patr. y conf. 12 feb.
Antonio de Padua, conf. 13 jun.
Antusa, vírg. 27 jul.
Antusa, mart. 22 ag.
Antusa, mart. 27 ag.
Anunciacion (La) de nuestra Señora. 25 mar.
Aparicion (La) de san Miguel arcángel. 8 may.
Aparicion (La) de Santiago, apóstol, 23 may.
Apeles, mart. 22 ab.

Apelio, mart. 10 set.
Apia, mart. 22 nov.
Apiano, mart. 30 dic.
Apodemio, mart. 16 ab.
Apolinar, ob. y conf. 8 en.
Apolinar, mart. 21 jun.
Apolinar, ob. y mart. 23 jul.
Apolinaria, vírg. 5 en.
Apolinario, mart. 23 ag.
Apolinario, ob. y conf. 5 oc.
Apolo, ab. y conf. S. 25 en.
Apolo, mart. 21 ab.
Apolonia, vírg. y mart. 9 feb.
Apolonio, mart. 14 feb.
Apolonio, diac. y mart. 8 mar.
Apolonio, ob. y conf. 19 mar.
Apolonio, presb. y mart. 10 ab.
Apolonio, sen. y mart. 18 ab.
Apolonio, mart. 5 jun.
Apolonio, ob. y conf. 7 jul.
Apolonio, mart. 10 jul.
Apolonio, mart. 23 jul.
Apro, ob. y conf. 15 set.
Aproniano, mart. 2 feb.
Apuleyo, mart. 7 oc.
Aquila, mart. 23 en.
Aquila, mart. 23 mar.
Aquila, mart. 20 may.
Aquila, mart. 1 ag.
Aquileo, diac. y mart. 23 ab.
Aquileo, mart. 12 may.
Aquiles, ob. y conf. 7 nov.
Aquilina, virg. y mart. 13 jun.
Aquilina, mart. 24 jul.
Aquilino, mart. 4 en.
Aquilino, presb. y mart. 29 en.
Aquilino, mart. 4 feb.
Aquilino, mart. 16 may.
Aquilino, mart. 17 may.
Aquilino, ob. y conf. 19 oc.
Arabia, mart. 13 mar.
Arador, presb. y mart. 21 ab.
Arbogasto, ob. y conf. 21 jul.
Arcadio, mart. 12 en.
Arcadio, ob y mart. 4 mar.
Arcadio, mart. 13 nov.
Arconcio, mart. 5 set.
Ardalion, mart. 14 ab.
Arecio, mart. 4 jun.
Arecio, mart. 10 jun.
Aretas, mart. 1 oc.
Aretas, mart. 24 oc.
Argeo, mart. 2 en.
Argimiro, mart. 28 jun.
Ariadna, mart. 17 set.
Aristarco, ob. y mart. 4 ag.
Aristeo, mart. 3 set.
Arístides, conf. 31 ag.
Aristion, conf. 22 feb.
Aristobulo, ob. y mart. 15 mar.
Ariston, mart. 2 jul.
Aristónico, mart. 19 ab.
Armentario, ob. 30 en.
Armogasto, mart. 29 mar.
Armogasto, mart. 16 oc.
Arnulfo, ob. y conf. 18 jul.
Arnulfo, ob. y conf. 15 ag.
Arquelao, mart. 4 mar.
Arquelao, mart. 23 ag.
Arquelao, ob. y conf. 26 dic.
Arquipo, ob. y conf. 20 mar.
Arsacio, conf. 16 ag.
Arsenio, anac y conf 19 jul.
Arsenio, mart. 14 dic.
Artemio, mart. 6 jun.
Artemio, mart. 20 oc.
Artemon, presb. y mart. 8 oc.
Asafo, ob. y conf. 1 may.
Asclepíades, ob. y mart. 18 oc.
Asclepiodoto, mart. 15 set.
Asela, mart. 23 en.
Asela, vírg. 6 dic.
Asinerito, ob. y mart. 8 ab.
Aspren, ob. y conf. 3 ag.
Asteria, vírg. y mart. 10 ag.
Asterio, sen. y mart. 3 mar.
Asterio, mart. 20 may.
Asterio, ob. y conf. 10 jun.
Asterio, mart. 23 ag.
Asterio, presb. y mart. 21 oc.
Asterio, ob. y conf. S. 30 oc.
Astridiano, presb. 30 jun.
Asuncion (La) de nuestra Señora, 15 ag.
Atalas, ab. y conf. 10 mar.
Atalo, mart. 2 jun.
Atalo, mart. 31 dic.
Atanasia, viu. 14. ag.
Atanasia, esposa de san Andrónico, conf. 9 oc.
Atanasio, mart. 3 en.
Atanasio, mart. 9 en.
Atanasio ob. y conf. 2 may.
Atanasio, diac. y mart. 5. jul.
Atanasio, ob. y conf. 15 jul.
Atanasio, ob. y mart. 22 ag.
Atenodoro, ob. y mart. 18 oc.
Atenodoro, mart. 11 nov.
Atenógenes, antiguo teólogo y mart. 18 en.
Atenógenes, ob. y mart. 16 jul.
Atico, 6 nov.
Atilano, ob. y conf. 5 oc.
Aton, conf. 22 may.
Atractа, vig. S. 9 feb.
Auberto, ob. y conf. 13 dic.
Audas, ob. y mart. 16 may.
Audifax, mart. 19 en.
Audoeno, ob. y conf. 24 ag.
Audomaro, ob. y conf. 9 set.
Augulo, ob. y mart. 7 feb.
Augurio, diác. y mart. 21 en.
Augustal, ob. y conf. 7 set.
Augusto, mart. 7 may.
Augusto, conf. 1 set.
Augusto, presb. y conf. 7 oc.
Aurea, vírg. y mart. 19 jul.
Aurea, vírg. y mart. 24 ag.
Aurea, vírg. 4 oc.
Aurelia, vírg 25 set.
Aurelia, vírg. 15 oc.
Aurelia, mart. 2 dic.
Aureliano, ob. y conf. 16 jun.
Aurelio, ob. y conf. S. 20 jul.
Aurelio, mart. 27 jul.
Aurelio, mart. 20 oc.
Aurelio, mart. 12 nov.
Aureo, mart. 16 jun.
Ausano, ob. y conf. 3 set.
Ausencio, ab. y conf. 14. feb.
Ausonio, mart. 24 en.
Auspicio, ob. y conf. 8 jul.
Austreg silo, ob. y conf. 20 may.
Austremonio, ob. y mart. 1 nov.
Austreverta, vig. 10 feb.
Auto, mart. 7 nov.
Autonomo, mart. 12 set.
Auxencio, mart. 13 dic.
Auxencio, ob. y conf. 18 dic.
Auxibio, ob. y conf. 19 feb.
Auxilio, mart. 27 nov.
Aventino, conf. 4 feb.
Aventor, mart. 20 nov.
Avertano, conf. 25 feb.
Avertino, diac. y conf. S. 5 may.
Avito, mar. 27 en.
Avito, ob. y conf. 5 feb.
Avito, ab. y conf. 17 jun.
Aza, mart. 19 nov.
Azarías, mart. 16 dic.

B

Babilas, ob. y mar. 24 en.
Babolen, ab. y conf. S. 26 jun.
Babon, anac. y conf. 1 oc.
Baco, mart. 7 oc.
Bademo, ab. y mart. S. 10 ab.
Bain, ob. y conf. S. 20 jun.
Balbina, virg. 31 mar.
Baldomero, subdiac. y conf. 27 feb.
Baldredo, ob. y conf. S. 6 mar.
Baradato, conf. S. 22 feb.
Baradbesciabas, diac. y mart. S. 21 jul.
Baraquiso, mart. 29 mar.
Bárbara, virg. y mart. 4 dic.
Barbaciano, presb. y conf. 31 dic.
Barbascemino, ob. y mart. S. 14 en.
Barbato, ob. y conf. 19 feb.
Barbea mart. 29 en.
Bardomiano, mart. 25 set.
Barlaan, mart. 19 nov.
Barlaan, conf. 27 nov.
Baroco ó Barr, ob. y conf. S. 25 set.
Baroncio, erm. y conf. 25 mar.
Bársabas, mart. 11 dic.
Barsanufio, anac. y conf. 11 ab.
Barsen, ob. y conf. 30 en.
Barsimeo, ob. y mart. 30 en.
Bartolomé, mon. y conf. S. 24 jun.
Bartolomé, apóstol. 24 ag.
Bartolomé, ab. y conf. 11 nov.
Barulas, mart. 18 nov.
Basa, mart. 6 mar.
Basa, vírg. y mart. 10 ag.
Basa, mart. 21 ag.
Basiano, ob. y conf. 19 en.
Basila, mart. 17 may.
Basila, vírg. y mart. 20 may.
Basila, vírg. y mart. 29 ag.
Basileo, mart. 2 mar.
Basileo, mart. 23 may.
Basileo, mart. 27 nov.
Basiliano, mart. 18 dic.
Basilides, mart. 10 jun.
Basilides, mart. 12 jun.
Basilides, mart. 30 jun.
Basilisa, mart. 9 en.
Basilisa, mart. 22 mar.
Basilisa, vírg. y mart. 15 ab.
Basilisa, vírg. y mart. 3 set.
Basilisco, sold. y mart. 3 mar.
Basilisco, mart. 22 may.
Basilio, conf. 27 feb.
Basilio, ob. y mart. 4 mar.
Basilio, ob. y conf. 6 mar.
Basilio, presb. y mart. 22 mar.
Basilio, ob. y mart. 26 ab.

Basilio, conf. 30 may.
Basilio, mon. y mart. 28 nov.
Basilio Magno, ob. y doc. 14 jun.
Basion, lec. y mart. 14 feb.
Baso, mart. 14 feb.
Baso, mart. 20 nov.
Baso, ob. y mart. 5 dic.
Bàsolo, conf. 26 nov.
Batilde, reina, 26 en.
Baudilio, mart. 20 may.
Bàyulo, mart. 20 dic.
Bazas, ob. y conf. 19 feb.
Beano, ob. y conf. 16 dic.
Beata, mart. 8 mar.
Beato, conf. 9 may.
Beato, ab. y conf. 26 nov.
Beatriz, mart. 29 jul.
Becan, ab. y conf. S. 5 ab.
Beccelino, erm. y conf. 9 set.
Beda (el venerable) presb. y conf. 27 may.
Bega, vírg. 6 set.
Bega, viu. y aba. 17 dic.
Belino, ob. y mart. 26 nov.
Benedicta, vírg. y mart. 8 oc.
Benedicto, papa y conf. 7 may.
Benedicto XI, papa y conf. 7 jul.
Benigno, mart. 13 feb.
Benigno, mart. 3 ab.
Benigno, ob. y mart. 28 jun.
Benigno, mart. 1 nov.
Benigno, ob. y conf. 9 nov.
Benigno, ob. y conf. 20 nov.
Benilda, mart. 15 jun.
Benita, mart. 4 en.
Benita, vírg. 6 may.
Benita, vírg 29 jun.
Benito, ab. y conf. 12 en.
Benito, arz. y conf. 11 mar.
Benito, ab. y fund. 21 mar.
Benito, mon. y conf. 23 mar.
Benito, conf. 23 oc.
Benito, mart. 12 nov.
Benito de Anian, ab. y conf. S 12 feb
Benito de Palermo, conf. 3 ab.
Benito el Menor, conf. S. 14 ab.
Benjamin, diac. y mart. 31 mar.
Berardo, mart. 16 en.
Bercario, ab. y mart. 16 oc.
Bernabé, apóstol, 11 jun.
Bernardino de Sena, conf. 20 may.
Bernardo, ob. y conf. 12 mar.
Bernardo, mart. 23 jul.
Bernardo, ab. y conf. 20 ag.
Bernardo, ob. y conf. S. 20 nov.
Bernardo, ob. y conf. 4 dic.
Bernardo Calvó, ob. y conf. 24 oc.
Bernardo de Corleon, conf. 14 en.
Bernardo de Menton, conf. 15 jun.
Bernardo Tolomeo, conf. y fund. 21 ag.
Bernwardo, ó Bernardo, ob. y conf. 26 oc.
Berta, viu. y aba. S. 4 jul.
Bertila, ab. 5 nov.
Bertin, ab. y conf. 5 set.
Bertran, ob. y conf. S. 3 jul.
Besa, mart. 27 feb.
Besarion, anac. y conf. 17 jun.
Betelino, erm. y conf. 9 set.
Beuno ó Beunor, ab. y conf. S. 21 ab.
Bianor, mart. 10 jul.
Bibiana, vírg. y mart. 2 dic.
Bibiano, ob. y conf. 28 ag.
Bíblides, mart. 2 jun.
Bienvenido, ob. y conf. 22 mar.
Birilo, ob. y conf. 21 mart.
Birino, ob. y conf. 3 dic.
Blaan, ob. y conf. S 10 ag.
Blaithmaico, ab. y mart. S. 19 en.
Blanda, mart. 10 may.
Blandina, mart. 2 jun.
Blas, ob. y mart. 3 feb.
Blas, mart. 29 nov.
Bobon, conf. S. 22 may.
Boisilo, mon. y conf. S. 23 feb.
Bolcan, ab. y conf. S. 4. jul.
Bona, vírg. 24 ab.
Bonifacio, ob. y conf. S. 14 mar.
Bonifacio, mart. 14 may.
Bonifacio, ob. y conf. 14 may.
Bonifacio, arz. y mart. 5 jun.
Bonifacio ob. y mart. 19 jun.
Bonifacio, diac. y mart. 17 ag.
Bonifacio, esposo de santa Tecla. 30 ag.
Bonifacio, papa y conf. 25 oc.
Bonifacio, mart. 6 dic.
Bonifacio, mart. 29 dic.
Bonifacio IV, papa y conf. 25 may.
Bonito, ob. y conf. 15 en.
Bono, presb. y mart. 1 ag.
Bononio, ab. y conf. 30 ag.
Bonosa, mart. 15 jul.
Boneso, mart. 21 ag.
Botulfo, ab. y conf. S. 17 jun.
Brandon, ab. y conf. 29 nov.
Braulio, ob. y conf. 18 mar.
Breaca ó Breaga, vírg. S. 4 jun.
Brendano, ab. y conf. 16 may.
Brennon, ob. y conf. 16 jun.
Bretannion, ob. y conf. 25 en.
Briccio, ob. y conf. 9 jul.
Bricio, ob. y conf. 13 nov.
Brieuco, ob. y conf. S. 1 may.
Brígida, viu. 23 jul.
Brígida de Escocia, vírg. 1 feb.
Brino, ob. y conf. 3 dic.
Bristan, ob. y conf. 4 nov.
Brithwaldo, arz. y conf. S. 9 en.
Bronacha ó Bronnana, vírg. y aba. S. 2 ab.
Bruno, ob y conf. 17 may.
Bruno, ob. y conf. 18 jul.
Bruno, conf. y fund. 6 oc.
Bruno, ob. y mart. 15 oc.
Brynoth, ob. y conf. S. 9 may.
Buena, vírg. 12 set.
Buenajunta, conf. 31 ag.
Buenaventura, ob. y doc. 14 jul.
Buenhijo, conf. 1 en.
Burcardo, ob. y conf. 14 oc.
Burgundofora, vírg. y aba. 3 ab.
Buriana, S. 4 jun.

C

Cadoco ó Cadoc, ab. y conf. S. 24 en.
Cadroas, mon. y conf. S 6 mar.
Calais, ab. y conf. S. 1 jul.
Calamanda, vírg. y mart. 5 feb.
Calanico, mart. 17 dic.
Calepodio, presb. y mart. 10 may.
Calimerio, ob. y mart. 31 jul.
Calinica, mart. 22 mar.
Calinico, mart. 28 en.
Caliopa, mart. 8 jun.
Caliopio, mart. 7 ab.
Calista, mart. 2 set.
Calistrato, mart. 26 set.
Calixto, mart. 16 ab.
Calixto, mart. 25 ab.
Calixto, ab. y mart. 14. ag.
Calixto, papa y mart. 14 oc.
Calixto, mart. 29 dic.
Calocero, ob. y conf. 11 feb.
Calocero, mart. 18 ab.
Calocero, mar. 19 may.
Cologero, erm. y conf. 18 jun.
Camerino, mart. 21 ag.
Camilo de Lelis, conf. y fund. 15 jul.
Cammino, ab. y conf. S. 25 mar.
Cancianila, mart. 31 may.
Canciano, mart. 31 may.
Cancio, mart. 31 may.
Cándida, mart. 6 jun.
Cándida, vírg. y mart. 29 ag.
Cándida, viu. 4 set.
Cándida, vírg. y mart. 20 set.
Cándida, mart. 1 dic.
Cándida la Jóven, 4 set.
Cándido, mart. 2 feb.
Cándido, mart. 11. mar.
Cándido, mart. 3 oc.
Cándido, mart. 15 dic.
Cánico, ab. y conf. 11 oc.
Canion, conf. 1 set.
Cantidiano, mart. 5 ag.
Cantidio, mart. 5 ag.
Canuto, rey y mart. 19 en.
Capiton, ob. y mart. 4 mar.
Capiton, mart. 24 jul.
Capitolina, mart. 27 oc.
Caprasio, ab. y conf. 1 jun.
Caprasio, mart. 20 oc.
Caradoc, ob. y conf. S. 13. ab.
Caralipo, mart. 28 ab.
Carauno, mart. 28 may.
Caridad, vírg. y mart. 1 ag.
Carisio, mart 16 ab.
Caritina, vírg. y mart. 5 oc.
Cariton, mart. 3 set.
Carlos Borromeo, arz. y conf. 4 nov.
Cárlos el Bueno, mart. S. 2 mar.
Cármen, (Nuestra Señora del). 16 jul.
Carpo, ob. y mart. 13 ab.
Carpo, ob. y conf. 13 oc.
Carpóforo, mart. 7 ag.
Carpóforo, mart. 27 ag.
Carpóforo mart. 10 dic.
Carponio, mart. 14 cc.
Cartago, ob. y conf. S. 14 may.
Carterio, mart. 2 nov.
Carterio, mart. 5 nov.
Casdoa, mart. 29 set.
Casia, mart. 20 jul.
Casiano, mart. 26 mar.
Casiano, ob. y conf. 5 ag.
Casiano, mart. 13 ag.
Casiano, ob. y mart. 13 ag.
Casiano, mart. 1 dic.
Casiano mart. 3 dic.
Casilda, vírg. 9 ab.
Casimiro, conf. 4 mar.
Casio, mart. 15 may.
Casio, ob. y conf. 29 jun.
Casio, mart. 7 ag.
Casio, mart. 10 oc.
Casto, mart. 22 may.

Casto, mart. 4 set.
Casto, mart. 6 oc.
Castor, mart. 28 mar.
Castor, mart. 27 ab.
Castor, mart. 28 dic.
Castorio, mart. 7 jul.
Castorio, mart. 8 nov.
Castrense, ob. y conf. 11 feb.
Castrense, conf. 1 set.
Castriciano, ob. y conf. 1 dic.
Cástulo, mart. 12 en.
Cástulo, mart. 15 feb.
Cástulo, mart. 26 mar.
Cástulo, mart. 30 nov.
Cataldo, ob. y conf. 10 may.
Catalina, virg. y mart. 25 nov.
Catalina de Bolonia, virg. 9 mar.
Catalina de Génova, viu. 14 set.
Catalina de Ricci, virg. 13 feb.
Catalina de Sena, virg. 30 ab.
Catalina de Suecia, virg. 22 mar.
Catalina Tomás, virg. 5 ab.
Catan, ob. y conf. S. 17. may.
Cátedra (La) de san Pedro en Antioquía. 22 feb.
Cátedra (La) de san Pedro en Roma. 18 en.
Cato, mart. 19 en.
Catulino, márt. 15 jul.
Cayetano, conf. y fund. 7 ag.
Cayo, mart. 4 en.
Cayo, mart. 28 feb.
Cayo, mart. 10 mar.
Cayo, mart. 16 ab.
Cayo, mart. 19 ab.
Cayo, papa y mart. 22 ab.
Cayo, presb. y márt. 30 jun.
Cayo, ob. y mart. 1 jul.
Cayo, mart. 28 ag.
Cayo, ob. y conf. 27 set.
Cayo, mart. 3 oc.
Cayo, conf. 4 oc.
Cayo, márt. 4 oc.
Cayo, márt. 21 oc.
Cayo, mart. 20 nov.
Cayo, Palatino, mart. 4 mar.
Ceada, ob. y conf. 2 mar.
Cecilia, virg. y mart. 22 nov.
Ceciliano, mart. 16 ab.
Cecilio, ob y mart. 1 feb.
Cecilio, presb. y mart. 3 jun.
Cedd, ob. y conf. S. 7 en.
Celedonio, mart. 3 mar.
Celerina, mart. 3 feb.
Celerino, diac. y mart. 3 feb.
Celestino, papa y conf. 6 ab.
Celestino, mart. 2 may.
Celiano, mart. 15 dic.
Celidonia, virg. 13 oc.
Celso, mart. 9 en.
Celso, arz. y conf. 6 ab.
Celso, mart. 28 jul.
Celso, mart. 21 nov.
Cenobia, mart. 30 oc.
Cenobio, presb. y mart. 20 feb.
Cenobio, arz. y conf. 25 may.
Cenobio, mart. 29 oc.
Cenobio, mart. 30 oc.
Cenobio, mart. 24 dic.
Censurio, ob. y conf. 10 jun.
Centola, virg. y mart. 4 ag.
Centola, mart. 13 ag.
Ceolfrido, ab. y conf. S. 25 set.
Cerbonio, ob. y conf. 10 oc.
Cereal, mart. 28 feb.
Cereal, mart. 10 jun.
Ceremonio, ob. y mart. 22 dic.
Cesáreo, mart. 20 ab.
Cesáreo, mart. 1 nov.
Cesáreo, mart. 3 nov.
Cesario, conf. 25 feb.
Cesario, ob. y conf. 27 ag.
Cesario, mart. 1 nov.
Cesario, mart. 28 dic.
Cesidio, presb. y mart. 31 ag.
Ceslao, conf. S. 20 jul.
Cianan, ob. y conf. S. 24 nov.
Cibario, conf. S. 1 jul.
Cilina, 21 oc.
Cindeo, presb. y mart. 11 jul.
Cipriano, mart. 10 mar.
Cipriano, mart. 11 jul.
Cipriano, ob. y mart. 16 set.
Cipriano, mart. 26 set.
Cipriano, ab. y conf. 9 dic.
Cira, virg. 3 ag.
Cirano, ab. y conf. 4 dic.
Circuncision (La) del Señor. 1 en.
Cirenia, mart. 1 nov.
Ciria, mart. 5 jun.
Ciriaca, mart. 20 mar.
Ciriaca, virg. y mart. 19 may.
Ciriaca, viu. y mart. 21 ag.
Ciriaco, mart. 31 en.
Ciriaco, mart. 8 feb.
Ciriaco, diac. y mart. 16 mar.
Ciriaco, mart. 7 ab.
Ciriaco, mart. 2 may.
Ciriaco, ob. y mart. 4 may.
Ciriaco, mart. 5 jun.
Ciriaco, mart. 18 jun.
Ciriaco, mart. 20 jun.
Ciriaco, mart. 21 jun.
Ciriaco, mart. 24 jun.
Ciriaco, mart. 15 jul.
Ciriaco, mart. 8 ag.
Ciriaco, mart. 19 dic.
Cirila, mart. 5 jul.
Cirila, virg. y mart. 28 oc.
Cirilo, mart. 4 mart.
Cirilo, ob. y mart. 8 mar.
Cirilo, ob. y conf. 9 mar.
Cirilo, mart. 20 mar.
Cirilo, diac. y mart. 29 mar.
Cirilo, mart. S. 29 may.
Cirilo, ob. y mart. 9 jul.
Cirilo, ob. y conf. 22 jul.
Cirilo, mart. 1 ag.
Cirilo, mart. 2 oc.
Cirilo, mart. 28 oc.
Cirilo, conf. 22 dic.
Cirilo Alejandrino, ob. y conf. 28 en.
Cirilo Jerosolimitano, ob. y conf. 18 mar.
Cirino, mart. 3 en.
Cirino, mart. 10 may.
Cirino, mart. 12. jun.
Cirion, presb. y mart. 14 feb.
Ciro, mart. 31 en.
Ciro, ob. y conf. 14 jul.
Ciselo, mart. 21 ag.
Citino, mart. 17 jul.
Clara, virg. 12 ag.
Clara de Monte Falco, virg. 17 ag.
Clarencio, ob. y conf. 26 ab.
Claro, presb. y mart. 4 nov.
Claro, conf. 8 nov.
Clásico, mart. 18 feb.
Clateo, ob. y mart. 4 jun.
Claudia, mart. 20 mar.
Claudia, virg. y mart. 18 may.
Claudiano, mart. 26 feb.
Claudiano, mart. 6 mar.
Claudio, mart. 18 feb.
Claudio, mart. 3 jun.
Claudio, ob. y conf. 6 jun.
Claudio, mart. 7 jul.
Claudio, mart. 21 jul.
Claudio, mart. 23 ag.
Claudio, mart. 30 oc.
Claudio, mart. 8 nov.
Claudio, mart. 3 dic.
Claudio, mart. 3 dic.
Clemente, ob. y mart. 23 en.
Clemente, mart. 10 set.
Clemente, mart. 21 nov.
Clemente, papa y mart. 23 nov.
Clemente, de Alejandría, conf. 4 dic.
Clementino, mart. 14 nov.
Cleofás, mart. 25 set.
Cleónico, sold. y mart. 3 mar.
Clero, diac. y mart. 7 en.
Cleto, papa y mart. 26 ab.
Clicerio, ob. y conf. 20 set.
Clinio, conf. 30 mar.
Clodoaldo, presb. y conf. 7 set.
Clodulfo, ob. y conf. 8 jun.
Clotilde, reina. 3 jun.
Cluano, ab. y conf. S. 1 en.
Coemgeno, ob. y conf. S. 3 jun.
Cointa, mart. 8 feb.
Colagia, virg. 22 oc.
Coleta, virg. 6 mar.
Colman, ob. y conf. S. 7 jun.
Colman, conf. 12 dic.
Colman, Elo, ab. y conf. S. 26 set.
Colmano, mart. 13 oc.
Coloma, virg. y mart. 17 set.
Coloma, virg. y mart. 31 dic.
Colomano, mart. 8 jul.
Colomba, virg. y mart. 17 set.
Columba, virg. y mart. 31 dic.
Columbano, ab. y conf. 22 nov.
Columbo, ab. y conf. 9 jun.
Columbo, ab. y conf. 12 dic.
Comgall, ab. y conf. S. 10 may.
Conaldo, presb. y conf. S. 24 set.
Conall, ab. y conf. S. 22 may.
Conancio, ob. y conf. 28 nov.
Concepcion (La Purísima) de nuestra Señora. 8 dic.
Concesa, mart. 8 ab.
Conceso, mart. 9 ab.
Concordia, mart. 13 ag.
Concordio, presb. y mart. 1 en.
Concordio, mart. 2 set.
Concordio, mart. 16 dic.
Congall, ab. y conf. S. 27 jul.
Conmemoracion (La) de cuatro mil novecientos setenta y seis santos africanos. 12 oc.
Conmemoracion (La) de la Imágen del Salvador. 9 nov.
Conmemoracion (La) de la victoria del Salado. 31 oc.
Conmemoracion (La) de los difunt. 2 nov.
Conmemoracion (La) de muchísimos santos y santas, mártires, confesores y vírgenes. 31 dic.

Conmemoracion (La segunda) de santa Inés, virg. 28 en.
Conon, ob. y conf. S. 26 en.
Conon, mart. 26 feb.
Conon, mart. 6 mar.
Conon, mart. 6 mar.
Conon, mart. 29 may.
Conquista (La) de Orán. 8 may.
Conrado, conf. 19 feb.
Conrado, ob. y conf. 26 nov.
Conrano, ob. y conf. S. 14 feb.
Consejo (Nuestra Señora del Buen). 26 ab.
Consorcia, virg. 22 jun.
Constancia, mart. 19 set.
Constanciano, conf. 1 dic.
Constancio, mart. 26 ag.
Constancio, ob. y conf. 1 set.
Constancio, conf. 23 set.
Constancio, conf. 30 nov.
Constancio, mart. 12 dic.
Constante, anac. y conf. S. 13 nov.
Constantino, mart. S. 11 mar.
Constancio, conf. 11 mar.
Constantino, ob. y conf. 12 ab.
Constantino, II, rey y conf. 2 ab.
Constanzo, ob. y mart. 29 en.
Cónsul, ob. y conf. 7 jul.
Conversion (La) del apóstol san Pablo. 25 en.
Conversion (La) de san Agustin. 5 may.
Compretes, mart. 9 jul.
Corbiniano, ob. y conf. 8 set.
Cordula, virg. y mart. 22 oc.
Corebo, mart. 18 ab.
Corentino, ob. y conf. 12 dic.
Corentino, conf. 12 dic.
Cormac, ob. y rey. 14 set.
Cormac, conf. 12 dic.
Cornelia, mart. 31 mar.
Cornelio, cent. 2 feb.
Cornelio, papa y mart. 16 set.
Cornelio, mart. 31 dic.
Corona, mart. 14 may.
Cosme, mart. 27 set.
Cótido, mart. 6 set.
Craton mart. 15 feb.
Cremencio, mart. 16 ab.
Cremonio, ob. y mart. 22 dic.
Crescencia, mart. 15 jun.
Crescenciana, mart. 5 may.
Crescenciano, mart. 31 may.
Crescenciano, mart. 1 jun.
Crescenciano, mart. 2 jul.
Crescenciano, mart. 12 ag.
Crescenciano, mart. 14 set.
Crescenciano, mart. 24 nov.
Crescenciano, ob. y con. 28 nov.
Crescencio, mart. 10 mar.
Crescencio, subdiac. y conf. 19 ab.
Crescencio, mart. 29 ag.
Crescencio, mart. 14 set.
Crescencio, mart. 12 dic.
Crescencio, mart. 29 dic.
Crescencio, ob. y conf. 39 dic.
Crescencion, mart. 17 set.
Crescente, mart. 15 ab.
Crescente, mart. 28 may.
Crescente, ob. y mart. 27 jun.
Crescente, mart. 1 oc.
Crescente, ob. y conf. 28 nov.
Cresconio, ob. y conf. 28 nov.
Crisanto, mart. 25 oc.
Crisóforo, mart. 20 ab.
Crisógono, mart. 24 nov.
Crisotelo, presb. y mart. 22 ab.
Crispin, ob. y conf. 7 en.
Crispin, mart. 25 oc.
Crispin, ob. y mart. 19 nov.
Crispin, mart. 3 dic.
Crispin, mart. 5 dic.
Crispina, mart. 5 dic.
Crispiniano, mart. 25 oc.
Crispo, presb. y conf. 18 ag.
Crispo, conf. 4 oc.
Crispulo, mart. 30 may.
Crispulo, mart. 10 jun.
Cristeta, mart. 27 oc.
Cristiana, virg. 15 dic.
Cristiana, virg. y mart. 13 mar.
Cristiana, virg. y mart. 24 jul.
Cristino, mart. 12 nov.
Cristo (La fiesta del Santísimo). 9 nov.
Cristóbal, mart. 25 jul.
Cristóbal, mart. 20 ag.
Crodegango, ob. y conf. S. 6 mar.
Crodingo, ab. y conf. S. 17 set.
Cromacio, ob. y conf. 2 dic.
Cronan, conf. S. 1 en.
Cronan, ab. y conf. S. 28 ab.
Cronidas, mart. 27 mar.
Crotates, mart. 21 ab.
Cuadrado, mart. 10 mar.
Cuadrado, mart. 26 mar.
Cuadrado, mart. 7 may.
Cuadrado, mart. 26 may.
Cuadrado, ob. y conf. 26 may.
Cuadrado, ob. y conf. 21 ag.
Cuadragésimo, conf. 26 oc.
Cuartila, mart. 19 mar.
Cuarto, mart. 10 may.
Cuarto, ob. 3 nov.
Cuarto, mart. 18 dic.
Cucias, mart. 18 feb.
Cucufate, mart. 25 jul.
Culmacio, mart. 19 jun.
Cumin, ob. y conf. S. 19 ag.
Cunegunda, empz. y virg. 3 mar.
Cunegunda, virg. S. 24 jul.
Cuniberto, ob y conf. 12 nov.
Curcodemo, diác. y conf. 4 may.
Curi, conf. 12 dic.
Curonoto, ob. y mart. 12 set.
Cutberto, ob. y conf. 20 mar.
Cutburga, reina, virg. y aba. S. 31 ag.
Cuthman, conf. S. 8 feb.

D

Dabio, presb. y conf. S. 22 jul.
Daciano, mart. 4 jun.
Dacio, arz. y conf. 14 en.
Dacio, mart. 27 en.
Dacio, mart. 1 nov.
Dadas, mart. 13 ab.
Dadas, mart. 29 set.
Dafrosa, mart. 4 en.
Dalmacio, ob. y mart. 5 dic.
Dalmacio Monner, conf. 24 set.
Dámaso, papa y conf. 11 dic.
Damhnade, virg. S. 13 jun.
Damian, mart. 12 feb.
Damian, ob. y conf. 12 ab.
Damian, mart. 27 set.
Daniel, lev. y mart. 3 en.
Daniel, mart. 16 feb.
Daniel, presb. y mart. S. 21 feb.
Daniel, mart. 10 jul.
Daniel, prof. 21 jul.
Daniel, mart. 13 oc.
Daniel, ob. y conf. 23 nov.
Daniel, prof. 16 dic.
Daniel el Stilita, conf. 11 dic.
Daría, mart. 25 oc.
Dasio, mart. 21 oc.
Dasio, ob. y mart. 20 nov.
Dativa, mart. 6 dic.
Dativo, mart 27 en.
Dativo, mart. 11 feb.
Dativo, conf. 10 set.
Dato, ob. y conf. 3 jul.
David, arz. y conf. S. 1 mar.
David, erm. y conf. 26 jun.
David, mart. S. 14 jul.
David, presb. y conf. S. 9 ag.
David, rey y prof. 29 dic.
Davino, conf. 3 jun.
Declan, ob. y conf. S. 24 jul.
Decoroso, ob. y conf. 15 feb.
Dedicacion (La) de la iglesia de San Pedro y San Pablo. 18 nov.
Dedicacion (La) de la iglesia de Santa María de los Mártires. 13 may.
Dedicacion (La) de la iglesia del Salvador en Roma, 9 nov.
Dedicacion (La) de san Miguel arcángel. 29 set.
Degollacion (La) de san Juan Bautista. 29 ag.
Deícola, ab. y conf. 18 en.
Delfin, ob. y conf. 24 dic.
Delfina, S. 27 set.
Demetria, virg. y mart. 21 jun.
Demetrio, mart. 9 ab.
Demetrio, mart. 14 ag.
Demetrio, mart. 8 oc.
Demetrio, mart. 10 nov.
Demetrio, mart. 21 nov.
Demetrio, mart. 29 nov.
Demetrio, mart. 22 dic.
Demócrito, mart. 31 jul.
Deodato, ob. y conf. S. 19 jun.
Deogracias, ob. y conf. 16 oc.
Deposicion (La) de S. Basilio, ob. 1 en.
Derfuta, mart. 20 mar.
Descension (La) de nuestra Señora. 24 en.
Desiderio, ob. y conf. 11 feb.
Desiderio, erm. y conf. 23 mar.
Desiderio, ob. y mart. 23 may.
Desiderio, lec. y mart. 19 set.
Desposorios (Los) de nuestra Señora. 26 nov.
Deusdedit, conf. 10 ag.
Deusdedit, ab. 9 oc.
Deusdedit, papa y conf. 8 nov.
Deusdedit, ob. y conf. 10 dic.
Diácono, mart. 2 jun.
Didier, ob. y conf. 15 nov.
Didimo, mart. 28 ab.
Didimo, mart. 11 set.
Didio, mart. 26 nov.
Die, ob. y conf. S. 19 jun.
Diego Alemán, conf. 11 oc.
Diego de Alcalá, conf. 12 nov.
Digna, virg. y mart. 14 jun.

Digna, virg. 11 ag.
Digna, mart. 12 ag.
Digna, virg. y mart. 22 set.
Dimas, el buen ladron. 25 mar.
Dimpna, virg. y mart. 15 may.
Dioclecio, mart. 11 may.
Diocles, mart. 24 may.
Diodoro, presb. y mart. 17 en.
Diodoro, mart. 26 feb.
Diodoro, mart. 3 may.
Diodoro, mart. 6 jul.
Diodoro, mart. 11 set.
Diodoro, mart. 1 dic.
Diógenes, mart. 6 ab.
Diomedes, mart. 16 ag.
Diomedes, mart. 2 set.
Diomedes, mart. 11 set.
Dion, mart. 6 jul.
Dionisia, mart. 15 may.
Dionisia, mart. 6 dic.
Dionisia, virg. y mart. 12 dic.
Dionisio, mart. 8 feb.
Dionisio, mart. 14 feb.
Dionisio, mart. 10 mar.
Dionisio, mart. 23 mar.
Dionisio, mart. 24 mar.
Dionisio, mart. 24 mar.
Dionisio, ob. y conf. 8 ab.
Dionisio, mart. 19 ab.
Dionisio, ob. y conf. 8 may.
Dionisio, conf. 12 may.
Dionisio, ob. y conf. 25 may.
Dionisio, mart. 3 jun.
Dionisio, mart. 31 jul.
Dionisio, mart. 20 set.
Dionisio, mart. 3 oc.
Dionisio, ob. y conf. 17 nov.
Dionisio, mart. 20 nov.
Dionisio, papa y conf. 26 dic.
Dionisio Areopagita, ob. y mart. 9 oc.
Dioscórides, mart. 10 may.
Dioscórides, mart. 28 may.
Dioscoro, lec. y mart. 18 may.
Dioscoro, mart. 14 dic.
Disibodo ó Disen, ob. y conf. 8 set.
Docmael, conf. S. 14 jun.
Doda, virg. 24 ab.
Dolores (Los) de nuestra Señora. 25 mar.
Domecio, mart. 7 ag.
Domiciano, ab. y conf. 1 jul.
Domiciano, mart. 1 ag.
Domiciano, ob. y conf. 9 ag.
Domiciano, mart. 28 dic.
Domicio, mart. 5 jul.
Domicio, presb. y mart. 23 oc.
Dominador, ob. y conf. 5 nov.
Domingo, ab. y conf. 22 en.
Domingo, ob. y conf. 20 dic.
Domingo, mart. 29 dic.
Domingo de Guzman, conf. y fund. 4 ag.
Domingo de la Calzada, conf. 12 may.
Domingo de Ossory, conf. S. 13 feb.
Domingo de Silos, conf. 20 dic.
Domingo Loricato, conf. 14 oc.
Dominica, virg. y mart. 6 jul.
Domitila, mart. 12 may.
Domna, virg. y mart. 28 dic.
Domnina, virg. y mart. 14 ab.
Domnina, mart. 23 ag.
Domnina, mart. 12 oc.
Domnino, mart. 21 mar.
Domnino, mart. 30 mar.
Domnino, ob. y mart. 11 ab.
Domnino, mart. 1 oc.
Domnino, mart. 9 oc.
Domnino, mart. 5 nov.
Domnion, mart. 16 jul.
Domnion, presb. 28 dic.
Domno, mart. 13 oc.
Domno, ob. y conf. 3 nov.
Domnolo, ob. y conf. 16 may.
Donaciano, mart. 24 may.
Donaciano, ob. y conf. 7 ag.
Donaciano, ob. y conf. 6 set.
Donaciano, ob. y conf. 14 oc.
Donada, mart. 17 jul.
Donata, mart. 31 dic.
Donatila, virg. y mart. 30 jul.
Donato, mart. 25 en.
Donato, mart. 4 feb.
Donato, mart. 9 feb.
Donato, mart. 17 feb.
Donato, mart. 25 feb.
Donato, mart. 1 mar.
Donato, ob. y conf. 30 ab.
Donato, mart. 21 may.
Donato, ob. y mart. 7 ag.
Donato, presb. y conf. 19 ag.
Donato, mart. 23 ag.
Donato, mart. 5 set.
Donato, ob. y conf. 22 oc.
Donato, conf. 29 oc.
Donato, mart. 12 dic.
Donato, mart. 30 dic.
Dorimedontes, mart. 19 set.
Dorotea, virg. y mart. 6 feb.
Dorotea, virg. y mart. 3 set.
Doroteo, mart. 28 mar.
Doroteo, presb. y mart. 5 jun.
Doroteo, mart. 9 set.
Doroteo, mart. 5 nov.
Doroteo el Tebano, ab. y conf. S. 5 jun.
Dositeo, mon. y conf. S. 23 feb.
Dotton, ab. y conf. S. 9 ab.
Drario, mart. 19 dic.
Drogon, conf. 16 ab.
Drostano, ab. y conf. S. 11 jul.
Drotoveo, ab. y conf. 10 mar.
Druso, mart. 14 dic.
Druso, mart. 24 dic.
Dubricio, ob. y conf. 14 nov.
Dula, virg. y mart. 25 mar.
Dulas, mart. 15 jun.
Dumbade, ab. y conf. S. 25 may.
Dunstano, arz. y conf. 19 may.
Durmientes (Los siete) hermanos, marts. 27 jul.
Duthako, ob. y conf. S. 8 mar.

E

Eadberto, ob. y conf. 6 may.
Eadburga, aba. 12 dic.
Eadmundo, rey y mart. 20 nov.
Eanswida, virg. y aba. 12 set.
Ebba, aba. y mart. S. 2 ab.
Ebba, virg. y aba. S. 25 ag.
Eberhardo, ab. y conf. S. 9 feb.
Ebrulfo, ab. y conf. 29 dic.
Edana ó Edaene, virg. S. 3 jul.
Edburga, virg. S. 20 jun.
Edburga, virg. 21 dic.
Eddas, ob. y conf. 7 jul.
Edesio, mart. 8 ab.
Edilburga, virg. y ab. 7 jul.
Edilburga, virg. y aba. S. 11 oc.
Edildrida, reina y virg. 23 jun.
Edistio, mart. 12 oc.
Edita, virg. 15 set.
Edmundo, arz. y conf. 16 nov.
Eduardo, rey y conf. 5 en.
Eduardo el Jóven, rey y conf. 18 mart.
Eduvigis, viu. 17 oc.
Edwino, rey y mart. S. 4 oc.
Eingan, conf. S. 21 ab.
Efebo, mart. 14 feb.
Efisio, mart. 15 en.
Efren, diac. y conf. 1 feb.
Efren, ob. y mart. 4 mar.
Egberto, mon. y conf. 24 ab.
Egdunio, presb. y mart. 12 mar.
Egwino, ob. y conf. S. 11 en.
Eladio, mart. 8 en.
Eladio, arz. y conf. 18 feb.
Eladio, ob. y conf. 8 may.
Eladio, mart. 28 may.
Elano, presb. y conf. 7 oc.
Elcónida, mart. 28 may.
Eleázaro, mart. 23 ag.
Eleázaro, conf. 27 set.
Elena, virg. 22 may.
Elena, mart. S. 31 jul.
Elena, virg. y mart. 4 ag.
Elena, mart. 13 ag.
Elena, empz. 18 ag.
Elesbaan, rey y conf. 27 oc.
Eleucadio, ob. y conf. 14 feb.
Eleusipo, mart. 17 en.
Eleuterio, ob. y mart. 20 feb.
Eleuterio, patr. y conf. 20 feb.
Eleuterio, mart. 18 ab.
Eleuterio, papa y mart. 26 may.
Eleuterio, conf. 29 may.
Eleuterio, mart. 4 ag.
Eleuterio, mart. 8 ag.
Eleuterio, ob. y conf. 16 ag.
Eleuterio, ab. y conf. 6 set.
Eleuterio, sold. y mart. 2 oc.
Eleuterio, mart. 9 oc.
Eleuterio, mart. 15 dic.
Elfejo, ob. y mart. 19 ab.
Elías, mart. 16 feb.
Elías, presb. y mart. 17 ab.
Elías, ob y conf. 4 jul.
Elías, prof. y fund. 20 jul.
Elías, ob. y mart. 19 set.
Elier, erm. y mart. S. 16 jul.
Elifio, mart. 16 oc.
Eliodoro, mart. 6 may.
Eliodoro, ob y conf. 3 jul.
Eliodoro, mart. 28 set.
Eliodoro, mart. 21 nov.
Eliseo, prof. 14 jun.
Eloy, patr. y conf. 13 set.
Eloy, ob. y conf. 1 dic.
Eloy, de Córdoba, presb. y mart. S. 11 mar.
Elpidéforo, mart. 2 nov.
Elpidio, ob. y mart. 4 mar.
Elpidio, conf. 1 set.

Elpidio, ob. y conf. 2 set.
Elpidio, ab. y conf. 2 set.
Elpidio, mart. 16 nov.
Eltrudis, vírg. 27 set.
Elredo, ab. y conf. S. 12 en.
Emelia, esposa de san Basilio, conf. 30 may.
Emerenciana, vírg. y mart. 23 en.
Emerico, conf. 4 nov.
Emerita, vírg. y mart. 22 set.
Emilas, mart. 15 set.
Emilia, vírg. 15 ag.
Emiliana, virg. 5 en.
Emiliana, mart. 30 jun.
Emiliana, virg. 24 dic.
Emiliano, mart. 8 feb.
Emiliano, mart. 18 jul.
Emiliano, ob. y conf. 8 ag.
Emiliano, ob. y conf. 11 set.
Emiliano, conf. 11 oc.
Emiliano, mart. 6 dic.
Emilio, mart. 22 may.
Emilio, mart. 28 may.
Emilio, mart. 6 oc.
Emma, viu. 12 dic.
Emmerano, ob. y mart. 22 set.
Encarnacion (La) del Hijo de Dios. 25 mar.
Endeo, ab. y conf. S. 21 mar.
Enecon, ab. y conf. 1 jun.
Enedina, mart. 14 may.
Eneon, conf. S. 21 ab.
Engelberto, ob. y mart. 7 nov.
Engo, ob. y conf. S. 11 mar.
Engracia, virg. y mart. 16 ab.
Enna, ab. y conf. S. 21 mar.
Ennata, virg. y mart. 13 nov.
Ennodio, ob. y conf. 17 jul.
Enrique, erm. y conf. S. 16 en.
Enrique, arz. y mart. S. 19 en.
Enrique, rey y mart. 18 may.
Enrique, emp. y conf. 15 jul.
Enrique de Treviso, conf. S. 10 jun.
Epafras, ob. y mart. 19 jul.
Epafrodito, ob. y conf. 22 mar.
Epagato, mart. 2 jun.
Eparquio, mart. 23 mar.
Eparquio, ab. y conf. 1 jul.
Epicárides ó Epicaris, mart. 27 set.
Epicteto, mart. 9 en.
Epifania, mart. 12 jul.
Epifania (La) del Señor. 6 en.
Epifanio, ob. y conf. 21 en.
Epifanio, ob. y mart. 7 ab.
Epifanio, ob. y conf. 12 may.
Epimaco, mart. 12 dic.
Epimenio, presb. y mart. 24 mar.
Epipodio, mart. 22 ab.
Epistemia, mart. 5 nov.
Epitacio, mart. 23 may.
Epitecto, mart. 22 ag.
Equicio, ab. y conf. 7 mar.
Equicio, ab. y conf. 11 ag.
Eradio, mart. 17 may.
Erasma, virg. y mart. 3 set.
Erasmo, ob. y mart. 2 jun.
Erasmo, mart. 25 nov.
Erasto, ob. y mart. 26 jul.
Erconvaldo, ob. y conf. 30 ab.
Erhardo, ab. y conf. S. 9 feb.
Erico, rey y mart. 18 may.
Erlulfo, ob. y mart. S. 10 feb.
Ermelando, ab. y conf. 25 mar.
Ermelo, mart. 3 ag.
Erminio, ob. y conf. 25 ab.
Erodion, ob. y mart. 8 ab.
Eron, mart. 28 jun.
Eron, ob. y mart. 17 oc.
Eroteida, mart. 27 oc.
Erotida, mart. 6 oc.
Ertado, ob. y conf. S. 24 ag.
Erundina, virg. 23 jul.
Escilitano, mart. 17 jul.
Escolástica, virg. 10 feb.
Escubículo, mart. 11 oc.
Esdras, prof. 13 jul.
Esiquio, sold. y mart. 15 jun.
Esiquio, mart. 7 jul.
Esiquio, mart. 2 set.
Esiquio, mon. y conf. 3 oc.
Esiquio, mart. 7 nov.
Esiquio, mart. 18 nov.
Esiquio, mart. 26 nov.
Eskillo, ob. y mart. S. 12 jun.
Esmaragdo, mart. 8 ag.
Especioso, mon. y conf. 15 mar.
Espedito, mart. 19 ab.
Esperanza, ab. y conf. 28 mar.
Esperanza, virg. y mart. 1 ag.
Esperato, mart. 17 jul.
Espeusipo, mart. 17 en.
Espiridion, ob. y conf. 14 dic.
Estanislao, ob. y mart. 7 may.
Estanislao de Kostka, conf. 13 nov.
Estaquio, ob. y conf. 31 oc.
Estateo, mart. 28 set.
Estercacio, mart. 24 jul.
Estévan, ob. y conf. 13 feb.
Estévan, ab. y conf. 13 feb.
Estévan, mart. 1 ab.
Estévan, ab. y conf. 17 ab.
Estévan, ob. y mart. 25 ab.
Estévan, mart 27 ab.
Estévan, papa y mart. 2 ag.
Estévan, rey y conf. 20 ag.
Estévan, mart. 17 set.
Estévan, mart. 21 nov.
Estévan, mart. 22 nov.
Estévan, mart. 3 dic.
Estévan, protomártir. 26 dic.
Estévan, mart. 31 dic.
Estévan de Moreto, conf. y fund. 8 feb.
Estévan el Jóven, mon. y mart. 28 nov.
Estiliano, conf. 26 nov.
Estiriaco, mart. 2 nov.
Estraton, mart. 17 ag.
Estraton, mart. 9 set.
Estraton, mart. 12 set.
Estratónico, mart. 13 en.
Esturmio, ab. y conf. 17 dic.
Estelberto, rey y conf. 24 feb.
Etelberto, rey y mart. S. 20 may.
Etelburga, virg. y aba. S. 11 oc.
Eteldrita, virg. S. 2 ag.
Etelvoldo, ob. y conf. 1 ag.
Etelwaldo, presb. y conf. S. 23 mar.
Eterio, ob. y mart. 4 mar.
Eterio, ob. y conf. 14 jun.
Eterio, mart. 18 jun.
Eterio, ob. y conf. 27 jul.
Elvino, ab. y conf. 19 oc.
Eubulo, mart. 7 mar.
Eucario, ob. y conf. 8 dic.
Eucarpio, mart. 18 mar.
Eucarpo, m. 23 set.
Eucicio, erm. y conf. 27 nov.
Eudaldo, mart. 11 may.
Eudoxia, pen. y mart. 1 mar.
Eudoxio, mart. 5 set.
Eudoxio, mart. 2 nov.
Eufemia, mart. 20 mar.
Eufemia, vírg. y mart. 3 set.
Eufemia, vírg. y mart. 16 set.
Eufrasia, virg. 13 mar.
Eufrasia, mart. 20 mar.
Eufrasia, virg. y mart. 18 may.
Eufrasio, ob. 14 en.
Eufrono, ob. y conf. 3 ag.
Eufronio, ob. y conf. 4 ag.
Eufrosina, virg. 1 en.
Eufrosina, virg. 13 mar.
Eugendo, ab. y conf. 1 en.
Eugenia, virg. y mart. 25 dic.
Eugeniano, ob. y mart. 8 en.
Eugenio, mart. 4 en.
Eugenio, mart. 24 en.
Eugenio, ob. y mart. 4 mar.
Eugenio, mart. 20 mar.
Eugenio, ob y conf. 13 jul.
Eugenio, mart. 29 jul.
Eugenio, ob. y conf. S. 23 ag.
Eugenio, mart. 6 set.
Eugenio, mart. 25 set.
Eugenio, ob. y conf. 13 nov.
Eugenio, arz. y mart. 15 nov.
Eugenio, conf. 17 nov.
Eugenio, mart. 13 dic.
Eugenio, mart. 20 dic.
Eugenio, ob. 30 dic.
Eugenio I, papa y conf. 2 jun.
Eugrafo, mart. 10 dic.
Eulalia, virg. y mart. 12 feb.
Eulalia de Mérida, virg. y mart. 10 dic.
Eulampia, mart. 10 oc.
Eulampio, mart. 10 oc.
Eulogio, diac. y mart. 21 en.
Eulogio, presb. y mart. 11 mar.
Eulogio, ob. y conf. 5 may.
Eulogio, mart. 3 jul.
Eulogio, ob. y conf. 13 set.
Eumenio, ob. y conf. 18 set.
Eunan, ob. y conf. 7 set.
Euno, mart 27 feb.
Euno, mart. 30 oc.
Eunomia, mart. 12 ag.
Euplio, diac. y mart. 12 ag.
Euprepes, mart. 30 nov.
Euprepia, mart. 12 ag.
Euprepio, ob. y conf. 21 ag.
Eupsiquio, mart. 9 ab.
Eupsiquio, mart. 7 set.
Euquerio, ob. y conf. 20 feb.
Euquerio, ob. y conf. 16 nov.
Eurosia, virg. y mart. 25 jun.
Eusebia, virg. y mart. 29 oc.
Eusebio, ab. y conf. S. 23 en.
Eusebio, mart. 5 mar.
Eusebio, mart. 24 ab.
Eusebio, mart. 28 ab.
Eusebio, ob. y conf. 23 may.
Eusebio, ob. y conf. 21 jun.
Eusebio, ob. y mart. 1 ag.
Eusebio, ob. y conf. 12 ag.
Eusebio, presb. y conf. 14 ag.
Eusebio, mart. 25 ag.
Eusebio, mart. 8 set.

Eusebio, mart. 21 set.
Eusebio, papa y conf. 26 set.
Eusebio, ob. y conf. 26 set.
Eusebio, mart. 4 oc.
Eusebio, mart. 22 oc.
Eusebio, mon. y mart. 5 nov.
Eusebio, presb. y mart. 2 dic.
Eusebio, ob. y mart. 15 dic.
Eusinio, mart. 5 ag.
Eustaquio, mart. S. 14 ab.
Eustaquio, mart. 20 set.
Eustaquio, presb. y conf. 12 oc.
Eustaquio, mart. 20 nov.
Eustaquio, ob. y conf. 28 nov.
Eustasio, ab. y conf. 29 mar.
Eustatio, ob. y conf. 16 jul.
Eustatio, mart. 28 jul.
Eusterio, ob. y conf. 19 oc.
Eustolia, virg. 9 nov.
Eustoquia, virg. 28 set.
Eustoquia, virg. y mart. 2 nov.
Eustoquio, ob. y conf. 19 set.
Eustoquio, mart. 16 nov.
Eustorgio, presb. y mart. 11 ab.
Eustorgio, ob. y conf. 6 jun.
Eustorquio, ob. y conf. 18 set.
Eustosio, mart. 10 nov.
Eustracio, mart. 13 dic.
Eutalia, virg. y mart. 27 ag.
Eutimio, ob. y conf. 20 en.
Eutimio, ob. y mart. 11 mar.
Eutimio, diac. y mart. 5 may.
Eutimio, conf. 29 ag.
Eutimio, mart. 24 dic.
Eutiques, mart. 15 ab.
Eutiques, mart. 19 set.
Eutiquiano, mart. 2 jul.
Eutiquiano, mart. 17 ag.
Eutiquiano, mart. 2 set.
Eutiquiano, mart. 13 nov.
Eutiquiano, papa y mart. 8 dic.
Eutiquio, mart. 4 feb.
Eutiquio, mart. 14 mar.
Eutiquio, subdiac. y mart. 26 mar.
Eutiquio, mart. 15 ab.
Eutiquio, mart. 21 may.
Eutiquio, mon. y conf. 23 may.
Eutiquio, conf. 24 ag.
Eutiquio, mart. 29 set.
Eutiquio, mart. 21 nov.
Eutiquio, mart. 11 dic.
Eutiquio, mart. 28 dic.
Eutropia, mart. 15 jun.
Eutropia, viu. 15 set.
Eutropia, mart. 30 oc.
Eutropia, mart. 14 dic.
Eutropio, lec. y mart. 12 en.
Eutropio, sold. y mart. 3 mar.
Eutropio, ob. y mart. 30 ab.
Eutropio, ob y conf. 27 may.
Eutropio, ob. y conf. 8 jun.
Eutropio, mart. 15 jul.
Evagrio, ob. y conf. 6 mar.
Evagrio, mart. 3 ab.
Evagrio, mart. 1 oc.
Evagrio, mart. 12 oc.
Evaldo, presb. y mart. 3 oc.
Evaldo, presb. y mart. 3 oc.
Evaristo, mart. 14 oc.
Evaristo, papa y mart. 26 oc.
Evasio, ob. y mart. 1 dic.
Evasio, ob. y conf. 2 dic.
Evelio, mart. 11 may.
Evencio, mart. 16 ab.
Evencio, presb. y mart. 4 may.
Evergisto, ob. y mart. 24 oc.
Everilda, virg. 9 jul.
Evilasio, mart. 20 set.
Evodio, mart. 25 ab.
Evodio, ob. y mart. 6 may.
Evodio, mart. 2 set.
Evodio, ob. y conf. 8 oc.
Evodio, ob. y conf. 11 nov.
Evorcio, ob. y conf. 7 set.
Exaltacion (La) de la santa cruz. 14 set.
Exanto, mart. 7 ag.
Exuperancia, virg. y mart. 26 ab.
Exuperancio, ob. y conf. 30 may.
Exuperancio, diác. y mart. 30 dic.
Exuperia, mart. 26 jul.
Exuperio, mart. 2 may.
Exuperio, ob. y conf. 28 set.
Exuperio, mart. 19 nov.
Ezequiel, prof. 10 ab.

F

Fabian, papa y mart. 20 en.
Fabiano, mart. 31 dic.
Fabio, mart. 31 jul.
Fabriciano, mart. 22 ag.
Facundo, mart. 27 nov.
Faina, virg. y mart. 18 may.
Faina ó Fanchea, virg. S. 1 en.
Fandila, presb. y mart. 13 jun.
Fantino, conf. 30 ag.
Fara, virg. y aba. 7 dic.
Farnacio, mart. 24 jun.
Faron, ob. y conf. 28 oc.
Fausta, mart. 20 set.
Fausta, virg. y mart. 19 dic.
Faustiniano, ob. y conf. 26 feb.
Faustino, mart 15 feb.
Faustino, ob. y conf. 16 feb.
Faustino, mart. 17 feb.
Faustino, mart. 22 may.
Faustino, mart. 5 jun.
Faustino, mart. 29 jul.
Faustino, conf. 29 jul.
Faustino, mart. 15 dic.
Fausto, mart. 24 jun.
Fausto, mart. 16 jul.
Fausto, mart. 1 ag.
Fausto, mart. 7 ag.
Fausto, mart. 6 set.
Fausto, mart. 8 set.
Fausto, mart. 3 oc.
Fausto, mart. 4 oc.
Fausto, mart. 13 oc.
Fausto, diac. y mart. 19 nov.
Fausto, mart. 26 nov.
Fé, virg. y mart. 1 ag.
Fé, virg. y mart. 6 oc.
Febadio, ob. y conf. S. 25 ab.
Febes, diaca. 3 set.
Febronia, virg. y mart. 25 jun.
Fechin, ab. y conf. S. 20 en.
Federico, ob. y mart. 18 jul.
Fedlimido, ob. y conf. S. 9 ag.
Felan, ab. y conf. S. 9 en.
Feliciano, ob. y mart. 24 en.
Feliciano, mart. 30 en.
Feliciano, mart. 2 feb.
Feliciano, mart. 9 jun.
Feliciano, mart. 21 jul.
Feliciano, ob. y mart. 20 oc.
Feliciano, mart. 29 oc.
Feliciano, mart. 11 nov.
Feliciano, mart. 19 nov.
Felicísimo, mart. 12 ag.
Felicísimo, mart. 26 may.
Felicísimo, mart. 2 jul.
Felicísimo, mart. 6 ag.
Felicísimo, mart. 26 oc.
Felicísimo, mart. 24 nov.
Felicitas, mart. 7 mar.
Felicitas, mart. 8 mar.
Felicitas, mart. 23 nov.
Felícula, mart. 14 feb.
Felícula, virg. y mart. 13 jun.
Felimi, ob. y conf. S. 9 ag.
Felino, mart. 1 jun.
Felipa, mart. 20 set.
Felipe, ob. y conf. 11 ab.
Felipe, apóstol, 1 may.
Felipe, presb. y conf. 12 may.
Felipe, mart. 15 jul.
Felipe, mart. 17 ag.
Felipe, mart. 2 set.
Felipe, mart. 13 set.
Felipe, mart. 22 oc.
Felipe, ob. y mart. 22 oc.
Felipe Benicio, conf. 23 ag.
Felipe, el Diácono, conf. S. 6 jun.
Felipe Neri, conf. y fund. 26 may.
Félix, mart. 7 en.
Félix, mart. 9 en.
Félix, presb. y conf. 14 en.
Félix, mart. 3 feb.
Félix, mart. 11 feb.
Félix, ob. y conf. 21 feb.
Félix, mart. 21 feb.
Félix, ob. y conf. 23 feb.
Félix, papa y conf. 25 feb.
Félix, mart. 26 feb.
Félix, mart. 3 mar.
Félix, mart. 8 mar.
Félix, ob. y conf. 8 mar.
Félix, mart. 23 mar.
Félix, ob. y conf. 26 mar.
Félix, mart. 31 mar.
Félix, mart. 16 ab.
Félix, mart. 21 ab.
Félix, presb. y mart. 23 ab.
Félix, diac. y mart. 2 may.
Félix, mart. 10 may.
Félix, mart. 16 may.
Félix, ob. y mart. 18 may.
Félix, mart. 24 may.
Félix, mart. 28 may.
Félix, papa y mart. 30 may.
Félix, mart. 11 jun.
Félix, mon. y mart. 14 jun.
Félix, mart. 17 jun.
Félix, presb. y mart. 23 jun.
Félix, mart. 2 jul.
Félix, mart. 10 jul.
Félix, mart. 12 jul.
Félix, ob. 14 jul.
Félix, ob. y mart. 15 jul.
Félix, mart. 17 jul.
Félix, ob. y conf. 19 jul.
Félix, mart. 25 jul.
Félix, mart. 25 jul.
Félix, mart. 27 jul.
Félix, mart. 27 jul.
Félix, mart. 22 ag.
Félix, ob. y conf. 26 ag.
Félix, mart. 30 ag.

Félix, conf. 10 set.
Félix, conf. 10 set.
Félix, mart. 19 set.
Félix, mart. 24 set.
Félix, ob. y mart. 24 oc.
Félix, presb. y mart. 5 nov.
Félix, mart. 6 nov.
Félix, mon. y conf. 6 nov.
Félix, ob. y mart. 15 nov.
Félix, ob. y conf. 28 nov.
Félix, ob. y conf. 4 dic.
Félix, mart. 5 dic.
Félix, mart. 29 dic.
Félix I, papa y mart. 30 en.
Félix II, papa y mart. 29 jul.
Felix de Cantalicio, conf. 18 may.
Félix de Valois, conf. y fund. 20 nov.
Félix, ob. y conf. S. 7 jul.
Fermin, ab. y conf. 11 mar.
Fermin, mart. 24 jun.
Fermin, ob. y conf. 18 ag.
Fermin, ob. y mart. 25 set.
Fermin, ob. y conf. 11 oc.
Fernando, rey y conf. 30 may.
Ferreolo, presb. y mart. 16 jun.
Ferreolo, mart. 18 set.
Ferrucio, mart. 28 oc.
Ferrucion, diac. y mart. 16 jun.
Festo, diac. y mart. 19 set.
Festo, mart. 21 dic.
Fiachna, mon. y conf. S. 29 ab.
Fiacrio, anac. y conf. 30 ag.
Fiari, ob. y conf. S. 25 ab.
Fibicio, conf. 5 nov.
Fidarleo, ab. y conf. S. 1 oc.
Fidel, mart. 23 mar.
Fidel, mart. 21 ag.
Fidel, mart. 28 oc.
Fidel de Sigmaringa, mart. 24 ab.
Fidenciano, mart. 15 nov.
Fidencio, mart. 27 set.
Fidencio, ob. y conf. 16 nov.
Fidolo, ab. y conf. 16 may.
Fiesta (La) de Todos los Santos. 1 nov.
Filadelfo, mart. 10 may.
Filadelfo, mart. 2 set.
Filapiano, mart. 30 en.
Filastro, ob. y conf. 18 jul.
Fileas, ob. y mart. 4 feb.
Fileas, mart. 26 nov.
Filemon, mart. 8 mar.
Filemon, mart. 21 mar.
Filemon, mart. 22 nov.
Fileto, sen. y mart. 27 mar.
Filiberto, ab. y conf. 20 jul.
Filiberto, mart. 22 ag.
Filogonio, ob. y conf. 20 dic.
Filólogo, ob. y conf. 4 nov.
Filomena, virg. 5 jul.
Filomena, virg. y mart. 11 ag.
Filomeno, mart. 14 nov.
Filomeno, mart. 29 nov.
Filon, diac. y conf. 25 ab.
Filonila, 11 oc.
Filoromo, trib. y mart. 4 feb.
Filoteo, mart. 5 nov.
Filotero, mart. 19 may.
Fimbarr, ob. y conf. S. 25 set.
Finan, conf. S. 7 ab.
Finan, ob. y conf. 12 dic.
Finbar, ab. y conf. S. 4 jul.
Finian, ob. y conf. 10 set.
Finian, ob. y conf. 12 dic.
Finian el Leproso, conf. S. 16 mar.
Fintan, ab. y conf. S. 21 oc.
Fintano, ab. y conf. 17 feb.
Firmato, diac. y mart. 5 oc.
Firmina, virg. y mart. 24 nov.
Firmino ob. y conf. 1 set.
Firmo, mart. 2 feb.
Firmo, mart. 11 mar.
Firmo, mart. 1 jun.
Firmo, mart. 24 jun.
Firmo, ob. y conf. 31 jul.
Firmo, mart. 9 ag.
Flann, ab. 15 dic.
Flavia Domitila, mart. 15 ab.
Flaviana, virg. y mart. 5 oc.
Flaviano, mart. 28 en.
Flaviano, patr. y mart. 18 feb.
Flaviano, mart. 24 feb.
Flaviano, ob. y conf. 4 jul.
Flaviano, ob. y conf. 23 ag.
Flaviano, conf. 22 dic.
Flavio, mart. 7 may.
Flavio Clemente, cóns. y mart. 22 jun.
Flegonte, ob. y mart. 8 ab.
Flocelo, mart. 17 set.
Flósculo, ob. y conf. 2 feb.
Flora, virg. 29 jul.
Flora, virg. y mart. 24 nov.
Florencia, mart. 10 nov.
Florenciano, ob. y conf. 28 nov.
Florencio, ob. y mart. 3 en.
Florencio, conf. 23 feb.
Florencio, mart. 11 may.
Florencio, mon. y conf. 23 may.
Florencio, mart. 5 jun.
Florencio, mart. 15 jul.
Florencio, mart. 25 jul.
Florencio, ob. y conf. 22 set.
Florencio, mart. 10 oc.
Florencio, mart. 13 oc.
Florencio, mart. 27 oc.
Florencio, ob. y conf. 7 nov.
Florencio, ab. 15 dic.
Florentin, mart. 27 set.
Florentin, ob. y conf. 16 oc.
Florentin, ob. y conf. 17 oc.
Florentina, virg. 14 mar.
Florian, mart. 4 may.
Florian, mart. 17 dic.
Florio, mart. 26 oc.
Floro, mart. 18 ag.
Floro, ob. y conf. 3 nov.
Floro, mart. 22 dic.
Floro, mart. 31 dic.
Focas, hort. y mart. 5 mar.
Focas, ob. y mart. 14 jul.
Focio, mart. 4 mar.
Focio, mart. 20 mar.
Foelan, ab. y conf. S. 9 en.
Foillan ó Foilan, mart. S. 31 oc.
Formerio, mart. 25 set.
Fortunata, virg. y mart. 14 oc.
Fortunata, virg. y mart. 20 oc.
Fortunato, mart. 9 en.
Fortunato, mart. 2 feb.
Fortunato, mart. 21 feb.
Fortunato, mart. 26 feb.
Fortunato, mart. 27 feb.
Fortunato, mart. 3 mar.
Fortunato, mart. 17 ab.
Fortunato, mart. 21 ab.
Fortunato, diac. y mart. 23 ab.
Fortunato, presb. y conf. 1 jun.
Fortunato, mart. 11 jun.
Fortunato, mart. 13 jun.
Fortunato, mart. 28 ag.
Fortunato, ob. y conf. 14 oc.
Fortunato, mart. 15 oc.
Fortunato, lec. y mart. 24 oc.
Fortunato, mart. 15 dic.
Fótides, mart. 20 mar.
Fótima, mart. 20 mar.
Fotino, ob. y mart. 2 jun.
Fotino, mart. 12 ag.
Francisca Romana ó de Ponciani, viu. 9 mar.
Francisco Caracciolo, conf. y fund. 4 jun.
Francisco de Asis, conf. y fund. 4 oc.
Francisco de Borja, conf. 10 oc.
Francisco de Paula, conf. y fund. 2 ab.
Francisco de Sales, ob. y conf. 29 en.
Francisco de Sena, conf. 17 dic.
Francisco Javier, conf. 3 dic.
Francisco Solano, conf. 24 jul.
Franco de Sena, conf. 17 dic.
Fraterno, ob. y mart 29 set.
Fredesvinda, virg. 19 oc.
Fridolino, ab. y conf. S. 6 mar.
Frigdiano, ob. y conf. 18 mar.
Froilan, ob. y conf. 5 oc.
Fronton, ab. y conf. 14 ab.
Fronton, mart. 16 ab.
Fronton, ob. y conf. 25 oc.
Fructuosa, mart. 23 ag.
Fructuoso, ob. y mart. 21 en.
Fructuoso, arz. y conf. 16 ab.
Frumencio, ob. y conf. 27 oc.
Frutos, conf. 25 oc.
Frútulo, mart. 18 feb.
Fulco, conf. 22 may.
Fulco, ob. y conf. 26 oc.
Fulgencio, ob. y conf. 1 en.
Fulgencio, ob. y conf. 16 en.
Furseo, ab. y conf. 16 en.
Fusca, virg. y mart. 13 feb.
Fusciano, mart. 11 dic.
Fúsculo, ob. y mart. 6 set.

G

Gabdelas, mart. 29 set.
Gabriel, arcángel, 18 mar.
Gaciano, ob. y conf. 18 dic.
Gala, viu. 5 oc.
Galacion, mart. 5 nov.
Gálata, mart. 19 ab.
Galdino, ob. y conf. 18 ab.
Galdo, ob. y conf. S. 31 en.
Galgano, erm. y conf. 3 dic.
Galicano, mart. 25 jun.
Galinico, mart. 29 jul.
Galo, ob. y conf. S. 1 jul.
Galo, ab. y conf. 16 oc.
Gallo, ob. y conf. 1 jul.
Gandion, ob. y conf. 18 dic.
Gangulfo, mart. 11 may.
García, ab. y conf. 25 nov.
Gaspar de Bono, conf. 4 jul.
Gaudencia, virg. y mart. 30 ag.
Gaudencio, ob. y conf. 22 en.
Gaudencio, ob. y conf. 12 feb.
Gaudencio, mart. 19 jun.
Gaudencio, ob. y mart. 14 oc.

Gaudencio, ob. y conf. 25 oc.
Gaudioso, ob. y conf. 7 mar.
Gaudioso, ob. y conf. 28 oc.
Gaugerico, ob. y conf. 11 ag.
Gavino, presb. y mart. 19 feb.
Gavino, mart. 30 may.
Gavino, mart. 25 oc.
Gedeon, 1 set.
Gelasino, mart. S. 26 ag.
Gelasio, mart. 4 feb.
Gelasio, papa y conf. 21 nov.
Gemelo, mart. 10 dic.
Geminiano, ob. y conf. 31 en.
Geminiano, mart. 16 set.
Gémino, mart. 4 en.
Gémino, mart. 4 feb.
Genara, mart. 2 mar.
Genara, mart. 17 jul.
Genaro, mart. 7 en.
Genaro, mart. 19 en.
Genaro, mart. 8 ab.
Genaro, mart. 10 jul.
Genaro, mart. 11 jul.
Genaro, mart. 15 jul.
Genaro, presb. y mart. 24 oc.
Genaro, mart. 25 oc.
Genaro, mart. 2 dic.
Genciano, mart. 11 dic.
Genebrardo ó Geneberno, presb. y mart. S. 15 may.
General, mart. 14 set.
Generosa, mart. 17 jul.
Generoso, mart. 17 jul.
Genesio, ob. y conf. S. 3 jun.
Gennadio, mart. 16 may.
Genoveva, virg. 3 en.
Genuino, ob. y conf. 5 feb.
Georgia, virg. 15 feb.
Geraldo, conf. S. 13 oc.
Gerardo, ob. y conf. 23 ab.
Gerardo, ob. y mart. 24 set.
Gerardo, ab. y conf. 13 oc.
Gerardo, ob. y conf. 30 oc.
Gerardo, ob. y conf. 5 dic.
Gerasimo, anac. y conf. 5 mar.
Geremaro, ab. y conf. 24 set.
Gereon, mart. 10 oc.
Gerino, mart. 2 oc.
German, ab. y mart. S. 21 feb.
German, mart. 2 may.
German, ob. y conf. 12 may.
German, ob. y conf. 28 may.
German, mart. 7 jul.
German, ob. y conf. 31 jul.
German, ob. y mart. 6 set.
German, ob. y mart. 11 oc.
German, mart. 22 oc.
German, ob. y conf. 30 oc.
German, mart. 3 nov.
German, mart. 13 nov.
Germana, mart. 19 en.
Germana, virg. y mart. 7 set.
Germánico, mart. 19 en.
Germano, ab. y mart. S. 21 feb.
Geroncio, mart. 19 en.
Geroncio, ob. y mart. 9 may.
Geronides, mart. 12 set.
Gerónimo, doc. y fund. 30 set.
Gerónimo Emiliano, conf. y fund. 20 jul.
Gertrudis, virg. y aba. 17 mar.
Gertrudis, virg. 17 nov.
Geruncio, ob. y conf. 5 may.
Geruncio ob. y mart. 25 ag.
Gervasio, mart. 19 jun.
Getulio, mart. 10 jun.
Gibriano, presb. y conf. S. 8 may.
Gil, ab. y conf. 1 set.
Gilberto, conf. 4 feb.
Gilberto, ob. y conf. S. 1 ab.
Gildardo, ob. y conf. 8 jun.
Gildas el Albano ó Escocés, mon. y conf. S. 29 en.
Gildas el Sabio ó Badónico, ab. y conf. S. 29 en.
Ginés, ob y conf. S. 3 jun.
Ginés, mart. 11 oc.
Ginés de Arles, mart. 25 ag.
Ginés el Representante, mart. 25 ag.
Giraldo, ob. y conf. S. 13 mar.
Giraldo, ab. y conf. S. 5 ab.
Gisleno, ob. y conf. 9 oc.
Glafira, virg. 13 en.
Glastian, ob. y conf. S. 28 en.
Gliceria, virg. y mart. 13 may.
Glicerio, presb. y mart. 21 dic.
Goar, presb. y conf. 6 jul.
Gobain, presb. y mart. S. 20 jun.
Gobriano, presb. y conf. S. 8 may.
Godescalco, mart. S. 7 jun.
Godoardo, ob. y conf. 4 may.
Godofredo, ob. y conf. 8 nov.
Godoleva, mart. 6 jul.
Godrico, erm. y conf. S. 21 may.
Godwall, ob. y conf. S. 6 jun.
Gondulfo, ob. y conf. 13 nov.
Gonzalo, ob. y conf. 26 nov.
Gonzalo de Amarante, conf. 10 en.
Gordiano, mart. 10 may.
Gordiano, mart. 17 set.
Gordio, cent. y mart. 3 en.
Gorgonia, virg. 9 dic.
Gorgonio, mart. 11 mar.
Gorgonio, mart. 9 set.
Gracia, mart. 23 jul.
Graciliano, mart. 12 ag.
Graciliano, mart. 1 jun.
Grata, viu. 1 may.
Grato, mart. 5 dic.
Gregorio, ob. y conf. 4 en.
Gregorio, papa y doc. 12 mar.
Gregorio, arz. y conf. 24 ab.
Gregorio, ob. y conf. 9 may.
Gregorio, ob. y conf. S. 15 jun.
Gregorio, ob. y conf. 25 ag.
Gregorio, ob. y conf. 30 set.
Gregorio, ob. y conf. 17 nov.
Gregorio, conf. 20 nov.
Gregorio, ob. y conf. 23 nov.
Gregorio, ob. y conf. 19 dic.
Gregorio, presb. y mart. 24 dic.
Gregorio II, papa y conf. 13 feb.
Gregorio III, papa y conf. 28 nov.
Gregorio VII, papa y conf. 16 feb.
Gregorio X, papa y conf. 25 may.
Gregorio Barbarigo, card. y conf. 18 jun.
Gregorio Nacianceno, ob. y doc. 9 may.
Gregorio Niseno, ob. y conf. 9 mar.
Gregorio Taumaturgo, ob. y conf. 17 nov.
Grimbaldo, conf. 8 jul.
Grimoaldo, presb. y conf. 29 set.
Guadalupe (Nuestra Señora de), 12 dic.
Gualtero, ab. y conf. 8 ab.
Gualtero, ab. y conf. S. 4 jun.
Guarino, ob. y conf. 6 feb.
Gudelia, mart. 29 set.
Gudula, virg. 8 en.
Gudwalo, ob. y conf. S. 6 jun.
Guenó, ab. y conf. 3 nov.
Guido, conf. S. 31 mar.
Guidon, conf. 12 set.
Guillermo, arz. y conf. 10 en.
Guillermo, erm. y conf. 10 feb.
Guillermo, ab. y conf. 6 ab.
Guillermo, arz. y conf. S. 8 jun.
Guillermo, conf. 25 jun.
Guillermo, ob. y conf. 29 jul.
Guillermo, ob. y conf. 2. set.
Guillermo de Norwich, mart. S. 24 mar.
Guinoch, ob. y conf. S. 13 ab.
Gumaro, conf. 11 oc.
Gumersindo, mart. 13 en.
Gundena, virg. y mart. 18 jul.
Gundleo, conf. S. 29 mar.
Gundulfo, ob. y conf. 17 jun.
Guniforte, mart. 22 ag.
Guntierno, ab. y conf. S. 3 jul.
Guntrano, rey y conf. 28 mar.
Guria, mart. 15 nov.
Gutacon, conf. S. 3 jul.
Guthlaco, erm. y conf. S. 11 ab.

H

Habacuch, prof. 15 en.
Haroldo, rey y mart. S. 1 nov.
Hegesipo, conf. 7 ab.
Heliades, mart. 21 jun.
Helimenas, mart. 22 ab.
Hemeterio, mart. 3 mar.
Hemma, viu. S. 29 jun.
Heraclas, ob. y conf. 14 jul.
Heracleas, mart. 29 set.
Heráclides, mart. 28 jun.
Heraclio, mart. 2 mar.
Heraclio, mart. 11 mar.
Heraclio, mart. 26 may.
Heraclio, ob. y conf. 8 jun.
Heraclio, conf. 1 set.
Heraclio, mart. 22 oc.
Herculano, ob. y mart. 1 mar.
Herculano, ob. y conf. 12 ag.
Herculano, mart. 5 set.
Herculano, mart. 25 set.
Herculano, ob. y mart. 7 nov.
Herenia, mart. 8 mar.
Heriberto, ob. y conf. 16 mar.
Hermágoras, ob. y mart. 12 jul.
Hermano José, conf. S. 7 ab.
Hermas, ob. y conf. 9 may.
Hermas, mart. 18 ag.
Hermas, marta. 4 nov.
Hermenegildo, mart. 13 ab.
Hermes, mart. 28 ag.
Hermeto, mart. 4 en.
Hermeto, mart. 1 mar.
Hermeto, mart. 22 oc.
Hermeto, mart. 2 nov.
Hermeto, exor. 31 dic.
Hermias, sold. y mart. 31 may.
Hermilo, mart. 13 en.
Hermipo, mart. 27 jul.
Hermócrates, mart. 27 jul.
Hermógenes, mart. 17 ab.
Hermógenes, mart. 19 ab.

Hermógenes, mart. 25 ab.
Hermógenes, mart. 2 set.
Hermógenes, mart. 10 dic.
Hermógenes, mart. 12 dic.
Hermolao, mart. 27 jul.
Heron, mart. 14 dic.
Heros, mart. 24 jun.
Hidulfo, ob. y conf. S. 11 jul.
Hieron, mart. 7 nov.
Hieroteo, conf. 4 oc.
Higino, papa y mart. 11 en.
Hijos (Los) de san Marcelo, cent., marts. 30 oc.
Hilaria, mart. 12 ag.
Hilaria, mart. 3 dic.
Hilaria, mart. 31 dic.
Hilarino, mon. y mart. 16 jul.
Hilario, ob. y conf. 13 en.
Hilario, ob. y conf. 14 en.
Hilario, ob. y mart. 16 mar.
Hilario, mart. 9 ab.
Hilario, ob. y conf. 5 may.
Hilario, papa y conf. 10 set.
Hilario, mart. 27 set.
Hilario, ob. y conf. 25 oc.
Hilario, mart. 3 nov.
Hilarion, mart. 12 jul.
Hilarion, ab. y conf. 21 oc.
Hild, aba. S. 18 nov.
Hilda, aba. S. 18 nov.
Hildegardis, vírg. 17 set.
Hipólito, presb. y mart. 30 en.
Hipólito, mart. 3 feb.
Hipólito, mart. 13 ag.
Hipólito, ob. y mart. 22 ag.
Hipólito, mart. 2 dic.
Homobono, conf. 13 nov.
Honorata, virg. 11 en.
Honorato, arz. y conf. 16 en
Honorato, ab. y conf. 16 en.
Honorato, ob. y conf. 8 feb.
Honorato, ob. y conf. 16 may.
Honorato, ob. y conf. 28 oc.
Honorato, mart. 22 dic.
Honorato, márt. 29 dic.
Honorio, ob. y conf. 24 ab.
Honorio, ob. y conf. 30 set.
Honorio, márt. 21 nov.
Honorio, márt. 21 nov.
Honorio, márt. 30 dic.
Hormisdas, papa y conf. 6 ag.
Hormisdas, márt. 8 ag.
Horres, márt. 13 mar.
Hospicio, conf. 21 may.
Huberto, ob. y conf. 3 nov.
Hugo, ob. y conf. 9 ab.
Hugo, ab. y conf. 29 ab.
Hugo de Lincolna, márt. 27 ag.
Hugolino, márt. 13 oc.
Hugon, ob. y conf. 1 ab.
Hugon, ob. y conf. 17 nov.
Humberto, ob. y márt. S. 20 nov.
Humberto, conf. 6 dic.

I

Ia, márt. 4 ag.
Ibar, ob. y conf. S. 23 ab.
Ida, viu. 4 set.
Idaberga, virg. S. 20 jun.
Ido, ob. y conf. S. 14 jul.
Ifigenia, vírg. 21 set.
Ignacio, ob. y mart. 1 feb.
Ignacio, márt. 3 feb.
Ignacio, ob. y conf. 23 oc.
Ignacio de Loyola, conf. y fund. 31 jul.
Ildefonso, arz. y conf. 23 en.
Ilidio, ob. y conf. 7 jul.
Iltudo, ab. y conf. 6 nov.
Iluminada, virg. 29 nov.
Iluminado, conf. 11 may.
Imerio, ob. y conf. 17 jun.
Impresion (La) de las llagas de san Francisco de Asis. 17 set.
Indes, mart. 28 dic.
Inés, virg. y mart. 21 en.
Inés, virg. 20 ab.
Ingenuo, mart. 20 dic.
Inocencio, ob. y conf. 17 ab.
Inocencio, mart. 17 jun.
Inocencio, mart. 4 jul.
Inocencio I, papa y conf. 28 jul.
Inocentes (Los santos), marts. 28 dic.
Invencion (La) de la santa cruz. 3 may.
Invencion (La) de los cuerpos de san Estévan, protomártir, Gamaliel, Nicodemus y Abibon. 3 ag.
Invencion (La) de los santos mártires Nazario y Celso, 10 may.
Invencion (La) primera de la cabeza de san Juan Bautista. 24 feb.
Ipacio, márt. 3 jun.
Ipacio, conf. 17 jun.
Ipacio, márt. 18 jun.
Ipacio, ob. y márt. 29 ag.
Ipacio, ob. y márt. 14 nov.
Iraida, márt. 22 set.
Ircardo, ob. y conf. S. 24 ag.
Irenarco, márt. 27 nov.
Irene, márt. 25 feb.
Irene, vírg. y márt. 3 ab.
Irene, mart. 5 may.
Irene, márt 18 set.
Irene, virg. y mart. 10 oc.
Irene, virg. y márt. 20 oc.
Ireneo, márt. 10 feb.
Ireneo, ob. y mart. 25 mar.
Ireneo, diác. y márt. 26 mar.
Ireneo, mart. 1 ab.
Ireneo, márt. 5 may.
Ireneo, ob. y márt. 28 jun.
Ireneo, márt. 3 jul.
Ireneo, márt. 26 ag.
Ireneo, márt. 15 dic.
Irenion, ob. y conf. 16 dic.
Irmina ó Irmia, vírg. 24 dic.
Isaac, mon. y conf. 11 ab.
Isaac, mon. y márt. 3 jun.
Isaac, márt. 12 nov.
Isaac, márt. 30 nov.
Isabel, vírg. 18 jun.
Isabel, reina, 8 jul.
Isabel, madre de san Juan Bautista, 5 nov.
Isabel de Hungría, viu. 19 nov.
Isacio, conf. 27 mar.
Isacio, mart. 21 ab.
Isacio, ob. y márt. 21 set.
Isaías márt. 16 feb.
Isaías, prof. 6 jul.
Isauro, márt. 17 jun.
Isidoro, ob. y mart. 2 en
Isidoro, ob y conf. 2 en.
Isidoro, presb. y mart. 15 en.
Isidoro, mon. y conf. 4 feb.
Isidoro, mart. 5 feb.
Isidoro, arz. y conf. 4 ab.
Isidoro, mon. y mart. 17 ab.
Isidoro, mart. 15 may.
Isidoro, mart. 14 dic.
Isidoro, de Sceta, erm. y conf. S. 15 en.
Isidro, labrador, 15 may.
Ismael, mart. 17 jun.
Isquirion, mart. 1 jun.
Isquirion, mart. 22 dic.
Ita, vírg. y aba. S. 15 en.
Ivia, ob. y conf. S. 25 ab.
Ivon, ob. y conf. S. 25 ab.
Ivon, presb. y conf. 19 may.
Ivon, ob. y conf. S 20 may.
Ivor, ob. y conf. S. 23 ab.

J

Jacinta, virg. 31 en.
Jacinto, mart. 10 feb.
Jacinto, mart. 3 jul.
Jacinto, mart. 17 jul.
Jacinto, mart. 26 jul.
Jacinto, conf. 16 ag.
Jacinto, mart. 9 set.
Jacinto, mart. 11 set.
Jacinto, mart. 29 oc.
Jaderes, conf. 10 set.
Jadoco, conf. 13 dic.
Jaime de Esclavonia, conf. S. 20 ab.
Januario, ob. y mart. 19 set.
Januario, mart. 13 oc.
Januario, mart. 25 oc.
Januario, mart. 15 dic.
Jarlath, ob. y conf. 26 dic.
Jason, conf. 12 jul.
Jason, mart. 3 dic.
Jeremías, mart. 16 feb.
Jeremías, prof. 1 may.
Jeremías, mart. 17 jun.
Jeremías, mart. 15 set.
Joaquin, padre de la Madre de Dios. 20 mar.
Joaquin de Sena, conf. 16 ab.
Job, prof. 10 may.
Joel, prof. 13 jul.
Jonás, mon. y conf. 11 feb.
Jonás, mart. 29 mar.
Jonás, prof. 21 set.
Jonás, presb. y mart. 22 set.
Jorge, ob. y conf. 19 ab.
Jorge, mart. 23 ab.
Jorge, mart. 27 jul.
Jorge, mart. 20 oc.
Jorge, ob. y conf. 2 nov.
Jorge Limniota, mon. y mart. 24 ag.
Josafat, ob. y mart. 12 nov.
Josafat, conf. 27 nov.
José, diac. y conf. 15 feb.
José, mart. 20 mar.
José, conf. 22 jul.
José, esposo de la Madre de Dios. 19 mar.
José de Arimatea, conf. 17 mar.
José de Calasanz, conf. y fund. 27 ag.
José de Copertino, conf. 18 set.
José de Leonisa, conf. 4 feb.
José el Justo, conf. 20 jul.
José Oriol, presb. y conf. 23 mar.
Josse, conf. 13 dic.
Josué, 1 set.

Joviniano, lec. y mart. 5 may.
Jovino, mart. 2 mar.
Jovino, ob. y conf. S. 2 mar.
Jovino, mart. 26 mar.
Jovita, mart. 15 feb.
Juan, arz. y conf. 12 en.
Juan, ab. y conf. 28 en.
Juan, mart. 31 en.
Juan, ab. y conf. 19 mar.
Juan, erm. y conf. 27 mar.
Juan, mart. S. 14 ab.
Juan, ab. y conf. 27 ab.
Juan, ob. y conf. 7 may.
Juan, papa y mart. 27 may.
Juan, ob. y conf. 6 jun.
Juan, ob. y conf. 22 jun.
Juan, presb. y mart. 23 jun.
Juan, mart. 26 jun.
Juan, presb. y conf. 27 jun.
Juan, ob. y mart. 11 jul.
Juan, mon. y conf. 21 jul.
Juan, presb. y conf. 18 ag.
Juan, mart. 27 ag.
Juan, ob. y conf. 27 ag.
Juan, mart. 7 set.
Juan, mart. 16 set.
Juan, mart. 23 set.
Juan, mart. 27 set.
Juan, ob. y conf. 29 oc.
Juan, mart. 1 nov.
Juan, mart. 12 nov.
Juan, mart. 3 dic.
Juan, ob. y conf. 5 dic.
Juan, mart. 21 dic.
Juan, apóstol y evangelista. 27 dic.
Juan Ante-portam-latinam. 6 may.
Juan Bautista de la Concepcion, conf. y fund. 14 feb.
Juan Calibita, conf. 15 en.
Juan Cancio, presb. y conf. 20 oc.
Juan Climaco, ab. y conf. 30 mar.
Juan Colombini, conf. y fund. 31 jul.
Juan Crisóstomo, ob. y doc. 27 en.
Juan Damasceno, conf. 6 may.
Juan de Bridlington, conf. S. 10 oc.
Juan de Capistrano, conf. 23 oc.
Juan de Dios, conf. y fund. 8 mar.
Juan de Dwarf, anac. y conf. 15 set.
Juan de la Cruz, conf. 24 nov.
Juan de Marinoni, conf. 13 dic.
Juan de Mata, conf. y fund. 20 nov.
Juan de Ortega, conf. 2 jun.
Juan de Prado, presb. y mart. 24 may.
Juan de Sahagun, conf. 12 jun.
Juan el Bueno, arz. y conf. 10 en.
Juan el Limosnero, patr. y conf. 23 en.
Juan Francisco de Regis, conf. 24 may.
Juan Gualberto, ab. y fund. 12 jul.
Juan Nepomuceno, presb. y mart. 16 may.
Juan Silenciario, ob. y conf. 13 may.
Juan Terestes, erm. y conf. 24 jun.
Juana. 24 may.
Juana de Valois, reina. S. 4 feb.
Juana Francisca Fremiot, viu. y funda. 21 ag.
Juanicio, ab. y conf. 4 nov.
Jucunda, mart. 27 jul.
Jucunda, virg. 25 nov.
Jucundiano, mart. 4 jul.
Jucundino, mart. 21 jul.
Jucundo, mart. 9 en.
Jucundo, ob. y conf. 14 nov.
Judas, apóstol. 28 oc.
Julia, virg. y mart. 22 may.
Julia, mart. 15 jul.
Julia, virg. y mart. 21 jul.
Julia, mart. 27 jul.
Julia, mart. 1 oc.
Julia virg. y mart. 7 oc.
Julia, virg. y mart. 10 dic.
Julian, ob. y mart. 7 en.
Julian, mart. 8 en.
Julian, mart. 9 en.
Julian, mart. 27 en.
Julian, mart. 27 en.
Julian, ob. y conf. 27 en.
Julian, ob. y conf. 28 en.
Julian, mart. 12 feb.
Julian, mart. 13 feb.
Julian, ob. y mart. 16 feb.
Julian, mart. 17 feb.
Julian, mart. 19 feb.
Julian, mart. 24 feb.
Julian, mart. 27 feb.
Julian, arz. y conf. 8 mar.
Julian, mart. 16 mar.
Julian, 23 mar.
Julian, mart. 23 may.
Julian, mart. 5 jun.
Julian, mon. y conf. 9 jun.
Julian, anac. y conf. S. 6 jul.
Julian, mart. 7 ag.
Julian, mart. 9 ag.
Julian, mart. 12 ag.
Julian, mart. 25 ag.
Julian, mart. 28 ag.
Julian, mart. 2 set.
Julian, mart. 4 set.
Julian, mart. 13 set.
Julian, erm. y conf. 18 oc.
Julian, mart. 1 nov.
Julian, ob. y conf. 9 dic.
Julian Sabas, arz. y conf. 14 en.
Juliana, viu. 7 feb.
Juliana, virg. y mart. 16 feb.
Juliana, mart. 20 mar.
Juliana, virg. y mart. 27 jul.
Juliana, mart. 12 ag.
Juliana, mart. 17 ag.
Juliana, mart. 18 ag.
Juliana, mart. 1 nov.
Juliana de Falconeri, virg. 19 jun.
Juliano, mart. 20 jul.
Juliano, mart. 30 oc.
Julio, mart. 19 en.
Julio, presb. y conf. 31 en.
Julio, mart. 16 ab.
Julio, mart. 27 may.
Julio, sold. y mart. 15 jun.
Julio, mart. 1 jul.
Julio, mart. 19 ag.
Julio, mart. 3 dic.
Julio, mart. 5 dic.
Julio, mart. 20 dic.
Julio I, papa y conf. 12 ab.
Julita, virg. y mart. 18 may.
Julita, mart. 16 jun.
Julita, mart. 30 jul.
Justa, mart. 14 may.
Justa, mart. 15 jul.
Justa, virg. y mart. 19 jul.
Justina, mart. 14 may.
Justina, mart. 16 jun.
Justina, mart. 26 set.
Justina, virg. y mart. 7 oc.
Justina, virg. y mart. 30 nov.
Justiniano, erm. y mart. S. 23 ag.
Justino, mart. 1 ag.
Justino, presb. y mart. 17 set.
Justino, mart. 12 dic.
Justino el Filósofo, mart. 13 ab.
Justo, mart. 25 feb.
Justo, mart. 28 feb.
Justo, ob. y conf. 28 may.
Justo, mart. 2 jul.
Justo, sold. y mart. 14 jul.
Justo, mart. 21 jul.
Justo, mart. 6 ag.
Justo, ob. y conf. 2 set.
Justo, mart. 18 oc.
Justo, mart. 2 nov.
Justo, ob. y conf. 10 nov.
Justo, mart. 14 dic.
Juvenal, ob. y conf. 3 may.
Juvenal, mart. 7 may.
Juvencio, ob. y conf. 8 feb.
Juvencio, mart. 1 jun.
Juventino, mart. 25 en.

K

Keivino, ob. y conf. S. 3 jun.
Kenan, ob. y conf. S. 24 nov.
Kenelmo, rey y mart. 13 dic.
Kenerino, ob. y conf. S. 5 mar.
Kennocha, virg. S. 13 mar.
Kentigerna, viu. S. 7 en.
Kentigerno, ob. y conf. S. 13 en.
Kessogo, ob. y conf. S. 10 mar.
Kevio, ob. y conf. S. 25 ab.
Keyna, virg. S. 8 oc.
Kiaran, ob. y conf. S. 5 mar.
Kilian, presb. y conf. S. 13 nov.
Kiliano, mart. 8 jul.
Kineburga, virg. S. 6 mar.
Kinedrida, virg. S. 6 mar.
Kineswida, virg. S. 6 mar.
Kinga, virg. S. 24 jul.
Kinnia, virg. S. 1 feb.

L

Ladislao I, rey y conf. 27 jun.
Lamalisso, conf. S. 3 mar.
Lamberto, ob. y conf. 14 ab.
Lamberto, mart. 16 ab.
Lamberto, ob. y mart. 17 set.
Landelino, ab. y conf. 15 jun.
Landerico, ob. y conf. S. 10 jun.
Landoaldo, presb. y conf. 19 mar.
Largion, mart. 12 ag.
Largo, mart. 8 ag.
Laseriano, ob. y conf. S. 18 ab.
Latino, ob. y conf. 24 mar.
Laudemaro, ab. y conf. S. 19 en.
Laureano, arz. y mart. 4 jul.
Laurentino, mar. 3 feb.
Lauro, mart. 18 ag.
Lauton, ob. y conf. 22 set.
Lázaro, ob. y conf. 11 feb.
Lázaro, mon. y conf. 23 feb.
Lázaro, mart. 27 mar.
Lázaro, ob. y conf. 17 dic.
Lea, viu. 22 mar.
Leandro, arz. y conf. 27 feb.

Lebwino, ob. y mart. S. 12 nov.
Leobardo, mon. y conf. 18 en.
Leobino, ob. y conf. 15 set.
Leocadia, virg. y mart. 9 dic.
Leocricia, virg. y mart. 15 mar.
Leodegario, ob. y mart. 2 oc.
Leon, mart. S. 18 feb.
Leon, ob. y conf. 20 feb.
Leon, mart. 1 mar.
Leon, ob. y conf. 22 ab.
Leon, subdiac. y mart. 30 jun.
Leon, mart. 18 ag.
Leon, mart. 13 oc.
Leon, conf. 10 nov.
Leon I, papa y conf. 11 ab.
Leon II, papa y conf. 28 jun.
Leon III, papa y conf. 12 jun.
Leon IV, papa y conf. 17 jul.
Leon IX, papa y conf. 19 ab.
Leonardo, conf. 6 nov.
Leoncia, mart. 6 dic.
Leoncio, ob. y conf. 13 en.
Leoncio, ob. y conf. 19 mar.
Leoncio, mart. 24 ab.
Leoncio, mart. 18 jun.
Leoncio, mart. 10 jul.
Leoncio, mart. 1 ag.
Leoncio, mart. 12 set.
Leoncio, ob. y conf. 15 nov.
Leoncio, ob. y conf. 1 dic.
Leonides, mart. 28 en.
Leonides, mart. 22 ab.
Leonides, mart. 15 jun.
Leonides, mart. 8 ag.
Leonides, mart. 2 set.
Leonila, mart. S. 17 en.
Leonoro, ob. y conf. S. 1 jul.
Leopardo, mart. 30 set.
Leopoldo, conf. 15 nov.
Leovigildo, mart. 20 ag.
Lesmes, conf. S. 30 en.
Letancio, mart. 17 jul.
Letardo, ob. y conf. S. 24 feb.
Leto, mart. 1 set.
Leto, ob. y mart. 6 set.
Leto, presb. y conf. 5 nov.
Leucio, 11 en.
Leucio, ob. y conf. 11 en.
Leucio, mart. 28 en.
Leutfrido, ab. y conf. 21 jun.
Lewina, virg. y mart. S. 24 jul.
Liberata, virg. 18 en.
Liberato, mart. 20 dic.
Liberio, ob. 30 dic.
Libia, mart. 15 jun.
Liborio, ob. y conf. 23 jul.
Libosio, mart. 29 dic.
Librado, ab. y mart. 17 ag.
Licarion, mart. 7 jun.
Licerio, ob. y conf. 27 ag.
Licinio, ob. y conf. 13 feb.
Licinio, mart. 7 ag.
Lidia, mart. 27 mar.
Lidia, 3 ag.
Liduvina, virg. 14 ab.
Lifardo, presb. y conf. 3 jun.
Ligorio, mart. 13 set.
Liliosa, mart. 27 jul.
Limneo, conf. S. 22 feb.
Lino, papa y mart. 23 set.
Lioba, virg. 28 set.
Liteo, conf. 10 set.
Livino, ob. y mart. 12 nov.
Loman, ob. y conf. S. 17 feb.
Lomero, ab. y conf. S. 19 en.
Longinos, sold. y mart. 15 mar.
Longinos, mart. 24 ab.
Longinos, mart. 24 jun.
Longinos, mart. 21 jul.
Lope, mart. 23 ag.
Lope, ob. y conf. 1 set.
Lope, ob. y conf. 25 set.
Lope, mart. 14 oc.
Lope, ob. y conf. 2 dic.
Lorentino, mart. 3 jun.
Lorenza, virg. y mart. 8 oc.
Lorenzo, ob. y conf. 2 feb.
Lorenzo, mart. 30 ab.
Lorenzo, mart. 10 ag.
Lorenzo, mart. 28 set.
Lorenzo, ob. y conf. 14 nov.
Lorenzo de Brindis, conf. 7 jul.
Lorenzo Justiniano, patr. y conf. 8 en.
Loreto (Nuestra Señora de). 10 dic.
Lorgio, mart. 2 mar.
Luano, ab. y conf. S. 4 ag.
Lucano, mart. 30 oc.
Lucas, mart. 22 ab.
Lucas, diac. y mart. 22 ab.
Lucas, mart. 10 set.
Lucas, evangelista. 18 oc.
Lucía, virg. y mart. 25 jun.
Lucía, mart. 6 jul.
Lucía, mart. 16 set.
Lucía, virg. S. 19 set.
Lucía, virg. y mart. 13 dic.
Luciano, presb. y mart. 7 en.
Luciano, mart. 8 en.
Luciano, mart. 28 may.
Luciano, mart. 13 jun.
Luciano, mart. 7 jul.
Luciano, mart. 26 oc.
Luciano, mart. 24 dic.
Lucidio, ob. y conf. 26 ab.
Lucila, virg. y mart. 29 jul.
Lucila, mart. 31 oc.
Luciliano, mart. 3 jun.
Lucina, mart. 30 jun.
Lucio, mart. 8 feb.
Lucio, ob. y mart. 11 feb.
Lucio, mart. 15 feb.
Lucio, mart. 18 feb.
Lucio, mart. 24 feb.
Lucio, ob. y mart. 2 mar.
Lucio, papa y mart. 4 mar.
Lucio, ob. y mart. 6 may.
Lucio, mart. 23 may.
Lucio, mart. 20 ag.
Lucio, conf. 10 set.
Lucio, mart. 4 oc.
Lucio, mart. 18 oc.
Lucio, mart. 25 oc.
Lucio, mart. 29 oc.
Lucio, mart. 1 dic.
Lucio, rey y conf. 3 dic.
Lucio, mart. 15 dic.
Luciolo, mart. 3 mar.
Lucrecia, virg. y mart. 23 nov.
Ludgerio, ob. y conf. 26 mar.
Lugido, ab. y conf. S. 4 ag.
Luican, conf. S. 27 jul.
Luis, mart. 30 ab.
Luis, ob. y conf. 19 ag.
Luis, rey y conf. 25 ag.
Luis Beltran, conf. 10 oc.
Luis Gonzaga, conf. 21 jun.
Luisa Albertona, viu. 31 en.
Lulo, ob. y conf. 16 oc.
Luman, ob. y conf. S. 17 feb.
Lupercio, mart. 16 ab.
Lupercio, mart. 30 oc.
Luperio, ob. y conf. 15 nov.
Lupicino, ab. y conf. 28 feb.
Lupicino, ab. y conf. 21 mar.
Lupicino, ob. y mart. 31 may.
Lupo, ob. y conf. 27 jul.
Lupo, ob. y conf. 1 set.
Lupo, mart. 14 oc.
Lusorio, mart. 21 ag.
Lutgardis ó Ludgarda, virg. 16 jun.
Lutimio, mart. 24 dic.

M

Maarsapor, mart. 27 nov.
Macabeos (Los santos siete hermanos), marts. 1 ag.
Macalio, conf. S. 25 ab.
Macaria, mart. 8 ab.
Macario, ab. y conf. 2 en.
Macario, ab. y conf. 15 en.
Macario, mart. 28 feb.
Macario, ob. y conf. 10 mar.
Macario, conf. 1 ab.
Macario, ob. y conf. 10 ab.
Macario, ob. y conf. 20 jun.
Macario, mart. 12 ag.
Macario, mart. 5 set.
Macario, mart. 6 set.
Macario, mart. 30 oc.
Macario, ob. y conf. 12 nov.
Macario, mart. 8 dic.
Macario, mart. 20 dic.
Maccai, ab. y conf. S. 11 ab.
Mac-cartin, ob. y conf. S. 15 ag.
Macculindo, ob. y conf. 6 set.
Macedon, mart. 27 mar.
Macedonio, anac. y conf. S. 21 en.
Macedonio, mart. 13 mar.
Macedonio, mart. 12 set.
Mackessogo, ob. y conf. S. 10 mar.
Macnisio, ob. y conf. 3 set.
Macra, virg. y mart. 6 en.
Macrina, 14 en.
Macrina, virg. 19 jul.
Macrino, mart. 17 set.
Macrobio, mart. 20 jul.
Macrobio, mart. 13 set.
Macull, conf. S. 25 ab.
Madelgisilo, conf. S. 30 may.
Maden ó Maderno, conf. S. 17 may.
Madí, mart. 3 mar.
Madrona, virg. y mart. 15 mar.
Magin, mart. 19 ag.
Magina, mart. 3 dic.
Maglorio, ob. y conf. 24 oc.
Magnérico, ob. y conf. 25 jul.
Magno, mart. 1 en.
Magno, mart. 4 feb.
Magno, mart. 15 feb.
Magno, ob. y mart. S. 16 ab.
Magno, ob. y mart. 19 ag.
Magno, mart. 4 set.
Magno, ob. y conf. 6 oc.
Magno, ob. y conf. 5 nov.
Mahanes, mart. 30 nov.
Main, ab. y conf. S. 15 en.
Malaquías, prof. 14 en.

Malaquías, ob. y conf. 3 nov.
Malco, mart. 28 mar.
Malco, mon. y conf. 21 oc.
Malo, ob. y conf. 15 nov.
Malrubio, mart. S. 21 ab.
Malrubio, erm. y mart. S. 27 ag.
Mamante, mart. 17 ag.
Mamelta, mart. 17 oc.
Mamerto, ob. y conf. 11 may.
Mamiliano, mart. 12 mar.
Mamilo, mart. 8 mar.
Manahen, prof. y doc. 24 may.
Mancio, mart. 15 may.
Mandales, mart. 10 jun.
Maneto, conf. 20 ag.
Mannea, mart. 27 ag.
Mans, ob. y mart. S. 16 ab.
Mansueto, ob. y conf. 19 feb.
Mansueto, ob y conf. 3 set.
Mansueto, ob y mart. 6 set.
Mansueto, ob. y mart. 28 nov.
Mansueto, mart. 30 dic.
Manuel, mart. 26 mar.
Manuel, mart. 17 jun.
Mapálico, mart. 17 ab.
Mapril, mart. 22 ag.
Marana, virg. 3 ag.
Marcela, viu. 30 en.
Marcela, mart. 28 jun.
Marcela mart. 30 jun.
Marceliano, mart. 9 ag.
Marcelina, virg. 17 jul.
Marcelino, mart. 2 en.
Marcelino, ob. y conf. 9 en.
Marcelino, mart. 6 ab.
Marcelino, ob. y conf. 20 ab.
Marcelino, papa y mart. 26 ab.
Marcelino, mart. 2 jun.
Marcelino, mart. 5 jun.
Marcelino, mart. 18 jun.
Marcelino, presb. y conf. 14 jul.
Marcelino, mart. 27 ag.
Marcelino, ob. y conf. 5 oc.
Marcelo, papa y mart. 16 en.
Marcelo, mart. 19 feb.
Marcelo, ob. y conf. 9 ab.
Marcelo, ob. y conf. 9 ab.
Marcelo, mart. 29 jun.
Marcelo, ob. y mart. 14 ag.
Marcelo, mart. 4 set.
Marcelo, ob. y mart. 4 set.
Marcelo, mart. 4 set.
Marcelo, mart. 6 oc.
Marcelo, mart. 7 oc.
Marcelo, cent. y mart. 30 oc.
Marcelo, ob. y conf. 1 nov.
Marcelo, mart. 16 nov.
Marcelo, presb. y mart. 26 nov.
Marcelo, diac. y mart. 2 dic.
Marcelo, ab. y conf. 29 dic.
Marcelo, diac. y mart. 30 dic.
Marcia, mart. 3 mar.
Marcia, mart. 5 jun.
Marcia, mart. 21 jun.
Marcia, mart. 2 jul.
Marcial, mart. 16 ab.
Marcial, ob. 30 jun.
Marcial, mart. 22 ag.
Marcial, mart. 28 set.
Marcial, mart. 13 oc.
Marciana, virg. y mart. 9 en.
Marciana, mart. 24 may.
Marciana, virg. y mart. 12 jul.
Marciano, mart. 4 en.
Marciano, presb. y conf. 10 en.
Marciano, ob. y mart. 6 mar.
Marciano, mart. 26 mar.
Marciano, mart. 17 ab.
Marciano, presb. 20 ab.
Marciano, ob. y conf. 22 may.
Marciano, mart. 5 jun.
Marciano, ob. y conf. 14 jun.
Marciano, mart. 17 jun.
Marciano, mart. 11 jul.
Marciano, mart. 9 ag.
Marciano, mart. 16 set.
Marciano, mart. 4 oc.
Marciano, mart. 25 oc.
Marciano, mart. 26 oc.
Marciano, conf. 2 nov.
Marcio, erm. y conf. 24 oc.
Marcionila, mart. 9 en.
Marco, mart. 15 dic.
Marcos, mart. 13 mar.
Marcos, mart. 19 mar.
Marcos, mart. 24 mar.
Marcos, ob. y conf. S. 29 mar.
Marcos, evangelista y mart. 25 ab.
Marcos, ob. y mart. 28 ab.
Marcos, mart. 18 jun.
Marcos, mart. 3 jul.
Marcos, mart. 31 ag.
Marcos, conf. 1 set.
Marcos, ob. y conf. 27 set.
Marcos, mart. 28 set.
Marcos mart. 4 oc.
Marcos, papa y conf. 7 oc.
Marcos, ob. y mart. 22 oc.
Marcos, mart. 25 oc.
Marcos, mart. 16 nov.
Marcos, mart. 22 nov.
Marculfo, ab. y conf. S. 1 may.
Mardonio, mart. 24 en.
Mardonio, mart. 13 dic.
Mardonio, mart. 23 dic.
Margarita, virg. 28 en.
Margarita, reina. 10 jun
Margarita, virg. y mart. 20 jul.
Margarita, viu. 27 ag.
Margarita, virg. y mart. 2 set.
Margarita de Cortona, pen. 23 feb.
Margarita de Inglaterra, virg. S. 3 feb.
María, madre de Juan, llamado Marcos. 29 jun.
María, mart. 23 jul.
María, mart. 1 nov.
María, virg. y mart. 24 nov.
María, mart. 2 dic.
María Ana de Jesus, virg. 17 ab.
María Cleofé, 9 ab.
María de Cervellon (vulgo de Socós), virg. 25 set.
María de la Cabeza. 20 oc.
María de Oignies, S. 23 jun.
María Egipciaca, pen. 2 ab.
María Magdalena, pen. 22 jul.
María Magdalena de Pazzis, virg. 25 may.
María Salomé. 22 oc.
Mariano, diac. y mart. 17 en.
Mariano, mart. 30 ab.
Mariano, erm. y conf. 19 ag.
Mariano, mart. 17 oc.
Mariano, mart. 1 dic.
Marin, diac. y conf. 4 set.
Marina, virg. 18 jun.
Marina, virg. y mart. 18 jul.
Marina, mart. 27 nov.
Marino, mart. 25 en.
Marino, sold. y mart. 3 mar.
Marino, mart. 3 jul.
Marino, mart. 10 jul.
Marino, mart. 8 ag.
Marino, diac. y conf. 4 set.
Marino, mart. 26 dic.
Mario, mart. 19 en.
Marnan, ob. y conf. S. 2 mar.
Marodes, ob. y conf. 3 dic.
Marolo, ob. y conf. 23 ab.
Maron, ab. y conf. S. 14 feb.
Maron, mart. 15 ab.
Marotas, mart. 27 mar.
Marta, mart. 19 en.
Marta, virg. y mart. 23 feb.
Marta, virg. 29 jul.
Marta, virg. y mart. 20 oc.
Martin, ob. y conf. 21 jun.
Martin, ob. y conf. 1 jul.
Martin, ob. y mart. 19 jul.
Martin, ab. y conf. 24 oc.
Martin, ob. y conf. 11 nov.
Martin, papa y mart. 12 nov.
Martin, ab. y conf. 7 dic.
Martina, virg. y mart. 30 en.
Martina, mart. 2 dic.
Martiniano, ob. y mart. 2 en.
Martiniano, erm. y conf. 11 feb.
Martiniano, mart. 2 jul.
Martiniano, mart. 16 oc.
Mártires africanos (Los sesenta santos). 30 ag.
Mártires coronados (Los santos). 8 nov.
Mártires de Africa (Las santas vírgenes). 16 dic.
Mártires de Africa (Los santos). 6 en.
Mártires de Africa (Los santos). 5 ab.
Mártires de Alejandría (Los santos). 28 en.
Mártires de Alejandría (Los santos). 28 feb.
Mártires de Alejandría (Los santos). 17 mar.
Mártires de Alejandría (Los santos). 21 mar.
Mártires de Alejandría (Los santos). 13 may.
Mártires de Alejandría (Los santos). 10 ag.
Mártires de Antioquía (Las cuarenta santas vírgenes). 24 dic.
Mártires de Antioquía (Los diez santos). 6 nov.
Mártires de Antioquía (Los santos). 11 mar.
Mártires de Arabia (Los santos). 22 feb.
Mártires de Calcedonia (Los cuarenta y nueve santos). 24 set.
Mártires de Camerino (Los mil quinientos veinte y cinco santos). 29 may.
Mártires de Campaña (Los ochenta santos). 2 mar.
Mártires de Capadocia y Mesopotamia (Los santos). 23 may.
Mártires de Constantinopla (Los santos). 30 mar.

Mártires de Creta (Los diez santos). 23 dic.
Mártires de Edesa (Las santas). 14 nov.
Mártires de Habiad ó Habiabena en Persia (Los doscientos y veinte santos). 6 ab.
Mártires de la China (Los santos). S. 5 feb.
Mártires de la India (Los santos). 3 ag.
Mártires de la legion tebana (Los trescientos santos). 15 oc.
Mártires de la Tebaida (Los santos). 5 en.
Mártires de la Tebaida (Los santos). 28 jul.
Mártires de Leon (Los doscientos santos monges). 6 ag.
Mártires de Lesbos (Las cinco santas vírgenes). 5 ab.
Mártires de Nicomedia (Los diez mil santos). 18 mar.
Mártires de Nicomedia (Los innumerables santos). 25 dic.
Mártires de Nicomedia (Los santos). 23 jun.
Mártires de Nicomedia (Los veinte santos). 23 dic.
Mártires de Numidia (Los santos.) 11 feb.
Mártires de Palestina (Los mil cuatrocientos y ochenta santos). 22 jun.
Mártires de Palestina (Los santos monges). 16 may.
Mártires de Palestina (Los santos monges). 28 may.
Mártires de Palestina (Los santos monges y otros comps.) 19 feb.
Mártires de Persia (Los cuarenta y dos santos). 10 mar.
Mártires de Persia (Los santos). 8 feb.
Mártires de Persia (Los santos). 9 ab.
Mártires de Persia (Los santos). 22 ab.
Mártires de Persia (Los trescientos y diez santos). 9 may.
Mártires de Porto (Los cincuenta santos). 8 jul.
Mártires de Raiti (Los santos cuarenta y tres monges). 14 en.
Mártires de Roma (Los ciento sesenta y cinco santos soldados). 10 ag.
Mártires de Roma (Los cuarenta y siete santos). 14 mar.
Mártires de Roma (Los diez santos soldados). 10 feb.
Mártires de Roma (Los doscientos sesenta y dos santos). 25 mar.
Mártires de Roma (Los doscientos sesenta santos). 1 mar.
Mártires de Roma (Los doscientos sesenta y dos). 17 jun.
Mártires de Roma (Los novecientos santos). 4 mar.
Mártires de Roma (Los santos). 2 mar.
Mártires de Roma (Los santos). 10 ab.
Mártires de Roma (Los santos). 24 jun.
Mártires de Roma (Los santos cuarenta soldados). 13 en.
Mártires de Roma (Los santos siete hermanos). 10 jul.
Mártires de Roma (Los treinta santos). 22 dic.
Mártires de Roma (Los treinta santos soldados). 1 en.
Mártires de Roma (Los tres santos soldados). 2 jul.
Mártires de Roma (Los veinte y tres santos). 5 ag.
Mártires de Samosata (Los siete). 9 dic.
Mártires de Sebaste (Los cuarenta santos). 9 mar.
Mártires de Sicilia (Los setenta y nueve santos). 21 feb.
Mártires de Sinaí (Los santos treinta y ocho monges). 14 en.
Mártires de Sinope (Los doscientos santos). 7 ab.
Mártires de Siria (Los cuarenta y dos santos). 6 mar.
Mártires de Sirmio (Los setenta y dos santos). 23 feb.
Mártires de Sirmio (Las siete santas vírgenes). 9 ab.
Mártires de Tarso en Cilicia (Los veinte santos). 6 jun.
Mártires de Tiro (Los santos). 20 feb.
Mártires de Tréveris (Los santos). 6 oc.
Mártires de Utica (Los trescientos santos). 24 ag.
Mártires de Zaragoza (Los innumerables). 3 nov.
Mártires del Abrucio ulterior (Los dos santos monges). 14 mar.
Mártires del Japon (Los veinte y seis). 5 feb.
Mártires del Ponto (Los santos). 5 feb.
Mártires Gorcomienses (Los diez y nueve santos). 9 jul.
Mártires (Los cuarenta y dos monges de Efeso). 12 en.
Mártires (Los santos cartujos de Inglaterra). 2 may.
Mártires (Los santos doce hermanos). 1 set.
Mártires (Los santos monges Abrahamitas). 8 jul.
Mártires (Los santos monges de Córdoba y de Sahagun). 18 ag.
Mártires (Los santos monges del monasterio de Dio). 8 feb.
Mártires (Los santos) que no quisieron entregar los escritos sagrados. 2 en.
Mártires (Los siete ladrones). 29 ab.
Mártires Masilitanos (Los santos). 9 ab.
Martirian. 24 oc.
Martirio, mon. y conf. 23 en.
Martirio, mart. 29 may.
Martirio, mart. 25 oc.
Marutas, ob. y conf. 4 dic.
Máscula, mart. 29 mar.
Másculo, mart. 16 oc.
Mateo, apóstol y evangelista . 21 set.
Materniano, ob. y mart. 2 en.
Materno, ob. y conf. 18 jul.
Materno, ob. y conf. 14 set.
Matías, ob. y conf. 30 en.
Matías, apostol. 24 feb.
Matilde, reina 14 mar.
Matrona, mart. 20 mar.
Matrona, virg. y mart. 18 may.
Maturino, conf. 1 nov.
Maturo, mart. 2 jun.
Maura, mart. 13 feb.
Maura, mart. 3 may.
Maura, virg. S. 21 set.
Maura, virg. y mart. 30 nov.
Maura, mart. 19 dic.
Mauricio, mart. 10 jul.
Mauricio, y la legion de los tebeos, marts. 22 set.
Maurilio, ob. y conf. 13 set.
Maurino, ab. y mart. 10 jun.
Mauro, ab. y conf. 15 en.
Mauro, ob. y conf. 20 en.
Mauro, ab. y conf. 27 en.
Mauro, mart. 29 en.
Mauro, mart. 27 jul.
Mauro, mart. 1 ag.
Mauro, mart. 22 ag.
Mauro, ob. y conf. 8 nov.
Mauro, ob. y conf. 21 nov.
Mauro, mart. 22 nov.
Mauro, mart. 3 dic.
Mauronte, ab. y conf. S. 5 may.
Mávilo, mart. 4 en.
Mavito, ob. y conf. 15 nov.
Maw, conf. S. 17 may.
Maws, conf. 2 set.
Maxelende, virg. y mart. 13 nov.
Maxencia, virg. y mart. S. 20 nov.
Maxencio, presb. y conf. 26 jun.
Maxencio, mart. 12 dic.
Máxima, mart. 26 mar.
Máxima, mart. 8 ab.
Máxima, vírg. 16 may.
Máxima, virg. y mart. 30 jul.
Máxima, mart. 2 set.
Máxima, mart. 1 oc.
Máxima, mart. 16 oc.
Maximiano, mart. 8 en.
Maximiano, ob. y conf. 21 feb.
Maximiano, ob. y conf. 9 jun.
Maximiano, ob. y conf. 3 oc.
Maximiliano, mart. 21 ag.
Maximiliano, ob. y conf. 12 oc.
Maximiliano, ob. y mart. 29 oc.
Maximino, ob. y conf. 29 may.
Maximino, ob. y conf. 8 jun.
Maximino, conf. 15. dic.
Máximo, ob. y conf. 8 en.
Máximo, ob. 15 en.
Máximo, mart. 25 en.
Máximo, mart. 18 feb.
Máximo, mart. 18 feb.
Máximo, mart. 13 ab.
Máximo, mart. 14 ab.
Máximo, mart. 15 ab.
Máximo, mart. 30 ab.
Máximo, ob. y conf. 5 may.
Máximo, mart. 15 may.
Máximo, mart. S. 25 may.
Máximo, ob. y conf. 29 may.
Máximo, ob. y conf. 25 jun.
Máximo, mart. 20 jul.
Maximo, ob. y conf. 2 ag.
Máximo, mon. y mart. 13 ag.
Máximo, mon. y mart. 17 ag.
Máximo, mart. 18 ag.
Máximo, conf. 20 ag.
Máximo, mart. 23 ag.
Máximo, mart. 4 set.
Máximo, mart. 15 set.
Máximo, mart. 25 set.
Máximo, mart. 28 set.
Máximo, diac. y mart. 20 oc.
Máximo, mart. 30 oc.
Máximo, ob. y conf. 18 nov.

Máximo, presb. y mart. 19. nov.
Máximo, mart. 25 nov.
Máximo, ob. y conf. 27 nov.
Máximo, mart. 2 dic.
Máximo, ob. y conf. 27 dic.
Mayolo, ab. y conf. 11 may.
Mayórico, mart. 6 dic.
Mechtilde, virg. y aba. S. 10 ab.
Medardo, ob. y conf. 8 jun.
Medelberta, virg. y aba. 7 set.
Medérico, ab. y conf. 29 ag.
Medin, mart. 3 mar.
Meen, ab. y conf. S. 21 jun.
Meinardo, erm. y mart. 21 en.
Melania, mart. 31 dic.
Melanio, ob. y conf. 6 en.
Melanio, ab. y conf. S. 21 jun.
Melanio, ob. y conf. 22 oc.
Melas, ob. y conf. 16 en.
Melecio, patr. y conf. 12 feb.
Melecio, mart. 24 may.
Melecio, ob. y conf. 21 set.
Melecio, ob. y conf. 4 dic.
Meleusipo, mart. 17 en.
Melitina, mart. 15 set.
Melito, ob. y conf. 24 ab.
Meliton, ob. y conf. S. 1 ab.
Melquiades, papa y mart. 10 dic.
Memio, ob. y conf. 5. ag.
Memnon, mart. 20 ag.
Menalipo, mart. 2 set.
Menandro, mart. 28 ab.
Menandro, mart. 1 ag.
Menas, ob. y conf. 25 ag.
Menas, erm. y conf. 11 nov.
Menas, mart. 10 dic.
Menedemo, mart. 5 set.
Meneleo, ab y conf. 22 jul.
Meneo, mart. 24 jul.
Menigno, mart. 15 mar.
Menna, sold. y mart. 11 nov.
Menodora, virg. y mart. 10 set.
Merced (Nuestra Señora de la). 24 set.
Mercuria, virg. y mart. 12 dic.
Mercurial, ob. y conf. 23 may.
Mercurio, mart. 25 nov.
Mercurio, mart. 10 dic.
Meriadeco, ob. y conf. S. 7 jun.
Mérulo, mon. y conf. 17 en.
Metelo, mart. 24 en.
Metodio, ob y conf. 9 mar.
Metodio, ob y conf. 9 mar.
Metodio, ob. y conf. 14 jun.
Metodio, ob. y mart. 18 set.
Metodio, conf. 22 dic.
Metrano, mart. 31 en.
Metrobio, mart. 24 dic.
Metrodora, virg. y mart. 10 set.
Metrófanes, ob. y conf. 4 jun.
Metroniano, anac. 14 dic.
Meuris, mart. 19 dic.
Mida, virg. y aba. S. 15 en.
Migdonio, mart. 23 dic.
Miguel, ob. y conf. 23 may.
Miguel de los Santos, conf. 5 jul.
Milburga, virg. 23 feb.
Mildreda, virg. y aba. S. 20 feb.
Miles, mart. 10 nov.
Milgetha, virg. S. 17 en.
Millan de la Cogulla, conf. 12 nov.
Minervino, mart. 31 dic.
Minervo, mart. 23 ag.
Miniato, mart. 25 oc.
Miqueas, prof. 15 en.
Miron, ob. y conf. 8 ag.
Miron, presb. y mart. 17 ag.
Miron, conf. 12 set.
Mirope, mart. 13 jul.
Missael, mart. 16 dic.
Misterio (El santísimo), en Cervera. 6 feb.
Mitrio, mart. 13 nov.
Mochua, ab. y conf. S. 1 en.
Mochua de Bella, conf. S. 1 en.
Mocteo, ob. y conf. S. 19 ag.
Modan, ab. y conf. S. 4 feb.
Modesta, mart. 13 mar.
Modesta, virg. 4 nov.
Modesto, mart. 12 en.
Modesto, mart. 12 feb.
Modesto, diac. y mart. 12 feb.
Modesto, mart. 12 feb.
Modesto, ob. y conf. 24 feb.
Modesto, mart. 15 jun.
Modesto, mart. 10 nov.
Modoaldo, ob. y conf. 12 may.
Modomnoc, conf. S. 13 feb.
Modwena, virg. S. 5 jul.
Moisen, anac., ob. y conf. 7 feb.
Moisés, mart. 14 feb.
Moisés, anac. y conf. 28 ag.
Moisés, legis. y prof. 4 set.
Moisés, mart. 25 nov.
Moisetes, mart. 18 dic.
Molingo, ob. y conf. S. 17 jun.
Moloc, ob. y conf. S. 25 jun.
Mommolino, ob. y conf. S. 16 oc.
Monam, mart. S. 1 mar.
Moncaino, ab. y conf. S. 1 en.
Monas, ob. y conf. 12 oc.
Monegundis, solit. 2 jul.
Mónica, vin. 4 may.
Moninna, virg. S. 6 jul.
Monitor, ob. y conf. 10 nov.
Monon, mart. S. 18 oc.
Montano, mart. 24 feb.
Montano, presb. y mart. 26 mar.
Montano, sold. y mart. 17 jun.
Moseo, sold. y mart. 18 en.
Muciano, mart. 3 jul.
Mucio, diac. y mart. 22 ab.
Mucio, presb. y mart. 13 may.
Mummolin, ob. y conf. S. 16 oc.
Mundo, ab. y conf. S. 15 ab.
Muredac, ob y conf. S. 12 ag.
Murita, conf. 13 jul.
Mustiola, mart. 3 jul.

N

Nabor, mart. 12 jun.
Nabor, mart. 10 jul.
Nabor mart. 12 jul.
Nabum, prof. 1 dic.
Nanfanion, mart. 4 jul.
Napoleon, mart. 15 ag.
Narciso, mart. 2 en.
Narciso, mart. 17 set.
Narciso, ob. y mart. 29 oc.
Narciso, ob. y conf. 29 oc.
Narciso, mart. 31 oc.
Narceo, mart. 15 jul.
Narno, ob. y conf. 27 ag.
Narsetes, mart. 27 mar.
Narzal, mart. 17 jul.
Natalia, mart. 27 jul.
Natalia, viu. 1 dic.
Nathalan, ob. y conf. S. 8 en.
Natividad (la) de nuestra Señora. 8 set.
Natividad (la) de nuestro Señor Jesucristo. 25 dic.
Natividad (la) de san Juan Bautista. 24 jun.
Naval, mart. 16 dic.
Nazario, conf. 12 en.
Nazario, mart. 12 jun.
Nazario, mart. 28 jul.
Nazario, conf. 4 ag.
Nehemías, ab. y conf. S. 14 jun.
Nemesiano, conf. 10 set.
Nemesio, mart. 20 feb.
Nemesio, conf. 1 ag.
Nemesio, mart. 31 oc.
Nemesio, mart. 19 dic.
Nemorio, mart. 7 set.
Nennio ó Nennidio, ab. y conf. S. 17 en.
Nenno, ab. y conf. S. 14 jun.
Nennoc ó Nenooe, virg. S. 4 jun.
Neófito, mart. 20 en.
Neomisia, virg. 25 set.
Neon, mart. 24 ab.
Neon, mart. 23 ag.
Neon, mart. 28 set.
Neon, mart. 2 dic.
Neopolo, mart. 2 may.
Neot, anac. y conf. S. 28 oc.
Neoterio, mart. 8 set.
Nereo, mart. 12 may.
Nereo, mart. 16 oc.
Nersas, mart. 20 nov.
Nestavo, mart. 8 set.
Nestor, ob. y mart. 26 feb.
Nestor, ob. y mart. 4 mar.
Nestor, mart. 8 set.
Nestor, mart. 8 oc.
Nicandro, mart. 15 mar.
Nicandro, mart. 17 jun.
Nicandro, mart. 4 nov.
Nicandro, mart. 7 nov.
Nicanor, diac. y mart. 10 en.
Nicanor, mart. 5 jun.
Nicasio, mart. 11 oc.
Nicasio, ob. y mart. 14 dic.
Niceas, ob. y conf. 22 jun.
Niceas, mart. 29 ag.
Nicecio, ob. y conf. 2 ab.
Nicecio, ob. y conf. 5 may.
Nicecio, ob. y conf. 5 dic.
Nicéforo, mart. 9 feb.
Nicéforo, mart. 1 mar.
Nicéforo, patr. y conf. 13 mar.
Nicerata, virg. 27 dic.
Niceta, mart. 24 jul.
Nicetas, mart. 15 set.
Niceto, ob. y conf. 7 en.
Niceto, ob. y conf. 20 mar.
Niceto, ab. y conf. 3 ab.
Nicolás, ob. y conf. S. 9 may.
Nicolás, pereg. y conf. 2 jun.
Nicolás, mart. 13 oc.
Nicolás, ob. y conf. 6 dic.
Nicolás I, papa y conf. 13 nov.
Nicolás, Albergato, ob. y conf. 10 may.
Nicolás de Longobardi, conf. 3 feb.
Nicolas de Tolentino, conf. 10 set.
Nicolas Factor, conf. 5 mar.

Nicomedes, presb. y mart. 15 set.
Nicon, mart. 23 mar.
Nicon, mart. 28 set.
Nicon, mon. y conf. 26 nov.
Nicostrato, mart. 21 may.
Nicostrato, mar. 7 jul.
Nicostrato, mart. 8 nov.
Nieves (Nuestra Señora de las). 5 ag.
Nilanmon, conf. 6 en.
Nilo, ob. y mart. 20 feb.
Nilo, ob. y mart. 19 set.
Nilo, ab. y conf. 26 set.
Nilo, ab. y conf. 12 nov.
Nimia, mart. 12 ag.
Ninfa, mart. 10 nov.
Ninfodora, mart. 13 mar.
Ninfodora, virg. y mart. 10 set.
Niniano, ob. y conf. 16 set.
Nissen, ab. y conf. S. 25 jul.
Nombre de Jesus (El santísimo). 1 en.
Nombre de María (El dulce) 17 set.
Nominanda, mart. 31 dic.
Nono, ob. y conf. 2 dic.
Nonoso, ab. y conf. 2 set.
Norberto, arz. y conf. 6 jun.
Novato, presb. y conf. 20 jun.
Numeriano, ob. y conf. 5 jul.
Numidico, mart. 9 ag.
Nunilo, virg. y mart. 22 oc.

O

O (Nuestra Señora de la). 18 dic.
Obdulia, virg. 5 set.
Océano, mart. 4 set.
Octaviano, arced. y mart. 22 mar.
Octavio, mart. 20 nov.
Odilon, ab. y conf. 1 en.
Odoceo, ob. y conf. S. 2 jul.
Odon, ob. y conf. 7 jul.
Odon, ab. y conf. 18 nov.
Odriano, ob. y conf. S. 8 may.
Odulfo, conf. S. 18 jul.
Oduvaldo, ab. y conf. S. 26 may.
Olavo, rey y mart. 29 jul.
Olavo, rey y mart. S. 29 jul.
Olimpia, mart. 10 nov.
Olimpiada, viu. 17 dic.
Olimpiades, mart. 1 dic.
Olimpias, mart. 15 ab.
Olimpio, ob. y conf. 12 jun.
Olimpio, mart. 26 jul.
Oliva, virg. 3 jun.
Oliva, virg. y mart. 10 jun.
Omer, ob. y conf. S. 20 jun.
Onesimo, ob. y mart. 16 feb.
Onesíforo, mart. 6 set.
Onofre, conf. 12 jun.
Opportuna, virg. y aba. S. 22 ab.
Optaciano, ob. y conf. 14 jul.
Optato, mart. 16 ab.
Optato, ob. y conf. 4 jun.
Optato, ob. y conf. 31 ag.
Orencio, mart. 1 may.
Orencio mart. 24 jun.
Orestes, mart. 9 nov.
Orestes, mart. 13 dic.
Orículo, mart. 18 nov.
Oroncio, mart. 22 en.
Oroncio, mart. 30 en.
Oroncio, ob. y conf. 1 may.
Ortolano, ob. y conf. 28 nov.
Oseas, prof. 4 jul.
Osita, virg. y mart. 7 oc.
Osmana, virg. 9 set.
Osmundo, ob. y conf. 4 dic.
Ostiano, presb. y conf. 30 jun.
Oswaldo, ob. y conf. S. 28 feb.
Oswaldo, rey y mart. 5 ag.
Oswino, rey y mart. S. 20 ag.
Otilia, virg. y aba. 13 dic.
Otmaro, ab. y conf. 16 nov.
Oton, mart. 16 en.
Oton, ob. y conf. 2 jul.

P

Pablito, mart. 13 nov.
Pablo, primer ermitaño y conf. 15 en.
Pablo, mart. S. 18 en.
Pablo, mart. 19 en.
Pablo, ob. y conf. 1 feb.
Pablo, mart. 8 feb.
Pablo, ob. y conf. 8 feb.
Pablo, mart. 2 mar.
Pablo, ob. y conf. 7 mar.
Pablo, mart. 10 mar.
Pablo, ob. y conf. S. 12 mar.
Pablo, mart. 17 mar.
Pablo, mrat. 20 mar.
Pablo, ob. y conf. 22 mar.
Pablo, mon. y mart. 17 ab.
Pablo, mart. 15 may.
Pablo, mart. 17 may.
Pablo, mart. 28 may.
Pablo, mart. 1 jun.
Pablo, mart. 1 jun.
Pablo, mart. 3 jun.
Pablo, ob. y mar. 7 jun.
Pablo, mart. 20 jun.
Pablo, apóstol. 30 jun.
Pablo, mart. 3 jul.
Pablo, diac. y mart. 20 jul.
Pablo, mart. 25 jul.
Pablo, mart. 17 ag.
Pablo, mart. 29 ag.
Pablo, mart. 25 set.
Pablo, mart. 3 oc.
Pablo, I papa y conf. 28 jun.
Pablo, de Latro, erm. y conf. 20 dic.
Pablo, el Simple, anac. y conf. 7 mar.
Paciano, ob. y conf. 9 mar.
Paciente, ob. y conf. 8 en.
Paciente, ob. y conf. 11 set.
Paciencia, mart. 1 may.
Pacomio, ab. y conf. 14 may.
Pacomio, mart. 26 nov.
Pafnucio, mart. 19 ab
Pafnucio, ob. y conf. 11 set.
Pafnucio, mart. 24 set.
Palaciata, virg. y mart. 8 oc.
Paladia, mart. 24 may.
Paladio, ob. y conf. 6 jul.
Palatino, mart. 5 mar.
Palatino, mart. 30 may.
Palemon, ab. y conf. 11 en.
Palmacio, cóns. y mart. 10 may.
Palmacio, mart. 5 oc.
Pamaquio, conf. 30 ag.
Pambo, ab. y conf. 6 set.
Pancario, mart. 19 mar.
Pancracio, ob. y mart. 3 ab.
Pancracio, mart. 12 may.
Pánfilo, ob. y conf. 28 ab.
Pánfilo, presb. y mart. 1 jun.
Pánfilo, ob. y conf. 7 set.
Pánfilo, mart. 25 set.
Pantágapes, mart. 2 set.
Pantagato, ob. y conf. 17 ab.
Pantalemon, mart. 27 jul.
Pantaleon, mart. 27 jul.
Panteno, conf. 7 jul.
Papas, mart. 16 mar.
Papias, mart. 29 en.
Papias, ob. y conf. 22 feb.
Papias, mart. 26 feb.
Papias, mart. 28 jun.
Papias, mart. 2 nov.
Papilo, diac. y mart. 13 ab.
Papiniano, ob. y mart. 28 nov.
Papio, mart. 28 jun.
Papio, mart. 7 jul.
Paramon, mart. 29 nov.
Parasceves, mart. 20 mar.
Paregorio, mart. S. 18 feb.
Páris, ob. y conf. 5 ag.
Parisio, conf. 11 jun.
Parmenas, diac. y mart. 23 en.
Parmenio, presb. y mart. 22 ab.
Partenio, mart. 19 may.
Pascasio, ob. y conf. 22 feb.
Pascasio, diac. y mart. 31 may.
Pascasio, mart. 13 nov.
Pascasio Radberto, ab. y conf. S. 26 ab.
Pascual, papa y conf. 14 may.
Pascual Bailon, conf. 17 may.
Pasicrates, mart. 25 may.
Pastor, mart. 29 mar.
Pastor, ob. y conf. 30 mar.
Pastor, presb. y conf. 26 jul.
Pastor, mart. 6 ag.
Patapio, conf. 8 dic.
Paterio, ob. y conf. 21 feb.
Patermucio, mart. 9 jul.
Paterniano, ob. y conf. 12 jul.
Paterno, ob. y conf. 16 ab.
Paterno, mart. 21 ag.
Paterno, ob. y mart. 23 set.
Paterno, mart. 12 nov.
Patricia, mart. 13 mar.
Patricia, virg. 25 ag.
Patricio, ob. y conf. 17 mar.
Patricio, ob. y mart. 28 ab.
Patricio, ab. y conf. 24 ag.
Patrobas, ob. y conf. 4 nov.
Patrocinio (El) de nuestra Señora. 14 nov.
Patroclo, mart. 21 en.
Paula, viu. y aba. 26 en
Paula, virg. y mart. 3 jun.
Paula, virg. y mart. 18 jun.
Paula, mart. 20 jul.
Paula, virg. y mart. 10 ag.
Paulilio, mart. 19 dic.
Paulina, mart. 6 jun.
Paulina, mart. 2 dic.
Paulina, mart. 31 dic.
Paulino, patr. y conf. S. 28 en.
Paulino, ob. y conf. 29 ab.
Paulino, diac. y mart. 4 may.
Paulino, mart. 26 may.
Paulino, ob. y conf. 22 jun.
Paulino, ob. y mart. 12 jul.
Paulino, ob. y mart. 31 ag.
Paulino, ob. y conf. 10 oc.
Paulo, mart. 26 jun.
Paulo, mart. 19 dic.
Paulo, mart. 21 dic.

Paulo I, papa y conf. 28 jun.
Pausides, mart. 24 mar.
Pausilipo, mart. 15 ab.
Pavino, conf. 15 nov.
Pedro, mart. 3 en.
Pedro, ab. y conf. S. 6 en.
Pedro, ob. y conf. 9 en.
Pedro, 11 en.
Pedro, card. y conf. 8 feb.
Pedro, conf. 11 mar.
Pedro, mart. 12 mar.
Pedro, mart. 14 mar.
Pedro, mart. 26 mar.
Pedro, diac. y mart. 17 ab.
Pedro, ob. y mart. 26 ab.
Pedro, mart. 29 ab.
Pedro, mon. y mart. 30 ab.
Pedro, ob. y conf. 7 may.
Pedro, arz. y conf. 8 may.
Pedro, mart. 13 may.
Pedro, mart. 2 jun.
Pedro, mon. y mart. 7 jun.
Pedro, príncipe de los apóstoles. 29 jun.
Pedro, mart. 1 ag.
Pedro, ob. y conf. 2 ag.
Pedro, ob. y conf. 3 ag.
Pedro, mart. 7 ag.
Pedro, mart. 27 ag.
Pedro, conf. 30 ag.
Pedro, mart. 9 set.
Pedro, ob. y conf. 10 set.
Pedro, mart. 23 set.
Pedro, mart. 3 oc.
Pedro, ob. y mart. 4 oc.
Pedro, mart. 8 oc.
Pedro, mart. 25 oc.
Pedro, mon. y mart. 28 nov.
Pedro Ad-vincula. 1 ag.
Pedro Alejandrino, ob. y mart. 26 nov.
Pedro Armengol, mart. 27 ab.
Pedro Celestino, papa y conf. 19 may.
Pedro Crisólogo, arz. y conf. 2 dic.
Pedro Damian, card. y conf. 23 feb.
Pedro de Alcántara, conf. y fund. 19 oc.
Pedro de Arbués, mart. 17 set.
Pedro de Luxemburgo, card. y conf. S. 5 jul.
Pedro de Pisa, conf. y fund. S. 1 jun.
Pedro Forerio, conf. 7 jul.
Pedro Mavimeno, mart. 21 feb.
Pedro Nolasco, patr. y fund. 31 en.
Pedro Pascual, ob. y mart. 6 dic.
Pedro Regalado, conf. 13 may.
Pedro Tomás, ob. y conf. 17 feb.
Pedro Urseolo, mon. y conf. 10 en.
Pega, virg. S. 8 en.
Pegasio mart. 2 nov.
Pelagia pen. 8 oc.
Pelaya, mart. 23 mar.
Pelaya, virg. y mart. 4 may.
Pelaya, mart. 11 jul.
Pelaya, mart. 19 oc.
Pelayo, ob. y conf. 25 mar.
Pelayo, mart. 26 jun.
Pelayo, mart. 28 ag.
Pelegrin, conf. 30 ab.
Pelegrin, mart. 5 may.
Pelegrin, ob. y mart. 16 may.
Pelegrin, presb. y conf. 28 jul.
Pelegrin, mart. 25 ag.
Peleo, ob. y mart. 20 feb.
Peleo, ob. y mart. 19 set.
Peleusio, presb. y mart. 7 ab.
Pelino, ob. y mart. 5 dic.
Pemon, anac. y conf. 27 ag.
Peregrino, ob. y mart. 16 may.
Peregrino, ob. y mart. 13 jun.
Peregrino, mart. 17 jun.
Peregrino, mart. 7 jul.
Peregrino, erm. y conf. S. 1 ag.
Perfecto, presb. y mart. 18 ab.
Pergentino, mart. 8 jun.
Perpetua, mart. 7 mar.
Perpetua, matr. 4 ag.
Perpetuo, ob. y conf. 8 ab.
Pesebre (Nuestra Señora del). 5 ag.
Petroco, ab. y conf. S. 4 jun.
Petronila, virg. 31 may.
Petronio, ob. y conf. 6 set.
Petronio, ob. y conf. 4 oc.
Pia, mart. 19 en.
Piaton, mart. 1 oc.
Piencia, mart. 11 oc.
Pierio, presb. y conf. 4 nov.
Pilar (Nuestra Señora del). 12 oc.
Pimenio, presb. y mart. 24 mar.
Pinito, ob. y conf. 10 oc.
Pio I, papa y mart. 11 jul.
Pio V, papa y conf. 7 may.
Pionio, presb. y mart. 1 feb.
Piperion, mart. 11 mar.
Pipino de Landen, conf. S. 21 feb.
Pirmin, ob. y conf. 3 nov.
Placidia, virg. 11 oc.
Plácido, mart. 5 oc.
Plácido, mart. 11 oc.
Platon, ab. y conf. 4 ab.
Platon, mart. 22 jul.
Platónides, mart. 6 ab.
Plautila, matr. 20 may.
Plauto, mart. 29 set.
Plechelmo, ob. y conf. S. 15 jul.
Plutarco, mart. 28 jun.
Podio, ob. y conf. 28 may.
Poliano, conf. 10 set.
Policarpo, ob. y mart. 26 en.
Policarpo, presb. y conf. 23 feb.
Policarpo, mart. 7 dic.
Policronio, mon. y conf. 17 feb.
Policronio, presb. y mart. 6 dic.
Polieno, mart. 28 ab.
Polieno, mart. 18 ag.
Polieuto, mart. 13 feb.
Polieuto, mart. 21 may.
Polio, mart. 21 may.
Polion, mart. 28 ab.
Polixena, 23 set.
Pompeyo, mart. 7 jul.
Pompeyo, ob. y mart. 14 dic.
Pomponio, ob. y conf. 14 may.
Pomposa, virg. y mart. 19 set.
Ponciano, mart. 19 en.
Ponciano, mart. 25 ag.
Ponciano, papa y mart. 19 nov.
Ponciano, mart. 2 dic.
Ponciano, mart. 11 dic.
Ponciano, mart. 31 dic.
Poncio, diac. 8 mar.
Poncio, mart. 14 may.
Pontamion, ob. y mart. 18 may.
Pontico, mart. 2 jun.
Popon, ab. y conf. 25 en.
Pópulo, mart. 3 nov.
Porcario, ab. y mart. 12 ag.
Porciano, ab. y conf. 24 nov.
Porfirio, mart. 16 feb.
Porfirio, ob. y conf. 26 feb.
Porfirio, presb. y mart. 4 may.
Porfirio, 20 ag.
Porfirio, mart. 15 set.
Porfirio, mart. 4 nov.
Posidio, ob. y conf. 16 may.
Potamia, mart. 5 dic.
Potamiana, mart. 30 jun.
Potamiena, mart. 28 jun.
Potamio, mart. 20 feb.
Potenciana virg. 19 may.
Potenciano, mart. 31 dic.
Potito, mart. 13 en.
Prammacio, ob. y conf. 22 nov.
Praxedes, virg. 21 jul.
Prepedina, mart. 18 feb.
Presentacion (La) de Jesus en el templo. 2 feb.
Presentacion (La) de Nuestra Señora en el templo. 21 nov.
Presidio, ob. y mart. 6 set.
Pretextato, ob. y conf. 24 feb.
Pretextato, mart. 11 dic.
Príamo, mart. 28 may.
Primian, mart. 29 dic.
Primitiva, mart. 24 feb.
Primitiva, virg. y mart. 23 jul.
Primitivo, mart. 16 ab.
Primitivo, mart. 10 jun.
Primitivo, mart. 27 nov.
Primo, mart. 3 en.
Primo, mart. 9 feb.
Primo, mart. 9 jun.
Primo, mart. 2 oc.
Principio, ob. y conf. 25 set.
Prior, erm. y conf. S. 17 jun.
Prisca, 16 en.
Prisca, virg. y mart. 18 en.
Prisciano, mart. 12 oc.
Prisciano, mart. 14 oc.
Priseila, 16 en.
Prisciliano, lev. y mart. 4 en.
Prisco, presb. y mart. 4 en.
Prisco, mart. 28 mar.
Prisco, mart. 26 may.
Prisco, mart. 1 set.
Prisco, ob. y conf. 1 set.
Prisco, mart. 20 set.
Prisco, mart. 1 oc.
Privado, ob. y mart. 21 ag.
Privado, mart. 20 set.
Privado, mart. 28 set.
Probo, ob. y conf. 12 en.
Probo, ob. y conf. 15 mar.
Probo, mart. 11 oc.
Probo, ob. y conf. 10 nov.
Probo, mart. 13 nov.
Proceso, mart. 2 jul.
Proclo, mart. 12 jul.
Probo, ob. y conf. 24 oc.
Procoro, ob. y mart. 9 ab.
Procopio, conf. 27 feb.
Procopio, mart. 8 jul.
Próculo, mart. 14 feb.
Próculo, ob. y mart. 14 ab.
Próculo mart. 1 jun.
Próculo mart. 18 ag.
Próculo, diac. y mart. 19 set.
Próculo, mart. 4 nov.
Próculo, ob. y mart. 1 dic.

Próculo, ob. y conf. 9 dic.
Prosdocimo, ob. y conf. 7 nov.
Próspero, ob. y conf. 29 jul.
Próspero Aquitano, ob. y conf. 15 jun.
Protasio, mart. 19 jun.
Protasio mart. 4 ag.
Protasio, ob. y conf. 24 nov.
Proterio, patr. y mart. S. 28 feb.
Proto, mart. 11 set.
Proto, mart. 25 oc.
Protógenes, ob. y conf. 6 may.
Protólico, mart. 14 feb.
Proyecto, 24 en.
Proyecto, mart. 25 en.
Prudencio, ob. y conf. S. 6 ab.
Prudencio, ob. y conf. 28 ab.
Publia, aba. 9 oc.
Publio, ob. y mart. 21 en.
Publio, ab. y conf. S. 25 en.
Publio, mart. 19 feb.
Publio, mart. 16 ab.
Publio, mart. 2 nov.
Pudenciana, virg. 19 may.
Pudente, conf. 19 may.
Pulqueria, empz. 10 set.
Pulquerio, ab. y conf. S. 13 mar.
Púpulo, mart. 28 feb.
Purificacion (La) de nuestra Señora. 2 feb.

Q

Querano, ab. y conf. 9 set.
Queremon, mart. 4 oc.
Queremon, ob. y mart. 22 dic.
Quinciano, mart. 1 ab.
Quinciano, mart. 23 may.
Quinciano, ob. y conf. 14 jun.
Quinciano, ob. y conf. 13 nov.
Quinciano, mart. 31 dic.
Quinidio, ob. y conf. 15 feb.
Quintila, mart. 19 mar.
Quintiliano, mart. 13 ab.
Quintiliano, mart. 16 ab.
Quintin, ob. y mart. 8 mar.
Quintino, mart. 31 oc.
Quinto, mart. 4 en.
Quinto, mart. 19 mar.
Quinto, mart. 10 may.
Quinto, mart. 5 set.
Quinto, mart. 29 oc.
Quinto, mart. 18 dic.
Quionia, virg. y mart. 3 ab.
Quiriaco, mart. 12 ag.
Quiriaco, mart. 23 ag.
Quiriaco, anac. y conf. 29 set.
Quírico, mart. 16 jun.
Quirino, mart. 25 mar.
Quirino, trib. y mart. 30 mar.
Quirino, ob. y mart. 4 jun.
Quirino, mart. 4 jun.
Quirino, mart. 11 oc.
Quiteria, virg. y mart. 22 may.
Quodvultdeo, ob. y conf. 26 oc.

R

Radegunda, reina. 13 ag.
Rafael, arcángel. 24 oc.
Raida, mart. 28 jun.
Raimundo, conf. y fund. 15 mar.
Raimundo de Peñafort, conf. 7 en.
Rainerio, ob. 30 dic.
Ralf ó Ralfo, arz. y conf. S. 21 jun.
Ramon Nonato, conf. 31 ag.
Randuto ó Randoaldo, mart. S. 21 feb.
Ranulfo, mart. 27 may.
Rasifo, mart. 23 jul.
Reatrio, mart. 27 en.
Redempta, virg. 23 jul.
Redeuto, ob. y conf. 8 ab.
Régulo, ob. y conf. 30 mar.
Regulo, ob. y mart. 1 set.
Reina, virg. y mart. 7 set.
Reinalda, virg. y mart. 16 jul.
Reinerio, conf. 17 jun.
Remaclo, ob. y conf. 3 set.
Remberto, ob. y conf. 4 feb.
Remedio, ob. 3 feb.
Remedio (Nuestra Señora del). 12 oc.
Remigio, arz. y conf. 1 oc.
Rene, ob. y conf. 12 nov.
Reparada, virg. y mart. 8 oc.
Respicio, mart. 10 nov.
Restituta, virg. y mart. 17 may.
Restituta, virg. y mart. 27 may.
Restituto, mart. 29 may.
Restituto, mart. 10 jun.
Restituto, mart. 23 ag.
Restituto, ob. y mart. 9 dic.
Reveriano, mart. 1 jun.
Revocada, mart. 6 feb.
Revocato, mart. 9 en.
Ricardo, rey y conf. 7 feb.
Ricardo, ob. y conf. 3 ab.
Ricardo, ob. y conf. 9 jun.
Ricario, presb. y conf. 26 ab.
Rictrudis, aba. S. 12 may.
Rigoberto, arz. y conf. 4 en.
Risima, mart. 29 set.
Rita de Casia, viu. 22 may.
Rixio Varo, mart. 6 jul.
Roberto, ab. y conf. 17 ab.
Roberto, ab. y fund. 29 ab.
Roberto, ab. y conf. 7 jun.
Roberto de Arbrissel, conf. S. 24 feb.
Robustiano mart. 24 may.
Robustiano, mart. 31 ag.
Rodingo, ab. y conf. S. 17 set.
Rodion, mart. 10 nov.
Rodopiano, mart. 3 may.
Rodrigo, presb. y mart. 13 mar.
Rodrigo de Silos, conf. 19 set.
Rogaciano, mart. 24 may.
Rogaciano, mart. 26 oc.
Rogaciano, mart. 28 dic.
Rogado, mon. y mart. 17 ag.
Rogato, mart. 12 en.
Rogato, mart. 8 mar.
Rogato, mart. 8 mar.
Rogato, mart. 28 mar.
Rogato, mart. 10 jun.
Rogato, mart. 1 dic.
Rogelio, mart. 16 set.
Rogelio, mart. 20 set.
Rogerio, ab. y conf. S. 13 feb.
Rogerio, conf. S. 5 mar.
Roman, ab. y conf. 28 feb.
Roman, ab. y conf. 22 may.
Roman, mart. 9 ag.
Roman, ob. y mart. 24 ag.
Roman, ob. y mart. 6 oc.
Roman, ob. y conf. 23 oc.
Roman, mart. 18 nov.
Roman, presb. y conf. 24 nov.
Romana, virg. 23 feb.
Romano, mart. S. 24 jul.
Romárico, ab. y conf. 8 dic.
Romualdo, ab. y conf. 7 feb.
Romualdo, conf. S. 3 nov.
Rómula, virg. 23 jul.
Rómulo, mart. 17 feb.
Rómulo, mart. 24 mar.
Rómulo, mart. 24 mar.
Rómulo, ob. y mart. 6 jul.
Rómulo, mart. 5 set.
Roque, conf. 16 ag.
Rosa de Santa María, virg. 30 ag.
Rosa, de Viterbo, virg. 4 set.
Rosalía, virg. 4 set.
Roselina, virg. 17 en.
Rosario (Nuestra Señora del). 1 oc.
Rosendo, ob. y conf. 1 mar.
Rósula, mart. 14 set.
Ruahdano, ab. y conf. S. 15 ab.
Rufilo ob. y conf. 18 jul.
Rufina, virg. y mart. 10 jul.
Rufina virg. y márt. 19 jul.
Rufina, mart. 31 ag.
Rufiniano, mart. 9 set.
Rufino mart. 28 feb.
Rufino, anac. y conf. S. 22 ab.
Rufino, mart. 14 jun.
Rufino, mart. 21 jun.
Rufino, mart. S. 24 jun.
Rufino, mart. 30 jul.
Rufino, mart. 11 ag.
Rufino, conf. 19 ag.
Rufino, ob. y conf. 26 ag.
Rufino, mart. 4 set.
Rufino, mart. 9 set.
Rufino, mart. 16 nov.
Rufo, mart. 19 ab.
Rufo, anac. y conf. S. 22 ab.
Rufo, mart. 1 ag.
Rufo, ob. y mart. 27 ag.
Rufo, mart. 27 ag.
Rufo, mart. 25 set.
Rufo, ob. y conf. 7 nov.
Rufo, ob. y conf. 12 nov.
Rufo, conf. 21 nov.
Rufo, mart. 28 nov.
Rufo, mart. 18 dic.
Rumoldo, ob. y mart. 1 jun.
Rumwaldo, conf. S. 3 nov.
Rumon, ob. y conf. S. 4 en.
Ruperto, ob. y conf. 27 mar.
Rústica, mart. 31 dic.
Rústico, mart. 9 ag.
Rústico, subdiac. y mart. 17 ag.
Rústico, ob. y conf. 24 set.
Rústico, mart. 9 oc.
Rústico, ob. y conf. 14 oc.
Rústico, ob. y conf. 26 oc.
Rutilio, mart. 2 ag.
Rutilo, mart. 4 jun.
Rutoldo, ob. y conf. 29 nov.
Rútulo, mart. 18 feb.

S

Sabas, mart. 12 ab.
Sabas, mart. 24 ab.
Sabas, ab. y conf. 5 dic.
Sabacio, mart. 19 set.
Sabel, mart. 17 jun.
Sabina, mart. 30 en.
Sabina, mart. 29 ag.
Sabina, mart. 27 oc.

Sabiniano, mart. 29 en.
Sabiniano, mart. 25 set.
Sabiniano, ob. y mart. 31 dic.
Sabino, mart. 25 en.
Sabino, ob. y conf. 9 feb.
Sabino, mart. 13 mar.
Sabino, mart. 11 jul.
Sabino, conf. 11 jul.
Sabino, mart. 20 jul.
Sabino, ob. y conf. 11 dic.
Sabino, ob. y mart. 30 dic.
Sacerdote, ob. y conf. 4 may.
Sacerdote, ob. y conf. 5 may.
Sacerdote, ob. y conf. 12 set.
Sadot, ob. y mart. 20 feb.
Saes, ab. y conf. 14 nov.
Sagares, ob. y mart. 6 oc.
Salaberga, aba. 22 set.
Salmodio, anac. y conf. S. 8 mar.
Salmodio, erm. y conf. S. 14 jun.
Salustiano, conf. 8 jun.
Salutario, conf. 13 jul.
Salomon, mart. 13 mar.
Salomon, ob. y conf. 28 set.
Salvador de Horta, conf. 18 mar.
Salvino, ob. y conf. 12 oc.
Salvio, mart. 11 en.
Salvio, ob. 11 en.
Salvio, ob. y mart. 26 jun.
Salvio, ob. y conf. 10 set.
Samona, mart. 15 nov.
Samtana, virg. y aba. 19 dic.
Samuel, mart. 16 feb.
Samuel, prof. 20 ag.
Samuel, mart. 13 oc.
Sancho, mart. 5 jun.
Sándalo, mart. 3 set.
Sanson, presb. y conf. 27 jun.
Sanson, ob. y conf. 28 jul.
Santiago, erm. y conf. 28 en.
Santiago, ob. y conf. 15 jul.
Santiago, erm. y conf. 6 ag.
Santiago, mart. 1 nov.
Santiago, conf. 28 nov.
Santiago el mayor, apóstol. 25 jul.
Santiago el menor, apóstol. 1 may.
Santiago Interciso, mart. 27 nov.
Santino, ob. y conf. 22 set.
Sapor, mart. 30 nov.
Sarbelio, mart. 29 en.
Sármatas, mon. y mart. 11 oc.
Sátiro, mart. 12 en.
Sátiro, conf. 17 set.
Saturio, conf. 2 oc.
Saturnina, virg. y mart. 4 jun.
Saturnino, mart. 19 en.
Saturnino, mart. 31 en.
Saturnino, mart. 6 feb.
Saturnino, presb. y mart. 11 feb.
Saturnino, mart. 15 feb.
Saturnino, mart. 21 feb.
Saturnino, mart. 22 mar.
Saturnino, ob. y conf. 7 ab.
Saturnino, mart. 16 ab.
Saturnino, mart. 16 ab.
Saturnino, mart. 16 ab.
Saturnino, mart. 16 ab.
Saturnino, mart. 2 may.
Saturnino, mart. 7 jul.
Saturnino, mart. 15 ag.
Saturnino, mart. 22 ag.
Saturnino, mart. 6 oc.
Saturnino, mart. 14 oc.
Saturnino, mart. 16 oc.
Saturnino, mart. 16 oc.
Saturnino, mart. 30 oc.
Saturnino, mart. 27 nov.
Saturnino, mart. 29 nov.
Saturnino, ob. y mart. 29 nov.
Saturnino, mart. 15 dic.
Saturnino, mart. 29 dic.
Saturo, mart. 29 mar.
Saturo, mart. 16 oc.
Saula, virg. y mart. 20 oc.
Saumay, anac. y conf. S. 8 mar.
Sebastian, mart. 8 feb.
Sebastian, mart. 20 mar.
Sebastian, mart. 4 jul.
Sebastian de Aparicio, conf. 25 feb.
Sebastiana, mart. 16 set.
Sebbó, rey y conf. 29 ag.
Secuano, presb. y conf. 19 set.
Secunda, virg. y mart. 10 jul.
Secundiano, mart. 17 feb.
Secundiano, mart. 9 ag.
Secundila, mart. 2 mar.
Secundina, virg. y mart. 15 en.
Secundino, mart. 18 feb.
Secundino, mart. 21 feb.
Secundino, ob. y mart. 29 ab.
Secundino, mart. 21 may.
Secundino, ob. y mart. 1 jul.
Secundino, conf. 1 set.
Secundino, mart. 2 oc.
Secundino, ob. y conf. S. 27 nov.
Secundo, mart. 19 dic.
Secundo, mart. 19 dic.
Secundo, mart. 29 dic.
Sedofa, mart. 5 jul.
Segismundo, rey, 1 may.
Segunda, mart. 17 jul.
Segunda, virg. y mart. 30 jul.
Segundo, mart. 9 en.
Segundo, mart. 24 mar.
Segundo, mart. 29 mar.
Segundo, ob. y conf. 2 may.
Segundo, presb. y mart. 21 may.
Segundo, mart. 1 jun.
Segundo, mart. 31 jul.
Segundo, mart. 7 ag.
Segundo, mart. 26 ag.
Segundo, mart. 15 nov.
Seguro, mart. 2 dic.
Selecio, mart. 12 set.
Seleuco, mart. 16 feb.
Seleuco, conf. 24 mar.
Semproniana, virg. y mart. 27 jul.
Senador, ob. y conf. 28 may.
Senador, mart. 26 set.
Senan, ob. y conf. S. 8 mar.
Senen, mart. 30 jul.
Séptimo, mon. y mart. 17 ag.
Séptimo, lec. y mart. 24 oc.
Serafin de Monte Granaro, conf. 12 oc.
Serafina, virg. 29 jul.
Serapia, virg. y mart. 3 set.
Serapio, mart. 14 nov.
Serapio, mart. 14 nov.
Serapion, mart. 28 feb.
Serapion, ob. y conf. 21 mar.
Serapion, ab. y conf. S. 21 mar.
Serapion, lec. y mart. 26 mar.
Serapion, mart. 13 jul.
Serapion, mart. 18 ag.
Serapion, mart. 27 ag.
Serapion, mart. 12 set.
Serapion, ob. y conf. 30 oc.
Serapion IX, patr. y mart. 2 en.
Serapion el Sindonita, conf. S. 21 mar.
Serena, empz. 16 ag.
Sereno, mart. 23 feb.
Sereno, mart. 28 jun.
Sereno, mart. 28 jun.
Serf, ob. y conf. S. 20 ab.
Sergio, mon. y mart. 24 feb.
Sergio, mart. 27 jul.
Sergio, papa y conf. 9 set.
Sergio, mart. 7 oc.
Serotina, mart. 31 dic.
Servasio, ob. y conf. 13 may.
Servando, mart. 23 oc.
Servano, ob. y conf. 20 ab.
Serviliano, mart. 20 ab.
Servilio, mart. 24 may.
Servodeo, mart. 13 en.
Servodeo, mart. 16 set.
Servodeo, mart. 20 set.
Sérvulo, mart. 21 feb.
Sérvulo, pobre y paralítico, conf. 23 dic.
Severa, virg. 20 jul.
Severiano, mart. 23 en.
Severiano, ob. y mart. 21 feb.
Severiano, mart. 20 ab.
Severiano, mart. 9 set.
Severino, ob. y mart. 8 en.
Severino, ab. y conf. 8 en.
Severino, ab. y conf. 11 feb.
Severino, ob. y conf. 8 jun.
Severino, mart. 6 jul.
Severino, mart. 7 ag.
Severino, ob. y conf. 23 oc.
Severino, ob. y conf. S. 23 oc.
Severino, mon. y conf. 1 nov.
Severino, mart. 19 nov.
Severino, conf. 27 nov.
Severino, ob. y conf. 21 dic.
Severo, 11 en.
Severo, ob. y conf. 1 feb.
Severo, presb. y conf. 15 feb.
Severo, ob. y conf. S. 28 feb.
Severo, ob. y conf. 30 ab.
Severo, presb. y conf. 8 ag.
Severo, subdiac. y mart. 17 ag.
Severo, mart. 20 ag.
Severo, presb. y conf. 1 oc.
Severo, ob. y conf. 15 oc.
Severo, mart. 22 oc.
Severo, ob. y mart. 6 nov.
Severo, mart. 2 dic.
Severo, mart. 30 dic.
Sexburga, aba. S. 6 jul.
Sexto, mart. 31 dic.
Siagrio, ob. y conf. 27 ag.
Sico, mart. 30 may.
Sidonio Apolinar, ob. y conf. 23 ag.
Sidronio, mart. 11 jul.
Sidronio, mart. 8 set.
Siervo, mart. 7 dic.
Siervos de María (los siete) funds. 11 feb.
Sigeberto, rey y conf. S. 1 feb.
Sigefredo ó Sigfredo, ob. y conf. S. 15 feb.
Sigrano, ab. y conf. 4 dic.
Silano, ob y conf. S. 17 may.
Silas, conf. 13 jul.
Silave, ob. y conf. S. 17 may.
Silvano, ob. y mart. 6 feb.

Silvano, mart. 18 feb.
Silvano, ob. y mart. 20 feb.
Silvano, mart. 8 mar.
Silvano, ob. y mart. 4 may.
Silvano, mart. 5 may.
Silvano, mart. 24 may.
Silvano, mart. 10 jul.
Silvano, mart. 4 set.
Silvano, conf. 22 set.
Silvano, mart. 5 nov.
Silvano, ob. y conf. 2 dic.
Silverio, papa y mart. 20 jun.
Silvestre, ob. y conf. 20 nov.
Silvestre, ab. y fund. 26 nov.
Silvestre, papa y conf. 31 dic.
Silvia, matr. 3 nov.
Silviano, ob. y conf. 10 feb.
Silvino, ob. y conf. 17 feb.
Silvino, ob. y conf. 12 set.
Silvino, ob. y conf. 28 set.
Silvio, mart. 21 ab.
Simaco, papa y conf. 21 feb.
Simeon, ob. y mart. 18 feb.
Simeon, ob. y mart. 21 ab.
Simeon, mon. y conf. 1 jun.
Simeon, conf. 1 jul.
Simeon, erm. y conf. 26 jul.
Simeon, conf. 8 oc.
Simeon, mart. 30 nov.
Simeon Metafraste, conf. 27 nov.
Simeon Stilita, llamado el Jóven, pen. y conf. 3 set.
Simeon Stilita ó de la Columna, conf. 5 en.
Similiano, ob. y conf. 16 jun.
Similrio, presb. y mart. 26 may.
Simon, inocente y mart. 24 mar.
Simon, apóstol. 28 oc.
Simon de Rojas, conf. 28 set.
Simon Stock, conf. S. 16 may.
Simpliciano, arz. y conf. 14 ag.
Simpliciano, mart. 31 dic.
Simplicio, papa y conf. 2 mar.
Simplicio, sen. y mart. 10 may.
Simplicio, ob. y mart. 15 may.
Simplicio, ob. y conf. 24 jun.
Simplicio, mart. 29 jul.
Simplicio, mart. 26 ag.
Simplicio, mart. 8 nov.
Simplicio, ob. y conf. 20 nov.
Simplicio, mart. 18 dic.
Sina, mart. 10 nov.
Sinclética, virg. 5 en.
Sindimio, mart. 19 dic.
Sindulfo, conf. 20 oc.
Sindulfo, ob. y conf. 10 dic.
Sinesio, mart. 21 may.
Sinesio, mart. 12 dic.
Sinforiano, mart. 7 jul.
Sinforiano, mart. 22 ag.
Sinforiano, mart. 8 nov.
Sinforosa, mart. 2 jul.
Sinforosa, mart. 18 jul.
Sinfronio, mart. 3 feb.
Sinfronio, mart. 26 jul.
Síntica, 22 jul.
Sira, S. 8 jun.
Siricio, mart. 21 feb.
Siricio, papa y conf. 26 nov.
Siridion IX, patr. y mart. 2 en.
Siro, ob. y conf. 29 jun.
Siro, ob. y conf. 9 dic.
Sisenando, diac. y mart. 16 jul.
Sisinio, mart. 11 may.
Sisinio, mart. 29 may.
Sisinio, mart. 23 nov.
Sisinio, mart. 29 nov.
Sisoes ó Sisoy, anac. y conf. S. 4 jul.
Siviardo, ab. y conf. 1 mar.
Sixto, ob. y mart. 1 set.
Sixto I, papa y mart. 6 ab.
Sixto II, papa y mart. 6 ag.
Sixto III, papa y conf. 28 mar.
Sobelo, mart. 5 ag.
Socio, diac. y mart. 19 set.
Socio, diac. y mart. 23 set.
Sócrates, mart. 19 ab.
Sócrates, mart. 17 set.
Sofía, virg. y mart. 30 ab.
Sofía, mart. 18 set.
Sofía, viu. 30 set.
Sifonías, prof. 3 dic.
Sofronio, ob. y conf. 11 mar.
Sofronio, ob. y conf. 8 dic.
Sol, erm. y conf. 3 dic.
Solenio ob. y conf. 25 set.
Solo, erm. y conf. 3 dic.
Solocon, mart. 17 may.
Solutor, mart. 13 nov.
Solutor, mart. 20 nov.
Sopatra, virg. 9 nov.
Sosipatro, ob. y conf. 25 jun.
Sostenes, mart. 10 set.
Sostenes, mart. 28 nov.
Sosteneo, conf. 3 may.
Sotera, virg. y mart. 10 feb.
Sotero, papa y mart. 22 ab.
Sozonte, mart. 7 set.
Suceso, mart 19 en.
Suceso, mart. 28 mar.
Suceso, mart. 16 ab.
Suitberto, ob. y conf. 1 mar.
Sulpicio, mart. 20 ab.
Sulpicio, el Piadoso, ob. y conf. 17 en.
Sulpicio Severo, ob. y conf. 29 en.
Superio, mart. 26 jun.
Surano, ab. y conf. 24 en.
Surino, ob. y conf. S. 23 oc.
Susana, mart. 24 may.
Susana, virg. y mart. 11 ag.
Susana, virg. y mart. 20 set.
Swituno, conf. 2 jul.

T

Taciana, mart. 12 en.
Taciano, diac. y mart. 16 mar.
Taciano, mart. 12 set.
Tacion, mart. 24 ag.
Talaleo, mèd. y mart. 20 may.
Talasio, conf. S. 22 feb.
Talileo, anac. y conf. S. 27 feb.
Talo, mart. 11 mar.
Tamaro, conf. 1 set.
Tamuel, mart. 4 set.
Tancon, ob. y mart. S. 16 feb.
Taraco, mart. 11 oc.
Tarahata, virg. S. 9 feb.
Tarasio, patr. y conf. 25 feb.
Tarsicio, mart. 30 en.
Tarsicio, acól. y mart. 15 ag.
Tarsilia, virg. 24 dic.
Tata, mart. 25 set.
Tatta, ob. y mart. S. 16 feb.
Taurino, ob. y conf. 11 ag.
Taurion, mart. 7 nov.
Tea, mart. 19 dic.
Tecla, mart. 26 mar.
Tecla, mart. 19 ag.
Tecla, virg. y mart. 3 set.
Tecla, virg. y mart. 23 set.
Tecla, virg. y aba. 15 oc.
Tecusa, virg. y mart. 18 may.
Telémaco, mart. 1 en.
Telesforo, papa y mart. 5 en.
Telmo, conf. 14 ab.
Temístocles, mart. 21 dic.
Teobaldo, erm. y conf. 1 jul.
Teobaldo, ab. y conf. S. 8 jul.
Teoclia, 7 ab.
Teodardo, ob. y mart. 10 set.
Teodato, mart. 4 en.
Teodomiro, mon. y mart. 25 jul.
Teodora, mart. 13 mar.
Teodora, mart. 1 ab.
Teodora, mart. 28 ab.
Teodora, mart. 17 set.
Teodora Alejandrina, pen. 11 set.
Teodorico, presb. y conf. 1 jul.
Teodoro, mon. 7 en.
Teodoro, mart. 7 feb.
Teodoro, mart. 17 mar.
Teodoro, ob. y mart. 26 mar.
Teodoro, presb. y mart. 15 ab.
Teodoro, conf. 20 ab.
Teodoro, ob. y conf. 22 ab.
Teodoro, ob. y conf. 5 may.
Teodoro, ob. y conf. 20 may.
Teodoro, ob. y mart. 4. jul.
Teodoro, mart. 29 jul.
Teodoro, mart. 2 set.
Teodoro, mart. 4 set.
Teodoro, mart. 5 set.
Teodoro, mart. 15. set.
Teodoro, ob. y conf. 19 set.
Teodoro, mart. 20 set.
Teodoro, presb. y mart. 23 oc.
Teodoro, ab. y conf. 29 oc.
Teodoro, ob. y conf. 2 nov.
Teodoro, mart. 9 nov.
Teodoro, mart. 26 nov.
Teodoro, mart. 7 dic.
Teodoro, mart. 14 dic.
Teodoro, mart. 15 dic.
Teodoro, conf. 26 dic.
Teodoro, conf. 27 dic.
Teodoro, ab. 28 dic.
Teodoro Studita, conf. 12 nov.
Teodosia, mart. 20 mar.
Teodosia, mart. 23 mar.
Teodosia, virg. y mart. 2 ab.
Teodosia, matr. y mart. 29 may.
Teodosio, cenob. y conf. 11 en.
Teodosio, mart. 26 mar.
Teodosio, ob. y conf. 17 jul.
Teodosio, mart. 25 oc.
Teodota, mart. 17 jul.
Teodota, mart. 2 ag.
Teodota, mart. S. 29 set.
Teodoto, ob. y conf. 6 may.
Teodoto, tabernero y mart. 18 may.
Teodoto, mart. 5 jul.
Teodoto, mart. 31 ag.
Teodoto, mart. 14 nov.
Teodulfo, ob. y conf. 24 jun.
Teódulo, presb. y mart. 23 mar.
Teódulo, mart. 31 mar.
Teódulo, lec. y mart. 4 ab.
Teódulo, mart. 2 may.

Teódulo, presb. y mart. 4 may.
Teódulo, mart. 18 jun.
Teódulo, mart. 26 jul.
Teódulo, mart. 12 set.
Teódulo el Viejo, mart. 17 feb.
Teófanes, mon. y conf. 12 mar.
Teófanes mart. 4 dic.
Teófanes, conf. 27 dic.
Teófila, virg. y mart. 28 dic.
Teófilo, mart. 8 en.
Teófilo, mart. 6 feb.
Teófilo, mart. 28 feb.
Teófilo, ob. y conf. 5 mar.
Teófilo, ob. y conf. 7 mar.
Teófilo, ob. y conf. 27 ab.
Teófilo, mart. 22 jul.
Teófilo, mart. 23 jul.
Teófilo, mart. 8 set.
Teófilo, mon. y conf. 2 oc.
Teófilo, ob. y conf. 13 oc.
Teófilo, mart. 3 nov.
Teófilo, mart. 20 dic.
Teógenes, mart. 3 en.
Teógenes, ob. y mart. 26 en.
Teogonio, mart. 21 ag.
Teonas, mart. 3 en.
Teonas, mart. 20 ab.
Teonas, ob. y conf. 23 ag.
Teonesto, ob. y mart. 30 oc.
Teonila, mart. 23 ag.
Teopento, mart. 3 en.
Teopompo, mart. 21 may.
Teoprépides, mart. 27 mar.
Teótimo, ob. y conf. 20 ab.
Teótimo, mart. 5 nov.
Teótimo, mart. 18 dic.
Teótimo, mart. 24 dic.
Teotista, virg. 10 nov.
Tercio, mart. 6 dic.
Terenciano, ob. y mart. 1 set.
Terencio, mart. 10 ab.
Terencio, ob. y mart. 21 jun.
Terencio, mart. 27 set.
Teresa de Jesus, virg. y funda. 15 oc.
Ternan, ob. y conf. S. 12 jun.
Tertuliano, ob. y conf. 27 ab.
Tertulino, presb. y mart. 4 ag.
Tespecio, mart. 1 jun.
Tespecio, mart. 20 nov.
Tesalónico, mart. 7 nov.
Teusetas, mart. 13 mar.
Thais, pen. S. 8 oc.
Theau, presb. y conf. S. 7 en.
Theliau, ob. y conf. S. 9 feb.
Thillon, presb. y conf. S. 7 en.
Tibba, virg. S. 6 mar.
Tiberio, mart. 10 nov.
Tiburcio, mart. 14 ab.
Tiburcio, mart. 11 ag.
Tiburcio, mart. 9 set.
Ticiano, ob. y conf. 16 en.
Ticiano, ob. y conf. 3 mar.
Ticon, ob. y conf. 16 jun.
Tigernach, ob. y conf. S. 5 ab.
Tigido, presb. y mart. 12 en.
Tigido, ob. 3 feb.
Tigridia, aba. 22 nov.
Timolao, mart. 24 mar.
Timon, diac. y mart. 19 ab.
Timoteo, ob. y mart. 24 en.
Timoteo, mart. 24 mar.
Timoteo, mart. 6 ab.
Timoteo, mart. 3 may.
Timoteo, mart. 21 may.
Timoteo, mart. 22 may.
Timoteo, ob. y mart. 10 jun.
Timoteo, mart. 19 ag.
Timoteo, mart. 22 ag.
Timoteo, mart. 23 ag.
Timoteo, mart. 8 set.
Timoteo, diac. y mart. 19 dic.
Tiquico, conf. 29 ab.
Tiranio, ob. y mart. 20 feb.
Tirso, 24 en.
Tirso, mart. 28 en.
Tirso, mart. 31 en.
Tirso, diac. y mart. 24 set.
Tito, ob. y conf. 4 en.
Tito, diac. y mart. 16 ag.
Tobías, mart. 2 nov.
Tochumra, virg. S. 11 jun.
Tochumra, S. 11 jun.
Tolomeo, ob. y mart. 24 ag.
Tolomeo, mart. 19 oc.
Tolomeo, mart. 20 dic.
Tomaida, mart. 14 ab.
Tomás, ob. y conf. 2 oc.
Tomás, mon. 18 nov.
Tomás, apóstol. 21 dic.
Tomás Cantuariense, arz. y mart. 29 dic.
Tomás de Aquino, doc. y conf. 7 mar.
Tomás de Villanueva, arz. y conf. 18 set.
Tomás, apóstol. 21 dic.
Torcuato, ob. 15 may.
Toribio, arz. y conf. 23 mar.
Toribio, ob. y conf. 16 ab.
Torpetes, mart. 17 may.
Totuato, mart. 8 jul.
Trahamunda, virg. 14 nov.
Tranquilino, mart. 6 jul.
Traseas, ob. y mart. 5 oc.
Trasfiguracion (La) del Señor. 6 ag.
Traslacion (La) de san Andrés, apóstol, de san Lucas, evangelista, y de san Timoteo, discípulo del apóstol san Pablo. 9 may.
Traslacion (La) de san Cutberto, ob. 4 set.
Traslacion (La) de san Gerónimo, doc. 9 may.
Traslacion (La) de san Gregorio Nacianceno. 11 jun.
Traslacion (La) de san Ignacio, ob. y mart. 17 dic.
Traslacion (La) de san Marcos evangelista, 31 en.
Traslacion (La) de san Nicolás, ob. 9 may.
Traslacion (La) de Santiago, apóstol. 30 dic.
Traslacion (La) de santo Tomás, apóstol. 3 jul.
Traslacion (La) del cuerpo de san Agustin. 28 feb.
Traslacion (La) del cuerpo de san Estéban, protomártir, 7 may.
Traslacion (La) del cuerpo de san Mateo, apóstol. 6 may.
Traslacion (La) del cuerpo de santa Mónica. 9 ab.
Trason, mart. 11 dic.
Trasverberacion (La) del corazon de santa Teresa de Jesus. 27 ag.
Tresano, presb. y conf. S. 7 feb.
Trifena, mart. 31 en.
Trifena, 10 nov.
Trifilo, ob. y conf. 13 jun.
Trifina, mart. 5 jul.
Trifon, mart. 4 en.
Trifon, mart. 3 jul.
Trifon, mart. 10 nov.
Trifonia, empz. 18 oc.
Trifosa, 10 nov.
Trípodes, mart. 10 jun.
Triunfo (El) de la cruz. 16 jul.
Troadio, mart. 28 dic.
Trófimo, mart. 11 mar.
Trófimo, mart. 18 mar.
Trófimo, mart. 23 jul.
Trófimo, mart. 19 set.
Trófimo, conf. 29 dic.
Troyano, ob. y conf. 30 nov.
Trudon, ob. y conf. 23 nov.
Tugal, ob. y conf. 30 nov.
Turiano, ob. y conf. 13 jul.
Turnino, mon. y conf. S. 17 jul.

U

Ubaldo, ob. y conf. 16 may.
Ugucion, conf. 3 may.
Udalrico, ob. y conf. 4 jul.
Ulfrido, ob. y mart. S. 18 en.
Ulpiano, mart. 3 ab.
Ulrico, presb. y conf. S. 20 feb.
Ultano, ob. y conf. 4 set.
Urbano, mart. 8 mar.
Urbano, ob. y conf. 2 ab.
Urbano, mart. 16 ab.
Urbano, papa y mart. 25 may.
Urbano, mart. 2 jul.
Urbano, mart. 5 set.
Urbano, mart. 31 oc.
Urbano, ob. y conf. 28 nov.
Urbano, ob. y conf. 7 dic.
Ursicino, mart. 19 jun.
Ursicino, ob. y conf. 21 jun.
Ursicino, ob. y conf. 24 jul.
Ursicino, ob. y conf. 1 dic.
Ursicio, mart. 14 ag.
Ursino, conf. 1 nov.
Ursmaro, ob. y conf. 19 ab.
Urso, ob. y conf. 13 ab.
Urso, ob. y conf. 30 jul.
Urso, mart. 30 set.
Ursula, virg. y mart. 21 oc.

V

Valburga, virg. y aba. 1 may.
Valencion, mart. 25 may.
Valente, ob. y mart. 21 may.
Valente, diac. y mart. 1 jun.
Valente, ob. y conf. 26 jul.
Valentin, presb. y mart. 14 feb.
Valentin, ob. y mart. 14 feb.
Valentin, ob. y mart. 16 jul.
Valentin, ob. y conf. 29 oc.
Valentin, mart. 3 nov.
Valentin, mart. 11 nov.
Valentin, mart. 13 nov.
Valentin, mart. 16 dic.
Valentina, virg. y mart. 25 jul.
Valeria, mart. 28 ab.
Valeria, mart. 5 jun.
Valeria, virg. y mart. 9 dic.
Valeriano, mart. 14 ab.

Valeriano, mart. 23 ag.
Valeriano, mart. 4 set.
Valeriano, mart. 12 set.
Valeriano, mart. 15 set.
Valeriano, mart. 17 set.
Valeriano, ob. y mart. 16 oc.
Valeriano, ob y conf. 27 nov.
Valeriano , ob. y conf. 28 nov.
Valeriano, ob. y conf. 15 dic.
Valerico, ab. y conf. 1 ab.
Valerio, ob. y conf. 28 en.
Valerio, mart. 14 jun.
Valerio, mart. 16 nov.
Valerio, ab. y conf. 12 dic.
Valero, ob. y conf. 28 en.
Valero, ob. y conf. 29 en.
Valery, ab. y conf. 12 dic.
Valtrudis, viu. 9 ab.
Vandrilo, ab. y conf. 22 jul.
Vanengo, conf. S. 9 en.
Vanne, ob. y conf. S. 7 nov.
Varico, mart. 15 nov.
Varo, mart. 19 oc.
Vango, erm. y conf. S. 15 jun.
Vautrudis, viu. 9 ab.
Vecio, mart. 2 jun.
Vedasto, ob. y conf. 6 feb.
Venancio, ob. y mart. 1 ab.
Venancio, mart. 18 may.
Venancio, ob. y conf. 13 oc.
Venefrida, vírg. y mart. 3 nov.
Veneranda, vírg. y mart. 14 nov.
Venerando, mart. S. 25 may.
Venerando, mart. 14 nov.
Venerio, ob.y conf. 4 may.
Venerio, conf. 13 set.
Venusto, mart. 6 may.
Venusto, mart. 22 may.
Verano, ob. y conf. 19 oc.
Verano, ob. y conf. 11 nov.
Verda, vírg. y mart. S. 21 feb.
Verecundo, ob. y conf. 22 oc.
Verena, vírg. 1 set.
Veriano, mart. 9 ag.
Veridiana, virg. 1 feb.
Verísimo, mart. 1 oc.
Vero, ob. y conf. 1 ag.
Vero, ob. y conf. 23 oc.
Verónica, vírg. 13 en.
Verónico, mart. 19 oc.
Verulo, mart. 21 feb.
Vestina, mar. 17 jul.
Veturio, mart. 17 jul.
Viator, lec.y conf. 21 oc.
Viator, ob. y conf. 14 dic.
Vicente, mart. 22 en.
Vicente, mart. 22 en.
Vicente, mart. 27 en.
Vicente, mart. 24 may.
Vicente, conf. 24 may.
Vicente, mart. 9 jun.
Vicente, mart. 24 jul.
Vicente, mart. 25 ag.
Vicente, mart. 1 set.
Vicente, mart. 27 oc.
Vicente de Colibre, mart. 19 ab.
Vicente Ferrer, conf. 5 ab.
Vicente Paul, conf. y fund. 19 jul.
Victor, mart. 22 en.
Victor, mart. 30 en.
Victor, mart. 31 en.
Victor, mart. 25 feb.
Victor, presb. y conf. 26 feb.
Víctor, mart. 6 mar.
Víctor, mart. 10 mar.
Víctor, mart. 20 mar.
Víctor, mart. 30 mar.
Víctor, mart. 1 ab.
Víctor, mart. 12 ab.
Víctor, mart. 20 ab.
Víctor, mart. 8 may
Víctor, mart. 14 may.
Víctor, mart. 17 may.
Víctor, mart. 21 jul.
Víctor, mart. 24 jul.
Víctor, papa y mart. 28 jul.
Víctor, ob. y conf. 23 ag.
Víctor, mart. 26 ag.
Víctor, mart. 10 set.
Víctor, conf. 10 set.
Víctor, mart. 14 set.
Víctor, mart. 30 set.
Víctor, mart. 10 oc.
Víctor, mart. 17 oc.
Víctor, ob. y conf. 17 oc.
Víctor, mart. 2 nov.
Víctor, mart 13 nov.
Víctor, mart. 3 dic.
Víctor, mart. 15 dic.
Víctor, mart. 18 dic.
Víctor, mart. 28 dic.
Víctor, mart. 29 dic.
Victoria, mart. 17 nov.
Victoria, mart. 7 dic.
Victoria, vírg. y mart. 23 dic.
Victoriano, mart. 23 mar.
Victoriano, mart. 16 may.
Victoriano, mart. 26 ag.
Victórico, mart. 24 feb.
Victórico, mart. 30 oc.
Victórico, mart. 11 dic.
Victorino, mart. 25 feb.
Victorino, mart. 6 mar.
Victorino, mart. 29 mar.
Victorino, mart. 15 ab.
Victorino, mart. 15 may.
Victorino, conf. 8 jun.
Victorino, mart. 7 jul.
Victorino, mart. 24 jul.
Victorino, ob. y mart. 5 set.
Victorino, ob. y mart. 2 nov.
Victorino, mart. 11 nov.
Victorino, mart. 2 dic.
Victorino, mart. 18 dic.
Victorio, mart. 21 may.
Victorio, ob. y conf. 1 set.
Victricio, ob. y mart. 7 ag.
Victurio, mart. 18 dic.
Vidal, mart. 9 en.
Vidal, mart. 9 en.
Vidal, mart. 14 feb.
Vidal, mart. 21 ab.
Vidal, mart. 2 jul.
Vidal, mart. 3 nov.
Vidal, mart. 4 nov.
Vigberto, presb. y conf. 13 ag.
Vigilio, ob. y mart. 26 jun.
Vigilio, ob. y conf. 26 set.
Vigor, ob. y conf. 1 nov.
Vileado, ob. y conf. 8 nov.
Vilebaldo, ob. y conf. 7 jul.
Vilebrordo, ob. y conf. 7 nov.
Vilgefortis, vírg. y mart. 20 jul.
Vimino, ob. y conf. S. 21 en.
Vincencio, mart. 30 en.
Vindemial, ob. y mart. 2 may.
Vindonio, conf. 1 set.
Vinebaldo, ab. y conf. 18 dic.
Vinoco, ab. y conf. 6 nov.
Virgilio, ob. y conf. 27 nov.
Visitacion (La) de nuestra Señora, 2 jul.
Visia, vírg. y mart. 12 ab.
Vital, mart. 16 en.
Vital, mart. 28 ab.
Vitaliano, papa y conf. 27 en.
Vitaliano, ob. y conf. 16 jul.
Vitalio, mart. 4 set.
Vito, mart. 15 jun.
Viton, ob. y conf. S. 7 nov.
Vivencio, conf. 13 en.
Vivenciolo, ob. y conf. 12 jul.
Viviano, ob. y conf. S. 21 en.
Vivina, virg. 17 dic.
Volfango, ob. y conf. 31 oc.
Volusiano, ob. y conf. 18 en.
Vuelta (La) del niño Jesus de la tierra de Egipto, 7 en.
Vulfilda, aba. 9 dic.
Vulfrano, ob y conf. 20 mar.
Vulganio, conf. 2 nov.
Vulmaro, ab. y conf. 20 jul.
Vulsino, ob. y conf. S. 8 en.

W

Waldo, ob. y conf. S. 31 en.
Walstano, conf. S. 30 may.
Walteno ó Walteof, ab. y conf. S. 3 ag.
Waltero, ab. y conf. S. 4 jun.
Wasnulfo ó Wasnon, conf. S. 1 oc.
Wenceslao, mart. 28 set.
Wereburga, virg. S. 3 feb.
Werenfrido, presb. y conf. S. 7 nov.
Wilfrido, ob y conf. 12 oc.
Wilhelmo, arz. y conf. 8 jun.
Winin, ob. y conf. 10 set.
Winwaloe ó Winwaloc, ab. y conf. S. 3 mar.
Wiron, ob. y conf. 8 may.
Wistano, mart. S. 1 jun.
Witburga, virg. 8 jul.
Wolfredo, ob. y mart. S. 18 en.
Wolstano, ob y conf. 19 en.
Wulfado, mart. S. 24 jul.

X

Xantipa, 23 set.

Z

Zabda, ob. y conf. 19 feb.
Zacarías, papa y conf. 15 feb.
Zacarías, ob. y mart. 26 may.
Zacarías, mart. 10 jun.
Zacarías, prof. 6 set.
Zacarías, prof. y mart. 5 nov.
Zamas, ob. y conf. 24 en.
Zabda, ob. y conf. 19 feb.
Zanita, mart. 27 mar.
Zaqueo, ob. y conf. 23 ag.
Zaqueo, mart. 17 nov.
Zebinas, mart. 13 nov.
Zeferino, papa y mart. 26 ag.
Zenaida, mart. 5 jun.
Zenaida, 11 oc.
Zenas, mart. 23 jun.
Zenon, mart. 14 feb.

Zenon, mart. 5 ab.
Zenon, ob. y conf. 12 ab.
Zenon, mart. 20 ab.
Zenon, mart. 23 jun.
Zenon, mart. 9 jul.
Zenon, mart. 15 jul.
Zenon, mart. 2 set.
Zenon, mart. 3 set.
Zenon, mart. 5 set.
Zenon, mart. 8 set.
Zenon, mart. 20 dic.
Zenon, sold. y mart. 22 dic.
Zenon, ob. y conf. 26 dic.
Zita, vírg. 27 ab.
Zoe, mart. 2 may.
Zoe, mart. 5 jul.
Zoelo, mart. 24 may.
Zoilo, mart. 27 jun.
Zósima, mart. 15 jul.
Zósimas, anac. y conf. 4 ab.
Zósimo, mart. 3 en.
Zósimo, mart. 11 mar.
Zósimo, ob. y conf. 30 mar.
Zósimo, mart. 19 jun.
Zósimo, mart. 28 set.
Zósimo, conf. 30 nov.
Zósimo, mart. 14 dic.
Zósimo, mart. 18 dic.
Zósimo, mart. 19 dic.
Zósimo, papa y conf. 26 dic.
Zótico, mart. 12 en.
Zótico, mart. 12 en.
Zótico, mart. 31 en.
Zótico, mart. 10 feb.
Zótico, mart. 20 ab.
Zótico, ob. y mart. 21 jul.
Zótico, mart. 22 ag.
Zótico, mart. 21 oc.
Zótico, presb. 31 dic.

FIN DEL ÍNDICE ALFABÉTICO.

Zenón, marí. 3 ab.
Zenón, ob. y conf. 12 ab.
Zenón, marí. 20 ab.
Zenón, marí. 25 jun.
Zenón, marí. 3 jul.
Zenón, marí. 15 jul.
Zenón, marí. 2 ago.
Zenón, marí. 3 oct.
Zenón, marí. 3 oct.
Zenón, marí. 8 nov.
Zenón, marí. 20 dic.
Zenón, sold. y marí. 22 dic.
Zenón, ob. y conf. 24 dic.

INDICE

DE LOS SANTOS CUYAS VIDAS SE CONTIENEN EN ESTE

TOMO III.

Dias.		Pág.
	OCTUBRE.	
1	Nuestra Señora del Rosario.	140
	San Remigio, arz. y conf.	144
	San Domnino, márt.	146
	Los santos Verísimo, Máxima y Julia, márts.	146
	San Babon, anac. y conf.	146
	San Piaton, márt.	146
	San Aretas y sus comps., márts.	146
	Los santos Presco, Crescente, y Evagrio, márts.	146
	San Severo, presb. y conf.	146
	San Ananías, conf.	147
	San Wasnulfo ó Wasnon, conf.	*supl.*
	San Fidarleo, ab. y conf.	*supl.*
2	San Leodegario, ob., y san Gerino, hermanos, márts.	147
	San Eleuterio, sold. y mart.	148
	Santo Tomás, ob. y conf.	148
	San Saturio, conf.	149
	Los santos Primo, Cirilo, y Secundario, marts.	149
	San Teófilo, mon. y conf.	149
3	Los santos Dionisio, Fausto, Cayo, Pedro, Pablo, y otros cuatro comps., márts.	149
	Los dos santos Evaldos, presbs. y márts.	149
	San Cándido, márt.	149
	San Maximiano, ob. y conf.	149
	San Esiquio, mon. y conf.	149
4	San Francisco de Asis, conf. y fund.	149
	San Petronio, ob. y conf.	161
	Los santos hermanos Marcos y Marciano, con sus comps., márts.	162
	Los santos Crispo y Cayo, confs.	162
	Santa Aurea, vírg.	162
	Los santos Cayo, Fausto, Eusebio, Queremon, Lucio, y sus comps., márts.	162
	San Hieroteo, conf.	163
	San Pedro, ob. y márt.	163
	San Amon, erm. y conf.	*supl.*
	San Edwino, rey y mart.	*supl.*
5	San Plácido, y sus comps., márts.	163
	Santa Caritina, virg. y márt.	165
	San Traseas, ob. y mart.	165
	San Apolinario, ob. y conf.	165
	Santa Gala, viu.	165
	San Palmacio, y sus comps., márts.	165
	San Froilan, ob. y conf.	165
	San Firmato, diác, y santa Flaviana, vírg., márts.	166
	San Atilano, ob. y conf.	166
	San Marcelino, ob. y conf.	166
6	San Bruno, conf. y fund.	166
	Santa Fé, vírg. y márt.	169
	Los santos Marcelo, Casto, Emilio, y Saturnino, márts.	169
	San Sagares, ob. y márt.	169
	Santa Erotida, mart.	169
	San Roman, ob. y márt.	169
	San Magno, ob. y conf.	170
	La Conmemoracion de los mártires de Tréveris.	170
7	San Marcos, papa y conf.	170
	Los santos Sergio y Baco, márts.	170
	Los santos Marcelo y Apuleyo, márts.	171
	Santa Osita, vírg. y márt.	171
	San Augusto, presb. y conf.	172
	Santa Justina, vírg. y márt.	172
	Santa Julia, virg. y márt.	172
	San Elano, presb. y conf.	172
8	Santa Pelagia, pen.	173
	San Simeon, conf.	174
	Santa Reparada, vírg. y márt.	175
	San Demetrio, márt.	175
	Santa Benedicta, virg. y mart.	175
	San Evodio, ob. y conf.	175
	San Pedro, márt.	175
	San Nestor, márt.	175
	San Artemon, presb. y márt.	175
	Santa Palaciata y santa Lorenza, virgs. y marts.	175
	Santa Thais, pen.	*supl.*
	Santa Keyna, vírg.	*supl.*
9	Los santos Dionisio Areopagita, ob., Rústico, Eleuterio, y sus comps., todos márts.	175
	San Andrónico y santa Atanasia, confs.	179
	San Domnino, márt.	181
	San Abrahan, padre de los creyentes.	181
	San Gisleno, ob. y conf.	181
	Santa Publia, aba.	181
	San Deusdedit, ab.	181
10	San Luis Bertran, conf.	182
	San Francisco de Borja, conf.	190
	San Pinito, ob. y conf.	208
	San Paulino, ob. y conf.	208
	San Gereon, y otros trescientos, diez y ocho com-	

pañeros marts., y san Víctor y sus comps., tambien marts. 208
Los santos Casio y Florencio, con otros comps., marts. 208
San Eulampio y santa Eulampia, marts. 208
San Cerbonio, ob. y conf. 209
Santa Irene, virg. y mart. 209
San Juan de Bridlington, conf. *supl.*
11 San Gumaro, conf. 209
San Diego Aleman, conf. 210
San Cánico, ab. y conf. 212
San Fermin, ob. y conf. 212
Los santos Taraco, Probo y Andrónico, marts. 212
Los santos Nicasio, Quirino, Escubículo y Piencia, marts. 212
Los santos Anastasio, Plácido y Ginés, marts. 212
San Sármatas, mon. y mart. 212
San German, ob. y mart. 212
Las santas Zenaida y Filonila, hermanas. 212
San Emiliano, conf. 212
Santa Placidia, virg. 212
Santa Etelburga ó Edilburga, virg. y aba. *supl.*
12 San Wilfrido, ob. y conf. 213
San Serafin de Monte Granaro, conf. 214
Nuestra Señora del Pilar. 218
Los santos Evagrio, Prisciano y sus comps., marts. 218
San Edistio, márt. 218
Santa Domnina, mart. 218
La Conmemoracion de cuatro mil novecientos sesenta y seis santos africanos. 218
San Monas, ob. y conf. 219
San Salvino, ob. y conf. 219
San Maximiliano, ob. y conf. 219
San Eustaquio, presb. y conf. 219
Nuestra Señora del Remedio. 219
13 San Gerardo, ab. y conf. 219
Los santos Fausto, Januario y Marcial, marts. 220
San Carpo, ob. y conf. 221
San Florencio, mart. 221
San Colmano, mart. 221
Los santos Daniel, Samuel, Ángel, Domno, Leon, Nicolás, y Hugolino, marts. 221
San Teófilo, ob. y conf. 221
San Venancio, ab. y conf. 221
Santa Celidonia, virg. 222
San Geraldo, conf. *supl.*
14 San Burcardo, ob. y conf. 222
San Calixto, papa y mart. 223
San Donaciano, ob. y conf. 223
Santo Domingo Loricato, conf. 223
Santa Fortunata, virg. y mart. 223
Los santos Carponio, Evaristo y Prisciano, marts. 223
Los santos Saturnino y Lupo ó Lope, marts. 223
San Gaudencio, ob. y mart. 223
San Fortunato, ob. y conf. 224
San Rústico, ob. y conf. 224
15 Santa Teresa de Jesus, virg. y funda. 224
San Bruno, ob. y mart. 238
Santa Tecla, virg. y aba. 238
El Triunfo de trescientos santos mártires de la legion tebana. 238
San Severo, ob. y conf. 238
San Fortunato, mart. 238
San Agileo, mart. 238
San Antíoco, ob. y conf. 238
Santa Aurelia, virg. 239
16 San Deogracias, ob. y conf., y el martirio de los santos Martiniano, Saturnino, Máxima, Valeriano, ob., Armogasto, Másculo, Saturo, y de doscientos y setenta comps. 239
Los santos Saturnino y Nereo, con otros trescientos sesenta y cinco comps., marts. 240
San Elifio mart. 240
San Bercario, ab. y mart. 241
San Ambrosio, ob. y conf. 241
San Lulo, ob. y conf. 241
San Galo, ab. y conf. 241
San Florentin, ob. y conf. 241
San Mummolin, ó Mommelino, ob. y conf. *supl.*
17 Santa Eduvigis, viu. 241
San Andrés, mon. y mart. 244
San Eron, ob. y mart. 246
Santa Mamelta, mart. 246
Los santos Víctor, Alejandro y Mariano, marts. 246
San Florentin, ob. y conf. 246
San Víctor, ob. y conf. 246
Santa Anstrudis, virg. y aba. *supl.*
18 San Lucas, evangelista. 246
San Julian, erm. y conf. 248
San Asclepiades, ob. y mart. 248
San Justo, mart. 248
Santa Trifonia, empz. 248
San Atenodoro, ob. y mart. 248
San Monon, mart. *supl.*
19 San Pedro de Alcántara, conf. y fund. 248
San Varo y sus comps., marts. 258
Los santos Tolomeo y Lucio, marts. 258
San Verano, ob. y conf. 258
San Eusterio, ob. y conf. 258
San Aquilino, ob. y conf. 258
Los santos Verónico y Pelayo, con otros comps., marts. 258
San Etvino, ab. y conf. 258
Santa Fredesvinda, virg. 258
20 Santa Irene, virg. y mart. 259
San Juan Cancio, presb. y conf. 260
Santa María de la Cabeza. 263
San Máximo, diác. y márt. 263
San Caprasio, márt. 263
San Artemio, mart. 263
Las santas Marta y Saula, virgs. y marts. 264
San Feliciano, ob. y mart. 264
Los santos Jorge y Aurelio, marts. 264
San Sindúlfo, conf. 264
Santa Fortunata, virg. y mart. 264
21 San Hilarion, ab. y conf. 264
Santa Úrsula, y las once mil virgs., marts. 268
San Malco, mon. y conf. 269
San Asterio, presb. y mart. 271
Los santos Dasio, Zótico, Cayo y otros doce comps., marts. 271
Santa Cilina. 271
San Viator, lec. y conf. 272

San Fintan, ab. y conf. *supl.*
22 Las santas Nunilo y Alodia, hermanas, y santa Cordula, virgs. y marts. 272
Los santos Felipe, Severo, Eusebio y Hermeto, marts. 272
San Marcos, ob. y mart. 273
Los santos Alejandro y Heraclio, marts. 273
San Abercio, ob. y conf. 273
San Melanio, ob. y conf. 273
Santa María Salomé. 273
Santa Colagia, virg. 273
San Felipe, ob. y mart. 274
San Donato, ob. y conf. 274
San Verecundo, ob. y conf. 274
23 Los santos Servando y German, marts. 274
San Teodoro, presb. y mart. 274
San Severino, ob. y conf. 274
San Roman, ob. y conf. 275
San Ignacio, ob. y conf. 275
San Juan de Capistrano, conf. 275
San Vero, ob. y conf. 276
San Domicio, presb. y mart. 276
San Benito, conf. 276
San Severino ó Surino, ob. y conf. *supl.*
24 San Marcio, erm. y conf. 276
San Bernardo Calvó, ob. y conf. 277
San Martirian. 277
San Rafael arcángel. 277
Los santos Félix, ob., Adaucto y Genaro, presbs., Fortunato y Séptimo, lecs., todos marts. 279
San Aretas, y trescientos comps., marts. 279
San Proclo, ob. y conf. 279
San Maglorio, ob. y conf. 279
San Evergisto, ob. y mart. 279
San Martin, ab. y conf. 279
25 Los santos Crisanto y Daria, marts. 280
Los santos Teodosio, Lucio, Marcos, Pedro, y otros muchos, marts. 281
San Crispin y san Crispiniano, marts. 281
San Miniato, mart. 281
Los santos Gavino, Proto, y Genaro ó Januario, marts. 281
Los santos Martirio y Marciano, marts. 281
San Bonifacio, papa y conf. 281
San Fronton, ob. y conf. 282
San Gaudencio, ob. y conf. 282
San Hilario, ob. y conf. 282
San Frutos, conf. 282
26 San Evaristo, papa y mart. 283
Los santos Rogaciano y Felicísimo, márts. 283
Los santos Luciano, Marciano, Florio y comps., marts. 283
San Quodvultdeo, ob. y conf. 283
San Rústico, ob. y conf. 283
San Bernwardo ó Bernardo, ob. y conf. 283
San Fulco, ob. y conf. 284
San Cuadragésimo, conf. 284
27 Los santos Vicente, Sabina y Cristeta, marts. 284
Las santas Capitolina y Eroteida, marts. 285
San Frumencio, ob. y conf. 285
San Elesbaan, rey y conf. 285
San Florencio, mart. 285
San Abban, ab. y conf. *supl.*
28 Los santos Simon y Judas, apóstoles. 285
Santa Cirila, virg. y mart. 287
Santa Anastasia, virg., y san Cirilo, mart. 287
San Fidel, márt. 287
San Ferrucio, márt. 287
San Faron, ob. y conf. 287
San Gaudioso, ob. y conf. 287
San Honorato, ob. y conf. 287
San Neot, anac. y conf. *supl.*
29 San Narciso, ob. y mart. 288
Los santos Jacinto, Quinto, Feliciano, y Lucio, márts. 288
San Narciso, ob. y conf. 289
San Teodoro, ab. y conf. 289
San Cenobio, márt. 289
San Donato, conf. 289
San Maximiliano, ob. y mart., y san Valentin, ob. y conf. 289
San Juan, ob. y conf. 290
Santa Eusebia, virg. y mart. 290
30 San Marcelo, cent., y doce hijos suyos, todos márts. 290
Los hijos de san Marcelo, cent., márts. 290
Los santos Claudio, Lupercio, y Victórico, marts. 290
Los santos Juliano, Euno, Macario, y otros trece, comps., márts.; y santa Eutropia, márt. 290
San Saturnino, márt. 291
San Cenobio y santa Cenobia, márts. 291
San Teonesto, ob. y márt. 291
San Lucano, márt. 291
San German, ob. y conf. 291
San Serapion, ob. y conf. 291
San Máximo, márt. 291
San Gerardo, ob. y conf. 291
San Asterio, ob. y conf. *supl.*
31 San Quintino, márt. 291
San Nemesio y santa Lucila, márts. 293
Los santos Ampliado, Urbano, y Narciso, marts. 294
San Estaquio, ob. y conf. 294
San Volfango, ob. y conf. 294
La Conmemoracion de la victoria del Salado. 294
San Foillan ó Foilan, márt. *supl.*

NOVIEMBRE.

1 La Fiesta de Todos los Santos. 294
Los santos Cesario y Julian, márts. 302
San Benigno, márt. 302
Santa María, márt. 302
San Dacio, san Cesáreo, y cinco comps., márts. 302
Los santos Juan y Santiago, márts. 302
Santa Cirenia y santa Juliana, márts. 302
San Austremonio, ob. y mart. 302
San Marcelo, ob. y conf. 302
San Vigor, ob. y conf. 302
San Severino, mon. y conf. 303
San Amable, conf. 303
San Maturino, conf. 303
San Haroldo, rey y mart. *supl.*

2 La Conmemoracion de los difuntos. 303
San Victorino, ob. y márt. 308
San Justo, márt. 308
Los santos Carterio, Estiriaco, Tobías, Eudoxio, Agapio, y sus comps., marts. 308
Los santos Acindino, Pegasio, Aftonio, Elpidéforo, Anempodisto, con otros muchos comps., marts. 308
Los santos Publio, Victor, Hermeto, y Papias, marts. 308
Santa Eustoquia, virg. y márt. 308
San Teodoro, ob. y conf. 308
San Jorge, ob. y conf. 308
San Vulganio, conf. 308
San Marciano, conf. 308
San Ambrosio, conf. 309
3 San Malaquías, ob. y conf. 309
San Cuarto, ob. 314
Los Santos German, Teófilo, Cesáreo, y Vidal, márts. 314
Los innumerables mártires de Zaragoza. 315
Los santos Valentin é Hilario, márts. 315
Santa Venefrida, virg. y mart. 315
San Huberto, ob. y conf. 315
San Domno, ob. y conf. 315
San Pópulo, mart. 315
San Floro, ob. y conf. 315
San Guenó, ab. y conf. 315
San Pirmin, ob. y conf. 315
Santa Silvia, mart. 315
San Rumwaldo ó Romualdo, conf. *supl.*
4 San Cárlos Borromeo, arz. y conf. 316
San Emerico, conf. 330
San Vidal y san Agrícola, marts. 332
San Filólogo y san Patrobas, obs. y confs. 332
San Próculo, mart. 333
San Claro, presb. y mart. 333
San Porfirio, mart. 333
San Nicandro y san Hermas, marts. 333
San Pierio, presb. y conf. 333
San Amancio, ob. y conf. 333
San Juanicio, ab. y conf. 333
San Bristan, ob. y conf. 333
Santa Modesta, virg. 333
5 San Zacarías, prof. y mart., y santa Isabel, padres de san Juan Bautista. 333
San Félix, presb., y san Eusebio, mon., marts. 335
San Galacion y santa Epistemia, marts. 335
Los santos Domnino, Teótimo, Filoteo, Silvano, Doroteo, y Carterio, marts. 335
San Magno, ob. y conf. 335
San Dominador, ob. y conf. 335
San Fibicio, conf. 335
Santa Bertila, aba. 335
San Leto, presb. y conf. 335
6 San Leonardo, conf. 335
San Félix, mart. 336
La Conmemoracion de diez santos mártires de Antioquía. 336
San Severo, ob. y mart. 336
San Atico. 337
San Vinoco, ab. y conf. 337
San Iltudo, ab. y conf. 337
7 San Félix, mon. y conf. 337
San Florencio, ob. y conf. 337
San Prosdocimo, ob. y conf. 338
San Amaranto, márt. 338
Los santos Hieron, Nicandro, Esiquio, y otros treinta, márts. 338
San Engelberto, ob. y márt. 338
San Aquilas, ob. y conf. 339
San Vilebrordo, ob. y conf. 339
San Rufo, ob. y conf. 339
San Herculano, ob. y márt. 339
Los santos Auto, Taurion, y Tesalónico, márts. 339
San Werenfrido, presb. y conf. *supl.*
San Viton ó Vanne, ob. y conf. *supl.*
8 Los santos mártires coronados. 339
Los santos Claudio, Nicostrato, Sinforiano, Castorino, y Simplicio, marts. 339
San Deusdedit, papa y conf. 340
San Vileado, ob. y conf. 340
San Godofredo, ob. y conf. 340
San Mauro, ob. y conf. 340
San Claro, conf. 340
9 La Dedicacion de la iglesia del Salvador en Roma. 340
San Teodoro, márt. 340
San Orestes, márt. 344
San Alejandro, màrt. 344
San Ursino, conf. 344
San Agripino, ob. y conf. 344
San Benigno, ob. y conf. 344
Santa Eustolia y santa Sopatra, vírgs. 344
La Conmemoracion de la Imágen del Salvador. 345
La Fiesta del Santísimo Cristo. 345
10 Los santos Trifon, Respicio, y Ninfa, márts. 345
San Andrés Avelino, conf. 345
Los santos Tiberio y Modesto, y santa Florencia, márts. 349
Los santos Demetrio, Aniano, Eustosio, y otros veinte, márts. 349
San Probo, ob. y conf. 349
San Monitor, ob. y conf. 349
San Justo, ob. y conf. 349
San Leon, conf. 349
Las santas Trifena y Trifosa. 349
Los santos Miles, Abrósimo, y Sina, márts. 349
Santa Teotista, vírg. 349
Santa Olimpia y san Rodion, márts. 349
11 San Martin, ob. y conf. 349
San Menna, sold. y márt. 359
Los santos Valentin, Feliciano y Victorino, márts. 359
San Atenodoro, márt. 359
San Verano ob. y conf. 359
San Bartolomé, ab. y conf. 359
San Evodio, ob. y conf. 359
San Menas, erm. y conf. 360
12 San Diego de Alcalá, conf. 360
San Martin, papa y márt. 362
San Millan de la Cogulla, conf. 364

Los santos Aulerio y Publio, mártS. 365
San Paterno, márt. 365
San Livino, ob. y márt. 365
Los santos Benito, Juan, Mateo, Isaac, y Cristino, mártS. 365
San Josafat, ob. y márt. 365
San Rufo, ob. y conf. 365
San Cuniberto, ob. y conf. 365
San Nilo, ab. y conf. 365
San Macario, ob. y conf. 366
San Teodoro Studita, conf. 366
San René, ob. y conf. 366
San Lebwino, ob. y márt. *supl.*
13 San Estanislao de Kostka, conf. 366
San Bricio, ob. y conf. 370
Santa Maxelende, vírg. y márt. 371
San Homobono, conf. 372
Los santos Valentin, Solutor, y Victor, mártS. 373
San Mitrio, mart. 373
Los santos Antonino, Zebinas y German, mártS., y santa Eunata, virg. y márt. 373
Los santos Arcadio, Pascasio, Probo, Eutiquiano, y Pablito, mártS. 374
San Nicolás I, papa y conf. 374
San Gondulfo, ob. y conf. 374
San Eugenio, ob. y conf. 374
San Abbon, mart. 374
San Quinciano, ob. y conf. 375
San Constante, anac. y conf. *supl.*
San Kilian, presb. y conf. *supl.*
14 El Patrocinio de nuestra Señora. 375
San Serapio, márt. 380
Los santos Clementino, Teodoto, y Filomeno, mártS. 383
San Serapio, márt. 383
Santa Veneranda, vírg. y mart. 383
San Ipacio, ob. y mart. 383
San Saes, ab. y conf. 383
San Dubricio, ob. y conf. 383
San Lorenzo, ob. y conf. 383
San Venerando, márt. 383
La Conmemoracion de muchas santas mártS. de Edesa. 383
San Jucundo, ob. y conf. 383
Santa Trahamunda, virg. 383
15 San Eugenio, arz. y mart. 384
Los santos Samona, Guria, y Abido, mártS. 385
San Leopoldo, conf. 387
San Félix, ob. y márt. 388
Los santos Segundo, Fidenciano, y Varico, mártS. 388
San Mavito ó Malo, ob. y conf. 388
San Leoncio, ob. y conf. 389
San Pavino, conf. 389
San Didier, ob, y conf. 389
San Luperio, ob. y conf. 389
16 San Edmundo, arz. y conf. 389
Los santos Rufino, Marcos, Valerio, y sus comps., mártS. 391
Los santos Elpidio, Marcelo, Eustoquio, y sus comps., mártS. 391
San Euquerio, ob. y conf. 391
San Fidencio, ob. y conf. 391
San Odmaro, ab. y conf. 391
17 San Hugon, ob. y conf. 392
San Gregorio, ob. y conf. 395
Los santos Acisclo y Victoria, mártS. 397
San Gregorio Taumaturgo, ob. y conf. 398
Los santos Alfeo y Zaqueo, mártS. 403
San Dionisio, ob. y conf. 403
San Aniano, ob. y conf. 403
Santa Gertrudis, virg. 403
San Eugenio, conf. 404
18 La Dedicacion de la iglesia de San Pedro y San Pablo. 404
San Roman, mart. 405
San Barulas, mart. 405
San Esiquio, mart. 405
San Oriculo, y sus comps., mártS. 405
San Odon, ab. y conf. 405
San Máximo, ob. y conf. 405
Santo Tomás, mon. 405
Santa Hilda ó Hild, aba. *supl.*
19 San Ponciano, papa y mart. 405
Santa Isabel de Hungría, viu. 406
San Máximo, presb. y mart. 408
San Abdías, prof. 408
San Barlaan, mart. 408
Los santos Severino, Exuperio, y Feliciano, mártS. 409
San Fausto, diac. y mart. 409
San Aza, y sus comps., mártS. 409
San Crispin, ob. y mart. 409
20 San Félix de Valois, conf. y fund. 409
San Juan de Mata, conf. y fund. 414
San Eadmundo, rey y mart. 421
Los santos Ampelio y Cayo, mártS. 423
Los santos Octavio, Solutor, y Aventor, mártS. 423
San Agapio, mart. 423
San Nersas, ob., y sus comps., mártS. 423
San Dasio, ob. y mart. 423
Los santos Eustaquio, Tespesio, y Anatolio, mártS. 423
Los santos Baso, Dionisio, Agapito, y otros cuarenta comps., mártS. 423
San Benigno, ob. y conf. 423
San Simplicio, ob. y conf. 424
San Silvestre, ob. y conf. 424
San Gregorio, conf. 424
San Humberto, ob. y mart. *supl.*
San Bernardo, ob. y conf. *supl.*
Santa Maxencia, virg. y mart. *supl.*
21 La Presentacion de nuestra Señora en el templo. 424
San Rufo, conf. 426
Los santos Celso y Clemente, mártS. 426
Los santos Demetrio y Honorio, mártS. 426
San Alberto, ob. y mart. 426
Los santos Honorio, Eutiquio, y Estévan, mártS. 426
San Eliodoro, mart. 426
San Gelasio, papa y conf. 426
San Mauro, ob. y conf. 427
22 Santa Cecilia, vírg. y mart. 427
San Columbano, ab. y conf. 429
San Mauro, márt. 432

San Filemon, y santa Apia, márts. 432
Los santos Marcos y Estévan, márts. 432
San Prammacio, ob. y conf. 432
Santa Tigridia, aba. 432
23 San Clemente, papa y márt. 432
Santa Felicitas, márt. 435
Santa Lucrecia, vírg. y márt. 435
San Sisinio, márt. 435
San Anfiloquio, ob. y conf. 435
San Gregorio, ob. y conf. 436
San Trudon, ob. y conf. 436
San Daniel, ob. y conf. 436
24 San Crisógono, márt. 436
San Juan de la Cruz, conf. (1) 437
San Crescencíano, márt. 448
Santa Firmina, vírg. y márt. 448
San Alejandro, márt. 448
Las Santas Flora y María, vírgs. y marts. 448
San Felicísimo, márt. 448
San Protasio, ob. y conf. 448
San Roman, presb. y conf. 448
San Porciano, ab. y conf. 448
San Cianan ó Kenan, ob. y conf. supl.
25 Santa Catalina, vírg. y márt. 449
Los Santos Moisés y Máximo, márts. 452
San Erasmo, márt. 452
San Mercurio, márt. 452
Santa Jucunda, vírg. 452
San García, ab. y conf. 452
26 San Pedro Alejandrino, ob. y márt. 452
Los Desposorios de nuestra Señora. 454
Los santos Fausto, Didio, y Ammonio, marts. 454
Los santos Fileas, Esiquio, Pacomio, y Teodoro, márts. 454
San Marcelo, presb. y márt. 454
San Belino, ob. y márt. 454
San Ciricio, papa y conf. 454
San Amador, ob. y conf. 454
San Conrado, ob. y conf. 454
San Silvestre, ab. y fund. 454
San Básolo, conf. 454
San Estiliano, conf. 454
San Nicon, mon. y conf. 454
San Gonzalo, ob. y conf. 454
San Beato, ab. y conf. 455
27 San Facundo, y san Primitivo, márts. 455
San Simeon Metafraste, conf. 455
Santiago Interciso, márt. 456
San Barlaan y san Josafat, confs. 457
Los santos Basileo, Auxilio, y Saturnino, márts. 460
Los santos Irenarco, Acacio, y siete santas mujeres, márts. 465
San Valeriano, ob. y conf. 465
San Máximo, ob. y conf. 465
San Acario, ob. y conf. 465
San Virgilio, ob. y conf. 465
San Eucicio, erm. y conf. 465
San Maarsapor, márt. 465
San Severino, conf. 465
San Ansurio, ob. y conf. 465
Santa Marina márt. 465
San Secundino, ob. y conf. supl.
28 San Gregorio III, papa y conf. 465
San Rufo, márt. 466
San Sostenes, márt. 466
Los Santos Papiniano y Mansueto, obs. y márts., y los santos Valeriano, Urbano, Crescente, Eustaquio, Cresconio, Crescenciano, Félix, Ortolano, y Florenciano, obs. y confs. 466
San Estévan el Jóven, san Basilio, san Pedro, san Andrés, y otros trescientos treinta y nueve mons., márts. 466
Santiago, conf. 467
San Conancio, ob. y conf. 467
29 San Saturnino, y san Sisinio, márts. 467
San Saturnino, ob. y márt. 467
San Paramon, márt. 468
San Rutoldo ob. y conf. 468
San Filomeno, márt. 468
Los santos Blas y Demetrio, márts. 468
San Brandon, ab. y conf. 468
Santa Iluminada, vírg. 468
30 San Andrés, apóstol. 468
Los Santos Cástulo, y Euprepes, márts. 471
Santa Maura, vírg. y mart. 471
San Troyano, ob. y conf. 471
Santa Justina, vírg. y mart. 472
San Tugal, ob. y conf. 472
San Constancio, conf. 472
Los santos Sapor, Isaac, Mahanes, Abraham, y Simeon, marts. 472
San Zósimo, conf. 472

DICIEMBRE.

1 San Eloy, ob. y conf. 472
San Nahum, prof. 475
Los santos Diodoro, Mariano, y otros comps., márts. 475
Los santos Lucio, Rogato, Casiano, y Cándida, márts. 475
San Ansano, márt. 475
San Olimpíades, márt. 475
San Ananías, márt. 475
San Leoncio, ob. y conf. 475
San Próculo, ob. y márt. 475
San Castriciano, ob. y conf. 475
San Ursicino, ob. y conf. 475
San Evasio, ob. y márt. 475
San Constanciano, conf. 476
San Agirico, ob. y conf. 476
Santa Natalia, viu. 476
2 San Pedro Crisólogo, arz. y conf. 476
Santa Bibiana, vírg. y márt. 477
Los Santos Eusebio, presb., Marcelo, diác., Hipólito, Máximo, Adrías, Paulina, Neon, María, Martina y Aurelia, todos márts. 477
San Ponciano, y sus comps., márts. 477
Los santos Severo, Seguro, Genaro, y Victorino, márts. 477
San Cromacio, ob. y conf. 477
San Lope, ob. y conf. 477
San Nono, ob. y conf. 477
San Silvano, ob. y conf. 477

(1) Esta pág. lleva el fol. 537 por 437.

San Evasio, ob. y conf. 477
3 San Francisco Javier, conf. 478
San Sofonías, prof. 500
Los santos Claudio, Hilaria, Jason, Mauro, y sesenta solds., todos márts. 500
San Casiano, mart. 500
Los santos Claudio, Crispin, Magina, Juan, y Estévan, márts. 500
San Agrícola, márt. 500
Los santos Ambico, Víctor y Julio, márts. 500
San Marodes, ob. y conf. 500
San Sol ó Solo, erm. y conf. 500
San Brino, ó Birino, ob. y conf. 501
San Lucio, rey y conf. 501
San Galgano, erm. y conf. 501
4 Santa Bárbara, vírg. y márt. 501
San Teófanes, y sus comps., márts. 503
San Melecio, ob. y conf. 503
San Félix, ob. y conf. 503
San Osmundo, ob. y conf. 503
San Annon, ob. y conf. 503
San Marutas, ob. y conf. 503
San Cirano ó Sigirano, ab. y conf. 503
San Clemente de Alejandría, doc. y conf. 503
San Bernardo, ob. y conf. 504
5 San Sabas, ab. y conf. 504
Santa Crispina, mart. 506
Los santos Julio, Potamia, Crispin, Félix, Grato, y otros siete comps., márts. 506
San Baso, ob. y márt. 506
San Dalmacio, ob. y márt. 506
San Pelino, ob. y márt. 506
San Anastasio, márt. 506
San Nicecio, ob. y conf. 506
San Juan, ob. y conf. 506
San Gerardo, ob. y conf. 507
6 San Nicolás, ob. y conf. 507
Santa Asela, vírg. 512
San Humberto, conf. 512
San Pedro Pascual, ob. y márt. 513
Las Santas Dionisia, Dativa, Leoncia, y los santos Tercio, Emiliano, Bonifacio, y Mayórico, todos marts. 515
San Proliconio, presb. y márt. 516
7 San Ambrosio, ob. y doc. 516
San Agaton, márt. 525
Los santos Policarpo y Teodoro, márts. 525
San Siervo y santa Victoria, márts. 525
San Martin, ab. y conf. 525
Santa Fara, vírg. y aba. 525
San Urbano, ob. y conf. 526
8 La Purísima Concepcion de nuestra Señora. 526
San Eutiquiano, papa y márt. 531
San Macario, márt. 531
San Eucario, ob. y fund. 532
San Sofronio, ob. y conf. 532
San Romárico, ab. y conf. 532
San Patapio, conf. 532
9 Santa Leocadia, virg. y márt. 532
San Restituto, ob. y márt. 533
Santa Valeria, virg. y márt. 533
San Próculo, ob. y conf. 533
San Siro, ob. y conf. 533
San Julian, ob. y conf. 533
San Cipriano, ab. y conf. 533
Santa Vulfilda, aba. 533
Santa Gorgonia, vírg. 534
Los siete mártires de Samosata. 534
10 Santa Eulalia de Mérida, vírg. y márt. 534
San Melquíades, papa y mart. 535
Los santos Carpóforo y Abundio, márts. 535
Santa Julia, vírg. y márt. 535
Los santos Menas, Hermógenes, y Eugrafo, márts. 535
San Mercurio, y sus comps., márts. 535
San Gemelo, márt. 536
San Sindulfo, ob. y conf. 536
Nuestra Señora de Loreto. 536
San Deusdedit, ob. y conf. 536
11 San Dámaso, papa y conf. 536
Los santos Trason, Ponciano, y Pretextato, márts. 537
San Bársabas, márt. 537
Los santos Victorico, Fusciano, y Genciano, márts. 537
San Eutiquio, márt. 537
San Daniel el Stilita, conf. 537
San Sabino, ob. y conf. 537
12 Las santas Ammonaria, Mercuria, Dionisia, y Ammonaria, vírgs. y márts. 537
San Sinesio, márt. 538
Los santos Epimaco, Alejandro y comps., márts. 538
San Hermógenes, san Donato, y otros veinte y dos santos, márts. 538
Los santos Maxencio, Constantino, Crescencio, Justino y comps., márts. 538
San Finian ó Finan, ob. y conf. 538
San Columbo, ab. y conf. 538
San Cormac, conf. 538
San Colman, conf. 538
Santa Eadburga, aba. 538
San Valery ó Valerio, ab. y conf. 538
San Corentino, ob. y conf. 539
San Corentino ó Curi, conf. 539
Nuestra Señora de Guadalupe. 539
Santa Emma, viu. 539
13 Santa Lucía, vírg. y márt. 539
Los santos Eustracio, Auxencio, Eugenio, Mardario, y Orestes, márts. 541
San Antíoco, márt. 541
San Jadoco ó Josse, conf. 541
San Kenelmo, rey y márt. 541
San Auberto, ob. y conf. 541
El beato Juan de Marinoni, conf. 541
Santa Otilia, vírg. y aba. 541
14 San Espiridion, ob. y conf. 541
Los santos Heron, Arsenio, Isidoro, y Dioscoro, márts. 544
Los santos Druso, Zósimo y Teodoro, márts. 544
Los santos Justo y Abundio, márts. 544
San Metroniano, anac. 545
San Viator, ob. y conf., y san Pompeyo, ob. y márt. 545

San Agnelio ó Anel, ab. y conf. 545
San Nicasio, ob., y santa Eutropia, y comps., márts. 545
15 San Eusebio, ob. y márt. 545
Los santos Ireneo, Antonio, Teodoro, Saturnino, Victor, y otros diez y siete, márts. 546
Los santos Faustino, Lucio, Cándido, Celiano, Marco, Januario, y Fortunato, márts. 546
San Valeriano, ob. y conf. 546
San Maximino, conf., y santa Cristiana, vírg. 546
San Florencio ó Flann, ab. 546
San Eleuterio, márt. 546
16 Los santos Ananías, Azarías, y Missael, márts., y San Daniel, prof. 546
Los Santos Valentin, Concordio, Naval, y Agrícola, márts. 550
Santa Albina, vírg. y márt. 550
San Irenion, ob. y conf. 550
La Conmemoracion de muchas santas vírgenes mártires de África. 550
San Adon ó Adonis, arz. y conf. 550
Santa Alicia ó Adelaida, empz. 550
San Reano, ob. y conf. 550
San Adelberto, arz. y conf. *supl.*
17 San Franco (ó Francisco) de Sena, conf. 550
Los santos Florian, Calanico, y cincuenta y ocho comps., márts. 557
San Lázaro, ob. y conf. 557
San Esturmio, ab. y conf. 557
Santa Vivina, vírg. 557
La Traslacion de san Ignacio, ob. y márt. 557
Santa Olimpíada, viu. 557
Santa Bega, viu. y aba. 557
18 Nuestra Señora de la O. 557
Los santos Téotimo y Basiliano, márts., y san Auxencio, ob. y conf. 558
Los santos Quinto, Simplicio, y compañeros, márts. 558
Los santos Moisetes, Victurio, Víctor, Victorino, Adjutorio, Cuarto, y otros treinta márts. 558
San Rufo y san Zósimo, márts. 558
San Gaciano ó Gandion, ob. y conf. 559
San Vinebaldo, ab. y conf. 559
19 Santa Fausta, vírg. y márt. 559
San Gregorio, ob. y conf. 560
Las santas Maura ó Meuris, y Tea, márts. 560
San Timoteo, diác. y márt. 560
Los santos Ciriaco, Paulilio, Secundo, Anastasio, Sindimio, y comps., márts. 560
Los santos Drario, Zósimo, Paulo, y Secundo, márts. 560
San Nemesio, y comps., márts. 560
Santa Samtana, vírg. y aba. 560
San Adjutorio ó Adjuto, ab. y conf. 560
20 Santo Domingo de Silos, conf. 561
Santo Domingo, ob. y conf. 562
Los santos Eugenio y Macario, márts. 562
Los santos Ammon, Zenon, Tolomeo, Ingenuo, y Teófilo, márts. 562
Los santos Liberato y Báyulo, márts. 562
San Filogonio, ob. y conf. 562
San Pablo de Latro, erm. y conf. 562
San Julio, márt. 562
21 Santo Tomás ó Tomé, apóstol. 562
San Severino, ob. y conf. 565
San Anastasio, ob. y márt. 565
San Glicerio, presb. y márt. 565
San Temístocles, márt. 565
San Juan y san Festo, márts. 565
Santa Edburga, vírg. 565
22 San Zenon, sold. y márt. 565
La Conmemoracion de treinta santos mártires de Roma. 566
San Flaviano, conf. 566
Los santos Demetrio, Honorato, y Floro, márts. 566
San Queremon ó Cremonio ó Ceremonio, ob., y sus comps., todos márts. 566
San Isquirion, márt. 566
San Cirilo y san Metodio, confs. 566
23 San Sérvulo, pobre y paralítico, conf. 566
Santa Victoria, vírg. y márt. 567
La Conmemoracion de veinte santos márts. de Nicomedia. 567
Los santos Migdonio, Mardonio, y Antimo, márts. 567
La Conmemoracion de los diez santos marts. de Creta. 567
24 San Gregorio, presb. y márt. 567
La Conmemoracion de cuarenta santas vírgs. márts. de Antioquía. 569
Los santos Luciano, Metrobio, Paulo, Cenobio, Teótimo, y Druso, márts. 569
San Eutimio ó Lutimio, márt. 569
San Delfin, ob. y conf. 569
Las santas Tarsilia y Emiliana, vírgs. 569
Santa Irmina ó Irmia, vírg. 569
25 La Navidad de nuestro Señor Jesucristo. 569
Santa Anastasia, vírg. y santa Anastasia, matr, márts. 576
Santa Eugenia, vírg. y márt. 576
La Conmemoracion de muchos miles de mártires. 576
26 San Estévan, protomártir. 576
San Marino, márt. 579
San Dionisio, papa y conf. 579
San Zósimo, papa y conf. 579
San Arquelao, ob. y conf. 579
San Zenon, ob. y conf. 579
San Teodoro, conf. 579
San Jarlath, ob. y conf. 579
27 San Juan, apóstol y evangelista. 580
San Máximo, ob. y conf. 589
Los santos Teodoro y Teófanes, confs. 589
Santa Nicerata, vírg. 589
28 Los santos Inocentes, marts. 589
San Eutiquio y san Domiciano, marts. 591
Los santos Castor, Victor, y Rogaciano, marts. 592
San Indes, mart., y las santas Domna, Agape, Teófila, virgs. y marts. 592
San Troadio, mart. 592
San Cesario, mart. 592
San Domnion, presb., san Teodoro, ab., y san Antonio, mon. 592

29 Santo Tomás Cantuariense, arz. y mart. 592
San David, rey y prof. 597
San Trófimo, conf. 597
Los santos Calixto, Félix, y Bonifacio, marts. 597
Los santos Domingo, Víctor, Primian, Libosio, Saturnino, Crescencio, Secundo, y Honorato, marts. 597
San Crescencio, ob. y conf. 597
San Marcelo, ab. y conf. 597
San Ebrulfo, ab. y conf. 597
30 La Traslacion de Santiago, apóstol. 597
San Sabino, ob., y los santos Marcelo, y Exuperancio, diacs., todos marts. 598
Santa Anisia, mart. 598
Los santos Mansueto, Severo, Apiano, Donato, Honorio, y comps., marts. 598
San Anisio, ob. y conf. 598
Los santos Eugenio, Liberio y Rainerio, obs. 598
31 San Silvestre, papa y conf. 598
Santa Melania, matr. 601
Las santas Donata, Paulina, Rústica, Nominanda, Serotina, Hilaria, y comps., marts. 604
San Sabiniano, ob., y san Potenciano, marts. 604
Santa Columba ó Coloma, virg. y mart. 604
San Hermeto, exor., san Barbaciano, presb. y conf., y san Zótico, presb. 604
Los santos Estévan, Ponciano, Atalo, Fabiano, Cornelio, Sexto, Floro, Quinciano, Minervino, y Simpliciano, marts. 604
La Conmemoracion de muchísimos santos y santas, marts., confs. y vírgs. 604

FIN DEL ÍNDICE.

ERRATAS DE ESTE TOMO TERCERO

Pág.	*Col.*	*Lín.*	*Dice:*	*Léase:*
3	2	48	Eraclio	Heraclio
22	2	23	Eusiquio	Eupsiquio
29	2	16	Straton	Estraton
99	1	24	Eudoquio	Andoquio
99	2	42	Dalmacio	Dalmacio
264	1	43	Cherta	Tortosa (1)
339	1	11	Aquilas	Aquiles

(1) Santa Fortunata fué sacada en Roma del monasterio de San Hipólito en la via Tiburtina, donde descansaba desde su martirio, y enviada á Tortosa por disposicion y concesion de su santidad. Allí se venera, previo el visto bueno del obispo don Victor Damian Saez, quien examinó las auténticas, en un oratorio particular decentemente adornado. Junto al santo cuerpo está el vaso de sangre colocado dentro de la misma urna. Dicho oratorio está en la casa de don Valentin García.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE ESTA OBRA.

TOMO PRIMERO.

Jesucristo. 17
Jesucristo con la cruz. 36
Corpus Christi. 53
Santísima Vírgen. 63
Santa Genoveva. 84
San Pablo, primer ermitaño. 134
San Antonio, abad. 155
San Sebastian. 171
San Pablo. 197
Santa Margarita. 224
Santa Águeda. 283
Santa Eulalia. 318
Santa Marta. 337
Ángel de la Guarda. 359
San José. 444
San Joaquin. 448
Humildad de san Benito. 450
San Francisco de Paula. 492
San Marcos. 563
Santa Catalina. 580

TOMO SEGUNDO.

Santa Mónica. 21
San Anastasio. 57
San Isidro. 73
San Mateo. 86
Santa Rita. 112
San Dionisio. 133
San Fernando. 151
Santa Clotilde. 172
San Leon. 199
San Antonio de Padua. 200
San Luis Gonzaga. 237
San Juan Bautista. 256
San Pedro. 270
Santa Isabel, reina. 317
San Vicente de Paul. 360
Santa Magdalena. 393
San Jaime. 413
San Cristóbal. 417
San Ignacio de Loyola. 431
Santo Domingo. 462
San Lorenzo. 495
Santa Filomena. 502
San Roque. 518
San Mariano. 533
Santa Juana Fremiot. 552
San Luis, rey. 569
San Agustin. 588
Santa Rosa de Lima. 607
San Fiacrio. 620
San Ramon Nonato. 621

TOMO TERCERO.

San Miguel Arcángel. 122
San Bruno. 166
Santa Teresa. 224
San Lucas. 246
Jesus enseñando el camino del cielo. . . 294
San Cárlos Borromeo. 316
Santa Cecilia. 427
San Andrés. 468
San Francisco Javier. 478
San Nicolás. 507
San Ambrosio. 516
Santa Lucía. 539
San Estéban. 576
San Juan. 580

Condiciones de la suscripcion.

Esta obra formará tres tomos tamaño casi fólio: cada tomo constará de unas cincuenta entregas de á treinta y dos columnas de texto ó una lámina.

Se repartirá una entrega semanal, mas adelante dos. No se exige adelanto alguno á los suscriptores tan solo satisfarán las entregas al acto de recibirlas.

Obras en prensa.

La HISTORIA GENERAL DE FRANCIA, desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias.
La GEOGRAFÍA UNIVERSAL pintoresca.
La PERLA DE LAS ARTES.

A todas estas obras admiten suscripciones los corresponsales de la Librería Española, quienes tienen en su poder entregas y láminas de muestra.

Obras publicadas.

Las MUJERES DE LA BIBLIA, dos tomos fólio con ricas láminas al acero. . . . 300 rs.
Los FRAILES Y SUS CONVENTOS, dos tomos en 4.° mayor con láminas al acero. 180 rs.

Advertencia á los Señores corresponsales.

Todas las obras ilustradas publicadas en la Librería Española que no van continuadas aquí están ya agotadas.

Devocionarios.

Gran surtido de devocionarios y semanas santas á precios increibles.

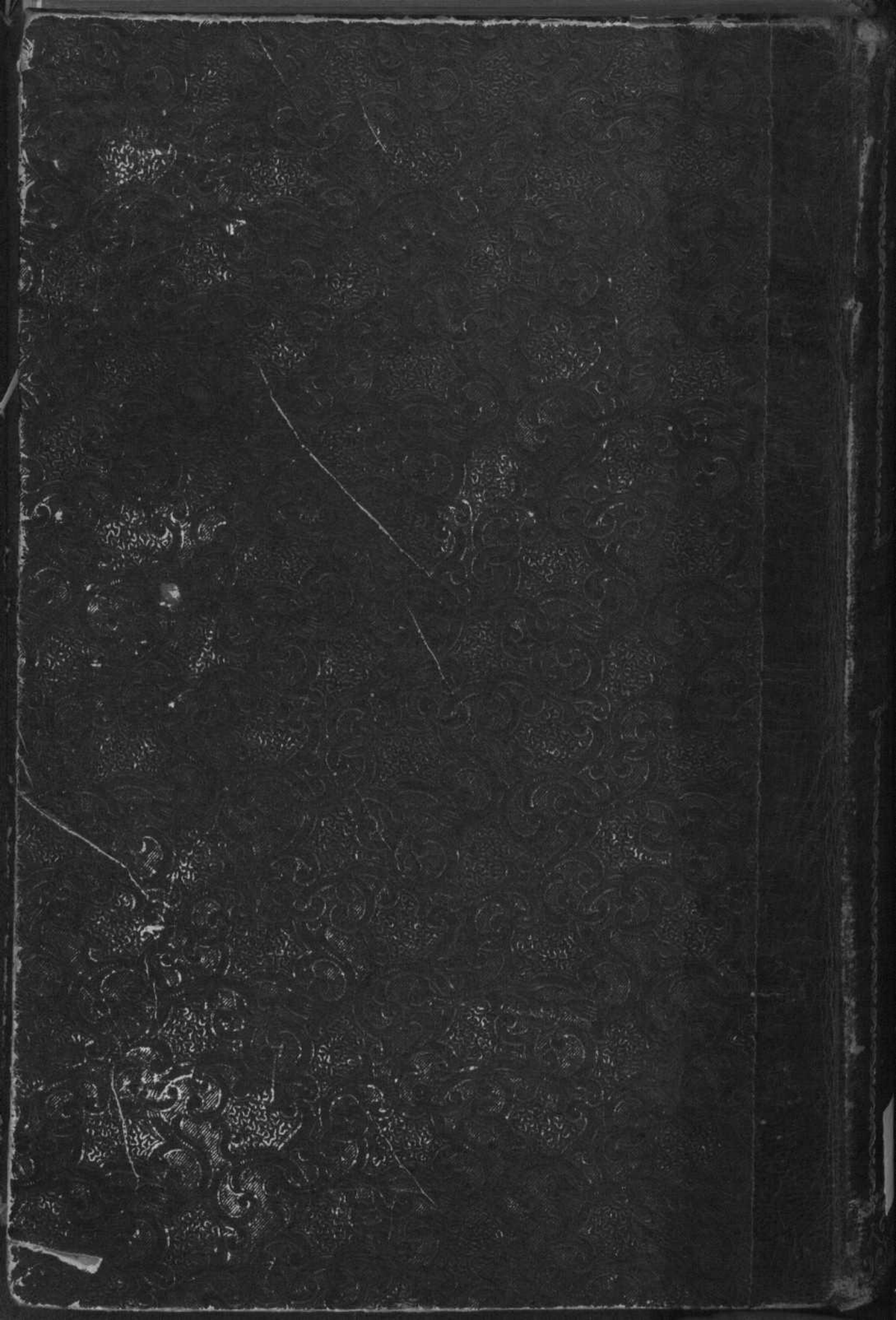
Esta librería, conocida ya por sus adelantos en el ramo de Devocionarios por las principales del reino y ultramar, crédito adquirido por el trabajo de muchos años durante los cuales se ha hecho con una numerosa variedad de ricas ediciones y encuadernaciones, anuncia á los Sres. Corresponsales y demás libreros del reino, que por falta de relaciones comerciales con la casa no han podido aun disfrutar de las ventajas que ofrecen sus citados artículos, haber alcanzado tanta mejora en sus géneros, que la constituyen la única en su clase donde el público podrá encontrar mas ventajas en precios y calidades adaptadas á todas las clases de la sociedad.

Basta decir que hay devocionarios en pasta desde 2 ½ rs.—Tafilete desde 4 rs.—Chagrin desde 17 rs.—Terciopelo desde 17 rs.—Búfalo desde 50 rs.—Marfil desde 118 rs.—Nacar desde 150 rs.

Barcelona: Imprenta de L. Tasso, calle de Basea, n.°23—1853.

Biblioteca Pública de Valladolid

72014701 BPA 1840 (V.3)



LA

LEYENDA

DE ORO.

3

BPA
1840